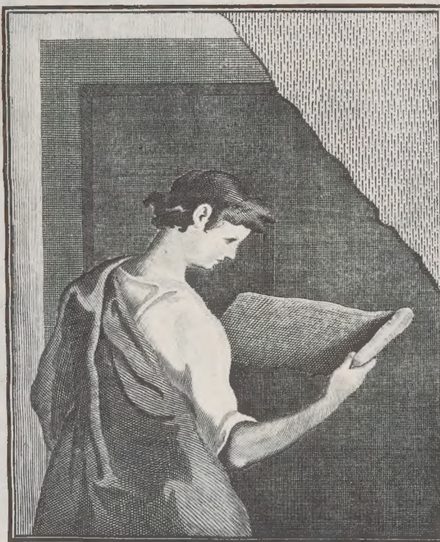
LA ILUSTRACION

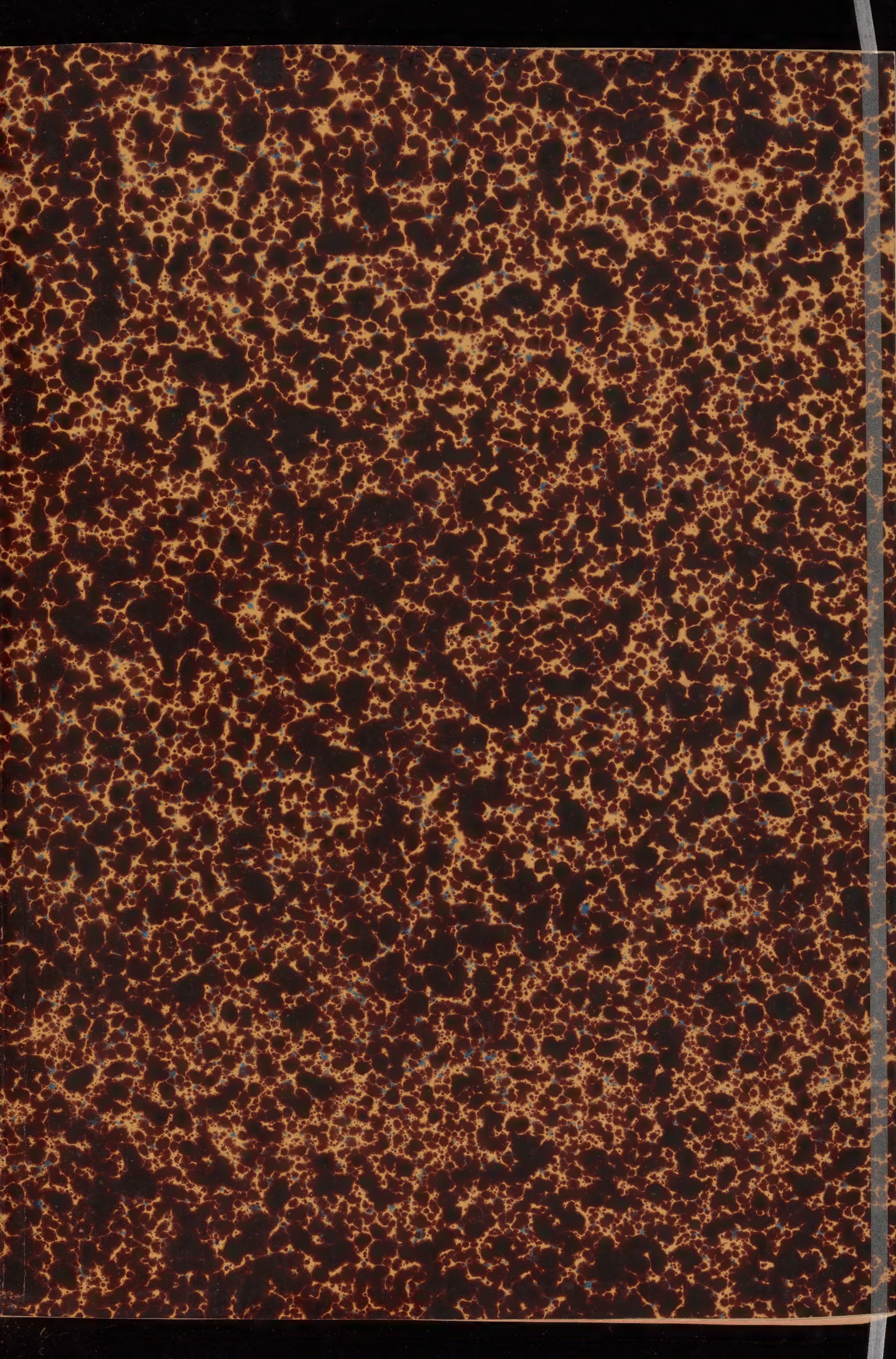
ARTISTICA



M S

Pascó 21





LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XXIV.—AÑO 1905

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1905

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 1.º de enero de 1905 — Núm. 1.201



Composición de A. Mas y Fondevila

SUMARIO

CORO DE ALABANZAS

El que há tres centurias resuena en honor de Cervantes y en elogio de su inmortal producción, aumentado hoy con las millares de voces que se alzan en todas partes, constituye el hosanna más excelso que en loor del genio han entonado los siglos.

Cierto, yo he visto en la historia cómo siete ciudades de Grecia se disputaban la honra de que en su seno había nacido el primero de los hijos de Apolo.

Aún resuena en los oídos, y ciertamente resonará en los de toda persona culta,

> Mientras rueden las ondas de los ríos
> Y la copa del árbol reflorezca,

el brillante encomio que de él hicieron los críticos, los sabios de las pasadas edades. Es el *poeta*, como por antonomasia le llama Justiniano en la *Instituta*; es el *divino Homero*, como, poseído del mayor entusiasmo, le apellidaba Aristóteles; es el *padre* de la poesía, volvamos á repetirlo, *Homero*, ante cuyo nombre, ¡tan hermosas son sus creaciones!, nos descubrimos todos, como se descubrían los ancianos de Troya al paso de Helena, parecida á una diosa en lo arrogante, singular y deslumbrador de su incomparable belleza.

Esto declarado, ¿será lícito preguntar, sin menoscabo del debido acatamiento, qué héroes (en la relación de universalidad artística) son más conocidos y populares entre los millones de hombres que pueblan actualmente la tierra? ¿Lo son por ventura los capitanes griegos y troyanos, famosos por tantas batallas justamente celebradas en la magnífica epopeya del hijo de Esmirna, ó aquel pobre hidalgo de la Mancha y su inseparable escudero, inmortalizados por Cervantes en esotra epopeya que se llama el *Don Quijote*?

En paz sea dicho, ¿cuándo se ha ensalzado á Homero y su *Iliada* como ensalzan al hijo de la antigua Compluto y á su imperecedera novela, ese canto de amor á la belleza, verdad y justicia? Los que nacieron allende los mares, y del lado de allá de los Pirineos, de los Alpes, del Rhin y de fronteras más lejanas aún, forman con sus alabanzas un coro tan magnífico cual no registran otro parecido ni la historia ni la ficción.

Ahora se alza una voz y dice: «El *Don Quijote* ha tenido la suerte de que por una armonía y una disposición única de la realidad individual y de la verdad general, ha llegado á ser el patrimonio del género humano. Habiendo comenzado por ser un libro de actualidad, se ha convertido en libro de la humanidad, y tiene para siempre sitio señalado en la imaginación de todos. Desde ese momento todo el mundo se ha ocupado en él y ha tomado de él á su antojo, interesando lo mismo á los niños que á los hombres. Sin que lo pensara Cervantes, cada uno de nosotros es un Don Quijote y un Sancho Panza. En cada uno de nosotros se halla, en mayor ó menor grado, algo de esta deficiente alianza del ideal exaltado y del buen sentido positivo y rastrero. En muchos es sólo cuestión de edad; uno se duerme siendo Don Quijote y se despierta siendo Sancho.»

Luego, con profundidad no menos filosófica, se levanta otra voz y rompe á hablar: «En esta suprema alegoría que se llama *Don Quijote* vive y respira el hombre inmutable, la humanidad de todos los países y de todos los siglos y se presenta con sus excesivos deseos, sus desmesuradas empresas, sus virtudes sobrenaturales y sus acciones mezquinas.» Pero según Pascal, «nuestra grandeza se ostenta aun á través de nuestras miserias, y la grandeza moral del héroe de la Mancha es evidente para todos los que saben ver y leer.»

Sí, queden en silencio, fuerza es repetirlo, las alabanzas de un Lope, de un Tirso, de un Calderón, de un Quevedo, que á cada nueva lectura del *Don Quijote* se sentía tentado á quemar cuanto había escrito. No busquemos argumentos para confundir á los que afirman haber sido recibida con indiferencia por los españoles la primera novela de la Literatura Universal y cedan el paso todos estos razonamientos, para que sólo se oiga á los que sin abdicar del amor á su respectiva patria, á su propia literatura, ponen sobre su cabeza el único libro por el que todavía somos respetados en el extranjero.

Diríase que asidas de la mano la inspiración, la poesía, la ciencia y cuantos con ellas se congratulan, han formado en tierra extraña un coro de alabanzas que, enorgulleciendo á los buenos españoles, han de avergonzar á los que se imaginan hemos de cubrirnos el rostro porque nada bello podemos presentar en el grandioso templo del Arte.

Ha de llenarles ciertamente de confusión, y á nosotros de complacencia, saber cómo se ha juzgado nuestro libro por quienes, si desconocen en parte las bizarrías de la lengua castellana, han mostrado que en punto á elevación de pensamiento vencen á no pocos de los que aquí presumen de cervantistas, de los que se imaginan haber llegado á la meta del pensar alto y sentir hondo.

Comiencen á hablar los de fuera de España, y juzgue el lector.

De las notas que tenemos acotadas, entresacamos, no de industria ni deliberadamente, sino tal como aparecen en nuestra cartera, las siguientes:

«Cervantes es en la poesía española el grande y único centro que ha dado impulso de producción á todos los géneros de la misma, y sin embargo, sólo consigo mismo puede compararse, porque descolló, realmente hablando, sobre el espíritu de su nación.»

Cuando se publique, añadimos aunque no por vía de reparo, la obra de un eximio cervantista, se verá confirmada esta afirmación respecto al inmenso caudal de producciones gramaticales que inspiradas en las obras de Cervantes se han escrito en las diversas partes del mundo.

«Por intuición y sin darse de ello clara cuenta, dice Littré, descubrió y empleó uno de los puntos más importantes de la psicología histórica, á saber: la alianza de la alucinación con la razón y la influencia de esta alianza.»

También Víctor Hugo habló de Cervantes.

«Tiene una maravillosa intuición, escribe, de las acciones íntimas del alma y una filosofía de fases inagotables que parece poseer un mapa nuevo y completo del corazón humano. Cervantes ve el interior del hombre; su filosofía se combina con el instinto cómico y con el novelesco. De ahí lo incesantemente variado de sus personajes, de su acción, de su estilo; lo imprevisto de sus magníficas aventuras. Como poeta reune los tres dones soberanos: la creación, que produce los tipos y viste las ideas de carne y hueso: la invención, que, poniendo en choque las pasiones con los acontecimientos, hace dar chispas al hombre contra el destino y produce el drama: la imaginación, sol que derramando el claroscuro por todas partes da relieve á las cosas y las vivifica.»

En prueba de que el autor se desmintió á sí mismo cuando dijo «Nunca segundas partes fueron buenas,» consignamos gustosos el juicio de este otro crítico, también extranjero:

«En la segunda parte del *Don Quijote*, que á nuestro entender es superior á la primera, se descubre el verdadero pensamiento del autor; no se trata de caballería andante, sino de lo más preciso para continuar la obra. Es un libro de filosofía práctica, una juiciosa y suave sátira de la humanidad.»

¡Qué hermoso esotro pensamiento!:

«Las mujeres en el *Quijote* aman como tales y hablan como ángeles.»

¿Es una simple novela, un libro de mero entretenimiento? Oigamos la opinión de un nuevo escritor:

«El pincel de Cervantes trazó un cuadro de la vida en España, en el siglo XVI, más preciso y rico que los que puede proporcionar el estudio de las crónicas monacales de las bibliotecas.»

¡Con qué interés siguió la lectura del libro el que así razona!:

«Don Quijote es un loco lleno de buen sentido; Sancho un hombre de buen sentido, lleno de locura; el uno todo poesía, sólo aspira á la gloria; el otro, todo prosa, sólo busca la fortuna, y presta tanta credulidad á los sueños de su codicia, como el caballero de la Mancha á las ilusiones de su heroísmo.»

«Ordinariamente Don Quijote habla como un loco; pero cuando trata de lo que atañe al gobierno de los pueblos, entonces discurre con el soplo de la sabiduría. Palabras de oro fluyen de sus labios cuando enseña á su fiel escudero Sancho el arte de gobernar. Si se quiere saber cómo sienta el mando en las almas buenas y sencillas, léase el final del gobierno de Sancho, acompáñesele con toda su corte al establo, y óigase su discurso, realmente sublime, á su antiguo y fiel amigo el rucio.»

El libro más alegre y vivaz de cuantos se han escrito es á la vez el más tierno y melancólico.

Esta novela, empezada en una cárcel, terminada en una vivienda accidental, tiene el melancólico encanto de una confesión; en ella las ilusiones y los trabajos del héroe se unen dolorosamente á las esperanzas y á los desengaños del autor. Pero en este corazón meridional había gran copia de dulzura y de gracia, y quizás también le alentaba la idea de que siendo la idealidad un gozo superior, tienen los locos ya desde este mundo una parte en el reino de Dios. He aquí por qué se necesita tener muy fino el oído para reconocer, por entre la franca carcajada del *Quijote*, el trágico grito del desgraciado escritor.

Esta su melancolía ha prestado constantemente materia á hondas consideraciones.

Don Quijote vive todavía, porque su tipo reproduce un aspecto esencial y continuo de la naturaleza humana. Don Quijote podrá transformarse de uno en otro siglo, de uno en otro país, mas no puede perecer. El progreso humano es obra de los idealistas, y Don Quijote es un idealista perfecto. No sufre más equivocación que ir en busca del ideal en su pasado que no puede volver. El ridículo de que se cubre es precisamente consecuencia de un regreso á lo imposible. No se da cuenta de los tiempos nuevos y cambiados; no comprende que las cosas nuevas exigen formas nuevas; ve lo pasado en su aspecto más ideal y quiere resucitarlo.

Que en competencia con Shakespeare aparezca Cervantes más comunicativo, lo confiesa James J. Gibsón: «Quien haya percibido, dice, el encanto de este *Hechicero del Mediodía*, conocerá cuánto su personalidad está estampada, cual acuñada pieza, en todo lo que escribió; cuánto la novela de su vida está entretejida con la novela de sus escritos; de tal manera, que, á la par del amor á sus obras, nace y crece nuestro cariñoso interés hacia el sin par novelista. Todo el mundo siente que así sucede con el *Quijote*. En esta novela de las novelas y tras la visera del inmortal caballero que parece tan sólo nacido para desterrar del mundo el tedio y la melancolía, y reemplazarlos con la risa y el regocijo, descubrimos la faz de un hombre cuyos ojos no manifiestan señal alguna de locura, sino un ardoroso entusiasmo templado con toda clase de humorísticos fulgores, cuyos labios tienen siempre una graciosa sonrisa para sus amigos y una irónica mueca para los enemigos, cuya frente surcada por las penas, los cuidados y los sinsabores revela al hombre de vasta experiencia, ya de los hombres, ya de las cosas, la cual le da el derecho y la suficiencia para tratar del universo todo...»

Tarea poco menos que imposible fuera la de reunir en un artículo las mil y mil voces, para decirlo por medio de una imagen, que formando coro grandioso se han alzado á una para cantar, con el más grande de los entusiasmos, las alabanzas de *Cervantes* y de su *Ingenioso Hidalgo*.

Cese el himno, aunque con pena nuestra, y no se oiga más voz extranjera que la de Emile Gebhart: «Sobrevivir no puede á los gloriosos fantasmas que de tantas miserias le han consolado. Mientras ha creído en ellos, ha acogido los palos con la resignación de un amante ó de un mártir; ahora que sabe que el penar y el luchar por el restablecimiento del derecho y la exaltación de la justicia es contender contra simples molinos de viento, no le queda otro camino que el del otro mundo. ¡Paz á vuestra memoria, *Caballero de la Triste Figura!* ¡Habéis sido vencido! ¡Es el destino de las grandes almas y de las grandes causas! ¡Pero nos habéis divertido mucho, y por el deleite que os debemos, os lloramos eternamente!..»

Clemente Cortejón.



Las mujeres del Quijote.



El examen más superficial de la contextura del *Quijote* advierte que ella se compone de una doble serie de elementos: la parte original y la parte tópica. Muy fáciles de distinguir al instinto crítico son los materiales que la época, la tradición literaria, las modas imperantes y la misma corrupción del gusto impusieron al autor, de aquellos otros que, con divina é inconsciente espontaneidad, surgían de la propia entraña del genio. ¿Quién que no esté atacado del «delirio de los cervantistas» no establecerá una separación radical entre la inspiración y la retórica; entre los «trozos escogidos,» los fragmentos de antología, las parrafadas compuestas y de retoque, y aquellas otras páginas ingenuas, bañadas en luminoso realismo y en nueva y desconocida idealidad, que constituyen la aportación imperecedera del gran libro? A ninguna organización verdaderamente artística y delicada se le ocurrirá confundir la pintura de la edad de oro ó el discurso sobre las armas y las letras—temas retóricos, ejercicios de humanista de los cuales la literatura del renacimiento ofrece mil y mil versiones—con la vela de las armas ó la inefable descripción de la noche en el Toboso, maravilla de simplicidad y de poesía en acto puro.

Resulta, pues, sumamente asequible para el lector moderno el descubrir en la sucesión del *Quijote* cuándo se interrumpe la corriente genial, directa y personalísima y cuándo obra la corriente imitatoria; cuándo calla Cervantes y cuándo habla la época; cuándo desaparece el autodidacto peregrino y cuándo se desahoga en progimnasmas y disertaciones sujetas á número, concordancia, rotundo hipérbaton y bien «cometida» elipsis, el espíritu amplificatorio de las aulas complutenses. Así, lejos de formar un bloque homogéneo, parece la obra un veteado. Atraviesan el cuerpo del libro capas y arrastres de novela italiana, de oratoria latina, de sentenciosidad estoica á lo Marco Aurelio, de arcadismo pueril, afectado y no menos delirante que los propios libros de caballería. En virtud de una de esas contradicciones tan frecuentes en los supremos artistas, al lado de la parodia inmortal de un género literario extravagante y falsísimo, ofrece su tributo y cooperación á la Arcadia lacrimosa y flébil. Ahuyenta del mundo á los Felixmartes de Hircania, Cirongilios de Tracia, Esplandianes y Platires, y puebla su mismo libro de Grisóstomos, Vivaldos y colonias sentimentales de amantes despechados que discurren con trajes de opereta pastoril y pellicos de negra lana, coronados de ciprés y amarga adelfa, blandiendo enlutados tirsos, grabando el nombre de la ingrata en la corteza de los chopos, ensordeciendo el aire con suspiros y lamentos, no menos que con el tañer de gaitas, albogues, zampoñas y caramillos.

Pues idéntico dualismo separa á las mujeres del *Quijote* en dos grupos: las verdaderas creaciones cervantinas y los tipos ó productos de la literatura contemporánea y ambiente, patrones cortados á la medida del deseo y de la convención. Aun en la misma criatura imaginaria se da, con frecuencia, el caso de hallarla sujeta á esta doble influencia y ver en ella la humanidad y la vida momentáneamente eclipsadas por superposiciones de sentimentalismo retórico. ¿Será preciso señalar y poner á un lado á Marcela, Luscinda ó Quiteria, abstracciones de la perfidia arcádica ó de las bellas desdeñosas y tornadizas indispensables al poeta? Sin ellas no pudiera haber pastores «intelectuales,» que lloren sus desdenes y aun se los echen en cara con todos los primores de la prosopopeya, el clímax y demás figuras de dicción ó de sentencia que vengan al caso: ¡Oh, ingrata Dido, cruel Medea, encantadora Circe!.., y así por el estilo.

El lector de nuestros días sabe ya á qué atenerse. No es preciso indicarle tampoco el grupo de las verdaderas creaciones, así emanen de la misma trama principal del libro como de las interpolaciones episódicas. En tal grupo están Maritornes, el ama y la sobrina de Don Quijote, Dorotea, la duquesa, Altisidora... Nadie dejará de ver cuáles resultan obra de artificio y compostura, maniquíes convencionales, bellezas académicas ó *madonas* de retablo, y cuáles son figuras animadas y vivientes que surgen con sobriedad y eficacia velazqueña. El feminismo de Cervantes sufre los mismos eclipses é interrupciones que el episodio central de su obra: sobre el gran lienzo realista é irónico, cuelga á menudo tapicerías mitológicas y pastorales. Entre tapiz y tapiz aparece el fondo luminoso y embriagador de la vida, y aun en el mismo capítulo descúbrense dos zonas correspondientes á los dos métodos de pintura. Obsérvese, si no, en las bodas de Camacho, la pletórica y riquísima paleta de la primera parte: la improvisada cocina campestre con el novillo espetado en el asador de un olmo entero, repleto el vientre de tiernos lechones; y las seis ollas grandes como medias tinajas llenas de sabrosos carneros; y las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin plumas y la çaza de toda especie y los zaques de vino colgando de los árboles; y los grandes rimeros de pan blanco y los quesos formando un muro de ladrillos enrejados; y los cincuenta cocineros y cocineras limpios y diligentes, que recuerda todo los más pingües bodegones y *kermesses* de la escuela holandesa y es un himno á la abundancia que no tiene precedente literario más que en el Arcipreste de Hita y su desafío de *Don Carnal y Donna Cuaresma*. Y obsérvese á continuación el pastiche trágico-pastoral de la aparición de Basilio, con su sayo negro gironado de llamas carmesíes y su imprescindible corona de ciprés funéreo, y toda la farsa lúgubre subsiguiente.

Del mismo modo basta comparar las «mujeres de égloga» con las figuras picarescas ó simplemente naturales y urbanas del *Quijote*. Marcela es una sentimental diserta, empalagosa y semiandrógina; una *romántica* de la época pastoril que no puede compararse más que á las Lelias ó Valentinas de Jorge Sand esperando la llegada del lánguido Stenio, y que en manos de Tirso hubiera resultado melindrosa como Marta y en manos de Molière preciosa ridícula como Maguelone. Luscinda y Quiteria son criaturas insignificantes ó meros supuestos retóricos para que haya en el drama la prótasis, epéntesis y anagnórisis requeridas por los Don Hermógenes de todos los tiempos. En sus billetes á Cardenio, Luscinda es también conceptuosa y redicha como una institutriz. Claudia Jerónima en el encuentro de Roque Ginart y Ana Félix en el suceso de las galeras de Barcelona, son meras reproducciones de la doncella andante, virago y monja alférez del teatro español, eternas burladas en persecución de sus burladores; y de idéntica prosapia es Leandra, seducida por el soldado fanfarrón de vuelta de Nápoles, lleno de garambainas y colorines vistosos, que le roba cuanto tiene y la deja en una gruta abandonada y en camisa. La misma Zoraida de la historia del cautivo, con su nota ingenua de poesía oriental y su fervor de cristiana neófita enamorada de la Virgen María ó Lela Marien, es algo como prolongación de los romances fronterizos y mudéjares, más bien que traslado directo de cosa no tratada é inédita.

Y al lado de estas imágenes ó convencionales ó borrosas, ¡cómo destaca esa otra población femenina de las criaturas de carne y hueso, ora nobles, ora truhanescas, que pertenecen á la zona cervantina bañada por el sol de la verdad y del humorismo! No busquemos una descripción cerrada y formal de ninguna de ellas. Van surgiendo, al desgaire, como cosa interior y de fluido, con simples rasguños de la pluma, con simples trazos de evocación impresionista. El mismo Cervantes olvida á menudo su propia creación, trueca sus nombres, unas veces la llama Teresa Panza y otras Juana Panza, ó habla, por negligencias de desmemoriado, de su gordura, después de haberla supuesto avellanada y seca. Aquello es la ausencia misma de toda preconcepción, prodigio de intuiciones irreflexivas y de retina genial que enfoca la imagen y la entrega á la posteridad, como la cámara obscura: sin saberlo. ¡Qué relieve no alcanza Maritornes creada en dos líneas como «moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana!» ¡Cómo flotan y viven en la memoria de la humanidad las mismas figuras secundarias y de último término de esta estirpe, las Pelonas y Molineras de la venta de Juan Palomeque el Zurdo, la Aldonza Lorenzo vista por Sancho cribando candeal ó cabalgando en las pollinas y transformada por don Quijote en excelsa Dulcinea del Toboso cuyos dientes son perlas, cuyas mejillas rosas y cuya frente campos elíseos! Y del mismo modo las dueñas regañonas y entrometidas, las doñas Rodríguez, las campesinas forzadas, las simples viñetas y perfiles de un momento como Clara Perlerina ó la hija de Diego la Llana.

Del grupo que pudiéramos llamar serio y comedido, aunque nunca resulta ñoño ó santurrón, descuella en primer término Dorotea. Gentil y desenfadada, con sus cabellos rubios que descienden desatados hasta el tobillo, con su franca risa y su discreción, con los ardores de su mocedad, con la natural y llana explicación de su caída, resulta un tipo encantador de rica hembra, de salud vigorosa, de entendimiento pulido, que sabe manejar la rueca y tañer el arpa, tan rica de sangre como de simpatía y vitalidad. La misma Camila y, sobre todo, Leonela su criada en la novela del *Curioso impertinente* pudieran haber sido adoptadas por el propio Shakespeare, así en virtud del germen italiano que tantas veces fecundó su mente, como por la astucia y sagacidad que hace relampaguear en ellas la mancomunidad del secreto y de la culpa. En la última parte de la obrilla, Cervantes se eleva desde su índole equilibrada y benigna y desde su observación socarrona, pero indulgente, á las diabólicas clarividencias del trágico inglés y á las introspecciones rápidas y desoladoras de Balzac. ¡Y quién olvida á la duquesa y á la doncella Altisidora! Son tal para cual: joviales, llenas de malicia y de equívoco, mujeres de salón, elegancias de su tiempo. A la duquesa se la recuerda siempre tal como aparece en el libro: montada en hacanea blanquísima, con rozagante vestido verde y un astor en la mano izquierda; se la recuerda en la montería armada de un venablo para acometer al jabalí como las Mevias de Juvenal; se la recuerda en sus coloquios espirituales con don Quijote y en sus burlas donosas con Sancho. Es la dama del gran mundo, mujer de *esprit* de todas las edades, frívola, cuidadosa tan sólo del placer y de la novedad agradable. De vivir ahora, uno la imagina jugando al *tennis* ó guiando un automóvil, con la propia tez de rostro «que no parece sino de una espada acicalada y tersa,» y aquellas mejillas de leche y carmín y aquella gallardía que va derramando salud por donde pasa. Altisidora es la doncella Placerdemivida de esta princesa Carmesina, pues todo el episodio del palacio del duque tiene lejano parentesco de parodia con el de *Tirante el Blanco* en el palacio del emperador.

Ni se escapa, por último, de la memoria aquella delicadísima Clara de Viedma, hija del oidor, que en la venta de los enredos y desenredos da ocasión á la presencia del fingido mozo de mulas é inspira el delicioso romance: *Marinero soy de amor*, nota (poco frecuente en el *Quijote*) de verdadera idealidad y misterio siempre que de rimas se trata. Acaso Cervantes, fuera de la Gitanilla, no haya creado nada tan gracioso y fresco como esa interesantísima colegiala, flor entreabierta y bañada por el primer rocío de las ilusiones. Produce el embeleso perfecto de lo virginal; y sin alcanzar la avasalladora expresión poética del gran Guillermo, uno la reconoce por del mismo vergel que aquellos lirios shakespirianos que se llaman Cordelia, Ofelia y Julieta, hostias de propiciación, tórtolas consagradas al holocausto expiatorio de las iniquidades humanas.

Pero Cervantes no era el cantor de los paroxismos pasionales ni de las trágicas violencias, sino el poeta del equilibrio de la mente y el pintor supremo de la normalidad de la vida. Gracias á este poder poseemos la obra más admirable que el sentimiento de la resignación haya hecho producir á las letras profanas, y por su virtud el *Quijote* ejerce una acción consoladora, sedante y balsámica que, sin irreverencia, puede compararse á la del *Kempis*. Por esto sobresale en la pintura de las abnegaciones caseras y vulgares impregnando de exquisita distinción y rodeando de nimbos luminosos figuras de condición tan humilde como el ama y la sobrina de Don Quijote, de la misma manera que Velázquez los comunicaba á sus hilanderas, á sus meninas y á sus pobres de espíritu.

Es un arte que refleja la luz del sermón de la Montaña y cae, con beso de divina dulzura, sobre la frente de los abatidos y mansos de corazón. Así pudo escribir Cervantes la página homérica de Sanchica y Teresa Panza al llegar el emisario de los duques á la

aldea de Sancho. Del arroyo en que lavaban las mujeres se levantó una mozuela despeinada y, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas, fué corriendo delante del mensajero y su cabalgadura. «Salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza hilando un copo de estopa...» No sé qué extraña emoción inenarrable palpita en esta ingenuidad sin segundo ni qué auras de bienaventuranza ni que efusión de íntimas misericordias han pasado del corazón del artista á unas frases sin aliño ni elegancia aparente. Este artista no podía serlo para la íntegra expresión de las crueldades del destino ni para descubrir la deformidad moral de los grandes malvados y réprobos. Hasta en lo grotesco se complacía en buscar ocultas perfecciones, y de la misma hediondez de una Maritornes extraía el perfume de la conmiseración haciendo que acorriese á Sancho, vapuleado y maltrecho, con el agua refrigerante de las Samaritanas.

Miguel S. Oliver.

El tocado femenino y sus vocablos en el «Don Quijote»

Formando parte del *Léxico de vocablos del «Quijote» caídos hoy en desuso,* poseemos un regular caudal de voces pertenecientes á indumentaria, armería, cetrería, música y agricultura, que usó Cervantes con suma propiedad en su *Ingenioso Hidalgo,* pero que las vicisitudes de los tiempos y la transformación radical que nuestras costumbres han sufrido hicieron también desaparecer del usual y corriente lenguaje castellano.

Entre ellas figuran las palabras pertenecientes á los adornos, tocado, afeites é indumentaria femenina que nos ha parecido de utilidad oportuna consignar en este lugar, dedicado con tan feliz acierto por la La Ilustración Artística á *Las mujeres del «Quijote.»* Porque el atavío de la mujer es en todos tiempos y naciones indicio elocuente de los grados de cultura, refinamiento, decadencia ó esplendor de un pueblo, y por medio del estudio de las diversas prendas que lo forman pueden el historiador ó el sociólogo colegir un rasgo étnico importante, ó un dato positivo ó negativo para la sanidad social del mismo. La escultura, la medalla y la moneda nos ofrecen datos utilísimos para tal estudio; pero el texto de la obra literaria que fué expresión viva de una época y una raza, es superior todavía en intensidad gráfica al monumento arqueológico, que suele expresar solamente *lo que fué* entre ciertas y determinadas jerarquías, no lo que en realidad de verdad era y sentía el conjunto de una masa social tan compleja y heterogénea como la España del *Quijote.*

Siguiendo pacientemente el texto cervantino (seguimos siempre la edición de Cuesta de 1608-1615), y reuniendo cuantos vocablos substantivos usó el autor del *Quijote* concernientes al traje, tocado y adornos femeniles, asombra verdaderamente el número crecido de los que han desaparecido del léxico castellano. Como tal desaparición arguye al propio tiempo la del objeto que las voces designaban, síguese de ahí el cambio radical que la indumentaria femenina ha experimentado en España en el transcurso de tres siglos y medio. Pero no es el cambio lo que ha de interesar al historiador ó al crítico, ya que aquél no ha sido peculiar ni exclusivo de nuestra nación, sino la pérdida total de unas voces, propias y adecuadas todas, que han caído en desuso por la desaparición ó modificación del objeto que designaban.

Ciertas palabras, como *brincos,* que era nombre genérico para designar «joyas» unas veces y otras «dijes, cuentas ó abalorios de cristal;» *folladillos,* que significaba cierta bocamanga de encaje ó muselina, y *zahones,* que era una especie de camisolín con golilla, fueron adoptadas por escritores posteriores á Cervantes con acepciones diversas, viciadas las más de las veces, hasta perderse por completo al llegar el siglo XVIII. Así hallamos en Quevedo, Espinel, Alemán y sobre todo en el teatro de Alarcón y Moreto aquellas voces en acepción obscura y diversa siempre del sentido en que las usó el insigne *Manco de Lepanto.*

Como primera materia de que se elaboraba el traje femenino y en ciertas prendas el masculino, cita Cervantes el *velarte, vellorí, velludo, sinabafa, angeo, catorceno, sirgo, bocací, cordellate, palmilla, camelote, carisca, platilla, gorbión, estameña* y *anascote,* designando con tales vocablos desde el paño más recio y basto hasta la tela más fina y primorosa. De entre estas diez y seis voces, sólo una ó dos se hallan hoy en uso y vigor en el habla castellana, por existir todavía en ciertas y determinadas regiones de las provincias de Toledo, Avila, Soria y Segovia el paño ó lienzo que ellas designaban. El *catorceno* y *sirgo* son conocidos en Béjar y en Osma; el *cordellate,* sin existir hoy en los comercios de lencería, es voz que vive todavía en el Norte de Navarra y Cataluña.

Al dar forma determinada á la prenda de ropa, nos hallamos con *tunicela, verdugado, guardainfante, tontillo, saltaembarca, monjil, lechuguilla, marquesota, saboyana, arrequive, arrocado, marlota, farseto,* y otras muchas voces que equivalen á otras tantas piezas del traje femenil, precisas y determinadas unas y de vaga significación las más de ellas. Así el *verdugado,* según leemos en Rivadeneyra, es pieza de indumentaria «que usaban sólo las hembras de dudosa fama,» mientras Solís la aplica para denominar una falda de dama en traje de corte.

El *almaizar,* la *almalafa,* el *brial,* la *galocha,* la *tunicela,* que representaban otras tantas prendas del traje de la mujer acomodada en el siglo XVI, denuncian su origen árabe las dos primeras y su procedencia italiana las tres últimas, aunque no falte quien haga derivar la *galocha* del latín *galea.* El *chapín,* especie de calzado propio de damas distinguidas y que solía tener suela de corcho, lo mismo que *pasamaque,* zapato de procedencia y usanza árabe, son dos voces que han vivido indistintamente en Castilla, Aragón y Navarra, y que en Cataluña se halla en muchas composiciones del *Romancerillo Popular,* catalanizada por la voz *xapí* la prenda.

Los *garvines* (adorno de la cabeza), las *ajorcas* (collares de valor), los *senogiles* (ligas de contextura especial), el *antojo* y el *papa-higo* (clases especiales de anteojos usados por las dueñas de servicio en casas principales), servían para denominar diversos objetos cuya contextura ha variado tanto en nuestros días, que se ha perdido totalmente su forma y por ende la denominación cervantina.

¿Qué dama distinguida y elegante osará hoy llamar *sebillos* á las pomadas más exquisitas de tocador, *blandurillas* á los perfumes líquidos del mismo y *mudas* á la cascarilla, *cold-cream* y demás pastas de perfumería, como los llamaba Cervantes en su *Quijote?*

Esto no quiere decir que tales voces hayan desaparecido por completo del campo del uso del habla castellana. Lo que sí acontece es que en ciertas regiones del riñón de Castilla viven algunas designando objetos semejantes ó análogos á los que en el siglo XVI significaron. En los campos de Ocaña y Tarancón hemos oído mentar al *catorceno* y *camelote,* al *velludo* y al *farseto;* mientras ninguno de nuestros novelistas más insignes y castizos en el arte del bien decir patrocina hoy tales voces. En la Mancha hemos hallado el *pegujar* de que habla D. Quijote á Sancho, como voz corriente y usual, aunque sincopado muy notablemente.

Sumamente curioso es el proceso de cómo cualquiera de estas voces ha ido desapareciendo del uso y hasta del léxico popular, que es el resultante de aquél. Tomemos por ejemplo la voz *antojo,* que hoy es entre nosotros sinónimo de *capricho, rareza ó anhelo pueril y descabellado.* En tiempo de Cervantes significaba además una especie de «anteojo» ó «mascarilla» que servía para resguardar el rostro de las damas del polvo y del sol al emprender éstas luengas jornadas en litera, silla de manos ó calesa, chisme parecido al que hoy usan las que discurren en el prosaico y antiestético vehículo denominado «automóvil.»

Esta voz subsistía á fines del siglo XVI, significando indistintamente *capricho* y *anteojo,* y así en el *Ejercicio de Perfección y Virtudes* del P. Alonso Rodríguez se lee: «Si ansí pensáis proseguir y *no tenéis ojos sino antojos...*» En el *Cancionero* de Ubeda hallamos: «No curemos del *antojo*—que tapa la visión clara.» Dice Quevedo, en la *Vida del Buscón:* «No veía, porque el descomunal *antojo* velábale la claridad.» Llega el siglo XVIII con la influencia galicista que perturba el casticismo de nuestro romance, y la voz *antojo* desaparece ya en el sentido de significar aquel objeto, quedando hoy día únicamente para denominar el capricho ó rareza poco mesurados.

El *bocací* (clase de tela preciosa) vive en el idioma mucho antes de que Cervantes escribiese el *Quijote.* Hallámosle en *La Crónica Rimada,* en Ambrosio de Morales, en Florián de Ocampo, en el Arcipreste de Hita y en el propio *Romancero,* en donde leemos: «Vestida de *bocací* - va la Infanta de Castilla.» Góngora lo conserva en sus *Romances,* diciendo: «Ni armiño ni *bocací*—hacen gallardo al caudillo.» Argote de Molina, el Maestro Oliva, D. Carlos Coloma, Hurtado de Mendoza y Malón de Chaide usan tal substantivo que no es, por otra parte, mentado que sepamos por ningún dramaturgo del siglo de oro. Moratín es el último que lo incluye en una comedia suya, y en el siglo XIX muere tal vocablo para siempre.

Otras voces cervantinas han ido desapareciendo, modificándose primero, desnaturalizándose después y más tarde haciéndose del todo distintas. Tal ha acontecido (para no citar en este artículo más que las pertenecientes al tocado é indumentaria femenina) con la voz *sirgo* que, proveniente del latín *sericum* y significando solamente «seda,» la general, ha ido tomando los nombres de *sirga, serca* y *serga,* para venir á designar la *jerga* ó mezclilla de paño, desapareciendo así del todo la voz y significado primitivos.

La denominacion de casi todas las piezas de la indumentaria femenina actual es exótica en España, que mendiga servilmente al idioma francés é inglés los principales nombres de las prendas de vestir y del tocado femenino. Cierta cosa es que fuera linaje de absurdo pretender que nuestras damas apellidasen las creaciones más ricas y caras de la moda de Londres y París con los substantivos que usó Cervantes en el *Quijote.*

El estudio completo de las vicisitudes de tales vocablos hasta su total desaparición es obra de paciencia perseverante y de muy ardua fatiga. Creemos sinceramente que mientras ha habido quien ha andado bebiendo los vientos y gastando un portentoso caudal de tiempo, erudición é inventiva para disertar largo y tendido acerca de Cervantes filósofo, Cervantes teólogo, Cervantes geógrafo, Cervantes alienista, Cervantes economista (y ¡hasta... Cervantes cocinero!), que no es empresa menos meritoria y digna estudiar en las palabras de Cervantes, que son el elemento primordial de su concepción artística, ciertos aspectos de la vida humana.

Por esto han de resultar siempre interesantes y trascendentales los estudios de una parte principal de los elementos que integran la novela cervantina. Siendo ésta como es en realidad la obra más humana, imperecedera y verosímil, todo elemento desglosado del conjunto y estudiado ó analizado con criterio de artista, de filósofo, sociólogo ó filólogo, constituye una contribución provechosa al cervantismo y á la literatura en general. De ahí la importancia que revisten estudios como los de los *Caracteres de los amigos y enemigos de D. Quijote* que discretamente esboza la Academia Española en el prólogo de su edición de 1764. Asimismo es importante la topografía de las regiones recorridas por el *Ingenioso Hidalgo* contenida en la misma edición, y no lo es menos el notable estudio acerca de *Cervantes Vascófilo* de nuestro erudito compañero Julián Apraiz, Director del Instituto de Vitoria.

A unas doscientas ascienden las voces substantivas que hemos registrado en el *Quijote* y reputamos por desaparecidas hoy totalmente del uso vulgar de nuestro idioma. Cada una de ellas ha de ser estudiada en los autores contemporáneos y posteriores á Cervantes, hasta ver cómo se modifican ó alteran y á veces desnaturalizan su morfología y acepción primitivas, hasta dar con la época y sazón en que desaparecen totalmente. Como muestra de este proceso hemos expuesto las vicisitudes experimentadas por las voces *antojo, bocací* y *sirgo,* y por ellas podrá el lector juzgar cuán útil y curiosa ha de ser la empresa de llevar á feliz término el *Léxico de vocablos del «Quijote» caídos hoy en desuso* y cuya total compilación reservamos para mejores días.

Arturo Masriera.



ALDONZA LORENZO (Dulcinea del Toboso)

– Y ¿qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo caballero.

– No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

– Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos; y si miraste, amigo, el trigo, ¿era candeal ó trechel?

– No era sino rubión, respondió Sancho.

. . . .

(Primera parte, cap. XXXI.)



LA DUQUESA

... pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo: «Ahora que estamos solos, y que aqui no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me absolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa. Una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea (digo, á la señora Dulcinea del Toboso) ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, cosas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos?»

(Segunda parte, cap. XXXIII.)



LA CAMPESINA FORZADA

Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata; él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase y se la entregase, así como estaba, á la querellante; él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor Gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, contenta se salió del juzgado, llevando la bolsa asida.

. . . .

(Segunda parte, cap. XLV.)



QUITERIA

Y como Sancho vió á la novia, dijo: «A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que, según diviso, las patenas que había de traer son ricos corales y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos. Y ¡montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco! Voto á mí que es de raso. Pues ¡tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! No medre yo, si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara... ¡No, sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis á una palma, que se mueve, cargada de racimos de dátiles!» . . . .

(Segunda parte, cap. XXI.)



ZORAIDA

«Demasiada cosa sería decir yo agora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos; sólo diré que más perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenía en la cabeza... Digo, en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la más que hasta entonces había visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecía que tenía delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio.»

. . . .

(Primera parte, cap. XLI.)



TERESA PANZA

A cuyas voces salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda (que parecía, según era de corta, que se la habían cortado por vergonzoso lugar), con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta, pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada; la cual viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo:

– «¿Qué es esto, niña? ¿Qué señor es este?»

. . . .

. . . .

(Segunda parte, cap. L.)



LEANDRA

Tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto había, y al cabo de tres días hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la había engañado, y debajo de la palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa de su padre; que él la llevaría á la más rica y más vistosa ciudad que había en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y peor engañada, le había creído, y robando á su padre, se le entregó la misma noche que había faltado; y que él la llevó á un áspero monte, y la escondió en aquella cueva donde la habían hallado.

(Primera parte, cap. LI.)



CAMILA

«Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo; pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro de que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza?»

(Primera parte, cap. XXXIII.)



MARCELA

«Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora; y sin ser parte su tío ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos: uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decían que la dejaba de querer, y la adoraba...»

. . . .

(Primera parte, cap. XII.)



ALTISIDORA

Altisidora, en la opinión de Don Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenía, y vestida una tunicela de tafetán blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de Don Quijote, con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía alguna.

. . . .

(Segunda parte, cap. LXX.)



LUSCINDA

Y así como hubo acabado, dijo Don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido, después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido; y que así, se salió de su casa, despechado y corrido, con determinación de vengarse con más comodidad; y que otro día supo como Luscinda había faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido; y que, en resolución, al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio...

(Primera parte, cap. XXXVI.)



DOROTEA

El mozo se quitó la montera; y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecía labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda; que después afirmó que sola la belleza de Luscinda podía contender con aquella... En esto les sirvieron de peine unas manos que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos parecían pedazos de apretada nieve: todo lo cual en más admiración y en más deseos de saber quién era ponía á los tres que la miraban.

(Primera parte, cap. XXVIII.)



EL AMA DE DON QUIJOTE

Entraron dentro todos y la Ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el Ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: «Tome vuestra merced, señor Licenciado, rocíe este aposento; no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encante, en pena de la que les queremos dar echándolos del mundo.»

. . . .

. . . .

(Primera parte, cap. VI.)



CLAUDIA JERÓNIMA

Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivía, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. «¡Oh cruel é inconsiderada mujer, decía, con qué facilidad te moviste á poner en ejecución tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducís á quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mío, cuya desdichada suerte, por ser prenda mía, te ha llevado del tálamo á la sepultura!»

(Segunda parte, cap. LX.)



CASILDEA DE VANDALIA

Entre muchas razones que pasaron Don Quijote y el Caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á Don Quijote: «Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó por mejor decir, mi elección, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia. Llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea, pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos...»

(Segunda parte, cap. XIV.)



LA SOBRINA DE DON QUIJOTE

La Sobrina decía lo mismo, y aun decía más: «Sepa, señor Maese Nicolás (que este era el nombre del Barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto á cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio decía que era sangre de las feridas que había recibido en la batalla; y bebíase luego un gran jarro de agua fría y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo...»

(Primera parte, cap. V.)

Primeras ediciones en lenguas europeas
de *Don Quijote de la Mancha*

PRIMERA EDICIÓN EN CASTELLANO DE LA PRIMERA PARTE DEL «QUIJOTE.»—Seis fueron las ediciones que se publicaron en castellano en 1605, fecha de la aparición de la primera parte del *Quijote:* dos de ellas en Madrid, dos en Lisboa y dos en Valencia.



EL INGENIOSO HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA,

Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

Año, 1605.

CON PRIVILEGIO, EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

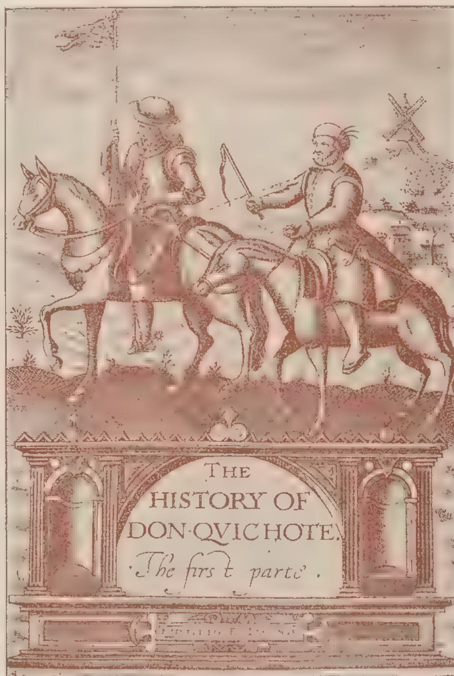
Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

Portada de la primera edición impresa en Madrid, con privilegio, por D. Juan de la Cuesta en 1605.
Tamaño del original, 0'155 × 0'093 mm.

Por las razones que expusimos en el artículo inserto en el número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicado en enero de 1895 y dedicado á la obra maestra de Cervantes, es indudable que la primera edición ó edición *príncipe* fué la de Madrid «con privilegio,» cuya portada se reproduce en el facsímile del presente número. Debió esta edición aparecer al público á principios del año 1605. Así lo da á comprender la fecha de la fe de erratas, que demuestra estaba terminada la impresión de dicho libro en 1.° de diciembre de 1604, y lo confirman los hechos, pues en 26 de febrero y en 25 de marzo de 1605, ya se dieron licencias en Lisboa á los editores Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck para que pudieran reimprimirlo.

Las dos ediciones de Madrid están impresas por Juan de la Cuesta, á expensas de Francisco de Robles; llevan las dos el escudo del mencionado impresor, y las dos contienen la *Tassa* de Juan Gallo de Andrade, dada en Valladolid á los veinte días del mes de diciembre de 1604, y la licencia real, expedida también en Valladolid á 26 de septiembre del mismo año; pero, además de la diferencia capital que señaló Hartzenbusch y que se observa en el texto del capítulo XXVI de las dos ediciones, se notan entre ambas las siguientes diferencias: 1.ª, en la portada de la edición *príncipe*, según puede verse en el facsímile de la misma, se dice solamente «con privilegio,» y en la otra «con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal;» 2.ª, en la edición *príncipe* la dedicatoria va dirigida al duque de Béjar, marqués de Gibraleón, conde de Benalcaçar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcozer, señor de las villas de Capillas, Curiel y Burguillos: y en la otra, en vez de Benalcaçar se dice *Barcelona*, y en vez de Burguillos, *Burgillos;* 3.ª, la edición *príncipe*, en el reverso de la plana que contiene la *Tassa* y que está sin foliar, lleva testimonio de las erratas, de fecha 1.° de diciembre de 1604; mientras que la otra edición lleva tres erratas sin fecha, á continuación de la *Tassa* y en la misma plana; 4.ª, la edición *príncipe* no contiene más que la licencia real para imprimir el libro *en todos estos nuestros Reynos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años;* la otra edición lleva, además de esta licencia y á continuación de la misma, otra real licencia escrita en portugués y fechada en Valladolid en 9 de febrero de 1605, autorizando á Miguel de Cervantes Saavedra *para que possa imprimir nos meus Reynos de Portugal ó liuro intitulado Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*

La diferencia señalada por Hartzenbusch y que se menciona en el párrafo anterior, se nota en el capítulo XXVI de la sección tercera, y es importantísima para distinguir la edición «con privilegio,» que según hemos dicho fué la primera que se publicó, de la otra edición de Madrid, impresa por el mismo Cuesta, la cual, á pesar de ser del mismo año, se publicó después de haber aparecido las dos de Lisboa, citadas anteriormente. Cuando en dicho capítulo se trata de que el héroe manchego se propuso imitar á Amadís, en la edición primera ó «con privilegio» se lee: *mas ya sé que lo que él hizo fué rezar y encomendarse á Dios; pero qué haré de rosario que no le tengo? En esto le vino al pensamiento cómo le haría y fué que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once nudos, el uno más gordo que los demás. y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo;* mientras que en la edición «con privilegio de Castilla, Aragón y Portugal,» que es la cuarta en el orden cronológico, se dice: *mas ya sé que lo que más que él hizo fué rezar y así lo haré yo. Y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse.* El rasgo relativo á la tira de camisa que se lee en la edición «con privilegio» indudablemente se mandó suprimir, porque sólo se encuentra en las dos referidas ediciones de Lisboa; pero no aparece, según acabamos de ver, en la otra edición de Madrid de 1605, ni en las dos impresas en aquel mismo año en Valencia por Pedro Patricio Mey, ni en ninguna de las ediciones posteriores. Y con lo dicho queda demostrada la importancia de este dato para fijar el orden cronológico en que fueron apareciendo las seis ediciones en aquella misma fecha.

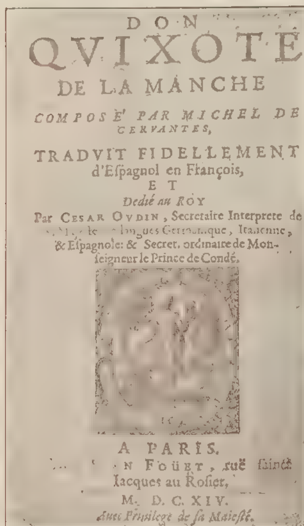


Portada de la primera edición inglesa completa impresa en Londres en 1620.
Tamaño del original, 0'148 × 0'082

Las dos de Madrid, que naturalmente sólo contienen la primera parte del *Quijote*, porque la segunda no se publicó hasta 1615, están impresas en 4.°, papel de hilo, con doce hojas de preliminares y 316 folios, de los cuales van sin numeración los cuatro últimos por exceder de la tasa, y cuatro hojas finales de tabla. Son rarísimos los ejemplares de ambas ediciones, como de las demás del mismo año 1605.

PRIMERA EDICIÓN EN CASTELLANO
DE LA SEGUNDA PARTE DEL «QUIJOTE»

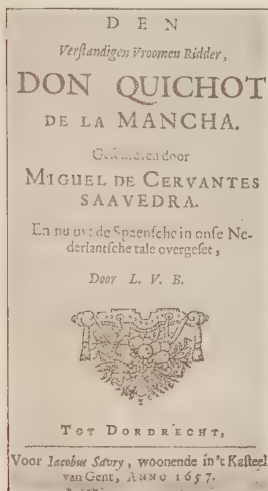
Esta primera edición, ó edición *príncipe*, de la segunda parte, se publicó en 1615. Está impresa igualmente por Juan de la Cuesta, también á expensas del librero Francisco de Robles, con privilegio y dedicatoria á D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos. Consta de un tomo en 4.° con ocho páginas de preliminares y 280 foliadas, tres hojas de tabla y un pie de imprenta. Es una edición rarísima y la única de la segunda parte del *Quijote* que se hizo en España en vida de Cervantes.


DON QVIXOTE DE LA MANCHE
COMPOSÉ PAR MICHEL DE CERVANTES,
TRADVIT FIDELLEMENT d'Espagnol en François,
ET
Dedié au ROY
Par CESAR OVDIN, Secretaire Interprete de ... langues Germanique, Italienne, & Espagnole: & Secret. ordinaire de Monseigneur le Prince de Condé.
A PARIS,
... N FOVET, ruë sainct Iacques au Rosier,
M. D. C. XIV.
Auec Priuilege de sa Maiesté.

Portada de la primera edición francesa impresa en París en 1614. Tamaño del original, 0'135 × 0'073

PRIMERA EDICIÓN EN LENGUA INGLESA

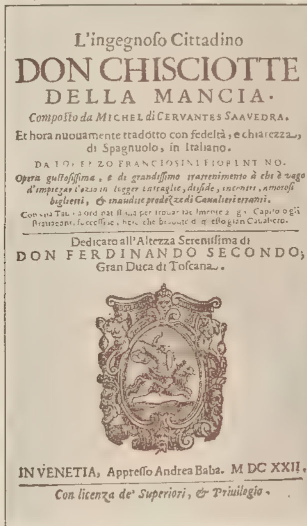
Se publicó en Londres en 1612. La traducción se debe á Tomás Shelton. Fué impresa por William Stansby y editada por Ed Blount y W. Barret. Consta de un sólo tomo en 4.° menor, conteniendo la primera parte del *Quijote,* con 594 páginas de texto, foliadas, más dos hojas sin numerar; y comprende, además del texto, una dedicatoria del traductor á lord Walden, un prólogo de Cervantes, sonetos de Amadís, Belianís, caballero del Febo, Orlando, Solisdán, Oriana, Gandalín y Babieca, y una tabla, cuyos preliminares ocupan doce hojas. Es una edición rarísima, de la cual sólo se conocen dos ejemplares. La primera edición inglesa completa que comprende la primera y segunda parte del *Quijote*, se publicó en 1620 llevando la portada que se reproduce en este número.


DEN
Verstandigen Vroomen Ridder,
DON QUICHOT DE LA MANCHA.
...
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.
En nu uyt de Spaensche in onse Nederlantsche tale overgeset,
Door L. V. B.
TOT DORDRECHT,
Voor Jacobus Savry, woonende in 't Kasteel van Gent, ANNO 1657.

Portada de la primera edición holandesa impresa en Dordrecht en 1657. Tamaño del original, 0'117 × 0'061

PRIMERA EDICIÓN EN FRANCÉS

La primera edición del *Quijote* en lengua francesa data del año 1614, y por esta razón sólo contiene la primera parte de la obra, que fué traducida por César Oudin, secretario de S. M. en las lenguas germánica, italiana y española, y secretario también del Príncipe de Condé. El rey Luis XIII le encargó dicha traducción, por la cual recibió Oudin la suma de 300 libras. Fué editada por Jean Fouèt y consta de un solo tomo en 8.°, papel de hilo, con dos páginas de dedicatoria al rey, diez páginas de prólogo y un extracto, que ocupa una página y media del privilegio del rey con la firma de Vabres, la antefirma «Por el rey y su consejo,» y debajo de dicha firma una nota expresiva de haberse acabado de imprimir en 4 de junio de 1614.


L'ingegnoso Cittadino
DON CHISCIOTTE DELLA MANCIA.
Composto da MICHEL di CERVANTES SAAVEDRA.
Et hora nuouamente tradotto con fedeltà, e chiarezza, di Spagnuolo, in Italiano.
Dedicato all'Altezza Serenissima di
DON FERDINANDO SECONDO, Gran Duca di Toscana.
IN VENETIA, Appresso Andrea Baba. MDCXXII.
Con licenza de' Superiori, & Priuilegio.

Portada de la primera edición italiana impresa en Venecia en 1622 Tamaño del original, 0'128 × 0'072

Portada de la primera edición danesa impresa en Copenhague en 1776. Tamaño del original, 0'132 × 0'079

Portada de la primera edición alemana impresa en Francfort en 1648. Tamaño del original, 0'101 × 0'053

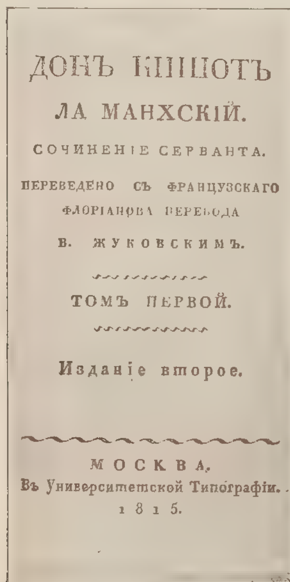
Algunos de los particulares que acabamos de reseñar vienen consignados en la portada de la misma edición, cuyo facsímile se reproduce en el presente número de La Ilustración Artística.

PRIMERA VERSIÓN EN ITALIANO

Consta la primera versión que del *Quijote* se hizo en lengua italiana de dos tomos, el primero de los cuales, publicado en 1622, comprende la primera parte del *Ingenioso Hidalgo*, y el segundo, que se publicó en 1625, contiene la segunda parte de la obra inmortal de Cervantes. Ambos tomos, en 8.°, papel de hilo, fueron impresos y editados en Venecia por Andrea Baba. El primero, cuyo facsímile puede verse en este número, que representa un caballero monta-

Portada de la primera edición portuguesa impresa en Lisboa en 1794. Tamaño del original, 0'114 × 0'071

do sobre un león en actitud de acometer, está formado de 669 páginas de texto, precedidas de una dedicatoria del traductor Lorenzo Franciosini á la Alteza Serenísima de D. Fernando II, gran duque de Toscana, cual dedicatoria ocupa dos páginas, otras dos

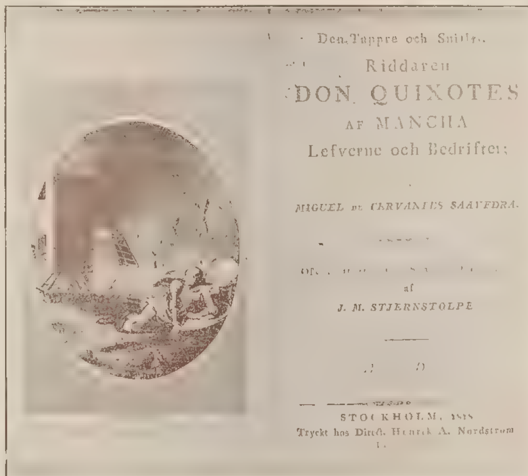


Portada de la quinta edición rusa, exacta reimpresión de la primera, impresa en Moscou en 1815. Tamaño del original, 0'102 × 0'062.

de una advertencia del traductor «A los curiosos lectores,» diez páginas de prólogo y cinco de índice, todas ellas sin numerar. Según puede verse en el facsímile de la portada, Franciosini tradujo la palabra *hidalgo* del castellano, por la italiana *cittadino*, que no es equivalente.

PRIMERA VERSIÓN ALEMANA

La primera edición del *Quijote* en alemán de la que se tiene noticia, según Brunet, data del año 1621; se publicó en Cöthen; consta de un tomo en 12.° y la traducción se debe á P. Balsten von der Sohle. Sin embargo, dicha primera edición es de existencia problemática. La segunda edición, que en vista de lo que acaba de manifestarse pasa por ser la primera, cuya portada se reproduce en este número, es del año 1648, y del mismo traductor Balsten; se publicó en Francfort, habiendo sido impresa por Salomón Schadewitz y editada por Thomæ Matthiæ Götzen.

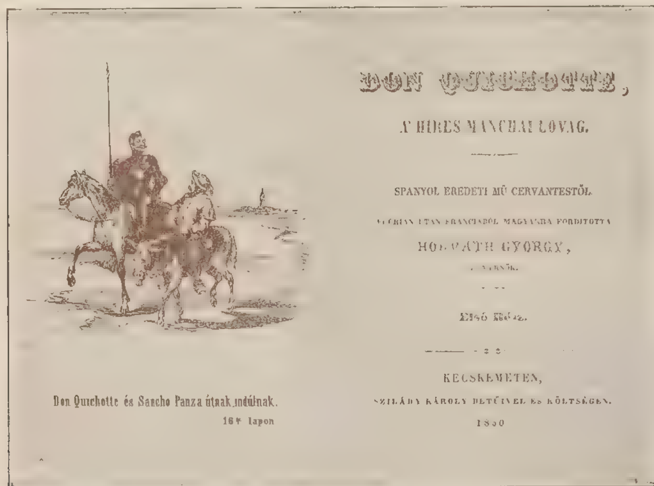


Portada de la segunda edición sueca impresa en Stockolmo en 1818. Tamaño del original, 0'145 × 0'080

Consta de un tomo en 12.°, con 307 páginas de texto, de las cuales corresponden ocho al prólogo ó prefacio, y comprende tan sólo los doce primeros capítulos de la primera parte del *Quijote*.

PRIMERA VERSIÓN EN LENGUA HOLANDESA

Publicóse en Dordrecht en el año 1657. La imprimió Jacobus Braat y la editó Jacobus Savry. Consta de dos tomos en 12.°, papel de hilo; el primero contiene 677 páginas de texto, precedidas de cinco páginas de dedicatoria del editor al Sr. Pieter de Sond, dos páginas de advertencia del traductor al lector y otras dos de una poesía dedicada á Don Quijote. El segundo tomo contiene 819 páginas de texto, precedidas de una dedicatoria, que ocupa tres páginas, del mismo editor al Sr. Dirck de Sondt. Las iniciales del traductor L. V. B. corresponden á los nombres Lambert vanden Bosch, ofreciendo esta edición la particularidad de ser la primera que se publicó con láminas.



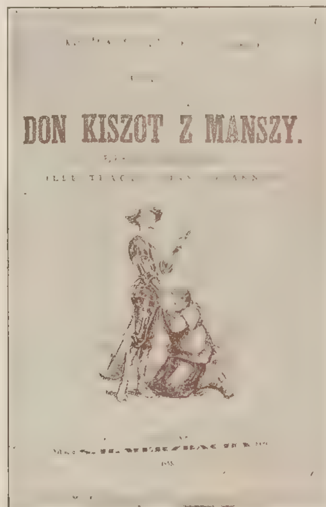
Portada de la primera edición húngara impresa en Keiskeméten en 1850. Tamaño del original, 0'110 × 0'085

PRIMERA VERSIÓN EN LENGUA DANESA

Impresa y editada por Gyldendals, se publicó en Copenhague en los años 1776 y 1777. Consta de cuatro tomos en 8.° con un total de 1288 páginas de texto, catorce páginas de índice y un retrato de Cervantes y dibujos de Coypel grabados por Haas. Contiene además, antes del texto, una dedicatoria en francés de la traductora Charlotta Dorothea Biehl á Mr. Emmanuel Delitala, caballero de la Real Orden de Carlos III, la vida de Cervantes, traducida de la de D. Gregorio Mayans y Siscar, un prólogo y varios sonetos de Cervantes, igualmente traducidos al idioma dinamarqués.

PRIMERA VERSIÓN PORTUGUESA

Creemos, por no tener noticia de otra anterior, que la primera edición portuguesa del *Quijote, traduzido em vulgar,* se publicó en Lisboa en 1794. Consta de seis tomos en 8.°, papel de hilo, con un total de 1916 páginas de texto y retrato de Cervantes por Debrie, copia de la edición de la Academia. Dicha versión portuguesa fué impresa y editada por la Tipografía Rollandiana, ignorándose el nombre del traductor.



Portada de la primera edición polaca impresa en Varsovia en 1855. Tamaño, 0'250 × 0'181

PRIMERA EDICIÓN EN LENGUA RUSA

Traducida por N. Osipov y publicada en San Petersburgo en 1769. El tomo primero de dicha edi-

ción, que posee el Museo Británico, consta de 250 páginas de texto en 8.° y la hoja de portada.

Según Rius, la edición de 1815, quinta de las edi-



Portada de la primera edición griega impresa en Atenas en 1860. Tamaño del original, 0'130 × 0'079

ciones en lengua rusa, publicada en Moscou por la Tipografía de la Universidad y cuya portada puede verse en el presente número, es la exacta reimpresión de la edición de 1804

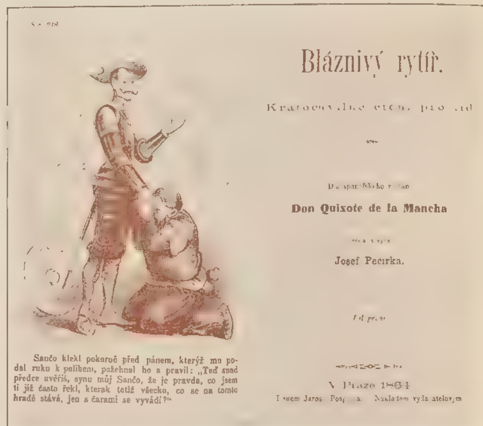
PRIMERA EDICIÓN EN SUECO

Dice D. Leopoldo Rius en su «Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes» que la primera producción sueca del *Quijote* se publicó en Stockolmo en 1802. La segunda edición, cuya portada puede verse en el presente número de La Ilustración Artística, fué traducida por J. M. Stjernstolpe, editada por Henrik A. Nordström y publicada en 1818 en Stockolmo. Comprende cuatro tomos en 8.°, con láminas grabadas en cobre por Anderson, y un total de 1582 páginas de texto, precedidas de la vida de Cervantes, extractada de la de Mayans y Siscar, un prólogo de Cervantes y un breve prefacio del traductor como preliminares de la primera parte, y otro prólogo de Cervantes y una advertencia del traductor como preliminares de la segunda parte del *Quijote*.

VERSIONES EN OTRAS LENGUAS EUROPEAS

Además de las citadas, existen también ediciones en bohemio, húngaro, polaco, griego, servio, croato, finlandés y turco; pero todas ellas son de texto abreviado, y aparecieron en la última mitad del siglo XIX. Dada la importancia, relativamente menor, de tales ediciones, no publicamos detalles acerca de las mismas.

Para terminar y por vía de comentario á los datos que acabamos de publicar en este artículo, creemos oportuno poner de relieve la excepcional importancia que reviste el hecho, verdaderamente extraordinario, de que, á pesar de que por efecto de su misma dificultad eran muy escasas, en el siglo XVII, las relaciones entre los varios países de Europa, á los siete años de haber aparecido el *Quijote* se tradujo al inglés; dos años más tarde á la lengua francesa, por orden del mismo rey de Francia; ocho años después al italiano; en aquel mismo siglo al alemán y al holandés, y así consecutivamente se ha ido después traduciendo á todas las demás lenguas europeas, aun las menos conocidas, como son las que se hablan en los antiguos Principados danubianos. Esto demuestra la inmensa celebridad que desde su aparición tuvo y ha tenido en España y fuera de ella la obra inmortal de Cervantes; obra que ha originado la publicación de infinidad de libros, revistas y folletos, en los cuales se enaltece el mérito de la misma, y se examinan, bajo todos los aspectos, los diversos talentos y las varias aptitudes del que ha sido llamado con razón el príncipe de los ingenios españoles. «Su *Don Quijote*, dice el distinguido literato D. José Coll y Vehí, catedrático que fué de Retórica y Poética en el Instituto de segunda enseñanza de esta ciudad, es una de las obras más sorprendentes del ingenio humano; las descripciones de la naturaleza encantan por su verdad y

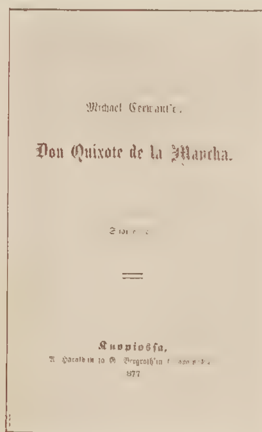


Portada de la primera edición bohemia impresa en Praga en 1864. Tamaño del original, 0'160 × 0'102

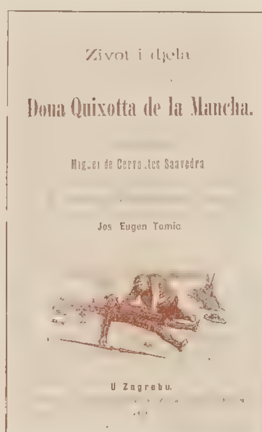
hermosura; los personajes, especialmente los del famoso hidalgo y de su inseparable escudero, viven en la memoria de todos, como si realmente hubiesen existido; nunca la filosofía ni la alta crítica se habían hermanado tan graciosamente con los caprichosos juegos de la imaginación y del ingenio; nunca se había derramado tan poético colorido en los cuadros más prosaicos de la vida; ni la delicadeza de los chistes, ni las galas del decir, ni la flexibilidad y armonía de la lengua castellana habían jamás adquirido tal grado de elevación.»

Este juicio crítico de Coll y Vehí expresa con exactitud el común sentir de todos los que conocen *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Ignacio Dublé.



Portada de la primera edición en finlandés impresa en Kuopio en 1877. Tamaño del original, 0'115 × 0'070.



Portada de la primera edición en croato impresa en U Zagrebu en 1879. Tamaño del original, 0'145 × 0'085.



Portada de la primera edición en servio impresa en Panscova en 1882. Tamaño del original, 0'150 × 0'085

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 9 de enero de 1905 — Núm. 1.202



ALEGORÍA DE REYES, dibujo de Carlos Vazquez

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: el mensaje del Presidente: los haberes del ejército libertador: la cuestión de braceros: el ferrocarril central: instrucción pública: relaciones comerciales y políticas con los Estados Unidos. – *República Dominicana:* el presidente Morales: propósitos de los Estados Unidos. – *México:* el nuevo período presidencial. – *Colombia:* política conciliadora de Reyes. – *Venezuela:* los extranjeros en la república: conflicto con los yanquis. – *República argentina:* el programa del nuevo Presidente.

En 20 de octubre terminó la primera legislatura cubana. La labor de las Cámaras fué insignificante; habíanse perdido siete meses á causa de la abstención de las oposiciones. La concesión de los créditos necesarios para obras públicas, higiene, fomento de la inmigración, etc., etc., quedó para la legislatura siguiente, la que empezó el 7 de noviembre.

El Presidente, en su mensaje, mostrábase muy satisfecho por el buen nombre y crédito de que goza la República, por la afluencia de capitales extranjeros y por el progresivo desarrollo de los distintos ramos de la industria agrícola.

El estado sanitario del país es bueno; la mortalidad en el último año fué de 16'37 por 1.000 en toda la isla; de 21'20 por 1.000 en el término de la Habana durante los meses transcurridos en 1904. Como siempre, la tuberculosis es la enfermedad que más víctimas causa.

El 6 de octubre había empezado la entrega de cheques (á la orden de las sucursales del Banco Real del Canadá) en pago del 50 por 100 de los haberes de soldados, cabos y sargentos del Ejército libertador que no habían vendido sus abonarés. En el día en que se leyó el Mensaje, la deuda liquidada ascendía á 56.768.426 pesos.

Después de pagar ese 50 por 100 que se está repartiendo, aún quedarán, pues, 28.500.000 pesos sin saldar, y como de la liquidación de los presupuestos venideros sólo resultarán modestos sobrantes, no habrá medio de atender, sin arbitrar nuevos y especiales recursos, al pago de dicha obligación. El Presidente propone que se aplique á ella parte del producto de los impuestos creados para cubrir el empréstito de 35 millones; pero lo que por este concepto se retenga, sólo permitirá contratar un nuevo empréstito de 11 millones. Si se pasa de esta cantidad, será muy difícil que pueda Cuba pagar los intereses. Trátase, pues, de un problema financiero que preocupa, con razón, á los gobernantes de la República.

Otra cuestión de capital importancia para el presente y porvenir de la isla es la de braceros. De la cosecha del año pasado quedaron más de 100.000 toneladas de caña sin cortar, por no haber suficiente número de trabajadores. Se espera en este año cosecha mayor y se insiste en la urgente necesidad de atraer inmigrantes, gente sana y robusta y sobre todo familias dispuestas á establecerse en el campo. A inmigrantes de tales circunstancias hay que tratarlos y pagarlos muy bien; y para esto hace falta votar créditos de alguna consideración.

Aún se impone, y también con caracteres de urgencia, otra obligación que ha de pesar sobre el tesoro cubano. La empresa del ferrocarril central ha hecho maravillas; en 30 meses abrió comunicación entre Santiago de Cuba y Santa Clara; 700 kilómetros, sin que el Estado cooperase con un centavo ni con privilegios ni compensaciones de ningún género. Pero tal esfuerzo agotó los recursos de la compañía; la «The Cuba Railroad Company» debe muchos miles de pesos, el tráfico no es remuneratorio, y aquélla está á punto de suspender el servicio. Para evitarlo, propone el Presidente que el Estado se comprometa á pagar los intereses de la deuda de la compañía.

El ramo de instrucción pública adelanta mucho. Más del 20 por 100 del total del presupuesto de gastos se destina á la educación del pueblo. Nótase, sin embargo, un vacío en lo que se refiere al magisterio; aún no hay escuelas normales de maestros.

El tratado de reciprocidad comercial con los Estados Unidos no surte todos los efectos que se presumían en cuanto al aumento de las exportaciones yanquis á Cuba. Esta les vende mucho más que les compra. En los mercados europeos encuentran los cubanos bastantes artículos mejores, más baratos y más acomodados á sus gustos.

El 1.° de julio se canjearon en Wáshington las ratificaciones del tratado de 22 de mayo de 1902, de relaciones políticas entre Cuba y los Estados Unidos. Como consecuencia, queda implícitamente eliminado de la Constitución cubana el apéndice que contiene las prescripciones de la ley Platt.

***

El 1.° de julio el general Carlos F. Morales participaba á los demás jefes de Estado que, convocado el pueblo dominicano á dar su voto libre y espontáneo, le había designado con sus sufragios para ocupar la primera magistratura de la nación. En efecto, á mediados del mes anterior el Congreso Nacional le había conferido la presidencia de la República por cuatro años.

No faltó el consabido programa de gobierno. Morales se proponía mantener á todo trance el orden, arreglar la hacienda, fomentar la industria, abrir nuevas vías de comunicación, activar la explotación de minas, etc., etc.

El asunto de la «Santo Domingo Improvement Company» quedó terminado con el acuerdo de la Comisión de arbitraje, que condenó á la República dominicana á pagar 4.500.000 pesos á la Compañía por daños sufridos «á consecuencia de varias revoluciones,» abonando un 4 por 100 de interés con garantía de las aduanas de Puerto Plata, Montecristi, Sánchez y Samaná.

Como después se temió que hubiera nuevos disturbios en la República y el gobierno no parecía muy dispuesto á pagar, un agente yanqui se ha hecho cargo de la administración de las aduanas.

Se atribuye al presidente de los Estados Unidos el propósito de encargarse temporalmente del gobierno de Santo Domingo para reorganizarlo y liquidar deudas; algo así como una ocupación militar interina. Normalizados los servicios y establecido el régimen conveniente, los Estados Unidos se retirarán, conservando, por supuesto, ventajas y privilegios en las relaciones políticas y comerciales con el nuevo gobierno; cosa semejante á lo que hicieron en Cuba.

***

El 26 de septiembre último, el XXIII Congreso de los Estados Unidos Mexicanos se erigió en colegio electoral. Pasó á la Gran Comisión el expediente formado por los colegios electorales de la República con motivo de las elecciones de presidente y vicepresidente para la renovación del Poder Ejecutivo en el período constitucional de 1904 á 1910, y hecha la computación respectiva, se obtuvo como resultado el total de 19.008 votos unánimemente dados en favor del ciudadano general Porfirio Díaz para presidente, y de 18.981, contra 17 en pro del ciudadano Ramón Corral para vicepresidente. La Gran Comisión estimó legítimo el resultado de las elecciones, y el Colegio Electoral declaró por unanimidad que Díaz y Corral eran, respectivamente, presidente y vicepresidente de la República para el sexenio que comienza el 1.° de diciembre de 1904 y ha de terminar el 30 de noviembre de 1910.

Ha empezado ya, pues, el nuevo período presidencial del general Díaz, y bajo su dirección ha de continuar, seguramente, la progresiva evolución política, económica y social de México.

***

El nuevo presidente de Colombia, general Reyes, posesionado de su alto cargo desde el 7 de agosto, inició y prosigue, con oportunidad y acierto, política conciliadora. Han transigido los partidos históricos, cuyas hondas rivalidades tanto daño causaron á la República, y del actual Ministerio forman parte liberales y conservadores. El general Vélez, contrincante de Reyes en la contienda presidencial, fué designado por el Congreso para ejercer el Poder ejecutivo en casos de ausencia, enfermedad ó fallecimiento del presidente elegido.

Muéstrase también muy conciliador el nuevo gobierno en las relaciones internacionales. Dió á los Estados Unidos digna satisfacción por la demostración hostil que hizo el pueblo contra el cónsul yanqui en Bogotá, y ya ha cesado la enemistad con Venezuela. En carta que Reyes dirigió al presidente de esta República, afirmaba que la armonía y la confraternidad entre aquel país y Colombia son, no sólo una imperiosa exigencia, sino un sentimiento popular.

***

En estos últimos meses ha habido paz y tranquilidad en Venezuela, por más que no parezca muy sólida la situación de Castro, si son ciertos los propósitos atribuídos á los generales Hernández, Paredes, Montilla y otros adversarios de aquél. En diciembre han llegado á Europa rumores de movimientos revolucionarios que se preparaban, y aun se dijo que habían empezado las hostilidades en las montañas del Estado Lara. La legación de Venezuela en París se apresuró á desmentir tales noticias.

La firmeza con que Castro sostiene los derechos de la nación en conflictos promovidos con motivo de pretensiones más ó menos fundadas de extranjeros interesados en empresas industriales, ocasiona cierta tirantez de relaciones entre Venezuela y otras potencias.

La nueva Constitución venezolana ha notificado las medidas que antes se tomaron para impedir que los extranjeros gocen de situación privilegiada con respecto á los nacionales. Inglaterra, Alemania, Italia, Francia no se hallan muy satisfechas con el nuevo orden de cosas; pero como los yanquis lo están menos, dejan por ahora que los Estados Unidos se las entiendan con Venezuela.

Al presente, Castro es quien reclama indemnizaciones por daños y perjuicios; en tal concepto, pidió 50 millones de bolívares á la «New York and Bermúdez Asphalt Company,» que en la pasada guerra civil puso todos los elementos de que disponía al servicio de los revolucionarios.

La Compañía se negó á pagar, y como además no había cumplido casi ninguna de las condiciones de la concesión, los tribunales venezolanos, aplicando las leyes del país, acordaron el embargo de las propiedades de aquélla, incluso el mismo lago de asfalto que explotaba.

Los accionistas y especuladores yanquis pusieron el grito en el cielo; acudieron á su gobierno, y lograron que se diese orden al ministro de los Estados Unidos en Caracas para que exigiera á Castro la anulación de la sentencia de embargo. Castro se negó resueltamente, alegando, con perfecto derecho, que carecía de atribuciones para anular sentencias de los tribunales venezolanos dictadas con arreglo á ley.

A tal negativa han seguido amenazas del gobierno yanqui, dispuesto, según da á entender, á imponerse á Castro, ya directamente por medio de actos de fuerza, ya favoreciendo á los enemigos de éste para provocar nueva guerra civil.

***

El Dr. Manuel Quintana, que asumió el mando supremo de la nación argentina el 12 de octubre último, ha expuesto su programa de gobierno en el discurso que leyó ante el Congreso Nacional.

En paz con todas las naciones, trazadas definitivamente las fronteras, cree que ningún peligro llegará á turbar en un porvenir cercano la paz exterior de la República.

Si lo permiten las condiciones del Tesoro y el crédito exterior y la abundancia de dinero en las plazas europeas, abordará el problema de convertir, en todo ó en parte, los títulos de la deuda exterior que tienen garantías especiales y que devengan altos intereses. Así la Argentina daría excepcional prestigio á su firma, porque esas combinaciones financieras sólo pueden realizarse, en condiciones regulares, por los países que están en plena prosperidad y que hacen honor á sus compromisos.

Declara el Sr. Quintana que hoy la cuestión primordial es poner el país en condiciones de recibir la inmigración europea y atraerla por medios eficaces; que no debe incurrirse otra vez en el error de llenar la capital, á costa del Estado, con todo lo que sobra en los centros urbanos de Europa, sino fomentar la inmigración de núcleos selectos, formados por hombres de trabajo, que sepan labrar la tierra, y cuya suerte esté de tal manera asegurada por las previsiones de los poderes públicos, que puedan ser el origen de nuevas corrientes, por esa propaganda irreemplazable que mande desde la tierra argentina hasta los rincones de los campos europeos el testimonio del reconocimiento y de la prosperidad personal.

R. Beltrán Rózpide.

Diciembre de 1904.



He conquistado una modesta fortuna para ti, amada mía; para vosotros, hijos míos...

REGALO DE REYES

En camisilla, tiritando de frío, con las caras de ángeles rubios pegadas al cristal de la ventana que se abría poco más de metro y medio sobre la tierra, fisgaban *él y ella*, personajes de seis y cinco años respectivamente, el panorama que aquella noche se ofrecía á su contemplación: un panorama de cromo alemán en el que parecía escucharse una melancólica balada: el suelo, tapizado por la nieve; el cielo, diáfano; la luna, reflejando en el cristal del río su disco de plata; en la lejanía, el bosque, como enorme mancha negra, y todo limitado por la montaña, cuyo lomo nevado recibía el frío beso de la luz del satélite.

—Quin, no vienen, observó con tristeza la niña.

—Sí, sí; allí están, musitó el niño apretando aún más su carita contra el cristal y con los ojos muy abiertos.

Después de limpiar con sus deditos de muñeca el vaho que empañaba la vidriera, replicó la niña:

—No los veo: no hay nadie.

—Si son aquellos, los que salen ahora del bosque.

Volvió á mirar afanosa la nena y encogiéndose de hombros dijo:

—¿Aquellos?.. Pero si no son los reyes magos..., si son los olivos de la Fuenclara... ¿No ves que se están quietecitos, sin moverse?..

—¡Pues es verdá!, afirmó Quin con desaliento. ¡No son ellos!.. ¡Si no vendrán este año!..

Y su carita trazó una mueca de disgusto.

—Vendrán; todos los años vienen.

—Entonces, nos traerán lo que el año pasao..., castañas y nueces... ¡Psh!.. ¡Poca cosa!.., dijo el chiquillo desdeñosamente. ¿Y sabes tú por qué no nos traen á nosotros juguetes bonitos?..

—No sé; mamá dice que los reyes magos son pobres.

—Sí, sí, pobres. ¿Y por qué al hijo de D. Bartolo, el médico, le trajeron el año pasao un caballo de esos que andan con ruedas de goma?..

La nena no supo qué argüir á tal observación y contentóse con mirar asombrada á su hermano.

—No lo sabes, ¿eh?.. Pues yo sí... Verás: el otro día D. Claudio, el maestro, dijo que los mejores amigos de los reyes magos son los papás, y que cuando los hijos son buenos, los traen esta noche cosas muy bonitas...

—Pues nosotros somos buenos, Quin.

—Pero como papá no está con nosotros nunca, indicó con voz velada por la tristeza el chiquillo. ¡Toma!.. Pues si él estuviera aquí, ya verías tú... Lo menos que me traían á mí los reyes este año era una escopeta de esas que disparan con fulminantes.

—Y á mí una muñeca de las que cierran los ojos.

—¡Pero no vienen!, suspiró Quin mirando con melancólico mirar el panorama.

—¡No vienen!.., repitió la nena como un eco.

¡Noche hermosa y bendita!.. Millones de hadas benéficas recorren la tierra, y con solicitud maternal avivan en las imaginaciones infantiles la más alegre y rosada luz de la ilusión... Noche de ensueño para la parte más pura y adorable de la humanidad. Para ella, y sólo para ella, se repite el conmovedor pasaje bíblico de los tres reyes de Oriente—los más poderosos del mundo—caminando por países desconocidos, guiados por una estrella y acompañándose de espléndido cortejo para reverenciar al Niño Dios, ofrecerle riquísimos dones y humillar su vana grandeza de reyes de la tierra ante la imponente humildad en que se les ofrece el rey de los cielos...

Todos los niños os esperan en tal noche con ansiedad imponderable, azorados y gozosos, disimulando su impaciencia febril... ¡Oh, los reyes tardan mucho en llegar!.. La noche es interminable. Y las pobres criaturitas, luchando heroicamente contra el sueño, se refriegan los ojos, ahuyentándole; pero el enemigo es irresistible, y las cabecitas de doradas y rizosas guedejas se inclinan pesadas sobre los hombros, ciérranse los ojos y se duermen con la boquita entreabierta, como si quisieran pagar con un beso la anhelada visita de los magos... ¡No importa que estén dormidos!.. Los verán en sueños, como los han visto en las estampas, vestidos con trajes talares de riquísimas telas de Damasco, á lomos de camellos fastuosamente engalanados, flotando los mantos de inmaculado armiño, ceñidas las coronas de refulgente pedrería...

Los niños de mi historia, ¡pobrecillos!, ante la inexplicable tardanza de los orientales monarcas, abandonaron el sitio de espera, no sin dejar antes abiertas de par en par las hojas de madera de la ventana... Dando diente con diente, acostáronse en su camita de pobrísimo aspecto y quedáronse profundamente dormidos.

. . . .

Despacito, como un malhechor que se ampara en las tinieblas para cometer una fechoría, penetró en la habitación una mujer joven, de rostro pálido, demacrado y en el que había huellas de dolores físicos y de aquellos otros del alma, que tan rápidamente marchitan la juventud y la alegría de los que los padecen.

Quedóse parada delante de la camita y fijó sus ojos en los niños. En aquella mirada, la pobre madre expresó sin palabras la angustia atormentadora y los múltiples recuerdos que revivían en ella al contemplar á sus hijos... ¡Pobre mujer!.. Habíase casado á disgusto de sus padres, labradores tan ricos como sórdidos, con el elegido por su alma: un infeliz que no tenía cosa que más valiera que una voluntad de hierro y un corazón de oro... Los padres, cegados por la ambición, abandonaron á la hija á su suerte... Y ésta fué ingrata al enamorado matrimonio... Un día, Juan, el marido, manifestó á su mujer su inquebrantable propósito de marcharse del pueblo é irse á América, el Pactolo soñado por todos los pobretucos... Allí iba á buscar el bienestar de su mujer, de sus pequeñines, de él mismo, ó á sucumbir...

Y se marchó, y pasó un año y dos y tres y cuatro y no volvía... En sus cartas nunca hacía alusión á su modo de vida: de vez en cuando enviaba unas cuantas monedas de oro, las suficientes para que no se muriesen de hambre aquellos pedazos de sus entrañas.

Y las noches de reyes pasaban, y en aquel hogar, sólo alegre por las risas de los pequeños, no depositaban los magos cosa mejor que castañas y nueces...

A las tinieblas de la noche sucedióse desmayada y tristona claridad que, penetrando por las vidrieras, alumbraba la habitación en que dormían abrazaditos los pequeñuelos.

Quin despertó sobresaltado, refregóse los ojos, y despacito, para no despertar á su hermanita, puso los pies en el suelo, y después de meterlos en unos zapatos rotos y ponerse la chaqueta, avanzó pasito á pasito hacia la ventana. Al acercarse al cristal, la criaturita no pudo reprimir un grito de asombro... Acababa de ver á los magos... Ahora sí que no eran olivos los que él tomaba por reyes... Venían á caballo... Se aproximaban... El corazón del muchacho latía presuroso... Extático, veíalos acercarse... Dudó un momento entre avisar ó no la fausta nueva á Nina .. No pudo resistir al deseo vehemente que le aguijaba... Llegóse á la cama, y zarandeándola por uno de los brazos, murmuró á su oído:

—¡Despierta, Nina!.. ¡Que llegan los reyes!..

La nena abrió los ojos azorada.

—¿De veras?, preguntó.

—¡Y tan de veras!.. ¡Anda, vístete!.. Toma...

Y á brazadas fué echando la ropa de vestir sobre la cama.

—¿Y cómo son los reyes?, preguntó la nena vistiéndose.

—¡Ya lo verás!.. Tú, corre, no sea que, si no nos ven, pasen de largo, sin acordarse de nosotros, decíale Quin nervioso é inquieto. ¡No te ates los zapatos! ¡Corre!.. ¡Que se van á ir!..

Corrió la nena lo más que pudo, y ya vestida, presa de la mayor emoción, dirigióse hacia la ventana.

¡Dios de Dios!.. Los reyes no estaban... No se veía más que el campo nevado; el río como un espejo, los árboles sombríos del bosque, difuminada la recortadura de la montaña, y sobre todo esto un cielo que daba frío por su claridad plateada.

La decepción fué tremenda. Quin, en un momento de suprema decisión, no convencido aún de la triste realidad, abrió de par en par la ventana.

Ambos chiquitines lanzaron un grito intraducible al asomarse y ver que un hombre sentado en los hombros de otros dos tendía hacia el alféizar una caja cuidadosamente envuelta en unos papeles de seda.

—¡Los reyes!.. ¡Los reyes!, tartamudeó Quin.

El de la caja afianzó sus manos en el cerco de la ventana y saltó dentro de la habitación.

—¡Mamá!.. ¡Mamá!.., gritaron azorados y muertecitos de miedo Nina y Quin...

Apareció la madre, mal arrebujada en un mantón, y al ver al intruso, corrió á su encuentro sollozando de alegría.

—¡Esposo mío!, balbuceó.

Y ya en sus brazos, rodeados de los pequeños que contemplaban atónitos la escena, habló el hombre para decir con voz en que traslucía una emoción vivísima:

—He conquistado una modesta fortuna para ti, amada mía; para vosotros, hijos míos... La casualidad ha hecho que me hayáis sorprendido en el momento de mayor ventura para mí..., cuando venía á anunciaros mi llegada, trayéndoos el regalo de Reyes...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

(Dibujo de Triadó.)

LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

El patriotismo puede revestir las más variadas formas: no es sólo la virtud de los que por la patria sacrifican su vida, de los que á ella consagran su inteligencia, de los que por ella abandonan su bienestar;



manifiéstase también por actos menos aparatosos, pero más meritorios, porque en ellos no encontramos el menor asomo del egoísmo que en el fondo de no pocos de aquéllos se oculta, sino que, por el contrario, sólo se inspiran en el amor más puro y desinteresado á la tierra en que nacimos.

Uno de estos actos es el realizado recientemente por la duquesa de Villahermosa. Posee esta dama, entre los muchos y valiosos tesoros de arte que adornan su palacio de la corte, uno de valor inestimable, un retrato de D. Diego del Corral y Arellano, notable jurisconsulto de los tiempos de Felipe III y Felipe IV, debido al pincel del inmortal Velázquez. Cierto aficionado norteamericano ofreció poco ha, por conducto de un comisionista, *millón y medio* de francos por el tal cuadro á la duquesa, la cual, sin dejarse tentar por lo crecido del ofrecimiento, lo rechazó, no indignada ni con expresiones que pudieran molestar á quien tan alto aprecio hacía de aquel lienzo, ni á las personas allegadas á ella á quienes pudiera afectar este asunto, como algunos han supuesto y como en varios periódicos se ha dicho; contestó sencillamente: «Por todos los millones del mundo no vendería mi Velázquez, que debe quedar en mi amadísima España, y cuando yo muera, pasar al Museo del Prado.»

¡Qué hermosa respuesta en medio de su sobriedad! Más que de estos tiempos en que el mercantilismo lo invade casi todo, y decimos casi porque el rasgo que comentamos prueba elocuentemente que algo se ha salvado del maléfico contagio, es propia de aquellos otros en que se rendía culto á los ideales más elevados.

De una semblanza, bellísima como todas las suyas, que de la duquesa ha publicado en el *Heraldo de Madrid* nuestro querido colaborador Kasabal, nos permitimos entresacar los siguientes párrafos, que dan idea acabada de la personalidad de la egregia dama:

«¡Carmen Guaqui! Así se la llamaba cuando en los primeros años de la Restauración brillaba en los salones. Hija única del duque de Villahermosa D. Marcelino, académico de la Española y condiscípulo y amigo de Zorrilla, casó con el conde de Guaqui, *tan príncipe como ella,* según dijo Alarcón en unos preciosos versos dedicados á esta boda. Y como condesa de Guaqui brilló por su ingenio y por su elegancia y se distinguió por su bondad exquisita.

»Pocas llevaban como ella aquellos trajes, en que dominaba el gusto de los cortes de la Valois, y la diadema heráldica de brillantes que solía lucir en las grandes fiestas coronaba dignamente sus cabellos de oro.



LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE VILLAHERMOSA (de fotografía de Franzen, Madrid)

»En su noble hogar, abierto á todas las culturas del espíritu y á todas las delicadezas del alma, se había educado en el culto á las letras, que eran tradición en la familia que había considerado como suyos á los Argensola, y en la memoria de las santas y sabias duquesas que fueron sus abuelas.

»Cuando las penas la alejaron, bella todavía, de la sociedad en que brillaba; cuando se apartó del mundo para llorar á solas la pérdida de su esposo y de su padre, buscó consuelo evocando los recuerdos de su ilustre familia, y de los archivos de su casa sacó materiales para los libros en que palpitan vivas y animadas la santa duquesa doña Luisa de Borja y Aragón y aquella otra doña María Manuela Pignatelli de Aragón y Gonzaga, dama eminentemente española que brilló en la sociedad aristocrática de Francia y de Italia en el siglo XVIII.

»El precioso volumen titulado *Discursos de medallas y antigüedades por D. Martín de Gurrea y Aragón, duque de Villahermosa, conde de Ribagorza,* es otra de sus obras.

»La noble dama vive hoy completamente alejada del mundo, pasando el año en sus residencias de El Pardo, de Aranjuez y de Guipúzcoa, sin parar apenas en su palacio de Madrid y sin recibir más visitas que las de algunos deudos y la de su médico, el doctor Monmeneu, que ha logrado que mejore notablemente su salud.»

De la obra maravillosa de Velázquez, ¡para qué hablar! Ante lienzos como este, la crítica enmudece asombrada y ni palabras encuentra con qué expresar su asombro: la impresión es demasiado honda, demasiado intensa, demasiado íntima, para que el lenguaje pueda traducir el sentimiento que su contemplación produce. Por otra parte, mejor que por nuestros conceptos podrán los lectores formarse idea de lo que es el cuadro viendo la reproducción que de él publicamos en la siguiente página, tomada de una fotografía que en nombre de la duquesa ha tenido la atención de proporcionarnos el notable arqueólogo y escritor D. José Ramón Mélida, Bibliotecario de la casa de Villahermosa, atención que en el alma agradecemos.

D. Diego del Corral y Arellano, que es el personaje por Velázquez retratado, fué caballero del hábito de Santiago y visitador del aposento de S. M. D. Felipe III, en cuyo reinado y en el de Felipe IV prestó grandes servicios, según lo acreditan varios documentos del último citado monarca y en particular una cédula expedida en 26 de diciembre de 1628, en la que se encomian la rectitud, la entereza de ánimo, etcétera, de que dió pruebas en los arduos negocios que le fueron encomendados. Figura entre los ilustres antepasados de la familia Idiáguez y Corral, que es, por parte de madre, la de la duquesa de Villahermosa.

Velázquez pintó este retrato á su vuelta de Roma, en 1631, ó sea un año antes de su muerte.

Gracias al desprendimiento y al patriotismo de su actual poseedora, no saldrá de España esta preciada joya del más grande de nuestros pintores. Ensalcemos como se merece tan noble determinación y hagamos votos porque tan hermoso ejemplo tenga imitadores, no sólo para que cese el vergonzoso espectáculo de la emigración de nuestros tesoros artísticos al extranjero, sino también y muy principalmente porque el día en que sean los más los que piensen y sientan como siente y piensa la duquesa de Villahermosa, podremos confiar fundadamente en la tan suspirada regeneración de nuestra patria.—A.



D. Diego del Corral y Arellano. Retrato pintado por Velázquez y propiedad de la Excma. Sra. duquesa de Villahermosa

(Véase el artículo de la pág. 28)

Los premios Nobel en 1904



De Química, Sir G. Ramsay — De Física, Lord Rayleigh — De Literatura, F. Mistral — De Literatura, J. Echegaray — De Medicina, I. P. Pawlow

El día 10 de diciembre último se procedió en Estockolmo al otorgamiento de los premios Nobel correspondientes á 1904, habiendo sido adjudicados: el de la Paz, al *Institut de Droit International;* el de Química, á sir Guillermo Ramsay; el de Física, á lord Rayleigh; el de Medicina, al Dr. Pawlow, y el de Literatura, á Mistral y á Echegaray.

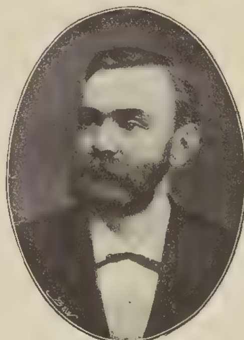
El «Institut de Droit International,» fundado en 1873 por J. R. Bluntschli, F. Lieber, G. Moynier y G. Rolin-Jacquemins, es una asociación libre de personas que por sus conocimientos en derecho internacional ó por su apoyo material pueden ser útiles á los fines del Instituto. Compónese de sesenta miembros ordinarios, de otros tantos extraordinarios y de algunos miembros de honor; celebra sus asambleas anuales en países distintos cada año; y como órgano de publicidad tiene la *Revue de Droit International.* El premio Nobel le ha sido otorgado por sus trabajos *Reglamento para la creación y funcionamiento de un Tribunal de arbitraje internacional, Exposición de los principios fundamentales sobre los deberes de las potencias en tiempo de guerra, Manual de las leyes de guerra y usos para la guerra continental,* etc., y otros.

Sir Guillermo Ramsay nació en 1852 en Glasgow, y después de haber estudiado Medicina y Química fué nombrado en 1876 profesor de aquella Universidad; en 1882 de la de Bristol, de la que fué rector, y en 1887 pasó á desempeñar la cátedra de Química de la Universidad de Londres. Conquistó su primera celebridad con sus descubrimientos sobre los elementos desconocidos y no sospechados de la atmósfera, en algunos de los cuales tuvo por colaborador á lord Rayleigh, otro de los premiados de quien luego hablaremos, mereciendo ambos el premio Hodgkin, de 50.000 francos, del Instituto Smithsonian de Nueva York. En 1895, continuando los experimentos del famoso químico norteamericano Hillebrand, produjo por primera vez el gas helium, y en 1897 descubrió los gases neón, kriptón y xenón. En unión de Rayleigh descubrió luego el argón, y en la actualidad ambos sabios se ocupan en el estudio del rádium y de la transformación de los metales. Sir Ramsay es además un excelente mecánico; ha obtenido la preciada medalla de oro de la fundación Hoffmann, que sólo se otorga cada cinco años; es oficial de la Legión de Honor, miembro correspondiente del Instituto de Francia y miembro de honor de casi todas las corporaciones científicas de Europa y de América, y autor de muchas y muy importantes obras de Química.

Lord Rayleigh, también inglés, nació en 1842, estudió en la Universidad de Cambridge, fué desde 1879 á 1884 profesor de Física experimental en la Escuela Superior de aquella ciudad, y en 1887 fué llamado á desempeñar una cátedra en la *Royal Institution of Great Britain* de Londres. Ya hemos visto anteriormente los estudios y descubrimientos que ha realizado en colaboración de sir Ramsay, con quien compartió el premio Hodgkin. Tiene escritas multitud de notables obras sobre acústica, óptica y electricidad.

El doctor Iwán Petrowitch Pawlow es uno de los médicos más famosos de Rusia, autor de la teoría de la inervación de la actividad del corazón y de importantes trabajos sobre la actividad segregadora de las glándulas. Su Instituto Fisiológico, recientemente fundado en San Petersburgo, goza de grande y merecida fama en Rusia y fuera de ella.

Mistral y Echegaray comparten el premio de Literatura. ¿Hemos de trazar las biografías del inspirado poeta provenzal y del más aplaudido de nuestros dramaturgos contemporáneos? Ni el creador del in-



Alfredo Nobel,
fundador de los premios que llevan su nombre

comparable poema *Mireya,* cuyas bellezas han podido saborear nuestros subscriptores en la edición que hemos repartido como formando parte de la Biblioteca Universal; ni el autor de *O locura ó santidad, El gran galeoto, En el seno de la muerte, En el puño de la espada, Haroldo el Normando, Mariana, Mancha que limpia* y de tantas otras obras dramáticas que como pocas han arrebatado á nuestros públicos y algunas de las cuales han sido traducidas á varios idiomas, necesitan ser biografiados: sus nombres son harto conocidos; sus biografías están en sus obras, y sus obras gozan de fama universal.

Preferimos, pues, dedicar el espacio de que disponemos á decir algo de uno y otro relacionado con el premio que les ha sido otorgado.

Echegaray, en cuanto supo que se le había adjudicado el premio en unión de Mistral, dirigió á éste una hermosísima carta escrita en francés, que á continuación traducimos:

«Madrid, 17 de diciembre.

»Ilustre y querido maestro: En la carta que dirigí á la Academia de Sueca, dándole las gracias por la concesión del premio Nobel, sección de Literatura, añadía las líneas siguientes:

«Acepto con profunda gratitud el honor que se me concede; honor muy superior á mis modestos méritos, y que realza aún más la circunstancia de ser compartido con Federico Mistral, á quien respeto y admiro.»

»Eso dije entonces, y eso repito ahora con toda sinceridad y efusión.

»Permítame usted, querido maestro, un juego de palabras, justificado por mi amor á las Matemáticas: la *división* del premio Nobel con usted no es para mí una *división,* sino una verdadera *multiplicación:* la *multiplicación* del honor recibido.

»Cuando leía, en mi juventud, lleno de entusiasmo, las creaciones poéticas de usted, me hallaba muy lejos de pensar que, andando el tiempo, mi buena fortuna y la benevolencia de la Academia de Suecia me asociarían un día á la ilustre personalidad de Mistral.

»Sobre nuestra literatura moderna, vigorosa y profunda, pero ensombrecida á veces por la pintura de pasiones violentas, ha arrojado usted á raudales la hermosa y radiante luz de su viejo sol de Provenza y la dulce poesía de sus cantos de amor.

»Puedo decir yo también, ahora, que al declinar de mi vida me ilumina un rayo de la gloria de Mistral. En rigor, no podía aspirar á más. Y sin embargo, quiero algo todavía: ese algo es la amistad de usted.

»Dentro de la dichosa circunstancia que nos reune, representamos, usted por derecho propio, y yo ocasionalmente, dos literaturas hermanas, como lo son los dos pueblos que las crearon.

»Al expresar á usted mi satisfacción, permítame que le ofrezca personalmente el testimonio de la simpatía que me inspira el cantor de la Provenza, el ilustre poeta de Francia, de esa gran Nación que ha dado á la Historia tantos poetas y sabios inmortales.

»Su sincero admirador y amigo,

»José Echegaray.»

Mistral se propone dedicar los 50.000 francos que le han correspondido á una institución gloriosa para la Provenza y el felibrige. Reproduzcamos sus propias palabras dichas á un periodista que últimamente le ha *interwiewado:*

«Hace siete ú ocho años fundé en Arlés un museo de etnografía provenzal, el *Mouseon Arlaten,* que se considera ya como el primero en su género y que es muy visitado y muy popular. En él hemos reunido todos los objetos tradicionales y peculiares de Provenza, hasta el punto de que las siete salas en que se encuentran instaladas nuestras colecciones están completamente llenas. Debo deciros que desde hace siete años me ocupo de esto, como de un poema y con la misma pasión que si de un poema se tratase.

»Al verme agraciado con el premio Nobel, merced á esos excelentes señores de la Academia sueca, me ocurrió inmediatamente la idea de consagrarlo al felibrismo y al engrandecimiento del museo arlesiano. Ahora bien: hay en Arlés un inmenso palacio antiguo, en el que hace tiempo tenía puestos mis ojos; un palacio soberbio, digno de Génova y de Florencia, en el cual está instalado actualmente el colegio municipal. Se lo he pedido al municipio, el cual ha tenido la bondad de concederme la posesión del mismo á perpetuidad para instalar en él el *Mouseon Arlaten* y además el museo de cuadros que hay en Arlés y un museo del arte cristiano. Pero mi intención es hacer de él sobre todo el «Palacio del Felibrige,» algo así (perdone usted mi audacia) como el palacio Mazarino de los poetas del Mediodía. Y mire usted, un ciudadano norteamericano, mister Eduardo León, residente en Avignón, se ha entusiasmado con este proyecto y para ayudarnos á la restauración del monumento abrirá en los Estados Unidos una subscripción artística... á la que deseo el mejor éxito.»

Preguntado M. León (que da para la restauración del edificio 50.000 francos) si le sería fácil encontrar en su patria los 150.000 que faltarán para llevar á cabo la obra proyectada, contestó:

—Estoy segurísimo de encontrarlos. Para ello bastará una serie de cinco conferencias en Nueva York, Filadelfia, Chicago, Baltimore y Boston, y no sería extraño que ya en la primera un americano encarándose conmigo me dijese. «¿Pide usted 30.000 dólars para Mistral? Ahí van.» No pueden ustedes imaginarse el prestigio de que goza ese hombre en nuestro país. Mistral es actualmente en América el más popular de los autores franceses y acaso de todo el mundo. Hace algunos años, un editor de Nueva York encargó á un colega de usted una serie de biografías de los diez hombres más ilustres del universo, y habiéndole el escritor preguntado por cuál quería que empezase, le respondió: «¡Por Mistral!» Bismarck, que forma también parte de la colección, figura en ella en segundo lugar.»—S.

Crónica de la guerra ruso-japonesa

En nuestra última crónica dábamos la noticia de la toma del fuerte de Toung-Kekwan por los sitiadores de Puerto Arthur. He aquí algunos detalles de esta operación. Rechazado el primer ataque de los japoneses, los rusos enviaron á buscar 300 hombres al fuerte Kekwan, y con este refuerzo pudieron rechazar un segundo ataque y sostener la lucha algunas horas, oponiendo una resistencia que sus propios adversarios califican de heroica. Sólo veinte pudieron escapar por la galería subterránea que ponía en comunicación ambos fuertes y que los fugitivos volaron inmediatamente. Toung-Kekwan pertenece al sistema de defensa del sector Nordeste y dista más de 10 kilómetros de la montaña de los 203 metros, que está en la prominencia Noroeste; de suerte que los ataques á estas dos posiciones no tienen relación alguna entre sí.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – En el cuartel general del general Kuroki. – El general Kuroki (1) y el príncipe Kuninomija (2) rodeados de varios jefes y oficiales japoneses. (De fotografía.)

El 22, los japoneses se apoderaron de una colina situada al Norte del fuerte Husan-Yan-Tao, cerca de la bahía de la Paloma, y el 23 de otra situada al Este de dicho fuerte.

Mas no han sido los sitiadores tan afortunados en otras operaciones. Según telegrafía el corresponsal del *Daily Telegraph,* intentaron aquéllos recientemente el asalto del fuerte de Itseshán, llegando hasta las alambradas, pero fueron rechazados con pérdida de 800 hombres. Repetido el ataque al día siguiente, pudieron los japoneses llegar hasta la contraescarpa del fuerte y aun penetrar en éste, pero también esta vez hubieron de retirarse, después de un terrible combate á la bayoneta, abandonando muchos cadáveres. El día 22, mientras obtenían una victoria apoderándose, según hemos dicho, de una colina situada cerca de la bahía de la Paloma, sufrían un fracaso en el sector Norte, delante de los fuertes de Songshu y Antseshan. Cinco mil hombres, con algunas ametralladoras, avanzaron por la vía férrea, ocuparon varias líneas de trincheras y consiguieron llegar delante del reducto Wantai, que está entre aquellos dos fuertes, siendo allí recibidos por un fuego violento que desde el reducto les hacían los rusos. Esto no obstante, siguieron adelante, y á media noche se encontraron con un destacamento enemigo encargado de realizar un contraataque, entablándose entonces un terrible combate cuerpo á cuerpo. En el entretanto una fuerte columna rusa habíase dirigido hacia la retaguardia de los japoneses, los cuales, temiendo verse envueltos, se retiraron, perdiendo 80 prisioneros y varias ametralladoras y dejando en el campo 600 cadáveres.

Estas noticias sólo pueden tomarse á beneficio de inventario, ya que proceden de Che-Fu, centro de informaciones no siempre verídicas; mas como no se han recibido comunicaciones oficiales de la plaza y como los japoneses han adoptado desde un principio el sistema de ocultar todo lo que pueda serles desfavorable, á ellas debemos atenernos, tanto más cuanto que son de procedencia inglesa, y sabido es que los ingleses si de algo pecan es de parcialidad en favor de los nipones.

Cuando escribimos la presente crónica, el telégrafo anuncia la toma del fuerte de Ehrlung: si esta noticia se confirma y si se trata realmente del fuerte de este nombre y no de alguna de las obras avanzadas del mismo, significará una gran ventaja para los sitiadores, puesto que se trata de uno de los fuertes permanentes considerados como principal defensa de la plaza.

No se crea, sin embargo, que la toma de estos fuertes haya de significar necesariamente la inmediata rendición de Puerto Arthur. En efecto, detrás de ello; han organizado los rusos una tercera línea de defensa en las mismas inmediaciones de la ciudad, y además la ciudadela de Liao-Ti-Chan y las posiciones fronteras al mar, en la montaña de Oro y en la península del Tigre, son otras tantas fortificaciones que los japoneses no podrán conquistar fácil ni rápidamente. Los esfuerzos y los sacrificios que les ha costado lo que hasta ahora han hecho pueden darnos la medida de lo que ha de costarles lo mucho que aún les queda por hacer.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Artillería rusa en el campamento. (De fotografía de V. Bulla.)

Los telegramas que diariamente envía á su gobierno el general Kuropatkine no contienen noticia alguna de interés en lo que respecta al teatro de operaciones del Sur de Mukden. Mas como indudablemente esta inacción no puede ser sino preparación para nuevas é importantísimas operaciones, creemos oportuno dar algunos detalles acerca de la situación en que se encuentran allí ambos ejércitos.

Inmediatamente después de la batalla de Liao-Yang (2 de septiembre), los japoneses anunciaron que iban á conquistar toda la Mandchuria y que no tardarían en apoderarse de Kharbine; á pesar de tales profecías no han podido ni siquiera llegar hasta Mukden, la ciudad santa, situada á 50 kilómetros apenas de Liao-Yang.

El río Cha-Ho ha señalado, en realidad, el límite de la invasión japonesa, pudiendo afirmarse que en las jornadas del 13 al 19 de octubre Kuropatkine contuvo definitivamente el avance de sus adversarios. Desde aquel momento la situación general se ha invertido por completo, pues así como hasta entonces los rusos dependían de la voluntad de los japoneses, después han sido éstos los que se han visto sujetos á la voluntad de aquéllos.

Kuropatkine, convencido de que la lucha no se reanudaría ya hasta que él quisiera y de que Puerto Arthur podía resistir aún mucho tiempo, pudo proceder con toda tranquilidad á la organización de su ejército. La obra era larga y difícil: necesitábase ante todo completar los cuerpos existentes en el teatro de la guerra, reducidos considerablemente durante tantos meses de campaña, y llevar á la Mandchuria nuevas unidades que le aseguraran una superioridad numérica indiscutible; necesitábase además, para hacer posible el ejercicio del mando supremo, distribuir las fuerzas rusas del Extremo Oriente en distintos ejércitos, y por consiguiente crear los estados mayores y los servicios de cada uno de estos ejércitos; y necesitábase, por último, á fin de asegurar en cualquiera circunstancia el avituallamiento de las tropas, reunir á lo largo del ferrocarril transiberiano, entre Kharbine y Mukden, cantidades inmensas de víveres y de municiones.

La tarea que se había impuesto Kuropatkine está hoy casi terminada. Multitud de oficiales sacados de las guarniciones de toda la Rusia Europea, según las indicaciones del propio general en jefe, han constituído ya los estados mayores y las direcciones de los servicios de los ejércitos de la Mandchuria, y estos ejércitos han recibido importantes refuerzos de personal y material; de suerte que, sin contar el 16.° cuerpo, cuyos primeros elementos han llegado ya á Mukden, el ejército ruso se compone de 320 batallones, 200 escuadrones y 1.100 piezas de artillería. Y como gracias á los envíos hechos por los depósitos todas las unidades tienen sus efectivos de guerra, actualmente dispone Kuropatkine de 400.000 hombres, de los cuales 340.000 son combatientes.

En cambio, el total de las fuerzas japonesas se eleva tan sólo á 360.000 hombres, de los que son combatientes 280.000, pues el gobierno del Mikado no ha podido poner en pie de guerra más que sus 13 divisiones permanentes y casi otras tantas brigadas de segunda línea; y aun ha tenido que vencer no pocas dificultades para movilizar las divisiones 7.ª y 8.ª Pero no ha de perderse de vista que las divisiones 1.ª, 9.ª y 11.ª y una parte de la 7.ª, ó sea la cuarta parte casi de las tropas que los japoneses han logrado poner en el continente, están inmovilizadas delante de Puerto Arthur, á consecuencia de lo cual el mariscal Oyama dispone solamente de 280.000 hombres, de ellos 220.000 combatientes.

De modo que los rusos tienen desde ahora una ventaja patente sobre los japoneses; pero éstos han



¿SON USTEDES LOS REYES MAGOS? ¡QUE NO SE OLVIDEN DE MÍ!, dibujo de H. H. Flere



LA CONTESTACIÓN DE LOS REYES MAGOS, dibujo de H. H. Flere

fortificado de tal manera la línea del Cha-Ho, que será casi imposible atacarlos de frente y para desalojarlos de sus posiciones habrá necesidad de ejecutar un movimiento envolvente, operación que requiere una gran superioridad numérica.

Es, pues, natural que Kuropatkine no libre la próxima batalla hasta primeros de febrero, fecha en que podrá oponer unos 400.000 combatientes á los 240.000 del mariscal Oyama.

Escrita esta crónica, el telégrafo nos anuncia la capitulación de Puerto Arthur. Los avances de los japoneses en estos últimos días hacían prever la proximidad de este suceso. La guarnición de la plaza ha hecho más, mucho más de lo humanamente posible; el nombre de Stoessel y el de sus soldados, á todos los cuales ha mandado el Mikado que se tributen los honores militares, pasarán á la posteridad envueltos en gloriosa aureola, y el sitio de Puerto Arthur constituirá una de las epopeyas más grandes de la historia.—R.

firme propósito de enmienda, refiriendo sin jactanciosos alardes sus buenas acciones y pidiendo como conclusión obligada á los *Señores Reyes* que en aquel señalado día olvidaran todo lo malo y sólo para lo bueno tuvieran memoria. A esto seguían peticiones que generalmente con unas pesetillas podían satisfacerse. Hoy las cosas han cambiado por completo: los niños hacen de las cartas peticionarias *trozos escogidos* de literatura, y no pocos acuden á las ajenas luces para que los Magos, tomando por suyo lo que es de más cultivada inteligencia, los consideren en más de lo que realmente merecen. A la sinceridad de antes, ha sucedido una hipocresía que, no por ser inocente, deja de ser hipocresía, y que oculta las faltas é inventa méritos ó, á lo sumo, rebaja las proporciones de las unas y aumenta notablemente las de los otros. Y cuando llega el párrafo de las peticiones, ¡Dios nos valga! Cuanto puede inventar la más exaltada fantasía les parece poco á los tiernos solicitantes, cuyos caprichos reducidos á pesetas representan muchas veces cantidades más que respetables. ¿Han ganado ó han perdido los niños con estas conquistas del progreso? Pregunta es esta que sólo indirectamente puede contestarse. Recuerden los hombres y las mujeres de hoy lo que disfrutaban en su niñez con las toscas muñecas de cartón, con los sencillos soldados de plomo, con los sables de hoja de lata, con los caballos tamaños como un perro pequeño, con las cocinitas minúsculas y con tantos otros juguetes el más caro de los cuales podía adquirirse por algunos reales; recuerden también lo que en ellos duraba la alegría nacida en la mañana de Reyes, y vean lo que disfrutan sus hijos con los lujosos *bebés* que se mueven y hasta hablan, con los soldados de plomo que parecen salidos de las manos de verdaderos artistas, con las armaduras que, á no ser por el tamaño, en nada difieren de las de verdad, con los caballos casi de tamaño natural, con las habitaciones magníficamente amuebladas y con tantas otras maravillas de la mecánica y del arte que cuestan un sentido, y vean asimismo cuántos días hacen los niños aprecio de tales objetos, y cuando hayan recordado todo aquello y visto todo esto, la respuesta á aquella pregunta brotará espontáneamente de sus labios y aun mejor de su corazón.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Las trincheras japonesas en Bandachán, Puerto Arthur (de fotografía)

NUESTROS GRABADOS

Alegoría de Reyes, dibujo de Carlos Vázquez. – ¡Quién no recuerda con gusto aquellos días de la infancia en que la anual visita de los Reyes Magos constituía la mayor de las ilusiones! ¡Quién, al recordar aquella simpática fiesta, no siente todavía la emoción que de niño experimentara al contemplar los presentes de los orientales monarcas! Estos sentimientos son de los que nunca se olvidan, porque siempre se renuevan; y cuando cesan en el niño renacen en el hombre, encarnados en sus hijos, y ni con la vejez se extinguen, antes al contrario ganan en intensidad, cuando el corazón, próximo al perpetuo silencio, parece que cobra nuevas fuerzas al calor de las caricias de los nietos. Por esto, niños y hombres, mozos y ancianos, contemplamos con honda simpatía todo lo que, como la bellísima composición de Carlos Vázquez, nos trae á la mente la suave visión de la noche memorable en que la humanidad entera conmemora la adoración de un pobre Niño, nacido en un establo, por los tres poderosos Reyes que ante él se prosternan y le ofrecen ricos dones, reconociendo en él al Hijo de Dios venido al mundo para redimirle.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Los proyectiles destinados al bombardeo de Puerto Arthur en el cuartel general del general Nogi (de fotografía)

¿Son ustedes los Reyes Magos? ¡Que no se olviden de mí! – La contestación de los Reyes Magos, dibujos de H. H. Flere. – Estos dos dibujos del celebrado artista inglés sintetizan el carácter que en una gran parte de la sociedad moderna va adquiriendo la tradicional fiesta de Reyes. No hace aún muchos años, los pequeñuelos aguzaban el ingenio para escribir aquellos conmovedores billetitos en los cuales confesaban sus pecadillos, con el consiguiente

Espectáculos. *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera la ópera de Wagner *Tristán é Isolda*, muy bien dirigida por el maestro Tafanel y admirablemente cantada por Mme. Grandjean y los Sres. Delmas y Alvarez; en el teatro Antoine *Le Roi Lear*, la hermosa tragedia de Shakespeare, perfectamente traducida por Pedro Loti y Emilio Vedel, puesta en escena con gran propiedad y magistralmente representada sobre todo por Antoine; en el Gymnase *Le bercail*, comedia en tres actos de Enrique Bernstein; en el teatro Moliere *Sainte-Roulette*, comedia en cuatro actos de Juan Lorrain y Gustavo Coquiot; en los Bouffes-Parisiens *Rabelais*, comedia en tres actos y en verso de Alberto du Bois, y *L' inevitable*, comedia en un acto de G. Buisieulx y R. Marx; en Folies Dramatiques *Madame l' Ordonnance*, vaudeville en tres actos de Julio Chancel, y en la Comedia Francesa *Racine chez Arnauld*, apropósito en un acto de Sergio Basset.

Barcelona. – En la «Associació Wagneriana» se ha dado la segunda audición de obras del Sr. Doménech Español, habiéndose ejecutado un *Cuarteto en do mayor*, de bellísima factura, muy inspirado é instrumentado con gran conocimiento del género; varias melodías inspiradísimas y dos transcripciones, admirablemente hechas, de dos fragmentos de la ópera de Wagner *Los Maestros cantores de Nuremberg*. Todas las piezas fueron muy aplaudidas, compartiendo los aplausos con el autor los concertistas Sres. Munner, Marcet, Esteva y Dini y el tenor Sr. Bosch.

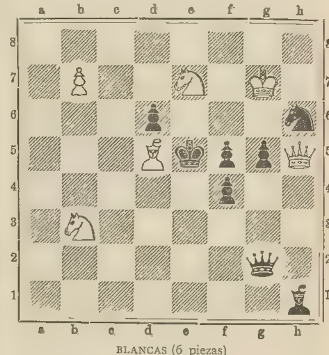
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

ENVÍO N.º 24. – LEMA: «Natura non facit saltus.»

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 22. – «Noble es el juego de ajedrez.»

1. Dg5–g8, Ae4–c6 ó b7; 2. Th5–d5, etc.
d6–d5; 2. Dg8–g4, etc.
Ae4–f3; 2. Rf2×f3, etc.

NOTA. – Tiene otras soluciones que empiezan con 1. h2–h3 ó h4, Dg5–f4 ó g3. Este problema es igual á uno publicado en el «ABC des échecs» de Preti, 1.ª edición, compuesto por el famoso S. Loyd, quien no dejó de ver dichas dobles soluciones y las evitó poniendo un Peón blanco en *h* 3, el cual falta en la imitación (voluntaria ó involuntaria) que ha sido enviada á este concurso.

ENVÍO N.º 23.—«Homo homini lupus.»

1. Cg7–e8, Rd5×e6 ó c4; 2. Ce8–c7 jaq., etc.
Ag4×e6; 2. Ce8–c7 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Ce8–c7 jaq., etc.

(Se continuará)

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

LOS HERMANOS

—¿Y bien?...

—No está mal..., respondió el otro distraídamente, inclinando hacia un lado la cabeza, como para juzgar mejor la línea que acababa de trazar; y frunció las cejas, unas grandes cejas obscuras, enmarañadas, graciosas por su expresiva movilidad encima de unos ojos azules de miope, casi cerrados.

Entonces, en el extremo de la mesa, ocupada por grandes planos fijos con chinches á un tablero y por multitud de lápices y escuadras, se produjo una gran confusión, como si hubiera pasado un huracán ó un gato furioso. Una mano nerviosa revolvió unas cuartillas llenas de enmiendas y tachones, y el portaplumas, una frágil joya de mujer, de concha y plata, cayó de golpe en la mesa.

El hermano mayor, absorto en su trabajo, echó una mirada alarmada hacia el tintero, pero éste era sólido, con su base de cristal, y no se movió. Entonces el mayor dijo con voz tierna:



Una mano nerviosa revolvió unas cuartillas llenas de enmiendas y tachones...

—¡Raimundo! Hijo mío, no seas tan nervioso; te lo ruego.

Pero Raimundo se había levantado y puéstose á dar paseos por la pieza, un comedor guarnecido de maderas obscuras y con un papel vulgar imitando ramajes verdes. Y aquella habitación tranquila, con su grande y pacífico aparador de caoba maciza, sus ocho sillas de paja alineadas junto á la pared y su sillón *Voltaire* de reps granate, al lado de una chimenea en la que ardía un buen fuego de carbón de piedra, fué sacudida por el paso rápido y violento del joven y llena por su voz, que rompía la dulce paz producida por la sombra de las cortinas, corridas delante de la ventana para alejar el frío de diciembre y el ruido de la calle, y por el limitado círculo de blanca luz que caía de la lámpara sobre la mesa central.

Era aquella la mesa de trabajo, la mesa fraternal, donde los dos hermanos—Pedro para hacer sus planos de barcos y Raimundo para convertirla en humilde escritorio de febril y joven poeta—se reunían todas las noches después de la separación del día, empleado por éste en interminables caminatas por París, y por aquél en la tarea cotidiana de empleado, realizada puntualmente en una agencia marítima.

—¡Nervioso! ¡Muy pronto lo dices! ¿No ves con qué angustia trabajo? ¿No comprendes lo que son para mí estos pequeños signos que no te dicen nada ni son para ti más que garrapatos?.. ¡Lo que se querría, lo que se podría expresar con esto! Buscar una expresión, adivinarla, crearla, y desesperarse por no poder producirla... ¡Qué tortura! Y, sin embargo, se cree algunas veces haber dado con ella... Se siente uno ligero, alegre, loco, con una especie de miedo, sin embargo, un miedo helado como un escalofrío... No se sabe lo que eso es... Se siente un vértigo á fuerza de trazar palabras y palabras... Entonces ensaya uno esas palabras, esa frase martirizadora, leyéndosela á otro para ver el efecto, y se pregunta uno secretamente: «¿Será esto?.. ¿Qué dirá? ¿Comprenderá mi frase como se percibe la armonía de un sonido afinado?» Y se decide uno á la prueba como quien se ahoga... Se lee en alta voz sin oírse uno á sí mismo, con un gran rumor en las orejas, y después se acabó... Se espera una opinión, cualquiera que sea; se pregunta: «¿Y bien?» ¿Y qué se le responde á uno? Estas sílabas heladas, indiferentes, terribles: «No está mal...» ¡Esto es lo que tú haces conmigo! Y lo peor es que no te das cuenta de ello... ¡Ah! ¡Es cruel!..

Y en su exageración de sinceridad apasionada, Raimundo, aquel niño enternecedor de inquieta juventud y de pueril ardor, temblaba y no le faltaba nada para llorar. Pasándose la mano por los rubios cabellos y arrancándose la corbata que le oprimía el cuello hinchado de emoción, el joven se paró delante de su hermano.

Pedro le puso las manos en los hombros y le movió con dulzura.

—Eres tonto, le dijo sencillamente, y eres injusto, añadió con cierta tristeza. Vamos á ver, ¿hay alguien en el mundo que se interese como yo por lo que tú haces?

—Sí, ciertamente, lo hay, respondió el joven en la obstinación de la cólera.

—¡Ah! ¿Y quién es?..

—Margarita...

Pedro dejó al que llamaba *hijo mío* con más frecuencia que *hermano*, y volvió á su trabajo.

—Ya sé, dijo, que Margarita te quiere mucho.

Hubo unos instantes de un silencio que les pareció á los dos interminable y pesado. Pedro había cogido su lápiz encarnado y se había puesto á trazar en el plano numerosas cifras en pequeñísimos caracteres. Su cuerpo grande y robusto estaba inclinado y su cara resultaba sumergida en la sombra. No se veía más que sus ojos miopes claros y velados y su frente preñada que descubría la onda de una cabellera leonina, obscura y desordenada.

Raimundo se fijaba en aquella frente, y su irritación se mezclaba con un remordimiento. Estaba indeciso entre el pensamiento rencoroso de aquel *no está mal* tan desagradablemente distraído y los recuerdos numerosos é inmediatos de la indudable, profunda y vigilante ternura de su hermano.

Levantó los ojos y vió en el espejo de la chimenea su propia cara, su pálida, rubia y fina cara de niña adolescente, sus grandes ojos y toda aquella imagen delicada y agradable que le inspiraba secretamente alguna vanidad; y se sonrió sin querer, haciendo un gesto de niño mimado.

Cinco minutos después estaban los dos hermanos hombro con hombro, inclinados sobre la cuartilla causa del disturbio, y Raimundo decía con ardor:

—Ya comprendes..., mira; la muchacha sale de su casa y se encuentra delante de la primavera, de la plena primavera reluciente, deslumbradora...

—Espera..., espera..., decía Pedro, y leía en voz baja:

«La joven se embriagó de dicha; la rosada primavera llenaba profusamente, como un raudal de flores, el estrecho sendero...»

¿Quiere esto decir, preguntó, que ve las rosas á derecha é izquierda del sendero?

—Sí..., sin duda..., pero no es sólo eso, interrumpió el joven empezando ya á amoscarse; quiere decir también que le penetra la embriaguez de la naturaleza, el feliz despertar de todas las cosas y de ella misma, la belleza, el amor...

—Sí, sí, bueno, ahora comprendo... ¿Pero no haría falta una palabra más?..

En este momento sonó la campanilla y los dos se estremecieron y miraron al reloj de pared.

—Las diez y media...

—¿Será Margarita?

—Muy tarde es..

Raimundo se precipitó hacia el estrecho pasillo, en el que la luz del comedor puso al abrirse un rastro de oro.

Y en aquella claridad apareció una joven como si otro resplandor surgiese de la sombra; una cara de sol en la que relucían el cabello, los dientes y los ojos, mientras las demás facciones se distinguían mal en aquella luz indecisa. La nariz algo gruesa, la boca un poco grande y el movimiento casi japonés de las cejas levantadas hacia las sienes ¡no se veían al pronto.

—Sí, sí, ella es...

Raimundo la seguía arreglándose la corbata y Pedro le salió al encuentro preguntando:

—¿Qué? ¿Ocurre algo de particular? ¿Julieta?..

No, no... Julieta está como siempre y no hay más disgustos que los de costumbre... ¿No son bastantes? Pues qué, ¿creen ustedes que yo no puedo venir más que á contarles penas ó á pedirles servicios?..

Y la recién llegada se echó á reir en un tono más alto que el de su voz habitual, como sucede siempre que la voz quiere disfrazar el pensamiento.

Mientras hablaba se quitó el abrigo, acercó una silla á la chimenea y se sentó, sin haber visto el ademán de Pedro, que quería instalarla en la butaca.

¿Era una mujer ó una jovencita? La expresión definitiva y de justa armonía de sus movimientos, libres de la indecisión encantadora, pero un poco torpe, de la primera juventud, contrastaba singularmente con la ternura infantil y la extremada delicadeza de flor aterciopelada de su semblante.

—¡Qué mala es!, dijo Raimundo riéndose. Nos ha extrañado ver á usted llegar á estas horas, pues viene usted más temprano, generalmente, cuando es bastante amable para pensar en sus amigos...

—¿Pensar en ellos? Lo hago con frecuencia, respondió la visitante con voz brusca.

Pedro preguntó:

—¿Ha vuelto usted muy tarde esta noche?

—Muy tarde...

—Muy de prisa debe usted de haber comido, entonces, y el salir otra vez le puede hacer daño...

—¡Bah! No es ni largo ni fatigoso el atravesar la calle... Además, no he comido...

—¡No ha comido usted!..

—No, querido Raimundo... Eso no le resultaría á usted, que es glotón y amigo de comodidades; á mí me da lo mismo, se lo aseguro á usted. Me sucede á veces y ni siquiera lo noto...

—¡Oh! ¡Qué malos ojos tiene usted esta noche!, dijo Pedro inclinándose para atizar el fuego y produciendo tal derrumbamiento de ascuas que el calor se hizo insoportable.

La joven, que no pareció haber oído, se levantó, se acercó á la mesa y se puso á mirar el plano.

—¿Cómo puede usted entenderse con tantas líneas y tantas cifras? ¡Qué laberinto!

—Y sin embargo, es de una maravillosa claridad, puesto que se trata de la precisión matemática, dijo Pedro sonriendo.

—Detesto las cosas exactas... ¿Y esto?, dijo hojeando el manuscrito. ¿Ha trabajado el niño? ¿Es algo nuevo?

—No; es lo que leí á usted el otro día... Lo estoy revisando y corrigiendo... ¿Quiere usted ver?

La joven cogió una cuartilla, pero la dejó casi en seguida.

—No, ahora no, dijo. No puedo leer nada ni comprender nada esta noche... Estoy cansada..., cansada..., y tengo un aburrimiento...

La visitante dijo estas palabras como un profundo gemido, y sentándose al lado de la mesa, extendió los brazos sobre los papeles y se quedó con la mirada fija en el vacío. Su bella cara se alteró con una expresión de lastimosa miseria y se eclipsó toda su luz, como el sol en un cielo invadido por la tormenta...

—¡Vamos allá! Ya sabía yo que las cosas no iban bien.

Y Pedro, al decir esto, cogió en las suyas una de aquellas pobres manos flácidas y añadió con voz dulce y regañona, cargada de reproches y de ternura, como se habla á un niño enfermo y desobediente:

—Hable usted, amiga nuestra, y díganoslo todo... ¿Qué hay?.. ¿Su madre de usted?.. ¿La pequeña?.. ¿Son los otros niños que le estorban á usted en su trabajo? ¿O es que éste no marcha?..

A cada frase, la joven movía la cabeza lenta y negativamente, hasta que dijo como quien se decide de repente:

—¿Qué hay? Nada y todo... ¿Mi madre?.. ¡La pobre mujer! Si gruñe, es muy natural, y yo puedo marcharme para escapar á sus nimiedades insoportables; ella se queda al lado de mi desgraciada Julieta... ¡Ah! Esta es otra... He dicho hace un momento que está como siempre..., sí, siempre en la misma situación feroz y monstruosa, siempre con aquellos sufrimientos abominables y aquella parálisis mortal en su cuerpecito de doce años, en su cuerpecito de mártir, por el que, hace diez y ocho meses, pasan todos los médicos, todas las experiencias y todas las probaturas para agravar el mal, sin que nadie, ni los más sabios —¡imbéciles! —ni los que más la quieren en el mundo, puedan sospechar de dónde viene esa enfermedad terrible, ni qué medio habría de aliviarla... Y digo *aliviarla*, no *curarla*... ¿Los demás?.. ¡Ah! Me iré haciendo muy poco á poco á su ruido, á sus quejas, á sus agitaciones de fieras enjauladas... ¿Qué tiene de extraño?.. ¿Quién los pasea? ¿Quién los divierte?

—Usted, de vez en cuando...

—¿Yo? Nunca ya. Algunas veces me dan ganas de enviarlos á jugar á la calle, al arroyo, con los más pobres... ¿No lo son ellos también? En cuanto al trabajo, ¡qué horrible broma! ¿Merece el hermoso nombre de trabajo el oficio manual á que yo estoy sujeta? Ese pintarrajeo fastidioso é innoble... Esas eternas cajas... Esos terribles saquitos... Esas pantallas... ¡Qué asco!..

—Todo eso se puede hacer con arte...

—¡Oh! Amigo mío, no diga usted tonterías... ¡El arte! Sí, se puede ver el arte en cualquier cosa, tiene usted razón, cuando se está libre, libre de tener una idea y de ejecutarla con el lujo del tiempo y en la riqueza de la soledad... Pero un modelo de encargo, que hay que repetir cientos de veces.... ¡Bonito está ese arte!.. ¡Y pensar que me ha gustado la pintura, ese milagro del color y de la forma! ¡Pensar que he tenido en los ojos un vértigo de visión y que en mis dedos, en estos dedos, he creído sentir un día lo intangible, *el poder de crear!*..

Y la joven agitaba su mano ante la luz de la lámpara como una frágil joya, como una cosa extraña y preciosa mirada con envidia, con pena y con sorpresa.

—Sí, he amado esto..., he amado y he deseado una vez en la vida... ¡Qué imbecilidad! ¿Se debe, acaso, amar algo en la vida? No, hay que existir, sencillamente; ser el animal que se arroja sobre la comida y á quien se esclaviza. ¡Los animales domésticos! No son los perros, ni los gatos, ni los demás; son los que tienen necesidad de dinero, *los pobres*..., que penan detrás de ese miserable metal indispensable para la vida y que, bastante cobardes para querer conservarla, están prontos para ganarlo á todas las tareas, á todas las humillaciones y á hacer callar á su alma...

Raimundo estaba delante de ella, escuchándola con una fiebre que se veía en el brillo de sus ojos y en el temblor de sus labios.

—No tiene nada de humillante el ganar dinero, dijo Pedro en voz baja.

Pero después se ruborizó de repente, como si le diera verguenza el decidir y predicar con aquellas palabras triviales, y añadió irguiendo por completo su alta estatura de gigante:

—¡Ah!.. ¡Pero!.. ¡Estamos lucidos! Mis dos hijos están terribles esta noche. Raimundo me acaba de servir mil amargas recriminaciones, y ahora usted, nuestra amiga...

—¡Oh! ¡Cállese usted!..

Y la joven, con un movimiento ágil y rápido, le puso la mano en la boca y dijo acercándose á Raimundo:

—Este..., este me comprende... No sé lo que decía hace un momento, pero...

—Decía, como usted, que no le entiendo, y él también aseguraba que usted comparte mejor sus sueños...

Pedro estaba, al decir esto, algo triste y como humillado ante aquellos dos seres rubios, frágiles y vibrantes, apoyados el uno en el otro.

—¡Ah! ¡Los sueños!, exclamó la joven con voz sorda y con un ardor inusitado; ¿también usted los tiene, mi pequeño Raimundo? ¡Grandes, grandes sueños, que por la noche, cuando se está solo y se cierran los ojos, parecen cubrirlo todo como con una brillante tela de seda y oro!.. Están alrededor de uno..., los del pasado, allá, muy lejos..., y los otros delante, más lejos todavía... Pero los hay por todas partes... ¡Es un esplendor! ¡Una apoteosis!.. ¡Y qué miseria, qué miseria al despertar!..

Mientras la joven hablaba, Pedro, en dos ó tres idas y venidas desde el aparador á la mesa, había traído pan, manteca, la tetera, y finalmente, un tarro que presentó tímidamente, diciendo:

—Es *foie gras*... Esperábamos para abrirle una buena ocasión..., y puesto que no ha comido usted, vamos á hacer tartas y cenaremos..., ¿eh?

La joven se le quedó mirando un momento y después se echó á reir y dijo mirando á Raimundo, que tambien se sonreía:

—¡Este buen Pedro!.. ¡Aquí le tiene usted, el sin ilusiones!..

* * *

Hacía mucho tiempo que Margarita se había marchado, el reloj latía como un pulso regular y acompasado, más fuerte en el silencio de la noche, y los dos hermanos estaban todavía en la pequeña habitación llena de la luz blanca de la lámpara.

Pedro trabajaba para ganar las dos horas perdidas, y Raimundo, recostado en la butaca, estaba mirando las blancas cenizas y los negros carbones, entre los que brillaba todavía, como un ojo en la obscuridad, alguna brasa encendida.

¿Se había marchado realmente la joven? ¿No estaba todavía allí, como una sombra invisible, entre aquellos cálculos cuya exactitud «detestaba» y pasando y repasando por aquellos ensueños inactivos?

—¿Duermes?, preguntó Pedro de repente.

—No, dijo el muchacho estremeciéndose.

—¡Ah! Creí... Como no decías nada...

—Estoy pensando.

—Vete á la cama; mañana estarás rendido y no podrás escribir...

—¿Y tú?

—Yo también me acostaré en seguida. Estoy acabando.

Raimundo se acercó á su hermano y le miró trabajar durante un momento.

—¿Es el plano para Girel el ingeniero?

—Sí.

—¿Para el yate del conde de Luc?

—Sí.

—¡Y será Girel el que cobre una fuerte suma, mientras que tú!..

—Yo también cobraré... una pequeña suma, dijo Pedro sonriendo.

—¿Eso te hace gracia? Pues á mí me indigna y me exaspera. ¡Cómo! Ahí tienes un caballero que va á recibir una cantidad enorme por un trabajo que tú has hecho, y tú...

—Yo he aceptado las condiciones de ese «caballero» y las encuentro muy ventajosas... Si no me hubiera yo creído capaz de hacer el trabajo, puedes estar seguro de que hubiera rehusado; pero, entre nosotros, y ya ves que no soy tan modesto como tú piensas, me creo á la altura de Girel...

—¡Y no te adulas! ¿Te acuerdas de su fiasco del año pasado con el barco para los Loris, con aquella quilla demasiado pesada y sin proporciones? Fracaso en toda la línea...

—¡Este no será un fracaso, te respondo de ello! Mira esto...

Raimundo se acercó con una evidente buena voluntad, pero después confesó:

—Querido, tienes que dispensarme, pero yo soy como Margarita; tus planos no me dicen gran cosa...

—¡Cómo! Estas líneas, estas curvas, estos... Pero es verdad, añadió Pedro interrumpiéndose de repente; todo esto tiene sólo interés para los del oficio... Anda, vete á la cama, querido Raimundo... Yo haré lo mismo dentro de un momento, muy despacito, para no molestarte...

El joven pasó á la pieza contigua, un dormitorio de dos camas, que, con el comedor, una cocina y un cuartito obscuro, componía toda la casa. Pero tenían también un balcón, desde el cual se descubría un mar de tejados, y entre dos muros, un trozo del Sena, del ancho de un espejo, pues la casa cortaba en arista irregular la calle de los *Grands-Augustins*, cerca de la punta de la isla.

Al cabo de un momento, Pedro vió que la puerta se abría de nuevo.

—¿Qué hay?, dijo.

—Nada... Dime; siempre quiero preguntarte... Tú, que la conocías mejor entonces... yo era muy joven... Dime, ¿crees que piensa todavía en *él*?

—¿Margarita?.. ¿En su marido?

—Sí...

—¡Qué sé yo! ¿Se saben jamás esas cosas?.. ¡Vaya una idea! ¿Te da á menudo por hacer á estas horas semejantes preguntas?

—Sí, me da, con más frecuencia de lo que tú crees, porque hay algo que no es natural... Estoy seguro de que no me has dicho nunca la verdad entera... ¿De qué murió?

—Murió de repente..., lo sabes como yo..., pero no encuentras la cosa bastante dramática para tu alma terrible de escritor. Una niña casada á los diez y ocho años, y casada ¿cómo?, ¿con quién? Su padre, Avesnes, iba á quebrar; veía la quiebra delante de él como un precipicio y perdió la cabeza... De pronto se presenta un comanditario, un salvador. «Le doy á usted los fondos necesarios y le saco de apuros; pero amo á su hija de usted...» Y el padre se la dió.

—Pero ella, ella, ¿qué pensaba?

—Pregúntaselo.... Si hubiera visto al individuo y le hubiera conocido, no es de creer que hubiera podido amarle... Pero era ella tan joven y él tan enamorado... En fin, me fastidias con tus preguntas y te diré lo que queda en dos palabras. El matrimonio..., y tres días después, la muerte repentina del marido. En el aturdimiento y en el trastorno consiguientes, se descubre que todo había sido mentira, las promesas, los papeles, las firmas enseñadas, y que se trataba de un hombre arruinado y deshonrado... En fin, estaba muerto... ¿Qué más quieres? ¿No estás satisfecho?.. Ya sabes que el desgraciado Avesnes, en plena quiebra, murió loco unos meses después en un manicomio. Su viuda, ¡pobre mujer!, inofensiva, pero débil y acostumbrada al lujo, se quedó con cuatro hijos; Margarita, que es la mayor, viuda también después de tres días de matrimonio, dos niños pequeños y esa deliciosa y desgraciada Julieta, siempre enferma y clavada en la cama, hace cerca de dos años, por una parálisis nerviosa... ¿No te explica bastante todo esto que nuestra pobre Margarita pase momentos negros, como los de esta noche, en los que grita como un animal martirizado, y vienes aún á preguntarme «si piensa todavía en él?..»

Pedro dijo todavía palabras bruscas, de infinita bondad, para obligar á su hermano á acostarse tranquilo. Y cuando la puerta se cerró al fin entre los dos y el silencio de la pieza inmediata le indicó que «el muchacho» dormía, en la cara del mayor apareció una expresión de sufrimiento. Su memoria se

llenó de imágenes dulces y lejanas, y otras presentes, profundas y misteriosas.

Recordó los hermosos días de su pacífica infancia, transcurrida en un país tranquilo, á la orilla del Adour, cerca de Bayona. Ya entonces estaba poseído por una pasión inmensa y reflexiva por las cosas del mar, y entre los barcos y los marineros soñaba con navegaciones maravillosas, pues tenía en las venas la herencia de su abuelo paterno, capitán de la marina mercante, y esa sangre vascongada que ha hecho los más atrevidos aventureros de los océanos.

No conservaba más que un ligero y vago recuerdo de su padre, muerto en el mismo año en que nació Raimundo y cuando él tenía poco más de cuatro años.

No eran ricos entonces, y Pedro recordaba muy bien desde los últimos límites de su memoria á su madre inclinada sobre unos bordados interminables y contando cuentos encantadores al pequeño Raimundo, que conservó hasta los nueve años los rizos alrededor de su fina fisonomía y una gracia deliciosa de niño delicado.

Su madre le predecía un porvenir tejido de glorias como una tela regia.

«Tú serás hermoso, célebre, rico y dichoso,» le decía.

«Y yo seré marino,» contestaba alegremente Pedro, en cuya cabecita cuadrada y sólida de prácticas decisiones estaba ya todo resuelto: entrar en el *Borda* antes del máximum de edad, para ganar tiempo... Pero nada de esto se realizó.

Su madre, con los ojos cansados de trabajar, iba perdiendo la vista. ¿Podía Pedro alejarse de ella y de aquel delicado hermanito?

Parisiense de nacimiento y poseída siempre por la nostalgia de la ciudad de los cielos velados y del alma febril, la madre, ya medio ciega é inactiva, sintió un deseo agudo y enfermizo de volver á París. Los tres se fueron á la capital y pasaron allí unos años en la tímida medianía en que vive la clase media pobre y honrada. Años de estudio, en los cuales las disposiciones de Pedro para las matemáticas y el dibujo se desarrollaron hasta el punto de que sus profesores decían: «Es preciso que ingrese en la Central.»

Pero hubiera hecho falta dinero, tiempo y un alejamiento casi continuo, y Pedro tuvo que emprender una humilde é inmediata tarea de empleado.

En su mente se dibujaron algunos recuerdos que representaban rápidamente su juventud. De repente un rayo de sol desgarraba las brumas grisáceas de aquellos días, y aquella claridad, entre tantas horas tristes, era como un pájaro en un cementerio: Margarita.

Al volver un día á su casa, la encontró allí con su padre, M. Avesnes. El padre y la hija habían ayudado á Raimundo á transportar á su madre, que se había desmayado en el Luxemburgo. Aquel fué el principio de su amistad, facilitada por una vecindad muy inmediata. Margarita volvió con frecuencia y estuvo deliciosa con la pobre ciega, que ya no podía salir. A Pedro le parecía un hada alegre y benéfica.

Iba con su madre, cargada de flores, de golosinas y de mimos delicados. «¡Pruebe usted esto, Madama Etcharre; vea usted qué bien huele esta flor!» Era el lujo y la alegría más pura, y al joven le resultaba por eso mismo un poco ideal y casi inaccesible de fina gracia...

Y de repente la encontró muy cerca de él, lastimosa en su dolor... Ahora pasaban por su memoria los sucesos recordados á Raimundo hacía un momento, y que estaban mezclados con una desgracia: la muerte de su madre...

Y después venía, en todo su horror oculto, el punto secreto presentido por Raimundo y negado por Pedro.

¿Cómo olvidar jamás aquel despertar á media noche, la llamada desesperada de Avesnes y sus palabras desconsoladoras, de las que él no había comprendido al principio más que este nombre, repetido como una queja de agonía: «Margarita, mi pobre Margarita?..» Después, contestando á sus preguntas llenas de espanto, aquel hombre le había respondido: «Venga usted; sígame...» Y, con una impresión de pesadilla, reproducía en la mente aquel corto trayecto hasta la casa muy próxima en que los recién casados acababan de instalarse y volvía á escuchar el relato de Avesnes: Dorgers, el marido de Margarita, había rogado á su mujer que fuese á comer en casa de sus padres y que le esperase allí hasta que fuese á buscarla por la noche, pues tenía que atender á un negocio urgente.



Y ... aquella claridad que [illegible]

Sabiendo las muchas complicaciones actuales de la situación, la recién casada no había extrañado semejante plan y había obedecido.

Al mismo tiempo de dar las doce de la noche, Avesnes, algo inquieto, había cogido sin decir nada la llave de la casa de su hija, se había ido á ella y había encontrado á Dorgers ahorcado. Su muerte databa de dos horas. El desgraciado padre, medio loco, fué á buscar á Pedro, y toda la noche se pasó en una inolvidable serie de minuciosos y atroces detalles.

En aquel momento les pareció imposible revelar la verdad entera á Margarita. El drama de la muerte repentina de su marido era ya demasiado pesado para una mujer tan joven y no acostumbrada á las pruebas de la vida, y los dos hombres resolvieron evitarle el trágico horror del suicidio.

No fué difícil engañarla en los momentos de estupor que subsiguieron á aquel acontecimiento fulminante. Pedro guardó el secreto á su hermano, que en aquel momento estaba en Bayona, y después continuó callando por temor de una expansión inconsciente de aquella naturaleza débil y tierna, sobre todo cuando le vió en gran intimidad con Margarita...

Al pensar en esto, Pedro suspiró profundamente con una especie de sollozo ahogado, como si tuviese un nudo en el corazón.

—¡Ah!.. ¡Yo no sé!.. ¡No veo claro!, murmuró. ¿La ama? ¿Y ella?.. ¿No los une más que su gran amistad y ese parecido singular que hay entre ellos?.. Los miro siempre como unos niños... Tienen la misma edad, veintitrés años, y ella ha vivido, es una mujer...

Y añadió muy bajo, como si la hubiese tenido delante:

—Mujer querida...

Pedro se representó entonces aquella cara de virgen, en la que el abismo, negro algunas veces, de los ojos desmentía á la juventud infantil de una boca radiante...

(Continuará)

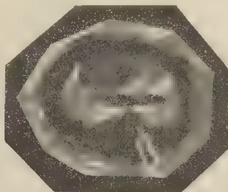
Los grandes diamantes del mundo

(LOS GRABADOS DE ESTA PÁGINA REPRODUCEN LOS BRILLANTES EN SU TAMAÑO NATURAL)

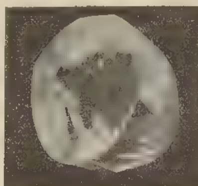
Tienen las joyas un misterio especial, y casi parece que la mágica fascinación que ejercen sobre sus poseedores dura, de un modo oculto, en ellas desde los tiempos en que los hombres se mataban unos á otros por causa de esas fatales y brillantes piedras.



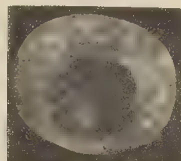
Gran diamante del Mogol. Probablemente es una parte del Koh-i-nur



El diamante Florentino. Pesa 139 1/2 quilates



El diamante Orlof. Está en el cetro del czar de Rusia



El Orlof, visto de frente

Desde el Oriente han cruzado los continentes, y la historia de su paso es muchas veces un libro cerrado. Las órbitas vacías de los ojos de los ídolos de los remotos santuarios de la India y las joyas de las coronas de algunos monarcas europeos son testimonios de dónde vinieron y adónde han ido á parar.

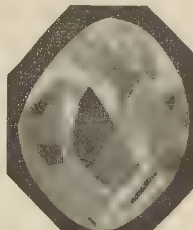
Su edad no se calcula por los procedimientos ordinarios. Sobre el brazo de una dama inglesa, dice lord Macaulay, puede que brille una joya que presenció el saqueo de Roma por Alarico y que contempló antes, ¿por qué no?, los tesoros de los palacios de los Faraones y de Darío, ó los campamentos de los Tolomeos; que vino á Europa adornando la garganta de la esposa vulgar de un procónsul, para resplandecer en las carnicerías de los circos; que luego pasó, en un carro godo arrastrado por bueyes, á un serrallo árabe de Sevilla, y que vuelta otra vez á la India, para figurar en el trono, en forma de pavo real, del gran Mogol, más tarde fué comprada por un armenio por unas cuantas rupias á un soldado inglés, viniendo al fin á parar á Inglaterra.



El diamante Koocher



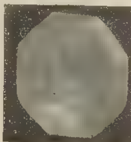
El gran Nizán, destruído durante la insurrección de los cipayos



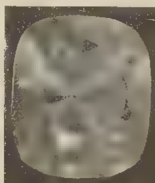
El Koh i-nur, del rey Eduardo VII



La Estrella del Sur



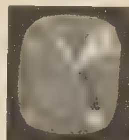
El diamante Sancy



El Pitt ó Regente



El diamante de Shah Jehan



El diamante azul Hope

LA NOVELA DEL KOH-I-NUR

El célebre Koh i-nur, perteneciente hoy al rey Eduardo VII, tiene una historia novelesca y que alcanza á cinco mil años; el diamante Orloff y la Luna de las Montañas, ambas joyas de la corona de Rusia, tienen también un pasado igualmente remoto, siendo reliquias de los grandes emperadores mogoles del imperio tártaro mahometano.

El referir la historia del Koh-i-nur nos llevaría hasta las fábulas orientales, tan legendarias como las de la Tabla Redonda y de la famosa Excalibur, la espada encantada del rey Artus, que, como dice el poeta, «resplandecía con chispas de diamantes, miles de luces de topacios y jacintos, trabajados con el más refinado arte de la joyería,» ó de los nueve diamantes que uno á uno fueron regalados al vencedor del gran torneo anual y que formaron luego el collar que ganó Lanzarote y dió á la reina Ginebra.

Pero dejemos los cuentos de los poetas. La historia del Koh-i-nur proviene de la tradición, que en prosa y verso nos le muestra pasando, como botín de guerra, de las manos de un rajah victorioso á las de otro, hasta que vino al fin á las de Baber, fundador del imperio mogol, que lo transmitió á Aurungzabe, emperador del Indostán, quien lo destinó para que fuese colocado simulando uno de los ojos del pavo real que figuraba su célebre trono.

UNA FORTUNA EN UN TURBANTE

En el año 1739, cuando Mohamed Shah fué derrotado por Nadir Shah, el invasor persa de la India, no se encontró el gran diamante en el tesoro del despojado monarca, en Delhi. Mahomed, al huir, lo había efectivamente ocultado en su turbante. Súpolo Nadir, y cuando se firmó la paz, en la ceremonia de reinstalar en su trono al emperador mogol, con verdadera astucia oriental le propuso cambiar de turbantes en prueba de reconciliación, proposición que no podía ser desechada, y así fué como el Koh-i-nur cambió de dueño. Al verlo por primera vez, Nadir exclamó: «Koh-i-nur» (montaña de luz), y desde entonces se llamó así. Cuando el Shah Sujah fué depuesto, se lo dió á Ranjit Singh, del Punjab, como premio de la ayuda que le había prestado para recobrar el trono de Cabul.



La rosa Shah

En 1839, á la muerte de Ranjit Singh, fué depositado en el tesoro de Lahore.

Cuando la anexión del Punjab, en 1849, fué confiscado, como todo lo demás perteneciente al tesoro, por la Compañía de las Indias Orientales, con la intención de regalárselo á la reina Victoria. Lord Dalhousie lo envió á Inglaterra en 1850.

Digamos, para terminar, algo sobre su tamaño. El gran Mogol, en 1665, se lo enseñó á Javernier, el célebre viajero francés, quien lo describe como parecido en su forma á un medio huevo. El Koh-i nur, cuando fué expuesto al público en la gran Exposición de 1851, pesaba 186 1/16 quilates. Después se le ha vuelto á montar y tallar en forma de rosa, y ahora sólo tiene 106 1/16 quilates, habiendo así perdido mucho por no haber sido bien tallado.

Se cree que vale nada menos que 40.000 libras esterlinas.

EL DIAMANTE MAYOR DEL MUNDO

El diamante mayor es el Orloff, que está en el cetro del emperador de Rusia. Pesa 193 3/4 quilates y está tallado en forma de rosa, con una cara plana por abajo, semejante á medio huevo de paloma. Como la parte inferior del Koh-i-nur también es plana, se ha supuesto que estas dos piedras eran partes de la primitiva, que perteneció al gran Mogol, y que otro diamante que pesa 132 quilates, ganado por Abbas Mirza en el asalto de bocha en el Khorassan, en 1832, podría ser un tercer fragmento. Este último fué durante mucho tiempo empleado por uno de los naturales como eslabón para sacar fuego. Unidos esos tres diamantes famosos, serían aproximadamente del tamaño que dice Javernier.

LAS PEREGRINACIONES DEL ORLOFF

Hay varias versiones novelescas relativas al diamante Orloff. Según una, perteneció á Nadir, shah

de Persia, y cuando éste fué asesinado, pasó á manos de un mercader armenio, que lo llevó á Amsterdam. Otra, y la más generalmente admitida, es que fué antiguamente uno de los ojos del ídolo de Brahma del templo de Seringham.

A fines del siglo XVII, un desertor francés, fascinado por tan inapreciable alhaja, tanto se supo congraciar con los sacerdotes, que le permitieron que les ayudara en el cuidado del templo. Después de muchas manipulaciones, pudo arrancar de su sitio una de las piedras, pero la otra se le resistió. Huyó, sin embargo, con su presa, y parece que pasó de sus manos á las de un marinero inglés, de éste á un judío y luego á un griego. Ya por entonces su precio había subido de unos pocos miles á 90.000 libras esterlinas.

En 1772 fué vendido en esa cantidad al general Orloff, el salvador de Moscou, que por aquel entonces estaba desterrado de la corte.

LAS ALHAJAS FAMOSAS DE RUSIA

Otros diamantes célebres entre los que tiene la corte de Rusia son el «Sancy,» que fué en un tiempo de Carlos el Temerario y después de Luis XIV, y en 1830 fué vendido al emperador de Rusia; pesa 55 ½ quilates; el «Shah,» de 86 quilates, y la «Estrella Polar,» de 40; hay también un magnífico diamante rojo, color muy raro, que costó 15.000 libras esterlinas.

El diamante «Sancy» tiene una historia accidentada. Fué comprado en la India por Mr. de Sancy, embajador en Constantinopla, por los años de 1570. Estuvo luego en poder de los reyes Enrique III y IV de Francia, y después lo vendió Sancy á la reina Isabel de Inglaterra.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - La información sobre el asunto de Hull. Los almirantes Kaznakof, Beaumont y Davis, delegados respectivamente de Rusia, Inglaterra y Estados Unidos, al salir de la primera sesión celebrada en París en el Ministerio de Negocios Extranjeros. (De fotografía de «Photo-Nouvelles, de París.)

EL CÉLEBRE DIAMANTE PITT

Entre los diamantes famosos figura el «Pitt» ó «Regente,» conservado entre las joyas nacionales en París. Fué encontrado por un esclavo en Parteal, en el río Kistna, en 1701. Tomás Pitt, gobernador entonces de Madrás, abuelo del gran conde de Chatam, lo compró en 20.000 libras esterlinas y lo llevó á Londres, donde el tallarlo costó 3.000 libras. En 1717 fué vendido, con intervención del célebre hacendista Juan Law, al duque de Orleáns, durante la menor edad de Luis XV, en 130.000 libras esterlinas.

Durante la revolución francesa el diamante Pitt fué enviado á Berlín. Se le considera como el más perfecto que hay en Europa; pesa 136 ¾ quilates, pero anteriormente pesaba 410 y los fragmentos que saltaron ó fueron aserrados cuando lo tallaron fueron apreciados en más de 1.000 libras. En el día está evaluado en más de 480.000 libras esterlinas.

EL DIAMANTE AZUL DEL GRAN REY

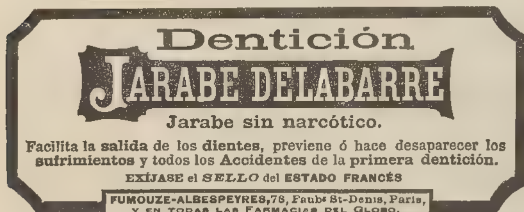
Un diamante de un color raro, de un azul de zafiro, de gran brillo, es el célebre diamante Hope. Javernier lo descubrió en la India y se lo vendió á Luis XIV. Era considerado como uno de los más preciados tesoros de la corona de Francia.

El gran rey lo llevaba pendiente de una cinta azul pálido y lo montaron en el collar del toisón de oro para la gran recepción que se hizo á la embajada persa en 1715. Durante el reinado del Terror estuvo depositado en el *Garde Meubles*, pero lo robó un tal Cadet Guillot, que le cortó un pedazo y le dió una forma ovalada.

P. G. KONODY.









Mme. Syveton



M. Gabriel Syveton

La muerte del diputado nacionalista francés M. Syveton, el que en plena sesión de la Cámara abofeteó al general André, ha producido gran sensación, no sólo en París, sino en toda Francia. Las extrañas circunstancias que en el hecho concurrieron, el misterio de que aparece rodeado, las versiones contradictorias que para explicarlo se han hecho circular, la atención preferente que la prensa francesa le dedica, todo contribuye á dar mayor interés al suceso. ¿Se trata de un mero accidente desgraciado? ¿Hubo asesinato? ¿Hay en el fondo de todo ello un terrible drama de familia? ¿Ha de verse en el suicidio, si es que fué suicidio, el recurso extremo para salir de una situación económica comprometida? Nadie es capaz, por ahora, de contestar de una manera absoluta á ninguna de estas preguntas, tanto menos cuanto que la pasión política se ha apoderado de este asunto, buscando en él cada partido una explicación distinta, favorable á sus fines particulares. La policía y el tribunal parisienses no cesan en sus averiguaciones, y es de esperar que no tarde en aclararse el misterio.

Como nota de actualidad publicamos los dos retratos que van al frente de estas líneas, el de M. Syveton, protagonista del luctuoso drama, y el de su esposa, cuyo nombre tanto ha sonado con motivo de la información judicial que actualmente se está practicando.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 16 de enero de 1905 — Núm. 1.203



VEJEZ, copia de una acuarela de Francisco Pradilla,

perteneciente á la colección de D. Alejandro de Anitua

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El *Huerto* siniestro donde el azahar florecía abonado con humus de cuerpos humanos, ha proyectado su tétrica sombra sobre los últimos días del año 1904 en nuestra patria. Ha sido una revelación nueva de lo que tantas veces deploro en estas Crónicas y que ha podido dar á mis lectores y lectoras de América idea pesimista de nuestro estado social: una prueba clara de lo que, mejor que ningún otro síntoma, descubre la criminalidad: del desequilibrio entre la intensidad de los apetitos y necesidades, y los medios lícitos de ganar dinero para satisfacerlos.

Hace veinticinco años, España se encontraba atrasada, cerrada á las influencias europeas; pero los artículos indispensables estaban más baratos; mil goces y refinamientos (groseros, pero refinamientos al fin) se desconocían; la vida de provincia y de aldea, y aun la de infinitos habitantes de la corte, era modesta, humilde, obscura. Hoy todo cuesta y todo se apetece, y hasta los últimos rincones y lugarejos llegan los periódicos y los inventos, los relativamente fáciles placeres, pues si es cierto que las subsistencias han encarecido, ciertos deleites se han puesto al llegar de la mano, y las concupiscencias salvan ya la valla de las distancias y de los aislamientos. El español, prodigio de sobriedad, va aprendiendo á comer, beber y usar y abusar de los excitantes, café, tabaco, licores, y de los espectáculos y *sports;* el español, contento antaño con las mozas zahareñas de su lugar, exige ya patchulí, peinados fofos, sayas con orla de puntilla, calzado fino, estrecho, afeites y melindres. El mismo español que se consagra á la vida de familia, busca ya para esa familia desahogo, comodidad, regalo, según su esfera, ó más allá; los niños de un artesano se cortan el pelo á lo Eduardo, y lucen pamelas con lazos y plumas. Claro es que preferentemente se cultiva la apariencia, y hay más de superfluo y de vacío que de positivo y útil en este movimiento transformador; pero todo se da la mano, todo se resuelve en una terrible fórmula: hace falta ganar más, porque es mayor el consumo y más ansiosos los deseos.

¿Cómo lograr este aumento de ganancia? El trabajo... El trabajo es el camino lento, largo, estorbado por obstáculos y competencias. De tanta gente como viene á mi puerta, la inmensa mayoría se queja de no encontrar trabajo. No todos mentirán.

Trabajo se encuentra, pero luchando con trabas, y esta es una de las explicaciones de la emigración á países donde el trabajo, cuando menos, parece brindarse á todo el que lo pide. Y la gente, afanosa de ganar dinero, echa por el atajo: se *ingenia,* palabra tan elástica... El ingenio empieza en la reventa de billetes de lotería, un ganadero de pan que es un término medio entre trabajar y pedir limosna, y termina en la baraja marcada y los negocios de tahurería, los cuales, á su vez, tienen, bajo los naranjos del Huerto del Francés, uno de sus más adecuados desenlaces.

Y se agotaron en Madrid los décimos de la Lotería Nacional, dos días antes del sorteo. A la puerta, un enjambre de desarrapados pregonaba los últimos décimos que quedaban disponibles. Hízose el sorteo, y el premio, un pequeño premio de treinta mil duros, cayó repartido en fracciones (como había sucedido antes con el gordo de Navidad), á las vendedoras de verduras del Rastro. Vierais allí volar por los aires, á manotadas y puntapiés, las hortalizas, volcarse los cestos, desbaratarse los tinglados, que representan el trabajo, la ocupación diaria. Tres ó cuatro mil pesetas que puedan haberle tocado á una verdulera, alcanzarán para que monte mejor su pequeño tráfico; pero no la redimen del trabajo, no la permiten tirar al aire las remolachas. Este es el único mal de una contribución indirecta muy amable, como la lotería: que cuantos juegan, en vez de tomarla por distracción de un instante, la toman por algo substantivo, que va á permitirles arrojar al suelo ó esparcir hacia los cuatro puntos cardinales los modestos artículos que constituyen y reportan el sustento diario.

No ha faltado quien se regocijase, en su patriotismo, de que el *Huerto* se llame «del Francés» y sea nacido en Francia el poseedor de tal matadero-cementerio. Eterno error confundir al individuo con la masa. El individuo poco significa dentro del estado social, y las individualidades excepcionales, en mal ó en bien, se crían en todas las latitudes. Lo grave en estas cuestiones, socialmente miradas, no es que existan dos ó tres criminales del temple de Aldije y Muñoz, sino que una masa de especuladores turbios y equívocos les ofrezca materia abundante para montar el crimen á guisa de industria fructuosa. No me alarman tanto los verdugos del Huerto como sus víctimas.

Y me alarma también, por la misma razón, porque significa algo colectivo, un fenómeno moral, la impresionabilidad malsana de la conciencia pública, indefectiblemente dispuesta al linchamiento en los primeros instantes de descubrirse un crimen, y no menos indefectiblemente enternecida y apiadada á los pocos meses, cuando llega el momento de exigir responsabilidad.

No se apiada aquí la gente de los criminales simpáticos por algún motivo: no discurre ni piensa: no recuerda siquiera, transcurrido tiempo, qué hicieron aquel hombre ó aquella mujer que van al banquillo á responder de sus actos. En mi tierra, no ha mucho, se cometió un crimen semejante á los del *Huerto*. El móvil, los procedimientos, iguales. No conozco crimen más repulsivo. Al mes, ó al mes y medio, no sólo era disculpado el criminal, sino que gozaba de cierta popularidad, bastarda y reprobable. El hecho se ha producido igualmente con Cecilia Aznar, que acabó por heroína de folletín, recibiendo declaraciones amorosas.

Tal vez exista alguna relación entre estas anomalidades de la psicología colectiva española y el incremento de la superstición, coincidente con la decadencia de la fe. Que la gente se vuelve supersticiosa, no cabe dudarlo. Díganlo los pases á las jorobas de los revendedores de billetes de lotería, que poseen este talismán. Hay quien cree que con deslizar la mano sobre el paño burdo de la chaqueta, donde hace saliente la contrahechura, tiene asegurado el gordo.

Nunca ha estado tan difundida la aprensión del número trece (en Francia todavía más que aquí); nunca ha sido tan corriente industria la venta de amuletos, fetiches y *porte bonheurs* como actualmente. En otros siglos se prevenía la mala suerte usando reliquias de santos, trozos de *lignum crucis,* algo que se reducía á implorar la protección del cielo; hoy se encomienda este menester á los cerditos de pasta, los ahorcados de níquel, los tréboles cuatrifolios de esmalte verde, los cuernecillos de nácar y otras infinitas bujerías que cuelgan de brazaletes y cadenas, y á las cuales (habiéndolas comprado por tres pesetas en casa del quincallero) se atribuye influjo felicísimo en el destino del portador. Hay en esto un símbolo.

El talismán, en otras épocas traído de Palestina ó de Arabia con riesgo de la piel, ganado á botes de lanza ó adquirido á peso de oro, es hoy objeto de comercio vulgar, de precio módico, accesible á las niñas cursis y á los señoritos desequilibrados que, al oir la palabra *culebra,* se estremecen hasta la raíz del pelo, y colocando los dedos en posición cabalística exclaman: «Lagarto, lagarto, lagarto,» con el tono de terror del que ve un peligro inminente y se encomienda á los poderes sobrenaturales...

¿Y qué diré del desarrollo de la superstición en el juego? Fórmase una mesa de tresillo en cualquier casa, y se enzarza la partida. Alrededor de los jugadores se sitúan unos cuantos mirones. Empiezan los jugadores, como es presumible, á perder unos lo que otros ganan. Sin dilación los perdidosos acusan de la pérdida á alguno de los mirones, que, es la frase consagrada, «trae pato.» Y se revuelve angustioso el jugador, y mira con desolación al *jettatore,* y acaba por decirle en voz suplicante: «¡Si quisiese hacerme el favor de cambiar de sitio! Desde que está usted ahí, no he visto una carta.»

El juego—preciso es reconocerlo—abre la puerta á la superstición. Mil veces me he preguntado qué explicación natural, racional, puede darse al extraño caso de la *vena,* y no supe acertarla. El hecho existe, y nadie que juegue poco ó mucho lo desconoce. Dos observaciones casi constantes: primera, «la vena,» que se declara por un individuo una noche ó varias seguidas, y trae á sus manos la carta que necesita, la jugada oportuna, la contra dañina al adversario; y «la negra,» que desbarata toda combinación, estropea toda jugada, lleva como por fuerza á auxiliar al contrario. Puede notarse también que la suerte en el juego suele ser patrimonio de los viejos, de los que no brillan, de los que están «fuera de combate» en amor y ambición. Dijérase que el juego acata la ley de las compensaciones, que hay en él una obscura equidad. De esta equidad singular sé un caso que es en cierto modo un drama. Me refirieron que un joven oficial, en una de las Antillas que fueron nuestras, murió en duelo á la mañana siguiente de haber ganado una fortuna, en sólo una noche, jugando con fiebre que acaso fuese ansia de olvidar el peligro. Hízose rico en horas, y entre tanto la muerte afilaba su segur. Aquel montón de oro y billetes fué el mullido de su fosa. Y aseguran que él, según ganaba más y más, sentía claramente el desquite que le amenazaba, y extraviados los ojos y el rostro color de yeso, rechazaba la ganancia con una especie de cólera sombría.

Registro mi espíritu y me encuentro ajena á estos terrores del número 13, á los beneficios de los amuletos y de la cuerda del ahorcado, al dañoso efecto del cruce de manos al saludarse cuatro personas, de la culebra, de la rotura de espejos y vuelque de saleros; comprendo que no me alarma el que nadie se siente á verme jugar; y hasta confieso que, al sonar las doce del último día del año, no fundo grandes esperanzas de ventura en las trece uvas que comemos en algún palco de algún teatro, entre bromas y felicitaciones cordiales..., rito supersticioso, que *La Epoca* llama tradicional, y cuyo origen desconozco enteramente, pues hasta hace poco no lo he visto en práctica. Hallo en él la ventaja del siempre grato sabor de las uvas, y aparte de eso, me creo libre de aprensiones, y hago leve movimiento de orgullo...

Pero, un minuto después, registrando mejor, noto que hay dos ó tres cosas que me causan la impresión peculiar del miedo á lo desconocido, que debe de ser raíz de la superstición.

Yo paso un mal rato al escribir, aun estando de luto, una carta en papel de orla negra. El papel de orla negra me es intolerable, me crispa. El lacre negro, no. El papel solo. ¿Por qué? No sé decirlo.

Al lado de esta preocupación, tengo la de impresionarme desagradablemente en las habitaciones iluminadas y solitarias. Un salón donde hay mucha luz, sin gente, me estremece. Acaso se deba á una lectura, en mi niñez, de la célebre visión de Gustavo III de Suecia, asesinado por Ankarstroëm. Un surco en la fantasía, abierto en la primera edad, á veces no se borra nunca.

Y para consolarme de tales flaquezas, me acuerdo de una comida literaria en Lhardy, hace muchos años. Entre los comensales figuraba D. Ramón de Campoamor. Cuando llegué al restaurant, no muy retrasada para ser mujer, me encontré al gran autor de las *Doloras* sentado en un rincón del saloncito, recostados el codo y el cuerpo en el aparador, en la actitud más melancólica del mundo. No pude menos de acercarme con interés, y á mi pregunta respondió consternadísimo:

—Somos trece, trece justos... Y yo el más viejo... Esto es jugar un billete á la lotería de la muerte...

Después de muchas risas, mezcladas con invectivas, como el poeta siguiese obstinándose en no acercarse á la mesa ni comer pan á manteles, enviamos recado á Fernando Fe, que se puso el frac precipitadamente, y vino á completar el número de catorce y á tranquilizar al ilustre supersticioso...

Y como los periódicos me atribuyesen después á mí la superstición y yo me sorprendiese, el poeta me dijo, muy contrariado:

—¿Por qué no dejaste que te echasen la culpa? Eso, en una señora, extraña menos.

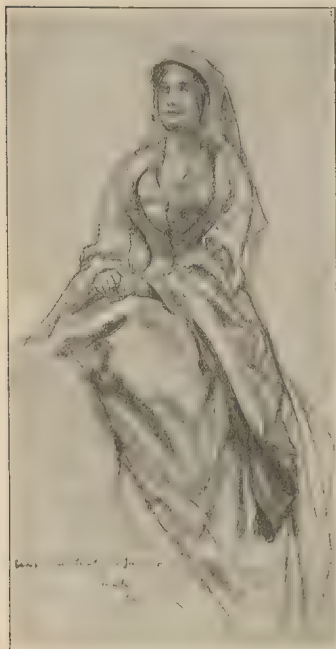
¡Pobre é inolvidable amigo! ¿Qué más da ser mujer que hombre, para este achaque del terror vago y sin causa?

No he llegado á conocer en tal respecto diferencias, ni el valor que se atribuye el hombre le impide padecer los miedos indefinibles...

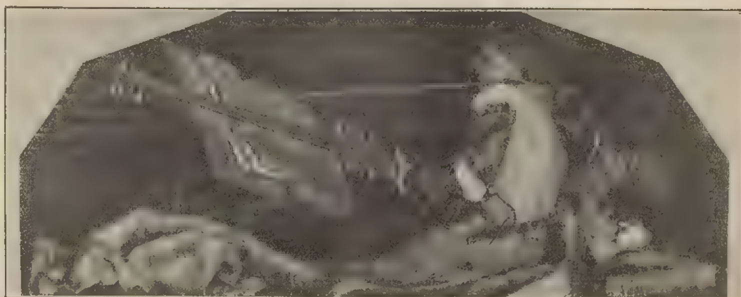
Y salga por centésima vez el ejemplo de Napoleón Bonaparte, con su agorero de cámara y sus presagios de victoria y derrota.

Emilia Pardo Bazán.

Los artistas en la intimidad.— Pradilla



Estudio para el cuadro «La rendición de Granada,» obra de Francisco Pradilla



Pintura á la cera de una de las cuatro tribunas del salón de baile del palacio que fué del Marqués de Linares y hoy es de los Marqueses de Villapadierna, obra de Francisco Pradilla

Este, lector, el gran maestro D. Francisco de Pradilla, es un hombre extraordinario, quizás único en nuestra avillanada época de hombres impuros y frívolos.

Es aragonés; su carácter es enérgico; piensa y obra por cuenta propia, y es la veracidad en persona.

Yo, desde ha tiempo, tengo el honor de conocer á Pradilla. Fuí á su artístico hotel-estudio de la calle



PRADILLA, ALVAREZ y PLASENCIA, primeros pensionados de la Academia Española de Roma. De fotografía hecha en 1877, cuando trajo Pradilla de aquella capital su cuadro «Doña Juana la Loca.»

de Quintana, y dentro saboreé con delicia exquisitas sensaciones, que el lector, seguramente, me envidiará...

Como para muchas personas, para mí era Pradilla, antes de hablar con él, un concienzudo pintor, meritísimo por su humilde cuna, por su ardoroso trabajo y por haber compuesto de una manera magnífica, brillante, sus dos famosas creaciones, que en centros españoles se conservan como muestra del arte moderno del pasado siglo: *Doña Juana la Loca* y *La rendición de Granada*.

Algo más de la vida del artista, con otros trabajos de nuestro primer maestro, premiado con los más elevados honores en el mundo en todos los certámenes donde expuso sus obras, confieso ingenuamente que nada recordaba.

Y en algún círculo donde los artistas nos reuníamos, hube de preguntar un día cuál era la causa de que este hombre, una indiscutible gloria española, fuera para nosotros un desconocido, como cualquier extranjero de no vulgar mérito...

Parecía como que Pradilla, este pintor joven aún, era sólo una remembranza, con Rosales, Fortuny, Casado y Gisbert, de tiempos muertos, de la última centuria que ya se esfuma en el olvido.

Entonces, en el círculo de mis amigos, alguien intentó pintarme con colores vulgares, chillones, exagerados, la antipática fisonomía de un hombre huraño, soberbio, irascible, encastillado en su torre de marfil, ó mejor dicho, en un agujero de penitente; sin amigos, sin trato social, paseando por sitios esquivos y solitarios; persona de ideas extrañas, extravagantes y llena de «manías.»

Y así descrita una vida no vulgar de un hombre inteligente, devoráronme deseos jamás sentidos de conocer y tratar, todo lo más cerca posible, á Pradilla.

Y una tarde del pasado otoño llamé á su puerta.

Yo, por hoy, no intentaré describir como quisiera, punto por punto, la deliciosa vivienda árabe del pintor, sus preciosos muebles antiguos, sus cortinones moriscos, sus hopalandas bordadas para las modelos, sus jardines, las fuentes, los rinconcitos de arte allí en la fronda, que el maestro guía á su gusto para transportarlos después á sus bellos lienzos; porque de todo esto—hasta de las criadas de Pradilla, tan finas, tan agradables, tan bonitas,—del más delicado y envidiable retiro de este superhombre, ocuparíame un lugar muy extenso.

Yo os hablaré en mi crónica sólo del maestro, del hombre sencillo y edificante.

Oyéndole, á los pocos minutos he comprendido el error de sus informadores, y por desgracia, de mucha gente también: Pradilla es un sincero, un trabajador, un virtuoso, un hombre fuerte, que vencerá cuantas veces quiera aquí y fuera de España.

* * *

La historia de Pradilla, y lo que significa su nombre en el extranjero, á los que la ignoran ó la tienen en olvido voy á recordársela con brevedad en dos ó tres párrafos.

Pradilla es hijo de padres muy pobres; nació el año 47 en Villanueva del Gállego, Zaragoza; quiso hacerlo sacerdote una tía suya bien acomodada; pero Pradilla, ya con grandes aficiones á la pintura, huyó á Zaragoza, donde al poco tiempo dió á conocer su primera obra: las decoraciones de *Los Hugonotes* en el teatro Principal. En Zaragoza fué aprendiz y pintor de puertas, como Miguel Angel, que en un pueblo de Italia tenía el oficio de picapedrero. A los diez y ocho años vino Pradilla á Madrid. Entonces su carácter era tímido, pero severo y reflexivo; había leído mucho y muy heterogéneo: desde la filosofía de Hegel y Renán, hasta la construcción de locomotoras; amaba también la música.



FRANCISCO PRADILLA

Ya en Madrid, unos escenógrafos, Ferri y Busato, entonces de moda, admitieron al joven artista en su taller con la obligación de moler los colores y preparar las telas para el pintado. Recordando las noches en vela que pasó en estos trabajos, la penuria en que vivía, su enfermedad de la vista, dolencia de la que por poco pierde un ojo, los dibujos rechazados en los periódicos por la carencia de gusto artístico hasta donde más falta hace, el paso que todos cierran al joven desconocido, sin mirar su trabajo, Pradilla ha vertido una lágrima, síntesis ahora de aquellos diez años de agonía, de duelo constante, que los que no luchan no sabrán apreciar...

Después, cuando el maestro había cumplido veintiocho años, el Estado le compró su primera obra, y al año siguiente obtuvo una plaza, con Plasencia y Ferrant, de pensionado de Roma. Y desde su estancia en Italia arranca la gloria de Pradilla.

Fué *La disputa del Sacramento* un cuadro donde los críticos vieron ya una esperanza en el arte; *El náufrago* es un serio adelanto en el año segundo, y con el tantas veces encomiado *Doña Juana la Loca* termina Pradilla su pensión.

Recordaréis que este sentido lienzo obtuvo dos medallas de honor: la concedida en nuestro Certamen del 78 y la que por unanimidad le otorgó el Jurado de la Exposición de París el mismo año. Entonces, á raiz de este triunfo, fué nombrado Pradilla caballero de la Legión de honor y académico de la Imperial Academia de Viena. En 1881 ocupó un sillón en la nuestra de San Fernando y fué nombrado

también director de la Española en Roma, recibiendo del Senado el encargo de pintar un cuadro, *La rendición de Granada*, lienzo que mereció el nombre de «El pasmo de Madrid,» y que algunos críticos juzgan como superior al de *Doña Juana la Loca*. El Sr. Picón dijo á propósito de él: «Pradilla es joven, posee las cualidades intuitivas que constituyen el artista; las avalora cada día por la observación y el estudio; su imaginación y su mano no descansan, y el aplauso de su país le sigue á todas partes. Es de esa raza de príncipes de la inteligencia cuya soberanía se afirma por el progreso y se consolida con el tiempo: no hay para ellos destronamientos posibles...» Y en otro párrafo añade: «Un solo pintor hay en Europa capaz de competir con Pradilla. Es Munckasy. Su cuadro *Cristo ante Pilatos* es sublime resurrección del mundo bíblico y evangélico. París se ha prosternado ante su lienzo y Munckasy es hoy millonario. Su patria ha celebrado su honor con fiestas nacionales, etc.»

Nuestro Senado dióle á Pradilla diez mil duros por su primorosa pintura y el Gobierno le nombró Caballero de la Gran Cruz de Isabel la Católica. Años después envió Pradilla á Viena un pequeño cuadro de cincuenta centímetros de ancho, *La romería de Guía, en Vigo*, que fué premiado con medalla de oro. Las Academias de Bellas Artes de Munich y Berlín le nombran académico; oficial de Instrucción pública y miembro de su Instituto, Francia; Italia, académico de mérito de la Romana de San Lucas; Alemania, caballero de la orden prusiana, de la que, en artes y ciencias, no hay más que seis puestos para los extranjeros. Y en Berlín obtuvo también el gran artista aragonés la gran medalla de oro para el Arte en la Exposición de 1892. Hasta el día Pradilla ha terminado más de ochenta cuadros.

***

¿Por qué Pradilla vive hoy apartado de la vida del Círculo, de la oficial, de la tertulia, de las Exposiciones, y su nombre glorioso parece ya pertenecer á algo que aun siendo grande no va unido con la existencia social? D. Francisco de Pradilla alcanzó otros dos honores: fué director del Museo de Madrid y presidente del Jurado en una Exposición Nacional. Soñó que siendo el jefe, por méritos reconocidos, de nuestro primer Museo—lo único grande, maravilloso, que nos queda—podría ordenar á su gusto aquella casa. Y como presidente de la Exposición española desatender las recomendaciones para medallas y honores, de políticos y amigos... ¡Grave error!

De su enorme prueba salió el tozudo aragonés como aquel otro gran soñador y poeta, nuestro buen Quijano—como Giner, como Costa, como Cajal y Benot, como tantos otros,—maltrecho, sin esperanza alguna, sin deshacer entuertos ni enmendar errores.

Y entonces renunció sus elevados cargos: la presidencia del Certamen, la dirección del Museo, con pingüe sueldo, y hasta 200.000 pesetas, lo adquirido con buena parte de sus lienzos, capital que un amigo le perdió en una quiebra escandalosa que todos recordaréis. En aquellos cuatro años de lucha continua con altos y bajos, con falseadores de la verdad y del derecho, con hombres tan pobres de espíritu como llenos de cieno, con enemigos enmascarados, Pradilla creyó morir de angustia. Se le hizo el vacío, como á persona no grata; los amigos le miraban con lástima y todos repetían: «Es un Quijote.» ¿Pero es que en España, en este país de rutina, pobre y desgraciado, pueden hacerse ciertas cosas?.. Es verdad.

Pradilla hubiera perecido en la desigual contienda, y por eso, desengañado, optó por apartarse de aquellos hombres, de aquellas cosas, de aquellas vidas, de aquellas costumbres... Y «como los pocos sabios que en el mundo han sido,» buscó «la escondida senda:» su familia, sus hijos, sus pocos amigos, su delicioso hogar y su trabajo sin descanso: Pradilla trabaja en tarea de azacán catorce horas diarias. Y de su estudio salen hoy mensualmente preciosos cuadros, creaciones divinas, paisajes llenos de poesía, de ciencia, de ilustración, que adquieren los emperadores del dinero, los reyes del gusto, que, como supondréis, muy pocos—por desgracia—son paisanos nuestros...

MANUEL CARRETERO.



En la fiesta del Apóstol. Tipo de Muradana, acuarela de Francisco Pradilla

LA GOLONDRINA

(FRAGMENTOS DE DOS CARTAS)

Villa-peñascos, 12 de julio.

. . . .

«Voy á contarte mi sueño, Carmen. Soñé esta noche pasada que tú y yo éramos dos golondrinas nacidas en dos nidos, colgados el uno al lado del otro en el alar de un mismo tejado. Yo, cuando ya iba echando las últimas plumas de las alas, no pensaba más que en lo feliz que sería el día que fuese bastante fuerte para poder volar á tu lado, cazar para ti, y formar, con barro y con pajitas, otro nido, que tú hicieras luego cómodo y blando con tus plumillas y calentaras con tu cuerpo y alegraras con tus trinos. Por fin vi logrados mis deseos: ya era fuerte, ya eras mía, y ya había yo construído, contigo y para ti, al volver de las africanas playas, el nido de amores que ambicionaba antes de acabar de echar las plumas de las alas. Eramos felices; pero un día yo, que no había mirado al cielo más que para bendecir al Creador que me había otorgado la suprema dicha de llamarte mía, que no había visto en él más que la huella de la mano todopoderosa que le hizo, le miré para ver un águila que surcaba el espacio desafiando al sol: desde aquel día nubló mi dicha el deseo de parecerme al águila y surcar como ella el espacio, y encontrando mísero nuestro nido, colgado en el alar de un tejado, anhelé tenerle en el pico más alto de las desnudas rocas de la montaña; y como sabía que tú no tenías fuerzas para seguirme, perdida la confianza en ti, te oculté mi proyecto, y tú, al verme desconfiado, no alegrabas ya el nido con tus gorjeos.

»Una mañana, apenas el sol doró los altos picos de la sierra, emprendí el vuelo piando regocijado, porque iba á ver lograda mi suprema aspiración de elevarme; y volé mucho, ¡mucho!, y dejé atrás las cimas de los montes en que el águila anidaba, y seguí subiendo, y subí tanto, que ya atravesaba las nubes y me encontraba tan cerca del sol, que su calor abrasaba mi cuerpo y su luz cegaba mis ojos: entonces eché de menos el tibio calor de nuestro pobre nido: quise apoyarme en algo, porque mis alas no tenían fuerza para seguir volando, pero no había nada á qué poder agarrarme: ¡había subido tan alto!.. Intenté resistirme, pero en vano: muerto de fatiga, extenuado de hambre—que en aquellas alturas no había insectos que cazar,—abrasado de calor, ciego por tanta luz, caí sin sentido á través del espacio que había ansiado cruzar, y cuando iba á estrellarme en los picos más altos de la montaña, desperté...

»Había soñado contigo y seguí pensando en ti: perdóname, Carmen: algo parecido á lo del sueño ha pasado entre nosotros: me cegó la soberbia, pero estoy arrepentido, créeme: no quiero subir tan alto que luego me falten las fuerzas para sostenerme y me estrelle: no quiero mirar más cielo que el de tus ojos, ni anidar más arriba del alar en que me puso Dios...

»¿Quieres tú ser la golondrina que alegre con sus trinos y dé suave calor con su cariño á mi nidito de barro?—*Luis.*»

. . . .

Val de-rosas, 14 de julio.

«Siempre esperé que al fin volverías á mí. Te adora tu *Carmen.*»

. . . .

No conozco á los autores de las cartas de que he copiado estos fragmentos; pero sí á muchos, ¡tantos!, hombres que, siendo golondrinas, se sienten águilas, y ¡es claro!, se estrellan por subir á buscar el sol, ¡pudiendo ser tan felices en su nidito de barro!..

EMILIO DE RUEDA.

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

CONCURSO ORGANIZADO POR EL INTENDENTE MUNICIPAL

El Sr. Casares, antes de retirarse de la Intendencia, quiso celebrar este popular concurso, obteniendo éxito completo. El jurado calificador, después de largas y detenidas sesiones, publicó su veredicto, resultando agraciado con el primer premio, medalla de oro, D. Vicente Biagini. Sus espléndidos negativos 30 × 37 y la nitidez y buena impresión indican, amén de la superior clase de la máquina y de la difícil bondad de placas de tal tamaño, la buena manipulación en el arte de revelar. Sin embargo, atendiendo á nuestro modo de ver, hallamos que las premiadas con segundo premio, ó sea medalla de plata, pertenecientes á D. Aymard Wissocq, son de conjunto algo más artístico, especialmente los paisajes. Los terceros premios, medallas de cobre, fueron ganados por los Sres. D. Ricardo Lambarri y D. Sebastián Mabit. En los trabajos de dichos señores hay cualidades superiores de observación.—J. SOLSONA.

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

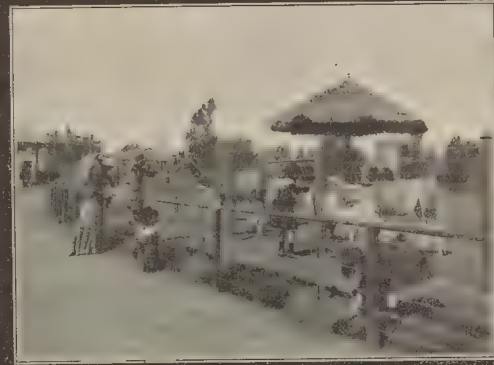
Concurso fotográfico organizado por el Sr. Intendente Municipal D. Alberto Casares, sobre asuntos y paisajes del Jardín Zoológico













1 y 6. Fotografías de J. Aymard Wissocq (segundo premio, medalla de plata). — 2 y 3. Fotografías de Vicente Biagini (primer premio, medalla de oro).
4 y 5. Fotografías de Ricardo Lambarri (tercer premio, medalla de cobre). Remitidas por D. Justo Solsona

Crónica de la guerra ruso-japonesa



GUERRA RUSO-JAPONESA. – REFUERZOS JAPONESES Á YENTAI EL DÍA 1.° DE NOVIEMBRE DE 1904, DESPUÉS DE LA BATALLA DEL CHA-HO. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

La capitulación de Puerto Arthur ha causado, como era de esperar, sensación extraordinaria. Los acontecimientos desarrollados en los últimos momentos del sitio se sucedieron con rapidez vertiginosa, que contrastó con la lentitud de los anteriores avances de los japoneses.

El día 28 de diciembre ocuparon los japoneses el fuerte Ehrlung; el 31 el fuerte Songshu, y el 1.° de enero toda la línea del fuerte Pang-Long-Chan-H y del fuerte Wantai.

Desde aquel momento, los sitiados debieron comprender la imposibilidad de continuar la resistencia, y el general Stoessel reunió el Consejo supremo de guerra, que acordó parlamentar con el enemigo. Tomado este acuerdo, Stoessel mandó evacuar las posiciones avanzadas, volar los fuertes abandonados y destruir los restos de la escuadra; y al mismo tiempo mandó que los torpederos que aún estuviesen en condiciones de hacerse á la mar salieran del puerto y procuraran ganar la costa china. En virtud de esta última orden, salieron de Puerto Arthur los contratorpederos *Scorny, Statny, Vlatny, Serdiki, Smieli* y *Boiki*, el aviso *Orel* y un transporte con 800 heridos y se dirigieron á Che-Fu, adonde llegaron en la tarde del día 2, siendo inmediatamente desarmados.

Poco después, izábase en la ciudad la bandera blanca, y á las cinco de la tarde se presentó en las avanzadas japonesas del Norte de la plaza un parlamentario ruso, portador de una carta del general Stoessel dirigida al general Nogi y concebida en estos términos:

«A juzgar por el estado general de toda la línea de las posiciones hostiles que ocupáis, considero ya inútil toda resistencia de Puerto Arthur, y á fin de evitar un sacrificio estéril de vidas humanas, propongo abrir negociaciones para la capitulación. En caso de que consintáis en ello, servíos nombrar comisionados para discutir el orden y las condiciones de la capitulación y también para indicar el sitio en donde esos comisionados se encontrarán con los que yo nombraré. Aprovecho esta ocasión para transmitir á Vuestra Excelencia la seguridad de mi respeto.—*Stoessel.*»

Esta carta llegó á las nueve á manos del general Nogi, el cual la contestó en esta forma:

«Tengo el honor de contestar á vuestra comunicación relativa á las negociaciones para fijar las condiciones y el orden de la capitulación. He nombrado como comisionado al mayor general Ijichi, jefe del estado mayor de nuestro ejército, quien irá acompañado de algunos oficiales de estado mayor y funcionarios civiles. Estos comisionados se encontrarán con los vuestros el 2 de enero, al mediodía, en Chui-Ching. Los comisionados de las dos partes tendrán poderes para firmar un convenio de capitulación sin esperar la ratificación del mismo y para dar á este convenio un efecto inmediato. La autorización para tales plenos poderes será firmada por el oficial de mayor categoría de las dos partes tratantes y las autorizaciones se cambiarán por los respectivos comisionados. Aprovecho esta ocasión para transmitir á Vuestra Excelencia la seguridad de mi respeto.—*Nogi.*»

Simultáneamente transmitía el general Nogi á Tokío las proposiciones del general Stoessel, recibiendo el día 2 el siguiente telegrama del mariscal Yamagata, jefe del estado mayor general:

«Cuando he puesto respetuosamente en conocimiento de Su Majestad la proposición del general Stoessel, Su Majestad se ha dignado declarar que el general Stoessel ha prestado, en medio de dificultades, laudables servicios á su patria. Su Majestad quiere que se le tributen los honores militares.—*Yamagata.*»



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El general Rennenkampf leyendo á sus tropas la proclama de Kuropatkine la víspera de la batalla del Cha-Ho. (De fotografía del «Chicago Daily News.»)

Por su parte, el general Stoessel envió al tsar, en 1.° de enero, pocas horas antes de entablar negociaciones, el siguiente parte, que no podemos resistir al deseo de traducir íntegro porque constituye un documento sublime en su sencillez, conmovedor en su modestia y en su sinceridad:

«En la mañana de ayer, los japoneses provocaron una explosión enorme debajo de la fortificación número 3 y comenzaron inmediatamente un bombardeo infernal en toda la línea.

»La pequeña guarnición de aquella obra fortificada pereció en parte bajo los escombros y en parte logró salir.

»Después de dos horas de bombardeo, los japoneses dieron el asalto contra el muro chino del fuerte número 3 hasta el Nido del Aguila. Dos asaltos fueron rechazados; nuestra artillería de campaña causó muchas bajas á los japoneses, quienes no pudieron sostenerse en el muro chino. Por la noche ordené la retirada á las colinas detrás del muro chino, apoyando el flanco derecho sobre la montaña grande.

»La mayor parte del frente Este está en poder de los japoneses. No podremos aguantarnos mucho tiempo en la nueva posición, y después habremos de

capitular; pero todo está en manos de Dios. Hemos sufrido grandes pérdidas: dos jefes de regimientos, los coroneles Gandourine y Semenow, han sido heridos; se han portado como héroes. La herida de Gandourine es muy grave. El comandante de la tercera fortificación, el segundo capitán Seredow, ha muerto en la explosión.

»Gran soberano, perdónanos: hemos hecho todo lo que era humanamente posible. Júzganos, pero con misericordia. Durante cerca de once meses una lucha no interrumpida ha agotado nuestras fuerzas; sólo una cuarta parte de los defensores, y aun la mitad enfermos, ocupa sin recibir socorro veintisiete verstas de fortaleza sin poder siquiera alternar para un corto descanso. Los hombres son sombras.»

Tres días antes había expedido un telegrama oficial en el que decía:

«La situación de la fortaleza se va haciendo penosísima. Nuestros principales enemigos son el escorbuto que siega los hombres y las bombas de once pulgadas, contra las cuales no valen obstáculos ni protección.

»Son pocos los que no están atacados de escorbuto: hemos adoptado todas las medidas posibles, pero los enfermos aumentan de un modo considerable.

»No podemos contestar al cañoneo del enemigo, que lanza sobre nosotros proyectiles de 11 pulgadas, á causa de la falta de municiones. El escorbuto ocasiona bajas en los cuadros de oficiales; todo esto debilita diariamente á los defensores.

»Las cifras de las pérdidas de los jefes superiores indican las enormes bajas que hemos tenido.

»De diez generales, han muerto en acción dos, Kondratenko y Tetserpitsky; otro ha fallecido de enfermedad, Ramenatowsky; dos estamos heridos, Nadeine y yo, y el general Garbatowstty tiene varias contusiones.»

Añadía el general Stoessel que de nueve coroneles de infantería, cuatro habían muerto ó estaban heridos; de los dos tenientes coroneles de artillería, uno había muerto; de los ocho comandantes de baterías, uno había muerto y cuatro estaban heridos; que muchas compañías estaban mandadas por alféreces y constaban sólo de 60 hombres, y que en los hospitales había 15.000 enfermos y entraban en ellos diariamente 300.

Por si estos datos no fuesen bastante elocuentes para explicar la capitulación de la plaza, transcribiremos algo de lo que ha referido el capitán Karkow, comandante del contratorpedero *Vlatny*, uno de los que se refugiaron en Tsing Tao.

«Puerto Arthur sucumbe por agotamiento, no sólo de municiones, sino también de hombres. Los que quedan han hecho obra de héroes; durante cinco días y cinco noches han tocado á los límites de la humana resistencia. En las casamatas de los fuertes no se veían más que rostros demacrados por el hambre, la extenuación y la tensión nerviosa; se les hablaba y no contestaban; caminaban sin decir palabra.

»La falta de municiones no habría sido causa bastante para hacer capitular la plaza; hacía mucho tiempo que aquéllas escaseaban y muchos fuertes no tenían con qué contestar al fuego enemigo. Los rusos estaban sentados en las casamatas y sólo podían disparar un proyectil por 200 que lanzaban los japoneses; y cuando se empeñaba un combate rechazaban al enemigo á la bayoneta; pero como los soldados no recibían, desde hacía tres meses, sino raciones reducidas, estaban tan extenuados que ha sido un milagro que resistieran tanto tiempo. La mayor pérdida para Puerto Arthur fué la muerte reciente del general Kondratenko: oficiales y soldados le consideraban como la estrella más brillante que resplandecía en el firmamento de Puerto Arthur, y en cuanto se supo su fallecimiento, el efecto fué visible en los soldados.

»Por espacio de varios meses, Puerto Arthur sólo ha podido oponer al adversario bayonetas. Cuando sucumbía un hombre, no había nadie para reemplazarlo, y la guarnición se ha ido agotando poco á poco.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Soldados japoneses del ejército del Cha-Ho con sus trajes de invierno (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

»Durante los tres últimos meses, el arroz era el único alimento de que se daba ración entera; en cuanto á los demás, durante dos meses los soldados recibieron únicamente un cuarto de ración, y aun éste fué reducido en un 40 por 100 en el último mes.»

Después de estos relatos, creemos innecesario insistir sobre las causas de la capitulación, que pueden concretarse á una sola: Puerto Arthur se ha rendido porque no era humanamente posible resistir un día más.



GUERRA RUSO JAPONESA. – Mortero de madera reforzado con ataduras de bambú. Se carga con una pequeña cantidad de pólvora y con un proyectil algodón pólvora ó de otro explosivo. Estos morteros, usados por los japoneses contra algunos fuertes de Puerto Arthur, pueden ser conducidos por solos dos hombres hasta 40 metros de las trincheras y son de gran utilidad para proteger los asaltos de la infantería. (Dibujo de un corresponsal inglés en Puerto Arthur.)

El día 2, al mediodía, los representantes de los ejércitos beligerantes se reunieron en el sitio previamente designado, y á las cuatro y media quedaron convenidas las condiciones de la capitulación, que inmediatamente fueron enviadas á los generales Stoessel y Nogi, quienes las firmaron á las diez de la noche.

En la imposibilidad de reproducirlas íntegras, pues ello exigiría un espacio del que no disponemos, extractaremos las más importantes.

Todos los soldados, marineros ó voluntarios rusos, así como los funcionarios del gobierno en Puerto Arthur, guarnición y fuertes, quedarán prisioneros. Todos los fuertes, baterías, buques de guerra, edificios, barcos, armas, municiones, caballos, edificios del Estado y todos los objetos pertenecientes al gobierno pasarán á poder del ejército japonés, tales como se encuentren. En caso de juzgarse que las tropas del ejército y de la marina rusos han destruído los objetos antes citados ó alterado de cualquier modo el estado en que se encontraban al firmarse la capitulación, quedarán anuladas las negociaciones y el ejército japonés recobrará su libertad de acción. Las autoridades militares y navales entregarán al ejército japonés un cuadro de las fortificaciones, planos que indiquen los sitios en donde están colocadas las minas subterráneas y submarinas, estados con la composición y los servicios del ejército y de la marina en Puerto Arthur, y listas de los oficiales del ejército y de la armada, de los barcos de guerra y de los mercantes, con los efectivos de sus tripulaciones y de los paisanos.

Los artículos 7.° y 8.° merecen ser copiados íntegros. «El ejército japonés, dice el 7.°, considerando honrosa la valerosa resistencia opuesta por el ejército ruso, permitirá á los oficiales del ejército y de la marina rusos, lo propio que á los funcionarios pertenecientes á los mismos, conservar sus espadas y los objetos que constituyan una propiedad privada inmediatamente precisos para las necesidades de la vida. Los mencionados oficiales, funcionarios y voluntarios que empeñen por escrito su palabra de no tomar las armas y de no obrar en manera alguna contra los intereses del ejército japonés hasta el fin de la guerra, recibirán del ejército japonés permiso para regresar á su país. A cada oficial se le dará un asistente, que será puesto inmediatamente en libertad bajo palabra.» «Los subalternos y soldados del ejército y de la marina, dice el 8.°, así como los voluntarios, vestidos todos con sus uniformes, llevando consigo sus tiendas-abrigos y los objetos personales necesarios, y mandados por sus oficiales respectivos, se reunirán en un sitio designado por el ejército japonés.»

Los demás artículos se refieren á los cuerpos de sanidad y administración, que bajo la dirección de los japoneses habrán de seguir prestando sus servicios durante el tiempo necesario, y al trato que debe otorgarse á los habitantes, etc.

Los japoneses, preciso es reconocerlo, no se han portado con la magnanimidad que merecían los heroicos defensores de la plaza y que hacía esperar el telegrama del mariscal Yamagata antes transcrito. Los honores militares tributados á la guarnición se han limitado á permitir que los oficiales conserven su espada y puedan, bajo palabra de honor, regresar á Rusia. Los soldados de Stoessel eran dignos siquiera de salir de la plaza con todas sus armas, banderas y bagajes.

El día 5, los generales Stoessel y Nogi se reunieron en Chui-Ching y fijaron los detalles que no habían podido incluirse en el acta de la capitulación. En la tarde del mismo día salió de la plaza la guarnición: las tropas japonesas estaban formadas y tributaban los honores militares á los oficiales generales; los prisioneros fueron enviados á sus acantonamientos provisionales.

Así ha terminado la epopeya de Puerto Arthur.

El general Stoessel regresará á Rusia, por haber dado su palabra de honor de no tomar parte en la guerra. Su obra admirable quedará como ejemplo sublime de defensa de una plaza sitiada. Con su heroica y prolongada resistencia ha prestado á su patria un servicio inmenso: gracias á ella ha podido Kuropatkine sostenerse en Mukden y organizar un ejército capaz de oponerse al avance de Oyama sobre Kharbine, pudiendo afirmarse que si los rusos han conservado la Mandchuria débese á que Stoessel ha entretenido en Puerto Arthur durante ocho meses á la cuarta parte del ejército japonés. — R.

LA INGENIERÍA JAPONESA EN PUERTO ARTHUR.—TRABAJOS DE ZAPA PARA LA TOMA DE LOS FUERTES

Croquis del natural de Federico Villiers, corresponsal artístico del periódico inglés «The Illustrated London News» delante de Puerto Arthur



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Las tropas japonesas saliendo de las paralelas: ataque del fuerte Niruzan ó del Dragón durmiente

El citado corresponsal M. Villiers al enviar su croquis escribe lo siguiente: «Mi croquis ha sido hecho en el momento en que los japoneses salían de sus paralelas y avanzaban sobre el fuerte para descubrir la profundidad y anchura del foso que defiende la posición. En primer término se ve el famoso Valle Suechi en donde se realizó, hace poco tiempo, el terrible ataque nocturno á la luz de bombas-estrellas y cohetes-exploradores.»



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Episodio ocurrido después de la batalla del Cha-Ho. (Dibujo de F. Matania.)

Después de la famosa batalla del Cha-Ho (8 á 18 de octubre), un general de división ruso encontró en un reconocimiento á un oficial de uno de sus propios regimientos, acompañado de ocho ó diez soldados. – ¿Por qué habéis abandonado vuestro regimiento?, exclamó en tono de censura dirigiéndose al oficial. ¡Id inmediatamente á reuniros con él! – «Mi general, respondió el oficial, que estaba herido... ¿El regimiento? Aquí está todo,» y señaló á los pocos hombres que con él iban

NUESTROS GRABADOS

Lord Mount-Stephen.—El ilustre personaje inglés cuyo retrato publicamos en esta página ha enviado al príncipe de Gales, como presidente de la Junta del Hospital del Rey, una orden para que se entreguen á dicha Junta 200.000 libras esterlinas en papel argentino, que producen una renta de 11.000 libras esterlinas al año. Lord Mount-Stephen, que nació en 1829, es hijo de Mr. Guillermo Stephen, de Banffshire, y comenzó por pastor. Luego fué dependiente en una tienda de paños y sirvió en un establecimiento en Saint Paul's Churchyard. En 1850 emigró al Canadá, y es hoy uno de sus magnates. Le nombraron baronet en 1886 y par del reino en 1891. Poseedor de grandes riquezas, sus donativos para obras benéficas han sido siempre regios, y no hace mucho, con su primo lord Strathcona, hizo otra donación al Hospital del Rey, que en la actualidad produce 16.000 libras esterlinas al año.



BARCELONA. – LAS CORTS. – Distribución de juguetes entre los asilados de la Casa de Maternidad y Expósitos con motivo de la fiesta de Reyes. (De fotografía de A. Merletti)



LORD MOUNT-STEPHEN,
que ha hecho un donativo de 200.000 libras esterlinas para la fundación del Hospital del Rey, de Londres

***

Distribución de juguetes entre los asilados de la Casa de Maternidad y Expósitos de Barcelona con motivo de la fiesta de Reyes. — Altamente simpática es la fiesta que en los limpios y ventilados pabellones que la Casa de Maternidad y Expósitos posee en Las Corts de Sarriá (Barcelona) dispone anualmente el día de Reyes la Diputación provincial de Barcelona, coadyuvada por las dignísimas personas que forman la Junta de gobierno de la Casa. Con este motivo se han dado allí cita, como todos los años, las más distinguidas damas de la aristocracia barcelonesa, que así comparten las alegrías como las penas de los pequeñuelos con las Hermanas de la Caridad encargadas de la dirección del establecimiento. El gran salón de la *Casa del Avemaría*, escogido para la celebración de la fiesta, presentaba el citado día, por la tarde, brillantísimo aspecto. Ocupaban la presidencia el gobernador civil Excmo. Sr. González Rothwoss, los señores que componen la Junta de gobierno de la Casa, una nutrida comisión de la Diputación provincial, un representante del Ayuntamiento y los médicos del Asilo doctores Zariguiey, Corominas y Girona. Abierto el acto, varios asilados, con la recitación de poesías y de diálogos sentidísimos y con el canto de himnos, demostraron á sus patronos su agradecimiento por los cuidados verdaderamente maternales que les prodigan y por el celo y cariño con que les educan. El presidente de la Diputación don José Espinós, antes de procederse al reparto de los juguetes, hizo resaltar con elocuentes palabras la significación de aquel acto como abrazo de unión entre las distintas clases sociales y tributó merecidos elogios á las Hermanas de la Caridad, á cuyo desinteresado amor y voluntario sacrificio se debe principalmente la prosperidad del establecimiento. Los asilados, con rostros en que se reflejaba la impaciencia, recibieron á continuación los juguetes que se les repartieron, consistentes, para los niños, en once docenas de caballos de cartón, en ocho docenas de pelotas y en gran abundancia de dulces, y para las niñas, en cuatro docenas de muñecas, en cuatro docenas de pianillos y en gran número de golosinas, demostrando unos y otras su satisfacción con brincos de gozo y voces de alegría, mientras la banda de la Casa provincial de Caridad ejecutaba, situada en el vestíbulo, un escogido programa. La concurrencia, altamente complacida, recorrió, antes de retirarse, todas las dependencias del Asilo, admirando el aseo y el orden que en ellas reinan y de que nos hemos hecho eco en cuantas ocasiones LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se ha ocupado de aquel establecimiento, uno de los que con más orgullo puede vanagloriarse de poseer Barcelona.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BERLÍN. – El fondo para aumentar las colecciones de los museos de bellas artes de Berlín, prescindiendo de los recursos con que cuenta particularmente la Galería Nacional, se eleva anualmente á 400.000 marcos (500.000 pesetas). Además se han concedido créditos extraordinarios para concesiones especiales, aparte de las cuantiosas donaciones de particulares. Para las compras de la Galería Nacional, para el fomento de la pintura y plástica monumentales y para el grabado, hay un fondo especial de 350.000 marcos anuales: de este fondo se han gastado desde 1873 hasta 1899, para la Galería Nacional, 3.129.170 marcos; para el fomento de la plástica y de la pintura monumentales, 4.657.165, y para el grabado, 398.155, ó sea un total de más de ocho millones de marcos.

***

Espectáculos.—*Barcelona.* – En el gran teatro del Liceo, después de las representaciones de *Tosca*, de Puccini, en que han hecho prodigios de ejecución la Sra. Carelli y los señores Bassi y Sammarco, se ha vuelto á poner en escena el cuento lírico de Humperdinck *Hensel e Gretel*, con algunas deficiencias en la ejecución por parte de los cantantes, que han perjudicado al éxito franco que siempre había obtenido la obra. Algo mejor ha sido el desempeño de *Mefistofele*, de Boito, encargado al bajo Sr. Didur, secundado á maravilla por los eminentes artistas Sra. Carelli y Sr. Bassi, quienes han cantado también con singular maestría la ópera de Puccini *La Bohème*.

Necrología.—Ha fallecido:
Emilio Schlaginweit, célebre orientalista, autor de importantes obras, entre ellas *El Budismo en el Thibet* y *Los reyes del Tibet*.

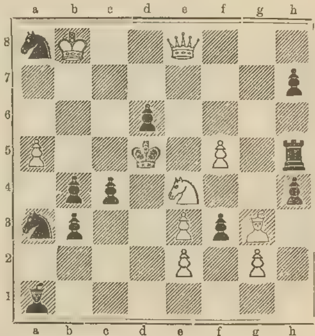
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

ENVÍO N.º 25. — LEMA: «Petere licet?»

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

ENVÍO N.º 26. – LEMA: «Juanita.» – BLANCAS: R a2, D e2, T h8, A e3, C c8 y g7, P e4 y f6 (8 piezas). NEGRAS: R c5, C d4, P d7 (3 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ENVÍO N.º 27. — LEMA: «Columbus.» — BLANCAS: R h1, D e2, T h5, A a7, C d1, P b2 y g2. (7 piezas). NEGRAS: R f4, A a2 y d6, C h2, P b3, c5, c7, d4, g3 y h6 (10 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 24. – «Natura non facit saltus.»

1. D h5 – e8, D g2 – b2; 2. D e8 – b5, etc.
f4 – f3; 2. C e7 × f5 jaq., etc.
D g2 - f2 ó g1; 2. D e8 – c6, etc.
C h6 – g8; 2. D e8 – f7, etc.
D g2 – c2; 2. C e7 – c8 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. C e7 – c8 jaq., ó D e8 – b5 ó c6, etc.

(Se continuará)

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

II

MARGARITA

Unos gritos la arrancaron sobresaltada al pesado sueño de un inmenso cansancio. Pero en seguida se dió cuenta de las cosas habituales y exclamó:



Fué á la ventana y descorrió la cortina

—¡Ah, sí, son los niños!.. ¿Pero qué hora es entonces?.. Todavía es de noche... Van á despertar á Julieta...

Detrás del tabique se oía un choque de batalla, y una voz quejumbrosa acompañaba en sordina á aquel estrépito.

Margarita encendió un fósforo y miró el reloj, pero había olvidado el darle cuerda y la pequeña vida secreta de las horas estaba suspendida. Saltó de la cama y con los pies descalzos sobre la delgada alfombra de flores roídas por el uso, fué á la ventana y descorrió la cortina. No, no era ya de noche, y en aquella mañana de diciembre, bajo el cielo cargado de nieve, la luz era tan pálida, tan débil al deslizarse por los muros para iluminar el triste pozo á que se asemejan los patios interiores de una casa parisiense, que la joven creyó recibir en los hombros y en el corazón todo el frío y toda la miseria del mundo, mientras sus ojos reconocían los detalles acostumbrados de los alrededores.

—La ventana del piso cuarto está abierta... Deben de ser cerca de las ocho... ¡Ya!..

En el pasillo aumentaba el ruido.

—¡Ah! Mamá no sabrá nunca dominarlos.

Margarita abrió la puerta.

—¡Jorge! ¡Cállate! Mamá, encierra á Juan, te lo ruego. ¡Ni unos ni otros pensáis jamás en Julieta!

Se oyeron todavía unos gruñidos y unos llantos... Una puerta se cerró de golpe... Después el silencio.

Con mano temblorosa por la irritación, Margarita estaba levantando y retorciéndose el rubio cabello en una linda lazada sobre la blanca nuca, cuando entró su madre.

Entre aquellas dos mujeres existía una mutua y penosa desconfianza.

La hija guardaba sordo y misterioso rencor á aquella madre sin voluntad, que no había sabido advertir ni proteger en otro tiempo su ignorancia.

La viuda de Avesnes experimentaba un secreto espanto y un asombro perpetuo ante aquella violenta y enigmática criatura que tan poco se le parecía. Además estaba humillada porque no podía menos de reconocer en su hija un desprecio, acaso inconsciente, pero visible, por su debilidad y por sus lamentaciones «tan justas y siempre calificadas de pueriles.»

—Toma, dijo, un telegrama.

—¿De quién es?

—De Isabel (era una prima hermana de la de Avesnes), que te ruega que vayas á almorzar hoy con ellos...

—Pero si voy á las cuatro á dar lección á la pequeña...

—No, Arlette va por la tarde á un baile de niños y quieren que le dés la lección á las once...

—¡Ah! Ya comprendo... Una orden... Bueno, está bien...

—¿Irás?

—Naturalmente... Saben muy bien que no tengo mil discípulos y pueden cambiar las horas como se les antoja... Solamente...

—¡Dios mío! Margarita, qué rara eres..., gimió la viuda de Avesnes.

Margarita siguió hablando:

—Solamente, lo que me fastidia es el almuerzo. Parece que estoy oyendo sus frases, que me dan ganas de tirar al alto los platos, aunque no fuera más que para ver qué cara ponía mi excelente tío... El buen señor va á preguntarme otra vez cuántos terrones de azúcar pones por la mañana en el café y...

—¡Cómo exageras!.. ¡Qué singular disposición de pensamiento!

—...Y á recomendarme, por el bien de Julieta—¡qué solicitud!—que no tengamos demasiado fuego en la casa, pues no hay nada tan malo como el calor artificial ni tan higiénico como una atmósfera fresca... Fresca, el 18 de diciembre, con cuatro grados bajo cero—¡el querido amigo!—y una canastilla única de carbón de piedra para caldear cinco piezas... Parece que le estoy viendo decir esto, apoyado en la chimenea, en la que arde un bosque de leña, é interrumpiéndose para preguntar al criado si tiene bastante presión el calorífero y si están bien abiertas todas las bocas...

—Pero, hija mía...

—Sí, ya sé, convenido... Sin ellos no comeríamos y nos hubiéramos helado hace mucho tiempo debajo de los puentes... Ya lo sé, pero ¿qué quieres?; la idea de ver y de oir al señor Daurelle, banquero y pariente y bienhechor nuestro por añadidura, me es insoportable...

—Pero si ni siquiera le verás... Ya sabes que tu tío almuerza siempre en el despacho...

—Es verdad, pero no importa, alguna otra cosa habrá... Después de todo me es igual... Voy á ver á Julieta. ¿Cómo está?..

Sin esperar respuesta, la joven salió, envuelta en un peinador de lana roja, y el doble reflejo de su belleza ardiente y fresca y de aquel color regio difundía un brillo singular en el estrecho departamento, lleno de señales de una estrechez incesante entre las huellas de un lujo ya lejano.

Atravesando el comedor, donde dos niños de siete á nueve años estaban jugando en el suelo con diversos objetos, ninguno de los cuales era para jugar, la joven entró en el cuarto de su madre.

En la parte más clara de la pieza, cerca de la ventana que servía de marco á un gran pedazo de cielo, llamado por la pequeña «mi cielo,» estaba colocada aquella estrecha y blanca cama de niña, donde se había refugiado todo el sufrimiento humano imaginable, con ligeros intervalos de un reposo que la ciencia no sabía explicar, como no explicaba el dolor. Y aun entonces se realizaba la tortura de una inmovilidad absoluta, pesada y espantosa, como si aquel cuerpecito, tan demacrado que su línea no aparecía debajo de la manta, estuviese ya muerto.

Toda la vida de aquella niña estaba en la cara, pero era una vida prodigiosa, vida de un alma excesiva en unos ojos extraordinarios, y de una sonrisa de la carne muerta refugiada en las facciones. Aquella cara, en la que á veces la ola del sufrimiento, rodando de la frente á los labios, ponía una máscara de martirio, obtenía la gracia más adorable de una movilidad milagrosa. Una sola expresión no pasaba por ella casi nunca: la de la paz. Hasta en sus cortas horas de sueño se adivinaba una tensión interior en el juego de las finas y bien dibujadas cejas. El cutis parecía vacío de sangre, y era tan singular su blancura que la palabra «pálido» ya no le convenía. El cabello, algo corto y de un rubio fluido é indefinible, producía la extraña impresión de estar animado de una vida independiente é inmaterial, pues no se dividía nunca en mechones y flotaba como esas tenues fibras que ondulan en primavera entre las ramas verdes, poniendo en aquella frente la dulce y palpable caricia de un nimbo de luz.

Cuando Margarita estaba delante de aquel ser, sentía una especie de vergüenza al encontrarse viviente y ágil, sólida en todos sus miembros robustos y finos y en plena libertad de movimientos.

—¿Has dormido bien, monina mía?

Y se inclinó sobre la cama para envolver con sus manos y con sus besos aquella cabecita.

—Sí, sí, muy bien... Estoy mucho mejor, ¿sabes? Cuando entras me parece que eres una reina, con tu traje encarnado... Me gusta ese traje..., estás brillante con él é iluminas todo el cuarto como con un hermoso fuego...

—¡Pobre querida mía!

—¿Tienes frío? He sentido en la cara que tienes las manos heladas... ¡Qué feo y qué triste es el invierno! ¡Y qué largo!

Margarita pensó que todo debía ser largo y todas las estaciones iguales para la pobre niña, postrada en la cama hacía dos años, y sintió ese movimiento de rabia impotente que era en ella la forma de la pena. Se sonrió, sin embargo, porque la sonrisa de Julieta era contagiosa.

—Voy á estar fuera de casa todo el día, dijo; no dejes que te molesten los muchachos...

—Yo soy la que los molestaré á ellos... Tengo en la cabeza unas historias muy bonitas, muy bonitas, que he soñado... Parecen esas cosas que una piensa cuando ve á las nubes cubrir la luna... Se las contaré... y á ti también, para que me hagas dibujos para ellas... Dime, ¿crees que cuando me cure habré olvidado el dibujo que me enseñaste antes de estar mala? ¿Crees que podré pronto mover un poco las manos? Si pudiera servirme sólo de dos ó tres dedos, creo que podría tener el lápiz... ¿Quieres sacarme los brazos fuera de la ropa para verme las manos?.. Gracias...



El hecho de abrir el portamonedas y de contar su dinero

Y la enferma inclinó la cabeza, único movimiento que podía hacer estando echada boca arriba, para mirarse las manos rígidas y muertas sobre la sábana, como dos objetos inertes.

Julieta hablaba siempre mucho y decía cosas profundas y claras como sus ojos. Había inducido á su madre á contarle los apuros diarios de la casa y la aconsejaba á veces muy razonablemente. Otras veces se hacía más niña que sus hermanos y reía más fuertes que ellos. Excepto en los días de dolor agudo, era raro que estuviera callada.

Sin embargo, algunas veces resultaba extraña y como ajena á todo. ¿Sería que su vida anormal era un obstáculo entre ella y la comprensión tierna y vigilante de los que la rodeaban?

Margarita sintió esa impresión aquel día más particularmente. El calor de su corazón para aquella niña y las zalamerías deliciosas de la enfermita para con ella, no lograban aproximarlas y, antes al contrario, parecían acentuar entre ellas un singular vacío.

Este fenómeno, por otra parte, no era sensible más que para Margarita.

¡La joven se sentía tan *diferente* y era para ella motivo de tanto asombro el ver *aceptar* el dolor con una sencillez tan absoluta!..

En esto pensaba poco después al bajar la escalera, tan obscura, que en el primer piso tuvo que agarrarse al pasamanos para no perder los escalones.

Al llegar al piso bajo recibió como un bofetón la corriente de aire encajonada en el portal, y se estremeció de pies á cabeza como si se apoderase de nuevo de su cuerpo y de su alma una amargura glacial. El frío del aire le pinchaba el cutis, mientras le oprimía el corazón un sentimiento desesperado, vago y enorme á la vez, de todas las miserias de su vida diaria.

Y todo en la calle, á su alrededor, avivaba su desanimación, porque todo revelaba la lucha cotidiana, resignada ó terrible, más lúgubre en la dura estación que asesina...

Al pasar por un almacén de calzado barato, pensó que sus zapatillas estaban destrozadas y que tenía que comprarse otras..., pero no tenía dinero hasta fin de mes... Y ese mes de diciembre era duro y difícil de pasar, con sus gastos, con sus fiestas, con sus regalos y con sus propinas. Un poco más lejos se vió por completo en el espejo de una tienda; pero la imagen de su forma elegante, ajustada en un sencillo traje azul marino ensanchado en los hombros con una manteleta de Mongolia, y el brillo de su cara entre la toca obscura adornada con un pájaro y el alto cuello en el que sus orejas, rodeadas de ricitos rubios, parecían dos joyas de carne color de rosa, no le produjeron el placer que otras veces la embargaba al observar hasta qué punto poseía el lujo de la belleza.

Esta vez la vista de su imagen le hizo sentir con más fuerza sus innumerables privaciones. La pobreza de sus humildes pieles de imitación hizo resaltar más y más el mal estado de la falda, cuyos pesados y recientes arreglos vinieron á su memoria.

Llegada al boulevard Saint-Germain anduvo durante unos minutos esperando el tranvía. Todos los hombres la miraban al pasar y después se volvían, y esta circunstancia que algunas veces la divertía, entonces la ponía nerviosa.

En un reloj vió que eran las diez y cuarto. Necesitaba cuarenta minutos para llegar á casa de los Daurelle, en la avenida de Messina, cerca del parque Monceau, pues tenía que tomar una correspondencia en la calle de Bellechasse y necesitaría esperar. Margarita sintió cierta inquietud pensando en las palabras que la acogerían, si llegaba tarde, elogiando la exactitud y las conveniencias de levantarse temprano...

¿Podría jamás acostumbrarse á las observaciones de los extraños ni á la intervención en sus actos?.. Su garganta se oprimió con un sentimiento de rebelión y de angustia, y su mente se llenó de palabras de cólera, mientras se sentía poseída de espanto..., sí, de espanto, al ver que esa rebelión se aumentaba en ella con el tiempo y que los choques y los rozamientos de la vida le eran cada vez más crueles.

Recordaba que siendo feliz y mimada, era su carácter dulce y alegre, lo que probaba su instinto natural, y que aun después de los dramas de su vida, había sufrido con más sumisión y con más indiferencia las mezquindades y las humillaciones diarias.

¿Por qué no era ya lo mismo? ¿De qué le servían aquellos accesos de rabia, hipócrita ó ruidosa, de fiera enjaulada?

Absorta en tales ideas, por poco deja escapar el tranvía. Tuvo que correr detrás de él, y cuando le alcanzó, el hecho de abrir el portamonedas y de contar su dinero le hizo caer en otras reflexiones.

Un rápido cálculo mental le recordó sus recursos actuales y las sumas que podría cobrar antes del 1.° de enero. Tenía cinco discípulas, contando á su prima, la pequeña Anette Daurelle.

Esta última tomaba las lecciones muy irregularmente, y su madre, mujer práctica, las pagaba una por una. No tendría, pues, por ese lado más que unos veinticinco francos.

En casa de los Harvey, para las dos hermanas, había aceptado el precio ridículo de treinta francos al mes. «¡Qué pequeñas idiotas!, exclamó con irritación al recordar aquellas lecciones; no entienden ni una palabra de pintura y todo lo que llegarán á hacer será *copiar* con limpieza un dibujo... Pero sus padres quieren que sepan hacer un paisaje... ¡Es tan agradable en el campo! ¡Oh, estúpidos!..»

Pero de repente se apaciguó pensando en su favorita, Lina Morel; una linda é inteligente criatura, hija única de un músico conocido. De su madre no se hablaba nunca.

Lina vivía en una independencia de mujer casada y rica, y á Margarita le gustaban más de lo que quería confesar las horas que pasaba en aquel hotelito del boulevard Pereire, morada obscura y suntuosa, en la que los vidrios de colores de todas las ventanas daban una sombra de misterio á los *bibelots* y á los bronces, y que tenía aspecto de capilla desde el vestíbulo, donde ardía noche y día una lámpara pompeyana, hasta el estudio del tercer piso, en el que estaban siempre corridas unas persianas azules y verdes.

Allí, Margarita era remunerada dignamente y Lina la trataba casi como amiga y con toda la intimidad que podía dar á sus relaciones aquella extraña muchacha, á la vez altiva y bohemia, y en la que nunca se sabía si la jovialidad habitual venía de un alma joven y dichosa ó de una amarga filosofía de broma burlona. Después de diez y ocho meses de entrevistas bisemanales, Margarita no había descifrado aún aquella naturaleza. Unas veces la creía buena y sencilla por ciertos rasgos de generosidad relativos á Julieta; y otras descubría en ellos aspectos asombrosos de inconsciencia.

De todos modos, Margarita pensaba siempre en Lina Morel y en su vida un poco enigmática con ardiente y cariñosa curiosidad.

Allí, pues, terminaron sus cuentas, sin añadir el producto de los dichosos «objetos de fantasía» de que hablaba la noche anterior con tan exasperado horror. Fueron precisos los vaivenes penosos del ómnibus *Panteón-Courcelles*, al subir á paso de caracol la avenida de Messina, para sacarla de sus sueños, que la distraían y la calmaban.

Llegaba... y su corazón se crispó al volver á la realidad, mientras la joven se preguntaba una vez más qué sabía Lina de su dramática boda, pues ni la una ni la otra habían aludido nunca á esos sucesos. Le parecía que aquella joven sabría comprender el obscuro universo que ella llevaba en sí misma desde la hora breve y trágica en que pasó del descuido ignorante á la más pesada carga de pruebas, teniendo entre su existencia de niña y su viudez tres días solamente de una experiencia inacabada y obscura, como un abismo...

III

ILUSIONES

Al subir Pedro la escalera oyó arriba dos voces animadas que conoció en seguida. En el umbral de su casa estaba Raimundo hablando con Margarita, y los dos prorrumpieron, al verle, en exclamaciones de niños bulliciosos.

—¡Ahí está!

—Oye, oye...

—¡Si usted supiera! Pero tengo que marcharme..., son las siete...

Y al decir esto, Margarita entró en la casa y cerró la puerta dando una alegre carcajada.

—Bueno..., ¿qué pasa?, preguntó Pedro.

—¡Oh! ¡Estoy tan contenta! ¿Sabe usted, los cuentos de Raimundo?.. ¡Están aceptados! No me extraña, porque son deliciosos; pero, en fin, se dicen tales horrores de los comienzos en la carrera literaria, que había que temerlo todo. Pues bien, no; la cosa ha sido sencilla... Los llevó hace tres semanas y ya está hecho.

—Ya está hecho, repitió Pedro con su buena sonrisa. Vaya, Raimundo, me alegro...

—Ya puede usted decir que es un ángel ese director...

—Lo digo.

—La verdad es que los que se quejan lo hacen por despecho, pues los han rechazado por no encontrarlos talento... La prueba de que ese director es hombre inteligente, concienzudo y sincero para apreciar el valor de los jóvenes desconocidos, es que ha recibido el trabajo de Raimundo... Ya lo ve usted.

—Sí, ya lo veo... Pero, amiguita, si lo hubiera rechazado, hubiera usted dicho á voces que no entendía una palabra y que...

—¿Quiere usted callarse? ¡Oh! ¡Qué mala persona! ¿Verdad, Raimundo, que es malo?

—Muy malo.

Pedro miró riendo á aquella Margarita transformada y tan deslumbradora de alegría y de juventud, que parecía imposible que tal criatura hubiera sufrido ó pudiera sufrir.

—¿Y usted?, preguntó Pedro, ¿qué hay de nuevo?

—¡Grandes proyectos!.. Ya sabe usted que hace ocho días, el 2 de enero, almorcé con Lina Morel...

—Sí, sí, y á propósito, ¿qué tal le fué á usted? ¿Estaba allí el padre de Lina?

—No..., y en cuanto estuvimos solas, Lina me preguntó de repente por qué no exponía..., por qué no trabajaba para mí... ¡Si viera usted el efecto que me hizo el oirlo!.. ¡Yo exponer, hacer una cosa interesante... y artística!.. ¡Como si eso fuera posible, con esta vida embrutecedora!.. Respondí sin reflexionar que no tenía tiempo... Lina no dijo nada, y hete aquí que anteayer noche recibo una esquelita suya diciéndome si quería cambiar las lecciones en sesiones de pintura, que se le había puesto en la cabeza hacerse retratar por mí, que le había gustado mucho el retrato que he hecho de Julieta y que ha visto en mi casa, y qué sé yo cuántas cosas más... En fin, desde que recibí esa carta, no vivo, estoy como borracha y al mismo tiempo no me atrevo y deseo con locura emprender mi obra... Tengo un miedo espantoso de no hacerlo bien y al mismo tiempo—van ustedes á burlarse de mí—veo ya mi cuadro acabado, enviado al Salón, recibido, colocado... ¡Ah! ¿Qué debo hacer?

Todos los espejismos del porvenir flotaban en sus pupilas puras y profundas, y el flujo rosado de una vida exuberante invadía sus mejillas. En el febril ardor de sus palabras, se había arrancado el boa, el sombrero y los guantes, y Raimundo, á su lado, teniendo en la cara una expresión que Pedro no le veía con frecuencia, había cogido una mano de la joven y le decía ardientemente:

—¡Oh, sí, hay que aceptar!.. Lo hará usted magníficamente... ¿Verdad, Pedro?

—Es probable, respondió el mayor con calma, mientras presentaba alternativamente al fuego las dos botas, que humeaban al calor.

Raimundo continuó:

—Es amable esa Lina Morel. Le dijo usted que no tenía tiempo, y vea qué bien ha arreglado las cosas. ¿Dice usted que es bonita? Pues con el talento que usted tiene—lo ha dicho Charvey al ver aquí sus estudios—puede usted hacer algo sorprendente. ¿No es verdad, Pedro? ¿Qué piensas tú?

—Pienso lo mismo...

Y el mayor hizo un esfuerzo para añadir á esas tres palabras la frase decisiva y animada que se esperaba de él y que debía exaltar todavía más aquella linda fiebre de ilusiones. Pero no supo decir nada, porque de repente y sin saber por qué, se apoderó de él una extraña y salvaje tristeza. Y mientras aquel niño delicado y aquella mujer vibrante de vida apasionada continuaban su diálogo delicioso, en el que pasaban las esperanzas como un rumor de alas, Pedro se encontró de repente aislado y extraño á todo.

Los veía como se ve á través de la bruma del dolor y de las lágrimas á los seres queridos que se alejan para emprender una vida nueva con desconocidos que lo serán todo para ellos y seguirán siendo desconocidos para nosotros... Le oprimía un sentimiento parecido á la angustia misteriosa de las despedidas... Su pequeño Raimundo, al que había podido conservar largo tiempo, gracias á su debilidad y á su indiferente inconsciencia, adquiría una independencia repentina por aquel pequeño éxito...

Margarita, cuya belleza impetuosa y exaltada le tenía en perpetuo encanto, se iba también al país de su deseo, y los dos se formaban una morada ideal en la que vivirían lo mejor de una doble vida, fuera del esfuerzo cotidiano; una morada «en las estrellas» que su vivaz voluntad y su potencia soñadora convertirían acaso en real algún día...

Y Pedro observó que después de haber esperado un minuto su adhesión á su alegría, los dos jóvenes iban ya lejos, muy lejos, por el camino del porvenir, sin volver siquiera la cabeza hacia él, que se quedaba rezagado, tan tranquilo...

* * *

En el estudio de Lina Morel, las persianas azules y verdes estaban levantadas y descubrían completamente los cristales del techo. En el ángulo de la

pared de cristal cuajado, una gran ventana abierta prolongaba el estudio por un terrado que la joven había convertido en jardín aéreo. Aquella ventana servía de marco á una gran cortina de cielo claro que enviaba un aliento de primavera en aquella tarde suave y dorada de un clemente febrero. La luz caía como una caricia sobre las cosas y una vida encantadora animaba á los esmaltes y á los bronces. Grandes ramos de lilas, puestos en viejos jarrones de Delft, palpitaban al aire ligero que entraba por la ventana. Del teclado abierto de un piano parecía exhalarse el alma del reposo y recogerse entre los libros y las flores bajo la sonrisa muda de los lienzos y de las esculturas donde dormía con un sueño inocente el mágico misterio de los colores y las líneas.

Margarita, con los labios muy apretados y un delicioso gesto de niño aplicado, estaba pintando, y su sentido artístico se estremecía de júbilo al admirar en plena luz la belleza variada y deliciosa de su modelo, aquella cabecita de facciones de estatua antigua, en la que la triple llama de una abundante cabellera de oro sombrío, de unos ojos ondulados como el agua y de una boca admirable ponía como un estremecimiento de vida soberbia, profunda é incesantemente diversa.

Pero, de repente, el modelo rompió la línea de su posición académica al levantar y estirar los brazos con un movimiento de pereza que hizo deslizarse las anchas mangas de una blusa de terciopelo verde.

—¿Cómo podemos estar quietas tanto tiempo?..

Margarita se sonrió, dejó los pinceles, se levantó un poco rígida, también de cansancio, y mientras se lavaba las manos en una palangana en la que vertía el agua un delfín de plata de curioso trabajo, Lina sacó de un armario unos frascos de vino de España y unas pastas. Y en la frágil mesilla, los platos de Sajonia, los vasos de Venecia y las copas de plata afiligranada formaron una graciosa ilusión de comidita de muñecas. En medio de todas esas cosas, Margarita, invadida de una soñolencia de bienestar y con el dejo de fina embriaguez de aquellas buenas horas de un trabajo querido, en un decorado perfecto, recordó los tiempos, ya lejanos, en que también ella podía crear y realizar lujosas fantasías, y vió en seguida su casa actual, con la enfermita á quien sólo era posible dar lo necesario, y jamás, jamás, ninguno de esos refinamientos encantadores que distraen los ojos y calman la imaginación.

Un suspiro rápido y profundo pasó de su corazón á su garganta como una queja inconsciente; pero, casi en seguida, la joven dirigió una sonrisa á Lina, que estaba enfrente de ella.

Después de un corto silencio, ésta dijo:

—Hábleme usted de sus amigos, ya sabe usted, de esos que tienen un apellido que parece un estornudo... ¿Qué es de ellos?

—¿Los Etcharre?

—Sí..., y además no debe usted de tener un ejército de amigos, estoy segura...

—No, es verdad, no tengo más que á ellos y á usted, dijo Margarita amablemente y con voz tierna.

—¡Ah! Es muy agradable el decirme que soy una amiga; solamente que eso no es cierto, no, señora mía, porque estoy segura de que no es usted conmigo como con Pedro y Raimundo... A ellos se lo dice usted todo y á mí nada...

Y aquella linda cara de esfinge se inclinó hacia la fisonomía infantil de Margarita con una expresión casi triste.

—¡Así, así es como debía usted mirar en el retrato!, exclamó Margarita.

Lina se echó hacia atrás.

—Ya tenemos aquí la artista... ¿Qué mirada tengo en este momento?

—La de su alma de usted..., me parece, dijo Margarita casi involuntariamente

Y se calló un poco inquieta, porque creyó haber desagradado á la joven que tan celosamente parecía guardar siempre el secreto de sí misma.

Pero Lina respondió:

—¡Mi alma! ¿Cómo cree usted que es mi alma, pregunto yo? ¿Por qué he de exhibirla á la vista del público? ¡Figúrese usted! Nosotras nos dirigimos á las multitudes, al combate, á la gloria..., dijo con una expresión y un gesto de muchacho travieso. ¡Pero qué locas somos! Nos hacemos preguntas y no nos respondemos. Dígame usted, ¿cuándo se publican los cuentos de su grande hombre en ciernes?

—No lo sabe todavía, respondió la buena artista.

Y Margarita, más dominada por el sentimiento de las preocupaciones de Raimundo que de las suyas propias, dijo las penas del principiante, sus desalientos y sus recaídas inevitables en la vida diaria del que busca...

Estuvo elocuente y conmovedora al pintar las esperanzas, las emociones y los desengaños del joven en sus idas y venidas á los periódicos y á las revistas. Tuvo frases de expansiva fiebre al describir sus regresos alegres y llenos de fe dichosa en los días de buena suerte..., y las noches pesadas de desencanto en las que, al volver, parecía arrastrar en su corazón toda la miseria de la lucha feroz que anima á París y traer en los pies todo el barro pegajoso de sus calles.

Margarita hablaba, hablaba, y sus palabras evocaban también las horas de trabajo en las que le había visto agitarse contra la inercia del pensamiento, cansado de penas, y librar la batalla, hermosa, pero ardua, á las palabras que encierran la idea de un rasgo neto como un dibujo.

Lina la escuchaba, con sus admirables manos apoyadas en las rodillas y destacándose sobre el terciopelo del traje, mientras los párpados casi cerrados parecían querer cubrirla como con un velo misterioso.

La sombra descendía del cielo por los cristales y las dos jóvenes sintieron al mismo tiempo un escalofrío al percibir el aliento helado de la noche.

Margarita se calló, un poco fatigada, y Lina entonces se acercó á ella y le dió un beso.

—¡Qué hermoso es el entusiasmarse así!



Lina sacó de un armario unos frascos de vino de España y unas pastas

Cerró después la ventana, colocó en su sitio la mesita de la merienda y dijo:

—¿Y el otro, Pedro?.. ¿En qué se ocupa mientras tanto?

—¿Pedro?.. Ese hace una vida muy tranquila... Su oficina, sus barcos...

Y vuelta á la realidad, Margarita exclamó:

—¡Se hace tarde y hemos trabajado muy poco!..

Lina cogió una lámpara y la levantó delante del retrato.

Estaba en él sentada, visible hasta las rodillas y no tenía ni libro, ni flor, ni accesorio alguno que distrajese la atención de aquella mujer colocada en una postura natural.

Para el que conocía á Lina era intensamente *ella* y su actitud habitual de inmovilidad pensativa, familiar hasta con aquel traje de terciopelo obscuro y flexible, de un verde profundo, de anchas mangas y con el cuello algo escotado que dejaba ver un lindo cutis mate y luminoso como lleno de sol.

(Continuará)

LA AMETRALLADORA BERGMANN

Todas las naciones, cual más, cual menos, se preocupan de dotar á la infantería y aun á la caballería de ametralladoras susceptibles de aumentar, en un momento y en un punto dados, la intensidad del fuego en proporciones considerables. El fusil es un arma maravillosa y la rapidez del tiro permite, es cierto, cubrir una posición con una granizada de balas en un tiempo muy corto; sin embargo, su efecto, que es la resultante de demasiadas voluntades individuales, no puede nunca ser el mismo que el de una máquina única, que obedezca á un solo impulso y que lance una lluvia homogénea de proyectiles sobre una zona exactamente limitada y con regularidad perfecta. Un instrumento de esta clase es una verdadera segadora que derriba todo lo que no está protegido por los accidentes del terreno: los ingleses hicieron frecuente uso de él durante la guerra del Transvaal; los alemanes se proveen de fusiles-máquinas que no tienen otro objeto que el citado, y los beligerantes de la Mandchuria sienten tal vez no disponer de tan útiles armas. En Francia se ocupan de esta cuestión sin darle una solución definitiva, en lo que quizás no se obra muy cuerdamente: todavía subsiste allí la impresión de los malos resultados obtenidos en 1870, á pesar de que estos malos resultados puedan explicarse por otras causas que por fracaso táctico de esta nueva arma: tratábase, en efecto, de un primer modelo con numerosas imperfecciones y rodeado de tal misterio que nadie sabía servirse de ella. Todavía en la actualidad sacrificamos demasiado la conveniencia al temor de multiplicar excesivamente la variedad de las armas de servicio, y la superioridad de nuestra artillería de campaña nos ha dado otro argumento para no adoptar un instrumento intermedio, que la acción combinada del fusil y del cañón parecía reemplazar con ventaja.


Fig. 1. – Posición de transporte


Fig. 2. – Posición de transporte


Fig. 3. – Posición de tiro

Pero los hechos, al parecer, van demostrando la sinrazón de los que así piensan. De todos modos, las ametralladoras y los cañones revólvers se han perfeccionado hasta el punto de que hoy lo difícil es escoger entre los numerosos modelos que en la industria se encuentran. Todo el mundo conoce el cañón Maxim, y también puede citarse la ametralladora inventada por el ingeniero badense T. Bergmann, que lanza balas de ocho milímetros y cuyo modelo más reciente data de 1902 y presenta varias notables mejoras.

En esta ametralladora, el retroceso del cañón y de la culata se utiliza directamente para las varias operaciones que requiere el tiro; pero así como el retroceso del cañón se halla limitado con bastante rapidez, la culata, que en aquel momento se descalza, abriendo la cámara, continúa su movimiento hacia atrás, estira el muelle de cierre y arrastra una masa percutiente que se engancha al gatillo. Así que termina el retroceso, el muelle de cierre se afloja y hace avanzar la culata móvil, que se fija nuevamente al cañón, arrastrándolo á su vez hasta su posición normal de tiro. La alimentación en proyectiles se hace por medio de una tira flexible provista de balas que atraviesa el arma apoyándose en cilindros y avanza una muesca á cada movimiento de vaivén del sistema de cierre.

Puede efectuarse á voluntad un tiro por disparos sueltos apoyando el dedo en el gatillo ó un tiro continuo soltando éste de manera que la masa percutiente sea empujada automáticamente hacia adelante por el muelle de percusión que se pone tenso al producirse el retroceso. El movimiento de vaivén se produce en una caja de culata fija montada sobre la cureña y prolongada hacia adelante por un manguito refrigerante que contiene seis litros de agua y cuyo cierre hermético está asegurado por una caja de estopas y por anillos de ajuste en los cuales puede deslizarse libremente el cañón en el momento del retroceso.


Fig. 4. – Posición de tiro

El arma termina en su parte posterior en dos mangos paralelos puestos simétricamente á cada lado, que el tirador empuña con sus dos manos, poniendo el pulgar derecho encima del muelle que suelta el gatillo, y el izquierdo sobre la extremidad cuadriculada de la palanca que gobierna el tiro por disparos sueltos. Toda la caja de la culata tiene una forma general de sección rectangular y está cerrada en su cara superior por una tapa que al levantarse deja en descubierto todo el mecanismo. La desermadura es sumamente fácil y se afectúa sin necesidad de ningún instrumento. La ametralladora sólo se compone de ochenta piezas, pero basta desmontar doce para proceder á la limpieza normal del arma, operación que se realiza en un minuto.

La tira de alimentación va provista de cubos de acero que forman muelle y en los cuales se introducen los cartuchos; varias barritas, regularmente espaciadas, hacen de ella una verdadera cadena en la que engrana un diente alternativo encargado de producir el avance. La tira lleva 250 cartuchos de ocho milímetros y se enrolla en un tambor encerrado en una caja que se coloca al lado derecho de la cureña.

En una arma de esta índole es indispensable combinar con el mayor cuidado las disposiciones de seguridad. En esta ametrelladora, en primer término, el pie del alza, cuando ésta está caída, sujeta la masa percutiente, impidiendo de este modo que salga el tiro. Además, en la posición de tiro, la masa percutiente está contenida por la palanca de movimiento automático, que no cae sino por la acción de la culata movible y solamente cuando ésta se halla completamente cerrada. Por último, sólo cuando la culata movible se ha unido al cañón y forma con éste un solo cuerpo, puede la punta del percutor salir de su cámara y formar eminencia sobre el canto izquierdo de la culata movible.

La ametralladora tiene una longitud de 1'08 metros y sólo pesa 20 kilogramos, á los que se añaden seis kilogramos del agua de refrigeración; se ve, pues, que el arma puede ser llevada fácilmente por un hombre. La tira de alimentación vacía pesa 1.650 gramos y 8.460 cuando está cargada con 250 cartuchos; la caja en que va encerrada pesa 2.500.

Pueden emplearse dos sistemas de cureñas, según que el transporte lo hagan los hombres ó un animal: en el primer caso, la cureña tiene la forma de un sencillo trípode que pesa 23 kilogramos y se presta á las más diversas posiciones de tiro. La cureña-carro, es decir, la que es arrastrada por un animal, pesa 48 kilogramos. En resumen, el aparato completo, con una sola tira de cartuchos, pesa apenas 60 kilogramos con cureña-trípode y 85 con cureña-carro.

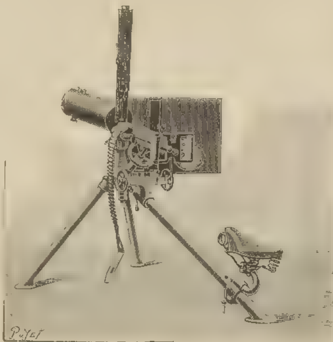


Fig. 5. – Ametralladora Bergmann con la tapadera de la caja de culata levantada

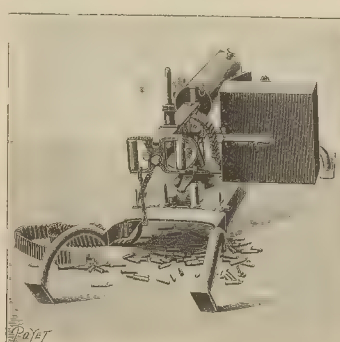


Fig. 6. – Ametralladora Bergmann sobre carretón-cureña

Este conjunto constituye una de las armas más potentes y más cómodas, que puede ser fácilmente disimulada detrás del más pequeño obstáculo, y en la cual el empleo de la pólvora sin humo impide, por otra parte, descubrir su posición.

G. ESPITALIER.

ATRACCIÓN DE LOS ANIMALES POR LA LUZ

¿Quién no ha observado en las tranquilas noches de verano, cuando la suavidad de la temperatura invita á instalarse fuera de las casas ó á dejar la ventana abierta, cómo los insectos de toda clase se aproximan á la lámpara, revolotean agitados en torno de la misma y acaban por abrasarse en su llama?

Este fenómeno ha llamado desde hace mucho tiempo la atención de los naturalistas y todavía no ha sido explicado satisfactoriamente. En 1748, Reau

mour hizo observar que precisamente las mariposas nocturnas, las que huyen de la luz del día, son las que por la noche buscan las luces artificiales. Romanes opina que la curiosidad es la que impulsa á los pájaros á acercarse á las linternas de los faros y á los peces á reunirse cerca de las barcas provistas de una antorcha. Forel demuestra que las luces naturales son siempre más ó menos difusas, y que los animales no están acostumbrados á ver luces concentradas en un punto; éstas les engañan y su pequeño cerebro no es capaz de concebir este espectáculo tan nuevo para ellos, y de aquí sus repetidas tentativas para acercarse á la llama. Los insectos domésticos, como la mosca, se han acostumbrado á la vista de las luces artificiales y no se dejan engañar por ellas.

Loeb ha dado recientemente una explicación mecánica del fenómeno; según él, se trata de un fototropismo análogo al de los vegetales. Supongamos una mariposa impresionada lateralmente por la luz; ésta pondrá en acción los músculos que dirigen la cabeza del animal hacia el punto luminoso; una vez colocado el animal en el sentido de la radiación, la luz herirá con igual intensidad los dos lados de su cuerpo, de modo que no podrá desviarse ni á derecha ni á izquierda y continuará moviéndose hacia la llama, hasta que el calor demasiado fuerte la aparte nuevamente de ella.

Esta explicación se ajusta á las actuales tendencias científicas: tiene esa apariencia de vigor que agrada á ciertas inteligencias y trata de poner los fenómenos biológicos en la esfera de la mecánica. En primer lugar, nada permite comprobar esta acción de la luz sobre los músculos y, si fuese cierta, no sabemos ver por qué los animales no han de volar también hacia el sol ó hacia la luna.

Por otra parte, no es verdad que los insectos vuelen directamente hacia la luz para apartarse nuevamente de ella y así indefinidamente, á menos de que caigan en la llama; en realidad, se aproximan á ella oblicuamente, describen uno ó dos círculos alrededor del punto luminoso y se alejan de él si la llama no ha chamuscado sus alas.

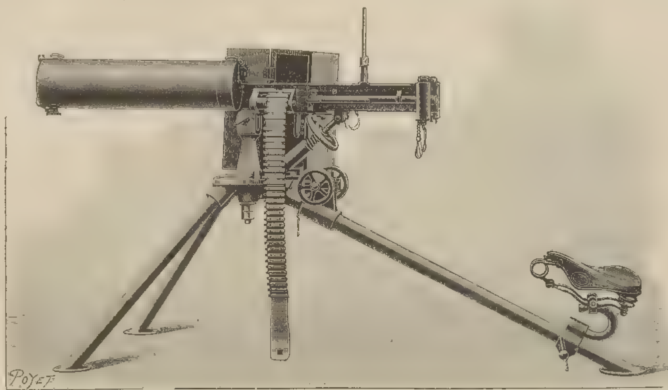


Fig 7. – Ametralladora Bergmann montada sobre trípode-cureña

En la teoría de Kiesel, el ojo compuesto del insecto tiene una sensibilidad más obtusa que la nuestra, puesto que puede, en efecto, soportar la luz directa del sol; pero cada uno de los ojos simples que lo forman no recibe sino una cantidad muy pequeña de esta luz. En cuanto á los objetos terrestres, aunque débilmente iluminados, el insecto los distingue porque, en general, se le presentan bajo un ángulo mayor que el de 32° bajo el cual ve el sol: cada ojo simple recibe tanta más luz cuanto mayor es la superficie; así lo que falta en intensidad está compensado por la magnitud de la superficie iluminada. El insecto no está deslumbrado por el sol y ve, sin embargo, los objetos terrestres. En el caso de una luz artificial, ésta aparece al insecto, distante sólo algunos decímetros, bajo un ángulo mucho más grande que cuando ve el sol; el insecto está deslumbrado por ella, ó mejor dicho no ve otra que ella, al paso que en pleno día ve, no sólo la luz solar, sino también los objetos terrestres. Del mismo modo las aves que vuelan en una noche obscura, únicamente ven la luz del faro y son atraídas invenciblemente por ella.

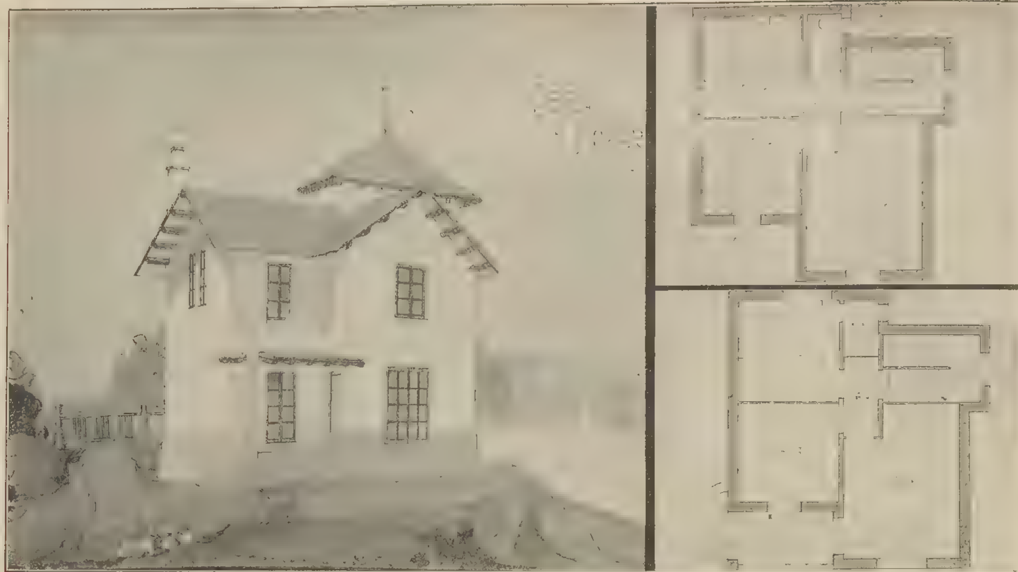
Radl hace observar que todo ser que quiere cambiar de sitio debe estar orientado con relación á una fuerza exterior; por esto en cada momento nos orientamos por nuestras sensaciones tactiles, auditivas ó visuales. Para los animales que vuelan en los aires ó nadan en el agua, la orientación óptica es tanto más necesaria cuanto que les faltan las impresiones tactiles. En pleno día, el espacio que los rodea les ofrece un gran número de superficies iluminadas por las cuales podrán orientarse; pero cuando de noche sólo brilla un punto luminoso, el animal se dirigirá hacia él instintivamente y recorrerá alrededor del mismo trayectorias más ó menos complicadas, según que ceda á la atracción que la luz ejerza sobre él ó que trate de huir de ella. Esta teoría tiene la ventaja de explicar por qué son principalmente los animales aéreos y los nadadores los que se ven atraídos por puntos luminosos.

Debe hacerse observar que la atracción luminosa sólo se ejerce sobre los animales más instintivos; aquellos en quienes la inteligencia está muy desarrollada, podrán tratar de acercarse á un punto luminoso ó calórico con un fin determinado, pero jamás experimentarán esa atracción irresistible y casi mecánica á la que sucumben tantos vertebrados inferiores é insectos.

Tales son las diversas explicaciones que se han dado de ese fenómeno tan fácil de observar. Unas son más bien fisiológicas; en otras intervienen consideraciones físicas y mecánicas.

Es probable que la mayoría de las mencionadas explicaciones encierren una parte de verdad y que el problema no pueda resolverse enteramente sino por la combinación de estos distintos elementos.

DR. L. LALOY.



Barcelona. – Casa para una familia obrera adjudicada por la *Obra del Hogar* al obrero D. Juan Quintana y Llorens. – Planos de la planta baja y del primer piso de la misma
Proyecto del arquitecto D. Enrique Sagnier

Digna de aplauso es la finalidad de la asociación denominada *Obra del Hogar*, puesto que se propone construir varias casas, propias y adecuadas para familias de obreros, cómodas y espaciósas, dotadas de su correspondiente jardín, que podrán adquirirse sin sacrificios ni violencias, ya que al cabo de un número de años abonando un módico alquiler, inferior al que hoy satisfacen las familias de nuestros obreros, pasarán á ser propiedad de aquellos que las ocupen, como merecido galardón á su laboriosidad y merecimientos.

Tan nobilísimo propósito ha de merecer la simpatía y el apoyo de todos. Así cabe esperarlo, con mayor motivo, si se recuerda el hermoso acto celebrado el día 18 de diciembre último, en que tuvo lugar la adjudicación de la primera casa construída en la barriada de San Martín, proyectada y dirigida por el distinguido arquitecto D. Enrique Sagnier.

Réstanos consignar el ferviente deseo de que la *Obra del Hogar* pueda ampliar su esfera de acción y aumentar cada año el número de construcciones.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 23 de enero de 1905 — Núm. 1.204



VENDEDORA DE PASTELES, cuadro de Pascau. (Salón de París de 1904.)

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Para el público de la Comedia, como para Rusiñol y Borrás, fué una gran noche la de la representación en castellano del drama titulado *El Místico.* Los espectadores, arrebatados por la inspiración suprema del poeta y por el arte exquisito del intérprete, prorrumpieron en estruendosas aclamaciones. Con ser el público madrileño vehemente como pocos en la expresión de su agrado ó de su repulsa, rara vez, en el transcurso de muchos años, he presenciado una ovación parecida á la de aquella noche.

Y bien lo merecían Rusiñol y Borrás.

El gran actor y el gran poeta se complementan. Aquel sacerdote, todo mansedumbre y amor, que sube valerosamente la senda pedregosa y llena de abrojos de su Calvario, encarna admirablemente en Borrás, el cual, en algunas escenas, hace sentir hasta á los más apáticos espectadores el escalofrío del entusiasmo.

El Místico, traducido por Dicenta, constituye desde aquella noche una de las joyas del teatro nacional.

Otra obra maestra de la literatura española ha recreado al público de Madrid en estos últimos días: me refiero al drama del Duque de Rivas titulado *Don Alvaro ó La fuerza del sino.* Patentizóse una vez más en la representación de este célebre drama el esmero y la escrupulosidad artística con que se representan en el teatro Español las obras dramáticas: profusión de decoraciones, vestuario de rigurosa propiedad, admirable preparación de los efectos escénicos..., todo produce en aquel afortunado teatro la impresión de lo verdadero.

Si esta escrupulosidad artística se debe á todas las producciones dramáticas, aún más merecedora de ella son obras de tanta valía como el drama inmortal de D. Angel Saavedra. Pocas producciones del teatro moderno reflejan como la del Duque de Rivas el alma española. Allí las ideas y sentimientos de las clases aristocráticas; allí las malicias y donaires del pueblo; allí la valentía un poco jactanciosa de nuestros soldados; allí la exaltación de la fe y del honor, los dos grandes móviles, durante siglos, de la vida nacional; allí con toda su riqueza, galanura y armonía, la hermosísima habla castellana, corriendo fluida en sabrosos diálogos en prosa, ó realzada en magníficos versos de tan variado como expresivo ritmo.

Con entusiasmo artístico nunca superado y con esfuerzos dignos de aplauso, hicieron María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, secundados por todos los artistas de su numerosa compañía, cuanto les fué posible por dar vida y realce al hermoso drama. En general, la representación del *Don Alvaro* ha sido merecedora de alabanza. Grandes también las merece el propósito de no dejar que olvide el público obras maestras del arte, presentándolas con todo el esmero y el respeto que les consagran Fernando y María.

Pocos días antes de representarse en el Español el drama del Duque de Rivas, Mounet Souly, decano de la «Casa de Molière,» dió en el teatro de la Princesa dos funciones, el *Edipo*, de Sófocles, traducido ó arreglado por Jules Lacroix, y el *Hámlet,* de Shakespeare. El público español quedó chasqueado: el actor francés resultó declamador y gritón. El *Edipo* además fué puesto en escena de una manera lastimosa. Para que el espectador hubiera llegado á formarse una ilusión siquiera aproximada de lo que fué el arte heleno, habrían sido menester pórticos que imitasen las marmóreas columnatas griegas, coros de doncellas tocadas y vestidas como las hijas de Cadmo, perspectivas que evocasen los valles tebanos, soldados que ostentasen en sus cuerpos robustos las armas argivas, ánforas, trípodes péplums y túnicas semejantes á los objetos y vestidos que el cincel helénico esculpió en los frisos del Partenón. En lugar de todo esto, ¡qué caricatura del arte griego! Pórticos que parecían hechos de papel de estraza, decoraciones borrosas, túnicas de percalina, figurantes y figurantas que cualquiera hubiera creído vestidas por un ropavejero de Carnaval.

Tampoco hubieron de convencernos el énfasis y amaneramiento con que Mounet Souly declama los versos del *Edipo,* ni sus gritos descompasados, ni ciertos detalles de su indumentaria, como presentarse, después que se saca los ojos, envuelto en un manto todo lleno de manchas de sangre. Difícil ó más bien imposible es ahora formarse idea de la declamación helénica, quizás muy distinta de la moderna; lo que sí puede asegurarse es que no era como la del cómico francés. En todas las manifestaciones del arte griego dominaba la sencillez, y en la manera de Mounet impera la afectación.

La interpretación del *Hámlet* dejó también bastante que desear. Por mucho arte que posea un actor, punto menos que imposible es que pueda á los sesenta y tres años representar la figura del príncipe de Dinamarca. Por otra parte, sin negar yo que el decano de la Comedia francesa ha hecho un estudio detenido y hondo de la inmortal creación shakespeariana, no puedo menos de reconocer que su manera de interpretar el Hámlet dista mucho de la idea que de este personaje se han formado la crítica, los artistas y el público. Hámlet es ante todo un indeciso, un espíritu crítico, en el cual la reflexión, el análisis, el examen continuo del pro y del contra de las cosas, mata la acción. Acontece á estas almas analíticas algo muy semejante á lo que sucede á los dos conejos de la fábula, los cuales, discutiendo la raza á que pertenecen los perros que los persiguen, se dejan coger por sus mortales enemigos. El abúlico, como ahora se dice, príncipe de Dinamarca, quiere vengar á su padre, y ya por unas causas, ya por otras, va aplazando siempre su venganza; ama á Ofelia y la descorazona y enloquece con sus desvíos; reconoce que su corazón debiera estar rebosando de cólera y de ira, y ve que un farsante, un cómico, siente con más vehemencia sus fingidos dolores que él, Hámlet, los suyos propios. En su conciencia hay las mismas indecisiones que en sus actos. Toda su filosofía vacilante, todas sus dudas, se manifiestan en su célebre monólogo «Ser ó no ser.» Hámlet ni tiene energía para vivir ni resolución para dejar de vivir. No camina por la vida; vaga por ella como barco sin rumbo, á merced de los vientos y de las olas.

El Hámlet de Mounet Souly no se parece á esta concepción casi general del carácter del príncipe de Dinamarca. Más que un abúlico es un impulsivo; más que un escéptico, un declamador apasionado y vehemente. El artista francés empieza el célebre monólogo dando un grito formidable, no como el hombre absorto en hondas meditaciones envueltas en dudas, sino como el orador que quiere influir con su voz como con sus razones en el ánimo de sus oyentes. En la escena del príncipe con Ofelia advertí también algo que en mi sentir pugna con la intención de Shakespeare. Sabido es que Hámlet, después de declarar á Ofelia que nunca la amó y de decirle una porción de lindezas á cual más desfavorable, la aconseja que se vaya á un convento. Esta conducta del príncipe justifica y explica el trastorno mental de Ofelia. Mounet Souly corrige, á mi entender equivocadamente, el pensamiento de Shakespeare, acabando la escena con tiernas y apasionadas muestras de cariño á la hija del desventurado Polonio.

A la fingida locura de Hámlet da Mounet Souly cierto carácter grotesco (cabriolas, gritos desentonados, carcajadas de insensato, etc.), que aunque nos disuena un tanto, se ajusta, bien mirado, en honor sea dicho de la verdad, más á lo real que la locura de buen tono que afectan otros actores. Si el príncipe de Dinamarca quiere engañar á cuantos le rodean, para ocultar por tal artificio sus planes de venganza, claro es que ha de fingir extravagancias y delirios, cuanto mayores más eficaces. Ofelia misma cuenta á su padre cómo se le ha presentado Hámlet: «Estaba yo haciendo labor en mi cuarto, cuando el príncipe, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los pies..., etc.» ¿No es todo este atavío propio de un loco de atar? Pues de este modo interpreta Mounet la locura de Hámlet.

Como todos los grandes artistas franceses, Mounet Souly da gran importancia al elemento plástico. Muchas de sus *poses* merecerían ser trasladadas al lienzo; de verdaderamente artísticas deben ser calificadas su actitud de espanto ante la aparición de la sombra en la explanada del castillo de Elsenor; sus diversas posturas en las escenas con su madre y Ofelia; su continente al recitar el monólogo; sus maneras, en fin, propias de un príncipe educado en la atmósfera refinada de los palacios... Lástima que estas cualidades queden un tanto deslucidas por la natural influencia que en la gentileza y apostura del hombre ejerce el grave peso de los años.

Aún no se había extinguido el eco de los alaridos de Hámlet, cuando resonaron en el mismo teatro de la Princesa las *chansonettes* y recitados de la Dorty y de Polin.

Cualquiera que, sin saber qué clase de espectáculo iba á presenciar, hubiera entrado la noche de la presentación de las dos notabilidades francesas en el teatro de la calle del Marqués de la Ensenada, habría supuesto que estaba á punto de celebrarse una gran solemnidad artística. Allí estaba la flor y nata de la sociedad madrileña; las señoras más linajudas aristocráticamente descotadas; los hombres de rigurosa etiqueta. Se levantó el telón y reinó en la sala religioso silencio; nadie quería perder una sola sílaba de las que dejaba caer de sus labios pintarrajeados de rojo Mlle. Dorty, ó de su boca, un tanto canallesca, el bueno de Polin. Y uno y otro cantaron coplas capaces de hacer ruborizar á los bomberos, si los bomberos hubieran entendido la lengua de Molière, y el escogido público aplaudió á rabiar á los dos faranduleros. A la noche siguiente el teatro estaba lleno de bote en bote del mismo elegante y distinguido público.

Si á la sociedad aristocrática le entusiasma todo lo extranjero, y particularmente lo francés, á la burguesía y al pueblo soberano les encantan las funciones de Pascuas. Para estas funciones guardan los empresarios la mayor cantidad de sal gorda que pueden encontrar en autores nacionales ó extranjeros. En la tarde del 24 de diciembre todo pasa: el público va dispuesto á reirse, y con tal que la obra estrenada realice este deseo, poco importa que sea un conjunto de disparates. Hay en esto, como en todo, excepciones, y en el año presente lo han sido los dos *vaudevilles* estrenados, uno en el teatro de la Comedia y el otro en el teatro de la Princesa.

La obra estrenada en aquél se titula *El gobernador de Urbequieta:* es un *vaudeville* con todos los *quidproquos* y sorpresas propios del género, muy discretamente arreglado á la escena española por Jurado de la Parra. La comedia representada en la Princesa es de la misma procedencia que el *vaudeville* susodicho y primo hermano de él en lo complicado y chistoso de la intriga. Se titula *La doncella de mi mujer,* y ha sido traducido y arreglado por los Sres. Reparaz y Luceño, muy expertos y hábiles en esta especie de trabajos. Ambas obras gustaron mucho, y en justo galardón á su buen éxito, han ascendido á la función de la noche

También en vísperas de Pascuas vió la luz de la batería en el enorme circo de Price una zarzuela de Dicenta, música de Chapí, y cuyo título es *Juan Francisco.* La zarzuela tiene todas las de la ley: traidor, gracioso cobardón, tiple romántica y tenor valeroso y gallardo. No es menester decir que hay en la obra su correspondiente relación en quintillas.

La música está á la altura del libreto.

De Joaquín Dicenta es también un sainete, ó cosa así, titulado *Pa mí que nieva,* estrenado por Loreto Prado y Chicote en el teatro Moderno. Es un episodio amoroso entre un golfo y una golfa que se hacen el amor á su manera una noche de nieve en el quicio de una puerta, y veinte años más tarde lo empalman cuando uno y otro han mejorado, no por muy buenas artes, de fortuna.

El público aplaudió el sainete (*modismo* lo llama el autor), atendiendo más que al valor de la obra á los méritos de Dicenta.

En el mismo teatro ha tenido recientemente un éxito grande Arniches con la zarzuela (música de Valverde y Serrano) *Las estrellas,* en la cual se observan algunas reminiscencias de la linda comedia de los Quintero titulada *Pepita Reyes.* A la buena acogida de la obra contribuyó mucho la labor primorosa y admirable de Loreto Prado, cada día más graciosa y demostrando más talento. No hay ciertamente en España quien en lo tocante al género cómico ponga el pie delante á la sin par Loreto.

Tengo que acabar estas cuartillas con dos notas tristes: la muerte de José Mata y la de Antonio Perrín. Ambos brillaron en la escena, ambos paladearon los triunfos embriagadores del teatro y ambos han muerto pobres.

Mata alcanzó el apogeo de su fama allá por el año 70. Sus géneros preferidos eran el romántico y el melodramático. Perrín era sobrino y discípulo de Antonio Vico.

Ambos yacen ya bajo la tierra del cementerio.

Descansen en paz los dos artistas.

Zeda.





Estuvo el papelista toda la tarde paseando arriba y abajo

UN DRAMA COMPRIMIDO

Con un porraceo terrible en las sienes como si se las golpearan con dos martillos, sintiendo el galopar febril de su corazón que parecía querer escapársele del pecho, ardiéndole la cabeza y sin embargo recorriéndole el cuerpo glaciales escalofríos, envuelto en su capa y muy calado el sombrero gacho cordobés, estuvo el papelista toda la tarde paseando arriba y abajo por aquella amplia avenida del suburbio, en que se alzaba el hotel donde su novia prestaba servicios de doncella.

Un millón de veces la había esperado en el mismo sitio; y mientras con estúpida mirada contemplaba la verja de alto zócalo de ladrillo que cercaba el hotel, estremecíase de rabia al considerar que se habían acabado aquellos honrados idilios que eran la alegría de su pobreza, si es que era cierta la delación hecha por su compañero de oficio, y no tenía motivos de duda, sino que todo lo contrario, venían á comprobársela ciertos recuerdos, detalles sueltos, balbuceos, miradas no sostenidas que él no acertaba á comprender en su novia y que ahora adquirían de pronto una luz siniestra y un valor terrible.

En su oído vibraban siempre y se lo mordían como si tuvieran dientes las palabras de su camarada y amigo de la niñez.

—Tomás, le había dicho su compañero de trabajo, estás indudablemente ciego, y yo, que te quiero como á un hermano, debo abrirte los ojos. Tú te matas á trabajar para conquistarte un pasar decente y casarte con la Pura, que te tiene chiflao hasta las cachas, y mientras, esa mujer te la pega, y te la pega malamente, porque se va de juerga con otro.

De espanto y de ira temblaba el papelista al recordar el instante en que su amigo le comunicaba la horrible nueva. Obedeciendo á su pasión frenética, á punto estuvo de abofetear á su amigo y de romper con él. Por fortuna su razón no le abandonó del todo, y ante la firmeza con que su camarada le aseguró haberlos visto entrar en cierta taberna de no muy buena fama, sintió desarmada su cólera contra el delator qué tal prueba de cariño le daba.

—¡Si quieres convencerte, tiéndela un lazo! Dila que el domingo no puedes ir á buscarla y acéchala.

Y acechándola estaba, espiando de lejos y comenzando á dudar otra vez de la certeza de la delación, en vista de que transcurría el tiempo y la puerta de la verja no se franqueaba para dar paso á nadie.

De pronto la descubrió tras de la verja, despidiéndose del portero con sus coqueterías de costumbre. Un abatimiento enorme le invadió el espíritu. Su primer impulso fué abalanzarse á ella y preguntarle dónde iba. Pero semejante proceder, de candidez elemental, hubiera servido sólo para ponerla en guardia. Rugiendo tras de su embozo contúvose, pues, y apartándose aún más para no ser visto, la distinguió siguiendo avenida adelante, mirando á uno y otro lado como el que busca á alguien. El papelista echó tras sus pasos y al cabo... ¡Ah, sí! Su amigo no mentía. Allí, en la esquina, la aguardaba un hombre, bien vestido, con pinta de rico, entre señorito y artesano, tipo de contratista. Su novia se le aproximó, y cuando el papelista, bramando de furia, fué á alcanzarles, su rival afortunado llamó á un cochero, y la feliz pareja desapareció llevada por la berlina, dejando al pobre engañado con los brazos caídos y convertido en una estatua.

Los celos dan alas, hacen volar; el papelista conocía la taberna, mejor, el restaurant popular «con cuartos» en que se mancillaba su buena fe, su cariño honrado y puro por aquella mujer desleal é hipócrita, y en dos zancadas, por calles de travesía, se plantó ante la puerta del colmado cuando aún no había aparecido el simón. No tardó, sin embargo, en asomar y en pararse junto á la tienda de vinos.

Primero descendió el galán y casi detrás de él la novia del papelista, que en el acto vió avanzar á éste hacia ambos, amenazador é iracundo. Un instante se quedó la mujer atónita, pero impúsosela el instinto de conservación, y soltándosele las piernas que el terror había agarrotado, gritó á su amante, poniéndose de un salto fuera del alcance del papelista:

—¡Jenaro! ¡Huye! ¡Huye!

El amante se volvió repentinamente, vió á la mujer desencajada echando á correr y al papelista, de quien ya tenía noticias, persiguiéndola, y atajándole el paso le dijo con bravuconería:

—¡Eh! Alto ahí, amiguito. Conmigo es con quien tienes que vértelas. ¡Si pones la mano sobre esa mujer, te salto los sesos!

Y al mismo tiempo le agarraba con dedos decididos de la capa, deteniéndole y dando lugar á que su novia se pusiera en franquía. Entonces el papelista se volvió contra el que le sujetaba, y desasiéndose de un tirón brusco, gritó:

—¡Bueno, ya sabré encontrarla y tendrá su merecido; pero ahora lo tendrás tú, que la has perdido! Y defiéndete, que yo no soy un asesino.

Su rival comprendió que aquel hombre se le venía encima decidido á matarle, le vió echar mano al bolsillo interior de la chaqueta, y adelantándose al movimiento, sacó un revólver y disparó dos tiros sobre el papelista, sin conseguir más que rozarle con una de las balas. Y antes de que pudiera continuar haciendo fuego, sintió un frío súbito en un costado y cayó para no levantarse más, abierto el pecho de un profundo navajazo, mientras que á las voces acudían algunos de los transeuntes que pasaban por la excusada calle, dos ó tres porteras y la pareja de guardias.



... y cayó para no levantarse más

Y llevándose al agonizante á la casa de socorro en el mismo coche que le había traído al fracasado placer, y amarrando al asesino y conduciéndole uno de los guardias á la delegación, quedóse un tercero que había acudido por casualidad encargado de esparcir el coro helénico de comadres diciéndoles con gravedad y buena fe:

—Menus lus que haigan sidu testigus del drama «cumprimidu,» los demás «disuelvasen» y despejen la vía pública.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujos de Perea.)



EL DÍA DE TODOS LOS SANTOS, cuadro de L. Duchâteau

Es la fiesta de Todos los Santos una de las que más se celebran en la cristiandad. Como es la víspera del día consagrado á la conmemoración de los Difuntos, las familias preparan ya las ofrendas con que han de adornar las tumbas de los seres queridos y la industria y la naturaleza son puestas á contribución para el cumplimiento de este piadoso deber. Desde la modesta siempreviva al elegante crisantemo, desde la sencilla flor de trapo á la artística corona de hierro, sirven en día tan memorable para atestiguar el respeto y el cariño que se profesa á los que fueron y para perpetuar el culto á los muertos que existe aun entre los pueblos menos civilizados.



COSTUMBRES BRETONAS.—Jóvenes que acuden á visitar á San Guirec el día de Santa Catalina para conseguir un marido antes de terminar el año. (Dibujo del natural de F. de Haenen.)

En la bahía de la pequeña ciudad de Plougastel, en el departamento de la Cote du-Nord, hay una islita peñascosa á la que se puede ir á pie, cuando la marea está baja. En la parte más alta de la misma se halla la ermita de San Guirec, de quien se dice que desembarcó allí en el siglo VI, y en dicha ermita hay dos toscas imágenes del Santo, una de ellas de madera. El día de Santa Catalina las jóvenes de los pueblos comarcanos acuden á la ermita, y siguiendo una antigua tradición clavan alfileres en la referida estatua á fin de que el Santo les proporcione un marido antes de terminar el año.

Crónica de la guerra ruso-japonesa



GUERRA RUSO-JAPONESA. - En el Cha-Ho. Soldados rusos enterrando el cadáver de un compañero en el cementerio improvisado en la línea de retirada de las tropas rusas cerca de Beniaputza. (De fotografía del «Chicago Daily News.»)

Según un parte del general Nogi, los prisioneros rusos de la guarnición de Puerto Arthur que han caído en poder de los japoneses ascienden á 878 oficiales y 23.491 soldados, de los cuales han sido puestos en libertad bajo palabra de no tomar parte en la guerra 441 oficiales y 229 subalternos. Entre los generales que han preferido el cautiverio figuran Fock, Smyrnoff, Gorlatowski, Nikitine y Bail y los almirantes Willman y Wirren.

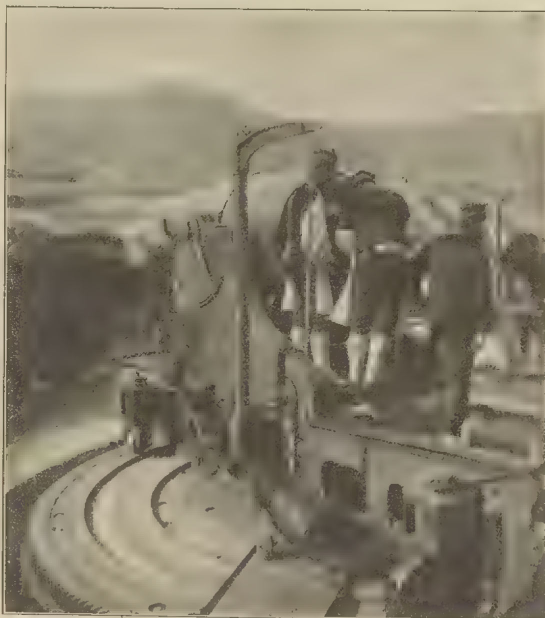
Téngase en cuenta que del total de prisioneros, la mayor parte son enfermos ó heridos, pues según las comunicaciones oficiales anteriores á la capitulación, el número de los hombres útiles que había en Puerto Arthur antes de rendirse la plaza no pasaba de 5.000. En cuanto á los oficiales que han adquirido su libertad empeñando su palabra, bien puede afirmarse que la inmensa mayoría de ellos son heridos ó enfermos graves.

Todos estos prisioneros, según un telegrama de Tokío, serán internados según parece en Osaka, Modji, Hiroshima y Fuknoka, habiendo sido ya algunos de ellos expedidos á sus respectivos puntos de destino.

El general Stoessel ha salido ya de Dalny para dirigirse á Rusia. No falta quien le censura por no haber compartido hasta el final la suerte de sus soldados; pero los que tales censuras le dirigen olvidan las obligaciones que su alto cargo le impone y el deber en que se encuentra de ir á dar cuenta al tsar de cuanto bajo su dirección se ha hecho en Puerto Arthur.

El día 5 los generales Nogi y Stoessel celebraron una entrevista cordialísima. El general japonés prometió hacer enterrar en un sitio especial todos los cadáveres rusos que se encontraran y levantar un monumento á su memoria. Stoessel le dió las gracias y le expresó su sentimiento por la muerte de sus dos hijos. «Uno de ellos, respondió Nogi sonriendo (al decir de un corresponsal inglés), murió en Nanshan, durante el combate de Kin-Tcheu; el otro en la colina de los 203 metros. Eran dos posiciones de la mayor importancia, y estoy satisfecho de que la muerte de mis dos hijos ocurriera en esos dos puntos, porque de esta suerte comprendo que su sacrificio no ha sido vano. Su existencia no era nada, comparada con el objetivo que debía conseguirse.» Si esta contestación es exacta, como parece, coloca al valeroso general japonés á la altura de los caudillos cuyo patriotismo ha llegado á ser legendario y cuyos sacrificios en aras de la patria se citan como memorables ejemplos de elevado civismo.

En otro telegrama dirigido á su gobierno detalla el general Nogi las defensas y objetos que han ocupado los japoneses en Puerto Arthur y que son: 59 fuertes permanentes, 54 cañones de grueso calibre, 149 de calibre medio y 343 de pequeño calibre; 82.670 proyectiles de cañón; 30.000 kilogramos de municiones diversas; 35.252 fusiles, 1.920 caballos, 4 buques de guerra (sin contar el *Sebastopol*, que está enteramente sumergido), 2 cruceros, 14 cañoneros y contratorpederos, 10 grandes vapores y 35 vapores pequeños que podrán utilizarse mediante insignificantes reparaciones.



Guerra ruso-japonesa. – Operaciones del sitio de Puerto Arthur. Los cañones japoneses de gran calibre situados delante de la colina de los 203 metros. (De fotografía.)

Para apreciar el valor de este botín sería preciso poseer algunos datos que el parte del general Nogi no consigna, como por ejemplo el calibre de los proyectiles y el estado de los cañones. Es de suponer, y así se teme en Tokío, que la mayor parte de las piezas están inutilizadas, y en cuanto á los proyectiles es casi seguro que son de piezas de tiro rápido; de lo contrario, la enorme cifra estaría en pugna con las afirmaciones reiteradas y confirmadas por los acontecimientos de que una de las principales causas de la rendición de Puerto Arthur fué la falta de municiones para la defensa de los fuertes.

A medida que se van conociendo los detalles de la resistencia de Puerto Arthur, va resultando ésta más admirable. Sabíase que hasta el último momento Rusia no había creído en la guerra y no había preparado nada para defenderse de los ataques de los japoneses; pero nadie podía sospechar que la falta de organización fuera tan completa. Hoy está plenamente probado que en el mes de febrero de 1904 no había en Puerto Arthur soldados, ni municiones, ni víveres, ni material de artillería, siendo inconcebible que los japoneses, á quienes el servicio de espionaje organizado hacía tiempo por ellos en la Mandchuria debía tener al corriente de todas estas deficiencias, no intentaran

un golpe de mano contra la fortaleza apenas rotas las hostilidades. Los rusos, al estallar la guerra, hicieron todo lo posible para recuperar el tiempo per-



GUERRA RUSO-JAPONESA. - El sitio de Puerto Arthur. - Batallón japonés preparándose para el ataque de las trincheras de Kukwanschou en el mes de noviembre de 1904. (De una fotografía.)

dido; pero como el transiberiano no podía prestar entonces todavía grandes servicios, cuando quedó sitiada, la ciudad distaba mucho de hallarse completamente aprovisionada, siendo preciso recurrir inmediatamente á la escuadra para terminar el armamento de las fortificaciones; y en esta plaza tan mal provista y con tan precarios medios de defensa, han resistido los rusos durante largos meses los encarnizados ataques de los japoneses. A principios de noviembre el general Stoessel telegrafió al tsar manifestándole el estado desesperado de Puerto Arthur y las dificultades que habrían de vencerse para poder prolongar la resistencia hasta fin de mes. El Emperador respondió que acababa de partir la flota del Báltico y que los sitiados podrían ser socorridos á mediados de diciembre, en vista de lo cual Stoessel hizo prodigios de valor para poder defenderse hasta esta fecha, pero á partir del 20 de diciembre encontrábase en una situación sumamente crítica: la guarnición se hallaba reducida á 5.000 hombres útiles, pero completamente extenuados porque se veían obligados á guardar un perímetro de 25 kilómetros sin poder tener un momento de descanso; y las municiones de grueso calibre estaban agotadas. Entonces comenzaron á caer en manos del enemigo los grandes fuertes permanentes, no obstante lo cual Stoessel se negaba á capitular porque había prometido resistir hasta la llegada de los socorros; pero el 24 de diciembre recibió un telegrama de San Petersburgo en que el tsar anunciaba el retraso de la marcha de la escuadra y relevaba á la guarnición de la obligación de defender hasta el último momento la plaza, autorizando al general Stoessel para que obrara según creyese conveniente. El general se resistió aún seis días, hasta que al fin, comprendiendo que prolongar la resistencia sólo podría conducir á una inútil matanza, entró en negociaciones con el enemigo para convenir la capitulación.

El heroico caudillo y sus no menos heroicos soldados cumplieron con exceso con su deber, traspasando los límites de lo que humanamente puede exigirse á los defensores de una plaza sitiada.

Así lo acaba de reconocer solemnemente el tsar en la siguiente orden del día que ha dado á la escuadra:

«Puerto Arthur ha caído en poder de los japoneses; la lucha por la defensa de esa plaza ha durado once meses, y durante más de siete la gloriosa guarnición ha estado separada del resto del mundo y privada de todo socorro, y ha sufrido privaciones materiales y tormentos morales infinitos en el curso de los triunfos del adversario.

»Un puñado de rusos, sacrificando su vida y su sangre, ha resistido los furiosos ataques del enemigo con la firme esperanza de que la plaza sería socorrida. Rusia ha visto con orgullo los actos heroicos de los defensores de Puerto Arthur y el mundo entero se ha inclinado ante tanto valor. Las fuerzas de que disponían los sitiados para sostener la lucha se agotaron á consecuencia del aumento continuo de las del adversario; y los defensores de la plaza se han visto obligados á poner término á su heroísmo y á ceder ante la superioridad del número. ¡Paz á sus cenizas! ¡Que un eterno recuerdo sea consagrado á los gloriosos rusos que han perecido defendiendo Puerto Arthur y han muerto lejos de su país por la causa de Rusia, con el corazón lleno de amor para el emperador y para la patria!

»Y vosotros, los que todavía vivís, ¡gloria á vosotros! ¡Que Dios cure vuestras heridas y os dé la fuerza y la paciencia necesarias para soportar la prueba suprema!

»Nuestro adversario es valiente y fuerte y es excesivamente difícil luchar contra él á diez mil verstas de la fuente de nuestra fuerza; pero Rusia es poderosa, y durante los mil años de su existencia ha soportado pruebas más graves y se ha visto amenazada de mayores peligros Y siempre ha salido más fuerte de la lucha.

»Nuestras derrotas son graves, pero debemos deplorar nuestras pérdidas sin desesperarnos. Estoy convencido, como toda la Rusia, de que llegará pronto la hora del triunfo.

»Ruego á Dios que vele sobre mí, sobre mis tropas, sobre mi flota, á fin de que todos juntos podamos abatir al enemigo y defender el honor y la gloria de Rusia.»



Guerra ruso-japonesa. - Junto á Puerto Arthur. - Granja en donde los representantes rusos y japoneses firmaron las condiciones de la capitulación de la plaza. (De fotografía.)

Estos últimos párrafos son el más elocuente mentís á los rumores propalados después de la caída de Puerto Arthur, de que los rusos estaban dispuestos á aceptar una intervención en favor de la paz.

El emperador de Alemania, previa autorización de los gobiernos ruso y japonés, ha conferido á los generales Stoessel y Nogi la condecoración «Por el Mérito,» fundada por Federico el Grande á fin de recompensar servicios extraordinarios de guerra.

En el Cha-Ho no ha ocurrido nada digno de mencionarse. Sólo los cosacos dan, en estos últimos días, señales de actividad realizando con éxito algunas expediciones, en las cuales han destruído varios depósitos de víveres de los japoneses y causado varios daños en la vía férrea de Liao-Yang á Puerto Arthur. — R.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El general Kuropatkine visitando las avanzadas rusas en el Cha-Ho. (Dibujo de F. de Haenen sobre un croquis del natural.)

El general Kuropatkine está demostrando una actividad infatigable, puesto que personalmente atiende á los mil detalles de la organización y entretenimiento de un ejército compuesto de cerca de medio millón de hombres diseminado en una línea vastísima. El mismo quiere enterarse directamente de cómo se cumplen sus órdenes y de como se ejecutan los servicios, y al efecto visita de continuo los campamentos y llega hasta las avanzadas, que en algunos puntos apenas están separadas de las japonesas por unos cuantos metros.



GUERRA RUSO-JAPONESA. Montón de sacos de arroz destinados al suministro del ejército japonés en Yentai



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Rimero de cajas de te destinado al ejército japonés de Yentai

(De fotografías de Collier's Weekly.)

Estas dos fotografías son la confirmación más elocuente de la excelente administración japonesa que ha merecido unánimes elogios de cuantos han podido apreciar el orden y la regularidad que presiden en todo cuanto se relaciona con el aprovisionamiento de las tropas. En los once meses transcurridos desde que comenzó la guerra y á pesar de las grandes dificultades con que ha tenido que luchar, á causa de la gran diseminación de fuerzas, no se ha observado la más pequeña deficiencia en ninguno de los importantes y complicados servicios que constituyen la administración militar.

NUESTROS GRABADOS

Ginebra. Efectos de la helada.—En los días 1.º y 2 de este mes sopló sobre el lago Lemán un violentísimo viento Norte en el momento en que la temperatura descendía á un grado excepcional. El agua agitada por el vendabal saltó sobre las orillas cubriendo plantas y objetos y quedando instantáneamente congelada, formando un espectáculo sorprendente, del cual da perfecta idea el adjunto grabado, que representa uno de los candelabros que se alzan en el muelle del citado lago.



GINEBRA. – Efectos de la helada. Un candelabro del muelle del lago Lemán cubierto de hielo. (De fotografía.)

* * *

Luisa Michel. — Ha muerto el día 9 en Marsella esta famosa agitadora, á quien se había dado el nombre de la «Virgen roja.» Institutriz en su juventud, tomó parte activísima en los tristes sucesos de la *Commune*, que en 1871 ensangrentaron las calles de París y tantos tesoros y tantas joyas artísticas destruyeron. Vencida la insurrección, fué deportada Luisa Michel á Nueva Caledonia, de donde regresó en 1880 á consecuencia de la ley de amnistía, dando entonces una serie de conferencias revolucionarias. Tres años después, por haber capitaneado un grupo que saqueó varias tiendas, fué condenada á seis años de reclusión é indultada en 1886, á pesar de sus protestas y de su negativa á salir de la cárcel. Durante un año mantúvose alejada de la política activa, dedicándose á trabajos literarios; pero en 1888 reanudó su propaganda, que desde entonces no ha interrumpido. Actualmente, á pesar de sus setenta y dos años, todavía estaba dando una serie de conferencias en varias poblaciones del Mediodía, cuando en Sisternon sintióse atacada de una congestión pulmonar; cediendo á sus deseos, fué transportada á Marsella, á casa de una amiga suya, y allí ha fallecido. Profesó ideas exaltadas, que propagó con fe y entusiasmo grandes; pero su espíritu revolucionario y violento no fué óbice para que se alabaran en ella su generosidad y sus sentimientos bondadosos para todos los suyos.



La célebre propagandista revolucionaria LUISA MICHEL, fallecida recientemente en Marsella

Vendedora de pasteles, cuadro de Pascau.— Meritísima es la labor de los pintores que, dejando á un lado asuntos más ó menos trascendentales y personajes más ó menos ilustres, dedican su talento á trasladar al lienzo escenas de la vida ordinaria y tipos modestos que son otros tantos fragmentos de la vida social contemporánea, con los cuales, andando el tiempo, podrá reconstruirse el modo de ser de nuestros días. Tiene esto además la ventaja de que copiando lo que se ve y lo que puede observarse y estudiarse personalmente, la obra artística resulta de una sinceridad imposible de lograr de otro modo, y el que contempla los cuadros de este género siéntese atraído hacia ellos por ese interés que más que nada despierta lo que tiene consistencia de realidad, lo que se inspira en la naturaleza vista y sentida directamente. Tal sucede con el cuadro de Pascau que en la primera página del presente número reproducimos: esa anciana de cara risueña que ofrece al público sus pasteles de forma y acaso también de elaboración primitivas, es mucho más interesante que cualquier empingorotado figurón de otros tiempos vistosamente vestido y cubierto de joyas, encajes, armas y otras zarandajas decorativas. Y es más interesante, porque así como este último nada ó muy poco dice á nuestro espíritu, por la sencilla razón de que en la inmensa mayoría de los casos nada dijo tampoco antes al que lo pintó, la simpática viejecita de arrugado y plácido semblante, con su negra cofia, su delantal y sus mangotes blancos y su gran banasta, nos llega al alma porque antes llegó al alma del artista.

MISCELÁNEA

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El comte de Vilamala*, comedia en dos actos de D. Teodoro Baró; *El baró de la blava*, comedia en un acto de R. Franqueza, y *Un toca-campanas*, comedia en tres actos, arreglada del francés por D. Federico Fuentes (hijo); en el Eldorado *La polka de los pájaros*, sainete lírico en un acto y cuatro cuadros, letra de Ricardo Monasterio y Benjamín Ibarrola, música de Ruperto Chapí, y *La casita blanca*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, letra de Maximiliano Thous y Elías Cerdá, música del maestro José Serrano; y en el teatro de Las Artes *Fructidor*, drama en cuatro actos de Ignacio Iglesias.

En el Círculo Artístico, el eminente pianista Sr. Vidiella dió un concierto en el que con su acostumbrada maestría ejecutó composiciones de Beethoven, Chopin, Gluck, Weber, Scarlatti, Boellmann, Faure, Brahms y Liszt, que le valieron sendas ovaciones.

En el propio Círculo dió un concierto el niño Sala, violoncelista, que es una verdadera notabilidad á pesar de sus pocos años. Acompañado al piano por los Sres. Vidiella y Soler, ejecutó admirablemente difíciles obras de Saint-Saens, Popper, Porpora, Beethoven y Goltermann, siendo en todas ellas ruidosamente aplaudido.

– En Novedades han dado un concierto la Sra. Pichot de Gay y la Srta. Ritter. La primera cantó de un modo imponderable varias canciones de Beethoven, Bononcini, Giordani, Durante, Schumann, Schubert, Brahms, Borodine, Grieg y Gay, que le valieron una serie de ovaciones. La Srta. Ritter ejecutó al piano obras de Bach, Chopin, Schumann y Liszt, obteniendo también muchos aplausos.

– En la Associació Wagneriana se ha celebrado la segunda audición de obras de D. Miguel Doménech Español, habiéndose ejecutado un cuarteto en do mayor para instrumentos de cuerda, varias melodías para canto y piano y dos transcripciones de la ópera de Wagner *Tristán é Isolda*, habiendo sido aplaudidos con entusiasmo, así el autor como los ejecutantes, el tenor D. Ricardo Bosch y los concertistas Sres. Munner, Marcet, Esteva y Dini.

En la misma Associació han continuado las interesantísimas conferencias sobre *Los maestros cantores de Nuremberg.*

– En la Academia Granados, el docto catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Madrid D. Rafael Doménech ha dado una notable conferencia sobre «El Ideal y sus elementos de expresión,» con ilustraciones musicales de Beethoven, Schumann, Chopin y Grieg, que ejecutaron al piano los señores Marshall y Vía.

– En la Asociación Musical de Barcelona, el maestro don Antonio Ribera ha dado dos interesantes conferencias sobre *Los maestros cantores de Nuremberg*, en las cuales, después de haberse leído el libreto traducido por los Sres. Lleonart y Maragall, ejecutó el Sr. Ribera al piano el primer acto íntegro y los principales fragmentos del segundo y del tercero de la citada ópera.

– En el Círculo Musical Bohemio se ha celebrado un concierto cuyo programa se componía del Trío en re menor de Haydn y del Cuarteto en sol mayor de Mozart, en cuya ejecución consiguieron muchos y merecidos aplausos los señores Sánchez Soler, Boixa, Sánchez Carrera y Sánchez Deyá.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Carlos Stellwag de Carion, célebre oftalmólogo austríaco, profesor de la Universidad de Viena y de la Academia Médico-quirúrgica del emperador José, autor de importantes obras de oftalmología.

Augusto Snieders, novelista flamenco.

AJEDREZ

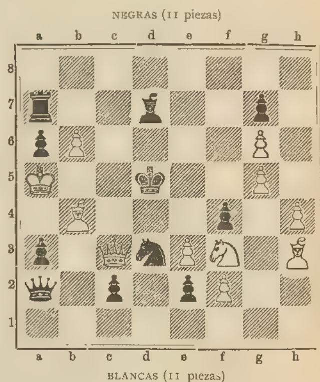
CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

Envío n.º 28. —Lema: «Nec pluribus impar.» – Blancas: Rh8, Dc1, Tb3, Ad5, Ca4 y e7, Pd6, f2, f6, h3 y h4 (11 piezas). — Negras: Re5, Aa6 y d8, Pb4, d7, e4 y f5 (7 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

Envío n.º 29. – Lema: «Carillon.»

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

Envío n.º 25. —«Petere licet?»

1. Ag3–f2, Aa1–d4; 2. Ce4–c3 jaq., etc.
Aa1–e5; 2. De8–f7 jaq., etc.
Th5×f5; 2. Ce4–c3 jaq., etc.
Ca3–b5; 2. De8×b5 jaq., etc.
c4–c3; 2. De8–f7 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Ce4–c3 jaq., etc.

Envío n.º 26. – «Juanita.»

1. Cc8–a7, Rc5–d6; 2. De2–b2, etc.
Rc5–b6; 2. De2–b5 jaq., etc.
Rc5–b4; 2. Ae3×d4, etc.
d7–d5; 2. De2–b5 jaq., etc.

Envío n.º 27. —«Columbus.»

1. Aa7–b6, c7×b6; 2. Cd1–e3, etc.
c5–c4; 2. Cd1–c3, etc.
d4–d3; 2. De2–e6, etc.
Otra jug.ª; 2. Ab6–a5, etc.

Tiene otra solución, y es: 1. De2–e6, Aa2–b1; 2. De6–f6 jaque, etc. La jugada 1. De2–e6 amenaza 2. De6–f5 mate.

(Se concluirá)

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Todo estaba todavía indicado solamente; pero, en medio de algunas inexperiencias, aparecía una línea firme y armoniosa, con un gran sentido de la vida y mucha verdad en el color.

Las dos se quedaron silenciosas, mirando la una su imagen y la otra su obra, con igual emoción de mujeres y de artistas. Margarita dijo de repente:

—¡Si supiera usted qué miedo tengo!..

—¿Pero está usted loca?

—No; lo que es locura es haberme atrevido á aceptar semejante empresa. Cuando pienso lo poco que he estudiado el retrato con S... y la larga parada de mis estudios personales, no sé cómo he tenido la osadía...

—¿La osadía? Es la primera de las fuerzas, la fuerza motriz, si así puedo decirlo, respondió Lina en el tono de broma afectuosa que usaba siempre con Margarita. El que osa puede engañarse, pero aun en esto mismo gana siempre. Hay un viejo refrán sobre los audaces del que hago á usted gracia... Pero supongamos, sólo para complacerla, que haga usted de esto -y señalaba al lienzo—un verdadero mamarracho y que, por consecuencia, el jurado le destierre del Salón y yo me ponga á decir de usted pestes y horrores... ¿Cree usted, aun admitiendo todas estas lindezas, que sería entonces más ni menos que ahora? ¿Y no habría usted hecho un trabajo, un esfuerzo, un ensayo *útil*? Y ahora, añadió con una gracia de tierna insistencia que tenía raras veces y que era en ella de un gran encanto; ahora, si fuese usted muy amable, se quedaría á comer conmigo. ¿Quiere usted?

Sí, Margarita hubiera querido, pero no podía porque Julieta la esperaba y además que tenía que dibujar dos *menús* prometidos para el día siguiente.

Así lo comprendió Lina y no insistió.

—Además, añadió Margarita, no hubiera querido presentarme por primera vez al Sr. Morel con este traje de trabajo...

—¡Oh! En cuanto á eso, respondió Lina, no hubiera usted tenido que preocuparse... Hubiéramos comido solas, probablemente... Mi padre no viene casi nunca á comer... Siempre estoy sola...

Margarita se fué cargada de flores y de estampas para Julieta y con el alma llena del apasionado agradecimiento que infunde en el corazón de un ser sensible y confiado una prueba de sincera é inteligente simpatía.

El largo trayecto desde la medrosa soledad del boulevard Pereire hasta su antiguo y triste barrio, le pareció corto.

Se sentía feliz y turbada al ver delante de ella una vida nueva, y por un noble impulso de su corazón atribuía toda la gloria futura y la dicha posible á la que había despertado su fuerza con los antiguos sueños de arte y belleza y héchole posible la primera tentativa...

Hasta tal punto tenía un alma de niña y de artista, un alma pronta, inconsciente, ávida y generosa, que al mismo tiempo que deseaba con ardor para Lina todas las alegrías humanas no echaba de ver más que vagamente la real desdicha de su amiga, revelada á medias por ella en estas palabras: «*siempre estoy sola...*»

Lo estaba, sí, con una soledad efectiva, por el abandono casi completo en que la dejaba su padre, inveterado bohemio y noctámbulo, y con una soledad moral más grande todavía.

Margarita, que encontraba á las sesiones con Lina un gusto de fiesta y de felicidad por el encanto de la persona y del medio, no sospechaba ciertamente lo que ella era para la joven ni qué frescura de alivio y de paz experimentaba ésta en su presencia.

Lina había estado siempre sola, desde su primera infancia, por la que había pasado fugitiva y brillante la imagen de una rubia, bella y alegre mamá, á la que un día, de repente, no volvió á ver más. No había muerto, sin embargo, estaba segura, y aquella brillante y fugitiva imagen fué para ella la primera sombra.

Estuvo sola en su educación de niña mimada y abandonada por su padre, curioso y fantástico artista. Brusca, altiva y apasionada, enamorada de lecturas y de todas las formas del arte, fué rebelde á las coqueterías y á los placeres de la alta sociedad.

Vió muy pronto que su padre se adornaba con ella, como adornaba su hotel con regios caprichos. Le gustaba enseñarla y que se la encontrase bella é inteligente.

Como tenía la fuerte vitalidad de una robusta planta, nunca tuvo su padre que preocuparse por su



Margarita se fué cargada de flores y de estampas

salud y pareció siempre ignorar totalmente que pudiese sufrir de otro modo que en el cuerpo.

Su padre la admiraba altamente, y más acaso todavía en secreto, pero le resultaba misteriosa como á todo el mundo. No le extrañaba que hasta entonces no hubiera querido casarse; pues, libre y rica, creía que de aquel modo podía ser dichosa. Tenía hacia ella un agradecimiento de infiel inconsciente por el silencio que siempre había guardado respecto de las intermitencias de su estancia en la casa. El padre y la hija se apreciaban mutuamente como buenos camaradas, y, en fin, aunque sin manifestarlo por ninguna tierna expansión, Lina adoraba á aquel padre que tan bien parecía pasarse sin ella.

Esta era su gran pena. Necesitaba ternura y nadie se la daba. Lina se reprochaba el no haber sabido vencer lo que ella llamaba alta y amargamente una debilidad: el cariño á su padre. Había tenido siempre las intimidades de azar que forma la vida. Tenía el pudor de su alma, por la que habían pasado muchos pensamientos tristes, hasta formarle una vida interior enmarañada y obscura. Le parecía infinitamente difícil contar esa alma y le ahogaba el ser sola para conocerla. Con Margarita experimentaba por primera vez el gozo de ser comprendida hasta en sus silencios, y ambas estaban unidas por un lazo que iba desde la breve y trágica novela de la una hasta la secreta historia de abandono de la otra.

Pero era aquella dulzura dolorosa. Mientras aquella noche, Margarita, por quien había pasado la experiencia brutal y la angustiosa incertidumbre de la vida, no sentía apenas ese doble peso, Lina, guardada por todas las comodidades y las blanduras del lujo, se revolcaba como un animal herido en el diván del estudio, sabiendo que nadie oiría sus quejas en aquella casa vacía.

No derramaba lágrimas, pues no lloraba casi nunca, pero prorrumpía en gemidos y pronunciaba en voz baja palabras lentas y entrecortadas. Recordaba las frases vibrantes de Margarita al expresar las esperanzas y los desalientos de otro, la veía viviente y amante, con un fin y una pasión, y la vida difícil de la joven le resultaba envidiable... ¡Ah! ¡Por qué no tenía ella alguien á quien amar, alguien que adorase á su amor!..

¿No podría ella acariciar un sueño, aunque fuese imposible de realizar?.. Todo mejor que aquel vacío en ella y alrededor de ella... De repente vino á su memoria una frase de Margarita. Hablando un día de Pedro, había dicho: «Ese no tiene ilusiones,» y, hacía un momento, había afirmado que Pedro vivía contento y tranquilo...

Lina dijo en voz alta al levantarse:

—Es preciso que yo conozca á ese hombre...

IV

EN GERMEN

Aquellas sesiones de pintura, que fueron multiplicándose y prolongándose á medida que se aproximaba el momento febril de los envíos al Salón, establecieron una intimidad más grande entre Lina y Margarita. En los descansos, Lina solía ponerse al piano y el alma de la música surgía de sus dedos para llenar el tranquilo estudio. Margarita volvía casi en seguida á su lienzo y se ponía á trabajar sola con una tenacidad de energía, de paciencia y de voluntad que era una de las más bellas promesas de su naturaleza.

Como hacía un tiempo inverosímil de fin de invierno, más dulce que una hermosa primavera, dejaban las ventanas abiertas, y las flores del terrado y las frondosidades de un jardín próximo aislaban la casa de ese universo de movimiento y de ruido que se llama París.

En aquellas hermosas horas de noble estudio Margarita sentía renacer en ella la criatura sencilla y tierna que había sido en otro tiempo. Gracias á Lina, había podido substraerse al árido fastidio de las lecciones ingratas, y desde que los Daurelle supieron su amistad con Lina, hija de un personaje célebre, le manifestaban más consideración y más atenciones.

La vida le parecía á Margarita casi buena y, en algunos momentos, deliciosa. Su misma pena por los sufrimientos de Julieta no tenía tanta acritud. La joven artista se esforzaba por mimarla y no le costaba trabajo alguno aquel esfuerzo, natural en su corazón, pues ahora lo esperaba todo de la vida...

¿De dónde procedía ese sentimiento de divina esperanza?.. Margarita le experimentaba inconscientemente y por eso mismo era más fuerte.

Desde que había llegado con Lina al abandono de la confianza, ya no la encontraba casi nunca enigmática y atribuía al azar de las líneas físicas la expresión sibilítica de aquella hermosa cara viva y ardiente, que parecía siempre cerrada como una ventana incendiada de sol en la que se ciega la mirada sin penetrar hasta el interior.

Un día, después de un largo silencio, Lina le preguntó de repente:

—¿Qué es lo que más desea usted para el porvenir..., la gloria, el amor, el dinero ó la libertad?, pues creo que en esas cuatro «cosas» están encerradas todas las demás...

—¿Por qué me pregunta usted eso?, dijo Margarita ruborizándose.

Lina hizo un movimiento de impaciencia.

—¿No somos ya francas la una con la otra?, respondió. No sea usted niña, porque eso no es digno de usted. Es evidente que tiene usted un objeto, pues la gente sin pasión no obra como usted..., pero estoy indecisa porque usted me confunde... Cuando veo su ardor para el trabajo, supongo que *quiere usted* ser una grande y verdadera artista.

Por otra parte, sé—y esto no lo oculte usted, porque es muy natural—que le gusta á usted todo lo que es bello y cómodo en la vida, sin contar lo que es bueno y que usted querría dar á los demás. Para esto hace falta fortuna... Y con esas dos palancas tiene usted ya las mayores probabilidades de tener un día la mayor libertad... Falta el amor... Dígame usted; ¿no ha amado usted nunca?..

Lina hablaba en voz muy baja.

Margarita volvió la cara de pureza infantil y respondió en el mismo tono:

—No...

Las dos se miraron un momento, silenciosas, hasta el fondo del alma para penetrar sus corazones que todavía se ignoraban. Y como aquellos corazones estaban acostumbrados al sufrimiento y á la reflexión, ambas comprendieron que el amor no podía ser para

ellas la emoción ligera é ignorante que pasa á veces sin dejar huella por los seres jovenes y sin experiencia, sino una cosa profunda y acaso dolorosa... Y un temor ardiente y dulce se apoderó de ellas.

* * *

Aquel mismo día, después del *lunch*, se presentó el Sr. Morel, al que Margarita no conocía aún.

Aquel hombre delgado, con cara de cansancio y finas maneras un poco descuidadas, agradó é intimidó al mismo tiempo á Margarita.

A própósito del retrato de Lina, Morel supo encontrar las palabras justas y delicadas que podían halagar á la joven y animar su valor, que se debilitaba de un modo extraño cada vez que alguien contemplaba por primera vez el retrato delante de ella. Margarita le descubría entonces defectos extraordinarios y le veía como á través de una niebla en que todo ondulaba y se perdía.

Cuando Margarita se marchó, Lina vió que ésta había también gustado á su padre. Morel le dijo que llevaría dos pintores amigos suyos para que dieran su opinión sobre el retrato.

* * *

¿Amar? Margarita pensaba en esto mientras con la cabeza entre las manos parecía leer un libro abierto delante de ella en la mesa del comedor. Sus hermanos estaban acostados, su madre estaba cosiendo en silencio cerca de ella, y Julieta dormía; sin duda, en la habitación contigua. Por la puerta abierta se veía aquella pieza llena de sombra con la débil niebla de luz que le daba el reflejo de la lamparilla.

Amar... Las cortas frases cambiadas con Lina en aquel día habían sido como un golpe dado en una superficie de agua tranquila. Grandes círculos concéntricos agitaban los pensamientos en su alma y hacían surgir en ella ideas que sus preocupaciones recientes de artista habían comprimido.

Esas preocupaciones pasaban de repente al segundo término, y la joven se despojaba de aquella envoltura extraña para encontrarse de nuevo un ser débil, ansioso y ávido de dicha.

Todos sus antiguos sueños casi infantiles anteriores á su casamiento, reproducidos después del período agitado del luto, volvían á nacer en ella. La joven veía esos sueños bajo sus párpados medio cerrados, como fuertes y hermosos guerreros que van á la victoria. Sus ensueños hablaban también y le decían: «Somos nosotros... ¿No nos conoces ya? En otro tiempo nos amabas porque éramos la esperanza y la promesa... Por nosotros, imaginabas horas dichosas, en las que no estarías ya sola, siempre sola..., horas en las que olvidarías todo lo del mundo, guardada por un ser que sería para ti el mundo entero... y para el cual serías tú, con tu apariencia encantadora y tu tierno corazón, toda la belleza y toda la dulzura...»

Margarita reconocía á aquellos sueños y se espantaba al sentir que una extraña languidez se apoderaba de ella y le hacía lejanas y difíciles las realidades de la lucha...

—¡Margarita!.. ¡Margarita!..

La joven se levantó vacilante y llena de estupor, como quien despierta bruscamente... Julieta llamaba... Margarita entró en la habitación llena de sombra, en la que la luz del comedor dibujaba un cuadrado luminoso.

—¡Cómo! ¿No duermes?

—No; te estaba mirando... Hace mucho tiempo que no lees, porque nunca vuelves la hoja... ¿Es que no te entretiene el libro ó que te divierte más pensar?

Margarita se inclinó hacia aquel cuerpecito inmóvil como un muerto y vió brillar los ojos, el cabello y la sonrisa de Julieta. Al cabo de un momento, la niña dijo muy despacio:

—Me parece que hoy no estás alegre... Me has dado un beso muy fuerte, muy fuerte..., y no dices nada, no hablas... Di, ¿por qué tienes miedo de llorar?

Margarita apoyó la frente en la cama y sus cabellos cubrieron una de las manitas inertes de la enferma como un raudal tibio y dorado.

Julieta suspiró:

—¡Cómo me gustaría pasar la mano por tu cabello y por tu frente! Me parece que así te calmaría... Pero no puedo... y acaso no podré nunca, añadió en voz casi imperceptible. Todo el mundo está triste hoy... Raimundo vino antes y lo estaba, tú igual... No decía nada y se le veía como distraído... Es gracioso... A lo mejor, tenemos una persona á nuestro lado, y sin embargo, está en realidad lejos, muy lejos... Así te pasa á ti... Estás aquí, ¿verdad?.. Pues no, no es verdad, *yo no te siento conmigo.* Cuando estuvo aquí Raimundo pensaba yo en esto, pero no se lo dije... Le hablé de ti, de tu cuadro, que me parece haber visto, tan perfectamente me lo has descrito, de tu amiga,.. Yo creí que esto le gustaría... Pues bien, no; tomó una expresión de enfado, casi de maldad, para decirme que, en efecto, sabía que estabas muy contenta... Le pregunté qué tenía, al verle aquella cara de sufrimiento, y me respondió: «Me duele mucho la cabeza.» En seguida se marchó... ¿No le has encontrado al entrar?



Margarita entró en la habitación llena de sombra...

—No..., dijo Margarita muy bajo.

Y sintió cierto remordimiento porque había abandonado mucho á sus amigos hacía algún tiempo.

Julieta dijo:

—También á mí me duele la cabeza...

Margarita se levantó vivamente, pues sabía que la niña no se quejaba casi nunca.

—¿Por qué hablas tanto? Es muy tarde... Descansa, tesoro mío; hay que dormir...

—Voy á tratar de hacerlo, pero me siento mal... Tú tampoco estás bien y observo que no quieres decirme por qué...

Después añadió con una gracia conmovedora:

—Seamos las dos muy razonables y muy buenas y vamos á ver quién se duerme antes... ¿Quieres?

Margarita vió en sueños la triste cara de Raimundo que le decía: «Te amo.» La joven se quedó turbada, no sorprendida, pero sí triste... Al despertar vió á su lado á su madre deshecha en lágrimas.

—¡Levántate, pronto, pronto!.. Julieta está muy mala... Tiene una crisis de dolores horribles y está casi delirando...

V

EL LAZO

Pedro y Lina cambiaban muy bajito palabras de desesperación, pues allí, á su lado, Julieta sufría la tortura del dolor y de la muerte.

—¡Tres semanas!, murmuraba el joven, tres semanas... ¿Cómo tiene fuerzas para resistir aún esta infeliz criatura, que parecía agotada y sin vida, aun viviendo?

Lina respondió:

—¿Sin vida?.. ¿Esta niña? . ¿Con esos ojos y esa voluntad? ¡Ah! No diga usted eso... Ahora sí que es cierto, por desgracia, que no hay nada que hacer ni que intentar... No me atrevo á decir á Margarita que los médicos, al marcharse, han juzgado que esta pobre niña está perdida.

Lina se levantó y volvió la cabeza para ocultar las lágrimas.

Pedro dijo con voz insegura:

—¡Es preciso!.. Hay que preparar á Margarita... Está loca y ciega y cree todavía salvarla... Es mucho mejor advertírselo...

Lina exclamó, casi ahogada:

—¡Dígaselo usted!..

—¡Oh! No; yo no...

Y Lina vió, al mirarle, que el pensamiento de dar á Margarita un nuevo dolor era para él horroroso, como una idea de asesinato... Los dos se quedaron mudos, repasando en la memoria aquellas terribles semanas. Una fiebre tifoidea con todas las complicaciones posibles se había apoderado de Julieta. Por una serie de accidentes y de revoluciones extrañas en aquel misterioso organismo, se había verificado al principio una especie de ablandamiento de los miembros anquilosados, que había hecho esperar á los médicos que si se lograba vencer la enfermedad en sí misma, el estado general se modificaría felizmente.

Lina había reunido alrededor de aquella camita de niña mártir los más eminentes médicos de París, y se había hecho cuanto era humanamente posible; pero al cabo de días y días y de noches y noches de esperanzas y de angustias, nadie se atrevía ya á esperar más que el supremo alivio de la muerte...

Aquellas horas negras habían aproximado á Lina y los Etcharre y habían suprimido entre ellos esos pueriles comienzos que amortiguan los gérmenes de las mejores amistades, lo que les permitió conocer mutuamente la verdad de su carácter y de su corazón.

Lina había tomado parte con ardor en la desgracia de su amiga y se había presentado en aquella casa como el genio benéfico de las potencias materiales. No pudiendo disminuir la pena, había aliviado las preocupaciones, y lo había hecho de modo tan delicado, sencillo y cordial, que aquella familia había aceptado y la adoraba.

El cuadro se había quedado sin terminar, y esto había sido un nuevo tormento de escrúpulo para Margarita, que veía que no estaría acabado para la próxima exposición. Pero Lina supo también disipar esta contrariedad, y además todas las cuestiones secundarias habían desaparecido ante el vértigo de ansiedad en que tenía á todos la enferma.

Mientras Pedro y Lina estaban allí sin atreverse á hablar, entró Margarita, y los dos sintieron una inmensa piedad ante aquella fisonomía ajada por las veladas, ante la sequedad febril de aquellos ojos, que no podían ya llorar, y ante la palidez de aquella boca. Parecía, sin embargo, animada por una fuerza secreta, pues dijo:

—Creo que está mejor...

Y sintiendo un miedo loco de tentar al terrible destino, añadió prontamente:

—Cuando digo mejor no me expreso bien..., pero, en fin, parece que descansa... ¿No es verdad que es buena señal que cese esa perpetua agitación?..

Y la joven los interrogaba con una sonrisa suplicante y desgarradora.

Pedro dijo precipitadamente:

—¡Oh! Sí..., sí... Es seguro...

Lina, sin responder, se refugió llena de espanto en la pieza inmediata. Aquel estado comatoso, ¿no era señal cierta del gran descanso que nada puede turbar?

Lina vió aquel cuerpecito al fin inmóvil, después de tantos días de un movimiento perpetuo de aquellos miembros antes paralizados. ¿Qué era, pues, el alma de aquella niña para tener todavía tal encanto á pesar de las deformaciones de la enfermedad? Una gracia inmaterial la envolvía como un velo...

Lina interrogó al interno y á la hermana de la caridad, pero ni el uno ni la otra podían decir nada. Todo se estaba realizando fuera del poder y del esfuerzo humanos.

* * *

—¡Señorita! ¡Señorita! Ahí hay un caballero que quiere hablar con usted en seguida.

—¿Quién es?, preguntó Lina despertándose de repente.

Y mientras miraba el reloj, que marcaba las diez, la joven pensó:

—¡Ah! Sí, eso es... ¡Ha muerto!

—Esta es su tarjeta, dijo la doncella.

Y Lina, al verla, repitió maquinalmente, al ver el nombre de Raimundo Etcharre:

—Eso es...

En cinco minutos se envolvió en su bata de paño blanco, se anudó el cabello sobre la nuca y estuvo abajo, iluminando con su luz blanca y dorada el saloncillo obscuro en que la esperaba Raimundo. El joven gritó al verla:

—¡Salvada!.. ¡Está salvada!

—¡Cómo! ¿Es cierto?

Y Lina se sentó sin dar crédito á sus oidos.

—¡A usted, á usted se lo debemos!.. ¡A usted y á todo lo que ha hecho por ella!..

—¿Quiere usted callarse?, respondió Lina con cólera.

Después le pidió que se explicara.

¿Explicar qué? Margarita estaba loca, embriagada, rendida... Raimundo pudo decir el júbilo de todos; pero la crisis profunda, el proceso secreto, seguía inexplicable.!.. A las ocho de la mañana, los médicos habían tenido que declarar...



Aquel mismo día, después del *lunch*, se presentó el Sr. Morel, á quien Margarita no conocía aún

⁂

Por un sentimiento de discreción exagerada, hijo de su naturaleza un poco adusta, Lina espació mucho sus visitas á la calle de los Grands-Augustins, y al volver á estar sola como antes, se encontró de nuevo miserable y desamparada. Todos los días pedía noticias, que eran milagrosas sobre toda ponderación, pero alegaba los más fútiles pretextos para no ir ella misma á buscarlas. Había perdido completamente el gusto por las cosas que en otro tiempo servían, según ella, para «decorar» el teatro de su vida, en el que no se representaba ninguna obra. Se prestó, dócil é indolente, al deseo de su padre de verla aparecer en algunos ritos mundanos de la estación: bailes, primeras representaciones, barnizado de la exposición de pinturas, concurso hípico, etc. Se encargó trajes y se puso hermosa, pero se veía en los espejos unos ojos extrañamente lejanos y llenos de un ensueño que ella no comprendía. Fué amable y sonriente, y tuvo que pronunciar frases sobre todos los hechos importantes y pequeños que preocupaban la opinión, pero oía muy mal las palabras que salían de sus labios.

La música la ponía nerviosa y no había cogido la paleta hacía seis semanas. Pasaba horas enteras leyendo, echada en su estudio, ó bien en el terrado, con la vista en lo más hermoso de los cielos, las manos cruzadas detrás de la cabeza y el alma no se sabe dónde.

Así fué como la sorprendió Pedro una tarde, y la emoción fué tan fuerte, que el corazón de Lina latió de repente como un loco. Nunca se hubiera creído tan nerviosa. Pedro se quedó un poco cortado al encontrarse en aquel cuadro de lujo excesivo y refinado y ante aquella joven á quien había visto tan sencilla y desenvuelta en el curso de su vida diaria.

Lina se le apareció más linda que nunca, pero infinitamente extraña á él.

El traje fantástico y flotante que llevaba —una bata de crespón plateado bordado de azucenas blancas— y las pedrerías que relucían en su garganta entre los reflejos del vestido, le daban un aspecto extraño y teatral. Pedro no veía aquellas excentricidades y aquellas joyas como el capricho natural, convertido en costumbre, de una mujer que era artista en todo, sino como un obstáculo que le ocultaba aquella alma delicada y encantadora que le había inspirado una tranquila amistad poco tiempo antes. La joven, en cambio, muy femenina en su deseo de parecer bien, se alegraba de haberse puesto aquella bata que era un prodigio.

Después de haberle dado todos los detalles sobre la convalecencia de Julieta, Pedro añadió:

—Pero estoy encargado de una comisión. Julieta asegura que su curación no adelantará un paso si usted no va á verla... ¡Figúrese usted! ¡Ocho días sin ir por allí! Está mal, muy mal hecho... La niña habla de usted sin cesar, y dice que habiendo visto á usted dos ó tres veces cuando creíamos que dormía ó deliraba, ha temido que no fuese usted real y verdadera, pues estaba entonces tan débil... En la última semana ha habido una mejoría asombrosa... Debe usted ir; se lo aseguro...

—He estado muy ocupada, murmuró Lina, y no sé, realmente, cómo ha pasado el tiempo.

—Yo no sé, dijo Pedro moviendo la cabeza, pero tengo la idea de que si usted *quiere* verdaderamente una cosa, encuentra siempre el medio de lograrla.

Y el joven sonrió, entornando ligeramente sus ojos miopes, azules y muy tiernos. Lina le miró un instante y se echó también á reir.

—Tiene usted razón, dijo. En realidad he estado triste, muy triste..., y en estos casos prefiero estar sola para no aburrir á nadie...

Lina se calló estupefacta. Había pensado en voz alta y había dicho la verdad sin reflexión ni análisis, ¿á quién?, á aquel hombre casi desconocido. «Aquel hombre,» sin embargo, no parecía en modo alguno sorprendido, encontraba aquello perfectamente natural y no recurrió á ninguna frase complicada para responder á aquella confianza, sino que dijo:

—Sí, hay días en que eso sucede... Cuando se tiene que trabajar, esos momentos pasan pronto, pero estando desocupado deben de ser muy desagradables...

—Desagradables..., esa es la palabra, dijo Lina, que volvió á su tono burlón. ¿Y su hermano de usted?

—Raimundo no está bueno y me tiene inquieto...

Y después de una corta vacilación añadió:

—Voy á decir á usted un proyecto del que todavía no sabe nadie nada... En cuanto Julieta esté en disposición, quisiera enviarlos á los tres, á ella, á Raimundo y á Margarita, al aire libre, al campo... Los médicos dicen que á Julieta le convendría la orilla del mar. Tengo precisamente parientes en San Juan de Luz, nuestro país, como usted sabe; gente sencilla, pero amable y buena... Podría arreglarme con ellos, que tienen dos habitaciones... ¿No cree usted que sería muy bueno?

—Perfecto... Pero, dígame usted, ¿se ha vuelto usted millonario, para permitirse tales proyectos?

—¡Bah!, respondió Pedro modestamente; el proyecto es sencillo.

—¡Sencillo! ¡Sencillo! Todo es sencillo para usted. En fin, vamos á ver, hablemos como buenos amigos, ¿quiere usted?

Pedro dijo que sí con la cabeza y se sintió á sus anchas al encontrar de nuevo á Lina desprendida de las influencias exteriores.

—¿Los negocios de usted van bien, por lo que veo? Los barcos... Estoy al corriente, pues he hablado mucho de ustedes con Margarita...

(Continuará.)

LA REGENCIA, COMEDIA EN CUATRO ACTOS DE LOS SRES. CAVESTANY Y FERNÁNDEZ SHAW

Los principales, casi los únicos honores del estreno de esta comedia, corresponden á la empresa del teatro Principal, que no escaseando gastos ha sabido ponerla en escena con lujo y propiedad dignos de los mayores aplausos.

Pasaron por fortuna aquellos tiempos en que los empresarios reservaban todos sus esfuerzos para ciertas y determinadas obras, demostrando en la *mise en scene* de las mismas una esplendidez que contrastaba con la miseria con que se ponían todas las demás que constituían el repertorio. Hoy, comprendiendo que el arte escénico es un arte complejo compuesto de varios elementos todos importantes, las empresas de cierta categoría procuran presentar un conjunto en el que todos aquellos elementos se completen y armonicen, en el que el decorado y la indumentaria contribuyan á la emoción estética que el autor dramático ó el compositor se propusieron despertar en el público.

Y no se arguya que las producciones de nuestros clásicos, como las de los clásicos de todos los demás pueblos, se representaron en su origen con medios escénicos primitivos y algunos hasta infantiles; ya que en esto, como en todo, el gusto ha ido progresando al par de la civilización, y nadie podrá negar que el convencimiento de la existencia de los medios para satisfacerlas ha hecho aumentar las humanas necesidades, convirtiéndolas en parte esencialísima de nuestro modo de ser. En la actualidad el público exige que las obras se representen tal como deben representarse, porque sabe que para ello basta con que se quiera representarlas debidamente, gracias á los adelantos de la moderna escenografía; y muchas comedias se han salvado que en otro caso habrían ido al foso, gracias al esmero y á la propiedad con que han sido presentadas. No quiere esto decir que baste una buena presentación para sacar una obra á flote, pero sí que coadyuva á que apareciendo ésta á los ojos del espectador con todos los requisitos que para ella concibieron sus autores, pueda el público apreciarla tal como verdaderamente es, tal como el poeta ó el músico la concibieran.

Desde este punto de vista, no pueden los autores de *La Regencia* quejarse de D. Ceferino Palencia, que ha puesto en escena su comedia como mejor no podían desear.

En todo lo referente á trajes, puede decirse que no cabe pedir más, así por la profusión y riqueza como por la propiedad: han sido confeccionados según figurines del tan justamente reputado dibujante don Luis Labarta, y esto constituye sin duda su mejor elogio, pues conocidos son el talento y la conciencia profesional de este artista, que esta vez, como siempre, ha demostrado poseer un perfecto conocimiento de la indumentaria de la época en que la acción se desarrolla.



Acto primero, escena cuarta. – Sra. Tubau, Sres. Reig, Llano y Parera

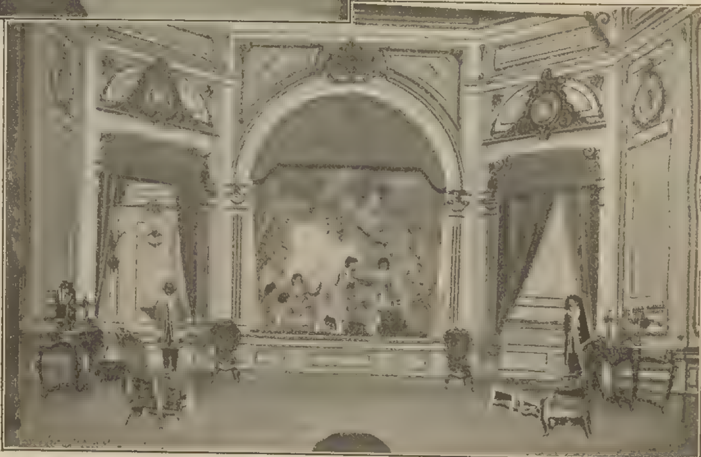
Merecidas han sido, por consiguiente, las alabanzas unánimes que el Sr. Labarta ha obtenido en esta ocasión, y á ellas unimos las nuestras, tan entusiastas como sinceras.

Las cuatro decoraciones de D. Amalio Fernández son vistosas, pero fuerza es confesar que no son, ni mucho menos, de lo mejor que en nuestros teatros hemos visto.

La ejecución fué discreta en conjunto, distinguiéndose especialmente las Sras. Tubau, Estrada y Martínez y las Srtas. Carbone y Blanco, y los Sres. García Ortega, Reig, Amato, Llano, Molinero y Vehil.

Y de la obra, ¿qué diremos? La época histórica en que se han inspirado los Sres. Cavestany y Fernández Shaw se presta como pocas para una comedia interesante, llena de aventuras y en la que el diálogo estuviera matizado de discreteos, de agudezas, de frases ingeniosas. En efecto, la acción de la obra pasa en el período de la famosa regencia del duque Felipe de Orleáns durante la menor edad de Luis XV, período de corrupción en las esferas cortesanas, de relajación de costumbres, de intrigas, de conspiraciones, alguna de las cuales atentó contra la vida del propio soberano. Con tales elementos, no parece difícil combinar un argumento movido, que interesara por su fondo y resultara agradable por su forma; pero los autores de *La Regencia* no han sabido aprovecharlos y su indiscutible talento dramático, acreditado en otras muchas producciones, no ha logrado esta vez triunfar del público, que apenas siente atraída su curiosidad por la acción y no encuentra en la forma de que se halla revestida suficientes bellezas que le compensen aquella falta de interés, pues si bien el lenguaje es fluido y correcto, carece de esos toques que impresionan, de esas frases que llegan hasta lo hondo del ánimo del espectador. Los personajes resultan vagos, indecisos, lo cual, unido á la inconsistencia de la trama y al escaso colorido de las escenas, que apenas dan idea de lo que fueron aquellos tiempos que los autores han querido resucitar, hace que la obra resulte fría y que el público no se dé por convencido. Sólo podemos mencionar una excepción, la escena final del acto tercero, cuando, descubierta la conspiración, son encarcelados los conspiradores por orden del regente: esta escena fué aplaudida con entusiasmo, y lo merece, porque llega á emocionar por su intensidad dramática.

En resumen, la obra estrenada el día 13 en el decano de nuestros coliseos ha sido un éxito solamente para el Sr. Labarta y para la empresa, que ha sabido montarla con verdadera esplendidez.—S.



Acto segundo, escena final. – Representación de los cuadros al vivo

(Fotografías de A. Merletti, hechas con luz artificial.)



LA REGENCIA. – Acto cuarto, escena final. Sras. Tubau, Martínez y Carbone. Sres. García Ortega, Reig, Carbone, Miralles y Cortesa

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.





La comisión internacional de información sobre el incidente de Hull reunida en el Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia. (Fotografía Nouvelles.)
Los comisionados son, de izquierda á derecha: los almirantes Beaumont (inglés), Spaun (austriaco), Fournier (francés), Doulassof (ruso) y Davis (norteamericano.)

La comisión internacional nombrada para realizar la información sobre el asunto de Hull ha comenzado sus sesiones, que se celebran en el palacio del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia. Los delegados inglés, ruso, francés y norteamericano eligieron como quinto delegado al almirante austriaco Spaun, el cual presidió la sesión preparatoria, siendo después elegido presidente definitivo el almirante Fournier.

La constitución y el funcionamiento de esta comisión internacional informadora constituye un gran progreso en la esfera del derecho público, y por ello merecen los más entusiastas elogios Inglaterra y Rusia, que han acudido á resolver por este procedimiento pacífico un incidente que llevado á otro terreno habría sido indudablemente causa de un conflicto gravísimo.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 30 de enero de 1905 — Núm. 1.205

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESCUCHANDO UN CUENTO, acuarela de Camilo Innocenti

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Acabo de leer un artículo de D. Manuel Ugarte, titulado *El alma española*, en una revista parisiense, y noto que el autor, que, si no me equivoco, ha viajado por España hace dos años, nos califica de niños y de viejos; le sorprende nuestra puericia y nuestra senectud. Su impresión, en conjunto, es bastante desfavorable á España. No la apoya detenida y ahincada observación; no revela largo estudio; por eso faltan en el artículo—que para llegar á la entraña necesitaría ser mucho más extenso—puntos de vista desarrollados que aclaren cumplidamente el embrollado enigma de nuestra psicología nacional. Así y todo, encierra verdad el artículo de este americano.

Es una verdad mirada por cristal ahumado, y el mismo autor, comprendiéndolo, dice al final: «Alegarán que en este retrato todo es negro. Es imposible que no posean ninguna buena cualidad los españoles. Seguramente las poseen, y muy grandes. Pero son cualidades negativas. Si pueden hacer simpáticos á los hombres mirados individualmente, no bastan para formar una colectividad vigorosa y triunfante.»

Hace cavilar esto de que los españoles, sueltos, revelen condiciones no sólo simpáticas, sino admirables, y en cuanto se juntan lo echen todo á perder.

En España no puede haber más doctrina que el individualismo, ni más tipo que Don Quijote, saliendo por ahí señero y solo á desfacer entuertos, y resignándose de mal talante hasta á la compañía del excelente Sancho. Si decide el hidalgo al fin proveerse de un escudero, es porque el huésped le ha demostrado la ineludible necesidad de acomodarse de dineros y camisas, cosa que á Don Quijote no se le había venido á las mientes, en su caballeresco entusiasmo... De semejantes frioleras—el dinero, las camisas—prescindiría muy gustoso el español, si no se terciase la fatalidad de que sin camisa se muere de frío y sin dinero se muere de hambre. ¡Una diablura! A poder prescindir de sustento y cobijo, el español sería el ser más dichoso de la tierra, justamente por esa sobriedad estoica que nota Ugarte. Es indiscutible que los climas duros, rigurosos, la lucha por la vida en forma de adquisición de pan, carne, carbón, ropa, hogar, generan civilización. Un murciano, entre palmeras, á la vera de la fuentecica, ¿me quieren ustedes decir para qué había de sudar y matarse, si la mala administración no le abrumase con tributos, y los adelantos del siglo no le empujasen, muy contra su voluntad, á alumbrarse eléctricamente y á poner en su mesa algo más que dátiles?

De todos modos, el alma española reviste mayor complejidad de lo que parece deducirse del artículo de Ugarte. Yo deseo que este escritor tan culto é inteligente vuelva á visitarnos y se penetre de la manera de ser nuestra, y sobre todo, reconozca los defectos de un gran factor, la diversidad regional, factor apenas apreciado por los extranjeros que de nosotros escriben. España no es *una* sino políticamente hablando. En su intimidad psicológica es muy variada, muy diversa. Y bajo sus apariencias de pueblo estacionario, cambia cada veinticinco años, cambia justamente, no su exterioridad, su alma. No diré que el cambio sea favorable, y acaso la nostalgia del alma antigua dicte muletillas como la que solemos oir: «¡Dónde van los hombres de otros tiempos!» Pero ello es que, sin fuerzas para modificar su estado de aplanamiento, el español lo percibe, lo siente, y esta percepción va poco á poco labrando en él una psicología nueva.

La cronología ha puesto de moda á Cervantes. No supongáis que lo estaba el autor de *El Ingenioso Hidalgo*. Lo que es leerle..., no se le leía poco ni mucho. Tenía su estatua frente á un local donde unas veces se afiligrana el idioma y las más se le pegan coscorrones; tenía la hueste de cervantistas, tan maltratada por el sabio director de la Biblioteca Nacional bonaerense; tenía, como Dante y Homero, comentadores y escoliastas; varias ciudades se disputaban el honor de haberle dado cuna..., pero, como lectores, es probable que le superasen infinitamente Ohnet y Sienkiewicz. Entre la generación joven, se hablaba del *Manco* con desdén. Cervantes se contaba en el número de los viejos arrumbados, y el venerarle acusaba pobreza de espíritu y sumisión nimia al criterio vulgar, trasnochado y académico. Ahora va á disfrutar de un renuevo de popularidad y fama, y acaso, merced á los festejos que se preparan en su honor, el *Manco* obtendrá la estimación de los libreros (que, como nadie ignora, sólo estiman lo que se vende), y saldrá de la gran urna clásica donde me le tenían inhumado, para gozar otra vez del sol y la luz de su patria.

Y la verdad es que, si bien se considera, Cervantes reposaría muy contra gusto en esa urna decorativa, suntuosa y glacial. Nadie menos adaptable que Cervantes al espíritu académico. El era, en plata, un bohemio, y lo mejor que hizo, sus grandes aciertos instintivos, se deben al roce y trasiego de su vida bohemia, aventurera y errante. No hay escritor á quien peor le siente la altanera golilla, porque no sólo tuvo, compelido por la ruda mano de la necesidad, que bajar infinitas veces la frente, sino que en sus correrías, en sus trabajos y andanzas, debió de usar, más bien que la golilla, el sencillo cuello sin escarolados ni almidones. Libre su garganta de esa prisión tan ensalzada por Cyrano de Bergerac, en actividad sus piernas, encandilados sus ojos, alborozada su fantasía, Cervantes se echó por el mundo á conocerlo y saborearlo, como se echaban entonces los viajeros, y no como hoy, que los viajes nada enseñan, porque el ideal es terminarlos cuanto antes, volar del punto de partida al de llegada. El alma de Cervantes es la de un vagabundo literario, adverso á la pedantería, que se confiesa ingenio lego, que ha leído sin orden, que ha sido soldado, que ha estado al servicio de los poderosos, sin encogimiento servil, y que se ha mezclado con villanos y populacho, hampones y pícaros, sin perder sus instintos de hidalguía, su percepción de lo elevado y lo elegante de su época. Y merced á esta libre y anárquica existencia de Cervantes, á su obra capital, donde la crítica encontrará fácilmente defectos y lunares, no puede la erudición encontrarle precedentes, como se le encuentran al *Fausto*, á la *Divina Comedia*, á los dramas de Shakespeare, á la *Eneida*, á los más altos frutos del ingenio humano.

No hay, en cierto modo, enseñanza de ejemplaridad superior á la deducible de la historia literaria de Cervantes. Todo lo que este excelso español escribió ajustándose al patrón oficial de la literatura consagrada en su tiempo, le salió flojo. Ahí están la *Galatea*, *Persiles*, que no me dejarán mentir. Verdad que las novelas cortas ó largas, y especialmente las cortas, eran género ya fecundo y conocido, y en cuanto á moldes y formas, Cervantes no innovó nada. Del mismo *Quijote* se podría sostener que no es sino una novela caballeresca más..., mirada por el revés del tejido, que en este caso es el derecho de la realidad, triunfante de la ficción. Pero no consiste el mérito del *Quijote*, ni de las *Novelas ejemplares*, en su molde y troquel, como no por ser sonetos ganan ni pierden los sonetos de Heredia. El arranque, la novedad y originalidad del *Quijote*, nacen de que en él Cervantes se revela completo, no con los procedimientos de la autobiografía, no con lirismo, sino por lo visto, observado y experimentado en su vida de bohemio.

***

De Rusia llegan rumores y noticias alarmantes, ahogadas, en el trayecto, por la censura, pero tal vez, por el misterio de la censura misma, aumentadas, vueltas cavernosas y pavorosas. Todo se encamina á su término y desenlace natural en la historia, y Rusia va por la senda que desde hace más de un siglo la obligan á recorrer sus instituciones, su organización política, tirante, cerrada, violenta, corrompida. La idea de la patria no ha prevalecido sobre intereses y combinaciones del orden político, así en los elementos revolucionarios como en los gubernamentales. Los primeros debieran, ante el enemigo, no pensar en agitaciones; pero los segundos debieran, ya que ejercen el poder sin límites ni trabas, haber preparado, al menos, las fuerzas nacionales para conflicto tan inminente como el de esta guerra. En los corazones y las mentes, no se ha impuesto la patria.

Rusia no sufre porque el tsar sea un autócrata: Rusia sufre porque á la sombra de ese autócrata, la oligarquía de los funcionarios ó *tchinownicks* hace su agosto, roba, veja, oprime y sangra á la nación. Repetidas veces la novela y el teatro ruso han trazado la caricatura y han descargado el látigo satírico sobre esa calamidad pública; pero bien sabemos que no se mata con la pluma, ni se consuman revoluciones por medio de dramas ó comedias, sobre todo cuando el temor amordaza á la musa. Y continúa la explotación: ayer fueron explotados los propietarios, los aldeanos, los siervos; hoy lo son los infelices soldados, carne de cañón, que se dirigieron á entregar la vida en los reductos de Puerto Arthur ó en las estepas mandchurianas. El alimento, la ropa del soldado, son objeto de escandaloso tráfico, y la indignación natural convierte en revolucionarios hasta á muchos que abominaban del desorden años antes.

Los países que no van á la cabeza en cultura—y Rusia se cuenta entre ellos—aspiran, cuando menos, á representar la fuerza, á ser temidos. La excusa de las flagelaciones, del *knut*, de las horribles prisiones, del sistema de deportación, del *caviar*, de la censura inquisitorial, la compensación de todo eso, podría ser la gloria militar, el triunfo, y cuando se declaró la guerra, nadie dudó que Rusia lo obtendría. El David asiático le ha clavado la piedra en la frente al Goliath. Con la diferencia de que la victoria de David el pastor fué debida á la casualidad y á la destreza, y la del Japón al orden, á la tenacidad, á una preparación silenciosa, intensa como ninguna.

Esto se sabe en Rusia, y escuece, y humilla, y exaspera. Se confiaba en que el gobierno habría tomado sus medidas, que estaría todo en su lugar..., y el gobierno, imprevisor, dormido, llevó á la nación á la derrota.

No sería justo regatear el valor y la constancia militar al ejército ruso. Si es cierto que, según refieren los periódicos, hay oficiales que, ante el enemigo, beben *champagne* y banquetean con *cocottes*, la defensa de Puerto Arthur ha sido una página admirable. Yo confieso que, por razones de estética, me hubiese parecido más completa si el defensor se hubiese enterrado entre las ruinas de la plaza. Siento que Stoessel, cuyo merecimiento reconozco, no cerrase su historia con ese broche de diamante. Pero á veces, la muerte no acude. Es coqueta la esqueletada. Llega en prosa, cuando debiera llegar recitando versos heroicos.

Y es lo peor del actual estado de Rusia que los elementos directivos tienen interés en que la guerra no termine, en probar á desquitarse, dejando caer la fuerza enorme que sin duda posee Rusia (fuerza inerte) sobre el Japón. Para seguir gobernando como hasta hoy, es preciso vencer. Para vencer, es preciso prolongar la guerra, con la esperanza de extenuar, de agotar al adversario.

Esa guerra en Mandchuria, como la nuestra con los Estados Unidos, no es cuestión en que se hayan interesado las masas populares. No se parece á aquella otra guerra descrita por Tolstoi en una de sus novelas más grandiosas; no es guerra de independencia; no llega adentro. Es de esas luchas sombrías, lejos del hogar, lejos del territorio, en comarcas inclementes; guerras en que es preciso triunfar estrepitosamente, como triunfaba Napoleón en sus días de fortuna, para que el pueblo las perdone y hasta las poetice.

Lo no conseguido por ahora, quieren lograrlo á poder de sacrificios en dinero y sangre, sin atender á estados de opinión, los gobernantes de Rusia. No será culpa del tsar; pero cualquiera que sea su parte de responsabilidad, sobre él y contra él ha de ir la protesta, en sus más terribles y reprobables formas: el asesinato y la voladura.

Sin fiarnos demasiado en incompletas y contradictorias informaciones telegráficas, ello es que, á cada momento, se habla de atentados. Ya es un disparo en mitad de una solemne ceremonia, ya un cartucho explosivo al paso del tren imperial, ya una conspiración dentro de palacio mismo. Tan pronto confirmadas como desmentidas, siempre embrolladas por las precauciones para encubrir la verdad, estas nuevas son centellas de un volcán oculto. No vemos la llama; pero la partícula ígnea que cruza ante nuestros ojos y se desvanece sin dejar rastro, nos avisa. Recordamos sucesos, y tememos por el porvenir.

No hay nadie que no vea en la paz una solución para Rusia misma. Espanta pensar que la epopeya de Puerto Arthur pueda tener segunda parte frente á Vladivostock, y que una segunda hecatombe nos aterre; pero acaso es más imponente aún la agitación revolucionaria de Rusia, y los cambios que puede imprimir á Europa.

EMILIA PARDO BAZÁN.

ALMA, cuento, por Nogueras Oller

Inspirado en el cuadro «Cómicos sin contrata» de Angel Díaz Huertas. (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1904.)

La tarde también se presenta fría y nivosa.

Un triste y sucio cielo de invierno, formado por una sola nube inmensa, blanca y compacta, obscurece y atemoriza á la pequeña y vieja ciudad. Hace ya tres días que asomó la nube sobre los altos picos nevados, y desplegándose sobre la llanura, permanece inmóvil y amenazante, como fantástico ejército sitiador.

En uno de los blanqueados departamentos de la «Gran Hostería,» ante los vidrios de la carcomida ventana, está Isabel, triste y helada como el tiempo, perdida en el espantoso desierto de su vida. Engracia, camarera de la casa, la transporta á la realidad anunciándole con su voz chillona la inesperada visita del señor Juvany.

Juvany es un joven muy rico y espiritual, de temperamento artístico y gran adorador de la naturaleza. Su carácter soñador, sincero y trascendentalista, mortificado por ciertos convencionalismos sociales, le somete á un régimen verdaderamente racional é higiénico en las costumbres; y es tanta la sencillez y pureza de alma que resplandece en todas sus manifestaciones, que bien podemos presentarle como prototipo del ascetismo moderno. Vive muy retraído en su señorial casa de campo, y únicamente hace su aparición en la ciudad siempre que alguna manifestación de la inteligencia sacude su amodorramiento.

El Sr. Juvany, pues, debe vestir con natural elegancia y ha de ser delicado hasta en la más mínima expresión de su ser.

—Debo confesar ante todo la extrañeza que me ha causado verla levantada tan de mañana, y francamente, no he podido proseguir mi camino sin pasar á saludarla... ¿No se encuentra usted bien?

—Duermo muy poco...

—Usted necesita dormir mucho. Abusa demasiado de sus nervios...

—Cuando no se tiene sueño, la cama resulta soberanamente pesada...

—Isabel, es usted muy especial... Usted vive constantemente en el drama.

Isabel suspira y dice fijando sus ojos en el cielo de nieve:

—¿Se imagina usted, acaso, que ciertas actrices no tenemos corazón? Supongo que no debe figurarse que solamente vivimos á merced de los autores... ¡También contamos con nuestra vida!..

—No digo lo contrario..., pero yo he conocido mucha gente de teatro y me resultan muy superficiales... En teniendo contrata y salud, no se preocupan hondamente por nada... Apuesto que sus compañeros de usted duermen perfectamente.

—Sí. Ellos duermen aún. ¡Ellos han dormido siempre!

—Comprendo que usted, Isabel, no simpatiza mucho con ellos...

—No me obligue á que se lo repita de nuevo... ¡Bastantes miserias contamos por cuenta ajena! ¿Debo aumentar el caudal relatando las nuestras? Eso no está bien. El público paga y nosotros hemos de venderle unos céntimos de dolor, de alegría, ó de lo que sea. Somos los drogueros de las pasiones humanas, y á veces..., á veces también actuamos de farmacéuticos, porque algo moralmente curativo se desprende de ciertas obras... ¡Ah, si yo pudiese escoger los autores, no abandonaría tan pronto el teatro!

—¿Pero está usted bien resuelta á abandonarlo?..



Cómicos sin contrata, cuadro de Angel Díaz Huertas

—¡Oh, sí! ¡Yo me moriría!

—¿Y el Arte?

—¡El Arte!.. El Arte no es hacer esto ó aquello... Es hacer belleza y basta. Y la belleza puede hacerse de muchas maneras. Yo no confundo el Arte con la vida de los artistas. He podido convencerme de que los artistas solamente consiguen unas cuantas horas de arte en toda su vida...

—¿Y el resto?..

—¿El resto? Lo consumen en manías y toda suerte de desórdenes.

—Se ve que usted no cree mucho en los artistas...

—Francamente, debo confesar que no. Son una especie de chiquillos con la inteligencia y la fuerza del hombre, y en consecuencia son traviesos, sucios, y la mayoría de ellos se entregan al vicio con el frenesí de un niño.

—¡Quién sabe, quizá precisa este temperamento!..

No rehuyo de que si fueran equilibrados, tal vez no producirían. . Yo no lo quiero saber. A mí me interesa la obra; el artista, nunca.

—¡Qué hermosamente habla usted, Isabel! Es muy extraño que gozando de una tan alta percepción de las cosas y un temperamento semejante, lleve usted una vida tan accidentada...

—Ya se lo expliqué á usted, Guillermo... Me hallé entre ellos sin saber cómo. A veces me parece que ya nací haciendo comedia. El viejo, Falst, ignoro de dónde me sacó cuando recorría el mundo haciendo de saltimbanqui. Lo que sé de cierto es que no soy su hija y que de muy pequeña ando con él. Nada de común existe entre nosotros. Se procuró dinero, no sé cómo, y ascendió á director de una compañía barata... Yo fuí creciendo á puñetazos. Dentro de mí existía un algo superior que ellos no tendrán nunca en la vida... He llegado á ser el alma de todos ellos.

—Realmente, usted es el alma...

—De un cuerpo que me ha prostituído, que me ha explotado constantemente. Yo he quedado arrinconada siempre; nunca he podido penetrar en el cielo del goce de la vida..., era preciso que yo sucumbiera para que pudieran gozar ellos: necesitaban dinero; ¡así compran la felicidad esos estúpidos!.. Y el dinero ha venido á puñados, pero hemos vendido á cestos la porquería; hemos envenenado á media humanidad con nuestro teatro indecente... Pero eso toca á su fin. Como usted sabe, nos hemos contratado en esa ciudad de quinto orden porque no quise aceptar una de vaudevilles en la capital. Y ellos..., ellos no han podido hacer otra cosa que seguirme..., ¿qué remedio les queda? Se morirían de hambre.

—Y luego de esas funciones contratadas, ¿qué piensan hacer?

—Les he obligado á estudiar el drama moderno, el filosófico, el verdadero drama educador. Y allá veremos. Por ahora...

—¿La secundan á usted?

—No me comprenden y se figuran que yo voy á ser la misma de antes.

—Siendo así...

—Nada más sencillo: si se empeñaran en morirse, porque lo que hacemos no es otra cosa que morirnos moralmente y propagar la muerte paseando nuestra agonía por el mundo, les abandonaría para no hacer nunca más de artista y hacer más arte... Sería un arte íntimo, doméstico, de dolor y de lágrimas, si se quiere, pero al menos no me prostituiría más...

—Isabel, usted sería una gran mujer de familia... Voy á hablarle sinceramente...

—Soy observadora y sé que es usted sincero; de lo contrario, no sabría usted de mí nada de cuanto le he manifestado. Todo el mundo lo ignora. Yo no soy más que la impúdica actriz del público...

—Yo, como ya le dije, Isabel, soy uno que protesta del mundo actual, lo mismo que de todas las épocas históricas. Soy rico y lo puedo hacer: de lo contrario, habría de sucumbir. Pasado el natural atolondramiento de mi juventud, me hastié de la capital. Ni siquiera el amor pudo retenerme. Las mujeres me cansaron muy pronto, y nada esperé de ellas. Aburríme extraordinariamente y me entregué de lleno á la soledad, porque la soledad no niega nada á los que tenemos alma. En efecto, me he creado un cielo á mi manera, pero ese cielo es completamente ideal. ¡Sus sueños no toman carne!.. Yo no he venido á ser entre la soledad y mis riquezas otra cosa que un alma que ha buscado á la mujer superior... Y usted, Isabel, en el calvario de su vida, no ha sido más que otra alma que ha buscado por el mundo al hombre regenerado... ¿Y por qué no hemos de fusionarnos los dos y crear ese cuerpo que falta? Créame usted, esa pregunta ahuyenta el sueño de mis noches.

—Es inútil, Guillermo. Yo de ninguna manera puedo ser la mujer superior que espera usted en vano. La mujer perfecta, tal como usted la quiere, únicamente existe en su fantasía... Yo no soy otra cosa que una comediante, y si usted quiere, un personaje real de la gran tragedia de la vida... Estoy consumida; ¡no podría ofrecerle nada inmaculado!..

—¡Oh!.. ¡No hable usted así!.. ¡Es usted pura!..

—Realmente: soy pura. Soy una virgen que ha hecho todos los papeles... He prostituído mi boca recitando diálogos indecentes. He besado á cómicos repugnantes. He manchado mis ojos con miradas que electrizan al público... He prostituído todos mis gestos... He... En resumen, ¿qué es lo que espera usted

—¡Su alma, inmaculada siempre!.. Cuando habla usted, la escucho y venero: todo yo soy en usted...

—Imposible, imposible; le haría á usted muy desgraciado... Miraría usted atrás y se avergonzaría de mi primera juventud... ¡Yo he hecho trizas el encanto de mi pureza!

Isabel siente arder su cabeza, cúbrese su rostro con las manos y vase á empañar los helados vidrios de la ventana.

Está nevando en el exterior. El día permanece amodorrado y la calle solitaria.

El pesado silencio de la hostería es únicamente interrumpido por la voz destemplada de Engracia, que canta en la cocina.

Abrese una puerta con estrépito y aparece Falst abrochándose el chaleco. Es viejo, tiene los ojos abultados y se tiñe el cabello. Al darse cuenta de Guillermo Juvany le saluda sonriendo:

—¡Usted entre nosotros!..

Guillermo contesta con retardo, como si le hubiesen despertado brutalmente:

—Así es, en efecto. Hago los honores á nuestra incorregible madrugadora.

—¡Ah! ¡Como no trabaja esta noche!.. Al público de este teatro tanto se le da.

Acércase á la ventana y gruñe:

—¡Vaya un lleno que haremos hoy!.. Está nevando. No se marchará usted á su casa... No voy á permitirlo... Comerá usted con nosotros.

—Muchas gracias. Debo marcharme.

El viejo Falst está más ocurrente y amable que de ordinario, especialmente con Isabel. Le sirve la comida y poco falta para que se la coma á besos.

Los demás cómicos están profundamente admirados. Los postres vienen á ser una brillante apoteosis de comida tan deliciosa.

Había sido contratada la compañía en la capital para una serie de *vaudevilles*, que podría prolongarse según los éxitos... ¡Aquello era la panacea de la compañía!..

Isabel se levanta visiblemente contrariada.

Vase á hablar con el mesonero, y después de haber entrado en su dormitorio, sale con su largo abrigo de viaje. Todos los cómicos la contemplan muertos de estupor, con cara de imbéciles.

—Me voy.

—¿Tú?, aulla Falst. ¿Tú?..

—Sí, yo. Estáis muertos... y el alma no puede seguiros á la tumba.

—Pero .. ¿sabes tú lo que dices?

—¿Si sé lo que digo? ¡Y lo pregunta usted, que me conoce de toda la vida!.. ¡Usted, que me ha explotado y corrompido; que me ha golpeado tantas veces!.. ¡Usted!.. Hace mucho tiempo que debía haberle abandonado. He sido demasiado buena: esperaba redimir á usted, enseñarle la manera como se debe hacer arte y lo que es el verdadero arte... Y se atreve usted á firmar un contrato indecente sin mi conformidad. Me voy inmediatamente. No tenéis alma; sois los cadáveres de mi cruel pesadilla que ha terminado ya... ¡Adiós!

Vase. Los cómicos, helados en el silencio sepulcral de la estancia, parecen espectros que observan con mirada atónita cómo se aleja su alma...

El viejo Falst, acurrucado en el ángulo de la pared del fondo, es el único que vomita rayos por los ojos, pero ni intenta levantarse. Cree firmemente que Isabel va á volver.

Su hijo, el primer actor, de pies en el brasero, está completamente anonadado; aguántase la frente con ambas manos, mirando cómo se torna ceniza la última ascua.

A su lado está Elvira, la segunda actriz, que poco á poco se repone y en sus labios aparece una tenue sonrisa de secreta satisfacción.

En cuanto á Campillo, el traidor, semisentado, no sabe qué hacerse de su terrible genio de comedia.

Reina un silencio de muerte. La nieve cae á grandes copos Entra Guillermo Juvany; todas las tardes acostumbraba tomar el café con ellos.

—¿Cómo así tan callados, amigos míos?..

El corazón le dice que falta el alma en aquella casa y les pregunta alarmado:

—¿Isabel? ¿Dónde está Isabel?

Campillo, que siempre que el alcohol le muerde en el estómago, es algo locuaz y sentimentalista, hace la respuesta:

—¡Sobre la nieve!.. ¡Va hacia allá!.. ¡Allá!..

Guillermo gana la puerta en un instante y les grita:

—¿Y no os dice nada á vosotros una llama que avanza hacia allá, por sobre la nieve? ¡A mí me inflama, porque yo vivo y espero!

Nogueras Oller.

LOS MAESTROS CANTORES DE NUREMBERG

Los *Meistersinger* (maestros cantores), que florecieron en Alemania en los siglos XIV, XV y XVI, pretendían que su institución había sido fundada en el siglo XIII por el emperador Otón *el Grande* y que en su origen se componía de doce poetas, de los cuales consérvanse los nombres de Wolfram de Eschenbach, Conrado de Wurzburgo, Rheinmard de Schweter, Klingsor, Osterdingen y Enrique Frauenlob. Históricamente se sabe que este último fundó en Maguncia á principios del siglo XIV una asociación de poetas, y que el *Meistergesang* (canto de los maestros) floreció en dicho siglo en la mencionada ciudad, en Estrasburgo, en Francfort, en Wurzburgo, en Zwickau y en Praga; en el XV, en Augsburgo y en Nuremberg, en donde en tiempo de Hans Sachs había más de 250 *Meistersänger;* y en el XVI, en Kolmar, Ratisbona, Ulm y Munich, como también en Estiria y en Moravia.

Las asociaciones de los «Amadores del Canto de los Maestros alemán,» como los asociados se llamaban, formaban corporaciones en las cuales se iba ascendiendo por grados desde el de discípulo hasta el de maestro. El arte del canto hallábase en ellas sujeto á una porción de estrechas reglas que constituían la llamada «Tabulatura,» y sólo el que sin faltar á estos preceptos encontraba una nueva melodía lograba el título codiciado de maestro. Los ejercicios preparatorios se efectuaban en la Casa Comunal y los domingos en la iglesia, y en las solemnidades de Pascua de Resurrección, Pascua de Pentecostés y de Navidad celebraban aquellas corporaciones sus grandes fiestas, en las cuales sólo podían entonarse cantos tomados de asuntos bíblicos; en otras festividades menos solemnes que aquéllas podían cantarse asuntos profanos.

El día de la fiesta, los maestros ocupaban solemnemente su banco, y mientras los aspirantes cantaban, tres censores iban apuntando las faltas que contra la Tabulatura cometía; sólo el que no incurría en falta alguna lograba uno de los dos ambicionados premios, consistentes el primero, llamado «de David,» en un colgante del que pendía una medalla con la imagen de David tocando el arpa, y el segundo en una corona de flores de seda.

A partir del siglo XVI fué decayendo la institución de los *Meistersänger,* y si bien en algunas ciudades, como en Ulm, se mantuvo la tradición hasta mediados del siglo XIX, bien puede afirmarse que desde aquella fecha había perdido todo su carácter.

Inspirándose en este asunto, comenzó Wagner á planear el libreto de *Los Maestros cantores de Nuremberg,* en Marienbad, en 1845, poco después del estreno de *Tanhäuser*, terminándolo en París en 1862.

El argumento de la ópera es como sigue.

Acto primero. – La acción se desarrolla en el interior del templo de Santa Catalina, la víspera de San Juan. Eva Pogner y Walther de Stolzing cambian amorosas miradas mientras los fieles entonan el coral del Bautista. Terminados los cantos religiosos sale del templo Eva, acompañada de su aya Magdalena, y Walther la detiene y le declara su amor, á lo que la joven contesta que su padre, el platero Veit Pogner, la ha prometido al que resulte vencedor en el concurso de cantores que debe celebrarse al día siguiente, si bien le da claras muestras de que corresponde á sus sentimientos. Entra en esto David, el aprendiz de Hans Sachs y novio de Magdalena, el cual, por encargo de ésta, entera á Walther de lo que es y significa el próximo concurso y del modo como debe presentarse al examen previo que ha de efectuarse dentro de unos momentos. El galán, aunque asustado por la estrechez de las reglas á que ha de sujetar su inspiración, resuelve acudir al concurso y presentarse á la prueba preliminar.

Entran los maestros, entre ellos Veit Pogner, el decano; Beckmesser, el censor, y el zapatero Hans Sachs; y después de haber anunciado el primero que dará la mano de su hija al que resulte premiado en el concurso de San Juan, presenta á su candidato, Walther, á fin de que sea admitido á examen. Interrogado el aspirante acerca de quiénes fueron sus maestros, contesta que no ha tenido otros que Walter de Vogelweide, el insigne trovador germano del siglo XII, y la naturaleza. Después de leídas por el panadero Kothner las leyes de la Tabulatura, Walther se dispone á cantar y Beckmesser á oficiar de censor, cargo que en aquella ocasión desempeña con verdadero placer, pues enamorado como está de Eva, podrá inutilizar con sus censuras á su rival. Entona éste su canto á la Primavera y Beckmesser puede apuntar faltas á su gusto, ya que el examinando en nada se ajusta á las leyes establecidas. Los maestros, en vista de ello, reprueban al cantor con aprobación de toda la concurrencia; únicamente Sachs y Pogner defienden á Walther, seducidos por la sinceridad y grandeza de su canto y convencidos de que sus versos y la melodía con que los acompaña son la revelación de un verdadero genio.

Acto segundo. – Representa la escena una encrucijada en donde están las casas de Sachs y Pogner. Anochece y los aprendices van cerrando las puertas de las tiendas. David refiere á Magdalena que Walther ha sido reprobado, y mientras aquélla corre á comunicar la noticia á Eva, los aprendices se burlan de su compañero, escena á la que pone término la aparición de Sachs y de Pogner y Eva. Esta, al saber la suerte de Walther en el examen, se pone de acuerdo con él para huir, lo que se propone estorbar Hans Sachs Entra Beckmesser para dar una serenata á Eva, la cual ha trocado sus ropas por las de Magdalena; el galán entona una canción grotesca, cuyas faltas va indicando Sachs á golpes de martillo. David, al ver que Beckmesser enamora á su novia, arremete contra él, y á los gritos de ambos y de Magdalena despierta al vecindario, que increpa á los alborotadores, armándose gran algarabía. Eva y Walther intentan aprovechar la confusión para huir; mas Sachs lo impide, entregando la joven á su padre y llevándose al mancebo. El toque de cuerno del sereno restablece la calma, y al entrar aquél en escena la calle está otra vez desierta y tranquila.

Acto tercero. Cuadro primero. – Hans Sachs se encuentra en su taller abstraído en la lectura de un gran libro, cuando entra David y le ofrece flores con motivo de ser su santo. Llega Walther y refiere al zapatero el hermoso sueño que ha tenido y que Sachs va anotando en un papel El maestro aconseja al joven que lo repita y complete con una tercera estrofa en el concurso. Retírase Walther y aparece Beckmesser, que se apodera del papel en que Sachs ha escrito el sueño de Walther; el escribano cree que aquella poesía es del zapatero, y figurándose que este también está enamorado de Eva, le increpa por su deslealtad. Sachs se burla de sus palabras y le regala la poesía para que haga de ella lo que quiera. Con el pretexto de que le arregle un zapato, llega Eva para tener noticias de Walther; entra éste, y á la vista de su amada, entona la tercera estrofa de su sueño.

Cuadro segundo. – Se va á celebrar el certamen en una pradera, en donde grupos de campesinos cantan y bailan. Entran los maestros, y constituído el tribunal, Beckmesser entona una ridícula canción sobre la poesía de Walther, que desfigura lastimosamente, terminando en medio de la rechifla general. Entonces se presenta Walther y su canto se impone á todos, siendo al concluir proclamado vencedor por los maestros y por el pueblo. Eva le ciñe la corona, y cuando Pogner va á ponerle la cadena con la medalla de David, distintivo de la hermandad, el joven la rechaza al pronto, pero luego la acepta convencido por las razones de Hans Sachs, á quien Eva pone la corona que antes ciñera á Walther, mientras el pueblo le aclama como á su poeta favorito.

Mucho se ha escrito sobre la idea fundamental de este argumento y sobre lo que con él ha querido expresar Wagner. El triunfo de Walther, el poeta que rompiendo los estrechos cánones de la poesía y de la música, bebe en la única é inagotable fuente de inspiración que se llama la Naturaleza, y la glorificación al mismo tiempo de Hans Sachs, que sin desdeñar la tradición abre su espíritu á nuevos horizontes y siente toda la belleza de los cantos del que pudiéramos llamar revolucionario, sintetizan admirablemente el pensamiento capital de la obra.

¿Qué diremos de la música? Enumerar sus bellezas imponderables equivaldría á citar una por una las páginas todas de la inmortal creación wagneriana; estudiar su significación exigiría un espacio y unas consideraciones que la índole de este artículo no permiten. Limitémonos, pues, á decir que la partitura de *Los Maestros cantores de Nuremberg* es un desbordamiento de poesía, en el que el maestro ha llegado, en punto á inspiración melódica y á riqueza de sonoridad, á una altura inconmensurable.

La ejecución que ha tenido en nuestro Liceo bien puede calificarse de buena. La Srta. Labia ha interpretado de una manera inmejorable el papel de Eva, cantándolo y representándolo á la perfección. El señor Pessina ha estado acertadísimo en el de Hans Sachs, sosteniéndose á gran altura en toda la ópera. El Sr. Bellatti ha hecho un excelente Beckmesser, salvando con gran talento el escollo de la caricatura. El Sr. Torres de Luna ha interpretado muy bien la noble figura de Pogner. El aprendiz David y el aya Magdalena han tenido buenos intérpretes en el señor Nannetti y en la Sra. Lucaceska. En cuanto al señor Innocenti, aunque ha trabajado con entusiasmo, sus dotes de actor y de cantante no están á la altura de su importante papel. Los coros han cumplido, ejecutando con gran ajuste y colorido los difíciles conjuntos. En la orquesta se ha visto la admirable dirección del famoso maestro alemán Miguel Balling, contratado expresamente para poner esta ópera y bajo cuya batuta han podido apreciarse con todo su relieve las infinitas bellezas de la partitura. Buena parte de este resultado corresponde también al maestro catalán Antonio Ribera, á cuya dirección inteligente han estado confiados la preparación y los primeros ensayos de la ópera.

De las decoraciones sólo merece mencionarse la del segundo acto, obra del notable escenógrafo Olegario Junyent, que es de hermosísimo efecto.

La representación de *Los Maestros cantores de Nuremberg* en el Liceo ha sido un acontecimiento musical. El público verdaderamente aficionado, el que va á escuchar religiosamente, el que acude al teatro sin más objeto que recrearse con las emociones que la ópera pueda hacerle sentir, ha entrado de lleno en esta creación de Wagner, como antes entrara en *Siegfrido, La Walkiria, El ocaso de los dioses* y *Tristán e Isolda.* En cuanto al efecto que haya podido producir en ese otro público que ni oye ni deja oir, que sólo asiste al espectáculo por pura ostentación, no deben preocuparse de él los que estiman que la música es algo más que un pasatiempo y que al teatro se va para algo más que para pasar la noche en animada tertulia.

No terminaremos este artículo sin dedicar un sincero aplauso á la empresa por sus esfuerzos y sacrificios en pro del grande, del verdadero arte.—S.

«LOS MAESTROS CANTORES DE NUREMBERG,»

ópera de RICARDO WAGNER, estrenada en el teatro del Liceo de Barcelona en la noche del 19 de los corrientes

LOS PRINCIPALES INTÉRPRETES Y MAESTROS DIRECTOR Y CONCERTADOR.—DECORACIÓN DEL SEGUNDO ACTO DE OLEGARIO JUNYENT



La tiple FAUSTA LABIA (Eva)



El tenor LUIS INNOCENTI (Walther)



El bajo JOSÉ TORRES DE LUNA (Pogner)



El barítono VIRGILIO BELLATI (Beckmesser)



El maestro director MIGUEL BALLING



Decoración del segundo acto, pintada por OLEGARIO JUNYENT



El barítono ARTURO PASSINA (Hans Sachs)



El maestro concertador ANTONIO RIBERA, que ha preparado y dirigido los primeros ensayos de la ópera

Crónica de la guerra ruso-japonesa



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Un prisionero japonés conducido al cuartel general de Kuropatkine el 10 de diciembre (de fotografía)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Ofrenda hecha á los dioses por los chinos de Yentai (de fotografía de Collier's Weekly)

Bien hacíamos en poner en duda en nuestra crónica anterior el botín conquistado por los japoneses en Puerto Arthur. Según un telegrama de Che-Fu enviado á un importante periódico francés por su corresponsal, la mayor parte de los 82.670 proyectiles de cañón por aquéllos recogidos son granadas chinas absolutamente inútiles para los cañones rusos y lo propio sucede con la inmensa mayoría de los dos millones de cartuchos de fusil de que también se apoderaron. Era de esperar que así fuese, porque dada la tenacidad y el heroísmo de los defensores de Puerto Arthur, casi no se concebía que se hubiesen rendido teniendo una cantidad tan importante de municiones.

En cuanto á los buques de guerra, dice el corresponsal del *Times*, el acorazado *Sebastopol* está hundido á una profundidad de 50 metros y debe considerarse como irremisiblemente perdido; el *Peresviet*, el *Poltava*, el *Pallada*, y el *Bayán* pueden ser salvados, pero teniendo para ello que vencer grandes dificultades y hacer enormes gastos; el *Retvizán* se considera de imposible salvamento, y en cuanto al *Pobieda*, el caso es dudoso. Respecto de la artillería de estos barcos, los cañones de las torres fueron destruídos por las explosiones que produjeron los rusos antes de la rendición; los de mediano calibre están en su mayoría intactos; los pequeños han sido transportados á los fuertes. Según las afirmaciones de este corresponsal, no eran del todo exactos los informes enviados á su gobierno por el general Nogi acerca de los efectos del bombardeo en los buques de la escuadra rusa; pues de ellas resulta que los proyectiles japoneses causaron en ellos muy pocas averías, y que las que actualmente presentan fueron causadas por los mismos rusos antes de que la plaza capitulara.

El día 14 se efectuó en Puerto Arthur una importante ceremonia militar y religiosa: la mitad del ejército japonés desfiló por espacio de tres horas delante del general Nogi sobre las ruinas de la ciudad rendida, formando luego un círculo alrededor de una colina en cuya cumbre se había dispuesto un templo en el que se celebró un servicio religioso por los soldados muertos durante el sitio. Después de esto, los corresponsales pudieron recorrer por vez primera Puerto Arthur, viendo entonces que la ciudad nueva había sufrido poco, pero que, en cambio, la vieja estaba casi completamente arruinada.

Los japoneses han comenzado los trabajos necesarios para restablecer las defensas de la plaza, de la que quieren hacer una plaza marítima de primer orden, á cual efecto están enviando allí continuamente enormes cantidades de armas y municiones.

Es curioso el modo como las avanzadas rusas del Cha-Ho se enteraron de la rendición de Puerto Arthur antes de que la noticia fuese comunicada por telégrafo á Mukden. Según el corresponsal del diario ruso *Roussokoie Slovo*, en la noche del 2 de enero observóse una animación extraordinaria en las líneas japonesas; creyóse en un principio que se disponían á festejar el año nuevo, pero no tardó en recogerse en la aldea de Ling-Si-Pu una granada japonesa en la que estaba atado un papel que decía: «Ponemos en vuestro conocimiento que Puerto Arthur ha sido tomada y que Stoessel se ha rendido. Esta noticia debe seros desagradable, pero ya debíais esperarla. Ahora avanzad; os recibiremos con júbilo. *Firmado* Ejército activo japonés.»



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Invernada de los rusos en la Mandchuria Alojamientos subterráneos á lo largo del Cha-Ho (de fotografía)

El general Stoessel desembarcó en Nagasaki el día 14 acompañado de su esposa, de dos individuos de su estado mayor particular, de siete oficiales, dos señoras y seis huérfanos, siendo conducido inmediatamente á una quinta en donde son internados los prisioneros de guerra. En cuanto los oficiales rusos tuvieron noticia de la llegada de su antiguo jefe, fueron á saludarle respetuosamente, habiendo producido aquella última entrevista entre el ex gobernador de Puerto Arthur y sus compañeros de armas una profunda impresión de tristeza en cuantos la presenciaron. El día 17 salió el general de Nagasaki en el vapor francés *Australien*, que conducía además á 565 rusos, de ellos 249 oficiales, acompañados algunos de sus esposas.

Las operaciones más importantes del ejército de la Mandchuria han sido las realizadas por el general Mitchenko. Emprendió éste su expedición el día 7 al frente de 8.000 jinetes cosacos y llevando además 32 cañones; el 10 dispersó á una compañía y media de infantería y á medio escuadrón japoneses; en la noche del 10 al 11 se acercó á la línea férrea, cortando el telégrafo y la vía; y el 11 derrotó á la guarnición de Niu Chuang y entró en la población. En aquellas dos jornadas del 10 y del 11 dispersó ó destruyó á un gran número de destacamentos enemigos, hizo prisioneros á 10 oficiales y 14 soldados, y capturó 500 carros de víveres y de municiones; sus pérdidas fueron en estos días tres oficiales y 15 soldados muertos, y 15 oficiales y 49 soldados heridos. El 12 causaron nuevos daños en la vía férrea, á seis kilómetros de In-Keu, y atacaron luego esta localidad, cañoneando la estación del ferrocarril é incendiando los almacenes. A la caída de la noche trabóse un reñido combate, que terminó con la retirada de los cosacos ante la presencia de fuerzas japonesas superiores. El 14 un fuerte destacamento japonés logró envolver en parte á una de las columnas de Mitchenko, empeñándose entonces una batalla en la que la artillería rusa disparó á mil pasos de los tiradores japoneses, causándoles grandes pérdidas; después, la caballería continuó replegándose en orden perfecto hacia el Norte, llevándose consigo todos los heridos. El mismo día, otra columna de 500 cosacos que se había acercado á la vía férrea destruyéndola en una extensión de 500 metros al Norte de Ta-Ki-Chiao, fué atacada por los japoneses, pero también logró retirarse ordenadamente. Todas las fuerzas de Mitchenko regresaron el 17 á las líneas rusas; el total de sus pérdidas se eleva á 300 entre muertos y heridos.

Esta expedición ha impresionado profundamente á los japoneses; aparte de la sorpresa que les ha producido este acto de osadía que no esperaban, el general Oyama, que hasta ahora no se había preocupado de sus comunicaciones, considerándolas seguras, y había destinado muy escasas fuerzas en la vigilancia de sus líneas de operación, se verá obligado en lo sucesivo á emplear en este servicio un número de tropas mucho más considerable.

En el frente de los ejércitos ruso y japonés que



Guerra ruso-japonesa. – Episodio de una escaramuza en el Cha-Ho el 10 de diciembre. – Soldados rusos llevando un compañero herido (de fotografía.)



Guerra ruso-japonesa. – Invernada de los rusos en la Mandchuria. – Uniformes que actualmente llevan los rusos y que en su mayor parte han sido confeccionados por los chinos (de fotografía.)

hace tanto tiempo permanecen poco menos que inactivos al Sur de Mukden, se han librado varios combates parciales en estos últimos días. Algunos grupos de japoneses intentan con frecuencia forzar la línea rusa, aprovechándose de la obscuridad y de la niebla, y á su vez los cazadores siberianos emprenden frecuentes y vigorosos ataques contra las guardias enemigas. Creen algunos que estas escaramuzas son preludio de una nueva gran batalla provocada por Kuropatkine; pero esta opinión parece poco verosímil, pues no es de suponer que el generalísimo ruso esperara á empeñar una acción que puede ser de tanta trascendencia precisamente cuando el general Oyama va á recibir el refuerzo del ejército de Puerto Arthur. Lo más probable, pues, es que espere para tomar la ofensiva tener á su disposición todos los recursos que necesita y que poco á poco se le van enviando. Actualmente dispone de 210 escuadrones de caballería, 370 batallones de infantería y 1.500 cañones, de ellos 100 de grueso calibre; y en breve recibirá las brigadas 3.ª y 4.ª de cazadores del 4.° cuerpo y la división combinada de los cosacos del Cáucaso.

La cuestión de abastecimiento del ejército de Kuropatkine está completamente resuelta: las distribuciones de pan, carne y combustible se hacen con toda regularidad, las tropas están ampliamente provistas de prendas de abrigo, y el estado sanitario es excelente. En la Mandchuria se han reunido cantidades inmensas de víveres; en Kharbine especialmente hay 64.000 toneladas de trigo; más atrás, en Blagovetschenck, 16.000 toneladas de cereales y 14.000 de legumbres secas, y en ambas ciudades y en Nikolskoe hay almacenadas grandes partidas de carne y pescado en conserva. Finalmente en diversas estaciones del Transiberiano existe ganado en abundancia á fin de proporcionar continuamente á las tropas carne fresca.

Sabido es que una de las mayores preocupaciones de Kuropatkine después de la batalla del Cha-Ho fué reorganizar los servicios de la intendencia de los ejércitos mandchurianos; de lo que dejamos expuesto se desprende que el generalísimo ha conseguido plenamente ver realizados sus deseos en este punto.

Los rusos despliegan, según parece, gran actividad en la Corea septentrional, sobre todo en la región de Ham-Heung, á 50 kilómetros al Norte de Gensán: dícese, en efecto, que tienen 1.500 jinetes y 600 infantes con algunos cañones de pequeño calibre en Puk-Chan, y 3.000 jinetes y 12 cañones en Sung-Chin, habiendo además juntado grandes cantidades de provisiones en esta última localidad.

Dijimos en nuestra última crónica que el emperador de Alemania había conferido á los generales Stoessel y Nogi la condecoración *Para el mérito*. He aquí el texto de las comunicaciones que se han cambiado entre el soberano y estos generales.

Del emperador á Stoessel:

«De acuerdo con vuestro emperador, os confiero la más alta condecoración militar que existe en Prusia, la orden para el Mérito, creada por Federico el Grande para recompensar los servicios extraordinarios de la guerra. Os ruego que veáis en esta condecoración que os confiero la expresión de la admiración suprema y sin límites que conmigo siente mi ejército por vos, por vuestra heroica defensa al frente de vuestras valerosas tropas, fieles hasta la muerte.»



Guerra ruso-japonesa. – El vivaque de los rusos en el Cha-Ho
Noticias de la patria (de fotografía)

Contestación de Stoessel:

«El telegrama de Vuestra Majestad ha llegado á mis manos en uno de los instantes más dolorosos de mi vida. Me siento, como la guarnición de la plaza, profundamente conmovido y honrado por esta concesión de la alta orden de Prusia, que me honrará hasta las últimas horas de mi existencia. Tenga Vuestra Majestad el convencimiento de mi gratitud por la gracia que me ha otorgado. Tengo el honor de saludar á Vuestra Majestad en mi nombre y en el de mis soldados.»

Del emperador á Nogi:

«Con aquiescencia de vuestro gracioso soberano, el Mikado, tengo la satisfacción de conferiros la orden para el Mérito, que constituye en Prusia la más alta distinción militar, y que fué fundada por mi ilustre antecesor Federico el Grande para recompensar los grandes servicios en la guerra. Servíos considerar esta distinción como el testimonio de mi admiración, que conmigo comparte mi ejército, por las brillantes cualidades de jefe que al frente de vuestras valientes tropas habéis demostrado durante el sitio y en el momento de la toma de la fortaleza tan valerosamente defendida.»

Contestación de Nogi:

«Doy á Vuestra Majestad las gracias más sinceras por la bondad que me ha dispensado confiriéndome, á pesar de la poca importancia de mis servicios, la orden para el Mérito. Al aceptar esta orden con la más viva gratitud, ruego á Vuestra Majestad se sirva admitir la expresión de mis sentimientos profundamente respetuosos y leales.»

El gobierno ruso ha dirigido á Wáshington una nota relativa á la violación de la neutralidad por la China; el ministro de Negocios Extranjeros de los Estados Unidos, después de significar al embajador ruso cerca de aquella república las dificultades con que ha de luchar el gobierno chino para observar las leyes de neutralidad en las actuales circunstancias, ha enviado á las potencias europeas y al Japón una copia de la respuesta dada á Rusia, con el objeto de incitarlas á una acción común para mantener el acuerdo mediado entre los beligerantes respecto de la limitación del teatro de la guerra.

En los círculos diplomáticos se considera, por punto general, que China ha hecho constantes esfuerzos para permanecer neutral y que sería injusto hacerla responsable de los actos de los kunghuses como asimismo de otros que no puede impedir.

Las potencias, por su parte, incluso el Japón, han dado la seguridad de que, en las presentes circunstancias, nada se intentará contra la integridad del Celeste Imperio.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Últimos días de la resistencia de Puerto-Arthur.—El general Stoessel visitando en las avanzadas a los sobrevivientes del combate de cinco días y cinco noches.
Dibujo de L. Sabattier

La mejor explicación de esta lámina es el telegrama en que el general Stoessel daba cuenta al tsar, pocas horas antes de entablar las negociaciones para la capitulación, de la situación de la plaza y del estado de sus defensores. En este telegrama, que reprodujimos en la crónica inserta en el número 1.203, decía el heroico caudillo: «Gran soberano, perdónanos: hemos hecho todo lo que era humanamente posible. Júzganos, pero con misericordia. Durante cerca de once meses una lucha no interrumpida ha agotado nuestras fuerzas; sólo una cuarta parte de los defensores, y aun la mitad enfermos, ocupa sin recibir socorro veintisiete verstas de fortaleza, sin poder siquiera alternar para un corto descanso. Los hombres son sombras...»



GUERRA RUSO-JAPONESA. – PASATIEMPOS DE LOS HERIDOS JAPONESES Y DE LOS PRISIONEROS RUSOS EN LIAO-YANG. (De fotografía de Collier's Weekly.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – AL ABRIGO DE LOS PROYECTILES. SOLDADOS JAPONESES DESCANSANDO EN UNA TRINCHERA PROTEGIDA DEL CHA-HO

(Dibujo de Frank Dadd, sobre un croquis del natural hecho por el corresponsal de una ilustración inglesa)

NUESTROS GRABADOS

Roma á vista de pájaro.—Como curiosidad interesante y pintoresca reproducimos las adjuntas fotografías de la ciudad eterna tomadas á vista de pájaro, desde una altura de

Roma á vista de pájaro. – Reproducción de una fotografía tomada desde el globo libre del arma de Ingenieros á 500 metros de altura y remitida por Carlos Abeniakar. – El Coliseo y el Palatino

500 metros, por oficiales de ingenieros de la aerostación militar italiana: en la primera, destácase en el centro el Coliseo; á la izquierda, casi en primer término, se ve el arco de Constantino, del que arranca la vía de San Gregorio, y á la izquierda y algo encima de dicho arco, se distinguen las primeras ruinas del Foro. La segunda representa la parte Noroeste de la ciudad: el puente del centro es el de San Angelo, al extremo del cual está el castillo del mismo nombre; el puente que sigue á la derecha es el llamado de Humberto, que desemboca frente al Palacio de Justicia; el otro puente es el de la Reina Margarita.

Escuchando un cuento, acuarela de Camilo Innocenti.—¡Cuánto bien hizo á la humanidad el primero que imaginó fijar la atención de los niños y educar sus corazones por medio de la narración de un cuento! ¡Cuánto daño, en cambio, hubo de causarle el que, desnaturalizando el verdadero carácter de estos sencillos relatos, despertó con sus concepciones nocivas en las almas infantiles emociones y sentimientos impropios de su edad y superiores á su resistencia psicológica! Los cuentos para la infancia constituyen, en el fondo, uno de los géneros literarios más difíciles: si el autor trata de ceñirse á la realidad, se expone á no interesar á sus pequeños oyentes ó lectores, con lo cual se pierde el efecto moral que en ellos quiso producir; si acude á temas imaginativos, corre el peligro

El vicealmirante japonés Shibayama, actual comandante de Puerto Arthur

de sembrar en aquellos espíritus no cultivados aún semillas de conceptos falsos que más tarde pueden dar frutos perniciosos, ó de engendrar en ellos sensaciones que excitando su sistema nervioso acaso determinen desde luego ó más adelante lamentables estados patológicos. El verdadero mérito del cuentista está en colocarse en el justo medio entre ambos opuestos extremos; en combinar lo real con lo sobrenatural, de modo que se armonicen lógica y naturalmente para llegar á una conclusión

Roma á vista de pájaro. – Reproducción de una fotografía tomada desde el globo libre del arma de Ingenieros á 500 metros de altura y remitida por Carlos Abeniakar. – El curso del Tíber

provechosa, á una enseñanza sana; en hallar la debida ponderación entre la verdad cierta y la ficción más ó menos posible y aun si se quiere absurda, para que juntas penetren en el alma del niño y le hagan pensar y sentir rectamente sin dejar de deleitarle. El celebrado pintor italiano Camilo Innocenti, en la bellísima acuarela que reproducimos ha encontrado, en nuestro concepto, la expresión exacta del efecto que el narrador ha de producir en su auditorio: el que consiga que sus oyentes le escuchen como escucha la niña del cuadro al cuentista invisible, bien puede vanagloriarse de haber realizado cumplidamente su misión, indudablemente mucho más importante de lo que á primera vista parece y de lo que suponen los espíritus superficiales.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se ha estrenado con buen éxito en Romea *La nit del amor*, drama lírico en un acto de Santiago Rusinyol, con música del maestro Morera. Para esta obra ha pintado una bellísima decoración el reputado escenógrafo Sr. Vilumara.

– En la Associació Wagneriana se han dado tres audiciones interesantísimas que han constituído la serie completa de las sonatas de Beethoven para piano y violín. La ejecución de estas diez hermosísimas obras ha corrido á cargo de los notables concertistas Arturo de Greef (pianista) y Mateo Crickboom (violinista), que las han interpretado de una manera irreprochable, alcanzando muchos y muy merecidos aplausos. Felicitamos una vez más y muy sinceramente á la Associació Wagneriana, cuyos esfuerzos y sacrificios en pro de la buena música nunca serán bastante encomiados.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *La conversion d' Alceste*, comedia en un acto y en verso de G. Courteline, y *Hyacinthe ou la fille de l' aphoticaire*, apropósito en un acto de Pablo Gruyer; en el Odeón *Patrimoine*, comedia en cuatro actos de Ambrosio Janvier, y *Petit*, drama en un acto de Albán de Polhes; en la Opera Cómica *Helene*, poema lírico en un acto de Camilo Saint-Saens, y *Xaviere*, idilio dramático en tres actos, letra de Luis Gallet, tomada de la novela de Fernando Fabre del mismo título, y música de Teodoro Dubois; en la Renaissance *La massiere*, comedia en cuatro actos, y *La bonne Helene*, comedia en un acto y dos cuadros, ambas de Julio Lemaitre; en el Nouveau Theatre (L'Oeuvre) *La Gioconda*, tragedia en cuatro actos de Gabriel d'Annunzio, traducida por Jorge Herelle; en el Vaudeville *Petite Peste!*, comedia en tres actos de Román Coolus, y *Sou Excellence Dominique*, comedia en un acto de Juan Thorel, inspirada en la novela del mismo título de Bergeret; en Varietes *La petite boheme*, opereta en tres actos de Pablo Ferrier, música de Enrique Hirchmann; en los Bouffes Parisiens *Merlereau*, comedia en tres actos de Jorge Berr, y *Anne et simple*, pieza en un acto y en verso de Mauricio Allou; en el Palais Royal *Le Chopin*, vaudeville en tres actos de los señores Keroul y Barré; y en el Ambigu *La conquete de l'air*, comedia en cuatro actos y cinco cuadros de C. Audigier y P. Gery.

SOLUCIONES

AL PROBLEMA DE AJEDREZ DEL NÚMERO ANTERIOR

Envío n.º 28. – «Nec pluribus impar.»

1. Tb3-f3, e4×f3; 2. Dc1 f4 jaq., etc.
   Ad8×e7; 2. Tf3×f5 jaq., etc.
   f5 f4; 2. Dc1×f4 jaq., etc.
   e4-e3; 2. Dc1×e3 jaq., etc.
   Otra jug.ª; 2. Tf3×f5 jaq., ó Dc1 f4 jaq., etc.

Envío n.º 29. «Carillon.»

1. Ah3-g2, Rd5 e6; 2. Dc3 e5 jaq., etc.
   Da2-b2, 2. Dc3-c4 jaq., etc.
   Ad7-g4; 2. Dc3-c6 jaq., etc.
   Rd5-e4; 2. Dc3×d3 jaq., etc.
   Otra jug.ª, 2. Dc3×d3 jaq. ó d4 jaq., etc.

AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(conclusión)*

Envío n.º 30 (último). – Lema: «Devinette.»

NEGRAS (6 piezas)

BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Nota. Con este problema termina la publicación de los presentados al Concurso. Dentro de pocos días los jueces señores Tolosa y Marín dictarán el fallo, el cual, junto con la Memoria explicativa, se insertará oportunamente en esta columna.

Interinamente reanudaremos la publicación de problemas escogidos de los autores que más se han distinguido en esta rama del ajedrez.

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



Lina le miró un segundo á los ojos y se vi en ellos entera, hasta el fondo del alma

—Pues bien, sí, todo va bien. Acabo de tener un encargo directo, por el que cobraré, no una comisión, sino el producto íntegro de mi trabajo.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro!

—Es usted muy buena...

Ambos se cogieron las manos con el mismo impulso.

A Pedro le pareció que jamás había tocado aquellas manos ligeras y pálidas que se refugiaron en las suyas como dos tiernos pajarillos. Lina no conocía todavía aquella presión franca y firme de leal seguridad.

Estuvieron hablando mucho tiempo. La joven sentía un goce nuevo compartiendo con aquel hombre un secreto de felicidad ajena. Por fin dijo:

—¿Y usted?

—¿Yo? Yo me quedaré en París.

—No, usted también irá á pasar ocho días en el mar, en Royán, con nosotros... Allí hará usted conocimientos útiles en el momento de las regatas... Uno de estos días vendrá usted á comer con su hermano y Margarita y les presentaré á mi padre...

Pedro no se defendió mucho, poco hábil como era para decir frases y secretamente conquistado por la expresión de leal franqueza de la joven.

Pero al ver el retrato que estaba haciendo Margarita, exclamó:

—¡Qué talento tiene! ¡Un verdadero talento! Ya sabía yo que prometía, pero no hasta ese punto...

—Sí, dijo Lina, que volvió á ponerse seria. Es una artista. G... y S... vinieron hace unos días y quisiera que ella oyese lo que dijeron de este lienzo, que no es aún más que un estudio... Sentí al principio que no estuviera acabado para la exposición, pero me he alegrado después, pues así Margarita tendrá tiempo de trabajar y dentro de un año presentará un cuadro notable...

Pedro entonces habló abundantemente, con una expansión y un sentimiento en todo semejantes á los que había mostrado Margarita, unos meses antes, hablando de los trabajos y de las esperanzas de Raimundo:

Y Lina, al recordarlo, fué presa de una pesada y dolorosa melancolía que le oprimió el corazón como con una mano gigante, hasta arrancarle lágrimas.

Aquella impresión le hizo arrepentirse de la decisión que había tomado un momento antes: mandar enganchar y volver con Pedro á la calle de los Grands-Augustins.

La joven pretextó una jaqueca, un quehacer lejano y olvidado... y Pedro se marchó.

VI

EN LA ORILLA DEL MAR

Un admirable cielo rosado cubría el mar, de un extremo al otro del horizonte, como una campana de cristal; uno de esos cielos de los crepúsculos de junio, en los que el día no quiere morir y cuya belleza parece eterna, cielos de llamas y de flores que vierten aún su claridad cuando la noche que viene de los bosques y surge de la tierra se extiende azul y sombría para llenar el mundo. Más allá de San Juan de Luz se destacaba la punta de Socoa y el enorme y soberbio acantilado; á la derecha, la cadena de los Pirineos; detrás, los prados y los campos dorados por el polvo luminoso del poniente; y delante, el Océano.

Ningún ruido humano subía del caserío de Ciboure, acostado al pie del fuerte de Socoa y lleno, sin embargo, del movimiento rumoroso de una población de pescadores en la que se percibía distintamente el acento gutural y profundo de la flexible y violenta lengua vascuence.

Pero la inmensa voz del mar pasaba por la orilla, por la montaña y por los hombres y dominaba los débiles sonidos de la vida. En aquella tarde, sin embargo, el mar estaba tranquilo. Vistas desde lo alto, sus olas regulares parecían ligeras ondulaciones y su potente flujo mordía la playa con un sordo murmullo parecido á un rumor de alas.

Entre las rocas, resguardada por un repliegue del terreno y envuelta en un gran mantón, estaba Julieta sentada, y todo su ser, sus ojos inmensos, su cutis luminoso y sus brazos medio abiertos parecían aspirar, beber y llenarse de todo el esplendor clemente del cielo, del agua y del aire. La embriaguez de la vida la bañaba por entero y, mezclada con su sangre, circulaba en ella la sangre inmaterial de la naturaleza.

A algunos pasos estaba Margarita echada en la hierba y oyendo á Raimundo, que leía en voz baja, en una voz que sólo ella oía, un poema en verso.

Cuando acabó de leer, el joven la miró y hubo entre ellos un momento de silencio mortal.

Por fin, llenos de opresión, hablaron, y Raimundo dijo con un ademán que abrazaba el horizonte:

—¡Qué hermoso!

Margarita cerró los ojos, como para ver más bellas y más dulces cosas, y contestó:

—¡Es bueno!..

Después sintió cuidado por Julieta, á causa de la frescura de la tarde, y los tres volvieron á la casa.

En la sala enladrillada, llena de un olor de sopa y de legumbres al que se mezclaba el dulce perfume de una madreselva que ocultaba en parte la ventana abierta, los tres se sonrieron como si se encontraran mejor entre aquellas paredes. A poco entró del jardín la prima política de Raimundo, casada con un Etcharre, empleado en el fuerte de Socoa.

Como todas las tardes hacía seis semanas, la buena mujer se admiró al ver el buen color de Julieta y sus progresos desde por la mañana.

Margarita, que no creía aún en aquel milagro de resurrección, abrazó tiernamente á su hermana, convertida en su hija á causa de la pena que le había causado. Margarita estaba maternal é incansable con Julieta.

Después de comer, acostó á la convaleciente, y al ver que todavía brillaba fuera una incierta claridad,

volvió á salir... En la sombra adivinó que había alguien.

—¿Quién está ahí?.. ¿Es usted, Raimundo?..

—Yo mismo.

Y la joven pareció surgir al lado de Raimundo, con su traje de batista blanca.

El muchacho se estremeció y miró intensamente aquella cara deslumbradora, rosa y rubia, y la luz de aquellos ojos y de aquellos dientes, descubiertos en una deliciosa sonrisa de dicha y de reposo.

—¡Ay, amigo mío!, dijo Margarita, ¡qué buena, qué exquisita, es la vida aquí!..

—Sí, un sueño..., murmuró Raimundo con voz ronca y comprimida.

La joven se sintió alarmada de repente, sin saber por qué.

—¡Cómo dice usted eso, Raimundo! ¿No es usted feliz como nosotros, como yo? ¡Oh! Yo, se lo juro á usted, no recuerdo haber vivido nunca más en paz... Soy feliz, feliz... ¿Y usted?

—¡Y bien, no, yo no!.., dijo el joven casi brutalmente.

Margarita se detuvo y apoyó la mano en el brazo de Raimundo.

—¿Qué hay, amigo mío?.. Pero sí..., ya lo sé... Piensa usted sin duda que no estamos todos juntos... Mi madre y los pequeños han podido ir á disfrutar un poco del campo en los alrededores de París; pero ese pobre Pedro está trabajando mientras nosotros estamos aquí libres y descuidados... Lo pienso muchas veces, pero hay que creer que es una muy egoísta cuando se siente fuerte y contenta y no puede evitar el ser dichosa...

Raimundo echó á andar sin responder y la joven le perdió de vista, pero le alcanzó y le dijo después de un momento:

—¿Verdad que es eso, Raimundo, lo que le impide á usted estar alegre y contento? He observado que tiene usted muy á menudo esa cara triste que á mí no me gusta...

—¡Como si hubiese alguna cara mía que le gustase á usted!

—¿Por qué dice usted eso?.. Ya sabe usted que le quiero mucho, mucho...

—Sí, mucho..., eso es, dijo el joven con amargura.

Y sus palabras, que Margarita oía sin ver al que las pronunciaba, le produjeron un efecto extraño. Su corazón se puso á latir con fuerza; pero Raimundo seguía andando, y así llegaron los dos, con el alma en tumulto y los labios mudos, hasta el borde de las rocas.

Reinaba allí una fluida y argentina claridad de agua y de estrellas. ., estrellas innumerables, que llenaba el cielo con un raudal de pedrerías cuyo reflejo rodaba por el hirviente mar...

Raimundo se dejó caer en la hierba, todavía tibia de sol, y dijo sollozando:

—¡Ah! Quisiera morirme...

—¡Morir!, exclamó Margarita.

Y no pudo añadir ni una palabra, pues era demasiado imprevista y asombrosa aquella queja de niño desesperado, proferida en medio de tal serenidad. Pero Raimundo se levantó, le cogió las manos y dijo llorando:

—Sí, porque amo á usted, porque es usted todo mi sueño y todo mi deseo...

Margarita pensó á pesar suyo en las frases que había leído en las novelas; pero se conmovió sin embargo, pues todo era cómplice á su alrededor para conmoverla.

La joven buscaba en vano una palabra para tranquilizarle, pero no la encontraba. Raimundo seguía diciendo:

—Pero amar no sería un dolor y una desesperación. No, no es eso solo... No lo sabe usted todo... Hablaba usted de Pedro hace un momento... Pues bien, estoy celoso de él, porque usted le ama, porque...

—¡Yo!.. ¿Yo amo á Pedro?

—No, ¿verdad? ¿No le ama usted?, preguntó Raimundo ardientemente cogiendo las manos de Margarita.

La joven pensó que no había ella negado absolutamente y que aquel muchacho creía haber oído lo que él deseaba. Sintió miedo al verle en el paroxismo de su pasión, mientras Raimundo cubría de besos sus manos y murmuraba:

—¡Ah, Margarita, Margarita!.. ¡Cuánto he sufrido! Y es que parecía que entre nosotros había muchas cosas... Yo no tengo fortuna ni una posición que ofrecer á usted..., pero trabajaré..., ya verá usted..., tengo confianza..., la tengo ahora... Hace un momento todavía me torturaba el pensar que amaba usted á Pedro..., y sentía celos de él..., de mi hermano... ¡Oh! Ahora me avergüenzo... ¡Qué loco soy!..

Y Margarita vió pasar por su cara una especie de sonrisa de éxtasis seguida inmediatamente de una expresión de temor.

—¿Pero no dices nada, Margarita? ¡Oh! *¡Dime que me amas!*

Margarita creyó entonces oir palabras que ya había oído otra vez, cuando un hombre que decía que la adoraba la interrogaba así, y cuando ella, engañada por el espejismo de las primeras palabras de amor, las había confundido con el amor mismo y se había dejado convencer sin saber por qué ni cómo... El secreto de sus sentimientos y de sus sensaciones de entonces se reanimó y volvió á vivir, y precisamente por no estar ya falta de experiencia, su conciencia se mantuvo libre y firme.



Pasaba horas enteras leyendo, echada en su estudio (pág. 69)

—Amigo mío, dijo, le juro á usted que no amo á nadie, pero no me pida que le responda ahora... No esperaba lo que usted acaba de decirme...

En este momento, Margarita se dió cuenta de que mentía un poco y se calló un segundo. Después continuó:

—Déjeme usted reflexionar y prométame no decirme locuras como las de hace un momento. ¿Quiere usted?...

Pero Raimundo no oía nada y Margarita desconfiaba ya de ver acabarse aquella escena, que le producía una peligrosa excitación nerviosa, cuando se presentó Francisco Etcharre con su pipa en los labios y se puso á hablarles del tiempo y de la pesca, cosas rudas y sencillas sobre su humilde y peligrosa tarea cotidiana, que eran precisamente las que hacían falta para serenar aquellos corazones turbados.

VII

UNA CARTA

Pedro subía la escalera jurando contra la economía de su casero y de los porteros, que con el pretexto de que estaban en julio no encendían el gas hasta las nueve y media, como si la magnificencia del verano se conociese jamás en aquella estrecha y obscura espiral.

Nuestro amigo tropezaba á cada paso, sin ver gota, y apretaba preciosamente en la mano un sobre que acababan de darle y en el que había conocido la letra de Margarita.

No bien estuvo en su casa y en cuanto encendió la lámpara, se apresuró á abrir la ventana del comedor, pues se aspiraba un fuerte olor de grasa y de fritada que venía de una cocina próxima. Todas las noches sentía una impresión igualmente triste al encontrarse allí solo. Durante la ausencia de su hermano había suprimido la asistenta y comía en la fonda.

Nunca, sin embargo, decía esas impresiones en sus cartas á los ausentes.

Desgarró apresuradamente el sobre, escrito por una mano conocida y que le hacía esperar una larga carta; pero sufrió una decepción, pues sólo encontró unas líneas con lápiz como acompañamiento de una página cubierta de la escritura desigual y torpe de una niña.

«Querido Pedro: Adjunta una carta de Julieta. ¡La pobre está tan orgullosa y tan contenta porque puede escribir! Tiene alguna vergüenza por haber olvidado lo que sabía, pero ha querido que sus primeras líneas fuesen para usted después de nuestra madre.

»No puedo escribir á usted más por hoy.

»Su agradecida amiga.—Margarita.»

Pedro dió un suspiro y dijo después, como hombre razonable: «Otra vez será.» En seguida, enternecido ya al ver las tímidas líneas de Julieta, leyó:

«Nuestro querido amigo: Pienso en usted continuamente, aun pensando en otra cosa, porque sé que por usted puedo estar aquí... Recuerdo cuando me contaba usted historias de su país; ahora estoy yo en él y creo que es un sueño y que me voy á despertar como antes... Voy á contar á usted lo que hacemos. Estamos fuera de casa todo el día; Raimundo se echa boca abajo en la hierba y escribe, escribe... De repente lo deja y se pone á mirar á Margarita, que está pintando, y ella entonces levanta la cabeza, le mira también y se sonríe. Raimundo parece haber encontrado lo que buscaba. Es gracioso, yo hablo mucho menos que cuando estaba mala, pero me gusta escuchar, y aunque no siempre comprendo, me da gusto verlos á los dos hablando de prisa, de prisa y mucho, como si no tuvieran tiempo de decírselo todo durante su vida. Cuando se cansan de trabajar, se van á paseo y la señora de Etcharre se queda conmigo. Es muy amable y la quiero mucho. Cuando vuelven Margarita y Raimundo, no hablan apenas y andan muy despacio, como si estuvieran dormidos. Pero lo que á mí más me gusta es el mar; creo que no hablo casi nunca para oirle mejor. He escrito mucho y estoy cansada. Me siento muy bien, y aunque no estoy muy gorda todavía, he crecido, he crecido...

»Le quiere á usted de todo corazón. —Julieta.»

«P. S.—Margarita dice que mi carta es ridícula y me da pena, porque he escrito todo lo que pensaba y creí que le gustaría á usted. He llorado y Margarita envía mi carta de todos modos, pero estoy muy triste. ¿Es verdad que no le gusta á usted mi carta?»

Pedro dió dos vueltas por la habitación y después se sentó en una silla, con la vista fija en un punto del espacio. Sus parpados pestañearon... Sin duda le hacía daño la luz de la lámpara... La apagó y el cuarto obscuro quedó en silencio... Parecía que no había allí nadie, y había, sin embargo, un mundo de amor y de pena.

Después de mucho tiempo, Pedro dijo en voz baja:

—¡Bah! ¿Qué importa si son felices?..

VIII

HERMANO RAZONABLE

—Y bien «hermano razonable,» ¿no se aburre usted un poco con nosotros los frívolos?..

Y Lina se presentó delante de Pedro, que estaba fumando, recostado en una mecedora, debajo del cobertizo de cristales. En la sonrisa de la joven había un no sé qué indefinible, pero lindo y dulce.

—¡Aburrirme!.. Hace usted mal, Lina, de burlarse así de mi salvajismo de oso... Ya sé que á veces soy incorrecto con mis distracciones; pero...

—¡Vamos allá! Si se pone usted ahora á hacer frases, perderemos las amistades .. Quedamos en que usted no se aburre... Pues es usted muy feliz, porque yo me fastidio soberanamente...

Y Lina bostezó como una joven pantera cansada y nerviosa. Pedro la miró muy perplejo.

La joven se sentó en otra mecedora y se puso á columpiarse ligeramente, con la vista fija en los cristales llenos de enredaderas y de pámpanos.

—¡Hace calor!. ¿No le parece á usted?

Pedro se echó á reir.

—Puedo asegurar á usted que cuando salgo de mi entresuelo, empezando por el tejado, de la calle de los Grands-Augustins, donde la semana pasada se cocían los huevos solos en la alacena, no puedo quejarme del calor que aquí se siente. Esta casa de la pereza y de las delicias resulta peligrosa para mí, con su aire del mar y de los pinos, con esas persianas y esos lujos...

—¡Bah! Papá se encarga de hacerle á usted trabajar... Desde que se le ha puesto en la cabeza su lancha...

Pedro pareció ponerse muy contento.

—Pronto la tendrá en el agua, se lo juro á usted. Esta mañana he estado en el astillero...

—¿Otra vez? Es usted insoportable por tomarse tal trabajo y estoy por enfadarme... Pero no me enfado porque hace mucho calor.

Pedro se atrevió á decir:

—Tiene usted, sin embargo, un traje que debe de ser ligero.

—¡Hola, hola! ¿Se digna usted reparar en mi vestido?.. ¡Qué progresos, «hermano razonable!» Pues bien, confiese usted que es una obra maestra mi traje...

Lina se levantó y dió una vuelta delante de él, exquisita, alta y flexible como una flor en su cubierta de muselina rosa de lunares, ensanchada con volantes en el bajo de la falda, en el pecho y en las mangas y con incrustaciones de *valenciennes* que dejaban adivinar la piel.

—¿Cuándo vamos á las grutas de Saint-Georges?, preguntó volviéndose á sentar.

—Cuando usted quiera.

—Iremos á pie mañana temprano, ¿quiere usted?.. ¡Ah! ¡Ahí vienen los demás!.. ¡Qué fastidio!.. De modo que es verdad..., no se aburre usted aquí..., está usted contento...

Y Lina, muy cerca de él, le decía esto con una especie de inquieta vivacidad. Pedro pensó:

-¡Qué buena y qué amable es!

Y dijo que sí con una de esas sonrisas en que aparecía toda su alma ingenua, tierna y honrada.

Sin embargo, Lina le asustaba siempre un poco con su gracia algo libre. Pedro no se acostumbraba á verla mostrar con los huéspedes de su padre, casi todos artistas parisienses, aquella alegría atrevida y burlona que él sabía fingida.

Estaba seguro, porque la joven le había hablado con un abandono de perfecta seguridad y le había hecho confidencias completas por lo mismo que él las aceptaba sin frases.

Cuando, sola con él, estaba triste, se lo confesaba y le decía en sencillas palabras las razones profundas y lejanas de esa tristeza. Pedro respondía con palabras precisas en las que nunca se veía el vacío, como en una melodía justa y armónica.

Aquellas temporadas de Royán eran generalmente insoportables para Lina.

No tenía más intimidad con su padre que en París, aunque le tuviese más continuamente á su lado, y esto no compensaba para ella el libre recogimiento en que vivía, como una prisionera voluntaria y un poco bohemia, en su estudio de París. Su padre hubiera hecho ir medio mundo á su quinta de Royán si ésta hubiera sido bastante grande.

Pero como no lo era mucho y los invitados iban por series, era aquello un desfile casi continuo, pues se trataba de una casa donde se divertía la gente. El lujo un poco loco, la libertad un poco extravagante algunas veces, el encanto de todo un lote de mujeres guapas y alegres y la mala lengua de sus maridos, padres ó hermanos para con los colegas ausentes, eran como una espuma ligera, chispeante y embriagadora. Lina, acostumbrada á aquella atmósfera desde pequeña, la aborrecía, y Pedro estaba confundido al ver que la joven podía disimular su aborrecimiento hasta el punto de parecer, á veces, el alma misma de aquel círculo.

Y así se lo dijo francamente una tarde en que fueron solos al *bosque sagrado*. Se llama así en aquel país á un bosque profundo y maravilloso que hay en los alrededores de Royán, cerca de la vereda de Meschers.

Las espesuras están allí pobladas de una dulzura misteriosa, y estando tan cerca del camino y de la ciudad, aquel bosque parece lejano como si se hubiera refugiado en él el alma antigua de la selva mutilada.

Lina, silenciosa y con las pestañas entornadas sobre sus ojos de oro, pensaba en la dicha *posible* que sería el estar siempre allí con un ser que ella amase y por el que fuese amada. Pedro, que la miraba con su buena cara tierna y sin máscara, se quejaba afectuosa y simplemente de que Lina no se mostrase siempre así.

-Siendo usted tan franca, no se la ve casi nunca *verdadera*...

Lina le dejaba hablar.

-Es usted indescifrable para todos...

-No para usted, que conoce punto por punto mi carácter y que trata de probarme que soy una insensible..., un corazón de mármol...

—¿Lo ve usted? ¿Para qué esa necesidad de disimular ahora mismo su verdadera impresión? Mientras yo hablaba, lo sé, estaba usted pensando: «es verdad; acaso un día pasaré al lado de alguien que me amaría *tal como soy en el fondo* y no como aparento ser...» Y esa idea le ha dado á usted miedo... Confiéselo... ¿Por qué negármelo á mí, que conozco á usted tan bien y que soy para usted como un hermano mayor?

Lina le miró un segundo á los ojos y se vió en ellos entera, hasta el fondo del alma. A la luz tranquila y tierna de aquellos ojos reconoció la nueva verdad: amaba..., le amaba...

Sus labios temblaron y él lo vió; su corazón se llenó de angustia; pero Pedro fué ciego para esto y siguió diciendo:

—Ya ve usted que tengo razón...

—¿Razón?, dijo Lina, mientras se quitaba con cuidado las hojas de pino pegadas á su falda; ¿razón?.. Claro está... ¿No es usted el «hermano razonable?..»

Al marcharse, dijo Pedro mirando las magnificencias del sol poniente:

—¡Qué hermoso país! Quisiera que Margarita pudiese verlo...

—Yo también quisiera..., respondió Lina, y por primera vez, mintió á sabiendas.

* * *

En aquella misma noche, después de comer, Pedro vió que el Sr. Morel entregaba á Lina una carta abierta y, mientras la leía, la miraba con inquieta atención. La joven se puso la carta en el cinturón, y dijo en alta voz:

—¡Muy bien!

El padre pareció un momento indeciso, atusándose el bigote, tan claro que no se sabía si era rubio ó blanco, y dijo unas palabras que no se oyeron, á las que Lina respondió con otro «Está bien,» más vibrante todavía.

Poco después, Pedro la encontró singularmente nerviosa, con un aspecto más libre que nunca y con una abundancia más acentuada de risas febriles y de palabras atrevidas.

Como un hurón incorregible, el joven se refugió en el billar, entonces desierto, y un gran rato después Lina pasó sin verle, llevando en su bella cara una expresión desolada. Pedro la detuvo.

—¿Qué tiene usted?, le dijo. Hay algo que la atormenta...

Lina se echó á reir.

—¿De dónde se saca usted eso?

—De su aspecto de usted, sencillamente.

Lina, entonces, no pudo resistir.

—Tengo... esto, dijo, sacando del cinturón de pedrerías que oprimía su talle la carta arrugada que le había dado su padre.

—¡Ah!, dijo Pedro, y no preguntó más, un poco cortado.

Pero ella continuó, impulsada por aquella fuerza invencible de abandono que desnudaba su corazón delante de él.

—Y esto representa una mujer, una linda mujer, que llega mañana: la señora de Sorgue; condesa Rosita en la intimidad; una guapa viuda un poco atrasada y la más interesante conquista de mi señor padre... Los ha invitado, á ella y á su hermano, sin decírmelo, y esta es la respuesta..., excesivamente correcta, eso sí, una carta que se puede enseñar á una hija... Mil excusas del hermano, que tiene que hacer en otra parte; pero ella acepta «para venir á ver á su querida Lina...» ¿Comprende usted? Aquí estoy yo para salvar las situaciones... ¡Pero no me mire usted con esos ojos asustados!..

Pedro, dócil, bajó los ojos. Lina volvió á reir, y apoyada en el billar, con los codos hacia atrás, en una bella actitud de rigidez y de cansancio, siguió diciendo más bajo:

—Me dirá usted que no es, sin duda, la primera vez que tengo que servir para tales arreglos y que no es mi aspecto el de una muchacha que se asusta por tan poco...

Pedro no decía nada.

—Es verdad, pero esta vez, sin embargo, pasan las cosas de un modo demasiado... abierto. ¡Las conquistas de papá!.. Algunas he visto..., pero no hay que decir que no me importan cuando llegan á ser tan notorias como hoy y se me imponen tan directamente.

Su voz subía de tono en una repentina explosión de cólera, y Pedro, para impedir que la oyeran, se levantó, le cogió las manos y trató de calmarla, como á un niño nervioso, con palabras afectuosas.

(Continuará)



Y Lina se presentó delante de Pedro, que estaba fumando, recostado en una mecedora

EL ARTE PRIMITIVO,

TAL CUAL LE VEMOS EN LAS PIPAS DE FUMAR

Pipas artísticas para fumar tabaco, cáñamo y tusílago, se encuentran en todos los países.

En el presente artículo, es mi principal objeto mostrar al lector las pipas fabricadas por los pueblos más ó menos salvajes, más ó menos civilizados, de las diferentes partes del mundo. Como América es la cuna de la pipa de fumar, principiaré por ella.

En el museo Blackmore, de Salisburg, hay, sacadas de las tumbas del Ohío, algunas curiosas pipas de piedra, que se hallaron mezcladas con utensilios de sílice.

Su inmensa antigüedad queda probada por el hecho de que fueron obra de los hombres de la edad de piedra, contemporáneos de los animales desaparecidos desde remotos tiempos y á los que con frecuencia representaban en sus dibujos. El grabado núm. 1 representa algunas de las que se hallan en el museo Blackmore. Nótese que en todas ellas el objeto está representado de cara al que ha de fumar. Puede con confianza darse por seguro que los indios del Norte América heredaron el hábito de fumar, á través de muchas generaciones, del hombre prehistórico. Los indios norteamericanos fumaban el calumet, ó pipa de paz, en prenda de amistad, y el tomahawk, ó pipa de guerra, como símbolo del combate.



Fig. 1.-Pipas de los indígenas de Ohío (Museo Blackmore)

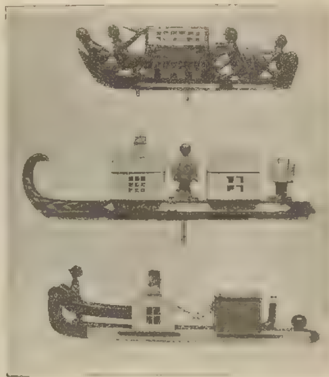


Fig. 2.-Pipas de los indígenas de Vancouver (Museo Británico)

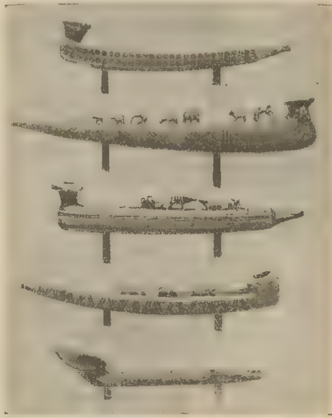


Fig. 3.-Pipas de los esquimales y siberianos (Museo Británico)

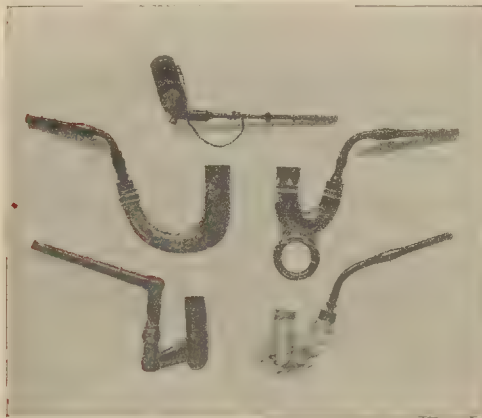


Fig. 4.-Pipas de los cafres del Africa del Sur



Fig. 5.-Pipas tomahawk de los indios de la América del Norte (Museo Británico)

Esta pipa era al principio de piedra negra y metal. En el grabado n.° 5 se ven algunas pipas del Museo Británico, cuyos braserillos se hicieron en Inglaterra y que se usaban para traficar con los indios, quienes los buscaban con gran ahinco y los tenían en mucha estima. Los indios frecuentemente grababan los braserillos del tomahawk, ó adornaban el tubo con plumas de águilas, etc.

La que en el grabado se ve muy adornada, perteneció á Shougbow, jefe de los indios senecos.

Los habitantes de la isla Vancouver forman unas pipas muy curiosas con trozos de piedra negra, cubriéndolas con frecuencia de infinidad de dibujos grotescos, de figuras, culebras, lagartos, etc. El grabado n.° 2 representa tres, muy notables, del Museo Británico. Pertenecieron anteriormente á la célebre colección Bragge.

Las hay que pueden llamarse pipas de Arcas de Noé, en cada una de las cuales se ve una casa groseramente hecha, cuya chimenea viene á ser el recipiente de la pipa y la quilla del bote el tubo: la casa, en la mayoría de los casos, tiene ventanas de cristales y el casco del bote incrustaciones de hueso.

Algunas de esas pipas están hechas por completo de pizarra y son más comunes que las anteriores.

Las pipas de los esquimales y siberianos presentan tan mucho arte aplicado á la historia natural, como puede verse en el grabado n.° 3. Las cuatro primeras son de hueso de ballena, talladas de un solo trozo. En la segunda se ven numerosos animales de relieve (osos, ciervos, perros, etcétera), y en los lados y parte superior adornos hechos con instrumento punzante, rellenas las incisiones con una pasta negra. En la tercera se ve un hombre en un trineo y otros animales de relieve. La última proviene del valle del rio Lena, Siberia Oriental, y está esculpida en un colmillo de mamouth, con una boquilla de madera. Todas ellas están en el Museo Británico y pueden llamarse pipas árticas.

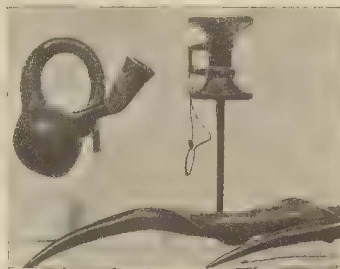


Fig. 6.-Pipas de los indígenas del Zambezé, Africa Oriental

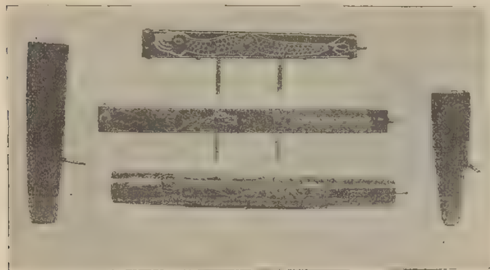
En la América del Sur se encuentran pipas muy curiosas y dignas de atención, como puede comprobarse examinando el grabado n.° 7.

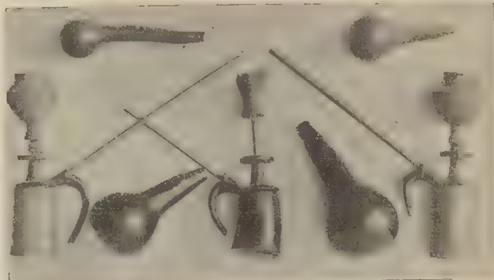
Las tres centrales son del Paraguay. Están hechas de madera, en la extremidad mayor hay un agujero de forma cónica, en el que se introduce un rollo de hojas de tabaco, y en la otra una caña pequeña, que sirve de boquilla. Los lados tienen dibujos grabados representando una serpiente grande, un leopardo y otras figuras y adornos.

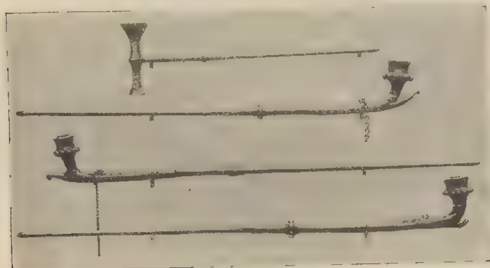
Si examinamos las pipas del Africa, veremos que son de todos los materiales imaginables y están llenas de dibujos; véanse, por ejemplo, las del grabado núm.° 11. Proceden del país de los ashantis y todas son de arcilla roja, de varias formas, tales como un leopardo con manchas y líneas incisas rellenas de blanco.

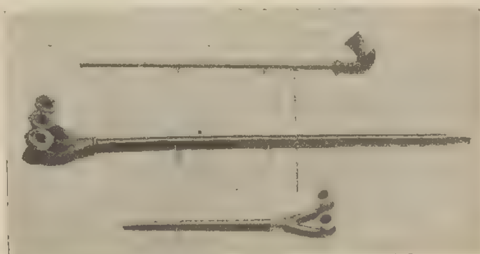
Las del Africa Central y Oriental tienen braserillos de madera y barro y boquillas de calabaza.

El objetivo principal que persiguen los naturales de esas comarcas en la confección de sus pipas es que el braserillo sea de gran amplitud. Con frecuencia son mayores que los de las más grandes pipas de porcelana alemanas. Las llaman Dinka, ó pipas del valle del Nilo. El recipiente es por lo general de arcilla rojiza, trabajado en la parte exterior en una forma parecida á la del cristal esmerilado; el tubo es de bambú y muy grueso; la unión entre éste y el braserillo queda bastante herméticamente cerrada poniéndole alrededor un pedazo de cuero sin curtir, y una calabaza larga y estrecha forma la boquilla. Si proseguimos un poco más al Sur, hasta el río Zambezé, hallaremos pipas hechas según el modelo del narguí-


Fig. 7. – Pipas de los indígenas del Paraguay y del Perú


Fig. 8. – Pipas de los indígenas de Burma, Africa del Sur


Fig. 9. – Pipas de bronce de los indígenas de Sumatra (Museo Británico)


Fig 10. - Pipas de los rusos asiáticos (Museo Británico)

lé turco, con tubos ó más bien boquillas de cuerno y una caña de unas cinco ó seis pulgadas de largo, á la que se adapta un recipiente algunas veces de piedra, las más de barro ó madera.

Las que se ven en el grabado n.° 6 están hechas de cuernos de antílope: son de forma elegante y en espiral, y el tubo queda asegurado en un agujero hacia su parte media; la boquilla se introduce en él, y la unión se cubre cuidosamente para que no penetre el aire. El cuerno está casi lleno de agua. Los recipientes de los citados ejemplares son de madera. Las usan para fumar el cáñamo silvestre *(Cannabis Indico)*. La segunda pipa tiene, en la parte anterior del quemadero, un reborde muy curioso y se asemeja algo á un cepillo de carpintero. También las pipas redondas, en forma de calabaza, con recipientes de arcilla roja, se usan mucho en el río Zambezé, en el distrito del Africa Oriental.

En el Africa del Sur vemos que los cafres fabrican pipas con braserillos de serpentina esculpidos, verdes, blancos y pardos de todos los matices. Los recipientes de algunas recuerdan bastante los de fabricación europea; en efecto, tienen mucho parecido con las pipas holandesas de madera que, sin duda alguna, les sirvieron de modelos. Los indígenas aprecian mucho esa clase de pipas, algunas de las cuales se reproducen en el grabado n.° 4.

Dirijámonos ahora al Asia, donde hallaremos pipas hechas de toda clase de materiales y de gran variedad de formas. En la China, donde se dice que hay trescientos millones de fumadores, se fabrican en inmenso número.

Se usan en China tres clases de pipa: la pipa de agua, en la que fuman las señoras, con frecuencia exquisitamente adornada con esmaltes é incrustaciones; la recta, con pequeño recipiente de metal, y la de fumar opio, algunas de las que son de azabache y de casey, como también de piel de zapa bruñida, de esmalte y de bambú. Con frecuencia se las ve con quemaderos de finísima porcelana y plata admirablemente trabajada y algunas finamente incrustadas y pintadas con colores y oro. Los tubos de las pipas de opio suelen ser de marfil esculpido.

En Burma (fig. 8) la pipa más común es la de bambú; lo cortan por el nudo y otro bambú más pequeño, ú otro tubo, se inserta en él para servir de boquilla. Otras vasijas muy curiosas, de mucho uso en Burma, son los tubos ó pequeñas calabazas para nicotina, la que se hierve primero y luego se coloca en esos tubos ó pequeñas vasijas. Se la ofrecen unos á otros los indígenas al saludarse como prenda de amistad, mojando en la nicotina la punta del dedo, que luego se llevan á la boca.

Hay otro tipo de pipas hechas de calabazas. Hemos visto una traída del montañoso distrito de Aracán por un viajero que vió á su antiguo dueño fumar en ella. La calabaza tiene treinta y nueve pulgadas de longitud y pendiente de la misma hay una varilla de un paraguas europeo, que sirve de punzón para limpiarla. Se aspira el humo después de pasar por un recipiente con agua, lo mismo que se practica con el narguilé.



Fig. 11. Pipas de los ashantis

En la Rusia asiática se encuentran pipas muy curiosas, con uno, dos y tres recipientes, en los que se puede fumar simultáneamente otras tantas clases de tabaco ó mezclas; de modo que el fumador aspira á un tiempo tres especies diferentes de humo.

En el Museo Británico se hallan las representadas en el grabado n.º 10, que proceden del Cáucaso. Todas están montadas en plata y nieladas del mismo metal; una de ellas tiene también de plata una cadena y punzón.

Las pipas de Java y de Sumatra son muy raras y dignas de atención. Cuatro de esta última isla están representadas en el grabado n.º 9. Todas son de bronce y de unas treinta pulgadas de largo.

La que está en la parte superior es de las que se llaman de cabeza de martillo. Los tubos de las otras están embellecidos con curiosos adornos entrelazados y nudos en alto relieve y la mayoría tienen un punzón sujeto á una cadena pequeña, que sirve para limpiar el recipiente. Esas pipas de Sumatra también pertenecen á las colecciones del Museo Británico.

En Nueva Zelandia encontramos una de las clases de pipas más extraordinarias. Está hecha de palo de hierro ó quiebrahacha. En la base de un tronco informe hay esculpidas dos figuras y por la parte opuesta termina en una estaca aguzada, para poder introducirla en el suelo. El maorí, para fumar en esa obra de arte, tiene que ponerse en cuclillas y en esa posición se recrea con la aromática planta. Las figuras están esculpidas representando en la cara y miembros el tatuaje de los mokos, así es que esta pipa es en extremo característica. Hay un ejemplar en el Museo Británico.

Hay otras varias clases de pipas artísticas en la India y en Persia, pero el espacio de que dispongo no me permite describirlas en este artículo.

Aquí debo manifestar mi gratitud á Mr. Read por haber tenido la bondad de permitirme fotografiar algunas de las pipas de las salas etnográficas del Museo Británico. Los otros grabados en que no se indique que las pipas representadas proceden de dicho museo, representan otras de la colección Horniman.

Ricardo Quick.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV ← Barcelona 6 de febrero de 1905 → Núm. 1.206



SOL Y SOMBRA, cuadro de Guillermo de Grau. (Salón Parés)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Las cuestiones de límites y el arbitraje de España: *Honduras y Nicaragua: Ecuador y Perú*. – *Guatemala:* la Exposición nacional y las fiestas de Minerva. – *Panamá:* solución del conflicto con los yanquis: peligros probables. – *Paraguay:* la paz y el nuevo gobierno. – *Uruguay:* fin de la guerra civil. – *Chile:* los liberales: el tratado con Bolivia. – Los Estados Unidos del Plata.

Los representantes de Honduras y Nicaragua, reunidos en Guatemala bajo la presidencia del decano del Cuerpo diplomático allí residente, para nombrar, de común acuerdo, el árbitro que habrá de decidir acerca de la cuestión de límites pendiente entre ambas Repúblicas, designaron á S. M. el rey de España D. Alfonso XIII.

No podía menos de ser así—dice la prensa de Tegucigalpa—porque existiendo en España, como en ninguna otra parte, pruebas auténticas y fehacientes y documentos incuestionables para la resolución de los conflictos territoriales que surgen á diario entre los pueblos americanos, en el Archivo de Indias, en el de Simancas, en el de Alcalá, en el de la Iglesia de Sevilla, un día metrópoli de las de América, en los particulares de las casas de Veragua, de los marqueses del Valle y de la Conquista, de los condes de Revillagigedo y en tantos otros, lógico es que cuantos persigan la justicia y la equidad, hayan de recurrir allí donde está la fuente de que pueden manar y manan en realidad, y donde los derechos pueden ser puestos en claro con mayor suma de elementos.

***

El comisario real que, según el protocolo de febrero de 1904, debía designar el monarca español, está ya elegido y ha llegado á tierra americana. Es el señor Menéndez Pidal, de la Academia española y catedrático de la Universidad de Madrid.

Cumple al Sr. Menéndez Pidal estudiar en los archivos de Quito y Lima todos los documentos que allí existan y puedan servir para apreciar los altos intereses que envuelve la controversia de límites entre el Ecuador y el Perú.

Con los antecedentes que recoja el comisario, los documentos que existen en los archivos de España —algunos ya impresos y publicados—y tomando además en cuenta principios generales de derecho y de equidad, procurará seguramente el árbitro dictar fallo que satisfaga á las partes.

Este litigio, ha muchos años planteado, exige pronta solución. Ha habido recientemente choques entre peruanos y ecuatorianos, los ánimos se apasionan en una y otra República, y España está obligada á proceder con actividad y con celoso empeño en la noble misión de paz y de concordia que se le ha encomendado.

En el verano de 1904, á fines de julio, en la región del Napo y de sus afluentes el Aguarico y el Cararay, es decir, en la zona oriental donde unos y otros pretenden ejercer soberanía, combatieron soldados del Perú y del Ecuador, llevando éstos la peor parte. En noviembre se dijo que los vencidos iban á buscar el desquite en la misma región.

Se escriben en el Ecuador artículos y hasta libros de batalla. «Defensa Nacional» se titula el publicado por Ramón Ojeda. «El Perú—exclama—retiene la comarca ecuatoriana del lado derecho del Amazonas y pide Galápagos y Guayaquil... Quiere una parte de Loja y pretende avanzar por la costa hasta Jambelí... Si la guerra sólo puede salvarnos, ¡bendita sea la guerra!.. La salvación del Ecuador y de nuestros hogares y bienes depende única y exclusivamente de la fuerza..., desatender nuestra defensa es un crimen de lesa patria...»

¡Que la fortuna y el acierto favorezcan al árbitro y consiga, con su fallo, establecer el imperio de la razón y del derecho sobre las brutales apelaciones á la fuerza!

***

Con buenos auspicios se anuncia el nuevo período constitucional de Guatemala, para el que fué reelegido el Sr. Estrada Cabrera. Van acallándose los que, con motivo de la reforma de la Constitución, procuraban que resurgieran antiguas rivalidades ó disentimientos, más bien personales que políticos, el deseo de unión y concordia gana los ánimos, hay tranquilidad en todo el país, el gobierno inspira confianza, y á las grandes manifestaciones del trabajo y de la cultura intelectual consagra ahora todos sus esfuerzos y todos sus entusiasmos el pueblo guatemalteco.

Con una magnífica Exposición Nacional, reflejo fidelísimo de los progresos realizados por Guatemala en estos últimos años, festejó la República el aniversario de la independencia de la América central (15 de septiembre). Cuando aún millares de personas visitaban la Exposición y asistían á los concursos, conciertos y conferencias públicas que allí se celebraban, cubríase ya de arcos triunfales la hermosa avenida que conduce al Templo de Minerva y se organizaban los demás trabajos preliminares para la famosa fiesta nacional consagrada á ensalzar la educación de la juventud. Las fiestas de Minerva de 1904 han aventajado, en grandiosidad y esplendidez, á las de años anteriores.

***

Un sable y un fusil, un pico y una pala, un cuerno de la abundancia y una rosa con alas, todo esto figura en el flamante escudo de la nueva República de Panamá. Símbolo son las armas, sin duda, de los esfuerzos bélicos que se proponían hacer los panameños para defender su independencia; los instrumentos de trabajo aluden á las obras que se hacen para abrir el canal; el cuerno y la flor alada presagian días de riqueza y de florecimiento para ese pequeño estado en que se forjan la ilusión de vivir independientes los colombianos de Panamá. Mas son sus amos los yanquis, y sólo á ellos deben ahora independencia, y deberán, acaso, en lo porvenir canal y prosperidad; sobre aquel escudo ondea, de hecho, la bandera rayada y estrellada.

La cuestión económica relacionada con las aduanas, que puso en alarma á los gobernantes panameños, porque corrían peligro de merma los ingresos de su hacienda, no se ha resuelto del todo mal para ellos, gracias á la benevolencia relativa de Roosevelt. Empezó éste por enviarles á su ministro de la Guerra Taft para ir tranquilizando los ánimos. Después, no puso inconveniente en que se prescindiese del arancel yanqui en la zona del canal. Los artículos que lleguen al istmo, aunque desembarquen en los puertos habilitados por los yanquis en su zona, es decir, en Ancón y Cristóbal, pagarán derechos arancelarios y consulares á la República de Panamá. Pero ésta reducirá sus tarifas, y además consiente que caigan bajo la férula de la administración yanqui los artículos destinados á todo cuanto se relacione con la construcción del canal.

Claro es que este y cualquier otro convenio con el gobierno indígena de Panamá ha de durar el tiempo que convenga á los yanquis, y no ha de ser difícil que encuentren pretexto y aun razón para proceder como mejor les cuadre. Hay muchos separatistas ya desengañados, unos porque ven con disgusto el predominio de los norteamericanos, otros por codicias personales mal satisfechas. Esto es muy peligroso en un pueblo que empieza á vivir con pujos de independencia, y sin medios ni condiciones para gozarla, y no sería extraño que un movimiento revolucionario provocase acción más directa aún por parte de los compradores de Panamá. En noviembre último había ya tirantez de relaciones entre los poderes públicos y el elemento militar, y había dimitido el generalísimo Esteban Huertas.

***

Antes de mediar diciembre terminó la revolución en el Paraguay. A bordo de un buque argentino subscribieron tratado de paz el presidente Ezcurra y el general Ferreira. Aquél dimitió su alto cargo y se formó nuevo gobierno presidido por D. Juan Bautista Gaona, hombre de unos sesenta años escasos, bien conceptuado en el país. No es político de oficio, ni general, ni siquiera coronel; se ha dedicado al comercio y la banca, y su especialidad son los asuntos financieros. Era últimamente presidente del Banco Mercantil y de la Sociedad industrial paraguaya. Ferreira, el caudillo de los revolucionarios, es ministro de la Guerra. Las demás carteras se reparten entre amigos de éste y del presidente dimisionario.

La revolución, como ya presumíamos, ha durado poco. No hubo hechos de armas importantes, y han sido, por consiguiente, muy escasas las bajas sufridas por los de uno y otro bando.

***

También en el Uruguay está restablecida la paz pública desde octubre. Las principales bases del acuerdo fueron: sumisión de las fuerzas levantadas en armas contra la autoridad legal; entrega real y efectiva por esas fuerzas de todas sus armas y parques, amnistía general; incorporación al ejército de los jefes y oficiales amnistiados; distribución de 100.000 pesos entre los jefes, oficiales y soldados de las fuerzas rebeldes, haciéndose el reparto por una comisión mixta, elegida de común acuerdo por el gobierno y los insurrectos, y compromiso del gobierno de llevar á sesiones extraordinarias del poder legislativo el proyecto de reforma de la Constitución. Dicho poder queda en libertad de decretar ó no la reforma; en caso afirmativo, el gobierno se obliga á sancionarla.

***

Mal año ha sido para Chile el 1904. Y no empieza el nuevo con mejor cariz. Los liberales de todos matices han formado gobierno, prescindiendo de los conservadores, y éstos parecen dispuestos á suscitarles toda clase de dificultades. Las últimas noticias inducen á creer que la batalla va á librarse en el terreno religioso. El actual gobierno se propone secularizar todas las escuelas, y los católicos se muestran dispuestos á contrariar cualquier reforma que merme la influencia que aún conserva el clero en la enseñanza.

Justo es recordar, sin embargo, que algo bueno ha dejado para Chile el año que acaba de transcurrir; nos referimos al tratado de paz y amistad con Bolivia, subscrito en Santiago el 23 de octubre, tratado que puso término al estado de guerra declarado entre ambos países en 1879 y suspendido temporalmente por virtud del pacto de tregua de 4 de abril de 1884.

El gobierno chileno, á juzgar por comunicaciones oficiales dirigidas á los demás Estados, tiene la certidumbre de que al amparo de ese tratado las relaciones políticas y comerciales entre Chile y Bolivia habrán de desarrollarse en adelante con la amplitud que requieren el progreso y los vitales intereses de ambos pueblos y gobiernos.

***

En periódicos americanos ha circulado en estos últimos días la noticia de que, con motivo de las conferencias que tuvieron con el presidente Sr. Batlle los delegados argentinos que pasaron á Montevideo para influir en favor de la pacificación del Uruguay, surgió otra vez la idea de constituir un gran Estado federal con las actuales Repúblicas argentina, uruguaya, boliviana y paraguaya.

Personalidades muy significadas del Uruguay y la Argentina han acogido con amor el pensamiento. Y seguramente han de simpatizar también con él muchos ciudadanos de las Repúblicas del interior, Paraguay y Bolivia, que así vendrían á formar parte de un poderoso estado marítimo.

Las dificultades pueden surgir del lado de Chile y del Brasil, y no falta quien exprese el temor de que esta última República llegase hasta á apelar á las armas para impedir la confederación.

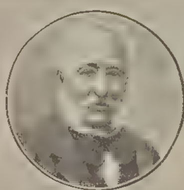
A los políticos eminentes de los otros Estados incumbe desvanecer recelos en los vecinos é ir estudiando los procedimientos más prácticos para realizar tan hermoso ideal.

R. Beltrán Rózpide.

MUERTE DE UNA POESÍA


QUINTANA


ZORRILLA


CAMPOAMOR


VERDAGUER


NÚÑEZ DE ARCE

La poesía es la esperanza de los pueblos. La poesía es el estado de ilusión de las razas. La desaparición del sentido poético significa, en lo político y en lo social, algo sumamente grave: la pérdida de la juventud para las naciones; la invasión de ellas por el espíritu senil, con sus escepticismos, con sus prosaísmos, con sus indiferencias.

Asistimos en España á este doloroso fenómeno: la muerte de la poesía castellana. No es que falten totalmente algunos poetas secundarios y de tercer orden, algunos ejemplares escogidos, algunos temperamentos líricos, algunos *amateurs* más ó menos exquisitos y aislados. Pero no puede desconocerse que la poesía muere en el alma de Castilla... ¿Por qué? La investigación de las causas pudiera dar materia para un libro. Querer encerrarla en los límites de un trabajo periodístico fuera temeridad é imprudencia acaso irreparables. Existirá algún poeta, pero no existe comunicación del poeta con el alma nacional; no existe en el espíritu colectivo aquella ebullición, aquella presión incesante, aquel entusiasmo latente, aquel estado de calentura y alucinación que levanta por encima de su edad á los Tirteos y hasta á los Quintanas. Del mismo Núñez de Arce pudo decirse que «fué un Quintana sin Trafalgar y sin 2 de mayo.» Después de Zorrilla no ha habido más que cantos sin eco, «gritos del combate» escuchados más por razón del número y de la armonía que por su ardor vital é interno. Campoamor, tan rico de ideas, pero, en el fondo, tan poco nacional, no resulta un espíritu verdaderamente poético. Cuidadosamente estudiado, acaso se le viera invadido de un mal de hastío y decrepitud, no á la manera de los Leopardi y Musset, sino en formas acomodaticias y de sumisión al frío de la época.

Creo que no se tomará á mala parte lo que voy á decir, porque admiro hondamente á Campoamor; porque como buen cerebro astur ha sido uno de los ingenios que han introducido más cantidad de materia intelectual en una literatura que nunca pecó de ideológica; porque fué, á su manera, un Feijóo que escribía en verso. A pesar de esto ó á causa de esto, Campoamor resulta un innegable poeta que hizo daño inmenso á la poesía: poeta de escarchas y nieves que helaron las yemas más tiernas de una generación á la cual comunicó su frialdad escéptica y burlona, cuando no su fuerza de parodia y sarcasmo. Era un gran poeta que no hizo amar la poesía, antes bien la desgastaba sordamente para que bajo el oro apareciese el cobre, ó la atacaba con todos los ácidos de su ingenio disolvente y ultracrítico. Cuando por el alma de un país han pasado las *Doloras* y buena parte de los *Pequeños poemas*, con la seducción de su insólita novedad y el prestigio de aquella superioridad mental sin precedentes en las letras castellanas, es difícil que recupere en mucho tiempo el estado de ilusión y de juventud á que antes me refería.

Tras este gran poeta vino un crítico famoso: Leopoldo Alas. Seguramente sin pretenderlo tuvo *Clarín* una eficacia también destructora del espíritu poético. Su ruidosa campaña contra los poetastros redundó en perjuicio definitivo de la poesía. Así como á fuerza de declamar contra los malos sacerdotes se llega á dañar la misma raíz de la religión, así también á fuerza de fustigar á los falsos poetas se ha llegado á ridiculizar, á atrofiar y matar en buena parte del alma española la fuente de todo sentimiento y la raíz misma de toda fecundidad poética. Los públicos vulgares no han visto más que una parte de la campaña: la parodia, el ridículo, el comentario implacable, la disección y desarticulación de las rimas, el aspecto cómico de la profesión, la caricatura de los restos supervivientes del romanticismo funeral, del romanticismo de «tumba y hachero»—como decía Mesonero Romanos,—y en cambio, no han parado mientes en las apologías y ditirambos, en la primacía estética de todos los géneros poéticos, en la trabazón que existe entre la potencia lírica de un país y su verdadera potencia nacional.

Esto ha acarreado un evidente desequilibrio para España respecto á las naciones más cultas del mundo. Mientras en ellas hace más de un siglo que desapareció la crítica nimia y gramatical de los *dómines;* la crítica de palabras y tiquis miquis, pedestre, ramplona, epidérmica, sin alma ni emoción, sin espiritualidad ni refinamiento, siempre á caza del ripio y del gazapo en una odiosa tarea de guardería rural..., en España ha sobrevivido como una manifestación de exquisita novedad. Todas esas colecciones de «ripios» académicos, aristocráticos, vulgares ó como quiera que resulten aderezados y guisados, con ser un insigne monumento de la vulgaridad de la crítica y de su sequedad de espíritu, con representar una retrogradación de más de dos siglos en la cultura literaria, han servido para rematar, en formas flatulentas y zafias, esa obra de aplebeyar los gustos y de convertir la manifestación más sublime del espíritu humano en tema universal y perenne de ludibrio, en *argomento di risa e di trastullo,* como cantó el solitario de Recanati.

En manos de estudiantes y literatuelos de la anterior generación anduvieron esos libracos perniciosos, cuya única trascendencia era llamar, de trescientas ó cuatrocientas maneras, borricos á los académicos y zoquetes á los versificadores. ¡Y pensar que eso se ha tenido por educación nacional y que ha desempeñado el papel reservado en otros países á la sátira! No es la crueldad del dardo, sino la vileza de la substancia y la inepcia del conato lo que ha hecho aborrecible sobre todas las cosas este género de flagelación escolástica, primitiva, de palmetazo y tente tieso.

Por su influencia, la poesía y el sentimiento poético, expansión de los pueblos viriles, renacientes ó esperanzados, se han hecho tímidos é hipócritas. Cuando existen, buscan ahora todas las formas imaginables para hacerse perdonar pasando de tapadillo. Se transige á lo sumo con esa poesía encubierta, pero no con la forma métrica, que es su ropaje eterno é insubstituíble. En un glorioso centro intelectual se puso en tela de juicio la legitimidad del lenguaje y del ritmo poéticos. La España central, que pasa á los ojos del mundo como encarnación y tipo de los pueblos idealistas y *romanesques,* ofrece ahora, de hecho, esta increíble paradoja: un desdén de la poesía que Byron no pudiera reprocharlo mayor en los especieros de Manchester, ni Heine en los «filisteos» y doctores pedantes de Gotinga.

Todo un género de literatura festiva y de prensa semanal y callejera se ha nutrido de esa parodia y desdén. Durante veinte años no ha hecho otra cosa más que desencadenar sobre el público español un viento formidable de prosaísmo que todo lo ha secado y endurecido. Las naciones tienen dos momentos propicios para la alta poesía: el triunfo y la adversidad, la época de los himnos y la época de las elegías, cuando los profetas se sientan sobre el capitel roto, á la puerta de las ciudades arrasadas, para entonar el canto de la desolación. La musa castellana no ha llorado sobre la pérdida de un imperio colonial asombroso, porque no se ha atrevido á llorar, porque ya ha perdido el gratísimo don de las lágrimas. El *Sursum corda* de Núñez de Arce ha sido la menos popular, la menos divulgada, la menos coreada de sus inspiraciones; puede decirse que la escribió para una generación que ya había muerto y que los lectores contemporáneos la recibieron como exhumación de cosas antiguas que hubiesen quedado inéditas.

La fiebre de la novela naturalista coadyuvó también á la atrofia de la facultad poética en su doble aspecto de producción activa de los artistas y de aspiración ideal de los públicos. Bajo el nombre de «sentimentalismo» la cruzada del arte experimental arrolló todo cuanto quedaba de brío en la fantasía, de delicadeza y matiz en los sentimientos, de entusiasmo en los espíritus. Ha pasado la sugestión ó pesadilla y esta novela ha retrocedido hasta su mismo punto de partida: hasta *Madame Bovary* ó más allá, sin que hayamos recuperado, en cambio, el continente poético sepultado bajo aquel mar muerto, gris, de plomo derretido, y ahora otra vez solidificado.

No queda, apenas, otra manifestación vital que el teatro. Y el teatro vive principalmente del «género chico» y para el género chico. En tal sentido debe considerársele como prolongación y extensión de la misma prensa festiva por lo que afecta á su espíritu de hostilidad contra la poesía. En ambiente tan ingrato, ¿podrán las matronas castellanas concebir el genio destinado á rehabilitarla y á conquistar y condensar de nuevo el alma nacional? Se intentará aplicar aquí la vieja cuestión de que no se lee poesía porque no se escribe... Desgraciadamente el socorrido círculo vicioso no explica nada actualmente. Larra lo refirió á un estado total de la cultura española, y, ahora, relativamente, se lee de algunas materias—crítica, historia, sociología—mucho más que entonces, mientras nada se lee de orden poético propiamente dicho.

Todo, en fin, ha tenido por resultado desprestigiar y subvertir en España el concepto elevadísimo de la poesía. Las naciones verdaderamente cultas y en especial aquellas á las cuales solemos aplicar nosotros el estigma infamante de utilitarias, consideran á la poesía como el *sancta sanctorum* de la conciencia nacional y como la florescencia superior y más delicada del albedrío humano. Para ellas no es vano pasatiempo, sino función nobilísima y suprema, ni cosa equívoca y que se recibe con cierta sonrisilla de incredulidad mezclada de bochornosa tolerancia. Los grandes estadistas anglo-sajones se nutren y reparan su energía mental con la medula de león de los grandes poetas, que es nutrirse del espíritu y de la substancia misma de las razas, como que unas veces ellos la extraen y destilan y otras la inyectan y elaboran.

No hace muchos días que leía un libro de Carnegie, el opulentísimo «rey del acero» en los Estados Unidos; y al compararlo con muchos de nuestros próceres, con muchos de nuestros millonarios, rentistas y financieros (que á su lado son meros zascandiles ó aprendices de millonario), admiraba la profunda emoción de aquel hombre, que nosotros diríamos metalizado y sin entrañas, al citar un viejo verso de Shakespeare ó al poner por clave y remate de sus lucubraciones ultramodernas una estrofa de Burns ó de Longfelow. El caso de Carnegie es el mismo de Roosevelt, el mismo de Chamberlain, el mismo de todos esos titanes de la acción y de la energía impulsiva, práctica y dominadora del mundo. Por lo mismo que son hombres-fuerzas, son hombres-ideas, y mantienen íntimo é incesante contacto con los poetas, órganos de la elaboración ideal de las naciones,

que, por medio de ellos, tienen conciencia de sí mismas.

En la cuna ó en el lecho de muerte de las nacionalidades suele aparecer el poeta con sus epopeyas primitivas ó con sus trenos desesperados. Si no puede elevarse á las alturas de Covadonga y Roncesvalles con una nueva canción de gesta, escribe las *Actas de los mártires de Polonia*. Los pueblos sucumben á la violencia, pero suelen conservar por largo tiempo su voz como perdurable reminiscencia de la grandeza, del poderío ó de la personalidad perdidas. Lo que no acontece casi nunca es que se disuelvan por sí mismos entregándose al silencio. Actualmente hemos visto albores de nuevas nacionalidades literarias, y siempre el hombre de la idea nueva ó del elemento regenerador ha fundado en la poesía la base de su ser: Ibsen con su *Peer Gynt*, Mistral con su *Mireya*, Verdaguer con su *Canigó*, Mæterlinch y Verhaeren, D'Annunzio y Kipling, cuantos representan un nuevo resurgimiento de fuerzas ocultas y «dionisíacas» en el seno de pueblos que despiertan ó se hunden, que gimen ó se transforman, son esencialmente y ante todo grandes poetas. El literato y el pensador vienen en ellos supeditados y como de cortejo de la poesía nacional y majestuosa que habla y alienta en su propio ser, como testimonio de la exis tencia misma de su raza

Miguel S. Oliver.

LAS HUELGAS

EN RUSIA

Las exageraciones de los corresponsales, por un lado; las de las noticias oficiales (en sentido contrario al de aquéllos, por supuesto) por otro, y por encima de todo la rigurosísima censura que en Rusia se ejerce, hacen que sea imposible darse cuenta de los sucesos desarrollados recientemente en aquella nación y en especial en San Petersburgo.

¿Se trata de una verdadera revolución política, cuya señal dieron los memorables disparos hechos en la ceremonia de la bendición del Neva por las baterías, alguno de cuyos cañones estaba cargado con algo más que con pólvora sola? ¿Ha sido simplemente una huelga, de mayores ó menores proporciones, como protesta de la clase obrera rusa contra su situación insostenible? Difícil es averiguarlo con exactitud; pero compulsando noticias y estudiando los hechos, cabe suponer que de ambas cosas tuvo el movimiento en que nos ocupamos.

La clase obrera rusa, más que la de otras naciones, padece un malestar que sin cesar aumenta y desea mejorar su condición, así en punto á la cuantía de los salarios, como respecto del número de horas de trabajo. Por otra parte existe en Rusia, aun prescindiendo de los partidos revolucionario y terrorista, una masa inmensa que pide con ansia reformas en sentido liberal, que desea una Constitución y con ella instituciones que pongan término al intolerable autocratismo y al más intolerable aún gobierno de los burócratas.

El tsar desea, según parece, ir liberalizando poco á poco su Estado, y á esto ha obedecido el tener tanto tiempo al frente de los públicos negocios al ministro Witte, cuya gestión ha sido tan beneficiosa para el imperio ruso; pero tiene que luchar con la influencia poderosísima, casi decisiva, que en él ejercen su madre, la fanática emperatriz viuda; los grandes duques, en particular su tío Wladimiro, y el Santo Sínodo y muy especialmente el procurador general Pobedonostzeff.

Con tales antecedentes, y teniendo en cuenta que los grandes duques y el Santo Sínodo son enemigos acérrimos de cuanto signifique reforma, porque en ello ven el final derrumbamiento de su inmenso poder y de sus odiosos abusos, y que á ellos se atribuye no solamente la opresión en que vive el pueblo ruso, sino además la actual guerra con el Japón, y se les culpa de la desorganización absoluta con que ha ido Rusia á la lucha, cabe explicarse los sucesos acaecidos.



Las huelgas en Rusia. – San Petersburgo. – Una manifestación de trabajadores precedida por popes (sacerdotes) en la perspectiva Newski, pocos días antes de estallar la revolución (de fotografía)

Declaráronse en huelga los obreros de la gran fábrica Putilof, á los que no tardaron en unirse los de otros grandes establecimientos particulares y del Estado, y al frente de aquel movimiento se puso el pope Gapony, sacerdote educado en las doctrinas de Tolstoi y á quien el pueblo adora hasta el punto de llamarle «Padre de los rusos,» el cual escribió una carta al tsar diciéndole que el día 22 iría el pueblo á entregarle la petición de los trabajadores en demanda de reformas sociales, políticas y religiosas. Para llevar aquel mensaje organizóse una numerosa manifestación que, presidida por el citado pope, se encaminó al Palacio de Invierno, residencia del emperador; mas antes de llegar allí, la tropa cargó sobre los manifestantes, y desde aquel momento entablóse entre el pueblo y la fuerza pública una lucha que ha durado varios días, ensangrentando las calles de San Petersburgo. ¿Cuántas han sido las víctimas? Entre los muchos millares de muertos y heridos de que hablan las agencias telegráficas y los escasos centenares á que hacen ascender el número de éstos los informes oficiales, no es posible encontrar la cifra exacta ni siquiera aproximada.

Aunque con menos intensidad, la sedición de San Petersburgo se propagó á otras ciudades del Imperio.

Al fin parece haberse restablecido la tranquilidad material. El pope Gapony ha desaparecido; el gobierno ha efectuado numerosas prisiones, especialmente entre los elementos intelectuales que simpatizan con el movimiento revolucionario, y se habla de la imposición de severos castigos. El partido terrorista no se da por vencido y formula amenazas de muerte contra el mismo tsar; y éste, que durante los disturbios ha permanecido en su palacio de Tsarkoe-Selo, ha nombrado gobernador de San Petersburgo á Trepow, partidario de la represión enérgica; ha confiado á Witte la presidencia de un comité para estudiar las reformas, y ha publicado un ukase, en el que después de lamentar lo ocurrido, de censurar que se haya promovido el conflicto cuando Rusia está empeñada en una guerra extranjera, y de aconsejar á los obreros que no se dejen arrastrar por los revolucionarios, que les llevarán á la ruina y á la miseria, y que vuelvan á sus trabajos, ofrece atender en lo que tengan de justas y posibles las reivindicaciones del pueblo.—S.



Las huelgas en Rusia. – San Petersburgo. – La iglesia de San Isaac delante de la cual ha habido una de las más sangrientas colisiones entre los revolucionarios y las tropas (de fotografía)



LAS HUELGAS EN RUSIA. – EL FAMOSO REGIMIENTO PREOBRANJENSKI ESPECIALMENTE AFECTO Á LA GUARDIA DEL TSAR, EN TSARKOE-SELO
En el centro se ve al hermano del tsar, que es coronel del regimiento. (De fotografía de C. O. Bulla, de San Petersburgo.)



LAS HUELGAS EN RUSIA. – COSACOS RECIENTEMENTE LLEGADOS Á SAN PETERSBURGO PARA REFORZAR LA GUARNICIÓN. (De fotografía.)

AMOR QUE SALVA

Satanás observó un día que en su reino se habían dulcificado mucho los réprobos; que los ayes de dolor y los gritos de angustia se trocaban en quejas lastimeras ó en sollozos comprimidos; que las calderas de su tenebroso imperio bullían menos que de costumbre; que su mansión, en fin, iba quedando desierta y que Belial, su segundo jefe, descuidando el importante ramo de los tormentos, se entregaba más de lo conveniente á misteriosos viajes, de los que volvía siempre con mejor humor y menos actividad.

Belial ¿iba á la tierra á pervertir á los humanos, como era su deber, ó se iba humanizando él?

Decididamente urgía poner remedio á mal tan grave para su reputación, y Satanás dedicóse á buscar substituto á su negligente secretario.

Abrió las negras alas de su tostado cuerpo, cernióse en el espacio del infinito azul y dirigióse hacia la tierra.

Necesitaba un auxiliar enérgico para su obra de perdición eterna y de infinita crueldad; pero un auxiliar fiero y duro como él, como él insensible al bien, sordo á las humanas quejas, ciego para la belleza, cruel con los grandes, soberbio con los débiles, ajeno siempre á toda virtud, extraño á toda piedad, sin enmienda ni arrepentimiento posibles.

En el lindo pueblo en que posó sus plantas halló Satanás á su hombre.

Entre los mozos del pueblo honrados y trabajadores los había también perversos hasta lo inconcebible.

Decíase de alguno que, impaciente por disfrutar los bienes de su padre, asesinóle alevosamente en el tranquilo hogar; á otro le señalaba la opinión pública como verdugo de inocentes criaturas estranguladas por sus traidoras manos; aquél, huésped abonado á cárceles y presidios, era, sin embargo, reputado entre aquella calaña como novato de tan *brillante* carrera, y entre todos ellos, como jefe indiscutible é indiscutido, al que propios merecimientos y ajenos aplausos habíanle concedido tan suprema distinción, descollaba el *bravo* Rogerio, criminal empedernido, mozo cruelísimo y feroz, que desde sus primeros años mostró sus sanguinarios instintos, saqueando tumbas, maltratando niños y ancianos, asesinando mujeres y hollando templos, y que más tarde, educado entre la taifa, perfeccionado en el presidio é imperando en el lupanar, era el espanto y terror de toda la comarca por sus singulares é inauditos crímenes.

A él dirigióse Satanás, seguro de su elección y orgulloso de su futuro colaborador, con cuya alma contaba de antemano.

Pocas, pero expresivas palabras bastaron entre ambos para cerrar el trato. Ambición sin freno ni medida, crueldad implacable, soberbia inextinguible, eterno odio á la virtud y guerra eterna á la humanidad: tales fueron las promesas del nuevo secretario á cambio de tener bajo su yugo á todos los condenados.

Satanás sintióse satisfecho y condujo á Rogerio á su horrible morada.

No en vano Satanás confiaba en su nuevo ministro: durante algún tiempo, Rogerio probó con creces lo acertado de la elección. Dando rienda suelta á sus naturales instintos, halló siempre medios de aumentar los suplicios, prolongar las agonías y desesperar las almas de los condenados, hasta que, cansado, pero no satisfecho de su cruel destino, sintió á su vez la nostalgia de su pasado y entróle audaz é imperiosamente en lo hondo de su alma aquel único amor que abandonó en la tierra.

Rogerio, como Belial antes, perdía su actividad, aunque no su encono.

Satanás, alarmado nuevamente, le increpó un día.

—Mira, Rogerio, le dijo, ó tú ó yo nos hemos equivocado. Allá en el mundo te creí *malo;* hoy sospecho que me engañas. Tus crueldades son ya pasajeras, tus castigos leves, tus odios platónicos: entre Belial y tú hay mucha diferencia ya; mientras rabia y maldice, tú ríes y sueñas; él atormenta sin piedad, tú acusas sin rencor; él odia á la humanidad, tú te acuerdas demasiado de la tierra. ¿Qué te ocurre? ¿Estás arrepentido de tu nuevo cargo?

—No, contestó bravamente Rogerio. Quisiera tener entre mis manos la vida de la humanidad entera para ahogarla en sangre de inocentes: si yo pudiera borraría del corazón de la madre hasta el amor á sus hijos y de la mente de Dios la idea de la justicia. No, no es lo que tú dices; es lo que no comprendes. Mira. Hay en aquel rincón del mundo donde me encontraste una mujer rubia como la mies en agosto, blanca como la aurora que nace entre los picos de las sierras, como el copo de nieve antes de posarse en el fango de la calle; inocente y pura como el sueño de un niño en el regazo amoroso de su madre: aquella mujer fué para mí cuando niño mi encanto, cuando joven mi ilusión y hombre ya mi solo consuelo: cuando todos me despreciaban ella me sonreía, y al acariciarla yo temblaba de gozo entre mis brazos como los pétalos de la rosa que la brisa de mayo agita...

—¡Basta!, rugió Satanás. ¡Estás enamorado de esa mujer!

—¡Oh! Sí, enamorado, loco: nada hay que pueda borrar de mí su recuerdo.

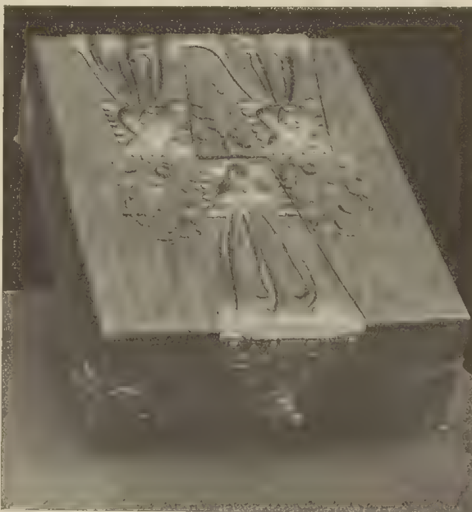
—Pues bien, vete, imbécil, vete: no me sirves, no puedes servirme aquí. Yo soy todo odio, sombra, pecado brutal, irredimible, y el amor es todo luz, esperanza y redención; no, no puedes servirme, huye de aquí; estás enamorado; el amor te salvará algún día, y aquí no pueden estar más que los incrédulos y los desesperados.

RAMIRO SIERRA.



TAPA DEL ÁLBUM REGALADO POR EL REGIMIENTO DE DRAGONES DE NUMANCIA Á SU CORONEL HONORARIO EL EMPERADOR DE ALEMANIA. (De fotografía de Audouard.)

Habiendo sido nombrado el emperador Guillermo II coronel honorario del regimiento de dragones de Numancia, éste ha obsequiado al soberano alemán con un álbum con interesantes fotografías, encuadernado magníficamente. La tapa del álbum ha sido proyectada por el reputado artista José Triadó y ejecutada en cuero tallado y repujado á mano por J. Roca: por la reproducción que publicamos podrán formarse nuestros lectores idea de la riqueza ornamental y buen gusto de la misma



ESTUCHE QUE ENCIERRA EL ÁLBUM REGALADO POR EL REGIMIENTO DE DRAGONES DE NUMANCIA Á SU CORONEL HONORARIO EL EMPERADOR DE ALEMANIA. (De fotografía de Audouard.)

No menos artístico que la tapa del álbum es el estuche en que éste va encerrado. El proyecto del mismo es también de J. Triadó, habiendo sido ejecutada la parte de ebanistería por Francisco Llorens y la de metalistería por M. Baliarín.

CRÓNICA DE LA GUERRA

Por fin, después de tres meses de descanso, á lo menos aparente, han vuelto á romperse las hostilidades en el Cha-Ho, habiéndose trabado una serie de combates que han durado muchos días.

De los partes oficiales de Kuropatkine y de Oyama que dan cuenta de ellos, se desprende que el 25 de enero último los rusos tomaron la ofensiva contra el ala izquierda enemiga, ocupando las aldeas de Kailatosa y Kheigontaya, que fueron valientemente defendidas por los japoneses. La caballería rusa per-



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Puestos avanzados japoneses del ejército del general Nodzu, en la Mandchuria, en la línea del Cha-Ho.

(Dibujo de C. Clark, tomado de una fotografía.)

siguió á dos regimientos de dragones, que se replegaron rápidamente hacia el Sudeste. Además de las dos citadas, ocuparon los rusos otras varias aldeas, causando grandes pérdidas al adversario y haciéndole un centenar de prisioneros. El 26, continuando el movimiento ofensivo, se apoderaron de las trincheras japonesas de Chahopú y comenzaron el ataque de Sandepú, población fuertemente fortificada, en donde entraron aquella misma noche después de un encarnizado combate; pero al día siguiente, viendo que en la parte Nordeste tenían los japoneses grandes fortificaciones y numerosa artillería y considerando que desde allí podrían los japoneses infligirles importantes pérdidas, resolvieron evacuar la aldea y replegarse, lo que hicieron después de haber incendiado la parte de aquélla que habían ocupado. Durante la noche del 27 y la mañana del 28 bombardearon las posiciones japonesas y trataron de envolver Sandepú por el Sur, pero fueron rechazados por el enemigo, que había recibido considerables refuerzos, y el 29 se replegaron sobre la orilla derecha del Kun-Ho, río que habían atravesado para realizar la serie de operaciones que dejamos descritas. Esto no obstante, continuaron ocupando algunas fuertes posiciones en la orilla izquierda de este río, sin que los japoneses, á pesar de sus enérgicos esfuerzos, consiguieran desalojarlos de ellas.

Ignórase á punto fijo el número de bajas que han tenido los beligerantes en todos estos combates, pero se calcula que las de los japoneses ascendieron á 7.000 y á 10.000 las de los rusos.

¿A qué objetivo tendían estas operaciones emprendidas por una parte del ejército de Kuropatkine? En Tokío se cree que el general Kuropatkine quiso asestar un golpe decisivo contra el ala izquierda japonesa y que ha fracasado en su intento; pero esta versión parece inadmisible, porque de ser este el propósito del generalísimo ruso, esta operación habría estado combinada con un ataque general en todo el frente, ataque que ni siquiera se ha intentado.

La acción ha quedado localizada entre los ríos Khun-Ho y Cha-Ho, habiendo reinado la más absoluta calma al Este del ferrocarril, es decir, allí donde los dos ejércitos opuestos están en contacto en una extensión de más de 50 kilómetros, y únicamente en el extremo del ala izquierda rusa, en plena montaña, los cosacos de Rennenkampf han librado algunos combates sin importancia.

Lo que se desprende de los despachos de Kuropatkine y de los corresponsales es que los rusos han llevado á cabo un reconocimiento ofensivo para darse cuenta de la importancia de las fuerzas japonesas al Oeste del ferrocarril; y para obligar al enemigo á mostrar estas fuerzas, ordenó á su ejército de la derecha que emprendiera el ataque. Así se explicaría que el general Grippenberg, después de haber hecho entrar en acción el tercer cuerpo de ejército, cuando se encontró con la posición de Sandepú sólidamente fortificada y vió que los japoneses emprendían un contraataque, se replegara en sus posiciones primitivas.

Esta clase de reconocimientos, á que parecen los rusos muy aficionados, son muy criticados por algunos técnicos, porque las más de las veces sólo conducen á una inútil matanza; y si bien el que los acomete obtiene algunos datos sobre las fuerzas, y la situación del enemigo, casi siempre proporciona al adversario análogas indicaciones respecto de las suyas.

Después de haber agotado los periódicos, así rusófilos como japonófilos, todo el repertorio de ditirambos en honor de los valientes defensores de Puerto Arthur; después de haber reconocido aun los más enemigos de Rusia que el general Stoessel y su valiente guarnición hicieron más de lo humanamente posible para prolongar la resistencia de aquella plaza en condiciones verdaderamente desesperadas, parece que hay ahora empeño, por parte de algunos corresponsales, en rebajar los méritos de aquellos héroes. El corresponsal del *Times* en Pekín, que recientemente ha visitado Puerto Arthur, dice que la ciudad nueva ha sufrido muy poco y que en la vieja los daños causados por los proyectiles japoneses son mucho menos terribles de lo que se decía, y de ello deduce que el general Stoessel habría podido prolongar su resistencia, tanto más cuanto que, según él, los rusos disponían aún de abundantes víveres y municiones. Lo de los daños ocasionados por los proyectiles japoneses es muy posible, puesto que raras veces los bombardeos producen grandes efectos, sobre todo cuando se realizan en las condiciones difíciles en que se realizaron los de aquella plaza; lo de la abundancia de víveres y particularmente de municiones está desmentido por otros informes tan verídicos por lo menos y más desapasionados sin duda que los del corresponsal del diario londinense. Pero además existe un factor que éste no ha tenido en cuenta ó que ha omitido acaso intencionadamente, y es el de la situación y número de los defensores. Según confesión de los propios japoneses, no quedaban en la plaza, en el momento de la capitulación, más que 5 000 hombres válidos para defender un perímetro de 25 kilómetros; y al decir válidos debe entenderse esta palabra de un modo muy relativo, ya que aquellos soldados se hallaban extenuados por la resistencia desesperada que durante varios meses opusieron á los asaltos continuos de los japoneses.

En nuestra última crónica hablábamos de la nota que el gobierno de los Estados Unidos había dirigido á las potencias sobre la neutralidad de China. El ministro del Celeste Imperio en Wáshington ha entregado la respuesta á esta nota: en ella el gobierno chino declara que no se ha apartado ni un instante de la neutralidad y que la actitud general de la población ha sido siempre pacífica, añadiendo que, en cambio, la neutralidad ha sido con frecuencia violada por los rusos.

Por su parte, el Japón declara en su respuesta: 1.°, que la captura del *Reshitelny* fué una medida de legítima defensa; 2.°, que es absolutamente falso que las partidas de kunghuses que operan en territorio neutral hayan estado nunca mandadas por oficiales japoneses; 3.°, que las escuadras japonesas jamás han utilizado como base naval las islas de Miao-Tao; 4.°, que es cierto que los ejércitos japoneses han podido proporcionarse en Che-Fu y en otros puertos chinos provisiones de todas clases, pero que Rusia ha hecho lo propio para abastecer Puerto Arthur; 5.°, que por la misma razón no se puede censurar al gobierno japonés por haberse procurado materiales de fundición en los establecimientos imperiales chinos de Mang; y 6.°, que el Japón jamás ha hecho ninguna tentativa para armar á los chinos é incitarles á tomar parte en las operaciones de la guerra.—R.



BARCELONA. 1902.—Copia del celebrado cuadro de Ramón Casas que fué premiado



con primera medalla en la Exposicion Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1904

NUESTROS GRABADOS

Sol y sombra, cuadro de Guillermo de Grau. —Forma parte el lienzo que reproducimos de la colección de cuadros y dibujos que recientemente exhibió en el Salón Parés el joven pintor Guillermo de Grau como resultado de sus estudios durante el período de su estancia en la capital de la vecina



El gran duque WLADIMIRO. Es tío del tsar y uno de los hombres más reaccionarios de Rusia Con los grandes duques Alejo y Sergio es resueltamente opuesto á las reformas. En la luctuosa jornada del 22 de enero las tropas estaban bajo su mando inmediato. Ejerce gran influencia sobre el emperador.

nación. En la obra á que nos referimos, como en la mayor parte de las que expuso, adivínase un noble propósito y revélanse las condiciones del artista y el aprovechamiento con que ha recibido las sabias enseñanzas de su maestro, el ilustre Sorolla. Vese que atento al deseo de reproducir cuanto observa, preséntase sincero, amante de la realidad, tal y como á su vista se ofrece, huyendo de los efectismos y renunciando á emplear recursos que si bien prestarían encantos á la producción, la separarían del ideal perseguido. *Sol y sombra* es evidente testimonio de cuanto apuntamos, á la vez que un estudio recomendable, en cuya ejecución ha debido el pintor vencer obstáculos y dificultades, presentando los contrastes producidos por los efectos luminosos en igual forma que se ofrecieron á su observación. Así este cuadro como los demás estudios y dibujos demuestran



POBEDONOSTZEF, procurador del Santo Sínodo, enemigo de toda reforma. Ejerce sobre el tsar grandísima influencia, es confesor de la Corte y su voluntad reina en absoluto en el Santo Sínodo, que los cismáticos rusos consideran como tribunal instituído por Dios.

que su autor posee cualidades dignas de estima, y evidencian los progresos realizados desde la anterior exhibición, realizada hace dos años en el Círculo Artístico. Las apreciaciones que entonces emitimos resultan hoy confirmadas. De ahí que no titubeemos en aplaudirle y alentarle, confiando que ha de ofrecernos nueva ocasión para darle público testimonio de la consideración que nos merece quien, como el Sr. Grau, se inspira en nobles y elevados ideales, dedicando al cultivo del arte todos sus esfuerzos y entusiasmo.

*
* *

Costumbres andaluzas. Vendedores ambulantes. El vendedor del pan de Alcala, dibujo de S. Azpiazu.—En las numerosas crónicas andaluzas que llevamos publicadas, han podido apreciar nuestros lectores el talento con que nuestro distinguido colaborador Salvador Azpiazu sabe reproducir con su lápiz las escenas, los tipos y los paisajes de aquella región privilegiada. Los personajes por él retratados hablan, como vulgarmente se dice; los cuadros de costumbres por él reproducidos respiran esa alegría, esa animación que deleitan á quien toma parte en ellos ó simplemente los contempla; y los trozos de naturaleza que traslada al papel tienen todo el encanto, toda la luz, toda la belleza de los campos, de las huertas, de los jardines, de los montes que le han servido de modelo. El dibujo suyo que hoy reproducimos puede figurar dignamente en la colección de obras análogas que han ido apareciendo en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – Varios artistas han aportado al Salón Parés un buen número de obras que demuestran la tendencia artística imperante entre los noveles pintores y dan á conocer el deseo que les anima. Por



S. J. WITTE, eminente hombre de Estado ruso, ex presidente del Consejo de Ministros, presidente de la comisión nombrada por el tsar para el estudio de las reformas. Es considerado como uno de los más ilustres políticos liberales rusos y durante su gobierno se normalizó la hacienda y se construyeron grandes obras, entre ellas el ferrocarril transiberiano.

nuestra parte hemos de consignar que ajenos á toda clase de prejuicios, nos interesan esta clase de exhibiciones, puesto que señalan los derroteros de la nueva generación, que si bien no ha fijado todavía los jalones de la senda que emprende, significa y representa un impulso, la iniciación de propósitos que se



El famoso escritor ruso MÁXIMO GORKI, defensor de los obreros rusos, partidario de las más radicales reformas. Ha sido reducido á prisión á consecuencia de los recientes sucesos, y por causa de ello se ha producido un movimiento entre los elementos intelectuales de Europa pidiendo al gobierno ruso su vida y su libertad.

presienten y cuyo alcance y trascendencia el porvenir ha de resolver. Así acontece con los paisajes de Ivo Pascual y Tomás Viver. Uno y otro procuran representar la naturaleza; intentan, auxiliados con los recursos de que disponen, expresar un sentimiento, lograr que la naturaleza se compenetre con el estado del humano espíritu; pero aun con la limitación de recursos y sin llegar á un grado de expresión que traduzca fielmente el estado psicológico de los dos jóvenes pintores, dignos son de aplauso sus esfuerzos y merecedores uno y otro de simpatía y consideración.

Baldomero Gili y Roig, artista ya de más abolengo, expone á su vez una serie de estudios é impresiones, recuerdo de su estancia en Roma, que ofrecen el atractivo de lo íntimo, de lo personal, de cuanto el artista produce ligado con su existencia, significando los paisajes y jardines otras tantas notas agradables y simpáticas, ejecutadas con la seguridad y buen gusto de quien ya cultiva el arte con el acierto y la seguridad que sólo puede obtenerse á costa de estudios y perseverancia.

El Sr. Cidón presenta á su vez varios dibujos, algunos de ellos avalorados por medio de simples coloraciones, representando tipos elegantes y juguetones, que recuerdan las graciosas figuras de mujer de sus carteles y atestiguan el buen gusto del artista.

Círculo Artístico. – En el salón de este Círculo destinado á exposición han figurado las cuatro obras que han resultado premiadas en el concurso organizado por el Sr. Llusá, quien merece aplausos por su iniciativa y cuyo proceder desearíamos tuviera imitadores.

El abismo titúlase la composición de Baldomero Gili y Roig, nota simpática, que rebosa vida, representando la sima en donde caen aquellos á quienes arrastra la ostentación y la vanidad. Las figuras de las mujeres, así como los elementos que sirven para completar el simbolismo de la composición, están concebidos acertadamente y el todo trazado con inteligencia.



El pope GAPONI, á quien sus partidarios llaman «Padre de los rusos.» Es presidente de los obreros y á sus predicaciones se debe en gran parte la última huelga. Iba al frente de la manifestación que quería presentar un mensaje al tsar y que fué sangrientamente disuelta por las tropas. Actualmente dícese que se ha refugiado en Suiza para evitar la persecución del gobierno, que, de poder apoderarse de él, le aplicaría seguramente un severo castigo.

Laureano Barrau ha aportado el interior de una fábrica de tapones, asunto tratado y estudiado otras veces por este artista, que se ha manifestado, en algunos pormenores de la obra, como corresponde á su personalidad artística, si bien y por causas que no cabe puntualizar tratándose de un pintor de su valía, no causa el efecto que en nuestro ánimo han producido otras obras de asunto análogo que han brotado de su paleta.

José María Tamburini se ha presentado como corresponde á su manera de ser. Su composición, sentida y delicada, cual lo es la gama empleada, con pormenores ejecutados con maestría y expresando el conjunto esa nota poética que tanto cautiva y que constituye la característica de sus producciones.



El general TREPOFF, nombrado gobernador general, es decir, dictador de San Petersburgo, para acabar con el movimiento revolucionario. Fué Jefe de policía de Moscou y se mostró cruel con los nihilistas. Es partidario del sistema del terror y ha sido objeto de seis atentados, el último en 15 del pasado enero, de todos los cuales ha salido ileso. Su nombramiento ha sido recibido con grandes protestas.

Por último, Adriano Gual, cuya personalidad es tan compleja y tan digna de estudio, dada la recomendable variedad de sus aptitudes, ha presentado una composición simbólico-decorativa representando *La usura*, bien concebida y apuntada, siendo recomendables algunos fragmentos y pormenores.

Salón Robira. – Figuran en este salón dos bonitos cuadros de caballete del pintor francés Bensa representando *Una caravana* y *Una escena de caza*, pintados con la extraordinaria pulcritud y bella entonación pertenecientes al género detallista tan cultivado hace algunos años, pero ejecutados con maestría.

Establecimiento de los Sres. Masriera. – Destácase en él una notable y suntuosa arca de caudales, de bronce, exornada con un precioso alto relieve, obra del laureado escultor Eusebio Arnau, que honra al artista, á la fundición y á quien ha tenido el buen gusto y el desprendimiento de confiar la ejecución de una obra de tal importancia.

Como en breve hemos de ocuparnos de esta obra con la detención que merece, aplazamos para entonces entrar en más pormenores.

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Lina bajó entonces la cabeza y dijo como un murmullo exhalado de su pobre corazón, del que rebosaba al fin el dolor siempre comprimido:



La viuda entró, deslumbradora y magnífica...

—Es que usted no puede saber... Le parezco exaltada y loca en este momento, pero es que no se trata de *esto* solamente; no es sólo hoy cuando ciertas cosas me hacen daño y me hieren... He estado siempre sola, abandonada... Ciertamente, quiero mucho á mi padre..., no tengo á nadie más que á él, puesto que mi madre..., ya sabe usted. .

Su voz se apagó y Pedro oprimió más fuertemente las manos que tenía entre las suyas. Lina continuó:

—Había yo soñado con una tierna intimidad, algo muy fuerte, muy dulce y muy bueno entre mi padre y yo... Además, yo no soy tan independiente como parezco... Finjo un carácter entero porque me da horror que éntre *la gente* en la verdad de mi vida... ¡Pero hubiera deseado tánto, tánto, ser guardada, guiada, sostenida y aconsejada!.. Lo he sido..., por las amigas de mi padre, á las que él encontraba cómodo que yo recibiese abiertamente en *su casa*, para que el mundo creyese que era en *la mía*...

Y cuando había cambio lo veía yo en seguida por ciertas palabras, ciertas alusiones, todo un trabajo de habilidad para desembarazarme y *desembarazarse* de ciertas intimidades molestas... Por eso mi padre adora mi carácter... ¡Le encuentra tan cómodo!.. Ya podía yo haber sido lo que hubiera querido, una casquivana, una coqueta; él no lo hubiera notado siquiera...

—¡Silencio!, dijo Pedro con autoridad. Está usted hablando en este momento como una niña que es. Si su padre de usted la deja tan libre, es porque la conoce y sabe que está por encima de todas... Está orgulloso de usted...

Lina repuso con exaltación:

—¡Pero me hace sufrir! Es tanta su inconsciencia, que me da vergüenza por él y por mí... Al ver lo que hace, no parece sino que le importa poco mi porvenir, mi reputación y acaso mi dicha... Una vez oí decir en un salón á alguien que no me veía: *¿Lina Morel? La pobre es amable, pero su padre la compromete con una sociedad imposible*... ¡Ahí tiene usted! Por mucho que he tratado de tomar la vida como me la presentaban y de estar natural y contenta, me ha sido imposible... Me parece siempre que se derrumba á mi alrrededor algo que hubiera podido ser muy hermoso y muy bueno y que no tendré jamás... La fuerza y la sinceridad de ese sentimiento tan amargo, es lo que me da derecho á decirlo todo; pues, en fin, si yo quisiera menos á mi padre y fuera una criatura frívola y ligera, todo eso me importaría poco..., poquísimo... Y ahora, para decirlo todo, tengo miedo de esa mujer. . Quiere casarse con mi padre y no sé si lo logrará..., pero tengo miedo y la detesto. Es terriblemente dura y egoísta, pero tiene un gran imperio sobre mi padre, y el día en que le pertenezca no le tendré ya...

Lina tomó aliento y dijo mirando á Pedro á los ojos:

—¿Cree usted ahora que hubiera podido decir to do esto á otro cualquiera?

Pedro dijo *no* con firme tranquilidad y dejó para después el cuidado de explicarse por qué era él el único favorecido con tales confidencias por aquella criatura de alma tan reservada y celosa. En aquel momento no sentía más que enternecimiento y lástima de ella.

Lina se le aparecía muy diferente de sí misma así vencida, entregada y desfallecida; pero su aspecto físico ofrecía un contraste demasiado vivo con aquella secreta miseria, y el lujo suntuoso de su belleza dominante la hacía resultar á pesar de todo como ilusoria y poco real...

Hasta en aquella excesiva confianza de amistad, le parecía una heroína de teatro, muy lejos de él y de la realidad sólida y triste de su vida.

La compadecía con todo su corazón y con toda la inalterable amistad que la había dedicado al verla altamente buena y altiva.

Lina inclinaba su brillante cara apasionada, como una flor abatida por la tempestad, y repetía en tono casi infantil:

—¡Siempre, siempre sola! ¡Es tan triste el vivir sola!

Pedro dijo muy despacio:

—Puesto que me trata como amigo, ¿puedo dar á usted un consejo?

Lina respondió que sí con la cabeza, sin hablar.

—Pues bien, no hay más que un medio de salir de esa situación: cásese usted...

La joven se quedó mirándole, todavía muda, y Pedro repitió con la misma expresión tranquila y bondadosa:

—Debe usted casarse...

—¡Casarme!.., dijo Lina muy bajo; sí..., no sé..., puede ser...

—No digo que lo haga usted en seguida, añadió Pedro riendo, ni con el primero que se presente; pero si usted es menos levantisca, menos... fantástica —¿me permite usted la palabra? —no tardará en encontrar... Estoy seguro de que ya ha sido usted demasiado desdeñosa con algunos que la habían amado y á quienes usted hubiera podido amar...

—¿Cree usted?..

—Estoy cierto... Vea usted..., reflexione..., y llegará á ser dichosa, pues tiene cuanto hace falta para serlo... Esto será lo único razonable...

Y Lina, que le veía sereno y sonriente, dijo bruscamente arrancando de las suyas sus manos:

—¡Gracias! Es usted un excelente doctor, «hermano razonable» Yo reflexionaré... Buenas noches...

Y se marchó corriendo.

Pedro se quedó un poco sorprendido—no mucho, porque siempre la juzgaba indescifrable—y salió al terrado, entonces desierto, dominado por el pensamiento profundo y desgarrador que no podía desechar: su hermano y Margarita... se amaban...



No sé por qué este jardín me hace pensar en un cementerio, en un viejo y pobre cementerio...

* *
*

La habitación de Lina en la quinta parecía el sueño loco y seductor de un artista. La joven se había ocupado apasionadamente en adornarla con su gusto atrevido, con sus caprichos sin límites de hija rica y con todos los recursos de arte de que disponía.

Las paredes eran de un estuco particular en el que entraba una substancia brillante y tornasolada que le daba un espejismo de nieve y el brillo de un polvo de diamantes.

El pintor C..., el íntimo amigo de su padre, había puesto en ellas, á manera de friso caprichoso y continuo, unos perfiles extraños y como soñados, cuyo dibujo, cortado en el cuello por un trazo seco, formaba como unas caras de bellas decapitadas, unidas unas con otras por flores hieráticas de colores tan pálidos que parecían verse por transparencia. A la mitad de su altura, las paredes estaban cubiertas con pedazos de telas soberbias y desemejantes, pero todas de la misma tonalidad de un verde azulado y ostentando en su trama los colores infinitos de los océanos, de los follajes y de toda la gloriosa y cambiante naturaleza.

El techo era de laca verde pálido con molduras representando vagas imágenes de animales alados y fantásticos que se incrustaban en relieves de esmeraldas, de zafiros y de turquesas.

Tres muebles solamente: una cama baja sostenida al exterior por tritones y sirenas; una gran mesa de forma excesivamente sencilla y en cuyo tablero aparecían escenas alegóricas á lo Watteau, encerradas en medallones de rosas entrelazadas; y, en fin, un gran sillón torneado y todo blanco, que podía convertirse en *chaisse-longue* y cubierto de almohadones también blancos, enfundados de telas preciosas y de ricos encajes. Dos espejos sin marco é incrustados en las paredes agrandaban la pieza, y una gran ventana de tres metros de ancho presentaba el horizonte inmenso del mar cuando se levantaban los visillos azules y verdes. El suelo estaba cubierto de esteras de arroz en las que se combinaban las flores y los pájaros con la animación mágica del genio japonés. Nada de *bibelots*... Y por todas partes, al azar, altos jarrones de Gallé y floreros en forma de animales llenos de flores sencillas que exhalaban los aromas vivos y dulces de los bosques.

Lina había pasado en aquella pieza horas tranquilas, pues su espíritu se complacía en el funcionamiento armonioso de las cosas; y allí permanecía fácilmente inactiva, recostada en su butaca blanca ó apoyada en la mesa que era un museo en miniatura.

Pero, hacía unos días, aquella soledad soñadora la defendía mal contra una nueva angustia.

Lina estaba aquella mañana dando vueltas como una fiera enjaulada, perezosa para terminar su atavío y bajar á distraerse con el movimiento de la casa y nerviosa con la insistencia de dos ó tres pensamientos, siempre los mismos, que oprimían su corazón. Por fin exclamó en voz alta, dejándose caer sentada en la orilla de la cama deshecha:

—¿Pero qué es lo que yo tengo?.. Y de repente le subió del alma al pecho una ola de sufrimiento tan dulce, tan dulce, que no recordaba haber jamás sentido gozo tan tierno como aquel dolor, que le producía inconscientes, hermosas y puras lágrimas...

Sabía muy bien lo que tenía. Y ya no le parecía una debilidad el llorar ni se arrepentía de haber tenido con Pedro una franqueza y una confianza que habían ido más allá de sí misma, hasta la persona de su padre, al que no podía menos de juzgar sin dejar de adorarle. ¿No podía decírselo todo á Pedro, puesto que le amaba? Pero *él*... Y las interrogaciones dolorosas iban á apoderarse de ella otra vez, cuando sonó un golpe en la puerta, que se abrió casi inmediatamente.

Era la señora de Sorgue.

La viuda entró, deslumbradora y magnífica, envuelta en un peinador color de naranja.

La condesa Rosita era judía y española y tenía en sus facciones toda la belleza de aquella doble raza.

Su cabello obscuro, sus ojos imperiosos, su cutis aterciopelado y mate, su boca pequeña, carnosa y de un rojo ardiente y un talle y unos pies maravillosos hacían de ella uno de los tipos más admirables de belleza que es posible idear. Rosita lo sabía, naturalmente, y se servía de la audacia, la astucia, la zalamería y el orgullo, que formaban su alma, para diversificar y realzar aquella belleza.

La viuda se mostró con Lina de una dulzura casi infantil. Una vez más se extasió ante aquella habitación «de una estética suprema...» y todas sus palabras molestaron á la joven. Por fin Rosita, columpiándose en la butaca blanca, con un cigarrillo en los labios y con la falda un poco levantada para dejar ver sus piececitos desnudos en unas babuchas de seda negra, se puso á hablar abundantemente y sin parecer notar el silencio de Lina.

De repente dijo:

—¿Quién es ese muchacho por el que parecen ustedes tan chiflados, usted y su padre? Nunca puedo acordarme de su nombre...

—Pedro Etcharre, dijo Lina entre dientes.

—¡Buena cabeza! ¿Dónde le han descubierto ustedes? No parece parisiense...

—Lo es... dijo Lina, extrañando ya no haber dicho como respuesta algunas de las impertinencias, ya célebres, con que azotaba á veces á los insolentes que la sublevaban.

Pálida, sin embargo, y con los labios apretados, la joven procuraba contenerse, conociendo que su mente no estaba bastante libre para mostrar la audacia y la flexibilidad necesarias para ese género de ejercicios.

La de Sorgue exclamó:

—Querida mía..., tiene usted hoy mala cara... ¿Qué le ocurre?

—Nada...

Lina se levantó y dió unos pasos entre la cama, la mesa y aquel sillón, en el que el traje naranjado, la cabellera negra y los pies desnudos de aquella mujer le atacaban los nervios hasta la rabia.

La condesa, entre tanto, seguía diciendo, como hablándose á sí misma:

—No es ni siquiera guapo su protegido de ustedes..., y...

—El Sr. Etcharre no necesita la protección de nadie. Está aquí porque le gusta, y nosotros nos alegramos mucho de que así sea...

—Sin duda..., sin duda... ¡Qué calor hace hoy! ¿Verdad? *Hay tempestad en el aire*...

Y después de esta frase, que sirve á las mujeres nerviosas para explicar cosas tan diversas, la viuda dejó sola á Lina.

Más tarde dijo á Morel:

—Su hija de usted está de mal humor... ¡Quién sabe!.. Acaso esté enamorada...

Morel encontró la idea chistosa y se echó á reir.

—¡Lina enamorada! ¡Qué cosa tan inverosímil! ¿De quién? Ha dado ya calabazas á casi todos los que están en casa, y...

—Pero tiene usted nuevos huéspedes... Ese vascongado...

—¡Oh! ¡Qué absurdo!.. ¿Lina y ese bueno de Etcharre?.. Tiene usted unas ocurrencias... ¡Lina, tan difícil con sus quimeras y sus utopías, y ese muchacho!.. No le conoce usted; muy inteligente, pero vulgarote y sencillo... Una naturaleza cándida y primitiva... Muy interesante, eso sí, y yo le quiero mucho...

Pero Morel estaba ya distraido y ajeno á tal asunto, al encontrarse al lado de la condesa Rosita, mientras ésta, con su aspecto indiferente, hacia reflexiones prácticas.

Sí, quería volverse á casar y que fuese con Morel, porque éste, con su posición y su fortuna, restablecería las rentas y la reputación de Rosita, muy comprometidas unas y otra. Pero la viuda no desconocía las dificultades de la empresa y sabía que Lina era una enemiga seria.

Era preciso, ante todo, que la joven se casara, y no bien había llegado, tropezaba con aquella novela en germen, lo que la contrariaba, pues si Lina se casaba con aquel hombre sin un céntimo, su padre tendría que dotarla ricamente, y esto disminuiría sus esperanzas para el porvenir... No, había que casar á Lina con alguien muy rico, y ya lo procuraría ella...

***

El domingo próximo se celebraban las regatas en que Pedro debía tripular el yate de Morel, y el lunes siguiente el joven se marcharía á París, pues su licencia de tres semanas había expirado. Los dos jóvenes, pues, en aquella tarde hermosa y ardiente, salieron juntos á dar uno de aquellos paseos que tanto les gustaban. Atravesaron el bosque de pinos, lleno del olor exasperado de la resina, y tomaron la vereda de Meschers.

Al pasar por el *bosque sagrado*, Pedro propuso á Lina un descanso, pero la joven rehusó por no volver á ver el sitio donde pocos días antes se había dado cuenta de que amaba y de la dicha que encontraba en amar.

Los dos andaban, andaban, y hablaban poco, porque sus almas estaban llenas de cosas que no querían decir y se conocían bastante para no creerse forzados á inútiles palabras.

Al llegar á una encrucijada se detuvieron. A la izquierda había dos ó tres casas y á la derecha una propiedad con un estrecho jardín de tapias bajas y una casa visiblemente antigua, con las ventanas cerradas, como unos ojos muertos en una vieja cara.

Lina tenía sed y preguntó á una mujer.

—Vaya usted en derechura por ahí, le dijo aquélla indicándole un camino contiguo á la posesión, y encontrará una aldea, el *Compain*, donde le darán leche...

La casa cerrada encantó á Lina al pasar y la joven dió una vuelta alrededor de ella, pues no tenía tapia por detrás. El jardín abandonado, en cuyas parras lucían enormes racimos de uvas rosadas, le pareció delicioso. Cogió una flor y se la puso en el pecho, donde brilló como una mancha de sangre sobre el dulce color de los encajes. En el fondo y debajo de una parra había un banco de madera medio podrida rodeando á una mesa fija en el suelo.

Lina se sentó y Pedro la imitó sin decir nada. Una invencible tristeza reinaba en aquel lugar, á pesar de la fiesta maravillosa de la luz de verano en el esplendor de los árboles y de los frutos. Lina apoyó un codo en la desvencijada mesa y dijo en voz baja:

—No sé por qué, este jardín me hace pensar en un cementerio, en un viejo y pobre cementerio, detrás de una pequeña iglesia, en algún rincón ignorado... ¿No le parece á usted? No se ven los sepulcros, pero yo los imagino debajo de estas hierbas, alimentando estas ramas cargadas...

Lina se estremeció y dijo después, dirigiendo hacia Pedro su hermosa cara llena de vida apasionada:

—Y sin embargo..., ¡qué paz la de dormir!..

Y en seguida añadió cambiando de tono:

—¡Pero no soy una compañera muy alegre!..

Iba á echarse á reir para no llorar, pero su risa expiró en los labios porque vió que los ojos de Pedro estaban llenos de lágrimas..., de lágrimas pesadas, raras y amargas, arrancadas del corazón, á pesar de su fuerte voluntad. Lina se sintió tan poseída de un vértigo de ternura, que el jardín dorado y viviente desapareció para ella... Pedro se dominaba ya y decía sonriendo:

—¡Seré estúpido!.. Perdóneme usted, pero cuando me ha hablado de cementerio, he recordado uno..., allá..., cerca de San Juan de Luz, al que *ellos* fueron la semana pasada... Y esta idea..., no sé..., me ha...

Los ojos de Lina parpadearon y aquel jardín melancólico y encantador volvió á aparecer claro á sus miradas... Sí, era eso, y ahora *sabía*.

¡Qué dolores tan próximos! ¡Y pensar que tan noble y exquisito ardor pudiera desperdiciarse así, tan irónicamente vano!.. ¡Si Lina hubiera podido gritar, gemir, revolcarse en aquel suelo, que hace un momento se complacía en poblar de sueños eternos, y fundir con las savias de aquella tierra sus lágrimas y sus penas de criatura fugitiva!..

Pero al cabo de un minuto dijo muy bajito:

—¿Ha tenido usted una carta?

—Sí...

—¿Y cree usted que... se?..

Lina no pudo pronunciar la palabra fatal...

—Estoy seguro...

—¿Y eso le hace á usted sufrir?..

—Sí..., soy muy desgraciado..., dijo Pedro sencillamente.

Los dos se quedaron mirando, sin verlos, los insectos que describían al sol círculos locos...

Cuando se sintió más fuerte, Lina cogió la mano de Pedro y dijo:

—Amigo mío..., acaso se engaña usted... Raimundo es muy joven... y Margarita es una mujer... No puedo creer...

—¡Ya lo verá usted!, dijo Pedro con desesperación.

No quería esperar ni recibir consuelos y Lina encontraba en sí misma fuerzas desconocidas para sostener la debilidad del hombre amado.

Cuando salieron del jardín, ebrios de pena, la mujer á quien antes habían hablado se acercó á ellos y les dijo:

—¿Les gusta á ustedes la casa? Está á la venta.

Y se puso á describírsela siguiéndoles.

—¿Hace mucho tiempo que está deshabitada?, preguntó Pedro por decir algo é interrumpirla.

—No mucho... El verano pasado vino la familia del propietario... Varias señoras, caballeros y niños, uno de los cuales recién nacido... Personas alegres, que reían y cantaban... Sin duda encuentran el sitio triste y no quieren volver...

El uno y el otro evocaron aquella alegría, aquellas risas y aquellas canciones, y sabiendo lo que puede existir bajo una decoración de júbilo, se interesaron un instante, á pesar de su pena, por aquellos desconocidos y por lo qué podía ser su vida secreta, detrás de la fachada..

La vuelta fué interminable. En el momento de entrar en la quinta, Lina cogió de nuevo la mano de Pedro y le dijo:

—Vamos allá... ¿No es usted ya el «hermano razonable?»

—¡Ah! Cuando se ama, es muy duro el serlo... Usted no sabe esto..., ya lo verá algún día...

—Es verdad, no lo sé, dijo Lina.

Y se sonrió valientemente.

IX

FIEBRES

Todos habían vuelto á la ciudad; y con los ojos llenos todavía por el espejismo de los hermosos ho-

rizontes de libre luz, enriquecidas las venas de sangre más fuerte y las almas renovadas al aliento de las emociones sinceras, todos tenían que hacer un esfuerzo igual para entrar de nuevo en la vida real del trabajo y en la gran lucha cotidiana.

Pedro tenía que soportar en su oficina las envidias de los camaradas, á quienes irritaba su pronto éxito de ingeniero naval. Margarita volvía á encontrar todos los inconvenientes y las humillaciones de las lecciones mal pagadas. Raimundo se desesperaba por no ver publicar sus cuentos y se esforzaba por penetrar las razones que podía tener para ello el director de la revista. Y sus impaciencias estorbaban á su trabajo, pues no estaba todavía acostumbrado á la labor diaria realizada sin gusto, como la de un obrero, y que tiene valor para romper al día siguiente la página mal concebida y poco viable.

La viuda de Avesnes seguía en sus incesantes lamentaciones, y la misma Julieta, por una obscura obra interior, parecía triste, ahora que la tristeza de la vida no pesaba tan absolutamente sobre ella.

En fin, todos sentían un gran malestar, como una enorme fiebre en que se hubieran fundido las de todos.

Aquel malestar se aumentaba inconscientemente con la actitud de Lina, que parecía haber vuelto de repente á la enigmática brusquedad de los primeros tiempos y se mostraba alternativamente silenciosa ó de una alegría exagerada hasta la burla.

Las sesiones de pintura fueron reanudadas con regularidad, pero Margarita se desesperaba al no encontrar en la cara de Lina aquella expresión que había visto una vez y en la que quería fijar las facciones de su modelo para que su cuadro fuese un símbolo tanto como un retrato.

Lina, compadecida de aquellas penas de artista, trataba de complacerla y forzaba su boca á sonreir y sus ojos á soñar, pero no resultaban la sonrisa ni los ensueños de otro tiempo.

Margarita fué, sin embargo, la primera que se substrajo á la opresión que pesaba sobre aquel pequeño círculo, gracias á las fiebres deliciosas de duda, de esperanza y de fe con que se forma y se fortifica el artista *que cree en sí mismo*. Vivió con su pensamiento como con el amor.

Inactiva ú ocupada, en apariencia, en fastidiosas tareas, trabajaba interiormente en precisar su visión de las cosas y realizaba de este modo un progreso lento y seguro en el trazado de la línea y en el reflejo del color.

Se sentía ligera y como levantada por encima de las pequeñas miserias materiales y hasta morales, como si su alma hubiera sido insensibilizada por una corriente superior, así como se insensibilizan los cuerpos por la electricidad.

Tranquila ya por Julieta, á la que rodeaba de cuidados y de mimos, había vuelto á ser la criatura vibrante de vida y de sueños, no aplicados solamente á un estado sentimental, sino consagrados á la pintura.

Es verdad que pensaba con frecuencia en el amor y la presencia casi perpetua de Raimundo mantenía forzosamente esa ilusión.

El joven la amaba y se lo decía sin cesar, y á ella le gustaba oirlo como una dulce música.

Sin responder precisamente, mostraba bastante complacencia al escucharle para que Raimundo sintiera aumentarse el amor pronto y entusiasta que sentía por ella.


En el comedor estaba su madre poniendo la mesa con aire lastimoso

Cuando él insistía en hablar del porvenir y hacer proyectos, Margarita cambiaba de conversación como si fuese aquel un asunto inútil y peligroso.

Margarita pasaba así los días cortos y obscuros del invierno con un soberbio brillo de vida dichosa y confiada que aumentaba su belleza.

Cuando entraba en una habitación parecía llevar con ella la dicha del sol, y sintiéndose incapaz de quietud, multiplicaba sin esfuerzo los ensayos y los trabajos, hasta el punto de que Raimundo se quejaba, sintiendo que se le escapaba. Pero Pedro, que veía poco á Margarita y tenía siempre al lado la constante excitación de su hermano, los creía perfectamente unidos y anticipaba así el porvenir de su dicha y la desesperación de su amor por ella.

Pensaba con frecuencia en Lina y en sus confidencias; pero como la joven, en sus raros encuentros, parecía haberlo olvidado todo, Pedro no pensaba tener que preocuparse por las penas de una mujer evidentemente violenta y cambiadiza y que se arreglaría cómodamente su vida.

***

¡Olvidar!

Lina vivía con el recuerdo encantador y desolado de una sola hora pasada en el *bosque sagrado*, donde había presentido ya su pena, y de otra hora dorada y dolorosa en el abandonado jardín de aquella «casa en venta» que algunas veces deseaba comprar, para encerrarse sola en ella durante algún tiempo.

Acaso sufriría menos, *realmente sola*, que agitándose entre las influencias que aumentaban su dolor.

Morel cedía visiblemente á las coqueterías de la de Sorgue, y por mucho que Lina se defendía contra sus zalamerías, tenía que recibirla con harta frecuencia y salir con ella para no chocar abiertamente con la voluntad de su padre. Tenía Morel una de esas voluntades de egoista, no definidas en palabras, pero que en el simple desarrollo lógico de sus deseos sin freno dan en el blanco con la precisión inconsciente y mortifera de un arma.

Lina presentía toda la maniobra de la condesa Rosita al oir á su padre tratar con ella, por alusiones, la cuestión del matrimonio, de su matrimonio eventual, posible, acaso próximo...

Hasta el punto de que una noche, con una ternura poco habitual, le dijo Lina:

—¡Tanta prisa tienes por desembarazarte de mí, papá!

—¡Prisa! ¡Qué locura! Pero, en fin, no tienes ya diez y seis años y no serás una casada en traje corto.

—Es verdad... No tengo diez y seis años, sino diez más...

—¿Quieres callarte?.. Me envejeces terriblemente... Recuerda que una mujer, en París, no tiene nunca más de veinticinco años, cuando así lo quiere...

Lina se echó á reir.

—¡Oh! Tú, papá, serás siempre joven...

Morel, que estaba encendiendo un cigarro, se volvió hacia ella y le hizo con real ansiedad esta ligera pregunta:

—Dime; cuando salimos juntos, ¿crees que me toman por tu marido ó por tu padre?..

Y sus temores renegaban enérgicamente aquella paternidad que no quería ni en apariencia.

Lina vió claro una vez más aquel carácter de eterno seductor y dijo gravemente:

—Ni lo uno ni lo otro... Te toman por mi hijo..

—Es chistoso, dijo Morel riendo; valiente burlona estás.

Así, todos se entendían, por razones diferentes, para impulsarla al matrimonio, á un cambio de existencia, á una nueva casa, á un hogar que fuese suyo.

Y la sola suposición de ese hecho, en el estado actual de su corazón, le producía verdadera rabia, al pensar en la vida de eterno disimulo en que tendría que agonizar. Estando sola era ya duro el sufrir y el callarse, pero, al fin, era libre, enteramente libre.

Algunas veces le daban ganas de llamar á Pedro y decírselo todo, todo, sin falsa modestia ni amor propio. Le diría entonces, sencillamente:

—Usted ama á otra y sufre, pero yo también sufro porque le amo á usted... Sé que esto puede cambiar, pero quiero decírselo para que comprenda que no puedo unirme con otro que sea para mí un extraño...

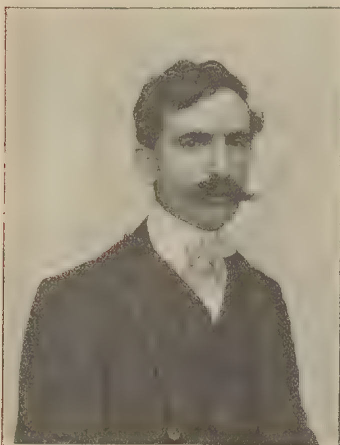
Esta confesión hubiera convenido á la audacia y á la lealtad de su naturaleza, y á Lina le parecía que después de hacerla respiraría libremente, como se respira en las alturas después de haber costeado los abismos al subir.

(Continuará.)

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN DE PINTURAS DE FERMÍN ARANGO

La primera presentación de las obras pictóricas del joven artista Fermín Arango ha tenido las proporciones de una reñida batalla, victoriosamente ganada.



El pintor argentino FERMÍN ARANGO

Las telas expuestas á la admiración de las gentes en el salón Witcomb son tan recomendables como sugestivas. En la mayoría, la observación y la verdad están armónicamente mancomunadas con la técnica y el empaste; resultando el conjunto, más que victoria efímera, triunfo que irá en *crescendo* á medida que se vaya conociendo al autor y se le estudie en futuras producciones.

La revelación de la personalidad artística de Arango ha sido una sorpresa. Ha tenido muchos impugnadores, y muchos le negaron talento y hasta temperamento artístico, guiados quizá por la impresión ingrata de algunos de sus estudios, apuntes y dibujos, ó por la idiosincrasia especial del individuo, retraído hasta la exageración.

Unicamente en la soledad de su ignorado taller, cuando se halla ante el caballete, parece renacer á otra vida; y al encontrarse enfrente de la naturaleza, sin importunos mirones, vuelve la actividad febril á darle entusiasmo, y su mente á pensar en el porvenir, y su cerebro á querer saber los misterios del color y de la luz, y su alma á saturarse de belleza y poesía.

Por los trabajos presentados se deduce que no sigue huella alguna determinada, no forma en las filas de ninguna tendencia, no es de ninguna escuela. Ojalá se conserve así. Sin embargo, bien observado, inclínase al género impresionista.

Generalmente sucede que personas de aspecto triste y huraño, de rostro obscurecido como por interno pesar, resultan, una vez conocidas socialmente, de carácter franco y abierto, enamoradas de la luz brillante, entusiastas del sol, admiradoras de los contrastes firmes, cultivadoras de las transparencias y amantes de las fecundas alegrías de la naturaleza. Tal sucede con los trabajos del novel artista.

Aquellos de sus cuadros que son genuina representación psíquica suya, atraen instantáneamente las miradas de inteligentes y aficionados, porque resultan más espontáneos, de mayor vigor, mejor concebidos y más fielmente trasladado al lienzo lo que ha herido su retina. Así son unos preciosos apuntes del bosque de Palermo y jardines de la Recoleta y sobre todo el *Embarcadero del lago*.

Hay otros con efectos de sol y agua dignos del mayor encomio y que resultaría largo detallar.

Uno de los trabajos que indican el vigor y firme trazo del pincel de Arango es la soberbia cabeza á pleno sol: su auto-retrato.

La tranquera y *Puerto Hauret* son ejemplos de mis anteriores afirmaciones. En el primero, la intensidad del sol vibra en la atmósfera fulgurante en un medio día ardiente de verano. Sintiéndose el artista compenetrado del ambiente, ha sabido dar los justos tonos en todos los accidentes que le dan vida palpitante y real. Del segundo, en otro orden de apreciaciones, tendría que repetir las mismas encomiásticas frases; sobre todo conociendo aquellos encantadores lugares situados á orillas del río Carabelas, casi á mitad de su curso. Los cinco ó seis cuadros que figuran en la Exposición procedentes de aquellas costas los coloco entre los mejores, por la riqueza en colorido y la verdad en detalles.

Es una joya la admirable miniatura *Nocturno*, muy digna de figurar en Museo, colocada á la altura de los ojos para recreo de los que saben valorar la habilidad artística.

Idilio es otro de los cuadros bellísimos de Arango. Aquella puesta de sol anaranjada fuertemente, aquel fondo cielo y agua, son de una verdad sorprendente. Recuerdo haber contemplado muchos semejantes. La enamorada pareja y los dos cisnes en la penumbra le dan la emoción viviente; don que falta á buen número de las restantes obras. Entre ellas *Un patio*, lleno de sol y... de soledad. Es hermoso, está admirablemente dibujado; pero le falta la vida: una maceta, unas gallinas, un niño, ¡qué sé yo!, algo viviente: el alma.



IDILIO, cuadro de Fermín Arango



EMBARCADERO DEL LAGO, cuadro de Fermín Arango

Fermín Arango, español, ha presentado, pues, una buena Exposición artística sin haber salido jamás del ambiente negativo de la capital federal. Tiene el mérito de haberse formado por sí solo en la cosmopolita Buenos Aires, la mercantil por excelencia, luchando siempre contra viento y marea con toda clase de contrariedades y privaciones, sin otras lecciones que las recibidas años atrás en el «Estímulo de Bellas Artes,» cuando esta institución estaba en sus albores, y esto, en los tiempos presentes, es bien poco. Por lo tanto, ¿quieren mayor milagro, más grande maravilla?

Actualmente se está preparando para emprender un viaje á París. A su paso por Barcelona, expondrá las obras que le acompañen; todas serán de asunto y paisaje argentino. Entonces el elemento artístico, inteligente y aficionado de la culta capital catalana le podrá apreciar mejor que por las reproducciones de sus obras, le podrá juzgar con conocimiento de causa y admirará las condiciones pictóricas superiores del joven artista.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, 1904.

ROLANDO EN BERLÍN

ÓPERA DEL MAESTRO RUGGERO LEONCAVALLO

En el número 1.200 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta del estreno de esta obra en el Teatro Real de la Opera de Berlín y del modo como esta última producción del celebrado autor de *I Pagliacci* había sido inspirada por el emperador Guillermo al compositor y como éste había llenado su cometido. Hoy, con motivo de la publicación del grabado de la siguiente página, que representa una de las escenas culminantes de *Rolando en Berlín*, ampliaremos los pocos detalles que entonces dimos.

El teatro ofrecía el día del estreno un aspecto deslumbrador; el soberano alemán había preparado convenientemente aquella solemnidad y la sociedad más brillante de Berlín correspondió con creces á los deseos del emperador. El pedido de billetes excedió á toda ponderación; la gente formaba extensa cola delante de la taquilla y algunos ocupaban en ella su sitio desde la tarde antes y habían pasado la noche á la intemperie, y por algunas localidades de platea se pagaron hasta ciento cincuenta marcos, ó sean ciento ochenta y siete francos.



PUERTO HAURET. Río CARABELAS, cuadro de Fermín Arango

La representación de la ópera, cuyo argumento está tomado de un episodio de la historia del elector Federico II de Brandeburgo, fué una serie continuada de



TERCER ACTO DE «ROLANDO EN BERLÍN,» ÓPERA DE LEONCAVALLO, ESCRITA POR ENCARGO DEL EMPERADOR DE ALEMANIA Y RECIENTEMENTE ESTRENADA EN BERLÍN

1. Eva (Sra. Grete Parbs). – 2. Consejero Schumm (R. Wittekopf). – 3. Consejero Wints (R. Berger). – 4. Rathenow (B. Hoffmann). – 5. Elsbeth (E. Destinn).

triunfos para el autor, para los intérpretes y para la dirección escénica, que ha puesto la obra con un lujo y una propiedad superiores á todo encomio.

El público aplaudió la habilidad con que Leoncavallo había sabido ajustar á las exigencias de un libreto la novela de Willibaldo Alexis y el talento del músico que lograba recrearle con gratas melodías.

No obstante este éxito, la crítica en general no se ha mostrado muy favorable á la partitura del maestro italiano y los músicos alemanes se han manifestado no poco resentidos al ver que el emperador encargaba á un extranjero una ópera, tanto más siendo esta ópera de asunto genuinamente alemán. La verdad es que no les falta razón para sentirse molestados, pues ni Alemania está actualmente tan pobre de compositores que no haya uno á quien confiar un encargo como el que Guillermo II confió á Leoncavallo, ni éste figura entre los músicos extranjeros en lugar tan preeminente que su solo nombre justifique la distinción excepcional con que le honró el monarca.

Pero de todos modos, el estreno de *Rolando en Berlín* ha sido un éxito del que se ha hablado mucho en Alemania y fuera de ella, y por esta razón le hemos dedicado algunas líneas.—X.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

Legislación comparada sobre crédito agrícola. Bases más económicas y eficaces para su fomento en España, por *Carlos M.ª Bru del Hierro.* – Esta obra, premiada con accésit por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso de 1902, merece bajo todos conceptos un juicio más detallado del que en esta sección podemos dedicarle. El estudio del Sr. Bru, así por lo completo como por lo profundo, está á la altura de la importancia excepcional del problema objeto del mismo: en su título preliminar se ocupa con gran abundancia de doctrina de las nociones acerca del crédito en general y especialmente del agrícola; en la parte primera demuestra el Sr. Bru su vasta erudición exponiendo y analizando la legislación y las instituciones del crédito agrícola en las principales naciones de Europa; iguales conocimientos patentiza en la parte segunda, estudiando lo que en España se ha legislado sobre la materia. La parte tercera es, si cabe, más importante que las anteriores, puesto que en ella se sientan las bases para el fomento de tan trascendental institución en nuestra patria, y se exponen, con elevación de miras y perfecto dominio de todas las cuestiones relacionadas con el problema capital, las reformas que en los Pósitos, en la legislación hipotecaria, en la civil y en la mercantil y de procedimientos debieran introducirse, las disposiciones administrativas que habrían de adoptarse y lo que deben hacer los agricultores para que el crédito agrícola pueda producir en España todos los inmensos beneficios que de él han obtenido otros países. Esta Memoria, que forma un tomo de 347 páginas, ha sido impresa en Madrid en la imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

Almanaque Bailly-Bailliere. – Memorándum de la Cuenta Diaria. – Agenda de Bufete. – Agenda culinaria para 1905. – Almanaque Americano. – La conocida casa Bailly-Bailliere, de Madrid, ha dado al público, como todos los años, las publicaciones que dejamos mencionadas. Como todas ellas están suficientemente acreditadas, nos limitaremos á dar una ligera noticia de lo que cada una contiene. El *Almanaque* es una pequeña enciclopedia de 500 páginas con más de 1.100 grabados y multitud de artículos y curiosas noticias sobre ciencias vulgarizadas, gramática, agricultura, industria, música, bellas artes, deportes, modas, labores femeninas, y multitud de otros temas á cual más interesantes. Con el *Almanaque*, cuyo precio es de seis reales, van comprendidos varios regalos. El *Memorándum de la Cuenta Diaria* es un verdadero libro práctico de memorias que permite anotar el detalle, así de los negocios, como de los gastos é ingresos, las visitas, los domicilios de los amigos, etc., etc., y se vende á 2'50 pesetas. La *Agenda de Bufete* contiene, además de una guía de Madrid, un dietario para anotaciones, y multitud de noticias sobre reducción de monedas, recibos, letras, pagarés, tarifas de consumos, de cédulas, etc., etc.: véndese desde una á cinco pesetas el ejemplar. En la *Agenda Culinaria* encontrará el ama de casa recetas de cuantas comidas y combinaciones quiera hacer con un manjar, el modo de disponer la comida diaria con variedad y economía y la manera de servir un banquete, y además podrá llevar el detalle del gasto diario anotando lo que entrega y recibe en la agenda en blanco para anotaciones; su precio, dos pesetas en Madrid y 2'50 en provincias. El *Almanaque Americano* contiene cuentos, epigramas, poesías, etc.



Costumbres andaluzas. – Vendedores ambulantes. El vendedor del pan de Alcalá, dibujo de S. Azpiazu

Memoria del Comité Central de la Liga Republicana Española de la Argentina, presentada al Consejo general en la Asamblea de 10 de julio de 1904. – En esta memoria se explican detalladamente los trabajos que en la Argentina ha realizado la Liga para coadyuvar á la propaganda de los republicanos en España.

Almanaque Bastinos para 1905. – En este almanaque, además del calendario y de los anuncios de las interesantes obras publicadas por la acreditada casa editorial barcelonesa de Antonio J. Bastinos, se insertan varios interesantes artículos sobre Rusia y el Japón, Pintura Catalana y costumbres catalanas, de Folch y Torres, Pirozzini y Farnés. Ha sido impreso en Barcelona en la Imprenta Elzeviriana.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Forma, *Hojas Selectas*, *Mercurio*, revistas mensuales ilustradas; *Boletín de la Cámara Oficial de Comercio de Barcelona*, mensual; *La Medicina Científica*, revista mensual; *El Trabajo Nacional*, *La Industria*, revistas quincenales (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, *La mujer en su casa*, *Daguerre*, revistas mensuales ilustradas; *Sol y Sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *La Medicina Valenciana*, revista mensual; *Teatro Cubano*, revista mensual (Habana); *Kosmos*, *La Gaceta*, revistas quincenales ilustradas (Buenos Aires); *El Pensamiento Latino*, revista mensual ilustrada (Santiago de Chile); *Boletín Militar de Colombia*, semanario (Bogotá); *El Lucero*, semanario ilustrado (Lima); *La Razón*, diario (Trujillo, Perú); y *Anales del Museo Nacional*, publicación bisemanal (San Salvador).

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 13 de febrero de 1905 — Núm. 1.207

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

España se prepara á conmemorar dignamente el tercer centenario de la publicación de la primera edición del *Don Quijote de la Mancha.*

El gobierno, las academias, las universidades, las corporaciones literarias y artísticas, la prensa; en una palabra, todos los elementos intelectuales, se disponen á solemnizar la aparición de uno de los monumentos más grandes de la literatura universal; y bien hacen en ello, ya que, gracias á aquel libro imperecedero, nuestra patria, que bajo tantos conceptos ha descendido de su antigua grandeza, conserva incólume uno de los puestos más eminentes en el mundo de las bellas letras y su nombre es pronunciado con veneración por aquellos que entienden que existen otras glorias, si no más brillantes, más sólidas y duraderas que las que se obtienen por la conquista ó por el predominio de los intereses materiales.

Mas no es sólo en España en donde nos preocupamos de la conmemoración de aquella fecha; también en el extranjero muchos literatos y artistas se aprestan á aportar su concurso al solemne homenaje en honor de Cervantes. Uno de ellos, el famoso pintor muniquense Grützner, está terminando con este motivo un cuadro que representa, según pueden ver nuestros lectores en el grabado que al pie de estas líneas reproducimos, al hidalgo manchego, enfrascado en la lectura de sus libros de caballerías.

El solo empeño de querer dar forma corpórea á una figura tan compleja como la de Don Quijote es digno del mayor elogio, y más cuando quien tal empresa acomete, por su cualidad de extranjero, ha de vencer grandes dificultades para interpretar con el mayor acierto y fidelidad posibles el personaje.

A juzgar por lo que del cuadro aparece en la fotografía reproducida, Grützner ha acertado en la interpretación, ajustando su retrato del héroe cervantino á los caracteres físicos y morales que se desprenden de la descripción que de él hace Cervantes y sobre todo de la impresión total que la lectura del *Don Quijote de la Mancha* produce.



El célebre pintor alemán Grützner, pintando su cuadro con motivo del centenario del «Quijote»

(De fotografía de *Express-Photo-Reportage París)*

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no cuento jamás á mis lectores lo que veo en los salones; y no es que no se vean, allí como en cualquiera otro concurso humano, cosas dignas de ser contadas, sino que hay plumas muy diestras, de más completa información, con carácter especial y profesional, consagradas á esa tarea, la cual, entre paréntesis, se me figura ardua y difícil entre las que pueden ejercitar la péñola del cronista.

No sé por qué se acoge con cierto esguince desdeñoso la labor del revistero de salones. La notación de la vida, sea elegante ó popular (aldeana, obrera), nunca suele realizarse, en el texto del periódico, con aquella intensidad artística, privilegio de la novela y del cuento. Por necesidad, por natural ley, lo que se escribe en un periódico (destinándolo á la breve vida de veinticuatro horas) no se tornea, perfila y acicala como lo que (al menos en la mente del autor) está llamado á pasar á la posteridad y á cimentar una fama. ¿Qué pide el lector cuando entre bostezos y sorbos de chocolate despabila su diario? ¿Qué pide cuando de noche lo transforma en gorro de dormir? Enterarse de los resultados de la crisis, de la última ascensión del *Alcotán*, de quién se ha muerto y de cuál es la archiduquesa con mayores probabilidades de sacar un novio á pedir de boca... Todo esto no requiere ni derroche de estilo, ni gran calor de humanidad, como antaño se decía; por lo tanto, á mi parecer, cuando una revista de salones entera á su público de quiénes estuvieron en tal baile ó comida, de los colores de los trajes, del estilo del mobiliario de la casa, de si eran rubíes ó zafiros lo que empedraba el aderezo de la dueña, de si en la cacería se cobraron ochenta perdices ó treinta faisanes.., no me figuro que por contera se exija una observación á lo Flaubert, ni una elegancia de lenguaje que eclipse á los maestros del habla castellana.

Además, el público no acaba de convencerse de que un cronista de salones no vale tanto por lo que dice, cuanto por lo que se calla. Su retórica es el eufemismo, la discreción y el silencio. El cronista no necesitará mentir, pero necesita tragarse infinidad de verdades, de esas que nadie publica porque se acreditaría de grosero y bárbaro. Atroz sería pregonar un sinnúmero de cosas que se susurran en voz baja: unas, porque acaso no lleven el sello de la verdad; otras, porque siendo sobrado ciertas, no pertenecen al número de aquellas verdades salvadoras que conviene proclamar á gritos, como era indispensable que fuese proclamado el Evangelio, aun á costa de efusión de sangre y hondos sacudimientos y revoluciones. Así como la palabra sirve para disfrazar el pensamiento, en opinión de un sabio que no puedo recordar ahora si fué Maquiavelo ó Tayllerand, los escritos á veces deben servir para correr un velo sobre infinidad de verdades secundarias, sin miaja de provecho, que sólo interesan, en último caso, á los mismos ó mismas á quienes molestaría infinito que se divulgasen. Los que las cierran bajo siete llaves y no quieren seguir las huellas de la imprudente Pandora, proceden como filósofos, y hasta como caballeros corteses y galantes.

No sé qué diablos de ventaja hubiese reportado á nadie, por ejemplo, que se hubiese trompeteado en letras de molde, años ha, la decadencia de la espléndida hermosura de cierta dama que ya se ha muerto, y que realmente, en sus tiempos triunfales, fué una diosa. Los años hicieron su oficio infalible y cruel: apagaron dos ojos árabes, alteraron unas líneas maravillosas de pureza y majestad, despoblaron las encías, arrugaron la un tiempo satinada tez... La dama no se resignó. Emprendió la lucha desesperada de los vencidos de antemano. Uno de sus arbitrios defensivos fué vestir de blanco, invariablemente. En invierno como en verano; que la moda prescribiese el tono *cuisse de nimphe émue* ó el de «rábano afligido,» ella se consagró á ese color, que es el de los albores de la vida, el de las ilusiones castas y aromadas, el de la primera comunión y el del ropaje nupcial. La constancia en envolverse en blancas sedas, en el fondo, decía esto: «Quisiera verme otra vez en los quince ó á lo sumo en los veintidós; ser comulganta nueva ó ruborosa novia.» Ni lo uno ni lo otro cabía ya...., pero la duquesa continuaba envuelta en sus blancas gasas, en sus albos encajes plegados por el gran modisto, en sus brocados afrentadores del ampo de la nieve; y cuando de lejos, en los saraos, se veía venir á una mujer, rendida al peso y al estrago del feroz *kronos*, y que arrastraba una cola de cándida seda ó raso, orlada de espumas de tul, no había que preguntar: era ella, en su ducal magnificencia, en su ducal ruina...

Al otro día—indefectiblemente, porque no pasaba inadvertida su presencia—los revisteros echaban á vuelo el incensario encomiando su beldad, y no mintiendo, siempre que se refiriese la crónica á veinte años antes. Y de fijo también encomiaban la gallarda *toilette* blanquísima, que, como la nieve los soberbios restos de alguna construcción grandiosa, envolvía aquel glorioso pasado...

¿Por qué iba yo diciendo todo esto? ¡Ah! Ya recuerdo: porque, si bien no trato de salonerías, me ha tentado ahora el asunto de las inauguraciones de oratorio.

Verdad que la inauguración de un oratorio no es salonería más que si se considera que á los oratorios suelen preceder salones, y de que, para inaugurar un oratorio, se reune gente escogida, lo mismo que para un *raout*. Sin embargo, no acabo de convencerme de que sólo por esto figuren las inauguraciones de oratorio bajo la rúbrica de revistas de sociedad, en las cuales tienen hoy cabida cosas tan antisociales como los entierros. Parece que lo social, ó mejor dicho la salonería, ha de revestirse siempre de cierto aire de fiesta profana, y la gente, cuando la transportan á su último asilo, no suele estar para fiestas.

La inauguración de oratorio es el término medio entre lo sacro, lo profano y lo familiar. Revístese tal ceremonia de un carácter simpático. La intimidad del hogar se afianza con ese santuario doméstico que reunirá á la familia en más estrecho vínculo, para que junta y separada de la muchedumbre, cumpla el precepto de la misa. El cuidado de los ornatos, que las buenas amas de casa no fían á nadie (siendo de su cargo tener las albas, toallas y paños guarnecidos de encajes y limpios como el sol), es un lazo religioso, una devoción sencilla y personal, pegada á la vida interior de la casa. El altar, adornado con flores, resplandeciente de luces, dijérase que santifica la mansión, pareciendo repetir, con palabras evangélicas: «Si Dios no edifica la morada, en balde vigilarán los que la custodian.»

Los oratorios particulares van aumentando en Madrid. Tener oratorio era costumbre de nuestros abuelos; estaba olvidada; hoy parece que renace, ¡como renacen tantas cosas! Las cigüeñas retornan al campanario... y el lujo toma también esta forma, como toma otras infinitamente menos simpáticas y castizas.

Los oratorios que recuerdo ahora—el de la duquesa de Denia, con ínfulas de gran capilla; el de los marqueses de Linares, más reducido—no desdecían del estilo de los respectivos palacios. Para mi gusto, demasiado á la moderna. En el de los marqueses de Linares, un Niño Dios poco artístico ostentaba (siempre que los dueños recibían), prendidas sobre su cuna, joyas que valían millones.

En el oratorio de los duques de Valencia, inaugurado este año y de un carácter antiguo, tradicional, eminentemente español, el Niño es otra joya, como las espléndidas diademas de brillantes y los ríos de solitarios que serpeaban, en Nochebuena, entre los viejos puntos de Alençon y de Inglaterra que envolvían la divina cunita.

El oratorio de más reciente inauguración es el del Senador D. Tomás Allende. El dueño es lo que llaman en Inglaterra un *self made man.* El trabajo y la inteligencia han puesto en sus manos el oro, gran resorte de nuestra máquina social. El honroso origen de su fortuna parece reflejarse en los rasgos de su figura enérgica, en la buena y franca expresión de sus ojos. Me agradan estos laboriosos, y me consuelan de tanto vago, de tantos como sólo viven para el cigarro y el naipe.

El oratorio de Allende es moderno, pero la familia es de corte clásico, modesta, amable, seria, ajena á la disipación. La casa ostenta un lujo concentrado y sin alarde; ¿entendéis de qué especie de lujo hablo? Un lujo que no se mete por los ojos, ni corre tras la moda para atraparla al vuelo y estereotipar su última mueca; de un lujo que no anda á caza de la novedad inglesa para traducirla al idioma del garbanzo; de un lujo que consiste en que todo sea caro, excelente, que cada cosa sea lo que parece, y nada más, ni nada menos tampoco. Decoración sobria y rica; alfombras de la fábrica, hechas á la medida de los salones; muebles cómodos, bien estofados; aire y luz á chorros en las habitaciones (¡gran lujo es este!), ningún *bibelot*, y dos ó tres lienzos de primera. El oratorio, blanco y dorado, y entre los ornatos, dos ó tres bordados góticos y del Renacimiento, muy auténticos, restaurados admirablemente. Y he de confesar que, comprendiendo la necesidad imprescindible de que se restaure lo que ha de consagrarse al culto, á mí estos bordados me gustan más cuando están pálidos y desvaídos, con una tonalidad muriente, lánguida.

Se inauguró el oratorio con misa rezada, que celebró el obispo de Vitoria, y al final pronunció una exhortación oportuna, de tonos sencillos y plácidos, el mismo prelado. Entre otras cosas, nos dijo el señor obispo que los templos, actualmente, son más grandiosos y bellos que pudo ser el de Salomón, porque lo que allí era figura—la redención y la nueva ley—ahora es realidad. Es muy posible, en efecto (ateniéndonos solamente á la parte arquitectónica), que los templos construídos desde el triunfo del cristianismo superen á los más famosos de la antigüedad. La descripción del Templo erigido por el hijo de Betsabé y de David es muy sugestiva, tiene notas de fastuosidad oriental..., pero pensemos en las catedrales, y no me refiero sólo á las que alzó la Edad media, sino asimismo á las modernas, que si no revelan tanto la fe acendrada, tocante á magnificencia, nada tienen que envidiar á las de antaño. Dígalo el famoso Sacré Coeur de París. Lo que hace superior á todo el templo de Salomón, para mí, es el haber sido arrasado, asolado, saqueado, el no existir más que en la imaginación impresionada fuertemente por la lectura de los Santos Libros.

La fantasía sobrepuja siempre á la verdad. No sé ni es fácil averiguar si el célebre «mar de bronce» del templo de Salomón fué más reducido que los estanques de mosaico de la Exposición francesa. Si se ha exagerado sus dimensiones, ¿quién lo averigua hoy? Hay que pensar en la historia de Salomón para explicarse su Templo y en general sus aspiraciones á superar á todos los monarcas contemporáneos suyos. Salomón era hijo de un advenedizo. Nada más humilde que el origen de su padre, el Salmista. La historia ni aun ha conservado el nombre de su madre. Pastor de ovejas, mozo de la tribu de Judá, la designación de Samuel le sacó de su obscuridad y le llevó al lado del rey Saúl, á quien extraños presentimientos decían que aquel mozo diestro en tañer, aquel honderillo, era su destino infausto encarnado en un hombre. ¿Estaría Saúl informado de la consagración, del óleo derramado por Samuel sobre la cabellera de David? ¿Eran celos de las simpatías que David sabía infundir en todos? De otra suerte, no se explica el odio repentino al citarista, las mil celadas que armó para asesinarle.

Cuando David hubo ascendido, al través de peligros y combates después de tomar á Jerusalén con la espada, á la monarquía hebrea, sobre su epopeya militar tenía que alzarse la obra del estadista y del civilizador, que fué la de Salomón. Salomón tenía que construir el asilo digno de aquel Arca que Urías lamentaba ver en grosero albergue, mientras los oficiales del ejército dormían sobre la tierra seca del desierto. Las victorias del león de Judá tenían que traer en pos el esplendor, el lujo intenso, artístico, de que Salomón hizo gala y que en la construcción del templo llegó á su colmo. David había reunido parte de los materiales; pero el derroche de oro de Ofir, del cual se hicieron vasos y candeleros sagrados; el empleo de mármoles, maderas raras y preciosas..., sólo perteneció al hijo del gibor encanecido en las batallas; á Salomón, al más grande de los reyes, de los poetas, de los pensadores. ¡Salomón! Su nombre solo—pronunciado en un oratorio del siglo XX, en la calle Mayor de Madrid, media hora antes de gustar el champagne, en amistoso almuerzo—me trajo á la mente una serie de representaciones y de ensueños, el dolor de no haber nacido entonces, para verle en la plenitud de su gloria.

Y observo que me he ido, si no precisamente por los cerros de Ubeda, al menos por las colinas de Jerusalén... Es que más tiempo vivo en la vida retrospectiva que en la contemporánea.

Emilia Pardo Bazán.



No lograban distraerle un momento de la contemplación del abismo

EL LOCO DE LA PLAYA

Le vi un día y otro día, cruzado el pecho con la banda tosca que iba á enredarse en la cuerda húmeda que arrastraba la red por el fondo del mar; le vi encogido, sudoroso, anhelante, subiendo á largas zancadas el talud de arena y tirando como bestia humana de la inmensa maroma; le vi ir y venir por aquella movediza cuesta, siempre con la cabeza baja, los ojos entreabiertos apuntados al mar, los pies descalzos hundidos en la playa, y siempre silencioso, siempre triste, siempre solo; y como aquel pertinaz mutismo y aquella tristeza imborrable y aquella soledad continua fueron todavía menores que mi discreción, decidí interrogar al hombre, aprovechando un momento en que, tendido de cara al mar, descansaba el infeliz de largas horas de trabajo ímprobo en la fila macabra de galeotes libres.

Los averiados obreros del *copo*, repartidos por el lecho de arena, gruñían sordamente al comentar á gritos el pésimo aspecto de su negocio; hombres achacosos, chiquillos escuálidos, viejas macilentas, miraban con ira al Mediterráneo, cual si tratasen de exigirle cuenta estrecha por la mezquindad de sus dádivas; y el mar entre tanto mecíase dulcemente, riendo con borbotones de espuma de la cómica indignación de aquellos seres, tan inútiles para el trabajo como para el coraje, que pretendían arrebatarle tesoros de escamas con las torpes mallas de primitivas y maltrechas redes.

Sólo el hombre silencioso mostrábase indiferente á las tacañerías del mar. Tumbado en la faja de musgos trazada por las olas, miraba con fijeza extraña el avance de la espuma cual si esperase algo envuelto en ella; y las imprecaciones de sus compañeros en hambre, y los gemidos de las mujeres y los torpes juegos de los niños, no lograban distraerle un momento de la contemplación del abismo.

Despacio, con los rodeos y vacilaciones del indiscreto, me acerqué al hombre; con la excusa de mirar las olas, me senté á su lado; con el pretexto de interesarme por los progresos de su menguada industria, intenté hablarle.

El mísero contestóme al principio con monosílabos, más tarde con alguna frase incolora y balbuciente; pero cuando mi curiosidad púsose en contacto con su dolor, cuando le pregunté el motivo de su ensimismamiento frente á la rizada superficie del mar, entonces sus ojos brillaron como ascuas, su lengua se movió con presteza, incorporóse, y me lo dijo todo, todo, desde la historia de su desdicha hasta el cuento de sus esperanzas.

Me dijo que en tiempos lejanos surcó los mares con un bergantín airoso en el que tenía puestos sus amores y su hacienda; que desde el puente de aquel barco recreóse en la contemplación de todas las grandes ciudades que reciben los besos de las olas, y que durante muchos años creyóse el hombre más feliz del mundo por ser el dueño del más gallardo y valiente de los veleros.

—Fué ahí mismo, añadió el mísero señalando con el dedo un punto lejano del horizonte. Fué ahí mismo. El temporal desmanteló mi barco, una ola desestivó la carga, otra ola enorme abrió un abismo, y en aquel abismo hundióse rápidamente mi pobre bergantín.

—¿Y usted?, pregunté.

—Yo me salvé á nado; salí del agua en este mismo sitio, y en él estoy esperando siempre.

—Esperando ¿qué?

—Esperando á que el mar me devuelva mi barco. A usted extraña mi pretensión, como extraña á todos, ¿no es verdad? Pues bien, ni ellos ni usted están en el secreto. Cuanto desaparece en el mar vuelve á la playa; el agua no quiere nada que la enturbie; devuelve los hombres, devuelve las cosas, ¿por qué no ha de devolver los barcos? Y aquí me tiene usted un día y otro día, un año y otro año, esperando á mi pobre bergantín, que volverá, ¡ya lo creo que volverá!

En aquel momento escuchóse un grito que quiso ser una voz de mando; al escucharla se incorporaron perezosamente los seres hambrientos y harapososos; mi hombre se levantó también, y fueron todos á enlazarse por medio de la banda mugrienta á la recia maroma que serpenteaba playa arriba.

Pasaron días, muchos días; días calmudos, pegajosos, agobiantes, en los que el mar plano y el cielo liso parecían mirarse á través de un ambiente de fuego; y vino un día obscuro, revuelto, tormentoso, en el que el cielo se vistió de nubes y el mar se cubrió de olas.

El dueño del bergantín náufrago, con los harapos en desorden, la cabellera suelta, los pies clavados en la movediza arena, la mirada fija en los montes de espuma que se levantaban sobre la superficie del mar; recibiendo impasible los empujones del viento y las embestidas de las olas, procuraba desoir el fragoroso estruendo de la tormenta para escuchar una voz misteriosa que subía de los profundos senos del abismo.

Aquella voz parecióle al hombre la voz de su bergantín; para escucharla más atentamente avanzó cuanto pudo en el camino de las olas; y ante los atrevimientos de aquel infeliz retiróse el mar, dejando al descubierto la rampa de la playa, por la que se precipitaba la menuda arena á remolque de la espuma.

De pronto el mar, arrepentido de aquel momento de compasión por la locura de un hombre, levantóse sobre el abismo en una ola monstruosa, que avanzó á tierra ondulando como serpiente inmensa; parecióle al infeliz que en aquella masa informe se destacaban los contornos de su pobre velero; dejó avanzar la ola; abrió los brazos para recibirla; la recibió; y cuando á los pocos momentos retirábase de nuevo el mar para prepararse en el abismo á una nueva embestida, no quedaba en la playa rastro de hombre.

Tenía razón el infeliz; el mar no quiere nada que lo enturbie. El cuerpo del hombre apareció en la playa devuelto por las olas, pero en la cara rígida y descompuesta no se habían borrado las huellas de una sonrisa. ¿Quién sabe? ¡Acaso la última mirada del moribundo fuese para el bergantín náufrago!

Mariano Turmo.

(Dibujo de Triadó.)

LUCHADOR

La lucha es una condición de la vida humana, y sin ella el progreso no existiría. Todas las grandes conquistas de la civilización las ha realizado el hombre á fuerza de vencer obstáculos que se oponían á su desenvolvimiento moral y material, arrancando con su brazo ó con su inteligencia los secretos y los tesoros que la naturaleza sólo entrega al que con sus energías y con su perseverancia se hace digno de poseerlos



Luchador, escultura de W. Ijzerdraat

El escultor holandés W. Ijzerdraat ha simbolizado esta lucha en la preciosa estatua en bronce que adjunta reproducimos, por medio de un hombre que intenta arrancar una pesada roca de granito. La idea está expresada con gran acierto y á ella corresponde perfectamente la excelencia de la ejecución, en la cual ha patentizado el artista sus grandes conocimientos técnicos. Los detalles anatómicos de la figura, la actitud de la misma, revelan de una manera admirable el esfuerzo que realiza; los músculos están vigorosamente contraídos, las venas abultadas denotan la precipitada circulación sanguínea, el bronce toma apariencias de carne y debajo de ésta se adivina la tensión de los nervios obedientes á una voluntad poderosa.

MEDALLAS Y ENCUADERNACIONES

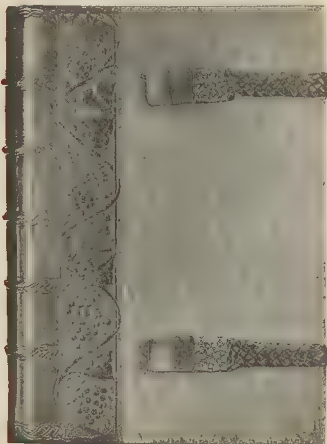
El nombre del escultor belga Godofredo Devreese es bien conocido en el mundo del arte, habiéndole conquistado especial renombre algunos bustos y sobre todo el proyecto para el grandioso monumento destinado á conmemorar la batalla de Courtrai, denominada también batalla de las *Espuelas*, en la que el ejército flamenco, compuesto principalmente de tejedores ganteses y brujeses y mandados por el duque Guillermo de Juliers y el conde Juan de Namurs, destruyó casi por completo el ejército francés acaudillado por el conde de Artois.



Medalla modelada por G. Devreese

El éxito grandioso que en 1898 obtuvo con su medalla *La encajera*, una de las que en esta página reproducimos, movióle á cultivar esta especialidad artística; y al año siguiente cúpole el honor de ser el primer medallista belga representado en el Luxemburgo de París, cuyo director en aquel entonces, M. Leoncio Benedite, adquirió algunas de sus producciones para que figurasen en aquel museo.

Godofredo Devreese nació en Courtrai en 1861 y desde la edad de quince años practicó la escultura en el taller de su padre, Constancio Devreese, autor de las estatuas de los condes de Flandes que decoran la fachada de las Casas Consistoriales de aquella ciudad. En 1881 el joven artista fué á Bruselas, ingresando como alumno en la Academia de Bellas Artes, en donde trabajó algunos años bajo la dirección del famoso escultor Carlos Vander Stappen. De cómo aprovechó las lecciones de tan ilustre maestro son buena prueba las obras por él producidas y que, como hemos dicho, le han valido grande y merecido renombre.



Encuadernación original de F. Sangorski

Las medallas suyas que reproducimos permiten formarse cabal idea de sus excepcionales cualidades para el cultivo de esta interesante rama de la escultura.

No hace mucho celebróse en Londres una exposición de encuadernaciones en la cual pudieron apreciarse los progresos que en esta industria artística incesantemente se realizan. Una de las instalaciones que más llamaron la atención fué la de los señores Sutcliffe y Sangorski, de Southampton, que han con-



Medalla modelada por G. Devreese

seguido elevar dicha industria á gran altura y cuyos productos, expuestos en aquel certamen, fueron premiados con la mayor recompensa.

Si nos fijamos en los tres ejemplares que adjuntos reproducimos, observaremos en seguida cuál es la característica de sus producciones, que puede sintetizarse en estas dos cualidades: originalidad y exquisito gusto. Los dibujos que adornan las tapas se apartan por completo de las extravagancias del mal llamado modernismo, que las más de las veces no son sino caprichos con que algunas imaginaciones exaltadas tratan de disimular su absoluta ignorancia de la armonía de las formas; hay en ellas dominio completo de la línea y de sus infinitas combinaciones y perfecto conocimiento del valor de los elementos decorativos. Gracias á esto, pueden pre-



Encuadernación original de G. Sutcliffe

sentar dibujos nuevos, perfectamente originales, sin caer nunca en las censurables extravagancias en que muchos incurren persiguiendo una originalidad que no han logrado hallar marchando por el buen camino. Hemos dicho que la otra cualidad que caracteriza sus obras es el gusto exquisito, y para demostrarlo nos bastará con llamar la atención de nuestros lectores sobre las muestras que en esta página publicamos, y en las cuales se admiran elegancia, riqueza de ornamentación y espontaneidad de motivos superiores á todo encomio.

Tienen, por último, los Sres. Sutcliffe y Sangorski una condición por demás laudable, la de ajustar en lo posible el carácter de la encuadernación á la índole de la obra encuadernada, procurando por medio del color y del dibujo dar desde luego una idea de lo que pueda ser el libro.—X.

LAS HUELGAS EN RUSIA

La tranquilidad material se ha restablecido en San Petersburgo, en donde la mayor parte de los huelguistas han vuelto á su trabajo. No así en otras ciudades del Imperio, en las que impera todavía el desorden, siendo continuas y sangrientas las colisiones entre la policía y las tropas por un lado y el pueblo por otro. En Varsovia, en Lodz, en Odessa, en Batum, en Tiflis y en otras poblaciones importantes las huelgas no sólo no han terminado, sino que toman cada vez peor aspecto.

Es de esperar, sin embargo, que al fin el go



Medalla modelada por G. Devreese

bierno se impondrá, pues medios le sobran para vencer la sedición.

¿Se conseguirá restablecer del mismo modo el orden moral? Difícil parece, pues los últimos acontecimientos demuestran que los gérmenes sembrados por los revolucionarios van echando raíces en Rusia, y estos movimientos del espíritu nacional se sofocan una y otra vez por medio de la violencia, pero al fin acaban por triunfar de todas las opresiones.

El Comité de Ministros presidido por Witte ha confeccionado ya un plan de reformas que, según dicen, ha sido ya aprobado por el tsar; pero, según parece, se trata sólo de proyectos administrativos que, en concepto de personas sensatas, no remediarán nada.

Por otra parte, el gobernador de San Petersburgo general Trepoff continúa resuelto á emplear todos los medios violentos necesarios para que la situación se normalice, y las prisiones de los elementos intelectuales no cesan. Máximo Gorki, el célebre escritor



Encuadernación original de F. Sangorski

revolucionario, de quien se dijo que había sido puesto en libertad, sigue en la cárcel, sin que se sepa qué suerte le está destinada, si bien se afirma que será juzgado por los tribunales civiles y que no se le aplicará la pena severísima que en un principio se había dicho.—S.







Las huelgas en Rusia. San Petersburgo. Panadería custodiada por las tropas después de haber sido saqueada por los huelguistas.
Retenes de tropas en los muelles del Neva.
La caballería de la Guardia delante del Palacio de Invierno, el día 23 de enero. (De fotografías.)

Crónica de la guerra ruso-japonesa



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Tiradores japoneses haciendo fuego desde una trinchera. (De fotografía de Collier's Weekly.)

El combate de Sandepú, de que nos ocupamos en la crónica anterior, terminó propiamente el día 29 de enero con la retirada de los rusos á la orilla derecha del Hum Ho, si bien conservando algunas posiciones en la izquierda. Esto no obstante, en los días siguientes hubo algunas luchas parciales que pueden considerarse como consecuencia de aquella encarnizada acción. En efecto, en la madrugada del 30 los japoneses atacaron las avanzadas rusas en los desfiladeros cercanos de Tsing-Ko-Cheng, logrando al pronto hacer retroceder á los rusos; pero habiendo éstos recibido algunos refuerzos, ejecutaron un contraataque y consiguieron recuperar sus primeras posiciones. Al día siguiente, á las cuatro de la madrugada, algunos batallones japoneses procedentes de Sandepú atacaron la aldea de Haitaitsé, siendo también rechazados. En la noche del 31 de enero al 1.° de febrero intentaron los nipones otro ataque contra la aldea de Chan-Tan-Houán, en la orilla izquierda del Hun-Ho, de la que consiguieron apoderarse; pero atacados á á su vez por los rusos, hubieron de evacuarla con grandes pérdidas. El 3 repitieron aquéllos el ataque con el mismo desgraciado éxito. Actualmente Chan-Tan-Huán está en poder de los rusos, quienes tienen en ella un excelente punto de apoyo á corta distancia de Sandepú.

Después de estas operaciones, no ha habido más que algunas ligeras escaramuzas y bombardeos de escasa importancia de las artillerías rusa y japonesa contra las posiciones enemigas.

En el combate de Sandepú resultaron heridos los generales Mitchenko y Kondratovitch, el primero en la rodilla y el segundo en el pecho: ambas heridas fueron en los primeros momentos calificadas de graves; pero, según parece, el estado de los dos generales es satisfactorio, esperándose que en breve podrán ponerse nuevamente al frente de sus tropas.

A consecuencia de las últimas operaciones surgieron graves disentimientos entre el generalísimo Kuropatkine y el general Grippenberg, comandante del 2.° ejército, el cual ha sido llamado á San Petersburgo. La verdad es que la manera como se empeñó la batalla de Sandepú resulta bastante incomprensible y que tampoco se explican las causas que movieron al ejército ruso á emprender aquella acción. ¿Empeñaría el general Grippenberg la lucha contrariando las órdenes del general Kuropatkine? Este hecho parece muy verosímil si se tienen en cuenta la inacción del 1.° y del 3.° ejércitos, mientras el 2.° se lanzaba á fondo contra el enemigo, y la retirada ordenada por el generalísimo en el preciso momento en que los japoneses se hallaban en una situación sumamente crítica. En efecto, si Kuropatkine hubiese apoyado con sus demás fuerzas á las de Grippenberg, habría provocado la batalla general en condiciones totalmente distintas de las por él concebidas; de ello se deduce, al parecer, que Kuropatkine no quería emprender una operación decisiva; y siendo esto así, no es de suponer que ordenara el movimiento intentado por su lugarteniente, desde el momento en que no tenía intención de apoyarlo, ni siquiera en el caso de llevar los rusos ventaja sobre el adversario.

Desde este momento se comprende que las relaciones entre los dos generales adquirieran una tirantez tal, que su permanencia juntos en el teatro de la guerra resultara imposible: ó Grippenberg tenía razón en quejarse del abandono en que se le había dejado, ó la tenía Kuropatkine en censurar la desobediencia de aquél, y en ambos casos habían de ser incompatibles los dos en lo sucesivo. El gobierno ruso ha zanjado esta cuestión destituyendo á Grippenberg ó aceptándole la dimisión, que viene á ser lo mismo, y llamándolo, como dejamos dicho, á San Petersburgo. Con esto han quedado desvanecidos los rumores de la supuesta enfermedad de Kuropatkine, de quien llegó á decirse que estaba loco ó que padecía una anemia cerebral. Hasta se habló de su relevo y se le señaló sucesor, lo cual ciertamente hubiera sido grave contratiempo para los rusos, pues la substitución de un general en jefe en las actuales circunstancias, dada la situación de los dos ejércitos beligerantes y en vísperas de una gran batalla, aparte del desastroso efecto moral que entre las tropas habría producido, habría podido traer para Rusia funestísimas consecuencias.



Guerra ruso-japonesa. – Entrada del 4.° regimiento siberiano en Mukden á fines de diciembre de 1904. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - ARTILLERÍA RUSA EN MARCHA HACIA EL PUNTO DE CONCENTRACIÓN DEL EJÉRCITO. (De fotografía.)

Son interesantes los detalles que ha dado el médico jefe del ejército del general Okú de las bajas sufridas por éste, desde que entró en campaña, ó sea desde el 6 de mayo, en que desembarcó en Pitseú, hasta 1.° de diciembre. En este período ha tenido 24.642 enfermos, de los cuales 18.578 curaron y reingresaron en las filas, 455 murieron y 5.609 fueron enviados al Japón. Desde el 6 de mayo al 19 de diciembre, murieron en el campo de batalla 210 oficiales y 4.917 soldados, fueron heridos 743 oficiales y 23.337 soldados, y desaparecieron 4 de los primeros y 402 de los segundos. De los heridos, el 16 por 100 fallecieron en los hospitales de campaña, 19 por 100 pudieron volver al servicio y el 65 por 100 regresaron al Japón. Teniendo en cuenta que todos los hombres enviados al Japón pueden considerarse como bajas definitivas, resulta que el ejército de Okú, que contaba, en el momento de desembarcar, 80.000 soldados y 2.000 oficiales, ha perdido de una manera absoluta 29.700 de aquéllos y 900 de éstos. De las heridas, el 85 por 100 han sido causadas por balas de fusil, el 8 por 100 por proyectiles de artillería y el 7 por 100 por armas blancas; como se ve, el fusil es el arma que mayores daños produce. Es muy notable la cifra de las heridas producidas por armas blancas: á juzgar por ella, de un siglo á esta parte, esta es la guerra en que más se ha luchado cuerpo á cuerpo.

El general Stoessel, á su llegada á Colombo, se ha enterado de lo que ha dicho una parte de la prensa europea sobre la rendición de Puerto Arthur y ha desmentido de la manera más absoluta las afirmaciones de algunos corresponsales que tienden á suponer que tal rendición no estaba bastante justificada. Por su parte, el coronel Reiss, que acompaña al general Stoessel y que estuvo en Puerto Arthur durante todo el sitio, ha dicho que la guarnición no podía sostenerse un día más y que toda prolongación de la resistencia habría sido un verdadero asesinato, pues no había municiones y morían diariamente 400 hombres en los hospitales á consecuencia de heridas ó de escorbuto. El general desembarcará en breve en Odessa y oportunamente comparecerá ante un consejo de guerra, en cumplimiento de lo que dispone el reglamento ruso sobre el servicio de las plazas fuertes, el cual prescribe, como casi todos los reglamentos similares vigentes en los demás ejércitos europeos, que cuando una fortaleza caiga en poder del enemigo, su gobernador será sometido á un consejo de guerra cuyos miembros nombra para cada caso particular el tsar.

Los enemigos de Rusia han supuesto en distintas ocasiones que los reservistas destinados á completar los cuerpos enviados al Extremo Oriente se negaban rotundamente á partir y cometían numerosos actos de indisciplina. Un marino de alta graduación alemán ha enviado hace poco á un diario de Berlín el siguiente telegrama:

«Los diarios han publicado en estos últimos tiempos tantas noticias falsas sobre Rusia, que sería labor fatigosa rectificarlas. Hoy he presenciado en la estación de Grodno la partida del regimiento número 26. Los soldados estaban alegres y entusiasmados, reían, cantaban, prorrumpían en hurras y agitaban sus pañuelos, y se conducían honrada y decentemente. La familiaridad cordial entre oficiales y soldados me ha emocionado. En San Petersburgo he visto gran número de reclutas llegados de provincias; tenían el aspecto de hombres contentos y no parecían en modo alguno esos «rebaños conducidos al matadero» de que nos habían hablado. Otra leyenda que desaparece.»

Los japoneses siguen con viva atención los acontecimientos que se desarrollan en Rusia y consideran, con razón, que las enormes dificultades en presencia de las cuales se encuentra el gobierno ruso pueden dificultar su acción en el exterior.

El gobierno japonés ha resuelto emprender la construcción de varios buques de guerra. En Yokosuta se comenzará inmediatamente la de un acorazado de 19.000 toneladas, de velocidad de 18 nudos, con cuatro cañones de 12 pulgadas, 12 de 10 y 12 de cuatro; en Kure se construirán dos cruceros acorazados con cuatro cañones de 12 pulgadas y seis de 10, y además se estudia la construcción de cruceros de 12.000 toneladas.

También Rusia se propone aumentar sus fuerzas navales, y al efecto se asegura que el presidente de la Comisión del hierro y del acero de Bethleem (Estados Unidos) saldrá en breve para San Petersburgo á fin de contratar la construcción de 10 buques de guerra, cuyo coste ascenderá á 20 millones de libras esterlinas.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. La higiene en el ejército japonés: soldado japonés tomando un baño de limpieza. (De fotografía de Collier's Weekly.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – LA CONCENTRACIÓN RUSA.—TROPAS RUSAS DIRIGIÉNDOSE AL CHA-HO, PARA REUNIRSE CON EL GENERAL KUROPATKINE



GUERRA RUSO-JAPONESA. – LA CONCENTRACIÓN RUSA. – ENCUENTRO DE LOS GENERALES KUROPATKINE Y LINIEVITCH DELANTE DE MUKDEN EN DICIEMBRE ÚLTIMO

(De fotografía)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Sacerdotes rociando con agua bendita á las tropas rusas antes de entrar en acción. (Dibujo de Arturo Garrat, sobre una fotografía de Víctor Bulla.)

Esta lámina, reproducción fiel de la realidad, es una prueba evidente de la religiosidad de los rusos y del poder que sobre ellos ejercen sus popes, algunos de los cuales van á la cabeza de las tropas durante los combates. El dibujo de Garrat, copia de una fotografía, representa la ceremonia de la bendición de los soldados antes de librar una batalla: dos popes pasan por entre sus filas, uno mostrándoles la Cruz y otro rociándolos con agua bendita; soldados y oficiales se inclinan respetuosamente y se persignan con devoción.

D. LIZARDO GARCIA

En las elecciones efectuadas en el Ecuador el día 8 de enero último fué elegido por inmensa mayoría de votos el Sr. D. Lizardo García presidente de aquella República.

El Sr. García ha pertenecido siempre al partido liberal; es hombre amante del progreso, muy laborioso y entendido especialmente en todo cuanto se relaciona con la Hacienda pública, y en repetidas ocasiones ha dado pruebas de rara energía y acendrado patriotismo. Además ha viajado mucho por Europa y América y ha sabido asimilarse lo mucho bueno que ha visto



D. Lizardo García,
nuevo Presidente de la República del Ecuador

y estudiado en los diversos países que ha recorrido, y que seguramente sabrá implantar en su país en cuanto pueda contribuir al desarrollo económico y social del mismo.

Prosiguiendo la noble tarea emprendida por su digno antecesor el general D. Leónidas Plaza, no cabe duda de que afianzará la paz beneficiosa de que viene gozando el Ecuador desde hace cerca de diez años, y logrará dar á esta República la prosperidad que merece y que será la justa recompensa á que por tantos motivos se ha hecho acreedora.

El nuevo presidente tomará posesión de su cargo el 30 de agosto próximo, después que el Congreso, que se reunirá el 10 del mismo mes, haya ratificado su elección, como la Constitución prescribe.

ARABE, escultura de Joaquín Bilbao.

Hermano del distinguido pintor Gonzalo Bilbao, ha logrado también singularizarse produciendo obras que han merecido general aplauso y cuyos títulos representan honrosas distinciones y otros tantos timbres de su vida artística. Recuérdense los notabilísimos relieves *La visión de Fray Martín* y *El sueño de la Virgen*, así como la estatua de Maese Rodrigo, que adorna una de las vías públicas de Sevilla, y se comprenderá la justicia de nuestras afirmaciones. No se trata, pues, de un escultor novel, antes al contrario, puesto que Joaquín Bilbao es un artista de sobrados merecimientos, dotado de aptitudes y en posesión de condiciones para el cultivo del arte en sus más nobles y grandes manifestaciones. De ahí, pues, que al reproducir la notable estatua ecuestre de un árabe que figura en estas páginas, no escaseemos nuestros aplausos á su autor, á quien ofrecemos este público testimonio de la consideración que nos merece.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—*Salón Parés.* – Continúa la serie de exhibiciones de obras artísticas en aquel local, que tantas simpatías merece al público que de continuo lo visita, cual si el examen de las producciones que allí se exponen constituyera una de las necesidades del espíritu. Y así debe ser, puesto que el Salón Parés ha sido uno de los centros que han influído en la cultura de nuestra ciudad y en la divulgación de conocimientos cuya aplicación se traduce en las manifestaciones de la industria, en las viviendas y en cuanto representa ó significa el modo de ser del pueblo barcelonés.

Varios pintores expusieron, á la vez, algunas obras notables. El conocido paisajista olotense Melchor Domenge aportó varios hermosos estudios de paisajes de la región montañosa, frescos y jugosos, que ostentan el sello de la tan celebrada escuela de Olot, que tanto enalteció el malogrado Vayreda.

El Sr. Martínez Padilla exhibió también algunos paisajes delicados ó brillantes coloraciones, según fueron los deseos del artista en interpretar los efectos observados en la naturaleza.

Las caricaturas presentadas por el Sr. Bagarias llamaron la atención por su originalidad é intención, ya que con limitadísimos trazos ha logrado acertar los rasgos característicos de las personas caricaturizadas.

El escultor Sr. Montserrat expuso asimismo un notable retrato, en busto, del pianista Sr. Malats, digno de su buen nombre y del artista representado.

Por último, nuestro distinguido colaborador artístico Carlos Vázquez ha logrado llenar con sus cuadros y dibujos los paramentos de aquel vasto salón, en cuyo centro se destaca un gran lienzo representando una boda en el valle de Ansó, obra que, á falta de otras, bastaría por sí sola para demostrar los alientos y las cualidades de este artista. Todas las figuras están estudiadas é interpretadas con acierto, y el conjunto cautiva por lo simpático del asunto y por su naturalidad.

Otros varios cuadros reproducen tipos de chesas y paisajes nevados de aquella comarca tan poco conocida, mereciendo también citarse sus cuadros al pastel representando hermosas mujeres, ejecutados con elegancia y de brillantes coloraciones. El considerable número de visitantes que concurre á la exposición demuestra el agradable efecto que en el público producen las obras de este artista, que tanto se distingue por su laboriosidad y buen gusto.

En el *Establecimiento de los Sres. Masriera* figuran, entre la diversidad de objetos de bronce, un precioso grupo, reducción del original de Cristóbal Montserrat, titulado «La nietecita,» notable por su esmerada ejecución y por el delicado sentimiento que interpreta; dos bonitas figuras de jovencitas bailando, elegantamente modeladas por Rafael Atché, y una pequeña estatua de un niño, obra de Enrique Clarasó.

En el *Salón Robira* continúa la exhibición de cuadros de autores nacionales y extranjeros, mereciendo citarse dos bonitas acuarelas de gran tamaño, ejecutadas con facilidad por el pintor valenciano J. Roig, representando cuadros de costumbres de la ciudad del Turia.

Por último, el inteligente y conocido industrial D. José Ribas ha organizado una notable exposición de muebles de carácter determinadamente suntuario en el vasto salón destinado á exposiciones de su establecimiento de la plaza de Cataluña. En todos y cada uno de los muebles que figuran, pulcramente ejecutados, se evidencia el gran desarrollo alcanzado por esta industria y los progresos que ha realizado la casa Ribas, que siempre ha procurado sostener su buen nombre y cimentar su reputación.

Nuremberg. – El conde de Leiningen-Westerburg ha hecho donación, ante el Magistrado de Nuremberg, para después de su muerte, al Museo Germánico de Berlín de su magnífica colección de *ex-libris*, que comprende 32.000 ejemplares.

Sesto. – En la vieja iglesia de la Abadía de Sesto (provincia de Venecia) se han descubierto varias pinturas al fresco que fundadamente se atribuyen á Giotto y á sus discípulos.

Londres. – Proyéctase en la capital de Inglaterra la erección de un monumento á Shakespeare, que se levantará en una plaza cedida para este objeto por el Consejo del Condado. Un comité presidido por el Lord Mayor se propone que todo el mundo contribuya á esta obra, celebrándose á este fin en todas partes una fiesta conmemorativa de Shakespeare en la última semana de abril.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo *Le vespi comari di Windsor*, ópera en tres actos y seis cuadros del maestro Nicolai; en el Principal *Mamá*



Arabe, escultura de Joaquín Bilbao
fundida en bronce en los talleres de Masriera y Campins, de Barcelona

Colibrí, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille, traducida al castellano; en el Eldorado *El túnel*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, letra de D. Ramón Rocabert y música del maestro Saco del Valle, y *Las estrellas*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de Carlos Arniches, música de los maestros Valverde (hijo) y Serrano; en Romea *¡Sembla que nevi!*, comedia en un acto y dos cuadros, original de D. Joaquín Dicenta y arreglada á la escena catalana por D. Jacinto Capella, y *El noy mimat*, pieza en un acto del Sr. Puig y Ferrater; y en el teatro de las Artes *La festa dels aucells*, cuadro de costumbres en un acto de Ignacio Iglesias

– En la «Associació Wagneriana» ha dado una notabilísima conferencia en catalán sobre el drama musical de Mozart, el inspirado poeta D. Juan Maragall. Para que se comprenda la importancia de esta conferencia, reproduciremos el sumario de los temas tratados en la misma: La música pura. – Momentos esencialmente musicales. – El canto sin palabras y la sinfonía. – Unión de la música y de la poesía. – El canto en palabras. – La producción ideal y su formación usada. – En ésta la poesía se mantiene en situación de inferioridad. – El drama musical. – Wagner: músico, hombre de teatro, poeta y crítico. – La proporción de estos elementos constituye la grandeza de su obra y su gloria. – Ejemplo más característico de la transfiguración de la palabra por la música. – El «Don Juan» de Mozart. – El libro. – La transfiguración. – El drama musical. – La sensación reveladora. – La libertad de la belleza.

Sobre todos estos temas disertó magistralmente el conferenciante, siendo su discurso una verdadera expresión de los sentimientos de un poeta que siente de un modo exquisito las bellezas de la música pura y que la ama antes que todo y por encima de todo por sí misma.



Medalla dedicada al ex presidente de la República de Oranje M. T. Steijn

Antes de salir de París para dirigirse á Natal, el ex presidente de la República de Oranje M. Steijn ha recibido del comité franco-sud-africano, presidido por M. Luis Herbette, consejero de Estado, su medallón, que reproducimos, y que es una obra notable de uno de los miembros del comité, el grabador Enrique Dubois, individuo del Instituto.

Terminada su conferencia, el Sr. Maragall fué objeto de una ovación tan entusiasta como merecida.

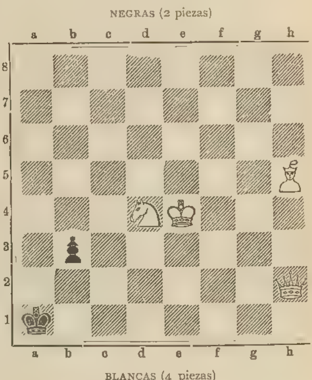
– La Asociación Musical de Aficionados ha dado en el Centro Artístico musical un concierto en el que se ejecutaron obras de Weber, Mozart, Rovira, Comas y Goberna. La Srta. Frau cantó el «Avemaría» de la ópera de Verdi *Otello* y una canción del Sr. Armengol, y el concertista de guitarra Sr. Minguella tocó una fantasía de Viñas-Minguella y una polonesa de Chopin. Todos los que tomaron parte en el concierto fueron muy aplaudidos.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera *Daria*, drama lírico en dos actos de los Sres. Aderes y Ephraim, música de Jorge Marty; en Nouveautés *Le Gigolo*, vaudeville en tres actos de Miguel Zamacois; y en el teatro Antoine *Les manigances*, comedia en un acto de Alfonso Athis; *L' amourette*, comedia en tres actos de Pedro Veber, y *Les experts*, comedia en un acto de Luis Beniere.

AJEDREZ

Problema número 375, por J. Kotrc.

negras (2 piezas)



blancas (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCION

Envío n.º 30. – «Devinette.» (Último problema del Concurso.)

1. Ce4 – f6, c7 – c6 ó c5; 2. Df8 – d6 jaq., etc.
Ag6 – f7; 2. Df8 – h6 jaq., etc.
Cb4 – d5; 2. Df8 – h6 jaq., etc.
Rf4 – e5; 2. Df8 – e7 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Cf6 – g4, etc.

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

La joven pensaba en estas cosas exaltadas cuando se ponía al piano en su estudio, y la música, mezclada con el olor de las flores y con el calor de enormes fuegos, la embriagaba y la sumía en marasmos debilitantes.

* * *

Margarita abrió la puerta y entró. Un olor de cocina se le agarró á la garganta, pero no lo sintió apenas, con la nariz metida en un gran ramo de violetas comprado al paso, en la calle.

En el comedor estaba su madre poniendo la mesa con aire lastimoso y los chicos arrastrándose por el suelo. Margarita pasó sin mirarlos y entró en la habitación contigua.

Allí estaba Julieta sentada en un taburete delante del fuego, con un aire de cansancio que chocó á su hermana.

—Y bien, querida, ¿qué te pasa? ¿Te duele la cabeza?

—No, no, dijo la niña sonriendo, pero con una sonrisa pálida y sin fuerza, que tembló en sus pestañas y se extinguió en seguida.

Margarita se arrancó la toca florida, arrojó en la cama el abrigo y dos pequeños paquetes y fué á arrodillarse al lado de la chimenea.

—¡Qué frío hace!, dijo; ¿no lo sientes tú?

Y siempre un poco alarmada, la tocaba por todas partes como se tocan los objetos frágiles, con miedo de romperlos.

—¿No tienes nada? ¿Es cierto, ángel mío?

Julieta murmuró entonces bajando la cabeza:

—Me aburro...

—¡Te aburres!.. ¿Por qué?

Y se puso á pensar en aquellos monótonos días que Julieta pasaba encerrada, pues no podía salir aún con todos los tiempos. Margarita lo comprendió un poco avergonzada por su estupor egoísta. Sin embargo, recordando el valor y la paciencia de Julieta durante la enfermedad, volvió á preguntarle:

—Pero antes, alma mía, cuando estabas inmóvil, no te quejabas nunca del aburrimiento y decías: «Si pudiese siquiera mover las manos...» ¿Te acuerdas?

—Es verdad, dijo Julieta gravemente, pero ¿sabes? Me estoy volviendo muy mala... Sé que debía ser feliz y estar agradecida... Pues bien, no; por más que hago me siento triste..., muy triste... Dime, tú que eres grande y sabes tantas cosas, ¿pasa siempre así?.. ¿Se aburre una siempre cuando tiene al fin lo que deseaba mucho?

—No, tesoro mío, no, decía Margarita acariciándola tiernamente.

Y aquellas inocentes palabras la herían en pleno corazón, porque algunas veces se despertaba de repente por la noche con la impresión del inútil vacío de toda su agitación ambiciosa y el sentimiento vago y profundo de un bien infinitamente mejor que estaba dejando perderse.

Pero Margarita rehusaba el confesarse á sí misma aquel instinto.

—Cuando estás aquí, dijo Julieta deliciosamente zalamera, ya no me aburro... Me gusta que me quieras...

Margarita, según su antigua costumbre un poco abandonada, fué á consultar con Pedro sus preocupaciones respecto de Julieta.



Iba, pues, Raimundo atravesando una sala con paso descuidado cuando se sorprendió...

Raimundo creyóse obligado á dar su parecer y dijo:

—Habrá que llamar al médico.

Margarita se encogió de hombros.

—Hablará de anemia, de neurastenia, la medicinará y ella seguirá con ese aire ensimismado que detesto ver en ella... No, habría que encontrar otro remedio.

Y se volvió hacia Pedro como si confiase en él. Pero Pedro, con sus anchos hombros inclinados sobre la mesa cubierta de planos, no se movió siquiera.

Margarita exclamó:

—¡Oh! ¡Estos hombres!.. Ni siquiera saben dar un consejo.

Y la joven se echó á reir, pero se quedó, sin embargo, un poco enfadada. Salió y Raimundo fué á acompañarla. Cuando estuvieron en el pasillo, después de cerrar la puerta del comedor, Pedro levantó la cabeza y pareció escuchar con visible angustia. Después sacudió su cabellera de león, hundió en ella las manos abiertas y se apoyó los pulgares en las orejas, con la firme voluntad de ignorar...

En cuanto estuvieron solos, Raimundo cogió las manos de Margarita.

—¡La quiero á usted más que á mi vida! ¿Y usted?

—Sí, sí, yo también le quiero á usted, dijo ella con distracción.

El joven quiso protestar contra aquella frialdad, pero Margarita le dijo:

—¿Qué tiene ahora Pedro, que parece furioso?

—¡Qué idea!

—Sí, sí; acaso esté ofendido porque no vengo ya cuando tengo algo que preguntar...

—No, se lo aseguro á usted. Sólo piensa en sus barcos y siempre está así hasta las tantas de la noche... No duerme.

—Pero va á caer malo... ¿Come al menos?

—Sí, tranquilícese usted... Y añadió amargamente: Se ocupa usted de él más que de mí..., y eso me pone celoso.

Pero Margarita siguió diciendo, sin escucharle apenas:

—Bien podía pensar también un poco en los amigos... ¡Qué tipo tan raro!

Raimundo no sacó nada más en limpio aquella noche, y no tuvo más éxito con Pedro que le invitó dos veces un poco bruscamente, á eso de las doce, á irse á acostar, lo que sublevó al joven, que declaró que, no teniendo sueño ninguno, iba á salir. Pero después reflexionó que la cosa era poco agradable...

Estaba lloviendo, no había ningún café cerca y se encontraba en la desagradable situación del niño castigado que refunfuña...

Entre el chisporroteo de los carbones que se desmoronaban en la chimenea y el susurro ligero de la lámpara que se consumía, la atmósfera pesaba sobre los dos hermanos y ambos sufrían, mudos y obstinados en una sorda desconfianza.

X

CUANDO SE AMA...

Por uno de los ángulos descubiertos de la techumbre de cristales entraba todavía un poco de claridad y hacía resaltar las molduras de yeso que adornaban como friso la parte superior de la pared. Pero todo el resto del taller estaba obscuro, pues el fuego se había apagado entre la ceniza. Lina, echada en el diván y con los brazos cruzados en la nuca, miraba maquinalmente á una cabeza de fauno, de brillante blancura, que le dirigía su eterna, fija é inquietante sonrisa. Pero no la veía.

Lina estaba pensando con obstinación en *lo que hubiera podido ser* y soñando con la vida que hubiera podido pasar *con él,* si él la hubiese amado. Así se complacía en vivir las tristes horas presentes, duplicadas con la visión imposible. Con frecuencia se había llamado á Lina «la más grande forjadora de proyectos que había en el mundo,» porque cualquier idea que se emitía delante de ella, era el punto de partida de una serie de planes extraordinarios que ella creía realizables y casi realizados durante dos días á lo menos. Había, sin duda, heredado de su madre, que era meridional, aquella imaginación prodigiosa y cambiante y aquella facilidad casi cándida de creer en lo que deseaba, y ese don había sido para ella una compensación y un verdadero alivio del otro aspecto profundo y más bien sombrío de su carácter.

Pero aquel día esa tendencia irónica de su mente á hacerle más vivientes imágenes imposibles, era para ella un aumento de pena.

La joven se sublevaba con frecuencia contra aquella obsesión, y en este momento murmuró como si sintiese rabia contra sí misma:

—¡Cómo! ¡Qué! ¿No es nada la voluntad? ¿No puedo, si quiero, olvidarle y hacerme cuenta de que nunca le he visto? Yo vivía tranquila antes de conocerle, no le veo nunca y aún tiene un lugar en mi existencia...

El roce de una cortina le hizo levantar la cabeza.

—¿Quién es?

—¿La señorita está á obscuras?.. Es una visita..., el Sr. Etcharre...

—Encienda usted..., y hágale entrar.

La muchacha dió una vuelta á las clavijas de la electricidad, y Lina, deslumbrada y en pie delante de un espejo, se puso á arreglarse el peinado deshecho... Pedro entró.

—¡Calle! ¡Usted!.. Dispénseme; estaba dormida..., esta luz me hace daño en los ojos y debo parecer un buho... ¡Ajajá!.. Así está mejor... Y después de ajustar el alambre conductor á una lamparita de cobre rojo, apagó el candelabro de cinco azucenas luminosas que los cegaba.

Se sentaron y Lina quiso pronunciar unas cuantas frases triviales á fin de establecer su resolución de amable indiferencia, pero Pedro habló el primero y dijo:

—Mi visita debe extrañar á usted y puede creer que no vengo solamente por verla...

Lina no pudo menos de echarse á reir de aquella frase en la que resaltaba la torpeza de expresión que estorbaba á veces las mejores intenciones de Pedro.

—No, amigo mío, dijo; tranquilícese usted; no creo semejante cosa...

—¡Oh! Dispénseme usted... Soy un estúpido y un torpe...

Pedro parecía tan desolado y tan confuso, que Lina tuvo que consolarle y acabaron por encontrarse tan íntimos y tan á sus anchas como allá, en la quinta, donde tan libremente se habían contado sus cuitas. Ambos sabían que recíprocamente eran los únicos que las conocían y este es un lazo de los más fuertes.

Mientras Lina pensaba que *á pesar de todo,* la dicha estaba en verle y en oirle y que sus planes de estoicismo de un cuarto de hora antes eran una locura, Pedro expuso sin preparación el objeto de su visita. Hablaban de Julieta y dijo:

—Está bien, pero le sucede lo que á usted: se aburre...

—¿Lo que á mí? ¿Y quién le ha dicho á usted que yo me aburro?

—Cuando no se está enferma ó rendida de diversiones, hay que aburrirse profundamente para quedarse dormida, como usted, á las cinco de la tarde...

—¡Ah! ¿Se vuelve usted psicólogo?..

Pedro no se dignó recoger la palabra y siguió hablando de Julieta:

—Esa niña es un poco de usted, que tanto contribuyó á salvarla... Ella la adora á usted y yo sé cuánto cariño hay en usted para ella... Así que en cuanto su hermana (Lina observó que Pedro evitaba el nombrar á Margarita) vino á pedirme un consejo, no he querido responderle nada sin haber hablado con usted... Y sé, añadió en el mismo tono, «que me creyó indiferente...»

—¡Ah!, dijo Lina con esfuerzo.

—Sí, me lo ha dicho Raimundo..., y no muy amablemente, por cierto... ¡Pobre Raimundo! Está tan nervioso...

—Sin duda..., dijo la joven maquinalmente; y presa de celoso dolor, olvidó á Julieta; pero Pedro volvió con tenacidad á su asunto:

-Y bien, ¿qué le parece á usted?

Lina sintió cierto remordimiento por haber abandonado á aquella niña que era, en efecto, algo suya, y exclamó:

—Se debe hacer todo lo que se crea necesario y ocuparse de nada más que de cuidarla... Yo me encargo de lo demás... ¿Cree usted que debe salir de París..., viajar?..

—No creo que eso sea urgente ni que haga falta tanto... Creo más bien que hace falta mucho más..., dijo Pedro. Usted la conoce; es una criatura extraña, un poco quimérica y locamente tierna. Su pobre madre la quiere, ciertamente; pero ahora, que no necesita ya aquellos cuidados continuos, parece que se decolora moralmente... Es difícil ya hacerla trabajar como á las demás niñas de su edad, pero tiene un entendimiento ávido y curioso y *también ella* necesita no estar siempre sola...

Y Pedro miró á Lina.

La joven no pareció comprender y dijo un poco secamente:

Pero ¿y Margarita?..

—Ya sabe usted que está muy ocupada, dijo Pedro.

Lina reflexionó un momento y continuó:

—Me ocurre una idea... Déjenmela ustedes una temporada.. Yo no siempre estoy alegre, pero aquí se distraerá y acaso me cure yo al mismo tiempo... ¿Qué piensa usted?

—Pienso que eso estaría muy bien, dijo Pedro con la misma sencillez con que Lina había hecho el ofrecimiento; pero ¿y si se casa usted?

-No me casaré.., respondió Lina duramente; y añadió esforzándose por sonreir: recuerde usted que me concedió algún tiempo... Yo lo aprovecho.

Hubo algo en ella, á pesar de su sequedad, que conmovió á Pedro, pues la preguntó cariñosamente:

—Qué, ¿las cosas no van bien?..

—Nada bien..., pero no hablemos de mí, ¿quiere usted?

Los dos se quedaron silenciosos y violentos hasta que Pedro se levantó para marcharse. Ya cerca de la puerta, y habiendo la joven nombrado á Raimundo, Pedro repitió:

—¡Pobre Raimundo!

Lina exclamó asombrada:

—¡Le compadece usted! Es usted extraordinario y confieso que no comprendo...

—Sí, dijo Pedro con dulzura; leo en él muy bien... Le atormenta la idea de su porvenir..., del porvenir *de los dos...,* y está desolado porque no avanza en su carrera y esto retarda su matrimonio...

—Pero, en fin, ¿qué le dice á usted él?

Nada...

—¿Y ella?

—Nada...

—Pues usted podrá pensar lo que quiera, pero eso no está bien... Soy franca; después de lo que ha hecho usted por ellos, hacen mal en no mostrarle más confianza.

Pedro balbuceaba buscando razones, que todas eran malas, y Lina se obstinaba en su exasperación contra los ausentes, con el secreto deseo de retener á Pedro unos minutos más, aunque los pasaran disputando.

-Yo, en su lugar de usted, decía, sería más orgulloso y haría como que me importaba poco...

—¡Oh! ¿Es eso posible *cuando se ama?,* murmuró Pedro.

Lina se quedó inmóvil y muda, y Pedro continuó, envalentonado por su victoria:

—Al fin, es preciso también que yo me resigne... Sé que mi carácter no tiene atractivos en apariencia... Me quieren bien, sin duda, pero nadie puede amarme con esa ternura exquisita y descuidada que..., que debe de ser tan deliciosa...

Y viendo que empezaba á embrollarse, se apresuró á decir:

—Buenas noches... Dispense usted..., y gracias por Julieta... Ya nos veremos... Buenas noches..., buenas noches...

Pedro echó á correr, y Lina, alterada y furiosa, tuvo que agarrarse á un mueble para no seguirle, colgársele al cuello como una niña y decirle:

—¡Gran imbécil, que cree que no se le puede amar!..

XI

Cuando Raimundo pasó el torniquete de la entrada, empezó por no ver nada absolutamente.

Las formas pálidas de las estatuas, entre el verdor de las plantas de adorno, estaban ya envueltas de una nube de polvo, y aunque no eran más que las dos de la tarde, la ola negra de la multitud invadía la inmensa nave.

Raimundo desconfió de encontrar á Margarita al primer golpe de vista en medio de aquel caos.

Era la primera vez que asistía á esa especie de ensayo general del Salón de pintura y escultura llamado «el barnizado» y en el que se encuentran siempre las mismas personas de todas las clases sociales, ávidas de contemplar el espectáculo de unos cuantos kilómetros de lienzo pintado.

No había nunca conocido más que el Salón apacible y fresco de los días de trabajo, y pronto notó el aspecto general de indiferencia y de cansancio que caracterizaba á aquella multitud y que también á él le ganaba.

Estaba citado con Margarita á las tres, en la sala donde estaba su cuadro.

La joven se había marchado á las diez de la mañana á buscar á los Morel, con quienes debía almorzar.

Pedro había ya anunciado, hacía quince días, que con gran disgusto suyo se vería obligado á pasar el 30 de abril en los alrededores de París, pues estaba citado con el conde de Luc en los talleres de construcciones navales.

Iba, pues, Raimundo atravesando una sala con paso descuidado cuando se sorprendió al contacto de una mano que se le posaba en el brazo, y vió delante de él tres muchachas jóvenes, una de las cuales era Margarita...

Ésta, Lina y Julieta se echaron á reir y Raimundo prorrumpió en excusas:

—El cansancio, el calor, la gente... No he reparado, al entrar, en el número de la sala...

Las tres jóvenes aceptaban sus disculpas sin oirle.

Julieta estaba adorable de pura alegría, y se asemejaba de tal modo á una pequeña virgen bizantina con su traje recto de lana blanca, su cara estrecha y regular, de ojos inmensos y cabellos de oro bajo un sombrero de encajes, que todo el mundo se volvía para verla y para admirar aquella gracia sin fraude.

Raimundo se detuvo delante del retrato. Visto fuera de la estrechez del estudio y del aislamiento del caballete, en medio de los otros cuadros, el de Margarita resultaba con todo su valor. Las gentes del oficio debían de observar en él alguna inexperiencia, pero encontraban una extraña potencia de colorido, una gran firmeza de dibujo y, sobre todo, una marca absoluta de personalidad.

Por una linda idea coqueta y delicada, Lina se había puesto aquel día un vestido que se parecía por el matiz y la forma al del retrato; vestido, como siempre, un poco excéntrico, cortado como una dalmática, algo escotado y hecho de un terciopelo sedoso y flexible, color de espuma de vino.

Los ojos de Raimundo iban desde Lina, que se había puesto seria de repente, hasta el lienzo en que aquella misma mujer, en su inmovilidad muda de imagen, tenía todo el encanto palpitante de la vida. Aquel cuadro, con toda la verdad sencilla y simpática del retrato moderno, ofrecía también la apariencia asombrosa de un rico lienzo antiguo; imagen curiosa y bella de princesa legendaria, heroína de algún drama de amor, pues al fin Margarita había logrado hacer asomar un poco del alma á aquellos ojos de color sombrío.

Raimundo estaba profundamente conmovido y definía mal su emoción. Estaba orgulloso, un poco asustado y triste.. Cuando se volvió al fin hacia su Margarita, Lina leyó en él la expresión ambigua y fugitiva del temor...

—¡Si usted supiera!, dijo la hija de Morel; es preciso que «mi pintor de cámara» tenga la cabeza sólida... Ahora no es nada, porque todos los que se detienen ante su obra son desconocidos y los elogios de usted no tienen importancia; pero esta mañana estaba aquí la gente importante, y mi padre no les había advertido que la autora del cuadro estaba presente... ¡Había que oirlos!.. Yo estaba contentísima, aunque acaso no tanto como esta niña—y dió un ca

chetito en la mejilla de Julieta,—pero más que Margarita, seguramente...

La aludida murmuró:

—Creo que estoy como borracha... ¿Y sabéis lo que me parece más extraordinario que todo? Pues es el ver mi nombre escrito por mí en ese lienzo...

Raimundo leyó ese nombre. La artista había firmado sencillamente: *Margarita*, y el joven sintió de nuevo una profunda turbación.

La heroína del día siguió diciendo:

—¡Pensar que he tenido la audacia de emprender esta obra! ¡Ahora me da un miedo horroroso! Si hubiera que volver á empezar nunca me atrevería...

—¡Por qué no!, dijo Lina.

Margarita siguió hablando como consigo misma:

—Y sin embargo, digo esto y sé muy bien que me ha impulsado y me impulsa aún una fuerza desconocida... ¡Qué extraño es!..

Raimundo, celoso de repente de la absorción algo vertiginosa en que se perdía Margarita, le cogió el brazo con un movimiento de dominación que ella no notó siquiera, aturdida por la dicha.

El joven envolvió en una mirada todo su atavío y dijo:

—¡Qué guapa está usted!..

—¡Oh! Es una sorpresa de Lina... He recibido todo esto esta mañana al despertarme... ¡Qué amable ha sido! ¿Verdad?

Margarita ostentaba un traje ajustado de una tela de rayas grises y rosa pálido, y un sombrero lleno de rosas con el que ella misma parecía una esbelta y fina flor. Toda su radiante juventud brillaba como inundada de luz. La joven contó con animación los homenajes sin fin que había recibido por la mañana y durante el almuerzo de los artistas más en boga y de los personajes más salientes, y Raimundo adivinaba hasta qué punto habría sido asediada y adulada aquella artista naciente, tan femenina y tan linda, á la que todos querrían reivindicar el honor de haber descubierto, lanzado y protegido... Y Raimundo palidecía y temblaba de rabia.

Mientras ella se animaba inconsciente y hacía brillar delante de él sus sueños para el porvenir, Raimundo sentía un deseo mezquino de cortar aquellos vuelos y recordar que no hay nada más fugitivo que un éxito parisiense y que su talento tenía mucho que hacer aún para sentirse seguro...

No le perdonaba siquiera aquel traje que las mujeres admiraban por revelar la mano de uno de los grandes modistos del mundo aristocrático, y los hombres porque daba realce á su belleza armoniosa.

El joven recordaba con amargura el tiempo no lejano en que él y su hermano eran los únicos amigos de Margarita y en que ésta, pobremente vestida, iba á buscar á su lado un poco de cariño y de apoyo y les llevaba todo su corazón y todo su pensamiento...

Sentía ganas de gritar, y ya en el colmo de la excitación nerviosa y dominado por la ola de celos y de temor que subía lentamente en él hacía unas semanas, exclamó de repente, sin darse cuenta de cómo su frase iba á chocar, disonante é incomprensible, con las palabras cándidamente encantadas de la joven:

—Margarita, esto no puede continuar así... Tiene usted que elegir..., ó yo ó todos esos farsantes á quienes usted adula... Basta ya de esta situación ridícula... ¿Me ha autorizado usted, sí ó no, con su actitud á considerarme como su prometido? ¿Sí, verdad? Es cierto que nada ha prometido usted; pero de mil modos, recuérdelo, me ha aceptado... ¿Y cree usted que voy á aceptar ahora esta existencia de engaño en la que parece que no existo para usted y en la que, cuando nos vemos por casualidad, pasa usted el tiempo hablándome de cosas que me son extrañas?..

Margarita se quedó estupefacta un segundo; pero después, profundamente ofendida, pero tranquila porque no sentía pasión alguna por él, le dijo muy bajo:

—Ruego á usted que cese en el momento esta escena grotesca. Supongo que está usted malo y esto le excusa; pero en ese caso hubiera usted hecho bien quedándose en su casa...

—¡Margarita!, exclamó el joven con voz ahogada y suplicante.

Raimundo había pensado que Margarita iba á excusarse afablemente y á consolarle y apaciguarle con esas palabras inútiles, dulces y vagas con que se calma fácilmente á los que son muy jóvenes ó están muy enamorados...

Pero aquel tono neto, frío y rebelde significaba una voluntad más alta y firme que la suya, y el dolor y la naturaleza de niño mimado se sobrepusieron en él á la cólera.

Margarita, á su vez, no estaba en su estado normal. Tenía los nervios alterados y aparecía en ella toda la violencia de su carácter.

—¡Basta!, dijo; no es este el sitio para una explicación; pero puesto que pide usted una y tengo que elegir, mi elección está hecha... Yo vacilaba, sabiendo que daría á usted un disgusto, pero sus maneras me deciden absolutamente... No se considere usted ya como mi prometido y no lo sienta mucho, pues no creo que hubiéramos hecho una pareja muy pacífica...



Lina, echada en el diván con los brazos cruzados

A pesar de todo, su voz temblaba ligeramente, y sintiendo que no podría decir más, abandonó el brazo de Raimundo con algún esfuerzo, pues él inconscientemente se lo oprimía, y se acercó á Lina y á Julieta, que no habían notado la escena. Pero al ver la alteración de Margarita y la palidez intensa de Raimundo, inmóvil á unos pasos, Lina comprendió que ocurría algo grave.

Margarita dijo en voz alta al acercarse á ella:

—¡Ah! ¡Cuánto daría por que Pedro estuviese aquí!..

Raimundo lo oyó y se marchó.

***

Viendo Lina que Margarita se ahogaba y estaba casi llorando, la sacó de allí, contrariada á cada instante por el encuentro de sus conocidos, á los que la artista tenía que saludar y sonreir, *con un gato en el corazón*, como dice el proverbio ruso. Un secreto instinto advertía á Lina que no se trataba de una pasajera querella de enamorados y un combate interior se produjo en ella.

¡Quién podía saber las luchas que le había costado en los últimos meses su actitud con Margarita! No podía menos de conservarle el antiguo y sincero cariño, ni conseguía refrenar en sí misma la obscura desconfianza hacia una mujer que era su rival. Era demasiado apasionada para disimular completamente esa desconfianza; pero tenía una fuerza de voluntad y una energía de resistencia de la que ella misma no se daba cuenta.

Era su alma como una tierra maravillosa, pero sin cultivo y embellecida sólo por la fuerza de su savia.

Julieta, que estaba á su lado, la ayudaba con su inocencia á obtener las pequeñas victorias de la hora que pasa, obscura para los indiferentes. Julieta, que ya no se aburría y que había recobrado su tierna y grave alegría, protegía sin saberlo á aquel pobre corazón herido, ardiente y desgraciado.

En el coche que las llevaba hacia el Arco de la Estrella, ni Lina ni Margarita hablaban, por estar Julieta entre ellas. Margarita tenía lo que Pedro llamaba sus «malos ojos» y trataba de recordar exactamente las palabras amargas cambiadas con Raimundo.

A Lina le sonaba en los oídos aquella exclamación: *Quisiera que Pedro estuviese aquí...*

¿Qué sentido tenía esa frase? Al llegar el carruaje al Arco de Triunfo, Lina propuso ir á dar una vuelta por el bosque y las tres estuvieron en esto de acuerdo con una especie de alivio físico.

El aire dulce y ligero bañaba sus caras, arrebatadas por sus pensamientos y por la atmósfera enrarecida que acababan de respirar. No bien entradas en las frondosidades de un verde pálido y tierno como el del agua, se sintieron poseídas por la paz de la naturaleza. Por orden de Lina el coche se dirigió hacia la puerta de Madrid, á través del bosque de pinos de rectos troncos y follaje singular, que gime como una voz humana á impulso del viento y que aun muerto y caído no se pudre y conserva una apariencia de vida que da al suelo una vestidura rojiza, tenue y brillante.

Margarita respiró como si renaciese á la vida.

—¡Oh! ¡Qué hermoso perfume!, murmuró.

Lina se estremeció: conocía aquel olor de resina—sangre de los árboles—que hacía circular con violencia su propia sangre al recordarle el «bosque sagrado» en el que había vivido en el último verano...

Así, pues, su amor tenía cerca de un año, más acaso, pues la hora del germen es obscura; ¿cuánto viviría aún en el dolor? Lina se sentía desfallecer y se volvía para no ver á Margarita.

La tenía á su lado, inconsciente y fuerte, prometida á todas las alegrías, y no podía alejarla de su vida sin ser juzgada caprichosa, egoísta y envidiosa...

***

Cuando Raimundo dejó de andar, estúpido de cansancio, no supo al pronto dónde se encontraba.

Había seguido primero los altos parapetos de los muelles del río y después las orillas llenas de hierba, á las que había bajado maquinalmente para estar más cerca de la frescura del agua.

Había andado mucho tiempo al lado de la corriente, que desarrollaba al sol, como una serpiente gigantesca, sus escamas resplandecientes, y había llegado á unas praderas que ostentaban todas las flores de abril, como un campo en miniatura, pacífico y tranquilo. Se sentó. Un álamo de Holanda sacudía sobre él su blanco y ligero polen, y Raimundo seguía con los ojos los revoloteos de aquel polvo de flor. Pronto estuvo cubierto de blancas partículas, que el joven trataba inconscientemente de arrancarse de la ropa y del sombrero que tenía en la mano. Entonces notó que sus zapatos de charol y su pantalón estaban llenos del lodo del río, y se volvió á ver cuando al salir de casa se miró complacido con su traje gris claro, su fino calzado, su sombrero nuevo y su aspecto realmente dulce y delicado.

¡Cuánto la había amado! ¡Y ella también!.. Pero se la habían cambiado... Y por milésima vez en aquellas tres horas pensó en su dolor, en sus resentimientos y en sus causas... No queriendo creer que jamás Margarita había sido suya, el pobre niño acusaba á todo el mundo de habérsela robado... No podía admitir el pensamiento de una Margarita independiente y separada de él, y sin embargo, la ruptura era absoluta é irrevocable, pues era la decisión definitiva de una mujer que había vivido y que tenía suficiente fuerza de libertad.

Como Lina y casi á la misma hora, Raimundo volvió á vivir las largas semanas en que la joven, adormecida por el encanto de su joven amor, le había escuchado indulgente, casi tierna y bastante misteriosa para que conservase todas las esperanzas...

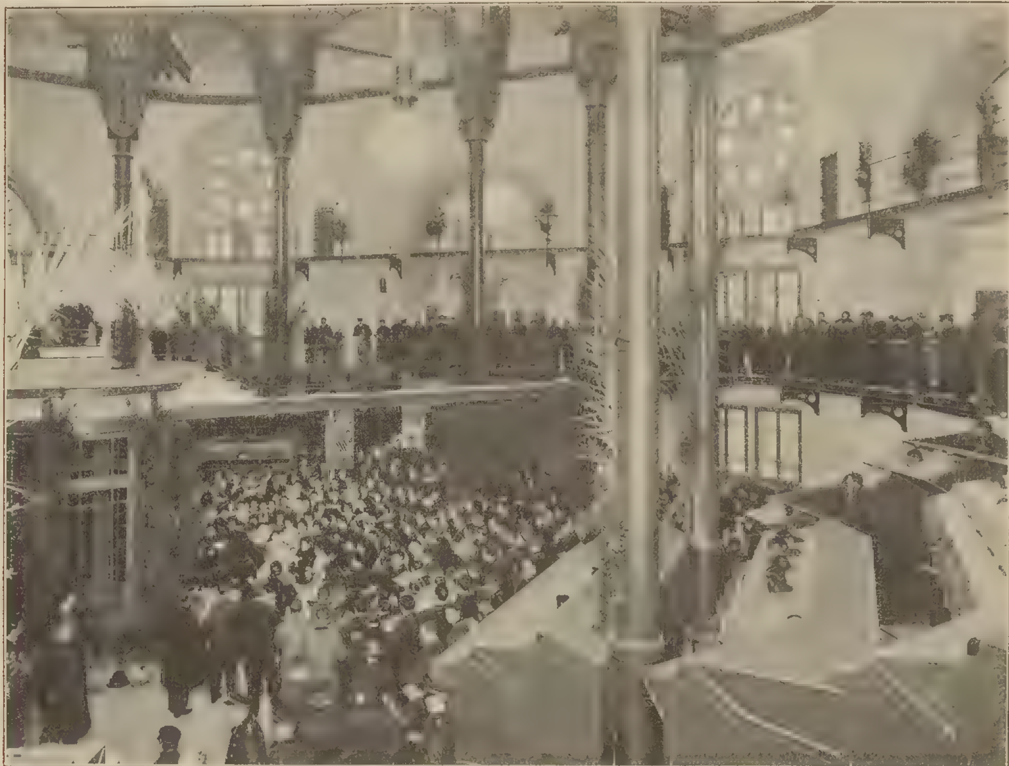
Dominado por estos recuerdos, renegaba de su dulzura, lleno de rencor hacia aquella mujer, que él llamaba hipócrita coqueta, y en seguida se ponía á pensar que daría su vida por vivirlos de nuevo. No, no sabía ya nada, sino que estaba lleno de odio y de desconfianza por el mundo entero; que la vida le parecía cerrada y negra, y que estaba solo, enteramente solo, con un enemigo formidable que era su hermano..., su hermano, que había llenado con él las veces de madre...

—¡Oh, Pedro!, exclamó.

Y su corazón estalló al fin en lágrimas, pero sin que el llanto aliviase su pena.

Quebrantado, de las lágrimas cayó en un sueño de fiebre y de delirio; y cuando despertó, el cielo, de una palidez inmensa y vacía, se iluminaba ya de palpitantes estrellas que se miraban en las ondas...

(Continuará.)



BARCELONA. – Concierto dado por el «Orfeó Catalá» en la cárcel celular, en la tarde del día 1.° de los corrientes.
En el centro de la rotonda se ven las tres secciones del orfeón, en la galería alta los presos que sufren condena, en los compartimientos alveolares los presos preventivamente.
(De fotografía de A. Merletti.)

CONCIERTO DEL «ORFEÓ CATALÁ»

EN LA CÁRCEL CELULAR DE BARCELONA

Si los que en otros tiempos encerraban á los delincuentes en tétricas mazmorras y les trataban como animales dañinos visitaran las prisiones celulares modernas, quedaríanse sorprendidos al contemplar esos edificios en los cuales entran á torrentes el aire y el sol y reinan el orden y la limpieza más absolutos, y en donde los desgraciados recluídos son objeto de todas las atenciones compatibles con su especial situación y con la disciplina que necesariamente ha de regir en esta clase de establecimientos. Y su sorpresa se habría convertido en asombro si hubiesen presenciado el hermoso espectáculo que ofrecía la cárcel celular de Barcelona en la tarde del día 1.° del presente mes. En aquellas amplias galerías, de ordinario silenciosas, resonaban cantos dulcísimos, y aquellos 526 presos, encerrados en los compartimientos alveolares de la rotonda central, escuchaban por vez primera en aquel recinto gratas melodías que despertaban en ellos tiernas emociones y tal vez sentimientos que parecían extinguidos en sus almas.

¡Un concierto en una cárcel!, habrían exclamado escandalizados sin duda. ¡Proporcionar un esparcimiento á los que sólo merecen castigo! En efecto, de un esparcimiento se trataba, y este hecho, completamente nuevo en los fastos penitenciarios de España y aun creemos que del extranjero, antes que extrañeza debe producir admiración y entusiasmo y constituye un timbre de gloria para cuantos han contribuído á esta fiesta tan singular como digna de alabanza, que responde á un verdadero plan educativo, de corrección y de mejoramiento moral y material.

Al «Orfeó Catalá,» á esa institución que es honra de Barcelona y que tan alto ha puesto el renombre artístico de nuestra capital, ha correspondido la noble tarea de inaugurar la realización de este plan. Agrupados en torno de su señera, las tres secciones de señoritas, niños y hombres ejecutaron bajo la inteligente dirección del maestro Millet las más notables composiciones de su repertorio. Tratándose de institución que goza de tan grande y merecida fama, ocioso es decir que todas aquellas obras fueron cantadas á la perfección; y aun parecía que los orfeonistas, penetrados de la elevada misión que estaban realizando, ponían especial empeño en que resaltaran las bellezas de sus cantos para que llegaran á lo más hondo del corazón de sus oyentes. El éxito fué inmenso, colosal, y á pesar de prohibirlo la consigna, hubo momentos en que los presos no pudieron dominar su entusiasmo y prorrumpieron en atronadores aplausos.

Cuanto se diga en alabanza de esta emocionante fiesta es poco; y pocos serán también cuantos elogios se dediquen á sus organizadores, en especial á la Junta local de Cárceles, al director y al capellán de la cárcel y al personal afecto al servicio de la misma, y sobre todo al «Orfeó Catalá,» que ha prestado tan desinteresadamente su valio-



Regreso de los pescadores, cuadro de Miguel Ancher

Declina el día, las septentrionales nieblas invaden el paisaje, y los pescadores, terminada la faena, regresan á sus hogares con el botín que han arrancado del seno del mar. La jornada ha sido dura como todas, que la vida de esas pobres gentes es de fatiga y zozobra continua; pero al pensar en la choza en donde les esperan los cuidados de una esposa amante y las caricias de sus hijos, aquellos hombres olvidan las penalidades sufridas y sólo se acuerdan de las alegrías del hogar.

sísima cooperación. Todos ellos han contribuído á una hermosísima obra de misericordia, poniendo en práctica aquella santa máxima: «Odia el delito y compadece al delincuente.»

A todos envía LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA su felicitación más sincera y calurosa, haciendo votos por que sea imitado el gran ejemplo dado en la cárcel de Barcelona, pues hacer llegar las manifestaciones de la belleza hasta el corazón del hombre descarriado, puede ser un factor importantísimo para su regeneración.—M.

LA CONDUCTIVIDAD ELÉCTRICA DEL CUERPO

Hubo un tiempo en que estuvo de moda medir la conductividad que ofrecía el cuerpo á la electricidad para apreciar la condición sana ó morbosa de éste; pero el método fué muy pronto abandonado porque era difícil medir exactamente las diferencias por presentarse grandes variaciones que no había modo de interpretar.

Un médico suizo, M. E. K. Muller, ha reanudado recientemente el estudio de esta cuestión, quedando sorprendido de la gran variabilidad que se observa en la conductibilidad del cuerpo humano según las horas del día. También la índole de las comidas recientes ejerce una influencia considerable. Otros fenómenos singulares ha podido comprobar M. Muller: uno de ellos es la reproducción de valores exactamente idénticos en series de experiencias continuadas durante 10 ó 15 minutos, en los mismos minutos, aun cuando medie entre los experimentos un intervalo de varios días; el otro es que en una misma persona los valores de conductibilidad difieren enormemente según que esté aislada en una sala especial ó en compañía de otra persona, sucediendo que cada vez que se produce un ruido ó que entra una persona en la habitación en donde el experimento se realiza, la resistencia eléctrica presenta una variación brusca y considerable.

La resistencia no varía solamente bajo el influjo de causas externas, sino que se modifica también bajo la influencia de las emociones y de las sensaciones: en cuanto éstas alcanzan cierta intensidad, la resistencia disminuye notablemente, quedando reducida al 25 y aun al 20 por 100 de lo que antes era.



Pandora, proyecto de joyero por Mrs. L. Wall Moore

Esta obra, modelada por la artista norteamericana Mrs. Wall Moore, revela en su autora, aparte de su habilidad de ejecución, un gusto exquisito: así la figura, de una elegancia de líneas irreprochable, como los relieves del cofrecillo, tienen un sello de distinción que armoniza admirablemente con el destino del artístico objeto.

Asimismo se notan oscilaciones de la resistencia cuando se habla al sujeto en quien se experimenta ó se le obliga á concentrar su atención. Cualquier esfuerzo de voluntad, cualquier esfuerzo para escuchar un ruido lejano, cualquier excitación de los sentidos, en una palabra, cualquier esfuerzo, por pequeño que sea, del cuerpo ó del espíritu, va acompañado de un cambio de resistencia. Por las variaciones de ésta pueda saberse si el sujeto tiene ó no sueños y si éstos son tranquilos ó agitados. Toda emoción, aun siendo pasajera, obra sobre la resistencia, la cual varía no sólo según las excitaciones físicas ó psíquicas, sino además según la persona y su condición de momento. Hay personas más resistentes que otras: la resistencia es muy pequeña en los nerviosos, en los bebedores y fumadores; también es pequeña en los individuos hipnotizados, pero en éstos se notan súbitos y extraordinarios aumentos apenas se produce una excitación nerviosa.

Sería conveniente que se prosiguieran y desarrollaran estos experimentos, pues quizás podrían deducirse de ellos conclusiones interesantes para la fisiología y la psicología.

***

¿BAÑOS CALIENTES Ó BAÑOS FRÍOS?

La temperatura de los baños no es indiferente, y recientes investigaciones han confirmado esta noción. En la Sociedad de Terapéutica de París, M. Deschamps ha insistido en la utilidad de los baños fríos para los obesos. En éstos, dice, la acumulación de grasa está enlazada con una falta de radiación calórica; para aumentar esta radiación M. Deschamps provoca la refrigeración por medio de un baño templado prolongado. El primer baño se toma á 33° y los siguientes á temperaturas inferiores, pero nunca más bajas de 25.° Los baños han de ser diarios y de una duración que varía entre 15 y 45 minutos, según la sensibilidad del individuo, el cual debe salir del agua en cuanto sienta escalofríos ó temblores. Durante el baño, el pulso se acelera y la temperatura central se eleva. Según M. Deschamps, estos baños, al aumentar la radiación calórica, disminuyen rápidamente la obesidad sin debilitar al enfermo.

Los neurasténicos, en cambio, deben tomar los baños calientes; así opina M. Alessi, quien ha descubierto casualmente la beneficiosa influencia que éstos ejercen sobre aquéllos. Al neurasténico le sientan bien estos baños, principalmente si los toma al levantarse; los baños han de ser lo más calientes posible, pero sin dejar de ser agradables. Esta hidroterapia caliente es muy calmante; los baños, que han de ser de unos 40 minutos, suprimen los estados de excitación substituyéndolos por un gran bienestar que permite al enfermo ocuparse en sus negocios y ser más soportable á los que le tratan.—X.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

El niño descalzo. – Para conmemorar el primer reparto de calzado y ropas que la asociación protectora de la infancia *El Niño Descalzo*, establecida en Segovia, entre los niños pobres que concurren á las escuelas, se ha publicado un folleto con interesantes trabajos en prosa y en verso, en el que han colaborado los principales literatos españoles. Véndese á dos reales, y el producto de la venta se destina á los benéficos fines de aquella asociación. Impreso en Segovia en la Imprenta Provincial.

Los dos procesos de la venerable Juana de Arco, por el *P. M. Tonna-Barthet*. – En estos momentos en que la Santa Sede examina los hechos realizados por la joven heroína que logró cambiar la suerte de Francia en un corto período, reviste gran actualidad el estudio de los dos procesos de condenación en vida y de rehabilitación después de su muerte á que fué sometida la llamada «Doncella de Orleans.» Del examen de uno y otro proceso resultan evidenciados los intereses políticos que mediaron para urdir la horrible trama de Ruan y los esfuerzos que se han llevado á cabo para honrar la memoria de Juana de Arco. De ahí, pues, que entendamos merezca aplauso el conocido editor D. Juan Gili al publicar el libro que mencionamos, que se vende encuadernado al precio de tres pesetas ejemplar.

Bosquejo histórico sobre la Instrucción pública en Mallorca, por *Rafael Ballester*. – La enseñanza en Mallorca desde sus orígenes hasta fines del siglo XVII; la Universidad de Mallorca; la Real Sociedad Económica y el Instituto de segunda enseñanza; la Institución mallorquina de enseñanza; tales son las materias que estudia el Sr. Ballester en este folleto, y el simple enunciado de las mismas patentiza su interés, tanto más cuanto que, aun siendo el asunto relativamente local, el autor ha sabido generalizarlo enlazándolo con el vital problema de la instrucción pública en España. Encierra esta obra provechosas enseñanzas del pasado y preciosas indicaciones para el presente y el porvenir, demostrando el Sr. Ballester en ella, así sus conocimientos históricos sobre la materia, como un criterio elevado y progresivo inspirado en los más modernos principios. Este trabajo, premiado en el certamen literario celebrado en Palma de Mallorca en agosto de 1903, ha sido impreso por acuerdo del Excelentísimo Ayuntamiento de aquella ciudad.



París. – Atentado anarquista en la Avenida de la República, en la noche del 31 de enero
Sitio en donde estalló la bomba. (De fotografía de Photo-Nouvelles.)

Como repercusión de los graves desórdenes ocurridos recientemente en San Petersburgo, ha habido también en París ciertas manifestaciones de carácter marcadamente anarquista. Una de ellas ha sido el lanzamiento en la Avenida de la República, en la noche del 31 de enero, de una bomba que al estallar en el sitio que la fotografía reproduce, levantó el pavimento de la calle y rompió los cristales de la casa, del café y de la camisería.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 20 de febrero de 1905 — Núm. 1.208





GUERRA RUSO-JAPONESA. – En el Cha-Ho: heridos japoneses enviados á Dalny después de las últimas escaramuzas. Construcción de una choza para los oficiales japoneses en las líneas avanzadas. (De fotografías.)



CRÓNICA DE TEATROS

De algún tiempo á esta parte, en nuestros principales teatros domina lo plástico sobre lo literario: el sastre y el escenógrafo casi se sobreponen al autor, y el público encuentra en tales espectáculos, más que satisfacciones de la inteligencia y emociones del corazón, recreo de los ojos.

A este género vistoso pertenecen *Andrónica* y *Quo vadis?*

El bajo imperio, con sus refinamientos de lujo, sus aparatosas solemnidades, su complicada arquitectura, sus intrigas palaciegas, sus continuas revoluciones y tumultos, se presta á maravilla para que el atrezzista y el pintor se luzcan tanto y más que el dramaturgo. La acción de *Andrónica* está colocada en un país casi imaginario, pero en el cual reinan las costumbres de Bizancio en el siglo XI.

Ninguna compañía que no fuese la del Español podría representar la obra de Guimerá «con todo el aparato que su argumento requiere.» María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, siguiendo la costumbre por ellos establecida, han hecho un verdadero alarde de lujo y magnificencia. Las decoraciones, los trajes, los más insignificantes pormenores, todo es soberbio y esplendoroso. La obra además fué ensayada con esmero y detenimiento incomparables. Días hubo en los que, comenzando el ensayo á las dos de la tarde, acabó á las altas horas de la madrugada. Imposible parece, no viéndolas, la constancia y la física resistencia de los dos grandes artistas.

Tanto lujo y tanto trabajo no dieron el fruto apetecido. La tragedia, que de tragedia la califica su autor, no llegó á interesar: el público admiró su *mise en scene*, pero se mostró frío ante los amores desventurados del emperador Nicéforo y de Andrónica, monja, por más señas, del convento del Santo Grial.

Nicéforo es un monarca disoluto y débil que se deja manejar como un juguete por su favorito. El pueblo le odia, y para colmo de males, un ejército enemigo ha invadido sus estados y asedia la capital. En tales momentos Andrónica, novicia en el susodicho monasterio, preséntase en palacio, reprende al monarca, aféale su conducta, y después de varios escarceos amorosos, logra de él que acometa con bríos la obra de regenerarse y de ser, en vez de un tirano, padre de sus pueblos.

El emperador, que se ha prendado tan repentina como locamente de la novicia, quiere unirse con ella, hacerla reina; pero los intrigantes de la corte y del alto clero, engañando á Andrónica, la obligan á que apresuradamente profese, de modo que cuando Nicéforo acude á buscarla, encuéntrase con que ya su amada es monja profesa. En aquel instante tiene noticia de que el enemigo asalta los muros de la ciudad, y el emperador, acompañado de Andrónica, que á todo otro sentimiento sobrepone el amor patrio, y seguido del pueblo, electrizado por las palabras de la monja, corre á defender la patria amenazada.

De nada sirve la victoria momentánea alcanzada por los sitiados. El patriarca, en nombre de la religión, prohibe á Andrónica que se una con Nicéforo; y al ver la resistencia de éste á obedecer el mandato de la Iglesia, fulmina aquél contra el emperador y Andrónica terribles anatemas. El favorito de Nicéforo la asesina, y en tan críticos instantes, el enemigo, rehecho, asalta é incendia la ciudad.

Tal es, brevemente contado, el argumento de la última obra de Guimerá, en la cual alguien ha creído ver un símbolo con vistas á modernos organismos sociales. Exista ó no el tal símbolo, es lo cierto que ni el público trató de penetrar su sentido, ni se sintió tampoco interesado por los incidentes y peripecias de la acción.

* * *

Obra también de trajes, bengalas, cuadros plásticos y comparsería es el drama *Quo vadis?*, sacado de la célebre novela de Sienkievitz del mismo título. El arreglador, un Sr. Michel, mexicano, no ha hecho más que hilvanar unos cuantos cuadros que producirían en lo tocante al argumento alguna confusión, si el público no se supiese de memoria la leída y releída novela polaca.

Salen allí patricios, esclavos, gladiadores, pretorianos, cristianos y cortesanas. Nerón recita sus versos, San Pedro predica á los fieles, Ursus salva á fuerza de puños á la hermosa Ligia y Petronio muere coronado de rosas recitando versos de Anacreonte. Preséntanos además el drama una orgía en el palacio de Nerón, con mucha cratera, mucho falerno y mucha borrachera, una lucha de gladiadores, el incendio de Roma y no sé cuántas cosas más. Toda esta instructiva variedad ha entretenido varias noches al público... Por desgracia, diferencias surgidas entre los dos elementos americano y español, que constituyen la compañía de la Princesa, han puesto prematuro fin al *Quo vadis?*

* * *

En la Comedia ha hecho sus primeras armas como autor dramático Francisco Acebal, ventajosamente conocido en el mundo de las letras por sus delicadas y conmovedoras novelas. El éxito de su obra ha sido lo que los franceses llaman un *succés d'estime:* el público la oyó con cortesía, pero sin gran entusiasmo ni emoción.

He aquí su argumento.

Claudio es un joven de cuerpo vigoroso, de clara inteligencia y sano corazón, que dirige con tanto celo como laboriosidad la fábrica de manufacturas de hierro de que es dueño su padre. Claudio tiene un hermano, José Ramón, que ha seguido la carrera de ingeniero en Inglaterra, y que acaba de regresar á su casa, adulterado por la educación inglesa. Aquél cifra el objeto de su vida en la labor sin tregua en pro de la prosperidad de la fábrica; éste, por el contrario, es inclinado á correr tierras y á divertirse en grande. Ambos hermanos aman á Manolita.

Es ésta una muchacha muy linda, hija de un con de medio lelo socio del dueño de la fábrica. Claudio que, como ya he dicho, ama á Manolita y que quizás es amado por ella, al saber que su hermano también la quiere, decide sacrificarse, esto es, renunciar á su amada en obsequio á su señor hermano.

Todo lo que dejo narrado se desarrolla en los dos primeros actos, que constituyen la exposición del drama. En el tercero nos enteramos de que han pasado cinco años y de que Manolita, que se casó con Ramón, tiene una niña que en aquellos momentos se encuentra entre la vida y la muerte. Su madre y Claudio velan á la enfermita. Y el padre de la niña, ¿por qué no está á la cabecera de su hija? José Ramón es un viajero infatigable á quien le aburre, por lo visto, la vida de familia. Ha sabido la enfermedad de su hija y desde París corre desalado á su casa. Llega, y con la angustiosa ansiedad que es de suponer, va á entrar en la alcoba en que agoniza la niña. En tan crítico momento, Claudio le cierra el paso y le endereza una agria filípica sobre sus deberes conyugales, amenazándole de muerte si no trata con cariño á su mujer. Decididamente muy poca sangre tiene el tal José Ramón cuando en semejantes circunstancias no hace uso del boxeo que debe de haber aprendido en Inglaterra

En el último acto Claudio y Manolita no pueden contener por más tiempo su pasión, confiésanse su amor y se separan pronunciando aquél la palabra *Nunca*, última renuncia á sus amorosas esperanzas y justificación del título de la comedia.

Non bis in idem. Esta sentencia, que rara vez se ve desmentida, cúmplese también casi siempre en lo tocante á los estrenos inmediatos de obras de un mismo actor. A un éxito es poco menos que seguro que siga un fracaso. Y la razón es clara. El público exige siempre más, y no es fácil que á un gran acierto suceda un acierto mayor. El triunfo más brillante de la temporada lo obtuvieron los Quintero con su lindísima comedia *El amor que pasa.* Al anunciarse en Apolo el sainete lírico titulado *Mal de amores*, el público, siempre insaciable, y, como queda dicho, cada vez más exigente, creyó que iba á ver una obra todavía mejor que la primera de las dos citadas. No fué así, y los espectadores se llamaron á engaño y rechazaron la obra sin consideración ni respeto alguno á los Quintero y al maestro Serrano, autor de la música.

Mal de amores es, en verdad, de lo más endeble que han escrito los Quintero: su asunto no da más de sí que para un pasillo y los autores lo han estirado para que sirviera de argumento á un sainete, cuya representación dura una hora larga. Además los autores, teniendo en cuenta las aficiones que dominan en el público del género chico, salpicaron la obra de chistes y equívocos indignos de su privilegiado ingenio... Por fortuna para la vida escénica del sainete, en la segunda representación presentóse éste con varios cortes y enmiendas que rectificaron en lo posible el fracaso de la primera noche.

* * *

Recientemente, y según una costumbre establecida, este año en la Princesa hemos disfrutado de la breve visita de una compañía extranjera. No hay que decir que á admirarla y aplaudirla ha acudido cuanto de más adinerado y linajudo contiene Madrid. El género cultivado por los artistas, cuya principal figura es la actriz dinamarquesa Carlota Viehe, pertenece al más atrevido y escabroso. A pesar de esto, ó quizás por esto, su éxito ha sido verdaderamente extraordinario.

Prescindiendo del subido color de las obras y pantomimas representadas por dicha compañía, justo es reconocer que Carlota Viehe es una excelente artista de linda y delicada figura y de exquisita gracia, cualidades que neutralizan ó atenúan el efecto que sin ellas producirían en el público obras como la titulada *Le je ne sais quoi* y la pantomima *La main* Carlota Viehe no sólo declama tan bien como cualquiera de las actrices famosas que andan exhibiendo sus talentos por los teatros de Europa, sino que canta, con escasa voz, sí, pero con sumo gusto y afinación y baila con suma elegancia.

Y véase cómo de las brumas del Norte viene con la artista dinamarquesa á estos países meridionales un rayo de luz tan alegre como la alegre luz de Andalucía.

* * *

En cambio, de un país de tan riente belleza como Barcelona, nos llegan creaciones tan sombrías como el drama *La muerta*, de Crehuet, y tan anémicos y enfermizos como *La madre eterna*, de Ignacio Iglesias.

A juzgar por el título, creeríase que *La madre eterna* había de ser un himno gozoso á la Naturaleza y á la Vida. Eso pretende ser; pero resulta que es todo lo contrario. El autor de este lánguido drama no siente la alegría: sus personajes son sombras melancólicas que se deslizan por la existencia buscando, sin encontrarlo, el placer de vivir. Además, Florencio, el protagonista del drama, cuya vida se llevan como hoja seca las primeras ráfagas de otoño, comunica á *La madre eterna* un tinte lúgubre que tiene más del ambiente enrarecido de los hospitales, que de las auras sanas y perfumadas de los campos.

A aumentar la lobreguez de este drama contribuye en gran manera la interpretación que da Borrás al personaje del protagonista. Aquel enfermo que acaba por morir de un ataque de disnea, con hipos y congojas que son copia de una espantosa agonía, nos pone el corazón en un puño, y en vez de hacernos sentir la emoción estética, nos produce impresión parecida á la que experimentaríamos si se nos obligase á asistir á los últimos momentos de un tuberculoso.

Digan lo que quieran los decadentes de nuestro tiempo, eso no es artístico. El arte ha de ser sano, robusto, equilibrado; es Venus surgiendo gentil y hermosa de las argentadas espumas, no pobre y demacrada enferma retorciéndose dolorida entre toses, hipos y sudores de muerte.

Zeda.



JAQUE MATE

¿Debo decir que las nieves se fundían bajo el fuego del sol, que los campos eran de un verde intenso, las ovejas blancas, alegres los pastores y el cielo de un purísimo azul?

Hallémonos en Friburgo por un momento, sobre el hermoso y atrevido puente colgante, mirando cómo corre bajo nuestros pies la fresca y armoniosa agua del Sanne, y el pensamiento volará lejos, dulcemente guiado por la fantasía inquieta, en esta sublime hora del anochecer.

Todo nos convida á fantasear; las violáceas perspectivas, los detalles cercanos. Aquí tiernos arbolillos, graciosos como doncellas, de los cuales nos da la nota justa Wogeler, el pintor delicadamente poeta. Allí, árboles centenarios y soberbios, tiernamente abrazados por las hojas vivas de las plantas jóvenes. Todos los contrastes de los diferentes tonos verdes y húmedos. Nubes brillantes que elevándose tras los resplandecientes *glaciers* de los más altos picos de los montes, atraviesan el azul de los cielos de Suiza. Las plácidas viviendas, con sus tejas iluminadas de un lado por el vivo color de oro del sol y sombreadas por la otra parte de un negro fuerte. En fin, todos los tintes purpúreos del ocaso, todos los aromas de una flora de maravillas infinitas, nos invitan á soñar.

El agua estaba retenida en las cimas, en los descolladeros, en los campos; por todas partes había nieve.

Poco á poco el sol ha sido más fuerte, más triunfante, y la Naturaleza, no pudiendo más, hase abandonado á las caricias del sol.

Iniciado el deshielo, en lo más agreste y silencioso de las montañas, desde peñas enormes salta al espacio la sonora cascada. Cae en el lecho del río para revolcarse en él y con él pasear su alegría por la tierra.

Así, por el estilo, son los amores que me han contado.

Había tiempo atrás una alta hostería en Friburgo, la cual, edificada en lo más elevado de la población, poseía una gran terraza que daba á la inmensidad. Bajo sus soleadas tejas se albergaba un alegre vuelo de palomas; hermosas jóvenes extranjeras, que comparecían con sus familias de diversas capitales de Europa, pasaban allí todos los veranos.

Eleonora, muy esbelta y elegante, era la más hermosa é inteligente entre ellas: tenía los ojos claros; su frente irradiaba y sus labios sonreían con exquisita gracia.

Filosofaba todas sus ideas, y antes de ponerlas en práctica procuraba entrever el resultado. Se imaginaba el deseo, no como ley que es forzoso cumplir, sino como á niño que conviene educar.

Dicho esto, no debe extrañarnos verla naturalmente alegre cuando esté triste ó seriamente preocupada. Sin embargo, hay instantes en que su estado de alma la domina; se pone grave, huye de los bulliciosos juegos de sus amigas y se entrega á meditaciones que sacude muy pronto para no despertar un interés que la molestaría demasiado.

En un año ha cambiado mucho. ¿Se ha vuelto orgullosa? No. ¿Está cansada de sus amigas? ¿La disgusta Friburgo? Tampoco. Nunca había deseado tanto el verano como este último invierno, ni tomado el tren con mayor ilusión.

Durante los primeros días entregóse á las delicias del campo y á la amistad con el mismo alborozo de las colegialas.

Sin embargo, pronto conocieron sus amigas que aquello no era natural en ella. Su risa era forzada; no cabía duda, estaba nerviosa. Intentaba olvidar algo. Muy pronto descubrió la interrogación en los ojos de sus compañeras y apareció la Eleonora mujer.

Realmente vestía falda larga; durante el invierno había sido introducida en la buena sociedad londinense. Era una nueva estrella de la aristocracia; cantaba y bailaba divinamente. Sabía el francés, el alemán, el italiano; y un príncipe ruso se moría por ella. Un noble bretón juraba que sería suya; y el primogénito de un ilustre banquero, un guapo mozo, español de pura sangre, salía al palenque de su amor con el corazón en la mano.

Y Eleonora contaba todo eso riendo, al paso que se revestía del carácter superficial y desdeñoso del gran mundo. Quieren penetrar en su alma para robarle el secreto, y ella se defiende.

Este propósito de despistar, esta nueva conducta, ciertamente extraña dado su primer carácter ingenuamente puro, dimana de un poderoso motivo.

Cuando niña, á pesar de su precocidad, nunca había presentido la crudeza, la amarga realidad de la vida humana.

De manera que al ser presentada en los salones, sufrió aquel desencanto tan natural para todas las jóvenes que como ella viven con el alma asomada en los ojos. Le reprendieron dulcemente su espontánea alegría; la aconsejaron tolerancia para ciertas cosas y acabaron aparentemente con su adorable modestia y deliciosa ingenuidad.

Le pareció que descorrían una pesada cortina ante sus ojos y que la obligaban á tomar parte en la comedia que se representaba.

Los más indiferentes, los que la rodeaban con mayor discreción, se le antojaron una multitud de seres sin finalidad propia que se prestaban á presenciar el espectáculo.

Comprendió que empezaba para ella la comedia social—la eterna intriga, que decía ella para sí,—en cuyo primer acto se le confería el papel de adulada.

Eleonora teme que por medio de la adulación se la reduzca á esclavitud, á la eterna anulación de su individualidad. Eso vendría á ser para ella el segundo acto para llegar al tercero, que podríamos llamar de desencanto.

Eleonora teme esto. Quiere mostrarse antipática, trivial, chismosa si conviene, para desarmar á los actores que pudieran rodearla y motivar su fracaso en la comedia que debe representar á la fuerza.

Quiere conocer el verdadero amor, la sincera amistad, para no andar á ciegas por el mundo.

Esta es Eleonora.

En Alta Hostería se comenta mucho su transformación. ¡Era tan alegre y cariñosa antes!..

Debo hablaros de Evans. Evans es ingeniero, hijo de una rica familia de Escocia. Su padre, una vez terminada la carrera, le hizo cuenta-correntista del Banco y le abrió las puertas del mundo. Era libre y fuerte; la tierra se le presentaba como un libro inmenso donde debía escribir su voluntad. Recorrió la América; visitó España, Francia, Alemania, y á la sazón es el único socio-representante en Suiza de una importante fábrica inglesa. Aquí tenéis á Evans de cuerpo entero. Vigoroso, audaz, enérgico; era muy joven, pero poseía el temple de los vencedores.

Durante el pasado verano, atraído por la importancia fabril y característica belleza de Friburgo, se hospedó en Alta Hostería, y así fué como conoció á Eleonora.

Descubrió en ella un alma grande, sincera, vehemente; una niña espiritual de la cual podría formar una gran mujer; enamoróse de sus cualidades y acabó por adorar en silencio la más insignificante de sus cosas.

Fueron amigos. Sostuvieron largas conversaciones; admiraron los mismos paisajes; se regocijaron en idénticas emociones ante la esplendidez de la naturaleza; caminaban juntos á través de los campos ó ascendían jadeantes á los más altos picos para hundir su mirada en los lejanos horizontes, mientras el resto de los excursionistas descansaba en la sombra; y á Evans, al vigoroso y decidido Evans, le temblaba la voz y no se pasaba noche sin soñarla; y ella se sentía atraída por él; oíale con devoción naciente y en sus sueños se le aparecía vaporoso como un héroe de leyenda. Palabras amorosas burbujeaban continuamente en sus labios y cada una de sus miradas era una confesión; sin embargo, no se escapó de sus pechos ni un suspiro de amor.

Así vino el otoño. Transcurrió el invierno para los dos en un semi-adormecimiento del alma.

Eleonora, en Londres, aprendió á desconfiar. Y Evans, en Suiza, á triunfar, emprendiendo grandes trabajos de obras públicas. Ya no desaparece su obra bajo la nave hermosa de los talleres; se alza sólida en el espacio, como un gigante encaramado sobre el río, para que, por encima de su espalda de hierro, pase rápidamente el progreso.

Y llega otra vez el verano. Los dos se conmueven como si alguien les hablara al corazón y les diera una cita.

Han acudido á la Alta Hostería de Friburgo con verdadera sed de amor. Entumecidos aún por un invierno largo que les helaba el espíritu, acuden en busca de un mismo sol para fundirse en cascada de alegría.

Eleonora ha llegado ocho días antes. Febrilmente, ansiosa de él, la hemos visto echarse á los brazos de sus amigas como para consolarse de su tardanza. Ha despertado extrañeza y se ha contenido; se ha replegado consigo misma como una virgen casta ante una mira da indiscreta. Ha dominado su deseo, sellado su ingenuidad; se ha transfigurado.

Y Evans, al llegar, no halla á la virgen del pasado estío; en vez de aquella fresca y aromosa flor humana que le simbolizaba la primavera en las montañas del hielo, halla una orquídea de salón. Le parece que ha perdido todo su perfume.

Eleonora, que le observa silenciosamente, sufre la peor de las desilusiones. Nota en él tanta indiferencia como cortesía; muy atento, excesivamente amable, pero muy frío.

Llegan á sospechar que en el pasado estío no eran nada más que niños que soñaban. Se acogen con una frialdad muy cortés; y sus conversaciones, triviales siempre, al perder el dulce encanto que las embellecía, les resultan atrozmente monótonas. A veces creen que deben hablarse de distinta forma, decirse algo que no saben bien aún y que pugna por florecer en sus labios. Sospechan á menudo que dentro de sí, en la garganta quizá, tienen un gran pedazo de hielo, el cual, fundiéndose con el fuego del corazón, va á transformarse en torrente de armoniosas palabras.

Pero Evans, poco acostumbrado á implorar, calla; y ella calla también; y los dos concluyen por rehuirse, y por lo tanto, desearse más que nunca.

Alta Hostería está de fiesta; es el santo del amo, y maese Butter obsequia á sus ilustres huéspedes y amigos con un día de gala. Él mismo, muy rechoncho y alegre, por sus propias manos, ayudado de Meffer, el flamante cocinero, y de sus dos compinches, ha guisado el plato favorito, el clou de la comida, que diríamos. Ha servido el champagne y ha brindado por la salud y longevidad de todos. Y en estos instantes, de gran etiqueta, brillando entre los honorables síndicos del alto gremio de hosteleros, invitados á la fiesta, en el gran salón de recepciones del hotel dirige el programa del concierto, que muy previsor y atento en todo ha organizado en honra de sus ilustres huéspedes y cofrades.

La gran terraza de Alta Hostería diríase que ha quedado desierta, con sus mesas y sillas abandonadas, muda ante la inmensidad. Hasta ella llegan los sones de la música. A menudo se conmueve con un estallido de aplausos, para entregarse de nuevo á un silencio mecido por el lamento de lejanos violines.

Sin embargo, la gran terraza no está sola. Eleonora, de codos en la baranda del fondo y entre macetas de flores, contempla el grandioso paisaje. Su hermosa cabeza parece otra flor que interrogue al vacío asomada en la inmensidad.

Evans aparece al dintel de la puerta del espacioso comedor, y contemplando á Eleonora con marcada tristeza, duda antes de poner el pie en la terraza; no obstante, se decide, la atraviesa con paso seguro...

Eleonora se turba.

—¿Usted?

—¿Tiene algo de particular?.. Por otra parte, el trabajo me llama. Siento despedirme de usted señorita.

—¡Despedirse!.. ¿Abandona usted Friburgo?..



El ilustre pintor alemán ADOLFO MÉNZEL, fallecido en Berlín el día 9 de los corrientes. (De fotografía.)

—Sin duda, señorita.

Eleonora se siente desvanecer... Se aparta del mirador notablemente pálida.

—¡Eleonora!.. ¿Se encuentra usted mal?

—No ha sido nada, Evans... Quizás me atraía demasiado la inmensidad... He sentido el vértigo...

—¿El vértigo?.. Recuerdo, Eleonora, que durante el último verano no sentía usted el vértigo, con todo y ganar alturas enormes.

—Y ¿no recuerda usted si la base era más ó menos confiada?.. No me huía la tierra.



CONCIERTO DE FLAUTA EN EL PALACIO DE SANSOUCI, cuadro de Adolfo Ménzel (1852)

Los dos están emocionados. Evans por un instante ha visto otra vez el alma de su Eleonora, sincera y vehemente, flotando á su alrededor, pero la ve triste como si hubiese envejecido mucho...

Y los dos se comprenden: ¡han perdido el tiempo jugando al amor!

Muy cerca, casi rozándoles, está una mesa abandonada. El juego de ajedrez abierto encima de ella, parece aguardar para dar un triunfo y una derrota.

Evans está exageradamente nervioso. Han tenido un momento de lucidez y se han visto muy de cerca, casi tocándose; pero acontece que cada uno por sí teme iniciarse en la confesión, como si le pareciera que después de tanto tiempo de callarse, va á sufrir una derrota... Se embrolla la conversación y hablan de una multitud de cosas insignificantes. Evans se da cuenta de ello, y por eso está nervioso; conoce que es preciso romper el hielo.

Los dos solos, ante la inmensidad; uno en frente del otro y el ajedrez en medio.

—... ¿La última partida?, propone Evans.

—Sea, dice Eleonora, tan dulce que parece un suspiro.

Se halla tan profundamente emocionada, que no ve lo que hace. Evans le rodea el rey dejando escapar un débil grito de victoria.

—Jaque mate... ¡Pero esta vez hemos triunfado los dos!..

El hielo se ha fundido del todo. Las manos de Eleonora se tienden como dos lirios...

Anochece El cielo se desmaya en brazos de la noche. De allá bajo, dulce y monótono sube el canto de los herreros.

Bosques y praderas se convierten en grandes incensarios. Evans y Eleonora destacando en la inmensidad, simbolizan la eterna fusión humana.

NOGUERAS OLLER.

ADOLFO MENZEL

El día 9 de este mes falleció en Berlín este ilustre pintor, cuyo nombre, traspasando las fronteras de su patria, había conquistado desde hace muchos años un puesto preeminente en la historia general del Arte.

Adolfo Ménzel nació en Breslau en 1815, y después de haber ayudado desde niño á su padre en los trabajos de litografía á que éste se dedicaba, trasladóse en 1830 á Berlín con el propósito de perfeccionar sus aptitudes artísticas. Dos años después, el fallecimiento de su padre obligóle á abandonar sus estudios y á trabajar para atender al sustento de su familia, y al poco tiempo publicó una colección de litografías que causaron la admiración de los inteligentes, y animado por el éxito de estos primeros trabajos, dió al público en 1836 doce láminas que reproducían algunos hechos memorables de la historia de Brandeburgo, en las cuales se revelaban sus excepcionales dotes de dibujante.

Quiso entonces dedicarse á la pintura al óleo, y sin recibir lecciones de ningún maestro, adquirió muy pronto un completo dominio de la paleta, hasta el punto de que apenas transcurrido un año de sus primeros ensayos, terminó su hermoso cuadro *La consulta en casa del abogado*, que fué unánimemente admirado.

Pero su obra magna fué la serie de 400 grabados para ilustrar la *Historia de Federico el Grande*, de Kugler; cuando se contemplan aquellas maravillas, cuando se observa la perfección de todos aquellos dibujos, cuando se medita sobre el inmenso cúmulo de conocimientos que tales ilustraciones suponen, conocimientos adquiridos á fuerza de consultar archivos, de estudiar edificios, uniformes, láminas y libros, asombra pensar que el artista, al terminar aquel grandioso monumento, no contaba más que veintisiete años.

A esta obra siguieron otras sobre el mismo tema: 200 dibujos para una edición de lujo de *Federico el Grande*, 450 litografías en colores sobre *El ejército de Federico el Grande*, otra de 32 láminas sobre *Los soldados de Federico el Grande* y toda aquella serie de cuadros como *La mesa redonda en Sansouci*, *El concierto de flauta*, *Coloquio con el anciano mariscal Fouqué*, *Federico el Grande de viaje*, *Encuentro con José II en Neisse*, y cien más que le acreditaron como maestro incomparable en el género histórico.

Pero no se limitó Ménzel á inmortalizar con su lápiz y su pincel la gloriosa época del gran Federico; también reprodujo en admirables lienzos escenas de la vida contemporánea, mereciendo citarse especialmente *Un baile*, *Descanso durante el baile* y *Causerie*, recuerdo de otras tantas fiestas dadas en el palacio de Berlín por Guillermo I; *Idilio de verano en Kossen*, *Una misa de misiones en el bosque*, *Una procesión en Gastein*, lienzos inspirados en sus impresiones de viaje; *Un domingo en las Tullerías*, *Un día de trabajo en París*, *Los elefantes del Jardín de Plantas*, reproducción de animados cuadros parisienses, y sobre todo la *Fundición de hierro*, composición verdaderamente magistral.

En 1896, con motivo de su octogésimo cumpleaños, Alemania entera se asoció á las fiestas que se celebraron en honor de Ménzel, rindiendo entusiasta homenaje al artista ilustre, una de las más legítimas glorias nacionales.

Riquezas y honores de toda clase han sido la recompensa de la brillante carrera de Adolfo Ménzel.

Con su muerte, su patria está de luto; también lo está el arte universal, ya que figuras como la de Ménzel no pertenecen sólo á su país, sino que como suyas las consideran los pueblos que aman y sienten la belleza. - X.



Obras notables de Adolfo Ménzel

Reproducción de los principales cuadros y dibujos de este eminente artista



LA MISIÓN FRANCESA EN MARRUECOS. – La comitiva camino de Fez. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

LA EMBAJADA FRANCESA EN MARRUECOS

Francia ha comenzado la obra de penetración pacífica de Marruecos, cuya realización le ha sido encomendada en virtud de los recientes tratados anglo-francés y franco-español. La embajada que el gobierno de la República ha enviado cerca del sultán y que está presidida por el Sr. Saint-René-Taillandier, llegó el 26 de enero último á Fez, é inmediatamente comenzaron las conferencias con los representantes del gobierno marroquí para la implantación de las reformas que Francia se propone introducir en aquel imperio para el cumplimiento de su misión civilizadora.



La misión francesa en Marruecos. – El caíd Rha, comisionado por el sultán para velar por la embajada francesa.

Los marroquíes habrán de oponer naturalmente gran resistencia á esta laudable empresa y apelarán sin duda á las discusiones y procedimientos dilatorios en que son maestros los miembros del Maghzen; pero este sistema, que tan buenos resultados les ha dado siempre con algunas otras potencias, esta vez no les servirá de nada, pues el embajador francés, curándose en salud, ha manifestado desde un principio al sultán, en términos respetuosos, pero enérgicos, que Francia no está dispuesta á entablar debates ociosos, sino que se halla decidida á llegar al fin que se propone, aun empleando, si ello fuese necesario, la fuerza y ocupando alguna plaza, por ejemplo Ujda, que es la primera etapa del camino de Argelia á Fez.

Como no nos proponemos tratar en este artículo de este asunto desde el punto de vista político y diplomático, dejaremos en sus negociaciones á franceses y marroquíes y diremos algo acerca del viaje de la embajada, que es á lo que se refieren las interesantes fotografías que en esta página reproducimos.

Desembarcó la embajada en Larache el 17 de enero, siendo recibida por una numerosa escolta enviada allí expresamente por el sultán y mandada por el caíd Rha, hombre de hermosa presencia y de noble porte y uno de los más importantes personajes del Maghzen. Púsose en marcha la caravana, protegida por el rojo pabellón imperial y seguida de gran número de muleteros, camelleros y criados, encargada de los bagajes y de las tiendas de campaña que todas las noches se montaban para el albergue de los viajeros. Objeto especial del cuidado y de la vigilancia de aquellos servidores eran los regalos que la República francesa enviaba al soberano amigo y á los principales personajes de su corte: estos regalos iban encerrados en una caja enorme conducida por dos dromedarios.

Uno de los mayores obstáculos que encontraron por el camino la embajada y sus acompañantes fué el río Sebú, engrosado y convertido en fangoso torrente por las recientes lluvias; por un momento llegaron á temer los expedicionarios una interrupción en su viaje; pero no fué así, pues el sultán tenía preparadas allí grandes barcazas que transportaron á los viajeros á la orilla opuesta. Algo más lejos, ya cerca de Fez, la misión había de atravesar otro río, el Ued-Mekkez, y aunque sobre éste hay un puente, uno de los poquísimos que en Marruecos se encuentran, hallábase casi intransitable á causa de la lluvia.

El gobierno jerifiano ha hecho cuanto de él ha dependido para atenuar todas estas molestias. En las etapas, los caids, con su cordial recibimiento, han procurado hacer olvidar á los expedicionarios tales pequeños contratiempos, ofreciéndoles banquetes copiosos, abundantes *diffas* en las que los comensales, sentados en cuclillas sobre alfombras de vivos colores, comían en platos de madera el cordero asado y el alcuzcuz tradicionales.

Al fin llegó la embajada á Fez, en donde la novedad del espectáculo había de indemnizarles ampliamente de las penalidades sufridas.

A las puertas de la capital, rodeada de venerables murallas almenadas, el ministro de la Guerra del sultán, Si-Guebbas, y el introductor de embajadores, esperaban al Sr. Saint-René Taillandier y á sus acompañantes para darles en nombre de su soberano la más afectuosa bienvenida. Una muchedumbre numerosa era á duras penas contenida por las tropas jerifianas que formaban cordón hasta una hora de distancia de la capital; ondeaban al aire multitud de estandartes de seda de colores chillones, y sobre aquel paisaje pintoresco extendíase un cielo de un azul intenso, en donde brillaba el sol de una hermosísima mañana.

La naturaleza parecía haberse vestido de gala para recibir á los expedicionarios, como si quisiera asociarse á su obra de paz y de progreso y presagiarles el mejor éxito en sus negociaciones.

¿Acatará el pueblo marroquí, tan supersticioso, este presagio y dejará que se realice tranquilamente aquella obra? Muy de temer es que puedan en él más que todo su ignorancia y su fanatismo, y que como consecuencia de ello trate de oponerse por todos los medios á ser civilizado; pero Francia ha tomado en serio su misión, tiene empeñado en esta empresa su honor nacional y conoce las ventajas que ha de reportarle la conquista pacífica del Imperio. Por esto se halla resuelta á llevar á cima, cueste lo que cueste y pese á quien pese, la obra que se ha propuesto, y á demostrar, si es preciso, que, al igual que antes la letra, «la civilización con sangre entra.» — S.



La misión francesa en Marruecos. – El nuevo ministro de la Guerra marroquí Si-Guebbas, esperando la embajada francesa cerca de Fez. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – LA GRAN BASE DE ABASTECIMIENTO DE LOS JAPONESES DE YENTAI
Las casas del fondo están ocupadas por el estado mayor japonés; antes eran las oficinas de la explotación de las minas de carbón. (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Vuelve á reinar al Sur de Mukden la calma que interrumpió por unos días el combate de Sandepú, lo cual no quiere decir que diariamente no haya escaramuzas más ó menos importantes entre ambos ejércitos. Un día, un destacamento japonés ataca una posición rusa y es rechazado; otro, son los rusos los que atacan una posición japonesa sin conseguir apoderarse de ella. En resumen, operaciones sin ninguna importancia secundadas por la artillería, que funciona casi continuamente, ya en un sitio, ya en otro de la extensa línea que los beligerantes ocupan en aquella región.

En el entretanto, rusos y japoneses van recibiendo refuerzos: Kuropatkine espera, según dicen, para tomar la ofensiva, la llegada del 4.° cuerpo de ejército procedente de Minsk, cuyos primeros batallones se encuentran ya en la Mandchuria; por su parte, el general Oyama tiene ya á su disposición todo el ejército de Nogi hasta hace poco ocupado en el sitio de Puerto Arthur.

Los ingleses, que de algún tiempo á esta parte arrecian en su parcial campaña contra los rusos, han hecho circular últimamente la noticia de que los huelguistas habían destruído la vía férrea del Transiberiano en dos puntos situados el uno á 30 kilómetros de Irkutsk y el otro entre Kharbine y Mukden. Este último detalle basta para juzgar de la veracidad de la información, porque hasta ahora no se sabe que haya huelguistas en la Mandchuria. Ocioso es decir que tan estupenda noticia no ha sido confirmada.

De una relación oficial del jefe de la Sanidad rusa en Mandchuria resulta que el número de heridos llegados á Mukden desde 26 de enero á 3 de febrero, es decir, después de la batalla de Sandepú, fué de 231 oficiales y 8.409 soldados. La cifra de los muertos no se ha publicado todavía; pero teniendo en cuenta las condiciones en que se efectuó el ataque de Sandepú, que se realizó en gran parte al descubierto y contra atrincheramientos muy sólidos, el número de aquéllos debió ser considerable, pudiendo calcularse que no bajó de 2.000. Y si se considera que muchos heridos leves fueron curados en las ambulancias de campaña, sin necesidad de trasladarlos á Mukden, no es aventurado afirmar que el total de soldados rusos que quedaron fuera de combate en aquella operación llegó aproximadamente á 12.000. Los japoneses no han comunicado hasta ahora ningún detalle relativo á sus pérdidas; Oyama, en uno de sus partes, habla vagamente de 7.000 muertos ó heridos; pero esto era sólo un primer cálculo, siendo muy probable que en él se haya quedado corto el generalísimo japonés. En efecto, los nipones, en toda la última parte del combate hubieron de avanzar bajo el fuego de las baterías rusas que, según propia confesión del citado mariscal, les causaron pérdidas considerables. Cabe, por consiguiente, suponer que el número de bajas japonesas no ha de ser muy inferior á 10.000.

Los detalles que se van recibiendo de la batalla de Sandepú demuestran los terribles sufrimientos que hubieron de padecer las tropas. Durante tres días y tres noches, los combatientes no tuvieron un momento de reposo; los soldados tenían la cara cubierta de hielo y los miembros rígidos de frío; la sangre que manaba de las heridas se helaba inmediatamente y todo herido que no era socorrido en el acto moría al cabo de tres ó cuatro horas. Además, aun después de curadas, las heridas presentaban un carácter de gravedad insólita y con facilidad se gangrenaban. Los médicos hicieron esfuerzos sobrehumanos para disminuir los padecimientos de aquellos infelices; pero ellos, lo mismo que los enfermeros, tenían los dedos helados y se hallaban en la imposibilidad de practicar sobre el terreno una cura y sobre todo una operación.



GUERRA RUSO-JAPONESA. Llegada de refuerzos japoneses á Niu Chang, á fines de diciembre de 1904. (De fotografía.)

Las razones que dan en San Petersburgo para explicar el relevo de Grippenberg confirman lo que dijimos acerca de esto en nuestra última crónica. El generalísimo ruso sabía perfectamente que las fuerzas japonesas se habían aumentado con los 50.000 hombres del ejército de Puerto Arthur, y estaba, por consiguiente, más resuelto que nunca á no tomar la ofensiva hasta haber recibido, á su vez, nuevos refuerzos. Esto no obstante, había dispuesto que el 2.° ejército realizara un reconocimiento ofensivo en la orilla izquierda del Hun-Ho; esta operación había de tener muy poca amplitud, pero el general Grippenberg, animado por un primer éxito, quiso lanzarse á fondo, y contrariando las órdenes de Kuropatkine, convirtió lo que había de ser escaramuza de avanzada en un gran combate en el que se vió empeñado todo el 2.° ejército. Para sostener á Grippenberg, el generalísimo habría tenido que librar una batalla general en un momento que juzgaba poco oportuno; de aquí que se negara á apoyarle y que le ordenara volver á sus posiciones primitivas. Después, pidió al tsar que relevara á su lugarteniente, amenazando en caso contrario con su dimisión, y el llamamiento de Grippenberg ha patentizado que Kuropatkine conserva toda la confianza de su soberano.

Ha salido ya del puerto de Libau la primera división de la tercera escuadra rusa del Pacífico al mando del almirante Niebogatof. Dicha división se compone del acorazado *Emperador Nicolás I;* de los acorazados guardacostas *Almirante Uschakoff*, *Almirante Seniavine* y *Almirante Apraxine;* del crucero de primera clase *Vladimir Monomach* y de tres transportes. La segunda división partirá en el mes de mayo y se compondrá de dos acorazados, *Slava* y *Emperador Alejandro;* de dos cruceros, *Pamiat Azowa* y *Almirante Kornilof;* del buque portaminas *Volga* y de 15 torpederos. Dícese que probablemente irá mandada por el almirante Brileff, actual comandante del puerto de Cronstadt y de las fuerzas navales del Báltico.

GUERRA RUSO-JAPONESA. - Los japoneses instalados delante de Benia-Pu-Iza cortando leña con una sierra de alambre. (De fotografía [illegible])

GUERRA RUSO-JAPONESA. - En el Cha-Ho. Cocina de campaña japonesa en San[illegible]. (De fotografía de «[illegible] Weekly.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – VIVIENDAS SUBTERRÁNEAS JAPONESAS CERCA DE SANDEPÚ. (De otografía de «Collier's Weekly.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – ENTRADA DEL ALOJAMIENTO DEL GENERAL ASAKI, DELANTE DE SANDEPÚ. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

El comandante de Vladivostok ha proclamado, según parece, el estado de sitio en aquella plaza. El despacho que da esta noticia añade que una parte de la población ha abandonado la ciudad para dirigirse á Rusia. Los japoneses tienen establecido el bloqueo marítimo de aquel puerto, ocupando con sus escuadras los estrechos de Tchushima y de Tsungarn; en cuanto á un ataque contra la plaza, es imposible por ahora, porque todo el litoral está helado.—R.

MYRIAM HARRY

Hace seis ó siete meses publicóse en París una novela que, aun dada al público sin ningún reclamo, contra lo que es costumbre en aquella capital, no tardó en conseguir un éxito grandísimo entre el vulgo de los lectores y en causar la admiración de los inteligentes. Titulábase el libro *La conquista de Jerusalén*, y en él resplandecían, no sólo las brillantes cualidades del más culto literato, sino además la profundidad de conceptos de un gran pensador.

La autora de la novela, porque de una escritora se trata, se ha colocado con esta obra excepcional en la primera fila de los novelistas franceses contemporáneos y ha merecido entre otras distinciones que el jurado femenino de la *Vie Heureuse* la designara para el premio concedido al mejor libro escrito por una mujer y publicado durante el año.

Myriam Harry, descendiente de una familia alemana, nació en Jerusalén, en donde pasó los primeros años de su vida, aprendiendo desde niña los idiomas alemán, inglés y hebreo. A los trece años publicó su primera novela en un periódico alemán, y fué tal el éxito que obtuvo, que desde entonces ha colaborado asiduamente en las más importantes revistas inglesas y alemanas. Hace algunos años siguió los cursos de la *Ecole des Hautes Etudes*, de París, en donde se dedicó principalmente á las lenguas orientales, algunas de las cuales ya conocía. Ha realizado por toda Europa y por una gran parte del Asia viajes de verdadera observación, en los cuales ha estudiado á fondo la vida y las costumbres de los pueblos que ha visitado, ha contemplado y se ha extasiado ante los más variados espectáculos de la naturaleza, ha admirado las manifestaciones artísticas de las más diversas civilizaciones, acumulando un tesoro inmenso de conocimientos y de impresiones que su talento literario ha vertido luego en páginas hermosísimas.

Ha publicado multitud de cuentos, narraciones y novelas y un libro de viajes, patentizando en todas sus obras sus dotes excepcionales de escritora.



La notable escritora francesa MYRIAM HARRY, autora de la obra «La conquete de Jerusalen,» que con tanto éxito se ha publicado recientemente en París. – Último retrato hecho el día 6 de los corrientes en su despacho

Es joven, elegante, graciosa y hace pocos meses se casó en París con un artista joven también y á quien le está reservado sin duda un gran porvenir.

LUIS ERNESTO BARRIAS

El día 4 de este mes falleció en París, víctima de un ataque de *influenza*, el eminente escultor Luis Ernesto Barrias. Había nacido en aquella capital en 13 de abril de 1841.

Hijo de un pintor de porcelanas y hermano del notable pintor Félix Barrias, que le llevaba veinte años, desde muy niño aprendió el manejo del lápiz y del pincel, entrando á los quince años en el taller de León Cogniet, que había sido también maestro de Félix. Fué un alumno aplicado y dócil, pero parecía que la pintura no satisfacía por completo sus aspiraciones; al fin se reveló en él la vocación de escultor, y del taller de Cogniet pasó al de Cavelier, perfeccionándose luego en el de Jouffroy.

En 1863, habiendo obtenido el gran premio de escultura, partió para Roma. Antes, sin embargo, había figurado ya en el Salón con varios bustos que llamaron la atención de los críticos y de los artistas. En 1870, su estatua *La doncella de Megara* le valió su primer triunfo franco y la primera de sus medallas, y no menos éxito tuvo en 1872 su *Juramento de Espartaco;* pero lo que le conquistó realmente la gloria fué el grupo en yeso *El primer entierro*, que expuso en 1878, obra de un sentimiento y de una belleza de ejecución superiores á todo encomio.



El célebre escultor francés ERNESTO BARRIAS, fallecido en París el día 4 de los corrientes.

En 1881 modeló el monumento *Defensa de París*, en 1882 el dedicado á conmemorar la *Defensa de San Quintín* y en 1902 el de *Víctor Hugo*, en todos los cuales se muestra artista seguro de su mano é ingenioso en sus procedimientos.

Su *Mozart niño*, que figuró en el Salón de 1883, es sin duda la más popular de sus obras, y parece resumir maravillosa y completamente las cualidades de su talento, una incomparable flexibilidad de factura y una imaginación refinada é inclinada á lo gracioso, á lo amable: el movimiento de esa figura infantil y ya grave, ya inspirada, ya genial por el pensamiento que en el semblante se refleja, es de una naturalidad encantadora.

Esta misma cualidad la encontramos en su *Naturaleza despojándose del velo*, una de sus últimas creaciones que se conserva en el Luxemburgo: en esta estatua, como en la de Mozart, el gesto es de una espontaneidad, de una verdad que desde luego seducen; no es el resultado de largas investigaciones, de inquietos tanteos de taller, sino fruto de una inspiración feliz, providencial, de una de esas favorables casualidades que engendran una obra maestra cuando se revelan á un genio.

Barrias, que era miembro de la Academia de Bellas Artes, habrá ocupado en el arte contemporáneo un puesto eminente, conquistado por el esfuerzo continuo, sin intrigas, sin maquinaciones, porque si como artista fué grande, como hombre fué sencillo, modesto y afectuoso.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—FRANCFORT DEL MEIN.—El senador N. Berg ha hecho donación al Instituto Stædel de un magnífico cuadro del famoso maestro holandés Pedro Aertsens, pintado en 1559. Representa una escena de mercado y en él se admiran las excepcionales dotes de aquel artista para la pintura de género y de naturaleza muerta; en el fondo está representado por medio de figuras pequeñas el episodio bíblico de la mujer adúltera.

Espectáculos.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Nouveau Theatre *La fille de Jorio*, hermosísima tragedia pastoril en tres actos de Gabriel d' Annunzio, traducida en verso por Jorge Herelle; y en Varietés *Les dragons de l' Impératrice*, ópera cómica en tres actos de Jorge Duval y Alberto Vanloo, música de Andrés Messager.

Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *De bon tremp*, drama en tres actos de D. Manuel Folch y Torres.

– El «Orfeó Barcelonés» ha dado últimamente un concierto en el Teatro de las Artes, cantando las tres secciones que lo componen con gran acierto, bajo la dirección del Sr. Serra, varias composiciones de éste, de Mendelsohn, Otto, Clavé, Bretón, Sánchez Gavañach, Leissung, Borodio y Lully, en cuya ejecución obtuvieron muchos y muy merecidos aplausos.

Necrología.—Han fallecido:

Alfredo Gotthold Meyer, historiador artístico alemán, profesor de la Escuela Superior Técnica de Berlín, autor de interesantes obras sobre monumentos funerarios venecianos del prerrenacimiento y sobre monumentos lombardos del siglo XIV.

Jorge Saverwein, alemán, uno de los más grandes filólogos de la actualidad, que hablaba y escribía cuarenta idiomas y dialectos.

Mauricio Schultz, escultor alemán, autor de varias notables obras monumentales existentes en Berlín.

Nicolás Sklifassowskij, eminente cirujano ruso, profesor de Cirugía en la Academia de Sanidad Militar de San Petersburgo y autor de varias obras sobre el cuidado de los heridos y el servicio de hospitales en tiempo de guerra.

Conde Luis Palma di Cesnola, notable arqueólogo de origen italiano, naturalizado en los Estados Unidos, que realizó importantes excavaciones en Chipre, cediendo los objetos allí encontrados al Museo Metropolitano de Nueva York.

Enrique Alejandro Wallon, político é historiador francés, ex ministro de Instrucción Pública, secretario perpetuo de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes, autor de muy notables obras sobre la vida de Jesús (contra Renán), sobre Juana de Arco, Eduardo II, Luis IX y sobre la Revolución Francesa.

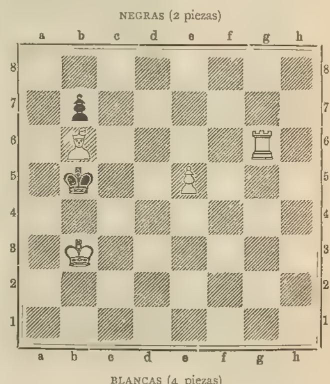


EL PRIMER ENTIERRO, grupo escultórico de Ernesto Barrias

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 376, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (2 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 375, POR J. KOTRC.

Blancas.	Negras.
1. Ah5–f7	1. b3–b2
2. Dh2–h8	2. b2–b1 (D) jaque.
3. Cd4–c2 mate.	

VARIANTES.

2......... .. Ra1–b1; 3. Dh8–h1 mate.
1..... Ra1–b1; 2. Af7×b3, R juega; 3. D mate.

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Raimundo miró aquel cielo y aquel río... ¡Qué descanso! Se sintió tranquilo y casi contento, como desembarazado ya del peso fastidioso de las pequeñas cosas de la vida, tan ridículamente fugitivas...

* * *

Pedro no volvió á su casa hasta las once y media. El conde de Luc le había hecho quedarse á comer.

El día había sido triste, pero no cruel. Se sentía fuerte por haber sabido cumplir la decisión tomada.

Pensando que el gas estaría apagado estaba buscando en el bolsillo la caja de fósforos, cuando vió que la puerta estaba abierta. Entró sorprendido y encontró la portería llena de gente. En el centro del grupo había un hombre hablando muy fuerte y en la actitud del que cuenta una aventura interesante ardientemente escuchada:

—Hay que decir que si le saqué del agua, fué por casualidad...

Pedro se adelantó un poco conmovido.

—¿Ha ocurrido algún accidente?

Todos se callaron de pronto, y mientras se le acercaba el portero, Pedro oyó murmurar:

—¡Es el hermano!.

—¡Raimundo!..

No añadió nada y echó á correr por la escalera.

Habían traído á Raimundo y estaba allí... ¿Vivo?..

SEGUNDA PARTE

I

LAS HISTORIAS DE JULIETA

—De modo, querido, que su hija de usted recoge á los suicidas frustrados y á las niñas histéricas y con sus interesantes enfermos convierte esta casa en un hospital... ¿A usted le gusta eso?.. Está muy bien... Pero confiese usted que es extravagante...

—¡Vamos, vamos, querida amiga, no sea usted mala... Al muchacho se le abandono á usted, si quiere; su tipo no vale gran cosa y creo que se «fustrará» toda su vida. Pero á la niña la defiendo. Es muy amable esa muchacha...

—No sé lo que es, porque no habla nunca. ¿Es muda? Mira á todo el mundo con unos ojazos enormes y extraordinarios... Dirá usted lo que quiera, pero no es natural...

Y la condesa Rosita, más guapa que nunca y con una belleza realzada aquel día por el arte de los más sutiles afeites, por un sombrero habilidoso de rosas purpúreas y por un vestido complicado y vivo, se cogió del brazo de Morel con toda la gracia y toda la languidez de que era capaz.



... se cogió del brazo de Morel con toda la gracia y toda la languidez de que era capaz

En las carreras de caballos de Auteuil todo era aquel día murmuraciones, cuchicheos y risitas entre sus numerosos concurrentes:

—Morel, el siempre joven y artístico Morel, se casa con la española condesa Rosita..., aquella que... ya sabe usted...

La cosa no era oficial, pero Morel tomaba con ella aires de legitimidad, la llevaba á comer con su hija al restaurant de Madrid..., y los chismes y cuentos eran mucho más divertidos que las carreras.

Morel, sin embargo, aunque sufría la influencia contagiosa de la opinión ambiente, que había decidido antes que él lo que él iba á hacer, permanecía refractario, y sin dejar de pasear á la de Sorgue, estaba un poco contrariado por lo que ésta acababa de decirle.

Reflexionándolo bien, tenía que reconocer que en todo aquello había algo un poco ridículo, y esto era lo que él temía más en el mundo.

Había aceptado sin dificultad que Lina tuviese á su lado todo el tiempo que quisiera á la hermanita de su amiga. Y él mismo, sin confesárselo, porque también lo creía ridículo, había tomado cariño á aquella niña. Pero ahora encontraba siempre en su casa á aquel «gran imbécil,» como él le llamaba, y esto era ya demasiado.

A decir verdad, Raimundo no vivía en casa de Morel, por evidentes conveniencias; pero pasaba en ella el día entero y no se retiraba hasta por la noche, ya muy tarde.

Evidentemente, había en esto un abuso. Morel estaba acostumbrado á los caprichos de su hija, en los que reconocía su propia sangre; pero Lina había mostrado siempre una rudeza inveterada respecto de los humanos y no había tenido más que gustos de retiro exagerado ó caprichos de instalación ruinosa que no habían molestado á su padre. Al contrario, á Morel le halagaba la originalidad de su hija, y París se había divertido con un *snobismo* admirador, con aquellos gustos y aquellos caprichos.

Se habían descrito sus mueblajes, sus plantas raras y sus animales dejados en libertad en la casa y en los jardines.

Ahora la cosa era diferente; no se trataba ya de helechos asiáticos marchitos en el estudio, ni de antílopes errantes por los salones; ahora era un joven...

París podía reirse aún de esta humorada, pero con una risa que disgustaba mucho á Morel, que se propuso hablar de esto con Lina, aunque la perspectiva de hacerle una observación le contrariase vivamente.

* * *

Contra su costumbre, Morel se retiró temprano; las ocho y media.

—¿Está la señorita en el estudio?, preguntó.

Sí, señor

—¿Sola?

—El Sr. Etcharre ha comido con la señorita.

—Naturalmente, murmuró Morel mientras subía la escalera.

Pero al llegar no se encontró con Raimundo, sino con Pedro.

Morel se alegró doblemente, porque aquel muchacho le interesaba y porque, en su admirable futilidad de inconsciente, creyó que su observación era ya inútil y la relegó al vago é indefinido término de las reformas que se proyectan con la íntima persuasión de que no se realizarán jamás.

Lina y Pedro estaban sentados en la entrada del terrado. Morel se sentó á su lado.

—¿A que no sabes lo que le estaba contando á Pedro?, dijo Lina.

No... ¿Qué?

—He descubierto que Julieta es escritora. Sí, sin duda se le ha pegado de Raimundo. Esa niña inventa historias y ayer me confesó esa debilidad... Y lo que te va á interesar es que las escribe especialmente cuando te oye tocar... La música la hipnotiza absolutamente... Adora el oirte y guarda todas las impresiones que entonces recibe para escribirlas después...

—¡Calla, calla!.., exclamó Morel interesado; es rara esa pequeña... Vamos á ver si la hacemos aparecer...

Se levantó y se puso al piano. Lina se quedó sorprendida, pues casi nunca su padre se instalaba en el estudio.

El talento de Morel era encantador y joven como él. Había en sus composiciones una especie de genio, pues habiendo puesto en música algunos poemas de Verlaine, se había penetrado de su armonía hasta fundirla prodigiosamente con la suya.

Estaba tocando hacía unos diez minutos, cuando una pequeña sombra se deslizó silenciosamente en la obscuridad de la pieza, como si el genio de la música poblase aquella hora de encanto y aquella pieza dormida.

Morel, á quien algunas veces se había juzgado inferior á sí mismo en ciertos salones repletos de gente ultrarrefinada, aquella noche, entre su hija, un extraño y una niña, se sintió por encima de su habitual potencia artística.

Aunque fútil y descuidado, era demasiado inteligente para no haber notado un cambio en su hija, y más de una vez había pensado en la suposición de la de Sorgue: Lina enamorada de Pedro.

Morel seguía encontrándolo inverosímil, pero la idea iba tomando en él la fuerza de la verdad.

Y para decirlo todo, había sentido cierto despecho al no ver en Lina una energía más violenta para querer lo que quería y para *conquistar* sin cuidarse del medio ambiente y con un bello egoísmo de pasión... Había despreciado un poco aquel sentimentalismo... Pero ahora se iniciaba en él una comprensión más alta y hasta una vaga pena: no le hubiera desagradado que fuese «aquél» el elegido, con su carácter un poco hurón y misterioso dentro de su sencillez y de su bondad. Y la presencia de aquella niña extraña y dulce le parecía casi necesaria para la emoción actual.

Cuando Morel dejó de tocar, hubo unos instantes de silencio, como si todos volvieran de muy lejos. El primero que habló fué él.

—Váyanse ustedes á hablar al terrado, dijo á Lina y á Pedro; tengo que decir una cosa á Julieta.

Los jóvenes obedecieron y se pusieron á contemplar el paisaje. Aquellas construcciones próximas, hotelitos particulares de artistas, eran de una arquitectura un poco complicada, como reflejo de la visión interior de sus dueños. Los jardines de aquellos hoteles justificaban la frase de Alejandro Dumas, el cual dijo á su hijo, un día en que almorzaba con él en una casita alquilada en los alrededores de París: «*Abre la ventana del comedor para dar aire á tu jardín.*»

Lina se sentó en el reborde del terrado y se estremeció al sentir todas las impresiones que creía amortiguadas y á punto de morir... ¡Ah! Hubiera querido huir de aquel momento dulce, propicio y peligroso y de aquella presencia..., y estaba retenida por las circunstancias y por un lazo indestructible y fuerte: el deseo de disfrutar de aquel momento y de aquella presencia. No deseaba siquiera oirle hablar y sintió una singular conmoción cuando él dijo, continuando la conversación que antes tenían:

—No me impedirá usted que lo repita; ha salvado usted á Raimundo de sí mismo, lo que era mucho más difícil que sacar su pobre cuerpo del agua. Entre todas las pruebas de la amistad de usted, esta es para mí inmensa é inolvidable... Quisiera saber qué podría yo hacer en cambio por usted...

Lina había querido interrumpirle y ocultar la propia emoción con una de sus bromas habituales.



Lina se sentó en el reborde del terrado

—Está convenido... Soy la salvación de las familias; el ángel del bulevar Pereire...

Pero Pedro había insistido y recordado los días de angustia, próximos aún, en que el ver á su hermano físicamente salvado no le libraba del miedo á aquellos ojos desconfiados y aviesos y á aquel silencio de dolor y de rebelión. Pedro era incapaz de encontrar al lado de su hermano las palabras necesarias, pues en una gran explosión de lágrimas apasionadas, Margarita le había contado la escena del *Salón* y se había excusado con exaltación de haber sido causa del acto desesperado de Raimundo.

Pedro, que creía tan firmemente en su mutuo amor, no había podido menos de murmurar:

—Entonces... ¿no le ama usted?..

Y Margarita había dicho *no* con la cabeza, como si no se atreviera á afirmar en voz alta la verdad.

Y Pedro, al contar aquellas horas de angustia, hacía resaltar con qué delicadeza había sabido Lina ser el lazo de unión entre aquellos seres que la violencia de los sucesos y la franqueza brutal de los sentimientos habían separado. Por ella, y de un modo natural, Margarita y Raimundo se habían vuelto á ver...

Pero aquellos dos nombres, incesantemente repetidos por Pedro, ponían nerviosa á Lina, que veía hasta qué punto llenaban el corazón de aquel hombre; y de su boca quería salir esta exclamación:

—¡Es por usted, sólo por usted, por quien he hecho todo eso; para que no sufriera usted por su hermano!.. ¡Ah! En cuanto á ella...

Y casi involuntariamente, dijo con el alma llena de amargura:

—No creía á Margarita tan fría.. Después de lo que ha hecho ese pobre niño, pensé que, al verle, hubiera habido en ella algo más tierno y más dulce. Pero no... Margarita ha cambiado mucho desde hace un año y se ha vuelto muy seca... ¿No lo ha observado usted?..

—¡Oh! Ya sabe usted que conmigo no se ha mostrado nunca tierna... Tiene gran voluntad y mucha energía; pero no es seca, no, no diga usted eso... Véala usted con Julieta...

Lina no le veía la cara, pero en su voz conmovida comprendió que le había hecho daño.

Pedro, dominado siempre por su idea, siguió diciendo:

—¿Qué hubiera sido de nosotros sin usted? El pobre Raimundo empieza á hablarme un poco cuando vuelve de aquí y me cuenta las lecturas, las horas de música y los paseos con que usted le crea una vida nueva y encantadora, tal como el pobre muchacho hubiera querido hacerla... A usted se lo debo.

Y Pedro buscó y cogió la mano de la joven.

Una viva claridad iluminó de repente el terrado. Se habían encendido las lámparas eléctricas del estudio y los jóvenes vieron á Morel y á Julieta hablando en sonriente confianza.

Lina sintió que su corazón latía tan fuerte, que casi temía que Pedro le oyese... El movimiento de aquel corazón le llenaba el oído de un ruido sordo, como el del mar resuena entero en ciertos caracoles. Pedro, sin embargo, no lo oía.

La joven se abandonaba silenciosamente al encanto de creer que aquel silencio era un secreto acuerdo, pero Pedro habló y dijo en tono de súplica tímida y vacilante:

—Dígame usted... ¿Cree usted que Margarita ama á otro?..

¡Ella!.. ¡Siempre ella! Aquel hombre la amaba con un amor humilde y tenaz, como el suyo é igualmente desgraciado...

Toda la naturaleza de orgullo y de pasión de Lina se sublevó, y en pie, distraída y dirigiéndose al estudio, respondió con rudeza:

—Es posible..., pero eso pregúnteselo usted á ella... Yo la veo ahora muy poco...

Y entró en la habitación.

Pedro se puso triste al ver aquel tono y aquel aspecto irritado y extraño que siempre aparecía en Lina cuando él necesitaba más las dulzuras de su amistad.

Le parecía entonces que la joven rompía algo precioso, como un niño mal criado ó una mujer inconsciente, y esto alteraba la armonía de aquel carácter, cuyos rasgos tanto le gustaban.

Julieta había levantado su cara de candor reflexivo y Morel la miraba con expresión de tierna curiosidad. Aquella niña era para él como un juguete raro y exquisito, como un enigma viviente que le gustaba descifrar.

La niña le había dado sencillamente los papeles en que estaban escritas sus historias, y él las estaba leyendo en voz baja.

Lina se paró en el umbral, cubrió con su cuerpo el hueco de la puerta, luminosa para Pedro y obscura para los del estudio, y se puso á escuchar.

«La hermosa hada sola en el palacio de cristal...

»Un hada estaba sola, enteramente sola, en un palacio de cristal. Parecía libre, porque su morada era muy clara, pero sabía bien que estaba encerrada y estaba triste. Todos los hombres y todas las mujeres que andaban alrededor del palacio hablaban con ella, y ella los respondía, y se oían muy bien, porque el palacio era encantado y las paredes no detenían las palabras, pero no se comprendían, porque el hada estaba sola y los otros estaban libres todos juntos.

»Pero no es natural que un hada esté triste, y como ésta era buena y altiva, fingía reir y la creían alegre.

»En el palacio de cristal había hermosas cosas y muchas luces, y todo el mundo envidiaba al hada. Ella sonreía y hacía entrar á la gente en su palacio; pero cuanta más gente había más sola estaba ella, porque su corazón estaba ausente...

»Su corazón se había volado un día, como un pájaro, y no había vuelto; pero el sitio del corazón en el pecho estaba pesado, pesado, porque estaba vacío, y la hermosa hada, en cuanto llegaba la noche, extendía los brazos llorando y decía muy bajo: «¡Oh, mi amor!..»

Lina hizo un brusco movimiento al oir aquella clara alusión á la situación de su alma. Julieta volvió la cabeza y la vió. Morel se contentó con decir: «¡Hola, hola!..,» para no asustar á la niña, y cogió otra página.

«Los dos que no habían comprendido...

»El hada miraba hacia el hermoso sol de oro y *el otro* la miraba á ella, que estaba sola. Estaba celoso del sol y enfadado porque no le gustaban las mismas cosas que á ella. Los dos no podían ser dichosos y es así con mucha frecuencia. Ella no sabía que, de cerca, la luz del sol es fría, y él no quería saber que debía adorar al sol con ella á fin de dar un alma á esa luz, y ella entonces le hubiera amado...»

—Un poco obscuro es esto, dijo Morel sonriendo, pero es muy curioso... ¡Tenemos aquí una pequeña simbolista!..

Pero Lina lo encontraba muy claro y miraba á Julieta con alguna inquietud. Aquella niña tan tranquila, ¿había, pues, comprendido lo que pasaba á su alrededor?

Después pensó que no se trataba ya de una niña.

Julieta tenía catorce años. Su larga enfermedad había desarrollado anormalmente su cerebro con una inteligencia demasiado ardiente y un poco enfermiza. Y en fin, se había afinado singularmente en los pocos días que llevaba en una atmósfera recargada de arte y de lujo, al lado de Lina.

Julieta había aplicado á todo lo que le rodeaba el

sentido de observación agudo que mostraba en las lecciones.

Y Lina, al pensar en estas cosas, vió que la niña seguía delgada y pálida, y su profunda afección por ella se conmovió. ¿No habría desempeñado bien su papel con ella? Al verla tan inteligente sintió que la quería más. No era ya el ser débil á quien se protege con ternura maternal; era una mujer, un alma de amiga, de igual, despierta á las emociones próximas y eternas; y la hermosa hada se sintió menos sola en su palacio de cristal...

***

Lina había salido y Julieta estaba sola con Raimundo en el estudio.

El joven, recostado en los cojines de un sillón de cuero, complicado y cómodo, parecía encontrar agradable la atmósfera de aquella pieza, tan fresca bajo los toldos y perfumada con la ligera fragancia de las rosas.

Julieta, que le estaba mirando con gravedad, dijo de repente:

—¿Qué es lo que está usted haciendo ahora?

—Estoy leyendo, respondió Raimundo con inocencia y levantando la vista hacia ella.

—Eso ya lo veo... No ha comprendido usted... Le pregunto en qué trabaja, qué es lo que tiene ahora empezado..., qué va usted á hacer, en fin...

El joven hizo un gesto vago de descuido y respondió:

—No sé..., nada...

—¿Cómo nada?..

Raimundo se incorporó y dejó el libro, como si ese ligero esfuerzo físico y esa renuncia bastasen para protestar contra aquella acusación no formulada de pereza.

—En fin..., nada..., quiero decir que no me he decidido por completo... Estoy esperando...

La niña pareció preguntarse qué era lo que esperaba, y dijo sin transición:

—¿No encuentra usted que el pobre Pedro está muy desmejorado y muy cansado?..

—No... ¿Por qué?

—Pedro no es feliz, dijo Julieta lentamente. Trabaja mucho...

—Nadie es feliz, dijo Raimundo en tono fatalista.

Y reconfortado con esa afirmación, se volvió á repanchigar en su sillón.

Sin confesárselo, acaso, á sí mismo, Raimundo obtenía de su acto de desesperación una excusa admirable para todos sus desfallecimientos del porvenir y hasta una especie de gloria, como si el suicidio frustrado de un niño en una hora de locura fuese un rasgo de alta energía moral y de invencible aversión á todas las cosas de la vida...

Y sin embargo, desde aquel momento, después de todo trágico, experimentaba un nuevo placer de la existencia, la vida le parecía más dulce y tentadora que antes y la gustaba con voluptuosidad de convaleciente y se dejaba cuidar con descuidado egoísmo

En aquel estado de sensibilidad exacerbada encontraba sobre todo un encanto infinito en el refinado y dulce contacto de Lina vista en su decorado, en su casa, rodeada del lujo fantástico que ella concebía y realizaba. Le gustaba de ella precisamente lo que la tenía alejada de Pedro. Sus trajes y sus alhajas, sus costumbres de bohemia casi siempre fuera de horas y el carácter extravagante de sus ocupaciones le tenían en una constante curiosidad.

Sentada, á veces, al piano y descifrando con su maravillosa asimilación alguna sublime partitura de Wagner, se lanzaba de pronto á la ejecución vertiginosa de algún vals manoseado por los organillos de la calle ó de alguna canción de café concierto; y Raimundo se complacía en aquellos juegos que con frecuencia habían desolado á Pedro, enemigo natural de todas las profanaciones, aun simuladas.

En aquel momento, el joven, después de haber proferido su perogrullada «Nadie es feliz...,» se había puesto pensativo, blandamente recostado, y acaso no estaba lejos de creerse una especie de héroe desconocido.

Sin embargo, el amor había pasado por él, y había sido muy sincero, y esto impedía que el pobre niño resultase ridículo en la manifestación de una pena que hoy tenía que reconocer muy atenuada, como si su acto extremo hubiera sido uno de esos accesos definitivos de fiebre que se llevan la enfermedad cuando no matan al enfermo.

Julieta le habló con dulzura, pero con extraña resolución. Le dijo que aquello no podía continuar así, puesto que estaba *curado*, y recalcó esta palabra, que hizo sonrojarse á Raimundo sin saber por qué; que debía ponerse á trabajar, reanudar sus gestiones y ayudar á su hermano, y repitió al terminar:

—¡Pobre Pedro!..

Raimundo respondió con languidez que tenía «mala sombra,» que ya había hecho *intentos* y que estaba seguro de no lograr nunca nada.

Julieta le dijo:

—Yo le ayudaré á usted...

—¿Usted?, respondió él con incredulidad.

Y la joven le dijo con malicia:

—Sí, yo... He conocido aquí mucha gente... *Nosotras* le ayudaremos á usted... y le recomendaremos.

Raimundo afectó una profunda desanimación y declaró que además *no tenía ningún talento,* con el ardiente deseo de que la joven le contradijese.

Pero ella le respondió sin apresurarse que eso se vería más adelante.

En este momento se abrió la puerta de repente y



La niña Julieta.

entró Margarita viva y animada y tan linda con su traje morado pálido lleno de volantes, que parecía más joven que nunca, y Raimundo se llenó de pronto de amargura.

Sintió un ciego y estúpido rencor hacia aquella mujer por su expansión, su exuberancia y su alegría casi infantil y encantadora. Siempre que ahora la veía, sentía aquel obscuro odio contra ella por no haberse conmovido más por su desesperación de amor.

Margarita, después de una ligera y corta violencia al ver á Raimundo, le ofreció naturalmente la mano, se informó de su salud, besó á su hermana y se quitó velo y guantes con un aplomo que aumentó el malestar del joven.

Julieta sintió un momento que no estuviese allí Lina; pero la segura actitud de su hermana la tranquilizó, y la niña se abandonó á la alegría de verla, lo que ahora ocurría pocas veces.

—¿Qué es de ti? ¿De dónde vienes?, le preguntó.

—¿De dónde vengo?.. De la exposición Petit... Es adorable y nadie va á verla... Una serie de paisajes de luna, de marinas y de horizontes infinitos... He visto allí á Morrère, que es muy amigo de Petit y me le va á presentar... Hemos pasado dos horas agradables diciendo cosas inteligentes..., él al menos, añadió riendo. Es un hombre muy amable cuando quiere serlo.

Raimundo sintió la necesidad de hablar y dijo, esforzándose para parecer natural:

—Además, comprendo que trate de serlo cuando está con usted, porque vale la pena...

Pero comprendió en seguida que ninguna frase podía ser más torpe y se quedó confuso y exasperado mientras Margarita seguía diciendo como si no le hubiera oído:

—Me ha preguntado, como tú, qué hacía, y se lo he dicho: estudios al aire libre... Lo ha encontrado muy bien, y figúrate tú que quería ir á verlos á casa. Le he respondido que íbamos á mudarnos y que este otoño, cuando estuviéramos instalados, tendría mucho gusto... Ya comprendes, en casa, con los muchachos, que están más fastidiosos que nunca, no hay ni un rincón que sea mío... Sería imposible... Así es que estoy decidida á tomar cuanto antes el cuarto de la calle Laugier..., y á propósito, si no estás muy cansada, me gustaría que vinieras conmigo á verlo... No está lejos.

—¡Oh! Sí, con mil amores; no estoy cansada... ¿De modo que sigues haciendo tus expediciones al campo?

—Sí, y paso unos días maravillosos... Te estaría hablando de ellos una semana y no lograría explicarte su belleza ni mi felicidad... Me escapo por la mañana muy temprano, tomo el vapor ó el tren con mi pequeño equipaje; la caja y la silla de tijera, y me detengo al azar en los bosques y las praderas donde estoy las horas muertas... ¡Oh! Es magnífico y se trabaja divinamente...

Y se echó á reir con una risa deliciosa, mostrando en los ojos toda su ilusión.

Raimundo la vió definitivamente alejada, independiente y fuerte, con aquel sentimiento de viril energía que tan pronto le había separado de él.

Morel había querido pagar regiamente á Margarita el retrato de Lina, y el éxito que obtuvo en el salón atrajo á la joven dos ó tres encargos de retratos de sus antiguas discípulas. Margarita tenía, pues, dinero y tiempo para hacer una vida de voluntad ardiente y dichosa.

***

Parecía, al menos, ardiente y dichosa. Aquella misma noche, á las once, después de haber comido en casa de los Morel, volvía sola á su casa, en el coche de Lina, mecida por el movimiento dulce de las ruedas cubiertas de caucho y dejando flotar en su cerebro pensamientos agradables.

Recordaba la casa de la calle de Laugier, arreglada para un fotógrafo y que le había gustado por su distribución. Había allí un lindo estudio para ella y un balcón corrido que entusiasmaba á toda la familia; á los muchachos porque jugarían en él, y á la madre porque pondría allí un jardín en miniatura. La idea de dejar la casa donde había sufrido las terribles mañanas del invierno y las sofocaciones de las noches de verano, hacía saltar de gozo el corazón de Margarita.

No, no echaría de menos aquel barrio nauseabundo y miserable que no le recordaba sino privaciones y lágrimas... Por su mente pasó la idea de una silueta, la suya, que atravesaba aquella calle odiosa y subía la escalera de un estrecho alojamiento donde *sabía* que le esperaba siempre una sonrisa y una palabra de profunda amistad.

Margarita hizo en secreto una señal de adiós á la silueta, ya borrada, de aquella mujer turbada, dolorosa y ávida de afección, y como en todos los adioses, sintió un vago pesar, dulce y triste.

No estuvo lejos de despreciarse en el pasado, y para fortificar ese desprecio, recurrió á una pequeña astucia, casi inconsciente, que consistía en exagerar las humillaciones y miserias de entonces y las alegrías actuales.

Era ciertamente muy real el descanso de no tener el cuidado de un inmediato día de mañana y el poder concederse los objetos necesarios y algunas veces algo superfluo... Y muy grande también el placer de poder decidir cosas importantes, como la mudanza y el libre empleo de sus días... Margarita podía estar alta y legítimamente orgullosa de todo eso, pues se lo debía á su trabajo, á su ánimo y á su voluntad.

Y en aquel París de primavera expansivo y animado, la joven sintió un poco de la embriaguez de los conquistadores que miran el presente diciendo: *esto es mío*, y el porvenir exclamando: *eso lo será*...

¡Cuántas imaginaciones se dejan así llevar á la creencia de que la gran ciudad, con sus esplendores de lujo y de gloria, les pertenece, siendo así que son ellos los que pertenecen á la gran ciudad tentadora é irónica!..

Margarita pensaba luego en un proyecto de boceto de sol poniente para mañana y en detalles de su instalación en la calle de Laugier... Pero esta idea evocó en ella traidoramente cierta impresión de asombro...

Sí, se trataba de una «instalación» que, como todos los cambios, representaba, si no una cosa definitiva, la decisión al menos de un período de tiempo organizado con arreglo á una necesidad fija...

Y la joven se sorprendió haciéndose esta pregunta: «¿Es este tu sueño?.. Trabajo libre en un decorado agradable..., independencia material...»

¿Y después?..

Nada... No había, en efecto, más que eso, y hubo un rápido momento en que sintió por adelantado un gran cansancio de todo aquello... y una infinita tristeza.

Margarita se asustó... ¡Cómo! ¿Sufría ya esa fatal languidez que sucede á los sueños realizados?

Pensó en Pedro el «sin ilusiones,» siempre tranquilo é igual, y vió su buena fisonomía fuerte y dulce, sus ojos claros y entornados, su tierna sonrisa y su expresión de torpe timidez, tan graciosa en aquel ser robusto y hermoso. Y sonrió en la sombra sin saber por qué ni darse cuenta de que sonreía.

(Continuará)

LAS DECORACIONES DE «ANDRÓNICA»

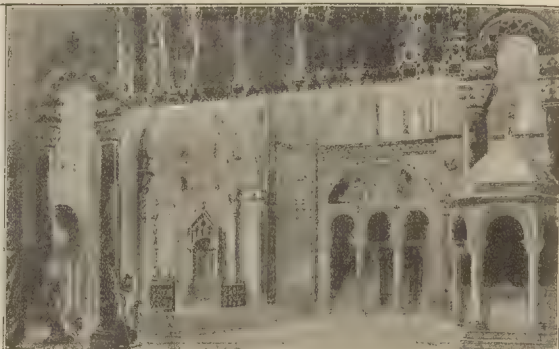
PINTADAS POR LOS SRES. MORAGAS Y ALARMA

Los reputados escenógrafos barceloneses señores Moragas y Alarma han dado una nueva prueba de sus especiales dotes artísticas pintando tres decoraciones para la tragedia de Guimerá «Andrónica,» recientemente estrenada en el teatro Español de Madrid. Nuestro querido colaborador, el distinguido crítico que firma con el seudónimo *Zeda,* se ocupa algo de ellas en la Crónica de Teatros que en este mismo número publicamos, y toda la prensa matritense ha dedicado grandes elogios á estas obras de nuestros paisanos. Que estos elogios no son exagerados lo demuestran las reproducciones que de las tres decoraciones van en esta página, porque en todas se admira el conocimiento del arte arquitectónico y suntuario de la época y del país en que «Andrónica» se desarrolla, el dominio de la escenografía en sus menores detalles y el laudabilísimo propósito que en ellas, como en todas las de Moragas y Alarma, se observa de introducir en el aparato escénico todas las innovaciones, todos los progresos que contribuyan á la mayor propiedad, á la mayor ilusión de las representaciones teatrales.

Reciban los notables pintores nuestra más sincera y entusiasta enhorabuena por este nuevo triunfo que se añade á los muchos conseguidos en su brillante carrera artística.—M.



Decoración del primer cuadro del segundo acto



Decoración del segundo cuadro del segundo acto

DECORACIONES DE LA TRAGEDIA DE GUIMERÁ «ANDRÓNICA,» ESTRENADA RECIENTEMENTE EN EL TEATRO ESPAÑOL DE MADRID, pintadas por los Sres. Moragas y Alarma



DECORACIÓN DEL TERCER ACTO DE LA TRAGEDIA «ANDRÓNICA,» pintada por los Sres. Moragas y Alarma

LA TENACIDAD

DE LA VIDA

EN LAS HORMIGAS

Una naturalista americana que se ocupa mucho de las hormigas, la Srta. A. M. Fielde, ha dado á conocer muy recientemente el resultado de diversos experimentos relativos á la tenacidad de la vida en las hormigas. Tales experimentos han sido muchos y muy variados, pero de ellos sólo mencionaremos los más importantes.

Veamos en primer lugar lo que la Srta. Fielde ha comprobado respecto de la resistencia á la asfixia por sumersión; mas ante todo debemos hacer notar que para dilucidar la cuestión es preciso ahogar las hormigas en agua destilada ó esterilizada, porque, de lo contrario, se producen infecciones microbicas que son la verdadera causa de la muerte por sumersión mucho antes de que se presente la asfixia. La señorita Fielde ha eliminado esta causa de error sumergiendo las hormigas objeto de sus experimentos en agua destilada, y operando de esta suerte ha comprobado que la resistencia es muy grande, según la especie ó el individuo.

De 18 *Stenamma fulvum* que permanecieron cuatro días debajo del agua, 17 volvieron á la vida y 12 sobrevivieron á la prueba. De 14 otras hormigas de la misma especie, que estuvieron sumergidas seis días, seis volvieron á la vida, pero sólo una se restableció por completo. Por último, de 12 *Stenamma* metidas dentro del agua durante ocho días, siete se han salvado. De estos experimentos se deduce que las inundaciones no deben ser tan fatales á los hormigueros como vulgarmente se cree.

La Srta. Fielde ha operado además con siete *Camponotus pennsylvanicus,* á las que ha tenido sumergidas ocho días: de ellas se han restablecido completamente cuatro. En términos generales, los individuos que más resisten la sumersión son los que se distinguen por su mayor tamaño. Su resistencia, como se ve, es considerable, sobre todo comparada con la del hombre, que no puede resistir una sumersión de quince minutos, según lo demuestra la estadística de las estaciones de socorro á los ahogados en París (véanse los Archivos de antropología criminal de Lacassagne de 15 de noviembre de 1904).

No menos notable es la resistencia de las hormigas á la inanición, es decir, á la inanición alimenticia, porque la privación del agua, en cambio, las mata muy rápidamente. Pero si las hormigas privadas de alimentos tienen agua á su disposición pueden vivir muchos días. En los experimentos de la Srta. Filde, las hormigas han sido encerradas en cajas de Petri esterilizadas que cada cuatro días, lo más tarde, se lavaban con alcohol á fin de impedir la formación de mohos que habrían podido servir de alimento á los insectos; estas cajas se ventilaban y se guardaban en sitio obscuro ó ligeramente iluminado; y un pedazo de esponja saturado de agua daba á las cautivas el líquido que necesitaban. Conviene hacer constar que, en general, las hormigas sometidas á la inanición no presentan síntomas de debilitamiento general, sino que conservan, según parece, toda su actividad y toda su fuerza hasta el fin: sucumben de golpe en vez de declinar lentamente. La resistencia en algunos casos es muy larga: de 30 *Crematogaster lineolata,* 10 sobrevivieron diez días y una diez y ocho; de 13 *Camponotus herculaneus pictus,* dos vivieron siete días; dos, catorce; una, diez y ocho; una, veintitrés; dos, veinticuatro; una, veintiséis; y una, veintinueve. Preciso es hacer constar, en elogio de estas desgraciadas víctimas de la fisiología, que su situación no las ha excitado á extremos ante los cuales no retroceden otros animales, el hombre inclusive, es decir, al canibalismo. En nueve *Stenamma fulvum,* la resistencia ha variado entre diez y ocho y cuarenta y seis días: esta última cifra es muy superior á la que se ha obtenido con el perro, por ejemplo, el cual, según Laborde, puede vivir treinta días sin comer, con tal que beba. En ocho *Camponotus pennsylvanicus,* la supervivencia ha variado entre catorce y cuarenta y siete días: los dos individuos que han resistido cuarenta y siete días de ayunc eran mucho mayores que sus congéneres, que murieron antes. En 10 *Formica lasiodes,* la resistencia ha variado entre diez y treinta y nueve días: una reina de esta especie ha vivido exactamente sesenta días y durante esta dura prueba ha seguido desempeñando su oficio, poniendo algunos huevos.

En la *Formica fusca subsericea,* al lado de un individuo que ha resistido diez días, otro ha resistido setenta y uno y otros más de ciento diez y todavía vivían al cabo de este tiempo, en el momento en que la Srta. Fielde comunicaba sus resultados. En el *Camponotus,* la citada naturalista ha obtenido resistencias de cien días.

Tal vez ciertas especies están en mejores condiciones que otras para resistir el ayuno: tal podría ser el caso de la *Formica fusca;* pero también es cierto que de un individuo á otro dentro de la misma especie hay diferencias considerables en la aptitud de vivir sometido á privaciones, según lo han demostrado los experimentos de que nos ocupamos.

ENRIQUE DE VARIGNY.

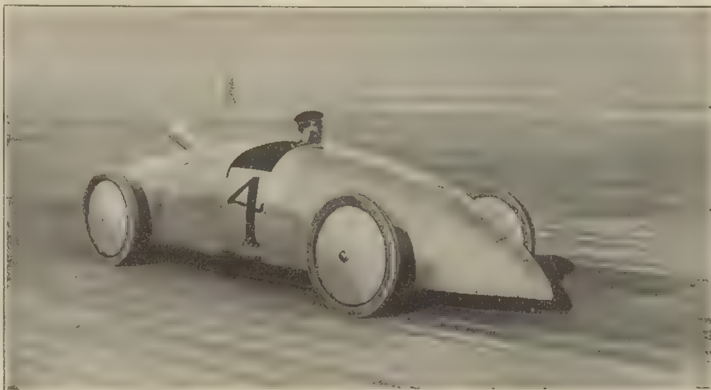
LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

NOTAS É IMPRESIONES DE LOS ESTADOS UNIDOS, por *Alberto Gutiérrez*. – No es esta la obra de un viajero que sólo ve de los Estados Unidos lo grandioso, lo brillante; no es tampoco la del que visita aquel país con el propósito preconcebido de no ver sino la parte materialista de aquella civilización; es, por el contrario, el trabajo meditado del observador profundo é imparcial que, sin dejarse impresionar por lo que han dicho los admiradores y los detractores apasionados, estudia personalmente el pueblo norteamericano, y lo estudia á fondo en sus múltiples aspectos, político, social, industrial; describe las grandes capitales, no como turista, sino como sociólogo, y expone el resultado de sus observaciones y estudios en conclusiones de interés grandísimo, sobre todo para la América del Sur. Porque el Sr. Gutiérrez, diplomático sudamericano, secretario que ha sido de la legación de Bolivia en Wáshington, se ha propuesto como fin principal al escribir esta obra, estudiar el problema del crecimiento y progreso porteamericanos en sus relaciones con las naciones de la América meridional. El libro, que forma un tomo de más de 400 páginas, ha sido impreso en Santiago de Chile en la imprenta Cervantes.

***

MEMORIA Y ESTADÍSTICA DE LOS MATADEROS MUNICIPALES DE BARCELONA, por *Feliciano Serra y Vidal*. – Digno de encomio es el trabajo que ha llevado á cabo el autor del extenso é interesantísimo folleto á que nos referimos, puesto que además de reseñar los antecedentes de carácter histórico que se relacionan con el servicio de mataderos públicos especialmente en nuestra ciudad, contiene gran acopio de datos, verdaderos estudios, que revelan la competencia y la labor realizada por el digno concejal de nuestro Ayuntamiento, que ha de estimarse como elocuente manifestación del celo é inteligencia con que presidió la Comisión municipal de mataderos en el bienio anterior. Creemos que el autor del folleto ha prestado un señalado servicio, y que su obra ha de servir para mejorar uno de los ramos más importantes de la administración municipal.



CARRERA DE AUTOMÓVILES EN LA PLAYA DE ORMOND (FLORIDA, E. U.)
Automóvil de vapor de M. Ross que ganó la carrera de la milla. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

La «Florida East Coast Automobile Association» ha efectuado últimamente una carrera de automóviles, en la que han tomado parte las más perfeccionadas máquinas, movidas unas por el vapor, otras por el petróleo, bencina, etc. Entre las de vapor ha llamado principalmente la atención la de Ross, que reproducimos y que ha vencido en la carrera de la milla. El automóvil montado por Macdonald ganó el record de la *milla lancé;* el de Fletcher ganó el record de la hora recorriendo 123 kilómetros. En esta carrera no ha habido ningún accidente desgraciado; únicamente uno de los automóviles se desvió y fué á parar al mar, pues la carrera se efectuaba en la playa, pero sin que hubiera que lamentar desgracias personales.

BIBLIOGRAFÍA. – LOS MONASTERIOS DE LA DIÓCESIS GERUNDENSE. – El reputado escritor D. Francisco Monsalvatje acaba de publicar una obra interesantísima, resultado como todas las suyas de sus detenidos estudios y provechosas investigaciones. La labor realizada merece aplausos, puesto que contiene un copioso caudal de noticias, verdaderamente inéditas, de los monasterios de la diócesis gerundense, que podrán servir de base para los que emprendan la tarea de escribir la historia civil y religiosa de Cataluña. Forma la obra un volumen de 488 páginas, ilustrada con numerosos grabados, elegantemente impresa en la tipografía de Juan Bonet, de Olot, y se vende al precio de 5 pesetas cada ejemplar.

***

CATÁLAGO BIOGRÁFICO DE LA CASA DE THAYER DE BRAINTREE, por *Luis Thayer Ojeda*. — Folleto que contiene datos biográficos de todos los individuos de esta familia cuyos actuales miembros residen en Santiago de Chile, en Valparaíso y Buenos Aires. Ha sido impreso en Santiago de Chile.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Forma, mensual ilustrada; *Hojas Selectas*, mensual ilustrada; *Mercurio*, mensual ilustrada; *El Trabajo Nacional*, quincenal; *La Medicina Científica*, mensual (Barcelona); *La Lectura*, mensual; *Arte y Construcción*, quincenal ilustrada; *Sol y Sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *La Medicina valenciana*, mensual (Valencia); *Clínica y Laboratorio*, quincenal (Zaragoza); *El Pensamiento latino*, mensual (Santiago de Chile); *Kosmos*, quincenal ilustrado; *El Diario* (Buenos Aires); *Boletín Militar*, semanal (Bogotá, Colombia).



París. – El asalto á pistola. – El Dr. Deviller explicando el manejo del arma. Ensayo de duelo con las balas invulnerantes.
(De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

Con el título de «El asalto á pistola» se ha fundado recientemente en París una sociedad de esgrimidores y tiradores, cuyo objeto es hacer simulacros de duelos á pistola con la bala invulnerante, inventada por el Dr. Deviller. Esta bala, para la cual su inventor ha obtenido patente, está formada con cera y sebo, tiene el suficiente peso para dar en el blanco y no es lo bastante resistente para ser peligrosa. Las únicas precauciones que deben tomarse para tirar con ella son ponerse una blusa ó un traje cualquiera que amortigue el golpe y cubrirse el rostro con una careta y la mano con un guante. De esta manera se *entrena* á los tiradores acostumbrándoles á los preparativos de un duelo, á la voz de mando, á la detonación del arma del adversario y sobre todo á la impresión siempre desagradable de verse apuntar con un arma de fuego.

Este nuevo deporte, del cual damos cuenta sólo á título de curiosidad, podría influir poderosamente en la bárbara y absurda costumbre de los desafíos. En efecto, el duelo, aparte de lo que tiene de delito, es un procedimiento en extremo convencional para resolver las llamadas cuestiones de honor, procedimiento que ó acaba en luctuosa tragedia, que todo el mundo lamenta y contra la cual clama todo el mundo, ó degenera en ridícula comedia de la que todo el mundo se burla. Pues bien: dado el convencionalismo del desafío, ¿no sería posible que andando el tiempo, gracias al invento del Dr. Deviller, se le despojase de su lado trágico y de su lado risible, y que concertado y realizado el lance con todas las solemnidades de rúbrica, resultase vencedor el que con la bala invulnerante tocase á su contrario? El efecto social vendría á ser el mismo de ahora, y en cambio la moral saldría ganando no poco con esta transformación.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 27 de febrero de 1905 — Núm. 1.209



GRUPO DE NIÑAS JAPONESAS DE TOKÍO.

(De fotografía de Stereograph, copyright by Underwood et Underwood, Nueva York.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sin que esto sea meter la hoz en la mies de mi buen amigo *Zeda*, cronista de teatros en La Ilustración Artística, creo que podré decir algo respecto de un asunto asendereado y pintoresco: la *mise en scene* del teatro Real.

***

Este teatro es el más caro de Madrid; los palcos cuestan dieciocho ó veinte duros por noche. Habría derecho á exigirle, por lo menos, decoro y esmero, ya que no suntuosidad, en su manera de montar las obras; y que lo que no hiciese á fuerza de pesetas, lo hiciese á fuerza de atención y respeto al arte y al público; que el espectáculo no degenerase en grotesco, y las impropiedades y anacronismos no llegasen á aquel extremo que ya provoca á risa, convirtiendo en regocijo burlesco lo que según Ricardo Wagner es sublime síntesis de todas las manifestaciones artísticas, para producir el efecto estético más alto.

El contraste con otros escenarios hace resaltar lo lastimoso del estado en que se encuentra nuestro primer escenario lírico.

Hoy los teatros no están, como hace quince años, reducidos á estrenar una decoración cada cuatro meses, y á vestir de ajada percalina á los comparsas. No sólo el Español, de donde puede asegurarse que arranca el impulso y movimiento del lujo y propiedad en la presentación de las obras, sino los demás coliseos de Madrid, cuidan de este elemento necesarísimo, y en la Zarzuela y en Apolo y en el Moderno las obras se decoran y visten, dando á los ojos el recreo que algunas veces sería inútil buscar para el entendimiento en concepción y desarrollo de la parte literaria.

Cuando se comparan estos teatros de segundo orden y el Real, de público tan aristocrático ó por lo menos tan adinerado, se queda uno muy sorprendido del abandono cada vez mayor, del *sans façon* con que se prescinde de todo, de lo que cada ópera exige, no ya para llenar sus condiciones de espectáculo, sino hasta para sustentar dentro de relativa trabazón su argumento. No vale alegar que éste sea inverosímil, absurdo, tonto. Esos absurdos, inverosimilitudes y hasta tonterías responden á un pensamiento que fué acogido por la multitud, que echó en ella raíces, y que tenemos derecho á conocer tal y como el autor la concibió, y tal y como permiten darle realce mayor cada día los adelantos de la maquinaria, de la electricidad y de cuantas industrias y artificios concurren á las ilusiones teatrales.

Entre las óperas que se han cantado este año, ni una sola he visto presentada de una manera sensata y racional. Dicen en abono de la empresa que todo el dinero se lo llevan divos y divas, sin que quede ninguno para atender á la perentoria exigencia del aparato escénico. Pero tal disculpa no basta á cohonestar deficiencias que nacen de abandono, sencillamente de abandono. Ni los divos y divas de este año, con excepciones contadas y honrosas, han sacado de su garganta tales primores que compensasen lo chafado y decaído del espectáculo (inferior, en este respecto, al de un teatro de provincia donde se preocupen algo de la propiedad y el buen gusto), ni es posible sacrificar á parte de la ópera la otra parte.

Macbeth, de Verdi, se lleva sin duda la palma de las óperas serias convertidas en bufas por virtud de la calamitosa presentación. Baste decir que, en pleno siglo XII, en el salvaje siglo XII escocés, Macbeth y su esposo tratan el asesinato de Duncan bajo pórticos y arcadas del más puro estilo neogriego; que Lady Macbeth se pasea, portadora de su lámpara, luchando con los resquemores de su conciencia, por un salón del Renacimiento; que los pajes que alumbran con hachas á la llegada del rey Duncan, se trajean según los figurines del siglo XV; que los coristas sacan, en una escena, sombrerones anchos y negras capas, estilo motín de Esquilache, amén de las acreditadas medias de algodón azul y las zapatillas sencillitas y cómodas que así calzan en *Hernani* como en *Lucía* y *Rigoletto;* que (lo mismo en esta ópera que en *Lucía)* las coristas ostentan unos atavíos fantásticos, imposibles de atribuir á ninguna época de la historia, adornados con ancha basta de tela escocesa y banda de igual género (pero ojo: cada banda y cada basta de un escocés distinto); y que á los espectros del acto tercero se les ve venir por su pie y marcharse igual, hoy que se muestran estas apariciones y sombras de un modo tan perfecto, por medio de combinaciones de espejos y luces, para producir la ilusión completa.

Yo no digo que la ópera *Macbeth* sea de lo mejor de Verdi; pero es justamente de esas obras que una presentación inteligente y primorosa puede salvar y hasta imponer, y que presentadas de tal suerte sólo consiguen provocar explosiones de impaciencia y descontento en el público.

***

A cada temporada se recorta algo, no sólo de la música, que eso ya es pan comido, sino de lo puramente escénico, á las óperas más conocidas y populares; en vez de ir ganando, van perdiendo constantemente, y llegan á no ser ya más que algo informe, sin el relieve que le prestaron sus autores. *Dinorah* la he visto yo hará veinticinco años, con su torrente de agua natural, cuyo bronco y melancólico ruido es acompañamiento misterioso y poético de la orquesta y del canto. Seco el torrente en *Dinorah.* ¡Que el espectador se lo figure! *La africana* la he visto con su virada de bordo en el acto del buque: el libreto, las palabras de Adamastor, exigen este efecto escénico; pero se ha suprimido también. En *Aida* hemos visto coros, danzas y llegada de Amneris al templo de Ptah, mientras abajo agonizan Radamés y su etíope enamorada. Ahora ya la mitad de esta escena se suprime: Amneris, sin duda, prefiere acostarse temprano que llorar por Radamés, su ex novio. En *Gioconda*, el bergantín tiene que arder. Ardía hace unos dos ó tres años: ya no arde; sin duda es más cómodo. En *Orfeo*, el banco donde se recuesta Euridice lo sacan de la escena tirando de un cordel, sin disimulo. ¿Qué más da? La cueva de Venus, en *Tanhauser*, se la llevan, á vista de todos, unos tramoyistas, cuyas botas viejas asoman por debajo de los peñascos, reclinatorio de la diosa. El cisne y la paloma de *Lohengrin* son impagables, de puro infantiles. En los Campos Elíseos de *Orfeo*, hay cocoteros y lianas. En las riberas del Peneo de *Mefistófeles*, debe haber grupos de sirenas; Elena debe llegar en una barca; pero llega andandito, que es más higiénico. Mefistófeles no despide el rastro de fuego, que delata su naturaleza infernal; en *Fausto*, el cuadro que debe pasar en el templo pasa en la calle; en *Hugonotes*, también se ha apeado la reina. Se ha erigido en costumbre restar de ciertas óperas actos ó cuadros enteros: así, el último de *Hugonotes* y el de la *sfida* de Lucía. Malo es esto, pero encuentro más intolerable lo otro, porque, al menos, lo que se presente al público, entero ó desmembrado, debe presentársele en condiciones que no lo desmejoren y lo hagan ininteligible.

***

Del vestuario habría que decir horrores. Ninguna comparsa de Carnaval se avendría á llevar ciertos trajes que salen allí. Mal hechos, viejos, imposibles de referir á época alguna, sirven á los coros para representarlas todas. ¡Hay cada *aldeanita* y cada *dama de la corte!..*

Si muchos tenores y barítonos cuidan de la indumentaria, las tiples suelen irse, en cuanto á propiedad, por los cerros de Ubeda; y si es elegante y propia la vestimenta de ciertos artistas en quienes debe estimarse este mérito (verbigracia, Perelló de Segurola, Blanchart, Viñas), hace resaltar violentamente la anarquía que reina en los demás, y el aspecto de esas masas corales, que—generalmente—salen para darles un tiro.

Del mobiliario... Asombra notar qué bien saben prescindir de tapiceros y ebanistas los monarcas, príncipes, emperadores y grandes señores de ópera, cuyas residencias aparecen diáfanas, arregladas sólo con dos sillas y una mesa por todo ajuar. Si entra una visita es de presumir que tomará asiento en el suelo, ó que los duques de Ferrara y Venecia les cederán su propio sitial, acomodándose ellos en cuclillas á la usanza mora.

En *Lucía* el mobiliario es más elemental aún: la escena de la firma del contrato se hace en un ostentoso salón con una silla única, donde Lucía ha de desmayarse, y el aria de la locura se canta en otro salón donde no hay absolutamente más que las paredes.

¿Verdad que sería hora de dar al escenario del Real el prestigio de la cuidadosa presentación, que á veces ni requiere gran dispendio?

***

Porque es indudable: tales negligencias han influído, más de lo que se cree, en el público, que se muestra displicente con el Real en varios turnos y se precipita á formar abonos en los restantes teatros, hasta en los de menor cuantía, como la Zarzuela. Se va al Real por costumbre, por moda, por ver á la gente, por la especie de sarao agradable que se forma en el *foyer;* y lo que pasa en las tablas se toma como asunto, las más veces, de humorísticos comentarios, en que alternan las chirigotas con los alzamientos de hombros bonachones y resignados á cualquier género de impropiedades, á cualquier linaje de supresiones, cambios, anacronismos y libertades confianzudas. Ya nadie se asusta de nada; ya se toma todo según viene; ya se ha resignado el espectador... Y es mala virtud la de la resignación, para fundar en ella el atractivo de un espectáculo caro, refinado y artísticamente grande.

***

De los cantantes no quiero hablar. Me inspiran compasión cuando llegan á Madrid. ¿Por qué? Porque no suelen tardar ni tres días en perder la voz, temporalmente; por sufrir las insidias del clima, en forma de afonía y ronquera.

No sé qué tiene el aire del Guadarrama, que irrita y ataca, desde los primeros fríos, las vías respiratorias. A Gayarre—al divino—le asestó puñalada tan certera, que le sacó, envuelta en la voz, la vida. En medio de una romanza sintió el golpe, y la nota mágica y dulce no salió de la herida garganta.—Hace pocos días, Paoli, al ir á exhalar las quejas de Otelo, aquel lamento despidiéndose de cuanto fué gloria y honor y entusiasmo de su vida, llevóse desesperado la mano al cuello y ya no cantó más: recitó—porque las notas no podían subir: quedábanse ahogadas en la laringe.—Y era curioso, era un estudio psicológico interesante, aquella pena real, efectiva, de artista, asomando bajo el ficticio dolor de Otelo celoso y que se cree ultrajado; aquello que pudiera—como fué en Gayarre—ser despedida de las glorias y las altas empresas, adiós al aplauso y á la fama..., que en los tenores depende de las cuerdas vocales.

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

Las doctrinas se difunden como las modas y se convierten en artículo de dandismo para los que no las comprenden.

—Olvidar los favores hechos puede ser sólo una falta de memoria; olvidar los recibidos es falta de corazón.

G. M. Valtour.

La guerra no es más que un medio; el fin es la paz.

A. Parker.

Cada año al marcharse deja en pos de sí algo cuyo presente continúa viviendo.

Francisco Charmes.

Los que más esconden su existencia son á menudo los que más derecho tendrían á ostentarla.

Hipólito Lucas.

Todo hombre válido debe contar sólo consigo mismo; una vez puesto en pie ha de andar con sus propias piernas, pues nadie tiene derecho á ser llevado por los demás.

El presidente Roosewelt.

Con razonamientos no se ganan las batallas.

Mariscal Canrobert.

Desde que los periódicos publican tantos telegramas, no se sabe lo que sucede.

Eduardo Rod.

El Carnaval de Casilda, por F. Moreno Godino

I

—Casilda, ¿tiene usted labor urgente?

—Urgente no. ¿Por qué lo dice usted?

—Porque mañana, primer día de Carnaval, mis niñas y yo vamos al baile de la Zarzuela; las han regalado billetes, y queremos que usted nos acompañe.

—Pero doña Rosa, ¿qué papel voy yo á hacer en el baile?

—El que todas; ver y bailar, si á mano viene; distraerse un rato. ¡Da grima la vida que usted hace! Desde casa al taller ó la tienda, y siempre encorvada sobre la máquina de coser.

—¿Y qué remedio?

—Tiene razón mamá, dijo entonces Angela, que en compañía de su hermana Dolores entró en aquel momento. La vida que usted hace no es para llegar á vieja. ¡Nada, nada, mañana viene usted con nosotras!

—Pero ¿con qué traje?

—Con el mismo que nosotras, con dominós ó capuchones que nos proporcionará mi primo, que los alquila.

—¿Y va á quedarse Aurora sola?

—Por mí no pases cuidado, dijo entonces Aurora. Yo, no obstante mi ceguera, duermo perfectamente, y en la cama de nada necesito.

—Pero señoras...

—Lo dicho, dicho, repuso Dolores; mañana viene usted con nosotras. Usted ahora no ve á nadie, y ¿quién sabe lo que puede suceder en el baile? Usted no es vieja, ni fea, ni tonta...

—¡Muchas gracias, señoras, por el interés que ustedes se toman por mí! Iré al baile por no desairarlas; por lo demás, á los bailes van hombres y mujeres, y yo sólo soy una máquina de coser.

¡Pobre Casilda! Tenía razón; su existencia era una abstracción de la humanidad, un sonambulismo triste, un pretexto para que hubiera un alma en el mundo. Era cubana, tenía veintisiete años de edad, fina, delicada, elegante como casi todas las habaneras. Huérfana de madre desde niña. Su padre, español, fué durante mucho tiempo administrador del *Diario de la Marina*, y en su niñez y juventud gozó de relativo bienestar. Pero murió su padre; el nuevo director del periódico no tuvo en cuenta sus largos servicios, y Casilda y su hermana Aurora encontráronse desamparadas. Un tío suyo por parte de madre, viejo, solterón y empleado en la Vicaría de Madrid, se las trajo á su lado costeándoles el viaje, y en Madrid vivieron tranquila y holgadamente hasta que murió su tío.

Entonces comenzó su infortunada odisea, y ellas demostraron que la mujer cubana es quizá la más perfecta de las mujeres. Encontráronse sin recursos, casi sin relaciones, y se dedicaron á hacer lo único que sabían: á coser en ropa blanca para proporcionarse un miserable jornal. ¡Triste vida la de millares de mujeres en Madrid, repugnante explotación la de los *honrados* comerciantes!

Casilda y Aurora pasábanse las noches en claro y los días en turbio, no como Don Quijote leyendo libros de caballerías, sino encorvadas sobre la máquina de coser. Aurora, la hermana menor, quedóse ciega; Casilda padeció un reuma articular que la imposibilitó para todo trabajo, y de esto provino la perdición completa. Poco á poco fueron vendiendo su ajuar de casa, y cuando Casilda se restableció halláronse con una sola cama y contados enseres, y además desahuciadas por el casero. ¡Pobres flores exóticas trasplantadas á un suelo poco feraz!



Asomó cuanto pudo la cabeza, y en el balcón del piso segundo de su casa, debajo de su ventana, vió á una mujer

Doña Rosa y sus hijas las albergaron en su casa mediante el pago de cuatro pesos y medio mensuales, y allí vivían hacía mes y medio, y allí las sorprendió el animado Carnaval de Madrid.

II

Casilda fué al baile de la Zarzuela en compañía de doña Rosa y de sus hijas. Como sólo tenía hermosísimo pelo negro, distinción nativa y preciosas extremidades, y como además sólo llevaba un modesto capuchón, nadie se fijó en ella. Llegó el intermedio del baile; Casilda hallábase sentada al lado de Dolores, algo aburrida y tan distraída, que no fijó su atención en un joven que pasó dos ó tres veces por delante de ella y que aproximándose le dijo:

—Si tuviera usted la bondad de hacerme un sitio; todas las banquetas están ocupadas, por lo cual supongo que el *buffet* debe estar poco concurrido.

Casilda, recogiéndose la falda, le hizo un sitio y naturalmente le miró. Era un joven sumamente simpático; pelo castaño y abundoso, ojos grandes, azules y expresivos, fino bigote sombreando unos labios algo gruesos que denotaban franqueza. Vestía con sumo gusto y sencillez.

Casilda estaba sin careta; el joven, después de un momento, le dijo:

—¡Tiene usted un pie precioso!

Ella, algo sorprendida, contestó:

—Para España, sí; para mi país nada tiene de particular.

—Qué, ¿no es usted española?

—Soy habanera.

—¿Es decir, ex española?

—Eso no, mientras conserve la sangre que corre por mis venas.

—¿Con familia en Madrid?

—Huérfana y sola.

—Como yo.

—No hago mención de una hermana mía ciega, que ya casi no es de este mundo. ¿Tampoco usted tiene familia?

—Una tía en Cabra, provincia de Córdoba, de donde soy natural.

—¿Andaluz?

—Sí, pero sin ninguno de los vicios y virtudes de mis paisanos. No me gustan las huelgas, ni los toros, ni la manzanilla, ni casi las mujeres...

—¿Cómo es eso? Un joven...

—Es que yo soy un joven de veintiséis años que llevo dentro un hombre por lo menos de cuarenta. He dicho que no me gustan las mujeres, porque sólo quisiera tener una, legítima, amable, cariñosa, pobre como yo, sin exigencias, como tienen las ricas.

—¡Vaya!

—En una palabra: mi bello ideal son los goces del hogar y de la familia, una casita cómoda, una mesa limpia, pues como se dice en *García del Castañar*, «pan blanco y limpia mesa abren las ganas á un muerto.» Además hijos, dos solamente, un niño moreno y una niña rubia, todo esto compartido con una buena compañera.

—Pues eso es fácil lograrlo á un hombre joven.

—No tanto como usted supone. Yo no quiero que mi familia comparta mis estrecheces, sino mi bienestar, y con mis dos mil pesetas de mi sueldo de funcionario público no puede constituirse un hogar tranquilo y dichoso. Si me ascienden pronto, como espero, entonces quizá...

En este momento terminó el intermedio del baile y la orquesta preludió el vals que tenía anunciado.

—¿Quiere usted que bailemos?, dijo el joven.

—Bueno, contestó Casilda; pero advierto á usted que estaré algo torpe; hace años que no bailo.

—Y eso ¡qué importa!

Bailaron; en los breves descansos del vals dijéronse mutuamente sus nombres; el joven llamábase Mauricio. Cuando la orquesta cesó de tocar, éste condujo á su pareja al lado de doña Rosa, y al ir á sentarse Casilda, le dijo aquél:

—¡Si tuviera usted la bondad de decirme dónde vive!

Casilda iba á decírselo, pero no tuvo tiempo; en aquel instante una señora joven, que vestía un lujoso capuchón de raso blanco, aproximóse bruscamente y agarrándose al brazo de Mauricio le dijo en tono imperioso:

—¡Venga usted!

El joven cordobés palideció, saludó á Casilda con una inclinación de cabeza y se dejó llevar por la señora. Pasado el primer momento de sorpresa, pudo aquélla observar que la dama del capuchón blanco era muy rubia y que llevaba pendientes de perlas.

III

Aunque Casilda se acostó mucho más tarde que de costumbre, no pudo dormir en el resto de la noche. Su imaginación era una devanadera, como vulgarmente se dice, y sus nervios tanto tiempo dormidos estaban en tensión. Ella, en su breve conversación con el joven del baile, oyéndole expresar con tanta franqueza sus aspiraciones á la dicha doméstica, mientras la miraba con simpatía, se hizo la ilusión (¡qué mujer no se las hace!) de que ella podría ser la hada de aquel hogar amoroso y tranquilo. Las

palabras de Mauricio parecían el eco de sus propios pensamientos y de los castillos en el aire que construía mientras se encorvaba horas y horas sobre su máquina de coser.

¡Un niño moreno, una niña rubia, hijos de un joven tan guapo, tan simpático, tan juicioso! ¡Ah!

Porque aunque Casilda no era presuntuosa, su instinto de mujer hízola comprender que había sido so y el sol resplandecía en un cielo sin la más ligera nube.

—Me alegro mucho de este cambio de tiempo, continuó diciendo Dolores; así podremos ir limpias esta noche al baile. ¿Supongo, Casilda, que vendrá usted también?

—Bueno, contestó la americana.

Sería próximamente la una de la tarde. Casilda, aquélla, metióse un poco dentro del balcón, llevóse una mano al corazón y besó con transporte el paquete de cartas. ¿Qué significaba aquello?

La pobre costurera estaba aturdida. Asaltóla una idea cruel; aquel saludo y aquellos ademanes no debían ser dirigidos á ella. Su ventana estaba algo elevada del piso de la habitación y había dos escalones de madera para poder asomarse bien; mas aun así,





ANTEQUERA. – LA CUEVA DE MENGA. – PUERTA DE ENTRADA. – VISTA DEL INTERIOR DE LA CUEVA, TOMADA DESDE LA ENTRADA. (De fotografías de Durán.)

simpática al joven andaluz. Él había alabado su pie, y cuando bailaban oprimía su talle con presión respetuosa. ¿No podía ser esto el prólogo de un idilio doméstico?

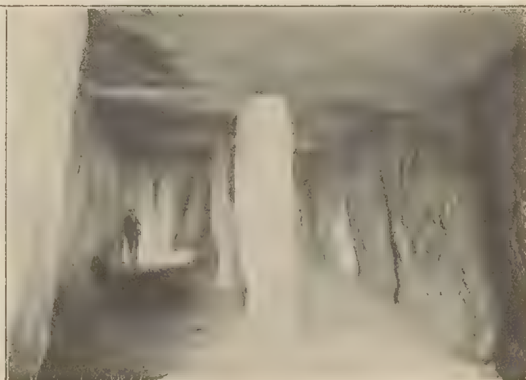
Pero ¡pobre Casilda!, hasta en sus esparcimientos mentales estaba destinada á sufrir resquemores. Mau- junto á su ventana, limpiaba los bajos de un vestido de merino, cuando súbito quedóse suspensa en su tarea con el brazo en el aire.

¿Por qué?

Porque al mirar distraídamente hacia el exterior, atrajo su atención una persona que se asomó al bal- el saliente alero que estaba debajo del sotabanco impedía ver una parte de la calle y mucho más la fachada de la casa, lo cual constituía el anhelo de Casilda.

Puso una silla sobre los escalones y se encaramó, ó mejor dicho, se tendió sobre el alero; agarrándose





ANTEQUERA. – LA CUEVA DE MENGA. – VISTA TOMADA DESDE EL INTERIOR Á LA PUERTA DE ENTRADA. – VISTA TOMADA DESDE EL CENTRO AL INTERIOR (De fotografías de Gómez Moreno.)

ricio no tenía familia, sólo aspiraba al cariño de una mujer pobre; ¿quién era, pues, aquella dama rubia del lujoso capuchón y de los pendientes de perlas que se le había llevado tan bruscamente? ¿Habría él mentido? ¿Para qué, con qué objeto?

El lunes de Carnaval amaneció frío y lluvioso y así siguió todo el día. Aunque doña Rosa y sus hijas tenían billetes, se reservaron para el baile del martes. Casilda no salió de casa, pues no tenía que entregar hasta el siguiente día. Hablaron de las impresiones del baile; doña Rosa, que era la única que le había presenciado, comentó el incidente de la señora del capuchón blanco que cortó tan rápidamente el *palique* del joven y de la costurera cubana. Casilda, esforzándose en sonreir, limitóse á decir:

—¡Cosas de andaluces!

El martes, cuando aquélla estaba ayudando á vestir á su hermana ciega, entró apresuradamente en la alcoba Dolores gritando:

—¡Casilda, Aurora, qué hermoso día, ya estamos en primavera; he visto pasar por mi ventana una mariposa blanca!

En efecto, por una de esas peripecias temporales tan frecuentes en Madrid, el día estaba casi caluro- cón del piso tercero de una casa de la acera de enfrente, y porque, ¡oh sorpresa!, aquella persona era Mauricio, el joven andaluz, el joven del baile de la Zarzuela. Sí, no cabía duda, era él, con su pelo naturalmente rizado, con su aspecto simpático y distinguido y vistiendo una americana de terciopelo azul. Aun cuando la casa estaba algo más arriba y mediaba alguna distancia, Casilda le reconoció perfectamente. ¿Daría la casualidad de que viviese allí? Esto podía ser; pero lo que la dejó inmóvil de sorpresa era que Mauricio miraba con insistencia hacia la ventana de ella. ¿Sabía él dónde ella vivía? ¿Cómo, si no había tenido tiempo de decírselo?

¿Habríala seguido al volver á su casa?

Casilda aproximóse más á su ventana, y entonces creyó notar que Mauricio se inclinaba como para saludarla. Ella, poseída de un desvanecimiento, devolvióle el saludo. Pero el joven entróse precipitadamente en su habitación y volvió á salir al alféizar del balcón con un objeto en la mano que parecía un paquete de cartas atado con una cinta. Esto aumentó la sorpresa de Casilda; podría él ofrecerla una carta, pero un paquete, ¿cómo?

Mauricio, sin dejar de mirar hacia la ventana de al borde de éste, asomó cuanto pudo la cabeza, y en el balcón del piso segundo de su casa, debajo de su ventana, vió á una mujer; la vió con dificultad, pero bastóla para notar que era rubia y que llevaba pendientes de perlas.

¿Qué pasó entonces? ¿Fué que la pobre desengañada no pudo sostenerse agarrada al alero, ó que la emoción la produjo un desvanecimiento?

Lo cierto es que Casilda cayó desplomada á la calle. ¿Accidente fortuito, suicidio?

¡Quién sabe!

F. MORENO GODINO.

(Dibujo de Sardá.)

ANTEQUERA

SUS MONUMENTOS PREHISTÓRICOS

Antequera, la población cuyos primitivos fundadores y primer emplazamiento vagan aún por el extenso campo de las conjeturas, á pesar del asiduo trabajo de los muchos y muy doctos exploradores que en diversas épocas lo han recorrido detenida y concienzudamente, adquirió envidiable celebridad en los tiempos de la gloriosa epopeya de la reconquista, celebridad que han ido aumentando, al pasar de los siglos, multitud de preclaros hijos suyos, dándose á conocer ventajosamente en

todas las esferas sociales, así en la eclesiástica, en la militar, en la política, la forense y la literaria, como en el de la industria, de la agricultura y del comercio. Justa es, pues, la fama de que Antequera goza, é inconmovibles los cimientos sobre que asienta su celebridad. Mas á pesar de todo ello, á la hora presente en que trazamos estas líneas, son pocos, muy pocos, los españoles que conocen de la hermosa ciudad que se recuesta en la falda del inexplorado *Torkal* y se mira en los cristales del Guadalhorce, lo más grandioso, lo más admirable, lo que la constituye casi única en todo el territorio español; sus monumentos prehistóricos, descubiertos unos en siglos anteriores y otros en el presente, mas todos en perfecto estado de conservación, como si por ese medio desearan atraer las miradas de la generación actual y recabar para sí la gran parte que de imperecedera ha de tener la fama de *Antikaria*.

Bajo su aspecto monumental vamos hoy á darla á conocer, con la seguridad de que este nuestro toque de atención ha de llamar, fijándola, la de todo español amante de su patria.

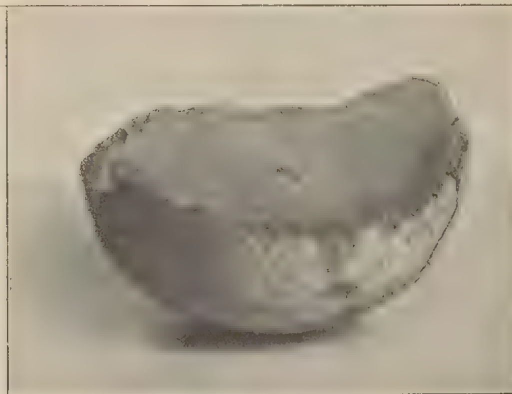


ANTEQUERA. – LA CUEVA DEL ROMERAL RECIENTEMENTE DESCUBIERTA. – Entrada á la cueva: 1, José Viera; 2, Antonio Viera, inteligentes obreros á quienes se deben los notables descubrimientos arqueológicos. (De fotografía de Durán.)



ANTEQUERA. – LA CUEVA DEL ROMERAL. - Galería del monumento y puerta de entrada á la primera cámara sepulcral. (De fotografía de Pino.)





ANTEQUERA. – LA CUEVA DEL ROMERAL. – INTERIOR DE LA PRIMERA CÁMARA Y PUERTA DE ENTRADA Á LA SEGUNDA. – VASIJA DE BARRO TOSCO ENCONTRADA EN LA CÁMARA SEPULCRAL. (De fotografías de Pino.)

CUEVA DE MENGA

El dolmen conocido vulgarmente, desde tiempo inmemorial, por el nombre que encabeza estas líneas, fué declarado monumento nacional el año 1884. Constitúyenlo treinta y una piedras toscamente labradas, de tan colosales dimensiones, que á pesar de cuanto se ha adelantado hasta el día en la dinámica, parece cosa imposible el poder trasladarlas de un punto á otro.

Esas piedras están colocadas en la forma siguiente: diez á la derecha y otras tantas en el lado opuesto, constituyen las paredes; dos de la misma forma, aunque más pequeñas que las anteriores, á la entrada; una el fondo; cinco el techo, y tres á manera de columnas en el centro, dividiendo el monumento en dos naves.

Éste, que está encerrado en un monte semi-esférico, mide de largo veinticuatro metros, teniendo cubiertos solamente diez y seis y medio, lo que miden las cinco piedras del techo.

La parte más ancha del monumento, ó sea el centro, mide cinco metros y ochenta centímetros; la más estrecha, que es la entrada, dos metros y quince centímetros.

La altura del monumento es de tres metros y medio; mas cuando en las excavaciones recientemente practicadas se ha profundizado medio metro, ha llegado á encontrarse un conglomerado de piedra arenosa, que debe ser el primitivo pavimento, por lo cual la altura del techo debió ser de más de cuatro metros.

Como cerca de Antequera y del lugar que ocupa el dolmen no existen canteras de donde pudieran extraerse estas piedras, á cualquiera se le ocurre preguntar de dónde proceden, pero no es fácil la respuesta; y si se medita sobre los medios de que en aquellos tiempos se valieron para conducirlas hasta allí y construir el monumento, la imaginación se pierde en conjeturas y no se aproxima nadie á la verdad.

Una de las piedras del techo, según cubicación hecha recientemente por un sabio arquitecto, pesa más de doscientos mil kilogramos.

Las restantes, aunque son algo más pequeñas, no dejan de ser también colosales y su peso excede de cien mil kilogramos.

LA CUEVA DE VIERA

Así la ha denominado un distinguido arqueólogo por ser la primera que descubrieron en el mes de febrero del año 1903 los hermanos José y Antonio Viera.

Se compone de una galería cubierta, de quince metros de largo, unos treinta de ancho y unos noventa de alto.

Forman las paredes laterales veintidós piedras y el techo cinco.

La piedra que forma la pared extrema del aposento tiene una abertura rectangular de un metro de alto por setenta centímetros de ancho, que da paso á una habitación completamente cuadrada, formada por cinco enormes piedras, cuatro que le sirven de pared y una de techo.

Cada piedra de las que forman dicha habitación – cámara sepulcral, según los arqueólogos – tiene dos metros de espesor y dos metros y cuarenta centímetros de altura.

En las excavaciones practicadas en este monumento se encontraron varios pedazos de pedernal, que por su forma puede afirmarse que fueron puntas de flechas; fragmentos de hachas, piedras de hondas y otras armas ó útiles de la edad ciclópea.

CUEVA DEL ROMERAL

Se le ha dado este nombre por hallarse enclavada en terrenos propiedad del insigne político antequerano Sr. Romero Robledo. Fué descubierta por los hermanos Viera en el mes de agosto del año anterior.

Forman la entrada dos grandes piedras, desde las cuales arrancan á derecha é izquierda dos paredes de veintitrés metros de largo, construídas con barro y piedras cuyas dimensiones son por término medio de siete centímetros de latitud por veinte de longitud; estas paredes sostienen siete colosales sillares sin labrar que sirven de techo.

Al final de esta galería hay una puerta, formada por cinco grandes piedras, que da acceso á una habitación en forma de horno – que también fué cámara sepulcral, según los arqueólogos que la han visitado. – Las paredes son de mampostería en seco, y forma la bóveda una piedra que aun cuando desde el interior sólo puede apreciársele un diámetro de metro y medio, de los reconocimientos hechos exteriormente resulta que tiene más de ocho.

En esta habitación, y casi en línea recta con la puerta de entrada, hay otra que da acceso á una galería de tres metros próximamente, á cuyo final se encuentra otra cámara sepulcral exactamente igual en su construcción á la anteriormente descrita, con la sola diferencia de ser más reducida.

Muchas y muy diversas son las opiniones sustentadas por los arqueólogos respecto al pueblo ó la raza que levantó estos monumentos y el objeto para que fueron construídos. Unos creen que fueron templos dedicados al dios Teutates; otros que son monumentos construídos para perpetuar algún hecho memorable, y los más los tienen por sepulcros ó enterramientos.

Mas es opinión que cuenta muchos adeptos la de que cuanto acerca de eso se diga no pasa de ser pura fantasía. Lo que únicamente puede afirmarse es que los tales monumentos fueron levantados muchos siglos antes de la era cristiana y que de la importancia de estos tres no hay ninguno en toda la Europa Occidental, y que sólo en Micenas y en la isla de Gozzo se conservan algunos de la Grecia heroica que puedan competir con los que hay en Antequera.

Los hermanos Viera han sido propuestos al Gobierno por la Academia de San Fernando para una mención honorífica, y la misma Academia propondrá al Estado la adquisición de los dos monumentos últimamente hallados.

JOSÉ RAMOS BASAGA.



La embajada francesa en Marruecos. – Los emisarios del sultán recibiendo al Sr. Saint-René-Taillandier en las inmediaciones de Fez
(El Sr. Saint-René-Taillandier está en el centro del grupo saludando con el sombrero en la mano. (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

LA EMBAJADA FRANCESA EN MARRUECOS

Completando las noticias del viaje de la embajada francesa que describimos en el número anterior, diremos en el presente algo de la solemne llegada de la misma á la capital del Imperio.

A la caída de la tarde, la caravana hizo alto á pocos kilómetros de Fez, dejando para el día siguiente la entrada en esta ciudad. Al otro día, muy temprano, la comitiva se puso en marcha avanzando lentamente, y poco á poco fueron surgiendo ante sus ojos los alminares de policromas lozas y las polvorientas murallas que se destacaban sobre un fondo blanco y lejano, formado por las nevadas cumbres del Atlas.

Convocados por el sultán, habían acudido desde distintos puntos del imperio hombres de diferentes tribus que agrupados en torno de sus *caids* y vestidos con sus trajes típicos constituían un cuadro animado y pintoresco. Los altos funcionarios del Maghzen, Ben-Sliman y Sidi-El-Guebbas, se adelantaron á recibir al embajador, dándole la bienvenida; y después de cambiados los saludos y las presentaciones de rúbrica, la comitiva se encaminó hacia las almenadas murallas que rodean los jardines del sultán. La muchedumbre era enorme; todos los barrios de Fez, hasta los más pobres y apartados, habían echado á las afueras toda su población abigarrada, y hasta las mujeres, separadas de la multitud y envueltas en sus amplios mantos blancos, agrupábanse en algunos puntos de las murallas, ansiosas de contemplar aquel espectáculo.

«El cortejo, escribe el corresponsal de un importante periódico francés que ha acompañado á la embajada, pasa por debajo de las macizas puertas, atraviesa grandes espacios llenos de luz y grandes jardines que rodean el palacio, penetra en obscuras y mal olientes calles y en sombríos pasadizos, y después de haber atravesado un pórtico, encuéntrase de pronto en un maravilloso jardín en donde murmuran los arroyuelos y florecen profusamente los naranjos, los limoneros, los albérchigos y los jazmines. Después del camino polvoriento, de las murallas grises, de las calles pestilentes, se ofrecen á los viajeros frescas umbrías. Fez produce siempre en el viajero la misma impresión de sorpresa y de agrado que con tan emocionado lirismo expresa el antiguo poeta árabe cuando dice: «¡Oh Fez, paraíso terrenal que sobrepujas en belleza á todo lo más bello y cuya sola vista atrae y encanta! ¡Casas sobre casas á cuyos pies corre un agua más dulce que el más dulce licor! ¡Jardines que semejan el terciopelo y que los caminales, los arriates y los arroyos bordan con bordado de oro! ¡Hablar de ti me consuela! ¡Pensar en ti constituye mi felicidad!»



La comitiva encaminándose á Fez. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Aunque no es esta la primera vez que un embajador entra en la capital de Marruecos, la llegada del señor Saint-René-Taillandier ha revestido una solemnidad excepcional, justificada por la importancia y la trascendencia de la misión que allí le lleva y cuyo objeto es transformar radicalmente el modo de ser de aquel imperio. Cuando todo á su alrededor cambia y se modifica, el Moghreb permanece inmutable, sumido desde hace siglos en aletargado sueño, mirando con desdén todos los progresos de la civilización y hundiéndose cada vez más en una inquietante anarquía que constituye un peligro grave para sus vecinos y especialmente para los franceses. El comercio y la industria moderna, en su ansia febril de nuevos mercados, codician cada vez más esa presa que hasta ahora se les ha escapado. Es preciso, es fatalmente necesario que Marruecos se transforme y que alguno le ayude á transformarse.

Todo cuanto ha sucedido desde la llegada de la embajada demuestra las buenas disposiciones del sultán, quien el día 29 de enero, tres días después de la entrada de la misión en Fez, recibió solemnemente al Sr. Saint-René-Taillandier y ha celebrado con él varias amistosas conferencias.

El Maghzen ha llamado á la capital á los delegados de las ciudades costaneras, en apariencia para consultarles acerca de las reformas, pero en realidad para notificarles simplemente que el gobierno marroquí acepta la cooperación de Francia. El gobierno marroquí antes de dar este paso quería tener la certeza de que no podía contar con ningún apoyo extranjero; la actitud de Inglaterra le ha aclarado cualquiera duda que pudiera tener sobre el particular. En efecto, el gabinete de Saint-James, contestando á una petición de varios súbditos ingleses residentes en Tánger, ha declarado oficialmente que el sultán había de aceptar la colaboración de Francia.—S.



La embajada francesa pasando la puerta que da acceso al Dar-Maghzen
(De fotografía de M. Du Taillis.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – ABASTECIMIENTO DE LOS REGIMIENTOS RUSOS EN MUKDEN. – BARRACONES DE LAS SOCIEDADES ECONÓMICAS DE SAN PETERSBURGO Y DE MOSCOU EN DONDE EFECTÚAN SUS COMPRAS LOS SOLDADOS. (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

En los alrededores de Gunchuline, población situada á 225 kilómetros al Norte de Mukden, han aparecido recientemente numerosas partidas de kunghuses mandadas por oficiales japoneses. Su presencia en aquellos lugares tiene por objeto destruir la vía férrea, según lo demuestra la sorpresa que intentaron el 12 de este mes contra el puente que hay cerca de Fan-Tse Tan. El general Kuropatkine envió contra ellos un destacamento mandado por el general Lenizky, que hubo de retirarse después de un empeñado combate ante la gran superioridad numérica del enemigo.

La aparición de estas fuerzas, que algunos hacen ascender á 10.000 hombres, á la espalda del ejército ruso, ha sido considerada como un síntoma peligroso para éste y como una amenaza á sus comunicaciones con el Norte. Sin embargo, aun admitiendo que la cifra de los kunghuses que allí operan sea la que dejamos indicada, no es fácil que un destacamento tan débil relativamente y sin ningún enlace con el grueso del ejército japonés agrupado en Liao-Yang, pueda cortar las comunicaciones de un ejército de 400.000 hombres, ni realizar ninguna misión estratégica importante. Todo lo más que podría hacer sería interrumpir momentáneamente la circulación de los trenes; pero una interrupción en el transiberiano no sería una gran dificultad para Kuropatkine sino en el caso de que se prolongara durante algún tiempo, porque se han constituído depósitos inmensos de provisiones de toda clase en la misma zona en donde operan los ejércitos, que permiten vivir y luchar sin necesidad de nuevos recursos procedentes de Europa.

Hay que tener en cuenta además que los kunghuses, aun mandados por japoneses, no han dado hasta ahora pruebas de gran audacia ni de gran capacidad militar, y lo demuestra el mismo ataque del día 12 que dejamos mencionado y en el que á pesar de tener de su parte la ventaja de la sorpresa y del número, sólo consiguieron arrancar quince metros de rieles y cortar algunos postes telegráficos. La resistencia que les opuso en aquella ocasión el destacamento mandado por Lenizky y las escasas pérdidas que tuvo éste en aquel encuentro (un oficial y tres soldados muertos y 24 soldados heridos), demuestran también que los rusos están en condiciones de hacer frente por aquel lado á los ataques de los kunghuses.

En la línea del Cha-Ho no ha ocurrido suceso alguno de importancia; japoneses y rusos continúan fortificando sus frentes y la lucha se reduce á ligeras escaramuzas. Un importante periódico ruso, el *Ruski Invalid*, reuniendo los datos que acerca de la distribución de las fuerzas japonesas han proporcionado á Kuropatkine los numerosos combates parciales librados desde hace cuatro meses, ha hecho un interesante estudio que merece ser conocido y que vamos á extractar.

El 1.er ejército japonés, mandado por Kuroki y situado en el ala oriental, en la región del Uan-Yen-Pu-Tse, tiene, como tropas activas, la guardia, las divisiones 2.ª y 12.ª, la 2.ª brigada independiente de caballería y la 2.ª brigada independiente de artillería. Cuenta además, como tropas de segunda línea, con 5 brigadas. El total de este ejército se eleva á 19 escuadrones, 79 batallones y 306 piezas de artillería.

El 3.er ejército, á las órdenes de Nodzu, situado en el centro, á lo largo del Cha-Ho, comprende tres divisiones activas, la 5.ª, la 8.ª y la 10.ª, un regimiento de la 1.ª brigada independiente de artillería y tres brigadas de segunda línea, ó sea en conjunto 9 escuadrones, 60 batallones y 198 piezas de artillería.

El 2.° y el 4.° ejércitos reunidos, al mando de Oku y de Nogi, situados en el ala izquierda, entre Liao-Yang y Sandepú, cuentan como tropas activas con las divisiones 3.ª, 4.ª, 6.ª, 9.ª y 11.ª, con la mitad de la 1.ª, con la 1.ª brigada independiente de caballería, con dos regimientos de la 1.ª brigada independiente de caballería, y como tropas de segunda línea, con las brigadas 1.ª, 4.ª, 6.ª y 11.ª El efectivo total es de 23 escuadrones, 98 batallones y 342 piezas de artillería.

Según estos datos, los cuatro ejércitos reunidos forman una masa de 51 escuadrones, 234 batallones y 850 cañones de campaña; de modo que el mariscal Oyama dispone á lo sumo de 280.000 hombres.

En cambio, las fuerzas de Kuropatkine, contando con las 3.ª y 4.ª brigadas de cazadores recientemente llegadas á la Mandchuria, y con el 4.° cuerpo de ejército, que en parte ha llegado ya y el resto se halla en camino, ascienden, según parece, á 400.000 combatientes. Además, el gobierno ruso, en cuanto haya terminado el transporte de los últimos elementos movilizados en Europa, enviará al Extremo Oriente todos los depósitos de los diversos regimientos que toman parte en la guerra, de modo que puedan continuamente y sin pérdida de tiempo completarse á medida de las necesidades.

El conflicto entre Kuropatkine y Grippenberg ha sido resuelto, según parece, en favor del primero por el emperador, el cual dícese que recibió al segundo muy fríamente. Los informes recibidos en San Petersburgo sobre el combate de Sandepú confirman plenamente la versión que del mismo hemos reproducido en anteriores números. Tal vez Kuropatkine no fué bastante audaz; acaso si hubiese apoyado á Grippenberg hubiera podido infligir una seria derrota al ala izquierda japonesa; todo esto que alega el jefe del 2.° ejército ruso podrá ser cierto, pero no lo es menos que la prudencia del generalísimo se explica por la trascendencia y gravedad de una operación que podía convertirse y de seguro se habría convertido en batalla general, en condiciones que él no consideraba bastante favorables. Dada la actual situación del ejército ruso, un fracaso en tales circunstancias sería de terribles consecuencias, y Kuropatkine, que sabe esto y que conoce la inmensa responsabilidad que sobre él pesa, ha hecho perfectamente en rehuir la acción en que su lugarteniente se había comprometido faltando á las órdenes que le había dado.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – EL REGIMIENTO DE IRKUTSK EN UNA ALTURA TOMADA POR ASALTO. (De fotografía.)

Los periódicos ingleses, que de algún tiempo han arreciado en su campaña antirrusa, habían dado como cierto el relevo de Kuropatkine, á quien suponían enfermo y aun loco ó poco menos. Como se ve, estos anuncios han resultado inexactos y el gobierno ruso ha mantenido en su puesto al generalísimo, que ha demostrado tener un gran talento organizador y una gran serenidad para hacer frente á las situaciones más críticas. Su



LA PRIMAVERA DE 1813, COPIA DEL CELEBRADO CU

Este hermoso cuadro del famoso pintor polaco Adalberto de Kossak tiene cierto interés de actualidad, pues se trata de una de las más grandes luchas que ha sostenido el imperio de los tsares. Entonces, como ahora, sostuvo Rusia una sangrienta guerra que comenzó de un modo desgraciado para ella y acabó con la célebre retirada en que pereció una gran parte del ejército napoleónico. ¿Terminará tan felizmente para los rusos como terminó aquélla la que al presente sostiene contra el Japón? No es cosa fácil hacer profecías y menos tratándose de sucesos en cuya marcha y en cuyo desenlace intervienen tantos y tan diversos factores. Hasta ahora Rusia lleva la peor parte; pero es una nación poderosa y con grandes recursos, y los que creen en su



DRO DE ADALBERTO DE KOSSAK, GRABADO POR BONG

efinitivo triunfo confían en que mientras el Japón, que cuenta con elementos más limitados, pierde cada día fuerzas que le es difícil reponer, los rusos disponen de casi inagotables reservas ue han de permitirles aniquilar poco á poco á su adversario.

El cuadro de Kossak, como hemos dicho, es un recuerdo de la desastrosa retirada de Napoleón. Aquel montón de cadáveres medio sepultados entre la nieve; aquellos tres cosacos que iadosamente se descubren al pasar por delante de sus enemigos muertos; aquel cielo gris y aquel paisaje triste, todo contribuye á la grandiosidad y al horror de la composición.

relevo en estos momentos, cuando todo indica la inminencia de una batalla que puede ser decisiva, habría sido una falta difícilmente reparable.

Algunos pasajeros llegados á Marsella á bordo del *Australien,* el vapor que condujo al general Stoessel desde el Japón á Puerto Arthur, han hecho algunas declaraciones sobre la situación del imperio japonés que nos parecen interesantes, pero que, sin embargo, damos sólo á beneficio de inventario. Según estas noticias, los japoneses no se forjan ilusiones sobre las ventajas hasta ahora conseguidas, y aun en Tokío se estima exagerado el precio en vidas humanas que ha costado Puerto Arthur; la nación no puede ya proporcionar contingentes considerables, y á pesar de cuanto se dice del estoicismo de los nipones, las pérdidas sufridas han atenuado la satisfacción de los primeros éxitos; los nacionales no combatientes bajo su aparente tranquilidad sienten viva inquietud por el éxito definitivo de la lucha y comprenden que si Rusia no pide ó no acepta la paz, el Japón agotará sus recursos; los periódicos, tan entusiastas de la guerra al principio, son ahora más discretos y el público ya no da crédito á las victorias que la prensa anuncia y que antes provocaban entusiastas manifestaciones; las formidables provisiones para la guerra se acaban, y numerosos indicios revelan que la agricultura, la industria y el comercio atraviesan una crisis profunda; y finalmente, hay en la corte un partido de hombres prudentes que preconizan un arreglo con Rusia antes de que la suerte de las armas haya colocado al Japón en condiciones de inferioridad.—R.

EL GRAN DUQUE SERGIO

El día 17 de este mes fué asesinado en Moscou el gran duque Sergio, uno de los personajes más importantes de la corte del tsar y de los más influyentes en la política rusa. Salía del



EL GRAN DUQUE SERGIO, asesinado en Moscou el día 17 de los corrientes

Kremlin, en donde tenía su residencia, y se dirigía á la plaza Krasnaia, ó Plaza Roja, cuando en el momento de pasar la puerta Nicolás, una bomba estalló debajo de su coche, destrozando el vehículo y lanzando al aire los informes restos del gran duque, que quedó horriblemente despedazado.

El gran duque Sergio, tío paterno del tsar, contaba cuarenta y siete años de edad y desempeñaba gran papel en los asuntos interiores de Rusia, sobre todo desde que en 1891 había sido llamado á suceder al príncipe Dolgoruki como gobernador general de Moscou y más aún desde que era cuñado de su imperial sobrino, por haberse casado éste con una hermana de su esposa, princesas ambas de Hesse y del Rhin. Partidario acérrimo de los principios de la autocracia, adversario intransigente de toda modificación del orden de cosas establecido, había dado á su gobierno una dirección conforme con sus ideas y se esforzaba porque en el mismo sentido se inclinara la política general del Imperio. En estos últimos años y particularmente en estos últimos días hacía frecuentes viajes á San Petersburgo y seguramente á su intervención se debe el fracaso de los propósitos liberales del príncipe Sviatopolk-Mirsky, á quien en un principio había parecido alentar el tsar, y aun se afirma que gracias á él se modificó á última hora el manifiesto que debía haberse publicado el día del santo del emperador y no se publicó hasta el 25 de diciembre y cuyo primitivo texto había sido inspirado por el ex ministro del Interior.

Estos rumores, verdaderos ó falsos, habían hecho al gran duque Sergio muy impopular entre los elementos liberales, y la misma nobleza de Moscou, dirigida por el príncipe Trubetskoi, le hacía abiertamente la oposición, tanto que el tsar, con propósitos conciliadores, le había relevado recientemente del gobierno general, suprimiendo este cargo, y le había dejado solamente el mando en jefe de la circunscripción militar.

Muy contradictorios son los juicios que acerca de la personalidad del gran duque se han emitido: unos le pintan bondadoso, amante del pueblo y profundamente convencido de que siguiendo el camino por él indicado había de llegar Rusia á su felicidad y prosperidad completas; otros lo presentan como hombre déspota, cruel, libertino, autor de los actos más infames. ¿De qué parte está la razón? Cuando las pasiones políticas llegan al grado de exaltación en que actualmente se encuentran en lo que á los asuntos rusos se refiere, es imposible que la imparcialidad se sobreponga á las prevenciones ó á las impresiones particularistas.

Mas sea de ello lo que fuere, todas las conciencias honradas no influídas por el apasionamiento han condenado en términos enérgicos el atentado horrible, y la prensa de todo el mundo, salvo contadas excepciones, ha protestado con indignación del asesinato del gran duque Sergio.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – Esta vez ha correspondido el turno al pintor-poeta, al aplaudido autor y al celebrado artista. Santiago Rusiñol, cuya múltiple y variada producción sorprende y cautiva, ha cubierto los paramentos del Salón Parés con la exhibición de 21 lienzos que titula «Impresiones de Mallorca,» y que han de considerarse como recuerdo y resultado de su última excursión á las Baleares.

Muchas veces nos hemos ocupado de la labor de Rusiñol y siempre ha sido con elogio para el artista y satisfacción para nosotros. Siempre nos hemos complacido en hacer constar sus méritos, en señalar sus estimables condiciones. De ahí que hoy sólo podamos repetir que en las dos formas de expresión escogidas por nuestro amigo, el teatro y la pintura, ha podido realizar una nobilísima misión, aun en la gradación de méritos representados por sus obras.

Mas contrayéndonos á la exhibición pictórica, hemos de decir que se presenta hoy como ayer artista y poeta, entusiasta de la naturaleza, procurando interpretarla en todas sus formas, en sus brillantes y severas manifestaciones. Muestra de ello son sus cuadros titulados *El puerto de Soller*, de un sorprendente y atrevido efectismo, y *El patio florido*, impregnado de melancólica poesía. Otros varios podríamos mencionar, puesto que bien merecen elogios; mas entendemos que los sobrepuja el *Jardín abandonado*, obra verdaderamente notable, perfectamente estudiada y habilísimamente interpretada.

Un aplauso más para el laborioso é inteligente artista y amigo querido, á quien deseamos alientos y energías para proseguir la misión que se ha impuesto.

En el *Salón Robira* llama la atención un lienzo del decano de los pintores valencianos Joaquín Agrassot, cuya ejecutoria artística se halla ennoblecida con tantos timbres. Consecuente con el plausible propósito que hace años se impuso, consistente en dar á conocer los tipos y costumbres de su región, ha expuesto un precioso cuadro representando *Una merienda*, trasunto del natural, en el que todo rebosa animación y vida, recordando la encantadora campiña de la ciudad del Turia y las hermosas paisanas del artista, que tan agradables modelos le ofrecen.

En el establecimiento de la *Fundición artística de Masriera* destácanse, entre otras diversas producciones, algunos bronces de Luciano Oslé, modelados con exquisito gusto y dignos todos ellos de figurar como preciado adorno en los mejores salones.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La doncella de mi mujer*, comedia en tres actos de D. Tomás Luceño y D. Federico Reparaz; en Romea *L' agencia d' informes comercials*, disparate cómico, lírico, coreográfico de D. Pompeyo Gener; en Novedades *El rosario de coral*, zarzuela en un acto de los Sres. Arpe y Pinedo, música del maestro Pérez Soriano; y en el Eldorado *El cochero*, zarzuela en un acto y dos cuadros de los Sres. Prieto y Rocabert, música de los maestros Vives y Saco del Valle. En el Liceo se ha estrenado con mediano éxito la ópera en tres actos y siete cuadros de Massenet *Thais*, en cuya ejecución han alcanzado aplausos la Sra. Darclée, los Sres. Seveilhach y Dani y el maestro Barone: las decoraciones de los reputados escenógrafos Sres. Vilumara y Junyent son muy notables.

En la «Associació Wagneriana» ha dado una notable conferencia sobre el *Don Juan* de Mozart y el Drama musical de Wagner el director artístico de la misma Sr. Doménech Español, quien disertó con gran acierto y demostrando vastos y profundos conocimientos sobre los siguientes temas: diferencia entre la música pura y la dramática; diferencia entre el carácter imitativo de la música de Wagner y la de los compositores anteriores; ejemplo tomado de *Los Maestros Cantores*; carácter intelectual de nuestro tiempo; el *Don Juan* de Mozart no es tipo de drama musical; los «Murmullos de la selva;» evolución de la música y del drama musical; la verdadera constitución en Wagner.

DE LONDRES Á PARIS EN GLOBO

Jacobo Faure, oficial del cuerpo de aerostación militar francesa, y su primo Huberto Lathán han realizado recientemente el viaje de Londres á París en globo, en el *Aero-Club* 2, habiendo descendido con toda felicidad en Saint-Denis, á las puertas mismas de la capital francesa, seis horas y media después de haber salido de la capital de Inglaterra.

El propósito de Faure era elevarse en Douvres; pero en vista de que allí la fábrica del gas se negaba á proporcionarle el fluido necesario, partió inmediatamente para Londres, en donde pudo proveerse de todo cuanto necesitaba. Llenado el globo en el Crystal-Palace, á las seis y cuarenta y cinco minutos el piloto dió la señal de partida y el globo se elevó majestuosamente á una altura de 2.000 metros, en medio de una noche hermosa, iluminada por la luna. A las siete y treinta, los aeronautas estaban ya á gran distancia de Londres, cuyas luces distinguían todavía, y tres cuartos de hora después se encontraban sobre el mar; á las nueve corría el globo á 40 metros de altura sobre las olas, con una velocidad de 100 kilómetros, y á las nueve y media, habiendo aumentado la rapidez del viento y comprendiendo los aeronautas que se aproximaban al continente, se remontaron á 1.100 metros. A las diez y cinco divisaron el faro de Dieppe y cinco minutos después pasaron por encima de la costa; su primer propósito fué descender en aquel sitio; pero viendo que el viento seguía siendo favorable y que el *Aero-Club* podía resistir aún más tiempo en el aire, decidieron proseguir el viaje. Continuó éste en medio de las tinieblas más completas, sin que los viajeros pudieran precisar fijamente la dirección que llevaban, hasta que á la una distinguieron en el horizonte un gran resplandor, que no podía proceder sino de las luces de una gran ciudad: era efectivamente París. Quince minutos después, el globo descendía en los alrededores de la capital. Su viaje había durado exactamente seis horas y treinta minutos; Jacobo Faure había ganado el *record* de la velocidad en la travesía de Londres á París en globo.

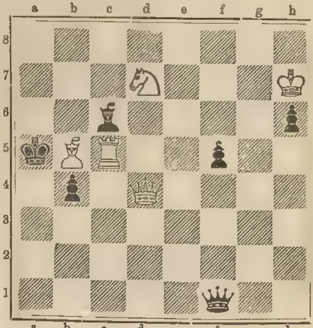


DE LONDRES Á PARÍS EN GLOBO
Los Sres. Jacobo Faure y Huberto Lathán en la navecilla del globo *Aero-Club* 2

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 377, POR M. CESKOVA.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 376, POR W. A. SHINKMAN

Blancas.	Negras
1. Tg6-d6	1. Rb5-a6
2. e5-e6	2. Ra6-b5
3. e6-e7	3. Rb5-a6
4 e7-e8 (C)	4. Ra6-b5
5 Ce8-c7 mate.	

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Al lado de Pedro veía á Raimundo, y sintió un vago remordimiento al recordar aquella frase rabiosa y cierta sin embargo:

«Me ha autorizado usted para considerarme como su prometido...»

No dejaba de tener algo que reprocharse respecto de él. Y por una de esas inconsecuencias singulares del corazón, la joven, sin amarle, parecía echar de menos su amor.

Le faltaba, seguramente, aquella atmósfera..., pero se encogió de hombros diciendo:

—¡Bah! Un novio se encuentra siempre...

Pero aquella noche su pensamiento, por un extraño movimiento de báscula, se divertía en hacer pesar sobre todos sus impulsos un contrapeso de recuerdos penosos y molestos...

Margarita se vió de repente soltera y entregada sin consulta á un marido que era un extraño, para una unión que duró tres días y se contrajo y se deshizo en el drama...

La joven se estremeció..., el amor en ella tomaba tintes trágicos, y esta idea supersticiosa le dió gana de llorar.

¡Qué triste era llorar sola! Margarita buscó rápidamente quién podría compartir con ella aquella pena indeterminada y compleja... Y no encontró á nadie.

No sería su madre, siempre incomprensiva, y no tenía amor, ni amigos...

En otro tiempo se lo decía todo á Pedro, pero no podía decirle esto... Por un momento había creído tener en Lina una amiga segura; pero, sin poder decir quién tenía la culpa, en el momento de la verdadera intimidad se había producido inesperado alejamiento.

También en otro tiempo—¡siempre en otro tiempo!—encontraba en Julieta una dulzura de paz, pero ya no la tenía á su lado y no podía guardar rencor por ello á Lina, ni mucho menos achacarle aquella soledad...

Mas al esforzarse por rechazar prontamente aquel sentimiento ingrato é injusto, pensó que Pedro iba con frecuencia á casa de Lina y que los dos se querían mucho...

En este momento se paró el coche... Estaba en su casa.

El invencible horror de su calle y de su casa se apoderó de ella y las impresiones de su corazón se borraron...

A la misma hora Lina y Julieta estaban hablando.

La niña estaba acostada, y Lina, que había ido á verla como todas las noches, había prolongado un poco la velada. Julieta hablaba de Raimundo, contaba la conversación de aquella tarde é insistía sobre la influencia que Lina podía tener sobre el joven.



Mirando con el anteojo distinguía á bordo al que conducía, grave y digno, *aquel Sueño...*

Ésta se defendía:

—No, no; ¡qué historia!.. Deja en paz á ese pobre muchacho... Aquí se distrae y me alegro mucho; pero en cuanto á tener influencia con él, es una locura... Una sola la tendría, pero esa...

—¿Margarita?.. No, esa no tiene ninguna, dijo Julieta con aquel aire reflexivo que tanto contrastaba con su carita de niña.

Lina dijo como queriendo burlarse un poco de ella:

—Eres una niña deliciosa; pero mientras escribas cuentos que hacen dormir, como los que hemos leído, permitirás que se desconfíe de tu perspicacia.

Lina no era sincera al decir esto, y ambas lo comprendieron tan bien, que evitaron el mirarse y se quedaron calladas un momento.

—Raimundo decía hoy que nadie es dichoso, murmuró Julieta, y al miraros á todos se ve que es verdad: tú estás triste, Raimundo desesperado, Pedro melancólico y Margarita no tiene nada de alegre...

—¡Oh! Lo que es esa...

—No, no está alegre, repitió la niña con firmeza. ¿Crees que el que se agita y habla más es el que tiene más júbilo?

—*A ella,* dijo Lina con amargura, no le falta nada para estarlo.

Y Lina seguía sentada en la cama, teniéndose cogida una rodilla entre las manos cruzadas. Julieta la miraba intensamente.

A pesar del desarrollo de su espíritu de observación, había cosas que se le escapaban, y no deseaba penetrarlas por curiosidad, sino por un inmenso deseo de amar y de servir de consuelo.

Lina movió la cabeza de repente con una especie de cólera, vió aquella mirada y le dijo con voz muy tierna, dándole un beso:

—No pienses en eso... Todos somos muy felices, puesto que nos queremos bien... ¿Eres tú feliz? ¿Sí? Pues eso basta... Inventa historias si eso te divierte, y sobre todo, trata de engordar...

—¡Calla! Has dicho eso como Pedro, exclamó la niña riendo, muy divertida por el extraño acento de Lina.

Ésta sonrió, salió del cuarto, cerró la puerta, y ya en el pasillo, se apoyó un instante en la pared, desfallecida, con los ojos cerrados y sin una queja. El corazón le hacía daño hasta tal punto, que á la joven le parecía que si le tocaba con un dedo iba á estallar y á matarla...

II

BARCOS Y PUERTOS

—¿Cómo puede usted estar ahí? Hace un sol terrible... Va usted á coger una jaqueca...

Y Raimundo, que había salido un momento de la tienda de campaña de lienzo rayado que protegía á las tribunas, se acercó á Lina, inquieto por su salud.

—No..., no... Sepárese usted un poco... No veo

nada... Recuerde usted que es un cuerpo opaco...

Raimundo obedeció y se fué á su puesto, no sin trabajo.

Una vez instalado, respiró con satisfacción. No veía nada, pero estaba á la sombra.

Y en aquella tarde de agosto, día de grandes regatas en Royan, la playa ardía, blanca y deslumbradora.

El mar estaba encendido en mil fuegos de pedrerías. Por todas partes brillaban y palpitaban los gallardetes multicolores izados en altos mástiles á lo largo de la costa como una guirnalda de flores aéreas, mientras las velas resplandecientes é hinchadas se abrían en el agua como alas de pájaros fabulosos, y la arena y los terrados hervían de una multitud abigarrada, arrojada allí con la esperanza de un aire vivo y puro por los *trenes de placer*. Pero el aire estaba inmóvil, y entre el cielo y el agua de un azul intenso y duro vibraba la atmósfera en un ritmo de calor loco y asfixiante, como un humo ligero que no se disipaba.

La marcha de las diferentes series de yates resultaba incomprensible para la mayor parte de los espectadores; pero cuando los iniciados en las tribunas prorrumpían en aclamaciones frenéticas, toda la playa, por contagio, unía con ellos sus gritos.

Lina, que se ahogaba en la tienda y se ponía nerviosa al no ver delante de ella más que la agitación de los abanicos y las gorras de los miembros del club náutico, había huído de aquella reunión selecta, y mezclada con la multitud anónima, respiraba mejor el aire libre aún inflamado.

Sin anteojo, distinguía perfectamente el yate de su padre, aquel fino juguete reluciente y rápido como una gaviota, bautizado por ella el *Sueño* y que era para ella un símbolo.

Mirando con el anteojo distinguía á bordo al que conducía, grave y digno, *aquel Sueño*...

La regata estaba seriamente disputada, y la que le observaba compartía con él su fiebre de lucha y su deseo de victoria... Por dos veces oyó que la llamaban desde la tribuna, pero no se volvió... En pie sobre una silla, su gran sombrilla roja dominaba á la multitud por encima del traje blanco como una flor en lo alto de un tallo brillante... Allá, en el mar, se veía un esfuerzo redoblado de velocidad y una angustia de combate. Como dóciles bestias, las frágiles embarcaciones parecían prolongarse aún con su rapidez vertiginosa y volaban á flor de agua con todo su velamen inmóvil y desplegado... Pero hubo un momento de confusión..., un minuto, un relámpago. Dos yates á los que se creía definitivamente rezagados tomaron la delantera en un impulso desesperado y ocultaron al *Sueño*... Invisibles maniobras alteraron el orden, y de repente uno de los barcos vaciló, las velas estallaron, y en el tumulto de tres mil voces humanas, se le vió zozobrar... Lina juntó las manos sobre el puño de la sombrilla, falta de aliento y espantada...

No veía ya bien y creía que había sido el *Sueño*..., pero pronto, en un esfuerzo de neta visión, le vió ya muy lejos del lugar del accidente y comprendió en las salvas de las cañoneras y en los aplausos de la gente que había sido el vencedor... Lina siguió mirando, anhelante... El yate zozobrado estaba ya rodeado de lanchas y no había que deplorar desgracia alguna...

Se decidió á bajar de la silla y volvió á la tribuna con los ojos vacilantes de fiebre y de sol. Morel estaba extraordinariamente contento y mostraba una turbulenta locuacidad al recordar todos los incidentes y proyectar la fiesta de aquella noche. Lina se sentó al lado de Julieta y se sintió aliviada al contacto de la mano de aquella niña que en un silencio comprensivo le pasaba un pañuelo por la frente. A su lado se hablaba y se pronunciaba á cada momento el nombre de Etcharre, pues la victoria del *Sueño* no había sido para él la única del día.



Se apoyó un instante en la pared, desfallecida...

Tenía otros dos barcos en otras regatas y los dos habían llegado también los primeros.

—Yo le descubrí hace diez y ocho meses, decía el conde de Luc. Figúrense ustedes que ese farsante de Girel, después de haberme echado á perder un encargo muy importante, me trae un plano prodigioso. Se lo enseño á uno del oficio y éste me declara formalmente que no es de la misma mano que los anteriores... Hago averiguaciones y descubro á este muchacho, que no se limita á dibujar, sino que dirige la construcción de tal modo, que el barco es completamente *su obra* y una obra de arte y de genio...

Otros apoyaban estas palabras, los entusiastas del *yachting*, ese *sport* que toma del mar su grandeza y su poesía, y Lina escuchaba, todavía quebrantada y como ebria; y en una especie de alucinación se veía embarcada con Pedro en el inmenso Océano para algún viaje fantástico y lejano, de amor, de dicha..., *el Sueño*...

***

Cuatro palabras dichas al paso, entre dos puertas, después de la comida de gala, espléndida y fastuosa, y antes de la fiesta nocturna que se daba en el parque con iluminaciones, fuegos artificiales, orquesta de *tziganes* y todo el lujo fantástico que adoraba Morel.

Cuatro palabras solamente:

—Y bien, preguntó Pedro, aludiendo á una conversación anterior, ¿ha hablado su padre de usted?

—Sí, ya está hecho..., se casa con ella; me lo ha anunciado al entrar en casa...

—¡Ah! Y usted, ¿qué ha dicho?..

—¿Yo? Nada..., y después, ¿qué me importa? No hay nada que hacer...

Y uno y otro fueron separados y acaparados, él como héroe del día y ella por mil detalles de dueña de casa.

Pronto no tendría esos cuidados, lo que no le pesaba; pero su actual supremacía era muy irónica, comparada con la próxima realidad.

Aquella noche más que nunca era la bella, la hermosísima Lina Morel. El oro de sus cabellos, la seda blanca bordada de plata de su traje fantástico y la mate desnudez de sus hombros y de sus brazos maravillosos eran el marco perfecto para la expresión de su cara. La joven resultaba regia y seductora, y su esfuerzo de ficticia alegría le daba un atractivo de enigma...

Ninguno de los que aquella noche la deseaban ó sentían celos ó envidia podía sospechar que se trataba sólo de una *apariencia* encubridora de dolores, soledades y angustias...

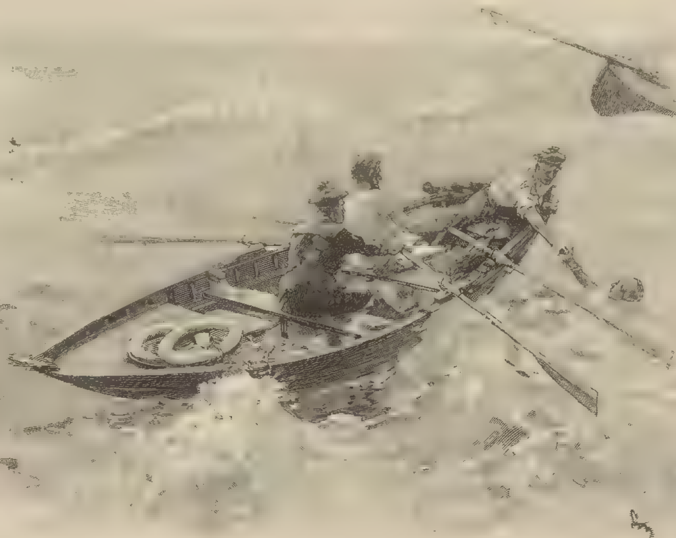
Uno solo sabía á qué atenerse, Pedro; pero su pensamiento se encontraba preso en otra parte, porque Margarita estaba allí, también blanca y rubia y casi infantil, aunque fuerte y libre bajo su gracia delicada y femenina.

Entre tanto, la de Sorgue, de una belleza distinta, pero equivalente á la de Lina, exhibía su triunfo, y la misma Lina, que había aceptado en su mente el matrimonio de su padre con aquella mujer, no podía ya desmentir para con ella la actitud cordial que le mostraba.

Pero estaba resuelta á no vivir con su padre casado. ¿Cómo se instalaría? No lo sabía aún, no, *no lo sabía*, pues el corazón es loco y Lina seguía esperando...

Mientras Margarita no amase á Pedro, nada estaba definitivamente perdido... Acaso Pedro se había engañado sobre sus primitivos sentimientos... Acaso se cansase, desanimado... Y si sabía que era amado por otra hacía mucho tiempo... ¡Dios mío!.. El corazón es verdaderamente insensato.

La una de la madrugada... La música invisible, lánguida y un poco salvaje, parece salir de las obscuras frondosidades, en las que el brillo de las flores estaba eclipsado por vivo resplandor de los globos luminosos suspendidos en los árboles.



Y comprendió en las salvas de las cañoneras y en los aplausos de la gente que había sido el vencedor...

Cada diez minutos las luces de bengala hacían surgir formas fantásticas de los arbustos y dejaban ver los lentos anillos de los valses desarrollarse á lo largo de los paseos para desvanecerse de nuevo en la sombra.

Lina no bailaba y se había refugiado en un banco debajo de dos olmos que rozaban sus ramas en la noche con un ruido de seda. De repente se estremeció al sentir que alguien se sentaba á su lado.

—¡Ah! ¿Es usted, Raimundo? Me ha asustado usted.

La joven había tomado la costumbre de llamarle por su nombre de pila, como Julieta, y no sabía que á él le gustaba oirse llamar así de su boca.

—Sí, soy yo...

Lina no observó la alteración de su voz ni le chocó su silencio; pues en la intimidad á que habían llegado, las frases triviales no tenían para qué existir.

Un gran resplandor rosado deslumbró de pronto sus ojos; cuando los abrió todo estaba de nuevo obscuro.

Pero aquel momento bastó para que Pedro la reconociese de lejos en su traje de plata y viese á su lado una forma masculina en la que no conoció á Raimundo.

El joven dijo con su voz acariciadora y un poco velada y envolvente, que iba recobrando á medida que se borraba en él el recuerdo de los días amargos:

—¡Qué hermosa, pero qué hermosa está usted esta noche!..

Lina se echó á reir.

—¡Cómo!.. ¿También usted? ¿Me va usted á echar piropos?..

Y añadió amablemente:

—Deje usted eso para los indiferentes. Nosotros somos demasiado buenos amigos para cambiar *frases vacías bajo los ramajes cantantes*..., como diría Verlaine... Y á propósito, tengo que decir á usted algo interesante; he hablado al director de la consabida *Revista*..., ya sabe usted. No le he recomendado á usted mucho, porque todo el mundo desconfía de las personas que son muy recomendadas; pero me ha prometido leer pronto todo lo que usted le lleve... Envíele usted la novela que me leyó el otro día, la *Sombra*, que está muy bien...

—¿Sí?.. ¿Cree usted?

—Sí creo... Además, la leeremos juntos mañana dos ó tres veces, en voz alta...

—¡Oh! Eso jamás... ¡Me parece tan malo lo que escribo cuando lo leo en alta voz!..

¡Bah! No tenga usted nunca miedo de encontrarse execrable, porque eso es buena señal. Los artistas medianos están siempre encantados con sus producciones, como los padres de niños feos lo están con su progenitura... Cuando encuentre usted una falta, grande ó chica, en sus trabajos, felicítese de haberla encontrado y siga trabajando.

—¡Gracias!.., dijo Raimundo conmovido; es usted la primera que sabe decirme lo que debo hacer... Nadie, hasta ahora, se ha tomado ese trabajo.

– Lo que dice usted no es justo, respondió Lina, que recordó la antigua vivacidad de Margarita hablando del joven y de su porvenir.

—Pero es verdad, replicó Raimundo; Pedro no se atreve á hacerme observaciones ó las hace indirectamente...

—Es que usted desdeña las que puede hacerle...

—Y Margarita no se ocupa ni se ha ocupado nunca más que de sí misma...

—¡Vamos allá!, dijo Lina afectuosamente.

Raimundo se apresuró á decir:

—¡Oh! Me es enteramente igual... Estoy bien curado.

A Lina le chocó el acento de verdad de estas palabras. Raimundo cogió una mano de la joven en la obscuridad y siguió diciendo:

—Y es *usted* la que me ha curado; *usted* sola... ¿Me oye usted?.. ¿Comprende?..

Su voz era muy baja y muy dulce y Lina la oía seguramente..., pero no comprendía por entero.

Con su hermosura deslumbradora y de peligrosa seducción, Lina realizaba tan exactamente el sueño de artista de Raimundo, que éste se asombraba de haber admirado tan vivamente la belleza clara y sin misterio de Margarita. No admitía ya que hubiese un encanto fuera del de Lina, y no le disgustaba que se le apareciese un poco inaccesible, como un ídolo, con su alma cerrada y sus adornos brillantes.

En fin, Lina acababa de conmover profundamente su sensibilidad de inconsciente egoísta al manifestar un interés inteligente y preciso por lo que él pudiera crear.

—De modo que usted quiere que trabaje, dijo. ¿Eso complacería á usted?

—Naturalmente, respondió ella; ¡qué chiflado!..

Y á Raimundo le agradó esa apreciación ligera en su boca, porque tenía una de esas almas femeninas é infantiles, más frecuentes de lo que parece en los hombres, que necesitan ser sujetas por una voluntad soberana, en la que sientan cierto dejo de indulgencia y de zalamería maternales.

Lina experimentaba dentro de sí misma el encanto contrario, pero análogo en sus efectos, por el que la mujer toma cariño al ser que protege. Y este caso, ese sentimiento tomaba un matiz de tristeza, porque Raimundo tenía algo de Pedro, y ocupándose de «ese niño» participaba del cuidado y de la responsabilidad del hombre amado...

***

Cuando Lina se acostó, á las cinco de la mañana, conoció que no podría descansar.

Muy nerviosa, se levantó casi en seguida, se fué á su cuarto tocador y tomó en un *tub* una ducha fría de esponja que la dejó más descansada que dos horas de sueño.

Fresca, perfumada y con el cabello retorcido sobre la cabeza, se puso al balcón, invadida por un bienestar tan grande, que hasta su corazón parecía aliviado.

El oro de la mañana resplandecía en las copas de los árboles, mientras las ramas bajas y las flores se bañaban en la humedad obscura del rocío.

La atmósfera estaba llena del olor del Océano y de la savia de las plantas.

Y Lina, poco madrugadora de ordinario, se deleitaba con aquella pureza matinal y pensaba que es estúpido perder esas horas exquisitas en la torpeza de un sueño tardío.

(Continuará)



—¡Ah! ¿Es usted, Raimundo? Me ha asustado usted

EL PETRÓLEO EN RUMANÍA

La industria petrolera se ha desarrollado considerablemente en Rumanía durante estos últimos años. La abundancia de los depósitos naturales del precioso aceite, la facilidad de los transportes hacia la Europa central por el Danubio y al Mediterráneo por el mar Negro ó el Bósforo: el empleo del petróleo en bruto ó de los residuos de su destilación para la calefacción, y el consumo cada día mayor de la esencia de petróleo para el automovilismo, han facilitado notablemente el desarrollo de las explotaciones.

Aunque conocido desde larga fecha en Moldavia, hasta 1859 no comenzó á extraerse allí el petróleo de una manera regular. La producción anual de Rumanía apenas llegaba á 3 ó 4.000 toneladas, al paso que hoy excede de 300.000. Los terrenos petrolíferos ocupan en aquellos lugares una superficie de 80.000 hectáreas que se extiende hacia la vertiente meridional y oriental de los Carpathos, entre Govora (distrito de Romnicul-Valtchei) y Varatecul (distrito de Neamtsú); su altura varía entre 250 y 500 metros sobre el nivel del mar, y su valor, según cálculos del ingeniero Concou, puede estimarse en 60.000 millones de francos.

Algunos sondeos han dado una producción inesperada. Así, en 1899, un solo pozo de la sociedad «Steaoa Romana» ha dado un término medio de 70 vagones diarios y producido en menos de seis semanas 682.500 francos. Después la cantidad de petróleo ha disminuído, pero no se ha agotado.

Según las investigaciones del Dr. L. Edeleanu y del ingeniero J. Tanarescu, los petróleos rumanos tienen como característica una fluorescencia verdosa; su color va del pardo aceitunado al pardo negro; por excepción se encuentran aceites rojizos en Predeal (Valea Gardului) y amarillos claros en Campeni-Parjol; su composición química oscila entre 86'17 de carbono con 13'79 de hidrógeno (petróleo de Campeni) y 87'57 de carbono con 11'37 de hidrógeno (petróleo de Ocnitsa); en él solo se ha comprobado la presencia de indicios de cuerpos oxigenados, de azufre y de ázoe.

Para explotar el petróleo en Rumanía se emplean pozos de ancha sección (1'20 á 1'50 metros de diámetro) si la profundidad de la capa no excede de 150 metros. Cada excavación se entiba con planchas ó con un entrelazado continuo de ramas de árboles. Mientras un obrero abre un pozo se renueva la atmósfera á su alrededor desembarazándola de los gases hidrocarburados por medio de un tubo metálico y un fuelle puesto en la superficie y que se ve en uno de nuestros grabados (figura 1). Cuando las filtraciones de petróleo son poco importantes, se agotan por medio de cubos atados á cuerdas que permiten la extracción de los escombros. Por el contrario, si el aceite mineral llena el pozo hasta cierta altura, se extrae con cubos que se suben por fuerza animal; de este modo se continúa la extracción durante meses hasta el agotamiento completo del petróleo. Luego se ahonda el agujero á fin de encontrar un segundo nivel de aceite y después un tercero, á menos que un desplome ó una avenida demasiado grande de agua no interrumpan los trabajos.

Cuando se trata de alcanzar capas petrolíferas más profundas, es preciso recurrir á las perforaciones por medio de la sonda, que á veces pasan de 400 metros. Los derricks empleados, como lo indica el grabado número 2, no difieren de los aparatos rusos ó americanos ya conocidos. En los sitios de extracción el almacenaje se efectúa en depósitos de madera ó de hierro forjado, y para el transporte hasta la destilería se utilizan pipas ó *pipes-lines*, esas canalizaciones metálicas tan utilizadas en los Estados Unidos. Finalmente se han instalado en Bacau, en Dambovitsa y en Prahova, á fin de tratar los productos brutos y sacar de ellos bencinas, motorolinas, petróleos purificados, aceites minerales de engrasamiento y parafinas. En cuanto á los residuos de la destilación, se emplean mucho en Rumanía para la calefacción de los hogares industriales, de las locomotoras de los ferrocarriles y de las calderas de los buques de vapor.



Fig. 1. – Pozo á mano empleado en Rumanía para los pozos de escasa profundidad



Fig. 2. – Derricks de la Sociedad Internacional en Dambovitza. (De fotografía de M. Mancas, de Bucarest.)

El petróleo rumano y sus derivados encuentran cada día nuevos mercados en el extranjero. Hungría compra en bruto para destilar en sus fábricas de Transilvania y del Banato; Bulgaria y Turquía prefieren comprarlo refinado; la Alemania central se provee de las dos clases por la vía del Danubio, al paso que los refinadores rumanos envían gran número de toneladas de aceite purificado á Italia, y de bencina para motor á Suiza.

JACOBO BOYER.

EL PUEBLO MÁS RICO DEL MUNDO

El pueblo más rico del mundo es una tribu muy poco conocida que carece de libertades y de gobierno políticos, pero que, en cambio, tiene dinero y tierras. Es decir, las tiene sin tenerlas, y como no las tiene, no las puede perder. Estas tierras se las garantiza el gobierno norteamericano, que no puede enajenarlas.

La tribu en cuestión es la de los osages, que ocupa un rincón del territorio de Oklahoma y que es uno de los restos de la población que poseía los Estados Unidos antes de que los blancos se apoderaran del continente americano.

Los osages son actualmente en número de 1833 y lo que poseen lo tienen como indemnización de expropiación concedida por los Estados Unidos. Pero sólo disponen del usufructo; así es que el día en que la tribu haya desaparecido, el gobierno yanqui entrará en posesión de los fondos hoy afectos á esta obligación.

Cada osage posee un capital de unos 24.000 francos depositados en las cuevas del Banco Nacional de Wáshington, el cual le abona los intereses á razón del cinco por ciento al año. Además posee cada osage unas 350 ó 400 hectáreas de terreno, de las que cultiva la quinta parte y el resto lo arrienda para pastos á ganaderos de Texas.

El valor de estos terrenos irá seguramente en aumento, porque hay en ellos petróleo y carbón y muy pronto cruzará por ellos el ferrocarril. Se calcula que el lote de tierras de cada osage vale unos 35.000 francos. De manera que la fortuna de uno de esos individuos viene á ser aproximadamente de 60.000 francos.

No se crea, sin embargo, que la suerte del osage sea particularmente envidiable, ya que del dinero que le corresponde sólo ve una parte; en efecto, el gobierno norteamericano empieza por retenerse de la renta de la tribu lo necesario para cubrir los gastos de orden público, escuelas, caminos, etc. y no entrega más que el sobrante, que asciende actualmente á unos 1.500 francos por cabeza. Pero además de esto, cada osage tiene lo que con su trabajo puede sacar de su granja, de modo que cuenta con medios para vivir muy desahogadamente.

La tutela á que está sometido en cuanto al dinero tiene algo de chocante, pero es sin duda el mejor sistema que podía adoptarse en su propio interés, porque si fuese dueño de su capital lo derrocharía ó se dejaría engañar por blancos poco escrupulosos y acabaría por tener que ser nuevamente una carga para el Estado. En cambio, haciendo de cada osage un capitalista y un propietario que no puede disponer de su capital ni de sus tierras, se le conserva su fortuna y el Estado se asegura la posesión de la misma para más adelante.—X.

***

UNA ORQUÍDEA DE 125.000 FRANCOS

Esta planta, de la que se habla mucho actualmente en el mundo hortícola y á la que se ha dado el nombre de *J. Gurney Fowler*, en honor del jefe de

la sección orquidológica de la *Royal Horticultural Society*, de Londres, es un híbrido del *Cypripedium insigne* y del *Cypripedium spicerianum* obtenido por los célebres horticultores Sander, de Saint-Albans, y aunque no ha entrado todavía en el comercio, se pide por ella la enorme cantidad de 5.000 libras esterlinas. Este es el mayor precio pagado hasta ahora por una planta, habiendo dejado muy atrás al que pagó un coleccionista alemán por un *odontoglossum* que tenía las flores con fuertes manchas de color pardo rojo y que le costó 62.500 francos.

UNA COLACIÓN EN EL VATICANO

Hace pocos días celebróse en el Vaticano la consagración del obispo de Bergamo. El papa Pío X en persona ofició en el altar de la Capilla Sixtina, y después de haber celebrado la ceremonia religiosa conforme á las solemnidades del ritual, tomó parte en la colación que es de uso en tales casos.

Estas colaciones pontificias ofrecen una particularidad característica, y es que el papa no se sienta á la misma mesa que sus invitados, sino que ocupa una mesita separada, desde la cual preside la comida.

Así lo exigen las rigurosas prescripciones del protocolo vigente en el Vaticano, cuyos inflexibles mantenedores consideran su estricta observancia como una de las condiciones necesarias de la jerarquía eclesiástica.



MESA PREPARADA PARA EL PAPA Y LOS PRELADOS EN EL VATICANO DESPUÉS DE LA CEREMONIA DE CONSAGRACIÓN DE UN OBISPO. (De fotografía de Felici, remitida por Carlos Abeniacar, de Roma.)



Entierro del Carnaval, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)

La abigarrada é incongruente comparsa que al terminar el período carnavalesco se organiza en nuestras ciudades, que pudiera estimarse como el compendio y resumen de las extravagancias á que la humanidad se entrega durante tres días, ha servido al distinguido pintor Luis Graner para reproducir una página interesante de nuestras costumbres populares y para ejecutar una de esas hermosas obras de efectos de luz que con tanto acierto produce y á las que debe en gran parte su merecida celebridad. Basta examinar la reproducción del cuadro á que nos referimos para apreciar las dificultades que el artista debió vencer, puesto que todos los elementos que integran el asunto desarrollado representan otros tantos obstáculos para obtener la manifestación estética; pero aun así, ha conseguido el pintor su propósito, puesto que ha logrado representar una escena inteligentemente observada y demostrar su pericia é inteligencia.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 6 de marzo de 1905 — Núm. 1.210



MOSCOU.—Asesinato del gran duque Sergio.—La gran duquesa Isabel junto á los restos de su esposo.
Dibujo de F. Matania, hecho sobre un croquis trazado por un testigo presencial.

En el momento de la explosión de la bomba que mató al gran duque Sergio, la esposa de éste, la gran duquesa Isabel, estaba en el Kremlin ocupada en dirigir los trabajos del Comité de damas para enviar socorros á los heridos. Cuando oyó la detonación salió precipitadamente y corrió al lugar del atentado, y presa del mayor desconsuelo se arrodilló junto á los restos del infortunado gran duque.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Argentina: situación económica: la inmigración: las huelgas: tentativa revolucionaria: el Congreso de Instrucción pública y la reforma universitaria. – *Ecuador:* el presidente electo: programa político del actual presidente. – *Colombia:* situación interior: recogida de armas: propósitos de reformas políticas: política exterior: daños causados á Colombia por los Estados Unidos. – *Honduras:* su representación en Madrid: la deuda del ferrocarril: el Panamá hondureño: la reclamación Renton.

Desde el punto de vista económico, la situación de la República Argentina, al terminar el año 1904, era muy lisonjera. Había aumentado la producción, y el comercio tomaba extraordinario desarrollo. La recaudación de aduanas excedía en algunos millones de pesos á la del año anterior. Los campos, donde de día en día se van entregando al cultivo más terrenos, prometían abundantísimas cosechas, sobre todo de trigo y maíz. Atraídos por la oferta de trabajo, habían acudido millares de emigrantes, la mayor parte gente avezada á las labores agrícolas, en especial los que procedían de Italia y de España.

Esa es, precisamente, la inmigración que necesita la República Argentina, la de braceros del campo. En este trabajo, en las faenas rurales, hallarán siempre ocupación los emigrantes que allí vayan, no tan sólo durante la época de la recolección, sino en todo tiempo, para labrar y sembrar las tierras, para los acarreos de granos, para los múltiples menesteres de la agricultura y la ganadería.

Las huelgas que hubo en noviembre y diciembre causaron cierta alarma y algunos perjuicios al comercio, sobre todo á las casas exportadoras que, por falta de personal, no podían cumplir los compromisos adquiridos con los compradores. En los días 1 y 2 de diciembre los huelguistas realizaron una demostración contra el capital y suspendieron los servicios, aunque no lograron la unanimidad que pretendían. Concesiones de una y otra parte, y la mayor oferta de brazos como consecuencia de la llegada de inmigrantes, conjuraron el peligro y se normalizó la situación.

En el orden político, las cosas no iban ni van tan bien. La renovación del personal administrativo ocasionaba disgustos y protestas. Se conspiraba contra el gobierno del nuevo presidente, y con sorpresa se supo en Europa, á principios de febrero, que había habido un movimiento revolucionario en varias provincias de la República Argentina. Pero casi al mismo tiempo llegó la noticia de que la sublevación, de carácter militar, había fracasado. El gobierno pudo sofocarla sin gran esfuerzo.

El desarrollo de la riqueza, el valor é importancia de los intereses económicos que crean las industrias y el comercio, constituyen la mejor garantía contra las revoluciones. En la República Argentina, tan próspera y tan rica y con promesas tan fundadas de mayor prosperidad y riqueza, es ya casi imposible que se propague y persista ese ardor revolucionario que todavía mantiene en constante agitación é intranquilidad á alguna que otra República de América.

Y aún habrán de sosegarse más los ánimos conforme se vayan corrigiendo deficiencias en la organización y régimen de ciertos servicios administrativos. El Congreso popular de Instrucción pública, organizado por la Asociación Nacional del Profesorado, congreso que se reunió en Buenos Aires en los días 2 á 8 de enero último, ha contribuído á que de nuevo se insista en la necesidad de una reforma universitaria. Con motivo de la reunión de dicho Congreso, un periódico de la capital argentina recuerda los conflictos habidos entre estudiantes y catedráticos. De algunos de éstos se ha llegado á decir en letras de molde que la sola publicación de ciertos capítulos de los libros de texto que escriben é imponen sería suficiente para demostrar hasta dónde llega la indigencia intelectual de los autores. El organismo universitario es el de hace cincuenta años y su renovación es uno de los más importantes problemas que incumbe resolver á los gobiernos.

En 8 de enero fué elegido presidente de la República del Ecuador D. Lisardo García, cuyo retrato y breve noticia biográfica ha publicado ya LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Entrará en funciones el 30 de agosto, una vez ratificada la elección. Cesará, pues, entonces el general Plaza, cuyo programa político quedó bien claramente definido en el último mensaje que leyó ante el Congreso.

Quiere Plaza «que las garantías del ciudadano sean más completas; que el sufragio se organice y se garantice debidamente; que el Poder legislativo cuente con una comisión encargada de prepararle sus trabajos; que el Ejecutivo sea designado por el sistema de elección indirecta; que se reforme la organización del Poder judicial; que se garantice de un modo general la profesión de las creencias y el ejercicio de los cultos, y se autorice al Ejecutivo para reglamentar estos últimos; que se declare que á la Iglesia católica se le reconoce como único derecho el de establecer relaciones diplomáticas con los Poderes del Estado; que se declare la extranjería de los eclesiásticos y su incapacidad política; que se supriman las comunidades religiosas existentes en la República y que sus bienes se destinen á la beneficencia pública; que se medite la manera de dar cabida en nuestro Archipiélago á los intereses del comercio universal sin menoscabo de nuestra soberanía (alude al archipiélago Colón ó islas Galápagos); que se expida una ley de colonización para las mismas islas; que se dediquen atenciones esmeradas á nuestra Región oriental, dotándola de fondos para la pronta apertura del camino por Baños; que se expida una ley de reemplazos sobre la base de la obligación general del servicio militar por un tiempo determinado; que se suprima el voto del Ejército, y que se adopte un sistema de Hacienda en el que se reconozca algún plan para la creación de rentas, su recaudación é inversión.»

El nuevo presidente electo, el Sr. García, era el candidato de los liberales moderados. Ha lugar, pues, á suponer que no extreme tanto las innovaciones referentes á la Iglesia católica. Lo hecho por Plaza y lo que se proponía realizar en aquel sentido, motivaron ya una protesta de los prelados en manifiesto de 30 de agosto último.

En Colombia, el general Reyes venía tomando enérgicas medidas para afianzar la paz pública interior. En 11 de noviembre dictaba «circular urgentísima» que el *Boletín militar*, órgano del Ministerio de Guerra y del Ejército, insertaba bajo el epígrafe de «Por el honor y la tranquilidad nacional.» En ella se mandaba recoger las armas que se hállasen en poder de particulares de todos los partidos, ya con objeto de evitar desgracias como las que hubo en Somondoco y Guateque, donde resultaron heridos y muertos, ya para asegurar sólidamente la paz y la tranquilidad y al propio tiempo concentrar elementos en previsión de complicaciones en que pudiera ir empeñado el honor nacional. Esas armas debían pasar á los parques á disposición de los defensores de la Constitución de 1886, que el gobierno estaba dispuesto á hacer respetar. Para recogerlas, se nombraron cuarenta jefes de absoluta confianza, de los que defendieron con más brío al gobierno en la pasada lucha. Estaban también autorizados, llegado el caso, para organizar las fuerzas que se necesitaran y tomar el mando de ellas, si las posibles dificultades con el Exterior lo exigieran.

No obstante esas medidas previsoras, á fin de año hubo tentativas para renovar la guerra civil, y fué preciso reducir á prisión á los generales Vélez y González Valencia.

Reyes se había propuesto llevar á cabo, con urgencia y de acuerdo con el Congreso, varias reformas políticas. Mas no lo logró. Convocados los representantes á sesiones extraordinarias, nada hicieron; ausentábanse de la capital unos, abandonaban otros el salón de sesiones cuando iba á votarse alguna ley. Triunfó la obstrucción, y el presidente, en 13 de diciembre, resolvió dar por terminadas las infecundas tareas extraordinarias del Congreso.

En cuanto á la política exterior, Reyes aconseja gran prudencia en las relaciones con los Estados Unidos. Confía en que pueden sobrevenir acontecimientos que permitan reanudar la negociación en condiciones favorables para Colombia.

Los yanquis han causado enorme daño á esta República; pero hoy por hoy conviene transigir. Colombia ha perdido uno de sus mejores departamentos; ha perdido los 10 millones de pesos que le correspondían por la concesión del canal; ha perdido la renta que la Compañía del ferrocarril de Panamá le pagaba, 250.000 pesos anuales, que aún debía percibir durante 65 años, ó sea 16.250.000 pesos; ha perdido, por último, 250.000 habitantes, lo que significa una baja de 750.000 pesos en los presupuestos de ingresos. Agréguense á esto los gastos que tuvo que hacer para el sostenimiento del ejército que se puso en armas con intento de someter á los rebeldes panameños. Todo ello hay que tenerlo muy en cuenta para lo porvenir; ahora es preciso resignarse, y sacar el mejor partido posible de las circunstancias.

Está ya en España, ha presentado sus credenciales y ha sido solemnemente recibido por S. M. el rey el Sr. D. Alberto Membreño, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de la República de Honduras, ex ministro de Fomento en su país y una de las personalidades más eminentes como político y como literato entre los centroamericanos contemporáneos. Con él ha venido el Dr. D. Antonio Ramírez y F. Fontecha, presidente de la Academia de Honduras, bien conocido entre nosotros por la parte principalísima que tomó en los Congresos hispano-americanos de 1892. Uno y otro traen la importante misión de defender los derechos de Honduras en el conflicto de límites pendiente con Nicaragua, y en el cual es árbitro D. Alfonso XIII.

La cuestión de la enorme deuda amañada por los agiotistas que intervinieron en los empréstitos para la construcción del ferrocarril interoceánico continúa atrayendo con preferencia la atención del gobierno hondureño. Bajo los auspicios de éste, se han publicado, á fines de 1904, los documentos y datos que compiló D. J. María Moncala para demostrar que se trata de una deuda injustificable de dineros que el país no ha gozado, porque fueron distraídos de su objeto, pasando al dominio particular de los prestamistas y de los agentes encargados del empréstito.

En el impreso á que nos referimos, se ve y se palpa la ilegitimidad de la pretendida reclamación internacional. Ingleses eran la mayor parte de los contratistas y accionistas del ferrocarril, y sin embargo, en defensa de Honduras y con lógica irrebatible, una Comisión del Parlamento inglés declaró á la faz del mundo que los tenedores de los bonos reclamaban lo que no se les debía. Ahí están las partidas, las cuentas, los antecedentes—exclama Moncala—revelando toda la iniquidad. Es un banquete en el que cada cual toma su porción y destroza el país... Todos le engañan con mentidas promesas de prosperidad. Pero la justicia se destaca soberana del fondo nauseabundo, del reparto escandaloso... Queda allí un pedazo de ferrocarril, una sección construída, como recuerdo de los dineros gastados, arrojados á la sima de la avaricia y la estafa... Es necesario poner punto final á esta antigua contienda y á estas amenazas. Confórmense los reclamantes con la catástrofe. El país no la provocó. Ellos ó sus antecesores, los cuales se hallaban en el teatro de las cosas, debieron pedir cuentas á los comisionistas, registrar sus libros, las partidas, los detalles del negocio, contando el número de bonos emitidos. ¿Quién lo sabe ahora?.. Nadie. Las cuentas nuevas se han formado con los papeles encontrados en el mercado, con los restos deshechos. Las nuevas partidas carecen de antecedentes y de fundamento. ¿Cómo es posible que sobre base tan impura se levante la amenaza de una reclamación? ¿Por qué no terminar de una vez con ese fantasma de deuda, con este otro Panamá hondureño?

Recordemos que la trama urdida por los *hábiles* financieros que dirigieron el negocio ha venido á dar por resultado una deuda de 96 millones de pesos oro.

Había otra enojosa cuestión promovida por reclamaciones de los yanquis, y que ahora ha conseguido arreglar el gobierno del general Bonilla, resuelto á hacer el sacrificio de unos cuantos miles de pesos para evitar imposiciones humillantes. En 1894 fué asesinado en Honduras un tal Renton, ciudadano yanqui. Ningún hondureño tomó parte en el delito, y los tribunales del país hicieron todo lo posible para castigar á los autores del crimen. Pero la Cancillería de Wáshington no se dió por satisfecha; la viuda de Renton á todo trance quería dinero, y al fin ha conseguido que Honduras le dé 78.000 pesos mexicanos.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



¿Me dispensan ustedes ahora el que haya huído del teatro?



LA FUGA DE LA DIVA

Salió á escena temblando, aunque sólo su palidez dejaba adivinar su pavor. Era valerosa por naturaleza y por su educación en la desgracia. El infortunio amilana á los corazones débiles y los destroza lentamente hasta acabar con la vida del que no halla alientos para soportarlos, pero templa á los espíritus fuertes y los engrandece, dándoles ese vigor con que resisten las mayores adversidades. Todo el mundo conocía la historia íntima de la nueva diva, transparente como un rayo de luz, y todo el mundo sabía la abnegación y la paciencia desplegada por ella para educar á sus dos hijos en una viudez prematura. Nacida en buena cuna, criada por su padre, un general muy culto que quiso darla una educación artística completa, aprovechando y refinando sus naturales dotes, y perdido para siempre y en la flor de su juventud el esposo soñado con el que pensó compartir su existencia, gran aficionado á su vez á la música, había permanecido obscura de buen grado en el aislamiento de su hogar deshecho, hundida en su tristeza y consagrada á sus dos ángeles, testimonio de su dicha pasada, hasta que las contingencias de la fortuna, arrebatándola su modesto capital en una quiebra de banca y dejando desamparadas las dos cabecitas rubias confiadas por Dios á su cuidado, obligábanla á su pesar á echar mano de su voz magnífica y á afrontar el ruido del mundo, que repugnaba á su corazón humilde y herido, luego de intentar en vano y en esa estéril é ignorada epopeya en que la mujer sola se busca desesperadamente su pedazo de pan y el de los suyos, subvenir á las necesidades de su casa con su trabajo. Tenía un tesoro en su garganta y creyó un deber cristiano el sacrificio enorme que aquella noche de su debut realizaba.

El recuerdo de sus hijos, la idea de que por ellos acometía el sacrificio, neutralizaba la angustia mortal que la subía á la garganta cuando se metió en el coche de alquiler que había de conducirla al teatro. Pensó ir á pie, buscando la calma en el ejercicio, en el ambiente libre, en la tranquilidad de la noche; pero las piernas le flaqueaban y buscó amparo en aquella caja estrecha y obscura que la llevaba en su seno, tal vez á la victoria, acaso á la catástrofe. La víspera en el ensayo general, en los ensayos anteriores, en esas horas lóbregas de prueba en que se sentía juzgada, quilatada, pulverizada materialmente por el terrible areópago de la orquesta, no se había ni siquiera estremecido, tenía fe en Dios y en sus fuerzas. Pero ahora, próximo el instante de su debut, la acometía súbito miedo, el espanto de todos los principiantes, el terror de lo desconocido, del enigma, y creía oir los gritos desaforados de la muchedumbre rechazándola y se creía ver en las tablas, desolada, muda, en la plena luz de la escena y ante el público que gritaba contra ella por su temeridad y su osadía.

Tenía á su favor el plebiscito de la sangre azul, el voto anticipado de palcos y butacas. Como prueba había cantado en varios salones, patrocinada por los viejos amigos de su padre, y el triunfo había sido completo y la opinión unánime entre los filarmónicos: la aguardaba un éxito ruidoso y un porvenir magnífico. Cuando ella se enteró de esta predicción de lo futuro y examinándose á sí misma se persuadió de su posibilidad, estremecióse de dolor ante la idea de que el no olvidado compañero de su vida no compartiera el éxito pronosticado. Pero tornó á pensar en sus hijos, por el bienestar de los cuales daba aquel paso; antojósela que el muerto querido lo aprobaba, animándola desde lo alto lleno de agradecimiento, y no vaciló más, y allí estaba inquieta y azorada en la primera caja del escenario, con su elegante traje clásico de Valentina, esperando el instante crítico de presentarse en las tablas.

Un murmullo de aprobación acogió su salida, y en el acto se apoderó del ánimo del público con su figura delicada y dulce. En medio de un silencio imponente, de una quietud tan profunda que parecía no haber nadie en la sala, comenzó á cantar, y desde luego su voz purísima interesó el corazón de todo el mundo. Cuando acabó su primera romanza estalló un aplauso unánime, un estruendoso vítor universal. El hielo estaba fundido, la victoria asegurada. Con lágrimas en los ojos recibió la pobre mujer la ovación..., y pensó en su marido y se acordó de sus hijos. La ópera entera fué un triunfo indiscutible. No la faltaba nada. Belleza física, encanto en la persona, gracia en los movimientos, talento escénico, admirable escuela. La opinión era unánime y se robustecía en cada entreacto. ¡Parecía imposible que no hubiera pisado nunca las tablas! ¡Y qué voz tan llena, tan bien timbrada, tan extensa, tan fácil y qué manera de emitirla, qué modo de vocalizar! En los intermedios llenósela el *camerino* de gente. Los amigos de su padre que la habían protegido; los contertulios de los salones que la habían animado; gentes nuevas á quienes no conocía, que se hacían presentar; una oleada de fracs y smokins, de monóculos, de gardenias en el ojal, de bigotes á lo mosquetero, que la envolvía en una atmósfera de fuego, de lisonja, de entusiasmo... No sabía lo que la pasaba. Creíase soñando, y siempre vuelta al pasado triste, su amor propio halagado la alejaba de sí misma... y no cesaba de acordarse de sus hijos y de su marido. ¡Si él hubiera estado allí acompañándola! Pero aún faltaba la apoteosis, el remate del éxito, el famoso dramático dúo con Raúl. ¿Vencería? Cosa de juego con tan raras facultades. Los pronósticos se cumplieron. Lo tuvo que repetir; la muchedumbre en masa la aclamaba de pie, frenética. Siete ú ocho veces se levantó el telón. Jamás la hermosa página de Meyerbeer se había interpretado con perfección igual. Así debió concebirla el maestro.

Era preciso felicitarla de nuevo, más que nunca. Fué invadido el *camerino*, su pasillo de acceso. Los hombres se agolpaban esperándola. Pero no venía. Habíanla detenido en el camino. De pronto se esparció una noticia singular. La debutante no parecía por ningún lado; se la había buscado inútilmente dondequiera. Era preciso rendirse á la evidencia: la diva no estaba en el teatro. Los viejos amigos, los que ya la conocían desde sus audiciones en el gran mundo, adivinaron lo ocurrido, y resueltos á felicitarla á toda costa la última vez, circuló entre ellos como una consigna asentida unánimemente: «¡A su casa! ¡A su casa!»

El viejo general amigo de su padre que la había protegido, los otros veteranos, también compañeros, que la habían animado, los contertulios de los dos salones en que cantó, algún desconocido entusiasta agregado, un grupo de veinte personas aguarda en la modesta salita de la viuda la contestación al recado que por ruego unánime acaba de entrar la criada, toda aturdida por la invasión. De pronto se abre sin ruido la puerta del gabinete y aparece en el umbral la diva, aún con su traje blanco de larga cola de Valentina, llevando más que cogidas abrazadas dos niñas rubias como de ocho á diez años, que se pegan al vestido de su madre y que se detienen asombradas de aquel gentío inusitado. En su rostro estupefacto y temeroso traslúcese la pesadez de un sueño interrumpido. Revelan no haberse desnudado y sus ropas se muestran descompuestas. Todo el mundo se pone en pie absorto, pero nadie despliega los labios, invadidos los corazones por un súbito respeto. Y sonriendo melancólicamente y estrechando sus queridas cabezas, exclama con dulce sencillez la nueva estrella del arte lírico:

—¡Perdón, señores, perdón! He cometido una grosería, lo confieso; pero estos angelitos que me adoran no han querido acostarse hasta que yo volviera y me esperaban en una butaca sin desnudarse, como si á pesar de su tierna edad un secreto instinto les advirtiera de la trascendencia del paso que doy. En toda la noche he dejado de pensar en ellos, deseando concluir para venirme á su lado. No se recogen nunca sin que yo les dé un beso, y era tan tarde que me faltó tiempo para venir á dárselo. ¿Me dispensan ustedes ahora el que haya huído del teatro?

Todo el mundo guardó silencio, pero todos los ojos «se pusieron de rodillas.»

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Más y Fondevila.)

FESTEJOS CELEBRADOS EN SAN CARLOS DE FERNANDO POO,

el día 12 de diciembre de 1904, con motivo de la bendición de la imagen de su patrona Nuestra Señora de Montserrat





D. Joaquín Torruella, presidente de la Comisión organizadora de los festejos y administrador de la hacienda «La Barcelonesa,» perteneciente á los Sres. Ríus y Torres. – Patio de la hacienda «La Barcelonesa.»

Grato es para cuantos desean el engrandecimiento de nuestra patria observar los esfuerzos y apreciar el conjunto de energías y de inteligencia que en provecho de intereses nacionales despliegan algunos humildes misioneros y laboriosos colonos, que allá en la llamada Guinea española, en la todavía casi olvidada posesión africana de Fernando Póo, procuran fomentar sus riquezas y dedican á España el caudal de sus afecciones. Bien merecen el apoyo y protección del Estado y bien merecen aquellas apartadas islas, mezquino resto de lo que fué nuestro poderío colonial, que el gobierno de la nación atienda á sus necesidades y mejoramiento, no dejando sólo á la iniciativa particular el fomento de la colonia y el establecimiento de aquellos servicios y ventajas que pueden contribuir á su engrandecimiento.

Algunos de nuestros paisanos, alentados por el patriotismo y por nobilísimas aspiraciones, han empleado sus recursos en la adquisición de terrenos, convirtiendo en haciendas de valiosa producción los que antes eran bosques y matorrales, contándose entre ellos los Sres Huelin y Ríus y Torres, quienes han logrado ya desmontar algunos centenares de hectáreas, recompensando con sus riquísimos frutos la suma invertida, y el inapreciable concurso de algunos animosos colonos que han comprendido la misión que España debe cumplir, interpretando con acierto el plausible proyecto de los hacendados catalanes.



Playa de la hacienda «La Barcelonesa,» en donde hay el cobertizo en que se guardan los botes y una casita para los tripulantes de éstos y para los carpinteros.

Gracias á los esfuerzos de todos, va transformándose aquella posesión, extiéndense las zonas de cultivo, aumentan la producción y la riqueza, y á la par que se acrecienta la prosperidad de la colonia, cúmplese una noble misión civilizadora, puesto que la constante labor representada por la prudente penetración en las regiones pobladas por las tribus indígenas, que en primer término desempeñan ilustrados misioneros, produce la mayor esfera de acción, llegando á obtenerse su eficaz y utilísimo concurso, de suerte que se restan elementos á la barbarie y aumenta el número de los que con su trabajo contribuyen al enriquecimiento de aquel país todavía virgen, acostumbrándoles á conocer y estimar á nuestra patria, que les aporta á la vez medios para su material mudanza y el consuelo de unas nuevas creencias. De ahí el doble aspecto que ofrece la obra que llevan á cabo nuestros compatriotas en aquella lejana colonia.

Como expresión de ese conjunto de sentimientos, como testimonio elocuente del cariñoso tributo que rinden á la tierra que les vió nacer, cuyo recuerdo aviva su patriotismo, ha de estimarse la feliz idea de haber ofrecido á los pamúes, bubis y krumanes la imagen de nuestra venerada Virgen de Montserrat, que para ellos ha de significar esa igualdad evangélica á que se refieren nuestros cristianos misioneros, aportándoles el consuelo de su posible transformación.

A la iniciativa de varios colonos débese la celebración de los festejos destinados á recibir la imagen de la patrona de San Carlos, cuya organización, confiada á una comisión presidida por D. Joaquín Torruella, respondió cumplidamente á su importancia y significación. Y bueno será recordar que si el acto revistió para los indígenas los caracteres de un esperado acontecimiento, no menor dominio ejerció en el espíritu de nuestros compatriotas, puesto que además de representar un nuevo lazo de unión entre los dos elementos, hubo de evocar á su memoria las tradiciones de la patria querida.

Al amanecer del día 12 de diciembre último abandonó la bahía de Santa Isabel, capital de la colonia, con rumbo á San Carlos, el vapor *Mogador*, del servicio interinsular de la Compañía Transatlántica, completamente empavesado, conduciendo al virtuoso prelado y misioneros y un considerable número de hacendados y colonos, acompañados de sus familias, deseosos de presenciar la ceremonia de la bendición de la imagen y contribuir á su mayor solemnidad. A las diez largó anclas el buque en la hermosa bahía de San Carlos, cuyo fondo, en forma de anfiteatro, limita la cordillera que une los elevados picos de Santa Isabel y de San Carlos, de 2.880 y 1.900 metros de altura respectivamente. Una salva de fusilería anunció la llegada de los expedicionarios, que desembarcaron entre los vítores y aplausos de los isleños y á los acordes de la banda de música de Banapá, compuesta de indígenas. Acto seguido organizóse la procesión, á la que concurrieron la mayor parte de los habitantes del distrito, encaminándose al lugar en donde se improvisó un altar, oficiando el señor obispo, quien bendijo la imagen, proclamándola patrona de San Carlos, colocándose la primera piedra de la iglesia en donde se venerará la Virgen de Nuestra Señora de Montserrat. Terminada la ceremonia, comenzaron los festejos de carácter popular, como regatas, bailes, etc., dejando en todos grato recuerdo de una jornada que ha de tener el privilegio de conmemorarse en los años venideros.

Al aplaudir á los colonos por la labor que realizan, á los misioneros por sus trabajos de evangelización y españolismo y á los organizadores del acto á que nos referimos, ha de sernos lícito consignar el deseo de que el Estado se preocupe del porvenir de aquella colonia, y que en vez de idear trabas é impuestos, favorezca su desarrollo, fomente su riqueza y proteja á los que aportan sus caudales y energías en provecho de la nación.

La ceremonia á que nos referimos demuestra de modo elocuente el noble propósito de nuestros compatriotas, puesto que por medio de los trabajos de evangelización, llevados á cabo con verdadero éxito por los misioneros, van desapareciendo las bárbaras prácticas religiosas de los indígenas, modifícanse sus costumbres y se dulcifica su carácter, inclinado á la violencia cual ocurre en todas las tribus salvajes, y al asociarles los colonos á los trabajos de los cultivos, conviértenlos en ciudadanos españoles, inclinándoles á adoptar los hábitos de los pueblos civilizados, significando una y otra transformación la base ú origen de un pueblo moderno, repleto de savia y energía, que contribuirá, si bien se le conduce, al engrandecimiento y á la prosperidad de la patria, tan necesitada hoy del concurso de todos para llegar á esa regeneración que todos deseamos.

A. García Llansó

(Fotografías de un misionero, remitidas por D. J. Torruella.)



Imagen de Nuestra Señora de Montserrat, patrona de San Carlos. – Solemne ceremonia de la bendición de la imagen por el Ilmo. Sr. obispo de aquella diócesis, celebrada el día 13 de diciembre de 1904.



Llegada de la procesión que condujo la imagen de Nuestra Señora de Montserrat á la Casa-misión. – Banda de música de Banapá, compuesta de indígenas, que tomó parte en los festejos.



Nueva Casa-misión en donde se depositó la imagen de Nuestra Señora de Montserrat. – Casa vivienda del hacendado D. Maximiliano Yones, en donde se reunieron los que tomaron parte en la ceremonia.



ISLA DE CUBA. – EL RECORD DE LAS 100 MILLAS EN AUTOMÓVIL, DESDE LA HABANA Á SAN CRISTÓBAL. – LLEGADA DEL VENCEDOR D. ERNESTO CARICABULA EN SU AUTOMÓVIL DE 60 CABALLOS, MARCA MERCEDES. – (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

CÓMO SE HA EXTINGUIDO EL BISONTE

EN AMÉRICA

En una época todavía reciente, había en las regiones centrales de los Estados Unidos muchos bisontes que formaban rebaños inmensos, ó por mejor decir, un rebaño enorme dividido en varios grupos. En 1870 aún eran innumerables estos animales, pues se contaban por millones; pero la construcción de la gran línea de ferrocarril transcontinental tuvo por consecuencia la división del rebaño en dos partes, al Norte y al Sur de la vía. En la misma época la caza del bisonte adquirió un desarrollo extraordinario: los indios lo mataban para alimentarse; los cazadores, para aprovechar su piel; otros para utilizar su lengua, y otros por pura diversión. La matanza fué espantosa y realizada en las condiciones más repugnantes, y en tres años, desde 1872 á 1875, fué exterminado el rebaño del Sur, que contaría unos seis millones de animales. Los registros del ferrocarril demuestran que se sacaron de este rebaño cuatro millones de pieles.

La exterminación del rebaño del Norte data de fecha más reciente; según puede verse en el excelente trabajo de W. T. Hornaday *The extermination of the American Bison*, data de 1880 y se efectuó en las mismas condiciones que en el Sur.

El resultado es que al presente sólo quedan en los Estados Unidos algunos bisontes sueltos, recogidos por el gobierno ó por particulares. La especie ha sido destruída, y aunque tarde, se advierte en la actualidad que los cazadores de bisontes se portaron como salvajes.

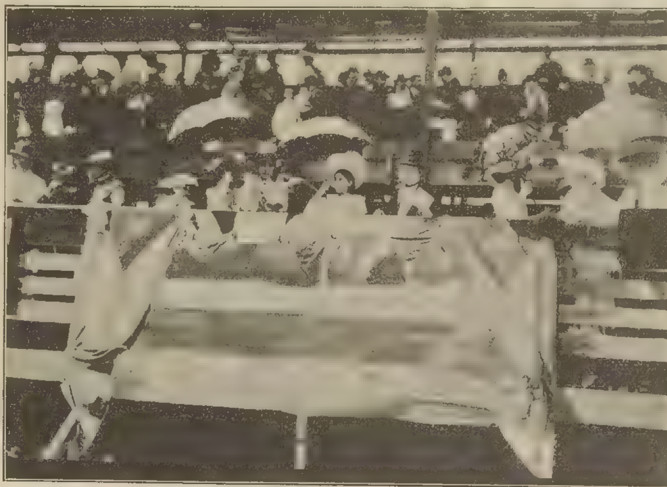
Recientemente un cultivador americano, M. R. N. Bunn, ha explicado en la revista *Forest and Steam* la destrucción del rebaño del Norte, demostrando que no es por entero imputable al hombre, sino que en buena parte se debe también á la naturaleza; y preciso es confesar que hay algo de verdad en esta afirmación. En efecto, después de la destrucción del rebaño del Sur que habitaba la región más favorable, la especie no podía continuar existiendo sino á condición de que el rebaño del Norte, expuesto á un clima riguroso, fuese protegido. Ahora bien, un invierno espantoso, el de 1880 á 1881, completó el mal empezado por el hombre: el frío fué intenso, pero peor fué la nieve, que cayó en abundancia de enero á mayo, cubriendo toda la vegetación y reduciendo, por consiguiente, al hambre á todos los herbívoros. En estas condiciones, los bisontes habían de perecer en número considerable.

M. Bunn ha encontrado posteriormente grandes montones de esqueletos y ha tenido la curiosidad de examinar estos restos, habiendo podido comprobar el hecho de que entre 200 de aquéllos sólo uno presentaba la señal de una herida, una punta de flecha clavada en el omoplato. Era, pues, evidente que esos animales no habían sido muertos por los cazadores, sino que habían perecido de frío.

En el Dakota y en el Manitoba los fríos son terribles; los *blizzards*, temporales de nieves, son allí muy frecuentes, y no se necesitaba tanto para matar á los pobres animales. Iban éstos de un lado á otro en busca de la hierba que les ocultaba la nieve y del agua, que tampoco encontraban, hasta que al fin fatigados se juntaron, no en los lugares de costumbre, sino en los pocos sitios en que un grupo de árboles ó un talud les ofrecían algún abrigo, y allí perecieron de hambre, de sed y de frío. Eran tal vez 20 millones, dice M. Bunn, y todos han desaparecido. Pero no es solamente en el Dakota y en el Manitoba en donde la nieve ha exterminado el bisonte; también murieron muchos en el valle del Saskatchewan; pues cuando se construyó la línea del Canadá al Pacífico, los ingenieros encontraron allí por término medio 5.000 esqueletos de bisontes por milla cuadrada.

Desde el momento en que el bisonte fué empujado hacia el Norte, el animal estaba perdido; la naturaleza había de exterminarle, pues no estaba en condiciones de resistir los grandes fríos; pero no hay que olvidar que fué el hombre quien le envió á morir, obligándole á refugiarse en la parte Norte de los Estados Unidos. De modo que aun reconociendo que la tesis de M. Blunn es muy defendible, la responsabilidad de la extinción de la especie recae por entero sobre los norteamericanos, no pudiendo éstos alegar circunstancias atenuantes de su conducta.

ENRIQUE DE VARIGNY.



ISLA DE CUBA. – EL RECORD DE LAS 100 MILLAS EN AUTOMÓVIL, DESDE LA HABANA Á SAN CRISTÓBAL
EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA SR. ESTRADA PALMA Y SU FAMILIA PRESENCIANDO DESDE LA TRIBUNA LOS ENSAYOS DE LA CARRERA. (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

Crónica de la guerra ruso-japonesa

Desde el 23 de febrero último se está librando un empeñado combate en el extremo del ala izquierda rusa. Después de algunas escaramuzas sin importancia efectuadas el 21 y el 23, los japoneses dirigieron un violento ataque contra las posiciones rusas que defienden los desfiladeros que conducen á la encrucijada de Tsing-Che-Tcheng; las avanzadas rusas hubieron de replegarse ante la superioridad numérica de los nipones, pero éstos no consiguieron apoderarse de las posiciones principales, siendo rechazados en sus varias tentativas para apoderarse de la colina Beresnef. El 24 repitieron el asalto, apoyados por numerosa artillería, trabándose un sangriento combate en el que la bayoneta desempeñó gran papel y logrando al fin los asaltantes apoderarse de la citada colina. El 25 continuaron los japoneses su movimiento de avance, y después de un combate más violento que todos los anteriores, los rusos, amenazados de verse envueltos en su flanco izquierdo, se retiraron por el desfiladero de Taling y los japoneses ocuparon la encrucijada de Tsing-Che-Tcheng. El 26 y el 27 continuó la lucha, y aun cuando no se tienen todavía, en el momento en que escribimos esta crónica, noticias detalladas de la misma, parece que los japoneses llevan la mejor parte.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Soldados rusos en Huantchau. (De fotografía.)

Estos combates han hecho suponer á algunos que había comenzado la tan esperada batalla general y que Oyama había logrado llevar felizmente á cabo el movimiento envolvente del ala izquierda rusa; pero por ahora tales suposiciones pueden ser calificadas de gratuitas, porque si el generalísimo japonés hubiese querido realizar aquella operación, habría ésta ido acompañada de un ataque general en toda la línea. En efecto, intentar envolver á los rusos por su ala izquierda sin haberles antes obligado á conservar sus fuerzas en el frente; en otras palabras, dejarles toda la libertad de acción mientras se ejecuta un movimiento ya de suyo peligroso y complicado, habría sido una falta grave en que seguramente no habrá incurrido el general Oyama, que tantas pruebas tiene dadas de su talento y previsión militares.

De todos modos, grande ó pequeño, es indudable que los rusos han sufrido un nuevo descalabro, en el que llama la atención que contando en conjunto con fuerzas muy superiores á las del enemigo, según los datos que tomándolos de un periódico ruso publicábamos en nuestra última crónica, en todas las posiciones en donde han sido atacados se han encontrado en notable inferioridad numérica respecto del adversario; y si bien esta inferioridad resulta natural en los primeros momentos, pues el agresor escoge para su ataque las posiciones que le parecen más débiles y se lanza contra ellas con todos los elementos necesarios, no lo es tanto cuando la lucha da tiempo más que suficiente, como ha sucedido en estos últimos combates, para enviar auxilios á los que se ven agredidos. Esta cuestión del número es una incógnita que nadie acierta á explicarse: los rusos han dicho siempre oficial ú oficiosamente que tenían en la Mandchuria más fuerzas que los japoneses; y sin embargo, á cada batalla que han librado han dado oficialmente también como razón de su retirada la superioridad numérica de los nipones.

La comisión internacional ha emitido ya su dictamen sobre el incidente de Hull, que ha sido redactado por el presidente y por los comisionados austriaco y norteamericano. Las conclusiones del mismo demuestran que de haber obrado con alguna más sangre fría, las dos naciones directamente interesadas habrían podido llegar desde un principio á una inteligencia sin necesidad de recurrir á la intervención de las demás potencias. En efecto, Rusia expresó desde el primer momento á Inglaterra su sentimiento por el incidente lamentable y se ofreció espontáneamente á indemnizar con largueza á las víctimas. El gobierno inglés, si hubiese podido obrar con independencia, habría de seguro aceptado las explicaciones y los ofrecimientos de Rusia; pero empujado por la opinión pública de su país y obligado á dar satisfacción al jingoísmo de una notable fracción de sus propios partidarios, hubo de mostrarse más exigente y de reclamar el castigo de los culpables. Ahora bien: Rusia no podía castigar á sus oficiales sin escucharlos, y después de haberlos oído se negó á imponerles una pena, tanto más cuanto que afirmaban haberse encontrado en el caso de legítima defensa. Entonces, cuando la discusión amenazaba degenerar en conflicto, del que podía salir una terrible conflagración universal, los dos gobiernos, gracias á la intervención francesa, resolvieron recurrir á un procedimiento nuevo instituído por la conferencia de La Haya, y en 25 de noviembre último tomaron el acuerdo en virtud del cual se reunió en París la comisión informadora.

Y los trabajos de esta comisión han dado por resultado casi lo mismo que desde un principio ofrecía Rusia. El informe determina, en efecto, que si bien no debe imputarse falta alguna á los pescadores ingleses, «que llevaban los fuegos reglamentarios y pescaban conforme á las reglas usuales,» el almirante ruso tenía motivos para tomar precauciones excepcionales á causa de las advertencias que había recibido del gobierno.

Sobre el hecho de los disparos dice el dictamen: «La mayoría de los comisionados declara que carece de elementos concretos para conocer contra quién dispararon los buques rusos; pero los comisionados reconocen unánimemente que los barcos de la escuadrilla de pesca no realizaron ningún acto de hostilidad, y la mayoría opina que no había entre los pescadores ni en aquellas aguas ningún torpedero y que, por consiguiente, no era justificable que el almirante Rodjestvenski mandara hacer fuego. El comisionado ruso, estimando que no puede compartir esta opinión, manifiesta el convencimiento de que los buques sospechosos que se aproximaron á la escuadra con propósito hostil, fueron los que provocaron el fuego.»



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Ingenieros rusos abriendo trincheras en Erdagán. (De fotografía.)

Los agentes ingleses habían declarado que la conducta del almirante ruso había sido inhumana, que había prolongado inútilmente el cañoneo y que nada había hecho para socorrer á los barcos alcanzados por sus proyectiles. Acerca de esto dice el dictamen:

«La duración del tiro de estribor, aun colocándose en el punto de vista de la versión rusa, fué, en concepto de la mayoría de los comisionados, más larga de lo que parecía necesario. En cambio esta mayoría entiende que no posee datos bastantes respecto de la continuación del tiro por babor. De todos modos, los comisionados se complacen en reconocer unánimemente que el almirante Rodjestvensky hizo personalmente cuanto podía hacer, desde el principio al fin, para evitar que los pescadores, reconocidos como tales, fuesen objeto de los tiros de la escuadra.»

También estiman los comisionados que las circunstancias justifican la orden dada por el almirante



GUERRA RUSO-JAPONESA. – PUERTO-ARTHUR. – DEFENSA DE LA COLINA DE LOS 203 METROS. RESERVAS RUSAS DIRIGIÉNDOSE Á TOMAR POSICIONES. (De fotografía.)

Las reservas formadas por tiradores siberianos penetran en una trinchera. En el flanco de la colina se distinguen los trabajos de defensa construídos por los rusos. A la izquierda, en lo alto de la colina, estalla una granada disparada por las baterías japonesas.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – PUERTO-ARTHUR. – AL PIE DE LA COLINA DE LOS 203 METROS, EN LA MAÑANA DEL MISMO DÍA (30 DE NOVIEMBRE) EN QUE FUÉ TOMADA POR LOS JAPONESES. (De fotografía.)

A la izquierda se ven las tumbas de los muertos en los días anteriores. A la derecha, un soldado recoge los cartuchos de los que perecieron durante la noche antes de que los entierren en la fosa que abren otros soldados algo más lejos. El flanco de la colina está lleno de excavaciones, de las cuales unas son trincheras rusas y otras agujeros abiertos en el suelo por la explosión de los grandes proyectiles japoneses.





GUERRA RUSO-JAPONESA. - Puerto-Arthur. - Dos vistas del hospital n.° 6 que demuestran los efectos de los proyectiles lanzados por los japoneses



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El general Stoessel dirigiéndose al transatlántico «Australien» en Nagasaki. El general está sentado en primer término á proa de la chalupa



GUERRA RUSO-JAPONESA. – PUERTO-ARTHUR. – EFECTOS DEL BOMBARDEO EN UN EDIFICIO DE LA CIUDAD. (De fotografías.)

El bombardeo de Puerto-Arthur por los japoneses, que en un principio había causado muy pocos daños, produjo terribles efectos cuando los sitiadores se hubieron apoderado de posiciones bastante próximas á la plaza. El general Stoessel envió entonces al general Nogi un plano exacto de la ciudad en el que estaban señalados los hospitales, y el general japonés prometió que haría todo lo posible para que los proyectiles no llegaran hasta ellos. Sin que esto sea acusar á los japoneses de haber apuntado expresamente á los edificios en donde se cuidaba á los heridos y enfermos, hay que hacer constar que aquéllos fueron muy maltratados, según puede verse en las dos primeras fotografías de esta página.

á la escuadra de continuar sin tardanza su marcha, pero hacen esta salvedad:

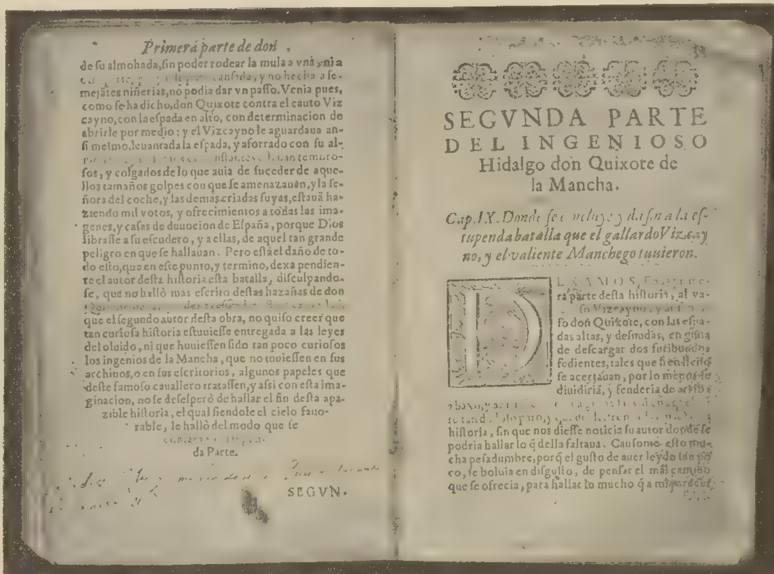
«Sin embargo, la mayoría de los comisionados lamenta que el almirante Rodjestvensky no cuidara, al atravesar el paso de Calais, de informar á las autoridades de las potencias vecinas de que habiéndose visto obligado á hacer fuego contra un grupo de barcos pescadores de nacionalidad desconocida, éstos necesitaban socorro.»

El dictamen termina con la siguiente declaración:

«Los comisionados, al terminar este dictamen, declaran que las apreciaciones en él formuladas no son, en su espíritu, de índole que pueda arrojar el menor descrédito sobre el valor militar ni sobre los sentimientos de humanidad del almirante Rodjestvenski ni del personal de su escuadra.»

Concluída la misión de la comisión internacional, falta ahora tan sólo resolver la cuestión de las indemnizaciones; pero sobre esto no habrá seguramente dificultades, porque Rusia está dispuesta á sostener y cumplir sus primeros ofrecimientos sin regatear la cuantía del sacrificio pecuniario que habrá de hacer.

El general Stoessel ha llegado á San Petersburgo, habiendo sido objeto allí como en Moscou de un recibimiento entusiasta.—R.


Primera parte de don

de ſu almohada, ſin poder rodear la mula a vna ni a
[illegible]
mejãtes niñerias, nõ podia dar vn paſſo. Venia pues, como ſe ha dicho, don Quixote contra el cauto Vizcayno, con la eſpada en alto, con determinacion de abrirle por medio: y el Vizcayno le aguardaua anſi meſmo, leuantada la eſpada, y aforrado con ſu al-
[illegible]
ſos, y colgados de lo que auia de ſuceder de aquellos tamaños golpes con que ſe amenazauan, y la ſeñora del coche, y las demas criadas ſuyas, eſtauã haziendo mil votos, y ofrecimientos a todas las imagenes, y caſas de deuocion de Eſpaña, porque Dios libraſſe a ſu eſcudero, y a ellas, de aquel tan grande peligro en que ſe hallauan. Pero eſtà el daño de todo eſto, que en eſte punto, y termino, dexa pendiente el autor deſta hiſtoria eſta batalla, diſculpandoſe, que no hallò mas eſcrito deſtas hazañas de don
[illegible]
que el ſegundo autor deſta obra, no quiſo creer que tan curioſa hiſtoria eſtuuieſſe entregada a las leyes del oluido, ni que houieſſen ſido tan poco curioſos los ingenios de la Mancha, que no tuuieſſen en ſus archiuos, o en ſus eſcritorios, algunos papeles que deſte famoſo cauallero trataſſen, y aſsi con eſta imaginacion, no ſe deſeſperò de hallar el fin deſta apazible hiſtoria, el qual ſiendole el cielo fauorable, le hallò del modo que ſe
[illegible]
da Parte.

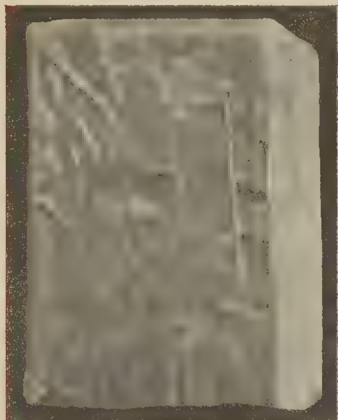
SEGVN-

SEGVNDA PARTE
DEL INGENIOSO
Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

Cap. IX. Donde se [illegible] la eſtupenda batalla que el gallardo Vizcayno, y el valiente Manchego tuuieron.

D[illegible] ra parte deſta hiſtoria, al va-
[illegible]
ſo don Quixote, con las eſpadas altas, y deſnudas, en guiſa de deſcargar dos furibundos fendientes, tales que ſi en lleno ſe acertauan, por lo menos ſe diuidiria, y fenderia de arriba
[illegible]
hiſtoria, ſin que nos dieſſe noticia ſu autor donde ſe podria hallar lo q̃ della faltaua. Cauſome eſto mucha peſadumbre, porq̃ el guſto de auer leydo tan poco, ſe boluia en diſguſto, de penſar el mal camino que ſe ofrecia, para hallar lo mucho q̃ a mi parecer

Capilla de la primera parte del «Quijote,» con anotaciones y correcciones del propio Cervantes, propiedad de D. Francisco de P. Caplin, de Valladolid. Reproducción de dos de las páginas, en una de las cuales se ve una nota escrita por Cervantes. (De fotografía.)



Capilla de la primera parte del «Quijote,» con anotaciones y correcciones del propio Cervantes, propiedad de D. Francisco de P. Caplin, de Valladolid. Aspecto del libro cerrado. (De fotografía.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Venecia.—Comienza á inspirar serios cuidados en Venecia el estado de la iglesia de San Marcos, á causa de la inclinación que se ha observado en las paredes maestras y que puede determinar el derrumbamiento de varias bóvedas y sobre todo de la cúpula central si no se emprenden en seguida obras de protección y refuerzo, que han sido presupuestas en 200.000 liras.

Munich.—El municipio de Munich ha votado por unanimidad la cantidad de tres millones y medio de marcos (4.375.000 pesetas) para la construcción de un palacio de exposiciones que se levantará en una colina de las afueras de la ciudad.

San Petersburgo.—El tsar Nicolás II ha comprado las obras del célebre pintor Weretschagin, no hace mucho fallecido trágicamente en la catástrofe del acorazado *Petropawslowshi* en aguas de Puerto Arthur, que recientemente habían sido expuestas en la capital de Rusia.

Florencia.—En la Galería de los Uffizi se procede con gran actividad á la reorganización del museo de pinturas, á fin de agrupar los cuadros de una manera metódica y de colocar las obras maestras de modo que puedan ser debidamente apreciadas. Entre las últimas adquisiciones de dicha galería merecen citarse especialmente una *Crucifixión con Santos* de grandes dimensiones, obra de Pedro Perugino y Lucas Signorelli, y una *Adoración del Niño Jesús*, de Filippino Lippi, que se considera como una de las más bellas pinturas de este maestro.

Amsterdam.—El Dr. C. J. Drukker ha hecho donación al Museo Rijks de sesenta y cuatro cuadros al óleo y acuarelas de maestros holandeses modernos.

Erfurt.—El municipio de esta ciudad alemana ha comprado por 120.000 marcos (150.000 pesetas) una casa llamada la «Casa del Bacalao,» curioso edificio de la época del Renacimiento, con lo cual ha evitado que fuese destruída, como se proponía hacerlo su propietario.

Espectáculos.—*París.*—Se han estrenado con buen éxito: en el Nouveau Theatre *Dionysos*, tragedia lírica en tres actos y en verso de Joaquín Gasquet, música de León Moreau, ejecutada por la Asociación de Conciertos Lamoureux; en el Vaudeville *La retraite*, comedia dramática en cuatro actos de Franz Adam Beyerlein, traducida del alemán por los Sres. Ramón y Valentín; en Cluny *La femme au masque*, comedia bufa en tres actos de Daniel Riche y León Marchés; y en el Athenee *Petite Milliardaire*, comedia en tres actos de Enrique Dumay y Luis Forest.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito en el Eldorado *El contrabando*, sainete en un acto de los Sres. Alonso Gómez y Muñoz S ca; y en Romea *Boca d' infern*, monólogo de don Pompeyo Crehuet.

—La Asociación Musical de Barcelona ha dado dos conciertos: en uno de ellos, con el cual se ha completado el ciclo Schumann, los Sres. Pellicer y Sánchez ejecutaron admirablemente las dos sonatas para violín y piano en *la* menor y en *re* menor; en el otro, los Sres. López Naguil, López Casals, Ribas y Raventós tocaron á la perfección el cuarteto en *sol* mayor de Mozart, el cuarteto en *do* menor de Beethoven, y el cuarteto en *la* menor de Schumann.

—En la Associació Wagneriana ha dado un notable concierto la Srta. D.ª Carlota, Campins, discípula del maestro Vidiella, ejecutando varias hermosas y difíciles piezas de Clemente, Haendel-Brahms, Schumann y Chopin, que interpretó de un modo irreprochable y le valieron entusiastas aplausos.

—En Boston (Estados Unidos) se ha cantado por vez primera en inglés la ópera de Wagner *Parsifal.*

—En Tokío se ha fundado una Sociedad-Beethoven, cuyos conciertos de música clásica alemana obtienen grandísimo éxito.

Necrología.—Han fallecido:

Mario Moceni, cardenal obispo, ex subsecretario de Estado, ex internuncio en el Brasil y arzobispo de Heliópolis.

Adelina Sergeant, notable novelista inglesa.

Juan Bartholdi, compositor dinamarqués, autor de varias óperas y operetas.

Alejandro Nicolaiewitsch Pypin, notable historiador literario ruso, autor de importantes obras sobre la historia de la literatura eslava, de la literatura rusa, de la literatura de los antiguos cuentos y novelas rusos y de la etnografía rusa, y miembro de la Academia de Ciencias de San Petersburgo.

Sir Isac Lowthian Bell, ingeniero inglés, verdadera autoridad en la industria del acero y del hierro, presidente de varias corporaciones científicas.

Dr. Alfredo Gotthold Meyer, historiador de bellas artes alemán, ex profesor de la Escuela de Bellas Artes y de la Escuela Superior Técnica de Berlín, autor de importantes obras sobre los sepulcros venecianos del prerrenacimiento, sobre los monumentos lombardos del siglo XIV, de una *Historia de las formas del mueble*, etc.

Sir Erasmo Ommaney, decano de la marina de guerra inglesa, segundo comandante que fué de la expedición organizada para ir en busca de la de Franklin.

Dr. Jorge Sauerwein, alemán, uno de los más famosos filólogos de la actualidad que hablaba y escribía á la perfección cincuenta idiomas y dialectos, antiguos y modernos.

Dr. Guido Bodlander, eminente químico alemán, inventor de varios aparatos, entre ellos del gasbaroscopio y del gasgravitmetro.

Julio Dillens, escultor belga, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Bruselas.

Francisco Schönthaler, escultor austriaco, autor de muchas esculturas que adornan los principales templos, palacios y edificios públicos de Viena.

Tomás Jorge Baring, conde de Northbrook, político inglés, que fué ministro de Marina, subsecretario de la India y del ministerio de la Guerra, virrey de la India y miembro de la Cámara de los Lores.

Valentín Prinsep, pintor y autor dramático inglés.

Dr. Carlos Mercklin, botánico ruso, de origen alemán, ex profesor de la Academia Médico-quirúrgica de San Petersburgo y miembro de la Academia Rusa de Ciencias.

Dr. Emilio Szanto, arqueólogo austriaco, profesor de Arqueología clásica de la Universidad de Viena y autor de notables obras sobre antigüedades griegas.

Dr. Federico Mauricio Brauer, eminente zoólogo austriaco, profesor de la Universidad de Viena y del Real Museo de Historia Natural y director de este último.



El príncipe heredero de Alemania en Florencia, comprando flores para su prometida la duquesa Cecilia de Mecklenburgo

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El jardín presentaba el aspecto triste y grotesco de las fiestas terminadas, que al lado de los esplendores siempre frescos y nuevos de la aurora, resulta más lamentable y más ridículo.

Los esqueletos de los fuegos artificiales se destacaban, secos y negros, sobre el delicado azul del cielo, y los faroles venecianos apagados pendían, hechos jirones, de las ramas de los árboles.



Pedro estaba sentado, preparando una gruesa vara

Aquellas fealdades de la agitación humana hacían daño á Lina, y á la joven le halagó de repente la idea de estar tranquila lejos de las cosas vanas, paseándose por la arena virgen ó por la selva intacta...

Se puso de prisa un vestido de franela blanca y lisa, encasquetóse sin mirarse al espejo un sombrerillo marinero, y con guantes y sombrilla bajó y salió de la quinta.

Al pasar la verja se encontró de manos á boca con Pedro.

—¿De dónde sale usted?

—Y usted, ¿adónde va?

—Vengo de pasearme.

—Pues yo voy...

—Me dan ganas de continuar...

—Véngase usted conmigo...

Y por primera vez este año, volvieron á la costumbre del anterior é hicieron, sin consultarse, el mismo camino... Pronto encontraron la casa cerrada como una fisonomía muerta, y el jardín exuberante y desolado como un cementerio cargado de flores por una tierra demasiado alimentada...

La hora exquisita de la mañana les pareció idéntica en su evocación á la hora maravillosa de la tarde del otro año, porque su emoción presente era igual á la de su recuerdo.

Por un mismo sentimiento no se detuvieron allí y pasaron de largo; pero en el secreto de su corazón, Lina encontró dulce que los dos tuviesen allí una memoria común y desconocida para todos.

Como la joven no quería hablar de sí misma y no se atrevía á hablar de él, habló de los que los dos amaban.

Al verlos así, jóvenes y bellos á la luz de la mañana, hubiérase creído que estaban viviendo una hora de amor, una hora inolvidable de ese *egoísmo de dos*, como le ha llamado un gran escritor de paradojas, y á su paso, los ojos de los solitarios los envidiaban... Pero aquella hora no les pertenecía, puesto que se la daban generosamente á los demás.

Lina, más sutil que Pedro, podía recordar con amargura que siempre había sucedido así entre ellos.

Sin embargo, Lina iba consiguiendo domar esa amargura, y aunque la sentía removerse en el fondo de su corazón, podía ya tenerla oculta, gracias á ese imperio interior que sólo las almas fuertes pueden conocer, pero que no conocen nunca sin lucha.

A Pedro le gustaba aquella transformación de Lina y la encontraba así más femenina y más próxima... ¡Oh ironía! A medida que ella conseguía disimular los verdaderos movimientos de su corazón, más la creía Pedro natural con él y más se le aparecía como una mujer excepcional y como una compañera exquisita y capaz de proporcionar todas las dichas. En aquella mañana, admiraba también más su belleza, exenta de los refinamientos del arte y del lujo, y apreciaba más la vivacidad de su inteligencia, y lo que era más raro, su corazón sin sombras mezquinas. Pero al lado de esas apreciaciones justas, Pedro llevaba en él otra imagen á la que nunca había pensado juzgar, porque *la amaba*...

Oía á Lina hablarle de Raimundo y comprendía que era su hermano el que había visto sentado á su lado en el banco del jardín. Se lo preguntó y ella le dijo que sí. Pedro, entonces, exclamó riéndose:

—Creí que era alguno de sus adoradores de usted... ¡Son una nube!.. ¿Y no hay ninguno entre ellos que le agrade?..

—Ni uno.

—Pero ¿qué va usted á hacer cuando su padre se case?

—No lo sé... Dejemos eso; es fastidioso pensar en el porvenir... Además, la «forjadora de proyectos» no existe ya en mí; usted la ha hecho desaparecer, «hermano razonable.»

Lina consiguió reirse y siguió diciendo:

—¡Tiene usted una calma asombrosa! Ayer le miraba á usted y parecía que todo lo que le decían se refería á otro... En fin, hable usted... ¿Está usted contento?

—Sí, lo estoy...

Lina repitió remedándole:

—¡Sí, lo estoy!.. Supongo que ahora dejará usted la oficina, esa tarea angustiosa...

—Sí, probablemente; creo que puedo dejarla sin que sea una locura... Tengo ya ocho encargos y la vigilancia me ocupa mucho tiempo...

Lina preguntó con voz vacilante:

—¿Y usted *también* se decide á mudarse de casa?

—No..., el que se mudará será Raimundo...

—¿Cómo es eso?, dijo Lina sorprendida, sabiendo que aquellos hermanos eran inseparables.

—Sí, lo he pensado bien... Creo que el pobre Raimundo está un poco cansado de que vivamos juntos tanto tiempo... No tiene bastante libertad y yo he sido, sin quererlo, como las madres que no quieren admitir que sus hijos se hagan hombres y acaban por molestarles, las desgraciadas, por querer cuidarlos demasiado... Raimundo me querrá más, acaso, cuando no estemos juntos...

Pedro seguía sonriendo, pero con una sonrisa muy triste.

—Hace mucho tiempo, siguió diciendo, que he pensado en eso, pero hay que ser rico para sostener dos casas... Ahora, por fin, lo veo posible... Le instalaré en octubre y verá usted cómo está más contento, más tranquilo y trabaja mejor encontrándose *en su casa*...

—Pero... usted..., ¿se va usted á quedar solo?..

—Sí... ¿No soy bastante grande para no necesitar compañía?

Y Pedro, riéndose, erguía su alta estatura de atleta.

Lina le miraba sin responderle.

Ella también viviría sola en un rincón cualquiera, pues Julieta se volvía á su casa en el otoño. Lina sintió contra la vida, esta vida estúpida y miserable, una rabia impotente, inmensamente humana.

Estaban en pleno bosque; sus pasos eran amortiguados por la espesa alfombra de hojas de pino que cubría la tierra, y los dos *oían el silencio*, esa prodigiosa respiración vegetal que late como un pulso en las grandes soledades; corazón enorme de la naturaleza, que oprime y arrebata al pobre corazón humano; encanto que se apodera de dos criaturas en pleno amor ó en plena desgracia y les produce la misma emoción sagrada é inefable. Lina y Pedro, que no eran indiferentes, experimentaron más vivamente esa emoción y pasaron por ese minuto terrible y delicioso en que el alma se escapa presa de mil torturas y de mil embriagueces.

¡Ah! ¿Podría Lina no confesarle ahora la palabra eterna? Le veía débil, desarmado, y á pesar de su aparente valor, desolado ante la existencia solitaria... Además, su instinto femenino advertía á la joven que nunca le había parecido tan encantadora como aquel día... Ningún momento mejor para sorprenderle y—¿quién sabe?—para conquistarle... ¡Ah! No tenía más que ceder, sencillamente, á la tormenta interior, y á sus inevitables preguntas, responder..., responder la ardiente verdad.

La confesión de un amor sincero no es nunca indiferente al que es objeto de él... Y en fin, ¿qué importaba lo que Pedro podía pensar ni lo que sucedería *más tarde*? Que oyese una vez aquella confesión..., que supiera..., y que acabase alguna vez la pesada, la horrible miseria del secreto... Entre tanto el minuto se cernía, rápido é infinito, como un pájaro voraz... Su sombra caía sobre Lina, que no se detenía, que no hablaba... Pedro fué el que se detuvo y la miró sonriendo y como atento á algún sonido lejano..., y ella se quedó inmóvil, desfallecida, con los ojos velados... ¿Sería Pedro amado jamás como en aquel minuto?.. ¡Y él no lo sabía!..

Nunca ya debía saberlo... La sombra se desvaneció, lenta é invisible, en la claridad maravillosa de la mañana.

Lina no hablaría... La joven respiró profundamente... Pedro le dijo:

—¿Oye usted algo, verdad? Es el mar; se le oye desde aquí..., estamos muy cerca.

—Sí..., respondió ella inconsciente.

Dieron unos pasos, y como si se hubiera descorrido la cortina de la frondosa espesura, vieron, en efecto, el mar con sus destellos de oro y de plata bajo un cielo deslumbrador. Cuando estuvieron al lado del Océano, en la arena de la playa, Pedro observó que Lina estaba muy pálida.

—Este paseo, dijo, es muy cansado para usted; soy un estúpido por no haberlo pensado... Después de la velada de anoche... Y apuesto á que ha salido usted en ayunas...

Lina le dejó creer que su palidez provenía de la debilidad.

Después de un rato de descanso, se volvieron por el estrecho sendero que recorre la costa hasta llegar á lo más alto de las rocas. El mar estaba alto y mordía el acantilado con un grito incesante y dulce como una llamada.



—¿[illegible] de dónde sales así, sin avisar?.. ¿Dónde está Rosita?

Lina se acercó al borde de aquel precipicio cortado á pico y de una profundidad de treinta metros.

—¡Está alto!.., dijo.

Y añadió:

—El otoño último se arrojó por aquí un hombre...

Pedro estaba sentado, preparando una gruesa vara que quería dar á la joven para que se apoyase al andar.

Lina dijo de pronto:

—¡Es raro!.. ¡Todo da vueltas!..

El joven la oyó y un instinto inconsciente le hizo levantarse de pronto é ir á ella con un espanto inexplicable para arrancarla á aquella contemplación... Pero Lina retrocedía ya, llena de desprecio de sí misma y avergonzada de una ligera cobardía que le había hecho desear, por un segundo, el *accidente* que liberta...

—¡No es nada!.., dijo; un pequeño mareo... Ya se me pasa...

Se echó en la hierba, con la cara sobre el brazo replegado. Por sus párpados cerrados pasaron muchas imágenes y muchos pensamientos, como en una hora suprema, y Lina, muy lúcida, comprendió *que todo había acabado,* no esperó más y renunció.

Se estremeció al pensar en la tentación pasada... Ganarle por la piedad y por sorpresa, era indigno de ella... y de él. No era así como le quería... Comprendía que Pedro la amaba *como amigo,* como amigo *nada más,* y quiso reivindicar alta y dignamente aquel *nada más* y guardarle para siempre...

Levantó la cabeza, sonrió y su mirada dejó de dirigirse al ancho espacio... Acababa de divisar el puerto después de la tumultuosa travesía, y aunque le parecía estrecho, obscuro, monótono y nada semejante á la magnífica bahía en que hubiera querido abrigar su ensueño, era seguro y podría tener en él alguna dicha.

Sintió agonizar dulcemente su violenta juventud, en la que se rompían con violencia las ondas impetuosas del deseo... Estaba triste, pero su tristeza no carecía de dulzura... Se estremeció al oir á Pedro, que decía mirando también al ancho mar:

—¡Si usted supiera cuántas veces he soñado con estos inmensos horizontes cuando trabajaba en mis planos entre cuatro paredes sin aire y sin luz!.. No puede usted figurarse lo que eran para mí aquellas hojas de papel... Por ellas, me iba lejos, por el inmenso mar, embarcado ya en los bajeles todavía no construídos... Y cuando pasaba un día sin que hubiera podido adelantar mi trabajo, era yo tan desgraciado como si una avería hubiese retardado mi viaje imaginario. Y ahora, añadió, que parece que *he llegado,* estoy en realidad más lejos que nunca del puerto...

Lina se estremeció. Aquel pensamiento igual al suyo era para ella un rudo golpe. Pedro añadió:

—En fin, dicen que soy buen piloto y acaso podré realizar los viajes de los demás mejor que el mío...

—¡Ah! ¿Usted también tenía ilusiones?, murmuró Lina.

—¡Silencio!.. ¡No lo diga usted!.., respondió Pedro sonriendo.

III

ERRATAS DE IMPRENTA... Y OTRAS

—Pero, pobre amigo, aquí hay una enorme...

—¿Una qué?

-Una errata... Se le escapan á usted todas.

—Y tú también, Lina, dejas escapar algunas, dijo Julieta riendo.

—Es posible... Tú eres, en cambio, una correctora admirable... Pero Raimundo prescinde de ellas con una tranquilidad ciega é imperdonable... Vaya, deje usted eso..., no sirve usted para nada...

Y regañona y cariñosa, Lina le quitó un paquete de pruebas y volvió á empezar con Julieta el fastidioso trabajo.

Raimundo quiso excusarse.

—Como usted comprende, yo veo lo que he querido poner, lo que he puesto, y esto prueba que en realidad se lee menos con la vista que con...

¡Silencio!, exclamó Lina tapándose los oídos; déjenos usted, al menos, trabajar. Váyase usted á aquel rincón, coja un libro y estése tranquilo.

Hacía una semana que esta escena se renovaba todos los días en el estudio. Lina, Julieta y Raimundo se reunían para corregir las pruebas del primer libro del joven..., ese primer libro, del que guarda siempre el escritor un secreto y particular recuerdo por las emociones nuevas que le ha proporcionado y que han creado un vínculo entre él y el público.

Al leer lenta y minuciosamente la corta novela de Raimundo, Lina estaba satisfecha.

El joven había trabajado mucho, Lina lo sabía, y hubiera podido recordar una por una las horas, ya difíciles, ya agradables, que Raimundo había pasado al confeccionar aquellas páginas.

En aquellos cuatro meses había comprendido su carácter débil é infantil, que necesitaba someterse á una inteligente dirección, pero que tenía su compensación en una inteligencia extrañamente sutil y compleja.

Sin la sugestiva energía de Lina, Raimundo hubiera pasado el otoño y el invierno en la misma inacción intelectual de hacía algunos años.

Lina le había obligado á canalizar su pensamiento, y después de unas semanas de trabajo premioso y difícil, lleno de raspaduras y de enmiendas, que había cansado á la pobre Lina más que á él, había entrado de pronto en un período de producción neta y firme, en el que las palabras sonaban á su oído cual las notas de la escala musical para producir una frase armoniosa como se da un acorde justo.

Los primeros ensayos de colaboración entre él y Lina no habían dejado de ser ruidosos.

Aunque conquistado enteramente por la dominación de Lina, resistía en él aún el amor propio de artista, y Raimundo defendía su gusto y su manera. Pero la joven había al fin vencido y el estilo de Raimundo resultaba ya firme, fluido y lleno de claridad.

Lina había también convencido á Raimundo del encanto profundo de los asuntos sencillos, y en aquella novela había el joven tratado una historia muy trivial con gran sentido de análisis y de poesía.

Pedro estaba entusiasmado y orgulloso al ver que «el muchacho» se hacía un hombre trabajador é independiente...

¿Independiente?.. Lina sabía bien que nunca lo sería Raimundo. Se nace libre, pero casi nunca se llega á serlo.

Pero la joven había encontrado en aquella obra emprendida *por otro,* y sostenida por ella sin descanso, un alivio personal inesperado.

¿Quién ha dicho que *el mejor remedio contra la tristeza es no complacerse en ella*?.. ¡Es tan cierto que se hipnotiza uno á sí mismo en la alegría como en el dolor!..

Lina no estaba alegre, pero se sentía en paz.

No tenía ya aquellas variaciones bruscas, y casi siempre seductoras, de humor que la hacían inaccesible á la mayor parte de las personas. Se estaba volviendo más dulce y más «igual,» como decía Pedro, á lo que ella respondía:

—Es que me voy haciendo vieja. Además tengo que volverme seria y juiciosa, ahora que voy á vivir sola...

Porque, en efecto, Morel se había casado en diciembre y Lina estaba pasando su última temporada de «muchacha,» como ella decía bromeando, en el hotel del bulevar Pereire, mientras la «joven pareja,» como también decía ella, hacía un viaje por Córcega.

Había hablado de esto muy seriamente con su padre, que empezó por no querer oir hablar de semejante determinación por multitud de razones sociales y de mil clases. Pero Lina le había respondido muy tranquila:

—Hasta ahora, querido papá, no te han estorbado gran cosa las conveniencias ni los prejuicios, y no será para mí menos normal y conveniente vivir sola que haber vivido como lo he hecho, siempre sola en París y con una casa abierta en Royán...

Morel había tenido que aceptar y la de Sorgue le había incitado vivamente á ello. En fin, Lina había respondido á sus últimas y débiles objeciones:

—Si fuese huérfana y sola, tendría que conformarme con una vida solitaria y difícil. Si diese lecciones, si...

Pero Morel había encontrado *bufa* é inverosímil tal suposición en *su hija,* en la bohemia y original de su hija...

—¡Tú estás loca!.. Sabes muy bien que nunca te faltará dinero...

Lina no estaba tan segura.

Conocía á su futura madrastra unos ávidos y brillantes colmillos y sabía que su padre no tenía nada de económico. Pero había heredado de él el mismo pródigo descuido y no se ocupó en arreglos de intereses ni discutió la renta, muy inferior á sus gastos habituales, que le fué señalada.

* * *

Eran las siete. Julieta, Raimundo y Pedro, que habían ido á buscarla de parte de Margarita, acababan de marcharse.

Lina se había excusado para no aceptar la invitación de Margarita, rodeada aquel día en su estudio por unos cuantos amigos y artistas que habían ido á ver su cuadro antes de enviarlo al Salón.

Aquel año era un paisaje de bosque, poema de oro, de sombra y de luz, en el que se afirmaban sus cualidades y se revelaba la flexibilidad de su talento.

—¿Quién hay?, había preguntado Lina.

Y Pedro había respondido:

—Los conozco á todos: Morrere, Armand...

—¿Cuál? ¿El periodista?

—Creo que sí...

—¡Hum!..

Lina hizo una mueca.

—Los dos Rivaz...

—No los conozco...

—Sí, dijo Raimundo, esos hermanos que escriben...

—¡Oh! Hay tantos... Después de los Goncourt, esto es el triunfo de la familia en la literatura... Me extraña que ustedes no trabajen también en complicidad... Uncidos los dos, sería una linda cosa...

—¡Dios me libre!, dijo Pedro riendo... Ya sabe usted que yo no tengo imaginación...

—Sí, lo sé..., dijo Lina entre dientes; y añadió:

—Doy á ustedes las gracias, pero digan á Margarita que no puedo ir esta noche... No, hay allí demasiada buena sociedad y yo, que hoy me siento un alma de anarquista, daría algún escándalo... Vaya, márchanse ustedes todos..., que yo no los vea más... ¡Fuera de aquí!..

Y se había quedado sola. En el fondo, estaba un poco molesta con Margarita. Ésta no olvidaba lo que le debía y se mostraba con ella muy afectuosa, pero esto mismo impedía á Lina el mezclarse en sus asuntos y al mismo tiempo no le parecía bien la sociedad fácil y poco escogida que rodeaba á su amiga.

Sabía que el vivir en familia daba á la poca precaución de Margarita un carácter respetable; pero no podía aprobar aquella tendencia.

Además Lina, por un sentimiento de verdadero amor, guardaba rencor á Margarita por la pena que su modo de obrar causaba á Pedro. Aceptaba que no fuese suya, pero no podía soportar que le hiciese sufrir...

En el profundo silencio de la casa, á aquella hora cercana de la noche, Lina sintió de pronto un movimiento inusitado... Asombrada, se asomó á la puerta del estudio, y al levantar la cortina de la antecámara, muy obscura, se encontró con su padre.

—¡Tú!, exclamó.

Y se abrazó á él con expresión cariñosa, feliz al volverle á ver. También dió á su abrazo un sentido más profundo y más dulce que de costumbre. Pero, casi en seguida, Lina pensó en *la otra,* en la extraña.

—¿Pero de dónde salís así, sin avisar?.. ¿Dónde está Rosita?

—¿Rosita?, dijo Morel entrando en el estudio afectuosamente abrazado á su hija. ¿Rosita? Está en Marsella... ¡Uf! Qué cansado estoy...

Lina no hizo más preguntas, acostumbrada hacia mucho tiempo á las cosas imprevistas de su padre; pero cuando le vió á la luz, no pudo menos de inquietarse.

La edad real y todos los atrasos de una existencia locamente gastada se marcaban brutalmente en los ojos, en las sienes, en la expresión de la cara y en el decaimiento de los hombros y de la estatura. No había ya que tener dudas sobre el color del bigote, y la onda victoriosa de sus cabellos parecía la cresta desplumada de un pájaro enfermo...

Lina, que conocía bien á su padre, sabía que no tardaría mucho en ponerle al corriente de sus desilusiones.

Y en efecto, después de comer, ya descansado y visiblemente satisfecho de encontrarse en su casa, Morel empezó, por alusiones directas y frases truncadas, el relato de su viaje de boda...

No se quejaba abiertamente de su mujer; pero Lina podía ver, como en el desfile de cuadros de un cinematógrafo, el estado actual del matrimonio.

Aquellos dos profundos egoísmos se habían encontrado en un choque deplorable.

Mientras ella le tuvo bajo el encanto inaccesible de su belleza, Morel había disimulado su verdadera naturaleza de eterno capricho; pero en el momento mismo en que Rosita le creía domado y cautivado, Morel se había resistido á tal dominación, una vez realizado su deseo.

Pero ya estaba entonces bien cogido. Su mujer había mostrado unos celos fingidos, y por esto mismo más tiránicos; y para colmo de desgracia, Morel había descubierto que no era nada inteligente. Tenía cierto refinamiento del gusto; pero, fuera de esto, se mostraba de una comprensión difícil.

El despecho de Morel fué grande, y Lina pudo adivinar cuántas veces había ya echado de menos su hermosa libertad, combinada con el encanto intermitente, y siempre á su disposición, de un hogar donde encontraba en su hija todas las seguridades y todos los orgullos, sin haberse nunca tomado la molestia de las responsabilidades.

Como todos los egoístas tiernos, apreciaba muy vivamente la abnegación generosa y la zalamería delicada de los demás.

Dos ataques al hígado muy mal cuidados en el hotel y ni bien ni mal cuidados por Rosita, le hicieron echar de menos con más pena la existencia que había hecho la tontería de perder.

¡Era Lina tan deliciosa enfermera! ¡Y tan jovial!..

El recuerdo de su hija le enternecía más que en otro tiempo su presencia, y aprovechando la estancia en Marsella del hermano de su mujer, los había dejado solos y venídose á París por el primer rápido, con la alegría astuta de un muchacho que se escapa de una tutela...

Hablando de su cuñado exclamó:

—¡Ese es otro!.. (No precisó quién era *el uno.)* Bien se ve que el dinero no le cuesta nada... Venía de Monte Carlo, y mucho me extrañará que no sea Rosita, es decir, yo, quien pague su mala suerte...

Y Morel fumaba voluptuosamente y á pequeñas chupadas un magnífico cigarro: puf..., puf..., puf...

Lina, al corriente ya del estado de ánimo de su padre, no pensaba en sacar partido de su tardía victoria..., pero pensaba qué dichoso hubiera sido en otro tiempo descubrir en él al hombre que *tenía necesidad de ella* y se lo hacía ver... Ahora era ya tarde.

Para distraerle de aquellas ideas, Lina le contó todo lo que había ocurrido alrededor de ella en aquellos tres meses, y Morel la escuchó con visible interés. Le dijo, por último, que Margarita recibía aquella noche y le describió con gracia los nuevos «tipos» que la rodeaban.

—¿Esta noche?, dijo Morel sacando el reloj. Oye, ¿quieres que vayamos? Una buena sorpresa para Julieta... No son más que las once y está muy cerca...

—¿Pero no estás cansado? Después del viaje...

—No, y eso me distraerá... Anda, ¿vienes?

Y en efecto, con la movilidad maravillosa de esas naturalezas prontas y cambiadizas, parecía rejuvenecido por la idea de ver á «aquella linda Margarita» y á su «pequeño poeta decadente,» como llamaba á Julieta, y al pensar lo que gozaría Margarita al verle llegar *á su casa,* íntimo y amable. Tenía Morel la ciencia de la seducción, inconscientemente y sólo por el deseo de agradar, y así agradaba siempre.

Dos horas después y mientras Morel, sentado al piano, tenía en un silencio hipnótico á todos los «tipos» descritos por Lina, ésta dijo á Pedro por lo bajo, señalando con la vista á su padre:

—¡Eh! ¿No le parece á usted que yo también tengo «un muchacho?»

Y su ternura indulgente y risueña casi arrancaba lágrimas á Lina. Pero Pedro parecía presa de una nueva preocupación, y como no sabía disimular, en el tono con que respondía á sus preguntas «No tengo nada,» comprendió Lina que se trataba de una cosa grave.

Pero no era posible hablar en medio de las conversaciones y de las risas que llenaban el estudio.

Al salir, dijo Morel á su hija:

-¿Pero qué me decías? Todas esas personas son encantadoras... Morrere, los Rivaz..., gente que vale... Morrere tiene un talento enorme como crítico de las costumbres actuales, bajo su forma suave...

—Sí, papá, pero ¿y Arnaud?

—¿Arnaud? Y bien, ¿qué tiene Arnaud? ¡Pobre diablo! No hables mal de él... Ha pasado en tiempos una gran miseria...

—Y ahora tiene mala intención...

No, no... Solamente tiene memoria y *se acuerda*...



—¡Tú sufres, mi pobre Raimundo!

—¡Oh! Cállate..., dijo Lina sublevada por la cólera que siempre le producían las *maldades* admitidas é indignada al ver á su padre siempre indulgente para ellas.

Pero Morel se cogió de su brazo, muy amable, y dijo:

—Vamos..., no te enfades .., no quiero que discutamos...

El padre y la hija volvieron muy lentamente, pues aquella noche de marzo estaba tibia y hermosa. El blanco raudal de la luna repartía su luz, fluida como el agua, por las altas y negras casas y por las anchas y desiertas aceras. Morel siguió diciendo:

—Esa Margarita es asombrosa... Es lista la tal muchacha... Ya ha sabido crearse un círculo, y nada vulgar... Es asombrosa..., asombrosa...

Y mientras repetía distraídamente esa palabra, su pensamiento volvía á tomar posesión de las costumbres interrumpidas y á formar planes para el día siguiente, dichoso de nuevo y más joven que nunca.

—¡Ah, mi pequeña Lina!, exclamó; ¡qué contento estoy de encontrarme en mi viejo París!..

Y más rápida que la reflexión, se le escapó esta frase de cándida franqueza:

—¡Qué estúpida idea la de casarme!.. ¿No es verdad?..

Y hubiera sido difícil persuadirle de lo cómica que era aquella confesión hecha á su hija.

***

La preocupación de Pedro había, sin duda, aumentado durante la noche, porque al día siguiente á mediodía parecía profundamente abatido, solo en su comedor, siempre idéntico con su papel verde, sus muebles obscuros y su butaca Voltaire al lado de la chimenea.

Sentado á la mesa, con la frente entre las manos, Pedro estaba enteramente inmóvil y, cosa más rara, ocioso. La mesa estaba puesta con dos cubiertos. Un poco después de las doce, sonó la campanilla y entró Raimundo.

Con ser el joven tan blanco y delicado, parecía aquella mañana menos pálido que su hermano, y Pedro notó en seguida que los ojos del «muchacho» evitaban el encontrarse con los suyos.

Mientras Raimundo dejaba el sombrero y el bastón en el cuarto contiguo, Pedro contuvo un suspiro. Conocía muy bien aquellos ojos que huían de los suyos y aquel aspecto astuto del que quiere substraerse á la observación...

Pedro no expresaba jamás fácilmente lo que quería y la explicación que *necesitaba* tener con su hermano era espinosa.

Raimundo se aproximó al balcón y dijo:

—Ya no hay flores aquí... y está feo.

—No..., no tengo tiempo de cuidarlas y además no estoy nunca en casa...

—¿Por qué me has dicho, entonces, que viniera á almorzar? Hubiéramos podido ir á la fonda...

Pedro creyó inútil hacerle observar que era delicado y dulce el encontrarse los dos de vez en cuando en la casa familiar, como antes, y le dijo sencillamente:

—Porque me gusta estar tranquilo...

—¡Mi pobre Pedro!, le dijo Raimundo dándole un golpecito en el hombro.

Y menudo, delgado y mucho más bajo que su hermano, el joven parecía un perrillo haciendo graciosas y audaces fanfarronadas con un grande y magnánimo terranova.

El rápido almuerzo se terminaba y la conversación tenía trazas de languidecer hasta el silencio, cuando Pedro se decidió de repente á hacerla más expansiva é interesante.

Hacía diez minutos que estaba dando vueltas á su primera frase, que quería fuese incisiva, hábil y amable al mismo tiempo.

(Continuará.)



«La nit del amor,» drama lírico en un acto de Santiago Rusiñol y música del maestro Morera, estrenado en el teatro Romea

Decoración pintada por Mauricio Vilomara

DECORACIONES DE «LA NIT DEL AMOR» Y DE «THAIS,»

PINTADAS POR VILOMARA Y JUNYENT

Nuevas muestras de sus brillantes dotes de pintores escenógrafos han dado los reputados artistas Vilomara y Junyent, con las decoraciones que últimamente ha podido admirar el público de Barcelona en el teatro Romea y en el Liceo. En *La nit del amor,* bellísimo drama lírico en un acto, letra de Santiago Rusiñol y música del maestro Morera, representada en el primero de los citados teatros, se ha estrenado una decoración de Vilomara de un efecto hermosísimo, del que apenas puede dar idea la reproducción que publicamos. Las gradaciones de luz que acompañan la transición de la noche al día, resultan admirablemente presentadas en todos los términos del pintoresco paisaje.

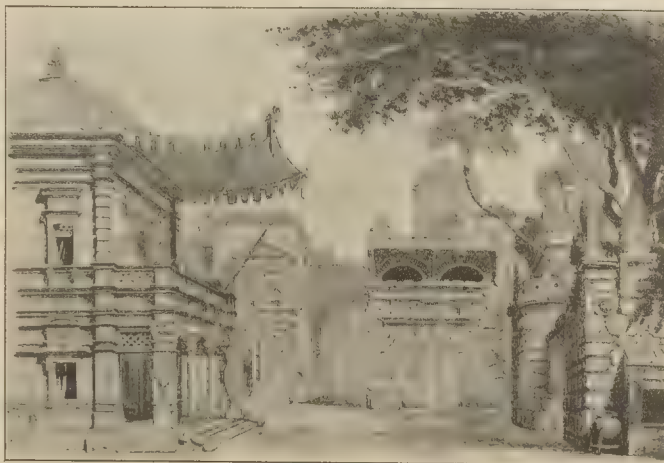
De Vilomara es también la del segundo acto de *Thais,* ópera de Massenet, estrenada en los últimos días de la temporada del Liceo: representa una calle de Alejandría con la casa de la célebre cortesana en primer término, y así por su arquitectura como por sus condiciones de luz y perspectiva resulta una obra digna de todo elogio.

Lo mismo podemos decir de la de Junyent que representa el circo que se aparece como visión al cenobita Atanael en el primer acto: es una obra admirablemente concebida y ejecutada con perfecto conocimiento de la técnica escenográfica.—X.

FILTRACIÓN Y ESTERILIZACIÓN

DE LAS AGUAS DE ALIMENTACIÓN PÚBLICA

Al determinar las relaciones que existen entre el estado sanitario de una población y la calidad del agua utilizada para su consumo, los higienistas han puesto en evidencia hechos que hoy día ya no se discuten. De una manera general puede decirse que la mortalidad total es tanto menos elevada cuanto más puras son las aguas, es decir, cuanta menos cantidad de gérmenes y materias orgánicas sospechosos contienen.



«Thais,» ópera en tres actos del maestro Massenet, estrenada recientemente en el Gran Teatro del Liceo
Decoración del segundo cuadro del segundo acto, obra de Mauricio Vilomara

Las enfermedades transmisibles por el agua, como la fiebre tifoidea, la disentería, las afecciones coleriformes y las diversas fiebres, existen con carácter permanente ó hacen frecuentes apariciones en los países alimentados por aguas sucias, y desaparen ó disminuyen allí donde estas aguas sucias son substituídas por aguas puras ó mejoradas.

Mucho más difícil es demostrar rigurosamente, sobre todo en una gran ciudad alimentada por varias clases de aguas, relaciones detalladas exactas entre la aparición de una epidemia y las modificaciones de la naturaleza de las aguas. Es casi imposible demostrar rigurosamente la aparición de los casos de fiebre tifoidea al mismo tiempo que la aparición del germen tífico en el agua y el consumo de ésta por el individuo atacado; pero generalmente existe un sincronismo perfecto entre la contaminación del agua (aun cuando no pueda evidenciarse el germen tífico y el contacto de esta agua (alimentación, lavado) con los individuos atacados.

Estas dificultades para lograr observaciones exactas provocan las más vivas discusiones, por ejemplo, sobre el valor de las aguas impuras filtradas: los partidarios de la filtración del agua por medio de la arena publican estadísticas que tienden á demostrar la excelencia de este sistema de depuración, al paso que en una misma sesión y como resultado de la observación de las mismas epidemias, otros higienistas demuestran con estadísticas igualmente favorables que también las aguas filtradas pueden ocasionar epidemias.

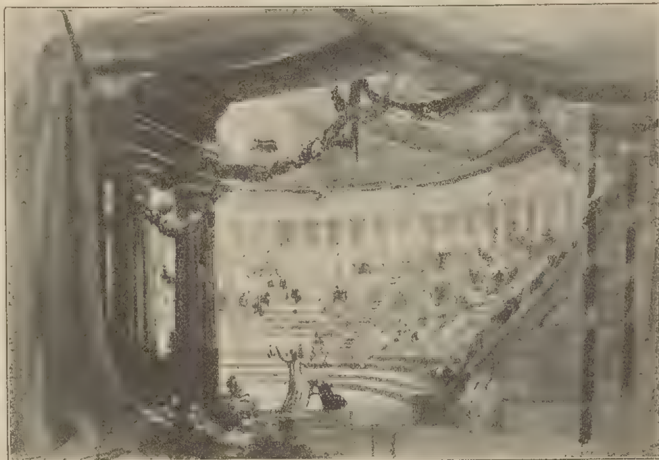
Separando de los resultados obtenidos ciertas exageraciones, es indiscutible que la filtración, científicamente dirigida, «depura» notablemente el agua

y este hecho influye favorablemente en el estado sanitario de una aglomeración; pero esto no es bastante todavía.

Respecto de la filtración será siempre difícil admitir, sin las numerosas pruebas de resultados de experimentos ó de hechos indiscutibles, la pureza de un agua originariamente contaminada y que contenga, por ejemplo, 2.000 gérmenes por centímetro cúbico (entre ellos el bacilo tífico ó cualquier otra especie virulenta) y reducida á una contenencia de 50 á 100 gérmenes por centímetro cúbico, lo cual es ya un buen resultado para la filtración de grandes cantidades de agua; nada afirma la desaparición total de los gérmenes virulentos; nada demuestra que éstos dejen ya de ser aptos para multiplicarse en los depósitos y en las canalizaciones, ni capaces de engendrar una epidemia como antes de la filtración, puesto que desde hace mucho tiempo los bacteriólogos han probado la facilidad con que ciertos gérmenes atraviesan los filtros, aun los más finos, y han probado además que el bacilo colérico y el bacilo tífico son los primeros, después de los «microbios invisibles,» en atravesar la barrera filtrante.

Así se explican ciertas epidemias ocasionadas y mantenidas por aguas filtradas artificialmente.

Para explicar la selección de los gérmenes se ha atribuído un papel muy importante á la membrana superficial; pues bien, recientes observaciones parecen demostrar que los filtros sin membranas, sumergidos ó no, dan resultados equivalentes, si no mejores.



«THAIS,» ópera en tres actos de Massenet, estrenada recientemente en el Gran Teatro del Liceo
Decoración del primer cuadro del primer acto, obra de Olegario Junyent

En nuestro concepto debe preconizarse siempre la conducción cuidadosa de las aguas subterráneas puras y que presenten todas las garantías geológicas posibles, y únicamente en el caso de ser impracticable esta solución, deberá recurrirse á un procedimiento de «esterilización,» con ó sin depuración previa.

Debe exigirse la destrucción total de los gérmenes del agua impura, á fin de asegurar la destrucción y no la separación de los gérmenes patógenos; puede, sin embargo, admitirse la persistencia de los esporos particularmente resistentes, tales como los del *B. subtilis,* del *Mesentericus* y del *Megaterium,* y de ciertos fermentos y mohos. Es menester resignarse á esta restricción que, por otra parte (salvo para el *bacilo del carbón,* que hasta ahora no ha ocasionado epidemias serias de origen hídrico), sólo se aplica á microorganismos rigurosamente inofensivos.

El agua, privada de todo germen, puede repoblarse ulteriormente con algunos microorganismos de especies vulgares, inevitables en los depósitos y canalizaciones, sin que esto ofrezca inconvenientes.

Es preciso asegurar la destrucción de los gérmenes sin alterar ninguna de las cualidades organolépticas y biológicas naturales del agua y aun perfeccionándolas en la medida de lo posible.

Hay actualmente varios procedimientos de esterilización de las aguas de alimentación pública por medio del calor, del ozono y de los óxidos de cloro, perfectamente probados en considerables volúmenes de agua. El papel que representa la filtración más ó menos fina, generalmente indispensable en cada uno de estos procedimientos, consiste en preparar la esterilización ó en efectuar la clarificación del agua esterilizada.

Los defectos de estos procedimientos (espacio que requieren, complicación, gasto) tenderán á desaparecer á medida que se utilicen; actualmente son, al parecer, muy perfectibles todavía, y esto contribuye indudablemente á dificultar su aplicación. Sería, sin embargo, muy conveniente que las aglomeraciones urbanas, sometidas á las epidemias de origen hídrico, entrasen en la vía de estas aplicaciones; los procedimientos de «esterilización» deberían añadirse á la filtración, que no será seguramente en mucho tiempo más que un paliativo insuficiente.—E. BONJEAN.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Els Mestres Cantayres de Nuremberg, traducción adaptada á la música por *Javier Viura* y *Joaquín Pena*. – La «Associació Wagneriana,» prosiguiendo en su noble empeño de vulgarizar por todos los medios posibles la gran obra del gran maestro de Bayreuth, ha publicado una excelente traducción catalana en verso de la hermosa ópera *Los Maestros Cantores de Nuremberg*, en la que se conservan todas las bellezas del libro original, ajustándose la letra perfectamente á la música. Al lado del texto están minuciosamente indicados los temas musicales que lo acompañan y que se reproducen como apéndice, puestos por orden alfabético. Es un trabajo concienzudo y completo que permite seguir perfectamente el desarrollo musical de la ópera. Impreso en esta ciudad por Fidel Giró, se vende á tres pesetas.

∴

Sevilla famosa, por *M. Martínez Barrionuevo*. – Es una novela genuinamente andaluza; hay en sus páginas todo el color, toda la luz, toda la pasión de la tierra, del cielo y de los hombres de Andalucía. El argumento, interesantísimo y altamente dramático, se desarrolla entre episodios llenos de vida, tomados de la realidad y embellecidos por el talento de un poeta; los personajes son de una verdad asombrosa, y en sus palabras y en sus sentimientos no se observa la menor impropiedad, la más leve exageración; son gentes que hablan, piensen y sienten como deben sentir, pensar y hablar los seres vivientes que al autor sirvieron de modelo; el estilo es fluido y elegante en unos pasajes, seco y cortado en los momentos culminantes de la novela, cuando los afectos se exaltan, cuando estallan las pasiones, cuando la acción se precipita al desenlace. En una palabra, con ser tantas las notables obras del género de *Sevilla famosa* publicadas por el Sr. Martínez Barrionuevo, esta que nos ocupa merece figurar entre las mejores salidas de su pluma. Impresa en Valencia, en la imprenta Pau, Torrijos y compañía, véndese en la Administración de las obras de M. Martínez Barrionuevo (Pez, 30, Madrid) y en las principales librerías á dos pesetas.



El gigante ruso Machnoff. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Este gigante que actualmente se exhibe en el Hipódromo de Londres, nació en Charkoft (Rusia), tiene 23 años, su estatura es de dos metros setenta y cinco centímetros y pesa 163 kilogramos. Se desayuna á las nueve con dos ó tres litros de leche, diez y seis huevos duros y seis ú ocho rebanadas de pan con manteca; almuerza á mediodía algo más de un kilogramo de carne, unos dos kilogramos y medio de patatas y un litro y medio de cerveza; come á las cinco una gran sopera de sopa, un kilogramo y medio ó dos de carne y vegetales, un kilogramo y medio de pan y un litro y medio ó más de cerveza, y cena á las cinco quince huevos duros, varias rebanadas de pan con manteca y un litro y medio de te. Sus padres y su esposa son de estatura normal.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 13 de marzo de 1905 — Núm. 1.211

LA CORTESÍA EN LA GUERRA.—DESPUES DE LA CAPITULACIÓN DE PUERTO-ARTHUR

M. Maltchenko, intérprete del estado mayor del 3.r cuerpo siberiano — El teniente Nevelsky, ayudante del general Stoessel. — El general Reiss, jefe del estado mayor del general Stoessel. — El capitán Zonoda, ayudante. — El general Hiditi, jefe del estado mayor del general Nogi. — M. Kawakami, intérprete del general Nogi.



El general Stoessel. — El general Nogi.

Los generales enemigos brindando por el valor de sus tropas, después de convenir las condiciones de la capitulación de Puerto-Arthur.
Dibujo de L. Sabattier, que hizo el viaje desde Port-Said con el general Stoessel, hecho según los datos y documentos que le facilitaron el general y su estado mayor.

Los generales vencedor y vencido, acompañados de sus respectivos estados mayores, se reunieron el día 5 de enero en una cabaña de la aldea china de Shui-Shi-Ying, y allí comieron juntos y brindaron á la salud el uno del otro y por el valor de los ejércitos, tratándose todos con la mayor cordialidad y consideración.

ADVERTENCIA

Terminada en el presente número la novela SIN ILUSIONES, comenzaremos en el próximo la publicación de UN DIVORCIO, preciosa novela del eminente literato francés Pablo Bourget, que ha sido uno de los más grandes éxitos recientes de la librería en Francia. Plantéase en ella un problema tan interesante como trascendental, en el que el autor encuentra ancho campo para patentizar una vez más sus excepcionales dotes de novelista psicólogo, avaloradas por sus no menos excepcionales condiciones de estilista.

Para publicarla en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hemos adquirido el derecho de reproducción y hemos confiado al notable artista Sr. Mas y Fondevila las ilustraciones que habrán de acompañarla.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mientras discurren por las sucias calles los triviales mascarones, y un Carnaval aterido de frío, encapotado de cielo, engurruminado porque los tiempos no están para bromas, se esparce más allá del centro de Madrid, yo me complazco en encerrarme y evocar aspectos enteramente distintos, antitéticos, contemplaciones recientes de cosas pasadas, que, en este momento, representa mi visita á un antiguo, señorial palacio, con objeto de conocer personalmente á un caballero del siglo XVII, ascendiente de la familia..., pintado por Velázquez.

Así como actualmente se repite que la dedicatoria de una parte del *Quijote* ha dado la inmortalidad á un duque de Béjar y á un conde de Lemos, bien puede decirse que los pinceles del autor de las *Meninas* dan vida eterna á este Consejero grave, rígido, embutido (no sería exacto decir envuelto) en su hopalanda de negra seda labrada, que desciende hasta los pies. De otros muchos sujetos de respeto y fuste, varones sesudos, hidalgos de vieja cepa, caracteres firmes y recios, de pedernal—como parece ser este buen castellano del siglo de oro,—sólo quedarán, iba á decir las cenizas, pero acaso ni aun de ellas pudiesen dar cuenta los profanados sepulcros. El que miro se halla embalsamado y ungido para la eternidad por aquella mano que supo coger cautiva á la verdad y convertirla en su esclava; por aquel retratista de cámara que la posteridad saluda como retratista del hombre.

Y cuenta que el retrato del Consejero es un supremo alarde de sencillez. Hoy que se acude tanto á los accesorios y á los efectos, la observación de este lienzo nos demuestra la superioridad de los procedimientos espléndidamente sencillos de los grandes maestros del arte, en cualquier tiempo y lugar. Tal sencillez es la misma de las mejores páginas de Cervantes—no son iguales todas;—tal sencillez es la de Homero, la de la Biblia, la de las capitales manifestaciones del arte entero, sin desviación, que llega, directamente, á la entraña de la vida.

Pero, antes de insistir en la descripción, es preciso que cuente por qué estoy admirando, en las estancias de un palacio madrileño, la efigie de D. Diego del Corral y Arellano, del Consejo de Hacienda de Su Majestad.

El retrato, perteneciente á la casa ducal de Villahermosa, guardábase en ella con el respeto debido á su alta jerarquía, con la inteligencia y amor con que la duquesa conserva y estima lo que simboliza un pasado luminoso. En la previsión de que un día vicisitudes y cambios que no es fácil evitar arrancasen la joya, al tesoro nacional, en pintura todavía tan rico, la gran señora había consignado ya en sus disposiciones testamentarias que el cuadro lo heredase la nación, enriqueciendo el Museo del Prado.

No era pública la noticia de tan rica manda, porque la duquesa la dictó de un modo tan natural y sencillo como pintaba Velázquez. Ningún impulso hacia la notoriedad, ningún deseo de que resonase su ya ilustre nombre, la habían guiado; y como hija buena que deposita un broche de oro sobre el seno materno, sin atribuir al hecho más trascendencia de la que tienen los extremos del cariño, era como había decidido completar el Museo con uno de los mejores ejemplares de Velázquez que existen en el mundo.

La ocasión de que nos enterásemos fué la proposición hecha á la duquesa, desde el extranjero, de la suma muy apreciable de millón y medio de francos, ofrecidos á cambio del cuadro, adquirido para un Museo de nación rica y pudiente.

La respuesta fué gallarda, sencilla, sencilla también, como la pincelada de D. Diego de Silva, y poética, como todo lo que brota directamente del sentimiento de un alma elevada de suyo, y penetrada de los deberes que imponen el nacimiento y la dignidad. Fué un arrogante grito de desprecio al becerro de oro, de amor al arte y á la patria, á la cual, desde aquel momento, la duquesa regalaba, no sólo una maravilla artística, sino millón y medio de francos, por lo menos, pues debe suponerse que el primer ofrecimiento no hubiese sido el último, si la dueña del prodigio se resolviese á regatear. Cuadros como el retrato de D. Diego del Corral no se encuentran, y millones sí, á puntapiés, en comarcas donde todavía el arte no ha impreso su sello radioso, donde hay dinero y no hay recuerdos, donde hay polimillonarios y no hay duquesas de Villahermosa.

Se habló algo del asunto; se reprodujo la carta en los periódicos; el ruido fué, sin embargo, bastante menor que si se hubiese tratado de algún combalache político con vistas á una cartera, ó de algún escándalo ó crimen más ó menos misterioso y sensacional. Uno de los peores síntomas de nuestro estado es que lo bueno, lo bello, lo noble, tiene escasa resonancia; no suscita comentarios. Y para que no parezca esto pesimismo vacío, diré que, hasta la presente, no ha llegado á mi noticia que el Gobierno diese las gracias en debida forma á la generosa ricahembra. Es fútil decir que eso se hará el día en que el cuadro pase á ocupar su puesto en el Museo, entre los demás Velázquez. Aplazar, como tantas veces se hace aquí, los honores merecidos para cuando ya no puede aceptarlos quien los mereció, es género de ingratitud solapada. Si yo fuese ministro de Instrucción pública, presidente del Consejo, cuando ocurrió este rasgo, ¡con qué apresuramiento alegre hubiese corrido á besar unos pies finos, columna del santuario de un corazón verdaderamente magnánimo y español, y que acababan de pisotear, resueltos y gentiles, el oro de los ricachones de fuera!

Estamos deplorando, diariamente, que se dejen perder recuerdos y tradiciones; que las clases directivas, todavía poderosas, no cuidan de sus prestigios ni se preocupan de conservar lo que los siglos legaron á sus linajes. A menudo nos enteramos de que el histórico castillo de H... ó de N... ha sido malroto por sumas que no equivalen al valor de algunos de sus sillares ó de las trabes de sus techos; á cada paso nos brindan, en las casas de los anticuarios, en las ventas públicas, retratos de familia, prendas que declaran su procedencia á voces, hasta indiscretamente, contando historias mejores para calladas. Pergaminos y ejecutorias son fáciles de adquirir por sumas modestas, aunque adorne sus vitelas la multicolor miniatura, y propalan el indiferentismo con que se mira el pasado, el suicida estupor de los que ni á sí mismos se conocen. Los escudos de armas sirven de umbral de muladares; las joyas de familia se malbaratan para adquirir dijes de moda, ó pagar los trapos del modisto. Y en medio del universal desbarajuste, conforta y alegra que alguien vele á las muertas glorias, que se las tenga en urna, con paños de terciopelo y relieves de plata; que el joven duque de Alba consagre cien mil pesetas á reconocer la deuda de una dedicatoria de Cervantes, y que la duquesa de Villahermosa desdeñe, con el airoso y elegante desdén de los bien nacidos, los millones que vale—ya lo creo que los vale—la efigie del severísimo Consejero, tan viva como pudo estarlo nunca el original.

¡Vida extraña! Al acercarnos al prolongado lienzo, perfectamente colocado á toda luz en el salón del palacio, nos confesábamos unos á otros un sentimiento difícil de explicar para quien no aquilate y refine las impresiones de arte: *el miedo*. ¿Miedo? ¿A qué? Miedo á la sobrehumana verdad de tal pintura. Cuando el arte llega á este grado; cuando nos presenta una creación igual á la naturaleza misma; algo que á fuerza de sinceridad borra la idea de arte, de labor, de estudio, de trabajo; algo que no parece *hecho*, sino *nacido*, sentimos el terror de las cimas; el soplo de lo divino nos estremece. Yo esto no lo he notado, en lecturas, sino en algunos pasajes de *La Iliada*, en ciertas escenas de Shakespeare, en estrofas de *La Divina Comedia*, en poesías líricas como la oda de Safo. Y este Consejero pintado hace correr el mismo escalofrío por las venas.

Es, sin embargo, una figura que ni por sí misma, ni por sus accesorios, aspira á producir ni asombro ni encanto. Un hombre en la frontera de la vejez, no decrépito, sino todavía firme y duro, de pelo y barba grises, y cuya mano derecha descansa, abarcando folios de papel, sobre una mesa revestida de terciopelo granate con presillas y agremanes de oro. La izquierda sostiene con menos vigor otro legajo, de los que tendría por misión examinar; un escarolado rodea los puños, una valona lisa su cuello, y estas notas y las de los papeles, con las de cabeza y manos, son las únicas claras que destacan de lo sombrío de fondo y ropaje. Sobre el pecho se entrevé el extremo rojo de una venera de orden militar.

En otros retratos de Velázquez hay menos severidad, más capricho y riqueza. Pero nunca este hombre, que tan extraordinarias cosas ha realizado con un poco de blanco, de negro y de tierra, ha encontrado en su paleta mayores recursos para causar esa pavorosa sensación de realidad absoluta, y para expresar, en una cabeza, el alma de una raza y la filosofía de la historia. El Consejero, de su rudo semblante, de sus ojos imperiosos y fijos, emite una energía de carácter y una violencia de voluntad que subyugan. Me acuerdo de los retratos carnudos, bonachones, de Rubens, de los linfáticos modelos de los retratistas holandeses; miro otra vez al seco, al ascético funcionario (que defendió tan resueltamente á D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias), y me parece un hombre de bronce, mezcla de inquisidor, soldado y juez, y se me figura que de sus labios va á caer, tranquila y tremenda, una sentencia de tortura ó de muerte...

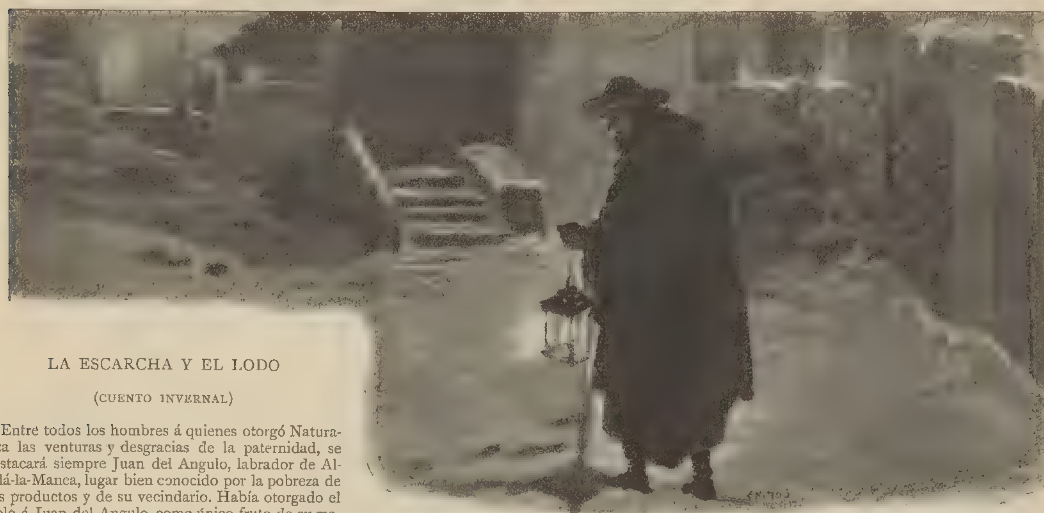
El asombroso lienzo se traga todo lo que le rodea, las preciosidades de la casa ducal, trípticos, cobres, Vírgenes de Antolínez, retratos de Mengs, filas de insignes antepasados, Urreas, Azlores, Pignatellis, vestidos con sus mejores galas, cubiertos de pasamanos de oro y de joyas fastuosas; se traga los bustos de alabastro, las porcelanas, los muebles que pertenecieron á reinas, y que mezclan la talla dorada al veneciano cristal, las sillerías de Beauvais, las porcelanas de Sevres, los tapices, los jarrones, los candelabros. Se los traga; no es posible que esta aristocrática riqueza luche con esa simplicidad incomparable, con esa amplitud de la pincelada, que vista de cerca parece, á fuerza de grandiosidad, como que no existe, y que ha substituído al color el realce de las superficies del cuerpo y lo blando de las telas y vestiduras.

Si cada magnate, al menos de los que no han tenido sucesión directa, legase á los Museos nacionales algún objeto de arte, rebosarían en ellos los tesoros, porque España ha sido inagotable venero, mina inexhausta.

Por desgracia, son excepcionales las damas que, sin más estímulo que su alto sentir, se acuerdan de la patria.

La duquesa de Villahermosa no es de las que se quedan á medio camino. Dígalo su espléndida restauración del castillo de Javier, en Navarra; díganlo ahora mismo las fiestas con que va á solemnizar el Centenario del *Quijote* en su castillo de Pedrola, donde se supone que situó Cervantes lo narrado en los capítulos del XXX al LVII, desde el encuentro con la bella cazadora, que era una duquesa de Villahermosa, con los episodios de la dueña Dolorida, encanto de Altisidora, la Trifaldi, el envío de Sancho á la Barataria, el espanto cencerril y gatuno, y demás «zarandajas.» Seguramente estas fiestas cerca de Zaragoza serán tan señoriales y bien organizadas, como amenazan las de Madrid ser insípidas y hasta sin relación con lo que pretenden conmemorar. Si yo fuese extranjero curioso y cervantista, huiría del Centenario en Madrid y buscaría á Cervantes en el castillo de los duques.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Juan del Angulo dió cien vueltas sobre aquella masa de lodo...

LA ESCARCHA Y EL LODO

(CUENTO INVERNAL)

Entre todos los hombres á quienes otorgó Naturaleza las venturas y desgracias de la paternidad, se destacará siempre Juan del Angulo, labrador de Alcalá-la-Manca, lugar bien conocido por la pobreza de sus productos y de su vecindario. Había otorgado el cielo á Juan del Angulo, como único fruto de su matrimonio con Angela del Cárdamo, una hija en la que se resumió la poesía de la tierra baja, así en la belleza como en el ingenio. También la virtud añadió encantos á aquella criatura. Apenas nacida, la reputación de su hermosura trascendió desde los ámbitos de Alcalá-la-Manca á los inmediatos pueblos de Aldea del Estorbo y Barrancal de las Nieves, y aun á toda la provincia. Era la niña-prodigio que al sonreir por vez primera, cuando su madrina la llevó á la pila del bautismo, asombró á los circunstantes por la perfecta belleza, tanto más rara cuanto que los recién nacidos suelen ser esbozos y ensayos mal definidos que en la línea confusa de lo porvenir no consienten que se adivine si han de ser hermosos ni si han de ser felices. Carne de nardos, luz de estrellas, gracia de agua que juguetea sobre las piedras del arroyuelo, efluvio encantador de un arte esencial y de una estética suprema, componían aquel retoño que entre los blancos haldales maravilló á cuantos asistieron á la ceremonia del bautismo en la arcaica iglesia semiderruída, en la que se celebraba el culto bajo la amenaza de un hundimiento.

Y desde entonces Inés del Angulo significó en toda la estepa que se honra con ruinas de conventos y de alcázares, el signo y el emblema de la belleza.

Así pusieron los padres de tal prodigio Juan del Angulo y Angela del Cárdamo en cuidar del fruto de sus amores extremos de acucia no igualados hasta entonces ni por los padres de la gentilidad ni por los del cristianismo. La cuna de la niña, el lecho de la doncella, los primeros juegos con la muñeca toscamente fabricada por los artífices de Villanueva del Sol, la urbe central de las actividades regionales, los paseos por las eras en los días señalados, cuando allí se congregaban señorío y villanaje, todo fué objeto de atención constante, de reflexión y examen de parte de los felices engendradores de aquella maravilla.

«La niña de Juan del Angulo.» Esta era la frase que resonaba en toda la comarca cuando se hablaba de cosas bellas, de ideales y de sublimes aspiraciones estéticas. Inés era algo semejante para los toscos labriegos de la estéril tierra, para los señores bien acomodados de ella y para los funcionarios que allí prestaban servicios al Estado, así como para la clerecía de las parroquias circundantes un ejemplo acabado de la belleza física y de la perfección moral.

Llegó un día en que Inés dejó de ser niña. Al comenzar la primavera del año de 18..., la estatua rectilínea desbordó en curvos esplendores. La espiga se convertía en flor y los pétalos desbordaban perfumantes, trocando el modesto caserón familiar en templo de las adoraciones populares. Por ver á Inés, sólo por verla, la mocedad lugareña paseaba bajo los balcones de hierro labrado y ante las resquebrajadas paredes de aquella estancia de humildes labradores en la que, desde tiempo inmemorial, no había pasado nunca cosa alguna digna de ser notada ni por lo bueno ni por lo malo.

Cuando llegó la primer noche de San Juan, fiesta helénico-hispana en que el aroma de las flores embriaga los cerebros católicos, convirtiendo las campiñas de las castizas aldeas castellanas en teatro de sensuales delirios, de entre aquella mocedad impetuosa surgió el enamorado. Era éste un mozuelo hijo de padres de escaso haber, voluntarioso y escéptico, lleno de valor y de ambiciones. En la contienda se sobreponía á todos, en la gracia y en el donaire era insuperable. Leocadio de Santafé, que así se llamaba aquel mozo, era el escándalo y la admiración del pueblo. La esbelta línea de su cuerpo, la energía de sus movimientos, el desprecio de lo convencional, el arresto de la vida, le hacían ser el temor de los pacíficos vecinos y el orgullo de los que deseaban que Alcalá-la-Manca representase siempre en las fiestas de los lugares vecinos el predominio del valor y de la gracia.

Este fué el hombre que, concentrando en su corazón la admiración de todos por Inés del Angulo, la convirtiese en amor, en deseo de posesión, en propósito de dominio. Todo el pueblo adoraba á Inés: Leocadio iba á ejecutar la adoración llevándola de los fervores del místico á los ardores imperativos del varón.

Así, la primera serenata que con toscas guitarras resonó ante los balcones de hierro labrado y ante los muros viejos de la casa de Juan del Angulo, fué como el estallido revolucionario que iba á trocar la majestad indiscutible del templo en fortín sitiado Dentro del fortín estaba la belleza suma. El ansia de amor del pueblo, la aspiración á la belleza suma de la muchedumbre, se concentraban en el amor de Leocadio.

Iba á ser éste el dichoso ejecutor de las aspiraciones de todos.

Byron dijo una vez que deseaba que todas las mujeres tuviesen un solo corazón y una sola boca para apoderarse del amor femenino universal en un solo estremecimiento y en un suspiro solo. Leocadio de Santafé convirtió la aspiración del poeta británico en una realidad, acomodando la ambición cosmopolita del insaciable amador á los límites de la aldea estéril y de la comarca agotada.

Las primeras vibraciones de la mística serenata despertaron en Juan del Angulo la sospecha. Temió que aquel tesoro de hermosura que él guardaba fuese profanado, y desde entonces no tuvo un punto de sosiego.

Por la noche, consumida la cena, salía de su casa el zahareño labrador vigilando el contorno.

Era cuando comenzaba el otoño á enfriar los campos y la escarcha cubría caminos y calles. Juan del Angulo bajaba su rostro, enjuto y arrugado, para ver si las huellas que sobre la escarcha dejaban los transeuntes podía indicarle el riesgo que corría.

Una noche observó que en la calzada que rodeaba su caserón había una serie de huellas anchas, toscas, que seguían en torno á la muralla como los pasos del espía en torno de la fortaleza codiciada. La última de esas huellas estaba cerca del muro. Con la linterna iluminó los viejos adoquines y vió que la yedra que entre ellos crecía estaba aquí y allá rota. Parecióle que cicatrices del honor manchaban la vetusta pared...

Entró en su casa como una tempestad. ¿Habían robado á Inés? ¿Había entrado en aquel recinto del honor la osadía que estallaba en las coplas de las serenatas?.. Juan del Angulo recorrió los pasillos de su morada y vió que la esposa, la respetable Angela del Cárdamo, dormía tranquila y que en la inmediata alcoba dormía también, un brazo por encima de las sábanas, la cabeza inclinada al lado izquierdo, una sonrisa de beatitud en los labios, la pura doncella Inés del Angulo y Cárdamo.

Desde aquella noche en que el padre consumió tantas energías, no consultó éste más las huellas de la escarcha. A un otoño áspero había seguido un invierno duro. Desde que el sol se ocultaba detrás del vecino monte de los Siete Angeles, la escarcha plateaba calles y senderos. Juan del Angulo dormía á pierna suelta. Cerca de él resonaban las tranquilas respiraciones de la honesta esposa y de la hija inmaculada.

En varias ocasiones vió que Inés madrugaba más de lo que era en ella de costumbre, y que después de la cena, no pocas noches la hermosa niña se detenía cosiendo ó rezando hasta mucho más tarde de cuando sus padres se recogían al descanso. Pero no hubo en el ánimo de Juan del Angulo ni el menor estremecimiento de duda. La escarcha quebrantada por los pasos de los viandantes, habíale arrojado á las más temerarias dudas y á los más trágicos temores.

Después del otoño vino el invierno. Nieves primero, lluvias después, emblanquecieron y enlodaron la misera aldea de Alcalá-la-Manca, llamada así, según las crónicas, por la clásica pereza de sus habitantes. Nieves y lluvias ejercieron sobre el vigilante espíritu de Juan del Angulo efecto sedante. Detrás de la confianza vino la pereza, detrás de la pereza una fe inagotable de que su hogar era un templo, de que su hija era una santidad... Durmió tranquilamente.

Una mañana Juan del Angulo descansaba en su lecho, tranquilo el corazón, feliz el ánimo, inertes sus energías. Entró la esposa, Angela del Cárdamo, con pasos presurosos en la estancia.

—¡Inés no está en casa!, gritó la pobre madre. ¡Se la ha llevado Leocadio!

El padre se incorporó en el lecho, vistióse rápidamente, armóse de una vieja espada que en un rincón de la estancia quedaba como reliquia de la antigua hidalguía familiar. No dijo una palabra. Descendió con bruscos saltos la escalera de piedra, abrió violentamente el portón que, al ser empujado, chirrió sobre los goznes.

La calle estaba llena de lodo. Las nieves y las lluvias habían trabajado la tierra, amasándola en un negro sedimento. Desde la puerta de la casa se destacaban en el fango dos líneas paralelas; eran las de un coche que acababa de partir. En ese coche había sido arrancada del templo la imagen de la belleza y el símbolo del honor de aquel pobre hombre. El Tenorio labriego había profanado la admiración de la comarca y se había llevado el ramo de flores de pétalos perfumantes que adornaba los muros viejos de la humilde familia.

Juan del Angulo dió cien vueltas sobre aquella masa de lodo, borró con sus pies los rieles marcados por el coche en que Inés huía... Y permaneció durante largas horas inmóvil y transido, sin darse cuenta de que el tiempo pasaba.

Soplaba el aire Norte con violencia bastante á mover las pizarras de los edificios inmediatos. Cuando el infortunado padre recobró la serenidad de su espíritu, vió que sobre el lodo negro plateaba la escarcha matutina, virginal, íntegra, sin una sola huella de paso humano.

Sus temores de un día se habían trocado en tremenda realidad. Su confianza se había convertido en negra desesperación. Sobre el lodo de la calle había la mañana tendido su lienzo argentino. Todo relumbraba en el horizonte. El olvido y la indiferencia tenían en la escarcha fría é inmaculada su mejor símbolo.

Para los vecinos de Alcalá la-Manca no quedaba de aquella aventura de amor otro recuerdo que un viejo que se murió de frío en la esquina de su propia casa y la memoria de un fenómeno meteorológico que dejó las huertas sin fruto y los jardines sin flores.

J. ORTEGA MUNILLA.

(Dibujo de Triadó.)

UNA DESCONOCIDA

Hace algunos años viajaba yo en ferrocarril interoceánico de Xalapa á México. El tiempo era delicioso y encantábase la vista con el riquísimo verdor de la campiña que parecía palpitar ebria de vida bajo aquel sol tropical que la hacía eternamente fecunda.

A veces venía á distraerme de la contemplación del paisaje la charla, un poco babosa, de cierta pareja que ocupaba asiento frontero al mío. Ella bien podría frisar en los treinta años; era blanca y rubia, muy gentil de talle y de ademan brioso y desenvuelto. Él parecía un niño; estaba enfermo sin duda, porque, á pesar del calor del día, iba muy abrigado, con los pies envueltos en una manta listada, y cubierta con un fez encarnado la rala cabeza, de la cual se despegaban las orejas, que transparentaban la luz.

Presté atención á lo que hablaban. Se decían ternezas en italiano. Ella quería ir á los Estados Unidos y consultar allí á los médicos de más fama; él se oponía, llamándola *cara* y *buona amica*; sostenía que no estaba enfermo para tanto extremo, y que era preciso trabajar y tener juicio. Si hallaban contrata en México, no debían perderla.

A lo que pude comprender, eran dos cantantes. Cerré los ojos y escuché, procurando aparecer dormido.

No estaban casados. Ella tenía marido; pero el tal marido debía ser peor que Nerón, á juzgar por las cosas que contaba de él.

Por un periódico tuvo noticia de que se hallaba cantando en México, y la dama, que parecía muy de armas tomar, hablaba de ir á verle para que le devolviese las joyas con que se le había quedado el *berganto*.

—*Io non ho paura*, decía con una sonrisa extraña, que dejaba al descubierto la doble hilera de sus dientes, donde brillaban algunos puntos de oro.

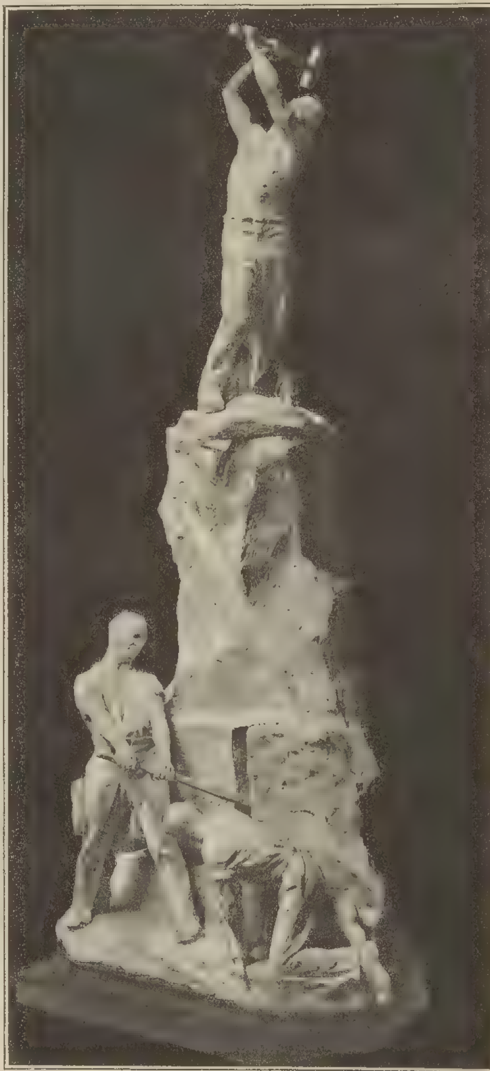
Hundió en el bolsillo la mano, cubierta de sortijas, y la sacó armada de un revólver diminuto, un verdadero juguete, muy artístico y muy mono.

Siguieron hablando largo rato de gentes y cosas para mí desconocidas, hasta que fatigado el joven se acostó en el asiento que ella dejó por completo á su disposición, para lo cual vino á instalarse cerca de mí, saludándome al mismo tiempo con una sonrisa.

Al principio guardamos silencio. Los dos fingíamos contemplar el paisaje, el campo se hundía lentamente en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente.

Por las ventanillas abiertas penetraba la brisa aromada y fecunda de los crepúsculos tropicales; la campiña toda se estremecía cual si acercarse sintiese la hora de sus nupcias, y exhalaba de sus entrañas vírgenes un vaho caliente de negra enamorada, potente y deseosa.

Aquí y allá, en las faldas de las colinas y en lo hondo de los valles inmensos, se divisaban algunos jacales que entre vallados de enormes cactús asomaban sus agudas techumbres de cáñamo gris medio podrido. Mujeres de tez cobriza y mirar dulce salían á los umbrales, é indiferentes y silenciosas contemplaban el tren que pasaba silbando y estremeciendo la tierra.



LOS CANTEROS, grupo en bronce de Guillermo Charlier

En el coche las conversaciones hacíanse cada vez más raras.

Se cerraron algunas ventanillas, se abrieron otras; pasó el revisor pidiendo los billetes; apeáronse en una estación de nombre indio algunos viajeros, y todo fué silencio en el vagón.

Y en tanto el crepúsculo extendía por la gran llanura su sombra llena de promesas apasionadas. La naturaleza salvaje, aún palpitante del calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera cansada.

En aquellas tinieblas pobladas de susurros misteriosos y nupciales y de moscas de luz que danzan entre las altas hierbas randas y quiméricas, parecíame respirar una esencia suave, deliciosa, divina; la esencia que la primavera vierte al nacer en el cáliz de las flores y en los corazones.

Ya no recuerdo con qué ocasión ni á qué propósito empezamos á hablarnos la italiana y yo. Sólo recuerdo que ella me contó su vida, una historia novelesca que en nada se parecía á la otra historia que pude colegir cuando al comienzo del viaje oía su conversación con el adolescente del fez.

Y ahora resultaba que ella era la condesa de Lucca y aquel caballero enfermo el conde, su marido. Si yo había estado en Italia, con seguridad alguna vez habría oído hablar de los Lucca, ¡porque eran de lo más ilustre! Y como yo recordase vagamente haber conocido un título de aquel ó parecido nombre, ella, sin dejarme hacer memoria, interrumpía:

—¿Era viejo? Sería mi tío el príncipe. ¿Era mozo? ¿Militar? Sería mi hermano Aquiles, marqués de Lucca Vecchia.

Y sin detenerse proseguía el relato de sus grandezas con una verbosidad pintoresca y descosida, como los cintajos de su sombrerillo de viaje que alborotaba la brisa de las lagunas.

No llegamos hasta el anochecer. En el cielo sereno y límpido lucían las primeras estrellas, que se reflejaban en el fondo de las grandes charcas que esmaltan la meseta central.

Allá, en el borde del horizonte, sobre la ciudad, relampagueaban las nubes, mientras en el otro borde se marcaba el ocaso con una faja sangrienta. En la atmósfera tibia y muda flotaba el olor acre de la tierra.

Antiguos canales de la época azteca orillan el camino. Las luces de la ciudad parpadeaban á lo lejos como pupilas foscas é inquietas de una gran manada de gatos monteses.

Ayudé á bajar del coche al conde de Lucca, que apenas podía moverse, y me despedí deseando toda suerte de felicidades á aquella extraña pareja. La condesa me estrechó las manos con muestras de mucho afecto. ¡Oh, ella no se olvidaría nunca de mí! Yo tampoco la olvidé, ¡qué diablo!

Después volví á verlos muchas veces: en todas partes los hallaba.

Un día, en las torres de la Catedral; otro en un reñidero de gallos, la última vez en el castillo de Chapultepec dando confites á los tigres.

El conde de Lucca parecía más enfermo cada vez: no podía andar si no era apoyado en el brazo de la condesa.

Por algún tiempo dejé de verlos. Un día, ya los tenía casi olvidados, me tropecé con ella sola. Cuando le pregunté por el enfermo, se echó á llorar.

—*¡Ah, mio povero!*

Luego, entre suspiros, me contó que había muerto, y que ella quería trasladar sus adorados despojos á Italia, panteón de familia. Se cubrió los ojos con el pañuelo, y lanzando un gemido murmuró:

—*Oh, el mio caro, el mio carísimo fratelo!*

¿Su hermano?.. ¡Pues no habíamos quedado en que era su marido!..

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.

GUILLERMO CHARLIER

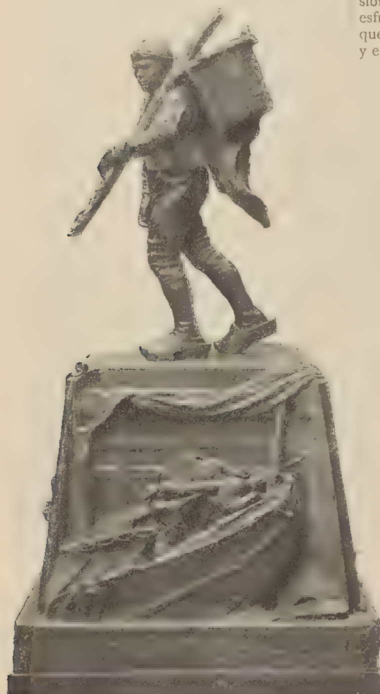
Otra vez nos depara la suerte ocasión ó motivo para ocuparnos de la labor que realiza el distinguido escultor belga Charlier. Las obras que ha producido recientemente demuestran que se ha afianzado su tendencia y que á medida que el tiempo transcurre se acentúan los caracteres que determinan su personalidad artística. Por lo que al concepto se refiere, continúa manifestándose como sociólogo, en el sentido de representar, de expresar estados sociales, el modo de ser de determinadas clases, dignificando el trabajo y enalteciendo el sentimiento, sin que para lograr la interpretación de sus concepciones ó la representación de los temas ó asuntos elegidos, recurra á efectismos ó minucias, antes al contrario,



TRISTEZA, estatua en mármol de Guillermo Charlier

puesto que modela con la misma amplitud y grandiosidad con que concibe, dando á sus creaciones la intensidad de la expresión, adivinándose el sufrimiento que aconseja prodigar consuelos ó mitigar dolores. Esto por lo que atañe á su propósito social, puesto que las dos producciones tituladas *La viuda* y *Tristeza,* dignas compañeras de las que hace algunos años dimos á conocer á nuestros lectores, han de estimarse como gallardas manifestaciones de la modernísima escuela en que milita nuestro amigo.

Ya dijimos que otro aspecto ofrece no menos digno de estudio, cual es el que aportan y significan sus notables bajos relieves, ya que á pesar de la limitación de recursos de que el escultor dispone, logra señalar términos, espacios y planos, según puede observarse en *Los pescadores asegurando su barca.*



PESCADOR DEL LITORAL BELGA, monumento en bronce, obra de Guillermo Charlier

El monumento dedicado á *Los canteros* y el de *Los pescadores del litoral flamenco* han de estimarse como la glorificación del trabajo, mereciendo el primero un caluroso aplauso por la originalidad de la concepción.



LOBO DE MAR, busto en mármol de Guillermo Charlier

La provechosa labor realizada por Charlier puede sintetizarse haciendo constar que sus producciones, tan sentidas como inspiradas, cobran forma y expresión entre sus dedos, de suerte que les transmite el esfuerzo de su genialidad y el caudal del sentimiento que domina su espíritu como pensador é inteligente y entusiasta cultivador del arte. De ahí la impresión que producen sus obras, porque en ellas se halla impresa su personalidad y cuanto constituye su característica, distinguiéndose por ese algo que imprime el aliento y la imaginación de un artista de temperamento, que sin otro estímulo que sus ideales, prescinde de trabas y convencionalismos para expresar con igual grandeza y amplitud cuanto observa y le impresiona.

Saturado el espíritu de este meritísimo escultor de las modernas corrientes, atento á los cánones impuestos por la nueva escuela, prescindió, ya en los comienzos de su carrera artística, de la reglamentación académica, comprendiendo que el artista precisa aunar los recursos que la técnica puede ofrecerle con la intensidad del concepto, el esfuerzo intelectual, puesto que sin tal armónica asociación no cabe llenar el cometido impuesto al arte contemporáneo, ni podría retratar ó reproducir el medio en que vive, elevando el espíritu de sus conciudadanos ó censurando sus vicios y defectos por medio de la representación de tipos ó cuadros sociales.

En el hermoso grupo constituído por las manifestaciones escultóricas del arte flamenco, figuran dignamente las obras de Guillermo Charlier, y su nombre se destaca entre el de los más geniales artistas de aquel país, que tantos maestros ha producido y tan gloriosas tradiciones ha legado á la posteridad. Afortunadamente consérvase en el Museo Municipal de Bellas Artes de esta ciudad una de sus más bellas creaciones, magistralmente modelada y hondamente sentida, augusta representación del amor maternal y ejemplar manifestación de la escultura moderna. Algo ha influído, quizás, en ese movimiento evolutivo de nuestro arte regional, y bajo este concepto también debemos consideración á este escultor, en quien se hallan reunidas las cualidades del hombre pensador y el sentimiento del artista.—A. GARCÍA LLANSÓ.



VIUDA, grupo en mármol de Guillermo Charlier



PESCADORES ASEGURANDO SU BARCA, bajo relieve en bronce de Guillermo Charlier

EL TÚNEL DEL SIMPLÓN



Entrada Noroeste del túnel en Brigne (Suiza)



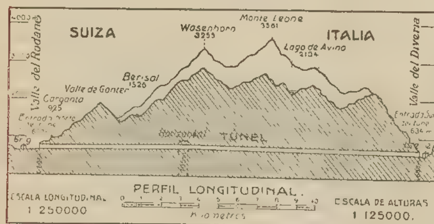
Una hora después de la perforación: el agua hirviente precipitándose por la pequeña galería



Entrada Sudeste del túnel en Iselle (Italia)

A las siete y media de la mañana del 24 del próximo pasado febrero, la última pared de roca que bajo el monte Simplón separaba Suiza de Italia se derrumbaba por la explosión de una veintena de minas cargadas de dinamita, más de lo que la prudencia aconseja. Pero la brigada que en la noche de la víspera había emprendido el trabajo de avance no quiso dejar á la que había de reemplazarla el honor de dar ese golpe supremo.

El día 20, el ayudante Antonio Betassa escribía en su parte diario á los ingenieros: «Dentro de tres ó cuatro días el soberbio Monte Leone (la cima culminante de la cordillera) que quería matarnos con su agua caliente, caerá en mis manos, como ha caído Puerto Arthur en las de los japoneses.» Y Betassa tenía derecho á este supremo favor, porque él fué quien en 13 de agosto de 1898 dió en Iselle, en la boca del túnel, el primer golpe de pico en el terrible granito, y así lo recuerdan una bandera italiana y una inscripción puestas en su casa, la primera también que se construyó en los talleres.



El túnel del Simplón. – Sección longitudinal de la cordillera y perfil longitudinal del túnel. Este túnel tiene una longitud de 19.769 metros y 350 milímetros; es el más largo del mundo.

La brigada de la víspera, con mala intención, había dejado sin cargar doce vagones de escombros, para aumentar así el trabajo de la de Betassa. Este enfurecióse ante tamaña contrariedad: sentía detrás del diafragma de rocas y muy cerca de él el vacío en donde permanecía contenida, por la parte de atrás, por macizas puertas de hierro la masa de agua que había obligado á los obreros á abandonar el trabajo por el lado de Suiza; y al ver que había de avanzar la labor lo suficiente para que otros, una hora después de terminada su faena, tuviesen la gloria de hacer saltar la mina decisiva, de abrir la última brecha, refugióse en un rincón resuelto á no hacer nada para anticipar un momento el suceso de que podrían envanecerse sus rivales.

En esto, súpose que en el extremo del túnel había descarrilado un tren y que la brigada no podría salir á la hora fijada para el relevo. Este acontecimiento podía convertirse en trágico: cuando se piensa en la situación de los trabajadores bloqueados en aquel agujero sin salida, á la merced de una inundación de agua hirviente, de una parada súbita de los ventiladores, lo natural es suponer que aquella noticia hubo de causar espanto en aquellos hombres; y sin embargo, lejos de ser así, Betassa y sus colaboradores la acogieron con alegría. Los mineros se pusieron á trabajar con frenesí, apremiados, excitados, animados por el capataz y el contramaestre, y las cuatro perforadoras lanzadas á toda velocidad abrieron en la roca agujeros de una profundidad inusitada y acaso peligrosa.

Y hecho esto, mientras se preparaban los cartuchos con mechas más largas que de ordinario, porque era preciso prever la llegada de las aguas y tener tiempo de huir lo más lejos posible, fueron retiradas, con sobrehumano esfuerzo, las máquinas, que en diez minutos estaban fuera del alcance de la explosión, cuando este trabajo exigía ordinariamente media hora.

Mientras ardían los cinco metros de mecha que pendían fuera de los orificios de la mina, los obreros bajaron sin gran apresuramiento la galería, dirigidos por M. Carlos Bacilieri, ingeniero de los ferrocarriles suizos agregado á la sección de Iselle que ha vigilado los trabajos del lado de Italia.

En la transversal 44 detuviéronse algunos obreros, para apreciar más de cerca los resultados de la explosión; los demás con M. Bacilieri descendieron hasta la transversal 43, y en vista de que no se había preparado allí nada para la desviación de las aguas, el citado ingeniero mandó construir á toda prisa un dique provisional.

De pronto estallaron los cartuchos cuyas detonaciones resonaron sordamente en aquella atmósfera enrarecida, y á los pocos segundos percibióse en la pequeña galería, detrás de la gruesa puerta de hierro que cerraba la transversal 43, el estrépito del agua: toda la masa líquida encerrada entre la pared perforada y la puerta de hierro que por el lado Norte la contenía, se había precipitado en catarata. M. Bacilieri entreabrió la puerta; un humo denso llenó la transversal en donde penetró el agua; entonces, inquieto por los demás trabajadores, precipitóse túnel arriba y los encontró en la obscuridad, apenas disipada por las vacilantes luces de sus pequeñas y ahumadas lámparas. El torrente de agua hirviente había sumergido el dique detrás del cual se resguardaban, y llenos de pavor corrían desatinados gritando: «¡El agua, el agua!» Y como una exhalación pasaron por delante de Bacilieri, que procuraba detenerlos y tranquilizarles. Media hora después, un tren de faena los conducía á todos fuera del túnel.

Aquellos obreros acababan de escapar á una muerte atroz, á la que habían de sucumbir dos de sus ingenieros que penetraron más tarde en el túnel: en efecto, la afluencia de las aguas en la pequeña galería



Los que derribaron la última roca: el ayudante Betassa, el ingeniero Bacilieri y el capataz de brigada Ribotto

había apagado la máquina que hacía funcionar los vaporizadores destinados á refrescar el aire, y los gases deletéreos acumulados desde hacía meses en la masa de agua estancada envenenaban la atmósfera. Y sin embargo, todos ellos daban por bien empleados sus sufrimientos y los peligros á que habían estado expuestos, y salieron del túnel cantando y bailando en los vagones y lanzando entusiastas vivas. – G. B.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – LLEGADA AL PUERTO DE DALNY DE PROVISIONES Y UTENSILIOS PARA EL EJÉRCITO JAPONÉS. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La batalla cuyas primeras jornadas describimos en nuestra última crónica se ha generalizado en toda la línea, y por las noticias que de ella se reciben dejará atrás, en punto á encarnizamiento y pérdidas de los combatientes, á las que la han precedido en esta campaña, á pesar de haber sido éstas de las más reñidas y sangrientas que registra la historia.

Es imposible describir esta batalla, ó mejor dicho, esta serie de combates que se traban en un frente de 120 kilómetros y entre dos ejércitos que disponen en junto de 600.000 hombres y 2.500 piezas de artillería. Los informes han de ser necesariamente fragmentarios y sólo cuando la acción termine podrá obtenerse una impresión de conjunto; además, ni en los mapas más detallados pueden seguirse las peripecias de la lucha, porque en ellos no figuran la inmensa mayoría de los nombres que citan los generales en sus despachos, confusos, por otra parte, á causa de ir reflejando sin orden ni método las noticias que van enviando los jefes de cuerpo á los comandantes de destacamentos, barajando lo que ocurre en un ala con lo que acontece en la otra ó en el centro; y por último, como si todo ello no fuera bastante para desorientar á los que se interesan por las operaciones de la guerra, los corresponsales particulares y las agencias telegráficas hacen llegar al colmo la confusión, inventando victorias ó derrotas y exagerando los triunfos ó quitando importancia á los reveses, según sus intereses ó sus simpatías.

Lo único que cabe, cuando esto ocurre, es ir reproduciendo al día, con las debidas salvedades y los convenientes expurgos, según la conciencia profesional de cada periódico, las noticias de diversa procedencia para que el lector deduzca de ellas lo que más le convenga, si es que llega á orientarse en tan intrincado laberinto. Pero cuando hay que resumir los hechos acaecidos durante un período determinado; cuando en la imposibilidad de reproducir todo lo que se ha dicho, es preciso escoger lo más verosímil y presentarlo con cierto orden y claridad, la tarea del cronista ha de ser por fuerza deficiente y en muchos casos imposible.

Tal sucede con la batalla á que nos referimos. Expuestas las dificultades con que hemos de tropezar en nuestro relato, intentaremos resumir los hechos que desde el 19 de febrero último se desarrollan en el teatro de la guerra.

El ejército de Kuroki, que forma el ala derecha japonesa, inició su movimiento hacia el Nordeste, y después de varios reñidos combates que duraron algunos días, se apoderaron, según dijimos en nuestra crónica anterior, el 25 de Tsin-Che-Tcheng, empujando poco á poco á los rusos hacia el Norte y atacando las posiciones del centro del ala izquierda enemiga.

Hasta entonces, en el centro y en el ala izquierda japonesa sólo había habido algunos encuentros sin importancia; pero el 28, las columnas del centro comenzaron á atacar vigorosamente la colina Poutiloff y las de la izquierda pasaron el río Kun-Ho, más abajo de Tou-Tai-Tse y establecieron sus avanzadas en la dirección Noroeste, mientras las del ala derecha atacaban y ocupaban la posición rusa de Kao-Tu-Ling. Los rusos rechazaron los ataques dirigidos contra su centro y su derecha.

El 1.° de marzo, los japoneses del ala derecha siguieron avanzando en las direcciones de Ton-Si-Ling, Matuanglien y Kao-Tu-Ling; en el centro se aproximaron á la colina Poutiloff; y en el Oeste (ala izquierda) después de haber atravesado el Khun-Ho, remontaron el Liao-Ho. En todas partes los asaltantes presentaron masas enormes que avanzaban protegidas por un terrible fuego de artillería. Al anochecer la extrema ala derecha japonesa llegaba á las inmediaciones del desfiladero de Tong-Si-Ling (60 kilómetros al Oeste de Mukden), mientras el ala izquierda llegaba á Cha-Ling-Lo (16 kilómetros al Oeste de Mukden).



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Regreso á Europa del general Stoessel
El general y su esposa á bordo del *San Nicolás* en Port-Said. (De fotografía.)

El día 2 los japoneses continuaron ganando terreno en el ala derecha; en el centro renovaron los ataques contra la colina Poutiloff, y en el ala izquierda, en donde la lucha fué más encarnizada y se sostuvo en medio de una horrible nevasca, después de un violento cañoneo preparatorio atacaron varias posiciones rusas, pero fueron rechazados. Los rusos, á su vez, comenzaron algunos contraataques con escaso éxito.

Aquel día quedó perfectamente definido el plan del mariscal Oyama, que consistía en un movimiento envolvente completo de Kuropatkine: en efecto, los japoneses hallábanse distribuídos en un arco de círculo de gran radio alrededor de Mukden que rebasaba las dos alas del ejército ruso; la columna de la derecha, mandada por Kuroki, estaba tocando casi al Khun-Ho, á 80 kilómetros al Este de Mukden, en tanto que cuatro divisiones del ejército de Okú sólo distaban 20 kilómetros al Oeste de aquella ciudad. Desde aquel momento, los dos extremos del arco estaban á punto de cerrarse.

El día 3, los japoneses del ala derecha atacaron la posición de Kao-Tu-Ling (Este de Mukden), siendo rechazados. En el ala izquierda, los japoneses se aproximaron hasta 200 pasos de las trincheras rusas, trabándose junto á ellas encarnizados combates, algunos á la bayoneta. La situación de ambos adversarios al terminar aquella jornada era la siguiente: al Este los rusos ocupaban todavía Kao-Tu-Ling, Mat-Sang-Tien y Tong-Si-Ling, es decir, las tres posiciones que desde el primer momento constituyeron el objetivo del ala derecha japonesa; en el centro, el tercer ejército ruso se mantenía firme en todas sus líneas del Cha-Ho, habiendo rechazado con éxito los ataques del enemigo; en el Oeste, los japoneses habían realizado importantes progresos, apoderándose enteramente de Ling-Si-Pu (la aldea que á medias han ocupado durante tanto tiempo japoneses y rusos), de Ta-Uan-Keu-Pu (25 kilómetros al Sudoeste de Mukden) y de Cha-Ling-Pu (10 kilómetros al Oeste de Mukden). Por este lado era, pues, por donde los japoneses pensaban hacer el esfuerzo decisivo, encomendado al ejército de Okú, reforzado con el de Nogi desde que terminó el sitio de Puerto Arthur.

El día 4, en el centro los japoneses, después de una lucha encarnizada, se apoderaron de Su-Kudzia-Pu, pero fueron rechazados sus ataques contra Cha-Ho-Pu y la colina Poutiloff; también lo fueron los que su ala derecha dirigió contra Kao-Tu-Ling y Kandolisan; en el ala izquierda ocuparon Chantán (á orillas del Khun-Ho), obligando á los rusos á replegarse en sus posiciones fortificadas del Sur de Mukden.

El día 5, los ejércitos de Okú y Nogi prosiguieron su movimiento de avance, ocupando varios pueblos próximos al ferrocarril y situados á 13 kilómetros al Sur de Mukden; pero en el resto de la línea no pudieron realizar ningún progreso, siendo rechazados todos sus ataques con grandes pérdidas.

El día 6 Kuropatkine resolvió emprender un con-



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Los rusos en la aldea china de Sin-Min-Ting. (De fotografía.)

La aldea de Sin-Min-Ting está situada á 60 kilómetros al Oeste de Mukden, en el extremo del ferrocarril que viene de Pekín, en la orilla izquierda del Liao-Ho, en pleno territorio neutral. Esta población, de donde sacaban los rusos grandes cantidades de víveres, ha sido ocupada últimamente por un destacamento de caballería japonés, que cañoneó y saqueó la estación del ferrocarril y el cuartel chino.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Los japoneses cortando áreoles en Sandepú para la construcción de viviendas subterráneas (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

Las temperaturas excesivamente bajas de la Mandchuria han obligado á los beligerantes á adoptar precauciones excepcionales para guarecerse del frío. Uno de los medios de que se han valido ha sido la construcción de viviendas subterráneas, para las cuales se han utilizado los árboles que en gran número han cortado rusos y japoneses, dejando devastadas las regiones en donde han acampado.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Un episodio de la marcha de los prisioneros de Puerto-Arthur en el camino de Dalny. (Dibujo de L. Sabattier.)

Un oficial ruso que ha regresado á Europa con el general Stoessel y que ha facilitado al artista el croquis y los datos para este dibujo, da de la escena en éste representada la siguiente explicación: «La marcha de nuestras tropas á Dalny fué un espectáculo de indecible tristeza; y aun parece que los japoneses se ingeniaron para hacerla más desconsoladora. En los altos, como los víveres escaseaban, los soldados hambrientos asaltaban los carros de provisiones. En cambio, se prodigaban el aguardiente y las bebidas fermentadas; y cuando un grupo de aquellos desdichados bebía más de lo conveniente, exceso muy disculpable, en seguida se presentaba un fotógrafo y sacaba una fotografía, poniendo bien en evidencia las botellas y hasta exagerándolas. Estas fotografías serán luego reproducidas en los álbums oficiales de la guerra por los japoneses y así creerán documentar fielmente la historia.» El dibujo de Sabattier reproduce el momento en que un soldado japonés fotografía uno de aquellos grupos.

traataque; pero desgraciadamente era demasiado tarde para producir un gran resultado. Las reservas se habían fundido poco á poco con las líneas principales, y los japoneses, sólidamente fortificados en las posiciones conquistadas en los días anteriores, se hallaban en condiciones de oponer una viva resistencia. Pero de todos modos, esta vigorosa contraofensiva tuvo la ventaja de contener á los japoneses, y aun en ciertos puntos del centro y del Este consiguieron los rusos recuperar una parte del terreno perdido.

Hasta aquí llegan las noticias oficiales detalladas que tenemos á la vista al escribir esta crónica; pero los telegramas dan cuenta ya de haberse iniciado en la madrugada del 8 la retirada general de los rusos hacia el Norte, persiguiéndolos muy de cerca los japoneses, y habiéndose empeñado un sangriento combate en las inmediaciones de Mukden, á corta distancia de las famosas tumbas imperiales chinas.

Según un despacho oficial del mariscal Oyama, las tropas japonesas entraron en Mukden á las diez de la mañana del día 10, continuando, sin embargo, los combates en las inmediaciones de la ciudad.

Una nueva victoria del Japón ha puesto término á esta etapa de la guerra.

Las pérdidas que ambos ejércitos han sufrido han sido enormes: háblase de 50.000 rusos y 30.000 japoneses fuera de combate; no falta quien eleva la cifra hasta 100.000 y supone que las bajas de los japoneses han debido ser muy superiores á las de los rusos, cosa después de todo perfectamente natural, dado que los nipones atacaban á pecho descubierto y sus enemigos estaban atrincherados en fuertes posiciones. De todas maneras, esta batalla habrá sido una de las más sangrientas que registra la historia.

¿Corresponderán sus consecuencias á la enormidad del sacrificio que ambos beligerantes han realizado? ¿Habrá sido tan decisiva la derrota de Kuropatkine que obligue á Rusia á pedir la paz? Es muy dudoso, en primer lugar, porque el orgullo moscovita no se ha de avenir fácilmente á darse por definitivamente vencido; y en segundo, porque el Imperio ruso dispone aún de inmensos recursos para enviar, con más ó menos tiempo, nuevos ejércitos al teatro de la guerra; al paso que el Japón los tiene mucho más limitados, y ha de costarle muchísimo reponerse de las pérdidas enormes á costa de las cuales ha conseguido esta nueva victoria.

Si la guerra continúa, es evidente que los japoneses suspenderán durante largo tiempo su avance, como lo suspendieron después de sus anteriores victorias. En el entretanto, Kuropatkine se fortificará en otra posición y allí irá recibiendo los refuerzos que su gobierno está resuelto á enviarle sin cesar. ¿Podrán los japoneses recibirlos en igual número que su adversario? ¿Podrá el Japón resistir tanto como Rusia



El sultán de Marruecos haciéndose traducir los discursos de los periodistas franceses que formaban parte de la misión del Sr. Saint-René Taillandier. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

esta guerra que hasta ahora ha sido de aniquilamiento? Los japoneses tienen, sin embargo, un factor poderoso en favor suyo, y es la situación interior del Imperio ruso, cada día más grave y amenazadora. — R.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Barcelona. – *Salón Parés.* – Ocupan preferente lugar en el vasto salón de exhibiciones las nuevas



Guerra ruso japonesa. - Sanitarios ciclistas conduciendo un herido durante el combate

obras aportadas por varios artistas, entre ellas un hermoso retrato, de cuerpo entero, obra de F. Via, quien ha venido á demostrar las relevantes cualidades que posee para el cultivo de este género de pintura asaz difícil y tan preñado de escollos. El personaje retratado aparece sentado en amplio sillón, de manera que además de los rasgos fisionónicos que le asignan una edad provecta, su actitud y la pesadumbre de los años, acaban por representar con singular acierto su doble aspecto, puesto que se transparenta el espíritu, el carácter, el modo de ser del sujeto representado. Análogos elogios deben tributarse al pintor, ya que se presenta sobrio en el colorido, sin recurrir á efectismos, resultando el conjunto una obra que honra al artista que la ha ejecutado.

Otra vez aparece Dionisio Baixeras como pintor ruralista, como entusiasta cantor de las bellezas que encierra la región pirenaica catalana. Y conste que hoy como ayer, en el lienzo á que nos referimos como en los que han contribuído á formar su reputación artística, muéstrase como observador y como artista, ya que reproduce en toda su grandeza un paisaje invernal y los tipos de dos cazadores montañeses en la actitud de disparar sus escopetas contra un grupo de gacelas.

Digno también de mencionarse es un notable paisaje de Galvey representando un pinar, trasunto de la realidad, en cuya variedad de modalidades acredita el artista su perfecto conocimiento de la gama que amasa en su paleta, de la que surgen esas variantes que se observan en las rondas y de que tan rica y pródiga se muestra la tierra catalana.

Juan Brull ha aportado una preciosa cabecita, delicada y sentida cual las que tantos plácemes le han merecido, y el señor Pallejá dos retratos de niña, discretamente ejecutados.

Salón Robira. – El laureado autor del cuadro *Flevit super illam*, Enrique Simonet, ha expuesto un bonito cuadro de caballete, cuyo tema es tan sencillo como agradable, pudiendo estimarse como interesante estudio de color.

Fundición artística de Masriera. – Figuran en este establecimiento la reproducción, en menor tamaño del original, de la notable estatua de *La lavandera*, obra del escultor Sr. Montserrat, premiada en la Exposición Nacional de Bellas Artes; una armadura gótica, recomendable trabajo de fundición; el famoso busto de Carlos V, obra de Pompeyo Leoni, y varias piezas de bronce, entre ellas dos preciosos aquárium ó peceras.

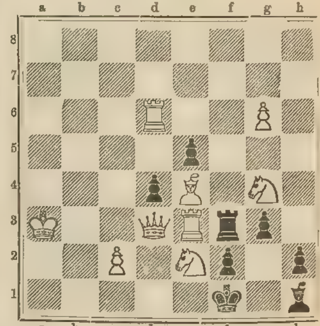
– El reputado artista D. Pablo M.ª Bertrán y Tintoré ha publicado una colección de doce tarjetas postales, que reproducen algunas de sus más notables pinturas al óleo, entre ellas *Música Sacra*, cuadro premiado en la Exposición de Bellas Artes de Madrid; varios tapices que decoran las iglesias de Santa Ana y San Pedro de las Puellas de esta ciudad; las pinturas del ábside y murales de la iglesia del Manicomio del Hospital de la Santa Cruz, y dos vistas del taller del artista.

Espectáculos. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Ventres dorés*, comedia en cinco actos de Emilio Fabre; en el Teatro Nacional de la Opera Cómica *L'enfant roi*, poema lírico en cinco actos, letra de Emilio Zola, música de Alfredo Bruneau; en el Chatelet *Tom Pitt, le roi des pickpockets*, comedia de gran espectáculo en cuatro actos y diez y ocho cuadros de Víctor de Cottens y Víctor Darlay, con algunos números musicales de Mario Baggers; y en el Ambigú Cómico *La belle marseillaise*, comedia en cuatro actos y cinco cuadros de Pedro Berton, con algunos números musicales de Emilio Lassailly.

AJEDREZ

Problema número 378, por E. Pradignat.

negras (8 piezas)



blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 377, por M. Ceskova.

Blancas.	Negras.
1. Dd4–h8	1. Cualquiera.
2. D mate.	

SIN ILUSIONES

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Pero excusado es decir que sus palabras no brillaron por ninguna de esas cualidades y fueron lo más triviales y pobres del mundo, aunque dirigidas oblicuamente á la candente cuestión:

—¿Vas á ver hoy á Lina?

Raimundo contestó sin desconfianza:

—Sí.., ¿por qué?

—¿Todos los días, entonces?..

Y fué aquello tan abiertamente torpe, que el desgraciado Pedro comprendió en seguida su error. ¡Quería conquistar la confianza de su hermano para atraerle á ciertas confidencias que creía necesarias, y empezaba por mostrarse agresivo! Al darse cuenta de su torpeza, trató de remediarla interrumpiendo á Raimundo, que le decía sorprendido:

—¡Cómo *entonces!* Bien lo sabes... y además...

—Sí, sí..., quiero decir..., no es eso..., pero, en fin, comprende... y responde francamente, mi querido Raimundo, te lo suplico...

Y suplicaba, en efecto, con los brazos y el corazón tendidos hacia el «muchacho,» tan frío, tan mudo y tan cerrado enfrente de él, y dispuesto á sublevarse á las primeras palabras.

—¿Pero estás loco? No tengo nada que decirte... ¿Qué quieres que te responda?

Y Raimundo añadió todas las pobres frases con que un propósito de silencio se defiende como con una muralla en torno del corazón.

Pero Pedro exclamó de repente:

—¡Tú sufres, mi pobre Raimundo!

Y la cara del joven cambió... Sí, sufría el infeliz muchacho, y su resistencia se ablandó ante la piedad y la ternura.

En pocos minutos volvió á ser el que Pedro creía perdido para siempre y exhibió su corazón henchido de un nuevo secreto y de un nuevo amor, sin recordar el otro, que tanto había hecho sufrir á Pedro. Éste le escuchaba lleno de cariño y de preocupación.

—¡Sí, la amo!.., decía Raimundo. ¿Es posible no amarla?.. ¿Hay otra mujer como ella en la tierra?.. ¿Cómo no se lo he dicho todavía?.. No lo sé...

—¡Ah! ¿No se lo has dicho?, exclamó Pedro más tranquilo.

—No, todavía no... Pero hoy, hoy mismo..., *es preciso* que yo sepa...

Y añadió con ardiente ansiedad:

—¿Crees que me escuchará?

Sin saber por qué, Pedro no concebía muy bien á Lina correspondiendo al amor de Raimundo; pero fuera de esa impresión enteramente personal, había otra consideración capital, y el hermano mayor dijo casi severamente:

—Pero, Raimundo, tú no puedes..., *no debes hablarla...*

El joven le miró estupefacto y Pedro tuvo entonces que explicarse. Después de lo que Lina había hecho por todos ellos, la gran diferencia entre sus posiciones respectivas prohibía á Raimundo «ofrecerle» un porvenir todavía problemático y un presente ridículo, cuando ella podía escoger entre los más ricos y los más célebres.



[illegible] la detuvo, [illegible] el brazo y [illegible] de la manga con todo [illegible]

Pero Raimundo comprendía mal, evidentemente, y repetía con obstinación:

—Pero cuando se ama...

¡Oh! Sí, en esto Pedro era de su parecer; cuando se ama, esas cosas son mezquinas y no se piensa en ellas... Pero ese era precisamente el punto delicado: ¿amaba Lina á Raimundo?..

Y el instinto de Pedro, tan obstinado como el amor de Raimundo, decía que no.

Pedro, pues, volvió con paciencia y con ardor á sus exhortaciones y acabó diciendo:

—Aun cuando ella te escuchase, repito que no te corresponde hablar. Un hombre no puede debérselo todo á una mujer y tú debes ya bastante á Lina. Trata de mostrar voluntad una vez en tu vida, mi pobre Raimundo; nunca encontrarás mejor ocasión...

—Sí, tú hablas muy bien, exclamó el joven; bien se ve que para ti es cosa fácil... ¡Si supieras lo que yo sufro!..

Pedro se levantó y se puso á recorrer á zancadas la estrecha pieza como si quisiera devorar el espacio. Vacilaba y se ahogaba... Por fin se decidió de repente y dijo parándose delante de su hermano y poniéndole las manos en los hombros:

—¡Ah, niño perverso! ¡No adivinas nada! Nadie puede comprenderte mejor que yo, ¿oyes?, yo, que sufro el mismo martirio hace años... (Su voz temblaba.) Y soy mucho más desgraciado que tú, *porque yo no he cambiado...*

Raimundo bajó la cabeza y murmuró:

—¡Qué quieres!.. Yo no tengo la culpa.

Pedro siguió diciendo:

—Hoy puedo decírtelo; estaba dispuesto, hace un año, á sacrificarlo todo por tu dicha... Si fuiste desgraciado, yo también te diré que no fué por culpa mía.

—Lo sé..., lo sé..., perdón, balbuceó Raimundo.

Y apoyado en el pecho de su hermano, prorrumpió en sollozos apasionados y nerviosos, como una mujer.

Pedro aprovechó entonces aquella emoción (los más rectos tienen esas profundas astucias del corazón) y le arrancó la promesa que deseaba.

—Seré fuerte..., sí, me callaré..., te lo juro...

Y Pedro tuvo que contentarse con esa afirmación de energía balbuceada entre lágrimas.

Ya solo, unas horas después, no se sintió, á pesar de todo, mucho más tranquilo que antes; pero su pena era más dulce, porque había reconquistado un poco al «muchacho.»

Sin embargo, Pedro se abrumaba de reproches:

—¡Qué falta la mía al dejar establecer tal intimidad entre Raimundo y Lina! Hubiera debido conocer mejor á mi hermano y saber que si esa joven no me turba á mí mismo es porque yo pertenezco por entero á otra, pero tiene tales condiciones que debían inspirar amor á este muchacho...

Pedro recordó lo ocurrido en el año anterior y tuvo miedo por Raimundo.

—¿Qué hará?.. ¿Qué hace?, se repetía.

He aquí lo que hacía:

Habiendo encontrado el aire de un temple delicioso en aquella tarde de primavera, y cansado por la emoción reciente, Raimundo tomó un coche descubierto y se hizo llevar al bosque. Durante el largo camino, gozó físicamente de la belleza del tiempo y saboreó su melancolía, que realzaba con un nuevo sabor su flamante heroísmo...

Muellemente recostado en el rincón del carruaje, y al cabo de media hora, sus reflexiones se evaporaron en esta frase mascullada en voz baja:

—¡Haber prometido!.. ¡Qué mal he hecho! Porque, en fin..., ¿quién sabe lo que hubiera sucedido?..

Y la mirada acariciadora de sus grandes ojos velados y la tierna sonrisa de su boca se dirigían á una visión clemente y exquisita de su adorada, como él

la llamaba siempre en el pensamiento. Al verle pasar, se le podía *tener por dichoso*, y lo era.

IV

DE LEJOS... DE CERCA

—¡Ay, amigo mío! ¡No puedo más! ¡Qué existencia!..

Y toda la persona de Lina expresaba la angustia y la derrota. Acababa de contar á Pedro una de las últimas escenas entre su padre y Rosita, en las que era ella la que soportaba, sola y sin compensación, la cólera de los dos, al tratar de calmarlos.

—Pero ¿por qué sigue usted aquí?

—Eso es lo que siempre acabo por preguntarme: ¿por qué?.. Creo que hubiera sido mejor realizar mi primer proyecto, porque, realmente, esto empieza á resultar gracioso á fuerza de ser triste... Para ser la primera vez en la vida que mi padre ha reclamado vivamente mi presencia, he tenido mala suerte... He sido débil, me he quedado, y ahora es más difícil separarme de ellos sin escándalo... Pero me siento ya sin fuerzas... Y después, esta es una situación idiota... Cuando he conseguido consolar un poco á mi padre y hacerle que se vaya á pasear y á distraerse, me cae encima la otra, ya por detrás, diciendo al mundo entero que yo la odio y le quito por envidia el cariño de su marido, ya de frente, lo que es preferible, aunque entonces la escena degenera á veces en pugilato... ¡Como usted lo oye! El otro día estaba viendo cuándo íbamos á cogernos del moño, como dos lavanderas... Ella es violenta... y yo no soy muy dulce... Pero es repugnante, palabra de honor, el llegar á ese caso...

Y humillada, rabiosa, con la cara lívida y los dientes apretados, Lina hacía pedazos las flores de un precioso ramo.

—Tiene usted razón, esto no puede durar..., dijo Pedro; pero ¿qué va usted á hacer?

—Creo que voy á buscar un pretexto cualquiera de salud y á escaparme á un rincón tranquilo este verano, con Julieta... A la vuelta, ya veremos...

—Es una buena idea.

—Y usted, ¿qué va á hacer?

—Precisamente vengo á hablar con usted de mi proyecto... Yo también me voy.

—¿Nos encontraremos acaso?, preguntó Lina sonriendo.

—No lo creo... Voy á tomar por mi cuenta una pequeña goleta y me llevo á Raimundo.. Nos vamos á hacer una expedición marítima por ahí...

—¿Dónde se encuentra ese interesante país: por ahí?

—No sabemos todavía...

Los pétalos sangrientos de las flores llenaban el suelo, y la joven, en pie, dijo sacudiendo su larga bata plegada:

—Muy bien... Nadie le pregunta á usted sus secretos...

—La primera persona que sabrá adónde voy, cuando lo decida, será usted, dijo Pedro sencillamente.

Lina se volvió con viveza hacia él y respondió ofreciéndole la mano:

—Gracias..., perdón...

El encanto de su movimiento y de su sonrisa envolvió á Pedro, que volvió á fijarse en todos los detalles del estudio; esmaltes, mármoles, bronces, y arriba, en el friso, las máscaras de yeso de faunos y de sátiros que sonreían á su eterno enigma...

En aquella mirada entraba un adiós á todas aquellas cosas mudas, testigos de tantas horas encantadoras...

Como si hubiera adivinado su pensamiento, Lina le dijo:

—A pesar de todo, voy á echar de menos todo esto...

Y su ademán circular abrazaba toda la pieza. Pero la eterna bromista volvió á aparecer en ella y la joven añadió:

—Porque sepa usted que estoy irremisiblemente destinada á morirme de hambre, al paso que lleva mi querida madrastra... Voy á tener que volverme excesivamente modesta... Sí, hermano razonable, ya no le escandalizaré á usted con mis excentricidades. La renta que debo disfrutar me permitirá, acaso, por algún tiempo el *rumsteck* cotidiano y la estameña de los vestidos prácticos. Pero se acabaron las habitaciones de fantasía y las dalmáticas para andar por casa...

Y al ver el aspecto perplejo de Pedro, se echó á reir y tuvo á bien rectificar:

—Entendámonos... Todo lo que es de mi propiedad personal, lo conservo, lo que ya es algo, pues, aunque se va pasando con el tiempo y viene muy bien, yo he sido siempre un poco manirrota... Mi cuarto de Rohán será cerrado con llave hasta el día en que me lo lleve y lo haga reconstituir en el lugar de mis sueños...

—¡Ah! ¿Y se puede saber cuál es ese lugar?

Es el mismo de usted: *por ahí*... No le conozco todavía.



—¡Ah! ¡Ahí está el correo, dijo Julieta; vamos á ver si hay cartas...

—Es tranquilo este país, ¿no te parece?, dijo Julieta yendo á sentarse al lado de Lina en el balcón de su departamento.

Delante de ellas se extendía el lago Leman, terso y de un azul brillante y dulce de piedra preciosa, que parecía una copa ajustada al relieve de las montañas borrosas y moradas. Y sobre aquellas montañas y por el hueco de la vega del Ródano, lleno de ligeras brumas, descendía en raudales cambiantes como el agua la luz de oro y de rosa de los crepúsculos de verano.

Hermosos árboles de fresco color y profusión de adelfas y de hortensias unían el jardín del hotel con el lago por su palpitación perfumada.

Lina, que estaba recostada en un sillón de junco y que, en verdad, se sentía muy cansada, convino en que aquel país era tranquilo..., pero hubiera necesitado otra cosa para la tranquilidad completa de su corazón.

Estaban allí hacía tres semanas, y como se encontraban bien, retardaban la continuación de su viaje. Tenían dos cuartos y un salón, se hacían servir las comidas aparte, no hablaban con nadie y no se aburrían jamás.

Su cariño se había hecho profundo y encantador. Entre Lina, tan mujer por el amor y por las penas, y Julieta, cuyos quince años no habían sido aún turbados por los cuidados, había ese acuerdo perfecto del corazón que crea las verdaderas intimidades.

—¡Ah! Ahí está el correo, dijo Julieta; vamos á ver si hay cartas...

Había una de Margarita para Julieta, y en un sobre á su nombre, Lina reconoció la letra de Pedro.

La joven pasó mucho tiempo leyendo aquellas páginas y Julieta preguntó:

—¿Dónde están? ¿Cómo les va?

—Han tenido que detenerse en las costas de Bretaña... Raimundo no está bien...

—¡Ah!.. ¿Qué tiene?

—Pedro habla de fiebre..., de anemia...

—Entonces, malas noticias en toda la línea.

—Pues qué, ¿también Margarita está mala?

—Toma; lee...

Lina leyó una carta ambigua, vaga y desanimada, una confesión de amargura y de pena, muy chocante en aquella joven de exuberante energía.

«No puedo ya trabajar... Me parece que estoy vacía, acabada..., y lo peor es que me es igual... Por lo demás, si no fuera por el dinero, por la carrera, por la necesidad de trabajar, lo echaría todo á rodar de mejor gana... El arte parece hermoso de lejos; pero cuando se le ve de cerca y por el lado del oficio.. Y luego, tengo que ver gentes que me repugnan y me fastidian... Pienso algunas veces que debo de estar enferma para ver el vacío de las cosas hasta ese punto, y me pregunto con estupor si soy yo la que tanto se interesaba por todas esas cosas... Pero no; entonces era una loca y una estúpida y ahora es cuando lo veo todo claramente...»

—Se engaña..., dijo Lina interrumpiendo su lectura y arrugando con rabia el papel; ahora es cuando hace una locura escribiéndote á ti esas cosas... Yo la responderé y veremos eso...

Julieta le cogió la mano y dijo acariciándosela dulcemente:

—No, no, pobre Margarita; está sola, sin nadie á quien querer ni que la quiera... y eso es triste... Cree que su tristeza y su cansancio es del pensamiento y se engaña, porque es del corazón...

—¡Mira, tú, Julieta, te detesto y te prohibo que hables con esa voz, como si temieras despertar á alguien!..

Y Lina se puso á besar á la niña. Después, mientras, estrechamente abrazadas, guardaban silencio mirando la poética postura del sol, la joven escuchó á su corazón... No, ya no latía fuerte y rápido como en otro tiempo, ni sentía aquella convulsión terrible y deliciosa que sumía en un vértigo á su pensamiento y á sus ojos... Su corazón se había hecho sensato..., y aquella resignación de agonía era tan triste, que Lina prorrumpió en lágrimas desesperadas é irresistibles, como ante la muerte de un ser adorado... Era su amor que se moría, porque el corazón se cansa al fin de vivir sin respuesta...

Lina no supo si Julieta había sorprendido aquella explosión inusitada. Pero no cambiaron en aquel momento ni una palabra ni hablaron de eso jamás.

Aquella fué la última convulsión de la pena de Lina, y la obra de reposo se fué completando, lenta y segura, en la gran calma de la naturaleza. Hubiera querido que nunca terminase aquel verano, pensando con terror en las complicaciones que le esperaban al volver á París. ¿Dónde y cómo se instalaría?

Sentía tal horror del mundo y de sus hipocresías, que pensó seriamente en comprar la casa deshabitada de los alrededores de Royan, que ofrecería á sus recuerdos el encanto de aquel melancólico jardín.

Pero Julieta no aprobó aquel plan y hubo que pensar otra cosa.

Entre tanto, todas las semanas llegaban de los puertos bretones cartas de Pedro, y otras de Margarita, instalada con su familia en Fontainebleau, que llevaban á Lina y Julieta un soplo de malestar y las dejaban pensativas.

Pedro, demasiado sincero á pesar de sus esfuerzos, no podía disimular su inquietud respecto de Raimundo; y las quejas de Margarita, vagas al principio, se iban precisando. En una carta á Lina le contaba que uno de los Rivaz le hacía delicadamente la corte, á pesar de lo cual y de las ventajas físicas y de todas especies de aquel joven, ella sentía hacia su amor y su persona una frialdad y hasta una repugnancia inexplicables... No lo eran para Lina, que lo único que no comprendía era el silencio de Raimundo.

—¡Qué perezoso!, le decía á Julieta; no ha tenido tiempo ni ánimo para escribir una línea...

Julieta no respondía.

* * *

No..., ni una línea... Pedro sabía bien lo que había hecho llevándose á Raimundo á su lado con pretexto de aquel viaje, pues así le vigilaba sin que lo pareciese y el joven no se atrevía á faltar abiertamente á su famosa promesa...

Pedro, sin embargo, se decía algunas veces:

—¿Quién sabe?..

Ahora que veía de lejos el conjunto de las cosas, no le parecía tan seguro el no haberse engañado en su intervención. Y sus escrúpulos se debilitaban con las confidencias de Lina sobre su futura posición material.

Veía con tristeza languidecer á su pobre Raimundo, pero resistente á la pena y al que no distraían ni los grandes horizontes del mar ni las rudas y pintorescas costas en que vive todavía un poco de la vieja y agreste alma celta.

Había además mil pequeños detalles que molestaban grandemente al refinamiento del muchacho.

Pedro, que se levantaba con el alba y tomaba parte activa en la maniobra ó daba enormes paseos por las costas, mostraba en las comidas un apetito

voraz, mientras Raimundo, que pasaba el día echado, leyendo ó embriagándose con sus recuerdos de una elegante dulzura, torcía el gesto ante las sopas de coles y los grandes platos de mariscos, aderezados con salsas de ajos, y sentía un gusto muy moderado por las pesadas tortas de manteca, que le hartaban, según decía, sólo con verlas.

Después de haber prolongado la probatura durante unas semanas, Pedro tuvo que echar de ver un profundo antagonismo entre aquella manera de vivir y aquel temperamento. Y una noche anunció á Raimundo que iban á volverse á París.

—Estamos, dijo, á fin de septiembre y es ya tiempo de que reanudes tus relaciones en París y te prepares trabajo para el invierno...

—¡Para qué!.. Si crees que tendré valor para hacer nada!.. Siempre solo!..

Pedro no le dijo:

—¿Y yo, no soy nadie?

Pero se le oprimió el corazón: era duro el ver sufrir así al «muchacho.»

—¿Quieres que volvamos á vivir juntos, le preguntó tímidamente.

Raimundo encontró razones para rehusar, pensando en la existencia libre que podía ser poblada por el azar y por su fantasía.

Pedro le oyó toda la noche dar vueltas en su estrecho camastro y volvió á pensar con angustia si se habría equivocado al emprender aquel sistema con su hermano.

Al día siguiente Raimundo escribió á Lina. No razonó y cedió á su deseo imperioso como dominado por la fiebre.

«Volvemos á París, decía... No sé si me alegro, pues no puedo estar ya contento por nada... Pero he pasado un verano tan terrible, he sido tan desgraciado, que París me representa una especie de alegría, porque allí encontraré un poco de usted en todos los sitios por donde hemos pasado juntos... Esperando que usted vuelva, pensaré todos los días en el momento de volverla á ver y de admirar sus ojos y su sonrisa...»

Y así continuaba aquella eterna y trivial canción amorosa, de palabras siempre iguales. Inconsciente, Raimundo exhalaba en sus frases todo su amor sin decir «te amo...,» y habiendo repetido tanto esta palabra en su corazón, olvidaba que nunca la había dicho y que había prometido no decirla...

Lina leyó aquella carta con estupor, y dijo en voz alta, sin darse cuenta de ello:

—¿Me ama, entonces?

Y se estremeció al oir la voz de Julieta.

—¿Es de Raimundo?

—Sí...

—¡Pobre Raimundo!

—¡Cómo! ¿Por qué?.. ¿Qué quieres decir?.. ¡Te ama tanto!

—¿Pero cómo sabes?..

Julieta se sonrió tiernamente.

—¿Qué cómo lo sé?.. La cosa era clara y todo el mundo lo sabía... Sólo tú no veías nada, y por eso he dicho: pobre Raimundo...

Lina recordó entonces mil hechos que surgían de la sombra de su ignorancia pasada, y comprendió de repente cuál había sido aquella gran pena, única que Pedro le había ocultado.

Y la penetración, grande sin embargo, de Julieta, no comprendió las profundas razones de la decisión de Lina cuando ésta le dijo al día siguiente:

—Nos volvemos á París...

* * *

Margarita y Lina salieron al bosque, en el que brillaba ya el magnífico encanto del otoño.

Hacía ocho días que Lina estaba observando á Margarita, para lo cual había ido expresamente á la casita de Samois en que los Avesne habían pasado el verano. Y ahora ya no dudaba, sólo esperaba una ocasión para saber á qué atenerse.

Por eso aquel día, después de almorzar, Lina había propuesto á Margarita dar solas un paseo por el bosque.

Como sucede en ciertos momentos decisivos de la existencia después de un exceso interior de pensamiento y de emoción, Lina estaba sufriendo la obsesión de una frase que surgía constantemente en su memoria como un estribillo, y esta frase era el verso de Víctor Hugo:

Y yo siento la paz
de la naturaleza
entrar en mi corazón.

Aquel ritmo, sin embargo, la ponía nerviosa. Lina hubiera querido estar en posesión de su plena lucidez para conducir la conversación que era inevitable.

En efecto, por una reacción natural, Margarita, libre de la fiebre intelectual en que había vivido más de un año, se refugiaba en los sentimientos más dulces que la habían rodeado en otro tiempo. De este modo, manifestaba á Lina un gran cariño y parecía complacerse en recordar los tiempos difíciles de su primera amistad.

Bastaba, pues, muy poca cosa para abrir aquel corazón que se había vuelto tan tierno; solamente el contacto de otro corazón, la armonía maravillosa de la naturaleza en aquella hora clemente del otoño.

Cansada de estar sola y de ser indiferente, llena de pesares y de deseos, Margarita debía decirlo todo bajo aquellas influencias irresistibles.

Empezó por repetir las quejas formuladas en sus cartas: soledad, vacío de las cosas, inutilidad del esfuerzo diario en una vida tan vana...

Lina dijo lentamente:

—Existe el amor...

—¿El amor?, respondió Margarita con amargura; ¿sé yo, acaso, lo que es? ¿Lo sabe alguien? Creo que se habla de él mucho más de su realidad... Casi todo lo que se decora con ese nombre no lo merece...

Lina sonrió, viendo que Margarita pretendía haber descubierto una cosa nueva.

—¡Pobre amiga mía! ¿Hoy echas de ver eso? Y añadió, insinuante y tierna, mirando á su amiga á los ojos:

—Pero, oye..., cuando una se indigna tanto con el amor, es porque ama...

—¿Amar yo? ¡Dios mío!.. ¿A quién?, dijo Margarita con evidente mala fe; ¿no te he hablado de Rivaz y de la perfecta indiferencia que me inspira?

—Cuando se es «perfectamente indiferente» para un amor, es casi siempre porque se tiene otro, replicó Lina

—Yo no sé si amo, dijo Margarita muy bajo, pero quisiera amar... Hemos hablado ya mucho tiempo de estas cosas, un día, en tu estudio... ¿Te acuerdas?

Sí, Lina se acordaba. Entonces no conocía á Pedro, su corazón estaba vacío y también ella deseaba ardientemente iluminarlo con un sueño.

—Ya pensaba yo, dijo, que no estarías siempre fuerte y helada... Te quiero más como ahora eres...

Margarita no debía saber jamás lo que había costado á su amiga la posibilidad de pronunciar tranquilamente aquella frase, al parecer tan sencilla. Sin



¡Qué bello es esto!, dijo Margarita. – Sería un hermoso cuadro, respondió Pedro. ¿Por qué no lo hace usted?

embargo, aquella noche, al recordar la actitud y las palabras de Margarita, Lina suspiró y dijo en voz baja:

—¡Qué lástima!..

Porque sentía que Margarita no daría nunca á Pedro un amor como el que él la profesaba...

Pedro encontró una vez más á Lina en su estudio del bulevar Pereire cuando fué á verla, llamado por una tarjeta neumática.

La joven le entregó en seguida la carta de Raimundo y él la leyó. ¡Así le había cumplido su promesa!.. Pedro, sin embargo, no sintió asombro ni despecho.

Pedro se quedó mirando á Lina con tal expresión de perplejidad, que la joven no pudo menos de reir, aun no teniendo gran gana de hacerlo.

—Y bien, le dijo, ¿qué adelantamos con mirarnos así, como dos augures?

—Nada, confesó Pedro.

—¿Es así, continuó Lina, como tiene usted confianza en mí? Era, sin embargo, muy sencillo decirme la verdad; soy bastante grande para oirlo todo... ¡Y por cierto que le ha dado á usted buen resultado el obrar solo! ¡Como si fueran demasiado dos personas para encargarse de ese niño terrible!.. Para usted pueden ser buenos esos tratamientos marítimos y agrestes, pero no creo que han sido muy eficaces para él... Vamos..., envíemelo usted y veremos lo que hay que hacer...

Pedro la escuchaba sin comprenderla y se sentía invadido por un vago remordimiento...

¿Por qué?.. Pedro no tenía tiempo para reflexionar; era aquello demasiado complicado... Y exclamó sencillamente:

—Pero, vamos á ver, usted no le ama; y en ese caso...

—Eso no le importa á usted, dijo Lina.

Y cerró á medias los ojos.

Pedro no sabía qué decir. No podía esperar aquello, y la sencillez con que se desenlazaba la situación le desconcertaba hasta tal punto, que no la encontraba natural.

Maquinalmente repetía:

—Pero, en fin, ¿no le ama usted?..

Y ella le respondía evasivamente:

—¡Hay tantas maneras de amar!..

—Dispense usted..., yo creo que no hay más que una, dijo Pedro muy grave. ¡Con tal de que usted no se engañe!..

—No me engaño, amigo mío, dijo Lina muy despacio.

Ambos se quedaron callados un momento, pero Lina tuvo miedo de aquel silencio, en el que Pedro podía comprender demasiado, y se levantó.

—Está convenido, ¿verdad? Envíemele usted..., le espero mañana... Y ahora tengo que decir á usted otra cosa: vaya pronto á Samois. Margarita no está alegre y creo que necesita ver á usted...

—¡Cómo dice usted eso!, exclamó Pedro. ¿Acaso?..

—¡Oh! Nada de preguntas... Digo lo que sé, y sé muy poco... Vamos, necesito echarle á usted... Es tarde y hoy no como en casa...

Tenía prisa por estar sola, y sin embargo, no sufría mucho..., casi nada. Hasta sentía cierta extraña felicidad en no ser dichosa según su ilusión, y miraba las de los demás como se mira, en los primeros días del invierno, el vuelo de los pájaros emigrantes que surcan el cielo claro y frío...

V

¿CUATRO FELICIDADES?

—¡Cuánto la amo á usted! ¡Qué feliz soy!

Hacía una semana que siempre era lo mismo. Raimundo llegaba á las tres y envolvía á Lina en palabras de caricia y de adoración, la miraba con devoción hablar y moverse, y ella le decía con ternura é indulgencia:

—¡Qué loco! ¡Qué niño!..

Pero había tan fuerte dulzura en aquel idólatra frenesí de ardiente juventud, que Lina estaba más conmovida de lo que hubiera creído.

Existe una especie de embriaguez en proporcionar una gran dicha, y Lina, después de las grandes heridas de su corazón cerrado, se abandonaba con debilidad de convaleciente al encanto de ser amada. Y aquel abandono le daba una gracia que aumentaba más y más la fiebre de Raimundo.

Pero, como todos los días, Lina preguntó á su enamorado:

—¿Ha ido Pedro á Samois?

La respuesta había sido siempre negativa; pero aquel día dijo Raimundo:

—No, pero he almorzado con Pedro, y después de almorzar ha llegado Margarita para hablar con él... Los he dejado juntos.

Lina se levantó y pasó por delante de él. El joven la detuvo, la cogió el brazo y besó los encajes de la manga con todo el fervor de esas niñerías amorosas.

Generalmente, Lina se sonreía en tales casos y se separaba repitiendo:

—¡Qué loco!.. ¡Qué niño!..

Pero aquel día no dijo nada ni se retiró, y á través del ligero tejido, el beso se apoyó en su brazo desnudo. Lina cerró los ojos y el joven se levantó, la estrechó contra su pecho y dijo con voz ahogada:

—¡Oh! ¡Bien mío!.. ¡Dime que me amas!..

La joven abrió los ojos; le vió profundamente suyo y que sería lo que ella le hiciera ser; adivinó en él esa deliciosa sumisión de adoración ciega que ella había tenido para otro, y suspiró débilmente, pero pudo responder sin mentir:

—Sí..., te amo.

* * *

—Voy á acompañar á usted, dijo Pedro á Margarita, después de hablar de la venta de uno de sus cuadros, que era el pretexto de que la joven artista se había servido para ir á verle.

Impulsada por una fuerza obscura, no había podido resistir el deseo de saber por sí misma qué había sido de Pedro, mientras éste, presa de una loca vacilación, no se había atrevido todavía á seguir el consejo de Lina, temiendo una decepción suprema.

Y durante aquella tarde no había habido medio de que ni el uno ni la otra vieran claro. Los dos habían errado en la idiota trivialidad de las frases, como dos ciegos voluntarios andando á tientas entre las cuatro paredes de una estrecha pieza. Ambos estaban tristes y ambos se esforzaban por parecer alegres y naturales.

—¿Se vuelve usted á Samois?, preguntó Pedro.

—No; tengo que hacer mañana en París y voy á pasar la noche en mi casa de la calle de Laugier... Tomemos por el muelle, si usted quiere, y andemos un poco...

Eran las cuatro. El Sena desarrollaba la doble cinta de sus aguas, y en la punta de la isla de San Luis un grupo de árboles sacudía en el río la cabellera dorada de sus ramas.

Margarita quiso encontrarse debajo de aquel follaje enmohecido, en el sitio donde recordaba haber paseado, muchos años antes, sus jóvenes ilusiones.

Fueron, pues, y sus ilusiones presentes los envolvieron en un encanto opresor, combinadas con el alma misteriosa de la ciudad, que parecía surgir como una mirada al reflejo de las casas reproducidas en el río, é irradiarse triunfante hasta el cielo, enrojecido por un crepúsculo de otoño.

—¡Qué hermoso es esto!, dijo Margarita.

—Sería un hermoso cuadro, respondió Pedro. ¿Por qué no lo hace usted?

—¡Oh! No me hable usted de cuadros... Es deprimente y seco el no ver más que un «asunto» en todas las sensaciones... La pintura ha acaparado los dos años más hermosos de mi vida, y ahora que me doy cuenta de ello, la detesto...

—¡Siempre violenta!.., dijo Pedro sonriendo... Como hace tres años; ¿se acuerda usted?

—Me acuerdo... No se ría usted, porque soy muy desgraciada...

Su voz temblaba, y al contacto de un vientecillo frío de invierno que caía del cielo y se mezclaba con la bruma de las aguas, su cuerpo fué presa de un estremecimiento. Pedro lo vió y preguntó con ansiedad:

—¿Tiene usted frío?

Y nunca pudo recordar después lo que había sucedido... Sabía únicamente que Margarita le había mirado de repente con unos ojos... ¡Oh! Unos ojos que le inundaron de dicha... Después, sin saber cómo, se habían encontrado muy juntos, él sosteniéndola, protegiéndola, queriendo á todo trance envolverla con su gabán, y ella llorando y riendo al mismo tiempo y diciendo: «¡No, no!..,» sin dejar de obedecerle. Y cuando estuvieron en su coche, decididos á ir en seguida á casa de Lina, los dos dijeron juntos, muy bajito: «Somos felices...»

* * *

Cuando los vió entrar, Lina comprendió, se acercó á ellos, dió la mano á Pedro, besó á Margarita y se volvió después hacia Raimundo: Pedro había tenido un momento de vacilación y de molestia al ver á su hermano, recordando el pasado..., pero Raimundo exclamó con un acento sincero, que probaba su completo olvido:

—¡Al fin! Ya estáis de acuerdo...

Después de las primeras palabras y cuando Lina les leyó una carta de su padre, en la que Morel se mostraba satisfecho de su casamiento con Raimundo, Margarita exclamó:

—De modo que estamos aquí cuatro felicidades reunidas... Es raro...

—Muy raro, dijo Lina.

—¿Recuerda usted, preguntó Raimundo, el tiempo en que llamaba á Pedro *sin ilusiones*, porque le ofrecía *foie gras* cuando usted le hablaba de poesía y de gloria? Me parece que, para no tenerlas, no se ha portado mal...

Lina pensó en los ausentes:

—Hay que enviar un telegrama á tu madre y á Julieta, dijo á Margarita.

—Tienes razón; yo lo pondré al marcharme...

—No, tú no te vas... Vamos á comer juntos los cuatro esta tarde... Escribe el parte é irán á llevarlo.

Pero Margarita, sintiendo algún remordimiento por su corto olvido, quiso absolutamente ir ella misma.

Pedro la acompañó. Media hora después volvía solo al estudio de Lina y encontraba á ésta también sola.

—¿Dónde está Raimundo?

—Ha ido á comprar rosas como á mí me gustan... Dice que nadie las escoge como él... ¿Y Margarita?

—Va á venir... Está en su casa y se ha quedado con el coche... Supongo que quiere cambiar de traje, porque me ha dicho que me marchase...

—Henos aquí, pues, abandonados, nosotros, los serios...

Lina iba y venía, dando órdenes y arreglando las flores y los libros. Pedro la estaba mirando y dijo de pronto:

—De modo que es usted dichosa...

—¿Y usted?

—¿Yo? No deseo nada más en el mundo. Tengo la mujer que quiero y Raimundo va á ser feliz con usted.

Entonces dijo Lina:

—Sí, soy dichosa...

Pedro siguió diciendo con gran sinceridad:

—Es que si no lo fuera usted, tendría yo una gran pena y un remordimiento..., porque usted ha sido una hada para todos nosotros, una especie de milagro viviente... Basta que usted intervenga en un asunto para que todo se arregle y se vuelva perfecto y delicioso... Debe usted de tener algún secreto... Si no, no es posible...

—Sí, lo tengo, dijo Lina riéndose con una risa tan dulce, tan dulce, que no se sabía si era de alegría maliciosa ó una magia de tristeza.

—Dígamelo usted...

—¿Mi secreto? ¡Ah, no!..

—¿Por qué?

—Porque perdería su virtud...

—¿La tendrá siempre?

—Así lo espero...

—¿No le sabremos nunca?

—¡Jamás!..

—¿De qué se trata?, preguntó Margarita que entraba.

—De nada..., respondió Lina; soy yo, que estoy diciendo locuras, como siempre...

Traducción de F. Sarmiento.



LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

EL ARTE DE AGRADAR, por la *condesa Araceli de la Sierra*. – No se trata en este libro de fórmulas para conservar ó aumentar la belleza física, sino de atinadísimos consejos y profundas observaciones sobre el modo de conquistarse las simpatías en el trato social. Consultándolo y poniéndolo en práctica se aprende á hacerse agradable en las visitas, á apreciar el valor de la franqueza y de la confianza, á salvar los escollos de la audacia y de la timidez, á comprender el valor de los regalos y lo que significan las presentaciones, la correspondencia, las conversaciones, las amistades, etc. Editado en Madrid por Bailly-Bailliere é Hijos, se vende á 1'50 pesetas en rústica y á dos encuadernado en tela.

EL ALGODÓN. SU CULTIVO, PRODUCCIÓN Y COMERCIO, por el *Dr. Rodríguez Navas*. – Las recientes disposiciones dictadas por el gobierno español para estimular el cultivo del algodón, han impulsado á los editores de Madrid Sres. Bailly-Bailliere é Hijos á publicar esta obra cuya importancia se patentiza con decir que en ella se describe la planta, se da á conocer la composición química del algodón, se explican las reglas para la elección de terreno, las labores y operaciones para su mejor cultivo y la recolección; se analizan los accidentes, enfermedades y parásitos de la planta y se estudian su producción y comercio y las disposiciones vigentes relativas al mismo. Forma un tomo de 160 páginas con varios grabados, que se vende á 1'50 pesetas en rústica y á dos encuadernado en tela.

MANUAL DEL MECÁNICO. FORJA Y FUNDICIONES, por *Georges Franche*, traducida por *D. Enrique Pineda*. – En esta obra, tercera parte del Manual del Mecánico, se estudia de una manera fundamental y detallada todo lo relativo á forja y fundiciones, explicando clara y prácticamente todos los trabajos, desde los ensayos del hierro hasta las últimas operaciones de fundición del mismo. Asimismo trata de la fundición del acero y del cobre. Forma un tomo de más de cien páginas con 143 grabados, editada en Madrid por P. Orrier, y se vende á 1'50 pesetas en rústica y á dos encuadernada en tela.

ZADIG, por *Voltaire*. – La «Biblioteca Diamante,» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López, ha publicado en un tomo la novelita que le sirve de título y además la titulada *Micromegas*, ambas de Voltaire. Las dos pertenecen al género de la novela filosófica, y en ellas brillan todas las cualidades literarias que tanta celebridad han conquistado al gran satírico del siglo XVIII. Véndese el tomo á dos reales.



ESQUELETO DE DINOSAURO RECIENTEMENTE INSTALADO EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE NUEVA YORK

(De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

Este esqueleto notabilísimo ha sido descubierto hace poco tiempo en el Estado de Wyoming: mide 66 pies desde la cabeza á la punta de la cola y es el animal prehistórico de mayores dimensiones de cuantos hasta el presente se han encontrado. Se han necesitado dos años para desenterrarlo y transportar sus piezas y tres años para montarlo. La cabeza, que no pudo ser conservada, ha sido reproducida artificialmente.



Recuerdo de la llegada de S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona, cuadro de Juan Pinós

Cuantos presenciaron la entrada de S. M. el rey D. Alfonso XIII en nuestra ciudad, apreciarán en todo su valor la verdad del cuadro del celebrado pintor Sr. Pinós, que representa el paso del joven monarca por la Rambla del Centro, en donde fué objeto de una cariñosa y entusiasta ovación. Aparte de la exactitud de la escena, la obra, desde el punto de vista pictórico, resulta perfectamente trazada, sus figuras tienen vida y movimiento, y ofrece un conjunto en extremo pintoresco con detalles de color acertadísimos. El cuadro ha sido expuesto en esta capital y su autor se propone exhibirlo muy pronto en Madrid, en donde de seguro obtendrá el mismo éxito que aquí ha logrado.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 20 de marzo de 1905 — Núm. 1.212

EN EL PRESENTE NÚMERO EMPIEZA LA PUBLICACIÓN DE LA NOTABLE NOVELA DE PABLO BOURGET UN DIVORCIO



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Prisioneros japoneses hechos por los rusos en uno de los combates de las avanzadas en el Cha-Ho

Dibujo de R. Catón Woodwille, según un croquis de Mr. Julio Price, corresponsal artístico de «The Illustrated London News» en la Mandchuria

ADVERTENCIA

Con uno de los próximos números repartiremos á los suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo correspondiente á la serie del presente año, que será «La sociedad japonesa,» obra escrita en francés por Andrés Bellesort, coronada por la Academia Francesa, en la que se describen los usos, costumbres, religión, instituciones, etc., del Japón. La edición que ofrecemos á nuestros suscriptores va profusamente ilustrada con grabados, reproducidos de fotografías y dibujos originales.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Hará cosa de veinte años la fama de D. José Echegaray estaba en todo su apogeo. Sus dramas, cuyos estrenos en Madrid eran siempre tempestuosos, pero que al fin se imponían, iban triunfantes por provincias, de teatro en teatro, suscitando en todas partes discusiones que acababan en ruidosos aplausos. Yo, alejado de Madrid entonces, no conocía á Echegaray más que de nombre y por sus dramas *La esposa del vengador, En el puño de la espada, En el seno de la muerte, El gran Galeoto, La muerte en los labios, O locura ó santidad...* A pesar de las razonadas críticas de Revilla y de lo atinado de sus censuras, sentía yo una honda y sincera admiración hacia el ingenio soberano, que sin sujetarse á las leyes de la verosimilitud, sin penetrar en la complicada psicología de los caracteres, sin refrenar los vuelos muchas veces desordenados de su fantasía, me hacía no obstante sentir la emoción de la belleza y á veces el escalofrío de lo sublime.

Razonando después sobre las causas de estas impresiones he llegado á explicármelas por la grandeza del ingenio de Echegaray y por la exuberancia de españolismo que en su producción dramática se contiene. Viendo ó leyendo sus dramas nos parece oir la voz potente de nuestra raza que nos habla con la exageración y la violencia propias de nuestro carácter, de nuestras ideas sobre el honor, el amor, la valentía, sobre todo lo que ha constituído la individualidad del pueblo español.

La admiración que yo sentía por el insigne dramaturgo avivaba en mí, á medida que iba viendo ó leyendo sus obras, el deseo de conocerle. Y llegó por fin la ocasión deseada. Estrenábase uno de sus dramas, y no de los mejores, titulado *Lo que no puede decirse.* El teatro estaba, como está siempre cuando se estrena una obra de Echegaray, de bote en bote. Allí en palcos y butacas vi aquella noche á los que entonces constituían la plana mayor de la literatura, y que ya, hoy en su mayor parte, han sido arrebatados por la muerte: Ayala, Fernández y González, Tamayo, Núñez de Arce, nombres gloriosos que no han sido aún sustituídos por la generación presente. Entre los intérpretes del drama, recuerdo á Matilde Díez y á Antonio Vico.

A la terminación de la obra el público aplaudió y se presentó en escena D. José Echegaray: tenía cincuenta y cuatro años; pero en la expresión de su semblante y en lo erguido de su talle mostrábanse las energías de la juventud, energías que conserva á los setenta y cuatro, como acaba de evidenciar su último drama *A fuerza de arrastrarse.*

De los estrenos de obras de D. José verificados en los últimos quince años, no he perdido ninguno, y en todos ellos he visto el mismo interés en el público y he oído las mismas animadas polémicas en los pasillos. Se discuten sus obras, se censuran sus procedimientos; pero la gente acude en tropel á aplaudirle. Echegaray, impasible en la apariencia, aunque denotando su nerviosidad con el continuo atusarse de su larga perilla, espera silencioso el fallo de los espectadores.

En el saloncito del Español, casa solariega del autor ilustre, hay un sillón que él sólo ocupa y que él tan sólo tiene derecho á ocupar. Para mí aquel asiento tiene una gran significación: es el puesto de honor de nuestro teatro, puesto que nadie puede disputar á Echegaray.

Que el entusiasmo que siente el público español por su autor favorito no tiene nada de lo que los franceses llaman *chauvinisme*, ha venido á demostrarlo el premio Nobel otorgado á nuestro insigne compatriota. Tan honroso galardón ha producido en casi la totalidad de los españoles un movimiento de generoso entusiasmo, que bien pronto había de traducirse en un solemnísimo homenaje en el cual toman parte desde el jefe del Estado hasta las más humildes corporaciones de la nación.

Justo es que honremos unánimemente y sin mezquinos regateos al poeta que acaba de mostrar ante los pueblos cultos de Europa que aún conserva vigor y lozanía el ingenio español.

De farsa ha calificado modestamente Echegaray su última obra. Y farsa, en efecto, es; ficción inverosímil en sus pormenores y deliberadamente extravagante, como extravagantes é inverosímiles son en sus detalles las comedias de Aristófanes; algunas de las de Shakespeare, como *La fierecilla domada* y *Las alegres comadres;* las de Molière *Le bourgeois gentilhomme, Le malade imaginaire, Le Medecin malgré lui;* las de figurón de nuestro teatro antiguo, y el *Peer Gynt* de Ibsen.

No hay que buscar en esta especie de composiciones el enlace lógico de la comedia moratinana. Su desarollo corresponde al capricho del autor; lo que éste se propone en ellas es hacer resaltar, no la verdad de la acción, sino la verdad de su sátira, acentuando los rasgos de sus caricaturas, agrandando hasta lo grotesco los defectos y flaquezas de los hombres. Tomadas al pie de la letra *Las Avispas, Las Nubes, Las Aves...* serían verdaderas locuras; y sin embargo, no hay obras en el teatro griego que encierren mayor suma de verdad.

A fuerza de arrastrarse está basada, como lo declara el protagonista, en la fábula de Hartzenbusch titulada *El Aguila y el caracol:* para escalar las grandes alturas no hay más que dos procedimientos: ó volar ó arrastrarse. Aguilas hay pocas; caracoles muchos. ¿Quién no podría señalar con el dedo á centenares de babosos que sacrificando el decoro, la dignidad y la vergüenza, medran y se encumbran? En todo tiempo la mentira, la bajeza y la adulación han sido caminos de prosperidad para las almas ruines; pero hoy tales rutas son mucho más frecuentadas que antes, á causa de las codicias y ambiciones que en todos, aun en los mas nulos, ha despertado y fomenta la democracia. Por tal razón son muchas las honras ganadas á costa de la honra, é innumerables los honores conquistados al precio del honor.

Uno de estos casos nos presenta la farsa imaginada por Echegaray. Plácido, arruinado, vive miserablemente en un pueblo. Es ambicioso, listo y nada aprensivo; quiere hacer fortuna, subir á lo más alto; comprende que no tiene alas y se propone seguir el ejemplo del caracol. Su egoísmo le marca el camino que ha de seguir: él adulará bajamente á unos, se arrastrará ante otros, engañará á todos, y á fuerza de transacciones con su conciencia, de ficciones grotescas, de mentiras desvergonzadas, conseguirá su objeto. ¿Qué significa para él el amor, si puede ser obstáculo á su encumbramiento? De los más santos afectos hará escalones por donde encaramarse á la altura. Necesita dinero para emprender su maniobra y no vacila en vender el retrato de su madre. Como ha vendido este retrato venderá su alma.

Plácido se traslada á Madrid, y ya en el campo de operaciones, comienza sus embrollos y sus fingimientos. Como escribiente ha logrado entrar en casa del marqués de Retamosa, y allí, con su fingida modestia y sus hábiles adulaciones, logra captarse la voluntad de todos. Para apoderarse de la del marqués y de la de su hija, idea el tal Plácido una farsa no más inverosímil que las imaginadas por Mercadet, el personaje de Balzac. Esta farsa consiste en preparar un duelo, que el marqués de Retamosa se ve forzado á aceptar, haciendo de tripas corazón. Plácido, que en el periódico de que es propietario el marqués ha escrito el artículo motivo del lance, se declara en el momento oportuno autor del susodicho artículo y se bate de mentirijillas con un compinche suyo. La aparente heroicidad de los dos combatientes deslumbra al marqués, y Plácido, feliz y triunfador, se casa con la hija de Retamosa.

Hay en esta parte de la comedia algo como burla de los conflictos dramáticos, de los duelos y gallardías, de que tanto partido ha sabido sacar el ilustre dramaturgo. Dijérase que en los procedimientos de *A fuerza de arrastrarse,* Echegaray se parodia á sí mismo.

Para la integridad de la sátira no hace falta el último acto. En rigor, hasta le perjudica. Del ambiente humorístico que reina en los actos anteriores, pasamos de repente á la atmósfera del melodrama. El farsante Plácido se ha trocado en un hombre de escrupulosa conciencia, en un ser sensible, lacerado por el recuerdo de sus faltas. Josefina, su esposa, que no era más que una tonta, se nos presenta como una mujerzuela sin pudor, y la sátira pierde su carácter regocijado para tomar el tono de una disertación moral.

Echegaray ha querido que apareciera en su obra castigado duramente el hombre encumbrado por malas artes. Tal castigo no tiene eficacia para los Plácidos que abundan en nuestra sociedad. Cualquiera de ellos se daría con un canto en los pechos por tener suerte parecida á la del yerno del marqués de Retamosa.

Los lunares que me he permitido señalar no fueron obstáculo para que en la noche del estreno se tributara á D. José Echegaray una entusiasta ovación, haciéndole salir innumerables veces á escena. Y es que en todas las partes de su obra descúbrese la personalidad vigorosa del artista, su ingenio siempre lozano, su inteligencia joven á pesar de sus setenta años bien cumplidos.

Como Lope, el autor de *A fuerza de arrastrarse* puede decir también: «Cuando Echegaray quiere, quiere.»

Franco y bien ganado fué asimismo el triunfo alcanzado en Lara por Linares Astray con su linda comedia *La cizaña.* Preséntasenos en ella un cuadro interesante y lleno de vida de costumbres de la clase media. Allí vemos el empleado que atenido á un destino ruinmente recompensado, anda siempre de la Ceca á la Meca, llevado y traído por el ministro «del ramo;» el joven abogado que á los veintiocho años no ha podido «meter aún la cabeza en ninguna parte;» el político de café que se pasa la vida haciendo cábalas sobre la crisis y hablando mal de los que gobiernan; el muchacho listo y bien relacionado que sin ser nada, gracias á su acometividad y desparpajo tiene gran influencia en los centros ministeriales, y la señora metijosa á quien sus rentas llenan de orgullo ridículo.

Entre todos estos tipos muy bien estudiados se destaca una familia, compuesta de una madre de recto juicio y sana conciencia y de dos hijas instruídas y buenas, las cuales atienden decorosamente á las necesidades de su hogar con su honrado trabajo. Esperanza, la mayor de las hermanas, posee las cualidades propias de la mujer moderna: energía para luchar por la vida, confianza en el propio esfuerzo, noble sinceridad. Estas cualidades triunfan de la cizaña que en su limpia fama tratan de sembrar la maledicencia y la envidia. Esperanza se casa con el hombre á quien ama, y todo hace creer que el hogar creado por aquel amor y basado en la mutua confianza y estimación de los esposos, será dechado de honradez, laboriosidad y ventura.

Como en todas las obras de Linares, el diálogo es chispeante é ingenioso, quizás en demasía. *La cizaña* llena todas las noches el teatro de la Corredera: el cartel de «No hay billetes» no se quita de la ventana de la taquilla.

La Comedia sigue resintiéndose de la ausencia de Rosario Pino. Mientras la gentil actriz recupera su salud en el pintoresco pueblo de Bétera, el teatro de la calle del Príncipe arrastra una vida angustiosa, no obstante los esfuerzos de Borrás. Ni *La madre eterna,* ni *Juventud,* cuadro dramático de Ignacio Iglesias, ni la misma *Noche del amor,* de Rusiñol, han logrado ni galvanizar siquiera la lánguida existencia de aquel teatro, en otro tiempo tan próspero y favorecido por el público.

La Princesa ha terminado ya su temporada, entre cuyos éxitos merece citarse el conseguido por Thuiller en el *Otelo.*

Y nada más.

ZEDA.



Frecuentemente escogen los gitanos *la del Río,* como punto de contratación

GITANOS Y GITANAS

Si quieres, lector amable, conocerlos y estudiarlos á fondo, no tienes que hacer más sacrificio que el de pasarte en Sevilla pocos días. Encamina tus pasos al populoso arrabal de Triana, y en uno de sus confines, en la Cava, éntrate de rondón por alguno de sus corrales, ó por las más sucias, tortuosas y estrechas callejuelas que encuentres al paso, y te convencerás de mi leal consejo, que si actualmente me atrevo á dártelo, es porque han variado mucho las cosas de poco tiempo á esta parte. ¡Cualquiera se atrevía hace ocho ó diez años, vestido de señorito, á internarse en el corral ó en la callejuela!

Para hacerlo, por lo menos, había que ir decidido á aguantar, no ya las pullas, dicharachos y agudezas de más ó menos subido color que se les antojase decirte, sino que algún pelote de barro ó alguna certera piedra lanzada sin saberse de dónde, podía obligarte á volver sobre tus pasos, en medio de un alegre coro de carcajadas.

Hoy han llegado hasta aquellos rincones los alientos de la cultura, y como no hay extranjero que venga por aquí sin dar su paseíto por Triana, y como ellas y ellos acuden solícitos á los cafés cantantes y salones flamencos donde son llamados y liberalmente recompensados, de aquí que con el frecuente trato se han ido *humanizando* y ya no hay que temer las vejaciones de antaño.

Busquémoslos, pues, sin temor ninguno y veremos con qué ahinco dedícanse los unos á la forja de clavos y toscos objetos de hierro en una maltrecha fragua, armada en el rincón del corralillo de su pobre albergue. Allí, apenas cubiertas las carnes por miserables andrajos, negros los rostros y manos, con los mechones de cabellos más negros aún y brillantes por el sudor, van de la fragua al yunque, dando forma á las piezas que trabajan; mientras los *churumbeliyos,* como ellos llaman á los chicuelos, ya devoran un mendrugo, ó se revuelcan jugando entre las escorias, el carbón y el polvo ennegrecido por los alientos de la fragua.

Las de Vulcano pintadas por Velázquez eran regias estancias comparándolas con las de los gitanos de la Cava; pues al verlas no se concibe que seres humanos puedan un día y otro respirar y vivir en aquella atmósfera.

Pero sigamos nuestro paseo, y allá, delante de una puerta, en la mismísima calle, ó en el terrizo suelo del patio del corral, nos detendremos ante un pintoresco grupo. La figura principal es la de un mocetón que en mangas de camisa, con su pantalón de rayada pana verde obscuro, con su faja encarnada y remangados los brazos de la camisa, empuñando enormes tijeras, esquila á un robusto asno que pacientemente se presta á que vayan haciendo de su cuello, lomos, ancas y piernas el despojo de las crines, cerdas y pelos, no así, de cualquier modo, sino con verdadera maestría; y si el dueño así lo exige, fácilmente lucirá un dibujo de puntas en el cuello, que seguirán festoneando los flancos del animal, para trocarse en un adorno espigado en lo alto del lomo, limitando en el mismo sitio una zona donde claramente se lee VIVA MI AMO.



Tomándole la mano derecha por los extremos de los dedos...

Mientras el mozo ocúpase atentamente en su oficio, no faltan viejas, mozas y chiquillos que presencian el esquileo, sentadas las primeras en el suelo, ya cosiendo sus trapos, ya fabricando canastas y cestas de mimbre, que han de vender por las calles de la ciudad repitiendo el estentóreo pregón: «¡A quién le vendo una canasta!..»

Frecuentemente escogen los gitanos *la del Río,* como punto de contratación, cuando compran y venden alguna caballería; y sabidas son las tretas de que saben valerse y el ingenio que revelan en arbitrar recursos para que, tratándose de algún jaco, peor todavía que el caballo de Gonela, pase á los ojos de algún comprador menos *vivo* por una buena prenda.

¡Qué diálogos los que entonces se escuchan! ¡Qué hipérboles las que emplean tan originales y chistosas! ¡Qué ocurrencias tan peregrinas para dar valor á lo que no lo tiene!.. Pero figurémonos que no se hace el trato, porque el comprador no cae en los lazos que le tienden, y se marcha y deja al vendedor ó vendedores con un palmo de boca abierta; entonces vienen las maldiciones. Uno dice, por ejemplo: «Tostao y molío te veas como er café, guasón.» Otro añade: «Mala ajogaiya te den ar pasá el puente.» Mientras que alguna vieja murmura esta otra: «Malos mengues te tajelen, mar chavó, que paeses un estropajo yeno e pringue..., premita Dios que te encuentres con un civí loco...» Y así siguen unos y otras desahogándose hasta que para borrar el mal efecto del lance, se van á la tabernilla próxima á tomarse dos medias copas.

En cuanto á ellas, ¿quién no se ha tropezado frecuentemente por las mañanas temprano con las viejas que venden caracoles *burgaos?* Llevan sobre la cabeza una grande olla asentada sobre un rollo de esparto, la cual, no obstante ir tapada con un plato de barro, deja escapar el apetitoso olor de la salsa, que despierta las ganas de comerlos á los aficionados, los cuales no escasean ciertamente entre las gentes del pueblo. Entrado ya más el día, por las calles principales cruzan mozuelas y mujeres vendiendo quincalla y *garbeando lo que se tercia,* como es echar las cartas y decir la buenaventura, que no hay hembra entre ellas que ignore este modo de aprovecharse de la credulidad de los tontos. Por tradición han pasado ambos medios de sacar los cuartos, desde sabe Dios qué fecha, hasta el presente; y así es que cuando con motivo de las grandes fiestas de Semana Santa y feria afluyen á esta ciudad infinitas gentes de los pueblos comarcanos, también á cada paso nos tropezamos con las gitanillas que andan por las calles á caza de incautos, ansiosos de saber el destino que les está reservado en este mundo. Y cuenta, lector, que son muchos todavía los cándidos que toman al pie de la letra sus predicciones, porque ignoran que la buenaventura que les dicen repítenla á todos por estar calcada en un mismo patrón.

Cuando por la pinta comprenden que uno ó una podrá prestarse, páranse ante él, sujétanle atrayéndolo suavemente y con voz muy melosa dicen: «Ven acá, jermoso. ¿Quies que te iga la güena ventura? Anda, saleroso, que vas á sabé lo que pasa por ti la gachí que tú camelas... Vaya, dame una moneita y te la iré...»

Entregada la moneda, tomándole la mano derecha por los extremos de los dedos y abierta la palma,

hacen una cruz y empiezan de esta suerte: «En el nombre sea de Dios, que tu suerte vaya palante. Eres querío y no eres aborresío. Aondequiera que llegas te dan una silla de güena gana, porque tu presona se lo merese. A la presona que tú bien quieres le dan malos consejos pa que te aborresca; pero esa presona, mientras más malos consejos le dan, más firme está por tu queré, so jermoso. A ti te siguen tus pasos de día y de noche, y aunque tienes una reconcomilla por esa presona, ella se ha de salí con su gusto. Tú tienes un amigo que es un farso pa ti. También te digo que tienes que tené un disgusto por unos dineros que habrás de tomar; pero tu presona es como el aseite, que tienes que caé por sima de to er mundo. También te digo que has de tené una juerga con aquella presona, que te han de amanesé las claras der día. Tienes mu güena suerte tú solo, y así vas á tené muchos billetes mu pronto. La serena de la mar y los cuatro astros der sielo son los que te van á otorgá too esto que te digo, y con la Virgen der Carme á tu cabesera, er que malamente te quiera se ha de morí.»

Los límites de esta crónica no me dan lugar, lector amigo, á que te diga todo lo que á una gitana se le ocurre si cuando ha echado la buenaventura remuneran su trabajo pobremente, porque entonces son tales las ocurrencias mordaces, los agudos dichos, la chispeante sátira con que buscan su desquite, procurando el ridículo de la persona, que esto solo daría lugar á escribir un largo artículo.

La raza gitana se distinguió siempre por la viveza de su mente, por la exageración en el decir, por la oportunidad de los apóstrofes; y en sus palabras se refleja á maravilla el espíritu de raza, amante de lo sobrenatural, de cuanto hiere la fantasía, de todo lo extraordinario, en una palabra. En relación con sus sentimientos está su manera de vestir. ¡Qué modo de combinar los más abigarrados colores! ¡Cuánto se precian de todo lo que brilla, de lo deslumbrante y exagerado! Amantes de las flores, cubren la cabeza y pecho con ellas; no importa la clase; lo mismo se engalanan con una mata de claveles, que con las margaritas del campo; lo que ansían es el adorno, y para ellas tanto dan las unas como las otras.

J. Gestoso y Pérez.

(Dibujos de Azpiazu.)

DIVORCIO

Fueron dos miradas. Nada más que esto. Pero... ¿créeis que no basta para desunir dos almas?

Para mí que el divorcio más horrible es el que se efectúa calladamente, sin trascender, entre la ignorancia del vulgo. Una sentencia de juez pesa menos que un dictado del corazón. El fallo de éste es eterno, aplastante, irrevocable.

¿Dos miradas, dije?.. Casi puede decirse que fué una sola. La otra fué una especie de mirada-eco.

Pugna la discreción por que calle yo dos nombres. La intimidad es un santuario; y un drama mudo, inacabable, que se desarrolla entre dos espíritus, es algo sagrado. Podría substituir los nombres. ¿Por qué no suprimirlos?..

Ella era una figura ideal. Imaginad encantos y es muy posible que os quedéis cortos... ¿Si rubia ó morena? Da lo mismo. Figuráosla como queráis, siempre y cuando acumuléis perfecciones. *Él* era apuesto, gallardo, varonil, sin ser un Adonis... ¿Eran? Son.

¿Contaros sus amores?. Esas suelen ser sinfonías para desocupados. Los ojos son tardos casi siempre en el acierto, y fáciles al engaño. En amor causan horrores, verdaderos horrores. ¡Ah, los enamorados!.. Así la mitología pinta á Cupido con los ojos vendados. Alas tiene el dios. ¡Y si dijéramos sirven para algo bueno!.. Del arco y las flechas cabe reirse. No es él quien hiere: *nos herimos*.

Se enamoraron *ella* y *él*, según la frase vulgar, como dos locos... Casi todos nos enamoramos así, si nos enamoramos. Y casi todos volvemos á la razón con el tiempo. ¿Es debido al consiguiente hastío?, ¿á la indiferencia engendrada por la posesión?.., á la propia satisfacción del deseo?.. Es debido á la realidad, nada más. Pero la realidad, calificada de brutal las más veces, no siempre es brusca, no en todos los casos aturde. Por lo general, y dígase lo que se quiera, alecciona calmosa y gradualmente. Cuando se produce un topetazo, no hay que achacarla á ella el choque tanto como al propio aturdimiento del *lesionado*.

Duraba aún la corola, y ya estaban divorciados. La alegría mariposeaba por los salones de la elegante morada, y un alma (la de *él*) gemía en silencio. Había escasos minutos que un lazo espiritual les atara de por vida, y se producía el derrumbamiento de una ilusión...



El conde de Lemos, ilustre prócer que con motivo del tercer centenario de la publicación de la segunda parte del «Quijote» ha dedicado 100.000 pesetas, para que con sus intereses se premie cada tres años una obra de ciencia, de historia ó de literatura de autor español. Es descendiente del conde de Lemos, á quien Cervantes dedicó la segunda parte de su libro inmortal.

No creerán eso los que no creen en el inmenso poderío de lo insignificante, ó mejor dicho, en que lo insignificante no existe. De antemano oigo la réplica: «*Él* (va á decir el coro), es un ente susceptible; *ella*, una infeliz nerviosa...»

¿Qué fué lo que hubo entre *ella* y *él*? Ya lo he dicho: dos miradas. ¿Nada más? Nada más. ¿Qué hubo en esas miradas? Lo que puede haber en muchas: un relámpago que hiere, y un ideal que se desmorona.

Y ¿qué fué en suma?.. ¡Si da grima el decirlo!.., ¡si parece tan baladí!.., ¡si cuando me lo contó *él* me dieron ganas de enviarle á paseo ó á freir espárragos!.. Fué luego, al meditar con calma, cuando me penetré de eso, de que nada es grande ni pequeño, sino como es el estado de alma de quien recibe una impresión.

¿Lo sucedido? Una nimiedad. ¿Pensáis que *él* niega esto, que, en rigor, se trata de una nimiedad? No lo niega. En cuanto á *ella*, ni lo mienta. Sin embargo, hace meses (cinco, seis..., no sé cuántos), y su silencio no es hijo del olvido; lo es de una dolorosa persuasión. ¿Cuál? Lo apuntado: que fué al tálamo nupcial *divorciada* por completo. No perdió su estado, perdió su dicha. ¿Cómo?..

Era un traje de novia de finísimo tul con valiosos encajes y flores delicadas... Pensad en un primor, y ahorraré yo frases y vosotros tiempo. *Él* la acompañaba á su nido de amor, trasponían ambos ese umbral que da acceso á la dicha, la sutilísima valla que separa dos purezas: lo casto y lo santo... *Ella* iba radiante, *él* confuso; *ella* casi altiva, *él* casi torpe... La niña se siente mujer en casos tales, y el hombre se siente niño. Observación bien poco aguda, pero muy cierta...

Admira los azahares, el mortal feliz, y los proscribe *in mente*. Son, por un instante, su delicia y su preocupación, orgullo y casi diríamos obstáculo... Va á operarse un cambio de diademas: lo inmaculado cede el puesto á lo glorificado, la inocencia á la *grandificencia*...

Él rodeó aquel talle, ebrio de amor; *ella* despuntó su velo, atalayando la luna del armario... *Él* se inclinó para imprimir un ósculo; *ella* movió instintivamente el busto... La cola de blanco tul, llena de flores, se había desgarrado; el movimiento de *él* determinó aquella avería. *Ella* lanzó un débil grito, bajó los ojos y los alzó de nuevo para mirarle á *él* sin darse cuenta. ¡Cómo le miraría, que se apartó corrido, y en vez de un *¡te amo!*, susurró un *¡perdona!*..

Hace meses, no muchos meses, ya lo he dicho; y *él* no olvida aquello, y *ella* no lo mienta. A *él* le anonada el incesante recuerdo de la súbita expresión de aquellos ojos: á *ella* la inmuta el mohín que puso aquella boca varonil donde murió un beso, el primer beso que apuntó ante el ara santa del conyugal amor.

Y no se dicen nada, pero piensan los dos en lo mismo; ni *ella* ni *él* se atreven á revelar lo que notan en las propias venturas de la luna de miel: una chispita de hielo enfriando sus corazones. Ni *ella* puede borrarlo, ni *él* consigue olvidarlo... Y á fe que se esfuerzan mucho, pero mucho.

Hasta, á veces, se han reído á solas, lo mismo *ella* que *él*. Pero la risa ha sido breve, tan breve como el hecho mismo que la provocó. Un aguijón no es gran cosa, pero es gran molestia. La avispa es algo alado que trae veneno.

Primero me reí también. Después no, lo confieso.

Fueron dos miradas: nada más que esto. Yo no sé si bastan para divorciar dos almas. Según y como, entiendo que sí...

Sebastián Gomila.

EL CONDE DE LEMOS

El día 10 de diciembre del año 1877 lucía todas sus galas el antiguo y aristocrático palacio de Cervellón, que se alza al final de la calle de Santa Isabel de Madrid, y en la señorial morada se celebraba la boda de la hija mayor de sus ilustres dueños doña María del Rosario Falcó y Osorio, con el primogénito de la casa de Berwick y Alba.

Al año de esta feliz unión nació en el palacio de Liria el primer fruto de ella, un varón, al que se puso el nombre de Jacobo. En los años que han transcurrido desde aquella fecha han muerto prematuramente los ilustres padres, y es el jefe de la aristocrática casa aquel niño que vino al mundo en octubre de 1878, y que es hoy un arrogante joven, culto, ilustrado y generoso, como lo ha demostrado recordando á lo que le obligaba el título de conde de Lemos, que con otros muy insignes dignamente lleva.

Al conde de Lemos, virrey de Nápoles, protector de las letras y literato él muy apreciable, dedicó Miguel de Cervantes Saavedra la segunda parte de su inmortal obra *Don Quijote de la Mancha*, expresando en la dedicatoria lo mucho que á su insigne protector debía.

Al celebrarse con solemnidad el tercer centenario de la aparición de la obra que más fama ha dado á las letras españolas en el mundo, el actual conde de Lemos ha recordado que *nobleza obliga*, y ha dedicado cien mil pesetas á crear un premio en favor de obra española de historia, ciencia ó literatura.

Este rasgo ha dado notoriedad al actual duque de Berwick y de Alba, conde de Lemos, diputado á Cortes por Lalín, Pontevedra, distrito que le ha elegido en cuanto el joven duque ha cumplido la edad reglamentaria para sentarse entre los padres de la patria.

Kasabal.

LA ESPERANZA, cuadro de A. Cressevell. (Salón de París de 1904)

Dar forma corpórea á lo que es esencialmente espiritual, hacer visible con los ojos lo que sólo puede percibir en toda su intensidad el alma, es tarea por demás difícil, y elogios incondicionales merece el artista que logra producir en nosotros la impresión de la realidad, dando vida material tangible á lo puramente abstracto. El autor de este cuadro ha conseguido este resultado. Los inefables consuelos que en nuestro corazón derrama la Esperanza; la confianza que en nosotros esta virtud despierta y fortalece; la resignación que nos infunde en nuestras mayores tribulaciones, todo ello se halla admirablemente expresado en esa hermosa figura que con los ojos elevados al cielo camina completamente abstraída de las cosas de la tierra, y en esa cohorte de desheredados que la siguen, animados á impulsos de algo que no es de este mundo, movidos por ansias que no se satisfacen en esta vida pasajera, sino en un más allá eterno, infinito.



Los piqueros de Bailén, cuadro de Marcelino de Unceta

MARCELINO DE UNCETA

El día 9 de los corrientes falleció en Madrid, en donde residía desde hace muchos años, el notable artista de origen aragonés Marcelino de Unceta.

Nació en Zaragoza en 1836, y en la Academia de San Luis de su ciudad natal comenzó sus estudios, que prosiguió luego en Madrid bajo la dirección de Carlos Luis Ribera y en la Escuela Superior de Pintura. Más tarde desempeñó la plaza de profesor de dibujo en el Ateneo zaragozano, habiendo concurrido con sus obras á las Exposiciones nacionales celebradas en Madrid desde 1856 á 1871, á la Exposición Internacional de Bayona de 1864 y á la Exposición Aragonesa de 1868, en las cuales obtuvo menciones honoríficas y medallas por los cuadros *La batalla del Guadalete; Un episodio de la guerra de Africa; D. Juan de Lanuza, último Justicia de Aragón, auxiliado en la capilla por los frailes Agustinos y los Padres de la Compañía de Jesús; Joven marroquí llevando del diestro á un caballo; Un pifarero napolitano; Carlos V en Yuste; Dos corridas de toros; Arrieros aragoneses; Marco Antonio Memno, dux de Venecia; Estudio de caza muerta*, y *Un capricho*. Dos de estos cuadros figuran en el Museo Nacional de Madrid.

Dibujó Unceta algunas láminas para la «Historia de Madrid,» escrita por D. José Amador de los Ríos, y para el periódico *El Arte en España*. En colaboración con Pescador pintó las paredes del café de la Iberia de Zaragoza; hizo un retrato del general Palafox para el Ayuntamiento de aquella ciudad, varios trabajos para el templo del Pilar, el telón y algunas decoraciones para el teatro Pignatelli.

Después de 1880, concurrió á las exposiciones celebradas en Madrid por la sociedad La Acuarela y por el Sr. Hernández con las acuarelas tituladas *Tipo militar de 1808, Rendición de Bailén, General de principios del siglo* y *Una carga de caballería*.

En la Exposición Nacional de Madrid de 1887 exhibió una *Carga de coraceros*, y en la del Salón Hernández, que se abrió en la corte en 1890, presentó varias obras que un crítico calificó de cosas preciosísimas, añadiendo: «aunque la mayor parte son conocidas por haber estado expuestas en otras ocasiones, se vuelven á ver con satisfacción porque las buenas obras siempre gustan. *Funciones reales con caballeros en plaza, Vuelta de los tercios catalanes de la guerra de Africa, Una batalla, Una revista, Dos apuntes, Defensa de una barricada* y *El genio de la Guerra* son preciosos apuntes para las Memorias del general Córdova, hechos todos con esa hermosura, con esa corrección de dibujo y esa riqueza de detalles que caracterizan las composiciones de Unceta.»

Grandes elogios tributó la crítica al *Episodio de la guerra de la Independencia*, dibujo al carbón que figuró en la Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1891, así como á una escena militar que presentó en la Exposición del Círculo de Bellas Artes de aquella ciudad de 1896, y otras muchas obras expuestas en posteriores certámenes, así de España como del extranjero.



Marcelino de Unceta, notable pintor fallecido en Madrid el día 9 de los corrientes. (De fotografía.)

Además colaboró en las principales revistas ilustradas españolas. La Ilustración Artística honró varias veces sus páginas con algunas de sus mejores composiciones.

Ilustró asimismo varios *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós.

Con razón se ha dicho que era Unceta uno de los más castizos artistas españoles; tenía lo que es tan difícil de conseguir en el arte como en todo, verdadera personalidad, y sus obras llevaban cierto sello característico que hacía difícil que se confundieran con las de cualquier otro pintor ó dibujante aunque fuesen del mismo género. Fueron su especialidad las escenas militares, las corridas de toros y los tipos aragoneses, que trasladaba al lienzo con verdad y vigor admirables.

Fué infatigable trabajador, pudiendo decirse que desde la edad de quince años en que comenzó su labor artística hasta la de los sesenta y nueve en que ha fallecido, no dejó de trabajar un solo día.

Fué además un hombre de carácter leal y franco, que le conquistó las simpatías y el cariño de cuantos íntimamente le trataron.

Su muerte ha sido una gran pérdida que sinceramente lloran cuantos por el arte español se interesan, y al sentimiento que ha producido se asocia de todo corazón La Ilustración Artística.—S.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El resultado definitivo de la batalla de Mukden quita interés, dada la índole de estas crónicas, á los detalles de los combates que precedieron á la retirada de los rusos; por consiguiente, sólo en conjunto nos ocuparemos de aquellas jornadas.

El los días 6 y 7 el centro ruso rechazó todos los ataques de los japoneses de tal manera, que en la mañana del 8 las posiciones de ambos ejércitos en aquel sitio eran casi las mismas que ocupaban en la noche del 5. Pero en cambio los japoneses ganaban terreno al Noroeste de Mukden y se acercaban al ferrocarril, mientras al Este Kuroki se apoderaba de Matsangtien, pudiendo de esta suerte avanzar por los desfiladeros de Taling, en donde la resistencia tenaz del enemigo le había detenido durante varios días.

En vista de ésto, Kuropatkine, considerando imprudente mantenerse más tiempo al Sur del Khun-Ho, ordenó la retirada general, mandando que únicamente las fuerzas de Kaulbars, al Oeste, y las de Linievitch, al Este, contuvieran á las alas japonesas para permitir que las del centro (ejército de Bilderling) pasaran á la orilla derecha del citado río. Este movimiento de retirada, realizado en las expresadas condiciones, prosiguió durante el día 9; mientras el centro se iba replegando, Kaulbars se mantenía firme en Mukden y Linievitch trababa violentos combates con Kuroki, especialmente en las inmediaciones de Tita, encrucijada importante situada á 12 kilómetros al Sudeste de Fuchún (Nordeste de Mukden). En la tarde de dicho día las tropas de Kuroki entraban en Tita, después de una lucha sangrienta, y avanzaban rápidamente hacia Fuchún.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – EL GENERAL KUROPATKINE REVISTANDO EN MUKDEN LOS REFUERZOS ÚLTIMAMENTE LLEGADOS DE RUSIA. (De fotografía.)

Para defender la orilla derecha del Khun-Ho, habíase preparado una línea de defensa; pero los ataques repetidos y cada vez más violentos del ala derecha japonesa contra la vía férrea y la carretera mandarina, al Norte de Mukden, amenazaban apoderarse de la posición defensiva constituída al Este por el ejército de Kaulbars; por lo que Kuropatkine ordenó que prosiguiera la marcha hacia el Norte. En su consecuencia, los rusos evacuaron en la mañana del 10 Mukden y Fuchún, dejando sólo detrás de ellos fuertes retaguardias para contener á los vencedores, que les perseguían activamente.

La retirada, que hasta entonces se había efectuado en buenas condiciones, fué desde aquel momento penosísima y difícil. El mismo Kuropatkine lo reconocía así en su telegrama oficial dirigido al tsar en la noche del 10. «La retirada del ejército—decía—es sumamente peligrosa, sobre todo para los cuerpos que están lejos de la carretera mandarina... El enemigo cañoneaba el camino de retirada de Oeste á Este; la carretera mandarina, al Oeste, era cañoneada en dos sitios diferentes.» Por su parte, el general en jefe japonés telegrafiaba en la madrugada del 11 á su gobierno: «Desde el mediodía de ayer un gran número de enemigos extenuados se retiran en gran desorden... Nuestra artillería ha concentrado sus fuegos sobre estos enemigos.»

Un despacho particular de Tieling dice que la retirada se efectuó al través de campos y de caminos en malísimo estado, y que en la tarde del 11 de marzo una de las retaguardias rusas había llegado á San-Tai-Tse, localidad situada á 15 kilómetros al Norte de Mukden, cuando un grupo de jinetes japoneses se acercó á los rusos, echó pie á tierra y los atacó á tiros de fusil y con granadas de mano. Esta agresión, después de tantos sucesos desgraciados, provocó un pasajero pánico. Al día siguiente se reanudó la marcha bajo el fuego de las baterías japonesas instaladas al Oeste de la vía férrea. «Al principio—dice este telegrama—las tropas soportaron aquel cañoneo sin desbandarse, pero poco á poco se introdujo el desorden en los convoyes y se propagó á toda la columna. Nubes de polvo envolvían á los soldados y los furgones; la obscuridad impedía seguir exactamente la carretera, y los convoyes que iban llegando por la carretera mandarina imposibilitaban el avance de las tropas. Cuando cesó el pánico, las tropas comenzaron á recoger y á llevarse los furgones que habían sido abandonados.»

En los días 13 y 14 continuó la retirada sobre Tieling; los combates que durante ellos se libraron entre las vanguardias japonesas y las retaguardias rusas fueron menos mortíferos que los anteriores, tal vez porque los japoneses, extenuados después de tan largas luchas, hubieron de moderar su persecución. Los rusos, al fin, llegaron á Tieling; pero los últimos telegramas recibidos en el momento en que escribimos esta crónica, dicen que el 15 hubieron de abandonar esa plaza, que fué ocupada por los japoneses.

Muchas opiniones se han expuesto acerca de las causas de la derrota. Entre ellas tomamos como más lógica la que supone un notable militar francés que viene estudiando desde un principio esta guerra en uno de los más importantes diarios parisienses, y que siempre se ha mostrado favorable á los rusos. He aquí lo que dice sobre este particular:

«En nuestro concepto, hay una causa que domina sobre todas las demás: la inercia de Kuropatkine. En el presente caso sería injusto incriminar á las tropas, que han demostrado valor y energía admirables. La artillería, que tanta importancia ha adquirido en las batallas actuales, no se ha mostrado en los rusos inferior á la de los japoneses, y de ello son buena prueba las terribles pérdidas por éstos sufridas. La verdadera culpa está en el mando superior.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Centinela japonés en Hei-ko-tai, en el Cha-Ho (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

»La conducta de Kuropatkine durante la primera parte de la campaña estuvo admirablemente ajustada á las circunstancias. Este general tuvo el gran mérito de salvar el embrión de ejército que los rusos tenían en el Extremo Oriente y alrededor del cual se agrupaban poco á poco los refuerzos llegados de Europa; y su retirada después de la batalla de Liao Yang excitó la admiración de cuantos la presenciaron. Tuvo además Kuropatkine el talento no menos notable de organizar completamente los grandes servicios de la artillería, de la intendencia y de la sanidad para un ejército de 450.000 hombres á 10.000 kilómetros de su base.

»Parecía, pues, que había motivos para tener plena confianza en un general que había dado tales pruebas de inteligencia y de carácter en circunstancias especialmente difíciles; el pasado, al parecer, respondía del porvenir. Mas no ha sido así, por desgracia. La labor inmensa que ha realizado de un año á esta parte; el sentimiento de las terribles responsabilidades que sobre él pesan, y el temor de comprometer en una operación decisiva un ejército cuya formación tanto tiempo y tantos esfuerzos costaron, ¿privaron al general en jefe de la facultad de querer y de obrar? No lo sabemos; pero lo que sí es cierto es que durante la última batalla su abstención ha sido completa. Como Benedeck en Sadowa, permaneció pasivo detrás de sus fortificaciones, limitándose á rechazar de frente los ataques del adversario. De modo que Oyama pudo ejecutar con toda libertad el plan que de antemano se había trazado, y los rusos, distribuídos con igual densidad en todo el frente, no pudieron oponerle en el punto decisivo más que fuerzas inferiores, á pesar de que, en total, tenían de su parte la superioridad numérica. En una palabra; á la táctica de movimiento de los japoneses, Kuropatkine respondió con la «guerra de posiciones.» El resultado fué el que debía ser: «La victoria, ha dicho Napoleón, es de los ejércitos que maniobran.»

Todavía no se conocen oficialmente las bajas de ambos ejércitos, que han debido ser numerosísimas, dada la duración de la batalla y el encarnizamiento con que de una y otra parte se combatió. El despacho oficial del mariscal Oyama dice: «He aquí la evaluación de los prisioneros, del botín y de las pérdidas de las fuerzas enemigas que se opusieron á las nuestras en la dirección del Cha Ho; pero téngase en cuenta que las cifras relativas á los hombres, á los cañones y al botín aumentan considerablemente. Los prisioneros son en número de 40.000, entre ellos el general Nakhimhoff; la cifra de muertos y heridos se calcula en 90.000; la de rusos que quedaron sobre el campo de batalla, en 26.000. Hemos cogido dos banderas, unos 60 cañones, 150 vagones y 1.000 carros de municiones; 200.000 proyectiles de artillería, 25 millones de cartuchos, 15.000 kokus de cereales, 55.000 kokus de forraje, 45.000 kokus de material de ferrocarril de vía estrecha, 2.000 caballos, muchos mapas, 1.000 carretas de uniformes y equipos, un millón de raciones de pan, 70.000 toneladas de combustibles y 60 toneladas de heno. Además nos hemos apoderado de tiendas de campaña, postes telegráficos, etc.»

La cifra relativa á las bajas rusas que da el generalísimo japonés parece algo exagerada; sin embargo, el propio Kuropatkine decía en su parte oficial del 11: «Las batallas no interrumpidas durante muchos días nos han costado 50.000 heridos;» y no citaba el número de muertos. Lo que no es fácil averiguar, dado el silencio que siempre guardan sobre este particular los japoneses, es el número de bajas que éstos han tenido. Es de suponer que, salvo los prisioneros, no habrán sido inferiores á las de los rusos.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El invierno en la Mandchuria. Catorce grados bajo cero. Coolíes chinos en Newchwang, atravesando el río Cha-Ho en trineos. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El invierno en la Mandchuria. Catorce grados bajo cero. Chinos tratando de sacar agua de una fuente en Sandepú. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Concurso de tiro improvisado en el Cha Ho, en el cuartel general japonés. – El general Karoki tomando parte en el concurso, en el que hizo siete blancos (De fotografía de «Collier's Weekly.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA. Concurso de tiro improvisado en el Cha Ho, en el cuartel general japonés. – Agregados militares ingleses tomando parte en el concurso. En primer término el coronel Hume, vencedor por catorce puntos



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Los japoneses en Corea. Trabajos impuestos á los coreanos por los japoneses en Gensán (De fotografía de «Collier's Weekly.»)



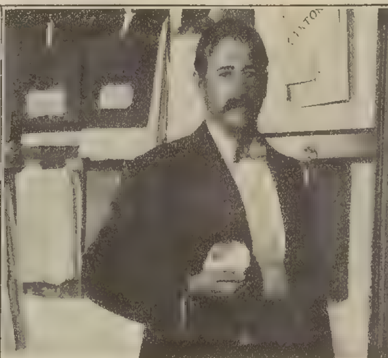
GUERRA RUSO-JAPONESA. – Reclutas japoneses recientemente desembarcados en Delny. Los fusiles formados en pabellones están envueltos en fundas de lana (De fotografías de «Collier's Weekly.»)

EL DIAMANTE MAYOR DEL MUNDO

El diamante «Cullinam,» la piedra preciosa más grande de las descubiertas hasta el presente, ha sido encontrado en la Primera Mina de Diamantes, junto á Pretoria (Transvaal), el día 26 de enero último. Pesa 3.024 ¾ quilates, ó sea aproximadamente 620 gramos; tiene 114 milímetros de largo, 57 de ancho y 35 de alto, y es de inmejorable calidad, sin ningún defecto. Fué descubierto por el administrador Mr. F. Wells, el cual, durante un paseo de inspección que efectuó en la mañana del 26 de enero último, vió el reflejo de los rayos del sol proyectados por una punta del diamante que salía á flor de tierra, en la cara de la mina. Encaramóse á aquel sitio, y con su cortaplumas, que por cierto se le rompió en dos pedazos mientras se esforzaba con febril impaciencia por arrancar la piedra, logró al fin extraer el precioso diamante. El valor de éste es incalculable; para que se pueda formar idea de lo que vale, bastará decir que inmediatamente fué asegurado por medio millón de libras esterlinas.



El sitio exacto en donde fué encontrado el diamante: es el punto que señala con la mano el hombre que está á mitad de la montaña.



Una piedra que vale millones. Mr. Walter Brunton, uno de los principales empleados de las minas, llevando en la mano el diamante «Cullinan.»



Mr. Federico Wells, administrador de la mina y descubridor del diamante «Cullinan» en el sitio en donde lo encontró y que está marcado con una cruz blanca.

EL DIAMANTE MAYOR DE LOS HASTA HOY DESCUBIERTOS: LA GRAN PIEDRA «CULLINAN» Y EL SITIO EN DONDE HA SIDO ENCONTRADA. (De fotografías de Mr. W. Brunton.)

MANUEL GARCÍA

La Sociedad Real de Londres habrá celebrado, cuando este número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se publique, el centenario de Manuel García y el jubileo cincuentenario de la especialidad laringológica, cuyo verdadero creador fué, en efecto, García con la invención del laringoscopio. La generación moderna, salvo los médicos ó los especialistas, apenas conoce el nombre de este profesor que tan brillantes alumnos ha formado; pero nadie ignora los de sus dos hermanas que han dejado en los anales del teatro una gran celebridad, Paulina Viardot, la creadora del papel de Fides de *El Profeta*, de Meyerbeer, la intérprete excelente de las obras de Gluck, que soporta valientemente como su hermano el peso de los años, y María García más conocida por la Malibrán.



MANUEL GARCÍA, célebre laringólogo español, cuyo centenario se ha festejado solemnemente en Londres

Manuel García nació en Madrid en 17 de marzo de 1805. Su padre, natural de Sevilla, fué á la vez compositor y cantante y recorrió América y Europa, estableciéndose al fin en París. Desde su infancia siguió Manuel á su padre en sus viajes por ambos mundos y, como sus hermanas, recibió de él sus primeras lecciones, dedicándose desde su juventud á la carrera artística, consagrándose á la enseñanza del canto y entrando como profesor en 1855 en el Conservatorio de música de París. Su reputación llegó á ser universal y algunos años después se estableció en Londres.

Durante su larga carrera provisional, García ha estudiado profundamente todas las cuestiones relacionadas con el arte del canto. Ya en 1840 sometía á la Academia de Ciencias de París un trabajo relativo á las funciones de la laringe con el extraño título de «Descripción del fonador humano,» en el cual admitía tres clases de voces: voz de falsete, que designaba con el nombre de registro subglótico; voz de pecho, registro glótico; y voz opaca, registro ariteno-epiglótico. Los individuos nombrados para examinar este trabajo eran fisiólogos eminentes, muchos de los cuales se habían ocupado especialmente de la cuestión del sonido y de la fonación; pero no llegaron á emitir dictamen y lo propio estuvo á punto de suceder con la que en mayo de 1855 hizo presentar por Sharpey á la Sociedad Real de Londres y que encerraba, sin embargo, el descubrimiento del laringoscopio y señalaba los métodos para observar la laringe.

Mucho antes de García se habían hecho tentativas para el examen de las partes profundas de la garganta y en particular de la laringe. Bozzini, de Francfort del Mein, había inventado una especie de espéculo con espejo que reflejaba un rayo de luz; Babington, de Londres, había hecho construir un espejo de metal pulimentado con espátula, que se parece mucho á los de que hoy se sirven los especialistas, y Avery inventó también un aparato fotogénico para proyectar la luz en las cavidades. Pero todos estos ensayos habrían permanecido ignorados sin el descubrimiento de García, que fué el primero que examinó en sí mismo y en otros individuos la laringe y pudo determinar con este examen visual directo la posición de las cuerdas en las diferentes fases del canto.

Vamos á dar un corto extracto de aquella nota que por curiosa coincidencia fué presentada á la Sociedad Real al mismo tiempo que otra de W. Thomson sobre la teoría del telégrafo eléctrico: «El método que he adoptado, dice García, es muy sencillo; consiste en colocar en la garganta, entre la campanilla y el velo, un espejito sostenido por un largo mango suficientemente encorvado para que, poniéndose el observador de cara al sol, los rayos luminosos den en el espejo y sean reflejados en la laringe. Si el observador hace el experimento en sí mismo, debe, por medio de un segundo espejo, recibir los rayos del sol y dirigirlos al espejo colocado en la garganta.» En estas pocas líneas está expuesto el examen laringoscópico tal como se practica en nuestros días, con la sola diferencia de que hoy se emplea la luz eléctrica en vez de los rayos solares. El resto de la memoria se refería á los resultados obtenidos mediante este examen sobre la abertura de la glotis y los movimientos de las cuerdas.

Poco faltó, según hemos dicho, para que esta memoria corriese la misma suerte que la presentada á la Academia de Ciencias de París. En efecto, los miembros de la Sociedad Real prestaron á ella poca atención y algunos calificaron el experimento de juguete fisiológico; pero afortunadamente un médico de Viena, Czermak, presintió el porvenir reservado á aquel método, lo estudió y lo aplicó á los exámenes de los casos patológicos. Con ello nació la laringología, y la creación de García ha logrado gran importancia y ha prosperado considerablemente en el espacio de este medio siglo. Fué una revolución en el estudio de muchas cuestiones de patología de la garganta, de la laringe y de la tráquea; gracias á ella se pudo ver claramente la presencia de lesiones supuestas ó desconocidas y practicar operaciones fuera de los límites de la vista y del tacto.

Para conmemorar este aniversario los médicos ingleses han tomado la iniciativa de una manifestación solemne, en la que toman parte todas las sociedades laringológicas del mundo, celebrándose á la par, como al principio decimos, el centenario de García. El Gobierno español, como testimonio de admiración á éste, le ha concedido la gran cruz de la orden de Alfonso XII, cuyas insignias le habrán sido entregadas por el embajador de España en Londres. – C.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La lletja*, drama en tres actos de Santiago Rusiñol; en el Principal *La cizaña*, comedia en dos actos de D. Manuel Linares-Rivas Astray, y *Mañana de sol*, pasillo de los hermanos Quintero; en el Eldorado *Frente al enemigo*, comedia en dos actos de D. Enrique Ayuso y D. José García Ontiveros; y en Novedades *El trueno gordo*, zarzuela en un acto de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro D. Jerónimo Giménez.

– En el Círculo Musical Bohemio se ha celebrado un concierto en el que se ejecutaron la *Primera sinfonía*, de Beethoven, y *La gruta de Finghal*, de Mendelssohn, por la orquesta; el *Cuarteto en mi menor, número 2*, de Mendelssohn, por los Sres. Sánchez, Segura, Gálvez y Dini; un *Concierto* por el concertista de contrabajo Sr. Torelló; *Sur le lac*, de Godard, por los Sres. Sánchez Carreras y Oliveros; un *Allegro*, de Mendelssohn, por el Sr. Boixa y García; y la *Cansó de Maig*, de Borrás de Palau, y un fragmento de *La Tosca*, por el tenor Sr. Creixans. Todos cuantos tomaron parte en el concierto fueron muy aplaudidos.

– En la Asociación de Aficionados se ha dado un concierto en el que la orquesta de la asociación, dirigida por el maestro Sr. Armengol, interpretó con mucho acierto varias obras de Weber, Wagner, Gluck, Ors, Armengol, Comas y García Robles, que obtuvieron merecidos aplausos.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Hugo Holstein, notable historiador de literatura alemán.

Dr. P. L. Müller, historiador holandés, profesor de la Universidad de Groningen, autor de varias obras sobre historia de Holanda.

Dr. Ernesto Abbe, ilustre físico alemán, á quien se deben importantes perfeccionamientos del microscopio y de los aparatos fotográficos.

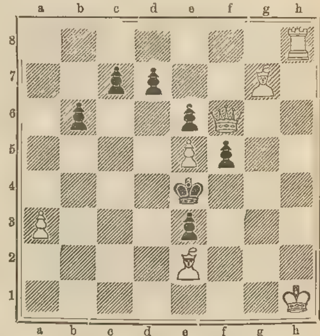
Gustavo Bauernfeind, pintor orientalista alemán.

Antonio Braith, notable pintor de animales muniquense.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 379, POR S. GOLD.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 378, POR E. PRADIGNAT.

Blancas.	Negras.
1. Td6-d8	1. d4×e3
2. Dd3-d7	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

VARIANTES.

1..... Rf1-g2; 2. Ae4×f3 jaque, etc.
1..... Rf1-e1; 2. Ce2-c3 jaque, etc.
1..... Tf3×e3; 2 Cg4×e3 jaque, etc.
1..... Otra jug.ª; 2. Dd3-d1 mate.



Había pasado por allí cientos de veces...

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

I

EL CALLEJÓN SIN SALIDA

Cuando la señora de Alberto Darrás volvió la esquina de la calle de Vaugirard para entrar en la de Servandoni, el severo aspecto de aquel estrecho pasadizo de casas viejas, tan próximo, sin embargo, á la calle del Luxemburgo en que ella vivía, aumentó todavía su temor. Había pasado por allí cientos de veces sin observar jamás el triste aspecto de aquel rincón de París que la embargó repentinamente de sorpresa. Y era que en el momento de dar un paso muy grave que podía alterar su existencia íntima, aquella mujer sintió que se debilitaba de nuevo una resolución bien reflexionada, sin embargo, y alimentada durante muchos días á traves de grandes luchas secretas. El último combate de ideas crispó su cara, linda todavía á los cuarenta años cumplidos, por la delicadeza del cutis y por una expresión que indicaba que su sensibilidad seguía siendo viva y joven. Aun contraída por una preocupación, aquella fisonomía no representaba su edad. El talle esbelto, el modo de andar apresurado y la altivez de la cabeza concordaban con aquel aspecto de juventud apenas desmentida por algunos hilos de plata mezclados con el oro del cabello y por las grandes ojeras que rodeaban sus párpados. Pero si los insomnios y las inquietudes habían apagado un tanto el brillo de sus ojos, no habían conseguido obscurecer la dulzura que daba una gracia conmovedora á la rubia belleza de aquella mujer. Su porte indicaba, por otra parte, que la dama tenía conciencia de esa belleza discreta y subrayada al mismo tiempo. Era visible que había querido obtener un hábil efecto de sobrias armonías. Un ramo de violetas de Parma adornaba su sombrero de nutria, y su abrigo de la misma piel caía sobre una falda de paño color de pensamiento. Hay trajes en París que por sus detalles y por la línea de su conjunto clasifican á una mujer tan seguramente como á un oficial el uniforme y los galones. Desde los brazaletes que lucían en sus muñecas al lado del manguito, hasta el fino calzado que se dejaba ver debajo de su falda de largos pliegues, todo denunciaba en Gabriela Darrás una persona de la alta burguesía francesa, de esa clase en la que, á pesar de la invasión del exotismo, se perpetúa el gusto tradicional de Francia. Pero si el carácter un poco aparatoso de aquel atavío indicaba en la que le había combinado un deseo de agradar y de conservar su categoría, muy natural, como demostrará la continuación de esta historia, aquella coquetería y aquel orgullo pertenecían ya al pasado, como también los años de felicidad que habían conservado tanto tiempo la flor de la juventud en aquel otoño incipiente. El presente era la ansiedad que la tenía inmóvil en aquella callejuela; era la última vacilación antes de una visita acaso decisiva para su reposo; era una agonía moral llegada á su periodo agudo y que se resolvió de repente en una determinación violenta. La señora de Darrás indicó un gesto de impaciencia y dijo á media voz estas resueltas palabras, como para estimular su energía:

—Mañana todo estará igual, todo, todo... ¿Para qué esperar?

Y con paso ya firme echó á andar y se puso á mirar los números hasta dar con el de la casa que buscaba. Aquel edificio, siniestramente húmedo, databa de una época en que la calle, largo tiempo habitada por el sepulturero de San Sulpicio, se llamaba calle de los Sepultureros. Nada había cambiado hacía cien años en su edificación, hecha en dos veces, en tiempo del Directorio y, después, en el del Imperio, en los restos de algún jardín de convento y por uno de aquellos empresarios á bajo precio que entonces pululaban y que no tenían á su servicio, á causa de las guerras, más que malos aprendices sin educación técnica. La casa se componía de un cuerpo de edificio de dos pisos, unido por dos alas laterales á una especie de hotel de frontón. La disposición actual de la casa la convertía en una especie de barrio interior servido por distintas escaleras. En el centro, que era un patio empedrado, el portero había improvisado un fantástico jardinillo, compuesto de cajas de petróleo y cubos llenos de tierra, de los que brotaban raquíticas plantas en aquella atmósfera sin sol. El ingenioso personaje estaba ocupado en disponer un enrejado de alambres y bramantes por el que debían trepar unas enredaderas, cuando la señora de Darrás, después de haber golpeado en vano los cristales de la portería, se decidió á empujar la puerta del patio. El jardinero volvió entonces la cabeza, sin dejar su ocupación, y respondió con voz brutal á las preguntas de la visitante:

—¿El señor abate Euvrard está en casa?

—No lo sé... Lo más seguro es que suba usted y lo vea. Escalera de la izquierda; segundo piso, á la derecha... Llame usted fuerte. Es un sabio, según dicen, y los sabios están siempre en la luna...

La rudeza de aquel hombre probaba sencillamente que estaba encargado de una casa de numerosos y pequeños inquilinos, y recibía pocas propinas. La señora de Darrás se ruborizó como ante una afrenta personal. Aunque el paso que iba á dar cerca del sacerdote tan poco considerado por su portero no tenía nada de comprometedor, aquella señora lo daba á escondidas de las personas que la rodeaban, y sobre todo, de su marido; y por efecto de su remordimiento por aquella acción clandestina, le parecía que la mirada insolente de aquel hombre ordinario interpretaba su presencia allí de un modo insultante. Apresuradamente, pues, y con la cabeza baja, la señora de Darrás entró por la puerta indicada y subió una estrecha escalera sin alfombra y de escalones sucios y carcomidos. Si en aquel momento hubiera sido capaz la buena señora de semejantes reflexiones, le hubiera chocado el contraste entre la miserable casa en que el sacerdote se había refugiado y el lugar á que fué á buscarle pocos días antes. Demos desde luego al padre Euvrard la apelación á que le da derecho su calidad de oratoriense. Con ese título figuraba en el Anuario del Instituto de Francia como miembro libre de la Academia de Ciencias antes de las abominables medidas de 1903 contra las congregaciones. Su dirección era entonces muelle de los Celestinos, n.° 4, en aquel resto del magnífico hotel Fieubet, edificado por Mansart y en el que su orden había instalado el colegio Massillon. Que un ilustre matemático en el umbral de la vejez tenga que dejar su comunidad y su tranquilo despacho de estudio para refugiarse en una pobre casa y vivir en ella de algunos trabajos mal pagados, es bastante para juzgar un régimen y su inteligencia. Pero aun cuando la señora de Darrás hubiera apreciado en su realidad el drama que representaba para aquel sacerdote tal alteración de sus inocentes costumbres, acaso esa prueba le hubiera parecido ligera, comparada con la tragedia íntima en que ella estaba á punto de meterse. La visita al proscrito de la calle de Servandoni era sólo un episodio. La tragedia estaba todavía latente, y ya el terror de los conflictos futuros agitaba tan fuertemente los nervios de aquella mujer, que al llegar al piso segundo y después de llamar á la puerta de la derecha, tuvo que apoyarse en la barandilla. Se oyeron en el interior unos pasos que le resonaron á ella en el corazón, y apareció el sacerdote, que por un segundo se quedó admirado ante aquella inesperada visita. El campanillazo le había sorprendido trabajando en el encerado y tenía todavía en la mano un pedazo de tiza. La sotana raída, la barba de tres días y la longitud excesiva de su pelo rojizo y apenas canoso á los sesenta años, denunciaban la incuria del sabio para quien apenas existen el mundo exterior y su propia persona. Añádase una pequeña estatura y una cara sonrosada y casi infantil, y se comprenderá que hubiera tenido un aspecto vagamente cómico á no ser por el noble corte de su frente perpendicular y surcada de arrugas rectas—una de esas frentes que Lavater llamaba «escrutadoras,»—y sobre todo, por la extraordinaria belleza de sus ojos azules. Su mirada, de ordinario un poco sorprendida, expresaba en aquel instante el aturdimiento casi sonambulesco de un geómetra á quien la quimera del cálculo acaba de arrebatar en sus potentes alas á mil leguas de la tierra. Al ver que aquella señora no decía nada, desconcertada á su vez por una aparición tan diferente de la imagen que se había forjado del célebre sacerdote, rompió el primero el silencio diciendo sencillamente:

—Creo, señora, que se ha equivocado usted de puerta.

—No, respondió la dama; ¿es usted el reverendo padre Euvrard?..

Y sin dejarle tiempo para responder más que por un signo, añadió:

—Padre mío, ruego á usted que me reciba. Vengo á usted sin recomendación, porque he oído ponderar su talento y su corazón. ¡Y tengo tanta necesidad de apoyo!..

Hablando de este modo, la señora había entrado en el estrecho pasillo. El sacerdote obedeció casi maquinalmente á aquella acción é introdujo á la desconocida en el cuarto que le servía de biblioteca. Su fisonomía no pudo disimular una contrariedad que no provenía solamente de haber interrumpido su meditación. El atavío de aquella mujer y su belleza, su estado nervioso y su insistencia le daban la idea de que tenía delante de él una mujer del gran mundo cogida en alguna aventura de pasión. Hombre de estudio, que apenas había ejercido su ministerio desde que salió de la Escuela Politécnica hasta que entró en religión, la perspectiva de desempeñar el papel de consejero en una historia tan extraña al curso habitual de su pensamiento le desorientaba. Sin embargo, como era buen sacerdote, aquella falta de caridad le dió vergüenza y achacó su movimiento de impaciencia al estado de desorden en que se hallaba la pieza. Estaba allí instalado hacía sólo dos semanas y aún no había arreglado sus libros y sus papeles, que estaban en paquetes y legajos repartidos por todas partes. Cuatro sillas de paja, un escritorio de esquina y un reclinatorio completaban el mueblaje de aquella celda. Iluminábanla dos ventanas en cuyos vidrios había el sabio clavado de cualquier modo unas cortinillas muy cortas. El mármol de la chimenea, sin fuego, contenía, al lado de una lamparilla de espíritu de vino, una cacerola, un colador de barro y los restos de un almuerzo compuesto de un par de huevos pasados por agua y una taza de café. El huésped de aquel pobre campamento se hacía él mismo la comida con un estoicismo del que daba fe el encerado puesto en su caballete entre las dos ventanas y lleno de aquellos signos cabalísticos que eran su opio intelectual. Al presentar una silla los señaló con un ademán y dijo:

—Me da vergüenza, señora, el recibir á usted en este cuartucho; pero puesto que conoce usted mi nombre, sabe que soy un proscrito. Parece ser que hacía correr un gran peligro al Estado francés trazando estas fórmulas en una casa donde otros padres estudiaban la historia, la arqueología y el hebreo... Esperemos que ese pobre Estado está ya á salvo de todo riesgo..

Y se rió de su inocente epigrama, única venganza contra sus perseguidores. Después, sus propias palabras le hicieron volver á la primera idea y añadió:

—Algunos de esos padres se ocupaban también en la dirección de las conciencias y siguen ocupándose. Acaso será lo mejor que indique á usted la dirección de alguno de ellos. Si tiene usted que pedir algún consejo práctico, no es un geómetra el más á propósito para dársele. Nuestra ciencia...

—Precisamente la reputación que usted tiene de sabio, interrumpió la señora de Darrás, es lo que me ha decidido á dar este paso... Ya he dicho que había oído hablar de usted, á mi marido en primer lugar, que es también discípulo de la Escuela politécnica... Ciertamente, no es sospechoso de parcialidad en favor del hábito que usted lleva, por lo que pido á usted permiso para no decirle su nombre... Además, ha sido usted profesor, en Juilly, del hijo de una amiga mía, y así como sé la inteligencia de usted por mi marido, conozco por esa señora su bondad... Cuando he buscado un sacerdote á quien dirigirme en un instante solemne de mi vida, me ha ocurrido su nombre de usted por esos dos motivos. En mi situación excepcional he temido la estrechez de criterio de un eclesiástico ordinario. ¡Hay tantos que parecen tener como único ideal alejar las almas de Dios!..

—Estoy á la disposición de usted, señora, respondió el sacerdote. No tengo para qué saber su nombre y hasta prefiero ignorarlo...

La enigmática frase última de su interlocutora había confirmado sus sospechas de que iba á recibir la confidencia de un remordimiento en vías de arrepentirse y el sacerdote acabó de despertarse en el matemático. La profunda frase del Apóstol *Omnibus omnia factus sum* (1) será siempre la divisa de un corazón verdaderamente sacerdotal. Una expresión de atenta gravedad reemplazó en su cara al aspecto un poco vulgar de la primera sorpresa, y sus ojos azules, hasta entonces algo vagos, se fijaron en aquella señora con singular expresión para decir:

—Repito, sin embargo, que soy menos á propósito que esos sacerdotes á quienes se engaña usted llamando ordinarios y que son unos prácticos de la vida. Pero ya que reclama usted mis pobres luces, ¿qué es lo que hay?

—Hay, padre mío, y en aquella voz de mujer palpitaba la dolorosa sinceridad de un ser que se prepara á descubrir una llaga secreta de su conciencia, hay que estoy atormentada, hace ya meses, por una necesidad de aproximarme á Dios que se ha convertido en un verdadero sufrimiento. Cuando era joven he sido muy piadosa. Después he dejado de serlo. Tenía dudas y me pareció que ya no creía. Hace doce años que no practico... Digo que me pareció porque nunca he desconocido los beneficios de la religión. La prueba es que he tenido una hija y he querido que fuese bautizada, aunque no lo conseguí sin lucha... La niña ha crecido, tiene once años y va á comulgar por primera vez...

Se calló, como si al llegar á un orden de ideas más íntimo no encontrase bien las palabras. Y esa confusión, el carácter de aquel comienzo tan vacilante y la relación entre el nacimiento de la niña y la fecha en que la madre había dejado de frecuentar los sacramentos, fueron otros tantos indicios en apoyo de la hipótesis que había surgido en la mente del padre Euvrard: aquella mujer era casada y había cometido una falta; su hija no debía de ser de su marido y la culpable había dado, sin duda, con un confesor demasiado severo. El sacerdote, pues, creyó hábil el facilitarle la penosa confesión:

—Su hija deberá á usted la salvación de su alma, dijo, y el haber salvado un alma borra muchas faltas, sobre todo cuando han tenido, si no por excusa, al menos por explicación, las seducciones de la vida. Ánimo, señora...

—No padre, no, dijo la señora de Darrás con voz más firme y sublevada por aquella sospecha de una falta vulgar. No tengo que acusarme de lo que usted cree. Soy una mujer honrada, y si he dejado de practicar no tengo que avergonzarme del motivo. Siempre he sido leal y no tenía remordimientos por estar fuera de la Iglesia. Ya he dicho á usted que tenía la conciencia tranquila. Mi fé estaba dormida y se ha despertado al contacto de la de mi hija. Esto es lo que me trae... ¿Cómo se ha realizado este trabajo? Ni yo misma lo sé. Ha sido una serie de sucesos ordinarios. Cuando Juana tuvo que ir al catecismo, la acompañé á la capilla subterránea de San Sulpicio, á la que iba yo á su edad, y he empezado á sentir con ella todas mis emociones de otro tiempo. La he visto tan ferviente como yo lo era y he visto que su espíritu se abría á Dios como antes el mío. ¿Es que mi infancia ha surgido de nuevo en mi corazón? ¿Es otra cosa? Repito que no lo sé... He empezado á ir á misa con ella para cuidar de las buenas formas y he vuelto á rezar... Al principio he sentido como si echase de menos algo y me he abandonado al sentimiento del pasado... Hasta que ha venido el momento en que he comprendido que ese pasado era el presente. Sí, hay un Dios que nos escucha. Tenemos un alma que emana de él y vive de él... Esas dos evidencias se me han puesto cada vez más claras y potentes nada más que haciendo rezar á mi hija todas las mañanas y todas las noches. Oyéndola pronunciar estas palabras: *Padre nuestro*, leía en el fondo de su ser y veía en él la fe absoluta en la bondad de ese Padre celestial. Y me veía entonces obligada á pensar: si ese corazón todo pureza, todo ternura y todo sinceridad fuese engañado en esa confianza, nada tendría sentido en la tierra. ¿Es posible? La vida sería una horrible pesadilla si los impulsos de esta niña hacia su Creador no fueran más que una mentira. La madre se ha rendido en mí á esa luz... Ese trabajo no se ha realizado sin combates. Los razonamientos que me habían expuesto contra la religión han surgido en mi mente, pero ninguno ha resistido á esa voz de mi hija hablando con Dios. ¿Para qué discutir cuando se siente y cuando está delante de nosotros una realidad, verdadera como nosotros mismos, como el aire que se respira y como los objetos que tocamos? He *creído* de nuevo y no he luchado ya contra un sentimiento que me asociaba más á la intimidad de mi hija y á todas las emociones de su piedad creciente. Cuanto más he compartido esas emociones, más he querido á mi hija y más he *creído*. No puede usted figurarse qué ardiente amor suscita en ella la proximidad de la primera comunión, hasta qué punto se han exaltado su sensibilidad y su inteligencia, ni á qué milagros de perfección diaria estoy asistiendo en aquel joven corazón. Estoy viendo á Dios obrar en ella y también en mí... Pero no es para contar á usted en detalle esa transformación de mis pensamientos para lo que he venido, padre mío. Ya he dicho bastante para que comprenda usted este deseo que resume todo lo demás: Juana va á hacer la primera comunión dentro de tres semanas y yo quisiera comulgar con ella.

—No solamente ha salvado usted el alma de su hija, respondió el sacerdote, sino también la de usted, señora. No esté usted turbada por haber permanecido tanto tiempo lejos de Dios, que no pide más que perdonar. Tiene usted razón al creer que el corazón de Nuestro Señor obra en el suyo. Él la ha conducido á usted de hora en hora hasta la presente; puede usted estar segura. Quiere usted comulgar. ¡Es tan sencillo! Estoy pronto á recibir su confesión cuando usted lo desee..., aquí..., ahora mismo...

El digno hombre hablaba con una ternura en la que se veía la pena por su primer error. Aquel relato había despertado en él un sentimiento muy particular. Si tenía los defectos que lleva consigo el espíritu abstracto de los geómetras, tenía también las virtudes, y entre otras, esa potencia de misticismo que acompaña con frecuencia al genio matemático y de la que son ejemplos Pascal, Leibnitz, Newton, y en nuestros días, un Cauchy, un Puiseux y un Hermitte. Cuando temió encontrarse con una historia de amor necesitó hacer un esfuerzo; pero su interés se excitó en alto grado por aquella confidencia, muy poco intelectual y muy desprovista de rigor lógico, pero en la que se veía el misterioso diálogo de Dios y un alma. Le parecía, sí, que uno de los elementos del problema no estaba muy claro. Desde el momento en que aquella alma había creído, ¿por qué no había ido á los sacramentos? ¿Por qué aquella tardanza? La energía de la desconocida al proclamar su honradez no permitía suponer ningún secreto culpable. El padre Euvrard no sospechaba que él mismo, por su carácter de sacerdote, iba á representar el obstáculo invencible, y oyó con asombro que su interlocutora le respondía:

—No, padre, no es tan sencillo. Es preciso que diga á usted quién soy y por qué me ve tan conmovida. Soy casada en segundas nupcias y mi primer marido está vivo.

—¿De modo, preguntó el sacerdote después de un momento de silencio, que es usted divorciada y se ha vuelto á casar?..

—Sí.

—¿Y su hija de usted?..

—Es del segundo matrimonio.

—Es usted divorciada y casada de nuevo, repitió el padre Euvrard.

Y añadió como hablando consigo mismo:

—¡Pobre mujer! Lo comprendo todo...

Después dijo, dirigiéndose á ella:

—No, no es sencillo. No puede usted comulgar, viviendo como vive, y ni siquiera puedo recibir su confesión, pues no podría absolverla...

El sacerdote pronunció estas palabras con una cara y una voz en las que no se veía ya la vacilación del sabio distraído de su meditación ni la lástima del anciano conmovido por una confidencia dolorosa. El religioso había dictado en nombre de su fe una sentencia sin apelación, fundada en una regla indiscutible. La fisonomía de la señora de Darrás se contrajo, pero no manifestó sorpresa al replicar con desaliento:

—Conocía de antemano esa respuesta, padre, porque ya me la habían dado. Como lo ha indicado una de mis frases, me había dirigido ya á otro sacerdote, que, como usted, me interrumpió á las primeras palabras. Sé también la condición que va usted á imponerme: que deje á mi marido. Permítame usted repetirle lo que dije á aquel sacerdote... Hace trece años tenía yo veintinueve y era la más desgraciada de las mujeres. El hombre con quien mi familia me había casado y del que había tenido que separarme, acababa de obtener que la separación se convirtiese en divorcio y se había vuelto á casar. Me quedé sola en el mundo con un hijo de nueve años. Los tribunales me lo habían confiado. ¿Cómo educarle? Entonces, otro hombre á quien había visto en casa de mis padres sin fijarme mucho en él y perdido después de vista, encontró medio para acercarse á mí. Supe que me había amado de soltera, sin declararse, porque él era pobre entonces y yo rica. No se había casado por mi causa y había trabajado para conquistarme cuando estaba yo libre y para olvidarme cuando dejé de estarlo. Cuando lo estuve de nuevo, reapareció. Tenía entonces una brillante posición, me pidió mi mano, acepté y á partir de ese momento ha sido para mí el mejor de los maridos y para mi hijo el mejor de los padres. Aun á costa de mi salvación eterna, no le dejaré jamás, jamás..

—No comprendo entonces lo que espera usted de mí, respondió el padre Euvrard, ni qué apoyo necesita, para servirme de sus propios términos. Está usted bastante al corriente de las leyes de la Iglesia para saber que su segundo matrimonio no tiene validez ni podrá jamás tenerla. Al contraerle ha roto usted con ella... Pretende usted perseverar en ese rompimiento y al mismo tiempo participar de los

(1) Cor. I, IX, 22. «Me he hecho toda especie de cosas para toda especie de gentes.»

sacramentos... Hay en eso una contradicción tan evidente que no puede ocultársele á usted. Querría usted estar al mismo tiempo en la Iglesia y fuera de la Iglesia, y este es un problema sin solución.

—Hay una, padre mío, interrumpió la señora de Darrás con una energía que probaba cuánta importancia atribuía á aquella parte de su conversación. Sí, dijo, hay una solución, que no puede ser aceptada más que por un sacerdote de inteligencia muy ancha. Por eso he venido á sometérsela á usted... Mi segundo matrimonio no tiene validez ante la Iglesia ni la tendrá jamás mientras el primero subsista. Pero ¿y si el primero fuese anulado? La Iglesia no admite el divorcio, pero sí la anulación. Hace trece años, cuando vi la posibilidad de ese segundo matrimonio, pensé dirigirme á Roma, pero no lo hice porque á mi futuro esposo le repugnaba y yo misma tenía tan poca fe... ¿Es ya tarde para hacerlo? Puesto que la Iglesia me manda someterme á sus leyes, debe darme los medios. Alegaré los motivos que entonces hubiera alegado y que no han perdido su fuerza. Ya he dicho á usted que mis padres me casaron. Si no me obligaron en el sentido material de la palabra, la verdad es que su presión influyó en mi voluntad, luego no obré libremente. Y en todo caso no supe, ciertamente, con quién me casaba; si lo hubiera sabido, hubiera preferido morir. Entre mi marido y yo no se trata de un desacuerdo de caracteres ni de una infidelidad. Me ha engañado y yo he perdonado. Pero no he podido perdonarle el vicio más abyecto y más degradante entre personas de nuestra clase. Aquel hombre bebía y la embriaguez le ponía furioso. Durante cinco años, y á causa de mi hijo, he sufrido escenas horribles, en las que no eran las amenazas ni las brutalidades lo que más me repugnaba. No tuve fuerzas para escaparme más que el día en que mi vida y la del niño estuvieron en peligro. Me había mal tratado de tal modo, que tardé semanas en reponerme, y había querido maltratar á mi hijo... Se lo pregunto á usted, padre mío, ¿había yo consentido en casarme con un loco furioso y dañino? ¿No hay motivo para hacer anular un casamiento en el que mis padres y yo habíamos sido engañados?.. Si yo me comprometo á pedir esa anulación, que no puedo menos de obtener, si le afirmo á usted que lo haré todo para decidir á mi segundo marido á autorizarme para ello, y si prometo que de aquí á entonces, aun viviendo bajo su techo, permaneceré á su lado como una hermana, ¿no querrá usted considerarme como reconciliada con la Iglesia? ¿No podría yo confesarme y comulgar con mi hija aunque no fuera más que esta sola vez?..

—No, dijo el religioso moviendo la cabeza con una melancolía en la que la lástima dominaba de nuevo á la severidad. No podría usted. Ningún sacerdote se prestaría á un compromiso que no descansaría en nada real. Los pretextos que acaba usted de enunciar no permitirían siquiera inteponer una demanda de anulación. Usted, señora, cree que Roma tiene el poder de desatar el lazo conyugal, y no es así. Roma reconoce que hay matrimonios nulos cuando lo son realmente, es decir, cuando no se han llenado ciertas condiciones necesarias para la validez del contrato conyugal. Esas condiciones están marcadas y definidas con una precisión que no da ocasión á dudas. Consulte usted una obra cualquiera de teología moral y verá que su caso no encaja en ninguno de los tipos previstos. Usted misma reconoce que su casamiento fué suficientemente libre al declarar que si hubiera conocido el horrible vicio de su marido no se hubiera casado con él. Luego ha habido consentimiento. Se indigna usted contra ese vicio y yo concedo que es detestable y asqueroso. Pero no constituye un error sobre la persona, ni es más que una prueba. La Iglesia no le prometió á usted eximirla de ellas cuando bendijo su matrimonio. Si ésa era demasiado dura, tenía usted la separación, que la Iglesia ha autorizado siempre. Pero no autoriza más que la separación, pues hacer más sería ir contra el precepto, claramente formulado en el Evangelio, que prohibe los segundos matrimonios en vida del primer cónyuge. Comprendida como usted lo hace, la anulación no sería más que un divorcio hipócrita y la Iglesia no tiene esas complacencias. No espere escapar por esa puerta, porque está cerrada.

—¿Qué hacer entonces?.., exclamó la señora de Darrás juntando las manos en un ademán de angustia. ¿Es posible que Dios—y recalcó esta palabra con infinito dolor—me ordene abandonar mi hogar, destrozar el corazón de un hombre á quien amo y que me ama, y dejar á mi hija? Porque mi marido no me la daría y la ley estaría de su parte... Si no, no hay vida religiosa y me está prohibido arrodillarme al lado de mi hija en un momento solemne de su juventud. ¿Es posible, padre, que la ley humana tenga más justicia y más caridad que la ley divina? Porque la verdad es que cuando era yo tan desgraciada sin haberlo merecido, la una me permitió rehacer mi destino leal y honradamente y la otra exige que le deshaga de nuevo, apenas consiente en no aprisionarme en un odioso pasado y me prohibe repararle... ¿Cómo quiere usted que al ver esa diferencia no acudan á mi mente las objeciones que tantas veces he oído? Este renacimiento de mi antigua fe se anula y se borra y la duda se apodera de mí. ¡He sufrido tanto desde mi visita al otro sacerdote! Pienso que los adversarios de la Iglesia tienen razón al decir que es un instrumento de opresión y de muerte, que el progreso se realiza sin ella y contra ella, que al echarla de menos con tal nostalgia soy víctima de un espejismo y que la verdad no está allí...



—¡No hable usted así!, dijo vivamente el religioso

—¡No hable usted así!, dijo vivamente el religioso. Y su mano se posó en el brazo de su interlocutora como para detener la blasfemia.

—No piense usted así, y sobre todo, no juzgue usted á Dios, porque eso sería cometer un pecado contra el Espíritu, el único que no será perdonado... ¿Acusa usted á la ley de la Iglesia sobre el matrimonio de falta de justicia y de caridad?, continuó. Permítame una comparación muy vulgar, pero muy clara. Un barco se encuentra delante de un pueblo al que quiere llegar uno de los pasajeros. Para ello invoca los más altos intereses morales y materiales: el ver á un padre moribundo; el de asistir á un pleito del que depende el porvenir de los suyos, ¿qué sé yo?.. Pero se han presentado en el barco casos de peste y la autoridad prohibe el desembarco por miedo al contagio. ¿Sería justo, sería caritativo acceder al ruego del viajero á riesgo de contaminar una población de cien mil habitantes? Evidentemente, no. Vea usted, pues, una circunstancia en la que la justicia y la caridad exigen el sacrificio del interés individual al general. Esa es la pregunta que hay que plantearse á propósito de toda institución para medir su valor. Plantéela usted para el matrimonio indisoluble. ¿Qué responde la razón? Que la sociedad se compone de familias y que lo que valen esas familias vale la sociedad. Considere usted ahora las probabilidades de salud para la familia que lleva consigo el matrimonio indisoluble: reflexión seria antes del compromiso, puesto que es irrevocable; cohesión más estrecha entre los antepasados, los padres y los hijos, puesto que la sucesión tiene menos elementos heterogéneos; unidad de pensamiento en los miembros é ilación en las tradiciones. Ese matrimonio es el agente más fuerte de la fijeza de costumbres, fuera de la cual no hay más que anarquía y fiebre eterna. ¿Qué responde la historia después de la razón? Que, en efecto, todas las civilizaciones superiores han propendido á la monogamia, y el divorcio no es la monogamia, sino la poligamia sucesiva. No quiero hacerle á usted un curso de sociología, pero ¿sabe usted lo que establece la estadística? En los países en que existe el divorcio el número de criminales, de locos y de suicidas es diez veces mayor entre los divorciados. Si hay una persona que, como usted, conserva en el divorcio toda la delicadeza de su pensamiento y de su corazón, la mayoría la habían perdido ó la pierden en él. Usted llama un progreso el reglamentar la sociedad con arreglo á una minoría de degenerados probables y el buscar la norma en lo que debe ser su desperdicio. La ciencia lo llama un retroceso... Acabamos de adoptar, obsérvelo usted, el punto de vista de la observación pura, porque he querido que tocase usted con el dedo la identidad entre las enseñanzas de la experiencia y las de la Revelación. En su esfuerzo por durar, la sociedad va á parar precisamente á la regla de que la Religión ha hecho un dogma. A la luz de estas ideas, comprenda usted la gravedad de la falta que ha cometido aprovechando el criminal artículo que han introducido en nuestro código los destructores de la familia. Usted se ha asociado á esa obra de demolición en la medida que ha podido y ha sacrificado la sociedad á su dicha individual. Usted y su segundo marido han constituído un tipo de hogar anárquico, más peligroso por lo mismo que dan, con sus virtudes, un ejemplo de decencia en la irregularidad y de orden en el desorden. Eso es lo que hace tan peligrosos los extravíos de las almas que conservan buenas cualidades; su nobleza natural las sigue hasta en sus errores y caen sin envilecerse, por lo que propagan el mal más peligrosamente. No busque usted en otra parte la razón de las grandes dificultades que encuentra en su noble esfuerzo de arrepentimiento. Mida usted el tamaño de su falta por esas dificultades y dé gracias á Dios por no haberla castigado más, á usted y á los suyos... No hace veinte años que la detestable ley del divorcio fué votada, y ¡si viera usted las tragedias que la he visto ya producir, yo, que confieso tan poco!.. He visto odios fratricidas entre los hijos del primero y los del segundo matrimonio; padres juzgados y condenados por sus hijos; choques múltiples entre el padrastro y el hijastro ó entre la segunda mujer y la hija de la primera; celos del pasado, de un pasado viviente por la existencia del primer marido, que es un suplicio para el segundo... Y no hablo de la malevolencia, hipócrita ó sincera, de un mundo en el que, á pesar de todo, permanece intacto el respeto de la unión cristiana... ¡Oh, qué desdichas!.. La de usted no es la peor, puesto que va acompañada de una gracia, que es haber recobrado la fe. El día en que usted desconociera esa gracia sería cuando habría que temblar. La acción vengadora de Dios en la tierra no se realiza por acontecimientos extraordinarios; basta para ella la lógica de nuestras faltas, que contiene una parte necesaria é inevitable y otra accidental y como flexible que la Providencia puede evitarnos. Por esto he hablado á usted como lo he hecho; para que no piense más como le he visto que pensaba. ¡He tenido miedo por usted!..

(Continuará.)

El químico como creador.—Marcelino Berthelot, hombre de ciencia y filósofo

Nada puede hacernos presentir tanto el importantísimo papel que ha de desempeñar la ciencia en el porvenir del mundo, como los adelantos hechos por la química en estos últimos cincuenta años. De analítica se ha convertido en sintética.

A Kolbe se debe esa revolución, pues obtuvo el ácido acético del carbón; pero quien más impulso la ha dado ha sido Pedro Eugenio Marcelino Berthelot, que en 1862 consiguió, por medio del arco eléctrico, formar de sus elementos el acetileno. Este fué el punto de partida para la formación de multitud de otros productos; uno tras otro M. Berthelot formó el gas olefiante y otros hidrocarburos, diversos alcoholes, los aldehydos, los aceites esenciales de la almendra amarga, la canela, el comino, el alcanfor común, y en resumen, la mayor parte de los aceites esenciales que en la naturaleza se encuentran. Los aldehydos fueron á su vez transformados en ácidos orgánicos y así sucesivamente.


El eminente químico francés M. Berthelot haciendo experimentos en su laboratorio

Casi todos sabemos el enorme impulso que esas notables investigaciones dieron á la manufactura de tintes, perfumes, productos farmacéuticos y de otras clases. ¿Pero cuántos son los que saben á quién se deben? M. Berthelot jamás ha sacado patente para ninguno de sus muchos descubrimientos científicos; por eso se ignora generalmente la gran labor que ha hecho en favor de la humanidad. ¿Cuántos son los que saben que sus estudios sobre los explosivos llevaron á M. Vielle á su gran descubrimiento de la pólvora sin humo?


La torre Berthelot

M. Berthelot, que es ya un anciano, pero sano y vigoroso, nació en París el 25 de octubre de 1827, y pasa todos los años cinco meses estudiando la química de la vida vegetal en una pequeña posesión situada á la entrada del bosque de Meudon, en Bellevue.

Tomando el ferrocarril funicular me dirigí á ella un hermoso día de primavera, y después de dejarlo en la cima de la colina que domina al valle del Sena y á París, tomé por los campestres senderos sirviéndome de guía la alta torre llamada torre Berthelot, hasta llegar á una pequeña puerta, en una alta pared, sobre la que se leían las palabras «Clínica Vegetal.»

Entré, y pocos minutos después le aguardaba sentado en su gabinete de trabajo, cuyos muros cubrían estantes llenos de libros, entre los que mi vista distinguió algunos que ostentaban los títulos de sus obras más famosas, como la *Chimie organique fondée sur la Synthese,* publicada en 1860; las *Leçons sur la Thermochimie,* dadas en el colegio de Francia de 1865 á 1883, que fueron el origen de una nueva rama de la ciencia, y la más reciente, *Chimie vegetale et agricole,* en cuatro tomos. A los pocos momentos entró M. Berthelot, de mirada penetrante y escudriñadora y alta frente intelectual, que revelan al investigador y al pensador.

Después de los acostumbrados saludos, le interrogué en esta forma:

—Puesto que creamos substancias orgánicas, ¿no sería posible que llegara el día en que nuestros alimentos se produjeran por medio de la síntesis.

—Ciertamente, me contestó con una voz que no parecía propia de sus años. En realidad, puede decirse que ya se ha dado solución á ese problema en teoría. ¿No hace más de cuarenta años que es un hecho la síntesis de las grasas y de los aceites? ¿Y no se está en la actualidad verificando la de los azúcares y carbohidratos en general? Habiéndose ya llegado hasta ese punto, la síntesis de los cuerpos nitrogenados es sólo un paso más, y créame usted, tal vez no está lejos el tiempo en que la química efectúe la fabricación económica de los alimentos. Usted ha tocado un punto al que he dedicado mucho tiempo y reflexión, así es que no vacilo en manifestar que el problema de la alimentación es esencialmente un problema químico, y que cuando se obtenga una fuerza económica, no se tardará mucho en darle solución. Los alimentos se fabricarán entonces con carbono, tomado del ácido carbónico; con hidrógeno, extraído del agua, y con oxígeno y nitrógeno, tomados del aire. El cultivo de los cereales y la ganadería sufrirán la misma suerte que en nuestros días ha tenido el cultivo de la rubia, y el mundo no tendrá ya que preocuparse de las malas estaciones, que son la desesperación de los agricultores.

—¿Cuál cree usted, le interrumpí, que sea el origen de esa fuerza económica de que usted habla?

—Tal vez el calor central del globo, obtenido por medio de pozos de minas de dos á tres millas de profundidad, tal vez el solar. ¿Quién sabe? Sí, la cuestión entre los librecambistas y los proteccionistas quedaría de fijo resuelta por esa revolución económica y otros muchos problemas además. Pero tal vez antes que el de la fabricación química de los alimentos quedará solucionado el problema de la navegación aérea, en cuyo caso habría que cerrar las aduanas del mundo entero.

Después de una pausa continuó diciendo M. Berthelot:

—Sé que algunas personas, fundándose únicamente en la experiencia del pasado, dirán que estas son ilusiones de un hombre de ciencia. Pero me parece que se olvidan de los adelantos, sin precedentes en la historia, que la ciencia ha realizado en nuestros días; no tienen en cuenta que los resultados maravillosos obtenidos durante el pasado siglo y sobre todo en estos últimos cincuenta años, nos autorizan para hacer esas predicciones. Esas ilusiones están fundadas en pruebas científicas innegables, y por lo tanto, tengo fe en su realización.

—¿Cuál es su opinión de usted, querido maestro, respecto á esa otra ilusión de los hombres de ciencia, el crear la vida en el laboratorio? ¿Cree usted eso posible? ¿Y qué dice usted respecto á las experiencias del Dr. Loeb, de Chicago?

—¡Ah! Eso sí que es verdaderamente una ilusión; no creo que nunca se obtenga ese resultado. ¿Pero cuáles son esas experiencias hechas en América?

—El Dr. Loeb pretende haber dado solución al problema de la parthenogenecia artificial. Con una solución de clorido de magnesio ha conseguido que huevos de erizos de mar, sin fecundar, se hayan desarrollado hasta el mismo punto que los que estaban fecundados.

—¿Verdaderamente? Eso es de gran interés. Pero á pesar de todo ello, no creo que lleguemos al *homúnculo.* Sin embargo, ciertamente debe darse calor á semejantes experiencias, porque algunas veces, de ese modo, se llega á los más inesperados descubrimientos. Un hombre de ciencia principia una serie de investigaciones teniendo un objetivo determinado; es muy posible que no llegue á él, pero en el curso de sus experiencias puede hallar datos muy importantes que añadir á la suma de nuestros conocimientos científicos. Por ejemplo, consideremos el caso de esa substancia misteriosa, el rádium. El objetivo de los experimentos que con ella se están haciendo puede que resulten vanos; pero, por otro lado, puede que conduzcan á descubrimientos que hagan dar á la humanidad un paso hacia adelante. El peligro está, no en la experimentación, sino en deducir de ella prematuras conclusiones. O en otras palabras, hemos de tener mucho cuidado en no tomar para cimentar el edificio más que hechos sólidamente comprobados.


M. Berthelot
haciendo el experimento de la vegetación en una zona eléctrica

Llevóme más tarde al jardín, y ya en él, M. Berthelot me dijo:

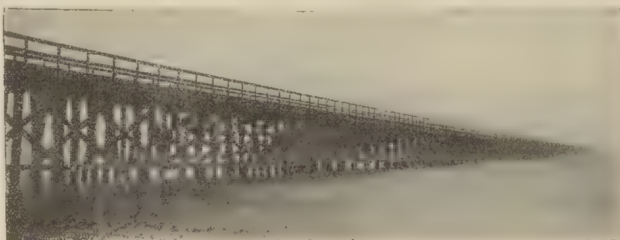
—Fué hacia el año 1880 cuando me resolví á realizar un deseo que tenía hacia mucho tiempo; el de hacer una serie de experimentos respecto de las plantas y de la vida vegetal. Con autorización del ministro de Instrucción pública, entré en posesión de este terreno, perteneciente entonces al palacio de Meudon, incendiado por los prusianos en 1871, y después de tres años de trabajo, lo he transformado en su estado actual.

—¿A qué uso especial destina usted la torre Berthelot?, le pregunté.

—Lo uso para hacer experimentos relativos á la

influencia que la electricidad natural del aire ejerce para que se deposite en las plantas el nitrógeno libre de la atmósfera. Colocando una planta al pie y otra en lo alto de la torre, descubrí que la diferencia de altura produce variaciones. Aquí está un aparato, dijo mostrándome una especie de campana de cristal, dentro de la cual había una planta, que me ha servido para comprobar la parte principal que la electricidad desempeña en la fijación del nitrógeno. Uno de los polos de una batería está connectado con el cilindro de estaño que rodea á la planta; el otro con la plancha de metal suspendida sobre dicho cilindro, de modo que la planta se desarrolla en una zona eléctrica de potencialidad constante. En esas condiciones absorberá mayor cantidad de nitrógeno de la que absorbería si no hubiera electricidad. Estos diversos experimentos nos dan la explicación científica del por qué año tras año pueden obtenerse cosechas de plantas azoadas á grandes alturas sin necesidad de abonos. Mis estudios sobre esta parte de la química vegetal me llevan al descubrimiento además de que el moho contiene microorganismos especiales, que desempeñan un importante papel en la nitrogenización de las plantas. La acción química de la luz ha sido otro de mis estudios favoritos. Pero sería muy largo el enumerar todos los interesantes problemas de la vida de las plantas que han ocupado mi atención durante estos últimos veinte años, exceptuando los inviernos.

FEDERICO LEES.



El puente de caballetes más largo del mundo: cruza el gran lago salado de Utah, en los Estados Unidos. Vista lateral del puente, alguno de cuyos pilotes hubo de ser introducido en el fango hasta una profundidad de 60 pies.

EL PUENTE DE CABALLETES

MÁS LARGO DEL MUNDO

En estos tiempos en que el ingeniero sostiene una guerra incesante con las fuerzas de la naturaleza, tratando de vencerlas y doblegarlas á su voluntad, para que se llame gigantesca alguna de sus obras es necesario que sea algo muy digno de referirse y que por completo se aparte de lo ordinario.

Cuando se construyó el ferrocarril central del Pacífico, atravesando la parte central del Occidente de los Estados Unidos, vieron los ingenieros que el lago Utah se hallaba en la línea directa de dicho ferrocarril. Pero en aquellos días la ciencia del ingeniero no se atrevía á desafiar las dificultades que al presente desafía, y así fué que en vez de construir un puente sobre sus aguas, recurrieron al expediente más sencillo y menos costoso de llevar la vía costeando la orilla Norte del lago. El dinero que entonces economizaron hubo que gastarlo más tarde, porque al coste de la construcción de la vía se agregaba el mayor gasto que ocasionaba el transporte de mercancías y pasajeros por un trayecto más largo y en el que había pronunciadas cuestas que vencer.

Así fué que á medida que pasaba el tiempo y que éste se hacía más valioso, se resolvió, si era posible, prescindir del rodeo que daba la vía y unir la ciudad de Ogden, en la parte oriental del lago, con la de Lucin, situada en la occidental, por medio de un gran puente. La distancia que se economizaba era de 43 millas, y esto fué lo suficiente para que los ingenieros encargados de la obra resolviesen hacer cuantos esfuerzos fueran necesarios á fin de llevar á cabo un proyecto de una audacia casi sin par.

Para unir á Ogden con Lucin era preciso construir dos puentes sobre dos brazos del lago. Hoy en día pasan por ellos los trenes, siendo el uno el puente más largo de caballetes que existe en el mundo. La longitud total de los caballetes sobre el lago es muy poco menos de 36 kilómetros.

El lago Utah no es un lago como la generalidad de los situados en el interior del continente, de aguas tranquilas y sin grandes profundidades. En él ocurren terribles tempestades, y en algunos puntos se vió que era muy profundo.

Para realizar los planes de los ingenieros, 3.000 hombres han arrostrado los peligros de las tempestades y de los naufragios. El gran lago salado, con su inmensa extensión de agua, parece un mar tempestuoso cuando lo azota el viento. Pero antes de que aquellos resistentes trabajadores principiaran la obra, se pasaron algunos años acopiando materiales. Montañas de piedras se minaron con barrenos para hacer los cimientos en el fangoso fondo del lago y montes enteros cayeron bajo el hacha para hacer los soportes en que descansan los caballetes. Ni aun los mismos ingenieros pudieron con anticipación calcular exactamente la cantidad de piedra necesaria, ni tampoco después de comenzadas las obras, porque parecía tener unas fauces gigantescas, en las que desaparecía cuanto se echaba.

En la construcción del puente el método adoptado fué hacer escolleras en el agua hasta donde con seguridad pudieran hacerse y luego asentar la vía por un puente sobre pilotes.

En algunas partes el agua tenía siete metros y medio de profundidad, y pilotes de 18 metros de largo, superpuestos uno sobre otro hasta cuatro, fueron introducidos hasta quedar asegurados en el fango. El cascajo se traía de unas excavaciones situadas á unos cinco kilómetros de distancia, y durante muchos meses cuadrillas de hombres se relevaban para hacer funcionar las palas de vapor. Largos trenes llevaban sus cargamentos de arena adonde los trabajadores hacían el lecho del camino, en el agua, y por la noche toda la comarca quedaba iluminada por la electricidad, alumbrando aquellos hormigueros de hombres.

Con tanta gente trabajando, lejos de todos los recursos que proporcionan las ciudades y aldeas, había que resolver difíciles problemas de alimentación y alojamiento. Así, pues, en dondequiera que estaba trabajando la gente, se construyeron barracones á lo largo del ferrocarril, por la orilla, lo más cerca posible del puente. En total había 47 pequeños campamentos, que contenían desde veinte hasta doscientos hombres. Dos vagones llenos de provisiones se distribuían diariamente entre esos campamentos; así es que, á pesar de su forzoso alejamiento de la civilización, los hombres vivían bastante bien.

De cuando en cuando ese bienestar quedaba interrumpido por el viento y el agua, y algunos de los trabajadores tienen motivos para no olvidar una histórica tormenta, que por poco les cuesta la vida. Unas casetas, amarradas á unos pontones, á cierta distancia de la orilla, perdieron á media noche las amarras por la fuerza de la tormenta y fueron arrastradas unos 64 kilómetros por el lago. Felizmente, los que las ocupaban pudieron escapar á su peligrosa situación gracias á un remolcador, que los llevó á tierra.

Para la construcción del puente hubo que hacer durante ella, en las orillas, siete remolcadores, varios botes pequeños y un vapor de ruedas. La obra avanzaba á razón de dos kilómetros de caballete por semana. El mayor tramo construído sin interrupción fué de un kilómetro y medio, hecho en cinco días, únicamente con luz natural. El más ó menos adelanto dependía, en su mayor parte, del acopio de materiales, cosa dificultosa por la distancia desde donde había que traerlos.

A través del brazo oriental del lago, una escollera sostiene la vía en casi toda su extensión, habiéndose dejado en ella un boquete de 18 kilómetros de anchura para que pasen las aguas del río del Oro. A través del occidental hay una extensión de 17 kilómetros y medio de longitud de caballete, y á cada extremo parten de la orilla seis kilómetros y medio de escollera. Sobre el brazo oriental se instaló una armadura provisional, desde la que los trenes de cascajo vertían su carga para hacer la cimentación permanente.



El puente de caballetes mas largo del mundo. La vía ferrea asentada sobre el mismo. Este puente cruza el gran lago salado de Utha, en los Estados Unidos. A la derecha se ve uno de los balconcillos que sirven para refugio de los trabajadores y pastores cuando pasa el tren.

Estaciones de pilotes, esto es, pequeños grupos de ellos, clavados con firmeza en el fango, se construyeron en las partes más hondas y sobre ellas se colocaban los martinetes, que se movían continuamente hacia adelante, encima de los pilotes que ellos mismos clavaban: Sobre esa triple hilera de pilotes se colocaban pesadas cubiertas de madera y encima grandes vigas y más arriba los travesaños y rieles.

Más de 17 kilómetros y medio de ese caballete provisional se han construído descansando en agua, desde una profundidad muy pequeña hasta la de siete metros.

La vía comenzó á construirse por los dos extremos á la vez y los trabajadores se encontraron en el centro del lago. Trajéronse en balsas los ajustadores, y por medio de grandes grúas se elevaron hasta el puente. Muchos millares de troncos para los pilotes se amontonaron en grandes pilas á lo largo de las orillas del lago, que se remolcaban, cuando era necesario, á los lugares donde los martinetes estaban funcionando.

La mayor dificultad que tuvieron que vencer ingenieros y trabajadores fué el famoso «hoyo sin fondo» que encontraron á cosa de una milla de la orilla oriental. Hubo un tiempo en que en ese punto de aquel gran mar interior había una sima, que el fango y lodo del río del Oro han cegado. Por más de seis meses se estuvieron vertiendo constantemente toneladas y más toneladas de duras rocas en esa cavidad, las que desaparecían sin que se las volviera más á ver ni á tocar. El blando fango manaba de debajo de ese inmenso peso, haciendo que se hundiese más y más, hasta el punto que ingenieros y trabajadores se descorazonaron.

Pero, al fin, venció la perseverancia y por último se llenó. Durante todo un mes, más de 2.500 toneladas de piedra se arrojaron diariamente á esa espantosa tembladera. Una ligera depresión en el lecho del camino queda aún, para recuerdo de la prolongada batalla sostenida contra las fuerzas de la naturaleza por los infatigables ingenieros, que ahora aseguran que los cimientos ya no se moverán.

En algunos sitios, los caballetes se han hecho lo bastante anchos para que pudieran pasar dos trenes á la par, y en determinado trecho se han sentado dos vías.

Una verja hasta la altura del pecho se ha colocado á ambos lados de los caballetes permanentes, y en ellos se han hecho unos á modo de balconcillos para seguridad de los trabajadores y de los que á pie cruzan el puente.

GUILLERMO MAX LEAN.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 27 de marzo de 1905 — Núm. 1.213



GUERRA RUSO-JAPONESA. – La artillería rusa durante una retirada. (De una fotografía). – La artillería de campaña que protege las retiradas del grueso de los ejércitos rusos, hace alto cada seis ó siete kilómetros y poniéndose en posición, hace fuego contra las avanzadas japonesas, conteniéndolas y dando con ello tiempo á sus fuerzas para ganar terreno.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Depósito de locomotoras al Norte de Mukden. (De una fotografía). – Tratándose de una guerra como la que sostienen los rusos en la Mandchuria, á 10.000 kilómetros de su patria, todo material de transporte resulta poco y es preciso tener grandes reservas del mismo. Por esto los rusos tenían en Mukden gran número de locomotoras, que, como tantos otros materiales, habrán caído en poder de los japoneses.



Texto — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — «*Pucheritos*,» por J. Menéndez Agusty. — *Pensamientos*. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Un divorcio*, novela ilustrada (continuación). — *El comercio de fieras*, por Haroldo Shepstone. — *Grupo de niños, escultura de Max Blondat*. — Libros recibidos.

Grabados. — *Guerra ruso-japonesa. La artillería rusa durante una retirada*. — *Depósito de locomotoras al Norte de Mukden*. — *La famosa pagoda de Mukden destruída por los japoneses*. — *Penalidades de una retirada del ejército ruso en la Mandchuria*, dibujo de H. W. Koekkoek. — *Mapa de la gran batalla de Mukden*. — *La calle principal de Mukden*. — *Evacuación de los heridos rusos hacia los hospitales de Mukden*, dibujo de Scott. — El mariscal japonés *Oyama* y los generales *Okú, Nogi, Kuroki* y *Nodzú*. — Dibujo de Camps que ilustra el artículo «*Pucheritos*.» — *Descubrimiento del cadáver de un armenio asesinado delante de su casa*. — *Los cadáveres mutilados de los armenios asesinados por los musulmanes en una de las fábricas de petróleo*. — *El presidente Roosewelt saliendo del Capitolio de Wáshington*. — *El elefante más pequeño del mundo*. — *Cebras dispuestas para ser embarcadas con destino á Europa*. — *Elefantes de la India en el parque de Hamburgo*. — *Un hipopótamo recién nacido en un vapor*. — *Un animal mestizo de león y tigre*. — *Estanques y jaulas del parque de Stellingen*. — *Grupo de niños*, escultura de Max Blondat.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estamos en un momento de entusiasmo, y se suceden los homenajes y obsequios á los que dejan huella de su paso por las regiones del arte y de la poesía. Después de Echegaray, Gabriel y Galán. Como de este poeta me toca hacer el estudio y el elogio, yendo á Salamanca para tomar parte en la conmemoración que se le prepara allí, y que ha sido precedida de otras muy brillantes en Valladolid, Cáceres y Orense, hoy encarnará para mí este poeta *La vida contemporánea*, y hablaremos de él, no sin entremezclar algunas consideraciones inspiradas por este fenómeno de la efervescencia admirativa en el terreno de las letras, que suele coincidir con el de la estancación política.

Hállanse actualmente, más aún que de costumbre, aplanadas las escasas energías políticas que aquí se han ejercitado en luchas infructuosas. Los partidos, desorganizados, no dan señales de que caminen á reconstituirse, al empuje de las necesidades de la vida pública; no hay rumbo ni norte para ellos, toda vez que ni les guían los principios, ni les imponen férrea disciplina y cohesión las personas, alzándose con prestigios indiscutidos y jefaturas reconocidas por unanimidad. La única aspiración, si atendemos á síntomas claros, es la tan española á ir viviendo, tirando, á salir del día, evitando rozamientos ásperos y conflictos que no podría el maltrecho organismo resistir. En esta situación, cuanto distraiga el espíritu y lleve el pensamiento nacional hacia otra parte, ha de ser bien acogido en las esferas oficiales, y en ellas encontrará amparo; á su vez, la masa, desorientada, cansada de interrogar á esa esfinge de cartón que se llama política, anhela respirar un poco descansando de mezquinas ansiedades y engañosos llamamientos de banderines, y experimenta como una sedación, al refugiarse en la isla encantada de la literatura y la poesía, donde voces suaves la arrullan y espejismos y perspectivas noblemente seductoras le inducen á olvidar lo que tiene el porvenir de velado, cerrado y sombrío.

Hay un hecho que salta á los ojos, y es: que, entre las muchas cosas aquí plenamente fracasadas, no se cuenta la literatura. No quiero, ni es del caso, esbozar paralelos entre las literaturas extranjeras y la nacional; no he de ensartar nombres, ni recontar y equiparar famas; pero valiéndome de un resobado modismo, diré que está en la conciencia de todos que si en guerra, marina, ciencia, administración, industria, pedagogía, andamos muy distantes del núcleo civilizado de Europa, en letras no sería fácil convencernos de absoluta inferioridad, y la relativa sería discutible, mediante examen de personas y circunstancias, hoy que en todas partes se observa la diminución de grandes personalidades, que los individuos geniales parecen agotarse dondequiera.

Nadie extrañará que esta comprobación no nos sirva de consuelo, y nos dilate el alma encogida y engurruminada por tantas desventuras. Lo que puede objetarse á nuestra producción literaria, no lo ignoro; reconozco que la de otros pueblos, por ejemplo Rusia, influye de otro modo en la marcha de las ideas europeas, no tanto por la cantidad de talento ó genio que se quiera otorgar á los literatos extranjeros influyentes, con relación á los de España, sino por razones extrínsecas, pero eficaces, y cuya fuerza no convendría que negásemos. La historia pesa sobre la literatura y sobre el arte, con grave peso; no es indiferente para un poeta nacer en tal siglo ó tal nación, y en España las heridas y enfermedades de la patria les han dolido á las letras siempre. Pero habiendo tanto que decir acerca del asunto, tengo para mí que será preferible callarse ahora.

Ello es que Castilla deplora la temprana muerte de un cantor que se dió á conocer no ha mucho, que estaba en la plenitud de la inspiración y de la vida. Este poeta, nacido en Frades de la Sierra, provincia de Salamanca, se llamaba José María Gabriel y Galán. Sin que este nombre atruene el oído con la enfática sonoridad de los grandes apellidos castellanos, me parece eufónico y de buen sonar, de neto sabor; la casualidad suele elegir muy acertadamente los nombres de los poetas y escritores, y establecer misteriosas afinidades entre ellos y la índole de la obra realizada. ¿Verdad que suena clásica y elegantemente el de *Meléndez Valdés*? ¿No insinúa mucho el de *Campoamor*? Sucinta es la biografía de Gabriel y Galán. Estudió, escribió versos, se casó, tuvo hijos, labró la tierra... Y todo esto, unido á vivo sentimiento religioso y social, fué lo que cantó su lira, lo que movió su pluma. Un sentir normal, natural, sencillo, una expresión clara, robusta, á veces incorrecta, á veces levantadísima, siempre sincera, eficaz... He aquí, en pocas palabras, al poeta y al hombre.

Sus cantos se celebraron pronto. Dicen, y no es esto lo menos interesante y simpático de lo que con el poeta se relaciona, que en la tierra donde nació y vivió dedicado á la agricultura, los campesinos, los pastores, los cabreros, los gañanes, saben de memoria y repiten versos de Gabriel y Galán, como saben y repiten trozos del Romancero. Por la triste ocasión de su impensada muerte, estas simpatías regionales se han exteriorizado y concretado, y en las páginas de las necrologías he leído que Castilla encontró su poeta en el autor del *Ama* y del *Cristu benditu*.

Esto no es enteramente exacto. Castilla es, desde siglos, un vivero de poetas. La poesía española, que fué lusitana y galiciana en el período de los trovadores, es en los siglos de oro castellana y andaluza; y Salamanca forma un nidal de escuelas poéticas y un criadero de rimadores. Los que no nacen allí, por lo menos allí se inspiran y se forman. El teatro y la poesía bucólica, allí nacen con Juan de la Encina. El misticismo platónico y su más alto representante yacen á la sombra de los árboles de un huerto próximo á Salamanca. Basta Fray Luis de León para hacer de Salamanca uno de los más devotos santuarios de las letras en tierra española. Y el renacimiento de nuestra poesía, después del sombrío reinado de Carlos II, también se localiza en el valle del Zurguén, y tiene por ninfas á sus pastoras, siquiera se realizase con aquella Arcadia lo que murmuran los poetas satíricos: que las pulidas zagalas no eran sino zafias labradoras, y los flébiles pastores groseros villanos. Esto, en realidad, ni quita ni pone á la sinceridad de la escuela, como no quitaba ni ponía á la del *Ingenioso Hidalgo* el que Dulcinea, en vez de enfilar perlas, aechase trigo, y que este trigo, en vez de ser candeal, fuese rubión. La fantasía humana tiene el hermoso privilegio de corregir á la realidad y de transformar prestigiosamente hombres y cosas.

En Salamanca, pues, en el ambiente de cultura que perseveraba allí, aun decaída la magna Universidad, se desarrollaron los apacibles episodios de la vida literaria dieciochena, que tienen el tranquilo encanto del agua corriente, cuando no revuelve légamo ni alza espuma. Los literatos de chupa y casaca eran gentes aficionadas á unas tertulias en celdas de conventos ó en caserones mudos y solitarios, acaso en trastiendas de librerías, acaso en claustros y colegios; se reunían, se leían lo que habían escrito, se dedicaban al comercio epistolar, practicaban esa dulce comunión intelectual que hoy no asoma, porque la espanta la ferocidad de las luchas y la sorda roezón de las concupiscencias literarias. Y á fe que en esto no conocen sus intereses los escritores actuales. El asociarse no siempre es disminuirse; no siempre la colectividad resta valor al individuo. Para volar solo, grandes alas se necesitan. La segunda escuela salmantina marchó unida, compenetrada, hasta el fatal momento en que se les ocurrió dejar el pellico de pastores, el blando caramillo y la rústica avena por la trompa épica y el furor pindárico, porque les afearon sus quejas de amor y sus madrigales. De esta segunda escuela, formada por poetas de segundo orden, bien puede asegurarse que no yace en completo olvido, á pesar de las justas severidades de la crítica, merced á la cohesión; separados no representarían nada; unidos encarnan un momento decisivo de la literatura nacional. Aquellos árcades, que aun cuando no hubiesen nacido en Salamanca figuran en la escuela salmantina—Meléndez Valdés, fray Diego González, D. José Iglesias de la Casa, Quintana, Cadalso, Gallego, Cienfuegos (habría que consagrar párrafo aparte á Quintana, que tiene su altura propia),—no dijeron nada nuevo, aunque lo dijeron en escogida forma y afiligranado estilo; y si perdura su recuerdo, y si constituyen parte integrante de nuestra evolución lírica (que sin ellos no se comprendería, siendo preciso abrir ancho foso desde Garcilaso y fray Luis hasta el momento presente), lo deben á ese instinto de disciplina y solidaridad que, sin darse ellos mismos cuenta, los hermanó y los afilió bajo una enseña y una ley, y les impuso los motes rococó de Jovino, Batilo, Delio, y les dictó las mismas querellas dirigidas á las Filis, Mirtas y Belisas que bañan sus blancos pies, imaginariamente, en el Tormes.

La impresión que produce la poesía de Gabriel y Galán es opuesta á la que causan estos bucólicos y pastoriles rimadores, que me figuro semejantes á Buffon, el cual, como es sabido, para escribir sus magníficas descripciones de fieras y alimañas, tenía que ponerse los vuelillos de fino encaje, y ver salir de ellos la pulcra mano limpia, de bien tajadas uñas. Gabriel y Galán, cuando escribe, acaso conserva en la diestra, atezada por el sol y la intemperie, tierra de la que remueve el arado y rústicas florecillas. No sé expresar de otra manera esa fuerte y sana impresión de realidad que se alza de su poesía.

En nuestro tiempo la vida se ha complicado; por consecuencia ineludible se ha complicado el espíritu. Hay fiebre en el aire que se respira; hay inquietud dolorosa en el devaneo de los afanes y las aspiraciones. Esto tiene su reflejo—¿cómo podría ser de otra manera?—en la poesía. Y así como es provechoso y reposante para el alma y el cuerpo el recogimiento á la existencia tranquila y normal de la aldea después de una temporada urbana agitada y desgastadora, la poesía de Galán, en su sencillez, en la reducida escala de sus temas, en la clara y concreta expresión de sus ideales, es un descanso y un tónico. Su mérito es acaso la sanidad que comunica. No hay nada en ella que nos indisponga, ni con lo que nos rodea, ni con nosotros mismos. En este sentido, puede asegurarse que Gabriel y Galán es poeta social, de concordia, paz y reconstitución por la aceptación del deber y la consagración al trabajo.

Yo oigo repetir sin tregua que la poesía y el arte deben ser sociales en la hora crítica que marca el reloj. No me adhiero á este dictamen, porque creo, y creeré hasta mi última hora, que la poesía y el arte deben ser lo que el individuo siente hondamente y es capaz de expresar bien, y que someter á la obligación de utilidad pública al artista, es humillante y minorativo. Pero también me da en qué cavilar que el arte pueda ser social de dos modos: uno, el de Quintana, enemigo de lo existente, que no cesa de empujar hacia adelante, de predicar nuevos ideales (que el tiempo ha hecho viejos); y otro, el de Gabriel y Galán, aceptador de lo que encuentra constituído, consejero de estabilidad, persuadido de que el propio esfuerzo, el trabajo resignado y constante, la formación del hogar, la procreación, el amor de padre, las ternuras íntimas, la modestia cristiana y la simpatía caritativa por los desheredados, son fundamento de la redención. Sin duda Gabriel y Galán es poeta social; pero lo es por un estilo contrario al de Quintana. Acaso las circunstancias sociales toman en esto parte activa. Quintana vino cuando las esperanzas tumultuosas de una época innovadora sonreían á la generación que se alzaba entre el estruendo de las armas y el hervidero de las revoluciones; y Gabriel y Galán llega cuando las generaciones, desalentadas ó escépticas, son como el hijo pródigo que quiere volver á sus lares, reconstruir la tradición, escuchar las tonadas que arrullaron su cuna, y serenamente cultivar su jardín, no sólo el jardín de tierra, el jardín del corazón, las creencias y sentimientos sobre los cuales en mal hora habían crecido zarzas y ortigas, pero que allí esperaban el riego nuevo y los antiguos rocíos.

Gabriel y Galán, rápidamente ungido, estaba en el cenit de su carrera. Yo nunca sé tampoco si debemos quejarnos de que un poeta no llegue á la ancianidad. A pesar del ejemplo de Anacreonte, para los poetas viene como anillo al dedo aquella tesis de la relación entre el amor de los dioses á un mortal y su pronta desaparición de este mundo. Gabriel y Galán podría producir más, pero en lo que produjo está la esencia de su sentir. Y es el elogio más alto que puede de tributársele.

EMILIA PARDO BAZÁN.





PUCHERITOS

I

—Sí, señor, *Pucheritos*... Mi verdadero nombre es Asunción, pero nunca me llamaron más que *Pucheritos* y por *Pucheritos* respondí á todo el mundo. Creo que fué á mi madre á quien se le ocurrió el apodo viendo que la cosa más insignificante me hacía torcer el gesto y ponerme á llorar. De lo que sí me acuerdo mucho es de que era muy sensible. La muerte de un pájaro me costaba un día de calentura, y así me moliesen los huesos á estacazos no me hacían quitar la vida á ningún animal. Por mí, no había cuidado de que se perdiese la raza. ¡Pobres bichos! Después de todo, nadie tiene derecho á matar á nadie.

—A los conejos, sí.

—No, señor; ni á los conejos, ni á las palomas, ni á las hormigas... Le digo á usted que no... O por lo menos que no esperen que yo se lo conceda.

—¿Y qué comeremos?

—Coles, que son muy sanas.

Y así tenemos entendido que siguió hasta su fin este diálogo, al parecer sin importancia alguna, pero en realidad muy á propósito para dar á conocer el carácter y demás intimidades psicológicas de la citada *Pucheritos;* que no suele servir de nada el conocimiento físico de las personas si no le acompaña el espiritual, más completo y casi siempre de más valor que el primero. Quedamos, pues, en que *Pucheritos* era un alma sensible, incapaz de espantar á un mosquito, por miedo á interrumpirle la digestión, y naturalmente dispuesta á la bondad y á la indulgencia. En cuanto á su físico, no hubiera podido servir de modelo á Fidias, mas tampoco era antipático ni dejaba de poseer sus encantos, todos ellos menudos y suaves, como si la delicadeza y dulzura de su alma trascendiesen al cuerpo, ejerciendo sobre él notoria influencia.

Pucheritos vivía de un oficio humilde, heredado de su madre, antigua oficiala de una camisería de la calle del Arenal, y como era parca en sus necesidades y nunca la tentó el genio endemoniado de la coquetería, más bien andaba sobrada de recursos que falta de ellos, con lo que se quiere decir que la camisera era en su clase social una especie de princesa rusa digna de envidia.

Jamás alma ninguna vivió en más apacible serenidad. No es que fuera indiferente, ni estoica, ni que su corazón estuviese blindado por esa frialdad afectiva que domina á muchas mujeres y las hace inaccesibles al influjo y acometida de las pasiones; era que la inocencia reinaba en ella muy bien avenida con la discreción, con la bondad y con la modestia, y todas juntas le sugerían la idea de que no debía ambicionar más de lo que poseía ni esperar otras venturas que aquellas que su posición le fuese proporcionando sin violencias ni faltas de cordura. ¿Quién sabe si la buena de *Pucheritos* había conseguido realizar el ideal de la felicidad humana sobre la tierra!

II

El que con *Pucheritos* hablaba era un caballero como de treinta años de edad, alto, elegante, con un vago sello de nobleza en todos sus ademanes y una fugitiva sonrisa de buen tono en la boca. Tenía el rostro demacrado, seco, con hondas arrugas y un dejo de cansancio, de hastío, que le obligaba á cerrar de rato en rato los ojos y á quedarse con la mano puesta sobre ellos.

Este señor se llamaba D. Ubaldo Roger de Goitia y era hijo de un marqués que se arruinó en la última guerra carlista y de una dama hermosísima, íntima amiga de la de Montijo y tan desgraciada como ella. Dícese que el marqués y doña Laura se casaron por conveniencias económicas y de abolengo; pero es el caso que la marquesa no dió nunca el menor motivo para que se murmurase de aquel matrimonio, que parecía en verdad concertado por un amor profundo, y que al morir su esposo se la vió derramar abundantes y sinceras lágrimas.

Ubaldito quedó huérfano á los diez y ocho años y en manos de un tutor que tanto se cuidaba de la tutoría como de estudiar el paralaje de las estrellas. Para D. Abundio de las Casillas, funcionario público jubilado, la única cosa de este mundo digna de verdadera consideración y hondo respeto era el ajedrez, nobilísimo juego al que dedicaba diez ó doce horas diarias, teniendo como contrincante á un veterano de la guerra de Africa, manco y cojo. La tutoría no le inspiraba la menor atención, y entre esta indiferencia y las buenas mañas que el niño de Goitia se daba para gastar el dinero, la escasa renta que heredara de sus padres pasó rápidamente á la historia sin dejar de su paso por la vida otras huellas que las de una crápula desenfrenada.

Un amigo de la clase de vividores sin pizca de aprensión inició á Ubaldito en cierta clase de negocios de probada y manifiesta suciedad, y si bien algunos de ellos le proporcionaron medios que en otras manos hubieran podido constituir la base de una regeneración económica, en las suyas no sirvieron sino de combustible para diez ó doce bacanales de mediana estofa en los gabinetes de Fornos; y cuando el producto de los tales negocios se acabó, que fué muy pronto, hubo necesidad de inventar nuevas combinaciones, todas ellas poco avenidas con la probidad y desde luego enemistadas con la ley.

De los enredos de alto bordo pasó Ubaldito á las embarcaciones menores del engaño y la estafa, y aunque su porte aristocrático y la elegancia de su ropa le ayudaron muchas veces á hurtar el cuerpo á los sabuesos policíacos, otras en cambio no le sirvieron de cosa alguna, y aristócrata y elegante, fué á dormir á la sombra durante un par de meses.

El vino y las mujeres también hicieron mucho por esta ruina moral que amenazaba dar en tierra muy en breve con toda la persona de Ubaldito. La frescura de su rostro, la lozanía de su cuerpo, firme y arrogante, y la soltura de sus ademanes, propios del hombre que se educó á la vista de todas las etiquetas de la alta sociedad, habían desaparecido por completo. Sus ojos estaban siempre circundados de un nimbo violáceo, su espalda se doblaba, indudablemente más al peso de las suciedades que de los años, y sus palabras eran groseras, hediendo á mancebía y á garito.

Un día acertó á enamorar á una pobre muchacha de procedencia tenderil, quiero decir hija de tenderos, un tanto vulgar y pobre de educación, pero rica, y más que rica, buena y cariñosa; y como el enamoramiento de la niña fué hábilmente combinado con la conquista de la voluntad de padres, tíos y demás parientes, á los tres meses y ocho días de amorosas relaciones consiguió Ubaldito verse en posesión legítima de la tiendecita. Y es fama que tan feliz estuvo en su papel de esposo tierno y amantísimo, que no hubo asistente á la boda que no pronosticase al nuevo matrimonio una perenne ventura y aun varios hijos para mayor abundamiento venturoso.

Pero ocurrió todo lo contrario; bien es verdad que esto es lo que debió esperarse de tan cochino sujeto. Ubaldito se dedicó á gastar alegremente los cuartos de su mujer, y luego que los hubo gastado, entregóse al dulce *sport* de maltratarla de palabra y obra, refregándola por la cara sus amores livianos, exigiéndola á diario dinero y más dinero que Gloria tenía que pedir á sus padres inventando toda clase de pretextos pudorosos, y apaleándola, por último, cuando el mal humor, el vino y la bolsa vacía ponían en ebullición sus malas pasiones.

El Señor se apiadó de aquella criatura sin hiel, y á los dos años de matrimonio, que mejor debiera calificarse de cruel y forzada coyunda, quedó viudo el caballero Roger de Goitia. La muerta encontraba su recompensa al dejar este mundo; el vivo bien podía hallar su regeneración al quedarse en él.

III

Corriendo de aquí para allá con esa movilidad obligada de los que no pueden vivir tranquilos en su sitio, fué á dar Ubaldo con sus molidos huesos en la propia casa donde *Pucheritos* moraba, cabalmente pared por medio del nido camiseril. Al principio no se fijó la niña en el caballero, ni le concedió otros honores que los de una cortés vecindad; mas luego le fué entrando comezón por saber quién sería aquel mozo tan bien portado, tras de cuya persona quedaba siempre en la escalera un deleitoso perfume; y

observándole discretamente, no tardó en advertir que aquel señor paraba muy poco en su casa, que salía á distinta hora cada día y que regresaba al amanecer ó ya entrada la mañana, detalles que hubieran sido sospechosos para cualquier otro mortal más avisado. También notó que algunas veces tenía el rostro de Ubaldo una palidez lívida y un gesto de honda preocupación, mientras los ojos le brillaban con calenturientos fulgores; pero la inocencia de *Pucheritos* hallaba justificación honesta para todas estas circunstancias y no vacilaba en atribuirlas al trabajo rudo y casi bárbaro á que debía verse sujeto de por vida el pobre señor. Cuando se acostaba tarde era señal de que había velado en el taller ú oficina donde ganaba el pan; cuando se levantaba á las tres ó cuatro horas de haberse acostado, prueba era de que el trabajo urgía; si estaba dos días sin asomar por su domicilio, indudablemente se lo había impedido la obligación tirana... Ello era que la dulcísima camisera no hallaba ningún motivo de censura en la misteriosa y laberíntica existencia de su vecino.

Una tarde oyó que la saludaban desde la ventana inmediata á la de su alcoba. Volvió la cabeza y se repitió el llamamiento.

—¿No quiere usted contestarme, vecinita?, preguntó una voz masculina con afable entonación.

—Sí, señor, ¿por qué no?.. Muy buenas tardes... Estaba tan distraída, que no le había oído bien.

Al llegar á este punto es preciso llamar la atención del lector paciente acerca de un suceso trascendental al que los supradichos saludos sirvieron de antesala; y fué el suceso que *Pucheritos* y Ubaldo acabaron por hacerse amigos, con una amistad fraternal y limpia en la que no era posible encontrar ningún sedimento de malicia.

¿Qué encantos podía encontrar aquel hombre en la conversación plácidamente insubstancial de la camisera? ¿Cómo sus inquietudes de hombre sin oficio y su cinismo de libertino sin conciencia se avenían con la pureza y candor de *Pucheritos*, que no sabía por dónde empezar una conversación? ¿Qué misteriosa fibra sensible de Ubaldo habían hecho vibrar las ingenuidades de la camisera? Nada se sabe de esto. Ello es que conversaban frecuentemente de ventana á ventana, el aristócrata correcto y fino, la niña inocente y bondadosa; ni en el uno se advertía dejo alguno á galantería de bodegón, ni en la otra se notaba rigidez de pudor y honestidad mal entendidos. Se hablaban lealmente, sin reticencias malévolas por parte de Ubaldo, ni recelos de hembra que teme y desea á la par por parte de la camisera. Indudablemente, lo más limpio de la vida del aristócrata y lo más candoroso de la de *Pucheritos* eran aquellos paliques vespertinos, cuando los últimos rayos del sol rastreaban tejado arriba y se despedían definitivamente en la punta del pararrayos.

Ubaldo se decidió una vez á decir quién era. ¡Santo Dios! ¡Un hijo de marqueses! Y *Pucheritos* que... ¡Imposible de todo punto! Una nube pálida blanqueó las mejillas de la damita, que hubo de agarrarse al marco de la ventana para no caer desvanecida al suelo. Ella que se había hecho la ilusión... ¡Qué horrorosas sorpresas reserva la realidad!.. Bueno, ¿y cómo había descendido tanto aquel buen hombre? ¿Qué catástrofes le llevaron á tan mezquino alojamiento? Ubaldo no quiso decir más, y las miradas escrutadoras de *Pucheritos* pasaron y volvieron á pasar en vano sobre aquella boca cerrada bruscamente á la sinceridad y quién sabe si á una salvadora confesión.

IV

El aristócrata cayó gravemente enfermo. Cierta mañana, cuando *Pucheritos* se disponía á salir en busca del almuerzo, oyó en la ventana su voz, una voz opaca y fatigosa, que decía:

—*Pucheritos*, hágame el favor de venir... Estoy malo.

La niña se quedó un momento perpleja y como asustada; pero la conciencia le aconsejó una resolución caritativa, y ya sin vacilar pasó á la habitación del vecino.

—Sí, hija mía, estoy malo... No sé, no sé... En fin, por sí ó por no necesito que me cuiden... No quisiera morirme como una mala bestia... ¡Si supiera usted qué noche he pasado!.. Mi madre, sobre todo mi madre... Parece que tengo su imagen incrustada en el cerebro... La veo siempre, con los ojos abiertos, con los ojos cerrados... Bueno, me hará usted el favor de avisar al médico. Tome esta tarjeta.

Pucheritos asintió á todo con un cariñoso movimiento de cabeza; fué á buscar al médico; volvió á salir para comprar la medicina recetada; regresó con ella y se instaló en la habitación del enfermo, diligente y piadosa, acechando en la sombra del dormitorio la aparición de la muerte para reñir con ella descomunal batalla. ¡Oh, no se llevaría fácilmente á su pobre aristócrata! Y he aquí de qué fácil manera veló la inocencia el sueño febril de aquel saco de maldades.

Lo veló durante una porción de días, algunos de ellos con sus noches correspondientes, pues la enfermedad tuvo épocas de tan grave peligro, que fué preciso situarse junto á la misma cama del paciente y defenderlo á fuerza de solicitud, de celo y ¿por qué no decirlo?, de amor. Como de los ojos de Ubaldo á los de *Pucheritos* parecía haberse establecido una especie de telegrafía adivinatoria, el aristócrata empezó á ver en aquella diligencia nunca vacilante algo más que el interés de una vecina compasiva. *Pucheritos* estaba enamorada de él; mas ¿cómo corresponderla?

¿Qué sana ternura podía ofrecer á la camiserita aquel corazón inútil? No ya la salud del alma, ni aun la del cuerpo podía servir de elemento de felicidad á tan relajado individuo.

Todo un día y gran parte de la noche que le siguió estuvo meditando acerca de este descubrimiento. Nuevas y agradables sensaciones estremecíanle de rato en rato; por su cerebro pasaba una brisa refrescante, tónica, que le hacía cerrar los ojos como invitándole á un sueño reparador; la imaginación le fingía visiones risueñas con claridades de aurora primaveral... Al fin no pudo contenerse y llamó á *Pucheritos*.

—Venga usted, tengo que decirle una cosa. Esta solicitud con que usted me cuida huele á no sé qué hierba perfumada... Me refiero á una de las buenas hierbas de la vida, al amor...

Pucheritos se puso encarnada. Entonces el enfermo le cogió las manos.

—Acerté, ¿verdad?.. ¡Ay! Gracias á Dios que siento dentro de mí la verdadera alegría, lozana y fresca. . Pero no debe usted amarme, *Pucheritos*, porque ¡si usted supiera!.. ¡Ea, sépalo!

Y en aquel instante, al borde mismo del lecho, con las manos de *Pucheritos* prisioneras entre las de Ubaldo, fué vaciado el consabido saco de las porquerías y quedó el hombre limpio; digo, limpio: resucitado.

Pucheritos lloraba.

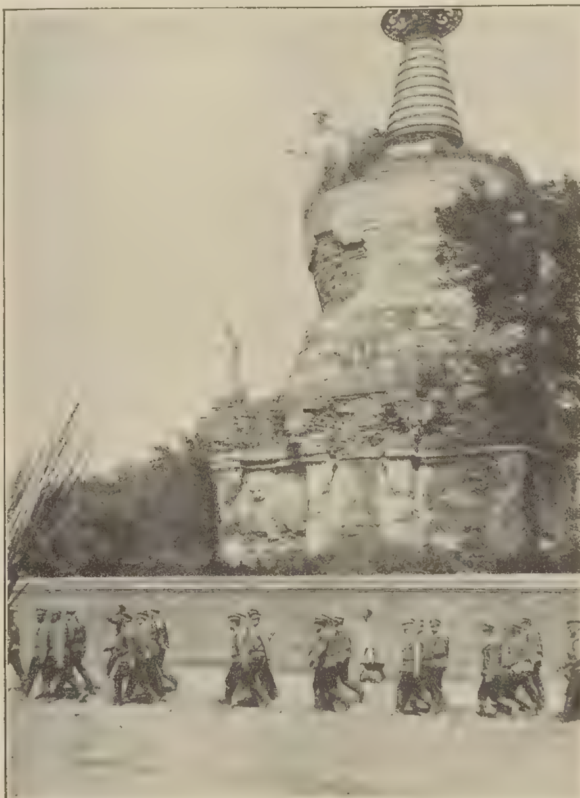
—¿Y no cree usted que se puede arreglar todo eso?, le preguntó dirigiéndole al través de las lágrimas una mirada deslumbradora.

—Sí, sí que se puede arreglar, ¡ya lo creo! ¿Sabe usted cómo? Casándonos y yéndonos á vivir muy lejos, adonde no vea á mi lado más que esas manos benditas afanadas siempre al hilo y á la aguja, gloriosos símbolos de paz y contento. ¡Ay, *Pucheritos*! ¡Dios le pague el favor que me ha hecho! A su amor me acojo; con él quiero lavarme de mis culpas. Seré bueno, se lo juro... ¿Aquí no hay santos ni crucifijos?.. ¡Ah! Sí, se lo juraré por Dios ante su obra...

Y extendió su diestra hacia el sol, que en aquel momento empezaba á iluminar la ventana. Uno de sus rayos llegó hasta la alcoba y obligó á *Pucheritos* y á su galán á parpadear deslumbrados; cosa natural. ¡Habían pasado tan bruscamente de la sombra á la luz!..

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Dibujo de Camps.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - La famosa pagoda de Mukden destruída por el bombardeo de los japoneses (De fotografía.)

PENSAMIENTOS

En general, el primer uso que se hace de la libertad reconquistada es privar de ella á los demás.

GASTÓN BOISSIER.

Los habladores son unos pródigos: hablar es arrojar el ingenio por la ventana.

MME. ACKERMANN.

Si leo un libro de medicina, encuentro en mí todas las enfermedades que aquél diagnostica; si estudio un moralista, busco en mi prójimo todos los defectos por aquél descritos.

- Si queréis conocer á fondo el carácter de un hombre, haced algún viaje con él.

- A juzgar por el temor que la muerte inspira á la mayoría de los hombres, diríase que su vida ha sido muy feliz.

- La razón me hace despreciar la muerte para mí mismo; el corazón me hace temerla para los demás.

- Azote de Dios ó ley de la naturaleza, la guerra es y sigue siendo la «dominante» ó el *leitmotiv* de la armonía universal.

- En la carrera universal para la conquista del uniforme, muchos se quedan detenidos en la conquista de la librea.

G. M. VALTOUR.

El valor es al heroísmo lo que el talento al genio.

VICTOR DURUY.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Penalidades de una retirada del ejército ruso en la Mandchuria.

Dibujo de H. W. Koekkoek, sobre un croquis del natural de Julio M. Price, corresponsal artístico de «The Illustrated London News» en el ejército del general Kuropatkine.

Este grabado representa una de las retiradas de los rusos durante las primeras operaciones en el Cha Ho; pero permite formarse idea de las penalidades que en mucho mayor grado habrán debido sufrir las extenuadas fuerzas de Kuropatkine en su última retirada de Mukden. Perseguidos por los japoneses, en peligro de verse envueltos, atacados por el fuego de artillería y con granadas de mano, avanzaron con grandes dificultades hacia el Norte, sufriendo pérdidas terribles, que lo eran aun más por añadirse á las numerosas sufridas durante diez días de sangrientos combates.



Descubrimiento del cadáver de un armenio asesinado delante de su casa



Los cadáveres mutilados de los armenios asesinados por los musulmanes en una de las fábricas de petróleo

LOS DISTURBIOS INTERIORES EN RUSIA. – SANGRIENTOS CONFLICTOS ENTRE TÁRTAROS Y ARMENIOS EN BAKÚ. (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

La situación por que Rusia está atravesando no puede ser más difícil: cual si no bastaran para preocupar al gobierno y al pueblo entero los sucesos de la guerra actual con el Japón, han venido á colmar su cáliz de amargura los sangrientos disturbios ocurridos en la capital y en otras muchas ciudades del Imperio. Entre los más grandes figuran las colisiones entre cristianos y musulmanes en Bakú (Caucasia): el hallazgo del cadáver de un armenio asesinado á la puerta de su casa por un musulmán fué causa de la lucha de la que resultaron 1.500 heridos y 640 muertos, de éstos 340 armenios, 260 tártaros y 40 rusos, georgianos, polacos ó judíos.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Prosigue el movimiento de retirada del ejército ruso que comenzó después de la batalla de Mukden; y aunque es innegable que el ejército moscovita ha sufrido una tremenda derrota, de la que tardará mucho tiempo en rehacerse, preciso es hacer constar que esta derrota no ha revestido los caracteres de un desastre, como habían hecho temer las primeras noticias (sobre todo las de procedencia inglesa), sino que, por el contrario, la retirada se efectúa en el mayor orden, habiéndose podido reorganizar rápidamente los restos de las unidades que tan malparadas quedaran á raíz de aquella sangrienta y prolongada acción. Por consiguiente, el mariscal Oyama, que ha conseguido indudablemente un nuevo y brillante triunfo, no ha logrado el objeto que se proponía, es decir, la destrucción total del enemigo, y su victoria de Mukden, con ser muy importante, dista mucho de ser decisiva.

Y esto se debe á que si bien Kuropatkine cometió durante aquella batalla, para él funesta, muchísimas faltas, dió pruebas de una serenidad y energía admirables en el momento en que todo parecía perdido; pudiendo, gracias á ello, salvar la mayor parte de su ejército. Al llegar á la llanura que se extiende al Sur de Tieling, todas las unidades, como acabamos de decir, se hallaban en confusión espantosa, y si en aquel instante los japoneses hubiesen atacado á aquellas tropas, las consecuencias del ataque habrían podido ser desastrosas para éstas. Mas no fué así; los vencedores, rendidos también por tantos esfuerzos, tardaron tres días en salvar los 25 kilómetros que separan el río Pu-Ho del Fan-Ho, y cuando llegaron á éste encontraron los cuerpos rusos completamente reorganizados y regularmente distribuídos en sus posiciones.

Estas fueron atacadas por los japoneses el día 14, siendo rechazados con grandes pérdidas; pero este combate, de gran interés desde el punto de vista moral, pues demostraba que el ejército de Kuropatkine se hallaba, á pesar de cuanto se había dicho en contrario, en condiciones de hacer frente al enemigo, no podía influir gran cosa en la marcha general de las operaciones, pues á los japoneses, rechazados de frente, quedábales el recurso de extenderse por las dos alas, pasando el río aguas arriba y aguas abajo; y este movimiento había de determinar necesariamente la retirada del 4.° cuerpo siberiano, que era el que había sostenido aquel combate, protegiendo, en su calidad de cuerpo de retaguardia, la retirada del grueso del ejército ruso.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El general Stoessel en San Petersburgo saliendo del ministerio de la Guerra.

Y en efecto, los japoneses fueron rechazando poco á poco á los rusos hacia el Norte, y en la madrugada del 16 entraron en Tieling, que aquéllos abandonaron sin oponer resistencia, encontrando allí grandes cantidades de víveres que el enemigo no había tenido tiempo de llevarse ó de destruir.

El 16, el centro japonés sostuvo algunos encuentros contra las retaguardias rusas al Norte de Tieling, en la orilla derecha del río Liao-Ho; pero en el entretanto los tres ejércitos rusos proseguían ordenadamente su retirada hacia el Norte, y el 17 se encontraban á 50 kilómetros de Tieling. El centro japonés, en esa misma fecha, aparecía en Kao-Tai-Tsé (20 kilómetros al Norte de Tieling), la derecha entraba en el valle del Tsing-Ho (30 kilómetros al Norte de dicha población) y la izquierda ocupaba Fakumen (40 kilómetros al Noroeste de la citada localidad).

La retirada de los unos y el avance de los otros continuó sin incidente notable el 18 y el 19. Los rusos, según parece, no se proponen disputar formalmente el terreno á los japoneses, sino únicamente contener su marcha, y con este objeto hacen volar los puentes, estropean las carreteras y destruyen el ferrocarril.

Hemos hablado al principio de las faltas cometidas por el general Kuropatkine durante la batalla de Mukden; en efecto, los últimos informes llegados del teatro de la guerra confirman que se dejó engañar por la maniobra del mariscal Oyama, negándose á dar crédito á las noticias que le comunicaba su caballería acerca de los progresos que realizaban los japoneses en el ala derecha. No vió, por consiguiente, el peligro que por aquel lado le amenazaba, y en vez de contestar con una vigorosa contraofensiva al movimiento envolvente del ala izquierda japonesa, iniciado ya el día 1.°, permaneció hasta el 5 en una inmovilidad absoluta; y cuando, al fin, se dió cuenta entonces de la verdadera situación, tenía sus reservas diseminadas en una extensión de más de 50 kilómetros, en tanto que todo el ejército de Nogi se hallaba ya á pocos kilómetros al Noroeste de Mukden. Mas no fué este el solo error en que incurrió durante aquella jornada: si en aquel momento hubiese replegado en el Khun-Ho todas las fuerzas que tenía en el Cha-Ho, quizás habría podido contener á los japoneses por aquella parte, ó cuando menos habría podido retirarse en buen orden; pero en vez de obrar así, persistió en su pasividad y no comenzó á hacer retirar su centro y su izquierda hasta la noche del 7 al 8, es decir, cuando era ya demasiado tarde y cuando Oyama había tenido tiem-

El mariscal Oyama y los generales á sus órdenes que mandaban en la batalla de Mukden los cuatro ejércitos japoneses



EL GENERAL OKÚ — EL GENERAL NOGI — EL MARISCAL OYAMA — EL GENERAL KUROKI — EL GENERAL NODZÚ

po para reforzar, aprovechándose de la inercia del adversario, el ejército de Nogi con el de Okú.

A consecuencia de todas estas lamentables jornadas, el general Kuropatkine ha sido relevado del mando en jefe, nombrándose en reemplazo suyo al general Linievitch, que hasta ahora había estado al frente del 1.er ejército. El nuevo generalísimo es muy popular entre el ejército ruso y conoce perfectamente el teatro de la guerra. Posee en alto grado, según dicen los que lo conocen, el espíritu de ofensiva, de que carece Kuropatkine, y en la última batalla ha desplegado grandes cualidades, resistiendo durante diez días victoriosamente todos los ataques del ala derecha japonesa; y cuando á consecuencia de los que le permitiera continuar en el Extremo Oriente tomando parte en las operaciones. El tsar ha accedido á su petición nombrándole jefe del 1.er ejército, el que mandaba su sucesor en el alto mando, y Kuropatkine, que ya se había puesto en camino para Rusia, interrumpió su viaje, al recibir la noticia, y regresó inmediatamente al teatro de la guerra para tomar posesión del nuevo cargo que le ha sido confiado.

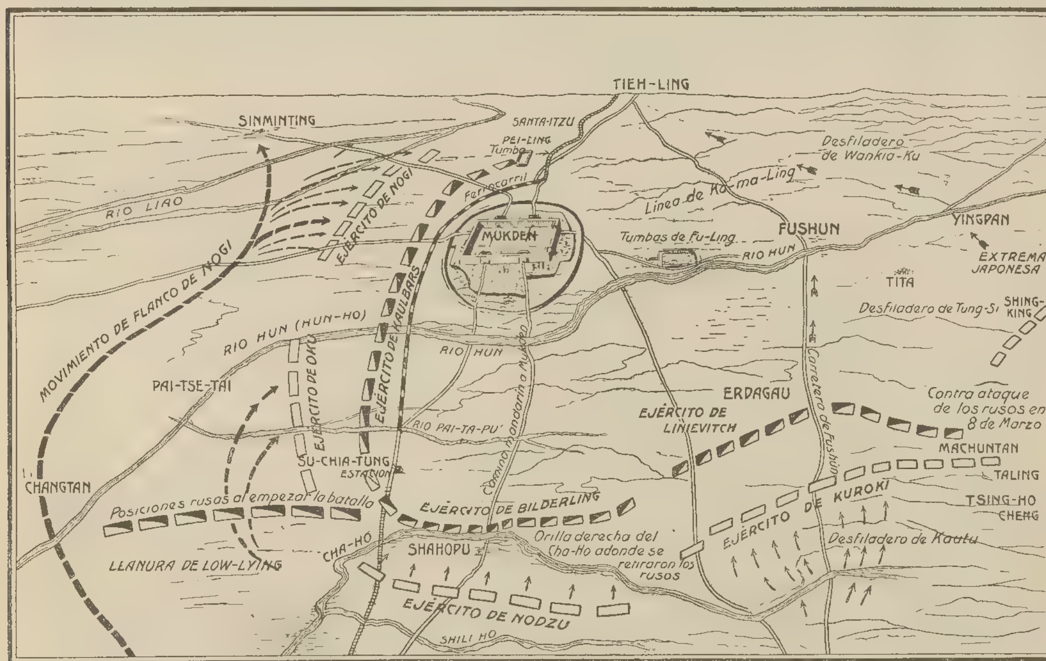
El nombramiento de Linievitch no parece, sin embargo, definitivo; se dice que cuando estén formados los 4.° y 5.° ejércitos que ahora van á crearse en Rusia, será nombrado general en jefe el gran duque Nicolás-Nicolaievitch, tío del tsar. El presunto candidato no ha mandado nunca un ejército delante del enemigo y no ha tenido ocasión de demostrar sus cualidades militares; pero eminentes generales encomian su inteligencia y su decisión y hacen los mayores elogios de la lucidez y de la precisión con que en las grandes maniobras improvisa un juicio, siempre acertado, sobre las operaciones que acaba de presenciar. El gran duque se resistirá seguramente á aceptar un puesto cuyas dificultades y responsabilidades conoce mejor que nadie; pero obedecerá al tsar, si éste le ordena que vaya al Extremo Oriente para rehabilitar el honor militar de Rusia, tan seriamente comprometido.

El Mikado ha dirigido á sus tropas en la Mandchuria el siguiente mensaje:

«Desde el otoño, el enemigo había construído fuertes defensas en Mukden y había ocupado el distrito con numerosas fuerzas; pero nuestros ejércitos, confiando en la victoria y anticipándose al enemigo, han tomado valientemente la ofensiva, y después de encarnizados combates de más de diez días y diez noches, á pesar de la nieve y del viento glacial, han derrotado á su poderoso enemigo empujándolo hacia Tieling, haciéndole decenas de millares de prisioneros y causándole otras pérdidas graves.

»Con esta señalada victoria, nuestros ejércitos han realzado el prestigio militar del país en el interior y en el extranjero.

»Estoy profundamente satisfecho del valor y de la resistencia de que han dado pruebas los soldados y



GUERRA RUSO-JAPONESA. – MAPA Á VISTA DE PÁJARO DE LA GRAN BATALLA DE MUKDEN

En este mapa están indicadas las posiciones que ocupaban los rusos y los japoneses al comienzo y á la mitad de la gran batalla de Mukden. Durante los últimos días de febrero, el centro del ejército ruso, á las órdenes de Bilderling, se mantenía en el Cha-Ho; su derecha, mandada por Kaulbars, se extendía hasta la aldea de Changtang; su izquierda, al mando de Linievitch, extendíase al Noroeste hasta más allá de Erdagau, en una región en extremo montañosa. La primera ofensiva comenzó por el ataque de la derecha japonesa contra Tring-ho-Cheng y el desfiladero de Taling; la posesión de este paso hizo que toda su atención se fijara en su ala izquierda, y en el entretanto, el general japonés Nogi realizaba un movimiento de flanco por Changtan y se apoderaba de la carretera de Simminting á Mukden, ocupando su caballería la primera de estas dos poblaciones. El día 6 de marzo, la derecha rusa vióse obligada á replegarse sobre el ferrocarril; el general Kuroki avanzó á lo largo de la carretera de Fushún, derrotando al general Linievitch en Erdagau, y mientras su extrema derecha se desplegaba por las montañas y se apoderaba de Yingpan, él avanzó hacia Fushún. El general Nogi enviaba considerables fuerzas para cruzar la línea férrea de Tieling. Entonces el centro ruso se vió en la necesidad de retirarse del Cha-Ho, y en su retirada fué atacado por las tropas de Nogi, que trataron de impedir el paso del enemigo hacia el ferrocarril, y por otras fuerzas japonesas que se habían situado en la línea de Ka-ma-ling á Liao-Ho-Tun.

progresos del enemigo en el opuesto extremo del campo de batalla hubo Kuropatkine de ordenar la retirada general, él se retiró con el mayor orden, haciendo frente continuamente á los japoneses.

Kuropatkine, sin embargo, continuará en la Mandchuria. En efecto, dando un ejemplo de abnegación poco común, apenas se le comunicó el decreto imperial del 15 relativo á su destitución, pidió al tsar



GUERRA RUSO-JAPONESA. – LA CALLE PRINCIPAL DE MUKDEN. (De fotografía.)

Mukden, la ciudad que los chinos consideran como sagrada por haber sido residencia de los antepasados de la dinastía imperante y por estar en sus inmediaciones el panteón de los antiguos emperadores, ha sido hasta hace poco ocupada por los rusos, que la tenían como una de sus principales bases de operaciones, y que han debido evacuarla después de la batalla de su nombre, habiéndose apoderado de ella los japoneses.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – PRISIONEROS JAPONESES CAPTURADOS EN SANDEPÚ, DESFILANDO POR LAS CALLES DE MUKDEN. (De fotografía.)

La batalla de Sandepú, en la que fueron hechos prisioneros los japoneses reproducidos en esta fotografía, se libró á fines de enero último, según oportunamente referimos en una de las crónicas de la guerra. Fué, como recordarán nuestros lectores, aquella que empeñó el general Grippenberg, contrariando las órdenes de Kuropatkine, y que, después de muchos y encarnizados combates, terminó con la retirada de los rusos, por mandato del generalísimo y contra los deseos de Grippenberg, quien, á consecuencia de ello, fué llamado á Rusia.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Evacuación de los heridos rusos hacia los hospitales de Mukden después de un combate en las avanzadas.

(Dibujo de Scott, hecho sobre una fotografía.)

Aun cuando las grandes batallas han sido relativamente pocas en la actual guerra, los combates entre las avanzadas de ambos ejércitos beligerantes puede decirse que no se han interrumpido un solo día en el transcurso de algunos meses. El número incalculable de estos combates y lo encarnizado de aquellas batallas han hecho que la cifra de las bajas haya alcanzado aterradoras proporciones. Los heridos rusos eran trasladados á Mukden, mientras esta ciudad perteneció á los rusos, y aun cuando había allí muchos y muy espaciosos hospitales capaces para muchos millares de hombres, siempre permanecieron llenos y aun fué preciso, en varias ocasiones, habilitar otros locales para albergar á los que ya no cabían en aquéllos.

los oficiales, y esperamos aún mayores hazañas para lo porvenir.»

Según telegramas de Mukden, el mariscal Oyama hizo el día 15 su entrada en aquella ciudad rodeado de todo su estado mayor. Las autoridades chinas salieron á recibir al generalísimo japonés y millares de japoneses llenaban las calles para presenciar la ceremonia. Los edificios públicos y muchas casas particulares ostentaban banderas japonesas.

Reina, al parecer, gran actividad en Vladivostok, en donde se construyen nuevas fortificaciones y se refuerzan las antiguas. De continuo llegan allí nuevas tropas, y la guarnición se compone actualmente de 40.000 hombres. La línea entre Vladivostok y Kharbine está muy vigilada, y en todo su trayecto hay apostados importantes destacamentos. Recientemente se han recibido en aquella plaza, procedentes de Rusia, varios submarinos que han sido conducidos en vagones hechos expresamente para dicho objeto. El crucero *Gromoboi* está en los docks; en el *Bogatyr* se efectúan reparaciones y el *Rossia* sale de cuando en cuando para inspeccionar el mar.—



Estados Unidos. – El presidente Roosewelt saliendo del Capitolio de Wáshington después del acto inaugural del nuevo período de su presidencia. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Al tomar posesión por segunda vez del cargo de Presidente de la República Mr. Roosewelt, ratificóse en su mensaje en las ideas imperialistas que constituyeron ya el programa de su primera presidencia y por virtud del cual el pueblo yanqui, abandonando su política tradicional, se lanzó por unos derroteros que si pueden proporcionarle una historia más aparatosa, también pueden dar al traste con la prosperidad de que hasta ahora ha disfrutado. La fotografía que reproducimos representa á Mr. Roosewelt en el momento de salir del Capitolio de Wáshington: va en el coche tirado por cuatro caballos y saluda á la multitud que en apretadas filas contempla el paso de la comitiva; acompáñanle sus *rough-riders*, esa caballería al frente de la cual el hoy presidente tomó parte en la guerra que con los Estados Unidos sostuvo España en la Isla de Cuba.

MISCELÁNEA

Espectáculos.— *París.* – Se han estrenado con buen éxito en el Palais Royal *La marche forcée*, vaudeville en tres actos de Jorge Berr y Marcos Sonal; y en Nouveautés *L' ange du foyer*, comedia en tres actos de G. A. Caillavet y Roberto de Flers.



El elefante más pequeño del mundo: tiene 12 meses de edad, mide 85 centímetros de altura, y nació en Birmania. Ha llegado recientemente á Londres para ser exhibido en el Circo Italiano. Viaja en coche, según puede verse en la fotografía que reproducimos, y por este detalle puede comprenderse la pequeñez de su estatura. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Barcelona. – La «Associació Wagneriana» ha comenzado la tercera serie de audiciones de obras de Beethoven, que comprenderá cinco tríos y cinco sonatas. En la primera audición, los Sres Munner, Esteva y Dini interpretaron con gran acierto el primer *trío en mi bemol mayor* y el segundo *trío en sol mayor* para violín, viola y violoncelo, conquistando muchos aplausos. Felicitamos á la asociación, por este nuevo esfuerzo en pro de la buena música, cuya propagación tanto ha fomentado con sus inteligentes é incesantes trabajos, y la felicitamos además por el buen acuerdo de dar á conocer las obras de los grandes maestros agrupadas en series de composiciones de un mismo género y expuestas por el orden cronológico en que fueron escritas.

– En el teatro de Monte Carlo se ha estrenado con gran éxito *Amica*, poema dramático en dos actos, texto de Pablo Berel. música de Pedro Mascagni, que ha sido muy elogiada por los críticos, los cuales la conceptúan como la mejor obra de cuantas ha compuesto su autor después de *Cavalleria rusticana* y una de las mejores que ha producido el arte italiano en estos últimos años. El argumento es altamente dramático, y la música abunda en deliciosas melodías y en temas de alta inspiración y admirablemente instrumentados. En su ejecución sobresalieron la Srta. Farrar, tiple norteamericana que consiguió un triunfo como cantante y como artista, y los señores Rousselier y Renaud. La ópera ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad.

Necrología.—Han fallecido:

Otón Erico Hartleben, notable poeta y autor dramático alemán.

Dr. Eduardo Richter, eminente geógrafo austriaco, profesor de Geografía de la Universidad de Graz, autor de varias importantes obras.

Alberto Rieger, paisista y marinista austriaco.

Hermán Werner, pintor de género alemán, uno de los más antiguos miembros de la Asociación de Artistas de Dusseldorf.

Pablo Henry, astrónomo de París, encargado de continuar el mapa celeste de Chacornac después de la muerte de éste, descubridor de varios pequeños planetas y cometas.

Félix Jennewein, pintor tcheque, profesor del Instituto Tcheque de Brunn.

Monseñor Langenieux, cardenal francés, arzobispo de Reims desde 1875.

Dr. Alberto de Reinach, geólogo y paleontólogo alemán.

Dr. Julio Scriba, cirujano alemán, profesor hace veinte años de la Universidad de Tokío, á quien corresponde el mérito de haber implantado en el Japón la ciencia médica alemana.

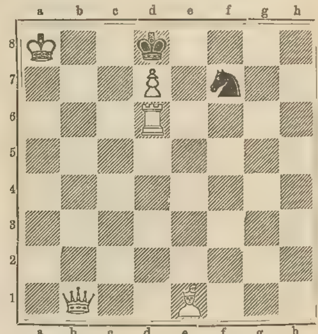
Valentín Ruths, notable pintor alemán cuyos cuadros figuran en los principales museos de Alemania.

Rodolfo Siemering, escultor alemán, profesor y miembro del Senado de la Academia de Bellas Artes de Berlín, autor de importantes monumentos.

AJEDREZ

Problema número 380, por O. Blumenthal.

NEGRAS (2 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

Solución al problema núm. 379, por S. Gold.

Blancas.	Negras
1. Th8 – d8	1. Re4 – d5
2. Df6 × e6 jaque	2. Rd5 × e6
3. Ae2 – c4 jaque	3. d7 – d5 ó Re7
4. e5 × d6 (al paso) ó Af6 mate.	

VARIANTES.

2.......... Otra jug.ª; 3. De6 – c4 mate.
1.. Re4 – d4; 2. Df6 × c6, Rd4 – c3; 3. De6 – a2, etc.
2............ b6 – b5; 3. De6 – c6, etc.
2............ d7 – d5; 3. e5 × d6 (al paso) jaq. etc.
2.......... Otra jug.ª; 3. De6 – c4 mate.
1. d7 – d5; 2. e5 × d6, etc.
1. Otra jug.ª; 2. Td8 × d7, etc.



Vió que su marido tenía en la mano el papel en que Juana había empezado á escribir

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

La señora de Darrás había sido agitada por toda clase de sentimientos mientras oía aquellas frases que la humillaban en su segundo matrimonio, tan seriamente contraído y en el que había concentrado su orgullo sentimental. Lo que no era más que idea para el teólogo, era para la católica una realidad viviente y sangrienta.

Aquel lenguaje casi científico, en el que se transparentaban el profesor y el apologista, la había impresionado profundamente al recordarle innumerables conversaciones sostenidas por su marido delante de ella, y ese recuerdo del hombre cuyo nombre llevaba había sido una molestia más en aquel momento.

Su marido se hubiera quedado cruelmente sorprendido si la hubiera visto en conversación con aquel sacerdote, escuchando sin protesta tales máximas y sufriendo una influencia tan contraria á la unidad moral de su matrimonio. Él mismo la había ponderado la superioridad de entendimiento del padre Euvrard, sin sospechar que aquellos elogios dirigidos al matemático contribuirían á aumentar su autoridad sobre una mujer que nunca había apoyado sus necesidades religiosas más que en razones sentimentales.

Por primera vez, un sabio se las sugería intelectuales. Al mismo tiempo, ciertos términos escapados al religioso como «degenerados» y «desperdicios» la habían ofendido y casi indignado.

Pero entre todas estas emociones sólo una dominaba cuando el sacerdote acabó su discurso. Conducido por el rigor de su doctrina, acababa de expresar el pronóstico más capaz de alterar aquel corazón inquieto en el que empezaban á germinar secretos é invencibles remordimientos. Hacía mucho tiempo que la señora de Darrás estaba preocupada por el temor de una espiación suspendida sobre aquellos doce años de una felicidad que ya no se atrevía á considerar como legítima, y esa aprensión constante entraba por mucho en su apasionado deseo de reconciliarse con la Iglesia bajo los auspicios de su hija.

Cuando su interlocutor aludió á las pruebas que su marido y ella podían haber sufrido, la señora de Darrás se estremeció, pues la casualidad había querido que una de las desgracias mencionadas por el sacerdote fuese la que ella temía más, á causa de justificados indicios.

El relato al que esta escena sirve de prólogo no es más que el detalle de esa desgracia.

Aquel acuerdo entre su secreta ansiedad y las palabras del padre Euvrard le había producido una sensación demasiado viva de advertencia profética para que conservase fuerza para discutir. ¿Para qué además, puesto que tenía una respuesta á su petición que no dejaba ninguna esperanza?

—No puedo razonar contra usted, padre, acabó por decir. No soy más que una ignorante. He venido á implorar de su caridad de sacerdote una gracia que usted me niega. Su decisión me parece dura, pero la acato. La ha apoyado usted en motivos que se imponían á mi inteligencia sin dejar de desgarrarme el alma... Otra vez podré, acaso, formular objeciones que ahora no veo con la inteligencia aunque las sienta con el corazón. Me ha dicho usted que soy una excepción en el divorcio, y esto prueba que á sus ojos no son iguales todas las mujeres que se casan por segunda vez. También debe de haber grados en el rompimiento con la Iglesia. ¿No hay un término medio entre el abandono de mi hogar, que usted me ordena, y la incredulidad total en que he vivido tanto tiempo? Lo que yo quisiera, padre, es que, antes de despedirme, diese usted alguna solución práctica á nuestra conversación.

—Yo no he ordenado á usted que abandone su hogar, rectificó Euvrard, por lo menos en este momento. Si usted quisiera hacerlo, le aconsejaría que reflexionase. Esto prueba que no se sale tan fácilmente de ciertos caminos. Tiene usted una hija cuya educación religiosa se comprometería si usted dejase su casa. ¿Dónde está la obligación más profunda? No echaré sobre mí el zanjar esa dificultad. He dicho que los sacramentos le estaban á usted prohibidos en sus condiciones actuales de existencia... Pero es muy cierto, sin embargo, que esas condiciones, por falsas que sean, llevan consigo deberes. El cumplirlos es meritorio en cierto sentido. Lo es que no haya usted olvidado en el segundo matrimonio sus obligaciones para con su hijo. Lo será que ofrezca usted á Dios las penas que resulten del segundo matrimonio, como, por ejemplo, la de ver que otras madres van á la santa mesa y usted no. Puede usted hacer méritos, en el mismo sentido, por la observancia rigurosa de ciertos preceptos de la Iglesia, como las vigilias y los ayunos. He comprendido que su marido de usted está mucho más lejano de la religión... Sería en usted muy meritorio, sobre todo, que lograse traerle...

—¡No me pida usted eso, padre!, exclamó la señora de Darrás, cuyas facciones se habían descompuesto.

Y repitió:

—¡No me lo pida usted! Para hacer méritos, como usted dice, no me costará trabajo nada del programa que acaba de trazarme; pero no podría hablar de cuestiones religiosas á mi marido ni mostrarle mi verdadero modo de pensar. Hágase usted cargo, padre; ni siquiera sospecha mis tormentos respecto de la primera comunión de nuestra hija. ¡He tenido tanto cuidado en ocultárselos! Le harían sufrir mucho.

—Ha consentido, sin embargo, en que su hija fuese bautizada, dijo Euvrard.

—Puse la condición para nuestro casamiento de que los hijos serían católicos, y él ha cumplido su palabra. Es un hombre honrado. ¡Pero con qué repugnancia hacia lo que él considera como una miserable superstición! Él, que se ocupa en los menores detalles cuando se trata de la niña, me ve llevarla á misa y al catecismo sin hacerme ninguna pregunta. Esa parte de la vida de su hija no existe para él. Está persuadido de que cedo á un prejuicio sentimental al educarla de ese modo y se lo perdona á la debilidad femenina. Me ama y cree que en el fondo de mi conciencia estoy en comunidad de ideas con él... No, nunca tendré el valor de decirle que ya no es así...

—Entonces, dijo el sacerdote con un poco de vacilación, ¿no le ha dicho usted que venía á mi casa?..

—¡Oh, no!.., respondió la señora de Darrás con acento de terror.

—¿Y no piensa usted contarle esta visita al volver á casa?

—¡No!

—Será preciso, con todo, que se la cuente usted... Sí, es necesario, primero por la propia dignidad de usted, que no puede haber dado un paso tan grave y callárselo á ese hombre, que es el padre de su hija y bajo cuyo techo vive usted. Eso sería una mentira por omisión, enteramente contraria al programa que acabamos de formar... Es preciso, por mí también. No querrá usted que yo me haya prestado á una visita clandestina. Me ha dicho usted que en su casa se sabe mi nombre y que se le pronuncia con simpatía, y eso hará que se encuentre menos extraordinario el paso que acaba usted de dar. Y aprovechará usted esta ocasión para que cese su silencio, que es muy culpable. El apóstol lo ha dicho: *Hay que creer de corazón para obtener justicia, y confesar con la boca lo que se cree, para obtener la salvación.*

—No, dijo por tercera vez la señora de Darrás moviendo la cabeza y en tono de súplica. Usted mismo ha comprendido que no puedo dejar á mi marido, aunque no sea más que á causa de mi hija. Hacerle conocer la crisis que estoy sufriendo sería irritarle y exponerme á que se opusiera á la devoción de la niña en el porvenir, una vez hecha la primera comunión. No se ha comprometido á dejar que sea piadosa, y yo misma tendría miedo, por mi propia fe, de ciertas discusiones. Las hubiera afrontado apoyada en los sacramentos, pero sin ellos y con una vida religiosa tan incompleta y mutilada, no tendré la fuerza suficiente.

—Tómese usted el tiempo que sea necesario, respondió el padre Euvrard, pero tenga la firme voluntad de llegar á una explicación que no deje al padre de su hija duda alguna sobre el estado moral de usted. Ese es su estricto deber, aun desde el punto de vista humano.

—Pido á usted que me deje reflexionar sobre todo esto, padre, dijo la señora levantándose y casi temblando. Usted me autoriza á volver, ¿verdad? Aunque nuestra conversación no haya correspondido á mis esperanzas, me ha aliviado de un peso muy grande, de ese silencio, que me ahogaba...

—Tendré siempre gusto de ver á usted, respondió el religioso, á quien esa tímida pregunta había turbado visiblemente; pero ya he dicho que no puedo prestarme á visitas clandestinas. Vuelva usted cuando *se sepa* en su casa.

—¿Y de aquí á entonces?..

—De aquí á entonces rezaré para que haya usted empezado á cumplir su deber de franqueza en la medida de la prudencia.

—Adiós, entonces, padre. Quedo á usted muy agradecida por haberme dedicado un tiempo cuyo valor conozco...

Dijo estas palabras con la voz sorda de una mujer que se contiene para no romper á llorar, y esa emoción ganó al sacerdote, que trató de corregir la dureza de su última respuesta diciendo:

—Adiós, no; hasta la vista, hija mía, y hasta muy pronto.

—Adiós..., repitió la señora de Darrás, y empezó á bajar sin volver la cabeza la estrecha escalera.

El padre Euvrard se quedó un segundo en la puerta como si se preparase á llamarla; pero la reflexión pudo más que el sentimiento, y volvió á entrar solo en el asilo de ciencia al que la visitante había ido á revelarle, sin decir su nombre, un drama íntimo de conmovedora intensidad.

En vano el encerado le invitó ya á sumirse de nuevo en la serena atmósfera de las especulaciones matemáticas. Su mente estaba siguiendo á la desconocida al entrar en su casa y al reunirse con su marido, al que era tan adicta y al que tenía tanto miedo.

¿Por qué? Aquel hombre estaba, sin duda, poseído de ese odio á la Iglesia tan singular, y, sin embargo, tan frecuente, en una época de amplia cultura intelectual. El religioso, víctima también de ese odio, vió de repente la unidad profunda que solidariza los destinos más diferentes en una misma patria.

El choque que tenía que producirse entre aquel marido y aquella mujer no era más que un episodio del duelo que se está realizando en la Francia actual entre dos formas de pensamiento, dos civilizaciones, dos mundos. Era un episodio privado de una gran guerra religiosa.

Y esta visión se hizo tan intensa en aquella cabeza de matemático, acostumbrado á representar largas filas de ideas en la abreviatura de las fórmulas, que la palabra que pronunció interiormente para resumir su impresión, no fué como al principio: «¡Pobre mujer!,» sino «¡Pobre país!,» y durante unos momentos el yeso tembló entre sus dedos.

II

UN PADRASTRO

Más hubiera temblado aquella venerable mano si la doble vista del sabio y del creyente hubiera sido todavía más perspicaz. Su piedad se hubiera conmovido más profundamente al observar que la divergencia religiosa del marido y la mujer no era más que uno de los elementos del desastre que amenazaba á aquel hogar fundado en falso. Su teoría de la vida, que le enseñaba, bajo el aparente azar de los sucesos, una matemática secreta de equitativo reparto, se hubiera fortificado grandemente.

Aquella pareja atravesaba, en efecto, una crisis, por muchas razones que iremos descubriendo. Podemos decir desde luego que todas provenían del funesto principio del divorcio ó estaban multiplicadas por él. La señora de Darrás no veía más que la discordancia religiosa, pero no debía terminarse aquella tarde sin ponerla en presencia de otro peligro que estaba previendo hacía meses de un modo vago.

Todos sabemos cuánta verdad encierra el proverbio en que el pueblo ha condensado sus experiencias: «Bien vengas, mal, si vienes solo.» Cuando se trata de nosotros, por una extraña ilusión, consideramos, por el contrario, que una gran pena es una garantía contra otras, como si la suerte no tuviera para cada individuo más que una suma fija de rigor.

Pero no es así. La naturaleza, siempre una bajo la variedad de sus fenómenos, emplea procedimientos iguales en el orden moral y en el orden físico. Cuando una enfermedad no resulta de un accidente, sino de esa disposición general que constituye una diátesis, sus síntomas se manifiestan, no en un punto del organismo, sino en varios. Lo mismo sucede con la desgracia cuando depende, no de tal ó cual circunstancia, sino de un estado. La desdicha, entonces, se ingenia para herirnos en las manifestaciones más diversas de nuestra persona. Las miserias menudean y se suceden, una contrariedad sigue á otra, ninguna empresa nos sale bien, todas las hipótesis hostiles se realizan, y hablamos entonces de mala suerte y de fatalidad.

Miremos el hecho con más atención y reconoceremos una causa constante de esos sucesos repetidos; el desconocimiento también repetido de alguna gran ley. ¡Pero cuántas rebeliones antes de aceptar esta enseñanza! ¡Cuántos esfuerzos para convencernos, bajo la inminencia de ciertos golpes, de que no merecemos ser heridos por ellos y de que nuestra deuda de lágrimas está pagada!

Este extraño prejuicio sostenía á la señora de Darrás hacía meses y le permitía mirar sin gran temor ciertos puntos negros aparecidos en el horizonte de su destino. Sintiéndose amenazada, se obstinaba en demostrarse que de esas amenazas de expiación sólo se realizarían las que la hiriesen á ella sola. ¡Frágil seguridad! La prueba estaba en su terror cuando el padre Euvrard enumeraba las catástrofes de los divorciados.

Otro testimonio era lo que ella misma pensaba al salir de aquella conversación. La decepción de su primer propósito fallido ocupaba menos lugar que los temores suscitados ó renovados en ella por una de las alusiones del sacerdote que había tocado en lo vivo de sus miedos secretos.

Al encontrarse en la acera de la calle Servandoni pudo convencerse de una ojeada de que nadie espiaba su salida de aquella casa. Cinco minutos después estaba en la calle de Vaugirard y por el jardín del Luxemburgo llegaba á la calle de este nombre, en la que ella habitaba. Tranquila respecto de cualquier indiscreción, andaba despacio por los paseos y daba rienda suelta al pensamiento. La conversación que acababa de tener se prolongaba en su mente y seguía discutiendo con el padre Euvrard como si la ascética silueta del religioso caminase á su lado.

—¿Hasta la vista? Sí, esto ha dicho..., habíase repetido la señora de Darrás en cuanto salió de casa del padre Euvrard. Y aquellas palabras habían ido acompañadas, como se recordará, de estas otras: «Hija mía...» que emocionaron profundamente á la dama de quien en tales términos se despedía. No se hubiera expresado de otro modo si la hubiese admitido á la confesión que ella esperaba quiméricamente.

La señora de Darrás se repetía aquellas palabras como una cuestión que no admitía duda en su pensamiento. «No, no, no le volveré á ver... Nunca hablaré á Alberto de esta visita. Jamás... No podría soportar su mirada mientras me oyese. Hemos almorzado juntos esta mañana y me ha preguntado mis proyectos para el día con tanta confianza como cariño; y yo he callado este paso que tenía ya decidido. Le conozco: si lo supiera, no me haría ningún reproche... ¡Pero qué sombra en su cara! ¡Qué pena en su corazón!.. No; el mismo padre Euvrard me hubiera prohibido hablar si yo hubiera tenido derecho á decírselo todo. Porque, en fin, ¿qué es lo que me ha dicho? Que podía hacer méritos, aun fuera de la Iglesia, cumpliendo con mis deberes. El de madre lo tengo lo mismo con mi hijo que con mi hija, y mi deber con mi hijo consiste en este momento en evitar todo lo que pueda disminuir mi imperio sobre mi marido... El padre Euvrard comprende, sin embargo, que situaciones como la mía, dan lugar á grandes dificultades. Cuando habló de choques terribles entre padrastro é hijastro, me hizo daño, pues vi á Alberto y á Luciano el uno enfrente del otro odiándose...»

Aquella evocación de los dos hombres en actitud de luchar respondía en la esposa y en la madre á tantos presentimientos y á tantas observaciones, que la infeliz la rechazó con una tensión de todo su ser que le hizo andar más de prisa, como para huir. Cerró los ojos y se repitió: «No, no sucederá; Dios no permitirá que suceda. ¡Me castiga ya tanto apartándome de él! ¡El día de la primera comunión de Juana será tan duro, cuando debía ser tan dulce!.. Aceptaré ese sufrimiento y le ofreceré, como me ha dicho ese sacerdote. Yo solamente seré herida, pero no ellos, no ellos; sería demasiado cruel. ¡Qué suplicio el pensar solamente que se quisieran menos, como me ha sucedido tantas veces este año! Y no eran más que aprensiones... Es extraño cómo nos sentimos tentados á creer verdaderos los sucesos que tememos. Una sola frase del religioso ha bastado para hacerme caer de nuevo en la angustia de esos temores. Si él los hubiera sabido, ¿no me hubiera aconsejado hacerlo todo para que Alberto y Luciano no cesen nunca de quererse en mí, en el caso en que debieran estar un día profundamente divididos?.. ¡Divididos! ¡Qué quimera!.. ¿En qué han de estarlo? Piensan lo mismo en todo, en religión, en política... He dejado á Alberto educar á ese niño según sus ideas. ¿Podía hacer otra cosa? ¿He sido culpable? Yo también pensaba como ellos ó lo creía sinceramente, bien lo sabe Dios. Bastante desgraciada soy ya al no poder obtener lo que otras mujeres que han pecado más que yo. Pero no quiero discutir más. Voy á obedecer al padre Euvrard aceptando esta pena y ofreciéndosela á Dios para no tener otras peores... ¡Cuando pienso, sin embargo, en que hay familias que no tienen más que una fe y en las que padres é hijos rezan juntos y van juntos á la iglesia!.. Yo debo callar á mi marido esta visita inocente, y si ahora dijese á mi hijo de dónde vengo, ni siquiera me comprendería... Cuando Juana vea á las otras madres comulgar y no á la suya, tendré que inventar una mentira para que su alma no se turbe... ¡Ah! El padre Euvrard tiene razón; ¡qué desdichas!..»

Estos pensamientos no eran más que el residuo depositado en la conciencia por tan numerosas impresiones, y tan pequeñas, que la señora de Darrás no hubiera podido decir, por ejemplo, cuándo se le habían ocurrido aquellas dudas, que ella calificaba de aprensiones, sobre el buen acuerdo de su marido y de su hijo, como no sabía tampoco la fecha exacta en que habían revivido en ella, al calor de la piedad de su hija, las creencias de su juventud. En aquellas pocas ideas se reunían y juntaban demasiados detalles de su existencia íntima, y de tal modo se había absorbido en ella, que no sabía exactamente dónde estaba. Se había paseado por el jardín sin casi darse de ello cuenta, y del mismo modo abandonó aquel sitio, y al encontrarse en la calle del Luxemburgo, delante de su casa, sintió una sorpresa como la que se experimenta al despertar de una pesadilla. Aquella casa, ¿no era como la representación viviente de los años felices de su vida?

Alberto Darrás había hecho edificar aquel hotelito en la época de su casamiento y con arreglo á planos convenidos entre los dos. En el apasionado deseo que él tenía de borrar todo lo del pasado de la joven, y ella de asegurar á su segundo hogar un carácter más definitivo, quisieron una morada que no hubiese pertenecido más que á ellos y de la que no se irían hasta la muerte.

Habían escogido un barrio lo más lejano posible de los Campos Elíseos, donde ella vivió en otro tiempo. Gabriela había comprendido que su nueva boda suponía un rompimiento absoluto con su antigua sociedad, y se había propuesto una vida de retiro que Darrás no quiso aceptar.

El laureado de la Escuela Politécnica, que no se había atrevido á pedir la mano de Gabriela siendo soltera, ocupaba ahora un puesto de ingeniero y consejero de uno de los Bancos más importantes de París, con veinte mil francos anuales de sueldo y una participación en los beneficios que le producía treinta

mil francos. Su futura tenía, por su parte, cuarenta mil francos de renta.

El matrimonio, pues, era bastante rico para figurar en todas partes, y Darrás había querido que así fuese.

El aspecto del hotel, con su puerta para carruajes y sus grandes ventanas de la planta baja, indicaba los proyectos de recepciones acariciados por el ingeniero.

Muy complejos sentimientos le impulsaban por esa vía, tan contraria á su carácter y á su educación enteramente profesional. Alberto Darrás estaba enamorado y orgulloso de la belleza de su mujer; este era uno de esos sentimientos. Otro era su fervor político. Profundamente adicto al partido que ocupaba el poder, deseaba que su mujer y él desempeñasen su papel en el mundo republicano.

Sabido es que de treinta años á esta parte se ha formado de este modo en París una sociedad de gentes de la clase media rica y de altos funcionarios, á la cual se han echado en cara las mismas costumbres frívolas, la misma afición á los placeres, los mismos hábitos de derroche que á la otra sociedad caracterizan; pero lo que se ignora es que entre esos jacobinos acomodados, los hay que han hecho ostentación de su lujo y han abierto sus salones ¡por deber! Naturalmente que sólo se trata de individuos cándidos del más corrompido y deshonrado de los partidos, que han creído con ello dar al régimen los prestigios de un sistema arraigado. Darrás había sido uno de ellos, y lo había sido con tanto mayor gusto cuanto que de esta manera establecía una lucha secreta entre las dos clases á que su Gabriela había pertenecido: la magistratura, todavía conservadora el padre de Gabriela murió siendo magistrado del Supremo -y la nobleza de raíces territoriales; pues el primer marido, cuyas brutalidades había contado la señora de Darrás al padre Euvrard, pertenecía á una buena familia del Rouergue, la de los condes de Chambault.

Estas influencias diversas se habían manifestado en Darrás, áspero temperamento de plebeyo, hijo de plebeyo, por un esfuerzo constante á fin de aumentar sin cesar su fortuna, para que creciese el lu o de Gabriela.

Esa incansable abnegación, pródiga en mimos y ardientemente tierna, aparecíase en la mente de la que había sido constante objeto de la misma cuando se encontró delante de su casa. Y sus emociones de esposa pasaron de pronto á la primera fila de su sensibilidad, produciéndose en su alma un movimiento de reacción hacia aquella intimidad de la cual había renegado con su visita al padre Euvrard y con las meditaciones que á ésta siguieron, y volviendo á ser la mujer que momentos antes se rebelaba, en nombre de la felicidad conyugal, contra la inflexibilidad de la ley católica, se dijo:

—No, no es posible. Dios no sería Dios si nos condenase á Alberto y á mí por habernos amado como lo hemos hecho... Acabo de sufrir una pesadilla. No veré más á ese sacerdote que, con sus maneras dulces y su aspecto de bondad, es peor que el otro. Si la Iglesia fuese lo que ellos le hacen ser, no sería la del Evangelio. No, yo no he hecho nada malo. No, este amor tan leal y tan fiel no está maldito. Quiero encerrarme en él y vivir en él de nuevo por completo. Quiero que él me baste como desde hace tanto tiempo. Lo quiero...

No había acabado de pronunciar estas palabras de firmeza, cuando una impresión del orden más humilde le probó cuán poco capaz era de fijar su sensibilidad enferma en una resolución estable. Le bastó ver en el vestíbulo el sombrero, los guantes y el gabán de su marido colocados en la mesa con el meticuloso cuidado que Darrás empleaba en todas sus acciones. Había salido éste después de almorzar, para ir á la oficina, de la que nunca volvía hasta las cinco. Y eran las tres y media.

En el tumulto de sus pensamientos contradictorios, Gabriela no había previsto que iba á encontrarse delante de Alberto, todavía vibrante de emociones que debía ocultarle á toda costa y sin haber tenido tiempo para serenarse. No pensó en preguntarse la causa de aquella vuelta inesperada. La idea de que dentro de un minuto iba á encontrarse con él y á sufrir sus preguntas sobre el empleo de aquellas primeras horas de la tarde, la alteró de tal modo, que su voz temblaba al decir al criado:

—¿Hace mucho tiempo que el señor está en casa?

—Diez minutos, señora.

«¿Me habrá visto salir de la calle de Servandoni?, pensó. Si se me hubiera acercado, ¿qué hubiera yo respondido? ¿Qué voy á decirle cuando vea mi turbación? Si la ve, ¿cómo explicársela sin despertar su desconfianza? Leerá en mis ojos que miento...»



El decorado de aquella habitación llena de libros...

En aquel matrimonio de tan completa intimidad durante tantos años, había la costumbre de que el que volvía últimamente á casa fuese á ver al que había llegado primero. El primer piso del hotel, reservado para ellos dos, estaba dispuesto de tal modo, que casi necesariamente tenían que oirse ir y venir. Se componía de cinco piezas: una gran alcoba, un vasto tocador para ella, una habitación en la que él se vestía y dormía á veces en un canapé transformable en cama, un saloncillo y una biblioteca y cuarto de fumar, en la que él estaba casi siempre. La gran escalera, guarnecida de alfombras y de plantas, terminaba en una antecámara abierta, á la que salían las diferentes piezas.

Allí se detuvo Gabriela, cuyo corazón palpitaba apresuradamente... Alberto estaba allí, detrás de una de aquellas puertas, y acaso sabía su presencia por el ruido de la campanilla...

Al ver que la puerta no se abría, quiso aprovechar aquel respiro para que mediase un poco más de tiempo entre su emoción y la entrevista, y pensó en subir al segundo piso á dar un beso á su hija, que debía de estar estudiando.

La madre había obtenido de Alberto que no enviase á Juana á un liceo de señoritas y que la dejase trabajar en casa bajo la dirección de una institutriz. Un profesor de uno de los grandes colegios universitarios iba cada ocho días á poner en armonía sus estudios con los de la clase que debía ser la suya, y á esto se limitaba toda la ingerencia del librepensador en una educación abandonada á su mujer, pues así lo había prometido.

Era muy raro que entrase en la sala de estudio; así fué que Gabriela se quedó muy asombrada al llegar á la puerta y oir la voz de su marido. Creyendo aplazar el momento de verle, le había adelantado; pero el que estuviese al lado de su hija era tener desde el principio un asunto de conversación y evitar así la turbación de las primeras frases, cuyas revelaciones temía.

Además, surgió en ella una nueva inquietud que paralizó de pronto la otra. Recordó que era viernes, día de análisis para Juana, que debía resumir, pluma en mano, la lección de catecismo del día anterior. ¿Qué motivo habría tenido Alberto para ir á la sala de estudio precisamente aquel día?

Cuando entró sin llamar, vió que su marido tenía en la mano el papel en que Juana había empezado á escribir. La luz de la ancha ventana iluminaba igualmente las caras del padre y de la hija, inclinadas juntas, y la madre se quedó admirada de su semejanza, que no era siempre tan completa. La nerviosidad de la muchacha se conocía en que su movible fisonomía se había modelado instintivamente sobre la de su padre, tanta era la emoción que le producía su insólita presencia.

El ingeniero era un hombre de cuarenta y siete años, en otro tiempo moreno, como atestiguaba su bigote negro, mientras que el cabello estaba ya blanco. Los morenos pómulos de su perfil casi agudo, dejaban adivinar una osamenta fuerte, la de una raza de montañeses, y la llama sombría de sus ojos, así como la delgadez de la silueta y la tez mate, decían que aquellos montañeses eran del Mediodía. Aquel cuerpo esbelto, de finas extremidades, tenía algo de árabe. La familia de los Darrás es originaria de Sisterón, antigua plaza fuerte muy lejana del mar; pero la Provenza ha sufrido tantas invasiones sarracenas, que se encuentran por todas partes esos tipos á los que no falta más que el albornoz y el turbante para que aparezca el beduino en el hombre civilizado. Acaso el ardor fanático que hacía de la incredulidad de Alberto una religión al revés, provenía, como sus facciones, de ese antiguo atavismo. Acaso también había heredado las pasiones de algún antepasado que tomó parte en las guerras de la Liga, que fueron terribles en aquel apartado rincón de Francia. Semejantes hipótesis son tan aventuradas, que apenas se atreve uno á enunciarlas, pero dominan, sin embargo, en las porciones inconscientes más profundas y más efectivas de nuestro ser.

Juana tenía esos mismos ojos ardientes y una cabellera negra de reflejos azulados. Una sangre del Norte, la de su madre, corría bajo su transparente cutis y, excitada por la timidez, teñía sus mejillas de una púrpura sonrosada.

El padre, con la fácil costumbre de un hombre de oficina, seguía con el dedo, línea por línea, la lección de la niña y hacía observaciones cuyo carácter hubiera debido tranquilizar á Gabriela, pues se referían á detalles de un orden material.

—Ten cuidado de no hacer las úes como las enes, decía, pues es imposible distinguirlas. Juzgue usted misma, *Fraulein*.

Y entregó el papel á otra persona que estaba en pie detrás de Juana y cuyos rasgos revelaban un origen germánico. La señorita Mina Schultze, tan intimidada como su discípula, respondió:

—Es que Juana escribe mucho en alemán, señor Darrás, y ya sabe usted cuánto se parecen nuestras enes á nuestras úes...

La entrada de Gabriela serenó al mismo tiempo la fisonomía de la pobre institutriz y la de la muchacha. El marido no pudo disimular cierta molestia. A aquel hombre tan leal como sectario le repugnaba el que pareciese que vigilaba una instrucción religiosa que se había comprometido á respetar. La frase con que acogió á su mujer fué como una protesta contra esa suposición.

—He subido á preguntar á Juana si sabía cuándo volverías...

(Continuará.)

El comercio de fieras, por Haroldo J. Shepstone

En uno de los preciosos suburbios de Hamburgo se halla el mayor emporio mercantil del mundo de animales feroces. En realidad, es algo más que un simple depósito para la venta y cambio de fieras; es de hecho una institución; un curso completo de lecciones objetivas de zoología. Allí no sólo se pueden comprar casi todos los animales que á uno se le ocurriera nombrar, sino que se puede aprender la manera de construir y entretener un jardín zoológico digno del siglo XX; observar muchos animales nuevos, fruto del juicioso cruzamiento de distintas razas, y adquirir nociones de cómo pueden criarse y hacer que soporten los climas europeos los animales salvajes y los delicados pájaros tropicales.



Cebras dispuestas para ser embarcadas con destino á Europa

Ese interesante depósito está dirigido por M. Carlos Hagenbeck, el rey reconocido de los importadores de fieras. El «Hagenbeck's Thierparck,» como se llama ese parque ó depósito, está situado en Stellingen, á muy corta distancia de Hamburgo.

En la inmensa leonera había, cuando lo visité, 37 leones, 15 tigres y 4 mestizos de león y tigre, animales de una especie completamente nueva, y 26 más, entre jaguares, leopardos, leopardos de las nieves y panteras. En el departamento de los elefantes conté hasta 28 de esos gigantescos animales, y en un cercado 4 jirafas. En los varios fosos para osos había más de 50 de ellos, contándose en ese número 30 osos polares y 13 japoneses. En una cuadra estaban 31 cebras y 9 mestizos de cebra y caballo. Puede también mencionarse un rebaño de 36 avestruces y además 10 emus, 3 rheas, 5 cassowaries, 16 canguros de varias especies, 7 primitivos caballos salvajes *(Equus Preievalsky)* y multitud de ciervos y aves acuáticas. Había aves de rapiña, desde el águila más grande, hasta el más pequeño cernícalo, tortugas gigantes de las islas Seychelles, que pesaban cada una más de 300 libras, y reptiles de 27 pies de largo.

Que tiene bien merecido el título de rey de los traficantes en fieras, queda demostrado con decir que en un año solo vende más de 80, entre leones, tigres y leopardos; más de 50 osos de especies diferentes; 60 elefantes, 70 camellos y dromedarios y unos 750 monos, además de gran número de otros cuadrúpedos y aves destinados á todos los jardines zoológicos y establecimientos similares del mundo entero.

Su modo de proceder en el negocio es exclusivamente suyo. No aguarda á que los animales vengan á Hamburgo para allí comprarlos, sino que envía expedicionarios á los puntos convenientes para cogerlos, y tiene cinco depósitos en Asia, tres en Africa, varios en Europa y uno en América.

—Me proveo de leones, me dijo, de Nubia, Abisinia y Senegal. En la Nubia, que es de donde más leones me vienen, mis agentes emplean á los naturales en buscar las guaridas de dichos animales y averiguar cuándo estarán las leonas próximas á parir. Cuando esto sucede, van á la madriguera, matan con lanzas á la madre, y envueltos en mantas, se llevan los pequeñuelos á su campamento, donde los crían con leche de cabras domésticas. Cuando ya tienen cinco ó seis semanas les dan pedazos de aves, y de ese modo los alimentan hasta que cumplen tres ó cuatro meses; entonces los transportan, en pequeñas cajas de madera y á lomo de camellos, á través del desierto hasta la costa, donde los embarcan para Europa. Los leones más hermosos, continuó diciendo M. Hagenbeck, eran los que se cogían en las montañas del Atlas, en el Africa del Norte. Esa especie ya no existe, sólo quedan unos pocos. Importo tigres de varios lugares. En Bengala, mis agentes emplean, durante todo el año, un número considerable de naturales en su caza. Quitan los pequeñuelos á las madres, que matan á tiros, y los crían con leche. También cogen con trampas los tigres grandes. Hay varias especies de tigres. La primera es la de los tigres grandes de Bengala que, atravesando las montañas y cruzando el Thibet, se extienden hasta la Siberia, en donde, durante el invierno, crían una lana espesa. Hace ocho años importé uno, que fué el primero de su especie que se había visto en Europa. Desde entonces he logrado traer catorce más, que vendí á 300 libras esterlinas cada uno.



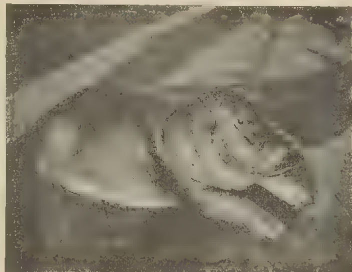
Elefantes de la India en el parque de Hamburgo

Hace cuatro años consiguió algunos tigres de Persia, que tienen una melena parecida á la del león, pero no tan larga; hace cinco llegaron á Hamburgo, desde el lago Baikal, dos tigres y otros dos del Turquestán ruso, que llamaron mucho la atención de los zoólogos, pues fueron los primeros de su especie traídos á Europa.

El coger animales salvajes y traerlos á Europa cuesta más trabajo y paciencia de lo que generalmente se cree. Cuando el viajero ruso Prejevalsky asombró á los naturalistas con la noticia de que había visto en los desiertos de Sungaria, en el Asia central, una nueva especie de caballos salvajes, M. Hagenbeck resolvió apoderarse de uno y organizó en el acto una expedición. Sus comisionados penetraron hasta el límite Norte del desierto de Gobi y tomaron á su servicio dos mil kirguisis á caballo, y llevándose cincuenta yeguas paridas, penetraron en el desierto donde mora el caballo salvaje.

Después de una larga serie de emocionantes aventuras, consiguieron los comisionados apoderarse de cincuenta y dos potros de esa especie, que alimentaron las yeguas mansas que con ese objeto se llevaron en la expedición, y después de un conveniente intervalo de descanso, se emprendió el viaje de regreso. Tardó tres meses la caravana en llegar al ferrocarril siberiano y partir para Hamburgo, adonde sólo llegaron vivos 24 potros, muriendo en el camino los otros 28. La expedición duró cerca de año y medio y sus gastos ascendieron á cerca de 10.000 libras esterlinas. En cuanto llegaron fueron vendidos; doce compró el duque de Bedford y los otros se hallan en los grandes parques zoológicos. Hasta 500 libras esterlinas se pagaron por cada caballo.

Los animales que hoy más escasean son los elefantes de Africa, las jirafas, los hipopótamos y los rinocerontes. Desde el año 1880 sólo se han importado en Europa cinco elefantes africanos. De donde se importan muchos es de la India y especialmente de Ceylán. M. Hagenbeck vende de 50 á 60 cada año y valen de 250 á 400 libras esterlinas por cabeza. Tiene un empleado que no hace otra cosa que ir y venir de Ceylán trayendo elefantes. Hace 30 años las jirafas abundaban, pero en los años comprendidos de 1880 á 1900 sólo se han traído á Europa tres. Lo mismo pasa con los hipopótamos y rinocerontes. Durante los últimos treinta años sólo pudo conseguir un rinoceronte de Africa, que vendió en Londres al célebre Barnum. En cambio las cebras abundan muchísimo, especialmente en algunas comarcas de Africa.



Un hipopótamo recién nacido en un vapor



Un animal de especie enteramente nueva, mestizo de león y tigre

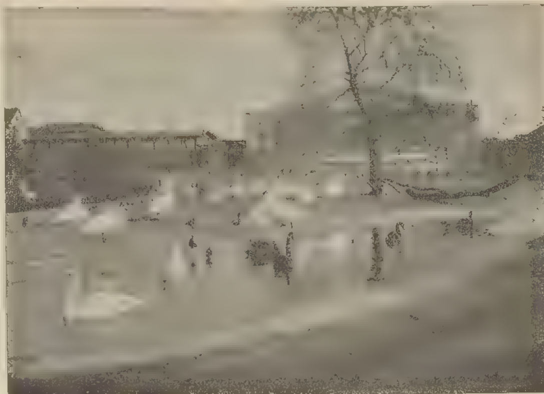
Teniendo en cuenta el gran número de animales que anualmente entran y salen del depósito de Hamburgo, son muy pocos los accidentes que ocurren. M. Hagenbeck está en relaciones con los parques zoológicos del universo, los que están siempre comprándole ó cambiando con él animales. También hace mucho negocio con la nobleza y gente rica de todos los países, vendiéndoles ciervos y otros animales semejantes para sus parques.

Su negocio puede dividirse en tres ramos: vender animales, construir en los parques zoológicos casetas á propósito para cada especie después de vendidos, y domesticar toda clase de fieras. Recientemente se ha dedicado á hacer algunas interesantes experiencias cruzando distintas especies de animales. Vi en Hamburgo algunos ejemplares del cruzamiento de

león y tigre, los que tienen el cuerpo del segundo y la cabeza del primero. También vi varios otros, producto de la unión del caballo y la cebra: estos últimos, en sentir de muchos, serán los mulos del siglo veinte.

También debemos mencionar sus experiencias para lograr la aclimatación de toda clase de cuadrúpedos y aves de los trópicos. El invierno pasado tuvo en su parque de Stellingen gran número de ellos de distintas especies, y aunque el termómetro llegó á marcar 10° bajo cero, con frecuencia los animales, casi sin excepción, lo pasaron perfectamente.

Viene, en fin, la parte educativa del establecimiento, á la que ha consagrado gran atención M. Hagenbeck estos últimos treinta años. Ha sido el primero que ideó enseñar reunidos á varios animales de diferentes especies á fin de que trabajaran juntos, y casi todos los domadores de leones de Europa y América han sido sus dependientes. Hoy en día tiene cuatro grandes agrupaciones de animales amaestrados, que se exhiben en diversos lugares. Estas agrupaciones, cada una de las cuales se compone de 16 ejemplares, leones, leopardos, osos y perros, quedan constituídas después de dos, tres y hasta cuatro años de paciente labor, y están apreciados en 10.000 libras esterlinas cada grupo.



Estanques y jaulas del parque de Stellingen

M. Hagenbeck embarcó para la exposición de San Luis un total de 680 animales, que es el cargamento mayor de esa clase que ha cruzado el Océano.

Pero como traficante y no como domador le gusta ser conocido á M. Hagenbeck. Puede reclamar el puesto del comerciante en animales salvajes más afortunado y en mayor escala del mundo entero. Se le considera también como una autoridad en todo lo concerniente á disponer y construir parques zoológicos, no sólo facilitando los animales, sino construyendo las casetas, fosos, estanques, montañas y paisajes. Puede decirse que si el terreno es á propósito, un pequeño parque zoológico se instala y se puebla con un número suficiente de animales por 10.000 libras esterlinas. En el de Stellingen hay casetas y jaulas modelos y muchos cercados únicos en el mundo, donde varias especies de animales vagan como si estuvieran en completa libertad. Están separados del terreno público por profundos fosos y otros ingeniosos medios, hábilmente ocultados por rocas artificiales y follaje.

Como tantos otros, M. Hagenbeck principió por poca cosa. Su padre, que comerciaba en pescado, fué el que en realidad dió principio á la obra, en 1848, modestamente con seis focas. A los veintiún años se hizo cargo del negocio su hijo, y pocos han alcanzado como comerciantes el respeto y admiración que Carlos Hagenbeck.

Personas reales de todas las naciones del mundo han visitado su establecimiento. Hace diez y seis años, el príncipe de Bismarck hizo un viaje para ver su extenso y variado parque de Stellingen, y estuvo hablando con él más de dos horas sobre sus diferentes animales.

GRUPO DE NIÑOS

escultura

de Max Blondat

Esta deliciosa escultura estuvo expuesta en el último Salón de París, y su autor, además de haber merecido los más entusiastas elogios de la crítica, fué recompensado con una medalla: con el premio nacional, al que va aneja una subvención de 10.000 francos, y con otro de 2.000 francos de la Academia de Bellas Artes.

Aparte de estas recompensas, Max Blondat ha recibido de la Asociación para el embellecimiento de Düsseldorf el encargo de ejecutar el grupo en mármol á fin de instalarlo como fuente en una de las principales plazas de aquella ciudad.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Manual práctico de construcción. – Primera parte Albañilería, por *H. Ternoux*, traducida por *D. E. M. Carlos Le Grand y Jabonin*. – El carácter de este manual es eminentemente práctico: se aparta de otras obras técnicas, escritas con fórmulas científicas que no siempre resuelven pronto y fácilmente las consultas; en una palabra, está al alcance de todas las personas que se ocupan de construcciones y que en él pueden encontrar informes utilísimos. La primera parte se ocupa de la albañilería estudiando la materia desde la compra de los solares, hasta la terminación del edificio, y contiene numerosos grabados. Editado por P. Orrier en Madrid, se vende á tres pesetas.

Biblioteca de Veterinaria, por *J. Téllez y López*. – Se han publicado los cuatro primeros tomos de esta biblioteca, en los cuales se da á conocer en forma concreta y abreviada cuanto hasta el día se sabe de Veterinaria. El primero es un *Manual de Física y Química*; el segundo, un *Manual de Historia Natural*; el tercero, en el que ha colaborado el distinguido profesor D. Juan Rof, un *Manual de Histología normal, estática y dinámica*; el cuarto un *Manual de Anatomía descriptiva de los animales domésticos*. En todos estos manuales, su autor, el ilustrado catedrático de la Escuela de Santiago y Veterinario militar D. Juan Téllez y López, expone con gran claridad y competencia las materias á que cada uno se refiere, formando todos ellos un cuerpo de doctrina completo que ha de prestar valiosos servicios, así á los estudiantes como á los profesores. La obra ha sido editada por los señores Bailly-Bailliere é Hijos, de Madrid, y cada tomo se vende encuadernado á tres pesetas.



Grupo de niños, escultura de Max Blondat, premiada en el Salón de París de 1904 con una medalla de primera clase

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 3 de abril de 1905 — Núm. 1.214

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con el próximo número repartiremos á los suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo correspondiente á la serie del presente año, que será «La sociedad japonesa,» obra escrita en francés por Andrés Bellessort, coronada por la Academia Francesa, en la que se describen los usos, costumbres, religión, instituciones, etc., del Japón. La edición que ofrecemos á nuestros suscriptores va profusamente ilustrada con grabados, reproducidos de fotografías y dibujos originales.

ARTE MODERNO



LA CALERA, cuadro de Fernando Cabrera

Obra del que fué aventajado y predilecto discípulo del malogrado Plasencia, es el hermoso cuadro titulado *La calera*, estudio inteligentemente observado é interpretado, digno por cierto del laureado autor de *Los huérfanos*, que figura, cedido por el Estado, en el Museo Municipal de esta ciudad. La composición, el fondo, la escena, todo revela maestría y singularmente seguridad en los trazos y en la aplicación del color, cualidades y circunstancias propias de quien, como Fernando Cabrera, amasa en su paleta castizas tonalidades, distintivas de una escuela sobria, robusta y razonada. Las figuras de los obreros, sus actitudes y hasta los vapores que se desprenden de los hornos de cal, velando un tanto el fondo, son trasunto del natural, expuesto con acierto y con la seguridad de quien cuenta en su ejecutoria artística nobles é indiscutibles merecimientos.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: los partidos políticos: nuevo ministerio: situación económica. – *Puerto Rico:* el hambre: la depreciación de la propiedad: pretensiones de los isleños. – *República Dominicana:* intervención y protectorado de los yanquis: protestas contra el gobierno del presidente Morales. – *Honduras:* la fuga de Arias. – *Venezuela:* actitud de Castro frente á los Estados Unidos: trabajos revolucionarios fomentados por los yanquis: los nuevos filibusteros: conflicto con Francia. – *Colombia y Ecuador:* la cuestión de límites: el arbitraje del emperador de Alemania: la región Napo-Caquetá. – *Uruguay:* situación actual: el puerto de Montevideo.

En estos últimos tiempos se ha exacerbado la rivalidad entre los partidos políticos de Cuba. El nacional y el moderado, esto es, radicales y conservadores, se hacen guerra sin cuartel.

No los dividen y enemistan ideas ó principios de gobierno; en el fondo, aunque otra cosa aparenten, no hay más que odios ó antipatías personales, ambiciones poco nobles. Tomar buena parte en el reparto del presupuesto, ocupar destinos públicos ó altas posiciones oficiales, es la aspiración predilecta de los más de los políticos.

Se censura al generalísimo de la revolución porque ha recibido 277.000 pesos entre sueldos, regalos y gratificaciones. Bien es verdad que hay también quien cree que eso y mucho más merecía el gran Máximo Gómez, y que sólo espíritus ruines y envidiosos pueden regatear premio al hombre que consagró su vida á procurar la independencia de Cuba.

En la contienda predomina el partido moderado. El presidente, que hasta ahora había permanecido neutral, se inclina ya resueltamente á los moderados y en ellos se apoya para lograr la reelección. El candidato de los radicales es el general D. Emilio Núñez.

El ministerio hizo dimisión á principios de febrero. La crisis ha sido laboriosa, y al fin, casi un mes después, se ha formado nuevo gobierno, constituído con individuos del partido del presidente.

La situación económica es buena. La producción de azúcar en 1904 ha excedido en 60.000 toneladas á la de 1903. Sigue en aumento el comercio con los Estados Unidos; pero Cuba exporta mucho más que importa. Hasta hoy, pues, el tratado de reciprocidad comercial favorece más á los cubanos que á los yanquis.

***

Los portorriqueños no llevan camino de mejorar. Santiago Iglesias, representante de los obreros de la isla en la Asamblea de Delegados de la Federación obrera americana, afirmaba y probaba, á fines del año próximo pasado, que la condición de la clase trabajadora en Puerto Rico era mucho peor que en los tiempos en que España gobernaba. Unos 600 portorriqueños morían de hambre todos los meses.

En lo sucesivo es posible que esa cifra baje, pues los yanquis los necesitan para trabajar en las obras del canal de Panamá; allí, al menos, no perecerán de hambre, aunque sí de fiebre.

Hay quien supone que el malestar que se siente en Puerto Rico no es sólo consecuencia de la famosa peste yanqui, la anemia; obedece también al deliberado propósito de lograr que pierda valor la propiedad para irla comprando á bajo precio.

Lo cierto es que la propiedad va cambiando de manos, y la mayor parte pasa á las de los yanquis. Y así, matando de hambre ó de anemia á millares de portorriqueños, aquéllos se afincan en la isla á poca costa. El negocio ante todo.

Los naturales de la isla comprenden el peligro, tratan de defenderse y procuran poner algún límite al predominio de sus dominadores en la administración pública. La legislatura insular votó en enero un proyecto de ley, mejor dicho, un memorial dirigido al Congreso yanqui pidiendo la reforma de la ley constitutiva en sentido de otorgar á los isleños los derechos de ciudadanía. Pretenden además que el Consejo ejecutivo, que actúa como Senado ó Cámara Alta, y en el que tienen mayoría los yanquis, reduzca sus facultades á las meramente administrativas, reservando la función legislativa á los hijos del país, elegidos por el pueblo.

***

El acuerdo de la Comisión de arbitraje, á que nos referimos en la *Revista* de enero último, resolvió las reclamaciones formuladas por la «Santo Domingo Improvement Company» y otras tres Compañías financieras y de ferrocarriles que gestionaban en unión de aquélla la defensa de sus intereses.

Los árbitros fueron dos yanquis y un dominicano (D. Manuel de J. Galván); la República Dominicana quedó obligada, según el laudo arbitral, á pagar 4.481.280 pesos oro en plazos mensuales, y con las condiciones y garantías que ya se indicaron. El primer plazo debió haberse hecho efectivo en septiembre de 1904. Pero como el gobierno de Santo Domingo no cumplía su compromiso, los yanquis han asumido la administración de las aduanas.

Según protocolo firmado en enero, Estados Unidos se encarga de liquidar las deudas, que ascienden en total á 32 millones de dólars; de los ingresos de aduana, el 45 por 100 se entregará al gobierno dominicano, y con el resto se cubrirán los gastos de administración y se irá pagando á los acreedores.

La República Dominicana se reserva todos los derechos de soberanía; los yanquis declaran que no abrigan propósito de anexión y que están dispuestos á ayudar al gobierno de Santo Domingo para restablecer el crédito, mantener el orden público, reformar la administración civil, y hacer, en suma, cuanto sea necesario para la prosperidad del país. En realidad, pues, y pese á toda reserva de soberanía, la República Dominicana queda bajo el protectorado de los yanquis.

El presidente, Morales, dió ya cuenta de este convenio al Congreso dominicano. En el país la opinión está muy dividida. Los enemigos políticos de aquél, que son muchos, han protestado en nombre del derecho y de la dignidad de la nación, y organizan fuerzas y elementos para provocar una revolución. Tienden á procurarse el apoyo, más ó menos directo, de potencias europeas, pues siendo europeos la mayoría de los acreedores, estiman inmotivada é intolerable la exclusiva ingerencia de Estados Unidos.

***

Desde mediados de abril de 1903 estaba en prisión el Dr. Juan Angel Arias, candidato que fué á la presidencia de Honduras, vencido por el actual presidente general Bonilla.

Por causa de enfermedad se le había concedido que saliera de la Penitenciaría, designándole por cárcel su casa y como enfermeras sus propias hijas. El cautivo aprovechó estas circunstancias para evadirse y logró refugiarse en León de Nicaragua, donde estaba ya en enero último.

Aunque no tenía necesidad de hacerlo, pues todo prisionero procura libertad por cualquier medio, el Dr. Arias disculpa su fuga alegando la mala voluntad que le tenía el gobierno hondureño que, según él, no consentía que se terminara el proceso que se le formó por asesinato del español Arnero. Sus contrarios aseguran que el delito estaba probado y ya iba á recaer sentencia condenatoria.

***

En Venezuela (1), Castro continúa sosteniendo la legalidad de sus actos contra súbditos de Estados Unidos. No teme al semiemperador Roosevelt, y está dispuesto, si las circunstancias lo exigieran, á romper con los yanquis.

La prensa venezolana hace notar la posición excepcionalmente ventajosa de Venezuela que imposibilita un largo bloqueo, la facilidad de relaciones entre el litoral y el Sur y Oeste del país en caso de guerra, y la fertilidad de los territorios elevados del interior, donde pueden subsistir con recursos propios y hacerse fuertes los venezolanos en caso de invasión.

(1) Véanse los grabados de la página 222.

Pero Roosevelt no parece dispuesto á provocar directamente el conflicto. El sistema yanqui, con tan buen éxito ensayado en Cuba contra España, se aplicará á Venezuela. Basta, por ahora, proporcionar armas y dinero á los enemigos de Castro y fomentar la revolución. El movimiento insurreccional contra éste se organiza en Estados Unidos, según ha declarado, protestando de ello el cónsul de Venezuela en Filadelfia.

En el siglo XX el filibusterismo ha encarnado en los imperialistas yanquis, y se ejerce, no contra España, que ya lo ha perdido todo en América, sino contra los americanos que han recogido la herencia de aquélla.

A las dificultades creadas por la revolución y por la mala voluntad de los yanquis, agrégase ahora otro conflicto con Francia. La Compañía francesa de los cables simpatizaba con los revolucionarios, cuyo centro de acción está en la isla Trinidad; se negó á consentir intervención del gobierno para vigilar las comunicaciones, y Castro se apresuró á llevar el asunto á los tribunales para que decidieran si procedía anular el contrato con la Compañía y embargar sus propiedades.

El gobierno francés protesta, amenaza y hace causa común con los yanquis.

La dictadura ó presidencia de Castro atraviesa, pues, otro período crítico y de los más graves. Veremos si su audacia ó su astucia le salvan también ahora.

***

Siguen á la orden del día las cuestiones de límites en América.

Colombia y Ecuador han elegido también el correspondiente árbitro para que decida, sin apelación, sobre el litigio de fronteras entre ambas Repúblicas.

No ha sido el rey de España el preferido. Según nuestros informes, Colombia lo propuso; pero el Ecuador se negó resueltamente á ello.

Documentos históricos españoles, alegatos de los abogados de Colombia y Ecuador, todo tendrá que traducirse al alemán, porque seguramente comprenderá mejor este idioma que el español S. M. el emperador de Alemania, á cuyo fallo han sometido sus diferencias aquellas Repúblicas; salvo si el augusto árbitro no acepta el cargo. En tal caso, queda designado el presidente de la República Mexicana, según protocolo de 5 de noviembre último.

En dicho protocolo hay una cláusula muy interesante, á saber: «Para los efectos de este arbitraje, el Ecuador ha hecho constar que los territorios de la región oriental desde el curso del río Napo hasta el del Caquetá ó Yupurá no están comprendidos en el arbitraje que el Ecuador y el Perú sometieron al rey de España, conforme al tratado de 1.° de agosto de 1887.»

Es esa, precisamente, una de las regiones á que alcanzan las pretensiones del Perú. Para un mismo pleito hay, á la vez, dos jueces, y puede haber dos sentencias contradictorias. Casi á un tiempo, en Madrid y en Berlín, los respectivos árbitros trazarán línea divisoria sobre un mismo territorio. Alemania adjudicará parte ó la totalidad á Colombia y Ecuador; España al Ecuador y al Perú. ¿Cuál será el trazado que prevalezca?

Ya el Ecuador se cura en salud, y explícitamente viene á declarar que *no aceptará* la decisión de España en lo que se refiera á dicho territorio.

***

Terminada la guerra civil, el Uruguay da nuevas pruebas de su asombrosa riqueza y vitalidad. La deuda interior del 6 por 100 se cotiza á 95, esto es, 10 enteros más que en la pasada administración. La deuda consolidada de 3 ½ por 100 alcanza en Londres el tipo de 67 por 100, á que jamás había llegado.

Las elecciones que acaban de verificarse se estiman como las más libres que ha presenciado el país, y es creencia general que habrá paz por muchos años.

Las obras del puerto de Montevideo, á pesar de todos sus defectos, siguen adelante, sin nuevos tropiezos. Se calcula que quedarán terminadas dentro de tres años, y dícese que el gobierno se propone establecer allí una zona franca para el comercio de tránsito. Al efecto, un comisionado técnico especial ha recibido el encargo de estudiar en Europa la organización de los puertos francos y proponer en su día al gobierno uruguayo las medidas más convenientes para la creación de dicha zona franca en el puerto de Montevideo.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

Celebridades contemporáneas.—Marcelo Prévost

El autor de *Medio-Vírgenes* abre la puerta del saloncito donde el criado le dijo que yo esperaba.

Llega bruscamente, pero se detiene indeciso, recogiendo los párpados, como si viniese de otra habitación más clara: al fin se acerca con andar distraído, alargándome una mano corta y blanca. Es hombre de mediana estatura, recio y ágil; viste traje de mañana; tiene el rostro ancho y los ojos azules, de un azul pálido. Comprendo que he sido inoportuno: Prévost estaba escribiendo; la vaguedad brillante de su mirada, es la del artista que vuelve á la realidad desde muy alto.

—Recibí su carta anoche, dice, y no tuve tiempo de rogarle á usted que aplazase esta entrevista para otro día. Vuelva usted mañana, á la misma hora. Hoy no podemos hablar; estoy terminando mi artículo de *Le Figaro*...



Marcelo Prévost en su despacho (de fotografía de Beranger)

Su voz es impaciente, seca, dura; la voz con que respondemos á los que vienen á interrumpir nuestro sueño ó nuestro trabajo. Entendiéndolo así, me despido de Prévost con una reverencia respetuosa, sin hablar, para no distraerle; y él vuelve á su despacho á largos pasos, arrastrando por la alfombra sus zapatillas en chanclas, á continuar una crónica que le valdrá doscientos cincuenta francos.

Al día siguiente, Marcelo Prévost me recibe en su despacho. Ya no es el artista espontáneo, el verdadero artista, febril, huraño y desdeñoso del bien parecer, que conocí la víspera, sino un hombre de sociedad excelente, conversador y afable, que sabe fortalecer con la cordialidad de su trato la buena impresión de sus libros. Prévost me enseña toda la casa; luego salimos al jardín; es un precioso rinconcito verde, desde donde se ven las torres gemelas del Trocadero. Prévost cría gallinas, porque le gustan los huevos recién puestos; es una voluntad apacible, enamorada del hogar. Estamos á principios de septiembre; el tiempo es admirable; las callejas enarenadas del parquecillo reverberan al sol; los gorriones pían saltando entre la hierba; un gallo canta trayéndonos recuerdos de aldea. Prévost exclama:

—¡Esto es muy bonito!

Le miro atentamente, queriendo adivinar el verdadero origen de su contento. ¿A qué atribuir su alegría? ¿Es una espontaneidad saludable de su carácter ó una resignación? El sutilísimo escrutador de las almas femeninas, aquel cuyos libros, honrados y perversos á la vez, influyeron recientemente en la fuga de la princesa Cheref Ouroussoff, según ella misma ha declarado, más que los de ningún otro autor, ¿será un austero ó un libertino desengañado, dedicado á contarnos lo que ha vivido?

Recuerdo que Prévost ha escrito sobre la primera página de su novela más famosa:

«Una racha de viento ha pasado sobre mi alma, limpiándola como una era. El sitio donde germinaron y crecieron mis tiernas aspiraciones de niño y mis amores juveniles, está libre y dispuesto para recibir una nueva cosecha. Colocado ya en los umbrales de mis años de redención, quiero dedicar algunas horas de mi soledad á inventariar mis malos años.»

Y en otra parte y á propósito de las arterías y peligrosas emboscadas del mundo:

«Yo he recorrido este país; conozco sus caminos; sé adónde conducen. Antes de comenzar nuestro viaje permitidme que os refiera el mío.»

Una curiosidad invencible me lleva á relacionar estas declaraciones con el verdadero carácter del hombre, algo triste á pesar de su risa, que tengo delante. Sobre el frontal bombeado y grande, los cabellos comienzan á grisear: tiene la mandíbula y el mentón cuadrados; la nariz es corta y ancha; usa bigote; en las pálidas mejillas, la ambición y el cansancio dejaron dos arrugas profundas; los ojos, aleccionados por las traiciones que habrán visto, son tranquilos y sagaces. Le miro, y mi esfuerzo, cuya intención él sospecha, le hace sonreir; es como esos viejos retratos italianos que no hablan y saben muchas cosas. Al fin, desisto de mi empeño. ¿Para qué seguir? Nunca descenderemos al fondo de esas almas retraídas que ponen todo su cuidado en ser impenetrables.

Marcelo Prévost tiene concluída la carrera de ingeniero; desde niño fué un estudiante aplicado, pundonoroso, inflexible en el cumplimiento de su deber. En *El escorpión*, su primera novela, se retrata á sí mismo en la figura episódica del periodista Moriceau. Después publicó *Chonchette*, *La señorita Jaufre* y *La prima Laura*, libros que ya atestiguaban, de



Marcelo Prévost en el jardín de su casa de París (de fotografía de Beranger)

modo decisivo, el pujante y lozano talento del joven escritor.

Estos esfuerzos, no obstante, pasaron casi inadvertidos. Prévost, tenaz como todos los elegidos de la victoria, no se desanimó y siguió trabajando, y á los treinta años triunfaba con su novela *Confesión de un amante*.

Las confesiones de Federico, cuyos primeros años se deslizaron sin emociones, en una casa triste «habitada por tres ausentes del mundo, dos mujeres y un niño,» forman un poemita delicioso, bañado en las incertidumbres, apasionadas y tristes, de la juventud primera.

Creo, sin embargo, que *Confesión de un amante* es un libro falso, porque la mansedumbre de dos ancianas devotas y una educación religiosa no bastan á destruir el amor-pasión, impuesto á un joven fuerte y sano físicamente, por el ejemplo de su amigo íntimo y por la herencia. Federico es *un raro*. ¿Por qué no quiere á María-Teresa? ¿Por qué abandona á Valentina? . El mismo autor parece adivinarlo así, cuando María-Teresa, ya moribunda, pregunta al ingrato: «¿Con qué arcilla fuiste amasado, tú, á quien el más violento amor que pudo darte una mujer no te enseñó á amar?»

Federico, luego de repartir pródigamente ese daño lento, venenoso, incurable, que sólo saben hacer los débiles, exclama en aquella página que concluye el libro y donde se despide de su aborrecible pasado: «Más allá del roto horizonte de mis años sentimentales, vislumbro un campo sin límites, abierto á la piedad activa, al esfuerzo útil...»

¿Qué quiere decirnos el autor? ¿A qué filantrópicos ideales alude? ¿Acaso, haciendo dichosa á *una* mujer, no realizamos el bien?.. «Para justificar la existencia de un alma—he dicho yo en alguna parte —basta con que esa alma salve á otra.» Haciéndolo así, dividiéndonos todos, según las circunstancias, en redentores y redimidos, la humanidad sería salva.

Posteriormente, Marcelo Prévost ha publicado *Cartas á Francisca*, donde estudia la educación fe-

menina, sosteniendo que la ignorancia de las doncellas suele ser más tarde fuente de disgustos matrimoniales, y que, por tanto, las mujeres deben llegar al matrimonio sabiendo á qué se obligan y sus deberes de esposas y de madres. También citaré sus libros *El jardín secreto, El otoño de una mujer* y *Las vírgenes fuertes,* novela que bien claramente demuestra cómo su autor no tiene confianza en el triunfo del feminismo. En vano la mujer querrá independizarse y vivir separada de nosotros; la soledad espanta. Además, como dice Bourget, hay momentos «en que todas las diferencias de la educación y del carácter desaparecen ante el imperio inevitable de las leyes del sexo.»

Prévost, cual la mayor parte de los grandes escritores franceses, es «un ordenado,» para quien no hay felicidad fuera del matrimonio, el trabajo y el cotidiano cumplimiento de nuestros deberes. El método que sigue en el planeamiento de sus obras siempre es idéntico. Lo primero que necesita es la idea, eje ó columna dorsal, llamémosla así, del libro; luego, alrededor de esta idea matriz van agrupándose otras ideas secundarias, cada una de las cuales encarnará en un personaje diferente.

Prévost me lleva á su cuarto de trabajo; una habitación que parece pequeña, porque la mesa donde el maestro escribe es muy grande. Allí veo sus cuartillas llenas de renglones iguales, sin trazos fuertes, plagadas de tachaduras regulares, que expresan la labor metódica de un espíritu robusto, equilibrado y celoso fanático del estilo. Las cuartillas que Prévost envía á la imprenta siempre van escritas á máquina.

—Es mi señora, dice, quien se ocupa de eso.

Este detalle merece consignarse: Prévost no es de esos autores nerviosos que luchan con su manuscrito hasta el último momento, pareciéndoles siempre que algo le falta: Prévost no siente esa fiebre; ¡tanto mejor para él! Yo me acuerdo de Flaubert, yendo á la imprenta á media noche para enmendar la colocación de una coma...

Recientemente Marcelo Prévost ha sido nombrado, junto con Hervieu y Brieux, individuo de la comisión magna encargada de estudiar la reforma del Código civil francés. El gobierno ha entendido que hay capítulos del mismo en que la intervención de la literatura, sobre todo de esa literatura que estudia el alma humana y llega hasta lo más hondo de la misma, puede ser no sólo conveniente, sino necesaria, y en este concepto la designación de Prévost es sumamente acertada.

Marcelo Prévost, á pesar de su robustez física, tiene el ademán apacible; para él no puede haber felicidad donde no hay indulgencia; todos somos flacos y pecadores; todos, por tanto, debemos perdonar aunque sólo sea por el interés de ser perdonados. Amemos, olvidemos los ajenos errores, huyamos de la inflexibilidad seca y odiosa: «en el fondo de toda felicidad—añade amargamente—siempre hay un poco de cobardía...»

Prévost me invita á almorzar; yo rehuso; él ríe refiriendo anécdotas de bastidores, y su risa alegre y la franqueza de su gesto inspiran amistad: sus cejas y sus ojos, no obstante, permanecen inalterables..., y vuelvo á creer que su contento es postizo y que aquel hombre, después que yo me marche, ha de quedarse muy serio.

Mas ¿por qué no sería feliz si lo tiene todo, hasta el propósito de no estar triste? Juventud, robustez, dinero, una casa en París y un lindo renombre conquistado en París... Con eso, nada más, cuenta Marcelo Prévost para ser dichoso.

EDUARDO ZAMACOIS.



Estudio, por Federico Sandys (reproducción autorizada por M. Harold Hartley)

Hablando de este célebre artista inglés, ha dicho un notable crítico en una de las más importantes revistas de Londres: «En sus obras, altamente inspiradas, se combinan admirablemente la majestuosa belleza con la gracia delicada, el vigor trágico con el encanto poético, la emoción intensa con el reposo monumental. Sus dibujos y sus cuadros al óleo son trabajos acabados que demuestran un dominio absoluto de la técnica.»



Una desgracia, dibujo de † José Jiménez Aranda

A modo de póstumo homenaje de afectuosa consideración publicamos este apunte del que fué notable artista y cumplido caballero. Sus obras todas llevan impreso el sello de su personalidad, cuya característica fué la seguridad en el trazo y la exactitud del colorido, sin incurrir en el menor de los efectismos. Su nombre respetado figura dignamente entre el de aquellos pintores que han contribuído á enaltecer el arte patrio.



UNA HECHURA DE SATANÁS, cuadro de Aquiles Fould

LA HUCHA

Luis Ortega Martinón, á quien llamábamos los camaradas *Martinoni*, corrompiéndole el apellido y convirtiéndoselo en apodo, no sé por qué, por instintivo impulso quizás, érase criatura díscola, impertinente, altanera y en toda maña precoz.

Cuando todavía distraen al niño el trompo y la pelota, en la edad feliz en que empiezan á manifestarse las inclinaciones del hombre, solía *Martinoni* jugar muy de uvas á peras con nosotros, y siempre para promover disputas, si no era que organizaba partidas de bandoleros y patrullas de guardia civil. Quedábase él indefectiblemente con el cargo de capitán de bandidos, y escogía los más traviesos y forzudos, los que contaban con una hoja de servicios, en punto á dar trompicones, inmejorable; los representantes del orden, del derecho constituído, viéraislos cortos en número y endebles de naturaleza: si no seres raquíticos, almas bonísimas y flacas musculaturas; con lo que excuso añadir sobre qué espaldas caían los palos, y cuál era la moraleja de la persecución.

Concluyeron estas hazañas de un modo trágico: los débiles, terrible irrisión de la fuerza armada, puesto que no podían contar ni con la de sus puños, imaginaron á la postre una astucia primitiva, la de valerse de piedras en guisa de proyectiles; y si este recurso supremo ahuyentó por lo pronto á los facinerosos, no fué sin la fuga consiguiente de sus perseguidores, quienes creyeron oportuno refugiarse en casa, contentándose con las primicias de la victoria.

Martinoni dejó, como buen diplomático, pasar tiempo, y á la fin organizó sobre seguro la batalla, de forma que aceptaron sus huestes la pedrea rechazándola con tiradores de goma y á perdigonazo limpio: hubo infinidad de contusiones y descalabraduras y un ojo saltado; y aunque no tomó el juez del partido cartas en el asunto, las correas paternales aplicaron el código con inexorable severidad. Salió *Martinoni* del trance aquel con el máximum de pena.

Muchos meses después tropecéme con Luisillo (nunca le llamé yo *Martinoni)* de vueltas de mi habitual paseo á la playa; era una tarde tristona, de celaje plomizo, sucio, de ambiente frío, con aires de tempestad. Desatóse la llovizna, y para resguardarnos de aquel calabobos que azotaba con guante de heladas y sutiles puntas, metímonos bajo los pórticos del Mercado principal. En breve la cerrazón fué completa, y el aire húmedo, agitándose en remolinos de contrarias corrientes, introdujo á diestro y siniestro algunas gruesas gotas. Iluminó un relámpago la lobreguez del horizonte y atronó la atmósfera una descarga horrísona.

—¡Qué tarde!, dijo *Martinoni* frotándose las manos. ¡Si supieras lo que me gustan estos días! Chico, aborrezco el sol.

—Y que por las trazas va á diluviar de firme; ¿no te parece que debiéramos irnos á casita?, repuse.

—¡A casa! Se me cae la casa encima, y en horas así más. Donde vamos ahora mismito es al café. ¡Se está poco bien junto á una mesa cuando llueve, oyendo como azota el agua los vidrios y empañada por el humo del tabaco la luz!



Conflicto franco-venezolano. – El presidente de la República de Venezuela Sr. Castro y su gabinete (De fotografía de «Photo-Nouvelles.») (Véase la *Revista hispano-americana*, que publicamos en la página 218.)

Entramos en el café del Siglo, á dos dedos de nuestro refugio, no sin que tuviéramos que subirnos las solapas y encasquetarnos la boina, y correr á todo el correr de nuestras piernas saltando baches como lagunas.

—Ya somos hombrecitos, díjome una vez sentados. Tú estás en el Instituto; yo iré pronto á la capital, porque mi padre piensa dedicarme al comercio; se acabaron los juegos infantiles... ¡Mozo! ¡Mozo!

Acudió Juan al estruendo de las voces y palmadas.

—¡Cigarros!, gritó mi amigo.

—No fumo aún, indiquéle rechazando el puro que me ofrecía.

—¡Aún! Siempre seréis pobres de espíritu, contestó haciendo una mueca burlona. La vida es un soplo, y hay que saber aprovecharla desde muy temprano; luego envejece uno sin sentir. Oye, ¿tampoco tienes novia?

—Tampoco.

—Yo, tanto como novia... La chiquilla del sacristán, ¿qué te parece? Está regordeta; sus ojos son negros, negrísimos. ¡Y luego aquella boca tan encarnada! ¿Qué te parece? ¿Te gusta, di? Huele..., no sé á lo que huele..., no á incienso, no; cuando estoy á su lado me marea; me pongo á olfatear su pelito obscuro y su ropa. El otro día le dí un beso y un pellizco y se me enfadó. ¡Burra!

Cuando anochecido y en momento en que amainaba el aguacero fué posible aprovechar un claro, llamó, sacóse un duro del bolsillo, brincólo ruidosa y petulantemente sobre la mesa, y recogió el cambio con soberano desdén. Sin explicarme el motivo, aparte de la sorpresa causóme aquello terrible sensación de angustia. Ya en la calle, le pregunté:

—¿Quién te ha dado ese dinero?

—¡Dado! ¡Quita allá, tonto! Pero es mío, bien mío, porque mis sudores me cuesta cogerlo. Mis hermanitos tienen una hucha, y en ella meten cuanto recogen: moneditas de cobre, moneditas de plata. El otro día estuvo en casa el padrino de Fermінín y le dió un duro; padre, para que viese aquél las gracias de su ahijado, díjole: «Ponlo en la hucha...» Y yo con las puntas de las tijeras, después de una hora larga..., ¿comprendes?

Me dió un apretón de manos y se fué acera adelante, silbando un estribillo de la época.

Tiempo andando, ofrecióseme coyuntura de hacer una visita al penal de Cartagena, y no en calidad de detenido, naturalmente. El director, persona cortés y fina, mostróme todas aquellas cuadras húmedas que rezumaban cieno y podre por sus cuatro costados; todos aquellos despojos infelices de una sociedad de analfabetos, almas obscurísimas, condenadas á vivir en ambiente irrespirable sin esperanza de redención. Confieso que salía con vehementes deseos de orearme al sol, al aire libre, cuando antes de trasponer el último rastrillo detúvome una voz pronunciando mi nombre. Volvíme con más pesadumbre que ansia curiosa, ¡y cuál no sería mi asombro viéndome enfrente vestido de galeote á Ortega, al *Martinoni* de nuestros juegos y travesuras!



Venezuela. – Guardia de corps del presidente Sr. Castro. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

—¿Tú, Luisillo, tú?, exclamé con acento indefinible.

—Yo, sí, me contestó. No me recomiendes, estoy bien; observo buena conducta, y en oficinas me chupo una vida de príncipe. Sabía que te hallabas en la ciudad, y con influencia; ya como ves, no te he molestado; pero ya que has venido á *vernos*...

—¿Qué has hecho, tonto?, interrumpíle.

—¿Recuerdas aquella tarde de lluvia, aquella hermosa tarde que empezó en llovizna y terminó en diluvio? Como te dije entonces, mi padre me destinaba al comercio, y entré en una de las casas de banca principales. Nombráronme cajero no hace mucho. ¿Recuerdas también de aquel duro, sacado con tijeras de la hucha que tenían mis hermanillos? ¡Qué pobre con la caja repleta de billetes, de plata, de oro, confiada á mi intervención! ¡Esta sí que era hucha, amigo mío, esta sí que era hucha! Sólo que el desbancar la primera no me costó más que una paliza de las de órdago, y el meter mano en la segunda..., ¡ya ves! ¡Catorce años y un día!—J. F. Luján.



El general Dragomirof, consejero militar del tsar



El general Linievitch, nuevo general en jefe



El general Sukhomlinof, nuevo jefe del estado mayor

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La retirada de los rusos ha proseguido durante estos últimos días ordenadamente y el avance de los japoneses es muy lento, según lo demuestra el hecho de que, habiendo entrado el día 10 de marzo en Mukden, el 25 se hallaban todavía en Chuan-Miao-Tse, población distante 160 kilometros de aquella ciudad, y cada vez más separados de la retaguardia enemiga. Ésta ha rechazado con éxito todos los ataques que contra ella se han dirigido, protegiendo admirablemente la retirada del grueso del ejército.

La lentitud del movimiento de los japoneses se explica perfectamente, porque á medida que éstos avanzan encuentran mayores dificultades para aprovisionarse, puesto que los rusos al retirarse van destruyendo el ferrocarril transmandchuriano. Un telegrama de Tokío expresa claramente esta situación: «Los japoneses, dice, continúan persiguiendo de cerca á la retaguardia de Linievitch; pero los desperfectos causados en los puentes dificultan su avance y motivarán un retraso suficiente quizás para permitir á los rusos que se concentren de nuevo, que reciban refuerzos, que se reorganicen parcialmente y que construyan trabajos de defensa en Tchen-Tchung y en Kirin.»

El ejército ruso se encuentra, por consiguiente, en la actualidad fuera del alcance de su adversario. Según despachos particulares, las tropas se retiran divididas en seis columnas que utilizan los caminos paralelos á la vía férrea. El descanso de tres días en Tieling les permitió reorganizarse y reponerse de las terribles fatigas sufridas desde el 1.° de marzo, y á partir de aquel momento, la marcha se ha realizado en el mayor orden y con relativa rapidez.

El cuartel general ruso está actualmente en Guntchuline, importante estación del ferrocarril situada á 235 kilómetros al Norte de Mukden; allí se han instalado grandes hospitales de evacuación y se ha organizado un inmenso campamento; allí también desembarcan las tropas que continuamente llegan de Europa y que son en seguida enviadas al Sur para relevar á las fuerzas de la retaguardia, que están completamente extenuadas. Los rusos confían en que el próximo deshielo habrá de hacer singularmente difícil la persecución.

Todo permite, pues, esperar que comienza ahora un largo período de calma, como ha ocurrido después de todas las grandes batallas hasta aquí libradas, y que ha de transcurrir mucho tiempo antes de que se produzca un nuevo choque entre los beligerantes.



Guerra ruso-japonesa. – La calle principal de Kharbin

Durante algunos días se ha dicho que el mariscal Oyama preparaba un gran movimiento envolvente, por medio del cual, mientras su ala izquierda trataría de llegar al ferrocarril, al Oeste de Kharbin, su ala derecha marcharía sobre Kirin y desde allí sobre Vladivostok; pero hasta ahora nada ha venido á confirmar estos rumores. Por otra parte, dado lo enorme de las distancias que habría que recorrer y dado además el pésimo estado de los caminos, bien puede asegurarse que, aun en el caso de que el generalísimo japonés se propusiera llevar á cabo tal movimiento, la realización de éste exigiría mucho tiempo.

Según el corresponsal del *Daily Telegraph* en Tokío, los japoneses hicieron en la batalla de Mukden 39.500 prisioneros, y calculan que las bajas de los rusos en aquella acción fueron 26.000 muertos y 60.000 heridos. Esta última cifra es muy superior á la que dan los rusos; en efecto, el general Trepof, director del servicio de sanidad de los ejércitos rusos de Mandchuria, dice que del 25 de febrero al 15 de marzo fueron enviados á Kharbin 47.000 heridos y enfermos. Aceptando este último dato y considerando exacto el número de prisioneros y muertos que dan los japoneses, resulta que las pérdidas totales de los rusos en la citada batalla fueron de unos 110.000 hombres. Los japoneses dicen que las suyas no pasaron de 52.000 muertos y heridos; pero sabido es que desde los comienzos de la guerra nunca ha sido posible conocer de un modo cierto las bajas por ellos experimentadas.

Y ya que hablamos de bajas, reproduciremos algunos datos, que nos parecen curiosos, sobre las que han tenido los beligerantes durante el año 1904.

Un documento oficial redactado por el antes citado general Trepof dice que desde el comienzo de la guerra hasta el 14 de enero de este año ingresaron en las ambulancias de la Mandchuria, como heridos ó enfermos, 4.018 oficiales y 126.421 soldados, de los cuales fallecieron á consecuencia de sus heridas ó hubieron de ser repatriados como inútiles 1.336 oficiales y 29.822 soldados, y pudieron volver á las filas 1.896 de los primeros y 75.831 de los segundos: el resto estaba todavía en tratamiento en los hospitales del teatro de la guerra en 14 de enero del año actual. Estas cifras, sin embargo, sólo se refieren á los hombres que pasaron por las ambulancias de la Mandchuria; de modo que para conocer el valor total de las pérdidas rusas hay que añadir el número de los muertos en el campo de batalla y el de las bajas de la guarnición de Puerto Arthur. Procediendo de esta suerte, se llega á los totales siguientes: 2.924 oficiales, de ellos 757 muertos y 938 prisioneros; y 94.686 soldados, de ellos 42 273 muertos y 26.941 prisioneros.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Los japoneses á orillas del Khun-Ho después del ataque de Hei-Kon-Tai. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

El interés de esta fotografía está en la imagen que nos da del paisaje en donde se han desarrollado los últimos sucesos de la guerra. El invierno con sus crudezas y sus rigores excepcionales ha imperado hasta ahora en absoluto en las regiones mandchurianas: la nieve ha cubierto la tierra con una espesa y durísima capa; el hielo ha solidificado la superficie de los ríos, y en todas partes no hay sino desolación y tristeza. En estas condiciones se han batido los dos ejércitos, dando uno y otro pruebas elocuentes de un valor y una resistencia admirables.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Entierro de un prisionero ruso en Matsushima. (De fotografía.)

Los prisioneros rusos son conducidos á diversos puntos del Japón, uno de los cuales, y de los más importantes, es Matsushima, isla situada cerca de la costa oriental de aquel imperio. La fotografía que reproducimos representa la conmovedora ceremonia del entierro de un prisionero ruso, muerto lejos de su patria y rodeado únicamente de sus compañeros de cautiverio: varios japoneses presencian el paso de la fúnebre comitiva, siendo de notar el detalle de que ninguno de ellos se descubre ante el paso del cadáver; tal vez sea esta la manera que tienen los nipones de mostrar su respeto á los muertos.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Combate de Sandepú. Los soldados rusos pidiendo al general Grippenberg que les dé orden de avanzar.

(Dibujo de F. Matania.)

En nuestras crónicas de los números 1.206 y siguientes nos ocupamos detalladamente del combate de Sandepú, que empezó el 25 de enero y terminó el 29, y de sus consecuencias. Causas que no se han hecho públicas movieron al general Grippenberg á atacar el ala izquierda japonesa, emprendiendo un movimiento de avance que no entraba en los propósitos de Kuropatkine. Este ordenó la retirada, cuando las fuerzas por aquel mandadas creían poder infligir al enemigo una tremenda derrota: los soldados, entonces, pidieron, según parece, á Grippenberg que en vez de retirarse les mandara avanzar; pero el general cumplió la orden del generalísimo. Sabido es que, á consecuencia de este combate, Grippenberg fué llamado á Rusia y destituído.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Método de ataque japonés en pequeños destacamentos, denominado «movimiento encubierto.»

Japoneses atacando por este método una posición rusa. (De fotografía.)

Este método consiste en atacar las líneas enemigas en pequeños destacamentos de doce á veinte hombres, á cada uno de los cuales se les señala como objetivo un punto especial de aquéllas. Los soldados, tirando las mochilas, avanzan sin orden regular procurando cada cual llegar lo más pronto posible á su meta; se adelantan con ímpetu, descansando á ratos para tomar alientos, y sin disparar un tiro y resguardándose con todos los accidentes del terreno, llegan hasta 100 metros de la posición rusa. Entonces el batallón se concentra y se lanza á la bayoneta contra las fuerzas enemigas.

En cuanto á los japoneses, según los cálculos hechos por los corresponsales más moderados que siguen las operaciones en los ejércitos nipones, las pérdidas totales se elevaron en 1904 á 2.500 oficiales y 90.000 soldados.

El corresponsal del *Novoie Vremia* ha telegrafiado que el general Kuropatkine fué objeto de una verdadera ovación cuando salió de Kharbin para dirigirse á Rusia. Los soldados lanzaban hurras en honor del que hasta entonces había sido su general en jefe y se despedían de él con las más cariñosas demostraciones. Más grandiosa todavía fué la que se le tributó al regresar á Guntchuline para encargarse del mando del primer ejército.

El propio corresponsal dice que el general Linievitch ha comenzado á reducir los estados mayores y las diversas administraciones agregadas al generalísimo.—R.

JULIO VERNE

A la edad de setenta y siete años ha fallecido en Amiens, en donde residía desde la guerra franco-prusiana y de cuyo Consejo municipal formaba parte, el eminente novelista cuyas obras



El eminente novelista francés Julio Verne,
fallecido en Amiens en 24 de marzo último

han sido durante tantos años motivo de deleite y fuente de conocimientos de la juventud de casi todo el mundo.

Había nacido en Nantes en 1828, y una vez terminados allí sus estudios, trasladóse á París para cursar la carrera de Derecho. A los veintidós años debutaba como escritor con una pieza en un acto, *Les pailles rompues*, que se representó en el Vaudeville, escribiendo luego, en colaboración con Miguel Carré, varios libretos de óperas cómicas. En 1862 publicó en el *Magasin d'education et de récréation* de Hetzel su primera novela, *Cinco semanas en globo*, que tuvo un éxito extraordinario y con la cual creaba un género nuevo, la novela científica y geográfica.

Desde entonces, su fama quedó asentada sobre sólida base y fué creciendo y extendiéndose rápidamente con sus posteriores producciones que, apenas salidas en Francia, eran traducidas á todos los idiomas y, más que leídas, devoradas en todas las partes del mundo.

Con maravillosa inventiva y á veces con proféticas intuiciones no sólo transformaba en verdaderas novelas los descubrimientos de la ciencia, sino que se anticipaba en algunas ocasiones á estos descubrimientos formulando atrevidas hipótesis, sentando principios, paradógicos en apariencia, que luego se convertían en realidades. De muchas de sus obras puede decirse que fueron el embrión de donde salieron portentosos inventos, la chispa que hizo surgir la luz en la mente de muchos sabios, la indicación siguiendo la cual llegaron los hombres de ciencia á encontrar lo que encerrados en su estudio ó en su laboratorio no habrían quizás vislumbrado siquiera.

Pero aún hizo más: adornando con las galas de su imaginación las arideces científicas; convirtiendo los más arduos problemas en amenas é interesantes narraciones, hizo que se familiarizaran con todas las ciencias naturales aquellos mismos que menos inclinados fueran á ellas; y quién sabe si más de una celebridad de nuestros días sintió despertarse las aficiones que decidieron de su porvenir, leyendo las deliciosas aventuras de alguno de los héroes de Julio Verne.

Las cualidades que caracterizaron al ilustre novelista fueron: una poderosa inventiva para variar y dramatizar los asuntos; un gran talento de observación y un espíritu extremadamente lógico para escoger los personajes apropiados á la acción y para hacerles figurar en ella sosteniendo su carácter al través de todas las peripecias é incidentes; una habilidad especial para describir, y unos conocimientos científicos nada comunes.

Antes de desarrollar la obra que había imaginado, y una vez trazado el plan de la misma, Julio Verne se procuraba todos los libros técnicos relativos al lugar en donde la acción había de desenvolverse y al asunto científico que constituía el tema capital de la misma, y no cogía la pluma hasta que se había empapado bien en todo ello.

La lista de sus novelas es inmensa. Citaremos como más notables: *Cinco semanas en globo*, *Viaje al centro de la tierra*, *De la tierra á la luna*, *Alrededor de la luna*, *Los hijos del capitán Grant*, *Los ingleses en el polo Norte*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Una ciudad flotante*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el Africa austral*, *El doctor Ox*, *Miguel Strogoff*, *Un capitán de quince años*, *Los quinientos millones de la princesa*, *Las tribulaciones de un chino en China*, *La Jangada*, *Kerabán el Testarudo*, *El archipiélago de fuego*, *El país de los diamantes*, *Norte contra Sur*, *El secreto de Mastón*, *César Cascabel*, *Maravillosas aventuras de Antifer*, etcétera. Además escribió una Geografía ilustrada de Francia en colaboración con Lavallée; con Dennery, *La vuelta al mundo en ochenta días*, drama en cinco actos y 15 cuadros, *Los hijos del capitán Grtnt*, en cinco actos, *Miguel Strogoff*, también en cinco, y *Viaje á través de lo imposible*, en tres; con Burnach, *Matías Sandorff*, en cinco actos; y solo, la comedia *Kerabán el Testarudo*.

El mejor elogio que de las obras de Julio Verne puede hacerse es que mientras él ha seguido imperturbable el camino que desde su principio se trazara, viendo sus novelas acogidas con el mismo entusiasmo en todas partes, han nacido y muerto otras escuelas que sólo por un tiempo relativamente breve gozaron del favor del público.

HUBERT DE BLANCK

El artista á quien se debe la fundación del primer Conservatorio de Música de la Habana, y cuya biografía vamos á escribir en breves líneas, nació en la ciudad de Utrecht, Holanda, el día 11 de junio del año de 1856. Recibió de su padre las primeras lecciones de música, que luego perfeccionó en el Conservatorio de Lieja, bajo la dirección de los profesores Dupuy y Le Dent, obteniendo el segundo premio de piano y una subvención del Estado belga.

A los diez y siete años de edad fué escriturado por el conocido empresario M. Sauvlet para efectuar una gira artística por varias ciudades del imperio ruso y pasar luego con el mismo objeto á Suecia y Alemania, y á los diez y nueve fué nombrado director de orquesta del teatro «El Dorado,» de Varsovia, puesto que desempeñó hasta 1875, en que en unión del célebre violinista M. Eugenio Dangremont comenzó una *tournée* artística por Alemania y Dinamarca, que le proporcionó grandes triunfos.

Terminada la excursión, se embarcaron ambos artistas para la América del Sur, llegando á Río Janeiro en abril del año 1880. En la entonces corte de D. Pedro II fueron recibidos con general aplauso y colmados de elogios por toda la prensa. Volvió Blanck á Europa en el mes de octubre, dirigiéndose á Dresde. Allí fué invitado á tomar parte en una gran fiesta musical efectuada en el palacio del rey de Sajonia, quien al terminar la velada regaló al artista una magnífica sortija de brillantes.

Embarcó después para los Estados Unidos, en donde fué nombrado profesor de piano en el «College of Music» de Nueva York.

Deseoso de conocer la isla de Cuba, fué Blanck á la Habana en el mes de enero de 1882, y dió allí varios conciertos con éxito extraordinario.

Una vez satisfecho el objeto de su viaje, regresó Hubert de Blanck á Nueva York, donde permaneció ocupado de sus clases y tomando parte en un gran número de conciertos, hasta que en 1883 se estableció en la Habana, y á poco de encontrarse en aquella ciudad concibió el dichoso pensamiento de establecer en la misma un Conservatorio de Música, que gracias á su inteligencia, perseverancia y prestigio personal pudo inaugurar el 1.° de octubre de 1885, en medio de los aplausos y celebraciones de la prensa periódica y de cuantos realmente se interesaban por la prosperidad de este país. La opinión pública acogió con grandísima simpatía la nueva institución, que de entonces á la fecha ha venido creciendo incesantemente en valor é importancia.

El Sr. Hubert de Blanck fué reducido á prisión el día 6 de septiembre del año de 1896 por pertenecer á la Junta Revolu-



El Sr. Hubert de Blanck,
fundador del primer Conservatorio de Música de la Habana

cionaria de la Habana, siendo expatriado por orden del entonces capitán general D. Valeriano Weyler.

A su vuelta á la isla abrió de nuevo el Conservatorio fundado en 1885, con la denominación de Conservatorio Nacional, el cual, considerado como una institución privada, es uno de los centros más importantes de América, pues sus alumnos se esparcen por el mundo entero; varios son los que han estudiado en esa institución y han recibido premios y notas de sobresaliente en el Conservatorio de Madrid; en México, París y en los Estados Unidos existen profesores distinguidos que han sido alumnos de esta institución.

El Sr. Hubert de Blanck es hoy una de las figuras más importantes que viven en Cuba dentro del campo artístico; es un pianista de grandes facultades y como compositor merece especial atención. La influencia de este artista es indiscutible, y ha tenido la paciencia y perseverancia de unificar la enseñanza de su escuela en toda la isla de Cuba por medio de Academias é Institutos de Música incorporados al Conservatorio Nacional, los cuales se han organizado y funcionan bajo la inmediata inspección de Blanck; estas instituciones se encuentran establecidas en Matanzas, Santa Clara, Cárdenas, Sagua la Grande, Sancti Spiritus, Cienfuegos y Camagüey.—C.



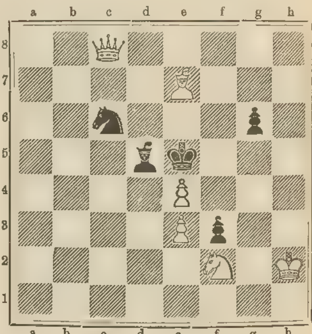
El eminente actor francés Coquelin, mayor,
en su nuevo papel de *Scarron*, de la obra del mismo título
de Cátulo Mendes

La primera representación de *Scarron*, comedia trágica en cinco actos y en verso de Cátulo Mendes, en el teatro de la Gaité, en París, ha sido el acontecimiento teatral de la última semana en la capital de Francia. El gran actor Coquelin, mayor, ha dicho hablando de esta obra: «Mi papel en ella es admirable.» Y á su vez Cátulo Mendes ha dicho, refiriéndose á Coquelin: «Mi intérprete es prodigioso.» Estas dos frases son la mejor alabanza, así de la obra como de su principal intérprete.

AJEDREZ

Problema número 381, por J. Pilnacek.

Negras (5 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 380, por O. Blumenthal.

Blancas.	Negras.
1. D b 1 – h 7	1. Cualquiera.
2. d 7 – d 8 (D) ó A mate.	



Vi venir por la acera de enfrente á Luciano en compañía de una joven

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Y yo he dicho á papá, añadió la niña, que no podías tardar mucho, porque nos habías prestado el coche á Fraulein y á mí.

¿Le advertía su precoz instinto que debía asociarse á la explicación de su padre? Éste le hizo una caricia, como para darle las gracias por su apoyo, mientras la madre, por un sentimiento no menos natural y para indicar que no tenía nada que ocultar en aquella enseñanza de su hija, respondió á su marido:

—Me alegro de que hayas aprovechado la ocasión para examinar sus lecciones. Ya habrás visto sus progresos en el estilo.

—Sí, dijo secamente el padre, y añadió levantándose: Puesto que estás ahí, vamos á dejarla para que siga trabajando. La estoy distrayendo hace un cuarto de hora y es demasiado...

—Tiempo tengo, exclamó Juana; todas mis lecciones están al corriente...

—Cuando se trata de los análisis de doctrina cristiana, insistió la institutriz, despacha pronto todo lo demás para quedarse más libre. Es lo que más le gusta...

La torpe Fraulein dió un beso á la niña al pronunciar ese elogio, y no advirtió que su observación había ensombrecido los ojos del padre y angustiado los de la madre. Ni el uno ni el otro respondieron; pero, apenas estuvieron en la escalera, el marido tomó pretexto de aquella imprudente frase. Las palabras «análisis de doctrina cristiana» le habían irritado y producido la sensación, siempre dolorosa para él, de un mundo distinto al lado del suyo y en el que el honor le obligaba á consentir que su hija se educara.

—Ya has visto, dijo, volviendo á su justificación de un momento antes, que no hacía á Juana ninguna observación sobre el fondo de su trabajo... ¡Y sin embargo!.. Pero un compromiso aceptado no se discute; se cumple... Continúo pensando, con todo, que tenía yo razón en mis objeciones cuando me pediste esta promesa antes de casarnos. No se ve en la práctica religiosa más que una mecánica cómoda de costumbres morales. Se la adopta por rutina y para evitar las dificultades que ofrece el establecimiento de una joven fuera de toda Iglesia... y se arriesga el desarrollar después la peligrosa propensión al misticismo... Ya has oído á la institutriz y has visto que ya crece en esa niña el gusto de las emociones religiosas. Lo que te digo no es un reproche, sino una invitación á la vigilancia: no permitas que vaya demasiado lejos por este camino. Adviérteselo á esa buena señorita Schultze. Puesto que queríamos una institutriz alemana, hubiéramos debido tomar una protestante que sirviera de contrapeso... Repito que no es un reproche. Piensa solamente en el porvenir y en las luchas que tendríamos que sostener si, pensando como pensamos, Juana se exaltase demasiado en el sentido contrario.

—La institutriz ha exagerado..., respondió Gabriela.

Su corazón había latido cuando Alberto dijo «como pensamos,» pues en eso estaba resumido el equívoco en que su unión descansaba hacía tantos días. Siempre que su marido le hablaba de aquel modo, el terror de la discusión inmediata paralizaba en ella la fuerza de afirmación, como le pasó esta vez.

—Juana, añadió, no es más aplicada para ese trabajo que para los demás, pero este es el único en que estudia con otras niñas y su amor propio está excitado.

Cuando otras veces empleaba esos subterfugios, experimentaba esa mezcla de alivio y de vergüenza tan propia de la timidez. Pero entonces estaba muy reciente su visita al padre Euvrard, y las palabras del apóstol, «*confesar de boca lo que se cree*...,» resonaron de repente en su pensamiento. El remordimiento se apoderó de ella, pero pronto le sucedió un sobresalto de sorpresa al oir que Alberto respondía:

—Debes de tener razón, puesto que observas á Juana más de cerca que yo... Además, fundados ó no mis temores, se refieren al porvenir, mientras que las cosas que tengo que decirte interesan al presente... Prepárate á tener valor, querida amiga... He vuelto antes que de costumbre y he querido verte en seguida porque se ha producido un hecho grave del que debes ser informada, y por mí. Acabo de tener con Luciano, en mi oficina, una explicación violentísima.

—¿Con Luciano?, repitió la madre.

Había entrado en el despacho de Alberto, y Gabriela se dejó caer en un sillón temblando con todo su cuerpo. Era una coincidencia del azar que tal revelación se produjese en aquel momento, después de lo que había oído en la calle de Servandoni. ¿Cómo no iba á ver en ella el preludio de la expiación que tanto había querido conjurar? Y si se equivocaba considerando como acto especial de una voluntad particular un suceso que no era más que «la lógica de su vida,» como había dicho el sacerdote geómetra, ¿no tenía razón de temblar ante el funcionamiento de aquella inevitable y misteriosa potencia que saca todos los efectos de todas las causas y que nos castiga de todos nuestros errores por el simple juego de sus consecuencias?

—Sí, con Luciano, respondió Alberto, que se hallaba también en un estado de agitación mal disimulada y muy extraña en él.

En lugar de sentarse al lado de Gabriela para tranquilizarla, como hubiera hecho en otra ocasión, iba y venía por la pieza, sin mirarla y solamente ocupado en su pensamiento. El decorado de aquella habitación llena de libros y sin más objeto de arte que un gran retrato de cuerpo entero de Gabriela, pintado por el artista titular de la *high-life* del partido oportunista y radical, el soso, pero delicado Máximo Faurel, revelaba las únicas pasiones del politécnico: su mujer y sus ideas.

La acusación contra el hijastro tomaba una extraordinaria gravedad en aquel lugar donde se veía el intransigente rigor de un carácter absolutamente estricto.

—Para que te hagas bien cargo de la situación, dijo tratando de ordenar su confidencia, tengo que ponerte al corriente de una historia de la que hubiera querido no hablarte... Vas á comprender por qué. Yo sabía cuánto habías sufrido cuando consentiste en casarte conmigo, y me dí mi palabra de reparar tu vida pasada en cuanto me fuera posible. Conoces mi gran principio: cumplir á toda costa las palabras que se dan. Es la religión de los que pasamos por no tener ninguna, la más hermosa, la única verdadera, la de la conciencia. Tenías un hijo y adquirí conmigo mismo el compromiso de tratarle en todo como si fuera mío. Así lo he hecho, sin mérito alguno, pues hubiera amado á ese hijo sólo por ser tuyo. Y si, como yo pienso, las convicciones son todo el hombre, puedo realmente llamarle mi hijo, pues yo le he dado las suyas y he modelado sus doctrinas, su modo de sentir, su voluntad... Así lo creía al menos..., rectificó con singular amargura. Digo esto para explicarte que habiendo de tomar una determinación grave respecto de él, te lo haya callado. Me he preguntado cómo se portaría un verdadero padre y me he reconocido con derecho á asumir todas las responsabilidades con todos los deberes. He querido evitarte las repercusiones de una lucha cuyo desenlace no preveía, lo confieso. Perdóname este secreto, que es el primero. ¡Temía tanto que se despertasen en ti ciertos tristes recuerdos!.. Te lo he dicho muchas veces y no he cambiado de opinión: el hombre es lo que su educación le hace ser. La teoría de la herencia omnipotente no es más que un

resto de aquella injusticia organizada que fué la Iglesia... Pero el prejuicio está tan arraigado, que ha llegado á infestar á las inteligencias más resueltamente racionales. Yo mismo he temido siempre encontrar en Luciano la huella de ciertas semejanzas morales y no he querido que participases de ese temor... ¿Me comprendes y me perdonas?..

—Comprendo que me amas y que tienes todas las delicadezas, respondió Gabriela. (Aquella alusión á su primer marido la había hecho estremecerse.) Tengo miedo, dijo. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho Luciano?.. ¡Habla pronto!..

—Estás muy emocionada, mi pobre Gabriela, y como tánto temía yo verte... Serénate. Vamos á considerar con reflexión una dificultad seria, muy seria. Por consecuencia, tengamos calma y apoyémonos en los hechos... El origen de la escena que acaba de estallar entre Luciano y yo remonta al último verano. Recordarás que entonces empezó á faltar á las comidas y que yo traté de calmar tu inquietud recordándote que Luciano tenía veintitrés años y que en las clases encontraría muchos jóvenes de su edad absolutamente libres, con quienes sería peligroso que se comparase, aun estando él sujeto muy cariñosamente. Pero si entonces pensaba todo lo que decía, no decía todo lo que pensaba. Sus ausencias frecuentes y su cambio de humor me inquietaban tanto como á ti. Le veía desinteresarse de nuestra vida y de la de su hermana. Su cuerpo estaba con nosotros, pero su espíritu estaba en otra parte, y no dudé acerca del motivo: sólo la influencia de una mujer puede transformar á un joven tanto y tan pronto...

—¿Crees que está enamorado?, preguntó la madre.

Y en su cara, contraída por la ansiedad, se pintó un sentimiento de alivio que Darrás no observó. De este modo el desacuerdo entre su marido y su hijo no era más que una contrariedad. Las mujeres más puras tienen cierta indulgencia para esos extravíos, y ésta no temía más que los conflictos que pudieran derivarse de su segundo matrimonio.

—Yo también, añadió Gabriela, me había preocupado por su actitud y tenía ciertas aprensiones...

Y añadió con alguna vacilación:

—Temía alguna otra influencia... Tenía miedo de que viese demasiado al Sr. Chambault.

—Luciano no te haría una cosa así..., respondió vivamente Darrás. Por ese lado, al menos, estoy tranquilo. Tengo en mi favor la lealtad con que le hice juez entre nosotros y ese hombre, en cuanto cumplió diez y ocho años. Leyó la sentencia de separación y los alegatos, y está armado contra esa influencia, admitiendo que quisiera ejercerse. ¿Por qué ahora?.. No; está enamorado y de una mujer de la que hay que temerlo todo, todo... ¿Entiendes?.. Pero sigo mi relato. Viendo su cambio y sospechando la causa, traté de interrogarle sobre sus continuas salidas, sin reprochárselas, por supuesto, sobre los amigos que frecuentaba y sobre el empleo de las noches. Le encontré duro y con el corazón cerrado, y esa huída ante mi cariño no me permitió dudar. Sabe mis principios y que no admito el cómodo proverbio que todo se lo perdona á la juventud. Esas flojedades de conciencia son la verguenza de los países católicos y han sido producidas por el confesonario. Hace dos años, cuando Luciano fué á ser soldado, tocamos ese punto y tuve la alegría de ver que pensaba absolutamente como yo. La perniciosa atmósfera del cuartel no le había contagiado al volver. ¡Era entonces tan transparente y abierto para mí!.. El día en que se me cerró comprendí que ocultaba un sentimiento que le hacía ruborizarse y deduje que él también había caído, como tantos otros...

—Entonces debiste advertírmelo, dijo Gabriela.

La frase de su marido contra el confesonario había de nuevo atraído á sus labios una protesta. En su reproche iba envuelta aquella queja que no se atrevía á formular, así como su cariño á los dos hombres cuyo choque iba á hacerla sufrir tanto.

—Una madre, continuó, obtiene de su hijo confianzas que rehusa hasta á su padre. Vuestros caracteres no hubieran chocado... ¡Ah, Alberto, has querido evitarme una pena, y no la hay más grande que saber que habéis sostenido una disputa!.

—Las cosas hubieran pasado lo mismo y tú hubieras sufrido más pronto, respondió Alberto. Además, yo no tenía más que presunciones no comprobadas. Luciano no te hubiera dicho nada, pues esa mujer le ha conquistado bien y él hubiera defendido su secreto. Lo que me ha puesto sobre la pista ha sido la casualidad. Hace cerca de ocho meses que sospecho; pero sólo desde hace seis semanas tengo hechos positivos. Recordarás que, á mediados de febrero, el día en que almorcé en casa de Huard, salí temprano para andar un poco. Tomé el camino más largo á fin de pasar por el Odeón y dar una ojeada á los libros nuevos, y estando en la calle de Racine, vi venir por la acera de enfrente á Luciano en compañía de una joven. Iba tan completamente embebido en la conversación, que no me vió. Los dos se detuvieron á la puerta de un modesto restaurant, que ya existía en mi tiempo, é hicieron ademán de separarse. La muchacha abrió la puerta y pareció que le invitaba á entrar. Luciano miró el reloj, se encogió de hombros y entró. Vacilé un instante con ánimo de volver pies atrás para que no pareciese que le había seguido; pero, después de pensarlo bien, atravesé la calle y miré por los cristales del restaurant. La joven y Luciano estaban sentados juntos en el extremo de una mesa. Si hubiera yo tenido dudas sobre la causa de su cambio de costumbres, las hubiera perdido entonces al ver la expresión apasionada de su mirada. La muchacha estaba de frente y distinguí en ella sus facciones. Sería injusto si no reconociese que no tenía en modo alguno el aspecto de una perdida. Estaba vestida con gran sencillez, pero con gran limpieza. Tenía el sombrero colgado encima de ella. Su cabello es castaño y le lleva recogido por la frente y anudado detrás en una gruesa y corta trenza, como las colegialas, aunque debe tener veinticinco años, si no más. Es delgada, bastante baja, y tiene facciones de gran delicadeza, un poco menudas, con ojos muy obscuros sobre una tez pálida. Esos ojos se volvieron hacia mí un momento y vieron que yo la estaba mirando; pero la joven no pareció cuidarse de eso lo más mínimo y me miró con una indiferencia glacial, que no era, sin embargo, descaro. Aquella mirada me hizo apartar la mía y me marché, temiendo que advirtiera á Luciano, pues me era insoportable que me sorprendiera en una actitud que parecía de espionaje...

—¡Espionaje de ti para él!.., respondió la señora de Darrás; ¿no tienes todos los derechos de un padre, como acabas de decirme? Cuando un padre trata de saber lo que hace su hijo, no es eso espionaje, sino vigilancia...

—He dicho que yo le consideraba como hijo... Pero hay que mirar la verdad de frente: él no me considera como padre. Era ya mayorcito cuando nos casamos, y recordarás con qué prudencia tuve que conquistarle. Lo logré, sin olvidar que era aquel un trabajo un poco artificial y un poco frágil. Acabo de ver hoy cuánta razón tenía.

—¡Pobre amigo!.. ¡Dios mío, hemos pagado ya tan cara nuestra dicha!..

El segundo marido no podía comprender la significación verdadera de aquella exclamación, grito instintivo de un terror supersticioso que crecía en la mujer divorciada desde el principio de la conversación. Estaba Darrás tan poseído de su relato, que continuó:

Por eso me había detenido ante su silencio cuando sólo tenía sospechas. Después de aquel encuentro poseía un elemento más preciso. La fisonomía de aquella joven me había dejado una impresión de verdadero malestar. No era la muchacha perdida del barrio latino que representa una aventura degradante, pero pasajera... En suma, me decidí á hacer las averiguaciones que eran mi deber como marido tuyo. Sabes que soy de los que toman muy en serio los artículos del Código, cuya lectura da al matrimonio civil una solemnidad mucho más grande que las vanas pompas de la Iglesia. El marido debe protección física y moral á su mujer. Yo debía, pues, protegerte contra el peligro moral que pudiera amenazarte en tu hijo, y todo deber supone el derecho de realizarlo. Desde el momento en que Luciano se presentaba en público con aquella mujer, debían de haberle visto otros como yo, y sus relaciones eran seguramente conocidas de sus compañeros. Decidido á saber á qué atenerme, me dirigí precisamente á Huard, que tiene también un hijo estudiando Derecho. Treinta años de una amistad que empezó antes de nuestros estudios en la Escuela Politécnica, me garantizaban que haría por mí lo que yo habría hecho por él. Le comuniqué mis inquietudes, en cuanto estuvimos solos después de almorzar, y le pedí que interrogase francamente á su hijo. Me prometió hacerlo en aquel mismo día. No pudo darme noticias precisas, pero lo que me dijo era de graves consecuencias; vas á juzgarlo. Ernesto Huard manifestó una repugnancia á hablar de Luciano, que probaba lo grave de la situación, y—asómbrate—apoyó su supuesta ignorancia diciendo que Luciano pasaba el tiempo en los hospitales y en las clases de Medicina y no parecía por la Escuela de Derecho. Ernesto se había mostrado sorprendido de esto un día en que se encontraron, y Luciano le anunció su intención de cambiar de carrera y hacerse médico.

—¡Hacerse médico!, repitió la madre. ¡Y nunca nos lo ha dicho!.. ¡Qué locura, cuando con su fortuna y el apoyo de tus amigos, su carrera se presentaba tan fácil y tan hermosa en la diplomacia! Bouteiller no espera más que su examen para llevárselo á su embajada. ¡Médico! ¡Pero eso supone volver á empezar todos sus estudios!.. Además, no veo qué relación puede haber entre esa aberración y la mujer que te preocupa...

—A eso voy, dijo Darrás. El hecho de que hubiera emprendido estudios médicos á espaldas nuestras, me hacía suponer que la persona del restaurant no era extraña á tal determinación, y antes de hacer averiguaciones directas, me decidí á vigilar yo mismo el lugar de la calle de Racine á la hora en que los había visto entrar. Pude observar que Luciano, que falta á almorzar un día sí y otro no, se encontraba allí constantemente con la desconocida, ocupaban el mismo sitio y comían juntos como los vi la primera vez. O más bien, ella comía, pues él apenas tocaba los platos que le servían y no hacía más que mirarla, de un modo... Cuando estuve seguro de que eran parroquianos del restaurant, determiné entrar yo también en su ausencia é interrogué al mozo que les servía. Así supe que la joven era una estudiante de Medicina, llamada señorita Planat... Todo se explicaba. La asistencia al hospital y las clases de Medicina tenían por objeto el acompañar constantemente á aquella muchacha, de la que estaba enamorado, ó bien hacerse verdaderamente médico por una aberración, como tú dices, si no era algo peor. Se ven ahora ejemplos de matrimonios entre estudiantes hombres y mujeres, para ejercer después juntos...

—¿Querrá esa muchacha que se case con ella?, interrumpió la señora de Darrás, y cogió la mano de su marido como implorando apoyo. No me ocultes nada. ¿Has hablado con Luciano? ¿Te lo ha dicho?.

—He hablado, en efecto, de esa mujer con Luciano, respondió Darrás apartando á Gabriela, pues quería conservar su tranquilidad para lo que le faltaba decir. Pero tranquilízate: si ha podido pensar en ese matrimonio, ya no piensa ahora. Observa bien que yo no tendría objeción radical que oponer á que Luciano cambiase de camino si lo hacía obedeciendo á una vocación razonada y definitiva. Tampoco me opondría á que se casase con una joven que hubiera estudiado Derecho ó Medicina, si estaba cierto de que era honrada. La igualdad de los sexos me parece un principio justo, y no dudo que el número de abogadas y de médicas irá aumentando. La señorita Planat pudiera ser una de esas estudiantes que existen, serias, puras, que se preparan un modo de vivir independiente y saben hacerse respetar por una irreprochable circunspección. También podía ser una intrigante. Luciano será rico y es cándido y generoso. ¡Qué presa tan indicada para una aventurera!. Hemos tenido en mi Banco dos agentes de policía especialmente dedicados á las averiguaciones de orden íntimo. Unas veces se trata de vigilar á un empleado sospechoso, otras de informarse de la moralidad de un capitalista que nos ofrece un negocio, otras... Pero estos detalles no importan; lo que importa es la indiscutible exactitud de los informes que estos dos hombres nos procuran. Después de reflexionarlo, me decidí á poner á uno de ellos en campaña, y en quince días tuve las noticias que vas á oir sobre Berta Planat. Esa muchacha tiene veintiséis años, es decir, tres más que Luciano, y es huérfana de padre y madre. El padre era un capitán de infantería. Los Planat son de la clase media de Thiers, en el Puy de Dôme. Berta perdió sus padres muy joven y ha sido educada por un tío, antiguo escribano en Clermont Ferrand. Ha obtenido los dos bachilleratos en la facultad de esta población, y á consecuencia de esos éxitos, ha venido á París á estudiar, no la Medicina, sino el Derecho. En realidad ha vivido maritalmente durante algunos meses con un joven llamado Esteban Merján, á quien conoció en Clermont, y que es hoy una especie de personaje excéntrico del barrio latino, donde escribe, hace versos y da conferencias. En aquella época también él aparentaba estudiar Derecho. Berta tuvo de él un hijo, al que ha conservado después de su separación y está haciéndole criar en Moret, cerca de Fontainebleau. El embarazo interrumpió sus estudios, pero no tan pronto que no fuese observado. Meján y ella, por otra parte, vivían juntos, y los compañeros de su amante la conocían. Bien para cambiar de relaciones, bien por puro capricho, después de nacer su hijo dejó el Derecho para estudiar la Medicina, con aprovechamiento, según parece. Ha sufrido convenientemente varios exámenes y sus profesores la consideran. Entre sus relaciones con Meján y su encuentro con Luciano han transcurrido cuatro años. ¿Ha tenido otras aventuras?.. Linda, libre, sin escrúpulos y con ese pasado, es más que probable. Sin embargo, mi informador no ha podido ponerlo en claro. En cambio, la pasión de Luciano por ella no ofrece duda para los que le conocen, muy pocos, pues evitan cuanto pueden el trato con los demás

estudiantes. Se ven todos los días. Ella le recibe en su cuarto, calle de Rollín, 24. Frecuentan el mismo gabinete de lectura, y se pasean y comen siempre juntos. Si no nos tuviera á nosotros, Luciano viviría con ella de hecho, enteramente como el otro; estoy convencido.

—¿Es posible?.. ¡Él, tan orgulloso, tan delicado!.. ¿Y no le da vergüenza venir á besarme, á besar á su hermana, después de las caricias de esa mujer?.. ¡Después quieres que no crea en la herencia!.. Educado como lo ha sido, con tu ejemplo, con nuestro cariño, la presencia de ese Meján debiera hacerle daño si...

—No sabía nada, interrumpió Alberto con una vivacidad que probaba hasta qué punto el lado sensible de su corazón era el que su mujer acababa de tocar. No; no sabía nada, y el que esa muchacha haya podido ocultarle la verdad, en pleno barrio latino, prueba su hipocresía. Yo soy quien se lo ha dicho todo; el nombre de ese Meján, sus relaciones con Berta, el nacimiento de un hijo. Y en el loco sobresalto de su rebelión contra esa vergüenza, me ha dicho palabras que nunca hubiera creído oir de su boca. Sin embargo, prefiero eso; prefiero que haya sentido violentamente que con bajeza. Así lo creí siempre, y cuando supe quién era esa Berta Planat, pensé en seguida que Luciano lo ignoraba. Siendo así, el simple enunciado de la verdad debía ser bastante, por lo cual me decidí á decírsela y á tener con él una explicación completa. Me daba cuenta de que si él lo ignoraba todo, iba yo á ejecutar una verdadera operación quirúrgica y á curar á ese desgraciado torturándole. La piedad y la prudencia me ordenaban tener un remedio dispuesto, y sólo hay uno para ese género de pasiones: la ausencia. Era preciso que Luciano se fuese de París por cierto tiempo. Una feliz casualidad me hizo saber el otro día el próximo viaje de mi colega Delaitre. Se siente cansado y el consejo le envía á dar la vuelta al mundo por América, el Japón, las Indias y Egipto, á fin de visitar nuestras sucursales de ultramar. Quiere llevar á alguno que le sirva de compañero más que de secretario y le hablé de Luciano. Delaitre se manifestó encantado, por lo que ya no me quedaba más que hablar con Luciano mismo. Pensé que lo mejor era ofrecerle sencillamente ese hermoso viaje antes de pronunciar el nombre de la muchacha. Si aceptaba, tentado por la ocasión, eso indicaría que no estaba tan cogido como yo suponía, y si rehusaba, me daría un pretexto inmediato para atacarle sobre los motivos de su negativa, decirle lo que sabía y todo lo demás... Así lo hice. Esta mañana procuré encontrarle abajo cuando iba á salir y le dije que fuera á mi oficina á la una y media para hablarle de un asunto muy serio. Viendo que le extrañaba la elección del sitio, le expliqué que no tenía ni un cuarto de hora libre y que quería que la conversación quedase entre nosotros. La verdadera razón era que mi despacho está al lado del de Delaitre y pensaba aprovechar esa vecindad para ponerlos en presencia y hacer que se comprometieran los dos definitivamente. Luciano no se engañó. Vi en sus ojos que sabía mis intenciones, y como no ha venido á almorzar, he supuesto que ha ido á la calle de Racine á concertarse con su cómplice... Cuando he llegado á mi despacho, me estaba esperando, y la conversación se emprendió en el tono deferente, pero desconfiado, por su parte, y afectuoso y prudente por la mía, que es siempre el nuestro en todo este año. En cuanto le hablé de viaje le vi contraerse; su voz se hizo breve y sus ademanes bruscos. Se negó redondamente, y le dije entonces lo que debía decirle. En este momento sabe tanto como tú sobre Berta Planat... No me preguntes cómo acogió mi revelación ni qué me respondió ese niño extraviado. Pasé entonces los minutos más crueles de mi existencia... No le guardo rencor y quiero decírtelo en seguida. No se lo guardaré jamás, haga lo que haga, porque es tu hijo... Además, si él se ha permitido faltarme gravemente, á mí, tu marido, á mí, que le he educado y le he querido tanto, es que no estaba en su juicio. Durante aquella hora no ha sido realmente responsable, pues le he visto enteramente loco, luchando contra la evidencia. ¡Sabe que soy tan incapaz de mentir y de acusar á nadie sin pruebas!.. Esa mujer es una gran comediante para haberle engañado así...

¡Y yo le compadecía! Puedo darte mi palabra de que no he dejado de compadecerle durante aquella lamentable escena. Y ahora le compadezco sobre todo. Suponte tú que también él se ha ido á buscar pruebas..., ¡de qué!, de la inocencia de esa desdichada... ¡Pruebas! Le he nombrado á Meján y le he dicho dónde está el niño... Demasiadas pruebas encontrará, y en vez de venir á exigirme que le pida perdón, como me ha amenazado, será él quien venga á pedírmelo..., ¡pero en qué estado el pobre niño!..



Luciano Chambault

—Yo, su madre, te lo pido en su nombre ante todo..., exclamó Gabriela estrechando con pasión á su marido entre sus brazos. ¡Te ha insultado! ¡Te ha amenazado! ¡A ti, mi amigo, mi amor, mi vida!.. Pero tienes razon; es un pobre niño, que va á sufrir horriblemente en cuanto se convenza de que le has dicho la verdad... Le conoces bien... Sí, volverá y no se atreverá á hablarte... Déjame que le vea antes y le diga qué bueno eres para él, aun después de su falta...

Rompió á llorar y dijo estrechándose más contra su marido:

—¡Ah! Perdóname... Debería juzgarle muy severamente... Pero es mi hijo, mi hijo...

—¡Querida Gabriela!.., dijo Darrás abrazándola. Eso es, justamente, lo que quería pedirte; que te consagres por completo á él en la crisis moral que va á sufrir y que no seas más que madre... He sentido, en mi conversación con Luciano, que me faltaba respecto de él esa autoridad de la sangre..., que tú tendrás... Estoy enteramente seguro de tu corazón, pues acabo de ver una vez más que nos quieres á los dos como tú sabes querer, tan delicada y profundamente. Es necesario que no tengas nunca que elegir entre ambos... Ocúpate, pues, de él y tú me le traerás sin más que atraerle hacia ti. Te irás con él á Italia, si es preciso... Lo importante es salvarle de esa mujer, que ha obrado demasiado hábilmente para que no le atribuyamos intenciones sospechosas. Por lo menos ya está desenmascarada, que es lo principal...

—¿Y si no lo estuviera?.., dijo la madre. Si, insistió al ver un gesto de su marido, si consiguiera convencerle de que ha sido calumniada...

—No podrá. . Meján existe y se le he nombrado... Existe el hijo, y Luciano sabe dónde está. ¿Cómo quieres que esa muchacha le impida comprobar lo que le he dicho?..

—Pero... ¿y si se lo impide?..

—Entonces me dirigiré al ministerio del Interior, donde sabes que tengo amigos, y me procuraré pruebas administrativas ante las cuales todo será inútil...

—¿Y si la ama bastante para pasar hasta por esa vergüenza?..

—¿Él? No calumnies á tu hijo. Han podido engañarle, precisamente porque es todo nobleza y todo generosidad. Pero corromperle, envilecerle..., ¡jamás!..

—¡Oh! Alberto mío, tú sí que eres noble y generoso..., dijo Gabriela cogiéndole la mano y besándosela con un movimiento tan rápido que él no pudo impedirlo. ¡Tú le defiendes!.. ¡Ah, gracias!..

—No soy noble ni generoso; es que te amo. No tenemos más que un alma y un corazón. ¿Cómo quieres que encuentre en mí otros sentimientos que los tuyos?.. Es el estar unido á ti con esta intimidad absoluta y total lo que hace fácil el perdonarle. ¿Sabes por lo único que le guardaba algún rencor? Por ser causa de que tuviese yo sospechas y pensamientos que no te decía. Ahora los conoces y esto es ya una gran dulzura...

Y al decir estas palabras, que hicieron un daño cruel á Gabriela, Darrás la besó otra vez. Todavía tenía puesto el traje con que fué á casa de Euvrard, hacía tres horas, en el momento en que su marido, por ella, tenía con su hijo aquella explicación violenta y dolorosa.

De pronto se apoderó de ella con gran fuerza el remordimiento por el secreto que guardaba á aquel hombre leal sobre sus sentimientos más íntimos, y se despertó en ella el valor de hablar. Su boca se abrió para la confesión.

—Escucha, Alberto..., dijo.

Pero en el relámpago de una intuición paralizadora, vió las consecuencias inmediatas de su franqueza: una desunión entre ellos, cuando tanto necesitaban unirse en una acción común en beneficio de Luciano. Al preguntarle él:

—¿Qué hay? ¿Qué quieres decir?

Gabriela se estrechó contra su marido diciendo estas palabras enigmáticas:

—Amigo mío, prométeme que no me amarás nunca menos, suceda lo que suceda.

—¿Qué puede suceder, unidos como estamos?..

—No lo sé... Ya ves cómo surgen las penas sin que se las espere... ¿Suponíamos hace un año que Luciano nos daría este disgusto?.. ¿Qué hace? ¿Dónde está?.. ¡Ah! ¡Cuánto daría por tenerle ya aquí!..

III

BERTA PLANAT

¡Cuántos y cuán profundos sentimientos había puesto Gabriela, sin expresarlos, en esa ambigua súplica! La angustia de sus escrúpulos religiosos, la aprensión de las luchas desgarradoras que tendría que sostener con su marido cuando las supiera, la certeza de que las sabría pronto, hasta tal punto la ahogaba el callarlas, el remordimiento anticipado de este dolor que causaría, á pesar suyo, á ese esposo tan generoso, tan recto, tan cariñoso, y el espanto ante la pasión de su hijo por una mujer evidentemente peligrosa... De estos sentimientos sólo el último pudo adivinar Darrás, porque era el único de que participaba, en grado más intenso todavía que la madre, pues tenía en el oído las palabras pronunciadas por Luciano y el acento con que las dijo. Se había propuesto callar á su mujer los detalles de aquella horrible escena, y la conversación de los dos esposos terminó, en efecto, con un nuevo esfuerzo del padrastro para tranquilizar á la madre, siendo así que le tenían tan alarmado ciertas ideas de su hijastro respecto de él, que nunca había sospechado.

(Continuará.)

LA OSTREICULTURA EN EL JAPÓN

Dada la habilidad con que los japoneses sacan partido de todos los productos del mar, era natural que la ostreicultura habia de practicarse en sus costas, en el caso de que los mares contuvieran ostras comestibles. Hay efectivamente en el litoral japonés varias especies de este género, y los métodos de cultivo empleados, por lo menos respecto de una de ellas, han sido estudiados recientemente de una manera muy completa en una memoria de Mr. Bashford Dean, profesor de la *Columbia University*.

En las aguas japonesas se crían tres especies de ostras, de las que se hace más ó menos consumo. Una pequeña, casi enana, la *Ostrea cucullata*, se encuentra en abundancia en las aguas poco profundas y forma capas en las rocas que quedan al descubierto en la bajamar: tiene aproximadamente un centímetro de ancho por cinco de largo y es de un sabor exquisito. Hay luego una segunda forma de la *Ostrea cucullata,* la que se cultiva y cuyo tamaño es el de la ostra indígena (la *native)* inglesa; su concha, nacarada en el interior y con imbricaciones en el exterior, se parece bastante á la de la ostra comestible europea. Abunda esta especie en el mar Interior, en las pequeñas bahías de la costa Nordeste de la gran isla japonesa y algo también en Yeso; cría en las aguas poco profundas y ligeramente dulces, y las mejores, de tamaño corriente, crecen á una ó dos brazas debajo del límite de la bajamar, y no se las encuentra ya á más de ocho brazas de profundidad. La tercera forma del molusco es la *Ostrea gigas,* muchos de cuyos ejemplares pesan, con las conchas, 2.200 gramos, y que vive hasta en profundidades de diez brazas.

En este artículo sólo nos ocuparemos de la *Ostrea cucullata*.

La región ostrícola por excelencia en el Japón es el mar Interior, que puede ser considerado como un enorme depósito natural de peces y mariscos; es casi un extenso lago marino, pero en el que los animales, al mismo tiempo que están resguardados, disfrutan de un agua convenientemente renovada. Este mar se comunica al Este con el Océano, por el estrecho de Naruto y el de Izuminada, y al Oeste con el mar del Japón, por el estrecho de Shimonoseki; el canal de Bungo establece, al Sur, otra comunicación con el Pacífico. En la parte de ese mar en donde abundan las islas, se encuentran reunidas las condiciones más favorables para la cría de los mariscos en general: los fondos son de arena ó de casquijo, y el desnivel producido por la marea varía entre tres y cuatro y medio metros, condiciones todas esencialmente preciosas para la ostreicultura. Donde más se practica esta verdadera industria es en Okayama y en Hiroshima, mereciendo especial mención los establecimientos de Nihojima, de Kaida y de Kusatsu. Estos centros se diferencian algo uno de otro á consecuencia de las condiciones locales, en el sentido de que el primero se dedica sobre todo á la producción de embriones; el segundo, á la producción de ostras jóvenes y á la cría, y el tercero es el que está en mejores condiciones para la cría propiamente dicha. En Kaida se emplean los métodos más sencillos; en Kusatsu, éstos son más complicados; finalmente, la especialización de los procedimientos de cultivo en Nihojima, puede decirse que sólo es sobrepujada en muy pocos puntos de Europa.

En Kaida, es decir, en la bahía que lleva este nombre, la marea baja deja en descubierto grandes espacios llanos, pero hay allí muy pocos sitios en los cuales puedan las ostras permanecer constantemente debajo del agua en todo tiempo; por esto se desarrollan esos moluscos muy poco, después de los dos años. Durante la marea baja vense allí varias series de parques, tocándose unos á otros, en los que bambúes plantados en el suelo del modo que luego diremos, dan al conjunto un aspecto de viñedos (figs. 1 y 2). No podía dejar de aplicarse en esto el bambú, que á tantos usos responde y que tiene la ventaja de conservarse tres y cuatro años en el agua del mar; se dejan los tallos ó *shibi* con sus ramitas y hojas, con lo cual se aumenta considerablemente la superficie ofrecida á las ostras jóvenes que quieren agarrarse. Estos también pueden ser fácilmente introducidos en el suelo y arrancados, y en todas partes se obtienen muy baratos; cada año, á mediados de abril, se les vuelve á clavar en las concesiones otorgadas por el gobierno. Primero se forma con ellos una especie de setos que siguen los límites del parque, y luego se disponen setos paralelos entre sí y perpendiculares al eje mayor del parque, dejando en medio una especie de calle que permita la fácil circulación. De esta calle central arrancan, pues, calles laterales de 1'80 metros de ancho. Los setos llegan próximamente á la altura del pecho y están formados, excepto el que rodea el parque, por dos hileras de bambúes inclinadas una hacia otra; una de las series de colectores sirve para las ostras de un año; las otras, para las de dos años. Las ramitas se enlazan y dan mayor solidez al doble seto.



Fig. 1. – Un parque de ostras japonés durante la marea baja



Fig. 2. – Bambúes con ostras de diversas edades y ostras sueltas de tamaño corriente

Al final del segundo año, se arrancan sencillamente las ostras que están en condiciones convenientes, luego se las recoge del suelo con un rastrillo, se las coloca en cestos, y por último se las lleva á la desembocadura de un río, para que *beban,* con lo que se limpian y aumentan de volumen, y se las pone á la venta.

En Kusatsu se cultivan las ostras á mayores profundidades, porque se ha visto que así se desarrollan al terminar el segundo año; de aquí que los parques estén distribuidos en tres categorías. Hay los de agua poco profunda para los embriones, los que sirven para el comienzo de la cría y los de las aguas profundas para el final de ésta. De manera que las concesiones se prolongan en fajas relativamente estrechas, con su gran eje perpendicular á la línea litoral, y así cada una de ellas tiene todas las profundidades convenientes. En la zona poco profunda encontramos los colectores de bambú, los *shibi* de que hemos hablado, dispuestos en líneas paralelas á la playa separadas por un intervalo de 1'20 metros. A veces se clavan en el suelo las cañas de bambú despojadas de sus ramitas, en cual caso se las coloca más cerca unas de otras. De todas maneras, las cañas empleadas en esta instalación han de ser más sólidas porque las corrientes son violentas, y por esta razón se considera ventajoso quitar las hojas, que ofrecerían demasiada resistencia al agua en movimiento. Las más de las veces se reunen siete cañas para formar una especie de haz convergente ó divergente, á fin de que este haz ó *toya* sea más fuerte; y cuando es de temer de un modo especial la violencia de las corrientes, se deja un intervalo de 2'50 á 3 metros entre las hileras de haces. El centro del haz lo constituye un *shibi* que se planta en el suelo con todos los embriones ú ostras jóvenes que sostiene.

Con frecuencia se adoptan formas de haces muy complicadas. Cada año, en el momento del desove, á fines de agosto ó principios de septiembre, se separan de los haces las cañas de bambú que no parecen ya bastante vigorosas, se quitan las ostras que, al parecer, no están bastante agarradas, y se las lleva á los terrenos llamados *ike-ba,* en una zona de agua más profunda: estos terrenos son fondos de casquijo muy limpios que sólo quedan al descubierto en las grandes mareas, y en ellos se extienden las ostras en capas minuciosamente cuidadas hasta que llegan á su segundo año. Es preciso tenerlas separadas unas de otras, para lo cual se les pasa vigorosamente un rastrillo cada quince días, con lo que se las aisla y libra de los cuerpos extraños; y aun se afirma que esta operación da á las conchas una forma más regular. Las conchas que no han sido objeto de esta rastrilla durante su crecimiento se rompen con facilidad cuando se les transporta á los mercados, y entonces el agua de la ostra tiende á escapar, lo cual perjudica considerablemente al molusco.

La cría se completa generalmente en Kusatsu llevando á los terrenos de maduración ó *müre-ba* las mayores ostras de dos años. Estos terrenos están situados en zonas de mucha profundidad, á veces de 15 metros en pleamar, y en ellos se protege á los moluscos por medio de pequeños setos bajos que forman una especie de alas é impiden el depósito de limo. La maduración que allí se produce desarrolla, engorda y blanquea las ostras, las cuales son enviadas á los mercados cuando tienen tres años.

En los parques de Nihojima hay terrenos reservados á la producción de los embriones; el primer período de la cría se efectúa en puntos especiales del litoral, y la maduración en otras regiones de la costa. Los procedimientos seguidos y las instalaciones adoptadas en estos diferentes parques se parecen mucho á los de Kusatsu. Todos los terrenos buenos para la ostreicultura pertenecen al Estado y no pueden ser vendidos ni subarrendados por los concesionarios. Las concesiones se otorgan en pública subasta y pueden ser renovadas indefinidamente.

Pedro de Meriel.

UN NUEVO AUTOMÓVIL MONOCICLO

Es de creerse que no pasen muchos años sin que veamos correteando por el Paseo de Gracia este raro invento. Ese artefacto, de tan extraño aspecto, es un monociclo, y dicen que desde ciertos puntos de vista es superior á su congénere de dos ruedas. Ha sido inventado por el Sr. Lilio Negrini, un italiano de Milán.

Consiste en una rueda muy grande con mucho neumático, que corre sobre un arco interior. Este último está construído de tal modo, que la rueda grande que forma el monociclo se desliza suavemente sobre él.

Al marco circular ó áro interior va unido el asiento para el conductor y el motor que imprime movimiento al artefacto.

La reacción mecánica necesaria para que ande el monociclo se obtiene por el peso del marco junto con el del motor y del ciclista.

Viendo esta máquina se ocurre naturalmente que ha de ser muy difícil de guiar.

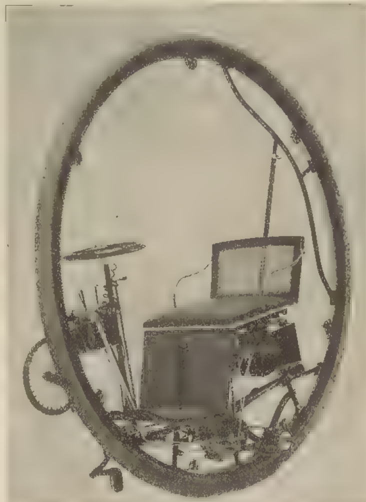
Pero no es así. Inclinando únicamente el cuerpo hacia la derecha ó á la izquierda, se consigue que vaya en la dirección que se quiera. Sin embargo, para mayor seguridad, el inventor ha dotado al monociclo de una pequeña rueda de timonel, que al girar mueve el asiento hacia donde se quiera, alterando así el centro de gravedad y guiando el artefacto.

Un ingenioso freno automático completa el mecanismo de este nuevo aparato.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ENOLOGÍA MODERNA Ó TRATADO ACERCA DE LOS VINOS, por el *Dr. Rodríguez Navas.* – La casa de Madrid Bailly-Bailliere é hijos ha publicado los tomos 4.º, 5.º y 6.º de la «Biblioteca de Viticultura y Vinicultura» El primero trata de los *Mostos de vinos* (sus elementos cuantitativos y cualitativos, la glucosa, relación de la densidad de los mostos con su riqueza sacarina y de ésta con la alcoholización de los vinos, acidez y color de los mostos, etc.); el segundo, de la *Vinicultura* (objeto de la vinificación, diversas clases de vinos, elaboraciones especiales, mezclas, etc.); y el tercero es una *Guía del Vinicultor* (accidentes, daños y torceduras de vinos; vinagres, alcoholes, trabajos de bodega, envases, comercio, transportes, estadísticas, utensilios, etc). Véndense á 1'50 pesetas cada uno en rústica y á dos encuadernado en tela.



Automóvil monociclo inventado por Julio Negrini

BOSTON, VALTZ, por *Frank Marshall.* – ZULIMA, HABANERA, por *Juan Martorell.* – CARMEN, GAVOTA, por *Federico Xalabardé.* – Son las tres producciones musicales que acaba de publicar la conocida casa editorial «Musical Emporium,» que suponemos han de ser favorablemente acogidas por el público, si se tiene en cuenta la competencia de los autores y el acierto de que ha dado muestra el editor.

¡MARÍA!, por *José M.ª de Nadal.* – Se ha publicado este cuadro dramático en un acto, que se estrenó hace poco en el teatro Romea de esta ciudad. Esta primera producción escénica del Sr. Nadal está discretamente escrita y contiene algunas escenas de bastante interés y muy bien sentidas. Ha sido impreso en esta ciudad en la imprenta de Subirana hermanos.

EL AGUA, por *Guillermo J. de Guillén García.* – Buen servicio ha prestado este distinguido ingeniero con la publicación de esta obra de tan reconocida utilidad, puesto que su conocimiento, su consulta, ha de reportar indiscutibles beneficios á nuestros agricultores. Basta leer el sumario para apreciar la competencia de su autor y la inteligencia y acierto con que se tratan todas las aplicaciones, caracteres y propiedades del agua. Ilustran el libro numerosos grabados, consta de 560 páginas y ha sido editado con el buen gusto con que se distinguen las publicaciones del conocido editor D. Francisco Puig. Véndese el ejemplar en todas las librerías al precio de diez pesetas.

ENSAYO HISTÓRICO SOBRE EL DESARROLLO DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN MALLORCA, por *Jaime Pomar y Fuster.* – Interesante trabajo de investigación es el que ha llevado á cabo el autor de la obra cuyo título encabeza estos renglones, justamente premiada en el Certamen literario celebrado en Palma de Mallorca en conmemoración del decreto del derribo de las murallas de aquella ciudad. Consta el libro, que forma un volumen de 18 x 25 de más de 400 páginas, de tres partes, correspondiendo la primera á los orígenes de la Universidad, la segunda refiérese á la fundación del Instituto Balear y la tercera contiene noticias relativas á las Escuelas Normales, de Náutica y Bellas Artes y á la difusión de la cultura en aquella isla. El libro, pulcramente impreso en la tipografía de Narciso Soler Prats, es una muestra del adelanto de la industria editorial en Mallorca.

LOS ÚLTIMOS REPATRIADOS, por *Joaquín Pellicena Camacho.* – A modo de patriótico recuerdo, de respetuoso homenaje tributado á la memoria de los soldados y marinos españoles que sucumbieron en Cavite y Baler, ha publicado la Comisión que aceptó el honroso encargo de recoger sus restos un libro interesantísimo, en el que, con gran copia de datos y documentos, se da cuenta de todas las gestiones practicadas, de suerte que quedan claramente consignadas las operaciones que fué preciso llevar á cabo para identificar los restos de los marinos que sucumbieron al sumergirse la escuadra española y de los héroes que perdieron su vida en la defensa de Baler. Aplausos y plácemes merecen nuestros compatriotas que tan honrosa misión se impusieron, que no escaseamos, ya que á ello tienen derecho por su patriótico comportamiento. El libro á que nos referimos ha sido elegantemente impreso en la tipografía de *El Mercantil*, de Manila, y se halla ilustrado con numerosos grabados.



Estudio, dibujo de † José Jiménez Aranda

Apunte de su copiosa cartera, es el estudio que reproducimos, notable como todos los suyos, digno de su buen nombre y perteneciente á aquel género que le valió tan merecida celebridad. Pocos, como él, han logrado reproducir la sociedad española de comienzos del siglo XVIII, ya que aparte de su indiscutible maestría como pintor, avaloran esta clase de obras el perfecto conocimiento de cuantos pormenores podían servirle de elemento para lograr la realización de su propósito.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 10 de abril de 1905 — Núm. 1.215



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Las tropas del general Okú atravesando el río Khun-Ho poco antes de la gran batalla de Mukden. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Los territoriales del general Kawamura en camino para unirse con el grueso del ejército antes de la gran batalla de Mukden. (De fotografía.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo correspondiente á la serie del presente año, que será «La sociedad japonesa,» obra escrita en francés por Andrés Bellessort, coronada por la Academia Francesa, en la que se describen los usos, costumbres, religión, instituciones, etc., del Japón. La edición que ofrecemos á nuestros suscriptores va profusamente ilustrada con grabados, reproducidos de fotografías y dibujos originales.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

De la abundancia del corazón habla la boca, y yo no tengo más remedio que hablar de mi viaje á Salamanca, para donde he ido el día 25, permaneciendo allí hasta el 29 del pasado mes de marzo. El objeto de esta aventura era cerrar con un discurso la velada que aquella ciudad tres veces insigne consagró á la memoria de un poeta tempranamente muerto, cuando la fama empezaba á traer y llevar su armonioso nombre: José María Gabriel y Galán.

A pesar de su sencillez y claridad, á pesar de su sentido, popular y de su tierra, de este poeta hay no poco que decir, pues es en su sentimiento profundo y vario, y además sincero, con sinceridad realmente atractiva, en que halla apacible descanso y emociones renovadoras el espíritu. En el discurso que consagré á su memoria no agoté la materia, porque supuse que la dejarían apurada hasta sus últimos límites los oradores que me precediesen, subsanando así mis omisiones; pero la cortesía les hizo ser muy breves; mi amigo el rector de aquella Universidad don Miguel de Unamuno apenas desfloró asunto que tan bien conocía; y en atención á ello, es posible que yo vuelva á hablar de Gabriel y Galán en alguna otra ocasión, porque realmente lo merece un poeta tan sincero y real, que se nos apareció al punto en que las aves cantoras parecen haber enmudecido, en que las frondas están silenciosas, en que una generación entera de grandes líricos baja á la tumba, abriendo la marcha Zorrilla, siguiéndole Campoamor, Verdaguer y acaso Balart, cuando trazo estas líneas gravemente enfermo y cargado con el peso de setenta y cuatro años cabales.

Fuí yo, pues, procedente de tierra tan distinta de la que dió cuna á Gabriel y Galán (el cual representa, por muchos conceptos, íntimamente, al país castellano y al de Extremadura), quien recibió el honroso encargo de resumir la expresión de un duelo que enluta á dos regiones. Había tenido varias veces dispuesto el viaje á Salamanca, y dijérase que la casualidad malignamente me lo desbarataba en lo mejor. Las dificultades de los itinerarios españoles, que imponen retrasos; los apremios de tiempo, que en mí constituyen enfermedad crónica, á la cual forzosamente me he resignado, porque me he convencido de que no tiene cura; el atropello de otros proyectos y otras excursiones se habían atravesado, hasta la fecha, entre mi anhelo y la ciudad mágica. No me pesa; el aplazamiento sirvió para que viese á Salamanca en condiciones infinitamente más gratas y significativas que si sencillamente tomase mi billete, llegase allí sin ruido, y me perdiese, turista curiosa, por las monumentales calles de la que ahora he comprendido por qué se llama enfáticamente *Roma la chica*.

He dicho calles monumentales, y no cometo inexactitud: Salamanca es una ciudad formada por monumentos. Tiene poco caserío propiamente dicho (alguien preguntó, si no recuerdo mal, dónde estaba el pueblo de aquellos palacios); tiene escasa edificación sin carácter, de esa que inspira tedio, y predomina, por desgracia, en esta nuestra muy prosaica y muy antiestética edad, que todo lo uniforma. En cambio abundan los caserones nobles, decorados al estilo del Renacimiento español, con medallones, ó del gusto plateresco más exquisito, que también es género españolísimo, y deslumbra y encanta con la finura y riqueza de sus detalles elegantes, primorosos. Con estas casonas monumentales, bordadas, repujadas, caladas, cinceladas, anaranjadas ya sus piedras por el artístico sol, alternan las parroquias, las catedrales, los conventos, los colegios, de proporciones vastas, de majestuosas cúpulas, de imponentes portadas, de patios solitarios con arquerías y balconadas soberbias, de cresterías que piden fanales, de escusones que entonan cantos de heroísmo. Y es la misma impresión aplastante de Florencia, sólo en Florencia y en Salamanca sentida: la impresión de ciudades donde la vida del hombre debiera ser más ampliamente fuerte y gallarda, más señorial que en parte alguna; donde la hermosura de las piedras, su dignidad, imprimen sello en los habitantes.

Pero ¡ay! Las piedras perduran, se van los que las labraron y erigieron, y en Salamanca, del pasado, lo único que se mantiene en pie son esas piedras, en su mayor parte impávidas, desafiando hoy la indiferencia y el abandono, como desafiaron ayer la lucha armada, las vicisitudes de asedios é invasiones. Esas espléndidas piedras, de cobre forjado, de oropimente, de filigrana, de encaje rancio; esas piedras que tienen voz á fuerza de tener belleza, es lo único que permanece del extinto poderío de la ciudad. No puede restaurarse aquella vida intensísima que en el siglo XVI animó á Salamanca, y el conservar lo mejor posible el tesoro es ya empresa que por sí sola pide esfuerzo heroico y exigiría mucho dinero, grandes capitales invertidos en defender esa edificación única, soñada, fastuosa, original.

Lo primero que amenaza ruina en Salamanca son los palacios de las familias aristocráticas, que desertaron de su solar y residen en la corte ó en el extranjero. No digo que materialmente se estén viniendo á tierra, aunque algunos de los más admirables se encuentren en este caso; pero los mismos á que se atiende, reparándolos, dan tristeza; están como cáscara vacía, convertidos en ruines casas de alquiler, deshonrados por inquilinos menesterosos, algunos por gitanos y mendigos. ¿Dónde van los muebles severos, los bargueños y arcones, los tapices y pinturas que decorarían estas casas? ¿Dónde las alcatifas, los damascos, los arrogantes blasonados reposteros, las platas de mesa, las camas de copete, los braseros tachonados, de ébano y caoba? Todo esto, que es arte, arte impregnado de vida, todo esto fué dispersado por el remolino que reconcentró en Madrid á la nobleza, antes localizada y residente donde tenía arraigo; y lo que anticuarios y chamarileros no hayan liquidado entre su clientela, extranjera la mayor parte, lo que no haya parado en el Rastro, se encontrará á estas horas fuera de su marco natural, adornando en la corte algún saloncillo, algún tocador modernista, alguna antesala estrecha. Y el solemne brasero claveteado, y el bargueño cuyos hierros negrean sobre fondo de viejo terciopelo carmesí, y el repujado bandejón, y el tapiz de pálidas figuras, se hallan tristes, lejos del palacio de anaranjada piedra y rejas historiadas y retorcidas, en el cual pasaron sus primeros días aristocráticos, serenos.

Sería inútil buscar hoy en Salamanca á las ilustres familias que tienen allí solar; la excepción la constituyen aquellas que de tiempo en tiempo se asoman á mirar el caserón solariego ó la capilla de patronato. Impresión más triste todavía causa ver en Alba de Tormes el castillo de los duques de Alba—el que denomina título tan resonante,—no ya ruinoso, ni derruído, sino disperso, deshecho, arrebatado piedra por piedra, sin que resten, como testimonio de lo que el monumento pudo ser, más que el altivo torreón del Homenaje, dominando el pueblo tendido á sus pies, y á larga distancia otro torreoncillo, cuya única misión, al permanecer en pie, parece ser dar idea de la magnitud del soberbio monumento militar y nobiliario.

Dícese que la duquesa de Alba, atenta á conservar recuerdos, pasaba regular cantidad al año para cuidar y reparar el castillo, unido íntimamente á timbres tan altos de su casa; y que, fiada en esto y queriendo en ocasión solemne alojarse en su castillo, ordenó que se le preparasen en él habitaciones. Grande fué su sorpresa, grande debió de ser su desencanto, cuando obtuvo por respuesta que en el castillo sólo lechuzas y cárabos podían morar, y que ni aun tal edificio existía, porque sus piedras habían sido arrancadas y tal vez sirviesen de umbral de establo ó fogón de villanas cocinas, cuando no de materiales para la plaza de toros. Y es que para velar amorosamente por las reliquias del ayer, no basta el sacrificio pecuniario; es preciso ofrecer también tiempo, voluntad, ver con los propios ojos, disponer con la propia inteligencia.

No era ciertamente la duquesa de Alba de las hembras frívolas que darían un torreón histórico por un trapo parisiense; y sin embargo, no pudo salvar ese magífico recuerdo, el castillo de Alba de Tormes, en el siglo XVIII todavía admirablemente conservado, lleno de estatuas, de cuadros, de medallones, de frescos.

En Salamanca, la solidez de los monumentos—en su mayoría son de época relativamente reciente, del siglo XVI—nos ahorra el doloroso espectáculo del castillo y palacio de Alba de Tormes. No se necesitan sino asomos de cuidado para conservar los resistentes y grandiosos edificios públicos, y un poco de inteligencia para no profanarlos. En cuanto á las casas de propiedad particular, su conservación es más difícil; desgraciadamente no existe ley que obligue á los dueños de tales joyas á no derribarlas, no estropearlas, no profanarlas, no dejarlas desmoronarse. Esta ley, en España al menos, sería conveniente. No es permitible que se pierdan tesoros artísticos. Cuando veo ciudades como esta de Salamanca, que encierran arte en mayor proporción que ninguna de Italia, pienso en la contribución que fácilmente impondríamos á los extranjeros, atrayéndoles aquí á bandadas, haciendo del costoso y molesto viaje por España, algo que compitiese con los de Suiza, Italia, Holanda, Bélgica, Francia, los bordes del Rhin. España es, aún hoy, maltratada, expoliada, en el abandono, un museo, un piélago de arte. Solamente en Salamanca, la arquitectura aturde, marea de admiración. La riqueza del estilo plateresco, algo románico muy notable, y las mejores obras decorativas de un artista español tan mal comprendido, tan atractivo como el gran Churriguera. De este mágico adornista, de este poeta fastuoso, existe en Salamanca una iglesita, una bombonera iba á decir, la de la Veracruz, si no me engaño—soy poco amiga de consultar guías cuando tengo reciente la impresión directa,—que por verla se puede hacer el camino. Es el tocador de la Reina del cielo.

Para conseguir que aquí afluyesen viajeros, ¡sería necesario cambiar tantas cosas! La primera, los itinerarios de los ferrocarriles, que son aquí endiablados y hacen perder un tiempo precioso. Los extranjeros vienen á tiro hecho; quieren ver rápidamente el mayor número posible de cosas, y no gustan de invertir un día sentados sobre sus baúles, en una estación, aguardando un enlace.

Un buen español á quien larga residencia en América ha familiarizado con el espíritu moderno, el conde de Casa Segovia, que fué también á Salamanca, portador de los premios ganados en los Juegos Florales de la Asociación patriótica de Buenos Aires por Gabriel y Galán, me hacía notar un detalle expresivo: al salir de Madrid, no se nos despachó billete sino hasta Medina, y no hasta Salamanca misma, porque el tren que en Medina debíamos tomar, unas veces enlaza y otras no. Retrasos, faltas de enlace, ante todo habría que evitar, para hacer de España, el país más interesante de Europa, un hormiguero de turistas, que van á Suiza sencillamente porque allí se viaja bien, se encuentra fácil traslado y cómodo hospedaje. Aquí los hoteles dejan que desear, generalmente; pero propenden á mejorar y reformarse, y sería excelente negocio para una compañía que se fundase con capital y ánimos, dotar á España de una red de hoteles en armonía con las exigencias de nuestra época, y ramificar esta institución hasta los pueblos modestos, donde, también modestamente, pero con limpieza y confortable, pudiesen alojarse los que habían de soltar aquí millones al año, como los sueltan en naciones menos dignas de ser visitadas, de menos caudal artístico.

En esto pensaba yo, mientras recorría las calles de Salamanca, deteniéndome ante maravillas, escuchando aclamaciones, recibiendo las más reiteradas muestras de afecto y de simpatía de un pueblo donde me creí, si no desconocida, al menos forastera y extraña, y donde ya acabé por soñar que era algo propio de allí, gracias á la acogida entusiasta y demostrativa que sobrepujaba á mis esperanzas más ambiciosas...

Y para explicarme tanto honor como se me hacía, me dí á suponer que mi labor no interrumpida de ardiente patriota, de española franca en señalar deficiencias y errores según los entiende, y nunca perezosa en alentar á los que trabajan y velan, esperan y quieren, y no renuncian al porvenir, es lo que, de cinco ó seis años acá especialmente, me vale estas ovaciones y estos halagos, compensación de feroces ataques y rabiosas mordeduras..., que son probablemente la otra cara de mi destino literario: mucho odio, muchas simpatías .., nunca indiferencia.

Emilia Pardo Bazán.



—¡No te sueltes, que te van á atropellar!

PADRE É HIJO

—¡No hay más remedio! Es preciso cortar mis relaciones con Luisa. Yo tengo aspiraciones, ambición, me siento con fuerzas para subir á las mayores alturas y no pudo volver la espalda á la fortuna que me señala el camino en esa mujer, en esa aristócrata que de tal modo se ha apasionado de mí. Con ella el éxito, el triunfo, la posición conquistada, quizás mañana una cartera de ministro; junto á Luisa, el idilio en el rincón y en la obscuridad. A los veinte años, cuando sólo habla el corazón, bien, pero luego... Además, no vale oponerse á la realidad. Mi cariño ha pasado, no queda del fuego antiguo sino la ceniza. El apuro es cómo rompo con ella, cómo se lo digo. La conozco á fondo. Es una sensitiva. Su abnegación ha sido grande; hemos ido en nuestros amores hasta los últimos límites. ¡Esa es la vida, la dura vida, sembrada de víctimas en todos sus caminos! Yo no la abandonaré, pero... necesito estar libre... ¿Y cómo corto el lazo? ¡Ah! ¡Me he salvado! Flor de Lis, el cronista de salones, es amigo mío, y él dará la noticia en sus «Ecos del gran mundo.» De ese modo el golpe no es directo, resulta atenuado. ¡Pobre Luisa! ¡Bah! ¡No nos enternezcamos, ó se hunden todos mis proyectos como un castillo de naipes!

—¡Ya sale el bautizo! ¡Ya sale el bautizo!

—¡Mamá, mamá, vamos á verlo!

—¿Pero dónde quieres meterte, hijo mío? Para que te atropelle la gente. ¡Pues apenas hay aglomeración á la puerta de la iglesia!

—¡Anda, mamá! ¡Mira que los caballos del coche son muy bonitos, y como yo soy chiquitín, desde aquí sólo se les ve la cabeza!

—¡Bueno, ven, dame la mano!

—¡Qué bien!

—¡No te sueltes, que te van á atropellar!

—¡Mamá, ese señor de las plumas será un general!

—¡Debe serlo!

—Es el padrino, señora.

—¡Se conoce que el bautizo es de campanillas!

—De lo más encopetado. Como que los padres pertenecen á la mejor sociedad de Madrid.

—¿Y quiénes son ellos?

—¡Mamá, mamá! ¡Otro general! ¡Cuánto personaje!

—¡Pues los marqueses de Lucerna!

—¡Cómo! ¿Este bautizo es de un hijo del marqués de Lucerna?

—Sí, señora, del segundo que tiene con la marquesa de ese título, porque ella era «la titulo,» ¿sabe usted?, y la rica. Él no era más que un realísimo mozo...

—¡Dios mío! ¡Qué horrible casualidad! ¡Ven, hijo mío, vámonos! ¡Hacen ustedes el favor de abrirme paso!

—¡Mamá, todavía no se ha concluído!

—(¡Se me va la vista! ¡Me voy á caer redonda!)

—¿Qué es eso, señora? ¿Se pone usted mala?

A ver! ¡Un coche y á la casa de socorro, en seguida! ¡Apártense ustedes, señores! ¡No tengas cuidado, niño! ¡No será nada!

—¡Voy á conocer el secreto de mi nacimiento, á descubrir el enigma de mi vida! La esfinge va á hablar, pero ¡á qué costa! Mi pobre madre enterrada hace dos horas, muerta en la madurez de su existencia y muerta de sufrir y llorar, y yo solo para siempre á los veinte años, ante estos papeles que me queman los dedos y en los que presiento una infamia. ¡Tentado estoy de reducirlos á pavesas sin leerlos! ¡Pero no saber quién le ha dado á uno el ser, cómo se llama ó debería llamarse! Además mi madre lo ordena, lo ha dejado dispuesto al escribir en la cubierta del legajo: «Para que mi hijo se entere cuando yo esté bajo tierra.» ¡Cumplamos la sagrada voluntad! ¡Cartas! ¿Quién las firma? Juan de Juárez. Dos años de correspondencia. Al principio fuego, pero poco á poco la nieve. ¡Dios mío! ¡Tener que profanar la santa memoria de mi madre con mis averiguaciones! Ella lo quiere y lo exige. ¡No! No quiero seguir; por su mismo piadoso recuerdo no la obedezco. ¡Un retrato de un joven! Sin dedicatoria. Sólo lleva al pie la fecha. El corazón me dice que es el de mi padre. ¿Y este recorte de periódico amarillo y hecho pedazos? ¡Ecos del gran mundo! ¿Qué tiene que ver con mi madre? No sé por qué presiento la clave del enigma en esa relación de fastuosidades. ¡Oh, sí! ¡No veo mal, no sueño! Es la noticia de una boda. «Ayer ha contraído matrimonio en la capilla reservada de San Ginés el joven periodista y abogado...» ¡Dios mío!.. ¡Don Juan de Juárez!.. «D. Juan de Juárez con la opulenta heredera de los marqueses de Lucerna.» ¿Eh? ¿Qué papel es ese? ¿Una carta devuelta sin abrirse, dirigida á D. Juan de Juárez? ¡Y es la letra de mi madre! ¿Le faltó el valor para romper el sobre? Me tiembla la mano, el corazón se me salta, no veo las letras... ¡Oh! ¡Aclarado, aclarado todo! ¡Qué grito de angustia tan horrendo! Mi padre es el marqués de Lucerna, el D. Juan de Juárez. ¡Pobre madre mía!

—Señor cura, vaya usted corriendo á la venta del Rubio. Un automóvil que se ha estrellado ahora mismo. Un señorito de la edad de usted que se ha deshecho la cabeza y un señor que dicen que es su padre que está agonizando en la posada y que pide por Dios un confesor.

—Lucas, mi roquete, á escape. Blas, adelántate á coger el farol. ¿Y quién es ese señor?

—Un título de Madrid.

—Un señorito de la corte. ¡Qué tiempos! Todo eso es consecuencia de la ociosidad. Siquiera antaño los nobles guerreaban por la cruz y por el rey; pero hoy, como han colgado la espada, en algo han de emplear sus fastidios; en matarse sin ton ni son. ¡Lucas, qué torpe estás hoy!

—¡Pero, señor, si es usted un molino!

—¡Jesús, Jesús! ¡Con tal que no llegue tarde!

—Váyase en el calesín del Sr. Pedro.

—Y mientras enganchan y bebe el jaco, un siglo. No, no; gracias á Dios, aún conservo mis buenas piernas y en cuatro zancadas me planto en la venta. Y Blas sin despachar: otro plomo.

—Pero, señor, si acaba usted de mandarle por el farol mientras usted se revestía.

—No le disculpes. ¡Ea! Vamos al sagrario á buscar la salvación de ese desdichado que tan estérilmente tiene que dar cuenta á Dios de sus actos. Tú quédate en la sacristía por si ocurre algo. Aquí está Blas.

—Señor, ya estoy listo.

—Encendido el farol y todo, ¿eh? ¡Bien! Pues voy á coger los santos óleos y á escape, que la muerte no espera.

—Ha venido otro segundo recado apremiando.

—Pues vamos, vamos, no se pierda para siempre esa alma.

—¡Padre, padre, mi delito es enorme! Es un verdadero crimen, pero mi arrepentimiento en esta hora suprema es inmenso. ¿Qué? ¿Calla usted? Su palabra santa de amor y piedad, ¿me negará en el momento de partir para siempre la absolución que redime? ¡Ah, no, no! Sus lágrimas me lo revelan bien claramente.

—Pues bien, sí, señor marqués de Lucerna. No se equivoca. Mi llanto es más elocuente que cuanto pudiera decirle. El sacerdote, ante esa contrición, ante ese arrepentimiento aunque tardío, le bendice á usted en nombre del Dios de las misericordias, que primero es compasivo que justo.

—¡Gracias, gracias!

—Y ahora permítame que pose mis labios en su frente y que le dé el primero y el último beso de mi vida, al otorgarle el perdón que solicita al borde de la tumba, y ya no es el sacerdote el que habla, sino el hombre.

—¿Qué está usted diciendo? ¿Qué rayo de luz sobrenatural ilumina mi mente? ¿Quién es usted?

—Dios le ha traído á morir en mis brazos para que el perdón sea completo.

—¡Su nombre! ¡Su nombre de usted, padre!

—Miguel. Y mi madre se llamaba Luisa. ¿Comprende usted?

—¡Mi hijo! ¡El abandonado por mí! ¡Dios mío, qué inescrutables son tus designios!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Más y Fondevila.)

Las minas de rubíes de Mogok, por Otón Riemasch

Pocos sabrán en qué parte del mundo está Mogok; sin embargo, alguna hermosa dama ó algún galante enamorado recordará quizás vagamente haber oído pronunciar este nombre. Pero ¿dónde?, ¿cuándo? Pensando en esto, la dama fijará casualmente los ojos en unas piedras que brillan en su sortija, y asociando en su mente las palabras *rubí* y *Mogok*, se acordará de haberlas escuchado de boca de algún joyero.



Explotación indígena de las minas de rubíes de Mogok

Por lo demás, esto es lo único que acerca de Mogok puede decirse; pues si no tuviera sus minas de rubíes, que hacen de él uno de los puntos más importantes, si no el más, para esta especialidad del comercio de joyas, sería simplemente una de tantas poblaciones situadas en medio de una hermosa naturaleza, que los mismos geógrafos y viajeros sólo mencionarían para cumplir su deber de narradores fieles. Y no obstante, el tal rincón de mundo merece que se diga algo de él, porque ofrece muchas cosas interesantes respecto de esos objetos preciosos, pero superfluos, que con el nombre de joyas tan importante papel desempeñan en la vida moderna.

Mogok es una ciudad de 40.000 almas perteneciente al Estado de Birma (India Posterior). No tiene grandes bellezas naturales; pero su situación, como la de casi todas las poblaciones indias, es muy bonita y aun en algunos sitios en extremo pintoresca, pues está construída en una altura de 2.300 metros sobre el nivel del mar. Todo cuanto allí existe no tiene más que un significado, la explotación de los rubíes, que hace vivir, y no del todo mal, á la población indígena y á la europea; y al forastero se le hace comprender, no siempre en formas agradables, que su obligación es únicamente admirar esa industria, que allí se ejerce en gran escala. Los extranjeros tienen la seguridad de encontrar en aquella ciudad algún compatriota, pues en ella abundan los ingleses, yanquis, franceses y alemanes, que con los indígenas, los judíos y otros individuos de las razas blanca y de color forman un abigarrado conjunto.

El que se dirige á Mogok desde Mandaloi, la capital de Birma, tiene ocasión de admirar multitud de paisajes pintorescos: la sola travesía en vapor del río Irawadi, que corre entre colinas y atraviesa comarcas que ostentan todos los colores y esparcen todos los aromas de la vegetación tropical, y en las cuales se alzan multitud de pagodas y de blancas torrecillas, compensa todas las molestias del viaje. Kauk-Maung, una aldea insignificante, es la primera estación en que se pernocta. Bananas, manzanas, peras y otros frutos que á precios irrisorios ofrecen unas muchachas graciosas y pulcramente vestidas, proporcionan al viajero un refrigerio que bien necesita después de respirar todo el día un aire abrasador. Al amanecer se sale de aquel pueblo y antes de mediodía se llega á Thabaiking, desde donde se prosigue el viaje á caballo ó en burro. No hay que decir que el viajero es lindamente explotado y que paga un ojo de la cara por el alquiler de unas cabalgaduras tan malas que cualquiera al verlas se imagina tarea más fácil cargar con ellas que confiarse á sus lomos.

Los caminos distan mucho de ser cómodos, y las selvas que hay que atravesar no dejan de ser peligrosas, pues no es cosa rara encontrarse en ellas con tigres, elefantes y leopardos. Así es que el viajero se siente aliviado de un gran peso cuando divisa los muros de Mogok, que, en circunstancias normales, se presentan ante sus ojos á la puesta de sol del tercer día. Apenas se pisan sus alrededores, olvídanse muchas de las incomodidades del viaje, pues la ciudad, vista desde el punto por donde á ella se llega, tiene un aspecto sumamente agradable. Sus edificios se escalonan en forma de anfiteatro por las colinas, las cuales aparecen cubiertas de todas las galas del Oriente que producen un efecto embriagador sobre todos los sentidos, y por doquier se alzan innumerables templos cuyas cúpulas brillan heridas por los rayos del sol poniente.



Explotación europea de las minas de rubíes de Mogok

Mogok es una ciudad llena de actividad y de vida, una verdadera urbe mercantil é industrial; en todos sus rincones y en todas sus calles resuena en nuestros oídos la palabra que compendia la existencia de cuantos en ella viven; y en todas partes se ve aquella piedrecita encarnada, que parece á primera vista pedazo de cristal sin importancia, por lo que apenas se comprende que su producción sea objeto de tantas atenciones. Por supuesto que las piedras que se ponen al alcance de la mirada de cualquiera no son las mejores ni mucho menos. Para hacerse cargo de lo interesante de esa ciudad construída sobre canteras de rubíes, es preciso visitar los sitios en que se realizan todos los procesos á que la piedra está sometida, desde su extracción de la mina hasta la talla, y estudiar la vida de aquella población trabajadora.



Mercado de rubíes de Mogok

Es preciso distinguir entre la explotación minera indígena y la europea, las cuales, contra lo que pudiera creerse, no se hacen una competencia enconada. El sistema que siguen los indígenas para explotar los tesoros que encierra el suelo de su patria es más primitivo y más penoso que el de los explotadores europeos; pero unos y otros trabajan pacíficamente, á veces en lugares contiguos, sin causarse recíprocamente la menor molestia. La gran Compañía europea no ha de temer hostilidad alguna por parte de los naturales del país; al contrario, son éstos tan inofensivos y bondadosos, que se complacen en ilustrar con sus consejos á los exploradores extranjeros. La Compañía de Minas de rubíes de Birma ha contratado con el gobierno indio un monopolio, pero en el contrato hay una cláusula que garantiza á los indígenas ciertas libertades para la busca de piedras preciosas. Esto no supone una gran competencia, por cuanto aquéllos siguen explotando sus concesiones según los antiguos procedimientos. Así, por ejemplo, su aparato para el lavado del mineral consiste en un gran hoyo redondo practicado en el suelo, en donde depositan los pedruscos disgregados que contienen los rubíes. El agua corriente va arrastrando el limo, y agitando incesantemente aquella masa se obtiene finalmente la arena pura y la piedra. En esta operación se emplean hombres, mujeres y niños.

La Compañía europea dispone de molinos que separan más rápidamente y con mayor precisión la piedra de las escorias. En una sala especial, en donde sólo pueden entrar europeos, se guardan las piedras de mayor tamaño; en otra, los indígenas hacen la selección de las piedras valiosas. Para que el lector pueda formarse idea del número inmenso de las que no tienen casi valor alguno, bastará decir que éstas se venden á dos libras esterlinas el ciento. Estas piedras son las que emplean los indígenas para adornar sus cabañas y sus quitasoles, y se cuentan por miles los individuos que un día y otro día se dedican á buscarlas, no habiendo ninguno que vuelva con las manos vacías.

Una vez por semana se celebra una gran subasta de rubíes, en la que están representadas casi todas las naciones y en la que la demanda es mucho mayor que la oferta. Aparte de estas subastas, todos los días se ofrecen rubíes en el mercado. Los rubíes encontrados por los europeos quedan de propiedad de éstos; en cuanto á los que encuentran los indígenas, todos los que exceden de un determinado peso van á parar á poder del rey Thiabau, quien tiene en las minas sus vigilantes y sus agentes.

Con mucha frecuencia se ve, en las grandes fiestas, á las esposas y á las hijas de aquellos reyes de los rubíes llevar joyas por valor de medio millón de pesetas.



Talla de los rubíes por los indígenas de Mogok

Los que han hecho su fortuna en Birma con piedras preciosas vienen obligados á erigir un templo, una pagoda ó un convento; por esto se encuentran á cada paso fundaciones de estas que al paso que constituyen un testimonio de gratitud, asegurarán á los que las erigieron la protección del cielo. La existencia de tales edificios se comprende cuando se conocen los precios que por los rubíes más hermosos se han pagado: un rubí de primera clase por la hermosura de su color, de un quilate, cuesta de 1.000 á 1.250 pesetas; de dos quilates, 12.500 pesetas; de cinco quilates, 100.000 y más.

Recientemente se han hecho numerosas tentativas para imitar los rubíes, y la síntesis del rubí oriental constituye al presente casi una industria desde el punto y hora en que gracias á los trabajos de los químicos Fremy y Verneuil se ha conseguido obtener de una vez y en un solo crisol más de un kilogramo de rubí oriental perfectamente cristalizado y puro dotado del más hermoso color rojo. El primero que logró reproducir el rubí oriental fué Gaudín, y los cristales por él obtenidos tenían un milímetro de largo y la tercera parte de espesor.

Elsner procedió de otra manera, y con su síntesis del rubí obtuvo granos muy pequeños, es cierto, pero dotados de tan gran dureza como los naturales, pudiendo decirse que con él comienza la síntesis práctica del rubí oriental.

Senarmont, aplicando métodos diferentes, consiguió romboedros muy pequeños cuyas aristas todas se hallan con rara perfección truncadas; pero su procedimiento, por largo y delicado, no ha tenido mayores aplicaciones.

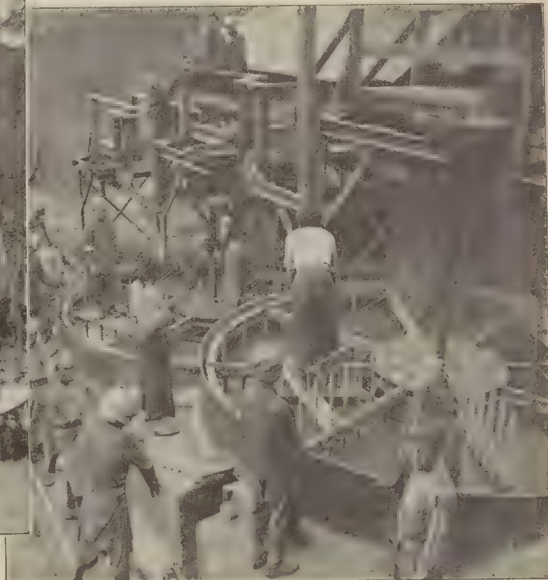
En un estudio meritísimo de Sainte Claire, Deville y Caron, se apeló por vez primera á un procedimiento cuyos resultados fueron parte á que se realice ahora en grande la síntesis del rubí oriental, con la ventaja de que por este método se recogen en el crisol el zafiro azul y el rubí oriental rojo.

Debray, Hautefeuille, Grandeau, Meunier y otros realizaron por otros caminos la síntesis de la piedra que nos ocupa, pero sólo á Fremy fué dado llegar á grandes resultados, y eso hace bien pocos años, después de una labor empezada en 1860. Los rubíes por él conseguidos son de tamaños mucho mayores á los alcanzados hasta entonces, habiendo preparado Fremy y Verneuil este cuerpo por kilogramos, dando á la industria un producto nuevo y muy variado, puesto que es factible modificar los colores de la alúmina cristalizada, que es la base de esta síntesis, y así vense ahora en el comercio de joyas piedras muy finas y valiosas artificialmente preparadas.

Pero á pesar de todas estas imitaciones, el rubí natural no ha perdido nada de su valor ni de su importancia; y á pesar de todos los laboratorios químicos, Mogok es y será siempre un lugar de fabulosos tesoros, la ciudad de los rubíes por excelencia.



Lavado de los rubíes por el procedimiento indígena en Mogok



Molino para lavar rubíes por el procedimiento europeo en Mogok

En los talleres en donde se tallan los rubíes y otras piedras preciosas se aprecia el verdadero valor de las mismas, y en ellos se ven rubíes, zafiros y ojos de gato que cuestan grandes cantidades. Los profanos difícilmente pueden apreciar lo que vale una de esas piedras juzgando sólo por su aspecto.

ALTAR ESCULPIDO POR REYNOLDS-STEPHENS

Este célebre artista canadiense, educado en Inglaterra y en Alemania, comenzó estudiando brillantemente la carrera de ingeniero; pero en 1884, cuando contaba veintidós años de edad, abandonó la ciencia para consagrarse exclusivamente al arte, y al efecto entró en la escuela de la Real Academia de Londres. En 1885 concurrió á una exposición de esta academia con una acuarela que llamó la atención de los inteligentes, y dos años después expuso una hermosa escultura. Trabajó casi exclusivamente como escultor hasta 1894; pero desde esta fecha ha cultivado por igual la escultura y la pintura, consiguiendo en ambas merecida fama.

También ha logrado notables éxitos en la esfera de las industrias artísticas; de suerte que de él puede decirse que domina todos los géneros que le permiten reproducir la belleza en toda la infinita variedad con que él la siente.

El altar que adjunto reproducimos es una prueba elocuente de su originalidad y de su buen gusto.



Altar esculpido por Reynolds-Stephens

ALMAS CANSADAS, ESCULTURA DE HORACIO PINI

El autor de esta escultura es un artista romano, muy joven todavía; siente y piensa á la moderna, ha producido gran número de obras y la mayoría de ellas han promovido acaloradas discusiones, hecho que por sí solo demuestra que no se trata de un talento adocenado. En todas sus creaciones ha revelado gran profundidad y delicadeza de sentimiento y aptitudes excepcionales para expresar los más sutiles estados anímicos y los afectos más complicados; y hasta aquellas de sus obras en que se observan cierta incorrección y cierto amaneramiento, sorprenden y cautivan á cuantos con atención las contemplan.

Todas las cualidades que dejamos indicadas se advierten en el grupo que reproducimos: en los semblantes de las tres jóvenes que lo constituyen se ve admirablemente reflejada la fatiga moral, esa fatiga que causa en el espíritu y aun en el cuerpo estragos más terribles que el cansancio físico. *Almas cansadas* puede figurar entre las mejores obras de la moderna escuela escultórica.—S.



Almas cansadas, escultura de Horacio Pini



GUERRA RUSO-JAPONESA. – UN EPISODIO DE UNA RETIRADA DEL EJÉRCITO RUSO. LOS CARROS DE LA CRUZ ROJA VOLCADOS EN UNA ZANJA. (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Después del esfuerzo colosal hecho por ambos beligerantes en la batalla de Mukden, reina en el teatro de la guerra una completa calma, turbada apenas por algunas insignificantes escaramuzas entre el cuerpo de ejército ruso mandado por el general Mitchenko y varias patrullas japonesas. El citado general no está repuesto todavía de la herida que recibió en el combate de Sandepú y que le impide montar á caballo; esto no obstante, continúa dirigiendo las operaciones de sus tropas, cuyos movimientos sigue en coche. El grueso de las fuerzas rusas se encuentra actualmente en Kuang-Tchen-Tse, á unos 30 kilómetros de Guntchuline; el de las fuerzas japonesas, en las inmediaciones de Tieling.

Esta inacción de los japoneses se explica por varias razones. En primer lugar, las excepcionales fatigas de la batalla de Mukden y de los primeros días de persecución del enemigo derrotado, debieron de agotar sus fuerzas; en segundo, han tenido que constituir sus centros de aprovisionamiento y que reponer las 60.000 bajas que, según su propia confesión, tuvieron en la mencionada batalla, tarea esta última no muy fácil, sobre todo por lo que toca á los oficiales, de los que, al parecer, anda un tanto escaso el Japón. Además el estado de los caminos á consecuencia del deshielo que ha comenzado á iniciarse en la Mandchuria dificulta extremadamente el transporte de la artillería y de los carros. Finalmente, los rusos, que hasta ahora habían destruído apenas la vía férrea que en sus retiradas dejaban á sus espaldas, esta vez han procedido á una destrucción en regla del ferrocarril, y los japoneses tardarán algún tiempo y habrán de ejecutar no pocos trabajos para dejarlo en condiciones de utilizarlo.

A pesar de todas estas dificultades con que han de luchar los japoneses para proseguir su movimiento de avance, todavía algunos periódicos ingleses insisten en que la calma que actualmente se observa es sólo aparente y encubre un gran movimiento envolvente que á mucha distancia de la vía férrea ejecuta una parte de los ejércitos del mariscal Oyama. Esta suposición, sin embargo, es inverosimil, porque un movimiento como el que se indica no se efectúa sin que el adversario se percate de él. Se explica que los japoneses, cuando estaban en contacto inmediato con los rusos, hallaran modo de ocultar á éstos todos los movimientos que realizaban detrás de una apretada línea de avanzadas, y así se comprende el que llevó á cabo el general Nogi cuando la batalla de Mukden; pero es muy poco probable que en las condiciones actuales puedan avanzar con importantes masas y á muy largas distancias sin que se tenga la menor noticia de su avance. Por otra parte, el 2.° ejército, que manda el general Oku, continúa acantonado en Mukden y no es lógico que los japoneses maniobren tan lejos de su base con una parte solamente de sus fuerzas, pues esta división podría ser en extremo peligrosa y sería completamente contraria á la prudencia y al método de que el general en jefe japonés ha dado hasta el presente pruebas.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El soldado Serafín Perloff, del 4.° de tiradores de Tomsk, que ha llegado á San Petersburgo procedente del teatro de la guerra llevando un niño de siete meses de su teniente, el cual se ha quedado en la Mandchuria acompañado de su esposa, enfermera de la Cruz Roja. Serafín Perloff ha sido aclamado por la multitud á su llegada á San Petersburgo. (De fotografía.)

Los rusos, en tanto, hacen grandes preparativos, detrás de las posiciones que ocupan, para resistir los futuros ataques de los japoneses. Al empezar la guerra, cuando creían que su concentración se efectuaría en Kharbin, habían comenzado á construir fortificaciones alrededor de aquella ciudad, trabajos que abandonaron cuando resolvieron trasladar al Sur, hacia Liao-Yang, el centro de sus concentraciones. Ahora los han reanudado, y todo induce á creer que, haciéndose fuertes en la expresada plaza, aprovecharán el período de forzoso descanso de los japoneses para aumentar sus efectivos con los refuerzos que de continuo reciben de Rusia y para apercibirse á resistir las ulteriores acometidas de sus adversarios.

Cuando, á consecuencia del combate de Sandepú, marchó á Rusia el general Grippenberg, confióse el mando del 2.° ejército al general Kaulbars, jefe entonces del 3.^er^ ejército, y el de éste al general Bilderling, comandante del 17.° cuerpo. Esta situación interina ha cesado, habiendo vuelto los generales Kaulbars y Bilderling á sus antiguos puestos y habiendo sido nombrado jefe del 2.° ejército el general Batianof, militar de brillante historia que comenzó en la guerra de Crimea y continuó en las campañas del Turquestán de 1865 y en la guerra turco-rusa de 1877. Actualmente formaba parte del Consejo superior de Guerra.

Dícese que está á punto de salir del Báltico la llamada cuarta escuadra del Pacífico, cuyo armamento se ha hecho con gran actividad, calculándose que podrá hacerse á la mar durante el presente mes.

Como dato interesante, ya que hablamos de escuadras, diremos que los donativos voluntarios hechos para el aumento de la armada desde el 7 de febrero de 1904 al 14 de febrero último ascendieron á la cantidad de 13.274.539 rublos, ó sean 34 millones y medio de francos.

El príncipe Khilkof, ministro de Vías y Comunicaciones de Rusia, ha partido recientemente para Siberia, en donde inspeccionará las líneas de ferrocarriles y el estado de los ríos para hacerse cargo de las obras que han de realizarse á fin de mejorar la navegación de estos últimos y el servicio de transportes por los primeros.—R.



HOMENAJE, [illegible]

[illegible]



ATRO DE BONN (ALEMANIA), PINTADO POR ENRIQUE BRUNE

osas doncellas van arrojando flores á su paso; á su
ue venció en la palestra. Todo le rinde homenaje,
mejores galas para celebrar su victoria.

Esta composición, hondamente sentida y grandiosamente pintada, que decora el telón de boca del teatro de Bonn, es obra del celebrado pintor hijo de aquella ciudad Enrique Brune, quien al ejecutarla ha tomado por modelo el procedimiento de los antiguos Gobelinos.

Srta. D.ª ESTHER FESTINI

El día 31 de diciembre último se recibió de doctora en Filosofía y Letras, en la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, la Srta. D.ª Esther Festini, cuyo retrato publicamos adjunto. Es la primera mujer que ha obtenido el doctorado en el Perú y una de las muy contadas que ostentan este título en la America latina.

Nació en Lima, y muy joven todavía obtuvo los diplomas de preceptora de 1.º, 2.º y 3.er grado; cursó luego los estudios de la instrucción media, y en el año 1895 fundó en aquella ciudad el «Liceo Grau» para señoritas, que es hoy uno de los más acreditados en su género y en el que se aplican los sistemas más modernos de pedagogía.

Deseando ampliar sus conocimientos, estudió la carrera de Filosofía y Letras, que acaba de terminar, según dejamos dicho, después de haber conseguido en todos los cursos las más brillantes calificaciones.

La Srta. Festini presentó, para graduarse de doctora, un interesante estudio pedagógico sobre la educación de la mujer, estudio en el cual patentizó su carácter observador y los excelentes frutos que ha sabido recoger de su experiencia de tantos años de profesorado.

La nueva doctora fué aprobada por unanimidad de votos, y al ponerle la insignia doctoral el decano doctor Salazar, la felicitó por su perseverancia, por su aplicación y por su saber.

Terminada la ceremonia, fué acompañada por algunos catedráticos al «Instituto Grau,» cuyas alumnas recibieron á su directora con grandes demostraciones de cariño y entusiasmo.

Toda la prensa de Lima ha dedicado encomiásticos artículos á la Srta. Festini. A las felicitaciones de aquellos periódicos une la suya, muy sincera, La Ilustración Artística, que se honra publicando hoy en sus páginas el retrato de la primera doctora en Filosofía y Letras peruana.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – En este Salón hemos podido admirar la notable estatua de San José con dos ángeles orantes, ejecutada en mármol por el distinguido escultor José Reynés y destinada al suntuoso panteón que en el cementerio del SO. ha dedicado á la memoria de su esposo D.ª Francisca Seycher, viuda de Gener. Obra de verdadera importancia, atestigua las especiales condiciones del laureado artista que la ha concebido y modelado.

El ya veterano artista Magín Pujadas ha expuesto á su vez varias composiciones pintadas al pastel, entre las que hemos de citar dos hermosos paisajes, frescos, jugosos, titulados *Tarde de abril* y *Mañana de octubre* y el retrato de dos preciosos niños.

Los jovenes pintores Sebastián Juñer, Javier Nogués, Mariano Pidelaserra, J. Torres y Pedro Jura y el escultor Emilio Fontbona han llenado por último el vasto local con un considerable número de lienzos y esculturas que han de estimarse como modalidades de la modernísima evolución.

Salón Robira. – En este Salón ha llamado justamente la atención de los inteligentes un interesantísimo lienzo de Arcadio Mas y Fondevila, representando una procesión en la orilla del mar.

Establecimiento de Masriera. – Entre varias piezas de bronce de carácter determinadamente artístico y variadas aplicaciones, destácanse dos candelabros de hierro forjado, pulcramente ejecutados por el operario de la fundición artística Juan Pidemon, á quien tributamos un aplauso por su maestría.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Nuestra juventud*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus, arreglada á la escena española por José Lorenzo, y *Un viaje de propaganda*, sainete en un acto y tres cuadros de D. Juan de la C. Ferrer; y en Romea *Claror de posta*, bellísimo cuadro dramático en un acto de D. Pompeyo Crehuet, y *Pluja de fills*, comedia en tres actos de José María



La Srta. D.ª Esther Festini,
primera doctora en Filosofía y Letras graduada en el Perú

Pons. En el teatro del Eldorado actúa con gran éxito la compañía dramática italiana de la notable actriz Teresa Mariani, dirigida por el eminente actor Sr. Palladini.

– En el teatro de Novedades el famoso pianista Emilio Sauer ha dado dos conciertos, en cuyos programas figuraban obras de Beethoven, Chopin, Schumann, Mendelssohn, Schubert, Listz y otros grandes maestros. Cuanto se diga en elogio de este coloso del piano es poco; todos los géneros son para él iguales, todos los interpreta y ejecuta con la misma maestría, pues si cautiva con sus delicadezas y filigranas, arrebata en las piezas de fuerza, en las cuales el instrumento pulsado por sus manos tiene todas las sonoridades de la orquesta. El público, que llenó el teatro en los dos conciertos, le tributó una serie de ovaciones ruidosas, aclamándole y aplaudiéndole con verdadero entusiasmo.

– En el propio teatro ha dado tres conciertos la célebre orquesta de Lamoureux, de París, dirigida por el maestro Chevillard. Los programas se componían de las piezas siguientes: las sinfonías quinta, sexta y séptima y el scherzo de la octava de Beethoven; la obertura de *Los Maestros cantores de Nuremberg*, la escena de *Venusberg* de *Tanhauser*; *Los murmullos de la selva*, la escena de la consagración de *Parsifal*, y el preludio del primer acto y muerte de Isolda, de *Tristan é Isolda*, de Wagner; la *Sinfonía en sol menor*, de Mozart; el poema *Muerte y transfiguración*, de Strauss; la obertura de *Euryanthe*, de Weber; *Concierto*, de Haendel; *Redención*, de César Franck; *Fiesta en casa de Capuleto* y *Caza y tempestad*, de Berlioz; *El campamento de Wallenstein*, de d'Indy; *El aprendiz de brujo*, de Dukas; *En las estepas de Asia*, de Borodine; *La siesta de un fauno*, de Debussy; y *Preludios*, de Listz. Por la simple enumeración de estas piezas se comprende la importancia de los conciertos; en cuanto á su ejecución, fué magistral, perfecta, maravillosa, produciendo en todos los momentos el entusiasmo del público, que al final de cada obra prorrumpía en estrepitosos aplausos y aclamaciones Puede decirse que cada concierto fué para el maestro Chevillard y su admirable orquesta una continuada serie de triunfos de los que forman época en los anales de una institución, aun siendo ésta tan famosa como la Sociedad de Conciertos Lamoureux.

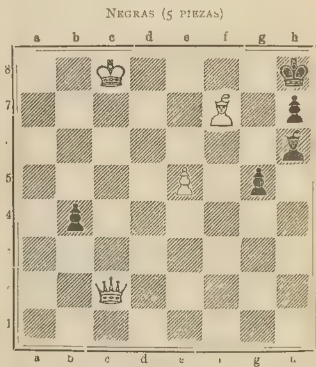
– En la «Associació Wagneriana» ha dado un concierto la renombrada violinista Stefy Geyer, que tocó admirablemente un *Concierto en Re mayor*, de Tchaikwsky; una *Mazurca* y *Escenas czardas*, de Hubay; la *Canción de las hilanderas*, de Dienzi; una *Polonesa*, de Wieniawsky; un *Aria*, de Bach, y la *Réverie*, de Schumann. La joven concertista obtuvo muchos y muy merecidos aplausos. También los obtuvo el notable pianista Dienzi, que acompañó á la Srta. Geyer y ejecutó solo, de una manera acabada, una *Polonesa*, de Chopin, y un *Fantasía sobre motivos populares húngaros*, de su composición.

En la propia «Associació Wagneriana» se ha efectuado la segunda audición de la serie tercera del ciclo de Beethoven, que se componía del tercer trío en *Re mayor*, del cuarto en do menor y del quinto en *Re mayor*. Los señores Munner, Estera y Dini, ejecutaron estas obras con verdadero cariño y notable acierto, consiguiendo muchos aplausos.

AJEDREZ

Problema núm. 382, por W. A. Shinkman.

Negras (5 piezas)



Blancas (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm 381, por J. Pilnacek.

Blancas.	Negras.
1. Rh2-h1	1. Cc6×e7
2. Cf2-g4 jaque	2. R juega.
3. D ó P mate.	

Variantes

1..... Ad5×e4;	2. Cf2-g4 jaque, etc.
1..... Cc6-b4 ó d4;	2. Dc8-d7, etc.
1..... Ad5-e6, etc.;	2. Dc8×c6, etc.
1..... g6-g5;	2. Dc8-f5 mate.



Barcelona. – Jura de la bandera por los reclutas del último reemplazo. (De fotografía de A. Merletti.)

Con gran solemnidad efectuóse en la mañana del domingo 2 de los corrientes la ceremonia de la jura de la bandera por los reclutas ingresados en filas, procedentes del último reemplazo. El acto se celebró en el Salón de San Juan, en el que estaban formadas todas las fuerzas de la guarnición, al mando del Excmo. Sr. capitán general interino D. Luis de Castelví. Después de la misa de campaña, los reclutas fueron pasando por delante de la bandera del regimiento de infantería de Vergara y prestando el juramento de ordenanza. Terminado el acto, que resultó en extremo pintoresco y fué presenciado por numeroso público, las tropas desfilaron ante al capitán general y su estado mayor.



Ni una sola vez la desconocida apartó los ojos de su tarea

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Esa inquietud aumentó durante toda la tarde, mientras él, encerrado en su despacho, fingía estudiar un negocio, y ella se entregaba á las pequeñas ocupaciones de la casa. En realidad, ni el uno ni el otro pensaban más que en el ausente.

Los menores ruidos les hacían latir el corazón. Sonaba un coche en la calle; ¿sería el suyo? Tocaban el timbre en la puerta; ¿sería él ó algún recado suyo?..

Y luego, nada. La madre no podía estarse quieta y volvía de nuevo á buscar á Alberto para repetirle por décima vez su pregunta angustiosa: «¿Dónde está?..»

¿Qué responderle, sino las mismas palabras de consuelo?

Pero también Darrás se planteaba en silencio la misma pregunta, y la última imagen de Luciano se dibujaba en su mente con una precisión dolorosa. El joven se le aparecía tal como le había visto en su despacho de la oficina, con el odio en los ojos y la amenaza en la boca. ¿Era posible que aquel niño, su hijo de adopción, hubiera articulado estas frases al marcharse?..:

—¿Adónde voy?.. Á buscar la prueba de que tus espías han mentido... Cuando la tenga, preciso será que te retractes de sus calumnias ó no te volveré á ver en mi vida.

—No tendré nada de que retractarme, había respondido Darrás, á quien aquella ultrajante actitud privaba de su sangre fría; demasiado sé qué pruebas vas á encontrar... Tú eres el que vendrás á pedirme perdón por haber olvidado que soy el marido de tu madre.

—No lo olvido, respondió Luciano por dos veces, y añadió ferozmente: No toques esa otra llaga si no quieres que se pronuncien entre nosotros palabras irreparables...

Tal había sido el fin de aquel trágico diálogo, en el que Luciano se había permitido por primera vez criticar el segundo matrimonio de su madre. El padrastro quedó presa de un aturdimiento que se prolongaba á través de la dolorosa espera de aquella tarde. Repetíase mentalmente aquellas palabras de significación tan terrible y caía de nuevo en aquella misma sensación de estupor indignado:

-¿Cómo ha podido?.., se preguntaba. ¿Cómo?.. Es verdad que no era dueño de sí mismo, pero precisamente en esos minutos es cuando se descubre el fondo de los pensamientos. ¿Cuáles son, pues, los suyos?..

Y Darrás se perdía en reflexiones, á las que trataba de aplicar su principio habitual, esa continua impulsión de su sensibilidad hacia el tipo abstracto del hombre de conciencia en su «límite moral,» como él decía como buen matemático. Según había dicho á su mujer, quería á Luciano, sencillamente. ¡Le había considerado tantos años como el hijo de su inteligencia! Era verdad que en los últimos meses el educador había dejado establecerse cierta atmósfera de silencio entre él y su discípulo, pero nunca hubiera imaginado que en el extravío que sospechaba hubiese aversión contra él. Ese descubrimiento le hacía sufrir en su corazón y casi en su carne, hasta tal punto aquella aversión del hijastro le había herido en lo más íntimo de su vida conyugal; y su cariño hacia aquel niño cruel seguía tan entero, que continuaba compadeciéndole de un modo tan espontáneo y desinteresado como su madre. La idea del sufrimiento que en aquellos momentos pesaba sobre el propio Luciano era para él horriblemente penosa. Había tenido que hacer á su hijastro aquella operación quirúrgica, como dijo á su madre; y si de nuevo se hubiese visto en aquel caso, de nuevo habría hecho lo mismo, denunciando la indignidad de aquella Berta Planat, acerca de la cual era preciso abrir los ojos á Luciano. No dudaba de que le había salvado de un gran peligro. ¡Pero al precio de cuántas lágrimas!

Veía á Luciano llorar y sufrir, y las preguntas angustiosas de la madre despertaban un eco doloroso en lo más profundo de su ser. Como ella, se preguntaba: «¿Dónde está? ¿Qué hace?..» y á despecho de sus propios razonamientos también él tenía miedo.

Para darse cuenta exacta del drama que se iba á representar en el corazón de Luciano, les faltaba á Darrás y á su mujer un dato esencial. Los informes dados al ingeniero por la policía de su Banco no le habían dicho ni la verdadera naturaleza de las relaciones que unían á Luciano con Berta Planat ni la historia completa de ésta. Darrás no dudaba que era la querida de su hijastro. Ni siquiera había discutido esta hipótesis y, como se ha visto, la madre la había admitido sin vacilar. Apresurémonos á decir, para poner en seguida las cosas en su punto, que no sólo Luciano no era el amante de la muchacha, sino que, locamente enamorado de ella y viviendo los dos en la libre familiaridad de estudiantes, nunca le había declarado su pasión. Esta anomalía—pues lo es, aun hoy que la nueva educación de las mujeres tiende á modificar las relaciones entre los sexos,—esta anomalía dependía, como muchas aparentes rarezas sentimentales, de causas muy sencillas, que se descubrirán por sí mismas en el desarrollo de los dos caracteres.

Era necesario señalar este hecho desde ahora para que se comprenda qué extremado dolor produjo á Luciano aquella conversación con su padrastro. La frase que pronunció al marcharse fué el grito que arroja bajo el cuchillo un animal á quien se está degollando y que él acompaña por instinto de un furioso mordisco.

En seguida había huído de la respuesta de Darrás y de la propia cólera. También á él le habían dejado estupefacto aquellas palabras dichas al educador de su infancia. ¡Traducían tan poco las porciones conscientes de su pensamiento y de su corazón! Siempre había respetado á su padrastro y aceptado su influencia y sus ideas.

Pero cuando se ha violentado una ley natural en las relaciones de dos seres, ninguna buena voluntad ni virtud alguna pueden impedir que, tarde ó temprano, sufran el uno por el otro. Esto sucede cuando el segundo marido de una mujer divorciada educa al hijo del primer matrimonio en vida de su padre. Por mucho que el segundo marido quiera desplegar las más conmovedoras delicadezas, el hijastro y él no descienden nunca á esa profundidad de inteligencia recíproca que es sólo producto de la identidad de la sangre: el padrastro es siempre el último llegado, el extraño, en el hogar. Y aunque la madre envuelva á su hijo en una atmósfera de ternura, este hijo sabe que no ha sido bastante para ella, teniendo de ello continuamente la prueba en la presencia de su padrastro.

Después crece, tiene amigos y por ellos conoce detalles de sus respectivas casas, y entonces sufre en su amor propio al ver que sus padres no son como los de los demás, y en su culto por su madre cuando empieza á comprenderlo todo. No por eso la quiere menos; quiere también á su padrastro; pero no quiere su matrimonio.

Esa sensación puede no haberse formulado nunca ó haberse distribuído durante la niñez y la juventud en mil incidentes minúsculos que no han dejado huella en la memoria de su víctima; pero todos la han impreso en el fondo más obscuro de su alma, donde se ha reunido un depósito de secreta amargura que sale á la superficie á impulso de una brusca sacudida.

Así le había sucedido á Luciano. Cuando se encontró solo en la gran escalera del Banco, después de aquella disputa con Darrás, el asombro lo suspendió todo en él por un segundo, hasta el dolor de la repugnante denuncia. Las últimas palabras dichas á su padrastro eran, sin embargo, reales; no estaba soñando.

El contraste entre el movimiento de un gran Banco á la hora de bolsa y la tempestad de sus senti-

mientos le produjo durante unos minutos una de de esas parálisis del ser íntimo, frecuentes en las catástrofes repentinas. Pero bruscamente se volvió á apoderar de él la verdad de la situación, y la neta y clara acusación formulada contra Berta Planat se presentó á su pensamiento con ese duro relieve que toman en el enamorado las imágenes en que interviene la mujer amada.

La intolerable mordedura desgarró de nuevo el corazón del joven, y mientras salía de él un rayo de odio contra el denunciador, se formaba en su ánimo una voluntad impetuosa é irrevocable: la de confundirle.

Bajó corriendo de tres en tres escalones la inmensa escalera y el vasto patio de cristales lleno de ventanillos, y se encontró en la avenida de la Ópera buscando un coche desocupado. A los pocos minutos Luciano estaba sentado en un carruaje que rodaba hacia el rincón del barrio Latino en que Berta vivía. «24, calle de Rollín...,» había dicho al cochero.

Y mientras se dirigía á aquella callejuela desconocida, resto de la calle en que murió Pascal, no sospechaba que en el mismo instante su madre se dirigía á otra calle contemporánea de aquélla para tener con el religioso la conversación con que empieza este relato. Aquella semejanza de decoraciones en torno de las dos angustias era todo un símbolo. ¿No procedían las dos de causa idéntica? Ni una ni otra visita se hubieran verificado sin el segundo matrimonio de Gabriela.

Pero Luciano estaba demasiado imbuído en las doctrinas de Darrás para ver en esa coincidencia, aun conociéndola, más que una circunstancia fortuita. Había sufrido por el segundo matrimonio una pena instintiva y casi animal, pero nunca había ofrecido duda para él el derecho al divorcio ni había pasado por su mente la idea de que pudiera acarrear consecuencias de dolor.

Por otra parte, ¿existía para él, siquiera, su madre durante la media hora de aquella carrera por París?

Toda su energía estaba concentrada en este punto: ¿Cómo abordar tal explicación con su amiga tan indignamente calumniada?

—Es preciso que sepa esas infamias; es preciso..., se repitió cuando el coche se puso en marcha. Buscaremos juntos de dónde vienen esas abominables invenciones. Ella me ayudará á descubrirlo y yo la ayudaré á ponerlas término inmediatamente...

No había el coche dado la vuelta al Louvre, cuando ya surgía en su mente otra frase:

—¡Qué duro va á ser el repetirle tales horrores!.. ¡Con tal de que comprenda que yo no dudo de ella y que no tiene que justificarse conmigo!.. Por ella, por su porvenir, hay que confundir al malvado que ha puesto en circulación tales torpezas... ¿Quién será? ¿Pero quién será?..

La angustia de esa pregunta fué de repente tan fuerte, que el joven tuvo la tentación de volver al Banco de su padrastro y arrancar á Darrás ese secreto.

—No, no le veré más así, pensó. Después de haberle dejado de ese modo, debo llevarle la prueba de que le han engañado. Tal como le conozco, de ningún modo hubiera hablado de nadie como lo ha hecho de Berta si hubiese tenido alguna duda. Ha sido engañado... ¿Por quién?..

El respeto es, como el desprecio, el más involuntario de los sentimientos. Toda la parcialidad del cariño más apasionado no puede destruir el uno, ni las violencias del rencor abolir el otro. El concepto que tenía Luciano de la lealtad de su educador no se había modificado á pesar de su cólera, y por mucho que el joven sintiera contra Darrás, aquella estimación de su carácter añadía un peso singular á su testimonio.

Un escrúpulo supone otros. El que es incapaz de mentir, lo es también de repetir aserciones no comprobadas, y aunque Luciano no se formulaba este razonamiento, le bastaba recordar las virtudes de su padrastro para dar otro tono á su pensamiento.

Involuntariamente se puso á repasar la historia entera de su intimidad con Berta para deducir de cada detalle que el difamador no había dicho la verdad. Sin cesar le subía á los labios este suspiro:

—¡Amiga mía! ¡Mi querida amiga!.. ¡No! ¡Es imposible!..

¿Contra qué se sublevaba con esa violencia? ¿Era solamente contra la dificultad de decir á la joven aquellas calumnias? ¿Era una respuesta á las calumnias mismas en nombre de los recuerdos que le evocaban aquellas calles, recuerdos cada vez más numerosos á medida que el coche se acercaba á aquel Barrio Latino en donde se habían sucedido las escenas de su novela?

Este idilio entre un estudiante de Derecho y una estudiante de Medicina había sido sencillo en el fondo, pero no se hubiera producido cuando los principios revolucionarios no habían atacado la antigua costumbre de la diferencia de educación entre los sexos. ¿Hubiera tampoco surgido hace veinticinco años el drama de las disidencias religiosas que iba á perturbar el matrimonio Darrás? Uno y otro análisis, si se hacían concienzudamente, habían de permitir formarse idea del cambio que está á punto de efectuarse en nuestra patria bajo la influencia de leyes cuyas aplicaciones públicas afectan de rechazo á sensibilidades privadas.

Tales ejemplos prueban la exactitud del axioma sentado por el gran clínico político del siglo XIX: «El hombre es arrastrado por la sociedad.» El porvenir decidirá si esas corrientes van hacia el progreso ó hacia la decadencia, que ese mismo filósofo definía bárbara pero énergicamente: una *desconstitución*.

Luciano de Chambault conoció á Berta Planat diez meses antes en un gabinete de lectura situado en la esquina de la calle de Monsieur-le-Prince y de la calle Antoine Dubois. Ese establecimiento, célebre desde hace muchas generaciones en el barrio Latino, tiene la especialidad de los libros de ciencia, y sus clientes pertenecen á la Escuela práctica, á cuyo lado se encuentra.

Luciano entró allí por casualidad, para tomar unas notas de medicina legal destinadas á una conferencia que estaba preparando sobre «el derecho de castigar,» para pronunciarla en un círculo fundado por unos cuantos amigos con un título que resume una época: *El Imperativo categórico*. Este solo detalle indica que el hijastro de Darrás no se había educado impunemente en la atmósfera de vaga religiosidad filosófica, familiar á los directores intelectuales de la tercera República. Luciano pertenecía á lo más escogido de esa generación nacida en los alrededores de 1880, en la que se manifiesta ya el resultado de una enseñanza contraria á nuestras tradiciones. El grueso de la tropa se compone de brutales «arribistas.» El resto constituye un estado mayor alarmante de inteligencias mal equilibradas, en las que coexiste un sentido crítico aguzado hasta la sequedad con un candor que raya en la inocencia.

Esos jóvenes son inciertos y dogmáticos, nihilistas y sectarios, violentamente destructores y no menos violentamente milenarios. Enamorados de las novedades, gastan su energía trazándose programas que toman por actos y en los que nunca se trata más que de rehacer, rehacer el país, la sociedad, la humanidad entera; y por una ironía cuya sutilidad no notan, esa fiebre de reformas los condena de antemano á las utopías más viejas y más resueltamente condenadas por la historia.

Una de las características de esa juventud es la constante apelación á la conciencia; pero la execrable disciplina de Kant que sus mayores le han inculcado, le hace interpretar esa fórmula del modo más estrecho y más estéril. Con pretexto de aplicar el famoso precepto: «Obra siempre de modo que tus acciones puedan servir de regla universal,» esos jóvenes se acostumbran á la idolatría de su sentido propio, dan solemnidad de principios á sus puntos de vista personales y llegan á un fanatismo anárquico, por decirlo así, cuyo egoísmo contrasta con su cultura.

Tienen, sin embargo, una virtud que es equitativo reconocerles: su pedantesco é intolerante doctrinarismo les hace muy escrupulosos en las cosas del amor; tienen algo de jansenistas y de puritanos. Esta disposición de alma se veía ya en sus predecesores en moral atea, como hemos visto en la conversación de Darrás con su esposa.

En esas mentalidades complejas y ficticias, el odio secreto al instinto y á sus espontaneidades y la celosa rivalidad con las religiones positivas pueden ir á parar en un verdadero ascetismo. Añadiremos que las ardientes preocupaciones de esos extraños jóvenes se dirigen á otras cosas. Los problemas sociales les interesan demasiado para que quepan en sus cerebros saturados de abstracciones los ensueños novelescos propios de su edad.

Pero esa tensión voluntaria lleva consigo extraordinarias sorpresas. La naturaleza, comprimida y falseada, está siempre pronta á tomar su desquite en un corazón joven: que se encuentre en su vida cierta mujer, á cierta hora, y en el intelectual aparece el amoroso, pero un amoroso que no prescinde por eso de su modo habitual de pensar. ¡Júzguese qué inesperados fenómenos debe producir inevitablemente el encuentro de la pasión con un estado de ánimo tan particular!

Este boceto de un tipo psicológico muy reciente, pero suficientemente multiplicado para que influya de un modo preponderante en el porvenir inmediato de la clase media francesa, merecería ser grabado en trazos profundos y bastará para caracterizar las emociones que resucitaban en el corazón de Luciano, mientras, metido en el coche, recordaba el día en que encontró á Berta por primera vez y recibió el flechazo de su amor.

Veía nuevamente el vasto local del «Salón literario y científico,» cuyas paredes desaparecían detrás de las estanterías: en los estantes estaban alineados los libros encuadernados en tela gris ó negra y brutalmente numerados; sobre las mesas, manchadas de tinta, amontonábanse periódicos y revistas. Se veía á sí mismo esperando las obras que había pedido y mirando distraídamente los escasos lectores que había en la sala. Entonces fué cuando reparó en la joven, que estaba al lado de la ventana del fondo tomando notas en un gran volumen que tenía delante. Su linda y pálida cara de finas facciones expresaba esa ferviente aplicación de los verdaderos ratones de biblioteca, para quienes no existe, en las horas de trabajo, más que el objeto actual de su estudio. Durante la hora entera en que Luciano, atraído por la gracia y el misterio de aquella fisonomía, la estuvo observando mientras fingía leer, ni una sola vez la desconocida apartó los ojos de su tarea. Sus párpados ostentaban unas pestañas muy largas y casi abarquilladas, de un matiz obscuro en armonía con el de sus pupilas, que se destacaban sobre la blancura de su tez, como se destacan las manchas pardas de los ojos sobre los fondos descoloridos de los antiguos retratos.

En ciertos momentos de reflexión más intensa, sus ojos se levantaban como para fijar el pensamiento, y entonces mordía la punta del portaplumas y dejaba ver unos dientes blancos é iguales entre unos labios cerrados por las comisuras en una inflexión amarga.

Tenía quitado el sombrero, y la forma ovalada de su cabeza inteligente se dibujaba bajo su cabellera partida por una raya. El espesor de su pelo, sencillamente trenzado, indicaba su fuerza de vida, pero una vida fatigada, como lo decían la delgadez de sus mejillas, la flexibilidad del cuello y de la nuca y la esbeltez enflaquecida del busto inclinado en la mesa. Las manos, muy lindas, tenían una energía casi masculina, que se descubría también en la barbilla y en la ancha frente, en la que ardía una llama de inteligencia viril.

El conjunto, sin embargo, era muy femenino, por la elegancia del talle, por la armonía de los ademanes y por ese no sé qué delicado que exige protección.

La estudiante estaba vestida casi pobremente, pero su cuello era de una limpieza perfecta. Los manguitos de percalina que se había puesto para preservar los puños denunciaban el cuidado de la economía y de las conveniencias que se veía en toda su persona.

La aparición de una muchacha de aquella edad y de aquella belleza en aquel laboratorio intelectual era para sorprender y para interesar á un joven de veintitrés años, laborioso también y en el que las convicciones ideológicas habían comprimido hasta entonces los ardores del corazón y de los sentidos.

Las mujeres que formaban la sociedad de su madre habían desagradado á Luciano, las unas por su frivolidad y las otras por su tontería. Las criaturas galantes le habían repugnado, y sólo conocía del amor el remordimiento de algunos encuentros brutales que le habían inspirado una hora de curiosidad y varios meses de repugnancia.

El encanto extraordinario de aquella desconocida que inclinaba hacia los libros de ciencia un perfil de medalla, agostado por el pensamiento, debía de obrar y obró sobre él con soberana potencia. Aquella figura reunía los complejos atractivos con que él soñaba hacía mucho tiempo, y el joven no echó de ver la revolución repentina de su sensibilidad hasta que Berta empezó á ordenar sus papeles para marcharse. La certidumbre de que iba á desaparecer le produjo esa opresión de garganta, ese espasmo del pecho que revelan la turbación que en nuestro sistema nervioso causa un choque demasiado intenso. Tuvo un momento la tentación de esperarla en la calle y seguirla, pero una instintiva é invencible timidez le inmovilizó en la silla mientras ella se quitaba los manguitos, cogía el sombrero y se lo ponía con tanta calma como si hubiera estado sola en la sala.

Después de devolver los dos volúmenes de que se había servido, la joven salió. Al entregarlos hizo á la encargada una recomendación, sin duda sobre los libros, pues ésta los puso aparte con un pequeño signo de asentimiento familiar que no hubiera hecho para una cliente de paso. De ello dedujo Luciano que podría con seguridad ver nuevamente á la joven volviendo á su vez á aquel salón de lectura. Aquel signo de que era una abonada entró por mucho en la tranquilidad con que Luciano la vió desaparecer.

La delicadeza le impidió pedir informes á los em-

pleados, pero fué superior á sus fuerzas el no ir á la mesa en que estaban los volúmenes, y mientras la encargada buscaba en el catálogo un libro que él había nombrado al azar, tuvo el valor de coger como al descuido uno de aquellos dos volúmenes.

Aquel primer contacto físico con la ausente fué para él de gran dulzura, pues vió una nueva probabilidad de volverla á encontrar en el hecho de que el libro era el primer tomo de la *Clínica del Hotel-Dieu*, por Trousseau. La desconocida era, pues, una estudiante de Medicina. Entre dos hojas había un pedazo de papel que llamó la atención del enamorado. Estaba colocado en la célebre lección sobre la escarlatina y contenía estas palabras escritas con lápiz: «*p.* 29, *deber médico, á anotar.*» Luciano recorrió la página con la vista y sus ojos cayeron en estas líneas que le impresionaron, pues asoció su altivez profesional á la imagen de la enigmática y linda estudiante: «... *Hace mucho tiempo que empleo este medicamento. Le he empleado en mi práctica particular antes de llevarlo al hospital, pues nunca me he atrevido á nada por primera vez más que en mi clientela privada. Obrando así en el mundo, mi reputación corría grandes riesgos y he sido á veces mal recompensado por el bien que mi conciencia me ordenaba intentar. Pero me he mantenido firme en esta línea de conducta que me trazaba el deber...*»

¡En esa atmósfera de altas y severas ideas vivía aquella joven!

Habían pasado desde entonces diez meses, durante los cuales la había visto casi todos los días, y Berta no había pronunciado una palabra ni hecho nada que no corroborase aquel primer juicio formado por instinto sobre ella.

A partir de aquel momento, Luciano volvió á la sala de lectura todas las tardes, y para no comprometer á la muchacha se dió á conocer como estudiante de Derecho y pretextó un trabajo que necesitaba investigaciones prolongadas. Para mayor precaución, cuando hubo comprobado que la estudiante llegaba con toda regularidad á las cuatro, hora en que salía de la Escuela práctica, adoptó la costumbre de ir él á las tres, colocándose en sitio desde el cual podía verla en la calle.

La joven se presentaba siempre sola, decía unas palabras á la encargada, se sentaba en su rincón, se quitaba el sombrero, se ponía los manguitos y empezaba á trabajar. Tenía un modo tan perfecto de aislarse del mundo exterior, que nadie entre los concurrentes, algunos de los cuales eran jóvenes como Luciano, parecía fijarse siquiera en ella. ¿No probaba ese detalle que siempre se había conducido de la misma manera que ahora se conducía?

Diez y ocho días después del en que la vió por primera vez, Luciano no sabía siquiera su nombre y no había visto que nadie la hablase ni la saludase. Y su conocimiento se había hecho de un modo tan accidental, que excluía toda premeditación por parte de él y toda coquetería por parte de ella. ¡Cuán vivamente se representaba aquella escena en la mente del joven!..

Una tarde, á principios de mayo, al llegar á la calle de Monsieur-le-Prince, presa de esa fiebre de la pasión que no ha pasado del deseo ó del ensueño, se encontró con el gabinete de lectura cerrado. En la puerta había un letrero pegado con obleas, que decía: *Por causa de defunción.* Luciano supo por la portera que la encargada del gabinete había muerto de repente la noche anterior.

Hagámosle la justicia de decir que el proyecto que concibió de esperar en la calle á la desconocida, á la que ya llamaba en el pensamiento «su amiga,» no le fué dictado por el deseo de aprovechar aquella ocasión acaso única. Luciano pensó que la joven parecía tener simpatías por aquella señora y que su muerte le sería anunciada por él con más precauciones. Cuando la vió atravesar la calle y dirigirse á la biblioteca, se aproximó en la actitud de un hombre que acaba de dar con un obstáculo imprevisto.

—La biblioteca está cerrada, señorita, le dijo.

Y como la joven, sorprendida por la noticia, no parecía extrañar que un parroquiano asiduo advirtiese á otro, el enamorado añadió:

—Ha ocurrido una desgracia esta noche. La señora que estaba encargada del despacho...

—¿La señora Barillon?.. ¿Ha muerto?..

Luciano dijo que sí, y la cara de la estudiante, tan reflexiva y tan tranquila de ordinario, se alteró de repente y dejó ver la apasionada sensibilidad que ella trataba siempre de ocultar.



La estudiante tenía allí su sitio reservado como en la sala de lectura

Aunque aquella señora fuese una simple conocida, sus ojos se humedecieron. Se dominó, sin embargo, é hizo una reflexión de orden técnico.

—Lo había previsto hacía tiempo. Esa señora padecía de una angina de pecho en el último período.

—Nadie lo hubiera dicho al verla tan alegre, dijo Luciano por continuar la conversación.

—No sabía la clase ni la gravedad de su mal, respondió la joven. El médico que la cuidaba le hacía creer que se trataba de neuralgias intercostales y yo nunca me permití desmentirle. La pobre señora, sin embargo, desconfiaba, y había buscado y descubierto en los libros algunos de los síntomas que ella sentía...

—¿No le parece á usted que un enfermo tiene siempre derecho á la verdad desde el momento en que quiere saberla, y aun sin eso?, dijo Luciano.

—Es un problema, respondió la joven.

—No para mí, repuso él vivamente. Yo no tendría en estima á un médico que me mintiese. Sin verdad no hay conciencia, y cuando se encuentran razones para faltar á la verdad en un punto, pronto se falta á ella en todos...

Habló pensando en voz alta y en tono tan convencido, que á la joven le chocó y levantó la vista hacia él. Luciano conoció que le miraba por primera vez y que hasta entonces no había sido para ella más que los otros concurrentes al gabinete de lectura; y esta observación, penosa entonces, le era dulce ahora que iba buscando el medio de defender el honor de Berta.

Le gustaba que las primeras frases cambiadas entre ellos hubieran sido de aquel orden científico é impersonal y que la atención de la joven hubiera sido atraída por una profesión de fe que hoy le autorizaba para hablarle con entera franqueza. Y le gustaba sobre todo que la joven hubiese aceptado aquella conversación con la sencillez de un compañero.

Sus maneras, tan contrarias á los prejuicios corrientes, se prestaban ciertamente á la calumnia; pero él sabía por experiencia que una especie de compañerismo masculino es el medio más seguro de impedir la familiaridad, pues parece suprimir la diferencia de sexos, mientras que la reserva demasiado delicada la exagera.

Desde aquella primera conversación había notado en ella una ausencia completa de coquetería. Movido aún por el deseo de no dejarla tan pronto y saber algo de ella, le había dicho:

—Puesto que usted estudia Medicina, señorita, acaso podría prestarme un servicio... Estoy haciendo estudios sobre el derecho de castigar y sobre la responsabilidad, y tengo que ocuparme del crimen de los locos. Como el salón de lectura está cerrado, ¿dónde cree usted que podría consultar libros de ese orden, el Legrand du Saulle, por ejemplo, que estaba aquí leyendo?..

—En la biblioteca de la Escuela, le respondió la joven; justamente voy allí. Es un sitio que no me gusta porque hay siempre mucha gente. Pero son muy amables y el catálogo es muy numeroso.

—Es que yo soy estudiante de Derecho, dijo Luciano.

Y sacó una tarjeta y se la dió á la joven como si quisiera darse á conocer. Ella la tomó y dijo sencillamente:

—Creo que esto bastaría, pero si quiere usted venir conmigo, yo le introduciré sin dificultad...

Luciano la siguió, poseído de una emoción paralizadora á fuerza de ser dulce. Atravesaron juntos el callejón de la Escuela de Medicina, tan severo de aspecto, con sus tiendas en las que los establecimientos de libreros especiales se tocan con los almacenes de instrumentos de cirugía; pero Luciano no vió más que á su compañera y la gracia de su modo de andar, que revelaba seductores detalles.

¿Qué decirle? ¿Cómo no tener miedo de ahuyentar con una palabra el encanto de aquel minuto inesperado?

Ya habían entrado en el patio y subido juntos la gran escalera. Ya estaban en la biblioteca. Allí había al fin sabido el nombre y las señas de la desconocida, pues Berta Planat tuvo que presentar á la entrada su tarjeta de estudiante al mismo tiempo que presentaba á su compañero.

Una vez admitido, la joven le dejó, con un ligero saludo de cabeza, y fué á sentarse á una de las mesas, donde se instaló como en el gabinete de lectura, con su impresionante sencillez de aplicada investigadora.

Luciano no se atrevió á ponerse á su lado y pidió por fórmula un volumen que apenas abrió.

Despues, viendo á Berta absorta en su trabajo, salió de la biblioteca y se dirigió á la calle Rollin, donde aquélla habitaba, impulsado por la irresistible necesidad de ver su casa y de examinar las cosas entre las cuales vivía. En aquellos primeros días de mayo, las pendientes de la montaña de Santa Genoveva están como recorridas por un soplo de juventud descuidada y de libre amor.

Eran las cinco. El azul del cielo envolvía la cúpula y la columnata del Panteón en una claridad fresca y dulce. Las hojas verdeaban en aquellos árboles cuyas raíces se hunden en un suelo en el que apenas existe la tierra vegetal. La savia inmortal del mundo encuentra, sin embargo, el medio de animar aquellos delgados troncos y palpita hasta en las sensibilidades empobrecidas de los estudiantes y de las muchachas que ríen al aire libre en las mesas de los cafés.

También Luciano respiró esa alegría de vivir esparcida en la atmósfera, con el orgullo del enamorado casto que lleva en el alma una emoción sagrada, mientras que tantos otros han profanado ya su corazón.

(Continuará.)



MERCURIO, bronce antiguo
(Real Museo Arqueológico de Florencia)
Reverso



MUSEO DE FLORENCIA

LA GALERÍA PITTI Y LA DE LOS OFICIOS

DE FLORENCIA

Son dos Museos unidos por un corredor, y sin embargo instalados en dos edificios distintos. En ambos se encierra la historia del renacimiento de la pintura y las obras más preciadas, algunas sin igual, de aquellos maestros italianos que tuvieron por precursores los dos *Pisa*, *Segna* y *Duccio de Buoninsegna* entre otros y que *Cimabue* honró como discípulo. Ofrecer á nuestros lectores la impresión de uno solo de estos famosísimos Museos de Florencia, es cosa parecida á ver á medias un paisaje bellísimo ó á oir por trozos una ópera.

Ambos Museos están separados por el Arno, y la galería que los une recorre el puente viejo.

Realmente, la posición del palacio de los Oficios y la del Pitti son encantadoras. El primero ocupa uno de los lugares de la Florencia de los Médici más famosos en la historia. Instalado en las cercanías de la plaza de la Señoría, forma con este famosísimo palacio almenado obra de *Arnolfo del Cambio,* con la no menos famosa *Loggia dei Lanzi*, un grupo de edificios célebre en todo el mundo. El pórtico *degli Uffizi*, obra de *Vasari*, es el más moderno de los tres que cito. Por su parte el Palacio Pitti, colocado en una eminencia entre los Jardines Bóbali y Botánico, al lado del Arno, parece desafiar á la guerrera residencia de los duques ó señores de Florencia, que á pesar de su alta torre resulta más baja que el famoso edificio por Brunelleschi ideado para satisfacer los deseos de Lucas Pitti de mortificar la soberbia de su enemigo Pedro de Médici.

Describir ambos Museos como ellos se merecen, así por su arquitectura, por su historia, como por las obras de arte que contienen, es de todo punto imposible, ni en un artículo ni en veinte; sería empresa parecida á la de querer agotar un manantial de agua viva de un solo sorbo. Allá van, pues, esas impresiones, recogidas en las diferentes visitas que hice á Florencia.

En el palacio *degli Uffizi* hállanse la Biblioteca nacional, una de las más interesantes de Europa por sus manuscritos iluminados, y la galería de arte que lleva el nombre del palacio dirigido por Vassari. Ciento y pico de escalones, ó si no quiere molestarse el visitante, un ascensor (previo el pago de una lira), llevan á la primera parte de la galería, donde está la famosa sala llamada *la Tribuna*. Es esta sala el *clou* del Museo. Los dos *Lippi, Botticelli, Ghirlandajo*, el *Giorgione, Leonardo Vinci, Mantegna, Ticiano*, entre otros grandes maestros de los siglos XV y XVI, tienen allí quizás sus más preciadas obras. La emoción que produce *La Virgen con varios santos*, de Filippino Lippi, solamente la equilibra la famosa pintura *La calumnia*, de Saurdo Botticelli. La intensidad de vida espiritual de aquellas figuras, dibujadas con un hermosísimo desconocimiento de habilidades técnicas que andando los años había de iniciar el barroquismo de la decadencia, subyuga el espíritu más rebelde á las emociones que despierta la belleza expresada por medio del pincel ó del cincel. En esa misma sala están la preciosa tela de Vinci *La adoración de los Magos*, que no pudo concluir aquel genio sin igual, y aquel hermoso retrato del Giorgione, y aquella *Venus* del Ticiano, que es retrato de la bellísima Eleonora de Urbino.

¡Y dejo en el tintero tantas maravillas! Pero ¿cómo apuntarlas si este Museo se compone de más de veintiocho salas y tres corredores ó galerías de ciento sesenta metros de longitud, los laterales, donde se admiran maestros antiguos y del renacimiento de las distintas escuelas italianas, de la holandesa, de la alemana, francesa, etc., además de las salas destinadas á los bronces antiguos, á las inscripciones, á las medallas, á las piedras preciosas, á los retratos de artistas ilustres, y todas estas salas y galerías ornadas con estatuas y bustos clásicos de altísimo valor artístico, arqueológico é histórico?

Cuando ya atravesados los dos vestíbulos se penetra en el corredor ó galería oriental, la fatiga de lo sublime parece acometer al visitante. Solamente en las galerías de los Museos del Vaticano sufrí esa impresión de fatiga en grado superior. Porque en los corredores del Museo de los Oficios solicitan á porfía vuestra admiración desde los *grutteschi* de Poccetti hasta las estatuas y bustos de Marco Bruto, de Nerón, de Vespasiano, de Agripina (famosa), y los no menos famosos sarcófagos en los cuales se inspiró Rafael para trazar los mitológicos asuntos de los *Arazzi*, que guarda el Vaticano, y cuyos cartones posee el Museo Kensington de Londres. Y alternando con esas icónicas de emperadores é hijas y mujeres de emperadores romanos, están Simone de Martino, y Memmi y Botticelli, Palazuoli, Bicci, el Broncino, Signorelli..., mostrándonos cómo pintan la ingenuidad y el sentimiento, Vírgenes y santos y mártires, y cómo interpretan las Venus y las ninfas.

Quisiera señalar cuadros; quisiera describir aquellas Venus de mármol, saliendo del baño unas, mostrándosenos altivas y bellas otras, modeladas y esculpidas por los últimos discípulos de los Praxiteles y Lissipos; quisiera deciros lo que me dicen aquellos bustos de las Livias y Julias nupciales; mas tarea tan agradable es imposible. Venid conmigo y os mostraré al azar algo que no se os borre de la memoria. Ahí está en la sala holandesa el retrato del infante don Fernando de España, hijo de los Reyes Católicos; mirad su perfil dibujado con ingenuidad pasmosa como la misma verdad por Lucas de Holanda. ¿No es cierto que hizo bien en morir en edad temprana ese infante? Su rostro tiene algo de imbécil. Al paso por la sala octógona echad un vistazo á la celebérrima estatua conocida por el *scita* ó el *afilador;* el arte romano no produjo nada más real, nada más enérgico, nada más vivo: frente á ese maravilla está la *Venus de Médici*. Salgamos de la sala. Ahí está el famoso retrato de *Isabel de Mantua* pintado por el Mantegna; más lejos la *Venus* de Ticiano; seguidamente vienen Durero con una *Adoración de los Magos*, una de las obras capitales del maestro tudesco, y Cranach con su sugestivo *Adán*. Si penetráramos en la sala de la escuela toscana, Botticelli nos retendría horas y horas; Fra Angélico nos admiraría con la *Muerte de la Virgen*, entre otras de sus bellísimas pinturas. Vinci, Signorelli, Picco di Conimo... Adelante; mirad: esa es *La Virgen de las rocas* del Mantegna. Ahora vienen los neerlandeses: Metsu, Mieris, Ruisdael, Van Dyk, unos con sus tipos de bebedores, otros con sus retratos admirables. Ved el de *Lutero*, pintado por su amigo Lucas Cranach; el del patriota Soulhwell de Holbein..., y tantos otros grandes y pequeños maestros del país de Waes, de Holanda, de Alemania... Menling os asombrará con su *Virgen*, digna pareja de la que posee de su mano el Museo de Amberes.

¿Queréis seguir viendo maravillas de otro orden? Entrad en la sala llamada de las *gemmas*. Vasos de lápislázuli, copas de pórfido, mosaicos, objetos de cristal de roca de incalculable valor. Pero aún nos faltan por ver las salas donde los venecianos hacen gala de su luz, de su perspectiva aérea, de su color brillante. Ticiano, Veronés, Giorgione, Padovanino, Tintoretto; en fin, los grandes pintores de la república del Adriático, figuran allí con obras portentosas. Sin embargo, el Museo del Prado de Madrid no puede envidiar al de los *Uffizi*. Venecia pagó un buen tributo á España en lo que á este particular se refiere.

Aún quedan por ver la sala de los maestros antiguos, la sala de los bronces. Otra vez hablaremos de algunas de las obras que contienen dichas salas. Echemos una ojeada á esa inglesa angulosa y vieja que copia á la acuarela un cuadro cuasi colosal del *Ghirlandajo;* no dejemos de apuntar á ese copista de *Botticelli* empeñado en desdibujar lo que no es tal desdibujo y en amortiguar tintas que no lo estaban cuando el gran artista las utilizó; y si no traéis paraguas ó bastones, recorramos la larga galería cuajada de dibujos y pinturas que conduce al palacio Pitti.

Ya estamos al otro lado del Arno, dominando á Florencia. A nuestros pies corre el río que parece de esmeralda; allá lejos están las cumbres de las montañas de la Umbría, Fiessole, Assisi, el valle de los

cipreses. A nuestra derecha asoma entre cúpulas y tejados la almenada y cuadrada torre del viejo palacio de la Señoría.

Menos numerosa que su compañera, sin embargo, la fama de esta galería es universal, porque de los quinientos y pico de números de que consta, no hay doscientos de segundo orden.

Desemboca el corredor en el primer piso de este palacio, obra maestra, como he dicho, de *Brunelleschi,* y que produce una impresión de majestad inmensa, gracias á la armonía de las líneas, á la exquisita proporción de sus vanos y plenos, y al efecto que causan los sillares de sus fachadas, emplazados á media labra y con las aristas finamente pulidas.

El lujo y la fastuosidad del mueblaje de las salas de este Museo es quizá único en el mundo. Sillas, mesas, vitrinas, etc., son ejemplares del gusto florentino del siglo XVI especialmente, dignos de admirarse. El mármol y el mosaico, el pórfido, el lápislázuli, son los materiales de las mesas; los más ricos terciopelos de Florencia y Génova tapizan sillas y sillones; entre estos muebles vense estupendas obras del arte decorativo antiguo y de la cerámica del renacimiento, italiana y extranjera.

Ocho salas principales componen el núcleo de la galería Pitti, y estas salas llevan los títulos de varios dioses mayores del paganismo. Llámanse *sala de Saturno, sala de Júpiter, sala de Marte, sala de Apolo, sala de Venus, sala de la educación de Júpiter, sala de Ulises, sala de la Iliada,* etc. En la *sala de Apolo* figura el cuadro de Murillo *La Virgen y el Niño* frente á la *Sacra Familia* del Sarto y á dos retratos pintados por Rafael.



RETRATO DE UNA DONCELLA SOBRE PAPIRO (de autor griego), sección egipcia del Museo Arqueológico de Florencia

Realmente cuasi todas las telas de esta galería son obras maestras. Baste recordar la célebre *Pietà* del Perugino; una *Resurrección* de Fra Bartolomeo; el famosísimo retrato de *León X con dos cardenales* y la *Madona* llamada del *Gran Duque,* entre otros lienzos de Rafael; el *Orfeone* de Ghirlandajo; la *Donna velata* de Rafael; el *Concierto,* bellísimo cuadro del Giorgione; los retratos del *Aretino* y de Hipólito de Médicis, y la *Magdalena,* tan reproducida por el grabado, de Ticiano; el cardenal Bustivoghо de Van Dyk..., Rembrandt pintado por él mismo.

* * *

Vértigo produce realmente recordar la obra acumulada en estos dos preciosos Museos. Difícilmente, á no vivir en Florencia largos meses, puede nadie coordinar ideas, formar juicios y librarse de la obsesión que produce tanta maravilla. Porque no descansa el espíritu al trasponer los umbrales del *palazzo Pitti* y desembocar en la corta calle del mismo nombre. Seguidamente vienen á recabar vuestras miradas la plaza de la Señoría, el Duomo, el Campanile, San Marco, el Giotto, Ghiberti, Lucca de la Rabbia, con sus mayólicas incrustadas en las fachadas, las estatuas de la galería *dei lanzi*...

R. BALSA DE LA VEGA.

LIBROS ENVIADOS

Á

ESTA REDACCIÓN

Escuelas progresivas para obreros. – El Sr. Codina y Sert ha publicado otro volumen de sus interesantes estudios, comprensivo de la enseñanza técnica en el extranjero. Quien haya leído el primer volumen podrá apreciar la utilidad de la labor realizada por el autor de la obra á que nos referimos, inspirada por nobilísimos ideales y resultado evidente de estudios y de observaciones. Basta leer el sumario para apreciar la importancia del libro, ya que lo constituyen una serie de capítulos acerca de la enseñanza para obreros en los países que más se distinguen en el cuadro de la cultura moderna. Consta el volumen de 440 páginas y véndese en las principales librerías al precio de cuatro pesetas cada ejemplar.



Una historia alegre, fotografía de J. Folkmann

Estudio histórico crítico del Municipio de San Pedro de Tarrasa y su supresión. – Curiosa en extremo es la Memoria que ha publicado el laborioso é inteligente ex secretario del que fué municipio de San Pedro de Tarrasa con motivo de su supresión. Con gran claridad y copia de documentos da á conocer la historia municipal de aquel pueblo, su evolución y transformaciones hasta llegar al momento de su agregación. Forma un volumen de 60 páginas, muy bien impreso y editado en la tipografía de José Ventanyol, de Tarrasa.

La Escuela Normal en acción. – La distinguida profesora de la Escuela Normal Superior de Maestras de Málaga doña Suceso Luengo, ha publicado un interesante folleto destinado á perpetuar el recuerdo de la excursión escolar á Granada, felizmente concebida y realizada. Al leer las páginas del trabajo que mencionamos aprecíase la importancia y trascendencia de la excursión, adivínanse los provechosos resultados pedagógicos obtenidos y experiméntase el deseo de felicitar á quien alimenta tan nobles iniciativas. El folleto, muy bien editado, ha sido impreso en la tipografía de «La Libertad,» de Málaga.

Pepita, por *Carlos Fernández Nine*. – Formando parte de la Biblioteca Argentina, se ha publicado la novelita cuyo título encabeza estas líneas, la primera de la serie que se proyecta publicar. Inspirada en costumbres de aquel país, el autor del libro á que nos referimos se ha propuesto, y justo es convenir que ha logrado su propósito, exponer y desarrollar cuadros y escenas que interesan, de manera que dan á conocer sus cualidades de escritor y novelista. El libro, que forma un elegante volumen de 250 páginas, ha sido impreso en la tipografía de Bullosa, de Buenos Aires.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 17 de abril de 1905 — Núm. 1.216



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Cristóbal Montserrat

El distinguido autor del hermoso cuadro que reproducimos ha dado tan repetidas y frecuentes muestras de sus estimables cualidades, que entendemos debemos limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores acerca de una obra que, tanto por la forma de expresar el concepto cuanto por su interpretación, honra al artista que la ha ejecutado y al inteligente aficionado que la ha adquirido. La representación de la Sagrada Familia resulta humanamente expresada, sin que por ello desaparezca el ideal que simboliza, grande y elevado cual las simpáticas figuras que sintetizan la base del cristianismo.



CRÓNICA DE TEATROS

Solemnísima fué la función que se celebró la noche del 18 de marzo en el teatro Real en honor de D. José Echegaray. Ni una sola localidad estaba vacía, y en palcos y butacas, en delanteras y paraísos y hasta de pie junto á las plateas, veíase mezcladas en democrática confusión á todas las personas conocidas de Madrid. Entre aplausos y aclamaciones fueron pasando uno tras otro los cuatro actos de *El gran galeoto*, representadas las principales figuras del drama por María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza, Enrique Borrás y Emilio Thuiller.

Terminada la obra atronaron la sala del Real formidables aplausos, y en medio de innumerables comisiones que representaban cuanto en Madrid tiene pública significación, presentóse en el palco escénico el ilustre anciano, el dramaturgo insigne que tantas veces con la magia de su entendimiento soberano ha avasallado nuestras almas y emocionado intensamente nuestros corazones. Los años han cubierto de canas su cabeza, pero ni han privado de gallardía á su figura, ni han envejecido su espíritu, ni quitado á su inspiración su lozanía, ni arrebatado á su palabra su natural fogosa elocuencia. Aquella noche habló en el teatro, como horas antes en el Senado y como habló al día siguiente en el Ateneo, y en sus frases saturadas de emoción palpitaba la misma fuerza que en sus discursos de hace treinta años.

Terminó aquella solemnidad y pasaron las demás fiestas celebradas en honor de Echegaray, pero queda de todas ellas, no sólo un grato recuerdo, sino la confirmación de un hecho para mí evidente, á saber, que el alma de España siéntese renacer al calor del arte. Cuando un pueblo siente entusiasmo por la belleza, cerca está de sentirlo por el bien y la verdad, y la persecución de esos tres ideales constituye la ley del verdadero progreso.

* * *

Bárbara ha durado poco en el cartel del Español, una semana apenas. El público la acogió con cortesía, la aplaudió; pero sus aplausos fueron, no al drama, sino al autor, que tantos títulos tiene al respeto y á la admiración de sus contemporáneos.

Como todas las obras dramáticas de Galdós, *Bárbara* es un drama de ideas. En él, á lo que parece, trata el insigne novelista de presentarnos el verdadero ideal de la Justicia, que no debe tener ni siquiera asomos de venganza, sino firme tendencia á enderezar las torceduras del derecho, á restablecer la armonía perturbada por el delito.

Esta teoría, un tanto abstrusa, encárnala Galdós en la siguiente fábula: Bárbara es una gran dama siciliana (la acción pasa en Siracusa), que tuvo la mala suerte de casarse con un mal sujeto, un tal Lotario, que la maltrata hasta el punto de pegarla con las riendas de su caballo. Tan malos tratos dan por resultado que Bárbara odie á su brutal marido, y lo que es peor, que se enamore –con amor puro—de cierto capitán español tan gentil como caballeroso y esforzado. Los deberes militares del capitán le obligan á alejarse de Siracusa, y Bárbara, entristecida por la ausencia del ser amado y odiando cada vez más á su esposo, al verse nuevamente atropellada por él, le mata de una puñalada la noche misma de la partida del español.

Temblorosa todavía por el crimen que acaba de perpetrar, aterrada, creyendo ver manchas de sangre en sus manos, en sus vestidos y hasta en sus zapatos, se presenta en la casa de su antiguo maestro, el anticuario Filemón, y cuenta todo lo que queda dicho más arriba. El anticuario y su esposa, que son dos personas excelentes, la consuelan y hasta la duermen al arrullo de antiguas canciones de nodriza.

Este primer acto es, propiamente hablando, el prólogo del drama.

El segundo acto pasa en el palacio del intendente de Siracusa Horacio Madaloni. Es el tal un personaje frío é inflexible como el destino, coleccionista infatigable, tirano á ratos y á ratos artista. Enterado del crimen de Bárbara, antójasele ensayar la teoría indicada, la del restablecimiento de la armonía que perturbó el crimen, volviendo á poner las cosas en el estado y situación en que se encontraban antes de cometerse el delito. Este restablecimiento ó restauración de lo pasado es algo difícil. Lotario ha muerto y la muerte no tiene rectificación posible; pero no hay obstáculo que detenga á un autor cuando éste se propone demostrar una tesis. Lotario ya no existe, con él no puede contarse; pero en cambio vive un hermano suyo, un tal Demetrio, negociante opulentísimo, que en lo físico es copia exacta del asesinado Lotario. Demetrio, que ignora el crimen de Bárbara, está locamente enamorado de ella, y Horacio, atento siempre á su teoría, promete al rico mercader que se casará con su cuñada. Éste, agradecido, da al tirano dos perlas, le ofrece dos estatuas antiguas mutiladas... y trato hecho.

A todo esto el capitán ha regresado á Siracusa, pero el convencimiento de que él ha sido el verdadero causante de la muerte de Lotario tortura su conciencia, y aunque sigue enamorado de Bárbara, renuncia á su amor y acepta la expiación y el castigo de su crimen, que por crimen tiene el haber sugerido á su amada la idea del asesinato. Después de una entrevista entre los dos amantes, en que uno y otro quieren asumir la responsabilidad del crimen, Horacio Madaloni detiene y encarcela al capitán.

Durante el acto tercero, Bárbara hace los imposibles por salvar á su amado: dirígese primero suplicante al intendente, y Horacio le contesta que la salvación de aquél depende de la voluntad de ella: si se casa con Demetrio, Madaloni indultará al capitán. Desesperada por esta respuesta, trata la ilustre dama de sobornar á cierto calabocero borracho y fanático para que deje huir al preso. El calabocero rechaza las ofertas y proposiciones de Bárbara. Quédale á ésta un recurso: el confesar su delito ante los jueces; pero ellos no dan crédito á la confesión, suponiéndola recurso ideado por el amor.

Todos estos hechos coinciden con la noticia de la batalla de Waterloo. La caída de Napoleón y la vuelta al antiguo régimen vienen á ser la confirmación de la teoría de Horacio, que coincide con la de Juan Bautista Vico, y que el vulgo expresa con el refrán «Al cabo de los años mil vuelven las aguas por donde solían ir.» En último extremo, lo que pretende Madaloni es aplicar al hecho de Bárbara la ley histórica aparentemente confirmada en Waterloo.

Y digo aparentemente confirmada, porque ni la célebre batalla pudo borrar lo pasado, ni lo que una vez fué puede dejar de ser. No es necesario haber hecho grandes estudios históricos para ver claramente que no obstante la restauración que siguió á aquel famoso hecho de armas, el espíritu revolucionario informó ya la marcha de la Europa contemporánea.

Dejemos esto á un lado y volvamos al drama de Galdós.

En el último acto nos encontramos con que Bárbara, si no ha perdido del todo el juicio, está á punto de perderlo; con que al capitán van á fusilarlo en la ciudadela, y con que Demetrio arde de impaciencia por casarse con su cuñada. Todo anuncia próximas catástrofes; pero todo lo arregla Madaloni á pedir de boca. ¿Cómo? Pues indultando al capitán, que parte á Tierra Santa después de aconsejar á su amada que acepte resignada la adversidad, é influyendo con Bárbara para que se case con Demetrio. La boda se celebra, el capitán se marcha y las cosas vienen sobre poco más ó menos al ser y estado en que se hallaban antes del asesinato de Lotario.

El efecto que el drama hizo en el público fué de fatiga. Los espectadores, más que de los incidentes de la fábula, se preocupaban de descifrar lo que para la mayoría de ellos tenía mucho de charada. Galdós fué aplaudido; pero los aplausos sonaban más á cortesía que á entusiasmo. *Bárbara*, cuando escribo estas líneas, ocho días después del estreno, ha desaparecido del cartel.

* * *

El teatro de la Comedia sigue poniendo en escena comedias catalanas. La última estrenada en aquel teatro ha sido la obra de Ignacio Iglesias titulada *Los viejos*. Esta especie de tragedia popular, bien ideada y bien compuesta, tiene el grave inconveniente de ser lúgubre. Deprime el ánimo menos propenso á la tristeza el escuchar, durante tres actos larguísimos, aquella serie de sollozos y de angustiosos relatos..., todo ello, sí, muy digno de compasión, pero falto, á mi entender, de atractivo estético. El horror trágico no se despierta con el espectáculo de las miserias vulgares por dolorosas que sean. Quizás, en rigor, más que las desgracias espantosas de los atridas son conmovedores los dolores de los obreros de Silesia que nos pinta Hauptmann en su drama *Los tejedores*; pero la muerte, por ejemplo, de Clitemnestra no nos causa el sentimiento de repulsión que aquel repugnante banquete del drama alemán en que unos cuantos hambrientos se comen un perro.

El drama de Iglesias es sincero, es noble, es piadoso. Abundan en él escenas de honda intensidad dramática, delicadezas exquisitas de sentimiento, adivinaciones psicológicas de subidísimo valor. Todo esto es cierto, y en reconocerlo y aplaudirlo me complazco. Pero no es, á mi entender, menos cierto, que el autor se olvida algunas veces de que el arte es ante todo concentración y de que esta concentración es más exigible que en ningún género en el teatro. En él, todo lo que no es absolutamente indispensable cansa y fatiga al espectador: precisamente una de las más graves dificultades del arte dramático estriba en eso, en la necesidad de pintar un carácter con una sola pincelada, un estado de ánimo con una réplica, una teoría con una frase.

Iglesias, como vulgarmente se dice, se «duerme á menudo en la suerte:» repite los mismos conceptos y prolonga demasiado las situaciones. Ventajosamente podría encerrarse en dos actos la acción, que el autor diluye en tres y nada cortos. Y esta condensación del drama sería tanto más conveniente cuanto que en él, desde la primera escena hasta la última, zumba monótona la misma cantilena lúgubre. Su obra más que gris es negra, y bien se advierte, viéndola, la influencia que en su autor han ejercido los escritores del Norte, particularmente el ya citado Hauptmann. Ni un rayo de luz meridional penetra en el brumoso ambiente del drama. Hasta Agustín, que representa allí la juventud, tiene el alma de viejo: sus cálculos pesimistas sobre el porvenir, su prudencia, sus temores, no dejan paso más que en el último instante del drama á esa hermosa inconsciencia de la juventud, que lánzase á los combates de la vida con la esperanza en el corazón y el espejismo de las ilusiones en el cerebro.

Con esto y con todo, he de repetir que *Los viejos* es un drama que honra á su autor y merece ocupar su puesto en la literatura dramática contemporánea, en la cual, justo es decirlo, dominan los tonos lúgubres.

* * *

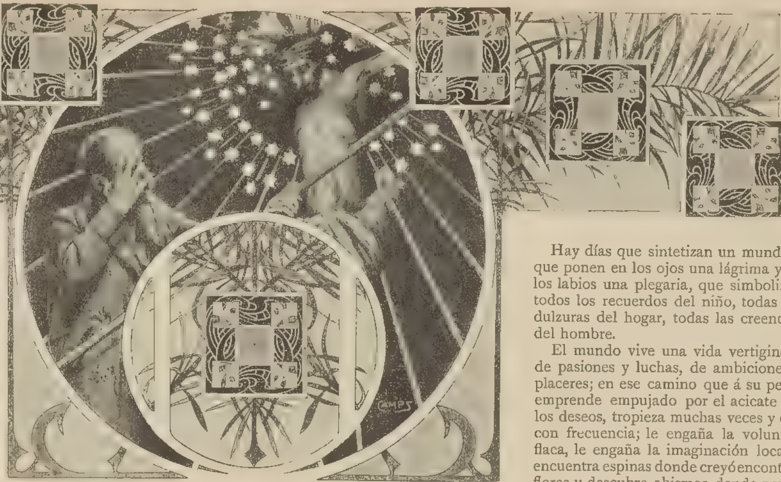
Muy incompleta quedaría la presente crónica si no hablara en ella del ejercicio escolar que este año, como el anterior, han practicado en el teatro Español los alumnos de Declamación del Conservatorio.

Como toda fiesta en que hay anhelos de juventud, amor al arte y ansia de gloria, la función celebrada por los discípulos de aquel centro de enseñanza fué muy simpática y dejó muy grato recuerdo en cuantos asistimos á ella...

Entre los jóvenes artistas hay algunos que demostraron poco vulgares condiciones para la difícil carrera que han emprendido. ¡Buena falta hace que salgan nuevos actores, porque es lo cierto que hasta ahora, en los teatros, á nadie se ve que pueda substituir á los artistas que ocupan actualmente los primeros puestos de la escena.

Aquí, como en todo, en la juventud está la esperanza.

ZEDA.



EL CHAMARILERO

I

Era judío de nacimiento; descendiente de la raza maldita condenada en castigo de sus culpas á vagar errante por la ancha redondez de la tierra, sin caldear el corazón yerto con la lumbre del santo cariño al terruño, sin conocer las dulces satisfacciones que proporciona la patria á los que se inflaman por su amor y por su amor dan hacienda y vida.

Más aún que por nacimiento era judío por carácter, por gustos, por inclinaciones; llevaba grabado el sello de la raza hebrea en las entretelas del alma más que en los rasgos físicos, en las ruindades del espíritu pequeño más que en las líneas del rostro. Vestido á la moderna, sin las clásicas hopalandas, apenas si en lo puntiagudo de su barba, si en lo encorvado de su nariz y en lo falso de su sonrisa se adivinaba al israelita, descendiente de la raza deicida que al matar á Dios hecho hombre, mató su única esperanza y puso el «inri» de la execración humana como final de una historia gloriosa, de la historia del pueblo escogido entre todos los pueblos, depositario de la religión verdadera, portaestandarte de la cultura de su época.

Ismael era rico, muy rico; la raza proscrita, la raza sin hogar, se ha cobrado en dinero los desaires que recibe, las persecuciones de que es objeto, el desprecio que inspira. Pero el metal en sus manos avarientas es tortura más que regocijo del espíritu y regalo del cuerpo. Aquejado de una avaricia insaciable, sueña con el oro, atesora sin descanso, vive de las necesidades humanas, se nutre del dolor ajeno, chupa como babosa inmunda la sangre de sus semejantes, y el oro, al pasar por sus manos como río inagotable, no le produce un deleite que en sus propios afanes lleva su castigo, como en su propia avaricia la penitencia de sus pecados.

Dos grandes amores llenaban el alma de Ismael: el amor al dinero y el amor á su religión; cuál de estos era más fuerte hubiera sido obra dificilísima averiguarlo: por dinero era capaz de vender á su propio padre; por su religión hubiera sacrificado su misma vida. Y el culto al Dios de Israel, puro, al Dios que promulgó desde las cumbres del Sinaí las tablas de la Ley, al Dios de Abraham y de Moisés, al Dios que recibía el homenaje del pueblo prosternado ante el tabernáculo, era en él más que culto, fanatismo, cerrado á toda transigencia, incapaz de toda tolerancia, y las lumbres de aquella religión abrasaban sus entrañas de creyente y le hacían revolverse airado contra el que titulándose Hijo de Dios, había hundido en el polvo del olvido al pueblo hebreo, desparramándole por el haz de los mundos, señalando su frente con el estigma de los réprobos y sembrando de obstáculos la senda dolorosa de su peregrinación por la tierra. Su antipatía á Jesucristo llegaba al odio; si de nuevo tomara vestidura carnal, de nuevo y por sus propias manos le clavara en la infamante cruz.

II

Muchos y muy intrincados eran los negocios á que dedicaba Ismael su actividad febril; por muy distintas fuentes afluía el dinero á sus repletas arcas, pero la mayor parte de tales negocios hechos en la sombra, en la sombra permanecían como temerosos de salir á la luz del sol. Las gentes sólo le conocían uno, el tráfico de antigüedades, en el que el viejo israelita era consumadísimo perito.

En su tienda amontonábanse los objetos más raros, los más preciosos cachivaches que la imaginación de un artista loco ha podido inventar. Dijérase que todos los siglos y todos los pueblos habían sido puestos á contribución y que yacían allí revueltos, inmóviles y silenciosos, con la inmovilidad y el silencio de las cosas muertas. De aquel conjunto de objetos heterogéneos exhalábase un perfume acre, penetrante, de polilla, de tumba, algo que traía el recuerdo de cosas que fueron, de edades sepultadas en las lejanías de lo pasado. Y cuando los ojos penetraban deslumbrados por entre aquellos montones de objetos, que acumulaban en una tienda todas las artes de cincuenta siglos de civilización, sentíase como una especie de desvanecimiento de asombro y también de cansancio, y se agolpaban á la mente una infinidad de leyendas, de historias desdibujadas; dijérase que las figuras revivían, que las telas se rellenaban, que todo aquel mundo, evocado por el conjuro mágico de un poeta, levantaba la frente descarnada y cerraba el paso irritado y amenazador al que venía á turbar su reposo, á sacarle de ese sueño dulcísimo sin pesadillas y sin posible despertar.

Entre todas aquellas preciosidades artísticas, en medio de las desnudas estatuas del paganismo, entre relieves que representaban las desenfrenadas bacanales de la Roma decadente, descollaba, atrayéndose todas las miradas, un Cristo crucificado de mármol, hermosísima escultura de tamaño natural, en la que el artista había impreso el sello impalpable del genio.

Daba á un tiempo lástima profunda y ponía hondo espanto en el corazón aquella doliente figura del Nazareno, á la que el artífice había dado apariencias de realidad, calor de vida. Goteada de sangre la noble y ya macilenta frente; hundidos los ojos turbios y apagados, sobre cuyas vidriadas pupilas extendíanse las sombras de la muerte; dolorosamente distendidos los nervios de los abiertos brazos, que esperaban amorosos á que la mísera humanidad se precipitara en ellos; desencajado el robusto pecho, á través del cual parecían oirse los estertores de la agonía; abierto por terrible lanzada el costado, del que parecía manar la sangre fresca, la escultura tenía algo de hermosamente grande, un reflejo de la humanidad que agoniza clavada en la eterna cruz de sus eternos dolores.

Ismael nunca había querido desprenderse de aquella joya de arte, por la que le habían ofrecido sumas fabulosas. Sentíase atraído hacia ella, acaso por lo mismo que simbolizaba todos los rencores de su vida. La miraba con ojos en los que relampagueaba el odio; la amenazaba con los cerrados é impotentes puños; parecía conservarla para gozarse diariamente con el bárbaro espectáculo, con el tremendo suplicio del que consumiéndose en amor inagotable por la humanidad, selló su amor con su sangre y quiso consolar al hombre compartiendo todas sus penas y pasando como él por el trance temido de la muerte.

Indudablemente se había establecido una misteriosa relación entre la escultura y el chamarilero, y parecía que el Divino Maestro miraba con infinita lástima al viejo anticuario y que sus ojos llenos de bondad desarmaban el furor de su irreconciliable enemigo.

III

Entre aromas de flores y con el despertar brioso de la naturaleza dormida, símbolo bello de la vida alimentándose de la muerte, había llegado la Semana Santa, esa semana á la que el hombre, tan olvidadizo de todo lo que le aparta de la tierra, consagra un fervoroso culto y un triste recuerdo.

Hay días que sintetizan un mundo y que ponen en los ojos una lágrima y en los labios una plegaria, que simbolizan todos los recuerdos del niño, todas las dulzuras del hogar, todas las creencias del hombre.

El mundo vive una vida vertiginosa de pasiones y luchas, de ambiciones y placeres; en ese camino que á su pesar emprende empujado por el acicate de los deseos, tropieza muchas veces y cae con frecuencia; le engaña la voluntad flaca, le engaña la imaginación loca, y encuentra espinas donde creyó encontrar flores y descubre abismos donde pensó hallar piso firme. Para su consuelo hace un alto en el camino; ese alto es un instante, pero un instante en el que los placeres cesan y el apetito torpe descansa; en que la vibrante alegría cede el sitio al doloroso recuerdo, en que el hombre dobla la rodilla y murmura una oración. ¡Semana Santa! He aquí dos palabras que tienen el privilegio de conmover el mundo, de trocar la bulliciosa alegría en dulce tristeza, el descuidado alborozo en silencioso recogimiento. Las iglesias se visten de luto; los altares se ven despojados de sus galas, las campanas acallan su alegre tintineo, la muerte extiende su negra sombra sobre el mundo acongojado y maltrecho.

IV

Aquellas ceremonias que traían el recuerdo del espantoso drama que regeneró un mundo hundido en la esclavitud y dominado por la violencia; aquel trajín, no muy devoto ni muy compungido por cierto, de la gente cristiana, habían exasperado como nunca los odios que Ismael sentía contra el Divino Maestro, como si en su corazón se hubieran encendido de repente todos los rencores de cien generaciones de deicidas impenitentes y ufanos de su obra.

La rabia impotente del chamarilero había llegado al paroxismo en la noche de aquel Jueves Santo. Solo en su tienda, paseábase con paso nervioso y agitado; parábase de vez en cuando y tornaba luego á su paseo y á murmurar entre dientes palabras confusas que á buen seguro tenían más de maldición que de plegaria. Sus negros ojillos chispeaban de coraje; sus manos, parecidas á manojos de sarmientos, alzábanse amenazadoras. Hubiese querido que la escultura del Crucificado perdiese su marmórea frialdad, que recobrase vida y movimiento, para abofetearle el noble rostro y matarle de nuevo, lentamente, con todo el bárbaro refinamiento, con todo el cruelísimo placer de un odio irreconciliable.

Incapaz de contener aquella ira que hacía estallar sus sienes y hervir en sus venas la sangre caldeada por el fuego de la pasión, abalanzóse á una de las panoplias de armas, cogió una lanza, y empuñándola con mano que el sacrilegio no hacía temblar, se dirigió al Cristo y dióle un fuerte golpe en el ensangrentado cuerpo. Y ocurrió entonces una cosa inaudita que puso espantoso pavor en el alma negra del judío: que la lanza, lejos de resbalar en el mármol, penetró en él como si fuera carne viva; que la sangre brotó á borbotones de la herida abierta, cayendo sobre la frente del anticuario; que las muertas pupilas se abieron con dolor, y que los cerrados labios murmuraron con acento de ultratumba, lleno de misericordia infinita:

—¡Perdónalo, padre, que no sabe lo que se hace!

El chamarilero dejó escapar de su oprimida garganta un grito ronco que más tenía de rugido que de voz de hombre. La ensangrentada lanza cayó estrepitosamente al suelo. El judío retrocedió, trémulo, pálido, y abatiendo el aire con sus manos, cayó muerto al pie de la profanada cruz, mientras el Cristo, lanzando una mirada de perdón sobre el mísero anticuario, volvía á su marmórea inmovilidad de estatua.

José Toral.

(Dibujo de Camps.)

ARTE CRISTIANO

En el presente número publicamos varias obras que se prestan á muchas consideraciones sobre el modo distinto con que en diversas épocas y por escuelas diferentes ha sido comprendido el arte cristiano. Comparando, por ejemplo, el dibujo de Baroccio con el cuadro de Müller-Münster, se ve el concepto distinto que de los asuntos bíblicos tenían los artistas antiguos en relación con el que de ellos tienen algunos modernos, y la diferencia de procedimientos á que para pintarlos han recurrido unos y otros.

Baroccio, el autor de *El sepelio de Jesucristo,* fué célebre pintor y grabador italiano, nacido en Urbino en 1528. Destinábalo su padre á la profesión de instrumentos matemáticos; pero gracias á un tío suyo, que descubrió en él excelentes disposiciones para el dibujo, dedicóse á las bellas artes, y á la edad de veinte años, ávido de conocer las obras de su compatriota Rafael, marchó á Roma, en donde se vió protegido por el cardenal della Rovere, que le dió alojamiento en su propia casa y le encargó varios cuadros. Miguel Angel, á quien fué presentado, le animó y dió muy buenos consejos. Habiendo regresado poco después á Urbino y habiendo podido admirar algunos dibujos de Correggio, se propuso tomar á éste por modelo. En 1560 volvió á Roma, en donde Pío IV le confió el decorado del palacio del *Bosco di Belvidere,* y después de una grave enfermedad trasladóse nuevamente á Urbino, de donde ya no salió apenas y en donde pintó muchos cuadros para varias iglesias. El gran duque de Toscana, el emperador Rodolfo II y el rey Felipe II de España le hicieron las más brillantes proposiciones, que el estado de su salud le impidió aceptar, y murió en su ciudad natal en 1612. Baroccio gozó durante mucho tiempo de una gran reputación, y sus admiradores llegaron á decir que había sabido juntar la corrección de Rafael con las seducciones del Correggio. Algunos críticos, sin embargo, sin dejar de reconocer que fué un dibujante habilísimo, sobre todo en el arte de disponer sus composiciones y de establecer la debida ponderación entre los grupos que en las mismas entran, exageró la corrección y la elegancia y abusó de las coloraciones agradables. Sus obras figuran en los principales museos del mundo al lado de las de los grandes maestros del Renacimiento; en el del Louvre se conserva el dibujo que reproducimos y en el cual se patentizan las cualidades que dejamos indicadas.

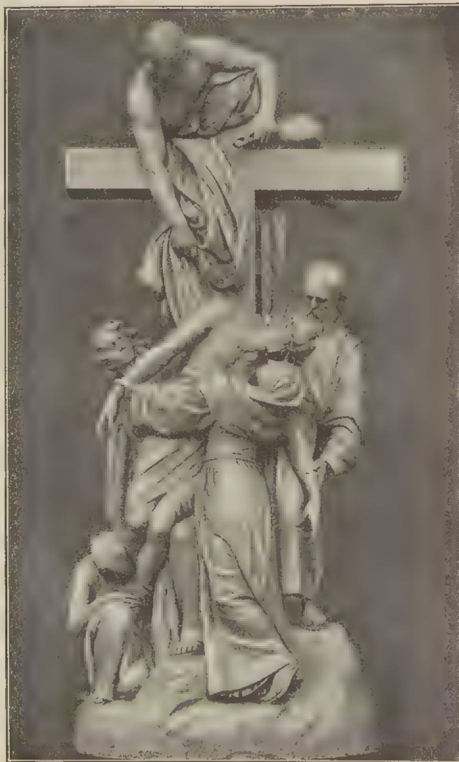
De un género completamente distinto es el cuadro de Müller-Münster, inspirado en el episodio bíblico conocido por el sermón de la montaña. Jesús ha subido al monte, «seguido de una gran muchedumbre de gentes de Galilea y Decápoli, de Jerusalén y de Judea y de la otra parte del Jordán;» de su divina boca han salido los consuelos más hermosos, los consejos más sabios, los conceptos más sublimes en medio de su asombrosa sencillez; ha proclamado bienaventurados á los pobres de espíritu, á los mansos y humildes, á los que lloran, á los que tienen hambre y sed de justicia, á los misericordiosos, á los de corazón puro, á los pacíficos y á los que padecen persecución por ser justos; ha derramado dulcísimo bálsamo sobre las llagas de los desgraciados; ha abierto horizontes de felicidad celestial y eterna á los que sufren en esta vida terrena y transitoria; ha sentado las bases firmísimas de la sociedad cristiana, el amor, la fe, la esperanza, la resignación. Y terminado aquel sermón admirable, baja de la montaña seguido «de una gran muchedumbre de gentes.» El notable pintor alemán ha interpretado esta escena adaptándola á la época actual, y nos presenta á Jesús acompañado de obreros de nuestros días, en cuyos rostros se refleja la impresión inefable que en sus almas han producido aquellas consoladoras predicaciones.

***

Rafael Atché, el notable escultor catalán, nos da en su *Ecce Homo* una nueva prueba de su talento: la figura de Jesús es altamente expresiva y en su rostro ha sabido reflejar el artista todo el dolor humano y toda la resignación divina del Hijo de Dios hecho hombre, en los momentos de su pasión; las figuras de los sayones contrastan perfectamente con la del Redentor; y el grupo, en conjunto, presenta una corrección y una armonía de líneas dignas de las mayores alabanzas.

***

Otón Lessing se ha dedicado siempre á modelar esculturas de carácter profano; pero en la última exposición de bellas artes de Berlín presentó el grupo en yeso que reproducimos, perteneciente al género religioso. Esta obra fué objeto de grande y merecida admiración y obtuvo el aplauso del público y de los críticos; y basta contemplarla para comprender que es digna de figurar entre las mejores producidas por el celebrado escultor alemán, autor de innumerables estatuas, de multitud de retratos de personajes ilustres y de magníficos monumentos que se alzan en Berlín, en Weimar y en otras importantes capitales de Alemania.—S.



El descendimiento de la Cruz, grupo en yeso modelado por Otón Lessing



«Habiendo bajado Jesús del monte le fué siguiendo una gran muchedumbre de gentes» (San Mateo, VIII, 1), cuadro de F. Müller Münster



EL SEPELIO DE JESUCRISTO, dibujo de Baroccio que se conserva en el Museo del Louvre (París)

UNA IMITACIÓN DEL SANTUARIO DE LOURDES

EN EL VATICANO

Cuando en Francia arrecia la persecución contra la Iglesia católica; cuando después de la expulsión de las congregaciones que tanto bien han hecho á los pobres y á los desgraciados, ora proporcionándoles una instrucción sólida y cristiana en sus escuelas, ora asistiéndoles en sus enfermedades ó acogiéndolos en sus benéficos asilos, se disponen el gobierno y el Parlamento á decretar la separación de la Iglesia y del Estado, Su Santidad Pío X, espíritu conciliador y en extremo bondadoso, ha querido dar una nueva prueba de su afecto á la nación que siempre ha sido una de las predilectas de la Santa Sede reproduciendo en proporciones reducidas en los jardines del Vaticano el famoso santuario de Lourdes, objeto de devoción especial de los franceses y de gran veneración por parte de los católicos del mundo entero.



Su Santidad Pío X dirigiéndose en coche á la inauguración de la gruta y basílica de Lourdes, reproducidas en los jardines del Vaticano (De fotografía)



Roma. – La gruta y la basílica de Lourdes reproducidas en los jardines del Vaticano. (De fotografía.)

Iniciada la idea de la reproducción de la gruta milagrosa y de la suntuosa basílica, el obispo de Tarbes dirigió un llamamiento á los devotos franceses, los cuales respondieron con largueza á la invitación del virtuoso prelado; y así pudo realizarse fácil y prontamente el proyecto, que tuvo su coronación el día 28 de marzo último con la inauguración solemne del reproducido santuario, cuya construcción se ha efectuado más allá de la llamada torre de León IV, que el último papa había escogido y hecho arreglar como residencia veraniega.

El acto inaugural se celebró en presencia de una muchedumbre compuesta de más de veinte mil personas, y en la que figuraban numerosas representaciones de una importante peregrinación francesa, expresamente organizada para asistir á la ceremonia y presidida por varios obispos, entre ellos los de Tarbes y Langres, entre cuyas diócesis se levanta en Francia el santuario verdadero de Lourdes.

Los grabados que en esta página publicamos y que son reproducciones de fotografías, permiten formarse perfecta idea de la exactitud con que han sido copiadas, en menores proporciones, la basílica y la gruta: la basílica consagrada en 1876 y en la cual se guardan los centenares de estandartes que allí van depositando las peregrinaciones que continuamente y procedentes de todas las partes del mundo acuden á Lourdes; y la gruta en la que en 1858 se apareció la Virgen á la joven Bernadeta Soubiróns y que desde entonces es objeto de veneración universal, como lo demuestran con elocuente evidencia los millares de exvotos y ofrendas de todas clases, desde los más modestos á los más ricos, con que los devotos atestiguan su gratitud á la Madre de Dios por los especiales favores de ella recibidos, y que patentizan los numerosos milagros por ella realizados.—X.



Roma. – Solemne inauguración de la gruta y basílica de Lourdes, reproducidas en los jardines del Vaticano. – S. S. Pío X dando la bendición á la multitud congregada delante de la reproducción de la milagrosa gruta. (De fotografía.)

Crónica de la guerra ruso-japonesa

Según parece, los rusos han suspendido su movimiento de retirada hacia el Norte y se han detenido en los alrededores de Feng-Hua, población situada á 110 kilómetros de Tieling, en donde Linievitch, después de haber enviado 50.000 hombres á Kharbin, se dispone con 250.000 á hacer frente á los japoneses. El grueso de las fuerzas de éstos continúa al Sur de Tieling, lo cual demuestra que el mariscal Oyama no ha completado todavía la organización de los servicios de retaguardia, ni la reconstitución de sus abastecimientos de víveres y municiones.

En el cuartel general de Okú hay millares de chinos y soldados japoneses ocupados en sanear el campo de batalla de Mukden, medida tanto más necesaria cuanto que la temperatura ha subido considerablemente, y por consiguiente, podrían estallar graves epidemias si no se toman grandes precauciones.

Los encuentros entre las avanzadas de los dos adversarios son cada vez más frecuentes y aun los rusos se han atrevido en alguna ocasión á tomar la ofensiva: tal sucedió en los días 3 y 4 de este mes, en los cuales una columna rusa avanzó hacia el Sur y bombardeó la población de Chen-Tsia-Tsien, siendo en definitiva rechazada por los japoneses. Es evidente que estos movimientos de avance no tienen por objeto desalojar al enemigo de las posiciones que ocupa, y lo prueba lo poco numerosos que son los contingentes que los ejecutan; el verdadero objeto que éstos se proponen es seguramente practicar algunos reconocimientos, retirándose inmediatamente después de haber logrado su propósito. De todos modos, estas escaramuzas demuestran que los dos ejércitos se van reponiendo de los efectos de la terrible batalla de Mukden; la situación es, por consiguiente, la misma que hemos visto después de cada gran batalla, es decir, uno de esos períodos de calma durante los cuales ambos beligerantes se preparan para nuevos combates. No faltan, sin embargo, periódicos que aún insisten en que el mariscal Oyama está llevando á cabo un amplio movimiento envolvente; pero hasta ahora nada hay que dé visos de certeza á esta suposición, y no cabe admitir que operación de tanta importancia pueda efectuarse sin que el adversario se dé cuenta de ello.

Pero el interés de la guerra está actualmente, no en la Mandchuria, sino en los mares. La escuadra de Rojestvensky se encuentra ya en los mares de la China, con lo cual quedan por de pronto desmentidos los rumores que por un momento circularon de que esa escuadra había emprendido su regreso á Rusia. En ella se cifran ahora las esperanzas de los que confían en un cambio favorable á la causa rusa.

El almirante Rojestvensky dispone de tres divisiones, mandadas por Felkersamm, Emquist y Bostrowsky y que forman un total de 47 buques, á saber: seis acorazados, ocho cruceros, nueve contratorpederos y veinticuatro transportes ó cruceros auxiliares. El almirante en jefe no ha querido esperar que se le uniera la flota de Nebogatof, compuesta de siete ú ocho unidades, decisión que no debe extrañar á nadie por cuanto Rojestvensky ha censurado siempre el envío de aquella escuadra de refuerzo, diciendo que se componía de buques viejos y poco homogéneos que, al incorporarse á los suyos, perjudicarían notablemente á la cohesión de la fuerza naval de éstos.



El general LINIEVITCH abrazando al general KUROPATKINE después de haber éste obtenido autorización del Tsar para continuar tomando parte en la guerra, al frente del 1.er ejército, y de haber aquél sido nombrado general en jefe del ejército de la Mandchuria. (Dibujo de E. Morata.)

Los japoneses poseen actualmente cinco acorazados, siete cruceros acorazados, unos quince cruceros ordinarios y un número de contratorpederos difícil de precisar, pero muy superior al de los contratorpederos rusos.

Tienen, pues, los japoneses la superioridad del número y además la ventaja de disponer de numerosos arsenales dotados de todos los elementos necesarios para reparar las averías importantes. Pero además tienen la otra ventaja inmensa de que sus estados mayores y sus tripulaciones están acostumbrados á la lucha naval desde hace catorce meses, son prácticos en toda clase de maniobras y sobre todo están animados de la confianza que les han infundido sus anteriores triunfos.

Cierto que la duración de la guerra ha podido perjudicar al material naval japonés, al paso que los rusos entrarán en acción con barcos nuevos casi todos y de excelentes condiciones; pero si se tiene en cuenta que el último combate por mar ocurrió hace ocho meses y que desde entonces la flota japonesa no ha hecho otra cosa que coadyuvar al sitio de Puerto Arthur, tarea fácil, dada la inactividad de los buques rusos, puede suponerse que los barcos del almirante Togo han tenido tiempo sobrado para reparar las averías que pudieran haber sufrido y ponerse de nuevo en perfectas condiciones.

No se sabe en dónde está la escuadra de Togo, pues en esta ocasión, más que nunca, el Japón ha persistido en su costumbre de ocultar por completo los movimientos de sus ejércitos y de sus barcos, sistema al cual debe sin duda una buena parte de los éxitos obtenidos, así en tierra como en el mar. Suponen algunos que esa escuadra ó parte de ella se encuentra cerca del estrecho de la Sonda; pero no es fácil que el almirante Togo, que tantas pruebas tiene dadas de su prudencia, se haya aventurado tan lejos de los puertos japoneses y de sus bases de operaciones. Es de presumir, pues, que espere á la escuadra enemiga más al Norte y que, por consiguiente, tarde aún algún tiempo en efectuarse el choque de ambas escuadras.

Es imposible prever cuál será el resultado de este choque; pero sí puede afirmarse que las futuras operaciones navales tendrán una influencia decisiva en la suerte de la guerra. Si Rusia consiguiese hacerse dueña de los mares del Japón; si el mariscal Oyama, triunfante en la Mandchuria, viese cortadas sus comunicaciones naturales y por ende dificultados en extremo, si no imposibilitados, sus abastecimientos de tropas, víveres y municiones, la faz de la guerra cambiaría por completo y podría cumplirse entonces la predicción de Kuropatkine cuando al encargarse del mando supremo del ejército ruso decía que los japoneses tendrían que rendirse á discreción ó arrojarse al mar. Pero para conquistar ese dominio de las aguas japonesas, ¡cuántas victorias sucesivas habría de conseguir la escuadra de Rojestvensky sobre la de Togo! ¿Y tendría medios para conseguirlas, no contando como no había de contar con más bases de operaciones que el puerto de Vladivostock, situado precisamente en el extremo más apartado de su campo de acción? En cambio la escuadra rusa puede quedar definitivamente vencida en un solo combate, pues careciendo de puertos en donde refugiarse ó reponerse, por poco grave que fuese la derrota, sus buques ó caerían en poder de los japoneses ó tendrían que entrar en puertos neutrales y quedar, por ende, inútiles para proseguir la lucha.

¿Qué sucedería en este caso? ¿Consentiría Rusia en firmar la paz? ¿Se resolvería á proseguir en la Mandchuria la guerra hasta agotar las fuerzas del Japón? La conducta del gobierno ruso parece indicar que adoptaría esta segunda solución, puesto que no cesa en sus grandes preparativos para enviar refuerzos á la Mandchuria.—R.



Desembarco de los oficiales del estado mayor imperial alemán con objeto de enterarse del estado de los ánimos de la población marroquí y de las colonias extranjeras



Desembarco del emperador Guillermo II, quien desde el desembarcadero se dirigió á la Legación de Alemania

VISITA DEL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA Á TÁNGER (de fotografías de «Photo-Nouvelles»)



La población femenina de Tánger presenciando desde las azoteas la llegada del emperador Guillermo II



Arco de triunfo levantado por la población judía en honor del emperador Guillermo II



El emperador Guillermo II hablando con Abd-el-Malek, tío del sultán de Marruecos



El caíd Mac-Lean dando la bienvenida al emperador Guillermo II

VISITA DEL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA Á TANGER (de fotografías de «Photo-Nouvelles»)

EL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA

EN TÁNGER

Pocos viajes de soberanos han causado en el mundo diplomático impresión tan grande como la que ha producido la excursión del emperador Guillermo II de Alemania á Tánger.

Reciente la firma de los convenios anglo-francés y franco-español, en los que se han sentado las bases de la futura política internacional en Marruecos, distribuyéndose las tres potencias que en ellos intervinieron los papeles que en el imperio marroquí había de desempeñar cada una; cuando Francia, representando el que en el reparto le había sido adjudicado, acababa de entrar en escena enviando á Fez la embajada Saint-René Taillandier, de cuyos trabajos tanto esperan los franceses, el soberano alemán, como si quisiera protestar de un modo directo de aquellos tratos en los que ninguna intervención se le ha dado y demostrar al mismo tiempo de una manera pública y que no diese lugar á dudas, que para él tales pactos no tenían fuerza alguna y que Alemania seguiría la política que en Marruecos se ha trazado, como si aquellos convenios no existieran, se ha presentado inopinadamente en Tánger, y aunque sólo ha permanecido allí breves momentos y pronunciado muy pocas palabras, su estancia ha durado lo bastante para que las cancillerías europeas se dieran cuenta de la gravedad y trascendencia del viaje, y sus frases han sido suficientes para dar á conocer su firme voluntad y sus propósitos no menos firmes en cuanto con el problema marroquí, y por ende con el problema del Mediterráneo, se relaciona. Y Alemania es una nación que sabe hacer respetar su voluntad y llegar al fin que se ha impuesto.

El día de la llegada del emperador Guillermo II, Tánger ofrecía un aspecto sumamente pintoresco: en todas partes se veían arcos de percalina levantados por los moros; otros más artísticos construídos por alemanes, españoles, ingleses é israelitas; balcones engalanados, pórticos adornados con ramaje, tribunas, banderas y gallardetes; en las azoteas, la población femenina, y en las calles una multitud abigarrada esperando todos ver al *Kaiser*.

A las nueve de la mañana del 31 de marzo último, las baterías de la plaza hicieron las salvas saludando al vapor *Hamburgo*, que conducía al emperador, y poco después destacábase del buque un remolcador arrastrando una lancha. En el desembarcadero esperaban las legaciones extranjeras y con ellas Abd-el-Malek, tío del sultán y expresamente enviado por éste á Tánger para recibir al soberano alemán. Creyeron todos que éste iba en la lancha que se acercaba, y las cabilas, que se extendían á lo largo de la playa, hicieron un fuego graneado, ensordecedor; pero en vez del *Kaiser*, vieron desembarcar á unos cuantos oficiales del estado mayor imperial, quienes anunciaron que el emperador no bajaría á tierra. El desencanto de todos fué inmenso; las tropas rompieron filas, y el público y las representaciones oficiales se retiraron.

De pronto, á las once, cuando la mayor parte del pueblo se hallaba en sus casas, sonaron salvas de los dos cruceros franceses anclados en la rada, mientras el crucero alemán que escoltaba al *Hamburgo* y las baterías de la plaza permanecían silenciosas: del *Hamburgo* acababa de salir una lancha que conducía á Guillermo II. Este llegó al desembarcadero, en donde habían vuelto á reunirse precipitadamente los elementos oficiales y la colonia alemana, que saludó á su soberano con entusiastas hurras.

Mientras tanto, en la ciudad habíase producido gran confusión: los askaris formaban al toque de sus cornetas; los balcones volvían á llenarse de espectadores; las músicas lanzaban al aire sus tocatas; y la multitud se estrujaba en las calles para presenciar el paso de la comitiva. Abría la marcha un grupo de jinetes árabes, seguido de la música del sultán; detrás de ellos el caíd anglo-marroquí Mac-Lean y el capitán francés Fournier, instructor de las tropas marroquíes, y después el emperador, en uniforme de feldmariscal y montando un hermoso caballo blanco, seguido de sus oficiales y de la escolta. El recibimiento fué entusiasta; Guillermo II fué objeto de delirantes aclamaciones y sobre él cayó una lluvia de hojas impresas lanzadas desde el Sindicato español, en las que se leía: «¡Viva España!; ¡Viva el emperador Guillermo!; ¡Viva la independencia de Marruecos!»

Al llegar al Zoco grande, en donde está situada la embajada alemana, las cabilas dispararon sus espingardas, no cesando el fuego durante la hora en que el *kaiser* permaneció en su legación. En ésta y en presencia de la colonia alemana y de Abd-el-Malek, á quien se dirigió expresamente, pronunció un breve discurso, diciendo que su visita á Tánger tenía por objeto demostrar que los intereses alemanes en Marruecos debían ser protegidos y garantizados; que para concertar los mejores medios de conseguir esto, se entendería directamente con el sultán, á quien consideraba como soberano independiente, y que en cuanto á las reformas que el sultán proyectaba era preciso proceder con gran circunspección, teniendo muy en cuenta los sentimientos religiosos de la población marroquí, á fin de evitar perturbaciones del orden público. Ya antes, al desembarcar, había saludado á Abd-el-Malek diciéndole que visitaba al sultán considerándole soberano independiente y que esperaba que bajo su soberanía se abriría un Marruecos libre á la competencia pacífica de todos los pueblos sin monopolios.

Poco después abandonaba la embajada, y sin visitar el resto de la ciudad, sin asistir á la recepción oficial que en su honor se había dispuesto en el Marshan, embarcóse nuevamente y á las tres de la tarde el *Hamburgo* abandonó las aguas de Tánger.

La prensa inglesa y la francesa han hecho comentarios que demuestran cuánto les duele el acto realizado por el emperador Guillermo; los periódicos alemanes contestan en el mismo tono, dando á entender que Alemania no consentirá no sólo que se la postergue en Marruecos, sino que ninguna otra potencia alcance allí una situación mejor que la que ella obtenga.

El litigio es de los más interesantes que la política internacional ha sostenido de muchos años á esta parte. De esperar es que se resolverá pacíficamente; de lo contrario, el conflicto sería gravísimo y podría determinar una verdadera conflagración. – P.



EL EMPERADOR GUILLERMO II DE ALEMANIA, en uniforme de capitán general español

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— PARÍS. – El Estado francés ha adquirido el palacio Maisons que en París construyó Francisco Mansart en 1650 y que costó seis millones de liras. Con esto se evitará la inminente ruina de aquel edificio, que es uno de los más bellos monumentos arquitectónicos de aquella época y que seguramente se destinará á Museo Nacional, á fin de aligerar los demás museos parisienses, que están excesivamente ocupados.

BERLÍN. – El Museo del Emperador Federico, de Berlín, se ha enriquecido con un notabilísimo cuadro del pintor veneciano Víctor Carpaccio (1455-1525). Es una *Pieta* de concepción muy original y en extremo característica, en la que se admiran el vigor pictórico y el talento narrativo del gran maestro. En el primer término de un hermoso paisaje y sobre una mesa de mármol está el cadáver de Jesucristo; en el centro del fondo se ve á la Virgen Dolorosa, acompañada de San Juan y de algunas mujeres, y en último término hay el sepulcro preparado para el Salvador.

– El célebre coleccionista berlinés G. Salomón ha regalado al Museo del Emperador Federico seis relieves en oro que representan escenas de la antigua mitología (combate de gigantes, Perseo en el banquete de Fineo, muerte de los Niobidas y varias escenas báquicas) y que se atribuyen á Benvenuto Cellini. Esta supuesta paternidad está justificada en primer lugar por la semejanza que existe entre estos trabajos y otros indubitados de aquel inmortal artista y por la procedencia de tales relieves, los cuales pertenecían á la colonia Borghese, que según antigua tradición, había encargado el papa Paulo V á B. Cellini.

POMPEYA. – En la vía Stabiana se ha descubierto un edificio que por su magnificencia y riqueza de ornamentación es muy superior á la tan famosa casa de los Vettios. En él se han encontrado docenas de estatuitas, bustos, fuentes, medallones de cristal con figuras de amorcillos; pero lo más importante que contiene son unas hermosas pinturas murales que representan escenas de los poemas de Homero.

NUEVA YORK. – En septiembre de este año se inaugurará en Nueva York un monumento á Verdi, cuya ejecución ha sido confiada al escultor Civiletti, de Palermo.

LEIDEN. – Holanda se prepara á celebrar el tercer centenario de Rembrandt. En el sitio en donde estuvo situado, en las afueras de Leiden, el molino de su padre, se erigirá un monumento dedicado al gran pintor, y en la citada ciudad se celebrará, en el mes de julio próximo, una exposición de sus obras y de las de sus discípulos.

NUREMBERG. – Una persona que no ha querido dar su nombre ha hecho un donativo de 50.000 marcos (62.500 pesetas) para la erección en aquella ciudad de un monumento á Schiller.

* * *

Espectáculos.— En Colonia se ha constituído una asociación para dar en aquella ciudad, á partir del próximo junio, ocho representaciones de las óperas *Fidelio*, de Beethoven; *Los maestros cantores de Nuremberg* y *Tristán é Isolda*, de Wagner, y *Las bodas de Fígaro*, de Mozart, que serán dirigidas por los célebres maestros Richter y Weingartner.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Hippolyte couronné*, drama antiguo en cuatro actos y en verso de Julio Bois; en la Gaité *Scarron*, comedia trágica en cinco actos y en verso de Cátulo Mendes; en los Bouffes-Parisiens *Le dernier rêve du duc d'Enghien*, comedia en un acto y en verso de la señora A. Gardilanne, y *Le Talisman*, comedia en tres actos y en verso de Luis Marsolleau; en el teatro Antoine *Le meilleur parti*, comedia en tres actos de Mauricio Maindron; en el Trianón *Ces Messieurs du Tiers*, comedia en cinco actos de Claudio Bertón; en la Comedia Francesa *Shylock ou le Marchand de Venise*, comedia en tres actos y cinco cuadros de Alfredo de Vigny, tomada de la del mismo título de Shakespeare, y *Il etait une bergère*, comedia en un acto y en verso de Andrés Rivoire; y en la Renaissance *Monsieur Pigeois*, comedia en tres actos de Alfredo Capus. En el teatro Sarah-Bernhardt se ha representado la reconstitución de la tragedia de Racine *Esther*, tal como la representaron los alumnos de Saint-Cyr en su pensionado, en 1689, en presencia de Luis XIV, con un prólogo en verso de Juan Sardou y algunos números musicales de Reinaldo Hain. En el Nouveau Theatre está dando una serie de representaciones la eminente actriz italiana Leonor Duse, que obtiene grandes triunfos en cuantas obras interpreta.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Barrer para dentro*, comedia en un acto del Sr. Maristany; y en el Eldorado, por la compañía de Teresa Mariani, *Fiamme nell'ombra*, drama en tres actos de E. A. Butti; *Joujou*, comedia en tres actos de Enrique Betstein; *Il nido altrui*, comedia en tres actos, traducción de *El nido ajeno*, de Jacinto Benavente, y *La crisi*, comedia en tres actos de Marcos Praga.

– En la Asociación Musical de Barcelona ha dado un concierto el notable cuarteto formado por los Sres. López Naguil, López Casals, Ribas y Rabentós, quienes interpretaron admirablemente, con ajuste y sobriedad irreprochables, el *Cuarteto*, obra 13, n.° 2, de Mendelssohn, y el de Beethoven en *Do mayor*, obra 59, n.° 3, que les valieron aplausos entusiastas.

– En el Círculo Musical Bohemio se ha celebrado un concierto, en el que los Sres. Corróns, Salvadó, Miralles, Oliveres y Bonastre obtuvieron muchos aplausos ejecutando el *Quinteto*, obra 45 de Normand; el *Cuarteto*, obra 14 de Pierné, y el *Trío en sol* de Beethoven. También fué muy aplaudido el Sr. García, que tocó en el piano varias piezas de Chopin, Paderewski y Schumann.

– En el Centro Artístico Musical ha dado un concierto la joven pianista Srta. Ayguadé, discípula del maestro Sr. Vidiella, que fué muy aplaudida por el acierto con que ejecutó difíciles composiciones de Mozart, Mendelssohn, Chopin, Schumann y Listz.



¿Llora usted, Luciano? ¿Qué tiene usted?.. ¿Qué pasa?..

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Así había llegado hasta la calle de Vieille-Estrapado y de la Contrescarpe, cuyos nombres pintorescos y aspecto de antigüedad le habían encantado, con esa sensación que produce un pasado muy antiguo y muy obscuro al ponerse en contacto con una esperanza naciente. Después, la pobreza y el silencio de la calle Rollin le enternecieron: el sol poniente inundaba de luz la parte de la callejuela en que estaba la casa de Berta, una de esas antiguas moradas, abrigo en otro tiempo de grandes existencias, que conservan hasta en su ruina trazas y toques de aristocracia. Aquel edificio mostraba una fachada casi ahuecada por el hundimiento del terreno, con una puerta cochera de noble estilo, y un patio lleno de cobertizos y de escombros, pero con altas ventanas.

El enamorado se sentó en un poste cercano y allí se estuvo hasta que cerró la noche, absorto en una contemplación que inundaba su alma de gozo casi sobrehumano. Las invasiones de un gran amor tienen esas horas de una intensidad indescriptible y que contrasta de un modo asombroso con la trivialidad de los sucesos que les sirven de causa ó de pretexto.

¿Qué le había sucedido á Luciano? Había sabido el nombre, la profesión y la casa de la joven á quien amaba y había hablado con ella. Todo ello no era nada, pero ese nada bastaba para que corriesen por sus venas raudales de poesía.

Berta era joven; él era joven, y estaban en primavera. Las profundas identidades de inteligencia, las fraternales semejanzas de pensamientos, tanta gracia unida con tanta seriedad, la violenta antítesis de su belleza y de sus trabajos, la frescura y la delicadeza de sus facciones asociadas con visiones de enfermedad de muerte, con camas de hospital y mesas de disección, la extrañeza de su encuentro y su completa carencia de todo elemento convencional, el deseo de próximas entrevistas, ¡cuántos principios de pasión para un joven de aquella edad y que nunca había amado!

Todos ellos relucían en su memoria como una aurora. ¿No había sido aquélla la de su dicha?

Sí, había sido muy dichoso, como se es á los veintitrés años, cuando la frescura intacta del deseo, la confianza en el tierno genio femenino y el tiempo indefinido que tiene delante la pasión permiten al corazón expansionarse sólo con la presencia del ser amado y contentarse con ella.

Más tarde, la experiencia desengañada de la vida, las exigencias del orgullo viril y la impresión desconsoladora de tener los días contados se sublevan contra las románticas y cándidas embriagueces del amor oculto y sin posesión. Pero en la linde de la juventud el corazón se ahoga de timidez ante esa confesión, de tal modo teme ser desagradable, y esa posesión le quema de antemano con tales ardores, que le es casi dulce el aplazarla. Sabe muy bien que el porvenir le pertenece y que dentro de un año, de dos, de diez, no habrá pasado la estación de amar y de ser amado.

Al palpitar en la esperanza y al retrasar la hora de las palabras decisivas experimenta esa sensación que es el encanto de los noviazgos, y realmente, Luciano amó á Berta como á una prometida, en el silencio de una adoración cada vez más intensa, desde aquella tarde de primavera.

No trató, por entonces, de saber más sobre ella, preguntando, por ejemplo, al portero de la casa. Tal averiguación le hubiera parecido un sacrilegio. Además, ¿habría siquiera tenido fuerza para ello? Para los enamorados con tal fervor, el pronunciar el nombre de la mujer amada es un sufrimiento. Les falta la voz para ello. ¿Para qué, además? ¿Qué le iban á decir que ya no supiera? La vida estrecha de la joven, su asiduidad para el trabajo y el idealismo de sus pensamientos eran cosas que denunciaban el aspecto de aquella casa, su actitud en el gabinete de lectura y las líneas que había anotado en Trousseau.

En el primer momento había visto en ella por intuición todas las cualidades comprobadas después en diez meses de experiencia en una libertad que no dejaba ocasión para el misterio. El hecho de que su intimidad hubiera permanecido enteramente pura, ¿no era el testimonio más concluyente del valor moral de la joven?.. Por la mente de Luciano pasaban todas las escenas que habían establecido esa intimidad. Primeramente, después de su primera entrevista, la costumbre de cambiar un saludo cada vez que uno de ellos entraba ó salía del gabinete de lectura, y aquellas inclinaciones de la cabeza pensativa de la joven habían sido interpretadas por Luciano, ora con alegría exaltada como muestra de simpatía, ora con angustia como señal de indiferencia.

Vino luego la segunda conversación, pocos días después de la primera. El enamorado imaginó para emprenderla un procedimiento que simbolizaba bien la paradoja de aquel amor, flor de sueño brotada de repente entre aquellos dos cerebrales rodeados de libros de ciencia. En el momento en que la joven se levantaba, Luciano le había preguntado si podría hacerle el favor de explicarle dos palabras técnicas que no comprendía, y le había sometido—¡oh ironía!—una frase de aquel enorme tratado de Legrand du Saulle, que fingía estudiar, sobre las enfermedades latentes y larvadas.

Mientras hizo la pregunta, ya estaban en la calle, y él preguntando y ella respondiendo, resultó que la fué acompañando.

—Latente se comprende desde luego, dijo la joven; una enfermedad latente es la que no se manifiesta todavía. Una enfermedad larvada, por el contrario, se manifiesta patente, pero toma la forma de otra; así una gota que se manifiesta por medio de vértigos es una gota larvada que se disfraza, *quæ induit larvam.* Recordará usted que *larva* es la máscara de teatro en la antigüedad...

—Confieso que lo había olvidado... ¿Sabe usted el latín, señorita?..

—Tengo el grado de bachiller...

—Mi pregunta no tenía sentido..., dijo Luciano algo confuso. No estudiaría usted Medicina si no tuviera ese grado; pero estamos en Francia tan poco acostumbrados á ver que las mujeres tengan ciertos conocimientos...

—Las cosas van cambiando, por fortuna, dijo la joven. La ciencia es la gran libertadora, y la mujer tiene más necesidad que el hombre de ser libertada.

—Son enteramente mis ideas, respondió Luciano, y espero que seguiremos marchando por esa vía. Pero mucho me extrañará que las estudiantes de Medicina no sean una excepción...

—¿Por el anfiteatro y el hospital, sin duda?

—Precisamente.

—Se ve que nunca ha disecado usted, caballero... De lo contrario, sabría que se trata de vencer una pequeña impresión y puramente física. Pronto no se ve en el cadáver más que una lección de anatomía que hay que comprobar y no se piensa que aquellos restos han sido un hombre... La autopsia es más penosa. Se ha interesado una por un enfermo, ha recibido sus confidencias, y veinticuatro horas después le encuentra sobre una mesa, inerte, helado, con el corazón por aquí, el cerebro por allá y el hígado por otra parte... Para mí, esa ha sido y es la impresión horrorosa, pero es la única, pues si en el hospital se asiste á espectáculos tristes, se puede hacer allí tanto bien con una palabra, con un gesto, con una atención...

Había dado estos detalles sobre sus impresiones profesionales con singular sencillez. En su mirada y en su voz no había esa expresión de desafío tan desagradable en la mayor parte de las adeptas del feminismo. Decía las cosas como eran, sin cuidarse del efecto poco poético que la mención de aquellas repugnantes tareas podía producir en su interlocutor.

Éste, cuya curiosidad iba en aumento, había preguntado:

—En la escuela práctica y en el hospital no hay solamente los enfermos y los muertos; hay los compañeros. No conozco muchos estudiantes de Medicina, pero el tono de la mayor parte de ellos me parece chocante para una joven...

-Es un error, respondió Berta. Por mi parte, he encontrado algunos jóvenes de lenguaje grosero, pero pocos, y cuando estaban delante de otros, éstos les hacían callar en seguida... Sucede también á menudo que cuando examinamos á un enfermo oímos detrás frases y risas que preferiríamos no oir; pero se trata sencillamente de divertirse con nuestra confusión, y un poco de seriedad vence prontamente todas esas niñerías... En cuanto á los que abrigan ciertos propósitos, pronto se les tiene á raya y no vuelven á insistir. Por otra parte, tengo la pretensión de ser una buena compañera; pero cada vez que un estudiante trata de mostrarse demasiado amable, le advierto que el día en que me hable de distinto modo que á un hombre no le volveré á saludar...

La joven se separó de su acompañante al hacer esta declaración, en la puerta de aquella fonda de la calle de Racine en la que Darrás sorprendió después juntos á los dos jóvenes. Luciano la había visto entrar en la vasta sala, llena ya de gente que comía. La estudiante tenía allí su sitio reservado, como en la sala de lectura. Las mesas de pino sin manteles y la tosca vajilla estaban en armonía con la inscripción pintada en la puerta: *Comida, 1 franco y 10 céntimos.*

La pobreza del paraje había llenado de lástima al enamorado, al mismo tiempo que las últimas palabras de la joven le infundían temor y confusión. Más adelante debía saber con qué intención las había dicho Berta.

Hay señales casi indefinibles y, sin embargo, evidentes, por las cuales se conocen en cuanto se encuentran las almas de la misma raza. Sólo la exclamación de Luciano sobre el derecho de los enfermos á la verdad había sido para Berta una de esas señales. Nunca, de otro modo, hubiera dejado que un desconocido se acercase á hablarla si no hubiera cedido á un secreto movimiento de su corazón.

La joven se había castigado por ello con esa frase de despedida, que era una barrera para el caso de que aquel hombre tuviese pensamientos temerarios. De este modo, ó no volvería á verla ó no le hablaría de amor.

¡Cuán vivos permanecían esos recuerdos en Luciano! ¡En qué estado de turbación había proseguido su camino, persuadido de que la indiscreción de su despedida y de sus preguntas había molestado á la discreta estudiante! ¡Qué noche de angustia había pasado entonces preguntándose si Berta le perdonaría nunca el haberse atrevido á interrogarla! ¡Qué alegría la suya cuando la volvió á ver en la sala de lectura y observó que no le era hostil!..

Después habían tenido la tercera conversación, y la cuarta y la quinta, todas las cuales se aparecían en la mente de Luciano á medida que se aproximaba á casa de su amada.

En todas, en las más antiguas y reservadas como en las más recientes é íntimas, había permanecido fiel al programa de absoluta reserva sentimental impuesto por Berta. Siempre la había tratado como si fuese, en efecto, una compañera de la escuela de Medicina, con quien un estudiante de derecho cambiaba ideas y pensamientos, y no la adorable joven cuya sencilla gracia, cuya linda sonrisa encendían en él la fiebre apasionada del deseo, y cuya valerosa existencia le llenaba de una admiración tan profunda.

No había una piedra de la calle que no le recordase una palabra, un ademán ó una mirada suya. Aquí, en la esquina de la plaza de Saint-Michel, la había encontrado un día cuando iba al hospital, unas seis semanas después de su primera conversación, y ella había consentido en que la acompañara hasta dentro del edificio. Era la primera vez que la veía en el ejercicio de sus funciones. Habían asistido á la visita y habían vuelto á almorzar juntos en la calle de Racine...

Allí, debajo de los árboles del boulevard Saint-Germain, se habían paseado indefinidamente discutiendo las ideas que más les gustaban al uno y al otro; él la teoría de la conciencia individual considerada como regla suprema, y ella el concepto de una moral fundada solamente en los hechos y que fuera simplemente una biología aplicada. Las dos tendencias que hoy dividen á la juventud se encontraban así encarnadas en ellos, y esa discusión era para Luciano el descubrimiento de un universo intelectual, y una extraña voluptuosidad el oir las más recientes hipótesis sobre la vida, expuestas por aquella boca de labios floridos...

Un día, delante del Colegio de Francia, Berta le había contado la historia de sus ideas y díchole que tres hombres habían tenido sobre ella una influencia decisiva: Claudio Bernard con su *Medicina experimental,* y antes que él, Flaubert y Dostoïewsky. De uno de esos dos novelistas había tomado el gusto de ver la vida en su verdad, y del otro su agudo sentido de la miseria humana. De Bernard había admirado el método.

A este propósito había hablado de su educación, primero en Thiers y luego en Clermont, al lado de su tío y bajo la dirección de un antiguo profesor que le había tomado cariño, un tal Sr. André. Luciano le había hablado de su padrastro...

Otro día, en la plaza del Panteón, con motivo del culto de los grandes hombres, habían hablado de religión y de política, y se había quedado asombrado de la tranquila audacia de aquella inteligencia de mujer, que en esos dos puntos, como en moral, le adelantaba visiblemente. Persuadida de que la biología, aún en sus comienzos, llegaría á renovar el plan total de la existencia humana, Berta profesaba un nihilismo sistemático respecto de todas las instituciones del pasado y también del presente, y envolvía en la misma condena al catolicismo, por ejemplo, que el kantismo, á la monarquía tradicional que á la república.

El joven había sentido la fascinación de aquel pensamiento atrevido que llevaba hasta el extremo los principios que él había recibido; y comparándose mentalmente con su amiga, había visto que él y su padrastro no eran más que unos burgueses imbuidos de todos los prejuicios de su clase. Había admirado la firmeza de inteligencia de la estudiante y su firmeza de carácter al no perder ni un minuto ni gastar cinco céntimos inútilmente.

La joven había heredado una pequeña suma de treinta y cinco mil francos, de la que gastaba dos mil cuatrocientos al año, de modo que le quedase con qué establecerse al fin de sus estudios. Era una confidencia que había hecho últimamente á Luciano.

Aquellas comidas á veintidós sueldos le importaban menos de setenta francos al mes. Seiscientos francos de casa, vestido, etc., doscientos de libros y doscientos de exámenes completaban lo esencial de su presupuesto. Por esto había escogido el cuarto de la calle Rollin, cuyo modesto alquiler armonizaba con el resto de sus gastos.

¡La calle Rollin! Estaba ya á dos pasos, pues el coche había andado durante aquella crisis de memoria; el enamorado llegaba al término de su camino y las reminiscencias del pasado cedían el campo á la aguda sensación del presente cuando hubo dejado atrás el liceo de Enrique IV. La fisonomía de aquel barrio que iba unido á las emociones más dulces y más intensas experimentadas durante su juventud, le desgarró el corazón.

La acusación de su padrastro se formuló de nuevo en su pensamiento. Su fealdad contrastaba demasiado violentamente con los sueños que Luciano había paseado por aquellos sitios y que acababa de repasar en la memoria con una fuerza casi alucinadora. ¿Era posible que tanta gracia fuese mentida, que aquella reserva fuese hipocresía, que bajo aquellas maneras sencillas y circunspectas se ocultase un horrible secreto de maternidad culpable, y, en fin, que la que él amaba con tan tierno y dócil respeto que nunca se había atrevido á decírselo, hubiera sido la amante de otro?

Todos los recuerdos que acababan de pasar por su mente protestaban contra tales cosas y, sin embargo, en el momento de ir á ver á su amiga calumniada, el joven tenía miedo. Y era que aquellas imágenes que se la habían recordado no habían podido hacer mella en la autoridad del denunciador.

Luciano se representaba al mismo tiempo los detalles de la escena que se preparaba. Iba á entrar en la casa, á subir la escalera y á entrar en el cuarto... Y entonces habría que decir la horrible cosa.

Sólo la evocación de la joven escuchando tales palabras le era intolerable. La frase que siempre había dominado en sus relaciones, resurgió en él espontáneamente: «Le advertí que el día que me hablase como si no fuera á un hombre, cesaría nuestra amistad.» Ella, que consideraba como un insulto el más ligero indicio de que se le hiciera la corte, ¿le dejaría acabar siquiera aquella insufrible relación? Le arrojaría de su casa y se rompería aquella intimidad de esencia única en la que tantos éxtasis apasionados se habían ocultado en las conversaciones de ideas.

El enamorado se había preguntado con frecuencia sin poder responderse: «¿Qué siente Berta por mí?» Ya no tendría que dudarlo: le odiaría, le despreciaría...

Esta perspectiva fué tan dolorosa para Luciano, que quiso aplazar aún el momento de cometer ese acto tal vez irreparable.

Encontrábase en la esquina de aquella plaza de la Contraescarpa, cuya arcaica denominación tanto le gustara en otro tiempo, y aquel recuerdo le trajo á la memoria con demasiada intensidad el de su primera visita á casa de su amiga. Se bajó del coche y echó á andar hacia la calle Rollin. No eran las tres todavía. En aquella hora la joven solía trabajar en la Escuela práctica; pero el día antes le había dicho que debiendo estar más tiempo en el *Hotel-Dieu* y tal vez almorzar allí, regresaría directamente á su casa. Como se ve Darrás se había engañado al suponer que su hijastro había ido á ponerse de acuerdo con su cómplice antes de ir al Banco.

Pero la joven podía no estar en casa; la perspectiva de una nueva delación produjo al enamorado otra crisis de vacilaciones que le hizo pasar muchas veces por delante de aquella puerta con unos latidos de corazón y una flaqueza de voluntad que le dieron vergüenza. Sin embargo, la disciplina en que había sido educado por su padrastro triunfó por fin de aquella sensibilidad tan profundamente alterada. Esta vez fueron sus propias palabras las que acudieron á su memoria: *Sin verdad no hay conciencia...*

Se repitió y se inculcó hasta lo más íntimo de su alma la palabra «verdad,» y como si hubiera marchado en un duelo hacia una pistola cargada, entró en la casa. Su resolución era tan firme, que al llegar á la puerta del piso de Berta y ver la llave en la cerradura, se escapó de su pecho un suspiro de alivio.

Un golpe en la puerta; la palabra «Adelante» pronunciada por aquella voz en la que tanto había creído; una vuelta á la llave, y se encontró delante de ella.

IV

LA VERDAD

La estudiante había conocido el modo de llamar de Luciano y no se había levantado del sillón en que estaba sentada. Delante de ella, en la mesa, estaba abierto un tomo por una lámina que representaba la anatomía de la pierna. El enlace de los vasos sanguíneos, de los músculos y de los nervios alrededor de los huesos estaba figurado por una superposición de laminillas de papel recortadas y pintadas de azul, de negro, de gris y de rojo. Berta estaba levantando cuidadosamente una de aquellas laminillas y escribiendo en un cuaderno lleno de notas de lápiz. La joven acogió al visitante con un amable ademán de su linda cabeza y le dijo sin interrumpir su tarea:

—Estoy estudiando la operación á que voy á asistir mañana. El enfermo de la cama 32, ¿se acuerda usted?, el que tiene gangrenado el pie derecho. Se ha discutido su caso, que ya no tiene espera. Ya sabe usted que el profesor Louvet está siempre por los medios radicales y quiere amputar por encima de la rodilla para estar seguro de que no volverán los accidentes. Pero Graux, el cirujano, no quiere siquiera amputar el pie entero y le parece suficiente la sección de la mitad. Estos dos caballeros han discutido defendiendo cada uno su punto de vista con argumentos en los que ponían toda su ciencia; y entre los dos, el enfermo yacía en su lecho con las ropas levantadas y mostraba sus pobres piernas, una caquéctica y otra gangrenada. De pronto y aprovechando un momento de silencio, preguntó el infeliz: «¿Y si partieran ustedes la diferencia?,» y se señaló un sitio por debajo de la rodilla. Fué aquello tan cómico que todos los alumnos se echaron á reir. Pero yo no, pues estaba horrorizada. Nunca tendré bastante presencia de ánimo para mirar á una criatura humana como un simple sujeto de experimentos científicos. Graux y Louvet no pensaban en el infeliz más que como si fuera una cosa y sólo tenían en cuenta sus ideas. Esos son los verdaderos sabios, pero yo no puedo. Por fin se le amputará entre el pie y la rodilla, y cuando se ha tomado la resolución, el enfermo ha dicho otra frase menos humorística, pero más profunda: «Me siento mejor. La certeza alivia.»

Preocupada por el recuerdo de aquella horrible escena, la extraña joven no reparó al principio en la expresión de Luciano. Después cerró el volumen con minucioso cuidado.

En aquel cuarto todo atestiguaba las cualidades de método y de inteligencia de Berta. Era una pieza

cuadrada, muy alta de techo y cuyas ventanas guarnecidas de madera conservaban la elegancia de los antiguos tiempos en que aquella casa era una morada señorial como el hotel de al lado, donde vivió M. de Caumartin, el obispo de Blois, el que descontentó á Luis XIV recibiendo al obispo de Noyon en la Academia con un discurso cruelmente burlón. Aquellos árboles que tal vez pertenecieron á aquella mansión, ¡constituyen hoy el reclamo higiénico de una modesta casa de huéspedes! En aquella tarde de marzo, sus ramas, desnudas de hojas todavía, se destacaban tristemente sobre el frío pedazo de cielo que se veía al través de las ventanas.

La claridad gris de un gran patio se armonizaba bien con el tono de los antiguos muebles, traídos de su provincia por la joven; aquellas viejas sillas auvernesas, de nogal y de forma maciza, su pátina obscura, el papel de un color rojo pardo y unas grandes cortinas de reps barato, daban al conjunto un aspecto casi rudo, que resultaba aún más severo á causa de los signos esparcidos por todas partes de las ocupaciones de la estudiante: una caja de instrumentos, una calavera, los restos de un esqueleto desmontado, grandes volúmenes de Medicina, un gran ojo de cartón, destinado á mostrar el mecanismo de ese órgano. Los únicos objetos de arte eran seis grandes fotografías de los profetas de la Capilla Sixtina, cuyas musculaturas de altetas parecían prolongar en las paredes las enseñanzas de la sala de disección.

Aunque la estudiante dormía en aquella pieza única, no había en ella cama, pues se acostaba en una banqueta, enfundada de día.

Su gran cuidado por el bien parecer y su sistema de amistades masculinas le habían hecho procurar para el sitio en que recibía aquel aspecto de sala de consulta. Un cuartito contiguo le servía para el aseo y para guardar sus efectos.

Algunos detalles, sin embargo, indicaban la mujer, como un estante de cajoncitos sobre la cómoda, en los que se leía: «Guantes, corbatas, pañuelos,» y flotando en el aire, un fresco aroma de polvos de lirio y el perfume de un tallo de mimosas comprado en la calle. Las flores de oro y el fino follaje de aquel ramo meridional hablaban de juventud fácil, de libre existencia, de playas dichosas y de viajes lejanos, y contrastaban con aquella celda en la que estaban simbolizadas las singularidades del destino de Berta: el provincialismo burgués de sus orígenes, su independencia y su reserva, la austeridad de sus trabajos, la natural elegancia que le hacía permanecer fina y seductora en unas condiciones en que diez y nueve de cada veinte de sus compañeras pierden toda gracia.

Nunca había sentido Luciano más que entonces la poesía de aquella pieza, en la que siempre entraba temblando. Su emoción fué demasiado intensa al ver á la que su padrastro acababa de calumniar tan cruelmente pacífica y asidua á su trabajo diario, al observar cómo ennoblecía aquel trabajo con un constante esfuerzo hacia ideas generosas y al encontrarla tan débil y tan linda, completamente ignorante de la calumnia inventada contra ella.

La extraordinaria tensión nerviosa del joven se resolvió en una crisis de lágrimas que le hizo caer en una silla, sin fuerzas para decir una palabra. Berta, sorprendida de aquel silencio y al ver aquellos sollozos mudos, aquella faz convulsa, aquella mirada, comprendió al punto la causa de aquel trastorno: había llegado la hora decisiva que desde hacía días esperaba con miedo. Su emoción fué tan intensa, que tampoco pudo dominarse del todo y se vió obligada á dejar el atlas que se disponía á guardar.

—¿Llora usted, Luciano? ¿Qué tiene usted? ¿Qué pasa?.., dijo al fin con voz algo velada.

—Ahora..., respondió el joven con un gesto suplicante. Ahora diré á usted... No puedo... Déjeme...

Berta obedeció y se quedó silenciosa mirándole llorar.

Si Luciano hubiera podido reflexionar entonces un poco, la turbación de la joven le hubiera dicho qué lugar había sabido tomar en su corazón. También ella le amaba, ¡pero en qué condiciones tan desdichadas!..

Si el padrastro de Luciano se había engañado absolutamente en la interpretación de los hechos que le habían contado y en la naturaleza de las relaciones entre los dos jóvenes, los hechos mismos eran ciertos.

Berta Planat había sido, cinco años antes y durante unos meses, la amante de aquel Meján, cuyo nombre había dicho Darrás á Luciano para que le sirviera de punto de partida. Había tenido de él un hijo, que se criaba, en efecto, en Moret, cerca de Fontainebleau. En la época de aquellas relaciones, Berta estudiaba Derecho, y había dejado la carrera cuando el rompimiento para salir del círculo en que su historia era conocida.



Sí, yo..., respondió Berta con la frente alta y cruzada de brazos...

Desde entonces, sus menores acciones habían tenido por principio constante su aversión contra aquel pasado. Por esto evitaba la biblioteca, demasiado concurrida, de la escuela de Medicina; por esto comía en la fonda de la calle Racine; por esto vivía alejada del centro del barrio latino.

Desde que conoció á Luciano y le amó, había vivido en angustia continua ante la idea de que una casualidad podía hacerle saber aquel pasado sin que ella pudiera explicarle en seguida que aquella horrible aventura de los diez y nueve años no correspondía á nada vil, á nada bajo, sino que había sido el error, deplorable, pero generoso, de una confianza locamente concedida é indignamente burlada.

¡Cuántas veces en aquellos coloquios cada día más íntimos, aunque siempre intelectuales, que tanto le complacieran, había estado tentada de contar á su tierno y querido amigo aquella dolorosa historia! Pero siempre la había contenido un pudor más fuerte que todos los razonamientos que se hacía á sí misma para demostrarse que al entregarse á Meján no había hecho nada malo.

Las deducciones mejor conducidas no consiguen destruir enteramente la evidencia inmanente de ciertas leyes escritas por la naturaleza en las más secretas profundidades de nuestra persona moral. Un padre puede negar la familia; pero su hijo no será nunca para él un hombre como los demás. Un cosmopolita puede negar la patria; mas los horizontes de su infancia no se parecerán nunca para él á los otros horizontes.

Del mismo modo una joven puede haber recibido la educación más inficionada de ideas revolucionarias, como Berta Planat; haberse intoxicado con las peores paradojas; haber creído en la igualdad absoluta de los sexos; haber profesado y hasta practicado en condiciones que casi la excusaban, el derecho al amor libre; pero basta que se despierte en ella un amor sincero para que el haberse entregado sin sacramento y sin contrato resulte para ella una vergüenza no razonada é invencible, como un instinto.

Berta no había querido admitir en ella ese sentimiento y no había cesado de sufrirle, como lo probaba su eterno aplazamiento de una confidencia cuya necesidad sentía diariamente. Berta había adormecido su conciencia que, según sus teorías, le imponía la verdad como un imperioso deber, prometiéndose hablar el día en que Luciano se atreviera á declararle un amor que ella veía distintamente á través de sus timideces. Mientras continuara callándose y sus relaciones no pasaran de aquella dulce intimidad intelectual de la que no podía ya prescindir, ¿para qué mezclar en aquel ensueño las crueles realidades que tanto le hacían sufrir?

Berta no decía: «¿Para qué desencantarle?,» pero, á pesar suyo, lo pensaba, y creía que aquel descubrimiento haría daño á Luciano; y aquella compasión por la pena que éste sentiría sellaba sus labios aún más que el temor de verse menos estimada.

Y ahora le veía devorado y desgarrado por aquella pena: otra persona no había vacilado en causársela revelándole el secreto que ella no se había atrevido á confesar, pero que estaba resuelta á no ocultar, si algún día Luciano lo sospechaba. Las lágrimas del joven lo decían. Luciano no sospechaba; sabía, pero sin creer. Su primera palabra, cuando hubo recobrado bastante energía para hablar, expresó su rebeldía contra la acusación, rebeldía que Berta no pensó ni un instante en utilizar.

Este detalle prueba mejor que largos análisis la rectitud fundamental de aquella muchacha, víctima del peor sofisma de los que flotan en la atmósfera envenenada del siglo XX que comienza; pero la depravación de su inteligencia no había llegado á su sensibilidad.

—Usted me dispensará, acabó por decir Luciano enjugándose los ojos y pasándose la mano por la frente como para disipar una pesadilla. Esto es indigno de un hombre; ya soy dueño de mis nervios y puedo explicar las razones de mi estado... Pero antes necesito obtener de usted una promesa... Diga lo que diga, ¿se compromete usted á perdonármelo?..

—Le conozco á usted demasiado, replicó la joven muy despacio, para creer que me dirá jamás una palabra que no deba usted pronunciar y por la que tenga que guardarle rencor...

Luciano vaciló ante aquella respuesta evasiva. La enorme acusación de que iba á hacerse eco le parecía tan monstruosa, que insistió:

—Eso no me basta. Quiero una promesa positiva; de lo contrario, me faltarán las fuerzas... Y sin embargo, es preciso que usted lo sepa... Es preciso por mí y por usted... Prométame que me perdonará...

—Bien... Lo prometo.

—¡Gracias!, dijo el joven bruscamente. ¿Sabe usted si tiene algún enemigo?..

—¿Yo?, respondió Berta ruborizándose.

Acababa de ver en pensamiento á su único enemigo, al inmundo Meján, aquel farsante del feminismo, por quien había sido seducida en condiciones que constituían un atroz abuso de confianza. En cuanto la vió encinta la abandonó, y cuando le encontraba ahora en la calle sentía ella un vuelco en el corazón y le parecía que iba á desfallecer. No se saludaban, pero ¡con qué arrogancia la miraba el infame! No había duda; era Meján quien había hablado ó hecho que hablasen á Luciano. Aquella idea hizo mucho daño á Berta, y sin embargo, la certeza le procuró un alivio, como al paciente del hospital. Con una calma de mártir, á pesar de todo, continuó:

—No conozco más que una persona á quien pueda llamar enemigo, y aun ese, soy yo quien debiera serlo suyo. Pero cuando se desprecia mucho, se deja de odiar. ¿Por qué esa pregunta?..

(Continuará.)



LA CONDESA MARTEL (GYP) EN EL SALÓN DE SU CASA DE PARÍS. (De fotografía de Branger.)

Celebridades contemporáneas

La eminente escritora francesa condesa Martel (Gyp)

Es interesante la atención que los artistas parisinos conceden al *detalle*, á las apariencias, á lo que ellos llaman la *mise en scène*, de su *interior*. Para el pueblo francés, tan refinado por una civilización que progresivamente va sutilizando los gustos y exacerbando las sensaciones, toda la vida social es pormenor, superfluidad de afectos, bienestar aparente nacido de cierta cordialidad mudable y fácil, interés somero que rara vez exige del amigo más que un recibimiento cariñoso y un rato de conversación ligera y afable. El saludo mal correspondido, la dureza de una mirada, la descortesía de un movimiento, la carta que no se contesta..., constituyen para el francés, aburguesado ó patricio, faltas imperdonables.

Citaré un ejemplo. Recientemente, el ministro Waldeck-Rousseau estuvo enfermo, y en la portería de su casa pusieron un álbum ó boletín sobre cuyas páginas escribían sus firmas cuantas personas iban á informarse de la salud del paciente. Por aquellos días fuí á visitar á cierto amigo periodista que acababa de sufrir un ataque de parálisis, y le hallé sentado junto á la chimenea, debajo de un gorro de piel y con el anquilosado cuerpo metido en una manta. Su mujer estaba concluyendo de vestirse un impermeable, porque llovía á cántaros. Él refunfuñaba, censurando que su esposa dedicase tanto tiempo á estos menudos preparativos.

—Corre, hija, decía, corre, que se hace tarde...

Ella me preguntó:

—¿Quiere usted que deje su firma en casa de Waldeck-Rousseau?

—¿Para qué?, repuse; no le conozco.

—Nosotros tampoco le conocemos, contestó; pero no importa. Cuando esté convaleciente y lea los nombres de las personas que fueron á visitarle, verá nuestro nombre, y *acaso* algún periódico nos cite. *Eso* siempre hace bien...

Este culto á lo pequeño aparece exagerado en el artista, idólatra de la forma, y da á su psicología un rasgo exacto, inconfundible, de femenina frivolidad. Excepción hecha de Octavio Mirbeau y de Sardou, que ocupan habitaciones grandes, limpias de muebles inútiles y por las que se puede ir y venir desembarazadamente, los demás escritores trabajan en el rincón de un despacho que una elegancia barroca trocó en bazar ó abigarrado retablo de figulinas y chucherías multicoloras. Por el suelo, sobre los muebles, entre los cuadros, pendientes del techo ó caprichosamente sujetos al marco de los espejos y de los cortinajes, hay juguetes y cachivaches de todas clases y épocas: estatuitas de mármol y de bronce, relojes medioevales, mascarones amenazadores, cuchillos pérsicos, sombrillas japonesas, mantones filipinos, abanicos, pájaros y felinos disecados, flores, calaveras..., todo hacinado en odioso desconcierto alrededor de lienzos antiguos y tapices y trípticos de relevante y positivo valor. En estos interiores se respira mal; los pulmones sufren la presión sofocante de lo muy angosto; involuntariamente nos preocupa la consideración del empachoso trabajo que costará la cotidiana ordenación y limpieza de todo aquello; diríase también que flota en el aire el polvillo depositado por las horas sobre tantos objetos ociosos. En medio de esta fragilidad, no osamos sentarnos y menos caminar; son habitaciones que invitan á la quietud y á la sonrisa de la murmuración; saloncitos afeminados donde no podemos sentir la alegría que ríe á carcajadas, ni el entusiasmo que gesticula, ni la cólera que levanta los brazos en alto...

¡Y cuán dolorosa emoción causa saber que viven así, recogidos y como cristalizados en este medio artificioso de invernadero, aquellos artistas que considerábamos hombres despreocupados, ardientes y de acción, porque sus libros ó sus cuadros, llenos de color y de sano pesimismo, nos hicieron estremecer con una vibración real de vida!.. Porque luego, al conocer su intimidad y hallarles absortos en ridículas minuciosidades, imaginamos que las luchas y conmovedores desencantos de sus obras son embusterías de arte; que sus indignaciones son falsas; que la lozanía de sus pasiones es habilidad retórica, y que toda aquella su amplia visión de la vida no existe...

«No—pensamos;—es imposible que *sienta* realmente, intensamente, con la fiebre del verdadero entusiasmo, quien pinta ó escribe sin alterar en un ápice la simétrica ordenación de los *bibelotes* colocados sobre su mesa de trabajo...»

Con *Gyp*, seudónimo adoptado por la condesa Martel de Janville para sus campañas literarias, no ocurre esto. *Gyp* habita en los alrededores de París un bazar precioso, y sus libros son un reflejo exacto, perfectamente sincero, de su espíritu, una prolongación de su casa; los personajes de sus obras hablan y viven como la autora vive y habla; por lo mismo, su literatura es una «literatura de bazar...»

Gyp es, antes que nada, un espíritu parisino, ducho en el *flirt*, irónico y mordaz, con mordacidad punzante, risueña y de buen tono; carácter superficial, simpático, fácilmente mudable, acostumbrado á morder sin rencor aparente, siempre voluble, con aquella volubilidad resbaladiza que tanto recomendaba el abuelo Voltaire.

Pero *Gyp*, á pesar de haber publicado más de treinta novelas, no es novelista; el marco de la novela ofrece á su inconstante atención de mariposa un horizonte demasiado grande, demasiado serio. Por este campo vastísimo el espíritu de la condesa Martel rebrinca inquieto, tocando todas las cuestiones, remontándose á lo más encumbrado y abstruso, zarpeando desenfadadamente lo más respetable, y siempre de refilón, atrayente y seductora, brillando á ratos con reflejos de joya de buena ley. Mas la impresión de su espíritu, embriagador como el perfume del *champagne*, pasa pronto: la psicología de sus personajes es superficial y amanerada; el diálogo es copioso, intencionado y diabólicamente pintoresco, pero las analogías psíquicas de los interlocutores dan á sus conversaciones una uniformidad que peca en monotonía; las descripciones son cortas y pálidas; las figuras, privadas de estable y duradero marco, dejan en el ánimo la impresión de esos cuadros donde sólo hay un retrato, ó de las personas que conocimos en el fondo filante de un viaje: las escuchamos hablar, y por su conversación deducimos, aproximadamente, su carácter, pero ignoramos su historia, sus propósi-

tos, las razones que les mueven á discurrir así; su intimidad, en suma...

¡No es celosa!, novela publicada en 1893, es indudablemente la mejor obra de *Gyp*, y traza someramente, pero con observaciones que dan al conjunto realce notable, un estado de alma muy curioso.

La protagonista de este libro quiere apasionadamente á su esposo, el brillante marqués Guy d' Etiolles, conversador habilísimo, seductor afortunado, buen caballista y perfecto hombre de mundo. La joven, que conoce las inconsecuencias de su marido, sufre horriblemente, pero sin quejarse; sabe que las mujeres lloronas son aburridas; además, y este es el lema con que aparece ante la sociedad, ella «no es celosa...» De la marquesa d' Etiolles se enamora, con pasión callada y fortísima, M. de Biévre, espíritu independiente y cáustico, que vive un poco alejado de lo que el lenguaje de los salones llama la «moda» y el *chic*, y que no omite ocasión de zaherir los errores y licenciosas mañas del patriciado. Al final del último capítulo, los celos de la marquesa d' Etiolles, más que el amor de M. de Biévre, derrotan la austera fidelidad de la joven...

Este libro, por cuyas páginas desfilan crecido número de figuras aristocráticas, resume, á despecho de sus proporciones exiguas, la mayor parte de las almas descritas por *Gyp*. Todos sus hombres son bellos y vanos como *Gyp*, ó simplemente imbéciles y anodinos; todas sus mujeres son intelectuales como la marquesa d' Etiolles, ó neciamente coquetas, chismosas, ignorantes y descocadas. «A las muchachas —dice *Gyp*—cuya presencia estorba para ciertas libertades, no se las invita á ninguna reunión.» Y este es el prototipo de las mujeres que con más complacencia retrata la inspiración irónica de la condesa Martel: almas pervertidas, vírgenes sin candor moral, que pueden decirlo y escucharlo todo sin bajar los ojos...

Monsieur de Folleuil, mordaz y escéptico, es el verdadero retrato de *Gyp*. Folleuil, protagonista también del libro *C'est nous qui sont l' histoire!*, pertenece, como *Gyp*, á la vieja aristocracia francesa, y como ella se desperece por todo lo rancio y de pura cepa, y truena colérico contra las gentes para quienes la nobleza es algo improvisado y pegadizo, los judíos, las costumbres exóticas, el veraneo, el *snobismo*, los viajes que desparraman el oro francés por lejanos países, el te, impuesto por Inglaterra al resto de Europa .. El carácter de Folleuil tiene en la obra de *Gyp* un antecesor: Folleuil es M. de Biévre, rabelesco, pesimista, desencantado, arisco y *chismoso*. *Gyp*, que tan donosamente satiriza la chismografía insubstancial de los salones, es también, á fuer de parisina y de mundana, una chismosa formidable. Todos sus libros podrían reducirse á eso: á comentarios de pequeños acontecimientos expuestos, tergiversados y alambicados de innúmeras y diferentes maneras. En vano el severo M. de Folleuil pretende maldecir de la murmuración general; inmediatamente le vemos resbalar hasta caer en el mismo vicio, deslizando suposiciones insidiosas, ridiculizando al ausente, acuchillando honras, ni más ni menos que aquellas inolvidables «leñadoras de Cicóbrega,» del maestro Galdós.

¿Gusta *Gyp*?

Aunque algo preferida á otros escritores de más fibra artística y positivo mérito, continúo hallando desproporción injusta entre el tacaño valimiento de sus obras y el marcado agasajo con que una buena parte del público las recibe. Achacan algunos críticos este favor á la levantada clase social á que la condesa Martel de Janville pertenece, á las transparentes alusiones que los espíritus avisados han creído vislumbrar en ciertos episodios y figuras de sus libros, y á otros pormenores circunstanciales y del momento.

Sea como fuere y aun suponiendo que acierten los que eso dicen, no cabe negar que las obras de *Gyp* tienen un mérito histórico positivo: ellas reflejan, con verdad fotográfica, un gran aspecto del alma francesa, y más especialmente de ese patriciado francés, maleado, decadente, emplebeyecido por el asalto de la burguesía triunfante y las mesalianzas del Segundo Imperio.—EDUARDO ZAMACOIS.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

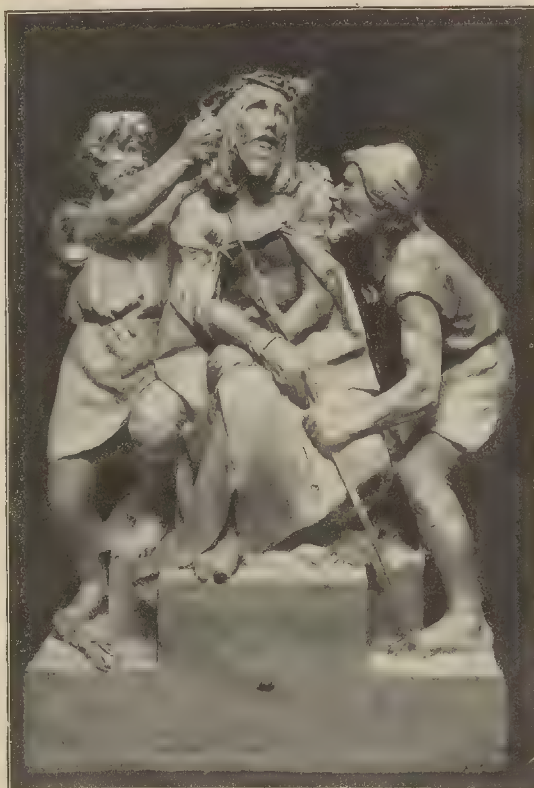
POR AUTORES Ó EDITORES

Guía oficial de Cataluña. 1905. – Se ha publicado esta utilísima guía que contiene las listas de los colegios de abogados, procuradores y escribanos, de los juzgados de primera instancia y municipales de Cataluña, de las jurisdicciones contencioso-administrativa, eclesiástica, de guerra y marina y varios apéndices en que se señalan los territorios que abarcan los juzgados de Barcelona, se indican las calles, plazas, etc. de esta ciudad con expresión del distrito y juzgado municipales y juzgado de instrucción á que pertenecen, etc. Ha sido impresa en Barcelona en el establecimiento tipográfico de José Cunill.

Memoria de «El Arte Industrial. Fábrica de Cerámica y Cemento labrado.» – Esta Memoria de la sociedad Viriato Rull y C.ª, de Sevilla, contiene interesantes datos acerca del desarrollo de la misma y de la fabricación á que se dedica, planos y vistas, presupuestos y grabados que reproducen algunos de los objetos que fabrica la casa. Ha sido impresa en Sevilla en la tipografía de Viriato Gironés.

Agua de limón, diálogo en un cuadro y en prosa, por *Eva Canel*. – El nombre de esta notable escritora, bien conocida de los lectores de La Ilustración Artística, es garantía segura de la bondad de la obra en que aparece estampado: *Agua de limón*, con ser un juguete literario, es digno hermano de otros libros de mayor empuje; demuestra fina observación y está escrito con mucha gracia y en elegante estilo. El diálogo ha sido impreso en Buenos Aires en el establecimiento gráfico de Robles y C.ª

Brumas, por *Luis de Oteyza*. – Colección de poesías, cuya nota dominante es la melancolía. Todas ellas encierran un pensamiento triste, pero de una tristeza suave, resignada, que no se exterioriza en ruidosos ayes de dolor, sino en leves suspiros que salen del fondo del alma. Están escritas en formas y metros variados, en su mayoría pertenecientes á la que se llama escuela modernista. El libro ha sido impreso en Madrid en la tipografía de *El Liberal* y se vende á dos pesetas.



Ecce Homo, escultura de Rafael Atché

El deber social, por *Adolfo Pons y Umbert*. – El autor de este trabajo preconiza la necesidad de la política pedagógica, es decir, de aquella política en que el Estado, recibiendo las inspiraciones de la colectividad, ó sea las quejas de las clases populares y las resistencias de las acomodadas, interponga su acción para suplir, consolidar ó encauzar las voluntades, y afirma con abundantes razonamientos que así se cumple el deber social, que la democracia en él inspirada no deja en olvido interés alguno, y que para llegar á este resultado es preciso educar al pueblo en general para el ejercicio del derecho, alentando en la conciencia pública el sentimiento y la voluntad del deber. Este folleto, impreso en Madrid en la imprenta de M. G. Hernández, se vende á dos pesetas.

Medios más adecuados para fomentar el comercio hispano-argentino, por *Eduardo Romero*. – Esta Memoria obtuvo el premio del Banco Hispano-americano en los Juegos Florales celebrados por la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires en octubre de 1904: en ella se estudian con gran copia de datos y de una manera práctica las cuestiones que más esencialmente afectan al comercio entre nuestra patria y la República Argentina, tales como las de los transportes, del crédito y de los viajantes; se enumeran los principales productos que en España se importan de la Argentina, los que de aquí se exportan á aquel país, y se indican los medios para desarrollar esta exportación ampliándola á otras materias que hoy no forman parte de ella.

El arte de bien comer, por *Carlos Ossorio y Gallardo*. – No se trata de un libro de recetas culinarias, sino de una obra llena de oportunos consejos y de atinadas observaciones, más que sobre lo que debe comerse, sobre cómo debe comerse. En él se explica y se razona la manera de servir la mesa y de portarse en ésta los comensales, la importancia y significación de los elementos que entran en las comidas, el modo de utilizar los diversos utensilios del servicio, en suma, todo cuanto constituye el arte de bien comer, que no es lo mismo que el arte de comer bien. Da mayor interés á la obra el valor literario que indudablemente tiene, pues el Sr. Ossorio y Gallardo ha sabido presentar el asunto en estilo elegante y castizo y en forma sumamente amena. El tomo, que lleva una portada en colores de F. de Cidón y ha sido impreso en Barcelona en los talleres de artes gráficas de Garcés y Bartolí, se vende á dos pesetas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 24 de abril de 1905 — Núm. 1.217



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Cadáveres de japoneses después de un ataque contra Puerto-Arthur. (De fotografía.)

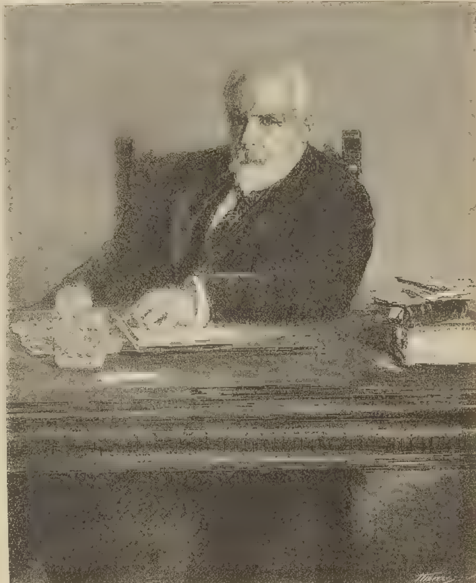


GUERRA RUSO-JAPONESA.—El general Stoessel, después de la rendición de Puerto-Arthur, esperando el tren de Puerto-Arthur á Dalny. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

SUMARIO



D. JUAN VALERA,
eminente literato fallecido en Madrid en 19 de los corrientes



D. FEDERICO BALART,
eminente literato y crítico fallecido en Madrid en 11 de los corrientes

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No quiero hablar de la catástrofe del Depósito de aguas. Si lo hiciese – á pesar de que el asunto pertenece ya á la clase de fiambres, – tendría que decir un sinnúmero de cosas más tristes que la catástrofe misma. Porque no son los hechos, sino sus orígenes, su modo de desarrollarse, sus consecuencias, lo que revelan, lo que sugieren, lo que puede preocupar á los espíritus reflexivos. El caso de la desaparición, de la muerte horrible de treinta, cuarenta, cien hombres, es mero incidente, al producirse sin culpa grave de la sociedad, y al no suscitar en ella, como causa ó como pretexto, fenómenos que no dudo en llamar de descomposición. De todo esto hubo (y muy caracterizado) en el triste suceso del hundimiento. Y no quiero – no siempre se tienen ánimos para pregonar las cosas malas de oir que nadie le pregunta á uno – remover esos sedimentos y exponer mis fatales impresiones sobre amargas inquietudes de la época y de la nación en que me ha tocado vivir. Después de todo, queda tiempo: estamos empezando, nada más, á notar los síntomas de algo que nos cogerá de nuevas cuando estalle, porque prevenir no es aquí sinónimo de gobernar.

Pasemos á temas festivos: del Centenario. Nadie sabe en qué va á consistir..., es decir, sabemos lo que reza el programa oficial; pero es tan pobre, tan mezquino, tan inadecuado – porque la batalla de flores será una cosa muy bonita, pero así se relaciona con el asunto del Centenario como yo con el Gran Turco – que después de leer ese programa, lo que parece es que el Centenario se ha escamoteado por arte de truchimanería.

De otra manera muy distinta concebíamos el homenaje á Cervantes. Y lo veía en grande, con proporciones que no creo difíciles de alcanzar, porque, en esto como en todo, la voluntad labra mucho, y no estamos tan enteramente desprovistos de medios; lo malo es que de aplazamiento en aplazamiento hemos llegado á las vísperas, y sólo á última hora, atropelladamente, contando con la percalina y el gentío madrileño que se echa á la calle, se va á salir, como se pueda, á lo que Dios quiera, de compromisos adquiridos con aparente entusiasmo.

Sí; yo veía el Centenario del Quijote revestido de toda la excepcional, incomparable importancia que le presta la gloria del autor en quien propios y extraños nos han simbolizado, encarnado y representado, suponiendo que en tal libro y tal hombre se encierra la esencia de nuestra nacionalidad, nuestra psicología colectiva.

No considero difícil, habiéndose dispuesto de tiempo suficiente – pues si no me engaña la memoria, más de un año hace que Mariano de Cavia lanzó en el *Imparcial* la idea del Centenario, – invitar á una comisión de representantes señalados de cada nación latina y de cada nación hispano-americana de origen, así como á los insignes hispanófilos y cervantófilos del universo. A los de América seguramente les ofrecería pasaje gratis con generosidad la Transatlántica, honrándose en transportar á tan distinguidos viajeros. Ninguno de ellos hubiese vuelto á su país sin recorrer gran parte de España; ninguno de ellos dejaría de atar aquí lazos de amistad, simpatía y fraternidad literaria y científica. No concibo mejor ocasión de sumar voluntades y de estrechar vínculos con los que hablan nuestro idioma ó pertenecen á nuestro grupo étnico. Comisiones y delegaciones intelectuales de América y Europa deberían ser atraídas, hospitalizadas, asociadas á estos festejos, los cuales convenía que durasen lo menos quince días, los primeros quince hermosos días del mes de mayo; y para consolidar la unión entre los que piensan y aman las letras en España, en Europa y en el Nuevo Mundo, se invitaría al mismo tiempo, obteniendo de las compañías ferroviarias concesiones, á la larga para ellas mismas beneficiosas, á los intelectuales, escritores y docentes españoles residentes en provincias; á rectores, catedráticos y alumnos premiados y graduados á mérito; á los directores de la prensa; á elementos de las academias militares, de las comunidades religiosas, de cuanto aquí representa estudio, trabajo y pensamiento. Entre esta falange vendrían, ya lo sé, muchos sin títulos suficientes para merecer tal obsequio; pero en casos como el presente, hay que parodiar la frase atribuída á Simón de Monfort, al mandar á sus tropas que acuchillasen sin reparo á las turbas de herejes, pues si entre ellas estaba algún católico, allá Dios en el cielo lo discerniría. Y á todos les debiera reunir un almuerzo monstruo, celebrado, si no hubiese local con techo, al aire libre, después del cual imponente manifestación depositaría coronas al pie de la estatua de Cervantes, y una jira monstruo también (cuya organización podría confiarse á la Sociedad de Excursionistas) á Alcalá de Henares ó á Toledo, donde los recuerdos cervantescos abundan y donde se enseña, intacta, la *Posada de la Sangre*.

Al aire libre igualmente, con público muy numeroso, y que sin embargo podría ser escogido – juzgado de golfería y de tropel que se gana el sitio á puñetazos, – cabría celebrar asimismo la representación de una loa ó de un entremés de Cervantes, en un escenario como los que se construyen en Alemania para casos análogos, y hermoseando el recinto con los elementos que brinda la estación primaveral. Esta culta representación al aire libre, de carácter popular, no impediría la función de gala en el Teatro Real, ni cuantas se quisiesen dar, gratuitas, en otros escenarios. La Casa Real, que dispone de magníficos salones y jardines, obsequiaría con recepciones ó *garden partyes* á los invitados, contribuyendo así al esplendor de los festejos. Por su parte la guarnición organizaría una retreta cuya base fuesen las galeras de Lepanto, la muestra triunfal de aquella ocasión memorabilísima en que Cervantes se quedó inválido. En el lugar que se considerase más propio se podría celebrar una función de fuegos artificiales, con la alegría y brillantez características de este festejo, popular también, como convendría que fuesen, en su mayoría, los del Centenario. Porque no cabe consagrar á Cervantes y al *Quijote* un programa que sería suficiente para festejar al duque de Connaught, ó á cualquier otro forastero ilustre. La significación del *Quijote* ¡á cuánto nos obligaba! ¡Qué resonancia la de este libro, sobre todo después de que pasamos la frontera!

Dios me perdone si me equivoco. Sospecho que «lo del Centenario» ha dormido el sueño de los justos hasta el último instante, es decir, hasta hará cosa de dos meses en que se inició el runrún: «¡Calle! ¡Pues es cierto! ¡Hay que celebrar esas fiestecitas!» Y entonces se ha elaborado el mísero, el triste programa que nadie ignora. Y en provincias, las veladas, los certámenes, han arreciado – y ahí está cuanto brindamos á Cervantes. – No debe esta culpa ser imputada al actual ministro de Instrucción pública, que acaba de jurar. Acaso no deba ser imputada especialmente á nadie. Son cosas..., cosas de aquí...

Para festejar así al *Quijote*, más valiera no festejarle; dejarle en su trono ideal. No vamos á aumentar su gloria, pero nos ponemos, una vez más, tan en evidencia ante Europa, como nos pusimos en la Exposición de 1900 y como, si Dios no lo remedia, seguiremos poniéndonos, no por imposibilidad de hacerlo mejor, sino por incapacidad, por frialdad, por atonía, por no atribuir importancia sino á las menudencias de la política de género chico y á los personalismos egoístas, absorbentes.

Un recuerdo á Valera, gravemente enfermo á la hora en que escribo esta Crónica, en inminente peligro de muerte, porque su avanzada edad no permite optimismos.

A diferencia de D. Federico Balart, que acaba de bajar al sepulcro menos cargado de años que Valera – y sin embargo no puede decirse que viviese para las letras desde hace tiempo, pues no producía – Valera, con sus ochenta y pico, continuaba escribiendo y publicando, y el golpe de la súbita enfermedad fué lo único que interrumpió su labor constante. Cinco ó seis días antes de sufrir el ataque, me envió un nuevo librito, *Terapéutica social*, con cariñosa dedicatoria: dos días antes hizo que le leyese parte de mi Discurso en la velada de Salamanca; y si no mienten las hojas impresas, el mismo día en que el mal se declaró, le leyeron y estuvo corrigiendo su propio Discurso sobre el *Quijote*, encargo de la Academia para la sesión solemne del Centenario. Así la muerte habrá sorprendido á este campeón en su puesto, sonriente y tranquilo hasta última hora, sereno ante lo inevitable del destino, según conviene á un varón fuerte, á un humanista, á un filósofo, á un amador de sabiduría y de cuanto bello produce la inteligencia.

Y cuando digo que le habrá sorprendido..., es un modo de decir. No le ha sorprendido; doy fe de que la esperaba con maravillosa ecuanimidad. Cayó postrado un domingo, y el viernes anterior, 7 de abril, ó mejor dicho el sábado 8, pues era la una de la madrugada cuando así conversábamos, respondió á una pregunta mía sobre su estado de salud: «Siento el hormigueo, y supongo que no se hará esperar el accidente.» Y esto lo profería sin alteración de la voz, sin desmentir su calma que debe llamarse olímpica, y pasando inmediatamente á conversaciones literarias, que tenían la virtud de reanimarle y de arrancar chispas de luz á su peregrino ingenio, despierto y ágil, joven y fresquísimo en medio de la decadencia de su organismo.

Suele ser triste el cuadro de la senectud de los hombres ilustres. El cuerpo impone su degradación al espíritu; el terror se enseñorea del alma; surgen los egoísmos y las manías; adquieren importancia capital los míseros detalles de achaques y alifafes, y el cambio de un hábito adquirido ó la falta de cualquier comodidad y gusto, toman proporciones de acontecimiento. El humor se agría, y cual el invierno descubre las anfractuosidades de la roca, quedan patentes y salientes los defectos del carácter. ¡Nada de esto he visto en la hermosa vejez de D. Juan! Mostrábase, es cierto, extremadamente conservador y no poco misoneísta; pero no debía de ser obra de los años; es caso muy frecuente aquí que los hombres inscritos en las agrupaciones liberales, sean opuestos á las formas inminentes de la evolución social, y por supuesto á las de la evolución literaria, no menos inevitable. Pero sus ideas, muy estáticas, las expresaba don Juan con tal donaire y humorismo, las sazonaba con tan ática ironía y tan gustosas sales, las paliaba con tantas concesiones transigentes, con tan elegante diletantismo, que producían en el oyente, á falta de convencimiento, impresión amenísima y cultivadora.

Era, en suma, la amistad de Valera una de las más gratas é instructivas, y perdemos mucho sus amigos y tertulianos al pagar tributo á la naturaleza este sabio amable, bien educado, de exquisito trato, de encantadora elocuencia verbal y epistolar. Su obra literaria, variada y rica, no es lo que aquí ensalzo; su obra queda completa, suficiente para marcar honda huella en un período de nuestra literatura; pero su persona, envuelta en las grises redes de la ancianidad y evadiéndose diariamente de ellas como mariposa que rompe una telaraña, es lo que ahora va á faltarnos... Valera merecía vivir un siglo.

EMILIA PARDO BAZÁN.



¡Justicia, buen señor, justicia para un viejo padre á quien la desesperación acongoja!

LA JUSTICIA DEL REY DIDIAS

(CUENTO INDIO)

Allá, en una remota región del Asia, entre bosques salvajes y montañas de elevadas cimas, que se enlazan unas á otras como grandes eslabones de colosal cadena, existe, ó existió, pues no sé de cierto si los hechos que he de narrar son muy pretéritos, un reino de pequeña extensión, pero de feraz y rico suelo, cuyo monarca era (cosa rara por lo poco frecuente) amado y bendecido al igual por todos sus súbditos.

Tenía Didias, que este era el nombre del rey de mi cuento, un hijo único, adolescente de piadoso y recto sentir, que tomaba ejemplo en las altas virtudes é inmenso saber de su regio padre, preparándose á seguir la senda de bien gobernar que la rectitud, bondad y justiciero carácter del monarca le trazaran, y, como el autor de sus días, era el joven príncipe adorado por los felices pobladores del reino. Sólo tenía una pasión, que á veces llegaba á dominarle. Su afición á la caza era su único defecto.

Sucedió que un día, en la recepción cotidiana con que el rey Didias favorecía á sus vasallos, convencido de que para regir y administrar los destinos é intereses de un pueblo es de necesidad precisa oir los criterios de altos y bajos, sin intermediarios, casi siempre falaces y mentirosos, entre los que demandan y el que ha de conceder, un anciano labrador, de rostro severo y nevada guedeja, acercóse á su señor, é hincando la rodilla ante el trono, con serena voz y humilde ademán exclamó de modo que todos pudieron oirlo:

—¡Justicia, buen señor, justicia para un viejo padre á quien la desesperación acongoja!

—Decid, noble anciano, contad pronto vuestras cuitas; que nunca Didias negó justicia y consuelo á un súbdito honrado, como esa frente espaciosa y ese mirar sencillo revelan que sois.

—Señor, mi hija muere de sentimiento por una acción culpable de que es víctima. Un hombre ha pisoteado con las herraduras de un corcel su diversión, su alegría, y yo reclamo para ella la felicidad perdida ó el castigo del criminal.

—¿Qué le hicieron?

—Oídme, señor. No muy lejos de este palacio poseo una heredad que cultivo con afán y cuidado sumo. Alrededor de mi pobre casita, mi hija, cuyas belleza y bondad habrán llegado á vuestros oídos, cuida por sí de un jardincito muy bello, y las flores que en él crecían eran toda la distracción, todo el amor de su juventud solitaria. Lirios y rosas, tulipanes y anémonas, en ordenado y artístico ramillete, la rodeaban siempre. Los ruiseñores desde las ramas de los arbolillos la coreaban en sus cantos mientras regaba sus plantas, y ella, sonrosada y fresca como sus rosas, vivía feliz sin preocupaciones, alegrando el ocaso de mi vida. ¡Todo se ha perdido! Marchitas están las flores más lindas. Alejáronse los pajarillos cantores, y mi hija, triste y pálida, ni sonríe ya, ni tampoco canta. Nublan sus ojos de cielo lágrimas de sentimiento, entristecen mis horas sus pesares, y lo que ayer era ventura, hoy es infortunio.

—¿Quién es el criminal que tantas desgracias produce? ¿Quién el malvado que osó turbar la paz de la más bella y virtuosa de mis vasallas?.. Decidlo pronto, anciano; que por el Dios de nuestra religión que recibirá su merecido á manos de los verdugos.

—No es esa, señor, la justicia que yo demando. La sangre del culpable no remediará la desgracia producida. Con la muerte del causante de nuestra desgracia no volverá la alegría que se fué, no cantarán otra vez en los arbolillos que rodean mi casa los ruiseñores, no lucirán al aire la belleza de sus variados tonos, ni exhalarán sus perfumes los lirios, ni las rosas, ni los tulipanes, ni las anémonas que cayeron al peso de los cascos de los caballos. No es castigo, señor, es reparación lo que pretendo.

—Sea como pedís, anciano. Si está en mi mano esa reparación, será todo lo cumplida que podáis desear. ¿A quién se debe exigir?

—El príncipe Assur es el causante de mis males, señor.

Y diciendo estas palabras, el demandante inclinó al suelo su venerable cabeza, como arrepentido de haberlas pronunciado. ¡Tan poca confianza inspira la justicia de los poderosos, aun siendo buenos, tratándose de hacerla en su propia sangre!

—¡Mi hijo!.. ¿Estás cierto de lo que dices, buen viejo?.. ¿Sabes tú que el príncipe, educado en los mismos principios y prácticas que su padre, sería indigno de ocupar este trono algún día si hubiese faltado á sus deberes de buen caballero y de príncipe recto?

—Lo sé, señor; pero confío en una reparación que haga olvidar su delito, ó dispensar su imprudencia, al menos, si obró inconscientemente.

—¡Está bien! Puedes retirarte y espera en tu casa noticias de mi justicia.

. . . .

Al amanecer el día siguiente, un joven de gallarda presencia se detenía en el jardín de Nana Dy. En el hombro sostenía una pesada azada y en la otra mano brillaba un escardillo. Tras él, un gañán porteaba en un cesto infinidad de plantas y flores preparadas para el trasplante.

—¡He aquí mi obra!, murmuraba entre dientes el apuesto mancebo mientras ojeaba con mirada melancólica los macizos destrozados y las flores secas. ¡Por alcanzar una *pieza* ligera, por satisfacer el amor propio de cazador, he aquí destrozada una verdadera obra de arte; pisoteada, con estos lirios, la felicidad de una virgen candorosa y acongojado un padre cariñoso! ¡Dichoso, al menos, quien puede remediar el daño que ha causado imprudente, y bendito del cielo mi juez, que me trueca el castigo en penitencia!..

Y el príncipe Assur empezó á trabajar en el jardín, arreglando macizos y trasplantando plantas, que luego regaba cuidadosamente.

Pasaron varias horas y el heredero del trono seguía trabajando con ardor. En el jardín no quedaban ya vestigios del destrozo producido por el pataleo de los caballos, y las plantas trasplantadas, en mayor número y de más variadas y ricas especies, substituían á las marchitas, elevando gozosas sus tallos delicados sobre la tierra removida y fresca.

En el fondo del jardín, á la puerta de la blanca casita que habitaba Nana Dy, apareció de repente una niña de cabellos dorados y ojos de cielo, hermosa como el sol, delicada como los lirios que nuevamente mecían sus tallos al arrullo de la suave brisa de la mañana.

Un grito de gozo, una exclamación de asombro, al admirar aquel prodigio de resurrección, brotó de los labios de la virgen, y palmoteando con sus blanquitas manos de muñeca, empezó á correr y saltar por los enarenados paseos, deteniéndose aquí y acullá para contemplar una flor desconocida ó aspirar el perfume embriagador de otra.

Assur, de rodillas tras un macizo de tulipanes, que le ocultaba á la vista de aquel ángel terreno, contemplaba con amor tan hermoso cuadro, y de cuando en cuando, con sus manos ensangrentadas por el empleo no acostumbrado del azadón, secaba sus ojos humedecidos por las lágrimas.

¿A qué seguir?.. La felicidad reapareció en la casa de Nana Dy, que vivió contenta el resto de sus días. Didias murió también al poco tiempo, satisfecho de sí mismo y bendecido por todos sus súbditos, que aún le lloran, y Assur reina hoy en aquella remota región del Asia, compartiendo su trono, sus deberes de padre y el cariño de sus vasallos con la niña de cabellos dorados y ojos de cielo que le hizo derramar lágrimas de enternecimiento y amor, á la par que encalleció sus manos tiernas, no habituadas á la fatiga del trabajo material.

JUAN MANUEL PALACIOS.

(Dibujo de Triadó.)

PENSAMIENTOS

Una ley primordial y absoluta rige la creación, la ley del progreso. Todo se eleva en el infinito y las faltas son caídas.

CAMILO FLAMMARIÓN.

Ricos y pobres: mala clasificación. Dependientes é independientes: esta es la clasificación verdadera.

EMILIO AUGIER.

Hay silencios que son mentiras.

MELCHOR DE VOGÜÉ.

Los países en donde no se ha amado ni sufrido, no dejan en nosotros ningún recuerdo.

PEDRO LOTI.

Los sucesos y las cuestiones del día adquieren en nuestras discusiones una importancia que no guarda relación con la verdad de las cosas y con los intereses del país.

GUIZOT.

El honor es el pudor viril.

GENERAL LAMBERT.

La reaparición de nuestros lejanos recuerdos nos hace pensar menos en el regreso de las golondrinas en primavera que en sus reuniones bajo los tejados de donde las expulsa el invierno.

— La guerra no es una escuela de vicios, como la paz no es una escuela de virtudes; una y otra no son sino lo que son el pueblo y sus jefes.

— Los hechos y las fechas son el esqueleto de la historia; las costumbres, las ideas y los intereses son la carne y la vida de la misma.

G. M. VALTOUR.

ALGUNAS ARCAS DE NOVIA ANTIGUAS

que se conservan en el Museo de South Kensington, de Londres

El coleccionar arcas de novia es un capricho que han tenido muchos personajes célebres.

La emperatriz de Rusia tiene algunas magníficas, que se remontan á los siglos XV y XVI. Una de ellas, que le fué regalada por su padre, el difunto gran duque de Hesse-Darmstadt, se dice que perteneció á Catalina de Braganza, esposa de Carlos II de Inglaterra. El frente del arca representa las bodas de Canaá y los costados están adornados con grupos alegóricos y escenas pastorales.

Otra arca, perteneciente también á la czarina, es de fabricación holandesa, de madera de arce y pintada por el famoso Pablo Rubens.

La reina Alejandra de Inglaterra también posee muchas, siendo la que en más aprecio tiene la que le dió su padre, el rey de Dinamarca, cuando se casó. Tiene muchos siglos de antigüedad y se supone que perteneció á la hermosa hija de un famoso vikinga.

En el Museo de South Kensington se ven muchas arcas de novia de gran belleza y antigüedad; una de las más notables es la que representa el grabado número 4. Está hecha toda ella de madera de castaño, es de forma oblonga, con una tapa que se alza. Los tableros, bandas y pilastras están decorados con flores y hojarasca en estuco de relieve, ricamente doradas. A cada lado hay un filete de follaje dorado sobre fondo obscuro; descansa sobre cuatro patas en forma de garras, también doradas. Es de macizas proporciones y capaz de contener un ajuar que dejara satisfecha á la novia más exigente. Esta arca, que es de manufactura italiana y pertenece al siglo XVI, la compraron los directores del Museo en la venta de Castellani, en 1884, en la suma de 34 libras esterlinas y 10 chelines (unas 870 pesetas).

Otro ejemplar muy hermoso es el del grabado número 5. Es de sólido roble, tallado según un dibujo caprichoso de flores. Los costados, la tapa y la parte posterior no tienen adornos. A cada lado de la cerradura hay la siguiente inscripción, incisa en la madera: «Es de Esther Hobson, 1637.» El tamaño de esta arca es casi el mismo que el de la representada en el primer grabado, es decir: 73 centímetros de alto, 1'65 metros de largo y 65 centímetros de profundidad. Se compró en un remate, en 1892, en 30 libras esterlinas y 9 chelines (unas 770 pesetas). Esta interesante arca antigua está perfectamente conservada; el tallado parece casi acabado de hacer.

Una particularidad de las arcas de novia italianas de los siglos XIV y XV es que en vez de talladas, por lo general están pintadas. Hay en el citado Museo un ejemplar magnífico del arte italiano del siglo XV; es de madera tallada y dorada y le llaman el *Dini Cassone*. En la parte anterior está puesta, en un entrepaño, una pintura de Dello Delli del año 1440 aproximadamente, que representa la entrevista de Salomón y de la reina de Sabá. A cada extremo hay cupidos tocando instrumentos músicos. La longitud de esta notable arca es de 2'10 metros y costó 2.000 pesetas. El colorido se conserva bastante bien, aunque el tiempo ha obscurecido la pintura. Los italianos de aquellos tiempos se dice que con frecuencia usaban las arcas de novia como camas, y se cuenta de una dama, cuyo prometido esposo se murió una semana antes de la fecha señalada para la boda, que dispuso que la enterraran encerrada en su arca de novia y después se suicidó. Sus deseos se cumplieron religiosamente.

Hay en el propio Museo un arca muy extraña del siglo XV, también probablemente de manufactura italiana. Es de madera tallada y dorada. El frente y los costados están pintados con asuntos alegóricos. A la izquierda se ve al dios del Amor en un carro tirado por cuatro caballos blancos. En el centro hay otro carro tirado por dos unicornios negros. En el carro hay una figura, que se supone representa á la Paz, y detrás tiene otro Cupido, con las manos atadas. Luego se halla pintado un casamiento, y sin duda para dar más alegría á la composición, el artista ha representado un carro fúnebre con la Muerte, que lleva una guadaña, colocada sobre dos ataúdes. El cuadro es más original que bello, y no parece ser esta arca propia para ser regalada á una novia nerviosa é impresionable.



Fig. 1. – Delantero de un arca de novia italiana del siglo XV

También se ve en el Museo de South Kensington otra arca italiana, próximamente de la misma época (grabado n.° 1). Es de madera recubierta de yeso, en el que se ha modelado una especie de cortejo matrimonial de la Edad Media. Este relieve es único, sin duda alguna, y representa á los novios próximos á ser unidos con los sagrados lazos del matrimonio. El personaje que está celebrando la ceremonia parece estar muy divertido, porque su semblante tiene una expresión que no se aviene bien con la solemnidad del acto. El padre de la novia tiene los brazos cruzados y una cara adusta, mientras la madre da visibles muestras de dolor. Un cortejo de caballeros con faldas cortas, llevando, al parecer, fuentes con manjares, probablemente para el festín de bodas, marcha por un bosque sembrado de margaritas, y un par de trompeteros tocan en señal de regocijo. Por esta notable arca de novia se pagaron 20 libras esterlinas (500 pesetas).

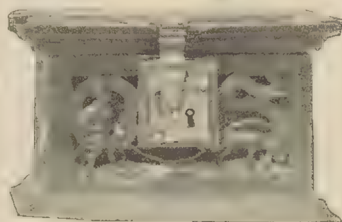


Fig. 2. – Arca de novia holandesa del siglo XV

Otra arca del mismo Museo es digna de atención, por ser única en su dibujo. Es de madera obscura, probablemente nogal, y adornada con clavos dorados. El dibujo es hermoso, formando rollos, y el número de clavos empleados pasa de 3.000.

El grabado n.° 6 representa un ejemplar muy bello de manufactura india. Esta arca, que no es muy grande, debido tal vez á que el *trousseau* de las princesas indias es casi por completo de telas de seda y por lo tanto no ocupa mucho lugar, es de madera recubierta de almáciga negra, en que están incrustados pedazos de nácar, formando un dibujo floreado de gusto oriental. Es trabajo del siglo XVI ó XVII, y se dice que la trajeron de la India los portugueses. La compró el Museo de South Kensington en 1866 por la módica cantidad de 8 libras esterlinas, 8 chelines y 5 peniques (unas 215 pesetas). Su forma es cuadrangular y la tapa está sesgada. Lo curioso está en que la parte posterior es más hermosa que la anterior, por lo que, como se ve en el grabado, se ha fotografiado aquélla.

El cofre que representa el grabado n.° 7 es obra alemana de principios del siglo XVI; es bastante amplio y capaz de contener el ajuar de una alemana de pingüe dote. Hecho de madera y cubierto de cuero, con finos relieves, es sin duda alguna un hermoso mueble. La tapa está partida en dos, que se doblan. Los goznes son de bronce bruñido. Difiere de los demás de construcción alemana en que está sostenido por medio de cuatro patas algo bastas. También pertenece al expresado Museo; fué comprado en 1872 por 10 libras esterlinas (250 pesetas).

El arca que reproduce el grabado n.° 8 está en la galería que hay sobre el vestíbulo del palacio de Ham. Procede originariamente de Turquía y data del siglo XVIII. El cuerpo es de madera, siendo difícil decir de qué clase, cubierta con adornos de trabajo *gesso*, pintado y dorado. El dibujo es hermoso y causa muy buen efecto. Está provista de una cerradura de curioso mecanismo, cuya llave desgraciadamente se ha perdido. Se levanta unos 15 centímetros del suelo, sobre seis patas groseramente talladas.

El cofre reproducido en el grabado n.° 10 tiene en su aspecto algo de iglesia, y puede haber sido regalo de algún prelado á una próxima pariente. Hecho de sólido roble, tiene el frente y los costados primorosamente tallados, en estilo gótico, con figuritas, al parecer de santos, y también se halla representada la coronación de un monarca. Procede de España y es obra del siglo XV. Tiene grandísimo peso y está provisto de una cerradura muy artística, de mucha fuerza y duración. Las esquinas son de un gusto muy exquisito, con elegantes columnas, coronadas por estatuas de santos. Este cofre, hermoso y único en su género, puede también verse en South Kensington.

Las dos pequeñas y raras arcas que reproducen los grabados números 2 y 11 son de gusto completamente holandés. Pertenecieron á un coleccionista particular y fueron llevadas hace pocos años á Londres desde Holanda. El trabajo es de principios del siglo XV y ambas están perfectamente conservadas. Las dos son de boj, talladas con mucha prolijidad, con figuras grotescas; tienen cantoneras y cerraduras de metal; la de la más pequeña es lo primero que llama la atención del que la ve, pues ocupa una gran parte de la cara anterior. Se nota en la composición del dibujo cierta gracia, si bien no se sabe á punto fijo á qué especie pertenece el animal que un hombre lleva al mercado probablemente.

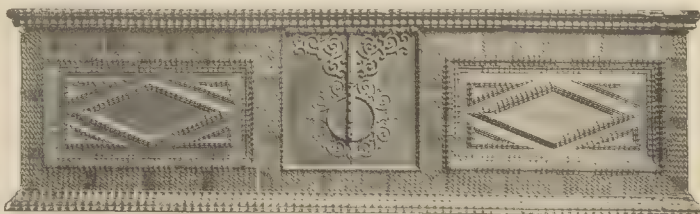


Fig. 3. – Arca de novia holandesa del siglo XVII

El grabado n.° 9 representa un arca veneciana, que es realmente un hermoso ejemplar del trabajo del siglo XVI. Está hecha de taracea de marfil y maderas de colores, formando fajas entrelazadas y figuras geométricas, y guarnecida de ébano y marfil. Se han elegido los colores de modo que se mezclen armoniosamente, y el conjunto es artístico en extremo. El interior del cofre está trabajado con gran esmero; se conoce que el artífice era de opinión de que no debía desmerecer de lo de fuera lo de dentro. Los

costados y la parte posterior no están adornados, pero sí provistos aquéllos de un par de sólidas agarraderas. Lo compró el museo ya dicho en 1863 por 30 libras esterlinas (750 pesetas) y se considera como el arca veneciana más perfecta de las que posee.

El grabado n.° 3 reproduce un arca hecha de madera de tek con molduras formando ondas de ébano y palo de rosa; es de manufactura holandesa y debió ser hecha hacia el año 1640. Este cofre, que fué comprado en 1855 en 6 libras esterlinas (150 pesetas), está también perfectamente conservado. Es algo más pequeño que la generalidad de los de su clase, pues sólo tiene 1'65 metros de largo, 85 centímetros de ancho y 50 centímetros de alto.

Es un rasgo singular, pero no por eso menos hermoso, del carácter de las mujeres holandesas, el de que, por ningún concepto, se desprenden de sus arcas de novia. Podrá hallarse en la situación más angustiosa, muerto el marido, hambrientos los hijos, vendido todo el mobiliario para comer, pero el cofre no se toca, porque nunca se le puede ocurrir disponer de esa poética reliquia de su anterior felicidad. El autor de este artículo recuerda que, hace algunos años, viajando por Holanda, entró en una casa de campo, donde le enseñaron un cofre de boda antiguo, de roble, muy hermoso. Siendo coleccionista de antigüedades é ignorando la veneración con que los holandeses miran á esos muebles, propuso comprarlo. La mirada de asombro, mezclada de cólera, que le dirigió la dueña al oirlo, le obligó á pedirle mil excusas, pero pasó algún tiempo antes de que se restableciese la buena armonía.

Si, como se dice, las arcas de novia van á gozar nuevamente del favor de que gozaron hace dos siglos, no dejarán de ofrecer algún interés estas pocas noticias que acabo de exponer. No hay, sin embargo, que echar en olvido que muchas de las más hermosas no se hallan en los museos públicos, sino en las colecciones particulares. Hase dicho que podría con ellas formarse una exposición muy interesante; falta ver si se llevará ó no á cabo esa idea.

FRANCISCO A. JONES.

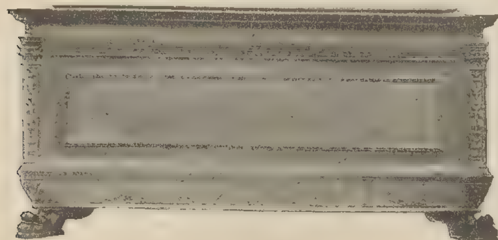


Fig. 4. – Arca de novia italiana del siglo XVI



Fig. 5. – Arca de novia inglesa del siglo XVII



Fig. 6. – Cara posterior de un arca de novia del siglo XVI ó del XVII



Fig. 7. – Arca de novia alemana del siglo XVI

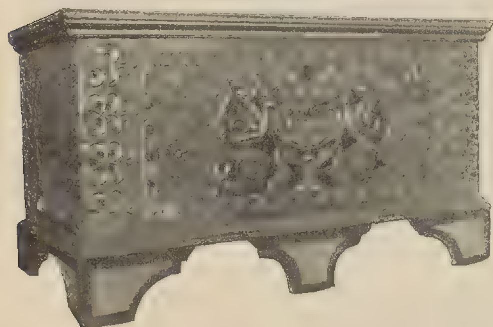


Fig. 8. – Arca de novia turca del siglo XVIII

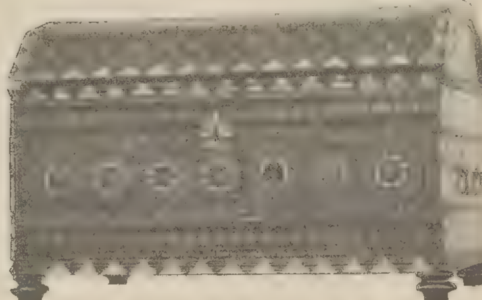


Fig. 9. – Arca de novia veneciana del siglo XVI

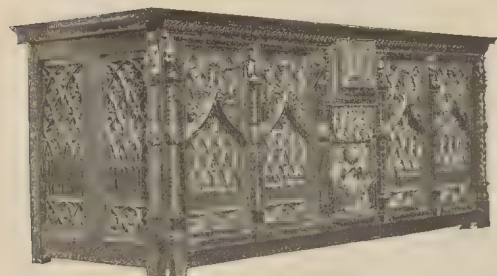


Fig. 10. – Arca de novia española del siglo XV

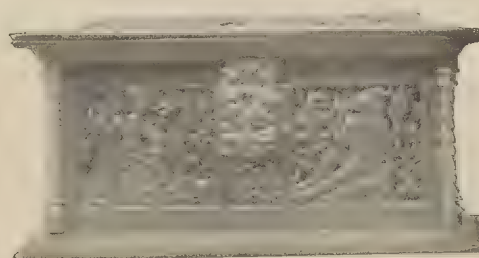


Fig. 11. – Arca de novia holandesa del siglo XV

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Á VALENCIA

Todas las atenciones estaban fijas en el viaje de D. Alfonso á Valencia, que algunos calificaban de peligroso y atrevido, por temor de que ocurrieran sucesos desagradables; y sin embargo, no ha sucedido nada de lo que los tales temían, y la visita de S. M. á la hermosa ciudad del Turia ha sido una página más de entusiasmo que añadir á las que constituyen la crónica, por decirlo así, de las excursiones por don Alfonso XIII realizadas á las distintas regiones españolas.

A las once menos cinco minutos de la mañana del día 10 del corriente, la campana de la estación anunció que el tren real estaba á la vista, y dos minutos después llegaba al andén entre un clamoreo inmenso. El rey, vistiendo el traje de capitán general y contestando jovialmente á las aclamaciones con saludos militares, se apeó del coche y por la puerta central salió á los solares de San Francisco.

El aspecto que este lugar presentaba era soberbio; en él se agolpaba un público numerosísimo; los balcones, azoteas y terrados que recaían á los solares se hallaban totalmente ocupados, y hasta la parte superior de las vallas de madera que cierran la estación fué asaltada por gente del pueblo, dispuesta á no perder ni un solo detalle. Las bandas de cornetas que había en la extensa plaza anunciaron que el rey se disponía á salir, y poco después, montando el brioso caballo «Danubio,» apareció ante el pueblo valenciano, que le saludó con un estruendoso aplauso, cariñoso y sincero, para el que tuvo el joven monarca manifestaciones innegables de agradecimiento.

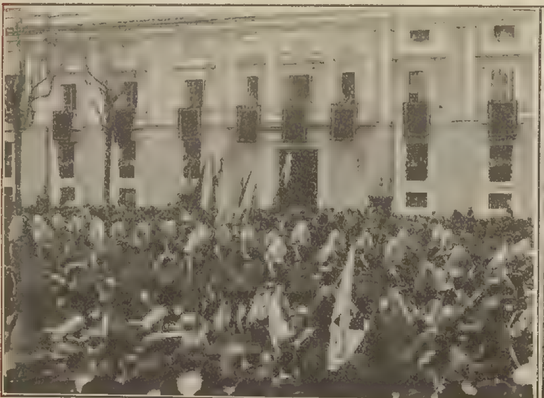
A partir de este instante, su paso fué una demostra-



S. M. el rey D. Alfonso XIII saliendo de la estación en el momento de su llegada á Valencia



Los solares de San Francisco momentos antes de pasar el rey



S. M. el rey D. Alfonso XIII presenciando el desfile de las tropas desde la Capitanía general



S. M. el rey D. Alfonso XIII á la salida de la fábrica «La Maquinista Valenciana»



Templete por donde se embarcó el rey en el Grao, y que fué levantado expresamente para dicho objeto



Plataforma del castillo de Sagunto, desde donde el rey contempló el sitio en que fué proclamado su ilustre padre Don Alfonso XII

ción clara de simpatía; los balcones, vestidos de colgaduras, estaban abarrotados de personas, entre las que asomaba la esbelta hermosura de las valencianas jóvenes que agitaban pañuelos, lanzaban flores y soltaban palomas manifestando su alegría: al aparecer el augusto joven, jinete sobre «Danubio,» saludando con la diestra enguantada á los balcones, al pasar bajo el arco del «Círculo Democrático,» en el que unas señoritas vestidas de labradoras le entregaron un ramillete cada una, de aquellos balcones apiñados de bellezas cayó un aguacero floral, como si las mujeres hubiesen sido flores que al agitarse dieran al aire sus pétalos más hermosos, mientras cruzó la calle una bandada de palomas blancas, y ondulaban los pañuelos con un entusiasmo tal, que á mí me pareció en un momento que los pañuelos se desprendían y revolaban hacia los tejados, ó que las palomas quedaban prendidas entre los dedos femeninos.

No puedo ir haciendo una descripción detallada ni de la carrera que la regia comitiva recorrió, ni mucho menos de su estancia en Valencia, porque habría de dar á esta información unas dimensiones que el tiempo y el espacio de que se dispone en un periódico ilustrado me lo impiden y he de someterme á una rápida reseña.

De la estación se dirigió la regia comitiva á la catedral, en la que entró el rey bajo palio y oyó el *Tedéum* del maestro Eslava, visitando después las reliquias que allí se conservan y orando ante el Sagrado Cáliz que consagró Jesús la noche de la cena memorable.

De la catedral pasó á la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, subió al camarín de la venerada imagen y á sus pies dejó al retirarse el bastón que llevaba, emocionándose al ver el que su padre regaló á la Virgen en otra ocasión semejante. Al salir montó de nuevo á caballo y llegó á la Capitanía general, donde se le había preparado el alojamiento con esmero exquisito.

Al terminar las notas de la marcha real apareció el rey en el balcón, y con saludos cariñosos correspondió á los aplausos que la apiñada multitud le tributaba. Más tarde apareció otra vez y comenzó el brillante desfile de los diferentes cuerpos del ejército.

Por la noche los edificios públicos, los centros oficiales y algunas casas particulares ostentaban las fachadas iluminadas. El «Círculo Democrático» y el «Círculo Conservador» levantaron frente á sus domicilios sociales arcos de triunfo de verdadero gusto artístico.

En los días que el rey ha permanecido en Valencia ha presenciado la colocación de la primera piedra para edificar la nueva fábrica de tabacos, tan conveniente para la capital, y el mismo acto se ha repetido en el Grao para la construcción de un faro potente y necesario. Ha visitado la Universidad, el Museo de pinturas, la Casa de Beneficencia, la Lonja de la seda, la Maestranza y los cuarteles. Ha prometido amparar la agricultura y la industria; ha hecho algunos donativos y se le ha obsequiado con serenatas, tracas, fuegos artificiales, corrida de toros y batalla de flores. De la corrida regia no quiero hablar, porque es espectáculo que aborrezco con toda el alma; de la batalla de flores tengo una opinión muy distinta.



Batalla de flores. Carroza que representaba una sombrilla de estilo Imperio



Batalla de flores. Carroza que representaba una cesta de flores volcada

Aseguran los que conocen la hermosa fiesta desde su implantación en Valencia que nunca se vió la Alameda tan animada como esta vez. Frente al pabellón municipal se levantó una tribuna que pregonaba el ingenio feliz que tienen los artistas valencianos para este arte decorativo. Sobre cuatro elefantes se sostenía esta tribuna dedicada al rey, y acertadamente colocadas se hallaban grandes medallas con los bustos de los reyes Alfonsos. También puso el Ayuntamiento á disposición de S. M. una carroza para tomar parte en la batalla. Este coche representaba una Fama monumental que se alzaba de la trasera y sostenía la regia corona; el cuerpo delantero lo componían dos leones. Esta composición, de ejecución acertada, ha sido ensalzada por todos.



Batalla de flores. Carroza que el Ayuntamiento puso á disposición del rey y en la cual tomó éste parte en la batalla de flores

Aunque no es la presente época la más á propósito para este festejo, porque escasea la flor, concurrieron mayor número de carrozas y carruajes adornados que nunca, ofreciendo la Alameda una animación más grande que cuando se realiza el espectáculo en el primer día de agosto como final de feria.

Desde que sonó el cañonazo anunciador del combate, puedo asegurar que D. Alfonso se divirtió aquella tarde. Tiraba los ramilletes á puñados, y en ocasiones le vi volcando los cestos enteros sobre las carrozas que le tiroteaban al pasar por delante de su tribuna. Vestía de paisano, y este detalle parece que ayudaba á más democráticas expansiones. A poco de luchar en la tribuna, ocupó la carroza que se le tenía destinada y se dispuso á formar entre los demás que pasaban por la pista, combatiendo con todos. Entonces se oyó una aclamación grandísima y sobre él se precipitó una lluvia tan espesa de ramilletes, que emborronaba su figura ante la vista. Con el sombrero calado hasta las orejas, sudoroso y agitado, no daba tregua á la lucha que con él sostenían. Por donde su carroza pasaba, los ramitos que hacia él se dirigían de ambos lados de la pista formaban una verdadera bóveda de flor y ramaje. Con un artístico coche que figuraba una «Sombrilla Imperio,» debido al notable caricaturista Sr. González y tripulado por seis mujeres hermosísimas de la aristocracia valenciana, sostuvo el rey una lucha reñidísima, que era saludada con repetidas ovaciones. El mismo artista presentó otro carro figurando una «Cesta volcada,» que en unión de algunos más sobresalieron notablemente.

Fué el día en el que pueblo y rey se compenetraron y se hermanaron sus simpatías. Puedo asegurar que en Valencia todos han alabado el carácter amable y demócrata del rey, que ha sabido ganarse la buena voluntad de los valencianos.

En la histórica Sagunto y en el sanatorio de Porta-Cœli estuvo unas horas el día que emprendió su regreso. En el primero de estos sitios visitó las ruinas del teatro romano, y desde las troneras del castillo contempló el lugar donde fué proclamado rey su padre. Al alcalde de esta ciudad hizo donación de un millar de pesetas para que las distribuyese entre los pobres, y al de Valencia también le entregó diez mil pesetas más para el mismo objeto.

La despedida que se le tributó fué cariñosa. El puerto estaba ocupado totalmente por una muchedumbre inmensa y la dársena surcada por multitud de barquitas. Se levantó un templete que servía de embarcadero real y por allí descendió el rey.

Desde el templete formaban las barcazas del *bou* en línea de batería, dejando un amplio canal para facilitar el paso del rey. A dos cables de distancia se hallaban el yate real *Giralda* y el crucero *Cisneros*, que al aparecer el rey dispararon los cañonazos de ordenanza. En una canoa del yate, gobernada por él y conducida por ocho remeros, se trasladó el rey á su embarcación entre un nutrido aplauso, al que contestó desde el puente así que llegó á bordo.

Ya de noche, el *Giralda* levó anclas; y cuando el yate iba saliendo de la dársena aclamado y seguido por multitud de barquitas, sonaba la marcha real que las músicas de la guarnición entonaban en el muelle y el ruido estrepitoso de las campanas lanzadas al vuelo.

JULIO DE HOYOS.

(Fotografías remitidas por J. de Hoyos.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Una ambulancia rusa en la Mandchuria (Dibujo de R. Caton Woodville.)

Esta escena típica se desarrolla en una ambulancia ú hospital improvisado en una cueva á prueba de bomba en los campamentos rusos de la Mandchuria. Las hermanas enfermeras han prestado grandes servicios en la actual campaña, habiendo perecido seis de ellas en la batalla de Mukden. Las enfermedades y la muerte han causado también grandes estragos en el cuerpo de Sanidad militar. Todas las ambulancias y todos los hospitales ostentan los símbolos de la religión: así puede verse en el dibujo que reproducimos, en donde en un ángulo de la pobre estancia hay colocado un *icon*, delante del cual arde una lamparilla que, por virtud de las circunstancias de la guerra, reemplaza la lámpara de cristal colgada de una cadena que se emplea generalmente en Rusia.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Heridos y convalecientes rusos en una aldea de la Mandchuria. (Dibujo de Gerlach sobre una fotografía.)

En el dibujo de la página anterior hemos visto una ambulancia rusa en donde son curados los heridos á medida que van siendo retirados del campo de batalla. El de esta página, original del celebrado artista alemán Gerlach, que ha tomado el asunto de una fotografía, representa la plaza de una aldea de la Mandchuria en donde están reunidos los heridos y enfermos convalecientes que pronto serán dados de alta y no tardarán, por consiguiente, en incorporarse de nuevo á sus respectivos regimientos.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Muy pocas son las noticias concretas y positivamente ciertas que se tienen acerca de la marcha de la escuadra rusa que manda el almirante Rojestvensky y en la que se concentra en la actualidad todo el interés de la guerra. El objetivo de la misma no puede, al parecer, ser otro que el puerto de Vladivostok, para llegar al cual puede seguir dos rutas, una directa por el canal de Formosa y del estrecho de Corea, es decir, por dos pasos de poca anchura y de fácil defensa para los japoneses, puesto que éstos son dueños de las islas de los Pescadores y de Tsu-Shima, que constituyen excelentes puntos de observación; y otra por el Pacífico, dejando á la izquierda la isla de Formosa y las del Japón. Pero para llegar á Vladivostok por este último camino hay que atravesar el estrecho de Sungari ó el de La Perouse, que limitan la isla de Yeso, el uno al Sur y el otro al Norte, y que también pueden ser perfectamente defendidos por los japoneses.

Lo más probable es que el almirante Rojestvenski seguirá esta segunda ruta, alejándose todo lo posible de las costas, á fin de que su marcha sea más difícilmente espiada, y dejando al almirante Togo en la incertidumbre acerca de cuál de los dos mencionados estrechos elegirá para penetrar en el mar del Japón. Suponen algunos que, en estas condiciones, el almirante ruso, antes de llegar á Vladivostok, atacará el grueso de la flota enemiga, jugando el todo por el todo, y una vez librado este combate naval que, fuese cual fuere su resultado, no dejaría de causar graves daños á la escuadra japonesa, se dirigirá con los buques que le queden al mencionado puerto y desde allí organizará excursiones análogas á las que con tan buen éxito realizaron los barcos del almirante Skrydlof en los meses de junio y julio del año pasado, dificultando los movimientos de los vapores encargados de transportar hombres, víveres y municiones para el ejército de la Mandchuria.

Falta saber si Togo se dejará sorprender por la estrategia de su adversario contando como cuenta con fuerzas más numerosas, con bases navales de operaciones diseminadas en todo el teatro de la guerra y principalmente con buques más rápidos y cuyos movimientos no se ven dificultados, como los de Rojestvenski, por los barcos carboneros.

Según ciertas informaciones, el almirante ruso no muestra gran actividad por llegar á Vladivostok, suponiéndose que esperará en un sitio de antemano convenido la llegada de la división que manda el almirante Nebogatof, compuesta de cinco buques que constituyen un refuerzo no despreciable. Estos buques son: el acorazado de segunda clase *Nicolás I*, los guardacostas *Almirante Seniavine*, *Almirante Apraxine* y *Almirante Uchakoff* y el crucero acorazado *Uladimiro-Monomach*, barcos de mediano tonelaje y de poca velocidad, pero dotados, en cambio, de poderosa artillería.

De ser cierta esta suposición, el período de las operaciones activas no comenzaría hasta dentro de muchos días, pues el almirante Nebogatof aún se encuentra en el mar de las Indias y por consiguiente tardará bastante en reunirse con el grueso de la escuadra.

Según datos fidedignos, las escuadras rusa (cuando se haya reunido con la de Rojestvensky la de Nebogatof) y japonesa dispondrán de las fuerzas siguientes:

La rusa: cinco acorazados de 1.ª clase: *Suvarof, Alejandro III, Orel, Borodino* y *Osliaba;* tres acorazados de 2.ª: *Nicolás I, Sissoi-Veliky* y *Navarin;* tres guardacostas: *Almirante Uchakoff, Almirante Seniavine* y *Almirante Apraxine*, tres cruceros acorazados: *Almirante Nakhimoff, Dmitri-Donskoi* y *Uladimiro-Monomach;* seis cruceros protegidos: *Jemtching, Svietlana, Almaz, Aurora, Izumrud* y *Oleg;* y doce contratorpederos. A estos buques hay que añadir los tres que están en Vladivostok, á saber: dos cruceros acorazados, *Gromoboi* y *Rossia*, y un crucero protegido, *Bogatyr*. Además cuenta con doce cruceros auxiliares, pertenecientes á la flota voluntaria ó resultantes de la transformación de vapores mercantes, y que son, por ende, de escaso valor.

La japonesa: cuatro acorazados de 1.ª clase: *Fuji-Yama, Shikishima, Asai* y *Mikasa*, un acorazado de 2.ª: *Chin-Yuen;* ocho cruceros acorazados: *Asama, Tokiwa, Iwate, Idzumo, Azuma, Yakumo, Nissim* y *Kasuga;* once cruceros protegidos: *Kasagi, Chitosé, Akitushima, Suma-Nitaka, Tsushima, Naniwa, Takachiho, Idzumi, Itsukushima, Matsushima* y *Ashidate*, y unos cincuenta contratorpederos. Pero además de esta flota de alta mar tiene el Japón multitud de pequeños cruceros, cañoneros y torpederos propios para la defensa de las costas y que en caso de ofensiva pueden operar á corta distancia de éstas.

De la comparación de estos dos cuadros de fuerzas navales resulta que si los rusos cuentan con mayor número de acorazados, en cambio los japoneses tienen una superioridad enorme en cuanto á contratorpederos y cruceros acorazados, unos y otros modernos, rápidos y poderosos.

En la Mandchuria, la situación es aproximadamente la misma que dejábamos indicada en nuestra última crónica. El cuartel general ruso, que se hallaba instalado en Gutchulín, ha sido trasladado á Godsiadán, 25 kilómetros más al Sur; y este avance, aunque pequeño, parece indicar en el general Linievitch el propósito de hacer frente al enemigo. El grueso de sus fuerzas ocupa la línea Godsiadán-Kirin; el de las fuerzas del mariscal Oyama continúa en la región Tieling-Mukden, de modo que todavía están ambos ejércitos separados por una distancia de cien kilómetros. Los combates entre las avanzadas son frecuentes, pero no tienen importancia alguna, ni por los efectivos que en ellos toman parte, ni por las pérdidas que de ellos resultan. En cuanto al movimiento envolvente preparado por el generalísimo japonés y del que tanto se ha hablado, nada hay que lo confirme.—R.

GUERRA RUSO-JAPONESA. – El buque de guerra ruso *Pobieda* tal como estaba en la rada de Puerto Arthur cuando esta plaza cayó en poder de los japoneses (de fotografía).

GUERRA RUSO-JAPONESA. – El buque de guerra ruso *Pallada* tal como estaba en la rada de Puerto Arthur cuando esta plaza cayó en poder de los japoneses (de fotografía)

Espectáculos. — *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le Duel*, comedia en tres actos de Enrique Lavedán; en el teatro Cluny *La chambre des baisers*, vaudeville en tres actos y cuatro cuadros de Marcos Sonal, y *Poussier de Mottes*, comedia en dos cuadros de Juan Canora; y en el teatro Antoine *Tante Leontine*, comedia en tres actos de Mauricio Boniface y E. Rodin.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Romea *Sol, solet...*, drama en tres actos de Angel Guimerá; y en el Eldorado, por la compañía Mariani-Paladini, *Lulú*, comedia en tres actos de C. Bertolazzi.

– En la «Associació Wagneriana» se ha dado la tercera audición de la serie tercera del ciclo Beethoven, cuyo programa se componía de la sonata primera en *Fa mayor*, op. 5, n.° 1. y de la sonata segunda en *Sol menor*, op. 5, n.° 2, que fueron perfectamente interpretadas por los Sres. Doménech Español (piano) y Dini (violoncelo).

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 383, POR C. BAYER.

NEGRAS (3 PIEZAS)

BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 382, POR W. A. SHINKMAN.

Blancas.	Negras.
1. A f7-a2	1. R h8-g7
2. D c2-b3	2. Cualquiera.
3. D mate.	

VARIANTE

1.... A h6-f8; 2. A a2-b1, etc.

1...... Otra jug.ª: 2. D c2-b3, etc.



Y cogiéndole una mano que Berta no tuvo tiempo de retirar...

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Porque acabo de saber que es usted objeto de una abominable calumnia..., que emana probablemente de esa persona... Hay que saberlo. Es una infamia que pesará sobre toda su vida de usted si no hacemos algo en seguida.

—¿Qué pueden hacerme?.., replicó Berta.

Y en sus pupilas empezó á brillar el relámpago de altivez que debía crecer hasta la rebelión.

—Me es indiferente, continuó, lo que la persona de que se trata pueda decir ó pensar de mí. No podrá impedirme sufrir mis exámenes ni ganarme la vida cuidando enfermos cuando sea doctora. Esto es todo lo que pido á la sociedad. En cuanto á mis amigos, que me vean vivir y que me juzguen.

—Precisamente porque la juzgan á usted, saben quién es y no pueden sufrir esas infamias que usted desprecia. Usted debe ayudarles á confundirlas, si no por usted, por ellos. ¿Sufriría usted que alguien dijese que yo había robado?..

—¿De qué me acusan, pues, que pueda compararse con un robo?..

El acento de Berta era amargo al hacer esta pregunta.

En el tono de Luciano y en las palabras misteriosas todavía, pero para ella muy claras, había visto el modo de pensar contra el cual se rebelaba su orgullo hacia cuatro años. Su tío, el republicano radical, y su maestro M. André, el socialista, á pesar de sus doctrinas sobre las imposturas de la Iglesia y las iniquidades del código, también la habían considerado como deshonrada porque se había entregado fuera de matrimonio, es decir, prescindiendo de esa Iglesia que ellos mismos calificaban de mentirosa y de ese código al que llamaban inicuo. ¿Por qué la habían condenado? Porque había tenido el valor de sus ideas.

Y estaba escuchando la misma sentencia de ostracismo, pronunciada con inconsciente ferocidad por el hombre á quien amaba...

—¡Ah!, respondió Luciano con un gemido, es todavía peor... Le acusan á usted... No puedo siquiera articular tan horrible cosa...

Y desgarrándose el corazón con sus propias palabras, tanta era la intensidad de su amor, siguió diciendo:

—Le acusan á usted de haber salido de casa de su tío, en Clermont, con un amante, de haber vivido con él, de haber tenido un hijo... Dicen que era estudiante de Derecho y que se llamaba Meján. Se cuenta que usted también estudiaba Derecho y que cuando regañó con su amante cambió de Facultad para no encontrarse con él. Se lo digo á usted todo... Mi padrastro es quien me ha contado todas estas ignominias todavía no hace dos horas... ¿Cómo ha sabido que nos vemos con frecuencia? No lo sé; nunca he hablado de usted ni en casa ni en ninguna parte. Pero lo ha averiguado y nuestras relaciones le han alarmado, de lo que no puedo hacerle un cargo. Lo que nunca le perdonaré mientras viva es haber entregado su nombre de usted á un agente de mala fe, que le ha contado esas torpezas, sabe Dios después de qué averiguaciones... Puesto que usted sospecha de alguien, dígame su nombre é iremos á buscarle juntos, ó iré yo solo como amigo de usted... Si así no sacamos nada en limpio, yo buscaré por otro lado; yo sabré quién es ese agente y le obligaré á decirme dónde ha recogido todo ese cieno para manchar á usted... Quiero que mi padrastro pida á usted perdón por lo que ha dicho... No le volveré á ver antes...

Berta había tenido los ojos cerrados para no ver á Luciano hablar de ese modo, y había recibido en pleno corazón aquellas palabras que la herían en la carne de su carne.

La mujer enamorada estaba enternecida y desesperada al mismo tiempo por aquella absoluta confianza, prueba palpable de una pasión á prueba de sospechas, pero dominaba en ella otra impresión: la de protesta contra el prejuicio social tan violentamente expresado por las palabras de aquel hombre que tanto la amaba.

Por esto, la primera frase que pronunció cuando Luciano dejó de hablar fué como un acto para rechazar aquella protección y reivindicar una plena responsabilidad. No quería ser excusada ni perdonada.

—Doy á usted las gracias por la amistad que me demuestra, dijo, pero no participo de su indignación contra su padrastro. Ese señor no me conoce y se le han denunciado hechos que él ha podido legítimamente traducir como los ha traducido. La sinceridad de usted para conmigo me impone una franqueza semejante. Hay uno de esos hechos que no es exacto: cuando salí de Clermont, M. Meján no era mi amante. En cambio es verdad que he vivido con él en París en el primer año de mis estudios; es verdad que he tenido un hijo; es verdad que estudié Derecho y que adopté la Medicina para renovar toda mi existencia. En estos tres puntos su padrastro de usted ha sido bien informado.

—¡Usted!.. ¡Usted!..

Estas dos sílabas, dichas con acento de agonía, fueron la única respuesta que aquella terrible confesión arrancó al joven.

Su cara expresaba un estupor rayano en la demencia. Las lágrimas se secaron en sus ojos y retrocedió como para huir de una visión de espanto.

—¡Usted!.. ¡Usted ha hecho eso!.., repitió con gran estupefacción Luciano.

—Sí, yo..., respondió Berta con la frente alta y cruzada de brazos con ademán altivo. Y si me acuso de algo, no es de haber obrado como lo he hecho, pues estaba en mi derecho y tengo conciencia de no haber faltado en nada á lo que me debía á mí misma. He debido, eso sí, decirle á usted esto el día en que empezó nuestra amistad... He retrocedido..., no ante mis actos...

—¿Por qué no ha seguido usted callando entonces?, exclamó Luciano dolorosamente. ¡Ah! Debía usted haber tenido la caridad de prolongar esta ilusión, puesto que la había creado... ¿De modo que todo lo que he creído de usted era mentira? ¿Toda mi admiración, mi respeto, mi culto, eran locura?.. ¡Un amante!.., repitió con rabia. ¡Un amante!.. ¡Qué daño, qué daño me hace esta idea!.. ¿Por qué no ha negado usted contra la evidencia?.. Yo no hubiera dudado de su palabra, mientras que ahora tendré que repetirme continuamente que ha sido usted la amante de ese hombre... ¿En quién he de tener ya fe? ¿En quién?.. ¡Yo, que tanto he creído en usted!..

—¡Calle usted, Luciano!.., interrumpió Berta acercándose á él y cogiéndole el brazo. Le prohibo á usted que me hable así...

Y había en ella tal expresión de protesta indignada, que Luciano, aunque los celos le retorcían el corazón, la oyó en silencio seguir diciendo:

—No tiene usted derecho para hablarme así habiéndome visto vivir, pensar y sentir. ¿Me ha conocido usted una coquetería? No. ¿He pronunciado una palabra ni hecho un gesto que haya faltado al pacto de amistad de camaradas que formulé la segunda vez que hablamos?.. ¡Recuerdo tan bien aquel minuto!.. ¡Me sentía tan atraída hacia usted, y tan resuelta á no volverle á ver si me hubiera hecho el amor!.. ¿Le he dejado á usted hacérmelo?.. ¡Y de todas estas pruebas de mi lealtad, de todas estas evidencias de que no puede usted dudar, es decir, de que tengo un carácter, unas ideas y una conciencia, no existe nada, nada, nada!.. Ni siquiera se dice usted á sí mismo: «Esa mujer que me habla y que se reconoce responsable de ciertos actos, es, sin embargo, la misma á quien yo hace un momento estimaba lo bastante para no creer que hubiese cometido tales actos, á pesar del testimonio más abrumador. Por consiguiente, estos actos no significaban, no significan para ella lo que yo imaginaba.» Pues bien: sí, los he cometido, y no he creído faltar á un deber. Déjeme usted continuar, dijo insistiendo al ver en el joven un gesto de protesta. Esta es, sin duda, la última vez que hablamos y quiero, al menos, que me juzgue usted por los hechos tal como ocurrieron... Conocí á Meján—y al pronunciar este nombre cerró los ojos como poco antes los había cerrado al escucharlo, por un exceso de sufrimiento—en Clermont, en donde se preparaba para licenciarse en Filosofía, y lo encontré en

casa del Sr. André. No pretendo excusarme. Engañarse sobre el carácter de alguien es como engañarse en un diagnóstico; no se es responsable de ello. Pero tengo derecho á decir que si yo fuí engañada, también lo fué el Sr. André, que tenía ochenta años y era un profesor viejo que había tenido que habérselas con miles de jóvenes. También lo fué mi tío, y era un antiguo escribano de los tribunales muy poco dispuesto al optimismo... Hoy, que mis estudios médicos me han dado el sentido de los hechos, comprendo lo que entonces no supimos ver; que la inteligencia de aquel hombre era sólo fachada; su elocuencia no estaba alimentada de pensamientos y de verdad, pero tenía elocuencia y la ponía al servicio de doctrinas que eran las de mis dos educadores. Usted ha vivido siempre en París y no sabe cuán pocas ocasiones hay en provincias de hablar verdaderamente de ideas y con qué ardor se las aprovecha. No sabe usted tampoco hasta qué punto son fuertes los prejuicios del antiguo orden social, ni á qué soledad están condenadas las personas que se atreven, como mi tío, á profesar el colectivismo integral y á educar á una pupila, como él me ha educado, sin enseñanza religiosa. Mi tío había permanecido en su fourierismo de 1847, y yo había tomado un poco del uno y del otro. En aquel rincón lejano y atrasado nos sentíamos arrastrados por el vasto torrente que dicen ha de barrer el abominable mundo antiguo. Juzgue usted lo que fué para nosotros la aparición de aquel joven que parecía destinado al más hermoso porvenir, que era tenido por sus maestros como el más brillante alumno y que nos desarrollaba con comunicativo entusiasmo las más modernas teorías de la Revolución. Meján había estado un año en Bruselas y había visitado á Eliseo Reclús, y este nombre, pronunciado por él, le revestía de una aureola de autoridad cuando nos celebraba la sociedad de mañana, compuesta de hombres y mujeres tan bien penetrados del principio de justicia, que toda legislación sería inútil. Nos mostraba la inteligencia libertada por la ciencia y por la destrucción de los dogmas, la miseria curada por la supresión de la propiedad, la solidaridad universal reemplazando al estrecho egoísmo de la patria, las fealdades del contrato matrimonial substituídas por la sinceridad del amor... Mi desgracia empezó en aquel cuartito en que he crecido y en el que aquel hipócrita disertaba de ese modo. Creí en él porque creía en esas ideas. ¿He sido culpable? Responda usted...

Y sin esperar la respuesta, tanta era su prisa de llegar al fin de la confidencia, continuó con voz velada:

—Cuando salí de Clermont, sin embargo, no había nada entre aquel hombre y yo más que mi admiración y su farsa. Los que han dicho que vine á París por seguirle, han mentido. Vine para estudiar Derecho, porque quería ser abogada y escribir después. Tenía otra razón y la diré. Mi tío había vivido con una criada, con la que se casó. Aquella mujer me odiaba y París era para mí la supresión definitiva de penosas escenas domésticas. Además, estaba emancipada, tenía mi pequeña fortuna y una gran confianza en la vida. La casualidad de una herencia hizo que Meján se instalara cerca de mí en el barrio latino para estudiar también Derecho y entrar en la política, y allí volvimos á encontrarnos... Yo estaba sola y aislada en esta gran ciudad, desorientada, á pesar de mis diplomas, ¡y aquel hombre me conocía tan bien!.. Me persuadió de que me amaba. ¿Fuí también culpable en esto? ¿Lo fuí al pensar que era sincero cuando me proponía unir nuestras dos vidas para trabajar juntos, practicar la misma fe revolucionaria y establecer un hogar tal como los dos le concebíamos?.. Cinco meses después me había abandonado para vivir con una perdida, dejándome en la situación comprometida que usted sabe... ¡Atrévase usted á decir ahora que yo he sido quien ha faltado al honor! ¡Atrévase usted á decir que le he mentido, que no merezco que se tenga fe en mí, que ha sido usted loco al respetarme!.. ¡Atrévase usted!..

De ciertas confidencias, en las que un ser ha puesto el alma de su alma, se desprende una fuerza de realidad que no permite discusión.

Mientras Berta hablaba, esa fuerza se apoderaba de Luciano, que no trataba de resistir.

No dudaba de que las cosas hubieran pasado exactamente como las contaba la joven, y esa evidencia hacía que su indignación se trocase en una profunda tristeza que aumentaba á cada detalle explicado por la estudiante. Mientras ella hablaba, la veía tal como había sido en la estrecha vida de provincia, entre sus dos educadores, embriagándose con teorías demasiado fuertes para ella, tan joven, tan pura, teniendo ya su hermosa mirada entusiasta sin el fondo de tristeza que siempre le había él observado. Veía su primera llegada á París y sus primeros apuros. ¡Ah! Si entonces la hubiese encontrado él, en vez del libertino cuyos abominables manejos y cuya seducción ejercida sobre una huérfana indefensa harto bien adivinaba, ¡cómo la habría protegido, apoyado y amparado! Entonces comprendió todos los matices de aquel carácter que tan bien había sentido aunque sin explicárselos; por ejemplo, la rudeza con que se dedicaba á sus estudios de Medicina y sobre todo á las secciones más secas, más duras de la misma, en los que buscaba el olvido de sus antiguas aficiones á la literatura y á sus funestos prestigios, que tan crueles desengaños le habían proporcionado. Y el conjunto de todo ello le resultaba un episodio de una existencia de mujer tan lamentable, el contraste entre la quimera de sus utopías y la miseria en que había venido á parar era tan brutal, que sentía el corazón traspasado. No necesitaba Berta invitarle á que no hablase como lo había hecho. La compadecía demasiado para hacerlo, y á aquella frase «Atrévase usted,» repetida con apasionado furor, el joven respondió con expresión de vencimiento:

—No, no lo digo... No puedo juzgar á usted; la creo... Lo que me ha dicho usted me prueba que he hecho mal en no esperar sus explicaciones. Pero el choque ha sido tan rudo... No la acuso á usted, no la condeno... Lo que he oído me hace sufrir como si me aplastase un gran peso... ¡Si al menos me hubiese usted hablado el día en que la conocí, ó me lo hubiese entonces explicado otro!.. No, usted, sólo á usted habría creído... Habría sido muy desgraciado, sí, pero no tanto...

—Le hubiera á usted perdido más pronto... Eso es lo que me ha detenido, el terror de encontrar en usted lo mismo que encontré en mi tío y en el señor André, esa diminución de estima contra la cual acabo de revolverme. ¿Y para qué?.. He sido cobarde... ¡Pero su amistad de usted me halagaba tanto!.. ¡Había tantos puntos en los que sentíamos y pensábamos lo mismo!.. Algunas veces pensaba que también acerca de ese asunto opinaría usted algún día como yo, y entonces...

Y al decir esto movió la cabeza sin terminar aquella frase enigmática, como si quisiera exhorcizar la visión que de nuevo acudía á tentarla.

—Otras veces, añadió, veía claramente lo que nos esperaba; el abismo en que ahora estamos... Pero el camino era dulce, una especie de oasis en mi horrible desierto, al que tengo que volver. Adiós, Luciano; le he dicho á usted cuanto tenía que decirle. Esta explicación me ha aniquilado y no me siento bien... Déjeme usted. Adiós...

—Adiós, respondió el joven.

Y cogiendo el sombrero, dió un paso hacia la puerta, se quedó inmóvil con la mano en el picaporte y dijo después volviéndose hacia ella:

—No puedo dejar á usted así y marcharme después de las palabras que acaba usted de pronunciar y que indican que considera usted nuestra intimidad como concluída. ¡No! No puedo...

Tuvo otro momento de indecisión, y cogiéndole una mano, que Berta no tuvo fuerza para retirar, dijo con un acento que expresaba toda su pasión y toda su tristeza:

—No puedo, Berta, porque la amo á usted...

La joven le oyó con la cabeza inclinada y la mirada fija. Sus pupilas se apagaron de pronto, sus facciones se descompusieron y una palidez profunda invadió su semblante. Luciano sintió que aquella manita febril se helaba en la suya, y sólo tuvo tiempo para sostenerla en sus brazos, presa de un síncope que denunciaba la intensidad de sus emociones é indicaba su amor más ciertamente que una declaración. El joven la llevó á la estrecha banqueta enfundada, y arrodillado al lado suyo, empezó á llamarla por su nombre con espanto pronto cambiado en ternura apasionada cuando Berta abrió los ojos y en lugar de retirar la cabeza sostenida en su brazo, la apoyó en su hombro como para buscar en él un asilo y una protección.

—Berta, dijo Luciano con acento suplicante, el momento es solemne. Si me ama usted también, dígamelo... ¿Me ama usted?..

—Sí, respondió Berta con voz tan débil, que Luciano más bien vió que oyó la respuesta en aquella boca temblorosa.

Su corazón, en tanto, latía con tal fuerza, que le quitaba el aliento para hablar.

Seguía arrodillado y contemplaba aquella cara deliciosa, aquellas mejillas un poco demacradas que á veces le habían alarmado, aquella frente que había visto inclinada hacia libros austeros como aquellos que estaban en la mesa á pocos pasos de ellos; aquellos finos labios, que, tantas veces abiertos para pronunciar frases severas ó dolorosas que contrastaban con su gracia, acababan de exhalar el suspiro más dulce y más espontáneo en que el alma de una mujer puede dejar escapar su secreto.

El joven experimentaba la sensación de estar sumido en una embriaguez en que todo se abolía excepto ellos dos, ella y él, excepto aquella frágil criatura cuya emocionada respiración escuchaba, excepto aquellos ojos y aquel amor. Eran aquellos ojos tan hermosos, tan tristes, que Luciano se inclinó irreflexivamente para cerrarlos con una caricia. Su turbación creció, y su boca buscó la de la joven; pero á ese contacto, apenas iniciado, Berta dió un grito y se irguió de repente con el terror impreso en todas sus facciones.

No necesitó rechazarle, pues también él se puso en pie, pálido como un muerto. El mismo pensamiento había surgido entre ellos, y los dos se miraron sin hablar, pero sabiendo muy bien qué fantasma acababa de separarlos.

—Ya lo ve usted, dijo al fin Berta. Tenía yo razón; esta conversación debe ser la última. Váyese usted, Luciano, por piedad, si no quiere que me muera de pena y de vergüenza delante de usted...

Y había impreso tal sufrimiento en su fisonomía, en su actitud y en su acento, que esta vez el joven obedeció y salió del cuarto para huir de ella, para huir de sí mismo, para huir del recuerdo del otro, que había aparecido de repente en su primera caricia.

V

ESPONSALES

En los cuatro años que llevaba instalada en aquella pieza solitaria de la calle de Rollín, Berta había conocido muchas horas de amarga meditación, pero jamás tan tristes como las que siguieron á aquella violenta y rápida escena comenzada por la confianza absoluta de Luciano, continuada por aquella rebelión indignada y terminada por uno de esos actos casi locos en que se manifiesta el frenesí incontrastable del amor, por una explosión de apasionada ternura. Durante toda la noche sintió el anonadamiento que acompaña á los accidentes terribles.

El joven habíase marchado hacia mucho tiempo y Berta seguía sentada en la silla en que siempre trabajaba, con la cabeza entre las manos y sin mirar sus libros, sus grabados anatómicos ni sus instrumentos de una labor árida y en la cual, sin embargo, había encontrado el sosiego de tantos trastornos. Pero ahora no hallaba en ellos el calmante de aquella desesperación que aumentaba á medida que las sombras iban invadiendo la estancia.

Tinieblas más horribles le ahogaban el corazón, pero no por haber confesado la funesta aventura de su juventud. Aunque siempre había temblado ante la idea de tal confesión, siempre la había previsto; pero la preveía enteramente voluntaria, hecha en el momento fijado por ella, con el tiempo suficiente para explicar en sus menores detalles una situación demasiado excepcional, demasiado mezclada con la historia entera de su vida. En vez de esto, atacada de improviso, trastornada, puesta fuera de sí, sólo había podido dejar escapar en confuso tropel, gemir más bien, aquella confesión.

¿Qué habría pensado Luciano? ¿Cómo no había de despreciarla, sobre todo por la confesión de su nuevo amor, que, en el exceso de su emoción, no había podido contener? El remordimiento la torturaba por haber sentido aquel minuto de desfallecimiento, por haber pronunciado aquel «sí» irrevocable, apoyada la frente en el hombro del joven y recibido aquel beso en los ojos y en los labios.

Se había substraído á aquellas caricias muy tarde, cuando la fiebre de su sangre le había advertido que estaba á merced de Luciano. Dentro de una hora, mañana, volvería y ella le resistiría una vez, tres, pero acaso acabaría por ceder... Y entonces no sería ya la mujer que se enorgullecía en ser desde su rompimiento con Meján, la que tiene derecho á considerar como dignas unas relaciones irregulares si son únicas. Las antiguas verdades morales concuerdan de tal modo con las necesidades de nuestra persona, que las almas de buena fe las afirman á pesar suyo aun en el momento en que las niegan. Aquella teórica de la unión libre tenía necesidad, para conservar la estimación de sí misma, de practicar las virtudes de fidelidad que la Iglesia impone á la esposa cristiana aun en el caso de la separación más justificada. La perspectiva de faltar á ella la confundía de vergüenza, aumentada por la idea de los sentimientos que Luciano abrigaría, que sin duda abrigaba ya respecto de ella.

Por un rencor vengador contra la falsedad de sus antiguos sueños, Berta había querido leer todos los libros en que los impulsos del amor son considerados desde un punto de vista exclusivamente patológico, y sabía que, por una lamentable ley de la sensualidad masculina, los celos obran en ciertos hom

bres como una imagen impura y turbadora. Y si de nuevo caía, no podría ya invocar, como hasta hoy, que había vivido fuera de la ley con tanto ó más respeto de sí misma que si hubiera aceptado las más rígidas conveniencias sociales... Y, entonces, ¿á qué porvenir se encaminarían los dos?

No había salido para ir á comer, por miedo de encontrar á Luciano.

Tampoco se atrevió en aquella larga noche á encender la lámpara, para que si subía Luciano no viese luz y no llamase con voz suplicante. Acostada á obscuras y vestida en la estrecha banqueta, acabó, sin embargo, por caer en un sueño tardío y febril.

Cuando se despertó á las seis, como tenía por costumbre en su vida uniforme, su ansiedad seguía siendo la misma, pero un nuevo proyecto empezaba á dibujarse en su mente.

¿Nuevo? No. Varias veces ya, cuando menudeaban los encuentros con Meján y éste la miraba como si quisiera hablarle, había visto Berta un medio posible para escapar á aquella obsesión del pasado: dejar París, cambiar de universidad; pero su orgullo la había siempre contenido. Era Meján quien debía avergonzarse y huir de ella.

Hoy no se trataba ya de una lucha de amor propio con el miserable, sino de saber si la grata intimidad de aquel último año quedaría sepultada en una unión que á sus ojos y desgraciadamente á los de Luciano no sería la primera, ó si conservaría en el recuerdo del joven la estimación á la que aún tenía derecho. Marcharse después de haber sostenido su amistad en aquella alta atmósfera, ¿qué prueba más indiscutible podía dar de su sinceridad?

Luciano había visto que la amaba y comprendería que no había consentido en ser suya precisamente porque le amaba. Y al esbozar en su imaginación aquella novela de su fuga lejos de aquel hombre á quien adoraba, su sufrimiento de la víspera se trocó en el aniquilamiento de los supremos sacrificios. Poco á poco ese proyecto se hacía más preciso y en su mente se presentaban los nombres de Nancy, de Montpellier. La primera de esas universidades le interesaba por la originalidad de los estudios psicológicos que en ella se hacen. En la segunda enseña el ilustre clínico del hospital de San Eloy, el autor de los *Límites de la biología*, cuya doctrina, tan contraria á las suyas, ejercía en ella una fascinación de curiosidad.

En esas dos poblaciones habría al principio cierto movimiento de extrañeza respecto de ella, que sería la única mujer estudiante, y después mucha malevolencia cuando descubrieran la existencia de su hijo Claudio, á quien había puesto el nombre del célebre fisiólogo á quien tanto admiraba.

¿Pero qué eran esas pequeñas dificultades al lado del suplicio de ver á Luciano despreciarla entre sus brazos? Esa imagen la decidió de repente y su resolución quedó tomada... Sí, se marcharía y sin tardanza. Si quería realmente evitar aquella caída cuyo horror y cuyo vértigo á la vez sentía, era preciso que la conversación del día antes fuese, en efecto, la última.

¿Por qué no desaparecer aquel mismo día, encargando de su mudanza á la portera, por ejemplo?.. Dentro de un mes, cuando Luciano la creyera definitivamente ausente, volvería á recoger los muebles...

¿Qué haría él entonces? Toda la voluntad de la joven se empleaba en no permitir que esa pregunta se formulara en su pensamiento, para que no desfalleciesen sus fuerzas. Decidida á que no pasase el día sin tomar una resolución definitiva, tuvo la energía de poner en seguida por obra su plan.

Había en el hospital un interno originario de Montpellier que debía asistir á la amputación del enfermo número 32, el de la frase estoica. ¡No sospechaba ella que tan pronto había que repetirla por cuenta propia!..

Berta se dispuso á ir al hospital como siempre. A pesar de todos los razonamientos, su corazón palpitaba agitadamente cuando pasó por la portería. ¿Habría en el cajón que le estaba reservado alguna carta de Luciano?.. ¿La estaría él mismo esperando en el camino?

En el cajón no había carta alguna... Luciano no estaba en la calle... Por aquella mañana, Berta estaba libre.

Esta seguridad hubiera debido calmar un poco su inquietud. Pero no. Por una falta de lógica muy legítima, la enamorada había deseado secretamente aquella peligrosa presencia, mientras la parte razonable de su ser la temía hasta el punto de sugerirle el destierro.



Al bajar del tren aquel día no podía pensar...

La idea de que el joven no se había acercado á ella después de haberse separado de aquel modo, la desgarraba como una flecha que se hunde más en la carne á cada movimiento.

Ejecutó exactamente, como era el rasgo saliente de su carácter, todos los actos que se había propuesto: la visita al profesor Louvet, el interrogatorio del interno de Montpellier, á quien dijo que se trataba de una amiga, acerca de las condiciones de la vida de su tierra.

Pero su pensamiento estaba lejos de todos esos actos maquinales y una hipótesis siniestra acababa de ocurrírsele entre otras veinte.

Sucede todos los días que una revelación repentina precipita al suicidio á un hombre que ama. ¿Se habría matado Luciano al salir de su casa abrumado por el dolor de su confesión y sin fuerzas para soportar lo que había averiguado? Ya le vió tendido en medio de una estancia, ensangrentado, empuñando aún con mano crispada la pistola que llevaba cuando de noche iba por el barrio solitario del Luxemburgo.

En vano se demostraba que esa catástrofe era imposible y que nadie se mata cuando sabe que es amado. Poseída de esta angustia asistió á la amputación, y una vez terminada, se dirigió á la fonda de la calle de Racine.

Hubiera debido no ir allí tampoco aquella mañana para permanecer dentro de su resolución, pero se apresuraba á llegar con la esperanza de que Luciano hubiera ido á continuar la conversación que ahora temía que, en efecto, hubiera sido la última.

Luciano no había ido. Y al volver á su casa de la calle Rollín, la portera le contó que un caballero se había presentado á preguntar si el Sr. Chambault se había instalado en casa de la señorita Berta Planat.

—Un señor de cincuenta años, canoso, condecorado y con un aspecto muy distinguido.

—¡Es el padrastro!, pensó Berta. Cuando ha venido á buscarle aquí es que Luciano no ha vuelto á su casa...

Y, por un instante, aquella ausencia de la casa paterna pareció á la desgraciada una prueba sin réplica. Pero su sentido de los hechos le permitió en seguida oponerse esta objeción:

—Luciano hubiera escrito á su madre. No, no se ha matado... Está sufriendo. No ha querido ver á su padrastro porque no puede defenderme y se ha ocultado en cualquier parte á devorar su dolor. De un momento á otro se presentará y es preciso que yo me haya marchado.

Esta voluntad, que persistía automáticamente á través de tan crueles agitaciones, determinó á la joven á dar aquella tarde un paso muy sencillo. En él debía encontrar, con gran sorpresa suya, una razón imperiosa para no marcharse y la prueba palpable de que su terror de por la mañana había sido una de las semialucinaciones familiares al amor. ¡Está tan cerca de la locura el amor cuando teme! Incapaz de soportar la idea del menor peligro para aquel á quien se ama, crea este peligro ante el indicio más vago y más fugaz.

Aquel paso fué una visita á Moret. Si Berta salía de París al día siguiente, pues ya no se trataba de marcharse en el mismo día, necesitaba entenderse con las personas que cuidaban á su hijo. Hacía aquella excursión todos los domingos y, desde que trataba á Luciano, cada una de estas ausencias había sido para ella un suplicio, pues el joven podía extrañar que desapareciese regularmente una tarde todas las semanas. Tenía que tomar el tren á las dos, para estar en Moret á las cuatro y volver á las ocho. Además, y este era un signo, entre otros, del error en que había vivido, las visitas al niño Claudio no le producían más que amargura. El instinto animal no basta, para las criaturas cultas y refinadas como ella, en las relaciones de madre á hijo, como no bastan tampoco en las de mujer á hombre, y necesitan cultivar y ennoblecer esos sentimientos en la familia. Sin la familia, una mujer no es completamente madre y no hay familia fuera de ciertas condiciones establecidas por la naturaleza misma y que no dependen de los códigos escritos ni de las fantasías de nuestra inteligencia, sino que existen fuera de nosotros y, si las desconocemos, contra nosotros. Berta las había desconocido, y por esto no llegaba á complacerse en aquel hijo al cual amaba, sin embargo, y respecto del cual se consideraba responsable.

Estas reflexiones se asociaban siempre en ella al aspecto de aquel pueblo apacible y gris, á orillas de su lento río y con su larga calle central que termina en una puerta del tiempo de Carlos VII.

Al bajar del tren aquel día no podía pensar en otra cosa que en aquella siniestra posibilidad de un suicidio de su amigo y, en todo caso, en las angustias de su partida, de la que aquella visita á Moret era la primera etapa.

En este estado de sensibilidad vencida entró en la casita pintorescamente apoyada en un resto de muralla y con una huerta en la pradera, en donde su hijo vivía.

Los propietarios, el señor Bonnet y su mujer, eran unos domésticos retirados que habían cobrado cariño al niño al verle en casa de la nodriza, que vivía al lado. Esta mujer tuvo que salir de Moret y Berta pidió á los Bonnet que se encargasen del niño. Estos aceptaron y nunca se habló entre ellos del secreto del nacimiento de la criatura.

En sus conversaciones y en sus cartas la llamaban señora, por una necesidad de respetabilidad burguesa que la libertaria no se había atrevido á contrariar. ¿Qué pensaban de su historia? Varias veces se lo había Berta preguntado á sí misma, al ver la mirada inquisidora que el antiguo ayuda de cámara fijaba en ella. Pero ¿qué le importaba? Aquellas gentes eran buenas para su hijo que distraía su soledad, y la pequeña pensión que por su cuidado recibían aumentaba algo su presupuesto de ingresos.

(Continuará)

LA ADIVINACIÓN DEL PENSAMIENTO.—Algunos experimentos notables realizados por Mr. Cumberland

Sea arte, ciencia, habilidad ó lo que fuere, es lo cierto que la adivinación, lectura ó interpretación del pensamiento ajeno es una realidad. Díganlo, si no, los innumerables experimentos realizados por el famoso Mr. Cumberland ante toda clase de públicos y con toda suerte de personas, experimentos que hanl levado el convencimiento al ánimo de los más incrédulos y de cuya verdad responden, no ya los sujetos que á ellos se prestan en exhibiciones teatrales, sino personalidades que por su posición elevadísima, como monarcas, estadistas, literatos, etc., están á cubierto de toda sospecha de complicidad ó confabulación con el célebre adivinador. Según este mismo dice, el pensamiento del sujeto se le transmite materialmente por el contacto de la mano, y aunque esta explicación es muy vulgar, tal vez por esta misma circunstancia sea la verdadera y única; al fin y al cabo, no resulta más increíble que la que se da para explicar la telegrafía con ó sin hilos. Mr. Cumberland ha publicado una especie de «Memorias» en las cuales relata varios de sus experimentos más notables, ejecutados con elevados personajes y en la intimidad; de ellos tomamos los tres que van á continuación, referentes á la reina Alejandra de Inglaterra, al príncipe heredero de Grecia y á Mr. Gladstone.

LA REINA ALEJANDRA DE INGLATERRA

Aunque la reina de Inglaterra me había hecho el honor de asistir á algunas de mis representaciones públicas, no había tenido yo el de hacer con ella personalmente experiencias hasta que visité el castillo de Bernstorff, cerca de Copenhague.



Fuéle concedido á Mr. Cumberland el privilegio de practicar varios experimentos de adivinación del pensamiento con S. M. la reina Alejandra. En el primero, pensó la reina en cierta fotografía que en un marco estaba en una de las habitaciones del piso superior del palacio y comunicó su pensamiento al príncipe Jorge de Grecia. Mr. Cumberland, cogiendo la mano de éste, subió corriendo las escaleras, sin la menor vacilación, y trajo el marco con la fotografía, que entregó á la reina.

Era en la época de las fiestas con motivo de las bodas de oro de SS. MM. los reyes de Dinamarca.

Entre los que formaban parte de la concurrencia estaban el emperador Alejandro III y la emperatriz, los reyes de Dinamarca, la reina Alejandra de Inglaterra, entonces princesa de Gales, los príncipes herederos de la corona de Dinamarca, la princesa Matilde de Gales, los duques de Cumberland, el príncipe Jorge de Grecia y el gran duque Miguel de Rusia.

Encontré en la reina Alejandra un sujeto verdaderamente admirable, lleno de sugestiones muy interesantes. La sugestión de S. M. fué que buscase y hallase una cosa en que pensaba y que estaba en otra de las habitaciones del castillo. La reina se lo comunicó al príncipe Jorge de Grecia. Cogí la mano de S. A. R. y salimos, subimos corriendo las escaleras y penetramos en una habitación, y de encima de un tocador tomé una fotografía, colocada en un marco. Volví con ella y se la entregué á S. M. Era efectivamente el objeto en que había pensado; un retrato del difunto príncipe Eduardo de Gales. Era su voluntad que lo trajese y se lo presentase. S. M. me felicitó con mucho calor por el feliz éxito de mi experimento. Otros que también practiqué con ella salieron asimismo completamente bien.

La reina Alejandra tiene un encanto sin igual en sus maneras, que cautiva los corazones. Es tan afable, tan bondadosa, de tanto tacto y tan por completo sincera, que fácilmente se comprende el afecto grande que inspira en seguida y que resulta tan duradero. Es muy caritativa y su corazón con facilidad se conmueve. Le gusta hacer bien y nunca se siente tan dichosa como cuando los demás también lo son.

EL PRÍNCIPE HEREDERO DE GRECIA

El rey de Grecia es un monarca excesivamente afable y sin pretensiones. En sus gustos y en su carencia de afectación se parece mucho á su padre, el rey de Dinamarca; como á él, le agrada mezclarse con su pueblo y pasear en carruaje con ó sin escolta montada, ó á pie, solo ó acompañado, según se le antoja.

S. M. es un excelente poliglota y de conversación muy agradable. Como *sujeto* para leer el pensamiento es muy á propósito, pero tiene algo de burlón, como si quisiera hacer creer á los que lo presencian que está tan enterado del procedimiento como uno mismo, si no más. Y en efecto, el rey y varias personas de su familia han hecho con éxito algunas de mis experiencias. Entre las familias reales é imperiales del universo tengo muchos imitadores.

Como ejemplo de lo cuidadoso que es, diré que en una recepción en el palacio del príncipe heredero, en Atenas, se me pidió que hiciese uno de mis experimentos de dibujar el pensamiento teniendo por sujeto á dicho príncipe, que es realmente un hábil artista. Trajeron un pedazo de papel, y, después de buscarlas un rato, unas pequeñas puntas de París, pero no había martillo. El príncipe heredero, después de muchas pesquisas, pudo hallar uno en otra habitación.

El rey, con quien había hecho yo antes algunas experiencias con éxito, contemplaba los preparativos con alguna curiosidad y al parecer no sin cierta inquietud. Era evidente que en su interior se hacía esta pregunta: «¿Dónde van á clavar ese papel?» Las grandes hojas de las puertas estaban hermosamente esmaltadas y con resplandecientes molduras doradas, y las paredes de la habitación hacía poco que habían sido pintadas y decoradas. Clavar aquel papel allí parecíale á S. M. algo fuerte.

Pero el príncipe heredero ya había resuelto dónde ponerlo. Encuadraba perfectamente en uno de los esmaltados entrepaños de la puerta, pero antes de que pudiera clavar el primer clavo, se levantó el rey y le dijo que no le parecía bien que se estropeara aquélla. S. A. R. contestó que eso no valía la pena y que los agujeros hechos por los clavos podían fácilmente rellenarse, y sin aguardar á más, el príncipe, sosteniendo yo el papel, clavó en cada ángulo una punta de París.

Parece que S. A. R. quiso hacer una prueba por el estilo de la que hice con su tío Eduardo VII: el elefante en que pensó éste salió de mis torpes manos más parecido á un puerco que á otra cosa. El príncipe heredero de Grecia, como luego quedó demostrado, pensó en un puerco de verdad, no de los de las razas escogidas, sino en uno vulgar de esos que en los juguetes los niños conocen al instante; y es de notarse que S. A. R. pensó también en el rabo, que, en mi opinión, es lo que mejor ha salido.

El rey, con su franqueza, sencillez y buen sentido práctico, parece hecho de molde para los griegos; es justamente el gobernante que en las actuales circunstancias necesitan.

El príncipe heredero, aunque no tiene las gigantescas proporciones de su hermano el príncipe Jorge, es físicamente un buen mozo. Es un cabal soldado y ha probado ser un hábil jefe en campaña. Estudia con mucha atención la política del día y es un lector asiduo. Su carácter es serio, casi adusto, y no le agradan las frivolidades comunes de la vida.

Su pensamiento constante es la prosperidad del reino que un día ha de regir. Tal vez sea demasiado grave, demasiado autoritario, para su edad y para el carácter ligero de los griegos; pero todas las clases sociales le respetan mucho y con el tiempo será un rey entendido y justo.

MR. GLADSTONE

He hecho mis experimentos pública y privadamente, en muchos sitios extraños y fuera del uso corriente. A mi disposición se han puesto aulas de Universidades famosas, teatros reales, una iglesia, el salón de baile de una embajada, las ruinas de un castillo y el salón de redacción de un afamado periódico. He practicado privadamente mis experiencias con un arzobispo en su palacio, con un obispo en una antigua catedral, con monjes en su monasterio, con mullahs en su mezquita, con personas reales en sus palacios, con salvajes en sus cabañas, con criminales en las cárceles y con otros muchos más de todas clases.

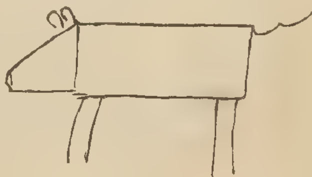
Pero de lo que más me enorgullezco es de mi representación en la Cámara de los Comunes. Aquella histórica sesión tuvo lugar en el salón de fumar, y á ella asistieron los jefes y diputados de todos los partidos. De tiempo en tiempo se representan en aquella Cámara ciertas escenas más ó menos dramáticas, que sirven para distraer un poco de la monotonía de sus diarias tareas.

Mi representación fué la primera en que haya representado un extraño á la Cámara y tal vez sea la última; lo que es de sentir, porque una serie de representaciones por famosos actores contribuiría mucho á alegrar el fastidio de la vida parlamentaria.

Mi *sujeto* principal en aquella sesión que, dicho sea de paso, fué dispuesta por M. Enrique Labouchere, fué el muy honorable Guillermo E. Gladstone, entonces primer ministro, quien miraba la cuestión de la lectura del pensamiento con aquel espíritu investigador y aquella actitud de semi-incredulidad, semi-simpatía, que le era peculiar.



En una sesión de adivinación del pensamiento ajeno, ante el rey de Grecia, el príncipe heredero y Mr. Cumberland iban á clavar un pedazo de papel en una puerta, cuando el rey se opuso, protestando de que se estropeara ésta. Vió Mr. Cumberland en ese extremado cuidado en pequeñeces, un rasgo típico del carácter del rey.



Bosquejo de un puerco, dibujado por medio de la adivinación del pensamiento por Mr. Cumberland en el palacio real de Atenas.

Desconfiaba de ser un buen *sujeto*, pero deseaba hacer el experimento, poniendo de su parte cuanto pudiese.

En realidad, me encontré con que era un *sujeto* excelente; pero en una de las pruebas ocurrió una cosa que demostró la facilidad con que variaba de pensamiento y la prontitud con que daba el porqué.

Mr. Gladstone se había comprometido á pensar unos números y yo debía escribirlos correctamente y en el mismo orden en que los fuera pensando, sin señalar cuántos.

Inmediatamente escribí un 3, que dijo Mr. Gladstone era exacto; siguió un 6, que también lo era. Luego, transmitiéndome mi *sujeto* la cifra 5, principié á trazarla, pero en aquel momento me encontré con que Mr. Gladstone cambiaba de idea y que pensaba en un 6. Entonces me detuve y le rogué que concentrase toda su atención en la cifra que quería que trazase. Así lo hizo, y yo, sin titubear, transformé en seguida el 5 en un 6. Esas cifras formaban el número total en que había pensado Mr. Gladstone, quien me felicitó calurosamente por mi acierto.

Naturalmente, tenía yo el deseo de saber por qué Mr. Gladstone había primero pensado en un 5 para tercera y última cifra, y luego la había cambiado por un 6. Su explicación fué la siguiente:

—Primero pensé el número 365, que es el de los días del año; pero cuando usted hubo puesto el 3 y el 6, me figuré que usted pudiera haber caído en la cuenta de que eran los días del año y pusiera el 5. Entonces me acordé que este año era bisiesto y por lo tanto tenía 366 días en vez de 365, y en el 6 me fijé para la tercera cifra, y usted, de un modo maravilloso, ha adivinado mi primero y segundo pensamiento.



Cuando Mr. Cumberland hizo un experimento de adivinar el pensamiento de Mr. Gladstone, vió que era éste un *sujeto* excelente, pero que variaba fácilmente de pensamiento.

Después de la sesión, Mr. Gladstone se engolfó en una larga y erudita discusión con varios miembros del gabinete y diputados de la oposición respecto á la teoría de las probabilidades aplicada á mis experiencias. Según sus cálculos, eran varios millones contra una unidad las probabilidades de que pudiera acertar las cifras que había pensado, incluyendo el cambio del 5 por el 6.

En todos mis viajes no he visto á nadie que se igualara á Mr. Gladstone. Era positivamente un ser excepcional. Su voz y sus maneras eran sumamente atractivas, y su mano tenía la suavidad y nerviosa simpatía de la de una mujer. Era hombre que pensaba con profundidad y de mucha instrucción, pero de poca fijeza en sus ideas. No solamente trataba de saber demasiado, sino que, á mi parecer, nunca quedaba convencido de que dominaba por completo un asunto.

A pesar de todas sus investigaciones filosóficas, Mr. Gladstone era algo supersticioso y nervioso en extremo. Me hizo el honor de leer varias de mis obras. Pero en particular un cuento fantástico mío titulado *Una afinidad fatal* le impresionó mucho. Lo leyó todo de un tirón, y sé por muy buen conducto que desde entonces nunca se acostó sin mirar antes debajo de la cama.

STUART CUMBERLAND.



Algunas de las más notables «toilettes» que se han exhibido en las últimas carreras de Longchamp (París.)

(De fotografías de «Photo Nouvelles.»)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 1.º de mayo de 1905 — Núm. 1.218



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El almirante Togo en su buque almirante «Mikasa» (de fotografía)

Es una de las figuras culminantes de la actual guerra. Hasta ahora la victoria le ha acompañado siempre, y á él puede decirse que se deben los grandes éxitos obtenidos por el Japón; pues sin los triunfos navales por él obtenidos, los ejércitos japoneses del continente no hubieran podido obrar con la seguridad y libertad de movimientos con que han obrado en sus operaciones terrestres. Pronto tendrá ocasión de entrar nuevamente en acción: la escuadra rusa de Rojestvenski se encuentra ya en los mares del Extremo Oriente, y no tardará seguramente en librarse un empeñado combate que necesariamente ha de tener gran influencia en el curso ulterior de la guerra.



REVISTA HISPANO-AMERICANA

El Salvador: la situación del país, según el mensaje presidencial. – *Bolivia:* el tratado de paz y amistad con Chile: protesta del *Perú: Chile* como potencia marítima: la paz armada en la América del Sur: la inmigración y la colonización en Chile. – El idioma español en América. – Un libro nuevo: el porvenir de la América del Norte y de la América latina.

En 18 de febrero último abrió sus sesiones ordinarias la Asamblea Nacional legislativa de El Salvador. En el solemne acto leyóse el Mensaje del presidente de la República Sr. Escalón, que por segunda vez, durante su período constitucional, rendía cuenta de los principales actos del Poder ejecutivo en los diversos ramos de la administración pública.

El presidente hacía constar en primer término, con justificada complacencia, que el país vive en completa calma y tranquilidad, sin que el gobierno haya tenido que hacer frente al más ligero trastorno, ni que emplear tampoco medida alguna extraordinaria para la conservación del orden público. El pueblo salvadoreño ha palpado las ventajas de la paz, de que hace algún tiempo viene disfrutando, y se esmera en conservarla, como el supremo bien de los pueblos y base imprescindible de su engrandecimiento.

Y eso que decía del pueblo salvadoreño, hacíalo igualmente extensivo á los demás del Centro-América y á los gobiernos que los rigen, empeñados todos en mantener la armonía y cordialidad entre aquellos Estados, que tarde ó temprano tendrán que fundir sus destinos en uno solo.

Vemos, pues, que persiste, y en documentos oficiales se declara, la aspiración á constituir la gran República Centroamericana. Es el ideal de todos los políticos eminentes en esta región del Nuevo Mundo.

Señalaba también el Sr. Escalón los importantes trabajos y mejoras que se han llevado á cabo, especialmente en el ramo de Fomento. La Exposición Nacional, verificada á mediados del año próximo pasado, vino á poner de manifiesto cuanto en el país hay digno de conocerse; los extranjeros que la visitaron expresaban su admiración, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de los objetos expuestos.

La situación financiera es buena. No pesa hoy sobre la nación más deuda exterior que la resultante de la reclamación Burrell, que importa 353.145'59 pesos de principal y 99.889'72 de intereses reconocidos desde la fecha del arreglo celebrado en Washington hasta la total cancelación de la Deuda, en un período de siete años.

Todas las rentas, sin excepción, han producido en 1904 mayor rendimiento que en el año anterior. Esto acusa un notable aumento de la vitalidad del país, que parece ir saliendo ya de la aguda crisis por que viene atravesando desde hace más de ocho años.

***

Riesco y Montes, los presidentes de Chile y de Bolivia, han tenido una conferencia para saludarse y congratularse por el reciente tratado de paz y amistad entre ambos países. Pero no se avistaron; se oyeron. La conferencia fué telefónica. Atravesando desiertos y montañas, pasó la voz de ambos presidentes desde Arica á La Paz y desde La Paz á Arica. «Por donde va este hilo—dijo Riesco á Montes—pronto irá un ferrocarril.»

Pero, ciertamente, no todos los bolivianos participan de la satisfacción que el tal tratado ha producido en el Presidente y su gobierno y en los adictos á él. El abandono de los derechos de Bolivia, la cesión del único litoral que tuvo la República, parece á muchos un hecho inverosímil. Dicen que el Sr. Montes ha vendido á Chile por un puñado de oro los derechos de la nación, como también se vendió por otros cuantos millones el país del Acre al Brasil.

El Perú ha protestado contra el convenio chileno-boliviano á que nos referimos. Fúndase en que sus derechos á los territorios de Tacna y Arica están afectados por la cláusula 3.ª al tratado, que dispone la construcción del ferrocarril, por cuenta de Chile, desde el puerto de Arica al Alto de la Paz. Eso, dicen los peruanos, es ejercer actos de soberanía, que Chile no tiene, puesto que la nacionalidad de aquellos territorios depende de lo que resuelva el pueblo mediante un plebiscito, de acuerdo con el tratado de Ancón. Y ese plebiscito no se ha llevado á cabo por culpa de Chile.

En Tacna, y hasta en la inmediata provincia de Tarapacá que el Perú tuvo que ceder á Chile, algunos de sus habitantes no cesan, siempre que hay ocasión, de mostrar sus aficiones á la antigua nacionalidad. Ahora, en Iquique y en Pisagua, jóvenes nacidos en el país, se van al Callao para cumplir en el Perú el deber del servicio militar, y realizan otros actos que la prensa de Santiago califica de insolencias que no debían tolerarse.

Mas Chile no ceja en su propósito de dominar sobre Tacna y Arica. Por los periódicos del Sur de América ha circulado esta frase: «Ni Chile piensa ya en la posibilidad de devolver Tacna y Arica, ni el Perú cuenta con los medios de obligarle á ello...»

Chile, en efecto, está todavía en condiciones de imponerse al Perú, sobre todo por la superioridad de su marina de guerra. Procura conservar el lugar preferente que ha alcanzado en las fuerzas navales de la América meridional y pone gran empeño en ser potencia marítima de primer orden. Cuenta con una excelente oficialidad, si bien la gente de mar, el personal subalterno, carece de la instrucción necesaria para poder entrar inmediatamente en combate. Por esto los marinos piden que se inviertan mayores sumas que las que hoy se gastan en ejercicios, limitados ahora á los que hacen las tripulaciones de cuatro ó cinco torpederos. Además, la defensa de las costas es deficiente; sólo hay fortificaciones en Valparaíso y Talcahuano, y faltan buenos puertos militares y de refugio en el Norte y en el Sur.

Las perturbaciones á que da origen el predominio del parlamentarismo han impedido acometer con actividad las obras precisas para poner bien á cubierto el extenso litoral chileno. Se reclama la urgencia de ellas, alegando las aspiraciones bien manifiestas del Perú, del Ecuador, de la Argentina á reforzar sus marinas de guerra, y sobre todo, los proyectos del Brasil para la renovación total y acrecentamiento de su escuadra.

Se trata de conseguir la hegemonía en la América del Sur y estamos en vísperas de un régimen de paz armada.

El tal régimen ha de exigir necesariamente nuevos y extraordinarios gastos, y con ellos, y por lo que á Chile se refiere, no ha de ser fácil realizar propósitos de otra índole. Nos referimos al renacimiento agrícola é industrial ya iniciado. Para que prosiga, es indispensable poblar grandes y fértiles territorios, estimular la inmigración y la colonización. Pero no habrá población suficiente, no habrá inmigrantes ni colonos, si Chile no se prepara bien para recibirlos. Y esta preparación no se consigue más que con buenas partidas en el presupuesto, restadas de las que se consignan para ejército y marina; partidas que permitan organizar excelente policía, abrir caminos, crear escuelas, etc. La prensa chilena se duele una y otra vez de los robos, asaltos y asesinatos que se cometen en los territorios destinados á colonias. Si no hay seguridad personal, todo fracasará. Irán á Chile algunos cuantos aventureros; pero no buenos inmigrantes, colonos honrados y trabajadores.

***

La proximidad de la conmemoración del tercer centenario de la aparición del *Quijote*, ha sido motivo de que en la América del Sur se publiquen excelentes trabajos en defensa de la pureza de nuestro idioma.

En uno de ellos, inserto en *El Mercurio*, de Santiago de Chile, el Sr. B. V. S., que lo firma, duélese del mal español con que escriben algunos suramericanos, y cita, como «modelo» párrafos de un diario argentino. «Chile recién se echa á andar en el sentido del progreso después de un largo enquistamiento medioeval bajo la catalepsia bélica...» «La suba del porque sí» es el alza inmotivada de ciertos valores... «Un plus de salud» quiere decir crecimiento de la riqueza.

¿Será ese el nuevo idioma argentino? La verdad es, dice B. V. S., que el pobre Cervantes, entre Catulle Mendes y Gabriel d'Annunzio, queda como Jesús entre el bueno y el mal ladrón. «Defendamos, añade, el idioma de Castilla hoy más que nunca. Hoy cumple *Don Quijote* su tercer siglo de gloria incomparable. ¿Qué es ese libro sino el monumento más puro de un idioma inmortal? El idioma es la única promesa que le queda á la raza española de volver al dominio del mundo. De los diversos pueblos que salieron de Roma y tomaron rumbos variados por las márgenes del Mediterráneo llevando ramas del árbol latino, los que fueron á la península ibérica llevaron la rama más florida del lenguaje y supieron conservarla. Nosotros, los americanos del Sur, que somos ese mismo pueblo llegado á otro punto del orbe, debemos seguir conservando esa rama florida.»

***

Ha venido á nuestras manos un libro precioso, publicado en la capital de Chile á fines de 1904. Titúlase *Notas é impresiones de los Estados Unidos*, y su autor es D. Alberto Gutiérrez, antiguo secretario de la legación de Bolivia en Wáshington.

Lo hemos leído con verdadero deleite, no sólo por la enseñanza y el interés extraordinario que ofrece, sino porque las conclusiones deducidas de los datos que el autor aporta, coinciden en gran parte con las ideas y sentido general de estas *Revistas*.

El Sr. Gutiérrez afirma que el continente americano no está completamente cerrado á la colonización y á la conquista, no sólo para las potencias europeas, como hace ochenta años lo proclamó el presidente Monroe, sino para los americanos del Norte también, como resultado del desarrollo natural y del espíritu de solidaridad de las naciones latinas que las ponen en aptitud de defender por sí solas su autonomía política y su integridad territorial.

Verdad es que el incidente sombrío de Panamá parece una desmentida á esas declamaciones de solidaridad americana; pero hay que dejarlo pasar como un punto negro en los anales diplomáticos y como una enseñanza provechosa para lo porvenir.

El capital yanqui no será más afortunado que la política de los Estados Unidos para dominar en la parte meridional del continente. Su comercio, por mucho desarrollo que obtenga, tampoco podrá supeditar en el Sur de América al comercio europeo.

Los peligros sociales que amenazan á los norteamericanos son más intensos que los que á los demás países abruman y amenazan. En un territorio relativamente poco poblado, se presentan síntomas propios de la densidad exuberante de las poblaciones europeas; por lo tanto, el malestar es más hondo y más graves los peligros futuros.

Luchando el país entre la opresión de los monopolios y la opresión de las tarifas proteccionistas, la solución económica no se ve posible.

Parece de una evidencia inconcusa que las sociedades humanas no pueden exceder cierto límite de perfección. A menudo los adelantos excesivos se producen en detrimento del bienestar general. La civilización crea mayores exigencias, y por lo tanto la condición de las masas desheredadas de la fortuna se hace más penosa.

La tierra suramericana está exenta de esas enfermedades y de esos peligros, y pasará acaso un siglo antes de que se produzcan esos accidentes propios de la edad madura y de una desproporción entre las necesidades y los medios de satisfacerlas.

En la densidad de las sombras que ocultan el porvenir de los países que han vivido bastante para ver desarrollarse á su vista toda la diversidad de las miserias sociales, surge como una promesa de bienestar la amplitud de ese continente suramericano, donde á estas horas es más que en ninguna parte posible alcanzar el grado mayor de bienestar que las condiciones de la vida terrestre hagan posible para la especie humana.

Tales son las últimas conclusiones del libro del Sr. Gutiérrez.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



No sé si me lo hará ver así el cariño con que vuelven á nuestra memoria los recuerdos de la infancia, pero se me antoja que por aquel tiempo—de los años de mil ochocientos cincuenta y tantos hablo ahora—las fiestas madrileñas tenían carácter más acentuado y color más castizo que el que aún conservan.

No estábamos ya entonces, ni muchísimo antes, libres de la invasión extranjera en lo que toca á modas y hasta á modales; pero como los ferrocarriles, que empezaban por aquellos días á hacer sus pinitos, no nos habían facilitado el medio de codearnos con frecuencia con franceses é ingleses, á lo propio nos acogíamos en muchas cosas, y el que vistiéramos el *levisac* y el *carrik* no era obstáculo para que por dentro fuéramos bastante más españoles que ahora.

Una de las muestras de españolismo que á cada paso dábamos era el rendir culto á la tradición, no dejando clase alguna social de tomar parte, cada cual en la forma que más se acomodaba á sus gustos y aficiones, en las diversiones ó esparcimientos que el ritual de la costumbre imponía en cada una de las festividades que rezaba el calendario.

De éstas, como siempre para los pueblos católicos, fueron de las primeras y más solemnes las dispuestas por la que la Iglesia llama la «semana mayor.» Madrid solemnizaba los días de Jueves y Viernes Santo, si no con el boato y rumbosidad de Sevilla y Murcia, con un apego á los más rancios usos, que éstos parecían cumplirse, no como dejándose llevar de espontáneo impulso, sino como el que realiza imprescindible deber.

Desde las diez de la mañana, en que las campanas lanzaban su último eco llamando á los fieles á los Oficios y los carruajes rezagados corrían á encerrarse en la cochera hasta el toque de Gloria, largas filas de gentes, ataviadas todas con sus mejores galas, se cruzaban en las calles, haciendo crujir con el mismo orgullo los volantes de su saya de engomada indiana la modesta menestrala, que los de la rica falda de *moaré antique* ó de *gro de Tours* la alcurniada dama, que tal vez sólo aquellos días ponía el altísimo tacón de sus zapatos de tabinete en el empedrado de la villa.

Eso sí, no todos los grupos llevaban la misma dirección, aunque sí un fin análogo. De ellos, unos, aquellos en que se destacaban encopetadas señoras de rico devocionario y rosario engarzado en oro y en los que descollaba algún uniforme de maestrante ó el secretario honorario de S. M., se dirigían á las Calatravas ó los Comendadores de Santiago, donde se celebraban los Oficios costeados por los caballeros de las órdenes y á los que no se podía asistir sino provisto de la tarjeta de invitación. Los otros más modestos iban á la parroquia ó la iglesia de su devoción, no sólo á oir con el mismo recogimiento las ceremonias religiosas, sino á ostentar con igual empeño galas que no por menos costosas eran menos estimadas.

Eso sí, para los madrileños era aquel día de trajín y faena capaz de cansar al más robusto cuerpo. De los Oficios había que ir, unos á presenciar el *lavatorio* en la capilla palatina, otros á oir el *Sermón del Mandato* en el Carmen Calzado ó San Ginés, y apenas llenados estos deberes y como quiera que ya fuesen las tres de la tarde, hora á que entonces se hacía la comida principal en las más de las casas, no había más remedio que trasegar el clásico potaje, con algunos platos de pescado de añadidura, y por supuesto, sin faltar como remate la melosa fuente de torrijas, postre imprescindible en tal día.

Y con el bocado en la boca se volvía á la tarea. En donde la cabeza femenina de la familia no estaba de petitorio en tal ó cual templo, de aquella hora á las cinco era el plazo que se tomaba para recorrer las estaciones, tarea que no era tan breve para los que por el ritual tenían que echar una ojeada á los magníficos tapices de la capilla del obispo, que sólo el Jueves Santo estaban expuestos al público, ó visitar el monumento que estrenaban aquel año las monjas de San Plácido ó la histórica iglesia de Santa Cruz.

Tras ello á carrera abierta iba no poca gente á presenciar el paso de S. M. la reina doña Isabel II, que acompañada de su «amado esposo,» que decía luego la *Gaceta*, y rodeada de los individuos del gobierno y de la alta servidumbre, recorría los templos más próximos á palacio, ostentando la clásica mantilla que tan bien sentaba á su castizo empaque, y seguida de literas y sillas de mano de respeto por si su augusta planta no podía soportar las fatigas del breve trayecto.

No faltaba, sin embargo, quien más poltrón ó menos aficionado al boato y majeza de las exhibiciones palatinas, adonde tornaba de prisa y corriendo era á la Carrera de San Jerónimo, que, como ahora la calle de Alcalá, era el paseo obligado hasta que la noche tendía su negro manto sobre la coronada villa.

Allí el espectáculo que más fijaba la atención de cierta gente, y no la menos numerosa del público, era la presencia de los matadores escriturados para la temporada taurina que había de dar comienzo tres días después. El *Tato* y el *Gordito*, que habían llegado de Sevilla el miércoles, con sus chaquetillas de terciopelo verde ó color guinda, cargadas de botoncillos y cubiertas de filigrana de Córdoba, con su clásico *calañé* un poco inclinado hacia la ceja y sus ceñidos de vivos colores, compartían la admiración de los aficionados con la más severa figura de Cayetano, á cuyas negras patillas decía mejor que todo abigarramiento el traje obscuro que de ordinario vestía, sin más notas de relumbrón que la gran cadena que le daba vuelta al cuello y los botones de piedras de luces que le adornaban la pechera.

Pero pronto no quedaba á los toreros otro círculo que el de los recalcitrantes. La larga fila de hermosas mujeres que refluía á la Carrera se iba llevando la atención de todos, y aunque cansados de tan largo día de fatiga, no había quien se atreviera á dejar tal sitio hasta muy entrada la noche.

El final de ella se invertía en oir el sermón de Soledad, que aunque en todas partes se predicaba, á ninguna llevaba tanta concurrencia como á la parroquia de San Sebastián. De esto era causa el que al par que las galas oratorias del predicador, había otra cosa que admirar. En la capilla de la Novena, vulgarmente conocida por la de los cómicos, la sin par Matilde y la sin igual Teodora elegían siempre esa hora para hacer su petitorio, que llenaba las bandejas, no de napoleones, sino de peluconas y doblillos.

El Viernes Santo no era más descansado. La gente popular desde las primeras horas de la mañana estaba ya en jaque para no faltar á la tradicional y no poco profana romería de la Cara de Dios, y los más alcurniados no se daban punto de reposo si habían de asistir á la capilla de palacio ó repetir la asistencia á los Oficios en las iglesias privilegiadas.

Pero lo más clásico de todo era la tarde. La asistencia á la procesión del Santo Entierro; ver salir los *pasos* de Santo Tomás; señalarse unos espectadores á otros la simpática figura del duque de Medinaceli, que con su uniforme de maestrante de Ronda ó de Sevilla, no dejaba un solo año de acompañar al Nazareno de la iglesia de Jesús de su propiedad y patronato; enumerar el mérito de las esculturas de los *Azotes* y el *Eccehomo* que salían de San Juan de Dios, constituía un goce siempre nuevo para los buenos hijos de Madrid, goce que no anublaba en lo más mínimo el saber que sin sus carreras y sustos no había de irse á casa ningún ciudadano.

Cuando era que el *Cristo de los Guardias*, que desde la extinción de los de Corps llevaban á hombros los alabarderos, se torcía en la calle de Carretas, amenazando con su mole romper unas cuantas cabezas; cuando que desmandado uno de los caballos de la recién creada guardia civil, se echaba encima de la multitud, lo cierto es que no se daba el caso de que una procesión de Viernes Santo acabara en completa paz y con entera tranquilidad.

El año á que me refiero ahora y que desde que empecé estoy queriendo recordar cuál fuese, la balumba y escándalo fué mayor que ninguno.

El que el cielo estuviera encapotado y amenazador desde media mañana, no había quitado para que el concurso fuese tan numeroso como siempre.

La procesión se había organizado con las dificultades que ofrecían siempre las cuestiones de etiqueta surgidas á última hora; pero á la señalada se había puesto en marcha la larga fila de mangas y pendones de las parroquias, siguiendo tras ellos los *pasos* con su acompañamiento acostumbrado.

El trayecto se había hecho con una regularidad inusitada; pero de pronto, al pasar el cortejo por la Plaza Mayor y cerca del Arco de Toledo, sin que hasta ahora se haya podido saber la causa, la multitud comenzó á desgranarse á carrera abierta, las santas imágenes vacilaron en los hombros de sus piadosos conductores y la tropa que formaba la carrera, viéndose arrollada, comenzó á ponerse sobre las armas en actitud poco tranquilizadora para el ya amedrentado concurso.

Quién decía que se habían oído tiros hacia la Plaza de la Cebada, quién aseguraba que á sus oídos habían llegado distintos gritos subversivos, y los que menos, afirmaban que un audaz ratero había robado profanamente una de las más valiosas alhajas de uno de los sacrosantos simulacros que de la procesión formaba parte.

El hecho es que en la desbandada había ya brazos y piernas rotos, cabezas abiertas y síncopes y desmayos que habían de dar que hacer á los boticarios, que eran los que entonces suplían á las modernas casas de socorro, cuando tal vez más por suerte que por desgracia, un incidente acabó como por ensalmo con tanto susto y tanta congoja.

Las cárdenas nubes, que cada vez se habían ido haciendo más densas, descargando de pronto en indescriptible aguacero, hicieron que los temores tal vez imaginarios se desvanecieran para cuidar del más serio peligro de quedar convertido cada cual en una sopa. Punto menos que abandonados los *pasos*, comenzaron éstos á buscar refugio en las más cercanas iglesias, siendo de ver bandadas de sacerdotes que recogiéndose con una mano los balandranes y asegurándose con la otra los bonetes que arrebataba el huracanado vendabal, saltaban arroyos y esquivaban baches huyendo como corzos.

Las tropas, siempre con los fusiles á la funerala, abandonaban el paso regular para tomar el redoblado, y lujosas damas y endomingados menestrales corrían hacia sus casas, ni más ni menos que si alguno de los toros enchiqueradós para la corrida inaugural se hubiese escapado tomando el camino de la villa.

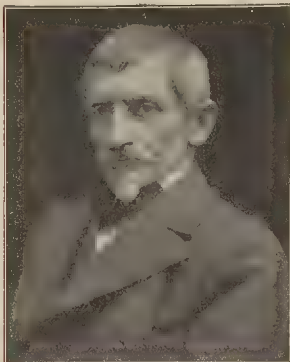
Momentos después las calles de la coronada villa y corte, en vez del alegre aspecto que tenían momentos antes, tomaban el de los días de alborotado motín ó seria revolución, en que nadie era osado á asomar las narices á la vía pública.

Pero lo que son las cosas. Como la nube, más que de persistente temporal, no había tenido otro alcance que el de chubasco de verano, apenas asomó en el horizonte un débil rayo del ya moribundo sol, todo el mundo volvió á echarse á la calle, y olvidando los sustos de la imaginaria algarada y el chapuzón del más verídico y real aguacero, volvió á llenarse la Carrera de San Jerónimo de gente, y con la animación y el gusto de siempre terminó aquel Viernes Santo, que no parecía cargado sino de catástrofes y atropellos.

Angel R. Chaves.

El notable escultor noruego Esteban Sinding

Desde los días del gran danés Bartel Thorwaldsen, ningún escultor del Norte ha alcanzado fuera de su



Esteban Sinding

patria tanta celebridad como el noruego Esteban Sinding. El desenvolvimiento de la plástica escandi nava durante el período que separa ambas personalidades se ha realizado silenciosamente; sólo los extremos de la importante línea que de una á otra se extiende á través del siglo XIX, han atraído sobre ellos la atención del mundo artístico europeo.

Del mismo modo que Thorwaldsen reflejó en sus obras el modo de sentir y de pensar de su tiempo, allá por el año 1800, en las creaciones de Sinding se encuentra la expresión del espíritu de la actualidad, expuesta en el lenguaje abstracto de las formas puras; de suerte que, observando unas y otras, se ve la diferencia fundamental de ambas épocas. La época de la humanidad abarcándolo todo vió en el ideal de lo antiguo un modelo y un objetivo para el arte de todos los pueblos, y la plástica de Thorwaldsen representó la encarnación más pura de esta tendencia que siguieron también los escultores de los demás países. El período del individualismo, que llegó á su apogeo en 1900, determinó, á pesar de la intimidad



La madre Tierra, escultura de Esteban Sinding

cada vez mayor de las relaciones internacionales, el predominio en la esfera artística, y por ende en la escultura, de los particularismos nacionales, y entonces al lado del francés Rodin, del belga Meunier, de los alemanes Hildebrand y Klinger, intérpretes del alma de sus respectivos pueblos, surgió Esteban Sinding como intérprete del alma de los pueblos septentrionales.

El estudio que durante muchos años hizo en Roma del arte clásico, únicamente le sirvió para perfeccionar su técnica: allí terminó la primera de sus obras capitales, *Madre de los bárbaros*, que afirmó su personalidad, y en la cual, aun teniendo como tiene tantos puntos de contacto con el arte antiguo, se observa el carácter especial de balada del Norte que el artista quiso que en ella prevaleciera.

Desde entonces, la característica de todas las esculturas de Sinding ha sido el estrecho enlace de la pureza de formas con la sensación íntima de la vida psíquica: la plástica es siempre el punto de partida, pero adquiere una significación importantísima por el sentimiento interno que en sus obras ha sabido imprimir el artista.

Esteban Sinding se dedicó al arte escultórico en edad relativamente madura. Nació en 4 de agosto de 1846 en Drontheim; su padre era un elevado funcionario público, y Esteban, deseoso de seguir también



La abuela, escultura de Esteban Sinding

la carrera de funcionario público, estudió Jurisprudencia en Cristianía. En 1870, cuando había ya salido airoso de todos sus exámenes, no pudo resistir sus aficiones artísticas, y en 1871 marchóse á Berlín; allí entró en el taller de Alberto Wolff, en donde aprendió la técnica sólida que luego le ha servido de base para sus trabajos. Las enseñanzas de Wolff no ejercieron, sin embargo, gran influencia en el joven noruego; más influyó en él la plástica francesa que pudo estudiar directamente en París: el temperamento animado, la viveza pintoresca de los escultores franceses, abrieron ante sus ojos nuevos horizontes. Desde 1877 hasta 1883 estuvo Sinding en Roma, y allí completó y terminó el período de sus estudios y de sus viajes artísticos. Establecióse luego en Copenhague, la ciudad de Thorwaldsen, que fué su segunda patria y en la que se afirmó su personalidad artística. Allí ha producido sus principales obras, en todas las cuales aparece cada vez más marcado el carácter septentrional que ya supo dar á su *Madre de los bárbaros*.

La nota dominante en sus creaciones es el respeto profundo con que en ellas están tratados la naturaleza y sobre todo la obra más admirable de ésta, el



Busto de anciana, escultura de Esteban Sinding

cuerpo humano. No hay en ellas futilidades ni afectaciones; todo parece engendrado por el espíritu de un hombre que, pasando por encima de las pequeñeces de la existencia ordinaria y de las contingencias de la realidad, eleva su mirada hasta los problemas y fenómenos finales; y al contemplar sus grupos y sus figuras, se recuerdan las palabras pronunciadas por Stauffer-Bern cuando abandonó la pintura por la escultura: «Entiendo que al trabajar en una obra plástica debe el artista sentirse como se sintió Dios en el sexto día de la creación.»

En las obras de Sinding hay un reposo monumental; sobre ellas parece extenderse un gran silencio, y el sentimiento que las anima, es un sentimiento tímido, por decirlo así, demasiado casto y demasiado hondo para exteriorizarse en gestos violentos. Sus figuras no manifiestan á voces, permítasenos la palabra, lo que sienten, sino que despiertan leve y silenciosamente en quien las contempla sentimientos afines. Los cuerpos humanos por él esculpidos no tienen conexión alguna con el modelo; los atractivos materiales del desnudo aparecen de tal modo espiritualizados, que casi resultan ásperos y por ende ahogan toda idea sensual que pudiera sugerir su contemplación. Tal sucede con uno de sus más famosos grupos, *Dos seres humanos*, en el cual expresa el amor del hombre y la mujer: la enamorada pareja produce la impresión, no del caso aislado, sino la del amor tipo, la de ese impulso que atrae desde que el mundo existe á los dos sexos para cumplir la misión de perpetuarse que Dios y la naturaleza han impuesto á la humanidad.

Otra de sus más importantes obras de este género es *La madre Tierra* que en esta página reproducimos: las tres figuras que componen el grupo constituyen un símbolo de alta significación, avalorado por una grandiosidad y sinceridad plásticas admirables.

El busto de una anciana, que también reproducimos, es asimismo notable. Una vieja mendiga á quien Sinding veía diariamente pedir limosna por la calle, le inspiró esta obra; pero en las manos del escultor, la cabeza de aquella pobre mujer tomó el carácter de personificación de la ancianidad dolorida y resignada. Esta idealización de la realidad la encontramos también en su escultura *La abuela:* en la rígida monumentalidad de esta obra, en la que impresionan profundamente la simetría de la estructura, la noble actitud de las descarnadas manos y la espiritualización del rostro, ha llegado tal vez á la cúspide el arte de Sinding. En *La abuela*, lo propio que en la soberbia *Walkiria* (véase pág. 296), ha adoptado el artista la técnica de la escultura en madera que tan bien se amolda al espíritu del arte de los países septentrionales.—Max Orbón.



COSTUMBRES ANDALUZAS.—LA FERIA DE SEVILLA, dibujo de Mariano Pedrero

La feria de Sevilla ha logrado fama universal: á ella acuden gentes de los más diversos países, á quienes maravillan las bellezas de aquella tierra sin par, aquel cielo de un azul purísimo, aquel aire embalsamado por los aromas de jazmines y azahares, aquella alegría que en todas partes reina, desbordándose de todos los corazones. El dibujo de Pedrero es una nota viviente, tomada del natural, y por ella puede apreciarse el aspecto pintoresco que ofrece el real de la feria, con sus tiendas entoldadas, sus típicas buñolerías, sus merenderos, sus toreros y sus gitanas; en suma, con todos los elementos que hacen de él un espectáculo hermoso bajo todos conceptos.

TIPOS MADRILEÑOS

SEBASTIÁN

(VIDA MILAGROSA)

Nació en Andalucía; ha estado en Ultramar; no fué casado, aunque vivió en compañía de una bolera; antes se pasa la vida sin comer que sin tomar café dos veces diarias; fuma papelillo; tiene retostada la yema del dedo grueso de la mano izquierda; larga la uña del meñique; lleva el sombrero flamante; se pone en invierno un pañuelo de seda por encima de la solapa del chaleco; gasta americana corta, cadena de reloj de níquel con una brújula por dije; al lado de la flamante americana, lleva un pantalón viejo desfilachado por los bajos; los tacones de las botas están deshermanados; nadie le conoce más que por Sebastián; actúa en la Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo y calle de Sevilla, y tiene por profesión la de sablista, corredor de negocios y gancho.

***

Bajo el primer aspecto, husmea las fisonomías cándidas que le parecen pertenecer á personas acomodadas.

Tiene varias maneras de dar el alto.

Al ver desembocar por la calle de Alcalá un caballero de mediana edad, que se dirige al Ministerio de Hacienda, le interpela diciéndole:

—Amigo mío, hace mucho tiempo que no vemos á usted por la contaduría; ¿ha estado enfermo?..

El interpelado le manifiesta que, con efecto, hace tiempo que no va por la contaduría central y que no tiene el honor de recordar...

—No importa, replica nuestro héroe; hoy es para mí una verdadera providencia el encontrarle á usted. Tengo á mi mujer enferma con viruelas, un hijo con el garrotillo, yo tengo una afección á los riñones y necesitaría unas pesetas siquiera para medicinas.

Sebastián nos ha confesado que este sablazo, que él califica de hospitalario, le da resultado en un treinta por ciento de los casos.

El sablazo fúnebre es más difícil de efectuar, porque ha menester personas bien acomodadas y eminentemente religiosas, las que por desgracia van escaseando, según asegura Sebastián.

—Así y todo, á la puerta de las cuarenta horas, á la entrada del teatro Real y en la misa de las Calatravas, suele dar resultados.

Para llevarlo á cabo se abrocha la americana, se sube el cuello y escoge los días en que lleva dos ó tres sin afeitar.

—¡Ah, señora!, dice dirigiéndose á una dama que baja de un carruaje particular á la puerta de un templo; vuecencia que es tan caritativa no me dejará en la aflicción en que me encuentro; ha muerto mi hija y no tengo para enterrarla.

Este sablazo fúnebre produce cuando menos *veinte pesetas;* pero es menester tener mucha vista para no dirigirse dos veces á la misma persona, y perder algún tiempo para estudiar las costumbres religiosas de las víctimas.

Pero el sablazo fúnebre H, el verdaderamente pistonudo, es el dado á domicilio.

Necesita gran preparación: un año nada menos.

Se compra *La Correspondencia* todas las noches y se recortan las papeletas de los muertos de viso. Al año se presenta Sebastián en casa de la familia del difunto y manifiesta al criado que le abre la puerta que va á saludar á la familia de su amigo D. Fulano (aquí el nombre del muerto) en el día de su primer aniversario.

De cien casas, le reciben en treinta; con la cara más compungida que le es posible, manifiesta su dolor y añade que ha oído una misa por el eterno descanso del alma de su amigo.

La familia se conmueve, y si está ya consolada, como sucede en muchos casos, por el bien parecer simula que se afecta.

Entonces Sebastián les manifiesta que hasta por egoísmo ha sentido la pérdida de su amigo Fulano, que le socorría con frecuencia, y que precisamente hace siete días que está pasando las mayores escaseces.

La familia, que considera que Sebastián viene de oir una misa al difunto, y á quien esto conmueve, ó debe conmover, acaba por entregarle un socorro que oscila entre dos y cinco duros.

Hay otro sablazo combinado con Bailly-Bailliere. Se divide Madrid por calles y se toman 365 notas con diez nombres propios cada una, de forma que al que se ataca en 1.° de enero de 1903, no se le vuelve á atacar hasta igual fecha de 1904, con lo cual se asegura el éxito por la novedad (esta frase es de Sebastián, que forma su nota de la siguiente manera):

DÍA 8 DE NOVIEMBRE DE 1903

Calle del Carmen

D. Pascual López, abogado, n.° 17.
D. Juan Fernández, rentista, n.° 15.
D. Pedro Gómez, propietario, n.° 21.
D. Juan González, comerciante, n.° 17.
D. Elías Hernández, empleado, n.° 7.
D. Antonio Blanco, propietario, n.° 9.
D. Lesmes Berzosa, diputado, n.° 14.
D. Juan Hernández, gentilhombre, n.° 7.
D. Enrique García, brigadier retirado, n.° 11.
D. Lucas Medrano, banquero, n.° 9.

Suplentes.—D. Fulano y D. Fulano, hasta cinco, para que, en caso de inutilizarse alguno de los de tanda, queden los diez útiles, que uno con otro, cuando menos, produce veinte reales en junto.

El sablazo combinado no es oral, es escrito, y produce un gasto de capital inicial de algunos sobres, porque hay que llevarlos puestos para todos (la carta se aprovecha la misma), porque generalmente la devuelven, cuando no dan limosna, con un recado concebido poco más ó menos en estos términos: «Que lo siente mucho, pero que el señor tiene muchas atenciones.»

Cierto que todo esto produce á Sebastián muchos pasos y muchas subidas de escaleras; pero en cambio, por este solo concepto de sablista tiene una renta de cerca de dos duros, almuerza en el café de las Columnas, come en la Lealtad, va á los toros y hasta asiste y aplaude en el teatro Eslava.

***

Como corredor de negocios, sirve de hombre bueno en los juicios, porque tiene su cédula de vecindad muy corriente, busca substitutos para Ultramar, interviene en préstamos á los militares, reempeña papeletas del Monte de Piedad, propone la venta de trigo contra el talón de embarque, es depositario en los embargos de menor cuantía y toma café en el Oriental.

Como gancho, profesión que, al decir de Sebastián, va perdiendo mucho en estos tiempos, ha hecho muy buenos negocios, y aún hace todavía algunos; espía en los hoteles á los provincianos y se dirige á ellos después de algunas generalidades, manifestándoles que en una reunión de amigos pasan el rato, que van muchas personas decentes, dos brigadieres y un diputado.

Cuando logra acarrear á la víctima, después de pedirle perdón por subir delante la escalera, llama con los nudillos de la mano derecha (nunca con la campanilla) en la puerta de la habitación y presenta al provinciano al portero de aquella reunión de amigos, manifestándole que puede dejarle entrar siempre que venga, por tratarse de una persona decente.

El invitado entra en una sala que, á pesar de ser las tres de la tarde, tiene cerradas las maderas y el gas encendido; alrededor de una mesa, cubierta con el indispensable tapete verde, hay varios puntos que juegan de verdad y otros que están para dar animación al cuadro, pagados por la *casa* y que en el lenguaje clásico de los tahures se llaman *figuretas.* Juegan al monte, y en aquel momento se comienza un nuevo burlote.

—Casa, dice el banquero tomando cuatro duros del montón de la banca y entregándoselos á un dependiente.

Mientras baraja, un puro que está fumando lo deja apoyado por la parte encendida sobre un duro de los muchos que hay en la banca, con el objeto de que el tapete no se queme. Principia á tallar, y Sebastián, viéndole solo, se coloca enfrente para ayudarle y pagar, y nuestro provinciano, á quien para llamar de algún modo llamaremos D. Homobono, al ver á su amigo en aquella faena, apunta cuatro duros á una sota, que con efecto pierde á las tres cartas.

La presentación de D. Homobono y de varios como D. Homobono en aquella reunión de amigos produce á Sebastián algunas pesetas, y además, y en su condición de gancho, cobra algunas veces como *figureta,* aconseja á los puntos indecisos, manifestándoles el lado que se viene dando, lo que cuando ganan también le produce algunos cuartos y varios sofiones cuando pierden; sirve de testigo y para establecer jurisprudencia cuando hay duda sobre alguna postura ó se levanta un muerto, y, en una palabra, explota la torpeza, la caridad y los vicios de los hombres.

Algunas veces, al recorrer los últimos peldaños de la escala de la degradación, explota también las mujeres; entonces cambia de aspecto: se afeita el bigote y se peina á la sevillana.

Sebastián es un espíritu fuerte: no cree en los milagros, y sin embargo, vive de ellos.

JUAN VALERO DE TORNOS.



ESTATUA DEL PAPA LEÓN XIII DESTINADA AL MONUMENTO FUNERARIO DE LA BASÍLICA DE SAN JUAN DE LETRÁN, DE ROMA, MODELADA POR EL ESCULTOR TADOLINI
(de fotografía remitida por Carlos Abeniakar)

Cumpliendo la voluntad del difunto papa LEÓN XIII de ser enterrado en la basílica romana de San Juan de Letrán, se ha terminado el monumento en donde han de ser enterrados sus restos mortales. La estatua, que tiene tres metros de altura, representa á Su Santidad en actitud de bendecir al pueblo, y está modelada con gran acierto, así en cuanto al parecido y á la expresión del rostro del sapientísimo y bondadoso LEÓN XIII como en los ropajes, tratados con gran amplitud. A los lados del sarcófago sobre el cual se alza la estatua, hay las figuras de San Francisco de Asís y de Santo Tomás de Aquino. La altura total del monumento es de nueve metros.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – La bahía de Camranh, posesión francesa, en donde ha hecho escala la escuadra rusa del almirante Rojestvensky dando con ello motivo á reclamaciones del gobierno del Japón (de fotografía)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La estancia de la escuadra rusa que manda el almirante Rojestvensky en la bahía de Camranh ha estado á punto de ocasionar un conflicto entre el Japón y Francia. Dicha bahía, que también se denomina de Camraigne, está situada en la costa de Anam, algo al Norte del cabo Padarán, y constituye una rada excelente de ocho kilómetros de largo por cuatro de ancho, en el centro de la cual hay lo que los marinos llaman una «hoya,» es decir, una concavidad natural de bastante profundidad para que puedan anclar en ella los mayores buques. La hoya de la bahía de Camranh tiene cuatro kilómetros de largo por dos de ancho y 10 metros de hondo.

Por si la escuadra rusa había permanecido en aquellas aguas francesas más tiempo del que las leyes de neutralidad consienten, la prensa japonesa acusó, en términos violentísimos, á Francia de haber violado aquellas leyes, y periódico de Tokío hubo que dijo que puesto que Francia se unía de una manera tan patente á Rusia, era llegada la hora de que el Japón pidiera á Inglaterra la cooperación que, según su tratado de alianza, debe prestarle en el caso de que intervenga en la guerra otra potencia en favor de su enemiga. Esta campaña de los diarios y la excitación de la opinión pública produjeron su efecto hasta cierto punto, puesto que el Mikado ordenó á su embajador en París, el Sr. Motono, que llamara la atención del ministro de Negocios Extranjeros señor Delcassé sobre la presencia de buques rusos delante de la bahía de Camranh; y aunque estas observaciones no han revestido el carácter agresivo que caracterizaba á los artículos de la prensa japonesa, no han dejado de revelar un estado de ánimo que la prensa francesa ha calificado de lamentable, tachando al propio tiempo de ligera la conducta del gobierno del Japón.

Los diarios de la vecina República han opuesto á los ataques de sus colegas nipones argumentos de bastante fuerza para demostrar que por parte de Francia no ha habido la menor violación de la neutralidad. Como se trata de un interesante problema de derecho internacional y como el incidente de ahora puede repetirse en otra ocasión cualquiera, creemos interesante reproducir algunos de dichos argumentos.

La permanencia de buques de guerra de un beligerante en aguas de un Estado neutral está sometida á ciertas condiciones, de las cuales la principal es la prohibición de proporcionar á aquéllos material de guerra ó carbón; pues bien, ni en Djibouti, ni en Madagascar, ni en Camranh, ha facilitado Francia material de guerra ni carbón á los barcos rusos.

Otra de las condiciones relativas á la permanencia de un beligerante en las aguas de un Estado neutral es que si se autoriza esta permanencia á una de las partes no puede negarse á la otra igual autorización; ahora bien, á mediados de marzo, dos cruceros japoneses entraron en una de las bahías de la Indo-China y en ella permanecieron todo el tiempo que tuvieron por conveniente. Por tanto, el mismo derecho corresponde ahora á los rusos.

Finalmente, la cuestión de las aguas territoriales no ha sido hasta ahora resuelta por ningún convenio internacional, y por ende, cada Estado puede aplicar en esta materia sus propias disposiciones y reglamentos. Según las disposiciones que rigen en Francia y según sus propias declaraciones de neutralidad, la permanencia de buques beligerantes en aguas francesas no está sujeta á ningún límite mientras esos buques no vayan acompañados de alguna presa: la ley que limita á veinticuatro horas la hospitalidad que puede ofrecer un puerto neutral á una flota beligerante no es una ley internacional, como equivocadamente han supuesto algunos; Inglaterra y algunas otras naciones la han adoptado, pero Francia no, y por consiguiente los beligerantes pueden permanecer en aguas francesas todo el tiempo que quieran, dependiendo sólo de su buen tacto y de su prudencia el no prolongar demasiado esa permanencia.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Mapa de la bahía de Camranh, depósito de carbón situado en el camino directo de Singapoore á Hong-Kong.

Por otra parte, dicen algunos periódicos franceses: «¿Y son los japoneses los que nos acusan de haber violado las leyes de neutralidad, ellos, que no vacilaron en atacar, al comienzo de las hostilidades, en el puerto coreano de Chemulpo á dos buques rusos, y posteriormente á un torpedero de la misma nacionalidad en el puerto chino de Che-Fu?»

Puesta la cuestión en este terreno, habría podido originar un conflicto de difícil solución, si las potencias directa y aun indirectamente interesadas hubiesen continuado por el camino de las discusiones violentas, de las acusaciones y de las reclamaciones; pero afortunadamente el buen sentido y la prudencia se han impuesto á todos.

La siguiente declaración publicada por el ministerio de Negocios Extranjeros de Tokio resume y resuelve el conflicto iniciado:

«El gobierno francés, al saber que la escuadra del Báltico había llegado á la bahía de Camranh, dió al gobernador de la Indo-China instrucciones para que hiciera cumplir las reglas de la neutralidad francesa. Posteriormente el gobierno japonés dirigió una protesta al gobierno francés y éste envió nuevas instrucciones especiales al gobernador, á fin de que las transmitiera á los rusos, invitándoles á abandonar las aguas territoriales francesas lo más pronto posible. El gobernador respondió por telegrama que había tomado todas las medidas necesarias conforme á las instrucciones recibidas. Al mismo tiempo se dirigía al gobierno ruso pidiéndole que enviara instrucciones al almirante Rojestvensky para que abandonara las aguas territoriales francesas. El gobierno ruso respondió que había enviado ya instrucciones en este sentido. El gobierno francés ha dado la seguridad de que ha adoptado y adoptará en lo sucesivo todas las medidas necesarias para que la neutralidad sea rigurosamente respetada.»

Las operaciones en la Mandchuria continúan encalmadas; los japoneses han hecho, sin embargo, algunos progresos, habiéndose apoderado de la población de Tong-Kuasián, situada en plena región montañosa, en el camino que conduce del valle del Kun-Ho al del Yalú, á 200 kilómetros al Este de Mukden, 260 al Norte de Kirín y 580 al Oeste de Vladivostok.

El gobierno ruso prosigue sin descanso la reconstitución de sus ejércitos en la Mandchuria. Después de la batalla de Mukden, han llegado allí las brigadas 3.ª y 4.ª de cazadores de Europa y el 4.º cuerpo de ejército procedente de Minsk, ó sea un total de 48 batallones y 146 piezas de artillería; y á fines de abril habrán llegado además seis baterías de montaña (48 cañones) y el resto de la 10.ª división de caballería (18 sotnias).

Cuando haya recibido estos refuerzos, el general Linievitch dispondrá de 225 escuadrones, 420 batallones y 200 baterías. Si todas estas unidades estuvieran completas, los ejércitos rusos, sin contar la 8.ª división que guarnece Vladivostok y las fuerzas destinadas á la vigilancia del ferrocarril, tendrían un efectivo de 600.000 hombres, de ellos 500.000 combatientes.

Con el fin de que así resulte, el gobierno ruso ha decidido interrumpir hasta nueva orden el envío de nuevas unidades y reconstituir, en cambio, en pie de guerra todas las formaciones que en la actualidad se encuentran en el Extremo Oriente. A este efecto se propone utilizar, de una parte, los depósitos que han sido movilizados durante la campaña y están formados por reservistas, y por otra las tropas activas que aún no han intervenido en la guerra. Gracias al elevadísimo contingente anual, Rusia dispone de recursos considerables: cuando empezaron las hostilidades, el ejército permanente se componía de 1.100.000 soldados, á los cuales podían añadirse 2.900.000 reservistas instruídos. De modo que si la situación interior del imperio no se agrava, Rusia posee medios para proporcionar continuamente á los cuerpos en operaciones los diferentes complementos que puedan necesitar.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Sitio de Puerto-Arthur. Muertos en cumplimiento del deber (de fotografía)

Al pie de uno de los formidables cañones de sitio que los japoneses tenían instalados en los alrededores de Puerto-Arthur, se ven los cadáveres de dos artilleros; sus compañeros los contemplan con el respeto y la admiración que inspiran todos los que, cumpliendo uno de los más sagrados deberes, han dado su vida por la patria



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Prisioneros rusos después de la batalla de Mukden (de fotografía)

La batalla de Mukden ha sido la más sangrienta de la actual guerra: los rusos tuvieron en ella más de 100.000 bajas, entre ellas cerca de 50.000 prisioneros. La fotografía que reproducimos representa á estos prisioneros dirigiéndose hacia el Sur, para ser conducidos al Japón



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Cañón ruso capturado por los japoneses en Mukden (de fotografía)

El día 10 de marzo último los rusos evacuaron la ciudad de Mukden, no sin antes haber retirado la artillería, víveres y municiones que pudieron llevarse consigo é inutilizando lo demás. Algunos cañones de grueso calibre quedaron, sin embargo, en la plaza y de ellos se apoderaron los japoneses. Una de estas piezas es la que esta fotografía reproduce y al pie de la cual se ven todavía los cadáveres de dos soldados.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Una representación teatral japonesa en Puerto-Arthur, después de la capitulación (de fotografía)

Los japoneses celebraron la toma de Puerto-Arthur con varios festejos, tales como mascaradas, volatines y representaciones teatrales, que hicieron las delicias del ejército vencedor. Bien merecían estas expansiones los que durante tantos meses padecieron toda suerte de privaciones y soportaron las mayores fatigas, sólo comparables con el heroísmo de los que defendieron hasta el último momento la plaza con un valor y una tenacidad de que hay pocos ejemplos en la historia.

VIAJE DE LOS REYES DE INGLATERRA Á ARGELIA

Como respuesta al viaje de Guillermo II de Alemania á Tánger debe considerarse el de Eduardo VII de Inglaterra á Argelia; ypara que de ello no pudiera caber la menor duda, el monarca inglés, al despedirse de las autoridades argelinas, pronunció las siguientes palabras: «Mi sobrino pasó dos horas en Tánger; pero yo he permanecido ocho días en Argelia, ó sea en Francia, y he quedado sumamente satisfecho,» frase que dicha por un soberano y en las circunstancias actuales tiene verdadera importancia.



VIAJE DEL REY EDUARDO VII DE INGLATERA Á ARGELIA. – El rey recibiendo á la reina Alejandra en el desembarcadero de Argel, acompañado del cónsul inglés mister Drummond-Hay y de la colonia británica (de fotografía de «Express-Photo-Reportage»)

El 16 al mediodía, llegó el yate real inglés *Victoria and Albert* al puerto de Argel, acompañado de los buques de guerra *Suffolk* y *Aboukir*, y poco después desembarcó Eduardo VII en el Almirantazgo, dirigiéndose, en unión del príncipe de Dinamarca, su yerno, y del comandante de su yate, al palacio Mustafá, en donde le esperaba el gobernador. A las cinco regresó S. M. á bordo.

A las once y media del 17 desembarcaron el rey y la reina; visitaron la mezquita del morabito Sidi-Abd-Erramán y la exposición de arte musulmán organizada en la Mederra y almorzaron en el palacio de verano, invitados por el gobernador general de Argelia M. Jonnart. El almuerzo se celebró en el gran salón de fiestas, que estaba adornado con flores, follaje y tapices, y á él asistieron cuarenta y un comensales. El rey entregó al gobernador el gran cordón de la orden real de Victoria y por la tarde toda la familia real paseó en automóviles por la llanura de Mitidja.



VIAJE DEL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA Á ARGELIA. – El rey visitando la célebre mezquita de Sidi-Abd-Erramán, en donde sólo pueden entrar los musulmanes (De fotografía de «Express-Photo-Reportage.»)

El 18 por la mañana, los soberanos ingleses acompañados por el gobernador, hicieron una expedición á Blida, y presenciaron, después del almuerzo, una fantasía militar. La lluvia les impidió visitar los desfiladeros de Chiffa, como tenían proyectado, y á las seis estaban de vuelta en Argel.

La mañana del 19 la pasaron los reyes de Inglaterra en su yate y por la tarde visitaron las curiosidades de Argel y recorrieron en automóvil los alrededores de la población, regresando á las siete á bordo, en donde estaba invitado á comer el gobernador general: al terminar la comida, el rey y el gobernador cambiaron afectuosos brindis. Por la noche hubo en la ciudad grandes iluminaciones.

En la madrugada del 20 levó anclas el *Victoria and Albert*, que al mediodía llegaba á Bougie. Los soberanos desembarcaron á las dos de la tarde, siendo recibidos por el alcalde y el subprefecto, visitaron la población y se dirigieron en coche al pintoresco lago situado en el camino de Setif. A las cinco volvieron al yate.

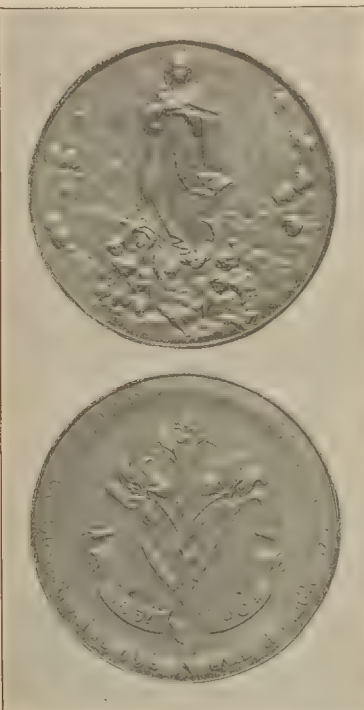
En la tarde del 21 realizaron la excursión á los desfiladeros de la Muerte, acompañados por M. Jonnart. Los expedicionarios ocuparon cinco automóviles y despues de un pequeño alto en Ued-Marca, llegaron á los famosos desfiladeros, en donde se había organizado en su honor una fantasía militar que ejecutaron 200 moros de las tribus vecinas. A las siete estaban de regreso en Bougie, embarcándose en el yate real, que á la madrugada siguiente salió para Philippeville.

El 22 por la mañana llegaron los soberanos ingleses á Philippeville, siendo allí recibidos por el gobernador general y por el alcalde y dirigiéndose inmediatamente á la magnífica propiedad Chateau-Landon, del conde de Ganay, en donde permanecieron una hora, y al valle de Damremont, regresando á las cinco y media á aquella población.

A las dos de la tarde del 23 los reyes de Inglaterra llegaron á Constantina, siendo allí recibidos por las autoridades y por una muchedumbre enorme de árabes y europeos que les dispensó una entusiasta acogida. En seguida se dirigieron á la vasta planicie de Mansurah, en donde se celebró una pintoresca fiesta militar indígena, en la que tomaron parte 800 jinetes. Terminada la fiesta, regresaron los soberanos y su séquito á Constantina, visitando los barrios militares de la Casbah y el hermoso palacio de los antiguos beys de Constantina. A las cinco y media tomaron el tren que los condujo nuevamente á Philippeville.

El 24 el yate de los soberanos ingleses abandonó las aguas de Argelia haciendo rumbo á Córcega, con lo que ha terminado ese viaje que ha hecho más evidente la unión de Francia é Inglaterra en cuanto se relaciona con los problemas internacionales del Norte de Africa. – S.

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – 50.º ANIVERSARIO DE LA DEFINICIÓN DEL DOGMA DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN



Anverso y reverso de la medalla conmemorativa acuñada por la Fábrica Nacional de Medallas de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires

En distintas ocasiones hemos elogiado como se merecen las obras salidas de los talleres de la acreditada Fábrica Nacional de Medallas que en Buenos Aires dirigen los Sres. Bellagamba y Rossi. La medalla que reproducimos y que ha sido acuñada con motivo del 50.º aniversario de la definición del dogma de la Purísima Concepción, es digna de figurar entre los buenos trabajos de este género, así por la corrección del dibujo y del modelado del anverso como por el buen gusto y sencillez del reverso.

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – Un artista de valía, que ha demostrado repetidas veces su indiscutible competencia, Eliseo Meifren, tiene hoy el privilegio de llamar justamente la atención de los aficionados y de los inteligentes. Establecido en Madrid, ha querido, sin duda, demostrar que alejado temporalmente de nuestra ciudad, guarda para ella cariñoso recuerdo y le reserva el resultado de su habilidad y de sus aptitudes. Los cuadros que constituyen su exhibición cubren por completo los paramentos del Salón Parés, y grato es para nosotros consignar que la calidad guarda perfecta relación con la cantidad. Así sus paisajes acuáticos como los estudios de interior honran al artista y pregonan su maestría y su portentosa producción. Meifren merece como artista consideración y simpatía, y nosotros que hace años nos contamos entre el número de sus amigos y admiradores, no le escaseamos los aplausos, con mayor motivo cuando hoy es digno de plácemes.

En el propio local figura un hermoso lienzo representando *La Anunciación*, obra del distinguido pintor José M.ª Tamburini, delicadamente concebido y galanamente ejecutado, demostrando una vez más su competencia para obtener de la paleta esas tonalidades que tanto contribuyen al encanto de composiciones que, como á la que nos referimos, sintetizan una creencia y expresan un símbolo, que enaltecen y dignifican.

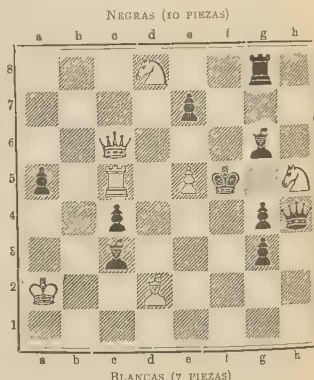
– Los hermanos Julio y Ramón Borrell, dignos discípulos del respetable maestro D. Pedro, han organizado á su vez en su estudio de la calle de Aragón una exhibición de varias obras, cuadros al óleo, pinturas al pastel y dibujos, dignos también de encomio, entre los que hemos de citar algunos lienzos inspirados en asuntos del *Quijote*, la plaza mercado de un pueblo de la alta montaña de Cataluña, brillantes de luz y de color, y un cuadro de carácter religioso, tan hondamente sentido como inteligentemente interpretado.

– En el *Salón Robira* figura otro lienzo de costumbres valencianas del maestro Agrassot, que avalora la serie de los que han reportado celebridad á nuestro amigo y excelente artista y contribuyen á que se admire cuanto retrata el modo de ser de aquella encantadora y privilegiada región.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 384, POR Z. MACH.

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 383, POR C. BAYER.

Blancas	Negras.
1. Ad1–h5	1. Rd3–e4
2. Ah5–g4	2. Re4–d3
3. Ag4–d1	3. Rd3–e4
4. Ad1–c2 mate.	



—¡Ah!, gimió Berta ocultando la cara con la mano...

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET. — ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Berta los encontró aquella tarde ocupados, él en su huerta y ella en jabonar, mientras Claudio jugaba con un perrazo que se dejaba complacientemente hacer mil diabluras.

Las risas del muchacho, sus cabellos rubios confundidos con el pelo leonado del animal, la docilidad de éste y la agilidad de su inocente atormentador formaban un cuadro de intimidad doméstica que contrastaba cruelmente con la escena de que ella había sido protagonista el día antes. El abrazo que le dió su hijo, la alegría que respiraban sus ojos azules y que expresaban sus gritos le causaron una honda melancolía que no tardó en trocarse en una intensa emoción cuando la Bonnet le dijo en el tono de una persona que no puede contener la curiosidad:

—Claudio ha estado hoy muy mimado. Esta mañana vino á verle un amigo de la señora.

—¿Un amigo?..

—Un tal Sr. Chambault..., dijo el marido.

El rubor que asomó á las mejillas de la joven acabó de persuadir á aquella gente de que habían pensado bien. El visitante era el padre.

—Nos ha dicho su nombre, continuó Bonnet, y que venía de parte de la señora de Planat. No hemos creído que debíamos negarnos á que diese un beso al niño.

—Y bien le ha besado, añadió la mujer. Mucho le quiere, porque tenía los ojos llenos de lágrimas...

¿Luciano había querido ver al niño? ¿Le había hablado? ¿Lo había besado? ¡Era aquel un hecho tan extraordinario y tan absolutamente imprevisto!..

Berta no tuvo fuerza ni para sentir el alivio de su atroz inquietud, tanto fué su estupor ante aquella noticia.

La manera que tenían los Bonnet de espiar en su cara el efecto de aquellas palabras, le devolvió la energía necesaria para disimular su alteración, pues no podía soportar la idea de que el más mínimo secreto de su vida fuese objeto de las conversaciones de aquella gente. Y sin embargo no eran unos explotadores; pero en su actitud se veía siempre, y en aquel momento más que nunca, ese aire de semicomplicidad tan característico de los servidores acostumbrados á respetar los vicios de los amos. Aun en aquel momento de emoción intensa, la madre sintió la impresión de aquella actitud que tan penosa le había hecho con frecuencia la necesidad de educar á su hijo de aquel modo; pero no podía elegir entre aquella y otra situación.

Tuvo, pues, valor para responder que el señor Chambault era, en efecto, uno de sus amigos y que habían hecho bien en dejarle ver al niño. Después les habló de su viaje posible y de la fecha en que en tal caso les pediría el pequeño.

Al hablar de ese viaje después de lo que acababa de saber, Berta, la doctrinaria de las sinceridades intransigentes, sabía bien que no era verídica. Mantenía ante su orgullo la resolución de rompimiento definitivo, pero la mantenía sin creer en ella, pues una voz interior, á la que no mandaba ya callar, le decía que los sentimientos de Luciano respecto de ella no eran los que había creído.

Ni ella podía dejarle así después de saber aquella visita, ni él la dejaría marcharse sin haberla visto y hablado. El haber ido á buscar á aquel niño, cuya existencia le había arrancado un grito de agonía, y el haberle acariciado con lágrimas, significaba un cambio en el corazón de Luciano que ya debía haberle impulsado hacia ella.

Estaba segura de que á su regreso á París, Luciano habría tratado de verla nuevamente y de que le habría escrito; y también á ella el anuncio de aquella visita le había devuelto la vida. No tenía ya más que un pensamiento, llegar á la calle Rollin, ver á Luciano y explicarse con él, y tenía el convencimiento de que allí la esperaba una carta.

¿Dónde estaban ya sus heroicos proyectos de destierro?.. Pero ¿había en ella realmente contradicción? Aquel de quien quería huir era el amante ardiendo de celos, devorado de deseo y de rencor, lleno de odio en su pasión desesperada; no el enamorado capaz del movimiento de ternura que suponía aquel beso al hijo de otro. Pero luego abandonaba todos aquellos razonamientos y volvía á ser la mujer que desde hacía diez meses no había podido, á pesar de ver el abismo, apartarse del camino demasiado dulce que á él le conducía.

Cuando llegó á su casa á las ocho y vió en el cajón la carta esperada en vano aquella mañana, sintió que le sería imposible no hacer lo que aquella carta le pidiera, fuese lo que fuese.

Era una esquela que no contenía más que estas palabras: *Tengo que hablar con usted, Berta. Al ir mañana al hospital, vaya á las nueve á las Arenas, donde la esperaré. De lo que tengo que pedir á usted depende toda mi vida, y tiemblo. Su amigo:* L...

La plazoleta de las Arenas es por las mañanas uno de los rincones más solitarios de París y debe su nombre á unas gradas de circo romano descubiertas en unas excavaciones recientes, alrededor de las cuales se han formado praderas y plantado unos árboles al lado de la calle de Navarre. Berta tenía que recorrer muy poca distancia para ir desde su casa á la plazoleta, pero aquellos tres minutos le parecieron muy largos cuando, después de una noche de impresiones contradictorias, se dirigió á aquel rincón donde iba á representarse una escena nueva y decisiva del drama de su suerte.

Hasta entonces Berta había dirigido esta suerte con su voluntad, aun en sus relaciones con Meján; había podido engañarse lamentablemente, pero no había sido arrastrada. En aquel momento, en cambio, iba como empujada y anegada en una ola de pasión que no le permitía ver claro. Era el desquite en ella de la mujer sobre la feminista, de la joven sobre la estudiante, de la criatura impulsiva y tierna, incierta é incompleta, que necesita el apoyo viril, sobre la orgullosa razonadora que había pretendido tenérselas tiesas contra la sociedad por la única fuerza del acto individual.

Cuando vió á Luciano paseándose delante de la verja del jardinillo, la flojedad de sus piernas le hizo creer que no podría dar los pocos pasos que le faltaban para llegar á él... Pero Luciano la había visto y salía á su encuentro.

En su manera de saludarla, en su voz, en su mirada, conoció con un enternecimiento que ya por sí solo era una felicidad, que el joven no temblaba menos que ella, y sobre todo, que no había cambiado. El que estaba delante de ella no era el amante desesperado por su confesión, ni el hombre en delirio arrodillado al lado del canapé y cuyos besos, casi brutales, le habían dado miedo. Era el amigo de aquellos diez meses, con su ferviente respeto y temblorosa reserva; mostraba en el semblante la huella de la lucha que había sostenido en aquellos dos días, y su palidez, el brillo de sus ojos, los azulados círculos de sus párpados, revelaban que también él había pasado horas de fiebre y de insomnio.

La idea de huir para siempre ó del trágico desenlace temido por Berta, había, sin duda, atravesado por aquella frente, en la que se veía entonces una extraña serenidad. Evidentemente, el joven sabía lo que quería y lo quería después de uno de esos exámenes de conciencia en los que el ser se recoge por entero para no retroceder.

¿Qué quería?.. La importancia de lo que iban á

decirse era tan grande, que ambos se recogieron y se callaron como por instinto y se dirigieron juntos hacia un banco casi oculto entre los arbustos, en los que apuntaban vagamente los botones de las primeras hojas.

El cielo cubierto y velado de los días anteriores habíase despojado de sus nubes; la primavera reía ya en el azul dulce y pálido del firmamento; el sol brillaba en el boj reluciente de los senderos, y la brisa ligera, casi tibia, circulaba por entre las copas de los pinos, cuyas ramas, siempre verdes, alternaban con la desnudez de los otros árboles que comenzaban á cubrirse de yemas. Aquella impresión del renacer de la naturaleza envolvía á los dos jóvenes, se apoderaba de ellos y templaba sus nervios demasiado vibrantes.

Muchas veces habían ido allí á tener aquellas discusiones de abstrusa filosofía con que trataban de engañar los irresistibles impulsos del corazón. ¡Qué lejos estaba aquel pasado, para Berta, sobre todo, que no era ya más que una enamorada pendiente del deseo y de la voluntad del hombre amado!..

Luciano, en cambio, seguía siendo, en aquella crisis de pasión, el intelectual acostumbrado á sistematizar sus sentimientos y sus actos. Esos caracteres que debieran estar preservados de ciertos impulsos, son capaces de los más extraordinarios rasgos románticos cuando sus teorías concuerdan con los movimientos irreflexivos de su instinto y se dan razones sublimes para obedecer á sus deseos.

—Ayer estuvo usted en Moret, Luciano, dijo Berta rompiendo aquel silencio cargado de promesas. Lo he sabido porque estuve allí después...

He querido conocer á su hijo de usted. Quería imponerme esa prueba antes de que nos viéramos... Sí, añadió al ver que la joven fijaba en él una mirada interrogadora, cuando se prepara uno á contraer un compromiso debe saber si tendrá fuerza para cumplirlo... He visto demasiado hasta qué punto puedo ser débil...

Y á su vez clavó sus ojos en Berta, que se estremeció. Aquellas palabras enigmáticas acababan de despertar en ella una idea que apenas había rozado por su mente desde el comienzo de sus relaciones; pero no recogió más que la alusión á la terrible escena de la antevíspera, tanto daño le había hecho aquel simple recuerdo.

—No se arrepienta usted de nada, dijo. La culpa fué mía por no haber hablado antes.

—¡Querida amiga!.., exclamó el joven cogiéndole la mano; ha tenido usted miedo de hacerme sufrir... Escuche usted... Lo que tengo que decirle, ¡es tan grave para mí y también para usted, puesto que me ama!.. Porque usted me ama, lo sé, lo creo. Y yo tengo que repetir con toda reflexión y en plena posesión de mí mismo lo que le declaré en un instante de verdadera demencia; que también la amo, Berta, exclusiva y apasionadamente. Lo sé hace mucho tiempo, pero sólo anteayer supe con qué profundidad, primero mientras usted me hablaba, y después durante las horas que he pasado en examinar todos sus actos y todas sus palabras y en desentrañar todo su sentido. Una á una las he pesado; y no ha habido uno solo de sus sentimientos, una sola de sus ideas, uno solo de sus actos, que yo no haya discutido como si se tratase de otra persona que no fuese usted y á la luz que no engaña, que es la de la conciencia... Y después de este examen, me he encontrado con que nunca había querido ni estimado á usted tanto. Tenía usted razón cuando me decía que no debía juzgarla sin antes haberla oído. Sí, la he oído y sé que nunca ha cesado usted de ser la mujer cuya nobleza de alma y cuya elevación de ideas he admirado tanto; que es usted digna de todos los respetos debidos á una criatura humana que nunca ha dejado de respetarse á sí misma. Si en un momento de aberración hablé de otro modo que ahora, pido á usted que me perdone. Estaba loco. No veía y ahora veo. No comprendía y ahora comprendo. Me ha hecho usted mirar bien de frente ese problema del matrimonio en el cual nunca había pensado; qué quiere usted, los espíritus más libres tienen, á pesar suyo, estas rutinas. Pero ahora me he preguntado en qué consistía esencialmente el matrimonio, y no he encontrado más que una respuesta, la de usted: el matrimonio es un compromiso entre una conciencia de hombre y una conciencia de mujer. He deducido que al contraer ese compromiso hace cinco años sin ninguna garantía, pero con absoluta buena fe, se conformó usted con las reglas de la Ética eterna. Quería decir á usted esto: que la respeto y la estimo tanto como la amo... ¿Me cree usted?

—Creo que ha visto usted cuán sincera he sido y creo que es usted muy bueno. ¡Había renunciado tan completamente á ser juzgada desde mi punto de vista! ¡Estaba tan acostumbrada á considerarme sola de corazón y de inteligencia!.. Esto me hace cambiar demasiado..., añadió con una sonrisa que era casi de sufrimiento. Me será dulce acostumbrarme, pues he sido muy desgraciada viendo que mi buena fe sólo servía para que se me juzgase mal. En este momento me considero pagada y con usura...

—¡No!.., dijo Luciano vivamente. No está usted pagada, y *es preciso* que lo esté usted. *Es preciso* que otros sepan lo que yo sé y piensen lo que yo pienso... Oiga usted, Berta, lo que voy á pedirle parecerá á usted extraño después de mis palabras de hace un momento. Pensando lo que ahora pienso del matrimonio, la lógica exigiría que viniese á decirle: Somos libres. ¿Quiere usted consentir en este cambio de dos promesas en nombre de dos conciencias y fundar conmigo el hogar como los dos le concebimos? Este es mi más ardiente deseo, pero no es completo. Quiero otra cosa. Aun viviendo juntos para siempre, me faltaría haber reparado públicamente la injusticia de que ha sido usted víctima y no le habría dado la prueba de estimación que merece. Sólo se la daré el día en que salgamos de la alcaldía, del brazo, usted llevando mi nombre y yo teniendo derecho á protegerla. En nuestra sociedad, un hombre que casa con una mujer declara á todos que tiene fe en ella y que no permite que se dude de su virtud. No me rehusará usted esta satisfacción, Berta, y aceptará el ser mi esposa ante la ley... He hecho venir á usted aquí para hacerle esta petición. Está hecha. Ahora, espero su respuesta.

Berta le había escuchado anhelosa, y al oir las últimas palabras palideció tan profundamente que el joven creyó que iba á desmayarse como la antevíspera y quiso sostenerla. Ella le rechazó suavemente.

—¡Ser su esposa!, exclamó. ¿Me pide usted que sea su esposa?.. ¡Ah! ¡Cuánto me ama usted! ¡Cuán to bien me ha hecho el oirle!.. ¡Qué bálsamo para mi herida!.. Pero no, Luciano, yo no puedo casarme con usted. Es imposible. Hay un obstáculo para esta unión, mi hijo.

—Seremos dos para quererle, respondió Luciano. He querido saber si tendría valor para ello y ayer vi que sí le tendré. Su hijo de usted no es un obstáculo, sino una razón para que acepte usted mi ofrecimiento. Ese niño necesita un protector, un guía..., un padre, y yo lo seré para él...

—¡Ah!, gimió Berta ocultándose la cara con la mano, me tienta usted demasiado... ¡Me ofrece usted la felicidad!.. Pero es un sueño... No es por mí, no es por mi hijo por lo que no debo casarme con usted, sino por usted mismo. El modo que tuvo usted de apreciar mi historia prueba cómo juzga la sociedad á la mujer que se encuentra en mi caso. Su amor de usted, su sentido de la justicia y su alta inteligencia han triunfado de esa impresión, pero el mundo no tendrá para mí tal parcialidad; no la ha tenido, puesto que me ha condenado ya por boca de mi tío, del Sr. André y de su padrastro; y su reprobación caería sobre usted por haberme dado su nombre. Vería usted surgir delante de sí todas las dificultades que encuentra un hombre que se ha casado mal.. Hay miserias que se afrontan, que se desprecian fácilmente cuando de uno mismo se trata; pero que no nos perdonamos de hacerlas sufrir á otro. ¡Y sería para mí tan duro el ver á usted humillado por mi causa!..

—¿Es usted la que me habla así?.. ¿Usted, á la que siempre he conocido tan independiente y tan altiva? Si el mundo se vuelve contra nosotros, nos apoyaremos el uno en el otro y nos bastaremos. ¿Humillarme el mundo? ¿Á mí? Le desafío á que lo haga. Con nuestros recursos reunidos seremos independientes. Ya sabe usted que me siento cada vez más atraído por la Medicina. Me dedicaré á esos estudios; nos consagraremos juntos á la ciencia y nadie nos impedirá asistir á los enfermos ó trabajar en un laboratorio... No hay dificultades de carrera para un hombre que no quiere ni fortuna ni honores... No dé usted ese motivo á su indecisión, Berta, porque me ofendería... Además — se detuvo un segundo como si lo que iba á decir hiriera en él una fibra que manaba sangre y un relámpago de salvaje sufrimiento brilló en sus ojos—rehusar es querer que no nos volvamos á ver jamás... Sí, ó casarnos ó separarnos; ó mi esposa ó nada. ¿No comprende usted que su vida conmigo, para ser posible, tiene que ser una vida nueva?..

Luciano no dijo más. Mején acababa de aparecer entre ellos, y Berta tradujo en seguida esa última y obscura frase: *No quiero vivir con usted como vivió el otro.*

Aquel repentino é inesperado recuerdo del odioso pasado les fué tan penoso, que se quedaron unos minutos sin hablar; él conmovido por lo que acababa de decir, y ella vencida al verle sufrir y sintiendo ceder su resistencia ante la apasionada abnegación de su amigo.

A su alrededor seguía soplando la brisa de la mañana de marzo, cantaban los pájaros y el sol resplandecía en las Arenas. Los restos de la antigua Lutecia romana formaban un decorado casi solemne á aquella extraña discusión de dos hijos del siglo XX que no comprendían la muda lección que se desprendía para ellos de aquellos escombros aún visibles de una ciudad enterrada. De este modo las costumbres de los antepasados deben servir de base sólida y duradera á nuestros pasajeros destinos.

El hijo de la divorciada y la estudiante anarquista profesaban precisamente el principio contrario. Y, sin embargo, la realidad, esa gran enderezadora de sofismas que no adapta sus leyes eternas á nuestros razonamientos, obligaba á aquellas dos almas revolucionarias, en una hora de crisis, á buscar su punto de apoyo en un poco de vida tradicional, puesto que discutían un matrimonio conforme con las reglas del Código.

Luciano, sin darse cuenta de ello, quería este matrimonio para dar más estimación á su amor. Berta se lo agradecía infinitamente, como una burguesa que era, cuyas herencias de sangre habían sido paralizadas, pero no anuladas por una educación defectuosa. Cuando se volvió hacia su generoso amigo su corazón había ya cedido, pero hizo todavía una objeción:

—Usted habla como si no hubiera más que el mundo y yo. ¿Y su familia de usted? ¿Cómo quiere usted que me admita cuando sabe usted lo que su padrastro piensa de mí?

—¿Mi padrastro?.., respondió el joven con un acento en el que se revelaba todavía el rencor de la escena pasada. No, no creo que mi padrastro se oponga ahora á este matrimonio... En nuestro altercado no se ha tratado sólo de usted. En esos momentos salen cosas que habían estado guardadas en el corazón toda la vida, y después de lo que nos hemos dicho no seremos nunca lo que éramos el uno para el otro... Su mayor deseo debe de ser ya que yo viva fuera de su casa... Á pesar de esto, se opondría á mi casamiento si creyera de usted lo que ahora cree; pero le conozco, y cuando sepa de usted lo que yo sé la juzgará como yo la juzgo. He podido tener celos del lugar que ha tomado en el corazón de mi madre, pero siempre he venerado en él el carácter más recto y más incapaz de un abuso. Es de esos hombres que quieren dar á nuestra democracia una moral de acuerdo con la razón, y su principio absoluto es el de la justicia y el derecho de cada cual de hacer lo que le dicte su conciencia. Odia y desprecia como nadie las hipocresías mundanas. Es partidario de la igualdad de los sexos, y cree que las clases superiores deben apresurar, en vez de retardarla, la evolución de la familia, de la propiedad y de la patria. Digo á usted todo esto para que vea toda la amplitud de su modo de pensar. Odia la mentira, ¡y á usted le han mentido de una manera tan repugnante!, y la injusticia; y si alguien ha sido víctima de la injusticia, es usted. Admira á los que tienen el valor de sus opiniones, y ¿quién tiene este valor en mayor grado que usted?, y á los que buscan y quieren la verdad, y usted sólo por la verdad vive. No, no dudo de su respuesta, y lo que él diga lo dice mi madre... Si la ley me obliga á pedir el consentimiento de mi verdadero padre, único suficiente—¡qué ironía!,—ese consentimiento no significa nada para mí... Pero sí el otro, el de mi madre... Berta, si vuelvo después de haber hablado con ellos y de haber obtenido su aprobación, por haberles hecho comprender quién es usted y para qué quiero darle mi nombre, ¿me dirá usted aún que es imposible?, ¿se negará usted á ser mi esposa?..

—No, dijo Berta, no me negaré.

Y le miró con ojos en los que Luciano pudo leer el abandono de su alma entera. ¿Había comenzado realmente para la engañada joven la nueva vida de que había hablado Luciano? Después de tantos años de martirio íntimo y de feroz abdicación, Berta vislumbró la posibilidad de un porvenir libre al fin de la pesadilla que tanto la había atormentado.

Cuando salieron, instantes después, del jardinillo, la joven vió alejarse á Luciano, haciendo un ferviente voto por el éxito del paso que iba á dar. Ella fué la que se desprendió de los brazos de su amigo, diciéndole:

—Tenemos que separarnos, Luciano; es la hora del hospital y necesito un poco de calma después de tantas emociones. Nunca la he encontrado más que ciñéndome á mi tarea modesta y regularmente. Para mantenerme en equilibrio necesito hacer siempre lo mismo. Ya verá usted... Voy á ser una esposa muy monótona, pero muy feliz, dijo con una sonrisa que nunca le había visto Luciano.

—Y yo, respondió éste, tengo prisa por hablar con mi padrastro. La idea de que él y mi madre la juzgan

á usted mal me hace daño ahora. Creo que cada minuto de retraso es un crimen contra usted...

—¡Con tal de que le crean á usted!.., exclamó Berta con temor.

—Me creerán, afirmó el joven con la convicción de un devoto de amor que se siente con fuerza para disipar todas las dudas. En seguida iré á la calle Racine, y si no está usted allí, á su casa... Tenga usted confianza...

Y añadió estas palabras tan sencillas, pero que fueron para ella una caricia dulce hasta el punto de no poder resistirla:

—Adiós, mi adorada prometida...

IV

LA HERIDA ABIERTA

En aquella conversación, tan importante para el porvenir de su amor, Luciano no había contado á Berta el detalle de las febriles treinta y seis horas que había pasado discutiendo consigo mismo el proyecto de su matrimonio, ni por qué procedimiento casi brutal había suprimido toda intervención de sus padres en sus acciones.

No dudando que su madre estaba al corriente de todo, le horrorizaba tanto volver á verla á ella como á Darrás. Había alquilado un cuarto en un hotel cualquiera del barrio latino y enviado desde allí dos letras al criado de su casa que se ocupaba en su servicio, diciéndole que entregase al dador una maleta con ciertos efectos para un corto viaje.

Sabía que aquella orden sería comunicada á sus padres y que de este modo se tranquilizarían respecto de él.

El egoísmo del amor le había impedido pensar en la inquietud moral que debía de devorar á su madre.

Esta negligencia tenía además otra causa: el secreto despego que los segundos matrimonios crean entre el hijo del primero y el padre ó la madre que se han vuelto á casar.

Luciano no había nunca vivido con su madre en esa plena y entera intimidad que hace á dos seres tan presentes el uno al otro que casi se sienten sentir. Siempre había encontrado á Darrás entre ellos, y aun en la época en que creía querer más al marido de su madre, esa presencia de un testigo en todas sus efusiones le había hecho replegarse un poco. Entre la madre y el hijo se había establecido uno de esos estados de mala inteligencia muda, tanto más difíciles de disipar cuanto que son inconscientes. Si Luciano hubiese podido formular en términos concretos la impresión que en él producía el hogar materno, habría dicho: «Mi madre me quiere por añadidura. No le soy necesario,» pero se hubiera equivocado.

Sus veintitrés años, sombríos y apasionados, habían sufrido al tener que compartir un cariño que habían creído exclusivo; pero aun compartido, aquel cariño era muy intenso y á su madre le habían causado gran daño las muestras de su indiferencia, y su silencio en aquel momento había sido la peor de todas. Se recordará que había pasado la tarde en la mayor angustia, preguntándose dónde estaría Luciano. A las nueve de la noche, en el momento en que estaba pidiendo á Darrás que fuese á la Prefectura de policía para hacerle buscar, llegó la esquela de Luciano al criado.

—Quiero ir yo misma, dijo la madre. Ese mandadero me conducirá, veré á mi hijo, le hablaré y me le traeré.

—No harás tal, respondió Darrás.

Y, por primera vez en su matrimonio, añadió en tono imperativo:

—Te lo prohibo. Luciano acaba de faltarte gravemente al no escribirte, después de haberme faltado á mí. A él le toca venir.

Ya con más dulzura, siguió diciendo:

—Por otra parte, razona un poco. Como he previsto, debe de estar haciendo averiguaciones. El pedir la maleta indica que quiere ir á Moret ó acaso á Clermont. En este caso debe obrar solo. Ten el valor de esperar, querida amiga. Confieso que necesitas valor.

Gabriela obedeció, convencida de que mientras el hijo no hubiera visto claro, se expondría con un paso cualquiera á hacer su vuelta más difícil.

Ella misma eligió las ropas que había que meter en la maleta, y estos cuidados engañaron un momento su angustia, aumentada aún por aquellas palabras de su marido. Él, tan afectuoso de ordinario, había estado casi duro; pero ella no le acusaba, pues su irritación era legítima, vista la actitud de Luciano. Mas, de todos modos, lo cierto era que nunca le había hablado así.

Y sintiendo que la desgracia se cernía sobre ella, subió, como de costumbre cuando no salía, á hacer rezar á su hija la oración de la noche. Había pensado tranquilizarse con esto, y por el contrario, se vió acometida de aquella crisis de remordimiento religioso que pocas horas antes la había conducido á casa del padre Euvrard. Cuando Juana, arrodillada al pie de la cama, pronunció las palabras de la oración:

—Visita, Dios mío, esta morada, te lo suplico. *Visita, quæsumus, Domine, habitationem nostram.*

—No puede visitarla, había gemido por lo bajo la madre, puesto que es ultrajado en ella...

Esta dura fórmula que ahora recordaba, había sido empleada por el primer sacerdote á quien se dirigió y del que habló con tanto rencor al padre Euvrard. «Vive usted, le había dicho, con un hombre á quien llama su marido, cuando está usted realmente casada con otro. Es el peor adulterio, puesto que constituye al mismo tiempo un ultraje público á Dios...» Sí. ¡Con qué energía se había rebelado entonces y se rebelaba aún ahora contra aquel injusto anatema! El hecho de que en aquel momento recogiese para ella sola aquel anatema que le había parecido tan injusto, probaba que el gran trabajo de su conciencia acababa de ser activado de un modo sorprendente por aquellas horas de agonía maternal.



—Visita, Dios mío, esta morada, te lo suplico

La vaga y confusa aprensión de una amenaza suspendida sobre su culpable felicidad se había trazado en una visión espantosa de lo que el fraile había llamado la acción vengadora de Dios.

«Pero ese Dios que castiga, también perdona,» se dijo al día siguiente, después de una noche empleada en dar vueltas á esta idea: «¿Qué me va á suceder en mi hijo? El mismo padre Euvrard ha dicho que no pide más que perdonar, y que si es el Dios vengador, también es el Dios bueno. Le rogaré tanto, que me perdonará, ó, por lo menos, á Luciano, que no tiene culpa alguna...»

Y en un impulso de devoción expiatoria, se fué con su hija á oir una misa. Juana, desde que se aproximaba el día de su primera comunión había pedido varias veces que la llevaran á la iglesia por la mañana para asistir á los divinos oficios en unión de sus compañeras de catecismo, y siempre la había acompañado la señorita Schultze, pues la señora Darrás temía que su marido le hiciera alguna observación sobre la ausencia.

Cuando volvió de San Sulpicio encontró á Darrás que la estaba esperando para salir.

—¿Por qué no me has dicho que salías?, le preguntó. Tenía necesidad de hablarte.

—He llevado á Juana á misa.

—¿Á misa?. Si hoy no es domingo.

—Va con frecuencia durante la semana con las otras niñas de la primera comunión...

—¿Era indispensable que fuese?.. Te repito mi consejo de ayer. Puesto que la niña tiene alguna propensión al misticismo, no dejes que se multipliquen esas propensiones.

—¡Ah! Que tenga fe, mucha fe. Así estará mejor armada para las luchas de la vida..., respondió Gabriela.

Darrás se quedó mirándola con asombro y ella se ruborizó y esperó una pregunta que, por desgracia, no vino, pues en aquel momento la revelación de sus escrúpulos religiosos no hubieran tenido el carácter de trágica violencia que más tarde debía hacer más irreconciliable el conflicto entre los dos esposos.

Darrás pensó que la causa de aquel estado nervioso era sólo la preocupación del ausente, y dijo con sencillez:

—Quería decirte que voy ahora mismo á la calle Rollin. Quiero saber si Luciano se ha instalado en casa de esa muchacha. No lo creo; pero, si así fuese, habría que tomar una determinación. Si realmente está haciendo un viaje de averiguaciones, antes de veinticuatro horas estará aquí.

Gabriela había implorado tan apasionadamente en la iglesia la piedad de arriba, que quiso ver una señal de perdón en el silencio de su marido después de su imprudente exclamación. Después creyó reconocer otra en la noticia que trajo Darrás de que Luciano no se había instalado en casa de Berta; de modo que aquel segundo día habíalo pasado menos febrilmente que el anterior, á causa de esta ligera esperanza.

Una de las ilusiones más frecuentes en las almas que, como la suya, han perdido la costumbre de la disciplina cristiana, es pedir á la oración una eficacia inmediata y perpetuamente arbitraria, sin darse cuenta, aun en su más sincero impulso de arrepentimiento, de que ninguna súplica puede evitar ciertos dolores cuando éstos son una regresión al orden universal y necesario, al que el hombre no puede ser conducido sino por el castigo. ¡Es tan raro que vuelva á él por un arrepentimiento sin haber antes pasado por pruebas dolorosas!

Gabriela había continuado, sin embargo, muy intranquila y no había salido de casa en todo el día por si volvía Luciano. Sugestionada por las seguridades que le diera su marido, había considerado que la mañana del tercer día sería el momento decisivo, es decir, aquel en que el joven, conocedor de la verdad después de su visita á Moret y acaso también á Clermont, se arrojaría en los brazos y sobre el corazón de su madre. Júzguese, pues, de su emoción cuando, á eso de las once, su marido entró en su cuarto diciendo:

—Ahí está Luciano. Le he visto desde la ventana bajar de un coche. Cuando vuelve es que sabe la verdad. ¿Tenía yo razón?..

—¡Está ahí!, exclamó la madre juntando las manos. ¡Gracias, Dios mío!.. ¡Gracias á ti también, Alberto!..

Y abrazó á su marido. La incoherencia de sus sentimientos de católica y de esposa se manifestó en aquellas dos exclamaciones contradictorias.

En seguida dijo:

—Conviene que le vea yo antes y que él llore sobre mi corazón. Después te lo llevaré, y tú, que eres bueno, le perdonarás...

—No tengo nada que perdonarle, respondió el marido. Es desgraciado y es tu hijo. Que venga cuando quiera y que no me hable de nada. Nos daremos un abrazo y todo se habrá acabado. Yo no me acuerdo ya de nada...

—¡Ah! ¡Cuánto te quiero!.., dijo Gabriela.

Y añadió, trémula, cogiéndole una mano:

—Oye, oigo sus pasos. Déjame salir á su encuentro.

Empujó á su marido hacia el despacho y abrió la puerta del vestíbulo. Allí, en pie y apoyada en el dintel, fué donde la vió Luciano al subir la escalera.

El joven había confiado en que la explicación con su padrastro precedería á esta, pero al ver á su madre sosteniéndose apenas, inundada en lágrimas y pálida por la ansiedad de aquellos dos días, sintió que se le oprimía el corazón, se precipitó hacia ella y los dos se abrazaron con una ternura que por un momento borró todo lo demás.

Por primera vez desde hacía muchos años vió Luciano que su puesto permanecía intacto en el corazón de su madre á pesar del segundo matrimonio.

(Continuará)

Cómo se cogen las fieras, por Carlos Mayer

Si á cualquiera se le preguntara por qué ha elegido la profesión que tiene con preferencia á todas las demás, probablemente se vería muy apurado para contestar; yo sólo puedo decir que me dediqué á atrapar fieras porque me parecía que eso prometía una vida de aventuras, no exenta de placer ni de provecho. Desde que adopté esa manera de ganarme



Mr. Carlos Mayer, en traje de caza

la vida, hace diez y ocho años, la he puesto en práctica casi siempre en el archipiélago malayo, haciendo de cuando en cuando excursiones á la China, India, Siam y la América del Sur, y he de confesar que las aventuras han sido muchas y grande el placer, pero no siempre he hallado provecho.

A causa de las dificultades que ofrece esta caza y de los peligros personales que corre el cazador, resultan elevadísimos los precios de las fieras vivas. Los tigres valen de 1.250 á 2.500 pesetas; los leopardos de 1.250 á 2.000; los elefantes de 2.500 á 5.000; los rinocerontes y jirafas son los que más valen, pues se venden de 20.000 á 25.000 cada uno. Los leones no alcanzan buen precio en el mercado y nada valen en comparación con las demás fieras á causa de lo mucho que procrean en cautividad; tampoco se saca mucho dinero de los osos. Las culebras producen bastante cuando son grandes. La mayor que he tenido la suerte de coger fué un pitou de unos once metros de largo, que vendí en 5.000 pesetas.

Sólo una vez he tenido que luchar con una culebra y pude convencerme que no se exageran sus fuerzas. Medía unos ocho metros de largo y la tenía metida en su caja, en mi depósito de animales de Singapoore, esperando el vapor que había de llevarla á Europa. Era la caja de madera y la cubierta de fuertes listones muy juntos.

Entré una mañana en dicho depósito y me quedé de momento inmóvil de asombro. La culebra había forzado uno de los listones, á pesar de estar firmemente asegurados con grandes tornillos. Ya tenía fuera de la caja como unos 60 centímetros de su longitud, y movía pausadamente la cabeza á uno y otro lado, mientras iba sacando despacio el resto del cuerpo. Lancé un grito, llamando á mis criados indígenas y me abalancé á ella, cogiéndola por el cuello con ambas manos y haciendo toda la fuerza posible; pero la culebra me llevaba de un lado para otro, sin dejar de continuar echándose fuera. Mis dos criados acudieron corriendo, y mientras uno la agarraba también con ambas manos, el otro rompió uno de los restantes listones, y entre los tres, empleando todas nuestras fuerzas, le metimos otra vez la cabeza dentro de la caja por la abertura agrandada, no quedándole más remedio que volverse á meter toda dentro.

Hallábame una vez tratando de coger rinocerontes, cuando habiendo llegado á un sitio que parecía á propósito para ello, el criado indígena que siempre marchaba detrás de mí llevándome el rifle, lo dejó caer al suelo repentinamente, y seguido por los demás, echó á correr para encaramarse en los vecinos árboles. Los malayos son de los hombres más valientes que pueblan la tierra, y hacen frente, de día ó de noche, á cualquier animal que sea, exceptuando únicamente al *sladong* ó búfalo salvaje, y su temor está en verdad bien fundado, pues es la bestia más feroz que he conocido. Tiene desde los hombros una alzada de 1'60 metros, pesa una tonelada ó más y corre con la velocidad de un caballo. Los cuernos se extienden de tres ó cuatro pies, puntiagudos como lanzas, pero lo corto del cuello no le permite alcanzar con ellos un objeto que se halle en el suelo, y á esa circunstancia debo el poder referir la aventura.

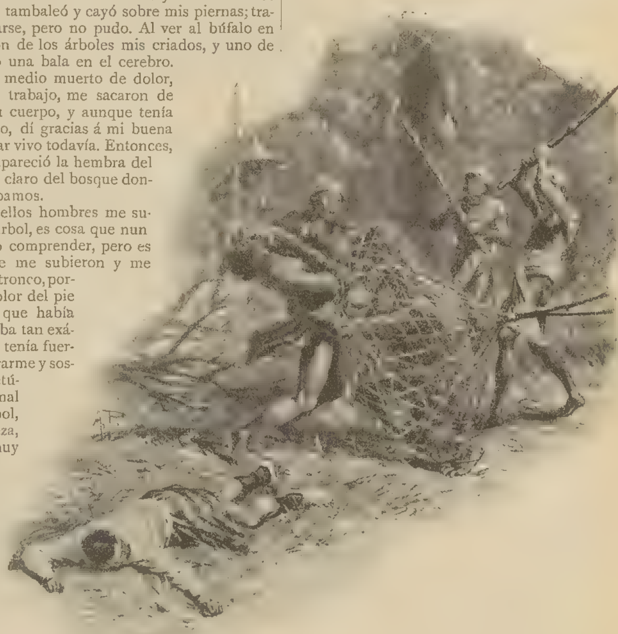
En el mismo momento en que vi huir á mis criados, vi también al formidable animal, que venía hacia mí como una tromba y me quedé sin poder moverme; pero en seguida comprendí el peligro en que me hallaba, y al arrojarse sobre mí, me eché á un lado, disparándole tres tiros de mi revólver. La velocidad con que el búfalo venía hizo que pasase por mi lado sin tocarme; pero al apartarme, tropecé con una raíz y caí, torciéndome el tobillo. En aquel segundo me pareció que llegaba mi última hora, porque vi al animal volverse y dirigirse á mí, bramando de cólera y dolor. En la mano izquierda llevaba yo mi *parang*, cuchillo largo, ancho y muy afilado, y con él, al ponerse la fiera á mi alcance, la ataqué con furia, hiriéndola en las rodillas hasta el hueso y cortándole los tendones. Se tambaleó y cayó sobre mis piernas; trató de levantarse, pero no pudo. Al ver al búfalo en tierra, bajaron de los árboles mis criados, y uno de ellos le alojó una bala en el cerebro.

Estaba yo medio muerto de dolor, cuando, con trabajo, me sacaron de debajo de su cuerpo, y aunque tenía el tobillo roto, dí gracias á mi buena suerte de estar vivo todavía. Entonces, de repente, apareció la hembra del muerto en el claro del bosque donde nos hallábamos.

Cómo aquellos hombres me subieron á un árbol, es cosa que nunca he podido comprender, pero es lo cierto que me subieron y me amarraron al tronco, porque con el dolor del pie y los golpes que había recibido, estaba tan exánime que no tenía fuerzas para agarrarme y sostenerme. Detúvose el animal al pie del árbol, alzó la cabeza, nos miró y muy tranquilamente comenzó á pacer. La noche se acercaba y algo había que hacer para verse libre de aquel monstruo vigilante. Los sirvientes tenían sus *crises*, cuchillos largos y envenenados; pero ¿de qué podían servir hallándonos á más de dos metros del suelo? Entonces me ocurrió la idea de cortar una rama del árbol, atar á ella un *cris* con la faja de uno de los sirvientes y con esa lanza improvisada atacar á la fiera. Hízose así, y se arrojó al pie del árbol un haz de ramas pequeñas y hojas para atraerla. Vino, vió el manojo y lo olió, y antes que se retirara otra vez, le inferimos media docena de heridas en la parte posterior del cuello. Arremetió bramando contra el árbol, pero á pesar de la sacudida, ninguno de nosotros cayó; alejóse entonces poco á poco y cerró la noche. La oíamos pateando á cierta distancia, pero no podíamos distinguirla. Luego sentimos el ruido de un cuerpo pesado que caía en tierra y después reinó el silencio. Era evidente que el veneno había causado su efecto, pero ningún malayo quiso bajar del árbol y yo no podía. Por la mañana vimos la hembra muerta junto al macho, y mientras me bajaban del árbol, uno de los criados le disparó una bala en el ojo, por si acaso.



La culebra me llevaba de un lado para otro sin dejar de continuar echándose fuera

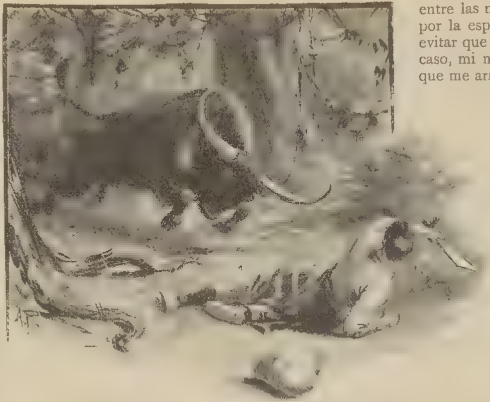


Cogió uno de los hombres, lo atrajo á la red y en un momento le destrozó la cara

El orangután es con toda seguridad el más astuto y el más difícil de coger de todos los animales salvajes; tiene tanta fuerza solo como media docena de hombres reunidos.

Habiéndome pedido los directores del Jardín Zoológico de Amberes una pareja de dichos animales, cuando yo estaba en Landak, en la parte holandesa de la isla de Borneo, salí con una cuadrilla de malayos á ver si podía realizar ese encargo. Hay primero que hallar el árbol en el que ha construído su habitación; luego, mientras se le tiene asustado por el ruido que arman varios hombres colocados al efecto, hay que cortar los troncos de los árboles vecinos muy cerca del suelo, pero no del todo, sino de manera que empujando uno caiga sobre el inmediato y le haga venir á tierra y éste á otro y así sucesivamente todos en una misma dirección, contraria á la parte donde está el árbol del orangután, que de este modo queda aislado y el animal no puede escapar saltando de uno á otro.

Cuando ya se han tumbado todos los árboles, se despeja el terreno, en la dirección en que ya se ha determinado que caiga el árbol en donde está el orangután, y al pie del mismo se enciende una hoguera de hojas húmedas. El humo sofocante obliga al animal á subirse á lo más alto, y al mismo tiempo que se halla medio ahogado, se le asusta con tambores, cuernos y gritos. Se colocan hombres con una red de fuertes mallas en el lugar donde ha de caer la parte más alta de la copa. De repente el árbol viene al suelo, y mientras unos gritan y golpean la tierra con largos palos, otros tiran la red sobre el animal, deslumbrado y debilitado, encerrándole entre sus mallas y escapando lo más pronto posible.



Vi al animal volverse y dirigirse á mi bramando de cólera y dolor

Para dar cumplimiento al encargo recibido de Amberes, descubrimos en un árbol una pareja é hicimos los preparativos para cogerlos con arreglo á lo que se acaba de decir. Todo marchó á pedir de boca hasta el momento de echar la red sobre los animales, porque no anduve lo bastante listo para poner me fuera del alcance del macho. Sacó por entre las mallas su largo brazo, cogiéndome por la espinilla; me agarré á un árbol para evitar que me atrajese hacia la red, en cual caso, mi muerte era inevitable, pero parecía que me arrancaban los brazos del cuerpo, y un instante después solté las manos y me sentí arrastrado.

Viendo el peligro que corría, dos hombres vinieron en mi auxilio, y con sus largos palos, comenzaron á golpear el brazo del orangután, el cual, dando una vuelta á su muñeca, me rompió la espinilla como si fuera un palillo seco y me dobló el pie hasta que el hueso salió afuera, perforando la carne. Felizmente me dejó; pero al hacerlo cogió á uno de los que habían venido á socorrerme, lo atrajo á la red y en un momento le destrozó la cara; el hombre cayó muerto. Inmediatamente cogió al otro con ambas manos, le abrió el cuello, ahogándole y rompiéndole las vértebras cervicales. Entretanto la hembra había matado á otro é hirió gravemente á dos más. Sin embargo, tuve la satisfacción de aprisionar á aquel par de fieras, pero me costó estar un mes en la cama boca arriba y quedarme para toda la vida con una hermosa cicatriz en la pierna.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

BARCELONA Á LA VISTA. ALBUM DE FOTOGRAFÍAS INÉDITAS (Segunda serie). – Se han publicado los dos primeros cuadernos de este importante álbum, cada uno de los cuales contiene 16 vistas de los principales edificios, monumentos y sitios de Barcelona y sus alrededores. Al pie de cada vista va una explicación de la misma. Cada cuaderno se vende al precio de 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias. Publica la obra el inteligente editor barcelonés D. Antonio López.

ARTES INDUSTRIALES, por *Hermenegildo Giner de los Ríos*. – Laudable empresa es la realizada por el docto catedrático de esta Universidad y distinguido escritor, puesto que el nuevo libro que ha publicado está destinado á prestar señalados servicios. Obra de verdadera vulgarización, contiene en sus doscientas cincuenta páginas un caudal de noticias y antecedentes para poder apreciar el progreso de las artes industriales y la influencia que han ejercido en todas las épocas, singularmente en nuestra patria. En forma tan galana como precisa, ocúpase el Sr. Giner de los Ríos de todas las ramas que abrazan las artes suntuarias, desde la orfebrería á los tapices, desde los hierros á los vidrios, tejidos, mobiliario, etc., sirviendo de complemento á sus estudios la representación, por medio de hermosos grabados, de las producciones más ejemplares. El libro, que ha sido elegantemente editado por el conocido editor Antonio López, véndese en todas las librerías al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

ARRÁN DEL CINGLE, por *J. Morató*. – Junto al abismo, que tal es la traducción del título de la nueva obra publicada por el Sr. Morató, es una bella producción que honra á las letras de nuestra región. El autor revélase en ella como discretísimo novelista y hábil narrador. El asunto ó tema por él escogido entraña un problema social, constituye un drama de tan hondo sentimiento, que no cabe rehuir la impresión que su lectura produce, inspirada en una realidad que se presiente y adivina. Bien comienza nuestro excelente amigo y acertada la misión que se propone cumplir. Su labor merece aplauso, y no dudamos que ha de distinguirse y lograr, como otros escritores meritísimos de nuestro país, la notoriedad á que tienen derecho los que procuran contribuir al mayor florecimiento de las letras catalanas. Véndese el libro del Sr. Morató en las principales librerías al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

GENT, por *R. Suriñach Sentíes*. – Si en las producciones que ha publicado este ya distinguido escritor catalán se ha revelado como inteligente observador, en la obra á que nos referimos resulta avalorada esta cualidad por la belleza de la exposición y por su estimable sinceridad. Todos y cada uno de los cuadros que constituyen el libro son, á nuestro juicio, un á modo de estudio, una narración de hechos seguramente observados y expuestos con simplicidad, adaptada la forma literaria de manera que recuerda el verbo en que nos expresamos, sin incurrir jamás en la vulgaridad. Excepcionales aptitudes atesora el autor para el cultivo de este género de obras, puesto que señala con tal veracidad y tanto sentimiento las situaciones, que la lectura de alguno de los cuadros, cual acontece con el de la «Vetlladora,» impresiona vivamente. El libro, embellecido por una cubierta artísticamente dibujada por Opisso, véndese al precio de tres pesetas cada ejemplar.



LA WALKIRIA, escultura de Esteban Sinding

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 8 de mayo de 1905 — Núm. 1.219





LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, deseosa de contribuir al homenaje que se preparaba con motivo de cumplirse el tercer centenario de la publicación de DON QUIJOTE DE LA MANCHA, dedicó al inmortal libro de Cervantes el número extraordinario con que inauguró la serie del presente año.

Llegado ahora el momento en que España entera conmemora tan señalada fecha, la más gloriosa en los anales de nuestra literatura y una de las más grandes también en la historia de la literatura universal, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no puede menos de asociarse al noble sentimiento en que tal conmemoración se inspira, y nuevamente dedica, en las páginas del presente número, un modesto recuerdo á la memoria de Cervantes y á su obra imperecedera.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Casi todos los años paso la Semana Santa fuera de Madrid, en diferentes puntos de España, y la de 1905 me toca pasarla en una ciudad de la provincia de Granada, Loja – patria del famosísimo estadista D. Ramón Narváez, primer duque de Valencia; aquel que mientras vivió sostuvo el trono; aquel cuya muerte fué anuncio de la caída de Isabel II. La estatua de bronce del duque señorea los jardines del pueblo, y sus restos mortales yacen aquí, en el mausoleo de la Iglesia del Asilo de niños y ancianos que Narváez fundó y que el actual duque de Valencia cuida, costea en gran parte y atiende con solicitud.

* * *

No resido en Loja: estoy hospedada en un palacio con patio de fuente, surtidor, macetas, que rodea un parque frondosísimo, regado por los copiosos manantiales que aquí saltan dondequiera, pues no he visto tierra de más agua; en Loja existe una fuente de veinticinco caños, la de *la Mora*, que es un portento de raudal, y en la cual la Sierra Nevada vuelca parte de su fresca urna en cristalinos chorros.—Digo, pues, que este palacio donde me hospedo es propiedad de los duques de Valencia y lleva el romancesco y granadino nombre de Aliatar,—y el solar y residencia del célebre moro, que

«va de Antequera á Granada;
colgado del almaizar
llevaba la cimitarra,
la izquierda mano en la rienda
y la derecha en la lanza,
dos tocas sobre el bonete,
y polvo sobre la cara,»

está á diez pasos del palacio; y de sus muros, cada vez que la piqueta los acomete, saltan arábigas monedas...

* * *

A las horas en que las procesiones han de recorrer las calles de Loja, bajamos al pueblo, y desde los balcones de otro palacio antiguo—propiedad también de la casa ducal, que tiene un grandioso patio de arcadas y columnas, y cuyas estancias se encuentran, igual que si sus dueños las habitasen, llenas de suntuosos muebles antiguos, de retratos y cuadros de los maestros de la escuela española, de cornucopias y consolas doradas, de fastuosa talla honda,—vemos desfilar tan extrañísimas, singulares procesiones, que hacen de esta Semana Santa una de las que me dejan, entre las de España, más imborrable recuerdo; pues aun cuando se asemeja á la de Sevilla, tiene notas peculiares, que parecen de muy remoto origen.

* * *

Las procesiones son tres: una en la tarde del Jueves Santo, las restantes en la mañana y tarde del Viernes.

Lo primero que en ellas me llama la atención, es observar que—excepto en la del Entierro—apenas va clerecía: parecen procesiones laicas. Y procesiones laicas son, en el sentido de que es principalmente la devoción popular la que las fomenta y abrillanta, hasta el extremo de que, para llevar las pesadísimas andas de las Vírgenes y de los Nazarenos, en vez de tener que pagar porteadores, los mozos ofrezcan dinero, y se puje el honor y el gusto de sentir, durante las cinco ó seis horas que la demostración religiosa suele durar, magullado el hombro por los recios palos, y agobiado el cuerpo por la formidable pesadumbre de las efigies. Es la devoción popular la que costea y renueva los pintorescos, curiosos trajes, en que se me figura encontrar reminiscencias de épocas en las cuales ni aun el Evangelio habría sido anunciado en España. ¿Quién es capaz de adivinar de dónde procede una forma, un adorno, un detalle de indumentaria? En esto, como en todo, la fantasía va á lo más distante, equivocándose, tal vez.

* * *

Yo no sé si estos ropajes han sido reproducidos por la fotografía ó por el fotograbado, en las publicaciones ilustradas que tanto abundan y que ya no van dejando sin explorar rincón de España. Son los ropajes á que me refiero los de las comparsas llamadas de los *incensarios*, divididas en *incensarios blancos* é *incensarios negros*. Los primeros salen en las dos primeras procesiones, los últimos en la última.

Cuando se me presentaron los *incensarios blancos*, en el oratorio de Aliatar, á las dos de la tarde del Jueves Santo, creí que acababan de salir de la batea de una planchadora: tales venían de flamantes, limpios y cándidos, como bandada de palomas, aquellos incensarios vivientes. Era su vestimenta cual el ampo de las nieves de la sierra, desde la punta del bien calzado pie, hasta el remate plateado de la rara mitra de corte asirio, que les cubre la cabeza, y que no se quitan ni en el templo. Sólo ligeros toques de seda violeta, el color ritual, subrayaban el candor del muy elegante de líneas, sucinto y airoso atavío. Las medias eran caladas. La mitra terminaba, sobre la nuca, en una especie de haldilla semejante al tocado de las esfinges.

Con la mayor reverencia y compostura, haciendo ceremoniosos pasos y mudanzas, en misterioso silencio, los turiferarios balancean la cazoleta de arcaica forma, y ejecutan ante las imágenes una especie de rigodón hierático; después, uno de ellos lanza, en el mismo oratorio, los primeros versos de triste y devota saeta, y el de enfrente le responde con la propia vibrante, alta y dura entonación.

* * *

La mañana del Viernes, los cabos del traje de los «incensarios» son negros, y negro canutillo borda sus blancas mitras altísimas; y por la noche, en la dramática procesión del Sepulcro, los «incensarios» se han vestido de noche también; completamente negros son sus trajes; sus mitras, centelleantes de azabache á la luz de los hachones. Y en vez de ir pausados, solemnes, como los grandes encaperuzados inquisitoriales que arrastran tres metros de fúnebre cola, los «incensarios» van raudos y ligeros, á manera de aves, á apostarse en las bocacalles al paso de las efigies, á incensarlas con ceremonias especiales para cada una.

No sé si los «incensarios» salen en otras procesiones de ciudades de esta misma región. Si sólo en Loja puede vérseles, declaro que ellos merecen el viaje.

* * *

No son la única singularidad de la Semana Santa en Loja los elegantísimos y arcaicos turiferarios. También los doce *Apóstoles* sorprenden.

Los *Apóstoles* figuran en dos procesiones: la de la tarde del Jueves y la mañana del Viernes. Van á pie, en hilera; visten túnicas moradas; llevan cada cual en la mano ó al hombro el instrumento de su martirio—hacha, aspa, cruz, espada, sierra,—y sobre el rostro, una careta de cobre repujado, pintada, que revela la mano de un artista y que reproduce la fisonomía tradicional de los primeros discípulos de Cristo. Un nimbo, donde se lee el nombre de cada apóstol, rodea su cabeza; y por sus espaldas cuelga una cabellera larguísima, sedosa, rubia ó castaña, de mujer, contrastando con los mechones canos que asoman alrededor de la máscara de cobre. El efecto es sobre manera extraño y típico.

* * *

Las efigies que figuran en estas procesiones—distintas en cada una de ellas—son obras de arte y portentos de riqueza en sus vestiduras. En oposición con los que se precian de gusto depurado y severo, yo siento predilección vivísima por las imágenes llamadas *de vestir* (bien vestidas, se entiende). Nada me parece tan sentimental como uno de estos trágicos y hermosísimos Nazarenos agobiados bajo la cruz, como una de estas Vírgenes pálidas, elegantes, nobles, con los ojos hinchados de llorar, el dolor supremo escrito en el rostro, las manos cruzadas bajo el pañuelo de encaje sutil, y prolongada en el aire su figura romántica por la cola del ropaje de terciopelo todo bordado á realce de oro. No sabré expresar con qué encanto he visto los mantos magníficos, regalo del primer duque de Valencia ó del actual; los rostrillos y petos cuajados de pedrería, los cetros y coronas, procedentes de los Reyes Católicos; los retablos, los cuadros; la cantidad increíble de arte y riqueza acumulada en este pedazo de Andalucía, del cual nadie habla, donde no se publica un periódico, donde la calma flota en el aire y donde todo se vuelve ruiseñores cantando, manantiales corriendo y árboles que la primavera reviste de blanca floración...

* * *

El Sepulcro, que se ostenta en la procesión del Entierro, no quiero olvidarlo: es una joya primorosa. De ébano, concha é incrustaciones de metal todo él, le rodean angelitos idealmente graciosos, que revuelan por sus cornisas, se posan al pie de su base, y le prestan ese delicioso sabor Luis XV que suelo notar en muchas de estas efigies, en la talla de los altares, en camarines y púlpitos, en telas, marcos, muebles y hasta en las flores artificiales, que son *rococo*...

Y no salen en las procesiones todas las efigies notables de Loja. De las más bellas, como el Niño, las dos Vírgenes, la Santa Catalina de las monjas Claras—de esas pobres monjitas que viven con dos reales diarios cada una y tienen en su iglesia un Museo,—se quedan quietas en su hornacina, y para verlas hay que ir al convento expresamente. Pero entre las que son paseadas por las calles, con solemnidad de que no se tiene idea en Madrid, cuyas procesiones no dudo en calificar de ridículas, hay dos ó tres Nazarenos, dos ó tres Dolorosas, un San Juan, de toda hermosura. Y el cuadro de las procesiones, con sus «armados» que llevan mangas completamente hechas de rosas; con sus señoritas que alumbran vistiendo hábito nazareno; con sus tamborileros furiosamente empeñados en romper el parche; con sus encaperuzados negros, de inmensa cola; con su Cena en que se sirven manjares verdaderos, un cabrito, frutas, naranjas; con su mezcla de ingenuidad rústica y lujo oriental, me queda grabada en la memoria, con huella de poesía.

* * *

Una nota personal, á guisa de posdata.

Ruego á los para mí tan amables lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que no caigan en la red tendida por los que remedan mi firma desfigurándola algo, y la estampan al pie de sus artículos. Ya sé que el estilo no es enteramente igual; pero, no obstante, será bueno recordar que yo nunca suprimo ni contraigo á iniciales ninguno de los componentes de mi firma, y que no es mío escrito alguno que no lleve al pie, con todas sus letras,

EMILIA PARDO BAZÁN.



¡Ah, ladrón, que me has muerto!

CERVANTES EN VALLADOLID. UN PROCESO DE «CAPA Y ESPADA»

No sin prevención ni recelo los partidarios de cierta historia decorativa y envarada miran aquellas publicaciones que penetran en la interioridad de la vida de los personajes famosos para recordarnos que también fueron hombres. Tal ha acontecido con el proceso sobre la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta en Valladolid, y con muchos de los *Documentos cervantinos* publicados por el Sr. Pérez Pastor, quien en un solo libro ha contribuído más eficazmente al estudio de la biografía de Cervantes, que todo el cervantismo junto durante cincuenta años de suposiciones, hipótesis y sutilezas.

Y puesto que de la muerte de Ezpeleta se originaron las sombras que pesan todavía sobre la memoria del insigne escritor y se habla de aquélla por señas y como de algo tenebroso, juzgo que ahora que tenemos los autos publicados íntegramente, ha de ser visto con curiosidad un extracto de los mismos, así por lo que se refiere á Cervantes, cuya fama póstuma más padece de la sospechosa reserva que de la franca relación, como por el interés que ofrece en sí mismo este verdadero «proceso de *capa y espada*.» Si tan evidentemente no constase su autenticidad, diríase cosa fraguada por eruditos ó reconstitución imaginaria de poetas y rebuscadores, enamorados de lo *romanesque*.

Diríase que aquellas fojas llenas de prosa curialesca enseñan en una sola tarde una magnífica «lección de cosas» y nos introducen más hondamente en el alma española del siglo XVII que la lectura de la historia convencional y abstracta, tal como suele escribirse. Más que actuaciones, parecen *jornadas* de una comedia de Lope, Tirso ó Moreto. Juzgue el lector:

Á eso de las diez de la noche del día 27 de junio de 1605, un caballero joven, llamado D. Gaspar de Ezpeleta, recibió dos tremendas cuchilladas, una en la ingle y otra en el muslo izquierdo, hallándose cerca de una casa nueva del «Rastro viejo» así como se ha pasado la puentecilla de madera sobre el Esgueva, viniendo de la puerta del Campo hacia el «Hospital de la Resurrección» en la insigne ciudad de Valladolid, entonces corte de las Españas. El caballero vino á parar en esta misma esquina, lanzando grandes voces:

—¡Ah, ladrón, que me has muerto! ¿No habrá quien socorra á un caballero que viene herido? ¡Válgame Dios!

—¡Él te valga!, contestó desde su ventana la hermana del autor del *Quijote,* doña Magdalena de Cervantes.

Abriéronse balcones y celosías; el grito de «¡Cuchilladas, cuchilladas!» alborotó á la vecindad, y salieron todos á la calle, bajando la escalerilla y descorriendo cancelas. Miguel de Cervantes ocupaba uno de los pisos de dichas casas nuevas: el primero á mano izquierda. Vivían con él su esposa doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano; la hija bastarda del primero doña Isabel de Cervantes; sus hermanas doña Magdalena y doña Andrea; la hija de esta última, sobrina, por tanto, del insigne novelista, doña Costanza de Ovando, y una mozuela llamada María de Ceballos, natural del Valle de Toranzo, en calidad de sirvienta.

En el primer piso á mano derecha, pared por medio con el del autor del *Quijote,* vivía doña Luisa de Montoya, viuda del famoso cronista Esteban de Garibay. Uno de sus hijos, también llamado D. Esteban, muchacho como de quince años, bajó á socorrer al herido y llamó á Cervantes para que le ayudara á hacerlo. D. Gaspar de Ezpeleta venía vertiendo cuanta sangre tenía, con la espada desenvainada y un broquel en la mano izquierda. Recogieron su capa, caída cosa de cuatro pasos más atrás, y le subieron al piso de la expresada doña Luisa de Montoya, donde se le improvisó una cama en el suelo. Allí le hizo la primera cura Sebastián Macías, «cirujano y barbero de las Guardas viejas e de á caballo de Su Majestad,» y le «tomó la sangre;» y en esta faena les encontraron todavía el alcalde de ronda, Licenciado Cristóbal de Villarroel, y los alguaciles Francisco Vicente y Diego García, advertidos del suceso.

Las diligencias y actuaciones, que pasaron ante el escribano Velasco, toman, desde los primeros momentos, todo el misterio y nocturna lobreguez de una leyenda de Zorrilla. Este D. Gaspar de Ezpeleta en su primera declaración nos dirá que es caballero del hábito de Santiago y que habiendo cenado en casa de su gran amigo el marqués de Falces, donde se pasa media vida, tomó la espada y broquel que le había traido un paje, quitóse su ferreruelo y púsose la capa de noche del mismo criado; y yendo camino del Rastro, paróse á escuchar una música y salióle al encuentro un hombre, que le pidió «que adónde iba» y él le contestó «que para qué lo quería saber;» y entonces el propio Ezpeleta «echó mano á su espada y broquel y el dicho hombre á una espada que traía..., y se tiraron de cuchilladas,» sin que hubiese conocido á la persona que le hirió. Ni en esta ni en dos sucesivas diligencias hubo modo de que revelase nombre, detalle ni indicio alguno de substancia; antes bien, con cierto enfatismo caballeresco, declara que «ambos á dos se habían acuchillado, e que se había metido tanto como él, e que ambos á dos habían reñido bien..., e que la dicha persona que riñó con él se acuchilló como hombre honrado,» y que el mismo declarante «fué el primero que metió mano á la espada.»

Muy curiosa y de gran carácter de época, aunque poco ejemplar, resulta, así del mismo proceso como de ajenas noticias, la figura de Ezpeleta. Tendría entonces cosa de treinta años y era uno de tantos caballeros andantes en corte como infestaban entonces á la bulliciosa Valladolid; galanteador, dado á justas y regocijos, campeón obligado de los torneos y famoso, aunque con infamia, por las décimas que le dedicara Góngora con motivo de la caída que sufrió en ciertas fiestas de la misma ciudad.

Por Martín Corroza, repostero del marqués de Falces, capitán de la «Guarda de los archeros de Su Majestad,» sabremos que entra y sale á todas horas en casa de éste, como grandes amigos que son, y que vive hospedado en una posada de la calle de Manteros. Francisco Camporredondo, paje del mismo Ezpeleta y como su *Ciutti* ó su *Clarín,* nos entera de que sale á paseo montando caballos del marqués, y de que allí cena y come muy á menudo, y que el D. Gaspar «trata de amores con una mujer casada,» en cuya casa se quedaba muchas noches y que recelaba antes de cierta persona que se alberga en la misma casa, cuyo nombre reveló confidencialmente al alcalde y no consta en el proceso, si bien les había visto después hablando como amigos. Andrés Ramón, lacayuelo del herido, añade que «anda por esta ciudad de ordinario, e viene tarde,» y que «hacia la puerta de Santisteban solía ir y entrar en una casa, que no sabe cómo se llama el dueño de ella, ni le conoce, ni á qué efeto entraba.» Vecinos y criadas de la casa del Rastro donde fué recogido, declaran que le habían visto alguna vez de visita en el segundo piso de la derecha, ocupado por doña Juana Gaitán, viuda del poeta Laínez, en compañía de la cual vivían doña María y doña Luisa de Argomedo y doña Catalina de Aguilera y doña Jerónima de Sotomayor, esposa de Rodrigo Montero, «continuo» de los del duque de Lerma; así como en el segundo piso de la izquierda vivía María Ramírez, públicamente amancebada con D. Diego de Miranda; mujerío joven todo este y, lo mismo que la hija y sobrina de Cervantes, en edad de galanteos. En suma, Juana Ruiz, posadera de Ezpeleta, nos dirá que «en más de tres meses que posó en su casa el dicho don Gaspar, no durmió en ella quince días,» y que en cierta ocasión en que se hallaba fuera, presentóse allí una dama tapada, preguntó por el caballerete, quiso ver su aposento, y al hallarse en él prorrumpió en grandes exclamaciones y llanto, diciendo: «¡Oh aposento de mis deshonras! ¡Oh traidor, que mal pago me has dado! ¡Vive Dios, que me lo tienes de pagar aunque sea de aquí á cien años...»

¿Qué diferencia halla el lector entre esta escena y otras infinitas del teatro español del siglo XVII, entre las damas de Calderón y Tirso y esta sinventura que busca zurcidos á su honor y recupera, por el inter-

medio de dos frailes, las sortijas de oro que le había tomado, «una de unas memorias con unos diamantes, y la otra con unas esmeraldas, las quales sortixas le pedía su marido, e porque no se las daba la había querido matar e la daba mala vida?» Obsérvese además como este burlador, que no era ni más malo ni más excelente que el término medio de los galanes te fustigado por fray Gabriel Téllez, que á cada visita que recibían sus vecinas atribuía vínculos y propósitos nefandos; y vino á complicarlo todo el hecho de que Ezpeleta, en el testamento que apresuradamente dispuso, incluyera la manda de un vestido de seda á favor de la doña Magdalena Cervantes, como póstuma gratitud por los servicios que le había dis- celsos productos de la humana idealidad, su autor Miguel de Cervantes hubo de pasar por el oprobio de ser conducido á la cárcel pública de Valladolid, en virtud de uno de aquellos autos draconianos del antiguo enjuiciamiento que decretó la prisión de dicho Cervantes, de su hija Isabel, de su hermana doña Andrea y de la hija de ésta doña Costanza de



«... **volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas...»** (*Don Quijote de la Mancha*, parte primera, cap. II)
Cuadro de José Jiménez Aranda

de su condición, que era el tipo usual del *clubman* de entonces y un sujeto *comm'il faut* á todas luces, se mete en líos y pendencias y se pone en ocasión de que le maten y vive en continuo pecado mortal, sin olvidar por esto los testimonios de su nacional y españolísima devoción. La primera providencia del Licenciado Villarroel fué de que confesaran al herido y le administraran los Sacramentos; y la segunda el registro de los vestidos que llevaba puestos, en cuyas faldriqueras se halló lo siguiente: setenta y dos reales en moneda, dos sortijas, *un rosario* de ébano, *un bolsillo con reliquias* y un papelito doblado *hecho billete*, escrito todo de una cara, que su merced el señor alcalde tomó sin dejarlo leer á persona alguna. De sus calzas de obra, del jubón con cuerpo de raso y mangas de tafetán y de la ropilla de raso con trencillas, se hizo cargo Cervantes por concepto de depósito judicial.

De allí á dos días, ó sea el 29 de junio, falleció el D. Gaspar. Durante su larga agonía, asistióle por caridad, en casa de doña Luisa de Montoya, doña Magdalena de Cervantes, hermana del manco de Lepanto, mujer ya de edad, que «anda en hábito de beata» y cuyos vecinos la tienen por de «muy santa vida.» Practicóse en la posada del mismo Ezpeleta el inventario de sus muebles y efectos, que añade otra nota de color á las muchas de este proceso.

Sucedió, pues, que los chismes de callejuela enredaron el negocio y pudo sospecharse si el lance de D. Gaspar de Ezpeleta había ocurrido con ocasión de obsequios y galanteos á alguna de las mujeres jóvenes de aquellas casas ó por rivalidad de cualquiera de los varones que las habitaban ó frecuentaban. Fortaleció esta sospecha la cominera declaración de Isabel de Ayala, viuda del doctor Espinosa, que vivía en el sotabanco, beata del género tan donosamente pensado, dispuesta sin reflexión ni acierto por un hombre de mundo en sus últimos instantes, sin tener en cuenta que un traje de raso no cuadraba á quien había hecho profesión de vestir las tocas del beaterio y que podría suponerse si se trataba de un legado de confianza, para ser entregado á tercera persona.

Pero más que nada influyó en el sesgo de las actuaciones aquella prevención que por doquier acompaña á la suspecta miseria y al vigilado infortunio. Si Cervantes recibió una ó dos visitas de D. Hernando de Toledo, señor de Higares, amigo y protector suyo de tiempo atrás, desde Sevilla, no podía ser únicamente por gusto de departir con el príncipe del donaire, ni siquiera para el humilde encargo de algún trabajo de costura—como el que consta de «una manga para el juego de cañas»—con que se ayudaban las hermanas del insigne escritor. Si entraba allí el portugués Simón Méndez, no podía ser para tratar con Cervantes de los asientos, comisiones y fianzas en que andaban mezclados. Si el duque de Pastrana y el conde de Concentaina subían á saludar á doña Juana Gaitán, viuda de Pedro Lainez, y darle gracias por la dedicatoria de dos libros póstumos de su marido, no encontrarían mayor disculpa ante los ojos fisgones de la envidia y la maledicencia. En todo hallan pretexto para levantar y esparcir algo más sutil y pérfido que la calumnia declarada: una atmósfera de equívoco y ambigüedad, un irritante tufillo de barraganía, con que la temeridad de juicio envuelve esas relaciones desiguales y ese trato de la indigencia vergonzante ó del talento infortunado con altos y poderosos personajes.

Así, el día 29 de junio de 1605, al propio tiempo que la primera parte del *Quijote* empezaba á abrirse paso á través del mundo como uno de los más excelsos...

Ovando; de doña Juana Gaitán, de doña María de Argomedo y su hermana y sobrina; de Simón Méndez; de doña Mariana Ramírez y D. Diego de Miranda. Esta providencia judicial da la medida de la amplitud, tanto de la cárcel de Valladolid cuanto del criterio del Licenciado Villarroel.

Es claro que antes de una semana fué levantada la carcelería y no hubo indicio ni rastro con qué inculpar á Cervantes ni á nadie de su casa. ¿Pero no hubieran ido mejor encaminadas las diligencias por el lado de los amores adúlteros de Ezpeleta?

Tal fué este proceso de *capa y espada*, en el cual, para que nada falte, no deja de haber tampoco declaración de una dama y dos criadas con antifaz que se hallaban en la posada de Ezpeleta cuando se tomó declaración á la posadera (sacramentada y en la cama), y cuya presencia allí no queda justificada en los autos, como no fuera repetición de la anterior visita «al aposento de mis deshonras.» Tal fué también la indefectible adversidad de Cervantes, hijo pródigo algunas veces, irregular, disipado, negligente cuanto se quiera, pero dotado de una generosidad y de una benevolencia que compensaban con largueza tales defectos y que demostró al mundo que no son los espíritus rectilíneos y aparentemente «perfectos» y «respetables» quienes hacen las grandes cosas, sino que la imperfección que no daña ni destruye la raíz del bien, por obra de la gracia puede convertirse y se convierte en fuente de beneficios y en asombro de las edades. Cervantes fué un «hombre,» y en esa condición de hombre que ha sufrido y ha vivido y que, no obstante, no nos hace aborrecer la vida ni el sufrimiento, hallamos el deleite misterioso y sin ejemplar que nos produce el *Quijote*.

(Dibujo de Triadó.) Miguel S. Oliver.



LA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO. Techo pintado por Salvador Sánchez Barbudo

«Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer»
(*Don Quijote de la Mancha*, parte primera, cap. VIII)

Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Cáceres, Badajoz, Mérida y Ciudad Real



ARCO DE VALDEPEÑAS



ARCO DE ALMADÉN



Los caballeros de las órdenes militares esperando al rey á su entrada en la catedral

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN CIUDAD REAL

Continuando la serie de excursiones por las diversas provincias españolas, ha visitado recientemente D. Alfonso XIII las ciudades de Cáceres, Badajoz, Mérida y Ciudad Real, siendo en todas ellas recibido y agasajado con grandes muestras de cariñoso entusiasmo.

Llegó S. M. á Cáceres en la mañana del 25, y entre grandes aclamaciones y bajo una lluvia de flores dirigióse en coche á la iglesia de Santa María, en donde se cantó un solemne *Tedéum*, después del cual hubo brillante recepción en el Ayuntamiento, ofreciendo allí sus respetos al rey todas las representaciones civiles, militares y eclesiásticas, la Audiencia, el Instituto, todas las corporaciones de la provincia y 250 alcaldes al frente de comisiones de concejales de los respectivos ayuntamientos. Terminados la recepción y el *lunch* que la siguió, marchó D. Alfonso XIII al santuario de la Virgen de la Montaña, en donde se venera la patrona de Cáceres, y poco después subió al tren que debía conducirle á Badajoz.

A las tres y media de la tarde llegó á Badajoz el tren real, y el monarca entró en carruaje en la ciudad por la plaza de Alfonso XII. Habíanse levantado varios arcos: el de la Cámara Agrícola y Comunidad de Labradores en el puente de las Palmas; el del Ayuntamiento en la citada plaza; el de la guarnición al final del paseo de San Francisco; el de la Cámara de Comercio de Badajoz en la plaza de la Constitución, y el de la Diputación en la calle de Miciayo. Después del *Tedéum* que se cantó en la catedral, dirigióse el monarca á la Capitanía general y de allí á la recepción que se efectuó en el Ayuntamiento y á la cual concurrieron las autoridades, corporaciones oficiales, alcaldes, militares, etc. Regresó el rey á la Capitanía general, desde donde presenció el desfile de los batallones infantiles de Badajoz y Olivenza y de la plana mayor del de Herrera del Duque. Después celebróse la comida regia, á la que asistieron el séquito real y el general portugués Sr. Rodríguez de Castro y sus ayudantes, y terminado el banquete asistió S. M. á la función de gala organizada en el teatro López de Ayala: el teatro estaba brillantísimo y la ovación dispensada al monarca fué entusiasta; representóse la zarzuela *El molinero de Subiza*, del maestro Oudrid, que complació en extremo al soberano. Este se retiró á la Capitanía á la una de la madrugada. A la mañana siguiente revistó en el Campo de San Roque á las tropas de la guarnición, dirigió varias maniobras de la infantería y de la caballería, y puso la primera piedra de la Granja Agrícola; á las dos y cuarto de la tarde salió D. Alfonso XIII con dirección á Mérida.

También allí el recibimiento fué entusiasta. En la parroquia de Santa Eulalia cantóse el *Tedéum*, terminado el cual el párroco entregó á S. M. el nombramiento de hermano mayor de la Cofradía. El rey fué luego al Ayuntamiento, y después de la recepción allí celebrada, encaminóse al Conventual, antigua ciudadela romana transformada por los árabes, en donde visitó el magnífico aljibe subterráneo y la cripta del Anfiteatro, y luego fué obsequiado con un *lunch* en casa del Sr. Pacheco, quien le ofreció algunas monedas de oro antiguas. De regreso en Badajoz, en donde lucían bonitas iluminaciones, el monarca obsequió con un te á los senadores, diputados y autoridades de la capital, dirigiéndose luego á la estación, en donde tomó el tren para Ciudad Real.

A las ocho de la mañana del 27 llegó D. Alfonso XIII á la capital de la Mancha, en la que habían levantado artísticos arcos el Ayuntamiento de la misma, el comercio, la industria, los casinos, el Ayuntamiento de Valdepeñas y la compañía minera de Almadén. Dirigióse S. M. en coche á la catedral, en donde le esperaban los Caballeros de las Ordenes, de las que es el rey gran maestre, y revestido del manto blanco penetró en el templo bajo palio y rodeado de los caballeros y del cabildo. Poco después tomó el tren que le condujo á Almagro, en donde fué objeto de un recibimiento entusiasta, y visitó el Ayuntamiento y el histórico convento que perteneció á los Calatravos y que hoy ocupa una comunidad de Dominicos, regresando después á Ciudad Real.

A las doce emprendió S. M. la vuelta á Madrid, adonde llegó á poco más de las cuatro, terminando felizmente esta nueva excursión, que ha puesto una vez más de manifiesto el contento con que las poblaciones ven la presencia en ellas del joven monarca.—S.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN CIUDAD REAL.—SALIDA DE S. M. DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL



GUERRA RUSO-JAPONESA. – SOLDADOS JAPONESES DEL EJÉRCITO DEL GENERAL NOGI DISFRAZÁNDOSE EN HONOR DE LAS ALMAS DE LOS MUERTOS EN EL CAMPO DE BATALLA. (De fotografía de Bartlett.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Pocas noticias se reciben de la marcha de las escuadras rusas, y aun estas pocas son tan vagas que es punto menos que imposible sacar de ellas nada en claro; cuanto acerca de sus movimientos se diga ha de basarse, por consiguiente, en meras conjeturas. Discurriendo en este terreno, supónese que el almirante Rojestvensky no debe avanzar mucho hacia el Norte, porque la más elemental prudencia ha de aconsejarle esperar que se le una la división Nebogatof, que le es muy necesaria para contrabalancear las fuerzas navales japonesas; es, pues, probable que lejos de proseguir su ruta en dirección al mar del Japón se entretendrá cruzando por el mar de la China, y aun pudiera ser que retrocediese algo á fin de acercarse al punto en donde haya de efectuar la reunión de ambas flotas.

Si nada positivo se sabe acerca de la posición de las escuadras rusas, menos puede saberse acerca de los planes de Rojestvensky. Créese, y esto es lo más verosímil, que evitará toda batalla en aguas chinas y se dirigirá al Pacífico; y que una vez reunido con Nebogatof dará vuelta al Japón para llegar á Vladivostok por alguno de los estrechos del Norte. Bien es verdad que para llegar hasta aquel puerto habrá de sostener probablemente un combate con la escuadra de Togo y después de éste salvar las líneas de torpedos que los japoneses no habrán dejado de instalar delante de las desembocaduras de los dos estrechos de Tsungari y de La Perouse, por donde necesariamente han de pasar, en el caso supuesto, los buques rusos; pero Rojestvensky es, según dicen, hombre para afrontar con sangre fría toda clase de peligros y de responsabilidades, sabe lo que Rusia espera de él y sabe también que el momento es decisivo. Además, ha realizado con admirable acierto la primera parte de su tarea conduciendo su numerosa escuadra, compuesta de buques de guerra y de no pocos transportes carboneros, al teatro de la guerra, distante millares de millas de su punto de partida, sin dejar atrás más que un contratorpedero averiado, y á pesar de no haber podido disponer en tan inmenso trayecto de un puerto en donde descansar y abastecerse con la amplitud indispensable en tan largas travesías. Este solo hecho es un timbre de gloria para el almirante y un justo motivo de confianza para el pueblo ruso.

¿Y la escuadra japonesa? De esta sí que no se sabe nada absolutamente. Dos empresas podría acometer el almirante Togo antes de que se efectuara la unión de Rojestvensky y Nebogatof, á saber, atacar aisladamente á uno ó á otro almirante impidiendo que aquella reunión se realizara; mas no es probable que se decida á ello, porque para hacerlo tendría que alejarse demasiado de los mares del Japón, y la prudencia de que hasta ahora ha dado pruebas el almirante japonés no permite suponer que se lance á una aventura que pudiera costarle muy cara.

El capitán de fragata ruso Klado, en un libro recientemente publicado y que se titula *La marina rusa en la guerra ruso-japonesa,* confirma esta suposición, fundándola en razones muy atendibles. «En primer lugar, dice, es difícil para los japoneses enviar sus fuerzas principales algo más lejos hacia el Sur, al paso que, por el contrario, es para ellos muy ventajoso esperar á nuestra armada en el mar Amarillo; seguramente no se alejarán de sus bases, lo que permitirá á sus buques averiados ganar fácilmente después de la batalla los puertos en donde puedan reparar sus averías.» Y luego añade: «Por otra parte, ¿por qué habían de dirigirse hacia el Sur al encuentro de Rojestvensky? ¿Por qué habían de ir á presentarle combate cuando de no alejarse de sus bases tienen sobre él una superioridad manifiesta que les da la posibilidad de amenazar incesantemente por medio de escuadrillas de cruceros auxiliares y de contratorpederos los transportes que le acompañan y de paralizar todos sus movimientos?»

Los transportes, los cargo-boats llenos de carbón constituyen realmente los puntos vulnerables de la escuadra rusa, la cual, sin ellos, no puede navegar y se encuentra aniquilada. Si los cruceros ó contratorpederos japoneses lograsen destruir algunos, la situación de Rojestvensky sería muy comprometida.

En la Mandchuria, prosiguen la serie de combates parciales sin gran importancia; de ellos se desprende, sin embargo, un hecho que no deja de tenerla relativa, y es que los japoneses no han hecho progreso alguno de un mes á esta parte. Más bien son los rusos los que han obtenido algunas pequeñas ventajas, puesto que han desalojado á sus enemigos de las posiciones de Nan-Chan-Tse y de Wei-Yuen-Pu Men, situadas en la gran carretera mandarina de Kirin á Mukden, cerca de la vía férrea, y se han apoderado de la encrucijada de Ufamloo, situada á 110 kilómetros al Sudeste de Tieling, en la región montañosa que se extiende entre los valles del Sungari y del Yalú.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – EN LA MANDCHURIA. ENTIERRO DE SOLDADOS RUSOS MUERTOS EN EL CAMPO DE BATALLA. (De fotografía remitida por B. Gribayedof, París.)

No es de creer que esta recrudescencia de actividad sea indicio de una próxima ofensiva de Linievitch, pero sí es una prueba de que el ejército ruso se halla en parte repuesto de la derrota que últimamente sufrió en Mukden.

El teniente Danitchenko, que formó parte del estado mayor del almirante Skrydlof y ha llegado hace poco á Rusia procedente de Vladivostok, ha dicho que se han realizado en aquella plaza, durante los últimos meses, grandes obras para ponerla en estado de defensa y que se han acumulado allí víveres suficientes para un largo sitio. Además, parece que 3.000 rusos con una batería se han puesto recientemente en contacto con los japoneses en el Norte de Corea y que en la orilla izquierda y cerca de la desembocadura del Tumén se han situado fuerzas más considerables para defender, en caso necesario, Vladivostok.—X.



«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.» *(Don Quijote de la Mancha*, parte primera, cap. I)

Dibujo de José Jiménez Aranda



«Si yo, por malos de mis pecados ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro...» *(Don Quijote de la Mancha*, parte primera, cap. I)

Dibujo de José Jiménez Aranda

MARRUECOS

LA PENETRACIÓN PACÍFICA FRANCESA

EL COMBATE DE UDJDA

La reciente visita del emperador Guillermo II de Alemania á Marruecos va dando sus frutos, que no son otros que contrariar los planes de Francia é Inglaterra en aquel imperio.

El conde de Tattenbach, embajador alemán interino cerca del sultán Abd-el-Azis, ha confirmado en una reciente *interview* con un redactor del «Berliner Localanzeiger» los propósitos enunciados antes por su soberano y que pueden sintetizarse en las siguientes afirmaciones: Alemania tiene no sólo el derecho sino también el imprescindible deber de velar por sus intereses en Marruecos, intereses ya importantes y susceptibles aún de mayor desarrollo, y para ello defiende con energía el régimen de la puerta abierta, establecido por el tratado de Madrid de 1880, la completa soberanía del sultán y la independencia absoluta del imperio marroquí, que parecen amenazados por el último tratado franco-inglés. Alemania, apoyada por la opinión pública de su país, por el pueblo español y por todas las potencias imparciales, está dispuesta á llevar adelante su plan sin contemplaciones y sin temor á las consecuencias que pueda determinar su conducta.

A su vez, el sultán en su respuesta definitiva al embajador francés Saint-René Taillandier, ha dicho, según parece, que en lo que toca á las reformas por Francia exigidas nada podía hacer, pues estaba ligado por el tratado de Madrid, y que, por consiguiente, á las potencias signatarias de este tratado correspondía resolver este asunto.

Este tratado fué resultado, como es sabido, de la conferencia internacional inaugurada en Madrid en 15 de mayo de 1880, en la cual tomaron parte, no sólo las potencias mediterráneas sino, además, los otros Estados europeos y los Estados Unidos, y de la que nació el acuerdo firmado en 3 de julio del propio año, que concedió á todas las naciones signatarias el trato de nación más favorecida en Marruecos.

La situación de Francia en aquel imperio, dista mucho, por consiguiente, de ser tan clara y despejada como en un principio parecía. Esto no obstante, no cabe negar que ocupa allí una posición en algunos conceptos mejor de la que otras potencias disfrutan, gracias á su posesión de Argelia, que le permite prestar al sultán ciertos servicios, como el de instruir á una parte de sus tropas; y aunque esta prerrogativa tiene escasa importancia material, dada la deficientísima organización de aquel ejército, no deja de tenerla moralmente considerada.

A todo esto continúa la guerra civil en Marruecos. Recientemente, el día 9 de abril último, las fuerzas del pretendiente Bu-Hamara y del jefe de tribu Bu Amema intentaron apoderarse de la ciudad de Udjda, situada en la frontera argelino-marroquí, atacándola por tres distintos puntos; las tropas leales llegaron á verse en situación muy crítica; pero el teniente francés Mougin, jefe de la citada comisión militar fronteriza, mandó abrir fuego de artillería contra los rebeldes, quienes, después de cuatro horas de combate, huyeron dejando numerosos muertos, heridos y prisioneros. Siguiendo la bárbara costumbre marroquí, los vencedores cortaron las cabezas de los principales rebeldes que cayeron en sus manos y las clavaron en la muralla de Udja para escarmiento de los desleales. – X.

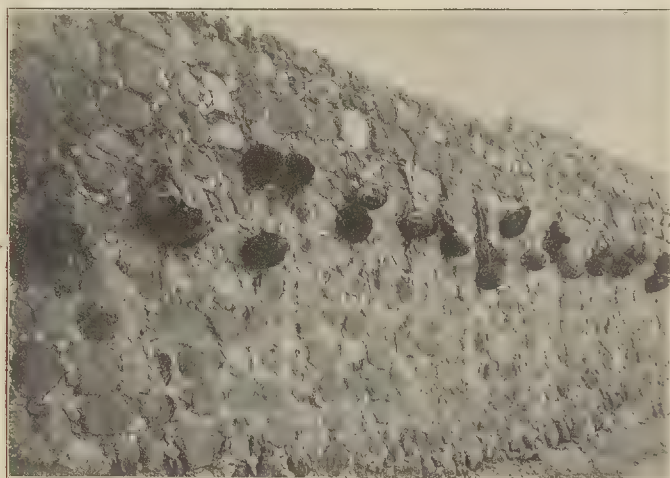


El teniente Mougin, de la comisión militar francesa, instruyendo á las tropas del sultán de Marruecos en los alrededores de Udjda



El teniente Mougin dirigiendo el fuego de la artillería del sultán en el combate librado en 9 de abril último contra las tropas del pretendiente, cerca de Udjda

La penetración pacífica francesa en Marruecos. (De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)



Marruecos. – Cabezas de rebeldes clavadas en las murallas de Udjda después de la batalla del 9 de abril último (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Madrid. – La condesa de Valencia de Don Juan ha enviado al Museo Arqueológico, en calidad de depósito, la colección de tapices, antigüedades y obras de arte que pertenecieron á su difunto padre. Consta esta colección de 650 objetos, entre los que son dignos de citarse varios frontales de Guadamalí, un maniquí que perteneció á Alberto Durero, capas pluviales, trípticos y dípticos antiguos; retratos de reyes, de nobles y de sabios españoles; tablas, bordados, vidrios, esmaltes, mármoles y porcelanas del Retiro, Sajonia, Sevres, Capodimonte y Alcora. Grandes plácemes merece el hermoso rasgo de desprendimiento de la noble dama.

Espectáculos.— *Barcelona*. – Se ha estrenado con gran éxito en el Eldorado la ópera cómica fantástica de gran espectáculo en cuatro actos *Los cuentos de Hoffman*, que ha sido puesta en escena con mucho lujo y propiedad bajo la dirección artística de D. Adrián Gual, y en cuya ejecución se distinguen notablemente las Srtas. Lopeteghi y Palermi y los Sres. Iribarne y Puiggener y el maestro director Sr. Baratta. En el Tívoli se ha estrenado también con buen éxito *La Mulata*, zarzuela en tres actos, letra de los Sres. Abati y Paso y música del maestro Sr. Valverde (hijo).

– En la «Associació Wagneriana» se ha dado la cuarta audición de la tercera serie del ciclo de Beethoven, en la que los Sres. Doménech Español y Dini obtuvieron muchos aplausos interpretando con gran acierto las sonatas cuarta en *Do mayor* (op. 102 n.° 1), quinta en *Re mayor* (op. 102 n.° 2), y la tercera en *La mayor* (op. 69).

De nuevo enviamos nuestra más sincera enhorabuena á esa institución que ve coronados por el mayor éxito sus esfuerzos en pro de la buena música, y una vez más la felicitamos por el entusiasmo con que realiza la misión de educación y propaganda artísticas que desde su origen se impuso.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *L'armature*, comedia en cinco actos de Brieux, tomada de una novela de Pablo Hervieu; en el Palais Royal *Chambre à part*, comedia en tres actos de Pedro Veber, y *Le gant*, comedia en un acto de Pablo Bilhaud y Mauricio Hennequin, y en el Athenée *Nellie Moray*, comedia dramática en cuatro actos de Enrique Dumay.

Necrología.—Han fallecido:

Juan Godofredo Wetzstein, célebre orientalista alemán, profesor privado de la Universidad de Berlín y autor de notables obras.

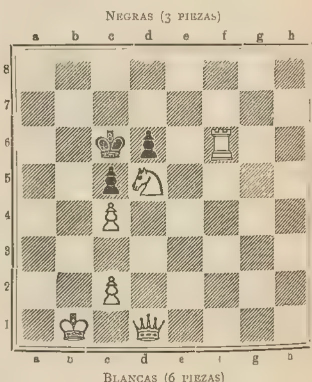
Hermán Corrodi, paisista italiano.

Hialmar Stolpe, antropólogo sueco, intendente del Real Museo Etnográfico de Estokolmo, al cual cedió las ricas colecciones del Japón, India, islas del mar del Sur y Perú que recogió en el viaje alrededor del mundo por él realizado á bordo del *Vanadis*.

AJEDREZ

Problema núm. 385, por W. A. Shinkman.

Negras (3 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 384, por Z. Mach.

Blancas.	Negras.
1. D c 6 – h 1	1. Cualquiera.
2. C, D ó T mate.	



La fisonomía de Luciano se ensombreció al oir aquel elogio...

UN DIVORCIO

Novela de Pablo Bourget.—Ilustraciones de Mas y Fondevila

(continuación)

En cuanto á Gabriela, Luciano volvía á ser para ella el niño á quien llevara en su seno, la carne de su carne, lo único que la hiciera vivir cuando se había visto en situación miserable; y le abrazaba llorando y le decía como en otros tiempos:

—¡Hijo de mi alma!.. ¡Al fin te recobro!.. ¡Eres tú!.. ¿Por qué no has venido á tu madre en cuanto has sufrido? ¿Por qué me has tenido sin noticias tuyas? ¡He estado tan angustiada!.. Pero ya estás aquí y no me dejarás... Siempre me tendrás contigo para comprenderte, para compadecerte y para consolarte... No me hables ahora... Apoya en mí la cabeza, como en otro tiempo cuando tenías una pena...

Le hizo sentarse en un sofá á su lado y se puso á mecerle dulcemente. Luciano se había sentido tan quebrantado por las sacudidas de aquellas últimas horas, dolíale todavía tanto su herida, aun en medio de su esperanza, que por un instante se abandonó á la dulce sensación de sentirse amado por aquella madre á quien nunca había conocido como exclusivamente suya. Además, aquel afecto apasionado, ¿no era una prueba de que no se opondría á un matrimonio del que dependía su felicidad?

—No, mamá..., dijo al fin; no me compadezcas. Es cierto que anteayer fuí muy desgraciado. ¿Te lo ha contado todo papá?..

Así había llamado á Darrás desde niño.

—Sí, respondió la madre.

El tono de su hijo, serio y casi solemne, no se parecía á la lamentación convulsiva que ella esperaba. Había sabido, sin embargo, la verdad... ¿De dónde le venía aquella especie de calma que le daba miedo?

—Entonces, continuó Luciano, sabes que me dejé llevar á decir palabras que no pienso... Necesito que tú estés bien segura de que no las pienso...

—Tu padre no me ha repetido lo que le dijiste y ha querido olvidarlo. ¡Ah! Quiérele mucho, Luciano, porque él te quiere á ti, y al querer que vieses claro sobre esa indigna mujer...

—¡No hables así, mamá!, interrumpió el joven con una energía que acabó de confundir á su madre.

Luciano se había levantado bruscamente al sentir aquel ultraje á la que amaba y dijo después con acento entrecortado:

—Yo tengo la culpa. Debí escribir á papá ó verle á él primero para explicárselo todo... Oye, mamá, sabes cuánto te quiero, cuánto te respeto y cuán incapaz soy de mentir... Pues bien: te doy mi palabra de honor de que papá ha sido engañado y de que la persona de que se trata es una de las más altas y puras conciencias que se pueden encontrar... Pero esto te lo dirá él mismo... El ha lanzado la acusación y él debe retirarla. Cuando haya hablado conmigo la retirará... Está en su despacho, me ha dicho el criado. Voy allá...

Y antes de que su madre pudiese impedírselo, había llamado á la puerta que desde el saloncito daba al despacho de Darrás. Cuando la cortina de la puerta cayó detrás de él, Gabriela tuvo un momento la intención de entrar é interponerse entre los dos hombres que se veían por primera vez después del terrible choque del otro día. ¡Las palabras que acababa de decir Luciano indicaban unas ideas tan distintas de las que Alberto y ella esperaban!

Que Darrás pronunciase una palabra imprudente como la que ella acababa de pronunciar, y Luciano se sublevaría de nuevo de un modo acaso irreparable... Escuchó si al través de la puerta se oía algún grito; pero no oyó ruido alguno, y su buen sentido de mujer le hizo pensar que su presencia podía exasperar el irritable orgullo de su hijo, y sobre todo, apasionar un debate que debía permanecer en el terreno de los hechos.

Luciano no se habría expresado con tal energía si no creyera tener pruebas ciertas en apoyo de su opinión. Las daría y, ¿quién sabe?, acaso tuviera razón, y Alberto, tan escrupulosamente sometido á la verdad, se convenciese... ¿Qué pasaría entonces? El temor de que Luciano pensase casarse con Berta Planat pasó por la mente de la madre, y ante aquella nueva amenaza de la suerte, experimentó la sensación de una fatalidad encarnizada contra ella.

Su matrimonio estaba, pues, maldito, y aunque sus oraciones, multiplicadas en aquellos últimos días, no habían apartado de su cabeza ninguno de los peligros que le amenazaban, cayó de rodillas é imploró á Dios de todo corazón...

De vez en cuando apercibía el oído creyendo que se oían voces en la pieza inmediata... Luego decía: «Me he engañado...,» y continuaba su rezo.

Cuando Luciano entró en el despacho de su padrastro, estaba éste sentado á su mesa aparentemente ocupado en un trabajo que interrumpió; pero si el joven hubiera estado sereno, hubiera visto que aquel papel que el ingeniero fingía mirar no tenía traza alguna de escritura y que la nerviosa mano de Darrás oprimía convulsivamente una pluma seca, como para hacer ver que hacía algo.

El padrastro no quería haber espiado á su hijo, y oficialmente ignoraba hasta aquel momento que éste había vuelto á casa y que iba á entrar en aquel cuarto.

Cuanto más fuerte es un carácter, mejor equilibradas están las piezas que lo componen, es decir, más tiene los defectos propios de sus cualidades. La extremada tensión de voluntad en que sus teorías sobre la conciencia hacían vivir á Darrás, le hacía incapaz de esa gracia espontánea que las naturalezas más débiles, pero también más humanas, encuentran á su servicio en las crisis muy difíciles.

El instinto de su corazón hubiera sido en aquel momento abrazar á Luciano, como lo había dicho, y repetirle la frase de su madre: «Si sufres, hijo mío, apóyate en mí;» pero sabía que si él quería como un hijo á Luciano, éste no le consideraba como padre, y el conflicto de hacía dos días le había confirmado en esta creencia. Y esto hacía que, en aquella hora de explicación solemne, su expresiva fisonomía estuviese contraída y cerrada.

Luciano percibió en seguida la diferencia entre esa acogida y la de su madre. Tenía de nuevo delante de él al extraño.

Darrás, sin embargo, le ofreció la mano y le dijo:

—¿Eres tú, Luciano? Ya sabía yo que volverías y celebro en el alma que sea tan pronto. Has visto á tu madre; he querido que estuvieras solo con ella en los primeros momentos; ha estado enferma de inquietud, y tu presencia le habrá hecho tanto bien como á ti la suya. En cuanto á lo que pasó entre nosotros el otro día, no hablaremos de ello, ¿verdad? Está olvidado. Te tenemos otra vez á nuestro lado y esto es lo único que importa...

—Deseo, por el contrario, que hablemos de ello, respondió el hijastro. Con esta intención he vuelto, ya se lo he dicho á mamá. Hubiera debido escribirte ó verte antes que á ella, pues la cuestión se planteó entre tú y yo, y tú y yo debemos resolverla. Pero hay un punto que es preciso arreglar ante todo. Quiero decirte que deploro las palabras duras que se me escaparon anteayer en la exaltación del sufrimiento.

—Fueron muy naturales, le interrumpió Darrás. Debí hacerte la penosa advertencia que te hice, pero graduando ciertas revelaciones y preparándote á recibirlas. Mi excusa es que te veía correr un gran peligro y quise arrancarte de él en seguida. Pero repito que nunca he dudado de que volvieras, porque puedo decir que te he hecho moralmente. Te conozco y sé que eres el honor mismo. A los hombres como tú se les puede engañar y extraviar, pero no es posible pervertirlos...

La fisonomía de Luciano se ensombreció al oir aquel elogio que suponía la misma severidad de juicio respecto de su amiga que le había indignado dos días antes. Pero esta vez consiguió dominarse.

¿Qué quería? Que su padrastro tuviera que hacer justicia á Berta en virtud de sus propios principios. Para esto había que emprender una discusión de ideas, y las últimas palabras de Darrás daban una ocasión que Luciano se apresuró á aprovechar.

—Todo lo que soy á ti te lo debo, dijo. Tú eres quien me has dado todas mis convicciones: la fe absoluta en la conciencia ante todo y en la justicia después, puesto que la una crea á la otra. ¿Qué es la justicia sino el respeto religioso de la conciencia individual, y como condición necesaria á una y á otro, el culto, el fanatismo de la verdad, sea la que quiera? Esta es tu doctrina, la que te he visto practicar siempre. También es la mía y espero practicarla hasta el fin... Cuando me separé de ti anteayer, vi claramente dos puntos: el primero que no podías ni haberme mentido ni haber acusado á la ligera á un inocente, sobre todo siendo una mujer; el segundo que mi deber era advertir inmediatamente á la señorita Planat. Era acusada y tenía derecho á defenderse. Al salir del Banco me fuí derecho á su casa.

Más hábil hubiera sido una información impersonal y previa, hizo observar Darrás. Pero no soy yo quien acusará á nadie de no ser hábil, porque aun sin conocer á esa joven, pensé yo un momento en hacer lo que tú...

También á Darrás le chocaba demasiado el tono de su hijastro para no presentir un incidente nuevo en una situación á la que no había visto más que dos salidas: que Luciano perseverase en su ilusión, y entonces las pruebas decisivas obtenidas por el ministerio del Interior vencerían su credulidad, ó que el joven reconociese la verdad, y en ese caso el rompimiento era cierto. Por eso oía con estupor cómo su discípulo, su pensamiento prolongado y viviente, seguía diciendo:

—He contado á la señorita Planat lo que me habías dicho y tal como me lo habías dicho... Estabas bien enterado. No he necesitado interrogarla, pues ella misma ha salido al encuentro de mis preguntas y me ha dado los detalles más positivos sobre su triste historia... Hubiera podido negar y yo la hubiera creído, pero ni un momento ha tenido esa idea...

—Le hubiera sido difícil discutir unos informes tan precisos, replicó Darrás. Pero tú le agradeces esa franqueza y tienes razón. Es siempre justo dar crédito á una criatura humana é interpretar sus actos en el sentido más favorable; mas opino que su franqueza ha sido algo tardía. Hubiera debido hablar antes.

—¿Por qué?, preguntó Luciano, que no dejó de percibir la censura que la estudiada moderación de su padrastro entrañaba. En nuestra conversación de anteayer me dijiste que era mi amante y yo te respondí que tu suposición era calumniosa y que no me dignaba siquiera discutirla... Hoy estoy sereno. Pues bien: te afirmo por mi honor que anteayer fué el primer día que tuve con esa señorita una conversación diferente de la que un estudiante puede tener con otro. Durante diez meses nos hemos visto continuamente y nunca le he dicho que la amaba ni me he permitido la más ligera alusión á tal asunto. Me había advertido que á la primer palabra que se saliera de una franca amistad, no me volvería á ver, y hemos cumplido ese convenio. Por consecuencia, no tenía para qué hacerme como camarada una confesión de mujer. Sus relaciones conmigo han sido de una lealtad absoluta; y si crees que un carácter debe ser juzgado favorablemente hasta tener prueba en contrario, crees *à fortiori* que hay que tener en cuenta á una persona las cualidades que realmente ha mostrado. ¿Es equitativo? ¿Sí ó no? Respóndeme...

—Es evidente, dijo Darrás, á quien repugnaban las sutilezas y no comprendía bien adónde iba su hijastro.

Pero le parecía que no iba recto, que tomaba por la tangente, y con verdadera irritación le preguntó:

—¿Adónde vas á parar?..

—A esto, respondió Luciano; á que estuve en mi derecho sublevándome cuando me dijiste que esa señorita había cometido acciones opuestas á todo lo que yo sabía de su carácter. Y, en efecto, no las ha cometido... Déjame explicarme, insistió casi violentamente al ver que Darrás hacía un ademán de protesta. Has dicho una gran cosa hace un momento al afirmar que se debe dar crédito á una criatura humana. ¡Pero qué pocas personas lo hacen! . Cuando una mujer se entrega á un hombre, se la condena ó se la desprecia sin examen... ¿Admites, sin embargo, que hay una diferencia en el acto según los móviles que han impulsado á esa mujer?.. Sí, ¿verdad?.. Una muchacha ha sido educada por revolucionarios que le han hecho ver en las convenciones del mundo actual el principio de todas las miserias y de todos los crímenes, y la han persuadido de que una de las peores es el matrimonio. Esa muchacha encuentra un malvado que le representa la comedia de convicciones iguales á las suyas, se hace amar por ella y le ofrece unir sus destinos para fundar una familia tal como ella la comprende. Ese miserable falta á su promesa y la abandona después. Es un libertino, un seductor. ¿Dirás que esa mujer ha tenido un amante? No. Se ha casado fuera de la ley. Acabo de contarte la historia de Berta Planat... No me respondas que sólo la sé por ella. Hay acentos que no engañan y no me ha mentido. No creas que estoy loco, papá, porque no lo estoy. Soy un hombre que viene á invitarte á que reconozcas una injusticia que has cometido sin saberlo y á que la repares...

—Si el reconocerla es repararla, estoy dispuesto, respondió Darrás. Has hablado con esa señorita, la has oído, y me afirmas que ha sido víctima de una idea falsa, que su extravío no ha tenido ningún carácter bajo. No me opongo á creerte. Pero en lo que no estoy conforme es en que asimiles una unión como esa á un matrimonio.

—¿Y qué diferencia hay?

—La diferencia está en la obediencia ó en la desobediencia á la ley, dijo el padrastro.

Acababa de ver con espanto el proyecto, para él insensato, de Luciano, y esa repentina intuición le había detenido de pronto en las concesiones hechas al joven para evitar una disputa.

Todas sus prevenciones contra Berta Planat se aumentaron de repente. Aquella mujer era mucho más temible de lo que había pensado. No había querido discutir su persona, viendo que encontraría en seguida delante de él al enamorado enloquecido del otro día, pero se preparaba en cambio á mostrar una intransigencia absoluta sobre un principio al que, por otra parte, estaba adherido por sus más íntimas fibras.

Pertenecía á una generación que vive en la constante paradoja de querer conciliar todas las virtudes del mundo tradicional con el sistema de ideas más contrario á estas virtudes. Esta generación ha querido en política el orden y la grandeza nacional, y en moral ha soñado y sueña con el estoicismo y con la integridad y profesa teorías cuya consecuencia inmediata es la anarquía. De este modo Darrás se había casado con una mujer divorciada y era un defensor entusiasta de la familia, y había enseñado á su hijastro la religión del sentido propio, teniendo en el más alto grado el aprecio de la respetabilidad burguesa que es hereditaria en todos los franceses de su clase.

Darrás iba á experimentar esa cólera de los hombres de la primera etapa contra los de la segunda, que es tan frecuente en las tragedias secretas de la vida privada como en los dramas ruidosos de la vida pública. Había empleado, hablando con su hijastro, la hermosa palabra *ley* con el mismo énfasis que si él y su partido no hubiesen privado á esta palabra de todo sentido. Su discípulo en revolución debía hacérselo ver.

—No hay más ley respetable que la que reconocemos como justa, respondió. ¿En qué viene á parar, si no, la conciencia individual?..

—Se somete al interés común, dijo Darrás.

—¿Y si la conciencia ve ese interés en una ley contraria á la existente? Este ha sido el caso de Berta, é insisto en creer que su modo de pensar y su conducta son tan respetables como el más respetable matrimonio.

—Y yo voy á probarte lo contrario con una sola palabra, respondió Darrás fijando los ojos en los del joven para saber de una vez si había adivinado. La prueba es que todavía no te has atrevido á decirme: «Quiero casarme con ella.»

—Es verdad, dijo Luciano, quiero casarme con ella. He venido á pedir á mi madre su autorización, y como no me la dará mientras crea de Berta lo que cree, te ruego, en nombre de los principios que profesas, que deshagas en su mente la obra de calumnia de que has sido el obrero inconsciente... ¿Ves cómo sí me he atrevido? No hay mérito en atreverse cuando se defiende la verdad y la justicia.

—Vamos á ver, Luciano, no eres tú el que hablas... No, no es posible... ¡Tú, casarte con esa mujer! ¡Tú!.. ¡Tú!.. ¿Hasta ese punto te ha hecho perder el sentido de lo que eres, de lo que somos?.. ¡Casarte! ¿Para qué, después de todo, puesto que acabas de decirme que no eres partidario del matrimonio?

—No he dicho eso, replicó el joven, cuya voz se iba poniendo más seca y más áspera á medida que la de Darrás era más imperativa é irritada. He dicho que las formalidades del matrimonio civil no añaden nada á la unión libre. Y como tampoco le quitan nada, la cuestión está en saber si se juzga ó no oportuno someterse á esas formalidades. Hoy, tratándose de Berta Planat, lo juzgo yo oportuno, precisamente porque hay muchas personas que piensan como tú y quiero tener el derecho legal de defenderla...

—¿Y no piensas que tu madre posee el derecho moral de no tener esa nuera, y tu hermana el de no tener esa cuñada?.. ¿Y el niño? ¿Nos le vas á traer?..

—Mi madre me tenía á mí cuando te casaste con ella, y no vacilaste en ofrecerte para ayudarla á reconstituir su vida... No os pido sino que me permitáis hacer lo que habéis hecho vosotros.

—¿Lo que hemos hecho nosotros?.. ¿Tu madre?.. ¿Tu madre?.. ¿Comparas á tu madre con?..

Y Darrás se dirigió á su hijastro con los puños levantados, mientras éste, cruzado de brazos y sin retroceder, repetía:

—Sí, las comparo, y eso prueba el respeto que me inspira la señorita Berta Planat, mi prometida...

—No quiero pegarte, dijo el padrastro pasándose la mano por la frente como para ahuyentar la funesta tentación de la violencia. No quiero, á causa de esa madre, á la que acabas de insultar tan vergonzosamente. Pero es mi esposa, y vamos á ver si repites esa infamia delante de ella...

Y sin que Luciano pudiera evitarlo, le cogió por un brazo y le arrastró al saloncillo, donde uno y otro, á pesar de lo alterados que estaban por las palabras que acababan de pronunciar, se quedaron inmóviles y sorprendidos ante aquella mujer que oraba de rodillas y con la cara oculta entre las manos.

Darrás, á pesar de su cólera, palideció al verla. Hacía tiempo que ciertas frases y ciertas melancolías de Gabriela le hacían temer un cambio del que ahora veía una prueba evidente.

Al ruido de pasos, Gabriela se levantó y se quedó en pie y en actitud de súplica ante su marido, que tenía cogido á su hijo por un brazo.

—¡Alberto!.. ¡Luciano!.. ¡Si me quieres, déjale!.. Y tú, Luciano, ¿qué has dicho otra vez?.. ¿Qué os habéis dicho?.. ¡Oh! ¡Qué daño me hacéis!..

Y Gabriela se puso las manos en el pecho como para comprimir los latidos de su corazón. Después añadió con acento desgarrador que conmovió á los dos:

—¡Pero habladme, habladme!..

—Que te hable él, dijo Darrás señalando á su hijastro. Que te repita lo que acaba de decir... Ahora le da vergüenza... ¿Sabes lo que viene á pedirnos? Casarse con esa muchacha...

—¡Casarse con esa muchacha!, repitió la madre.

—Sí, insistió Darrás, casarse... ¿Y sabes con qué ha comparado ese deshonroso matrimonio?.. Me quema los labios el repetirlo, pero su castigo será que sepas tú cómo ha sentido y hablado... ¡Con el nuestro, ¿entiendes?, con el nuestro!.. Esa aventurera á quien ha recogido en las aceras del barrio latino...

—¡Cállate!..

Este grito del joven, que se lanzó á su vez hacia su padrastro, se mezcló con otro grito de la madre. Gabriela se había interpuesto entre ellos; pero Luciano seguía diciendo, dirigiéndose á ella:

—¡Dile que se calle ó yo sabré hacerle callar!.. ¡Le prohibo que calumnie á esa mujer!.. ¡Se lo prohibo!..

—¡Me lo prohibes!.. Ahora me insultas á mí, después de haber insultado á tu madre...

—Ni te insulto á ti ni la he insultado á ella... He

venido por deferencia hacia los dos, cuando podía no venir, pues el que tiene derecho legalmente á ese matrimonio es mi verdadero padre. Quiero casarme con una mujer á quien amo y á quien respeto absoluta y completamente. He esperado encontrar en ti un apoyo porque te creía consecuente con tus ideas. No lo eres, y me dirigiré sólo á mi madre para tener su consentimiento.

—Mientras yo viva, no lo tendrás, repuso el padrastro... ¿Lo has oído tú también? ¡Jamás, jamás!.. Si te casas con esa criatura, tu madre habrá muerto para ti...

—Necesito que me lo diga ella misma, respondió Luciano. Era mi madre antes de ser tu esposa. Veremos si es tu esposa más que mi madre...

—¡Desgraciado!.., exclamó Darrás fuera de sí, ¿quieres matarla?..

Y le mostró á Gabriela, que se había dejado caer en una silla con los ojos fijos, la boca abierta y los brazos colgando, como si el golpe que acababa de asestarle su hijo hubiera sido de esos cuyo sufrimiento moral entra en el dominio de la locura.

También Luciano, al verla, lanzó un grito de consternación. Pero su padrastro le dijo con la voz de un hombre furioso que dentro de un minuto no será dueño de sí:

—¡Vete!.. ¡Vete, por piedad por ella!.. ¡Vete!..

Y el joven salió de la habitación. Nunca su orgullo de hijo tuvo que doblegarse á mayor sacrificio. Acababa de comprender que si se prolongaba aquella disputa, su madre se moriría de dolor, allí, á su vista.

Dos minutos después, el ruido de la puerta cochera al cerrarse anunció que el hijo de la divorciada salía de la casa materna, ¿para volver cuándo y cómo?..

Aquel golpe pareció que devolvía la conciencia de la realidad á Gabriela, á la que su marido, con besos y súplicas, trataba en vano de arrancar una palabra. Aquella señal de la salida de su hijo la despertó de repente de su horrible sopor.

—¿Se ha marchado?.., gimió. ¡Ah! Amigo mío, corre á buscarle, tráele...

—No puedo, respondió Darrás. Y aunque pudiera, no le traería. Ya lo has visto; en este momento está loco...

—No, dijo Gabriela con un acento que hizo estremecerse á su marido, no está loco. Él es quien tiene razón.

—¿Qué quieres decir?..

—Lo que te digo; que tiene razón. Yo no soy más que esa muchacha... Ni tú ni yo tenemos derecho á condenarlos... Te amo, Alberto mío, dijo mirándole con unos ojos en los que se veía al fin toda la agonía de sus escrúpulos; y á causa de ese amor, te estoy ocultando hace meses lo que me devora... Ahora es preciso que te lo diga para que perdones á Luciano, que no es más que el instrumento de la justicia divina... Tú nunca has *creído,* amigo mío. Tú no sabes lo que es haber tenido á Dios consigo y no tenerle ya. Cuando nos casamos, había sido tan desgraciada y tú me amabas tanto, que creí tener derecho á reconstituir mi vida contigo. Hoy sé que no lo tenía. No, continuó exaltándose, no lo tenía, porque era la mujer de otro ante Dios...

—¿Ante qué Dios?.., respondió Darrás.

No se trataba ya de los extravíos de su hijastro. La repentina exclamación de su mujer había hecho que su cólera se trocase en un estupor de espanto ante la úlcera que se descubría en lo más secreto de su matrimonio.

—Tú no crees eso, Gabriela, dijo. No puedes creer que no has obrado bien aceptando el comenzar conmigo una vida nueva, tan honrada y lealmente y conforme á una ley de prudencia y de progreso. Sería renegar de nuestro pasado y no puedes hacerlo...

—No reniego de nada, dijo Gabriela. Tengo remordimientos... ¿Ante qué Dios? Ante el de mis padres y de los tuyos; ante el Dios á quien aprendí á rezar cuando era niña; ante el Dios á quien reza mi hija; ante el Dios del Evangelio y de la Iglesia. Había perdido la fe y la he recobrado... Lo que está pasando hace tres días me prueba que tengo razón: nuestro hogar está maldito. Viene el castigo porque estamos en rebelión contra él, porque le ultrajamos todos los días, porque...

Vaciló un segundo pensando en la frase del padre Euvrard: *confesar con la boca lo que se cree para obtener la salvación;* y luego exclamó:

—¡Ah! Lo diré todo; conocerás mi corazón, que te quiere tanto, pero el grito de la conciencia puede más: porque no estamos casados...



... á la que su marido, con besos y súplicas, trataba en vano de arrancar una palabra

VII

SILENCIOS

Hay en el Evangelio una frase misteriosa sobre la venida del Salvador: «Será colocado como un signo de contradicción.» La historia de los pueblos no es, desde hace mil ochocientos años, más que un largo cumplimiento de esa profecía, que se realiza de un modo más sorprendente, acaso, en circunstancias humildes y á propósito de simples destinos individuales cada vez que se plantea el problema religioso en sus términos profundos, como acababa de plantearlo Gabriela Darrás.

Este problema permanece tan vivo, tan actual, tan interesante, que los más incrédulos no se ponen ja más enfrente de él con la indiferencia absoluta que la negación total implicaría. Este problema va á hacer vibrar en nuestro ser moral unas cuerdas secretas que á veces ignoramos nosotros mismos, las de nuestras más lejanas é íntimas herencias biológicas. A este llamamiento se despiertan en nosotros mil atavismos latentes é inconscientes, y esa austera voz de «los muertos que hablan,» como ha dicho un gran escritor.

Se hubiera ciertamente asombrado Darrás si le hubiesen predicho que, un día, su dulce y tímida Gabriela, tan sumisa de inteligencia y de corazón, por abnegación y por debilidad, se levantaría contra él, sublevada y sostenida por una fuerza invencible. Y menos aún hubiera creído que él mismo experimentaría contra aquella frágil criatura á la que tanto había amado cuando era soltera, compadecido tanto cuando era la esposa de otro y protegido tanto y tan cariñosamente después de su matrimonio, un movimiento de orgullo herido y de furioso despotismo.

Desde las primeras palabras de su conversación, la confesión de aquella devoción renaciente le había trastornado. Algunas veces la había temido, sin admitirla jamás, y al saber que aquella mujer, su mujer, había podido ocultarle tanto tiempo tal secreto, se sintió dominado de una cólera que se trocó en indignación cuando Gabriela dijo su terrible frase: «No estamos casados...»

Aquel ultraje, inferido por tal boca, á sus doce años de feliz intimidad, al honor de su matrimonio, á la nobleza de su hogar, le hirió en el corazón y todo su ser se estremeció nerviosamente como si hubiera recibido una bofetada.

Las palabras le faltaron y se quedó un momento en pie delante de Gabriela, aterrorizada ya por lo que se había atrevido á decir. Hasta entonces, aquella horrible idea de su primer matrimonio, el que había bendecido la Iglesia, subsistía siempre, y de que el segundo, el matrimonio sin sacramento, no era un matrimonio, no había tomado, ni siquiera en su mente, aquella forma aguda; y al articularla, Gabriela había precisado y como concretado un sentimiento vago cuya obsesión no podría ya sacudir.

Aquel fué el momento de emoción más intensa que los dos esposos habían experimentado, el uno respecto del otro, desde que Darrás pidió á la señora de Chambault que rehiciera su vida unida á él.

—¿No estamos casados?.., repitió por fin Darrás.

Y añadió imperiosa y brutalmente:

—¿Qué sacerdote te ha metido en la cabeza esa criminal locura?..

—Ninguno, respondió Gabriela resueltamente.

—¿Quién es ese sacerdote?, insistió Darrás con violencia de sectario. He querido cumplir la palabra que te dí cuando nos casamos, y esta es mi recompensa. Has ido á la iglesia con tu hija, has hablado con curas y éstos han visto en ti una presa que conquistar. No pueden soportar el honor de un matrimonio que no es su obra, ni el acuerdo de un hombre y una mujer que han prescindido de ellos. ¿Qué importa á su fanatismo que ese hombre y esa mujer sean desgraciados? ¿Qué importa que se disuelva ese hogar pacífico respetado y dichoso?.. ¡Ah! ¡Cómo los odio!..

—No acuses á nadie, Alberto; no tienes derecho. ¿Por qué quieres que te jure que ningún sacerdote ha influído sobre mí?.. ¿Por nuestra hija?.. Te lo juro sobre su cabeza... He recobrado la fe yo sola... ¿Cómo y cuándo? No lo sé... He visto á Juana rezar, la he visto creer y á través de mi hija me ha vuelto toda la piedad de la infancia. Y ahora, *creo.* Creo en Dios, en el Evangelio, en la Iglesia, en los sacramentos. No puedo arrancarme de la mente esas creencias, como no puedo arrancarme esa luz de los ojos. ¡Un sacerdote!.. Sólo he visto á dos en un año, y han sido tan duros, tan intransigentes, aun el mejor... Uno de ellos era, sin embargo, un gran sabio al que tú admiras: el padre Euvrard...

—¿Y el padre Euvrard se ha prestado á recibir las visitas clandestinas de una mujer á espaldas de su marido?.. ¡Y yo que no estaba lejos de compadecerle porque le aplicaban las nuevas leyes!.. ¡Qué justas son esas leyes y qué prudentes!.. ¡El padre Euvrard! ¡Qué infamia!..

—Te repito que no le he visto más que una vez y media hora. De tal modo vió él también la irregularidad de mi acto, que me pidió que no volviese sin haberte hablado de mi visita.

—Le has dicho que ibas sin saberlo yo, luego has tenido que explicarle por qué. ¿Le has entregado los secretos de nuestro matrimonio?..

—No pienses eso, amigo mío. No he pronunciado tu nombre; antes hubiera muerto.

—¿Qué me importa que conozca mi nombre?.. Lo que me importa es que hayas podido hablar á otro hombre de cosas que á mí me callabas; que hayas hecho una visita que yo no he sospechado siquiera. ¿Cuándo la has hecho?.. Responde...

—Anteayer.

—De modo que mientras yo me ocupaba de tu hijo, con tanta abnegación hacia ti, y casi me acusaba por tener que callarte mis temores respecto de él á fin de no inquietarte, tú me hacías traición... ¿No oías entonces ese grito de la conciencia de que acabas de hablarme? ¿No tenías remordimientos por esa mentira?..

(Continuará.)

LOS PUENTES COLOSALES DE UTAH

RECIENTE DESCUBRIMIENTO DE MARAVILLAS DE LA NATURALEZA

En el invierno de 1901 y en la primavera de 1902, Mr. Horacio J. Long estuvo empleado, al frente de una cuadrilla de mineros, en buscar y señalar minas en la región deshabitada que se extiende á lo largo del cañón (1) del río Colorado, en la parte Sudeste de Utah. En una de sus solitarias excursiones, tropezó Mr. Long con un ganadero llamado Scorup, que pocos años antes había pastado su ganado en el país estéril y quebrado comprendido en el ángulo que forman los ríos San Juan y Colorado.

En el curso de la conversación Scorup habló de ciertos arcos muy maravillosos que había visto cerca de la cabecera del cañón Blanco, en el condado de San Juan. Mr. Long había oído con frecuencia aplicar el nombre de «arcos,» en aquella región, á las paredes de los cañones que, á causa de haber sido minadas por la erosión las rocas y haber caído éstas en grandes masas, se proyectan sobre el fondo del cañón, formando huecos abrigados donde con frecuencia se encuentran ruinas de las viviendas de los moradores de cavernas. Supuso, por lo tanto, naturalmente, que á esa especie de arcos se refería Scorup, y no dió importancia á su dicho. Pero como éste insistiese en ello y los describiese más minuciosamente, vino poco á poco á pensar que aquellos arcos podrían ser puentes naturales que pasasen por encima de un cañón ancho y profundo.

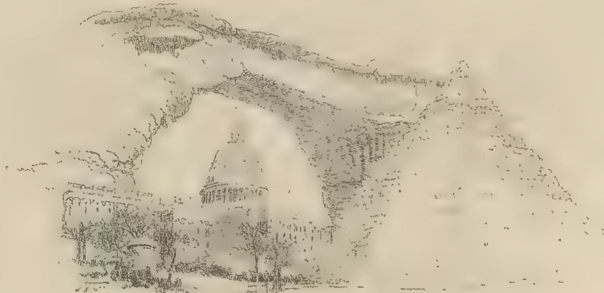
Por lo que Scorup decía, parecía probable que nunca hubieran sido vistos por ningún blanco, exceptuando quizás media docena de ganaderos y vaqueros y tal vez por algún que otro fugitivo de la justicia. Todo lo que Scorup sabía era que el primero que los descubrió fué Emery Knowles, en 1895; él mismo los vió á fines de dicho año en compañía de dos vaqueros.

La falta de agua hace que la región vecina á la cabecera del cañón Blanco sea inaccesible por los medios ordinarios, exceptuando á principios de primavera, cuando se derrite la escasa nieve caída en el invierno.

Scorup deseaba mucho volver á visitar aquella notable comarca y con especialidad sacar fotografías de los arcos. Creía ser él la única persona que entonces hubiese en Utah que supiese con exactitud el punto en que se hallan; y ofreció llevar allí á Mr. Long con la condición de que uno de aquellos puentes se había de llamar Puente de Carolina, que era el nombre de su madre.

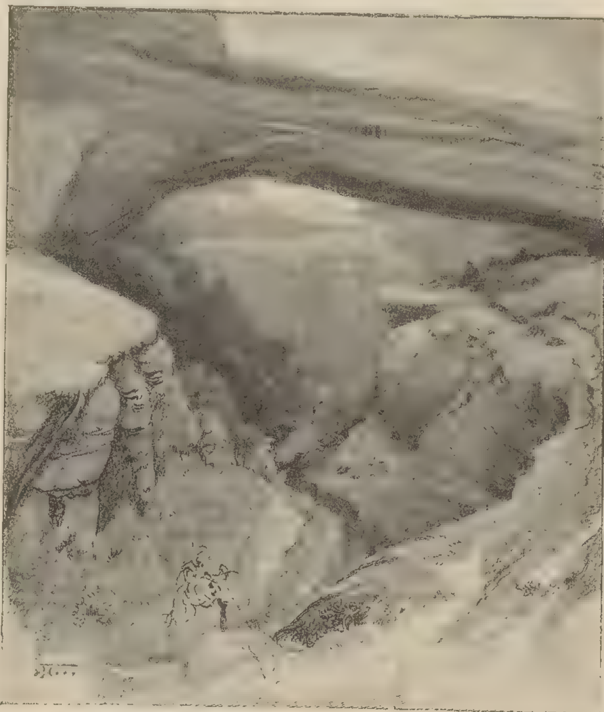
El día 13 de marzo de 1903, Scorup y Long salieron de Dandy Crossing, en el río Colorado, llevando dos caballos de silla y dos de carga, con todos los avíos necesarios y provisiones para una semana, y se dirigieron al Este, siguiendo un sendero apenas visible por estériles desiertos de piedras y arena.

Acamparon la primera noche á unas tres millas más allá de Copper Point, en Fifteen Mile Crossing, que es un arroyuelo que desemboca en el cañón Blanco y que, como todos los de poco caudal de aguas de aquella región, está seco por completo la mayor parte del año. Llevaron los caballos á beber al citado cañón, cenaron y durmieron, envueltos en mantas, sobre la dura roca. A la mañana siguiente, en un lugar llamado Soldier's Crossing, hallaron las sepulturas de dos soldados muertos en una ignorada escaramuza con los indios. Una mal tallada inscripción en una lápida de piedra arenisca recordaba sus nombres y la fecha en que fueron enterrados: el 30 de marzo de 1885.



El puente natural de Augusta, comparado con el Capitolio de Wáshington y con la gran pirámide de Egipto

En la mañana del 15 montaron ambos á caballo muy temprano. Scorup parecía algo nervioso, como quien teme que su imaginación haya abultado los objetos y que iban los dos á recibir un desengaño. El ancho del cañón oscilaba entre 100 y 170 metros y tenía muchas curvas y cambios bruscos de dirección. Las paredes se alzaban á una altura de unos 130 metros y en muchos sitios se proyectaban por encima de su base. El piso era áspero y desigual, y en aquella estación, una corriente de agua asaz considerable descendía por un angosto lecho, mucho más profundo que el nivel ordinario.



Puente de Carolina

Apurando los caballos todo lo posible, subían cañón arriba, y haciéndose camino por entre las masas de rocas desprendidas de las vecinas paredes, siguieron como un kilómetro y medio más, y al dar vuelta á un recodo del cañón, vieron por primera vez uno de los arcos de que había hablado Scorup. Muy extravagantes tenían que haber sido sus imaginaciones si hubieran sufrido un desengaño á la vista del colosal puente natural que ante sí tenían.

Y eso que desde el punto de vista escénico este puente es el que menos satisface de los tres que visitaron. Sus paredes y estribos son de una piedra arenisca de color rosado, manchada aquí y allí por masas de musgo y líquenes verdes y color de naranja. Pero los contornos son muy irregulares, las paredes del cañón, que se adelantan, interrumpen la vista, y la tremenda mole de piedra que está encima del arco achica sus proporciones. Los viajeros no llevaban ningún instrumento científico para medirlo con exactitud; pero por una serie de aproximadas triangulaciones, Long obtuvo un computo que debe ser exacto con poca diferencia. El puente, que llamaron de Carolina, según lo convenido con Scorup, mide 70 metros de estribo á estribo, medidos en el fondo del cañón. Desde la superficie del agua del arroyo al centro del arco, hay una altura perpendicular de 65 metros, y sobre el puente, el punto más alto del sólido bloque de piedra arenisca se levanta 42 metros sobre el nivel más bajo del piso; de modo que un viajero que pasase por esa titánica construcción, se encontraría á 107 metros sobre el lecho del arroyo. El piso del puente tiene 42 metros de ancho, de suerte que un ejército podría cruzarlo en columna de compañías y dejar todavía espacio á sus flancos para que pasaran sin interrupción, uno tras otro, los cañones de la artillería y los carros de la impedimenta.

Desgraciadamente, debido á las vueltas que en aquel paraje da el cañón, y por lo tanto, á la falta de perspectiva, fué imposible sacar fotografías que dieran una idea de la magnitud de sus proporciones. Contribuirá, sin embargo, á hacerse mejor cargo de ellas, el decir que el árbol que aparece en el grabado debajo del arco, pero que en realidad está bastante más acá, tiene tres metros de circunferencia y una altura proporcionada, y que aquellos objetos semejantes á hormigas que se ven á la izquierda del árbol y más próximos que éste, son los caballos que montaban los exploradores.

Volviendo á montar Long y Scorup, pasaron bajo la imponente mole del puente Carolina y siguieron cañón arriba. A una distancia de unos cinco kilómetros se hallaron en presencia del que es, sin duda alguna, el más admirable puente natural del mundo; tan elevado y magnífico, tan simétrico y hermoso en sus proporciones, que parece que la naturaleza se haya ensayado construyendo el de Carolina para poder llevar á cabo esta forma arquitectónica más bella y noble todavía. Aquí, por encima de un cañón que mide 112 metros de pared á pared, ha arrojado un soberbio arco de sólida piedra arenisca de 20 metros de espesor en su parte central y de 13 de ancho, dejando bajo él una abertura de 120 metros de altura perpendicular. Las paredes laterales del arco se levantan perpendicularmente casi hasta la parte superior del puente, donde se proyectan de pronto hacia afuera, semejando una inmensa cornisa, separándose del cuerpo principal, por ambos lados, de cinco á siete metros, extendiéndose con toda regularidad y simetría por todo lo largo del puente. Un contrafuerte grande y redondeado, al extremo de la pared del cañón, parece interceptar en parte por aquel lado el acceso al puente. De sus majestuosas proporciones se puede, hasta cierto punto,

(1) Desfiladero largo y estrecho entre dos montañas de vertientes casi perpendiculares.

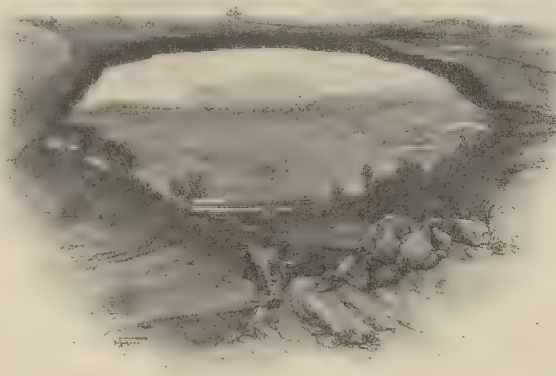
formar idea por medio de unas cuantas comparaciones. Su altura es dos veces mayor y su ojo más de tres que los del famoso puente natural de Virginia. Sus estribos están 39 metros más separados el uno del otro que los del célebre arco de cantería que hay en el distrito de Columbia conocido por puente de Cabin John, á pocas millas de la ciudad de Wáshington y que tiene más luz que ningún otro puente de piedra de América. El de que tratamos pasaría por encima del Capitolio de Wáshington, superando en 17 metros el punto más elevado de su cúpula; y si el árbol más alto de Calaveras Grove, bosque de gigantescas seguoyas de California, estuviese en el fondo del cañón, á su rama superior le faltarían 11 metros para tocar la parte inferior del arco.

Imitando el ejemplo de Mr. Scorup, Mr. Long dió á este puente el nombre de «Augusta,» en honor de su esposa, y ha sido una suerte que esta señora tuviera un nombre tan al caso.

El puente es de piedra arenisca blanca ó blanquecina, y como sucede en el de Carolina, filamentos de líquenes, matizados de verde ó anaranjado, corren de aquí para allí, sobre los macizos estribos, á lo largo de los abrigados huecos, bajo la elevada cornisa, dando calor y color á aquel admirable cuadro.

Los dos exploradores no pudieron escalar las paredes del cañón en la inmediata vecindad de ninguno de esos dos puentes, y tenían demasiado limitado el tiempo para poder buscar un barranco ó cortadura que los llevase á sus cumbres. Después de un día de mucho trabajo tomando medidas y sacando fotografías, tuvieron, muy á su pesar, que retroceder sin haber tenido el placer de cruzar el cañón por aquellos elevados viaductos.

Pasaron la noche en las ruinas de las habitaciones de los moradores de cavernas, y á la siguiente mañana volvieron á montar para descender por el cañón en busca del tercer puente que Scorup recordaba haber visto. Lo encontraron después de andados unos 10 kilómetros. Long, en sus apuntaciones de esta excursión, le llama el «Puente pequeño,» y bien podemos conservarle esa denominación. Sus dimensiones, sin embargo, son pequeñas únicamente en comparación con las gigantescas de los de Carolina y Augusta, porque tiene una abertura de 70 metros y la parte inferior del arco está á 47 metros de altura sobre el fondo del cañón. La corona del arco tiene seis metros de grueso y su superficie ó vía 11 metros de ancho: el poco grueso de aquella vía aérea y la circunstancia de que el cañón, en aquel sitio, se dilata en un valle inclinado, hizo que las fotografías tomadas den una idea apropiada de su altura.



El puente pequeño

Respecto á los otros dos, la configuración del terreno no permitió que se sacaran de ellos buenas vistas; así es que, á juzgar por éstas, se creería que el último era el más elevado de los tres, siendo así que su altura es poco más de un tercio de la del maravilloso arco de Augusta. Con relativa facilidad pudieron llegar hasta él y lo pasaron á caballo, por lo que con razón pudo decir Mr. Long en sus anotaciones del viaje: «Soy el primer hombre blanco que ha pasado á caballo este puente.»

A su regreso visitaron otro pueblo de moradores de cavernas situado en un reborde de las rocas, á 100 metros de altura, sobre el fondo del cañón. Buscando entre las ruinas, que eran extensas y en algunos parajes estaban muy bien conservadas, Long tropezó con el canto de una vasija que sobresalía apenas de la arena. Apartando los escombros con las manos, descubrió un precioso jarro de arcilla, hermosamente modelado, de unos 18 litros de capacidad y en perfecto estado de conservación. Lleváronse este magnífico ejemplar de cerámica antigua al campamento, donde pasaron la noche. Con cuerdas y correas acondicionaron el jarro para poderlo transportar, y á la mañana siguiente continuaron su viaje de vuelta, llevando Long á la espalda aquella preciosa reliquia á modo de inmensa, pero muy incómoda, mochila. Durmieron aquella noche en Fry Cabin, y al día siguiente se separaron, y durante el día siguió á caballo Long solo, hasta Dandy Crossing, una distancia de más de cuarenta millas, sin dejar ni un momento su pesada, pero interesante carga.—W. W. Dyarr.

(Dibujos de Harry Fenn, tomados de fotografías.)







«Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan maltrecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara» (*Don Quijote de la Mancha*, parte primera, cap. III). Dibujo de Ricardo Balaca.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 15 de mayo de 1905 — Núm. 1.220



RETRATO DE MI HIJO, por José Moreno Carbonero



CRÓNICA DE TEATROS

En los momentos en que escribo esta crónica, el vértigo cervantista está señoreado del ánimo de todos los españoles, sin distinción de edades, sexos ni categorías. El pobre manco, que en vida pasó las de Caín, que anduvo casi siempre á la cuarta pregunta y que más de una vez fué maltratado y perseguido, se ve ahora al cabo de los años mil festejado y ensalzado por los descendientes de aquellos que apenas si se dignaron echar sobre él sus miradas desdeñosas.

Yo no sé hasta qué punto podrán ser consuelo para las injusticias del presente las apoteosis del por venir. La gloria terrena creo yo que ha de halagar poco al interesado después de muerto... Pero sea de ello lo que fuere, más vale tarde que nunca, y no está de más que en estos tiempos, en los que tan de moda se ha puesto denigrar todo lo español, nos acordemos de que algo hay en nuestra raza digno de universal admiración.

***

No podía el arte dramático guardar silencio en este concierto nacional. Cervantes, además de dar eterna vida á su ingenioso hidalgo y á su no menos ingenioso escudero, honró la escena española con tragedias, comedias y entremeses. Bastaríanle sus pasillos, algunos de tan trascendental humorismo como el *Retablo de las maravillas*, para asignarle un puesto honroso en nuestra literatura dramática. Solamente en un breve período de su vida compuso «hasta veinte comedias ó treinta, que todas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza, y corrieron su carrera sin silbos, gritas ni baraúndas.»

Era, pues, uno de los más obligados homenajes á Cervantes el del teatro español.

De este homenaje sólo se conoce hasta ahora el programa Escritores tan afamados como Sellés, los Quintero y Ramos Carrión se han encargado de componer tres cuadros escénicos sacados del *Quijote*.

Difícil es la empresa de mover, no ya las armas, sino los huesos del caballero de la *Triste figura*, arrancándole de su libro para hacerle pisar las tablas del teatro. Aventura es esta que no se le ocurrió jamás al fantaseador caballero. Dios le saque con bien de tan apretado lance.

***

Las fiestas cervantinas volverán á entreabrir las puertas del teatro Español por breves días. La temporada terminó en abril, y terminó bien. Como que el último estreno fué el de la comedia de Jacinto Benavente titulada *Rosas de otoño*. Tiene esta comedia todas las de la ley para entretener y deleitar al público burgués: señoras elegantes y distinguidas que sólo se ocupan de sus amores y sus celos, y maridos calaverones que al cabo se arrepienten de sus travesuras: ingeniosas agudezas y sentencias de moral doméstica, y escenas cómicas hábilmente enlazadas con otras patéticas; todo esto expuesto por medio de un estilo sobrio, de buen gusto, exquisito á veces y siempre fácil y oportuno.

La noche del estreno de esta comedia—la que más ha gustado de todas las estrenadas en el Español durante la última temporada—yo, más que al escenario, miraba á los palcos y plateas. Allí las señoras escuchaban la obra con las lindas bocas abiertas: aquella moral nueva, aquellos chistes cultos, aquellos sermoncitos tan pulidos y bien portados, les sabían á mieles.

Cierto estoy de que *Rosas de otoño* producirá en todos los públicos elegantes de España el mismo efecto que produjo en Madrid la noche de su estreno.

Y véase cómo yerran los que creen que el público español está ansioso de nuevas orientaciones teatrales. No hay tal cosa; prescindiendo de lo puramente cortical, los gustos y aficiones de los espectadores actuales son los mismos que dominaban en tiempos de Eguílaz. Las *Rosas de otoño* es una cosa así como *La cruz del matrimonio*, adornada con los atavíos propios de los últimos figurines dibujados por Lavedan ó Donnay.

Todo esto que dejo dicho no es en son de censura á Benavente. El autor de *La noche del sábado* ha acometido en más de una ocasión la ardua empresa de llevar al teatro cuestiones filosóficas y complicados problemas espirituales. El público ó no entendió entonces lo que el autor quería decirle, ó si lo entendió, no recibió con ello gran contentamiento. Pide otras cosas, comedias que coincidan con su pereza de pensamiento, con su moral cómoda, con sus gustos y aficiones, y Benavente, interpretando con agudo talento esas aficiones, ha servido al ilustre senado el manjar que éste apetece...

Por eso he dicho, y ahora repito, que *Rosas de otoño* recorrerá entre entusiastas aplausos todos los teatros de España.

***

En los de Madrid no funciona ahora más compañía de género grande que la compañía italiana á cuyo frente figuran Teresa Mariani y Ettore Paladini.

Las compañías italianas que de cuando en cuando nos visitan tienen para nosotros, entre otras, la ventaja de ponernos en comunicación espiritual con el resto de Europa. El teatro italiano vive principalmente del extranjero. No hace todavía un año, el renombrado crítico Enrico Corradini escribía: «El teatro en Italia ha sido en gran parte y es todavía un producto francés. Las comedias y dramas del otro lado de los Alpes constituyen la producción preferida del público italiano é imponen entre nosotros las modas intelectuales.»

Lo que Corradini escribe puede aplicarse principalmente á la gran masa de los espectadores. Sobre los espíritus más refinados predomina ahora la influencia de Ibsen, y en general, de los escritores del Norte.

Bien se echa de ver esta influencia, verbigracia, en la comedia de Giacosa *Come le foglie*, en las de E. Butti *La utopía*, *El fin de un Ideal*, la trilogía *Los ateos*, etc., y en el tremendo drama de Braco *Maternidad*.

Esta misma falta de originalidad del teatro italiano (el alma de aquella nación se refleja más bien en las comedias escritas en dialecto), le hace muy á propósito para ponernos en comunicación, como digo más arriba, con el teatro europeo. Aquí los autores *modernos* (Ibsen, Bjornson, Hauptmann, Mæterlinck) han de venir, para que los admitamos, hablando en lengua extranjera. Es el único modo de que les entreabramos las puertas de nuestra escena. En tal sentido, las compañías de fuera de España, las italianas sobre todo, cuyo idioma nos es tan inteligible, nos prestan un verdadero servicio literario, así por las ideas que pueden sugerir á nuestros autores, como porque, aunque con lentitud, van educando á nuestro público.

***

La compañía Mariani-Paladini nos trae obras de todas procedencias: escandinavas, francesas, inglesas, alemanas é italianas, y pertenecientes á todos los géneros, desde el drama de ideas de Ibsen, hasta farsas como *La tía de Carlos*, de Brandou; desde el melodrama modernizado de Sardou, hasta las obras de tesis de Becke y Paul Hervieu; desde las comedias filosóficas de Butti, hasta las naturalistas de Travesti.

De quien no trae nada la Mariani es de D'Annunzio, y es lástima, porque el autor de *La hija de Jorio* es, sin duda, el más italiano de todos los poetas de su país.

Hasta ahora el efecto producido por las representaciones que lleva dadas en la Comedia la compañía de la Mariani, confirma lo que acerca del público decía yo hablando de la última obra de Benavente. Las funciones más favorecidas por la concurrencia han sido las *blancas* y las *verdes*. Los dramas de alguna substancia filosófica y de cierto valor trascendental sólo han tenido contadísimos espectadores.

Entre estos dramas es seguramente el de más valor el titulado *Fiamme nell' ombre*, original de Enrico Butti. Es este joven escritor uno de los de más renombre de Italia. Tiene treinta y cinco años. Milán es su patria, y según los datos recogidos por la escritora que firma sus trabajos con el seudónimo de *Jean Dornis*, Butti, por su familia, por sus estudios y cultura pertenece á lo que en Italia existe «de más intelectual y más dispuesto á adoptar las formas modernas de la vida.» Terminados sus estudios clásicos, el joven milanés comenzó su peregrinación por las universidades italianas. En estos primeros momentos de su carrera, las tendencias de su mentalidad son estrictamente científicas: el estudio de las ciencias exactas y la observación experimental de la Medicina. Después de estos estudios se dedicó á los del Derecho, que le proporcionaron el conocimiento de las costumbres. Cansado de ellos, su espíritu acabó por refugiarse en el amor y en el cultivo de las letras. Butti ha comprendido que en ellos existe una de las formas más interesantes, más generales y más conmovedoras de la verdad.

El primer libro de Butti fué *El inmoral*, publicado en 1894, novela corta á la cual siguieron otras de mayor extensión y alientos: *El autómata*, *El alma* y *El encanto*. En aquella misma fecha estrenó en el teatro de Turín un drama psicológico en cuatro actos, titulado *Vortice*, y fué después dando sucesivamente á la escena *La utopía*, *Las seducciones*, *El fin de un ideal* y la trilogía *Los ateos*, cuyas tres partes son *La carrera del placer*, *Lucifer* y *Una tempestad*. Sus últimos dramas se titulan *El gigante y los pigmeos* y *Fiamme nell' ombre*.

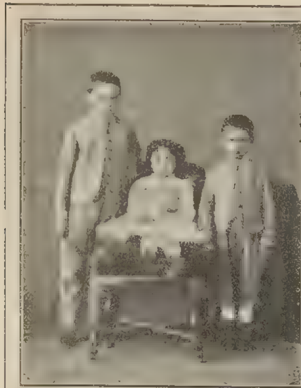
La tendencia de todas estas obras es profundamente religiosa. «Butti—dice la escritora citada—está persuadido de que su país tiene necesidad de beber con moderación el vino de la ciencia y el vino eucarístico. Presenta en escena hombres y mujeres dedicados á estudios científicos, en los que se aprende que es tarea vana buscar el *porqué* de las cosas y que es necesario contentarse con observar el *cómo* de los fenómenos. A todos estos campeones del racionalismo los conduce ante el problema de la muerte, y al romperse bruscamente en ellos los hilos de amor que los unían á una mujer, á un hijo adorado, les pregunta: «¿Qué sentís? ¿Qué anheláis? ¿Qué consuelo os dan vuestras doctrinas? ¿Qué especie de dulzura podéis derramar en torno vuestro?» Cuando los ha convencido por el espectáculo del sufrimiento de los otros y por el de su propio dolor de que la negación les quita la esperanza y la fuerza de vivir ante el fantasma de la destrucción total, les obliga á oir de labios de un ser sencillo, una mujer llorosa ó un amante desesperado, la antigua lección de la sabiduría humana que dice: «Vuestra ciencia sabe lo mismo que mi ignorancia de lo que es esencial, y nos deja sin sostén ante lo irreparable.»

Fiamme nell' ombre tiende á demostrar que no se quiebra impunemente la ley del amor. Antonio Ginotieri es hombre de voluntad enérgica, de claro y elevado entendimiento, de virtud acrisolada, de noble y legítima ambición. Tuvo amores en sus mocedades; pero engañado por lo que él creía su vocación, ahoga todas estas cualidades que le hacían apto para las luchas del mundo, y renunciando á su amor, abraza el estado eclesiástico. Su heroísmo un tanto egoísta acarrea la desgracia de la mujer amada, que se casa con un hombre vicioso y corrompido, y la de Elisabet, la hermana del clérigo.

Adviértese en este drama la influencia del teatro de Ibsen. El sacrificio de Elena Alving en *Los aparecidos* y el de Antonio Ginotieri en *Fiamme nell' ombre* dan frutos análogos: en el drama noruego, la espantosa imbecilidad de Osvaldo; en el drama italiano, la desventura irremediable de Elisabet.

Y véase qué sorpresas nos ofrece á veces la realidad. Italia, el país del arte y de la belleza, busca su inspiración en las brumas frías y tenebrosas del Norte, de donde, contra todas las leyes geográficas y estéticas, viene ahora la luz para la Europa latina.

ZEDA.



Moreno Carbonero (×) á la edad de ocho años, cuando comenzó á pintar en Málaga bajo la dirección de Ferrándiz.



Moreno Carbonero á la edad de doce años, cuando obtuvo una segunda medalla en la Exposición regional de Andalucía.



Moreno Carbonero á la edad de diez y nueve años, cuando obtuvo una primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid.

J. MORENO CARBONERO

Varias veces, con motivo de reproducir algunas de las notables producciones de este distinguido artista, nos hemos complacido en consignar lo que vale y significa su personalidad en ese admirable conjunto de manifestaciones que representan el movimiento artístico moderno en nuestra patria, señalando sus razonadas evoluciones.

A medida que dábamos á conocer sus más notables obras, aquellas que ya en los comienzos de su carrera artística reportáronle el lisonjero concepto de la notoriedad, fuimos trazando las fases que marcan su producción y revelan sus adelantos y sus admirables condiciones de colorista. Los grandes lienzos de carácter histórico, algunos de ellos verdaderas maravillas de color, como *El príncipe de Viana, La conversión del duque de Gandía,* etc., etcétera, representan otros tantos timbres de su ejecutoria artística, puesto que aplaudidos y celebrados, alcanzaron premios y recompensas que se estimó merecía un pintor de temperamento que dueño de la paleta obtenía esos admirables matices que tanto seducen y cautivan.

Señalamos después la segunda é importante fase de su labor, aquella en que más gallardamente se manifiesta su habilidad é inteligencia, en que se revela su espíritu culto, cual es la magistral interpretación de cuadros, tipos y escenas de nuestra antigua y clásica literatura, en donde puso de manifiesto sus inimitables cualidades de colorista y dibujante, revelándose como artista genuinamente español, con todo el gracejo y humorismo que distingue la vena ática y castiza de Goya, ó dando forma precisa y acertada á las creaciones de aquellos á quienes consideramos como astros de primera magnitud en el cielo purísimo de las letras patrias. Las escenas del *Quijote* y del *Gil Blas de Santillana* son hermosas y dignas interpretaciones de tan magistrales obras, y cada lienzo fué considerado como una revelación, como el resultado de un conjunto de cualidades y excepcionales aptitudes que residen en Moreno Carbonero.



LAS PALOMAS DE LA PLAZA DE SAN MARCOS EN VENECIA, cuadro de José Moreno Carbonero

Posteriormente tuvimos una especial complacencia en llamar la atención acerca de otra clase de obras, que como *La venta del sevillano, El sombrero de tres picos, Un alto,* etcétera, asignan al pintor un elevado concepto por lo que se refiere al manejo del color y á la interpretación de la luz, de tal suerte, que según afirmaba un distinguido crítico, cada una de sus pinceladas es un rayo luminoso que reverbera. Y así resulta evidenciado, entre otros, en aquel grupo de maltrechos titiriteros que se *van con la música á otra parte,* cuyas abigarradas figuras se destacan de la blanqueada carretera, abrillantada cual todo el cuadro por la fuerza del sol en el período canicular.

Faltábanos, por último, hacer especial mención de otra clase de producciones de indiscutible mérito, en las que el artista ha aportado el caudal de sus conocimientos, el esfuerzo de su inteligencia y los recursos de su habilidad. Nos referimos á los retratos, y singularmente á los que tanto llamaron la atención de los inteligentes en la exposición organizada en el Salón Amaré, de la coronada villa. Gracias á la buena amistad y á la nunca desmentida galantería de tan excelente artista, podemos hoy dar á conocer á nuestros lectores el precioso retrato de su hijo, de corte marcadamente velazquista. En él asume todos los caracteres distintivos de esta clase de producciones, puesto que refleja acertadamente el modo de ser del personaje retratado.

A título de homenaje le dedicamos estos renglones, que bien merece un caluroso aplauso quien ha llegado á ocupar puesto preeminente entre los artistas que honran el arte patrio contemporáneo.—A. GARCÍA LLANSÓ.

CUENTO DE HADAS, por NOGUERAS OLLER

INSPIRADO EN EL CUADRO DE FERNANDO CABRERA



Y la vieja, de espaldas al fuego que ardía en el amplio hogar y dirigiéndose á los rústicos oyentes que con gran atención la escuchaban, comenzó así su cuento

Y la vieja, de espaldas al fuego que ardía en el amplio hogar y dirigiéndose á los rústicos oyentes que con gran atención la escuchaban, comenzó así su cuento:

Érase que se era un zagal, buen mozo y de muy nobles sentimientos.

Tendido en la hojarasca del bosque milenario, contemplaba con ojos deslumbrados la azul laguna de dormidas aguas que brillaba al sol.

Pacían las ovejas, y Buencorazón, que así se llamaba el pastor, se disponía á comerse lo poco que en su zurrón había, cuando se le apareció una vieja que á duras penas podía andar.

—Pastor, hijo mío, dos días ha que no pruebo bocado; dame un cacho de tu sabroso pan...

Buencorazón llamó á la más hermosa de sus ovejas, la ordeñó y le dió un tarro de leche.

Bebió la viejecita ocultando su rostro, y tomando un cacho del pan que él le ofreció, huyó ligeramente hacia la laguna, al propio tiempo que se quitaba el mantón con que se envolvía el rostro.

Y apareció á sus atónitos ojos la mujer más bella que podéis imaginaros, por la cual había cambiado su corazón en altar donde rezaba la interminable oración del amor más honesto, grande y ruboroso; era Dulceamor, la nunca bastante elogiada Dulceamor, que veía cada anochecer, de regreso á su aldea, en una de las ventanas del castillo, en la misma siempre, en la del gracioso rosal que pugnaba por florecer, mientras la hermosa castellana contemplaba con ojos soñolientos la melancólica puesta del sol.

Corrió tras la que creía ser su amada; pero ella, que brincaba como la más blanca y joven de sus ovejas, dejó caer el pedacito de pan que llevaba en sus labios de fresa, y cuando el pastor dió con él, había ya desaparecido.

Una niebla blanca y ligera corría por la superficie de las aguas; y Buencorazón, suponiendo que se trataba de una buena hada, sentóse pensativo sobre la fresca hierba, mirando siempre la silenciosa laguna; y así permaneció hasta muy caída la tarde.

Al anochecer reunió su rebaño y emprendió el regreso á la aldea. Cuanto más se acercaba al castillo, más le abandonaban sus fuerzas; sin embargo, al llegar frente la ventana, fijó toda su alma en ella.

El rosal estaba florido; grandes rosas delicadamente encendidas como las dulces y admirables mejillas de Dulceamor destacaban en la vaga obscuridad del hueco de la ventana; pero ella no estaba allí... ¿Habría muerto Dulceamor, la de los claros y luminosos ojos?..

Buencorazón, muy desconsolado, se disponía á proseguir su camino, cuando tres pajes que por allí pasaban le gritaron de esta suerte:

—¡Ah del zagal que se atreve á mirar con atrevidos ojos la ya florida ventana; más le valiera no haber nacido!.. Esta noche sacudirá Alegría, en las vastas salas del castillo, sus cascabeles de oro: Dulceamor se casa; Dulceamor va á florecer como el gracioso rosal de su ventana...

A lo que contestó Buencorazón:

—Puesto que Dulceamor va á florecer como el rosal de su ventana, muy bueno debe de ser el hombre elegido para aspirar su perfume...

Y rodeándose de sus tiernas ovejas prosiguió su marcha, lamentando no haber nacido lo suficiente bueno para triunfar en amor.

Una vez conducidas las ovejas al corral, Buencorazón tendióse en el pajero, y no se habría saciado nunca de besar el pedacito de pan por donde tan dulcemente lo había mordido su amada, á no aparecer por entre los barrotes de la reja el rostro de una buena mujer que le dijo estas palabras:

—¿Cómo te estás aquí, ocurriendo tan portentoso suceso? La gentil señora de este lugar va á dar su mano de esposa al mejor tañedor de flauta.

Buencorazón abrió la puerta, pero la buena hada se había desvanecido en la suave claridad de la noche.

Ante los ojos del pastor extendíase el camino iluminado por la luna, como si le ofreciera conducirle al castillo.

Buencorazón se abandonó á su suerte, y para llegar más pronto, se internó por la espesura de un bosque que, según es fama, á más de ser madriguera de lobos, era el antro donde las malas mujeres celebraban sus juntas.

No tardó en convencerse de que alguien le precedía.

Acurrucada en el tronco de un árbol estaba una vieja que le llamó diciéndole:

-El que anda delante de ti es el mejor tañedor de flauta. Si no acabas con él, se casará esta misma noche con Dulceamor.

A lo que contestó Buencorazón sin aminorar su marcha:

—¡Líbreme Dios de conquistarme así los claros y brillantes ojos de Dulceamor!..

No había andado veinte pasos, cuando un hombre se echó sobre el que le precedía, y le hubiera estrangulado seguramente á no ser por Buencorazón, que le atenazaba un brazo.

—¡Suelta, suelta, que es preciso que muera á mis manos: sabe tañer la flauta mejor que yo y no puedo convenir en que se quede con el negocio!..

Una voz clamaba tras el pastor:

—¡Deja que se maten y no te mezcles en lo que nadie te manda!.. Serás el único que asistirá y te llevarás el premio.

A lo que contestó Buencorazón:

—Juntas con el amor van las buenas acciones, ya que éstas no son más que el reflejo del verdadero amor... Guardad vuestro odio, hermanos, y vámonos todos al castillo, que en noble lid de sentimiento sólo se triunfa en amor.

Los dos hombres se levantaron, y en vez de aceptar tan franca y honrada invitación, marchó cada uno por distinto camino.

En esto, el buen pastor casi ya veía el castillo, cuando saliéndole un caballero le cerró el paso.

—¡Vas á morir, villano!, le gritaba á grandes voces. ¿Cómo pretendes poseer la blanca mano de Dulceamor sin otra riqueza que tu vieja zamarra, ni otra nobleza que tu miserable sangre de cordero?..

—No hay nobleza mayor que el tesoro de un buen corazón, ni riqueza más grande que la nobleza de mis sentimientos. Y te juro por el santo nombre de Dios, que vas á dejar libre el paso; porque si bien no puede negarse que eres caballero, ya que vienes montando sobre caballo, vas desmontado de toda nobleza de alma.

Y así diciendo, Buencorazón agarró de la lanza del caballero con mano firme, y rompiéndola, con el mayor desdén prosiguió su camino.

***

En la suntuosa gradería del castillo estaba esperándole Dulceamor, sonriendo entre la luz radiante de sus ojos y de sus joyas...

Así le habló Buencorazón:

—¡Oh tú, admirable mujer del más discreto y dulce amor de la tierra, que has querido unir tu vida no á otra existencia que en riqueza y linaje te igualara!..

—¡Oh tú, hombre que has tañido mejor que nadie las cuerdas del sentimiento!.. Títulos y riquezas se adquieren y desaparecen fácilmente: lo único que perdura es un buen corazón.

Y despojándose de todas sus joyas, continuó diciendo Dulceamor:

—Ven, dueño mio; nos amaremos en la espesura de los bosques, bajo los besos del sol, en las tranquilas ondas de los estanques, comiendo el pan del tostado trigo, bebiendo la fresca leche de tus ovejas y brincando entre ellas como dos cabritos embriagados en las delicias del vivir... Y quédanse estas mis joyas para los que, fundando la felicidad en los bienes materiales, serán más *pobres* aún por la razón de poseer esta pobreza mía.

NOGUERAS OLLER.



Dibujo original de José Jiménez Aranda

DOS OBRAS DE JIMÉNEZ ARANDA

Al ocurrir en 6 de mayo de 1903 el fallecimiento de este artista meritísimo, dedicámosle respetuoso recuerdo y testimonio de la afectuosa consideración que nos merecía el que fué excelente pintor y cariñoso amigo. El que lo es nuestro también Sr. Gestoso y Pérez tomó á su cargo el honroso cometido de dar á conocer la labor realizada por el insigne artista sevillano, reproduciendo en las páginas de esta Revista algunas de sus ejemplares obras.

De ahí que hoy, al dar á conocer á nuestros lectores el hermoso tríptico inspirado en el magistral poema de Núñez de Arce titulado «La visión de Fray Martín» y un dibujo á la pluma, que figuraron en la intesante exhibición que para honrar su memoria se organizó el año último en el Salón Parés, nos impulse el deseo de tributar un nuevo homenaje al que consideramos como astro de primera magnitud en el purísimo cielo del arte patrio, cumplido caballero y excelente amigo.

Su figura, su personalidad como artista de grandes alientos y como pintor concienzudo y habilísimo, cobra extraordinaria importancia y adquiere indiscutible relieve á poco que se ahonde en el estudio de la portentosa labor que durante su vida realizó. Sus producciones demuestran la pujanza de su ingenio, la delicada ternura de sus sentimientos y la viva luz que destellaba de su privilegiado cerebro. Todos los conceptos que sintetizan los ideales de la humanidad, creencias, patria, afectos, tomaban cuerpo, se agrandaban al darles forma, imprimiéndoles con los colores de su paleta ese algo que en su interior existía, que lo elevara y engrandeciera, y que, al separarse de su deleznable envoltura, fué á morar en las puras regiones de lo bueno, de lo grande y de lo justo.

Varia y selecta fué su producción, distinguiéndose en todos los géneros que cultivara, ofeciendo el caso singularísimo de ser, á pesar de sus méritos, el artista español que menos concurrió á las exposiciones, y por lo tanto, el que menos premios ó recompensas podía ostentar.

Jiménez Aranda no fué quizás aplaudido y ensalzado cual merecía por su talento como artista, por sus cualidades como pintor; mas hoy que, por desgracia, tenemos el triste convencimiento de que ha desaparecido de entre nosotros y que de él no nos queda más que un grato recuerdo y sus obras admirables, hemos de arrepentirnos todos de no haberle glorificado en la forma á que tenía derecho. Su nombre significará siempre una gloria española.

El arte perdió en él uno de sus primeros adalides y uno de sus más fervientes adoradores. — G.



La visión de fray Martín, tríptico de José Jiménez Aranda



VENECIA. – Inauguración de la 6.ª Exposición internacional de Bellas Artes por S. A. R. el Duque de Génova, en 26 de abril último

(De fotografía de «Cliché-Express-Photo-Reportage» de París)

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE VENECIA

Uno de los principales atractivos que en la primavera ofrece la ciudad de Venecia es la Exposición de Bellas Artes que anualmente allí se celebra y que ofrece interés grandísimo, pues en ella se agrupan las obras de la joven escuela italiana, en la cual figuran artistas de mucho mérito.

La exposición está instalada en el palacio de Bellas Artes, que se alza en el Jardín Público y en cuyo interior se hallan dispuestos con gusto verdaderamente original, en agrupaciones muy acertadas, los cuadros que atraen la atención de los visitantes.

La sección de escultura resulta también en extremo notable, gracias á la bondad de las obras y á la inteligente y armoniosa disposición de los grupos, que honra al ingenio y al exquisito gusto de los organizadores de este certamen, visitado siempre por un público numeroso de aficionados y críticos, no sólo italianos, sino también extranjeros.

El acto de la inauguración, realizado hace pocos días, revistió, como siempre, gran solemnidad, aumentada este año por la presencia del conde Goluchowski, enviado por el emperador de Austria para celebrar con el ministro italiano Tittoni una entrevista á la que se atribuye gran importancia, aunque sobre ella se guarda el mayor secreto.

* * *

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE LIEJA

El día 27 de abril último SS. AA. RR. el príncipe Alberto de Bélgica y su esposa inauguraron solemnemente, por delegación del rey Leopoldo II, la Exposición universal organizada en Lieja para conmemorar el 75.° aniversario de la independencia belga.

El cortejo se dirigió en carrozas de gala al salón de fiestas para proceder á la sesión inaugural, á la que concurrieron los ministros, comisiones de la Cámara y del Senado, representantes diplomáticos y numerosas personalidades distinguidas de Bélgica, Alemania, Francia, etc.

En un estrado habíanse situado 800 cantantes y músicos que ejecutaron la *Brabanzona* en el momento en que los príncipes entraron en el salón, en medio de las entusiastas aclamaciones de la multitud.

El presidente del Comité ejecutivo M. Digneffe pronunció un discurso glorificando la fecha que se conmemoraba y el desarrollo alcanzado por la industria belga desde 1830, fecha de la independencia; y el príncipe Alberto otro celebrando los beneficios de la paz y saludando á los extranjeros y dando las gracias á los comisarios por lo que habían contribuído al buen éxito de la Exposición.

Ocupa ésta una superficie de 110.000 metros cuadrados, y por lo vasta y completa sólo ha sido superada por la de París de 1900 y por la celebrada últimamente en San Luis. Bélgica, aparte de las secciones generales, tiene numerosos palacios especiales.

Después de Bélgica, la nación mejor representada es Francia, cuyas instalaciones llenan una superficie de 25.000 metros cuadrados. También son muy importantes las instalaciones de Rusia, Italia, Inglaterra, Japón, Holanda, China, Suecia y Noruega, los Estados Unidos, Canadá, España, Turquía, Grecia, Servia, Persia, Luxemburgo, etc. – X.



LIEJA. – Inauguración de la Exposición Universal por SS. AA. RR. el príncipe Alberto y su esposa. El cortejo oficial dirigiéndose á la exposición

(De fotografía de «Cliché-Express-Photo-Reportage» de París)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – TRINCHERAS EN LA LÍNEA DE LA RETIRADA RUSA DEFENDIDAS PROVISIONALMENTE POR LOS TIRADORES SIBERIANOS (de fotografía)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

También debemos comenzar esta crónica diciendo que continúa la misma incertidumbre acerca de la situación y de los movimientos de las escuadras de Rojestvenski, de Nebogatof y de Togo. Y no porque falten noticias; al contrario, éstas abundan y los corresponsales y las agencias se despachan á su gusto, armando entre todos tal confusión, que cuanto más se leen sus despachos, tanto menos se sabe lo que en realidad sucede en los mares del Extremo Oriente. Para que nada falte en este pujilato reporteril, hasta se ha dicho que el buque almirante japonés, el *Mikasa,* se ha ido á pique en el estrecho de Corea; y aunque la cosa no tenga nada de inverosímil, es de suponer que no sea cierta, porque habiéndose dado la noticia por un diario alemán el día 6 de este mes, no se ha confirmado á pesar de los muchos días transcurridos. También se ha dicho, y tampoco se ha confirmado, que Rojestvenski se dirigía á las islas Filipinas.

Lo más probable es que el almirante ruso cruce por aguas de la Indo China, haciendo tiempo para que se le una la división Nebogatof. Y confirma esto el hecho de que los japoneses no cesen, antes bien arrecien, en su campaña contra Francia, á la que acusan de violación de neutralidad. Esta cuestión, que parecía definitivamente resuelta después de las instrucciones del gobierno francés á las autoridades de sus colonias y del gobierno ruso á su almirante, vuelve á enconarse: el Japón afirma que en ciertos puertos indo-chinos se embarcan provisiones para las escuadras rusas, cosa que Francia niega en absoluto; aquél se queja de que la aliada de Rusia proporciona á ésta contrabando de guerra; y la prensa francesa, desmintiendo tal hecho, pregunta si en algún puerto alemán no han embarcado los barcos japoneses contrabando de esta clase para sus ejércitos y sus escuadras, y amenazan con citar los nombres de los buques que han tomado esta carga y con especificar los materiales de guerra que han tomado á bordo; los diarios nipones protestan de que los rusos utilicen en aquellos mares una ventaja que los japoneses no pueden aprovechar por las circunstancias especiales de su situación geográfica, y los franceses contestan diciendo que las reglas de neutralidad adoptadas por Francia lo fueron en 1898, cuando la guerra hispanoamericana, y que si al gobierno de Tokio le parecen poco imparciales, debía haber reclamado entonces, ó á lo menos al comienzo de la guerra actual, y no ahora, cuando ve que redundan en perjuicio suyo.

Pero ya no es sólo la prensa de ambos países la que discute y aun disputa sobre este punto; en la contienda han intervenido los jurisconsultos y el comercio japoneses, proponiendo este último, según parece, romper toda relación comercial con Francia, y aconsejando uno de los primeros que se «embarguen todos los buques mercantes franceses que se encuentren en aguas del Extremo Oriente hasta tanto que Francia se porte de una manera satisfactoria.» Como se ve, la cosa va tomando un aspecto de violencia que, si no hay mucha serenidad por parte de ambos gobiernos, puede el conflicto adquirir proporciones gravísimas.

Justo es consignar que el gobierno y la prensa franceses han observado hasta ahora una actitud prudente, contestando esta última, por regla general, con verdaderas razones á los ataques que en lenguaje sobradamente agresivo dirige á Francia la japonesa. También los periódicos ingleses, en su mayoría, se muestran prudentes y esperan que todo se resolverá por las vías pacíficas; alguno, sin embargo, apunta ya la idea de que, dado el proceder de Francia, si el Japón, invocando el tratado que tiene firmado con Inglaterra, pide el auxilio de ésta, no podrá el gobierno de Londres desestimar tal petición y necesariamente tendrá que intervenir en la lucha entre rusos y japoneses.



EL ALMIRANTE NEBOGATOF, comandante de la tercera escuadra rusa del Extremo Oriente (de fotografía)

Ocioso es llamar la atención sobre las complicaciones que tal intervención traería consigo y sobre los peligros que ello entrañaría para la paz europea; por lo mismo, es de suponer que la cuestión se resolverá por las vías pacíficas y que la diplomacia se encargará de restablecer la calma y la tranquilidad, hoy gravemente alteradas en el fondo.

En la Mandchuria los japoneses han recobrado recientemente una buena parte del terreno que les habían tomado los cosacos en la segunda quincena de abril, cuando se apoderaron de las poblaciones de Tsin-Tsia-Tun y Tong-Kua-Sian; y según algunos corresponsales, este movimiento ofensivo es el preludio de nuevas operaciones importantes. Al decir de uno de ellos, los japoneses han concentrado sus fuerzas principales en su ala izquierda, en el valle de Liao-Ho; y todo induce á creer que el mariscal Oyama realizará su principal esfuerzo por este lado, pues una victoria en esta dirección le permitiría amenazar de una manera muy efectiva el Transiberiano al Oeste de Kharbin, es decir, en el punto más sensible para el ejército ruso. Además, los japoneses podrían utilizar en aquella región el apoyo de las partidas de kunghuses que infestan la Mongolia y aprovechar para sus abastecimientos el ferrocarril de Pekín á Sin-Min-Ting. Respecto de los primeros, sábese que van dirigidos por instructores japoneses y poseen algunas piezas de artillería; y el corresponsal de un diario londinense afirma que el Japón, comprendiendo todo el partido que de ellos podría sacar en una guerra contra Rusia, había enviado secretamente á la Mandchuria septentrional, desde mucho antes de romperse las hostilidades, oficiales y sargentos para que se pusiesen en relaciones con aquellos bandidos. En cuanto á la utilización del citado ferrocarril, no es óbice la circunstancia de que esté situado en territorio chino, puesto que los japoneses, que tan quisquillosos se muestran en cuestiones de neutralidad cuando se trata de sus adversarios, no reparan en pelillos cuando su violación puede aprovecharles; y así lo han demostrado valiéndose de aquella línea férrea siempre que les ha convenido para llevar municiones, víveres y soldados á su ejército de la izquierda.

Se ha dicho que los buques que componen la división de Vladivostok habían efectuado una salida, suponiéndose que se proponían reunirse con la escuadra de Rojestvenski; pero este rumor no ha tenido confirmación; ni es fácil que el hecho sea cierto, porque lo que á esos buques interesa por ahora y mientras la citada escuadra no esté más cerca de ellos, es tener ocupados en su vigilancia á algunos barcos de guerra japoneses, pues, libres éstos de tal cuidado, irían á engrosar la flota de Togo, con gran desventaja para las fuerzas navales rusas. Lo que sí es positivo es que varios torpederos de aquella división efectuaron el día 5 una salida, echando á pique un barco de vela japonés; y este episodio, insignificante en sí mismo, no deja de tener cierta importancia, pues demuestra que los torpederos (y acaso también los cruceros que quizás les daban escolta) lograron burlar la vigilancia de los japoneses. ¿Se trata simplemente de un *raid* dirigido contra los buques mercantes, como el que la propia división efectuó en julio del año pasado, ó del comienzo de una operación para llevar á los buques del almirante Jessen al encuentro de los de Rojestvenski? No se sabe; pero pronto habremos de salir de dudas.

Datos que se consideran muy fidedignos permiten suponer que las fuerzas de los japoneses en la batalla de Mukden se elevaban á 300.000 combatientes con 1.000 cañones; eran, por consiguiente, inferiores á las de los rusos. Pero el mariscal Oyama logró poner siempre en línea de combate un número de soldados igual, por lo menos, al de sus adversarios, gracias á haber reducido al mínimo las tropas empleadas, á retaguardia de los ejércitos, para guardar las comunicaciones y custodiar los parques y convoyes y á utilizar como camilleros de los heridos á *culíes* chinos, al paso que los rusos hubieron de distraer para estos servicios á una buena parte de las suyas.

El quinto empréstito interior japonés de 100 millones de yens se ha cubierto cerca de cinco veces.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Las miserias de la guerra. Heridos japoneses en un templo chino de Mukden

(De fotografía de «Collier's Weekly.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Ocupación de Corea por los japoneses. Reunión de los habitantes de una aldea de los alrededores de Seul para protestar contra las medidas adoptadas por los japoneses. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El general japonés Hasagana, nombrado comandante del 5.° cuerpo del ejército destinado al sitio de Vladivostok. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Los japoneses reunen provisiones en el puerto de Dalny á fin de precaver cualquiera interrupción que pudieran tener los servicios. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

FUENTE MONUMENTAL

ERIGIDA EN HONOR DE BISMARCK EN BRESLAU

Proximamente se inaugurará en la Plaza del Rey, en Breslau, la fuente monumental modelada por el escultor berlinés Ernesto Seger. Es esta una obra de arte de grandes proporciones, puesto que tiene un eje de anchura de 43 metros, y su construcción ha costado más de 100.000 marcos (125.000 pesetas).

La configuración de esta fuente constituía un problema muy difícil, por lo que se abrió un concurso en el cual se disputaron el premio los más famosos artistas de Berlín y de Breslau, saliendo vencedor en el mismo Ernesto Seger, que aunque nacido en la primera de estas dos ciudades, ha hecho sus estudios académicos en la segunda y se perfeccionó en el taller de Cristián Behrens, celebrado escultor breslauense.

La dificultad del problema á que antes aludimos estribaba en armonizar la nueva fuente que debía levantarse en la Plaza Real, con el monumento erigido en la misma plaza á la memoria de Bismarck; la fuente y el monumento han de estar una enfrente del otro, y era menester que la primera formara un contraste decorativo con el tema monumental del segundo y por decirlo así lo completara. Existe, pues, entre ambas obras una conexión ideal. Pero era además preciso que la estatua del canciller conservara su grandiosidad dominante, y por consiguiente en la fuente que había de erigirse no podía haber un grupo central demasiado acentuado que quitara importancia á aquélla. Por esto Seger puso todo el efecto artístico de su obra, distribuyéndolo por igual entre ambos, en los dos grupos laterales que en esta página reproducimos.

Delante de un grupo de tejos cerrado por una balaustrada, salta una cascada cuyas aguas, recogidas por unas tortugas, van á parar á un estanque, en el cual se alza una taza de rica ornamentación; en el fondo hay dos figuras decorativas que sostienen en brazos el globo terráqueo. A ambos lados del estanque y á una altura de seis metros se ven los citados grupos que personifican la Lucha y la Victoria; modelados en asperón. Las masas y las líneas de estas dos esculturas se corresponden entre sí y se adaptan á la unidad de la construcción piramidal clásica.

En el grupo de la Lucha, la fuerza bruta es vencida por la inteligencia; el domador ha logrado reducir al león á la defensiva, y ayudado por sus músculos hercúleos no tardará en dominarlo. En el de la Victoria, aparece vencedora la fuerza del espíritu, que se refleja en la actitud y en la idealidad de la cabeza del luchador y se completa con el contraste entre la bestia rendida y el hombre triunfante.

En estas dos obras ha impreso Seger el sello de su genio, armonizando admirablemente la sobriedad y la sencillez clásicas con el movimiento y la vida de la escultura moderna; grandiosamente concebidas y ejecutadas con vigor y corrección extraordinarios, ambas esculturas revelan la mano de un maestro. – N.

GRUPOS MODELADOS POR ERNESTO SEGER

PARA LA FUENTE MONUMENTAL ERIGIDA EN BRESLAU EN HONOR DE BISMARCK



La Lucha



La Victoria

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – Un doble atractivo ha ofrecido la exhibición que ha tenido lugar recientemente en este local, puesto que además del interés que podían despertar algunas de las producciones expuestas, tenían todas ellas una especial significación por ser obra de artistas rosellloneses, quienes parece que han querido demostrar una vez más los estrechos lazos que ya de antiguo unen á dos pueblos hermanos.

Constituyen la exhibición varias esculturas y cuadros, debidas las primeras al escultor Violet, digno de encomio, puesto que ha venido á confirmar el lisonjero juicio que ya teníamos de dicho artista, por medio del hermoso busto del obispo de Perpiñán Monseñor Carselade de Pont, revestido con suntuosa capa pluvial y valiosa mitra. Esta obra, modelada con amplitud, impregnada de sentimiento, basta para que se puedan apreciar las condiciones estimables de este distinguido escultor. Otras producciones de menor tamaño completan la exhibición.

Cuanto á las obras pictóricas, merecen citarse algunos retratos, paisajes y bodegones, de entre las que sobresalen los retratos pintados por G. de Monfreid.

En el *Establecimiento de los Sres. Masriera* llaman la atención algunas estatuas en bronce, obra de los hermanos Miguel y Luciano Oslé, concebidas y modeladas con marcada intención, que revelan un espíritu ático.

Berlín. – La herencia artística que ha dejado Adolfo Menzel y que se compone de 5.000 hojas de dibujos ha sido valorada en un millón de marcos (1.250.000 pesetas). Se dice que el Estado alemán se propone adquirirla íntegra para la Galería Nacional de Berlín, en cual caso los herederos están dispuestos á cedérsela por un precio muy inferior al de la tasación.

Espectáculos.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *La Cabrera*, drama lírico en dos partes de Enrique Caín, música de Enrique Dupont, que obtuvo el premio de 50.000 francos en el concurso internacional organizado el año último por la casa Sonzogno de Milán; en el Teatro Italiano *Adriana Lecouvreur*, ópera en cuatro actos, libreto de A. Colanti, tomado del drama de Scribe y Legouvé, y música de Cilea, y *Siberia*, drama lírico en tres actos de Illica, música de Humberto Giordano; en Varietés *L'Age d'or*, comedia de magia de gran espectáculo en tres actos y doce cuadros de Jorge Feydeau y Mauricio Desvallieres, música de Luis Varney; en el teatro Athenée *Cœur de moineau*, comedia en cuatro actos de Luis Artus; y en el teatro Moliere *L'échéance*, comedia en tres actos de Pedro de Sancy; *Monsieur s'amuse*, comedia en un acto de los Sres. Buysieulx y Max; *On réclame*, comedia en un acto de A. Germain y R. Trebor, y *Nos faibleses*, comedia en dos actos de M. Duplessy y J. André.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Els dos crepuscles*, drama en tres actos de Francisco Javier Godo; y en el Eldorado *Filemón y Baucis*, ópera en dos actos de Gounod, y *Diamileh*, ópera en un acto de Bizet, ambas cantadas en castellano: en la ejecución de estas óperas, muy bien dirigidas por el Sr. Baratta la primera y por el Sr. Ribera la segunda, se distinguieron las Srtas. Lopethegui y Palermi y los Sres Iribarne, Mach, Puiggener y Casas; la presentación escénica, bajo la dirección del Sr. Gual, nada ha dejado que desear, y las decoraciones, pintadas, una para cada obra, por el Sr. Junyent (O.), son de un efecto bellísimo.

En el paraninfo de la Universidad y con motivo de la fiesta académica celebrada en conmemoración del tercer centenario de la publicación del *Quijote*, una numerosa orquesta, dirigida por el maestro D. Antonio Ribera, ejecutó el poema sinfónico de Ricardo Strauss *Don Quijote*, que fué interpretado con mucho acierto y obtuvo muchos y merecidos aplausos.

– En el Fomento del Trabajo Nacional, la señorita Felicidad Maqueda, discípula del maestro Sr. Vidiella, ha dado un concierto en cuyo programa figuraban la *Apassionata*, de Beethoven, y varias composiciones de Schubert, Chopin, Brahms, Listz, Rubinstein, Boellmann, Dubois y Faure, que la joven pianista ejecutó de una manera notable, siendo muy aplaudida.

Necrología.—Han fallecido:

Juan Valero de Tornos, notable literato y periodista español.

Antonio Proust, político y notable escritor francés.

Tadeo Barone, escultor polaco.

Pietro Tachini, astrónomo italiano, ex director de los observatorios de Módena, Palermo y del Colegio Romano, fundador, con el P. Secchi, de la Sociedad Espectroscópica Italiana.

Favier, obispo católico de Pekín, mandarín de primera clase, miembro de la orden de los Lazaristas.

Constantino Meunier, célebre escultor belga, algunas de cuyas obras figuran en los museos de Bruselas, Berlín, Viena, París y Dresde.

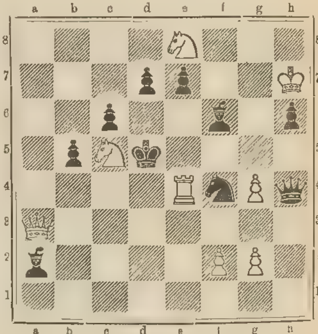
José Jorge Strossmayer, obispo católico austriaco que se distinguió en el Concilio Vaticano por haberse puesto al frente del partido que combatió el dogma de la infalibilidad del Papa.

Eduardo Pape, notable pintor alemán, miembro de la Academia de Berlín.

AJEDREZ

Problema núm. 386, por J. Pospisil.

Negras (10 piezas)



Blancas (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 385, por W. A. Shinkman.

Blancas.	Negras.
1. Dd1 - d4	1. c5×d4
2. Tf6 - f7	2. Cualquiera.
3. Tf7 - c7 mate.	

Variantes

1..... Rc6 - b7; 2. Tf6 - f7 jaque, etc.

1...... Rc6 - d7; 2. Dd4 - g4 jaque, etc.



Es esa una disposición enfermiza, y vas á prometerme no volver á caer en ella

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET. — ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—No quería tampoco inquietarte. ¡Sabía que ibas á ser tan desgraciado al saber que yo había recobrado la fe!.. ¡Y necesitaba tánto comulgar con mi hija!.. Quería confesarme.

—¿Y te has confesado?.., preguntó Darrás con la rencorosa aspereza del marido que no ve en el confesor un representante anónimo é impersonal del Juez invisible, sino un hombre que se interpone entre el esposo y la esposa.

—Ninguno de los dos sacerdotes quiso recibir mi confesión, respondió Gabriela, en cuanto supieron que estaba divorciada y casada de nuevo.

—¡Conque lo confiesas! Te han dicho que tu matrimonio no lo era... ¿Y tú los has creído y los crees?

—Lo que me han dicho sobre nuestro matrimonio lo sabía yo ya por el catecismo... Por piedad, Alberto, espera para juzgarme que hablemos otra vez de este asunto .. En este momento no somos dueños de nosotros mismos... y oigo que baja Juana... ¡Que no sospeche nada, te lo suplico!.. ¡Es tan perspicaz!.. ¡Que jamás adivine lo que tú piensas! ¡No toques á su fe, amigo mío; prométemelo!..

—Yo no tengo dos palabras, dijo Darrás, y es un principio que me habrá costado caro. Pero no soy de los que piensan con arreglo á sus impresiones. Me he comprometido, y seguiré portándome con ella como siempre...

Las manecillas del reloj Luis XVI, colocado en la chimenea del mismo estilo, señalaban, en efecto, las doce, hora de almorzar. El mismo sol de primavera que había envuelto en su luz acariciadora las mutuas promesas de Luciano y Berta, entraba ahora de lleno en el saloncillo donde estaban aquellos dos esposos tan unidos en otro tiempo y tan amenazados hoy por la más cruel de las separaciones, que es la de las creencias. Aquel sol jugueteaba con el guipur de las cortinas que cubrían las ventanas y se deslizaba sobre la rayada seda de los cortinajes, sobre la laca de los muebles, sobre aquel decorado algo anticuado, pero cuya coquetería atestiguaba el minucioso cuidado, el sentimiento de elegancia con que habían sido dispuestos todos los detalles de aquel hogar.

La felicidad, á que habían servido de marco el lujo y la coquetería de aquella casa, se había desvanecido, y las fisonomías de Gabriela y de Alberto contrastaban notablemente con la alegría de la habitación y de la hora.

Esta antítesis les resultó más sensible al presentarse Juana con la risa en los labios y la tranquilidad en los ojos, seguida de la pacífica y pesada institutriz, la buena alemana cuyos pasos habían advertido á Gabriela. Darrás vió en seguida cuán exacta era la observación de ésta sobre la perspicacia de la niña. Decidido á disimular sus emociones, Alberto había abierto un libro y fingía leer con atención, mientras su mujer se ocupaba en arreglar unos ovillos en su cesto de costura; pero bastó una ojeada á Juana para comprender que sus padres acababan de tomar aquella actitud por su causa y que estaban dominados por una agitación extraordinaria. Sus negras pupilas tradujeron en seguida cierta violencia, su charla cesó, y después de besar á sus padres, también ella se puso á mirar un libro de estampas que había en la mesa. Pero un movimiento instintivo de su linda cabeza para contestar á una ingenua pregunta de la señorita Schultze, probó á Gabriela que la niña no había presentido más que uno de los dos dramas que se estaban desarrollando bajo el techo paterno.

—¿Pero adónde ha ido el señorito Luciano?, preguntó la imprudente alemana. Creí haberle visto entrar hace un momento...

—Ha tenido que volverse á marchar para una corta ausencia, respondió Darras.

A pesar de su aversión á las mentiras de oportunidad, había tenido que justificar la primera ausencia de su hijastro con el pretexto de un viaje; y tanto le costó volver á mentir, que pronunció aquella frase con impaciencia.

La institutriz se quedó cortada, y Darrás, para impedir nuevas preguntas, dijo acariciando el cabello á su hija:

—Esta semana tendrás un buen puesto en el liceo, ¿verdad?.. ¿Sobre qué ha versado tu composición?

—Sobre cosmografía, papá.

—Y la composición me ha parecido completa, añadió la institutriz, lo que no deja de tener mérito, pues es una ciencia que no le gusta.

—Pues es una hermosa ciencia, replicó Darrás, la más hermosa acaso... Te han enseñado la mitología, ¿no es cierto? ¡Qué pobreza aquel olimpo, con sus Júpiter, sus Apolo y sus Diana, al lado de la simple realidad tal como nos la revela la observación: la tierra lanzada por el espacio y describiendo alrededor del sol esa ruta que medimos casi exactamente; los otros planetas arrastrados también en la órbita de ese sol con una velocidad que medimos igualmente; el sol en el centro de su pueblo de astros, suspendido á su vez al conjunto de los movimientos de su nebulosa, ese polvo de soles que todos tienen su cortejo de satélites y que ocupa su lugar en el espacio al lado de otros, y así indefinidamente, á través del espacio infinito... ¡Qué evocación y qué poesía! Y cuando se piensa que el hombre, ese mínimo insecto perdido en un rincón imperceptible de la corteza terrestre, ha podido descubrir las leyes eternas de esos globos luminosos que no eran para él más que unos clavos de oro en un velo negro, ¡cómo se admira á ese hombre que ha podido realizar tamaña obra sin más elementos que sus pobres ojos y su razón!..

—¡Y cómo se admira al Dios del Símbolo de los Apóstoles, creador de ese cielo y de esa tierra!.., dijo Gabriela, que había visto en las palabras de su marido, no un quebrantamiento de su palabra, sino una intención alarmante.

Se recordará con qué asombro había escuchado al padre Euvrard cuando le habló de la Religión y de la Ciencia como de dos cosas yuxtapuestas, pero paralelas; diferentes, pero idénticas en el fondo. Sin embargo, como había estado sometida tan completamente y durante tantos años á la influencia de Darrás, prevalecía en ella la persuasión contraria; así es que al oirle ahora, vislumbró un peligro que no había previsto, el de que desde aquel día se propusiera alimentar la inteligencia de su hija de ideas científicas, con la esperanza de que colocada después entre la negación de lo sobrenatural envuelta en esas ideas y la fe adquirida en su educación, elegiría como ella misma había elegido. Darrás cumplió la palabra, renovada un cuarto de hora antes, y no respondió á aquel grito de protesta; pero cuando después de un silencioso almuerzo se encontró otra vez solo con Gabriela, se valió de aquella interrupción para reanudar la conversación donde la había dejado.

Gabriela vió en seguida, con enternecimiento y algún temor, que ya no le hablaba con la misma dureza. Desde que había confesado su fe, se sentía con fuerza para resistir á todas las violencias, pero ¿cómo no temer cierta debilidad ante una queja triste y afectuosa? La niña había salido de la habitación después de haber recibido en la frente un beso de su madre y otro de su padre.

—¿Y tú querrías, dijo Darrás, que ese Dios de que hablas, un Dios que hubiera creado esas miriadas y miriadas de estrellas, un Dios omnipotente, soberamente bueno y soberanamente justo, persiguiese con su venganza á dos seres culpables, ¿de qué? ¿De ha-

berse asociado para fundar un hogar? ¿Y ese hogar es criminal porque ha sido fundado prescindiendo de ciertas ceremonias rituales? ¿Por eso está maldito? Y observa que adopto tu punto de vista, pues para mí, Dios es la ley en el Universo, y en el hombre es la conciencia... Interroga á tu conciencia, la verdadera, la que no ha sido falseada por tu primera educación, oye la voz de tu corazón y reconoce que un matrimonio en el que no has dado ni recibido más que felicidad, no puede ocasionar remordimientos legítimos. Es esa una disposición enfermiza, y vas á prometerme no volver á caer en ella, pues sería ya culpable si se prolongase...

—Me hablas como á una enferma y no lo estoy respondió Gabriela. ¿Crees que no me he dado á mí misma todas las razones que tú puedas darme en favor de nuestro matrimonio? ¿Crees que no he recordado con una protesta de todo mi corazón, siempre que me acometían mis remordimientos, lo bueno, lo adicto, lo delicado que has sido conmigo, nuestra rectitud en la existencia común, la lealtad de nuestro hogar y nuestra hija Juana?.. Todos esos eran goces muy dulces..., pero nos estaban prohibidos...

—Por la ley de la Iglesia católica, es verdad, respondió Darrás en el tono de un hombre resuelto á no enfadarse y que discute una opinión por ella misma, como si no se tratase de su propio destino. Razonemos, sin embargo. ¿Quién ha hecho esa ley? Unos hombres. Otros hombres han hecho otra, puesto que el divorcio es permitido por nuestro Código y por los de casi todos los pueblos civilizados. ¿En qué es más respetable la prohibición de los unos que la autorización de los otros? Respóndeme sin exaltarte. Ya ves como yo estoy tranquilo y dispuesto á entrar en todas tus ideas, á comprenderlas...

—¿En qué es más respetable la ley de la Iglesia?, dijo Gabriela. Precisamente por no haber sido hecha por hombres.

¿Por quién, entonces?..

Por Dios... ¡Ah! Perdóname que te repita estas palabras del Evangelio que no puedo arrancar de mi mente hace muchos meses: *Todo hombre que rechaza á su mujer y se casa con otra, comete un adulterio. Toda mujer que rechaza á su marido y se casa con otro, comete un adulterio.* Pruébame que esto no está escrito. No puedes...

—No, pero te he probado y te probaré que los Evangelios no son libros compuestos por Dios, sino por hombres, acerca de otro hombre, un grande hombre, el más grande de todos si quieres, por su virtud, por su pureza de alma, por su moral, pero hombre al fin y que podía equivocarse. Y en este asunto, el sentido común demuestra que se equivocó...

—Lo que me has probado y me pruebas es que *no crees;* yo *sí creo*. Creo, como el apóstol, porque he visto. Sí, he visto con los ojos de mi alma al que tú dices que fué sólo un hombre obrar y vivir en el corazón de Juana; he visto á esa niña crecer en perfección bajo una influencia que únicamente podía venir de lo alto y que suponía un espíritu que iluminaba, que guiaba, que amaba al espíritu de ella; y ya te lo he dicho, como se lo había dicho al padre Euvrard, la madre, en mí, ha cedido á esa luz. He comprendido que si una piedad como la de mi hija no fuera más que una mentira, todo mentiría en el mundo y todo no puede mentir, mi razón se niega á creerlo. Es ésta la razón de una ignorante; pero el padre Euvrard, que es un sabio, piensa como yo sobre este punto y también sobre el otro...

—¿Qué otro?.., preguntó Darrás casi con angustia y con la ansiedad del hombre herido por un golpe tan repentino que no está seguro de haber medido toda la extensión de su desdicha y tiembla por lo que aún le falta descubrir.

Pasada la primera impresión, el marido tan duramente ultrajado en su orgullo de hombre se había esforzado por dominarse; y ya hemos visto que lo había logrado y que al final del almuerzo había podido hablar á Gabriela con dulzura. Había creído que se trataba de una crisis puramente sentimental y de origen nervioso, para la que el mejor remedio era la paciencia. Aquel adversario de todos los prejuicios tenía el de confundir casi las emociones religiosas con el histerismo, y esta nueva conversación con su mujer le consternaba al hacerle ver un sistema coherente y afirmaciones apasionadas, pero precisas.

Apenas la reconocía, pero ¿acaso se reconocía ella á sí misma? La violenta sacudida que había sufrido un momento antes, había abierto en su conciencia una grieta, por donde se precipitaba un torrente de ideas silenciosamente reunidas en lo más profundo de su ser íntimo. Removidas así esas ideas que estaban tan hondas, ¡á qué extremos no era capaz de llegar! Este aspecto de lo desconocido era lo que espantaba á Darrás. ¿Qué le habría aconsejado el tal padre Euvrard, cuyo recuerdo la perseguía visiblemente? ¿Dejar al segundo marido, que, para aquel cura santurrón y ya para ella, no era más que un amante con un nombre legal? ¡Qué duro sería el tener que luchar siquiera con semejante proyecto!.. Así fué que oyó con verdadero descanso que Gabriela decía:

—Nuestras dificultades con Luciano... El padre Euvrard las ignoraba, como yo misma, y sin embargo, me las ha predicho... Cuando me contaste la escena con ese desgraciado niño, acababa de anunciármela aquel sacerdote... ¿Crees que estoy soñando?.. *Padres y madres juzgados y condenados por su hijo..., choques mortíferos entre padrastro é hijastro..., luchas horribles entre los antiguos esposos á propósito del casamiento de su hijo...* Son sus palabras; las conservo todas en mi memoria; me enumeraba las catástrofes que ha visto producirse en hogares como el nuestro. Lo que me contaba era nuestra historia. ¿No nos juzgaba Luciano hace un momento? ¿No nos condenaba? ¿No habéis cambiado palabras que eran puñaladas y que me desgarraban el corazón? ¿No te ha dicho Luciano que no necesitaba para casarse más que un consentimiento, el de su padre? Y si ha ido á pedírselo al salir de aquí, ¿qué tendré yo que hacer sino empezar de nuevo la lucha con el Sr. Chambault?.. ¡Y qué lucha! ¡Cuán cruel será para mí! ¡Todas las palabras, todas las amenazas de ese sacerdote, todos los castigos, se habrán realizado!..

—¿Y quieres que no piense que estás enferma?.., dijo Darrás cogiéndole la mano con un ademán envolvente y protector al que ella no resistió. Pero yo te curaré. Razona un poco. No discuto lo que vale como matemático el padre Euvrard, ni la sinceridad de su fe religiosa. Sin embargo, si en sus trabajos no hubiera puesto un poco más de lógica que en la supuesta predicción que me traes, no habría entrado en la Academia. Eso prueba que tiene, como decía Renán de uno de sus maestros, un compartimiento estanco en la inteligencia. De un lado está el geómetra y del otro el visionario. Cuando Luciano me ha dicho: «Era mi madre antes de ser tu esposa,» lo que nos ha echado en cara es tu segundo matrimonio, y aunque al contraer éste hubieses sido viuda, en vez de divorciada, todos sus reproches hubieran sido los mismos y el carácter de ese muchacho hubiera chocado con el mío á propósito de su absurdo proyecto... En cuanto al proyecto mismo, reflexiona que ni Luciano ha ido á pedir al Sr. Chambault el consentimiento que tú le niegas, ni irá, pues eso sería hacerte un ultraje del que sigo no creyéndole capaz. Aunque fuera, tienes de tu parte la sentencia que te da la guarda de tu hijo... Pero á cada día le basta su pena. He querido demostrarte que entre tu divorcio y los disgustos que sufres no hay ninguna relación de causa á efecto. La Iglesia admite el segundo matrimonio del viudo ó de la viuda, y no necesito estar muy versado en estas materias para recordar que la prohibición de estos matrimonios por ciertos teólogos ha sido una herejía. Si te hubieras casado en esas condiciones, el padre Euvrard no tendría derecho á reprochártelo y sufrirías, sin embargo, las mismas penas...

—No, no las mismas. Luciano me estimaría. Si nos hubiéramos casado por la Iglesia, no tendría derecho á comparar nuestro matrimonio con el que él quiere hacer...

—¡Y que no hará!.., interrumpió enérgicamente Darrás.

Aquella alusión de su mujer encendió en sus pupilas un nuevo relámpago del furor indignado de por la mañana; pero se dominó en seguida, decidido á no salirse del propósito de indulgencia protectora que había adoptado por un instinto tan espontáneo y tan rápido como una reacción fisiológica.

Cuando dos esposos han vivido como ellos muchos años en intimidad absoluta, no ocultándose nada, no disputando por nada, formando un solo ser, la revelación de un principio irreducible de divergencia aparecido de repente entre ambos produce primero un sufrimiento atroz y después un esfuerzo inmediato de aproximación. Antes de confesarse que ya no estarán nunca más fundidos el uno en el otro, esos dos corazones tratan de juntarse, de soldarse de nuevo, mediante todo lo que han conservado de su cariño. Parece como que tratan de aniquilar en un supremo abrazo moral el germen que todavía no ha realizado su obra de destrucción.

Darrás se había acostumbrado á tratar á Gabriela como una criatura indefensa y necesitada de protección, primero contra su primer marido, después contra la malevolencia del mundo respecto de las mujeres divorciadas y últimamente contra su hijo. Ahora tenía que defenderla de sí misma. ¿Cómo? De las confidencias de Gabriela se deducía que aquel matrimonio de Luciano con una mujer indigna había dado cuerpo á los escrúpulos de aquella alma mortificada; que había visto en eso la realización de las amenazas con que un sacerdote, cuando menos imprudente, había aumentado su exaltación en vez de calmarla.

Que Luciano desistiese de su empeño y volviese á casa afectuoso como siempre; que la vida de familia continuase regular y dichosa, y se disiparía la pesadilla y aquella crisis de terror supersticioso. El marido tendría después buen cuidado de reducir una por una las falsas ideas, según él, de la manía religiosa, resucitadas por haber entrado Gabriela con su hija en la funesta atmósfera de la devoción católica.

La tarea sería cómoda, pues Juana habría hecho la primera comunión dentro de unas semanas, y el padre entonces habría cumplido su palabra y sería libre de tomar por su cuenta la educación de la muchacha. Todo habría sido un episodio, tan penoso como inesperado, pero episodio al fin, del que su hogar saldría indemne y tanto más de prisa cuanto más pronto terminara la deplorable historia de Luciano.

Todos estos pensamientos, algunos confusos, pero el último muy claro, habían pasado por la mente de Darrás durante las réplicas de Gabriela y todos iban á parar á la resolución de impedir á toda costa la unión del hijastro con aquella aventurera, resolución que confirmó repitiendo:

—No, el matrimonio de Luciano no se verificará. Tengo un medio seguro de impedirlo. Y cuando recobres á tu hijo curado de su locura, te darás cuenta de que las frases del padre Euvrard no significan nada. Luciano vendrá; yo me encargo de ello, y así no te creerás castigada por una falta que no has cometido. Nos verás á los dos en los mismos términos en que estábamos; también de eso me encargo... Lo único que te pido es que jamás te calles. Piensa conmigo en alta voz. Quiero que seas feliz como lo has sido, con la misma dicha completa, nacida de la unión de nuestros dos corazones y de nuestros dos espíritus. Esta dicha la hemos conocido, y volveremos á conocerla.

Había hecho estas protestas con un acento tan convencido y emanaba de su mirada tal ardor de abnegación, que Gabriela se dejó sugestionar de nuevo por aquella personalidad en la que se apoyaba la suya tan fuertemente. La ausencia total de rencor contra Luciano que veía en su marido después de un altercado tan violento en el que el muchacho se había mostrado tan ingrato, la conmovía profundamente, mientras que el haber hablado y no llevar ya el peso del silencio le producía una sensación de alivio que se manifestó por un movimiento de pasión. Gabriela se echó en los brazos de su marido, diciéndole:

—¡Te amo! ¡No quiero pensar en nada! ¡Que me condene, pero yo no te dejo, jamás, jamás!..

—Ni te condenas ni me dejas... Pero el tiempo pasa, y hay que dar ciertos pasos hoy mismo...

—¿Vas á tratar de ver de nuevo á Luciano? En su estado de excitación, tengo miedo...

—No voy á verle... Déjame una entera libertad de acción y ten confianza. Ese matrimonio no se verificará... Me comprometo á ello y ya sabes que cumplo mis compromisos.

¿Tenía el marido aquella confianza que había tratado de inspirar y casi de imponer á su mujer? ¿Disponía realmente de aquel medio seguro cuya eficacia indiscutible había proclamado? Cuando dejó á Gabriela, un poco apaciguada por su enérgica afirmación, la cara de Darrás estaba lejos de traducir la misma certeza. Al fingirla había querido interrumpir á toda costa una crisis de desesperación muy dolorosa para los dos.

En cuanto salió de casa tomó un coche y se hizo llevar al Ministerio del Interior. Iba á intentar el primer paso necesario en aquella campaña que estaba resuelto á emprender para cumplir su palabra é impedir un matrimonio que de rechazo amenazaba causar una herida tan profunda en el corazón de la madre. Quería saber si algún testimonio oficial é indiscutible le permitiría demostrar que la estudiante había mentido, pues seguía creyendo que ésta había representado á Luciano una comedia que cesaría en cuanto se probase que había tenido más de un amante y que por consecuencia aquella historia de unión libre entre dos conciencias por odio á las leyes inicuas de una sociedad bárbara, era una fantasmagoría muy á propósito para un visionario de veintitrés años.

Si hubiese podido prever la audacia de tal impostura, habría completado sus informes desde el principio; pero era tiempo aún de hacerlo, porque el joven, en la discusión, no se había apartado de su carácter, y no había dicho que deseaba casarse con Berta porque la amaba, sino porque la estimaba.

Destruir esa absurda estimación sería echar por tierra aquel peligroso proyecto, aquella novelesca rehabilitación de una mujer calumniada.

Si las nuevas averiguaciones no daban resultado, y este fracaso era posible aunque no probable, Darrás veía otro camino que si lo daría: un considerable ofrecimiento de dinero decidiría, sin duda, á la muchacha á soltar su presa. Pero á aquel hombre honrado le repugnaba el regateo de una conciencia, aun creyéndola despreciable, como también la conversación que habría que entablar para llevar á cabo tal negociación. Ya le había costado gran esfuerzo dar instrucciones de espionaje al agente policíaco de su oficina.

La visita al Ministerio le resultó menos dura por una razón que derivaba de los rasgos algo convencionales de su carácter; el poner en movimiento la máquina administrativa disfrazaba el proceder de policía. El personaje importante á quien se dirigió le prometió darle antes de quince días las noticias que necesitaba, y Darrás pudo irse á su oficina con una esperanza muy cercana de la seguridad antes fingida, teniendo en cuenta sus ideas sobre la moralidad de Berta.

Pero en cuanto estuvo solo en su despacho cayó en una melancolía tan profunda que le impidió trabajar. En las escenas de por la mañana su corazón había sido herido en los dos puntos más vulnerables: Luciano había probado que sus frases de dos días antes no eran un arrebato del momento, sino una profunda disposición de su ser, manifestada dos veces en cuarenta y ocho horas, con palabras de agrio rencor y miradas de odio intenso. Y él mismo, al recobrar su sangre fría, se admiraba de ver que aquel rencor despertaba en él un eco que no se extinguía.

Su matrimonio con una divorciada había tenido el orgullo de haber reemplazado absolutamente al verdadero padre para con su hijastro, y en aquel momento sentía hacia aquel hijo del primer matrimonio la aversión animal de un padrastro. Habían bastado para ello las palabras del joven: «Era mi madre antes de ser tu esposa.» Había tenido, además, el de haber fundado un hogar igual á los religiosos por la fusión de las almas, la fidelidad recíproca y la integridad del escrúpulo moral; y ese hogar no bastaba ya á su esposa, que renegaba de él, aunque no lo hubiese dicho; porque ¿hay acaso peor manera de renegar que el remordimiento?

Aquel hombre de gran voluntad, que había realizado todas sus aspiraciones á fuerza de inteligencia y de paciencia, no sufría solamente por el doble fracaso de sus más queridas ideas; estaba enamorado de Gabriela; y si la edad había moderado su juvenil exaltación, no había disminuido su exclusivismo apasionado.

El descubrir que aquella alma no era enteramente suya y que habían surgido en ella sentimientos tan íntimos tan profundos, tan contrarios á los suyos, le hacía estremecerse de protesta y de dolor. Era un impulso de celos tan agudos como los que hubiera sentido ante una perfidia de otro género; veía á Gabriela arrodillada tal como la había sorprendido cuando se llevó á Luciano al saloncito, y aquella visión le sumía en una amargura indecible, pues no ofendía sólo al esposo, sino que iba á herir al doctrinario intransigente para quien el catolicismo había sido siempre el gran error nacional y el virus secular que era preciso eliminar definitivamente.

¡Qué razón había tenido en detestar á aquella religión siempre activa y siempre pronta á surgir entre los que se creen más alejados de ella!.. Pero él no se dejaría expulsar de su felicidad y no cedería sin lucha un alma que era suya hacía tantos años. Lucharía y vencería. Y esta seguridad que poco antes se había esforzado por infundir en Gabriela, acabó por sugerírsela realmente á sí mismo por la energía con que dijo: «Venceré.» Y cuando entró en el despacho su colega Delaitre, el que debía llevarse á Luciano á dar la vuelta al mundo, le dijo con la más absoluta buena fe:

—Mi hijastro no acaba de decidirse, pero dentro de ocho días espero dar á usted una respuesta definitiva y creo que se le llevará usted...

Mientras el optimismo sistemático de Darrás contaba así con el dudoso resultado de sus gestiones en el Ministerio, en el ánimo de su mujer se realizaba un trabajo paralelo de esperanza, que iba á parar á un resultado contrario al que su marido esperaba.

Creía éste que el paso que iba á dar le llevaría al rompimiento del matrimonio de Luciano, y que este rompimiento curaría por completo el malestar de conciencia que le había revelado Gabriela. Esta, cuando Alberto le habló con tal seguridad al separarse de ella, pensó realmente que su marido se proponía provocar una información más completa sobre la señorita Planat; y al quedarse sola, había meditado largamente acerca del resultado de los pasos que iba á dar su marido, y encontró en sus reflexiones nuevas razones para tranquilizarse, creyendo, como él, que en cuanto se probase á Luciano la mala conducta de aquella mujer, todo se rompería.



... y al quedarse sola, había meditado largamente...

¿Serían indiscutibles esas pruebas? Como su marido, creyó que sí. Además, Alberto había, acaso, imaginado otro medio, y aunque un espíritu realista hubiera visto desde luego que no le había, no tenía Gabriela bastante conocimiento de la realidad para pensarlo así. Ante su imaginación se presentaron las palabras vagas «consejo judicial,» «prohibición,» y las admitió, sin profundizarlas, como probabilidades de éxito.

¿Qué le importaban los detalles de un esfuerzo que estaba cierta de que sería leal y eficaz, desde el momento en que era obra del honrado é inteligente Alberto? No; el matrimonio de su hijo no se verificaría...

Gabriela, como su marido, procuró afirmarse en esta seguridad; pero Darrás se había engañado en su cálculo, pues la madre encontró en aquella probabilidad de éxito un nuevo alimento para el ardor religioso que su marido pretendía apagar.

Entre la escena con Luciano y la salida de Darrás se había producido un hecho: Gabriela había hablado, es decir, obedecido al padre Euvrard, y en seguida se había despejado un poco su horizonte, en el momento en que estaba más negro. Gabriela recordó de repente la fórmula «Puede usted *hacer méritos,*» que el prudente religioso había acompañado con esta reserva, «en cierto sentido...,» para subrayar así la diferencia que la teología católica, á la vez tan rígida y tan humana, establece entre el estado de gracia, cuya incomparable superioridad mantiene, y el de simple buena voluntad, al que tampoco quiere desanimar.

El sacerdote había invitado á la señora de Darrás á hacer méritos, sencillamente, y le había recordado el derecho que tiene un alma á obtener lo que solicita en virtud de la gran promesa: «Todo lo que pidáis en mi nombre, lo obtendréis...»

Confesando sus turbaciones religiosas, Gabriela había hecho un mérito, y la recompensa concedida inmediatamente á su sacrificio había sido que su marido no se encolerizase más con ella, y que se hubiese contentado tan pronto después de su primer movimiento de asombro.

Suprimidas ya aquellas mentiras por omisión, Gabriela iba á poder dedicarse á las piadosas prácticas que le había aconsejado el padre Euvrard. No era esto la vuelta á la Iglesia y á los sacramentos, ni la anulación de la falta cometida tan ciegamente y prolongada sin medir su extensión, pero era un poco de vida cristiana para rescatarse con la suprema Bondad y obtener que las últimas pruebas no se renovasen.

Que Darrás impidiera aquel deshonroso matrimonio, que le devolviera su hijo, y las horribles escenas de aquellos días habrían, acaso, marcado para ella una fecha de salvación.

Gabriela, pues, había pasado una tarde y una velada relativamente tranquilas, aunque impregnadas de una singular y penetrante tristeza. Creía que habiendo hablado con entera franqueza á su marido, iba á encontrarse tranquila respecto de él, puesto que Alberto le había invitado tan afectuosamente á no callarse en lo sucesivo; pero iba á aprender que los matrimonios que sufren verdaderamente del mal del silencio no son aquellos en que los esposos no saben nada el uno del otro, sino aquellos en que, conociendo sus secretos recíprocos, no se atreven á formularlos con palabras por miedo de hacerse daño con reflexiones que les son comunes.

¡Qué contraste entre las veladas pasadas en otro tiempo en aquella misma pieza, ella cosiendo y él leyendo y comentando los periódicos! Otras veces hablaban de algún punto de interés, como del porvenir de Luciano ó del de Juana, y entonces Darrás exponía sus tesis sociales á Gabriela, que entonces las admitía sin discusión, complaciéndose en ofrecer su inteligencia á su marido como un espejo que él animaba con sus ideas...

Y ahora estaba ella bordando al lado del fuego. La aguja subía y bajaba por el cañamazo, y Gabriela trataba de no levantar los ojos para que su mirada no se encontrase con la de su marido, mientras él dejaba correr la pluma por el papel con el pretexto de escribir unas cartas atrasadas. Cuando la pluma dejaba de rechinar, el corazón de Gabriela se oprimía, temiendo que una frase de su esposo reanudara la discusión de aquella tarde; pero la pluma seguía escribiendo...

Al otro lado de la chimenea había una silla baja, en la que Luciano se sentaba antes de ir al servicio militar, todas las noches que tenían libres, y Gabriela contemplaba aquella reliquia de su antigua felicidad conyugal con una nostalgia que le arrancaba lágrimas. Veía con la imaginación á su hijo al lado de aquella abominable criatura, que para apoderarse de él de tal modo debía de haberle representado una comedia de delicadeza que duraba todavía. Su hijo y Berta debían pasar sin duda aquella misma velada, tan solitaria para ellos, en una intimidad que á los ojos de la mujer honrada tomaba el carácter de odiosa parodia del hogar. Veía á la muchacha estudiando y á Luciano mirándola con aquella pasión que chocó á Darrás cuando los vió en el *restaurant.*

Ante aquella idea, que tomaba en ella la fuerza de una alucinación, la madre dudaba del resultado que quería obtener su marido y sentía grandes intenciones de interrogarle, pero no se atrevía. Para tranquilizarse pensaba en Juana, con la que acababa de hacer las oraciones de la noche.

Dios no podía menos de oir á aquella alma de niña, á la que ella había defendido contra las incredulidades del padre.

(Continuará.)

VARIEDADES CIENTIFICAS

LAS FLORES SE MUEVEN

Las plantas, como algunos animales, están privadas de movimiento á causa de su modo de existencia.

Sin embargo, los cambios de luz, de temperatura y de circulación en los tejidos, provocan en algunas especies vegetales cambios de posición continuos del tallo y de las hojas.

No pocas veces esos cambios son bruscos durante el día, ó bien por el contacto de una planta con otra, como ocurre con la sensitiva.

El fenómeno se aprecia en la flor más que en el resto de la planta. Flores hay que parecen hijas predilectas del sol, pues siguen como hipnotizadas al astro del día en su curso aparente. Otras, como las del salsifí, planta leguminosa de flores compuestas, á la mañana inclinan su corola hacia Oriente, miran á Mediodía cuando el sol está en el cenit y se dejan caer hacia Occidente como para despedir al rey de nuestro sistema sideral.



Bellorita cerrada



Bellorita abierta

No faltan flores hurañas que esquivan la luz para fecundarse, como si las acometiese un rubor extraño. La *linaria* penetra en los huecos de las paredes para depositar sus semillas, y el *trébol* se introduce en la tierra merced á una especial curvatura del pedúnculo.

Entre estos movimientos, los más aparentes y más curiosos son los de la abertura y cierre de las coro las, movimientos que llaman los botánicos vigilia y sueño de las flores.



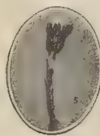
Flores de «uña de caballo» abiertas

Es tan grande el número de las flores que velan y duermen en las veinticuatro horas del día, que el gran Linneo no pudo dejar la lista completa.

Una de las cosas que más influyen en estos movimientos es el clima. Hay flores meteóricas que sienten y traducen en sus movimientos el estado de la atmósfera; en ello influyen la luz y la humedad generalmente, y se cree que la flor que se cierra en estos casos lo hace por un movimiento instintivo, pues trata de proteger el polen contra el rocío, el frío ó el calor.



Grupo de ornitógalos ó «damas de once horas»



Flor de «uña de caballo» cerrada.

Un observador eminente, Folm Lubbrek, afirma que tales fenómenos son hijos de las necesidades de la fecundación.

Hay flores que son fecundadas por los insectos nocturnos y se abren sólo por la noche; otras que se cierran cuando tratan de invadirlas las hormigas, y lo más prodigioso, no faltan algunas que contraen sus pétalos para estos insectos y los abren en cambio para nutrir de néctar á la abeja.

PERLAS ELÉCTRICAS

Por mucho que se invente, es, hoy por hoy, la luz eléctrica reina y señora entre todas las claridades que nos consuelan de la ausencia del sol, padre de la vida.

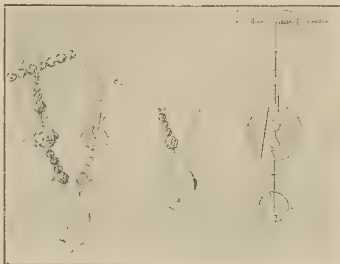


Fig. 1. – Sistema de instalación de perlas eléctricas

Y el arte, que vive de la luz casi tanto como del espíritu, se ha congraciado con ese fluido misterioso que tiene alambres por arterias y estalla en besos ígneos al confundirse sus polos opuestos en una cópula de lumbre.

El arte ama la luz eléctrica y actualmente le fabrica collares radiosos, como si tratara de exornarla con su propia belleza.

Es la última palabra: encerrar esta luz en perlas, ensartarlas en largos hilos y formar con ellos diademas caprichosas y policromas.

Esta clase de iluminaciones se presta á las combinaciones más fantásticas.

El sistema es sencillísimo: imagínense dos conductores C + y C — (fig. 1) recubiertos á trozos de perlas *a* cilíndricas y en los puntos de conexión perlas semejantes á *b*².

Para enganchar una lámpara, los hilos de las conexiones son igualmente recubiertos de perlas y se emplean unos tubitos *t* que pueden entrar fácilmente en la bola *p*.

Las lámparas se cuelgan aparte, y las extremidades de los hilos terminan en unos ojos *o* que se enganchan fácilmente á unos corchetes *k*; basta elevar la bola según indica la línea de puntos para que se oculte y disimule este engarce.



Fig. 2. – Lámpara de perlas eléctricas

Así dispuestos los conductores, puede dárseles la forma que se desee, y la luz se distribuirá admirablemente y con sujeción precisa á los dibujos que haya ideado el decorador.

La figura 2 da idea del aspecto que ofrecen algunas instalaciones por ese sencillo y curioso procedimiento.

EL REY DE LOS «SPORTS» LIGEROS

El rey de los *sports* ligeros es el patinaje á la vela.

El patinaje á la vela requiere forzosamente extensiones heladas de muchos kilómetros cuadrados. No cabe, por tanto, en los mezquinos límites de nuestros *skattings* exóticos y adulterados.

Esta distracción constituye la última palabra de la temeridad entre los *smart* del Norte América.

Algunas revistas del país comparan á los patinadores de este género con una locomotora; y en verdad deben resultar algo parecido, si se tiene en cuenta que con una brisa de 50 kilómetros llegan á recorrer distancias á razón de cinco millas por minuto, ó lo que es igual, de *trescientas millas por hora*.

Los patines han de ser de filo muy cortante.

El patinador viste jersey de punto de lana fuerte y compacta, pantalón flexible, bota de cuero fuerte y gorra de las llamadas *pasa-montes*.



El rey de los *sports* ligeros. – El patinaje á la vela

Actualmente se enseña este patinaje en cinco escuelas.

Los tipos de velas son muy variados: se les llama doble diamante, aparejo de bambú, triangular, rectangular uniforme, rectángulo reducido, aparejo «Cabo Vicente,» aparejo V y otros.

Los resultados, según parece, son iguales con todos ellos. Lo que no son iguales las caídas: algunas sólo es capaz de resistirlas un yanqui.

Este *sport* está también muy en boga en los países septentrionales de Europa y recientemente se ha celebrado en Estockolmo un concurso en el que han podido lucir sus habilidades los especialistas en el patinaje á la vela.



Una pareja de patinadores á la vela

La organización del concurso ha corrido á cargo de la Unión Central Sportiva de Suecia, y á las fiestas con este motivo celebradas han acudido numerosos turistas, que se han deleitado viendo correr sobre la helada superficie á los mejores patinadores del mundo.

El número más interesante del programa ha sido

el campeonato de patinaje de Europa, que se han disputado, entre otros, los tres patinadores finlandeses más renombrados, á saber, el ex campeón universal Franz Wathin, E. Vicander y V. Ylander, el dinamarqués Einar Sorenseu, el alemán A. Protzen y el austriaco M. Manno.

El rey Oscar de Suecia y el príncipe imperial honraron con su presencia el concurso.

LA FORTUNA DEL MAR

Hay quien al hablar de caudales sueña con los Rothschild y Rodes, encerrándolos con la imaginación en el áureo marco de sus archimillones.

La cuestión tiene otro fondo; el fondo del mar, precisamente.

Nadie más rico que el mar. Es una inmensa caja de caudales. Ningún caudal comparable al de sus aguas; tampoco al de sus riquezas.

Si no que el mar es un avaro recalcitrante. De vez en cuando arroja á la playa los desperdicios del naufragio; jamás devuelve el oro. El oro lo guarda, amontonándolo en sus laberínticos escondrijos de corales, aprisionándolo con afán codicioso entre las mallas azulinas de sus ondas.

Hoy día, el sentido práctico, futuro rey de la humanidad, no mira esta cuestión desde un punto de vista tan poético.

Y sirviéndose de los progresos de la mecánica, trata de poner en circulación ese capital fijo que el mar se guarda para sí, insensible ante las luchas económicas que conmueven la sociedad contemporánea.

El sentido práctico quiere, en suma, *desamortizarle* al mar sus ocultos caudales.

Y así, circulan por la prensa científica noticias tan curiosas como la del invento del aeroflotador ó desencallador, cuyo diseño y aspecto total del aparato ilustran estas líneas.

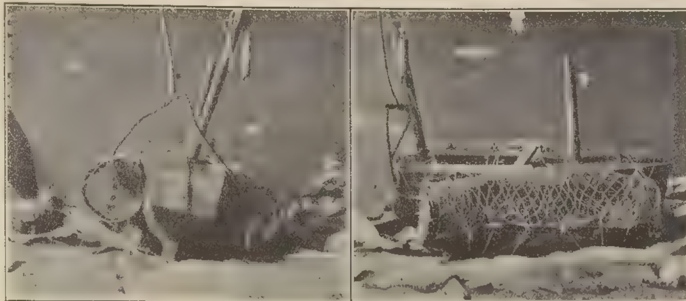


Fig. 1. – El aeroflotador funcionando. – Vistas de frente y de perfil.

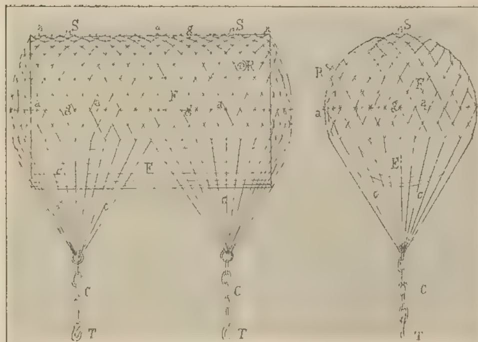


Fig. 2. Detalles del aeroflotador. – Esquemas lateral y de frente.

A los treinta metros de profundidad, la presión del agua hace imposible la acción de los buzos. Calcúlese, pues, la importancia que tiene este invento, que á la ligera describiré seguidamente.

El aeroflotador se compone de tres partes principales: la cámara de aire, los hilos ó red y las cadenas.

La cámara de aire *E* (fig. 2) es de tela muy resistente y se le ha dado la forma más racional ó sea la cilíndrica. Encima lleva dos válvulas *S S* para dar salida al aire á medida que la presión del agua disminuye. El aire se introduce en la envoltura por otra válvula *R*.

Todo el aparato va envuelto en una malla muy bien dispuesta en *F* y sujeta por las cuerdas *g g* á los anillos *a a*.

Las cuerdas *c c* van á unirse para sostener la cadena *C*, que termina en los ganchos *T*.

Huelga explicar el funcionamiento de este curiosísimo aparato. Los buzos lo arrastran hasta el fondo y lo sujetan al objeto que quiere levantarse, como se ve en la figura 1. Llénase la cámara *E* de aire, y al flotar, arrastra á la superficie cuanto sus ganchos cogen.

Cuantas experiencias se han hecho fueron felices, y estúdiase ahora el medio de construir flotadores de gran potencia de esta clase para aventurarse á exploraciones submarinas de las que se esperan resultados que, de confirmarlos el éxito, serían asombrosos.

¿Responderá la realidad á estas esperanzas? ¿Por qué no? El hombre, que ha llegado á descubrir tantos secretos y á dominar tantas fuerzas de la naturaleza, ¿por qué no ha de poder reconquistar del mar los tesoros que éste le ha arrebatado y que guarda en su seno profundo?

EL DOCTOR FAUSTINO.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Interior del fuerte de Kigashi, en Puerto Arthur, después de la capitulación

(De fotografía de Bartlett)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 22 de mayo de 1905 — Núm. 1.221



BUSTO DE MONSEÑOR CARSELADE DE PONT, obispo de Perpignán,

modelado por V[illegible]let (Salón Parés.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No habría cosa más fácil que hacer durísima crítica de la manera como se ha celebrado este Centenario de la publicación del *Quijote*. La censura está en todos los labios, y también ha estado, más ó menos explícita y severa, en la mayoría de los periódicos. Resumiré en una sola las notas de desaprobación. El Centenario ha sido, para sus organizadores, tarea de última hora. Todo lo que en el Centenario ha salido con algún lucimiento; los discursos preparados (como es debido y natural) con años de anticipación, sobre la base de trabajos meditados y mascados á gusto; los libros elaborados en largas vigilias, la Exposición cervantina en el Palacio de Bibliotecas y Museos, todo eso ha sido, al salir á luz, aplaudido y celebrado. Pero aquello que, por el sistema, tan propio de la raza, del *impromptu*, se ha querido fabricar al vapor, ha resultado... lo que debía resultar: una liorna.

***

Las cosas, ó han de hacerse bien, ó es mejor que ni siquiera se intenten. Sólo se consigue, en esta ebullición estéril de apresuramientos, en este brillar de cohetes y fogarachos, presentar ciertos remedos de las cosas, ciertas telonerías y bambalinas, que á nadie engañan, y menos á los extranjeros, á quienes querríamos deslumbrar con tal aparato de escenografía barata.

Si es cierto que lo cursi, la esencia de esta palabreja de la cual tanto se abusa y que Cervantes tendría que aprender, con otras varias, para entender la moderna jerigonza, consiste en las pretensiones que no se justifican, en el *quiero y no puedo*, España, en la presente ocasión, se ha expuesto á la nota de cursilería. Y es el caso que, en realidad, España todavía puede; puede mucho, para empeños como el presente sobre todo; pero no quiere á tiempo, no quiere sino como el niño, de un modo caprichoso, sin fijeza. Aún no nos faltaban medios de haber quedado bien en ocasión de tanto compromiso como la del fracasado homenaje á Cervantes, al idioma, á la raza, al genio, á lo único que sin disputa recibe acatamiento más allá de nuestras fronteras; era cuestión de querer, de haber seguido, desde el primer día, una dirección fija, independiente de los vaivenes de la política, confiando la dirección de este asunto á personas que sólo á él, con dedicación absoluta, se consagrasen. Había que hacer lo que ya indiqué en alguna de estas Crónicas, y que poco después, con leves diferencias, preconizó *El Imparcial;* sobre todo había que dar al proyecto lo que la naturaleza da á sus frutos: tiempo de germinar, crecer, granar y sazonarse.

***

Y todos, hasta los que pensamos así, venimos á tropezar en este escollo de la precipitación. Yo, que esto escribo, voy á tomar parte —acúsome— en una velada de la Unión Ibero-Americana, de que tuve noticia con dos días de anticipación, y en la cual, con cortés y amable insistencia, se quiso que yo hiciese uso de la palabra, no habiendo podido negarme después de presentar lás muy justificadas excusas que cualquiera presume. Puédese repentizar un brindis en animado banquete, puédese lucir con cuatro palabras al aire en cualquier circunstancia eventual, sin preparación alguna; pero cuando nos cubre el techo del Paraninfo de la Universidad Central, y se trata de Cervantes, de la magna tradición clásica nacional, identificada con el espíritu de la patria, es desconsolador no disponer sino de horas, no poder abrir un libro, no poder repasar la materia, no recogerse. He aquí los daños de este método nuestro, de proceder por sorpresas y chispazos. Yo soy un elemento de muy escasa valía; pero tal cual soy, con tiempo y espacio algo más sabré decir y pensar que con rápidas exteriorizaciones de ideas. Yo, como todos, aprendo cuando estudio, y ni la forma ni el fondo de un discurso mío, sea breve, sea extenso, pueden perder nada si lo cuezo al fuego del trabajo y si me adueño de la materia que he de tratar en él.

***

A disponer de un mes siquiera, trataría de la lengua castellana. Ella, y no ningún otro lazo, es lo que mantiene nuestra unión moral con las naciones del Nuevo Continente. La idea de raza, tenida por científica, es ahora muy atacada en el terreno científico también, y ha llegado á serlo tan rudamente, que hay recientes libros que la pulverizan, y sólo dejan en pie la influencia del suelo, de la tierra en que se nace y vive. Pero el influjo poderoso de la lengua no se puede discutir, no se puede negar; es hecho demasiado evidente y constante; mientras se habla el mismo idioma, las relaciones son fáciles, activas, la fraternidad se establece sin esfuerzo, las antipatías por causas históricas se borran pronto. Mientras en la América que fué española el habla siga siendo española, atracciones, trueques de vida, infusión continua de nuestro espíritu persistirán en aquellos países, y con creciente interés, á medida que crezcan su prosperidad y vigor, mirarán los hispano-americanos á los españoles.

No puedo menos de ver el signo de la extranjería en la diferencia de lengua. Se me dirá que dentro del organismo nacional de España provincias enteras ni hablan el castellano sino oficialmente. Para que esta consideración no nos lleve demasiado lejos, diré que tenemos mil medios suaves, orgánicos, de mantener á esas provincias incorporadas á la patria; pero que tratándose de América, nuestra única defensa es comunidad de lengua, y por eso debe proclamarse que los que con gloria y honor la cultivan y logran enviarla, sonora, sabrosa, elegante, arrogante, refinada, afiligranada, al través de los océanos, á sostener nuestro influjo en América, hacen tanto por la patria como haría un caudillo victorioso.

No importa que en América sufra alteraciones la lengua, con tal que prevalezca su índole hispánica. También en diversos puntos del territorio español se modifica de mil modos, con la pronunciación y la construcción, el idioma; también los lozanos brotes de los provincialismos irrumpen por ella, y, sin embargo, persiste, y entre las infinitas decadencias que lloramos, no incluyo la del habla.

En nuestras Antillas, cuando eran nuestras, al menos en Puerto Rico, se había formado una especie de gracioso patué modificando ciertas letras y convirtiéndolas en diptongos, sin que por eso dejase de ser allí el castellano enriquecido por buen número de poetas y escritores.

Aun cuando no pudiera hoy decirse como se dijo, que en Lima se habla español muy limado—y tengo entendido que muy limado sigue hablándose, —siempre será para nosotros un bien inmenso que en Lima siga hablándose en español.

***

Este es, á mi ver, el verdadero significado del Centenario, con relación á América, por representar Cervantes el momento culminante de la fijación del castellano como lengua á la vez popular y literaria. Al decir *fijación* no entiendo esta palabra en sentido estático. Como que Cervantes fué también un innovador, á su hora y en su tiempo: y no en vano dice la gran autoridad del Sr. Cejador en su obra magistral *La Lengua de Cervantes*, que jamás, desde que aparecen los primeros monumentos redactados en romance, habíase presentado una vuelta tan radical en su fonetismo como la que presenció el espacio de tiempo que corre desde la Gramática de Nebrija hasta el *Quijote*. Nadie mejor que Cervantes ha confirmado la ley filológica, que el desarrollo del lenguaje procede de dos operaciones: la alteración fonética y la renovación dialectal. Ese elemento popular de los dialectos tiene en el *Quijote* amplia representación, y ese juego y nervio del habla paladina, redimida de la nota de plebeya bajeza que le achocha en su *Diálogo de las Lenguas* Juan de Valdés, es uno de los especialísimos encantos del libro sin par.

***

Perdido cuanto ganó para nuestro imperio la espada, siguen lidiando por nosotros el manchego andante y su escudero con las armas de la pluma cervantina, en las tierras descubiertas, así por los navegantes españoles como por Colón. Confirmando la superioridad de la lengua sobre la raza, ni aun el invasor cosmopolitismo de Buenos Aires ha logrado minar la preponderancia absoluta de la lengua española en la República Argentina. Y en las demás naciones hispano-americanas, como en la Argentina misma, si se tiene á gloria la pura sangre española, se tiene á orgullo la conservación del habla. No importa que, según aquí también ocurre, la corrompa el precipitado escribir y el incorrecto hablar; no importan los americanismos, las palabras procedentes del maya, del aimará, del azteca; hay, en defensa de la integridad de la lengua, una legión de puristas, gramáticos, filósofos, escritores, que á veces extreman, más que nosotros, el celo en la ortodoxia, el respeto al casticismo y el culto de los clásicos y modelos del siglo de oro.

En labios y en plumas americanos volvemos á encontrar con frecuencia giros y voces que aquí se dejaron en desuso, acepciones rancias que aquí ha modificado el tiempo; hay autores americanos, como el ecuatoriano José Montalvo, que hasta extreman el arcaísmo y encienden su lámpara en el altar de Cervantes. En Guatemala, en México, en Santiago de Chile, en Bogotá, en Costa Rica, la lengua castellana se venera y se engrandece. La Gramática de la Academia Española es obligatoria en los estudios; los libros de texto, á excepción de algunos científicos, en castellano están; en las relaciones comerciales se hace uso del castellano; las casas inglesas buscan, para sus escritorios, españoles; los colegios dan en castellano sus enseñanzas; las leyes se redactan en castellano; y si hay en la mentalidad y en la literatura americana corrientes extranjeras, son menos hondas de lo que á primera vista parecen, y, según frase de un americano ilustre, nacen más bien de ignorancia de los tesoros del habla española, de no saber manejarla con dominio.

***

Asegurado parece, pues, entre millones de hombres, en territorios donde la civilización avanza victoriosa, el porvenir de la lengua cuyo monumento más respetado y conocido es el *Quijote*. No por eso, sin embargo, debe adormirnos una confianza optimista. Como murió el latín puede morir todo idioma, aunque más allá de su nacionaldad de origen abarque vastas tierras y numerosos grupos humanos. El poderío de una nación, el desarrollo de su comercio, la riqueza, la actividad, son el seguro fundamento de la extensión de su habla, y hay naciones en Europa que saben extenderse, que cuidan con amor del incremento del habla, que consagran ardiente celo á propagarla y lo consiguen, y cada año anotan con júbilo una conquista, manchan un trocito del mapa con su color. Nosotros, entre tanto, mientras la producción literaria española se mantiene á una altura que, sin entrar en comparaciones, no juzgo inferior á la de otros países más extensivos, Italia por ejemplo, ni aun ese medio tan seguro de robustecer la soberanía de la lengua española en América aprovechamos, y por incapacidad comercial de nuestra librería, las obras españolas ni corren ni se venden en América sino en proporción irrisoria, y aquel mercado, aquel mercado fertilísimo, donde podría medrar, bajo el sol que cantó Bello, nuestra cosecha literaria, está seco, es erial para los únicos aventureros extensores del habla, que todavía pudiéramos, embarcados en blancas carabelas de papel, cruzar los mares en son de conquista...

Sin gran esperanza de que cambie tal estado de cosas, hago votos porque así sea, y no vean los venideros siglos lucir el amargo día en que Cervantes y los demás escritores que han manejado como maestros y enamorados artífices el habla castellana, sean en la América española lo que son hoy los escritores ingleses, alemanes, franceses é italianos: literatura de extraños, en habla de los menos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Salón Parés.—Obras del escultor francés Violet

Recientemente ha podido apreciar el público de Barcelona varias obras de artistas roselloneses expuestas en el Salón Parés, palenque abierto á todas las manifestaciones artísticas y que tanto ha contribuído al fomento de las bellas artes en nuestra ciudad.



El escultor rosellonés Violet

Figuraban en aquella exposición algunos retratos, paisajes y cuadros de naturaleza muerta del señor Monfreid; diez y seis estudios de paisajes del señor Torras; y seis estudios de árboles y varios paisajes del Sr. Bausil. En todas estas obras se advertían cualidades muy recomendables, pero en conjunto no permitían formarse completo concepto de aquellos pintores, que indudablemente tienen, y así permiten deducirlo los lienzos expuestos, condiciones para hacer algo más importante de lo que aquí han enviado.



Juventud, escultura en bronce de Violet

En cambio, las esculturas de Violet nos presentaron á éste como un artista en toda la extensión de la palabra, apareciendo en todas y en cada una de ellas el escultor sobrio, concienzudo, sencillo y á la par grandioso, que sabe sorprender no sólo lo externo, sino también la vida íntima de la naturaleza para infundirla en la materia inanimada, que abarca la más extensa gama de modalidades, y que halla la forma adecuada para expresar cada una de sus concepciones.

Destacábase entre aquellas esculturas el busto retrato de Monseñor Carselade, obispo de Perpignán, (véase el grabado de la primera página), dispuesta con originalidad sorprendente, hondamente sentida y de un aspecto decorativo del estilo más puro. No hay en esta obra la menor afectación; el personaje retratado resulta tal como en realidad es; y la espiritualidad, la austeridad que en su rostro se reflejan, son la expresión natural, la copia exacta del bondadoso semblante del virtuoso prelado. Con esta expresión armoniza perfectamente el carácter hierático de los accesorios.

Otro busto retrato obra de Violet, hermoso también bajo todos conceptos, es el del pintor Monfreid, de un estilo totalmente distinto del anterior: en él admírase una factura á la moderna, un modelado vigoroso, de acentuadas líneas, que rebosa vida y movimiento.

Serenidad, busto en mármol que reproducimos en esta página, pertenece al género opuesto; es una creación clásica, de líneas severas y majestuosas, y que responde perfectamente al estado de ánimo que representa.

De formas clásicas también, aunque más animada, menos severa que la anterior, es la escultura *Juventud* (que reproducimos adjunta), un gallardo mancebo cuyo rostro anima la sonrisa propia de la edad más bella y cuyo cuerpo rebosa la frescura y el vigor de la adolescencia, montado en un caballo soberbiamente modelado, que por su actitud parece querer asociarse á la explosión de alegría de su jinete y que redondea por modo admirable la idea que quiso expresar el artista.

Pero en donde aparece caracterizado de una manera superior el arte de Violet es en las esculturas pintorescas que reproducen tipos ó escenas de la vida actual ordinaria. Como muestra de esta especialidad, véase el grupo en bronce *Entremetidas,* que asimismo publicamos en esta página. Imposible sería representar con más naturalidad lo que el escultor se propuso: esas tres mujeres del pueblo están hablando, como vulgarmente se dice; contemplándolas, nos parece escuchar sus murmuraciones, y á juzgar por las caras, así de la que narra como de las que escuchan, bien podemos compadecer á la infeliz (porque, á no dudarlo, de una mujer se trata) que ha caído en sus garras implacables. El grupo resulta de una verdad maravillosa y cada una de las figuras que lo componen es una obra maestra de realismo.

Muy celebradas han sido asimismo las obras tituladas *Otoño,* con toda la melancolía de que se reviste la naturaleza en esa estación del año; *La vendimia,* de inspiración verdaderamente helénica, y *Una bañista,* de un naturalismo de la mejor ley.

Aunque no figuraba en la exposición Parés, mencionaremos para elogiarla como se merece la escultura que reproducimos en la página 336 y que ha servido de premio, en las regatas «Argel-Tolón,» para la primera canoa que ha llegado á Mahón.



Serenidad, busto en mármol modelado por Violet

En suma, Violet nos ha ofrecido una serie de trabajos notabilísimos que demuestran un gran temperamento artístico y una rica variedad de aptitudes para cultivar con igual maestría los géneros más diversos.—S.



Entremetidas, grupo en bronce de Violet



HACIA EL IDEAL, cuadro de Edgardo Maxence

Por la sombría arboleda caminan juntos, unidas las manos, silenciosos, con la mirada puesta en el infinito, majestuosos, completamente abstraídos, insensibles á las cosas terrenas. Sus semblantes revelan una vida intensa; no reflejan una expresión delicada y débil, sino una expresión robusta y poderosa; sus almas no cantan el idilio, sino la grandiosa epopeya. – La impresión que produce el cuadro de Maxence es de las que difícilmente se borran, ya que el sentimiento que de él se desprende hállase avalorado por una ejecución escrupulosa que realiza una concepción de arte completamente moderna.



López se acerca á la cuna, se pone en cuclillas y chilla destemplado: «¡Cielín!..»

UNO DE TANTOS

—¿Me va usted á dar más original, Sr. López?

—No, Sr. Pérez; no pienso darle á usted más original. ¿Es que no tiene usted bastante?

—Me falta una columna.

—¿Y no hay nada compuesto de que echar mano?

—Un artículo sobre el amor en los lapones.

—Magnífico.

—Pero habrá que regletearle.

—Regletee usted lo que le parezca.

—Y meterle en segunda plana.

—En donde á usted se le antoje.

—¿Entonces ajusto?

—Ajuste usted.

Son las cuatro y cuarto de la madrugada. La estufa se ha apagado. Hace frío. El viejo reloj de la redacción golpea monótono su lento martilleo, tic... tac..., tic.. tac..., tic... tac... A través de los vidrios del balcón empañados por la escarcha se ve flotar el disco de la luna entre un grupo de nubes opalinas, transparentes, pálidas.

López se incorpora en el sillón, estira las piernas, arquea los brazos, entrelaza los dedos, apoya en ellos el cogote y bosteza; un bostezo enorme, sonoro, prolongado, que hace huir despavoridos á dos ratones que se habían aventurado á salir de su agujero. Después saca del bolsillo un papelillo de fumar y unas migajas de tabaco; lía un pitillo, lo enciende, se levanta, se pone el gabán y el sombrero, desliza una mirada indiferente sobre las mesas, sobre los montones de periódicos desdoblados, sobre los papeles azules de los telegramas, sobre los papeles amarillos de los telefonemas, sobre las satinadas cuartillas, y por fin, pausadamente, avanza hacia un rincón, hacia un sofá viejo y desvencijado sobre el cual hay una especie de envoltorio negro; pone la mano sobre él y grita:

—¡Eh, Rodríguez, Rodríguez!

El envoltorio se agita y asoma una cabeza, una cabellera despeinada, unos párpados hinchados, unos bigotes lacios y caídos.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Que hemos cerrado.

—¡Ah, sí! ¿Qué hora es?

—Las cuatro y veinte.

—¡Qué barbaridad!

El envoltorio se agita de nuevo y tras la cabeza aparecen un pescuezo flaco, un tórax hundido, unos brazos larguiruchos, unas piernas inacabables.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué sueño! ¡Y qué frío! Me he quedado helado. ¿Ha caído mucho que hacer?

López se encoge de hombros y se va. Tumbados en los bancos de la portería los ordenanzas duermen.

Al abrir la cancela de cristales un latigazo de frío le sacude el rostro y le hace estremecerse de pies á cabeza; pero reponiéndose en seguida se abrocha el gabán, se encasqueta el sombrero, mete las manos en los bolsillos, encoge el cuello, alza los hombros, baja la cabeza y sale de estampía por la calle abajo. El viento sopla sutil y penetrante, azotándole las narices, asaeteándole las orejas, salpicándole el bigote de cristales de escarcha. Ha llovido. Las luces vacilantes de los mecheros rielan en los charcos y la luna resbala en las aceras, haciéndolas brillar como inmensas láminas de metal bruñido.

López anda, anda, anda. Sus pasos retumban en las losas y el eco los devuelve tan claros y sonoros, que dos veces se detiene para mirar si alguien le sigue. Pero no, no le sigue nadie. La calle está desierta. De tarde en tarde el chacoloteo de unas herraduras, el trepidar de un coche, el tañido de unos cencerros, el ruidoso rodar de unas carretas, turban el reposo, y un coche llega y una carreta avanza y luego otra y otra y otra, tardas, pausadas, enormes, balanceando su carga de jaras, de retama, de seras de carbón. El coche pasa rápido, las carretas se alejan lentamente. Poco á poco el chacoloteo se amortigua, el trepidar se apaga, el sonar de los cencerros se extingue. Entonces los pasos vuelven á retumbar sobre las losas, y se oyen los silbidos de los trenes, unos breves, cortos, agudos, como gritos de espanto; otros largos, graves, aflautados, tristes, lastimeros. Un gallo canta. Repica frenética la esquila de un convento. Un sereno golpea acompasado con el cuento del chuzo la puerta de un almacén de vinos. Los golpes secos, metálicos, vibrantes, repercuten en las fachadas próximas.

López llega á su casa. A tientas—una ráfaga de aire le ha apagado en el portal la única cerilla que le quedaba—emprende la penosa ascensión de la escalera. Los viejos peldaños crujen bajo sus pies, y á la presión de su mano tiembla con largo trémolo la mal sujeta barandilla. Al abrir la puerta de su cuarto ve la alcoba iluminada y en la puerta de la alcoba á su mujer vestida. Un escalofrío de miedo, el presentimiento de una noticia desagradable, le deja un momento indeciso. Luego avanza.

—¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Qué haces de pie á estas horas?

Ella inclina tristemente la cabeza y señala la cuna.

—El niño...

—¿El niño? ¿Qué le pasa al niño?

—Está malo.

—¿Qué tiene?

—No sé; ha estado todo el día muy fastidiosillo; no ha querido estar más que en brazos; no ha comido nada. A poco de marcharte tú le entró un frío muy grande, muy grande, y luego mucha calentura y con ella sigue. Tócale, tócale la frente, verás.

López avanza muy decidido hacia la cuna, pero al llegar cerca de ella se detiene.

—No me atrevo. Tengo las manos heladas.

—Hace mucho frío, ¿verdad?

—Sí, mucho frío.

Ambos quedan callados, tristes, pensativos. El silencio se hace tan profundo que se oye perfectamente la respiración del muchacho, atropellada, fatigosa. Fuera el viento silba, golpeando las persianas, zarandeando la barra de una cortina que al chocar contra el quicio del balcón produce un sonido metálico y vibrante. Un reloj da lentas, acompasadas unas horas. Otros relojes le contestan.

—¿Has avisado al médico?

—No; yo creo que esto no será nada; algún asiento; mañana le daré una purga, y si, lo que no quiera Dios, se pusiera peor...

—No, no, hay que llamarle en seguida. En los niños todo tiene importancia. ¿Dices que ha pasado muy mal día?

—Inquieto.

—Sin embargo, ahora parece tranquilo. Duerme.

—No, no duerme; está amodorrado. Llámale, verás como no duerme.

López se acerca á la cabecera de la cuna, se pone en cuclillas y chilla con acento destemplado:

—¡Cielín!.. ¡Rico de la casa! ¿Quién te quiere á ti, gloria mía?

El chiquillo abre los ojos y fija en su padre una mirada inteligente. Después, como si la luz le dañase, torna á cerrarlos. Es un chiquillo enclenque, delgaducho, con la frente enorme, limpia de pelo. Las rosetas violáceas que la fiebre ha dejado en sus mejillas le dan el aspecto de una muñeca de cartón. López, en cuclillas delante de la cuna, le contempla largo rato fijamente, como si pensara leer á través de la carne el secreto de su enfermedad, hasta que el dolor que le causa en las piernas la violencia de la postura le obliga á levantarse.

Entonces su mujer se aproxima á él.

—Oye, Pepe, ¿tienes dinero?

López palidece.

—¿Dinero? Según... ¿Cuánto necesitas?

—Poco. Para acabar el mes. Estamos á 24.

—¿No te queda nada?

Ella saca del bolsillo del delantal unas monedas.

—Esto: seis pesetas y unos céntimos.

Y luego en voz baja, toda confusa, balbuceando, tratando de justificarse:

—¡Está todo tan caro!.. He tenido que pagar al zapatero; el muchacho ha venido tres veces ..

Pero López ha respirado ya.

—¡Ah, vamos, tienes dinero para mañana! Bueno; mañana buscaré yo dinero.

Y preocupado con la idea de dónde sacará este dinero, se pone á dar paseos por la habitación.

—¿No te acuestas?

—No, acuéstate tú; yo no tengo sueño. He tomado

café en la redacción y me he desvelado. Tú tienes que levantarte temprano para aviar las cosas de la casa.

—¡Oh, yo con una hora que duerma tengo bastante!

—Razón de más para que te acuestes. Anda... Yo cuidaré del niño. Además, voy á trabajar.

Este argumento la convence. Da las buenas noches á su marido, besa cuatro ó seis veces al enfermo, le acaricia, le arregla las sábanas, le pulsa, le toca la frente, vuelve á besarle y por fin se desnuda y se acuesta. López cambia las botas por unas zapatillas, el sombrero por una gorra, el gabán por otro más viejo, se sienta ante un pequeño velador, apoya la cabeza en la mano y queda pensativo.

El viento sigue silbando. La barra de hierro golpea persistente el quicio del balcón. La persiana metálica de una tienda se alza con estridente estrépito. Un perro aulla.

López se inclina febril sobre las cuartillas y escribe:

«Para los que disfrutamos de cierto bienestar y de relativas comodidades, la situación de las clases trabajadoras...»

El niño tose... El quinqué se apaga. Por los cristales escarchados entra tenue, vaga, difusa, la claridad del día.

Pedro Mata.

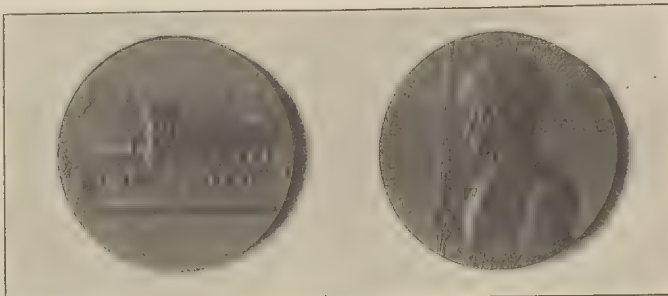
(Dibujo de Carlos Vázquez.)

LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

Y EL CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

No hace mucho, honramos las páginas de La Ilustración Artística publicando el retrato de la duquesa de Villahermosa y la reproducción de un magnífico retrato pintado por Velázquez, propiedad suya, por el cual se le habían ofrecido millón y medio de francos, oferta que la ilustre dama rechazó porque quiere que aquella maravillosa pintura no salga de su patria y, á su muerte, pase á figurar entre las joyas del Museo del Prado de Madrid.

Ahora, con motivo del centenario del *Quijote*, ha dado la señora duquesa una nueva prueba de su desinterés, de su generosidad y de su amor á todo cuanto significa una gloria nacional. Dueña del palacio de Pedrola, situado en la provincia de Zaragoza, y en donde la tradición literaria de que se hizo eco Pellicer en sus notas al libro inmortal de Cervantes supone que fué hospedado y agasajado por los duques el caballero andante, y sabedora de que el Ateneo de la capital aragonesa tenía proyectada, con ocasión del centenario, una visita á la señorial mansión, pensó celebrar en ella una fiesta, y dispuso, entre otros festejos, la acuñación de una medalla conmemorativa.



Medalla que ha hecho acuñar la Excma. Sra. duquesa de Villahermosa para conmemorar el tercer centenario de la publicación de la edición príncipe de «Don Quijote de la Mancha.» Obra de D. Bartolomé Maura

El estado delicado de su salud le ha impedido realizar su propósito; pero llevada de sus entusiasmos y de sus elevados sentimientos, no ha querido que pasara fecha tan memorable para las letras españolas sin que á ella quedara unido su nombre, y en vez de las proyectadas fiestas, ha dado 100.000 pesetas para una fundación en favor de literatos y artistas de Zaragoza y Pedrola.

Esta determinación es sin duda alguna la nota más hermosa de cuantas han constituído el homenaje tributado en la ocasión presente á Cervantes, y bien merece la duquesa de Villahermosa el testimonio de la admiración y de la gratitud más profundas de todos los que por el buen nombre de España se interesan.

La Ilustración Artística vuelve hoy á honrarse dando cuenta de este nuevo rasgo de patriótico desprendimiento y reproduciendo la medalla conmemorativa, obra del Sr. Maura, y una vista del palacio de Pedrola tomada de una acuarela del famoso pintor arqueólogo y coleccionista de estampas D. Valentín Carderera, que ha tenido la galantería de facilitarnos la propia señora duquesa de Villahermosa, á la que junto con el más caluroso aplauso por su acto de generosidad en pro de los literatos y artistas, enviamos la más sincera expresión de agradecimiento por la atención que á nuestro periódico ha dispensado.—A.



El palacio de Pedrola (Zaragoza), propiedad de la Excma. Sra. duquesa de Villahermosa. – La tradición literaria de que se hizo eco Pellicer en sus notas al «Quijote» supone que en él fué hospedado y agasajado por los duques el famoso caballero andante. Esta vista del palacio que reproducimos está tomada de una acuarela del notable pintor arqueólogo D. Valentín Carderera.

CRÓNICA DE LA GUERRA

RUSO-JAPONESA

El incidente entre el Japón y Francia ha quedado satisfactoriamente terminado, según lo demuestra la siguiente nota oficial que el ministro de Negocios Extranjeros japonés ha comunicado á los diarios de Tokío, que transcribimos íntegra, porque ella es la mejor contestación que puede darse á la violenta campaña emprendida por la prensa nipona. Dice así:

«Después del incidente de Cam-Ranh, el gobierno francés ha dado á sus funcionarios, así civiles como militares, de la Indo-China la orden de vigilar atentamente la costa del territorio francés y de impedir que los buques beligerantes penetrasen en las aguas francesas. Cuando se señaló la aproximación de la tercera escuadra rusa á dichas aguas, el gobierno francés reprodujo sus instrucciones á las autoridades navales para que ejercieran y adoptaran las más severas medidas restrictivas á fin de evitar cualquier atentado contra la neutralidad, y al mismo tiempo notificó estas disposiciones al gobierno ruso. El gobierno francés ha hecho saber á la legación japonesa en París que, según informes telegráficos, no se señalaba la presencia de ningún buque ruso en Hong-Khoi.»

El gobierno del Mikado reconoce, pues, paladinamente que Francia ha cumplido perfectamente sus deberes de potencia neutral, con lo que caen por su base las tremendas y apasionadas acusaciones de parcialidad con que han llenado durante muchos días sus columnas los más importantes periódicos japoneses.

El documento que hemos copiado es tanto más importante cuanto que coincide por completo con las declaraciones que pocos días antes hiciera el primer ministro inglés Mr. Balfour en la Cámara de los Comunes; y esta coincidencia, que seguramente no es hija de la casualidad, prueba que Inglaterra, aliada del Japón y amiga de Francia, ha desempeñado muy bien su papel de mediadora pacífica.

Otro indicio de que han quedado vencidas todas las dificultades es que el ministro del Japón en París Sr. Motono, ha salido por unos días de aquella capital para asistir á una conferencia de arbitraje internacional que se ha celebrado en La Haya. Si la situación no estuviese normalizada, el diplomático japonés no habría abandonado, ni aun temporalmente, su puesto.

De las escuadras de Togo, Rojestvenski y Nebogatof continúa no sabiéndose nada á punto fijo. Las noticias son vagas y contradictorias, y las más importantes, como la que suponía efectuada en aguas de Annam la reunión de las dos flotas rusas y la que daba por perdido el buque almirante japonés *Mikasa,* no van acompañadas de suficientes detalles para que debamos aceptarlas como absolutamente ciertas.

Aunque en distintas ocasiones hemos expuesto varios datos sobre las fuerzas navales de que disponen los almirantes Togo y Rojestvenski, creemos interesante establecer entre ellas una comparación gráfica mediante los grabados que en esta página publicamos y que pueden resumirse en los siguientes términos: si á cada una de las cuatro cualidades esenciales de una escuadra (tonelaje, velocidad, cañones, coraza) les señalamos como tipo la cifra 20, resulta que la flota japonesa vale 20 en cuanto á tonelaje, 18 en cuanto á velocidad, 20 en cuanto á cañones y 20 en cuanto á coraza; al paso que la rusa vale por los mismos conceptos 18, 20, 18'3 y 18 respectivamente. Y calculando que las bases navales y las tripulaciones constituyen juntas un quinto elemento, resulta que en este punto el valor del Japón es de 20, mientras que el de Rusia es sólo de 14'5. De todos estos datos se desprende que la relación entre la escuadra japonesa y la rusa es de 98 á 89, ó sea que las fuerzas de Togo son un noveno superiores á las de Rojestvenski.

En la Mandchuria son casi diarios los combates parciales entre las avanzadas de ambos ejércitos; pero por su escasa importancia no merecerían ser mencionados siquiera, si no se dedujesen de ellos algunos datos interesantes acerca de las posiciones que ambos beligerantes ocupan. En efecto, todos estos encuentros se han realizado en un radio de 50 kilómetros alrededor de Sin-King, población situada junto á un afluente del Khun-Ho, á 110 kilómetros al Este de Mukden; de modo que las vanguardias japonesas se hallan todavía muy lejos de la línea Gutchulín Kirín, es decir, de la zona en donde están concentradas las principales fuerzas rusas.

El generalísimo Linievitch ha introducido en la organización de los ejércitos rusos grandes modificaciones que pondrán remedio á los muchos defectos de que adolecía y que contribuyeron no poco á las derrotas por aquéllos sufridas. La primera disposición adoptada por el general en jefe fué hacer ingresar en filas á los numerosos destacamentos empleados en servicios secundarios detrás de las posiciones de combate, y pedir al gobierno ruso que le enviara lo más pronto posible los refuerzos necesarios para completar los ejércitos de la Mandchuria. El problema, en lo que se refería á los soldados, no ofrecía grandes dificultades, pues se había aumentado en 100.000 el número de reclutas del reemplazo de 1904, y por consiguiente el gobierno pudo tomar grandes contingentes de los cuerpos europeos sin que el efectivo de éstos quedara muy por debajo de la cifra reglamentaria. Mas no sucedió lo propio respecto de los oficiales, dado el gran número de éstos de que ha sido preciso echar mano durante el año último, á saber: 8.000 para asegurar la movilización de los cuerpos pertenecientes á los ejércitos de la Mandchuria; 2.000 para constituir los depósitos de estos ejércitos; 3.000 para formar las unidades de segunda línea destinadas á reemplazar en sus guarniciones de Europa á las tropas enviadas al Extremo Oriente, y 3.000 para cubrir las bajas sufridas hasta 1.° de enero de este año. Y aunque el ejército ruso cuenta en tiempo de paz con 54.000 oficiales ó asimilados, son en número muy reducido los de reserva, y por consiguiente ha sido preciso echar mano casi exclusivamente de los oficiales de carrera para atender á las necesidades de la guerra, razón por la cual á principios del año actual se encontraban muy desguarnecidos la mayoría de los regimientos. Esto explica los motivos que ha tenido en cuenta el tsar para anticipar cuatro meses la promoción al grado de oficial de 1.150 cadetes.

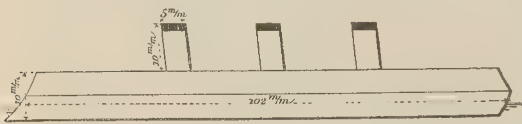
De todas maneras, los cuerpos que tomaron parte en la batalla de Mukden se hallan actualmente reconstituídos sobre el mismo pie en que estaban á fines de febrero, y reforzados además en algunas grandes unidades llegadas al Extremo Oriente con posterioridad al 1.° de marzo, á saber: las brigadas 3.ª y 4.ª de cazadores, el 4.° cuerpo de ejército, la división combinada de los cosacos de Terek y de Kubán y una brigada de caballería del Cáucaso, formando un total de 24 escuadrones, 54 batallones y 156 piezas de artillería.—R.

LA PRÓXIMA BATALLA NAVAL: FUERZA COMPARADA DE LAS ESCUADRAS JAPONESA Y RUSA

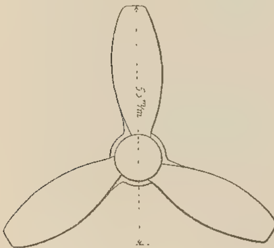
ESCUADRA JAPONESA

(86 buques, inclusos 40 torpederos y 20 contratorpederos)

I. Tonelaje de la escuadra japonesa: 204.000 toneladas

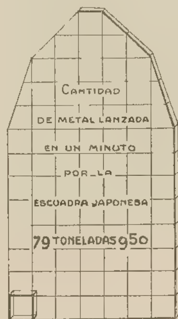


II. Velocidad de la escuadra japonesa en potencia de las máquinas, á tiro forzado: 500.000 caballos de vapor.



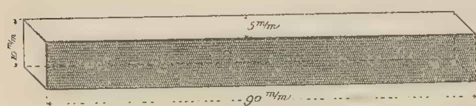
Cada milímetro de altura de la hélice representa 10.000 caballos de vapor

III. Armamento ofensivo de la escuadra japonesa:



Cada cubo representa una tonelada

IV. Armamento defensivo de la escuadra japonesa



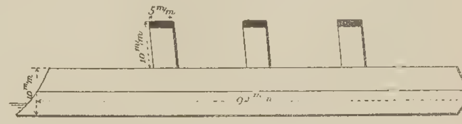
Una masa de acero de 90 metros de largo por 10 de ancho y 5 de grueso representaría la cantidad de blindaje que lleva la escuadra japonesa. Evaluación de este blindaje: 4.495 metros cúbicos.

ESCUADRA RUSA

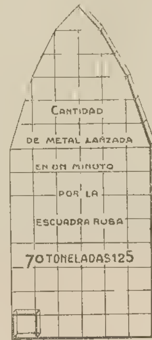
(46 buques, de ellos 11 contratorpederos y 11 cruceros auxiliares)

I. Tonelaje de la escuadra rusa: 183.300 toneladas

(Inclusa la división de Vladivostok, pero no los cruceros auxiliares)

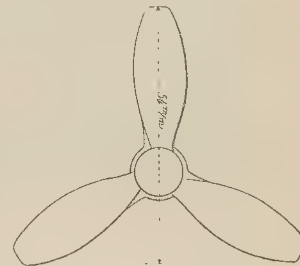


III. Armamento ofensivo de la escuadra rusa:



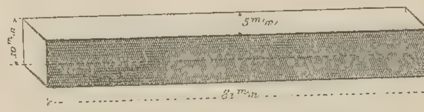
Cada cubo representa una tonelada

II. Velocidad de la escuadra rusa en potencia de las máquinas, á tiro forzado: 540.000 caballos de vapor.



Inclusos los buques de la escuadra voluntaria y los vapores mercantes alemanes convertidos en cruceros

IV. Armamento defensivo de la escuadra rusa



Una masa de acero de 81 metros de largo por 10 de ancho y 5 de grueso representaría la cantidad de blindaje que lleva la escuadra rusa. Evaluación de este blindaje: 4 071 metros cúbicos.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El hospital de la Cruz Roja rusa en Mukden, al tomar posesión de él los japoneses. (De fotografía.)

Esta fotografía y las otras tres que publicamos en esta y en la siguiente página fueron tomadas inmediatamente después de la batalla de Mukden por el Dr. Matignón, delegado médico francés cerca del mariscal Oyama. El Dr. Matignón fué uno de los primeros que penetraron en el hospital de la Cruz Roja de aquella ciudad



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Los japoneses en Mukden. (De fotografía.)

Apenas dueños de Mukden, los japoneses cuidaron ante todo de establecer comunicaciones entre la plaza por ellos tomada y el cuartel general; y al efecto, las tropas afectas á este servicio procedieron inmediatamente á la instalación de una línea telegráfica que no tardó en quedar en disposición de funcionar. Este hecho es una nueva prueba de la excelente organización militar de los ejércitos del Mikado.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Los japoneses en Mukden. (De fotografía.)

Esta fotografía representa un grupo de heridos rusos y japoneses amontonados en el patio del matadero de Mukden y está tomada en la tarde del 11 de marzo, es decir, poco después de haber entrado en la plaza las primeras fuerzas japonesas



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Soldados del ejército de Oku descansando en las calles de Mukden. (De fotografía.)

En la mañana del 10 de marzo, los rusos evacuaron la ciudad de Mukden; pocas horas después las fuerzas del general Oku ocupaban la plaza. Doce días habían durado los combates; así es que los soldados japoneses, extenuados de fatiga, en cuanto les fué concedido algún reposo, se dejaron caer materialmente en uno de los arrabales de Mukden, y tendidos en el suelo, sobre piedras y entre ruinas, como se ve en la fotografía, dieron descanso á sus rendidos cuerpos.

LA MISIÓN ALEMANA EN MARRUECOS

Los asuntos de Francia en Marruecos no van tan bien como en un principio se creía, y no son pocos los que dan por fracasada la misión de M. Saint-René-Taillandier, de la que nos ocupamos oportunamente.

El emperador de Alemania, no bastante satisfecho todavía del resultado de su viaje, ha enviado á Fez una misión especial presidida por el conde de Tattenbach para manifestar una vez más al sultán que es un soberano independiente de un país libre; que en su imperio no puede haber políticas preponderantes de ninguna especie; que para las relaciones entre el mismo y las naciones europeas no rigen más tratados que el de Madrid de 1880, y que, por consiguiente, sólo el conjunto de las potencias signatarias de este tratado puede acordar las reformas que Francia se proponía implantar por sí y ante sí, fundándose en el reciente tratado anglo-francés. Con esto queda subsistente la igualdad de trato y de influencia de todos los Estados interesados en Marruecos, igualdad que los franceses se creían con derecho á hacer cesar en favor suyo en virtud del tratado referido; y como el soberano alemán no es de aquellos cuyas palabras se lleva el viento, y además le sobran medios para que su voluntad se cumpla, es de suponer que la realización de los planes acariciados por la vecina República quedará cuando menos aplazada hasta tanto que se dé á Alemania la satisfacción que entiende se le debe por haberse hecho caso omiso de ella en las negociaciones relativas á Marruecos, y se le ofrezcan las garantías necesarias de que sus nacionales y su comercio tendrán los mismos derechos y las mismas ventajas que obtenga cualquier otra potencia en aquel imperio.

Ocioso es decir cuán bien vista de los marroquíes es esta actitud de Alemania, que les asegura la subsistencia indefinida del *statu quo* y la no implantación, Dios sabe hasta cuándo, de las reformas que tan mal sentaban á aquel pueblo aferrado á sus tradiciones y muy bien hallado con su estado de semibarbarie. Contando con este apoyo, el Maghzén puede oponerse, sin salirse de la mayor corrección internacional, á los planes de cualquier nación aislada; resistir, seguro de que hay quien le guarde las espaldas, los requerimientos que se le hagan para que se someta á los últimos tratados anglo-francés y franco-español, y oponer á toda petición de reformas la imposibilidad de aceptarlas, y menos aún de implantarlas, si la iniciativa de estas reformas no parte de todas las potencias que firmaron el tratado de 1880.

De aquí la favorable acogida que en todas las poblaciones de Marruecos se ha dispensado á la misión Tattenbach, que seguramente será recibida con gran satisfacción en Fez por el sultán y por su gobierno. Por de pronto, dicha misión ha podido hacer por tierra el viaje de Tánger á Larache que la embajada francesa hubo de realizar por mar, pues las tribus que adoptaron una actitud hostil contra esta última han garantizado á la primera una recepción cordial.

La embajada alemana se compone de los siguientes personajes: el conde de Tattenbach, ministro plenipotenciario; Mazum, primer dragomán; Marte, canciller general; barón de Schenk, inspector de las escuelas de infantería; mayor barón de Senden, agregado de embajada de Madrid; teniente Koehler, agregado á la legación de Lisboa, y un médico militar. El embajador, á quien acompaña su esposa, es portador de multitud de regalos y condecoraciones para el Sultán y el Maghzén.



Escultura de VIOLET, que el Ayuntamiento mahonés ha concedido como premio á la canoa automóvil vencedora en la primera etapa (Argel-Mahón) de las regatas «Argel-Tolón.»



LA MISIÓN ALEMANA EN MARRUECOS. – El embajador, conde de Tattenbach, en el puente de Sunani, camino de Fez, acompañado del gobernador de Tánger y de varios caídes. (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

REGATAS DE CANOAS AUTOMÓVILES

ARGEL-TOLÓN

La tristemente célebre carrera de automóviles París-Madrid, que con razón se denominó carrera de la muerte, tiene ya su *pendant* en las regatas de canoas automóviles Argel-Tolón, organizadas por el diario parisiense *Le Matin*, y que si no han causado víctimas como aquélla, han resultado también un fracaso y por un verdadero milagro no han tenido un final aún más trágico.

En la primera etapa, Argel-Mahón, todo fué bien, salvo que dos de las embarcaciones, la *Heracles* y la *Malgré-Tout*, hubieron de pedir remolque á los torpederos que las convoyaban. En la madrugada del 7 dióse la señal de partida, y del puerto de Argel salieron las canoas *Fiat X*, *Camille*, *Mercedes C. P.*, *Mercedes-Mercedes*, *Quand-Meme* y las dos antes citadas, y los torpederos que debían escoltarlas. Poco después la *Fiat X* iba delante, siguiéndola las dos *Mercedes* la *Camille* y en último término la *Quand-Meme;* la *Camille* púsose luego en segundo lugar. A las siete de la tarde llegó á Mahón la canoa *Fiat X:* había recorrido 400 kilómetros que separan ambos puertos en 12 horas 5 minutos, lo cual da una velocidad, en términos marinos, de 16 millas y media por hora, y ganó el premio que el Ayuntamiento mahonés había concedido para el barco que resultara vencedor en esta primera etapa.

Consiste el premio en una preciosa escultura de Violet (que en esta misma página reproducimos), fundida en bronce en los talleres de los Sres. Masriera, que representa una gigantesca ola, en cuya espumosa cresta hay tres figuras emblemáticas: Mahón uniendo en un estrecho abrazo á Europa y á África. En el basamento, que es de mármol, se leen unos inspirados versos alusivos de Marquina y la inscripción: «Premio Mahón. – Regatas internacionales Argel-Mahón-Tolón. 1905.»

Las demás canoas llegaron por el orden siguiente: *Camille*, *Mercedes C. P.*, *Mercedes-Mercedes* y *Quand-Meme*, que hicieron el recorrido en 15 horas 30 minutos, 16 horas 23 minutos, 18 horas 10 minutos y 19 horas 45 minutos respectivamente.

La canoa *Fiat X* ha sido construída en Turín, mide ocho metros y medio de largo, lleva un motor de 24 caballos é iba tripulada por el constructor Gallinari, por el *chauffeur* Aias y por dos aficionados, Fastome y Curpanari. A bordo de la *Camille* estaba su propietaria, la intrépida deportista náutica Mme. du Gast.

Las embarcaciones hubieron de permanecer varios días en Mahón, á causa del mal estado del mar, siendo allí obsequiadas sus tripulaciones con varios festejos; al fin, en la madrugada del 13 salieron de aquel puerto y desde entonces la regata fué de mal en peor.

Sorprendidas las canoas en el golfo de Lyón por un horroroso temporal, todas se hundieron en el mar, excepto la *Fiat X*, que por sus pequeñas dimensiones pudo ser izada á bordo del contratorpedero *La Hire*. Las tripulaciones se salvaron milagrosamente, sin más accidente desgraciado que el haberse roto ambas piernas, en el acto del salvamento, uno de los que iban en la *Malgré-Tout*. El salvamento de los tripulantes de la *Camille*, fué verdaderamente dramático; Mme. du Gast y sus cinco compañeros habían perdido toda esperanza y se disponían á morir. Cuantas tentativas se habían hecho, con gran exposición de la vida de varios marineros, para darles un cable habían sido inútiles, y ya se creían aquellos infelices abandonados á su suerte, cuando una habilísima y arriesgada maniobra del crucero *Kleber* les libró de una muerte inminente.

Al fin pudieron llegar todos á Tolón, en donde reinaba gran ansiedad, excepto los tripulantes de la *Quand-Meme*, del duque de Decazes, que recogidos por el torpedero *Arbalette* pudieron, después de grandes tribulaciones, refugiarse en Cagliari (Cerdeña).

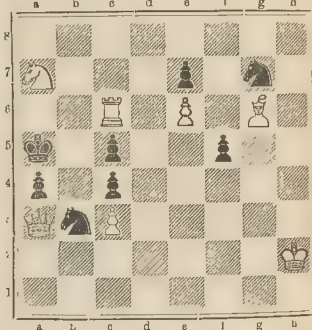
Tal ha sido el final de las regatas que tanta expectación habían despertado y de las cuales sólo quedará el recuerdo de la intrepidez de los deportistas que, tripulando minúsculas embarcaciones, se han atrevido á arrostrar, aunque sin poder vencerla, la furia de los mares.

Bellas Artes. — MADRID. – D. Julio Arellano, marqués de Casa Calvo, ha hecho donación al Museo Arqueológico Nacional de su magnífica colección de barros prehistóricos americanos, en la que figuran, entre otros, más de 600 ejemplares, algunos de ellos rarísimos, referentes al imperio de Kuicke (Centro América). Esta colección figuró en la Exposición Universal de Chicago, y por ella ofreció un alemán 50.000 marcos (62.500 pesetas).

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 387, POR E. KRIEGER.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 386, POR J. POSPISIL.

Blancas.	Negras.
1. Cc5-a4	1. Af6-d4
2. Da3-c5 jaque	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

VARIANTES

1..... Dh4-h3 ó g3;	2. Da3-d6 jaque, etc.
1..... c6-c5;	2. Ca4-c3 jaque, etc.
1..... Af6-e5;	2. Ce8-c7 jaque, etc.
1..... Dh4×f2;	2. Ce8×f6 jaque, etc.
1..... Rd5×e4;	2. Da3-e3 jaque, etc.
1..... Aa2-b3;	2. f2-f3 etc.
1..... Cf4-d3 ó ×g2;	2. Da3-d3 jaque, etc.
1..... Otra jugada	2. Ca4-b6 jaq. ó Ce8-c7 jaque, etc.



Gabriela trataba de no levantar los ojos para que su mirada no se encontrase con la de su marido (pág. 325)

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Y Gabriela imploraba mentalmente á aquel Dios de cuyo socorro necesitaba entonces más que nunca su alma extenuada por tantas emociones, y repetía por lo bajo: «Padre nuestro, que estás en los cielos,» aquellas sílabas que, en boca de Juana, habían despertado en ella los vestigios de su antigua fe...

Las horas pasaron así, acompasadas por el péndulo de la chimenea y por el lejano rumor de los coches, hasta que, al dar las doce, Gabriela se levantó casi maquinalmente para ir á acostarse. Recogió la labor y se acercó á su marido para darle las buenas noches, como siempre lo hacía cuando él tenía que velar á causa de un trabajo urgente. Cuando esto ocurría, Darrás dormía en la pieza contigua á la de su mujer para no turbar su reposo. Al verla á su lado Darrás pareció que vacilaba antes de hacerle una petición, que por fin no formuló. La estrechó contra él y le dió un beso en la frente, diciendo:

—Si alguna vez somos separados realmente por la muerte, ¡cómo sentirás haber echado á perder nuestra dicha con tus quimeras!..

En seguida, al ver que ella no respondía, la dejó marchar y siguió escribiendo. En cuanto se quedó solo se cogió la cabeza con las manos y se estuvo mucho tiempo llorando, sin sospechar que, en el mismo instante, estaba Gabriela arrodillada al lado de la cama pidiendo á Dios fuerzas para no llamar á su marido y para realizar el otro sacrificio prometido al padre Euvrard: «De aquí á entonces, aun viviendo bajo su techo, estaré á su lado como una hermana...»

Esa impresión horrorosa de la soledad en compañía, de la insuperable separación estando tan próximos los corazones, es de las que aumentan con la duración en vez de gastarse. A dos esposos que han dejado producirse entre ellos uno de esos dolorosos silencios, les es más fácil hablarse hoy que mañana, mañana que dentro de tres días.

El volverse á ver habiéndose separado con un mutismo tan cargado de pensamientos, aviva en ellos la angustia que les hizo callarse y torturarse el día antes con ese suplicio de la presencia ausente. De este modo, Gabriela y Alberto comprendieron, al verse á la mañana siguiente, que la violencia de la noche anterior iba á continuar. Ella seguía mostrando en el fondo de sus pupilas la llama de ansiedad cuya causa conocía ya Darrás, y éste seguía presentando en la frente y en la boca la expresión de tristeza indulgente y de muda acusación, más conmovedora que una queja.

Su costumbre, que todavía siguieron aquel día, era tomar á las ocho el desayuno en el cuarto de Gabriela: permanecía ésta en la cama, sobre la cual había colocada una mesita, con sus hermosos cabellos recogidos en una gruesa trenza y envuelto el cuerpo en una chambra adornada con cintas y encajes, refiriendo sus proyectos, pequeños ó grandes, á su marido, para quien la camarera preparaba un velador junto á la cabecera del lecho. Aquel rito de su antigua y querida intimidad les hizo daño por el contraste demasiado palpable entre el presente y el pasado. Cada cual nuevamente vió al otro sentir como él mismo... Pero ¿era posible hablar de semejantes emociones?.. Y de común acuerdo, pues, limitaron aquella primera conversación al punto en que estaban seguros de encontrarse conformes.

—Es probable que Luciano envíe hoy también á buscar alguna ropa, dijo Darrás, y creo que debes ver tú misma al enviado si yo no estoy en casa.

—¿Por qué?

—Para saber exactamente su dirección. Le conozco y sé que es demasiado orgulloso para ocultarse y para dar orden alguna en tal sentido. Es importante que podamos hacerle llegar su pensión de fin de mes, si mi plan no se ha realizado antes. Esos trescientos francos mensuales no son nada, pero bastan para vivir sin exasperarse y serán una prueba de que su puesto á nuestro lado sigue estando libre... Repito que sólo hablo como precaución, pues espero que de aquí á entonces las cosas habrán entrado en orden...

La emoción de Gabriela al darle las gracias pareció cerrar el corazón del padrastro en vez de abrirle, pues Darrás salió casi en seguida de la habitación.

Por fortuna para ella, humildes pero precisos deberes impidieron á Gabriela profundizar sus reflexiones sobre el visible cambio de su marido respecto de su hijo. Darrás iba á ocuparse de él con tanta abnegación como hasta entonces, pero no le había perdonado ni le perdonaría, lo que era una razón más para no descontentar á aquel hombre indignamente herido.

Gabriela sabía cuánto le gustaba á su marido que ella cumpliese estrictamente sus menores deberes de sociedad, y quiso realizar como obligaciones todos los preparativos propios de su día de recepción, que era el sábado: adornar con flores su salón, disponer la merienda, vestirse. Así transcurrieron las horas de aquel día, y por primera vez desde su matrimonio experimentó Gabriela un alivio engañando su fiebre interior con esas ocupaciones materiales y con las conversaciones insignificantes de las visitas.

Comían fuera aquella tarde y esto le sirvió también de distracción, hasta el punto de que acaso al salir se hubiera dejado llevar á un momento de efusión si durante aquella comida, dada por un senador radical en honor de un ministro, no hubiese oído en medio del rumor de las conversaciones á Darrás hablar contra la enseñanza de las congregaciones con una acritud en la que se veía su rencor personal. Después de haber hablado así, no pudo menos de mirarla y vió que su mujer le había entendido, de lo que resultó que su regreso en la berlina fué tan taciturno como la precedente velada y más aún, pues al despedirse para la noche el marido no pronunció palabras de tierno reproche como el día anterior... El silencio se había hecho más denso entre ellos...

¿Cuánto tiempo se hubiera prolongado esa situación penosa, pero que, al menos, no creaba hechos nuevos? Esas crisis no se miden por días, sino por semanas y aun en ocasiones por meses, precisamente en los matrimonios en que ninguno de los dos tiene la culpa.

La necesidad de Gabriela de expiar sus años de dicha prohibida, y el orgullo herido de Alberto, así como su odio á las ideas religiosas de su mujer, amenazaban con prolongar indefinidamente aquella espera mortífera.

¿Una espera? Ninguno de ellos hubiera podido decir de qué...

Al sábado siguió el domingo sin otro suceso que la salida de Gabriela y Juana para ir á misa. Gabriela vió desde la calle á Darrás, que las estaba mirando desde una ventana. Alberto contemplaba cómo su mujer y su hija, todo lo que él amaba, se iban á la iglesia—la ciudadela hostil, y el honor le impedía oponerse á unas prácticas que habían herido mortalmente su felicidad.

Gabriela sintió pesar sobre ella aquella mirada hasta al arrodillarse ante el altar; pero allí la reconfortó una coincidencia, en la que ella vió un apoyo casi sobrenatural. Tenía la costumbre, propia de las personas que han estado mucho tiempo sin ir á la iglesia, de buscar en el libro de misa las Epístolas y los Evangelios. Leía primero los del día y después los de los anteriores y posteriores. Aquel domingo, que era el cuarto de cuaresma, leyó el pasaje: «Hermanos míos, está escrito que Abraham tuvo dos hijos...» Después: «En aquel tiempo, Jesús pasó al otro lado del mar de Galilea...» Y hojeando en seguida, su vista cayó en el Evangelio del jueves siguiente, que cuenta la resurrección del hijo de la viuda de Naím: «*Y Jesús le devolvió á su madre...*» Esta frase le pareció que se adaptaba tan exactamente á su situación, que se estremeció como ante una promesa.

Aquello bastaba para soportar la muda acusación de su marido detrás de la ventana, para sufrir el peso del silencio el domingo y el lunes y para soportar la incertidumbre que aumentaba con una punzante ansiedad la tristeza de sus actuales relaciones con Darrás.

Éste salió solo el domingo. ¿Habría dado algún paso? No lo dijo.

El lunes estuvo fuera mañana y tarde. ¿Habría hecho algo? Nada dijo tampoco. ¿En qué estaban aquellos propósitos anunciados con tanta seguridad? ¿Seguía estando tan cierto de impedir el matrimonio de su hijastro?.. ¿Qué hacía él ó qué hacían las personas por él puestas en movimiento? Gabriela deseaba

apasionadamente saberlo, pero ¿para qué hacer preguntas? Sabría la respuesta á su tiempo, y ahora estaba segura de que sería favorable...

Tal era su disposición de ánimo, cuando el martes por la mañana, es decir, cuatro días después de la discusión con Luciano, un incidente inesperado le trajo á la brutal realidad de su situación respecto de su hijo. En el correo de las nueve le entregaron una carta de letra desconocida y con un timbre cuya vista la hizo temblar de pies á cabeza. Era el del señor Mounier, el notario del Sr. Chambault.

Su emoción fué tan violenta, que le costó trabajo romper el sobre. El notario pedía permiso para presentarse aquel mismo día á la una y media, á fin de hablar á la señora de Darrás de un asunto muy importante. Gabriela no dudó un segundo y corrió al despacho de Alberto con la carta en la mano. Estaba tan pálida, que Darrás tuvo miedo, y olvidando sus rencores, la estrechó en sus brazos con un movimiento espontáneo en el que no había más que amor.

—¡Toma!.., gimió la madre estrechándose también contra él y dándole la carta. Se trata de Luciano y de ese matrimonio... Bien decía yo que había ido á pedir el consentimiento á...

Se detuvo, porque le era duro pronunciar el nombre de Chambault en aquel momento de suprema indignación por el paso insultante que se había atrevido á dar su hijo. El sentimiento de mística esperanza que la había animado en los dos días anteriores se trocaba en un espanto del mismo orden.

Aquel era el castigo de arriba «saliendo de la falta,» como había dicho el padre Euvrard. Su primer marido reaparecía en su vida, en el corazón mismo del segundo hogar, y Darrás la sentía apoyarse en él y estrecharle en sus manos convulsas.

—Cálmate, querida mía, dijo tan tiernamente como si no se hubiera producido el trágico disentimiento de aquellos días. Cuenta conmigo para guardarte y protegerte...

Y añadió después de leer la carta:

—No puedo creer que Luciano haya hecho tal cosa... Pero si así ha sido, su mala acción no le servirá de nada. Te he prometido que esa boda no se verificará, y no se verificará. Vas á recibir á ese notario y yo estaré á tu lado. Me corresponde representar tus intereses y reivindicar tus derechos como jefe de la comunidad. Pero ya verás como se trata de otro asunto; estoy moralmente seguro. No es posible otra cosa.

Aquella afirmación resultaba tan visiblemente desmentida por la actitud misma de Darrás, que no pudo apaciguar la inquietud de la pobre mujer, que advirtió la niña Juana, pues en un momento en que estaban solas, abrazó á su madre con tal entusiasmo, que Gabriela se conmovió, y viéndose adivinada y compadecida por su hija, no pudo contener esta imprudente exclamación:

—¡Querida hija mía! ¡Tú me amas y no me abandonarás!..

—Sí, te amo, contestó la niña, y si me prometes no estar ya triste, el día de la primera comunión haré el voto de no casarme nunca para estar siempre á tu lado...

VIII

LO IMPREVISTO

¿Fué aquella una de esas protestas exaltadas que prodiga naturalmente el ardor de la adolescencia, ó algunas frases sorprendidas por azar habían hecho trabajar la mente de la niña, ya advertida por la ausencia prolongada é inexplicable de su hermano?

Ello fué que sus palabras conmovieron más aún á la pobre mujer, que estaba literalmente sin voz cuando le presentaron la tarjeta del Sr. Mounier. Las primeras palabras con que acogió al notario y le presentó á su marido fueron dichas con voz tan afónica, que Mounier se ofreció á retirarse para volver cuando Gabriela estuviese menos delicada.

—Preferimos, caballero, saber desde luego el objeto de su visita, dijo Darrás. Ya conoce usted mi calidad de esposo de Gabriela y soy yo quien le responderá.

—Eso no sería enteramente correcto si se tratase de un paso oficial, dijo el notario después de un momento de vacilación. Pero me he permitido pedir á la señora de Darrás esta entrevista á título oficioso, y no veo más que ventajas en explicarme con usted, caballero, aunque el asunto que me trae sea, según el Código, exclusivamente personal de esta señora... ¿Usted sabe que soy el notario del Sr. Chambault?

El notario había hablado con esa urbanidad recalcada, propia de su profesión y detrás de la cual se adivina el arma invencible, ese Código al que acababa de aludir. El tono incisivo del ingeniero había ensombrecido por un instante la fisonomía naturalmente amena de Mounier.

Era el tal un hombre de cincuenta y cinco años, bajo, de facciones menudas, vista muy fina á través de sus lentes de concha y gran trato de gentes, pues siempre había hecho vida de círculo y de salón al mismo tiempo que la de despacho. Su fisonomía se tiñó de un leve color, pero no se salió de su tono conciliador cuando Darrás le respondió:

—Yo creí que, según el Código, no había nada exclusivamente personal para una mujer casada. Pero sepamos, caballero, de qué se trata.

—De un proyecto de casamiento formado por don Luciano Chambault y para el cual tiene que pedir el consentimiento de la señora de Darrás.

—Ha pedido ese consentimiento, dijo Darrás, y se lo hemos negado.

—Aquí, caballero, tengo que recordar mi expresión de hace un momento. Este es uno de los casos, muy raros, en que la personalidad de usted no puede intervenir en modo alguno, al menos legalmente. Usted me dispensará que precise un punto acaso penoso. La señora de Darrás estaba divorciada cuando se casó con usted. Ahora bien, el divorcio no tiene efecto retroactivo. La ley puede declarar la disolución del matrimonio, pero no su anulación. Don Luciano es hijo del Sr. Chambault y de la que era la señora de Chambault, que vuelve á serlo para esta circunstancia. Y ese joven, que no tiene veinticinco años, necesita, según el artículo 148 del Código, el consentimiento de sus padres, divorciados ó no, y á la madre no le hace falta autorización alguna para responder á esa petición.

—Está bien, caballero, rectificó el marido. La señora de Darrás ha rehusado.

—Lo sabía y ese es el motivo de mi visita. Debo advertir á ustedes que esa negativa no tiene ningún carácter prohibitivo. El artículo 148 es claro: en caso de disentimiento entre los dos esposos, prevalece la voluntad del padre.

—¿Aunque el divorcio haya sido pronunciado contra él y le haya privado de la guarda del hijo? Es imposible.

—Aun en ese caso, la potestad paterna permanece intacta.

—De modo, exclamó Darrás, que la sociedad ha reconocido, por sus tribunales, que un padre es incapaz de educar bien á su hijo ó á su hija; la madre se ha consagrado sola á esa educación, y en una crisis tan decisiva como la elección de esposa ó de un marido, es la voludtad del padre indigno la que decide... ¡Es una monstruosidad!..

—Ese hecho ilógico tiene su lógica, dijo el notario. Es un resto de la antigua ley que se ha conservado en la nueva. La antigua ley quería que, una vez fundada una familia, lo estuviese para siempre, y en realidad así sucede, aun después del divorcio, puesto que subsiste el derecho de heredar, al que corresponde la permanencia de la patria potestad. La ley ha marcado así claramente la diferencia entre la disolución y la anulación, pero hay una reserva. El legislador ha previsto el caso de que un padre indigno quisiera vengarse de haber sido privado de la patria potestad negándose á una boda deseada por la madre, y la ley de 3 de junio de 1896 ha dispuesto que si hay disentimiento entre los padres divorciados, basta el consentimiento de aquel en cuyo favor se ha pronunciado el divorcio. Así, pues, si la señora de Darrás consintiere y el Sr. Chambault no, la opinión de la señora prevalecería... Siendo al contrario, prevalece la del padre... Acaso estimará usted que hay en esto una contradicción, que estas diversas partes de la ley no concuerdan muy bien; pero ya sabe usted que las asambleas donde se elaboran esas reformas del código no se reclutan entre las competencias...

—La ley es la ley, caballero, y estoy dispuesto á obedecerla, respondió secamente Darrás.—Supongo que ese preámbulo es para anunciarnos que el padre de Luciano ha dado su consentimiento...

—En efecto, caballero, he levantado el acta auténtica, en el domicilio de mi cliente Sr. Chambault, y requerido por éste, haciendo constar que consiente en el matrimonio de su hijo Luciano con la señorita doña Berta Planat. Sólo queda que llenar una formalidad, que es hacer constar la negativa de esta señora. Reglamentariamente debía haberme presentado aquí con uno de mis colegas ó dos testigos á hacer á usted la notificación. Pero este procedimiento, aun no teniendo nada de agresivo, puede resultar penoso, y he preferido dar un paso previo, animado para él por mi cliente. Usted ignora, sin duda, señora, que el Sr. Chambault está muy enfermo. Los médicos temen una pulmonía complicada con una enfermedad del hígado. Para mí su fin está próximo. Es cuestión de semanas y, acaso, de días. Cuando se está tan cerca de la muerte se ven muchas cosas de un modo muy diferente. La visita de su hijo y los sentimientos que le ha manifestado han conmovido al padre y le han hecho acceder á su demanda. Pero mi cliente no quisiera que su consentimiento fuese considerado por usted como una nueva falta, ya que reconoce haberlas cometido muy grandes. Me parece que no oponiendo al consentimiento de un moribundo un *veto* que, después de todo, sería inútil, hará usted una obra de caridad. No tengo derecho á invocar otros argumentos, pero me creo en el caso de desear para su hijo que no se le haga entrar en la vida conyugal con ese rozamiento, muy duro para un matrimonio joven... Este es todo el sentido de un paso que el Sr. Darrás tendrá la bondad de dispensarme...

La madre había escuchado todo ese discurso sin decir una palabra, mientras sus ojos, fijos en su marido, expresaban los sentimientos de su alma: el asombro cuando el notario afirmó su independencia de su marido en el asunto; el terror al saber que su voluntad no era eficaz en contra de la del padre; el dolor por la ingratitud y la falta de cariño de Luciano al apelar á su padre sabiendo su divorcio y sus causas; la sorpresa al enterarse de la grave enfermedad del miserable de quien su juventud había sido víctima; la indignación al ver que se atrevía á dirigirle un mensaje aun desde su cama mortuoria.

Había visto pasar emociones análogas por los ojos de Darrás; pero la fisonomía de éste se había ensombrecido más cuando el notario había hablado del carácter indestructible que tenía en otro tiempo la familia y del modo incoherente con que se hacen y deshacen las leyes en nuestra actual anarquía. Sin embargo, con la voz tranquila del hombre que quiere llegar pronto á una conclusión positiva, respondió:

—No tenemos por qué dispensar á usted, sino que darle las gracias. Estoy seguro de interpretar el pensamiento de la señora de Darrás rogando á usted que diga á las dos personas que le envían que su negativa es y será siempre absoluta—Gabriela hizo un signo de asentimiento,—porque se funda en cuestiones de honor. Estoy seguro de que usted y su cliente las ignoran, y puesto que es usted su emisario, le ruego que le transmita mis palabras. Y si usted me lo permite, las comentaré informándole exactamente sobre la mujer con quien mi hijastro pretende casarse...

—Me es imposible seguir á usted en ese terreno, interrumpió el notario. El Sr. Chambault no me ha dicho los motivos que tiene para consentir en el matrimonio de su hijo, y no quiero saber los que puede tener la señora de Darrás para oponerse á él. El padre es libre de revocar su autorización hasta el último momento, y en este caso, D. Luciano, que aún no tiene veintitrés años, no podrá casarse hasta dentro de dos. Pero hagan ustedes que le hable otra persona. Mi misión ha terminado. Si la resolución de usted es irrevocable, tendré el honor, señora, de presentarme otra vez á usted en las condiciones que he dicho; y para dejarle tiempo de reflexionar, no lo haré antes de ocho días...

—Lo tengo reflexionado, dijo Gabriela á su vez.

Un proyecto que acababa de surgir en su mente le había devuelto la energía para hablar.

—Dentro de ocho días, el Sr. Darrás y yo pensaremos lo mismo que hoy.

No bien el notario se había marchado, Gabriela, pálida y resuelta, dijo á su marido:

—Pregunta si está dispuesto el coche; no hay que perder un minuto. Es preciso que vaya á ver al señor Chambault, que le hable y que le explique lo que pasa. Luciano le ha engañado. No es posible que un padre, ni aun ese, quiera semejante casamiento para su hijo. No sabe la verdad ..

—No, no la sabe, respondió Darrás, yo también estoy seguro de ello. Pero no eres tú quien debe ir, sino yo...

—¡Tú!, exclamó Gabriela espantada.

—Sí, yo. No consiento que vuelvas á ver á ese hombre que tanto te ha hecho sufrir... No te lo permito...

Gabriela encontró en su acento la expresión imperiosa y dura que había notado el otro día.

—Tengo derecho, continuó diciendo Darrás, por mis doce años de abnegación por Luciano, de ir á defender su porvenir ante cualquiera. Si la enfermedad ha devuelto al Sr. Chambault los sentimientos que acaban de decirnos, comprenderá por mi paso cuán grave es la situación. El único medio de romper el tal matrimonio es ese, y dentro de una hora el consentimiento estará revocado. Adiós, amiga mía; espera mi vuelta sin inquietud. El peligro va á ser conjurado por dos años y sólo necesito dos ó tres semanas para el proyecto de que te he hablado. Ya ves que si hay una fatalidad nos es favorable, puesto

que hemos sido prevenidos á tiempo. Si ese notario no fuera un hombre escrupuloso, no hubiéramos sabido cómo parar el golpe. No lo dudes; ha sabido la verdad y ha venido á indicarnos como ha podido el medio de hacer las cosas.

—Puede ser que tengas razón, dijo Gabriela.

Y con la ternura y el abandono de otros tiempos, añadió:

—¡Ah, Alberto mío, corre á salvarle... y perdóname!..

Aquella despedida de Gabriela había inundado el corazón de Darrás de una corriente tan fuerte y tan cálida, y el marido había visto en ella una reconquista tan completa del cariño y de la confianza de su esposa, que esa idea le sostuvo todo el tiempo que tardó en llegar desde la calle del Luxemburgo á la plaza de Francisco I, donde habitaba Chambault. La amargura de tal visita trocábase para él en dulzura exquisita por aquel grito de amor después de cuatro días de un horrible silencio. Sólo veía una cosa, y era que su esposa querida volvía á pertenecerle por entero.

Aquel perdón que le había pedido era la condenación de su locura y la señal de que había vuelto á entrar en la verdad de su matrimonio. Si Alberto salía con bien de su paso actual, la crisis estaba conjurada, pues Gabriela, en vez de ver en la serie de los últimos acontecimientos la acción de un castigo providencial contra su hogar, vería en ellos, como ya él le había dicho, una intervención del azar, que al fin se mostraba favorable.

Cuando la hubiera reconquistado, sería de su cuenta el no dejar que el fatal veneno dominase más á aquella sensibilidad delicada.

Pero esa fiebre de esperanza cayó de golpe cuando llegó á la casa del primer marido. Darrás la conocía demasiado, pues desde que se había casado con la esposa divorciada de Edgardo Chambault, nunca había perdido de vista á aquel hombre.

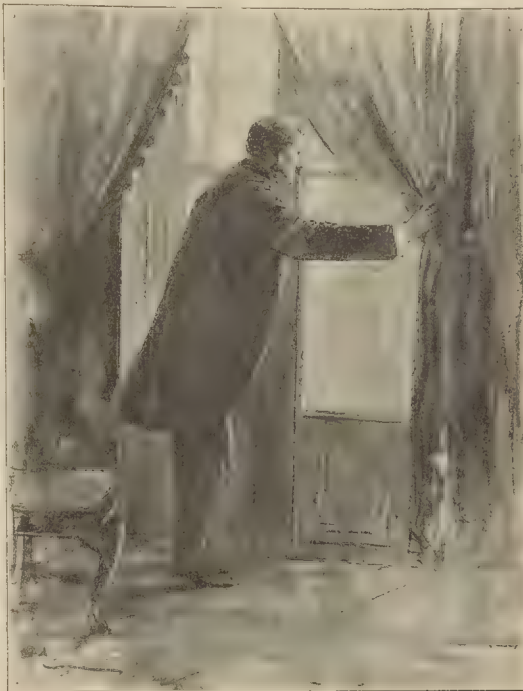
En los primeros años, la necesidad de enviar á Luciano á su casa en ciertos días había mantenido un contacto forzoso; pero luego la negligencia de Chambault había hecho que se perdieran esas relaciones últimas de su antigua vida. Se recordará, y esta había sido una de las justificaciones invocadas por Gabriela en su visita al padre Euvrard, que la iniciativa del divorcio había partido de él y que él se había vuelto á casar mucho antes que ella. Su segunda mujer había muerto y Chambault se había degradado más y más después de su viudez. Sus desórdenes habían hecho que Gabriela se considerara con derecho para suprimir las visitas de su hijo, pues Luciano había encontrado á veces á su padre borracho y en mala compañía.

Chambault no había reclamado, y desde entonces, los Darrás no habían tenido de él más que noticias indirectas: ora una palabra dicha como casualmente por uno de sus primos, el anciano general de Jardes, que se había puesto resueltamente al lado de Gabriela y seguía visitándola, aun después de su nuevo matrimonio; ora una simple noticia leída en algún periódico á propósito de la concurrencia á Niza ó á Aix-les-Bains. Chambault había heredado de un tío suyo una nueva fortuna, después de haber dilapidado la primera, y próximo ya á los sesenta años, aún figuraba entre las gentes del París que se divierte.

Luciano le hacía una visita el día de año nuevo y era ó no recibido según las circunstancias. Pero hubiera visto ó no al triste personaje, traía siempre detalles precisos sobre el sitio en que vivía, sobre su presencia ó su ausencia, sobre su humor, que iba siendo más desigual y más brutal á medida que se hacía viejo.

Todos esos detalles habían llegado al alma de Darrás, clavándosele en ese lugar íntimo y obscuro en que llevamos la imagen viviente de nuestros verdaderos enemigos, no de aquellos con quienes tenemos que luchar y que tratan de hacernos daño, sino de aquellos cuya existencia es para nosotros un dolor, sólo porque respiran.

¡Cuántas veces, por ejemplo, desde que Chambault vivía en la plaza de Francisco I, Darrás había mandado á su cochero que diera un rodeo para no pasar por casa de Chambault, siendo aquel su camino. ¡Cuántas, por el contrario, echándose en cara como una debilidad indigna esa preocupación, se desviaba de su camino para atravesar la plazuela y contemplar la casa, un edificio de tres pisos con un jardincito cerrado por una verja! La puerta de entrada daba á la calle de Juan Goujón, y Darrás sabía que Chambault habitaba en el entresuelo.



... vió desde la calle á Darrás, que las estaba mirando desde una ventana

La idea de lo que pensaba aquel hombre á quien su mujer había pertenecido virgen; la idea de las imágenes que conservaba en su memoria y los derechos de sangre que tenía sobre Luciano, eran para Darrás un suplicio. No conociéndole más que por retratos, trataba de figurárselo tal como era. La aparición de un transeunte que se dirigía hacia la puerta de la casa causábale gran sobresalto; y aunque se encogía de hombros, despreciando lo que él llamaba curiosidad malsana, no por esto sangraba menos la secreta herida.

De lo profunda que era y de lo mal cicatrizada que estaba por el tiempo aquella herida, pudo darse cuenta cuando bajó del coche ante aquella casa en que estaba, acaso, agonizando el verdugo de la juventud de Gabriela... ¿Impediría su muerte el que hubiera sido el primer marido?.. Pero si estos incurables celos del pasado que tanto habían hecho sufrir á Darrás le hicieron algún daño, aun en aquel momento y á pesar de sus apremiantes preocupaciones, no fueron obstáculo para que Darrás se dirigiera resueltamente á la portería ni preguntara con voz firme: «¿Está en casa el Sr. de Chambault?..» como si ignorase la enfermedad de que era claro indicio, sin embargo, el estar el suelo cubierto de paja delante de la casa para amortiguar los ruidos de la calle.

—El señor conde está en casa, respondió el portero, pero no podrá recibir á usted, pues está enfermo y anoche se puso mucho peor.

—Subiré, sin embargo, y veré á su criado.

El hecho de que no hubiera ninguna consigna en la puerta indicaba también el desorden que se produce cuando en una enfermedad que en un principio se consideró benigna, surge una complicación terrible, por lo que Darrás juzgó que la situación había empeorado de un modo alarmante.

¿Sería capaz todavía Chambault de sostener una conversación que exigía tanta lucidez? Esta fué la pregunta que Darrás se hizo ante el aspecto aturdido del criado que salió á abrirle la puerta. Era aquella una nueva razón para insistir, y á ser posible, arrancar la revocación escrita del permiso otorgado.

Admitiendo que Luciano hubiera ya hecho publicar en la alcaldía la primera amonestación, la boda no podría efectuarse antes de diez ó doce días y en ese plazo el padre podía empeorarse. Darrás venció los escrúpulos del criado diciendo que iba de parte del notario Mounier para un asunto urgente, y consiguió que aquel hombre pasara su tarjeta.

Los cinco minutos que esperó en la antesala fueron emocionantes para él. Por todas partes se veían revelaciones del carácter y de las costumbres del hombre de quien, acaso, dependía el porvenir de su matrimonio. Era aquello, sin embargo, la trivial entrada de la casa de un soltero rico, con ese lujo un poco chillón de los vividores de hoy. Pero precisamente aquellas muestras de una existencia de placeres producían un horror casi físico al puritano Darrás.

A los dos lados de la puerta había unos cuadros de una desnudez vagamente obscena y que reflejaban en los espejos las manchas rosadas de sus carnes. Había también en las paredes programas de fiestas de *sport* y otros géneros como si representasen interesantes recuerdos. Unos grabados ingleses figurando carreras de obstáculos alternaban con grandes fotografías, una de ellas firmada, de mujeres exageradamente ataviadas y acerca de cuya profesión no cabía duda ninguna.

Una panoplia de escopetas proclamaba el gusto del cazador, y otra de bastones el del viejo verde. En una copa había unas tarjetas, y la mirada de Darrás se fijó en la de una mujer que había escrito familiarmente con lápiz: «Ven esta noche á comer.» El observar aquellas costumbres poco delicadas, pero, después de todo, inofensivas, produjo á Darrás una melancolía á la que no tuvo tiempo de abandonarse, pues el criado volvió con una respuesta negativa.

—El señor conde hubiera querido recibir á usted, pero está peor y la persona que ha puesto á su lado el médico se ha opuesto absolutamente.

—¿No puedo ver al hijo del Sr. de Chambault?, preguntó Darrás, que quería saber si aquella oposición venía de Luciano.

—Ha salido hace una hora para ir á buscar á un gran médico que quieren traer en consulta. No tardará en volver...

—Dé usted la tarjeta á la persona que cuida al enfermo y dígale que si puede recibirme un instante.

En el pensamiento de Darrás acababa de surgir una sospecha. La fórmula empleada por el criado le había hecho adivinar que se trataba de una mujer. ¿Por qué aquel hombre no había dicho sencillamente: la enfermera?

Darrás pensó en alguna de las individuas cuyas tarjetas y cuyos retratos atestiguaban una intimidad con el dueño de la casa. Pero no; Luciano no hubiera soportado semejante presencia. Había pasado allí la noche y salido en busca de un célebre doctor, luego él era quien había tomado la dirección de la casa en su calidad de hijo...

¿Si sería Berta Planat, como estudiante de Medicina, la persona puesta por el médico á la cabecera del enfermo?.. ¿Por qué no?.. Y esta idea repentina se tradujo en acto por su extraña petición.

—Estoy loco, pensó el ingeniero cuando el criado desapareció con el nuevo mensaje; si es ella, no querrá recibirme, y si no lo es, ¿para qué quiero verla?..

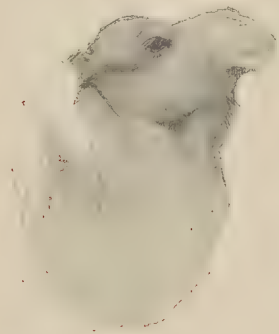
Aquel acto impulsivo se armonizaba tan mal con su carácter y estaba tan fuera de sus planes, que él mismo se quedó asombrado. En realidad había obedecido á la excitación nerviosa que la multiplicación de los obstáculos produce siempre en los hombres acostumbrados, como él, á ir derechos á su fin. ¡El rompimiento entre Luciano y aquella muchacha le había parecido tan fácil, y sin embargo, se había encontrado con tantas sorpresas!

La presencia de Berta, si, en efecto, era ella, le ofrecía la probabilidad de una escena decisiva y la había aprovechado de un modo instintivo.

(Continuará.)

ANIMALES PERVERSOS

En nuestros jardines ó parques zoológicos hay animales de buena y de mala índole; algunos malos de especies buenas, y alguna que otra vez buenos de las malas; exactamente lo mismo que en la humanidad, donde se encuentran razas de una y otra condición y en ellas indistintamente hombres buenos y hombres malos. Como era de creer, los peores y más incorregibles pertenecen á los felinos, esos grandes y soberbios gatos de pieles espléndidamente coloreadas, cuyos impulsos é instintos son la traición y la



El camello *Beduíno*

matanza. Sin embargo, el león y los de su familia figuran poco en la lista de cautivos peligrosos. Casi todas las especies, hasta en las aves, cuentan con algún individuo de mala ley; tomándolos en conjunto, hay una cohorte, que nos sorprende por lo numerosa y formidable, de animales traidores y perversos.

De todos los gatos grandes y peligrosos, ninguno es más inaccesible y traidor que la pantera negra. Morando en el corazón de las más profundas maniguas africanas, de cuerpo delgado y flexible, activa y nerviosa, ese merodeador furtivo excede en ferocidad hasta al tigre de Bengala. Es el único de los grandes felinos que el domador de fieras no se atreve á educar, y el único tan por completo desconfiado, que evita hasta la luz del día. Con frecuencia se lo pasa todo metida en el rincón más obscuro de su jaula, moviendo sin cesar los ojos, rojizos y brillantes. Ni siquiera la hora del reparto de la comida suele hacerla salir de ese rincón; esa hora que convierte en un infierno á las jaulas, donde los rugidos y alaridos



El jaguar *Rayda*

de hambre se mezclan con los aullidos de impaciencia y con el chocar de los pesados cuerpos contra sus rejas de acero. Allí permanece lanzando miradas desconfiadas al trozo de carne cruda, y no se atreve á moverse hasta que ya ha obscurecido y se ha marchado el último curioso para arrancar la masa de los huesos con sus largos y blancos colmillos. Tan mala y empedernida es esa fiera, que con frecuencia ataca á los de su misma especie, y es imposible hasta aparearlas en la jaula.

En la colección de fieras del circo de Walter Main una noche ocurrió un terrible duelo, que no terminó sino con la vida, entre *Bob* y *Bess*, dos magníficas panteras negras recién traídas directamente de Africa. A la madrugada el guardián de servicio oyó coléricos aullidos, golpes dados con las blandas patas y estremecerse en sus alvéolos las barras de acero. Ambos animales, con grandes desgarraduras en sus espesas y sedosas pieles, rodaban por el suelo, hundíanse mutuamente en el cuerpo dientes y uñas, sin hacer el menor caso de los golpes que para separarles les daba el mozo con una horquilla. Pronto terminó el feroz combate, y dando un penetrante alarido, uno clavó las mandíbulas en el cuello del otro, y aunque al parecer sin vida, no soltó la presa, matando á su contrario.

En muchos casos demuestran muy poca galantería los felinos, atacando á su compañera con artera traición, como sucedió en el caso del *Señor López*, jaguar del parque de Nueva York, que mató á *Rayda*, hacía poco introducida en su jaula, de un modo que hiciera honor al traidor más refinado de la especie humana. De todos los magníficos felinos de dicho parque, era *López* de quien menos podían los guardianes sospechar tal cosa. Era un animal hermoso, grande, de noble aspecto, corpulento y fuerte como un tigre de la India; piel de un amarillo obscuro hermosamente manchada de brillante negro, y de fisonomía viva, inteligente y bella. Se le tenía por un animal modelo de buen carácter. Al revés de la generalidad de los felinos, no aullaba ni sacudía con fuerza las barras de la jaula, sino que le gustaba tenderse panza arriba, dejando que el guardián le rascara la barriga con el extremo de un palo, roncando de placer como un gato. Era tan hermoso animal y de tan buen carácter, que se decidió proporcionarle una compañera, y desde Hamburgo, en una pequeña jaula de viaje de roble, vino *Rayda*, una hembra casi ya en todo su desarrollo; tan mansa, que respondía cuando se la llamaba acercándose con muestras de contento á las rejas para que su guardián la acariciase y le pasase la mano por la suave piel.

Antes de meter en una misma jaula dos animales feroces, hay que probar á ver qué tal se llevarán. La jaula pequeña de *Rayda* se colocó al mismo nivel de la espaciosa de *López*, que pareció verla con mucho agrado. Saltaba de un lado para otro, dando toda suerte de muestras de contento, y cuando las jaulas se pusieron en contacto, alargó la enorme y suave pata, pasándosela por el lomo, mientras ella roncaba de satisfacción, halagada sin duda por la idea de tener pronto una jaula más espaciosa y un compañero de cautiverio.

Durante dos días estuvieron una junto á otra las jaulas; *López* continuó cortejando y haciendo zalamerías á su nueva amiga y meditando su muerte. Ni aun el instinto salvaje y despierto de *Rayda* presintió la traición; así es que cuando se abrieron las puertas, saltó alegremente á su nueva mansión. Desde el momento que entró se mostraron las intenciones verdaderas del jaguar. Estaba en un rincón apartado; todo su aspecto, hasta la expresión de su fisonomía, había cambiado. Agachado, en tensión todos los nervios y todos los músculos, atisbaba su presa pronto á saltar. De improviso aquella masa amarillenta cruzó de uno á otro extremo la jaula, dando un salto largo y alto, y antes de que el descuidado animal pudiera alzar una pata para defenderse, le cogió por el cuello y le sujetó como un bulldog, clavando más y más los dientes hasta que tocaron con las vértebras. Desde la primera mordedura, quedóse *Rayda* sin poder valerse. Con barras y palos golpearon y pincharon la cabeza del enfurecido jaguar. Contentábase éste con cerrar los ojos y apretar más las mandíbulas, hasta que al fin llovieron sobre él tantos golpes, que dando un salto se llevó al otro extremo de la jaula, como un gato se lleva á su pequeñuelo, el cuerpo de su víctima, que pesaba 150 libras, costando trabajo hacérselo al fin soltar.

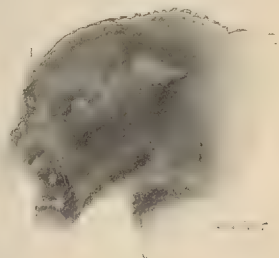
Se creyó al principio que los colmillos de *López* habían penetrado en la yugular, pero la autopsia demostró la fuerza de las terribles mandíbulas del jaguar. Dos de las vértebras del cuello habían sido trituradas y hechas astillas, y los fragmentos del hueso habían penetrado en la medula espinal, causando la parálisis casi desde el primer momento.

Desde tiempo inmemorial se ha considerado el camello como un animal dócil, pero hay casos en que se muestra de tan malos instintos como el que más. Cuando ataca es con los dientes y las patas. Sus anchas, planas y pesadas muelas, destinadas por la naturaleza para masticar granos y hierbas, se convierten en armas terribles para el ataque y la defensa, y sin embargo, la mordedura de un camello enfurecido es nada en comparación con los estragos que con las patas comete. Como la mayor parte de los animales salvajes de mucho peso, el camello las emplea de manera que su víctima, una vez bajo ellas, rara vez se libra de quedar hecho una pulpa.

Entre un rebaño de veintiún camellos, pertenecientes al circo de Adan Forepaugh, había uno hermoso, de silla, recién traído de Arabia, llamado *Beduíno*, el que, á pesar de los deprimentes efectos de un largo viaje por mar, era tan indómito que había de llevarlo entre dos corpulentos elefantes.

Una mañana, un oso negro, revoltoso, á la mitad de su desarrollo y que pesaría 150 libras, halló floja una de las planchas de su jaula en el mencionado circo, logró desprenderla y escapar por la abertura; perseguido por unos veinte dependientes, corrió de una á otra parte, hasta quedar acorralado junto al pesebre de *Beduíno*. Desde el momento que éste vió al intruso, se preparó para el ataque. Echó hacia atrás las orejas, abrió desmesuradamente boca y narices, y la generalmente estúpida fisonomía del camello tomó una expresión de diabólica furia. En vano trataron los hombres de llevarse al oso; éste se aproximó más y más al traidor, sin percatarse del peligro, hasta que el camello, con una rapidez increíble, alargó la amarilla cabeza, como suelen hacerlo las serpientes, y lanzando un salvaje grito de desafío, cogió al pesado oso por el cuello como si fuera un manojo de heno, lo levantó en alto y momentos después lo tenía bajo las patas. *Beduíno*, enfurecido, saltó y brincó sobre las dos delanteras hasta dejar al pobre animal completamente desconocido, aplastado como un pedazo de papel secante.

Uno de los más poderosos y terribles entre los animales perversos es el rinoceronte, que tan rara vez



Pantera negra

suele verse en cautividad. Entre las numerosas especies de este animal, hay algunas, como la de Java, que se domestica tanto, que los naturales del país los ensillan y montan como si fueran caballos. Pero algunos de esos animales, de horrible cabeza, voluminoso cuerpo y de admirable agilidad, se vuelven en el cautiverio muy feroces. En el parque central de Nueva York hay una hembra de la especie negra, traída de Africa, llamada *Smiles*.

Durante diez años tuvieron á ese desgraciado animal en una jaula tan pequeña que apenas podía moverse en ella, viajando á razón de 8.000 kilómetros cada estación con una colección de fieras ambulante. Comprada luego para dicho parque, fué instalada en un espacioso departamento de elefantes, y resultó ser una de las más indómitas fieras que en él había. No pudiendo ver en línea recta, por la posición de sus ojos, guiada únicamente por un olfato y un oído sumamente delicados, al principio cualquier ruido sospechoso la enfurecía, y como un toro bravo, se arrancaba, introduciendo el cuerno de catorce pulgadas de largo por el forro de dos pulgadas de ancho de su compartimiento y haciendo astillas los tablones. Con el tiempo, y después de haber forrado su jaula con láminas de hierro, se tranquilizó; pero aun hoy día, después de llevar el rinoceronte diez y siete años de cautiverio en esa jaula, ningún guardián se atreve á entrar en ella sin estar bien atado y sujeto el animal, y una vez que logró soltarse, faltó muy poco para que matara á un hombre.

Una mañana, muy temprano, estaba solo el mozo



Hembra de rinoceronte negro de Africa

que cuidaba á *Smiles*, horquillando paja en un rincón de su departamento, mientras ésta luchaba y trabajaba furiosamente por escaparse de los lazos que rodeaban su cabeza y cuello, las cuerdas crujían, y por fin, con un estallido, una de ellas se rompió. Asustado el mozo, trató de correr hacia la puerta; pero haciendo un vigoroso esfuerzo, el animal rompió la que quedaba entera y el guardián vió que no tenía tiempo de ganar la salida. La fiera se lanzó ha-

cia adelante con ánimo de atravesarlo con el cuerno.

Dando gritos, pidiendo socorro, corrió el hombre hacia el muro; á unos ocho pies del suelo se proyectaba horizontalmente una viga, y el mozo, con esfuerzo sobrehumano, dió un salto, la alcanzó y se encaramó en ella en el preciso momento para no ser cogido. El rinoceronte le tiró un derrote, alzando el cuerno hacia arriba, é introduciéndolo por la boca del pantalón, lo rasgó, junto con los calzoncillos, hasta la cintura, sin haberle rozado la piel. El ruido y gritos hicieron que acudieran en su auxilio, y con horquillas y barras de hierro consiguieron apartar la furiosa hembra y el guardián pudo bajar de su percha salvadora.

Por numerosos que sean los huéspedes perversos de las jaulas de fieras y sus varios y peligrosos modos de atacar, fáltanos aún hablar del peor asesino de todos, que es el elefante. En sus espantosos paroxismos de cólera, este enorme animal no conoce amigos ni enemigos. Alargar con la velocidad de un relámpago la formidable y repentina trompa, enlazar al guardián, arrojarle á lo alto ó bajo sus enormes patas, atravesarlo con sus pulidos colmillos de cuatro pies de largo ó arrodillándose sobre él convertirlo en una masa informe, tales son los actos á que se entrega el que un momento antes se mostraba amigo fiel y cariñoso. Con la fuerza sobrenatural que da la rabia, rompe las macizas cadenas que le sujetan las patas como si fueran de cera, hace astillas con los colmillos el pesebre y añicos vigas de seis pulgadas cuadradas.

Uno de los casos más recientes de elefantes furiosos ha sido el del famoso elefante clown del circo de Barnum y Bayley *Mandarín*, que mató á tres hombres y estropeó á un cuarto, y al que hubo al fin que estrangularlo con una cigüeña de vapor á bordo del *Mineapolis*, poco antes de llegar á la bahía de Nueva York la compañía del citado circo de regreso de una excursión al extranjero.

Hacía treinta años que pertenecía al circo, que lo adquirió cuando sólo tenía cinco de edad, y jamás había dado muestras de malos instintos hasta que fué á trabajar á Francia. Queriendo una vez que hiciese sus acostumbradas habilidades, un substituto de su domador se tendió en el suelo para que el elefante pasase por encima, como lo había hecho con otros en millares de ocasiones; el animal avanzó moviendo la cabeza á compás de sus pasos, levantó la pesada pata delantera, la suspendió un momento sobre el hombre y luego, arrojando un grito de furia, la dejó caer con fuerza sobre el pecho del desgraciado, con toda la presión de sus 4.000 libras. Soplando enfurecido, echó á correr, cogió é hizo pedazos una jaula de hierro, rompió con un solo golpe de la trompa el espinazo á un mulo y quién sabe cuántas desgracias hubiera ocasionado á no haber traído á toda prisa otros dos elefantes de su mismo tamaño, que á fuerza de topetazos y pinchazos con los colmillos le hicieron entrar en razón.



El elefante *Mandarín* que mató á tres hombres é hirió gravemente á otro

Antiguamente se le hubiera amarrado y sujetado bien, y con barras y mazas de hierro al rojo candentes se le hubiera quemado hasta que hubiese gritado plañideramente en señal de sumisión, ó muerto en el tormento. Pero en los tiempos actuales, á los elefantes furiosos se les trata administrándoles grandes dosis de opio, y así se hizo con *Mandarín* con buen resultado; pero á los seis meses tuvo otro acceso de furia todavía peor. Esta vez fué la víctima un muchacho que estaba limpiando la cuadra. De improviso, sin haber dado antes la menor señal de furia, arrojó un terrorífico grito, lanzó como un relámpago la voluminosa trompa alrededor del cuerpo del joven, lo levantó en alto y lo dejó caer al suelo con tal fuerza, que le rompió todos los huesos; después lo hirió una y otra vez con los colmillos y estaba á punto de arrodillarse sobre él cuando con barras de hierro candentes llegaron los mozos del circo y le hicieron abandonar el cuerpo del desgraciado, sin lograr, á pesar de las quemaduras, que diese el más mínimo chillido de sumisión.

Pensóse en estrangular en el acto al elefante é hiciéronse los necesarios preparativos; pero el circo estaba en aquellos días para trasladarse á otra población, y como *Mandarín* parecía muy tranquilo y arrepentido de su mal proceder, se dejó para más adelante el llevar á cabo la ejecución; pero se le aseguró con nuevas cadenas, puestas de manera que le dificultaran el mover libremente la cabeza, hasta que se le embarcó á bordo del *Mineapolis*.

A bordo, un pasajero embriagado, que desconocía la índole de aquel peligroso animal, se aventuró á penetrar en su jaula. El gigante no hizo más que dejarse caer sobre el intruso, aplastándole instantáneamente. Los gritos de rabia del animal atrajeron á los guardianes, y uno de ellos, un negro, corrió con una barra de hierro para darle en la trompa; pero rápido como el pensamiento el elefante la dejó caer sobre el negro con tal fuerza, que lo arrojó sin sentido á treinta pasos de distancia con los dos homoplatos fracturados, lo que decidió su suerte.

A 30 millas de Sandy Hook se le mató. En tierra, probablemente se le hubiera administrado una fuerte dosis de cianuro de potasa ó una corriente eléctrica, como se hizo en Coney Island con *Topsy*, otro elefante que había también, enfurecido, matado á su domador, al que se aplicó una corriente de 6.000 voltios.

Pero á bordo se adoptó el sistema de estrangularlo por medio de un lazo pasado por el cuello que una cigüeña de vapor fué apretando más y más. El animal murió sin exhalar un grito y conservó el resuello durante el enorme espacio de dos minutos y cuarenta segundos. Al caer exánime su cuerpo, que pesaba seis toneladas, rompió una viga de 22 centímetros cuadrados.

A. W. ROLKER.



Regatas de canoas automóviles «Argel-Tolón.» – La canoa italiana «Fiat X,» que fué la que primeramente llegó á Mahón, primera etapa de las regatas, y ganó el premio del Ayuntamiento mahonés, consistente en la escultura del artista francés Violet, que reproducimos en la página 338, en donde también damos noticia del curso y resultado de las regatas. (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 29 de mayo de 1905 — Núm. 1.222

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Los Salones de París. — 1905.



MIS PRIMAS, grupo de retratos, obra de Ignacio Zuloaga

(Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1905)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Los mensajes presidenciales. – *Cuba.* – *México.* – *Guatemala.* – *Colombia.* – *Paraguay.* – *Uruguay.* – *República Argentina.* – El canal de Panamá.

A los primeros meses del año ha correspondido la apertura ó renovación de las tareas legislativas en varias de las Repúblicas de América, y los consiguientes mensajes en que los jefes de ellas dan cuenta de la labor cumplida por el Poder ejecutivo y proponen las reformas administrativas y modificaciones legales que consideran necesarias ó convenientes para el país.

El 3 de abril comenzó la 7.ª legislatura del Congreso Nacional cubano. El presidente en su mensaje señalaba los progresos conseguidos en todos los ramos de la administración pública y el resultado satisfactorio de las medidas tomadas para conservar y mejorar las condiciones de salubridad de la isla.

Muéstrase gran actividad en la construcción de carreteras, faros, muelles, líneas telegráficas, etc. El estado de la Hacienda es muy halagüeño: en 31 de marzo último había un sobrante de 10.764.000 pesos, después de cubiertos los gastos generales de la nación. Con el importe de los bonos del empréstito de 35 millones se va pagando á los individuos del ejército libertador; pero lentamente, pues son muchas las dificultades que se ofrecen en la práctica.

El comercio exterior aumenta. En 1904 ascendió á 27.000.000 pesos más que en 1903. De ellos, 13.617.000 corresponden á la importación (7.000.000 productos de los Estados Unidos; 594.000 de España). De la exportación, los Estados Unidos se llevan el 83'7 por 100. A España han venido productos cubanos por valor de 731.000 pesos; el promedio de 1894 y 1895 había sido de 7.600.000.

Como es sabido, el azúcar y el tabaco forman la gran masa de la exportación cubana: 54.000.000 y 25.000.000 pesos, respectivamente, en 1904.

Los agentes consulares de Cuba en España siguen trabajando para reclutar braceros, principalmente en nuestros partidos rurales. Durante el 2.° semestre de 1904 llegaron al puerto de la Habana 18.723 inmigrantes, en su inmensa mayoría procedentes de España. De 1.° de enero á 10 de marzo de 1905 desembarcaron otros 7.587.

Mas no todo son notas satisfactorias en el mensaje de Estrada Palma. El presidente habla el lenguaje de la verdad. Reconoce que la vigente ley electoral ha dado ocasión á muchos abusos, injusticias y fraudes. El poder judicial carece de las condiciones que necesita para que pueda girar independientemente dentro de su propia esfera. El funcionamiento de los juzgados municipales es en extremo defectuoso. La legislación de Cuba, así en lo civil como en lo criminal, es muy imperfecta. Los litigantes pobres no encuentran abogado que los defienda. Muchos jueces, por evitarse gastos extraordinarios, no practican las diligencias que sus deberes les imponen.

Adviértese de día en día mayor descuido por parte de los padres de familia en la educación de sus hijos. Las asistencias á la escuela disminuyen; 29.410 menos en los últimos cuatro meses de 1904, comparados con igual período de 1903.

El Senado de los Estados Unidos no ha llegado aún á sancionar el tratado en que se reconoce la soberanía de Cuba sobre la isla de Pinos; pero Estrada Palma sigue confiando en la moralidad y noble desinterés de los yanquis.

* * *

Al inaugurarse en 1.° de abril el segundo período de sesiones del Congreso, Porfirio Díaz se felicitaba, en primer término, de la cordialidad de relaciones entre México y las demás potencias. Está sometido á la aprobación del Senado el convenio de arbitraje acordado por la segunda conferencia internacional americana, convenio que ya ratificaron varios de los países signatarios. A él habrán de ajustarse las reclamaciones de particulares, con lo que desaparecerá la principal causa de conflictos entre los gobiernos de América, conflictos promovidos con harta frecuencia por los insaciables especuladores yanquis. Se va á rectificar la frontera entre México y su vecina del Norte en la parte del río Bravo, cuya corriente forma canalizos y bancos y da lugar á dudas acerca de cuál es la línea divisoria.

La cotización al 94 por 100 de los bonos del último empréstito de 40 millones de pesos evidencia el próspero estado del país y la gran confianza que inspira su Hacienda. El proyecto de reforma monetaria ha sido muy bien acogido; afluyen los capitales extranjeros y mejoran los cambios. En esta difícil y complicada cuestión del cambio parece que los hacendistas mexicanos tienen mayores aciertos ó más fortuna que los nuestros. Los ingresos de aduanas y de timbre continúan en aumento.

Consígnanse también en el mensaje notables progresos y reformas muy convenientes en el servicio de correos, en instrucción pública, colonización, explotaciones mineras, industrias fabriles, etc. México, pues, sigue adelantando.

* * *

El mensaje del presidente á la Asamblea Nacional legislativa reunida en Guatemala el 1.° de marzo es la historia de los siete años de la administración de Estrada Cabrera. Hace éste un resumen de los tratados convenidos con otros países, y de todos los hechos de política exterior y de orden interior que han contribuído á consolidar la paz, elemento indispensable para el desarrollo de las fuerzas vitales de la nación.

A pesar de los gastos extraordinarios á que obligaron las consecuencias de los fenómenos volcánicos, y no obstante la crisis monetaria, la situación financiera es buena. El total de las rentas de aduanas y contribuciones, que ascendió á unos 13 millones en 1903, pasó de 30 en 1904.

La agricultura, principal fuente de la riqueza de Guatemala, ha merecido especial atención del gobierno. Se han construído y están en construcción muchos kilómetros de ferrocarril, y entre éstos la última sección de la línea del Norte que atravesará la República del Atlántico al Pacífico y abrirá camino á los millares de viajeros que desde Europa se dirigen á las tierras occidentales de América.

Si el mensaje fué reseña de lo pasado y cuadro de lo presente, el manifiesto que con motivo de la toma de posesión del Poder para el período 1905-1911 dirigió Estrada Cabrera al país, ha sido el programa de su gestión para lo futuro: mantenimiento de la paz, represión enérgica de toda tentativa de revolución, economía y probidad en los servicios públicos, pago de intereses y amortización de la deuda, robustecimiento de la fuerza militar, política de fraternidad con todos los Estados, especialmente con los centroamericanos.

Gobernará Estrada conforme á los principios del partido liberal; en cuanto á los hombres, ha de valerse de todas las personas que puedan ser útiles á la patria, sea cual fuere el partido político á que pertenezcan.

* * *

Ante la Asamblea legislativa de Bogotá, reunida el 15 de marzo, expuso el presidente de Colombia la obra realizada en los primeros meses de su gobierno. Después de la larga contienda civil que desorganizó y arruinó el país, la gestión del general Reyes ha tenido y tiene que vencer grandes obstáculos. Los funcionarios públicos no cobraban sus sueldos; ahora, á la mayor parte se ha satisfecho lo que se les debía y está restablecida la regularidad en el pago mensual. Funcionan ya los servicios telegráficos y sanitarios interrumpidos. Se han acreditado representaciones diplomáticas en Venezuela y Brasil para arreglar las cuestiones de límites y de comercio pendientes con esas Repúblicas. También se ha nombrado ministro plenipotenciario en Wáshington como medio de facilitar, en breve plazo, la solución de las cuestiones relativas al istmo de Panamá.

Capitalistas de Bogotá y de Antioquía han constituído un Sindicato y un Banco para administrar, bajo la inspección del Estado, los nuevos impuestos sobre alcoholes y tabaco, comprometiéndose á efectuar, en un plazo de cinco años, la conversión del papel moneda en metálico.

El efectivo del ejército se ha reducido de 11.000 á 5.000 hombres; créanse nuevas escuelas normales en los departamentos y se han organizado las de Comercio, Artes y Oficios y Artes decorativas en Bogotá; están en estudio varias proposiciones de empresas extranjeras para construir ferrocarriles, y han comenzado los trabajos de canalización del Magdalena.

* * *

El nuevo presidente del Paraguay Sr. Gaona, así en su discurso de presentación á la Asamblea legislativa, como en el mensaje al Congreso leído el 1.° de abril, expresa gran confianza en el mantenimiento de la paz interior. Su programa se resume en tres palabras: pacificación, reorganización y trabajo. Dedicará á la Hacienda cuidados preferentes á fin de consolidar el crédito público y mejorar los cambios.

En el mensaje se indica la conveniencia de reducir el tiempo del servicio militar y dotar al ejército de armamento más moderno.

* * *

El presidente del Uruguay enaltece en su mensaje la potencia económica del país y el favorable influjo que sus instituciones democráticas ejercen en la conciencia pública. Sólo así se comprende que la nación haya podido soportar la guerra civil sin grave daño de sus intereses.

Aumentan los ingresos del Tesoro y especialmente la renta de Aduanas. Se proyectan importantes reformas en el sistema tributario y se estudian los medios de mejorar la situación de la clase obrera.

* * *

Optimista es, en verdad, el mensaje del presidente de la Argentina leído ante el Congreso el 1.° de mayo. Progresará, dice, la República en todos los órdenes de la actividad humana, y las tierras producirán con tal abundancia, que las arcas del erario se colmarán de oro.

La inmigración aumenta, se construyen nuevos puertos, los ferrocarriles avanzan por el interior, y la última cosecha de trigo, lino y maíz representa un millón más de toneladas que la del año precedente.

Confirma el mensaje la tendencia á constituir un fuerte poder naval. Hay que ir renovando y aumentando la escuadra; urge comprar torpederos, destructores y cruceros, porque la República Argentina necesita mantener su posición preponderante en la América del Sur.

El asunto del canal de Panamá va siendo ya un verdadero embrollo y no hay medio de saber á qué atenerse.

La comisión técnica nombrada por el gobierno yanqui ha propuesto un canal á nivel de 45'72 metros de ancho y 10'66 de profundidad; calcula los gastos en 235 millones de dólars y la duración de los trabajos en diez ó doce años.

Los que tienen fe ciega en la omnipotencia de los yanquis no dudan que el canal se hará. Los desconfiados—que son muchos y entre ellos el *Times* de Nueva York—hacen notar que la confusión á que dió lugar el vacilante progreso de la obra del canal desde que la gente de Lesseps introdujo la primera pala en aquel cenagoso suelo, continúa y crece sin cesar, con la aparición de nuevas dudas y dificultades.

Con esclusas ó sin ellas, dicen, el canal habría de costar muchos millones más de los que se presuponen; pero ni éstos tal vez llegarán á invertirse, porque antes se demostrará prácticamente que la obra es imposible, ó por lo menos, que el problema del Chagres no puede resolverse sino gastando sumas fabulosas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

















Madrid.—Recuerdo del Centenario del «Quijote.»—Lápida colocada en la casa donde se imprimió la primera edición del «Quijote.» – Carroza del círculo de la Unión Mercantil (tercer premio). – La procesión cívica al pasar por delante del Palacio del Congreso, en donde estaba la tribuna regia. – Los gremios depositando coronas en el monumento de Cervantes. – S. M. el Rey revistando á los coros de Clavé. – Alegoría del «Quijote», carroza del Ayuntamiento. – La aventura de Clavileño, carroza del gremio de vinos (segundo premio). – «Las Cortes de la Muerte,» carroza de la Sociedad de Autores (tercer premio).

Los Salones de París.— 1905.

La impresión que producen los Salones de París del presente año puede expresarse diciendo que, aparte de los grandes maestros consagrados por la fama, no hay en ellos una sola de esas obras que desde el primer momento se imponen, ni una revelación de una personalidad ó de una tendencia nuevas, abundando, en cambio, las repeticiones y las medianías.

Muchos artículos se necesitarían para dar cuenta,



En el bosque, cuadro de W. Bouguereau
(Derecho de reproducción de Braun, Clement y C.ª 1905)



Por el ausente. – El día de la primera comunión, cuadro de A. Guillon
(Derecho de reproducción de A. Guillon. 1905)



Reliquia sagrada, cuadro de Adolfo La Lyre
(Derecho de reproducción de La Lyre)



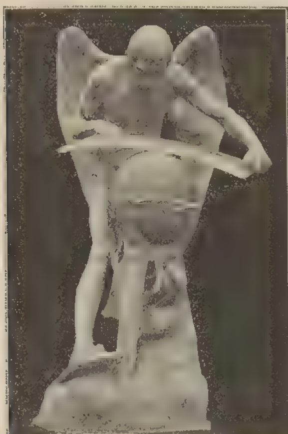
Las víctimas del mar, cuadro de Virginia Demont-Bretón
(Derecho de reproducción de Virginia Demont-Bretón. 1905)



Juanilla, cuadro de Camilo Bellanger
(Derecho de reproducción de Camilo Bellanger. 1905)

aunque fuese muy someramente, de lo que, en medio de esa mediocridad relativa, es digno de mención; y como no disponemos de espacio suficiente nos limitaremos á citar lo más saliente de ambas exposiciones.

SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES.—Zuloaga, Lhermitte, Bernard, Luciano Simón, Carlos Durán, Robert, Carriere, Boldini, Guiguet, Caro-Delvaulle, la Srta. Luisa Breslau, Sargent, Raffaelli, Thaulour, Lobre, Cottet y Layarde constituyen lo más notable de la sección de pintura.



EL AFILADOR INMORTAL, escultura de J. Perrin



PEDRO PUGET, escultura de H. Lombard destinada á un monumento que se ha de erigir en Marsella



DANZA SAGRADA, escultura de Segoffin



LA BOLETA DE ALOJAMIENTO, cuadro de H. Brispot. (Derecho de reproducción de H. Brispot. 1905)

Zuloaga, con su grupo de retratos *Mis primas*, ha dado una vez más prueba de su originalidad, de su sentimiento de lo pintoresco, su devoción á la verdad, de su dominio del dibujo y del color; en suma, de esas cualidades que le han conquistado uno de los primeros puestos en el arte pictórico contemporáneo y le han valido el título de continuador de las grandes tradiciones españolas que encarnaron Velázquez y Goya. Notabilísimos son también *El Buñolero* y *Alcalde del pueblo de la provincia de Segovia*, pintados con esa amplitud y ese vigor que son característicos del ilustre artista vasco.

Jesús en casa de los humildes, de Lhermitte, es un lienzo de construcción firme, en el que se admiran hermosos efectos de luz y la sencillez y naturalidad de los tipos, formando un conjunto tan armónico, tan homogéneo que no cabe apreciar aisladamente ninguno de los elementos que en él entran, pues cada uno de ellos participa del valor de los demás y les comunica al mismo tiempo algo del suyo propio.

Besnard expone un fragmento del techo pintado para la Comedia Francesa, que representa á Apolo saludando á las estatuas de Corneilles, Moliere, Ra-

cine Víctor Hugo: el dios va precedido de las nueve Musas y acompañado de las veinticuatro Horas. Es una composición grandiosa, soberbiamente ejecutada, en la que aparecen admirablemente simbolizados el origen y el alimento de toda comedia, las reglas de la composición y de la unidad y los aspectos del temperamento dramático.

Luciano Simón, en su *Velada en un taller*, se muestra más pintor que pensador; los personajes y la escena toda tienen poca expresión; pero, en cambio, están ejecutados con mucho arte.

Casas, Carriere, Robert, la señorita Breslau, Guiguet, Roldini, Caro-Delvaille, Durán y Sargent presentan retratos bellísimos en la mayoría de los cuales se ve, nó sólo reproducida la imagen física del retratado, sino además reflejada su alma.

Los mejores paisajes que en la exposición figuran son indudablemente los de Raffaelli, Thaulow, Rusiñol, Lobre, Cottet y Lagarde: sus obras son algo más que la copia más ó menos exacta de un trozo de la naturaleza más ó menos bello; se salen de lo vulgar y corriente para pintar lo que algunos llaman, con razón, paisajes novelescos, es decir, paisajes cuya contemplación causa entre nosotros la impresión de que han sido ó podido ser teatro de un drama, de una aventura, de una alegría, de un dolor, de algo que no se detiene en los ojos, sino que entra por ellos y llega hasta lo más hondo del espíritu.

Entre los cuadros de género sobresalen: el *Parce Domine*, de Nillete, que figuró en la decoración del «Chat Noir» y que á pesar del tiempo transcurrido no ha perdido nada de su gracia nerviosa ni del perfume de ingenio y de poesía que tan alabados fueron cuando se vió por primera vez; el *Casino de frontera*, de Veber, que nos presenta la más rica colección de esos tipos que frecuentan los establecimientos de juego de segundo ó tercer orden; el *Jardín de París* y el *Desfile*, de Beraud, muy bien observados y ejecutados muy concienzudamente; los cuadros caricaturescos de Guillaume, especialmente *La Elocuencia* y *Una obra maestra*, modelo de fina sátira; las escenas argelinas de Dinet, rebosantes de luz y de verdad, y los tipos de mujeres orientales, perfectamente estudiados, de Aublet.

En el grupo de obras decorativas, religiosas y de historia, merecen citarse en primer término: *Voluptuosidad*, de Carlos Durán; *Dafnis y Cloe*, de Courtois; *Homenaje al Niño Jesús* y *Adoración de los Magos*, de Denis; las figuras alegóricas de Agache; *Camino del Calvario*, de Burnand; *Hijo pródigo*, de Muenier; *Vendedor de gallos*, de Anglada, y un techo pintado por Friant.

En la sección de escultura llaman principalmente la atención el *Monumento á J. C. Cazin*, de María Cazin; la hermosa estatua en mármol de Desbois; el *Paraíso perdido*, de Bartholomé, obra muy estudiada, llena de carácter y admirable por su sencillez; *La familia dichosa*, bajo relieve de grandes dimensiones de Charpentier; las soberbias figuras en yeso de Rodin, y *Amor pastoril*, de Escoula, escultura sentida y graciosa.

Completaremos estas ligeras noticias sobre el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes mencionando los retratos de Gándara, Dubufe, Woog, de la Srta. Olga de Bosnanska, Picard, Lavery, Dagnan-Bouveret, Crurtois, Flandrin y Stevens; los paisajes de la señora Duhem, de Le Sidaner, Dauchez, Eliot, Brugnot, Chevalier, Baudot, Billotte, Desmoulins, Harrisson y Montcourt; los cuadros de género de Delachaux, Larrue, señora Duhem, Srta. Druon, Henry-Thomas, Gari Welchers, Boulard, Frederic, Castelucho, Truchet, Sra. Mac-Monniés y Garrido; las pinturas decorativas de Roll, Boutet de Monvel, Gervex, Laurens, Sra. Lemaire, Bottini, Moussatoff y Gaskin; los pasteles y acuarelas de la Sra. Bermond, Landau, Sonier, Mangin, Rogier, Hawkins, Prunier y Sureda, y las esculturas de Seraphin, Rembrand Bugatti, Sra. Amcen-Sparre, Froment-Meurice y Ganesco.

Sociedad de Artistas Franceses. — Eduardo Detaille expone *La cabalgada de la Gloria*, composición grandiosamente concebida y magistralmente ejecutada, en la que el celebrado artista parece haberse complacido en acumular las dificultades de dibujo y de color, para darse el gusto de vencerlas. Esta pintura de grandes dimensiones está destinada al Panteón.



Poesía pastoril, escultura de Peynot

El *Desastre*, de Juan Pablo Lourens, es un recuerdo de la batalla de Waterloo, en el que se resumen todos los horrores de la sangrienta jornada. Pocas veces se ha mostrado el notable pintor más sobrio y más vigoroso; sin ningún efectismo, sin el menor artificio, ha sabido evocar con toda la fuerza de la realidad aquella luctuosa página de la historia de Napoleón I.

La Humanidad llorando por sus hijos se titula un magnífico lienzo de la señora Debat Ponsan: tres figuras soberbiamente pintadas sintetizan de una parte la guerra que divide á las razas y el amor supremo que las une. Contribuye á dar mayor valor á este grupo el fondo obscurecido por el humo de la pólvora y del incendio, tras del cual se adivina la lucha en que han perecido los dos hombres que la Humanidad estrecha entre sus brazos.

Del interesante tríptico de Laparra nada diremos, porque al pie del grabado que lo reproduce y que publicamos en la página 360 va expuesto el significado de esta composición.

Huelga en Venecia, de la Srta. Rondevay, es un lienzo que, aunque poco equilibrado, denota en su autora un vigoroso temperamento artístico, y atrae las miradas por la valentía de su composición.

Los dos cuadros de Sorolla *Sol de tarde* y *Verano* llaman poderosamente la atención y con justicia, porque son un prodigio de luz y una reproducción de la realidad: los niños desnudos, el mar suavemente rizado, la vela de la barca hinchada por el aire, los bueyes que arrastran la embarcación á la playa, son de una verdad y de una belleza sorprendentes.

Eva después del pecado, de Mercié, es un hermoso estudio del desnudo, á la vez vaporoso y real, y constituye sin disputa una de las mejores obras del Salón de este año.

Martín, con su *Pintura decorativa para la casa del poeta Edmundo Rostand*, nos da una impresión intensa de la naturaleza, pero de una naturaleza poética, sin dejar de ser real, que brinda con horas de dicha y de reposo.

Muchachas de Marken, si bien peca de cierta monotonía, es una nueva prueba de lo que vale su autor, el celebrado Bail.

Muy bello es también el cuadro *Crepúsculo*, de Chabas: la niña que se baña es un portento de gracia y de delicadeza.

La Srta. Dufau expone *Juventud*, vasta composición que revela una rica fantasía y un gran talento de ejecución.

En la sección de retratos sobresalen por su expresión y por su técnica los de Morot, Ferrier, Baschet, Roche, Chartan, Cormon, Grün, Bonnat, Humbert, Jacquet y Flameng.

Entre los cuadros de género, que, como siempre, son los que más abundan en el Salón, merecen citarse en primer término: *Novios*, de Fougerat, escena muy bien observada, síntesis de las tranquilas costumbres de los departamentos occidentales franceses; *Judíos en el destierro*, de Hirszenberg, página de emocionante tristeza; *Por el ausente*, de Guillon, hermosa nota de sentimiento; *Visita á la quiromántica*, de Lobel-Riche, notable por su colorido y por los efectos de luz; *La merienda*, de Avy, deliciosa escena campestre; *Juanilla*, linda figura de aldeana; *En el bosque*, de Bouguereau, interesante grupo de dos niñas, pintado con la maestría característica de este notable artista; *Boda en el alto Aragón*, de Carlos Vázquez, lienzo en extremo pintoresco y lleno de carácter; *Sevillanas de 1840*, de Bilbao, admirablemente ejecutadas; *Las víctimas del mar*, de la señora Demont-Bretón, pintura tétrica de un efecto imponderable; las escenas holandesas de Troncy y Vilain; *La boleta de alojamiento*, de Brispot, con figuras sumamente expresivas; y los lienzos de Miss Greene, Miller, Vollon, Renard, Dewambez y Dechanaud.

También abundan naturalmente los paisajes, y aunque no hay entre todos ellos una nota sobresaliente, reunen cualidades muy recomendables los de Stefanicz, Heyerdahl, Foreau, Pointelin, Harpignies, Guillemet, Zuber, Demont, Trigoulet, Chambriani, Gourdault, Quignon, Hareux, Morlot y Jourdeuil.

Para terminar estas ligeras notas, mencionaremos, entre los cuadros de historia, religiosos y decorativos: *Lady Godiva en oración*, de Lefebre; *La araña*, de Zier; *Historia del tiempo pasado*, de Tapissier; *Cigarra*, de Gillet; *Reliquia sagrada*, de La Lyre; *Salambó*, de Brull-Vignolay; *Á la gloria de Rubens*, de Beraud; *La juventud francesa ante la tumba de Gambetta*, de Guillonnet; *La revista de Betheny*, de Dawant; *La diosa Razón*, de Robiquet; *El buen samaritano*, de Tanner; *La huída á Egipto*, de Alleaume; y *Cristo en la Cruz*, de Seon.

Entre los estudios del desnudo merecen citarse: *Juventud*, de Manny Benner; *La ninfa Eglé en el jardín de las Hespérides*, de Lefebvre; *Evocación pagana*, de R. Collin; *Mujer desnuda*, de Bilhoul; *En el tocador*, de Roberty; *Ensueño*, de Zwiller; *Inocencia*, de Amoreti; *Tarde de verano*, de Alleaume; *Araña*, de Commerre; *Eva*, de Lard, y *El despertar de la fuente*, de Printemps.

La nota saliente en pintura de flores es *El invernadero*, de Quost.

En la sección de escultura, descuellan: la estatua de *George Sand*, de Sicard; la de *Pedro Puget*, de Lombard; *Vertumnio y Pomona*, de la Srta. Claudel; *Poesía pastoril*, de Peynot; *Ensueño de poeta*, de Moncel; el bajo relieve de Cros; que representa á Pegaso y á las Musas; *El afilador inmortal*, de Perrin; *El beso de la fuente*, de Couteilhac; el *Monumento á Armando Silvestre*, de Mercié; *Danza sagrada*, de Segoffin; *Maternidad*, de Hoest; *Los leñadores*, de Mengue, y el grupo *El hambre*, de Bloche.—S



GUERRA RUSO-JAPONESA. – ALTO DE UN REGIMIENTO RUSO EN EL CAMINO DE GUNTCHULINE, DESPUÉS DE LA DERROTA DE MUKDEN. (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La última noticia fidedigna que se tiene de las escuadras rusas de Rojestvensky y Nebogatof es que la unión de ambas se efectuó el día 8 en aguas de Hong-Khoi, emprendiendo el 14 la marcha en dirección al Norte. Esto último lo confirman los informes comunicados por varios vapores mercantes, que han encontrado en su ruta los buques de las citadas flotas. Posteriormente nada se sabe de fijo; y en cuanto á la escuadra japonesa, no se tiene el menor indicio de sus movimientos ni siquiera de su situación.

Han corrido alarmantes rumores acerca de la salud de Rojestvensky; se ha dicho que estaba gravísimamente enfermo, y aun por muerto le han dado algunas agencias; que imposibilitado de ejercer el mando, lo había resignado en su colega Nebogatof; y que el gobierno ruso había decidido su inmediato reemplazo por el almirante Birileff. Pero desde San Petersburgo desmienten estas noticias referentes á la enfermedad del almirante, y en cuanto á su substitución, dicen que sólo cuando la escuadra llegue á Vladivostok, es decir, cuando ya Rojestvensky habrá llenado la misión principal que le había sido confiada, se encargará el almirante Birileff, no del mando especial de esa escuadra, sino del mando supremo de todas las fuerzas navales del Extremo Oriente.

El corresponsal de un importante diario londinense se hace un retrato muy favorable de Rojestvensky, de quien dice que es un jefe severo que no tolera la menor infracción de la disciplina y que ha sabido inspirar á sus subordinados una confianza absoluta. En cuanto al espíritu de las tripulaciones, un periódico de Saigón dice que todos los marinos rusos arden en deseos de combatir y esperan confiadamente realzar la fortuna de las armas rusas.

Los combates de avanzadas que continuamente se libran en la Mandchuria, han revestido en estos últimos días cierta importancia relativa, lo cual ha hecho suponer que se preparaba una nueva batalla general. Pero ésta no se ha iniciado todavía, y no deja de ser extraño que los japoneses tarden tanto en reanudar la ofensiva. Más de dos meses han transcurrido desde que ocuparon Tieling, sin que desde entonces hayan hecho nada para explotar su victoria; y esta inercia sólo puede explicarse por las dificultades que han tenido que vencer para reconstituir su ejército y reorganizar su servicio de aprovisionamiento. Hoy, sin embargo, estos obstáculos han desaparecido, y el mariscal Oyama cuenta, además de los cuatro ejércitos de Kuroki, Nodzú, Okú y Nogi que tomaron parte en la batalla de Mukden, con el de Kawamura, que en aquella fecha se estaba formando en la Corea septentrional y que en la actualidad está dispuesto para entrar en campaña. Además, ya no existen los inconvenientes que el aprovisionamiento de las tropas ofrecía, puesto que se han reparado los daños causados en el ferrocarril por los rusos en su última retirada, llegando actualmente los trenes á Tieling; por otra parte, el deshielo permite ya utilizar para este objeto la comunicación fluvial por el Liao-Ho, y puede ser abastecido el ejército de la izquierda sin servirse de la vía férrea.

Oyama tiene ahora á sus órdenes 350.000 hombres, y según todas las probabilidades efectuará su próximo ataque de manera que pueda llegar hasta el Transiberiano al Oeste de Karbin.

Los rusos, por su parte, ocupan, según parece, á 50 kilómetros al Norte de Kai Yuen, una línea perpendicular á la línea férrea, de 50 kilómetros de extensión, y están construyendo importantes obras de fortificación al través de los principales caminos que conducen al Norte. La situación de su ejército es hoy muy distinta de la que podía esperarse después del desastre de Mukden, gracias á las disposiciones adoptadas por el general Linevitch y á los medios que el ministro de la Guerra proporciona al generalísimo para que pueda en lo sucesivo completar constantemente su personal, si no en el curso de una batalla, como hicieron los japoneses en Mukden, lo más pronto posible después del combate. A esto último obedece el envío á la Mandchuria de los batallones de depósito, cuyo transporte se ha realizado ya en parte.



SABLE DE HONOR OFRECIDO POR EL «ECHO DE PARÍS» AL GENERAL STOESSEL EN NOMBRE DE LOS FRANCESES, obra de Falize.

Asimismo ha decidido recientemente el gobierno ruso aumentar el número de baterías de los ejércitos mandchurianos. Las nuevas formaciones que han de expedirse y que han comenzado ya á ser transportadas son: cuatro baterías de morteros de cuatro piezas cada una; 10 baterías de montaña de seis piezas, dos de ellas montadas; tres baterías de tiro rápido de ocho piezas del modelo de 1902, provistas de escudo protector, ó sea un total de 108 piezas de diverso calibre.

Rusia no sólo atiende á reforzar sus ejércitos de tierra, sino que además no cesa en sus armamentos navales: actualmente está activando los preparativos para enviar al Extremo Oriente la cuarta escuadra del Pacífico, que el gobierno quiere hacer partir á mediados de junio, al mando del almirante Niebermüller, y que se compondrá de un acorazado, tres cruceros de primera clase y ocho contratorpederos.

El agente comercial norteamericano en Vladivostok ha comunicado recientemente que todos los agentes comerciales extranjeros han recibido orden de salir de la plaza; como igual medida se adoptó en Puerto Arthur poco antes de que comenzara el sitio, es de suponer que las autoridades de aquella fortaleza consideran inminente la aparición por allí de los ejércitos sitiadores nipones.

El diario parisiense *L'Echo de París* abrió hace algún tiempo una subscripción para regalar un sable de honor al general Stoessel y un recuerdo á los defensores de Puerto-Arthur. El sable es obra de Falize y figura actualmente en el Salón de los Artistas Franceses, de París, en donde es muy admirado. El puño, que reproducimos en esta página, es de marfil con una redecilla de oro y rubíes; en el centro, y en un medallón oblongo, se destaca un San Jorge de oro y esmalte con el que hace juego en el reverso el monograma del general ejecutado en esmaltes traslúcidos sobre oro; en el extremo se ve el águila rusa con las alas desplegadas. Estas tres aplicaciones están rodeadas de brillantes. Alrededor del puño se lee la inscripción *Dios protege á los valientes.—Homenaje de los Franceses.* El pomo está formado por un agua marina, piedra que simboliza el mar, rodeada de veintiséis brillantes, que corresponden á los veintiséis fuertes de Puerto-Arthur. En la guarda hay enlazadas palmas y laureles atados por una cinta en que se lee *Honor y Patria.* En la hoja de acero está inscrita la siguiente dedicatoria: *Al general Stoessel, defensor de Puerto Arthur,* 1904-1905. *Subscripción de «L'Echo de París.»*

Según un telegrama que desde Tokío envían al *Daily Telegraph*, de Londres, las tropas rusas acantonadas en la frontera de Corea septentrional han pasado el río Tumén y una vanguardia compuesta de 4.000 hombres ha llegado hasta Kien-Sieng, pe-



ALCALDE DE UN PUEBLO DE LA PROVINCIA DE SEGOVIA,

cuadro de Ignacio Zuloaga



EL BUÑOLERO, cuadro de Ignacio Zuloaga. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París 1905.)

queña población situada en el litoral á unos 100 kilómetros de la desembocadura de aquél.

Al mismo periódico y también desde Tokío le telegrafían que el número total de prisioneros rusos que se hallan cautivos en el Japón asciende á 10 generales, 70 oficiales superiores, 884 oficiales subalternos, 8.558 sargentos y 50.769 soldados.

Los japoneses, al decir de un corresponsal de un diario londinense, han establecido una oficina militar en la población china de Sin-Min-Ting y acantonado en las inmediaciones de la misma numerosas tropas ocupadas en la construcción de un ferrocarril de vía estrecha desde allí á Mukden. Según parece, también penetran en la Mongolia cuando bien les parece.

Como se ve, los nipones, que tanto se enfurecen en cuanto se figuran que cualquiera potencia, Francia por ejemplo, falta á las reglas de neutralidad, aunque sea á la neutralidad que ellos se han forjado, no reparan en pelillos cuando de su propia conveniencia se trata.—R

UN NUEVO DESCUBRIMIENTO EN POMPEYA

El profesor Héctor Pais, que fué director del Museo de Nápoles y cuya obra tumultuosa suscitó la agitación de casi todos los arqueólogos italianos, ha revelado recientemente en la «Century Rewiew» de Nueva York, con la publicación abusiva de una fotografía que poseía en su calidad de director, uno de los más importantes descubrimientos realizados en estos últimos tiempos en Pompeya, que todavía no es del dominio público, puesto que el profesor Sogliano, director de las excavaciones que allí se practican, no ha enviado aún al Ministerio de Instrucción pública su memoria sobre este hallazgo.

Se trata de un fresco bastante bien conservado que representa «Los orígenes de Roma» y del cual ofrezco á los lectores de La Ilustración Artística una reproducción fotográfica que debo á la amabilidad del Comisario regio, encargado actualmente de la dirección del Museo.

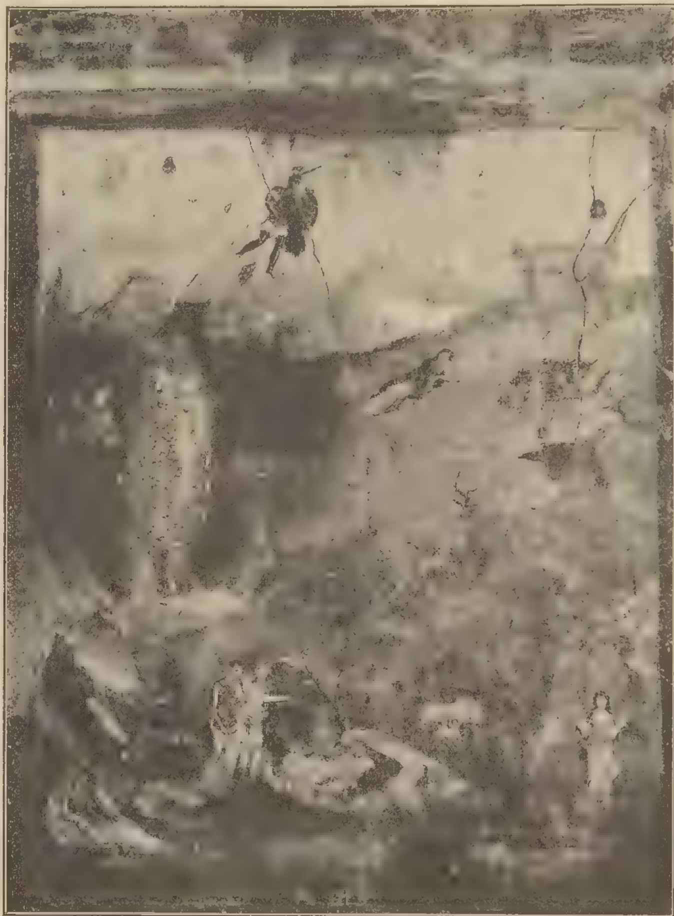
La escena representada en este fresco es de fácil reconstitución: en el fondo se ven las altas cimas de los montes Albanos, y precisamente Monte Cavo, en donde, en la edad histórica, surgió el templo de Júpiter *Latialis,* y en cuya vertiente estaba situado, en la época legendaria, el palacio del rey de Alba.

A cierta distancia de los montes Albanos, el artista ha representado el Palatino, con un pequeño templo en la cumbre, al lado del cual descansa Rea Silvia. Enfrente, sobre otra altura, se ve otro templo, el de Vesta, con un altar en donde arde el fuego sagrado.

En el centro de la escena se ve á Marte armado, que desciende del cielo y se aparece á las vestales; y á la izquierda, se ven restos del carro del sol, transportado por caballos blancos.

Junto á esta escena, hay otra que se desarrolla en una colina: una mujer desolada, en la que es fácil reconocer á Rea Silvia, cuya falta ha sido descubierta y que ha sido libertada de la cárcel; y algo más lejos, su fiel amigo Anthos, el hijo del rey Amulio que ha logrado de su padre que su prima Rea Silvia no fuese condenada á muerte.

En una tercera montaña, aparece el grupo más notable de este fresco: una figura, apenas visible, acompañada de Hermes, que lleva el caduceo en la mano izquierda, se acerca á la Loba que amamanta á Rómulo y Remo, cerca del *Ficus Ruminalis.*



Nuevo descubrimiento en Pompeya. – Un fresco que representa «Los orígenes de Roma»
(De fotografía remitida por Carlos Abeniakar)

La divulgación de este fresco dará lugar á nuevas discusiones de los arqueólogos sobre los orígenes de la Ciudad eterna y aumentará la gratitud que debemos al conservador insuperable de los antiguos tesoros históricos romanos, el Vesubio.

Carlos Abeniakar.

Nápoles, Mayo de 1905.

CONTRA EL MAREO

¡Cuántos remedios se han aconsejado contra el mareo! ¡Cuán poco eficaces todos ellos! Ahora se habla de otro que, aplicado á gran número de casos ha dado, según parece, muy buenos resultados. El Dr. Koepke ha tratado más de cien enfermos de mareo, y en la mayoría de ellos ha conseguido que cesaran los espasmos y las náuseas, administrándoles el validol en dosis de diez á quince gotas en un terrón de azúcar. Luego de tomado el validol, el enfermo debe permanecer unos minutos tendido y beber después un poco de vino espumoso ó de Jerez con un bizcocho, y en menos de una hora el malestar generalmente desaparece. En un caso grave, en que el enfermo, atacado de mareo, se encontraba en un estado de depresión física y moral excesiva y no podía salir de su camarote ni abandonar su litera, la ingestión del validol calmó el trastorno, el dolor de cabeza y la perturbación del estómago.

El validol es una solución al tercio de mentol en valerianato de amilo; es un líquido incoloro, límpido, de consistencia de jarabe, de un gusto amargo, pero sin el sabor ardiente del mentol; por esto la boca y el estómago lo toleran sin fatiga. Si la primera dosis de diez ó quince gotas es vomitada, es preciso dar una segunda, que por lo general se tolera siempre.

En un artículo recientemente publicado en el *Caducée,* un ex médico mayor de la marina de guerra francesa, el Dr. Legrand, que ha tenido que cuidar durante su larga carrera gran número de enfermos, afirma que de todos los remedios médicos ó farmacéuticos, sólo hay uno eficaz, y es mantener, desde que se pone el pie en el barco, el vientre en una rigidez absoluta. Para obtener esta rigidez no basta un cinturón más ó menos apretado, sino que es preciso cubrir el abdomen con una capa de uata, anchas tiras de franela y gasas, en una palabra, mantener una contención perfecta absoluta, cuidando de comenzar la compresión por el vientre bajo, desde los muslos al pecho. El doctor Legrand añade: «Apretad lo más posible el vientre sobre todo, aumentando la compresión progresivamente. El punto importante es no temer aumentar la compresión mientras no han desaparecido por completo los fenómenos.»—A. C.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Barcelona. – *Salón Parés.* Se han exhibido recientemente en este Salón: un hermoso lienzo de Román Ribera, que es un prodigio de ejecución; varias notables acuarelas de Ros y Güell; algunos cuadros de flores y modelos de abanicos, originales de la Srta. Teixidor, que tanto se distingue en esta especialidad; una colección de paisajes olotenses de Berga y Boix, llenos de frescura y que reproducen admirablemente la naturaleza de aquella pintoresca comarca; algunos dibujos y esculturas de Berga y Boada, que demuestra una vez más con todas estas obras su gran talento artístico y la solidez de sus conocimientos técnicos, y una numerosa colección de dibujos de Torné y Esquius, que reproducen de un modo admirablemente sentido tipos y escenas populares de Barcelona.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La fi de Tomás Reynald,* drama en tres actos de Adriano Gual, para la cual han pintado una decoración de muy buen efecto los Sres. Brunet y Pons; y *El pop de la platja,* cuadro dramático en un acto del actor del propio teatro señor Barbossa, inspirado en una novela de Gorki.

– La Asociación Musical de Barcelona y el Orfeó Catalá han comenzado una serie de notables conciertos en el teatro de Novedades, de los cuales nos ocuparemos en el próximo número.

Necrología.—Han fallecido:

Alfonso Chassepot, inventor del fusil de su nombre que usó el ejército francés desde 1866 á 1874.

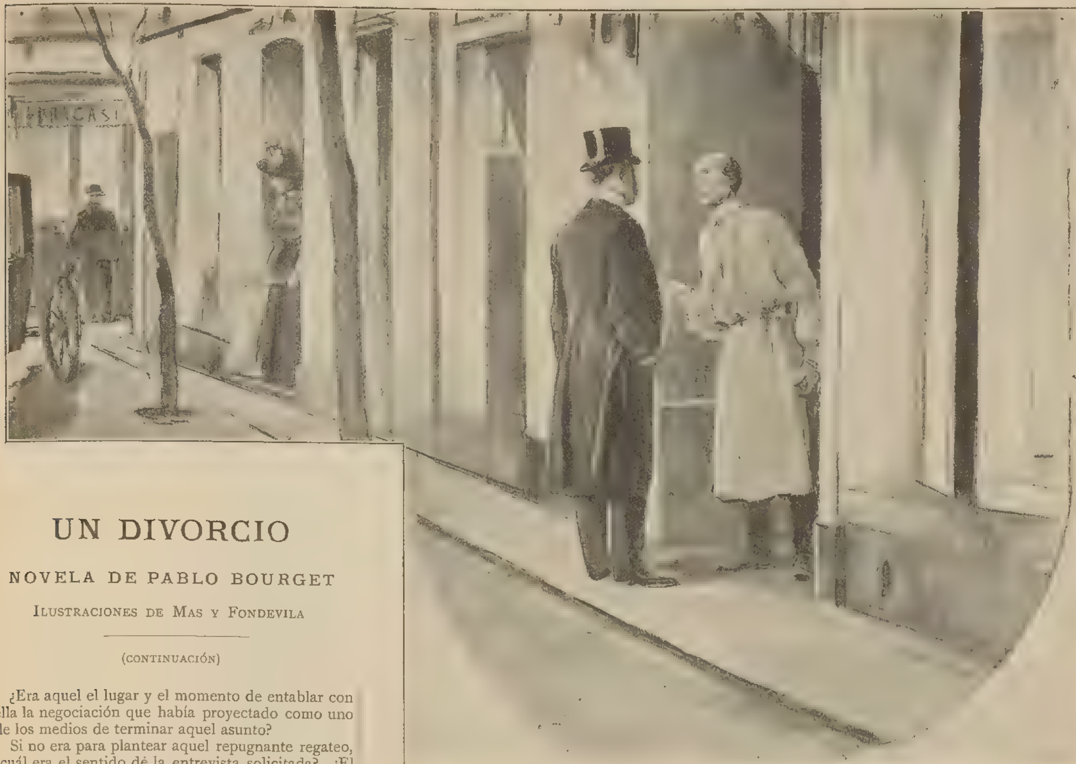
Adolfo Bastián, notable etnógrafo y explorador alemán, profesor de la Universidad de Berlín, director del Museo de Etnografía de aquella capital, autor de muchas y muy importantes obras.

Augusto Kalkmann, célebre arqueólogo alemán, profesor de la Universidad de Berlín, autor de varias notables obras.

Maximiliano Mauch, escultor norteamericano, de origen austriaco, autor de varias esculturas ornamentales para la Exposición universal celebrada en Chicago en 1892.

Víctor Ryssel, teólogo protestante y siriólogo suizo, profesor de Teología y de Lenguas orientales de la Universidad de Zurich.

Enrique de Saussure, célebre naturalista, geólogo y geógrafo suizo.



UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

– El señor conde está en casa, respondió el portero, pero no podrá recibir á usted (pág. 341)

¿Era aquel el lugar y el momento de entablar con ella la negociación que había proyectado como uno de los medios de terminar aquel asunto?

Si no era para plantear aquel repugnante regateo, ¿cuál era el sentido de la entrevista solicitada?.. ¿El sentido?.. Tratábase sobre todo de ver frente á frente á su enemiga y de saber con exactitud lo que quería y hasta qué punto lo quería.

Además, Darrás sufría, sin darse cuenta de ello, la sugestión del sentimiento que su hijastro profesaba á aquella mujer. Así como Luciano no había podido despreciar por completo la opinión de Darrás cuando el primer conflicto, éste no podía despreciar por completo la del joven: hasta tal punto el uno y el otro estaban acostumbrados á apreciarse. El padrastro estaba bien convencido de que Berta era una bribona; sin embargo, en el fondo, la opinión de su hijastro acerca de ella no le dejaba tan tranquilo, tan firme en su certidumbre como hacía suponer la energía implacable con que había llevado aquel asunto.

Este imperceptible punto de duda bastó para que aquella conciencia apasionadamente enamorada de la verdad sufriese un obscuro malestar, que se trocó en una irritación muy próxima á la cólera, cuando el criado le introdujo en el salón y se encontró con Berta Planat.

Era ella, con su fina silueta y su fisonomía tan diferente de las demás, que tanto le chocaron cuando la vió en la fonda al lado de Luciano. La blusa de enfermera acentuaba el carácter grave de aquella linda cara pálida por el estudio y á la que servía de marco el cabello castaño dividido en medio de la cabeza y recogido por detrás en un grueso trenzado. Sus ojos obscuros tenían la misma mirada recta y fría que hizo bajar la suya á Darrás en la calle de Racine, una verdadera mirada de clínico, tranquila, penetrante y propia de una mente que reune todas sus fuerzas para ver claro y conformar su actividad al hecho, sin otro cuidado.

Berta estaba, sin embargo, muy conmovida en aquel momento. La tarjeta de Darrás había provocado en el enfermo una excitación que la espantó más aún que el amenazador enigma de aquella visita. Cuando el criado volvió con la misma tarjeta para ella, su movimiento instintivo fué el de negarse. Pero en seguida se levantó para seguir al doméstico. No quería que el padrastro de Luciano creyera que temía esa entrevista. ¿Por qué huir de él? Su conciencia no le acusaba de nada respecto de aquel hombre, del que, por el contrario, tanto podía quejarse. Cuando vió á Darrás, su corazón latía violentamente y su fisonomía presentaba la expresión de altivez que tantas veces había opuesto, en aquellos cinco años, á los que conocían su historia y la juzgaban mal. Ella fué la que habló primero.

—Desea usted verme, caballero. Le ruego solamente que me diga con la posible brevedad el objeto de su visita, pues el Sr. de Chambault está muy enfermo y no puedo dejarle solo mucho tiempo. Hasta que vuelva su hijo no hay á su lado nadie más que yo.

—Lo sé, señorita, respondió Darrás en tono agresivo. El criado me ha dicho que el Sr. Chambault quería recibirme y que usted se ha opuesto.

—Yo no me he opuesto á nada, caballero, replicó Berta con dulce firmeza. Mi voluntad no existe en este caso. El médico que asiste al enfermo ha recomendado expresamente que se le eviten todas las emociones. Ha sentido una muy fuerte nada más que á la vista de su tarjeta de usted, y mi estricto deber profesional era prohibir su visita. El señor Chambault padece hace unas semanas una cirrosis alcohólica del hígado complicada con una pulmonía lobular. Está en el tercer día, que es el más crítico, y le cuesta gran trabajo el hablar. Ha tenido ya algunos desvanecimientos y está amenazado de un delirio que podría matarle. Juzgue usted si, profesionalmente, podía yo autorizar esa entrevista.

Berta había hablado con voz clara y extremada precisión técnica, como si en vez de dirigirse al padrastro hostil de su prometido, á un adversario que de un modo tan peligroso intervenía en el drama de su vida, hubiese formulado un diagnóstico en el hospital. Aquella tranquilidad tuvo por resultado inmediato exasperar la profunda aversión de Darrás, á quien era imposible hallar nada censurable en la actitud digna y cortés de la joven. Pero ¿no era precisamente aquella fuerza de hipocresía la causa de la perdición de Luciano? Darrás, pues, respondió en tono sarcástico:

—Es muy sensible para todos que esas razones profesionales coincidan de un modo tan asombroso con otras de interés personal...

—No le comprendo á usted, caballero, dijo Berta.

Su cara se puso encarnada, pero su mirada siguió tan firme, que Darrás experimentó esa especie de protesta que se siente ante ciertas negaciones audaces é imprudentes, y quiso confundir á la intrigante con la indiscutible verdad de los hechos.

—Me comprende usted perfectamente, dijo, y sabe muy bien por qué estoy aquí... Pero á fin de que se disipe todo error, voy á precisar á mi vez. Mi hijastro, Luciano de Chambault, quiere casarse con usted. Mi mujer le ha negado su consentimiento y él, aprovechando una ley mal hecha, trata de prescindir de él, gracias al permiso de su padre. Vengo á saber si ese padre conoce las razones que han dictado la negativa de la señora de Darrás: lo dudo mucho... Y usted me prueba que no las conoce al impedirme llegar hasta él. Pero yo encontraré un medio de advertirle á pesar de usted...

—¿A pesar mío?.., repitió Berta. ¿Me acusa usted ahora de esa infamia?.. ¿Con qué derecho? Podía usted creer que yo merecía las otras inculpaciones, las que ha contado usted á Luciano. Pero ¿esa?.. Ahora soy yo, caballero, la que quiere que se quede usted hasta que venga el médico y usted le preguntará si puede ver al enfermo. !Que él lo permita bajo su responsabilidad!.. Yo no puedo... Aunque me ultrajase usted aún más cruelmente, mi conciencia médica me lo prohibiría... Pero es horrible el ser juzgada así cuando cumplo con mi deber...

—¿Y cómo quiere usted que la juzgue de otro modo?, exclamó Darrás.

El acento de sufrimiento y de sinceridad de la joven le hizo vacilar; mas á pesar de esto, continuó con más aspereza:

—Habla usted de conciencia médica; no se tiene conciencia en una profesión cuando no se tiene en la vida... ¿Ha hecho Luciano, sí ó no, lo que acabo de decir con el asentimiento y acaso por consejo de usted?.. ¿Se prepara usted á entrar por fuerza en una familia que no la quiere y que tiene razones muy legítimas para no quererla?.. Yo no he buscado esta entrevista; pero ya que el azar nos pone en presencia uno de otro, debo decir á usted lo que Luciano, sin duda, le ha ocultado, esto es, que la resolución de mi mujer y mía es definitiva é irrevocable. Logrará usted, acaso, casarse con Luciano, aunque yo esté decidido á todo para impedirlo; sí, á todo. Pero nunca será usted de nuestra familia, ¿entiende usted?, jamás. Habrá usted hecho salir de ella á Luciano, pero usted no habrá entrado.

—Luciano no me ha ocultado nada, respondió Berta más dolorosamente todavía, y sabía la opinión

que tienen ustedes de mí... No trataré de modificarla... Sé también por Luciano que tiene usted el culto, la religión de la justicia..., pero en este momento es usted muy injusto... Me es imposible demostrarlo y no lo intentaré... Debo protestar, sin embargo, contra una de sus afirmaciones. No, la idea de este matrimonio no ha salido de mí. . No, yo no he tratado de entrar en su familia de usted... Hubiera usted podido saberlo preguntándoselo á Luciano... Pero tampoco á él le hubiera usted creído. Hubiera usted supuesto que le había representado una comedia. ¡Ah! ¿Cómo probar que no miento?..

—Muy sencillamente, renunciando á ese matrimonio, respondió Darrás.

A medida que avanzaba aquel extraño coloquio, se le iba imponiendo más y más la veracidad de su interlocutora. Pero esa evidencia, que hubiera debido desarmar su oposición, fué para aquel gran burgués, á pesar de sus teorías, un medio para separar á los dos jóvenes.

—Sí, insistió, si me dice usted la verdad, obre en consecuencia. Puesto que la idea del casamiento no ha salido de usted, debe horrorizarla actualmente. No se separa á un hijo de su madre, y para siempre. Es un delito.

—No soy yo quien los ha separado, interrumpió Berta vivamente. Tampoco he buscado yo esta entrevista, que me es más penosa que á usted, caballero. Pero acaso sea mejor que se haya efectuado y que me haya usted hablado de un modo que me autoriza á prescindir de miramientos... Mírese usted á sí mismo y pregúntese si una vez desaparecida yo de la vida de Luciano, volverá éste á usted y á su madre y se unirá de corazón con ustedes... Sr. Darrás, demasiado sabe usted que no... Aseguro á usted que he reflexionado mucho y mirado mucho por Luciano. Le amo profunda y apasionadamente..., pero si creyera que le hacía dichoso por el sacrificio de este amor, tendría fuerza para realizarlo y para dejarle. He querido hacerlo y he comprendido que no debía, porque no tiene á nadie más que á mí... ¿Dónde está esa familia de Luciano de que usted habla? ¿En su casa de usted? ¿Por qué, entonces, corre él por París, loco de inquietud á causa del hombre que está agonizando en ese cuarto? Hace tres días creía que este hombre no era nada suyo; pero era su padre, y de ello está usted mismo bien convencido, con todos los derechos de tal que le da la ley y con los que arrancan de la naturaleza, como lo prueba la angustia del hijo. Cuando se tienen dos familias no se tiene ninguna, y él no la tiene... Bien sabe usted que esto es cierto y que no soy yo la causa. Si yo me fuera, Luciano le guardaría á usted más rencor aún por haberle privado del único corazón que es enteramente suyo. Porque lo es, absolutamente. Yo seré su familia y él será la mía. Los dos nos bastaremos. Así me lo ha dicho él cuando volvió á mí después de haber conocido por usted lo que yo le ocultaba por su bien... Yo le había amado por él, por él solo. Pero hacía mal... No he sabido cuánto me amaba hasta después de aquel momento. Déjele usted constituir su vida, Sr. Darrás... En cuanto á mí, iré hasta el fin. Se lo debe usted... ¿Está usted seguro de no haber constituído la suya á sus expensas?..

Apenas había acabado Berta de formular estas justas y duras reflexiones, un incidente inesperado les añadió un comentario de gran fuerza. Cada una de ellas había herido en Darrás una fibra sensible, pero á todas había contestado una voz en su interior, el «Es verdad» con que la acusada había comentado aquella requisitoria en la cual se había convertido de pronto en acusadora. Sin embargo, iba Darrás á responder, no menos violentamente que el otro día á Luciano, cuando éste había hecho también, aunque en otra forma, el proceso de su hogar de esposo de una divorciada; pero un campanillazo, cuya fuerza indicaba la nerviosa impaciencia del recién llegado, le cortó la palabra.

—Es Luciano..., dijo Berta con una expresión de angustia que contrastaba con su anterior firmeza, como si ya no tuviese energía cuando no se trataba sólo de ella. Se lo suplico, caballero, no se deje usted ver... Piense dónde está...

—Él es quien debe pensarlo. No tengo por qué ocultar esta visita. Me conduciré como él se conduzca...

La intuición de la joven no la había engañado, pues se oía en la antesala la voz de Luciano que estaba interrogando al criado que le abrió la puerta del salón.

Luciano vió al que por tanto tiempo había llamado padre y á la que llamaba prometida el uno enfrente del otro, con los ojos todavía brillantes y las facciones alteradas por su trágico diálogo. El joven manifestó al pronto una sorpresa que, después de la discusión que había provocado su salida de la casa materna, hubiera debido cambiarse en furor agresivo; pero apenas miró al detractor de su amiga, que se había atrevido á perseguirlos hasta allí. La ansiedad que le devoraba pudo más que su rencor. Se fué derecho á Berta y dijo como si no hubiera visto á Darrás:

—¿Cómo ha pasado esta hora? ¿Ha habido alguna otra crisis?

—Ninguna, respondió Berta La opresión es muy grande, pero tiene todo su conocimiento.

—Louvet viene detrás de mí, dijo Luciano. Le he encontrado en la consulta, y él y el otro doctor estarán aquí antes de veinte minutos... ¿Le ha dado usted la inyección de morfina?

—Sí, respondió Berta, y le he puesto las ventosas. ¿Qué opina Louvet? ¿Le ha expuesto usted el caso como yo le dije?

—Palabra por palabra. Cree que esta noche será muy crítica; pero, naturalmente, no puede decidir sin ver al enfermo. ¿Está solo? Me voy á su lado...

—Hace diez minutos... Yo voy también...

Luciano salió del salón como había entrado, sin una palabra ni una mirada para Darrás. Berta le siguió, después de haber dicho en voz baja: «¡Oh! Váyase usted, caballero...,» con un acento en el que se veía el terror que le había infundido aquel encuentro de los dos hombres.

Nada había resultado de él, sin embargo. ¿Por qué? Porque en aquel momento, como Berta había dicho, Luciano estaba loco de inquietud. *Solamente existía para él su verdadero padre.* El que le había educado no era nadie.

Había bastado que el hijo se encontrase ante un peligro mortal de su verdadero padre para que se despertase en él la voz de la sangre, única, soberana y omnipotente. Había vuelto á Chambault, como también dijo Berta, por la ley y por la naturaleza.

La sensación de la bancarrota de su propio casamiento que ya había asaltado á Darrás ante los remordimientos religiosos de su mujer, se apoderó de él con tal fuerza en aquel salón, que no pudo soportar el estar allí más tiempo. Aunque el enfermo le hubiese llamado en aquel momento, hubiera Darrás renunciado á entrar en aquella alcoba de agonía por no ver á su hijastro mostrar al moribundo un cariño que él no tenía derecho á condenar, pues el padre más criminal es siempre un padre, y que no podía extrañarle, pues la proximidad de la muerte cambia tan profundamente al que va á morir como á los que lo presencian.

¿Cómo no estimar á Luciano porque un torrente de piedad hubiese barrido de su alma los más justos rencores y las más legítimas severidades? Darrás era demasiado magnánimo, á pesar de la estrechez de algunas de sus ideas, para no inclinarse ante aquel renacimiento de piedad filial. Sin embargo, entre todos los sentimientos observados en el joven durante aquella funesta semana, era aquel el que le repugnaba más íntima y absolutamente.

A esa turbación se añadían las dudas que iban creciendo en él sobre la equidad de los procedimientos empleados respecto de Berta Planat. Mientras la creyó una peligrosa intrigante no había vacilado ante ningún ataque. ¿Lo era realmente? La conversación que acababa de sostener con él le perseguía como una especie de remordimiento á medida que se alejaba del teatro de aquel alarmante encuentro. Su mirada era tan recta y tan penetrante; su voz tan franca...

¿Se habría engañado sobre ella y tendría razón Luciano?.. Su lealtad no se hubiera perdonado el ocultar á Gabriela esas vacilaciones de una convicción, que ya no era completa, y esa fué una de sus primeras frases cuando su mujer, que le había visto llegar, salió á recibirle en la escalera.

—¿Le has visto? ¿Qué te ha respondido? ¿Retira su consentimiento?.. Habla..., habla pronto...

—No le he visto... Está muy grave... Pero he visto á Luciano.

—¡Dios mío! ¿Qué os habéis dicho?

—Nada. Ha hecho como que no me conocía. También he visto á Berta Planat.

¡Berta Planat! ¡Luciano se ha atrevido á instalar á esa mujer á la cabecera de su padre!..

—Hay que hacerle la justicia de que parece que le cuida con mucha inteligencia y abnegación... He hablado con ella... ¡Ah, mi pobre amiga, sí, después de todo, hubiera sido yo injusto!..

—¿Qué quieres decir?..

—Que la he encontrado muy diferente de lo que yo esperaba... En pocos minutos ha mostrado una inteligencia, una firmeza, una claridad... En fin, hay que esperar las averiguaciones del Ministerio...

—¿Tú también vas á tomar su partido y á abandonarme?.. ¿Es posible?.. No me digas jamás que consientes en ese matrimonio, Alberto... ¡Qué prueba para mí, qué expiación si se realiza!..

—En todo caso no se realizará por ahora... Creo que al enfermo le quedan pocas horas de vida... Si muere en esta semana, su consentimiento no es válido y entonces todo dependerá de ti.

—¡Le quedan pocas horas!, repitió Gabriela. ¿Es posible?..

Hubo en esta exclamación una seriedad tan triste y un espanto tan doloroso, que Darrás dejó extinguirse la conversación, creyendo haber visto una nueva señal de la indestructible duración del primer matrimonio á través y á pesar del segundo.

Había bastado que aquel abyecto Chambault estuviese en peligro de muerte para que su hijo recobrase la ternura de la lejana infancia hacia aquel padre degradado. ¿Sucedería lo mismo con Gabriela? La idea de la muerte de aquel hombre, con quien había vivido cinco años, ¿despertaría en su mente imágenes que resucitasen su recuerdo?

Darrás se estremeció al pensarlo, sin sospechar que las emociones de aquella mujer, poseída de una incurable nostalgia de las cosas religiosas, eran de otro orden. Pero no las hubiera detestado menos.

Al saber que aquella existencia de excesos iba á apagarse, surgió en el pensamiento de Gabriela la idea del otro mundo. ¿En qué condiciones iba á afrontar el juicio de ultratumba aquella alma degradada? Había visto distintamente con el pensamiento la habitación del agonizante, con su hijo, Berta, el médico ¡y ningún sacerdote! ¿Quién pensaría en llamar uno? No serían seguramente esas tres personas ni el enfermo mismo, y no había ningún pariente próximo que le hiciera el supremo servicio de asegurarle el perdón que la bondad de Dios reserva hasta al arrepentimiento del último minuto...

¡Ningún pariente próximo!.. ¿Y ella? Lo que dijo á Darrás cuando se le escapó por fin su secreto no había sido dictado por una exaltación pasajera. Ante el Dios, cuya justicia nadie recordaría al moribundo, seguía ella siendo la mujer de aquel desgraciado. Si á alguien incumbía el procurarle la gracia de los sacramentos, era á ella.

Sí, pero ella llevaba el nombre de otro..., vivía con otro..., era legalmente la mujer de otro... y amaba á otro... Gabriela miró á ese otro teniendo entre los labios la súplica de que le dejase ir á allí de donde él venía..., pero se sintió incapaz de formular esa petición y sobre todo de confesar el motivo... Gabriela se calló...

Pero entretanto las horas pasaban y al día había sucedido la noche... Alberto y ella estaban frente á frente en el despacho que los había visto pasar veladas tan taciturnas. Él no levantaba los ojos de un trabajo que parecía absorberle... Ella añadía puntadas y puntadas á su bordado... ¿Sería tiempo todavía de hablar?..

¡Pocas horas!.. Darrás había dicho «pocas horas.» ¿Cuántas habían pasado ya?.. Iban á dar las doce... Era inútil hablar aquella noche... Pero mañana temprano hablaría, y si no tenía valor para ello, saldría sin hablar é iría á buscar al padre Euvrard para llevarselo á la calle de Francisco I... Se acostó con esta resolución y esta esperanza, y por la mañana la despertó una esquela de su hijo, que decía: «*Mamá; mi padre ha muerto esta noche. Necesito verte y hablarte, porque así me lo ha pedido él que lo haga. Según su voluntad, sus exequias se harán en el panteón de familia, en Ville franche-d' Aveyron. A mi vuelta te pediré que me recibas. Soy muy desgraciado y te quiero mucho. Piensa que no tengo á nadie más que á ti.*» Y había firmado como en la niñez: «*Tu pequeño.*»

—¡Ah!, gimió Gabriela. ¡Si hubiera hablado ayer!.. ¡Si hubiera ido!.. ¡Podía haberle salvado y no lo he hecho!.. ¡Ahora sí que estoy perdida! ¡Yo era su mujer y he sido demasiado culpable!..

IX

UN ADIÓS

Este remordimiento, al menos, no debía mortificar á aquella alma atormentada por tantas desdichas, cada una de las cuales había aumentado su fe, por creer que era consecuencia directa del gran error de su vida.

Por instinto, había practicado el consejo de un Padre de la Iglesia, que es, según Joseph de Maistre, una de las frases más hermosas salidas de boca humana: «*¿Vis fugere a Deo? Fuge ad Deum.* ¿Queréis huir de Dios? Huid hacia Dios.»

El sufrimiento de haber contribuído, por falta de un poco de valor, á la perdición eterna de un ser con quien le unía el más solemne de los juramentos, hubiera sido superior á sus fuerzas. Así lo comprendió la pobre mujer, y trató en seguida de averiguar si tendría que soportar ese peso en la conciencia...

¿Qué medio tenía? Su hijo se iba á marchar á Vi-

llafranche, si ya no se había marchado. ¿Podía ella además irle á buscar á casa de Chambault, corriendo el riesgo de encontrarse allí con una Berta Planat?.. ¿Esperaría que se hubiesen llevado el cadáver para ir á preguntar á los criados? ¿Escribiría al notario, á ese Sr. Mounier que fué el primero en darle noticia de la enfermedad cuyo término fulminante señalaba una fecha tan importante en su vida?

Todos estos proyectos cruzaron por su mente al leer el billete de su «pequeño,» que aun en aquellos momentos y sin saberlo, se convertía una vez más en su verdugo; pero al fin adoptó un medio indirecto que le proporcionaría de una manera cierta el informe que deseaba y que tenía para ella tan trágica importancia. Y este medio fué escribir al general Jardes, con quien ella se mantenía en buena amistad.

Cuando vino la respuesta, Darrás y Gabriela estaban comiendo y ésta no podía disimular una ansiedad cuyo verdadero motivo no sospechaba su marido, quien la atribuía á la noticia recibida aquella mañana y por consiguiente participaba también de ella.

Fué para Alberto un rudo golpe ver á Gabriela estremecerse, ruborizarse y tomar con temblorosa mano el sobre que le entregaba el criado y al decirle éste quién lo enviaba. Gabriela, al enterarse del mensaje, se estremeció de nuevo. El sobre contenía una tarjeta de Jardes con unas palabras y la esquela de defunción de Chambault, en la que se veía la frase: *confortado con los sacramentos de la Iglesia*. Una reminiscencia de la piedad familiar había hecho desear al moribundo ser enterrado en el panteón de los suyos y acabar como acabaron sus padres.

Sucede con frecuencia, precisamente en estos retoños degenerados de una larga línea de creyentes, que en el momento supremo se despierta en ellos el cristiano, por un fenómeno en el que se puede ver una prueba, entre otras mil, de la gran ley de la reversión. La familia es una, y ciertas gracias concedidas á un descendiente degradado de una raza piadosa atestiguan tan claramente esa unidad como las desgracias que afligen á los herederos virtuosos de una sangre culpable.

Son éstas unas evidencias poco inteligibles, pero menos lo serían sin ellas ciertos misterios de la vida humana. Aquel hombre cínico y vicioso, cuyas brutalidades habían hecho la existencia común insoportable á la más delicada de las esposas, que había vuelto á casarse, á despecho de la opinión de los de su clase, en tan bajas condiciones; el padre inconsciente que no había ocultado á su hijo ninguno de los escándalos de sus desórdenes; el incorregible libertino que había contraído prematuramente una enfermedad provocada por hábitos de innoble intemperancia, había recordado en su lecho de muerte las enseñanzas de su lejana infancia, y puesto al corriente de la gravedad de su estado por la consulta que siguió á la visita de Darrás ó acaso por esta misma extraña visita, pidió un sacerdote y recibió los sacramentos. Así lo atestiguaba la esquela de defunción, con esta otra nota: *La inhumación se verificará en el panteón de familia, en Villefranche-d'Aveyron,* que acababa de dar al fin de aquel hombre envilecido una dignidad de que habían carecido sus costumbres...

Aquello alivió de un terrible escrúpulo á Gabriela, que se conmovió más profundamente porque sentía pesar sobre ella la mirada interrogadora de Alberto.

La esposa puso la carta en la mesa, en lugar de entregársela, y la comida se acabó sin hacer ninguna alusión al incidente. El nombre del general, la forma del papel y su orla de luto no permitían la menor duda, y Darrás, mirando aquella ancha orla negra que se destacaba sobre la blancura del mantel, sentía una impresión insoportable ante aquella sencilla hoja de papel cuya materialidad evocaba á aquel primer marido á quien tanto había despreciado y aun aborrecido; y pensando que aquella esquela mortuoria manchaba su mesa de familia y estaba al alcance de la mano de Juana, de la hija del segundo matrimonio, se decía:

—Es la esquela mortuoria de ese miserable; no cabe duda. ¿Por qué Jardes, que ha sido siempre tan correcto conmigo, se la envía á Gabriela?.. ¿Por qué está tan turbada?..

La respuesta á esa pregunta debía tenerla por la noche, después de haberse mortificado el corazón con la dura sensación del *otro matrimonio,* siempre real y siempre presente. Pero por muy amargo que le fuese el atribuir la turbación de Gabriela al recuerdo de un odioso pasado, acaso lo hubiera preferido á la verdadera explicación. Al bajar del cuarto de Juana á su gabinete, le dijo Gabriela:



El criado le introdujo en el salón y se encontró con Berta Planat

—No te he hablado en la mesa de la carta de Jardes á causa de Juana. Siempre tengo miedo de que adivine que vivía el padre de Luciano cuando me casé contigo.

—Tu correspondencia te pertenece; ya lo sabes..., respondió simplemente Darrás.

—Quiero que leas esta carta, insistió Gabriela. No quiero que ignores nada de lo que hago... He comprendido en la expresión de tu cara que habías adivinado á quién se refería esta esquela mortuoria. Jardes me la envía porque le he manifestado recelos sobre un punto en que podía estar comprometida mi responsabilidad... Pero lee...

La tarjeta del general sólo contenía dos palabras para decir á Gabriela que encontraría en la papeleta el dato que deseaba. Y en efecto, la línea referente á los sacramentos estaba subrayada con lápiz.

—Sí, prosiguió Gabriela, me dijiste ayer que estaba en peligro, y como suponía que ninguno de los que rodeaban á aquel desgraciado llamaría á un sacerdote, tuve la idea de pedirte que me dejases ir á hacerlo... No me atreví, y cuando supe esta mañana la muerte, me eché á temblar...

No acabó, porque Darrás la estaba mirando con una expresión de infinita angustia.

—Tú no piensas eso seriamente, dijo. Dime que no lo piensas.

—¿Qué?

—Que la presencia de un sacerdote á la cabecera de un moribundo cambie en nada la suerte que le espera en el otro mundo, si lo hay.

—Bien sabes que sí lo hay, amigo mío, bien sabes que sí...

—No sé nada más que lo que está establecido científicamente. Pero admitamos un instante que ese mundo existe. Admitamos un juicio después de la muerte; ese juicio, para ser equitativo, debe referirse á la existencia entera. ¿En qué puede ser modificado por los gestos y las palabras de un hombre con sobrepelliz al lado de un semicadáver que apenas conserva conocimiento para pensar ni aliento para hablar?

—Basta que pueda arrepentirse y unirse por su sacrificio á los méritos del Salvador... Es toda la fe cristiana ese rescate de los pobres pecadores por los dolores que sufrió por nosotros el Hombre Dios. Los gestos y las palabras del sacerdote no son más que los medios del sacramento. ¡Oh!, exclamó Gabriela con exaltación, tú, que tanto gustas de las ideas elevadas, ¿por qué no admiras al menos ésta, aun sin creer en ella? Esa bondad de Dios siempre pronta á perdonarnos con tal de que lo pidamos en nombre del Justo que murió por nosotros y por el que vivimos...

—Vivimos por nuestra conciencia, interrumpió Darrás. ¿Me preguntas por qué no admiro esa idea aun sin creer en ella? Pues porque es la negación de la conciencia, precisamente. Ese Salvador, como tú dices, es la víctima substituída, es decir, el dogma de la injusticia.

—No, exclamó Gabriela con más pasión todavía, es el dogma del amor, del amor infinito.

—No discutamos, amiga mía..., dijo Alberto.

Después de un rato de silencio, cogió las manos de su mujer y añadió en tono de tierno é indulgente reproche:

—¡Qué felices éramos cuando pensábamos lo mismo!.. ¿No echas de menos aquellas veladas en las que no decíamos una palabra que no tuviese su eco en la inteligencia y en el corazón del otro?.. Entonces nos amábamos...

—Pensaremos otra vez lo mismo en todo, respondió Gabriela con entusiasmo. Estoy segura... Y entonces estaremos en la verdad... En cuanto al amor, te he probado cuánto te amaba, pero pronto te amaré como jamás te he amado, porque entonces tendré derecho á ello...

¿Qué significaban exactamente esas obscuras palabras? Darrás tuvo miedo de comprenderlo y no provocó una explicación que Gabriela no le dió. El impulso que le había llevado hacia su mujer estaba disipado, y Darrás dejó caer aquellas manitas febriles que acababan de oprimirle las suyas con una presión no tanto de amor como de conquista.

La implacable aversión que le inspiraban las creencias representadas por la Iglesia había fermentado en su corazón ante la evidencia de que la crisis religiosa de su mujer no consistía en un terror pasajero ocasionado por los sucesos de aquellos días, sino que tenía delante de él la Fe, ó sea el fenómeno moral más irritante y más incomprensible para las inteligencias como la suya. La lucha entre las especies, esa inflexible ley del universo animal, tiene su correspondencia exacta en el mundo de las ideas. Ciertas mentalidades constituyen verdaderas especies intelectuales que no pueden subsistir al lado de otras. Para ellas, encontrarse es atacarse y desgarrarse. Las convicciones que parecen más abstractas son principios vivientes prontos á desplegar contra los principios adversos una energía destructora. Y ese apetito de combate llega á poner en juego á toda la persona.

En realidad, dos personas que piensan de un modo opuesto sobre ciertos puntos esenciales, llegan á odiarse, aunque se amen tan tiernamente como Gabriela y Alberto. Éste sintió despertarse en él la hostilidad casi cruel del primer día, pero tuvo aún fuerza para dominarse. ¿La tendría cuando su mujer formulara en términos concretos la exigencia oculta en sus vagas palabras «porque entonces tendré derecho á ello?» Darrás temió que la formulara desde luego, y para evitarlo en aquel momento en que era apenas dueño de sí mismo, salió de casa, sin que ella tratase de detenerle.

(Continuará.)

Barcelona.—La fiesta del Arbol. 1905

Pocas fiestas resultan tan simpáticas como la que todos los años organiza en esta ciudad la benemérita «Asociación de los Amigos de la Fiesta del Arbol.» El objeto que con ella se persigue, tan trascendental en el fondo y tan agradable y pintoresco en la forma; los elementos que en ella toman parte principalísima, es decir, los niños, á quienes se proporciona un día de asueto y una enseñanza provechosa; y el lugar y la fecha en que se celebra, ó sea el campo en la época en que la naturaleza se adorna con sus mejores galas, todo contribuye á prestarle los mayores atractivos.


Las autoridades y la Junta de la Fiesta del Arbol en la gran Avenida del Tibidabo


Colegios de niños dirigiéndose al lugar de la plantación


Las autoridades y la Junta dirigiéndose al lugar de la plantación


Acto de la bendición del cedro


Plantación del Pinsapo

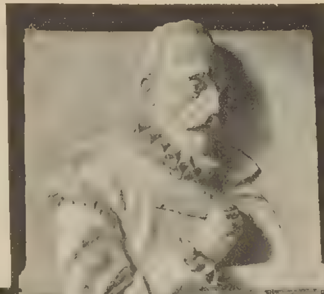

Las autoridades y la Junta en el lugar de la plantación

La de este año se realizó en la tarde del domingo, 14 de los corrientes, en el Tibidabo, con asistencia de las autoridades, de representantes de varias corporaciones, de más de dos mil niños y de un público numerosísimo. En la primera plazoleta del funicular organizóse la comitiva, formada por parejas de guardias municipales montados, los colegios con sus respectivos estandartes, la bandera de la Asociación, las autoridades y comisiones, dirigiéndose todos á una de las salas de las cocheras del tranvía, convenientemente dispuesta para el acto. Después de leída por el secretario de la Asociación la memoria de los trabajos llevados á cabo durante el último año, el presidente D. Rafael Puig y Valls pronunció un discurso elocuente relatando los progresos realizados desde 1899 por la Asociación, señalando los inmensos beneficios que ha de reportar la repoblación del arbolado y excitando á los que en esta obra meritoria colaboran á perseverar en sus propósitos, que han de contribuir poderosamente á la regeneración de nuestra patria. Terminó aquel acto con algunas oportunas consideraciones del delegado regio Sr. Maristany, quien demostró, en su corto discurso, sus vastos y sólidos conocimientos agrarios.

Comisiones y escolares dirigiéronse luego al sitio denominado «Frare Blanch,» en donde estaban preparados el altar y el árbol que debía plantarse. Era éste un *Pinsapo* cubierto de flores, cuya plantación corrió á cargo de la Asociación de Jardinería. Concluída la ceremonia de la bendición, que dió el reverendo Dr. D. Ramón Garriga, cura párroco de Nuestra Señora de Belén, procedióse al reparto de meriendas á los niños, que poco después regresaban á Barcelona.

La fiesta resultó bellísima, y por su éxito felicitamos á la Asociación organizadora y muy especialmente á los Sres. Puig y Valls, que son verdaderamente el alma de la misma y á cuya perseverancia se debe el que se haya implantado en nuestra ciudad y haya echado tan hondas raíces una costumbre merecedora bajo todos conceptos de los más entusiastas elogios.

Los grabados que en la página anterior publicamos están reproducidos de fotografías del distinguido ingeniero de montes D. Santiago Pérez Argemí, á quien damos las gracias por habérnoslas facilitado.—X.



LÁPIDA CONMEMORATIVA DEL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE,» COLOCADA SOLEMNEMENTE EN LA FACHADA DE LAS CASAS CONSISTORIALES DE ALICANTE EL DÍA 8 DEL ACTUAL, obra del distinguido escultor alicantino Vicente Bañuls.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CERVANTES EN CIENCIAS MÉDICAS, por *D. Joaquín Olmedilla y Puig*. – El distinguido catedrático de la Universidad Central señor Olmedilla ha reunido en este folleto algunos pasajes del *Quijote* que se relacionan con las Ciencias médicas, haciéndolos preceder de atinadísimas consideraciones sobre la pluralidad de conocimientos de Cervantes y sobre el mérito de su libro inmortal. Es un estudio muy interesante, no sólo por el acierto con que están escogidos los textos, sino también por los comentarios que los acompañan. Ha sido editado en Madrid por la Revista de Ciencias Médicas é impreso en la imprenta de Nicolás Moya.

A LAS CLASES DIRECTORAS DE BARCELONA, por *Agustín Robert y Serris*. – Conocíamos al autor del folleto cuyo título encabeza estos renglones como artista meritísimo, pero no le suponíamos dedicado á los estudios sociológicos. Y conste que hemos leído su trabajo con creciente interés, puesto que no sólo demuestra conocer el estado social que tan hondamente conmueve á los pueblos modernos y singularmente á nuestra urbe, sino que expone minuciosamente el plan completo y práctico para encauzar y dirigir, determinando los medios que deben emplearse en provecho de todos y singularmente de los que se hallan más necesitados de auxilios y dirección. De ahí que el folleto vaya dirigido á las clases que más pueden influir para lograr el resultado apetecido. Plácemes merece el artista pensador por su humanitaria labor, que deseamos fructifique.

SANGRE NUEVA, por *Federico Rahola*. - Si la embajada comercial á los Estados hispano-americanos, de que formó parte este distinguido publicista, ha de estimarse como el resultado de sus esfuerzos, durante un largo período, en provecho de la industria y de la actividad comercial de nuestro país, compendio ó resumen de las impresiones recibidas y de los estudios practicados en el transcurso de su patriótica peregrinación es el libro á que nos referimos, cuyas páginas contienen un caudal de observación expuesto en forma amena y agradable, dando á conocer el modo de ser de aquellos pueblos, en los cuales vense todavía las huellas del período de nuestra dominación en pugna con el movimiento evolutivo que los transforma y conduce á su engrandecimiento. Simpática en extremo es la labor rechazada por el Sr. Rahola y laudable la empresa que acometiera, puesto que inspirada en nobilísimos ideales, hállanse éstos reflejados en su obra, cuya finalidad representa y significa hallar nuevas fuentes de progreso y prosperidad. Consta el libro de 500 páginas, esmeradamente impreso en la tipografía «La Académica,» engalanado con una artística cubierta proyectada por el conocido dibujante Sr. Casas Abarca, y se vende en las principales librerías.

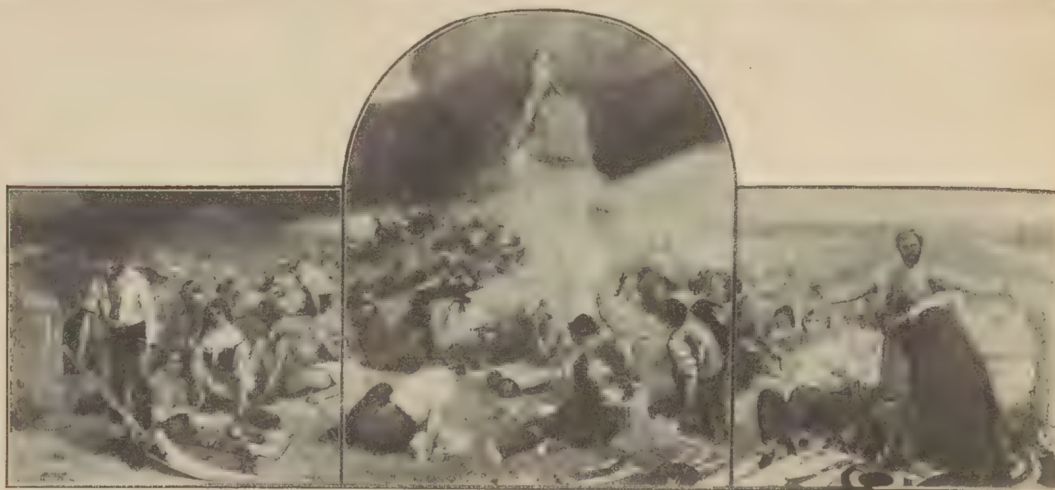
APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO, por el *Rdo. Alberto María Weiss*. – El inteligente editor D. Juan Gili acaba de publicar la versión española de la primera parte de esta obra importantísima, destinada, como lo determina su título, á consignar la bienhechora labor y la fructífera acción que en todos los tiempos ha ejercido en la sociedad el cristianismo. Difícil empresa ha sido la que ha logrado realizar el docto dominico alemán, llamando la atención el portentoso caudal de conocimientos que revela su labor. La obra consta de cinco partes y el total de 10 volúmenes, habiéndose publicado los dos primeros, dedicados á «El hombre,» cada uno de los cuales contiene 570 páginas en 4.°, y véndense al precio de 12 pesetas.

PRIMERAS NOTAS, por *José Toral y Sagristá*. – Todas las poesías que contiene este tomo rebosan frescura y en todas palpitan los más levantados sentimientos, que en vez de deprimir el alma la vigorizan y le prestan alientos para luchar y soportar las contrariedades de la existencia. Si á esto añadimos una forma bellísima, una versificación fácil y desprovista de toda afectación, tendremos que las composiciones del Sr. Toral son la obra de un verdadero poeta. El libro ha sido impreso en Valladolid, en la tipografía de La Libertad.

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS DE BUENOS AIRES. – Esta importante sociedad, fundada en 1857, ha publicado la Memoria y Cuentas generales correspondientes al año 1904, de las que tomamos los siguientes datos, que demuestran el grado de prosperidad que ha alcanzado: el número de socios á fines de 1904 era de 12.032 hombres y 1.054 niños, y el movimiento de caja durante el año fué de 311.667'96 pesos de entradas y 311.847'08 de salidas; el capital social ascendía en la misma fecha á 601.583'41 pesos. La Memoria ha sido impresa en Buenos Aires en la imprenta del Correo Español.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Forma, mensual ilustrada; *Hojas Selectas*, mensual ilustrada; *Mercurio*, mensual ilustrada; *El Trabajo Nacional*, quincenal; *El problema de la tuberculosis*, mensual; *Revista de Farmacia*, mensual; *El progreso escolar*, semanario ilustrado (Barcelona); *La Lectura*, mensual; *Revista Ibero-americana*, quincenal; *La mujer en su casa*, mensual ilustrada; *Sol y Sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *III Centenario del «Quijote»* (Alcalá de Henares); *Gaceta Médica de Granada y del Sur de España*, quincenal (Granada); *La Medicina valenciana*, mensual (Valencia); *El Pensamiento latino*, mensual ilustrada; *La Ilustración*, semanario ilustrado (Santiago de Chile); *El Tribuno*, semanario político (Buenos Aires); *La Capital*, diario (Rosario, R. A.); *Guatemala*, mensual (Guatemala); *Boletín Militar de Colombia*, semanario (Bogotá); *El Porvenir*, trisemanal (Cartagena, R. de Colombia); *El Huallaga*, semanario (Huánuco, Perú); *La Quincena*, quincenal ilustrada (San Salvador).



Por la violencia — Por la idea — Por el amor

Las etapas del desheredado, tríptico de Guillermo Laparra. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. 1905.)

(Derecho de reproducción de G. Laparra)

Aparece tratada en esta vigorosa composición la epopeya dolorosa del desheredado, del eterno vencido que sufre y muere aplastado por el egoísmo de los poderosos. Primeramente se rebela, queriendo emanciparse por la violencia; y entre el espeso humo de los incendios se agita la multitud aullante de hambrientos Luego, al ver que la violencia es infecunda, piensa emanciparse por la idea y asciende al monte que iluminan los rayos de la ciencia y de la verdad; pero si su frente se baña en la luz, sus pies pisan sangre, pues en torno de la montaña acumúlanse los crímenes engendrados por la imperfección social.

La violencia es infecunda y la idea es impotente. El desheredado sólo se salvará por el amor, que es la armonía; y mientras sus compañeros trabajan alegres, él, pisoteando los rotos emblemas de la autocracia, abraza al último tirano, humillado y arrepentido y le otorga el supremo perdón. El sol de una nueva vida alumbra la tierra, y por los aires resuenan los cantos de alegría de la humanidad reconciliada.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 5 de junio de 1905 — Núm. 1.223



EL ESCULTOR MARIANO BENLLIURE, retrato pintado por José Moreno Carbonero



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me han encantado los paisajes granadinos, y quiero imitar á las turistas inglesas, que se sientan, abren el álbum, afilan el lápiz ó deslíen la pastilla de acuarela, y fijan en el papel la visión fugitiva.

Veinte y pico de años van corridos desde mi primer visita á Granada. Me la enseñó un incomparable cicerone, D. Leopoldo Eguilaz, más colorista é imaginativo en su palabra que Wáshington Irving en sus cuentos, y la recordaba como si allí hubiese estado la víspera. No diré que me hayan encantado las nuevas edificaciones. Es siempre desagradable la novedad en ciudades que la historia consagra á la estabilidad, y hacen el efecto las casas flamantes del toque de purpurina en un marco antiguo.

La Alhambra, en restauración entonces, en restauración continua, sin que se pueda sospechar cuándo dejarán de manchar y deslucir el mágico monumento los cascotes, el yeso, los ladrillos, los maderos, las virutas. Y lo más curioso es que la Alhambra, á estas trazas de edificio en reparación, une las del edificio ruinoso, minado por la humedad y los sacudimientos del terreno. Y antes de que los periódicos diesen la voz de alarma, los que visitábamos la Alhambra el Miércoles Santo decíamos, moviendo la cabeza: «Si no ponen remedio, esto se hunde.»

El monumento, según mis informes, le cuesta á la nación muy respetable partida anual. La Alhambra no es grande: sus dimensiones actuales (yo sospecho que mermadas al iniciarse la construcción del palacio de Carlos V) permiten que sea atendido á menos costa que si fuese una de esas moles ingentes, babilónicas, un Escorial ó un Kremlin. Por esto apena doblemente la lentitud con que marcha la ha tantos lustros iniciada restauración.

Dudo que exista otro monumento más visitado de extranjeros, particularmente de ingleses. Los hoteles de Granada—pocos y muy medianos—se encuentran siempre atestados de viajeros, y hay que avisar de antemano para posar allí. A nosotros nos fijaron en el Siete Suelos el plazo de veinticuatro horas, en que habíamos de dejar sitio á una de esas cáfilas de Cook y Baedeker en bolso, que vienen á gritar extáticas, en coro: «¡Beautiful!» Si en Granada se estableciese un hotel amplio, á precios regulares nada más, la gente, que se detiene uno ó dos días, se eternizaría en el regazo de la hermosa sultana. Granada no es para vista aprisa, sino para saboreada y desleída en el paladar como un confite moruno de hojas de rosa.

Siendo tan continua la afluencia de extranjeros, la Alhambra puede ayudarse á sí propia, si el Estado establece una pequeña cuota por entrar. Recuerdo que esto se hizo, indicándoselo yo al cardenal Payá, en la Catedral de Toledo, que antes se veía (en su parte reservada) mediante propina y favor, con infinitas cortapisas, y hoy ve todo el mundo, en uso de su derecho, mediante la adquisición de una papeleta, habiéndose creado así una rentita la catedral, de perlas para sostenimiento del culto y otras atenciones, ahora que andan tan apuradas las fábricas de estos bellos monumentos religiosos.

Es la Alhambra un joyel que hasta hoy no ha hecho más que costar dinero. Que reditúe. La contribución, en su mayor parte, recaerá sobre los hijos de la *pérfida.* En Granada, hasta los camareros de las fondas hablan inglés. En las tiendas se lee el «English spoken.» Del *oro inglés* vive una lechigada de hosteleros, anticuarios, gitanos con color local, pordioseras muy patinosas, y sabe Dios qué tropel. En toda Europa se cobra por ver y admirar. Europeicémonos.

Viene á recordarme mi deseo de pintar á brochazo el paisaje granadino, una bella *miss* rubia, peinada á la diabla, á quien sorprendo en el patio del Generalife, consagrada á tomar la vista de los arcos en que la perspectiva remata.

Comprendo que los jardines del Generalife y la Alhambra, los *cármenes,* hayan incitado á Rusiñol. No se parecen á otros del mundo. Más que jardines, son patios; más que patios, canales de agua corriente, pura, cristalina. El jardín lo hace el agua; los pilones, los estanques, los tazones, los chorros y el celaje, las nevadas cumbres, las nubes opalinas de estos magníficos amaneceres y atardeceres, reflejadas en tan lindos espejos.

Son chicos los cármenes en general; tienen las proporciones reducidas y gentiles de las estancias moriscas, y los arrayanes, los mirtos, las rosas, los cedros, contribuyen á prestarles ese aspecto entre melancólico, voluptuoso y profundamente tranquilo, á cien leguas del mundo—la nota peculiar de Granada.

Nunca deben las conquistas de la moderna floricultura penetrar en los cármenes. Bueno está eso para las soberbias posesiones de recreo de Málaga, que pertenecen á nuestra edad. Pero los cármenes no deben criar más flores de las que conocieron los moros, de las que pudo cantar Zorrilla, de las que menciona el *Romancero Morisco*—azahares, claveles, jazmines, rosas, clavellinas, mosquetas...—Y quédense con sus nombres algo exóticos las de ahora, las orquídeas, las violetas rusas, las petunias, las camelias y las azaleas. En Granada, ni la vegetación debe sufrir cambio alguno.

Natural fué que los moros granadinos sintiesen tanto dejar este edénico país. No me agrada ensalzarlo con frases mil veces repetidas, porque el filtro de Granada no es de los que no han tenido cantores. Zorrilla, por especial adaptación de su genio á una época y á una ciudad, agotó las armonías, las esencias, las luces, las imágenes que suscita Granada. El *Romancero*, modelo de Zorrilla, y el poema conocidísimo, es lo que conviene leer al viajar por esta región en el mes de mayo. Un mayo frío, que ha enviado á los cármenes más cierzos que céfiros, más ábregos que favonios..., pero que, al cabo, tiene á millares rosas como la que el poeta describió:

> «orlada en torno de punzante espina,
> que sobre el agua que los pies la riega
> fresca se inclina...»

y tiene arbolillos que son un ramillete ellos todos, y pájaros anidados en los viejos cipreses coetáneos de las Zoraidas...

El genuino paisaje de la tierra granadina, no es en Granada donde lo he recorrido: es en Loja, de triste recuerdo para los Reyes Católicos, ó mejor dicho, en sus alrededores, donde la imaginación me representa á los jinetes cristianos, á las huestes del Maestre de Calatrava, huyendo á la desbandada al pique de las lanzas infieles. No son los olivares, siempre grises y monótonos, el encanto de este suelo. Hay campos mullidos, de felpa, de pluma esmorazdina; hay densos manchones de álamos, abedules, chopos, mimbreras; hay caminos orlados de virginal espino blanco y de vicioso saúco; hay rígidos setos de chumberas, que en esta época del año, en aquel terruño impregnado de agua vivaz, no ofrecen el aspecto salvaje y polvoriento de otros setos de nopal en la campiña de Córdoba; hay lujo de silvestres florecillas, lirios que orlan con franja modernista la margen de los arroyuelos, escaramujos que vibran, entre el follaje de los matorrales, un relámpago de risa carmesí..

El agua salta, se remansa, bulle, se despeña, ejecuta todos sus juegos y volteos joviales. Ya se precipita en impetuosas cascadas, que ¡ay! presto aprisionará la industria para que rindan su contingente de fuerza y trabajo; ya, desde las entrañas de la sierra, desciende en ondas mansas á formar un lago mudo, poético, con algas y pececillos, semejante á aquel misterioso lago del Monasterio de Piedra; ya, partida como una cabellera que desgreña el viento, se desploma á hondo barranco, en hilos esparcidos, de lucería, y con lo pavoroso de su estrépito y de su caída, hace que el pueblo, gran romanceador, la designe con el expresivo nombre de *Los infiernos*...

Por la tarde, cuando subimos al cortijo, á derecha é izquierda nos sorprende la graciosa aparición de fontanas y manantialillos, la magia de esta agua que deja en el paladar la gustosa frialdad de la derretida nieve...

Y es el segundo encanto de este paisaje la transparencia de la atmósfera, gracias á la cual se perfilan con precisión y nitidez admirables las crestas y dentellones, pináculos y recuestos de la sierra, en que nos internamos al ascender, camino de la bien llamada *Cañada Alta*. La tarde es esplendorosa, y sin embargo hace un fresco renovador; las montañas de donde el sol ya se ha despedido, son de violeta amatista, ó azul de esmalte; y las que aún enciende la luz, adquieren el tono cálido y fino de un terciopelo rosa, con anaranjados cambiantes tornasolinos.

Como pastores de este Nacimiento, los campesinos animan el cuadro. Estos vándalos ó sarracenos son elegantes de apostura (menos señoriales y distinguidos que los charros, que son verdaderos donceles del siglo XVI). Sus cuerpos, ágiles y secos; sus caras, rasuradas, curtidas, de expresión entre astuta y ceremoniosa; muy graciosos en la pronuncia, que suena á árabe desde una legua; muy diestros en la burla sazonada, á fuer de gente de raza en que por tradición se estima el ingenio; muy discretos en la réplica; menos soñadores que fatalistas, con puntas y ribetes afidalgados; niños por su curiosidad de ropas y gestos de los forasteros, y nunca hartos de oir hablar á *lo zeñore*. .

En mi tierra, los chicos se ocultan, al interpelarles un desconocido, en las faldas de sus madres. Aquí se acercan sin el menor encogimiento, saludan bien fraseado, guardan la actitud más saladamente confianzuda, no son sin embargo pesados ni sobones, y piden *la perriya* con una cara de pillastres de Murillo, de la más neta escuela española.

Las mujeres del pueblo, á lo que menos se asemejan es al tipo desgarrado y fatal de la andaluza de novela francesa. Son modosas, dulces, halagüeñas, caseras, limpias; tienen sus cazos y sartenes, trébedes y peroles, como el oro mismo, y se prenden en el moño, que sea negro, que sea gris, una ó varias flores, de olor siempre.

Las he visto bailar el fandango, que tiene una música encelada, africana, pero que es un baile honesto. Ya las mozas van olvidándolo; ya las bailadoras son maduras—como sucede en mi tierra con las que aún dominan la *muiñeira,* que tienen sesenta años. —Las he oído cantar sus coplas tan infinitamente tristes, esas coplas que sólo hablan, al través del quejido de amor, de la muerte, y he visto á una chicuela de trece años, enteca, deforme, mísera, retorcerse con el más supremo donaire en un tango que ninguna actriz de los teatros madrileños marcaría mejor. Gana esta criatura diez reales al mes vendiendo á los viajeros, en la estación, por cuenta de una humilde industrial, roscos, vidrios de agua, fruslerías; improvisa versos, y—aparte del de Loreto Prado—no conozco cuerpecillo animado de tan extraña vitalidad, ni rostro tan despierto y expresivo como el de la precoz bailaora... Si yo fuese empresario de teatros, la contrataría.

Lo más hermoso tal vez, entre tanta magia de paisaje, que puebla tal castizo plantel de tipos, es la cantera y serrería del mármol, el marco que las rodea, aquellos anfiteatros y graderías de la montaña, en cuyas laderas se recogen á manta los ammonites fósiles, convertidos en mármol también.

Nos sentamos á la vera de una fuente; el aire está embalsamado por la flora serrana; casi anochece, con un hormigueo de estrellas en una bóveda intensamente turquí. Una cabra pelirroja, con ubres grises reventando de hinchadas por la copia de leche, se deja ordeñar con mansedumbre. Ponen la ordeñadura á enfriar en la corriente linfa, y mientras tanto, comemos alfajores, golosina cuyo sabor y nombre evocan á esos ausentes que jamás se han ido, á esos moros que se han llevado las llaves de sus casas, y que si ahora regresasen, no tendrían más que hacerla girar y encender otra vez su hogar extinto, porque... nada ha variado, y este territorio es de Alá y del Profeta.

Y en medio del silencio, que sólo rompe el cántico del agua; mientras se refresca la regalada leche cándida y espumosa, por uno de esos caprichos de la memoria, inexplicables, recuerdo la doliente cantiga de Zaide, que he leído en Pérez de Hita:

> «Lágrimas que no pudieron
> tanta dureza ablandar,
> yo las volveré á la mar,
> pues que de la mar salieron.»

Emilia Pardo Bazán.





INSEPARABLES, por EMILIO DE RUEDA

En el palacio de la reina de las hadas todo era agitación y movimiento. Su Majestad había convocado á un concurso con objeto de otorgar un premio al hada que más bienes hubiera hecho á los hombres, y allí acudían, con la esperanza de alcanzar el premio ofrecido, cuantas hadas existían sobre la tierra.

Por la aérea portada del palacio no cesaban de entrar, conduciendo á éstas, carros fantásticos, tirados, cuál por una sierpe, cuál por un grifo, éste por un águila, aquél por un dragón...

Sucesivamente fueron llegando el hada Juventud, sobre una nube de color de rosa, movida por una legión de alados cefirillos; el hada Alegría en un carro formado por campanillas de plata del que tiraban todas las mariposas de un Mayo; el hada Riqueza, en un carro de oro resplandeciente como un sol...

Cuando la reina entró en el salón del trono, ya había en él un sin fin de hadas aspirantes al premio; sólo faltaban dos: Ilusión y Desengaño. Por fin llegaron, Ilusión primero, Desengaño después.

Así que las vió reunidas á todas, la reina de las hadas habló de esta manera:

—He leído detenidamente vuestras solicitudes, he hecho un examen escrupuloso de los méritos de cada una de vosotras, y después de pensarlo con calma, me he convencido de que entre todas las que aspiráis á él, no hay más que dos que merezcan el premio: Ilusión y Desengaño.

Oyóse en el salón un rumor de protesta.

La reina de las hadas frunció el lindo entrecejo, y dirigiéndose á Juventud, Alegría y Riqueza, que eran las que más fuerte murmuraban, les dijo:

—No tenéis razón para murmurar. Tú, Juventud, eres una loca desatada: no hay hombre que no te recuerde con pena, ni favorecido por ti que no llore alguna de las muchas locuras que le inspiraste. Tú, Alegría, eres más loca aún que Juventud; quien se entrega á ti, empieza riendo y acaba llorando sin remedio. Tú, Riqueza, haces desgraciados á los hombres, vuelves holgazanes á los diligentes, avaros á los pródigos, insensibles á los compasivos...

Juventud, Riqueza y Alegría bajaron la cabeza y permanecieron silenciosas. La reina continuó:

—He dicho que únicamente Ilusión y Desengaño son acreedoras al premio y lo repito. Ilusión hace llevadera la vida á los hombres más desgraciados; hace sonreir á los tristes, confiar á los incrédulos, esperar á los dolientes; acompaña á sus favorecidos hasta el sepulcro... Desengaño hace sufrir, es cierto, pero el dolor que ocasiona se torna pronto en bien; remedia los males que causáis vosotras, Juventud, Alegría, Riqueza, y como Ilusión, no abandona á los que favorece hasta el último momento de su vida. Algunas lágrimas causa, pero en cambio, ¡hace tanto bien!.. Enseña á los hombres la verdad, y al contrario que Riqueza, torna diligentes á los perezosos, liberales á los avaros y compasivos á los insensibles. Vuelvo á repetirlo: Ilusión y Desengaño merecen el premio; pero ¡he aquí ahora un conflicto! ¿A cuál de las dos debo otorgársele? Si por igual hacen el bien á los hombres, merecen el premio por igual...

Quedó un momento reflexiva la reina y luego, dirigiéndose á las aludidas, prosiguió:

—Es preciso que vosotras dos os le disputéis. Elegid un hombre, el que queráis, favorecedle durante su vida entera y yo adjudicaré el premio á aquella de vosotras á quien el hombre bendiga al morir.

Después de estas palabras salió del salón del trono. Las hadas abandonaron el palacio y se volvieron á la tierra; cada cual tomó un camino distinto, menos Ilusión y Desengaño, que juntas empezaron á buscar al hombre que había de resolver la duda de la reina.

Andando, andando, llegaron á una alameda en la que vieron á un joven que estaba grabando el nombre de una mujer en el tronco de un árbol. Miraron al joven y después se miraron las dos hadas; se habían comprendido; aquel muchacho enamorado fué el elegido para realizar en él la prueba que la reina les había impuesto.

Desde aquel momento Ilusión y Desengaño no se apartaron de él é inspiraron todas sus acciones.

Aquel hombre amaba á una mujer: Ilusión hizo que creyera á su amada la más bella, la más pura de todas las hijas de Eva; hizo que la adornase en su mente de todas las perfecciones, de todas las bondades, de todas las virtudes imaginables. Empujado por Ilusión, el hombre realizó verdaderos imposibles por alcanzar el amor de aquella mujer. Era pobre y á fuerza de inteligencia y de trabajo conquistó una posición envidiable; para aparecer amable ante los ojos de ella, fué virtuoso, honrado, bueno. Después de mucho, el hombre llegó á conseguir el anhelado amor, y al escuchar de labios de la mujer adorada la primera protesta amorosa, se sintió morir de felicidad.

Desengaño dejó que Ilusión hiciese cuanto pudiera, y después, con la esperanza de hacer más y lograr el disputado premio, empezó á influir en el alma del hombre. Le hizo ver que aquella mujer tan deseada no era, ni con mucho, lo que él había soñado; le hizo descubrir en ella, á medida que la trataba, defectos cuya existencia nunca pudo imaginar; por fin, un día le hizo convencerse de que aquella mujer le engañaba...

El pobre hombre creyó morir de pena como antes había pensado morir de felicidad, lloró su desventura y renunció para siempre al amor de la mujer.

Pasados los primeros arrebatos de dolor, conoció que dentro de su alma había un tesoro de ternura y le empleó haciendo el bien á sus semejantes.

Cada lágrima que enjugaba, cada aflicción que consolaba, cada desgracia que remediaba, eran para él otros tantos motivos de alegría; cada buena obra á que daba fin le inundaba el alma de una dicha inefable. Haciendo el bien era feliz.

Pasaron los años y llegó el fin de la vida de aquel hombre. La muerte no le hizo temblar; la recibió como la reciben los hombres que tienen tranquila la conciencia; murió como mueren los justos.

Al punto de su muerte bendijo á Desengaño que le hacía feliz torciendo el rumbo de su vida y haciéndole gastar en el bien los tesoros de ternura que tan mal quiso emplear amando á una ingrata; recordó que Ilusión inspiró sus actos cuando aún amaba á la mujer que le engañó, y bendijo también á Ilusión porque le había ayudado á llegar al estado de poder hacer el bien, lo que le proporcionaba la paz del alma en aquel supremo instante.

Muerto el hombre, Ilusión y Desengaño volaron al palacio de la reina de las hadas y la expusieron lo que habían hecho en el transcurso de tantos años: las dos se creían con derecho al premio porque el hombre al morir las había bendecido á las dos. Ninguna cedía, y de nuevo la reina, tras reconocer sus idénticos derechos, las invitó á repetir la prueba cerca de otro hombre, y si aquél no resolvía la duda, de otro y de otro hasta que la duda quedase resuelta y ella pudiera otorgar con justicia el premio á la que más lo mereciese de las dos.

Ilusión y Desengaño volvieron juntas á la tierra é inspiraron las acciones de muchos hombres, que se sintieron alternativamente felices y desgraciados, y durante su vida bendijeron á una y otras veces á otra de las dos hadas inspiradoras de sus actos, pero nunca al morir bendijeron solamente á una de ellas.

Desde que empezaron la prueba, han acompañado y aconsejado á millones de millones de hombres sin conseguir que ninguno de ellos resuelva la duda de la reina de las hadas... Y así han pasado siglos y siglos, como segundos de una eternidad que nunca se acaba, sin que la indecisa reina haya otorgado aún el premio disentido; mientras tanto Ilusión y Desengaño, celosas una de otra, no se separan jamás, acompañan é inspiran á cuantos hombres encuentran en su camino, y no hay alma de hombre adonde llegue Ilusión en la que no vaya en seguida á sentar sus reales Desengaño...

(Dibujo de Camps.)



Los días de oro de la infancia, pintura mural de L. Fahrenkrog, destinada á la Escuela Superior de Niñas de Barmen (Prusia)

LOS DÍAS DE ORO DE LA INFANCIA

Así se titula la bellísima pintura mural que en esta página reproducimos y que decora una de las paredes del salón de fiestas de la Escuela superior de



Estudio para la pintura
«Los días de oro de la infancia»

Niñas de Barmen (Prusia) y que es obra del reputado pintor Luis Fahrenkrog, profesor, desde 1898, de la Escuela de Bellas Artes de aquella ciudad.

Este artista, que actualmente cuenta treinta y siete años, nació en Rendsburg, y después de haberse dedicado á la pintura decorativa, concurrió desde 1888 á la Academia de Berlín, en donde fueron sus maestros Antonio Werner y Hugo Vogel. En 1893 obtuvo el premio de Roma por su cuadro de colosales dimensiones *Crucifixión de Cristo*. Desde 1892 ha figurado con excelentes retratos y cuadros de historia en las grandes exposiciones de Berlín, Munich, Dresde, Dusseldorf, Hamburgo, París, Londres, etcétera. Sus lienzos de asuntos históricos están impregnados de un sentimiento profundamente religioso y filosófico y respiran una fe sincera y una sólida concepción del mundo. Entre sus más notables obras merecen citarse *Cristo descendiendo á los infiernos, Lucifer rebelándose contra Dios, Sermón de Jesús, Al Dios desconocido, Tránsito á la eternidad* y otras que han sido concienzudamente estudiadas por la crítica, que las ha colmado de elogios.

En 1896 dióse á conocer por vez primera como pintor monumental con su proyecto para decorar la escalera del palacio de Stretensee, en Anklam, que obtuvo el premio en un reñido concurso. Desde entonces ésta ha sido una de las especialidades que ha cultivado, y últimamente ha demostrado de nuevo cuán admirablemente concibe y ejecuta esta clase de obras, pintando *Los días de oro de la infancia*, en la que se aúnan la inspiración y el arte, la fantasía y la realidad, la perfección del dibujo y la frescura y la armonía del colorido.

La idea que le ha servido para trazar esa hermosa pintura la describe el mismo Fahrenkrog en los siguientes términos:

«Los días de oro de la infancia no han de verse en modo alguno turbados por la escuela; al contrario, el niño ha de sentir y ha de convencerse de que la escuela piensa y siente con él y comparte las alegrías de un corazón infantil puro, sonriente, sincero, tendiendo á la felicidad suprema de su alma que se regocija libremente, ajena á los convencionalismos que más tarde la oprimirán. El manantial de todos los goces puros de la niñez no hay que buscarlo en la estrecheces de las habitaciones en donde los pequeñuelos se entregan á sus juegos ni tampoco en extravagancias de un modernismo exagerado, sino que hay que buscarlo en la fuente eterna de la existencia, fresca, borbollante, en la radiante primavera que invade todo nuestro ser con mil gérmenes de vida. Conviene, pues, que ante los ojos de los niños se ofrezca plásticamente expresada la primavera, no sólo la de la naturaleza, sino también la que se relaciona con la edad del hombre. Este es el pensamiento que me ha guiado al pintar esta obra.

»Montada en blanco caballo, llevando al lado la diosa de la Sabiduría, como símbolo de la escuela y rodeada de niños que saltan, ríen y juegan, cogen flores y tejen coronas, la Poesía, pulsando una lira de oro, hace su entrada triunfal en el mundo de las flores, del sol, de los cantos, precedida de la Inocencia llevando apoyada en el hombro la palma de la paz. En los distintos tipos infantiles están personificados los puros placeres del niño, el candor, la amistad, el amor, el canto, la música, el ensueño y el anhelo. Formando contraste con este cuadro alegre, un grupo de tres malos geniecillos, que representan las malas pasiones de la niñez, luchan enfurecidos.»

Tal es la explicación de la hermosa escena. Fahrenkrog ha hecho, al pintarla, algo más que una obra artística; ha hecho una obra altamente moral y pedagógica, señalando de una parte los encantos de todo lo que es bondad, inocencia, cariño, y de otra todo lo que de repulsivo tienen aquellos tres geniecillos que bien pueden ser personificaciones de la Envidia, de la Ira y de la Soberbia.

El efecto de la pintura es delicioso, y esto se debe no sólo á la maestría con que están trazadas las figuras, á la habilidad con que los grupos están dispuestos y á la belleza del paisaje, sino también al ambiente de serenidad, de placidez que en toda ella flota y que se comunica hasta lo más hondo del corazón de quien la contempla, despertando una emoción dulce, pero intensa y duradera.—N.



Estudio para la pintura
«Los días de oro de la infancia»

UNA AVENTURA DE GIL BLAS, cuadro de José Moreno Carbonero

«Volví los ojos hacia donde venía la voz, y vi al pie de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta que me pareció más larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme extrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonitamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos reales, los fuí echando poco á poco y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna.» (*Gil Blas de Santillana*, tomo I, capítulo II.)

LA CASA DE LOS ACTORES

EN PONT-AUX-DAMES

Hace dos años, el entonces presidente del Consejo de Ministros de Francia M. Waldek-Rousseau presidía la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la Casa de los Actores; un año después, en medio de los campos en donde aquélla se celebrara, alzábase ya el hermoso edificio, alegre, amplio, ventildo, de aspecto pintoresco, rodeado de parques y jardines y dotado de todas las comodidades necesarias para que en vez de asilo sea una verdadera quinta de recreo; hace pocos días, el 27 de mayo último, el Presidente de la República M. Loubet ha inaugurado oficialmente ese refugio en donde podrán retirarse las actrices, y los actores que habiendo entregado, en el espacio de treinta años, 400 francos á la Sociedad de los Artistas dramáticos, hayan cumplido cincuenta y cinco y sesenta años respectivamente.



La Casa de los Actores, fundada en Pont-aux-Dames (Sena y Marne) por el actor Coquelin (el mayor.)

La Casa de los Actores ha sido fundada por el eminente actor Coquelin (el mayor), quien se ha consagrado por entero á esta interesante y filantrópica obra, secundado por cuantas notabilidades artísticas han desfilado por los teatros de París y por las más ilustres personalidades del mundo de las artes, de las letras, de la industria, de la política, de la prensa, de la banca y, en suma, por toda la alta sociedad parisiense. Tiempo hacía que Coquelin soñaba con este grandioso proyecto; pero las dificultades que se oponían á su realización eran grandes. Sin embargo, todos los obstáculos fueron vencidos, gracias á los poderosos esfuerzos de voluntad del genial actor.

Una de las primeras dificultades que se presentaban era encontrar un terreno á propósito para instalar la casa-retiro, que debía estar cerca de París y al mismo tiempo en plena campiña, en sitio sano y despejado. La casualidad hizo que M. Bouyer, á quien Coquelin confiara aquel encargo, encontrara la hermosa finca de Pont-aux-Dames (á diez leguas y media de la capital) que fué inmediatamente adquirida. En seguida comenzaron los trabajos según los planos y bajo la dirección del arquitecto M. Binet; y hoy la Casa de los Actores alberga ya á veinticinco pensionistas.

El fundador de la Casa de Actores ha tenido la feliz idea de colocar en un patio interior una serie de medallones de loza, formando friso, con los bustos en relieve de los más ilustres artistas dramáticos y líricos del teatro francés del siglo XIX: entre ellos figuran Bocage, María Dorval, Bonffé, Mme. Falcón, Melingue, Dejazet, la Rachel, y al lado de ellos, muertos todos, hay los de dos artistas vivos, el barítono Faure y Adelina Patti.

No falta en el establecimiento nada de cuanto puede hacer agradable la estancia en él de los asilados, llamémosles así aunque ya hemos dicho que en nada se parece aquello á un asilo, en el sentido que comúnmente se da á esta palabra. Todo en esa casa es alegre, risueño; todo está bañado por el sol y por el aire; todo respira frescura y felicidad. Cada cual tiene su cuarto especial, decorado sencillamente, pero con elegancia, con iluminación y timbres eléctricos; se levanta á la hora que quiere, almuerza (en el comedor no hay mesa redonda, sino que la comida se sirve en mesitas sueltas); por la tarde pasea por el parque ó por el campo, porque es libre de salir cuando le dé la gana, sin más obligación que estar de regreso á la hora de comer; come, y por la noche los pensionados se reunen en las salas de juego y se entretienen jugando á los naipes, al dominó, á la lotería ó conversando unos con otros, leyendo ó haciendo música.



Víctor Jay, del Athenée Comique, jugando al chaquete con Melenier, del Teatro Francés, en la Casa de los Actores.

Hay en la Casa salas de baños, de billar y de biblioteca; en una palabra, todo lo necesario para asegurar una vejez tranquila y placentera á los que después de tantos años de trabajo ímprobo tienen derecho al reposo, tanto más cuanto que los artistas dramáticos y líricos se prodigan como ningún otro siempre que se trata de socorrer necesidades ó de hacer menos terribles las consecuencias de calamidades públicas, poniendo desinteresadamente su labor al servicio de toda obra benéfica. «Así lo ha reconocido el gran público, ha escrito un notable escritor parisiense al ocuparse de la inauguración de la Casa de los Actores, y ha manifestado públicamente su gratitud comprando, en el espacio de tres meses, billetes de la lotería de los Artistas dramáticos por valor de dos millones de francos; adquiriendo por 15.000 francos de ejemplares de la hermosa poesía de Edmundo Rostand *Le Verge de Coquelin*, dedicada á tan hermosa fundación, y llenando el Trocadero el día del concierto á favor de la misma, concierto que produjo 75.000 francos. El resultado de todas estas generosidades ha sido que en la actualidad veinticinco actores, mientras esperan treinta y cinco más, se han instalado en el delicioso asilo de Pont-aux-Dames.



Uno de los pensionistas jugando al dominó con el director del establecimiento M. Bouyer



El eminente actor COQUELIN (el mayor) fundador de la Casa de los Actores de Pont-aux-Dames

»Entre estos veinticinco primeros pensionistas privilegiados, los hay que fueron reinas, princesas, héroes, emperadores, potentados que nunca habían visto tanto lujo más que pintado en las decoraciones y que jamás habían podido esperar para sus días de ancianidad un refugio tan confortable.»

Coquelin se propone erigir en el centro del jardín la estatua del gran Molière, obra de Melingue, cuyo modelo se conserva en el salón del Comité de la Comedia Francesa.



Dos pensionistas de la Casa de los Actores jugando á los naipes

La Casa de los Actores está embellecida por varias obras de arte notables. En el gran salón se halla el retrato de Talma que adornaba el propio cuarto de este artista en su casa de la calle de Brunoy y que le representa de pie, vestido con una bata, desabrochado el cuello y estudiando junto al busto de Lekain, uno de sus papeles favoritos. Esta pintura, obra de Vignerón, fué adquirida por Victoriano Sardou y regalada á Coquelin. Hay además retratos de Coquelin (el menor) pintados á la acuarela por Saintin; otro de Mlle. George, otro de Bocage y otro de Taillade.

El fundador de la Casa de Actores no piensa dormirse sobre sus laureles, tan bien ganados, sino que se propone aumentar el número de los acogidos, y es seguro que logrará su propósito con la cooperación de todos los filántropos y personas caritativas que se acuerdan del placer que les han hecho experimentar las gentes de teatro. Lo concedido hasta ahora permite esperar que la obra irá creciendo y que antes de poco albergará la Casa de los Actores á todos los inválidos del teatro, contentos de aquella vida modesta y tranquila, y más felices, puesto que se trata de una felicidad real y positiva, que en los días de su existencia agitada, en que cubiertos de galas interpretaban los personajes de las grandes creaciones de la comedia, del drama, de la tragedia ó de la ópera.—X.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – OFICIALES RUSOS INTERROGANDO Á UN PRISIONERO JAPONÉS. (De fotografía de J. D. Hejk.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El choque durante tanto tiempo esperado entre las escuadras rusa y japonesa se ha realizado, con resultados desastrosos para la primera. En el momento en que escribimos la presente crónica, no se tienen detalles del combate naval, y las noticias telegráficas que acerca de él se van recibiendo sólo permiten formarse una idea general del mismo y conocer sus consecuencias. Estas noticias proceden de Tokío y tienen carácter oficial, y tales como las publican los periódicos las reproduciremos.

En la mañana del 27 la escuadra rusa mandada por Rojestvensky penetró en el estrecho de Corea y apenas los barcos japoneses la divisaron, rompieron el fuego contra la misma. El cañoneo duró todo el día y al anochecer comenzaron á funcionar los torpederos, que no cesaron de atacar al enemigo hasta el amanecer del domingo. Reanudóse entonces el combate entre ambas escuadras y al llegar la noche volvieron los torpederos á entrar en acción hasta la madrugada del lunes, en que los pocos buques rusos que habían podido salvarse ganaron el mar del Japón, dirigiéndose á Vladivostok, activamente perseguidos por los cruceros japoneses. Las pérdidas que en aquellas jornadas tuvo la escuadra de Rojestvensky fueron los acorazados *Borodino* y *Emperador Alejandro III*, los cruceros acorazados *Almirante Nakhimoff*, *Dimitri Donskoi* y *Vladimiro Monomach*, y los cruceros protegidos *Svietlana* y *Jemtching*, echados á pique, y apresados los acorazados *Orel* y *Nicolás I* y los guardacostas *Almirante Seniavine* y *Almirante Apraxine*.

Posteriormente han debido ser destruídos muchos más, puesto que telegramas oficiales de Tokío dicen haber sido echados á pique todos los acorazados (excepto los dos capturados que antes mencionamos) y hechos prisioneros los almirantes Rojestvensky, Nebogatoff y Folkersam. De Rojestvensky se ha dicho que había sido gravemente herido por un casco de granada, y algunos corresponsales han afirmado que había muerto.

De San Petersburgo nada se ha comunicado acerca de los resultados del combate, y esta es la mejor prueba de que los informes japoneses son exactos, ya que si hubiera en ellos alguna exageración el gobierno ruso se habría apresurado á rectificarlos. La única noticia de aquella procedencia es la que dice que han entrado en Vladivostok el crucero *Almaz*, el buque hospital *Orel* y un torpedero.

Puede, pues, darse por completamente aniquilada la tercera escuadra del Pacífico, en la que tantas esperanzas tenían puestas los rusos.

En cuanto á las pérdidas de los japoneses, el almirante Togo dice que son insignificantes; pero esta afirmación (según lo que por insignificantes se entienda) resulta increíble y es de suponer que vendrá atenuada por informes posteriores.

Las consecuencias de este nuevo desastre han de ser tremendas para la causa de Rusia, tanto más cuanto que en el ánimo de todo el mundo estaba que el combate naval entre las fuerzas de Togo y las de Rojestvensky había de influir de una manera decisiva en el curso ulterior de la guerra. Los japoneses continúan siendo dueños absolutos del mar, y teniendo de este modo aseguradas las comunicaciones entre el Japón y el continente, podrán sus ejércitos de tierra proseguir su avance sin tener que preocuparse de lo que detrás de ellos dejan y sin temor á ningún peligro por aquella parte.

Con ser inmensas las pérdidas materiales sufridas en el estrecho de Corea por los rusos, mayores son quizás las consecuencias que en el orden moral ha de traer consigo para ellos la derrota. Pocos días antes de la batalla, el corresponsal de un diario de San Petersburgo en la Mandchuria escribía que la noticia de la aproximación de Rojestvensky había



El almirante ruso BIRILEFF, que ha sido nombrado comandante en jefe de las fuerzas navales del Pacífico. (De fotografía.)

despertado gran entusiasmo en el ejército, y que la llegada á los mares de la China de aquella escuadra que tantas dificultades había tenido que vencer hacía esperar en un cambio favorable á las armas rusas. Considérese, pues, el efecto que el aniquilamiento total de aquella flota habrá producido en las fuerzas de tierra, que desde que comenzó la campaña no han podido resistir ninguno de los avances sucesivos de los japoneses.

En cambio, ¡cuánto ánimo no han de dar á éstos sus continuas victorias, coronadas por la obtenida ahora por el almirante Togo!

Y no digamos lo que este nuevo desastre puede influir en la marcha de la política interior de Rusia, en donde las ideas revolucionarias tienen cada día más prosélitos y la continuación de la guerra más adversarios cada día. Este espíritu de protesta, que se ha manifestado ya recientemente por varios chispazos y que hasta ahora ha podido ser sofocado mediante sangrientas represiones, puede fácilmente generalizarse en vista de los resultados funestos del régimen allí imperante; el autocratismo, como todos los sistemas absolutos, se sostienen mientras la gloria les acompaña, mientras la victoria corona sus brillantes empresas, mientras se conserva incólume el prestigio militar que le rodea, es decir, mientras subsiste la fuerza material en que se apoya. Hoy todos estos elementos han desaparecido ó están á punto de desaparecer: la gloria se ha desvanecido, á la victoria ha sucedido la derrota, los prestigios militares han quedado quebrantados en la Mandchuria y en el mar del Japón, y la fuerza material que parecía gigantesca ha sido vencida por un pueblo joven, calificado de semisalvaje, de quien nadie hasta ahora hiciera caso y que, sin embargo, no vaciló en emprender la lucha contra el coloso á quien todos temían y respetaban.

El gobierno ruso seguramente querrá proseguir la guerra á todo trance, pues sería para él humillación sin igual ceder al enemigo á quien tanto ha menospreciado; pero ¿consentirá la nación en nuevos sacrificios cuando los hechos hasta ahora han resultado estériles? Por otra parte, estimarán las grandes potencias llegada la hora de intervenir en esta contienda y de imponer la paz á los beligerantes, satisfechos ya de haber quebrantado tan gravemente el poder moscovita y no considerando conveniente á sus intereses dar más alas al que Guillermo II ha denominado con razón «el peligro amarillo?» Preguntas son estas hoy por hoy difíciles de contestar; pero quizás antes de poco se despejen todas estas incógnitas y se llegue al restablecimiento de la paz..., sin perjuicio de que queden sobrados cabos sueltos que en un porvenir más ó menos próximo sean causa de nuevas guerras.

Al lado del último combate naval, las operaciones de la Mandchuria tienen muy poca importancia. La actividad que hace algunos días se había notado en ambos ejércitos y que hicieron considerar inminente una nueva gran batalla, ha cesado, y apenas si el estado de guerra se manifiesta allí por otras cosas que por escaramuzas entre las avanzadas. De todas estas operaciones la más interesante ha sido la correría realizada por un cuerpo de caballería al mando del general Mitchenko: el 18 de mayo estas fuerzas, después de haber pasado el río Liao, llegaron á la carretera de Fakumen, en el flanco izquierdo japonés, se apoderaron de un depósito de efectos y destruyeron el telégrafo, derrotando y dispersando á numerosas partidas de kunghuses; el 19 prosiguieron su movimiento de avance y atacaron un fuerte destacamento japonés, aniquilando dos compañías, haciendo prisionera otra y apoderándose de dos cañones revólvers; y después de haber dispersado un numeroso convoy y causado algunos daños en el telégrafo, regresaron á su campamento.

El almirante ruso Birileff ha sido nombrado comandante en jefe de la escuadra del Pacífico y en breve se trasladará á Vladivostok. Este nombramiento, sin embargo, resulta al presente inútil después del desastre de la flota de Rojestvensky.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El general ruso Daniloff esperando las avanzadas de las columnas japonesas en las trincheras construídas á diez kilómetros del desfiladero de Tieling después de la batalla de Mukden. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Llegada á Guntchulin de los cañones rusos salvados en la batalla de Mukden. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Soldados europeos del 4.° cuerpo ruso revistados en Guntchulin. (De fotografía.)



El capitán BUCHVOSTOFF, del *Alejandro III*



El capitán YEGORIEFF, del *Aurora*



El capitán TSCHAGIN, del *Almaz*



El capitán BAER, del *Ostiablia*



El capitán SEREBRIAKOFF, del *Borodino*



El capitán IGNATIUS, del *Knias Suvoroff*



El capitán FERSEN, del *Izumrud*



El capitán BRUSILOFF, del *Gromoboi*



El general KAZBECK

GUERRA RUSO-JAPONESA.—Comandantes de los principales buques de la escuadra rusa de Rojestvensky, gobernador de Vladivostok y comandante del buque «Gromoboi,» de la división de Vladivostok. (De fotografía.)

D. FRANCISCO SILVELA

Ha sido uno de los hombres que más han influído en los destinos de la nación española en estos últimos tiempos; y mayor aún habría sido su influencia, si á su vasto talento hubiese correspondido una voluntad firme y sostenida. Dotado de privilegiada inteligencia, guiado por rectos principios, animado de nobles aspiraciones, supo como pocos de nuestros estadistas estudiar y comprender los más complejos problemas de la gobernación del Estado y apreciar los males que á España afligen, y concebir las mejores soluciones de aquellos problemas y los remedios más á propósito para curar estos males. Pero cuando llegaba el momento de aplicar dichas soluciones y remedios, la voluntad flaqueba ante las dificultades que habían de vencerse.

Y hasta tal punto llegó en él esa flaqueza de ánimo, quizás hija más bien de la modestia que de la falta de valor, que cuando se hallaba en el apogeo de su carrera política, cuando contaba con una hueste numerosa é incondicionalmente adicta, cuando como jefe del partido conservador veía cifradas en él tantas esperanzas y contaba con la confianza ilimitada de valiosísimos elementos, se retiró de la vida pública para consagrarse á su bufete, uno de los mejores de la corte, y á los estudios filosóficos y literarios por los cuales había sentido siempre gran predilección.

Y sin embargo, hubo un momento en su historia en que su voluntad fué enérgica; en que no le arredró la lucha con el que fué árbrito de los destinos de España y en las filas de cuyo partido militaba el Sr. Silvela. Su separación ruidosa de Cánovas, es uno de los rasgos de independencia de carácter y de valor moral que menos suelen verse en los políticos: aquel acto le valió, al morir aquel ilustre estadista, la jefatura del partido conservador, jefatura que poco después había de abandonar espontáneamente.

La personalidad del Sr. Silvela ha sido de todos modos una de las más salientes en la política española contemporánea, y en muchas cosas su modo de pensar y aun de obrar podrá ser señalado como modelo á los que pretendan regir el gobierno de nuestra patria.

Nació en Madrid en 15 de diciembre de 1843 y después de haber cursado Derecho, ganó á los veinte años por oposición la plaza de auxiliar del Consejo de Estado, que abandonó en 1869 para dedicarse al foro, á la política y á la literatura. Fué diputado aquel mismo año en las Constituyentes y logró muy pronto grandes éxitos parlamentarios. En el primer ministerio que se constituyó después de la proclamación de Alfonso XII, confiósele la subsecrataría del Ministerio de Gobernación, y en 1879 desempeñó esta cartera en el gabinete de Martínez Campos. En 1883 fué ministro de Gracia y Justicia con Cánovas y en 1890, también con Cánovas, volvió á encargarse de la cartera de Gobernación, que dimitió en 1891. Desde entonces, aun sin dejar de pertenecer al partido conservador, se mantuvo dentro de éste en una actitud independiente, capitaneando un grupo de disidentes. En 1900 fué presidente del Consejo de Ministros, y bien puede afirmarse que se encontró entonces en una situación excepcional y en condiciones como pocas favorables para realizar ó á lo menos sentar las sólidas bases de lo que se llamó la regeneración en nuestra patria. Algo hizo en este sentido, sobre todo en materias de hacienda; pero más hubiera podido hacer si, como antes decimos, á sus dotes intelectuales hubiesen correspondido las energías de su voluntad.

Ha muerto completamente apartado de la política activa, aunque no sin influir más ó menos indirectamente en ella desde su retiro y sin que sus consejos y hasta su apoyo moral fuesen solicitados por los que en la dirección del partido conservador le sucedieron.

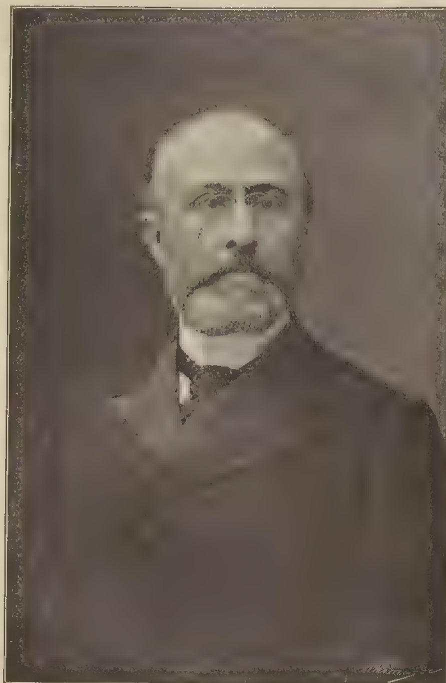
Como literato y filósofo ha dejado D. Francisco Silvela unido su nombre á obras tan importantes como *El mal gusto de la literatura en el siglo* XVII, *Los neocultos* y *Cartas de Sor María de Agreda y del rey Felipe IV.*

Ultimamente había dado en el Ateneo de Madrid una serie de notables conferencias sobre la *Historia de la Etica en España.*

Era el Sr. Silvela miembro de las academias de la Lengua, Jurisprudencia, Historia, Bellas Artes y Ciencias Morales y Políticas y caballero del Toisón de Oro, y poseía gran número de condecoraciones nacionales y extranjeras.

Su muerte ha sido hondamente sentida, no sólo por sus amigos, sino también por sus adversarios políticos, pues su afabilidad, su cortesía y su cultura le habían conquistado universales simpatías.

¡Descanse en paz!—S.



EXCMO. SR. D. FRANCISCO SILVELA,
fallecido en Madrid en 29 de mayo último. (De fotografía.)

MISCELÁNEA

Espectáculos.— *Barcelona.* – La Asociación Musical de Barcelona ha dado en el teatro de Novedades tres notables conciertos. En ellos se han ejecutado el *Concierto en Re mayor*, de Haendel y el *Aria de la* 3.ª *Suite* y el *Aria en Mi mayor*, de Bach, para orquesta de cuerda; la *Sinfonía concertante*, de Mozart, para violín, viola y orquesta; la *Sinfonía en Re*, de Haydin, y el *Minuetto de la ópera «Ifigenia en Aulida,»* de Gluck, para orquesta; el *Aria de Idomeneo*, de Mozart, y el *Aria «Ah, pérfido',»* de Beethoven, para soprano y orquesta, que cantaron respectivamente las señoritas Soler y Correa. Todas estas piezas tuvieron una ejecución muy acertada, sobre todo el concierto de Haendel, que hubo de ser repetido. Pero las obras que más grandiosa impresión causaron fueron el oratorio de Beethoven *Jesús en el Monte Olivete*, y las cantatas *Wachtet auf* y *Jesu der du meine Seele*, de Bach, las tres ejecutadas admirablemente por el cuarteto de solistas señoritas Soler y Correa y Sres Bosch y Segura, y por las secciones coral y orquestal de la Asociación. En los tres conciertos, las ovaciones han sido entusiastas, correspondiendo una buena parte de ellas al maestro Sr. Lamothe de Grignón, alma de la Asociación Musical y de cuyo talento y perseverancia puede fundadamente esperarse que logrará poner esta institución á la altura de las mejores similares: lo mucho que ha hecho hasta ahora es prenda segura de que no tardará en completar y perfeccionar su obra. Los amantes de la buena música deben agradecimiento á la Asociación Musical de Barcelona por sus brillantes campañas artísticas, de las que hemos ido dando cuenta en LA ILUSTRACIÓN, y sobre todo por haber dado á conocer en Barcelona obras de tanto empuje y tan hermosas como las tres citadas de Beethoven y Bach.

– En el propio teatro de Novedades ha dado dos conciertos el «Orfeó Catalá.» Ejecutáronse en el primero, entre otras piezas, el motete de Bach *Komm Jesu Komm*, á ocho voces; el *Stabat Mater*, de Palestrina; *La mort del escolá*, *Teresa* y *Captant*, de Nicolau; *Las flors de maig*, de Clavé; *Negra sombra*, de Montes; *Cansó de noys*, de Grieg, y *Montanyas regaladas*, de Sancho Marraco. En el segundo se repitieron el motete de Bach; el *Stabat Mater*, de Palestrina, y *Captant*, de Nicolau, y se cantaron varias de las composiciones de los Sres. Lambert, Civil, Cogul y Mas y Serracant, y de la señorita Freixas, premiadas en la «Fiesta de la Música Catalana,» de que luego hablaremos. Tratándose del Orfeó, creemos inútil elogiar la maestría con que todas las composiciones fueron ejecutadas y que ya es tradicional en esta institución; únicamente diremos que cada pieza valió una ovación á los coros y al maestro Millet, que tan admirablemente los dirige.

– La «Festa de la Música Catalana,» organizada por el Orfeó Catalá, se celebró también en el teatro de Novedades y á ella asistieron en corporación el Ayuntamiento y la Diputación Provincial. Los premios se otorgaron en la forma siguiente: primer accésit al primer premio (que no se adjudicó) á D. Juan B. Lambert, por *La cansó de la bandera;* premio del Cardenal Casanyas á D. Domingo Mas y Serracant, por una *Misa* polifónica á cuatro voces; premio del «Centre Excursionista de Catalunya» á D. Joaquín Pecamins, por una colección de melodías populares; premio del Ateneo Barcelonés, á D. Valerio Serra y Boldú, por una colección de canciones populares; premio de la «Lliga Regionalista,» á D. José Civil y Castellvi, por una colección de melodías para canto y piano; premio del Dr. D. Federico Vinyas á D. José Civil, por una colección de cantos escolares; premio de don Juan Millet, al profesor del Orfeó D. Francisco Pujol, por una colección de composiciones desconocidas de maestros anteriores al siglo XVIII; y premio de la sección coral del Orfeó á D. Juan B. Lambert, por una colección de canciones armonizadas á coro mixto.

Obtuvieron accésit los Sres. Alfonso, Sancho Marraco, Arezo, Cogul y Lambert, y menciones honoríficas la señorita Freixas y los Sres. Molgosa y Argelada.

Las tres secciones del Orfeó cantaron magistralmente algunas de las obras premiadas, que fueron aplaudidas con gran entusiasmo.

Comenzó la fiesta, que resultó hermosa bajo todos conceptos y de la cual fué proclamada reina la bella señorita D.ª Eulalia Lambert, con un elocuente discurso del Presidente del Jurado, el eminente músico D. Felipe Pedrell, al que siguió la lectura de una interesante memoria de D. Luis Millet, haciendo estudio concienzudo de las composiciones premiadas. Terminada la distribución de premios, el Presidente del Orfeó D. Joaquín Cabot pronunció un sentido discurso de gracias.

Espectáculos.— *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *La variation*, comedia en cuatro actos de Pedro Souldine, y *L'agrafe*, comedia en un acto de Grenet-Dancourt y Destrem; en el teatro de la Porte Saint-Martin *Pauvre fille*, drama de Gerardo Hauptmann, adaptado á la escena francesa, por Juan Thorel; y en el teatro Italiano *Zaza*, comedia lírica en cuatro actos, tomada de la comedia lírica de P. Bertón y C. Simón, letra y música de Leoncavallo.

Necrología.—Han fallecido:

Marcelo Schwob, poeta francés, del grupo de los simbolistas.

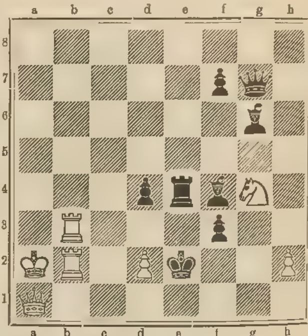
Víctor Weishaupt, pintor alemán, profesor de la Academia de Artes plásticas de Carlsruhe.

Lewis Wallace, político y escritor norteamericano, autor de varios libros, entre los cuales merece citarse en primer término *Ben Ibur*, que es indudablemente la obra más leída en la América del Norte.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 388, POR J. VAN DIJK.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 387, POR E. KRIEGER.

Blancas.	Negras.
1. Rh2-g1	1. f5-f4
2. Ag6-c2	2. Cualquiera
3. Da3×a4 jaque	3. Ra5×a4
4. Tc6-a6 mate.	

VARIANTES

1.... Cg7-h5 ó e8; 2. Ag6-e8, Ch5 juega; 3. Da3×a4jaq., etc
Cb3 juega; 3. Da3×c5jaq., etc.
1.... Cg7×e6; 2. Tc6×e6, f5-f4; 3. Ag6-e8, etc.
Cb3-d4; 3. Da3×c5jaq., etc.
1.... Cb3-d4; 2. Da3×c5 jaq., etc.



Mientras Alberto andaba por las calles engañando con una marcha forzada...

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Mientras Alberto andaba por las calles engañando con una marcha forzada la agitación violenta que le había producido aquel breve coloquio, Gabriela, con las manos cruzadas en el bastidor, se preguntaba cuándo tendría valor para pronunciar cierta frase que había tenido en los labios y que el librepensador había leído en ellos de un modo bastante claro para ver con terror la amenaza que entrañaba. La muerte había libertado á la divorciada del antiguo lazo y podía ser la esposa de Alberto ante Dios, casarse con él religiosamente.

El obstáculo insuperable había desaparecido. ¿Era posible que el padre de Juana, que había permitido que su hija se educase católicamente, negase á la madre el matrimonio eclesiástico, consagración suprema de su hogar? Gabriela se contestaba á sí misma que no, pero el temor le oprimía el corazón. ¿Qué iba á ser de ella si rehusaba?..

La sensación, común á los dos, de que una de las bases esenciales de su vida se había modificado por la muerte del primer marido, suspendió por unos días la discusión que ambos consideraban inevitable sobre el matrimonio religioso.

Ese aplazamiento no procedía en uno y en otro de la misma causa. Alberto no podía provocar una conversación que suponía que aquel suceso había modificado sus relaciones con su mujer, lo que su orgullo no podía admitir. Para él Gabriela había sido su mujer viviendo Chambault y seguía siéndolo después de muerto. No era la viudez lo que la había hecho libre, sino el divorcio. Gabriela, por el contrario, acababa de ser libre á sus propios ojos por la viudez y había salido de aquel equívoco del divorcio que tanto le había hecho sufrir en los últimos meses. ¿Salido?.. No por completo, puesto que su matrimonio con Alberto era sólo civil, y nulo para su conciencia actual.

La idea de estar casada al fin con aquel hombre amado por el único vínculo en que ella ahora creía, la inundaba de una esperanza tan dulce que le daba miedo. Deseaba tan vivamente obtener de él ese consentimiento, que no se atrevía á pedírselo. No se le ocultaba que el estado actual no podía prolongarse; era preciso que se explicasen, y aun cuando no quería abrigar dudas sobre el éxito del paso que iba á dar, lo aplazaba... ¿Para cuándo?.. ¿Por qué?.. Hombres que no creen consienten todos los días en casarse cristianamente con una joven que no consentiría de otro modo en ser su esposa, y no se consideran deshonrados por eso. Gabriela hacía este razonamiento para concluir que lo mismo sucedería con Darrás.

Pero después, conociendo aquel carácter, veía la incertidumbre de tal analogía tratándose de él, y la perspectiva de la resolución que tendría que tomar si Alberto no quería regularizar su unión la llenaba de espanto.

Durante la semana que transcurrió entre la partida y la vuelta de su hijo, todas las mañanas dejó para la noche y todas las noches para el día siguiente aquella batalla decisiva, excusándose su debilidad por las dificultades con aquel hijo, suspendidas por su viaje á Villefranche. Luciano le había anunciado su visita en cuanto volviera, y Gabriela esperaba que en aquel momento renovaría la demanda de un permiso que ya dependía de ella sola. Tenía tal costumbre, desde hacía tantos años, de buscar siempre el apoyo de Alberto en las circunstancias importantes, que la idea de afrontar esa lucha sin estar enteramente de acuerdo con él, la desconcertaba de antemano.

Era, pues, preferible que aquel asunto de su oposición legal al matrimonio de Luciano estuviese arreglado antes de la explicación decisiva. La madre estaba además muy alarmada por el cambio que había observado, respecto de este asunto, en Darrás desde su visita á la calle de Francisco I y de su entrevista con Berta Planat. Era evidente que se libraba en su interior una lucha, y de ello tuvo Gabriela una segunda prueba al día siguiente de haber recibido la esquela mortuoria que había provocado aquella conversación, prólogo de otra más grave. En efecto, habiendo preguntado á su esposo si convendría llamar al notario para tomar las medidas necesarias, puesto que la muerte del padre había anulado su autorización, Alberto le contestó:

—¿Para qué molestar á Luciano?.. Espera su visita y obrarás en consecuencia. No puede hacer nada sin ti, y vale más, por ti misma, que no crees nuevos incidentes. Tenemos delante de nosotros dos años cumplidos antes de que pueda casarse sin tu permiso...

—¿Dos años?.. ¿Pero cómo se pasarán esos dos años? Luciano tiene ahora una fortuna y esa mujer no soltará su presa.

—Así lo hubiera yo pensado antes de conocer á Berta Planat, pero la justicia me impide creer sin pruebas indiscutibles que sea falsa é interesada. Te lo he dicho; su actitud, su mirada, su voz, sus palabras, todo me asombró en ella. Hay que tener valor para reformar nuestros juicios, si nos hemos engañado, aunque esto nos humille. ¿Estamos en ese caso? Pronto sabremos exactamente á qué atenernos... Esa mujer tiene una gran influencia sobre Luciano... Veremos cómo la emplea. He hablado con ella, y si Luciano le había ocultado nuestras intenciones, ya está enterada, y si hay en ella un poco de nobleza, tendrá á honor el no dejar que dure el disentimiento que ha alejado de ti á Luciano. La fortuna de que hablas tendrá, al menos, la ventaja de que Luciano pueda establecerse solo, sin que esto constituya una ruptura con nosotros.

—¿No esperas, entonces, que vuelva? ¡Parecías tan convencido y me lo habías prometido con tal seguridad!..

—Estaba entonces seguro, pero ahora lo estoy menos, por una razón que debe más bien tranquilizarte. He creído que volvería mientras estuve persuadido de la indignidad de esa mujer... Pero ¿y si las averiguaciones no dan resultado? ¿Y si, en efecto, no hay nada en su pasado? Te aseguro que empiezo á creerlo...

Unos días después dijo Alberto á su mujer:

—He tenido noticias del ministerio. Los testimonios recogidos en Clermont son unánimes. Berta Planat no ha dado, durante sus estudios, más que ejemplos de trabajo y de buen comportamiento. Su historia en París ha sido abultada con rabia por los pocos estudiantes y profesores clericales de la Universidad, precisamente porque esa joven había sido irreprochable durante su preparación para los exámenes. Éstos fueron brillantísimos, y se conocían sus ideas y las de un tío suyo que la ha educado y que es uno de los jefes socialistas de la población. Faltan los informes sobre su vida en el barrio latino... Si no se encuentra tampoco nada por ese lado, fuera de las relaciones que ella confiesa, mi conciencia me obligará á reconocer que Luciano tenía razón.

—Tú no me aconsejarás, sin embargo, que consienta ese matrimonio...

—Te aconsejaré que hables á tu hijo con toda franqueza, como lo hicimos la primera vez. Yo también le diré mis dudas actuales, cómo me han ocurrido y por qué motivos he pensado primero de un modo y luego de otro. Entonces tendremos derecho á pedirle que tenga paciencia esos dos años y estaremos seguros de no haber cometido una injusticia. Desde mi conversación con ella tengo ese miedo, que me es muy penoso...

De este modo, Gabriela estaba expuesta á tener que luchar contra Alberto al luchar contra Luciano á propósito de aquella mujer.

Su aversión de madre respecto de la seductora era más intransigente por lo mismo que se encontraba ella también en una situación incorrecta de esposa. En un momento de loca exaltación pudo asimilar su situación de esposa divorciada y vuelta á casar civilmente, con la situación irregular de la desdichada novia de su hijo; pero en realidad todo su ser se sublevaba al pensar que semejante comparación fuese posible. ¡Qué impaciencia la suya por que dejase de serlo!

Durante aquella semana de un último aplazamien-

to estuvo tentada veinte veces por volver á casa del padre Euvrard, segura de que el sacerdote le ordenaría plantear en seguida al que era su marido según el Código la cuestión de que lo fuera según la Iglesia. Y veinte veces había rechazado la idea de esta visita, pensando que si se la ocultaba á Alberto, no se lo perdonaría ella misma, y si se la decía sería él quien no le perdonaría el haber de nuevo introducido á un tercero en sus asuntos.

Y Gabriela esperaba con una impaciencia que hacía más febril la falta de noticias de su hijo desde aquella carta tan cariñosa en que le participaba la muerte de su padre. No era extraño que prolongase su estancia en el Aveyron, donde poseía ahora cuantiosos intereses; pero ¿qué ocurría para que no sintiese la necesidad de acercarse á ella por el corazón?

Los correos se sucedían sin traerle carta alguna y Gabriela se perdía en conjeturas á veces insensatas, como la de una enfermedad que se le ocultaba ó el casamiento con Berta Planat, realizado gracias á la ignorancia ó á la complicidad de algún alcalde rural...

¿Qué sabía ella?.. Y pensando estas cosas la invadía el espanto por una expiación del escándalo de vivir con un hombre á quien el mundo y ella misma llamaban su marido y que no lo era... Entonces temblaba y formaba con todo fervor el propósito de hablar á Alberto el mismo día en que volviese Luciano. Acabó por transformar esta resolución en un voto, y se fué á San Sulpicio á prometer á Dios tener ese valor.

Y tal era su sinceridad, que en el momento en que recibió la carta de Luciano anunciándole su visita para el día siguiente, por poco se desmaya ante la idea del compromiso adquirido, pero no le ocurrió siquiera el faltar á él. En cuanto su hijo saliera de su casa, se efectuaría la conversación con Darrás. Éste estaba justamente inquieto al ver que palidecía de aquel modo al leer la carta de Luciano, y le dijo:

—Debes ser más dueña de ti misma.

Y añadió vacilando un poco:

—Con más motivo, puesto que temo que esta entrevista sea dolorosa... Sí, cuando me encontré con Luciano en casa de su padre, tuve la impresión de que estaba todavía más cambiado... No te lo dije entonces, pero más vale que estés prevenida. Temo que se hayan agravado las disposiciones en que ya estaba respecto de nuestro matrimonio...

—¿Pues no me dijiste que no hubo nada entre vosotros en aquel momento?

—No hacen falta palabras entre personas que se conocen como nosotros; basta la mirada. Más le hubiera querido como le vimos aquí, injusto, violento, furioso... Entonces era yo alguien para él, y su cólera no era más que su cariño exasperado...

—¿Y el otro día?.. ¡Acaba!..

—El otro día comprendí que yo no existo para él; lo vi en el propósito de no conocerme que se leía distintamente en sus ojos... Puedes adivinar las reflexiones que he hecho... Acaso me habré engañado; pero, si he visto bien, esta conversación entre vosotros, viniendo él de donde viene, podría ocasionarte duras sorpresas. Trata de conservar mucha calma. Las condiciones no son ya las mismas, puesto que ya no puedes temer una acción inmediata. La ley está de nuestra parte... Procura solamente que Luciano no se vaya de aquí para no volver...

No dijo más. Las impresiones resumidas en esas frases ambiguas habían sido tan amargas, que le era penoso insistir. Su advertencia correspondía bien con ciertas ideas que había despertado en Gabriela el silencio de su hijo en aquellos ocho días, así fué que no trató de arrancar á su marido unas explicaciones que le habrían sido violentas y que no le hubieran dicho nada nuevo.

Cuando al día siguiente entró Luciano en el saloncillo, en donde se habían cruzado, la semana anterior, tan terribles frases entre los tres, su madre comprendió á la primera ojeada que Darrás no se había engañado. Tenía delante una persona á quien no conocía del todo. El haber asistido á los últimos días de su padre, el haber ido á aquel rincón de provincia de donde descendía su familia y el haber vivido aquella semana entre parientes y recuerdos del muerto, había suscitado en el joven ideas y sentimientos muy diferentes á los de otro tiempo.

Gabriela llegaba á la prueba más dura para una mujer divorciada y vuelta á casar: su hijo había dejado de darle completa y absolutamente la razón. No tenía ya ni aquella expresión cariñosa manifestada instintivamente en su esquela; ya no era «su pequeño.» A su pesar acaso, era su juez.

Así lo leyó Gabriela en su cara demacrada, en sus pupilas brillantes y su boca trémula, y en el momento pasó al segundo término de sus preocupaciones la cuestión del matrimonio con Berta Planat, que tan alarmada la tenía. La diferencia entre su última entrevista, tan dolorosa, pero tan cariñosa todavía, y la actual, quedó marcada por el hecho insignificante, aunque muy significativo, de que no se precipitaron el uno hacia el otro, como entonces; Gabriela apenas se levantó del sillón en que estaba trabajando para besar á su hijo larga y silenciosamente; no habría tenido fuerzas para salir á su encuentro, tanto miedo le inspiraba aquel cambio de corazón del joven anunciado por Darrás. Por otra parte, otro hecho insignificante también, pero también muy significativo, vino á aumentar su turbación; el contraste entre el traje de luto de Luciano y el vestido de color que ella llevaba. Gabriela, sin embargo, se había puesto uno muy obscuro, pues su sensibilidad de mujer había previsto aquel detalle, aunque sin atreverse á vestir luto para que no se ofendiera Alberto. También Luciano se estremeció ante aquel visible símbolo del divorcio que separaba á sus padres aun después de la muerte, y respondió con voz triste cuando ella le preguntó afectuosamente:

—¿Has sufrido mucho, hijo mío?..

—Sí, mamá, más de lo que puedo decir.

—Puedes decirlo todo... Yo puedo oirlo todo también... La muerte borra muchas cosas, y en el momento en que tienes una pena, sobre todo esa, puedes estar seguro de que tomo parte en ella.

—Lo sé; pero el hablar de esto, ni aun á ti, me haría daño... Era mi padre, y por muchas que fueran sus culpas contigo y conmigo, al verle morir he sentido que le conservaba un cariño que yo no sospechaba. Ha muerto tranquilamente; había tenido algunas crisis de delirio muy penosas; pero el delirio pasó y mandó llamar á un sacerdote, deseo al que creí deber mío acceder. Cuando el sacerdote hubo salido, tuvo todavía media hora de lucidez, durante la cual conversó conmigo; luego le invadió un sopor y murió sin señales de sufrimiento. Le daban inyecciones de éter y ni siquiera las sentía. En esta última conversación me dió un encargo para ti, según se te decía en mi billete: ha querido que te pidiese perdón en su nombre por no haber sido contigo como debía. Ha podido cometer muchas faltas, pero te juro, mamá, que no era un mal hombre. ¿Le perdonas? Dime que le perdonas. Necesito que me lo digas...

—Le perdono, respondió sencillamente Gabriela.

Su hijo la interrumpió en seguida como si temiera cualquiera otra palabra:

—Gracias en su nombre y en el mío...

Luciano hizo un ademán indicando á su madre que no pronunciara una palabra más y se puso la mano en los ojos, como para dominar una intensa emoción. Después, ya más tranquilo, añadió:

—Acabas de hacerme mucho bien y quisiera que pudiéramos conservar esta impresión tan dulce. Pero hay que tratar otro punto y sería pueril el aplazarlo. El otro día no fuimos dueños de nosotros mismos ni tú, ni yo, ni...

No nombró á su padrastro y concluyó bruscamente:

—En fin, ya comprendes que se trata de mi casamiento...

—¿Es indispensable que hablemos de eso ahora? Estamos los dos conmovidos y hemos sentido lo mismo sobre un asunto muy delicado... No planteemos hoy las cuestiones que nos separan...

—Ese asunto debe quedar resuelto hoy mismo, respondió Luciano con firmeza. Además, la frase que acabas de pronunciar me dice claro tus intenciones. Permíteme que te las haga precisar. No estoy, como ves, exaltado y puedes responderme con toda franqueza. Sé por mi notario que estás al corriente del paso que di cerca de mi padre. Si el impedimento á mi matrimonio hubiera venido de ti, de ti sola, hubiera vacilado antes de emplear ese medio que me daba la ley... No es contra ti contra quien he obrado; quería afirmártelo... Pero, con razón ó sin ella, dí ese paso y obtuve el consentimiento de mi padre, que me lo concedió con entero conocimiento de causa, pues no le oculté nada de las condiciones en que se encuentra mi prometida. Estaba enfermo, es verdad, pero conservaba todo su juicio y quiso probarme que me quería no oponiéndose á una unión que era mi más apasionado deseo y que será mi felicidad. Si él hubiera vivido dos semanas más, la boda se hubiera realizado; pero su consentimiento es hoy nulo, y sólo depende de ti que yo pueda casarme. ¿Confirmarás ó no la última voluntad de mi padre?

—No puedo aceptar la cuestión planteada en esos términos, dijo vivamente la madre, á la que la pregunta de Luciano había herido en lo vivo. Cuando me has hablado de perdón, creo haberte respondido como debía y muy sinceramente. No me pidas que vaya más lejos y que tenga en cuenta una voluntad que, para mí, nunca ha sido legítima... Ya ves que tenía yo razón cuando te suplicaba que no tratásemos este asunto, pues me fuerzas á decirte cosas que hubiera querido callarte. No sabes cuán desgraciada me hizo ni cuántas lágrimas me costó que dieras el paso de que acabas de hablar. Dices que no lo hiciste contra mí; pero yo no puedo aceptar que me separes de Alberto, de mi marido, de ese hombre excelente al que siempre has llamado padre y que lo ha merecido y sigue mereciéndolo por su abnegación. ¿Quieres saber lo que me dijo ayer mismo, cuando llegó tu carta? *Trata solamente de que Luciano no salga de aquí para no volver.* Estas fueron sus palabras... ¡Y si supieras cómo ha aprovechado la ocasión de abogar por ti!.. Acaso hago mal, pero quiero decírtelo todo... Ha visto á la persona con quien quieres casarte, y la ha visto, como sabes, en circunstancias que te prueban lo que eres para él... No podía haber hecho por ti mayor sacrificio que el ir á aquella casa para salvarte. La casualidad quiso que esa joven y él se explicasen, y su impresión fué muy diferente de lo que él esperaba. Mentiría si te dijera que ha cambiado de ideas, pero sí dice que acaso la hayamos juzgado un poco de prisa. Confiesa que teníamos motivos muy naturales para temerla... Pero, en fin, si se nos demostrase que es realmente como tú la ves, si supiéramos que sería para ti una buena esposa, acaso yo también modificase un día mi modo de pensar. Será cuestión de tiempo, y creo justo que me lo concedas para darte una respuesta definitiva...

Al pronunciar estas palabras, en las que se veía tan claramente su apasionado deseo de defender á su segundo marido contra el hijo del muerto, Gabriela buscó en los ojos de Luciano un resplandor de duda que no encontró. Por el contrario, la fisonomía del joven se había ensombrecido más. No respondió al pronto, y se puso á pasear por la habitación, hasta que se paró de repente delante de su madre y dijo precipitadamente y con expresión de amargura:

—¿Para qué darte tiempo?.. Hay cosas que no pueden cambiar. El tiempo no hará que el Sr. Darrás no haya insultado á mi prometida, y á mí al mismo tiempo, de un modo que no puede reparar. El tiempo no hará que él no haya reivindicado derechos sobre ti á expensas de los míos, ni impedirá que yo haya tenido que marcharme de esta casa, que no es tuya, sino vuestra... Sí, es preciso que lo diga todo... ¿Dónde voy á pasar el tiempo que me pides? ¿Cuál será mientras tanto mi hogar?.. ¿Vuestra casa? ¡Jamás!.. No podría...

—¡Luciano!, exclamó la madre levantándose y cogiéndole las manos. Tú no dices lo que piensas... No es posible que sientas así... No es cierto...

—Lo es...

—No..., no... El rencor te extravía y te hace duro é ingrato... Olvida estas horribles semanas y recuerda el pasado... ¿No has sido dichoso aquí?

—Lo he sido.

—¿No se te ha querido? Atrévete á decirlo...

—Se me ha querido.

—¿Mi marido no ha sido para ti el mejor amigo durante muchos años?

—Lo ha sido.

—¿Cómo has podido, entonces, articular esas palabras monstruosas?

—No son monstruosas, mamá; son la verdad... No se trata del pasado, sino del presente y del porvenir. La idea de que estoy aquí de más empezó á crecer en mí hace mucho tiempo. Al principio fueron celos, que te ocultaba porque me daban vergüenza. Tú no tenías la culpa de que á mí me hiciera sufrir el que no fueras más mía. Se trataba de pequeñeces. ¿Quieres un ejemplo? Nunca recibías una carta mía sin enseñársela *á él*. ¡Cuántas he roto en el regimiento á causa de esa miseria!.. Ha habido después no pocos rozamientos de los que él tampoco tenía la culpa. Yo llamaba padre á tu marido y él me trataba como á un hijo, con esa autoridad que se extiende á los menores detalles de la vida. ¡Cuántas veces me he sublevado contra eso!.. Ha habido, por último, su gran injusticia contra mi prometida y mi desilusión sobre el carácter de tu marido... Me ha hecho sufrir mucho que le dieses la razón contra mí en una circunstancia en que yo no le estimaba... Ha habido, sobre todo, mi estancia al lado de mi padre, desde el momento en que fuí á su casa, avergonzado casi de ello... El cariño que me demostró me conmovió hondamente, porque comprendí que se arrepentía... Sentado á su cabecera, le he oído recordar su vida fracasada, y he tenido la prueba de que él valía más que esa vida. Sus añoranzas iban sin cesar á ti y á los días de vuestra boda y de mi nacimiento... Sería una locura; pero, al oirle, no podía yo menos de soñar con la vida que hubiera tenido entre vosotros dos si tú hubieras podido no dejarle. ¡Quién

sabe! Puede que se hubieran desarrollado las buenas cualidades de su naturaleza... Las tenía, y muchas. Lo he comprendido por lo que me han contado de él sus compañeros de infancia y de juventud en Villefranche... No te acuso, mamá. No tuviste fuerza para soportar sus defectos más que hasta cierto punto, ni aun por mi causa. ¡Porque yo existía!.. La comparación entre lo que ha sucedido y lo que hubiera podido suceder me ha sido muy penosa... ¡No te juzgo, te lo repito! Pienso en alta voz contigo, porque te voy á dejar, porque voy á hacer una vida contraria á tus ideas y á tus deseos, y quiero decirte todas las razones que á ello me mueven. No soy un mal hijo, pero no tendría fuerzas para volver aquí y recobrar mi puesto en vuestro hogar... Sería muy desgraciado...

Mientras Luciano hablaba, mirábale su madre sin una lágrima, sin un sollozo, con la vista fija, en ese estado de aniquilamiento que producen ciertas catástrofes en las que el exceso del dolor paraliza toda reacción. Había sufrido mucho en aquellas dos semanas al chocar con las consecuencias de su segundo matrimonio, consentido en otro tiempo después de una gran lucha de conciencia. Pero nunca su sufrimiento había sido tan atroz como ahora.

No eran ya las consecuencias de su acto lo que tenía delante, era el acto mismo, hecho presente y como concreto por las quejas de su hijo. En el relámpago de una alucinación retrospectiva, Gabriela recorrió todas las etapas que le habían conducido á él. Primero, su salida del hotel Chambault, que entonces creyó justificada. ¡Si hubiera sido más paciente y no hubiera producido la demanda de separación que exasperó el rencor del padre de Luciano!..

En la época de aquel proceso, su marido le pidió que volviera, y ella se negó. Después, cuando él quiso convertir la separación en divorcio, ella afectó no oponerse... Era verdad, por lo tanto, que tenía su parte de responsabilidad en aquel divorcio; era verdad que al volverse á casar, existiendo su hijo, se había condenado á no poder responderle si alguna vez le decía: «Me has sacrificado.» Para quedar absuelta á sus propios ojos era preciso que aquel hijo no protestase jamás contra la intrusión del extraño, y hacía más que protestar, se marchaba.

La tragedia de familia que envuelve virtualmente todo divorcio llegaba á su supremo y lógico episodio. El segundo matrimonio manifestaba su radical incompatibilidad con los restos vivientes del primero. ¿Era eso lo que había querido la madre?.. Era, sí, lo que había hecho. Y Gabriela gimió:

-Dices que no me juzgas, pero ¿qué juicio puedes hacer más cruel que decir que en mi casa no estás en la tuya y que eres desgraciado al lado mío?.. Pero yo no lo acepto. Es una horrible pesadilla. No te he oído hablar de ese modo, á ti, á mi Luciano... No, no creo lo que me dices... Alberto y tú sois demasiado sensibles. Los dos sois orgullosos y tímidos y habéis dejado establecerse entre vosotros una horrible mala inteligencia. Es preciso que os expliquéis. Alberto nunca ha sabido lo que tú pensabas, te lo juro... Se lo dirás, como á mí, y no quedará nada, nada, nada...

—¡Pobre mamá!.. ¿Para qué mentirnos los unos á los otros? ¿Para qué retroceder ante una evidencia que hemos tenido los tres en este mismo sitio?.. Mi padrastro sabe cómo pienso y á ti te consta que lo sabe... En este instante, mientras nosotros hablamos, está él en su despacho, detrás de esa puerta... ¡y no entra!.. ¿Por qué sino porque no hay sitio ya para los dos á tu lado? Y tú lo ves así de tal modo, que no irás á buscarle y no provocarás una explicación entre nosotros delante de ti. Te das cuenta de que sería inútil y peligrosa...

—Es necesaria, dijo Gabriela, y voy á buscarle.

Se dirigió con decisión á la puerta del despacho, levantó la cortina para buscar el botón de la cerradura y no le dió la vuelta. Por un segundo se estuvo así, temblando de tal modo, que tuvo que apoyarse en el marco. Y su mano cayó sin haber abierto. Entonces se separó de la puerta, que no se había atrevido á abrir, y volvió hacia su hijo diciendo:

—Tienes razón... Me da miedo... Pero, desgraciado niño, ¿no comprendes que os amo lo mismo al uno que al otro?.. Por eso no soportaría el veros frente á frente... ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!.. Acaso he sido muy culpable divorciándome y volviéndome á casar, pero en este momento estoy bien castigada...

—¿Tú?.. ¿Culpable tú?.. ¿Tú, querida mamá? ¡No digas eso, te lo suplico, no lo pienses siquiera!..

Luciano la obligó á sentarse en un sillón y se arrodilló delante de ella para besarle las manos, conmovido hasta el fondo del alma por aquel grito de martirio.



—¡Luciano!, exclamó la madre levantándose y cogiéndole las manos

—El culpable soy yo, yo quien merece castigo por haberte dado esa impresión de reproche y de queja. ¡Y yo, que sólo había venido para repetirte mi culto, mi devoción!.. Quería hacerte comprender que después de salir de esta casa te guardaría la mejor parte de mi cariño... ¡Tú castigada! ¿Por qué? ¿Por haber creído sinceramente que todos los corazones se parecían al tuyo? No, no todos son, como el tuyo, todo bondad, todo amor, el mío el primero... ¡Mírame!.. ¡Sonríeme!.. Piensa que estaremos, acaso, mucho tiempo sin vernos...

—¿Entonces, está decidido?.. ¿Te vas de aquí?.., preguntó la madre sobresaltada.

—Sí, tú misma acabas de experimentar que tengo razón..., dijo Luciano señalando á la puerta del despacho. Después de lo que ha pasado y de lo que te he dicho, me está prohibido vivir con vosotros. Mi puesto no está aquí. He encontrado una mujer á quien amo y que me ama. Tiene todas mis ideas y tengo todos sus gustos. Nuestra manera de pensar y nuestros principios son idénticos. Es mi mujer, en fin, con la que podré fundar un hogar como yo le sueño. El pobre muerto lo había comprendido así; compréndelo tú también y dame tu consentimiento.

—¡No!, dijo Gabriela separándose de la presión suplicante de su hijo. No..., no... Te he pedido que esperes. ¿Es mucho exigir?

—Y yo te he dicho por qué no puedo esperar. Berta Planat ha sido muy desgraciada y muy injustamente, y yo he prometido compensarle en felicidad todo lo que ha sufrido por la crueldad del mundo. Al venir aquí he previsto tu negativa, la he preparado para este caso y he conseguido que consintiera en la resolución que vas á saber. Los dos creemos que el valor moral del matrimonio reside solamente en el compromiso de las conciencias. Aunque el señor Darrás se indignase el otro día cuando le expuse esta creencia, yo la tengo, porque la siento verdadera con todo lo que hay en mí de justicia. Si he querido casarme con Berta legalmente, ha sido porque el casamiento legal es una prueba pública de estima. Te opones, y me resigno. Pero los dos hemos cambiado nuestras promesas y vamos á vivir juntos. Seremos calumniados, pero tendremos la conciencia de nuestra parte... Hemos resuelto abandonar París, entre otras razones, para evitarte los comentarios que mi vida provocaría entre las personas que te rodean. Nos vamos á Alemania, donde mi mujer seguirá sus estudios de Medicina y emprenderé yo los míos, pues me he apasionado por esa ciencia. Dentro de dos años podré legalizar esa unión, que es ya para mí mucho más respetable que los buenos partidos con que sueñan mis compañeros... Berta tiene un hijo, y para que no pase lo que yo he pasado, haré que nunca sepa que no soy su padre... Apelo á tu sentimiento de justicia, mamá; ¿podrás no estimarme porque viva así?

—Pero ¿te estimarás tú mismo por haber abandonado á tu madre y haberme causado la pena que me causas?

—¿Sería evitártela el permanecer aquí desgarrándote el corazón, como acabo de hacerlo, y torturando el mío?.. No te abandono; te dejo á tu marido y á tu hija...

—¡Y sin mi hijo!, exclamó la madre llorando.

—Mamá, no me quites el valor. Es preciso, es mi deber hacia ti, sobre todo hacia ti.

La estrechó de repente entre los brazos con tal fuerza, que casi le hizo daño, y dijo en voz baja:

—¡Adiós, adiós!..

Y antes de que su madre pudiera responderle, salió del saloncillo. El grito «¡Luciano! ¡Luciano!» no le hizo volverse, y Gabriela oyó, como el otro día, abrirse y cerrarse la puerta de la calle. El ruido de un coche acabó de demostrarle que aquel rápido adiós, que la había dejado paralizada de asombro, era real.

—¡Se ha marchado!, gimió, y ni siquiera ha subido á dar un beso á su hermana...

X

LA PRISIÓN

La salida del joven había sido espiada por otra persona, se adivina cuál, y se adivina también si la duración de aquella entrevista había parecido larga á Darrás. Estaba demasiado convencido de las consecuencias que la conversación del hijo y de la madre podía acarrear, para no esperar el resultado con una impaciencia rayana en la angustia.

¿Conseguiría Gabriela que Luciano consintiera por lo menos en aplazar su proyecto de matrimonio y que durante este tiempo frecuentara la casa, si no como huésped de ella, como visitante? O por el contrario, ¿se rebelaría el joven? ¿Pondría á su madre en el caso de contestarle en el acto con un sí ó con un no, y en caso de una negativa, se marcharía más separado aún de ellos que antes? La idea de un rompimiento irreparable con el hijo del primer matrimonio infundía en Darrás sentimientos de orden muy distinto: una mortal inquietud por la paz de su casa, pues esa catástrofe podía exaltar los escrúpulos religiosos de Gabriela; y el dolor de un cariño herido, pues quería realmente á su hijastro, le había educado y estaba orgulloso por ello...

Al mismo tiempo, ese rompimiento era borrar por completo un pasado odioso, y el segundo marido experimentaba en lo más profundo de su corazón un sentimiento de triunfo. Le daba vergüenza encontrar en sí mismo ese odio indigno de su carácter; pero el avergonzarse por una pasión mezquina no es dejar de tenerla...

La conversación se prolongaba y su mujer no venía á llamarle... ¿Sería que no lograba vencer la obstinación del joven? De pronto oyó, también él, el ruido de la puerta al cerrarse y vió el coche en que había venido Luciano y que se le llevaba... ¿Había fracasado Gabriela?..

Se precipitó al saloncillo y la encontró sentada en una butaca, inmóvil, con las manos abandonadas sobre las rodillas y la cabeza baja.

(Continuará.)

TIMBALES Y TIMBALEROS

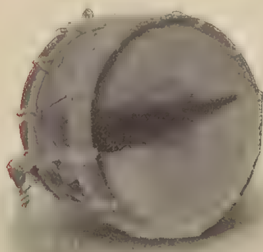
En 1715, cuando Federico el Grande sólo tenía tres años de edad, su padre tuvo una gran alegría viéndole marchar acompasadamente tocando un tambor. Contóselo en seguida á su madre, dice Carlyle, se habló mucho de aquel fenómeno y un pintor se encargó de pintar el retrato del tamborcillo, que cuelga todavía de los muros del palacio de Charlotemburgo. «Esta, dice también Carlyle, puede considerarse como la primera salida que hizo Federico al escenario del mundo,» siendo recibido con aplausos, porque el cariñoso padre la tomó como presagio del genio militar de su hijo.

Si se dejaran llevar por la opinión del padre de Federico, la mayoría de los de los demás descubrirían grandes propensiones militares en sus precoces retoños, porque, bajo una ú otra forma, es el tambor el primer instrumento que solemos tocar.

Así como desde muy temprano figura el tambor en nuestra existencia, así también figura en la de los pueblos. Siempre se le encuentra entre las razas aborígenes, que le emplean para espantar los espíritus maléficos y para incitar á los guerreros á llevar á cabo hazañas de indómito valor; para asustar á los contrarios ó para congregar á los amigos. Estos tambores primitivos son de toda clase de formas, tamaños y materiales. Así, en la China, los hay hechos de arcilla cocida al horno, en forma de taza, con una piel extendida sobre su parte superior. El rey de Inglaterra conserva una caja de guerra de un jefe sudanés, parecida á un gran sombrero de copa; es toda de metal primorosamente trabajado. Un tambor del Africa Central se asemeja á un cono invertido; el parche está sujeto por medio de correas que atraviesan el costado de la caja y se amarran juntas en el vértice del cono ó fondo del tambor. Otro tambor cónico del Africa Central tiene más de cuatro pies de altura y está hecho ahuecando un macizo trozo de madera. Uno de los ashantis tiene forma de botella, en cuyo fondo, que es muy grande, está el parche. Un tambor de las islas de los Amigos, de cerca de metro y medio de altura, tiene un poste con un parche de cuero de sólo 15 centímetros de diámetro.



MR. GABRIEL CLEATHER, tocando un solo en seis timbales



Tambor cogido en el paso de Shipka, en 1877

Hay tres distintas clases de tambores: el bombo ó redoblante, el tambor propiamente dicho y los timbales. El primero es el instrumento más conocido de toda una banda de música y no hay necesidad de describirlo; el tambor se lleva pendiente de una bandolera que desde el hombro derecho pasa al costado izquierdo, de modo que va á descansar sobre la pierna de aquel lado. Los timbales los usan los regimientos de caballería, van colocados á uno y otro lado del caballo, descansando sobre sus hombros. Haendel fué quien introdujo los timbales en las orquestas, utilizando un par de ellos cogidos al enemigo por el 7.° regimiento de Dragones de la Guardia inglesa en la batalla de Dettingen, para el *Tedéum* que escribió con objeto de solemnizar dicha victoria, y que luego regaló el rey al mencionado regimiento.

También se conocen á los timbales en las orquestas por su nombre italiano de *timpani*. Estos instrumentos difieren materialmente de los redoblantes y tambores en que estos últimos marcan únicamente el ritmo ó compás, pues se construyen de modo que no dén ninguna nota determinada, al paso que aquéllos, construídos á propósito y templados, emiten sonidos musicales tan claros y precisos, como el doble bajo, y han de emplearse únicamente cuando las notas para que han sido afinados formen parte de la armonía.

Los antiguos compositores empleaban generalmente un par templados á la tónica dominante; pero Meyerbeer, que era timbalista, compuso siempre para tres, y en su ópera *Roberto el Diablo* para cuatro, asignándoles una corta y encantadora melodía.

Los modernos músicos generalmente componen para tres y además los emplean para producir diferentes efectos. Así como antiguamente eran empleados sólo para reforzar los fuertes, ahora lo son con mucho más efecto para dar colorido y delicados matices á la orquesta.

Algunas veces han servido como instrumentos solistas; Beethoven así lo ha hecho en varias de sus sinfonías, y Julio Tausch, antiguo maestro de capilla de Dusseldorf, compuso un solo en que empleó seis timbales y les asignó la melodía, ejecutando la orquesta el acompañamiento. Este solo fué tocado por Mr. Gabriel Cleather, en el Palacio de Cristal, con la orquesta de Mr. Augusto Mann, en 1885, causando gran sensación en el mundo musical, pues era un ejemplo práctico del mejor empleo de que son susceptibles esos instrumentos bajo una dirección artística é inteligente.

En el ejército se acostumbraba dar todos los toques con tambores. Por esta razón se les defendía casi tanto como á las banderas, pues la pérdida de uno era la de parte del mecanismo necesario para manejar las tropas. Aún se les reputa como trofeos dignos de conservarse; en el Museo del Ejército y Armada de Londres se halla uno en cuyo destrozado parche se lee la siguiente inscripción: «Este tambor fué recogido, después de un combate, en el Paso de Shipka, en agosto de 1877. Sobre él descansaba la cabeza del ruso que lo tocaba, separada del tronco.»

Hay en el Museo de Praga un tambor de lúgubre procedencia; está formado con la piel de Ziska, el famoso jefe de los husitas, que vivió de 1360 á 1424, quien ordenó á sus secuaces que cuando muriese curtiesen su piel é hiciesen de ella los parches de un tambor, á fin que sus sonidos les inspirasen valor en las batallas y miedo á los enemigos, como los había inspirado su voz cuando vivo. Los peruanos, por razones parecidas, se dice que desollaban á sus prisioneros y de su piel hacían tambores. También se ha supuesto que los parches de tambor hechos de pieles de animales feroces causan pavor al contrario.



Bombo del regimiento inglés de húsares de la Reina, propiedad de los Sres. Makillan y C.ª



Tambor largo de construcción antigua.

Redoblante moderno construído por los Sres. Potter y C.ª, de Londres.



Tambor de los ashantis. Tambor de los mandingas (Africa Occidental). Tambor de la isla de los Amigos. Tambor del Sudán.

Tambor de la tribu bari (Africa Central). Tambor chino.

TAMBORES QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA DE LONDRES

Un sacerdote del Lancaushire tiene un tambor que perteneció al ejército de Carlos Estuardo y que fué abandonado por un rezagado en una cabaña, en Arkholme, durante la retirada de dicho ejército en 1745. Mide 45 centímetros por 44 y está agujereado por varias balas.

En la Real Exposición militar de 1870 había un bombo, único en su clase, que medía 66 centímetros por 85, hecho con duelas, como una pipa.

Un fabricante de instrumentos músicos muy conocido tiene un bombo pintado con las armas reales y que lleva la inscripción «VII ó Húsares de la Reina;» la caja es de roble, las tablas se unen rectas, sin estar arrolladas formando cilindro como ahora se usa, y están sujetas por una plancha y remaches de hierro. Los parches son muy gruesos y se supone que están hechos de piel de asno. Este tambor fué encon

trado por un belga en el campo de batalla de Waterloo, y durante algún tiempo lo usó una banda de música de un pueblo vecino, de quien lo compró su actual poseedor. Se conservan también otros tambores de Waterloo y uno que data de la batalla de Bleuheim.

El regimiento de Granaderos de la Guardia conserva uno cogido á los rusos en la batalla de Alma, y en las guerras con Francia ocurrió el curioso incidente de que el regimiento de infantería inglesa n.° 34 cogió los tambores del de igual número de la francesa.

En la guerra contra los zulús éstos capturaron uno del regimiento n.° 24, que luego se recobró, pero muy estropeado y lleno de machetazos.

Por los años de 40 del siglo pasado, los Sres. Enrique Potter y C.ª construyeron un tambor extraordinario para los conciertos monstruos de Julien, en el teatro de Drury Lane; era un redoblante de más de un metro de diámetro y de más de tres metros de parche á parche. Esa misma casa regaló al Palacio de Cristal, en 1884, el par de timbales grandes conocidos por «los timbales de la Torre,» porque sus parches se hicieron con pieles de león procedentes de la casa de fieras de la Torre de Londres.

Los Sres. Potter poseen un bombo que fué en otro tiempo de la Compañía de las Indias Orientales, un tambor antiguo de marina y otro del tiempo de la reina Isabel.

Los timbales son generalmente de cobre y alguna vez de plata. Los que se usan en las grandes ceremonias de la corte son de plata, como lo es el célebre par que Jorge III regaló en 1805 á sus guardias de á caballo.

A propósito del papel que en algunas composiciones representan los tambores, referiremos para terminar los siguientes sucedidos. En uno de los aniversarios de la batalla de Trafalgar, el célebre cantante Sinis Reeves cantaba «La muerte de Nelson» ante una distinguida concurrencia de ambos sexos en el antiguo navío de dicho almirante el *Victory*, anclado en Portsmouth. Habíase colocado lo más cerca posible del sitio exacto en que expiró el gran marino, y todo se había preparado para dar la mayor solemnidad al acto. Cuando dicho canto va acompañado por la orquesta, el redoblante da un golpe de parche de mucho efecto al llegar á las palabras «Al fin sonó el tiro fatal.» Aquella vez el artista cantaba sin acompañamiento de orquesta, pero al llegar á aquella frase, un guardia marina lanzó inopinadamente un bote de hierro por la escotilla mayor, causando un pánico indescriptible.

En el programa de un grande festival que había de celebrarse en una ciudad del Norte de Inglaterra, estaba incluído el andante de la sinfonía de la Sorpresa, de Haydn, en la que el redoblante tiene que dar una sola nota, que constituye la sorpresa. Para dar nota tan importante, de la que dependía el éxito de la pieza, se convino unánimemente en que no servía ninguno de los tambores de la localidad. Todo el buen nombre de la fiesta dependía de que aquella nota se diese bien y á tiempo, y así se decidió contratar al célebre tambor de la orquesta de Miguel Costa Roberto Seymour, que además de los gastos de viaje, debía percibir cinco libras esterlinas por sus honorarios. Principió la sinfonía, pero al llegar el momento crítico, el redoblante permaneció mudo. Fué la vez que la sinfonía de la Sorpresa la ha causado mayor. El hecho es que cuanto menos tenga que hacer el tambor en una pieza, tanto más difícil es su papel, porque mientras está, al parecer, sin hacer nada, tiene que contar los compases, que algunas veces llegan á cientos, y si se distrae un momento, está perdido.—W. B. ROBERTSON.



Timbales que pertenecieron á la Compañía de las Indias Orientales y bombo del tiempo de la reina Isabel, pertenecientes á los Sres. Potter y C.ª



Tambor fabricado por los Sres. Bovsey, de Londres, para ser exhibido en la Exposición de París de 1885



BARCELONA. – LA ASOCIACIÓN MUSICAL DE BARCELONA ENSAYANDO EN LA ESCUELA MUNICIPAL DE MÚSICA EL ORATORIO DE BEETHOVEN, QUE HA EJECUTADO CON GRAN ÉXITO EN LOS NOTABLES CONCIERTOS CELEBRADOS EN EL TEATRO DE NOVEDADES. (De fotografía de A. Merletti.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 12 de junio de 1905 — Núm. 1.224

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á París



El primer saludo del rey D. ALFONSO XIII, al salir de la estación del Bosque de Boulogne. (De fotografía de León Bouet.)

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Mucho temía yo que presentar en la escena á Don Quijote había de ser algo así como sacar á la verguenza al caballero de la *Triste Figura*. Por esto con impaciencia, no exenta de cierta emoción, esperaba, la noche de la función de gala, á que comenzase la representación del primero de los tres cuadros sacados de la novela inmortal por Sellés, los Quintero y Ramos Carrión.

Para describir el aspecto que en aquella solemnidad ofrecía la sala del «regio coliseo» quisiera tener la pluma de *Mascarilla* ó *Montecristo*, exquisitos narradores de las fiestas del gran mundo, y conocedores, como ellos solos, de la vida y milagros del Madrid aristocrático. Estaban allí aquella noche el rey, la infanta Isabel, los altos dignatarios de palacio, los ministros, los funcionarios de más campanillas, las aristocracias de la sangre, del dinero y del talento, la flor y nata de cuanto esta villa y corte contiene de más brillante y distinguido. Por todas partes uniformes, penachos, bandas, cruces y veneras. Los que no teníamos ni un cintajo con que adornar la solapa de nuestros modestos fraques, nos sentíamos un tanto cohibidos y casi casi avergonzados.

Y yo pensaba contemplando todos aquellos «paramentos, bordaduras y cimeras,» que tanta gala, rumbo y ostentación era para honrar á aquel pobre aventurero que tuvo que sufrir, en calidad de criado, las impertinencias de Monseñor Julio de Aquaviva; que compartió rancho y camastro con la chusma de la galera *Marquesa;* que pasó sabe Dios cuántas miserias en los baños de Argel; que tuvo luego para no morir de hambre que apechugar con el odioso cargo de recaudador de tributos; que rodó por cárceles y posadas, y que, en fin, vivió y murió pobre, sin que sus contemporáneos se percatasen de que aquel manco de remendadas calzas, raído ferreruelo y destaconados borceguíes había de ser, andando el tiempo, para España su orgullo legítimo y su gloria imperecedera...

Y se alzó el telón y vimos á D. Quijote, representado muy artísticamente por Fernando Díaz de Mendoza, comiendo truchuela en aquella venta que él imaginaba ser castillo, asistido por la Tolosa y la Molinera, y sirviéndole de escanciador, con auxilio de una caña, al socarrón del ventero, graduado en las academias de «los percheles de Málaga, islas de Riarán, compás de Sevilla, Aroguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, potro de Córdoba y las ventillas de Toledo.»

Yo seguí con interés todos los incidentes de la vela de las armas, de la batalla con los arrieros y de las ceremonias con que fué armado caballero Don Quijote, y sentí honda emoción cuando el ingenioso hidalgo, cabalgando en Rocinante, embrazando la adarga y empuñando el lanzón, salióse gentilmente de la venta, ganoso de aventuras y ardiendo en deseos de enderezar tuertos, desfacer agravios, amparar doncellas y socorrer menesterosos.

¡Oh pobre D. Quijote, imagen lastimosa de nuestra España! También ella salió un día de su viejo solar á recorrer los campos de Europa y América, lleno el corazón de ensueños de gloria y llevando á todas partes su fe, su ciencia, su arte y su civilización, y volvió tras de hazañas estupendas quebrantados los huesos, acardenaladas las carnes, desfallecido el ánimo, á buscar humilde sepultura en su árida y esquilmada heredad. ¿Habrá muerto para siempre D. Quijote? ¿No hará su tercera salida? ¿Será posible que duerma para siempre tendido en la fuesa la gala de la caballería y el dechado de toda gentileza?

Con igual interés y con la misma emoción que el cuadro de la venta, vi después la aventura de los Galeotes, admirablemente dramatizado por los hermanos Quintero, y el duelo de D. Quijote y Sansón Carrasco en el bosque, arreglado á la escena por Ramos Carrión.

Fué aquella para mí una gran noche, noche en que sentí agitado mi corazón por esas dos grandes corrientes de entusiasmo que se llaman amor al arte y amor á la patria.

No sé hasta qué punto reinará en otros públicos el espíritu de imitación, lo que sí puedo decir es que aquí, en Madrid, son innumerables los borregos de Panurgo. Tres cuartas partes de las personas que asisten al teatro, no van á la función por propia iniciativa ni por deseo de divertirse, sino porque las tres ó cuatro personas que ejercen el cacicato de la moda así lo disponen ó decretan. Lo primero que tiene que hacer cualquier empresa para asegurarse uno ó dos días de moda, es dirigirse á las susodichas personas y rogarles que encabecen un abono. Conseguido esto, las demás, como los borregos de Dindenaut, echan á andar detrás del cencerrito que los guía. Poco importa que el espectáculo sea regocijado ó aburrido, serio ó grotesco, triste ó alegre. ¿Van los que guían?, pues detrás irá el vulgo más ó menos distinguido.

No hace mucho una dama linajuda se propuso llevar á los corderitos, una vez á la semana, al circo de Colón, que ya no existe, y en efecto, durante una larga temporada, fueron los viernes de Colón el *rendez vous* de lo más escogido de la buena sociedad madrileña. La gente aristocrática, muy dada á poner mote, puso á aquella distinguida señora el sobrenombre de *Isabel la Católica*...

– ¿Por qué la llaman así?, hube de preguntar á uno de los que estaban en el secreto.

—Porque es la protectora de Colón, me contestó.

La compañía italiana que actualmente funciona en el teatro de la Comedia, ha acudido también al socorrido expediente de los días de moda y ha podido obtener la *concesión* de un sábado blanco. Ese día se llena el teatro. Las obras suelen parecer á la escogida concurrencia sosas y aburridas, pero la sala parece esas noches un ascua de oro. A los sábados blancos va buen golpe de muchachas casaderas, á quienes sus madres, y hacen muy bien, no quieren exponer á que vean obras que no sean castas y morales. Las que los sábados se representan no suelen oirse; el zumbido de la sala ahoga la voz de los actores, y las miradas sólo por casualidad se fijan en el escenario. Este desvío contraría bastante á los artistas, pero solamente soportándolo han podido defenderse los que componen la compañía italiana.

El otro público, el que va al teatro á ver la función, brilla ahora en la Comedia por su ausencia. Los actores y actrices italianos son excelentes, Teresa Mariani y Ettore Paladini son notabilísimos artistas; pero ni por esas: la gente no acude. Unicamente se anima algo el teatro la noche en que el cartel anuncia una obra subida de color. Por esta razón la compañía de la Mariani ha abusado del género atrevido, y dado á conocer en Madrid *vaudevilles* tales como *La passerelle*, *In bocca al supo* y *Nouveau jeu*, de los cuales lo mejor es no hablar.

Muy distinta de estas obras que tienen por objeto hacer reir aun á costa de la decencia, es el drama de E. Becque, titulado *Les courveaux*. Si el público que asistió á la representación de *Los cuervos* fué al teatro aquella noche creyendo que iba á pasar unas horas de agradable esparcimiento, se equivocó de medio á medio. Y no lo digo porque la comedia de Becque no sea merecedora de la fama que tiene entre los franceses, sino por la impresión tétrica y deprimente que aquellas escenas, en su mayor parte muy reales, dejan en el ánimo de los espectadores, aun de los menos propensos á la tristeza.

La obra, acabo de decirlo, es un doloroso realismo. En ella se nos presenta el caso de una familia que vive con lujo, que se ve halagada y envidiada, y que de repente, por la muerte del jefe de ella, se encuentra sumida en la estrechez y más tarde en la miseria. Casos como este se ven todos los días. ¡A cuántas señoras y señoritas vimos ayer figurando en las esferas elevadas de la sociedad y las vemos hoy víctimas de la miseria material, y á veces de lo que es peor, de la moral. Porque en estos países latinos no se educa á la mujer de las clases elevadas para que en caso de necesidad se baste á sí misma; se la educa para que pueda brillar en los salones, para que sepa mantener con distinción el rango de un esposo rico, pero no se la pone en condiciones de que, si lo ha menester, pueda ganarse honradamente la vida.

La señora de Viguerón, madre de tres hijas jóvenes y lindas, recibe en el momento de disponerse á celebrar un banquete para festejar el matrimonio de una de ellas con un joven llamado San Genis la noticia de que M. Viguerón acaba de morir, víctima de un ataque cerebral. Con la muerte del jefe de la casa empieza para la familia un verdadero calvario. Ni la viuda ni sus hijas tienen energía ni práctica de la vida bastante para salvar su escaso caudal de las garras de «los cuervos» que tratan *legalmente* de despojarlas. Sus escasos recursos se deshacen como sal en el agua, y para colmo de desgracias, Blanca que, como he dicho, estaba para casarse, oye de labios de la madre del joven San Genis que éste se niega á cumplir su palabra.

No es esto solo: antes de la escena entre Blanca y la madre de su prometido, escena que hace perder la razón á la desventurada joven, un Sr. Teissier, antiguo socio del difunto Viguerón, y después cuervo de su herencia, viejo y avaro, con sus puntas y ribetes de sátiro, asedia con indigna solicitud á María, otra de las huérfanas, que indignada le rechaza.

Cualquiera creería que Becque había apurado ya todo el color negro de su lúgubre paleta. No es así; para el último acto le queda abundante repuesto de horrores y tristezas. Pocas escenas dejan en el ánimo del espectador impresión tan amarga y dolorosa como la escena del desayuno en el miserable cuarto adonde ha ido á parar la infortunada familia de Viguerón. Allí vemos á Blanca en estado de repugnante idiotez, devorando con gula bestial su pobre alimento, mientras sus dos hermanas y su madre, enlutadas toman entre lágrimas y sollozos su frugal desayuno...

Al fin y á la postre María tiene, para salvar á los suyos de la espantosa miseria que les rodea y que amenaza con ser todavía mayor, que entregar su mano al sátiro avariento, uniendo su lozana juventud á la decrépita existencia de Teissier.

Este sombrío drama fué estrenado en París cuando estaba en todo su apogeo la moda del naturalismo, y su autor, siguiendo los cánones de la entonces flamante escuela, puso todo su empeño en copiar, más que la realidad, lo negro y odioso que esa realidad encierra. Becque, como todos los partidarios del naturalismo, era pesimista, y para mostrar la verdad de su tétrica concepción de la vida, amontonó en torno de la familia de Viguerón maldades, infamias y codicias, que existen ciertamente en el mundo, mas por fortuna, esparcidas y diseminadas, y sólo por excepción constituyen, como en *Los cuervos*, una falange compacta.

El efecto que el drama de Becque produjo en el público fué de repulsión y de fatiga. La compañía de la Mariani no ha vuelto á representarlo, y ha hecho muy bien: no hubiera ido nadie á verlo.

Los demás teatros están ya en sus postrimerías. Los artistas de Lara hacen la maleta para emprender su *tournée* veraniega; la Zarzuela supongo que cerrará pronto sus puertas, y solamente las tendrán abiertas durante lo que resta del mes de junio Apolo y el Moderno.

El primero de estos dos teatros se desquita ahora de las malas noches del invierno, con la revista titulada *El perro chico*, ni mejor ni peor que tantas otras obrillas del mismo género, llenas de incongruencias, de chistes de tirabuzón y de grotescas payasadas.

Al público, sin embargo, aquello le parece de perlas y llena todas las noches el teatro de la calle de Alcalá. Un aficionado á chistes de mal gusto decía que ese *perro chico* ha de ser padre de una millonada de *perros grandes* para la empresa de Apolo.

Comparte con éste el favor de los partidarios del teatro por horas el Moderno, donde Loreto Prado sigue haciendo derroche de su gracia y de su talento inimitables. A Loreto no le hacen falta obras. El público, haga las obras que haga, va á verla á ella. Recientemente la *crema* de Madrid ha decidido reunirse un día á la semana en el antiguo teatro de la Alhambra.

En esto da la gente distinguida una prueba de buen gusto. El trabajo de Loreto Prado será durante estos meses de verano el único verdaderamente artístico que podrá verse en Madrid.

Para terminar esta crónica daré una buena noticia á los lectores: Rosario Pino, á quien una insistente enfermedad ha tenido alejada durante varios meses de la escena, ya de todo repuesta ha vuelto á pisar las tablas del teatro.

Los triunfos en la Coruña son anuncio de los muchos que le aguardan en los demás teatros de España, que en todos tiene legiones de admiradores la linda cuanto excelente actriz.

ZEDA.



Y Montemar, apoltronándose en la butaca, se entrega á un silencio tan indecente como el periódico que tiene abierto en sus manos

Un caso de amor, por Nogueras Oller

Quisiera daros una idea exacta del Sr. Montemar. Es un hombre alto, grueso y de mirada severa. Usa traje de negro-azul, chaleco blanco y no descuida detalle que pueda hablar en bien de su pulcritud y buen tono. Pero como sea que el escritor debe dotar de cuerpo y alma á sus personajes, me encuentro en el crítico y extraño caso de no poder completar la persona de Montemar por mostrar en este instante en que os hago su presentación un carácter tan reñido con su proverbial buen humor y ductilidad, que francamente sospecho que haya perdido el alma tras las negras preocupaciones ó recelos que de un tiempo á esta parte le transfiguran, endureciendo su mirada. Rota la placidez de su vida tranquila, se ha vuelto caviloso, severo, y si marchásemos todas las noches pegados á su sombra, quizás nos escandalizáramos alguna que otra vez; sin embargo, aunque reflejo de míseras realidades, Montemar no deja de ser hijo de mi fantasía, y bueno será que como padre trate de aminorar sus defectos.

Yo que he conocido á nuestro hombre en sus buenos tiempos, invito á mis lectores á que se extrañen y lamenten conmigo de que en el transcurso de la vida ocurran cambios inesperados, misterios y pesares ocultos, que dan al traste con la felicidad y buenas costumbres de los hombres, sumiendo en desesperación y malestar continuo á familias que fueron ejemplares en amor é idealidad.

Dante nos introduce en un infierno estruendosamente horrible. ¿Queréis introduciros en otro infierno horriblemente silencioso? ¿Os agrada el contraste? Imaginaos la casa de Montemar y ved á la sin ventura, á la pálida y triste Luisa, condenada á todos los desprecios, á todas las infidelidades del esposo, sufriendo sin saber por qué las crueldades de un algo que ignora, heroicamente fortalecida por una vaga esperanza y por su amor maternal.

Ella sufre, ella se desespera, silenciosa, en el infierno de hielo de su casa, sin alzar la voz para no desvanecer el dulce encanto de la infancia de sus hijos.

Y Montemar, aunque trata de aparecer envuelto en la aureola de serenidad imperturbable que antes le caracterizaba, vive en continuo sobresalto como si la traición se cerniera sobre su cabeza. Intenta olvidar y frecuenta lugares que le abisman en desesperaciones atroces. Quiere aparecer frío, despreocupado, y su silencio es un anatema que fulmina en sus ojos...

Acontece, sin embargo, con la mayoría de estos dramas de familia, los cuales se desarrollan á telón tirado, que llega un día en que rompiéndose el silencio conyugal toman toda su fuerza, todo su relieve trágico...

Y Luisa, cansada de portarse humilde y cariñosa con él, como si Montemar fuera el Manuel de aquellos tiempos de gloria, en que entre rendido y victorioso tenía algo de juguetón y suave en la mirada y un criadero de besos y sonrisas bajo su fino y rizado bigote; Luisa, pues, harta de sufrir humillaciones y tormentos, terminada la comida ha hablado con imperio:

—Eres un mal hombre; abusas de mí y de tus hijos... ¡Bueno será lo que aprendan de ti!..

La boca de Montemar aumenta en desprecio y dice con el mayor sarcasmo:

—¡Mis hijos!..

Y Montemar, apoltronándose en la butaca, se entrega á un silencio tan indecente como el periódico que tiene abierto en sus manos.

Luisa arranca en un sollozo profundamente desgarrador, cayendo de codos sobre la mesita que absorbe todas sus lágrimas. Y la tierna niña, la angelical Teresa de sus amores quizás desvanecidos, abre los ojos desmesuradamente, abrazando á su muñeco como si quisiera librarle de un peligro inmediato.

Montemar tira el periódico con fuerza, y levantándose abandona el comedor, visiblemente irritado.

***

Suena el timbre de la puerta y pronto aparece la muchacha en el comedor anunciando la visita de Luisilla Suárez.

Luisa seca sus ojos enrojecidos por el llanto y pasa al saloncito de sus más íntimas recepciones.

Luisilla está ebria de contento; da palmadas y dice á su amiga echándole sus brazos al cuello:

—¡Victoria!.. ¡El amor triunfa y tú vas á felicitarme como mujer enamorada!.. Mis padres se han cansado de hacer el ridículo...

—Me alegro. Has sufrido tanto... ¿Y Enrique?

—¡Figúrate!.. Loco: ¡como que nos casamos dentro de dos meses!..

—¡Ah!..

—¡Mujer y cómo has cambiado!.. Pensaba entusiasmarte. ¡Bah! Casi estoy convencida de que la mayoría de matrimonios os volvéis fríos y prosaicos con el tiempo... Todos, todos, todos sin excepción, os revestís con el gesto reflexivo y grave de los filósofos griegos...

Y levantándose graciosamente nerviosa, se sienta al piano y arranca de sus teclas una sonata pasional, que interrumpe diciendo con toda su alma de niña enamorada:

—Pero ni Enrique ni su Luisa cambiarán... Nos amaremos siempre; siempre con el mismo ardor; sin dudar el uno del otro... ¡Vaya, que siempre seremos los mismos!..

Y corriendo á sentarse en el sofá, muy cerca de su amiga, le pregunta tímida y suavemente:

—¿Y mis cartas?.. Vas á devolverme sus cartas... ¡Con qué gusto voy á guardarlas en mi mesita!.. Ahora ya estarán seguras: mi padre ya no es inquisidor...

—¡Tus cartas!.. ¡Tu aromoso paquetito de cartas! Hasta el presente han servido de consuelo y esperanza para las mías... ¡Las desdichadas cartas mías! Ahora quedarán solas entre flores secas y sin olor...

Y sacando aquéllas de un precioso secreter de ébano, las entrega á su dueña.

—¡Lloras!.. Vas á decirme qué tienes... Tengo derecho á saberlo...

—Nada. ¿Para qué preocuparte?.. Todo pasa en este mundo.

A no estar las dos Luisas muy preocupadas, cada una en sus cosas, tan diversas por cierto, habrían oído como un suspiro dolorosamente profundo; no se dieron cuenta de ello, como tampoco del extraño temblor que sacudía á intervalos los enormes pliegues de la pesada cortina.

Hablan largamente y Luisilla, al despedirse, pregunta mientras besa á su amiga:

—¿Las ha visto él?

—¿Mi marido? Te juré que no las enseñaría á nadie. Y Manuel respeta mis cosas, porque sabe que no tengo secretos para él..., le he dado pruebas... Debes estarme muy agradecida, porque mi sacrificio ha sido largo y penoso..., toda mi vida me pesará de haber abusado de su confianza...

—¡Oh, gracias, gracias!.. Ya lo esperaba de ti... ¡Son tan íntimas, tan atrevidas!.. ¡Se habría reído tanto de nosotros!..

***

Luisilla, alegre y ligera como un pájaro, ha subido al cupé, que ha partido con música de cascabeles bajo la sombra de los verdes plátanos, salpicada de oro... Luisa cierra el balcón más triste que nunca, y al volverse ve á Montemar lívido y descompuesto; sus ojos casi no se atreven á mirarla y sus labios balbucean atropelladamente:

—¡Soy el más estúpido y desalmado de los hombres!.. ¡Malditas cartas!.. ¡Ah! Luisa, mártir, dulce y pura compañera mía, ¿qué puedo esperar de ti?..

Una risa infantil resuena en el comedor; es una risa fresca y juguetona. Teresa ríe; la infancia lo olvida todo rápidamente, y sin acordarse ni del llanto de su madre ni del adusto ceño de su padre, toma parte en los bulliciosos juegos de su hermano...

Y su risa recorre todos los rincones y resuena por todos los ámbitos de la casa, y entrando en el salón enternece y funde en una sola las almas de los dos esposos.

Luisa se abandona á los brazos temblorosos de Montemar.

(Dibujo de E. S. Hope.)



El aprendiz, escultura de P. Roger Bloche



La duquesa de Chateauroux, cuadro de V. de Paredes



Pilluelo de París, cuadro de A. Bisson



El hierro que da pan, escultura de Lecomte du Nouy



Martes de Carnaval en París, cuadro de F. Houbrón



Huérfana, cuadro de M. Loffredo



SOL DE TARDE, cuadro de Joaquín Sorolla



Estío, cuadro de Joaquín Sorolla

Todos los críticos que se han ocupado del actual Salón de París de la «Sociedad de los Artistas franceses» han dedicado largos párrafos á encomiar los dos cuadros de nuestro paisano el eminente pintor Joaquín Sorolla, que en esta página reproducimos. Sorolla conoce como pocos el secreto de aprisionar, por decirlo así, en sus lienzos los elementos de la naturaleza con toda la fuerza de la realidad; el mar en ellos parece agitarse en incesante movimiento, produciéndonos la ilusión de que las olas se suceden unas á otras hasta estrellarse en la playa; el aire hincha las velas y materialmente empuja las barcas; y la luz inunda la tela con intensidad deslumbradora. Si á esto se añaden el vigor y la verdad con que están trazadas las figuras, la maestría con que aparecen agrupadas y la vida que en todas ellas se admira, bien puede afirmarse que el ilustre artista valenciano es hoy uno de los que figuran al frente de la pintura, no sólo en España, sino también en el extranjero.

Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á París

Si hubiéramos de detallar las seis jornadas de S. M. el rey D. Alfonso XIII en París, necesitaríamos un espacio que preferimos destinar á la información



La avenida de la Opera adornada para la recepción del rey. En el fondo, el teatro de la Opera. (De fotografía de «Expréss-Photo-Reportage.»)

gráfica del viaje regio, seguros de que nuestros lectores han de gustar más de las impresiones de la fotografía que de las descripciones de la pluma, porque aparte de que aquéllas dan idea perfecta y vívida de los sucesos, lo que con éstas no sucede, la prensa diaria ha publicado relatos tan extensos que, cuanto nosotros refiriésemos habría de ser reproducción de lo que en ella habrán leído ya nuestros subscriptores.

Nos limitaremos, por consiguiente, á escribir lo que pudiéramos llamar programa explicativo de las fiestas celebradas en París en honor de nuestro monarca, omitiendo detalles y comentarios y diciendo una vez por todas que la capital de Francia ha echado, como suele decirse, la casa por la ventana para recibir al augusto huésped, adornándose con sus mejores galas; que el pueblo francés, sin distinción de clases ni de partidos, ha aclamado en todas partes con delirante entusiasmo á D. Alfonso XIII, y que éste se ha conquistado, dondequiera que ha ido, universales y calurosas simpatías.

El atentado incalificable de que fueron objeto el rey de España y el presidente de la República francesa y contra el cual ha protestado el mundo entero, ha contribuído á que resultaran más brillantes, si cabe, las ovaciones que el



El rey en la escalera de honor del Ministerio de Negocios Extranjeros, en donde se ha alojado durante su estancia en París. (De fotografía de León Bouet.)

pueblo francés ha tributado incesantemente al soberano español.

Día 30 de mayo.—A poco más de las tres de la tarde apeábase S. M. en la estación del Bosque de Boulogne, en donde le esperaban el presidente de la República, el gobierno, el cuerpo diplomático, los altos funcionarios, los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, en una palabra, todo el mundo oficial. Después de cambiados los saludos y de hechas las presentaciones de rúbrica, D. Alfonso y M. Loubet subieron á la victoria presidencial, enganchada á la Daumont, y seguidos de brillante cortejo dirigiéronse por la Avenida del Bosque, los Campos Elíseos y el puente de la Concordia al Ministerio de Negocios Extranjeros, en donde ha residido el rey durante su estancia en París. Digamos de paso que las habitaciones destinadas á S. M. estaban magníficamente alhajadas con muebles soberbios y de gran valor histórico, con hermosos tapices y con preciosos objetos de arte. Allí se despidió M. Loubet de D. Alfonso, el cual, á las cinco fué al Elíseo para hacer la visita oficial al presidente, regresando luego al Ministerio de Negocios Extranjeros.

Por la noche celebróse en el Elíseo el banquete de gran gala en el salón de fiestas, soberbiamente adornado con tapices de los Gobelinos y porcelanas de Sevres. Ocuparon el centro de la mesa el rey y el presidente, quienes tenían respectivamente á su lado á Mme. Loubet y á la marquesa del Muni, esposa del embajador de España. Asistieron á la comida más de doscientos invitados, escogidos entre las más altas personalidades del Estado, del Instituto de Francia, del ejército, de la magistratura y de la banca. D. Alfonso XIII y M. Loubet pronunciaron sendos brindis, en los que hicieron grandes protestas de mutua amistad entre los dos países por ellos representados.

Después del banquete celebróse una velada, durante la cual los más notables artistas de los principales teatros de París ejecutaron fragmentos de ópera, canciones, monólogos y la bellísima pieza de Muset *Un caprice*, que dejaron complacidísimo á D. Alfonso.

Día 31 de mayo.—A las nueve de la mañana M. Loubet fué á buscar á D. Alfonso y juntos se dirigieron á los Inválidos, en donde



El rey y M. Loubet á la salida de la estación del Bosque de Boulogne (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

fueron recibidos por los generales Dessivier, gobernador de París, y Niox, comandante superior de la defensa, encargado de las funciones de gobernador de los Inválidos. S. M. visitó la capilla y las diferentes salas del edificio, examinando los objetos históricos que allí se conservan y deteniéndose especialmente ante la tumba de Napoleón I.

Desde los Inválidos fueron al Panteón, siendo recibidos por los ministros de Instrucción pública y del Interior, el subsecretario de Bellas Artes, el conservador de los palacios nacionales y el inspector arquitecto del Panteón. También esperaba allí á los visitantes una comisión de la Asociación general de Estudiantes. El rey admiró las magistrales pinturas de Juan Pablo Laurens y de Puvis de Chavannes, y visitó las tumbas de los grandes hombres de Francia que en el Panteón tienen su sepultura.

Visitaron después Nuestra Señora, en cuya puerta les esperaba el cardenal Richard, arzobispo de París, rodeado de sus vicarios generales, del cabildo y de la junta de Obra. El cardenal dirigió una breve salutación al rey y acompañó á éste y al presidente hasta el coro, enseñándoles luego las preciosas reliquias que en el templo se



Dormitorio del rey en el Ministerio de Negocios Extranjeros (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

guardan, las obras de arte y las valiosísimas joyas que constituyen el tesoro.

(*Sigue en la página* 390.)



Llegada del Rey al Eliseo. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Llegada del Rey y de M. Loubet al Hotel de Ville. (De fotografía de «Photo-Presse.»)



Llegada del Rey á Nuestra Señora. (De fotografía de «Photo-Presse.»)



Llegada del Rey al Hotel de Ville. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



El Rey bajando la escalinata del Panteón.
(De fotografía de M. Rol y C.ª)



La Musa de la Alimentacion esperando al Rey.
(De fotografía de «Express-Photo-Reportage.»)



Arco de triunfo erigido en honor de S. M. D. Alfonso XIII por los vendedores de los Mercados. (De fotografía de «Express-Photo-Reportage.»)



Grupos en el sitio en donde estalló la bomba arrojada contra el Rey.
(De fotografía de «Photo-Presse.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—UN EPISODIO DE

Oportunamente describimos en la correspondiente crónica la batalla de Mukden, que de tan desastrosas consecuencias fué para el ejército ruso. Después de muchos días de sangrientos y continuos combates, que no permitían un momento de descanso á los combatientes, los rusos hubieron de abandonar sucesivamente las posiciones que ocupaban, ante el peligro de verse copados á retaguardia por el ejército del general Nogi, que durante la batalla había efectuado un movimiento de flanco atrevidísimo, pero que fué de resultado decisivo.

La retirada se hizo al principio en el mayor orden; pero perseguidos los rusos por los japoneses, que no cesaban de cañonearlos, acabaron por septir los regimientos de retaguardia



LA RETIRADA DE MUKDEN, DIBUJO DE F. MATANIA

los efectos del pánico, aumentado por la circunstancia de haber los convoyes obstruído la carretera mandarina, por donde se retiraban los vencidos. No tardaron éstos, sin embargo, en reponerse y continuaron ordenadamente su marcha hasta Tieling.

La hermosa página de Matania, que reproducimos, da una idea de los horrores de aquellas terribles jornadas y de las penalidades que en su retirada hubieron de sufrir los rusos, que en esta ocasión, como en todas las operaciones de la guerra, han demostrado un valor digno de mejor suerte de la que hasta ahora han tenido.



La escuadra rusa de Rodjestvensky tal como era antes de la batalla naval del estrecho de Corea.
El valor total de los buques era de 14.100.000 libras esterlinas (352.500.000 pesetas).

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Las noticias que se van recibiendo del combate naval librado en el estrecho de Corea en los días 27 y 28 de mayo último, confirman el desastre completo de la escuadra rusa mandada por Rodjestvensky. Lo



El acorazado «Mikassa,» buque almirante de Togo

que en los primeros momentos parecía exagerado ha resultado todavía pálido al lado de la realidad: en efecto, las pérdidas de los rusos han sido mucho mayores de lo que en un principio se creyera; y en cambio, las de los japoneses han resultado mucho menores de lo que pudieron creer los más optimistas.

Los detalles de la batalla no se conocen todavía; no es tampoco necesario conocerlos. Basta para el objeto de estas crónicas saber los resultados.

He aquí las pérdidas de la escuadra rusa: seis acorazados el *Kniaz-Souvaroff*, el *Emperador Alejandro III*, el *Borodino*, el *Osliabia*, el *Sissoi-Veliki* y el *Navarin*; seis cruceros, el *Almirante Nakhimoff*, el *Dmitri-Donskoi*, el *Vladimir-Monomach*, el *Izumrud*, el *Svietlana* y el *Aurora*; el guarda costas acorazado *Almirante Oushakoff*, los transportes-talleres *Kamtchatka* é *Irtych* y tres contratorpederos, echados á pique: dos acorazos, el *Orel* y el *Nicolás I*; dos guardacostas, el *Almirante Apraxin* y el *Almirante Seniavine*, y el contratorpedero *Biedovy*, capturados. Estos 23 buques formaban un total de 153.411 toneladas y su precio de construcción ó de compra no bajaba de 330 millones de pesetas.

Únicamente se salvaron el crucero protegido *Almaz*, los dos contratorpederos *Bravy* y *Grozny* y el buque hospital *Orel*, que pudieron llegar á Vladivostok; los tres cruceros protegidos *Aurora*, *Oleg* y *Jemtchug* que, al mando del almirante Enquist, se han refugiado en el puerto de Manila, y el contratorpedero *Bodry* que ha llegado completamente desarmado y sin carbón ni agua á la costa china, al Norte de la desembocadura del Yang-Tse-Kiang.

La llegada del *Almaz* á Vladivostok dió lugar á un incidente dramático. Cuando los vigías de aquel puerto divisaron el crucero, comunicaron inmediatamente la noticia á la ciudad, y la población en masa acudió al puerto y saludó con aclamaciones la aparición de aquel buque, creyendo que detrás de él iba la escuadra; pero pronto se supo la verdad, y la momentánea alegría se trocó en tristeza y desaliento.

En cuanto á los que se han refugiado en Manila, el gobierno norteamericano ha ordenado que salgan inmediatamente de allí en el estado en que se encuentren, ó que queden detenidos hasta el fin de la guerra en caso de que quieran reparar sus averías.

De los tres almirantes rusos, Felkersham, según noticias del estado mayor ruso, murió á bordo del *Osliabia* dos días antes de la batalla; Rodjestvensky y Nebogatoff fueron hechos prisioneros. Rodjestvensky se encuentra en el hospital de Sasebo; tiene cuatro heridas, una en la frente, otra en la espalda, otra en el muslo derecho y otra en la pierna izquierda; recientemente le ha visitado el almirante Togo, expresándole sus simpatías y encomiando el valor heroico de los rusos. Nebogatoff, según parece, será puesto en libertad por orden del Mikado, á fin de que pueda dar cuenta al tsar de la batalla y de las pérdidas sufridas por los rusos.

Las bajas personales de éstos se calculan en 5.000 prisioneros y 6.000 muertos.

En cambio los japoneses sólo perdieron tres torpederos y 500 hombres entre muertos y heridos.

En Tokío se atribuye la derrota de los rusos á las siguientes causas: 1.ª, los reconocimientos fueron incompletos y los informes incompletos ó erróneos; 2.ª, el almirante Rodjestvensky había adoptado una mala formación de combate que demuestra que no esperaba encontrar al almirante Togo en Tsu-Shima; 3.ª, el estado de la atmósfera, la dirección del viento y el sol eran desfavorables á los rusos; 4.ª, los rusos malgastaron y agotaron sus municiones, y esto motivó probablemente la capitulación de Nebogatoff; y 5.ª, los rusos han dado pruebas en el tiro de su artillería de una inferioridad manifiesta.

Todo esto podrá ser más ó menos cierto, pero en el fondo la victoria de la escuadra japonesa se debe á la superioridad que en punto á velocidad y á potencia de tiro de la artillería tenía sobre la rusa; estas ventajas permitieron al almirante Togo empeñar el combate á la distancia que le convenía, es decir, á una distancia tal que mientras sus barcos estaban fuera del alcance de los cañones rusos, sus proyectiles llegaban perfectamente á los buques enemigos. Otro factor importante, acaso el que más, de la derrota de las fuerzas de Rodjestvensky, fué sin duda alguna las distintas condiciones de las tripulaciones respectivas, poco menos que improvisadas las rusas y sin haberse ejercitado suficientemente, y en cambio aguerridas y acostumbradas al combate y á la victoria las japonesas.

El Mikado ha dirigido la siguiente nota al almirante Togo:

«Nuestras escuadras combinadas han encontrado á la escuadra enemiga en el estrecho de Corea y después de un desesperado combate, que ha durado varios días, la han aniquilado realizando una hazaña sin precedente. Nos consideramos dichosos de haber podido, gracias á la fidelidad de nuestros oficiales y de nuestros marineros, responder al espíritu de nuestros antepasados.»

Al propio tiempo ha dirigido á la marina el siguiente rescripto:

«Nuestra marina con la mejor de las estrategias y gran valor ha aniquilado á la escuadra enemiga correspondiendo á nuestra esperanza. Apreciamos profundamente su magnífica victoria.»

El almirante Togo ha recibido también la siguiente felicitación del ministro de Marina:

«La segunda y la tercera escuadra rusas, venciendo inmensas dificultades en su viaje hacia el Este, han demostrado un poder poco común; pero vuestra escuadra, cerrándoles el paso, introdujo en ellas la confusión y destruyó ó capturó casi todas las unidades rusas. Vuestra victoria no se limita á esto, puesto que hicisteis prisionero al comandante en jefe. Semejante victoria es una ventaja inmensa para nuestra causa nacional. Os envío mis más sinceras felicitaciones y aprovecho esta ocasión para ensalzar la virtud del emperador y daros las gracias, así como á vuestros subordinados, por los servicios tan penosos prestados durante tantos meses, y para expresar mi simpatía á los muertos y heridos.»—R.



El almirante Togo á bordo del «Mikassa.»



Luciano la obligó á sentarse en un sillón y se arrodilló delante de ella... (Véase pág. 373.)

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET. ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Aquella última prueba del rencor de su hijo contra su segundo matrimonio, aquella partida sin un signo de ternura hacia Juana, había acabado de aniquilar á la desgraciada, que vió claro por primera vez que entre aquellos semihermanos, á quienes ella profesaba igual amor, nunca habría una unión perfecta. El mayor pesar para una madre, cuando ha tenido hijos de dos maridos distintos, es ver que los del uno y los de otro son continuadores inconscientes de la rivalidad de los padres.

La angustia en que había caído aquel espíritu de mujer, tan conmovido ya por tantas emociones, era tan profunda, que no oyó entrar á su marido. Cuando le reconoció con el escalofrío de una hipnotizada á la que se arranca de su sueño, le dijo cogiéndole convulsivamente la mano:

—¡Se ha marchado para siempre!.. Va á vivir con esa mujer sin casarse con ella, como el otro... Todo se lo he dicho, tu bondad para con él, las dudas en su favor que habías concebido... Le he pedido que no exigiera una respuesta inmediata, que esperase... De nada ha servido... Se va con ella á Alemania, á estudiar Medicina... Va á reconocer al hijo de Berta... ¡Lo que quiere es no vernos más, y ya tú habías adivinado por qué!.. ¡Odia nuestro matrimonio!

—Está bajo la impresión de la muerte de su padre; pero es imposible que no vuelva á sentimientos más equitativos, á los suyos, que no son de odio... Lo que nos sucede es duro, pobre amiga mía, pero no tenemos nada de qué acusarnos y todavía podemos esperar... ¿Va á vivir con esa joven? Pues una de dos; ó esa mujer es de buena fe, y entonces se portará en consecuencia y se casarán dentro de dos años, ó es una intrigante, como yo creí al principio, y no soportará el vivir ese tiempo monótona y tranquilamente en una universidad alemana. Entonces se mostrará como es y Luciano no se casará con ella. En uno y en otro caso le recobraremos. Aun á los veinticinco años deberá pedirte tu consentimiento; si esa mujer ha demostrado poseer cualidades de esposa, tú se lo concederás, y entonces los veremos; y si, por el contrario, esa unión acaba por un rompimiento, Luciano se refugiará á nuestro lado. Ten, pues, valor y piensa que esta separación era, sin duda, necesaria. Puesto que influencias malsanas le han hecho mirar nuestro matrimonio con tan injusta antipatía, más vale que nuestras relaciones se suspendan por algún tiempo... Es, al menos, un mal menor... ¡Valor! Apóyate en mí; yo te querré por los dos...

—Eres bueno, respondió Gabriela sin dejar su actitud desesperada, muy bueno... ¿Pero cómo quieres que me convenzan tus razonamientos? Me has dicho que Luciano no perseveraría en su proyecto, y ha perseverado; que no pediría el consentimiento de su padre, y lo ha pedido; que tenías un medio de impedir ese deplorable casamiento, y sucede algo peor... ¿Por qué me has dicho esas cosas? Porque no quieres que mire de frente la verdad y por qué tú mismo no quieres verla. Esa verdad es la que expresó el padre Euvrard. Dios nos castiga en mi hijo, y digo «nos» porque eres mi único amigo y estamos unidos en el castigo como lo estuvimos en la falta. Me hablas de valor... Ten tú el de ver claro y el de permitirme que yo vea. Hemos perdido uno de nuestros hijos, Alberto, no perdamos el otro...

Al hablar así se había incorporado en la butaca, en cuyos brazos se crispaban sus manos. Su voz era más firme, la sangre había asomado á sus mejillas y en sus ojos brillaba una llama de la fiebre mística que Darrás había visto ya varias veces en aquella semana. Desde la muerte de Chambault, el segundo marido estaba temiendo la petición á que la fe católica debía conducir á la divorciada convertida en viuda. Comprendió por el tono de Gabriela que sus enigmáticas palabras iban á traducirse en esa súplica, y preguntó:

—¿El otro? El otro es Juana. ¿Qué relación puede haber entre esa niña y nuestras diferencias con Luciano? Explícate.

—¿Por qué me hablas como si no me comprendieras? Porque me has comprendido, Alberto, no me digas que no. No me trates más como á una enferma. El momento es demasiado grave y hemos recibido advertencias demasiado solemnes. Hemos perdido á Luciano porque hemos sido culpables, yo sobre todo, que *creía,* cediendo á la terrible tentación de la impía ley del divorcio. No hay código humano que pueda prevalecer contra el orden divino. Ante Dios era yo la esposa del hombre por el que mi hijo está de luto. Hemos prescindido de ello, y ya no tengo hijo... Ese hombre ha muerto y soy libre. Dios, que nos ha castigado, nos da ocasión para reparar nuestra falta casándonos religiosamente... ¡Dime que consientes, Alberto mío, y que me harás tu mujer ante la Iglesia!.. Si no, no podré vivir, por miedo de perder también á Juana, no sé cómo... Te lo suplico en su nombre...

—Esperaba esa petición, dijo Darrás, en cuya cara se pintaba esa tristeza que produce la recaída de un convaleciente querido al que se creía curado de una enfermedad mortal. La esperaba y no te guardo rencor, pues has sufrido mucho y es excusable que no veas nuestra vida en su verdadero aspecto. No trataré de demostrarte nada, pero sí te diré que lo que en mí crees preocupaciones no son sino aplicaciones del más vulgar sentido común. Si reflexionases cinco minutos, verías que nuestra historia con Luciano no es más que una ilación de sucesos muy ordinarios entre un hijo de veintitrés años y sus padres, en los matrimonios más católicos... En cambio no creí que me harías esa petición en nombre de nuestra hija. ¿No comprendes qué significación tendría para esa niña un matrimonio religioso entre nosotros, entre sus padres, y precisamente ahora? Mi protesta cuando me dijiste el otro día que no estamos casados no era sólo por mí, sino por Juana. Casarnos ahora canónicamente sería declarar que el matrimonio civil no es un matrimonio, y por consecuencia, que nuestra hija no es legítima. Confiesa que no has pensado en esto...

—Demasiado lo pienso, y tiemblo de terror por ella...

—¿Y no ves que es insensato, por no decir más, considerar como culpable el nacimiento de esa niña, sobre cuya cuna hemos cambiado palabras de abnegación, de fidelidad y de ternura?

—Lo que veo y lo que sé es que no teníamos derecho de tenerla...

—No te permito hablar así, ni en el extravío de la pena... Gabriela, dijo Darrás con una irritación que ya no podía dominar, recuerda nuestra sagrada emoción cuando me dijiste que ibas á ser madre... Recuerda los sueños que hemos acariciado aquí mismo acerca de ese hijo... Debía ser una niña, en la que cifraríamos nuestra alegría y nuestro orgullo... Recuerda nuestra pena al ver que no teníamos más familia... ¡Y ahora!..

—Ahora, interrumpió Gabriela, no tengo ya tal alegría ni tal orgullo, es verdad... Me he humillado al castigo y estoy quebrantada para lo que me quede de vida. De ti depende que tenga un poco de consuelo en esta miseria. Lo tendré si poseo la paz de conciencia por los sacramentos, si confieso, si comulgo, y sobre todo, si puedo besaros á mi hija y á ti sin remordimiento. Necesito fuerza para soportar la idea del rebajamiento de mi hijo y de la vida que va á hacer con esa criatura, y sólo en esto puedo hallarla. Si me amas, no me lo niegues, no discutas. Habías ambicionado casarte conmigo cuando era soltera, y entonces hubieras consentido ciertamente en que el matrimonio fuese religioso. Sólo te pido que hagas hoy lo que hubieras hecho entonces. Nunca me habrás dado mayor prueba de amor... ¡Y me hace tanta falta!..

—No insistas, exclamó Darrás con impaciencia. Si me hubiera casado contigo de soltera, no hubiera aceptado tal condición sin gran lucha interior, pues siempre he creído funestas esas concesiones de conciencia que prolongan indefinidamente ciertas hipocresías y las peores mentiras sociales... Pero, en aquel momento, tal matrimonio no hubiera sido un ultraje á todo un pasado de honor y de lealtad, como hoy lo sería esa condenación pública y solemne de nuestro matrimonio actual... Eres mi mujer y soy tu marido. Jamás insultaré de ese modo á nuestro hogar...

—¡Prefieres destruirle!, dijo Gabriela con acento casi salvaje. Sí, lo destruirás negándote al matrimonio religioso, porque yo sé que no podré permanecer aquí... No podré soportar el llevar tu nombre y pertenecerte sin ser tu mujer ante Dios, cuando nada se opone á ello más que tu orgullo... Lo he soportado, con gran dolor mío, hace algún tiempo, porque existía el obstáculo invencible y creía hacer cuanto podía de mi deber de cristiana en condiciones más poderosas que mi voluntad... Ahora, si sigues negándote, tendré que marcharme. ¿Lo permitirás? ¿Por qué? ¿Qué ultraje hay en la celebración de una ceremonia que nos estaba prohibida y que hoy se nos permite? ¿Qué mancha en un matrimonio que, para ti, nada significa?.. Repito que si te niegas será que en ti el orgullo puede más que el amor. No quieres que tu incredulidad ceda ante mi fe.

—¿Y aunque así fuera?.. ¿Y si, en efecto, considerase yo como una cobardía fingir ideas que no tengo? No he adoptado mis convicciones por capricho ni por interés, sino que son lo más profundo de mi pensamiento y lo más íntimo de mi conciencia. No sólo tengo derecho, sino deber de obrar con arreglo á ellas, puesto que son, para mí, la verdad. Ya es demasiado que una promesa, arrancada á mi amor, me obligue á consentir que mi hija crezca entre lo que yo conceptúo errores... No trates de abusar de mi lealtad en ese punto. Bastantes motivos reales de pena tenemos para que no creemos otros imaginarios.

—No es esa tu última palabra, Alberto. Con tus ideas de justicia y de tolerancia, no puedes impedirme creer porque tú no crees.

—¿Cuándo te lo he impedido?, respondió Darrás con acritud.

—Me lo impides obligándome á vivir contigo en relaciones que mi religión prohibe.

—¿Y tú, qué haces pretendiendo imponerme un acto que mis principios reprueban?

—¿Cómo puedes comparar los dos casos? Si tú me sacrificas lo que no es para ti más que una cuestión de forma, continuarás lo mismo tu vida. Mientras que yo, si persisto en seguir contigo como tu mujer, no siéndolo—porque no lo soy, no lo soy, ¿entiendes?—me encontraré fuera de la Iglesia, me estarán prohibidos los sacramentos y no podré tener vida religiosa... Te lo repito, dijo con sombría desesperación, no podré soportarlo y me marcharé.

—Y bien, respondió Darrás fuera de sí, te marcharás, pero oye las consecuencias de tu rebelión. Te dejaré marchar y no te enviaré el comisario para que vuelvas, pero me quedaré con mi hija. Cuando nos casamos hicimos un pacto. Tú te comprometiste á ser mi mujer y yo á permitir que, si teníamos un hijo, fuese bautizado y educado católicamente. Hoy te conviene denunciar ese pacto... Está bien. Dices que no eres mi mujer y hablas de marcharte... Perfectamente. Pero yo quedo libre de mi compromiso y recobro á Juana, que es mía según la ley. El pacto está denunciado, luego la educaré según mis ideas.

—No cometerás una acción semejante; no tienes derecho. Me has dicho muchas veces que el primer deber es el respeto á la conciencia. No puedes tocar á la de tu hija.

—Le daré otra nueva. La haré crecer en la verdad, mientras que tú la alimentas de quimeras, á las que no me he opuesto por escrúpulo. Hoy veo cuán culpable he sido para con el que después se case con ella si esas impresiones de la infancia han de ser causa de que se separe de su marido...

—Arrancar la fe á un ser sin defensa es un crimen, Alberto, un crimen abominable...

—¿Estás segura de que no lo es el habérsela dado?.. ¡Cuidado! No despiertes en mí el pensamiento de que no hay promesa que valga contra la verdad... Pero no; lo prometido es deuda, á condición de que lo sea también para ti. No quiero oir hablar más de matrimonio religioso, ¿entiendes?, jamás. Permanezco tal como era cuando te casaste conmigo; si observas tu compromiso, observaré el mío; si faltas á él y te vas, obraré como te he dicho.

—¿Aun estando en vísperas de la primera comunión?

—No la hará, y asunto terminado... Así será mejor... Pero acabemos, añadió mirando el reloj. Son las dos y cuarto y me aguardan en mi oficina. Espero que cuando vuelva te encontraré más razonable. Adiós.

Por primera vez, acaso, salió sin dar un beso en la frente á su mujer y sin mirarla siquiera. En el arrebato de una cólera en la que se habían desahogado sus penas de aquellos días, acababa de pronunciar palabras demasiado violentas para que no las lamentara. Permaneció en su cuarto más de lo necesario para coger el gabán y el sombrero, con la esperanza de que Gabriela fuese á suplicarle que no la dejase en aquel estado. Pero no fué, y él sintió entonces grandes ganas de volver á buscarla. No cedió, sin embargo. El recuerdo de ciertas frases, como aquella de «No teníamos derecho de tener esa hija» ó la otra de «No soy tu esposa,» le cerró el corazón y le hizo pensar: «Si ahora no soy firme, ¿adónde iremos á parar? Debe ver en mi descontento que no hay que volver á las andadas.»

Darrás salió de casa y se fué en derechura á la oficina, donde, en efecto, tenía algunas citas importantes. Ni las visitas de negocios, muy numerosas aquel día, ni los esfuerzos de ingenio que tuvo que hacer para discutir varias cuestiones de gran precisión técnica, lograron distraerle de la tempestad interior. Mientras escuchaba á sus interlocutores y les contestaba, tenía ante sus ojos la imagen del rostro de su esposa, con la expresión de enloquecido espanto que en él habían producido sus implacables palabras. Sentía opresión en el corazón, fiebre en la sangre, angustia en el pecho y un gran malestar en todo su ser. Y sin embargo, á la idea de volver á su casa para encontrar la misma rebelión y luchar con la misma manía religiosa, chocar contra aquel mismo deseo de un matrimonio deshonroso para su pasado, se apoderaba de él la indignación y se sentía nuevamente dominado por aquella especie de frenesí que, pocos momentos antes, había estallado en miradas, en gestos, en exclamaciones de odio. Entonces invadíale un dolor intolerable: su Gabriela, la dulce amante de su juventud, la adorada compañera de su edad madura, se confundía para él con aquella Iglesia en la que se había acostumbrado á condensar todos los errores, todas las mentiras y todas las injusticias.

El temor de que se reprodujera aquella intolerable é insoluble disputa, la certeza de que en ella se mostraría él más violento aún, un obscuro rubor y punzantes remordimientos por haber hecho daño á su querida amiga, todos estos sentimientos bullían en él. Para tranquilizarse antes de entrar en casa, volvió á pie por el camino más largo, y eran más de las seis cuando llamó por fin á la puerta del hotel, contemplando el edificio del mismo modo que lo había contemplado Gabriela después de su visita al padre Euvrard, con la nostalgia de la felicidad, todavía posible, pero comprometida.

Absorto por la idea de la acogida que le iba á dispensar Gabriela, no notó la singular mirada del criado que le abrió la puerta. Subió á su cuarto, y al ver que Gabriela no iba, como en los buenos tiempos, á saludarle, quiso adelantársele y probar así que no le guardaba rencor. Entró, pues, en el saloncillo y no la encontró. Tampoco estaba en la alcoba ni en el despacho... Sin duda estaba ocupada con su hija en la sala de estudio.

Darrás subió la escalera con un presentimiento que se trocó en verdadera angustia al ver que la sala estaba vacía, vacío el cuarto en que dormía Juana, vacía la alcoba de la institutriz... Después de todo, Gabriela podía haber salido con ellas.

Llamó, vino el mismo criado que le había abierto la puerta, y esta vez Darrás no se engañó sobre la expresión de su fisonomía. Un suceso grave había ocurrido. ¿Cuál? Aun en aquel momento de terrible sospecha se despertó en él el instinto de protección á Gabriela, y sus preguntas, que le quemaban el corazón, fueron bastante vagas, bastante mesuradas, para que el drama de aquella casa escapara á ciertos comentarios de cocina.

—¿Qué hora era cuando salió la señora?

—Las tres ó tres y media, respondió el criado. Yo fuí á buscar el coche, y para encontrar uno que pudiese llevar equipajes, tuve que ir hasta la estación Montparnasse.

—¿Quiere usted llamar á la doncella?

—Se ha marchado con la señora.

—Está bien.

No cabía duda, Gabriela había realizado su amenaza y se había escapado. Darrás tuvo valor para preguntar aún en tono indiferente:

—¿Han tenido tiempo para hacer el equipaje?

—La doncella y la institutriz lo han empaquetado todo. Había cuatro bultos; un gran baúl, dos maletas y el estuche de tocador de la señora.

¡Así, pues, Gabriela se había fugado llevándose á su hija, á la hija de los dos!.. Ante aquella inesperada y abrumadora noticia, el primer sentimiento de Darrás fué una consternación tan completa, que ni siquiera trató de saber más.

¿Podía preguntar sin entregar el secreto de aquella crisis de su hogar?

Pensó que aquello no era posible, que la fugitiva iba á volver y que Gabriela, al llegar al sitio adonde había resuelto retirarse, no podría soportar la idea de su inquietud. Además debía de haberle escrito antes de marcharse. Una mujer no deja su casa de improviso, como una criminal, sin que su marido sepa dónde enviar y recibir noticias. Pero no encontró nada. En vano revolvió todos sus papeles y todos los de Gabriela...

Mientras tanto la hora avanzaba y el mayordomo fué á anunciar que la comida estaba dispuesta. La idea de sentarse solo á aquella mesa de la familia, hoy dispersa, le resultó odiosa, y respondió que no comía en casa. En seguida salió para andar por las calles, como el otro día, cuando estaba todavía lejos de prever una catástrofe que desconcertaba su razón...

¡Gabriela fugada!.. ¡Hasta qué profundidad se había apoderado de ella el dogma católico para haber la decidido á escaparse así, mejor que vivir con él fuera de la Iglesia!..

Era cierto que había pronunciado aquella tarde palabras duras; pero ¿justificaba esto su fuga con su hija? ¿Para qué? Para desafiarle á cumplir la más dura de sus amenazas, aquella con cuya acción contaba más. Era como si le hubiera dicho estrechando á su hija contra su corazón: «¿Quieres á Juana? Ven á cogerla.» «Sí, respondió Darrás en voz alta, como si, en efecto, se le hubiera dirigido aquella provocación, iré á cogerla...»

Pero ¿dónde?, ¿cómo?.. La ley y la fuerza pública estarían de su parte. El Código le daba medios para ordenar á su esposa que volviera al domicilio conyugal; pero aquel hombre generoso que siempre había tratado con tantos miramientos la sensibilidad demasiado tierna de Gabriela, salvo en dos crisis de ofuscación en los últimos quince días, se la imaginó de pronto en una habitación con la niña, se figuró también la entrada del alguacil ó del comisario, y su delicadeza íntima se rebeló ante aquella imagen y el amor pudo en él más que el rencor.

Con una angustia que nada tenía de egoísta, se preguntó: «¿Pero dónde está?.. Aquella cena en que hubieran debido estar juntos, ¿dónde la habrían tomado? ¿Qué habría dicho á la niña?..»

Separada de toda su familia á causa de su casamiento, no había podido refugiarse cerca de ella. ¿Estaría en algún convento?.. ¿Se habría metido en algún hotel?..

Agotando todas las hipótesis y enloquecido por la completa ausencia de datos positivos, dió en pensar si se habría refugiado al lado de Luciano, detalle que hace ver el desarreglo de aquella imaginación de ordinario precisa y metódica. Después de la escena entre la madre y el hijo, tal suposición era extravagante; pero no bien había surgido en su mente, tomó las proporciones de la certeza, y Darrás corrió á la casa de la calle Monge donde su hijastro había alquilado un cuarto amueblado. Conocía las señas por el mozo que fué á buscar los efectos del joven. El portero le respondió que el Sr. Chambault se había marchado precisamente aquella tarde.

—¿Solo?

—Solo.

Aquel paso había sido insensato, pero el marido abandonado dió otro más extraordinario todavía. La calle Rollín estaba cerca, y Darrás quiso saber por Berta dónde estaba Luciano.

En casa de la estudiante le dijeron que ella también se había marchado hacía pocas horas; Luciano había ido á buscarla y habían salido juntos para una ausencia prolongada, sin fijar la época de su regreso. Los jóvenes habían realizado el proyecto anunciado por Luciano á su madre.

Aquella fría noche de primavera, helada por una penetrante llovizna, era sin duda la noche de boda de los dos enamorados, á quienes Darrás envidió entonces con todo su corazón desgarrado. Ellos, al menos, no tenían más que un ideal, una fe y una creencia. ¡Cuán apasionadamente había él deseado una semana antes salvar á su hijastro de aquella aventura! Ahora le asombraba el saberla con tal indiferencia, y sólo vió en ella el hecho de que Gabriela no había ido á pedir amparo contra él á Luciano.

¿Pero dónde estaba?.. Otra hipótesis, no menos absurda, le ocurrió de repente. ¿Si hubiera vuelto á su casa mientras él corría en su persecución? Quiso creer que no podía menos de haberse arrepentido, y tomó un coche para llegar pronto al hotel, que encontró tan vacío y mudo como antes. Gabriela no le había siquiera enviado un telegrama para dar señal de su existencia y de la de su hija.

Darrás pasó la noche entera yendo y viniendo de la biblioteca al cuarto de Gabriela. En su mente seguían alternando las resoluciones violentas con los enternecimientos apasionados. Tan pronto se inclinaba de nuevo al proyecto de hacerlas volver á las dos por la coacción legal, y esta idea de dureza ante la cual había experimentado al principio un magnánimo sentimiento de repulsión, le producía ahora una cruel delicia: el indigno proceder de su mujer le hería demasiado en su amor propio de hombre, y quería gozar de la brutal venganza de probar que él era el amo... Tan pronto, por el contrario, el rencor y el orgullo se fundían al calor de la tierna pena que le torturaba.

En aquella alcoba, llena todavía de la presencia de su mujer, era muy fuerte la evocación de su intimidad. Darrás respiraba el delicado perfume que ella usaba y le asociaba á sus sonrisas, á sus miradas y á sus besos. El espejo del armario parecía retener la silueta de la mujer amada y la almohada la huella de su cabeza. Sus bellas manos habían vagado por todos aquellos muebles claros, y las babuchas en que jugaban sus pies desnudos se habían posado en aquella alfombra. Todos los objetos de plata cincelada de su tocador habían sido tocados por ella aquella mañana y no había un cuadro colgado en las paredes al que el marido no pudiera unir uno de los episodios de su matrimonio.

En esta revista observó que un retrato suyo había desaparecido de la chimenea. La ausente se lo había llevado, y esta señal de que, aun huyéndole, no había dejado de quererle, le hizo derramar lágrimas. ¿Por qué la había dejado aislarse de él desde el día en que le confesó su renaciente devoción? ¿Volvería jamás á animar aquella pieza desierta? Y si volvía, ¿no estarían emponzoñados por sus remordimientos los éxtasis de otro tiempo? ¿No vería un pecado en una dicha que consideraba como prohibida? ¿Le sería negada esa lenta y dulce transformación del amor permitido en una amistad única, infinitamente confiada y cariñosa, que es la recompensa de las largas fidelidades conyugales?..

¡Insensato! Aquella pieza vacía era la respuesta, y el marido abandonado se sentía triste hasta el punto de desear morir allí, entre las reliquias de su felicidad, destruída para siempre si su mujer seguía ausente y muy amenazada si volvía.

—Es preciso, sin embargo, que tome una resolución..., se dijo á la mañana siguiente á esta noche de insomnio.

Había esperado que no pasaría la mañana sin recibir un telegrama ó una carta. Cada hora aumentaba la culpa de Gabriela para con él y también su irritación. Se esforzó, con todo, en plantear el problema como si se hubiera tratado de otro.

—¿Cuál sería el derecho de todo padre en mi caso? ¿Cuál su deber? ¿Dónde está la justicia?.. Mi derecho es tener á mi hija.

Se recordará con qué religioso respeto hablaba siempre Darrás de los artículos del Código relativos al matrimonio. «*Los esposos contraen juntos por el solo hecho del matrimonio la obligación de alimentar, sostener y educar á sus hijos... La mujer debe obediencia al marido...*»



El ruido de un coche acabó de demostrarle. (Véase pág. 373.)

—¿Juntos?, pensaba. Pero ¿y si la mujer se niega á desempeñar su papel de esposa?.. Entonces se anula su derecho y el padre conserva el suyo...

Por este sofisma trataba de acallar un escrúpulo que procedía del conjunto de sus ideas sobre la sociedad, singularmente contradictorias, como las de muchos moralistas de su tipo, en los cuales el cuidado del bien general se asocia con principios de un individualismo fundamentalmente anárquico. Hablaba siempre de conciencia y también Gabriela había invocado la suya. Al pedirle que su matrimonio fuese celebrado católicamente, ¿á qué obedecía? A su conciencia. ¿A quién había obedecido al marcharse? A su conciencia también.

—Una vez hecho un contrato, es definitivo, pensaba Darrás cuando aquella objeción pasaba por su mente. Siendo mi mujer, no era libre para hacer lo que ha hecho...

Pero él, ¿cómo iba á hacer para reivindicar su derecho á tener su hija? Pasó todo el día debatiendo consigo mismo el momento de dar el primer paso, que era sencillo sin embargo. No queriendo en modo alguno recurrir á la policía, debía consultar con un abogado. Tenía uno muy seguro y muy hábil en su Banco, pero consultarle era ponerle al corriente de su tragedia con Gabriela y acusar á ésta.

Por un fenómeno muy natural en su sensibilidad, esa perspectiva reanimaba su amor, y Darrás prorrumpía indefinidamente en esta letanía de angustia:

—¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado! ¿Cómo ha podido hacerlo?..

Después de otra noche de penas y de incertidumbres, acabó por pensar:

—Es una cobardía vacilar más. Voy á hablar á Carrier.

Era el nombre del abogado.

Después de esperar el correo, salió de casa para ir á ver á aquel hombre que vivía en el otro extremo de París, y tales eran las incoherencias de sus nervios excitados por la incertidumbre y el insomnio, que al no encontrar á Carrier experimentó un alivio muy contrario á la lógica habitual de su vigorosa voluntad.

Otra debilidad fué el volver á su casa antes de ir á la oficina. Darrás se reprochaba esta niñería, pero caía en ella. Desde el momento en que Gabriela le había ocultado durante aquellos dos días el sitio adonde se había retirado después de su increíble partida, ¿qué razón había para que ahora se lo notificase?.. Tenía ya tan pocas esperanzas de recibir un mensaje, que se quedó como estupefacto al ver en la bandeja de la antesala, no una carta ni un telegrama, sino una sencilla tarjeta abarquillada en la que se leía el nombre del padre Euvrard, miembro del Instituto. El religioso había escrito con lápiz: *Volverá á las dos, si el Sr. Darrás quiere hacerle el honor de recibirle.* Debajo había puesto sus señas.

¿A las dos, y eran las once? Darrás no vaciló ni se preguntó si perjudicaría á su autoridad el mostrar aquella prisa. Porque el Sr. Euvrard venía, seguramente, de parte de Gabriela y esa evidencia no permitía esperar á Darrás. Aquellas tres horas le representaban una infinidad de torturas que no quería ni podía sufrir, y antes de un cuarto de hora después de recibir la tarjeta estaba delante de la casa de la calle Servandoni.

El pensamiento de que Gabriela había estado allí sin saberlo él, de que había atravesado aquel mismo patio, en el que verdeaba el jardinillo central, y de que había subido aquella miserable escalera, infundió al marido la cólera de sus peores momentos. ¡Le era tan duro que su mujer, en vez de escribir, se hubiera dirigido á un intermediario!.. ¡Y qué intermediario!.. Precisamente aquel de quien habían hablado y á propósito del cual se habían cruzado entre él y su esposa palabras tan duras.

Esa indignación se conoció en el campanillazo con que anunció su visita y en el tono agresivo de sus primeras palabras. El religioso proscrito salió á abrir él mismo, como á Gabriela el otro día, y como entonces, tenía en la mano un pedazo de yeso, pues la visita le había interrumpido en uno de sus cálculos.

Tenía el mismo aspecto mezquino y embarazado de sabio extraviado en la vida. Solamente su sotana estaba un poco más raída, su cabellera rojiza un poco más crecida y el cuarto un poco más embrollado de libros y papeles.

Pero sus ojos no expresaron esta vez el asombro de un soñador medio despierto de sus quimeras. Conoció en seguida quién era aquel hombre de cara hundida por la ansiedad, mirada febril, gesto brusco y voz dura, y encontró en sí mismo, para cumplir su misión de caridad, la fuerza sacerdotal que tanto chocó á Gabriela en su primera visita, cuando el personaje vulgar que abrió la puerta se transformó ante ella en un apóstol lleno de ardor, de elocuencia y de dignidad. El sacerdote no se desconcertó por el tono brusco con que aquel adversario de todas sus ideas comenzó el penoso y difícil coloquio.

—He encontrado su tarjeta de usted en mi casa. Soy Darrás, y me importa tanto saber qué tiene usted que decirme, que he querido verle en seguida. Escucho á usted.

—Lo que tengo que decirle, caballero, es, en efecto, tan importante y tan urgente, que me he permitido presentarme en su casa muy de mañana... Ha comprendido usted que estoy encargado de un mensaje de la señora de Darrás...

—Una pregunta ante todo... ¿Ha visto usted á la señora de Darrás ó le ha escrito á usted?..

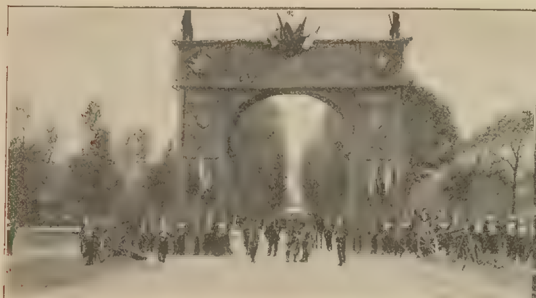
—La he visto.

—Permítame, entonces, que me asombre de que no haya usted insistido con ella para que se dirigiera á mí directamente. Con la alta idea que yo tenía del Sr. Euvrard, matemático superior, cuyo talento admiramos mis compañeros y yo, confieso que me extrañó el saber su primera entrevista con ella. No soy un ilustre sabio como usted, caballero; pero si una mujer casada se dirigiese á mí, á espaldas de su marido, para un punto relativo á su matrimonio, la detendría inmediatamente. Es verdad que no soy tampoco sacerdote y sólo soy un hombre honrado que practica sencillamente la moral laica.

(Continuará.)

A las once menos cuarto salían D. Alfonso y M. Loubet de Nuestra Señora; pocos minutos después, entraban en el Hotel de Ville, hermosamente adornado con profusión de flores, en cuyo salón de fiestas el alcalde de París M. Brousse y el prefecto M. de Selves saludaron en nombre de la ciudad al joven monarca, quien contestó agradeciendo la acogida que París le dispensaba. Después de firmar en unión de M. Loubet el pergamino que ha de conmemorar su visita, recorrió el palacio, en una de cuyas salas estaba expuesto el magnífico presente que le ofrece la ciudad de París y que consiste en un centro de mesa, dos fuentes y dos candelabros con preciosas esculturas de Lelievre, ejecutadas por Risler y Carré. Terminó la visita con un *lunch*, en el que cambiaron afectuosos brindis el alcalde y S. M.

La fiesta de los Mercados, en extremo pintoresca, coronó dignamente la excursión de la mañana: en ella, la Musa de la Alimentación, linda vendedora elegida por sufragio universal, presentó al rey un hermoso ramo, acompañando su ofrenda con sentidas palabras; D. Alfonso la besó en ambas mejillas y en aquel momento la manifestación popular fué verdaderamente delirante.



ARCO DE TRIUNFO ERIGIDO EN EL CAMPO DE CHALÓNS.



EL REY BESANDO Á LA MUSA DE LA ALIMENTACIÓN.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Cerca de la una, llegaban S. M. y el presidente á la embajada de España, en donde se celebró un almuerzo de gala, terminado el cual el rey recibió en el salón del trono á la colonia española, siéndole entonces ofrecido por la Cámara de Comercio española de París un Libro de Oro, iluminado por Atalaya y adornado con multitud de piedras preciosas. A las seis abandonó don Alfonso el palacio de la embajada y se dirigió á su residencia.

Por la noche asistió á la función de gala de la Opera, que ofrecía un aspecto fantástico y deslumbrador, así por la profusión de luces y flores que adornaban la sala, como por la riqueza y elegancia de los trajes y joyas de las señoras que llenaban las localidades. Representáronse la ópera de Saint-Saens *Sansón y Dalila* y el baile *La Maladetta*, que fueron muy aplaudidos por D. Alfonso, quien llamó á su palco y felicitó á los principales artistas.

A la salida de la Opera, ocurrió el atentado á que antes nos hemos referido y del que salieron por fortuna ilesos los dos jefes de Estado contra los cuales iba dirigido.

Día 1.º de junio.—Después de oir misa á las siete y media en la capilla de Santa Clotilde, el rey, acompañado de M. Loubet, partió para el campo de Chalóns, en donde numerosas fuerzas de infantería, caballería y artillería ejecutaron brillantemente diversas maniobras que excitaron el entusiasmo de D. Alfonso. Terminadas éstas ofrecióse al rey un espléndido *lunch* dispuesto en una tienda de campaña y después del cual todas las fuerzas que habían tomado parte en las maniobras desfilaron por delante de D. Alfonso y de M. Loubet.



EL REY SALUDANDO LAS BANDERAS EN LA REVISTA MILITAR DE CHALÓNS.
(De fotografía de «Photo-Presse.»)

Por la noche asistió S. M. á la recepción del Elíseo, que fué realmente espléndida.

Día 2 de junio.—A las nueve menos cuarto salieron el rey y el presidente para Saint-Cyr, en donde visitaron la Escuela Militar, á cuyos alumnos pasaron revista en el campo de maniobras de Jena. Desde la tribuna presidencial presenciaron el *carrousel* que ejecutaron con gran destreza los subtenientes alumnos de la Escuela de Caballería de Saumur, y terminado el cual M. Loubet regaló á D. Alfonso un magnífico caballo, que fué bautizado por S. M. con el nombre de Saint-Cyr. Después del almuerzo, que se celebró en el comedor de la Escuela, partieron el rey y el presidente para Versailles, cuyo magnífico palacio visitaron detenidamente, dirigiéndose luego al Aero-Club de Francia, en donde presenciaron una interesante fiesta aeronáutica. Desde allí fueron al Automóvil Club, que había organizado en honor del regio huésped un corso florido de automóviles.

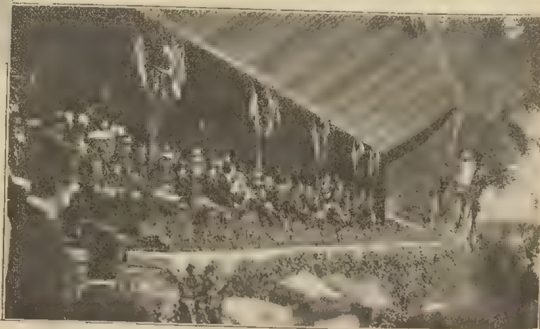
Por la noche asistió D. Alfonso, siempre acompañado por M. Loubet, á la función de gala de la Comedia Francesa; en uno de los entreactos, S. M. se hizo presentar á los artistas que habían tomado parte



LLEGADA DEL REY Á CHALÓNS. (De fotografías de «Photo Nouvelles.»)



EL REY PASANDO REVISTA DEL BATALLÓN DE HONOR EN EL PALACIO DE VERSAILLES.
(De fotografía de M. Rol y C.ª)



EL REY EN SAINT-CYR PRESENCIANDO DESDE LA TRIBUNA DE HONOR EL CARROUSSEL DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE CABALLERÍA DE SAUMUR.
(De fotografía de M. Rol y C.ª)



El Rey recibido por el presidente del Aero-Club.

en la representación, conversando familiarmente con todos ellos.

Día 3 de junio.—A las diez de la mañana llegaron el rey y el presidente al hipódromo de Vincennes. S. M. montó inmediatamente á caballo y pasó revista á las tropas, que se hallaban formadas en cuatro líneas, presentándose la infantería en masa de regimientos, la artillería en línea de columnas por secciones y la caballería por regimientos en columnas cerradas. Terminada la revista, situóse D. Alfonso en la tribuna de honor, que estaba elegantemente adornada con panoplias y banderas, y en seguida comenzó el desfile, que resultó brillante y que concluyó con la carga de toda la caballería al galope, parando en seco á 50 metros de la tribuna, maniobra que ejecuta aquélla de una manera admirable.

A su regreso de la revista, M. y Mme. Loubet ofrecieron á D. Alfonso un almuerzo militar en el Elíseo; S. M. pronunció un sentido brindis expresando la admiración que el ejército francés le había causado; M. Loubet contestó con otro agradeciendo estos elogios y dedicándolos á su vez al ejército español. Poco después retiróse el rey á su residencia, en donde recibió á una delegación de los franceses que poseen condecoraciones españolas, la cual le ofreció un magnífico servicio de mesa, acompañado de un rico Libro de Oro con las firmas de los que le hacían el regalo.

Luego asistió al tiro de pichón del aristocrático Círculo del Bosque de Boulogne, en donde permaneció dos horas deliciosas dedicándose á uno de sus deportes favoritos y demostrando sus dotes de habilísimo tirador.

Por la noche celebróse en la embajada de España el banquete con que Su Majestad obsequió á M. y á madame Loubet; fué una fiesta digna del regio anfitrión y de sus ilustres invitados. Uno y otros asistieron luego á la función de gala parlamentaria de la Opera: cantóse la ópera *Sigurd*, y el aspecto del teatro, sin dejar de ser hermoso, distaba mucho, así por la calidad de la concurrencia, como por la elegancia y riqueza de las *toilettes*, del que ofrecía la sala en la representación de gala anterior.

Día 4 de junio.—Después de haber oído á las once misa en la capilla española de la avenida Friedland, dirigióse D. Alfonso al Louvre. Esta visita no figuraba en el primitivo programa formulado por el protocolo, pero el rey no quiso salir de París sin haber visto el célebre museo. Recibido por el subsecretario de Bellas Artes M. Dujardin-Beaumetz, recorrió S. M. las principales salas del citado museo, admirando las obras maestras que en ellas se conservan y encantando á cuantos le acompañaban por sus oportunas observaciones y por su amable familiaridad.

Por la tarde, después de recibir á la delegación del Comité de las fiestas franco-españolas, asistió Su Majestad, acompañado de M. Loubet, á las carreras de caballos de Auteuil. A pesar de la lluvia, la fiesta resultó magnífica; el *pesage* estaba convertido en un hermoso jardín; en las tribunas se veían las damas de la más alta sociedad francesa rica y elegantemente ataviadas, y en la *pelouse* hormigueaba una multitud inmensa que ofrecía el más pintoresco golpe de vista.



Llegada del Rey al Aero Club. (De fotografías de «Photo Presse.)

Terminado el espectáculo, regresó S. M. á su residencia, y poco después asistía al suntuoso banquete dispuesto en su honor y en el de M. Loubet por el ministro de Negocios Extranjeros. Después de la comida efectuóse en el salón del Reloj, magníficamente decorado, una velada teatral, en la que tomaron parte los principales artistas de la Opera y de la Comedia Francesa.

Cerca de las doce, el rey y el presidente de la República salieron del Ministerio de Negocios Extranjeros y se dirigieron á la estación de los Inválidos; poco después, D. Alfonso se despedía afectuosamente de M. Loubet y subía al tren que debía llevarle á Cherburgo.

Dada la señal de partida, el tren se puso en marcha entre grandes aclamaciones.—X.



Copa ofrecida por el emperador de Alemania para la prueba llamada «Copa imperial del Océano.»



El yate americano «Atlantic,» ganador de la copa del emperador de Alemania en la travesía á la vela del Atlántico, desde Sandy-Hook (América) hasta el cabo Lizard (Inglaterra.) (De fotografía de «Photo-Nouvelles,» de París.)

La llamada «Copa imperial del Océano» ha sido una de las pruebas del deporte náutico que más interés han despertado, de muchos años á esta parte, en el mundo del *yachting*, y ha consistido en hacer en yate á la vela la travesía del Atlántico, desde el faro de Sandy-Hook (Estados Unidos) hasta el cabo Lizard (Inglaterra). En ella han tomado parte once yates (ocho norteamericanos, dos ingleses y uno alemán) que salieron de Sandy-Hook el 17 de mayo último, habiendo resultado vencedor el *Atlantic*, de Mr. Marshall, del «New York Yacht Club,» mandado por el capitán Carlos Barr y tripulado por *yachtmen* americanos, que ha llegado felizmente á la meta á las 9 y 18 minutos del 29, después de 12 días y cuatro horas de travesía. El recorrido ha sido de 3.000 millas. La copa regalada por el emperador de Alemania es de oro macizo, tiene un metro de altura y su valor material se estima en mil libras esterlinas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 19 de junio de 1905 — Núm. 1.225



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á LONDRES.—El REY D. ALFONSO XIII Y EL PRÍNCIPE DE GALES.

(De fotografía de Russell.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros subscriptores el tercer tomo de la serie de 1905 de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que será «Fausto,» tragedia de Juan Wolfang Goethe, primera parte, traducida por Teodoro Llorente. Esta nueva edición va profusamente ilustrada, ha sido corregida por el traductor y lleva al final una ligera reseña de la segunda parte de la tragedia.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En este mes primaveral, de los largos días, la muerte vendimiá como en otoño: vendimia sin tregua, la infatigable vendimiadora. Ha caído bajo sus tijeras seculares, de cortante filo, una figura alta y distinguida: D. Francisco Silvela.

Allá van, casi juntos, Valera y Silvela, dos selectos intelectuales. El uno había concentrado la potencia de su mentalidad en la literatura; el otro, aunque muy literato de afición, en la política, durante el más extenso y activo período de su existencia. Por eso la desaparición de Silvela, aunque viviese ahora retraído, quebranta todavía, restándole un elemento de defensa, al partido liberal conservador, ya maltrecho y desangrado desde la muerte del gran Cánovas.

El destino, moviendo hilos, envenenando sordas pugnas que estallaron en graves disensiones, situó frente á frente á dos hombres que habían nacido para estimarse y admirarse, y que acaso, realmente, no dejaron de sentir ni un momento esa atracción, esa admiración, tributo involuntario de los fuertes á los fuertes. Como el más fuerte era sin duda D. Antonio, D. Francisco experimentaba en mayor grado la sugestión de su antiguo jefe, después rival y enemigo. Yo puedo atestiguar que—consumada la ruptura—las palabras más veneradoras y ensalzadoras que he oído respecto á Cánovas, á su carácter y facultades, brotaron de labios de D. Francisco Silvela. Alguien creerá que esta pudiese ser una de las habilidades cautelosas comúnmente á Silvela atribuídas; pero debo decir también que en esto no pensaba yo con el público; que no he acertado á ver en Silvela á ese portento de disimulo llevado al tartufismo, á ese florentino, discípulo de Maquiavelo. Se dirá que conmigo, persona ajena á la política, no tenía para qué desplegar Silvela tales artes de engaño. Respondo que la reserva y astucia de los políticos viene á ser en ellos como segunda naturaleza, hábito defensivo que no pierden fácilmente; y cuando Silvela hablaba de un modo franco, sorprendente á veces de sinceridad, yo me preguntaba á mí misma la razón de su fama digna de algún embajador de la república de Venecia, que no tenía nada que envidiar á Florencia en arterías, mañas y trápalas.

Por otra parte, el que haya seguido atentamente lo que Silvela ha proclamado en público, tendrá que reconocer que aquel espíritu fino, complejo, penetrante, era también un espíritu claro hasta la imprudencia. No sólo en conversación particular conmigo, y supongo que con varios amigos más, sino ante la nación entera, en letras de molde, no sé de ningún político español que con tal precisión y valentía haya señalado, proclamado, la verdadera situación poco halagüeña de España, después de las guerras coloniales y con los Estados Unidos; y el corolario de algunos célebres artículos, que condensaron en una frase un período de nuestra historia, el corolario de *Sin pulso*, fué la retirada discreta, modesta, decisiva, de un estadista que confesaba paladinamente que él era vencido, que carecía de fuerzas para resistir la marea de las concupiscencias, para despertar las energías sanas, sin las cuales la labor del gobernante tiene que constituir un fracaso crónico.

Nadie ha podido echarle en cara otra cosa á Silvela sino ese desaliento, confesado por él mismo, ante el estado moral de un país; esa victoria del medio sobre el individuo. No le niegan á Silvela ni su acrisolada honradez en las cuestiones de dinero, ni su extraordinaria inteligencia, ni su cultura, ni sus intenciones leales; le echan en rostro el apocamiento, la carencia de resolución para continuar en el mando y ejercicio de la gobernación del Estado. No paran mientes en que, si sólo se tratase de continuar al frente (no de todo el partido conservador, sino de un grupo numeroso) Silvela, cualquiera podría hacerlo. Pero no era ese el problema planteado, al menos en la conciencia y ante la responsabilidad de Silvela: eran compromisos serios ante la opinión y ante sí propio; era justificar una campaña ardiente y dura contra todo un Cánovas, campaña que le amargó los últimos años de la vida; llegaba el momento de enlazar las negaciones desde la oposición con las afirmaciones desde el poder..., y si la campaña de oposición no se había hecho sin auxiliares, sin secuaces, sin formar otro partido, tampoco la obra regeneradora desde la presidencia cabía que se hiciese sin colaboradores, sin gente, sin allegadura. Esto vió Silvela, y por esto se notó diferencia tan capital entre los quince ó veinte primeros días que ejerció el poder, acometiendo reformas que causaron el mejor efecto en los que soñamos una España nueva, pura, salvada, y los días siguientes, al iniciarse el desencanto y la convicción de la inutilidad del esfuerzo. Entonces debió comprender lo que latía en el fondo de la disidencia aquella revestida de apariencias de depravación moral y de inquietud regeneradora; entonces llegaría á convencerse: lo que en clamorosa manifestación le acompañó por las calles de Madrid no era el rebose de indignaciones y protestas honradas, sino más bien la marea de aquellas concupiscencias y aquellas mal satisfechas ó defraudadas ambiciones, de que una tarde, empulgarando la taza de te, me hablaba con mohín de pena y sonrisa de ironía, haciendo con la mano libre, aristocrática, el gesto del que aleja algo...

El hombre es un hondo estudio, pero un estudio triste. Por eso, cuantos grandes políticos he tratado se me aparecieron llenos de desencanto, de fatiga íntima, mezclada con infinita indulgencia. El menos desilusionado era Castelar; y Silvela, el más convencido de la nada de las cosas. A esta convicción, Silvela unía completa deferencia hacia todo y todos, y exquisita corrección de procederes y modales, que le granjeaba el respeto y le enajenaba la simpatía de muchos; pues el carácter nacional propende á simpatizar con los francos superficiales, los cordiales sin excepción, los que dan palmadas en la espalda, los que hablan á voces. La naturaleza contenida, reservada, la sonrisa indefinible que contraía las comisuras de la boca de Silvela, le creaban enemigos. Mil veces tuve ocasión de notarlo.

Por mi parte, sólo buenos recuerdos me deja este eminente intelectual y crítico de mi generación. Desde que publicó y me envió las *Cartas de la Venerable*, se estableció entre nosotros un trato no frecuente, pero constante, y para mí provechoso. Un lado místico, que bajo el sello de escepticismo ocultaba Silvela, nos llevaba á hablar con fruición de San Francisco, de las épocas en que era fuerza enorme el espíritu y elemento social la fe. No he llegado nunca á convencerme del volterianismo de Silvela, y sus protestas espiritualistas, en estas lecciones recientes del Ateneo, me han parecido expresión verdadera de su mentalidad.—Hago memoria y recuerdo que en una ocasión disentimos; él proyectaba algo que no me pareció acertado; pero he de añadir que, con su probada galantería, no tardó en mostrarse pesaroso de ello. Con las mujeres era doblemente cortés, y se dijera que calzaba unos guantes de ámbar, que su lenguaje se hacía más culto aún, con toques de gracia y benevolencia nuevos.

Su oratoria, incisiva y demoledora en el Congreso, era en la cátedra del Ateneo natural, limada, algo reticente, nunca enfática, perfectamente encadenada, apacible, segura, y realzada por una gesticulación aseñorada y sin desconciertos. Tal vez los quehaceres, los viajes, los incesantes trabajos de su bufete, no le permitieron, como la gente repetía, llevar allí la necesaria preparación de estudio y destripe de libros y revistas; pero la forma, el modo artístico de desenvolver el tema, eran perfectos. Quizás sea Silvela quien mejor ha representado aquí á los hábiles conferencistas franceses, que hablan para un auditorio ilustrado, pero mundano, que quiere formarse idea de un asunto sin agotarlo y que reclaman que se lo aderecen sin pedantería, con el tono de buen gusto de una plática de salón.

Dicen que Silvela deja hijos tan inteligentes como su padre. Si fuese cierto, probaría una vez más el hecho ya observado del intelectualismo de esta familia de los Silvelas, que tanto se parecen en las modalidades de su espíritu, y según afirmaba D. Francisco, en los achaques de su cuerpo. Gran consuelo, esta transmisión de la inteligencia á los hijos, para la desgraciada señora de Silvela, que ha pasado por pruebas cruelísimas, viendo morir de un modo impensado y á veces trágico á las personas que más ha querido. Siempre sorprendía encontrar á esta dama vestida de color, en fiestas y reuniones; en cambio solía encontrársela envolviendo su figura esbelta en crespones de luto. Su cara, de menudas y torneadas facciones, sus ojos negros, intensos, han expresado constantemente una tristeza tranquila. Y ahora—sin que exista completa similitud, sólo por relación de sentimientos y por cierta melancólica afinidad de los destinos, unida á la percepción de lo instable de la vida—me acuerdo de aquella otra viuda cuyo llanto me bañó las mejillas y cuyos brazos trémulos me estrecharon; de mi inolvidable Joaquina Cánovas del Castillo... La magnífica residencia de la Huerta, el elegante, britanizado hotel de la calle de Lista, los he visto ya pasar, de centro en que se apiñaba la sociedad madrileña, á sitio donde se llora y hacia donde sólo la amistad guía sus pasos... Y otro recuerdo se enlaza con este: poco después de la catástrofe de Santa Agueda, por un salón revestido de suntuosos tapices cruza la pareja Silvela, rodeada, halagada, saludada, festejada, sin manos para tanto apretón. Y me veo á mí misma, murmurando al oído de Silvela, en el corto minuto de llegar hasta él: «Fíe usted más en los que más tarden en entregársele... Fíe usted más en los que permanezcan más tiempo fieles á la memoria, á la devoción de D. Antonio Cánovas del Castillo...»

No hay muertos que vayan tan aprisa—en la balada fantástica del rodar del mundo—como los políticos, ni historia más olvidada que la contemporánea. Para remate de esta crónica, que he escrito con verdadero sentimiento por la pérdida del hombre insigne y del preciado amigo..., nada como ese suelto de un popular periódico. Y que me tachen á mí de pesimismo y de severidad en juzgar el tiempo y el ambiente en que me ha tocado vivir...

«El lunes 29 de mayo, al declinar el día, dejó de existir D. Francisco Silvela.

»En la mañana de ayer 8 de junio se celebró el funeral dispuesto por el gobierno.

»¿Es que las naves de San Francisco el Grande son muy anchurosas? ¿Es que había en realidad muy poca concurrencia?

»Lector: al muerto no podemos engañarle; al muerto no le importa la cruel verdad. Si pudiera sonreir veríamos dibujarse en sus labios una sonrisa de amable ironía.

»A pesar de ser oficiales las exequias, lo cual hizo inexcusable la presencia de muchos señores con cargo público, se pudo advertir desde los primeros momentos que eran muy escasos los correligionarios del ex presidente del Consejo que acudían á rendirle el último tributo de gratitud ó de cariño.

»Ahí están las listas de *La Epoca;* de las columnas del diario ministerial tomamos los datos. Asistieron 28 senadores del partido conservador, y de los 28, nueve son funcionarios. Estuvieron presentes 24 diputados á Cortes, y de los 24, siete figuran en la Administración.

»Algunos amigos fieles de D. Francisco Silvela, esparciendo la mirada por las soledades del templo, se comunicaban en voz baja un triste, un desconsolador comentario.

»Pocos días después de retirarse Silvela de la política, les decía, de sobremesa, á unos cuantos amigos de su intimidad:

—»¿Cuántos telegramas creen ustedes que recibí cuando fuí nombrado por primera vez presidente del Consejo? Recibí 30.000. ¿Cuántas cartas creen ustedes que he recibido después de mi retirada? He recibido 16.

»Señalemos el hecho. Pero no incurramos en la vulgaridad de filosofar sobre la humana ingratitud. Siempre ha ocurrido lo mismo. No hay nada que aleje tanto como la Muerte.

»¿Con qué objeto iban á asistir á los funerales de Silvela muchos conservadores? ¿Para qué la molestia?

»La mano que repartía mercedes y honores está ya helada para siempre.»

Y no hay que añadir palabra...

Emilia Pardo Bazán.

Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Londres

Dando por reproducidas las breves consideraciones con que en el número último encabezamos el relato del viaje de S. M. á París, entraremos desde luego en materia dando cuenta sucinta de la estancia de D. Alfonso XIII en Inglaterra, en la misma forma que empleamos en el citado número anterior.



CHERBURGO. – S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EMBARCADO EN LA CANOA QUE HA DE CONDUCIRLO Á BORDO DEL YATE REAL INGLÉS «VICTORIA AND ALBERT.» (De fotografía de León Bouet.)

Día de 5 junio.—El rey, que por la mañana se había embarcado en Cherburgo, en el yate real *Victoria and Albert,* llega á Portsmouth á las doce y media, recibiendo á bordo la visita del príncipe de Gales y de otros personajes ilustres, entre ellos el lord mayor, que le entrega un mensaje de salutación de la ciudad. Dos horas después, el rey, el príncipe y sus acompañamientos toman el tren que los conduce á Londres, adonde llegan á las cuatro. En la estación esperaban á D. Alfonso el rey Eduardo, el duque de Connaught, los demás miembros de la familia real, el gobierno, las autoridades, el cuerpo diplomático y representaciones del ejército, de la armada y de todas las clases sociales. Después de los correspondientes saludos y presentaciones, dirigióse el cortejo al palacio real de Buckingham, en donde se aloja el rey, que es recibido allí por la reina Alejandra y el alto personal palatino. D. Alfonso salió poco después para visitar á la princesa de Gales y dejar una tarjeta en el palacio de la princesa Christián y de la duquesa de Connaught, y á su regreso á palacio celebróse una comida íntima.



LA COMITIVA REGIA SALIENDO DE LA ESTACIÓN VICTORIA. (De fotografía de Underwood et Underwood.)

Día 6 de junio.—Por la mañana recibe el rey al cuerpo diplomático y visita la catedral católica de Westminster, en donde oye misa y en donde los católicos ingleses y los irlandeses le entregan sendos mensajes. Dirígese luego á la abadía protestante de Westminster, en donde están las tumbas reales, deteniéndose un rato ante la de Leonor de Castilla, y almuerza en el palacio de los duques de Connaught. Asiste luego á un torneo militar en Islington, vuelve al palacio de Buckingham y al poco rato se encamina á la embajada de España, en donde se celebra una brillante recepción de la colonia española, terminada la cual, visita la Cámara de los Comunes y la de los Lores. Por la noche, banquete de gala en el palacio real, que resulta una fiesta de una magnificencia superior á toda ponderación; en él se cruzan afectuosos brindis entre los dos soberanos inglés y español: Eduardo VII aludió en el suyo á la estancia del malogrado D. Alfonso XII en el Colegio militar de Sandhurst, ensalzó las relevantes cualidades de la reina doña María Cristina, recordó las frecuentes alianzas entre Inglaterra y España y brindó por D. Alfonso XIII y por la prosperidad de la nación española; D. Alfonso contestó á las cariñosas alusiones del monarca inglés, afirmó las cordiales relaciones entre ambos pueblos y brindó en honor de los soberanos ingleses y por la prosperidad de Inglaterra. Terminada la comida, celébrase en el Salón Azul un notable concierto, en el que toman parte, entre otros, los célebres artistas señora Melba y Sr. Caruso.

Día 7 de junio.—Por la mañana visita el rey el Albert Memorial y el Museo de Historia Natural. A la una, en compañía del príncipe de Gales y del duque de Portland y acompañado de un brillante séquito, se dirige á Guild-Hall, en donde se celebra el banquete con que la City obsequia al regio visitante. La entrada del rey y la ceremonia de la recepción revisten una solemnidad y una pompa extraordinarias; el lord mayor, el mariscal de la City, los jerifes, los subjerifes, los *aldermen,* los archiveros, los funcionarios del Guild-Hall, todos con sus típicos trajes, y precedidos por los trompeteros, salen al encuentro de D. Alfonso, formando un cortejo tan ceremonioso como pintoresco. El lord mayor entrega á S. M. el mensaje de bienvenida encerrado en una cajita de oro. En él se hacen resaltar los sentimientos de amistad que existen desde hace varios años entre Inglaterra y España, se expresa la admiración que el pueblo de Londres siente por los triunfos artísticos y literarios de los españoles y por los servicios que ha prestado España á la civilización, y se recuerdan los lazos sociales y comerciales que han unido siempre á los dos países. Después de leído este mensaje, al que don Alfonso contesta con un breve discurso de gracias, pasan los invitados al salón del banquete, que está espléndidamente adornado con profusión de magníficas flores y de preciosos objetos de arte. La vajilla en que se sirve el almuerzo es de oro y su valor se calcula en 12 millones de francos. El lord mayor y el rey pronuncian sentidos brindis. Por la tarde, paseo en automóvil con el rey Eduardo VII y por la noche banquete de gala en el Ministerio de Negocios Extran-

(*Sigue en la página* 398.)



PORTSMOUTH. – EL YATE REAL «VICTORIA AND ALBERT» Y EL TREN REAL QUE CONDUJO Á S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á LONDRES. (De fotografía de Underwood et Underwood.)



LA COMITIVA REGIA EN SAINT-JAMES STREET. (De fotografía de Underwood et Underwood.)

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—AGUAS CORRIENTES Y OBRAS DE SALUBRIDAD.

La ciudad de Buenos Aires figura á la par de las grandes capitales de Europa y América, en lo que se refiere á obras de saneamiento, aun cuando éstas no abarquen toda su parte urbana.

Pero, si con las existentes se han conseguido resultados tan halagüeños para la salud pública, puede asegurarse que, una vez terminadas dentro del plan adoptado, la capital de la República Argentina no tendrá que envidiar nada, á este respecto, á ninguna ciudad del mundo.

* * *

Dichas obras fueron empezadas hace treinta años. Las autoridades de la provincia se venían preocupando de ello desde la caída de la tiranía. Sus primeras tentativas datan del año 1856, en que se presentaron varias propuestas para establecer un servicio de agua clasificada.

Durante los años 1858 y 1859 continuaron las gestiones para servir agua potable á una población de 40.000 habitantes, dentro de un radio de 150 manzanas que comprendía la parte más poblada de la ciudad. Por aquel tiempo nada se hizo práctico, á no ser estudios; pero en 1867 volvióse á tratar seriamente del asunto con motivo de la primera aparición del cólera morbo.

Al año siguiente se daba principio á las obras de provisión, las que fueron punto de partida de las que más tarde se iniciaron bajo el gobierno provincial de D. Pedro Agote. Aquéllas comprendían: depósito de clarificación y filtros para un consumo diario de 6.356 metros cúbicos, cañería maestra y de distribución, bombas impelentes y demás accesorios. Los filtros y bombas instalados en aquella época, todavía prestan servicio.

Pero los verdaderos trabajos origen de la grandiosísima obra que ha transformado la ciudad de Buenos Aires en una de las más sanas del mundo, datan del año 1871, con el informe del ingeniero J. F. Bateman, dirigido al «Presidente de la Comisión de Aguas Corrientes, Desecación, Cloacas y Empedrado de la Ciudad,» tratando todos estos puntos enunciados en los títulos de la Comisión con tal acierto y relación entre sí, que se adoptaron inmediatamente. Dicho proyecto comprendía la provisión de agua potable, red de cloacas para el desagüe de las servidas y los conductos de tormenta para llevar directamente al río las pluviales. Las obras de ejecución empezaron en 1874 para interrumpirse en 1877 por falta de recursos.

Federalizada Buenos Aires en 1880, y elevada á capital de la República, las obras de salubridad pasaron á poder de la Nación, reanudándose los trabajos en 1883. Desde entonces se ha venido trabajando constantemente; ampliándose los servicios de un modo regular y paulatino, resultando el consumo actual, por habitante y por día, hasta 220 litros.

En la fecha se están llevando á cabo grandes ampliaciones extendiendo las cañerías de provisión y cloacas á los barrios más apartados; y se calcula que en muy pocos años esta obra colosal quedará totalmente terminada, abarcando toda la extensa metrópoli que ya cobija un millón de habitantes dentro de su perímetro.



GRAN DEPÓSITO DISTRIBUIDOR. OCUPA TODA LA MANZANA COMPRENDIDA ENTRE LAS CALLES CÓRDOBA, RÍO BAMBA, AYACUCHO Y VIAMONTE.



LA CASA PRIMITIVA DE MÁQUINAS, EN LA GRAN AVENIDA ALVEAR

Las aguas se toman del río de la Plata por medio de un túnel sub-fluvial y subterráneo frente á Belgrano, y las aguas servidas son impelidas por potentes bombas hasta más allá de la población Berazategui, unos cuantos kilómetros al Sur.

El precio del agua viene á resultar para las casas de llave libre ó sea de familia á unos 9 centavos metro cúbico, y para los establecimientos de gran consumo, con medidor, á 20; resultando sin la menor duda que Buenos Aires es la ciudad entre las grandes capitales que goza de mayor abundancia y baratura en el agua potable, teniendo en cuenta las manipulaciones de ser elevada del túnel de toma á los depósitos de clarificación, filtrarla y levantarla nuevamente al depósito de gravitación de la calle Córdoba y de allí ser distribuída á domicilio.

El servicio del agua corriente y cloacas domiciliarias es obligatorio.

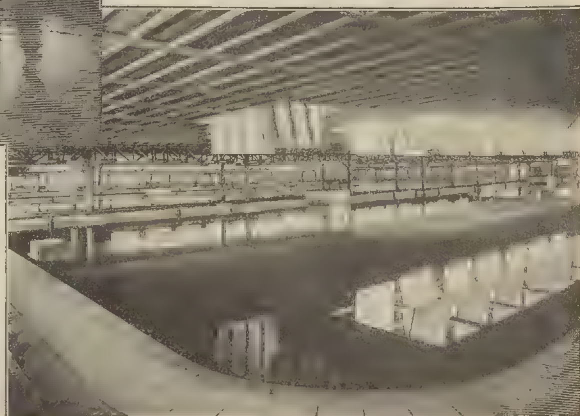
Los ligeros apuntes expuestos son tomados de la Memoria elevada en 1903 al señor ministro de Obras Públicas por el ingeniero director D. Guillermo Villanueva. Resulta un libro interesantísimo bajo todos conceptos, que las municipalidades de grandes poblaciones europeas debieran estudiar.

JUSTO SOLSONA.

(Fotografías de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.»)



LOS GRANDES DEPÓSITOS



INTERIOR DE UNO DE LOS FILTROS

Los Salones de París.— 1905.



Otoño, cuadro de la Srita. L. Abbema



Los carceleros, cuadro de L. R. Garrido



Catalina Cornaro, reina de Chipre, entregando su corona al embajador almirante de Venecia (26 de febrero de 1489), cuadro de J. Wagrez



Familia feliz, relieve de Alejandro Charpentier



Concierto infantil, relieve de V. Pignol

jeros, al que asisten, además de las personas que forman el séquito del rey, los altos funcionarios de la embajada española, los embajadores de las principales potencias, el arzobispo de Cantorbery, el marqués de Londonderry, el duque de Devonshire, el duque de Portland, el duque de Wéllington, mister Chamberlain y otros personajes notables. Después del banquete se traslada D. Alfonso al palacio de los marqueses de Londonderry, en donde se celebra en su honor un suntuoso baile, al que concurren el rey Eduardo y el príncipe de Gales.

Día 8 de junio.—Por la mañana visita D. Alfonso la Torre de Londres y la catedral de San Pablo, y por la tarde, en compañía del rey Eduardo y de la reina Alejandra, asiste á la revista militar de Aldershot, en la que toman parte 25.000 hombres que ejecutan con admirable precisión algunas maniobras. D. Alfonso figura también activamente en la revista, al frente del regimiento de Lanceros número 16, del que ha sido nombrado coronel y al que hace maniobrar á sus órdenes, siendo aclamado con entusiasmo. Por la noche, celébrase en Covent-Garden la función de gala; la sala ofrece un aspecto deslumbrador; toda ella está cubierta materialmente de flores artificiales dispuestas en guirnaldas, cestas y grupos. Acompañan á D. Alfonso en el palco regio los reyes de Inglaterra y todos los príncipes de la familia real; en los demás palcos y en las butacas, están las más linajudas familias inglesas y las representaciones del elemento oficial. El programa se compone del segundo acto de *Romeo y Julieta*, del tercero de *La Boheme* y del cuarto de *Los Hugonotes*, ejecutados admirablemente.

Día 9 de junio.—Visita D. Alfonso por la mañana el Jardín Zoológico y la Compañía diamantífera, en donde admira el mayor diamante del mundo, el «Cullinan,» que á fines de enero último fué encontrado en el Transvaal (véase LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, número 1.212), y por la tarde el palacio y parque de Windsor. Por la noche come en Marlborough House con los príncipes de Gales y asiste después al gran baile de corte dado en su honor en el palacio real de Buckingham, fiesta magnífica y suntuosa como todas las que en la corte inglesa se celebran.

Día 10 de junio.—A las diez y veinte de la mañana, D. Alfonso XIII, acompañado del rey Eduardo VII, del príncipe de Gales y del duque de Connaught, se dirige á la estación Victoria para emprender su viaje de regreso.

En Londres, como en París, el rey ha despertado grandes simpatías y ha sido vitoreado y aclamado en todas partes, si bien el entusiasmo no se ha manifestado tan ruidosamente como en la capital de Francia, lo que tiene su explicación en la diferencia de carácter y de modo de ser de ingleses y franceses.

El mal tiempo ha deslucido en parte las fiestas, pues ha llovido casi siempre durante la estancia de D. Alfonso en Inglaterra.—X.



S. M. Eduardo VII — S. M. Alfonso XIII — Duque de Connaught — Príncipe de Gales — General Roberts

SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y EL REY EDUARDO VII ACOMPAÑADOS DEL PRÍNCIPE DE GALES, DEL DUQUE DE CONNAUGHT Y DEL GENERAL ROBERTS EN LA REVISTA MILITAR DE ALDERSHOT. (De fotografía de Underwood et Underwood.)



SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y EL REY EDUARDO VII PRESENCIANDO EL DESFILE DE LAS TROPAS DESPUÉS DE LA REVISTA MILITAR DE ALDERSHOT. EN LA TRIBUNA SE VE Á LA REINA ALEJANDRA. (De fotografía de Underwood et Underwood.)



La revista militar de Aldershot. Desfile de la infantería. (De fotografía de Underwood et Underwood.)



La revista militar de Aldershot. Desfile de la caballería. (De fotografía de Underwood et Underwood.)



La revista militar de Aldershot. Desfile de la artillería. (De fotografía de Underwood et Underwood.)

Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Londres



Príncipe de Gales. La esposa del Lord Mayor. El rey D. Alfonso XIII El Lord Mayor. La princesa Enrique. El duque de Connaught. La princesa Margarita de Connaught. El Sr. Villaurrutia. La princesa Patricia de Connaught.

Banquete de gala dado por el Lord Mayor de Londres en honor de S. M. el rey D. Alfonso XIII en el Guildhall, el día 7 de los corrientes. (Dibujo de S. Begg.)

Este dibujo reproduce el momento en que el rey y el lord mayor brindan con la «copa del cariño,» que siguiendo una pintoresca costumbre tradicional pasa de mano en mano entre los invitados. Llamó mucho la atención la numerosa representación de la familia Connaught en el banquete, relacionándose este detalle con ciertos proyectos de que se ha ocupado y sigue ocupándose mucho la prensa.

La boda del príncipe heredero de Alemania FEDERICO GUILLERMO con la duquesa CECILIA DE MECKLEMBURGO-SCHWERIN. (De fotografía de «Express-Photo-Reportage, París.»)



El príncipe heredero al frente de su compañía del regimiento de la Guardia saliendo á recibir á su novia



Entrada triunfal de la duquesa Cecilia en Berlín. La carroza de gran gala que conduce á la duquesa



Las damas de honor de la duquesa Cecilia esperando la llegada de ésta



El público delante de la nueva Catedral de Berlín esperando el paso del cortejo

LA BODA DEL PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA

Hace cosa de dos años, el príncipe heredero de Alemania, Federico Guillermo, conoció en la corte de Mecklemburgo á la duquesa Cecilia, de la que se enamoró y fué correspondido. Sin que la diplomacia interviniese en estas relaciones y sin que ni siquiera se enterasen en un principio de ellas las respectivas familias, los dos príncipes continuaron estos amores, que hace pocos días han tenido el merecido coronamiento en la fiesta nupcial celebrada en Berlín.

El día 3 hizo la novia su entrada triunfal en la capital de Alemania, que se hallaba magníficamente engalanada y cuya población hizo á la joven duquesa un recibimiento entusiasta. Al pasar ésta por la plaza de París, el alcalde la saludó en nombre del pueblo berlinés y las damas de honor le ofrecieron ramos de flores.

Al día siguiente se celebró en la catedral una función religiosa, á la que asistió toda la familia imperial y en la que el pastor Dryander pronunció un sermón sobre un tema de una epístola de San Pablo, escogido, según se dijo, por el propio emperador. Durante la ceremonia, agolpábase delante del templo una gran muchedumbre que aclamó á los novios y á los emperadores.

Los desposorios se efectuaron el día 6. Primeramente celebróse en la nueva galería del palacio imperial la ceremonia civil; terminada la cual se colocó á la duquesa Cecilia la corona de princesa heredera, mientras un heraldo proclamaba en el patio del palacio la elevación de la duquesa Cecilia al rango de princesa real de Prusia.

Formóse luego el cortejo nupcial, que se dirigió á la capilla: los novios sentáronse delante del altar, teniendo á su derecha al emperador, á la gran duquesa Anastasia, madre de la desposada, y al archiduque Fernando de Austria, y á su izquierda á la emperatriz, al gran duque de Mecklemburgo y al príncipe heredero de Grecia. Después de un sermón del pastor Dryander y de contestar los novios á las preguntas sacramentales, el emperador besó cariñosamente al príncipe y á la princesa. Fuera del palacio, una inmensa muchedumbre no cesaba de aclamar á los desposados, mientras los cañones disparaban salvas.

Terminada la ceremonia religiosa, se efectuó en el salón Blanco la recepción en corte, y después de ésta el banquete de gala, siendo servida la mesa de honor, según antigua costumbre, por los altos dignatarios de la corte, pertenecientes á las más antiguas familias de Prusia. Al banquete siguió el baile, y á poco de comenzado éste, los novios, acompañados de los ministros de Estado y de los ministros de la casa prusiana, que llevaban sendos cirios sobre bandejas de plata, se dirigieron á la cámara nupcial, á los acordes de una marcha compuesta expresamente para este acto por el príncipe Joaquín Alberto, hijo del regente de Brunswick.

Alemania entera se ha asociado á las fiestas nupciales, demostrando con ello cuán identificada se halla con la familia imperial. – X.

EL PRÍNCIPE HEREDERO FEDERICO GUILLERMO DE ALEMANIA Y SU ESPOSA LA DUQUESA CECILIA DE MECKLEMBURGO SCHWERIN

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Se han recibido recientemente en San Petersburgo dos partes oficiales del combate naval de Tsushima (estrecho de Corea). Uno de ellos es del almirante Enquist, comandante de los buques refugiados en Manila, que da algunos detalles interesantes acerca de aquella batalla, aunque sólo comprenden la acción del primer día.

La escuadra japonesa se presentó á la una y 45 de la tarde del 27, trabando inmediatamente un combate táctico para evitar que los buques rusos se dirigieran á Vladivostok. Cada vez que éstos intentaban avanzar hacia el Norte, los barcos nipones, gracias á su mayor velocidad se adelantaban á los acorazados enemigos y atacaban al que marchaba al frente. A los cincuenta minutos de comenzada la batalla, se hundía el *Osliabia* y quedaban fuera de combate el *Borodino* y el *Príncipe Souvaroff*. Entonces la escuadra rusa viró para proteger á estos dos últimos y reconstituyó su posición de combate, quedando en primera línea el *Alejandro III*. En el segundo combate se hundió el *Ural*, siendo su tripulación salvada por el transporte *Anadyr* y el vapor *Svir*. La táctica japonesa obligó á la escuadra rusa á moverse en círculo alrededor de los transportes y de los torpederos, mientras los japoneses se movían en círculo exterior; y aunque dada la mayor velocidad de los japoneses les era difícil á los rusos salir de esta posición, antes de puesta de sol lograron éstos emprender la marcha hacia el Norte. En aquel momento, un torpedero que se hallaba junto al *Príncipe Souvaroff* izó la señal de que el almirante Rodjestvenski transfería el mando al almirante Nebogatoff. El *Alejandro III* salió de la línea con grandes averías, quedando al frente el *Borodino*, sobre el cual concentraron sus fuegos los buques enemigos. Al ponerse el sol, el *Borodino* disparó un último cañonazo y se hundió, y la escuadra rusa, que había advertido la presencia de algunos torpederos japoneses, hizo rumbo hacia el Sur. En aquel momento, los rusos habían perdido el *Príncipe Souvaroff*, el *Borodino*, el *Osliabia*, el *Kamtchatka*, el *Ural* y el *Rouss*. Al llegar á este punto, vamos á copiar las mismas palabras del almirante Enquist.

«Mis cruceros, durante su combate con los cruceros japoneses habían sido alcanzados por proyectiles de grueso calibre. Durante la noche comenzaron los ataques de los torpedos, cuyos resultados no puedo precisar, pues no fué posible distinguir los buques rusos de los japoneses. Varias veces intenté escaparme hacia el Norte, pero reiterados ataques me obligaron á hacer rumbo al Sur; y en la madrugada del 28, no sabiendo dónde se encontraba la escuadra, y estando expuesto á encontrar toda la escuadra japonesa, habiendo sufrido mis barcos grandes averías y hallándome sin carbón, resolví dirigirme á Manila. La conducta de mis tripulaciones ha sido superior á todo elogio.»

El otro parte es del almirante Reitzenstein y confirma lo que ya se ha dicho sobre el combate naval. Contiene, sin embargo, un dato nuevo, el de que los japoneses perdieron dos acorazados, un crucero acorazado y tres cruceros; pero este dato no se halla confirmado por ningún otro informe oficial ni particular, pudiendo por lo tanto afirmarse que no es exacto.

Varios otros relatos se han recibido del combate, y aun prescindiendo de alguno de ellos tan sorprendente como el que atribuye (sin duda erróneamente) al comandante del *Almirante Nakhimoff* la siguiente frase: «Encontramos *de pronto y de una manera inesperada la flota japonesa* en el momento preciso en que avanzábamos por el estrecho de Tsushima,» resulta en general la impresión de que las tripulaciones del infortunado Rodjestvensky fueron presa, desde un principio, de una especie de pánico que les privó de una buena parte de sus medios de acción y que es propio de todos los marinos inexpertos, poco acostumbrados al tiro, mal preparados para las maniobras de conjunto, incapaces, en suma, de observar esa preciosa «disciplina del fuego,» de la que depende el éxito de los combates y sobre todo de los combates navales.

Una escuadra que hubiese recibido una preparación seria, que hubiese estado mandada por jefes experimentados, habría podido reponerse de su primera sorpresa, y por lo menos, habría hecho pagar cara á su adversario su victoria, oponiendo cada buque, antes de hundirse, una resistencia encarnizada.

A raíz de los primeros desastres navales rusos, el capitán Clado, de quien varias veces nos hemos ocupado en estas crónicas, decía en un libro que causó gran sensación en Rusia: «Sólo á nuestra falta de instrucción militar se deben atribuir todas nuestras derrotas. Aun hoy no queremos dejarnos convencer, nos obstinamos en no inclinarnos ante las lecciones que nos dan los últimos acontecimientos y continuamos sordos á las enseñanzas de la táctica y de la estrategia, huyendo de todo lo que tiene aspecto de una ciencia... Nuestra escuadra ha sido destruída porque no estaba en modo alguno preparada para la guerra, porque no había adoptado ninguna de las disposiciones necesarias y porque no tenía al frente jefes dignos de mandarla.»

El desastre de Tsushima no ha hecho más que confirmar la exactitud de estas apreciaciones formuladas hace bastantes meses.

El propio capitán, en un reciente artículo publicado en la *Novoie Vremia*, ha atribuído el rápido hundimiento de los acorazados *Príncipe Souvaroff*, *Alejandro III* y *Borodino* á la construcción defectuosa de estos buques, que, en su concepto, tenían exceso de peso en sus partes altas, lo que les daba muy escasa estabilidad y hasta imposibilitaba utilizar una parte de su artillería.

Los cruceros rusos refugiados en Manila han sido puestos bajo la vigilancia de dos buques de guerra norteamericanos y desarmados, para lo cual se han quitado las principales piezas de las calderas y las culatas de los cañones. A las tripulaciones se las ha dejado en libertad bajo palabra de honor de que no tomarían parte en las hostilidades mientras dure la actual guerra.

El almirante Nebogatoff, de quien se había dicho que el Mikado estaba dispuesto á dejarle en libertad para que fuese á dar cuenta al tsar del combate naval de Tsushima, se ha negado á dar su palabra de honor de no combatir contra el Japón.

Fuera de estas noticias retrospectivas, la guerra ha perdido en los actuales momentos gran parte de su interés, porque las gestiones iniciadas por el presidente de los Estados Unidos en favor de la paz van dando buen resultado y ya parece aceptada por Rusia y por el Japón la idea de nombrar plenipotenciarios encargados de comenzar las negociaciones previas, cuya primera consecuencia habrá de ser naturalmente un armisticio.

Los generales rusos de la Mandchuria son contrarios en absoluto á que se negocie la paz en las actuales circunstancias. El día 10 de este mes, el generalísimo Linevitch reunió á sus tres comandantes de ejército y á gran número de comandantes de cuerpos de ejército á quienes leyó la correspondencia telegráfica que á propósito de aquellas negociaciones se había cruzado entre el tsar y el gran cuartel general. Después de una sesión de dos horas, el generalísimo dirigió al emperador un despacho del cual copiamos los siguientes párrafos:

«...Todos mis compañeros y yo hemos votado unánime y enérgicamente por la continuación de la guerra hasta el día en que el Todopoderoso coronará con la victoria á nuestras valientes tropas. No es hora de hablar de la paz después de las batallas de Mukden y de Tsushima, porque el enemigo, embriagado por sus triunfos, exigirá condiciones contrarias al honor de nuestra patria que ninguna razón hay para concederle, pues no estamos reducidos á tal extremo. El desastre de Tsushima constituye realmente un suceso triste, pero nada tiene que ver con nuestro valiente ejército, que se encuentra en un estado brillante y arde en deseos de vengarse del enemigo, obteniendo una victoria que confío no se hará esperar mucho... Espero en lo que queda de mes poder tomar una ofensiva que cambiará por completo la faz de las cosas.»

También el ejército japonés es contrario á la paz, según refieren algunos corresponsales, pues considera absurdo entrar en negociaciones después del desastre de Tsushima y en vísperas de la definitiva destrucción de Linevitch.

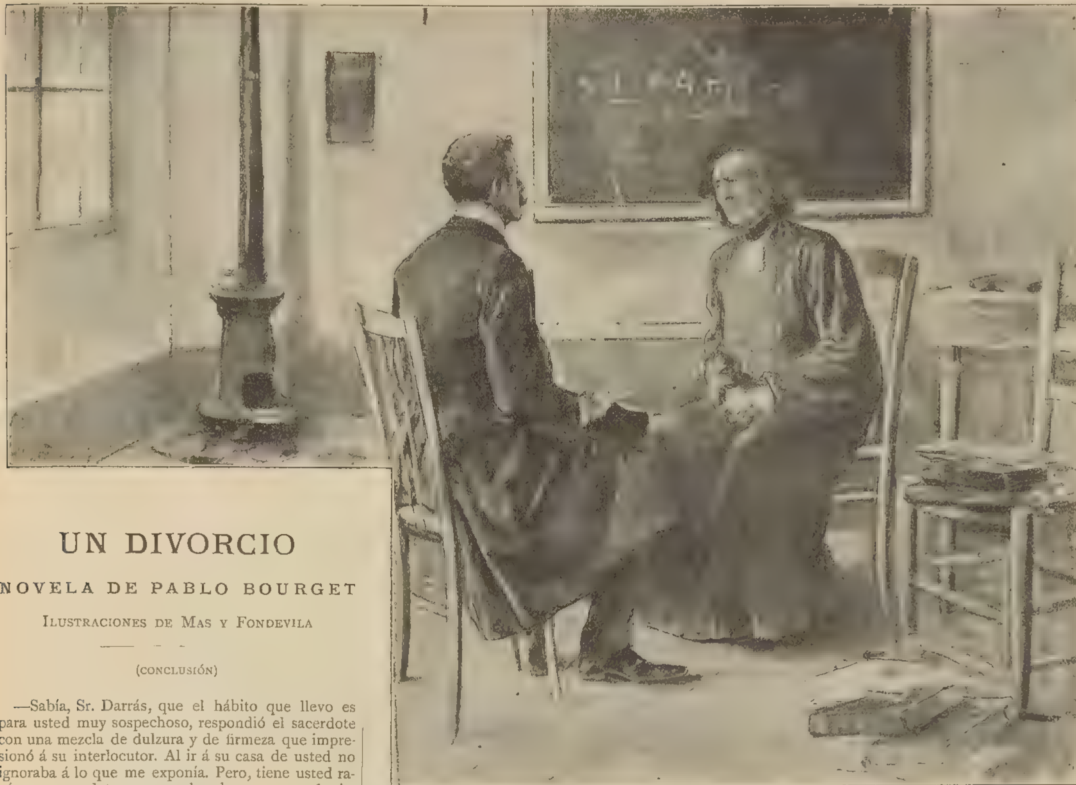
En esta lucha entre los militares y los diplomáticos, la victoria será seguramente para estos últimos. – R.

Espectáculos.— En Tokío se ha representado con gran aplauso la tragedia de Schiller *Guillermo Tell*, traducida al japonés con el título de *Comedia heroica suiza de Federico Schiller*.

– La orquesta «Filarmónica» de Berlín ha ejecutado en aquella ciudad el poema sinfónico de Vincent d'Indy *Wallenstein*, que ha obtenido un gran éxito.

París. - Se han estrenado con buen éxito: en el Gymnase *Ces Messieurs*, comedia en cinco actos de Jorge Ancey; y en la Opera italiana *Andrea Chenier*, drama histórico lírico en cinco actos, poema de Illica y música de Umberto Giordano.

Barcelona. – En Novedades actúa la compañía dramática del teatro Español de Madrid que dirigen María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza y que ha estrenado con buen éxito: *Bárbara*, tragicomedia en tres actos de D. Benito Pérez Galdós; *A fuerza de arrastrarse*, farsa cómica en un prólogo y tres actos de D. José de Echegaray; y *La segunda esposa*, drama en cuatro actos de Pinero, traducido del inglés y arreglado á la escena española por D. Antonio Garrido. En el Tívoli funciona una buena compañía de ópera bajo la dirección de los maestros D. Güelfo Mazzi y D. Esteban Puig; y en el teatro de la Granvía una notable compañía de ópera y zarzuela españolas, dirigida por D. Guillermo Cereceda.



...en vez del sacerdote de raída sotana que le escuchaba envolviéndole en una mirada de singular penetración

UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)

—Sabía, Sr. Darrás, que el hábito que llevo es para usted muy sospechoso, respondió el sacerdote con una mezcla de dulzura y de firmeza que impresionó á su interlocutor. Al ir á su casa de usted no ignoraba á lo que me exponía. Pero, tiene usted razón, un sacerdote no es un hombre como cualquiera, pues tiene deberes y en el cumplimiento de éstos depende de un juicio que no es de este mundo. Al recibir á la señora de Darrás la primera vez, sin que me dijera su nombre ni nada de su vida, sino que necesitaba mi asistencia sacerdotal, cumplí uno de esos deberes. Aceptando el ser su embajador cerca de usted, he cumplido otro. Ha tenido usted la bondad de manifestar su estima por mis modestos trabajos; concédame el crédito de pensar que no me he distraído de mis estudios—y señaló al encerado cubierto de jeroglíficos algebraicos—sin un motivo extremadamente serio. Ese motivo es la profunda lástima que he sentido ante un alma angustiada. Si me hubiese encontrado, por ejemplo, con la señora de Darrás en un accidente de ferrocarril y en éste hubiese resultado ella herida, le habría parecido á usted natural que fuese á advertírselo... La misión de que me he encargado no es de otro orden...

—Hay la diferencia de que no se ha encontrado usted con ella por un simple azar, sino que ha venido á buscarle y usted la ha aconsejado. Por otra parte, dejémonos de vanas comparaciones. Puesto que usted sabe mis opiniones religiosas, es inútil todo comentario. Es cruel para mí que mi mujer haya escogido á usted como intermediario; pero lo ha hecho así, y después de todo, ha estado en su derecho. Repito que le escucho...

—No ha venido á buscarme á mí, sino á buscar á la Iglesia. ¿Cómo y por qué se ha despertado en ella esa necesidad de vida religiosa con todas las prácticas que lleva consigo? Es este un punto, caballero, que no tocaremos, porque le explicaríamos de modos muy contradictorios. Basta que le hayamos observado y que sea indiscutible. La primera visita fué una prueba, y otra más concluyente todavía el extremado sufrimiento que le ha hecho salirse de su casa y huir de usted, á quien ama tanto, cuando ha creído comprender que nunca aceptaría usted la idea del matrimonio religioso, y por otra parte, que estaba amenazada la educación católica de su hija.

—¡Es falso! Nunca ha estado amenazada esa educación, al menos por mí. Me comprometí al casarme á que nuestros hijos fuesen bautizados y educados religiosamente, y he cumplido mi palabra. Ella me ha librado de ese compromiso, puesto que se ha marchado. Si ahora está amenazada esa educación, es por su culpa, exclusivamente por su culpa. Cuando me dijo que no podía ya vivir conmigo, le anuncié que si se marchaba recobraría mi hija y mi derecho de educarla según mis ideas. Se ha marchado, y haré uso de mi derecho. Ella lo ha querido.

Darrás había hablado con tanta aspereza como si hubiera tenido delante á Gabriela en vez del sacerdote de raída sotana que le escuchaba envolviéndole en una mirada de singular penetración. El hecho de que aquel marido tan quisquilloso en lo relativo á su intimidad entablase tal discusión, probaba ya la deferencia que le inspiraba la actitud del padre Euvrard é indicaba la turbación que los más fanáticos sienten ante la cuestión de conciencia que supone el arrancar á Dios del corazón de un niño. Había en el acento de Darrás una protesta contra esa responsabilidad, y este matiz no escapó á la sagacidad del religioso, que preguntó:

—¿Y si la señora de Darrás quisiese volver? ¿Se consideraría usted dispensado de su palabra?..

—¿Si quisiese volver?.., dijo Darrás vivamente. ¿Es eso lo que ha encargado á usted que me pregunte? ¿Quiere volver?..

—Nuestra conversación se ha extraviado, dijo el religioso sin responder directamente y recobrando el acento metódico y de lucidez en la exposición que debía á la costumbre del encerado. Estaba explicando á usted de su parte qué sentimientos la han determinado, sin premeditación, á un partido violento tan opuesto á su carácter. Su razón ha comprendido en seguida que no debía perseverar en él. La elección del sitio á que se ha retirado prueba que hasta en ese momento ha pensado en usted y en su hija. Ha querido dar á la niña un motivo plausible de su partida, así como á los criados, y está en Versailles, en el hotel ***, con pretexto de una orden del médico y anunciando que irá usted á reunirse con ellos. Cuando ha estado allí frente á frente con su acción, ha visto que al huir impulsivamente no había hecho más que dar armas contra ella. Y sobre todo, la ha desesperado la idea de su dolor de usted y ha pensado volver como se había ido, pero la han detenido los temores por la educación religiosa de su hija.. Puede usted adivinar qué horas de angustia ha pasado, tan pronto temiendo que la justicia le quitase su hija, como esperando de la ternura de usted que le concedería lo que desea tan ardientemente. El ir á ver á un abogado y contarle su dolorosa historia le ha resultado muy penoso. Me había ya dicho una parte de su proyecto y había visto en aquella visita mi simpatía. Sabía que conoce usted mi nombre y mis trabajos... En una palabra, en su agonía de inquietud ha recurrido á mí. Vino ayer por la tarde y estuvo sentada donde usted está. ¡Ah, caballero, si hubiera usted visto sus lágrimas y oído sus quejas, no le rehusaría la concesión á sus creencias que hoy le pide por mi boca. Poner á un alma en el caso de escoger entre su fe y su amor, entre su conciencia de cristiana y su más querido sentimiento, cuando se puede hacer cesar con una palabra ese horrible conflicto, no es justo, Sr. Darrás, y apelo á su sentido de la justicia que sé que es su religión... No es siquiera humano...

—Y yo pregunto á usted, Sr. Euvrard, si es humano ni justo decirle á uno: «Hace doce años que has fundado un hogar con toda la lealtad y todo el cariño de que eras capaz; doce años que sólo trabajas y respiras para ese hogar. Has defendido su honor contra los prejuicios del mundo y ha sido tu orgullo y tu amor. Toda tu razón de ser y tu alegría de vivir han estado en tus emociones de padre y de esposo... Pues ahora vas á declarar que ese hogar no era un hogar, que no tenías derecho de fundarle, que tu mujer no era tu mujer y había seguido siéndolo de otro y que tu hija ha nacido en condiciones de moralidad inferior. Vas á declarar todo esto públicamente, y sin creerlo, ante el representante de una religión contraria á tus más sólidas convicciones, es decir, vas á deshonrarte á la vez en el pasado y en el presente. Si no, tu mujer se irá de tu casa, se te obligará á disputarle legalmente tu hija y tú velarás solo sobre ese hogar que te fué tan querido...» Ese es el ultimátum que la señora de Darrás me ha notificado al dejar su casa y que ahora me notifica por medio de usted... No le acepté anteayer y tampoco le acepto ahora... Me ha dicho usted su mensaje; le encargo este otro para ella: si dentro de cuarenta y ocho horas no ha vuelto á mi casa, no entrará en ella jamás. Puedo perdonar su acción ca-

lificándola, como usted, de impulsiva; pero prolongada, y por consiguiente, reflexiva, se agravaría notablemente á mis ojos y vería en ella la más abominable tentativa de explotación sentimental. Repítale usted estos términos; tengo empeño en ello, y dígale que, en ese caso, no retrocederé ante ningún medio para recobrar á mi hija, ante ninguno... Si vuelve, la recibiré y olvidaré estos dos días de aberración. Pero necesito una garantía. Me ha ofendido amenazándome con marcharse, me ha ofendido marchándose y me ha ofendido haciendo que me hablase un extraño. Quiero que se comprometa á no volver á las andadas, y para eso, exijo, ¿entiende usted, Sr. Euvrard?, *exijo* que reconozca su falta y que retire todo lo que me ha dicho en nuestra última conversación, esto es, que no se considera casada por un matrimonio civil, que el nacimiento de nuestra hija es culpable y que no teníamos derecho de tenerla. Se retractará de todo esto y prometerá no hacer jamás, jamás la menor alusión á un matrimonio religioso entre nosotros. Con estas condiciones, todo quedará terminado... No quiero guerra religiosa bajo mi techo... Conozco la lealtad de la señora de Darrás y sé que no faltará á una promesa solemne. Por eso quiero que la haga. Si se niega á esa retractación y á esa promesa, que son una prenda de paz para el porvenir, será que no quiere esa paz, y entonces es preferible acabar de una vez y no la recibo. Estas son mis condiciones.

—Son duras, caballero, muy duras...

—Son prudentes, dijo Darrás levantándose para indicar que no quería prolongar una conversación ya inútil.

—Permítame usted precisar todavía un punto, repuso el padre Euvrard levantándose también. Si su señora rehusase acceder á esas condiciones, ¿persistiría usted en su resolución de quitarle su hija?

—Naturalmente.

—¿No le impediría usted verla, sin embargo?

—Sería una cuestión que resolverían los hombres de ley.

—¿No se la dejaría usted ahora, hasta la primera comunión?

—No la hará y así se lo he dicho á la señora de Darrás. El llevarme á mi hija no significa recobrarla materialmente, sino moralmente, y usar el derecho, que había abdicado, de dirigir su educación.

—¿Y extraña usted que una madre cristiana, viéndole en tales disposiciones, haya perdido la cabeza y querido salvar la fe de su hija?

—No tenía más que haberse quedado, y nunca hubiera yo faltado á mi palabra de dejar educar á mi hija religiosamente.

—Y si volviese ahora, ¿se consideraría usted dispensado de cumplir su palabra?

—No, dijo Darrás después de unos instantes de silencio, y su apasionada fisonomía expresó la turbación que le causaba esa pregunta tan directa. No tendré derecho á ello, puesto que las cosas volverán á estar como estaban. No quiero que mi mujer pueda decir que he faltado en nada al contrato moral concluído entre nosotros. Me ha dicho usted que la justicia es mi religión y ahora lo pruebo. No me serviré de ese pretexto, tan bien fundado sin embargo, para librarme de una cláusula de ese contrato que siempre me ha sido desagradable y ahora me es odiosa... No sería más que un pretexto y no me serviré de él...

El padre Euvrard tuvo en la boca esta frase, que no pronunció: «Espere usted, entonces, para renovarle á ella misma esa promesa.» En efecto, Gabriela había quedado en volver aquel día á las doce á casa del religioso para saber el resultado de su intervención, y desde que entró Darrás, el sacerdote no hacía más que pensar en esa entrevista probable.

Desde que el día antes fué Gabriela á contarle su imprudente fuga, el padre Euvrard había previsto el caso de que el librepensador cediera al matrimonio religioso, y había procurado, sin saberlo la misma interesada, que la ceremonia fuese todo lo fácil posible dentro de ciertas reglas inflexibles. Había obtenido del arzobispo la dispensa de toda amonestación y la del impedimento dirimente que implica una situación como la de los Darrás. Había obtenido del párroco de San Sulpicio autorización para bendecir él mismo el matrimonio, de modo que, sólo con procurarse dos testigos, se podía celebrar en aquella misma habitación. Unas palabras pronunciadas ante él, y Gabriela y Darrás estaban unidos ante la Iglesia; el cruel antagonismo, que podía separar para siempre aquellas dos almas tan adictas y tan sinceras, estaba resuelto.


En seguida cayó en una meditación

¿Resuelto ó sólo exasperado? El religioso no se atrevió á arriesgar la alternativa. En un encuentro con su mujer podía Darrás encolerizarse en términos que hicieran imposible la vuelta de Gabriela, ó bien sublevarse contra una facilidad en la que podía ver un vano formalismo en vez de una maternal indulgencia.

El prudente religioso se calló, pues, pensando que aquel desenlace no estaba maduro, y dejó marchar á su visitante. En seguida cayó en una meditación, de la que le sacaron dos campanillazos de aquella á quien esperaba y sobre cuyo porvenir estaba meditando con la abstracción de un teólogo preocupado por el caso de conciencia más delicado y más doloroso.

¿Le ha encontrado usted en casa?, preguntó Gabriela con una impaciencia que se trocó en angustia cuando oyó esta respuesta:

—Ahora sale de aquí. Hace un cuarto de hora le hubiera usted encontrado.

—¿Y su respuesta?..

—Se niega.

—¡Dios mío!, exclamó Gabriela juntando las manos, ¡ten piedad de mí!.. ¿Y quiere llevarse á su hija?

—Lo quiere. Le he hablado, como hemos convenido, de dejársela á usted hasta la primera comunión, y también se niega. Me ha encargado que diga á usted las condiciones que impone para que vuelva usted á su casa. Quiere que se retracte usted de todo cuanto ha dicho, que reconozca la validez absoluta de su unión actual y que prometa usted solemnemente no hablar jamás de matrimonio religioso.

—No cometeré tal cobardía ni haré tal promesa. Antes me iré al extranjero con un nombre supuesto. Todo es mejor que renegar mi fe y ofender á ese Dios que tanto me ha castigado... ¡Muy grande ha sido mi pecado, pero qué dura es su mano!..

—Pronto se suavizará. Tenga usted confianza. No he comunicado á usted el mensaje del Sr. Darrás más que para probar cuánta razón tenía yo temiendo las consecuencias de esa fuga irreflexiva. Pero no lo he dicho todo. Hemos hablado de su hija, y le he hecho sin esfuerzo renovar la promesa de respetar su educación religiosa si las cosas vuelven á ser lo que eran, son sus palabras, es decir, si usted vuelve á su lado.

—Sí, por ahí cree cogerme, y tiene razón. Es un horrible cálculo del que no le creía capaz.

—No le juzgue usted severamente, porque no lo merece. Le he examinado bien y es un hombre de absoluta buena fe. Quiere que vuelva usted á su lado porque la ama y la cree su esposa muy legítimamente. Sin ningún cálculo y por deber, respetará la educación religiosa de su hija, porque lo ha prometido. Respecto de la Iglesia está en esa situación que llamamos de ignorancia invencible, más profunda porque es de los que poseen esa ciencia mal ordenada, que es una de las grandes debilidades de este siglo. Vive lleno de prejuicios que él toma por ideas científicas sin haberlas jamás comprobado. ¿Lo hará alguna vez?.. Así lo espero. Para eso es preciso que vea á su alrededor virtudes cristianas. Las hubiera visto y hubiera usted obtenido lo que hoy le niega si hubiese usted rehusado á casarse con él hace doce años... Amando á usted como la amaba, ¿qué hubiera pensado al ver que seguía usted fiel á su marido á pesar de su ultraje y su abandono, que el sacramento era para usted sagrado y que desplegaba usted todas las virtudes que tiene en la abnegación y en la fe? Hubiera comprendido lo que usted ante la piedad de su hija, que había en ello una fuerza sobrenatural... Pero la falta está cometida, y usted ve su enseñanza sin podérsela mostrar. Esa es su prueba suprema. He dicho á usted que no se sale fácilmente de ciertos caminos, y el divorcio es uno de ellos. Es usted su prisionera, aun ahora que le causa horror y que toca sus funestas consecuencias en sí misma, en su hijo, en las relaciones de éste con su padrastro, en la triste unión que va á contraer, en las relaciones de usted con él y con el Sr. Darrás... La negativa de éste á casarse religiosamente es la última de esas consecuencias... Pero ¿cómo escapar de ella? La regla es absoluta: no está usted casada con ese hombre... Por otra parte hay la salvación de su hija, y por ella, acaso la del padre. Si usted no vuelve, no hay educación religiosa para la niña y el padre queda más y más irritado contra la Iglesia... Pero si vuelve usted... ¡Ah! Esa, esa es la prisión...

Después de una pausa, que pareció interminable á la pobre mujer que estaba viendo debatirse su suerte en aquella conciencia de sabio y de santo, el padre Euvrard continuó:

Puede usted probar á volver hoy mismo con su hija. De ningún modo debe usted consentir en la retractación que el Sr. Darrás impone como condición... Le dirá usted: «Aquí estoy con nuestra hija, pero no puedo renegar mi fe. Si lo exiges, me volveré á marchar...» Si lo exige, así lo hará usted. Si no lo exige, si su emoción puede más que su orgullo y retrocede en ese punto, podrá usted esperar que algún día retroceda en el otro. El principio de su cambio posible será que comprenda tres cosas: la primera, de la que empieza á darse cuenta aunque le desespere, es que la fe de usted es verdadera, profunda y sincera; la segunda es que hace usted por la educación religiosa de su hija el sacrificio más grande y que el vínculo entre ustedes dos es sólo ese; y la tercera que no habrá dicha posible mientras lleve usted en el alma el peso del remordimiento... El día en que comprenda esas tres cosas se iniciará un trabajo en su mente. Y yo, añadió mostrando su crucifijo, yo rezaré porque Dios haga lo demás.

. . . .

Unas horas después, cuando Darrás volvió de su oficina, donde había pasado la tarde devorado por la inquietud, su corazón latió apresuradamente al

ver moverse la cortina del saloncillo y al observar que una silueta conocida espiaba su llegada. Era Gabriela, que le esperaba en tal estado de agitación, que al levantarse para salir á su encuentro, volvió á caerse en la butaca. Cuando él la vió pálida, los ojos rojizos, las mejillas demacradas y dos manchas canosas en las sienes, todavía doradas quince días antes, su alma se anegó en una infinita piedad. Gabriela balbuceó:

—El Sr. Euvrard me ha dicho tus condiciones...

—¿Qué condiciones?, interrumpió Darrás; aquí no hay condiciones. No hay más que tú, tú á quien amo, á quien recobro y á quien no dejaré marchar...

La cogió en sus brazos, besó sus manos febriles y la estrechó contra su corazón. Gabriela le miraba con una infinita melancolía mezclada, sin embargo, con algo de esperanza. La prueba que el sacerdote le había indicado, sin atreverse á aconsejársela, había salido bien. Su dolor había vencido al orgullo de Alberto en un punto.

¿Se realizaría el resto del trabajo anunciado por el religioso?.. Gabriela quiso esperarlo y dijo á Darrás:

—Sube á abrazar á tu hija, amigo mío...

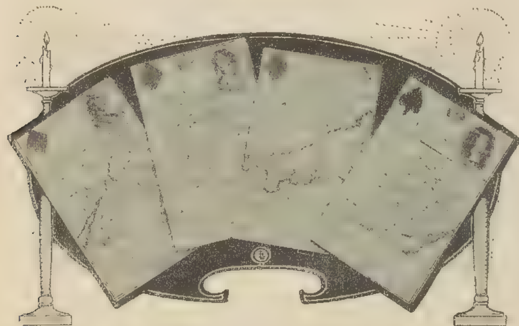
Poniendo así en seguida entre los dos á la niña por la cual había vuelto y cuya piedad, defendida por ella á tan duro precio, le obtendría, acaso, más adelante, el matrimonio religioso, que tan apasionadamente deseaba...

¿Pero cuándo? Y si Alberto cedía alguna vez por lástima, ¿se lo perdonaría? ¿No encontraría en él, á su vez, la vergüenza de faltar á sus más íntimas convicciones que ella sufría en este momento? ¿Había una salida para la situación en que los había acorralado su matrimonio en el divorcio?.. Y sintiéndose prisionera de ese divorcio, como había dicho tan profundamente el sacerdote, la madre de Luciano y de Juana maldijo una vez más esa ley criminal á cuya tentación había sucumbido su debilidad de mujer; ley mortífera para la vida de familia y para la vida religiosa; ley de anarquía y de desorden, que le había prometido la dicha y en la que no encontraba, como tantas otras, más que la servidumbre y la miseria.

Traducción de F. Sarmiento.

Una gran colección de barajas

No fué precisamente para satisfacer un capricho ó una predilección decidida para lo que Mr. Phillips concibió la idea de reunir una gran colección de barajas. Esa tarea fué emprendida más bien como una obligación. Él fué el promovedor de la asociación de los fabricantes de naipes, de la que ha sido, en



Baraja inglesa de 1675. Cada carta representa un condado de Inglaterra.

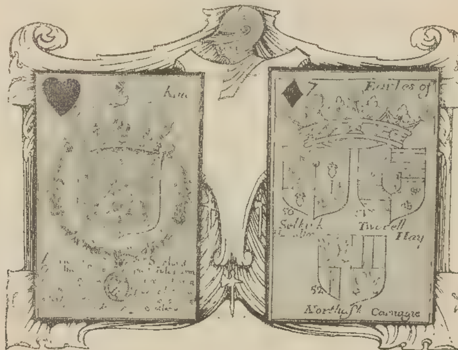


Baraja alemana del siglo XVII hecha de brocado.

cuatro distintas ocasiones, presidente. Hace cincuenta años, ni dicha asociación ni ninguno de sus miembros en particular poseía una colección de barajas que llamase la atención ni ofreciese interés alguno; pero Mr. Phillips se propuso, si vivía lo suficiente, reunir una que mereciese ocupar un puesto distinguido entre las que en el mundo existieran. Durante cincuenta años ha dedicado todo el tiempo de que podía disponer, no sólo á coleccionar barajas de todos los tiempos y países, sino también á reunir noticias sobre todo cuanto con los naipes se relaciona.



Baraja inglesa de las reinas, 1707.



Baraja heráldica escocesa, 1691.

Su colección consiste hoy en más de quinientos juegos de barajas diferentes.

Mucho se ha escrito sobre esta materia, y como dice Mr. Phillips con gracia, en gran parte por señores que no opinaban del mismo modo. Es indudable que las pruebas históricas existentes respecto al origen y primeros pasos de la baraja son pocas y no muy de fiar.

Está averiguado que los sacerdotes egipcios usaban una especie de naipes en sus adivinaciones, y desde el Nilo tal vez las llevó á España alguna tribu de gitanos.

De todos modos, parece que hay muchos testimonios en favor de la teoría que supone fué España el punto de partida de las barajas europeas.

Un escritor del siglo XVI cuenta una divertida historia para pintar la afición de los españoles de aquella época á las cartas. Viajaba por España, y por todas partes no oía sino hablar de barajas. Esto al principio no le causó gran molestia; pero tanto continuó el mismo tema, que ya el viajero comenzaba á desear que nunca se hubieran inventado los naipes. Un día llegó, hambriento y cansado, á una posada y pidió de comer y beber. El posadero, con cara risueña, le manifestó que sólo tenía en casa pan y agua; pero para llenar el hueco que dejaba la falta de manjares más suculentos, sacó con orgullo tres barajas primorosamente grabadas.

El viajero, furioso como no es decible á la vista de las cartas, sacó una pistola y apuntó con ella á la cabeza del posadero, amenazando con quitarle la vida en el acto si no se comía las barajas, y hasta que, efectivamente, se hubo tragado un paquete, el colérico huésped no apartó la pistola de la cabeza del infortunado posadero.

Una circunstancia especial de las barajas españolas es que, por no sabemos qué razón, faltan en ellas los dieces de cada palo, y los paquetes, por lo tanto, sólo contienen cuarenta y ocho cartas.

Los naipes italianos, de los que tiene Mr. Phillips algunos hermosos ejemplares, son posteriores á los españoles.

El juego llamado Tarracho, que es uno de los de baraja que primero se mencionan, parece que se jugaba en Italia en el siglo XV y que se necesitaban para él muchos paquetes, pues un escritor habla de que cada jugador debía tener en la mano doscientas cartas, y el número de aquéllas se decía que era ilimitado.

Era tan ardiente el deseo que había en Italia de tener hermosos naipes, que varias grandes familias mandaban hacerse paquetes especiales, llevando en


BARAJA CRONOLÓGICA DE LOS PAPAS


BARAJA INGLESA DE LA «TRAGEDIA Y LA COMEDIA» (1775)

la parte posterior de las cartas grabados, primorosamente hechos, representando diversos acontecimientos de la historia de la familia, paquetes que se conservaban con gran cuidado, como otras tantas joyas de familia.

Desde Italia se abrieron los naipes camino á Alemania, aunque en este punto hay mucha variedad de opiniones entre autores competentes; de todos modos, el advenimiento de las cartas fué recibido por los alemanes con mucho entusiasmo, y para usar una frase de nuestros tiempos, fué aquello una chifladura universal. Todos, desde el más rico al más pobre, trataron de adquirir un paquete, y algunos de los dibujos que se ven en los primeros naipes alemanes son de lo más bello que puede verse en los de cualquier otro país

En la colección de Mr. Phillips hay un ejemplar hermoso y raro de las barajas alemanas del siglo XVII. Las cartas son de brocado y los trajes de las figuras, de cuerpo entero, están bordados con sedas de colores; las caras y otros detalles, pintodas á mano; la mayor parte de ellas llevan vestidos moriscos ú orientales.

El coleccionista de barajas, afortunadamente, no corre el riesgo en el mismo grado que otros de ser engañado tomando copias por originales.

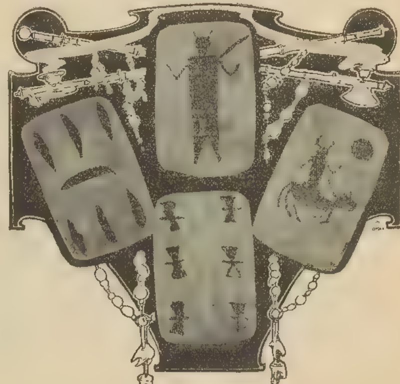
Las dificultades y gastos que las copias traen consigo, junto con la facilidad con que podría ser descubierto el engaño, que es grande realmente, tienden, sin duda alguna, á reducir al mínimum esa probabilidad.

El paquete más raro y valioso de la colección de Mr. Phillips es probablemente el conocido por el de la «conspiración del barreño de amasar.»


BARAJA INGLESA QUE REPRESENTA LA HISTORIA DE LA COMPAÑÍA DEL MAR DEL SUR (1720)

No será necesario entrar en detalles de aquel histórico acontecimiento ni del modo como se averiguó. Baste decir que en el año 1679 se descubrió un complot que tenía por objeto asesinar al rey Carlos y á lord Shaftesbury. El descubrimiento se hizo por haberse encontrado unos papeles, ocultos en un barreño de amasar, en la habitación de una cierta madame Cellier.


BARAJA DE NUEVA YORK DEL AÑO 1800. LOS REYES SON AMERICANOS FAMOSOS


BARAJA DE LOS INDIOS SIOUX

Casi inmediatamente después se fabricaron, de oculto, unos cuantos paquetes de cartas en cuyas caras se grabaron algunos hermosos dibujos representando incidentes de la citada conspiración, y según parece, el que posee Mr. Phillips es el único completo que existe en la actualidad.

Hace algunos años dicho señor compró en un puesto de libros viejos uno entre cuyas hojas encontró ese paquete raro y valioso, que considera como una de las joyas más preciadas de su colección.

Merece que hagamos aquí constar que Mr. Chatto, en su muy conocida obra sobre los naipes, refiere que de un modo semejante adquirió los cuatro magníficos grabados en madera representando las cuatro sotas, que hoy se encuentran en el Museo Británico.

Mr. Chatto compró un notable libro de sermones de un fraile español, impreso á principios del siglo XV, á un Mr. Crozier, y entre las páginas de esa obra antigua halló los cuatro preciosos grabados.

Entre otras barajas de valor inglesas reunidas por Mr. Phillips, se halla una de á fines del siglo XVII, en cuyas cartas están representados todos los países del mundo y junto con ella está el pliego impreso, de la misma época, en que se explica lo que representa cada carta. Las copas, simbolizadas por las rosas de la familia Tudor, representan á Europa; los oros á Asia, representados por soles, y las espadas á Africa, representadas por lunas.

Otra baraja, de la que damos un grabado, representa los condados de Inglaterra y del país de Gales y es del año 1675.

Tal vez la baraja inglesa más primorosamente grabada que se conoce es una que representa diversos sucesos del reinado de la reina Ana, la cual figura como la reina de bastos.

El 10 de diciembre de 1720 apareció, en un periódico llamado *El Correo Semanal,* un anuncio de la venta de unas barajas llamadas de la Compañía del mar del Sur, en que se representaban varios acontecimientos de la existencia de aquella famosa ó más bien infame compañía. Debajo de cada grabado hay unos versos satíricos contra diferentes personajes relacionados con la compañía, y como fácilmente se supone, habiéndose publicado á los dos meses justos de haber aquélla quebrado, tuvieron una venta extraordinaria. Sin embargo, sólo se sabe de dos paquetes que existan hoy, y uno de ellos figura en la colección de Mr. Phillips.

Otra baraja interesante, sobre todo para los aficionados á la heráldica, es una compuesta de los escudos de armas de la nobleza escocesa. Muchas de las familias cuyas armas figuran en ella se han extinguido.

Una que tiene en mucho aprecio Mr. Phillips es de 1775 y la grabó S. Hooper. Tiene dos cartas más de las usuales; una, con el título de la baraja, «La tragedia y la comedia,» y otra, una copia del cuadro de Sir Josué Reynolds que representa al célebre actor David Garrick entre dos figuras de mujer que simbolizan dos musas, cada una de las cuales le tira

por su lado. En algunas de las cartas se ve el nombre del grabador.

Hace pocos años leyó Mr. Phillips en los diarios que el emperador de Alemania había mandado fabricar unos paquetes de cartas destinadas para su uso exclusivo, y como, según la descripción que de ellas se hacía, parecían tener algunos detalles muy interesantes para un coleccionista, escribió al kaiser preguntándole si se le permitiría verlas.

La contestación fué una carta autógrafa del difunto conde de Hatzfeldt, entonces embajador de Alemania en Inglaterra, enviándole uno de dichos paquetes como regalo del emperador.

Otro que hace juego con el regalado por Guillermo II es uno que la difunta emperatriz Federico regaló á Lady Carlota Schreiber, dueña de la famosa colección de barajas que hoy se encuentra en el Museo Británico. Ese paquete vino á manos de Mr. Phillips hace algunos años y es de gran interés. Se hizo el año 1780. Cada carta tiene los retratos de los papas por orden cronológico, con un pequeño resumen de su historia personal y pública. Esta baraja es muy rara y de mucho valor.

Una baraja de raro aspecto es una hecha por los indios sioux y que les cogió un oficial del ejército norteamericano; tras muchas vicisitudes, esta baraja vino á poder de Mr. Phillips.

Las cartas, al parecer, están hechas con piel de pescado seco y los palos están pintados muy groseramente de negro y rojo.

Los indios sin duda trataron de imitar una baraja europea de modo muy primitivo, y sería interesante saber qué juego jugaban con esos pedazos de piel pintarrajeados de modo tan extraño, pues en realidad no son otra cosa. Al verlos se figura uno que tiene delante á sus salvajes dueños sentados alrededor de los fuegos del vivac, en el silencio de alguna



BARAJA DE LA GUERRA DE SECESIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

vasta soledad, embebidos en la marcha de alguna especie de tresillo ó dirimiendo las disputas con el tomahaw y el cuchillo.

Es de notar que en el gran desarrollo que en los tiempos actuales ha alcanzado la fabricación de naipes, siempre que se ha tratado de cambiar los antiguos palos y figuras se ha fracasado. En París se ha probado varias veces de substituir á los reyes, reinas y sotas, por figuras de personajes históricos; pero ninguna de esas pruebas tuvo buen éxito. En Inglaterra, hace unos veinte años se hicieron unos paquetes de cartas en los que, conservando las formas antiguas, las caras eran de personajes célebres del día; pero tampoco se logró hacerlas populares, y parece demostrado, fuera de todo género de duda, que el público en general prefiere á todos los demás los antiguos dibujos consagrados por el tiempo.

En los Estados Unidos se fabricaron algunas cartas con los retratos de americanos célebres y tuvieron cierta boga, pero transitoria, y ahora sólo las buscan los coleccionistas.

Dos barajas norteamericanas de mucho mérito tiene en su colección Mr. Phillips; una, de 1865, representa episodios de la guerra de secesión; otra, del año 1800, tiene los palos pintados de rojo, verde, carmesí y azul. Los reyes son americanos famosos. Wáshington es uno de ellos.

Hace algunos años, Mr. Phillips adquirió un dibujo original de Lord Edgcumbe, célebre jugador del siglo pasado, que, según parece, tenía algún talento artístico. Se titula: «El escudo de armas del jugador,» y es un escudo curioso y muy ingeniosamente concebido.

Mr. Phillips dice, hablando de los juegos de baraja, que no conoce en absoluto ninguno. Aunque durante cincuenta años ha empleado mucho tiempo, trabajo y dinero en reunir barajas, no ha querido aprender, cosa bastante singular, ningún juego ni de cálculo ni de azar.

W. T. ROBERTS.

LOS ANTECESORES DEL FONÓGRAFO

Pretende la leyenda que el famoso Alberto el Magno había construído una cabeza parlante que era una verdadera maravilla; pero habiendo Tomás de Aquino, discípulo del célebre sabio, considerado aquel invento como una obra diabólica, la rompió á bastonazos; y el ilustre obispo de Ratisbona al ver aquel desastre exclamó: «Así perece un trabajo de treinta años.»

En una época más cercana á nosotros, Valentín Merbiz fabricó para entretenimiento de la reina Catalina de Suecia otra cabeza parlante que, según parece, podía contestar, á voluntad de su inventor, á la pregunta que se le dirigiese en hebreo, en griego, en latín ó en francés. No hay dato alguno sobre esta asombrosa obra maestra, acerca de la cual bien se puede sentir cierto escepticismo, siendo muy probable que se tratara de un ventrílocuo que encontró el modo de hacer abrir la boca á su autómata mientras él contestaba á las preguntas formuladas sin mover los labios y dando á su fisonomía una expresión indiferente.

La primera máquina parlante respecto de la cual se tienen datos positivos fué construída por el P. Mical, quien presentó esta obra de paciencia y de ingenio á la Academia de Ciencias de París el día 2 de julio de 1783. El inventor había construído una especie de templete con columnas y pilastras de estilo Luis XVI, en cuyo centro hay dos cabezas sostenidas por una pequeña galería calada, sostenida á su vez por unas pilastras de estilo corintio. Entre estos dos motivos arquitectónicos hay una especie de cortina en la que hay inscritas las palabras que han de pronunciar ambos autómatas: el primero pronuncia esta sentencia más halagadora para la realeza que completamente exacta: «El Rey da la paz á Europa;» á lo que la segunda cabeza, la que lleva corona, responde: «La paz corona al rey de gloria.» Y luego sigue el diálogo con estas frases: «Y la paz hace la felicidad de los pueblos.» El mismo interlocutor termina su discurso con esta peroración: «¡Oh rey adorable, padre de vuestros pueblos, cuya dicha hace ver á Europa la gloria de vuestro trono.»



Las cabezas parlantes construídas por el P. Mical y por él presentadas á la Academia de Ciencias de París en 2 de julio de 1783

El P. Mical declara que su obra es la resolución de un problema de mecánica que hasta entonces había sido considerado, si no como insoluble, á lo menos como muy difícil, y añade: «La Academia de Ciencias ha dicho en su ponencia que esas cabezas parlantes pueden arrojar mucha luz sobre el mecanismo del órgano vocal y sobre el ministerio de la palabra.» La docta asamblea había declarado que aquella obra era digna de su aprobación, así por su importancia como por su ejecución. El *Dictionnaire Universel* supone que aquellas cabezas fueron destruídas por su mismo autor; pero Moutuchat declara que fueron vendidas por él por un precio considerable á un noble extranjero.

En los diarios de fines del siglo XVIII se habla también de una cabeza parlante construída por un tal Wolfango de Kempelen; y en el *Journal des Savants* de octubre de 1787 se hace mención de un cuarto fonógrafo fabricado por C. S. Kratzenstein. Respecto de este último no tenemos más que una breve noticia que no nos da ningún otro dato ni sobre su autor ni sobre el modo como estaba fabricado; es de suponer, sin embargo, que todos estos aparatos parlantes se construyeron tomando por base los mismos principios científicos.

Algunos hombres listos encontraron más sencillo llegar á los mismos resultados por medios mucho menos honrosos; así en 1783 un ventrílocuo hizo furor en París con una cabeza parlante de la que se decía inventor y que respondía á todas las preguntas. Naturalmente, como que quien contestaba era el barnum, valiéndose de los secretos de la ventriloquía.

De todos modos y á pesar de esta y otras supercherías, es positivo que en el siglo XVIII se construyeron aparatos parlantes ingeniosísimos, que debieron ser fabricados por procedimientos análogos á los empleados para la construcción de esos encantadores pajaritos cantores encerrados en una tabaquera, cuyo monopolio tenía en cierto modo la industria suiza.

Enrique R. de Allemagne.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 26 de junio de 1905 — Núm. 1.226



La familia imperial japonesa. (Reproducción de un grabado japonés.)

1. El emperador Mutsuhito. – 2. La emperatriz Haruko. – 3. El príncipe imperial Yoshihito-Harunomiya. – 4. La princesa Sadako-Fudjiwara, esposa del anterior. – 5. La princesa Masako Tsunenomiya. – 6. La princesa Fusako Kanenomiya. – 7. La princesa Nobuko Fuminomiya. – 8. La princesa Toshiko Yasinomiya. – 9. El príncipe Hirohito Mitinomiya. – 10. La princesa Yasuhito Atsumiya. (Estos dos últimos son hijos del príncipe imperial.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores el segundo tomo (no el tercero, como equivocadamente se dijo en la advertencia del número anterior), de la serie de 1905 de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que es «Fausto,» tragedia de Juan Wolfang Goethe, primera parte, traducida por Teodoro Llorente. Esta nueva edición va profusamente ilustrada, ha sido corregida por el traductor y lleva al final una ligera reseña de la segunda parte de la tragedia.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Argentina: el partido revolucionario: manifiesto de la Unión cívica radical. – *Venezuela:* reelección de Castro: las Compañías extranjeras y los tribunales venezolanos: decreto de amnistía. – *Colombia:* reclamación de Francia: el arreglo de la deuda colombiana. – *El Salvador y Guatemala:* la conferencia de San José de Guatemala. – *México:* la raza indígena y la nueva raza.

En la República Argentina hay orden y tranquilidad materiales; pero aún persiste el desasosiego moral que provocó ó exacerbó la intentona revolucionaria de febrero. Los que la promovieron, y tan malparados quedaron, tratan de justificar sus actos, y perseveran en su resuelta oposición al gobierno constituído.

El manifiesto que dió al país, en mayo, la Unión cívica radical declara que se apeló á la revolución para vindicar el honor de la República, reparar sus instituciones y asegurar su bienestar.

Estaban comprometidos poderosos elementos civiles y militares, y el movimiento era tan vasto que no cabía concebirlo mayor; la magnitud de su poder excluía en absoluto el riesgo, no sólo de una guerra civil, sino de otros trastornos que los inevitables en el primer instante. Pero la delación y la perfidia sacrificaron el supremo esfuerzo de la nación.

La revolución, dicen sus fautores, no atentaba contra el orden, porque no hay orden en la República Argentina; tendía precisamente á restablecerlo. El engrandecimiento material, la riqueza del país, no es obra de sus gobiernos, sino de la naturaleza y de los extranjeros que aportan sus capitales ó sus brazos.

La República Argentina progresa á pesar de sus malos administradores. Con otros, años hace que sería un Estado fuerte y poderoso, mucho más rico y considerado de lo que es; una potencia de primer orden.

La prensa que simpatiza con los revolucionarios dirige sus golpes principalmente contra la administración del general Roca, á quien hace responsable de la situación por que atraviesa el país.

El general Castro ha sido reelegido presidente constitucional de la República de Venezuela por unanimidad de votos. Ya tiene otros cinco años por delante, si sus adversarios no consiguen acortarle el plazo.

En Europa hay bastantes periódicos que le son hostiles, sobre todo en París, ya porque en esta capital los emigrados venezolanos hacen sentir más su influencia, ya porque en Francia sentó muy mal que un gobierno americano se atreviese á someter al fallo de los propios tribunales de justicia las faltas ó informalidades cometidas por la Compañía francesa de cables que, aparte el indirecto apoyo prestado á los conspiradores que pretenden derribar á Castro del poder, no cumple las cláusulas de la concesión. Se había comprometido dicha Compañía á establecer comunicación directa entre Venezuela y los Estados Unidos; han transcurrido diez y siete años desde la época en que se hizo el contrato, y aún no existe la tal comunicación.

En esa prensa se hace cuanto se puede por desacreditar á Castro y se llega hasta la injuria personal; no deben tolerarse, dicen, las indignidades de ese enano epiléptico (Castro es hombre de poca estatura) que tiraniza á los venezolanos y se mofa de los extranjeros.

En cambio, es ya otra la actitud de la prensa yanqui, antes tan contraria á Castro. Los mismos que hace pocos meses, con motivo del proceso contra la Compañía de Asfaltos, casi consideraban las resoluciones del gobierno venezolano como un *casus belli*, ahora nos hablan de la débil Venezuela explotada por aventureros sin escrúpulos. ¿Quiénes son esos aventureros? ¿Será alguno de ellos un ex ministro de los Estados Unidos en Caracas que, según *New York Herald*, puso su influjo oficial al servicio de la Compañía mediante ciertas recompensas pecuniarias?

Lo cierto es que el gobierno de Wáshington se muestra mucho menos exigente que al principio, y que, entre tanto, el presidente del Tribunal federal de casación, de Caracas, declara anulado el contrato entre el gobierno venezolano y la «New York and Bermúdez Asphalt Company.» La sentencia no es definitiva, y la Compañía, también condenada en costas, ha apelado.

Reconoce, pues, aquélla, de hecho, la competencia de los tribunales de Venezuela, y si llega á confirmarse el fallo, sólo por actos arbitrarios y de fuerza podrán los Estados Unidos romper lanzas en favor de los aventureros yanquis interesados en los negocios del asfalto y en los de otra índole á que venía dedicándose la New York and Bermúdez, cuya alianza con el caudillo de la última revolución parece probada. Pero los gobernantes de los Estados Unidos saben bien que las energías de Castro están muy en razón inversa de su talla, y probablemente acabarán por respetar, con salvedades que satisfagan en cierto modo su amor propio, el fallo de los tribunales venezolanos.

Con motivo de su elección para la presidencia, Castro ha decretado amnistía para los perseguidos políticos. Los presos han sido puestos en libertad y los desterrados ó fugitivos pueden volver á su patria. Algunos de los últimos eran y son los inspiradores de la campaña que contra Castro se viene haciendo en la prensa de Europa y de los Estados Unidos.

El nuevo aspecto que tomaron, con motivo de la independencia de Panamá, las cuestiones relacionadas con el canal interoceánico, ocasionó otro conflicto de intereses en que son parte Francia y Colombia.

Esta última República demandó á la Compañía del canal, reclamando las 50.000 acciones que le debía en pago de prórrogas obtenidas, concesiones hechas y terrenos cedidos. Dichas acciones se hallaban depositadas en las cajas de la Compañía á la orden del gobierno colombiano. Después de haberse declarado independiente Panamá, Colombia las pidió; pero la Compañía se negó á entregarlas fundándose en que acaso el nuevo Estado podría alegar derecho á ellas.

Incoado el pleito, el abogado de la República panameña manifestó que su gobierno renunciaba á toda reclamación. La cuestión, pues, parecía terminada. Pero sobrevino el fisco francés, y cuando el general Holguín, representante de Colombia en París, se disponía á tomar posesión de las acciones, aquél se opuso y declaró que esos valores no podían salir de las cajas de la Compañía en tanto que el gobierno colombiano no pagase 13.600.000 francos en concepto de derechos de registro por la concesión otorgada á la Compañía.

El gobierno francés exigía, pues, á un gobierno extranjero derechos de registro por una concesión hecha á una Compañía francesa. No hay que decir que la noticia de esta reclamación, tan inesperada como extemporánea, pues hace veintisiete años que se otorgó la concesión, produjo verdadero estupor en América y en la misma Francia.

El citado general Holguín, en nombre de su gobierno, firmó en abril último un convenio *ad referendum* con el presidente de los tenedores de Deuda colombiana, en Londres. El total de ésta, calculada hasta 30 de junio de 1905, importa 2.700.000 libras, más 351.000 de intereses.

A partir de 1.° de enero de 1906 Colombia pagará los cupones corrientes vencidos, y también irá amortizando por semestres hasta ½ por 100 del capital cada año. En garantía ofrece el 15 por 100 del producto de las aduanas. En cuanto á las 351.000 libras de intereses atrasados, se pagará el 50 por 100 con esos mismos ingresos de aduanas, y un 20 por 100 más cuando se le entreguen las 50.000 acciones que retiene la hacienda francesa. Lo que resta, podrá satisfacerse también si se llega á un acuerdo con el gobierno de Wáshington y Colombia recibe, como espera, una suma efectiva á título de indemnización por la pérdida de Panamá.

Entre los financieros ha sido, en general, bien acogido el convenio. Si la paz y el orden arraigan en Colombia, no será difícil cumplir lo estipulado.

Ha habido algunos disentimientos entre El Salvador y Guatemala. Para poner en claro la razón ó pretexto de ellos, reuniéronse en San José de Guatemala los ministros de Relaciones exteriores de una y otra República, y de la conferencia que celebraron resultó la mutua convicción de que no había motivo racional ninguno que pudiese alterar el propósito de unión y fraternidad que inspira los actos de ambos gobiernos.

Los rozamientos que de vez en cuando suelen producirse por imprudencias del personal del resguardo fronterizo, van á evitarse en lo sucesivo mediante un convenio que aleje toda probabilidad de conflicto, estableciendo perfecto acuerdo en lo referente á vigilancia del contrabando.

El licenciado D. Juan López Portillo y Rojas, en un notable estudio que ha escrito recientemente, señala la considerable transformación que se va operando en la raza nativa mexicana.

Los indios entran en la vida moderna. Se va logrando paulatinamente la mezcla y la amalgama de todas las razas, no tanto por el cruzamiento, cuanto por el influjo de los espíritus.

La verdadera diferencia que hay entre los hombres no estriba en las razas, sino en la cultura. En cierto modo, el indio civilizado deja de ser indio. La civilización cambia pensamientos, gustos, costumbres, ideales. Puede afirmarse que el hombre es de la raza á cuya civilización pertenece. Por esto, el roce y continuo trato de las clases más ilustradas de México con las nativas han ido mermando las filas indígenas momento por momento.

Miles de indios saben ya leer y escribir, manejar y aprovechar las máquinas agrícolas, construir terraplenes, fijar traviesas y rieles de ferrocarril, instalar telégrafos. Del seno de esa raza salen soldados, médicos, jueces, abogados y sacerdotes; el comercio y las industrias están llenos de gente de tez bronceada que maneja hábilmente los negocios y se eleva á los más altos puestos de la dignidad y de la riqueza. Juárez, el más enérgico de los políticos mexicanos, era indio; Altamirano, poeta, literato, orador, uno de los escritores más gloriosos de México, fué indio también.

La obra de conquista y civilización comenzada por Cortés y los españoles en el primer cuarto del siglo XVI, la van terminando Porfirio Díaz y los mexicanos en los primeros albores del siglo XX. Ahora está concluyendo la pacificación étnica del país; apenas hace dos años que ha sido totalmente conquistada la península yucateca.

Se avanza, pues, hacia la solución completa y satisfactoria del problema indígena. Aún no se ha llegado á ella porque parte del pueblo aborigen se encuentra en el estado primitivo.

Queda todavía labor muy ardua reservada á las nuevas generaciones; pero el camino para llegar á la fusión de las razas nacionales (por cruzamientos espirituales y físicos) está ya descubierto: es el de la paz y el trabajo. Así se logrará el total renacimiento de la raza indígena, no á la hosca civilización de los aztecas, sino á la radiosa civilización moderna.

«Saludemos—exclama el Sr. López Portillo—ese día dichoso para la patria, en que la población de México, homogénea y compacta, camine unida y con esfuerzo irresistible á la conquista de sus brillantes destinos.»

Saludemos también nosotros á la gran nación mexicana, que con tanta fortuna prosigue la nobilísima obra iniciada por España en el Nuevo Mundo. Los hispanoamericanos de México no resuelven el problema indio exterminando á las razas indígenas; antes al contrario, las civilizan y enaltecen mediante instrucción y trabajo, las consideran como parte integrante de su nacionalidad y las ponen en condiciones de poder fundirse con ellos espiritual y físicamente para crear esa población homogénea y compacta, llamada, acaso, á ejercer la hegemonía en la América del Norte.

Es la población de que hablaba Chailley-Bert en el Congreso de Wiesbaden (1904) del Instituto colonial internacional, al señalar la influencia profunda que ha ejercido España en la marcha progresiva de la Humanidad; «esa raza nueva extremadamente interesante, mezcla del español y del indio, que en ciertos lugares de la tierra presenta cualidades notables y que, especialmente en México, rivaliza ya muy de cerca con los yanquis.»

R. Beltrán Rózpide.



D. Benito veía á través del follaje...

LA MANDA

D. Benito de Tocos y Alcalá era un señor opuesto á regañar con nadie. No por falta de deseos, que en muchas ocasiones buenos los pasaba de echar un réspice al mismísimo lucero del alba, sino que como era pusilánime de suyo, para huir de disputas—que por regla general traen consecuencias más ó menos contundentes, pero siempre desastrosas—evitaba toda manifestación exterior de su desagrado y aguantaba las chinchorrerías del primer quídam y hasta las injurias y malos modos con que cualquier desconocido le molestase, aunque se recociera por dentro y maldijese del tal para su santiguada.

Esta falta de ánimos hacíale pasar por un bellísimo sujeto incapaz de hacer daño á una rata, cuanto más á un semejante, y en realidad no era mala persona; pero el que le conociera íntimamente aseguraría que la tan decantada resignación no llegaba al grado á que muchos le hacían alcanzar. Sus iras no se exteriorizaban inmediatamente, pero rara vez dejaba de caer de un modo indirecto sobre el sentenciado: había quien nunca supuso que D. Benito se sintiera ofendido por él, y menos pudo figurarse que, en algún contratiempo experimentado en sus negocios, hubiera intervenido la mano vengativa del señor de Tocos.

Es lo que éste pensaba:

«De alguna manera he de castigar al que me ofende, y así no me expongo á represalias.»

Contaba este práctico señor con una muy saneada renta que le permitía el lujo de vivir en un hotelito y de pasear en coche propio; y véase otra de las razones que inducían á sus conocidos para reputarlo de tan hombre de bien.

Teniendo coche precisaba de cochero, y el que llenaba cerca de D. Benito las funciones de tal era un honrado cordobés, llamado Valentín, padre de una porción de chicos que con él y con la económica esposa vivían á espaldas del hotel en un pabellón próximo á las cuadras.

Valentín era cochero *pur sang;* su padre había tenido la misma profesión, y su abuelo y su bisabuelo y así remontándose hacia Noé por la rama paterna, todos los varones habíanse dedicado á guiar caballos uncidos. ¿Quién sabe si alguno de sus ascendientes, rigiendo vencedora cuádriga, recibiera en el circo romano el homenaje de todo un pueblo?..

Pero Valentín jamás traía á colación esta posible genealogía, porque no era pizca de orgulloso, y además, porque desconocía la historia del *sport* y hasta que hubieran existido en el mundo semejantes espectáculos.

En cambio de estas ignorancias, poseía la ciencia de hacerse grato á su señor y de que éste le estimase más que á ningún otro sirviente. Valentín era por lo tanto el personaje más importante de la casa, después de su amo, toda vez que éste era solterón y vivía aislado de toda su familia, atendiendo sin duda al adagio que reza:

«Parientes y trastos viejos, pocos y lejos.»

Cierta mañana, paseando por el jardín del hotel, hubo ocasión de escuchar una plática que en la cochera sostenían con Valentín un *cañí* corredor de caballos, el mozo de cuadra y un lacayo de la vecindad.

Los dos últimos embromaban al primero á propósito de la pensión que su señor le habría asignado en el testamento, como es de rúbrica que hagan con los sirvientes antiguos los amos célibes que se estiman en algo.

Las opiniones estaban divididas. El lacayo se mostraba pesimista; el mozo de cuadra, sin duda por halagar á su jefe, le asignaba cantidades fabulosas; el chalán se había colocado en un amigable término medio, juzgando el porvenir del cordobés: ni la inopia, ni la fastuosidad.

El interesado callaba, sonriendo vanidosamente. D. Benito veía á través del follaje su cara rasurada y bermeja de alegres ojillos grises. Al fin habló el cochero.

—Señore si er día en que se muera el amo me deja una güena manda, tos ustede estai convidaos á una comida en laz Venta.

—Entonces que reviente pronto, dijo el lacayo.

—Por mí que sea mañana, añadió el mozo.

—Puez por mí que sea esta mezma noche, terminó el corredor.

Valentín puso el punto final.

—Asín sea.

Si el objeto de aquellos lisonjeros votos se hubiera dejado llevar de su primer impulso, habría salido del escondite y arrojado á empellones de su casa á la plebe lacayuna; pero ya queda dicho que era hombre pacato, y así reprimió su indignación y alejóse cautelosamente de aquel lugar.

Lo que más le dolió fué el ver que el hombre á quien siempre tuvo por más afecto á su persona resultaba un desagradecido y un farsante... Desde aquel punto el solterón dedicóse á formar un plan de venganza.

***

Bien fuera por efecto de la maldición gitana, bien porque su glotonería le hubiese preparado á ello, el caso es que unos quince días después de aquel en que tuvo lugar la conversación referida, D. Benito de Tocos y Alcalá sufrió un ataque de apoplejía que le arrojó en la hoya.

Abierto y leído que fué el testamento, vióse que toda su fortuna la dejaba á los asilos, excepción hecha de una manda para cierto primo suyo, residente en la corte, y de otra para Valentín, su cochero.

La primera constituíala una casita de los barrios bajos que producía—deducidos la contribución, reparación, vacíos, etc.—unos cincuenta duros mensuales; la segunda era una renta personal de diez reales diarios.

El goce de esta manda hallábase restringido por dos condiciones que se imponían al favorecido: la de vivir constantemente en Madrid y la de no ejercer en toda su vida el cargo de cochero ni en casa particular ni en empresa de ninguna clase. En el caso que faltara á cualquiera de estos dos compromisos, la renta pasaría á ser propiedad del otro coheredero.

El automedonte recibió un alegrón al tener noticia de lo que su difunto amo le dejaba; pero así que conoció la coletilla de las dos cláusulas, torció un poco el gesto. Con todo, aceptó el legado, prometiendo cumplir la voluntad del testador; no era cosa de despreciar ahí dos pesetas y media seguras...

Pensaba que no sería difícil, buscándolo despacio, hallar algún subterfugio que le permitiese cobrar la pensión y colocarse además en donde quisieran aceptar sus servicios de auriga.

Valentín era demasiado cauto y receloso para dar un paso en falso: antes de intentar nada tomó lenguas, consultó con un picapleitos paisano suyo, cavilo, anduvo, oliscó, sonsacó, previno, mimó y fué tal el ajetreo en que puso, no sólo los pies, sino también la cabeza, que en pocos días adelgazó su cara tanto como se habían hinchado sus pies.

En semejante estado tropezóse con su compadre, el corredor de caballos de que ya antes se ha hecho mérito.

El diálogo que con él sostuvo dará idea del resultado de sus pesquisas y maquinaciones.

—¡Hombre!, exclamó el chalán, m'alegrito de verlo azté ar cabo 'e loz tiempo.

—Y yo también, compadre, yo también m'alegro de verlo.

—¿Vazté d'entierro? ¡Josú! ¿D'ande ha zacao esa voz que paese qu'está zté hablando por un calabacino?.. Poz, misté, una de laz coza por que m'alegrao de encontralo... ¿Se l'ha orviao á zté ya la promeza que mo jizo de conviamuz á comel er día que la diñara su zeñorito, zi le dejaba argo en er teztamento?

Valentín exhaló un suspiro, como si el alma se le saliera con él.

El gitano fingió que se incomodaba.

—Zeñó Valentín, no zospiro'zté tan jondo, que no le vi á peil na. Er jito 'e la comía lo ije en bloma; ara que zi quiuzté cumprí la palabra la cumpre...

El cochero volvió á suspirar aún más amargamente.

—¡Por vía e loz mengue! Zopla'zté más qu'un acoldeón. ¿Es que le paeze poco palné? No sea'zté avariziozo; pol meno de lo que ozté cobra en un día z'han matao argunoz hombre.

—Bueno; ¿sabusté pa lo qu'á mí m'ha servío la porra de la herensia?.. Pa matame, pa consumime y pa condename. ¿Usté sabe lo que va á pasá en mi casa? Pos qu'un día nos van á llevá á toos en un carro pal simenterio. ¿Y usté no sabe de qué muerte habremo espichao? ¡De jambre!

—¿Pol mol de la manda?

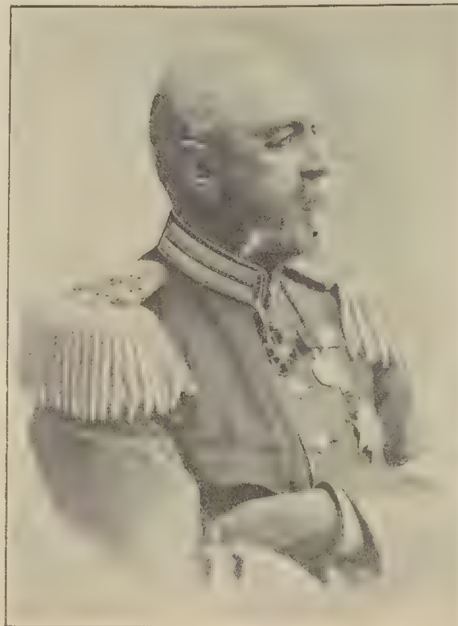
—Eso mismito.

Y el cordobés contóle en qué forma el difunto amo le había transmitido la renta. Su acento tenía matices trágicos, pero el *cañí* le oyó impasible.

—Güeno, ¿y qué paza?

—Lo primero que paza es que bajame á mí der pezcante es quitame la vía, que yo nasí en lo arto d'un coche y tengo la cochería en la masa e la sangre; ni siquiera me jallo por las calles andando pol suelo como to er mundo. Lo segundo es que con medio duro no poemo vivir yo y mi esposa y sei chiquillo.

—¿Puz no eran cinco?
—Ahora son sei.
—¡Camará, no ez usté nadie! Siga'sté.
—¡Cómo!
—¡Que ziga con er cuento!
—Decía que como vamos á viví ocho personas con dos pelás y media...
—¡Haber renunciao!
—¿Y zi er dia e mañana me quco impedío? Porque me pué da una patá una bestia, me puó caé, miles cosa..., y zi no me pasa ná, po lo menos á viejo llegaré y tambié estaré inúti, y entonces ¿qué? Como ya no gano, al hespitá, al asilo ú á pedí limosna, haiga familia ú no la haiga.
—¡Estonce, er medio napoleón del legao vendría ar pelo, compare!
—Eso es lo que me jase tiro pa no dejalo que se lo yeve er demonio.
—Trabajo'zté en otra coza.
—¿En qué, si no conosgo dengún ofisio ni sirvo pa ná maz que pa guiá un coche? ¿Me vi á poné ahora, á lo sincuenta año, a aprendí e platero?
—Puz zarga'zté en zu pezcante tan tiezo; no va á da concidencia que vaya á diquelalo el gachí de la otra manda.
—Si zon ciento y la madre y toos me conosen; ya m'enterao bien. Uno de loz hijo es der Continentá, de ezoz que corren too Madrid quinse ú veinte vece ar día. ¡Pa que no me guipe!
—Y que elloz también andarán escaziyo con loz treinta ú cuarenta riale que le deje la caza, porque zi zon tanto com'ozté ha dicho...
—Son quinse á la mesa y er padre gasta la metá en melesina; carcul'ozté si deben tené la primera ganita de cogeme *in fregante* pa quease con er medio machacante. Si este cochino ofisio mío no fuese tan vistoso...
—Claro ez, zi juera'zté arcantariyero no había contingencia e que nadie lo filara... ¡Nájez'ozté de Madrid!
—¿No l'he dicho que una de las cápsulas del papé es que tengo que estáme aquí jasta que fenesga?
—¿Qué va'zté á jacé eztonce, compare?
Fenesé contri más pronto mejó.
—¿Sabusté qu'er difunto -Dios l'haiga perdonao—lo querría'zté mucho, pero zi lo juera aborrecío no lo tratara maz malamente?.. Ni pué ozté morirse el jambre, ni pué ozté viví, zino toíta la vía está dando laz boqueaz. ¡Le digo'zté que ni jecho á cazo jecho!


OSCAR II, REY DE SUECIA

Y el pobre cochero, sumido en la mayor desesperación, hubo de asentir:
—Es verdá, ni jecho á cazo jecho.

J. SÁNCHEZ GERONA.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

UNA REVOLUCIÓN PACIFICA EN NORUEGA

La transformación que en la península escandinava se realizó el día 7 de este mes constituye uno de los sucesos más trascendentales que en la vida de los pueblos se registran. El acto por el cual Noruega se ha separado de Suecia puede decirse que es consecuencia del estado de tirantez que ha existido siempre entre ambas naciones desde que la primera fué segregada de Dinamarca y agregada á la segunda en virtud de la paz de Kiel, firmada en 14 de enero de 1814. Pero la causa inmediata del actual rompimiento ha sido la cuestión de los consulados: el Parlamento noruego, deseoso de ver sus intereses comerciales representados en el extranjero por cónsules especiales, deseo tanto más natural cuanto que de los dos países que formaban la unión el uno es proteccionista y el otro librecambista, había decidido la creación de un cuerpo consular distinto del sueco. Esta decisión, ratificada por los ministros, fué sometida á la firma del rey, quien se negó á sancionarla; en vista de ello, los ministros presentaron su dimisión, que Oscar II no quiso admitir, porque sabía perfectamente que no encontraría otros que se opusieran á esa reforma.

Los ministros, ante el veto del rey, volvieron al Parlamento y resignaron sus funciones en manos del presidente del Storthing (Cámara de los Diputados noruega); pero éste resolvió por unanimidad que conservasen sus carteras y formasen un gobierno provisional. Después el presidente declaró rota la unión con Suecia y destituyó á Oscar II del trono de Noruega, si bien dejándole la elección de un príncipe de la familia Bernadotte, que en tal caso sería rey de Noruega después de haber renunciado solemnemente á todos sus derechos sobre la corona de Suecia.

El rey Oscar no ha querido reconocer lo hecho por el Storthing, y la población de Estokolmo ha realizado delante de su palacio una manifestación de simpatía hacia su soberano y de protesta contra el acto realizado por los noruegos (véase el grabado de la página 424).

¿Qué resolución adoptará el gobierno sueco? Si Suecia considera lo sucedido como un movimiento revolucionario, no le será fácil á Noruega obtener el reconocimiento de las grandes potencias. Es probable, sin embargo, que Suecia acepte los hechos consumados y acceda al deseo de los noruegos nombrando rey á un príncipe de la mencionada familia, porque de esta manera tendrá probabilidades de vivir en buena armonía con Noruega; en caso contrario, cabe la posibilidad de que ésta se constituya en república, lo que no sería muy conveniente para aquélla.

Los noruegos se dan prisa en constituirse en nación independiente: el día 8 nombraron ministro del Exterior á Jorge Lovland, ex jefe de la sección del gobierno noruego en Estokolmo, y en la mañana del 9 se izó solemnemente en toda Noruega y entre las mayores demostraciones de entusiasmo la bandera de guerra noruega sin el distintivo de la unión. Los embajadores de origen noruego que representaban á la Unión cerca de potencias extranjeras han dimitido sus cargos. – X.


M. Olsson (Guerra.) M. Arctander. M. Michelsen (Presidente.) M. Lovland (Negocios extranjeros.) G. Knudsen. M. Vinje.
M. Bathner. M. Hagerup Bull (Justicia.) M. Lehmkicht. M. C. Knudsen (Instrucción pública.)

UNA REVOLUCIÓN PACÍFICA EN NORUEGA.—Los miembros del gobierno provisional



EL SECRETO, cuadro de H. D. Etcheverry. (Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. París. 1905. – Derecho de reproducción de Etcheverry.)

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Era de suponer que el viaje del emperador de Alemania á Tánger, á raíz de firmarse los tratados anglo-francés y franco-español, traería consecuencias más graves de las que en un principio pudieron creer los espíritus optimistas. Las declaraciones hechas en aquella ocasión por Guillermo II, bien claramente decían lo que luego ha sucedido; y por si alguna duda quedara, la misión diplomática del conde de Tattenbach, cerca del sultán, acabó de remachar el clavo y de poner en evidencia las intenciones del soberano alemán.

Francia é Inglaterra quisieron, á espaldas de Guillermo II, resolver la cuestión marroquí y disponer de los destinos de aquel imperio, consiguiendo que España, que tantos intereses tiene en el Norte de Africa se pusiera á su lado; pero el emperador alemán no es hombre á quien se pueda mortificar impunemente, y como sabe que cuenta con fuerza y recursos suficientes para obtener una satisfacción y hasta para imponer su voluntad, no ha querido pasar por la preterición de que había sido objeto, y ha declarado terminantemente que no reconocía los tratados firmados por Francia, Inglaterra y España, y que si querían reformas en Marruecos habían éstas de ser acordadas por las mismas potencias que firmaron el tratado de Madrid de 1880 y siempre sobre la base de la soberanía del sultán. Éste, que cuando se creía solo parecía aceptar la especie de protectorado que los recientes tratados le imponían y que dispensó la mejor acogida al embajador francés Saint-René Taillandier y aun admitió en principio las reformas que éste le indicara, en cuanto se vió apoyado de una manera tan franca por Alemania, cambió de actitud, y lo que antes eran sumisión y promesas se convirtió en resistencia y negativas, acabando por afirmar que no aceptaría más reformas que las que acordara una conferencia de las potencias signatarias del mencionado tratado de Madrid.



MARRUECOS. – El campamento del pretendiente Muley Mohamed, cerca de Udjda, ciudad sitiada por él (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Rudo ha sido el golpe para Inglaterra y para Francia; para esta última sobre todo, que ante las intimaciones apremiantes de Alemania y ante el temor de un conflicto que fácilmente podía terminar en una guerra, no ha tenido más remedio que sacrificar á su ministro de Negocios Extranjeros M. Delcassé, dando con ello al Imperio germánico la primera de las satisfacciones que éste le ha exigido. M. Delcassé, como es sabido, ha sido quien concibió y comenzó á realizar el plan que, de no haber surgido el *veto* alemán, habría acabado por hacer á Francia dueña ó poco menos de Marruecos. Quizás sin las derrotas de su aliada Rusia en el Extremo Oriente, la República francesa no habría tenido que sufrir la humillación á que ahora se ha visto condenada.

Pero Alemania no se ha contentado con la destitución, que de tal puede calificarse la dimisión de M. Delcassé: quiere más, quiere llevar adelante su propósito de tener en Marruecos tanta intervención como la potencia que más tenga, de que sus intereses comerciales gocen de todos los privilegios que puedan otorgarse á los de cualquiera otra nación; en suma, de que conste una vez más que no puede prescindirse del concurso de Alemania para resolver ninguna de las grandes cuestiones que preocupan á las cancillerías europeas. Y para ello ha hecho que el sultán pida la reunión de una conferencia en la que todas las potencias más ó menos interesadas en el problema marroquí discutan y resuelvan lo que quisieron dar por discutido y resuelto sin ajenas intervenciones los gabinetes de Londres y de París, con la cooperación más ó menos eficaz del de Madrid.

Francia acepta la conferencia; no así Inglaterra que, al parecer, quería negarse rotundamente á la invitación del sultán. A que el gobierno de Saint-James haya adoptado esta actitud de resistencia ha contribuído, aparte de la trascendencia de la cuestión de fondo, la circunstancia de haber el sultán enviado á las potencias su circular sobre la reunión de la conferencia, sin esperar que llegara á Fez el embajador inglés Sir G. Lowther, como si con ello quisiera significar la escasa importancia que daba á esta misión. También puede haber contribuído á ello la indiferencia con que el Maghzén ha visto el asesinato de M. Madden, súbdito inglés y cónsul de Dinamarca y de Austria en Tánger.

Sin embargo, algunos importantes periódicos ingleses dicen ya que si Francia considera conveniente la reunión de la conferencia y que á ella asista Inglaterra, ésta accederá á tales deseos. Y al hacerlo así, prestará un valioso servicio á su reciente aliada sacándola del gravísimo compromiso en que se encuentra.

El programa de la conferencia abarcará los extremos siguientes: integridad de Marruecos; independencia del sultán; fijación, con consentimiento de éste, de las reformas indispensables; ejecución de estas reformas por el sultán mismo con el concurso de las potencias á las que tenga á bien dirigirse; y proclamación solemne del régimen de la puerta abierta

Dícese que en este programa aparentemente inflexible se intercalaría una cláusula invitando al sultán, por ejemplo, á que se dirija á Francia para la reorganización de su ejército. En este sentido están negociando, según parece, los gobiernos de París y de Berlín; y si ello resultase cierto, siempre sería para la nación francesa una satisfacción que en parte le compensaría de las contrariedades sufridas.

Mientras las potencias negocian la reorganización de Marruecos, la situación interior del Imperio sigue turbada por la guerra civil. El pretendiente Muley Mohamed no abandona la lucha, y el sultán se ve impotente para vencer á los rebeldes, los cuales tienen puesto sitio en la ciudad de Udjda, situada en la frontera argelino-marroquí. Recientemente el consejero y jefe del Estado Mayor del pretendiente, el francés Delbrel, ha afirmado que éste quiere mantener buenas relaciones con Francia, quizás por lo mismo que el sultán se ha distanciado de ésta y se ha aproximado á Alemania.—S.



MARRUECOS. – Única fotografía existente del pretendiente al trono de Marruecos Muley Mohamed. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



MARRUECOS. – Estación aduanera del pretendiente, á pocos kilómetros al Sur de Melilla. El jinete de la derecha es el famoso Jorge Delbrel (francés) consejero del pretendiente. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Crónica de la guerra ruso-japonesa

Mientras el presidente de los Estados Unidos Mr. Roosewelt prosigue sus gestiones para obtener la reunión de una conferencia de plenipotenciarios rusos y japoneses para llegar á la paz entre Rusia y el Japón, los ejércitos nipones de la Mandchuria, cumpliendo el conocido refrán «A Dios rogando y con el mazo dando,» van realizando un movimiento de avance y acentuando la ofensiva. A los combates de escasa importancia de estos últimos tiempos ha sucedido una batalla más seria, empeñada el día 16 del corriente, que ha terminado con el triunfo de los japoneses, ó sea de su ejército del centro, mandado por el general Kuroki, el cual, después de reñida lucha, se ha apoderado de algunas posiciones de los rusos situadas á lo largo de la vía férrea.

Algunos corresponsales creen que esta operación es el comienzo de un nuevo movimiento general de avance que se propone realizar el mariscal Oyama, á pesar de haber comenzado ya en la Mandchuria el período de las lluvias; y el generalísimo Linevitch, aunque en sus partes no habla todavía de tal movimiento, toma las debidas precauciones y fortifica la línea Gutchulín-Itung-Kirín, que presenta excelentes defensas naturales. Créese, sin embargo, que no será en esta línea en donde se librará, caso de que se libre, la próxima batalla general, sino en la de Kuan-Tcheng-Se-Kirine.

Esta actividad de los japoneses ¿será la respuesta del mariscal Oyama al mensaje dirigido por los generales rusos al tsar, de que nos ocupamos en la crónica anterior y en la cual Linevitch se declaraba contrario á la paz y en condiciones de tomar la ofensiva y aun de obtener una brillante victoria? ¿O será simplemente que los japoneses tratan de mejorar aún más sus posiciones antes de que se entablen las negociaciones de paz á fin de que el Mikado pueda mostrarse más exigente?

Se ha publicado ya el parte oficial del almirante Togo, relativo al combate naval del estrecho de Tsushima, de cuyo contenido se desprende que habiendo comenzado la batalla á la una y cincuenta y cinco minutos de la tarde del día 27, á las dos y cuarenta y cinco minutos, es decir, al cabo de poco más de tres cuartos de hora de empezada la acción, «el resultado de la misma estaba decidido» (son las propias palabras del almirante). Esta victoria tan rápida consiguióse únicamente gracias á la artillería, admirablemente servida por los cañoneros japoneses, que rompieron con gran éxito el fuego á una distancia de 6.000 metros. En cuanto á los torpederos, no entraron en línea hasta el anochecer, y su intervención se redujo á completar la obra de destrucción tan admirablemente comenzada por los cañones en pleno día.

Del parte de Togo se deduce también que no es exacto, como algunos han supuesto, que la escuadra rusa permaneciese durante todo el combate en el orden de marcha en que se hallaba al comenzar la acción. En efecto, el almirante japonés dice que aquélla ejecutó varios movimientos, aunque pocos; en cambio los de la escuadra japonesa fueron incesantes, y á fuerza de maniobras, de marchas y de contramarchas, de cambios de formación y de dirección, consiguió hostilizar al enemigo por todos lados, envolverlo y aplastarlo, demostrando así del modo más manifiesto la brillante superioridad de su entusiasmo, de su ciencia náutica y de su valor profesional.

Con razón dice, pues, un notable crítico militar, ocupándose de aquel combate, que la victoria de la flota del Mikado se debió á la habilidad de los artilleros, á la seguridad de maniobra de los capitanes, al golpe de vista del comandante en jefe, cualidades que, en cambio, faltaron por completo en la escuadra rusa. Los mismos oficiales rusos que tomaron parte en el combate y que lograron llegar á Vladivostok han dicho que las principales causas de la derrota de su escuadra fueron la falta de municiones al final de la batalla y la presencia, entre los buques de guerra, de los transportes, que promovieron un desorden general huyendo en todas direcciones al ver la lluvia de proyectiles japoneses que sobre ellos caía: lo primero demuestra que los artilleros rusos no estuvieron á la altura de su misión, puesto que agotaron sus municiones sin haber podido causar ninguna avería grave á los buques enemigos; lo segundo prueba la escasa movilidad de la escuadra rusa, que no supo ó no pudo modificar su orden de batalla, ajustándose á las circunstancias. Además, dicen los referidos oficiales que nadie, ni siquiera el almirante Nebogatoff, estaba enterado del plan del almirante Rodjestvensky, de suerte que cuando éste fué herido, reinó la mayor confusión entre los estados mayores.



GUERRA RUSO-JAPONESA.–Visita del almirante Togo al almirante Rodjestvensky en el hospital de Sasebo

Como consecuencia de los fracasos de las escuadras rusas han dimitido el gran duque Alejo, que desde el año 1881 desempeñaba las funciones de jefe superior de la flota y del departamento de marina, y el almirante Avellán, que ha sido primeramente jefe de estado mayor general y ministro de Marina. Estas dos dimisiones han causado gran sensación en Rusia, no sólo por tratarse de tan altas personalidades que durante tanto tiempo han tenido á su cargo la organización y dirección de todas las fuerzas navales del imperio, sino porque parece que serán el preludio de una reforma total del sistema marítimo hasta ahora seguido por Rusia.—R.

Princesa Gustavo Adolfo. Princesa Patricia de Connaught.

Duquesa de Connaught. Princesa Christián. Duque de Connaught. Duquesa de Fife. S. M. el rey Eduardo VII. S. M. el rey D. Alfonso XIII. S. M. la reina Alejandra. Príncipe de Gales. Princesa Enrique de Battemberg. Príncipe Arturo de Connaught. Princesa Beatriz de Sajonia Coburgo.

Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Londres.—El palco regio en la función de gala celebrada en Covent Garden en honor de S. M. el rey D. Alfonso XIII. (Dibujo de S. Begg.)

En estos últimos años se han celebrado en el teatro de Covent-Garden grandes funciones de gala en honor de ilustres personalidades, pero la que se dió el día 8 de los corrientes en honor de S. M. el rey D. Alfonso XIII superó en brillantez y magnificencia á todas las anteriores. La sala estaba desde la platea hasta el techo cubierta de flores y colgaduras de los colores nacionales españoles; y en los palcos y butacas lucían hermosos trajes, preciosas joyas y ricos uniformes las damas y los personajes de la más alta sociedad inglesa. El programa de la función se componía del tercer acto de *La Bohème*, del cuarto de *Les Huguenots* y del segundo de *Romeo y Julieta*. Entre los artistas que tomaron parte en el espectáculo figuraban la célebre diva Melba y el tenor Caruso.



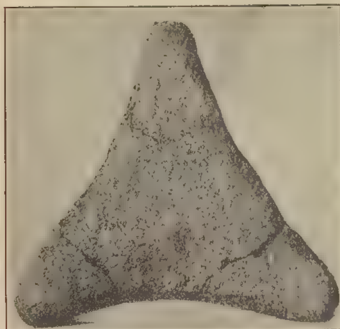
GUERRA RUSO-JAPONESA.—Prisioneros japoneses asistidos por enfermeras rusas en el hospital de Moscou. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Medvied, colonia principal de prisioneros japoneses en Rusia. (De fotografía.)

LA ISLA DE FILE Y EL DIQUE DE ASSUÁN

Cuando se construyó el dique de Assuán para regularizar la corriente del Nilo y aumentar la superficie de tierras regables, obra de extraordinaria magnitud de la que nos ocupamos en el



Pan que se supone amasado 2.500 años antes de Jesucristo y que ha sido encontrado en las ruinas del real templo de Deir-el-Bahri en el Nilo y expuesto recientemente en la Sociedad de Artes de Londres.

número 1.099 de La Ilustración Artística, temióse que las inundaciones periódicas (de enero á marzo) producidas por la acumulación de un volumen de agua tan enorme, acabarían por destruir las magníficas ruinas de antiguos templos que todavía se conservan en la isla de File, situada al Sur del dique. Afortunadamente estos temores no se han realizado, según lo demuestra la experiencia en los tres años transcurridos.

Gracias á las obras de consolidación que el servicio de Antigüedades ha podido realizar con el dinero que ha puesto á su disposición el servicio de Riegos, la isla de File conserva hasta el presente intactas, si no toda su fisonomía, á lo menos sus



Escultura de Miss Febe Mcleish

antiguas obras maestras de arquitectura. En diciembre de 1903, Eduardo Naville, en un artículo inserto en el *Journal de Genève*, escribía: «Cabe preguntarse si bajo ciertos conceptos el templo de File no se halla hoy en día en mejores condiciones que la mayor parte de los edificios egipcios.» A su vez, el célebre egiptólogo G. Maspero escribía en 1904: «Las obras efectuadas para que los templos pudieran afrontar la prueba de las aguas no han sido vanas. El primer año ha pasado bien, y espero que el segundo no nos traerá ningún desengaño. El peligro de derrumbamiento por socavación de las aguas parece conjurado, gracias á las obras recientes, y la corriente es, si no casi nula, tan débil durante el período de inmersión, que sus efectos pueden ser considerados como insignificantes.»

Recientemente M. Fourtau ha presentado á la Academia geológica de París una memoria demostrando que gracias á la bondad de sus materiales los monumentos de File han resistido hasta ahora perfectamente.

Bueno será, sin embargo, esperar algunos años más antes de formular un juicio definitivo acerca de la suerte que espera á File.



Pan de dos mil años encontrado en Pompeya. Lleva una marca con el nombre del panadero.

LA SUEROTERAPIA DE LA LEPRA

¿Se habrá encontrado un suero antileproso? Así parecen demostrarlo los resultados de sus investigaciones que un médico inglés, Mr. E. Rost, ha publicado en la revista de medicina *British medical Journal*. Este médico ha obtenido una leprina, una linfa curativa, mediante el cultivo del bacilo de la lepra y lo emplea en inyecciones subcutáneas.

Como la tuberculina en los casos de lupus, la leprina determina en los leprosos una fiebre bastante intensa de algunos días de duración, y reacciones locales al nivel de las lesiones; pero después de este trastorno efímero, se observan síntomas muy satisfactorios: las partes anestesiadas recobran su color y su sensibilidad, los dolores lancinantes y la pesadez de las piernas desaparecen, las ulceraciones se cicatrizan y las partes gangrenosas se desprenden, dejando llagas que fácilmente se curan.

Mr. Rost ha hecho experimentos en un centenar de enfermos y ha obtenido cuatro curaciones completas; en los demás sujetos la mejoría ha sido tal, que casi equivale á una curación, habiéndose contenido por completo los progresos de la enfermedad.

Estos resultados son muy satisfactorios y es de esperar que la leprina responderá á las esperanzas que en ella se fundan.

La lepra es un mal relativamente poco extendido, pero existen todavía gran número de leprosos en la costa oriental del Mediterráneo, en la del Pacífico, en Asia y en los países escandinavos.

LA PROPORCIÓN DE LOS SEXOS

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Sabido es que en todos los pueblos civilizados domina el sexo femenino. Los nacimientos de varones son siempre algo más numerosos que los de hembras; pero mueren más niños que niñas, y de quince á veinticinco años el sexo masculino está en minoría. Después, hasta la edad de cincuenta años, el sexo masculino vuelve á estar en mayoría á causa de las víctimas que ocasiona la maternidad; y finalmente, como la duración de la vida del hombre es menor que la de la mujer, el sexo femenino acaba por dominar. Esta es la ley clásica en demografía; pero el último censo de los Estados Unidos parece desmentirla, puesto que en la totalidad de la población se ha registrado un excedente de 1.638.621 varones.

En algunos Estados hay ciertamente algunos menos hombres que mujeres (de 47 á 49 por 100 habitantes); pero en algunos otros, como por ejemplo en el Wyoming y en el Montana, se observa un exceso masculino á veces considerable, que llega hasta 63.

Sin embargo, esta contradicción con la ley reconocida no puede ser sino aparente, porque en realidad la emigración, tan importante en los Estados Unidos y que sólo introduce en ellos elementos masculinos, es indudablemente la causa de esta inversión numérica de los sexos.

Por otra parte, las mujeres están en gran exceso en las ciudades. En 1861 de éstas se cuenta un excedente de más de 200.000 mujeres.

En los Estados Unidos, como en todas partes, la mortalidad de los hombres es superior á la de las mujeres, en la proporción de casi una séptima parte.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—París.—Se ha constituído en París un comité franco-español para erigir un monumento en honor de Cervantes, que consistirá en un busto modelado por Pablo Fournier. Se construirá en el parque Monceau y se inaugurará en breve.

Espectáculos.—En el Teatro Real de la Opera de Berlín se ha estrenado con gran éxito la ópera cómica *El matrimonio por fuerza*, del maestro Humperdinck, autor de la bellísima partitura de *Hänsel y Gretel*.

En el teatro de Monte Carlo se ha estrenado con gran éxito *Au temps jadis*, baile-ópera en tres actos de Mauricio Vancaire, música de Justino Clerice. El argumento, tomado de un episodio de la historia de Mónaco de fines del siglo XV, es muy interesante, y la partitura es bellísima y abunda en melodías y en juegos de gran brillantez. La obra ha sido puesta en escena con lujo y propiedad extraordinarios.

—En el teatro Real de Atenas se ha representado por primera vez en antiguo griego la hermosa tragedia de Sófocles *Antígona*.

—En el teatro Manzoni, de Milán, se ha estrenado con gran éxito la preciosa comedia de los hermanos Quintero *Amor que pasa*, traducida al italiano.

Necrología.—Han fallecido:

Rodolfo Alt, decano de los pintores austriacos.

Augusto Conti, filósofo italiano, profesor de la Universidad de Florencia, autor de varias obras.

Julio Thomás, escultor francés, premiado con altas recompensas en varias exposiciones.

Carlos Boerner, escultor alemán.

Enrique, príncipe de Borbón y de Parma, conde de Bardi, notable naturalista y explorador.

Antonio de Laboulaye, diplomático francés, uno de los iniciadores de la alianza franco-rusa.

Otón Guillermo de Struve, célebre astrónomo alemán, á quien se deben importantes descubrimientos astronómicos.

Juan Alejandro Tondeux, escultor alemán, autor de notables monumentos de Berlín.

Andreas Ajusti, cardenal italiano, ex delegado apostólico en la India, secretario de la Congregación *De Propaganda Fide*, y ex nuncio en Lisboa.

Samuel Basch, austriaco, médico que fué del emperador Maximiliano de México, profesor de Patología experimental de la Universidad de Viena, autor del interesante libro «Recuerdos de México. Historia de los últimos meses del Imperio» y de algunas obras de medicina.

Dr. Jacobo Krall, orientalista austriaco, considerado como



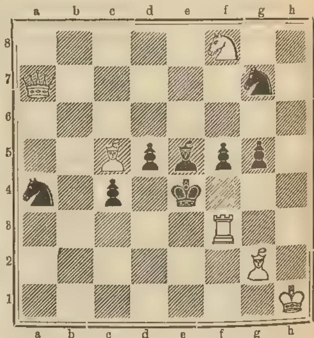
Baco, escultura de Venancio Vallmitjana

autoridad en filología antiguo-egipcia, profesor de la Universidad de Viena y autor de varias obras.

AJEDREZ

Problema núm. 389, por J. Pospisil.

Negras (8 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 388, por J. v. Dijk.

Blancas.	Negras.
1. Cg4-e3	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	



Ella no contesta. Hundida en la butaca, sus grandes ojos claros me miran fijamente

Romántica (del libro de recuerdos del Sr. de Guzmán)

I

María Luisa Heredia, la niña menor de los señores de Heredia, está triste; triste y pálida como las princesas rubias de las leyendas medioevales. Sus grandes ojos claros y serenos como el cielo de Málaga miran sin ver á través de la escarcha que dejó el frío dormida en los cristales. Sus brazos caen rendidos á lo largo del cuerpo. Bajo el encaje de las mangas, los dedos—blanca carne de lirios—se entrelazan con abatimiento doloroso.

—¿Usted no quiere te?, me pregunta la señora de Heredia fijando en mí sus ojos pensativos.

—Sí, señora, tomo te, le respondo.

Y maquinalmente cojo la taza y maquinalmente me pongo á mover la cucharilla para desleir los terrones de azúcar. Qué gran cosa es una taza de te cuando no tiene uno nada que decir ó cuando tiene que decir demasiado. Su vaporoso aroma al pasar por mi frente, acariciándome, parece que se lleva compasivo inquietudes y preocupaciones; el repiqueteo de la cucharilla me distrae, y cuando después de contemplar un rato los exóticos dibujos de la porcelana y los dorados reflejos del líquido me decido á beber un sorbo y luego un trago y luego el contenido de la taza entera, suspiro satisfecho, alegre por haber encontrado al menos un pretexto para romper el silencio que nos abruma.

—Qué te más exquisito. Es verdaderamente delicioso.

—Sí, es muy bueno, contesta sencillamente la pobre señora.

Hondo suspiro cierra luego su frase y una sombra de tristeza nubla sus pupilas.

Yo comprendo entonces que he dicho una tontería y me callo de nuevo, avergonzado. Aquel te se lo envió su hijo Antonio cuando fondeó en Shanghai la corbeta *Nautilus*. Antonio es guardia marina. Pronto hará un año que navega á través de los mares.

La mirada de la señora de Heredia vaga sin posarse sobre los cuadros del gabinete. De seguro que la pobre señora piensa en este instante lo mismo que yo. ¿Dónde estará Antonio? ¿Dónde estará ahora la corbeta *Nautilus*?

Yo enciendo un cigarro, hago girar la butaquita y me sepulto en ella de espaldas al balcón.

—María Luisa, ¿no quieres te, hija mía?

—Sí, mamá.

Detrás de mí oigo cómo sus pies huellan la alfombra con pasitos menudos. La siento aproximarse. Escucho el tenue glu... glu... glu... del te al caer en la taza de China; el arañar de las tenacillas en los duros terrones; después, nada. Luego los piececitos que se alejan hollando de nuevo la alfombra camino del balcón.

—¿Qué miras, María Luisa?

—Nada, mamá.

—Ya lo oye usted: nada, siempre nada, siempre lo mismo. Estamos divorciadas. Ni ella me entiende á mí ni yo la entiendo á ella. ¿Verdad que es muy triste? ¿Verdad que es muy triste para una madre no contar con la confianza de su hija?

Calla un instante esperando mi respuesta; pero como yo nada contesto, suspira y sigue:

—Estos días nublados me entristecen mucho. Tengo frío. ¿Quiere usted hacerme el favor de echar otro leño en la chimenea? A los viejos nos gusta mucho la chimenea.

¡Ah, señora!, benditos sean los viejos que gustan todavía de las antiguas chimeneas. También yo gusto de ellas. También á mí me complace ver cómo los leños chisporrotean sobre los morillos, crujen, se quiebran y caen sobre la ceniza, que los recibe generosa. También á mí me agrada el calor de la leña, ese dulce y suave calor...

La señora de Heredia interrumpe mis reflexiones.

—Amigo mío, tengo que pedirle á usted un favor.

—Señora...

Ella entonces acerca hasta mi hombro su cabeza blanca como copo de lino y me confía sus pesares. María Luisa la tiene muy disgustada, ¡oh!, muy disgustada, muy disgustada. En dos meses esta niña ha variado por completo. No come, no duerme, está siempre triste... Mis Fanny dice que la ha visto llorar... Todo esto me lo cuenta la pobre señora en voz baja, muy baja, cerca de mí, muy cerca, como si se tratara de un secreto muy grave. Y yo que todo eso lo tengo ya olvidado, yo que leo como en un libro abierto en el corazón de María Luisa, no encuentro para esta pobre madre que me pide consuelo más que vulgaridades y tonterías; y para no decirlas, callo y me hundo en la butaca y miro cómo los leños se abrasan lentamente sobre los morillos de la chimenea.

Implacable la señora de Heredia continúa:

—Nadie sabe lo que tiene, nadie la entiende. Yo misma me he visto obligada á suspender mis preguntas, convencida de que sólo sirven para entristecerla más y más. Por eso me he acordado de usted. Usted la ha visto nacer. La quiere usted como á su propia hija. Ella tiene en usted completa confianza; me consta. ¿Quiere usted hacerme el favor de hablar con ella? ¿Quiere usted sondear en su alma?

Yo trato de defenderme.

—Es una misión muy delicada... Temo que María Luisa...

—¡Oh, no! María Luisa para usted no tiene secretos.

—Sin embargo...

—Prométame cuando menos que lo intentará.

—Bueno, señora; lo intentaré.

—¿De veras?

—De veras.

—¡Oh, gracias, muchas gracias! Ya sabía yo que era usted un buen amigo.

En seguida se levanta y agrega en alta voz:

—Con su permiso voy á dar algunas órdenes. María Luisa, haz un rato de compañía al Sr. de Guzmán.

Y se va.

Un enorme gatazo, blanco y rojo, salta majestuosamente y se enrosca en el asiento, caliente todavía, que su dueña ha dejado vacante.

II

—María Luisa...

—¿Qué quieres?

—¿Qué miras?

—Nada.

—Pues si no miras nada ven á mi lado.

—Ya estoy á tu lado.

—Siéntate.

—Encenderé antes.

—No, no enciendas. Bien estamos á obscuras. La luz es enemiga de las confidencias.

—¡Ah! ¿Me vas á hacer una confidencia?

—No, me la vas á hacer tú.

—¿Yo?

—Sí.

Ambos callamos; yo para encender otro pitillo, ella para expulsar al gato: tarea en verdad algo difícil, porque el animalito le ha tomado gusto á la butaca. Por fin se levanta, bosteza, arquea el lomo y se marcha silenciosamente estirando las patas.

—Conque una confidencia, ¿eh?

—Sí, una confidencia.

Y de nuevo callamos. ¿Tendrá razón Mæterlinck? ¿Será verdad que cuando tenemos realmente algo que decir nos vemos obligados á callar? Por mi parte confieso ingenuamente que no se me ocurre nada. En vano trituro la imaginación para encontrar una frase ingeniosa, una agudeza... El silencio, el terrible silencio precursor de las verdades íntimas, se ha interpuesto como una valla entre nuestra franqueza y nos sella los labios. Las sombras del crepúsculo pesan sobre nosotros. En la negrura de la chimenea las llamas se retuercen. El viento llora con lastimero y lúgubre quejido.

—María Luisa, tengo que hablarte. Tu madre está muy disgustada, muy disgustada, y con razón. Dice que no tienes confianza en ella, que no la quieres. No diré yo tanto; pero sí me atreveré á aconsejarte que modifiques tu manera de ser. No está bien lo que haces, María Luisa.

—¡Dios mío! ¿Y qué hago yo?

—Tú lo sabes. No es necesario que te lo repita.

—No sé..., no te entiendo...

—María Luisa, hablemos como buenos amigos. Comprenderás que á mí no puedes engañarme. Eso se queda para tu pobre madre que, cegada por el cariño, no sabe ver lo que pasa en tu alma. Yo sí lo sé. No hay en ello ningún milagro. Me voy haciendo viejo, y para un viejo ya sabes que una niña siempre tiene el pecho de cristal. De cristal finísimo es para mí el tuyo... hace ya mucho tiempo. ¿Quieres que te hable más claro, María Luisa?

Ella no contesta. Hundida en la butaca, sus grandes ojos claros me miran fijamente.

—Lo que haces, continuó, no es digno de una niña seria y razonable como tú. Estás dando que pensar á la gente. Se dice..., se murmura..., y eso no debe ser, no puede ser, María Luisa. Es necesario que cambies de conducta y de vida; que te animes, que te distraigas. No quiero verte triste, ¿lo oyes?, no quiero.

—¡Y qué voy á hacer!

—Ya te lo he dicho: distraerte.

—No puedo.

—Ve con tus amigas.

—Me cargan.

—A paseo.

—Me canso.

—Al teatro.

—Me aburro.

—¿Te aburres? ¡A los diez y seis años!

Los cortinajes apagan en sus pliegues los últimos destellos del crepúsculo. Las sombras crecen. Enroscado sobre la alfombra el gato sonsonea.

—María Luisa...

—¿Qué?

—¿Por qué no te casas?

A los cárdenos reflejos de la chimenea veo su cuerpecito temblar en la butaca.

—¿Yo? ¿Estás loco?

—¿Loco? ¿Por qué? Eres adorable. No conozco una criatura más encantadora que tú. Todos los atractivos para trastornar el cerebro de un hombre se han reunido en ti; tú los posees. Juventud, hermosura, inteligencia, gracia..., todo lo tienes. El hombre que alcance la fortuna de ser tu marido bien podrá decir orgulloso que posee la reina de las mujeres. Y eso que no te conocen más que por fuera. Si te conociesen como yo, si supieran lo que hay en el fondo de tu alma, los tesoros que guarda, las ternuras que encierra, la pasión que en ella alienta y vive; si hubieran descendido como yo al fondo de esa alma, aspirado su perfume exquisito, saboreado sus íntimos anhelos; si como yo supiesen de qué manera eres capaz de amar...

Me detengo, porque á pesar de mi sangre fría tengo miedo de decir demasiado. Ella sigue callada. Sus grandes ojos claros no se apartan de mí. Yo vuelvo á preguntarle:

—¿Por qué no te casas?

Un suspiro hondo, muy hondo, uno de esos suspiros contenidos durante largo tiempo, es la única contestación que sale de sus labios. Arrepentida trata luego de sonreir, y en efecto, sonríe; ¡pero con qué sonrisa!

Yo entonces me aproximo á ella, cojo entre mis manos las suyas que abrasan y le digo:

—María Luisa, no seas niña y escúchame formal. Debes casarte; es necesario que te cases. Sueñas demasiado. Quieres vivir demasiado con el alma y es necesario descender á la prosa del mundo. Es preciso que vayas pensando en dar forma real á tus ensueños. De lo contrario, sólo conseguirás aniquilarte, agostarte, consumirte de tedio y de tristeza. Quieres amar fantasmas, y los fantasmas, María Luisa, no saben amar. Es necesario que te cases.

De nuevo la sonrisa fría, la sonrisa helada, juega en sus labios.

—Bueno, ¿y con quién?

Yo, indiferente, como si no comprendiese la intención, contesto:

—¿Con quién? Pues á fe que no tienes adoradores. Ahí está sin ir más lejos Paco Ansúrez. En cuanto le mires dulcemente, cae rendido á tus plantas. ¿No te gusta? Vamos con otro. Enrique Sanmillán, guapo, elegante, inteligente, distinguido y por añadidura millonario. ¿Tampoco? ¿Y Pepito Alcázar?.. Ese no dirás que te disgusta... Muchas veces me has dicho que ..

Ella clava en mí sus pupilas brillantes.

—¿Pero hablas en serio?

—¡Toma, y tan en serio!

—Pues bien: eres un canalla; un miserable y un canalla.

Yo me muerdo los labios y nada contesto. Pero sus insultos me escuecen en la cara con el dolor de un latigazo.

III

No he vuelto por casa de los señores de Heredia. Dije que estaba enfermo. Todos los días viene un criado á preguntar por mí.

A medida que el tiempo pasa, los insultos de María Luisa me duelen más y más. Y es que en el fondo de mi conciencia reconozco que le sobró razón. Sí, soy un miserable y un canalla. Pero ¿qué hombre que se hubiera encontrado en las condiciones en que yo me encontré no habría hecho lo que yo? Un alma virgen, abierta apenas á la luz, inocente con la santa inocencia de los ángeles, pura, inexperta, ingenua, soñadora. Un alma que siente como ninguna el vacío de la soledad, que para no morirse de tristeza tiene todos los días que inventar ideales y forjar ilusiones y concebir fantasmas que le alienten un instante con su calor ficticio. Y he aquí que un día esta pobre alma enferma encuentra un poco de calor natural, labios que hablan, ojos que miran, manos que oprimen, y entonces todos aquellos anhelos vagos é indecisos, todas aquellas ansias misteriosas, se fijan, se determinan, se concretan sobre un ser real que vive y piensa y quiere. Y aquel ser soy yo. Aquella alma me ama y yo me dejo amar. ¿Quién de vosotros no habría hecho lo mismo? ¿Quién sabiendo lo que era esta pobre alma soñadora no se habría dejado amar por ella?

Yo me dejé. Con la voluptuosidad con que un fakir se sumerge en la contemplación del nirvana y abre su espíritu á las revelaciones del misterio y mata su carne y apaga sus sentidos para que su alma limpia de impurezas flote en los espacios y se remonte tranquila y confiada hasta el imperio de la verdadera felicidad, yo me sumergí en el amor de María Luisa, apagué mis sentidos y maté mi carne, y limpia mi alma de impurezas, comprendió los misterios de la suya.

En las largas veladas del invierno, en los crepúsculos dulces del otoño, en las tardes perfumadas de la primavera y en las serenas noches del estío, nuestras almas se fundieron. Yo arrullé su corazón de virgen con cuentos de hadas y leyendas de oro; yo hice que sus labios suspirasen recordando las princesas rubias que mueren de frío y los trovadores que rondan los viejos castillos cantando la eterna canción.

Yo hice vibrar su espíritu al cadencioso son de mis baladas y vi cómo su ser estremecíase al recoger nota á nota y verso á verso los grandes poemas del amor. Yo vi entonces cómo sus pupilas se empañaban llorosas, de tristeza; yo vi cómo la curiosidad las agrandaba; yo vi cómo la pasión las contraía; yo vi cómo con el deseo se abrillantaban luminosas; yo sentí que sus manos quemaban las mías; sentí que palpitaban, y bajo la piel de sus muñecas—blanca carne de lirios—sentí la sangre precipitarse presurosa. Y fuí feliz. Saboreé la dicha como jamás nadie la ha saboreado. Alcancé la voluptuosidad del místico en el éxtasis y del fakir en el nirvana. Rasgué los velos del misterio, y abiertos mis ojos á la luz, comprendí muchas cosas que hasta entonces no supe. Comprendí que el amor más grande es el amor que calla. Comprendí que las palabras no saben expresar sentimientos, y que un suspiro, una mirada, un apretón de manos, son goces más exquisitos que todos los placeres de la carne. Comprendí que la felicidad no consiste en amar mucho, sino en dejarse amar, en saber que hay un alma que vibra al compás de la nuestra, que por ella alienta y por ella vive y por ella ríe y por ella llora y goza y sufre y se estremece y tiembla, y á todas horas la quiere y la desea á todas horas. Este es el secreto de la suprema dicha: sostener el deseo. Yo lo sostuve. María Luisa me amó sin saber que me amaba, mejor dicho, sin saber cómo me amaba. Me amó más que á sus trajes, más que á sus muñecas, más que á sus hermanos, más que á su madre. No de otro modo, que de ningún otro modo era capaz de amar. ¡Qué sabía ella, pobre ángel inocente, de otra clase de amores! Me quiso porque tenía necesidad de querer, porque su corazón rebosaba ternura, porque la ternura se escapaba de él á borbotones como se escapa la sangre de una herida abierta. Yo no fuí para ella un hombre, fuí un ídolo. Y su amor fué culto; un culto secreto, sin celos, sin egoísmos, sin impurezas, sin palabras. Amor de miradas y de suspiros y de besos, sí, de besos, de muchísimos besos. Maldito sea quien piense mal. Amor sin sufrimientos y sin penas, feliz como ninguno, porque se bastaba á sí mismo. Amor el más sincero de todos los amores, grande, inmenso, infinito, profundo como el mar. Me amó poniendo en ese amor todo su ser, toda su vida, sus nervios y su sangre. Ante una frase mía su carne palpitaba; mis frases eran órdenes; ante una mirada se doblegaba toda; ante un beso se estremecía loca de alegría; adivinaba mis pensamientos antes de expresarlos y nunca tuvo más ley que mi deseo. ¿Os reís? ¿No lo creéis? ¡Qué sabéis vosotros del amor! ¡Qué sabéis vosotros, pobres filósofos de despacho, psicólogos de gabinete, que sólo buceáis en vuestros libros, qué sabéis vosotros lo que pasa en el alma de una mujer de trece años!

Y si lo sabéis, si os sentís capaces de comprender hasta qué punto me vi yo adorado, idolatrado, venerado, si podéis imaginaros mi voluptuosidad, poneos la mano en el corazón y contestadme: ¿quién de vosotros no se habría dejado amar de María Luisa?

Y sin embargo, yo soy un canalla; soy un miserable y un canalla. Porque en esta egoísta voluptuosidad no me enteré de que pasaban los días, que pasaban los meses, que pasaban los años; no me enteré de que aquella niña crecía y se desarrolloba y se hacía mujer; no me enteré de que sus ojos se ensombrecían pensativos; no me enteré de que la risa huía de sus labios; no me enteré de que se marchitaba su piel, aquella piel tan fina que me hacía decir con el cantor de la balada: «Tiene mi amada tan transparente el cutis, que cuando bebe vino rojo le veo pasar á través de su garganta.» De nada me enteré. María Luisa continuaba siendo para mí la hermosa niña que se duerme al arrullo de cuentos de hadas y leyendas de oro; que me quiere más que á sus trajes y más que á sus muñecas, más que á sus hermanos y más que á su madre, pero no de otro modo. Y era ya de ese otro modo como ella me amaba. En su corazón, ¡pobre de mí!, había descendido de ídolo á hombre.

Cuando lo comprendí me horroricé. Asustado como un chico que acaba de romper una vidriera, quise á toda prisa enmendar mi obra. Me mostré frío, indiferente, duro. Me presenté ante sus ojos como un viejo libertino sin corazón y sin conciencia, incapaz de toda acción noble; desenterré historias terribles; mentí aventuras, abulté faltas y exageré defectos. Con la frialdad de un matemático acabé de destrozar lo que quedaba de ídolo para dejar sólo el hombre tal cual era, viejo, achacoso, egoísta, ridículo, grosero. Cada palabra era un golpe, cada frase un martillazo. El ídolo caía, y yo implacable le veía caer, romperse, desmenuzarse, confundirse en el polvo como montón de arena. Caía y yo asistía á su destrucción encontrando en ello placer suave y dulce, una especie de purificación de mis errores. Pero nada conseguí. Ella con su fino instinto de mujer que sabe leer en el fondo de los ojos lo que pasa en el alma, comprendió todos mis sufrimientos, todas las miserias que me roían, todas las amarguras que me ahogaban, y en lugar de despreciarme me quiso más. ¿Fué en recuerdo de los pasados días? ¿Fué por amor sincero? ¿Fué por lástima? No lo sé. Lo único que sé es que me quiso más. Y yo entonces huí, me alejé de ella, dejé que el tiempo, ese gran destructor de los afectos, realizara su obra. Y entonces llegaron las horas de tristeza, los negros pensamientos, los suspiros hondos que tanto afligían á la pobre madre, las lágrimas que Miss Fanny había visto correr.

¿Veis cómo soy un miserable y un canalla? ¿Veis

cómo María Luisa tenía razón al insultarme? Sí, tenía razón. Yo lo sé. Por eso no he vuelto por su casa. Por eso dije que estaba enfermo. Y en realidad lo estoy. Mis manos arden. Mis sienes crujen. Como esto continúe, me voy á volver loco.

IV

«Le recuerdo á usted que hoy es jueves y que, por lo tanto, espero verle en casa. No falte. Tengo que contarle á usted cosas muy curiosas.»

He aquí una carta que me intriga. ¿Qué querrá contarme la señora de Heredia?

Me visto y acicalo con el detenimiento que conviene á un hombre de cuarenta años que presume todavía de buen mozo, y á las cinco de la tarde me planto en el hotelito de mis buenas amigas. ¡Caramba!, yo he madrugado mucho, pero los demás visitantes han madrugado más aún. Los salones están llenos. En el central las mamás, las buenas y complacientes mamás hundidas muellemente en las anchas butacas, sonríen satisfechas. Las muchachas diseminadas en pequeños grupos charlan jovialmente, excitadas por el calor y la alegría. Los hombres van y vienen, conquistadores y presuntuosos, embutidos en sus largas levitas negras, rígido el cuello bajo el almidón de la camisa.

—¡A bailar!, grita una voz.

Y en un momento se encienden las bombillas del piano y el tapete desaparece y asoma un cuaderno y se levanta la tapa y suenan las notas de un vals, frescas, vibrantes, retozonas. Los ojos de las muchachas brillan de contento; los caballeros, solemnes y majestuosos, se calzan los guantes; los criados retiran las sillas; las buenas mamás, siempre sonriendo, esconden prudentemente los pies bajo el asiento de las butacas, en tanto que nosotros los señores serios, los señores respetables nos batimos en retirada hacia el gabinete de la izquierda, al gabinete azul, como le llamamos los íntimos, sitio tranquilo al que no han de llegar, seguramente, los codazos ni los pisotones, en donde podremos fumar á nuestras anchas y contemplar la fiesta, si nos place, cómodamente arrellanados en nuestras butaquitas.

Y la fiesta empezó. Por el marco que dejan las cortinas vemos las parejas que pasan y repasan y vuelven á pasar. Es curioso y divertido el espectáculo que ofrecen estos jóvenes elegantes y estas lindas chiquillas pasando y repasando ante nuestros ojos con la mecánica regularidad de un *carrousel;* ellos ligeramente inclinados, ellas derechas, todos muy graves, muy correctos, muy convencidos de la importancia del acto que ejecutan, como si la vida se redujese á dar vueltas y vueltas. Y ¡qué demonio!, puede que en realidad no sea otra cosa; puede que ellos sean los que tengan razón y nosotros los equivocados. Alguien lo dijo ya: Este mundo es un...

Hermosa como nunca, vaporosa y ligera, veo bailar á María Luisa. También ella me ha visto. Cada vez que pasa ante el hueco de las cortinas me envía por encima del hombro de su pareja una sonrisa y una mirada. Sus ojos resplandecen. Sus mejillas lucen como rosas frescas. Sus labios, entreabiertos por la fatiga, ríen; ríen como hacía mucho tiempo que no los veía yo reir. Al mirarla tan contenta acude á mi memoria la carta de su madre. «Tengo que contarle á usted cosas muy curiosas.» ¿Tendrán algo que ver estas cosas con la alegría de María Luisa?, me pregunto. Y viva curiosidad se apodera de mí. No he podido hablar con su madre. Cuando fuí á saludarla estaba tan entretenida con varias señoras, que apenas si se dió cuenta de que le estrechaba la mano. A la niña no la vi. Ahora, cuando termine el vals, me acercaré á ella.

El vals termina; pero «¡Otro! ¡Otro!,» gritan algunas muchachas incansables; «¡Otro! ¡Otro!,» repiten los caballeros palmoteando, y las manos del pianista caen de nuevo sobre las teclas recorriéndolas rápidamente en alegres y cristalinas escalas: do-re-mi-fa-sol-la-si...., do-re-mi-fa-sol..., re-mi-fa-sol-la... La-la-la, repica frenética una tecla limpia, aguda, vibrante. Luego las notas se unen, se enlazan, se mezclan y entonan un vals tierno, voluptuoso, lánguido...



... apoyo mi frente calurosa en el frío cristal

Cuando los últimos compases se pierden en el aire, las muchachas se acercan al pianista y le hablan en voz baja. El pianista sonríe y hojea el cuaderno. Sus dedos vuelven á golpear las teclas, y las teclas vuelven á sonar, serias esta vez, graves, ceremoniosas. Un rigodón.

Colocadas cara á cara, dos parejas avanzan lentamente; salúdanse galantes con exagerada cortesía y vuelven á su sitio silenciosas, rítmicas, pausadas. Otras parejas las imitan. Muy bien. Ha salido muy bien. Ahora la segunda figura. Muy bien; perfectamente.

Pero ¡oh decepción!, á la tercera figura los bailarines se equivocan. No es eso..., que no es eso. Otra vez. Tampoco. Hay que repetir la figura. Nada, no es eso; decididamente no es eso.

El pianista, con las manos inmóviles sobre el teclado, vuelve la cabeza y ríe. Las muchachas, confusas, ríen. Los hombres, avergonzados, ríen. Las mamás ríen. Todos reímos. Pero la figura no sale.

—Nada, chilla descaradamente la más resuelta. No damos pie con bola. Necesitamos alguien que nos dirija. A ver, ¿dónde hay un caballero que sepa dirigir un rigodón?

Los hombres callan.

—¿Dónde hay un caballero?, insiste descaradamente la muchacha.

—¿Dónde hay un caballero?, corean las otras.

Y sus ojos recorren curiosos los salones. De pronto una de ellas se fija en mí y grita alborozada:

—¡Eh, Sr. de Guzmán, no se esconda usted.

—Sr. de Guzmán, Sr. de Guzmán..., repiten como un eco las demás vocecitas.

Yo trato de defenderme.

—Señoritas, por Dios, que yo no estoy ya para estos trotes. Que soy un viejo. Eso los pollos, los pollos... A mí me pesan demasiado los espolones.

Pero ¡que si quieres!; no me vale.

—Tiene usted que dirigir el rigodón, me dicen. Si no dirige usted, no bailamos.

Ante tal argumento no tengo más remedio que resignarme, muy satisfecho sin embargo en el fondo por esta coincidencia que me permite aproximarme á María Luisa. Creo inútil desciros que María Luisa es mi pareja.

El primer momento de descanso le aprovecho para felicitarla por su alegría.

—Ya he visto con satisfacción, le digo, que sigues mis consejos.

—Sí, me contesta tranquilamente, fijos los ojos en el suelo; he seguido todos tus consejos. Los he seguido todos.

—¿Todos?

—Todos.

Yo me callo. Lento, grave, ceremonioso, continúa el rigodón.

—Sí, he seguido tus consejos, repite ella sin levantar la vista de la alfombra. Pepito Alcázar se me declaró anteayer y...

—¿Qué?, pregunto ansioso.

—Le dije que sí.

La frase retumba en mi cabeza con la brutalidad de un estacazo. Quiero hablar y no puedo. Mis rodillas se doblan, mis ojos se nublan...

—Sr. de Guzmán, Sr. de Guzmán..., que se distrae usted...

V

Acabó el rigodón. Ya era hora. Si dura cinco minutos más caigo redondo al suelo.

Todo el mundo se ha dado cuenta de lo que me pasaba. Afortunadamente han creído que era un mareo, y tras algunas frases estúpidas me han dejado en paz. Digo, ¿habrán creído realmente que era un mareo? Me parece que he sorprendido algunas miradas... Bueno, después de todo, ¿á mí que me importa que lo hayan creído ó no?

Estoy atontado. Me duele la cabeza. Quisiera marcharme, y sin embargo, no sé qué extraño poder me retiene. Temo que si me voy mi ausencia va á ser larga. Por eso antes de irme quisiera hablar con María Luisa. ¿Hablar? ¿Y para qué? ¿Qué le voy á decir?

En el salón los visitantes charlan jovialmente. Un fonógrafo grita con destemplada voz una canción francesa:

Mimi, Mimi, je t' aimeras toujours.

Huyendo del ruido me refugio en el último gabinete. Me aproximo al balcón, levanto el visillo y apoyo mi frente calurosa en el frío cristal. Este frío intenso me hace mucho bien. Parece que al helar mi frente hiela también mis pensamientos.

Del salón vienen mezcladas en confuso rumor charlas y risas. El fonógrafo sigue cantando con su vocecita destemplada:

Mimi, Mimi, recherche nôtre amour.

Con la frente apoyada en los cristales, miro. Es de noche. Llueve. Agua de invierno, pesada y continua. Resbala en las fachadas, golpea en las losas, chapotea en los charcos, azota despiadada los árboles desnudos. Como grandes mariposas muertas caen sobre el barro las hojas amarillas. Las indecisas luces de los faroles se pierden en la bruma. En las aceras húmedas rielan los escaparates encendidos. Llueve.

Bruscamente la voz de María Luisa suena detrás de mí. Otra voz le responde. La conozco bien. Es la voz de Alcázar.

—Te quiero mucho, mucho, dice.

—¿Verdad que sí?, pregunta ella gozosa.

—¡Mucho!

No me han visto; no saben que estoy allí, á dos pasos. No me ven, no me oyen; no ven nada, no oyen nada; no ven más que sus ojos, no escuchan más



BARCELONA. – El Centenario del «Quijote» en la Escuela Superior de Artes é Industrias y Bellas Artes. Concurso de diplomas entre los alumnos. Diploma de D. Francisco Labarta, primer premio. (De fotografía de C. Bertazioli.)

que sus palabras tiernas, amorosas, dulces. Ella, apasionada y loca, entrega su alma al primero que llega. Él la recibe sin saber lo que recibe, sin comprender la felicidad que le espera, sin sospechar siquiera que esa felicidad me la debe á mí. A mí, sí, porque esa alma es mía, yo la hice. Sin mí, ¡qué sería! Sin lo que en ella puse yo de mí, ¡qué valdría ella!

Y ese majadero creerá tan convencido que todo lo ha alcanzado por sus propios méritos, que todo es obra suya, que María Luisa está realmente enamorada de él. ¡Ah, tonto, tonto!.. Si tú supieras... ¡Pero tú que vas á saber! ¡Qué sabes tú del mundo, criatura!.. ¡Tú que sabes de nada!

Ni te hace falta. Puesto que la felicidad viene á ti, como premio de lotería, sin buscarla, recógela y no te metas á averiguar de dónde viene. Tus veinte años te dan derecho á todo.

Y tú, pobre loca, pobre enferma de amor, que necesitas del amor para vivir, vive y ama sin miedo.

Sé feliz. Tu camino es de flores. Síguele. Yo seguiré el mío; yo seguiré arrastrando por el mundo la tumba de mi alma.

(Dibujos de Mas y Fondevila.) Pedro Mata.



Diploma de D. Narciso Puget, segundo premio. (De fotografía de C. Bertazioli.)

RECUERDOS DEL CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

EN LA ESCUELA SUPERIOR DE ARTES É INDUSTRIAS Y BELLAS ARTES DE BARCELONA

EN CHACABUCO (REPÚBLICA ARGENTINA)

En la Escuela Superior de Artes é Industrias y Bellas Artes de esta ciudad se ha celebrado, para conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, una sesión de carácter íntimo, á la cual sólo concurrieron alumnos y profesores del expresado centro de enseñanza.

Empezó la fiesta dándose lectura de un trabajo literario apropiado al acto, y seguidamente el director de la escuela D. Leopoldo Soler y Pérez dió una erudita conferencia acerca de aquella obra inmortal, empezando por hacer un sobrio resumen de la corriente literaria y las costumbres en la Edad Media, para llegar á señalar la aparición de los libros de caballería; de los cuales precisó en conjunto su característica, estudiando á continuación las modalidades de los más conocidos. Esto le dió pie para indicar aquellos que contribuyeron á la perturbación cerebral del ingenioso hidalgo manchego.

Entró luego de lleno en el estudio del libro de Cervantes, analizándolo desde diversos puntos de vista, indicando las cualidades sobresalientes del mismo. Hizo especial mención de la manera como el ilustre alcalaíno maneja la nota cómica sin caer en lo grotesco, y de la forma como consigue enlazar en el transcurso de la fábula los incidentes de la misma y tipos de idiosincrasia tan antitética cual D. Quijote y su escudero.

De estos dos personajes hizo una descripción concienzuda, así como de los pasajes principales de la magistral novela.

El Sr. Soler y Pérez fué aplaudidísimo, felicitándole sus compañeros al terminar la conferencia.

Acto seguido se abrieron los pliegos que contenían los nombres de los alumnos laureados en el concurso efectuado por la citada escuela con ocasión del tercer centenario de la publicación del *Quijote*.

He aquí los premiados:

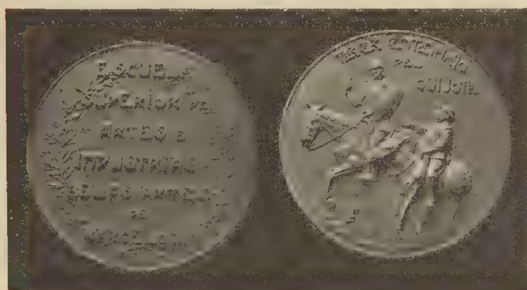
D. Juan Labarta y Planas y D. Narciso Puget por su respectivo proyecto de diploma.

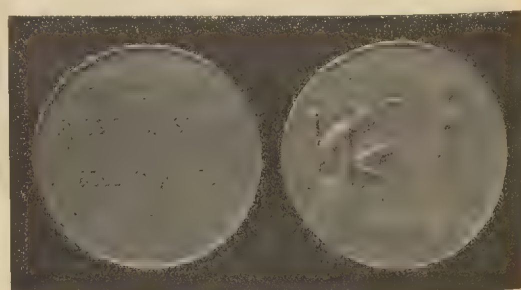
D. Juan Labarta y D. Ramón Novella por el de medalla.

Todos ellos, al pasar á recoger los premios, fueron saludados con una salva de aplausos.

Todos los trabajos premiados tienen cualidades muy recomendables y demuestran el acierto que ha presidido en el concurso. El carácter clásico del diploma del Sr. Labarta, en el que se ven hábilmente reproducidas dos obras maestras de la arquitectura y de la escultura griegas; el vigor y la corrección con que están dibujadas y agrupadas las figuras del diploma del Sr. Puget; y la fiel interpretación que los Sres. Labarta y Novella han sabido dar á los personajes representados en sus medallas, constituyen otros tantos méritos de los autores de estas obras.

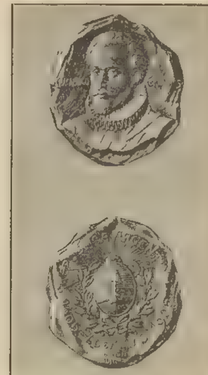
En Chacabuco, importante ciudad de la República Argentina, se ha conmemorado también el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, habiéndose al efecto organizado un gran festival que se celebró el domingo, 7 de mayo, en el teatro de aquella población. Después de una sinfonía ejecutada por la orquesta, levantóse el telón y apareció el escenario, que representaba el patio de los Leones de la Alhambra de Granada y en cuyo centro alzábase sobre artístico pedestal un hermoso busto en relieve de Cervantes, obra del celebrado





BARCELONA. El Centenario del «Quijote» en la Escuela Superior de Artes é Industrias y Bellas Artes. – Medallas premiadas en el concurso entre los alumnos de la misma, originales la primera de D. Juan Labarta y Planas y la segunda de D. Ramón Novella





REPÚBLICA ARGENTINA. – CHACABUCO. FIESTAS CONMEMORATIVAS DEL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE.» APOTEOSIS DE CERVANTES EN EL TEATRO. (De fotografía de M. Padin, remitida por D. Enrique Brusés.) – MEDALLA CONMEMORATIVA DEL CENTENARIO, ACUÑADA EN LOS TALLERES DE GOTUZZO, DE BUENOS AIRES.

escultor D. Torcuato Tasso. En el escenario estaba la comisión organizadora, cuyo presidente, D. Andrés de Vera, leyó un elocuente discurso en alabanza de Cervantes y de su libro inmortal. Procedióse luego á la distribución de ejemplares del *Quijote* entre los alumnos de las escuelas urbanas, particulares y del Estado, premiados por su aplicación y buena conducta, y terminado el reparto, la señorita doña Estela Colombo y los Sres. D. Angel Menchaca, don Joaquín de Yurrita y D. José M. Olivares leyeron los tres primeros inspiradas poesías y el último un capítulo del *Quijote*. Puso término á la primera parte de la fiesta el himno á Cervantes cantado por un coro de niñas vestidas de blanco y agrupadas alrededor del busto del inmortal escritor, que arrojaban sobre éste profusión de flores mientras cantaban.

La segunda parte del programa lo constituyeron las dos piezas en un acto *La buena sombra* y *La tonta de capirote*.

La fiesta dejó gratísimos recuerdos en todos los que á ella asistieron, habiendo sido objeto de muchos elogios D. Enrique Brusés, iniciador de la idea del festival, la comisión organizadora y el Sr. Francesch, á cargo de quien corrió el arreglo del escenario.—P.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

DICCIONARIO SALVAT. – La casa editorial barcelonesa Salvat y C.ª ha comenzado la publicación de este diccionario enciclopédico en cuadernos de cuarenta páginas, ilustrado con grabados intercalados en el texto y con láminas en negro y en colores. La obra constará de unos 125 cuadernos aproximadamente.

MEMORIA SOBRE EL BARÓMETRO ALARMA, inventado por el *Dr. D. Guillermo Vives*. – Trátase de un barómetro que por medio de una campanilla eléctrica, combinada con la aguja del aparato, señala con toques de alarma los cambios de presión atmosférica; y en la Memoria se explica detalladamente el mecanismo por medio del cual se consigue este resultado. Ha sido impresa en la tipografía de Paradell Hermanos, de Ponce (Puerto Rico.)

MANUAL DE AJEDREZ PARA USO DE LOS PRINCIPIANTES, por *José Paluzíe y Lucena*. – Con este título acaba de publicarse una obra que merecerá sin duda la aprobación de los aficionados á este noble juego, no tan sólo por los interesantes datos históricos que en ella se consignan, sino por las explicaciones que acompañan á cada jugada de las partidas que sirven como de modelo para plantear y desarrollar el juego. Es esta última circunstancia, sobre todo, digna de encomio, pues hasta ahora no existían en España obras de esta naturaleza. Se ha publicado la primera parte, que se vende al precio de 3'50 pesetas en todas las librerías.

BARCELONA Á LA VISTA. SEGUNDA SERIE. – Se ha puesto á la venta los cuadernos 3.° y 4.° de esta interesante publicación que edita en esta ciudad D. Antonio López. Contiene notables reproducciones fotográficas de algunos de los principales sitios de nuestra ciudad y de sus pintorescos alrededores, con breves descripciones de cada uno de ellos. Véndense á 30 céntimos cada uno en Barcelona y á 35 en provincias.

COSTA RICA EN EL SIGLO XIX. – Se ha publicado el primer tomo de esta obra, cuya importancia se prueba con sólo decir que responde perfectamente al acuerdo adoptado por el Cobierno costarricense en julio de 1900 de publicar, en celebración del advenimiento del siglo XX, una Revista comprensiva de estudios referentes al desarrollo y progreso intelectual. moral y material de aquella República durante el XIX. Contiene este tomo notables originales de Francisco María Iglesias, Juan Fernández Ferraz, Bernardo Augusto Thiel, Máximo Soto Hall, Manuel de Jesús Jiménez, Vicente Lachner Sandoval, Rosendo de Jesús Valenciano y Pablo Biolley, y está ilustrado con numerosos é interesantes grabados. Ha sido impreso en la Tipografía Nacional de San José de Costa Rica.

EL PRIMO PONS, por *H. de Balzac*. – La biblioteca económica de obras de Balzac, que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso, se ha aumentado con esta preciosa novela del ilustre literato, que pertenece á la serie de escenas parisienses y que, como todas las del gran novelista, interesa no sólo por el asunto y por la forma, sino también por la maestría con que están estudiados los personajes que en la obra intervienen. Véndese á una peseta.



Manifestación de simpatía delante del palacio real de Rosendal, cerca de Estokolmo, al día siguiente del golpe de Estado por virtud del cual Noruega se separó de Suecia. El pueblo sueco aclamando al rey Oscar II. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 3 de julio de 1905 — Núm. 1.227

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros subscriptores que hemos adquirido el derecho de publicar en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA la última obra del famoso escritor francés Jorge Ohnet, la interesante novela LA CONQUISTADORA, que comenzamos á publicar en el presente número, con ilustraciones hechas expresamente para nuestra edición por el reputado artista Sr. Mas y Fondevila.

JOYAS DEL ARTE MODERNO



PINTOR DE ANTAÑO, cuadro de Roman Ribera

(Salón Parés)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si fuésemos á hacer recuento de los peores enemigos de la prosperidad nacional, tendríamos que situar en primera línea á una enemiga aparentemente insignificante, despreciable, hasta risible y de sainete, que no por eso deja de influir de un modo desastroso en nuestros destinos y restarnos anualmente algunos millones de pesetas de ingreso. Esta enemiga... es la chinche.

No se figuren ustedes que hablo con la menor intención de broma. Seriamente digo que la chinche nos sale horriblemente cara, y no me parece que compense, con los placeres y emociones que proporciona, las ventajas que nos quita.

España pudiera y debiera ser entre todos los de Europa el país mas visitado de turistas. ¿Porqué no lo es? En gran parte á causa de la chinche; y, si nos determinásemos á tomar á la chinche por símbolo y representación de la incuria y desidia general, entonces diremos que á causa de la chinche, en absoluto.

No bajarán de ciento los extranjeros distinguidos á quienes he oído suspirar melancólicamente «Sí, yo recorrería España, yo disfrutaría mucho internándome en sus olvidados pueblecillos, que son lo más interesante de tan hermoso país. Yo dedicaría á esto dos meses, tres meses... Viaje de instrucción, de estudio, al par que de recreo... Pero no se puede. No soy exigente, transigiría con la mala comida, hasta con la mala cama... Con lo que no comprendo transigir es con ciertas manifestaciones del desaseo. ¡Las chinches! Me han asegurado que las hay á bandadas, y eso sí que no lo sufro.»

No ha mucho tuve ocasión de conocer un pueblo de lo más pintoresco y bonito, situado en un país verdaderamente edénico, y supe que allí se celebran, en el verano, ferias concurridas. Preguntando á los moradores si con tal motivo hay afluencia de forasteros, respondieron que sólo venía el que no tenía más remedio que venir á sus negocios; pero que, por gusto, nadie —á menos que encontrase alojamiento en alguna casa principal de la población,—porque las dos posadas ó fondas se hallan infestadas de chinches, y no era dable conciliar el sueño un minuto.

***

Italia saca al año un rédito soberbio á sus monumentos, curiosidades y bellezas. Suiza come de sus picachos, glaciales y valles, como de una finca pingüe. Francia no hay que decir cómo atrae á los forasteros que acuden á visitarla, y España, infinitamente más rica en arte, en recuerdos, infinitamente más típica y original y varia en naturaleza y en aspectos de su tesoro monumental y artístico, España relicario, España museo—con sus climas opuestos, deliciosos para invernar ó para pasar el estío sin molestia alguna,—España no ha pensado, por ahora, en aprovechar sus raras condiciones, en llamar á su seno á turistas y aves emigradoras, que dejan plumas de oro y rastro de cultura europea.

Los hospedajes españoles—salvo excepciones que no destruyen la regla—están basados en la chinche. Su corpezuelo gordo y rojo cierra las fronteras y obstruye los caminos.

A los que se arriesgan, intrépidos, pero recelosos, á visitarnos, desflorando rápidamente tanta hermosura, si los jardines de la Alhambra, el Museo del Prado, la Catedral de Toledo, la Cartuja de Burgos, les dejan el sabor á mieles de una impresión inolvidable, la chinche fatal suele grabarles en los sentidos reminiscencias que les hacen para siempre odioso el viaje y hasta los goces que en él libaron. Un solo asqueroso animalejo encontrado entre las sábanas ó reptando sobre la piel, puede más que Murillo, Zurbarán, el Greco, Arfe, Berruguete, Guas y demás artistas insignes; puede más que los naranjales de Valencia, que los granados en flor de la vega de Murcia, que los bíblicos oasis de palmeras de Elche, que los arrayanes del Generalife, que la dulzura plácida de los valles y rías de Galicia, y que el encanto obscuro y poderoso de las melancólicas planicies de Castilla, donde zumba el rumor prestigioso de la historia...

***

La chinche, con la mosca por auxiliar, los dos insectos, velan á la puerta de la península, rechazando, como los dragones de las pagodas índicas, al extranjero que no debe profanarlas. Los dos bichos son supervivencia de las épocas en que no era conocida la higiene sino en cuanto puede conocerse por raro instinto, pero no en su actual forma científico-popular. Los dos bichos no pueden coexistir (teóricamente hablando) con la civilización, con los trabajos de Pasteur, con los laboratorios donde se desinfecta, con la corriente que enseña á combatir á las fuerzas naturales en su obra de contagio, maleficio y destrucción. Ni la mosca, terror del Noroeste, ni la chinche, plaga más característica del Sur, son fatalidades, sino inconvenientes desterrables con relativa facilidad. Para exterminar á esos dos bicharracos bastaría lo más sencillo, prodigar el agua y el jabón de Mora, sin recurrir á complicadas desinfecciones y á campañas de antisepsia. Lavar vidrios, muebles, maderas, barrer esmeradamente con serrín húmedo ó hierba rociada, ahí tenéis la infalible receta contra las plagas españolas. La institución más útil viene á ser la más humilde, la escoba y el estropajo. Humilde, sí, pero... ¿creéis que no ya la práctica, solamente la idea, la doctrina del estropajo y la escoba, tienen aquí muchos fieles adeptos?

Yo me he creado odiosidades de esos enemigos ruines que no perdonan, por campañas de elemental limpieza, en sitios donde la limpieza debiera ser estrictamente obligatoria, dispuesta, exigida por los organismos á quienes toca velar por la salubridad. No hay cosa peor recibida aquí que las observaciones inevitables respecto al aseo en fondas y establecimientos públicos.

Muchas oficinas del Estado se encuentran tan sucias en lo material, que previenen á simple vista contra su índole moral y legal. Cerradas las ventanas á piedra y lodo; inmundo el piso con excreciones, puntas de cigarro y papeles; mugrientas las paredes y las puertas, donde se ha depositado la crasitud de cien manos negras y pecadoras; los vidrios convertidos, de transparentes, en cuajados y opacos á fuerza de capas de polvo... Así se prepara en tantas dependencias públicas —entre las cuales suelen distinguirse los Juzgados, Delegaciones de policía, Administraciones de Correos y Oficinas telegráficas —la pulmonía infecciosa, frecuente en los sedentarios y que se coge en los ambientes viciados y en los lugares sin ventilación ni aseo, campo de cultivo de los microbios y bacilos morbíficos. Clásico es el tipo del empleado envuelto en su capa hasta los ojos, calado el sombrero como si el sombrero abrigase, chillando apenas se abre una ventana ó una puerta, porque las corrientes de aire «le matan,» y pasándose la vida en perpetuo catarro blando, en eterna expectoración, para acabar, bajo la cuchilla del invierno, barrido por uno de esos padecimientos agudos de «las vías respiratorias,» castigo justo de los que temen al aire libre, á la santa agua, al santo jabón, en cualquier tiempo del año.

***

Volviendo á la chinche —cantada en poemas épico-burlescos de nuestros siglos de oro,— ha de saberse que es uno de los parásitos más insidiosos y tenaces, más difíciles de desterrar cuando sienta sus reales en una casa. La mosca, que es güebra, ó adoradora del sol, deposita sus larvas en el sitio más inundado de luz, y con fregar muy bien los vidrios destruyendo esos niditos de polvo que se forman en sus ángulos, se destruye la cosecha mosquil para el año entrante. Pero la chinche, que trabaja silenciosamente, que busca para asegurar la especie los rincones más ocultos y los recovecos inaccesibles á una limpieza superficial, se guarece y engurrumina en las rendijas de la madera, en los agujeros de los clavos, detrás del papel pintado, cuando éste hace bolsa ó se despega algún tanto en las junturas. Y acaso á esta habilidad insidiosa de la chinche para perpetuar su imperio, acaso á este don suyo de molestar á mansalva, debamos algunas de nuestras heroicas empresas y magnas aventuras, la formación del carácter nacional.

Siempre que algún amigo, entre sus impresiones de viaje, me refiere una aventura de chinches, una noche de hospedaje en que, asaltado por el ejército címico, se vió obligado á abandonar precipitadamente las ociosas plumas, añade sin falta: «Y tan nervioso me puse, que me eché á la calle, y me pasé la noche dando vueltas, hasta que amaneció.» ¿Quién sabe si en una de esas veladas ambulantes, discurriendo por una ciudad revestida del aspecto fantástico que adquieren las ciudades dormidas, con la excitación de una molestia que hace hervir la sangre, se soñaron, se anhelaron las aventuras de Ultramar, las hazañas del Romancero y gesta, hasta las serenatas dramáticas, que acaban en cuchilladas, riñas ó raptos? Nótese cuántas comedias de nuestro teatro antiguo, en la primer escena, nos presentan á los personajes discurriendo por calles y plazas á las altas horas de la noche; y esto, cuando no existían cafés ni círculos de recreo, cuando las calles eran muladares ó lodazales, cuando la aventura que pudiese encontrarse en la vía pública habría de asemejarse á desventura, me parece que indica una de esas escapatorias febriles, determinadas por el insomnio, por los parásitos que no dejan sosegar, y en que el hidalgo, indignado de la inutilidad de su tizona contra adversarios tan míseros, huye, se lanza á buscar aire puro y lugar no infestado, donde ya que el sueño le falte, no le desazonen picaduras y chupadas de su sangre generosa, y donde pueda soñar amor ó batalla, entre el silencio...

***

¿Quién es capaz de saber qué influencia histórica han ejercido esos animaluchos despreciados, pero no despreciables? La literatura está llena de reminiscencias de ellos, y los parásitos se nos aparecen hasta como símbolo: recuérdese la muerte horrible de Felipe II. La sentencia mística y filosófica que cierra la vida del sombrío monarca; aquella advertencia á su hijo, recordándole en qué paran las glorias, poderíos y grandezas de este mundo, nos la hubiésemos perdido á no ser por la atroz psoriasis, que la ciencia y la higiene, entonces, no sabían combatir... Y (si nos atenemos al Romancero) también nos hubiésemos perdido la invasión agarena, si Florinda, por mal nombre la Cava, no tiene que proceder, en una tarde calurosa, á «catar» entre las melenas de don Rodrigo lo que la pulcritud del estilo me impide que nombre...

Como siempre sucede, la historia nos ha conservado únicamente lo que á los grandes personajes atañe; pero juzgad, por estos reales ejemplos, qué serían los pequeños, la gente menuda de entonces. De la tradición nos queda aún ese funesto terror al agua, esa apatía indiferentista en lo que respecta al jabón, ese pintoresco y misterioso desprecio hacia las mejoras en ciertas dependencias de las casas (dependencias que, según expertos viajeros, proclaman á gritos, con su aspecto, si nos encontramos en el Norte ó en el Sur), y esa apacible resignación y convivencia amigable con las plagas de Egipto—chinches, moscas, arácnidos, púlcidos, como diría la graciosa pedante del juguete *Ciencias exactas*—y otros animalejos que ni citarse pueden. De ahí el asombro con que os miran, la hostilidad con que os acogen, si os ocurre indicar tan sólo que no es un hado invencible, que no es decreto inexorable de la Providencia el que vivamos entre detritus, envueltos en negra nube de moscas, ó devorados, á la hora en que las moscas se aquietan, por el ejército panzudo de las chinches tragonas y fétidas. Y de ahí el que perdamos anualmente unos milloncitos de pesetas, que nos dejarían los extranjeros, los cuales pasan de prisa, y sólo se posan un instante en los sitios más celebrados, porque su Biblia de camino, el Baedeker, les ha prevenido de lo inconfortable y peligroso del hospedaje español, nieto no degenerado de las ventas de D. Quijote, Rinconete y el Lazarillo...

Emilia Pardo Bazán.



Blanco, como el símbolo de mis intenciones, te lo traía...

ALMAS AFRICANAS

DE MI TIERRA

Dirigíase, más alegre que de costumbre, Manolico Rustre en derechura de la Negral, quinta pintoresca de los Sres. Tusco. Allá lejos, cuesta arriba, aguardábale Rosa, la doncella garrida y gentil, reina silvestre de los Campuces, adorada y reverenciada por todos los campesinos.

Canturreando y corriendo casi, tan de prisa andaba, la mitad de su camino transpuso; con el huelgo fatigado llegó al límite de la áspera pendiente, y allí detúvose breves momentos á descansar: iluminaba la luna en aquel punto el horizonte, rompiendo la brumosa faja que envolvía al pueblo. El zagal contempló con alborozo el sorprendente espectáculo de la Naturaleza, que nunca como entonces le había cautivado y sorprendido. Y eso que el espectáculo el mismo era: encadenábanse las montañas formando círculo; faltaban en el cuadro las lejanías adorables; ofrecían las moles graníticas tonos ingratos, diversos, de aplastante tristeza: en la falda palmitos de un verde descolorido, casi negro, sucio; más allá rocas cenicientas destacándose de los seculares pinos, y fajas de tinte morado que descubrían el paso de los torrentes después de las lluvias... En las cumbres blancor de plomo herido por la luz.

De planicie reducida era el valle, hondonada estrecha con muchas quebrajas, con no pocas vertientes; pero hasta los altozanos estaban floridos: crecían á sus anchas las plantas silvestres, de ellas algunas palmíferas, y su extraña y multiforme vegetación animaba el paisaje, rompiendo la monotonía de los almendros, de los olivos, de los algarrobos, de la vid... Lo más pintoresco mostrábase en las casitas blancas, de un solo cuerpo de edificio todas, con su toldo de emparrado, rodeadas de flores, desparramándose por las sinuosidades del terreno montaraz. Saliendo al campo en lugar tan agreste, quieto, apacible, salíase á los escarpes riscosos, ríspidos, porque campiña lo era todo allí.

—¡Qué sorpresa voy á darle! En cuanto llegue y le diga, digo: «Morena, prepara todos tus trapos, y antes y con prisa, mejor, que ya nos esperan en la parroquia...,» pensaba Manolo. Vamos, que no me responde, y se le sube la vergüenza al rostro, y cata que le miro las mejillas encendidas como si le ardiesen, y yo por primera vez me atrevo, y para reprimir su turbación y aquel no acertar á contestarme, la empujo con el hombro y le digo, digo: «¡Guapísima!»

Quedó un momento absorto, en suspenso todo discurso, y como escuchando las voces que en torno repetían su dulce imprecación: hasta los palmitos del abrojal canturreaban, acompañando la cadencia de los abetos:

—¡Guapísima!

Y sí que lo era Rosa, la hija de Antón Grajales, mayordomo de los más ricos hacendados del país: doncella de atezada tez, de muy grandes y muy negros y muy vivos ojos, de continente airoso y señoril que no pugnaba con lo llano de su condición ni desmentía su ingénita rustiquez. Tan guapa y tan señora, que no hubieran vacilado muchos galancetes de los más pulcros en prometerse á la moza como manda Dios.

Pero Rosilla, que juntaba en esto á sus muchas virtudes la de ser un poco montaraz, no quiso oir sino las palabritas dulces de Manolico, mozo que no le iba en zaga por lo que á gentileza toca, y que al fin y al cabo era en todos los extremos su igual. Y de que apareados estaban, no había quien lo dudase en el pueblo ni en diez leguas á la redonda. Así, cuantos miraron á la muchacha con tiernos ojos, no pusieron en cada rabillo de ellos sino un adarme de envidia y otro adarme de golosina, pero sin que el demonio del despecho los enturbiara.

Uno, sin embargo, había que adoraba á Rosa con todo el fuego de la pasión: Enrique Yáñez, descendiente de sangre mora, degenerado retoño, de los que unen á la vehemencia y las impetuosidades impulsivas, la perfidia y la astucia determinadas en los cruces con empobrecidas razas. Tenía otro motivo este rival de Rustre para sentir contra él odio implacable, africano. En el sorteo de la última quinta había sacado Manolo, no obstante poderse redimir á metálico, lo que se dice bola blanca; obtuvo Yáñez bola negra, y sin medios de redención. No le quedaba al morucho (llamábanle así en el pueblo) esperanza alguna. Había callado hasta entonces; consentido había por natural apocamiento, y consumiéndose en celos espantosos, que cortejase Manolico Rustre á la reina de sus quereres, y gozara dichas que «debían de ser del otro mundo, miel pura,» oyendo su tenue voz al través del ventanillo, perfumado por tiestos de albahaca y adornado de madrépora, en las serenas y primaverales noches; y aunque más de una acechó el paso del novio, recatándose entre arbustos y matas, y aun acariciando el mango de su cuchilla (que á emplear la escopeta no osaba), nunca se atrevió á herir. Dejábalo siempre en proyecto, diciendo: «¡Mañana!»

Y ese mañana llegó por fin, irritando las fibras todas de su ser, precisamente la noche en que con desusado regocijo se dirigía Rustre á la Negral. Al romper el paso Manolo, sobreponiéndose á su enajenamiento, tarareando una canturía de la tierra, cruzósele en el camino Yáñez y le detuvo con estas palabras:

—Muy alegre vas, y yo sé por qué. Muy triste estoy, y no ignoras la causa.

—Si es tu tristeza porque mañana abandonas el pueblo para ir al cuartel, siéntolo tanto como tú, replicó Manolo. Y si en mi mano está aliviar tu suerte ó dulcificarla, dilo.

—No, el ser soldado no me pesa; lo que de ningún modo tolero es que yo me marche y tú te quedes. Vinieras conmigo, y tan conforme. Pero tres años son tres años, yo me entiendo, y en tres años pueden hacerse muchas cosas, incluso casarse.

—No en tres años, en mucho menos; y si á Rosa te refieres, te participo que antes de un mes seré su esposo.

El apóstrofe se encendió en el alma de Yáñez, sublevó todos los músculos y salió á sus labios brutal:

—¡Mentira!

Breves segundos fueron los de aquel silencio indescriptible. Por natural impulso avanzó Yáñez un paso, sin agredir; retrocedió por natural impulso otro paso Rustre. Con toda calma, presagio de la tempestad que solevantaba sus ánimos, repuso:

—Ya sé que quieres á Rosa; aunque no lo has dicho, lo sé: la quieres como yo la quiero, con todo el corazón. Pero has de tener entendido que no te corresponderá ella nunca, esté yo ausente ó me llore muerto.

Y á un movimiento de Yáñez, conteniéndole con enérgico ademán:

—¡Aguarda, prosiguió, que no huyo, y es inútil que frente á frente te me abalances. ¿Vés este clavel blanco? Es de una clavellina que ella me regaló.

Arrancólo nerviosamente del ojal.

—Le he prometido á Rosa que se lo llevaría cuando pudiera anunciarle nuestro casamiento. A eso voy, por eso le llevo aquí, y ahí está.

Y lo arrojó al suelo, añadiendo con igual coraje con que sonó el primer insulto en boca de Enrique:

—¡Cógelo!

Entablóse una lucha fiera, á brazo partido. Reñía Yáñez con los ojos ciegos, con la voluntad loca, y á poco rodaba derrotado por tierra echando una bocanada de sangre, que fué á matizar de franjas rojas la hermosa flor.

Se arrodilló Rustre, persignándose ante el vencido, y recogiendo el clavel, echó á andar presuroso hasta el altozano donde le esperaba Rosa.

—Blanco, como el símbolo de mis intenciones, te lo traía, añadió después de explicar la tragedia. Rojo lo ves; clavel de sangre que mata la dicha que pensaba ofrecerte, ni más ni menos que yo maté á quien me disputaba tu cariño, con ser tan mío, ¡tanto!

Escuchó silenciosa la doncella, con la faz demudada, las razones del galán. Luego se apartó de la reja, y á poco salió á la anchura libre, abriendo el portillo y llevando del ronzal un jaco. Profirió:

—¡Huye! ¡Te espero!

Montó, sin mediar más razones, Rustre el noble bruto, y lo espoleó, y escapó á rienda suelta, y volvió el rostro á tiempo que le enviaba Rosa en la punta de los dedos un ósculo amantísimo.

Y corrió campo á traviesa. Corrió, corrió en demanda de seguro abrigo, pareciéndole oir siempre en el susurro ledo de la brisa que enviaban las olas ondulantes del mar latino, el eco de la frase amorosa: «¡Te espero! ¡Huye!,» y en los rumores que despertaba el aire moviendo blandamente las hojas del abrojal la apasionada imprecación: «¡Guapísima! ¡Guapísima!»

J. F. Luján.

(Dibujo de Gili y Roig.)

Los Salones de París.— 1905.

Completando la información gráfica de los Salones de París del presente año, publicamos en esta página cuatro obras que, con las reproducidas en los números 1.222, 1.224 y 1.225, constituyen las notas salientes de aquellas manifestaciones artísticas.

Estas cuatro obras, todas ellas notables, sintetizan las dos principales tendencias que se disputan la supremacía, así en pintura como en escultura: el idealismo y el naturalismo. El cuadro de P. Gervais, alegoría de la Ley y de la Justicia, contrasta con el de la Sra. Everart, escena eminentemente humana: en el primero, la realidad de los personajes está subordinada á la idea; el símbolo prevalece sobre el hecho; en el segundo, sin dejar de expresar un sentimiento delicado é intenso, nada hay que sea hijo de la fantasía, todo está tomado del natural. Aquél es de una grandiosidad imponente, éste de una sencillez encantadora; el uno tiene un carácter altamente decorativo, el otro es una hoja arrancada del libro de la vida vulgar y ordinaria.



El pastor, escultura de C. Vincent



Dura lex, sed lex, cuadro de P. Gervais

El mismo contraste encontramos en las estatuas de Vincent y de Riviere. *El pastor* es una hermosa manifestación de esa escuela modernista que busca en las estatuas la vida sin preocuparse de la mayor ó menor elevación del asunto; *Tragedia* es una escultura no menos hermosa inspirada en las tradiciones del más puro clasicismo. En el uno todo es movimiento: en la otra todo serenidad y reposo.



Tragedia, escultura de Teodoro Riviere

La contemplación de estas cuatro obras nos demuestra una vez más la inconveniencia de los exclusivismos en materia de bellas artes, ya que la belleza puede ofrecerse á nuestros ojos bajo las más variadas formas. – X.



La primera sonrisa, cuadro de la Sra. Everart

SEXTA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL

DE BELLAS ARTES DE VENECIA. 1905.

Esta exposición que cada dos años se celebra en Venecia, ha llegado á tener en el mundo artístico internacional tanta importancia como los Salones de París, la Nacional de Berlín y la Cuadrienal de Munich.

No disponiendo de espacio suficiente para dar una noticia detallada de lo que ha sido la exposición de este año, nos limitaremos á dar algunos datos estadísticos sobre la misma y á apuntar algunos nombres de los autores de obras más notables. Han concurrido á ella 344 artistas italianos y 225 extranjeros con 377 y 575 obras respectivamente. Los expositores extranjeros pertenecían á las siguientes naciones: á Alemania, 49; á Inglaterra, 42; á Francia, 41; á Hungría, 25; á Holanda, 21; á España, 19; á Bélgica, 17; á América, 16; y á Suecia, 7.

Entre los artistas cuyas obras sobresalen citaremos: en la sección española, á Zuloaga *(Guardián de toros* y *Casas viejas de Haro)*, Sorolla *(Cosiendo la vela)*, Bilbao *(La esclava)*, Gándara *(Retrato)*, Anglada *(Grupo de retratos)*; en la húngara, á Laszló *(Retratos)*, Mendlik *(Entrada en la Nada* y *Pescadores del Adriático)*, Tivadar y Ligeti; en la francesa, á Besnard *(Pintura de un techo)*, Cottet *(Caballo blanco)*, Caro-Delvaille *(Un desnudo)*, Blanche *(El espejo de Venecia)*, Roll *(Retrato de una anciana)*, Simón *(Tarde de romería)*; en la sueca, á Zorn, que expone siete cuadros (seis de ellos desnudos femeninos), treinta aguas fuertes y tres esculturas; en la alemana, á Kampf (cuyo cuadro reproducimos en esta página), Kaulbach, Stuck, Dettmann y Uhde; en la inglesa, á Young *(Paisajes)*, Israels *(La Virgen del Cotage)*, Maris *(El molino de viento)*, Walter Crane, Scott, Kacker y Brown; en la belga, á Meunier (dos bronces); y en la italiana, á Balestrieri *(Chopin* y *Cervecería)*, de María *(En la ventana)*, Enea, Locajono, Biondi, Campriani, De Sanctis, De Martino, Jerace, Rutelli, Ugo, Ciardi, Tito *(Después de la lluvia* y *Tiempo favorable)*, Nono, De Blaas, Rotta *(Caridad)*, Milesi *(Retrato de Carducci)*, Dall'Oca Bianca, Balestrini, Bazzaro, Bellone, Ferraguti, Visconti, Mentessi, Rizzi *(Los novios)*, Mariani, Alberti, Carminati, Giani, Chialiva, Grosso *(Retrato de la princesa Leticia)*, Innocenti, Cannicci, Tommasi, Kienerk, Gioli, Nomellini y Bistolfi. - X.



DESCANSO, cuadro de Arturo Kampf. (Exposición internacional de Bellas Artes de Venecia, 1905.)

JOSEFINA BRAU, ARTISTA ARGENTINA

Con los frescos otoñales y sazón de los frutos ha coincidido la presentación pública de las primeras



Josefina Brau, notable pintora argentina

manifestaciones de arte en la temporada que se inicia, las primeras telas agrupadas formando sencilla exposición en uno de los salones de la lujosa fotografía de A. S. Witcomb, debidas al joven, pero ya entendido y vigoroso pincel de la señorita Josefina Brau.

La simpática artista argentina se presenta desde el primer momento en la lid ansiosa de alcanzar lauros y renombre que justifiquen la bondad, talento é inspiración de sus trabajos. Alumna del inolvidable maestro y gran artista D. Angel della Valle, cursó en la academia «Estímulo de Bellas Artes,» alcanzando el primer premio de dibujo en 1899 y el de pintura en 1901, siendo nombrada profesora de la misma academia, en la que desempeña la clase de busto en la sección de señoritas.

Lo expuesto en el Salón Witcomb son sus primeras obras que presenta al público tras rudá labor y estudio continuado, demostrando en ellas un criterio claro y muy independiente, y si no se desanima y continúa estudiando y trabajando con firme tesón, le auguramos un brillante porvenir en la carrera emprendida. Tienen sus cuadros rasgos de verdadero arte genial, notándose todavía ciertas influencias convencionales de academia, especialmente en uno de los paisajes, que tiene buenos toques de luz y buen dibujo, pero con ciertos detalles de finura y cuidado que denotan suavidades de mano de mujer y lo dicho anteriormente.

En otros hay tonos y efectos vistos y sentidos muy intensamente, habiendo penetrado hasta el alma de la autora, emocionándola profundamente. Sobre todo *Un atardecer,* lleno de encanto, de poesía, de calma, de tranquilidad en la naturaleza, de dulce misterio que se infiltra por los ojos y conmueve al espectador. Aquella gradación de color del cielo, tan entendida, en que el intenso azul morado del cenit decrece suavemente en tonos cálidos de amarillo tenue del horizonte; la valentía de ejecución sin transiciones bruscas, sin nubes que rompan el color ni la transparencia de la atmósfera; la luz difusa repartida con tan buen sentido estético y de verdad por toda la dilatada llanura cruzada por el arroyo, espejo del cielo y de sombra, dando melancolía propia de la hora á todo el paisaje, dan la medida de lo que es capaz la señorita Brau y de la fuerza de concepción de su privilegiado cerebro.

Cosa parecida, pero en grado algo menor, resulta *Un crepúsculo,* en el que se levanta la luna por entre la calina dorada todavía por el sol, en tarde de caluroso estío.

Y que no se olvida la joven artista de las excelencias del dibujo lo demuestra otro cuadrito, un rincón de bosque, una joyita, de troncos admirablemente trazados y de hojarasca formando remolinos como paisaje de fin de otoño.

El cuadro *En la chacra* entra de lleno en el género impresionista y no está mal sentido, aunque no llegue á la altura de los anteriormente apuntados.

En cambio, la cabeza de estudio que publicamos tiene pinceladas felicísimas que indican muy buenas disposiciones para el retrato.

Las muestras de referencia indican que la senda está emprendida valientemente. Consuela ver que entre tantos centenares de señoritas que *estudian* dibujo y pintura en Buenos Aires, sobresalga una argentina que, llena de entusiasmo y fe, cultiva el arte por el arte, para el público, para el mundo. Alma grande indica y confianza en su trabajo de muestra presentar obras tan recomendables y de cualidades tan dignas de elogio. Ha demostrado además la señorita Brau excelente gusto, porque las ha presentado con todas las condiciones favorables, escogiendo acertadamente los marcos cuyas tonalidades armonizan perfectamente con los asuntos, detalle que parecería puerilidad femenina si las obras no merecieran todo el cuidado y cariño para la presentación en público.



Paisaje, obra de Josefina Brau. (Exposición Witcomb, Buenos Aires.)



En la chacra, cuadro de Josefina Brau. (Exposición Witcomb, Buenos Aires.)

Buenos Aires, 1905. Justo Solsona.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Los gobiernos ruso y japonés han comunicado al presidente Roosevelt que los plenipotenciarios para negociar la paz se reunirían en Wáshington en los diez primeros días de agosto. Se cree que representarán á Rusia en estas negociaciones el Sr. Nelidoff y el barón Rosen; en cuanto á los representantes japoneses, se asegura que serán el Sr. Takahira, ministro del Japón en los Estados Unidos, y el mariscal Yamagata, pero estas designaciones no pueden considerarse como definitivas.

Mientras tanto, las operaciones de la Mandchuria revisten mayor actividad que en estos últimos tiempos, como si los dos adversarios quisieran mejorar sus respectivas situaciones á fin de facilitar y hacer más fructífera la labor de sus diplomáticos. Los combates librados del 20 al 23 de junio último han revestido mayor importancia que cuantos se habían trabado desde la batalla de Mukden. El día 20, los rusos tomaron la ofensiva con el propósito de reconocer las fuerzas de que disponen los japoneses á lo largo de la gran carretera mandarina, ocupando dos pequeñas aldeas y rechazando las vanguardias enemigas. Pero á partir de aquel momento hubieron de luchar contra fuerzas cada vez más considerables, y el día 21 hubieron de replegarse en las posiciones que ocupaban al comenzar la acción. El 22 los japoneses tomaron la ofensiva en el camino que va del valle del Khun-Ho á Kirín, pudiendo llegar hasta 150 kilómetros de esta última ciudad y asaltando con extraordinaria violencia las posiciones ocupadas por los cosacos. Aunque disponían de toda una brigada de infantería y de varias piezas de artillería, fracasaron en todos sus ataques de frente; entonces recurrieron al movimiento envolvente, que tan buenos resultados les da siempre, y los rusos, temiendo ver cortada su retirada, abandonaron sus posiciones después de haber sufrido unas 200 bajas. Las pérdidas de los japoneses fueron insignificantes.

La circunstancia de haberse empeñado en la misma línea que ocupan los beligerantes desde hace tres meses, demuestra que los japoneses no han realizado progreso alguno cerca de la vía férrea.

Algunos corresponsales aseguran que el ejército de Nogi va avanzando á lo largo del flanco izquierdo ruso, al través de la Mongolia; pero estas noticias no han sido confirmadas y nada parece indicar que el tan anunciado movimiento general envolvente se realice en las condiciones de actividad que algunos suponen.



Cabeza de estudio, obra de Josefina Brau (Exposición Witcomb, Buenos Aires)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – TROPAS JAPONESAS DESCANSANDO EN UN BOSQUE. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

Donde han hecho realmente algunos progresos los japoneses ha sido en el ala oriental. La ocupación de Omoso, población situada á 120 kilómetros al Este de Kirín, cerca de la desembocadura del Tumén, demuestra que el ejército de Hasegawa ha ganado mucho terreno en la dirección de Vladivostok; pero hay que tener en cuenta que los rusos tenían en la Corea septentrional muy escasas fuerzas, unos 12.000 hombres, pues el general Linevitch, comprendiendo que no podría sin grave peligro extenderse sobre un frente de 600 kilómetros, ha concentrado casi todas sus tropas hacia su derecha, que es en donde importa á toda costa evitar un movimiento envolvente.

¿Habrá armisticio mientras se siguen las negociaciones preliminares de paz? Tal es la cuestión que ahora preocupa y que aún no está resuelta. El armisticio tiene muchos adversarios entre los ejércitos beligerantes, y en caso de que no se pacte una suspensión de operaciones, puede darse el hecho anómalo de que mientras en Wáshington se negocia la paz, se libre en la Mandchuria una batalla tanto ó más sangrienta que las que hasta ahora han causado centenares de miles de víctimas.

También la paz tiene enemigos, no ya en el ejército, sino en la misma Rusia, en donde periódicos tan importantes como *Novoie Vremia* la combaten con violencia, calificándola de deshonrosa, antipatriótica y funesta para la nación rusa. El corresponsal del *Daily Telegraph* en Tokío dice que el general Linevitch dió el día 6 de junio una orden del día en la que dice, entre otras cosas, que aunque la destrucción de la flota del Báltico es una calamidad deplorable, las tropas no deben desanimarse, pues está próxima la gran batalla y todos han de estar resueltos á luchar y á morir con la idea de vencer. Ninguna noticia de procedencia rusa ha confirmado la autenticidad de este documento; pero el corresponsal del citado *Novoie Vremia* en Karbín telegrafía que los oficiales se han declarado unánimemente y con indignación contrarios á la idea de la paz «ahora que el ejército de la Mandchuria es más fuerte que nunca y puede dar á la guerra un desenlace favorable.» Cuando los oficiales se expresan en estos términos, bien puede considerarse como auténtica aquella orden del día del general en jefe.

La comisión encargada de examinar las condiciones de la capitulación de Puerto Arthur ha declarado que esta capitulación estaba justificada.

Los cruceros auxiliares rusos, que tanto dieron que hablar y que hacer tiempo atrás, vuelven á poner en graves aprietos al gobierno ruso. El *Dnieper* ha echado recientemente á pique al vapor inglés *Saint-Kilda*, pretextando que conducía contrabando de guerra para los japoneses, y lo propio ha hecho el *Terek* con el *Ikhona*, buque de la Compañía anglo-india, que iba de Rangoon á Yokohama. Esto ha motivado enérgicas reclamaciones de parte del gobierno inglés, y el gobierno ruso se ha visto obligado á dar nuevas satisfacciones y á reiterar las órdenes que ha tiempo había comunicado á los expresados cruceros. Las nuevas instrucciones, que les serán transmitidas á éstos por buques británicos, les prohiben atacar á los barcos neutrales y les recuerdan que aun en el caso de llevar contrabando de guerra no pueden ser destruídos y sí únicamente apresados.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El general KUROKI, acompañado de algunos individuos de su estado mayor, inspeccionando el terreno. (De fotografía.)

Corren en San Petersburgo rumores que, de confirmarse, revestirían suma gravedad, puesto que se refieren nada menos que á la próxima aparición de la escuadra japonesa en los mares de Europa. Nada, sin embargo, autoriza por ahora á dar crédito á esta noticia, y aunque los japoneses han demostrado una habilidad especial para disimular los movimientos de sus fuerzas, así de las de mar como de las de tierra, todo induce á creer que los buques del almirante Togo no han salido de los mares del Extremo Oriente. De todos modos, no faltan en Rusia periódicos que, sin prestar fe á estos rumores, es preciso precaverse contra esta eventualidad, organizando rápidamente la defensa de las costas rusas en el Báltico.

Mayor importancia que todos estos rumores tiene la situación interior de Rusia. Los desórdenes de Lodz, en donde reina verdadero pánico y son continuas las sangrientas colisiones entre las tropas (especialmente los cosacos) y los socialistas; la insubordinación de los tripulantes del acorazado *Príncipe Potemkine*, que estando en el puerto de Odessa asesinaron á la oficialidad del buque y lanzaron algunas bombas sobre la ciudad, viéndose al fin obligados á rendirse; y la resistencia (en algunas localidades en masa) de los reservistas á concentrarse en cumplimiento del último decreto de movilización del tsar, son síntomas gravísimos que ponen al imperio ruso en una situación sumamente comprometida. El espíritu revolucionario se va extendiendo cada vez más en aquel Estado, y lo peor es que va invadiendo los institutos armados, en los que cada día aparecen nuevos chispazos de insurrección y de indisciplina.

En estas condiciones ha de serle muy difícil al gobierno de San Petersburgo continuar la guerra y restablecer y mantener el orden en el interior; y no digamos lo que ha de costarle negociar la paz en tan críticas circunstancias, que no dejarán sin duda de aprovechar los japoneses, teniendo como tendrán éstos de su parte, de un lado la fuerza que les prestan sus victorias por tierra y por mar conseguidas hasta hoy sobre los ejércitos y las escuadras rusos, y de otro la confianza que para lo sucesivo ha de infundirles la falta de libertad de acción de sus adversarios, que ni siquiera pueden contar con el patriotismo unánime y el apoyo moral de sus compatriotas.—R.







GUERRA RUSO-JAPONESA.—Distribución de uniformes á los soldados en el cuartel general japonés.—Reparadores de fusiles (cada batallón japonés lleva dos de estos operarios).—Los chinos fraternizan en todas partes con los japoneses

(De fotografía de «Collier's Weekly.»)







GUERRA RUSO-JAPONESA.—Reservas japonesas esperando la orden de entrar en acción.—Soldados japoneses bañándose en el río Liao.—La sección de transportes del ejército japonés llevando municiones á los combatientes.

(De fotografía de «Collier's Weekly.»)

LA BODA DEL

PRÍNCIPE GUSTAVO ADOLFO DE SUECIA

CON LA PRINCESA MARGARITA DE CONNAUGHT

El día 15 de junio último se celebró en el castillo real de Windsor la boda de la princesa Margarita de Connaught, sobrina del rey Eduardo VII de Inglaterra, con el príncipe Gustavo Adolfo, primogénico del príncipe heredero de Suecia.

La ceremonia se celebró en la capilla de San Jorge, verdadera joya de la arquitectura ojival decorada con banderas antiguas, en donde se habían congregado para aquel solemne acto todas las ilustres personalidades de la fastuosa corte inglesa.

Oficiaron el arzobispo de Cantorbery, el obispo de Oxford, el deán y los canónigos de Windsor, el capellán general castrense y el vicario de Windsor.

Entró primero en el templo el novio, que vestía el uniforme de húsares del príncipe heredero de Suecia é iba acompañado del vicechambelán y de los príncipes Eugenio y Guillermo de Suecia, y ocupó su sitio delante del altar; poco después llegaron SS. MM. el rey Eduardo y la reina Alejandra con los príncipes herederos de Suecia, seguidos de un brillante acompañamiento. El rey vestía el uniforme de feldmariscal y la reina llevaba un traje negro y ceñía su cabeza una magnífica corona de diamantes. Finalmente apareció la novia, acompañada de su padre, el duque de Connaught y de sus damas de honor, las princesas María de Gales, Patricia de Connaught, Ena de Battenberg y Beatriz de Sajonia Coburgo. Llevaba la novia un traje de punto de Irlanda de color de marfil, regalo de las señoras de Erín, cuyo dibujo representaba flores de lys, tréboles y ulmarias, un velo con su inicial y una corona bordadas, y varias joyas de perlas que habían pertenecido á su abuela, la reina Victoria.

Los novios, después de haberse inclinado delante de los reyes, ocuparon sus sitios delante del altar, y comenzó la ceremonia religiosa, terminada la cual el príncipe Gustavo Adolfo acompañó á su esposa y pasó luego á uno de los salones del castillo, en donde se firmó el acta matrimonial. Celebróse después el almuerzo, terminado el cual los desposados tomaron el tren que los condujo á la quinta Saighton (Cheshire), en donde han pasado los primeros días de su luna de miel.

El príncipe Gustavo Adolfo, duque de Scanie, nació en Estokolmo en 11 de noviembre de 1882, es subteniente de la guardia del cuerpo de Svea y del regimiento de húsares del «Príncipe Real» de Suecia, subteniente de la guardia noruega, teniente agregado del 1.er regimiento de granaderos badenses n.° 109, y caballero de las órdenes de los Serafines, del Aguila Negra, del Elefante, etc.

La princesa Margarita de Connaught nació en Bagshot Park en 15 de enero de 1882.

Los dos príncipes se conocieron en el Cairo, en un baile dado en el palacio del jedive.



El príncipe GUSTAVO ADOLFO DE SUECIA y la princesa MARGARITA DE CONNAUGHT, cuya boda se celebró en Windsor el 15 de junio último. (De fotografía.)

EL VIDRIO ARMADO

En la actualidad, el vidrio armado, como el cemento armado, se emplea cada vez más en las construcciones. El vidrio armado, para el que alcanzó patente de invención un norteamericano, se obtiene laminando dos planchas de vidrio entre las cuales se coloca una tela metálica, y el producto así obtenido presenta una cohesión y una tenacidad notables. En caso de rotura, los fragmentos de vidrio, en vez de disgregarse, permanecen adheridos, retenidos por la tela metálica; esta es la principal ventaja del vidrio armado.

Mediante interesantes pruebas hechas recientemente por los Sres. Schlernitzauer y Crochet, directores de la Compañía de Saint-Gobain, se ha comprobado que una plancha de vidrio armado de seis milímetros de grueso, 1'25 metros de largo y 0'45 de ancho podía soportar un peso de 475 kilogramos; con 600 kilogramos no se rompió, sino que simplemente se encorvó y se rajó.

Otra ventaja importante del vidrio armado es que una construcción ligera cuyas paredes estén hechas de esta materia, resiste á un fuego muy intenso, al paso que un vidrio ordinario se rompe al primer contacto de las llamas.

Estas cualidades hacen que el vidrio armado sea especialmente á propósito para las techumbres, los escaparates y los ventanales; pero donde más útil resulta su empleo es en las escaleras, porque estando éstas construídas de esta materia permiten el alumbrado fácil de los sótanos; además sus escalones no son resbaladizos y en casos de incendio es indiscutible su superioridad sobre las de madera.

PROPIEDADES ANTISÉPTICAS

DE CIERTOS HUMOS

Es indiscutible que ciertos humos tienen propiedades antisépticas, y prueba manifiesta de ello es la conservación de las carnes ahumadas; pero hasta hace poco se ignoraba cuál era, en los humos, la substancia activa á la que debían éstos tan preciosa propiedad. Recientes experimentos realizados por M. A. Trillat han demostrado que esta substancia es el aldehydo fórmico.

Como consecuencia de este descubrimiento, el mismo autor acaba de hacer ver que en la atmósfera de las grandes ciudades existe una notable cantidad de aldehydo fórmico, procedente de los humos de los combustibles, y cuya presencia puede ser considerada como un principio de saneamiento de ese aire urbano tan calumniado.

Entre los cuerpos cuya combustión desprende mayor cantidad de formaldehydo figuran en primer término las materias azucaradas y las resinas. Y cosa curiosa, estas substancias son precisamente aquellas cuya combusstión ha sido recomendada desde la más remota antigüedad como procedimiento de saneamiento, pues la costumbre de quemar bayas de enebro y resinas en tiempo de epidemia, se remonta á la época de Hipócrates, siendo también muy antigua la de quemar azúcar.

Sabido es que para nuestros antepasados la noción de la desinfección estaba íntimamente enlazada con la de desodorización; para ellos lo principal era destruir los malos olores. Pues bien, el formaldehydo posee precisamente la propiedad de formar compuestos inodoros con el hidrógeno sulfurado y sus derivados, y guiados de esta suerte por la observación fundada en la desaparición del mal olor, los antiguos habían recurrido á las substancias que desprenden más aldehydo fórmico, que es un poderoso antiséptico. De lo cual resulta que las propiedades antisépticas del formaldehydo fueron utilizadas, en higiene, mucho antes de que se aislara y estudiara este cuerpo.

MISCELÁNEA

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito en el teatro de Novedades: *Andrónica*, tragedia en tres actos y cuatro cuadros de D. Angel Guimerá, traducida en verso castellano por el Sr. López Ballesteros; y *La neña*, drama en tres actos de costumbres asturianas de D. Federico Oliver. Ambas obras han sido puestas en escena con gran lujo y propiedad, y en ellas han obtenido muchos aplausos la Sra. Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza.

Necrología.—Han fallecido:

Lady Georgina Blomfield, escritora inglesa, autora de varias obras y memorias de carácter diplomático.

Pablo Dubois, notable escultor francés, director de la Escuela de Bellas Artes de París, autor de varios importantes monumentos.

Alfredo Potier, físico francés, ex profesor de la Escuela de Minas, del Politécnico y del Seminario para profesores de Ciencias Exactas de París, miembro de la Academia de Ciencias.

Barón Alfonso Rothschild, financiero y hombre de negocios francés.

Guillermo Rubach, pintor retratista y grabador alemán

Alfonso Taván, poeta provenzal, uno de los siete fundadores de la Asociación de los Felibres.

Guillermo Ziegler, millonario norteamericano, fomentador de la exploración del Polo Norte, que recientemente costeó dos expediciones polares.

Duque de Audifret-Pasquier, hombre de Estado francés, ex presidente de la Asamblea Nacional (1875) y del Senado, miembro de la Academia Francesa.

Ernesto Blum, célebre autor dramático francés.

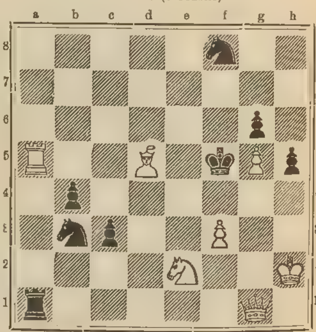
Guillermo O'Brien, parlamentario y agitador irlandés, miembro de la Cámara de los Comunes desde 1883, autor de varias obras de propaganda en favor de la causa nacional irlandesa.

Federico Delpino, botánico italiano, profesor que fué de la Escuela de Montes de Vallombrosa y de las Universidades de Génova y de Nápoles.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 390, POR N. A. ISWOLSKI.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 389, POR J. FOSPISIL.

Blancas.	Negras.
1. D a 7 – f 7	1. c 4 – c 3
2. D f 7 × d 5 jaque	2. R e 4 × d 5
3. T f 3 × c 3 mate.	

VARIANTES

1..... A e 5 juega;	2. D f 7 × d 5 jaque, etc.
1..... C a 4 × c 5;	2. D f 7 × d 5 jaque, etc.
1..... C a 4 – c 3, etc.;	2. C f 8 – g 6, etc.
1..... g 5 – g 4;	2. T f 3 – h 3 jaque, etc.
1..... d 5 – d 4;	2. D f 7 – b 7 mate.
1..... f 5 – f 4;	2. T f 3 – e 3 mate.
1..... C g 7 juega;	2. D f 7 × f 5 mate.



... la señorita Prévinquieres en persona, acaba de aparecer...

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET. – ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

PRIMERA PARTE

I

Por su gabinete, colgado de valiosos tapices que resaltaban sobre el tono obscuro de las maderas talladas, el Sr. de Prévinquieres paseaba lentamente de una ventana á otra, acordando sus pasos con el acompasado tic-tac del reloj, que llenaba uno de los ángulos de la habitación.

Sumido en inquietantes reflexiones continuaba su paseo, desatento al magnífico panorama que los valles del Loire y los collados de Tours le ofrecían por la ventana de la derecha, y al animado cuadro de su fábrica en plena actividad, al que servía de marco la ventana de la izquierda. Su rostro reflejaba honda preocupación, y hubiera continuado indefinidamente su paseo si la puerta no se hubiese abierto para dar paso á un joven alto, de unos treinta años de edad, que llevaba un legajo de papeles debajo del brazo. Prévinquieres fijó en el recién llegado una mirada recelosa; se acercó al buró Luis XIV, incrustado de bronces dorados, y sin decir palabra se sentó. Luego, con gesto que revelaba un gran abatimiento, señaló una silla al recién llegado, y se decidió á hablar con una voz doliente:

—¿Me trae usted el último balance, Valentín?

—Sí, señor; se ha cerrado con setecientos mil francos de beneficio.

Prévinquieres movió la cabeza como si hubiese acabado de recibir la noticia de un nuevo desastre y miró tristemente al que acababa de pronunciar tan halagüeñas palabras. Era éste un joven vigoroso y moreno, de cara inteligente, que vestía traje ancho de color obscuro. Su rostro grave estaba esclarecido por unos ojos penetrantes y observadores; barba castaña y muy espesa cubría sus mejillas, y sus manos, fuertes y callosas, denunciaban antiguas costumbres de rudo trabajo. Sin embargo, una distinción natural emanaba de toda su persona, y vestido sin gusto, mal peinado y con la barba en desorden, producía la impresión de un hombre de valer. Prévinquieres hizo todas esas observaciones, y señalando un rincón del buró, dijo con tristeza:

—Deje usted ahí esos papeles; muchas gracias.

Hubo un momento de silencio.

Los dos hombres se miraban cohibidos. El sol, reflejando en el buró, barnizado, parecía saludar los papeles traídos por Valentín. La luminosidad, que cernían los cristales, coloreó los papeles de amarillo, verde y rojo, y luego hizo revolotear en el aire polvillos impalpables que teñía caprichosamente de varios colores.

—¿Es este el último balance que cerramos juntos?, preguntó con doloroso acento Prévinquieres.

—Por ahora, sí, señor, contestó Valentín Raynaud; pero como al separarme de usted no sé cuál será mi porvenir, si cuando vuelva me quiere abrir de nuevo las puertas de su casa...

Al oir estas palabras, Prévinquieres se irguió en su butaca, y golpeando los papeles con la palma de la mano, dijo encolerizado:

—¿Por qué se va usted? ¿Quiere decírmelo de una vez?

—No es ningún misterio, contestó Valentín con calma; creo que lo he explicado ya y que he dado cuantas razones podía dar. Hace mucho tiempo que tengo mucho afán por viajar. No he visto nunca nada. Mi juventud entera la he pasado en esta fábrica y he consagrado toda mi actividad á dirigirla. Hoy que los negocios de la casa van á pedir de boca, que he encontrado un director con aptitudes suficientes para reemplazarme y que estoy convencido de que no soy indispensable, como usted me había hecho creer, recobro mi libertad; me voy á América, en donde estudiaré la gran industria...

—Entonces, ¿nosotros hacemos la pequeña?, interrumpió con amargura Prévinquieres.

—No digo eso en absoluto; pero sí que al otro lado del Océano se dispone de elementos que nosotros no conocemos para llevar á feliz término empresas colosales.

—¿Le alucinan á usted los *trusts*?

—De ningún modo. Antes considero que esos monopolios son abominables desde el punto de vista social, y muy peligrosos desde el económico. Mas en todo esto hay problemas industriales y financieros que para poderlos juzgar es preciso estudiarlos de cerca. Ni los libros, ni los periódicos, pueden ilustrarnos con exactitud. Quiero ir á un gran centro obrero, Pittsburgo, por ejemplo, y ver lo que se hace allí. Quiero darme cuenta de cómo se verifica la producción, y de los medios de que disponen los que nos hacen la competencia con tan gran ventaja. Seguramente sacaré enseñanzas muy provechosas de todo esto, y á mi regreso le propondré reformas que cambiarán totalmente su industria.

—A su vuelta... ¿Volverá usted? Desde el momento en que me deja después de una colaboración de veinte años, porque hace ya veinte años que entró usted en mi casa, siendo aún muy niño, traído por su padre, tengo motivos para creer que no volverá nunca.

Los dos interlocutores guardaron silencio. Valentín bajó los ojos para que no se viese que se le llenaban de lágrimas, y Prévinquieres, suspirando, agregó con voz temblorosa:

—¡Valentín! Es usted un ingrato...

—¡Yo!, exclamó el joven con energía. Usted no lo cree; es imposible que piense usted semejante cosa.

—Entonces, ¿cómo quiere usted que juzgue su inexplicable resolución?, repuso con vehemencia Prévinquieres. Usted es un hijo de la casa. Cuando su padre murió, demasiado pronto para su fortuna, porque estaba en vísperas de ser mi asociado, y demasiado pronto para mi amistad, que tenía en él un colaborador cuya abnegación sabía apreciar, traté á

usted como á un hijo. Estaba usted todavía en el colegio y le hice continuar sus estudios hasta terminarlos. Cuando salió de la Escuela Central le puse al frente de mi fábrica y le di una participación en los beneficios. Carecía de experiencia, pero era el hijo de su padre y tenía por esto grandes derechos á mi reconocimiento; me sentía dichoso haciendo en obsequio de usted todo cuanto hubiera querido hacer por él. Ha crecido á nuestro lado, entre mi hijo y mi hija, y siempre ha sido tratado como ellos y considerado como su hermano mayor. Su fortuna, fomentada con el trabajo, ha aumentado durante los últimos diez años en la misma proporción que la mía. Hoy me trae usted el balance del año. Acusa un beneficio total de setecientos mil francos. ¿A cuánto asciende la parte que le corresponde á usted?

—A ciento cincuenta mil.

—¿Cuánto tiene usted hoy?

—Muy cerca de un millón doscientos mil francos...

—Los ha ganado usted bien, le pertenecen legítimamente, y me alegro muy de veras de verle independiente, por más que use de su independencia para abandonarme.

Valentín se estremeció al oir este reproche; agitóse en su silla, sus labios se entreabrieron como si fuese á hablar, pero una fuerza más poderosa que el deseo de disculparse le obligó á cerrarlos de nuevo, y bajó la cabeza sombrío y silencioso.

—¿Cuándo piensa usted marcharse?, le preguntó Prévinquieres.

—A fines de semana...

—Me da usted ocho días de tiempo, como cuando se despide á un criado.

Esta vez Valentín no pudo contenerse. La dureza de aquel hombre le pareció imposible de soportar, y abandonando la lucha que sostenía para seguir siendo dueño de sí mismo, rompió á llorar. Era un espectáculo conmovedor ver á aquel hombre joven y robusto que como un niño daba suelta al llanto. A pesar de su irritación, Prévinquieres se emocionó, y en un arranque de caluroso afecto se acercó á Valentín y le estrechó la mano.

—Vamos, habla al fin, le dijo tuteándole como cuando era niño. Di lo que te oprime el corazón. ¿Vas á ocultarme la verdad? Créeme, no acierto á comprender las razones que me das. Seguramente en todo esto debe de haber un secreto que te ahoga y que ocultas á pesar tuyo. Por fin te decides á hablar. ¿Qué temes? ¿Crees que no soy hombre capaz de comprenderte, trátese de lo que se trate, y de excusarte si has hecho alguna tontería? Vamos, dime francamente por qué quieres abandonar la casa y alejarte de mí.

Una oleada de sangre subió al rostro de Valentín; sus ojos vacilaron, sus labios se estremecieron, y respirando con esfuerzo, como si su corazón latiese demasiado violentamente, dijo con voz temblorosa:

—Pues bien, quede usted satisfecho. Me voy porque adoro á su hija, y porque la inmensa distancia que nos separa no me permite esperar que pueda nunca ser mía.

Prévinquieres se estremeció al oir estas palabras; alteróse su fisonomía y de sus labios salió sólo una exclamación de sorpresa.

Los dos interlocutores permanecieron inmóviles sin añadir una palabra: Valentín, aliviado de un gran peso por aquella confesión y dándose cuenta de lo fundado de sus temores por la emoción que había producido en Prévinquieres; éste, presa de gran turbación, tratando de medir el alcance del incidente, pero comprendiendo todas las dificultades de la situación en que acababa de colocarse. Para disimular su incertidumbre, que podía llegar á ser humillante, Prévinquieres se levantó y reanudó el paseo por el gabinete, diciéndose:

—Maldita la necesidad que tenía de haber suscitado esta cuestión. Pero ¿quién había de figurarse que Valentín se hubiese fijado en Rosa?

Y cambiando bruscamente de ideas pensó:

—¿Y por qué no se había de fijar?

No tuvo tiempo de llegar á una conclusión. La causante de aquellas perturbaciones, la señorita Prévinquieres en persona, acaba de aparecer en el hueco de la puerta, cautivando á los dos hombres con el encanto de su belleza y la gracia de su sonrisa. Era una joven alta, rubia, de facciones perfectas, ojos azules y decididos ademanes. Después de haber dedicado á Valentín una familiar inclinación de cabeza, se adelantó hacia su padre y le dijo:

—¿Te parece bien que me vea precisada á venir por ti para hacerte olvidar las delicias de tu inventario? Ya es hora de almorzar. Mi padrino bosteza de hambre, y mamá dice que para una cocinera no hay nada más intolerable que tener que servir las comidas con media hora de retraso. Estoy segura de que el culpable de todo esto es usted, Valentín...

Éste había recobrado por completo su sangre fría y tuvo fuerzas bastantes para decir sonriendo:

—Tiene usted razón, señorita. Yo soy el causante del retraso de su padre, y tengo la culpa de que haya dejado pasar la hora... Perdóneme..., ya hemos terminado.

—Entonces debería usted quedarse á almorzar con nosotros, dijo Rosa con su autoridad de niña mimada. El barón Duburle le vería con mucho gusto; ya sabe que le quiere muy de veras.

—Señorita, yo agradezco á su padrino sus bondades para conmigo, pero hoy me es de todo punto imposible aceptar; tengo un invitado que me espera...

—¿Su famoso americano? ¿Ese que le juega á papá la partida de llevarlo á usted á América para que visite sus fábricas? Pues tráigale también, y así le veremos de cerca...

—¡Rosa!, dijo vivamente Prévinquieres en tono de reproche.

—¿Te parece mal, papá?, preguntó Rosa con ingenuidad. ¿He dicho una tontería? Por esta vez, Valentín, parece que he hablado demasiado de prisa. Hay que confesar que en el fondo papá siente rencor por su americano. Pero no importa, de todos modos, tráigalo un día de estos. ¿Es tan rico como se dice?

—Sí, señorita.

—¿Treinta ó cuarenta millones?

—De dólars.

—¡Canastos!, dijo Prévinquieres.

—Entonces, Valentín me parece que no debe hacer esperar á un hombre semejante. Vamos, papá.

Y cogiendo á su padre por un brazo le obligó á salir del gabinete, no sin haber dedicado antes á Valentín la más amable y la más graciosa de las sonrisas.

El Sr. Prévinquieres, constructor de máquinas agrícolas, Consejero general y diputado por la circunscripción de Beaumont-Sur-Loire, había adquirido una gran fortuna, gracias á su actividad y á colaboraciones tan útiles como la de Pedro Raynaud, padre de Valentín. Hombre siempre favorecido por la suerte, se había acostumbrado de tal modo á ser dichoso, que la más insignificante contrariedad le causaba indecible desolación.

Impresionable por temperamento, se entusiasmaba con la misma facilidad que se abatía, y decidido á evitarse pesares, no se preocupaba de las complicaciones que en su vida podían presentarse y se apartaba de ellas con una presteza que algunas gentes severas calificaban de egoísmo.

Necesitaba que en su casa y á su alrededor todo fuese bien, y no ver más que rostros sonrientes en los cuales resplandeciese la alegría.

El infortunio de los otros se le antojaba un atentado á su tranquilidad, y si hacía esfuerzos para remediarlo, no era tanto por amor al prójimo como por asegurarse á sí mismo la paz que le era indispensable para la vida

Estando aún sujeto á la autoridad paterna, se había casado con una joven perteneciente á noble familia, la señorita Lucía de Jouveins, de la que había tenido dos hijos; un muchacho, Mauricio, y una niña, Rosa. Los había educado y visto crecer con gran tranquilidad, porque sus herederos habían tenido el buen cuidado de no estar nunca enfermos de gravedad. Así había llegado á los treinta y cinco años. Por entonces murió su padre, que le dejó dueño de una muy regular fortuna y de la fábrica de Beaumont. Dejó también á su lado al capataz Pedro Raynaud, antiguo obrero sin instrucción alguna, pero dotado para la mecánica de aptitudes verdaderamente extraordinarias. Este hombre inteligente había reformado unas máquinas, inventado otras y conseguido colocar la fabricación de Beaumont á una altura de perfección grande y con ventajas económicas considerables que permitieron á Prévinquieres, padre é hijo, luchar con la concurrencia inglesa y americana, hasta el extremo de exportar á los Estados Unidos máquinas que los industriales de aquel país se apresuraban á imitar.

Raynaud, que siempre vivió entre obreros y sin dejar de vestir blusa, había muerto demasiado pronto para la fábrica de Prévinquieres y para su hijo Valentín. El niño, al quedar huérfano, recogió la recompensa de los servicios prestados por su padre. Prévinquieres había atendido y cubierto las necesidades de la viuda de su capataz, y muerta ésta poco tiempo después que su marido, se había ocupado con verdadera solicitud del huérfano Valentín. Aquel muchacho laborioso y razonable le había cautivado. Los domingos le hacía salir del colegio, y durante las vacaciones se lo llevaba á Beaumont. En cuanto hubo terminado sus estudios lo colocó en la fábrica, pero Valentín supo prestar tan grandes servicios en tan poco tiempo, que Prévinquieres comprendió que en su empleado se reunían cuantas condiciones se puede desear para un jefe. Había creído conducirse con liberalidad asegurando el porvenir del hijo de su capataz, y le fué preciso reconocer que había hecho un negocio excelentísimo. El proverbio que asegura que no se pierde el bien que se hace, nunca había tenido tan completa confirmación como en este caso. Mas Prévinquieres había considerado esto como cosa natural, pues acostumbrado á que todo le saliese bien, creía en el éxito firmemente.

Sin embargo, es raro que la fortuna continúe siendo fiel á aquellos á quienes empieza prodigando sus favores, y nada hay más engañoso que los comienzos afortunados. Durante la primera mitad de su existencia, Prévinquieres parecía haber pactado con la suerte. Después, y muy bruscamente por cierto, el camino siempre liso por donde avanzaba se convirtió en accidentado, y las desigualdades sacudieron el carro de triunfo, y los baches le obligaron á inclinarse. Con repentina inquietud, Prévinquieres, que no había pensado nunca en el día de las dificultades, se vió obligado á reflexionar y á combinar medios para defenderse. Antes que Valentín declarase su resolución de alejarse de la fábrica por algún tiempo, Prévinquieres había podido advertir los primeros síntomas con que el destino ponía de manifiesto su volubilidad.

Su hijo Mauricio, que acababa de hacer el servicio militar y se preparaba perezosamente para ingresar en el Consejo de Estado, demostró para enamorarse facilidad verdaderamente excesiva. Su padre tuvo que pagar una fuerte cantidad para librarle de cierta joven á la que había hecho imprudentes promesas, entre ellas la de hacerla su esposa en cuanto cumpliese veinticinco años. Al mismo tiempo su hija Rosa había rechazado con desdeñosas sonrisas partidos muy ventajosos, y como tenía idea tan exagerada de su propio valer, era dificilísimo encontrarle un marido.

Tener un hijo que comete toda clase de ligerezas y tonterías con mujeres alegres, y una hija que se niega á conceder su mano á personas dignísimas, eran causas más que suficientes para ensombrecer el espíritu de un hombre acostumbrado á que todos sus asuntos le saliesen siempre á pedir de boca. De modo que Prévinquieres, al enterarse de que su director, el eje en torno del cual giraba la fábrica, se disponía á abandonarle, consideró que era el golpe decisivo, y empezó á creer que en la vida de los hombres hay ciertos períodos en que no todo es de color de rosa. Su carácter igual y alegre se fué agriando, ensombreciendo, y este optimista, que siempre había creído que todo se podía arreglar bien, ahora sólo veía nubes muy negras en el horizonte.

Al abandonar á Prévinquieres después de la confesión que se había visto obligado á hacer, Valentín se dirigió á un pabellón situado á unos cincuenta metros de la fábrica y al borde mismo del canal Vesgre que la unía al Loire. Al fondo de un jardincito admirablemente cuidado y lleno de flores, bajo una parra cuyas hojas apenas había empezado á dorar el sol de Septiembre, un hombre de unos cuarenta años de edad fumaba tranquilamente en una corta pipa de raíz de brezo. Al sonar la campana de la verja el fumador levantó lentamente los ojos, y sonriendo al recién llegado le dijo tendiéndole la mano:

—¿Está usted satisfecho? ¿Ha puesto en orden todos sus asuntos? ¿Es usted libre?

—Sí, mi querido Ralph, completamente libre, y dispuesto á marcharme cuando usted quiera.

—Nada nos obliga á apresurarnos. Ante todo es preciso que se conduzca usted según las conveniencias. Una resolución como la de usted no debe tomarse bruscamente.

—Mi querido amigo, es inmutable. Algunas veces, en el orden material, las circunstancias pueden modificar las intenciones; pero en el orden moral, nunca, jamás.

—Nunca y jamás son palabras vacías de sentido, dijo el americano, y creo que inmutable pertenece al mismo género. Ustedes los franceses razonan gustosos de un modo absoluto y se encierran en fórmulas que han encontrado hechas. ¡Jamás, inmutable!.. Fórmulas que no dicen nada. ¿Qué es lo que nos permite decir que una cosa no sucederá nunca? ¿Podemos decir que otra cualquiera no variará? Todo esto es pura fantasía. Si usted dijese que es posible ó probable que tal combinación se presente, bien; pero cortar por lo sano y para siempre... ¡Demonio! He ahí lo que es decisivo.

—¿Cree usted, amigo Ralph, que un blanco pueda llegar á ser negro, y un negro blanco?

—Yo creo que en América se ha despreciado durante mucho tiempo lo negro y considerado lo blanco como perteneciente á una raza superior. Sin em-

bargo, sé que hoy en día esta opinión empieza á variar, y que el presidente de los Estados Unidos ha sentado un negro á su mesa, cosa que nadie hubiera hecho hace veinte años. Los negros están, pues, en camino de convertirse en blancos, ó lo que es lo mismo, de ser tratados como si lo fuesen. Ahora, y para contestar completamente á su pregunta sobre si los blancos pueden convertirse en negros, le diré que no lo sé, pero que es posible.

—Pues bien; lo que no verá usted nunca es que en Francia, una joven de clase alta, educada en las ideas y en los gustos aristocráticos, se case con el capataz de la fábrica de Beaumont, casi con un obrero.

—Tanto peor. Pero yo quisiera saber algo de la aristocracia de Prévinquieres. Como usted dice, no es noble, es decir, no desciende de ninguno de los jefes de aquellos ejércitos que fueron á devastar los países del Oriente con el pretexto de libertar el Santo Sepulcro, y que se llamaron cruzados, ni de ningún gentilhombre dotado por el poder real de un título que hiciese de él algo así como un criado de la Corona, ni de ningún personaje ilustre que con su genio haya prestado servicios extraordinarios á su país. El Sr. Prévinquieres no es más que un burgués enriquecido con el trabajo de su padre y el suyo propio; un hijo de obreros, y por consiguiente, todo lo contrario de un aristócrata. ¿Qué milagro ha hecho de su hija una mujer tan altiva y desdeñosa?

—Si la conociese usted no lo preguntaría. Le hubiese bastado verla para convencerse de que está muy por encima de mí por su gracia, por su elegancia, por su distinción. Amigo mío, no soy de su raza, y por mucho que lo lamente no puedo replicar. Si la viese usted á mi lado, quedaría convencido de lo que digo.

—¿Tan extraordinaria es esa mujer?

—Es el encanto personificado. En dondequiera que se presenta atrae todas las miradas, y basta oirla para quedar enamorado. Y no es que sea una belleza sorprendente. Muchas son más hermosas, pero no hay ninguna tan encantadora. Desea gustar, y sin embargo no se puede decir que sea una coqueta. Seduce naturalmente, porque la seducción es innata en ella. Sin esfuerzo ninguno, y por la potencia misma de su gracia, se apodera de todas las simpatías. Además, necesita brillar y triunfar, pues sólo se siente dichosa cuando es el blanco de todas las miradas. La atmósfera de la admiración le es absolutamente indispensable, y recorre el camino de su vida como una joven conquistadora.

—Si este entusiasmo no lo produce la ceguera del amor, las palabras no tienen ningún sentido para mí. Mi querido Raynaud, acaba usted de hacer la descripción de un monstruo admirable. Después de haberle oído, y sin conocer el modelo del retrato, no puedo hacer más que darle un consejo: créame, y no vuelva á ver nunca más á la señorita Prévinquieres. Considere como un favor del cielo que sus ojos se hayan posado en usted con indiferencia ó desdén, pues si por azar le hubiese sido usted agradable y hubiese animado sus ambiciosas esperanzas, correría usted el riesgo de ser el más desgraciado de los hombres. Esa joven me produce el efecto de un ser maravillosamente organizado para vivir en el ambiente ficticio y brillante en que se desenvuelve el gran mundo parisiense. Si encuentra el ser creado para unirse á ella, entrará en ese mundo como triunfadora. Será absolutamente necesario que su compañero sea muy rico y que esté muy bien relacionado en esa sociedad de tolerancia mutua y goces recíprocos que se conoce con el nombre de *todo París*. Tendrá que ser un hombre algo gastado, bastante vanidoso, sin ninguna sensibilidad intelectual y dotado de un excelente estómago y de muy poco corazón. Constituído de este modo, tendrá muchas probabilidades de pasearse en el sillón resplandeciente de esa joven diosa, sin que por ello tenga mucho que sufrir. Es, y de ello se habrá podido dar exactísima cuenta, todo lo contrario de lo que es usted. Mi apreciación es exacta, y mi diagnóstico seguro. ¿Cuánto tiempo hace que la señorita Prévinquieres se ofrece?

—¡Se ofrece!, exclamó Raynaud haciendo un ademán de protesta.

—Perdóneme usted. Es una expresión de Bolsa.



... un hombre de unos cuarenta años de edad fuma tranquilamente en una corta pipa...

Valor que se ofrece, es decir, que no encuentra comprador. Es muy cierto que habría podido preguntarle: ¿cuánto tiempo hace que está en el escaparate?

—Ralph, ¿se vuelve usted loco? Habla usted con una desconsideración...

—Amigo mío, le ruego que sea indulgente con un extranjero que se expresa mal en este endiablado idioma, cuando trata de manifestar el fondo de su pensamiento, y contésteme, porque es de gran importancia. ¿Qué edad tiene la señorita Rosa Prévinquieres?

—Veintitrés años.

—Bien. Ha debido de rechazar muchos partidos. Las jóvenes francesas pueden casarse á los diez y ocho años, de modo que hace cinco que los aficionados desfilan por delante de la vitrina...

—¡Otra vez!

—Sí, me gusta la imagen. Me recuerda esas lindas figuras de cera que, vistiendo el traje de las desposadas y ostentando el velo de encaje, llaman la atención de los paseantes desde los escaparates de los peluqueros. La señorita Prévinquieres con su gracia, su sonrisa y un ramo de flores de azahar, está expuesta á las miradas desde hace cinco años, lo mismo que las esculturas en los salones de peinar. Sonríen esperando que un imbécil entre en la tienda. Raynaud, amigo mío, no pase usted más por allí; márchese y tome el vapor con su amigo Ralph. Váyase á Pittsburgo á trabajar, si eso le distrae, ó á pasearse si lo prefiere, pero no piense más en la señorita Rosa Prévinquieres, y déjela entregada á sus ambiciones de conquistadora. El cielo ha velado por usted al substraerle de sus encantos. Déle gracias y vámonos pronto. Es lo más prudente.

—Prudencia que no exigirá grandes esfuerzos, pues no es más que sencilla resignación. Como ya le he dicho, dadas nuestras costumbres mundanas, sería imposible que Rosa Prévinquieres aceptase por esposo á Valentín Raynaud. Para que tal prodigio se realizase sería preciso que se produjesen cataclismos imposibles de prever. Imagínese, por ejemplo, una ruina total, reduciendo á Prévinquieres á la miseria, ó una revolución que viniera á alterar todas las clases sociales. Esas cosas se veían hace cien años. Hijas de nobles linajudos se casaban con hombres que salían de la nada, y á quienes la potencia de los cañones convertía en mariscales y príncipes. Un oficialillo corso tuvo por pajes á los Larochefoucauld y á los Montmorency, que le sostenían el estribo cuando montaba á caballo. Fué una especie de cuento de hadas que, como todos los sueños magníficos, se desvaneció bruscamente. Los Valentín Raynaud se casan con las Rosa Prévinquieres, cuando los hijos de un posadero se convierten en reyes de Nápoles. Quiero decirle que esto no sucede todos los días.

—Mi querido amigo, replicó el americano; todo cuanto está usted diciendo es ininteligible para mí. No me puede caber en la cabeza que un hombre valga más que otro, si los dos tienen la misma energía y la misma inteligencia, y no comprendo que existan mujeres de esencia superior que nieguen su mano á uno que trabaja y que les asegura una posición semejante á la que hasta entonces han ocupado. Yo sé muy bien que en mi mismo país se encuentran ya jóvenes que se casan con descendientes de familias ilustres de Europa, á los cuales, y á cambio de sus títulos, entregan una fortuna. Gracias á Dios, esta moda es todavía muy rara, y la gangrena de las pretensiones aristocráticas no se ha apoderado aún de la masa del pueblo. Es un producto de importación que será preciso gravar con un impuesto como á los otros, y más todavía, pues amenaza á lo que hay de más precioso en un pueblo: el espíritu de igualdad.

—Sí, amigo mío; usted pertenece á un país nuevo que no ha sufrido la lenta transformación de las ideas durante siglos y siglos, y que no vive ni se forma teniendo por base una instrucción esencialmente aristocrática. Nuestros prejuicios datan de la civilización romana, y han sido transmitidos, arraigados y fortificados por una cultura religiosa y monárquica. Los latinos tenemos la jerarquía en la sangre y no hemos podido desprendernos de ella en un siglo ni á costa de cuatro revoluciones. Estamos tan perfectamente intoxicados, que á medida que las clases se revolucionan, la desigualdad se reconstituye. A la aristocracia de nacimiento opusimos la plutocracia; ahora nos esforzamos en oponer á la supremacía financiera la superioridad intelectual; y ¿sabe usted lo que sucede? Pues que la superioridad intelectual sólo tiende á adquirir la fortuna; y una vez esa fortuna adquirida, se constituye en aristocracia, restableciendo la diferencia de castas en provecho propio. De manera que siempre estamos empezando, y que este pueblo, al que se trata de inculcar principios de igualdad, sólo hace esfuerzos para quebrantarla y restablecer la aristocracia, ora bajo una forma, ora bajo otra, pero siempre desdeñosa y opresiva. Somos anti-igualitarios hasta la medula de los huesos, y creo que sería preciso destruir la raza para arrancarle su amor á las distinciones, á las castas y á las jerarquías. Es un fenómeno curiosísimo para estudiarlo de cerca. Es preciso ver el desprecio que el notario siente por el procurador, y el que el procurador siente por el alguacil. Un agente de cambio no dará nunca su hija en matrimonio al hijo de un negociante en vinos, y en un salón, á un comerciante en telas no le saludarán las mujeres que se surten en su casa. ¿Por qué? ¿No es honrado, instruído, bien educado, y hasta si se quiere artista? No importa: hay castas, grados y distancias. No se familiarizarán más que entre sí, y la jerarquía se manifiesta en todo lugar y en toda circunstancia.

(Continuará.)

BARCELONA.—LAS FIESTAS DE JUNIO

Los espectáculos más salientes de las fiestas celebradas en esta ciudad durante la pasada octava del Corpus, han sido el torneo y el certamen histórico de esgrima, el concurso de bailes regionales, el coso florido, el festival del palacio de Bellas Artes, la Kermesse, el baile de los Mercados y las regatas.




Torneo y certamen histórico de esgrima en el Palacio de Bellas Artes. (De fotografías del Sr. Puntas.)




El coso florido en los jardines del Parque. (De fotografías de A. Merletti.)




La Kermesse. Teatro al aire libre.—Regatas. Vista de la tribuna. (De fotografías de A. Merletti.)

Torneo de esgrima. – Tomaron parte en las pruebas eliminatorias 25 tiradores, habiendo salido vencedores en la prueba final los Sres. Kuntz, Laurent y Huguet, y obtenido menciones honoríficas los Sres. González, Galante, Masselin, Rabau y García. La sesión histórica que puso fin al torneo fué en extremo pintoresca é interesante: comenzó con el desfile de una brillante comitiva en la que estaban representados los luchadores de todas las épocas, desde los primitivos tiempos hasta nuestros días, y luego se realizaron notables asaltos á bastón, cuchilla y rodela, mandoble, espada y daga, florete y sable.

Concurso de bailes regionales. – Tomaron parte en él parejas gallegas, aragonesas, andaluzas, valencianas y catalanas, que bailaron las danzas típicas de las respectivas regiones; siendo especialmente aplaudidas la *muñeira*, la jota, las sardanas y el llamado *ball del ciri*, especial de Castelltersol.

Coso florido. – Celebróse en el parque y en él tomaron parte varios coches adornados con mucho gusto, habiendo obtenido los premios una «góndola,» del Club de Regatas; un «gato jugando con una bola,» de las señoritas Molist; una «pandereta,» de D.ª Teresa Subirá; un «breack,» del Sr. Macaya; una «victoria,» de la señorita Tassa; el «automóvil» del Sr. Bartrolí; un «kiosco de flores,» de D.ª María Hervás; una «cesta,» de D.ª Magdalena Panicedo; un «polluelo,» de D. Francisco Nebot; un «reloj,» de la Catalana de Omnibus; una «cesta,» de la Srta. Duet; un «elefante,» de la Buena Sombra, y un landó del Sr. Carreras.

Festival del Palacio de Bellas Artes. – Fué un concierto notabilísimo, cuyo programa ejecutaron admirablemente la banda municipal, el Orfeó Catalá y la Escuela Nacional de Música.

Kermesse en el Parque. – Se organizaron en los jardines del Parque varios espectáculos, tales como conciertos, comparsas de gigantes y enanos, bailes, teatros, tómbolas, elevación de un montgolfier, baile fantástico en el lago y gran castillo de fuegos artificiales. Resultó una fiesta sumamente pintoresca.

Baile de los Mercados. – Celebróse en el Palacio de Bellas Artes, y en él se procedió á la elección de la reina entre las propuestas por cada uno de los mercados de esta ciudad. Eran éstas las Srtas. Artés, Boirell, Castells, Rovira, Bogunyá, Cremadells, Font, Basté, Bauló, Riera y Alemany, habiendo sido elegida reina de la fiesta la Srta. D.ª Josefina Cremadells.

Regatas. – Fueron organizadas por el Real Club, y en ellas tomaron parte numerosas embarcaciones, habiendo reinado en todas mucha animación. – S.



BARCELONA. – BANQUETE CON QUE LA UNIÓN DE ATENEOS OBREROS HA OBSEQUIADO AL GOBERNADOR DIMISIONARIO DE ESTA PROVINCIA D. CARLOS GONZÁLEZ ROTHWOS. (De fotografía de A. Merletti.)

La Unión de Ateneos Obreros de Barcelona, con objeto de manifestar su simpatía y su agradecimiento al Excmo. Sr. don Carlos González Rothwos, gobernador dimisionario de esta provincia, por lo mucho que durante su gobierno ha hecho en favor de los ateneos y otras sociedades obreras de educación, organizó en honor del mismo un banquete que se celebró el día 29 de junio último y en el que estuvieron representados el Fomento Regional, los Ateneos Manresano, de San Gervasio, Villanueva y Geltrú, San Andrés, Hostafranchs, Badalona y San Juan Despí, el Fomento Martinense, la Unión Obrera Argentonesa, el Instituto Obrero Graciense y el Centro Recreativo Familiar de las Corts. Además se adhirieron á la fiesta los Ateneos Obreros de Igualada, Cornellá y Arenys de Mar y el delegado regio de primera enseñanza Sr. Maristany, y asistieron á ella el presidente de la Diputación provincial Sr. Torres Picornell, el alcalde Sr. Lluch y el doctor Martínez Vargas en representación del rector de la Universidad.

Pronunciaron sentidos y elocuentes brindis el presidente de la Unión de los Ateneos Obreros Sr. Fernández; el del Ateneo Obrero de San Andrés de Palomar, Sr. Custodio; el del Instituto Obrero Graciense, Sr. Oliva; el doctor Martínez Vargas, el presidente de la Diputación, el alcalde y algunos otros que enaltecieron las cualidades gubernamentales del Sr. González Rothwos y la protección que ha dispensado á la obra de la educación popular.

A estos brindis contestó el Sr. González Rothwos con otro expresando su gratitud por las muestras de afecto que le dispensaban, y dando las gracias á los ateneos por el concurso que le habían prestado siempre que se había tratado de solucionar algún conflicto, al presidente de la Diputación y al alcalde por haberle ayudado en sus gestiones de gobernador, y á la prensa por las atenciones personales que le ha dispensado durante el tiempo de su mando.



MARRUECOS. – Salida de Tánger de las tropas regulares imperiales que el sultán envía en socorro de la ciudad de Udjda, sitiada por las fuerzas del pretendiente. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

En el número último nos ocupamos de los trabajos diplomáticos que se están realizando para la celebración de la conferencia en que ha de resolverse lo que se denomina la cuestión de Marruecos. Francia, como dijimos, acepta la conferencia, pero desea ir á ella sabiendo lo que en la misma haya de tratarse, y al efecto ha dirigido á Alemania una nota, escrita en términos conciliadores, para que, puestas ambas potencias de acuerdo, fijen concretamente los principales puntos del programa que haya de discutirse.

La nota no parece haber satisfecho por completo al canciller alemán, el cual, pretextando que no es Guillermo II, sino el sultán, quien invita á la conferencia, entiende que no deben ser dos potencias aisladas las que limiten la acción de aquélla, y que Alemania ha de representar un papel igual al de las demás naciones y no pretender en modo alguno imponer á las otras, ni aun indirectamente, su criterio. De esta manera, mostrándose casi humilde y sobre todo inclinada á lo que es de equidad y de justicia, pone en un verdadero compromiso á Francia y se venga del conato de independencia de que quiso ésta hacer alarde respecto de la cuestión marroquí firmando los tratados con Inglaterra y con España, con exclusión de otras naciones.

La paz de Europa ha estado por unos momentos seriamente amenazada; pero al fin todo induce á creer que se llegará á una solución amistosa; pues, según noticias, la nota con que Alemania ha contestado á la de Francia está también redactada en términos moderados que permiten continuar las negociaciones y encontrar la fórmula de resolver el conflicto sin recurrir á las armas.

No sucede lo mismo en los asuntos interiores del imperio marroquí, que van de mal en peor. El sultán no consigue acabar con la insurrección promovida por el pretendiente, el cual, como hemos dicho en otras ocasiones, tiene puesto sitio á la ciudad de Udjda. La situación de ésta es sumamente crítica y el Maghzén puede á duras penas socorrerla: hace pocos días se han enviado, por todo refuerzo, desde Tánger 500 hombres de las tropas regulares imperiales; pero es muy posible que no lleguen á tiempo de salvar la plaza sitiada, tanto más si Francia persiste en su propósito de no consentir que aquellos soldados pasen por el territorio argelino.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 10 de julio de 1905 — Núm. 1.228



CAMINO DE LA FERIA, cuadro de Ulpiano Checa. (Salón de París. 1905.)

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Nada se ve libre en Madrid de los efectos naturales de las imperiosas vacaciones del estío. Los espectáculos públicos no son excepciones de la regla general. Terminan las corridas de toros, que son substituídas por novilladas; suspende el circo sus *soirées* más ó menos *fashionables;* ciérranse los teatros grandes y muchos de los chicos, y solamente Apolo y alguno que otro teatrillo de tercer orden se disputan los favores del escaso público madrileño. A juzgar por el desarrollo que va tomando la afición al veraneo, no pasarán muchos estíos sin que la villa y corte tenga que cerrar todos sus teatros durante los meses estivales.

Este año, á pesar de que el tiempo, en el momento en que escribo la presente crónica, es más propio de las tristezas del otoño que de los esplendores del verano, la emigración de la gente madrileña ha empezado con no poca violencia. Las estaciones de ferrocarril parecen ya, á la salida de los trenes, «la loca dispersión de una colmena;» los periódicos publican largas listas de nombres en la sección del veraneo; los pueblecillos cercanos á Madrid se llenan de gente forastera; la corte saldrá para San Sebastián un día de estos, y la gran masa de veraneantes que todavía permanece en la capital sólo piensa y se ocupa en los preparativos de marcha. El día de la Virgen del Carmen, la villa del Oso justificará, como en años anteriores, el dicho de no sé quién, que llamó á la capital de España el lugarón más grande de la Mancha.

Y ciertamente que de lugarón manchego parecen entonces las calles tortuosas y mal regadas del centro de la ciudad, los paseos polvorientos, las reuniones de comadres sentadas en las aceras, las bandadas de chiquillos que convierten en campo de sus juegos la vía pública. Las autoridades madrileñas, en ningún tiempo muy cuidadosas de la policía, higiene y buen orden de la población, apenas si dan durante el verano señales de su existencia. «Para la gente que queda aquí—se conoce que dicen,—todo está bien...»

Antes, por las noches, una gran parte del vecindario tenía, para librarse del calor y demás molestias que dejo enumeradas y disfrutar además de algún esparcimiento y recreo, los Jardines y teatro del Buen Retiro. Este año ha pasado por allí el hacha destructora de los ediles, talando los frondosos bosquecillos, los floridos setos, los gigantescos árboles, y convirtiendo aquel oasis que ofrecía á los madrileños verdor y frescura, en un solar amarillento que nadie sabe cuándo verá alzarse dentro de sus límites la proyectada casa de Correos. También ha desaparecido de allí el teatro, en que la gente poco adinerada, que solamente de referencia conoce la sala del Real, podía oir por unos cuantos céntimos las obras más famosas del repertorio lírico.

Al pasar por delante de la verja, aún en pie, que rodeaba los históricos jardines, no podemos menos, los que en ellos hemos disfrutado de hermosas noches de nuestra juventud, de dirigir una triste mirada á aquellos asolados lugares, evocando recuerdos de escenas y personas que el tiempo implacable ha hecho desaparecer...

Otro recurso con que contaba para su solaz el pueblo de Madrid era el salón del Prado, centro en época ya remota de la gente elegante y distinguida. Aquel espacioso paraje plantado de grandes árboles y regado por menguado arroyo, vióse frecuentado durante mucho tiempo por damas y galanes, cuyos amoríos, costumbres y aventuras copiaron en sus comedias Lope, Tirso y Calderón. En tiempo de nuestros abuelos y convertido en salón, fué el Prado, como decían los revisteros, el punto de cita de la sociedad *com' il faut.* En su célebre comedia *A Madrid me vuelvo*, describía Bretón de los Herreros el aristocrático paseo en los términos siguientes:

«¡Cuánto mejor es el Prado!
Allí se lucen los trajes,
allí se arman las intrigas
y se disponen los bailes;
se corteja á las muchachas,
se hace burla de las madres,
se critica á los de atrás,
se pisa á los de delante.»

En los últimos años había venido muy á menos; pero todavía pasaban en él las primeras horas de las noches de verano muchas familias modestas que no podían permitirse el lujo de pagar la entrada de los Jardines. El verano último aún se veían allí numerosas tertulias que de cuando en cuando refrescaban su charla con el agua fresca de la fuente del Berro, que en enormes botijos ofrecían á los sedientos las vendedoras ambulantes, mientras enjambres de niñas jugaban al corro cantando el *Mambrú* y el *San Serení del monte.* Hoy, el salón del Prado, por obra y gracia también de los concejales, se ha trocado en un jardín poblado de raquíticas palmeras y que con sus arriates y macizos dificulta el paseo é impide los juegos de los niños.

Para remediar las deficiencias ocasionadas por estas reformas, el nuevo alcalde ha dispuesto habilitar una parte del Parque de Madrid y dado orden de que varias bandas de música toquen por las noches en las plazas céntricas de los barrios populares de la capital.

Por lo que brevemente dejo dicho, comprenderá el discreto lector cuán agradable y divertido verano les espera á aquellos vecinos de la corte que por unas ú otras razones han de verse forzados á permanecer en la heroica villa durante las vacaciones que ahora comienzan.

Para los cómicos estas vacaciones son tan pavorosas como antes lo era la cuaresma. Hablo, es claro, de los cómicos de poco pelo, porque para las estrellas y grandes actores las excursiones veraniegas á provincia suelen ser verdaderas marchas triunfales en las que se juntan la honra y el provecho. Pero ¡ay de los pobres faranduleros descendientes de los antiguos cómicos de la legua! Para ellos la presente estación representa una larga serie de abstinencias, ayunos y quebrantos.

Da pena pasar á la caída de la tarde por la calle de Sevilla, centro de contratas artísticas y de formación de compañías. En las anchas aceras de la elegante y concurrida calle, formando nutridos corrillos, se ve de seguro á todos los cómicos que hay en Madrid «á disposición de las empresas.» Se les distingue fácilmente por lo afeitado de los rostros y lo movible del semblante: hablan y gesticulan con vehemencia refiriendo sus campañas y sus triunfos, en espera del caballo blanco, del empresario, por el cual suspiran como los judíos por el Mesías, y que rara vez pasa en estos tiempos de huelga forzosa por la calle de Sevilla.

A veces algunos de ellos, cansados de su inútil espera, se deciden á probar fortuna por su propia cuenta, y reuniendo lo que cada cual puede, que casi siempre es muy poco, para su empresa común, se lanzan á recorrer las capitales de provincia más modestas, casi siempre explotadas ya por otras compañías de más cartel y de mejor pelaje. Generalmente, estas odiseas terminan de un modo desastrado, y los que tal vez soñando con ruidosos aplausos y grandes ganancias se alejaron, envidiados por sus compañeros, de la calle de Sevilla, vuelven á ella al cabo de quince días tristes y macilentos, habiendo dejado empeñados sus ropas y oropeles de teatro para pago de sus modestos pupilajes.

Los de menos pretensiones ó más necesitados se lanzan como los cómicos de la legua de otro tiempo á recorrer las villas y lugares inmediatos á Madrid. Por lo común vuelven á pie, después de recibir no pocas repulsas, burlas y malos tratos de los públicos de Villamelón y Aldeabrutanda.

En un lugar, de cuyo nombre tampoco yo quiero acordarme, vi no ha mucho tiempo una función dramática representada por una compañía de cómicos trashumantes. Para teatro se había habilitado el patio de una panadería: en la parte correspondiente á la boca del horno se alzaba un tablado poco más pequeño que una mesa de billar. Formaban el decorado tres colchas, una en el fondo y dos laterales. Una lámpara de petróleo colgada del techo del escenario hallábase en constante peligro de venir al suelo á causa del furioso manoteo de los artistas. Al andar éstos, las tablas del escenario crujían de un modo alarmante.

Y ¡qué compañía, cielo santo! El primer actor estaba afónico, la primera dama apenas tenía nariz, pero en cambio lucía un hermoso ojo de cristal. La dama joven, como si dijéramos la ingenua, casada con el apuntador, se hallaba en estado interesante. Por fortuna para aquellos desdichados, el teatro ó sea el patio de la panadería rebosaba de concurrencia que no me atrevo á calificar de distinguida. Cada espectador se había llevado su silla, y previo el pago de veinte céntimos entregados á la primera dama, que ya vestida con traje de teatro y embadurnado el rostro de sorprendente colorete cobraba á la puerta del coliseo, se instaló donde le vino en gana. Un aroma que no era de nardos y jazmines se mezclaba deliciosamente con el humo de los cigarros y el tufo de los quinqués de petróleo.

Y empezó el espectáculo.

Rompía plaza un drama ó cosa así titulado, si no recuerdo mal, *¡Pobre madre!* ¡Válgame Dios y lo que sufría aquella señora, la del ojo de cristal! Tenía esta desventurada un hijo que era un modelo de jóvenes, modosito, trabajador, respetuoso con sus papás..., una alhaja. Esta alhaja estaba interpretada por la ingenua, vestida de hombre. Su madre, á costa de privaciones, había reunido unos cuantos miles de reales, cantidad precisa para salvar al gallardo mozo del servicio militar. Pero la pobre madre tenía un marido que era un sinvergüenza, un mal hombre, que después de haber arruinado á su familia, se jugaba hasta las pestañas. La señora, con muy buen acuerdo, había escondido su dinero para librarlo de las garras del jugador. Pero éste, que tenía el feo vicio de escuchar tras de las puertas, pudo enterarse del sitio en que su señora guardaba las pesetas, y claro, en cuanto el hombre se vió libre de la presencia de su esposa y de su hijo, fué al escondite, cogió los cuartos y escapó con ellos para jugárselos en el casino. Considere ahora el discreto lector los gritos de la madre al enterarse de que le habían robado su tesoro. La pobre cogía el cielo con las manos, y como de él pendía la referida lámpara, acertó á darle tal trastazo, que durante algunos minutos tomó ésta un furioso movimiento de péndulo, que haciendo estallar la risa en el público, debilitó bastante el efecto de tan dramática situación.

La presencia del padre en escena y su mirada torva nos hicieron comprender á todos que el dinero había volado. Con tan infausto motivo padre, madre é hijo se enredaron en una serie de recriminaciones y apóstrofes, todo ello envuelto en relampagueantes redondillas que no había más que pedir. Por fin el jugador, desesperado y lleno de remordimientos, saca una pistola, se la aplica á la frente, tira del gatillo... y nada, vuelve á tirar y el mismo resultado... Tercera tentativa de disparo y el tiro sin salir. Pero como la muerte se imponía, el suicida se dejó caer como herido de un rayo, la madre perdió el sentido, el hijo se hincó de rodillas ante ella, y el público celebró el espectáculo con risotadas y silbidos.

Dos minutos después de caer el telón, sonó detrás de él un tremendo disparo: era el tiro de la pistola, que como se ve se había retrasado algo.

Hablando conmigo la primera dama, herida, y con razón, por la actitud del público, me decía:

—¡Si querrá esta gente ver á la Guerrero por veinte céntimos!

Al otro día de esta noche memorable, incómodamente instalados en un carro rechinante que hacía pensar en el de *las Cortes de la Muerte*, los cómicos, con armas y bagajes, se alejaron lentamente del pueblo, envueltos como en una nube por el polvo de la carretera. Apaciguados los resquemores del amor propio marchaban contentos: ¡habían comido con relativa abundancia durante tres días y se llevaban de ganancia doscientos reales!

Menos mal que estos cómicos del género dramático lo pasan los del género chico. Ahora que en Madrid van las obrillas del teatro por horas de capa caída, en los pueblos, villas y lugares de España tienen las tales obras entusiastas admiradores.

La compañía cuyos triunfos dejo narrados más arriba, desdeñando el puñal ó *pistola* de Melpómene, se dedica ahora, según noticias que tengo por exactas, á deleitar á los lugareños de la provincia de Madrid con el tango del *Morrongo* y la habanera del *Pompón.*

Con razón aseguran los filósofos de la calle de Sevilla que el arte escénico está en lastimosa decadencia.

ZEDA.



Todos volvieron grupas con dirección á Guadalajara conduciendo el cadáver de Alejandro

EN LA BRECHA

EPISODIO NACIONAL MEXICANO

Corrían los años luctuosos de la intervención francesa y del imperio. El sol ardentísimo tropical iluminaba la sangrienta, pero heroica epopeya; las batallas, la lucha de un pueblo de atletas rechazando el dominio extranjero y la invasión; la contienda de un principio joven, vigoroso y fuerte, contra el espíritu de conquista y de ambiciones bastardas.

Allí, en aquellos frescos valles, en el corazón de la serranía altísima, medían sus fuerzas el viejo mundo y la joven América; allí no desmayaban los combatientes; allí en las llanuras, al pie de la cordillera, veta fecunda que pródiga convida al oro y la plata, se sucedían las proezas; brotaban los guerreros, estimulados por el cívico tesón y el ejemplo del inmortal Juárez, que con perseverancia y firme denuedo sostenía la combatida nave del Estado y los principios liberales, secundado por la bizarría de los generales Zaragoza, Porfirio Díaz, Alvarez, Corona y otros bravos que sellaron con su sangre el pacto de la libertad.

Legendaria y hasta fantástica es aquella época, durante la cual el Universo contemplaba con pasmo la actitud de los patriotas mexicanos, que con brioso esfuerzo defendían su independencia y su patrio suelo.

Por todos los ámbitos de la República cundía la chispa de rebelión, y el espíritu nacional, preparado para un levantamiento general, se reconcentraba en una idea única, y lo mismo en los campos que en las aldeas, en las casuchas del indio ó en los palacios, latían unísonos los corazones ardiendo en deseos de lanzarse á la pelea.

¡Qué radiante y qué hermoso cuadro! ¡Qué manantial de episodios de abnegaciones ignoradas! ¡Cuántas individualidades sucumbían sacrificando en aras de la patria familia, fortuna y porvenir, porque uno era solamente el pensamiento, una sola era la ambición!

Y téngase en cuenta que no fué más favorable entonces la situación de México que la de España en 1808, pues ambos pueblos carecían de grandes elementos para la defensa y estaban bajo el dominio de un numeroso ejército invasor.

Cuarenta mil bayonetas francesas sostenían en aquella hermosa región americana el imperio establecido por la intervención, y con ellas tenían que luchar un gobierno intrépido, sí, pero que no contaba sino con su incontrastable fuerza de voluntad y con el apoyo de la mayoría del país.

Fué una verdadera odisea la vida de aquellos hombres, pues que desde 1862 hasta 1867 se vieron errantes, perseguidos y á veces en situación comprometidísima, sin perder su valor moral, la previsión y el aplomo indispensables para soportar las decepciones muchas, la pobreza general y las penalidades renovadas día por día.

La guerra tuvo sus alternativas lógicas, favorables unas para los imperialistas y ventajosas otras para los mantenedores de la patria libertad. No pocas veces la estratagema y la audacia protegieron á los mexicanos en tan desigual combate, y esto á pesar de que todos los Estados brindaron su contingente para auxiliar la enérgica actitud y el sublime patriotismo de su gobierno.

Para formar núcleos militares contra los imperialistas estableciéronse zonas que apoyasen el levantamiento popular, y el coronel Angulo fué designado como jefe de la de Jalisco, cuando ya el intrépido Trinidad Rodríguez había preparado en Cocula el buen éxito de la sublevación.

El coronel Rodríguez era uno de esos patriotas que albergaba brillantes cualidades, descollando por su valor probado en las batallas, por la energía de su carácter y por la decisión con que servía á la causa nacional.

Leal y caballeresco, odiaba por principios y por deber á los imperialistas, y había trabajado sin descanso en Cocula para atraer á sus planes el corto número de soldados que formaban la guarnición.

Puesto de acuerdo con el coronel Angulo, pensaba llevar á cabo su propósito, efectuando el movimiento que debía extenderse por todo el Estado de Jalisco.

El cómo fracasó vamos á referirlo.

El sol en su ocaso reverberaba en las ondas del río y en los cristales de los arroyos, formando á la vez áurea diadema sobre los cerros escarpados que coronan y encierran las praderas y los valles en la municipalidad de Cocula. El atardecer era hermosísimo, tibio, perfumado y de una placidez que convidaba, no á la guerra y al exterminio, sino al sosiego del espíritu y á las dulzuras patriarcales.

Por un sendero alfombrado con verde y fresca hierba adelantaban hacia la cercana ciudad dos oficiales con el vestido imperialista.

Parecían agitados y cruzaban palabras en voz baja y en lengua francesa, como temerosos de ser escuchados.

—¿De modo, interrogó el más joven, que la respuesta ha sido decisiva?

—Sí; la orden es perentoria, no sólo para prenderlos, sino para fusilarlos mañana temprano. Ahora mismo he transmitido el mandato de prisión; pronto sabré si está cumplido.

—Angulo sospechó de nosotros, no me cabe duda, dijo el oficial á su compañero. La milicia tiene á veces que cumplir tristes deberes: el coronel Angulo es hombre práctico y de acción, y en esta zona militar nos hubiera dado *du fil à retordre;* un enemigo menos y no despreciable.

—Tal vez es más temible Rodríguez, goza de prestigio y abriga una temeridad que nada puede vencer.

—Tienes razón, Alejandro; pero allí veo al sargento; él me dará la noticia de que los pájaros están ya en la jaula.

Un soldado salía de Cocula dirigiéndose hacia el capitán y el alférez. Al llegar se cuadró militarmente y dijo:

—Mi capitán, el coronel Rodríguez está preso.

—¿Y el coronel Angulo?

—No se le ha encontrado.

—¿Cómo? Estoy seguro que al mandar el parte á Guadalajara se hallaba en Cocula.

—Lo que te he dicho, Alejandro; nuestra entrevista con él le puso en guardia; presintió que habíamos descubierto su plan y huyó.

Aquella apreciación era exacta.

—¿Y el coronel Rodríguez opuso resistencia?

—Ninguna; pero partía el alma ver á su mujer y á sus hijos; lo abrazaban de tal suerte, que hubimos de emplear la fuerza para separarlos.

—Basta: él pagará por los dos.

Y sin añadir una palabra siguieron adelante y se internaron por las calles de la ciudad.

En inmundo y lóbrego calabozo, custodiado por centinelas de vista y encadenado como un criminal, encontrábase el valeroso patriota absorto en sus amargos pensamientos y en el recuerdo de la mujer adorada y de los pequeñuelos, encanto de su modesto hogar.

Rodríguez no se sobrecogía por la idea de la muerte, no; era hombre sereno y en su corazón no hallaba cabida el temor; pero convencido de su próximo fin, se abismaba, dando un adiós postrero á la patria y á la familia.

De improviso sintió abrirse cautelosamente la puerta de su calabozo y que alguien se acercaba adonde estaba tendido.

—Mi coronel, murmuró una voz muy conocida, lo han sentenciado á muerte.

—Lo adivinaba. ¿Cuándo será?

—Pasado mañana; pero contando con otros compañeros, hemos encontrado el modo de salvar su vida.

—¡Quién sabe si te engañan! ¡Quién sabe si están vendidos á los enemigos!.. ¿El coronel Angulo está preso?, añadió.

—No, señor; se ha escondido; pero, mi coronel, ahora lo que interesa es que esta noche lo salvemos; la guarnición estaba ya por nosotros y los mismos soldados...

—Sea lo que Dios quiera; ¿á qué hora daréis el golpe?

—Al hacerse el relevo, porque éste no sería de los nuestros; á las doce de esta noche, y ahora me voy, mi coronel.

—Bien; gracias por tu fidelidad.

El preso, al quedarse solo, sintió la duda, la ansiedad, la incertidumbre.

El tiempo pasó rápidamente, y al sonar la primera campanada de las doce, Rodríguez oyó un silbido, poco después el rumor de los soldados que llegaban y entonces un tiro, al que siguió un tumulto espantoso: gritos de muerte, imprecaciones, disparos, y por último, vió que la puerta del calabozo se abría con violencia; dos hombres, dos soldados, lo levantaron



El príncipe de Bülow, canciller del Imperio alemán. — M. Rouvier, presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Negocios Extranjeros de Francia. — El príncipe Radolín, embajador de Alemania en Francia. — M. Bihourd, embajador de Francia en Alemania.

LA CRISIS FRANCO-ALEMANA POR LA CUESTIÓN DE MARRUECOS. – LOS NEGOCIADORES DIPLOMÁTICOS.

en hombros y lo condujeron fuera de la prisión. Una vez al aire libre y no sin gran trabajo limaron una argolla de las cadenas, y Rodríguez, al frente de sus leales, dispersó y persiguió á los que intentaban oponerse á su fuga.

Dos horas después hallábase el coronel en una casa de planta baja, enlazado en los amorosos brazos de sus hijos y de su esposa, que era alma de su alma y luz de su existencia.

El leal soldado que le había salvado la vida ensillaba un brioso caballo para su fuga, cuando se oyó á lo lejos un tropel, un rumor de jinetes que se acercaban.

—Mi coronel, los imperialistas; apenas quedará tiempo para escapar: pronto, sálvese.

—Monta á caballo, sálvate, dijo la angustiada esposa.

Rodríguez saltó en la silla, picó espuelas y salió al galope tendido en el momento en que los enemigos aparecían por el extremo opuesto de la calle.

—¡Que no se escape!, gritaba el capitán Alejandro; ¡fuego!

Los primeros tiros rozaron la cabeza del coronel. A escape siguió por la población hasta salir al campo, gracias á los bríos y al instinto de su caballo.

—¡Cogerle muerto ó vivo! ¡Cercarlo!..

Y la voz de mando sobresalía entre el ruido de la fusilería.

El peligro aumentaba: Rodríguez hizo un disparo y vió caer al capitán enemigo. Sin rumbo fijo corrió en busca de salvación; de súbito detúvose el caballo y relinchó.

—¡A él! ¡A él!, gritaron; no puede escaparse, ya es nuestro. ¡Viva el emperador!

—¡Viva la República!, respondió el bizarro coronel; la muerte no me arredra; pero entregarme, jamás.

Sin embargo, comprendió que estaba á merced de sus perseguidores. Un hondo precipicio le cortaba el paso.

Rápido como el pensamiento soltó los estribos, y dando un salto, se perdió en las profundidades del abismo.

Los imperialistas se acercaron y el alférez dijo con frialdad:

—Mañana le hubiéramos fusilado: para nosotros es lo mismo. Tomen el caballo y marchemos.

Todos volvieron grupas con dirección á Guadalajara conduciendo el cadáver de Alejandro: el tiro de Rodríguez le había atravesado el corazón.

A la misma hora en que se daba cuenta del suceso y se consideraba muerto al esforzado patriota, hallábase éste en Cocula sano y salvo concertando los medios para no caer de nuevo entre las garras de sus enemigos.

¡El tronco de un árbol desgajado había sido su puente de salvación!

(Dibujo de Triadó.) BARONESA DE WILSON.

LA CRISIS FRANCO-ALEMANA

El conflicto que á propósito de la cuestión de Marruecos surgió hace poco entre Francia y Alemania y que por un momento pudo creerse que sería causa de una guerra entre ambas naciones, parece resuelto, en principio, pacíficamente. El primer paso para esta inteligencia fué la dimisión (entiéndase destitución) del ministro de Negocios Extranjeros en Francia M. Delcassé, condición previa y *sine qua non* impuesta por Alemania para establecer negociaciones que evitaran el *casus belli*, para el que estaba dispuesto el gobierno alemán.

Después, el cambio de notas y sobre todo las conferencias entre el canciller alemán, príncipe de Bülow, y M. Bihourd, embajador de Francia en Berlín, y entre M. Rouvier, presidente del Consejo de Ministros y ministro de Negocios Extranjeros francés, y el príncipe Radolín, embajador de Alemania en París, han encauzado la cuestión por las vías pacíficas, y hoy casi puede decirse afortunadamente que ha desaparecido todo temor de una contienda armada, que fácilmente habría podido convertirse en terrible conflagración europea.

Aceptó Francia, á poco de comenzadas las negociaciones, la conferencia propuesta por Alemania, pero pretendiendo que antes se llegase á una inteligencia entre ambas potencias sobre los puntos que en aquélla deberían tratarse. El gabinete de Berlín rechazó esta pretensión, manifestando que no quería en modo alguno aparentar que se imponía previamente un criterio á las naciones que en dicha conferencia tomasen parte, tanto más cuanto que quien la convocaba era el sultán en uso de su absoluta soberanía. Esto es lo que consta en las notas; pero en estas negociaciones, más importantes que las notas escritas son las palabras cambiadas en las conferencias, y estas palabras, casi podríamos decir promesas, contienen para Francia la seguridad de que la misma Alemania reconocerá los derechos en cierto modo preferentes que á intervenir en los asuntos interiores de Marruecos le da su situación privilegiada como potencia fronteriza (por Argelia) del Imperio.



MR. J. BUTLER BURKE, autor de los experimentos efectuados en el laboratorio de Cavendish, de Cambridge, que mediante la aplicación del radium producen aparentemente seres vivos en caldo esterilizado.

EXPERIMENTOS DEL DR. J. BUTLER BURKE

El radium, que tantas sorpresas nos ha proporcionado, ¿nos tiene por ventura reservada otra mayor y más inesperada que todas las demás? Así podríamos creerlo si tomásemos al pie de la letra las revelaciones que nos llegan de Cambridge y cuyo simple enunciado basta para producir gran conmoción en el mundo de los sabios.

Un joven naturalista inglés, Mr. J. Butler Burke, agregado al laboratorio Cavendish, ha descubierto, según parece, el medio de realizar á voluntad, gracias al radium, el misterioso fenómeno de la generación espontánea, cuya inexistencia y hasta imposibilidad pretendía haber demostrado definitivamente Pasteur en su famosa discusión con Pochet.

Sabido es que en un caldo de cultivo previamente esterilizado y puesto al abrigo del aire no puede producirse ninguna fermentación, ninguna aparición de seres vivos. En efecto, la vida sólo de la vida se engendra, y en un medio rigurosamente expurgado de todos los gérmenes preexistentes, no es posible que aparezca la vida, ni aun en su forma más rudimentaria. Tal es la doctrina clásica universalmente admitida hasta ahora.

Pues bien, Mr. J. Butler Burke afirma haber demostrado todo lo contrario por medio del siguiente experimento: ha puesto en una probeta en contacto gelatina esterilizada con un fragmento de radium, y bajo la influencia de éste ha visto aparecer á los tres ó cuatro días unas vegetaciones insólitas con todo el aspecto y todos los caracteres de células vivas, aptas para la proliferación y que se reproducen ni más ni menos que bacterias, creciendo, desarrollándose y subdividiéndose espontáneamente poco á poco en varios fragmentos, que son otras tantas células semejantes á la célula madre é igualmente capaces de engendrar otras de la misma manera. Estos hechos constituyen evidentemente los rasgos característicos de la materia viviente.

Si este descubrimiento sensacional se confirmara, formaría época en la historia de las ciencias, pues de ello resultaría que el radium es el factor por excelencia de la vida, y que la vida no es sino una modalidad de lo que se llama radioactividad.

PROMESAS DE REFORMAS EN RUSIA

El día 20 de junio último, el tsar Nicolás II recibió en audiencia privada en el palacio de Alejandría, en Peterhof, á la diputación del congreso de los zemstvos reunido en Moscou y á los delegados de la municipalidad de San Petersburgo, que se habían unido á ellos.

Mucho se había discutido de antemano acerca de las condiciones en que el emperador recibiría á los delegados: la carta concediendo la audiencia decía que ésta tendría «carácter privado,» y así se consignaba también en la nota oficial en que se daba cuenta de la misma; pero privada ó no privada, el hecho es que Nicolás II ha recibido á una diputación de su pueblo, y esto es lo que da á la audiencia la importancia que tiene en realidad.

Apenas introducidos los delegados en el salón en donde debía celebrarse esta entrevista decisiva, presentóse el tsar que, sin decir palabra, esperó á que hablase el portavoz de la delegación. El conde Troubetzkoi leyó el mensaje que en términos muy enérgicos habían redactado los mandatarios, y terminada esta lectura, M. Fedorof habló en nombre de la ciudad de San Petersburgo. La contestación del emperador puede sintetizarse en las siguientes frases: «Disipad vuestras dudas; mi voluntad es voluntad soberana é inquebrantable y la admisión de los elegidos en los trabajos del Estado se llevará á cabo de una manera regular. A esta obra consagro todos los días mis cuidados. Podéis anunciarlo así á todos los vuestros, lo mismo á los del campo que á los de las ciudades.»

Al día siguiente, cumpliendo los deseos de Nicolás II, los representantes de la ciudad de San Petersburgo daban cuenta al Consejo Municipal del resultado de la audiencia de Peterhof. M. Nikitine, después de haber referido todos los detalles de la misma, pronunció, entre los aplausos unánimes de la asamblea, las impresiones de los tres delegados de la municipalidad y sus esperanzas, que son las del pueblo ruso, en los siguientes términos:

«Confiemos en las promesas del tsar. La asamblea será convocada de un modo normal; no habrá desheredados; el tsar vela, y él nos protegerá contra los atentados á la libertad de conciencia, de imprenta, de la palabra, de las personas y del domicilio. Estamos en vísperas de una gran reforma, que estoy seguro se realizará, como todas las grandes reformas de Rusia, sin cataclismos, y de la cual saldrá Rusia renovada.»

UNA ESCUELA EN UN BOSQUE

Las naciones que consideran como uno de los problemas más vitales el de la educación é instrucción de los niños y á él consagran sus principales esfuerzos y cuantiosas partidas de su presupuesto, no cesan en su afán de introducir en los sistemas pedagógicos todas las reformas que la ciencia y el buen sentido aconsejan. Y estas naciones no se preocupan solamente del cultivo de las inteligencias infantiles, sino que además dedican preferente atención á la salud y al desarrollo del cuerpo, y no contentas con ajustar sus procedimientos de enseñanza y las condiciones materiales de los edificios destinados á escuelas á los más rigurosos preceptos de la higiene, aportan cada día novedades á los métodos educativos.

Entre las más notables innovaciones merece citarse la escuela al aire libre que las autoridades de Berlín han creado para los niños delicados de los barrios pobres de aquella capital y de Charlottenburgo. En un espacioso bosque reciben su instrucción 150 niños de ambos sexos, estudiando las varias materias que la enseñanza comprende, pero más que todo la naturaleza.

Contemplando el grabado que en la siguiente página reproducimos, nadie diría que se trata de una escuela; más bien parece un día de asueto concedido á unos escolares. Y sin embargo, ¡cuánta mejor instrucción que en las escuelas urbanas recibirán en aquel medio los niños de complexión delicada, que al vigorizar sus cuerpos en el contacto directo con la naturaleza, sentirán á la par despertarse y fortalecerse sus energías intelectuales!

N.-N. Zwow, de Satarof. F.-I. Roditchet, de Tver. Conde de Zwow, pte. de zemstvo de Toula. F.-A. Golovine, pte. de zemstvo de Moscou. Kovalersky, de Kharkof. Conde Dolgorovkoo, de Roussk. Conde Troubetzkoi, de Moscou, que habló en nombre de los delegados. Nowmssiltzet, de Temnikowsk. Conde Chakowsky, de Yaroslav.



Barón P.-Z. Korf, de San Petersburgo. Conde P.-A. Heyden, de Psvoff, presidente de la delegación de zemstvos. J.-J. Petrounekivtch, de Tver. M.-P. Eederof, de San Petersburgo. A.-N. Nikitine, de San Petersburgo.

PROMESAS DE REFORMAS EN RUSIA. – La delegación del Congreso de los zemstvos de Moscou y de la municipalidad de San Petersburgo que ha sido recibida por el tsar en Peterhof el día 20 de junio último. (De fotografía de Moniouchko)

Alumnos guisándose la comida en el bosque



Una escuela en el bosque cerca de Charlottenburgo (Alemania) para niños enfermos. – Lección de canto. (Dibujo de W. Russell Flint, tomado de una fotografía.)



La miseria judía en Lodz.—Un alto en el camino del destierro, cuadro de Leopoldo Plichouwski

LOS SANGRIENTOS DISTURBIOS DE LODZ

Hasta hace poco, á buen seguro que eran contadas las personas que tenían noticia de la existencia de Lodz, y más les hubiera valido á los habitantes de esta población polaca que tal ignorancia perdurase, porque ello habría sido prueba de que nada grave había ocurrido en ella; y aunque su situación normal no es para las clases menesterosas de las más envidiables, según veremos, los sucesos que allí se han desarrollado últimamente y que han dado notoriedad al nombre de Lodz son de los que constituyen una página tristísima en los anales de una ciudad.

A principios del siglo XIX, una colonia alemana se estableció en el lugar en donde hoy está Lodz, á orillas del Ludka, fundando allí una fábrica de tejidos de algodón. La administración rusa acogió muy bien á esos colonos, esperando encontrar en ellos y en los que seguramente no tardarían en juntárseles una especie de núcleo antipolaco, y colmó de favores á los inmigrantes.

Lodz prosperó rápidamente, y á ella acudieron nuevos alemanes y muchos israelitas á quienes en Rusia les estaba prohibido la posesión del suelo y hasta los trabajos de la tierra y á quienes, por consiguiente, atrajo la nueva ciudad, que les ofrecía las ventajas y los derechos que fuera de ella se les negaban.

A las industrias de algodón se agregaron muy pronto otras, y hoy Lodz es una poderosa urbe industrial habitada por 400.000 almas. Pero el obrero hállase en ella en una situación tristísima, á causa de la abundancia de la mano de obra. Cuando comenzó en Rusia la persecución antisemita, los patronos cristianos no quisieron emplear en sus fábricas á los trabajadores judíos, que también se vieron rechazados por los patronos israelitas, y los industriales que consintieron en utilizar sus servicios se aprovecharon de su condición de gentes puestas fuera de la ley para ofrecerles salarios irrisorios; así el jornal medio de un obrero en Lodz no pasa de 60 kopeques, ó sea 1'60 francos aproximadamente. Y de esta rebaja de jornales fueron asimismo víctimas los trabajadores no israelitas, pues por lo que los judíos cobraban se estableció el precio medio de la mano de obra.

Pereciendo en la más espantosa miseria y perseguidos, por otra parte, por las autoridades á causa de su religión, los judíos de Lodz procuraron abandonar aquel infierno, emigrando en gran número á América, gracias á los recursos que para ello les facilitó el «sionismo.»

A todo esto, el socialismo comenzó á extender por allí su propaganda y á agitar á los obreros que aun no siendo israelitas se veían tan maltratados como éstos, y aquella agitación, creciendo incesantemente, ha dado origen á los sangrientos sucesos que en los últimos días del pasado junio han ensangrentado las calles de aquella ciudad. El día 18 ocurrió la primera colisión: unas 2.000 personas organizaron una manifestación en la que figuraban varias banderas rojas; un destacamento de cosacos quiso atajar el paso á los manifestantes, y éstos hicieron fuego sobre aquellos soldados, que contestaron dando una carga de la que resultaron dos muertos y treinta y seis heridos. En la mañana del 19 se reprodujeron los disturbios en el arrabal manufacturero de Baluty, cuyas comunicaciones con Lodz fueron interceptadas por las tropas. La sedición tomó caracteres más graves el día 20, en que hubo un choque terrible entre 70.000 manifestantes y la policía y la tropa. Levantáronse barricadas, trabáronse en las calles verdaderos combates encarnizados y durante muchos días la ciudad fué teatro de escenas horribles y de espantosas matanzas.



La miseria judía en Lodz.—Rendidos por la fatiga, cuadro de L. Plichouwski

Los dos cuadros que en esta página reproducimos, tienen ahora interés de actualidad, pues si bien no se refieren directamente á los acontecimientos que acabamos de relatar, se relacionan mucho con ellos, ya que reproducen algunos incidentes de la vida miserable de los judíos en Lodz. El autor de estos lienzos, Leopoldo Plichouwski, residente en París, en cuyos Salones expone todos los años obras que con justicia llaman la atención del público y de la crítica, es hijo de un humilde agricultor de las cercanías de Lodz, conoció en su infancia todas las miserias y todos los dolores de los pobres, y á fuerza de energía y de perseverancia consiguió hacer sus estudios artísticos, primero en Munich y después en la capital de Francia.

Hoy, maestro en su arte, consagra su talento á reproducir las escenas de la vida judía en Lodz y en la región, que es su país natal, siendo sus modelos favoritos sus desgraciados correligionarios; no hay que decir, por consiguiente, si habrá puesto toda su alma en las obras que salen de su pincel, y gracias á las cuales se conocen admirablemente los tipos y los sufrimientos de esos infelices israelitas que durante unos días han sido fusilados en masa en las calles de la gran ciudad polaca.—S.

CRÓNICA DE LA GUERRA

RUSO-JAPONESA

Al final de nuestra última crónica hablábamos incidentalmente de la insubornінación de los tripulantes del acorazado *Príncipe Potemkine* y decíamos que los rebeldes al fin se habían visto obligados á rendirse. Noticias posteriores han desmentido lo de la rendición; por esto y por tratarse de un hecho de mucha mayor gravedad de la que en un principio se creía, nos parece interesante dar algunos detalles sobre lo ocurrido.

Habiéndose quejado algunos marineros del mencionado buque de la mala calidad de los alimentos, el comandante hizo formar á la tripulación en el puente y exhortó á los que no tuviesen queja á que saliesen de las filas. Así lo hicieron la mayoría de los tripulantes; pero entonces la minoría cogió las armas y se apoderó de los cañones, asesinando á varios oficiales y marineros, izando en el buque la bandera roja y disparando algunas bombas sobre la ciudad de Odessa, en donde el partido revolucionario no tardó en hacer causa común con los insurrectos. El día 30 llegó á aquel puerto la escuadra del almirante Krieger, compuesta de los tres acorazados *Georgi Pobiedonotzeff, Doce Apóstoles* y *Tres Santos* y de los cruceros *Kazarsky, Rotislaw* y *Sinope*, y cambió señales con el *Potemkine* invitándole á seguirle á Sebastopol, á lo que se negó el barco sublevado. Poco después se apartaba de la escuadra el *Pobiedonotzeff*, cuya tripulación también se había insubordinado, y después de haber desembarcado á todos sus oficiales, excepto el comandante, que se había suicidado al ver que sus marineros se sublevaban, fué á anclar al lado del *Potemkine*.


Niños jugando á las damas.


En la cubierta del barco.


Soldados jugando á los naipes.

GUERRA RUSO-JAPONESA. – REFUGIADOS RUSOS PROCEDENTES DE PUERTO-ARTHUR EN SANGHAI, EN EL BARCO QUE HA DE CONDUCIRLOS Á EUROPA

El almirante Krieger, temiendo quizás que la insurrección se propagara á los demás buques de su escuadra, regresó á Sebastopol. Los dos acorazados rebeldes no consiguieron, al parecer, ponerse de acuerdo sobre lo que procedía hacer. El 2 de julio, el *Potemkine* envió un emisario á tierra para pedir víveres y otros objetos que necesitaba, y se apoderó de un barco carbonero que llevaba 2.000 toneladas de carbón, después de lo cual se hizo á la mar acompañado del torpedero n.° 267, que se le había unido desde el principio de la insurrección. Desde Odessa se dirigieron á las costas de Rumanía, y después de haber hecho una corta escala en Sulina, echaron anclas fuera del puerto de Constanza y destacaron una embarcación que fué á pedir provisiones á las autoridades rumanas. El prefecto de Constanza permitió que desembarcase una comisión para comprar víveres, y poco después otra comisión de los rebeldes bajaba á tierra para negociar con las autoridades la sumisión de los tripulantes del *Potemkine,* á condición de que no habían de ser entregados á Rusia.

El gobierno rumano, en el entretanto, había enviado al capitán del puerto de Constanza la orden de no facilitar carbón ni víveres al *Potemkine* y de comunicar á los marinos rusos que serían tratados como desertores; pero que si desembarcaban completamente desarmados y entregaban intactos el acorazado y el torpedero, quedarían libres. Los insurrectos se negaron á abandonar los buques é insistieron en que se les facilitasen provisiones; y habiéndose negado rotundamente á ello el capitán del puerto, el torpedero ruso trató de penetrar en el puerto de Constanza. Entonces el crucero rumano *Elisabetha* disparó algunos cañonazos contra aquél, aunque sin que ninguno de sus proyectiles le alcanzara; en vista de ello, los rusos decidieron retirarse, é hicieron rumbo al Norte, es decir, hacia las aguas rusas. Posteriormente se ha sabido que han aparecido en aguas de Crimea y que cerca de Theodocia atacaron al *Gran duque Alexis,* vapor mercante de la Compañía de Comercio y Navegación, apoderándose de todo su cargamento de ganado y víveres y además de una cantidad en metálico.

Antes de salir de Constanza, los insurrectos enviaron al prefecto de la ciudad, suplicándole que la distribuyera entre el cuerpo diplomático, una proclama en la cual declaran la guerra á todos los buques rusos que no se insurreccionen y anuncian que respetarán los territorios neutrales y los buques de guerra y mercantes extranjeros, pero que bombardearán los puertos rusos.

Coincidiendo con la presencia del *Príncipe Potemkine* en Odessa, estallaron en la ciudad varios graves motines. En el barrio del puerto, la multitud se entregó á excesos de toda clase, saqueando almacenes, arrojando mercancías al mar y rompiendo toneles de alcohol. Al cerrar la noche, estallaron varios incendios que no pudieron ser extinguidos, pues los amotinados no dejaron acercarse á los bomberos, y además atacaron en varias ocasiones á las tropas y á la policía, siendo siempre rechazados con pérdida de varios muertos y heridos.

Mientras el *Príncipe Potemkine* se dirigía á Constanza, capitulaba en Odessa la tripulación del *Georgi Pobiedonotzeff,* pidiendo al tsar que la perdonase en atención á que el buque no había sufrido ningún daño.

La intervención del partido revolucionario en tan lamentables sucesos es evidente, tanto más cuanto que éstos han coincidido con la agitación, por aquél promovida, que se ha observado en varias ciudades con motivo de la movilización de varias fuerzas y del llamamiento de los reservistas. En Bielostok, un batallón de reservistas de unos mil hombres se negó á probar la comida que se les servía; en Kiew, por haber circulado el rumor de que los judíos habían abandonado la ciudad para substraerse á la movilización, estallaron graves desórdenes y hubo casas saqueadas y quemadas y lucha en las calles; en Khersom, durante unos ejercicios, varios soldados de un batallón disciplinario se arrojaron sobre un capitán, hiriéndole, y habiendo acudido en auxilio de éste el coronel Daridoff, sable en mano, recibió cinco bayonetazos, á pesar de lo cual logró desarmar á los amotinados, condujo el batallón al cuartel y cayó muerto después de haber redactado el parte dando al tsar cuenta de lo ocurrido.

Si á esto se agregan las huelgas de Polonia y del puerto de Cronstadt y los desórdenes de más ó menos importancia que á cada momento surgen en distintos puntos del imperio ruso, se verá que la situación de Rusia es sumamente crítica y se comprenderá que sean muchos los que allí desean la paz. Las negociaciones preliminares para ésta puede decirse que están terminadas.

Los japoneses, como es natural, se muestran, al parecer, muy exigentes. El partido constitucional, en una reunión recientemente celebrada en Tokio, ha votado una resolución según la cual el Japón ha de exigir una cesión de territorio, una indemnización de los gastos de la guerra y un arreglo claro y definitivo de las cuestiones de Corea y de la Mandchuria. El partido progresista, á su vez, ha publicado un manifiesto en el que formula las mismas condiciones de paz pedidas por el constitucional, pero añadiendo las siguientes: prohibición para Rusia de construir obras de guerra en los puntos en que éstas podrían ser una amenaza para los intereses del Japón; renuncia, por parte de Rusia, á todos sus privilegios en la Mandchuria; compromiso de Rusia de renunciar á toda intervención en las cuestiones que á ese país afectan, y de abstenerse de todo acto que pudiera ser considerado como una amenaza para los intereses de la paz en la frontera de China.

Es de suponer que el Japón cederá algo de sus pretensiones, porque aun cuando hasta ahora sus armas han vencido siempre por mar y por tierra á sus adversarios, han de tener en cuenta que la guerra pasiva, por decirlo así, por parte de Rusia, puede durar indefinidamente, y que puestas las cosas en este terreno, tal vez los recursos de los rusos permitirían á éstos resistir más tiempo de lo que podrían resistir los japoneses.

Además, es posible que las potencias interpongan su mediación, como ha sucedido en tantos otros casos análogos, y que en su consecuencia se firme la paz en condiciones honrosas para ambos beligerantes.

En el entretanto, háblase mucho del armisticio y aun se ha dicho que lo estaban negociando el general Linevitch y el mariscal Oyama; pero esta noticia ha sido oficialmente desmentida, según parece, por el ministro de Negocios Extranjeros de Rusia, añadiéndose que la suspensión de hostilidades no podrá acordarse hasta después de la entrevista de los plenipotenciarios rusos y japoneses. Esta opinión no deja de ser extraña, pues el armisticio, que en nada compromete el porvenir, podría pactarse desde el momento en que las dos potencias en guerra han convenido en discutir las condiciones de la paz.

De todos modos, prosiguen en la Mandchuria los combates, de los cuales han tenido relativa importancia los del día 30 de junio y 1.° del corriente. En el primero, los japoneses atacaron las posiciones rusas á un centenar de kilómetros al Este de la vía férrea, siendo rechazados; en el segundo, que se libró en el ala opuesta, á 50 kilómetros de la vía férrea, un destacamento ruso tomó la ofensiva, y después de preparado por la artillería el ataque, la infantería dió el asalto á una posición japonesa, apoderándose de ella y poniendo en fuga y persiguiendo hasta una distancia de tres kilómetros al enemigo, al que causó numerosas bajas. Esto es lo que dice el parte de Linevitch; en cambio el de Oyama afirma que los rusos fueron rechazados perdiendo 400 hombres y que los japoneses sólo tuvieron 90 bajas.

En Corea los japoneses siguen avanzando hacia el Norte y los rusos se han retirado á la orilla izquierda del Tumén. También allí se traban frecuentes combates, pero de escasa importancia.

A consecuencia de los rumores contradictorios relativos á la rendición de los acorazados *Emperador Nicolás I, Orel, Almirante Seniavine* y *Gran Almirante Apraxine,* que fueron capturados por los japoneses en la batalla naval de Tsushima, el estado mayor general ruso ha comunicado que el contralmirante Nebogatoff y los comandantes de los mencionados buques, á su regreso á Rusia, serán juzgados bajo la acusación del crimen previsto en el artículo 279 del Código militar y castigado con la pena de muerte.

El día 5 de este mes fué botado al agua en Barrow-in-Furness (Inglaterra) un nuevo acorazado japonés, el *Katori,* construído en los astilleros de la casa Vickers Sons and Maxim, la misma que construyó hace cinco años el *Mikasa,* que tan gloriosamente ostenta la insignia del almirante Togo. El *Katori* desplaza 16.400 toneladas y tiene una velocidad media de diez y ocho nudos y medio por hora. Su armamento consiste en cuatro cañones de 30 centímetros, cuatro de 25, doce de 15 y una multitud de piezas de pequeño calibre, armamento el más formidable de cuantos llevan los buques de guerra modernos. El *Katori* fué encargado á la casa Vickers en enero de 1904, poco antes de la ruptura de hostilidades; como se ve, la construcción ha sido en extremo rápida.

En otro astillero también inglés se está construyendo en la actualidad otro acorazado del mismo tipo que el *Katori,* de suerte que la flota japonesa contará en breve con dos nuevas y poderosísimas unidades navales.—R.





RETRATO DE LA BAILARINA ESPAÑOLA GUERRERO, pintado por Federico A. de Kaulbach

LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA

ENTIERRO DE DOS MARINEROS

Procedente de Mahón y de Palma, llegó el día 4 á este puerto la división naval inglesa del Mediterráneo que manda el almirante Beresford, compuesta de los acorazados *Bulwark, Venerable, Prince of Wales, London, Formidable, Queen* é *Implacable* y de los cruceros *Leviathan, Carnavon* y *Diana.*

Pocos momentos después de haber llegado, fallecieron á bordo del *Venerable* dos marineros á consecuencia de las heridas que recibieron efectuando una maniobra en el puerto de Palma. El entierro de estos dos desgraciados se efectuó el día 5 y fué un espectáculo imponente y conmovedor. A las ocho de la mañana atracaron en las escaleras de la Puerta de la Paz, remolcados por lanchas de vapor, los botes en que iban las fuerzas de desembarco que habían de tributar los últimos honores á los infortunados marineros y que se componían de dos compañías de infantería de marina, formando un total de 300 hombres, de los cuales sólo 42 iban armados de fusil, mandadas cada una por un oficial. Para que otras tropas pudiesen desembarcar fué preciso solicitar un permiso del ministro de la Guerra, que se pidió y concedió telegráficamente.



BARCELONA. – ENTIERRO DE DOS MARINEROS DE LA ESCUADRA INGLESA ANCLADA EN ESTE PUERTO. (De fotografía de A. Merletti.)

En el muelle recibieron á las fuerzas inglesas, en nombre del capitán general, el comandante y el capitán de estado mayor Sres. Calvo y Dod.

A las ocho y cuarto fueron desembarcados los cadáveres, cuyos ataúdes iban envueltos en banderas inglesas, siendo éstos colocados en sendas cureñas que arrastraron soldados y marineros: sobre cada ataúd se puso una corona. Durante el desembarco de los cadáveres, las tropas inglesas estaban formadas delante de las escaleras con los fusiles á la funerala.

Como de los dos muertos el uno era católico y el otro protestante, formáronse dos cortejos fúnebres que se dirigieron respectivamente al cementerio del Sudoeste y al del Este. Abría la marcha de la comitiva que acompañaba el cadáver del católico un coche en el que iban el capellán y el comandante de estado mayor, seguido éste de su ordenanza á caballo; iban detrás la sección de infantería de marina inglesa llevando las armas á la funerala, la banda de música, el féretro, soldados sin armas y varios marineros con coronas. La otra comitiva se organizó del mismo modo, con la sola diferencia de que en el coche iban el pastor protestante del *Formidable* y el capitán de estado mayor.

El momento de partir los dos cortejos resultó muy solemne; durante el trayecto las bandas ejecutaron algunas marchas fúnebres.

Al llegar á los respectivos cementerios se efectuaron las ceremonias de rúbrica, y en el momento del sepelio los piquetes armados hicieron las salvas de ordenanza.

Con el mismo orden regresaron las tropas á la puerta de la paz, en donde se disolvieron, regresando á bordo de sus respectivos barcos.



ESTATUA DEL INVENTOR DEL RELOJ DE BOLSILLO PEDRO HENLEIN, PARA EL MONUMENTO RECIENTEMENTE INAUGURADO EN NUREMBERG, modelada por Max Weissner.

ESTATUA DE PEDRO HENLEIN

Hace cerca de cuatrocientos años un cerrajero de Nuremberg llamado Pedro Henlein inventó el reloj de bolsillo, creando así una industria completamente nueva y llamada á conseguir gran desarrollo. Ocioso es decir la admiración que causó aquel invento aun entre los más sabios matemáticos, que se asombraban, según testimonio de un contemporáneo, al ver cómo aquel inteligente artífice construía «con poco hierro relojes con muchas ruedas que sin peso alguno y cualquiera que fuese la posición en que se los colocara, marchaban y sonaban veinticuatro horas.» Hay que notar que los llamados *huevecitos de Nuremberg* no son idénticos al reloj de faltriquera de Henlein y fueron inventados mucho tiempo después.

En conmemoración del cuarto centenario de este invento, se ha inaugurado el día 1.° de este mes, en una de las principales plazas de Nuremberg, una fuente dedicada á Pedro Henlein y costeada á medias por el municipio de aquella ciudad y por la Asociación de Relojeros de Alemania, y se ha celebrado una exposición histórica de relojes de bolsillo.

La estatua de Pedro Henlein resulta encantadora: vestido con el pintoresco traje de los antiguos industriales, el joven cerrajero contempla la obra por él inventada, no con la expresión de sorpresa del que triunfa por azar, sino con esa expresión serena y sosegada del que ve coronados por el éxito sus cálculos y confirmadas por la realidad sus presunciones científicas.

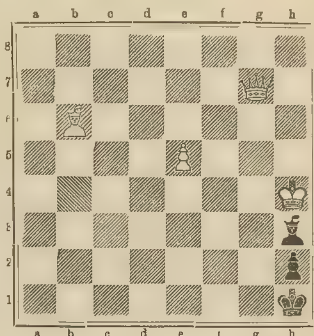
Esta figura, que tiene unos dos metros de alto, se levanta sobre un pedestal en cuyo centro hay una esfera rodeada por una cinta en la que están marcadas las veinticuatro horas; al pie del mismo se ven el antiguo y el nuevo escudo de Nuremberg y el de la Asociación de Relojeros de Alemania, y se lee la siguiente inscripción: «A la memoria del inventor del reloj de bolsillo, Pedro Henlein, la ciudad de Nuremberg y la Asociación de Relojeros de Alemania.»

En esta obra sencilla, pero llena de atractivos, ha dado una nueva prueba de su talento el escultor alemán Max Weissner, autor de otros varios monumentos notables, entre los cuales merecen citarse especialmente el de Pablo Flemming en Hartenstein (Sajonia) y los de Bismarck en Annaberg (Schleswig) y en Konigsberg.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 391, POR A. W. GALITZKY.

NEGRAS (3 PIEZAS)



BLANCAS (4 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 390, POR N. A. ISWOLSKI.

Blancas.	Negras.
1. Dg1-c1	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	



... recorría el jardín bajo la aureola de su sombrilla blanca, cogiendo flores

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Usted debe de conocer, prosiguió Raynaud, la admirable frase de la esposa de un presidente del Consejo, muy radical, nacido y criado en el seno de una familia de republicanos: «Nosotros somos la nobleza republicana.» Habían bastado dos generaciones de hombres que se repartiesen el poder para constituir una aristocracia dentro de la democracia misma. ¿Qué se puede esperar, desde el punto de vista igualitario, de un pueblo que tiene tan arraigadas las ideas aristocráticas?

—Nada absolutamente, dijo Ralph. Por eso los colectivistas franceses me hacen reir.

—Todos son lo mismo. Piden el reparto para provecho propio, pero no se puede dudar de que el siguiente día de establecida la comunidad se constituirían en castas y ejercerían la tiranía.

—Nadie se ha atrevido á ponerlo en duda..., y sería la tiranía más pesada, la de los energúmenos.

La criada de Valentín, anunciando que el almuerzo estaba servido, interrumpió la conversación. Ralph se apoyó en el brazo de su amigo, y por el jardín, lleno de flores, se dirigieron al pabellón.

En el suntuoso comedor, y en compañía de su mujer, de su hija y del barón de Duburle, Prévinquieres acababa de almorzar. Los tres criados encargados del servicio hacían desfilar los postres ante los comensales. La señora Prévinquieres, mujer de unos cuarenta años, muy bien conservada y muy elegante, hablaba con el barón y con su hija sin hacer el menor caso de su esposo que, malhumorado, apenas había dicho una palabra.

—Barón, ¿conoce usted al americano de Raynaud?, preguntó la señora Prévinquieres.

—Le conozco como se conoce á mucha gente; pero no tengo relaciones personales con él.

—¿Es tan rico como dicen?

—Probablemente exagerarán algo; sin embargo, sé que posee una gran fortuna.

—¿Cómo se habrá entusiasmado tanto con Raynaud?

—Parece ser que el director de la fábrica de ustedes le ha prestado un gran servicio desde el punto de vista industrial, y como esos yanquis son gente esencialmente práctica, Ralph Evans se ha interesado por el que le era útil y se ha propuesto serle útil también.

—Pero ¿qué servicio le ha prestado y cómo ha podido prestárselo?

—Prévinquieres podrá contestar á esa pregunta mucho mejor que yo.

Prévinquieres frunció el entrecejo al oir la alusión, y bajando la cabeza tomó un sorbo de café y se hizo el distraído. Pero como la curiosidad de su mujer no se dió por satisfecha, tuvo que contestar.

—De todo tengo la culpa yo, dijo. Si no hubiese hecho la tontería de exponer en Chicago, nada de lo que sucede hubiera sucedido. Evans no hubiera visto mis máquinas y no habría podido pedirme las noticias que le pusieron en relaciones con Valentín. ¿Saben ustedes por lo que me ha salido la exposición de Chicago? Pues por una medalla de honor, que no me hacía ninguna falta, por sesenta mil francos de gastos de transporte y de instalación y por la marcha de Raynaud.

—No puedo creer que el conocimiento con Evans sea la causa que ha decidido la salida del director. En este asunto hay algo más que ustedes callan...

Prévinquieres golpeó la mesa con el mango de su cuchillo, y con marcado descontento añadió:

—Claro está que hay algo más; pero les agradeceré mucho que no me hablen de semejante cuestión.

Estas palabras produjeron el efecto de una ducha de agua fría. El barón y la señora Prévinquieres se miraron con asombro; pero Rosa, sonriendo maliciosamente, dijo:

—Por mi parte, tengo grandes deseos de conocer á ese americano. En mi imaginación toma proporciones verdaderamente extraordinarias; el hombre que viene á robarnos á Valentín, pues no hay que hacerse ilusiones, es un robo en toda regla, se me figura una especie de gigante, un Polifemo. ¿Tiene dos ojos?

—Sí, y muy penetrantes, dijo el barón. Pero tranquilízate, hija mía, no es un fenómeno. Anda como todo el mundo, y anoche, cuando subimos juntos al coche que debía conducirnos á la estación, se condujo conmigo con exquisita amabilidad. Sé también que es hombre ducho en todos los deportes, buen jinete, gran cazador...

—Pues bien, si se queda algunos días le haremos tirar á los faisanes. ¿Es joven ó viejo?

—Chiquilla, me parece que te pones en guardia.

—Se equivoca usted, padrino, de medio á medio. ¡Un americano! ¿Qué iba yo á hacer con él? La doma de un marido salvaje no es cosa que entre en mis ideas.

—De una vez y para siempre, murmuró Prévinquieres, quisiera saber lo que entra en tus ideas, pues me parece que ni tú misma lo sabes.

—Pues mira, voy á exponerte mi programa, dijo Rosa riendo. Se podrá imprimir y pegaremos un ejemplar á la puerta del salón, como se hace en los concursos. Quiero un hombre muy rico, muy elegante, muy amable y muy bien educado. Mira, algo parecido á como era mi padrino... hace algunos años.

Una sonrisa se dibujó en los labios del barón de Duburle. Movió la cabeza, se fijó atentamente en Rosa y en la señora Prévinquieres, y después dijo con dulzura:

—Hija mía, los hombres como tu padrino no se casan casi nunca.

—¿Por qué?, preguntó con atrevimiento la joven.

—¡Diantre! Porque encuentran demasiadas facilidades para no casarse, murmuró Prévinquieres. ¿Acaso crees que un muchacho encantador, brillante y buscado, como era Duburle hace veinticinco años, había de ser tan imbécil que se pusiese un dogal al cuello? Ahora que es un señor viejo y que tiene reuma, se amolda á la vida de familia; pero en otro tiempo no se le hubiera podido sujetar. Sería digna de compasión la mujer que se hubiese casado con él.

—¡Hum, hum!, dijo el barón entre alarmado y satisfecho. Amigo mío, no sé para qué cuenta usted semejantes cosas á su hija. Debe usted proponerse que me falte al respeto.

—Padrino, con respecto á usted nunca me he hecho ilusiones. Basta verle para comprender lo que ha debido usted ser, y esto precisamente es lo que me encanta. ¿Me quiere usted, padrino? Si es así nos casamos mañana.

—Eres tonta, hija mía, dijo el barón sonriendo. Pero con todo, temo que cuanto acabas de decir sea consecuencia de ideas que consideraría muy peligrosas. Dime, ¿no te repugnaría casarte con un hombre ya maduro, aun cuando reuniese el conjunto de cualidades que has enumerado hace un momento?

—¿Qué es lo que llama usted un hombre maduro?

—Pues un hombre de treinta y cinco á treinta y seis años...

—Treinta y seis, dijo Rosa burlonamente. Pues bien, no me daría el menor cuidado. Los jovencitos, si quiere usted que se lo diga francamente, no me inspiran confianza.

—Rosa, exclamó Prévinquieres. Entre un jovencito y un hombre machucho hay un gran espacio.

—Y este espacio lo llenan el egoísmo, la ligereza, la inconstancia y la nulidad, que son los distintivos de los jóvenes que más brillan en nuestro mundo. Ahí está mi hermano... ¿Es presentable?

Ese «ahí está mi hermano» fué terrible, y pareció que una repentina tempestad se desencadenaba en todos los espíritus. Prévinquieres sintió un estremecimiento y se puso como la grana. Su esposa palideció y se mordió los labios, y en cuanto á Duburle, ensayó un ligero silbido cuyo significado no podía ser más desaprobativo.

—Tu hermano, tu hermano, balbuceó Prévinquie-

res fijando en su hija una mirada terrible. No has podido escoger mejor ejemplo; tu hermano es el mayor imbécil de su generación.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?, exclamó Rosa fingiendo admirablemente gran confusión. ¡Pobre *Ojazos!*

—*¡Ojazos!*, repitió el padre con acento que revelaba sorda irritación. ¿También tú conoces el apodo que le han colgado?

—Papá, es cosa que la sabe todo el mundo. Por lo demás, está suficientemente justificado, porque podrás pensar de Mauricio cuanto quieras, pero no negarás que es todo un buen mozo.

La señora Prévinquieres fijó en su hija una cariñosa mirada, en la que iba envuelta su aprobación; pero Prévinquieres no se dió por vencido.

Con esto ya tiene mucho adelantado. ¿No le valdría más tener sentido común? Seguramente. Es una muestra brillantísima de la juventud de hoy. Hija mía, ante semejante ejemplo no tenemos mas que inclinar la cabeza y darte la razón, y antes que unir una existencia á la de semejante tarambana, comprendo que existan mujeres que prefieran quedarse solteras.

—Yo no llevo el pesimismo hasta ese extremo, dijo Rosa con tranquilidad; pero sólo me decidiré después de haber reflexionado mucho.

Levantáronse de la mesa para pasar á un salón, en donde Prévinquieres, su mujer y Duburle no tardaron en quedarse solos. Rosa, cruzando la terraza, á la que daba una puerta-ventana, recorría el jardín bajo la aureola de su sombrilla blanca, cogiendo flores para hacer un ramo.

—¿La han oído ustedes?, dijo Prévinquieres dirigiéndose á su mujer y á su amigo. Pues bien, con semejantes ideas, calculen la acogida que habría dispensado á Valentín Raynaud.

—¡Cómo! Al director de la fábrica...

—Esta mañana he empleado todos los recursos para hacerle hablar, y no ha tenido más remedio que decirme la verdad. Quiere á Rosa; pero como tiene tan buen sentido como modestia, se da perfecta cuenta de que ella no le hará caso y se va.

—He ahí la clave del enigma, exclamó la señora Prévinquieres. Ya me decía yo que en este asunto había algo oculto. La determinación de este muchacho me parecía inexplicable, y mucho más teniendo en cuenta lo muy bueno que has sido para él.

Alto ahí, dijo Prévinquieres con vivacidad. Él ha hecho por nosotros tanto como nosotros hemos hecho por él, y si á esto se añaden los servicios prestados por su padre, somos nosotros los que estamos en deuda. Ese muchacho es una perla. Váyanse al diablo las ideas aristocráticas de mi hija. Nunca podré encontrar yerno que me satisfaga más.

—Pero ¿qué estás diciendo?, exclamó con asombro la señora Prévinquieres. ¿Valentín Raynaud un yerno para ti? ¿Ese obrero? Pierdes el juicio.

—No, no pierdo el juicio, y ojalá Dios, tú y tu hija no estuvieseis trastornadas por ideas que no reposan sobre base alguna, porque al fin y al cabo yo me llamo sencillamente Prévinquieres y soy un vendedor de maquinaria agrícola. ¿Por qué enorgullecerse?

—No te esfuerces para aparecer vulgar, dijo la señora Prévinquieres un tanto amostazada.

—No, si yo no quiero aparecer nada. Soy un industrial muy rico, y eso es todo. El yerno que más me convendría sería un trabajador como yo. Lo tengo al alcance de la mano, y para colmo de mala suerte mi hija no lo quiere, no lo querrá.

—¿Se lo vas á proponer?

—No; de ningún modo quiero hacer sufrir á ese honrado muchacho procurándole una humillación. Desde el momento que nuestra hija no ha sospechado los sentimientos de Valentín y nos ha dicho lo que hace un rato habéis oído, nada tengo que hacer. Dejaré que Raynaud se marche, cosa que desquiciará completamente mis negocios, y asistiré al matrimonio de mi hija no sé con quién. He hecho abdicación de toda mi autoridad, y me lavo las manos de las locuras que se van á cometer delante de mí.

—Para juzgarlas de semejante modo, espera que se cometan. Tú no puedes adivinar lo que hará tu hija.

—Sin duda será una tontería, y más si lo hace con tu colaboración.

—¡Vaya una gracia! Así se comprende la poca influencia que tienes sobre tus hijos. Tal vez te figuras que no se dan cuenta de que tu carácter agrio oculta una gran debilidad. Para imponer la propia voluntad á las gentes no es necesario más que persuadirlas, y eso es lo que tú no has sabido hacer nunca.

—Sí, todo el mundo sabe que tú y tus hijos sois unas pobres víctimas, replicó furiosamente Prévinquieres. No hacéis ningún esfuerzo para disimular lo poco que me consideráis, y por lo único que tenéis verdadera estima es por mi caja. Si tuviese sentido común, os reduciría á una renta mezquina para que adquirieseis un poco de sentido de la vida. Tú y tus hijos os hacéis muchas ilusiones con respecto á la posición que ocupáis en el mundo. Os atraen, os miman y os agasajan. ¿Sabéis por qué? Vosotras os figuráis que es por vuestras gracias personales y por vuestras cualidades. Es un gran error. Todo eso lo debéis á la cantidad de dinero que pongo á vuestra disposición. Dejad de recibir, de dar de comer, de bailar y de llevar gran lujo, y al día siguiente nadie querrá conoceros. Vosotras creéis que os prodigan sonrisas porque sois exquisitas, encantadoras y deliciosas, cuando es porque en vuestra casa se divierten y se come bien, y todas esas relaciones artificiales, todo convención y reciprocidad, forman la base de vuestra existencia. Hace un momento he oído decir á mi hija que únicamente se casaría con un hombre muy rico, muy elegante y muy bien educado. Con tal que reuna estas condiciones, importa poco que sea un estúpido. Respecto á este punto, puede estar tranquila; si se casa con ella, lo será.

—Vamos, Prévinquieres, no se excite usted, y no corra más que sus pensamientos, dijo el barón Duburle interrumpiéndole en tono conciliador. Está usted de mal humor porque Raynaud se marcha, y la cosa no puede ser más natural. Pero no por esto haga responsable á su familia de semejantes contrariedades. Su esposa es una perfecta mujer de su casa.

—Ya me figuro que no será usted quien me hable mal de mi familia, replicó Prévinquieres. Todo cuanto dice usted aquí, tiene fuerza de ley, y hace veinte años que dura esto... Pero yo no tengo las mismas razones que usted para admirar lo que sucede en mi casa. Mi mujer ha educado á sus hijos contra el sentido común, y yo soy quien recoge los frutos de esa hermosa educación. Mi hijo es un petimetre imbécil, y mi hija está en camino de estropear su porvenir por tontería y *snobismo*. ¿Cree usted que voy demasiado lejos? No, lo que sucede es que me apuro demasiado tarde. Si hace diez años hubiese puesto las cosas en orden, no estaríamos como estamos.

—Cualquiera que te oyese se figuraría que amenazan nuestra casa grandes cataclismos, dijo la señora Prévinquieres. Todo esto viene de que á Valentín Raynaud se le ha metido en la cabeza querer á tu hija. De todos modos, debo advertirte que Rosa no se casará sin tu consentimiento. Si el marido que elija no es de tu gusto, con decir que no, evitarás que las cosas sigan adelante.

—Y entonces será preciso sufrir vuestras recriminaciones y vuestras quejas. Porque á mí no me cabe la menor duda de que estáis de acuerdo. No, no esperéis que emprenda la tarea de haceros entrar, á una y á otra, por el camino derecho. Estoy cansado de ser el único que tiene sentido común en la casa. Haréis lo que os dé la gana, y yo no intervendré más que para decir *amén*. Como ya he dicho, me lavo las manos con anticipación. Lo único que haré será pagar según costumbre. No os convenceréis de que yo soy quien tiene razón hasta que os veáis precisadas á pedirme socorrro y á rogarme que arregle los asuntos y los ponga en orden. Y como quiera que todas esas discusiones me atormentan, me ponen nervioso, no me dejan digerir, y estoy cansado de sostenerlas, os dejo hablar si eso os distrae, y buenas tardes.

Lívido, con el paso agitado y las manos temblorosas, Prévinquieres salió del salón cerrando con violencia la puerta, y fué á encerrarse en su gabinete. La señora Prévinquieres y Duburle se miraron sin decir palabra. Un rato después el barón dijo con acento que demostraba su descontento:

—Mi querida amiga, hace usted mal tratándole como le trata. Es tan bueno y tan indulgente, que no tiene usted perdón de Dios si no alcanza de él cuanto se le antoje.

—Tiene usted mucha razón; pero cuando se trata de la boda de Rosa no me puedo dominar. Es asunto que me preocupa tanto...

—Vamos; una joven tan bonita como ella y que tiene un millón de dote, no se queda nunca para vestir imágenes.

—Pero es preciso que no la quieran por su fortuna.

—Ya ha oído usted que sólo se casará con un hombre muy rico.

—No tiene pelo de tonta; pero cuando se trata de elegir marido, la reflexión no es el todo; es preciso que el corazón tome también la parte que le corresponde. Casarse sin amor es tan triste...

La señora Prévinquieres, entristecida y suspirante, fijando una mirada en su antiguo amigo, todavía esbelto, murmuró:

—Para mí sería causa de gran desolación si más tarde mi hija se viese obligada á hacerse las reflexiones que yo me hago. Además, ¿quién sabe si ella tendría la suerte de encontrar las compensaciones que la vida me ha sabido ofrecer?

Y levantándose, bajaron lentamente al parque, en donde Rosa estaba todavía cogiendo flores...

II

Es muy cierto que Prévinquieres, cuando se quejaba amargamente de la educación de sus hijos, no exageraba nada.

Educados en su propia casa, lo habían sido, sin embargo, de un modo totalmente opuesto á las ideas y principios de su padre. No se puede negar que de veinticinco años á esta parte se ha producido una modificación profunda en los espíritus, y que entre los hijos y los padres existe una disparidad casi completa en ideas y sentimientos. Nunca, en ninguna época, á no ser en el momento en que la revolución estableció por la violencia, en Francia, un orden de cosas completamente distinto al que acababa de desaparecer, se ha producido una variación tan grande en los modos de ver y de sentir.

La nueva generación, acostumbrada á los ejercicios físicos, viviendo mucho al aire libre y en una promiscuidad de sexos favorecida por los deportes que se ejecutan en común, se ha formado con gran independencia y atrevimiento. El sentido del respeto se ha debilitado, y las diferencias de edad han dejado de ser causa de veneración. Ya apenas se escucha á los viejos, se sonríe ante sus opiniones, con frecuencia se les considera como chiflados, y ni se tiene la delicadeza de ocultarles el concepto que merecen. El sentimiento de la personalidad se ha acentuado, y los respetos que en otros tiempos imponían la diferencia de edad y la cortesía se consideran como disipaciones de energía propias para contener la marcha hacia adelante. Se empuja á los viejos y á los débiles, porque en la vida es preciso caminar de prisa para llegar. Las ideas que dominan tienen un fondo de utilitarismo lamentable, y todo lo que era sentimiento ha parecido anticuado y bueno únicamente para desprenderse de él como de una carga pesada. De ahí esa sequedad de los espíritus, ese egoísmo en las relaciones, y esa forma aguda y cortante en la discusión, que da á las palabras un sentido amargo y á las acciones un valor material que las despoja de toda belleza y de toda generosidad.

Para un burgués como Prévinquieres, rebosante de los recuerdos caballerescos de la época napoleónica, imbuído por las exageraciones sentimentales del romanticismo y lleno de las enseñanzas morales que habían dejado en el espíritu público la guerra, la invasión y la revolución comunista, el escepticismo razonador, el desdén por las rancias fórmulas, el afán de llegar sin escrúpulos, que son el carácter distintivo de la nueva generación, de la que encontraba en sus hijos los síntomas principales, eran causa de disgusto. No los comprendía, y sentía que ellos no le comprendían tampoco. Ni las palabras pronunciadas por los hijos parecían tener el mismo sentido que las del padre, ni los actos tenían el mismo valor. Prévinquieres se encontraba extraño entre los suyos. Cuando exponía sus ideas adivinaba en las miradas la burla y casi el desprecio. Sufría, no se atrevía á decirlo, y acumulaba en su interior las más tristes amarguras.

Sin embargo, sus hijos no carecían de ternura para él; le querían á su manera, que ciertamente no era mucho, y con facilidad familiarizaban con él, tratándole como á un compañero; pero Prévinquieres sufría por creerse despojado de la autoridad que sobre ellos quería conservar. No eran malos, antes al contrario, eran buenos, mas de un modo irónico que tenía el don de desfigurar las mejores disposiciones. En su corazón, el afecto que sentía por sus hijos luchaba con el recuerdo de los pesares que le ocasionaban, pudiendo afirmarse que le proporcionaban muy contados momentos de verdadera satisfacción. Con su conducta y con su modo de hablar le irritaban frecuentemente, y entre el padre y los hijos existía un desacuerdo casi completo. Era éste mucho más grave entre Prévinquieres y Mauricio, porque siendo dos hombres se guardaban menos consideraciones; con Rosa, joven y linda, la dulzura atenuaba forzosamente la irritación que el padre sentía.

Prévinquieres, siempre alerta y presa de la más grande desconfianza, se mostraba constantemente descontentadizo y huraño. Este continuo mal humor hacía menos gratas las relaciones entre la familia, y los hijos, poco dispuestos á intimar con su padre, censuraban su poca benevolencia. Mauricio formulaba sus ideas con este juicio definitivo: «Papá es muy pesado.»

Los dos adoraban á su madre. La indulgencia, la

dulzura y las caricias, raras en el jefe de la familia, prodigábalas la señora Prévinquieres. Para contrabalancear la conducta de su marido se había inclinado en sentido opuesto á él, y cuanto más desagradable estaba éste, más era la madre cariñosa y complaciente. Su carácter, amable por naturaleza, hacía que se esforzase en agradar, aun á sus propios hijos; además, se adaptaba con mayor facilidad á las nuevas costumbres de la transformada sociedad. Por su edad, se sentía más unida á Rosa y Mauricio, y mientras Prévinquieres se había empeñado en no abjurar las ideas y costumbres de su juventud, ella se modernizó totalmente. Pero en el seno de esta honrada familia, en la que todos se querían sinceramente y vivían muy unidos, existían profundos y dolorosos desacuerdos morales que hacían á menudo muy difícil la existencia.

Las crisis, que en la casa de Prévinquieres subsistían en estado latente, habían llegado al último extremo, á causa de una calaverada reciente de Mauricio y de la aparición de un pretendiente de Rosa. La calaverada había sido muy regular, y el pretendiente era de los que causaban inquietudes; de ahí el recrudecimiento del mal humor de Prévinquieres. Buen mozo, y muy codiciado, el hijo de la casa se había lanzado al mundo de la galantería con la deplorable manía de querer casarse con cuantas mujeres se mostraban bondadosas con él. Amar no le era suficiente, le era preciso casarse. Su padre, á cada manifestación de este inmoderado deseo de contraer matrimonio, se sentía acometido de un acceso de exasperación tan grande, que le ponía á dos pasos de la apoplejía.

El año anterior, Mauricio había seducido á una linda joven, maniquí en casa de una famosa modista de la calle de la Paz, estando á punto de pedir judicialmente á su padre el permiso para casarse con aquella encantadora criatura. Prévinquieres prefirió dar veinticinco mil francos á la novia, que, ante tal argumento, no vaciló en romper las relaciones con su futuro. Dos meses más tarde, Mauricio se moría de amor por la Serbelli, que acababa de alcanzar un éxito inmenso en la ópera con un baile nuevo; se había marchado con ella á Milán y había escrito á su padre desde el mismo teatro de la Scala, suplicándole que hiciese su felicidad consintiendo en su boda con la estrella. Afortunadamente, esta vez se encargó un tenor de poner fin á la aventura. Mauricio había entrado en el cuarto de la bailarina sin llamar, y la había encontrado representando una escena tan sugestiva, que al día siguiente el enamorado joven volvía, presa del mayor desaliento, al seno de su familia.

Pero, para no perder la costumbre, muy pronto se había sentido inflamado por los ojos azules y los rubios cabellos de la señorita Amadina de Narbona, la mujer más cara de París, y que, síntoma alarmante, había hecho alarde con él del más grande desinterés. Hacía tres semanas que Mauricio había desaparecido del domicilio paterno y vivía en casa de su amante, con vivo descontento por parte de los íntimos de esa amable joven, de ningún modo destinada á hacer la felicidad de un hombre solo, y sí á asegurar la de todo el mundo. Inútil fué que Prévinquieres, alarmado por la habilidad con que Amadina desempeñaba su papel, queriendo hacerse una reputación valiéndose del amor, enviase á su hijo diferentes emisarios para prodigarle buenos consejos. Mauricio no hizo el menor caso de las abjuraciones paternas. Por esta vez, él lo decía muy formalmente, se trataba de su felicidad: separarlo de la señorita de Narbona era lo mismo que condenarle á eternos sufrimientos. Por lo demás, comprendía que no habría de sobrevivir á semejante pérdida, y que antes que sufrir mucho más tiempo, prefería levantarse inmediatamente la tapa de los sesos.

Con el barón de Duburle, consejero amable é indulgente, era con quien se había expresado de tan extraordinaria manera. Duburle, que no temía ponerse al habla con una mujer hermosa, se había apresurado á visitar á Amadina en su casa de la Avenida del Bosque, decidido á reanudar con ella la escena de persuasión que tan poco efecto había producido con Mauricio. Encontróla grave y sencilla, declarando que amaba al joven Prévinquieres y diciendo que estaba decidida á hacer penitencia de su galante pasado, sacrificando todas las ventajas que le había valido para vivir honrada y modestamente con el hombre que quería hacerla su esposa.



Mauricio Prévinquieres

A semejante confidencia, el barón había contestado con amable escepticismo, dejando entender que Mauricio era un amable majadero, del que Amadina no tardaría en cansarse, y que Prévinquieres, hombre avisado y firme en sus resoluciones, era muy capaz de desheredar á su hijo y colocar la mayor parte de su fortuna en el extranjero, antes que fuese á parar á manos que no le pareciesen dignas de recibirla. Además, Prévinquieres gozaba de muy buena salud, podía muy bien vivir veinte años, tiempo que daría con creces ocasión á Amadina para que se cansase de Mauricio, se divorciase y entrase de nuevo en su camino natural, que era el del amor sin sujeción. El rumor público pretendía que Duburle había apoyado esta argumentación definitiva y concluyente con una demostración personal y activa que provocó, primero asombro, indignación después, y más tarde cierta admiración en Amadina.

De todos modos, Duburle se vió en la precisión de confesar á Prévinquieres que su intervención en el asunto no había producido efecto alguno, y que consideraba perdida la partida, pues los intereses de Amadina estaban de acuerdo con la fantasía de Mauricio. Entonces el marqués de Condottier entró en escena.

Era éste un buen mozo muy bien emparentado, que vivía de los restos de un patrimonio que él y su hermana, la condesa Grodsko, habían dilapidado con una precipitación sorprendente. La joven condesa, mujer de brillantes relaciones, estaba casada con un húngaro muy rico, del que, á los pocos meses de matrimonio, se había separado, y habitaba con su hermano en el hotel Condottier, calle de Santo Domingo, negándose con irresistible energía á obedecer las órdenes del magnate que pretendía tenerla encerrada todo el año en un antiguo castillo que en medio de veinte mil hectáreas de pinares se levantaba á orillas del Theiss. Los dos hermanos se habían organizado en París una existencia muy agradable. Frecuentaban la mejor sociedad, y como la condesa hubiese sido compañera de Rosa en el colegio, entre el hotel Condottier y la casa de Prévinquieres había buenas relaciones, á las que se oponía el industrial, cuyo buen sentido rechazaba lo que una intimidad entre los suyos y la amable pareja podía ofrecer de peligroso. Pero el marqués era un bailarín admirable; había flirteado todo un invierno con Rosa; la condesa se había granjeado con mucha habilidad las simpatías de la madre de ésta, y á fuerza de amabilidad había conseguido desarmar al mismo Prévinquieres.

Ahora bien, una noche, en el círculo de los Campos Elíseos, Duburle, que nunca se decidía á irse á acostar, apuraba, según su costumbre, taza tras taza de te; el joven marqués de Condottier, que acababa de tallar al *baccará* y de ganar mil luises, se sentó junto al barón. En aquel mismo momento entraba Mauricio, que dió un apretón de manos á Condottier, y observando que Duburle se ponía muy serio, le preguntó si se encontraba mal.

—No, me siento bien; pero estoy muy descontento de ti.

—¿He hecho algo?

—Nunca se te ve en tu casa. No haces más que dar disgustos á tu madre que es una mujer muy buena...

—No seré yo quien diga lo contrario.

—Y haces que tu padre esté siempre disgustado...

—Que es el más gruñón de los jefes de tribu... ¡Bah! Se puede decir que es patriarcal y bíblico desde el punto de vista de los usos y de las costumbres. Si le dejase, me inmolaría en el altar de sus prejuicios, como Abraham quiso hacer con su hijo Isaac.

—Eres un estúpido. Tu padre es un hombre excelente que considera, con muy buen juicio, que un joven como tú no puede vivir con Amadina y en casa de Amadina á ciencia y paciencia de todo París.

—No podrán decir que ella me mantiene.

—Es casi lo mismo. Tú no le das un cuarto, y ella ha dejado por ti á los otros.

En este preciso momento, y como Mauricio hiciese un gesto que revelaba su fatuidad, el joven marqués dejó escapar un ¡oh! acompañado de una mueca tan expresiva, que hizo enrojecer al heredero de Prévinquieres.

—¿Eso quiere decir?.., preguntó el barón.

—Sí, añadió Mauricio. ¿Qué es lo que pretende usted insinuar?

—Yo he dicho sencillamente ¡oh!, dijo Condottier con voz suave. ¡Oh!, exclamación á la vez de sorpresa, de admiración ó de duda, según el tono que se le dé.

—Su ¡oh! indicaba duda, replicó agriamente Mauricio. ¿Me engaño?

—No, no es usted quien se engaña, declaró con dulzura el marqués, es ella quien le engaña.

(Continuará.)

LA MUSA LOCA, comedia en tres actos y cuatro cuadros de los hermanos Sres. Alvarez Quintero,

estrenada con gran éxito en el teatro de Novedades



BARCELONA. – La Musa loca, comedia en tres actos de los hermanos Sres. Quintero, estrenada en el teatro de Novedades. – Primer acto.

Proponerse que en el teatro vuelvan á imperar las comedias de buenas costumbres; llevar á la escena argumentos que entretengan agradablemente é interesen al espectador sin obligarle á cerrar los ojos de la razón ante los ataques á la lógica, ni á taparse los oídos ante los ataques á la moral y á la decencia; prescindir de esos conflictos abstrusos y de esos simbolismos extravagantes que á casi nadie importan y que muy pocos entienden, y plantear esos problemas de la vida usual en que todos hemos intervenido ó podemos intervenir algún día, porque son expresión, no de casos aislados y raros, sino de lo que es corriente en la sociedad tal como está constituída; poner en las tablas personajes que sientan y hablen como el común de los mortales y que con sus sentimientos nos conmuevan y con sus palabras nos deleiten; arrancar lágrimas sin recurrir á efectismos artificiosos, y sonrisas y carcajadas sin apelar á chistes groseros; hacer todo esto, es hacer una obra de educación digna de los mayores éxitos y de los más entusiastas aplausos.

Pues esto es lo que han hecho desde el principio de su carrera los notables autores dramáticos Sres. Alvarez Quintero. Jóvenes, casi niños, desconocidos en la corte, lanzáronse á escribir para el teatro; y en vez de dejarse llevar por la corriente, lucharon contra ella, arrastrando consigo al público, que así premió su valor y su honradez literarios.

Sin necesidad de «romper los antiguos moldes,» han hecho algo nuevo y mucho bueno, y hoy los autores de *El patio*, *La buena sombra*, *Los galeotes*, *Las flores*, *La vida íntima*, *El nido*, *La zagala*, *El amor que pasa* y tantas otras joyas de nuestro teatro moderno, figuran con justicia en primera línea en la literatura dramática española contemporánea.

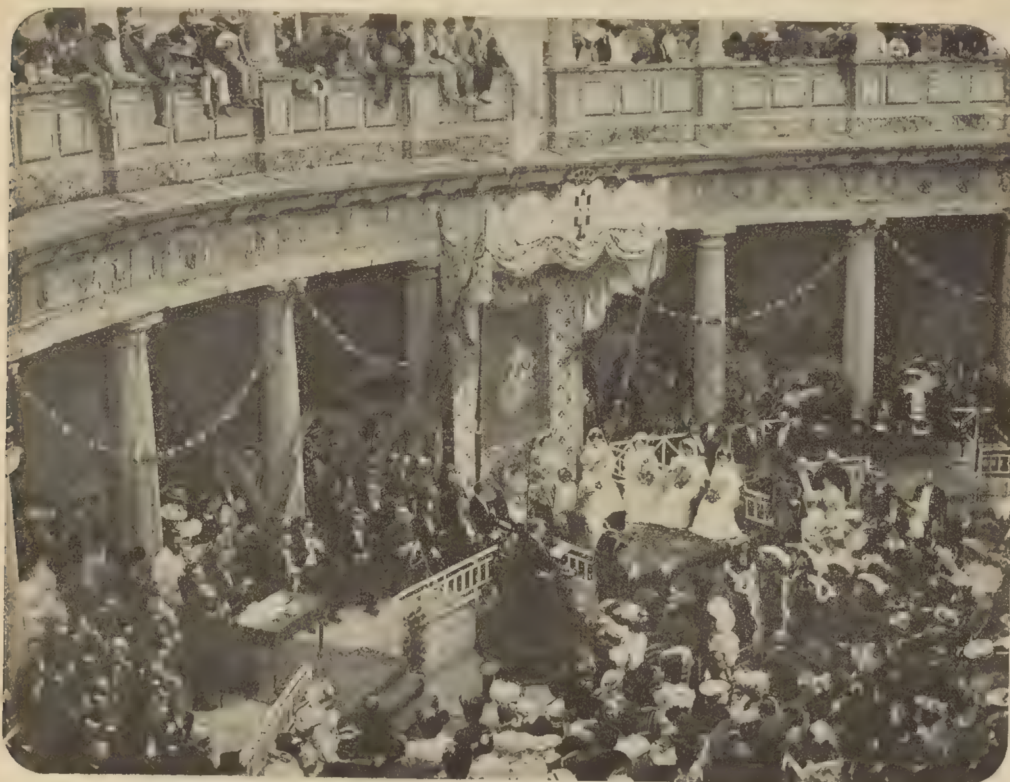
La musa loca, comedia estrenada recientemente en Barcelona, no desmerece de las anteriores producciones de los señores Alvarez Quintero. El argumento de la obra es sencillísimo, Un viejo uncionario del Estado ha escrito un drama en el que cifra grandes esperanzas; la vanidad le ensoberbece y le hace abandonar el empleo gracias al cual vivían relativamente bien él y su familia. Entonces comienza su calvario; el autor dramático asedia á empresarios y artistas sin poder lograr que su obra sea aceptada, y entre tanto su vida y la de los suyos es una vida de privaciones, de miseria. Al fin se estrena el drama y el estreno es un solemne fracaso: perdidas las ilusiones, el infeliz vuelve á la razón y considera espantado el porvenir que le espera. Por fortuna su antiguo jefe, que es un amigo leal, lo vuelve á la oficina, en donde al mismo tiempo que le compadece, porque aún conserva restos de sus pasados ensueños, le hace colaborar con él en unos planes que ha concebido para reformar los servicios del Estado: el burócrata que censura á su subordinado por su manía del teatro, también tiene su manía, la de las reformas.

La comedia está admirablemente construída en el primer acto; en los otros dos algunas escenas resultan demasiado largas; el lenguaje es culto y castizo; abundan en la obra los chistes de la mejor ley, y tiene toques de sentimiento exquisitos. En su desempeño obtienen muchos y merecidos aplausos la Sra. Guerrero y las Srtas. Bremón y Cancio, y los Sres. Díaz de Mendoza, Palanca, Santiago, Carsi, Mesejo y Cirera.

La musa loca ha sido un buen éxito y por él felicitamos á sus simpáticos y celebrados autores. – P.



BARCELONA. – La Musa loca, comedia en tres actos de los hermanos Sres. Quintero, estrenada en el teatro de Novedades. – Segundo acto. (De fotografías de A. Merletti.)



GRANADA. - JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN EL PALACIO DE CARLOS V EL DÍA 27 DE JUNIO ÚLTIMO. (De fotografía de Señán y González.)

Ante un numeroso y escogido concurso en el que estaban en mayoría las mujeres hermosas y elegantemente ataviadas, celebráronse el día 27 de junio último en el Palacio de Carlos V de la Alhambra los Juegos Florales de Granada. En ellos obtuvo la flor natural el poeta motrileño D. Gaspar Esteva Ravassa, el cual eligió reina á la bellísima señorita D.ª Matilde Campos, y pronunciaron elocuentes discursos el presidente de la Sociedad Económica Sr. Villarreal, el notable jurisconsulto Sr. Garnier Colón y el mantenedor Sr. Sánchez Guerra. Coronó dignamente tan poética fiesta un hermoso himno cantado por las alumnas de la Sociedad Económica, acompañadas por la orquesta Bretón.





Salto de un caballo por encima de una mesa. Fotografía tomada en $^1/_{800}$ de segundo.

El caballo cuyo salto reproduce esta fotografía fué presentado junto con otro en un concurso militar recientemente celebrado en Inglaterra por el teniente y profesor de equitación del 17.º regimiento de húsares P. Thwaite. La fotografía hecha por los Sres. Lambert Weston en $^1/_{800}$ de segundo es un verdadero *tour de force*. La escena representada es una de las diversiones favoritas de los alumnos de la escuela francesa de caballería de Saumur, y por lo visto los ingleses se van aficionando también á ella.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 17 de julio de 1905 — Núm. 1.229



CONSULTA INTERESANTE, cuadro de C. R. Leslie, que forma parte de la colección Vernón



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Gobernador y el Alcalde de Madrid, en calidad de escobas nuevas, han decidido barrer los golfos, mendigos, busconas, hampones, perdularios, artistas de la miseria y otros gusanillos de la gusanera matritense.

Y me doy prisa á explicar la palabra *gusanos*, no vaya á incomodarse alguien, como se incomodó un señor, paisano mío por más señas, porque dije que los inquilinos menesterosos deshonraban los viejos palacios nobiliarios de Salamanca.

Yo daba á la palabra *deshonra* el sentido estético que suele dársele, y que claramente sugería el contexto de mi artículo. Estéticamente, históricamente, deshonran un edificio blasonado donde se desarrollaron altos hechos y se cobijaron insignes varones, los anafres de la cocina barata, los guiñapos colgados dondequiera, la escasa policía que suele haber en las viviendas humildes—y ojalá que las salmantinas constituyan honrosa excepción.—No siempre la idea de deshonor lleva sentido moral, y por otra parte yo no ignoro que tan honrado puede ser el pobre como el rico. En esto no creo que quepa discusión. Los sentimientos no se miden por el tamaño del bolsillo. Yo conozco pobres tan excelentes que no los trocaría por cuantos millonarios respiran y holgazanean en el mundo. Pero un palacio antiguo, ilustre, me agrada más con el aparato que requiere su interesante argumento. Por desgracia sus dueños no los habitan.

***

Y hablando de la gusanera, llamo gusanos y bicharracos á esos que ahora (más vale tarde que nunca) dan en recoger, asear y dedicar á alguna labor, no porque su mala fortuna les haya hecho necesitados, sino porque su inclinación les hace ociosos, dados á un oficio de vagancia y pereza, en que se cultiva la suciedad como una mina, como una renta la deformidad, la exhibición de lacras y postemas como una industria, y la mentira como un arte. Por eso les califico de gusanos, y califico de zánganos á los poderosos que viven en la inacción, sufriendo mayor hastío y tedio que la golfería pedigüeña y mendicante. Si los golfos trabajasen, no serían golfos. Serían abejas.

Pero justamente al trabajo es á lo que profesan ellos santo horror. Su vida es libre, bohemia, expuesta á crisis de hambre y de frío durante el riguroso invierno, infestada de parásitos especialmente en el verano, pero ¿qué les importa? Realizan ese ideal tan ibero de «echarse á la calle,» de tener por pragmática su voluntad, de no depender de nadie, de no reconocer obligación, de merodear, de no saber si hay pared entre el día y la noche, de rozarse igualitariamente en la vía pública con los más altos, y de cultivar un romanticismo mugriento, el romanticismo picaresco de la bazofia y la vagancia.

***

Sí; poetas burdos son; pero poetas, á su modo. Y son también, como dejo dicho, *snobs*. La vida elegante les preocupa extraordinariamente, y la siguen, y la acompañan como el polvo acompaña á las gigantes ruedas del landó. A la puerta de los teatros de moda, á la de las casas donde se celebran saraos, arremolínase la golfería, apiñada, inquieta, con familiaridades democráticas y curiosidades decadentes. Van á ver qué queda en la estela de los poderosos; van con la vaga esperanza de que caiga alguna albana, alguna presa, el rico pañuelo, el abanico de nácar y oro, la joya que se desprende, el monedero que resbala... No ha mucho, á la puerta del teatro de la Comedia, en Madrid, una dama perdió un hilo de perlas que valía un millón. No se lo robaron, no lo cortaron con tijeras, porque entonces, alguna perla suelta aparecería en el suelo. Sencillamente, desabrochóse el cierre, y el hilo se deslizó por la falda de seda. Pero allí había, en acecho, esa patulea que no compra entrada, que aguarda á los que salen, y avizora la pesca en río revuelto. Y es probable que ni llegase al suelo el collar. No hubo medio de recobrarlo, aunque la dama notó instantáneamente la pérdida.

Yo comparo el pavimento de Madrid al mar: lo que en él se cae... rezarle por el alma. Y es que las calles no están pobladas de transeuntes que van á lo que les interesa ir, sino invadidas por una población flotante de vagos, descuideros y buscavidas; cien ojos espían incesantemente al pacífico que se encamina á su negocio ó pasea por higiene. Cien pupilas os devoran; cien manos color de morcilla extremeña, aparentemente extendidas para que dejéis caer en ellas el centimico, se alargan hacia la bolsa, los lentes, el alfiler, el paraguas, la sombrilla, el paquetito que acabáis de sacar de la tienda, hasta la flor que habéis comprado ó con que os ha obsequiado un amigo!

***

La segunda hoja del díptico. ¡Los guardias!

Es evidente que si en otras grandes capitales la policía no se opusiese, habría más golfos y más mendigos acosones que en Madrid. Vagancia, miseria y ociosidad, en todas partes podrán registrarse; la diferencia es que la sociedad combata ó no esas plagas hasta reducirlas, ya que no las extirpe.

Apetitos despertados por el espectáculo del lujo no han de faltar en París, y el grado de exasperación á que pueden llegar después de un período de hambre, dígalo la horrible etapa de la *Commune*. Y sin embargo, París no se rasca de esa lepra, como se rasca, impaciente unas veces, otras resignada, la corte española.

En gran parte se debe la pulcritud de París á la policía. Bien organizada, culta, seria, convencida de sus deberes y dispuesta á que se respeten sus derechos, la sentimos como fuerza defensora y vigilante, que nos guarda las espaldas, que nos auxiliará, si es preciso. En Madrid principiamos por notar su ausencia siempre que su presencia hace falta. El absenteísmo de los guardias ante el desorden, el delito y el crimen, ha pasado á ser tradicional. En cambio, se les encuentra solícitos para hacer cumplir las órdenes molestas, para hilar las inaguantables filas que se establecen y son causa de que, en ciertos días, sin necesidad alguna, se interrumpan las comunicaciones en todo Madrid. Se les encuentra también, insolentes y mal hablados, alrededor de la Plaza de toros, cuando hay corrida, importunando á los cocheros ante los teatros, y en cualquier sitio donde puedan ocasionar algún vejamen al espectador que ha pagado su dinero ó que va provisto de invitación en regla; á la gente, en suma, que no ha de cometer desmán alguno—que es á la que tienen entre ojos.

En las fiestas (?) del Centenario del *Quijote*, he dicho, si mal no recuerdo, lo que sucedió: la chusma fué dueña de Madrid, y para llegar, por ejemplo, á los palcos de la batalla de flores, que el Ayuntamiento vendía, hubo que luchar con una cabila, así como para escuchar á los orfeones hubo garrotazos, puñadas, coces y tiros. Yo no sé por qué se asustan de la palabra *anarquía* las gentes timoratas. ¿Qué mayor anarquía que el desorden erigido en costumbre, y que la autoridad misma se declara impotente para refrenar? «No podemos,» me han dicho á mí los guardias al rogarles que abriesen un camino por donde llegar á las tribunas; y el *non possumus* de los que deben garantizar el derecho, me parece peor que la anarquía franca, ya conocida, y en la cual cada uno sabe que ha de mirar por sí.

***

Por lo tanto, yo estoy con el señor gobernador y el señor alcalde, las dos escobas nuevas, que se han dedicado á la meritoria tarea de barrer y desarañar la heroica villa; y les deseo buena suerte y completa victoria sobre la golfemia tenaz. Sólo me apremia un temor, sólo me congoja un escrúpulo. Temo yo que esta labor de escoba nueva afloje, apenas se gaste el palmito, y apenas se retire allende los Pirineos el huésped. Porque se me figura—Dios me perdone la malicia—que algo de este nunca bien ponderado entusiasmo desinfectante y europeizador se debe á la próxima visita de M. Loubet.

Cuando se espera semejante evento, fíjase hasta involuntariamente la atención en las deficiencias del hospedaje y en los bochornos á que tales deficiencias nos exponen. ¿Qué dirán las naciones extranjeras, qué dirá el forastero ilustre, al contemplar ese Madrid invadido por la corte de los Milagros, como estaba el París del tiempo de Claudio Frollo? El efecto pintoresco de tanto haraposo típico, ¿compensará el efecto triste de tanto atraso? ¿Podrá el color local encubrir el rubor de la vergüenza?

Por fin, en el fracasado Centenario, los que saldrían maravillados de cómo andan las cosas de España fueron cuatro sabihondos de Universidad noruega ó rusa, cuatro cervantófilos trasconejados, cuatro corresponsales ó corresponsalas de diarios más ó menos anglosajones. ¡Pero ahora! La Europa va á contemplarnos por los ojos del jefe de un Estado cultísimo, del presidente de una República que todavía no ha abdicado el cetro de la civilización moderna y refinada. Es preciso afeitarle á Madrid la barba de ocho días, fregarle la roña, orearle, desinfectarle, raparle, vestirle de rayadillo...

Asombro y no pequeño sería para M. Loubet verse asediado por la cáfila de pedigüeños que nos acosan en las calles más céntricas. A un lado, el cesante de cinco años; á otro, la viuda con doce chicos; á la derecha, el *artista* sin trabajo, que postula en voz cavernosa, como si os amenazase con el saqueo y el incendio; á la izquierda, el ancianito desdentado, que se alaba de ochenta años y de una existencia sin pan; y en todas direcciones, enhebrados por todas partes, los granujillas, los golfos y las golfas, el que tiene más hambre que un oso y el que no se ha desayunado desde hace seis días, el que nunca tuvo padre ni madre y los mil que seguramente no han visto una palangana desde que nacieron...

Loubet, cortés, sonreiría á esta exhibición que no carece de *chic*, susurraría cuatro amabilidades, y como hacen los extranjeros bien criados, exclamaría en alta voz que todo eso es encantador, que nuestra hampa tiene un aire de hidalguía inconfundible, y que le hace suma gracia su modo de mendigar... Pero, apenas hubiese vuelto la espalda, en la intimidad, donde se suelta la lengua y se abre el corazón, hablaría de *saleté*, de *haillons sordides*, y refunfuñaría acaso:

—*Drôle de ville! Comment peuvent-ils vivre, persecutés nuit et jour par les gueux?*

***

Y si es eso lo que se quiere evitar..., bueno está que se evite; pero será malo que, como sucede en ciertas casas y en ciertas familias, sólo se haya puesto ropa limpia á las camas y se hayan fregado los pisos porque viene un señor que no es de confianza.

Todo lo que se haga antes de Loubet debe seguir haciéndose, con mayor eficacia si cabe, cuando los francesitos cierren la maleta y se vuelvan pian piano á su hermoso y bien administrado país. Hay que desterrar de una vez la plaga, y no desterrarla escondiendo á los mendigos, sino reintegrándolos en la normalidad y moralidad incompatible casi con el pordioseo, dentro de las leyes del moderno vivir. Hay una escuela sociológica que considera penable, no al que pide, sino al que da limosna en la vía pública; sin llegar á este extremo, yo reconozco que el limosneo no se hace por caridad, ni por altruismo, ni por filantropía, ni por ninguno de los sentimientos elevados y puros, llámense como se llamen, sino meramente por librarse de una molestia, de un mosconeo que interrumpe la conversación, no deja comprar en la tienda, no permite mirar en paz un escaparate; por alejar al mamón que berrea, á la borracha que hiede, á la vieja que representa la estampa de la herejía, al obrero que os enseña un muñón de brazo, al lisiado que se lamenta, al ciego que rasguea el guitarrillo...

***

Caridad la hay en Madrid, quizás sólo falta encauzarla; los que deseen extinguir la mendicidad deben consagrar á los asilos lo que daban antes en infecundo y contraproducente ochaveo. Y lo harán, si se persuaden de que las escobas viejas son tan barredoras como las nuevas.

EMILIA PARDO BAZÁN.





«Una cuna... ¡Qué ensueño!» Un capricho bailarín del humo la tejió en el aire, la mantuvo un instante colgada de los hilos del telégrafo y luego la deshizo de un tirón, para demostrar sin duda la fatal inconsistencia de todas las cosas que el humo teje. Pero vino el sueño y continuó su labor. Ya no era la humareda de la máquina quien anticipaba los deleites de la maternidad en aquellas dos imaginaciones donde las esperanzas se vestían aún de color de rosa y brillaban como sol de mayo, sino ese desigual adormecerse de las celdillas cerebrales, quietud incompleta con que los fisiólogos, empeñados en destruirnos las más dulces quimeras, explican el origen de los ensueños. Esto quiere decir que soñaron con la famosa cuna y que se vieron junto á ella, guardando el sueño de una cosa ternísima y suspirante que dormía con ese reposo apacible que parece la última reminiscencia de un mundo eternamente bueno...

También los sueños tienen algo de humo: como él tejen en un momento amables visiones, como él las mecen á nuestra vista, y como él las deshacen de un tirón. Así les ocurrió á los dos personajes de mi cuento precisamente cuando miraban con más entusiasmo al fondo de la cuna. Sin embargo, como á los veinte años todas las ambiciones de la vida son posibles y aun probables, aquellas dos imaginaciones hicieron, al despertarse, el milagro de continuar el ensueño; y con los ojos abiertos, en pleno mediodía, entre las cuatro tablas de un vagón del ferrocarril, siguieron viendo su cuna, vestida de blanco, con el rollito de manteca dentro y un nimbo feliz rodeando aquel cuadro de familia. Primero viéronla vacía, á medio vestir, esperando, mientras la esposa se ruborizaba en brazos del esposo confiándole ese primer misterio de la mujer casada que prolonga la inocencia al través del matrimonio; luego advirtieron en toda la casa un rebullir anormal de gentes, la entrada brusca de un señor grave, abrir y cerrar de armarios, preparar piezas de lencería, grandes y finas, junto con otras piececillas que de puro diminutas parecían cosa de muñeca; al cabo de un rato oyeron un sollozo infantil, y las caras serias se tornaron alegres, y hubo cambio de enhorabuenas por los pasillos, y el señor grave pasó al comedor, donde le sirvieron una buena taza de caldo... ¡Caramba! Pues ya estaba la cuna á punto de ser ocupada. Un día se ocupó por fin. El autor del sollozo infantil pataleaba en ella, protestando quizás de aquella forzada emancipación que le ofrecían y echando de menos el calor del vasto lecho conyugal, donde parecía una mosca náufraga en una palangana... ¡Ay, amiguito! La vida es esta: casi nunca nos emancipamos por propia voluntad. O nos emancipan nuestros padres ó nos emancipan los azares de la suerte.

Bueno, pues ya tenemos la cuna ocupada; ahora vienen otros quebraderos de cabeza. ¡Cómo desocuparla, quiero decir, cómo dar á su actual ocupante un rumbo seguro en la existencia!.. Las dos imaginaciones de veinte años no tienen fuerza para volar tan lejos, ni quieren volar tampoco... Les basta con el presente, todo él claro y risueño como una decoración primaveral. Ya tendrán tiempo de pensar en la grande, en la verdadera emancipación del chico. Por ahora es mejor soñar asomados á esa dulce quimera que el humo y el sueño van tejiendo sucesivamente en lo íntimo del pensamiento y en el espacio deslumbrador... Y sigue el tren rodando y rueda con él la felicidad camino de la hartura, estación donde forzosamente se ha de acabar el recorrido. Todas las hambres os serán hartas al fin, casaditos de un día. Ya calmasteis una, que era la de veros unidos; pues poco á poco las calmaréis todas, y felices de vosotros mientras os espolee el deseo de correr y subir, mientras os quede por gustar una nueva alegría.

***

Decoración: un gabinete. Una cuna, real y palpable, ocupa su centro. En la cuna duerme un niño. Las dos imaginaciones que tuvimos el gusto de conocer haciendo su viaje de boda, están terriblemente agitadas. Tengan ustedes la bondad de prestar atención á los piropos que se dirigen.

Él.—Ya te he dicho que no me gustan las cuestiones.

Ella.—Ni á mí tampoco.

Él.—Entonces, ¿por qué las provocas?

Ella.—Quien las provoca eres tú.

Él.—Porque te contesto defendiéndome, ¿verdad?

Ella.—No..., porque las provocas.

Él.—¡Vaya una lógica!

Ella.—La calqué de la tuya. Siempre estás diciendo que todas las cosas son porque son... Bueno, pues provocas las cuestiones por eso mismo, porque las provocas. Estamos de lógica á la misma altura.

Él.—Pero podías decirme todo eso en un tono menos agrio.

Ella.—En el tono que te mereces.

Él.—Sueles ser un poquito... grosera.

Ella.—Por eso me casé contigo... Para que me enseñases educación.

Él.—Me casé para quererte y ser felices.

Ella.—Y yo lo mismo.

Él.—Ya veo que sufrí una equivocación lamentable.

Ella.—Y yo también.

Él.—Bueno, basta... Hasta luego...

Ella.—Que te diviertas.

Las dos imaginaciones coinciden de pronto en una misma cosa, la cuna, y he aquí la reyerta concluída. Aquello tan pequeño, que palpita con el delicado trajín de un reloj, tiene en su pequeñez una grandeza omnipotente, y al contemplarlo, parece que una mano invisible limpia el espíritu de rencores y orgullos y lo ilumina con una viva y refulgente luz, mientras la cuna tiembla de contento. ¡Para qué amargarse neciamente la existencia cuando el amor ha germinado en ello y su más sabroso fruto la regocija y embalsama!

***

Triste es confesarlo: las imaginaciones han vuelto á reñir sin acordarse de que la cuna les contempla. Ahora parece ser más grave la cosa. El marido regresó muy tarde la última noche y no explica satisfactoriamente la tardanza. Por lo menos á su mujer no le satisface la explicación y esto ya es bastante para llegar al desacuerdo. ¿Habrá infidelidad? Esto es lo primero que sospecha la esposa, quién sabe si por lo mismo que es lo último que debiera sospechar.

Ella.—En fin, durmamos... No son estas horas de discutir.

Él.—Es que yo no dormiré tranquilo mientras no quedes convencida...

Ella.—Trabajo te mando.

Él.—Eres terca.

Ella.—¡Soy!.. Bueno, está bien; durmamos.

Él.—Yo digo que no está bien. Si fuera verdad esa sospecha ruin que veo pasar en este momento por tu imaginación, buscaría el pretexto del sueño y de la hora para acabar cuanto antes y evitar tu mirada; pero como no debes sospechar nada malo de mí, insisto en que me escuches.

Ella.—Pierdes el tiempo; no quiero escucharte.

Él.—Eso es maldad.

Ella.—Es lo menos con que puedo pagarte. La crueldad no cabe en mí.

Él.—Casi eres cruel.

Ella.—Si lo fuera, me gustaría continuar discutiendo para ver cómo te enredas en tus propias mentiras.

Él.—¿Mentiras yo?

Ella.—Sí, mentiras; está dicho y no tengo por qué rectificar.

Él.—Si no mirase...

Ella.—¿Qué?

Él.—Vale más no decirlo.

Ella.—Y hacerlo, ¿verdad?

Él.—¡Oh! Hacerlo...

Ella.—Eres capaz de cualquier disparate.

El niño sueña y se ríe. ¡Oh poder de una sonrisa en quien no sabe todavía el valor que tiene reir!.. Marido y mujer vuelven la cabeza y miran á la cuna. La sonrisa continúa entreabriendo una boca de seda. ¿Seguirán discutiendo delante de aquel símbolo de paz? No pueden, ¡qué han de poder! Algo infinita-

mente bueno llena la habitación y encanta á los que en ella están. No, no discuten; no pueden discutir. Sus resquemores, su amor propio, la sinrazón de su querella, se han fundido ante aquella carita dichosa como se licúa la nieve bajo la caricia del sol. Por segunda vez ha mostrado la cuna su fuerza imponderable.

* * *

Un capricho bailarín del humo de la dicha tejió aquella cuna; otro capricho acaba de quebrarla. La vida tiene estas lúgubres sorpresas. Cuando más seguros caminamos por ella, cuando más bello se nos aparece el horizonte, dilatándose en frescas y esplendorosas perspectivas, he aquí que súbitamente se abre la tierra bajo nuestras plantas y nos hundimos en el reino de las sombras. Todo le sonreía á nuestro matrimonio. De pronto, una tosecilla, un rápido ascenso de temperatura, la sangre que se incendia, todo el organismo que se deforma, y la sonrisa se convierte en una mueca espantable: la tragedia asoma su rostro lívido entre las cortinas de un lecho de muerte.

Vino el médico poco menos que volando y se instaló á la cabecera del enfermito... Pero no fué posible la victoria. Estaba de Dios que el ensueño había de pasar como lo que era, dejando tras de sí un leve aroma de rosas marchitas, y pasó. Una mañana, al despertarse las dos imaginaciones en el vasto lecho conyugal, prestaron atención, escucharon silenciosamente. No; había sido un sueño. No respiraba nadie á su lado. Sin embargo, parecía que un blando resuello respondía á los latidos de su corazón... Volvieron á escuchar. Era quimera pura: estaban solos. En un rincón de la alcoba, parecía la cuna un juguete olvidado.

Un día—ya había pasado algún tiempo—se acaloraron nuevamente las dos imaginaciones. La de ella insistía en creer que aquel hombre no era el mismo de siempre, que había cambiado y poco á poco se alejaba del hogar con olvidos, desconsideraciones, gastos no justificados y arrebatos de esposo aburrido; y la de él, obsesionada por la idea de una perfección moral imposible, atribuíase el papel de víctima en aquel juego peligroso y cargaba sobre la otra todas las responsabilidades del verdugo. Esta vez iba la cosa de veras; entre el chaparrón de dicterios y frases gordas que fluía de aquellas dos bocas iracundas, adivinábase algo que no se atrevía á salir, pero que indudablemente daba vueltas en el pensamiento como una bala monstruosa...

El aire quizás, quién sabe si el recuerdo, simuló en aquel punto el quejido de un niño.

Los dos esposos miraron á la cuna y quedaron silenciosos. La reyerta había terminado bruscamente, cortada por un silencio augusto que parecía bajar del cielo. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Somos unos insensatos, murmuró el esposo contemplando la fría vacuidad de aquel juguete que fué nido.

—No volveremos á reñir, te lo juro, dijo la esposa pálida de dolor y de remordimiento. ¡Pobrecito mueble! ¡Danos la paz!..

Aun después de vacía, esa fué siempre la misión de la cuna.

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Dibujo de Camps.)



El acorazado ruso *Príncipe Potemkine*, cuya tripulación se sublevó el día 27 de junio último en Sebastopol y que se ha rendido á las autoridades de Constanza (Rumanía) el día 8 de los corrientes.

EL ACORAZADO RUSO

PRÍNCIPE POTEMKINE

En la última crónica de la guerra ruso-japonesa, nos ocupamos detalladamente de la sublevación estallada á bordo del acorazado ruso *Príncipe Potemkine*. Continuando el relato en el punto en que lo dejamos, diremos que desde Constanza se dirigió el buque (siempre acompañado del torpedero n.° 267) á Teodosia (Crimea), á cuyas autoridades exigieron los amotinados la entrega de carbón y víveres y además el envío de un médico, amenazando con bombardear la ciudad si no se les facilitaba lo que pedían.

El día 7 el acorazado abandonó aquellas aguas y volvió á Constanza, adonde llegó á media noche, y á las nueve y media destacó una lancha tripulada por una comisión encargada de negociar la sumisión del barco. A la una, los rebeldes anunciaron que aceptaban las condiciones que las autoridades rumanas les imponían y entregaron á éstas los dos barcos. La tripulación del acorazado fué desembarcada y en un tren especial internada en el país para ser distribuída entre distintas localidades. El buque, en el que se izó en el primer momento el pabellón rumano, ha sido devuelto á Rusia.

La tripulación del torpedero n.° 267 se negó á rendirse, diciendo que no se había sublevado, sino que había seguido al acorazado ante las amenazas de que fué objeto. Dicho torpedero se dirigió á Sebastopol.



EN ODESA. – LOS CARGADORES HUELGUISTAS EN LOS MUELLES. (De fotografía.)



UN TE INTERRUMPIDO.—MALAS NOTICIAS DE LA FRONTERA. (Dibujo de Frank Craig, tomado de una fotografía remitida por el corresponsal de un periódico inglés.)

La escena que este grabado reproduce pasa en el jardín de un templo de la Mandchuria. Alrededor de la mesa están sentados varios oficiales rusos tomando alegremente el te al aire libre. De pronto interrumpe su alegría el recibo de un parte anunciando un nuevo desastre del ejército ruso

LA COPA GORDÓN-BENNET.—Carrera de automóviles en Laschamps



LASCHAMPS.—Aspecto de las tribunas en el momento de comenzar la carrera. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Esta carrera ha despertado este año en el mundo automovilista la misma expectación y el mismo entusiasmo que en los anteriores, habiendo acudido á disputarse la famosa copa los principales fabricantes de automóviles y los más famosos conductores.

Después de las pruebas eliminatorias quedaron designados los competidores siguientes: por Francia, Thery, Caillois y Duray, en máquinas Richard-Brasier los dos primeros, y Dietrich el tercero; por Alemania, Jenatzy, De Caters y Werner, todos en automóviles Mercedes; por Inglaterra, Clifford-Earp, Rolls y Bianchi, el primero en un Mercier y los otros dos en sendos Wolseley; por Italia, Lancia, Cagno y Nazari, todos en automóviles de la marca F. J. A. T.; por Austria, Braun, Hieronymus y Burton, los tres en Mercedes; y por los Estados Unidos, Lyttle, Dingley y Tracy, los dos primeros en máquinas Pope Toledo y el tercero en un Locomobile.

El trayecto en donde el día 5 de este mes debía realizarse la prueba ofrecía el más pintoresco y animado aspecto; los caminos que á él conducen veíanse invadidos desde las primeras horas de la madrugada por vehículos de todas clases y un número incalculable de peatones; y en las tribunas apiñábase una multitud escogida, en la que figuraban todas las notabilidades y todos los aficionados al deporte automovilista.

El orden y las horas de salida de los distintos concurrentes fueron: Thery, á las 6; Clifford-Earp, á las 6 y 5; Jenatzy, á las 6 y 10; Lancia, á las 6 y 15; Braun, á las 6 y 20; Lyttle, á las 6 y 25; Caillois, á las 6 y 30; Rolls, á las 6 y 35; De Caters, á las 6 y 40; Cagno, á las 6 y 45; Hieronymus, á las 6 y 50; Dingley, á las 6 y 55; Duray, á las 7; Bianchi, á las 7 y 5; Werner, á las 7 y 10; Nazzari, á las 7 y 15; Burton, á las 7 y 20; y Tracy, á las 7 y 25.

Muy pronto se vió que la lucha estaba entablada principalmente entre el francés Thery y el italiano Lancia; este último, en las dos primeras vueltas, consiguió ganar algunos minutos sobre su competidor, de modo que por un momento llegó á ser casi general la creencia de que el triunfo sería suyo. Pero en la tercera vuelta el automóvil que montaba tuvo una avería, viéndose el corredor italiano obligado á retirarse y quedando desde entonces la victoria por el francés Thery. En efecto, éste fué el vencedor, habiendo sido objeto de una ovación entusiasta y recibido calurosas felicitaciones del ministro de las Colonias M. Clementel, que había ido á Laschamps para presenciar la carrera.



El vencedor de la carrera, Thery, recibiendo, á su llegada á la meta, la felicitación del ministro de las Colonias M. Clementel. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

La clasificación oficial según el tiempo real empleado, hecha deducción de las neutralizaciones, arroja los datos siguientes: n.° 1. Thery, 7 horas, 2 minutos, 43 segundos y $^{3}/_{5}$; n.° 2. Nazzarri, 7, 19, 9 $^{1}/_{5}$; n.° 3. Cagno, 7, 21, 22 $^{3}/_{5}$; n.° 4. Caillois, 7, 27, 6 $^{2}/_{5}$; n.° 5. Werner, 8, 3, 30; n.° 6. Duray, 8, 5, 50; n.° 7. De Caters, 8, 11, 11 $^{3}/_{5}$; n.° 8. Rolls, 8, 26, 42 $^{3}/_{5}$; n.° 9. Clifford-Earp, 8, 27, 29 $^{4}/_{5}$; n.° 10. Braun, 8, 33, 5 $^{3}/_{5}$, n.° 11. Bianchi, 8, 38, 39 $^{2}/_{5}$; n.° 12. Lyttle, 9, 30, 32. Los demás corredores no terminaron la prueba. De estos datos resulta que las velocidades medias por hora alcanzadas por los doce corredores citados han sido: Thery, 78 kilómetros, 428 metros; Nazzari, 75'341; Cagno, 74'693; Caillois, 73'691; Werner, 68'198; Duray, 67'917; De Caters, 67'087; Rolls, 65'098; Clifford-Earp, 64'970; Braun, 64'210; Bianchi, 63'591; y Lyttle, 57'789.

Desde que se fundó la copa Gordón-Bennet, esta es la cuarta vez que tan codiciada recompensa ha sido ganada por corredores franceses. No hay que decir el entusiasmo que en Francia ha producido el último triunfo, que le permite conservar un año más esa copa, que es el cetro de la supremacía del automovilismo universal.—X.

UN DOCUMENTO RETROSPECTIVO SOBRE LA DERROTA RUSA DE MUKDEN



GUERRA RUSO-JAPONESA. – ESPERANDO LA LLEGADA DE LOS JAPONESES DESPUÉS DE LA EVACUACIÓN DE MUKDEN POR LOS RUSOS.

«La retirada de los rusos después de la derrota de Mukden, escribe el Dr. Van Haut, autor de esta fotografía, se realizó tan precipitadamente que muchos cadáveres no pudieron ser enterrados; en esta instantánea se ven reunidos unos 600, custodiados por algunos individuos de la Cruz Roja rusa, mientras se espera la llegada de los japoneses.»

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Más que en el teatro de la guerra fíjase actualmente la atención universal en las negociaciones para la paz. Rusia y el Japón han designado ya sus respectivos plenipotenciarios: los de Rusia son el conde Mouravieff, actual embajador en Roma; el barón Rosen, nombrado recientemente embajador en los Estados Unidos, y el conde Cassini, hasta ahora embajador en Wáshington y hace poco nombrado para la embajada de Madrid; los del Japón son el barón Komura, ministro de Negocios Extranjeros; Yamaga, director del departamento de negocios políticos; y Sato, director del departamento de informaciones. Además han sido designados como asesores de los plenipotenciarios, por Rusia: Schipoff, director del departamento de la Tesorería de Estado; Bokotiloff, ministro de Rusia en Pekín; el profesor Wartens, ex agente militar de Rusia en Londres; el general Kermoloff, agregado naval en Tokío, y el capitán de fragata Rousstine; y por el Japón: Adachi, secretario de legación; Honda, secretario particular del ministro de Negocios Extranjeros; el coronel Tachibana, del Ministerio de la Guerra; el capitán Takashita, agregado naval en Wáshington; Yomishi, agregado diplomático, y Denison, consejero extranjero.

El Mikado ha dirigido á sus plenipotenciarios el siguiente discurso:

«El presidente de los Estados Unidos, apenado al ver continuar una guerra que dura desde hace más de un año, y profundamente convencido de la apremiante necesidad de poner término á este conflicto, en interés de la humanidad, ha sugerido la idea de que los dos beligerantes nombrasen plenipotenciarios encargados de reunirse para negociar la paz. Contra todo lo que esperábamos y á pesar de nuestro constante deseo de paz, nos vimos obligados á recurrir á las armas; así es que si el espíritu de conciliación de nuestro adversario permitiese poner fin á las hostilidades, nada sería para nosotros más satisfactorio que este resultado. En su consecuencia hemos aceptado inmediatamente la indicación del presidente de los Estados Unidos y os encargamos formalmente la misión de negociar y firmar la paz. Habréis de consagraros con todas vuestras fuerzas á cumplir vuestra misión y á hacer todos los esfuerzos necesarios para conseguir el restablecimiento de la paz sobre bases duraderas.»



GUERRA RUSO-JAPONESA. – EL GENERAL HASEWAGA, GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO JAPONÉS DE COREA QUE AVANZA SOBRE VLADIVOSTOK. (De fotografía.)

La salida de Tokío del primer plenipotenciario japonés ha motivado una manifestación imponente. El barón Komura y su séquito fueron acompañados á la estación, de donde partieron para Yokohama, por el cuerpo diplomático, los altos dignatarios de la corte, los generales, los almirantes y los miembros del gabinete, siendo saludados y aclamados por una inmensa muchedumbre.

¿Habrá armisticio durante las negociaciones de la paz? Todo parece indicar que no. En efecto, el Japón, según ciertos corresponsales, exige antes de conceder una suspensión de hostilidades, que el general Linevitch abandone su principal línea de defensa, ó sea la de Kuang-Tcheng-Tse-Kirin, condición que Rusia no ha querido ni siquiera discutir por considerarla de todo punto inadmisible.

Esto no obstante, es muy probable que durante las negociaciones, si no un armisticio formalmente pactado, haya una tregua de hecho, tanto más cuanto que la situación estratégica de los dos grandes ejércitos en la Mandchuria no permite esperar que se libre una gran batalla en breve plazo.

En el entretanto continúan, aunque con menos frecuencia que en estos últimos meses, los encuentros de las avanzadas.

El general Linevitch, en un telegrama del día 5, ha confirmado que en el combate del día 1.°, del que



JUNTO AL FUEGO, cuadro de Mme. Lee Robbins



TRISTEZA, monumento funerario, obra de Enrique Waderé

nos ocupamos en la crónica anterior, había quedado destruído un batallón japonés; que los rusos se habían apoderado de muchas provisiones; y que los japoneses habían sido rechazados con grandes pérdidas al querer recobrar las posiciones que aquéllos les habían tomado. Mas como aquella operación era sólo un reconocimiento, el destacamento ruso, después de haberse dado cuenta de las fuerzas del adversario, se replegó sobre sus posiciones primitivas; el generalísimo confiesa (confirmando así lo que en el parte de aquella acción había dicho el mariscal Oyama) que sus soldados sufrieron en aquella retirada numerosas bajas.

En una porción de gobiernos rusos prosigue activamente la octava movilización parcial para enviar nuevos refuerzos á los ejércitos de la Mandchuria; al propio tiempo se anuncia la movilización especial de seis regimientos de cosacos del Don destinados á la conservación del orden en el interior. Esta última medida no puede calificarse de inoportuna, puesto que los desórdenes y los motines se generalizan cada día más en Rusia, en varias de cuyas regiones reina un verdadero estado de sedición. En San Petersburgo se ha reproducido la huelga de los obreros de la fábrica de Poutiloff, dando lugar á sangrientas colisiones entre la fuerza armada y los huelguistas; en el Cáucaso prosigue con caracteres alarmantes la agitación contra los armenios; en muchos buques de guerra obsérvanse síntomas graves de insubordinación, y en el mismo ejército se han producido varios casos de indisciplina. Todo esto origina un estado de alarma que justifica lo que el príncipe Ouchtomsky ha dicho en el importante periódico *Grajdanine,* á saber: que la cuestión de la guerra y de la paz pasa á ser secundaria ante la necesidad de hacer frente ante todo á la revolución.—R.

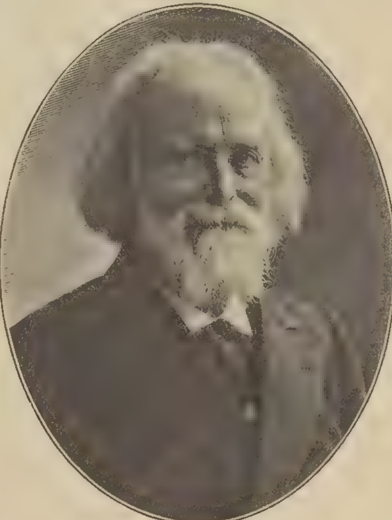


Monumento á Cervantes,
erigido en Alcoy, obra del arquitecto Vicente Pascual
y del laureado pintor Fernando Cabrera

En ese armonioso concierto de alabanzas que España entera ha tributado al inmortal autor del *Quijote*, ha tomado también Alcoy activa parte, dando una nueva muestra de su cultura y patriotismo. El 17 de mayo último tuvo lugar la solemne inauguración del monumento erigido á la memoria de Cervantes, obra verdaderamente recomendable por la sobriedad y elegancia de sus líneas, en armonía con la significación del personaje cuyo recuerdo conmemora. Proyectado por el distinguido arquitecto municipal D. Vicente Pascual, y modelado el busto, que remata el monumento, por nuestro distinguido amigo el laureado pintor Fernando Cabrera, es una obra que honra á sus autores y á la ciudad que ha tenido el buen acuerdo de honrar la memoria de un español ilustre.

ELISEO RECLÚS

A la edad de setenta y cinco años ha fallecido el día 11 de los corrientes en Thourot (Bélgica) el eminente geógrafo francés Eliseo Reclús. Hijo de un pastor protestante y de una familia numerosa, la mayor parte de cuyos individuos se han distinguido notablemente en los diversos órdenes de la actividad humana, nació en Sainte-Foy-la-Grande (Gironda).



El eminente geógrafo Eliseo Reclús,
fallecido en Thourot (Bélgica) el día 11 de los corrientes.
(De fotografía.)

Desde muy joven, y arrastrado por una vocación irresistible, realizó largos viajes por Alemania, Hungría é Inglaterra, aprendiendo los idiomas de los países que atravesaba y observando de cerca su topografía y las costumbres de sus habitantes; de este modo recogió tantos y tan sólidos materiales para ese monumento de extraordinaria importancia, la *Nueva Geografía Universal,* que con justicia había de conquistarle fama imperecedera.

La edad no había debilitado en ese trabajador infatigable ni la lucidez ni la actividad intelectuales. En efecto, á los diez y nueve tomos de su *Geografía* se había propuesto añadir una obra complementaria, cuyo título *El Hombre y la Tierra* indica por sí solo toda la amplitud de esta nueva obra. Reclús habrá tenido la suprema satisfacción de haber terminado antes de morir ese estudio magistral, que es digno coronamiento del magnífico edificio científico por él levantado.

Imbuído en ideas muy independientes y muy avanzadas en política y en filosofía, tomó parte en 1871 en la insurrección de la *Commune,* lo que le valió ser condenado primero á la deportación simple y luego al destierro. Cuando se concedió la amnistía, Reclús no quiso acogerse á ella.

Desde hace años había fijado su residencia en Bélgica y desempeñaba una cátedra de Geografía comparada en la Universidad libre de Bruselas.

En la vida ordinaria, el revolucionario terrible era el hombre más bondadoso, siendo un fenómeno muy digno de tenerse en cuenta el hecho de que las dos categorías de lectores fieles cerca de los cuales ha alcanzado mayor popularidad, hayan sido los libertarios y los niños.

Sea cual fuere el juicio que merezcan las doctrinas ultraanarquistas que profesaba y practicaba con la intransigencia de una convicción profunda, es preciso reconocer que Reclús ha sido uno de los grandes sabios de nuestra época y el autor de una obra inmortal, que será un monumento de gloria para su nombre y para la ciencia.

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – Han estado expuestos recientemente en este Salón tres hermosos plafones originales del notable pintor D. Juan Llimona y destinados á decorar el comedor de una conocida familia de esta ciudad. El primero representa una niña apacentando unos carneros al pie de una montaña; el segundo, que se titula *Dar de comer al hambriento*, una noble dama que, seguida de su paje, distribuye unas frutas entre varios pobres sentados en un campo; el tercero, *Dar de beber al sediento*, un paisaje de estío en el que una joven saca agua de un pozo para dársela á unos hombres abrasados por la sed. Cada una de estas obras merece el calificativo de maestra; así la composición como las tonalidades del paisaje y la ejecución de las figuras son dignas del pincel del eminente artista, gloria de la pintura catalana.

AJEDREZ

CONCURSO INTERNACIONAL DE PROBLEMAS

FALLO DEL JURADO

Este Concurso, iniciado en la columna de Ajedrez de «Historial» y realizado en la de La Ilustración Artística, es el segundo certamen de esta clase celebrado en España, y al igual que el primero, que fué organizado por la Revista «Ruy López,» se ha efectuado en esta capital.

Han sido recibidas treinta composiciones, número no pequeño si se recuerda que en la convocatoria únicamente se permitía á cada compositor enviar un solo problema, y entre ellas ha resultado insoluble el envío «¡Oh las matemáticas!» y con más de una solución las siguientes: «Astutia non vi,» «Marina,» «Columbus,» «Noble es el juego de ajedrez» y «Mieux vaut être seul que mal accompagné.» La composición cuyo lema es «Mane, Thecel, Phares» ha sido excluída de la lucha por estar basada en el enroque. Otras composiciones como «Dino» y «Don Eskil» contienen *duals* en variantes fundamentales.

Examinadas detenidamente las restantes composiciones hemos hecho una selección de diez de ellas, á las cuales designamos para las siguientes recompensas:

Primer premio: «Emendatum.»
Segundo » «Zobe.»
Tercer » «Carillon.»
Cuarto y quinto premios *ex-aequo.*
«Zdrava Marija» y «Devinette.»
Primera mención honorífica: «Miaplaciduc.»
Segunda » » «Natura non facit saltus.»
Tercera » » «Fiat Justitia!»
Cuarta » » «Petere licet?»
Quinta » » «Vive le roi.»

Como fundamento de nuestra decisión arbitral damos las siguientes consideraciones críticas:

Emendatum: Obra verdaderamente notable en su género. Las seis imágenes de mate que contiene, algunas de aspecto original é imprevisto, las dos amenazas sin jaque y bien precisadas y la actividad de las piezas negras para la formación de las variantes y posiciones de mate, ofrecen un conjunto digno de elevada recompensa. La posición inicial induce á sacrificar la T apartando al solucionista del verdadero camino. La riqueza de posiciones de mate es excepcional y doblemente meritoria si se tiene en cuenta la ausencia de la D blanca.

Zobe: El mérito de este problema estriba en presentar tres variantes, en todas las cuales se puede señalar segunda jugada sin jaque, sacrificio de una pieza y artística posición de mate. Se distingue por su fineza la defensa T h 2 – f 2. Para posponer este problema á «Emendatum» ha influído mucho la poca amplitud de las evoluciones de la D en las indicadas variantes.

Carillon: Cuatro sacrificios de D sin utilizar la simetría y seguidos de otras tantas buenas posiciones de mate constituyen el contenido de este problema, cuya realización supone no poco esfuerzo. Evidentemente se trata de una labor digna de recompensa, pero ésta no ha sido más alta por conceptuar defectuosa la jugada de introducción.

Zdrava Marija: Aun cuando podría señalarse alguna otra composición análoga en la realización de tres posiciones de mate homólogas, este problema, no obstante, es sin duda digno de distinción por tener una primera jugada del mejor estilo y por la espontaneidad y frescura de su conjunto.

Devinette: Composición de gusto depurado, con excelente jugada de introducción, amenaza sin jaque y posiciones de mate de aspecto imprevisto. Sólo es de lamentar que el conjunto de la obra ofrezca poca amplitud de combinación.

Miaplaciduc: Este problema contiene tres buenas variantes que originan cinco posiciones de mate reglamentarias. La primera jugada, que resulta muy indicada para prevenir R × T y prepara un mate inmediato si el R negro juega á e 4, y la falta de novedad de alguna de las posiciones de mate, han sido causa de no haber obtenido el problema un lugar más elevado.

Natura non facit saltus: La variante originada por la defensa D g 2 – b 2 está hábilmente precisada y conduce á dos buenas posiciones de mate. Contiene además otras dos imágenes de mate que impresionan agradablemente. La primera jugada es fácil; pero está compensada por la dificultad de la indicada variante.

Fiat Justitia!: Buen problema, que hubiera obtenido una distinción más elevada si hubiese habido más compensación en el *give and take* de la jugada inicial, pues no sólo defiende el C, sino que prepara un mate corto si R × A.

Petere licet?: El juego del A negro en la gran diagonal y la manera de obtener las posiciones de mate ofrecen cierto interés. El A de las blancas después de la primera jugada es en apariencia menos atacante, lo que dispensa algo el jugar una pieza amenazada.

Vive le roi: Este problema reúne alguna buena cualidad; pero no ha sido clasificado en lugar más elevado á causa de la variante que exige convertir en una D el P blanco que ocupa la casilla e 7.

Barcelona, junio de 1905.

José Tolosa y Carreras. Valentín Marín.

Nota. – Próximamente se darán á conocer los nombres de los autores de las composiciones premiadas.

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—¡A mí!, exclamó Mauricio, presa de la mayor estupefacción.

—¡Ah!, dijo Duburle con acento de triunfo. Marqués, cuéntenos eso, la cosa lo merece.

—No lo esperen ustedes, contestó Condottier. Soy incapaz de comprometer á un amigo y compañero. No diré el nombre de la persona con quien Amadina engaña á nuestro querido Mauricio. Lo que sí aseguro es que esta persona existe. Ahora bien, si ustedes dudan de la veracidad de mis palabras, yo les ofrezco un medio de comprobación irrecusable. Yo me comprometo á triunfar de la reciente virtud de Amadina, y esto en el término de veinticuatro horas.

—¿Cómo se sabrá?, preguntó Mauricio, que había palidecido, pero dudando todavía.

—Eso, querido amigo, es asunto que no me interesa. Amadina irá á mi casa, ó yo iré á la suya, pero habrá, yo lo aseguro, un punto de reunión. Usted es quien debe descubrirlo. No puedo hacer más para abrirle los ojos, y comprenderá que no se puede pedir mayor complacencia.

—Marqués, dijo Duburle, yo he procurado realizar la misma empresa, y fracasé.

—Amadina me lo ha referido, replicó Mauricio, como juraría que me referirá la tentativa de Condottier. ¡Vamos! Usted calumnia á esa pobre criatura. Me quiere á mí solo. Tendrá usted la prueba.

—Vamos á cuentas, interrumpió Duburle. Danos tu palabra de que no la prevendrás. Estás tan enalbardado que serías muy capaz de desbaratar la combinación.

—No tema usted. Estoy seguro de ella.

—¡Está seguro de ella!, exclamó Duburle. He ahí un animal que está seguro de una mujer. Y de una mujer cuya profesión es ser amable. Es más duro que el mármol. Condottier, aunque sólo sea para darle en la cabeza, sacuda el flamante naranjo de esa joven y que lluevan mandarinas.

—Se hará lo que se pueda.

Los tres hombres se separaron, Mauricio inquieto, Duburle cáustico y Condottier tranquilo. Nadie supo nunca cómo el joven marqués se las había compuesto con una criatura tan desconfiada como Amadina; pero á los dos días Mauricio llegó á casa de Duburle con el rostro descompuesto, temblando de rabia y confesando que acababa de sorprender á Condottier en los brazos de la señorita de Narbona. Estaba fuera de sí, hablaba de enviar padrinos á su amigo y de matarlo, y después se deshacía en imprecaciones sobre la infamia de las mujeres y la tontería de los hombres. No sin pena, Duburle logró hacer comprender á Mauricio que no estaría bien querer corresponder á estocadas á la complacencia de Condottier. Era cierto que había triunfado de Amadina, pero sin deseo y únicamente por el principio...

—Creo que será usted capaz de compadecerle, dijo Mauricio.

—No iré tan lejos. Es evidente que no ha hecho un sacrificio penoso. La muchacha es bonita.

—Sí, bonita y canalla. Usted no sabrá nunca hasta qué extremo lleva la hipocresía y la mentira. En esto es una especialidad.

—En otras cosas también debe serlo.



Viendo entrar al extranjero se puso vivamente en pie

—No la veré nunca más.

—Así lo espero.

Y Mauricio volvió á casa de su padre, con el que se reconcilió. Duburle, sin entrar en los detalles de la aventura, dijo á Prévinquieres que la conversión del hijo pródigo se debía á Condottier. A partir de aquel momento el industrial fué más amable con el marqués, pero aumentó su desconfianza. No creía en el desinterés, pues sólo raras veces había visto prestar servicios gratuitamente, y pensó que si Condottier se había tomado la molestia de devolverle á Mauricio, tendría algún interés en mostrarse generoso y abnegado, y este interés no tardó en adivinarlo. Con toda claridad comprendió que el marqués le había devuelto su hijo para apoderarse más fácilmente de su hija. Además, en la casa todo el mundo favorecía esta combinación; la señora Prévinquieres, cuyas ideas aristocráticas estaban algo oprimidas por las tendencias burguesas de su marido, sentía gran debilidad por la nobleza auténtica del marqués. La condesa de Grodsko, insinuante y sagaz, le complacía mucho, y Mauricio, siempre dispuesto á inflamarse por una belleza nueva, empezaba á hacerle una corte formal. La única que no manifestaba su opinión era Rosa; acogía sonriendo con graciosa bondad las discretas demostraciones de Condottier, pero de su actitud era imposible colegir si estaba dispuesta á conceder al marqués la mano que á tantos otros había negado. Esto tranquilizaba á Prévinquieres, porque después de los disgustos que, con respecto al matrimonio de su hija, la fantasía de la misma le había hecho experimentar, tenía la sorda inquietud de que se decidiese á hacer una elección absurda; y la de Condottier le parecía la más inaceptable. Sin embargo, no podía alejarlo de su casa, y aun al día siguiente lo esperaba con su hermana, pues estaban de temporada en Rocher, en casa de su vecino el barón de Folentin, banquero riquísimo y solterón recalcitrante, y debían ir á cazar á Beaumont.

Prévinquieres recordaba todas estas cosas con tristeza. Acababa de firmar maquinalmente un gran número de cartas, cuando la puerta de su gabinete se abrió para dar paso á un buen mozo que entró sonriendo. Al verlo, iluminóse el rostro de Prévinquieres. Se fijó en él con complacencia, y desmintiendo la rudeza de sus palabras con lo cariñoso de su mirada, dijo:

—Vamos. Ya estás ahí. ¿Cuántas tonterías has hecho esta mañana?

—¡Por Dios, papá! No he tenido tiempo de hacer ninguna. Me acabo de levantar.

—Perezoso... Son las once.

—Es que el aire del campo es un narcótico asombroso. He dormido tan bien, que no me podía despertar.

—Sí, el aire es aquí excelente. Si vinieses con más frecuencia tendrías mejor salud.

—Mi espíritu no está dotado de suficientes recursos para vivir en el campo. No sabría qué hacer. Me aburriría y aburriría á los demás.

—Trabajarías.

—¿Acaso soy capaz de trabajar?

No lo has probado nunca...

—Es cierto; pero creo que no sirvo para nada. Cuando veo lo que haces, y la variedad de tus conocimientos, mi admiración raya en asombro.

Prévinquieres fijó en su heredero una mirada cariñosísima. Movió la cabeza, golpeó uno de los brazos de la butaca y dijo modestamente:

—No soy un águila. No debes confundir; hay muchos que saben más que yo; pero es cierto que he trabajado mucho y que he emprendido negocios muy distintos, y si tú siguieras mis consejos, dentro de algunos años estarías en condiciones de ocupar mi lugar al frente de mi fábrica y en la Cámara...

—¡En la Cámara!, exclamó Mauricio. ¿Serías capaz de abandonar tu asiento en ella, y con él á tus fieles electores?

—¿Por qué no? Yo iría entonces al Senado, y podríamos decir que éramos los dueños del país. ¡Si tú hubieses querido!.. ¡Si quisieras todavía! Con tu in-

teligencia, porque tú eres inteligente, llegarías á ocupar una brillante posición. Tú continuarías la dinastía de los Prévinquieres...

—Prévinquieres IV, dijo burlonamente Mauricio. Eso sería muy hermoso, pero me parece demasiado difícil. Además, ¡con el porvenir que nos prometen los socialistas!..

—¿Acaso crees en esos sueños? Eres más crédulo que ellos mismos. Demasiado saben que sus reivindicaciones han nacido muertas, y que su programa es irrealizable.

—Sí, pero como ellos dicen, pueden alterarlo todo.

—Eso duraría un día; pero al siguiente, el orden de las cosas recobraría su equilibrio. Si vacilas en seguir las huellas de mis pasos porque el colectivismo se te antoja amenazador, tu temor es vano. No es la sociedad lo que sería preciso cambiar, es la humanidad entera, y no hay probabilidades de que esto ocurra.

Prévinquieres iba á extenderse en elevadas consideraciones, cuando fué interrumpido por un golpecito ligero dado en la puerta del gabinete. Dijo «adelante,» y un instante después apareció Valentín precediendo á su huésped el americano. Éste avanzó hacia Prévinquieres sonriendo con aplomo, y sin dar tiempo á que le presentasen, se presentó él mismo.

—Ralph Evans, de Pittsburgo, su antiguo cliente y su actual competidor, Sr. Prévinquieres.

—Y el que me roba este excelente muchacho, replicó el industrial señalando á Valentín.

—Sí, es verdad; pero sin premeditación, y de ningún modo por interés... Además, él volverá.

Prévinquieres y Raynaud se miraron. El primero movió la cabeza sin contestar; después, cambiando de conversación, dijo:

—Sr. Evans, á quien debería llevarse á América no es á Valentín, es á este joven...

Y señalaba á su hijo, que con un codo apoyado en la chimenea, examinaba con curiosidad al americano.

—Nada más fácil si así lo desea; en el barco habrá sitio para todos...

—Muchas gracias, dijo Mauricio sonriendo. La travesía no me seduce, y además á mí me basta Europa.

—Usted no es curioso. Yo á su edad ya había dado la vuelta al mundo.

—En ochenta días, replicó Mauricio. Nosotros la damos en cuatro horas en... la Porte-Saint-Martin.

—He ahí la juventud actual, dijo Prévinquieres, dirigiéndose á Ralph. De todo se burla. Se le habla de instruirse, y contesta que se quiere divertir. Nosotros amontonamos grandes fortunas para nuestros hijos; ese es nuestro error y se excusa. No tienen necesidad de preocuparse, porque nosotros nos hemos preocupado por ellos. Hay momentos en que me pregunto si la herencia no es un error social. Si nuestros hijos se viesen obligados á contar consigo mismos, tendrían que trabajar, y serían hombres de provecho.

—Esa es la teoría del sufrimiento, dijo con dulzura Valentín. Es muy dura, y es preciso estar sólidamente constituído para resistir la prueba. El elegante Mauricio no ha nacido para sufrir. Usted no lo puso en el mundo para que fuese desgraciado. Le ha educado para que brille, para que le envidien, y llena todas las partes del programa trazado por usted mismo. En París no hay joven más mimado y más querido. Le da algunos disgustos; pero esto pasará, pues tiene buen corazón, y su fondo es excelente. Ya verá cómo se formaliza cuando llegue el momento oportuno.

—Gracías, Valentín, dijo Mauricio. Tú eres siempre el cariñoso amigo que en otros tiempos excusabas mis locuras, y que últimamente, cuando me he extralimitado, has hecho lo posible por repararlas. Tú sí que eres un hombre honrado, y yo te quiero con todo este corazón que dices es bueno, y que en el fondo lo es. ¡Ah, si todo el mundo tuviese sentido común!..

Miró á su padre, miró á Valentín, no acabó de exponer su pensamiento y exhaló un suspiro. Luego, con su natural displicencia, sacó un cigarrillo de su petaca de oro y lo encendió. Se acercó á Ralph, y con la más exquisita cortesía le dijo:

—Creo, caballero, que no se alejará de nosotros bruscamente, y que mi padre y los míos tendrán la satisfacción de hacerle los honores de Beaumont. Sin duda ya conoce la fábrica, pero no la finca, y como quiera que mañana tenemos una partida de caza y esta noche llegan de París algunos amigos...

—Me atrevo á esperar, dijo Prévinquieres interrumpiendo, que será usted de los nuestros.

—Con mucho gusto, si me aceptan tal como estoy, es decir, como un viajero.

—Corriente. Pero ante todo, permítame que le presente á mi madre y á mi hermana.

Precedidos por Mauricio, Evans y Raynaud pasaron al salón, en donde la señora y la señorita Prévinquieres esperaban, no sin curiosidad, la anunciada visita del yanqui. Rosa se había esmerado en su adorno, vistiéndose un precioso traje de batista bordada, descotado tan sólo lo preciso para que se viese el nacimiento de su torneado y blanco cuello. Viendo entrar al extranjero se puso vivamente en pie, y apareció alta y esbelta. Los cabellos rubios daban á su rostro una frescura exquisita; sus manos, que pendían á lo largo de su falda, eran diáfanas, de forma irreprochable y estaban surcadas por azuladas venas. Contestó al saludo de Ralph con una ligera inclinación, y dedicó una sonrisa á Valentín. Durante ese minuto se mostró tan adorablemente hermosa y expresiva, que el americano no pudo menos de lanzar una rápida mirada á su amigo como para decirle: «Ahora lo comprendo.» Valentín sonrió con tristeza, y viendo á Rosa tan encantadora, bajó la cabeza para no imponerse á sí mismo el suplicio de desearla sin esperanza. Pero la joven cruel no pareció sospechar la dolorosa resignación de su adorador, y dirigiéndose á él le dijo con afectuosa familiaridad:

—Bien, Valentín; ha cumplido usted su palabra de presentarnos al Sr. Evans. Porque sepa usted, caballero, que ardíamos en deseos de conocerle. Nos han contado tales cosas de su inteligencia y de su suerte en los negocios, que si no hubiese venido á vernos no se lo habríamos perdonado nunca á Raynaud.

—Pues, señorita, dijo Evans tranquilamente; aquí tiene usted al monstruo en persona. Pero no se exagere su importancia, porque en realidad es tan pequeña...

—En su país, dijo la madre de Rosa, en donde los archimillonarios abundan, tal vez; pero en la pobre Europa, y en Francia sobre todo, no puede usted pasar inadvertido.

—Crea usted, añadió Rosa, que aquí no se le estimará á usted por su fortuna. Seguramente que en los tiempos en que vivimos la riqueza es una gran cosa, pero no es todo...

—En América, señorita, replicó el americano, la fortuna no tiene valor más que por el partido que de ella se saca. Un hombre rico que no hace nada vale muy poca cosa.

—¡Chúpate esta, Mauricio!, dijo Prévinquieres con cierto júbilo. Ve ahí resumido en pocas palabras el concepto que tengo de la vida. La fortuna debe servir únicamente como medio de acción. Esa doctrina ha sido siempre la regla de mi conducta.

—¿Es también la de la señorita?, preguntó Ralph co ingenuidad.

—Mis opiniones, dijo Rosa alegremente, son algo más amplias que las de mi padre. No profeso gran estima á las gentes que no sirven para nada. Sin embargo, á mis ojos no es todo la laboriosidad. Hay otras cualidades muy dignas también de ser tenidas en cuenta. Por ejemplo, la buena educación, el talento, la bondad, el buen gusto y todos los dones que caracterizan al perfecto hombre de mundo, que se puede soñar como compañero de existencia...

—¡Como compañero de existencia!, replicó Evans. Entonces, estamos apreciando las cualidades masculinas desde el punto de vista matrimonial, y lo que la señorita Prévinquieres acaba de decir es algo así como el programa del perfecto candidato.

—Si usted se empeña..., dijo Rosa con displicencia. Pero no se asombre, Sr. Evans, de que una joven francesa dé gran importancia al matrimonio, porque es el más importante y casi podría decir el único problema que existe para ella.

—Sí, ya lo sabía, y todo cuanto usted me dice me interesa muchísimo. ¿Me permite, si no soy indiscreto, que le hable de este asunto?

—¿Por qué no?, replicó Rosa. Lo que acabo de decir no es nuevo para los míos. Lo saben desde hace mucho tiempo; pero si á usted le distrae hacerme hablar...

—Sí, es una cosa nueva para mí. Después de lo que le he oído decir, creo que para una joven de su posición sólo un hombre de mundo podría parecerle candidato aceptable. Un joven honrado, trabajador y rico, pero sin relaciones, sin elegancia, que no tuviese más que su honradez, su inteligencia y su fortuna, ¿tendría probabilidades de lograr un dichoso resultado?

—Me parece, respondió Rosa, que por poco tacto que tuviera ni siquiera se presentaría, porque desde el primer momento había de ver que no estaba en condiciones de vivir en el ambiente en el cual tendría que desenvolverse. Es cuestión de atmósfera; no respiraría con libertad y se volvería á su casa.

—Entonces, ¿no podría contar por parte de la que hubiere elegido su corazón con ningún favor, con ninguna indulgencia? Las cualidades formales, como la excelencia de los sentimientos, la solidez de los principios, y en fin, un afecto sincero y apasionado, ¿no serían suficientes para que se hiciese una excepción con él? La elegancia de sus trajes, su buen tono, su finura, sus parientes y amistades y todo lo que, según usted misma ha indicado, constituye el conjunto de una posición mundana, ¿pesarían más que los preciosos dones que aseguran la tranquilidad material y garantizan la felicidad?

—Sr. Evans, contestó Rosa, es usted muy complejo, y la respuesta resulta dificilísima. Usted escoge un ejemplo novelesco y muy por encima de toda verosimilitud. ¿En dónde va usted á encontrar ese ideal, en el que se reunirían todas las facultades del hombre trabajador y todos los refinamientos de corazón de un enamorado? En los libros y en el teatro lo encontramos. Pero ese ser admirable, ¿existe en la realidad? Los autores aseguran que sí, pero yo dudo que su afirmación sea cierta. Crea usted que lo mejor es no hacerse ilusiones respecto á ese fénix y contentarse con el candidato posible, cuyo retrato he hecho hace un instante á grandes rasgos.

—Vaya, dijo Evans suspirando, veo que es imposible hacerle variar de programa.

—No creo que con razonamientos se pueda conseguir. Sería preciso un hecho material y violento. Una desilusión completa, un gran pesar.

—Sí, objetó fríamente Evans, la demostración absoluta y brutal de todo lo que hay de ficticio y de ilusorio en las ventajas que usted coloca por encima de todo. Esto no es probable que suceda. No podremos, pues, asistir á la desilusión completa de la señorita Prévinquieres en un nuevo camino de Damasco, y por lo tanto, amigo Raynaud, no tenemos más que tomar los billetes y marcharnos á América.

Estas últimas palabras confirmaron á Prévinquieres la verdadera finalidad de la conversación de Evans. Cambió con su mujer una significativa mirada. Evidentemente Ralph Evans había querido intentar en la joven á quien Valentín amaba una prueba suprema y hacerle declarar que el director de la fabrica no tenía probabilidad alguna de llegar á conmover su corazón. Raynaud, pálido y tembloroso, no perdía ni una palabra de las que Rosa pronunciaba fríamente. El americano había obligado brutalmente á que Rosa se explicase, y ya no podía dudar: nunca se conformaría con ser la mujer de un antiguo obrero, aunque estuviese dotado de una inteligencia superior y en posesión de una gran fortuna. Valentín lo comprendió así, y viéndose condenado para siempre al suplicio, deseaba salir de aquel salón en donde se ahogaba, apartarse de aquella cruel mujer que acababa de hacerle sentir todo su desdén, y encontrarse al aire libre, en completa soledad, para poder dar rienda suelta á su desesperación y á su cólera. Hizo un gesto tan doloroso, que Ralph comprendió la necesidad de abreviar la visita. Se levantó, y saludando á la señora Prévinquieres, le dió las gracias por la benévola acogida que le había dispensado.

—Sr. Evans, dijo entonces Rosa, ya sabe usted que mañana contamos con los dos. Hoy llegan algunos invitados, gente de mundo, de las de que no hace usted gran caso, y puede que en el fondo tenga razón. Pero yo deseo que pueda estudiarlos con entera libertad, y luego, si usted quiere, volveremos á hablar. Me encanta su franqueza.

Cambió un varonil apretón de manos con el americano, y Ralph y Raynaud salieron por la puerta-ventana que daba al jardín. Una vez solos y al aire libre, se cogieron del brazo y siguieron á lo largo del canal. Al principio guardaron silencio; pero después, y mirando á su amigo, Ralph dijo:

—Bien. La lección ha sido completa.

—Sí. ¿Ha visto usted con qué crueldad ha ahondado el acero en la herida?

—¿Crueldad? ¿Por qué? Ni siquiera se figura que le ha herido. Ignora completamente lo que por ella siente usted. ¿Quiere que llevemos la aventura más lejos y que yo se lo diga?

—Eso nunca. Sufriría demasiado si recibiese una negativa.

—¿Quién le asegura que sería una negativa?

—Todo lo que acaba de decir y que yo sabía de antemano, está de acuerdo con las ideas de los que la rodean y con su ambiente. No, Evans, no hay esperanza. Rosa no se casará nunca con el hijo de un capataz, á quien ha visto vestido con una blusa como un simple obrero.

—Tanto peor para ella, querido, y no para usted. Créame; durante la hora que acabamos de pasar con ella, la he observado mucho. Es una niña mimada que, si las circunstancias no la favorecen completamente, puede ser muy desgraciada y hacer desgraciados á cuantos están unidos á ella. Vea usted; yo

la comparo á un potro que siempre ha galopado libre y á su antojo en una pradera, que se defenderá terriblemente cuando le hagan sentir el bocado para conducirle á un paso que no sea el suyo. Estoy contentísimo de que no sea usted quien haga la experiencia. Sería enojosa, y en ella se correrían grandes riesgos. Para salir con bien de la aventura se necesitaba tener una mano de hierro, y usted no la tendría. Concediendo que la tuviese, temería hacer daño á la hermosa desbocada. Deje usted esto, amigo mío, y si le es posible piense en otras cosas. Si no puede, ¡qué diantre!, quéjese usted. Hay gentes que aseguran que eso consuela, y yo estaré siempre á su disposición para escucharle.

—Me aflijo más por ella que por mí, Evans, se lo aseguro; pues me parece que el porvenir de esa niña, tan llena de ideas falsas, no puede ser más amenazador. Es tan orgullosa y tan delicada, que cualquier decepción la aplastará. Calcule usted lo que la vida le reserva. Yo preferiría sufrir cien veces más y que fuese dichosa.

—Usted puede desearlo, querido amigo, pero no sucederá más que lo que el destino tenga dispuesto. Si la señorita Prévinquieres debe pagar las consecuencias de sus prejuicios, lo que Valentín Raynaud desee no la aliviará gran cosa. Y ahora, sinceramente; si algo puede esperar de ese espíritu que no le comprende y de ese corazón que se le escapa, lo deberá á las pruebas que sufra. El buque no entra en el puerto hasta después de haber sido batido por la tempestad. Si cuando llegue ese momento todavía anhela usted su posesión, ejercerá usted de piloto y le ayudará á salir del atolladero.

III

—Vamos, Sr. Prévinquieres, si no está usted muy cansado, tenga la bondad de bailar conmigo.

—Condesa, cuando se trata de demostrarle mi obediencia, yo estoy siempre dispuesto.

Mauricio ofreció sonriendo el brazo á la condesa Grodsko, y como la señora Prévinquieres preludiaba un vals brillante, la joven y el hijo de la casa empezaron á bailar.

En el salón de Beaumont se reunió aquella noche muy selecta concurrencia. Los castellanos de las cercanías habían acudido, y entre éstos y los parisienses, huéspedes de Prévinquieres, reinaba la mayor intimidad. Las recepciones se sucedían regularmente en aquel rincón de provincia, y los cazadores se encontraban casi siempre en las mismas partidas de caza. El barón Trésorier, el agente de cambio, hablaba con Lermont, que ha colocado en Francia el arte del tiro y de la batida á la misma altura que Lord de Grey en Inglaterra. La Brède y de Tremblay, cazadores alegres, sin los cuales no podían verificarse las partidas de Beaumont, descansaban tumbados en un sofá de las fatigas del día, cuando Rosa se dirigió con decisión á ellos conminándoles á que abandonasen su cómoda postura y á que sin pérdida de tiempo hiciesen bailar á las hijas del procurador de la República, que no deseaban otra cosa.

La Brède exhaló un suspiro y se levantó con resignación, pero de Tremblay se preparó á resistir.

—¡Cómo! ¿Bailar cuando apenas nos levantamos de la mesa? ¿Sin darnos tiempo para respirar? Aquí no se puede descansar un momento. Cinco horas á pie recorriendo la vasta llanura, un cuadro de doscientas cincuenta perdices, y todavía se nos niega el derecho á descansar después de comer. Sepa usted, encantadora niña, que pediré una indemnización á su señor padre.

—Vamos, vamos. Mire usted con cuánta impaciencia me espera el marqués de Condottier.

—¡Diablo! Si yo la esperase también estaría impaciente. Pero usted me ofrece una de las hijas del administrador de justicia del lugar. La ironía es amarga. En fin, yo estoy aquí para los trabajos de carga, ¿no es eso? Allá voy.

—¿Por qué te quejas?, dijo La Brède encogiéndose de hombros. Demasiado sabes que al fin no tendrás más remedio que sacrificarte.

—¡Toma! Entre tanto gano tiempo.

De pie en medio del salón, el elegante Condottier esperaba efectivamente á Rosa y fijaba en los asistentes una mirada de triunfo. Tenía la seguridad de que la señorita Prévinquieres le daría una respuesta favorable, pues había estrechado el cerco tan atrevidamente, que, según su opinión, no habría de tardar en rendirse.

Verdaderamente el joven marqués era un hombre admirable. Sacaba todo el partido posible del encanto que la elegancia puede añadir á la gracia natural. Nadie se vestía como él, ni se ponía una levita de nuevo corte, ni lanzaba un pantalón nuevo con tanto arte para imponer su gusto. Delgado, alto, ágil, moreno, con ojos de meridional y dientes que brillaban bajo el bigote peinado á la borgoñona, era el príncipe de la juventud. Una mujer que desease ser la reina de la moda, no podía elegir compañero que fuese más á propósito para asegurar su supremacía.



... y con agilidad y ligereza le hizo seguir el ritmo del vals

Todas estas cosas se las decía Rosa cuando, después de haber puesto en movimiento á los dos cazadores, se dirigía hacia él, y no sin cierta satisfacción contemplaba al elegantísimo joven que en medio del salón se movía con tanta libertad, que parecía colocado en aquel sitio para que lo admirasen mejor, y su aislamiento semejaba un distintivo de superioridad. Dirigiéndole una sonrisa, el marqués le tendió la mano, con el brazo derecho rodeó el talle de la joven, y con agilidad y ligereza le hizo seguir el ritmo del vals trazando caprichosas y armónicas curvas.

Prévinquieres estaba sentado junto á una ventana y conversaba con un joven, al que hizo que se fijase en la elegante pareja.

—Verdaderamente, son dignos de que se les admire...

—¡Ah! ¿Lo confiesa usted al fin?

—Mi querido barón, no soy ciego, pero tampoco me dejo alucinar. Ese muchacho es muy elegante, pero no me sirve.

El barón Folentin de Rocher hizo una mueca significativa.

—¡Diantre! Yo sé que es usted un hombre serio, y yo lo soy también. Pero con eso no consigue usted que Condottier no sea en extremo seductor. Usted mismo se ha visto obligado á reconocer que produce un efecto extraordinario.

—Creo que mi hija le ayuda en algo.

—Sin duda la señorita Prévinquieres es en su género tan seductora como el marqués. Formarían una pareja admirable...

—A la que serían precisos para vivir doscientos mil francos, y todavía contraerían deudas...

—Deudas que pagaría usted, y en cuanto á los doscientos mil francos...

—Alto ahí, Folentin. No vaya usted á figurarse que estoy loco. Poseo una gran fortuna, usted lo sabe porque es mi banquero; pero con todo, mis medios no me permiten sostener otra casa como la mía. Tengo un hijo imbécil que me cuesta bastante caro.

—Vamos, Sr. Prévinquieres, no trate de enternecerme. Yo sé que no gasta usted la renta y que todos los años aumenta el capital.

—Sí, y Valentín Raynaud se va.

—¿Con ese endiablado americano que me ha presentado usted hace un momento y que tira tan bien?

—Sí, con Ralph Evans.

—Raynaud es un muchacho excelentísimo y honrado; pero la fábrica marchaba admirablemente antes que él la dirigiese, y seguirá marchando lo mismo.

—¿Será Condottier quien la dirija?

—Eso sí que no. Condottier es un chico que sabe más de lo que parece, y su hermana es una mujer encantadora...

—Vamos, Folentin, yo no le pido que me cuente sus aventuras amorosas.

—¡Oh! No crea usted nada de cuanto se dice de mí y de la condesa Grodsko. Ni siquiera se me ha pasado por la imaginación. Ya no estoy en la edad en que las mujeres impresionan.

—¿Cuántos años tiene usted, Folentin?

—Treinta y seis.

—¿Y solterón empedernido?

—Hasta que encuentre la mujer de mis sueños.

—¿Cómo debe ser?

—No es fácil explicarlo. Hablando con sinceridad, puedo asegurar que todavía no he encontrado ninguna que me haya parecido valer lo necesario para hacerme perder la libertad.

—Lo que acaba usted de decir no es muy halagador para mi hija.

—¿Me la daría usted?

—Empiece por pedirme su mano.

—¡Diablo! No es precisamente de eso de lo que se trata.

—Entonces, ¿de qué?

—De una comisión muy delicada que para la señorita Prévinquieres me han encargado.

—¿Quién?

—Condottier.

—¿Le ha pedido que sea usted su intermediario?

—Un poco más, diga usted su corredor.

—¿No se tiene por bastante hombre para hablar por sí mismo?

—Crea usted que debe haberlo hecho en todos los tonos y en todas las formas. Fíjese usted en él, ahora que está bailando con su hija. Hablan, ríen, ¿de qué quiere usted que se ocupen si no es de cosas de amor?

—Y bien...

—Pues bien. Parece que la señorita Rosa ríe, bromea, tal vez demasiado á juicio de mi amigo, y no se decide á conceder crédito á las apasionadas confesiones que le hace. De modo que, resuelto á todo y antes que dirigirse oficialmente á usted, Condottier desea que un hombre serio, con el que seguramente no se atreverá á bromear, yo, en fin, hable algunos instantes con la señorita Prévinquieres.

—¡Maravilloso! ¿Quiere usted que le diga lo que pienso, Folentin? Mi hija es demasiado inteligente; hasta ahora ha rechazado admirables partidos, y no se dejará alucinar por un joven como el marqués. Mire, el vals ha terminado, y la ocasión no puede ser mejor. Vaya usted á reunirse con mi hija, dígale cuanto tenga que decirle y sea elocuente; la condesa Grodsko se lo agradecerá.

—¿Todavía? Después de todo me es igual. No hay ofensa en eso.

Folentin se había puesto de pie, y se dirigió hacia Rosa, que en el centro de un grupo formado en medio del salón, y algo sofocada por el baile, hacía que los rizos que caían sobre su frente se agitasen con el aire de un abanico de encajes.

—¡Cómo! Sr. de Rocher, ¿quiere usted bailar?, preguntó Rosa haciendo una reverencia al barón.

—Yo la invitaría á bailar como cualquier otro, señorita, contestó Folentin, si pensase que ello había de proporcionarle una satisfacción; pero teniendo como tiene usted un ejército de jóvenes voluntarios, no necesita recurrir á las reservas.

(Continuará.)



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA. – Banquete de gala dado en honor del almirante y de la oficialidad de la escuadra por el Excmo. Ayuntamiento en el Salón de Ciento. (De fotografía de A. Merletti.)

LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA

Durante la estancia en este puerto de la escuadra inglesa que manda el almirante Beresford, el Ayuntamiento y algunos particulares han organizado varios festejos para obsequiar á los jefes y oficiales de la misma.

De los principales vamos á dar cuenta someramente.

La excursión al Tibidabo dejó entusiasmados á nuestros huéspedes, quienes expresaron su admiración por el hermoso panorama que desde allí se descubre y sobre todo por el grandioso aspecto que ofrece nuestra ciudad contemplada desde aquella altura. En el almuerzo que se celebró y al que asistieron, además de los marinos ingleses, las autoridades, el almirante y el alcalde cambiaron frases de mutuo afecto haciendo votos porque se estrechen cada día más las amistosas relaciones entre Inglaterra y España.

El banquete oficial efectuóse en el magnífico Salón de Ciento, en el que con muy buen acuerdo no se había puesto más adorno que un grupo con las banderas española é inglesa rodeando una plancha con las iniciales del rey y los escudos de Barcelona y poblaciones agregadas. La mesa estaba dispuesta con gran elegancia y adornada con profusión de flores, y á ella se sentaron el alcalde, el gobernador, el capitán general, el presidente de la Diputación, el comandante de marina, un presidente de sala de esta Audiencia, el general gobernador, un teniente fiscal, el cónsul de Inglaterra, el almirante, vicealmirante y varios jefes y oficiales de la escuadra inglesa, varios concejales, representantes del ejército y de la armada y otros invitados hasta el número de 160. El alcalde brindó por D. Alfonso XIII, por el rey Eduardo VII y por la oficialidad de la escuadra; y el almirante, en sentidas frases, expresó su agradecimiento por los obsequios y atenciones que se habían dispensado á él y á sus oficiales, y su admiración por Barcelona, que calificó de ciudad la más hermosa del Mediterráneo.

Terminado el banquete, dirigiéronse los invitados al Palacio de Bellas Artes, en donde se había organizado un concierto en el que tomaron parte la banda municipal, el «Orfeó Catalá» y los alumnos de la Escuela Municipal de Música. El inmenso salón ofrecía un aspecto magnífico, así por la concurrencia que lo llenaba por completo, como por la profusión de adornos y luces que lo engalanaban. La banda municipal tocó el misterio en tres partes *Eva*, de Massenet; el «Orfeó Catalá» cantó varias composiciones de García Robles, Pedrell, Lambert, Montes y Nicolau, y la banda, el orfeón y los alumnos de la Escuela Municipal de Música, formando un total de 600 ejecutantes, ejecutaron la *Patria Nova*, de Grieg. Todas las piezas fueron acogidas con estruendosos aplausos, no siendo los marinos ingleses los que menos entusiasmados se mostraron.



LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA. – El almirante, jefes y oficiales de la escuadra en la nueva plaza de toros. (De fotografía de A. Merletti.)

El almirante y algunos oficiales asistieron á la corrida de toros que se dió en la nueva plaza, y presenciaron un partido de pelota y otro de *lawn-tennis* que en su honor se organizaron en el Frontón Condal y en el campo del *Turó* respectivamente.

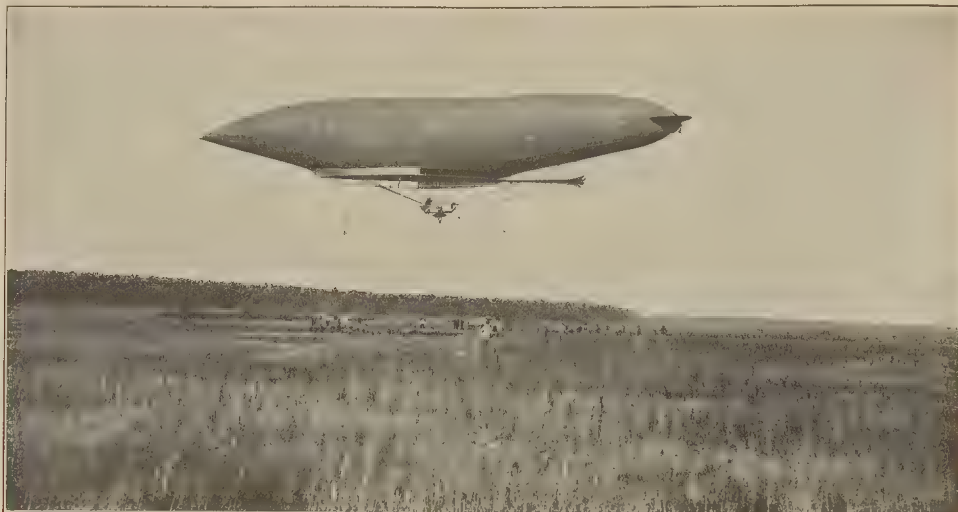
Fueron además obsequiados los marinos ingleses con un banquete por el cónsul de su nación y con una excursión á Montserrat y una comida y concierto íntimos por el acaudalado fabricante don J. J. Bertrand. En esta última fiesta, á la que sólo asistieron el almirante, el vicealmirante, dos ayudantes del primero y el cónsul y vicecónsul de Inglaterra en Barcelona, tomó parte el «Orfeó Catalá,» que cantó las más escogidas piezas de su repertorio.

Para corresponder á los agasajos de que su escuadra ha sido objeto, el almirante lord Beresford obsequió á las autoridades barcelonesas con un espléndido banquete á bordo de su buque, el *Bulwark*, y á los concejales y representantes de la prensa y á sus familias con un te que se celebró en el propio barco.

Los marinos ingleses han quedado encantados de Barcelona y muy agradecidos á las cariñosas atenciones que se les han dispensado, y de sus sentimientos es expresión la afectuosa carta de despedida que el almirante ha dirigido al alcalde y en la cual á las frases de gratitud acompañan los más halagüeños conceptos para nuestra ciudad y para sus habitantes.—X




LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA. – PARTIDO DE «LAWN TENNIS,» ORGANIZADO EN EL CAMPO DEL TURÓ EN HONOR DEL ALMIRANTE, JEFES Y OFICIALES DE LA ARMADA. (De fotografías de A. Merletti.)



Último viaje del globo dirigible Lebaudy. (Fotografía de M. Rol y C.ª)

EL GLOBO DIRIGIBLE LEBAUDY

Después de haber demostrado sus condiciones para la navegación aérea por placer, se ha querido ver hasta qué punto podría servir para la guerra el famoso globo dirigible de los hermanos Pablo y Pedro Lebaudy. A este efecto, de acuerdo con el ministro de la Guerra de Francia, los comandantes Bouttiaux, director del parque de aerostación de Chalais-Meudón, y Viard, y el capitán Voyer, subdirector de dicho parque, formaron con el Sr. Julliot, el famoso ingeniero del *Lebaudy*, un programa de pruebas preparatorio de un largo viaje por etapas.

Las pruebas se realizaron á entera satisfacción, habiendo terminado en Moissans, con el viaje de tres horas y once minutos efectuado el 27 de junio último; y el día 3 de este mes comenzó el viaje por etapas, saliendo el globo del punto de partida designado á las 3 y 45 y descendiendo en Meaux á las 6 y 20, después de haber recorrido una distancia de 94 kilómetros casi en línea recta.

El día 6, á las 7 y 53 de la mañana, emprendió la travesía de la segunda etapa, yendo tripulado por el capitán Voyer, el piloto Juchmés y el mecánico Roy. A las 8 y 50 pasaba por Chateau-Thierry; á las 9 y 17, por Varennes; á las 10 y 30, por Epernay, y á las 11 y 30 tomaba tierra en Mourmelon, que era el lugar previamente indicado, después de un magnífico viaje y á pesar de haber tenido que luchar contra un fuerte viento contrario.

El sitio en donde había de acampar el *Lebaudy* reunía muy malas condiciones, pues estaba completamente al descubierto, sin ninguna clase de abrigo; por esta circunstancia, el ingeniero Julliot había manifestado por teléfono á los propietarios del globo sus temores de que en caso de sobrevenir una tempestad podría el aparato sufrir algún daño. Estos temores se confirmaron, pues á las 6 de la tarde, el viento rompió las amarras y desgarró la envol-tura del aeróstato.

Afortunadamente los daños son fácilmente reparables, porque la parte mecánica del *Lebaudy* ha quedado indemne.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 24 de julio de 1905 — Núm. 1.230



El submarino francés FARFADET en el fondo del lago de Bizerta.—Los buzos pasando cadenas y cables por debajo del casco del barco para poner éste á flote y salvar á los doce hombres encerrados en él.

El día 6 de este mes, mientras el submarino *Farfadet* estaba evolucionando delante del arsenal Sidi-Abdallah, en el fondo del lago de Bizerta, el comandante del mismo, el teniente de navío Ratier, dió orden de sumergir el barco. En aquel momento la puerta de proa no pudo cerrar bien, y penetrando en el interior del *Farfadet* el agua, hundióse el buque, quedando encerrados en él doce hombres y salvándose únicamente tres, entre ellos el comandante. Inmediatamente se emprendieron los trabajos de salvamento; pero desgraciadamente han durado varios días, y cuando se ha podido sacar á flote el submarino, los tripulantes ya habían muerto.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *Toñico*, por Sebastián Gomila. – *Actualidades cubanas. Entierro de Máximo Gómez. Monumento á Martí.* – *Los desórdenes de Odessa.* – *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* – *D. Raimundo Fernández Villaverde.* – *El crucero austriaco «Kaiser Franz Joseph I.»* – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *La Conquistadora*, novela ilustrada (continuación.) – *La cura por la Naturaleza*, por Marcos Woodward.

Grabados.—*El submarino francés «Farfadet» en el fondo del lago de Bizerta.* – Dibujo que ilustra el artículo *Toñico.* – *Monumento erigido en la Habana á la memoria de José Martí.* – *Entierro de Máximo Gómez en la Habana.* – Cuatro reproducciones fotográficas de los desórdenes de Odessa. – *Guerra ruso-japonesa. Prisioneros japoneses en Medvied.* – *Escenas de la vida de campaña del ejército japonés.* – *El cadáver del marinero del buque de guerra ruso «Príncipe Potemkine,» expuesto en el muelle nuevo de Odessa.* – *D. Raimundo Fernández Villaverde.* – *El crucero austriaco «Kaiser Franz Joseph I.»* – *La cura por la Naturaleza:* Ejercicios gimnásticos. – Paseo con los pies descalzos por el césped humedecido por el rocío. – Silla respiratoria para el pecho. – Ejercicios gimnásticos al aire libre. – *París. Traslación de los restos del almirante norteamericano Pablo Jones.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Costa Rica: candidatos á la presidencia: las compañías extranjeras: la cuestión de frontera con Panamá. – *Colombia:* fomento de las comunicaciones: propósitos de colonización: las tareas de la Asamblea nacional. – *Ecuador:* interinidad presidencial: el pleito de límites con el Perú: ferrocarriles á Quito. – Los ferrocarriles en *Perú* y *Bolivia.* – El ferrocarril transandino por Uspallata.

Han comenzado ya en Costa Rica los trabajos preparatorios para la elección de nuevo presidente de la República. Son candidatos el ex presidente D. Bernardo Soto, los ex ministros D. Cleto González Víquez y D. Tobías Zúñiga, el abogado D. Máximo Fernández y el Dr. Valverde.

La competencia entre yanquis é ingleses, que tanto vienen influyendo en la vida financiera y económica de Costa Rica, parece que se decide á favor de los primeros. Representa á éstos la «United Fruit C.°,» que explota la venta y comercio de plátanos; á los ingleses, la Compañía de ferrocarriles.

El nuevo régimen del talón de oro y los pagos que en este metal hace la Compañía frutera han contribuído á que aumente considerablemente la circulación de oro en la República. El dólar norteamericano lleva camino de ser la principal moneda del país. El predominio de los yanquis contraría á los ingleses, que poseen las vías férreas y la mayor parte de los créditos contra la República, cuya deuda exterior asciende á unos once millones de pesos oro. El peligro que podía venir por este lado, lo ataja el gobierno costarricense echándose en brazos de los yanquis. La banca de Nueva York toma á su cargo esa deuda, y de ella responden las aduanas de Costa Rica, inspeccionadas por agentes norteamericanos.

La cuestión de frontera con la República de Panamá ha quedado resuelta, por ahora, aceptándose el laudo arbitral que dictó el presidente de la República francesa cuando aún Panamá era departamento de Colombia.

***

Ampliando, con relación á Colombia, las noticias que dimos en mayo último al exponer breve resumen de los mensajes presidenciales, consignaremos ahora que el nuevo Ministerio de Obras públicas creado en enero de este año, ha despachado importantes asuntos de fomento industrial y mejoras materiales.

Si definitivamente se aceptan las proposiciones de varios empresarios extranjeros, se construirán ferrocarriles desde el Atlántico al Pacífico pasando por la capital y por los principales centros de población de seis departamentos. Está ya firmado el contrato para el ferrocarril del golfo de Urabá á Medellín, y se trabaja con empeño en el de Buenaventura, tratando de restablecer el tráfico en los 46 kilómetros que hubo en servicio antes de la pasada guerra civil, y que por el abandono en que estuvo durante cuatro años quedó casi anulado. En una de las proposiciones á que antes se hizo referencia, se comprende la conclusión de este ferrocarril y su prolongación hasta Bogotá.

Procúrase fomentar las riquezas de la zona oriental por medio de caminos y de exploraciones especialmente dedicadas á coleccionar muestras de los productos naturales de más fácil y provechosa explotación. La Sociedad Geográfica de Colombia ha hecho suyas las proposiciones de su secretario el señor Rosales, referentes á la colonización del Oriente colombiano y el valle del Atrato. Los individuos de esa Sociedad que hayan visitado ó explorado dichas regiones, rendirán informe sobre los lugares más convenientes para el establecimiento de colonias agrícolas, misiones ó puestos militares, clima de las localidades, condiciones de salubridad, recursos naturales, tribus circunvecinas y carácter de los salvajes, distancias y medios de comunicación con los centros poblados de la República, etc., etc. Con los informes obtenidos, se redactará y presentará al gobierno una Memoria sobre la colonización de esos territorios. Dicha Memoria será en definitiva un tratado de geografía de ciertas regiones del suelo colombiano, que dé á conocer á todos su importancia como factor indispensable para la prosperidad del país, y en donde el gobierno y los particulares puedan en un momento dado encontrar todos los datos necesarios para el día en que se emprenda la obra redentora de su colonización.

El 30 de abril se cerraron las sesiones de la Asamblea nacional inaugurada el 15 de marzo. Han sido cuarenta y cinco días de tarea legislativa muy fecunda, dedicada á reformas legales y al orden y buena marcha de los servicios administrativos. De la reorganización de la Hacienda, de la instrucción pública, de las vías fluviales, de las carreteras y los ferrocarriles, de las minas, de las tierras del Estado, del ejército, de los tratados de paz, amistad y comercio con otras naciones, etc., en todo ello se ha ocupado la Asamblea, respondiendo con patriótico celo y perseverante trabajo á las buenas disposiciones del gobierno que preside el general Reyes. Hay quien considera las tareas de esta Asamblea como la obra legislativa más completa de que pueden hacer mención los anales parlamentarios de la República.

***

En el Ecuador, terminado ya el período presidencial del general Plaza, se ha encargado de la presidencia, conforme á la Constitución, el vicepresidente D. Alfredo Baquerizo, que desempeñará tan alta magistratura hasta el 10 de agosto, época en que debe tomar posesión del poder el presidente electo don Lisardo García.

El pleito de límites pendiente con el Perú es hoy la principal preocupación de los políticos ecuatorianos. Por feliz iniciativa del comisario regio de España Sr. Menéndez Pidal, ambos gobiernos acordaron, por convenio suscrito en Quito en 29 de enero último, retirar las guarniciones que tenían en la región del Napo. Así se evitarán choques como los que hubo antes en el Aguarico: ahora más que nunca, sometido el litigio al fallo del árbitro español, importa impedir todo conflicto armado. En Madrid se hallan ya los delegados del Ecuador y del Perú nombrados especialmente por sus respectivos gobiernos para informar acerca de los derechos alegados por las partes.

Prosiguen con actividad las obras del ferrocarril de Guayaquil á Quito, que ya debe haber llegado á Riobamba. Entre tanto, se estudian otros trazados para ir desde el Pacífico á la capital de la República por trayecto más corto y económico.

Los informes oficiales de la comisión francesa encargada de medir el arco de meridiano, de acuerdo con los estudios de algunos ingenieros, han hecho que se fije la atención en el proyecto de vía férrea por el valle del río Mira, en la frontera de Colombia. Partiendo de San Lorenzo del Pailón, se llega á Ibarra, á 2.000 metros de altitud, por una pendiente relativamente suave, y desde Ibarra, utilizando valles de otros ríos, se continúa hacia el Sur, hasta Quito. Los ingenieros y capitalistas franceses que patrocinan este proyecto, calculan en 300 kilómetros la distancia entre el Pacífico y Quito, es decir, casi la mitad de la que hay por el ferrocarril de Guayaquil, y creen que los gastos de la construcción no pasarán de veinte millones de francos. De ese ferrocarril del Mira arrancará un ramal á Pasto, en el Sur de Colombia, con lo que se facilitarán sobre manera las comunicaciones entre la Colombia meridional y el mar, que hoy se hacen por malos caminos, á lomo de caballerías, y en pequeñas embarcaciones por ríos.

La empresa que tome á su cargo la construcción y explotación de estos ferrocarriles podrá obtener buenos rendimientos, pues se trata de países bastante poblados en las mesetas del interior, y muy fértiles, donde se producen cacao, algodón, tabaco, gomas, vainilla, arroz, maíz y caña de azúcar. Su clima es más sano que el de la zona de Guayaquil, y su litoral dista menos de Panamá. Las principales dificultades que habrá que vencer serán las que oponga la Compañía inglesa dueña del Pailón y acreedora del gobierno ecuatoriano.

***

También en el Perú se atiende con preferente empeño al fomento de las vías de comunicación. El nuevo ferrocarril de La Oroya al Cerro de Pasco, que se entregó al tráfico público hace un año, empalma con el Central del Callao y une la capital de la República y su puerto principal con uno de los más ricos asientos mineros del país.

El Congreso ha autorizado la construcción de otras líneas. Jauja y Huancayo deben unirse con el ferrocarril de La Oroya, y éste con el río Ucayalí, llegando así la vía férrea á la región oriental del Perú. El ferrocarril del Sur ó de Mollendo abrirá comunicación entre el mar y Cuzco mediante la línea que ha de enlazar á esta población con Sicuani.

Empresas particulares se encargarán de las obras, y es probable que en ellos intervenga la «Peruvian Corporation,» la gran Sociedad angloamericana á la que el gobierno transfirió parte de su activo en ferrocarriles, minas, etc., á cambio de asumir dicha Compañía las obligaciones de la deuda exterior peruana.

***

Secundando iniciativas del actual gobierno de Bolivia, grandes entidades financieras europeas y americanas se preparan para acometer importantes obras de interés público. Un banco de Bruselas, «L' Africaine,» constituído con capitales ingleses y belgas, construirá el ferrocarril de Santa Cruz á Bahía Negra, con lo que quedarán unidas las Repúblicas de Bolivia y del Paraguay. Es un ferrocarril de unos 900 kilómetros que pasa por región boliviana muy abundante en caucho y en maderas finas y metales preciosos. A la «Peruvian Corporation» se ha encomendado el estudio de la vía férrea de Oruro á La Paz, y se van á hacer también, por ingenieros del Estado, los de las líneas de Tupiza, término del ferrocarril central norteargentino, y de Uyuni á Potosí, ramal del ferrocarril de Antofagasta á Oruro. En Chile se trata de construir una línea desde la costa del Pacífico, cerca del puerto de Camarones, á la frontera de Bolivia.

Con todos estos ferrocarriles, el de Arica á La Paz, el de La Paz al ferrocarril peruano de Mollendo y el de Oruro á Cochabamba, se irá formando la gran red de líneas férreas que ha de poner á los principales centros de Bolivia en comunicación con la zona del Pacífico por Chile y Perú, y con la del Atlántico por el Paraguay y la República Argentina.

De la fácil salida al mar por uno y otro lado, depende el porvenir de Bolivia.

***

Ya que en esta *Revista* dedicamos buena parte de ella á los ferrocarriles construídos ó proyectados en la América meridional, parece oportuno terminarla dando noticia del estado en que se hallan las obras de uno de los más importantes del Nuevo Mundo, el gran ferrocarril transandino por Uspallata.

Por el lado argentino la vía se halla ya expedita hasta el paraje de Las Cuevas, ó sea hasta el pie de las más altas montañas á cuya cumbre corresponde la divisoria de aguas. Por el lado de Chile se va más despacio; falta aún construir lo más difícil.

En la primera sección, de Los Andes á La Guardia Vieja, los trenes hacen ya servicio, subiendo con cremallera en las inmediaciones de La Guardia Vieja. Es una zona muy pintoresca, con hermosos y fértiles campos sobre lomas y colinas coronadas por un verdadero laberinto de cerros. Allí está el famoso Salto del Soldado con un pequeño puente que da paso á la vía.

En la segunda sección, que llega hasta Peñón Rayado, la línea, en construcción, remonta, faldeando cerros, la orilla izquierda del Aconcagua. Más adelante, en Juncal, empieza la ascensión de la cumbre. Es probable que á fines de este año puedan ya llegar los trenes hasta dicho punto; en él se tomará el coche que, en cinco horas, pondrá á los viajeros en la estación argentina del otro lado.

Entre Juncal y Cuevas hay enormes pendientes que exigen cremallera; la vía pasa por la orilla Sur de la laguna del Inca y sigue por Los Caracoles hasta una altitud de 3.000 metros, donde ha de abrirse el gran túnel, en cuya construcción se invertirán unos cuatro años.

Memorable será el día en que esta grandiosa obra quede terminada y pueda ir la locomotora desde Valparaíso á Buenos Aires, á través de los Andes. Ya no habrá que hacer la larga y peligrosa ruta del Cabo de Hornos, que hoy mismo evitan muchos viajeros, prefiriendo pasar en carruaje ó á lomo de caballería las altas cumbres de la cordillera por esa zona que aún separa el ferrocarril chileno del argentino, y donde las molestias del viaje se compensan con los maravillosos espectáculos que allí ofrece la naturaleza.

R. Beltrán Rózpide.



Dos sombras se le acercaron: Cayetana y una mala mujer...

TOÑICO

El Sr. Manuel le había dicho al zagal, á Toñico, que sí, que Cayetana sería para él. Pero aquella facha con corazón de almíbar guardaba su reconcomio. ¿Por qué esto?.. Primero, por las mudanzas de la real moza, que de rústica y zafia tornó en peripuesta de la noche al día; segundo, porque Toñico no era tan necio como le pintaran los ganapanes del villorrio; y, con no saber mucho, sabía lo que era espejo, al cual se miró turbado, sacando de la presencia una persuasión: la de su fealdad notoria.

Sí, Cayetana, de un tiempo acá, aparecía más remilgada que señora de corte. ¿Por quién era el atavío? Y ¿por qué seguían las burlas en el lugarejo, á él, al zagal, que llegó á odiarles á todos por tanta cuchufleta?.. Imaginarían, acaso, que el Sr. Manuel enderezaba el propósito á llevar al altar á Cayetana. Pero... ¿no le había dicho éste que no, que nunca? Y, de otra parte, ¿no era su filiación para otro emparejamiento?..

Bien, sí, todo eso como el Evangelio mismo... Y, sin embargo, Toñico no sacudía la duda ni á tres tirones; y de la duda á la sospecha se va por un atajo que, á veces, conocen mejor los rústicos que los acostumbrados á la fineza.

Toñico contaba, junto al poyo de la casuca de Gaspar, padre de la moza, un puñado de monedas que sacó de un bolso. Eran ahorrillos, jalones del camino que había de conducirle al ideal soñado... Acertó á pasar y verle el Sr. Manuel, quien se detuvo á inspeccionar al mozo. En la cara de éste, más que el gesto de avaricia ó de satisfacción, había un dejo especial de desaliento. Se acercó y le dijo:

—Rico eres, zagal; no sabía yo eso...

—No se burle usted, Sr. Manuel... Tío Gaspar es muy bueno.., y usted no le va en zaga... De sus larguezas esto guardo... Rompí la hucha, y aquí está el bolso... Sacaba con los dedos la cuenta de lo que puedo yo ahorrar en un año... ¡Recórcholis!.. si *pa comprále* un vestido á Cayetana, ni en tres años lo reuno...

—¿Y si lo añado yo, lo que haga falta?

Toñico le miró de hito en hito, no como quizá esperaba el ricacho. Luego se rascó el cogote, y aventuró esta frase:

—Agradecer, no sería contentarme.

—¿No quieres á Cayetana?

—Por lo mismo...

—Cuanto más tengas para el plan...

—Ganado, no regalado, Sr. Manuel; repuso el zagalón muy firme.

Y tornó á mirarle, con más fijeza aún que le mirara hacia poco.

Claro que el Sr. Manuel se sonrió, aunque un poquitín picado por el sesgo del atisbo. Encogiéndose de hombros, continuó al breve rato:

—Si eso lo supiera tu novia, menudo favor te hacías. Porque yo comprendo tu escrúpulo, hasta cierto límite, zagal; no me lo explico si andas tú de veras enamoriqueado de la hija de Gaspar...

Fueron chispas las que saltaron de aquellos ojos nimios del huérfano sin ventura.

—¿Enamoriqueado?.. ¡Sr. Manuel!.. ¿Ve usted que mucho quise á mi madre, y que mucho váleme su memoria?... *Pos* yo no sé, si mi madre viviese, á quién querría yo más; yo no sé en quien más pienso... ¡Toma! Sí que lo sé, Sr. Manuel; lo lo que no me atrevo es á decirlo...

—Entonces...

—Es que Cayetana no es ya la misma, Sr. Manuel...

—Como que va ganando cada día en perfecciones...

—Se acicala mucho...

—¿No lo querías tú así?

—Al pertenecerme, después de la boda...

—Y ¿por qué no antes?..

—Porque... porque... No lo sé, francamente.

—¿Te espejas en ella, y no quieres que se alinde?

—Alindarse, sí... Mas...

Volvió á rascarse el pescuezo maquinalmente, como queriendo con la rascadura eludir la contestación.

—¿Eres celoso, Toñico?

—¡Miaja!..

—Si te engañase tu novia...

No acabó la frase. Más rápida que la lengua del ricachón fué la mano del mísero, tapando aquella boca por la cual creyó sin duda que salía la mayor blasfemia...

Pero se repuso rápido, comprendió la demasía, y empezó con una risa convulsa que parecía un hipo...

—¡Perdone, Sr. Manuel!.. ¡Qué cosas se le ocurren á usted, hombre!..

Y le vió alejarse, entre satisfecho y cariacontecido...

Una tarde, acabado el quehacer, dijo Toñico á la moza en voz queda y conmovida:

—Cayetana, tú me engañas..., tú no me quieres.

—¿Volvemos á las mismas?.. ¿Por qué no te he de querer?

—Tú das que hablar, y no te importa.

—¡Qué pesado eres, hombre!

—Dime la verdad... Te lo conté una vez... ¡Sólo te tengo á ti en el mundo! Yo sería, sin ti, una bestia, un malvado... ¡No lo permitas, ni permita Dios que mientas!.. Mira, yo no puedo ser altivo..., he tenido que arrastrarme siempre... Si por los demás he debido humillarme, ¿qué no haría yo por ti?.. Me mandas que sea tu perro, y verita de ti, á tus pies me pongo... Me habías de golpear, y besaría tu mano... Me dirías: «¡mátate!,» y no alentaría un segundo más.

—*¡Amos*, no seas tontín!

—Te lo juro, por la memoria de mi madre!

—Pues, si ahora te atormentas de ese modo, ¿qué será en casándonos?

—¡Oh, es que entonces..., entonces yo mandaría en ti!..

Cayetana soltó trapo á la risa, sin poderse contener, viendo aquel imperio, y exclamó al cabo:

—¡No me lo pintas tú poco bueno! Conque, ¿un amo?..

Y lo dijo sin piedad, envolviéndole antes en una de aquellas miradas que le volvían el seso.

. . . .

Toñito caminaba á paso lento, con el corazón oprimido, la mente confusa, con un presentimiento horrible... Hacia fresco, pero él no lo notaba...; estaba febril, sudoroso. A ser de día, la palidez de su rostro hubiera alarmado á quien le viese. Medio oculto entre unas matas esperó en la mitad del camino que conducía de la casa del tío Gaspar á la del Sr. Manuel... Fuese quien fuese, pasaría por allí á buen seguro... Quería convencerse, y en todo caso habían de ver si era él muy hombre.

A los pocos minutos el corazón le dió un vuelco. Dos sombras se acercaron: Cayetana y una mala mujer al servicio del ricacho... Toñico cerró los ojos instintivamente, y reprimió un impulso. Luego miró al cenit y suspiró muy hondo. No cabía la menor duda...

Avanzó resuelto al poco rato, llegó al pie de la puerta, y llamó por fin. Tardaban en responder, y redobló los golpes. Una voz dijo desde dentro:

—¿Quién, á estas horas?

—Gente de paz. Abran sin miedo.

Le conocieron sin duda, pues hubo unos instantes de vacilación, tras de los cuales apareció el señor Manuel, franqueando el portal.

—Pues, ¿qué ocurre, Toñico?, preguntó afectando serenidad y sorpresa.

—No son más que las diez, y aunque es verdad que duerme todo el pueblo, no falta quien vigila.

Y se dispuso á pasar adelante.

—¿Para qué quieres entrar, hombre?.. Di lo que tengas que decir...

—No andemos con más bromas, Sr. Manuel, porque ya no hay caso... Quiero hablar con usted pocas palabras..., y llevarme á Cayetana, como es de ley...

El ricacho tembló visiblemente.., quiso objetar algo. Pero Toñito se lo impidió encarándosele:

—¡Le creía á usted más!, murmuró con desprecio. Cayetana está aquí, y no es bueno que esté... Entremos, y hágala usted salir... Los tres á solas, ¿oye usted, Sr. Manuel?.. Le interesa mucho... Ya ve usted que vengo en son de paz..., se lo juro á usted por lo más sagrado.

—Después de todo, nada de particular tiene que Cayetana esté aquí... No vivo solo..., no creo que supongas...

—Lo que no ha de creer usted es que yo sea lo que usted y otros se figuran...

—Pasa, pues, si quieres...

Y entraron en la sala.

Cayetana se puso en pie, más lívida que una muerta. El rostro de Toñico tenía en aquel momento una expresión desconocida. No se inmutó al verla, ó al menos no lo demostró. Con ademán pausado, y como midiendo las palabras, dijo:

—Usted, Sr. Manuel, se casará con *ésta*... No me replique lo más mínimo, porque no es esto consulta, *sinós* mandato.

Cayetana, que iba esforzándose en contener los sollozos, no pudo menos de volver á mirarle asombrada.

Toñico prosiguió:

—Usted, Sr. Manuel, ha podido conocerme... Se ríen de mí las gentes... No harían eso las fieras. Porque yo puedo con las fieras, ¿estamos? Al fin una dentallada no hace tanto mal como una sonrisa... Con que, dígame usted: ¿no es verdad que se casará usted con ella?.. Nadie sabe nada de cierto más que yo. Se arregla en un dos por tres, y asunto concluído... Porque excuso decirle á usted que yo no soy tan topo ni tan falso... y me he de callar como se callan los mismos muertos. Se celebra su boda, y yo entonces me marcho muy lejos, Sr. Manuel, muy lejos..., pierda usted cuidado...

Y, dirigiéndose á ella súbitamente, la interrogó:

—¿No es verdad, Cayetana, que el Sr. Manuel ha de casarse contigo?.. ¡Ea, no perdamos tiempo...; esas vacilaciones no están bien!.. O lo hace usted, ó he de matarle, Sr. Manuel. Se lo prevengo.

—¡Mira que estás en mi casa, zopenco!, rugió el dueño al oir la amenaza.

—¡Bah!.. Para casos de honra, todos los sitios son buenos, creo yo... ¿Me equivoco? Bien, *eso* no lo haría yo aquí..., pero lo haría en cualquier parte; señor Manuel, téngalo por seguro... ¡Evíteme usted el ser malo...; yo no quise serlo nunca!..

Cayetana hubiera corrido á abrazarle. Manuel parecía acorralado. No sentía miedo, sino algo mucho más hondo... De repente miró á la moza y tornó á contemplar al muchacho. Verdaderamente no había por qué negarse... Le dió un vuelco el corazón y casi se le saltaron las lágrimas... Al fin exclamó, tendiendo los brazos al zagal.

—¡Sí que eres todo un hombre!... Te lo prometo, me casaré con ella.

—Bien está... Y ahora, Sr. Manuel, los dos la acompañamos á su casa.. Así no podrán las malas lenguas... ¿No le parece?

Sacó un cuchillo de la faja, y dejándolo encima de un mueble repuso:

—Tome usted... ¡Ya voy desarmado!

La sonrisa con que acompañó estas palabras, fué todo un poema de amargura.

. . . .

Las campanas de la iglesia, echadas al vuelo, anunciaban las nupcias. La comitiva entró... Toñico formaba parte de ella, endomingado. Todavía allí aguantó algunas miradas mortificantes con soberano desprecio... ¡Qué se habían figurado! Quería él verlo por sus propios ojos..., oir el *sí de* Cayetana. No le hubieran bastado seguridades de nadie.

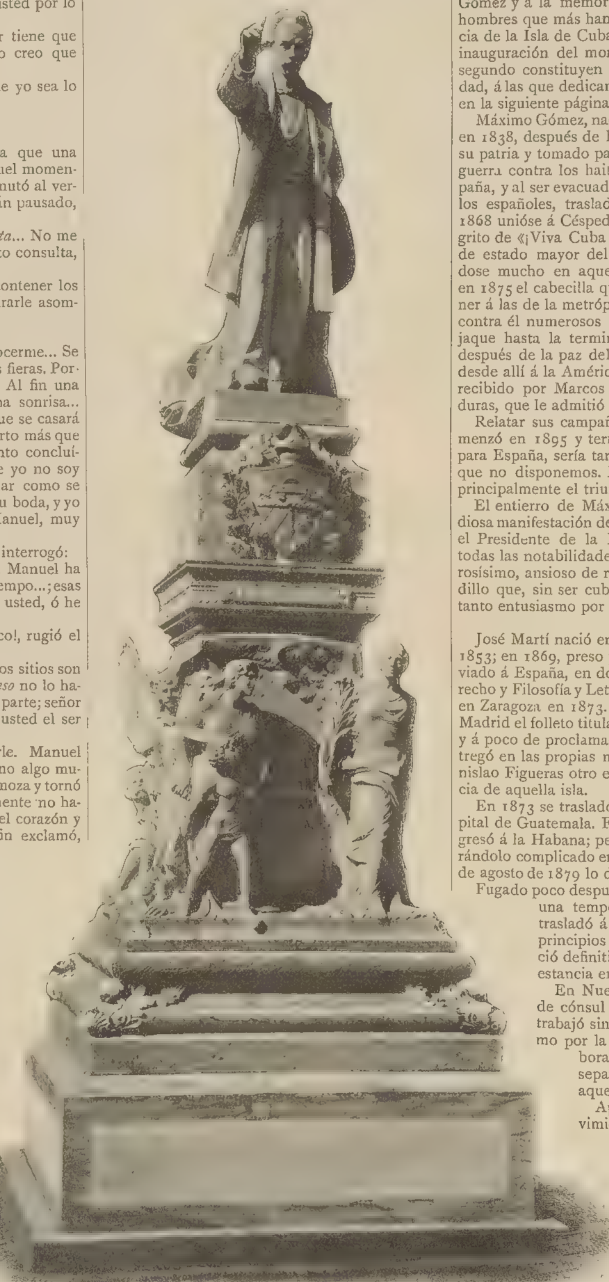
Y el *sí* lo oyó, débil, quejumbroso... Y lo oyó ¡con qué sonrisa indefinible!.. Lo que no pudo ver fueron las niñas de los ojos de la novia, aquellas dos luciérnagas que le habían vuelto á él loco, porque Cayetana no los levantó durante la ceremonia. Terminada ésta, salió del templo el zagal antes que nadie, tambaleándose como un beodo, pero no hacia el pueblo, sino vía arriba, por la parte del camposanto.

La campana de la estación marcó al tren la salida, mientras renacía el bullicio y se oían voces, disparos, rumor de fiesta... El tren andaba otra vez, seguía indiferente su marcha... Toñico se abalanzó, presa de un vértigo... La poderosa máquina hubiérale aplastado, sin duda, á no haberle detenido unos brazos vigorosos, los del tío Gaspar, que estuvo en acecho

—¡Loco! ¿Qué vas á hacer?.., había gritado el padre de Cayetana. ¿Ves que *nos* deja mi hija?.. ¡Me la tenía tragada!.. Pero tú..., tú..., ¿por qué has de abandonarme?.. Yo, ¿qué te he hecho?.. ¿No puedes ser mi hijo?..

El cielo presenció un abrazo, fuerte, muy fuerte... Era una comunión de dos almas...

Sebastián Gomila.



Monumento ejecutado en Roma y erigido en la Habana á la memoria de José Martí (De fotografía remitida por D. José Vilalta de Saavedra.)

ACTUALIDADES CUBANAS

Entierro de Máximo Gómez.—Monumento á Martí

El pueblo cubano ha rendido recientemente tributo de cariño y veneración á los restos de Máximo Gómez y á la memoria de José Martí, dos de los hombres que más han contribuído á la independencia de la Isla de Cuba. El entierro del primero y la inauguración del monumento erigido en honor del segundo constituyen dos notas salientes de actualidad, á las que dedicamos los grabados que en esta y en la siguiente página reproducimos.

Máximo Gómez, nacido en Bani (Santo Domingo) en 1838, después de haber servido en el ejército de su patria y tomado parte con gran lucimiento en la guerra contra los haitianos, entró al servicio de España, y al ser evacuada la isla de Santo Domingo por los españoles, trasladóse á Santiago de Cuba. En 1868 unióse á Céspedes, que se había sublevado al grito de «¡Viva Cuba libre!,» siendo nombrado jefe de estado mayor del general Mármol, distinguiéndose mucho en aquella campaña y llegando á ser en 1875 el cabecilla que mayores fuerzas podía oponer á las de la metrópoli, por lo que España envió contra él numerosos batallones que le tuvieron en jaque hasta la terminación de la guerra. En 1878, después de la paz del Zanjón se retiró á Jamaica y desde allí á la América central, en donde fué bien recibido por Marcos A. Soto, presidente de Honduras, que le admitió en el ejército de la República.

Relatar sus campañas durante la guerra que comenzó en 1895 y terminó con la pérdida de Cuba para España, sería tarea que exigiría un espacio de que no disponemos. Baste decir que á él se debió principalmente el triunfo de la insurrección cubana.

El entierro de Máximo Gómez ha sido una grandiosa manifestación de duelo, á la que han concurrido el Presidente de la República Sr. Estrada Palma, todas las notabilidades de la isla y un gentío numerosísimo, ansioso de rendir el postrer tributo al caudillo que, sin ser cubano, luchó con tanto valor y tanto entusiasmo por la causa de Cuba.

José Martí nació en la Habana en 28 de enero de 1853; en 1869, preso por sus ideas políticas, fué enviado á España, en donde cursó las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, cuyas licenciaturas obtuvo en Zaragoza en 1873. En 1872 había publicado en Madrid el folleto titulado *El presidio político en Cuba*, y á poco de proclamada la República, publicó y entregó en las propias manos del presidente D. Estanislao Figueras otro en que se pedía la independencia de aquella isla.

En 1873 se trasladó á México, y en 1877 á la capital de Guatemala. Firmada la paz del Zanjón, regresó á la Habana; pero el general Blanco, considerándolo complicado en el movimiento revolucionario de agosto de 1879 lo deportó nuevamente á España.

Fugado poco después de la península, permaneció una temporada en Francia y de allí se trasladó á Nueva York, adonde llegó á principios de 1880 y en donde se estableció definitivamente, después de una corta estancia en Caracas.

En Nueva York desempeñó el cargo de cónsul de la República Argentina, y trabajó sin descanso y con gran entusiasmo por la independencia de Cuba, colaborando en *El Porvenir*, periódico separatista que se publicaba en aquella ciudad.

Apenas se inició en Cuba el movimiento revolucionario de febrero de 1895, pasó á la isla, muriendo en 19 de mayo del mismo año en la acción de Dos Ríos que sostuvo contra la columna mandada por el coronel Ximénez de Sandoval. Con ocasión de su muerte circularon rumores de negociaciones entabladas que, de no haber sido por el desgraciado fin de Martí, habrían puesto término á la guerra; pero es este un punto que la historia no ha aclarado todavía y que difícilmente podrá aclararse por las circunstancias en que los hechos, de ser ciertos, debieron de realizarse.

El monumento que en honor de Martí, el apóstol de la independencia, como sus compatriotas le llaman, ha erigido el pueblo cubano en la ciudad de la Habana, ha sido modelado en Roma, es de mármol de Carrara y tiene 10 metros de alto.—R.



HABANA.—ENTIERRO DE MÁXIMO GOMEZ. (De fotografías de Otero y Colominas.)


Odessa. – Aspecto de los muelles incendiados.


Odessa. – Almacenes de la Compañía «Rossia» saqueados é incendiados por el populacho.

LOS DESÓRDENES DE ODESSA

Hacía varias semanas que en Odessa reinaba gran agitación á consecuencia de las huelgas de varios oficios, pero sin que se produjera ningún grave desorden, hasta que el día 26 de junio estalló la huelga general y se promovieron las primeras colisiones entre los obreros y las tropas. Al día siguiente aumentó la efervescencia, sobre todo cuando al anochecer se presentó en aquel puerto el buque de guerra sublevado *Príncipe Potemkine;* y el 28, al ser desembarcado y expuesto en el muelle el cadáver del marinero Omeltchonk, de quien se decía que había sido muerto de un tiro por un oficial á bordo del citado barco, la situación fué terrible. Los amotinados se hicieron dueños de la ciudad baja, es decir, de la que se extiende á lo largo del puerto, en la cual hay inmensos almacenes y el ferrocarril aéreo, y se entregaron al saqueo y al incendio. Al atardecer, un inmenso populacho se lanzó sobre los depósitos del muelle y los escritorios, apoderándose de las mercancías, especialmente del alcohol y del dinero que en ellos había y destruyendo lo que no podía robar; y al cerrar la noche, á una señal hecha desde el *Príncipe Potemkine,* estalló en aquellos parajes un incendio formidable.

Pronto, empero, vino la represión, y ésta fué terrible. Las tropas ocuparon todas las salidas que desde la ciudad baja dan acceso á la ciudad alta, y á la una de la madrugada comenzó una lucha horrorosa entre aquéllos y los amotinados, que huían del incendio y eran rechazados por las cargas de los cosacos á la vez que por las descargas de fusiles y ametralladoras. El número de los que murieron en aquella jornada debió ser considerable, pues muchos de los que escaparon á las balas de las tropas hallaron muerte más horrorosa en medio de las llamas.

El día 29 la tripulación del *Príncipe Potemkine* obtuvo autorización para enterrar en Odessa al marinero Omeltchonk, desembarcando á este efecto unos cuantos marinos, previa intimación de que si se les causaba algún daño ó á una hora determinada no habían regresado á bordo, el buque bombardearía la ciudad. El entierro se efectuó sin incidente alguno, aunque en medio de una excitación extraordinaria; pero habiéndose prolongado más de lo que se creía, los del acorazado dispararon dos cañonazos de aviso, con pólvora sola y al ver que no se les contestaba con ninguna señal lanzaron dos proyectiles, de los cuales uno destruyó la cornisa de una casa de la calle de Niejinskaia, distante 100 metros de la catedral, cayendo luego delante del consulado de Italia, y el otro atravesó un edificio del arrabal de Bongariefka, cerca del depósito de pólvoras. Inmediatamente se hicieron desde el puerto señales al acorazado anunciando el regreso á bordo de los marineros que habían desembarcado para el entierro de su compañero.


Odessa. – Efectos del primer proyectil lanzado por el *Príncipe Potemkine.* Casa de la calle de Niejinskaia, cuya cornisa fué destruída por el proyectil.

La noche que siguió á estos sucesos fué casi tan triste como la anterior; en aquella ciudad á obscuras, pues el gobernador había mandado cortar los hilos eléctricos, reinaba un terror indecible. Mientras la mayoría de los habitantes permanecían encerrados en sus casas, improvisando dormitorios en los subterráneos y temblando al menor ruido, otros tomaban por asalto los trenes huyendo de la población; más de 30.000 personas abandonaron Odessa aquel día.

Después ha ido renaciendo poco á poco la tranquilidad, sobre todo al saberse la rendición del *Príncipe Potemkine,* y las tropas de refuerzo han sido retiradas, aun cuando subsiste allí el estado de sitio.

Los destrozos causados por los revolucionarios son incalculables: el viaducto que sostenía el ferrocarril de circunvalación del puerto, los cobertizos, los almacenes, los edificios destinados á despachos, convertidos en montones de ruinas; por doquier restos de vagones incendiados y de mercancías quemadas; buques destrozados por las llamas; objetos tirados por el suelo, rotos unos, destruídos otros por el fuego; en una palabra, la desolación más espantosa en una extensión de un kilómetro y medio. Tal es el horrible aspecto que después de los sucesos relatados ofrecían los muelles y el puerto de Odessa. Las fotografías que en esta página reproducimos; permiten formarse idea de tan triste espectáculo. Las pérdidas y los perjuicios sufridos por el comercio son inmensos, y para reparar tales daños se necesitarán mucho tiempo y muchos millones.—S.

(Fotografías de «Photo-Nouvelles.»)


Odessa. – Ferrocarril aéreo del puerto, destruído é incendiado por los amotinados.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Prisioneros japoneses en Medvied. Oficiales japoneses pescando cangrejos bajo la vigilancia de soldados rusos. (De fotografía de S. Smirnof.)

Los japoneses hechos prisioneros por los rusos han sido internados en una pequeña ciudad de la provincia de Novgorod llamada Medvied. Alojados en barracas, pasan la mayor parte del tiempo haciendo modelos de barcos, flores de papel y juguetes, objetos que fabrican admirablemente. El arroyo que corre cerca de los barracones proporciona agradable distracción á los oficiales, siendo muy frecuente ver juntos á rusos y japoneses pescando cangrejos, vigilados por algunos centinelas con la bayoneta calada.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El conde de Mouravieff, que, según dijimos en la última crónica, había sido nombrado plenipotenciario de Rusia para negociar la paz con el Japón, ha sido substituído, aparentemente por motivos de salud, por el ex ministro de Hacienda Witte, cuyo nombramiento ha sido considerado como una prueba de los deseos del gobierno ruso de poner término á la guerra. En efecto, es sabido que la oposición hecha por el nuevo plenipotenciario á la política que debía conducir á la ruptura con el Japón fué causa de su desgracia y de su separación del ministerio.

La elección de Witte ha sido unánimemente aprobada en Rusia, y los principales periódicos de aquel país, al señalar las relevantes cualidades que adornan al elegido, hacen observar que, á pesar de ser éste un adversario decidido de la guerra y un partidario ardiente de una inteligencia con el Japón, nunca se ha declarado propicio á una paz á toda costa, humillante, con pérdida de territorios é indemnización de guerra, por lo cual se espera de él que sabrá defender con energía los intereses y el buen nombre de su patria, tanto más cuanto que tiene una confianza absoluta en las fuerzas y en los recursos de Rusia y cree que ésta puede todavía luchar hasta agotar por completo los medios de su enemigo.

Parecía en un principio que Witte llevaba poderes plenos para negociar, y aun se dijo que se comunicaría directamente con el tsar, sin intervención alguna de su gobierno; pero ahora resulta que sus poderes son bastante limitados, y que, lejos de poder obrar con bastante libertad, no tendrá más atribuciones que las de un plenipotenciario ordinario. Con este hecho coinciden los rumores que circulan con mucha insistencia de que Rusia no está muy decidida á firmar la paz, y antes bien, hallándose convencida de que el Japón agotará pronto sus recursos militares y financieros, al paso que ella aumenta cada día sus fuerzas en la Mandchuria, no aceptará las condiciones que seguramente exigirán los representantes del Mikado.

Por otra parte, la invasión de la isla Sakhalín por los japoneses, de que luego hablaremos, tal vez dificulte las negociaciones, porque en las elevadas esferas rusas se considera esa operación de guerra como una acción incorrecta, después de haberse adherido el Japón á las negociaciones.

En suma, los resultados de la próxima conferencia para la paz son en extremo dudosos y no faltan quienes crean que serán nulos. Sin embargo, en el ánimo de los plenipotenciarios rusos habrá de pesar no poco, aparte de las victorias hasta ahora alcanzadas por el Japón, el estado interior del Imperio, en donde los desórdenes aumentan de día en día; las noticias que de allí nos llegan nos dan de continuo cuenta de atentados contra altos funcionarios, como el asesinato del conde Chouvaloff, prefecto de Moscou; y de graves desórdenes, como los que se producen con motivo de las huelgas en ciudades de la importancia de Kharkof, Minsk é Ivanof, y la agitación que reina desde hace tiempo en Varsovia y en el Cáucaso.

China ha pretendido tener una representación en la conferencia de Wáshington, alegando para ello la razón de que la guerra se ha desarrollado en su territorio y de que de este territorio se trataría seguramente en las negociaciones; pero al fin el gobierno de Pekín se ha convencido de que no tratándose de una conferencia internacional, sólo debían estar representadas en ella las potencias interesadas directamente en el asunto que ha de debatirse, y ha desistido de sus pretensiones, poniendo toda su confianza en los sentimientos de equidad del Japón.

Mientras los diplomáticos se preparan á entrar en acción, los japoneses no se duermen en el teatro de la guerra, como lo demuestra la ocupación de la isla Sakhalín á que antes nos hemos referido. El día 7 de este mes presentóse delante de la isla la escuadra del almirante Togo, y después de haber quitado las minas puestas por los rusos en aquellas aguas, lanzaron algunos proyectiles contra las aldeas de la costa, que parecían deshabitadas. Al ver que éstas no respondían á su fuego, y seguros, por consiguiente, de que nadie les impediría desembarcar, los japoneses enviaron á tierra algunas tropas, é inmediatamente la escuadra comenzó á bombardear la ciudad de Korsakoff; los rusos contestaron débilmente y prendieron fuego á la población, de la cual se apoderaron los invasores al día siguiente. El 10 ocuparon éstos el cabo Notoro; el 11, los rusos opusieron una resistencia encarnizada, pero el 12 fueron desalojados de sus posiciones, quedando los japoneses dueños de todo el Sur de la isla; el 12 y el 13 bombardearon Naibuchi, población situada en la costa oriental. Como los japoneses dominan en el mar, pueden atacar impunemente Sakhalín por distintos puntos á la vez, siendo de suponer que antes de poco se habrán apoderado de toda la isla, con lo cual tendrán una nueva prenda para sacar mejor partido de las negociaciones de paz.

Sakhalín es una larga faja de tierra que prolonga por el Norte la serie de islas japonesas y se halla separada de Siberia por el estrecho de Tartaria y de la isla de Yeso por el de la Perouse; su superficie total es de unos 75.000 kilómetros cuadrados.

En la Mandchuria continúan los combates de avanzadas, sin que, por ahora, nada indique la proximidad de la nueva batalla general que desde hace tanto tiempo se viene anunciando. Las operaciones más importantes son las realizadas por los cosacos del general Mitchenko en la Mongolia, que han causado considerables daños á los japoneses. Estos, por su parte, preparan, según parece, un ataque contra Vladivostok, para lo cual el ejército del general Hassegawa se concentra sobre la orilla derecha del Tumén, dispuesto á atravesar este río y á proseguir su movimiento de avance sobre aquella plaza, en tanto que varios buques de guerra cruzan por delante de Vladivostok y bloquean el puerto. Para oponerse á este movimiento de los nipones, el general Linevitch ha enviado una fuerte columna de la que forman parte gran número de cosacos.

Se ha dicho que el general Stoessel había sido arrestado; pero esta noticia no ha resultado cierta. De todos modos, la situación del defensor de Puerto Arthur es muy crítica, porque el consejo encargado de examinar las condiciones en que se rindió la plaza ha entregado al emperador una memoria demostrando que aquélla habría podido resistir más tiempo y que Stoessel capituló contra el parecer de todos sus compañeros de armas.—R.



LA REBELIÓN DE LOS TRIPULANTES DEL BUQUE DE GUERRA RUSO «PRINCIPE POTEMKINE.»—El cadáver del marinero expuesto el 28 de junio en el muelle nuevo de Odessa.

(Según fotografías y un croquis rigurosamente exacto enviados á *L'Illustration*, de París, por un corresponsal especial.)


Arreglo de una línea telegráfica militar


Artillería japonesa dirigiéndose al Norte de Corea


Batería japonesa atravesando el río Gungari


Banda de música del mariscal Oyama

GUERRA RUSO-JAPONESA.—Escenas de la vida de campaña del ejército japonés. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

D. RAIMUNDO FERNÁNDEZ VILLAVERDE

En poco tiempo el partido conservador español ha perdido dos de sus hombres más ilustres: primero, D. Francisco Silvela, ahora D. Raimundo Fernández Villaverde, el eminente hacendista que en los momentos de la grave crisis que siguió á nuestras últimas guerras coloniales, supo evitar la por muchos temida bancarrota y encauzar la hacienda española por vías que la condujeran á la regeneración y aseguraran el crédito de nuestra nación en el interior y sobre todo en el extranjero. El alza con que los valores del Estado saludaban siempre el advenimiento del Sr. Villaverde al poder y la baja que era consecuencia casi segura de su salida del gobierno, nos dan la pauta para conocer su verdadero carácter como hombre público.

El Sr. Villaverde nació en Madrid el 20 de enero de 1848, siguiendo sus estudios hasta licenciarse en ambos Derechos, en el Colegio de San José, el instituto de San Isidro y la Universidad Central.

A los veintiún años explicaba, como catedrático supernumerario, Derecho mercantil y penal en la Universidad Central, tomando al propio tiempo activa parte en las discusiones de la Academia de Jurisprudencia.

Practicó la abogacía en el bufete de D. Juan Gómez Acebedo, y aún no había cumplido veinticinco años cuando tomó asiento en el Congreso de 1872, como diputado por el distrito de Caldas de Reyes (Pontevedra).

En 1873 votó, con otros 17 individuos de las Cámaras, reunidas, contra la proclamación de la República, y se unió desde aquel día á los partidarios de la Restauración, por cuyo triunfo trabajó en unión de los señores Romero Robledo y López de Ayala.

Una vez D. Alfonso XII en el Trono, fué teniente alcalde del distrito del Congreso, y con D. Alejandro Llorente realizó el arreglo de la Deuda municipal.

En 1877 fué el Sr. Villaverde director general de Administración local; al año siguiente interventor general de Hacienda, y en 1880 subscretario de dicho departamento.

Para este último cargo fué nombrado en enero de 1884; pero tres meses después sustituyó al conde de Toreno en el gobierno civil de Madrid, en cuyo desempeño, luchando con las enormes dificultades de la situación, reveló grandes dotes de carácter. Su actitud con motivo de la epidemia colérica, hizo que Aranjuez, al cual visitó varias veces, le nombrase hijo adoptivo.

Poco después, al dimitir el cargo de ministro de la Gobernación el Sr. Romero Robledo, fué nombrado para reemplazarle el Sr. Villaverde.

En 1890, al organizarse el nuevo Ministerio conservador, le confió el Sr. Cánovas la cartera de Hacienda, que desempeñó hasta que en noviembre de 1891 volvió á Gobernación, al dimitir el Sr. Silvela, siguiendo luego á éste en su disidencia.

Cuando en 1899 el Sr. Silvela fué nombrado presidente del Consejo de Ministros, confió la cartera de Hacienda al Sr. Villaverde, quien entonces inició la obra regenadora de que antes hemos hablado, imponiendo, esta es la verdadera palabra, el primero de los presupuestos que él llamó de liquidación.

Posteriormente ocupó dos veces la presidencia del Consejo, aunque por poco tiempo.

Poseía el Sr. Villaverde todas las dotes de los grandes economistas. No era orador brillante ni improvisador, pero se hacía notar por la competencia con que trataba los asuntos.

Estaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica y pertenecía á las Academias de Ciencias Morales y Políticas y de la Lengua.

¡Descanse en paz!



D. RAIMUNDO FERNÁNDEZ VILLAVERDE, eminente hacendista, fallecido en Madrid en 15 de los corrientes. (De fotografía de Franzen.)

EL CRUCERO AUSTRIACO «KAISSER FRANZ JOSEPH I»

Ha visitado recientemente nuestro puerto el buque de guerra austriaco *Kaiser Franz Joseph I*, buque escuela de guardias marinas. Es un crucero que mide 98 metros de eslora, 15 de manga y 5'6 de puntal: desplaza 4.000 toneladas, tiene dos palos y dos chimeneas y sus máquinas desarrollan una fuerza de 8.000 caballos. Monta 31 cañones y está dotado, además, de cuatro tubos lanzatorpedos. Lo manda el capitán de fragata Bublay, y lleva 450 hombres entre tripulantes y guardias marinas. Es todo de acero y fué botado al agua en 1889.



BARCELONA. – El crucero austriaco *Kaisser Franz Joseph I*, buque escuela de guardias marinas que recientemente ha visitado este puerto. (De fotografía de A. Merletti.)

MISCELÁNEA

Espectáculos.— *París.* – Se ha estrenado con buen éxito en la Comedia Francesa *Les Pheniciens*, drama antiguo en cuatro actos de Jorge Rivollet.

Barcelona. – En Novedades se han estrenado con buen éxito *Rosas de otoño*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente, y con éxito mediano los episodios del *Quijote* que se estrenaron en Madrid con motivo de las fiestas del centenario de la publicación del libro de Cervantes, y que son: *La primera salida*, *La aventura de los galeotes* y *El caballero de los espejos*, adaptados respectivamente por los Sres. Sellés, hermanos Alvarez Quintero y Ramos Carrión.

En las Arenas de Barcelona ha comenzado la temporada de ópera con una discreta compañía dirigida por el maestro Sr. Baratta, habiendo inaugurado sus funciones con la ópera de gran espectáculo en cinco actos de Berlioz *La dannazione di Faust*.

La Associació Wagneriana ha dado una audición de fragmentos para piano y canto de *Los maestros cantores de Nuremberg*, ejecutados por la Srta. Puig y la Sra. Dachs, y los Sres. Bosch, Parés, Boadella y Mullor, y otra del prólogo de *El crepúsculo de los dioses*, interpretado por las Srtas. Marcé, Puig d'Esern, Sra. Dachs y señor Colomé; éste y la Srta. Marcé cantaron además la escena final de *Sigfrido*. La dirección de ambas audiciones corrió á cargo del Sr. Doménech y Español, y cuantos artistas tomaron parte en ellas fueron muy aplaudidos.

La Asociación Musical de Barcelona ha comenzado el ciclo de Schubert con un concierto cuyo programa se componía del *Cuarteto en Re menor* y del *Quinteto en Do mayor* op. 163. Ambas obras cautivaron al público por sus bellezas y por su admirable ejecución, á cargo de los Sres. López Naguil, López Casals, Ribas, Rabentós y Montserrat, que merecieron y obtuvieron entusiastas aplausos.

Necrología.—Han fallecido:

José Kriehuber, pintor retratista austriaco.

Mila Kupfer Berger, cantante austriaca.

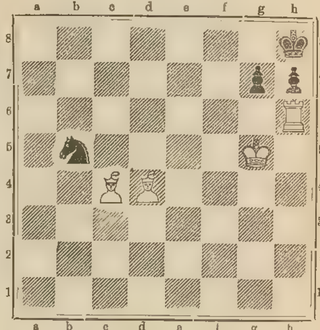
Ernesto Pauer, pianista y compositor austriaco, profesor del Real Colegio de Música de Londres y miembro de la Comisión de examen de la Universidad de Cambridge

Eduardo Rubini, compositor italiano.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 392, POR F. SKALIK.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (4 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 391, POR A. W. GALITZKY.

Blancas.	Negras.
1. e5-e6	1. Ah3-f1
2. Dg7-a1	2. Rh1-g2
3. Da1-a8 mate.	

VARIANTES

1..... Ah3-g2; 2. Dg7-a1 jaque, etc.
1..... Ah3-g4, f56×e6; 2. Dg7-b7 jaque, etc.



Folentin se estremecía y fijó en Rosa una mirada que revelaba el mayor asombro

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Tú debes saber, Folentin, dijo La Bréde, que nosotros pertenecemos á la primera reserva; de modo que si la patria estuviese en peligro, nos faltaría tiempo para volar á la frontera.

—Nosotros no somos viejos, añadió de Tramblay, pero esos señores son unos chiquillos.

—De lo que están muy contentos, replicó Condottier.

Siguiendo la broma, Folentin había cogido á Rosa de la mano obligándola á que se apoyase en su brazo. De este modo la llevó hasta el saloncito contiguo.

—¿Quiere usted decirme qué propósito le anima al alejarme del salón?, preguntó la joven.

—El de hablarle confidencialmente si usted no se opone.

—¡Cuánta gravedad! Verdaderamente parece usted un diplomático.

—Nada de palabras sonoras, replicó riendo Folentin. Escúcheme con atención, pues la cosa lo merece. Vengo de parte de Condottier.

—¡Ah! Cuando hace un momento bailábamos, no empleaba la solemnidad que usted.

—Debido á que me había dado poderes para hablar á usted formalmente.

—Entonces, ¿de qué me va usted á hablar?

—De su amor y del proyecto que ha formado de hacerla su esposa.

—Me parecen demasiadas cosas, dijo Rosa. Con respecto á su amor me ha dicho cuanto es posible decir. En cuanto á su proyecto...

—Es la consecuencia.

—Para él tal vez; pero ¿para mí?

—¡Cómo! ¿No ha pensado usted más que en flirtear con ese muchacho? ¿Qué se proponía cuando le animaba para que le hiciese la corte?

—¿Animarle? Lo ha dicho usted muy de prisa. ¿Le he animado alguna vez? ¿Qué entiende usted por esto?

—Confieso que es algo complejo; pero á juzgar por lo que dice el marqués...

—He tratado al marqués del mismo modo que á tantos otros que suspiraban como él, dándole alguna preferencia, nada más. ¿Qué ha podido encontrar en eso?

—No le ocultaré que está entusiasmadísimo. Le conozco bien, y nunca le he visto como ahora. No le creía capaz de tanto entusiasmo.

—Pues bien, que lo conserve.

Folentin se estremeció y fijó en Rosa una mirada que revelaba el mayor asombro.

—¿Ese es el estado de su espíritu?

—Según los modernistas debe decirse estado de alma, dijo alegremente la joven.

—¿No se ha emocionado usted?

—Absolutamente nada.

—¡Qué decepción para Condottier! ¡Él que creía!..

—¿Que el terreno estaba mejor dispuesto? Pues se ha equivocado.

—¿No es su ideal?

—De ninguna manera.

—¿No podría hacer méritos para mejorar su posición?

—Carece de medios.

—¿Qué le sería necesario para conseguirlo?

—Todo lo que le falta. Formalidad, fortuna, porvenir. No, barón; examine con detención al marqués; es encantador, de acuerdo, pero es un tarambana.

—¡Caramba!, repitió Folentin emocionado.

—¿No es así, poco más ó menos, dijo Rosa con dulzura, como ustedes llaman á los buenos mozos que tienen cierto partido entre las mujeres, pero á quienes se trata sin consecuencias? No se escandalice usted al oirme hablar de esta manera. Tengo un hermano, un padrino y un padre que hablan delante de mí, y no soy sorda ni... En fin, sé muchas cosas que me ilustran respecto á la situación de Condottier, y que me prueban claramente que no es el hombre que debo tomar por marido. Es todo lo contrario.

—¡Ah!, dijo Folentin cambiando de actitud. Lo que usted me dice, Rosa, es extraordinario, verdaderamente extraordinario. No la creía tan firme en sus resoluciones, y sobre todo, tan razonadora. Si no es abusar de su complacencia, ¿puedo suplicarle que me diga el hombre á quien daría su mano?

Y hablando de este modo examinaba á la joven con atención, en la que más bien que el hombre de mundo, despreocupado, se manifestaba el hombre de negocios, reflexivo. Vivamente, y como para quitar importancia á su pregunta, añadió:

—Es preciso que comprenda que, ya que no otra cosa, tengo que dar al pobre Condottier buenas razones.

—Nada más fácil que satisfacerle. Me bastará con repetirle lo que ayer dije delante de mister Evans, que poco más ó menos me preguntó lo mismo que usted...

—¿De veras? Es curioso. ¿Lo hizo quizá con segunda intención?

—Lo ignoro, pero me parece que no. Es un extranjero al que el estudio de las costumbres francesas le interesa, y que se informaba del estado de espíritu de las jóvenes casaderas, haciéndome charlar. Por lo menos, eso es lo que me pareció.

—¿Y usted le dijo?..

—Nada extraordinario. Debí parecerle algo tonta, porque se fué en seguida. Le declaré sencillamente que tan sólo me casaría con un completo hombre de mundo; es decir, que reuniese las condiciones de fortuna, buen gusto, talento, perfecta educación y muy buenas relaciones. Eso es todo. Mister Evans me miró con desprecio, y en sus ojos leí que no le merecía la menor estima.

Folentin permaneció un instante reflexionando, y luego dijo:

—Pero usted no habla más que de cualidades morales. ¿Cómo tendrá que ser físicamente la persona que usted elija?

—No es la belleza lo que me seduce; con que no sea feo, si es distinguido bastará.

Folentin palideció, y las palabras se anudaron en su garganta. Al fin, y después de hacer un esfuerzo, pudo decir:

—¿Y... en cuanto á la edad?

—¿La edad? Eso dependerá de la situación del pretendiente. Por regla general no se sabe lo que un hombre puede dar de sí antes de los treinta años.

—¡Verdad!, exclamó Folentin, cuyo rostro se iluminó repentinamente. Al fin encuentro una mujer que sabe comprender la vida. ¿Qué son treinta... ó treinta y cinco años para un hombre?

Miró de lado á Rosa, y viendo que no protestaba no quiso llevar más lejos aquel examen de conciencia. Con jovialidad añadió:

—Ahora comprendo por qué Condottier no puede tener ninguna esperanza. Si, su espíritu lúcido y firme se da cuenta con demasiada exactitud de las exigencias sociales, para dar esperanzas á ese buen mozo, que no es más que un buen mozo. Pero si se encontrase un candidato que aproximadamente correspondiese á su programa, porque la perfección no es de este mundo, ¿podría arriesgarme á presentárselo?

—¡Cómo! Usted, un solterón empedernido, un solterón, ¿se dedicará ahora á reclutar gente para el matrimonio? Esto no está de acuerdo con sus principios, á no ser que el matrimonio, que juzga malo para usted, lo considere bueno para los demás.

—¿Quién le ha hecho formar de mí un concepto tan erróneo?, preguntó Folentin mirando con languidez á la joven. Si he permanecido soltero ha sido porque no encontré aún la mujer de mis sueños. ¿Cree usted que debo retirarme ya?

Rosa se colocó delante de él y le examinó con cómica atención. Después, aprobando, dijo:

—No hay que hacerse ilusiones, barón, está usted llegando al límite.

—¿Pero llego todavía á tiempo?

—Sí.

—Pues no pregunto más.

Y cogiendo á Rosa de la mano hizo que de nuevo se apoyase en su brazo; luego, andando con firmeza y con ademán de triunfador, entró en el salón, en donde acababa de reanudarse el baile.

A la mañana siguiente, cuando el marqués bajó de las habitaciones que ocupaba en el ala derecha del castillo de Rocher, junto á las de su hermana la condesa de Grodsko, se dirigió al gabinete en que su amigo trabajaba diariamente con el secretario. Las grandes ventanas que daban al parque estaban abiertas, y en el gabinete no había nadie. Condottier, viendo á un jardinero que preparaba una canastilla de rosas, le preguntó si el barón había salido.

—Sí, señor marqués, contestó el buen hombre. Ha salido y muy temprano. Sin duda alguna habrá ido á Tours, y estará aquí á la hora de almorzar, pues el coche no ha vuelto.

—Perfectamente, dijo Condottier.

Desde el magnífico *parterre*, cultivado á la francesa, que se extendía desde la fachada del castillo hasta las orillas del Loire, podía admirarse el río, que parecía de plata, encajonado en el valle florido, rodeado de colinas cubiertas de boscaje, en medio del cual blanqueaban los torreones de los castillos vecinos. Ningún paraje tan fértil ni tan risueño cuenta con tantas moradas señoriales, verdaderas maravillas de antigua arquitectura. En ese jardín de Francia es donde el gozo de vivir se manifiesta en la blandura del aire, en las caricias del sol y en el perfume de las campiñas.

Andando por la arena caldeada y á lo largo de las avenidas del jardín, materialmente cuajado de flores, Condottier se sintió poseído de esa languidez que brota del alma de las cosas. Sumergido en estas contemplaciones, llegó hasta la barandilla de piedra y en ella se apoyó fijando la mirada en el río y en los barcos que pasaban lentamente arrastrados por caballerías. El campanilleo de las colleras marcaba el ritmo de su pesada marcha. Allí permaneció vuelto de espalda al sol, soñando despierto y presa de un embotamiento delicioso que hacía mayor la frescura de la brisa y el silencio de los bosques. En la confluencia del canal Vesgre y el Loire, humeaban las altas chimeneas de la fábrica de Beaumont, y más lejos, en un macizo de árboles, principio de los bosques que se extienden hasta Blois, el techo de pizarra del castillo de Prévinquieres brillaba al sol como una lámina de plata. Condottier evocó en su pensamiento la imagen de Rosa, y se la figuró recorriendo el jardín, pensando tal vez en él. La vió como la había visto la víspera, animada por el deseo de agradar, algo fantástica y haciendo esfuerzos para contenerse cuando él le juraba amor. ¿Había sido por coquetería de mujer, segura de la influencia que ejercía, ó por temor de manifestar el fondo de su pensamiento? Demasiado libre de preocupaciones, demasiado alegre, y no lo bastante reflexivo, se preguntaba á cada momento si podía considerarse tan seguro de ella como le decía su hermana la condesa Grodsko. La víspera, cuando había preguntado á Folentin el resultado de su entrevista con la señorita Prévinquieres, el barón había contestado con una evasiva.

—La fatiga me rinde; si usted quiere, nos ocuparemos de esto mañana por la mañana. Tengo que decirle muchas cosas.

En el trayecto de Beaumont á Rocher, el barón había dormitado en el fondo del coche sin preocuparse de la condesa, y por la mañana, en vez de apresurarse á poner al corriente á su amigo, se marchaba á primera hora. ¿Qué significaba esta conducta y qué se podía conjeturar de ella?

Las doce daban cuando el coche de Folentin apareció ante la verja del castillo, y diestramente conducido fué á detenerse frente á la escalinata. El lacayo sujetó el tronco y el barón saltó á tierra con la ligereza de un joven. En lo alto de los escalones la condesa Grodsko se adelantaba para recibir al dueño de la casa. Éste besó galantemente la mano que le tendían, y apoyándose amistosamente en el hombro de Condottier le dijo:

—¿Ha pasado usted buena noche? He salido cuando todavía dormía usted, pues un asunto de importancia reclamaba mi presencia en Tours. Al mismo tiempo he tratado de otro... Me parece que al fin Bricard me cederá el bosquecito que está en medio de mi cazadero... Pero subamos y hablaremos durante el almuerzo. Me estoy muriendo de hambre...

Los dos hermanos cambiaron una mirada. La volubilidad de Folentin, el esfuerzo que hacía para entretenerse hablando de cosas que les eran indiferentes, en lugar de abordar el asunto esencial de su conversación con la señorita Prévinquieres, les inspiraban atroces inquietudes.

Juntos se dirigieron al comedor, y una vez sentados á la mesa, y cuando los criados hubieron servido los primeros platos, la condesa dijo:

—Y bien, querido amigo; no nos habla usted del resultado de su intervención cerca de la encantadora Rosa. ¿No pudo usted conseguir, durante el largo rato que estuvo hablando con ella, que dijese lo que tanto deseamos saber?

Folentin tragaba con dificultad. ¿Qué era lo que más le molestaba, la empanada de caviar ó la pregunta de la condesa Grodsko? Fijó en el plato los ojos, adoptó un gesto compungido, bebió un sorbo de vino, y decidiéndose al fin dijo:

—A ustedes debe de haberles sorprendido la poca prisa que he demostrado en darles cuenta de mi misión..., porque era una misión lo que se me había encargado...

—Sí, replicó Condottier, misión diplomática, y tenía usted amplios poderes para tratar.

—¡Ah! Tratar, tratar. Con una persona tan fantástica como Rosa no es muy fácil.

—¿Le recibió mal?..

—Antes al contrario, se mostró muy amable.

—¿Se negó á escucharle?

—Nada de eso. Me prestó muchísima atención.

—¿Respecto al asunto que usted iba decidido á abordar?

—Respecto al asunto mismo

—Entonces... ¿Le dió una contestación?

—Categórica, pero no les satisfará mucho.

—¿Se niega á concederme su mano?

—Cuanto es posible negarse á una petición semejante. Claro está que cubriendo de lisonjas á la persona en cuyo nombre la petición se hace.

—¡Vaya una gracia!

—¿Verdad? Es el desastre clásico: usted es muy agradable, se le oye con muchísimo gusto, tiene un carácter alegre, es amable, es el tipo de hombre más á propósito para gustar, pero nunca será su mujer.

—¿Cuál es la razón, la razón que da? Porque indudablemente debe dar alguna.

—Da muchas.

La condesa Grodsko intervino para decir:

—Eso es demasiado. Con una sola, siendo buena, bastaría; pero vayamos por partes.

—Pues bien, el marqués no tiene posición...

—Naturalmente, como que no se dedica al comercio.

—No tiene fortuna.

—Si la tuviese no se dirigiría á la heredera de un fabricante de máquinas para arar; buscaría una mujer de su clase...

—Sus gustos no hacen suponer que se creará una posición, por sus propios medios.

—¿Qué es lo que significa esto? ¿Que no mangoneará para agenciarse un acta de diputado que le permita ir—él, un descendiente de miembros del consejo de los Quinientos—á sentarse en esa leonera que se llama Palacio de Borbón? Efectivamente, hay grandes probabilidades de que no se resigne á semejante extremo. Pero ¿se puede decir que ejercer el oficio de malhechor público sea crearse una posición? En este caso también son posiciones las de los monederos falsos y las de los salteadores de caminos.

—Condesa, usted exagera.

—De todo esto se deduce, dijo melancólicamente Condottier, que no le gusto.

—Sí le gusta usted, pero no como marido.

—Entonces, ¿como qué?.., exclamó con viveza el marqués.

—Como amigo, como camarada; en una palabra, para flirtear, contestó Folentin. En esto no tiene usted rival y triunfa en toda la línea.

—Por lo cual me siento muy lisonjeado. Durante un invierno habré servido para distraer á la señorita Prévinquieres, habré asegurado su supremacía sobre cien jóvenes tan encantadoras como ella, le habré llevado el abanico y los guantes en los salones, la sombrilla en los paseos, y todo para obtener este resultado, para ser despedido como un criado, cuyos servicios ya no convienen. Muy bien. Estas son cuentas que se arreglarán entre Rosa y yo. No me habrá inferido impunemente semejante ofensa.

—¡Marqués!

Folentin miró con inquietud á Condottier, que se había puesto pálido de cólera. Éste se moderó instantáneamente, y haciendo un esfuerzo para sonreir, dijo con voz tranquila:

—No tema usted que le haga ningún daño; ni siquiera hablaré de ella con malevolencia. Esto sería indigno de mí, pero le doy mi palabra de que me vengaré.

—¿Cómo?..

—Folentin, este es un asunto puramente mío.

—Pues bien; ¿quiere que le dé un consejo? No se ponga en pugna con Rosa; es más fuerte que usted.

—¿Qué le ha contado á usted, preguntó la condesa Grodsko, para que la tenga en tanta estima?

—Me ha explicado sus ideas sobre la vida, sus gustos, sus ambiciones, sus esperanzas. Es un espíritu superior.

—Según parece, su programa está de acuerdo con el de usted, dijo la condesa Grodsko con cierto recelo.

El entusiasmo de Folentin cedió como por encanto; simuló la más grande indiferencia, pero no era lo bastante astuto para engañar á una mujer como la condesa. Desde un principio, la hermana de Condottier había adivinado en las reticencias y explicaciones del barón algo que no era sincero. Tenía el presentimiento de que su amigo la engañaba y de que el papel que había desempeñado cerca de Rosa no había sido el que le encargaron. Dadas las circunstancias en que se encontraban los tres, se hacía preciso poner en claro la situación. La condesa no dió tiempo á Folentin para que preparara una salida; le había sorprendido y no le dejó respirar.

—¿Le diría acaso, exclamó, que no le parecía imposible sacrificar las ventajas de la persona á la importancia de la posición? Delante de mí y delante de muchos otros no ha ocultado nunca que esta fuese su manera de pensar. En distintas ocasiones he tratado de hacerle comprender cuánto hay de enojoso en la unión de una joven con un joven maduro.

—Sin embargo, replicó Folentin con acritud, usted á los veinte años se casó con el conde Grodsko, que le doblaba la edad.

—Por lo mismo que esto me ha servido de lección, puedo permitirme citar mi ejemplo.

—En beneficio de su hermano.

—Naturalmente que no será en beneficio del gran turco. Folentin, esta mañana noto en usted algo extraordinario, y ya ve que no se lo oculto. Además, al discutir este asunto demuestra una vivacidad tan grande, que cualquiera creería que tiene miras personales.

—¿Yo?, exclamó el barón poniéndose colorado como una guinda.

—Sí, usted. En vez de apoyar á mi hermano, parece que se inclina en favor de la señorita Prévinquieres. Deja usted de ser el defensor del uno para convertirse en aliado de la otra... ¿Es que por casualidad ha jugado usted con dos barajas? ¿Es que habiendo tenido en principio el proyecto de arreglar los asuntos del marqués de Condottier, no habrá usted arreglado los del barón de Rocher?

—No, no; no es esto, protestó el barón con energía. Yo he procedido de buena fe. Yo no pensaba más que en casar á Condottier con la señorita Prévinquieres. No hablé más que de él..., pero mi proposición fué rechazada tan categóricamente...

—¿Qué preguntó, que si lo que le negaban para otro no lo podría obtener para usted mismo?

—Yo no lo pregunté, y de ello doy mi palabra de honor.

—¿Acaso se lo ofrecieron?

—Menos todavía. ¡Gran Dios! ¿Qué es lo que usted supone?

—Sin embargo, confiese que en esas famosas ideas con respecto á la vida había algunas que se aplicaban con bastante exactitud á su caso particular.

—Esto no lo niego.

—¡Ve usted!

—Tengan presente que en ese momento ya no se trataba de Condottier; que se había dicho que no tenía ninguna probabilidad de conseguir su objeto, y que, por lo tanto, concebir esperanzas personales no era hacerle traición...

—¡Folentin!, exclamó con violencia el marqués, interviniendo después de un largo silencio que había empleado en observar á su amigo. ¡Folentin! ¿Ha pensado usted, un segundo siquiera, en casarse con la señorita Prévinquieres?

—Pero, querido amigo..., balbuceó el banquero.

—Conteste claramente.

—¿Me amenaza usted?

—Sí, y prepárese si intenta engañarme.

Durante un momento, turbados por el sesgo extraordinario que tomaba la conversación, se miraron fijamente. Pero Folentin recobró pronto su aplomo, y sostenido por su orgullo, por el sentimiento de su superioridad y por la confianza en su buena fortuna, repuso:

—Nada dije, nada declaré, ni nada pedí; pero de las explicaciones que me dió ayer la hija de Prévinquieres se desprende que si yo pidiese su mano no vacilaría en concedérmela.

—¿Lo hará usted?

—Amigo mío, estoy perplejo. Pienso que tengo treinta y seis años, costumbres arraigadas, y que el matrimonio es cosa que merece mucha reflexión. Sin embargo, Rosa es tan seductora, parece tan razonable...

—Música. Usted verá que todo esto no sirve para nada. Folentin, créame usted y no piense en semejante cosa. Sin la menor dificultad, Rosa se metería en el bolsillo á tres hombres como usted. Póngase en guardia, pues se juega la tranquilidad, la salud y acaso la vida.

—¿Me juzga usted tan poco resistente?

—Yo creo que no durará usted dos años, y eso sin hablar de los inconvenientes que pueden presentarse durante este lapso de tiempo.

—¿Cree usted que la señorita Prévinquieres sería capaz de engañar á su marido?

—Eso dependerá del hombre con quien se case. Usted no es joven, Folentin, y tiene que tomar muchas precauciones para no engordar. Se arregla usted con mucho arte, pero al natural está usted casi desplumado. Las herpes asoman por todas partes.

—Me deteriora usted de un modo feroz, exclamó con enojo el barón. Pudo usted esperar á que la condesa no estuviese presente.

—¿Cree usted que se hace alguna ilusión? Natalia, dile lo que piensas...

—Mi querido barón, dijo la condesa Grodsko, usted sale al encuentro de los desastres. Créame, y piense que no es el hombre que se necesita para que ande al mismo paso que la encantadora Rosa. Siento por usted demasiada estimación y conservo recuerdo reciente de las proposiciones deshonestas que tantas veces me ha hecho...

—¡Condesa!, interrumpió con inquietud Folentin, indicando al marqués.

—Mi hermano sabe hace tiempo á qué atenerse con respecto á sus proyectos, pero sabe también que no pueden tener ninguna consecuencia...

—Sin embargo, dijo con humildad Folentin.

—Nada, amigo mío. Usted es un hombre amabilísimo, un huésped agradable que posee un hermoso cazadero, un *mail-coach* admirable que, por cierto, guía usted muy mal...

—¡Yo!, exclamó el barón picado en lo vivo.

—Sí, usted, que estuvo á punto de hacernos volcar bajando la cuesta de Saint-Cloud.

—Porque se me había roto el freno.

—Todo cuanto usted quiera; pero sin su cochero, que se apoderó de las riendas, hubiéramos ido al foso. Será preciso ver cómo guiará el coche conyugal. Yo no creo que una mujer pueda tomarle en serio, aunque sea una mujer legítima, y... ¡qué caramba!, usted sabe lo que esto quiere decir. Tiene usted un amor propio excesivo, y por ahí es por donde le ha cogido la señorita Prévinquieres, pero por ahí es también por donde le hará sufrir horriblemente.

—Vamos, vamos. No es un asunto decidido, y tengo todavía tiempo para reflexionar. Aún no me he declarado.

—Ya se declarará. Para que haya tenido usted el valor de hacer á mi hermano, á su amigo, al que confiaba en usted, semejante villanía, es preciso que esté usted dispuesto á todo. Pero, amigo mío, no hay que vanagloriarse, y usted pagará las consecuencias.

—Y yo, Folentin, dijo el marqués, después de lo que ha hecho usted conmigo, me creo autorizado para tomar el desquite.

—¿Cuál?

—Imprudentemente me ha dicho usted que la señorita Rosa me encontraba encantador para flirtear. Veremos si la baronesa de Rocher pensará del mismo modo.

—Amigo mío, dijo con audacia Folentin, si llego á casarme, no se preocupe, vigilaré. No soy un tonto, conozco la vida, tengo experiencia, y todo el mundo sabe que no puede engañarse á Folentin.

Y volviéndose galantemente hacia la condesa añadió:

—Vamos, no me ponga usted cara de vinagre. En todo lo que le sucede á su hermano no he tenido la menor culpa. Ya ve que acojo sonriendo sus amenazas. Continuemos siendo buenos amigos, como conviene á gente de nuestra clase, pues no adelantaríamos nada si nos enfadásemos por una cosa que tal vez no se realizará.

El barón tendió la mano á Condottier, y éste la estrechó con afectada indiferencia.

—Natalia, dijo el marqués dirigiéndose á su hermana. No le ejecutemos todavía; tiempo tendremos cuando él mismo se ponga la cuerda al cuello.



Andando por la arena caldeada y á lo largo de las avenidas del jardín...

IV

Folentin el gordo, como irreverentemente llaman en la Bolsa al barón de Rocher, había heredado una gran fortuna de su padre, uno de los jefes de la casa de banca Ravenaud y Compañía. Algunos servicios prestados por el abuelo de Folentin á fines del reinado de Luis Felipe le habían valido el título de barón. Embromado por sus amigos respecto á su reciente nobleza, el banquero había declarado que por su parte no le atribuía la menor importancia, pero que podía ser útil á sus hijos. Con efecto, durante su vida, que fué larga, pues murió en 1870, en vísperas de la guerra, se hizo llamar sencillamente Folentin. El hijo de Folentin el gordo no usó tampoco el título, pues profesaba ideas republicanas, y al lado de Gambetta, su amigo y jefe, consiguió salir diputado por el distrito de Beaumont en las elecciones que siguieron á la paz con Alemania. Folentin, hombre de negocios, acogido con cierta benevolencia por Thiers, fué ministro de Hacienda. Desde su alto destino Folentin prestó grandes servicios, contribuyendo no poco con su sabia administración á liquidar la indemnización que hubo que pagar al vencedor. Fué luego gobernador del Banco, y murió dejando una reputación de financiero de primer orden. Armando Folentin—éste ya se hacía llamar barón—añadió á su nombre el de una finca que su familia poseía, hacía más de un siglo, y para el mundo de la vida fácil fué en adelante el gordo Folentin de Rocher. Era simpático, alegre, muy dispuesto siempre á divertirse, pero ni aun en las más grandes ocasiones derrochaba el dinero. Sus opiniones, diametralmente opuestas á las de su padre, eran reaccionarias y con marcado tinte de orleanismo. Esto le hizo perder el acta de diputado, que los electores de Beaumont ofrecieron á Prévinquieres. Folentin no guardó rencor á su contrario. Había comprendido que la corriente de la opinión llevaba á los republicanos al socialismo, y como sentía horror por todo lo que pudiese acarrear una modificación en el orden de las cosas que le aseguraban la tranquilidad de la vida, se había separado de la política.

Como hombre avisado tomaba sus precauciones. Colocaba la mayor parte de su fortuna en Inglaterra, en la banca Jarret y Firms, de la que era corresponsal, y seguro de que nada tenía que temer de los exaltados que soñaban con probar reformas á riesgo de arruinar á Francia, dedicaba á esos peligrosos sectarios frases sarcásticas y despreciativas.

Subvencionaba un periódico de bulevar y esportivo, el *Gentleman*, cuyo redactor en jefe era legitimista y clerical. En él se defendían con igual competencia al Papa y sin olvidar al cuerpo de baile de la ópera, con el que Folentin tenía razones especiales para mostrarse benevolente.

Si no fuera por un amor propio enfermizo, que le hacía juzgar que cuanto poseía, cosas y personas, era superior á lo que poseen los demás, el barón hubiese vivido dichoso. De este amor propio nacía un espíritu de comparación llevado al exceso, que era causa de que Folentin desease con inmoderado ardor todo cuanto no tenía y otro os tentaba ante sus ojos. Semejante estado de espíritu habría sido calificado de envidia por un moralista, y en esto se hubiera equivocado. Folentin no tenía envidia, no era más que un refinado y un vanidoso. En su concupiscencia no entraba un átomo de hiel. Deseaba los éxitos únicamente por la gloria de alcanzarlos, y una vez obtenidos se prestaba con gusto á rendir tributo á los demás.

Una de las razones por las cuales no se había casado era la incertidumbre en que se encontraba, hasta ese día, respecto á la superioridad de las mujeres á las que hubiera podido dar su nombre. Verdaderamente, ¿había alguna que valiese la pena? ¿No encontraría al día siguiente una más guapa, más espiritual y más rica? Le había sucedido lo que al pez de la fábula, que al principio había desdeñado carpa y barbo, buscando la víctima que colmase todos sus deseos, y esta irresolución había cumplido treinta y seis años. A decir verdad, nunca había pensado en Rosa Prévinquieres, á la que conocía desde larga fecha. La encontraba bonita, elegante, fina, pero no había empezado á juzgarla debidamente hasta que Condottier se prendó de ella y empezó á quererla con pasión.

El marqués de Condottier no era un personaje cualquiera, y su elección no podía ser tratada á la ligera. Reinaba en la juventud parisiense y le daba tono. Era un árbitro de la moda y de la elegancia. Folentin se enorgullecía siendo su amigo, y en otro tiempo había deseado mucho que se le presentasen, y á pesar de la diferencia tan grande de edad que entre ellos había, llegaron á ser íntimos amigos. En diferentes ocasiones Folentin había prestado á Condottier fuertes cantidades, que éste le había devuelto escrupulosamente, pues el *baccará* repara las brechas hechas por el *baccará*. Para Folentin el marqués era un ser escogido al que rendía homenaje, hacía esfuerzos para copiarle, y sobre el que desesperaba poder alcanzar ninguna ventaja.

Sin que él mismo se diese cuenta, y en el fondo de su pensamiento, el proyecto de suplantar al marqués cerca de Rosa Prévinquieres, proyecto nacido en un instante en el transcurso de la conversación de la víspera, tenía su origen en ese deseo latente de triunfar del marqués.

(Continuará.)

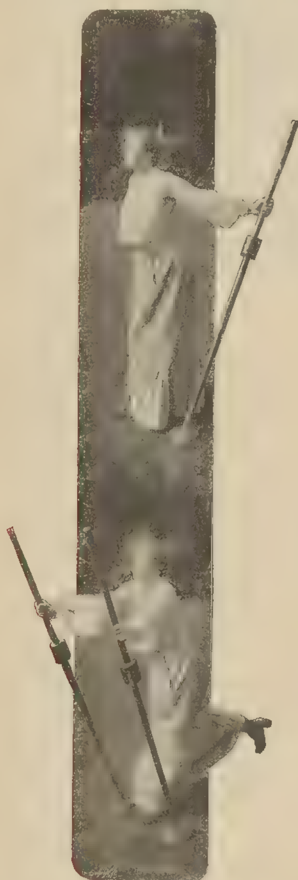
LA CURA POR LA NATURALEZA

«Volver á la naturaleza;» he aquí una frase corta, pero que quiere decir mucho; á propósito y concisa, se ha hecho popular. Representa una tendencia que sólo hace pocos años ha podido abrirse camino y marchar viento en popa, pero que ha sido el ideal de los hombres pensadores á través de los siglos, desde que la humanidad abandonó las vías trazadas por la naturaleza.

Hasta ahora sólo han procedido así en realidad aquellos que se han sometido por completo al sistema que se llama cura por la naturaleza.

Puede que algún día esa vida racional, considerada ahora sólo como un remedio, llegue á serlo como un preservativo contra toda clase de enfermedades; pero hoy por hoy, para estudiar ese procedimiento, es necesario visitar alguno de los establecimientos instalados para la cura por la naturaleza, en los que sólo se emplean los remedios que la naturaleza proporciona, el aire, la luz del sol, el calor, el agua, el vapor, una alimentación sencilla y sana, los ejercicios físicos, especialmente las aspiraciones y espiraciones fuertes y prolongadas, el sueño, el masaje y por último la electricidad.

La ley y doctrina que predican los partidarios de la cura por la naturaleza, consiste únicamente en afirmar que toda enfermedad tiene su remedio natural.



Ejercicios gimnásticos.

¿Y cómo se las compone el doctor Naturaleza? Supongamos que tenemos neuralgias é insomnios, asma, bronquitis ó dispepsia, tomemos el tren y encaminémonos á Burgess Hill, en el condado de Sussex, que es donde se halla el mejor establecimiento de esa clase de Inglaterra, y os someterán al género de vida que fielmente reproduce la hoja de mi diario, que aquí copio.

Desde las 10 de la noche á las 7 de la mañana se duerme; si queremos dormiremos al aire libre, ó bien en una tienda de campaña, entre los árboles de los terrenos del establecimiento, en lugar escondido, pero con todos sus lienzos recogidos á fin de que circule bien el aire.

A las 7 de la mañana baño ó ducha.

Principiamos el sistema curativo. Si el baño no nos ha despertado por completo, la ducha nos despertará; una ducha moderada al principio, no la «ducha rayo» que tomaremos cuando ya estemos algo más fuertes.



Paseo con pies descalzos por el césped humedecido de rocío.

Á las 7 y 30. Paseo descalzo por la hierba húmeda; después la *toilette*.

El primer paseo dado en esa forma nos produce una sensación extraña. El sentir bajo los pies el húmedo césped nos recuerda los días de nuestra infancia, cuando tanto gozábamos corriendo descalzos por la arena mojada de la playa. Desde entonces siempre se nos ha estado aconsejando que no nos humedezcamos los pies; pues bien, ahora nuestro nuevo médico nos obliga á cometer esa locura. Así es que cuando por primera vez quizás en toda nuestra vida pisamos las brillantes gotas de rocío, no puede expresarse la deliciosa sensación que se experimenta; de frescura, bienestar y vigor, amén del placer de romper con la tradición.

El valor curativo del paseo descalzo consiste en que vigoriza la piel de los pies y tonifica todo el organismo. Además desaloja la sangre de las partes congestionadas; corazón, cabeza ó pulmones, según el caso.

De 8 á 8 y 15. Ejercicios físicos.

Después que un criado nos ha secado los pies, frotándolos con fuerza, se presenta en escena el profesor de gimnasia; en el campo ó en el vestíbulo si llueve, se forman grupos de á cuatro y se practican todos los ejercicios dispuestos. Generalmente en ellos se sigue el sistema sueco, que emplea una vara larga para ayudar á balancear, con movimiento acompasado, el cuerpo y los brazos, ó en lugar de esos ejercicios, se tira al sable, al florete ó al palo.

Á las 8 y 15. Ejercicios respiratorios.

Como aún falta un cuarto de hora para el almuerzo, nos dedicamos á practicar un ejercicio que hemos perdido de vista desde que éramos niños: el arte de respirar. «Poner la cara alegre,» ordena el profesor de respiración, y todo el mundo trata de hacerlo así, porque este ejercicio no debe considerarse como una labor, y luego derechos como soldados á la voz de firmes, todo el mundo hace una larga aspiración desde el fondo de los pulmones, llenándolos de aire. Se alzan en alto las manos á cada inspiración, se retiene el aire por un momento, luego se las deja caer con fuerza y el aire es expelido. Este ejercicio, hecho diariamente antes de almorzar y repetido luego varias veces durante el día, ensancha pronto los pechos estrechos de un modo sorprendente y fortalece los pulmones débiles.

Se emplea con frecuencia un aparato ingenioso para ayudar á respirar que se llama «la silla respiratoria.» Se cruza el pecho del paciente con fajas después de sentado en la silla, y moviendo atrás y adelante los brazos flexibles de la misma, las fajas se aflojan y aprietan alternativamente, y la persona, al mismo tiempo, va practicando las inspiraciones y espiraciones.

De 8'30 á 10. Almuerzo y reposo.

En el almuerzo, como en todas las demás comidas, cada enfermo toma el alimento en clase y cantidad que el médico le haya prescrito.

De 10 á 12. Tratamientos especiales.

Durante esas horas cada enfermo se somete al tratamiento especial: baños de agua, de vapor, secos de aire caliente, duchas de vapor, baños de vapor sólo para la cabeza ú otros parciales seguidos de los de agua fría ó caliente.

Puede que lo mandado sean baños eléctricos. En ese caso nos facilitarán un asiento en un gabinete de lámparas incandescentes, donde hay cincuenta de diez y seis bujías; se oprime el botón y durante media hora estaremos literalmente en un baño de luz. O tal vez nos hagan sentar en ciertas sillas especiales provistas de cuatro recipientes llenos de agua y de alambres eléctricos, y metiendo en el agua manos y pies, pasarán una y otra vez corrientes eléctricas por todo nuestro cuerpo. De este baño eléctrico se sale vigorizado; hecho otro hombre.

En otros casos el tratamiento empleado es el masaje ó el vibrador eléctrico, que puede imprimirnos 6.000 vibraciones por minuto.

De 12 y 30 á 12 y 45. Gimnasia.

A la 1. La comida, abundante y suculenta.

De 2 á 4. Baños de aire y de sol, paseos ó reposo

Cuando el tiempo es bueno, la mayor parte de la tarde se pasa en un estado de desnudez casi completo. Volvemos directamente á la naturaleza, y ocul-



Silla respiratoria para el pecho.

tándonos tras las empalizadas, nos quitamos la ropa y exponemos nuestra delicada piel al sol y al aire.

Los hombres, mientras toman el baño de aire, fuman, conversan y leen bajo los árboles del departamento que les está asignado; las señoras, en el suyo, charlan, cosen ó bordan, y las dos horas de aire y sol pasan sin sentir. El aire, como el agua, obra como un tónico sobre todo el organismo, y es sorprendente el efecto que en los debilitados produce una serie de baños de aire.

De 4 á 6 y 30. Te, descanso y recreo.

En tiempo bueno, en el verano, el te se toma siempre al aire libre.

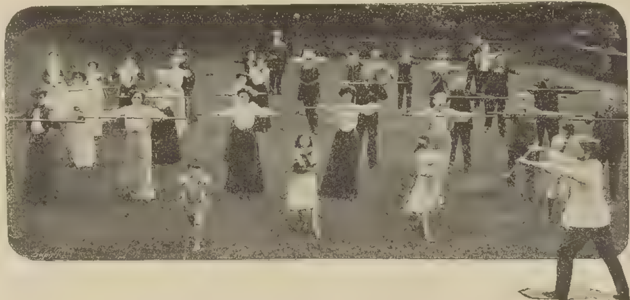
Se recomiendan mucho en Burgess Hill toda clase de deportes saludables; así es que facilitan los medios para pasear á caballo, en carruaje ó á pie; para nadar, pescar, jugar á la pelota, al croquet, á los bolos y á toda clase de juegos al aire libre.

De 6 y 30 á 6 y 45. Ejercicios gimnásticos y de respiración.

No hay modo de escapar al profesor de gimnasia.

A las 7. La cena.

Terminada la cena, hasta las diez se hace música, se juega al billar ó á los naipes, etc., y una vez á la semana se organizan veladas de distintas clases.



Ejercicios gimnásticos al aire libre.

Este programa, como es natural, sufre modificaciones según las estaciones y según cada caso particular.

La mayoría de los enfermos que allí van sufren de males crónicos, con especialidad de los órganos respiratorios; pero no se admiten tísicos declarados ni los que padezcan enfermedades contagiosas. Con frecuencia se ha visto curarse muchas que habían sido consideradas incurables, como el asma y bronquitis crónica.

Terminaremos citando las palabras del profesor Ricardo Haynel, director en la actualidad del establecimiento de Burgess Hill:

«Convengo en que hay enfermedades incurables para las medicinas ordinarias; por eso soy contrario á ellas. Creo que la naturaleza tiene remedios para todos los males, mientras haya en el cuerpo fuerza suficiente que responda al procedimiento curativo natural. Claro está que se necesita tiempo para vigorizar unos pulmones débiles, para expeler las materias extrañas de un cuerpo intoxicado y para rehacer un organismo aniquilado; pero ningún enfermo debe perder la esperanza teniendo por médico á la naturaleza.»

MARCOS WOODWARD.



PARIS. – TRASLACIÓN DE LOS RESTOS DEL ALMIRANTE NORTEAMERICANO PABLO JONES. – Esperando los restos de almirante: á la izquierda están los soldados norteamericanos; á la derecha, los franceses. – Furgón de artillería que conduce los restos del almirante. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Con objeto de recoger y trasladar á los Estados Unidos los restos del almirante Pablo Jones, que hacía más de un siglo descansaban en un cementerio abandonado de París y que han sido encontrados recientemente, el gobierno norteamericano envió á París un destacamento de marinos y de soldados de infantería de marina, compuesto de 22 oficiales y 486 hombres, que se alojaron en la Escuela Militar.

El día 6 de este mes, después de una ceremonia religiosa que se celebró en la iglesia americana de la calle de Alma y en la cual estaba representado el gobierno francés por sus más notables personalidades, los restos mortales del ilustre almirante fueron colocados en un furgón de artillería arrastrado por ocho caballos y adornado con banderas de los colores nacionales de Francia y de los Estados Unidos, y conducidos solemnemente á la estación de los Inválidos. El día 8 el cadáver de Pablo Jones fué embarcado en Cherburgo á bordo del *Brooklyn*, después de habérsele tributado los honores oficiales.

El almirante Pablo Jones, escocés de origen, entró al servicio de los Estados Unidos en 1775 y se distinguió durante la guerra de la Independencia, realizando hazañas verdaderamente legendarias. En una de sus expediciones llegó hasta Francia, en donde fué muy bien recibido por Luis XV, quien le regaló una magnífica espada de honor. De regreso en Filadelfia, recibió las felicitaciones del Congreso y una medalla de oro. Volvió á Francia en 1784; estuvo luego al servicio de Rusia, y al fin se estableció en París, en donde terminó su existencia.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 31 de julio de 1905 — Núm. 1.231



FLAMENCA, pintura al pastel de Carlos Vázquez



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estoy por cambiar el epígrafe y escribir «La muerte contemporánea;» porque, en verdad, desaparece tal cantidad de gente sonada y conocida, que cuando, á la hora de ponerse el sol, miro las anchas nubes rojizas que rayan el cielo de un verde cambiante y fluido, paréceme que revisten la forma de enormes guadañas. Actualmente, la preferencia de la segadora, su capricho, va hacia los políticos de talla; ha guadañado en poco tiempo á dos, que parecían destinados á larga vida y duradero influjo en los destinos del país. Ni Silvela, ni menos D. Raimundo Fernández Villaverde, daban señales de encontrarse en ese período de agotamiento de las fuerzas, de diminución de la energía vital, que casi siempre anuncia las enfermedades postreras. De Villaverde se hubiese dicho, según la frase expresiva de mi tierra, que «vendía salud.»

Por otra parte, ni Silvela ni Villaverde podían desempeñar el papel de *great old men;* casi les llamaría jóvenes para el ejercicio político. En este ejercicio, los vencedores, generalmente, tienen muy curtida la piel, muy duros los huesos. La ancianidad les rodea de aureola; son Nestores forrados en prudentes Ulises, como D. Eugenio Montero Ríos. Villaverde, á los cincuenta y siete, estaba llegando al cenit de su carrera, y le quedaba extenso porvenir, tela cortada para rato. Empezaban las gentes á darse cuenta de que, sin grandes condiciones para brillar, sin elocuencia fascinadora, sin arranques parlamentarios, este nuevo jefe de partido «sabía mucho de números» y era además un hombre de bien, de rectos propósitos y excelentes deseos, serio y sincero, laborioso y no tocado aún de escepticismo...

Sí; Villaverde no infundía odios sañudos; no le cercaba clamorosa popularidad; no conoció esas horas de triunfo artístico de un Maura ó un Moret. Hablo desde el punto de vista del público, del que no penetra en los pasillos del Congreso ni cabildea en los círculos de la política activa y personal.

Y las filas se aclaran, y el estado mayor se reduce, y la gente se pregunta: ¿Qué nuevas figuras surgirán? ¿Quién será consultado, de hoy más, en las crisis laboriosas en que se ha menester ocho ó diez hombres de talla indiscutible, que sucesivamente vayan entrando en palacio con aire preocupado, llevando un mundo de cavilaciones en lo sombrío del entrecejo, y vayan saliendo más tétricos, más impenetrables que cuando entraron?

Acaso aparezcan prestigios, vayan abriéndose camino individualidades hoy en la penumbra, y que substituirán á las guadañas impensadamente... No es, sin embargo, nuestra época de esas en que se impone un nombre en cuarenta y ocho horas, como sucedía durante el período revolucionario. Era entonces la vida juego de sorpresas. Nadie estaba seguro de no despertarse ministro. Apellidos que jamás habían sonado estallaban como el trueno, como cohetes de lucería, con resplandor momentáneo y estrépito fugaz. Después, ó la noche los envolvía nuevamente, ó continuaba su fulguración, que de todo se han dado casos. Lo súbito se convertía en duradero. Lo improvisado se eternizaba. Hoy encuentran doble resistencia los ambiciosos. Avara, la muchedumbre cierra sus oídos y exagera sus escepticismos. ¿Qué vale ese? ¿Qué vale este otro? Poca cosa. Ya veremos...

***

¿Hay espectáculo más instructivo que el de la pavorosa desorganización del imperio ruso? No concibo, dentro del cuadro de la historia moderna, y á excepción del período de la *Commune*, serie de hechos que contenga tantas enseñanzas, tan clara doctrina. La disolución moral, y también material, de ese poder vasto y caótico, y el tremendo ataque de histero-epilepsia de la ciudad hambrienta y vencida, son tan significativos, que con sólo esos dos episodios podría escribirse voluminoso tratado de política, cuyas conclusiones serían muy semejantes á las del nunca envejecido y siempre admirable de Aristóteles, aquel enemigo de todo radicalismo, apóstol madrugador del gobierno templado ó constitucional (en lo cual le siguió Santo Tomás, que seguramente, si resucitase, reprobaría con severidad el régimen peligrosísimo de la autocracia).

Alejandro Dumas, padre—este nombre, después de los de Santo Tomás y Aristóteles, suena de un modo extraño, —escribió, al regresar de Rusia, que el descomunal imperio no era sino inmensa fachada, detrás de la cual no hay edificación habitable. El símil es de los que se graban en la imaginación, y siempre que he leído telegramas de Rusia, en esta última época especialmente, me he acordado de la frase del ameno viajero y novelista, y he visto la fachada inconmensurable, alta como la «Muralla de los Siglos» de Hugo, pintorreada y dorada como las iconas que la raza adora y venera, resistente como las preocupaciones que imperan en el territorio..., y ocultando detrás de su masa, de su aparatoso esplendor, no la ausencia de edificio, sino la presencia de un abismo que da vértigo, abismo de atraso, de inmoralidad administrativa, acaso una de las causas decisivas del próximo hundimiento de la fachada, que ya se agrieta y cruje.

Siempre que un régimen se inmoviliza, hay á su sombra intereses creados, que no le permiten variar, que consagran su inmovilidad, erigiéndola en dogma. No será por lealtad al desventurado tsar (que se encuentra abrumado de pena, agobiado de ansias, consumido de dolorosas inquietudes), por lo que parte de su familia, muchos de sus consejeros, le inducen á sostener un estado de cosas incapaz de resistir el fallo de la historia, de inspirar á los súbditos de Nicolás Romanof ese sentimiento que consolida las nacionalidades. Al contrario: según demuestra lo sucedido con el buque *Kniaz Potemkin*, lo debilita y anula. Si Nicolás Romanof (en forma eslava Nicolás Alejandrowitch) reflexiona y aviva el seso, si se entrega á esas fecundas meditaciones de los pastores de pueblos, de las cuales dimanan quizás las grandes transformaciones históricas, si el sentimiento de una catástrofe que se aproxima se impone á sus prejuicios de raza y de soberanía absoluta..., las instituciones políticas de Rusia variarán por completo.

Y no sé si aun así los problemas, los conflictos se resolverían. Rusia es demasiado extensa; es como esos cuerpos agigantados en que encuentran obstáculos las funciones vitales. Hará cosa de sesenta años, un concienzudo escritor, Chopin, que fué secretario de un príncipe y embajador ruso, escribió alarmado: «Si los recursos de este colosal imperio se desarrollan á proporción del incremento de su territorio, y la política de su gobierno no tropieza con imprevistos obstáculos, ¿quién puede vaticinar dónde se detendrá su poderío?» Más adelante agrega: «Leyendo atentamente la historia, se ve que desde hace siglos no ha variado la política moscovita.» Este carácter estático, y el empeño de ensanchar indefinidamente sus fronteras, de apoderarse de tierras que no civiliza, son realmente los rasgos distintivos de Rusia. No cambiar, adquirir, hacerse, no mejor y más culta, sino más material cada día, justificando la frase célebre: «Europa será republicana ó cosaca.»

Sí, hubo un tiempo en que los cosacos fueron el coco de Europa. Se diría que sus látigos vibraban y restallaban en todos los oídos, con amenaza feroz. ¡Ya se está viendo de qué sirven los cosacos! Tenía razón Pedro el Grande cuando, ante la sepultura de Richelieu, exclamaba: «Te daría la mitad de mis Estados porque me enseñases á gobernar la otra.»

Así como en nuestro período agudo de desdichas, sin poder evitarlo, evocábamos el recuerdo del Cid, hoy, al disolverse Rusia, no podemos menos de acordarnos del que quiso organizarla fuerte y durablemente, á la europea. Pedro el Grande ha sido vencido, en el transcurso de los siglos, por su mujer Eudoxia Lapukine y por su hijo el zarevitch Alejo. No importa que repudiase á la primera, que la encerrase en un monasterio, que la hiciese azotar; no importa que al segundo lo amputase «como á un miembro gangrenado.» Partidarios el hijo y la esposa de la estabilidad absoluta de las viejas costumbres de la Rusia oriental é inmóvil, su espíritu, y no el de Pedro, que quería reformas, movimiento, adelanto, es el que ha prevalecido en Rusia y la ha traído al caso en que se encuentra.

***

El paro general para protestar de la indiferencia con que miran los gobiernos el encarecimiento de los artículos de primera necesidad, me parece, desde afuera y sin que yo siga asiduamente (por falta de ocasión y tiempo) la marcha de estas cuestiones sociales y económicas, una medida puesta en razón, una protesta lógica y justificada.

Mejor que las huelgas continuas, prolongadas, para exigencia de aumento de salario y reducción de horas, que dan por resultado el retraimiento del capital, la paralización del trabajo, la ruina de la industria, comprendo esta clase de peticiones, ó como se diría en Inglaterra, *claims*, porque todos sabemos que son los intermediarios, y los abusos que libremente cometen, lo que hace tan angustiosa la vida de las clases pobres.

Es decir, que ese mal tiene remedio posible, y sólo con atar corto á codicias y egoísmos, se remediarían en gran parte la carestía y la miseria.

Cuando la gente trabajadora no come, la salud da en quiebra; se desarrolla de un modo aterrador la tuberculosis; las generaciones se suceden fisiológicamente arruinadas, y el único capital del obrero, su vitalidad, es robado, no por burgueses ni patronos, sino por una especie de roedores, que también roen la existencia de la clase media semiacomodada.

En casas que acaso vistas por fuera parecerán ricas, la carestía de las subsistencias trae también de la mano al médico, al aceite de hígado de bacalao, al hipofosfito de hierro; también allí las mejillas empalidecen, la tisis acecha, la estatura de los niños es menor de la normal, el organismo se depaupera, la sangre se liquida.

Si la mala vergüenza no se lo impidiese, ¡cuántos burgueses de alfiler en la corbata y reloj de oro en el bolsillo se unirían á los obreros para clamar contra el encarecimiento incesante de los artículos de primera necesidad, que ellos, los burgueses digo, se ven precisados más de una docena de veces al día á sacrificar á los de segunda!

El obrero, siquiera, no necesita «figurar,» terrible palabra. Pero el «señor» que no sabemos lo que señorea; el «caballero» infaliblemente sin caballo; la «señora» para quien es un logogrifo el balance entre los ingresos del sueldo del marido y los gastos que raída libreta consigna..., esos sí, esos sí que respirarán cuando sepan que la carne, el arroz, los garbanzos, el aceite, las patatas y el tocino se han bajado de las nubes...

***

El eclipse de sol, según nos enteran los astrónomos, será perfectamente visible en España—en Oviedo, León, la Coruña, Zaragoza, Tortosa, Burgos, Mallorca, Valencia...—Tal espectáculo, que no deja de atraer á los curiosos, paréceme el que menos sensación puede causar aquí. A fe que con eclipses totales de sol debiéramos estar familiarizados. Nuestro sol, eclipsado al menos en 999 milésimas, no da señales de salir del cono de sombra y volver á refulgir como antes.

Y volviendo al sol que nos calienta, y que va á ocultarse el 30 de agosto tras un velo negro, diré que esas manchas recientes que se descubren en él son bastante alarmantes para nuestro globo. Si el sol da en denegrirse y esfacelarse, ¿qué suerte aguarda á la tierra? No hace falta gran perspicacia para inferirlo. Y aterra pensar, no en el propio aniquilamiento, que ese estaba descontado, sino en la desaparición total de lo adquirido por los hombres en tantos siglos, en la pérdida de obras de arte cuya idea nos parece inseparable de la de inmortalidad, pues no concebimos que sean perecederos ni la Ilíada, ni el Apolo de Belvedere, ni la Victoria de Samotracia, ni la Gioconda, ni las Meninas...

EMILIA PARDO BAZÁN.



Tu americana tiene una mancha de yeso en la solapa

LA GRAN CRUZ DEL TRABAJO

Cuando Luis quedó admitido en la obra en calidad de peón de mano, suspiró, bendijo mentalmente á la Providencia salvadora y miró al cielo con gratitud inmensa.

—El sábado cobraré: ¡el sábado!

Y al salir á la calle y pisar la acera, no podía con su dicha: las grandes felicidades pesan en el corazón de los tristes como las montañas: muchas veces los aplastan, los martirizan.

Apresuró Luis el paso para llegar antes á casa y dar la noticia: le parecía el camino largo y penoso como un calvario.

Y para llegar más pronto á su arrabal, echó por el atajo, campo adelante, pisando la hierba, todavía mojada por la lluvia reciente, metiéndose en el cieno sin darse cuenta, aunque á través de sus botas agujereadas por la suela penetraba el barro. Pero á Luis le parecían una alfombra la verdimbre y perlas las gotas de rocío, que temblaban sobre las hojas de la hierba, convulsivamente, alegremente.

—¡Pan en perspectiva! ¡Pobrecitos míos!, en lo sucesivo ya no os acostaréis en ayunas como anoche. ¡Qué horrible era aquello! Cada vez que pedían pan, me salía una cana.

Luis lloró; unos lagrimones resbalaron por su barba.

En esto la nube que encapotaba el cielo se rasgó y el sol echó un varillaje de oro sobre el panorama.

En la casa habló claro; contó la verdad, entera; dijo lo que era su nuevo destino; ¿para qué ponerle careta á una hermosa verdad salvadora y anhelada?

—No es una cartera en un ministerio lo que voy á desempeñar; es simplemente un cargo de bracero, de jornalero, de albañil. ¿Y qué? Creedme, el hábito no hace el monje, un hombre honrado cabe lo mismo dentro de una levita que debajo de un chaquetón de pana; yo os aseguro que cuando mañana salga de la obra, ¡me habrá de parecer que llevo entorchados en la blusa!..

Esto último lo dijo Luis con placer, con arrogancia de príncipe. En la penumbre de su cueva-hogar ostentábase su orgullosa silueta de Alcides, con los ojos animados por un ramalazo fosfórico de placer. La miseria de su alrededor contrastaba con la realeza de su aspecto.

Y la familia le felicitó; echó á reir; los hijos le besuquearon, la mujer le acarició las manos con amorosa complacencia.

No obstante, una discreta tristeza vivía bajo aquellas risas, bajo aquellos besos. Eran tristezas que pretendían hacer reir y risas que pretendían hacer llorar.

A la mañana siguiente, cuando el sol triunfando en su desafío con la noche nació, salió Luis de casa con dirección á la obra.

A falta de blusa, que no tenía, llevaba su chaquetita raída de siempre; una honesta ruina señorial de tiempo inmemorable.

Los niños del nuevo obrero habían salido á despedirle á la escalera entre un jolgorio de alegrías infantiles, de nido revuelto. Llegaba á la calle y aún estaba tirándole besos la gente menuda. Era una estela de amores que iba dejando.

Y Luis, con gozo inefable de novio feliz en el cuerpo, apretó el paso para llegar temprano. Y él, que no sabía cantar, que no había cantado nunca—porque le daban rabia las alegrías de la música,—tarareó inconscientemente una canción, un himno, una marcha real, un *tedéum*, algo sin notas, un compuesto de rimas dislocadas, indeterminado; pero que tenía de todo eso: sentía dentro de su ser nochebuenas andaluzas, auroras boreales, caricias, ternuras. Un ramalazo de locura dichosa latía en sus sienes.

Desde lejos vió relucir el maderamen del andamiaje, allá, en lo alto de la carretera. El sol doraba los cantos de los tablones, los encendía como filos de diamante, y el armatoste de palitroques, como un esqueleto de gigante, como una horca, se elevaba sobre los montones de ladrillos, extendiendo los brazos de pino, desnudos, como si quisiera subir al cielo para desgarrar las nubes é hincar sus uñas de astilla en el velo turquí del firmamento.

A Luis le latió el corazón con fuerza, subió á sus mejillas de presunto bracero una tenue llamita de indiscreto pudor aristocrático y dibujóse en sus labios una irónica sonrisa de desdén. El pobre inclinó la cabeza acatando las cosas y dejó que su mirada cayese al suelo humillada bajo el peso de la vida.

Inadvertidamente fué acortando la marcha. A medida que iba menguando la distancia, iba creciendo la pena en el alma del triste. Ya todas aquellas alegrías de antes se le habían evaporado sin duda; ahora le daba un miedo horrible, una vergüenza avasalladora tener que subir por aquel tinglado, gateando por entre la armazón del esqueleto, como un bicho...

—Entre esos palitroques quedará desgarrada mi túnica ridícula; hecho jirones mi señorío ilusorio. Cuando llegue á lo alto del andamio, podré mirar al cielo cara á cara, en reto, con la mirada dominadora del luchador triunfal: ¡subiré!

Sonó la campana de la obra. Luis llegó. Se presentó á la lista. Los demás trabajadores le miraban curiosamente: unos se le reían, otros le contemplaban con respeto, algunos con ira. Un viejecito que empuñaba una azada le envió una sonrisa de cariño. Y con su barba crespa, manchada ya de yeso, gateó el señorito por el andamio detrás de su oficial.

—Ese es tu cuezo. ¿Tienes paleta?

—No.

—No importa: te presto la mía. Ahora prepara la mezcla.

—¿La mezcla?

Luis no sabía cómo se preparaba eso. El oficial, que tenía tufos de chulo, lo comprendió y le dedicó una risita de burla.

Pero Luis observó cómo lo hacían los demás y aprendió. ¿Cómo no? La cosa no tenía maldita la ciencia. Cogió el yeso, el agua, lo echó todo en el cuezo, y sus manos suaves como la rosa se hundieron en la masa, con fruición: aquella frescura del líquido refrescaba la calentura de su piel.

Y se pusieron á trabajar. El oficial cantando, el peón suelto manejando ladrillos; el peón nuevo de mano, meditando; pensando en los niños, en la casa, en la fatalidad y en Dios.

De este modo la cuadrilla de albañiles trabajó dos horas. El sol se elevaba en el cielo magnífico y azúl, como una bola incendiada, y la tierra, en su germinación constante de hembra siempre joven, mostraba impúdicamente al firmamento su seno colosal.

Sonó la campana otra vez y hubo una tregua en el trabajo para que almorzasen los obreros. Todos sacaron de los sendos saquillos las viandas; todos menos Luis.

—Yo almorzaré mis pesadumbres, dijo.

Se quedó ante su cuezo, de rodillas, meditando fervorosamente, como si estuviese ante un altar. Desfiló por su mente la humanidad en pleno, tenía entonces la inteligencia vestida de gala, iluminada, como el cerebro de Hugo en los momentos de divina inspiración. Y veía á los luchadores y á los césares, confundidos en un abrazo bestial, epiléptico, sublime, librando una liza aniquiladora y mortal. Después pensó en la ruindad de las sociedades, en la mascarada de la vida: sueño, que dijo Calderón.

—¡Estoy durmiendo. Estoy sufriendo una pesadilla solemne!..

. . . .

—¡Ay, papá, mira qué lástima: tu americana tiene una mancha de yeso en la solapa!, le decía la niña por la noche, estando sentada al amor de la lumbre.

—¿Sí?.. Es verdad. Pero mira, hija mía, qué redonda es y qué bonita: ¡parece una condecoración!

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

EL NUEVO ESTABLECIMIENTO FOTOGRÁFICO

DEL SEÑOR AUDOUARD

Recientemente se ha inaugurado en el suntuoso edificio, que será gala del Paseo de Gracia y nuevo testimonio de la genialidad del distinguido arquitecto D. Luis Domenech, el establecimiento fotográfico del Sr. Audouard, que servirá de complemento á la construcción, ya que la planta baja en donde se halla emplazado armonizará cumplidamente con el admirable conjunto que pregona el desprendimiento del propietario y el exquisito gusto y maestría del arquitecto.



Vestíbulo del establecimiento fotográfico del Sr. Audouard

Conocidos son los alientos del laborioso fotógrafo, los progresos que ha realizado y su constante empeño en adaptar á los mecánicos procedimientos el concepto artístico que avalora la obra y le asigna ese algo que atrae é interesa. De ahí, pues, que no sorprenda que el Sr. Audouard, al trasladar sus talleres desde la calle de Cortes al Paseo de Gracia, esquina á la del Consejo de Ciento, se haya preocupado en mejorar su establecimiento, eligiendo para realizar su noble objetivo á inteligentes colaboradores, que han logrado llevar á cabo una obra digna de encomio y exponer á la consideración de los inteligentes una nueva y gallarda manifestación del arte decorativo, demostrando una vez más el desarrollo y la pujanza del arte suntuario de nuestra capital.

La especialísima disposición del edificio contribuye en gran manera al hermoso efecto que el establecimiento produce; pero aun así, justo es consignar que las partes que lo integran están perfectamente equilibradas y que el buen gusto ha presidido en la ejecución de todos los pormenores, huyendo de los efectismos y relumbrones.

Llama desde luego la atención el amplio vestíbulo, cuya elegante decoración ha sido proyectada y dirigida por nuestro buen amigo el distinguido artista Sr. Gual, quien ha logrado obtener admirable resultado al combinar, en forma armónica y razonada ponderación, las dos grandes vitrinas que en sus paramentos se destacan, con los tapices, artesonado y vidrios, dominando, sin producir fatiga ni revelar esfuerzo, una entonación vibrante, que, singularmente cuando iluminan el local las bombillas eléctricas de múltiples colores, lo enriquecen y aumentan el encanto. Un tramo de cuatro peldaños da acceso al salón, que se halla separado del vestíbulo por medio de una preciosa vidriera de colores, que recibe la luz por un extenso ventanal, en cuyo centro se destaca una caprichosa estatua, obra del celebrado escultor Sr. Arnau. Las maderas, metales y cuantos elementos se han utilizado para el embellecimiento y la decoración de este salón, atestiguan la inteligente dirección de quien ha sabido obtener tal resultado, de suerte que más se asemeja al estrado de señorial vivienda que al departamento destinado para recibir á los visitantes del establecimiento, contribuyendo á ello la bonita chimenea que en el centro se destaca, los cortinajes, el excelente mobiliario y el parquet y arrimaderos intarsiados que completan su ornamentación.

Siguen á este otros salones que no desmerecen del anterior, que conducen al destinado á exposición, en el que figuran hermosas muestras de las producciones ejecutadas en tan notable establecimiento, tales como excelentes bromuros, artísticos carbones y gallardas manifestaciones de los modernos procedimientos pigmentarios que con tanta maestría aplica el Sr. Audouard, así como esmaltes, pasteles, etc.

La galería, espaciosa y apropiada, corresponde á la importancia del establecimiento y ha sido objeto de la cuidadosa atención del dueño y del buen gusto de los decoradores.

El establecimiento á que nos referimos es una nueva y bellísima nota artística que aumenta el ya extenso catálogo de las que posee nuestra ciudad, que le asignan, en unión de las demás manifestaciones artísticas, el elevado concepto de centro del movimiento del arte peninsular. De ahí, pues, que felicitemos al Sr. Audouard por el esfuerzo realizado y á los artistas é industriales que han aportado su valiosa colaboración, complaciéndonos en dar á conocer á nuestros lectores esta muestra de la cultura y del progreso de las artes barcelonesas.

A. García Llansó.



Salón del establecimiento fotográfico del Sr. Audouard



Sala de espera y despacho del establecimiento fotográfico del Sr. Audouard

LA VENGADORA

En casa de Zarauz todo se volvían atenciones á mí: el mejor cuarto de su vivienda, el puesto de honor en su mesa, el plato más exquisito..., yo estaba ya abochornado por tantas demostraciones de afecto; era aquel un trato á lo príncipe; pero ¡vive Dios!, que como nunca la dicha fué completa, también mi estancia en casa de Zarauz tenía su lado horrible; porque decir á cualquiera, á quien se habla por primera vez: «Fulano de Tal, en el presidio tiene usted su casa,» la cosa es un poco fuerte y la primera impresión es de las que hacen dar un paso atrás al interlocutor. Sí, señores; en el presidio. Zarauz era por entonces director de la Penitenciaría de Granada, cuyo excelente apartamiento exterior ocupaba, y allí encontré preparado magnífico alojamiento.

Descartado este pequeño detalle, en holgura y bienestar no me cambiaba yo por el tsar de Rusia. Había ido buscando alivio á mi enfermedad, y al mes de vivir bajo aquel cielo privilegiado encontrábame con un precioso acopio de salud y energías.

Los días de sol emprendía largas caminatas hacia Huétor y Atarfe, ó pasábame las tardes metido en la Alhambra, correteando las alamedas sombrías del

Generalife. Cuando hacía mal tiempo no quedábame otro recurso que permanecer encerrado en los bien confortados salones de Zarauz, ó bajar al presidio y matar las horas charlando con los celadores, quienes siempre me referían algo nuevo é interesante de la vida de aquellos desventurados que expiaban sus crímenes bajo la custodia de mi amigo.

Una noche que, mientras cenábamos, refería yo la impresión sufrida por mí al hablar con el penado Iñiguez, uno de los de la perpetua, Zarauz me contestó:

—¡Bah! La historia de cualquiera de esos muchachos interesa á los impresionables como tú; pero á mí, que llevo veinte años bregando con ellos, nada de lo que me cuentan me llama la atención. ¿Y qué, qué decías? ¿A cuáles has hablado? Vamos á ver..., ¿has visto á la *señora?*, me interrogó Zarauz subrayando la última frase.

La señora..., ¿qué señora es esa?, exclamé perplejo.

—Sí, hombre, añadió sonriendo con un tono de cruel desprecio al objeto de nuestra conversación, una orgiveña guapota y rica que mató á dos ó tres, no recuerdo á cuántos, por cuestiones de amor.

—¿Y hace mucho que está aquí?, pregunté interesándome.

—Creo que vino por seis años; debe estar abocada á salir.

—Pues no, no la he visto, y me gustaría saludarla. ¡Pobre mujer! ¿Me permitirás que la visite?

—Sí, hombre; que te acompañe D. Santos.

Y continuó diciendo:

—Es la única reclusa que por orden del ministro está exenta de trabajos y horas reglamentarias; entra y sale de su celda á la huerta cuando lo tiene á bien.

La referencia de Zarauz bastó para robarme el sueño aquella noche y amanecer intrigado por conocer á la *señora*, como la llamaban todos en aquella casa.

Al día siguiente, tan pronto como eché la vista encima á D. Santos, le hice que me acompañara á la celda de la reclusa de Orgiva. El jefe de los celadores se adelantó un poco y le expuso mi deseo. Instantes después me recibía la *señora*.

Su departamento era una celda alcobada con dos pequeñas ventanas de espeso enrejado que miraban á la huerta. La habitación, de paredes blanquísimas, la exornaban cuatro sillas, dos mecedoras, una cómoda, un espejo de medio cuerpo, varios cromos y un retrato de hombre que sostenían sobre la cómoda dos piececillos de acero. En aquella limpia y reducida estancia se aspiraba ese perfume agradable que denuncia á la mujer aseada y pulquérrima.

Felisa Marín era una mujer extraordinaria: recuerdo que ante aquella cabeza árabe, de ojos grandes, serenos y negrísimos; aquellos cabellos de seda tan negros, tan brillantes, que herían la vista; aquel rostro moreno mateado, sobre el que proyectaba la sombra de sus espesas pestañas; aquella nariz tan fina, tan recta, y aquellos labios arqueados y teñidos de púrpura, ante aquella sugestiva majestad del crimen, quedéme petrificado.

—Señora, exclamé echando mano á todos los recursos de la galantería, mi calidad de viajero y huésped del director me autorizan para ser indiscreto viniendo á visitarla. Ayer he oído referir cierta historia pasional, y he sentido vivos deseos de conocer á la heroína.

—¿Ha dicho usted deseos de conocerme á mí?, replicó invitándome á tomar asiento. Es raro que haya quien se interese por conocer á una pobre reclusa.

—No, Felisa, le interrumpí; usted no es pobre ni reclusa; es usted una mujer de excesivo corazón, arrojada á este puerto por el amargo oleaje de su destino. ¿Quiere usted referirme su drama?

Y Felisa Marín, la protagonista de una historia de sangre, con una serenidad pasmosa y una inmutabilidad mayor aún, me refirió su crimen. Llevaba escasamente un año de casada con Mateo Bermúdez, un hombre á quien ella hizo malo con su devastadora pasión. Enfermos de llorar sus ojos, un día siguió á Bermúdez hasta la casa de su mercenaria, y sorprendiéndolos á solas, ciega y desequilibrada, con la loca ceguera de los celos, asesinó á los dos.

Felisa Marín me refirió esta página negra sin derramar una lágrima, firme, imperterrita, con el tono enérgico de la convicción, inalterables sus facciones y su metal de voz.

Ahora, si es verdad que la simpatía es una especie de invisible placa que atrae y enfoca la corriente moral de dos sentimientos, precísame declarar que en aquella tarde quedaron tirados entre Felisa Marín y yo los clisés espirituales de un mutuo y honrado afecto. Pero por los mudos respetos que á mí me merecía la situación delicadísima de aquella mujer, yo no la visitaba jamás; sólo algunas tardes nos encontrábamos en la huerta y charlábamos de pie un instante.

Estaba yo en vísperas de separarme de Zarauz, cuando un día, no recuerdo por qué causa ó fiesta nacional, la *Gaceta* nos trajo un extenso indulto de penados. Lo primero que se me ocurrió fué informarme de si aquella gracia alcanzaría á mi afectuosa reclusa. Informado de que de allí á un mes Felisa Marín volvería á ser libre, cogí la *Gaceta* y me dirigí á su celda.

Felisa humedeció con lágrimas aquel papelucho oficial que le traía su libertad, y un tanto repuesta de su fuerte emoción, de la que yo participé en abundancia, hablamos de su nueva vida y de su regreso á Orgiva.



MISA MATINAL, fotografía de P. Audouard

Nunca he podido explicarme por qué imán misterioso, por qué imperativo mandato de una fuerza invisible que me arrastró á sus pies, aquella tarde pronuncié frases que bajo aquel sagrado recinto me estaban vedadas. Sólo recuerdo que desorientado, obediente al interrogador hipnotismo de sus ojos dominadores, balbuceé:

—Sí, Felisa; yo la amo á usted y quiero ser dueño absoluto de ese corazón tan grande...

Felisa me miró aterrada y me interrogó con un tono que me dió miedo:

—¿De modo que usted sería capaz de amarme con toda la pasión, con toda la realidad que yo le exigiera?.. Pues bien, sea, añadió, disponga usted de mí; pero no olvide que mi primera prueba de amor es muy grande, y esa se la daré al recobrar mi libertad.

—¿Y en qué consistirá esa prueba?, le pregunté, bien ajeno á la sentencia que me preparaba.

—¡Ah! Es muy sencillo, añadió ella posando en mí una mirada honda que me produjo un escalofrío, usted se ha apoderado de mi voluntad, de mi corazón y de todo mi ser..., y eso, amigo mío, créalo usted, eso me obliga, ¡por si acaso!, á no levantar los muebles y á llevarme las llaves de este cuarto...

. . . .

E. ALBERTO CARRASCO.

EL SHAH DE PERSIA Y M. WITTE

EN PARÍS

Recientemente han estado en la capital de Francia estas dos notables personalidades, cuya presencia en París ha despertado curiosidad por lo que hace al monarca oriental é interés por lo que toca al político ruso.



PARIS. – EL SHAH DE PERSIA SALIENDO DEL ELÍSEO. (De fotografía de M. Branger.)

Muzaffer-ed-Dine, después de haber tomado, como en años anteriores, las aguas de Contrexeville ha ido á hacer su acostumbrada visita á la gran ciudad, en donde encuentra placeres y distracciones que le recrean y de donde se lleva siempre enseñanzas sumamente provechosas para él y para su imperio. Allí ha asistido á un almuerzo de gala con que le ha obsequiado el presidente de la República y que ha sido una fiesta suntuosa, como todas las que en el Elíseo se celebran en honor de los huéspedes ilustres; ha visitado el Observatorio, los museos, y algunos edificios públicos, tiendas y almacenes, y el Jardín de Plantas, ha paseado por el Bosque de Boulogne, ha ido á la Ópera y al tiro de pichón y á otras diversiones; pero no sólo á estas cosas relativamente frívolas ha dedicado su atención y su tiempo, sino que además ha aprovechado su estancia en París para enterarse de otras más importantes, que demuestran cuánto le preocupan é interesan los modernos adelantos.

En efecto, en los Campos Elíseos hízose funcionar en su presencia un tren Renard, compuesto de una locomóvil de 80 caballos, de un vagón salón capaz para quince viajeros y un furgón de equipajes; y tan prendado quedó de la rapidez y facilidad con que el tren evolucionaba por entre los coches y automóviles que llenaban el paseo, que inmediatamente encargó uno para utilizarlo en Persia para sus excursiones.

Unas de las cosas que más han interesado al shah han sido los experimentos del radio, que en su presencia ha realizado el eminente sabio M. Curie, y las de telegrafía sin hilos efectuadas por M. Branly, con quien ha celebrado detenida conferencia para tratar de la instalación de una red telegráfica en Persia, en donde no hay sino una gran línea, la indo-europea, que viniendo de las Indias pasa por Teherán, atraviesa el Cáucaso y termina en Berlín. Esta línea es á todas luces insuficiente para las necesidades de aquel país.

No es esta la única mejora que en sus Estados se propone introducir Muzaffer-ed-Dine. En unión de su ministro de Obras Públicas, Mirza Nizam-ed-Gaffary, ex alumno de la Escuela Politécnica de París, estudia actualmente un proyecto de red de carreteras para su reino, y ha encargado muy especialmente á sus ministros de Estado, de Justicia y de Instrucción Pública que estudien, tomando por base lo que han podido ver y estudiar en París, las reformas que en sus respectivos departamentos podrían introducirse. Al de Instrucción Pública, en particular, le ha recomendado muy mucho que estudie muy detenidamente los métodos de enseñanza franceses para implantarlos, en lo posible, en Persia, y por indicación de su gran visir ha resuelto contratar á cinco profesores de Francia, á quienes se confiará una parte de la reorganización de la instrucción pública en aquel país.

Más que la estancia del shah ha interesado la de M. Witte, plenipotenciario ruso para negociar la paz con el Japón que, de paso para Wáshington, se ha detenido algunos días en la capital de la vecina República. Este interés se explica, no sólo por la importancia de la misión diplomática del representante del tsar, sino además, por las relaciones que median entre Francia y Rusia, por esto han sido tan comentadas sus frecuentes entrevistas con el presidente del Consejo de Ministros M. Rouvier.

Y como se trata de un asunto que interesa, no solamente á Francia, sino á todo el mundo, creemos oportuno transcribir las declaraciones que antes de salir de San Petersburgo hizo M. Witte á un corresponsal de la *Associated Press*, declaraciones que hemos de suponer auténticas desde el momento en que, á pesar del tiempo transcurrido, no han sido desmentidas.

«El emperador me ha designado como embajador extraordinario para entablar negociaciones con los plenipotenciarios japoneses y comprobar la posibilidad de firmar un tratado de paz. Mis opiniones personales son de importancia secundaria; mis ideas, empero, son enteramente las mismas que las de mi amigo el conde Lamsdorff, ministro de Negocios Extranjeros. Sirvo al emperador; he recibido instrucciones precisas de Su Majestad y á ellas me atendré. La resolución definitiva está en manos del tsar, á quien incumbe decidir de los destinos de Rusia. El emperador es amigo de la paz y la desea; pero temo mucho que las condiciones propuestas por el Japón sean tales que impidan todo acuerdo.

»Por otra parte, el mundo ha de abandonar la creencia de que Rusia desea la paz á toda costa. Hay allí dos partidos: uno favorable á la continuación de la guerra á todo trance; otro, al que yo pertenezco, favorable á la paz.

»Confieso francamente, pues decir la verdad ha sido siempre el principio de mi política, que yo era partidario de la paz antes de la ruptura de las hostilidades; pero cuando estalló la guerra la situación quedó modificada. De todos modos, á pesar de la existencia de los dos partidos, uno propicio y otro contrario á la continuación de la lucha, no dudo de que, en las actuales circunstancias, estos dos partidos se unirían si las exigencias japonesas hiriesen el amor propio de Rusia ó comprometiesen el porvenir de la nación; y estoy seguro de que, si declaro inaceptables las condiciones del Japón, Rusia aceptará este veredicto y el pueblo ruso estará dispuesto á continuar la guerra muchos años más, si es necesario.

»Rusia no está agotada, como quiere hacer creer al mundo la prensa extranjera; la situación interior es mala, muy grave, no lo niego, pero la verdadera significación de los acontecimientos no es conocida en América ni en Europa.

»Los corresponsales de periódicos vienen aquí, hablan con algunos centenares de personas de San Petersburgo y de Moscou, interpretan mal los acontecimientos y llenan el mundo de falsas impresiones sobre el porvenir de Rusia.

»Rusia se parece muy poco á los demás países del Oeste de Europa; para conocerla, para comprender el alma del pueblo ruso, es preciso haber nacido aquí ó haber vivido muchos años en nuestro país. Las costumbres, la historia, la psicología del pueblo ruso, son completamente distintas de las de las naciones de Occidente.

»Rusia no puede ser juzgada desde los puntos de vista occidentales, tan grande es y tan diversos los elementos que la componen.

»En la actualidad ofrece la imagen de una gran familia desgarrada por disensiones intestinas; pero estas divisiones desaparecerían si el pueblo comprendiese que estaban en juego los destinos del país. Rusia no se encuentra en vísperas de una disolución; como gran potencia, no está obligada, á pesar de los reveses que ha sufrido, á aceptar cualesquiera condiciones.

»Atravesamos una crisis interior señalada por muchos acontecimientos graves, y aún es posible que ocurran algunos más; pero la crisis cesará y dentro de algunos años Rusia recobrará su puesto de potencia preponderante en el concierto europeo.»



PARÍS. – M. WITTE, PLENIPOTENCIARIO RUSO PARA NEGOCIAR LA PAZ CON EL JAPÓN. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Estas declaraciones, más que del plenipotenciario de un vencido dispuesto á ceder á las exigencias del vencedor, parecen del representante de una nación que va á tratar de igual á igual con otra con la que se encuentra en lucha y á la que, á la larga, confía vencer, aunque hasta ahora lleve en la contienda la peor parte. – S.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Cómo entretienen sus ocios los prisioneros japoneses en Medvied: modelos de buques y juguetes fabricados por ellos. (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Los japoneses prosiguen en su labor de preparar en el teatro de la guerra el terreno, para que sus plenipotenciarios puedan discutir con los rusos las condiciones de la paz en la mejor situación posible. A este efecto dirigen ahora sus esfuerzos á completar la ocupación de la isla Sakhalín y á preparar el ataque de Vladivostok.

En Sakhalín han organizado, en la parte que han conquistado, un gobierno provisional y han desembarcado 200 kilómetros de vía férrea y 3.000 obreros; por mar, su escuadra cruza alrededor de la isla y bombardea, cuando se la presenta ocasión propicia, los puestos y destacamentos enemigos que todavía son dueños de algunos puntos del litoral. La situación de estas fuerzas rusas, muy escasas en número, con ser muy difícil no es tan desesperada como suponen algunos corresponsales ingleses que anuncian su capitulación como inminente. Cierto que, como decíamos en la crónica anterior, los japoneses dueños del mar pueden atacar la isla por donde mejor les acomode, gracias á lo cual no tardarán en apoderarse de ella por completo; pero no hay que perder de vista que Sakhalín, por sus especiales condiciones topográficas, se presta admirablemente á una guerra de emboscadas y guerrillas que permitan á los rusos resistir aún bastante tiempo y causar no poco daño á los nipones.

Las operaciones preparatorias del ataque contra Vladivostok se realizan con gran actividad. El 16 de este mes, la vanguardia del ejército de Hasegawa atacó en la orilla derecha del Tumén un destacamento ruso, que después de cuatro horas de combate hubo de retirarse, abandonando é incendiando Maisún, última localidad que á los rusos les quedaba en Corea. El 23 los japoneses atacaron las posiciones que tenían los rusos en las inmediaciones de Kain-Kjong, pequeña población situada muy cerca de aquel río. Después de varios ataques sucesivos, los rusos hubieron de retirarse á su línea de defensa y los japoneses se apoderaron, en la madrugada del 24, de la población mencionada; pero no tardaron en ser hostilizados por la artillería enemiga, trabándose luego una sangrienta batalla que terminó con la retirada de los japoneses, quienes dejaron en el campo más de 200 muertos, muchos heridos y una ametralladora.

Por tierra fáltales, por consiguiente, á los nipones mucho espacio que recorrer para llegar á Vladivostok, unos 150 kilómetros; pero por mar, sus buques van preparando el bloqueo de la plaza, presentándose en las bahías inmediatas, cañoneando los puertos militares que en ellas tienen los rusos y cruzando continuamente por aquellas aguas. Los rusos prosiguen activamente sus trabajos de defensa, y el gobernador de Vladivostok, el general Kazbeck, que según parece cuenta con grandes medios de resistencia, se muestra muy confiado, habiendo adoptado ya las convenientes disposiciones en previsión de un próximo asedio. Recientemente ha dado una orden del día invitando á salir de la ciudad á los no combatientes y á las familias de los oficiales de la guarnición, excepción hecha de las mujeres que han solicitado alistarse en los servicios sanitarios como hermanas de la Caridad.

El general Rennenkampf ha realizado últimamente y con éxito completo una expedición en el ala izquierda del ejército ruso, habiendo destruído durante la misma 14 depósitos de víveres y municiones y cinco convoyes japoneses. Además el día 15 sorprendió á unos 50 kilómetros de Kirín á un destacamento japonés, aniquilándole dos compañías y un escuadrón, destrozándole tres cañones revólvers y cogiéndole 50 prisioneros y una ametralladora.

A juzgar por lo que dicen algunos corresponsales rusos, la situación del ejército de la Mandchuria es en extremo satisfactoria. Uno de ellos pone en boca del general Batianoff, comandante del 3.er ejército, las siguientes declaraciones:

«Mi previsión de que los japoneses no estarían en condiciones de tomar la ofensiva, hállase ahora plenamente justificada, así por los refuerzos que nosotros hemos recibido, como por el agotamiento del enemigo, que no puede reponerse de sus pérdidas. Los que conocen el presente estado de cosas pueden admirarse de las declaraciones de los periódicos que encuentran moderadas las pretensiones del Japón. Nunca, desde el comienzo de la guerra, el ejército ruso del Extremo Oriente ha sido, bajo todos conceptos, más fuerte que en la actualidad; los japoneses se dan perfectamente cuenta de ello y por esto desean la paz.»

Por otra parte, telegrafían de Kharbín que el generalísimo Linevitch recibe constantemente numerosos refuerzos, y que en estos últimos días han pasado por aquella ciudad 14 trenes cargados de cañones de grueso calibre y de municiones; en cuanto á soldados, asegúrase que desde la batalla de Mukden, es decir, desde mediados de marzo, han llegado á la Mandchuria 35.000 hombres cada mes. Y en Rusia sigue sin cesar la movilización de nuevas fuerzas.

Todo esto hace que no se considere segura ni mucho menos la paz que van á negociar en Portsmouth los plenipotenciarios de ambas naciones beligerantes, pues tal efecto podrían producir en el ánimo del tsar las impresiones optimistas que del teatro de la guerra le comunican, que se decidiese á rechazar las condiciones formuladas por el Japón y á continuar la lucha. Mucho podría también influir en las determinaciones de Nicolás II la entrevista que acaba de tener en Bjoerkoe, pequeña isla del Báltico, con Guillermo II de Alemania, entrevista celebrada según parece por invitación de este último y ha producido gran asombro y profunda emoción en todas las cancillerías europeas, no sólo por lo que ella en sí puede significar, sino además por la manera casi misteriosa con que se concertó y por las condiciones anómalas en que se ha efectuado. ¿Cuál habrá sido el tema de la conferencia entre ambos emperadores? ¿Habrá querido Guillermo, como algunos suponen, dar al soberano ruso algunos consejos acerca de la necesidad de implantar en el imperio moscovita una política razonable, sin perjuicio de reprimir con mano firme los manejos revolucionarios? ¿Habrá sido su propósito asestar un nuevo golpe á la inteligencia anglofrancesa, ofreciendo para ello á Nicolás II el apoyo de Alemania?—R.



El torpedero ruso n.° 267 que acompañó al acorazado sublevado *Príncipe Potemkine* y no quiso entregarse á las autoridades de Constanza, prefiriendo regresar á Odessa y presentarse á las autoridades rusas. Sus 60 tripulantes han declarado que los rebeldes del *Príncipe Potemkine* les habían obligado por la fuerza á seguirles; á pesar de esto, al desembarcar en Odessa fueron arrestados. (De fotografía.)



Los amotinados del acorazado «Príncipe Potemkine» después de haber capitulado ante las autoridades rumanas de Constanza. El marinero que lleva la camiseta blanca es el famoso Matuchenko, jefe de la insurrección. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Los amotinados del «Príncipe Potemkine» tomando el tren en Constanza para dirigirse al interior. (+) El segundo de á bordo, Pogownetz. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Entrada del mariscal japonés Oyama en Mukden, algunas semanas después de la gran batalla de este nombre, á consecuencia de la cual los rusos hubieron de abandonar aquella ciudad. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Jóvenes reclutas del Japón embarcándose en chalanas en el río Liao para unirse al grueso del ejército mandado por el mariscal Oyama. (De fotografía.)

UNA MANCHA SOLAR ENORME

Recientemente ha aparecido (en la latitud de 12° en el hemisferio boreal) en la superficie del sol una gran mancha, que se distingue á simple vista y que ha pasado por el meridiano de este astro el día 16 del presente mes.

Este magnífico fenómeno es digno de la época del máximo de la actividad solar, máximo que precisamente debe tener lugar este año. La extensión total que ocupa esta perturbación de la superficie del astro del día es de unos 200.000 kilómetros. Pero no se trata de una sola mancha, sino de un grupo de ellas, la principal de las cuales con sus lenguas de fuego, su penumbra de estructura muy complicada, tiene una dimensión de 100.000 kilómetros aproximadamente. El resto del grupo no es menos interesante, aunque no sea tan aparente; todos los numerosos detalles que lo componen y cuyos cambios han sido bastante notables en pocos días, aparecen como velados por gases luminosos.

La rotación del globo solar ha hecho desaparecer á la vista esta mancha el día 23 de julio. Si persiste algún tiempo, reaparecerá el día 6 de agosto próximo.

Las fotografías que reproducimos en esta página, tomadas por el Sr. Rudaux en Donville (Manche), dan idea clara de la magnitud del interesante fenómeno.

El 10 de julio á las 10 y 30 de la mañana

El 15 de julio á las 11 y 30 de la mañana

Las manchas del sol fotografiadas por L. Rudaux en Donville (Manche)

TELÉFONOS PÚBLICOS

EN LAS CALLES DE ESTOKOLMO

¿Quién diría que hay personas que consideran el teléfono como cosa en extremo superflua? Pues aunque parezca mentira, las hay y no en número escaso. En primer lugar, tenemos á los hombres que estiman las cartas como espejo del alma y abruman á sus parientes y amigos con epístolas de diez y doce páginas; en segundo, á los individuos nerviosos á quienes las deficiencias del servicio telefónico (¿acaso hay en este mundo algo perfecto?) ponen fuera de sí y patalean y gritan delante del aparato cuando no se les contesta con la premura que desean ó cuando su interlocutor no los entiende ó cuando, por el contrario, son ellos los que no entienden á su interlocutor.



Uno de los teléfonos públicos instalados en las calles de Estokolmo

Pero digan lo que quieran esos protestantes, el teléfono, con todos sus defectos é inconvenientes, resulta uno de los más útiles inventos para la moderna vida social. Así lo han comprendido las ciudades más civilizadas, multiplicando las instalaciones y dando toda clase de facilidades al público en general para que se aproveche de este cómodo medio de comunicación.

Una de las poblaciones en que mejor se atiende á esta última aplicación del teléfono es Estokolmo; en los paseos, en las plazas, en las calles principales de aquella ciudad, hay instalados multitud de aparatos telefónicos-automáticos á la disposición de todo el mundo; estos aparatos están situados en elegantes quioscos, según se ve en el grabado que adjunto reproducimos, y echando en ellos una moneda equivalente á la nuestra de diez céntimos, se pone cualquiera en comunicación con el centro y desde allí con el abonado con quien desea hablar, y puede entablar conversación durante un número de minutos determinado. Los quioscos están dispuestos de tal manera, que cerrando las puertas del mismo queda el que habla completamente aislado, desde medio cuerpo arriba, del exterior, y no ha de temer que los transeuntes oigan sus palabras.

EL HIDRO-AEROPLANO DE ARCHDEACON

(Véase el grabado de la página 504.)

Hace pocos días se han efectuado en el Sena, entre el puente de Billancourt y el de Sevres, interesantes pruebas de los aeroplanos de los Sres. Archdeacon y Bleriot. Para lanzar los aparatos se empleó el sistema de remolque contra viento por medio de una canoa automóvil.

El aeroplano, «más pesado que el aire,» del señor Archdeacon, fué remolcado en el centro del río, sentándose en la banqueta de á bordo el intrépido aviador Voisin; á una señal de Archdeacon, la canoa partió á toda velocidad, y el inmenso aparato, cuyas alas de tela miden en conjunto diez metros de largo, se elevó á modo de cometa hasta cinco metros de altura en un recorrido de unos 50 metros, posándose luego suavemente sobre el río.

Después se hizo la prueba del aeroplano del señor Bleriot, que sólo mide seis metros de largo; el éxito fué poco satisfactorio, pues el aparato no se elevó, sino que, por el contrario, cayó al río, quedando sólo fuera del agua los dos patines flotadores sobre los cuales está montado el aeroplano, con grave riesgo de la vida de su tripulante, el propio Sr. Voisin, que después de unos momentos de terrible angustia para los que presenciaban los ensayos, pudo salir sano y salvo.

LAS OSTRAS Y LA FIEBRE TIFOIDEA

En 1896, el profesor Chantemesse llamó la atención de la Academia de Medicina sobre la transmisión posible del bacilo tífico, llamado bacilo de Eberth, por las ostras. La prensa se apoderó de este tema, que fué desmesuradamente exagerado á consecuencia de algunas epidemias de aquella enfermedad que se desarrollaron en los baños de mar del litoral francés. La opinión pública se alarmó y la industria ostrícola resultó muy perjudicada.

Algunos dictámenes posteriores, emitidos por los profesores Cornil y doctor Morny, después de una amplia información practicada desde 1897 á 1900, y de E. Giard (*Journal Officiel* de 28 de julio de 1904), afirmaron que la transmisión del bacilo de Eberth por las ostras «es cosa posible; pero que los casos perfectamente probados son muy raros.» En 1904, el doctor Rafael Dubois, profesor de la facultad de Ciencias de la Universidad de Lyón, ha continuado las investigaciones sobre los accidentes producidos por la ingestión de mariscos y otros animales marinos que se comen crudos, y de sus trabajos resulta, según el informe publicado en el *Journal Officiel* de 6 de mayo último, que en ciertos puntos del litoral del Mediterráneo se observa á menudo en verano una enteritis á la que M. Dubois ha dado el nombre de *conchilioenteritis*. Esta afección, «que no debe confundirse con la enteritis tífica y que dista mucho de presentar los mismos peligros que la fiebre tifoidea,» es debida á la presencia en los moluscos comestibles de un bacilo que tiene grandes analogías, pero también grandes diferencias, con los bacilos *coli communis* y de Eberth. Estas analogías han hecho pensar probablemente que la fiebre tifoidea era con frecuencia causada por la ingestión de ostras contaminadas por deyecciones de enfermos de este mal.

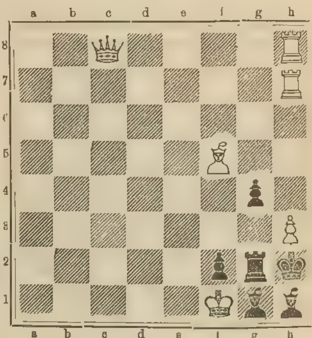
De manera que la enfermedad producida por las ostras es diferente de la fiebre tifoidea y menos grave que ésta.

Pueden, pues, tranquilizarse los ostricultores y los consumidores del sabroso molusco.

AJEDREZ

Problema núm. 393, por S. Loyd.

Negras (6 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 392, por F. Skalik.

Blancas.	Negras.
1. Th6-f6	1. Cualquiera.
2. T ó A mate.	



Querida hija mía, le dijo, tú sabes lo mucho que nos preocupa á tu padre y á mí que no te cases...

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

No se lo confesaba á sí mismo, pero cuando Rosa, rechazando á Condottier, había dejado entender que quería casarse con un hombre serio, el gordo Armando sintió un estremecimiento sólo al entrever la ocasión de una de esas victorias decisivas, espléndidas, que colocan á un hombre de mundo en primera línea. Grande honor, sin duda, pero también grave peligro. Sabía que vencer á Condottier era enajenárselo; pero una riña sería la consagración del triunfo. Sin embargo, deseaba evitar los riesgos, que si bien era vanidoso, era también prudente, y voluntariamente no salía al encuentro de los peligros. Por el momento el riesgo desaparecía, porque el marqués se mostraba indiferente, y bajo reserva de amenazas, que muy bien podían tomarse á broma, aceptaba con tranquilidad que Folentin lo suplantase.

Mas era necesario conseguir esto, y Armando no podía descuidarse, porque si bien estaba perfectamente claro que la señorita Prévinquieres no quería casarse con Condottier, semejante resolución no significaba que Folentin hubiese de tener mejor fortuna. De su especie é importancia era el candidato que la joven describía como único que le pudiese convenir; pero ¿era Armando Folentin, barón de Rocher, y no otro imaginado idealmente por la joven y cuyos méritos y cualidades tenía inventariados? Folentin no llegaba á pensar que Rosa se hubiese ingeniado para trazarle su propio retrato y decidirle á que se presentase cuando él no pensaba en ello. Hubiera sido ofrecerse ella misma, y por muy vanidoso que fuese el barón, no llevaba hasta tan lejos su confianza en sí mismo.

Se decía todo esto porque era un espíritu práctico, y porque con la costumbre de tratar importantísimos negocios había llegado á adquirir una extraordinaria rapidez en la decisión. Sabía que tantear no reportaba ningún beneficio, y que para franquear los obstáculos no hay como abordarlos rectamente. Su visita de por la mañana había tenido por objeto hacer intervenir á una tercera persona, cuya mediación juzgaba oportuna. Había ido á notificar sus proyectos al padre Pierquin, vicario general del obispado de Tours, y á pedirle su apoyo.

El padre Pierquin estaba emparentado con la señora Prévinquieres y era su consejero en circunstancias difíciles. Gozaba de poderosa influencia en la familia, aun sobre el librepensador diputado por Beaumont, al que impresionaba, á pesar de sus alardes de independencia, por la frialdad de sus ademanes y la austera firmeza de su espíritu. Folentin, que en su periódico defendía con igual entusiasmo la Iglesia y el rey, sabía de antemano que podría contar con la benevolencia del vicario general, y por sus buenos oficios contaba conquistarse á la señora Prévinquieres y tenerla por defensora de su causa. En todo caso estaba seguro de que se haría una demanda prudente y con la reserva más grande y la discreción más absoluta, á fin de poner á salvo su amor propio, pues en esta aventura matrimonial la preocupación constante del barón de Rocher no era otra que la de ahorrarse toda humillación por ligera que fuese. Era cosa convenida que si las pretensiones de Folentin merecían favorable acogida por parte de Rosa y de su familia, sin ningún comentario y sin hacer la más ligera alusión, el Sr. Prévinquieres escribiría á su vecino y le invitaría á comer. Después vendrían las explicaciones, que serían francas y leales. De modo que la invitación querría decir: «Venga usted con la seguridad de ser bien recibido.» Lo demás era cosa que sólo importaba á Folentin.

El castellano de Rocher había puesto el mayor cuidado en no decir á sus huéspedes el secreto de su negociación. Era demasiado listo para procurarles él mismo la ocasión de que pudiesen estropear sus planes. En su modo de ver entraba en mucho hacer creer que en Beaumont le habían hecho avances clarísimos que le habían decidido á salirse de su papel de plenipotenciario. De este modo arrojaba sobre los Prévinquieres el descontento que sentía Condottier, y sin figurárselo, creaba á Rosa una enemiga en la condesa Grodsko, que no porque disimulase sus rencores había de ser menos terrible.

En las conversaciones que el marqués sostenía con su hermana no se trataba más que de la inconcebible resolución de Rosa, á la que habían creído enamorada, y sus recriminaciones sólo se dirigían á ella. Para ellos, Folentin no era más que un bobo á quien aquella criatura, avisada y ambiciosa, escogía como hubiera podido escoger á otro más rico si lo hubiese encontrado á tiempo en su camino. Muy suavemente el barón cesaba de ser culpable para convertirse en víctima. Pero Rosa era una ingrata, una egoísta, una orgullosa, que quería conquistar la sociedad y que sacrificaba todos los sentimientos á la realización de su sueño.

Entre tanto, instalados en el castillo de Rocher y viviendo al lado de Folentin en completa intimidad, hacían esfuerzos para disimular sus sentimientos, y poniendo al mal tiempo buena cara, se empeñaban en no abandonar la plaza hasta que el acuerdo entre su huésped y los Prévinquieres fuese públicamente declarado. Los momentos en que los hermanos se encontraban con el barón ofrecían á unos y otros ocasiones admirables para lucir sus dotes de actores. Ni una sola palabra de las que pronunciaban revelaba el estado de sus espíritus. Hablaban de todo con encantadora ligereza mundana, pero escuchándose recíprocamente podían decirse: «Tú no dices una palabra de lo que piensas.» Hacían un ejercicio de voluntad, y cuando habían pasado una velada juntos, tratando de engañarse sin conseguirlo, como no fuese en apariencia, estaban tentados de dirigirse mutuos cumplidos por lo bien que habían desempeñado sus papeles. La mentira de los salones florecía allí en todo su esplendor y se cultivó hasta el día en que Folentin recibió una carta de Beaumont, en la que Prévinquieres invitaba á su vecino á comer «con

su excelente vicario general.» La cosa no podía ser más significativa, y por esta vez Folentin no pudo ocultar su satisfacción. Tuvo la franqueza de decir claramente á Condottier y á la condesa Grodsko:

—Me aceptan, y por lo tanto es inútil que tratemos de engañarnos más tiempo. Mañana como en Beaumont.

—Y nosotros nos vamos á París esta noche.

—Pero sin rencor, como nos lo hemos prometido.

—Claro está, amigo mío. Todo ha sido franco y leal entre nosotros, ¿no es cierto? Nuestras relaciones deben continuar. No dude usted de que tanto mi hermana como yo asistiremos á su boda, y seguiremos yo siendo su amigo, y ella la amiga de su mujer.

Folentin oyó tales protestas, prometiéndose poner más adelante orden á esos arrebatos de ternura. Estuvo amabilísimo con sus huéspedes; hasta la hora de la marcha los acompañó él mismo á la estación, en su *mail-coach*, y al día siguiente fué á comer á Beaumont.

En casa de Prévinquieres la intervención del señor vicario había producido un efecto formidable. En el preciso momento en que el industrial se deshacía en lamentaciones por la soltería de su hija, estalló bruscamente el anuncio de la halagadora indicación del barón de Rocher. La señora Prévinquieres, con el rostro resplandeciente de alegría, entró en el despacho de su marido para comunicarle la buena noticia. Duburle la acompañaba, y se había llamado á Mauricio para que tomase parte en el consejo de familia. Sólo se había dejado á un lado á la principal interesada, esperando que llegase el momento de informarla con más amplitud, siguiendo las reglas en uso. La señora Prévinquieres se sentó ante su intrigado marido y dijo:

—Acaba de hacérseme una petición tan importante para todos nosotros, y tan halagadora para Rosa, que no quiero guardar el secreto ni un solo minuto. Nuestro querido vicario nos pregunta si nosotros veríamos con buenos ojos que el barón de Rocher...

—¿Folentin?, exclamó Prévinquieres.

—¿Ese joven viejo?, dijo Mauricio.

La señora Prévinquieres fijó en su hijo una mirada llena de severidad.

—Un partido magnífico; una posición enorme en provincias y en París.

—¡Diablo, diablo!, murmuró Duburle. Esta candidatura no se debe despreciar, por más que Mauricio la desprecie con el hermoso desdén de sus veintiséis años.

—¿Qué edad tiene Folentin?, repuso el joven. A mí me parece ya un anciano...

—Se le pueden calcular unos treinta y cuatro años.

—Está muy bien conservado, tiene un estómago excelente...

—Y aún conserva algunos cabellos. Es un desperdicio agradable.

Mauricio, eres horriblemente molesto.

—¡Ah! No es ese el hombre que había soñado para Rosa. Lo que le hace falta es un joven de mi edad, poco más ó menos.

—¿Un chiquillo que no hiciese más que tonterías? Háblale de esto, y verás cómo te recibe. Rosa es una criatura práctica, y si se casa con Folentin...

—Será muy rica, pero nada más.

—Evidentemente, esta criatura es idiota, exclamó Prévinquieres señalando á su hijo con gesto abatido. No contento con hacer tonterías por cuenta propia, aconseja á los demás que las hagan también. Si tienes el poco tacto de repetir esas imbecilidades á tu hermana, yo me encargaré de ajustarte las cuentas.

—Bueno, bueno. Ella es la que se casa y no yo. Si Folentin le sirve...

—¡Qué lenguaje! No sé cómo te atreves á hablar así. Un apache de La Villette no se expresaría de otra manera.

—En el fondo, replicó Mauricio sin turbarse, Folentin me parece muy bien. Podré *sablearle*.

—Encantadora perspectiva. No dejes de anunciársela.

—Vamos, papá, no te enfades. Lo primero que debemos hacer es averiguar si el barón de Rocher le parece aceptable á Rosa. Antes de saberlo, todo cuanto digamos y nada viene á ser lo mismo.

—Es un hecho que, cuantos candidatos le hemos presentado hasta ahora, han sido rechazados por ella despiadadamente.

—Dejadme á mí el cuidado de hablarla, dijo la señora Prévinquieres. Entre mujeres las cosas se arreglan mejor.

—Bien, es asunto decidido. Si rechaza á Folentin, no sé qué vamos á ofrecerle para que se decida.

—Ahora que pasea por el jardín, voy á hablarle.

No sin sorpresa Rosa vió que su madre se dirigía hacia ella. La señora Prévinquieres no se exponía nunca al aire de la mañana, por respeto á su tez, que exigía grandes cuidados, y avanzaba por el jardín sin preocuparse lo más mínimo de los rayos del sol, todavía abrasadores en aquel comienzo del otoño. La joven, sonriente, le ofreció la sombrilla que tenía en la mano y le dijo:

—¿Qué sucede que sales antes de almorzar?

—Cosas muy graves..., ven conmigo.

La llevó hasta un banco de mármol que estaba á la sombra de un grupo de pinos, obligándola á que se sentase á su lado.

—Querida hija mía, le dijo, tú sabes lo mucho que nos preocupa á tu padre y á mí que no te cases, á pesar de las ocasiones que se te han presentado. No hemos querido ejercer ninguna presión sobre ti, y te hemos dejado la libertad de elección... Hoy, un nuevo partido se presenta, y por las muchas ventajas que ofrece es muy digno de que te fijes en él...

—¿De quién se trata?, preguntó resueltamente Rosa.

—Del barón de Rocher.

El rostro de la señorita Prévinquieres se iluminó con una sonrisa.

—¡Cómo!, exclamó. ¿Ese solterón empedernido se deja vencer al fin? Tienes mucha razón, mamá, es un partido que no se debe despreciar.

—¿Verdad? Pertenece á la mejor sociedad, sostiene muy buenas relaciones con los príncipes y trata directamente con el Papa... Una fortuna magnífica... ¿Qué le falta?

—Una mujer que sepa sacar partido de su brillante posición.

—Y esta mujer, Rosa, ¿serás tú?

Puede ser...

Por esta vez no rehusas de primera intención como has hecho siempre. Quieres examinar la candidatura de nuestro vecino, y esto casi indica que saldrá vencedor...

—No vayamos tan de prisa, mamá; la otra noche hablé muy formalmente con el Sr. Folentin. Empezó como embajador de uno de sus amigos, y acabó siéndolo suyo...

—¿Qué?

—Sí. Se había constituído en abogado de Condottier, y defendía su causa con verdadero ardor. Yo no sé cómo se torció la conversación, y estuvo á punto de pedirme la mano. Comprendí claramente que se había rendido á discreción, y que no tardaría en dar el paso que ahora me anuncias.

—¿Y no me habías dicho nada?

—¿Y si se hubiese arrepentido, persistiendo de nuevo en permanecer soltero? ¿Cómo me hubieras juzgado entonces? Un poco inconsecuente, ¿verdad? A propósito, ¿quién se ha encargado de ser su intermediario?

—El vicario general.

—¡Oh! Entonces ha quemado las naves para no volverse atrás. Cuando se tienen las opiniones del barón de Rocher, no se desautoriza á un futuro obispo.

—Qué bien razonas... Verdaderamente me sorprendes. No te creía tan avisada.

—Porque no soy una tonta como la mayor parte de las jóvenes casaderas. ¿De qué me hubiera servido tener tantos pretendientes, si con ello no hubiese adquirido cierta experiencia? Un matrimonio es casi siempre un negocio en el que uno da y otro recibe. Lo importante es no dejarse engañar. Condottier quería casarse conmigo porque le gusto y porque soy rica. ¿Qué me ofrecía él en cambio? Su título de marqués, y las hipotecas que gravan su patrimonio. Lo rechacé á pesar de que es seductor y de que está muy bien emparentado. Pero habría salido perdiendo, y por esto no acepté, no lo aceptaría nunca.

—Con el barón de Rocher...

—Con el barón de Rocher es muy distinto. Éste, por lo menos, da materialmente tanto como recibe. El barón es un hombre galante y parece bueno. Si pide mi mano es porque gusta de mí. Creo que llegaré á conseguir que me quiera. Con frecuencia he oído decir que los matrimonios que se fundan sobre grandes pasiones engendran malos hogares. Tal vez si alguien hubiese sabido inspirarme una pasión me hubiera apartado de mis prudentes principios, pero confieso que no tengo que hacer el menor esfuerzo, pues mi corazón no se ha turbado nunca. Me dirigiré, pues, con confianza hacia el porvenir que se prepara para mí...

—Entonces, ¿puedo decirle á tu padre que acoges favorablemente las pretensiones del barón de Rocher?

—Sí, mamá, y puedes decirle también que no tengo ninguna objeción que hacer al candidato que hoy se me ofrece, pues está en todo conforme con el programa que me he trazado. Por lo demás, el Sr. Folentin me hizo sufrir un interrogatorio que debió ilustrarlo suficientemente.

—Entonces ¿ha dado el paso con conocimiento de causa?

—Efectivamente, se ha lanzado porque sabe á qué atenerse.

—Pues bien. Vamos á hablar de esto con tu padre, y desde luego te anuncio que quedará contentísimo. Lamentaba tanto que no te casases...

—No había peligro esperando. Ahora lo veis.

—Sí, pero no podíamos adivinar...

Por la noche, cuando Folentin se presentó en Beaumont, como prometido oficial de Rosa, se encontraba en extremo inquieto.

Después de haber pasado por un estado de satisfacción grande, pensando que había triunfado del marqués de Condottier, sufrió no pequeña intranquilidad preguntándose si no estaba en camino de hacer una gran tontería. A decir verdad, fué á la comida como un perro al que se obliga á zapatazos. A no ser por el Vicario general, Folentin hubiese pretextado una fuerte jaqueca; pero no se atrevió y compareció á la hora señalada, expresando su rostro la preocupación que le atormentaba.

De habérsele acogido con entusiasmo, hubiera buscado una excusa para retirarse; pero encontró á los Prévinquieres un tanto fríos, á Mauricio algo hostil y á Rosa todo lo tranquila que una joven segura de sí misma puede mostrarse. En vez de ser agasajado, Folentin tuvo que hacer esfuerzos para conquistarse el favor de la familia y llegó á dudar de que su pretensión fuera tan bien acogida como él había creído. Se le recibía sin ninguna familiaridad y casi con indiferencia. La altivez de Folentin se desvaneció; se juzgó un niño ante Rosa, que le trataba como verdadera soberana, y se vió obligado á rendir pleitesía á la orgullosa joven.

Esta no tardó en darse cuenta de la situación y de la capitulación del adversario, aprovechándose inmediatamente de todo. En la mesa estuvo sentada á su lado y se condujo con una amabilidad deliciosa, no exenta de altivez, que ponía de manifiesto todo el valor de su benevolencia. Se había vestido con refinada elegancia, lo que la hacía aparecer más que encantadora á los ojos de Folentin. Durante esta primera velada, Folentin se enamoró perdidamente; aquel hombre calmoso se inflamó repentinamente, ansioso de aquella joven coqueta y adorable, que al mismo tiempo se negaba y se ofrecía irritando el capricho hasta convertirlo en pasión. Después de la comida no se separó un instante de ella, siguiendo su blanca y perfumada falda, embriagándose con el aroma que se desprendía de sus blanquísimos hombros y devorando con la mirada sus hermosos ojos, su linda boca y sus rubios cabellos. Parecía un colegial, que no se preocupara lo más mínimo para disimularlo.

Estaba, como más tarde lo confesó, «entusiasmadísimo,» y le importaba muy poco cuanto pudiesen pensar ó decir; no se ocupaba más que de su propia satisfacción, y ésta consistía precisamente en olvidarlo todo por el amor de aquella encantadora criatura cuya posesión había llegado á entrever. Fué preciso que á las once le indicasen que había llegado el momento de retirarse, pues por su gusto hubiera permanecido en Beaumont indefinidamente. Sus hermosos caballos piafaban en el patio hacía una hora, soportando una lluvia fría y muy propensa á las enfermedades, y ni siquiera se le había ocurrido hacerles entrar en la cuadra. Rosa le recordó el peligro que las bestias corrían, y entonces se levantó como sorprendido y dijo á la joven con acento consternado:

—Sí, me voy; tiene usted razón; es preciso que me vaya. Pero ¿me permitirá usted que vuelva mañana?

—Mañana y todos los días; es cosa convenida.

—Es cosa convenida, ¿no es cierto?, preguntó para hacerlo repetir otra vez, como si no estuviese bastante seguro.

—Sí, dijo Rosa mirándole imperiosamente. A no ser, caballero, que me dé usted motivos de queja...

—No tengo más que un deseo, articuló Folentin; complacerla siempre, y le pido por favor que no lo dude.

Rosa cambió de actitud, y sonriendo amablemente le dijo:

—No lo dudo.

Le tendió la mano, que él besó con entusiasmo, y saludando después con ceremoniosa cortesía se retiró.

Al siguiente día por la mañana, cuando Rosa iba á pasear á orillas del canal, pasó por el jardín de Valentin Raynaud en ocasión que éste salía de su casa. Se detuvo para saludar á la joven, y su asombro fué grande al decirle la señorita:

—Voy á darle una noticia que no quiero sepa por

casualidad y de labios de cualquiera. Desde ayer soy la prometida del barón Folentin de Rocher.

Valentín no manifestó la menor sorpresa; su fisonomía permaneció impasible y se limitó á exclamar «¡Ah!» Y luego, como si hubiese querido dar tiempo á la reflexión, añadió fríamente:

—Es un excelente partido. Le doy mi enhorabuena.

Rosa repuso:

—Sí, es un excelente partido, ¿verdad?

Valentín la miró con asombro.

—¿Me pregunta usted mi opinión?

—Sí, deseo conocerla, porque tengo una gran confianza en usted. Sé que profesa un gran afecto á los míos y que se interesa por mí...

Valentín palideció, y las lágrimas asomaron á sus ojos. Apartóse un poco, pero Rosa ni siquiera le miraba; con la punta de su sombrilla trazaba signos en la arena, completamente abstraída en sus preocupaciones y sin cuidarse de las impresiones de aquel á quien se dirigía.

—Si usted tuviese una mala opinión del barón Folentin de Rocher, estoy segura de que tendría la franqueza de decírmelo, á fin de evitar que más tarde fuese desgraciada. ¿Me equivoco?

Valentín se vió obligado á contestar, y con voz que ahogaba las violentas impresiones experimentadas dijo:

—No; no se equivoca usted. Nada me es tan caro como su felicidad. Debo tanto agradecimiento á su familia, que si me fuese preciso escoger entre...

No llegó á concluir. El final de la frase pareció á Rosa tan inesperado, y el tono con que había sido pronunciada tan singular, que fijó en él una mirada penetrante; pero Valentín había recobrado ya su sangre fría y repuso:

—Usted puede y podrá siempre contar conmigo. Con su familia tengo contraída una deuda de reconocimiento que nunca podré pagar.

—¿Qué? ¿Porque papá le puso al frente de su fábrica? Él es quien le debe á usted muchísimo. Así está de disgustado al ver que se va. No hable de su agradecimiento, hable tan sólo de su afecto.

—Sí, de mi afecto más profundo, dijo con emoción; porque cuando quedé huérfano, su padre me educó como si fuese su propio hijo. Crecí en su casa al lado de su hermano, dejando que me forjase la ilusión de que no estaba solo en el mundo y de que tenía una familia que me quería. Esos son favores inestimables, porque el aislamiento es muy triste para un corazón de niño, y el abandono produce más tarde frutos muy amargos. Los años de mi juventud en que me sentía libre de penalidades y exento de ambiciones han sido los más dichosos de mi vida. Siempre los recordaré con alegría, y sea lo que fuere lo que el porvenir me reserve, su dulzura será un recuerdo contra los desencantos y las penas.

El rostro de Valentín, animado entonces, reflejaba los sentimientos expresados con tanto entusiasmo que no podía dominar. Bruscamente había cambiado de actitud, y Rosa, con profunda sorpresa, no veía ante ella al subordinado de su padre. Era un hombre de rostro enérgico y ojos brillantes; su cuerpo se había enderezado como si le hubiese hecho más alto el sentimiento de su independencia. Rosa no encontraba al Valentín Raynaud que tenía costumbre de ver y al que trataba con la familiaridad de un antiguo compañero de juegos y con la benevolencia de un subalterno útil. Era su igual, y se daba perfecta cuenta de que lo era.

Involuntariamente, en la imaginación de la joven Prévinquieres se estableció la comparación entre aquel muchacho inteligente y robusto y los elegantes y superficiales jóvenes que ordinariamente trataba. El joven marqués de Condottier, enfundado en su frac que le hacía un talle de damisela, con los cabellos perfectamente alisados y peinados sobre la frente, se le apareció y le produjo el efecto de un maniquí rematado por una linda cabeza de peluquero. El recuerdo del mismo Folentin le hizo aparecer ante sus ojos fatuo, amanerado y maniático. Sin embargo, eran los únicos hombres que ella había considerado buenos para maridos, porque pertenecían al gran mundo, y fuera de éste no había, en su concepto, existencia posible. Valentín Raynaud encarnaba precisamente la categoría de gentes miradas por la señorita Prévinquieres como inaceptables, porque la vida á su lado hubiera sido de tranquilidad absoluta y de obscuridad dichosa.

Pero en aquel momento Rosa se preguntó con repentina clarividencia si no se engañaba á sí misma, si sus juicios no eran falsos y si los hombres de vida esplendente y ruidosa no eran inferiores á los de labor productiva y pacienzuda energía. Las discusiones oídas durante tantos años entre su padre y su madre sobre la distinción de castas y el valor de los individuos se cristalizaron en un instante y sintió que se le oprimía el corazón al decirse: «¡Si me engañaré!» Respecto á este asunto de tanta gravedad para ella, quiso oir los juicios que un hombre como Raynaud podía dar, juzgándole bastante honrado y con la suficiente entereza para decirle la verdad, y se resolvió á interrogarle de nuevo. Reanudó la conversación en el punto en que Valentín la había dejado, y avanzando lentamente por el paseo, le dijo:



Sus hermosos caballos piafaban en el patio hacía una hora

—Hasta hoy no he conocido ni los desencantos, ni los pesares. Todos se han esforzado para hacerme la vida agradable é igual, y todavía no he conocido más que satisfacciones. Tal vez esto sea malo, porque acaso no será siempre así. Pero un marido no siempre tiene las mismas debilidades que un padre y una madre... ¿Y si sufriese una desilusión? Desearía que mi vida continuase siendo lo que ha sido hasta aquí. Me parece que esto sería una felicidad.

Valentín movió la cabeza.

—¡Felicidad!, repitió. Muy atrevido sería pretender dar una definición absoluta de esta palabra. No existe más felicidad que la que cada uno se labra por sí mismo, pues lo que contenta á unos desesperaría á otros, y en esto entra por mucho el temperamento, y sobre todo la inteligencia. Si usted no pide al barón Folentin más de lo que él le pueda dar, es posible que la haga muy feliz.

Imposible dar idea del desdén con que Valentín había pronunciado estas palabras. Estremecióse Rosa, sintiéndose lastimada en lo más profundo de su orgullo, y replicó vivamente:

—Soy lo bastante curiosa para desear saber cómo comprende usted la felicidad.

Valentín movió la cabeza y dijo sonriendo:

—Si usted quiere que le explique lo que es una máquina segadora, lo haré con mucho gusto. Es este mi oficio, y podré hablar sin miedo á decir tonterías. Pero pedirle á un pobre mecánico que desenvuelva teorías filosóficas, es jugarle una mala partida.

Rosa le miró, y con un gesto autoritario dijo:

—Sin embargo, es preciso que haga usted un esfuerzo. Ha suscitado usted dudas en mi espíritu, y es necesario que las disipe.

—¿Y si las aumento?

—Pronto lo veremos.

Sentóse en un banco, indicando á Valentín que hiciese lo mismo á su lado, y en tono despótico añadió.

—Vamos, empiece usted; le escucho.

—Pues bien, dijo Valentín con resolución; si tuviese que ocuparme de mi propia felicidad, la elegida por mí, no hubiera sido una de esas jovencitas todo candor, dulzura y obediencia. Yo habría querido asociar á mi vida á un ser lleno de voluntad y energía, aun cuando sus ideas no hubiesen sido semejantes á las mías, porque hubiera experimentado un goce infinito haciéndole comprender lo que es razonable, lo que es bueno y formándole el espíritu con la experiencia misma de la vida. La hubiera querido hermosa, porque el encanto de la mujer ilumina y vivifica el alma de su compañero, le empuja á grandes concepciones y le da fuerzas para darles forma, nada más que por la gloria de triunfar ante ella. De haber encontrado esa mujer, la hubiera adorado y servido como á una soberana; todo cuanto hubiese podido desear de maravilloso y extraordinario, hubiera encontrado en mí fuerzas bastantes para realizarlo. Para darle una satisfacción, para asegurarle un éxito, hubiera sido capaz de revolver el mundo. Hubiera querido escalar las más elevadas posiciones; la habría adorado con ciega adoración, hubiera sido mi constante pensamiento, y á todas las horas de su existencia hubiese tenido la certidumbre de que sólo trabajaba para que las demás mujeres la envidiasen.

Se detuvo para tomar aliento, y con dolorosa expresión añadió:

—Pero ¿por qué me hace decir todo esto? No es más que un sueño; porque ¿dónde encontrar la mujer capaz de adivinar semejante amor? Para que tuviese idea de que existe sería preciso explicárselo. Y ¿cómo atreverse á hablar con tanto atrevimiento delante de ella? Ha sido preciso que me obligue usted á una entrevista para que yo abandonase mi reserva. Yo le ruego que me perdone.

Rosa no contestó. Pensaba en el sentido misterioso que descubría en las palabras de Valentín; eran una revelación para ella, y no podía equivocarse. Todo cuanto acababa de decir se refería á ella y á él: la mujer independiente y orgullosa cuya conquista debía ser un goce triunfante era ella; el hombre enérgico y apasionado que se sentía con fuerzas para revolver el mundo, y demostrar así su amor, era él. De modo que, secretamente él la quería, la deseaba, y aprovechaba la ocasión que se le ofrecía para decírselo. Rosa frunció el entrecejo, y dijo:

—Usted acaba de describirme muy minuciosamente lo que podría hacer la felicidad de un hombre enamorado, de una mujer cuya posición social, si no he equivocado el sentido de su discurso, fuese muy superior á la suya.

—Muy superior, contestó humildemente Valentín.

—Aceptar á usted, ¿sería para ella una especie de descenso?

—En el presente momento, sí, es indudable; sería necesario que ella tuviera el valor de resignarse, y esto es lo más difícil.

—¿Usted mismo se da cuenta de la dificultad?

—Como que á diario veo la inmensa distancia que separa la fortuna conquistada y la posición social adquirida, de la riqueza en formación y de la situación disputada. Pero también sé que los que dan el asalto pueden apoderarse de la fortaleza y arrojar de ella á los que la poseen. Precario es el poderío de los que no son más que los herederos de la conquista; la grandeza y la fuerza verdaderas sólo se encuentran en los mismos conquistadores.

(Se continuará.)

CURIOSIDADES CIENTIFICAS

CÓMO SE DEFIENDEN LAS PLANTAS

Hablé no ha muchos días en un artículo de los movimientos de ciertas plantas. No es menos curioso saber cómo se defienden ciertas especies vegetales.



Ortiga dioica macho

Stahl, célebre botánico alemán, cita casos rarísimos.

Unas plantas se defienden entre sí; otras de influencias exteriores perjudiciales. Y lo hacen con una perseverancia que revela en ellas verdadero instinto de conservación.

¿Quién pudiera suponer, por ejemplo, que el tanino, contenido en grandes proporciones por distintas especies, no solamente obra en su nutrición como antipútrido, sino que las preserva de encarnizados enemigos?

Y afirma dicho botánico: «He dado de comer á algunos caracoles hojas de rosal abundantes en tanino y no consintieron en probarlas. He tratado esas mismas hojas con alcohol, gran disolvente de aquella substancia, y los caracoles las han devorado con fruición. ¿Quiérese mejor prueba?»

El ácido oxálico, los amargos, los alcaloides de otros vegetales, apartan de su lado á muchas especies herbívoras.

Piel de galeote «chanjan»
Reptiles que cambian de color con una rapidez extraordinaria
(Corte á través, muy grueso.)

Los aceites esenciales de olor penetrante que elaboran algunos geranios, el hinojo, la menta, y que exhalan en forma de vapor, sirven como regulador de la temperatura; una ráfaga de aire oloroso es más permeable al calor que el aire ordinario; de día recogen mejor el sol y de noche retienen más el calórico.

No hay para qué decir cuánto no sirven estos olores para alejar ciertos insectos. Poned una hoja de geranio al paso de un caracol, y veréis cómo esquiva su encuentro; la hoja lleva una esencia secreta que la protege.

Pero no todas las plantas usan armas tan etéreas; ahí está la ortiga, que no nos dejará mentir.

Y cosa particular: no tienen estas plantas por sistema el arte de defenderse; por el contrario, cuentan sus simpatías y antipatías. La ortiga tolera las orugas y otros insectos de muchas clases sobre sus hojas, y en cambio tiene declarada guerra mortal con sus formidables púas á limacos, caracoles, mamíferos herbívoros y aun al hombre mismo. El ácido fórmico de sus puntas inclementes daña nuestra piel con encarnizamiento.

He dicho que ciertas plantas tienen simpatías y antipatías. Es indudable. Ahí tenéis al cardo marítimo. Sus flores, siempre sumergidas en el agua, tienen hojas erizadas de agudísimas espinas, aceradas y resistentes.

¡Pobre molusco el que osa acercarse á ellas! En cambio, podéis verlas sirviendo de quitasol á innumerables caracolillos y conchas, con los que parecen adornarse en un rasgo de coquetería, que, por cierto, les cuesta bien cara.

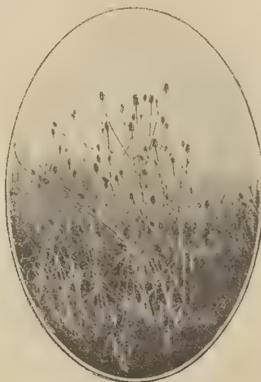
Caracoles y conchas se pasan así, bien ricamente, el día á la sombra. Y por la noche se comen el quitasol. A la siguiente mañana, á las pobres hojas sólo les quedan los nervios; el varillaje, como si dijéramos.

Otra observación curiosa: en casi todas las plantas cultivadas disminuyen los medios de defensa. La lechuga silvestre tiene espinas terribles; la cultivada ha sufrido el desarme. ¿Influirá el cultivo? Es incuestionable.

Parece que la planta abandona sus medios de defensa en cuanto es una protegida del hombre.

PECES AZULES QUE NO LO SON, PECES ACRÓBATAS Y PECES ELÉCTRICOS

Los peces azules no son azules, y este punto está íntimamente relacionado con otro muy capital; el por qué ciertos animales cambian de color con una grande é incomprensible rapidez.



Cardo silvestre cubierto de escarcha

Estudios recientísimos han dado con la clave: un triunfo más para el microscopio.

Resulta que en la que parece parte azul de los peces hay sólo pequeños gránulos pigmentarios negros; que éstos van asociados muchas veces al pigmento amarillo, y la mezcla da tintes verdes; y que basta una leve diferencia en el número y dimensiones de los gránulos para que la coloración se modifique.

Y no se expresa así cualquiera; se expresa el sabio naturalista Mandonl, quien asegura que el camaleón, la rana y otros animales no tienen en sus tegumentos más que pigmentos de color amarillo, rojo y negro. Tegumentos que contienen grandes espacios celulares ramificados, con movimientos propios.

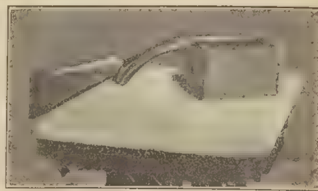
El sabio viene á parar á nuestro tema: no hay peces azules, no hay células pigmentarias de este color, que es sólo originado por la dilatación de las células pigmentarias negras. Y cuando el sabio lo afirma tan rotundamente, será cosa de creerlo.



Un salto del atún
En el fondo se ve una barca con varios fotógrafos

Ya que hablo de peces, ¿á qué no imaginan los lectores cuál es la última palabra del *sport* fotográfico en los Estados Unidos? *Instantanear* peces acróbatas.

Me permito llamar así al atún y al tarpón (pongo por pez), gente de escama que se permite de vez en cuando saltar á seis y siete metros sobre la superficie del agua.



Escopeta fotográfica

Las piruetas del tarpón son notables. No hay gimnasta que pueda igualarle en gallardía y agilidad. El *rey de la plata*, como le llaman en México, es también el rey de los saltarines acuáticos.

Y aquí de los apuros del fotógrafo. ¿Cómo sorprender las artísticas volteretas de este enorme pescado?

Con buena voluntad no hay imposibles. Y el doctor W. L. Howe, un señor que inverna en Tampico, bahía favorita de los tarpones, ha inventado una escopeta con la que se fotografía todo cuanto se apunta.



El gymnoto eléctrico

Véase un ejemplar. El cañón de la escopeta tiene un kodak de 10 × 12 centímetros.

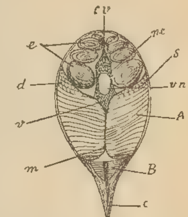
Para hacer la instantánea basta apretar el gatillo.

Todo es cuestión de vista y acertar á poner... la instantánea donde se pone el ojo.

Quería hablar de otra especialidad de pescados: los eléctricos. La crónica se alarga y he de hacerlo brevemente.

Figuran entre los peces que esconden fluido eléctrico en su misterioso organismo varios ejemplares á cual más notable. Citaré uno, el gymnoto.

Humboldt tiene hechos interesantes estudios sobre la constitución orgánica de este pez.



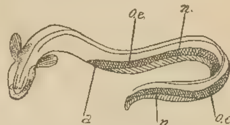
Corte transversal del gymnoto: *c*, aletas; *B*, órgano eléctrico inferior; *m*, septo fibroso sagital que separa en dos partes iguales el órgano eléctrico y la musculatura del tronco; *A*, órgano eléctrico superior; *S*, *d*, haces de las columnas; *e*, musculatura del tronco; *c v*, columna vertebral; *v*, cavidad general; *v*, *n*, vejiga natatoria; *n*, *e*, nervios eléctricos.

Es temerario, dice, exponerse al contacto con un gymnoto cuando se irrita. Equivale á la descarga de una botella de Leyden.

Y añade el naturalista que en cierta ocasión colocó sus pies sobre uno de estos pescados dentro del agua, y le duraron los efectos de la descarga eléctrica sobre sus articulaciones todo el día.

En algunos puntos del Brasil y la Guyana aplican estos peces á los paralíticos.

Nuestros dibujos darán una idea al lector del modo de ser de estos rarísimos ejemplares.



Organo eléctrico del gymnoto representado en toda su extensión
a, ano; *o e*, órgano eléctrico; *n*, aletas.

CASAS QUE CAMBIAN DE POSTURA

Daremos á conocer una nota que no deja de ofrecer curiosidad por lo infrecuente que es aun en climas muy fríos.

En Jamaica Bay y Nueva York el hielo ha hecho cambiar de postura á muchos de los edificios situados en las riberas de los ríos caudalosos.

¿Cómo? Allá á fines de febrero último se desarrolló por aquellas latitudes una horrorosa tempestad.

Y tal fué la violencia que imprimió á las aguas, que al sobrevenir las mareas altas levantaron la gran costra de hielo sobre la cual había edificadas numerosas viviendas.

Las consecuencias pueden apreciarse en la fotografía adjunta.

Es un club de pesca, situado á la desembocadura del río, que de la noche á la mañana quedó en el aspecto lastimoso que puede contemplarse

EL DOCTOR FAUSTINO.



Club de pesca al que el hielo ha hecho cambiar de postura

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

BIBLIOTECA VETERINARIA, por *J. Tellez y López.* – Oportunamente nos ocupamos de los cuatro primeros tomos de esta importante biblioteca que edita la casa Bailly-Balliere é Hijos, de Madrid. Los tomos V, VI y VII ahora publicados comprenden, el primero un *Manual del exterior y reconocimiento de los animales domésticos*, y los otros dos un *Manual de Fisiología é Higiene*, en el que se estudian la fisiología é higiene de la musculación, inervación, sentidos, metabolismo, sangre y linfa, circulación y superficie externa del organismo, la alimentación, respiración, eliminación, síntesis del trabajo y de la nutrición, ovulación, seminación y cópula, el hielo, la atmósfera, los climas y los parásitos. Cada tomo encuadernado en tela se vende á tres pesetas.

GUÍA DE MAQUINISTAS Y FOGONEROS DE FERROCARRILES, por *Pablo Sans y Guitart.* – Agotada la primera edición de esta importante obra, cuya utilidad ha sido reconocida y apreciada singularmente por aquellos á quienes interesa poseer los conocimientos necesarios para la conservación y conducción de las locomotoras, ha publicado una nueva edición el conocido editor D. Francisco Puig, prestando con ello un señalado servicio y honrando al propio tiempo la memoria de su autor, el malogrado é inteligente ingeniero D. Pablo Sans. Forma un elegante volumen de 15 x 22, de 240 páginas, ilustrado con varios grabados, y véndese al precio de 6 pesetas cada ejemplar.

NUEVO SISTEMA TEÓRICO-GRÁFICO DE LA MÚSICA, por *Angel Menchaca.* – Exposición completa y minuciosa del nuevo sistema musical inventado por el autor, es el libro á que nos referimos, destinado á reemplazar el pentagonal, de suerte que se trata de introducir una verdadera revolución en el método de la enseñanza. No es nuestro propósito emitir un juicio acerca de la obra que mencionamos, pero sí nos permitimos llamar la atención de nuestros lectores acerca de ella por la importancia de los estudios que entraña, que asignan al Sr. Menchaca una personalidad digna de consideración. Consta el libro de 150 páginas y ha sido impreso con pulcritud y elegancia en el «Taller de publicaciones» de La Plata. (República Argentina.)

MEMORIA DEL ORFEÓN PAMPLONÉS. 1904. – Se explican en esta Memoria los premios obtenidos por el notabilísimo orfeón en el año 1904, los conciertos y funciones en que ha tomado parte, y se enumeran las nuevas obras estudiadas durante el último curso. Contiene además el balance y las listas de socios honorarios, protectores, fundadores y activos. Ha sido impresa en Pamplona en la imprenta de Nemesio Aramburu.



RECIENTES EXPERIMENTOS REALIZADOS EN EL SENA CON EL HIDRO-AEROPLANO DE M. ARCHDEACÓN TRIPULADO POR M. VOISIN. (De fotografía de M. Rol y C.ª, París.)
(Véase la explicación en la página 498.)









IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 7 de agosto de 1905 — Num. 1.232

REPÚBLICA ARGENTINA. -BUENOS AIRES. SALÓN WITCOMB.



ESTUDIO, por Joaquín Sorolla.

(XV Exposición de Pintura, Arte moderno, Escultura española, organizada por D. José Artal.)



CRÓNICA DE TEATROS

Es para mí un gran placer, en los ardorosos días de verano, meterme por las breñas de estos montes, en los cuales busco, durante los meses del estío, reposo para el ánimo y oxígeno para los pulmones, y en lo más intrincado de ellas, leer en alta voz alguna escena campesina de nuestras comedias famosas. Mi sitio predilecto es un peñasco al que da sombra un grupo de robles y á cuyo pie corre á trechos, y á trechos salta, un caudaloso arroyo, con pretensiones de río, que viene de allá de los montes lejanos. En todo el terreno áspero y quebrado que alcanza la vista, poblado de helechos, zarzas y retamas, sólo se ve de vez en cuando alguno que otro pastor que baja á abrevar su rebaño en el arroyo. En medio de aquel silencio, de aquella paz augusta, adquieren para mí vigor y fuerza grandes los austeros conceptos de Calderón, la fluida poesía de Lope, los maliciosos versos de Tirso. Allí siento todo el encanto de la inmortal escena de *El Mágico prodigioso*, en que Justina está á punto de desfallecer bajo la fascinación del amor, la idílica belleza de *El villano en su rincón*, los sabrosos donaires de *La villana de la Sagra*.

Procede en gran parte este placer que yo experimento de la adecuación ó armonía que se establece ante mí entre la grandeza de la inspiración de aquellos eminentes dramaturgos y la solemne hermosura del paisaje. ¡Bien comprendieron el arte dramático los griegos al encuadrar sus creaciones dramáticas en las bellezas naturales de los paisajes helénicos! El espectador de Atenas, á la par que oía de labios de los héroes de Esquilo, Sófocles ó Eurípides la narración de sus hazañas ó desdichas y las lamentaciones y apóstrofes del coro, contemplaba como telón de fondo del cuadro artístico los cenicientos bosques de olivos que poblaban las faldas del Cyterón, los plateados reflejos del Cephiso, los temp'os marmóreos de las deidades, medio ocultos entre bosquecillos de mirtos y cipreses, las azuladas lejanías de las colinas remotas, y oía como confuso acompañamiento de las estrofas trágicas el murmullo de la brisa en los huertos y jardines y el rumor de las olas al deshacerse contra las murallas del Pireo. ¿Qué mucho que la emoción de los espectadores, favorecida por tan poderosos estímulos, llegase á un grado de intensidad infinitamente superior al que ahora nos producen las representaciones escénicas?

Al encerrarse el arte dramático entre lienzos pintados ha perdido mucha fuerza y limitado considerablemente el campo de la creación escénica. El teatro moderno, con sus bambalinas, su luz artificial y sus bastidores, puede darnos la impresión de la realidad en aquellas obras cuya acción se desarrolla entre cuatro paredes; pero es impotente para hacernos sentir la imponente majestad de la naturaleza. ¿Cómo Edipo ciego ha de comunicar á nuestro corazón el horror trágico cuando le vemos alejarse dando traspiés entre peñascos de cartón y desaparecer tras una selva pintada que se zarandea á impulso del más ligero movimiento? La última escena del *Don Alvaro*, cuya belleza raya en lo sublime, aun presentada con exquisito esmero, como recientemente se ha presentado en el Español, suele excitar, no el horror, sino la hilaridad del público. Y es natural que así suceda. Todo el arte del más hábil escenógrafo no puede menos de convertir en algo así como juguete de niños los breñales, precipicios y torrentes de las espantosas fragosidades de Sierra Morena, en donde el Duque de Rivas coloca la acción del último cuadro de su drama.

Por tales razones, puede asegurarse que ya no caben en el teatro los grandes dramas de Schiller *Los bandidos* y el *Wallenstein*, el de Goethe *Goetz de Berlinchingen*, el de Calderón *La devoción de la cruz*, el de Tirso *El condenado por desconfiado*, el del Duque de Rivas *Don Alvaro ó la fuerza del sino*... Por lo mismo, la inspiración de los autores de nuestro tiempo rara vez se atreve á llevar á la escena obras como *Brand*, de Ibsen, ó *Cirano*, de Rostand, grandes dramas que requieren para desplegar toda su belleza artística el concurso de la belleza natural. En cambio el arte dramático cada vez se muestra más anémico y enfermizo, circunscribiéndose á retratar la vida de salón, de *boudoir*, de casa decentemente amueblada ó de casa pobre, únicos lugares en que la ficción puede producir la ilusión de la realidad.

Nace sin duda de aquí la tendencia cada vez más marcada que se advierte entre los artistas, particularmente de fuera de España, en favor del teatro al aire libre y del teatro popular. Si esta aspiración llega á convertirse en hecho, el arte dramático perderá el carácter un tanto cominero que ahora tiene y será lo que debe ser, la literatura toda en cuanto representable, auxiliada, no sólo de las demás artes (música, danza, pintura, escultura), sino de los encantos de la Naturaleza.

***

Entre las manifestaciones modernas del teatro al aire libre, es, sin duda, una de las más interesantes la representación en Nancy del drama de la Pasión. Ahora, como tantas otras veces, el arte y la fe se han prestado mutuo apoyo. Según parece, el cura párroco M. Petit, de la parroquia de San José de Nancy, veía con dolor que le faltaban recursos pecuniarios con que terminar la construcción de su iglesia. Para llevar á cabo su piadosa obra (esto acontecía el año 1900) le era menester la friolera de 150.000 francos. ¿De dónde sacarlos? De las limosnas de los fieles nada podía esperarse; todos ellos, en su mayoría pobres, habían dado cuanto les era posible dar. Entonces M. Petit tuvo una feliz idea, que llevada á la práctica con energía y constancia, ha superado hasta los más lisonjeros cálculos. «¿No son—debió de pensar el cura de San José—las fiestas decenales de Oberammergau (instituídas á principios del siglo XVII) fuente de prosperidad y riqueza para aquel pueblo del Tirol? Pues imitemos aquí en la antigua capital de la Lorena aquellas famosas representaciones de la Pasión.»

Todo el mundo sabe que cada diez años se verifica en Oberammergau, por los habitantes del país, la representación del drama del Calvario, y que á disfrutar de esa fiesta, tan parecida á los *Misterios* de la Edad Media, acude muchedumbre de viajeros de toda Europa. Lo primero que hizo el padre Petit fué procurarse las principales escenas del drama de Oberammergau, ampliándolas con otras de su propia invención y realzándolas con música de Bach, Mendelssohn y algunos compositores franceses. En posesión ya de la obra artística, el incansable párroco empleó diez años en ensayar el drama, hasta convertir en verdaderos actores y actrices á modestísimos artesanos. Lo que prueba, sea dicho de paso, que la constancia bien dirigida puede crear cualidades artísticas hasta en aquellos que por su escasa cultura ó por la rudeza de sus oficios parecen refractarios al arte.

Otras graves dificultades, tales como la construcción de local adecuado para las representaciones, confección de vestuario y decorado, tuvo que vencer el cura de Nancy. Al fin todos los obstáculos fueron superados, y actualmente se representa allí el drama de la Pasión con una grandiosidad tal, que al decir de algunos espectadores raya á veces en lo sublime. Las funciones se celebran de día: un ligerísimo velo que deja paso á los resplandores del sol y que proyecta la mancha de las nubes que pasan por el cielo, forma el único techo del escenario. Las decoraciones están perfectamente combinadas con árboles verdaderos y peñas auténticas y con el paisaje del fondo.

El drama que allí se representa es bien conocido en sus líneas generales, lo que hace que pueda ser entendido aun por los extranjeros que desconocen completamente el francés. Los lances que constituyen la sublime tragedia adquieren tan extraordinario relieve, que según algunos espectadores llega por completo á confundirse la ficción con la realidad. La última escena sobre todo, la de la muerte de Jesús, produce en el público grandísima emoción. Vese llegar al Salvador á la cumbre del Gólgota, agobiado bajo el peso de la cruz, jadeante, ensangrentado, sudoroso: los sayones le empujan y maltratan, en tanto que una muchedumbre abigarrada, en la que se mezclan los uniformes romanos, las túnicas de los hebreos y los mantos de las hijas de Jerusalén, contempla los pormenores del cruentísimo suplicio. Se ve al Cristo tendido sobre el madero, se oyen los martillazos con que los verdugos atraviesan con clavos los pies y manos del Dios-Hombre, se le ve alzado en el infame suplicio, acardenalado y ceñida la frente de espinas, y se escuchan, por último, las palabras que salieron un día de los divinos labios.

«La fe—escribe un crítico después de presenciar estas representaciones—que puede transportar las montañas, ha sabido, en esta ocasión, adquirir ingenio, construir decoraciones, agrupar y mover las figuras y poner en boca de los personajes las palabras de la tradición. El público siente instintivamente todo ello; comprende y ama la candidez y la grandeza, el interés y la piedad, el placer y la emoción que acompañan á semejantes manifestaciones artísticas.»

No hay que añadir á lo expuesto que el padre Petit ha visto coronados por el éxito sus propósitos, y que las representaciones de *La Pasión* en Nancy constituyen, claro es que con un fin piadoso, un negocio excelente.

***

Otras representaciones al aire libre se verifican actualmente en Francia, en los anfiteatros antiguos de Orange, de Nimes y de Beziers. En las mismas condiciones se han representado y se representan obras escénicas en Bussang y Cauterets, y cuando estas líneas sean conocidas de mis lectores se habrá verificado ya la inauguración de un gran teatro al aire libre cerca de París. Los patrocinadores de este espectáculo son, entre otros, Julio Claretie, J. M. de Heredia, Paul Meurice, Mistral, Sully-Prudhomme, Mæterlinck, etc.

Si esta tentativa, como es de suponer, encuentra partidarios, quizás en plazo breve el género dramático, que algunos califican de inferior y que tal vez ahora lo sea á causa, entre otras, de las condiciones materiales de los teatros, adquiera la extensión de límites que es menester para contener las grandes concepciones del espíritu. Y si ese día llega, el teatro será el arte popular por excelencia y podrá realizar su gran misión civilizadora, fomentando en el pueblo los ideales colectivos, reavivando su fe y su patriotismo, y sembrando y fructificando en su alma el amor á la belleza.

Indignación y desaliento produce en el ánimo de los que creen en la eficacia moralizadora del arte, ver agolpada á la puerta de ciertos teatruchos una muchedumbre que en gran parte no tiene más fuente de placer estético que el teatro, ansiosa por ver farsas soeces, héroes tabernarios y tangos obscenos. Lo que el pueblo encuentra allí, lejos de ennoblecerlo, contribuye á degradarlo.

¡Cuántas malas costumbres, cuántas deshonestidades, cuántos vicios y quizá cuántos crímenes de los llamados pasionales no traen su origen de la literatura—de algún modo hay que llamarla—envenenadora que se sirve al pueblo en los teatros de género chico!

A tales extremos de bajeza y grosería llegó la otra noche una quisicosa que se estrenó en el teatro de la Zarzuela, que el público, aun estando como lo está tan acostumbrado á las indecencias, no pudo menos de indignarse y de enfurecerse. La obrilla fué barrida; ¿pero de qué ha de servir un solo caso de rigor?

Lo que hace falta, y lo que de seguro acabaría con ese arte ruin y corruptor, es la creación del teatro popular sobre la base del teatro al aire libre. En España, que tan dados somos á imitar todo lo extranjero, ¿no imitaremos esta tendencia, que entre nuestros vecinos los franceses va cada día teniendo más partidarios? Hay quien supone que nuestro pueblo no tiene el grado de cultura que es necesario para saborear esa clase de fiestas y que preferiría á ellas los matonismos, sensiblerías y desvergüenzas de los melodramas comprimidos. «Esto es se dice—lo popular en España.» Error: esto es popular porque es lo único que al pueblo se le da por poco dinero. En igualdad de precio optaría por el arte grande. El pueblo, como el personaje de la fábula,

si cuando le dan paja, come paja,
siempre que le dan grano, come grano.

ZEDA.



PATIO DE CABALLOS, cuadro de Carlos Vázquez



FLORA, cuadro de Francisco Pradilla



PROBLEMA, cuadro de Carlos Vázquez

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - XV EXPOSICIÓN DE PINTURA, ARTE MODERNO, ESCUELA ESPAÑOLA, organizada en los Salones Witcomb por D. José Artal

LA PINTURA ESPAÑOLA

EN BUENOS AIRES

Inauguróse en los elegantes salones de la lujosa fotografía de Witcomb, de la calle Florida, la XV Exposición de pintura española, organizada por don José Artal, en la que figuran óleos, acuarelas, pasteles y dibujos de artistas contemporáneos de muy cimentada fama. A veintisiete ascienden los expositores con un total de ciento trece obras, dignas de estudio y de atención.

Al penetrar en el salón, tres cuadros atraen inmediatamente, sujetando la voluntad del espectador: *Flora,* del ilustre Francisco Pradilla, de corrección suprema, de plasticidad perfectamente armónica, de dibujo admirable y de colorido suave, cálido, entonado. Para nuestro gusto es el verdadero *clou* de la interesante cuanto superior exposición. El segundo es *Boda de príncipes,* de Salvador S. Barbudo, derroche de colores, de grandeza y suntuosidad, con toda la característica de tan insigne artista, bien conocida y apreciada, sin confusión posible. Y el tercero *Gente de mar,* del genial D. Joaquín Sorolla. El cuadro representa á un marinero echando tabaco de su petaca en el hueco de la mano de otro, ambos dibujados con firme trazo y perfecto colorido, ancha y segura pincelada.

Después de los mencionados, el artista que más entretiene al visitante es Carlos Vázquez, por la variedad, cantidad y calidad de sus trabajos. A veintiséis se elevan entre óleos y pasteles, distinguiéndose entre los primeros *La hormiguita, Recolección de higos chumbos* y *Lectura en el jardín;* y entre los segundos *Problema, En la Exposición, Patio de caballos* y algunas encantadoras cabezas. Enrique Serra, tiene dos óleos llenos de simpática melancolía, como si tuviera en su retina todos los cambiantes de luz, cielo y agua de los alrededores de Roma. José Cusachs, pintor de asuntos militares, tiene también tres cuadritos pintados con la elegancia en él característica. Cinco son los de José Benlliure, sobresaliendo las dos sepias *Tomando el sol* y *Un monje,* amén de los óleos *Limosna para el convento* y *Mercado de Tánger,* ambos ya conocidos. Del difunto Galofre hay ocho, todos interesantes, como cuanto produjo el insigne artista á pluma, pastel, gouache, acuarela y óleo. Todos los procedimientos éranle fáciles. Joaquín Mir presenta dos paisajes. Figura con cuatro óleos Pedro Ribera, de bien observados modelos, aunque con algo de convencionalismo en la luz. Los



MERCADO DE TÁNGER, cuadro de José Benlliure

REPUBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - XV EXPOSICIÓN DE PINTURA, ARTE MODERNO, ESCUELA ESPAÑOLA, organizada en los Salones Witcomb por D. José Artal

indicados con los títulos *Dominó rosa* y *Dominó azul*, están tratados con suma gentileza.

Además tienen muy digna representación: José Navarro, con cinco óleos; Andrade, con dos; Barbasán, con otros dos; Bermudo, con tres; Casanova, con ocho, algunos muy notables como *El pensador*, *La maja*, etc.; Xavier Gose, dos gouaches, tipos modernistas; Huertas, cuatro óleos; Jiménez Aranda, con media docena de dibujos; Luque, con dos apuntes; Morillo, con cinco óleos; Parladé, tres; Pinazo, dos pequeños estudios; Sánchez Perrier con el delicioso dibujo á pluma *Un violoncelista*, etc., etc.

Por las firmas y calidad indiscutible de las obras, resulta la presente exposición una de las de mayor importancia entre las efectuadas en esta ciudad de Buenos Aires. El mercado porteño va adquiriendo fama, y á no tardar alcanzará todo el desenvolvimiento requerido y deseado.

Justo Solsona.



Boda de príncipes, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

República Argentina. - Buenos Aires. - XV Exposición de Pintura, Arte moderno, Escuela española, organizada en los Salones Witcomb por D. José Artal

LA ORDENANZA

D. Francisco Giráldez, músico mayor de un batallón de cazadores, era un excelente artista, un cumplido caballero y un rígido observador de la ordenanza.

Éramos algo amigos, una amistad de esas que tienen su origen y cimentación en el arte, y esta circunstancia me llevó cierto día á su casa, que la tenía en una de las calles tiradas á cordel del barrio marítimo de la Barceloneta.

Debo advertir que su batallón se alojaba en uno de los cuarteles de aquel barrio y D. Francisco tenía su habitación á corta distancia del cuartel.

En contra de lo acostumbrado, la puerta de su habitación estaba abierta de par en par y en el interior de ésta no se percibía rumor alguno.

—¡Ah de casa!, dije yo deteniéndome en el umbral.

Una mujer joven y bella acudió en seguida á mi llamamiento: era doña Elena, la señora del músico mayor. Tenía el aire triste y los ojos con señales de reciente llanto.

—Pase usted, caballero, me dijo con voz temblona y queda.

Con doña Elena nos conocíamos ya, y por lo tanto obedecí á su invitación, atravesando en pos de ella el recibidor y penetrando en una pieza inmediata, habitualmente destinada á salón, mientras ella iba diciendo:

—En mala ocasión viene usted á visitarnos, caballero. Pero usted es como de la casa y no se extrañará de la confianza con que lo trato.

Algunas personas que había en la sala me saludaron en silencio á mi entrada, y la señora llamó desde luego mi atención hacia mi izquierda diciéndome:

—Ya ve usted.

Lo que vi me explicó desde luego el tono plañidero de doña Elena y el aire de tristeza y gravedad de las personas allí congregadas.

Detrás mismo de la puerta hallábase una mesita cubierta con un paño blanco y encima de éste el cadáver de una niña como de cuatro años, vestido de blanco y rodeado de gran cantidad de flores.

La reconocí desde luego: era Clarita, la única hija de mi amigo, el alma de la casa.

—¡Muerta!, exclamé sorprendido ante lo inesperado del espectáculo. ¿Desde cuándo?

—Pues mire usted, desde anoche. La difteria se nos la ha llevado en menos de veinticuatro horas.

—¡Qué terrible enfermedad! ¿Y D. Francisco?

—Mi marido, en el cuartel, en la academia.

—¿Hoy también?

—A la fuerza. Como es día de cumpleaños y hay parada...

—Pero en ocasión tan crítica debiera dispensársele.

—No quiere el jefe y hay que cumplir.

Efectivamente, aquel día era día de gala y el capitán general tenía que revistar en gran parada los cuerpos de la guarnición.

Casualmente hallábase de paso en Barcelona el primogénito de uno de los soberanos reinantes á la sazón en Europa y se le quiso obsequiar con una revista militar.

Y no era cosa de que por motivo tan secundario se viera el batallón en el caso de no poder llevar al frente de la charanga á su músico mayor, mayormente cuando entre los inteligentes en música la batuta de D. Francisco gozaba de una gran celebridad.

Yo me quedé en casa de mi amigo, porque siempre he considerado que la amistad sirve mejor para las circunstancias tristes que para las alegres.

Esperé, pues, el regreso de D. Francisco y comí en su mesa.

No hay que decir que no se habló de otra cosa que de las bellas cualidades de la angelical criatura que acababan de perder.

Seguíamos engolfados en nuestra conversación, cuando vinieron del cuartel á avisarle de que era hora de ir á formar.

A pesar de que lo esperaba, este anuncio le hizo palidecer y estremecerse.

—Vamos á decirle adiós á nuestra pobrecita rica, murmuró con tono apesadumbrado.

Y penetrando en la sala dirigióse al ángulo donde encima de la mesita atestada de flores y colocado ya en valioso ataúd blanco yacía el cadáver de la pre ciosa niña.

D. Francisco estuvo contemplando en silencio y durante algunos minutos aquellas facciones rígidas y en las cuales la muerte había empezado á imprimir ya su fatídico sello.

Por último inclinóse hasta tocar su rostro con el de la muerta, estampó en la frente de ésta un prolongado beso y se irguió de nuevo volviéndose hacia su esposa, que le miraba emocionada y llorosa, diciéndola:

—¿Qué otro remedio queda, hija? Animo y hasta la vuelta.

Y añadió dirigiéndose á mí:

—No la abandone usted. Ya ve usted, nosotros estamos como en país extranjero, no tenemos otra familia que usted y nuestros buenos amigos.

Y se marchó sin haber lanzado ni un suspiro ni haber vertido ni una lágrima.

. . . .

A las cuatro vino el coche mortuorio y el clero parroquial, y pocos minutos después se puso en marcha la comitiva.

Debíamos ir al cementerio del Sudoeste, y era preciso penetrar en Barcelona y pasar por el Paseo de Colón.

A medida que avanzábamos en nuestro lento camino crecía la animación en torno nuestro: á lo lejos se percibía confusamente el rumor de las músicas y el rumor de los caballos.

Debía haber terminado la parada y las tropas regresaban á sus cuarteles respectivos.

Nos hallábamos casi á la mitad del Paseo, cuando vimos adelantarse hacia nosotros y por el centro del mismo un batallón de cazadores marchando al compás de un airoso paso doble.

Una caterva de chiquillos corría, saltaba y chillaba delante y en torno de la charanga: mi amigo don Francisco caminaba erguido, grave y al parecer impasible al frente de ésta.

De pronto y cuando apenas se hallaban á algunos metros de distancia el batallón y el fúnebre cortejo, oyóse el estridente toque de una corneta y callaron como por encanto los instrumentos de la charanga.

Al mismo tiempo una voz vibrante y varonil gritó:

—¡Vista á la izquierda! ¡Tercien! ¡Arm!

La orden fué obedecida instantáneamente: pegaron al brazo sus espadas los oficiales, terciaron sus fusiles los soldados y unos y otros dirigieron á la izquierda sus miradas.

Y mientras por el arroyo central marchaba con paso ligero el batallón, por el lateral proseguía avanzando la comitiva á paso lento y precedida por el clero, que al cesar la música había entonado una de sus místicas y conmovedoras salmodias.

Y cuando hubo desfilado por junto á nosotros la última compañía, dejóse oir á lo lejos otro toque de corneta, pusiéronse al hombro las armas los soldados y la charanga dejó oir de nuevo las airosas notas del paso doble.

F. Luis Ariols.

J. J. HENNER

Este maestro ilustre, que después de una carrera tan larga y tan laboriosa ha fallecido, pocos días hace, en París, era una de las figuras más características y más respetadas de la escuela francesa moderna. Cuando en uno de esos momentos de inspiración que tan frecuentes fueron en su vida producía uno de esos cuadros llenos de armonía y de vigor que muy de prisa le conquistaron la celebridad, todo el mundo veía con satisfacción su triunfo; la simpatía era unánime, y no había quien no le quisiera y estimara, no sólo por su talento, sino además por su trato franco, afable y ameno.

Nació en Bernwiller (Alsacia) en 1829, y como desde muy niño mostrara su afición y sus aptitudes para el dibujo, sus padres, humildes campesinos, lo pusieron en un colegio de Altkirch, en donde hizo sus primeros estudios, que luego completó en Estrasburgo. Al cabo de algún tiempo trasladóse á París y entró en la escuela de Bellas Artes, en donde supo aprovechar las enseñanzas del ilustre Ingres, que luego completó en el Museo del Louvre con el estudio y la copia de algunas obras inmortales de Giorgione y Rembrandt. En 1858 ganó el premio de Roma con una obra en la cual se admiraban ya todas sus cualidades personales, es decir, una gracia á la vez robusta y vaporosa y una tendencia á llegar á la perfección en el modelado.

Durante los cinco años de su permanencia en Roma apasionóse por los grandes maestros del Renacimiento, estudiándolos con gran entusiasmo. Los cuadros que desde allí envió al Salón de París de 1863 revelaban sus grandes dotes de dibujante y colorista, que se fueron acentuando y perfeccionando en sus envíos sucesivos. En *La casta Susana* (1865), que hoy figura en el Luxemburgo, Henner se muestra todavía algo vacilante, pero se presenta ya como un maestro. Otros lienzos y varios retratos, entre ellos el de un párroco rural que también se conserva en el Luxemburgo, revelaron posteriormente con qué paciente obstinación perseguía el objetivo que se había propuesto. El poema que cantaba era el esplendor de la carne femenina envuelta en un vapor misterioso; no quería, como Rubens, celebrar la riqueza ni el brillo de aquella carne, ni trataba de traducir la sensibilidad temblorosa de la misma, ni sus voluptuosas morbideces, como Correggio. Su aspiración era distinta, y el esfuerzo que realizó hasta verla lograda quedará como una de las más curiosas tentativas en la historia de la pintura francesa contemporánea.

Su carrera, desde que en 1864 regresó de Roma, fué una serie de triunfos cada vez mayores, y el número de obras que pintó y que figuraron en su mayor parte en los Salones de París es extraordinario. Las principales son: *Biblis convertida en fuente, Alsaciana, Idilio, Magdalena en el desierto, El buen samaritano, Náyade, Cristo muerto, San Juan Bautista, La tarde, Jesús en el sepulcro, Egloga, La fuente, San Jerónimo, Religiosa en oración, Andrómeda, Ninfa llorando, Fabiola, Huérfana. Soledad, Criolla. Herodiada, San Sebastián* y *El levita Efraim ante el cadáver de su esposa.*

Obtuvo varias recompensas en el Salón, entre ellas la medalla de honor que le fué concedida en el Salón de 1898 por el último de los cuadros que hemos mencionado y que en esta página reproducimos, y en la Exposición universal de 1878 ganó una primera medalla.—S.



El notable pintor francés J. J. HENNER, fallecido en París en 23 de julio último
Retrato pintado por él mismo y que se conserva en la Galería de los Uffizzi de Florencia

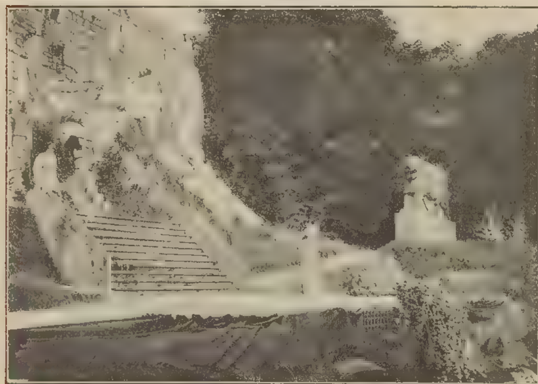


El levita Ephraim ante el cadáver de su esposa,
una de las mejores obras de J. J. Henner, que valió al eminente artista la medalla de honor en el Salón de París de 1898.

EL TEATRO DE LA NATURALEZA

DE CHAMPIGNY-LA-BATAILLE

El éxito que han obtenido las representaciones al aire libre y en pleno día organizadas en Orange,



París. – El Teatro de la Naturaleza de Champigny-la-Bataille, recientemente inaugurado. – Representación de la tragedia *Semiramis*, de Peladán

Nimes, Beziers, etc., inspiró á M. Alberto Darmont la idea de hacer disfrutar de semejantes espectáculos á los parisienses. A este efecto, alquiló una inmensa propiedad, casi abandonada desde la guerra franco-prusiana, en Champigny-la-Bataille, en el delicioso valle del Marne, y aprovechando una especie de circo de verdura que se extendía al pie de un montículo, construyó en él una pendiente suave para los espectadores y en el montículo dos grandes terrazas que, coronadas por una gran decoración destinada á precisar el color local de la obra representada, sirvieran de escenario. Esta disposición en escenas sobrepuestas y unidas entre sí por caminos laterales y escalinatas de piedra permite movimientos grandiosos y de todo punto imprevistos.

Además, el ingenio de M. Darmont supo sacar excelente partido de todos los detalles del paisaje, disponiendo á ambos lados de lo que podríamos llamar platea, dos rampas con frondosos árboles, encinas y sicomoros, á lo largo de los cuales hay una especie de palcos de pintoresco y elegante aspecto.

Hace pocos días inauguróse este teatro de la Naturaleza con la hermosa tragedia de Peladán *Semiramis*, de la que nada diremos, porque ya nos ocupamos de ella en el número 1.180 de La Ilustración Artística, á raíz de su representación en las Arenas de Nimes. La ejecución fué perfecta: madame Second-Weber, la admirable trágica, dió á su papel toda la belleza, toda la amplitud, todo el relieve indispensables, y lo mismo en los pasajes de fuerza que en las escenas de ternura, rayó á una altura inconmensurable; Pablo Mounet hizo gala de sus hermosas actitudes y representó y declamó de una manera portentosa el papel de soldado rudo, feroz y ebrio de pasión; Alberto Lambert (hijo), estuvo irreprochable en el de amante altanero y tierno; Alberto Darmont, el creador del teatro de Champigny, desempeñó de un modo excelente la parte de mago Urkam; y Juan Froment hizo concienzudamente la de gran sacerdote de Nínive. Las masas de comparsas maniobraron bajo una dirección hábil, produciendo un efecto extraordinario.

El éxito de la representación ha sido inmenso, habiendo resonado después de cada acto estruendosas salvas de aplausos y aclamaciones para el autor de la obra, para los actores y sobre todo para Alberto Darmont, organizador de este espectáculo, llamado sin duda á un gran porvenir.

Terminaremos esta noticia, que damos como explicación de los dos grabados de esta página, reproduciendo lo que Peladán ha dicho á un redactor de un importante periódico parisiense que le pidió su opinión acerca de los teatros al aire libre.

«Hay un punto positivo y hasta fisiológico que es interesante señalar y que no se ha abordado hasta el presente.

»Todo el mundo sabe que el oxígeno aviva los cuerpos en ignición y los hace arder con llama, al paso que el ácido carbónico retarda la respiración y anestesia é insensibilita los nervios y el cerebro. En el espectáculo al aire libre, el actor, excitado por la positividad de la atmósfera, se entrega de una manera incomparable, comprende mejor, despide llamas, por decirlo así, y las despide impunemente, porque se baña en un aire lleno de fuerza vivificadora. Idéntico fenómeno se produce en el espectador; parece mentira hasta qué punto es más intensa la receptividad en las gradas de un anfiteatro que en las butacas de una platea.

»Juntad estos dos hechos simultáneos, es decir, el aumento de expresión en el actor y el aumento de sensibilidad en el público, y comprenderéis el fanatismo que así los grandes artistas como el público vulgar sienten en las representaciones al estilo antiguo. Todos salen de ellas con una idea más elevada de sí mismos; todos se consideran más inteligentes que unas horas antes; todos reciben una afirmación imprevista de su personalidad; todos se complacen más en su yo, desde el protagonista, orgulloso de su esfuerzo, hasta el más humilde oyente, orgulloso de su comprensión. Y este resultado no es hijo de la estética ni del lirismo, sino de la más vulgar química orgánica.»

FIESTAS CONMEMORATIVAS

DEL 75.° ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA DE BÉLGICA

La nación belga acaba de celebrar con grandes festejos el 75.° aniversario de su independencia: funciones religiosas, retreta militar, representaciones teatrales, espectáculos de todas clases han regocijado á los habitantes de Bruselas en estos días. Pero de todas las fiestas las más notables han sido el gran torneo y el cortejo histórico.



Teatro de la Naturaleza de Champigny-la-Bataille (De fotografías de Hutin, Trampus y C.°)

Efectuóse el torneo en la vasta sala del parque del Cincuentenario y fué reproducción de uno muy famoso que se celebró en Bruselas el 28 de febrero de 1452. La representación, dedicada exclusivamente á los invitados del gobierno, estuvo presidida por la familia real y á ella asistieron muchos millares de personajes oficiales que con sus uniformes daban á la sala un aspecto brillante, realzado por los elegantes trajes y las valiosas joyas de las señoras. El torneo resultó magnífico por su admirable propiedad y su lujo inusitado; el trabajo de los arqueólogos, archiveros y dibujantes había sido tan minucioso, que ni una sola pieza de las armaduras, ni un solo traje, ni un solo episodio pudo dar lugar á la menor controversia ó á la más pequeña duda. Entre los trajes que más llamaron la atención, merecen citarse el de Felipe *el Bueno*, el del conde de Charolais y el del duque de Cléveris.

En el cortejo histórico y alegórico organizado por el gobierno, las diversas épocas de la historia belga (municipal, borgoñona, española, austriaca, francesa y holandesa) estaban representadas por comparsas de á pie, jinetes, grupos y carros alegóricos. Entre estos últimos sobresalieron el de la Independencia Nacional, el de la creación de los ferrocarriles, el de la abolición de los consumos, el de la libertad del Escalda, el de la expansión colonial, los de las Artes, Ciencias, Letras y grandes inventos, y el de la Patria, que excitaron el entusiasmo de la multitud inmensa que presenció el paso de la comitiva. – N.



Bruselas. – Fiestas del 75.° aniversario de la independencia belga. – Desfile de las banderas delante de la tribuna regia. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.°)



El *Hohenzollern*, yate del emperador de Alemania.



El *Estrella Polar*, yate del emperador de Rusia.

LA ENTREVISTA DE LOS EMPERADORES GUILLERMO II Y NICOLÁS II EN BJOERKOE, EN EL GOLFO DE FINLANDIA.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Terminábamos nuestra última crónica comentando la entrevista de los emperadores de Rusia y de Alemania celebrada en Bjoerkoe y exponiendo las varias hipótesis que acerca de lo tratado en ella se emitían. La incógnita no se ha despejado aún, ni es fácil que se despeje hasta que los acontecimientos futuros permitan sacar, como vulgarmente se dice, el ovillo por el hilo: las consecuencias nos darán á conocer sin duda, algún día, la causa que hoy permanece envuelta en el misterio, pudiendo cada cual figurársela como mejor se acomode á sus deseos, á sus simpatías y á sus intereses.

A las explicaciones que de la conferencia se han dado y que en forma de interrogaciones exponíamos al final de la crónica anterior, hay que agregar otras dos: una que supone que lo que ocupó á los emperadores fué la cuestión del trono de Noruega; otra que pretende que los soberanos ruso y alemán trataron de la conveniencia de cerrar el Báltico á las potencias que no tuvieran territorios en sus costas. Lo primero nos parece asunto de poca importancia, relativamente hablando, para un acto tan inusitado como la entrevista personal y hasta misteriosa de los dos emperadores; lo segundo sería cosa tan grave y tan trascendental, que sin negar que pudieran tratar de ello los imperiales conferenciantes, nos resistimos á creer que pueda tal propósito, caso de existir, realizarse, porque seguramente produciría una terrible conflagración europea, cuyas consecuencias es muy difícil que quieran arrostrar Nicolás II y Guillermo II.

De todos modos, bien como tema principal, bien incidentalmente, el tsar y el emperador debieron hablar indudablemente de la actual guerra y de las próximas negociaciones para la paz; por esto nos hemos ocupado de la famosa entrevista, por los efectos que tal vez de ella resulten relacionados con el conflicto ruso-japonés.

Han llegado ya á los Estados Unidos los plenipotenciarios japoneses y los rusos barón de Rosen y Sergio Witte. Como es natural, todos guardan gran reserva sobre la misión que están llamados á desempeñar, lo cual no es óbice para que corresponsales y agencias les atribuyan algunas importantes declaraciones, que luego vienen desmentidas por los interesados, como ha sucedido con las que se han puesto en boca del plenipotenciario japonés Sato. Las que atribuye á Witte el corresponsal del *Daily Telegraph*, que se embarcó con él en el *Kaiser Wilhem der Grosse*, y que han sido transmitidas por el periodista por medio de la telegrafía sin hilos desde el mismo barco, no han sido desmentidas... todavía, porque, cuando escribimos esta crónica, aún no tiene tiempo de conocerlas el que se supone haberlas dicho.

Como no dejan de tener cierto interés, las reproduciremos, por si resultaran realmente auténticas.

«Se equivocan los que hablan de negociaciones; si yo supiese que voy á negociar con los plenipotenciarios japoneses, tendría más esperanzas de las que tengo. Pero no sucede así, y lo mismo el representante del Japón que yo partimos sin ningún acuerdo preliminar, sin ninguna base común, y por consiguiente nuestros poderes, á lo menos los míos, son muy completos. Esto no obstante, y á pesar de la plenitud de mis poderes, comprendo que mi papel, al principio, es el de un correo imperial enviado para conocer las condiciones bajo las cuales el gobierno del Mikado está resuelto á hacer la paz.»

Después, M. Witte añadió:

«La suerte de la guerra se ha mostrado favorable á nuestro enemigo, el cual, en consecuencia, insiste en obtener las satisfacciones por él reclamadas antes de la guerra, y espera además que sus victorias terrestres y navales sean consideradas como títulos para nuevas concesiones. Creo que esto se presta á discusión y estoy dispuesto á tratar del asunto; pero lo que no puedo, lo que no quiero examinar, son peticiones que se funden en triunfos militares futuros.»



PORSTMOUTH (ESTADOS UNIDOS). EDIFICIO EN DONDE SE REUNIRÁN LOS PLENIPOTENCIARIOS RUSOS Y JAPONESES PARA NEGOCIAR LA PAZ. (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

En el curso de la conversación con el corresponsal mencionado, ha hecho observar M. Witte que poner término á la guerra en el preciso momento en que parecen cambiar los vientos de la derrota, requiere más valor moral del que comúnmente se cree, y «mi imperial señor, ha dicho, ha dado pruebas de poseer este valor moral.»

Es muy raro que militares y diplomáticos, á medida que se aproximan las negociaciones de paz, acentúen sus esperanzas de que, en caso de continuar la guerra, los rusos lucharían en condiciones mucho más ventajosas que hasta ahora y acabarían por obtener el triunfo definitivo.

En realidad, la situación del ejército ruso de la Mandchuria ha mejorado mucho desde la batalla de Mukden, no sólo por los refuerzos que ha recibido y de continuo recibe, sino también por las enérgicas medidas adoptadas por el generalísimo Linevicht y ejecutadas con severidad extrema, gracias á las cuales han cesado los abusos, corruptelas y escándalos que, según testimonio de los más imparciales corresponsales, contribuyeron no poco á las pasadas derrotas. Los refuerzos recientemente enviados por el gobierno ruso al teatro de la guerra son de tal importancia, que, según el corresponsal de un diario inglés en Tokío, no sólo se han cubierto con ellos las pérdidas sufridas últimamente, sino que, en la actualidad, el ejército ruso tiene 70 000 hombres más que antes de la batalla de Mukden.

Por otra parte las continuas escaramuzas que allí se realizan y las exploraciones que con frecuencia practican los rusos demuestran que los japoneses no han avanzado en mucho tiempo ni un solo paso y que no preparan ningún movimiento de importancia.

En cambio hacen cada día nuevos progresos en la isla Sakhalín, habiéndose apoderado el 24 de julio, de Alexandrovsk, capital administrativa de la isla, y de otras localidades el del 28.

Y no contentos con estos éxitos en aquel extremo del mar del Japón, han llevado á cabo un golpe de verdadero efecto, desembarcando en pleno territorio ruso, en la provincia siberiana de Kabarovsk, y ocupando la bahía de Castries, de la pequeña población de Alexandrovsk y de Nikolaiensk, situada en la desembocadura del Amur.

La noticia de estas operaciones ha causado naturalmente gran regocijo y entusiasmo en el Japón, en donde, además se considera seguro que antes de poco toda la citada isla de Sakalin estará en poder de las tropas del Mikado.

La noticia de haber los rusos evacuado completamente la Corea septentrional y de haberse replegado en la orilla izquierda del Tamén resulta desmentida. En efecto, los combates que últimamente se han librado en aquel territorio se han desarrollado en la orilla derecha del expresado río, y no hace muchos días un telegrama de Tokío señalaba la presencia de 6.000 rusos en Khoi-riong, localidad situada en dicha orilla y distante 200 kilómetros de Vladivostok.

La situación interior de Rusia continúa siendo poco satisfactoria, y lo mismo en el Cáucaso, que en Polonia, que en otras regiones menudean las huelgas, los disturbios y las colisiones sangrientas, todo lo cual crea un estado de cosas nada á propósito para que los plenipotenciarios rusos puedan ir á la conferencia con esa fuerza moral que tan necesaria es en esta clase de negociaciones.—R.





TORMENTA, cuadro de César Laurenti

MONUMENTO FUNERARIO

DEL EMMO. CARDENAL DR. BENITO SANZ Y FORÉS

El día 15 de julio último fueron depositados en el mausoleo construído al efecto en la capilla de San Francisco de Borja de la iglesia ex colegial de Gandía los restos mortales del ilustre purpurado Dr. Benito Sanz y Forés, trasladados desde la catedral de Sevilla, de donde fué arzobispo, á instancias de su hermano y del Ayuntamiento y del cabildo de la mencionada ciudad valenciana.

El monumento funerario, que el adjunto grabado reproduce, es un nicho rectangular, apaisado, de 1'90 metros de largo por 80 centímetros de alto, abierto en el muro lateral de la citada capilla, junto á la pila bautismal del Santo Duque y en el lado de la Epístola. El nicho está orlado por dos elegantes guirnaldas de hiedra y cardos, que naciendo entrelazadas en el centro inferior, se separan hacia los lados y terminan algo distanciadas en la parte superior.

El conjunto está sostenido por elegante y severa imposta en cuyos extremos se ven dos escudos con los emblemas de la pureza y del saber, simbolizados por unas azucenas y un libro de sermones. En la parte alta y en el espacio que dejan libres las guirnaldas destácase, en una gran zona que tiene la forma de cruz, el gran escudo del cardenal.

Todo ello está cobijado por movida archivolta, en cuyo centro hállase la Fe, representada por un serafín con los ojos vendados, y en los lados hay un áncora y una cruz, sostenidas por ramas de laurel, símbolos de la Esperanza y de la Caridad.

La inscripción de la lápida es sencilla y expresiva.

El monumento, en conjunto, mide tres metros de largo por algo menos de alto, es de mármol blanco y constituye una bella obra de arte que honra al notable arquitecto valenciano D. F. M. Manuel Cortina, que la ha proyectado y dirigido, y al inteligente marmolista D. José Cuñat, que la ha ejecutado.

La fotografía que reproducimos nos ha sido remitida por D. Isidro Laporta, á quien damos las gracias por su atención.

GANDÍA.—Monumento funerario de Su Emma. el Cardenal Dr. Benito Sanz y Forés, obra del arquitecto D. F. M. Manuel Cortina. (De fotografía de D. Isidro Laporta.)



CONSTANTINOPLA.—La mezquita de Hamidié durante el Selamik, sitio en donde se cometió el día 21 de julio último el atentado contra el sultán. (De fotografía.)

EL ATENTADO CONTRA EL SULTÁN

DE TURQUÍA

Cada viernes el sultán Ab-dul-Hamid sale de su palacio de Ildiz-Kiosk y en una magnífica victoria tirada por dos caballos se dirige á la mezquita Hamidié para presidir la ceremonia religiosa del Selamik. Esta mezquita, que el actual soberano turco mandó construir junto á su residencia para no tener que recorrer el largo trayecto entre ésta y la antigua mezquita de Rechiktak, en donde antes hacía sus oraciones, es un monumento de esbeltas y graciosas líneas, cuyas blancas azoteas corona la elegante cúpula del minarete.

Antes de salir el sultán, tropas de infantería y de caballería forman apretado cordón desde la puerta del palacio á la de la mezquita, para contener á la enorme y abigarrada muchedumbre que se estruja y forcejea á fin de ver lo más de cerca posible al soberano. Poco antes de mediodía comienzan á pasar innumerables carruajes que conducen á los altos dignatarios de la corte y al cuerpo diplomático; luego desfilan los hijos del sultán, generalmente á caballo, vistiendo brillantes uniformes y acompañados de su séquito oficial, y finalmente, á las doce, cuando el muecín desde el minarete invita á los fieles á la oración, ábrense las puertas de palacio y entre aclamaciones ensordecedoras aparece la imperial carroza, escoltada por multitud de bajaes y de ministros, que á todo escape pasa por entre el cordón de tropas.

La procesión atraviesa el gran patio á los acordes de la marcha *Hamidié* y se detiene ante la puerta de la mezquita; allí se apea el sultán, y escoltado por el Cheik-ul-Islam, por los ulemas y los imanes, penetra en el templo, después de haber escuchado de labios de un oficial las siguientes palabras pronunciadas con acento solemne: «Padichá, no te envanezcas, y recuerda que hay un Dios más grande que tú.»

Terminada la ceremonia religiosa, que á lo sumo dura media hora, el soberano reaparece á la puerta de la mezquita; unas veces se detiene y saluda á la multitud que lo aclama; otras sube precipitadamente al carruaje, que á escape lo conduce nuevamente á su palacio.

La rapidez con que marcha el coche salvó sin duda al sultán del atentado contra él cometido el día 21 de julio último. La bomba lanzada á su paso no le alcanzó á él, pero causó gran número de víctimas entre los individuos de su séquito y entre los espectadores. Según parece hubo á consecuencia de la explosión veinticuatro muertos, entre ellos Beha-Bei, profesor del príncipe Selim, un oficial y tres soldados de la imperial escolta, y setenta y ocho heridos. Además quedaron muertos ó heridos setenta caballos, y destruídos veintiséis carruajes. La mezquita sufrió algunos desperfectos en la fachada y en el interior.

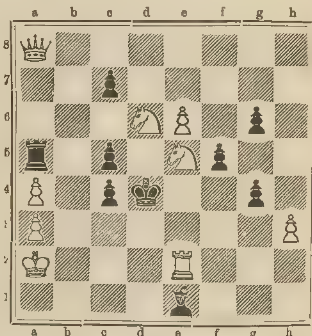
El sultán conservó su presencia de ánimo, así en el momento del atentado como durante la confusión que á raíz de éste se produjo.

No hay que decir que inmediatamente se adoptaron medidas represivas de un rigor extraordinario, sin que hasta la fecha, á pesar de las prisiones realizadas y de las informaciones que sobre el crimen practican tres comisiones extraordinarias, haya podido darse con el asesino.—X.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 394, POR J. POSPISIL.

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (9 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 393, POR S. LOYD.

Blancas.	Negras.
1. Th7-d7	1. g4 g3
2. Af5-h7	2. Rh2×h3
3. Ah7-f5 mate.	

VARIANTES

1...... Rh2-g3; 2. Dc8-c7 ó b8 jaque, etc.
1...... Tg2-g3; 2. h3×g4 jaque, etc.
1...... g4×h3; 2. Th8×h3 mate



Estrechó la mano que le tendía, y besándola con encantadora ligereza, se inclinó ante su juez

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—En el tiempo en que vivimos se llama á los conquistadores advenedizos.

—No pronuncie esa palabra con desprecio, que los advenedizos son los reyes del mundo. Toda la aristocracia del trabajo y del dinero, y es la única poderosa hoy, se compone de advenedizos. Éstos son los hijos predilectos de cada país, pues representan las fuerzas vivas. Evans, el archimillonario que está en mi casa, es un advenedizo, y todos los millonarios de América, que forman la grandeza y la fuerza del Nuevo Continente, son advenedizos también. Yo creo que hoy no hay título que se pueda ostentar con más orgullo, pues significa que, habiendo salido de la nada, se ha llegado á todo.

—Sí, pero esas honradas gentes han vivido la mayor parte de su vida en los campos, en las fábricas, á bordo de barcos ó arrastrados de un extremo á otro de la tierra por trenes rapidísimos. ¿Cuál era la suerte de sus mujeres durante ese tiempo?

—Sus mujeres cuidaban de su casa y educaban á sus hijos, cosas que constituyen las funciones de las mujeres que verdaderamente lo son.

Las rubias pestañas de Rosa velaron un instante su mirada, y sonriendo con ironía dijo:

—Y las que no se conforman con ser amas de casa y nodrizas, ¿qué son, según usted?

Valentín contestó con rudeza:

—¡Oh! Esas son amables y encantadoras muñecas que pasan por la escena de la vida del mismo modo que las actrices cruzan los escenarios de los teatros con actitudes preparadas y lenguaje convencional. Tienen la cabeza vacía y el corazón seco; su principal ocupación consiste en estrenar sombreros y trajes, los hijos les sirven de molestia, y su marido no es más que un compañero de goces, ó un cajero encargado de pagar sus gastos...

Los ojos de Rosa se fijaron bruscamente en Valentín. No pudo contener un gesto de impaciencia y le interrumpió diciéndole:

—A fuerza de meternos en honduras hemos llegado mucho más lejos de lo que nos habíamos propuesto. Yo trataba de saber si mi resolución de casarme con el barón Folentin de Rocher era acertada.

—Me parece que no nos hemos ocupado de otra cosa.

Esta vez Rosa admiró su audacia y quiso empujarla hasta el último límite.

—Al principio me ha dicho usted que era un excelente partido.

—Lo es, y no me vuelvo atrás de lo dicho.

A su vez la miró con mucho detenimiento.

—Pero entendámonos, agregó; si es un compañero de goces y un proveedor de dinero lo que usted busca, no encontrará otro mejor. Pero si anhela un esposo en el que pueda fiar su porvenir sin temor á que se desvíe en las horas tristes ó á que desfallezca en las graves, no me parece acertada la elección.

Rosa hizo un esfuerzo para reir y ocultar su turbación.

—Valentín, usted mira la vida por el lado más trágico...

—Es que en la vida son más las horas tristes que las alegres, y en el dolor es donde se aprecian los verdaderos afectos.

—Yo no quiero ver el porvenir con tintes sombríos.

—Querer no es suficiente, es preciso poder, y usted no dirige el destino según su capricho.

Rosa levantó la cabeza sonriendo con orgullo.

—Hace un momento me hablaba usted de los hombres que se apoderan de la sociedad por su energía y valor. ¿No hay mujeres que son también conquistadoras, y que escalan las más altas posiciones? ¿No es una ambición noble y que sobrepuja á su concepción de mujer casera?

—Como usted dice, conozco mujeres que se han elevado por la poderosa fuerza de su talento ó de su genio, nobles excepciones que todo el mundo admira; pero si no es más que por el prestigio del lujo, de la belleza, por lo que la mujer debe triunfar, es victoria bien triste y bien precaria. ¿Sueña usted en triunfos de vanidad? Pues entonces no vacile, tienda la mano á quien puede procurárselos, y cásese con el barón Folentin de Rocher.

Rosa se puso en pie. El tono de Valentín, sus ademanes, todo lo que su rostro expresaba, la había herido profundamente. Golpeó el suelo con el regatón de su sombrilla, y dijo:

—Le doy las gracias por su consejo; creo que es bueno, y lo seguiré: me casaré con el barón de Rocher.

Dedicóle una ligera inclinación de cabeza, y con paso tranquilo salió del jardín.

SEGUNDA PARTE

I

Aquella noche la espléndida sala de los Campos Elíseos, con sus palcos llenos de espectadores en correctísimo frac, y las plateas en donde se hallaban reunidas las mujeres más elegantes de París, ofrecía un aspecto maravilloso. En el escenario los personajes del prólogo se agitaban con esa mímica petulante que caracteriza á los aficionados mundanos. Algunos miembros del Círculo se habían refugiado en los salones para respirar libremente. Los acordes de la orquesta, debilitados por la distancia, llegaban á

ellos como un zumbido, y entre el humo de los cigarros, jóvenes y viejos hablaban tranquilamente.

—Nuestro amigo Condottier no está muy allá en su papel, dijo La Bréde. Se empeña en representar papeles cómicos y ninguno encaja en sus facultades.

-Cuestión de contraste. Representa galanes en la vida y no puede representarlos en el teatro.

—¿Y quién te ha dicho que no hace de galán en el teatro?, dijo de Tremblay. Si Nini Beral, la que hace de comadre esta noche, te oyese, á buen seguro que diría que tus noticias no son ciertas.

—¿Y qué pensaría de todo esto la hermosa baronesa de Folentin?

—Pero, observó Fermont, la señora de Folentin no tiene nada que ver en todo esto. Condottier flirtea con ella del mismo modo que usted, que yo y que muchos otros. Gracias á Dios, nuestra hermosa baronesa no es exclusiva, y tiene el buen talento de aceptar todos los homenajes, pero siempre con la condición de no favorecer á nadie.

—¿La han visto ustedes esta noche? Está hermosísima y vestida con un *chic*...

—¡Doucet! Es el único.

—Folentin ha encontrado el medio de sentarse junto á ella.

—Para gozar mejor de sus triunfos.

—Su dinero le cuesta.

-No lo siente.

—Está loco por su mujer.

-He ahí vuestro error.

—¿Cómo? ¿No adora á la baronesa?

—Sí, la adora, pero del modo como él suele adorar. Cuando la ve rodeada de lujo, en una atmósfera resplandeciente de seducción, atrayendo todas las miradas y recibiendo todos los homenajes, se envanece, se extasía, y no se cambiaría con el presidente de la República. Pero cuando está en su casa por la mañana, á la hora de almorzar y en su hermoso comedor de los Campos Elíseos, á ese muchacho le importa un comino su mujer; entonces piensa en sus negocios, en la Bolsa y en el empréstito búlgaro que prepara. Sólo siente interés por la baronesa cuando la ve con todas las velas desplegadas, magnífica y conquistadora. Para apreciar en su justo valor su felicidad necesita ver que todos los hombres de París se precipitan en torno de su mujer. Todo esto, hasta el extremo de que creo preferiría que su mujer tuviese amantes á que dejase de tener rendidos adoradores.

—Vamos, exageras, dijo de Tremblay; en tu paradoja hay algo de verdad; pero es preciso decir que Folentin, al mismo tiempo que se siente halagado viendo que su mujer recibe homenajes, siente también celos de los que se los ofrecen. Ahí es donde Fermont se equivoca: si la baronesa pudiese engañar á Folentin sin que nadie lo supiese, tal vez el barón se conformara con su desgracia; pero si el más insignificante ridículo viniese á atenuar su prestigio, ¡ah!, creo que se sentiría un Otelo.

—Supongamos algo menos.

—Y no hablemos más de este asunto.

Un indescriptible barullo vino á interrumpir á los murmuradores. Los espectadores invadían el *hall* para dirigirse al ambigú. Los tres amigos de Folentin, libres del temor de verse obligados á oir algo de lo que se decía en el escenario, salieron del saloncito reservado para confundirse con los invitados. Las mujeres estaban allí hablando, riendo, moviendo los abanicos y satisfechas, viendo la solicitud con que las asediaban sus parientes y amigos. El presidente del Círculo, al que se reconocía fácilmente por su elevada estatura y su aspecto de gran señor, daba el brazo á la embajadora de Inglaterra, mientras que una alteza imperial arreglaba los negocios financieros de su país prodigando sus graciosas sonrisas á la mujer de un poderoso banquero. Era una mezcla de sociedades y de castas que resumían lo que se ha convenido en llamar el todo París; y dominando á los concurrentes, siendo el blanco de todas las miradas, conquistadora como quería, la baronesa de Rocher reunía á su alrededor una verdadera corte de aduladores.

Estaba más hermosa que nunca; el matrimonio le había sentado admirablemente. Su belleza, lejos de disminuir, parecía que había aumentado con el sentido de su poderío. Sabía que la admiraban, y con orgullosa indiferencia se ofrecía á las admiraciones.

Convencida de su hermosura, había tenido la coquetería de no lucir demasiadas alhajas. Sólo llevaba un hilo de magníficas perlas alrededor del cuello. En sus abundantes cabellos rubios, naturalmente ondulados, llevaba una sencilla pluma color rosa que armonizaba admirablemente con el tono pálido de su traje. De pie en medio del *hall* y rodeada de un círculo de íntimos, resplandecía de satisfacción, y aparecía tan bella por su gracia y lujo, que instintivamente todas las miradas se fijaban en ella. A diez pasos, Folentin, apoyado en una columna de mármol, conversaba con unos amigos, sin que al parecer prestase la menor atención á los gestos de su mujer, y como si la dejase dueña absoluta de sus acciones. Esta desenvoltura y esta seguridad acababan de dar al joven matrimonio un título de soberanía, un sello de indiscutible superioridad.

Repentinamente se observó un movimiento en la muchedumbre, y por un instante la atención se apartó de Folentin y de la baronesa. Agil, elegante y sonriente, Condottier adelantaba hacia Rosa; había cambiado de traje con gran rapidez, y vestido de frac y con una flor en el ojal, pasaba entre las calurosas felicitaciones de sus amigos, pues habiendo terminado su papel, se convertía en espectador para el resto de la velada. Pero cuantas lisonjas le dirigian le eran completamente indiferentes; las escuchaba sonriendo distraídamente, poniendo de manifiesto que no deseaba contar más que con una sola aprobación, la de la reina de la fiesta. Llegó al fin hasta ella, estrechó la mano que le tendía, y besándola con encantadora ligereza, se inclinó ante su juez.

—¿Está usted satisfecha? ¿Se divierte usted?

—La comedia que han representado ustedes no me parece cosa extraordinaria, y no comprendo cómo se ha reunido tanta gente para hacer esta obra. Con todo, usted ha estado muy bien y ha cantado el «rondó» con un aplomo admirable.

—Sin embargo, tenía un miedo enorme.

—Nadie lo ha advertido.

—Entonces, ¿cree usted que me contratarían en Variedades?

—Si he de decir la verdad, no creo que pueda usted ganarse la vida haciendo comedias.

—Entonces tengo que desesperar de llegar á ganármela nunca.

—No creo que pueda usted figurar entre los hombres útiles; conténtese figurando entre los agradables.

—Mi única ambición es que usted me considere así.

—Pues ofrézcame el brazo para ir al *buffet*, me muero de calor.

Seguidos por un numeroso cortejo se pusieron en marcha y cruzaron los salones, en donde la muchedumbre se agolpaba como hubiera podido hacerlo para presenciar el paso de una reina.

En los dos años que hacía que se había casado con el barón de Rocher, Rosa habíase esforzado con una tenacidad y una destreza muy notables en conseguir la realización de su programa de existencia. Al convertirse en mujer de Folentin tomaba un aliado poderosísimo para emprender la conquista del mundo. El banquero había puesto á su servicio su fortuna, su posición social y sus relaciones de familia; de todo esto Rosa había sacado gran partido, y en el espacio de algunos meses su casa había adquirido fama de ser una de las más agradables de París. Las comidas que daba llenaban de orgullo á su marido, pues en ellas encontraba el medio de satisfacer su glotonería y su vanidad. Además, no tardó en convencerse de que los negocios se trataban más fácilmente y mejor en sus salones que en sus oficinas, y como sus intereses estaban en perfecto acuerdo con sus placeres, empujó á su mujer para que siguiese el camino emprendido, cosa para la que ella demostraba especialísimas condiciones.

La joven baronesa, que se conducía perfectísimamente y que observaba una conducta irreprochable, se había captado las simpatías hasta de las gentes más severas, y su luna de miel con el gran mundo, al que se había entregado por completo, había sido deliciosa. Desde la primera tentativa fué admitida sin la menor resistencia ni discusión, y su éxito fué completo y definitivo. Pasado el primer invierno, sus reuniones figuraban entre las más escogidas, y Rosa podía atreverse á invitar á los más elevados personajes sin temor que uno solo dejase de aceptar. Su casa no era de esas respecto de las cuales el invitado se pregunta: «¿Iré?» A ella se iba sin vacilar.

Al principio de tan grande y brillante triunfo Rosa había sentido un ligero aturdimiento. Folentin lo había encontrado muy natural, pues la extraordinaria idea que de sí mismo tenía legitimaba á sus ojos la vertiginosa ascensión á la más alta notoriedad. Pensaba que aquello, y aun algo más, se lo debía, y que la baronesa de Rocher, sólo por ser su esposa, necesitaba ser una dueña de casa sin rival. Sólo por obra y gracia de su unión con él, Rosa había adquirido tan relevantes méritos, y en la buena opinión que de ella tenía entraba por lo menos en tres cuartas partes el contento de sí mismo.

Un individuo así constituído tenía que ver sin la más ligera sombra de aprensión que los hombres más elegantes y amables de París se dedicasen á hacer la corte á su mujer. La baronesa, una vez pasado el período de excitación, no había tardado en darse cuenta de que toda su gloria era algo monótona, y que sus triunfos, como las listas de platos de sus comidas, eran siempre los mismos, salvo muy ligeras variaciones.

Un espíritu fino y delicado como el suyo no podía conservar largo tiempo ilusiones con respecto á Folentin. La corrección del barón encubría apenas su miseria intelectual, y la ternura para con su mujer no era más que una excitación de amor propio. Rosa le vió tal como era: egoísta, nulo, presuntuoso y con una bondad aparente que envolvía mucho de vileza; y por más que hizo concienzudos esfuerzos, le fué imposible amarle. El glorioso Folentin no se preocupó por ello lo más mínimo, y aceptó la pasividad de Rosa como el abandono admirativo que una mujer siente por su vencedor. Se juzgó tan seguro de ella, que no prestó la menor atención ni á sus acciones ni á sus pensamientos, y si alguien hubiese ido á decir le: «Barón, su mujer de usted le engaña,» hubiera sonreído con soberbia contestando: «Es imposible.» De modo que reunía todas las condiciones requeridas para sufrir este inconveniente; pero Rosa no pensaba en procurarle semejante sinsabor.

Condottier, después del matrimonio, se había ido á Oriente con su hermana, pasando por Hungría, en donde el conde Grodsko había exigido que la condesa hiciese una aparición, amenazando con cortar de raíz todo subsidio. Los manejos de Condottier no habían producido fascinadora impresión en la baronesa, la cual había representado á conciencia su papel de mujer de mundo, haciendo esfuerzos para encontrar en ello algún placer, y advirtiendo con sorpresa que el atractivo de la novedad pasada se convertía en laxitud y aburrimiento incurable. Constantemente daba vueltas alrededor del mismo círculo de ocupaciones fútiles, haciendo al día siguiente lo que había hecho la víspera, y el aparato, la solemnidad y la etiqueta de su vida mundana, hacían más grande y desesperante aquel vacío.

Al principio algunas mujeres jóvenes trataron de arrastrarla á la sociedad de vividores libertinos y gente de escándalo, de los que su buen sentido supo librarle. Esto se supo, y proporcionó á Rosa grandes ventajas, pues se la consideró como mujer rígida, lo que, en ciertos momentos, dan ciertas libertades sin riesgo de comprometerse. Decíase de ella que su espíritu, vivo y alegre, la arrastraba algunas veces á obrar con cierta libertad; pero nadie daba á esto importancia y se la tenía por una mujer honrada. Así se pudo permitir bromear con sus amigos, sin que nadie la criticase.

Se encontraba gozando todas estas ventajas, cuando Condottier, tostado por el sol, pero sin que sus asiáticas peregrinaciones le hubiesen desfigurado el rostro, reapareció en compañía de su hermana, instalándose de nuevo en el *faubourg* Saint-Germain. Desde los primeros días de su regreso se dió á conocer como otro hombre. El joven, el brillante y ligero marqués cedió sitio á un Condottier más grave, más meditabundo, pero tan elegante como antes. El cambio que se había operado en él era muy grande. Hubiera podido decirse que el príncipe de la juventud había dejado todas sus locuras en los países que venía de recorrer. Rompió con sus antiguos compañeros de francachelas y comenzó á vivir muy honorablemente.

No se le vió más á la mesa del *baccará*, ni en el tiro de pichón, ni en las carreras con Raimundo de Chalin, y dejó ver el propósito de hacer economías; esto, que para cualquier otro habría sido funesto, pues le hubieran creído arruinado, en él divirtió. Pero mayor motivo de asombro tuvieron los curiosos cuando el marqués de Condottier entró á formar parte de grandes y muy serios negocios, dando pruebas de gran aplicación y de muy buen sentido.

Folentin, que lo encontró en la Admistración de los caminos de hierro de Túnez, quedóse sorprendido de su formalidad y hasta de su inteligencia.

—Parece increíble, le dijo á su mujer, el cambio que se ha operado en este muchacho. El otro día, oyéndole hablar de negocios, me produjo la impresión de un Morny. Le creo apto para todo, y me parece que si quiere preocuparse llegará á hacer una fortuna. Ha conseguido reconciliar á su hermana con el conde Grodsko, y es segurísimo que con los enormes capitales de que dispone ese magiar, se ha metido en los grandes negocios. Ese conde Grodsko es extraordinariamente rico, y si, como se asegura, viene á instalarse en París para vivir entre nosotros una buena parte del año, la situación de Condottier cambiará mucho.

—Mejor para él, respondió Rosa, y comprendo que este cambio te asombre, porque, si no recuerdo mal, en otros tiempos tenías del marqués una opinión que le favorecía muy poco.

—Mujer, entonces no hacía más que locuras.

—Quería casarse conmigo.

—Lo cual era la mayor de todas.

—¿De veras?

—Tú no eras desde ningún punto de vista la mujer que le convenía. No hubieras podido corregirlo y habríais sufrido un desastre.

—Es posible, dijo Rosa pensativa. Y ¿cómo ha conseguido corregirse solo?

—La soledad, la reflexión, el alejamiento de París... En una palabra, es un Condottier completamente nuevo, que te divertirá y al que no reconocerás fácilmente.

El marqués volvió á ver á Rosa y ésta le reconoció muy bien; pero con todo, lo encontró mejorado. En cuanto á la condesa Grodsko, todo lo que en su amistad con Rosa había de forzado cuando ésta era soltera, desapareció al hallarse en presencia de la baronesa de Folentin. Volvieron á ser íntimas amigas, y nadie se asombró de ello, y el mismo Prévinquieres, que no simpatizaba mucho con la condesa, se vió obligado á sentir por ella el más profundo reconocimiento.

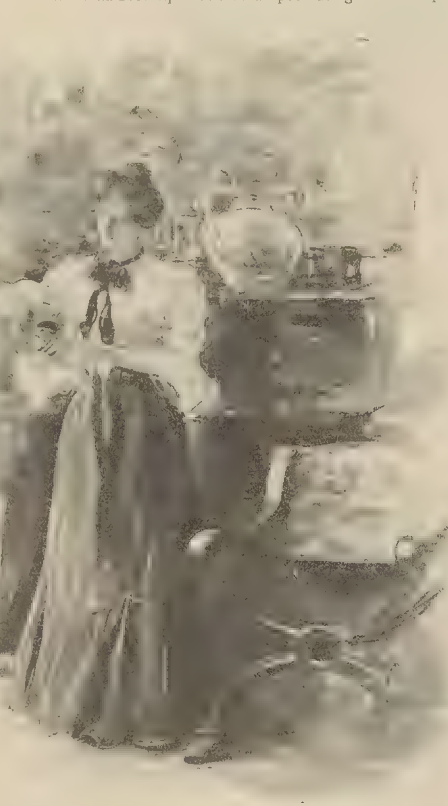
En el preciso momento en que el marqués y su hermana habían vuelto de sus peregrinaciones, Mauricio Prévinquieres estaba á punto, por la sexta vez lo menos, de casarse con una mujer de la que era amante. Era una viuda de treinta años, extremadamente bonita, que vendía objetos más ó menos artísticos en un almacén de la calle Caumartin. La señora Wassel era una belga, de ojos azules y cándidos, tez anacarada y metida en carnes, que tenía especialísimas aptitudes para engañar á los coleccionistas con un marfil falso de la época del Renacimiento, ó una loza alemana del siglo XIV, procedente todo de una fábrica de Belleville. Vendía también tapices con un palmo cuadrado de tejido antiguo y algunos metros de moderno.

En casa de esa encantadora y poco escrupulosa chamarilera entró un día casualmente Mauricio Prévinquieres para comprarle un joyero á su hermana. La viuda Wassel, mientras vendía al buen mozo, y muy caro por cierto, un chirimbolo que no tenia ningún valor, se apoderó de su corazón. A partir de aquel momento, Mauricio sentó sus reales en casa de la señora de Wassel, á la que en el espacio de una semana compró objetos por valor de diez mil francos, objetos que el barón de Duburle afirmaba que en junto no valían diez luises. Poco después la viuda se negó bruscamente á venderle nada, y arrojó del almacén al pobre Mauricio Prévinquieres, declarándole que su continuada presencia ahuyentaba á los clientes. Era preciso que se marchara para no volver más, á fin de que no padecieran ni la reputación de la señora de Wassel ni su comercio.

Mauricio, exasperado, declaró su ardiente amor á la chamarilera. La amable belga, ante resolución tan inesperada, dulcificóse un tanto, y á partir de aquel momento Mauricio gozó del derecho exclusivo de instalarse en una amplia butaca, estilo Luis XIII, al lado de la señora Wassel, que pasaba el día poniendo en orden sus cuentas. Los padres de Mauricio Prévinquieres, profundamente disgustados con la resolución de su hijo, habían sido requeridos dos veces para dar su consentimiento ante notario, y aquel joven atolondrado iba á realizar la última locura, cuando la condesa Grodsko se presentó de improviso en casa de Rosa, mientras ésta se esforzaba inútilmente para hacer entrar en razón á su hermano.

La elegante condesa se burló alegremente de Mauricio, ridiculizando la vida en un almacén de antigüedades de la calle de Caumartin, dando á entender que un hombre podía cometer una ligereza, pero que debía guardarse de realizar una villanía, y que la señora Wassel gozaba de malísima reputación en el comercio y que el convertirse en su tenedor de libros podía llevarle más lejos de lo que se figuraba. Estuvo brillantísima, convincente y conturbó seriamente á Mauricio, estableciendo entre las condesas húngaras y las vendedoras belgas una comparación muy favorable para Hungría. Mauricio era extraordinariamente variable y ondulante é intentaba ya reanudar su antiguo flirt con la elegante hermana de Condottier. Su resolución de casarse con la chamarilera, el amor que por ella sentía, todo desapareció como una columa de humo llevada por una fuerte racha de viento. Ahora lo que le preocupaba eran una boca encantadora y sonriente, unos ojos negros hermosísimos y un talle encantador ajustado en un traje del mejor modisto. La condesa Grodsko permaneció una hora en casa de Rosa, y al marcharse se llevó en su coche á Mauricio, que prefirió ir á comer con ella á visitar á su amiga entre sus falsas chucherías.

Todo esfuerzo merece una recompensa, y el servicio que la hermana de Condottier acababa de prestar á la familia Prévinquieres valía un poco de agradecimiento. Se establecieron entre la señora de Grodsko y la señora Prévinquieres relaciones cordialísimas. Duburle hizo observar que era la segunda vez que Mauricio se salvaba, gracias á la intervención de la hermana y del hermano: el marqués lo había arrancado de las garras de la bella Amadina de Narbona, y la condesa acababa de desbaratar de un golpe los proyectos de la señora Wassel. Refunfuñando Prévinquieres hubo de reconocer la importancia de su deuda y hubo de ver además como Mauricio iba á todas partes con la condesa Grodsko. La situación no era muy moral, pero en cambio cómoda en extremo, y el padre aceptaba los hechos resignado.



La señora Wassel en su establecimiento de objetos artísticos

Folentin no se preocupaba lo más mínimo por la asiduidad de Condottier cerca de su esposa; había invitado al marqués de una manera que daba á entender la satisfacción con que le veía en su casa, y el joven abusaba no poco de las complacencias que le guardaban. Pero su modo de conducirse con Rosa fué muy distinto al que antiguamente había empleado; no era el enamorado de antes, como tampoco era el mismo hombre, y este cambio redundaba en ventaja suya. Se mostraba discreto y reservado; la corte que hacía á la joven baronesa estaba llena de matices, y entre ella y el compañerismo no existían sensibles diferencias. Daba noticias, guiaba é iluminaba á la señora de Folentin en todas las circunstancias, y siempre con un tacto exquisito. Ella le llamaba su consejero íntimo y decía riendo: «Conmigo es de una severidad increíble.»

En realidad, Condottier había impedido que Rosa cometiese algunas faltas de etiqueta que hubieran podido perjudicarle, y Folentin le estaba muy agradecido. La extrema fatuidad del marido, fortificada por el agradecimiento, creó á Condottier una situación excepcional en la casa, pero éste procuraba no poner en ridículo al amigo.

Dijérase que hacía grandes esfuerzos para que olvidase sus antiguas amenazas, lo que conseguía admirablemente. Al parecer, Folentin no se acordaba de que Condottier había sido su antiguo rival, el mismo que había anunciado su propósito de vengarse.

Sentía verdadera satisfacción encontrándose con el marqués en su casa. Lo llevaba á Chantilly para que viese galopar sus caballos, y no organizaba una caza en Rocher sin que Condottier asistiese á ella y cuando no le encontraba en los salones de la baronesa le reñía. Otro que Condottier se hubiera hastiado de semejante confianza y de tantas pruebas de simpatía y afecto; pero él sonreía con tranquilidad; aceptaba la situación con aparente indiferencia, y devolvía centuplicadas á Rosa las atenciones de que Folentin le colmaba, no dejándola nunca y siempre acompañado de su hermana.

No podía darse situación más favorable; poco á poco inspiraba confianza á Rosa, dejando que ejerciera sobre él una autoridad á la que se sometía amablemente, vigilando la ocasión más propicia. Se creía dueño de la situación, teniendo que habérselas con un marido cuyo dilettantismo rayaba en ceguera y con un hermano, siempre favorable á su causa, cuando un acontecimiento que en apariencia no podía ser más vulgar, cambió de pronto el plan que tan hábilmente había preparado.

Una tarde en que el marqués, Rosa y Mauricio discutían en el saloncito del hotel de los Campos Elíseos las peripecias de un *match* de automóviles, Folentín, que jamás aparecía en las habitaciones de su mujer entre el almuerzo y la comida, entró dando muestras de gran alegría. Como su amigo se levantase para estrecharle la mano, hizo un ademán para protestar.

—Que nadie se moleste. Si ocasiono la más ligera turbación me voy... No hago más que entrar y salir. He sabido que Mauricio estaba aquí, y he entrado para hacerle un encargo. Es que hace un momento he recibido en mi despacho la visita de uno de vuestros amigos que viene de América y que trae un crédito considerable contra mi casa.

—¿Quién es ese Nabab?

—Un hombre á quien conocéis mucho y al que vuestro padre verá con muchísimo gusto. Valentín Raynaud.

—¿Ha hecho mucha fortuna?

—A juzgar por lo poco que me ha dicho, debe tener con su amigo Evans unos terrenos petrolíferos, de los que sacan grandes beneficios que no me atrevo á deciros, pues verdaderamente son fantásticos.

—¡Bravo por Valentín!, exclamó Mauricio. Tuvo buen olfato marchándose de Beaumont. ¡Lástima que tanto dinero vaya á manos de un hombre sin necesidades! Ya dicen que la fortuna es ciega. Yo no tendré nunca semejante suerte.

—Lo primero que se necesita es ir al país de los sueños de oro...

—¿En dónde está? Voy corriendo.

—He ahí el inconveniente. No se sabe nunca de antemano, y precisamente por esto tiene mérito descubrirlo. Conque hazme el favor de decir á tu padre que el Sr. Raynaud está en París y se propone ir á verle muy pronto. Dicho esto, vuelvo á mis negocios y os dejo entregados á vuestras distracciones.

—Folentin, procura descubrir una mina de petróleo y méteme en el negocio.

(Continuará.)



COLECCIÓN DE D. EMILIO CABOT. – Sala de estudio y sección de tejidos coptos

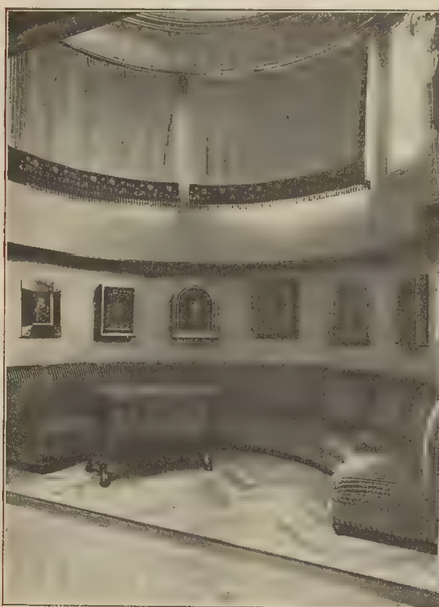


COLECCIÓN DE D. EMILIO CABOT. – Salón central.

LA COLECCIÓN DE D. EMILIO CABOT

Variadas las iniciativas, distintas las manifestaciones y diversa la esfera de acción, no se repelen ni combaten las energías que desarrollan los hermanos Cabot, antes al contrario, se compenetran y completan, puesto que se funden en una sola aspiración, alientan por idénticos ideales y persiguen iguales propósitos, esforzándose en contribuir al fomento de la general cultura y á engrandecer la tierra en que nacieron. Así decíamos al ocuparnos, hace algunos años, de las producciones literarias de Joaquín y de la comenzada colección arqueológica de Emilio. La circunstancia de haber alcanzado aquélla extraordinaria importancia y de haberla instalado su poseedor en forma que atestigua su desprendimiento y su cultura, nos obligan á que demos á conocer á nuestros lectores el resultado que ha obtenido, gracias á sus laudables esfuerzos, constituyendo un centro de temor de incurrir en exageración, el *Museo Cabot*, puesto que cuenta con sobrados elementos para atestiguar su importancia, y la instalación corresponde á su valía.

A modo de antecámara hállase el salón de estudio, en cuyos paramentos figuran varios ejemplares encerrados en artísticos marcos, así como notables reproducciones fotográficas, destacándose en los testeros igual número de estanterías que guardan obras notables, como medios que el generoso coleccionista pone á disposición de aquellos que deseen dedicarse al estudio ó bien á trabajos de investigación. A continuación hállase el vasto salón del museo, simple y artísticamente decorado, iluminado con grandes lucernas y con profusas bombillas y rosetones eléctricos, y



COLECCIÓN DE D. EMILIO CABOT. – Rotonda.

enseñanza valiosísimo, nueva gala de los que posee nuestra ciudad á expensas de la iniciativa particular.

Recientemente ha podido el Sr. Cabot dar digno remate á la noble empresa que emprendiera, puesto que en su nueva y suntuosa vivienda del Paseo de Gracia ha instalado, en forma espléndida y apropiada, su valiosa colección, construyendo un cuerpo de edificio en cuyos salones, bellamente decorados, pueden admirarse los diversos ejemplares que constituyen, sin en uno de sus lados desarróllase una bonita rotonda, propia para desde ella completar las observaciones cómodamente sentado en el diván emplazado junto al arrimadero.

Diversidad de objetos, todos de gran interés arqueológico ó artísico, ha logrado reunir, según decimos, el Sr. Cabot; pero aunque existen ejemplares que corresponden á varias ramas, destácanse por su número y valía los que constituyen las secciones especiales formadas por los vidrios, tejidos, cerámica, bronces, muebles y obras de carácter determinadamente artístico en las dos principales manifestaciones que nos ofrece la pintura y la escultura.

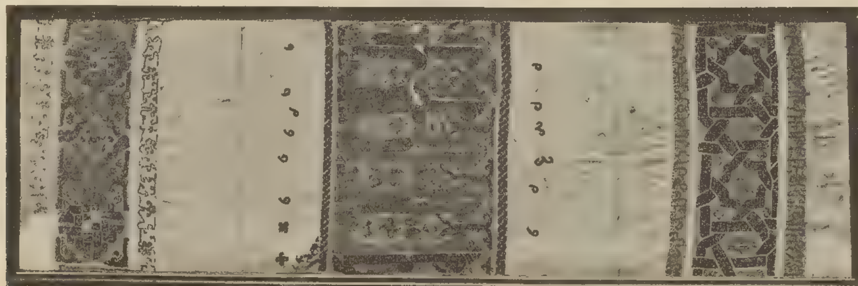
Ocioso estimamos llamar la atención de nuestros lectores acerca de la importancia que reviste la colección de tejidos coptos, puesto que es relativamente próxima la época de su descubrimiento, y consérvase aún viva y latente la impresión que produjo entre los arqueólogos y aficionados el hallazgo de tejidos asaz característicos que se supone representan el estado de la industria textil en los albores del cristianismo.

Los ejemplares que posee el Sr. Cabot representan otros tantos tipos, lo mismo respecto del tejido que de su ornamentación, ya que nótanse las mezclas de su trama y admíranse los originalísimos elementos que embellecen las orlas y franjas, interpretadas en una ó varias coloraciones. De entre todos los ejemplares á que nos referimos merece especialísima mención una túnica completa inconsútil, ó sea sin costura, semejante, por lo tanto, á la que según el Evangelio de San Juan perteneció á Jesucristo y sortearon los soldados después de la crucifixión.

Sección aparte, si bien comprendida en el mismo grupo, forma la colección de tejidos de los siglos XII



COLECCIÓN DE D. EMILIO CABOT. – Una sección del salón.



COLECCIÓN DE D. EMILIO CABOT. – Tiraz del siglo XIV

al XVI, algunos de ellos de extraordinario mérito y valor, en seda y oro, como el procedente del sepulcro de doña Leonor de Castro en Alcázar de Sirga, y algunos ejemplares notabilísimos hispano-árabes y de entre ellos el hermoso tiraz, obra del siglo XIV, que reproducimos, primorosamente bordado en sedas y oro, formando tres franjas de lacerías y caracteres arábigos que constituyen sus motivos ornamentales.

Valiosísima es también la sección de la vidriería, suntuosamente instalada en apropiadas y artísticas vitrinas. Figuran en ella, como representación de la producción vidriera de la antigüedad, una serie interesantísima de ejemplares romanos y fenicio-romanos. Siguen á éstos una nutrida agrupación de piezas de elegantes formas (jarros, copas, salvillas, potes, platos, etc.) decoradas con esmalte azul, verde, amarillo, blanco y pardo, procedentes de las manufacturas barcelonesas. Al examinar tan peregrinas producciones compréndense los elogios que á esta clase de productos tributaron autorizados escritores que florecieron desde el siglo XV al XVIII.

Resta ocuparnos de la sección determinadamente artística, que reviste gran interés, puesto que en ella ha presidido también la selección, y por lo tanto las producciones que la forman asumen caracteres especiales, ya por la significación de sus autores ó por su indiscutible mérito. Constitúyenla las pinturas sobre tabla y los lienzos. En el primer grupo merece singular mención el gran tríptico, que preside el museo, representando á San Juan después del bautismo de Jesús, obra de Gerard David; un gran díptico catalán del último tercio del siglo XV, en cuya parte central destácanse las representaciones de la Virgen María y de Santo Domingo; otra tabla valenciana representando á San Jorge, rica en pormenores, y otros no menos importantes. De Antonio Moro existe un hermoso retrato de D. Juan de Austria, hallándose representada la escuela flamenca por una preciosa tabla de Gerard David, una *Dolorosa* y un *Eccehomo* y otros no menos recomendables. Del italiano Gandolfi existe otra producción, cual es un lienzo representando á la Virgen y al Niño Jesús, avalorando la agrupación varias producciones del célebre Goya, *Una petimetra*, *Lectura de una carta* y *La maja galanteada*.

Del insigne pintor reusense Mariano Fortuny figura un cuadro de caballete, pintado en 1861, representando una escena oriental, brillante de color y con la frescura peculiar de las obras del pintor que tan decisiva influencia ejerció en determinado período.

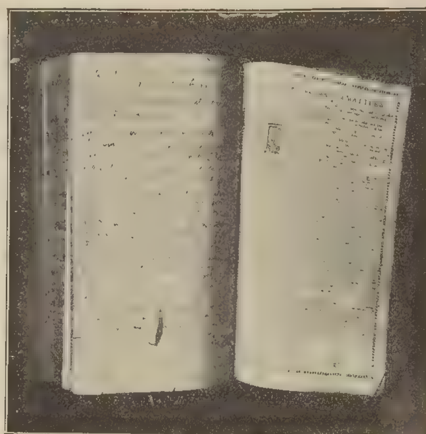
Limitadas son las manifestaciones escultóricas; pero aun así, despiertan grandísimo interés, ya que entre ellas descuella una notable representación de San Miguel, ejecutada por el célebre escultor sevillano Pedro Millán, que floreció en el siglo XV.

Por lo expuesto compréndese la extraordinaria importancia que reviste la colección someramente descrita y la suma de esfuerzos y dispendios que representa. De ahí que considerando cumplir un acto de estricta justicia, rindamos un tributo de simpatía y consideración á tan inteligente y entusiasta coleccionista, con mayor motivo cuando ha dado digno coronamiento á su provechosa labor instalando en forma agradable y espléndida los valiosos ejemplares que posee.

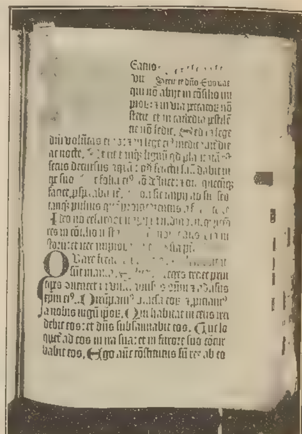
A. GARCÍA LLANSÓ.



Biblia de Burns cerrada



Anotaciones de familia, escritas de puño y letra del poeta



Una página del salterio latino de Fust y Schoeffer, del año 1459

LOS PRECIOS MÁS ALTOS OBTENIDOS POR LIBROS FAMOSOS EN CASA DE SOTHEBY: LA BIBLIA DE BURNS (39.000 PESETAS) UN SALTERIO LATINO DE LOS PRIMERAMENTE IMPRESOS (100.000 PESETAS)

El gran salterio de Fust y Schoeffer está impreso sobre 136 hojas de vitela, en grandes caracteres góticos, con las anotaciones de rúbrica y musicales. Está encuadernado al estilo monástico contemporáneo, en piel de cerdo, con tapas de roble y abrazaderas de metal. Sólo se tiene noticia de la existencia de doce ejemplares y se cree que únicamente se imprimieron veinte. Pagó por él 100.000 pesetas Baer, el librero alemán, para su razón social José Baer y C.ª, de Francfort del Mein. La Biblia de Burns, por la cual ha dado Mr. Quaritch 39.000 pesetas, es una de las que usan comúnmente las familias, como las que aun hoy en día se ven en muchas casas modestas escocesas. Se publicó en Edinburgo en 1776. El poeta anotó en la página del índice la fecha y lugar de su nacimiento, del de su mujer Juana Armour y de los de sus cinco primeros hijos. Varios comisionados escoceses sostuvieron una lucha tenaz por quedarse con la Biblia; pero no pudieron vencer á Mr. Quaritch.

Debemos á la cortesía de dicho señor y del Sr. Baer el poder publicar los adjuntos grabados.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 14 de agosto de 1905 — Núm. 1.233

VENECIA.—VI EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE BELLAS ARTES



ECCE MATER, grupo en mármol de Héctor Ximenes

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo no gasto prosa con autores españoles que no hayan pasado á mejor vida. Lo he dicho reiteradamente, y sin embargo, como aquí ni aun leen los que escriben, apenas pasa día sin que me asedien para conocer «mi autorizada opinión» sobre esto y sobre lo otro; sobre libros ó folletos, hasta sobre artículos ó crónicas, las cuales debieran tener más pretensiones que estas mías modestísimas, que jamás se me ha ocurrido, ni aun cuando las he reunido en tomo, someter á los Aristarcos.

El mayor desencanto de la vida literaria, tan fecunda en decepciones, consiste, sin género de duda, en que le tomen á uno por elemento útil, por algo que produce fama ó dinero ó las dos cosas, y si para esto no sirve, debe ser arrojado al cesto de los papeles ó arrumbado en el desván de los trastajos y cachivaches...

Y ¿qué diremos de los maniáticos pacíficos, que acometen una empresa y quieren que todo el mundo, sin excepción, sienta por ella el mismo entusiasmo, le consagre igual suma de tiempo y esfuerzo, si ya no es que sencillamente prefiere haber puesto la idea y que otro la incube, solícito, y la saque del cascarón, y luego lleve al pollito á beber y lo agasaje bajo el ala? En este ambiente nuestro, que inclina á la pereza, es frecuente fiar el éxito de lo que empezó por interesar á uno á la acción de otro, siquiera ese otro tenga harto que hacer con sus propios planes é iniciativas. Por anomalía curiosa, á los más ocupados es á los que se pretende endosar las grandes ideas ajenas, para su debida realización.

***

Así es que, al recibir libros cuyos autores no me piden opinión alguna, por reacción contradictoria, frecuente en el espíritu humano, experimento deseos, no de criticar y opinar, sino de figurarme que dialogo con el autor, y tratar el tema por él escogido, particularmente si el libro plantea cuestiones tan interesantes y de tan eterna actualidad como las que dan asunto á un folleto que acabo de recibir, donde se coleccionan las conferencias pronunciadas por el doctor Muñoz Ruiz acerca de si «está ó no degenerada la raza latina.»

Para el doctor, es afirmativa la respuesta. La raza latina ha degenerado desde el período del Renacimiento acá, y su estatura, sus condiciones físicas, morales é intelectuales, su longevidad y su voluntad, sufren descenso tristísimo. Arrimándose á la opinión del sabio Letamendi, D. Antonio Muñoz Ruiz cree que ya no hay ancianos.

Enumerando las causas de esta situación deplorable, el doctor atribuye papel muy principal al uso y abuso del tabaco, siendo las páginas que consagra á estudiar este factor de decadencia las más sugestivas del librito.

Aunque la decadencia de las razas más ó menos latinas con relación á las anglo-sajonas me parezca indiscutible hoy, confieso que no me persuaden las razones á que el doctor la achaca, puesto que muchas de esas causas actúan igualmente, y con intensidad, sobre ingleses, alemanes y austriacos.

Tampoco estoy segura de que el hombre del siglo XX viva menos tiempo y sea menos robusto que los de épocas anteriores.

En esas corazas antiguas de que habla el señor Muñoz Ruiz, no entraría, por razón de diámetros, el pecho de un hombre bien conformado de hoy. Cierto que el peso de las armaduras pedía gran resistencia, pero esto sería cuestión de hábito, como lo es el uso de los cuellos planchados y altos que hoy se padecen. Las corazas y en general las armaduras históricas revelan una raza exigua, de angosto esternón, de estatura menguada. Yo sospecho que las armas pesadas y embarazosas se usaron menos de lo que se cree, y recuerdo haber leído en varios relatos de batallas, creo que, por ejemplo, en la de Bouvines, que fué funesta la lentitud en maniobrar de la caballería, cargada de hierro, y que las tropas armadas á la ligera la envolvieron y destrozaron. Sólo en el momento del combate, ó para torneo y parada después, se usarían las grandes armaduras de punta en blanco; la malla, tanto tiempo preferida, fué tal vez menos incómoda que muchos uniformes contemporáneos.

***

Tocante á la duración de la vida, apoyándome en la curiosa obra de mi amigo Juan Finot *Philosophie de la longevité*, supongo que ha crecido en vez de reducirse. En algunos países—se me dirá que no son latinos—como Suecia y Noruega, el incremento ha sido sorprendente: en pocos años ha alcanzado la proporción de 15 por 100. Se relaciona este aumento con la diminución del alcoholismo, que, como es sabido, hace mayores estragos en los pueblos del Norte.

Tampoco la despoblación (aparte del caso especial de Francia, fenómeno típico determinado por razones económicas) es alarmante en la actualidad. España, pongo por caso, estaba mucho menos poblaba en tiempo de Carlos II que en el día. La prueba de que la natalidad es normal con tendencia al incremento en España é Italia, y presumo que también en Portugal, es que estas naciones son emigradoras, que de ellas salen las embarcaciones cargadas de gente á buscar fortuna en las Repúblicas de las tres Américas, y sin embargo de esta sangría suelta, la población no disminuye, se construye activamente, hay brazos y personal para las industrias, á pesar del escaso cuidado que se consagra á evitar la mortalidad de los niños, en las clases humildes.

Sin que yo tenga aquí á mano datos estadísticos, también la mortalidad me extrañaría que no fuese hoy menor que en otras épocas. Aunque lenta y difícilmente, ciertas doctrinas y nociones higiénicas van abriéndose camino. Las epidemias han desaparecido, y experimentamos incredulidad y asombro al leer que en Barcelona, durante el siglo pasado, hubo diez ó doce embestidas de peste bubónica de horrible intensidad. La viruela, si para vergüenza nuestra continúa haciendo víctimas, empieza á batirse en retirada. Lo mismo puede decirse de la difteria, del cólera, de las fiebres puerperales y de otras muchas enfermedades en cuyo tratamiento y profilaxis ha hecho progresos la medicina. Padecimientos crónicos que ahora se combaten y atajan, no eran ni conocidos antaño; mataban con antifaz, sobre seguro. Al leer el relato de las últimas enfermedades de los monarcas (de las que sufrieron los particulares no se ha escrito), en la mayoría de los casos percíbese la impresión del terror de diagnóstico, y sin necesidad de citar el conocidísimo caso del esposo de la Estuarda, diré que la calentura perniciosa de Felipe el Hermoso, la úlcera de Felipe II, las innumerables fiebres puerperales mortales de las reinas de España, el envenenamiento en una trucha del príncipe don Juan, la enfermedad de languidez del príncipe de Viana..., representan deficiencias del arte de curar, atraso de la ciencia. Verdad que en el día hacen estragos la neurastenia y la tuberculosis. Pero ¿es seguro que en otras épocas no se conociesen estos azotes, como se conocía otro terrible que en lenguaje arcaico se llamó *bubas*? Lo que sucedía era quizás que no se hablaba de eso, que se tenía por fatalidad irremediable, mientras nuestra atención está fija en tales calamidades para tratar en su remedio; eso hemos ido ganando.

***

Los crímenes, en opinión del doctor Muñoz Ruiz, suben á compás de la tuberculosis. Es posible que lo que aumenta sean los periódicos donde se narran minuciosamente los crímenes. Hago una observación: en otro tiempo no se podía residir en el campo sin riesgo de ser saqueado y escabechado por gavillas de malhechores. Estas gavillas (hablo de las que existieron en mi país) eran numerosas y organizadas como partidas de guerrilleros. Recorrían montes y valles; se conocía á sus jefes; acaso se les ahorcaba por final, pero antes ellos habían reinado y sembrado el terror. Alguna de estas gavillas, como la célebre de *Sopiñas*, tenía tales ramificaciones, que contaba entre sus afiliados, socios protectores diríamos hoy, á escribanos, procuradores, oidores, comerciantes de acreditada firma, gente en suma de copete y cogollo, que protegía á socapa al bandolero y su hueste. Era algo semejante á la *Mafia* siciliana (aunque originado de causas sociales muy diferentes). Esto no sucede hoy, y en la misma Andalucía parece extinguido el bandolerismo. El crimen, por lo menos, no se hace crónico.

***

Respecto á la desastrosa influencia del tabaco estaremos seguramente más conformes el doctor y yo. Una restricción: en el Norte se fuma mucho, y los eslavos viven casi tan envueltos en humo como los españoles. Es posible, sin embargo, que el pueblo inglés, alemán y ruso, la gente trabajadora y de modesta condición, fume menos que en España, pero no debiendo excluir á Francia del número de las naciones latinas, recuerdo que allí no se fuma excesivamente; no siente el francés esta necesidad ya morbosa del español, de que no se le caiga de la boca el puro ó la colilla.

No tiene fácil respuesta la pregunta que todos nos hemos dirigido alguna vez: ¿qué encanto especial encierra la operación de encender y chupar una hierba seca enrollada en un trozo de papel ó sobre sí misma? Al lado de los inconvenientes que ofrece el tabaco, no parece fascinador el goce que representa. Sin embargo, le quitaréis al jornalero español comida, abrigo, luz, aire..., pero no le quitéis su cigarro, no le impidáis dar la chupada ávida á la hierba venenosa...

Veneno es, aunque lento, el tabaco. El síntoma referido por el doctor Muñoz Ruiz es notable en extremo. Las plantas que están próximas á las de tabaco crecen menos, dan hoja más estrecha, fruto más pequeño y escaso; á veces hasta se secan; las patatas que están inmediatas á plantaciones de tabaco, á tabaco huelen y á tabaco saben. La ponzoña de la nicotina, tenaz y letal, actúa sobre la vegetación de un modo no oculto, y si en el organismo humano procede más insidiosamente, no son sus estragos menores.

De los importantes experimentos del doctor Muñoz Ruiz se deduce claramente que el tabaco intoxica en mayor ó menor grado, pero intoxica siempre. En las especies animales ataca á la reproducción y á la circulación, en la humana no hay parte del organismo que no sufra perturbaciones, trastornos que se imputan á otras causas, cuando á la nicotina se deben; y sobre todo—dice el doctor, de acuerdo con algunos ilustres colegas suyos extranjeros—ataca el tabaco á las funciones cerebrales, á lo más delicado y noble de nuestra máquina. Como todos los narcóticos y estupefacientes, como el hatchis, el opio, la morfina, el tabaco es un «enemigo del alma.» Enflaquece la voluntad, obscurece la memoria, deprime la inteligencia, genera esa enfermedad de postración, la más humillante de todas, que se llama abulia.

Querer y no poder, es malo; no poder querer, es peor. El doctor nota con sagacidad que esta propensión al tabagismo, transmitida hereditariamente, va agravándose, y amenaza á la especie más que al individuo. Es cierto, y sólo tienen una defensa y un escudo las generaciones inficionadas de tabaco: la mujer, que no fuma.

La sangre de la madre, libre del veneno, puede evitar la influencia morbosa de la sangre del padre, saturada de nicotina—aunque, á su vez, la madre, hija de fumador impenitente, puede haber nacido trayendo el germen de los males que el tabaco determina.—De todos modos, leído el folleto del doctor, me regocijo de que no fumen las mujeres, viendo en ello una de las superioridades de nuestro sexo, una de las razones de que, á pesar de la ruda labor de la maternidad y la lactancia, la mujer viva más tiempo y conserve mejor sus facultades que el hombre.

Por instinto, y salvas excepciones que nadie deja de encontrar, la mujer aborrece las necesidades artificiales que el hombre se crea, y á las cuales se arroga un derecho masculino. La mujer ve en el tabaco, en el alcohol, al enemigo del humilde bienestar casero, de la olla doméstica; á los vampiros que se tragan el jornal de la semana y aniquilan la ventura y la buena armonía del matrimonio. ¡La taberna! ¡El estanco! El estanco se lleva lo indispensable para jabón y para leche con que cebar el biberón del pequeñuelo... En humo se va no poco de lo que el sudor gana... Y las esposas miran de reojo al marido, que tumbado en postura de bajá, absorbe ó devuelve el humo venenoso, con felicidad de chino budista sumiéndose en el nirvana, entre vapores opiáceos...

EMILIA PARDO BAZÁN.


¿Adónde vas, buen hombre?, preguntó San Nicolás

Los dos santos y el devoto, por José Carner

Cuentan las abuelas rusas que hubo en otro tiempo un labrador que siempre celebraba la fiesta de San Nicolás y nunca la de San Eliseo; por el contrario, en el día de este santo trabajaba más que en los laborables.

En cierta ocasión San Eliseo y San Nicolás paseaban por un campo perteneciente al labrador. Las verdes espigas crecían con tal magnificencia, que alegraban los corazones de los santos. Un céfiro suave balanceaba los tallos, que se movían con lentitud, orgullosos de su belleza y su abundancia. Los senderos estaban casi borrados; las espigas no cabían en los campos é invadían los pequeños espacios libres con su feracísimo verdor. El cielo azul contemplaba con evidente satisfacción y serena complacencia la exuberancia de la tierra pacífica.

El labrador, seguro de la protección de San Nicolás, se frotaba alegremente las manos. Jamás se había visto en todo el término una cosecha como aquella. Las ganancias serían incalculables. Rebosaría desde luego el granero, muy pronto el arca.

El buen hombre había perdido el mal humor de los años duros, el cansancio de la vida fatigosa, el gesto gruñón del rostro entumecido ó abrasado. Estaba contento y zumbón; tenía los ojos chanceros; se movía con vivacidad; se veía ya rico, respetado, orondo; relucía, reía...

—Buena será la cosecha, muy buena, dijo San Nicolás. Cierto que el labrador es hombre honrado y laborioso, y se acuerda de Dios y de sus santos. El trigo caerá en buenas manos.

—Veremos, dijo San Eliseo. Cuando yo habré quemado sus tierras con el rayo y azotado el trigo con el granizo, aprenderá tal vez á celebrar el día de San Eliseo.

Conversaron aún por algún tiempo. Separáronse, y San Nicolás fué en busca del labrador y le dijo:

—Vende todo el trigo en pie al cura de la capilla de San Eliseo; de lo contrario, el granizo destrozará las espigas.

El labrador corrió inmediatamente á la casa del cura.

—¿Vuestra Reverencia quiere comprarme el trigo en pie? Necesito dinero con urgencia, y podéis hacer un buen negocio.

Discutieron, y por fin se pusieron de acuerdo. El labrador recogió el dinero y volvió á su casa.

***

Pasó algún tiempo. Formóse en el cielo una nube tempestuosa. El rayo y el granizo devastaron el campo del labrador.

Al día siguiente San Eliseo y San Nicolás pasaron por allí.

San Eliseo dijo:

—¡Ya ves lo que ha sido del campo del pobre labrador!

—¿Del labrador? No, hermano. Has devastado concienzudamente el campo, convengo en ello; pero el campo pertenece al cura de tu capilla, no al labrador.

—¡Al cura! ¡No puede ser!

—Verás. Hace algunos días el labrador vendió la cosecha en pie al cura de tu capilla, y el muy ladino ha cobrado ya el precio. ¡Pobre cura!

—Aguarda un poco; pondré el campo en buen estado y quedará diez veces más próspero que antes.

Así terminó la conversación y cada cual se fué á su casa. San Nicolás volvió á avisar al labrador diciéndole:

—Ve en busca del cura y cómprale tu cosecha; no perderás nada.

El labrador hizo lo que le aconsejaba el Santo, y dijo al cura:

—El Señor ha enviado una gran aflicción á Vuestra Reverencia. El granizo ha destrozado el trigo. Puesto que ha sucedido una desdicha tan inesperada, partamos las pérdidas. Me quedo de nuevo con el campo, y aquí tenéis la mitad del precio para que os consoléis de vuestro infortunio.

El cura aceptó satisfechísimo.

El campo del labrador se puso más hermoso que nunca.

Todas las espigas estaban llenas y en cambio no se veía ni una mala hierba.

El labrador recolectó un número increíble de gavillas.

***

San Eliseo y San Nicolás pasaron de nuevo por el campo.

—¡Qué cosecha! Ya ves si sé recompensar á los míos.

—¿A los tuyos? No, hermano; la bendición verdaderamente es grande; pero el campo no pertenece al cura, sino al labrador.

—¿Qué me cuentas?

—Cuando el granizo hubo destrozado el campo por completo, el labrador propuso al cura que le revendiese la cosecha á mitad de precio.

—Aguarda un poco, dijo San Eliseo, yo le quitaré todo el provecho que podría sacar. Por más numerosas que sean las gavillas que el labrador tienda en la era, no podrá trillar más que una medida de trigo.

San Nicolás advirtió al labrador, y éste hizo varias trillas y no trilló más que una gavilla cada vez. Llenó todos sus graneros y tuvo que construir muchos más.

***

Un día San Eliseo y San Nicolás paseaban por los campos.

—¡Pobre labrador!, dijo San Eliseo. Veo que ha construído graneros. Tal vez sueña que podrá llenarlos.

—Ya están llenos, respondió San Nicolás.

—¿De dónde ha sacado tanto grano?

—Ha trillado una sola gavilla, y luego otra y luego otra, hasta acabar con la cosecha.

—¡Hermano Nicolás, se lo has dicho todo al labrador!.. ¡Ahora comprendo!.. Pero yo le confundiré.

—¿Qué harás?

—No quiero decírtelo.

—Algún grave peligro amenaza á mi protegido, pensó San Nicolás.

Fué en su busca y le dijo:

—Compra dos cirios, uno grande y otro pequeño, y haz lo que voy á decirte.

Y le dió instrucciones.

***

Al día siguiente San Eliseo y San Nicolás paseaban disfrazados de viajeros y encontraron al labrador, que llevaba dos cirios; el mayor valía un rublo, el menor escasamente un kopeck.

—¿Adónde vas, buen hombre?, preguntó San Nicolás.

—A ofrecer un cirio de á rublo al profeta Eliseo, á quien debo tantos favores.

—Y el cirio de á kopeck, ¿á quién lo destinas?

—A San Nicolás, dijo el labrador.

Y se fué.

—Eliseo, dijo San Nicolás, ya ves cuán grande era tu error; ¿no habías dicho que yo instruía á ese hombre y era amigo suyo?

***

San Eliseo se apaciguó y dejó de detestar al labrador. Y éste fué feliz, y celebró con igual solemnidad los días de San Nicolás y San Eliseo.

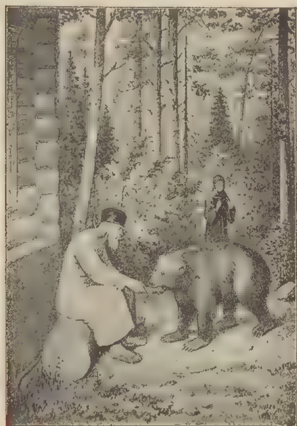
(Dibujo de Buil.)

EL LOURDES DE RUSIA

El profeta del imperio eslavo, á principios del siglo xx, es San Serafín de Sarof. Miles de soldados reservistas, antes de responder al llamamiento que se les hace para ir á combatir contra el Japón, acuden presurosos al altar del santo, en el monasterio de Sarof, y sus familias vienen también á aumentar el número de peregrinos. Las ciudades de San Petersburgo y Moscou regalaron al general Kuropatkin y al almirante Skrydlof pinturas del santo en marcos de oro y plata y piedras preciosas, y el emperador á cada soldado que parte le da otras más sencillas, esperando todos que conceda la victoria á las armas rusas, no tan sólo sobre los japoneses, sino también sobre sus aliados. Hace poco publicaba la prensa rusa que el santo había predicho que sería canonizado y que había añadido: «Poco después acontecerá una terrible guerra. El emperador irá á la batalla y yo estaré con él, y arrancaremos el manto de los hombros de Inglaterra.»



LLEGADA DE LA CORTE. – Al frente de la comitiva van el emperador y su madre, la emperatriz viuda, y detrás de ellos, á la izquierda, la emperatriz Alejandra.



Una de las leyendas del santo refiere que daba de comer á un oso

El acto de la canonización de San Serafín el 1.° de agosto de 1903 revistió un carácter puramente nacional. Los representantes diplomáticos extranjeros no fueron invitados; un inglés y yo fuimos los únicos extranjeros que asistimos á la ceremonia, de la que pocos tenían noticia de antemano; y si alguno pidió permiso para concurrir á ella, se le contestó que ya en el monasterio no había alojamiento.

Las funciones de la canonización atrajeron más de cien mil personas, que tuvieron que acampar; además de esa multitud de campesinos, artesanos y pequeños negociantes, asistió á las ceremonias la familia imperial, se movilizó todo un cuerpo de ejército y un número bastante considerable de policías, concurrió una nube de empleados civiles y militares, así como de eclesiásticos de todas las jerarquías, estimando los periódicos rusos el total de asistentes al acto en 350.000 personas.

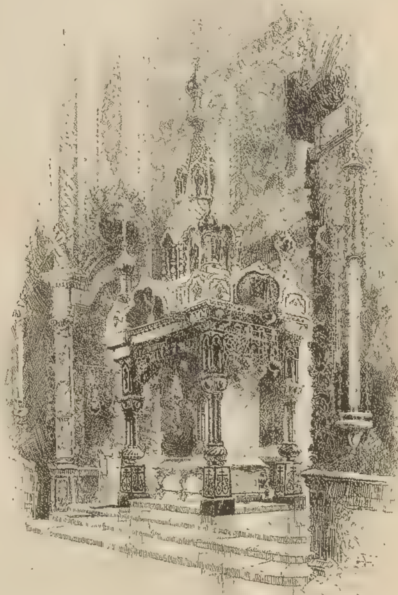
El emperador y la corte visitaron los albergues del ermitaño, bebieron y se lavaron con el agua de la fuente milagrosa, inmediata al sitio donde éste construyó su cabaña; los restos incorruptos del santo fueron colocados en una costosa arca, bajo un pabellón de plata maciza de monumentales proporciones, y se proclamó al monasterio como sede de milagros, como un Lourdes de Rusia.

Exceptuando unos veinte, que por motivos particulares asistieron, no se veían allí literatos, abogados, médicos, profesores de universidades ni estudiantes, hombres de ciencia, artistas, hombres de negocios ni industriales. Ni se les invitó, ni aun que se les hubiera invitado hubiesen aceptado.

El padre Serafín nació en Kursk en 1759 y fué bautizado con los nombres de Prokhor Moshuin. Su padre se ocupaba en la construcción de iglesias. Al morir dejó una sin concluir y su viuda se propuso terminarla. Prokhor, que sólo tenía entonces tres años, subió con ella un día á los andamios y cayó al suelo desde una gran altura sin hacerse daño alguno, según las biógrafías oficiales. Este fué el primero de una larga serie de milagros que señalaron todo el curso de su vida. Aprendió á leer en eslavo y á cantar los rezos de la iglesia, pero no conoció más libros que la Biblia y las vidas de los santos. A la edad de diez y siete años obtuvo el consentimiento de su madre para entrar en la vida monástica y se encaminó á Kief, la ciudad santa de Rusia, de donde se trasladó á Sarof; allí murió en 1833 y su tumba se convirtió en otra Meca.

Sarof sólo dista de Moscou unos 480 kilómetros; pero tales son los medios de comunicación en el interior de Rusia, que el verano pasado duraba el viaje cuarenta y ocho horas.

Cuando el tsar viaja se acostumbra guarnecer con tropas la línea férrea. Desde que salimos de Moscou fuimos encontrando á cada una ó dos millas campamentos de soldados; de trecho en trecho veíamos centinelas con la bayoneta armada dando espalda á la vía, que había sido cuidadosamente reconocida y compuesta, y desbrozado completamente el terreno á una distancia de 33 metros por cada lado. Los trenes de ida y los de vuelta llevaban numerosos oficiales del ejército y de la policía. Patrullas de soldados hasta perderse de vista penetraban en los bosques marchando en una fila á 16 metros de intervalo de un hombre á otro para reconocerlos, y numerosos jinetes ponían en comunicación entre sí los distintos puestos. Principiamos á alcanzar trenes de peregrinos de treinta á cuarenta vagones de carga provistos de bancos donde iban aquéllos amontonados. Los primeros peregrinos que vimos de los que hacen el viaje á pie los encontramos en la estación próxima á la de Arzamas; eran como unos mil, en su mayoría mujeres, que esperaban el pan que nuestro tren conducía, y la avidez con que trataban de cogerlo al ser arrojado desde el tren en marcha, bien claro atestiguaba la escasez en que se hallaban de provisiones.



Pabellón de plata maciza bajo el cual descansan los restos incorruptos de San Serafín.



Entrada al departamento de los baños para hombres.

El número de peregrinos que hallé en la parte exterior del monasterio era inmenso, y en algunas millas á la redonda invadían los bosques. La masa humana aumentaba á medida que se acercaba la *vía sacra*. En ella hay veintitantas fuentes, cada una de las cuales tiene sus especiales virtudes. Allí está la cruz que el padre Serafín, con sus propias manos, labró y colocó en aquel sitio.

Fervientes adoradores se postraban y besaban el suelo; otros con azadones removían la tierra, á fin de que todos pudieran llevarse un poco de ella, y algunos, furtivamente, trataban de arrancar astillas de la cruz. En la cumbre del cerro está la gran piedra sobre la que el sacerdote oraba y que quedó pulimentada por el contacto de sus rodillas.

Pero el sitio más venerado es la primitiva y más pequeña de las chozas que habitó el santo, y junto á ella, la fuente de que diariamente se servía y que es la fuente santa por excelencia. Todos los días, desde el amanecer hasta muy entrada la noche, diez mil personas por lo menos se agrupan en las inmediaciones del manantial; éste está situado en lo alto de una cuesta. Media docena de robustos policías y varios sacerdotes están siempre vigilando el uso de las aguas y registrando los milagros, que casi á cada momento se pregonan. La cola de peregrinos enfermos, que son los únicos que pueden acercarse á la fuente, ocupa cientos de metros. La enfermedad más común parecía ser el histerismo, que es muy frecuente entre las campesinas, debido, sin duda, á lo crudo, solitario y obscuro del invierno, al mal trato y á lo insuficiente de la alimentación. Las víctimas permanecen á veces horas enteras lanzando penetrantes gritos.



La procesión que conduce el cuerpo incorrupto de San Serafín pasando por delante de la catedral

Pocos son los que acuden al manantial y no se curan, según ellos mismos dicen, ó que por lo menos no se alivien. Los sacerdotes se santiguaban casi continuamente y todos los circunstantes hacían otro tanto.

Desde una distancia de 16 metros, que fué todo lo más á que pude acercarme, presencié la cura de una mujer que tenía una mano paralítica y deforme. Cuánto tiempo hacía que estaba en tratamiento no lo sé, pero sí que su caso había excitado profundo interés. El sacerdote le bañaba la mano con frecuencia y mandaba á los espectadores que se santiguasen, mientras él ayudaba á la mujer á hacerlo también. Apretando con sus fuertes y flexibles dedos los de la enferma, los estiró despacio y luego llevó la mano para hacer las correspondientes cruces. La multitud derramaba lágrimas de alegría. Centenares de bocas repetían el grito de «¡La anciana se ha persignado!» En un momento la alegre nueva llegó hasta el gentío estacionado en los bosques. Continuó el ejercicio durante algún tiempo y luego, como la mujer estaba muy débil, se la permitió sentarse y descansar. Yo no pude ver si la mano permaneció extendida; los demás no trataron de verlo, bastándoles con que aquella mujer que durante muchos años no había podido persignarse debidamente lo hiciera ante su vista, para dar por realizado el milagro. A pesar de mis esfuerzos, no conseguí enterarme convenientemente de ninguno, pues la predisposición en que se hallaban sacerdotes y fieles les hace considerar como un sacrilegio todo lo que pareciera duda, y cualquier pregunta era recibida con desconfianza y mala voluntad.



Grupo de muchachas tártaras y finlandesas esperando al emperador en el bosque

El agua que se escapa de la fuente va á dos receptáculos destinado uno al baño de hombres y otro al de mujeres, rodeados ambos de enfermos en considerable número, aguardando su turno. Estos baños están protegidos por una cerca. Pero otra parte del agua va á parar á un riachuelo próximo que pasa por una hondonada; este es un baño completamente libre y que presentaba un extraño cuadro. Hombres y mujeres de todas edades y diversas condiciones, incluso artesanos bien acomodados, se desnudaban tranquilamente, y juntos, de doce en doce, se colocaban bajo el extremo de la canal por donde se vertía el agua. Se vestían y desnudaban á pocos pasos de la orilla, sin embargo de que muy cerca había monte bajo en que hubieran podido hacerlo sin ser vistos y con la misma tranquilidad y frescura que si estuvieran en su casa. Algunos se quedaban completamente en cueros, y si alguna joven se tapaba ó ceñía con una toalla, hacíalo tímidamente, como si semejante precaución indicara que desconfiaba de la pureza de pensamiento de los fieles. Y en realidad, no se veía ninguna mirada maliciosa; parecía que había renacido la edad de oro de la inocencia humana.

Por último llegó la corte; el emperador y las dos emperatrices parecía como si acabaran de dejar los salones del palacio, gracias á no sentirse un soplo de aire y al alto que hicieron en una tienda de campaña preparada á poca distancia; pero en cambio, ¡cómo venían los demás! Tenían los rostros cubiertos por una densa capa de polvo y sudor, que requemada por el sol, se desprendía á trozos. Los campesinos gritaban «¡Hurra!» y arrojaban al aire las gorras al pasar cada carruaje, lo mismo el del emperador que el del último funcionario palatino.

Al comenzar la tarde del día siguiente, la emperatriz Alejandra, con su séquito de damas, recorrió en carruaje la *vía sacra;* el emperador y los grandes duques iban á pie. Para hacer patente la unión religiosa que existe entre el soberano y su pueblo, se evitó en cuanto fué posible todo aparato de fuerza. Cosacos montados y soldados de infantería, aparentemente desarmados, guardaban el camino á uno y otro lado. Detrás del tsar, una simple fila de portaestandartes le separaba del pueblo.

Después de visitar las reliquias del camino, el emperador penetró en el bosque, donde era aún más difícil que la policía pudiera eficazmente ejercer su acción, y aun concediendo que fuera grande su sagacidad y conociese muy bien qué clase de gente era aquella, hay que convenir en que el emperador demostró un gran valor codeándose con los peregrinos, sabiendo que constantemente se está conspirando contra su vida.

La comitiva regresó al monasterio en la misma forma que había salido. La emperatriz, que demostró mucha devoción en todas las ceremonias religiosas durante su permanencia en Sarof, según es costumbre suya, entró en el baño de las mujeres con la princesa Orbeliani.

Al día siguiente por la tarde la familia imperial y los altos dignatarios de la iglesia se dirigieron á la capilla donde estaban los restos del santo ermitaño encerrados en su nueva urna, y en seguida se organizó una solemne procesión, precedida por las imágenes más veneradas del monasterio. A las siete en punto apareció en la puerta de la capilla la urna, llevada por las más elevadas dignidades de la Iglesia y del Estado. Al otro día se proclamó, con los ritos de costumbre, la santidad del padre Serafín, se repitió la procesión del día anterior y se cantó un *Tedéum,* y al siguiente la corte regresó á San Petersburgo.

DAVID BELL MACGOVAN.

REPÚBLICA ARGENTINA.—LAS RECIENTES INUNDACIONES.—LA CIUDAD DE SANTA FE

La última gran crecida del río Paraná produjo grandes inundaciones en las provincias ribereñas de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe. Esta última, y especialmente su capital, es la que más ha padecido en prestar auxilios á las víctimas de tan tremendo desastre.

El cuadro que ofrecían las provincias inundadas era en extremo desconsolador: las islas paranaenses las plazas en amplios lagos. En la imposibilidad de transitar á pie ó en carruaje, en muchos sitios, fué preciso organizar un servicio de botes, merced al cual pudieron salvarse centenares de personas que eran













REPÚBLICA ARGENTINA.–Las recientes inundaciones.–La ciudad de Santa Fe.–Estación de la compañía francesa de los ferrocarriles de la provincia.–Calle Jujuy.–Avenida Rivadavia.–Calle Humberto I.–El paseo Colón frente á la Capitanía del Puerto.–El diputado Sr. Crouzolles embarcándose con su familia en el patio de su casa.

con el desbordamiento de las aguas: los daños materiales han sido de gran importancia, pero afortunadamente no hubo desgracias personales, gracias á la rapidez con que las autoridades organizaron los socorros y á la eficacia de los trabajos de salvamento que desde los primeros instantes practicaron las autoridades y el pueblo en masa. Todos rivalizaron habían sido arrasadas por las aguas y los que las habitaban perdieron en un momento sus haciendas, sus aperos, sus viviendas, sus ropas, en una palabra, todo cuanto les era más necesario para la vida.

La ciudad de Santa Fe presentaba un aspecto extraordinario: las calles y las avenidas de la parte baja habíanse convertido en canales y ríos caudalosos, y transportadas desde las zonas peligrosas á los lugares que se creía más seguros.

Las interesantes fotografías que reproducimos dan perfecta idea de la magnitud de la inundación y del espectáculo extraño y, en medio de su tristeza, pintoresco que ofrecían las principales calles y avenidas de Santa Fe.—X.

Crónica de la guerra ruso-japonesa

Cuando se publique esta crónica, habrán celebrado ya algunas reuniones en Porstmouth los plenipotenciarios rusos y japoneses, y aunque no faltarán corresponsales y agencias que referirán en sus menores detalles lo que en aquéllas ocurra, bien puede afirmarse que cuantas noticias nos transmitan serán producto de su fantasía, ya que no es de suponer, tratándose de negociaciones tan trascendentales, que incurran en la menor indiscreción los contados individuos que en las conferencias de la paz toman parte. Por esto hay que acoger con reserva y con desconfianza absolutas lo que desde Porstmouth comuniquen periodistas y agentes, y esperar, para saber de una manera cierta á qué atenerse, á conocer por los conductos oficiales lo que se trate y al fin se acuerde.

En nuestra última crónica reprodujimos las manifestaciones hechas por el plenipotenciario ruso Witte á un redactor del *Daily Telegraph*, á bordo del *Kaiser Wilhem der Grosse*, y que no han sido desmentidas; en la presente las completamos con algunas que por escrito ha comunicado á los periodistas norteamericanos á su llegada á Nueva York. En ellas hace constar su ardiente deseo de que los dos caballerescos enemigos que por vez primera se han conocido en los campos de batalla, descubriendo cada uno en el otro cualidades de primer orden, tengan motivos bastantes para cultivar este conocimiento de modo que se convierta en amistad duradera. «En el entretanto, ha dicho, es preciso conocer, pesar y juzgar admisibles las condiciones ofrecidas antes de que Rusia pueda entrar en negociaciones formales. En casos semejantes ha sido costumbre siempre resolver todos los preliminares antes de la reunión de los plenipotenciarios cuya misión era llegar al acuerdo final. Ahora, el consentimiento del tsar en seguir una línea de conducta que rompe con este antiguo uso diplomático, por medio



GUERRA RUSO-JAPONESA. – La isla Sakhalin, posesión rusa de la cual se han apoderado recientemente los japoneses

de una misión encargada de conocer la índole de las condiciones de nuestros valientes adversarios, es una prenda elocuente de sus sentimientos amistosos, sentimientos que el tsar sigue profesando al pueblo de los Estados Unidos. Al presente quisiera yo decir y demostrar que el ferviente deseo de los rusos y del emperador es fortalecer aun más los lazos de amistad que entre ambas naciones existen. En virtud de este sincero deseo, el tsar, dejando á un lado toda otra consideración, aceptó sin vacilar la invitación de vuestro primer ciudadano. Si mi misión debiese ser estéril bajo todos los demás conceptos; si mis esfuerzos por encontrar una base común para las negociaciones de paz fracasaran, la señalada prueba de amistad dada por el tsar y la nación rusa subsistiría como un acontecimiento memorable á causa de los inmensos resultados beneficiosos que de él se derivarían para los dos pueblos del Oeste y del Este.»

No ha faltado quien, no contento con estas vagas declaraciones, haya atribuído á Witte otras más concretas, según las cuales las proposiciones del Japón serían inadmisibles y la conferencia no tardaría en disolverse; pero apenas lanzada esta noticia á la publicidad, ha sido rotundamente desmentida por el interesado.

De todos modos, estas supuestas declaraciones han producido cierta impresión pesimista en el Japón, siendo allí muchos los que creen que los rusos sólo van á la conferencia para descubrir las intenciones de su adversario ó para conseguir un armisticio ó para obtener ventajas diplomáticas que priven al Japón del fruto de sus victorias. Por otra parte, la opinión pública japonesa parece inexorablemente resuelta á lograr soluciones adecuadas á las victorias alcanzadas y la seguridad de una paz estable, pues de lo contrario está decidida á continuar la guerra.

El día 5 se efectuó en Oyster Bay, en el *Mayflower*, yate del gobierno americano, la presentación mutua de los plenipotenciarios, que hizo el presidente Roosevelt. Después de las presentaciones, el presidente obsequió á los delegados con un almuerzo, á cuyo final pronunció el siguiente brindis: «Señores, propongo un brindis al que os pido que os asociéis de pie y en silencio, y que no será contestado. Bebo al bienestar y á la prosperidad de los soberanos y de los pueblos de las dos grandes naciones cuyos representantes se encuentran hoy á bordo de este yate. Mi deseo más vivo, mi más ferviente plegaria, son que en interés, no sólo de estas dos grandes potencias, sino también en el de la humanidad toda, se concierte rápidamente una paz duradera y justa.»

Un detalle significativo: el embarque de los plenipotenciarios en Nueva York fué presenciado por una multitud enorme; los japoneses fueron acogidos con muy pocos aplausos; en cambio, al presentarse los rusos, la muchedumbre los aclamó y las embarcaciones cercanas hicieron sonar sus silbatos y saludaron con sus banderas.

Según era de prever, los japoneses se han hecho ya dueños de toda la isla de Sakhalin. El día 30 de julio, el gobernador ruso de la misma envió al general de las fuerzas japonesas un parlamentario ofreciendo la capitulación, la cual se efectuó al día siguiente, constituyéndose prisioneros el general Liapunof, 70 oficiales y 3.200 soldados, y apoderándose los japoneses de un considerable botín de armas, municiones, planos y documentos administrativos y militares.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Los plenipotenciarios japoneses Komura y Sato á su llegada á Nueva York. (De fotografía.)

Las lluvias han interrumpido las operaciones en la Mandchuria; esto no obstante, en los días 2 y 3 se han trabado algunos combates en la línea de las avanzadas del ala izquierda rusa! La situación de ambos ejércitos no ha variado allí desde hace dos meses.

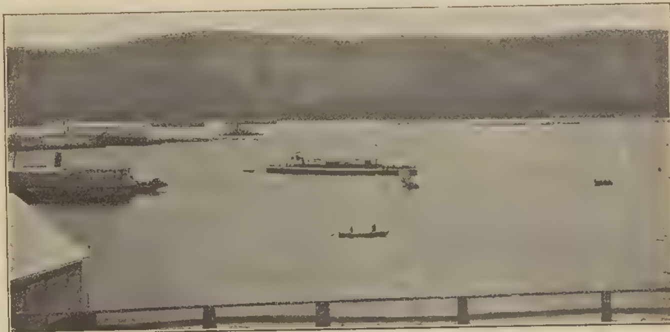
El general Linevitch envió en 25 de julio último el siguiente telegrama, que nos parece oportuno reproducir porque refleja el espíritu que reina en el ejército ruso del Extremo Oriente:

«Los diarios extranjeros han supuesto con frecuencia, en estos últimos tiempos, que nuestro ejército estaba completamente cercado y que su situación era no sólo peligrosa, sino crítica. La prensa rusa reproduce estos rumores erróneos, que son causa de que la opinión se forme una idea falsa de la situación de nuestro ejército. En su consecuencia, debo manifestar á Vuestra Majestad que el ejército nunca se ha encontrado en una situación peligrosa y que nuestros flancos jamás han sido envueltos. Los japoneses han querido quizás envolverlos, pero siempre sin éxito. Estamos frente á frente, y los japoneses están á cierta distancia de nuestra posición principal. Varias veces han querido acercársenos, pero su tentativa no ha dado resultados. Manifiesto á Vuestra Majestad que la moral de las tropas me inspira absoluta confianza: los ejércitos están apercibidos para cualquiera tarea que se les confíe.»

También en Corea las lluvias dificultan las operaciones, siendo muy lento el avance del general japonés Hasegawa.

El destacamento japonés que desembarcó en la bahía de Castries ha vuelto á embarcarse después de haber destruído la ciudad.

Según despachos de origen japonés, los rusos han construído muchas obras de defensa en la desembocadura del Amur, han enviado considerables refuerzos á Nikolayevsk y han colocado varias minas submarinas en el estuario de aquel río.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Entrada del puerto ruso de Nikolayevsk (Siberia oriental), situado en la desembocadura del Amur, del que se han apoderado recientemente los japoneses



GUERRA RUSO-JAPONESA.—En la isla Sakhalin. Llegada de un convoy de presidiarios. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Presidiarios rusos construyendo terraplenes bajo la vigilancia de centinelas rusos. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Conducción de un herido desde el campo de batalla al ferrocarril.

(De fotografía de «Chicago Daily News.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Infantería japonesa preparándose á atravesar el río Liao.

(De fotografía de «Chicago Daily News.»)

EL PREMIO HERKOMER

PARA LA CARRERA DE AUTOMÓVILES MUNICH BADEN BADEN—NUREMBERG—MUNICH

La presente época bien puede denominarse la época de las carreras. Hasta hace poco sólo corrían, en el sentido deportístico de la palabra, los caballos en las fiestas hípicas de las grandes capitales y los asnos en las más modestas de las aldeas, pero hoy corre todo en competencia: corren los atetlas, las costurerillas *(midinettes)*, las bicicletas, las locomotoras, los vapores y por último los automóviles.

Apenas terminada la carrera de la copa Gordón-Bennet, de la que ha poco nos ocupamos, anúnciase la del premio Herkomer para los días 14 á 16 de este mes. Esta carrera no será sólo de velocidad, sino que en ella se atenderá con preferencia á la bondad, solidez y resistencia de las máquinas, y estará dividida en tres etapas: primer día, de Munich á Baden-Baden (372 kilómetros); segundo día, de Baden-Baden á Nuremberg (325 kilómetros); y tercer día, de Nuremberg á Munich (235 kilómetros). Se considerará vencedor el automóvil en el cual se hayan notado menos defectos, en el motor y en los neumáticos, durante la carrera.

El premio fundado por el notable pintor y escultor alemán y apasionado deportista Huberto Herkomer consiste en un grupo de bronce y plata por él mismo modelado, y representa á Mercurio guiando un automóvil fantástico y envuelto en nubes de polvo, en el cual hay una figura de mujer que agita una corona, y que parece simbolizar el triunfo de la inteligencia humana sobre la materia. El grupo descansa sobre una roca de mármol. El valor de esta hermosa obra de arte, que adjunto reproducimos, se estima en 10.000 marcos (12.500 pesetas). Además, Herkomer se ha ofrecido á hacer gratis un retrato del vencedor, y esto, tratándose de un maestro tan justamente famoso, aumenta muy considerablemente la importancia del premio.



Carrera de automóviles Munich-Baden-Baden-Nuremberg-Munich. Premio ofrecido y modelado en bronce y plata por el célebre pintor y escultor alemán Huberto Herkomer.

LA BATERÍA AUTOMÓNIL

DEL EJÉRCITO PORTUGUÉS

El automovilismo se introduce poco á poco en los ejércitos, substituyendo con grandes ventajas á las antiguas locomóviles; así el gobierno portugués ha mandado construir recientemente en los talleres del Creusot una batería automóvil, compuesta de cuatro howitzers de tiro rápido de 150 milímetros y 14 calibres, del sistema Schneider Canet. Estos cañones pueden disparar un proyectil de 40 kilogramos, á una distancia máxima de ocho kilómetros, bajo un ángulo de 45°, y el peso total de cada uno de ellos, con la cureña, es de 1.335 kilogramos. La característica de esta batería es que cada una de sus cuatro grandes piezas puede ser arrastrada en posición ó de posición á posición por un tractor automóvil, no siendo necesarios los furgones para municiones y demás provisiones indispensables para el tiro.

El plan general fué concebido por el coronel C. R. du Bocage, del arma de ingenieros del ejército portugués, y esta batería constituye actualmente la parte tal vez más eficaz del armamento del campo atrincherado de Lisboa. Las condiciones impuestas en el proyecto eran bastante difíciles, puesto que era preciso fabricar, para el arrastre de los cuatro cañones enganchados en fila, un tractor automóvil susceptible de llevar una carga útil de cinco toneladas, que comprendía las municiones y los diversos accesorios y los artilleros de la batería, excepto cuatro que habían de ir sentados en las cureñas; la carga remolcada se estimaba en 14 toneladas y la velocidad mínima había de ser de cinco kilómetros y medio para todas las cuestas que no excedieran del 8 por 100. Además, el tractor había de poder subir los cañones por cuestas del 12 por 100, á cual efecto debería subir solo á la cumbre del plano inclinado que hubiese que salvar, ó á lo menos hasta un punto suficientemente elevado, desde donde pondría en movimiento una cabria instalada en su plataforma y á la cual se enrollaría un cable al que estarían atados los cañones.



Batería automóvil del ejército portugués

Este programa ha sido ejecutado en las mejores condiciones por el ingeniero M. Eugenio Brillé, cuyos automóviles son bien conocidos y apreciados, de acuerdo con la fábrica del Creusot, que ha construído el tractor combinado para responder á este plan.

El vehículo propiamente dicho se compone de un marco enteramente metálico con todas sus piezas perfiladas en U; el motor va encerrado en un sólido *carter;* en la delantera están el depósito de esencia ó de alcohol y el de agua de circulación. El motor es del tipo de cuatro tiempos y cuatro cilindros y está dispuesto sobre el eje de las ruedas delanteras, que es el de dirección, y el movimiento se transmite al juego trasero por medio de un engranaje, un árbol principal, un cambio de velocidad y un contra-árbol que lleva á cada extremo una rueda de cadena para el gobierno de las ruedas motrices.

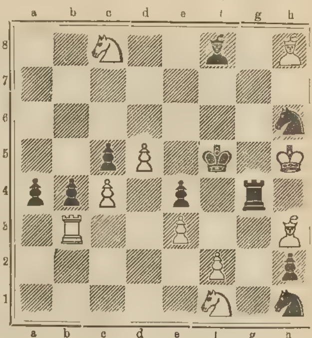
El tractor, que tiene dos frenos, pesa en disposición de marcha siete toneladas, y según se había previsto, cinco más con su carga, consistente en proyectiles y cartuchos dispuestos en un arcón en la trasera. Las provisiones de petróleo (180 litros) y de agua (30 litros) le permiten recorrer 75 kilómetros sin renovarlas. Las pruebas de marcha han demostrado que el vehículo puede correr 12 kilómetros por hora en las carreteras buenas, siete ú ocho en las accidentadas ó mojadas por la lluvia, y que el consumo de esencia no pasa de 0'065 á 0'07 litros por tonelada kilométrica; en cuanto al del agua apenas llega á dos litros diarios.

Uno de los elementos más importantes de este automóvil es la cabria de que antes hemos hablado, que permite atravesar los pasos más difíciles, sea al convoy entero, sea primero al tractor y luego á los cañones, subidos de uno en uno. Esta cabria puede enrollar 200 metros de cable de acero en distintas direcciones, y permite izar ó arrastrar los cañones hacia delante ó hacia atrás ó lateralmente.—D. B.

AJEDREZ

Problema núm. 395, por C. Bayer.

Negras (10 piezas)



Blancas (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 394, por J. Pospisil.

Blancas.	Negras.
1. Ce5×g6	1. Ae1-b4
2. Cg6-f4	2. Cualquiera.
3. D ó C mate.	

Variantes

1...... Ta5×a8 ó T juega;	2. Cd6-b5 jaque, etc.
1...... Ae1-d2 ó f2, g3, h4;	2. Te2×d2 jaque, etc.
1...... Ae1-c3;	2. Cg6-f4 etc
1...... c7×d6, c7-c6;	2. Da8-h8 jaque, etc.
1...... Rd4-c3;	2. Da8-h8 jaque, etc.
1...... f5-f4;	2. Da8-e4 jaque, etc.
1...... c4-c3, g4×h3;	2. Cd6×f5 jaque, etc.
1...... g4-g3;	2. Cd6×f5 jaq., ó Cg6-f4, etc.

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—No todo se reduce á minas de petróleo, Mauricio, dijo el barón, y si quieres sentar la cabeza yo te colocaré en mi casa.

—Sí, para sacar cuentas y contar luises. No. Háblenme de una especulación inmediata, de un golpe de las mil y una noches como el negocio de Valentín; pero no de otra cosa.

—Vamos, un milagro. Eso sucede muy raramente, amigo mío. Por lo general, no se llega á la fortuna más que con mucho trabajo y con mayor paciencia. Vaya, hasta la noche...

Estrechó la mano á Condottier, besó á su mujer en la frente y se fué. Rosa permaneció pensativa; ni las bromas de Mauricio, ni las amabilidades del marqués, consiguieron desfruncir su entrecejo, en vista de lo cual los dos jóvenes se despidieron de ella. La brusca reaparición de Valentín Raynaud la preocupaba. En los dos años que había estado fuera sólo oyó hablar de él muy vagamente; sabía que su padre recibía con mucha regularidad noticias del antiguo capataz, pero nunca decía nada respecto á la situación de Valentín. Por su parte, Rosa tampoco preguntaba; no le agradaba recordar la conversación última que le había descubierto todo cuanto Raynaud tenía interés en ocultar.

Se acordaba perfectamente de que en aquella discusión de principios con el compañero de su infancia ella se había quedado muy á la zaga, y en su imaginación volvía á verle sucesivamente grave y apasionado, y sentía de nuevo la impresión de asombro, casi de irritación, que experimentó al creerse dominada por aquel á quien siempre considerara como un subalterno. La verdad era que se había equivocado grandemente al juzgar á Valentín; pero era ya demasiado tarde para modificar sus ideas y sus proyectos. En otro tiempo había tratado de rebajarlo para salvar al menos su amor propio, y ahora reaparecía poseedor, según se desprendía de lo dicho por Folentin, de una de las dos fuerzas que á juicio de la baronesa eran indispensables para la soberanía mundana: una gran fortuna. Rosa pensó que era justo que así fuese y aun le pareció que no era sorprendente. Valentín, que un día, durante una hora, había dominado moralmente á Rosa, debía ser un espíritu superior, y la joven experimentaba una satisfacción al pensar que un hombre que había levantado sus ojos hasta ella se revelara digno de tamaño atrevimiento. Y sintiendo que le sería grato volver á encontrarse en su presencia, esperó con curiosidad que este momento llegase.

Al parecer, Raynaud tenía menos prisa porque ya iban muy cumplidos quince días desde que Folentin había anunciado su llegada y diez desde que Prévinquieres recibiera la visita de su antiguo dependiente y Rosa esperaba aún la deseada visita. Al principio asombróse de la poca prisa que Valentín se daba en presentarse, pero luego se persuadió de que este retraimiento era debido al temor de encontrarse frente á frente de ella, y esta timidez la divirtió. Había creído que el joven, orgulloso con su fortuna recientemente adquirida, se presentaría como un triunfador, y se había propuesto tratarle duramente para demostrarle de este modo que el poder del dinero tiene también sus límites; y ahora veía que Valentín, lejos de pretender humillarla, huía de ella.



La condesa Grosdko, sentada ante su tocador, se frotaba las uñas

Pronto se sintió molestada por el despecho, y las buenas intenciones que por un momento la habían animado se modificaron. Mas lo cierto era que Valentín ocupaba plenamente el pensamiento de la baronesa y tal vez á esto mismo se debía la irritación que de ella se apoderaba. Por fin, una mañana su padre le dijo por teléfono:

—Esta noche come con nosotros Valentín Raynaud. Ya sabes que tanto tú como tu marido estáis invitados.

Hacía quince días que Rosa estaba comprometida para asistir á otra comida; pero la tentación era demasiado grande. Inmediatamente, y sin consultar á Folentin, contestó aceptando, y preguntando sólo á título de información:

—¿Sois muchos, ó se trata de una comida en familia?

—Duburle y tu hermano. Nadie más; de modo que no tienes necesidad de vestirte.

—Será preciso aceptarme en traje de recepción. Tengo que ir á casa de los Roccanera.

—Te recibiremos como vengas.

Rosa no tenía intención de ir á casa de los Roccanera, en donde se aburría soberanamente, porque en el salón del duque se reunía la sociedad más monótona y grave de París; pero desde el primer momento había decidido presentarse ante Valentín Raynaud en todo su esplendor. Llegó tarde, pues quería que todos estuviesen reunidos cuando entrase, y á la primera mirada vió á Valentín que, modestamente y de pie en uno de los rincones del salón, hablaba con Duburle. Se dirigió resueltamente á él con el rostro resplandeciente y la mano extendida, y él la acogió inclinando la frente con un saludo ceremonioso, y apenas rozó con los labios los dedos que un Condottier hubiera besado ardientemente. Rosa fué la primera que habló.

—Me alegro mucho de su vuelta, señor Raynaud, y tengo la seguridad de que papá está contentísimo. Parece ser que ha tenido usted suerte. Ya me lo contará. ¿No es cierto? Debe ser muy interesante.

Haciendo un esfuerzo, Valentín contestó:

—No crea nada de eso, señora; todo eso no tiene importancia; la casualidad lo ha hecho todo. Evans y yo buscábamos un terreno para construir, y haciendo excavaciones nos encontramos con el petróleo. Ni más ni menos.

—Es verdaderamente curioso que esas cosas no les pasen nunca á los imbéciles. ¿Y las fuentes, son abundantes?

—Si no disminuyen, son casi las más productivas.

—¡Bravo! Es un gran recurso para los automóviles.

Al dar las ocho se sentaron á la mesa, y Rosa pudo examinar con detenimiento á Raynaud, á quien encontró cambiado y mejorado. Había elegido un buen sastre y estaba vestido con sobria elegancia, que le hacía más esbelto. El viento de las llanuras y el aire del mar había bronceado su rostro, y parecía más joven que cuando se marchó. Durante la comi-

da habló poco, y sólo cuando le interrogaban. Prévinquieres le miraba con satisfacción, en la que se mezclaba una gran tristeza; cuando fijaba sus ojos en Valentín y luego en su yerno, era fácil ver que la comparación que entre ambos establecía no resultaba favorable á Folentin. Pero lo hecho no se podía deshacer.

Después de comer pasaron al saloncito de fumar, y Duburle, que sentía el horror del tabaco, se quedó con las señoras. Rosa le dijo:

—Padrino, usted que entiende de estas cosas, me explicará lo que es un negocio de petróleo.

—Querida mía, es muy sencillo. Pongamos por ejemplo la «Rowland oil Company,» que está dividida en acciones de veinticinco francos. Cada acción produce cuatro ó cinco francos por mes.

—Esto es, un doscientos cincuenta por ciento.

—Calculas admirablemente; no en balde eres la mujer de un banquero.

—Vaya, no se burle usted y dígame. Cuando en vez de dividirse en acciones los pozos de petróleo son explotados por su ó sus propietarios...

—Entonces son millones de beneficio al mes. Es un negocio más grande que el de las minas de oro. Hoy no se conoce nada mejor para hacer una fortuna enorme con gran rapidez.

—¿Entonces, Valentín Raynaud?..

—No sé á cuánto asciende su participación en la *Evans oil.*

—¡Ah! ¿Se llama la *Evans oil*? ¿Y por qué no la *Valentín-oil*?

—¡Qué quieres! Cortesía con el asociado indígena, finura local. Por lo que en la Bolsa se murmura, la cartera de ese muchacho debe estar bien repleta.

—Pues no ha cambiado nada.

—¿Qué querrías que hiciese? Raynaud no es ningún imbécil, y no era de esperar que se pusiese en el chaleco botones de brillantes. Vive en Palace-Hotel, pero piensa comprarse una casa. Hablaba de eso cuando tú has llegado.

—¿Piensa establecerse en París?

—Sí.

—¿Piensa retirarse tan pronto?

—¿Retirarse, por qué? ¿Es que en París se trabaja menos que en otras partes? Se trabaja de otro modo, pero se trabaja también; y para un hombre como Raynaud, acostumbrado á los negocios, hay mil modos de ocuparse útilmente. Además, cualquiera que tenga dinero, y esto le ocurre á él, puede prestar servicios inmensos ocupándose en obras sociales. En esto no hay nada hecho. Los reyes debían llevar á cabo las reformas que son indispensables. Pero los soberanos ya tienen bastante con defender su trono, y no les queda tiempo para otras cosas. Será necesario que un filántropo riquísimo tenga un día la humorada de emprender esa tarea formidable y espléndida. Carnegie la ha empezado en América... Necesitaríamos un Raynaud en Francia.

—Pero, padrino, ¿qué sería del partido socialista?

—Caería en el ridículo, y confieso que sería para mí un gran motivo de alegría ver un capitalista, un burgués, un patrono, que empieza aplicando las reformas que esos charlatanes insubstanciales é incapaces prometen desde la oposición y se apresuran á olvidar cuando llegan al poder... ¡Qué cuadro!

—Vamos, usted es un reaccionario empedernido.

—Vamos, niña; á mi edad, con mis gustos y tradiciones, ¿querías que defendiese el reparto?

Los fumadores volvían y la conversación cambió. Prévinquieres preguntó con gran curiosidad á Valentín cosas referentes á la industria americana. Éste respondía clara, reposadamente, sin exageración en la alabanza ni en la crítica, pero con una rotundidad que impresionó profundamente á Folentin. Mauricio expresó vivamente el deseo que sentía de irse al Nuevo Mundo, y en vista de que su padre estupefacto nada replicaba, se extendió en divagaciones que hicieron asomar una sonrisa á los labios de Valentín.

—Pues bien, Mauricio, dijo Raynaud; si quiere usted marcharse, y su familia no se opone, no hay nada más sencillo que irse á reunir en Pittsburgo con Evans. Le recibirá con gran satisfacción, y si desea ocuparse en negocios no le será difícil dirigirle...

—¡Ah! Si esto fuese posible, exclamó Prévinquieres con entusiasmo, Valentín, con ello me prestaría el más señalado servicio. Sí, arrancar á ese muchacho de la ociosidad y hacer de él un hombre como es debido, esto es, volverle á su verdadero destino, que no es otro que trabajar como han trabajado todos los Prévinquieres...

—Hasta ahora, dijo Mauricio, cuanto se me había propuesto era cosa muy distinta. No se me había hablado más que de entrar en un despacho ó de vigilar obreros en la fábrica... Pero ir á un país nuevo, ocuparse en grandes trabajos y con una actividad constante, es cosa que vale la pena de emprenderse.

—Nada, ya está entusiasmado, dijo Rosa sonriendo. ¿Cuándo te embarcas?

—Cuando quiera Valentín. Aquí hago una vida de imbécil, y estoy dispuesto á probar que no soy tonto de remate; que no soy un cualquiera.

—Y ¿quién es ese otro cualquiera?, preguntó burlonamente Folentin.

—Supongamos que seas tú, respondió Mauricio.

Folentin hizo una mueca. Le gustaba decir impertinencias, pero detestaba que se las devolviesen

—Y ¿quién será tu comanditario, querido?, agregó, pensando tomar el desquite en el terreno financiero.

—Raynaud; estoy seguro, exclamó el joven.

Una oleada de sangre subió al rostro de Valentín, quien, volviéndose hacia Mauricio, dijo con voz que la emoción hacía temblar:

—Le doy las gracias, Mauricio, por haber tenido confianza en mí. Con efecto, me será muy grato y muy fácil devolverle un poco del apoyo que los míos y yo hemos recibido siempre de los suyos. Cuanto soy se lo debo á su padre, y no lo olvidaré nunca; de modo que por mucho que haga para serle útil, siempre me creeré obligado á más, y con ello no agotaré todo mi agradecimiento.

—Bueno, bueno; no hablemos de esto, dijo Prévinquieres. Es preciso que la resolución de Mauricio no parezca un capricho; un poco de reflexión dará más fijeza á sus proyectos. Demos por sentado, Valentín, que acepto sus ofrecimientos, pero metálicamente yo atenderé á todas las necesidades; no tendremos que molestar á nadie.

Al decir esto dirigió una mirada de reproche á Folentin; pero el barón sólo entendía lo que quería entender, y dirigiéndose á su mujer le dijo:

—Querida, si quieres ir á casa de los Roccanera, me parece que ya debemos retirarnos...

—No, dijo Rosa con resolución. Me aburro mucho en aquella casa..., estoy muy bien aquí. Señor Raynaud, ¿quiere usted contarnos cómo se decidió á comprar los terrenos de Chiquito? Porque es en Chiquito donde están sus pozos, ¿verdad?

—Querida, dijo Folentin con acritud, abusas de la complacencia del Sr. Raynaud. No haces más que hablar de sus petróleos, y serás muy capaz de pedirle acciones...

—Y ¿con qué las pagaría?, replicó Rosa alegremente. ¿Acaso tengo dinero? En cuanto reuno unas pesetas se van corriendo á casa de la modista... Mi marido tiene razón, Sr. Raynaud, agregó suspirando. Necesitaría descubrir una mina... Me asociaré con Mauricio, y cuando haya ganado millones me dará una parte.

—Cualquiera que te oyese, dijo Folentin, se figuraría que no tienes una peseta. Afortunadamente me conocen y saben que te doy...

—Lo estrictamente superfluo.

Y haciendo un gesto para imponer silencio á su marido, se volvió hacia Raynaud y le dijo:

—Vamos, Valentín, le escucho.

II

—¿Sabes, querido, que la hermosa Folentin se prepara á plantarte?

—Primera curiosidad excitada por Valentín Raynaud. Eso pasará.

La condesa Grodsko, sentada ante su tocador, se frotaba las uñas con un pulidor, y moviendo la cabeza miró á su hermano con mal disimulada preocupación.

—Tú no te das cuenta exacta de la situación. Yo, que conozco bien á Rosa, te aseguro que está más interesada de lo que te figuras.

—¿Por ese muchacho?

—Por ese muchacho.

El marqués de Condottier sonrió.

—¿Será, pues, la segunda vez que me juegue la misma partida? Con Folentin fué ya mucho, pero con Valentín Raynaud sería demasiado, y yo me cuidaré de poner las cosas en orden.

—Te advierto que tiempo es de que las pongas.

—¿La crees capaz de engañar á Folentin con el antiguo empleado de Prévinquieres?

—No, pero la creo capaz de no querer oir hablar de engañarle contigo, lo que equivaldría á lo mismo.

—Entonces, y sin darse cuenta de ello, Valentín prestaría un famoso servicio á su marido.

—¿Sin darse cuenta de ello? Y ¿tú qué sabes?

—Tú siempre has tenido el convencimiento de que Raynaud sentía una viva pasión por Rosa.

—Basta con verlo cuando está ante ella, para tener la seguridad de que esa pasión no ha hecho más que aumentar y embellecerse.

—Y ¿en qué podría traducirse?

—Pues dado el individuo, en un platonismo intenso. Dada la dama... será preciso verlo... Me parece muy agitada... Ya no se aburre, y sólo con esto tú pierdes ya el cincuenta por ciento de las probabilidades. Todo consiste en saber si, en caso de presentarse ocasión, Valentín sería hombre capaz de aprovecharla, cosa que no creo. Es uno de esos hombres para los cuales el respeto por el objeto de su amor no puede ser más grande, y que creerían cometer un sacrilegio dando gusto á una mujer que sólo desea dejarse querer. La peor especie de galanes; mitad *Jocrisse*, mitad *José*, y admirablemente construídos para inspirar desde el primer momento una admiración que á los cinco minutos se cambia en despecho y al cabo de media hora en desdén.

—¡Qué psicología!

—No creo en los ángeles guardianes. Están pasados de moda, y es cosa vieja. Verdaderamente sería muy mala sombra si tú hubieses topado con el último.

—¡Un Angel de la Guarda venido de América!

—Yo me figuro que si Valentín Raynaud se limita á dar buenos consejos á la baronesa de Folentin en el preciso momento en que me parece que desea recibirlos malos, se desacreditará muy pronto. Entonces, el que esté á la mira para recoger el capricho dejado sin satisfacer, tendrá muchas probabilidades de obtener un resultado lisonjero. Yo no digo que no tenga que oir la frase de las mujeres de los cuartos actos de las comedias que hacen tonterías con la cabeza en vez de hacerlas con el corazón: «¡Oh! Déjeme usted, me inspira usted horror.» Pero, después de todo, la dama caerá, y una vez cometida la falta se calmará. De esto á un sentimiento muy vivo por el cómplice no hay más que un paso, y si es el marqués de Condottier quien entre en el asunto, el barón de Folentin será castigado por donde más pecó.

—Eres extraordinario, y te admiro.

—Dame un beso, y vete. Tengo que vestirme, y no dejes de vigilar las maniobras de tu bella amiga.

Sí, la condesa Grodsko, con la sagacidad de la mujer que juzga á las demás según sus propios sentimientos, veía claro en los de la baronesa de Folentin, estaba también en lo justo al prever las intenciones de Valentín Raynaud. Éste, vuelto á Francia con la convicción de que Rosa era dichosa, se había apesadumbrado al convencerse de que no lo era. En ocho días se dió cuenta exacta de lo artificioso de la situación que ocupaba la joven. Sólo había tenido que escuchar y que comprender. Prévinquieres había dicho, en pocas palabras, á Valentín mucho más de lo que éste tenía necesidad de saber.

—Sí, mi hija es una de las reinas de París, pero maldito para lo que le sirve. No tiene vida íntima y todas sus satisfacciones son exteriores. Su marido es un muchacho encantador que hace cuestión de amor propio el no ocuparse de ella. Cada uno conserva su libertad, y después de dos años de matrimonio no tienen hijos; he ahí las costumbres nuevas. Por el momento todo va bien, pero dentro de diez años, cuando la madurez llegue y sea preciso pensar en otra cosa que en pasear por los salones, ¿qué ocurrirá en ese hogar? La casa estará vacía, el hogar triste. Cuando digo estas cosas me tratan de viejo... Es *rococo*, antigua usanza, teatro de Scribe y canciones de zarzuela sentimental, ¡qué sé yo! Se ríen de mí; pero más tarde, cuando la juventud se haya desvanecido y sólo quede el hastío del placer, sin nada para que sirva de consuelo, no se reirán. Raynaud, no es esto lo que había soñado. Mi hija lo ha querido, y ella será la que pague las consecuencias.

Valentín no hizo nada para que esas confidencias pasaran adelante. Comprendió que si decía una sola palabra, Prévinquieres le replicaría:

—¿Por qué no acogí á usted favorablemente cuando me confesó la pasión que mi hija le inspiraba, y por qué no la obligué á que lo aceptase por marido? En usted debía de haber recaído la elección, pues aun sin los millones del petróleo valía usted mucho más que Folentin. Hoy no hay comparación posible.

Valentín no quiso oir este *mea culpa*, y su delicadeza rechazó este triunfo inútil. ¿Para qué semejante desquite? Su amor propio no lo deseaba, y en cuanto á su ternura hacia Rosa era demasiado profunda para que pudiera alegrarse viéndola mal casada y perdidas las ilusiones que para el porvenir se había forjado. Así es que cortó las lamentaciones de Prévinquieres diciendo:

—Yo creo que exagera usted los inconvenientes de una posición magnífica. En este mundo no hay nada completo, y la felicidad menos que otra cosa. Además, si los señores Folentin están contentos con su suerte, no hay que ser más exigente que ellos mismos.

Prévinquieres suspiró, movió la cabeza y cambió de conversación.

En los círculos industriales, que Valentín volvió á frecuentar, se murmuraba mucho, y desde los primeros días oyó decir con la mayor naturalidad que la hija de su antiguo jefe tenía por amante al marqués de Condottier. Se reían del «imbécil de Folentin,» que no veía más allá de sus narices, y se daba tono de conquistador, cuando su mujer le engañaba. En vano Valentín trataba de negar y defender; le contestaban con rotundas afirmaciones. El marqués y la baronesa no se separaban un momento, y se daban cita en casa de la condesa Grodsko, que protegía los amores con gran complacencia. Los detalles fueron tan completos, tan circunstanciados, que la fe que Valentín tenía en la virtud de Rosa vaciló. Después de todo, ¿por qué había de guardar consideraciones á aquel tonto que se pavoneaba simulando que la conducta de su mujer le importaba muy poco? ¿No la autorizaba para que hiciera cuanto le diese la gana?

Para Raynaud, todo esto fué un cruel tormento. No podía desprenderse de las impresiones de su infancia y de su juventud, y formar de Rosa otra idea que la que toda la vida había tenido. Él la veía únicamente lozana, pura, sonriente, tal y como la había amado. Sin embargo, se acordaba de otra Rosa con la que había sostenido, en el jardincito de la fábrica de Beaumont, una conversación llena de revelaciones inesperadas. Aquel día le había oído desenvolver un programa de ambición y de vanidad, y la había visto dispuesta á sacrificarlo todo al deseo de aparentar, sin que para ella ni la ternura ni la inteligencia tuviesen ningún valor, y colocando por encima de todo el rango y la fortuna. Esa Rosa que tan gran desencanto le había proporcionado, ¿no era capaz de convertirse en la gran mundana, desdeñosa del qué dirán, sin respeto á la fe jurada y dispuesta á arrojarse en brazos de un hombre seductor que halagara su vanidad?

Raynaud sufría atrozmente pensando que la que todavía adoraba hubiese llegado á semejante estado moral, y empezó á odiar á Folentin, que había ocasionado el rebajamiento, y á Condottier, que se aprovechaba de él. Esto no obstante, invitado á comer por Folentin el día de su encuentro con él en casa de Prévinquieres, aceptó, y aunque quería negarse, no quiso emplear hipócritas mentiras. La sola idea de que Condottier podía estar presente le hacía temblar; sabía que no podría evitar el encontrarle alguna vez, y que toda tentativa para retardar el momento era pueril; pero ¿podría impedir que su sangre hirviese y que su corazón latiera con violencia?

Se dirigió al hotel de los Campos Elíseos sintiendo muy vivas inquietudes; pero en seguida comprendió que la frivolidad de aquellos que podían llegar á penetrar sus más íntimos sentimientos le ponía al abrigo de toda sorpresa; su observación superficial no les permitía analizar los sentimientos que con tanto cuidado ocultaba Valentín. Sólo la condesa Grodsko, clarividente por su costumbre de intrigar, debía adivinar lo que encerraba la reserva del antiguo empleado de Prévinquieres y lo que ofrecían de inusitado las amabilidades de Rosa con un hombre que no era de su clase. Sin la menor turbación, Valentín se vió presentado al marqués de Condottier y aun experimentó la sorpresa de no encontrarlo desagradable. Amable como de costumbre, el marqués procuró hacerse grato al viajero que volvía de América. La gravedad de Raynaud, que á despecho de las habilidades de la baronesa de Folentin permaneció apartado y hablando con Prévinquieres, engañó al joven marqués. Valentín fué catalogado por Condottier entre los hombres serios, y como hasta entonces para él hombre serio era ser todo lo contrario de lo que él era, no dió ninguna importancia á los obsequios que la dueña de la casa prodigaba al impasible Raynaud. Sin embargo, saltaba á la vista que Rosa hacía esfuerzos para agradarle y le dedicaba todas sus sonrisas. Duburle, que era un Condottier en el ocaso, no se había equivocado, y al día siguiente, encontrándose á solas con su ahijada, no le ocultó su modo de pensar. Los dos estaban en una de las tribunas del concurso hípico.


Los dos estaban en una de las tribunas del concurso hípico

—Pequeña, le dijo. ¿Qué te ha hecho el bueno de Raynaud desde que ha vuelto tan rico? ¿Te propones volverle el juicio?

—¿Yo, padrino? ¿Y para qué?

—Por el gusto de hacérselo perder. Es una distracción á la que las mujeres os entregáis gustosas, sin objeto determinado y sólo por capricho, del mismo modo que se tira al blanco para demostrar que se tiene buena puntería.

—Yo no acostumbro á divertirme de modo tan insubstancial. Tengo otras cosas que hacer. Mire usted, ahí va Condottier que entra en la pista con su yegua *Bar-maid;* monta bien, es preciso reconocerlo.

—Sí, monta muy bien, pero ¿llegará al fin sin percance? No tiene más que un competidor temible, Kersaint.

—Por esto la condesa Grodsko habla con él. Si en este momento pudiese hipnotizarle, sugestionarle para que perdiese sus facultades...

—¿Cómo es que no está hoy contigo?

—Ha venido con la señora Vallauris, que no puede sufrirme... Se ha excusado de antemano, pero no tardará en venir.

—¿Todavía continúa tu enemistad con la señora Vallauris?

—Esa mujer alta, delgada y de ojos sin expresión, es más tonta que la noche. Ni le he hecho nada, ni la conozco.

—Pero ella te conoce, y ahí está la causa; devuélvele á Condottier y te querrá.

—¿Acaso se lo he quitado?, replicó Rosa, á la que la ocurrencia hizo enrojecer. Condottier puede ir adonde se le antoje. No lleva collar...

—Hace quince días que no hubieras dicho semejante cosa.

—¿Por qué?

—Porque entonces te gustaba ver rendido á Condottier. Hoy ni siquiera te fijas en el modo como hace su recorrido... Ahora te saluda... Buenos días, marqués... Salta usted admirablemente.

—¿En qué sentido lo dice usted?, preguntó Rosa sonriendo.

—En todos, replicó tranquilamente Duburle. Salta, marqués... Ahora saltas por el rey,.. de Prusia. Si fuese Valentín, sería otra cosa.

—Seguramente sería una cosa nada vulgar. Se imagina usted á Valentín Raynaud con frac encarnado en esta pista bordeada de tribunas, y haciendo de amazona de circo para divertir á todos esos imbéciles que miran...

—Eres dura para nosotros.

—Yo también formo parte de esos imbéciles.

—No hace mucho los juzgabas de muy distinta manera. ¿Cómo se ha cambiado en plomo el oro?

—Padrino, es usted insoportable.

—Eso es lo que se dice generalmente á las gentes cuando su clarividencia nos molesta.

Esta vez Rosa se enfadó, y mirando de hito en hito á Duburle le dijo:

—¿Se figura usted que estoy enamorada de Valentín Raynaud?

—No me atrevería á jurar lo contrario.

—¿Y quién le habla de jurar? Tranquilícese y no siga adelante con sus suposiciones.

—¿Te enfadas? Síntoma grave.

—Ahí vuelve galopando el marqués de Condottier.

—Debe galopar; ya es tiempo.

La condesa Grodsko, como si hubiera adivinado que su presencia era necesaria, dejó á la señora Vallauris para reunirse á Rosa. Tendió la mano á su amiga y á Duburle, y dijo:

—Ha montado bien, ¿verdad?

—Han debido silbarle los oídos, pues no hemos hecho más que hablar de él.

—Muy bien; y ahora, dijo Rosa mirando burlonamente á Duburle, podemos irnos. Mi padrino es un hombre extraordinario.

La condesa Grodsko examinó á Duburle y á Rosa para penetrar el misterioso sentido de sus palabras; á los dos los encontró imperturbables y los siguió á través de los grupos. Las trompas de caza sonaban bajo la cúpula de cristal que el sol hería con sus rayos oblicuos; una nube de polvillo de oro vagaba en el aire, y en las gradas se apiñaba el público elegante que asistía al espectáculo.

Al extremo de la pista un nuevo jinete, montado en un brioso caballo gris, saltaba metódicamente los obstáculos.

De pronto se oyó un grito; infinidad de brazos se agitaron, y algunos espectadores se pusieron en pie. El caballo gris apareció con la silla vacía y se puso á caracolear por la arena.

—¡Bendito sea Dios!, exclamó Duburle; el jinete ha caído al agua...

(Continuará.)

UN ACUARIO MODELO

Dominando la bahía de Nueva York, casi frente á la isla que corona la gigantesca estatua de la Libertad, se halla el acuario más grande, mejor dispuesto y provisto que en el mundo existe. Está situado en un lugar muy hermoso, de donde se ven salir y entrar en el puerto los grandes transatlánticos y otros buques.

Aunque sólo hace ocho años que se convirtió en acuario un antiguo fuerte, construído en 1807 para defensa de la bahía, puede muy bien decirse que ha llegado á ser un establecimiento modelo, así por su inmensa extensión, como porque sus empleados han demostrado que es posible, no sólo reunir, sino conservar vivos un número mayor de peces de todas clases que el que hasta ahora se tenía por factible en los mejores acuarios del mundo. En este solo edificio hay más de 3.000 peces diferentes que representan 250 especies distintas, y entre los animales de mayor tamaño se hallan manatíes, un esturión de siete pies de largo, numerosos tiburones y otros monstruos marinos. Hay siete grandes charcas, 94 estanques murados, cuatro para tortugas y un número considerable de otros más pequeños destinados para la exposición pública. Hay también gran número de estanques reservados, donde se tienen peces de repuesto y que sirven para otras varias necesidades del acuario.

La importancia de la colección consiste en que para formarla se ha abarcado un campo mayor que el recorrido por ningún otro establecimiento de su índole, y no es esto poco decir, pues hay algunos acuarios célebres, por ejemplo, el famoso de Brighton (Inglaterra), que se enorgullece con sus 41 estanques; los de París, Berlín y Amberes, sin echar en olvido la estación biológica de Nápoles. Ninguno de ellos, sin embargo, está tan bien montado ni tiene una colección tan grande é importante como el de Nueva York. Casi todos aquéllos están poblados de peces cogidos en las aguas de las localidades vecinas, al paso que éste contiene ejemplares de casi todas las especies que pueblan los mares, desde el círculo polar al golfo de México. Allí se albergan peces de agua salada, otros de los lagos, ríos y arroyos de los países del Norte; hermosos peces tropicales de las islas Bermudas; otros emigrantes y de las aguas dulces y saladas intertropicales, siendo estos últimos de una variedad casi infinita.

Para proporcionar condiciones normales de existencia á una diversidad tan grande de animales, se necesita montar un sistema sumamente complicado. Durante diez de los meses del año hay que calentar el agua en el acuario de Nueva York destinado á las especies tropicales, y durante otros cuatro ó cinco hay que emplear una maquina refrigeradora para la que á otros se dedica. Si se tiene en cuenta que esos dos procedimientos hay que aplicarlos á estanques tanto de agua dulce como salada, que hay que filtrar cientos de galones de agua diariamente, así como airear millares de galones de agua dulce y salada de los 150 estanques que en conjunto existen, se comprenderá que es una empresa vasta el buen entretenimiento del acuario.

Entremos en él y examinémoslo por nosotros mismos; pero antes de hacerlo, bueno será advertir que ahora se halla bajo la dirección de la Sociedad Zoológica de Nueva York, que al hacerse cargo de él hace poco tiempo destinó 6.000 libras esterlinas (150.000 pesetas) para mejorarlo, y envió á Europa á su director para que estudiase los acuarios más célebres y pusiese luego en práctica las innovaciones que estimara convenientes.


El Acuario de Nueva York

Lo que más llama la atención es su grandiosidad. Se parece á un inmenso salón de recepciones, con sus columnas color de esmeralda y su alta y dorada cúpula. Es sin disputa el acuario más espacioso del mundo, donde cabrían sin dificultad los huéspedes de tres de los ordinarios. El edificio recibe luz por unos cincuenta grandes vanos, siendo este requisito uno de aquellos en que más atención se ha puesto.


Estanques del acuario

Lo primero en que se fija la vista al entrar es en la gran charca central, al nivel del piso del edificio; es circular y tiene dos metros de profundidad; allí se ven los largos tiburones de color de arena parda y los repulsivos peces-perros, que aleteando perezosamente, se pasean por el inmenso estanque, yendo siempre de izquierda á derecha con un movimiento lento y acompasado, típico de todos los animales prisioneros. En el margen de esa gran charca hay varios grandes jarros de cristal tapados, destinados á evidenciar las transformaciones de los mosquitos. Allí hay mosquitos del bello sexo que ponen de una vez de 150 á 400 huevos, que se ven flotar en diminutos racimos por la superficie del agua; vense también muchos millares de pequeñísimos y bullentes seres recién nacidos nadando y enroscándose de la superficie al fondo y viceversa. Llegan al Nirvana de su existencia cuando se convierten en alados mosquitos, lo que en el curso natural de los sucesos sucede al cabo de un mes próximamente. Esta exposición tiene siempre numerosos espectadores, que exclaman al marcharse: «¡Quién iba á creer que los mosquitos se produjeran de ese modo!»

Junto á esa gran charca hay un receptáculo de cristal que cobija cierto número de caimanes jóvenes. En otra cercana habitan un cocodrilo y un caimán enormes, pues tiene cada uno cerca de cuatro metros de largo. Hay en total en el piso bajo del edificio seis charcas, además de la grande central, cada una de las cuales tiene unos nueve metros de largo.

En una de ellas pueden verse dos hermosos ejemplares de los curiosos mamíferos marinos llamados manatíes ó vacas marinas. La mayor es la hembra, que mide tres metros de largo y pesa unas 520 libras. Fueron pescados en Palm Beach, Florida, por medio de una red de 150 metros de largo por 10 de ancho, con unas mallas de unos 35 centímetros. Durante un mes se hicieron con ella varias pruebas, y antes de cogerlos, lo menos siete manatíes lograron escapar de sus mallas. Se vió uno que tenía más de tres metros de largo. La pareja que hay en el acuario parece encontrarse muy á gusto, y macho y hembra se muestran mucho cariño; siempre están juntos, frotándose á menudo las narices una con otra. El manatí, como es sabido, es un animal de sangre caliente, que respira el aire y se alimenta de plantas; es un mamífero acuático. Los huesos son más duros que los de todos los demás mamíferos conocidos; no tienen dientes delanteros, miembros posteriores, ni huesos de las caderas; están provistos de una gran cola parecida á la del castor. Tienen seis vértebras cervicales, al paso que todos los demás mamíferos, exceptuando el perezoso é incluyendo al hombre y á la jirafa, tienen siete. A los dos del acuario se les alimenta con plantas acuáticas. Por lo común suben á respirar á la superficie á intervalos de cinco á ocho minutos, hasta cuando están dormidos. Son muy mansos y comen en la mano del hombre que los cuida.

Tratar de hacer algo que á descripción se parezca de los miles de pequeños seres con aletas que pueblan los espaciosos estanques murados, sería casi imposible, dado el espacio de que disponemos. Hablemos primero del caballo marino, que el acuario ha adoptado para que, bordado en oro, sirva de insignia en las gorras de uniforme de sus empleados. No tiene la menor semejanza con el tipo verdadero del pez; es uno de los seres de más extraña forma que viven en el seno de las aguas. Parece un dragón chino, reducido unas mil veces su diámetro. Es muy pequeño, variando su longitud de 7 á 15 ó 18 centímetros. Es tal vez el único pez que tiene cola prehensil y la maneja de una manera completamente igual á la de los monos, agarrándose con ella á las algas, piedras y maderos. La posición del cuerpo es por lo general vertical, especialmente al nadar, y la cabeza tiene mucha semejanza con la del caballo.

Otro animalito interesante y maravilloso es el axolotl, que no solamente puede vivir en tierra ó en agua, sino que cambia por completo de vida y costumbres. Si el estanque ó charca en que se les tiene se secara repentinamente, las agallas y aletas de la cola y lomo desaparecerían y saldrían de su acuático domicilio semejantes en un todo á lagartos. Tienen una longitud de unos diez y siete centímetros y son completamente blancos. Cuando dejan de vivir en el agua el cuerpo se vuelve pardo-obscuro con manchas blancas; respiran el aire, y en lo sucesivo su existencia será terrestre. Se les llama también salamandras manchadas. Durante muchos años se les tuvo por animales de especie diferente. En el jardín de plan-


Caballos marinos

tas de París fué donde por primera vez se descubrió la manera como nacen, crecen y se transforman.

Los peces tropicales de las Bermudas, de los que hay una hermosa colección, llaman la atención por la riqueza de sus colores y lo gracioso de sus formas. El acuario posee algunos magníficos ejemplares de esta clase de peces, que cambian de colores, no alguna que otra vez, sino constantemente. Si se detiene uno ante un estanque un momento, se les ve pasar de gris, de un tono igual, á otro con fajas negras y blancas.

Hay otros peces azules que también cambian de color, como igualmente los llamados colas amarillas, que lo hacen tan rápida y repentinamente, que parecen ser de otra especie. Son las más conocidas los peces ángeles, que de su cuerpo azul celeste dejan flotar hacia atrás como unas flámulas amarillas. A pesar de su nombre nada tienen de angelicales, pues con frecuencia riñen entre sí. Vienen luego los delicados peces mariposas, que también se llaman frecuentemente cuatro ojos, porque á cada lado, cerca de la cola, tienen un adorno que lo parece. El pez reina de Bermuda es muy hermoso, fuerte y vigoroso, de costados aplanados, tiene en su cuerpo todos los colores del arco iris y en la cabeza unas líneas negras. Este pez es muy raro hasta en las Bermudas y durante tres años estuvieron buscándole los pescadores antes de poder traer uno al acuario.

La comida de las focas

En una de las charcas tienen varias murenas de dichas islas, parecidas á las anguilas, de dos á tres metros de longitud, que inspiran respeto por su aspecto feroz. Es muy difícil conseguir una viva, pues los pescadores de las Bermudas las temen y se necesita el cebo de una buena recompensa para que traten de cogerlas. Muerden y azotan con la cola á sus aprehensores, hasta que ó las matan ó las vuelven á tirar al mar. La historia menciona la costumbre que había en Roma de arrojar á las murenas los esclavos negligentes. En el acuario de Nueva York se acostumbra, en épocas determinadas, medir y pesar los peces; pero nadie hasta ahora ha tenido el valor de efectuarlo con dichos animales.

Uno de los departamentos curiosos de ese establecimiento es la cocina ó habitación donde se prepara la comida para los peces. Diremos de paso que su manutención cuesta 750 pesetas mensuales; compónese de carne picada, hígado y pescado. Setecientas libras de carne y pescado se compran semanalmente en los mercados de Nueva York. Además, de las costas y ensenadas vecinas se trae gran cantidad de alimentos vivos; pececillos pequeños, camarones, almejas, cangrejos, gusanos marinos y moscas de la playa. Las truchas y salmones pequeños, en los estanques de cría, se alimentan con hígado picado y huevos de arenque. Los caballos marinos con gamaros, crustáceos muy diminutos que se obtienen recogiendo ramas de musgo de mar, en donde habitan. Los dos manatíes se tragan al mes cincuenta canastas, de á fanega cada una, de plantas marinas. Las carpas, que se alimentan mucho con vegetales, comen á veces trigo remojado, y las tortugas de mar, de las que hay una buena colección, además de pescado, comen hojas de coles y hierbas marinas.

No solamente hay que alimentar á los peces de un modo regular y sistemático y limpiar periódicamente los estanques, sino que los que los cuidan han de estar siempre con mucha vigilancia, porque los peces, lo mismo que los hombres, están propensos á enfermar ó á quedar heridos en los combates, y en tales casos, si pronto no se les atiende, mueren con la mayor facilidad. Si uno de ellos queda magullado, pronto se cubre del temible hongo de los peces, que no sólo le desfigura y termina por matarle, sino que infecciona y destruye igualmente los demás que hay en el mismo estanque. Un hongo que acaba con muchos peces de agua dulce, hasta con aquellos que no



Cabeza y boca de un manatí

han recibido ningún daño externo, es el parásito *saproleguia*. Algunas veces se le puede exterminar salando el agua más ó menos y hasta sumergiendo durante unos minutos los peces atacados en una solución muy salada. En los casos benignos se aplica la formalina; pero los peces no pueden soportar medicaciones enérgicas, y como tienen la piel muy delicada y pudiera el mucho manosearles ponerles peor, se hace muy difícil el curarles. Tal vez la operación quirúrgica más atrevida practicada en un pez ha sido la que se hizo en el acuario de Nueva York extirpando un hongo en una de las aletas de un tiburón que medía cinco pies, y la más difícil la también hecha allí de injertar piel nueva en una anguila.

En dicho edificio hay además un salón donde se dan conferencias públicas y un laboratorio. Este establecimiento modelo cuesta para su entretenimiento 250.000 pesetas al año, y es visitado anualmente por 1.750.000 personas.

HAROLDO J. SHEPSTONE.



La pacificación de los bandos de Vizcaya, pintura mural, obra de José Echena

Varias veces hemos dado á conocer á nuestros lectores diversas composiciones de este excelente artista, que allá en la Ciudad Eterna contribuye con otros pintores meritísimos á enaltecer, por medio de sus obras, el arte patrio. Los grandes lienzos, aquellos cuyo asunto recuerda ó conmemora episodios de la historia del país vasco, han servido para cimentar la reputación de nuestro amigo. Algunos de ellos nos ha cabido la fortuna de reproducirlos en las páginas de esta revista, figurando en los edificios públicos de las ciudades de aquella región. Digna pareja de los anteriores es el que, con destino al palacio de la Diputación de Vizcaya, acaba de ejecutar José Echena, representando *La pacificación de los bandos de Vizcaya*, episodio de grandísimo interés y significación para la historia, ya que conmemora un hecho que sirvió para afianzar la prosperidad del Señorío. El asunto desarrollado por el artista representa al célebre corregidor Gonzalo Moro, sentado bajo el árbol de Guernica, excitando á los partidarios de las batalladoras casas de Oña y de Gamboa á deponer las armas en bien de la patria, conminándoles con severísimas penas. Cuanto digamos acerca de la producción á que nos referimos resultaría casi ocioso al apreciar la reproducción. Bastará recordar los méritos y aptitudes de Echena y su perfecto conocimiento de una época que exige prolijos estudios é investigaciones que honran á quien las realiza y sabe interpretarlas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 21 de agosto de 1905 — Núm. 1.234



BELLEZAS NORTEAMERICANAS.—RETRATO DE Mrs. F. L., pintado por H. J. Thaddeus



REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Argentina: la expansión agrícola: el latifundio: la inmigración: mensaje de confianza al presidente: la situación política. – *Chile:* nuevo ministerio: la gestión administrativa: los indios en las provincias del Sur. – *Uruguay:* datos estadísticos: el comercio de importación y exportación: el valor de la riqueza pública. – *Venezuela:* el Restaurador y Roosevelt.

Los hechos confirman los optimismos que, en cuanto á la producción de la tierra y el comercio, expresó en su último Mensaje el presidente de la República Argentina.

Sólo en los tres primeros meses de 1905, la estadística del comercio exterior acusa un aumento de veinte millones de pesos oro con relación á igual período de 1904. La mayor parte del aumento, diez y seis millones, corresponde á la exportación.

Según informes de la Cámara mercantil de la provincia de Buenos Aires, la cosecha de trigo y lino de 1905-1906 será muy superior á la de 1904-1905. La agricultura se extiende á lejanas tierras que nunca hasta hoy habian sido removidas por el arado. Se sembrará un treinta por ciento más que en el pasado año.

Es muy probable que la expansión agrícola argentina hubiera alcanzado aún mayor desarrollo que el que revelan las últimas estadísticas, si los grandes propietarios no hubiesen acaparado las mejores tierras, substrayéndolas al cultivo y á la colonización, ya por abandono, ya en espera de buenas ocasiones para obtener por ellas altos precios en venta ó arrendamiento.

En un país con territorio tan vasto y tan rico, debía ser fácil hacerse propietario, porque tierras hay de sobra; pero el agricultor se halla esclavizado por el arrendamiento, y necesita muchos años de trabajo y de sacrificios para adquirir el campo que cultiva. El latifundio en la Argentina es, como en otras partes, una rémora y un problema.

¿Será, tal vez, una de las causas que expliquen la relativa paralización del movimiento inmigratorio en los últimos años? Seguramente, si el inmigrante agricultor tuviera grandes probabilidades de convertirse pronto y con facilidad en propietario, habría de ser ya mucho más numerosa de lo que es la población rural.

Para el completo desarrollo de sus riquezas naturales, la República Argentina necesita algunos millones más de habitantes. La Cámara antes citada se hace eco de la desconfianza de los agricultores, que estriba, más que en la inclemencia del tiempo, en la falta de brazos para la recolección de la cosecha y para el transporte á los puntos de embarque. En este año se malogró buena parte de trigo y maíz, por no haber podido sacarlos de las estaciones del ferrocarril, donde aún se ven grandes pilas de esos cereales; ni aun se pudo recoger del campo todo el maíz por carecer de braceros.

Hoy los elementos de progreso con que cuenta el país son inmensamente superiores á los que había en tiempo de la gran inmigración, las riquezas naturales y el consiguiente porvenir de la República Argentina no son un misterio para nadie, hay libertad y paz interior, millares de familias han encontrado allí el bienestar que no conseguían en Europa, y sin embargo, durante los últimos años, salvo cierto aumento que se nota ahora, la inmigración es inferior á la de períodos anteriores.

Sin duda alguna, la causa está dentro del país, en la misma República Argentina. Los poderes públicos no toman todo el empeño necesario para facilitar al inmigrante europeo la adquisición del suelo, que es uno de los estímulos más poderosos que deciden á los hombres de trabajo á abandonar su patria. Se puede asegurar que la inmigración aumentaría en proporciones considerables, si en las regiones adecuadas para la agricultura la tierra fuera susceptible de fácil adquisición en propiedad. De la manera de enajenar la tierra, depende en gran parte la solución del problema. Mientras se puedan adquirir vastas extensiones de terreno con fin exclusivo de lucro mediante reventa ó arrendamiento, la inmigración será insuficiente.

Hay, pues, que modificar el régimen actual de colonización, y hacer todo cuanto se pueda para dar nuevo y permanente impulso á la corriente inmigratoria, para conseguir ahora lo que tan abundantemente se logró en tiempos en que se disponía de menos elementos administrativos y en que los recursos prácticos eran mucho más limitados que lo son en nuestros días.

El país parece que confía mucho en su nuevo presidente. El 9 de julio, con motivo de la conmemoración de la independencia, y momentos antes del solemne *Tedéum* que iba á cantarse en la catedral, una diputación de ciudadanos puso en manos del Sr. Quintana un mensaje de confianza, subscrito con millares de firmas. En él, el comercio, la alta banca y todas las industrias, que constituyen las fuerzas productoras de la riqueza pública y son los factores de su creciente progreso, declarábanse satisfechos por la acertada dirección que el presidente imprimía al gobierno de la República, y gracias á la cual había bienestar general y se aseguraba la paz interior. «Este halagüeño resultado, decíanle á Quintana, se debe principalmente á la firmeza de vuestro carácter, á vuestra prudencia de hombre de Estado, y es deber de todos los grupos sociales que cooperan á los progresos del país demostrar que los buenos gobiernos tienen siempre la adhesión y el aplauso de los pueblos.»

La situación política se consolida, el gobierno cuenta con buena mayoría en el Congreso, y en breve será sometido á éste un proyecto de amnistía. Se notan aún, sin embargo, las consecuencias de la abortada revolución, los ánimos siguen sobreexcitados, y no hace muchos días, á fin de julio, el telégrafo nos comunicó la noticia de un incidente violento en el Senado entre el presidente Sr. Uriburu y el senador Irigoyen; fué preciso levantar en el acto la sesión.

***

Hay nuevo ministerio en Chile: sucede al que había formado D. Rafael Balmaseda y que dimitió en 8 de junio. Es ahora ministro del Interior, con funciones de presidente, D. Juan Orrego, quien, según se dice, propónese atender preferentemente á la gestión administrativa, prescindiendo, en lo posible, de los asuntos políticos. Uno de los motivos de esta norma de conducta es la proximidad de las elecciones presidenciales.

Regularizar la situación financiera para conseguir que los presupuestos no se salden con déficit, introducir las reformas convenientes en la organización del ejército y la marina, y revisar los tratados de comercio á fin de ponerlos en armonía con las nuevas necesidades económicas y sociales, son tareas especialmente recomendadas por el presidente de la República en su último Mensaje. La experiencia y las nuevas exigencias del comercio han puesto de relieve las imperfecciones de la ley y de los reglamentos consulares. Los trabajos de reorganización de este importante ramo de los servicios públicos están ya muy adelantados, y no ha de tardar mucho el gobierno en someter á las Cámaras el correspondiente proyecto de ley.

Convendría también que los poderes públicos atendiesen con mayor interés á los indios que viven en las provincias meridionales de la República, y cuya situación debe ser bastante triste, á juzgar por el memorial que en 8 de mayo último dirigieron al presidente tres caciques del departamento de Osorno. Solicitaban que se tomaran medidas para defender á los indígenas de los latrocinios de que son víctimas por parte de ciertos funcionarios llamados agentes judiciales. Poco á poco éstos los van dejando sin tierras y sin ganados y sumidos en la mayor miseria.

***

En el corriente año se han publicado dos excelentes trabajos que dan exacta idea del estado actual de la República del Uruguay.

Es uno de ellos publicación oficial; el tomo I del Anuario estadístico de los años 1902 y 1903, que sale á luz con retraso por varias causas, entre ellas el movimiento revolucionario de 1901, que obligó á reducir el personal de la Dirección de Estadística. Comprende el tomo los datos relativos á territorio, demografía, comercio y navegación. La primera parte es un completo estudio de la geografía física y la climatología del país. La población en fin de 1903 está calculada en 1.018.878 habitantes, y se recomienda la conveniencia de hacer un censo general que rectifique los errores que se vienen cometiendo en sucesivos cálculos aproximados.

Las cifras relativas al comercio (25 millones pesos oro en la importación y 37 millones en la exportación, en 1903) demuestran que continúa y se aumenta el saldo favorable á la exportación hace años iniciado. Es un dato éste que se estima generalmente como signo de prosperidad; sin embargo, preciso es reconocer que la teoría de la balanza comercial no suele estar de acuerdo con los hechos. No son los países más ricos y prósperos los que exportan más que importan. Si así fuera, habría que declarar pobres á Inglaterra y á Francia. Lo mismo entre los individuos que entre los pueblos, el que mejor vive no es el que más dinero tiene, sino el que más trabaja, y más gasta, y más consume. El exceso de la exportación sobre la importación da dinero, pero no riqueza, y acusa en esas repúblicas suramericanas la falta de población consumidora y la imperiosa necesidad de aumentarla, fomentando la inmigración.

El otro trabajo á que nos hemos referido es el que ha publicado en Santiago de Chile el Sr. Ramos Montero, con el título de «Los progresos de un país sudamericano» (La República Oriental del Uruguay). El autor calcula el valor de la riqueza pública activa y en explotación del Uruguay en 5.400 millones de francos, de los que corresponden: 2.805 á la propiedad territorial, 1.300 á capitales sujetos á patentes, 550 á la riqueza ganadera, 265 al capital agrícola, 245 á los ferrocarriles y 235 al metálico. Buena parte de esa riqueza pertenece á europeos allí establecidos ó á sus hijos, uruguayos; los italianos tienen propiedades por valor de 200 millones de francos, los españoles por 185 millones, los franceses por 80 millones.

Teniendo en cuenta que la población es, en número redondo, de un millón de habitantes, resulta que en la proporcionalidad de la riqueza activa corresponde á cada uno la suma de 5.400 francos. Comparando esta cifra con los 5.500 francos que se asignan á cada habitante de los Estados Unidos del Norte, con los 6.500 que De Fouville estima que corresponden á cada francés, y con los 7.500 que Giffen calcula para cada habitante de Inglaterra, se notará que la riqueza activa de la República Oriental del Uruguay, país nuevo, que conserva casi inexplotadas muchas de sus grandes fuentes de producción, es inmensa, y que nada pierde en la comparación con los países más ricos y de más prosperidad del mundo.

Y ese país sólo tiene hoy 5'45 habitantes por kilómetro cuadrado (densidad á que no llega, sin embargo, ninguno de los demás Estados de la América meridional) y en cultivo nada más que el tres por ciento escaso de su total superficie. Puede suponerse lo que habrá de ser el día en que haya aumentado su población en las proporciones necesarias para desarrollar todas sus fuerzas productivas.

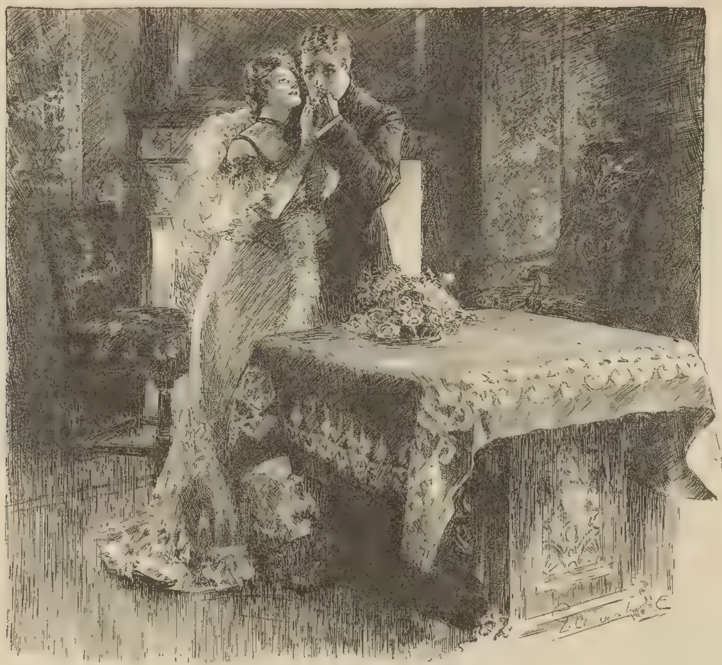
***

El Congreso venezolano ha conferido á Castro el título de «Restaurador de Venezuela.»

El Restaurador sigue manteniéndose firme ante las exigencias de los yanquis. Roosevelt da largas al conflicto, nombrando un comisario especial para inquirir cuanto convenga acerca de las cuestiones pendientes, é informar sobre ello al gobierno de Wáshington. La inquisición y el informe han de referirse, no sólo á las diferencias que hay entre los Estados Unidos y Venezuela, sino entre ésta y otras potencias.

Suponemos que el tal inquisidor ha de encontrar en Venezuela bastantes dificultades para cumplir su misión.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Di, alma mía, ¿por qué sufres?

El mundo y su mujer, por Nogueras Oller

Ella y él pertenecían á la flor de nuestro mundo elegante. Poco importan sus nombres; únicamente contaré cómo se conocieron, se casaron y amaron.

Esbelta y graciosa ella, reunía todo cuanto puede desear una mujer á la moda.

Sus padres, aristócratas de nacimiento, dueños de una fortuna envidiable, la hicieron educar en uno de los colegios más renombrados del extranjero. Creció como una flor de invernadero bajo la gran campana de vidrio de todas las exigencias sociales, y á los diez y siete años, cuando hizo su debut en los fastuosos salones de la buena sociedad de su patria, experimentó un tenue temblor de frío, un frío espiritual que la atormentó durante unos pocos días. Al acostarse huía el sueño de sus ojos, y por más que apagara la luz, en su cuartito rosa anaranjado se reproducían todas las escenas rígidas y estudiadas de sus primeros pasos sociales. Fastidióse en un principio; su alma soñadora deseaba algo quimérico que no acertaba á explicarse; pero muy pronto se convenció de que debía aceptar á su mundo tal como era y no como se imaginaba ver. Con todo, no tenía motivo para quejarse; obtenía brillantes éxitos, los salones la reclamaban continuamente y los más apuestos mancebos la eligieron reina de su corte de amor.

El hecho estaba consumado: pertenecía al gran mundo y era preciso desentenderse de idealidades que la habrían molestado.

***

Así adormecida, vió pasar cuatro años de su juventud para despertar desagradablemente. Siempre se había figurado que era su corazón y no la voz de su padre lo que la hablaría de amor. Se trataba del hijo de un archimillonario, algo desprovisto, es cierto, de bellezas físico-morales, pero al fin y á la postre hijo único, y francamente, valía la pena de que el padre procurase por la felicidad de su hija.

De nuevo se entregó á la tristeza de sus primeras noches sociales; estremecióse más de una vez en su camita, y el rosa anaranjado de su cuarto virginal pasó á un gris sanguinolento que la enloquecía. No podía con su alma, y poco á poco todos los colores y ensueños de su vida tomaban un tinte fatalmente obscuro.

Sus párpados se bañaron de un violeta mortecino, y ni su voz ni sus miradas tuvieron aquella serenidad de la mujer de mundo.

¿Amaba á alguien? No. No estaba enamorada; lo sabía de cierto; pero aquel matrimonio la entristecía.

Habíase engañado inútilmente durante cuatro años, creyendo que el amor daría al traste con su glacial manera de vivir. Se uniría con un hombre idealista, buen mozo, guapo, al que amaría ella en la sonriente paz de su casa, lejos del bullicio del mundo, libre de los demás, exclusivamente con él y para él.

Pero la suerte marchaba por distinto camino: ¿qué haría en casa con el hijo del archimillonario? Sentiría miedo, asco, aburrimiento; cualquier cosa antes que amor. Continuaría siendo la mujer del gran mundo, sin voluntad propia, ni derecho á sus ilusiones... Una esposa como la mayoría de las que había tropezado hasta su presente; fieles al marido, ¿hay que dudarlo?, pero fidelísimas á la sociedad... Una madre á la orden del día, con su nodriza indispensable, puesto que la alta sociedad cuida constantemente del mantenimiento de las buenas formas; una madre, en fin, que confiaría sus hijos á la indiferencia ó insensatez de mujeres con sueldo fijo, para no faltar á las exigencias de su mundo.

Y esta indiferencia maternal, que había sufrido siempre, la alarmaba creyendo posible que á su vez se reprodujera en ella. Porque, en realidad, ¿qué clase de pasión podría sentir por un muñeco encarnado sin amor y que probablemente heredaría la nariz desvergonzada de su padre?

Esto de la nariz la horrorizaba sobre manera. Era enorme y aplastada hacia arriba, dejando al descubierto un labio alto y abultado con media docena de pelos tratados á cosmético firme. Era una nariz que la perseguía incesantemente, á todas horas y por todas partes. Cuando hastiada y aburrida se amparaba tras las paredes de su casa, entonces... las feroces narices, apostadas en la acera de enfrente, miraban más desvergonzadas que nunca, recordándola que se debía á la sociedad, á todo lo cual el padre prestaba el conforme tratando á su hija con una gravedad desacostumbrada.

Próxima á caer, dudaba entre la *vida* y la *muerte;* su corazón se desesperaba; sin embargo, su mundo la obligaba á disimular y á obedecer, y ella..., ella se reía y charlaba casi con el mismo gracejo que las otras mujeres.

***

Así la conoció él; no el archimillonario: un chico de alma, buen mozo y de sentimientos nada vulgares. Un joven que se aburría por la razón de que era superior á todas las nimiedades de sus compañeros y á todas las frivolidades de las hembras del mundo elegante. Habíase convencido de que aquel mundo no era el suyo ni lo sería nunca; pero á falta de otro que no sabía descubrir, lo aceptaba tal como era, procurando, empero, llevarse la mejor parte.

Ella y él se trataron, muy indiferentes en un principio, con cierta simpatía después, nacida seguramente de una interrogación.

Los dos, acostumbrados á fingir, cumpliendo con las leyes de la más acrisolada cortesanía, creíanse dueños absolutos de su exterior; sin embargo, sus ojos, demasiado vehementes, descubrían en parte el malestar de sus almas, cosa que únicamente podían observar uno de otro, y de eso á la interrogación no medió siquiera un paso.

Él soñó con algo que no le habían inspirado las demás mujeres. No era amor, creía estar muy seguro de ello; pero lo cierto es que notaba una fuerza oculta que le arrastraba imperiosamente hacia aquella mujer. Acostumbrado á dejarse conducir siempre por la mano aplastante de su mundo, demasiado aburrido para luchar, entregóse á su suerte y ofreció su nombre y sus riquezas á la simpatía, puesto que la simpatía es una senda por donde cruza á menudo el amor.

Ella aceptóle con una extraña alegría, que convino en llamar hija de una satisfacción inesperada: la de dar cortésmente con la puerta de su porvenir contra las descorteses narices del otro.

***

¿Amaba á su marido?.. ¡Qué sabía ella!.. Únicamente comprendía que no se realizaban completamente sus ensueños de niña. Hubiese querido vivir absolutamente con él y para él... Sentía un cansancio cada día mayor por las cosas del mundo; soñaba en emanciparse de la acción directa de la sociedad,

para entregarse á una vida más íntima, más espiritual... La entristecía la grave suntuosidad de su palacio... No se hallaba en él un solo detalle que le hablase de su esposo, de un hombre enamorado de su nido.

Vivían sin disgusto, pero en nada se leía su alegría de vivir... Esta indiferencia la helaba, la ponía triste; sin embargo, ella tampoco procuraba imprimir algo espiritual en el pesado aspecto de su casa.

Y él, que también notaba esta indiferencia, sufría en silencio. Los dos poseían todas las condiciones, todas las virtudes para amarse y ser felices... Deseaban lo mismo, y sin embargo, ellos, que eran completamente iguales en el fondo, aparecían moralmente divorciados...

¡La obra de los hombres pugnaba por destruir la obra de la Naturaleza!..

El esposo presentía esta fatalidad algo más claro que ella. Así es que cuando la abrazaba se decía con cierto sarcasmo cruel:

—Mis brazos son infinitos; doy cabida en ellos á mi mujer y á su mundo.

Debía de haber dicho no obstante:

—Yo no la abrazo; nuestro mundo nos aprieta á los dos.

Él había contribuído poderosamente á lo que les acontecía. Al casarse, sus amigos pudieron más que él; superior á cada uno de ellos, no pudo luchar contra todos. Juntos representaban al mundo de su sociedad y triunfaron.

Una sola frase decidió su victoria. Hay frases más terribles que el fuego de cien cañones.

—¡Cuidado, le dijeron burlonamente, no vayas á proceder con tu matrimonio como cualquier celoso de aldea!

Era la cita imperiosa del mundo. Su mujer les pertenecía moralmente: era la joya de sus salones. Su casa abrióse de par en par al gran mundo y concurrieron á todas las fiestas aristocráticas.

Se fastidiaban los dos, pero hubiese sido atrozmente ridículo que uno de ellos tomando ventaja á la otra parte diera el grito de emancipación. Había que dejarse llevar del medio ambiente como siempre; sin luchas, sin resistencias. Deseaban un amor que su mundo condenaba como trasnochado; sin duda que tenían fuerza para salvar este obstáculo, pero dudaban uno de otro... ¿Se amarían de veras? ¿Y si no llegaba el amor?.. Con la invocación constante de la simpatía que les había unido, no bastaba para librarse del enemigo... ¡El aburrimiento!.. La casa les aplastaría...

He ahí un drama profundo, silencioso y horrible.

***

Con lo que llevo dicho, que son las dos partes de lo que he prometido al empezar mi narración, debe convenirse en que habiéndose conocido y casado, marido y mujer se hastiaban visiblemente.

Él vivía preocupado; deseaba hablar con ella íntimamente, pero... ¿cómo empezar?.. ¿Qué decir?.. ¿Le había faltado ella?.. Nunca había hablado sinceramente y no sabría exteriorizar *aquello* que torturaba su espíritu.

Ella, más que preocupada, casi enferma. Había llegado al extremo de teñirse los labios y de alegrar químicamente sus mejillas... La vida de la Naturaleza la abandonaba por momentos. Paso á paso el mundo conquistaba á su mujer de una manera absoluta. Sólo faltaba el alma.

Una noche en el baile de la baronesa X sufrieron una transformación notable.

Algo debían descubrir que les hizo temblar. Luisa, una mujercita casada á disgusto, había triunfado por fin de su aburrimiento: bailaba alegremente con el señor barón, mientras su esposo, sin perder el compás de la danza, recitaba todo un poema de amor á la baronesa. El mundo consolaba á sus hijos.

¿Debían esperar también que el mundo les consolara?

***

Nada se dijeron durante el camino. Su coche les mecía muellemente sobre las asperezas de la calle. Algo espiritual se reflejaba en sus ojos pugnando por florecer en sus labios.

Quedaron completamente solos en el saloncito contiguo al dormitorio. No quisieron servirse de sus ayudas de cámara y permanecieron sentados uno enfrente de otro, abismados, como si se miraran por primera vez. Empezaban á comprenderse.

Clareaba el alba. Por la ventana del saloncito, que daba sobre la grandiosa avenida del muelle, entraba una luz de resurrección.

Allá, en el fondo, el trabajo dormía aún, próximo á despertarse; y más allá, el mar cantaba su eterna estrofa esperando el sol.

Los dos esposos se miraron llenos de piedad. En sus rostros estaba estampado el sello de todas las noches perdidas; estaban tristes, ajados, parecían viejos...

Levantóse él muy emocionado, y acercándola dulcemente á su pecho, los ojos fijos, anhelante, dudando aún de su felicidad completa, gimió besándola en las manos:

—Di, alma mía, ¿por qué sufres?

Y ella, abandonándose á sus brazos, contestóle suavemente:

—¡Sufría!.. Dime: ¿no te grita el alma que ya ha llegado nuestra felicidad?

Así se amaron.

En el horizonte, sobre el mar que cantaba, apareció el incendio del sol.

(Dibujo de G. C. Wilmhurst.)



República Argentina. – Buenos Aires. – Estatua del eminente patricio é inspirado poeta argentino Esteban Echeverría, que ha de coronar el monumento dedicado al mismo y costeado por los alumnos del Colegio Nacional Central. Obra de Torcuato Tasso. (De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)

ESTATUA DE ESTEBAN ECHEVERRÍA

Con motivo de la proximidad del natalicio del inspirado poeta argentino Esteban Echeverría, los estudiantes del Colegio Nacional Central de Buenos Aires, patrocinados por su rector D. Enrique de Vedia y con la cooperación del ministro de Instrucción Pública D. Joaquín V. González, acordaron erigir un monumento que perpetuara la memoria del insigne patricio y eminente vate, que si con la pluma dió gloria á su patria legando á la posteridad joyas tan preciosas como *La Cautiva*, con las armas en la mano luchó por la libertad de su país, combatiendo con tanto valor como entusiasmo y fe la odiosa tiranía de Juan Manuel de Rosas.

Esteban Echeverría nació en Buenos Aires en 1805, y en 1832 publicó un poema titulado *Elvira ó la Novia del Plata*, en 1834 un tomo de poesías con el título de *Consuelos* y en 1837 un nuevo volumen de composiciones poéticas, *Rimas*, y el hermoso poema *La Cautiva*, que es el pedestal de su fama y acaso la obra más acabada que en su género ha producido la literatura argentina. También escribió y han sido muy justamente celebrados otros poemas, *La Guitarra*, *Avellaneda* y *El Angel caído*.

Condenado por Rosas al destierro como tantos otros argentinos ilustres, murió en Montevideo en 1851, dejando un gran nombre en su patria y fuera de ella, nombre que ha pasado á la posteridad.

Buenos Aires rindió homenaje á su gran poeta publicando en 1874, bajo la dirección del distinguido literato argentino don Juan María Gutiérrez, una edición completa de sus obras en cinco tomos. Y ahora se dispone á completar aquel tributo de admiración debido á la memoria de Echeverría, levantando en su honor un monumento, cuya ejecución ha sido confiada al notable escultor, paisano nuestro, Torcuato Tasso que, establecido desde hace algunos años en aquella hermosa y como pocas progresiva ciudad, ha logrado cosechar nuevos laureles para añadirlos á los muchos que entre nosotros había conquistado.

El monumento se levantará en los jardines de Palermo, en la avenida Vertiz, sobre un parterre de dos metros de elevación sobre el nivel del suelo, y estará formado por una estatua y un pedestal. La estatua, que adjunta reproducimos, es de bronce y mide dos metros y ochenta centímetros de alto, y en ella el artista ha representado al poeta en actitud meditabunda, de concentración espiritual, que tan bien se aviene con el modo de ser de la personalidad de Echeverría: aquella cabeza sueña, piensa; acaso refleja uno de aquellos momentos de inspiración que produjeron esculturales estrofas animadas por hondas ideas; tal vez el escultor ha querido presentárnoslo encendido por los nobles sentimientos que le impulsaron á lanzarse á la lucha armada para combatir contra el tirano aborrecido. Avalora estas bellezas que podemos llamar de fondo una forma severa, sobria, sencilla, de una armonía y corrección de líneas irreprochable. Cuantos han podido admirar la obra de nuestro compatriota convienen en que es una de las mejores que de sus manos han salido, y esto, tratándose de quien tanto y tan bueno ha producido, da la medida del valor artístico de la estatua que nos ocupa.

El pedestal que ha de sostener la estatua consiste en un solo bloque de granito de tres metros de base por otros tantos de altura.

La inauguración oficial se efectuará el día 2 del próximo septiembre, centenario del natalicio de Echeverría, prometiendo el acto revestir toda la brillantez digna del gran poeta y patriota. —S.

EL DESAFÍO Á TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

SEIS PINTURAS ORIGINALES DE F. MATANIA

Uno de los más jóvenes y simpáticos artistas italianos, F. Matania, que se ha conquistado gran reputación en Italia y en el extranjero por los hermosos dibujos que publica en *L' Illustrazione Italiana* y en otros importantes periódicos ilustrados europeos, ha hecho recientemente su voluntariado militar de un año en el 8.° regimiento de los *bersaglieri*, de guarnición en Nápoles, en el poético cuartel de Pizzofalcone, situado en el monte Echia que domina el paseo de Santa Lucía, en las orillas del golfo, frente al Vesubio.

Inspirado por la doble poesía de la vida militar y del sitio delicioso en donde la brisa marina agitaba las plumas de su airoso sombrero de *bersagliere*, Matania ha dejado en aquel cuartel varios recuerdos preciosos de su arte, entre los cuales el más importante es el decorado de la sala de esgrima.

Esta sala tiene tres puertas á cada uno de los lados en el sentido longitudinal y encima de cada puerta hay un arco de unos dos metros de cuerda; estos seis arcos sugirieron á Matania la idea de utilizarlos para ejecutar en ellos otras tantas pinturas, cuyos temas armonizaran con el uso de la sala, puesto que sintetizan, por decirlo así, la historia del desafío á través de los tiempos.

La primera representa el duelo primitivo: dos hombres, casi desnudos, cubiertos apenas con algunas pieles, se disputan á golpes de clava la posesión de una mujer que sigue inquieta las fases del desafío. Según el artista, el amor ha sido, pues, la causa del primer encuentro armado.

En la segunda presenciamos el combate de los gladiadores en el Coliseo; el esclavo negro, el retiario númida, ha vencido al gladiador romano envolviéndolo en su terrible red.

La tercera y la cuarta nos transportan á los tiempos caballerescos: en la una, vemos el duelo á caballo, en campo cerrado; en la otra, el duelo á pie en las inmediaciones de un castillo feudal.

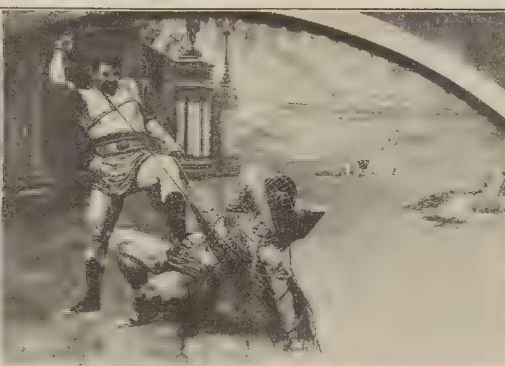
En la quinta el asunto está inspirado en las interesantes novelas de Alejandro Dumas padre, que á muchos de nuestra generación han servido de textos únicos para conocer la historia de Francia. Dos caballeros se baten junto á una iglesia, desde cuya puerta medio entornada contempla el sacristán, lleno de espanto, la escena que ante sus ojos se desarrolla, en tanto que en el fondo dos lacayos transportan á una carroza á la dama por quien va á derramarse noble sangre.

La sexta nos da la nota de la última actualidad, el duelo á espada. Por el encarnizamiento con que ambos contendientes se baten se adivina que la causa del desafío no es baladí. De fijo que hay de por medio una mujer; ésta no presencia de cerca el lance, como en la primera, porque las costumbres, es decir, la forma, han variado; pero como el fondo, ó sea el amor, es siempre el mismo, quién sabe si la dama permanece acurrucada en su carruaje, oculta en una avenida solitaria próxima al lugar del combate.

Carlos Abeniakar.

(Fotografías de Carlos Abeniakar.)


El duelo en los tiempos primitivos, por F. Matania


El duelo en la Edad antigua, por F. Matania


El duelo á caballo en la Edad media, por F. Matania


El duelo á pie en la Edad media, por F. Matania


El duelo en el siglo XVII, por F. Matania


El duelo en la actualidad, por F. Matania

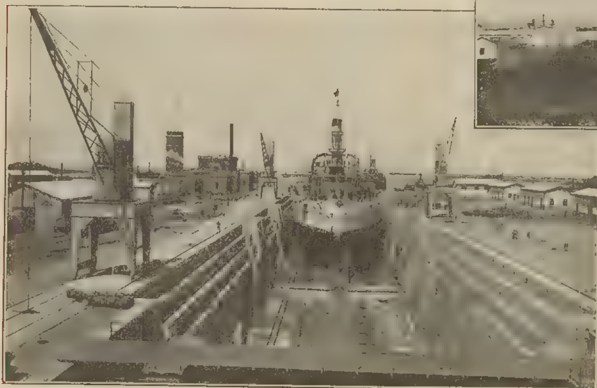
REPÚBLICA ARGENTINA.—BAHÍA BLANCA.—PUERTO MILITAR

El estudio de las obras del Puerto Militar fué empezado en marzo de 1896, siendo presidente de la República el doctor D. José E. Uriburu; ministro



D. Luis Luiggi, ingeniero, director de las obras del Puerto Militar de Bahía Blanca

de Guerra y Marina el ingeniero D. Guillermo Villanueva, y jefe de Estado Mayor de Marina el mismo que lo es actualmente, cotraalmirante D. Manuel



Bahía Blanca. – Puerto Militar. – Acorazado en seco en el dique de carena

José García. El gobierno encargó de este estudio al ingeniero italiano, especialista en la materia, D. Luis Luiggi, el cual fué eficazmente ayudado en tales estudios preliminares por el entonces jefe de la escuadra, contraalmirante D. Atilio S. Barilari, que tan brillante hoja de servicios tiene en la marina de guerra argentina.

Después de recorridos y estudiados los varios puntos de la costa Atlántica, desde el Río de la Plata hasta Río Santa Cruz, el ingeniero Luiggi preparó un proyecto comparativo entre Mar del Plata y Puerto Belgrano —Bahía Blanca:—aconsejando este último por consideraciones muy importantes y de varia índole, sobre todo, de urgencia; por cuanto era en aquellos tiempos en que parecía inminente una ruptura de hostilidades entre la Argentina y Chile por la cuestión de límites, afortunadamente después zanjada por medio del arbitraje.

El Poder Ejecutivo aprobó los planos, y el Honorable Congreso, en diciembre de 1896, autorizó la construcción del Puerto Militar, votando la suma de *diez millones pesos oro.*

Las obras preliminares de aguas corrientes, muelles, baterías, etc., empezaron en enero de 1897, siendo contratadas por licitación pública internacional las obras principales; aceptándose la propuesta de la casa Dirks, Dates y Van Hatem, como la más beneficiosa. Dichas obras empezaron el 2 de julio de 1898, y en 8 de octubre del mismo año quedaba concluída y armada la primera batería; siéndolo las demás en 1899 y 1900, juntamente con el ferrocarril estratégico que las une entre sí. El dique de carena, la obra más importante, fué abierto al servicio el 2 de enero de 1902 con la entrada del acorazado «San Martín,» y el conjunto de la primera parte de las obras se terminó en 31 de marzo del corriente año, quedando el Puerto Militar en condición de prestar todos los servicios, según la aprobación del Honorable Congreso.

Las obras han costado cerca de *un millón pesos oro* menos de lo calculado en presupuesto, economía notabilísima en obra de tal grandeza y trascendencia.

La primera sección, pues, de las obras del Puerto Militar comprende: fondeadero para buques en espera de órdenes para hacerse á la mar; canal de entrada; antepuerto; dársena de amarre para grandes acorazados; murallón de atraque para grandes buques que deban hacer operaciones de trasbordo de armamentos, municiones, víveres y carbón, ó para compostura y arreglo en la parte emergente del casco; dique de carena para reparación de la parte *subaquea* de los buques; grúas; líneas férreas y demás accesorios para el servicio de la parte marítima del Arsenal Naval. El dique de carena tiene 220 metros de eslora, 26 de manga y 10'50 de puntal sobre el umbral en medianas altas mareas, así que puede recibir cualquier buque actualmente á flote, sea de guerra ó mercante. El murallón de atraque y amarradero tiene 30 pies de agua en marea baja y está construído para alcanzar 33, sólo por un simple dragaje, si así se necesitara en lo futuro.

El cánal de entrada tiene 80 metros de ancho, dragados con profundidad de 31 pies en mediana marea, lo que es suficiente para las actuales necesidades.

Además están listas todas las obras necesarias para el completo funcionamiento del Puerto Militar, como Hospital Naval para 400 enfermos, casas, cuarteles, depósitos subterráneos de proyectiles inflamables, almacenes, talleres y otros edificios; cloacas, captación y cañerías para aguas corrientes, regularización de avenidas, plantaciones, parques, cementerio y demás accesorios para el buen servicio del Arsenal.

Todas estas obras forman en conjunto la Estación Naval para la Armada, la que está defendida por poderosas baterías y otras defensas ligadas entre si por el ferrocarril estratégico, que tiene 28 kilómetros de extensión, proyectado y construído en 85 días.

El Puerto Militar está además provisto de obras subsidiarias, y entre éstas, semáforos y faros ligados entre sí por telégrafos, radiógrafos, teleópticos, para mantener el contacto entre la flota y las costas.

Todas estas obras fueron proyectadas y dirigidas por el ingeniero D. Luis Luiggi, del Real Cuerpo de Ingenieros de Italia, que en los nueve años de permanencia en la República Argentina supo captarse todas las simpatías, por su saber y constante trabajo, habiendo cumplido admirablemente todos sus compromisos con el gobierno argentino. Durante ese tiempo ha hecho multitud de estudios y trabajos preparatorios de gran utilidad nacional, siendo los más notables—después del grandioso que nos ha ocupado—los sumarios comparativos para derivación de agua de los ríos Sauce Grande, Napostá y Sombra del Toro; proyecto ejecutivo de faros y semáforos sobre toda la costa atlántica, desde Cabo Corrientes hasta Tierra del Fuego; planos é instrucciones para adquisición de los primeros seis faros de gran poder á destellos rápidos, destinados á las islas Año Nuevo, Pengüin, Monte Hermoso, Río Negro y Chubut, etc.; adquisición de trenes de dragado; estudio y examen de propuestas para construcción del puerto de Rosario; estudios para el ensanche del puerto de Buenos Aires, etc., etc.

El contraalmirante D. Atilio S. Barilari ha sido nombrado jefe superior de la Estación Naval, Arsenales y Puerto Militar de Bahía Blanca, para que bajo su pericia continúen las obras de conservación, ensanche y defensa, á fin de que resulte completo un trabajo de tan colosal importancia para el porvenir del poder naval de la República Argentina.

Justo Solsona.



Vista general del Hospital Naval, castillo de vigilancia, etc.



República Argentina. – Bahía Blanca. – Puerto Militar. – Vista general de la dársena de armazón, dique de carena, etc., tomada desde la torre de señales



GUERRA RUSO-JAPONESA. – SALIDA DE TOKÍO DE UN TREN DE RESERVISTAS. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

CRÓNICA DE LA GUERRA

RUSO-JAPONESA

Han comenzado en Porstmouth las conferencias de los plenipotenciarios rusos y japoneses, y lo primero que en ellas se acordó, por exigencia del barón Komura y contra los deseos de Witte, fué guardar el mayor secreto sobre las deliberaciones que se sostuvieran y sobre los acuerdos que se adoptaran. Por desgracia no han faltado indiscreciones, y decimos por desgracia porque, de haberse cumplido rigurosamente lo convenido, no habrían venido agencias y corresponsales llenando los periódicos de noticias y de impresiones contradictorias capaces de producir la confusión en los espíritus más serenos y de mantener en incesante zozobra á los que con verdadero interés siguen el curso de esta nueva fase de la lucha ruso japonesa, sin que al través de ese fárrago de informes pueda verse dónde está la verdad.

En el momento en que escribimos esta crónica, llevan los plenipotenciarios discutidos y aprobados, según parece, los cuatro primeros artículos de las proposiciones presentadas por los delegados del Japón, dándose por seguro que dichos artículos se refieren á los puntos siguientes:

1.° Rusia reconoce la influencia preponderante del Japón y su situación especial en Corea, y reconoce que esta península queda fuera de su influencia. El Japón reconoce la soberanía de la familia allí reinante, pero con el derecho de aconsejarla y apoyarla y de mejorar la administración coreana.

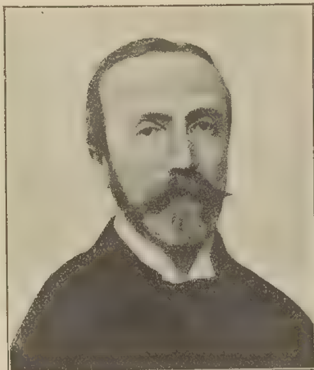
2.° Rusia y el Japón se obligan á evacuar la Mandchuria y á abandonar todos sus privilegios especiales en esta provincia. Se obligan además á respetar la integridad territorial de China y á mantener el principio de igualdad para el comercio y la industria de todas las naciones en dicha provincia.

3.° Rusia cede á China el ferrocarril oriental chino al Sur de Kharbin, quedando China y el Japón libres de concertar el modo de que la primera reembolse al segundo las cantidades invertidas en reparar el trozo de línea que se extiende al Sur de las posiciones actualmente ocupadas por el general Linevitch. En el caso de que China no pueda encontrar los fondos necesarios para este reembolso, otra ó varias otras potencias podrían proporcionárselos hipotecando al efecto esa línea férrea.

4.° Rusia traspasa al Japón sus derechos sobre Puerto Arthur y sus arrendamientos de la península de Liao-Tung.

¿Pueden considerarse como definitivos estos acuerdos? Ni en absoluto ni relativamente merecen ser considerados como tales: en absoluto, porque, á pesar de las indiscreciones á que antes nos referimos, nadie puede asegurar con entera certeza que realmente sean estos los acuerdos adoptados, y relativamente, porque aun siéndolo, dícese que cuando se discutan los puntos más importantes, podrán aquéllos ser puestos nuevamente sobre el tapete como base para mutuas concesiones.

Estos puntos importantes, que se refieren á la cesión de la isla Sakhalin y á la indemnización de guerra, los dejan los plenipotenciarios para lo último, y al tratar de ellos será cuando surgirán las grandes dificultades que pueden originar la ruptura de las conferencias, porque, según parece (perdónesenos la frecuente repetición de esta forma dubitativa, en gracia á que en este asunto todo son dudas), ni los rusos ni los japoneses están dispuestos á ceder un ápice de sus exigencias estos últimos y de sus negativas los primeros. Unos y otros apoyan sus respectivas pretensiones en buenos argumentos: los japoneses dicen que habiendo vencido siempre hasta ahora por mar y por tierra á sus adversarios, es lógico que obtengan ventajas territoriales y el reembolso de los gastos que la guerra les ha ocasionado; á lo cual contestan los otros que Rusia ni provocó la guerra ni ha pedido la paz, y que si hasta el presente la suerte de las armas no les ha sido favorable, al presente la fuerza y la situación de sus ejércitos de la Mandchuria y los grandes recursos con que cuenta la nación le permiten afrontar tranquilamente la lucha antes de aceptar una paz deshonrosa, como lo sería la que le impusiese una desmembración territorial y el pago de una indemnización.



EL BARÓN ROSEN, embajador de Rusia en los Estados Unidos, y plenipotenciario, junto con Sergio Witte, en la conferencia de la paz.

En estas condiciones, ¿llegarán á feliz término las conferencias de Porstmouth? Difícil es predecirlo; pero no cabe negar que por ahora las impresiones son más bien pesimistas.

Por de pronto circulan fundados rumores de que Rusia prepara una movilización general, en espera del fracaso de las negociaciones y consecuente continuación de la lucha. Las exigencias del Japón han determinado en la prensa rusa un movimiento de reprobación casi unánime, y los periódicos que más enérgicamente habían reclamado la paz y no habían cesado de clamar contra la guerra, son hoy los primeros en declarar que Rusia no puede aceptar condiciones draconianas y que la nación entera se alzará como un solo hombre para hacer respetar su honor de gran potencia amenazado por el Japón. En este caso la guerra sería en adelante nacional para los rusos, como lo ha sido desde un principio para los japoneses, y éstos no se encontrarían ya con un enemigo que se bate por obligación, sino con un pueblo que quiere vencer. Entonces tal vez variaría la situación, y de todos modos la movilización se efectuaría en condiciones muy distintas de las en que se ha realizado hasta ahora y por culpa de las cuales se ha retrasado con frecuencia el envío de refuerzos á la Mandchuria.

En el teatro de la guerra nada importante ocurre, reduciéndose todas las operaciones á algunos encuentros y reconocimientos más ó menos reñidos, en los que cada uno de los beligerantes se atribuye la victoria.

Los japoneses siguen apoderándose de varios puntos del litoral de la Provincia Marítima rusa, habiendo ocupado últimamente el faro del cabo Nikolaia y algunos otros puestos rusos del litoral y avanzando en su ocupación de Sakhalin, que consideran ya como propiedad definitiva, como lo prueba el hecho de haber el gobierno del Mikado anunciado la adjudicación de las pesquerías de la isla para el ejercicio de 1905 á 1906.—R.

EL ACUERDO CORDIAL ANGLO-FRANCES

Llegada de la escuadra francesa á la rada de Cowes, en donde la esperaban el yate real y la escuadra inglesa del Canal. (Dibujo de Carlos Dixon.)



Francia é Inglaterra, que en tantas ocasiones, y todavía muy recientemente, han sido naciones enemigas ó que por lo menos se han mirado con cierta hostilidad y no poco recelo, hoy aparecen estrechamente unidas, por obra y gracia, quizás más que de sus mutuas simpatías, de sus comunes antipatías á Alemania y de la necesidad en que se encuentra la nación francesa de buscar en otra potencia lo que, debido á la guerra del Extremo Oriente, hoy por hoy no puede esperar de Rusia.

El acuerdo cordial que tuvo por base el tratado anglo-francés sobre Marruecos, ha sido sellado con la reciente visita á Inglaterra de la escuadra francesa que manda el almirante Caillard, cuyos jefes y oficiales han sido triunfalmente recibidos y con esplendidez obsequiados por el pueblo inglés y por el rey Eduardo VII en Cowes, Portsmouth y Londres. En todas partes se ha aclamado á Francia, en todos los banquetes se ha brindado por la unión de las dos naciones, como garantía de la paz universal; y á juzgar por los discursos que en todas ocasiones se han cambiado, la alianza de ambas potencias es firme y promete ser duradera. ¡Lástima que todas estas uniones que la diplomacia crea se deshagan en un momento con mayor facilidad que se establecieron, sin que de nada sirvan ni las palabras cruzadas en horas de entusiasmo ni las cláusulas consignadas en tratados pacientemente elaborados por la diplomacia!



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El consejo del Estado mayor ruso en Kharbin. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Llegada de Linevitch á Kutchulin después de inspeccionar las líneas rusas. (De fotografía.)

ENRIQUE FREIXAS

El crítico eminente hace poco fallecido en Buenos Aires, era español de nacimiento y pasó una gran parte de su vida en Barcelona, en donde sus trabajos de crítica le conquistaron un puesto envidiable en este género literario.

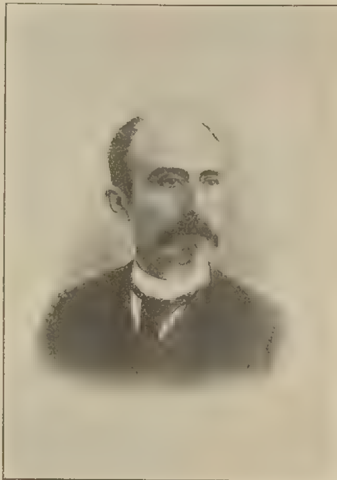
Hace quince años trasladóse á la Argentina, y en la capital de aquella floreciente república su nombre no tardó en imponerse y en alcanzar fama y popularidad grandes entre los intelectuales bonaerenses y españoles, franceses é italianos allí establecidos. El importante periódico de Buenos Aires *La Nación* le nombró redactor crítico literario y musical, y sus artículos gozaban de verdadera autoridad entre aquel público.

Su compañero, el no menos distinguido crítico de *El País* D. Juan Pablo Echagüe, le ha dedicado, á raíz de su muerte, un sentido artículo publicado en *La Nación*, del que copiamos algunos párrafos, asociándonos así al homenaje que la Argentina ha tributado á nuestro ilustre compatriota.

«Enrique Freixas ha sido el crítico lírico y dramático de más autoridad en nuestro medio intelectual. Su erudición, su sentimiento artístico, su certeza de criterio, su ecuanimidad, su estilo literario, su perseverancia inconmovible en los propios puntos de vista, prestaban á sus opiniones un valimiento incontrastable...

»Freixas era un erudito. Conocía á fondo el teatro clásico y moderno; dominaba la historia, la estética, hasta la técnica de la música, y demostró siempre á su respecto un agudo concepto filosófico...

»Freixas era un crítico certero. Sus juicios perspicaces y fogosos condensaban en cuatro rasgos precisos toda una impresión... Y en un suelto, nunca mayor de media columna, contaba la fábula, señalaba detalles, consideraba el fondo, apreciaba la interpretación é intercalaba á veces comentarios oportunos de diversa índole. El efecto de tales artículos, hechos de síntesis, de claridad, de precisión, resultaba casi siempre decisivo...



Enrique Freixas, notable crítico lírico y dramático recientemente fallecido en Buenos Aires



Vevey. – La fiesta de los viñadores. – El carro de la Primavera

»Freixas era ecuánime. No había en él ni las fogosidades combativas de la juventud, ni las obsesiones irritadas del sectarismo, ni las suficiencias insoportables de la pedantería. Su ancianidad tranquila tenía un credo estético, y según su credo estético juzgaba invariablemente. Pero juzgaba con templanza, con benevolencia, con serenidad...

»Freixas era un estilista. Un estilista intuitivo é improvisador, de acuerdo con su oficio; un estilista espontáneo, cuyas frases escritas á la carrera no tenían tiempo para sufrir pulimentos ni retoques en el papel, pero que elaboradas junto con la idea, salían de la mente ya claras, eufónicas, rotundas como la idea misma...

»Jamás abjuró Freixas de ciertos principios que llamaré su estética, y con arreglo á los cuales dictaminaba. Jamás se apartó un paso de su punto de vista. Dicen que su dogmatismo fué su falta... Es posible, pero fué también su fuerza. Fué su fuerza porque tuvo con él la unidad de doctrina, la fe inquebrantable en sus ideas, la disciplina mental que le permitía someter las manifestaciones artísticas á una piedra de toque, para él infalible: su fórmula...»

Enrique Freixas ha muerto lejos de España, pero rodeado del cariño de cuantos en su patria adoptiva le conocieron y trataron.—¡Descanse en paz!

LA FIESTA DE LOS VIÑADORES EN VÊVEY (SUIZA)

Esta fiesta, que se reproduce periódicamente cada quince ó veinte años, es una de las más curiosas y pintorescas en su género; por esto atrae á la linda aldea de Vevey, situada á orillas del poético lago Lemán, una muchedumbre inmensa, no sólo de suizos, sino también de extranjeros.

Celébrase la fiesta en la plaza principal del pueblo, al aire libre, y los actores son todos gente del país, vestida con sus trajes de gala nacionales; es á la vez antigua y moderna, puesto que en ella intervienen dioses, ninfas, bacantes y otros personajes mitológicos, y pastores y labriegos de nuestros días, y se compone de representaciones teatrales, cantos, danzas, luchas, coros, cortejos históricos, etc.

La obra que se representa es un poema de Renato Morax, con música de Gustavo Doret, que data de 1797, y consiste en una serie de cuadros de la vida rural.

La primera representación tuvo lugar este año el día 4 de los corrientes. A las ocho de la mañana, un cañonazo dió la señal de comenzar la fiesta, y en seguida se descorrieron las cortinas que ocultaban la decoración del fondo, consistente en un triple pórtico antiguo. Por allí salió, desfilando entre dos hileras de guardias de honor, vestidos á la antigua suiza, la Hermandad de los Viñadores con su capellán al frente, vistiendo los presidentes airosos trajes de la época de Luis XV y los viñadores el antiguo de los labriegos. Ocuparon éstos su sitio, apartóse la guardia de honor y á los acordes de una marcha triunfal comenzó el desfile de las Estaciones, á la izquierda la Primavera, á la derecha el Otoño, en el centro el Verano y algo atrás el Invierno, que formaron un artístico y pintoresco grupo. En seguida procedió el capellán á la distribución de premios de los viñadores que durante tres años se habían distinguido más en el cultivo de sus viñas. Los premios consisten en medallas y en regalos honoríficos instituídos por la hermandad y por el cantón de Vaud.

Después de esta ceremonia, empezó la fiesta propiamente dicha. Los grupos se apartaron, dejando en primer término el del Invierno, y tras un coro de introducción, aparecieron los leñadores, cazadores, pescadores y las hilanderas, que entonaron sendos cantos al mismo tiempo que hacían el simulacro de los trabajos á que respectivamente se dedican. Vino luego el episodio principal de la representación, que es el de una boda, cuyos protagonistas desempeñaban antiguamente dos novios casados el mismo día de la fiesta, y á continuación desfilaron el cortejo de la Primavera, con sus aradores y sembradores; el del Verano, con sus segadores y espigadoras, y el del Otoño, con sus viñadores y bacantes, ejecutando sucesivamente varios cantos y danzas. Terminó el variado espectáculo juntándose nuevamente los grupos y formando un cuadro plástico de imponderable magnificencia.

El éxito de las representaciones de este año ha sido mayor aún que en los años anteriores, y la plaza, en donde caben 13.000 espectadores, ha estado siempre llena. Entre los cuadros más aplaudidos pueden citarse la danza de la *Primavera*, el paso de las *Bacantes*, el baile de las *hojas muertas*, el canto de las *Espigadoras*, el desfile de los carros del *Verano*, el himno á Ceres, y sobre todo el popular *Ranz des vaches*, tradicional sonata pastoril de los boyeros suizos.



Aspecto de la plaza en donde se celebra la fiesta. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Recorría los Campos Elíseos con su amiga y su padrino, al trote lento de los caballos

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—¡Pobre Sr. Kersaint!, dijo la condesa Grodsko riendo. Ha querido ser rival de mi hermano, y menos mal si el baño le sirve para aplacarle los ímpetus.

—Parece que se alegra usted, replicó Rosa; si ese percance le hubiese ocurrido al marqués...

—Querida mía, esas cosas no le suceden nunca á mi hermano; es lo que establece su superioridad sobre los demás.

Condottier, que observaba de lejos, había seguido el movimiento de salida de su hermana y de Rosa. Se había apeado, y cruzando la pista llegaba en aquel mismo momento. Saludó á la baronesa y estrechó la mano á Duburle. Verdaderamente estaba elegantísimo con su frac encarnado, los pantalones blancos y las botas Chantilly. Vestido de este modo parecía más alto y más vigoroso. Golpeaba ligeramente la palma de su mano con el látigo, y sonriendo se colocó al lado de Rosa.

—¿Se van ustedes?, preguntó. ¿No asisten á las pruebas de cuatro? El pobre Kersaint es capaz de desorganizarlo todo. ¡Miren cómo ha quedado! ¿Podrá volver á montar mañana?

—En cuanto se seque se retirará.

—¿Pasa usted por las cuadras? Le enseñaré los cuatro caballos de Storlocki. Son los que acaban de hacer cuatrocientos kilómetros en ocho días y están tan frescos...

—Como el Sr. de Kersaint.

—¡Qué cruel es usted, baronesa, con ese pobre muchacho que ha valsado con usted todo el invierno!

—¿Lo defiende usted?

—Espíritu de cuerpo. ¿Quién me asegura que en día no lejano no me tratará usted del mismo modo?

—Empiece por no caerse.

—¡Ah! Cuando una mujer se propone vernos por tierra, acaba uno por caerse.

—¡Qué filosofía! ¿Cree que tengo tan negros deseos para usted?

—Hasta ahora no lo he creído. Pero ¿quién puede responder del porvenir?

Rosa miró á Condottier, y sonriendo le dijo:

—Conténtese usted con el presente.

Y luego, cortando la conversación:

—Tengo el coche á la puerta, y me llevo á su hermana á dar una vuelta por el bosque. Nos encontraremos en el Palace á las seis.

—Perfectamente.

Volviéndose hacia las cuadras, en donde debía esperar el momento de reaparecer en la pista, Condottier se decía:

—Es evidente que en todo esto hay algo que ha cambiado. Lo que ayer complacía á la baronesa, hoy le parece despreciable, nimio; abandona el concurso hípico, en donde estamos reunidos todos los amigos, y se va al bosque á una hora en que no hay nadie. Esto no es natural; pero ¿qué puede suceder? ¿Será por ese mastodonte enriquecido de repente por quien quiere romper con una existencia de goces, volviendo la espalda á cuanto ha deseado hasta hoy? Es de una inverosimilitud extraordinaria. Debajo de la roca hay alguna anguila, con la que no contamos, y Raynaud debe servir de pantalla á un capricho misterioso. La elección sería excelente, y el imbécil de Folentin no se preocupará por un hombre que no inquiete su snobismo. Cubriéndose con ese flirt disfrazado, Rosa podrá hacer cuanto se le antoje sin que nadie tenga la más ligera sospecha. Pero ¡alto ahí! Yo pondré las cosas en orden, y sin darme por enterado vigilaré cuidadosamente á los íntimos de la baronesa. No me habría tomado el trabajo de ahuyentador de competidores que se cogían á sus faldas, para dejarme engañar como un tonto á última hora. He de tomar un desquite de ella y de Folentin, y lo tomaré, cueste lo que cueste.

Una vez formada esta resolución, se sintió más tranquilo, y sólo pensó en sostener á gran altura su nombradía de primer jinete de Francia. Al mismo tiempo que Condottier concebía plan tan amenazador para la tranquilidad de Rosa, ésta recorría los Campos Elíseos con su amiga y su padrino, al trote lento de los caballos. No hablaba y dejaba vagar su mirada por los verdes castaños que hacían esfuerzos para sostener su reputación de precoces cubriéndose tímidamente de hojas. El sol entibiaba el aire; los paseantes perezosos andaban por el asfalto de la avenida, y los niños, libres de las precauciones del invierno, jugaban de nuevo bajo la vigilancia de sus acompañantes, que charlaban formando grupos.

Mecida por el movimiento del coche la joven trataba de analizar sus sentimientos y de definir sus intenciones, y se encontraba presa de una serie de incoherencias tan molestas, que empezó á sentir cierta laxitud cerebral, preludio de alguna grave enfermedad intelectual. Ella misma se desconocía. Parecía que la habían cambiado totalmente y que era otra, que obraba en contra de sus gustos y de sus

costumbres, saliéndose bruscamente de la línea de conducta que se había trazado, y que había seguido, no sólo con regularidad, sino con satisfacción. Y he ahí que de pronto encontraba absurdo todo lo que le había parecido encantador, y aborrecible cuanto había deseado con entusiasmo. Un cambio completo se operaba en ella, y se dió cuenta exacta de esto con un estupor que la paralizó.

Pero ¿á qué se debía aquel cambio tan difícil de prever? ¿Qué era lo que había sucedido, que tan profundamente modificaba su modo de vivir y que hacía que sintiese gran contrariedad tan sólo al pensar que debía continuar haciendo al día siguiente lo que le encantaba la víspera? Porque se veía obligada á reconocer que no experimentaba ninguna satisfacción paseando por la avenida de los Campos Elíseos en su hermoso carruaje tirado por dos soberbios caballos que excitaban la admiración de los paseantes, y ante los cuales los empleados del Municipio dejaban de regar para no ensuciarles de barro. Termont acababa de pasar guiando su automóvil de sesenta caballos, y el profundo saludo de aquel hombre cubierto de pieles y enmascarado con un horrible par de anteojos, ni siquiera la hizo sonreir. El *drag* de José Saintré, dirigiéndose hacia el concurso hípico, pasó entre el metálico sonido de las cadenillas, y el barón había colocado el largo látigo á la altura de su sombrero para saludar á Rosa, sin que ésta se dignase desarrugar el entrecejo. Los repetidos homenajes que la consagraban ya no le parecían deliciosos, antes al contrario, los despreciaba, y de ahí nacía la profunda turbación que empezaba á sentir. Viendo que permanecía silenciosa apoyada en el respaldo del coche, los ojos medio cerrados, su padrino se arriesgó á interrogarla.

—Ni te mueves ni hablas... ¿Estás enferma, Rosita?

—No, padrino, no estoy enferma. Dispénsenme ustedes, he tenido una ligera distracción.

—Por nosotros no se preocupe usted, dijo la condesa. Por mi parte confieso que conversar en coche no es cosa que me seduzca. Hay que levantar mucho la voz. Como entretenimiento, el paseo por sí solo es suficiente.

—Evidentemente no te pedimos discursos, replicó Duburle, pero sí algunas reflexiones de cuando en cuando que expresen la satisfacción que debes sentir por estar con tu padrino y con una amiga encantadora.

—Usted pertenece á la antigua escuela, Duburle, dijo la condesa. Pertenece usted á la escuela amable de hablar para no decir nada. Habla usted para romper el silencio y por el gusto de oir su propia voz.

—En mi juventud, replicó Duburle, un hombre se habría creído mal educado si no hubiese dado conversación á las damas que le acompañaban. Era lo mismo que confesar que no tenía nada que decirles. Y ¿qué es un hombre que no tiene nada que decir á las mujeres?

—¿Acaso no cree usted que una mujer pueda no tener nada que decir á un hombre?

—En otro tiempo no lo creía. Ahora me veo obligado á declarar que los hombres y las mujeres permanecen indiferentes los unos á los otros; por esto la sociedad es poco refinada, y la gente apenas es cortés. El marido deja la rienda suelta á la mujer, no se ocupa de ella, y parece no importarle su conducta. ¿Creen ustedes que eso es conveniente?

—Cómodo, replicó la condesa Grodsko.

—Lo que es cómodo, carece con frecuencia de corrección; pero la corrección pertenece también á la antigua escuela, ¿verdad, condesa?

—No sea usted amargo, Duburle. Usted es todavía un hombre que usa chaleco blanco, corbata con lunares azules y botines de gamuza, y se creería deshonrado si se doblase los pantalones por abajo. Usted encarna una sociedad anterior al teléfono y al automóvil.

—Soy un ser prehistórico, ¿no es verdad?

—Nosotros, los de la última época, le disgustamos, y usted nos asombra. Querido barón, cada tiempo tiene sus costumbres y su modo de ser.

—Unas son buenas y otras son malas.

—Las buenas son aquellas que parecen útiles á los que las adoptan.

—En la vida, no todo estriba en la utilidad, hermosa condesa. Verdaderamente ustedes prescriben con demasiada facilidad la tradición, del uso y de las costumbres, de todo lo que constituye el código lentamente elaborado del saber vivir. Evidentemente rechazar todo lo que molesta, es cosa expedita y fácil; pero estas son costumbres de bárbaros que destruyen lo que no se hallan en condiciones de apreciar. En verdad, es más sencillo sonarse con los dedos que sacarse un pañuelo del bolsillo y servirse de él; pero, á pesar de todo, hay una gran diferencia entre lo uno y lo otro. Pues bien, condesa, hoy en materia de arte, de literatura, de política y de todo lo demás, nos sonamos con los dedos. Y dos mujeres jóvenes y hermosas, en coche con un caballero viejo, encuentran muy natural que ese caballero viejo no haga un esfuerzo para hacerles olvidar su vejez con su amabilidad. Yo lo confieso, esto me parece muy triste.

—Es la decadencia, Duburle.

—Perfectamente; pero no debe olvidarse que á todas las decadencias corresponden revoluciones. La sociedad no puede contentarse con la decadencia, del mismo modo que la Naturaleza no puede aceptar la esterilidad. El mundo no pertenece á los impotentes, es del dominio de los laboriosos. Si nosotros y nuestros semejantes no servimos para nada, seremos reemplazados por otros que sean capaces de algo.

—Duburle, me pone usted carne de gallina; está usted haciendo la apología del socialismo. Rosa, ¿qué le pasa al barón? Parece un energúmeno, y todo porque usted no ha despegado los labios hace media hora. Hable usted, amiga mía, pues de lo contrario temo que ocurra una desgracia.

Rosa pareció que se despertaba; irguióse y mirando á su amiga le dijo:

—No he perdido una sola palabra de la conversación. Me ha interesado mucho, y creo que mi padrino tiene razón. Nuestra sociedad está casi podrida, y sin darnos cuenta de ello vivimos en medio de ruinas. Los únicos seres interesantes son los que crean.

—¡Dios mío! Voy á repetir todo esto á su padre y á su marido, y estoy segura de que se quedarán sorprendidos. ¿Ha sido la metamorfosis repentina de su hermano Mauricio en hombre trabajador lo que ha cambiado sus ideas?

Rosa enrojeció al ver la alusión directa al regreso á Francia de Valentín Raynaud, y apresuradamente quiso cortarle la palabra á su amiga.

—No, no, le dijo; tranquilícese usted; no pienso en transformar la sociedad. Usted me pregunta lo que pienso de las opiniones de mi padrino, yo contesto y nada más.

—Me contesta usted que abunda en ellas. Es lo mismo que si habiendo interrogado á la princesa de Lamballe, á propósito de Marat, hubiese contestado: «Le encuentro muy agradable.»

¡Marat!, exclamó Duburle sofocado. ¿Me compara usted con Marat? Condesa, esto ya es más que una broma.

La indignación del barón pareció tan cómica á las dos mujeres, que no pudieron contener la risa. El coche entró en la avenida de las Acacias; Rosa dió orden al cochero de que se detuviese, y al apearse cambiaron de conversación.

El que provocaba todas aquellas perturbaciones estaba también harto intranquilo, hasta el punto de que pensó en escribir á su amigo Evans, que se encontraba en Chiquito. El frío modo de razonar del americano ejercía una influencia decisiva en la ardiente imaginación de Valentín; en el momento de crisis pasional por que pasó Raynaud, él había sabido inspirarle las firmes resoluciones que habían determinado la partida del director de Beaumont. A él, pues, se dirigía naturalmente Valentín en su actual crisis; pero Evans estaba á muchos miles de leguas, era preciso esperar que la contestación llegase, y aquella espera era mortal. Los negocios, pues Raynaud no había vuelto á Francia para hacer un viaje de placer, absorbían por completo su tiempo, pero por la noche se encontraba solo, y muy á pesar suyo no sabía resistir á la tentación de encontrarse con Rosa. Al principio no había sido fácil hallar ocasiones para ello, porque el ingeniero no pertenecía al mundo en que vivía la triunfante baronesa; pero Folentin, que sentía por el asociado de Evans una simpatía muy viva, lo patrocinaba con un celo tan grande que había abierto á Raynaud todas las puertas.

Le había presentado en su Círculo, y como Valentín era rico, había sido admitido sin dificultades. En el gran mundo católico, tan arruinado, Folentin había hablado del ingeniero como de un promovedor de inmensos negocios en los que sería posible obtener participaciones muy lucrativas, y de este modo Raynaud se vió solicitado y agasajado por gentes que ni siquiera se habrían dignado mirarle si no hubiese sido dueño de los petróleos de Chiquito. Y mimado Valentín, que en otros tiempos hubiera huído de aquellos salones en los que se pavoneaba, charlaba y flirteaba el París lujoso y encantador, se dejaba llevar á frecuentarlos, porque en ellos triunfaba Rosa.

Todo esto era lo que con sinceridad contaba á Evans en las cartas que le escribía hablándole de los negocios, porque por enamorado que estuviese Valentín, no por esto olvidaba los intereses inmensos que había venido á representar en Europa, y la felicidad que experimentaba siguiendo á Rosa en el gran mundo no le hacía perder de vista las negociaciones que su socio le había encargado. Estas eran de una importancia capital. Con efecto, si Valentín y Evans hablaban sin reparo de sus pozos de petróleo, en cambio no decían una palabra de un descubrimiento mucho más importante, no sólo desde el punto de vista financiero, sino más aún desde el científico.

Haciendo excavaciones en el terreno volcánico, entre minerales y restos de rocas, Valentín había encontrado trazas de un cuerpo desconocido, y que una vez analizado acusaba todas las propiedades del *radium*. Excavaciones hechas con más cuidado revelaron la presencia de ese cuerpo en gran abundancia, y con extremada alegría habían comprobado los dos amigos que poseían un yacimiento tal vez único de esas substancias tan raras y tan costosas que sirven á los sabios para hacer experimentos de laboratorio. Valentín, animado por este descubrimiento, sometió los elementos de aquel suelo extraordinario á diferentes análisis, y sucesivamente había reconocido la presencia en el subsuelo de Chiquito de materias de un valor inmenso, entre las que la más insignificante era el topacio y la más preciosa el rubí. Desde su llegada, el ingeniero se había puesto en relación con la más alta personalidad científica francesa, el ilustre Marcelin; á este hombre, grande y bondadoso, que ha dotado á la humanidad de inestimables riquezas, sin enriquecerse él mismo, le había indicado el inmenso partido que los sabios podían sacar de substancias como el *radium*, una vez vulgarizadas y puestas en el comercio.

—Nuestros sabios jóvenes son dichosos, le dijo Marcelin; pues ustedes les abren un porvenir lleno de maravillosos descubrimientos. ¿Es usted rico, señor Raynaud? Podría usted realizar una gran fortuna.

Valentín manifestó que únicamente se proponía servir la causa de la ciencia, pues su fortuna estaba ya hecha, y era mucho más grande de lo que nunca había deseado. El grande hombre escuchaba con la cabeza inclinada como si estuviese oyendo hablar á su propia conciencia. Suplicó á Raynaud que le enviase muestras de sus productos, y como éste sacase una caja de zafiros y rubíes en bruto, exclamó:

—¡Oh! En otro tiempo vi á Fremy fabricar rubíes como éste, y que sólo tenían un defecto; el de costar más caros que si se comprasen en casa de un joyero. En la naturaleza, señor Raynaud, todo puede recomponerse, excepto el hombre, lo cual, añadió sonriendo, es una fortuna, pues ya hay bastantes hombres sobre la tierra, á despecho de los estadistas que lamentan el decrecimiento de la natalidad... Hay tanta concurrencia vital, que en el dominio de la ciencia todos se ven obligados á especializar, y muy pronto los conocimientos generales no existirán. Yo seré uno de los últimos que hayan tenido nociones de todo. Pero después de mí...

El sabio hizo un gesto vago é inclinó la cabeza un poco más. Después dijo á Raynaud:

—Vaya usted á ver al Sr. Currier. Es un hombre en el que se fundan las más risueñas esperanzas... Se alegrará mucho de que le facilite *radium*. Podrá extender sus experiencias, y seguramente obtendrá muy notables resultados.

Folentin, que sabía obtener confidencias de las personas respecto de las cuales su instinto le hacía presentir que podrían hacerle ganar dinero, había trabajado de tal modo á Raynaud, que éste se confió dándole algunas noticias respecto á los yacimientos de Chiquito. El banquero, sorprendido y turbado al adivinar en las explicaciones de Valentín toda la riqueza que allí había, calculó lo que le correspondería, como beneficios de todas clases, si conseguía una participación en los yacimientos de petróleo, y atrevidamente se la propuso á Valentín diciéndole que sería el representante financiero de los asociados, y en caso de la constitución de una Sociedad, el promovedor del negocio. Á este ofrecimiento, el ingeniero contestó con evasivas, y entonces Folentin puso en práctica sus acostumbradas habilidades, pero no le dieron resultado alguno. Raynaud se había encerrado en la mayor firmeza y circunspección, porque no quería comprometerse á nada con Folentin sin el consentimiento previo de Evans, y dudaba de que su amigo se aviniese á dar á la empresa la forma de una Sociedad. Folentin, asombrado al principio de la reserva repentina de Raynaud, acabó por alarmarse, temeroso de que tal vez el ingeniero se disponía á darle un contrincante, negociando con una importante casa inglesa. Unas palabras pronunciadas sin intención alguna por Prévinquieres habían sido causa de esta inquietud.

—Valentín, había dicho su suegro, se va á Londres. Va á consultar á uno de los más hábiles exploradores de minas africanas, Mikaël Springfield.

Aquella noticia había bastado para preocupar á Folentin, el cual, sumamente perplejo, había hablado de ello con su mujer. Una mañana entró en el gabinete de Rosa, y sentándose junto á ella, que se estaba arreglando, le dijo:

—Querida mía, mis relaciones con Valentín Raynaud me preocupan mucho; quisiera que fuesen más íntimas. Tengo importantísimas razones para procurar atraerme á ese amigo de tu familia, y me parece que estás un poco seca con él. Si quisieras serme agradable, procurarías atraerle á nuestra casa, con un poco más de amabilidad...

Esta proposición hizo enrojecer á la joven que, irritada, fijó los ojos en su marido.

—Me parece que para dirigirme semejante petición has debido perder el juicio. ¿Voy ó servirte para tus negocios? Si quieres traficar con el Sr. Raynaud, tienes un despacho adonde poder llevarle y engañarle... Mis salones no servirán nunca para ese género de trabajos.

—¡Engañarle!, exclamó Folentin. ¿Por qué no desbalijarle? Me halaga la opinión que mi modo de proceder en asuntos comerciales te merece; según piensas, eres la mujer de un bandido. No tanto, ni es mi intención pedirte que viertas narcóticos en el te del Sr. Raynaud, no hago más que manifestar el deseo que siento de verle más á menudo en nuestra casa.

—¿Quieres que le invite? Pues bien, le invitaré.

—Bueno, pero que no parezca que desempeñas una comisión penosa. Hazlo con esa encantadora amabilidad que te distingue cuando haces las cosas con gusto...

—Seré amabilísima. ¿Quieres algo más?

—No. Con eso me doy por satisfecho.

—Menos mal.

Con verdadera alegría, Rosa se vió, de este modo, obligada á recibir á Valentín en la intimidad, y se apresuró á cumplir la promesa que á su marido había hecho; pero con gran sorpresa suya tropezó con una tenaz resistencia por parte de Raynaud. Invitado con la delicada amabilidad pedida por Folentin, el ingeniero se había excusado, alegando pretextos fútiles; parecía haber tomado la firme resolución de no ser comensal del marido de Rosa. Este pudo observar la frialdad con que Raynaud acogía las tentativas de la baronesa, y esto le preocupó desde el punto de vista de los negocios. Las sospechas de una ingerencia extranjera en las operaciones de Evans y Raynaud arraigaron más y más en su espíritu, y en vez de conformarse con este resultado, se empeñó en vencer. Rosa, sin embargo, escudándose con el deseo de su marido, había prodigado todo género de atenciones á Valentín, y al parecer, cuanto más amable se mostraba ella, menos reconocido se mostraba él. Entonces fué cuando la esposa de Folentin, cambiando de táctica, dejó de ocuparse de Raynaud para reanudar sus coqueterías con el marqués de Condottier.

III

Una mañana, al volver al hotel, Raynaud encontró una carta de Evans. Era la contestación á sus lamentaciones.

«Mi querido Valentín: Todo cuanto refiere de su existencia en París me demuestra que se equivocó usted al dejarme y volver á su patria. Para arreglar nuestros negocios en Europa hubiéramos podido enviar á Sambeli, que habla todos los idiomas, y que habría sido un corresponsal admirable; pero, sin atreverse á confesarlo, usted se moría por ver de nuevo á Rosa. Pues bien, la ha visto usted más hermosa y seductora que nunca, y lo que usted me cuenta hace que sienta grandes inquietudes por su tranquilidad. Una mujer que de semejante modo se manifiesta á un hombre, sólo puede ser una redomada coqueta, á no ser que sea una enamorada sincera, y yo me inclino á creer, hasta que tenga una prueba de lo contrario, que es una coqueta, en cual caso, ¡pobre Valentín! ¿Adónde va usted? Usted no puede adivinar lo que le reserva ese pequeño monstruo adornado, perfumado, ondulado y vestido de sedas y encajes, que jugará con su corazón inocente y lo destrozará con sus garras, sólo para verlo palpitar ante sus ojos. ¿Cómo imaginar que esta Rosa pueda tener para usted ni la apariencia de un sentimiento afectuoso, pues sólo de ella dependía el haberse convertido en su esposa, cuando vió que usted la amaba y le dejó marcharse? No, amigo mío; pierda usted toda esperanza de recobrar esa mujer. Es de las que conquistan, no de las que se dejan conquistar. El orgullo me parece que es el móvil de todas sus acciones, y es mucho más terrible porque nada puede moderarlo ó debilitarlo. Acuérdese de lo que en Tampico le dije una noche mientras veíamos bailar unas gitanas al son de panderetas y mandolinas. Una de aquellas mujeres se había prendado bruscamente de usted, y entre las lascivas excentricidades de su *flamenquismo* le dirigía las más abrasadoras miradas y las sonrisas más excitantes; usted no parecía fijarse en ella y fumaba distraídamente, cuando loca de despecho se lanzó hacia usted, poniéndole el cuchillo en la garganta. Pues bien; aquella morena mexicana, con su brutalidad, era mil veces menos peligrosa que Rosa con sus habilidosas restricciones y sus provocaciones disfrazadas. Cuando la joven francesa le obligó á que le dijese si usted opinaba que debía casarse con Folentin, era mucho más agresiva que la mujer del estilete al decirle: «ámame ó te hiero.» Y todo cuanto usted me explica de los manejos de su marido, el banquero, para hacerle caer en los lazos financieros que le tiende, me manifiesta claramente las tentativas de que usted es objeto y me dan á comprender que el barón y la baronesa están de acuerdo para meter mano en los negocios de Chiquito. Pero por esta vez no será, pues es asunto que no se relaciona con usted únicamente, y por mi parte estoy en guardia. Aquí todo marcha perfectamente. Nuesrros ingenieros son de confianza, y llevan los negocios de tal modo que mi presencia no es necesaria. Tomaré, pues, un buque que me lleve á Nueva Orleans, y desde allí, una vez que haya hablado con Simpsom, que ofrece veinticinco millones de dollars por la extracción del cobre, me embarcaré con rumbo á Francia. Espere usted, pues, verme llegar tres semanas después que mi carta. Quiero descansar una temporada, y en ninguna parte mejor que á su lado puedo pasar estas vacaciones. Dios haga que no sean demasiado tristes. Querido compañero de mi edad madura á quien quiero como un amigo de la niñez, permítame acariciar la esperanza de que no le veré desgraciado. Una vez conseguí consolarle con las apasionadas aventuras del trabajo. ¿Estoy destinado á la dolorosa labor de compadecerle todavía? Tengo cuarenta años, Valentín, y durante mi agitada existencia he visto mucho. Pues bien, yo le juro que no hay en la tierra una sola mujer que merezca la pena de los disgustos que por ella se pasan. Yo se lo diré de viva voz y de modo más convincente. Entre tanto, no se atormente demasiado, y crea que si para asegurar su felicidad no hace falta más que dar millones, no habrá nada que me impida verle dichoso. Suyo de corazón, *Evans.*»



Una mañana, al volver al hotel, Raynaud encontró una carta de Evans

Esta carta animó á Valentín. Cuando vió á Folentin le dijo:

—No puedo ultimar nada con usted en ausencia de mi amigo Evans, pero éste llegará próximamente. Él mismo le dirá cuáles son sus intenciones.

—En verdad que me encanta la idea. Me alegro que venga porque no sé tratar los negocios á distancia, y estoy seguro de que en una hora de conversación nos entenderemos mejor que en tres meses de correspondencia. Anunciaré á mi mujer la llegada del Sr. Evans, y estará encantada haciéndole los honores de París.

La baronesa pareció menos encantada de lo que había previsto Folentin.

—Te prevengo que tendrás que tratar con un hombre de mucho cuidado, dijo á su marido; Ralph Evans, al que conocí en Beaumont en casa de mi padre, es un hombre muy frío que no se dejará alucinar por ti. Es hombre que te meterá en el bolsillo, créeme...

—¿Me juzgas tan tonto? Ten la seguridad de que no ha nacido todavía quien engañe á Folentin. Veremos lo que resultará ese famoso Evans cuando le tenga á solas en mi gabinete.

—¿Qué has alcanzado de Raynaud hasta ahora?

—Raynaud no es un hombre de negocios. Es un industrial que no sabe nada de combinaciones financieras; en cuanto se le saca de sus máquinas no es nadie. Pero Evans, es otra cosa; es un manipulador de capitales, y cuando se lo explique comprenderá el modo de multiplicar sus fondos...

—Me parece que no ha esperado á conocerte para saberlo.

—No lo sabe todo, y es seguro que ignora mi manera de proceder. Acoge á Evans como has recibido á Raynaud, y yo me encargo de lo demás.

(Continuará.)

EJERCICIOS CON UNA TOALLA

Serie sencilla y agradable de movimientos del cuerpo para que los niños se conserven sanos y contentos

Me parece que estoy oyendo exclamar á alguna madre malhumorada: «¡En mi vida he oído mayor disparate! ¡Que un niño casi sin ropa se ponga á hacer ejercicios, para que pesque una pulmonía!» Sin embargo, es esa una idea muy equivocada. Cuanto más aire y luz bañen el cuerpo desnudo de un niño, tanto más disfrutará de salud, según todas las probabilidades.



Fig. 1. – Teniendo sujeta en cada mano los extremos de una toalla, la niña se frota la pierna de arriba abajo.

Claro está que en estos nuestros climas tan variables ha de tenerse en cuenta esa cualidad muy recomendable que se llama sentido común, y que no se ha de dejar que un niño que ha estado abrigado hasta las narices con paños y pieles, viviendo en habitaciones con exceso calentadas, principie de repente á tomar baños de aire y de luz y á hacer los ejercicios que recomendamos con la toalla; el cambio hay que irlo efectuando gradualmente.



Fig. 2. – Luego extendiendo las manos sobre la cabeza é inclinándose hacia adelante, sin doblar las rodillas, tratará de tocar el suelo.

Supongo que todas las noches se da al niño un baño caliente, así es que por la mañana sólo hay necesidad de una regular esponja empapada en agua fría, con lo que no quiero dar á entender que esté helada, sino que tenga la temperatura que suele tener en verano. Mientras se le dé ese baño de esponja, los pies del niño han de estar en agua caliente y no debe exceder su duración de dos minutos, y al terminar, hay que secarle muy bien, frotándole con una toalla turca.

Fig. 3. – Los brazos se moverán con rapidez hacia atrás y hacia adelante

Cuando ya tenga bien enjuta y caliente la piel, terminará el procedimiento de secarse poniendo alternativamente cada pie sobre una silla y cogiendo en cada mano, con firmeza, un extremo de la toalla de baño, se frotará con ella las piernas de arriba abajo (fig. 1).

Luego deberán seguir unos cuantos ejercicios sencillos; para que éstos produzcan algún bien, han de hacerse con todo cuidado y gusto. La sola idea de tener que hacer diariamente una serie de ejercicios, es lo bastante para que pongan los pequeños mala cara y para que los músculos se muevan con flojedad y sin resultado.



Fig. 4. – Tendida en el suelo, la niña colocará la toalla bajo la planta del pie, y cogiéndola bien sujeta, un poco más arriba de la rodilla, encogerá y estirará la pierna alternativamente.

Lo que mortifica á un niño hace más mal que bien. La gran cosa, pues, es dar todo el atractivo posible á los entretenimientos saludables. Por esto usamos la toalla de baño, porque manejándola al mismo tiempo que se hace ejercicio, se juega.

Dóblese la toalla á lo largo y díganle á la niña (supongamos que sea una niña) que la coja por cada extremo con las manos y la sostenga bien estirada sobre la cabeza (fig. 2), y después que se incline adelante, sin doblar las rodillas, á ver si puede tocar el suelo, repitiendo el movimiento.

Esto es muy bueno para los músculos de la espalda y para todo el aparato digestivo; puede repetirse hasta seis veces. Se hará más variado el ejercicio llevando la toalla varias veces hacia atrás.

Se ensayará después un movimiento de brazos. La niña, de pie, con la toalla pasada por los hombros, descansará las manos sobre el pecho. Luego, con rapidez, moverá los brazos hacia adelante y hacia atrás, cuidando de tenerlos siempre á la altura de los hombros (fig. 3), repitiéndolo media docena de veces. Otras tantas alzará los brazos, dejándolos caer luego con energía á los costados.

Estos movimientos no sólo desarrollan todos los músculos de los brazos, sino que ensanchan el pecho, allanan la espalda, aceleran la respiración y activan mucho la circulación de la sangre. Si se mide con frecuencia el pecho de la niña, se verá que en poco tiempo aumenta en varias pulgadas, si diariamente se efectúan esos movimientos. Un pecho bien desarrollado y una espalda derecha preservan de modo extraordinario á los niños de toses y resfriados y otras ligeras indisposiciones á que están más ó menos expuestos.

Fig. 6. – Para tener los tobillos fuertes y que el pie no se aplane, ha de oprimirse el pie con fuerza contra la toalla.

Todos deseamos que nuestros hijos tengan unas piernas bien conformadas. Para conseguirlo deben hacer los siguientes ejercicios, que, como mejor se practican, es tendiéndose en el suelo. La toalla, doblada en la misma forma que antes, se pasa bajo la planta del pie derecho, la niña la sujeta con fuerza por cada lado un poco más arriba de la rodilla; con la toalla se encoge y estira la pierna media docena de veces y luego se hace lo mismo con la izquierda (fig. 4).

Pueden fortalecerse los músculos de los muslos pasando la toalla bajo ambas rodillas, encogiendo las piernas todo lo posible y estirándolas luego con fuerza (fig. 5). Estos ejercicios han de hacerse con suavidad, sin sacudidas, especialmente los varones pequeños.

No sólo mejoran la forma de las piernas y las fortalecen, sino que endurecen y vigorizan los músculos abdominales y tonifican los órganos internos, haciendo desaparecer los sueños intranquilos.

Ningún niño puede estar por completo sano si tiene los tobillos débiles y los pies planos. La utilísima toalla puede emplearse para contrarrestar cualquier propensión que en ese sentido se notara. Siéntese la pequeñuela en una silla bastante alta, colóquese la toalla bajo la planta del pie y mándenle que suba y baje con fuerza el pie contra ella sin mover la pierna (fig. 6).

Para que haya un poco de variedad, puede ahora la niña ponerse de pie, y cogiendo la toalla con ambas manos, pasarla por la espalda. Primero se levantará la mano derecha, luego la izquierda, después se frotará la toalla por la espalda en sentido diagonal para poner en ejercicio los músculos de los hombros, espalda y brazos (fig. 7).

No hay que olvidarse de que la niña haga, antes de principiar sus ejercicios, media docena de inspiraciones largas y profundas, teniendo la boca completamente cerrada. Si así no pudiera respirar por la nariz, sería señal de que hay probablemente en ella alguna obstrucción, pero por lo general suele ser únicamente por falta de costumbre.



Fig. 5. – Para fortalecer los músculos de los muslos, la toalla se pondrá bajo las rodillas, luego se encogerán las piernas todo lo posible y se separarán del cuerpo con fuerza y rapidez.

Para averiguar si hay algo anormal en la nariz ó en la garganta, hágase que la niña cierre bien la boca y apoye el índice contra un lado de la nariz y haga tres aspiraciones por el lado contrario, y luego que cambie el dedo y repita las inspiraciones. Hay que fijarse en ver si respira igualmente bien por ambos conductos.

Fig. 7. – Frotando la toalla diagonalmente por la espalda, se ejercitan los músculos de los hombros, espalda y brazos.

Estos ejercicios, que á la vez son juegos, pueden terminar tratando de ver quién arrastra á quién, cogiendo la niña un extremo de la toalla y su madre ó niñera el otro, y no hay tampoco razón para que no sea el padre el que lo efectúe. Para entonces ya estará la niña muy alegre y dispuesta (figura 8).

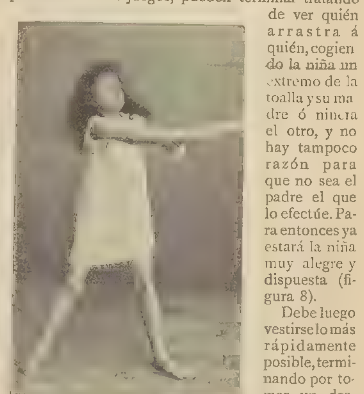


Fig. 8. – Se terminarán los ejercicios viendo quién arrastra á quién

Debe luego vestirse lo más rápidamente posible, terminando por tomar un desayuno ligero y sano. No

hay nada mejor que principiar el día tomándose un plato de sopas de leche. Para postre, una manzana ó una naranja, y si todavía tiene la niña apetito, una rebanada de pan moreno con manteca. Terminado el desayuno, lo mejor será salir á saltar y á correr al aire libre, ó si el tiempo no lo permitiese, dedicarse á la raqueta, al volante ó á saltar la cuerda en una habitación espaciosa y bien ventilada.

Concluído el juego, la pequeña se encontrará en disposición de beber un poco de leche y descansar una hora en un cuarto á obscuras, á no ser que sea ya lo bastante crecida para poder dar unas lecciones sencillas, en cual caso las dará, y después, para alegrar el espíritu, otro rato de correr al aire libre, seguido de una comida sana y de descanso.

Si así principian la jornada, los niños pasarán el día contentos y satisfechos, porque si se encuentran con salud y vigor, será raro que se enfaden ó sean impertinentes, pues esto generalmente ocurre cuando no se sienten bien.

Claro está que á veces hasta los niños sanos dan que hacer, pero por lo común es por demasiada alegría y buen humor y de manera muy diferente de la del niño que se encuentra mal.

La enfermedad es siempre un estado anormal, y aunque el niño haya nacido enfermizo, si se le cría bajo un sistema higiénico se evitarán muchas enfermedades.

MARGARITA H. HALLAM.

EL NUEVO ÓMNIBUS AUTOMÓVIL

DE PARÍS

Después de haber sido un vehículo puramente de lujo, el automóvil va á ponerse al servicio de las clases humildes. En efecto, la Compañía General de Omnibus de París ha realizado ya ensayos con varios modelos para substituir la tracción animal por el motor de petróleo ó de bencina, habiendo sido el primero ensayado el del conocido constructor M. Serpollet, que el adjunto grabado reproduce.



El nuevo ómnibus automóvil de París

Los brazos del marco son de acero perfilado muy resistente y en la parte delantera están situados el motor de vapor de 40 caballos y la caldera. Nada diremos del motor, por ser bien conocido el funcionamiento de esta clase de aparatos; la caldera se calienta por medio de mecheros alimentados con aceites pesados de brea. Un sistema de alimentación especial inventado el año pasado por M. Serpollet permite dar al generador el calor proporcionado á la cantidad de agua que facilita la bomba, y por consiguiente, cuanto más vapor exige el motor, más agua y más combustible recibe la caldera. Esta distribución proporcional se efectúa por medio de un aparato alimentador colocado á un lado del marco.

En este automóvil se ha suprimido el cambio de velocidad, aparato pesado y molesto que en los coches de petróleo sigue siendo un órgano indispensable á pesar de sus inconvenientes; de manera que el movimiento se transmite directamente del motor al diferencial, y de éste, por medio de cadenas, á las ruedas traseras.

Presenta este ómnibus otra particularidad digna de mencionarse, y es la de que el conductor ocupa el sitio de la izquierda de la delantera, siendo así que en todos los vehículos va á la derecha. Esta es una reforma hija de la observación. Como los automóviles tienen una velocidad superior á la de los vehículos de tracción animal, en las carreteras han de pasar delante de éstos; ahora bien, todos los vehículos llevan siempre la derecha, y el *chauffeur*, si también va sentado á la derecha, no puede desde su sitio ver un vehículo que vaya en sentido contrario cuando está detrás del otro delante del cual quiere pasar, y por consiguiente, cuando quiera forzar el paso correrá el riesgo de una colisión. Para evitar este peligro el asiento del conductor en el nuevo ómnibus está á la izquierda, y de esta manera podrá saber siempre si el camino está libre ó no.

El coche tiene 30 asientos y lleva sobre el imperial un toldo.

En orden de marcha, vacío, pesa 3.500 kilogramos, y en plena carga cerca de 6.000.

Además de este ómnibus de M. Serpollet, se han ensayado otros varios con motores de explosión, siendo de esperar que entre tantos no dejará de encontrarse el modelo más conveniente para esta locomoción democrática.—F.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Escuela española de canto, por *Juan Torras*. – Fruto y resultado de sus largas enseñanzas en la capital de las que fueron nuestras Antillas, ha publicado este maestro una obra de indiscutible importancia, que ha de reportar á quienes la lean y estudien las ventajas que su autor se propuso al escribirla. Basta leer el sumario para comprender su finalidad y la extensión de la labor realizada por nuestro amigo, que tiene derecho por este solo hecho á la consideración y á la simpatía de todos cuantos se interesan por la cultura musical de nuestra patria.

Prados arbóreos, por *Celedonio Rodrigáñez*. – El subtítulo de este libro, «apuntes y datos para aprovechar el follaje de los árboles y arbustos en la alimentación del ganado,» y la competencia de su autor, son la prueba y garantía mejores de su importancia, importancia tanto más grande cuanto que la escasez de forrajes impone la necesidad de acudir con urgencia en auxilio de la ganadería proporcionándole los recursos de alimentación suficientes para su fomento, y favoreciendo a la vez en alto grado á la agricultura. La obra del Sr. Rodrigáñez, de la que puede decirse que resuelve el problema de las subsistencias, ha sido editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos, y se vende á dos pesetas en rústica y á 2'50 encuadernada.



Mujeres que ríen, cuadro de A. Castelucho. (Salón de París de 1905.)

Memoria de los trabajos llevados á cabo por la Comisión ejecutiva de la Junta magna para el socorro de los damnificados por el desbordamiento del río Turia, ocurrido el día 10 de noviembre de 1897. – A la galantería de D. Ramón de Castro Artacho, presidente de la Junta de Socorros del Ateneo Mercantil de Valencia, debemos un ejemplar de la interesante Memoria, en la que se enumeran los trabajos realizados, así como la cuantía de los socorros y su inversión, dando con ella testimonio evidente de la nobilísima empresa que se llevó á cabo mitigando la extensión del desastre que tan numerosos perjuicios produjo. Forma la referida Memoria un elegante volumen de 150 páginas, esmeradamente impreso en la tipografía de Doménech, de Valencia, profusamente ilustrado con reproducciones de las casas construídas para los damnificados.

Tratado de sociología, por *Eugenio M. Hostos*. – La «Sociedad de Enseñanza» de Santo Domingo acordó la publicación de las obras del que fué gran pensador, filósofo, pedagogo y sociólogo Eugenio M. Hostos, prestando con ello un eminente servicio á la ciencia. Una de ellas, *Tratado de sociología*, ha sido editada por la casa Bailly-Bailliere, de Madrid, y contiene las lecciones que sobre Ciencia Social explicó el Sr. Hostos á sus alumnos en 1901, que constituyen un completo estudio de tan importante materia. Véndese el libro encuadernado en tela á cinco pesetas.

Jochs Florals de Mallorca. 1904. – Por acuerdo del Ayuntamiento de Palma se ha publicado un tomo que contiene las inspiradas poesías de J. Bofill, María A. Salvá, Emilia Sureda, José Carner, José M.ª Thous, Lorenzo Riber y María J. Penya, y los notables trabajos en prosa de Juan Roselló, premiados en los Juegos Florales celebrados en aquella ciudad con motivo de las Ferias y Fiestas de 1904. En él se insertan además los interesantes discursos de los Sres. Costa y Llobera, Alzamora y Amengual. El tomo ha sido impreso en Palma en la imprenta de F. Soler Prats.

Diccionario Salvat. – Se han publicado los cuadernos 13 á 20 de esta obra que edita en Barcelona la casa Salvat y C.ª con numerosos grabados intercalados en el texto, mapas, láminas en colores, etc.

Hermann y Dorotea, poema de *Goethe*, versión española de *J. M. Ballester*. – La casa editorial barcelonesa de Olegario Salvatella ha publicado esta hermosa obra del inmortal poeta alemán. Nada hemos de decir en elogio del poema, que no por ser menos conocido que otros del mismo autor deja de encerrar bellezas sin cuento. El precio de la obra, que forma un tomo de 132 páginas, es de una peseta.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 28 de agosto de 1905 — Núm. 1.235

LOS NEGOCIADORES DE LA PAZ RUSO-JAPONESA EN LOS ESTADOS UNIDOS



M. Witte. Barón Rosen. Presidente Roosevelt. Barón Komura. M. Takashira.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT Y LOS PLENIPOTENCIARIOS RUSOS Y JAPONESES A BORDO DEL «MAYFLOWER.»

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie del presente año, que es «La casa de los mochuelos,» interesantísima novela de la célebre escritora alemana Eugenia Marlitt, y que está profusamente ilustrado.



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La tarde está velada, gris, pensativa; los árboles, al través de la niebla, parecen trazados por difumino suave; las lejanías de montaña se confunden con el cielo vaporoso, de mojado tul... Y, no sé por qué, siento impulsos de hablaros de un poeta.

Es cosa que me sucede rara vez. Generalmente guardo para mí sola las impresiones de este género. Si se trata de poetas españoles, más cerrada aún mi alma en secreto y mutismo. Porque Dios nos libre de varias cosas: de pleiteantes que os explican su asunto; de enfermos imaginarios que os cuentan su mal; de enamorados que os hacen confidencias, y de literatos de vuestra época, que todavía no se han muerto, y de quienes, por consiguiente, sólo primores podéis decir, y sobre decir primores, quedáis indispuestos con ellos todavía, porque nunca cortáis la alabanza á la medida gigantesca de la vanidad.—Pero este poeta de mi cuento es sudamericano, y viene de París, donde la crítica es aguda y delicada. Como yo sólo tengo que referirme á la grata emoción penosa de sus últimos versos, espero que no ha de tomármelo á mal Rubén Darío.

* * *

He sido siempre partidaria de este poeta, no poco admirado y bastante discutido. Desde *Azul*, donde entre páginas de prosa hay una perla poética como *Invernal*, sigo su carrera brillante y noto sus esfuerzos por renovar los moldes de la poesía castellana, que es la misma en que los hijos del otro continente, que nacieron de nuestra raza, tienen que versificar forzosamente. Esta parte técnica de la labor de Rubén Darío no es lo que más me importa, porque en todos los metros cabe hacer versos buenos y versos malos, y porque el verso, para mí, más que forma, es expresión... No significa esto que yo no aprecie la factura, la filigrana delicada y la perfección desesperante; habrá siempre inferioridad en el poeta que no domine su arte é ignore los secretos; pero no es con ellos con lo que se llega al corazón. La poesía, su carácter peculiar, es de fantasía y sentimiento, y á veces la copla popular, sencillísima de factura, causa un movimiento íntimo, misterioso y noble, mejor que un impecable poema de Leconte de Lisle.

Y al hablar de sentimiento, tampoco quiero significar con esta palabra las lacrimosidades sentimentales, los suspirillos que pueden confundirse con el flato. No; el sentimiento debe ser bravío y varonil, contenido y violentísimo, sobre todo profundo é inefable. Es muy frecuente creer, equivocándose, que el sentimiento endulza y reblandece. Tal sentimiento es molicie ó *morbidezza*, algo infantil. No es ese el efecto de la poesía, tan bella en lo técnico y tan honda en lo sensible, de un Leopardi. No es ese el efecto de los versos, á mi ver muy sentidos, de Rubén Darío—me refiero á los más recientes.

* * *

Rubén Darío, en las vibrantes estrofas de *Invernal*, expresó una sensualidad refinada, sobre un fondo lujoso y muelle, en la cámara tibia, de paredes vestidas de seda, mientras en la chimenea estalla en chispas fugaces el tuero brillador.

¿No os ha sucedido esta aventura de lectura? Los primeros versos que conocéis de un poeta se os graban en la memoria, y para vosotros, quizás toda la vida, aquel poeta sigue siendo el hombre de aquellos versos, el de aquella sensación especial... Y necesita un poeta crecer mucho para destruirse á sí mismo, para borrar de vuestro pensamiento su antigua imagen y reemplazarla con la nueva...

Y esto es lo que bellamente nos refiere Rubén Darío:

DE OTOÑO

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora
con aquella locura armoniosa de antaño?
Esos no ven la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje al amor de la brisa
cuando empecé á crecer, un vago y dulce son:
pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa,
dejad al huracán mover mi corazón.

Esa obra profunda de la hora es la que transforma á cuantos llevan en sí poder de desenvolvimiento, á cuantos no se enquistan porque se han agotado, y porque la única cuerda en ellos resonante era la de la juventud. Hace tiempo que Rubén Darío dejó de ser para mí el poeta de *Invernal*. Y ahora acabo de leer su libro, tan blanco y largo, tan claro de impresión, tan ancho de márgenes, para dar cabida á los prolongados metros -*Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas*,—y siento esa elevación que determina la música wagneriana, heroica y fatalmente triste.

Un aspecto de este libro es la profesión de fe optimista acerca de los destinos futuros de la raza latina... No atribuyo gran valor tampoco, para el efecto estético y la acción sobre la sensibilidad, á la filosofía peculiar de cada poeta. Y creo, y confirman esta creencia palabras del prefacio de *Cantos de vida* y versos entresacables de la colección, que Rubén Darío no lleva el optimismo en su razón pensadora, sino en su corazón de poeta ansioso de ver revivir la gran raza artística heleno-latina, de la cual forma parte: pero esto ni quita ni pone á la grandiosidad del himno titulado *Salutación del optimista*. Lo prefiero al *Sursum corda* de Núñez de Arce.

Confieso que mis ojos son de los que ven «zodíacos funestos;» declaro que, si me lanzase á predecir, no predeciría dichas para Hispania, al menos para la Hispania del lado acá del Atlántico. No obstante, el himno del poeta me transporta, mientras lo leo, á las regiones de la divina reina de luz, la esperanza celeste. Y es una asunción consoladora. Hay que dar lo suyo al ensueño, no negar la posibilidad de ninguna hipótesis, y serlo todo, ser lo más distinto de nuestra verdadera conciencia, una hora al día ó un día al año. Mi hora de esperar—para desesperar después—se la debo al poeta.

Como él, yo aclamaría entusiasta al rey escandinavo que aclama á España ardientemente, pues es difícil explicar hasta qué punto los pesimistas llevamos en las venas el entusiasmo más acendrado, porque el dolor lo reconcentra y activa. Y, como el poeta, damos gracias á Oscar «por la sangre solar de una raza de oro,» sin querer ver, al menos mientras resuena el canto, el plomo vil y el cobre lleno de mugres, óxidos y verdines.

* * *

Y yo también me complacería en desafiar, en retar al hombre del rifle, al Goliath norteamericano, en nombre de los cachorros sueltos del león español que se crían y echan garras y dientes allá en América. Porque doloroso juzgo que la América española, según los temores de Rubén Darío, llegue á ser yanqui; pero más amargo aún que lo fuese sin protesta, entregando su significación y su carácter, como la doncella cautiva entrega temblando su virginidad á un irresistible vencedor. He ahí una cuestión en que no soy pesimista. América, la América del grande Moctezuma, ama demasiado su libertad para no defenderla.

* * *

Entre los *Cantos de vida* hay uno que me resuena en el alma con largas resonancias de eco clamoroso. Los efectos más artísticos, la amplitud antigua y sublime de la *Marcha triunfal:*

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las famas erigen sus largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes,
llevados por manos robustas de heroicos atletas...

Yo siento además un placer al percibir la armonía de estos metros, por muchos lectores considerados rudos, extraños y sordos; al medirlos mentalmente, y apreciar sus divisiones y tiempos, como los he apreciado en Carducci y en Leconte de Lisle, ó mejor todavía; pues por bien que se conozca un idioma extranjero, los artificios y bellezas de la métrica no se saborean igual que en la lengua que aprendimos en el seno de nuestras madres. No es el castellano idioma muy dócil para prestarse á innovaciones; carece de flexibilidad, de agilidad; sus articulaciones son rígidas, y por otra parte, habrá siempre diferencias esenciales, en este respecto de la versificación, entre el latín, el griego y el castellano, en el cual la medida del tiempo no es tan exacta, tan rítmica, como en las lenguas clásicas. Por eso ciertas composiciones de Rubén Darío, si se leyesen en alto, exigirían del lector, para diferenciarlas debidamente de la prosa, el oído más fino y la más acertada dicción.

* * *

Hay en este volumen de Rubén Darío descripciones completas en breves pinceladas, que revelan la maestría y la intensidad de la imaginación, capaz de representarse de un modo plástico los símbolos y las mitologías; de nadie vistas sino en la maravillosa cámara obscura interior donde transformamos la realidad.

Una muestra:

. . . .
El cisne en la sombra parece de nieve;
su pico es de ámbar, del alba al trasluz;
el suave crepúsculo, que pasa tan breve,
las cándidas alas sonrosa de luz.
Y luego, en las ondas del lago azulado,
después que la aurora perdió su arrebol,
las alas tendidas y el cuello enarcado,
el cisne es de plata, bañado de sol.
. . . .

El cuadrito, el doble painel fino, abocetado, rehuye toda prolijidad descriptiva. ¿De qué se trata al describir en verso, y acaso en prosa? Sencillamente de producir una sensación semejante á la que produciría la contemplación de lo descrito. Este resultado se obtiene por procedimiento, sucinto y fuerte, al retratar, como retrata el poeta (compitiendo con esos pintores del siglo XVII que no pintaban sin la menor complicación, aunque no sin refinado cálculo), á la abadesa:

. . . .
En la forma cordial de la boca, la fresa
solemniza su púrpura; y en el sutil dibujo
del óvalo del rostro de la blanca abadesa
la pura frente es ángel y el ojo negro es brujo...
. . . .

Aquí la impresión pictórica no depende de prolijo empaste ni de diseño insistente y minucioso; dos ó tres rasgos, y todos vemos esa fresa encendida de los labios, esa frente marfileña, ese negro mirar, que tantas veces nos han solicitado con su atractivo enigmático, ya en los pasillos de un museo, ya en el claustro de un convento donde no hay monjas, ya en las estancias de un viejo y aristocrático palacio.

* * *

Y ¿no vale más haber hablado de poesía, espigado en una colección donde gimen las nostalgias y gritan sonoramente los ecos triunfales, que ocuparnos de la anarquía en el campo andaluz, y comentar, recogiéndolo de las páginas de la prensa, el relato estremecedor del saqueo organizado y de las bandas hambrientas que recorren el campo y asaltan las ciudades y se procuran armas de fuego, sin que á esos desesperados se les socorra ni se les reprima? Cuando lo real es tan negro, la poesía parece más dorada aún.

EMILIA PARDO BAZÁN.



ILUSTRACIONES DE LA OBRA «MIREYA,» ORIGINALES DE EUGENIO BURNAND, QUE FIGURAN EN LA EDICIÓN DEL POEMA PUBLICADA EN LA «BIBLIOTECA UNIVERSAL.»

MISTRAL ÍNTIMO

El homenaje tributado á Echegaray con motivo de la concesión al popular dramaturgo español del premio Nobel, evocó en mi alma el recuerdo de Mistral por una lógica asociación de ideas. El premio Nobel, de literatura, por esta vez, como dijo el poeta, ha sido partido por gala en dos. Se han igualado, se han equiparado los méritos literarios de dos grandes poetas que no tienen apenas otro punto de contacto que ser verdaderamente grandes y geniales.

A Echegaray se le ha discutido en esta ocasión, como en tantas otras, y las pasiones, al caldear la atmósfera, han hecho más vehemente la explosión del entusiasmo popular, que ha hecho vibrar, días enteros, los nervios del escritor que ha tenido en tensión los de las varias generaciones subyugadas por la fuerza sugestiva ó hipnótica de sus obras.



FEDERICO MISTRAL EN 1864

Mistral no ha sido discutido ni puede serlo. Su obra es menos copiosa que la de Echegaray, pero es impecable, armónica, serena, con esa majestad de las grandes creaciones del arte helénico, cuya belleza inmortal parece hecha para ser admirada y sentida por todos. La sencillez ática de la poesía y prosa de Mistral es bien conocida, pero pudiera sospechar se que no es espontánea, sino producto de una lima severa, hábilmente disimulada. No es así, sin embargo, porque en las cartas íntimas, escritas al volar de la pluma, brillan una sinceridad, candor y entusiasmo que voy á poner de manifiesto, cometiendo la indiscreción de publicar tres cartas inéditas del gran poeta provenzal, tomándolas del archivo de la Biblioteca Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú, donde se custodia, completa, la correspondencia cruzada entre Balaguer y Mistral. Una amistad verdadera y profunda unió aquellos dos altísimos poetas. Cuando el destierro político de Balaguer, la granja de Mistral en Maillane, Bocas del Ródano, estaba á disposición del proscrito, á quien se esperaba como expresa el billete que reproducimos y dice: «Venid, venid, venid. Os espero el sábado á almorzar, con los brazos y el corazón abiertos. Tenemos mil cosas que contarnos. Os quiero.—*F. Mistral.*—Maillane, jueves, mañana.»

La letra de Mistral es nerviosísima, muy pequeña, microscópica. Del estilo epistolar juzgará quien leyere las cartas cuya traducción insertamos.

«Mi querido amigo: He aquí el mensaje de gratitud que os debía y viene en provenzal. ¿Queréis la traducción? No. Vos sois tan entusiasta como nosotros de la lengua de Oc y sería inútil. Estoy cada día más encantado de vuestro diario, que encuentro hecho á maravilla bajo todos aspectos. El grabado del Montserrat es muy lindo y la impresión honra las prensas de M. Manero. Veo que continuáis coronándonos de flores en vuestras correspondencias de Aviñón, y os doy gracias, con efusión, por todos los tesoros de afecto que nos prodigáis.

»Sois el corazón más grande del mundo.

»Mi buen amigo, ahí va una noticia que os pido insertéis en vuestras correspondencias parisienses. Vos conocéis á Falconis, autor de la copa de los felibres, quien trabaja con actividad (para la próxima Exposición) en una estatua inspirada en *Calendau* (página 450). Vos sabéis que, tomándolo de nuestro historiador César Nostradamus, inserto allí el hecho legendario que sostiene que el hijo del rey de Francia, Carlos de Valois, exigió que la princesa provenzal se presentara desnuda á sus enviados, porque temía que tuviese algún defecto corporal por ser hija de Carlos II el Cojo.

»Falconis me escribe que su estatua está casi concluída: «Nuestra hermosa princesa Clemencia, dice, después de quinientos años de olvido, gracias á la poesía y á la escultura cobra nueva vida.»

»Sus formas encantadoras se dibujan más cada día en la dócil arcilla; ya la vista puede abarcar, abrazándolo, en su absoluta desnudez, el bellísimo cuerpo que hizo estremecer á los enviados del rey de Francia. El sentimiento de noble altivez empieza á revelarse en esta hermosa testa. Tengo sobradas razones para creer que dicha escultura tendrá admiradores en el próximo *Salón*. Falconis, probablemente, vería con gusto que los periódicos anticiparan algo referente á su estatua. Este es para vos un hermoso asunto, querido amigo, con tanto mayor motivo por cuanto le debéis un artículo y es conocido vuestro. Es el autor de la *Cataluña* de la copa y de una estatua de Ximénez.

»Cuando os ocupéis de esto no dejéis de enviarle un número. Falconis, 9 bis, avenue de Ségur, París.

»Adiós, os quiere mucho—*F. Mistral.*»

«N. B. Por supuesto que voy leyendo, á medida que las recibo, vuestras espléndidas poesías, verdadero volcán de entusiasmo y de lirismo. Debo confesaros que no concibo nada tan hermoso, en lengua alguna, como vuestra oda admirable *A Luis Cutchet.*»

«Mi querido Víctor. Gracias por vuestras dos cariñosas cartas; este recuerdo cuando vuestro regreso, en plena dicha, acabaría de probarme que sois el más noble corazón del mundo, si yo no hubiera estado convencido de ello desde el primer día de nuestro conocimiento.

»Ya he dicho, y os lo repito íntimamente, que sois uno de los pocos hombres que admiro en este mísero mundo y de los que quiero con toda mi alma. Me parece que todas las cosas que me son gratas deben serlo también á vuestros ojos. Fuera de algunos verdaderos amigos que me conocéis y también lo son vuestros, no he encontrado nunca un carácter que por naturaleza me fuera tan simpático como el vuestro. Sois de aquellos á quienes puede decírseles todo en la seguridad de ser comprendido, á los cuales se les puede confiar todo con la certeza de tener un confidente leal; pero os digo cosas que vuestro grande y enérgico carácter ha convertido en usuales en los juicios de aquellos que os conocen, que, á la larga, debéis hallarlas triviales. Es para mi propia satisfacción para lo que las repito, y soy más dichoso al conoceros y ser apreciado por vos, que el navegante al descubrir una isla con áureos tesoros.

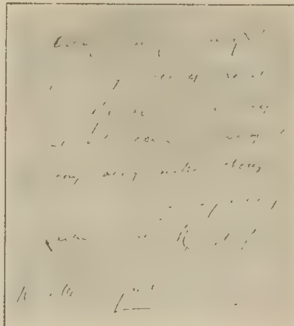
»Debe ser para vos muy dulce encontraros de nuevo en medio de la familia, de amigos y de un pueblo que os adoran; y debe ser para vos una cosa magnífica volver á ver los horizontes de vuestra infancia y sentir todas las impresiones que hacen llorar á los verdaderos poetas. ¡La patria! ¡Qué sensación! ¡Cómo me explico vuestros entusiasmos, vuestra devoción, vuestra santa locura y la dicha de vuestro regreso, yo, que tengo también una patria; yo, que creo en la existencia de esa madre inmensa, fecunda y eterna; yo, que según mis fuerzas y mis medios, me abismo como vos en su piadoso culto!

»¡Adelante, mi buen amigo; seguid valerosamente vuestro camino, sed valiente en el pensar y grande en vuestras aspiraciones! ¡Ah! ¡Qué grandes cosas se harían si mucha gente viera y sintiera como nosotros! El amor á la patria fué el secreto de la antigua Grecia, de esa antigua Grecia que llevaba la energía de ese sentimiento hasta considerar como bárbaros á todos los demás pueblos. Esta pequeña y vieja Grecia domina aún la Historia y la llenará siempre.

»Espero aún á nuestro querido William, á quien confío abrazar esta semana.

»Mis más cordiales afectos á doña Manuela, amistosos saludos á mis conocidos y mi afecto para siempre.—*F. Mistral.* Maillane, 3Xbre 1867.»

Las almas de Balaguer y de Mistral son dos almas gemelas. Viven para la poesía y para el arte, y sienten, por encima de todos los amores terrestres, el amor de la patria con un entusiasmo que se traduce en obras. Balaguer regala en vida sus libros, sus objetos de arte, y dedica la herencia de sus padres y el producto de una labor meritísima á su patria, donándola una Biblioteca pública y un Museo, para cuyo sostén lega, al morir, cuanto le resta. Mistral



UN AUTÓGRAFO DE MISTRAL

hace lo propio; funda en Aviñón una Biblioteca y un Museo regional, y al ver premiada su maravillosa obra literaria con un premio en metálico cuantioso, anuncia, en el acto, su propósito de adquirir un palacio para albergar regiamente los tesoros del arte y de la poesía provenzal, que, con ser tantos, no valen lo que el alma nobilísima de Mistral, el cantor de *Calendau* y padre de *Mireya*.

J. FABRÉ Y OLIVER.

MALAPAD NA BATÓ (1)

(TRADICIÓN FILIPINA)

Mucho antes de que los hombres blancos pisaran las playas luzónicas y de que Li-ma-hong, el célebre pirata chino, midiera con ellos sus fuerzas en la lengua de tierra comprendida entre el mar y la orilla izquierda del Pasig, frente al poblado de Tondo; mucho antes de que el régulo Lacandola afirmase, bebiendo en la sangrienta copa, el pacto de amistad con el adelantado Legazpi; antes aún de que el volcán de Taal, situado en el centro de la laguna de su nombre, hubiera comprimido los penachos de negro humo que á manera de inmenso paraguas cubrían las llanuras de Batangas, los montes de Tayabas, las rizadas ondas de la laguna de Bay, las crestas de Antipolo y las marismas tondeñas, se elevaba, no muy lejos de donde ahora se asienta el pueblo de Taguig, un poblado, á la usanza de aquella época, rodeado de fuerte estacada y de espesos ponos (2) de caña-espino, con una sola puerta de entrada, susceptible de gran defensa.

Las luchas entre los naturales eran continuas y sangrientas: el bolo (3), la lanza y la flecha eran la suprema ley; su única razón, la de la fuerza.

En la orilla opuesta del modesto cauce que servía de desagüe á la laguna de Bay y que iba á desembocar en el mar junto á Tondo, se levantaba otro poblado denominado Pasig, que daba nombre al riachuelo. Éste se deslizaba, rectamente en unos trechos y describiendo marcha tortuosa en otros, por entre tierras sembradas de palay (arroz). Sus márgenes, enteramente pobladas de altos cocoteros, esbeltos plátanos y torneadas bongas, así como de caña-boj y caña-espino, eran, por lo general, sombrías y excesivamente húmedas. Con dificultad penetraba hasta el suelo algún pequeño rayo del brillante sol que arrancaba de las altas hojas destellos luminosos.

Entre los habitantes del poblado de Pasig y los del poblado que llamaremos de Taguig, puesto que más adelante dió origen á la formación del pueblo de este nombre, existía una animosidad profunda, una deuda perpetua é inextinguible de cabezas humanas, por cuanto las cuentas del uno y del otro poblado no eran las mismas, y cuando el uno las juzgaba saldadas, el otro se creía alcanzando una ó dos cabezas, y así recíproca y sucesivamente.

El indio filipino es, y ha debido serlo desde su origen, un ser anfibio: la mitad de su vida la pasa metido en el agua.

Indudablemente se debe esto á los ardores del clima tropical y á lo cálido de la alimentación salitrosa.

En aquella época remota en que no se conocía allí otra indumentaria que el salacot (4) y el bajaque (5) llevados por hombres y mujeres, y en un país en donde el sol abrasaba la epidermis, las abluciones eran casi continuas, y el hondo lecho del cicatero río, atemperante obligado de los caldeados cuerpos.

No se conocían otros caminos que estrechas y tortuosas veredas formadas por el paso de la gente á través de las sementeras y en dirección al río, veredas que desaparecían al coincidir con los pilapits (6).

La agricultura, embrionaria entonces, estaba reducida al cultivo del palay y del camote (7): los cocoteros, plátanos, ates, papayas, mabolos y camias que espontáneamente crecían y se reproducían á orillas del río y de los esteros (8), les daban frutas abundantes, y la tuba (9) era su única bebida espirituosa.

Sus animales favoritos eran el carabao, el vabuy (cerdo), el aso (perro), y el manoc (gallo), los cuales devoraban en sus cañaos (zambras) y en sus demás fiestas.

Los bahaes, agrupados en perfecto desorden, eran miserables viviendas, chozas formadas, la mayor parte, por una cubierta de cañas y de cogon (10) sostenida por cuatro ó seis tocones clavados en el suelo, del que no se elevaban más de un metro. Las del régulo y los manguinones (caciques) estaban construídas sobre harigues (11), con escalera de caña para subir á ellas; tenían nipas (12) en la techumbre en vez de cogon; dindines (tabiques) de caña tejida; piso de saguí (13), y estaban divididas en dos compartimientos y un batalán (14).

Dados estos antecedentes, entremos en materia.

Danna era la hija predilecta del régulo de Taguig.

Tenía diez y siete años y era la hermosura más perfecta, no sólo de aquella ranchería, sino de todas las que poblaban las orillas del Pasig desde la laguna al mar.

Sus formas eran torneadas, sus dientes blancos y sus miradas de fuego.

Cuando soltaba y esparcía en torno suyo su abundante y negra cabellera, quedaba cubierta por ella hasta los pies.



EL ÁNGEL DE LA ORACIÓN, estatua de Rafael Atché

Ninguna otra como Danna sabía bailar el balitao (15) ni cantar el cundímang (16), ninguna otra como ella animar á los suyos en el combate.

Danna era la dalaga (soltera) más codiciada de los bagontaos (soltero) de la ranchería.

Los indios luzónicos siempre fueron inflamables y románticos, y hasta en los tiempos bárbaros tuvieron su poesía.

Anasay, el más valiente y al propio tiempo el más romántico de todos los de Taguig, fué el único que consiguió fijar el corazón de la virgen selvática.

Anasay tenía veintitrés años, el valor de un león y las fuerzas de un Hércules. En el último combate sostenido con los de la ranchería de Pateros había cortado, por sí solo, tres cabezas, que, al regresar, puso como trofeo á los pies de Danna.

Y ésta sonrió al mancebo con la dulce satisfacción de la mujer que ama.

Aimón se había enamorado también de la doncella y había jurado robarla.

Aimón era un bagontao de la ranchería de Pasig, enemiga de la de Taguig.

En lo más rudo de un combate sostenido á flechazos de una á otra parte del río entre la gente de ambos poblados, Aimón vió á Danna con una lanza en la mano animando á los suyos con gritos salvajes, y quedóse prendado de su valor y de su hermosura.

Y desde aquel día, como tigre cauteloso, acechó el momento oportuno para apoderarse de ella.

A veces cruzaba á nado el río y se emboscaba en el mangle (17), donde pasaba oculto horas enteras; á veces también se internaba tierra adentro en demanda de los esteros, confiado en su valor y en sus armas, sin que nunca la hubiera podido encontrar.

Pero no eran únicamente Anasay y Aimón los que estaban enamorados de Danna: lo estaba también el asuang (18), el genio maléfico del río, que tantas veces había contemplado de cerca los encantos de la virgen selvática y acariciado la morbidez de sus formas. Y el asuang era tanto más de temer cuanto que no se hacía visible sino en determinados casos y bajo distintas formas, sin descubrir jamás sus intenciones.

El asuang fué siempre el coco de los indios filipinos, quienes aún le temen hoy como le temieron sus antepasados en los tiempos prehistóricos.

Era una hermosa mañana del mes de marzo.

El sol derramaba por todas partes sus rayos deslumbradores.

La naturaleza lucía en las márgenes del Pasig sus mejores galas.

El volcán rugía sordamente á lo lejos, y la brisa del Norte llevaba hacia Batangas sus penachos de humo y sus tenues cenizas.

Era una hermosa mañana del mes de marzo, y Danna, acompañada de otras dos dalagas y escoltada por Anasay y por cuatro bagontaos más, habíase ido á las orillas del río á coger sampaguitas (19) en sitio bastante separado de la ranchería.

Fué un capricho de la virgen selvática, que todos respetaron.

Aimón, que se encontraba por aquellos lugares, los vió llegar, reconoció á Danna y se emboscó rápidamente, no por temor á la escolta, sino á impulsos del deseo de raptar á la doncella.

Ésta formó un ramo de sampaguitas y se lo regaló á Anasay.

Luego se zambulló con sus amigas en el río.

Había llegado para Aimón el instante supremo.

Rápido como una flecha se arrojó al agua, cortó con agilidad la corriente y asió con su brazo izquierdo el cuerpo de Danna, sin dejar de seguir nadando hacia la orilla opuesta.

A los gritos penetrantes de Danna acudieron presurosos Anasay y sus compañeros.

Su primer impulso fué armar los arcos y disparar sobre el raptor; pero les detuvo el miedo de matar á la doncella.

—Dejadme, que yo me basto solo, dijo Anasay.

Y se lanzó al río, llevando el bolo en la boca.

Aimón se hallaba entonces á una distancia casi igual de ambas orillas y se consideró en salvo con su presa. Redobló sus esfuerzos y siguió avanzando...

De pronto se oyó la voz terrible del asuang semejante al resonar de cien truenos juntos, pero lejanos.

La tierra tembló poderosamente al eco de su voz, y las aguas del río empezaron á moverse como si estuviesen en ebullición.

Intensa llamarada, nacida en el cráter del volcán, brilló como relámpago inmenso.

El cauce del río se dilató por ambas márgenes hasta triplicar su anchura y profundidad.

Las aguas de la laguna de Bay afluyeron con estrépito hasta precipitarse en el mar.

Cuantos estaban en el río y en sus orillas desaparecieron.

Pero en el centro de aquél, el hervor de la corriente denunció, cuando todo se hubo serenado, la existencia de un escollo que antes no existía, de una ancha roca que hoy se denomina *malapad-na-batô*, es decir, piedra ancha.

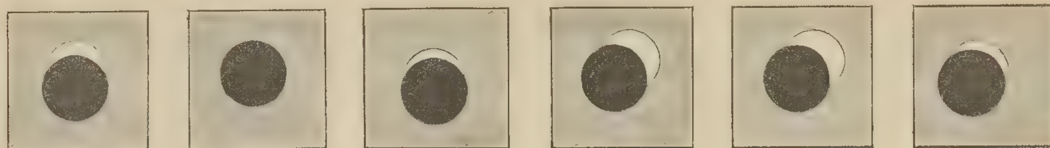
Y esa piedra no es otra cosa, según la leyenda, que el cuerpo de la desgraciada Danna, á la cual sigue rindiendo amoroso culto el asuang, en el fondo del anchuroso Pasig.

CAMILO MILLÁN.

(1) Del tagalog: *piedra ancha.*
(2) Ejemplares de árboles ó arbustos.
(3) Especie de machete.
(4) Especie de sombrero en forma de media naranja, más ó menos adornado con chapas de metal ó de hierro.
(5) Especie de taparrabos, que en las mujeres revestía forma de enagüilla muy corta, hechos con fibras de árbol.
(6) Pretiles de tierra hechos para retener el agua en las sementeras.
(7) Tubérculo parecido al moniato.
(8) Arroyuelos ó zanjas
(9) Jugo sacado del tronco de los árboles: sin fermentar es un refresco laxante, y fermentado una bebida espirituosa.
(10) Hierba muy alta.
(11) Pilares de madera.
(12) Hojas del arbusto que lleva su nombre.
(13) Tejido de caña machacada.
(14) Especie de azotea al nivel del piso, descubierta ó no, pero del mismo material que aquél.
(15) Baile antiquísimo de los tagalogs.
(16) Canción sumamente lánguida y cadenciosa.
(17) Bosque formado por arbustos que surgen del agua.
(18) Duende ó fantasma imaginario.
(19) Flores tropicales.



EN LA PLAYA, cuadro de Pedro Cobrini



Cómo se verá el eclipse parcial en diversas ciudades de Europa.

EL ECLIPSE TOTAL DEL 30 DE AGOSTO

El cono de sombra que la interposición de la luna entre nuestro planeta y el sol formará sobre la tierra, comenzará á observarse en el Canadá á las 11 y 50 minutos, atravesará el Atlántico, llegará á España á la 1 y 8, cruzará la península de Noroeste á Este, penetrará en el Mediterráneo á la 1 y 27, pasará por las Baleares, y entrando en Africa por la costa septentrional, recorrerá Argelia, Túnez, la Tripolitania, Egipto y el mar Rojo, y terminará en el golfo Pérsico á las 2 y 43, después de haber recorrido este trayecto con una velocidad de 750 metros por segundo.



Trayecto completo del eclipse total de sol del día 30 de agosto, desde el Canadá á la Arabia.

Uno de los grabados que en esta página reproducimos permite formarse perfecta idea del trayecto completo del eclipse; otro, indica de una manera clara lo que podríamos llamar el mecanismo de éste, y por él se ve además la faja de sombra que se proyectará en España y la duración del eclipse total dentro de la misma.

Nuestra península resulta ser el país desde donde podrá observarse el fenómeno en mejores condiciones; por esta razón han instalado en distintos puntos de ella comisiones de los más importantes observatorios del mundo.

No entraremos en la descripción científica del eclipse, ni haremos consideraciones acerca de los resultados interesantísimos que de sus observaciones esperan obtener los astrónomos. En cambio nos parece que ha de ser grato á nuestros lectores que reproduzcamos algo de lo que acerca de él ha escrito en una de las principales ilustraciones francesas Camilo Flammarión, el sabio eminente que ha sabido como ningún otro popularizar y poetizar la ciencia de los astros.

«Ningún espectáculo hay tan imponente como un eclipse total de sol. Nunca el inmutable esplendor de los movimientos celestes me ha impresionado tan profundamente como durante la observación de este grandioso fenómeno. Con la absoluta precisión del cálculo astronómico, nuestro satélite, en su gravitación alrededor de la tierra, llega á la línea teórica que va del astro del día á nuestro planeta y se interpone gradual, lenta y exactamente delante de él. El eclipse se produce en el minuto determinado por el cálculo. Después, el globo obscuro de la luna, continuando su curso regular, deja ver el astro radiante, y gradual y lentamente termina su paso por delante de él. Hay en esto para todo observador una doble lección filosófica, una doble impresión, la de la grandiosidad y omnipotencia de las fuerzas inexorables que rigen el universo y la del valor intelectual del hombre, de ese átomo pensante perdido en otro átomo y que, por el trabajo de su débil inteligencia, ha llegado al conocimiento de esas leyes que le arrastran, como al resto del mundo, en el espacio, en el tiempo y en lo desconocido.

»En este impresionante espectáculo de la ocultación del astro del día, desempeña un papel considerable la extrañeza de la pálida luz que queda para alumbrar á la naturaleza asombrada: el aspecto de las cosas cambia por completo; el anillo de oro que rodea al sol eclipsado derrama sobre la tierra la claridad de otro mundo.

»Algunos minutos antes del comienzo de la totalidad, la luz normal del día disminuye extraordinariamente y se transforma. La naturaleza toda parece oprimida por una especie de terror; los pájaros que gorjean en los árboles enmudecen, y los que tienen nidos se dirigen á ellos precipitadamente y algunos no los encuentran y topando contra las paredes caen muertos; los polluelos se refugian bajo las alas de sus madres; los perros parece que piden protección á sus amos; los rebaños abandonan sus pastos y quieren volver al aprisco; las abejas cesan de zumbar y vuelven inquietas á la colmena, y los murciélagos salen y revolotean. La noche que llega de pronto desconcierta á todos los seres vivientes.

»El hombre mismo no puede substraerse á cierta emoción, aun sabiendo que se trata de un fenómeno natural que obedece matemáticamente las leyes del cálculo. La luz extraña á que me he referido da á los semblantes un aspecto cadavérico, una claridad pálida, análoga á la de la llama del alcohol saturado de sal, iluminación lívida y fúnebre que parece anunciar el fin del mundo.

»En el momento en qué la última línea solar desaparece, se ve, en vez del sol, un disco obscuro rodeado de una aureola luminosa en cuya base arden llamas rosas que lanzan al espacio chorros inmensos de luz, y la noche súbita queda iluminada por esta vaga claridad celeste, produciendo un espectáculo grandioso, solemne y sublime.

»En estos pocos y preciosos minutos se ha adivinado primeramente y estudiado después la constitución física del astro de cuyos rayos depende la vida de la tierra. Minutos escasos, en efecto, porque la duración de la totalidad de los eclipses observados varía entre uno y seis minutos, y eclipses no los hay todos los años. Desde el de 1842, que puso á los astrónomos sobre la pista de sus descubrimientos, sólo ha habido treinta eclipses totales y las observaciones no han ocupado más allá de cien minutos, ó sea poco más de hora y media. ¡He aquí ciertamente una hora y media bien aprovechada!

. . . .

»Se comprende el interés que despierta el conocimiento del astro solar, si se tiene en cuenta que toda la vida terrestre, como la de los demás planetas, depende de las radiaciones del mismo. De su superficie, agitada por las olas de una tempestad eterna, surgen constantemente con la velocidad del rayo las fecundas vibraciones que llevan la vida á todos los mundos. El día en que el sol se extinga, la tierra en que habitamos no será más que un sombrío, obscuro y silencioso cementerio que rodará en la eterna obscuridad del espacio.»

Puede observarse el eclipse mirando el sol con un cristal ahumado. También pueden seguirse las fases del mismo sobre una hoja de papel teniendo encima de ésta una tarjeta agujereada con un grueso alfiler. Será asimismo visible en el suelo en las proyecciones solares formadas por la luz al filtrarse por entre los intersticios de los árboles.—S.



Marcha de la sombra de la luna en España y Túnez durante el eclipse total del 30 de agosto.

(Los números puestos en los círculos que representan el movimiento de la luna y en la faja de sombra, indican respectivamente la hora y duración del eclipse en cada punto.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – PREPARATIVOS PARA LA DEFENSA DEL PUERTO DE VLADIVOSTOK,

dibujo de Alejo Kircher, tomado de un croquis del natural.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Vienen los periódicos llenos de telegramas dando cuenta del curso de las conferencias de Portsmouth, y cuantas más noticias publican, tanto mayor es la confusión que producen. Las rectificaciones se suceden sin interrupción, las contradicciones son continuas y lo que un día se da por seguro al siguiente aparece desmentido. Así no ha resultado cierta, según parece, la aceptación por los plenipotenciarios rusos de la condición relativa á la cesión del ferrocarril oriental chino al Sur de Kharbin, que dábamos como admitida en nuestra crónica anterior.

En la imposibilidad, pues, de sacar nada en claro, preferimos prescindir de los detalles de las negociaciones y diremos en globo, confirmando lo que decíamos la semana pasada, que rusos y japoneses están en el fondo dispuestos á mutuas concesiones para llegar á un acuerdo en todo, menos en los dos puntos capitales, la cesión de la isla Sakhalín y la indemnización de guerra.

A propósito de esta última, el profesor Martens, jurisconsulto de la misión rusa, ha dicho que no había precedente en la historia de que un país cuyo territorio no ha sido ocupado ni completa ni parcialmente, pague una indemnización.

«Rusia, ha añadido, no está anonadada; desea, sí, la paz, pero puede luchar aún durante años. El Japón no se ha acercado siquiera á la frontera rusa. Si Rusia consintiera en pagar una indemnización, fuese en la forma que fuese, sería esto su muerte política, y los demás Estados considerarían la potencia rusa como aniquilada.»

Ha recordado además varios ejemplos, entre ellos la paz de Tilsit, de 1807, y el reciente tratado hispano-americano, en el cual los Estados Unidos, vencedores, no sólo no reclamaron á España indemnización alguna, sino que le dieron veinte millones de dólars por las Islas Filipinas.

¿Serán bastantes todas estas y otras muchas razones que alegan los rusos para convencer á los japoneses de la necesidad ó conveniencia de renunciar á la indemnización? Lo dudamos, y no creemos aventurado afirmar que si la paz se firma será con la condición de que Rusia abone al Imperio del Mikado una fuerte suma, sea como indemnización ó como reembolso de los gastos de guerra ó bajo otra fórmula, que el nombre es lo que menos importa, aunque sirva diplomáticamente para evitar que se consideren heridas ciertas delicadezass.

Las impresiones siguen siendo, pues, pesimistas y los amantes de las soluciones pacíficas sólo confían ahora en los buenos resultados de la intervención del presidente Roosevelt, quien, mortificado sin duda ante la idea de que fracase la conferencia de Portsmouth, por él iniciada, hace los mayores esfuerzos para evitar un rompimiento. Al efecto ha celebrado varias entrevistas reservadas con el barón Rosen, embajador de Rusia en los Estados Unidos, y con el barón Kaneko, delegado económico del Japón; y aunque nada se sabe de lo que en esas entrevistas se ha tratado, es de suponer que las manifestaciones hechas por Roosevelt habrán debido impresionar á los plenipotenciarios, puesto que así Witte como el barón Komura han dirigido extensos despachos á sus respectivos gobiernos y han aplazado sus reuniones hasta después de recibir las respuestas de los mismos. Tal vez el presidente de los Estados Unidos ha usado en sus gestiones cerca de los plenipotenciarios los nombres de otras potencias europeas, á fin de hacer presión en el Mikado para que ceda algo en sus pretensiones, y en el tsar, para que no se muestre tan intransigente en sus negativas; y hay quien supone que ha indicado la conveniencia de someter á un arbitraje internacional las diferencias más importantes que separan á los diplomáticos de los dos pueblos beligerantes. No falta tampoco quien dice que lo que ha propuesto Roosevelt es simplemente la división de la isla Sakhalín en dos mitades, quedándose Rusia con la parte septentrional, que domina la desembocadura del Amur, y el Japón con la meridional, que defiende el estrecho de La Perouse.

Pero todas estas son suposiciones sin ninguna consistencia; oficialmente nada se sabe aún acerca de las proposiciones ó indicaciones que el presidente haya podido hacer á los plenipotenciarios, pues pocas veces se ha guardado mejor que ahora un secreto diplomático.

En el entretanto, en Rusia como en el Japón la opinión pública parece inclinarse más bien á la intransigencia que á las disposiciones pacíficas, y los que pasan por órgano de la misma no cesan uno y otro día de decir que si bien desean ardientemente la paz, sólo pueden admitirla en condiciones honrosas. En lo de las condiciones honrosas precisamente estriba la principal dificultad, pues las que Rusia considera como tales, las estima deshonrosas el Japón, y viceversa: los rusos desean la paz, pero sin pérdida de territorios y sin desembolso alguno; y los japoneses la desean también, pero con ventajas que compensen sus sacrificios y que correspondan á sus victorias terrestres y navales. Planteada la cuestión en estos términos, es imposible llegar á una avenencia.

Veremos si la presión moral de Roosevelt, que según parece cuenta con el asentimiento de otros jefes de Estado, logra encontrar una solución que ponga término inmediato á la guerra.

Aunque no se ha pactado un armisticio, puede decirse que de hecho las operaciones están suspendidas en la Mandchuria, pues no merecen el nombre de tales algunas pequeñas escaramuzas como la del 14 de este mes en que los rusos atacaron las líneas japonesas en la región de Tchan-Tu-Fu, al Oeste de la vía férrea, siendo rechazados. Sin embargo, según se desprende de un despacho japonés fechado el 19 desde el cuartel general del general Kamura, la cesación de las hostilidades no es resultado de un acuerdo tácito entre los jefes de ambos ejércitos, sino que se debe al mal estado en que han quedado los caminos y las tierras á consecuencia de un período de violentas lluvias, hasta el punto de que, aun en el caso de romperse las negociaciones y de continuar la guerra nada podría hacerse antes de dos ó tres semanas. Y la legación japonesa en París ha dicho que el ejército del general Kuroki, que estaba dispuesto á avanzar cuando sobrevinieron las lluvias, sólo espera que el estado del suelo permita ponerse en marcha para dar un gran golpe. El ejército japonés ha aprovechado este forzado reposo para dedicarse á ejercicios de tiro y á la construcción de puentes y caminos.

La isla de Sakhalín no está aún por completo en poder de los japoneses; una división rusa se ha concentrado en el interior de la misma, en donde ocupa, según se dice, una posición muy fuerte.

En Tokío se da como inminente la ocupación del Kamchatka; pero esto tiene mucho de bravuconada. Que los japoneses desembarquen algunas tropas en ciertos puntos de aquel litoral, es muy posible, pero ni es fácil que se mantengan en una región que se encuentra completamente bloqueada por los hielos durante una buena parte del año, ni aunque se mantuvieran tendría este hecho influencia alguna sobre el conjunto de los acontecimientos. Además, el destacamento que dejaran los japoneses en la Siberia septentrional estaría á merced de los rusos durante el invierno, puesto que entonces quedarían cortadas sus comunicaciones con su base.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Negociaciones para la paz. El plenipotenciario ruso M. Witte saliendo de la capilla rusa de Porstmouth, antes de dar principio á las negociaciones. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Llegada de nuevos batallones de reservistas rusos á Girin, á principios de julio. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Construcción de fortificaciones en las afueras de Vladivostok. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Llegada de un cargamento de harina á Vladivostok, (De fotografía.)

EMILIO VILANOVA

Otro escritor ilustre, honra de las catalanas letras, ha desaparecido de entre nosotros. En la madrugada del 15 del actual dejó de existir el que supo describir magistralmente el modo de ser de nuestra ciudad, quien de modo tan admirable retrató esos tipos y costumbres que el cosmopolitismo de la gran urbe va borrando, en forma siempre agradable y culta, á pesar de su distintivo carácter popular.

Si su actividad y sus energías se empleaban hace ya muchos años en el desarrollo de un negocio que tenía por base y fundamento el modo de celebrarse las fiestas de nuestra región, su inteligencia se dedicaba por entero á describir esas costumbres que desaparecen y que parece que se llevan consigo algo del espíritu y de ese sentimiento que traducen el pensamiento y los latidos del corazón de los catalanes.

Asaz sencillo, modesto y hasta humilde, jamás anidó en su ánimo el propósito de singularizarse. Escribió para su país, por el inmenso amor que le dedicaba, sin aspirar á los honores del triunfo, ya que bastaban para dar satisfacción á su alma los tranquilos goces del hogar y el sincero afecto de sus antiguos amigos.

Hace ya bastantes años que nos cupo la suerte de conocerle y cultivar su buena amistad, sin que la menor sombra enturbiara el buen acuerdo de nuestras relaciones. Vimos siempre en él al fiel intérprete de ese algo que tanto amamos los que en esta región nacimos, y admiramos siempre al dignísimo ciudadano, al maestro, al leal amigo y al continuador de las tradiciones de una familia en cuyos nobiliarios cuarteles se destacaron los blasones de la probidad y la honradez.

Sus *Escenas barceloninas,* así como *Del meu tros, Gent de casa* y *Plorant y rient,* serán elocuente testimonio de su espíritu de observación y de su facilidad en describir cuadros y escenas que desaparecen, y sus primorosos sainetes *Las bodas d'en Cirilo, A casa l' alcalde, L'ase del hortolá* y *¿Qui... compra maduixes?,* son dechado de gracia y de un humorismo sano, chispeante, que en la escena catalana obtendrán el privilegio de que el público aplauda y venere la memoria de un catalán ilustre.

¡Bien haya el benemérito escritor! Honrado sea su recuerdo. A ello tiene derecho por su inteligencia, por sus virtudes y por su inagotable bondad.



EMILIO VILANOVA, NOTABLE ESCRITOR CATALÁN, fallecido en Barcelona en 15 de los corrientes



MADRID. – MAUSOLEO ERIGIDO EN LA BASÍLICA DE ATOCHA PARA GUARDAR LOS RESTOS DEL EMINENTE POLÍTICO D. ANTONIO DE LOS RÍOS Y ROSAS Obra de Pedro Estany.

MAUSOLEO DE RIOS ROSAS

EN LA BASÍLICA DE ATOCHA

OBRA DE PEDRO ESTANY

Recientemente, en 19 de junio último, colocáronse los restos de aquel preclaro orador, honra de la tribuna española, que se llamó Ríos Rosas, en el magnífico mausoleo construido en el panteón de hombres ilustres de la Basílica de Atocha de la coronada villa, obra del distinguido escultor Pedro Estany. Presidió el acto el presidente del Congreso de los Diputados D. Francisco Romero Robledo, asistiendo á la fúnebre ceremonia la Comisión de Gobierno de la Cámara, ministros, senadores, diputados, etc., que desearon honrar la memoria de aquel esclarecido patricio.

Recomiéndase la obra precisamente por el acierto con que ha sido concebida, desprovista de aditamentos y pormenores que no se ajustarían á la índole del monumento ni á las condiciones de la personalidad á quien se dedica. El busto en relieve de Ríos Rosas, las dos matronas, están modelados con maestría y sentimiento, y el conjunto, sobrio y severo, sirve para que se forme ventajoso juicio del artista que lo ha concebido y ejecutado.

Las piezas, estatuas y accesorios en bronce han sido fundidos en la Fundición Artística de Masriera y Campins, de nuestra ciudad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—CHICAGO. – La Universidad de Chicago ha dado 100.000 dólars para la Academia que quieren fundar en Roma los norteamericanos, á imitación de las que allí tienen Francia y España. La subscripción abierta con este objeto alcanza ya la importante suma de cuatro millones de francos.

HANNÓVER. – Un acaudalado fabricante de ladrillos, llamado Stamme, ha legado en testamento á la ciudad de Hannóver su colección de cuadros, que está valorada en 300.000 marcos (375.000 pesetas).

HALLE. – Una persona que ha querido conservar el anónimo, ha regalado á la ciudad de Halle 50.000 marcos (62.500 pesetas) para que sirvan de base á la creación de un museo de pinturas.

Espectáculos.—El eminente poeta francés Edmundo Rostand, autor de *Cyrano de Bergerac,* ha terminado un nuevo drama titulado *Chanteclair,* que en el próximo otoño se estrenará en París, desempeñando el papel de protagonista el célebre actor Coquelin.

– En el teatro de la Residencia, de Munich, se ha dado recientemente una función dedicada á la memoria de Cervantes, habiéndose puesto en escena *El loco de la guardilla,* traducida al alemán por la infanta D.ª Paz de Borbón; la comedia *Rey y aldeano,* de Lope de Vega, y el entremés de Cervantes *El retablo de maravillas.*

– En el teatro antiguo de Orange se han cantado las óperas *Los Troyanos,* de Berlioz, y *Mefistófeles,* de Arrigo Boito, y representado la tragedia de Shakespeare *Julio César,* traducida por Francisco Víctor Hugo. El éxito de estas representaciones ha sido grande, así por la notable ejecución que dichas obras han tenido, como por la magnificencia con que han sido puestas en escena.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. J. L. Andrés Braudes, célebre indólogo holandés, autor de importantes investigaciones sobre la antigua civilización javanesa y sobre las antiguas crónicas de Java y Bali, y de notables restauraciones de monumentos indios.

D. L. Mordowzew, historiador ruso, autor de varios estudios sobre la vida en Rusia y de la importante obra *Las mujeres rusas.*

Luis Neuhoff, pintor alemán.

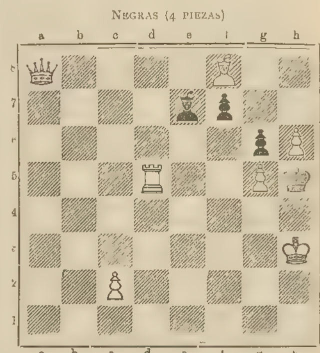
Dr. Armando Nothnagel, sabio médico alemán, profesor de la Universidad de Viena y autor de muchas y muy importantes obras de medicina.

Emilio Jonás, compositor francés, autor de varias aplaudidas operetas y profesor de composición y armonía para los alumnos de la música militar en el Conservatorio de París.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 396, POR F. WARDENER.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 395, POR C. BAYER.

Blancas.	Negras.
1. Ah8–a1	1. a4–a3
2. Aa1–h8	2. a3 a2
3. Ah8 a1	3. Cualquiera.
4. C ó A mate.	

VARIANTES

1....... a4×b3; 2. Aa1–b2, Cualquiera; 3. C ó A mate.
1....... Otra jug.ª; 2. C ó A mate.



Vamos, Rosa, le dijo; hablemos con formalidad

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Muy bien; continúo siendo el cebo de tu ratonera y no me sorprendería que los dos asociados se lo comiesen sin dejarse coger.

—Fía en mí. Si consigo entrar en los negocios de América, te daré como comisión las más hermosas perlas que se puedan encontrar en París y Londres.

—¡Ah! Si me pagas, dijo Rosa sonriendo con desdén, no podrás dudar de mi celo.

Por la noche encontró á Condottier en casa de Rothsweiller, y ante los mismos ojos de Raynaud se mostró en extremo provocativa con el marqués, llegando á asombrar á la condesa Grodsko, que no pudo contenerse, y dijo en voz muy baja á su hermano:

—¿Qué le pasa esta noche? Pierde la cabeza. Aprovecha...

El marqués, frío y sagaz, sacaba partido de sus ventajas, se imponía á la joven, hacía el vacío á su alrededor y la comprometía cuanto le era posible. Pero la baronesa cambió repentinamente, abandonó el sitio en que Condottier la había bloqueado para un flirt decisivo, y pasando por delante de él se dirigió hacia Valentín que, apoyado en la pared, asistía con profunda tristeza á las excentricidades de la que amaba. Rosa cruzó el salón entre un preludio musical, llamó con un gesto imperioso de su abanico al ingeniero, y cogiéndole por un brazo lo llevó á un rincón, le obligó á sentarse á su lado y se puso á hablar mientras ejecutaban un *andante* de Mozart. El marqués no había vuelto aún de su asombro, ni los asistentes de su sorpresa, cuando Rosa había entablado ya con Raynaud un animadísimo diálogo, más animado todavía que el sostenido por ella momentos antes con Condottier.

—Quisiera saber, dijo al antiguo empleado de su padre, por qué huye usted de mí. Hace usted como si no me viese, y esto no es muy agradable, que digamos.

Valentín protestó:

—Estaba usted tan ocupada con Condottier...

—Haber venido á librarme de él.

—¿Podía yo suponer que eso fuera de su gusto?

—De ello acaba de tener usted la demostración.

—Porque es usted una caprichosa.

—Si es en beneficio de usted, ¿por qué se queja?

Rosa le miró del modo que solía mirar y al que hacía tiempo Valentín no sabía resistir. Bajó la cabeza y dijo tristemente:

—¿Por qué se divierte usted atormentándome?

—¿Acaso es atormentar á las gentes ocuparse de ellas? Muchos de los que entran aquí saldrían al encuentro de semejantes tormentos, y yo no los consideraría muy dignos de lástima.

Cambiando de tono le dijo con afectuosa gravedad:

—¿Por qué está usted preocupado? ¿Acaso sufre usted?

—Yo no puedo sufrir. Nada ni nadie me importa.

—¿Se vuelve usted misántropo?

—Si no me hubiese resignado de antemano á todos los horrores de la humanidad, podría llegar á serlo.

—¿Tan horrible le parece el espectáculo que tiene usted ante sus ojos?

Diciendo estas palabras abrió bruscamente el abanico de plumas negras y lo agitó apresuradamente. Valentín no podía apartar su mirada de aquellos hombros admirablemente torneados, medio envueltos entre los encajes.

No. El espectáculo que le ofrecía no podía parecerle horrible, y lo manifestaba con una admiración tan poco disfrazada, que la coqueta se echó á reir, cerró el abanico que hacía realzar su belleza aparentando ocultarla, y golpeando suavemente con él la mano de Valentín le dijo:

—¿Parece que su amigo Ralph viene á reunirse con usted?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Mi marido. ¿Quién había de ser? Cree obtener brillantísimos resultados de una serie de negocios con ustedes... Yo creo que usted pensará antes que en mi marido en mi hermano. El barón de Rocher no tiene necesidad de usted para ganar dinero; el pobre Mauricio, en cambio, no tiene un céntimo. Papá es muy avaro con él, y si mamá y yo no cuidásemos de cuando en cuando de su bolsillo, el pobre pasaría muchos apuros.

—Respecto á la suerte de Mauricio, no me enternecerá usted diciéndome que vive á expensas suyas. Más dispuesto estaría á ayudarle si me dijese que había emprendido negocios difíciles...

—¿Meterse en negocios difíciles? ¡Vaya una cosa! Eso está al alcance de todo el mundo. Yo cuento con usted para que los haga excelentísimos. ¿Se negará usted á favorecer á mi hermano?

El tono con que hacía la petición, la expresión de su rostro, todo era tan acariciador y tan dulce, que Valentín se estremeció, y con voz alterada dijo:

—Usted sabe muy bien que, aunque no sea más que por su padre, no puedo dejar de ocuparme de Mauricio.

Rosa recobró su altivez.

—¡Ah! ¿Sólo por deber lo hará usted? Verdaderamente, no es usted como yo creía. ¿Ha sido en California ó en las orillas del Colorado donde ha adquirido semejante modo de ser? ¿Quiere usted, con su brusquedad de hombre nuevo, parecer un campesino del Danubio? Le advierto que para permitirse cosa semejante es preciso ser mucho más rico de lo que es usted.

-Usted sabe que soy un antiguo obrero sin educación y sin trato de gentes, replicó Valentín con amargura.

—No se alabe usted de ello, que bien á la vista está.

—¿Se figura usted que me avergüenzo de ello?, dijo con rudeza. Por lo mismo, las amabilidades con que me agobian me parecen más mentirosas y mise-

rables. Demasiado sé que en el mundo en que usted vive sólo puedo ser objeto de burla; si no me iluminase el reflejo de los tesoros que he dejado en América, y sobre los cuales algo se exagera, ¿qué sería yo en este salón aristocrático en medio de tantos caballeros bien vestidos y bien peinados, que dicen tonterías y procuran arrastrar al mal á las mujeres que los escuchan? Usted misma ¿se tomaría la molestia de hablar conmigo, aun siendo para maltratarme cuando me atrevo á afirmar mi personalidad, después de haber tratado de lisonjearme con palabras dulces á fin de que me decida á crear rentas al malacabeza de su hermano? ¿Por qué molestarme con gentes que me pondrían en la puerta si no soñasen con apoderarse de lo mío? ¿Puedo, acaso, hacer otra cosa que devolverles desprecio por desprecio? Si en el fondo de su conciencia se dicen: ¡qué humillación para nosotros es vernos obligados á tolerar á ese majadero!, yo les contesto á mi vez: ¡qué disgusto para mí asistir á las expansiones de esos vanidosos! Estamos, pues, en paz, y créame: querer rebajarme por capricho después de haberme colocado en el pináculo por interés, es degradarse á sí mismo.

Durante este violento apóstrofe, Rosa le había mirado sonriendo. Movía la cabeza sin interrumpirle, y como si le diera razón oyéndole juzgar tan severamente á las gentes que formaban sus íntimas relaciones y á ella misma. Se hubiera jurado que le escuchaba con gran satisfacción, y cuando hubo terminado replicó alegremente:

—La verdad es que está usted malísimamente educado. A no ser que tenga una razón oculta para maltratar de ese modo á personas que le reciben con tanta cortesía, es inadmisible que se entregue á semejantes libertades de lenguaje. ¿Tiene usted ese motivo? Si lo tiene, dígamelo usted; tengo gran curiosidad por conocerlo.

Valentín estuvo á punto de decir:

—Maltrato á todo el mundo porque lo ha preferido usted á mí; lo odio porque usted lo quiere y su cariño es lo que produce mi desesperación.

Pero conservó bastante imperio sobre sí mismo para contenerse, y con una risa afectada dijo:

—¡Oh! Eso sí que es propio de una mundana refinada. Quiere usted hacerme una reputación de originalidad, y en cuanto tengo la desgracia de pensar y de hablar de modo diferente que esos lindos muñecos, que sus compañeros, me acusa de ser un salvaje. Volveré entonces á mis tierras, á mi petróleo y á mis *dollars*.

Rosa le miró con profunda atención como para comprender lo que sus palabras encerraban, y le dijo con mucha gravedad:

—Valentín, hace usted mal jugando á ese juego conmigo; haría usted mejor tratándome como á una amiga, como me trataba en otro tiempo, y acordándose de que he crecido á su lado y de que en las circunstancias más graves de mi existencia á usted fué á quien pedí consejo. Tal vez en este momento necesite de un consejero, y si usted fuese franco conmigo, yo confiaría en usted. ¿No ve usted nada de lo que pasa á nuestro alrededor?

Pronunciando estas últimas palabras se había emocionado sinceramente y su mirada se fijó en el marqués de Condottier, que desde el otro extremo del salón la observaba con inquietud y descontento. Raynaud, palideciendo, exhaló un suspiro de angustia, y en voz muy baja contestó:

—Señora, tratándome de ese modo me concede usted demasiado honor. Con todo, de nuestra juventud no quedan más que recuerdos. Es usted la esposa del barón Folentin y no debo intervenir en modo alguno en su existencia. Por lo demás, usted tiene un espíritu lo bastante decidido y clarividente para no verse en la necesidad de consultarme; permita usted, pues, que me recuse. En cualquier otra circunstancia, crea que me tendrá siempre á sus órdenes como á su más humilde servidor.

Se inclinó ante ella, bajó los ojos y se retiró. Valentín oyó que decía en voz alta:

—Bueno. Usted lo habrá querido.

Cuando llegó al otro extremo del salón, junto á la puerta de salida, y se volvió, vió á Rosa que reía con el marqués de Condottier.

A partir de ese día, la actitud de Rosa con Valentín varió completamente. Dejó de buscarle, y parecía que le era totalmente indiferente y aún que sintiera hacia él, cuando estaba delante, cierta hostilidad. En cambio, redobló su amabilidad con Condottier, hasta el extremo de llegar á la provocación. Cuando Raynaud la veía de este modo, recordaba las palabras que habían puesto fin á su última conversación, y con profundísima amargura pensaba que Rosa sólo había intervenido en su vida para llenarla de preocupaciones. ¿Qué significaban los bruscos cambios que llevaban á la joven del extremo de rigor á la excesiva benevolencia? ¿Era admisible haber oído decir: «sea usted mi confidente ó me lanzo en brazos de otro?»

¡Convertirse en su confidente y consejero! ¿Podía pedirse nada más tentador ni que al mismo tiempo fuese más peligroso? Queriendo á Rosa con toda su alma, ¿podía vivir con ella en afectuosa intimidad sin sufrir cruelmente? Era demasiado juicioso y veía las cosas con demasiada claridad para no comprender que era el hombre más desgraciado. Callando, sufría una tortura inmensa; hablando, ó se exponía á que con rudeza se le obligase á callar, ó bien, y esto le parecía más peligroso, á que Rosa quisiese escucharle. Sentía por ella un cariño tan extraordinario y tan puro, que toda debilidad de la joven, aun siendo en provecho suyo, hubiera sido para él causa de gran desesperación. Y á pesar de que tenía tantos motivos para alejarse de ella, evitándose la tortura de verla afrontar el qué dirán y provocar la calumnia, la seguía con los ojos y le oía hablar y reir á pesar del sufrimiento que esto le causaba.

Un día que se encontraba en el gabinete de Folentin, y que la casualidad mezcló el nombre de la baronesa en la conversación, Raynaud no pudo contenerse é hizo una alusión á la nerviosidad de la joven. Folentin en seguida se deshizo en recriminaciones.

—Le aseguro, mi querido Sr. Reynaud, dijo, que no sé qué hacer para contentarla, nada la complace y todo la aburre, y la vida es imposible para ella. Usted sabe que no soy un marido exigente; dejo á mi mujer absolutamente dueña de sus acciones, y sólo intervengo en su vida para satisfacer sus deseos. Pues bien, á pesar de mi buena voluntad, no consigo hacérsela agradable: ó está triste y de mal humor, ó demasiado expresiva. Se halla constantemente á merced de sus nervios, y usted sabe que eso es muy malo. Yo estoy disgustado, pues temo que se ponga enferma. He hablado de esto á mi médico, que moviendo la cabeza ha hablado de neurastenia: es lo que dicen siempre los señores médicos, cuando no saben por dónde salir. La contestación es vaga, elástica y cómoda; pero, ¿cómo curar esa enfermedad? Respecto á esto, todos tienen un sistema distinto, y que siempre produce el mismo resultado negativo. He consultado á mi suegra y me ha dicho que su hija es tonta; estas dos señoras no han estado nunca de acuerdo. Mi suegro me ha echado la culpa, diciéndome que tuviéramos hijos. ¡Vaya una salida! Yo le he dicho que le hablase de esto á su hija. ¡Un hijo! ¡Sería bien recibido! En medio de las fiestas y de las ocupaciones que devoran la vida, no hay tiempo para tenerlos. Sin embargo, puede que tenga razón; si yo tuviese un poco de resolución me iría con mi mujer á Blois, y estaría un año encerrado con ella en Rocher. Con el teléfono y el ferrocarril yo saldría adelante y tal vez Rosa ganaría mucho. Pero ¿se conformaría en acompañarme?

—Pregúnteselo usted, y entonces sabrá á qué atenerse.

—Creo que se reiría de mí, y si lo contase á sus amigos, me pondría en ridículo.

—¿Y qué le importa á usted?

—Habla usted como hablaría un hombre recién llegado de las pampas. Es mil veces preferible ser odioso que ridículo.

Valentín no replicó, y fijó con tristeza los ojos en aquel hombre que con un acto de franqueza y energía podía asegurar la salvación de su mujer, y que por motivos de pueril vanidad se lo prohibía á sí mismo por temor de que se burlasen de él, y prefería mostrarse indiferente y llegar tal vez á la culpabilidad. ¿Cuál podía ser el destino de la pobre Rosa viviendo entre un fantoche imbécil y el perverso Condottier? ¿Cómo se libraría de los peligros que le creaban la tontería del uno y la doblez del otro? En el fondo de su alma y de su conciencia, Raynaud encontraba circunstancias que atenuaban la conducta de la joven. La compadeció sinceramente, y se preguntó si era digno y honrado que cuando sus protectores naturales, padre, madre y marido, la abandonaban, él no le prestase auxilio. Se le había acercado buscando un enérgico sostén, y si la rechazaba, ¿no contribuiría á su perdición? Tomó entonces la resolución de vigilarla y de defenderla, si esto era posible, aun á riesgo de su propia tranquilidad, y decidió sacrificarle su reposo, y sin miras interesadas, sin segunda intención, sin querer especular con el agradecimiento que por su abnegación le debería. Folentin, asombrado por un tan largo silencio, golpeó la mesa con la plegadera.

—Parece que esto le preocupa á usted, Sr. Raynaud, dijo, y en verdad que hay por qué. Si se encuentra en el caso, como sucederá, de sufrir las obsesiones de gentes bien intencionadas que querrán casarle, no elija por esposa á una mujer del gran mundo; elija usted una joven modesta y sencilla. Las mujeres que atraen todas las miradas por su brillo, esplendor, encanto y belleza, son exquisitas en sociedad; pero íntimamente son insoportables. No tome usted mujer para los otros, tómela para usted.

—Mucho le agradezco sus consejos, respondió Valentín; pero tengo hecha la firme resolución de no casarme nunca.

—¿Y apenas tiene usted treinta años? ¿Decepción amorosa? Ahora me explico el viaje á América. ¡Demontre! Fué una decepción que le ha valido una fortuna; sin el desengaño no hubiera ido usted á Chiquito, y habría pasado de largo delante de los millones.

—No lo hubiera sentido.

—¿No le interesa un negocio tan hermoso?

—Sí, en cuanto á la organización industrial; nada absolutamente en cuanto al resultado financiero.

—¡Cuán distintos son nuestros caracteres! Yo me hubiera apasionado por las especulaciones de que habría sido punto de partida esa empresa; hubiera querido sacar todo lo que de productos explotables poseía, y multiplicar su valor con la emisión de acciones. ¡Qué sensación tan deliciosa la de trabajar un negocio, triturarlo, ensancharlo, henchirlo como un globo gigantesco y lanzarlo entonces al espacio, y verlo vagar en el aire, colosal, inmenso, y poder pensar entonces: «Todos cuantos con la cabeza levantada lo miran, dicen: «El promovedor de esa obra gigantesca es Folentin.» He ahí una satisfacción de amor propio; no conozco satisfacción más viva ni más completa.

Valentín sonrió.

—Con efecto, no vemos las cosas desde el mismo punto de vista. Mi única satisfacción consiste en organizar, en asegurar una marcha regular, mecánica, automática, por decirlo así, á una empresa, y á conseguir el resultado industrial más grande é intenso que se pueda. Una vez realizado esto, partiría gustoso los beneficios con los colaboradores, capataces y obreros que me hubiesen ayudado á realizarla.

—Pero, querido amigo, exclamó Folentin, usted es un estropeanegocios, y además un socialista abominable. ¡Cómo! Partir los beneficios, dar el producto de su ingenio y de su inteligencia á los que sólo contribuyen con la fuerza bruta... ¿Atribuye usted á los brazos y á las piernas un valor igual al del cerebro? ¡Supongo que no!

—Hombre, sí; me preocupa mucho esta cuestión, y á Evans le sucede lo mismo.

—Ustedes, dijo Folentin desolado, son los que pervierten la conciencia humana derogando los principios sociales establecidos y dan á la clase obrera unas esperanzas que nunca podrá realizar; se complacen imaginando esas fantasías económicas y creen que es justo que el mundo capitalista se quebrante por las locuras que ustedes hacen germinar en el obscuro cerebro de los trabajadores. Permítame que le diga que todo eso es quimérico, y que obrar como ustedes piensan sería la mayor de las locuras. Abriendo la llave á los apetitos de la plebe se arriesga usted á provocar una inundación en la sociedad. Ni ustedes podrán luego volver á cerrar la presa ni nosotros tampoco. Todo se compromete y se pierde, por culpa de filántropos atrevidos que con el pretexto de mejorar la suerte de la humanidad serán ocasión de protesta y de rebeldía.

—Cálmese usted, señor barón, dijo gravemente Raynaud; sólo pensamos así en América. En Francia tendrán ustedes tiempo para prepararse.

—Vea usted, amigo mío; yo creo que lo mejor sería crear un sindicato con cinco banqueros que conozco y hacer una emisión de acciones; esta solución sería la más ventajosa para todos.

—Ya hablará usted de esto con Evans.

—¿Viene á París para mucho tiempo?

—Creo que fijará aquí su residencia, pues me ha encargado que le busque casa.

—¿Qué desea? ¿Un hotel? ¿Barrio nuevo? ¿Algo muy moderno?

—No; casa antigua con jardín y barrio tranquilo.

—¿En el barrio San Germán? A propósito: Condottier quiere vender su hotel, y para él podría ser un buen negocio.

Raynaud frunció el entrecejo.

—El marqués no le es á usted simpático, ¿verdad? Lo comprendo: es todo lo contrario que usted. Un buen muchacho..., algo ligero. Necesita dinero, y sería prestarle un servicio...

—No tengo ningún motivo para oponerme á esta negociación. Antes, al contrario, me prestaré á ella con mucho gusto.

—Enhorabuena. Si usted quiere le hablaré de ello...

—Como guste.

Raynaud se separó de Folentin y no volvió á acor-

darse de la proposición que éste le había hecho; pero tres días más tarde, pasando por los Campos Elíseos, se cruzó con el marqués de Condottier, que bajaba la avenida guiando su faetón. El joven hizo dar la vuelta á los caballos, colocó el coche junto á la acera, y entregando las riendas al cochero se apeó. Valentín se había detenido. El marqués se dirigió á él tendiéndole la mano, con la sonrisa en los labios, y con su acostumbrada amabilidad le dijo:

—¿No le molesto á usted? ¿Tiene prisa?

—No, me iba á casa...

—Entonces hablemos. Folentin me ha participado el propósito del Sr. Evans de instalarse en París y de comprar una casa en un barrio tranquilo. Precisamente tengo un hotel en el que vivo solo desde que mi hermana la condesa Grodsko se ha instalado en la calle Tilsitt. Esa antiquísima morada es demasiado grande para mí. Si he de ser franco, me aburro en ella, y preferiría vivir cerca del Bosque de Bolonia.

—¿No tiene usted en el hotel colecciones artísticas muy importantes?

—Tengo aún algunos cuadros y muebles muy hermosos. Hace dos años vendí una buena parte de chucherías del siglo XVIII. Si los cuadros y muebles convinieran al señor Evans, se los cedería con el hotel. Hay algunos tapices que fueron regalados por el Regente al mariscal Condottier; son de un gran valor, y en venta pública alcanzarían precios muy altos, pero sería una lástima sacarlos de allí.

—Perfectamente. Al mismo tiempo que el hotel veremos los muebles... Rogaré al barón Folentin que me acompañe.

—No entiende una jota, dijo Condottier; si fuese la baronesa sería otra cosa.

Hablaban al tiempo que por la acera se dirigían al Arco de Triunfo.

—¿Tiene usted grandes pretensiones?, preguntó Valentín.

—Lo dejaría todo en dos millones quinientos mil francos.

—¿Es mucho más de lo que vale?, preguntó fríamente el ingeniero.

—¡Qué!, replicó sobresaltado el marqués. ¿Me toma usted por un mercader?

—No. Tratando con un mercader no sería tan caro.

Condottier se echó á reir:

—Vamos, á ustedes los hombres de negocios hay que tomarlos como son.

—Exactamente del mismo modo que nosotros tomamos á los hombres de mundo.

—Nos creen más maleados de lo que estamos; pero hablemos francamente. ¿Cree usted que para un americano no vale un suplemento en el precio instalarse en el hotel Condottier, con muebles en los que se sentó Felipe de Orleans y mirarse en espejos que reflejaron los rostros de las señoras de Falaris y Parabere? Señor Raynaud, hay que pagar el origen, la elección y el gusto. No es lo mismo hospedarse en un antiguo hotel patrimonial del barrio de San Germán que en una fonda de Cincinnatti.

—Señor marqués, cuando se tiene con qué pagar el hotel patrimonial y los muebles históricos, se instala uno á su antojo. Todo es cuestión de dinero en un país en donde todo se compra porque todo se vende.

Condottier miró á Raynaud, asombrado ante la rudeza de su réplica, y haciendo un gesto displicente dijo sonriendo:

—Entonces, señor mío, es preciso pagar sin regateos.

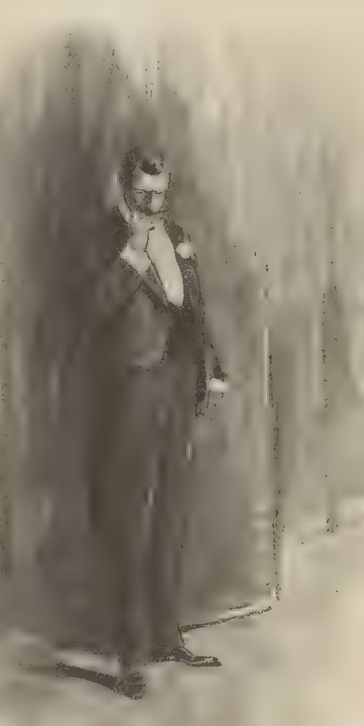
Saludando al ingeniero, añadió:

—Estoy á su disposición para visitar el hotel cuando quiera. Bastará con que me avisen la víspera, pero quisiera que la baronesa de Rocher le acompañase.

Hizo seña al cochero para que se detuviera, y subiendo al pescante se alejó al acompasado trote de los caballos. Raynaud, emocionado, le vió alejarse elegante y displicente, y pensó que aquel hombre era mucho más dueño de sí mismo que él. «He estado agresivo, grosero, casi insolente y no se ha dado por enterado; en esto es superior. ¡Cuántos progresos tengo que hacer para no pasar por un rústico sin educación!»

Tuvo un momento de verdadero furor. ¿Es preciso parecerse á ese majadero, á ese frívolo, para agradar á Rosa? Sí, esa es la especie de hombres que cautivan su atención. Pero no, prefiero que ella me desdeñe á tener que parecerme á ese fatuo imbécil.

La misma noche, en la ópera, durante la representación de *El Extranjero,* y en el momento en que la admirable Breval, con su voz potente, cantaba la frase del Mar, Condottier entraba en el palco de Folentin. Estrechó la mano al barón, se inclinó ante Rosa, que con el abanico indicóle un sitio á su lado, y sin guardar la menor consideración á los vecinos, á ratos alto y otras veces bajo, se puso á hablar con sus amigos.



El marqués de Condottier

—Esta tarde, les dijo, he encontrado al Sr. Raynaud, que un día de estos irá á ver mi casa. Decididamente ese estimable representante del proletariado es un tipo fosco.

—No necesita ser amable, gruñó Folentin; es millonario.

—Amigo mío, dijo Rosa, razonas como una caja pública. La fortuna sólo se hace razonable á pura cortesía, y un hombre rico que desconozca la amabilidad es la perfecta encarnación de la grosería. Con todo, yo creo que el marqués, al juzgar á Raynaud, se equivoca.

—Querida baronesa, no dé usted importancia á mis palabras. Sé que el personaje en cuestión tiene la fortuna de ser uno de sus predilectos.

—¡Sí que acierta usted! Casi estamos enfadados.

—¿Desde cuándo?, preguntó Folentin con inquietud.

—Desde la última vez que hablamos.

—Amiga mía, te había rogado que fueses pródiga en atenciones con el Sr. Raynaud, y ya veo cómo interpretas mis deseos. Por fortuna, él y yo estamos de perfecto acuerdo.

—Es muy cierto, dijo Rosa sonriendo irónicamente.

Y volviéndose hacia Condottier añadió:

—¿Va á comprarle sus chirimbolos? ¿Tiene usted todavía algo que se pueda presentar?

—¡Cómo! Tengo aún cosas de inestimable valor. Si hubiese venido á mi casa se las hubiera enseñado...

—Lo que tiene usted es mucho atrevimiento decirme esto delante de mi marido.

—¿Cree usted que le importa? Folentin está muy tranquilo...

—Sí, muy tranquilo, dijo el banquero. Puedes ir á casa de Condottier, bien con Raynaud, bien sola si lo prefieres. Tendrás que subir un piso menos que si fueses á casa de la condesa.

—Pero...

Rosa se contuvo. Estaba dispuesta á decir: «Pero la condesa Grodsko ya no vive en el hotel Condottier, y hace un mes que se ha instalado en la calle Tilsitt.» Una mirada del marqués le hizo cerrar la boca; y aunque primero enrojeció por haberse interrumpido, no quiso continuar su explicación para que no pareciese que tomaba demasiadas precauciones contra Condottier. El acto terminaba, y Folentin salió dejando á su mujer sola con su amigo.

—He ahí Folentin, que se va al escenario, dijo burlonamente el marqués.

—Si le divierte, hace muy bien, replicó Rosa con frialdad.

—Y á usted ¿no le molesta?

—¿Qué me importa? ¿Sigue todavía con esa linda morena que baila con Zambelli en *Maladetta?*

—Sí, la encantadora Giulietta Ferico... Es lo mejor que en este momento tenemos en el cuerpo de baile. Veinte años, garganta alabastrina, ojos azules y mucho arte para utilizarlos...

—No sé por qué me figuro que engaña al barón.

—No tanto como merece. La justicia inmanente cuenta con usted para esto.

—¡Insolente!

—Veamos. Yo creo que usted no se figura que el desquite natural que Folentin debe á la sociedad por ser el dueño y señor de la mujer más encantadora de París esté tomada porque la linda Ferico ande en amoríos con el joven Croix-Dieu...

—¡Ah! ¿Es Croix Dieu?

—En este momento...

—¿Solo?..

—Sí, esta bailarina quiere conducirse como una mujer de mundo.

—También tiene suerte mi marido. Todo le sale bien...

—Usted no hace nada para que sea así.

—No tiene usted la culpa.

—Y usted que lo diga.

Hablando de este modo, el marqués se acercó cuanto pudo á la joven.

—Vamos, Rosa, le dijo; hablemos con formalidad. Ya es tiempo de que se apiade usted de mí; hace tres años que estoy con el alma en un hilo.

—¿No tiene miedo de que se rompa?

—No le falta mucho; pero, entre tanto, ¿qué hace usted de su juventud y de su belleza? Usted sabe que Folentin la hizo su esposa sólo por vanidad. Sólo siente por usted una ternura legal y un afecto registrado por el notario. ¿Se conforma usted con esto?

—Sí, señor.

—Pero ¿y yo?

—Usted ¿tiene algo que reclamar? Soy amable, complaciente y muy expansiva; le distingo entre todos mis amigos, y supongo que no querrá usted que, ya que la bailarina de mi marido se conduce como una mujer de mundo, yo me conduzca como una bailarina.

—Rosa, escúcheme usted cinco minutos, y verá cuánto la quiero. Todas las tonterías que digo sirven para ocultar mi verdadera emoción. Usted es la única mujer que he adorado; su imagen llena por completo mi corazón y arroja de él todos los recuerdos agradables; reina usted en él, y sufro lo indecible queriéndola tan apasionadamente y sin poder conseguirla.

La joven se volvió un poco y fijó una mirada en quien tan tiernamente le hablaba y tan sincero parecía. Sonrió, y dijo con dulzura:

(Continuará.)

UNA BODA CURIOSA

DE UN CHINO CON UNA FRANCESA EN PARÍS

En el aristocrático templo de la Magdalena de París se ha celebrado hace pocos días una boda simpática y al mismo tiempo muy curiosa por su novedad.



Una boda curiosa en París

Un hijo del Celeste Imperio, Scié-Ton-Fa, agregado á la embajada china en Francia y prefecto de segunda clase, ha contraído matrimonio según el rito católico con una distinguida señorita francesa, Luisa Sauvaget, oriunda del Nivernais, pero establecida desde hace seis años en París.

La ceremonia estaba anunciada para el mediodía, pero desde las once y media se organizó un servicio de orden para que las inmediaciones de la iglesia estuvieran despejadas á la llegada del cortejo nupcial, que se presentó á la hora señalada. Figuraban en éste gran número de personalidades del mundo político y del cuerpo diplomático, entre ellas el embajador de China, que honró con su presencia aquella solemnidad semioriental, semieuropea.

El interior de la Magdalena estaba lleno de invitados y de curiosos; grande era también el número de éstos en los alrededores del templo.

Fué un espectáculo original y en extremo pintoresco aquella ceremonia religiosa. El novio vestía suntuoso traje nacional chino, con rica túnica de seda azul, peto formado por un escudo de dragones bordados en oro, cinturón de oro con incrustaciones de lapislázuli, botas altas de raso negro y el gorro de mandarín con botón de cristal de roca. La novia lucía un elegante traje blanco envuelto en largo velo y prendido con los emblemáticos ramos de azahar, y dejaba asomar por fuera de su devocionario las rosas encarnadas, símbolo chino del amor.

Durante la ceremonia religiosa la capilla de la Magdalena y varios distinguidos artistas ejecutaron varias composiciones musicales, y terminada aquélla la gentil y enamorada pareja salió de la iglesia á los acordes de la Marcha nupcial de *Lohengrin*, atravesando, resplandeciente de felicidad, por entre el público, que apenas podían contener los guardias.

Un periódico parisiense termina la noticia en que da cuenta de esta boda con el siguiente gracioso y oportuno comentario:

«Los chinos se casan con francesas: «¡Pero esto es el peligro amarillo!,» decimos aquí. Las francesas se casan con chinos: «¡Pero esto es el peligro blanco!,» exclamarán en el Celeste Imperio.»

LA GRAN SEMANA AUTOMOVILISTA

EN ALEMANIA

Las esperanzas de que la gran semana automovilista alemana constituiría un acontecimiento deportístico de verdadera importancia se han realizado en absoluto. Las carreras organizadas en Baviera, de las cuales hablamos en el número 1.233 de La Ilustración Artística, han tenido un éxito completo, y en la capital bávara se juntaron gran número de automóviles de diversos países.

La elección de Munich como punto de reunión ha sido acertadísima, pues la Atenas del Isar, como con razón se la llama, es por su excelente situación, por la grandiosidad de sus bellezas artísticas y por la hermosura de sus alrededores, un lugar apropiadísimo para esta clase de reuniones, en las que se dan cita personas notables de las más distintas procedencias.

Muy sensible fué, para los alemanes sobre todo, que el príncipe Enrique de Prusia, que, como es sabido, es uno de los aficionados más entusiastas del automovilismo, se viera precisado á renunciar á su propósito de tomar parte en la carrera Herkomer y aun de asistir á la fiesta como simple espectador, por haber tenido que salir repentinamente de Munich en cumplimiento de sus deberes militares.

En cambio acudieron á presenciar los distintos ejercicios deportísticos otras ilustres personalidades, como los príncipes Alfonso y Luis Fernando de Baviera, el príncipe Enrique de Baviera, la duquesa Carlos Teodoro, el príncipe Fernando de Bulgaria, el príncipe heredero y la princesa heredera de Sajonia-Meiningen, los archiduques Leopoldo y Francisco José de Baviera, el príncipe y la princesa de Battenberg, el gran duque Cirilo de Rusia, el príncipe de Oettingen y el duque de Ratibor. También estaba el famoso pintor y escultor Huberto Herkomer, autor de la copa ofrecida por él al vencedor en la carrera de su nombre, que reprodujimos en el citado número de La Ilustración Artística.

El viernes 11 del corriente se congregaron en Munich todos los automóviles que habían de concurrir á la carrera Herkomer, que es la que despertaba mayor interés, y en los dos días siguientes se efectuaron las carreras en el Kesselberg y en la carretera de Forstenrieder en el parque de este nombre. En la de motocicletas del Kesselberg vencieron la señora Gertrudis Eisenmann, de Hamburgo, y el Sr. Retienne, de Nuremberg.

En la de automóviles que se disputaban la copa Herkomer el resultado ha sido el siguiente:

N.° 1. Ladenbourg (marca *Mercedes*).
N.° 2. Weingaud (ídem).
N.° 3. Willy Poege (ídem).
N.° 4. Turk (marca *Benz*).
N.° 5. Werner (marca *Clemens*).
N.° 6. Ruzsika (marca *Mercedes*).
N.° 7. Katsenstein (ídem).
N.° 8. Turk (marca *Benz*).
N.° 9. Taves (marca *Adler*).
N.° 10. Lohr (ídem).
N.° 11. Flensch (marca *Mercedes*).
N.° 12. Scharrer (marca *Benz*).
N.° 13. Braeuning (marca *Darracq*).
N.° 14. Goess (marca *Adler*).
N.° 15. Baur (marca *Clement*).

Se formularon, sin embargo, varias reclamaciones que acaso alteren esta clasificación.

En esta carrera no ha habido que lamentar ninguna desgracia; y esto se debe seguramente á que no era el principal objetivo de la misma probar la velocidad de los automóviles, sino las condiciones de resistencia y solidez de las máquinas.





La gran semana automovilista alemana. – El célebre pintor y escultor Herkomer, autor de la copa de su nombre. – El paso del Kesselberg, en el trayecto de la carrera Herkomer. (De fotografías remitidas por Hutin, Trampus y C.ª)

LA COPA REAL DE LA MARINA ITALIANA

PARA EL CONCURSO ANUAL DE TIRO DE CAÑÓN DE LOS BUQUES DE GUERRA

S. M. el rey Víctor Manuel III, para fomentar la emulación entre los artilleros de la marina de guerra italiana y darles al mismo tiempo una prueba de alta consideración que le merecen, ha ofrecido una magnífica copa artística, de plata maciza, que cada año se disputarán los diversos buques de aquella armada.

El almirante Mirabello, ministro de Marina de Italia, que ha sido el intérprete de la resolución del monarca, encargó la ejecución de esa copa á dos artistas romanos, los hermanos Cagli, que han hecho un objeto de arte de indiscutible valor.

La copa está coronada por una Victoria, modelada al estilo griego, y tiene en su cara delantera un medallón con la corona y las iniciales del rey; en los lados, dos águilas sostienen la cruz de Saboya y dos tarjas que contienen, una la reproducción del acorazado *Regina Margherita*, y la otra un bajo relieve simbólico con los genios del Arte, del Comercio, de la Industria, de la Agricultura y de la Justicia, protegidos por la Fuerza, representada por una torre acorazada. En la base triangular, tres sirenas salen de entre las ondas y se apoyan en el globo terráqueo, sobre el cual está sentado el genio del Mar, que sostiene la copa.

Los hermanos Cagli han sido calurosamente felicitados por el rey Víctor Manuel III, por su magnífica obra de arte, que ha sido objeto de la admiración general.—C. A.



Copa real de la Marina, ofrecida por el rey VÍCTOR MANUEL III de Italia como premio en los ejercicios de tiro de cañón de los buques de guerra italianos, obra de los hermanos Cagli, de Roma. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

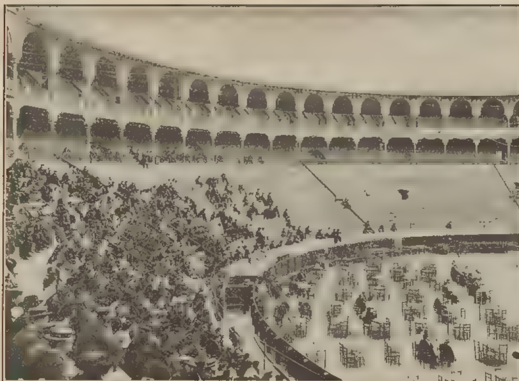
VIAJE AL POLO SUR, por *Otto Nordenskjold*. – La casa editorial Maucci, de esta ciudad, ha terminado la publicación de esta importante obra, que interesa así por su valor científico como por la amenidad del relato. Está cuajada de fotografías, planos, mapas en negro y en colores, vistas, etcétera, que forman un caudal de curiosidades instructivas y entretenidas. Ha sido correctamente traducida del sueco por Roberto Ragazzoni, consta de dos tomos de 592 y 654 páginas respectivamente y se vende encuadernada en rústica á 24 pesetas y en tela con planchas doradas á 30.

BARCELONA Á LA VISTA. SEGUNDA SERIE. – Se han puesto á la venta los cuadernos 4.º á 6.º de esta bonita publicación que con lisonjero éxito edita en esta ciudad don Antonio López. Cada uno de ellos contiene 16 vistas de Barcelona ó de sus alrededores y se vende á 35 céntimos.

EL CONSULTOR DE LAS FAMILIAS, por *Carlos Ortega y Rubio*. – Tal es el título de la nueva obra con que ha enriquecido la ya valiosa colección de los que viene publicando el inteligente editor Francisco Puig. Contiene el libro á que nos referimos un extenso formulario de materias relacionadas con la economía doméstica, un acopio de conocimientos de reconocida utilidad, procedimientos de carácter industrial, jardinería de salón, juegos y bailes, pasatiempos, etc., expuestos con recomendable claridad y método. Consta el libro de 300 páginas de 15 x 23 y véndese en todas las librerías al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

CATÁLOGO BASTINOS. – El conocido editor Antonio F. Bastinos ha publicado en forma tan elegante como completa el extenso catálogo de las obras publicadas, que constituye la especialidad de la casa editorial, ya que se refiere única y exclusivamente á las obras destinadas á la enseñanza.

Forma el catálogo un volumen de más de 200 páginas, de 16 x 22, profusamente ilustrado.




BARCELONA. – La nueva plaza de toros, «Arenas de Barcelona,» convertida en teatro de verano. (De fotografía de A. Merletti.)

Laudable bajo todos conceptos es la empresa realizada por los que han transformado, aunque sólo sea temporalmente, la nueva plaza de toros de esta ciudad, conocida con el nombre de Arenas de Barcelona, en teatro de verano. En el amplio redondel en donde se consuman las bárbaras suertes del mal llamado espectáculo nacional y se derrama la sangre de hombres y de animales, y en la extensa gradería en donde, en las tardes de toros, se congrega una muchedumbre que grita, vocifera y parece haber perdido las más rudimentarias nociones de cultura, resuenan ahora las dulces melodías de las óperas más populares, que el público escucha atento y con verdadera fruición, y Wágner, Saint-Saens, Verdi, Meyerbeer, Donizetti, Puccini, Mascagni, Leoncavallo y tantos otros maestros del divino arte reinan como señores allí donde pudo un día creerse que sólo debían imperar los titulados maestros del estoque y de la muleta.

Cierto que aún dista mucho esto de las grandiosas representaciones de Bezieres, Orange y Nimes; pero todo es empezar, y así como de las luchas de que antiguamente fueron teatro aquellos circos sólo queda hoy el recuerdo histórico, siguiendo el camino iniciado en nuestras Arenas, tal vez pueda conseguirse acabar con las corridas y que en día no lejano haya de acudir á los diarios, ilustraciones y libros de pasados tiempos el que quiera saber para qué sirvieron en su origen las plazas de toros y conocer los lances del espectáculo que en ellas se ejecutara.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 4 de septiembre de 1905 — Núm. 1.236

ÚLTIMOS RETRATOS DEL TSAR Y DE LA TSARINA. (De fotografías remitidas por Hutin, Trampus y C.ª)



El tsar á caballo disponiéndose á dar su paseo matutino



La tsarina dirigiéndose á su coche para dar un paseo

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie del presente año, que es «La casa de los mochuelos,» interesantísima novela de la célebre escritora alemana Eugenia Marlitt, y que está profusamente ilustrado.



CRÓNICA DE TEATROS

Estos meses de verano, época de descanso para tanta gente, son de labor fatigante para los escritores en general y para los autores dramáticos en particular. Las hormigas descansan..., las cigarras ensayan sus cantos con que luego, en las noches de invierno, han de recrearnos. Quiero decir que cada autor dramático teje en la presente estación sus dramas, comedias ó farsas... Pasará rápido el estío con sus calores, caerán «las hojas que en las altas selvas vimos,» abrirán los teatros sus puertas y comenzarán los estrenos.

* * *

Muy de estimar sería que algún médico, fondo en literato como hay tantos, y con sus puntas y ribetes de filósofo, que también se dan casos, analizase con minuciosa escrupulosidad las emociones que experimenta el autor dramático antes del estreno, en el estreno y después del estreno. Esta emoción merece tanto y más que cualquiera otra de las más violentas un concienzudo estudio psíquico, fisiológico, patológico. Ahí son nada las perturbaciones que alteran en tales noches de prueba el organismo del autor, sus desarreglos nerviosos, las alteraciones de su aparato respiratorio y hasta los trastornos de sus funciones digestivas, desde que el título de la obra *á estrenar* aparece en la parte baja del cartel, hasta que los periódicos la ponen por las nubes ó la entierran bajo el peso de agrias y severas censuras.

Al paroxismo llega á veces el tormento del autor la noche del estreno. Cada ruido que viene de la sala hiélale la sangre en las venas. Si el público tose, «¿será que rechaza la obra?» Si guarda silencio, «¡qué frialdad!» Si un actor se equivoca, «¡qué desesperación!» Si á tal ó cual *parlamento de fuerza*, ó á tal chiste no sigue una explosión de risa, «¡qué desengaño!» Vedle nervioso, agitado, febril. Reos hay en capilla que están más serenos y tranquilos que autor en noche de estreno.

Según un chascarrillo muy sabido, á un epitafio en que se habían escrito estas palabras: «Yace aquí quien no temió,» añadió un sujeto que sin duda había sido estudiante: «porque no se examinó:» con más razón hubiera podido añadir: «porque no estrenó.»

Imposible que el autor que estrena permanezca quieto dos minutos seguidos; tan pronto atisba por la rendija de la decoración lo que pasa en la escena, como mira por los agujeros del bocaporte la cara que pone el público, como interroga al actor que entra entre bastidores, como consulta la opinión del amigo que le acompaña, como trata, finalmente, de leer en el semblante de tramoyistas y asistencias lo que opinan acerca del mérito de la obra.

Cada autor tiene su manera especial de apurar la amarga copa del estreno. Echegaray se tira nerviosamente de su blanca y larga perilla, con peligro de arrancársela; Sellés instálase en un bastidor desde que suena el timbre anunciando el comienzo del espectáculo hasta que cae el telón al final del último acto, y allí se está apretando el bigote con el dedo índice y sin quitar ojo de los cómicos; Galdós se fuma un centenar de cigarrillos; Dicenta se mueve como un azogado; Cano calla y arde en silencio... Autor hay que se arranca con furia los pelos de la barba.

Y la cosa no es para menos. Estrenar una obra no es solamente una tentativa para conquistar aplausos ó ganar dinero ó para ambas cosas á la vez: es además correr una peligrosa aventura. No solamente arriesga el autor aquella noche el trabajo de muchos meses «á una sola carta,» sino que pone en peligro su reputación literaria, expone á la vergüenza su amor propio y se entrega, finalmente, á la merced de los espectadores, entre los cuales abundan más los fiscales que los jueces.

* * *

Porque ocurre todos los días que un abogado pierde un pleito importante, ó un médico mata á unas cuantas personas por equivocación ó ignorancia, ó un arquitecto hace un edificio que se viene al suelo al primer viento que sopla, y todo el mundo se guarda muy bien de burlarse públicamente del arquitecto, del médico, del abogado; y si por acaso algún lenguaraz intenta desacreditar á cualquiera de dichos señores, los tribunales se encargan de hacerle callar imponiendo al parlanchín el condigno castigo.

Mas ocurre que se equivoca un autor, que su comedia es sosa ó inverosímil ó absurda..., y ya puede el tal prepararse á oir consejos impertinentes ó á sufrir mortificantes censuras. No basta con que el pueblo soberano *patee* (es el término de moda) el drama; no basta con que sus amigos le despellejen y trituren, ni que los cómicos le miren con injurioso desdén, ni con que de su derrota se haga sabrosa comidilla en cervecerías y cafés. Todo esto es poco: al día siguiente los revisteros caen sobre su víctima y clavan en ella sus plumas aceradas. Los periódicos serios le agobian bajo sus apretadas columnas, los festivos le asaetean con sus chistes y las hojas impresas (siempre hay alguna) redactadas por golfería de poco pelo, le ponen como chupa de dómine.

Ante tan tremenda perspectiva, ¿qué mucho que el pobre autor sude sangre la noche del estreno?

Muchos cómicos, justo es decirlo, luchan denodadamente y hacen inauditos esfuerzos para sacar á flote la comedia ó drama que está á punto de hundirse. Ocasiones hay en que el talento del actor consigue esta gran victoria; pero en cambio no faltan algunas en que los actores hacen causa común con el auditorio y entregan villanamente la obra á ellos confiada.

* * *

El público en las noches de estreno se reviste de grave severidad. Tiene conciencia de su poder y goza con ejercerlo tiránicamente. No negaré yo que asistan á los estrenos personas benévolas que lloran á chorro en cuanto la damita joven empieza á hacer pucheros, ó se desternillan de risa apenas el actor cómico abre la boca, ó aplauden entusiasmados cualquier latiguillo del galán ó cualquiera vaciedad sentenciosa del barba. De estas almas sencillas y bonachonas hay algunas, pero pocas, en el público de los estrenos, público á decir verdad denominado homogéneo y que casi siempre es el mismo. Por regla general domina en la sala el elemento descontentadizo, que se echa furioso encima de un actor en cuanto el pobre pronuncia equivocadamente una palabra, ó lanza un chiste en voz alta en medio de una situación patética, ó tose con insistencia si oye una frase que le parece atrevida, ó golpea el suelo con el bastón ó con las extremidades inferiores en el momento en que encuentra lánguida una escena.

He dicho antes que el público de los estrenos es demasiado homogéneo. Compónese, en efecto, en gran parte, de profesionales, esto es, de autores aplaudidos, de otros fracasados y de muchos *non natos*. Bien puede asegurarse que la mitad, por lo menos, de los espectadores en las noches de estreno, se compone ó de dramaturgos de hecho ó de aficionados que han perpetrado ya algún drama en la sombra. De la otra mitad, incluso las mujeres, no hay uno que no se sienta crítico. La gente que va al teatro para divertir ó para emocionarse..., brilla por su ausencia. El autor tiene que habérselas ó con los de su oficio, y ya se sabe cuál es el peor enemigo, ó con gentes más propensas á analizar que á sentir.

Por los pasillos, antes de empezar la representación, ya corren voces hostiles contra la obra. Los amigos del autor que han asistido á los ensayos se encargan espontáneamente de informar á los que no están en el secreto. Se hacen frases más ó menos intencionadas, todas por supuesto de mala intención y se oyen diálogos como este:

—El acto segundo es lánguido.

—El tercero es absurdo.

—El asunto está tomado de una comedia rusa.

—¡Rusa!

—Sí, de un tal Merluzoff.

—Ya decía yo que Fulano (el nombre del autor) no podía escribir nada original.

—La que de seguro no pasa es la escena entre el galán joven y la característica.

* * *

El primer acto ha sido escuchado con gusto. Gran parte del público ha aplaudido; pero aquella atmósfera benévola se disipa en los pasillos. Allí un crítico hace notar, con acierto ó sin él, que tal situación es inverosímil; otro asegura que el lenguaje es afectado, que de aquel modo no se habla. Otro se burla del rico tropo y de la brillante metáfora. No faltan los chistosos que juegan del vocablo con el título de la obra y con los nombres de los personajes.

Cuando se empieza el segundo acto, los espectadores de buena fe, aleccionados por los comentarios de los *técnicos*, están ya, sin darse cuenta de ello, prevenidos contra la comedia... Si no hubiera entreactos, ó si éstos fueran tan breves que el público no tuviera tiempo de salir á los pasillos, se salvarían la mitad de las obras que se van al foso.

Si á esto se suman las envidias de unos, los despechos de otros, las mil circunstancias, algunas completamente fortuitas, que ponen en peligro la obra á cada lance ó cada escena, se comprenderá que no son injustificadas la intranquilidad y la angustia del autor. Algunos hay que para evitar los peligros enumerados llenan el teatro de parientes y amigos. La obra entonces suele obtener un gran éxito *exterior*. Los convidados muerden en los pasillos, pero aplauden á rabiar en la sala. El autor sale á escena tres ó cuatro veces al final del primer acto, se le hace una *ovación inmensa* al acabar el segundo y se le obliga á presentarse en el escenario durante media hora al dar fin la comedia. El mal aconsejado dramaturgo, olvidándose de que él es el organizador de su triunfo, se va á su casa reventando de emoción; se cree un Lope; sueña con palmas y coronas, y cree ver su *vera efigies* decorando con otras de genios de la escena el techo de un teatro.

Mas ¡ay! el despertar es terrible. La prensa con sus desdenes, sus censuras ó sus burlas, le hace comprender—si el tal autor no es completamente tonto—que su inocente estratagema no ha servido de nada. Y si después de este primer desengaño le quedan aún algunas ilusiones, acaban éstas de desvanecerse al ver á la noche siguiente del estreno desierta la sala y solitaria la taquilla.

De nada—vuelvo á decir—sirven estos artificios. Hay que triunfar del público á pesar de tantos y tantos obstáculos como se oponen al triunfo. Hay que dominarle y vencerle. No en balde las obras se representan detrás de *la batería*. Solamente las que pasan victoriosas por esa prueba del estreno, más terrible y más dura que la antigua del fuego, dan á sus autores honra y provecho.

* * *

Y tú, apreciable lector, que no te has metido nunca en libros de caballerías, quiero decir que no has tenido nunca la mala tentación de escribir dramas ó comedias y que ves los estrenos desde talanquera, ó mejor dicho, desde tu butaca, cuando vayas al teatro á presenciar el alumbramiento de una obra, piensa en las angustias y tormentos que el autor está pasando, reflexiona que aun siendo mediana una comedia cuesta componerla no poco trabajo, acuérdate de que la justicia debe estar templada por la benevolencia y repite mentalmente cierta máxima de Derecho que traducida á la letra quiere decir: «en caso de duda, por el reo.»

Si así lo hicieres, Dios te lo premie; y si no, El te lo demande.

Y si por acaso, lector, eres del oficio, si tienes tu drama preparado para desembotellarlo más pronto ó más tarde en cualquier teatro, ten presente que donde las dan las toman y que con la medida con que juzgues serás juzgado.

ZEDA.



Costal vacío, ¿quién lo empina?

EL COSTAL

I

Siento que la verdad histórica me obligue á comenzar mi narración consignando que á mi héroe, Pedro Hernández, le llamaban con el mote de tío *Español*. De dónde y cómo había nacido este alias no puedo dar noticia exacta: sólo apuntar algunas sospechas con asomos de fundamento. Tal vez se debiera á sus constantes alardes de patriotismo barato, sosteniendo á roso y velloso y viniera ó no á cuento la superioridad de la nación que le tenía por ciudadano sobre todas las que existían sobre la haz de la tierra, supremacía que fundaba, más que en otra razón, en su gloriosa historia, que á él se le aparecía algo así como un cuento de las mil y una noches. Que no le vinieran al tío *Español* con chismes y enredos sobre los adelantos que en otros países gozaban las ciencias y las artes: todo eso no valía un comino, junto á las gloriosas páginas que en la historia de la humanidad había escrito su patria con su generosa sangre y su arrebatada osadía; y por este sendero, con ciego apasionamiento de hijo de linajuda familia venida á menos, entonaba cántico tras cántico en loor de su madre, ensalzando hasta las nubes sus bellezas y olvidando, sin advertirlo, sus defectos. No le consentía su escasa instrucción adornar sus razonamientos con floridos períodos ni con imágenes poéticas; pero lo que le faltaba de elocuencia, lo suplía con fuerza de pulmones y afluencia de palabras, y era menester rendirse ante aquel incansable polemista, cuyos gritos pudieran, en caso apretado, substituir á las trompetas que echaron á tierra las murallas de Jericó.

Otros paisanos suyos eran de opinión que el mote le había venido de la orgullosa fanfarria con que, en sus conversaciones con los marineros ingleses y rusos que venían al puerto, exclamaba golpeándose el pecho. «Yo soy español.» Puede asegurarse que no dijo San Pablo el famoso *Cives romanus sum* con más soberbia convicción de superioridad étnica que Pedro Hernández la declaración de su castizo abolengo: parecía como que esperase que, después de revelar á sus interlocutores tal grandeza, cayeran éstos de rodillas á sus plantas á rendirle pleito homenaje.

La postrera versión que hasta mí ha llegado sobre el origen de su mote es la más prosaica, pero quizá la más verosímil: atribúyenlo los que la sostienen á su constante permanencia en la pintoresca terraza del café de España, de la que parecía ser una de las columnas inquebrantables. Por la mañana, cuando en la vecina playa se aprestaban las barcas pescadoras á salir de dos en dos, como parejas de gigantescas gaviotas; al mediodía, cuando los desocupados del pueblo acudían á tomar la copa de absenta y á comentar los telegramas de los periódicos matutinos; después de comer, cuando las mesas se llenaban de impenitentes jugadores de dominó que embelesados por las delicias del seis doble saboreaban como exquisito moka el obscuro brebaje que les emporcaba la digestión; á la caída de la tarde, cuando los trabajadores dejaban sus faenas y acudían á solazarse con el espectáculo siempre hermoso del Mediterráneo; por la noche, cuando volvían los señoritos á disputar sobre política, dando cada cual como propia la opinión del periódico que acaba de leer; á todas horas estaba el tío *Español* en la terraza del café jugando con unos, disputando con otros, siempre ocioso, siempre dispuesto á todo lo que no fuese trabajar y siempre lamentándose de su desgracia y mala suerte

Por eso dije al principio de mi cuento que sentía tener que consignar que al protagonista le apodaban tío *Español*, porque en verdad que sus condiciones morales no hacían honor á la nación de que el mote le diputaba por hijo, y de tal naturaleza, como si, al reunirse en él con perfección no superada las más salientes cualidades de la raza, no hubiera otro más digno de ostentar tal nombre. Pero, en fin, la verdad es la verdad y no cabe obscurecerla ni escamotearla. El tío *Español* se llamaba así, y aunque era orgulloso sin fundamento, pendenciero por costumbre, ignorante sin humildad y, sobre todo, perezoso y holgazán por naturaleza, forzoso es declarar que casi nadie en el pueblo se acordaba de su verdadero nombre y que, con su glorioso mote, era una de las personalidades más notables de aquel diminuto puertecillo del Mediodía.

En la historia de mi héroe había páginas de todas clases; períodos de grandeza, épocas de decadencia; éstas más abundantes que aquéllos. Lo que no se podía hallar nunca era el momento histórico de la transición: de la cúspide al abismo no mediaba más que un día; de la luz á la tiniebla un abrir y cerrar de ojos. Y es que el tío *Español* era imprevisor por naturaleza. Cuando él tenía una peseta en el bolsillo parecíale que todos los millonarios del mundo eran míseros pordioseros, y hubiera sido capaz de tutear á Creso, si se lo encontrara en el camino. Así es que en cuanto recogía unas cuántas monedas, se trataba á cuerpo de rey. ¿Asistieron ustedes á los festines de Lúculo? Como no hace más que veinte siglos que se dieron, puede que algún lector entrado en años haya sido comensal del famoso romano. ¿No? ¿Tampoco estuvieron ustedes en las fabulosas bodas de Camacho? Bueno; pero tendrán una idea aproximada de una ú otra cosa y podrán apreciar el derroche que hacía el tío *Español* de sus caudales si les digo que eclipsaba á tan memorables comilonas. Por desgracia esto era muy de tarde en tarde. Lo corriente era la escasez, la penuria, el hambre. La prosperidad era siempre breve, fugaz, relampagueante.

Mas no era la miseria en que casi de continuo se veía sumido acicate que despertara las atrofiadas energías del tío *Español*. Paseaba su estómago vacío y sus harapos por la terraza del café de España con la altivez de un monarca destronado que espera reconquistar el solio de sus antepasados de un día á otro, y explicaba su aversión al trabajo y su perezosa inacción con esta filosófica frase, estudiada sin duda alguna en la metafísica de Rocinante.

—Costal vacío, ¿quién lo empina?

II

Pues señor, que al dueño del café de España se le ocurrió aquellas Navidades jugar un billete de lotería entre todos sus parroquianos, y como lo pensó lo hizo, repartiendo las mil pesetas en poco más de una semana. Unos cuantos concurrentes tuvieron la humorada de mandar extender una participación de á peseta á nombre de Pedro Hernández, y así no quedó contertulio del establecimiento que no estuviera interesado en que la suerte eligiera aquel año el café de España para agraciarle con sus favores. Y así fué: á la fortuna, harta de favorecer á banqueros panzudos y á entecos aristócratas, le dió la ventolera de huir de los grandes centros y de refugiarse en aquel microscópico pueblecillo. Y allí llegó, el día 23 de diciembre, haciendo sobre su rueda mi-

lagros de equilibrio y velocidad, que envidiarían á la par el más intrépido ciclista y el más arriesgado *chauffeur*, y llevando en su bolsillo, para derramarlos sobre el café de España, los cinco milloncejos del gordo.

De cómo se recibió allí á tan excelsa señora no es posible hacer narración exacta. En el primer momento pareció que todos los manicomios de España se habían dado cita en el modesto café. ¡Qué de gritos, de carcajadas, de abrazos, de libaciones y de borracheras! El dueño del café despachó en dos horas todos los licores averiados que largos años hacía se cubrían de polvo y telarañas en los estantes, sin que nadie advirtiera el amargo sabor de ranciedad y vetustez que los aromatizaba, antes bien diputándolos por más exquisitos que el néctar en que se abrevaban los helenos dioses.

Cuando empezaron á calmarse algún tanto los ánimos y aquella multitud de seres felices se desparramó por calles, plazas y paseos, tocó el turno de hacer de las suyas á la loca de la casa, y castillo hubo que llegó al cielo, fundado, si no completamente en el aire, en el menudo papelito en que se leía la participación que en los cinco millones tenía el atrevido arquitecto. Todos se creían de golpe y porrazo más ricos que Rothschild y capaces de acometer las más costosas y quiméricas empresas.

El tío *Español* recibió la noticia con el mismo júbilo escandaloso que sus compañeros de fortuna; dió, á pesar de su pereza, una cómica zapateta en el aire y se puso á considerar la grandeza incomprensible de aquel fortunón de cinco mil pesetas que se le entraba por las puertas de su bolsillo, sin calcular la estrechez y desamparo del recinto en que se decidía á albergarse. ¡Cinco mil pesetas! El tío *Español* no volvía de su asombro. ¡Señor y Dios mío! ¿Y era posible que cantidad tan grande de dinero existiese en el mundo? ¿Y aquel fortunón iba á ser suyo, lo era ya, y podría disponer de él á su antojo pasando el resto de su vida en un continuo goce, en una no interrumpida satisfacción de sus menores antojos? Poco faltó para que el tío *Español* no se volviese loco de veras, mientras consideró idealmente la fortuna con que le había favorecido su buena estrella.

Algo amenguó su entusiasmo cuando el dueño del café le hizo entrega de la parte que le correspondía en el premio, y vió que se reducía á unos cuantos pedazos de papel no muy limpio, en vez de las soñadas pilas de monedas relucientes que él pensaba tendría que transportar en carretón á su tugurio. Pero cuando vió que aquellos papelucos se trocaban en duros y pesetas como por arte mágico, volvió á sus ensueños y á sus fantasías y comenzó á darse la más regalada vida que nadie se ha dado en este pícaro mundo. No abandonó por eso el campo de sus operaciones: aquella misma terraza que le vió pobre y desarrapado pasear el hambre al sol, apagando los ayes del estómago vacío con tal cual copa, pagada por algún amigo, de fementido aguardiente, le contempló ahora vestido como un duque, con el buche repleto y pagando en el más legítimo Monóvar los convites de antaño.

Y claro es que si antes, aun apretándole la implacable necesidad, huía, como de su más mortal enemigo, del trabajo, que no le hablaran en aquellos días de prosperidad y bienandanza de tal cosa, porque hubiera sido capaz de tirar una silla á la cabeza del mal aconsejado interpelante. Sin embargo, hubo un valiente que se atrevió á recordarle una mañana, entre copa y copa, tan escabroso asunto, y fué el tal un pescador malicioso y socarrón que encarándose con el viejo le dijo:

—¿Y como es que no trabaja usté ahora, tío *Español*?.. Porque yo le oí decir á usté una vez que si no trabajaba era por falta de fuerzas, ú séase, con las mesmas palabras que usté lo prenunció, porque costal vacío, ¿quién lo empina?.. Pero ahora que está usté bien alimentao y con la barriga llena, que no paece sino que s'ha quitao usté diez años de encima, ¿por qué no arrima usté el hombro á la faena? Por falta de fuerzas no será...

—No, hijo, que, gracias á Dios, estoy mejor que he estao nunca y con ánimos pa menear una montaña. Verdá es que yo te dije que costal vacío, ¿quién lo empina?, y que ahora tengo el mío bien repleto; pero arrepara en esta otra másima.—Costal lleno, ¿quién lo dobla?

Y ahí tienen ustedes la razón por qué el tío *Español* no trabajó ni un solo día de su vida. ¡Vaya! Ya están ustedes pensando en el mote y sacando moralejas al caso... ¿A que me resultan más maliciosos que el pescaderillo de mi cuento?

LUIS CÁNOVAS.

(Dibujo de Berga y Boada.)



GRANADA. – LA ALHAMBRA
PATIO DEL HARÉN Ó DE LA MEZQUITA, QUE AMENAZA RUINA
(De fotografía de José Martín)

LA ALHAMBRA DE GRANADA

Hace pocos días, los periódicos matritenses publicaban el siguiente suelto, que tenía todo el carácter de oficioso:

«La Memoria del conservador de la Alhambra dice que puede ocurrir un hundimiento si no se adoptan precauciones.

»La galería de Machuca, la torre de los Puñales, el patio Arabe y la sala de Abencerrajes se encuentran en muy mal estado.

»Además hay necesidad de poner una sobrería en el célebre patio de Albeca y en el de los Leones. De lo contrario, de la famosa Alhambra, admiración del mundo, no quedarán más que trozos ruinosos.

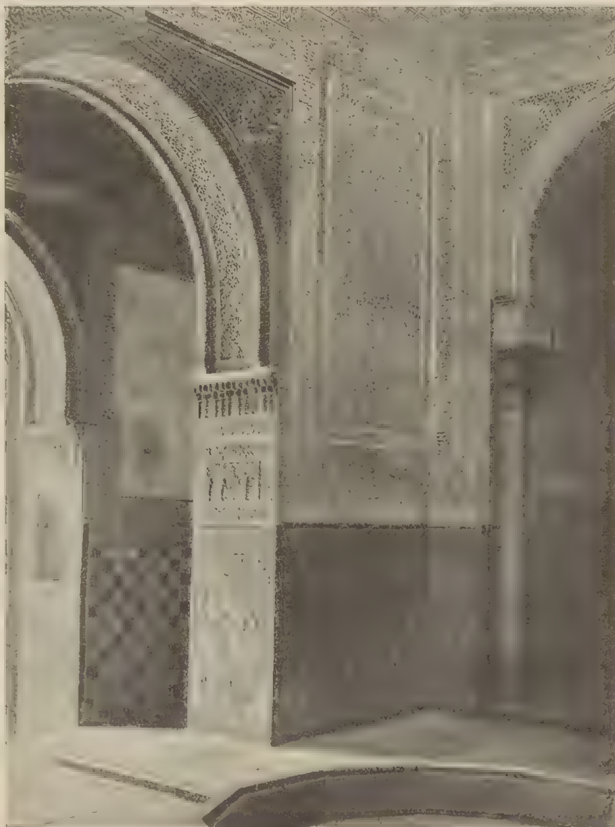
»El Sr. Mellado ha enviado instrucciones para que se proceda á las obras necesarias, y está dispuesto á confeccionar un presupuesto, salga de donde salga.»

De esta noticia se desprenden dos consideraciones igualmente tristes é igualmente vergonzosas: que gracias á la desidia de nuestros gobiernos, una joya de tan inmenso valor artístico é histórico ha llegado á un estado tal que es inminente su ruina; y que el ministro de Instrucción Pública habrá de hacer grandes esfuerzos para encontrar los fondos con que atender á las indispensables reparaciones.

¡Y así por esta desidia van desapareciendo poco á poco de España los monumentos que todo pueblo civilizado conserva como reliquias sagradas de su pasada historia! Los gobiernos y buena parte de los gobernados contemplan impasibles esta obra devastadora, que unas veces es de los años y otras veces es de los hombres; y cuando del monumento no quedan más que restos informes, se encogen de hombros y en su fuero interno piensan: «¡Estaba escrito!,» con lo cual se creen dignos continuadores de los que construyeron la Alhambra, sin tener en cuenta que éstos compensaron su fatalismo, enriqueciendo artística, agrícola y científicamente nuestro suelo, merced á los impulsos de su voluntad firme y de su ciencia portentosa.

El Sr. Mellado, que es el ministro á que antes aludimos, no quiere, al parecer, que tal estado de cosas continúe y «está dispuesto á confeccionar un presupuesto, *salga de donde salga*.» En otro país que no fuese el nuestro, estas últimas palabras habrían holgado; el presupuesto se formaría sin dificultad, y sin dificultad se dispondría de los fondos necesarios, que saldrían de donde deben salir estas cosas, de cualquier capítulo del presupuesto destinado á hacer cultura y á hacer patria.

¡Y luego vendrá la prensa lamentándose de que desaparezcan de nuestras iglesias y mansiones señoriales tesoros artísticos que van á enriquecer los museos de otros países, y pidiendo leyes que pongan coto á esta exportación! De seguir las cosas así, lo que habrá que lamentar es que los extranjeros no puedan llevarse, con la misma facilidad que un cuadro, los grandes monumentos que aún nos quedan; ya que de esta suerte, si bien los perdería España, en cambio se conservarían para los pueblos amantes del arte y de la cultura: sería una gran vergüenza para nosotros; pero sería un gran bien para la humanidad. — X.

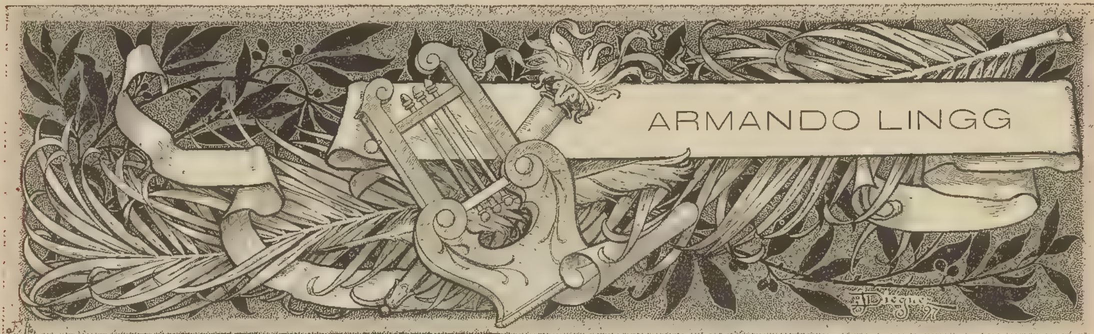


GRANADA. – LA ALHAMBRA. – SALA DE LOS ABENCERRAJES, QUE AMENAZA RUINA
(De fotografía de José Martín)



LAS SANTAS MUJERES JUNTO AL SEPULCRO DE JESUCRISTO,

una de las obras mas notables del pintor francés Bouguereau, recientemente fallecido. (Véase [illegible] pág. 578.)



Cataluña ha tenido su *Verdaguer,* en cuya *Atlántida* se admiran el atrevimiento y la originalidad de la concepción, la fantasía evocando la visión de lo pasado en pinturas al fresco, la grandeza monumental de los épicos primitivos, la música fascinadora del ritmo. Y la noble *Tabla redonda del rey Maximiliano II de Baviera* se vanagloriaba de ese épico plástico, ese pintor mural, ese lírico histórico-filosófico que se llamó *Armando Lingg,* distinguiéndose por la energía vencedora de su pensamiento, por lo visionario y místico de su musa, por su simbolismo monumental, por el vuelo majestuoso de su genio austero que vivía en todos los tiempos y en las zonas todas, llevándonos ora á Roma, ora al Nilo, ora á la Atlántida.

***

Ambos poetas, el inmortal épico catalán que en su *Atlántida* resucitó un continente y una lengua, y el gran epo-lírico alemán, asombro de la patria de la Walhalla, murieron en el mismo mes, expirando *Verdaguer,* que podría decir como Horacio: «Exegi monumentum aere perennius,» en medio de las flores, delante del Montserrat, el día 10 de junio de 1902, y el cantor de la batalla de Lepanto y de la espada de Boabdil, el famoso autor de la epopeya titulada *La transmigración de las gentes, Armando Lingg,* en Munich, en 18 de junio de 1905.

Ambos vates, el hijo de Folgaroles que cantaba el mar y la montaña, y el hijo de Lindau (Baviera), cuya inspiración se encendía en los escombros de ciudades muertas, y cuyas heroicas excavaciones continuarán resonando como escudos y espadas, eran pobres, debiendo el uno la protección más cariñosa y decidida al célebre naviero Antonio López, el primer marqués de Comillas, y el otro al Mecenas de los poetas alemanes, el rey Maximiliano II de Baviera, á quien le había recomendado el ilustre lírico Manuel Geibel.

Ambos poetas eran de naturaleza enfermiza, y sin embargo el bardo teutónico alcanzó vida larga, muriendo á los ochenta y cinco años de edad.

¿Qué se hicieron los paladines del espíritu teniendo por armas el cocodrilo, aquellos afamados intelectuales que sentó á su mesa el rey de Baviera, tan aficionado á las letras? Han bajado á la tumba los Geibel y Schack, los Scheffel y Bodenstedt, los Grosse y Hopfen, quedando sólo Félix Dahn, que recuerda en sus baladas el colorido histórico del épico Lingg, y Pablo Heyse, cuya vejez se desliza plácidamente á las orillas del lago de Garda entre brisas y aromas de juventud, no pasando año sin que nos deje sus opimos frutos, como la madre tierra.

Acabamos de perder al Nestor de las letras, pareciéndose con su cabeza de león y sus ojos soñadores á un profeta cuya musa sublime se apartaba del ruido vulgar del día, regocijándose con la pintura lapidar de la historia y derramando torrentes de belleza, de vida, de inspiración divina.

***

Nació *Armando Lingg* el 22 de enero de 1820 en Lindau, bellísima isla del lago de Constanza que saludan desde lejos los nevados Alpes helvéticos. Había de beber inspiraciones para sus cuadros sublimes y sus composiciones líricas en aquel paisaje grandioso que le ofrecía su patria, á la cual pertenecía siempre su corazón fiel.

Como hijo de un médico, estudió también medicina, haciéndose médico militar; pero vivían en él las figuras grandes de la Historia, y después de haber conocido en un viaje á Italia los teatros de lo pasado grandioso, no le daban hora de descanso los cuadros brillantes de su imaginación ardiente: creía escuchar en el trote de los soldados bávaros el ritmo de los ejércitos vándalos y el paso de los hunos, y como lord Byron, escribió versos en la silla de su caballo. Pero su índole severa y melancólica y sus enfermedades no le hicieron nunca gozar la vida, siendo para él patria y mundo las esferas altas.


El poeta alemán ARMANDO LINGG

Ya en 1850 tuvo que despedirse de la carrera médica, trasladando su residencia á Munich, donde el joven tímido entró en el círculo de los poetas geniales formando el «Club de Cocodrilo,» y llamaba la atención de Geibel con sus cantos patéticos y ardientes, pero jamás sensuales, y con la hermosura plástica de las descripciones, saliendo sus primeras *Poesías* en 1854, bajo los auspicios del mencionado Geibel.

El regio Mecenas Maximiliano II de Baviera añadió á la escasa pensión que como retirado le había sido concedida, otra que proporcionó una existencia desahogada al que hasta entonces había vivido en medio de privaciones, y así pudo el poeta, libre de todo cuidado, consagrarse con toda su alma á escribir esa serie de composiciones que habían de conquistarle fama imperecedera.

Ya cuando estudiante y en sus peregrinaciones por Italia, *Armando Lingg* se propuso reunir en una epopeya gigante el espíritu de Kaulbach y de Piloty, pintar con colorido makartiano el cataclismo de antiguo mundo romano bajo la invasión germánica presentar una sobreabundancia de escenas y episodios de la Historia universal, desde los hunos y os trogodos á los longobardos y vándalos.

Esa epopeya, compuesta de unos 20.000 versos, se publicó en tres tomos de 1865 á 68 con el título *Transmigración de las gentes.*

Si la crítica ha señalado lunares en la *Atlántida* de *Verdaguer,* por ejemplo la falta de relieve en los personajes, que se agigantan al esfumarse en el fondo sin límites del misterio, y la escasez relativa de sentimiento junto al predominio de la naturaleza física, hemos de censurar en la obra de *Lingg,* que abraza un espacio de dos siglos, la falta de unidad en la acción y en los protagonistas, defecto que está contrapesado por visiones sublimes y descripciones primorosas, que merecen ser colocadas entre lo más grandioso que ha producido en nuestros días la poesía épica.

***

Después publicó *Lingg* varios tomos de poesías, transpirando algunas un perfume de melancolía apacible y serena, como las de *Verdaguer,* mientras sus baladas recuerdan las del suizo Conrado Fernando Meyer.

Su último tomo salió en 1901, titulándose *Ritmos postreros.*

Escribió también novelas en verso y en galana prosa con el título de *Fuerzas obscuras,* que salieron en 1872, y en 1881 publicó *Novelas bizantinas,* que nos transportan á la época del florecimiento del cristianismo y á los siglos de las Cruzadas. Además escribió dramas en verso, entre los cuales sobresale su *Catilina.*

***

Los años dejaron sobre su cabeza una corona de nieve, su rostro conservaba la altivez y majestad del genio, pero no tuvo la suerte del insigne patriarca de la novela española, el gran Valera, en cuyo cerebro había destellos de aurora y en cuyo corazón germinaba fuego de juventud, sino que vivía vida de sueño como uno de esos reyes de la antigua Germania durmiendo en las recónditas salas de las montañas.

***

Armando, vate querido, venerado anciano, hijo adoptivo de Munich y de Lindau, perdiste tu memoria, sí, pero la tuya no se perderá en la Alemania entusiasta de lo bello y sublime, los espíritus de tus héroes te saludan y los pájaros están cantando en las arboledas que dan sombra á tu tumba.

¡Ojalá que las generaciones que vienen escuchasen siempre tu consejo: «Piensa que eres deudor de los pobres que no poseen nada; no ahuyentes la paloma salvaje; deja detrás de ti todavía algunas espigas en el campo; no quites á la vid el último racimo!»

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 1905.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Paso de un río por un regimiento japonés en la Mandchuria. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

LA PAZ RUSO-JAPONESA

¡Con qué satisfacción modificamos el título con que durante año y medio hemos encabezado esta sección dedicada á relatar las fases de la lucha entre rusos y japoneses! La sangrienta guerra del Extremo Oriente ha terminado, y lo que es más, ha terminado en condiciones honrosas para los beligerantes: en Portsmouth se ha resuelto el problema planteado en la Mandchuria, y lo que á costa de tantos millares de vidas y de sacrificios tan enormes no pudo conseguirse por la violencia, la diplomacia lo ha logrado por los medios pacíficos.

La noticia de la paz ha sorprendido aun á los más optimistas, sobre todo por la rapidez y por las condiciones en que ha sido concertada. En los últimos días, las noticias que se recibían de la conferencia no podían ser más pesimistas. El Japón insistía en la demanda de indemnización y en la posesión de la isla Sakhalín; Rusia afirmaba que ni daría un kopek ni cedería una pulgada de su territorio; y encastilladas ambas naciones en su intransigencia, nadie vislumbraba que pudiera llegarse á un acuerdo, sino previas nuevas y largas negociaciones que tenían todo el aspecto de regateos.

Pocos días antes del 29 de agosto (fecha en que se convino la paz), el delegado japonés Sato decía, autorizando sus palabras con su firma: «La demanda del Japón de una indemnización de 120 millones de libras esterlinas y de la mitad de Sakhalín, constituye un ultimátum.» Y el mismo corresponsal del importante diario londinense *Morning Post,* que había expresado su convencimiento de que la paz estaba próxima, al día siguiente telegrafiaba: «Las perspectivas de paz que hace cinco días se consideraban tan favorables, son ahora en extremo desconsoladoras.»

La prensa japonesa declaraba de tan capital importancia la cuestión de la indemnización y la de la isla Sakhalín, que entendía preferible una ruptura á cualquiera transacción sobre las mismas. Y á su vez la prensa rusa oponíase á toda transacción diciendo que el pago de una indemnización equivaldría á confesar que Rusia había perdido toda confianza en sus fuerzas y que Rusia no consentiría en la cesión de la isla mencionada.

Es más, un telegrama fechado en Tokío el 28, es decir, el día antes al en que la paz se ajustó, decía textualmente:

«El público sigue ignorando todo lo que actualmente pasa en Portsmouth, pero parece convencido de que no hay esperanza alguna de paz.

»Este convencimiento se ha manifestado esta mañana en la Bolsa, todos los valores cotizados sufrieron una baja, y las acciones de la Bolsa misma descendieron veinte yens.

»El fracaso de las negociaciones será generalmente lamentado, pero la expresión de la opinión sobre este particular, en la prensa y en todas partes, de muestra que se estima preferible la continuación de la guerra á la aceptación de una paz en condiciones que no se considerasen satisfactorias. Además, se cree como cosa casi cierta que el mariscal Oyama derrotará el general Linevitch y se apoderará de Kharbín y que los japoneses invadirán por completo las provincias del litoral.

»Créese asimismo que será posible reducir considerablemente el coste de las operaciones una vez derrotado el ejército ruso y que se podrá entonces continuar la guerra por un largo período de tiempo.»

Como se ve, las impresiones no podían ser peores y el resultado de la sesión celebrada por los plenipotenciarios el sábado 26 permitía alentar muy pocas esperanzas. Dícese que al comenzar dicha sesión, los japoneses esperaban y casi solicitaron una contraproposición rusa; pero M. Witte manifestó que no podía presentar ninguna y que la última palabra de Rusia era: la mitad de la isla Sakhalín y ninguna indemnización. Estas palabras fueron pronunciadas con acento tan firme y reposado, que los japoneses comprendieron que no se trataba de un ardid diplomático, sino de una resolución inalterable. Los japoneses guardaron silencio; los rusos también permanecían callados. M. Witte encendió un cigarrillo y se puso á fumar silenciosamente; el barón Komura hizo lo propio. El silencio duró ocho minutos, transcurridos los cuales el barón Komura manifestó que sería lamentable que la ruptura se realizase tan bruscamente, y propuso el aplazamiento de la conferencia para el lunes, proposición que los rusos aceptaron.

Prorrogado el aplazamiento hasta el 29, á las nueve de la mañana de este día dirigiéronse los plenipotenciarios al Arsenal. El aspecto que todos ofrecían era solemne y grave, y cuantos les vieron comprendieron que había llegado el momento decisivo. La ansiedad era grande y la opinión general era de que de aquella sesión saldría la continuación de la guerra.

De pronto, á las doce, sonó el timbre del teléfono del hotel Wentworth, en donde se hospedan los plenipotenciarios y en donde en aquel entonces estaban reunidos los periodistas y corresponsales de agencias esperando el resultado de la conferencia: era uno de los delegados rusos, M. Korvsovetz, que comunicaba el acuerdo de haberse convenido la paz.

La noticia produjo un entusiasmo inenarrable; todo el mundo prorrumpía en gritos de júbilo, y los reporters se dirigieron en desenfrenada carrera á las oficinas del telégrafo.

¿Qué había sucedido en aquella sesión? Después de firmado el protocolo de la sesión anterior, M. Witte declaró que su gobierno no podía satisfacer bajo ningún concepto indemnización alguna de guerra al Japón, pero que consentía en ceder la mitad de la isla Sakhalín, y añadió que esta declaración tenía el carácter de ultimátum. Mientras M. Nabokoff traducía al francés á M. Adachi, que á su vez las traducía al japonés al barón Komura, las palabras de M. Witte, éste encendió un cigarro y esperó la contestación.

El barón Komura contestó en japonés exponiendo la opinión de su gobierno, y terminó su discurso con la declaración sensacional de que el Mikado, movido por sentimientos de humanidad, le autorizaba para aceptar el acuerdo. Cuando M. Nabokoff tradujo estas frases inesperadas, M. Witte, sonriente, las hizo repetir. Todos los rusos mostraron evidente satisfacción, que contrastaba con la impasibilidad de los japoneses.

Al llegar los rusos al hotel fueron objeto de una ovación delirante.

Por la tarde celebróse otra sesión en la que se discutieron los detalles del tratado de paz, y se decidió confiar la redacción de las cláusulas del mismo á M. de Martens, consejero privado ruso, y á M. Dennisou, consejero legal del Ministerio de Negocios Extranjeros japonés, á quienes se dieron instrucciones para que terminaran lo más pronto posible su cometido.

No es esta ocasión de discutir quiénes han salido ganando ó perdiendo con la conclusión del tratado de paz, ni quién ha salido vencido y quién vencedor en las negociaciones de Portsmouth. En nuestro concepto, Rusia y el Japón salen gananciosas, y los términos en que la paz se ha concertado dejan á salvo el honor y hasta la delicadeza ó suspicacia de ambos pueblos.

La terminación de la guerra ha sido acogida con verdadera y universal satisfacción, y todo el mundo prodiga entusiastas elogios al presidente Roosevelt, iniciador de la conferencia de la paz y á quien se debe seguramente en grandísima parte el feliz resultado de las negociaciones.—R.



Desembarco de los delegados en el arsenal de Portsmouth, en donde se celebran las conferencias de la paz.
(De fotografía de N. Lazarnick, de Nueva York.)



Los delegados rusos esperando á los japoneses en el arsenal de Portsmouth. (De fotografía de N. Lazarnick, de Nueva York.)



Los plenipotenciarios japoneses subiendo al automóvil que ha de conducirles al arsenal de Portsmouth.
(De fotografía de N. Lazarnick, de Nueva York.)



Los plenipotenciarios rusos y japoneses en sesión. (De fotografía de Grantham Barn, de Nueva York.)

EL GLOBO «SANTOS-DUMONT» N.° 14

En la tarde del 21 de agosto y en presencia de un público numeroso efectuó en Trouville nuevas pruebas, con el globo dirigible núm. 14 de su nombre, el intrépido aeronauta Santos-Dumont, cuyos esfuerzos en pro de la navegación aérea se ven coronados cada vez por mayores éxitos.

Los últimos experimentos han sido extraordinarios desde el punto de vista, no sólo de la dirección, sino también del equilibrio. A instancias de varios amigos efectuó Santos-Dumont la primera salida con su dirigible núm. 14, y durante media hora el globo evolucionó graciosa y dócilmente, bajo su experta dirección, virando, dando vueltas, marchando con el viento y contra el viento, ora arrastrándose casi por la playa, ora remontándose por los aires y corriendo por encima del mar, y regresando por fin hacia el cobertizo de donde había salido y á cuya entrada se detuvo con precisión matemática, entre los aplausos entusiastas de la multitud.



Trouville. – El «Santos-Dumont» núm. 14 entrando en el cobertizo después de su última ascensión realizada el 21 de agosto. (De fotografías de M. Rol y C.ª)



Trouville. – El «Santos-Dumont» núm. 14 en los aires

El nuevo dirigible difiere de los anteriores del mismo nombre en algunas simplificaciones importantes. La hélice, en vez de estar, como antes, en la popa, está más bien en la proa (quedando así suprimido el árbol de transmisión de la misma) tocando al motor; de esta suerte, el globo resulta arrastrado, no empujado, por aquélla. Esta disposición ha dado excelentes resultados en las últimas pruebas.

GUILLERMO BOUGUEREAU

Pocos pintores han gozado, de medio siglo á esta parte, de una notoriedad igual á la de este eminente pintor francés, fallecido hace pocos días en la Rochela, á la edad de ochenta años. Desde 1849, en que se dió á conocer con su lienzo *La igualdad ante la muerte,* no había cesado un momento de pintar, siempre con la misma energía, sin concederse un reposo, sin dejar de concurrir un año al Salón de París.

Nacido en la Rochela en 1825 y educado por su tío, arcipreste de San Luis, de Rochefort, comenzó por dedicarse á la carrera comercial y trabajó durante algún tiempo en casa de un comerciante de Burdeos; pero vencido por sus aficiones artísticas, fué á París, pensionado por el Consejo de su departamento, y entró en el taller de Picot. En 1850 obtuvo el premio de Roma.

En el Salón de 1857 ganó la primera medalla por una serie de pinturas decorativas, *El Amor, La Amistad, El Verano, La Primavera, La Fortuna* y *La Danza,* y el éxito que lograron estas composiciones alegóricas influyó tal vez de una manera decisiva en los destinos de Bouguereau, quien se orientó desde entonces hacia la pintura mitológica, hacia las desnudeces clásicas, que fueron sus asuntos predilectos.

No fué éste, sin embargo, el único género que cultivó; también el religioso le atrajo, y uno de sus mejores cuadros es sin disputa *Las Santas Mujeres junto al sepulcro de Jesucristo,* que en la página 571 reproducimos.

Bouguereau obtuvo la medalla de honor en la Exposición de 1878 y la gran medalla en el Salón de 1885, fecha en que además era nombrado caballero de la Legión de Honor y elegido presidente de la Asociación de Artistas pintores, grabadores y dibujantes. Posteriormente fué vicepresidente y presidente de la Asociación de Artistas Franceses, gran oficial de la Legión de Honor, miembro del Instituto y profesor de la Escuela de Bellas Artes.

Entre las obras más notables de este pintor merecen ser especialmente mencionadas, además de las que antes citamos: *El regreso de Tobías, Apolo y las Musas en el Olimpo* (techo decorativo del teatro de Burdeos), *La Virgen del Consuelo* (en el Louvre), *Ninfas y sátiros, Faunos y bacantes, Psiquis y el Amor, La Noche, El Niño Jesús y San Juan Bautista. La adoración de los pastores, La adoración de los Magos, Homero y su guía, Nacimiento de Venus, Filomele y Progné, El Amor meciéndose sobre las aguas, Ensueño de primavera,* etc.

Bouguereau ha sido uno de los artistas que más han trabajado; su obra es considerable y le valió una fortuna que se calcula en algunos millones de francos.



El eminente pintor francés Guillermo Bouguereau, fallecido en 19 de agosto último en la Rochela. (De fotografía.)

GUILLERMO ONCKEN

El célebre historiógrafo alemán que falleció el día 11 de agosto último en Giessen, había nacido en 19 de noviembre de 1838 en Heidelberg y estudiado en las universidades de su ciudad natal, de Goetinga y de Berlín; en 25 de abril de 1860 se recibió de doctor en Filosofía y Letras, y en 1862 de licenciado en Filosofía clásica y en Historia. Fué uno de los fundadores de la Asociación histórico filosófica, que le tuvo de secretario hasta 1870 y en la cual dió lectura de muchas y muy importantes memorias.

Desde muy joven tomó parte activa en la política, lo que no le impidió dedicarse con verdadera pasión al desempeño de las cátedras de Historia de Heidelberg y de Giessen, para las que fué nombrado en 1866 y 1870 respectivamente. Representó á esta última ciudad en la dieta de Hesse hasta 1876, figurando en el grupo de los liberales nacionales, y fué delegado de la misma en el *Reichstag* alemán.

Enumerar los trabajos históricos que Oncken escribió, exigiría demasiado espacio. Citaremos únicamente, como más importantes, *Doctrinas de Aristóteles, Austria y Prusia durante la guerra de la independencia, Nuestra situación al estallar la guerra* (de 1870), *La época de Federico el Grande* y *La época de la Revolución,* estas dos últimas para la *Historia Universal en descripciones parciales* que, bajo su dirección, publicó la casa Grote, de Berlín (1). Esta *Historia Universal* es un monumento histórico de inmensa valía y representa un esfuerzo de inteligencia y de voluntad difícilmente superable: el nombre de Oncken, unido á dicha obra, pasará á la posteridad como el de uno de los grandes genios del siglo XIX.

Como catedrático, como académico, como historiógrafo, como filólogo y como escritor, conquistóse Guillermo Oncken un puesto eminente entre las lumbreras científicas y literarias de su patria. En él se juntaron el ardiente amor á la patria, el sentimiento profundo de la verdad y de la justicia, el talento de expresar uno y otro en forma irreprochable y con claridad perfecta y una solidez de conocimientos verdaderamente excepcional.

El sabio historiógrafo alemán Guillermo Oncken, fallecido en Giessen el día 11 de agosto último. (De fotografía.)

(1) La edición española de esta obra ha sido publicada por esta casa editorial de Montaner y Simón.



El marqués tomó la mano que se le ofrecía...

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Le doy mi palabra de que cualquiera creería que piensa usted lo que dice.

—Sí, lo pienso, y usted no puede dudarlo. Vamos, Rosa; sea buena para mí y no me haga sufrir más tiempo. ¿Qué es lo que espera? Su marido la desdeña y le hace traición; pero eso no supone nada, porque es la costumbre. ¿Qué compensación piensa usted obtener en la vida? Debe estar ya fatigada de triunfos mundanos. Se da usted perfecta cuenta de que para nada sirven. Además, ¿para qué siempre las mismas luchas de elegancia y de belleza? ¿Para qué siempre las mismas victorias sin seguridad y sin reposo? Dar continuamente vueltas alrededor del mismo círculo de fiestas y placeres, como caballo amaestrado en un circo, al ruido de charangas y de aplausos, para volver luego á la obscuridad y al silencio. Cuartos de hora de satisfacción y días enteros de laxitud y de aislamiento: he ahí en lo que usted emplea su juventud y yo la mía. ¿No quiere usted que las unamos uno á otra, para formar con ellas un afecto verdadero, seguro, que ocupará todos los momentos? Sería tan dulce una felicidad oculta, misteriosa, en la que pondríamos nuestros corazones y nuestras inteligencias y que nos permitiría esperar serenamente el porvenir y sus decepciones. ¿Qué le parece á usted?

El elegante Condottier, en aquel momento, que consideraba decisivo, no podía mostrarse más seductor; nunca se había expresado con tanto fuego. En el alma triste y dolorida de Rosa sus palabras sonaron como música de esperanza; la joven tuvo la ilusión de que aquellas promesas que tan dulcemente se le hacían podían llegar á realizarse, y con cierta complacencia oyó aquellas palabras. El marqués lo comprendió así, y comprendió también que el momento era oportuno, y que tal vez en mucho tiempo no volvería á tener ocasión semejante. Por esto redobló su esfuerzo.

—Yo quisiera convencerla de que la engañan, y de que se engaña á sí misma rechazando los goces que la vida le ofrece. ¡Cuántos pesares se le preparan y cuánto maldecirá más tarde su obstinación. El momento de ser dichosos es fugitivo. ¿Se sabe lo que nos reserva el mañana? ¿Hay algo como envejecer sola, sin un amigo fiel y con el corazón vacío y seco? ¿Quién le agradecerá su resistencia? Habrá ocasionado usted el más cruel de los sufrimientos sin alcanzar ningún beneficio para sí misma.

Condottier calló. Con sorpresa profunda acababa de notar que Rosa no le escuchaba. Una sola frase había bastado para romper el acuerdo que entre la joven y él se había iniciado. Él había dicho: «¿Quién le agradecerá su resistencia?» Y bruscamente el grave y pensativo rostro de Raynaud se había presentado ante los ojos de Rosa. ¿Iba á exponerse á tener que enrojecer delante de él? ¿Qué le importaba que Folentin no supiese apreciar la rigidez de sus principios? ¿Se preocupaba acaso de su opinión? ¿Por quién combinaba desde hacía algunas semanas todos los actos de su vida? ¿Quién ejercía tan decisiva influencia en su pensamiento? ¿Por quién tenía empeño en substraerse á toda debilidad? En un instante se repuso. Escuchar las frases de amor que Condottier le dirigía era empezar á resbalar por la pendiente del mal, y no quería que esto sucediese. Pareció que despertaba de un sueño, y mirando fríamente á Condottier le dijo:

—No me dirá usted que le he cortado la palabra. He dejado salir tranquilamente los torrentes de su elocuencia. Me ha cantado usted la romanza del amor con todas las filigranas y adornos que suele inspirar. Le he escuchado concienzudamente, y no me he turbado lo más mínimo. Aplaudo su verbosidad, celebro su oratoria; pero en cuanto á la emoción, mi querido señor, tendrá usted que volver otro día: hoy no está en casa, y si está no recibe.

El marqués, temblando de rabia, volvió á encontrarse ante la Rosa burlona é insensible que le desesperaba desde hacía tanto tiempo, y á la que durante algunos minutos había creído llegar á convencer. Una oleada de sangre le subió al rostro y le cegó. Tuvo tentaciones de estrechar á la cruel mujer entre sus brazos, ante todo un público, y así comprometerla para siempre; pero un resto de prudencia le contuvo, y exhalando un suspiro y mostrando á la joven su alterado rostro, murmuró:

—No sabe usted lo que es piedad. ¿Qué debo hacer para que me crea?

—Pero si yo le creo. Está usted fuera de sí y su emoción no es fingida. No se sonroja uno ni palidece á voluntad; pero, francamente, esto no es una razón para que yo le conceda las cosas más que ligeras que me pide.

El marqués, sin contestar, volvió la cabeza. Rosa se compadeció de él.

—Vamos, vamos, dijo. ¿Es la desesperación? ¿No

le quedan fuerzas ni para quejarse? No me deje creer que está usted tan afligido. Le he hablado como acostumbro á hacerlo, y generalmente no se enfada usted.

Condottier movió la cabeza y supo mostrar unos ojos llenos de lágrimas. Rosa le tendió la mano diciéndole:

—No quiero que se apesadumbre usted. Sería absurdo. Conténtese con mi amistad, que se la otorgo sincera y sin ninguna reserva.

El marqués tomó la mano que se le ofrecía, se la llevó á los labios con arranque apasionado, y levantándose y saludando á la joven salió sin decir una palabra. En el antepalco se encontró con Folentin, que volvía muy alegre.

—¡Cómo, marqués! ¿Se va usted cuando yo vuelvo?

—Querido, la baronesa es demasiado dura para mí y prefiero irme.

—Amigo, dijo Folentin, ¿á quién se lo dice usted? Estoy bien enterado.

Y sonriente, radiante, cerró la puerta del palco.

IV

La serenidad que la baronesa de Rocher había demostrado á Condottier no la predispuso á la indulgencia para Raynaud, á quien demostró una indiferencia despreciativa; y como él pareciese no advertirla, llegó á ser agresiva y á dirigirle frases duras. Tampoco pareció darse por enterado, y la irritación de la joven llegó al mayor extremo viéndole casi contento de que le tratase mal. Esta actitud, cuyas altas y delicadas razones no comprendía, llenó de turbación el espíritu de Rosa. ¿No se habría equivocado respecto á los sentimientos de Valentín, y el amor que ella creía que abrasaba su alma no habría sido más que una ilusión?

La pobre Rosa sentía gran descontento. Si no estaba enamorado, ¿qué debía pensar Raynaud del abandono que le había demostrado y de sus confidencias algo más que amistosas? Llena de inquietud se preguntaba si era dueña de su pensamiento, y si en sus tonterías con Condottier, como en sus explicaciones con Raynaud, no desconocía el desorden de su espíritu. ¿Se habría roto el equilibrio de sus facultades, y estaría condenada á obrar según la impulsión de sus sentimientos inmediatos? Se sentía menos segura de sí misma, y el orgullo que fundaba en la rectitud de su voluntad sufría al verse debilitado por la duda. El estado moral en que se encontró durante algunos días fué verdaderamente miserable. Se encerró en sus habitaciones, no quiso ver á nadie; dijo que estaba enferma, y permaneció á media luz, con las cortinas corridas, meditando sobre su situación. Le pareció que era absurda, y desesperó de que mejorase; lo que más atormentó á ese espíritu atrevido y resuelto fué pensar que el porvenir no sería mejor que el presente. El camino que su destino le había obligado á emprender no consentía ningún reposo ni el menor recogimiento; sus compañeros eternos habían de ser la frivolidad y la indiferencia. Ni un solo amigo sincero entre sus camaradas de placer ni entre sus compañeros de fiestas. Se preguntaba, para el caso de que estuviese enferma, imposibilitada para moverse, con quién podría contar para cuidarla y hacerle compañía; fuera de su madre, de carácter frío y seco; de su padre, siempre ocupado, y de su marido, acaparado por la vida elegante y los negocios, ¿quién se interesaría por ella? Buscó inútilmente en su imaginación; no encontró nadie. Todas sus relaciones eran artificiales y tenían por base el cambio de muestras de cortesía y de distracciones; nada de ternura, de calor, de firmeza y de abnegación. Su padrino tal vez le demostraría un poco de afecto, cumpliría sus encargos y pasaría gustoso una hora á su lado, entre la visita á la exposición del día y la partida de *bridge* en el Círculo. Pero nada más.

Sintió el irremediable aislamiento que había formado á su alrededor una vida ficticia y falsa como la decoración de un escenario. Un abatimiento profundo se apoderó de ella. En aquel momento de angustia, si Condottier se hubiese presentado á requerirla con sus frases cálidas y sus promesas insidiosas, sin duda que habría triunfado.

Mas afortunadamente para ella, el marqués no la creía tan desamparada y se encontraba aún bajo la impresión de sus burlas y de su indiferencia. La trataba de coqueta, y sin desmenuzar lo que había de desesperación real y efectiva en ese corazón que luchaba contra las tentaciones perversas, sólo pensaba en vengarse del último agravio que Rosa le había inferido. De nuevo acariciaba sus antiguos proyectos: quería apoderarse de Rosa, doblegarla según su capricho y seguir con ella ó abandonarla después, según encontrase mayor satisfacción en amarla ó desesperarla.

Se juraba que en todo caso había de ser su víctima, y devorado por el rencor buscaba una ocasión que fatalmente tenía que llegar. Un lazo sencillo para hacer caer á la insolente, y tenerla luego á su merced; entonces le pagaría en un instante todas las humillaciones que le había hecho sufrir. Primero pensó recurrir á su hermana y preparar una entrevista con la baronesa en la calle Tilsitt. Pero tal cosa era demasiado arriesgada; comprometía á la condesa Grodsko y daba á su venganza la apariencia de una encerrona. Todavía no llegaba á semejante extremo, y una deslealtad repugnaba á su orgullo. Su conversación con Raynaud le había sugerido un plan, que no consistía más que en atraer á Rosa á su casa con el pretexto de visitar el hotel en compañía del amigo de Evans; pero era preciso encontrar la ocasión oportuna. Su proyecto consistía en que Raynaud citase á Rosa, y arreglarse luego para que no se encontrase con la joven; así se ponía á cubierto, y al parecer no haría más que aprovecharse de una casualidad. Con todo, el arreglo de esta combinación no se presentaba, y esperaba una circunstancia favorable con la indiferencia de un gato que acecha á un ratón.

Sin que su hermano le hubiese dicho una palabra, la condesa Grodsko intervino en la intriga que con tanta anticipación preparaba el marqués.

Una noche llegó á casa de Rosa, acompañada por vez primera de su marido, que pasaba por París procedente de Vichy y de regreso á sus bosques de Estiria. El magiar no se parecía del todo al retrato que la baronesa de Folentin se había imaginado de él. No era ni alto, ni fuerte, ni bigotudo. Tenía el aspecto de un profesor de Universidad alemana: poca barba, la tez pálida, ojos azules y usaba gafas. Folentin, al que su mujer había llamado por teléfono, pues sabía el interés que el banquero tenía por entrar en relaciones con los extranjeros ricos, habló media hora con el conde y se asombró de la extensión de sus conocimientos. Agronomía, música, explotación de minas, pintura, sociología, caza, de todo hablaba con gran competencia y claridad, con lenguaje correcto, aunque con acento alemán muy marcado. Entre tanto, y en un círculo de señoras, la condesa decía:

—Es probable que vendamos el hotel del *faubourg* Saint-Germain. El conde lo ha visitado con el embajador de Hungría, que no está satisfecho de su actual residencia. En cuanto Su Excelencia escriba á Pesth y reciba las instrucciones, se tratará el negocio.

—¿Y el Sr. Evans?, dijo Rosa.

—¿Quién es el Sr. Evans?, preguntó la condesa.

—El asociado de Valentín Raynaud, por quien mi marido había hablado con su hermano...

—Querida mía, no tenía noticias de ese proyecto. Si es real, el Sr. Raynaud hará bien decidiéndose pronto, porque la competencia es seria. Naturalmente que el primero que se decida será quien tenga más probabilidades...

—Es preciso decírselo al barón. Usted sabe la importancia que da á todas las combinaciones. Es el eje del mundo, todo da vueltas á su alrededor.

—Pues bien, espere usted.

La condesa se levantó, y fué á cortar una conversación iniciada por Folentin referente á la navegación por el Danubio desde el punto de vista de la explotación de los bosques de Estiria, diciendo á su marido:

—Amigo mío, habla á Folentin del proyecto de compra del hotel Condottier por la embajada.

—¿Qué?, dijo el banquero. ¿Qué embajada?

—¿Cuál ha de ser? La nuestra. Nosotros no nos ocupamos de las de Inglaterra ó España, que están perfectamente instaladas.

—¡Ah! Pero vayamos despacio. Ustedes me permitirán que hable de ese negocio al marqués. Tenemos un proyecto que está ya muy adelantado; se trata de un americano al que podrán vender el hotel mucho más caro...

—Bueno, le daremos tiempo bastante para reflexionar. En París se encontrarán otras casas en venta, y si es preciso las buscaremos... Vea usted, replicó continuando la demostración que hacía á Folentin; la dificultad consiste en llegar al río. Una vez allí, todo es fácil. La madera llega hasta Routchouck, en donde hay carpinteros... Los árboles pequeños se utilizan para traviesas de ferrocarril y los grandes para la construcción de casas. Miles de hectáreas de bosques improductivos podrían ser explotadas con beneficios inmensos... Pero sería preciso un ferrocarril que fuera desde las montañas al río.

—Se hace que el gobierno lo establezca.

—No serviría á nadie más que á nosotros, pues excepción hecha de la madera, no hay tráfico ninguno.

—Usted no lo sabe, exclamó Folentin con entusiasmo. ¿Conoce usted el subsuelo de sus montañas? ¿No contienen ni plata, ni estaño, ni hierro, ni hulla? Sería asombroso. Los Cárpatos están llenos de riquezas minerales inexplotadas. ¿Por qué razón esas rocas no han de ser de cuarzo del más precioso? ¿Tiene usted la seguridad de que no hay sal gema? Sepa usted, señor conde, que en todo país hay siempre algo que se puede explotar, aunque sea sólo la tontería de sus habitantes.

—¡Ah! ¡Franceses, franceses!.., siempre ingeniosos y habladores, dijo riendo el húngaro. Hágame usted una visita en Grodsko. Organizaré partidas de caza en las que podrá usted matar los ciervos más hermosos de Europa. Si prefiere usted la caza de aves, le pondremos al extremo del cañón de su escopeta miles de perdices y liebres, y haremos buenos negocios.

—No digo que no, contestó Folentin con entusiasmo. Hacen falta países nuevos. Europa se agota, se la exprime como un limón, y no queda más que la cáscara.

Se acercó con el conde á la mesa en que humeaba el te, y dijo á la condesa:

—Su marido es un hombre muy interesante, muy instruído y muy inteligente. ¿Cómo se las compone usted para no poder vivir con un hombre de tanto talento?

—Indudablemente, contestó la interpelada, porque soy muy tonta. El conde y yo, sin duda por esto, no nos comprendemos, y además, para juzgarle, no lo conoce todavía bastante. Ese hombrecito rubio, sensato y tranquilo, es terrible cuando ha bebido *vodka*. Se le ocurren cosas horribles, y si durante una discusión se le llevase la contraria, sería capaz de ordenar á sus criados que le diesen latigazos hasta dejarle muerto.

—¿A mí?, dijo con sobresalto Folentin.

—A usted... Claro que en París no haría semejante cosa, pues sufre la influencia de nuestras costumbres; pero una vez en su país y en medio de salvajes, se transforma. No cometa usted nunca la tontería de ir á Grodsko como le dice. ¡Pobre Folentin, tal vez no le veríamos á usted más!

—Se burla usted de mí, condesa. Lo que me cuenta son historias de niños.

—De ningún modo. Grodsko está junto á Macedonia, á dos pasos del país en donde los insurrectos queman las casas y descuartizan á los hombres. Los turcos todo lo saquean, incendian y destruyen. ¡Hermoso país! Vaya usted á visitarlo, Folentin, para que le suceda lo que á esa vieja inglesa, por cuyo rescate se han tenido que pagar doscientos cincuenta mil francos, pues de lo contrario á los ocho días hubieran enviado por paquete postal su cabeza. Usted no sabe, amigo mío, de lo que habla. Aquellas regiones están pobladas de bárbaros y las gentes civilizadas no pueden encontrar allí, por ahora, más que golpes.

—Entre tanto le suplico que me dé tiempo para dar cuenta al Sr. Raynaud de la competencia inesperada que se presenta respecto al hotel Condottier.

—Convenido. Yo, á mi vez, pondré á mi hermano al corriente de lo que sucede.

El marqués, sin que al parecer diese importancia á lo que la condesa le decía de la nueva proposición, contestó con evasivas asegurando que no tenía prisa ninguna, y que lo más importante para él era no contrariar á Folentin. Al mismo tiempo buscaba las ventajas que el repentino conflicto creado por los propósitos de Grodsko y las intenciones de Raynaud le podían reportar; y después de reflexionar, se le ocurrió una combinación sencillísima.

La estudió con mucho cuidado, y después de una noche entera de pensar en ella, llegó al convencimiento de que no había de encontrar nada mejor. Inmediatamente empezó á ocuparse en su preparación. Escribió á Folentin que se ausentaba dos ó tres días, pues tenía necesidad de ir á Londres para arreglar un negocio importante, y que durante este tiempo podía el Sr. Raynaud visitar el hotel con él y con la baronesa. Al final decía: «Le suplico que avise al Sr. Raynaud, pues ignoro sus señas.»

Por la noche se arregló para encontrar á Folentin en el Círculo. El barón, al que faltaba el tiempo para hablar de lo que constituía su preocupación, no perdió un segundo y dijo á su amigo:

—Es cosa convenida; Raynaud visitará el hotel pasado mañana y mi mujer le acompañará.

—Admirable. Daré orden de que preparen un *lunch*, pues supongo que la visita será por la tarde.

—A las cuatro.

—Yo me voy mañana por la mañana.

—Buen viaje. ¿Va usted para el asunto de las minas de diamantes de que me ha hablado?

—Sí.

—Pues si tienen necesidad de una participación

le ruego que se acuerde de mí. Sería su corresponsal en París con mucho gusto. Los Morgan, los Syttleton y los Frohmann son lo mejorcito que tenemos en los negocios sud-africanos, y con ellos no se corre ningún riesgo.

—Cuente conmigo para esto como cuento con usted para mi hotel...

No sin dificultades, Folentin había obtenido que Rosa consintiese en acompañar á Raynaud al hotel Condottier. La joven sentía extraordinaria repugnancia ante la idea de recorrer la casa del que con tanto apasionamiento la deseaba, y acompañada del que desde hacía algunas semanas provocaba tan grande turbación en su espíritu. Le parecía que en todo aquello había algo como una profanación de sus sentimientos secretos, y que se envilecía prestándose á los regateos entre Valentín y el marqués. Por una extraña combinación de ideas había llegado á persuadirse de que el verdadero objeto del debate era ella misma, y que ya no se trataba de si el hotel seguiría siendo de Condottier ó si pasaría á Raynaud, sino que era su persona lo que se discutía. Al principio se había negado rotundamente á intervenir en la negociación.

—Quien debe ir con Raynaud, dijo á su marido, eres tú, pues con más habilidad que yo le harás ver las ventajas del hotel. Ya sabes que no sirvo para esta clase de asuntos.

—¿Quién te dice que hagas el artículo?, exclamó Folentin. Únicamente te pido que acompañes á Raynaud, porque sé que tu compañía le será agradable y facilitará el negocio.

—¿Por qué razón?

—Hoy es uno de los días que no quieres comprender nada. ¿Es acaso extraordinario que visitar una casa con una mujer joven y hermosa predisponga mejor á encontrarla agradable que visitándola acompañado por un hombre cualquiera? Además, es bien sabido de todos que tú tienes buen gusto, y si Raynaud te consulta algo, harás que aprecie en todo su valor el decorado y la pureza del estilo.

—¡Hacer el artículo!..

—Después de todo, ¿qué mal hay en ello? Cuando Condottier haya ganado por tu mediación algunos miles de francos, le habrás indemnizado.

—¿De qué?

—De las decepciones que le has procurado. Durante tres años no has hecho más que torear á ese pobre muchacho; ni pudo casarse contigo ni ha podido seducirte, y esto vale una indemnización.

—¿Y es Evans quien se encarga de pagarla?

—¿Qué puede importarle á ese americano? Es tan rico...

—Tienes una moral que no carece de valor. Merecerías que te aplicasen sus principios.

—¿Bromeas? Entonces harás lo que te pido.

—No puedo negarme.

—Eres amabilísima.

Cuando Raynaud supo por Folentin que Rosa le acompañaría, sintió un vivo descontento. Folentin se había equivocado completamente en sus previsiones; la perspectiva de recorrer el hotel del marqués en compañía de la baronesa pareció tan poco agradable á Raynaud, que pensó no acudir á la cita. Mientras reflexionaba, recibió una tarjeta de Folentin, en la que le decía que Condottier no estaría en París y que por lo tanto no podría recibirlos; pero que había dado las órdenes oportunas para que pudiesen visitar libremente el hotel. Esta ausencia del dueño tranquilizó á Raynaud é hizo desaparecer una buena parte de sus temores, y acabó de tranquilizarse cuando al día siguiente, víspera de la visita, encontró en casa de Prévinquieres á la condesa Grodsko, y ésta le dijo:

—Le advierto que mañana estaré con Rosa en casa de mi hermano. Me parece que el conde me acompañará, pero no es seguro. Siempre tiene treinta y seis cosas que hacer que no le permiten ser complaciente...

Raynaud pensó: «Esta visita va tomando el carácter de una expedición Cook. ¡Y yo que temía la intimidad! Pero con tanta gente, ¿no será la visita más insoportable todavía?»

Como quiera que considerase el paso que Folentin casi le obligaba á dar, siempre encontraba algún motivo de descontento. La mañana del día fijado recibió á la hora de almorzar un mensaje telefónico firmado por la condesa Grodsko y concebido en estos términos: «Si no tiene usted inconveniente, la cita queda aplazada para las cinco. El conde me acompañará.» En ese retraso de dos horas Raynaud no vió nada de sospechoso; creyó que le suplicaban retrasase el momento de la visita para que el conde pudiese acompañar á la condesa, y decidió aprovechar el tiempo dirigiéndose á casa de Folentin con objeto de darle cuenta de una carta de Evans relativa á los negocios de Chiquito. No tenía prisa alguna y llegó al despacho del banquero á las tres y media, á fin de que Folentin estuviese de regreso de la Bolsa. Con efecto, el banquero acababa de llegar, y le recibió inmediatamente. Sus primeras palabras causaron el más vivo asombro á Raynaud:

—¿Por qué viene usted aquí en vez de irse al hotel Condottier? Mi mujer le estará esperando...

Raynaud tuvo la boca abierta para decir:

—Pero la cita se ha aplazado hasta las cinco...

El instinto hizo que se contuviera, y dijo:

—¿Se ha marchado ya la baronesa?

—Claro está, pero voy á asegurarme...

Folentin hizo sonar el timbre del teléfono, pidió la comunicación, y mientras esperaba leyó la carta de Evans. El timbre le interrumpió:

—¿Está en casa la señora?..

—Hace una hora que ha salido.

—Bueno... Amigo mío, no tiene tiempo que perder... Otro rato hablaremos de lo que nos anuncia Evans.

—Me voy, dijo Raynaud.

Y levantándose se disponía á salir, cuando Mauricio entraba familiarmente en el despacho de su cuñado. El joven quiso entablar conversación con Raynaud; pero éste, despidiéndose de Folentin, salió precipitadamente.

—¿Qué le pasa?, preguntó Mauricio riendo. Cualquiera diría que va á apagar un incendio.

—Va á encontrar á mi mujer en el hotel Condottier, que se propone comprar para su amigo Evans. El marqués está ausente y...

—¿Ausente?, dijo Mauricio. Aún no hace una hora que le he encontrado...

—¿En dónde?, preguntó Folentin estupefacto.

—En el puente de la Concordia, frente al Círculo de las Patatas.

—Entonces, el marqués Condottier se dirigía á su casa... ¿Qué significa esto?

Folentin enmudeció. Reflexionaba. El retraso de Raynaud, su asombro al enterarse de que Rosa no estaba en su casa, la precipitación con que se había marchado, la presencia de Condottier en París, todos estos detalles, que por sí mismos no tenían ninguna importancia, relacionados parecían sospechosos.

El impasible Folentin sintió una repentina inquietud. Aquel hombre, á quien nadie engañaba, tuvo el presentimiento de que se había preparado una maquinación en la que se comprometía su infalibilidad y entrevió cosas en las que nunca se había detenido su sereno y confiado modo de pensar. Por un instante dudó de su mujer, de Condottier, de Raynaud y de sí mismo. Se puso de pie de un salto y fijó en su cuñado una mirada terrible.

—Tú sabes que Condottier es capaz de todo...

—De todo... ¿qué?

—Él ya me había prevenido, y yo tomaba á broma sus prevenciones. Tal vez ha llegado el momento de tomarlo en serio.

Con mano trémula apretó el botón del timbre. Se presentó un criado.

—El coche.

—Está en el patio, señor barón.

—Bien. Adiós, Mauricio.

—Pero ¿qué sucede?

—Eso es lo que voy á averiguar.

Y dejando á su cuñado estupefacto, bajó por la escalera interior al patio.

Como Folentin dijo á Raynaud, la baronesa había pedido el coche á las dos y media, y antes de dirigirse al hotel Condottier se había detenido en casa de su guantero. A las tres en punto llegaba ante el gran portalón que coronaba el escudo de piedra. En el vestíbulo tropezó con dos lacayos; sin que tuviese necesidad de preguntar nada, y como si obedeciesen á una consigna recibida de antemano, abrieron la puerta de la galería. Del mismo modo se abrió la puerta de un saloncito amueblado con una sillería Luis XV y colgado de auténticos gobelinos. La ventana que daba al jardín estaba abierta. Cantaban los pájaros entre las ramas de los árboles y entre los macizos de flores. Era un rincón tan tranquilo, fresco y delicioso, que la baronesa, sin pensar en sentarse, se apoyó en el antepecho de la ventana y se quedó allí meditabunda. Un surtidor cantaba en una taza de mármol, en medio del césped. Sus ojos seguían los saltos de los gorriones que se perseguían y picoteaban los granos, y lejos del ruido, de la agitación y del calor de la ciudad, Rosa pensaba que en aquel hotel antiguo, grave y silencioso, la vida debía ser en extremo agradable.

El ruido de una puerta que se abría tras ella le arrancó de su delicioso arrobamiento. Algo contrariada, se volvió creyendo encontrarse con Raynaud ó la condesa Grodsko, y al verse frente al marqués no pudo contener un grito de sorpresa. Condottier se acercó á ella sonriendo y tendiéndole la mano. Vestía un traje de viaje gris que le daba un aspecto de increíble juventud. Sin hablar Rosa se dejó estrechar la mano mirando á Condottier.

(Continuará.)



Sintió el irremediable aislamiento que había formado á su alrededor una vida ficticia...

EL ELEFANTE UTILIZADO COMO OBRERO

Uno de los maravillosos espectáculos del espléndido Oriente es, en mi humilde opinión, el contemplar á los elefantes apilando madera de teka, que, según todos sabemos, se considera como la más dura y valiosa, y es el principal producto comercial de Burmah y de Siam. Sus excelentes condiciones para la construcción de buques fueron muy tenidas en cuenta por los jefes de la administración marítima de la compañía de las Indias Orientales, los cuales fijaron su atención en que los barcos del país, construídos con esa madera del Malabor, eran los mejores para navegar por el mar y para resistir los efectos del viento y de la tempestad. Los empleados de dicha compañía hallaron un bosque de esos árboles en Moulmein, y poco después se estableció allí un astillero, donde se construyeron enteramente de teka algunos barcos de primera línea. Entre ellos figuraba el *Hougomont*, construído por orden de un francés allí establecido, M. Limouzin, que fué uno de los primeros en dar impulso á la exportación de dicha madera á Europa. Muchos cargamentos valiosos trajo el viejo *Hougomont* á los puertos de Francia é Inglaterra. Hasta hace muy pocos años estaba á flote, y aunque su existencia había pasado de los límites que suele tener la de los hombres y la de los barcos, aún continuaba dedicado al comercio de la teka. Hay en Moulmein varias casas de dicha madera construídas por los obreros del astillero hace cerca de un siglo y que no presentan ningún síntoma de vejez; tan grande es su fuerza de resistencia que la hace de tanto valor para la construcción de buques.



Elefantes empujando un tronco río abajo

El desarrollo de la industria de la teka hubiera sido imposible sin el inapreciable concurso del elefante. Cuando dicho árbol cae, derribado por el leñador indígena, ha de ser conducido desde el bosque, donde se le labra, hasta el puerto, donde ha de embarcar para Europa. Desde el aserradero del monte ha de ser llevado al río ó á la costa antes de poder ser colocado á bordo. En todas esas diversas operaciones los servicios del elefante son tan indispensables como valiosos. Desde Moulmein los maderos van flotando por los ríos Ioungaleen y Salween, y por la parte de Raugoon se emplean para lo mismo los ríos Iwawaddy y Sittang.

Cuando los troncos se atascan en las partes menos profundas de los ríos ó en los rápidos, los elefantes los empujan hasta colocarlos en mitad de la corriente, y así van hasta los depósitos, donde se hacen cargo de ellos los empleados del gobierno, que exigen un impuesto de un 7 por 100 *ad valorem* antes de permitir que los saquen para embarcarlos.

La primera operación que practica el elefante consiste en arrastrar el tronco caído desde el bosque al aserradero. Un elefante solo puede arrastrar de 100 á 200 troncos cada año; el número varía según la distancia y el tamaño del madero.

La fuerza del elefante desplegada en esa operación es prodigiosa; como prueba de ello bastará decir que hace poco se concertó un desafío entre un elefante y los cipayos de un regimiento de Madrás destacado en Moulmein. El resultado fué que se necesitaron 130 hombres para contener al elefante que tiraba de ellos. Bien á las claras se mostraba orgulloso el monstruo de su triunfo sobre los soldados del emperador de la India.

En donde se demuestra, por parte de los elefantes, una inteligencia muy extraordinaria, es en la labor de apilar los maderos. En los aserraderos desempeñan toda clase de funciones. Uno arrastra fuera del agua un tronco y lo conduce al banco de la sierra y con los colmillos lo coloca sobre la mesa, mientras al otro extremo está aguardando un compañero, y cuando la sierra circular, zumbando y chillando, ha transformado el redondo tronco en un madero cuadrangular, lo alza del banco, lo coloca en el suelo y lo arrastra hasta el patio, donde se depositan, colocándolo con cuidado en la posición que ha de conservar. Esta operación se repite muchas veces al día y el elefante va colocando cada madero exactamente sobre el anterior, con una precisión admirable. Cuando hay alguno más largo y pesado que los otros, se requieren dos elefantes para colocarlo en posición; cada uno lo coge por un extremo, y ambos, con cuidado, lo levantan al mismo tiempo. Así los van apilando hasta llegar á la altura de sus cabezas. Cuando ya los troncos labrados han de ser embarcados, el elefante saca el número de ellos requerido y los arrastra hasta la orilla del agua, y si es necesario, entra en el río y sujeta los maderos mientras los operarios los amarran unos con otros. Cuando trabaja le acompaña invariablemente su *mahout* (así se llama el hombre que cuida de cada elefante), que algunas veces marcha á su costado, pero que, por lo general, va sentado entre las orejas del animal.

El trabajo comienza diariamente á las cuatro de la mañana y continúa hasta las diez; á esa hora el elefante echa su siesta hasta las cuatro de la tarde, en que vuelve á trabajar por tres ó cuatro horas más.



Elefantes trabajando en el aserradero

Cuando ha terminado la tarea diaria va al río y disfruta del placer de bañarse. El elefante se alimenta de hierba y algunas veces de caña de azúcar, la que se le da á guisa de recompensa y á la que es suma mente aficionado.

Principia á trabajar de los veinticinco á los treinta años y está en todo su vigor entre los setenta y ochenta.

Uno de estos animales, estando sano, puede fácilmente levantar con los colmillos media tonelada y arrastra un peso de tres sin gran dificultad por un terreno quebrado.

Despliega su fuerza más que nunca cuando un madero se atasca en el río; cuando tanto aquél como el animal se hunden en el fango blando, lucha denodadamente y poco á poco lo lleva ó al medio del río ó á una orilla, según convenga.

A primera vista parece difícil que pueda hurtarse una cosa tan grande y visible como un elefante; sin embargo, los indígenas del país regado por el Iwawaddy son de una habilidad asombrosa cuando se trata de hacer cambiar ilícitamente la propiedad de algo, bien sean objetos inanimados ó bien seres vivientes.

Como resultado de esa habilidad suelen desaparecer de los aserraderos elefantes de valor de una manera misteriosa, y nunca más vuelven á verlos sus legítimos dueños.

Se comprenderá fácilmente que, á pesar de la poderosa ayuda de los elefantes, el transportar los maderos de los bosques de Siam á los puertos de embarque ha de ser una operación en extremo difícil y cara. Se calcula que desde que un árbol queda en tierra hasta que lo colocan á bordo de un barco han de transcurrir tres años, en las condiciones más favorables; cuando los bosques están muy distantes de los ríos, el intervalo es mucho mayor. Todo el procedimiento de cortar, arrastrar, labrar y embarcar los árboles, es lento y costoso. Ha de pagarse el trabajo de los leñadores indígenas en rupias indias, que han de llevarse al interior del país, y las comarcas donde están situados los montes de teka tienen el grave inconveniente de ser en extremo malsanas para los europeos.

Además se presenta la dificultad de entenderse. En los distritos forestales se hablan cerca de cien lenguas diferentes, todas difíciles de aprender, y ningún blanco puede manejar bien su gente si no les habla y reprende en su propio idioma. A causa de esto, los individuos de otros países que se dedican á embarcar la madera tienen en gran parte que fijarse en la honradez de los indígenas, que es siempre una incógnita.

Los que se dedican al comercio de la teka han de invertir grandes cantidades de dinero y esperar mucho tiempo para lograr algún resultado. Luego hay también que tener en cuenta las pérdidas. Un tanto por ciento bastante crecido de los maderos, después de cortados, labrados y puestos en el río, no llega á su destino. Embarrancan, y á veces un cargamento valioso queda atascado en el río durante largo tiempo, hasta que las grandes lluvias lo pongan en libertad.

Este comercio está relativamente en pocas manos y de los cargamentos disponen una ó dos grandes casas en Europa. Las consignaciones se venden por dinero contante; un solo buque puede traer madera por valor de 20.000 libras esterlinas, y durante el año se contratan hasta por 500.000. Hay, como es consiguiente, en Asia cierto número de pequeños negociantes que compran partidas sueltas de los comerciantes indígenas en los bazares de la India. Por regla general, las partidas que dichos negociantes pueden reunir son de inferior calidad; sin embargo, los compradores de acá se alegran de conseguirlas cuando los embarques ordinarios escasean.

La actividad que se despliega en los astilleros de las marinas de guerra de las grandes potencias europeas hace que sufran mucho los montes de teka del Oriente. Su consumo ha aumentado en grande escala durante los últimos veinte años, pues no sólo se emplea en construcción de buques, sino que también la utilizan los ingenieros electricistas, quienes han observado que para muchas aplicaciones es una madera ideal. También la usan bastante los fabricantes de automóviles.

Todo un libro pudiera escribirse relatando las aventuras de un tronco de teka desde el día en que lo derriba el hacha en un bosque del interior de Burmah y el elefante se hace cargo de él y lo lanza á la poderosa corriente del Attaran ó del Chindwin que lo conduce á un barco europeo, hasta aquel otro en que queda adjudicado al mejor postor en la sala de ventas próxima á los docks comerciales de Surrey en Londres.



Elefante apilando maderos

R. SHUDDICK.



BARCELONA. – ASPECTO DE LA CÚSPIDE DEL TIBIDABO AL COMENZAR EL ECLIPSE DEL DÍA 30 DE AGOSTO ÚLTIMO. (De fotografía de A. Merletti.)





Regreso de la pesca, cuadro de J. Quirós

Es el Sr. Quirós un artista argentino que ha logrado durante su estancia en la Ciudad Eterna avalorar sus cualidades por medio del estudio de las grandes obras. Muestra de ello es el cuadro titulado *Regreso de la pesca*, que ha figurado con aplauso de los inteligentes en la Exposición de Bellas Artes de Venecia. Felicitamos al joven pintor por sus adelantos y deseamo que en unión de otros compatriotas constituyan en Buenos Aires un núcleo artístico que contribuya á la general cultura de aquel privilegiado país.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 11 de septiembre de 1905 — Núm. 1.237



MI GATITO, dibujo de Carlos Vázquez



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Naturalmente ahora todos somos astrónomos, y el que más y el que menos ahuma su cacho de vidrio y asesta la nariz hacia el firmamento con aire de suficiencia, sin fijarse en que puede lucir un solemne tiznón, y sin tener en cuenta que

«En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal por que se mira...»

y el que interpone entre la pupila y los objetos un cristal turbio, turbios los ha de ver por fuerza.

***

El eclipse se inició con una especie de misteriosa angustia ambiente, una ráfaga de frío húmedo, callado y sepulcral... Acaso esta impresión fuese subjetiva, análoga á la que siempre experimentamos ante lo que corta, siquiera aparentemente, el ritmo de la naturaleza... Un eclipse no es, bien mirado, más que un anochecer en pleno día; una noche á deshora – brevísima, por otra parte.—Esa lividez de los rostros cuando la totalidad se acerca; ese vago escalofrío de las plantas; ese miedo silencioso de los animales; ese soplo de lo desconocido... no lo produce la noche, sencillamente porque es diaria. Figuraos un mundo iluminado siempre; un mundo en que no se pusiese el sol jamás... y concebiréis lo que sería el obscurecer repentino; el efecto imponente, sobrehumano, que el fenómeno produciría.

***

Mientras el mar, á lo lejos, adquiría matices de tinta y plomo; mientras las montañas, sobre la línea del horizonte, se entenebrecían como un ceño trágico; mientras el verde de los árboles, aquí tan fresco hasta en este tiempo, se mustiaba y se tornaba gris; mientras la figura del sol era la misma que frecuentemente afecta la luna, segur de plata blanca y brilladora, yo pensaba en Dante Alighieri, pensar que al parecer no guarda relación alguna con el eclipse ni con los problemas astronómicos. ¿Por qué me acordaba del gran poeta y vidente florentino? Porque en aquel momento me parecía adivinar la causa de algo que ha preocupado á los comentadores; la singularidad de que Dante demuestre, en la *Divina Comedia*, conocer perfectamente las constelaciones del hemisferio austral, que tenían que serle desconocidas, pues el cantor de Beatriz no pisó los países donde estas constelaciones pueden verse, países (al menos tal se supone) plenamente ignorados en el siglo XIII.

El caso hace meditar. ¿Cómo hablaba Dante de la Cruz del Sur, ese joyel celeste formado por cuatro estrellas de segunda magnitud y jamás visible en nuestro horizonte? América no se había descubierto..., es decir, tal se asegura; pero no falta quien suponga que ya existían noticias más ó menos confusas de la *última Tule*. Si no era así; si algún navegante, si algún fraile viajero, predecesor de Raimundo Lulio, no describió á Dante las estrellas nuevas que surgieron del fondo del Océano para nuestros aventureros dos siglos después, no queda más clave de la previsión del gran florentino sino suponer que durante un eclipse total de sol pudo ver refulgir la Cruz del Sur, y citarla con la precisión con que lo hace, y que caracteriza todas las indicaciones positivas en la *Divina Comedia*.

***

Nosotros sí que no pudimos ver la Cruz del Sur. Densas nubes velaban el cielo; los luminares ni aun se entreveían. La famosa «corona del sol,» esa gigantesca sortija teñida con los colores del espectro solar y exornada con enorme diamante, se destacaba sobre un fondo de tul ceniza, convertido presto en tenebrosa y mate extensión sin límites. Por un efecto que no sé definir, la desaparición de la luz nos había parecido larga y fúnebre, y la reaparición se nos imaginó más pronta, casi teatral por lo rápida. Y un suspiro de descanso dilataba todos los pechos. Era otra vez lo habitual, lo conocido... Era la luz del día, pronto llamada á extinguirse en el diario eclipse nocturno.

***

No hay nada más inofensivo que un eclipse. ¿Cómo habrán supuesto que anuncia daños, que amenaza castigos, que influye, que trae peste ó guerra? Cuando leemos los terrores que en pasados tiempos han infundido los eclipses; los ejércitos negándose á combatir, los indios postrándose ante Colón, los altos personajes históricos viendo en el sencillo fenómeno celeste fatal presagio de su destino..., comprendemos nuestra debilidad, nuestra pequeñez, nuestra indefensión, proclamada por esos espantos que el ánimo más entero no siempre puede vencer. Yo recuerdo que á un individuo muy valeroso le aterrorizó el penúltimo eclipse total, por haber coincidido con fecha señalada y simbólica en su biografía. Y, en efecto, la desgracia que parecía anunciar el eclipse vino, y vino con circunstancias todavía más graves y crueles de lo que la víctima podía recelar; pero ¿qué sabían de esto ni el astro resplandeciente centro de nuestro sistema, ni el pálido satélite que ilumina nuestras noches y hace escribir á los poetas de secano mil peregrinas insipideces? Tenemos tal necesidad de no creernos abandonados, olvidados, solos, que imaginamos que cuando se comete con nosotros una iniquidad, el sol vela su luz, la luna se embosca tras densos nubarrones, las estrellas se precipitan del cielo y los ríos corren color de sangre... Todo esto ha sido artículo de fe, y los romanos, después del asesinato de Julio César, crimen más horrible porque era un parricidio, supusieron señales en el firmamento y profecías en labios de augures, sudor de sangre en estatuas y lágrimas en simulacros... La verdad es que los cuerpos celestes giran indiferentes por el espacio infinito, que no ven ni nuestros dolores ni nuestras contadas alegrías, ni curan de la bondad ni de la maldad humana, y que hay terrible contraste entre lo sereno de su marcha, la verdaderamente olímpica majestad de su curso, y las tempestades de los corazones, así como la astronomía, armada de telescopio, compás y pizarra, no cura de la psicología, armada de microscopio...

***

Y ¿por qué se da expresamente el nombre de *sabios* á los astrónomos que vienen á estudiar el eclipse, y no se califica igualmente á los médicos que van á observar y combatir una epidemia, á los escritores que van á desentrañar una literatura, á los ingenieros que van á trazar una obra magna, ni á ninguno, en fin, de los que realizan una información ó una empresa que exige conocimientos especiales de una materia? ¿Son los astrónomos los *sabios* por antonomasia?

El diccionario reza que sabiduría es conocimiento profundo en letras, ciencias ó artes. Yo no entiendo nada de astronomía, y por lo tanto, me sería difícil decir si poseen en efecto conocimientos profundos todos esos señores que se vienen del extranjero armados de catalejo y del instrumental que el argumento requiere, y se encaraman y trepan por montes y altozanos para que no se les escape un ápice de la vida privada del sol (que no va estando muy en olor de santidad desde que nos han informado de que anda perdido de manchas).

Creería ese rubicundo y bermejazo platero de las cumbres que, situándose á la bonita distancia de treinta y ocho millones de leguas (de á cuatro kilómetros) de la tierra, las tales manchas no las descubriría ni el más lince; pero no contaba con la actividad é ingenio de este insectillo que se llama el hombre. No sólo hemos descubierto las *lámparas* que deslustran la superficie del hermoso astro (así las negras como las blancas), sino las arrugas, y vaya usted á saber si un día encontraremos sus dientes postizos y sus canas, disimuladas por el agua oxigenada de Venecia y el *henné* de Oriente...

Todo aquello á que nos aproximamos—sea por virtud de los descubrimientos científicos que traen al cristal de la lente los cuerpos celestes remotos, sea por el análisis que escruta y descompone lo próximo y lo íntimo,—todo ¡ay! aparece sellado con estigma de caducidad y muerte... Esas manchas del sol, ó más bien desgarrones de su brillante túnica, aumentan, según parece, en progresión nada tranquilizadora. ¿Es que la fotosfera desmaya, y con ella va extinguiéndose poco á poco la energía vital que á nuestro planeta comunica Helios? ¿Es que las nubes formadas en su atmósfera se hacen doblemente opacas? Los consabidos sabios no han dicho la última palabra referente á este asunto. Y en la incertidumbre acerca de la naturaleza y origen de esas manchas dentro de las cuales la Tierra caería como una naranja por la boca de ancho puchero, sólo nos resta la melancolía de la ilusión que perdimos, del sol nítido, refulgente, que se nos ha convertido en trapo tiznado de negrohumo, cual si acabase de limpiar tanto fragmento de vidrio como se ha embadurnado en previsión del eclipse...

***

Pasado el fenómeno, nos sentamos al pie de los árboles; la lluvia, suspensa en el aire, amagaba sin caer, y los pobres pájaros asustados salían otra vez, ya tranquilos, de las frondas. No tenía nadie, en aquel momento, el menor impulso de volver á su faena; ni los trabajadores cogían la herramienta, ni yo quería asir la pluma. Púseme á divagar mentalmente sobre estas crónicas, y me acordé de las cartas que con motivo de ellas recibo, que vienen sin firma y son, generalmente, efusiones de simpatía, de cordialidad. ¿No es muy natural que las agradezca? Todo testimonio de interés por mi labor, por esta labor no diré que del todo obscura, pero continua y modesta, de las letras, me dilata un poco el ánimo. Escribimos sin cautela, con espontaneidad, dejando siempre abierta una ventana del espíritu, por la cual (como suponen algunos astrónomos que sucede á las famosas manchas) se ve el fondo de nuestro sér. No cuidamos de ocultarlo, puesto que no exponemos negruras ni abismos; dejamos correr desenfadadamente la prosa; de fijo la hacemos así, en estilo doblemente propio y personal, mejor que si lo perfilamos y acicalamos para torneo de gala. Y cuando nos animan con el entusiasta elogio, con el saludo lleno de rendimiento, una paz alegre se infiltra en nuestro corazón, una convicción más ardorosa nos sostiene y empuja á trabajar tenazmente, siempre, hasta el último aliento, como si el escribir fuese, antes que ejercicio, función de un organismo en el cual resuenan todas las voces de lo exterior y en el cual todo adquiere forma artística...

***

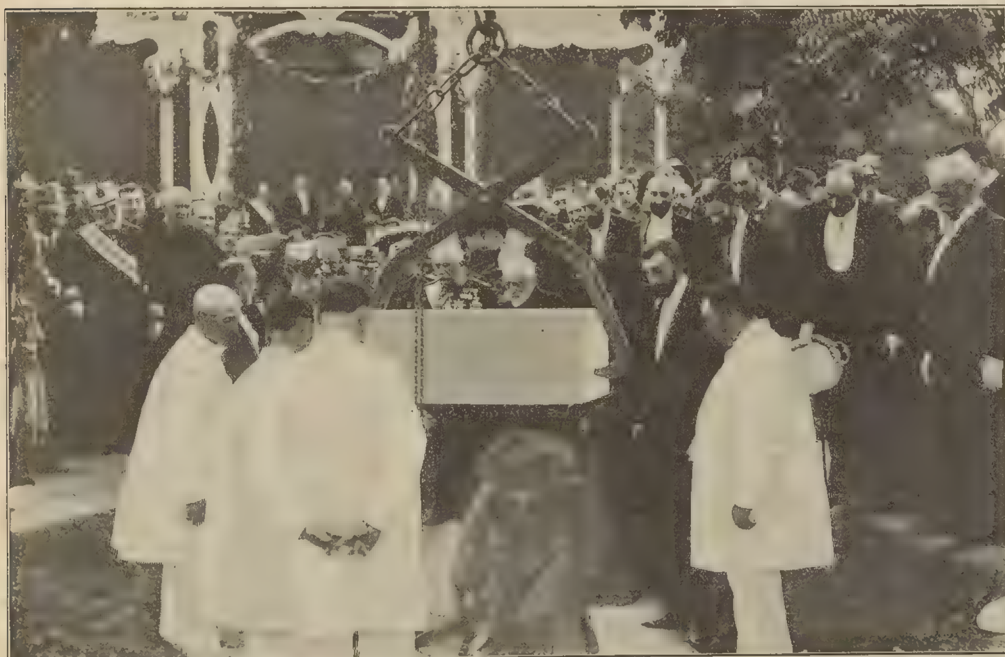
Va á erigirse en Cádiz la estatua de Castelar. La ciudad ha comprendido la estrecha obligación que le imponía el ser madre de tal hijo. Y el Ayuntamiento, presidido por un conservador, ha tenido el buen gusto y la inteligencia de no acordarse de cómo pensaba en política el glorioso conterráneo, y coadyuvar al homenaje cuanto ha sido necesario y posible. Esto, Inés, ello se alaba, diremos con el poeta festivo; y en tono más grave, añadiremos que la estatua de Castelar, elevada por voto unánime á pesar de ser él un hombre político de definidas opiniones hoy proscritas, nos consuela de tantas estatuas de políticos borrosos aunque famosos, de los cuales, dentro de diez años, nadie recordará el apellido, no pudiendo las gentes olvidar el nombre de pila porque no lo habrán sabido nunca; porque esos personajes no habrán sido jamás, excepto para su distrito y su tertulia, *D. Emilio, D. Antonio*, los grandes *dones* ya desaparecidos.

Si al ver á un señor de bronce ó de mármol hay que preguntar quién era..., ¡malo!, ¡malo! Y si, después de que se lo dicen á uno, hay que preguntar qué hizo el señor aquel..., ¡peor!, ¡peor! No sucederá así con *D. Emilio*...

EMILIA PARDO BAZÁN.



S. M. el rey D. Alfonso XIII acompañado de S. M. la reina doña María Cristina y de S. A. la infanta doña María Teresa descendiendo de la tribuna para proceder al acto de la colocación de la primera piedra del monumento del Cid. – A la derecha y en primer término el alcalde de Burgos llevando la cajita que ha de ser depositada junto á la primera piedra. (De fotografía de Alfonso Vadillo.)



S. A. la infanta doña María Teresa echando la paletada de cal en el hoyo en donde ha de colocarse la primera piedra del monumento del Cid. La ceremonia se efectuó en la plaza del Castillo, en donde ha de erigirse el monumento, en 29 de agosto último, en presencia de las autoridades civiles, eclesiásticas y militares y de un inmenso gentío, habiendo resultado el acto en extremo imponente. (De fotografía de Alfonso Vadillo.)

EL ANILLO DE DURGA

Declaro, antes de entrar en materia, que nada de lo que aquí relato es invención mía. Más ó menos fantástico ó ingenioso, lo oí de boca de persona respetable, y me aseguraba haber sido testigo presencial del lance.

La circunstancia de vivir todavía mi amigo me obliga á reservar su nombre y aun á desfigurar un tanto el retrato de su persona, bastante conocida en el mundo científico.

El doctor, tenía ese título en diversas facultades, era un viejecillo de aventajada estatura, embebida por el peso de los años, de frente despejada, que coronaban largos cabellos grises cayendo hasta los hombros, de ojos grandes, azules, de mirar cándido á través de los gruesos cristales de sus gafas de présbita.

Habitaba mi anciano amigo en el rincón de una provincia, y su casa, escondida en una callejuela apenas transitada, era para los habitantes del pueblo algo así como un antro misterioso, bien hallado con todo género de brujerías y maleficios. Suerte para el doctor que pasaron los tiempos de brujas y duendes, porque si no, lo sacan de allí cualesquiera justicias é inquisidores para socarrarlo en la plaza pública.

Y sin embargo, las contadas personas que habían pasado los umbrales del caserón, después de parlamentar con una vieja criada, única servidumbre del sabio, no ignoraban que éste era un alma de Dios. Un chiflado por piedras y bichos raros, que recorrió el mundo en busca de ejemplares desconocidos, y pasó luego el resto de sus días descifrando inscripciones y catalogando lo adquirido é interpretado.

El despacho del sabio, los salones y galerías del caserón, hasta la escalera, estaban convertidos en un museo de botánica, de entomología y, sobre todo, de epigrafía. En esto, especialmente, tenía el viejo profesor una verdadera riqueza. Pedruscos, lápidas é inscripciones de monumentos religiosos, funerarios y laudatorios de las cinco partes del mundo; de Africa, de América, de la India, de los pueblos salvajes que circuyen los grandes lagos, de los monumentos aztecas é incas, de los tlezcas y mahorines, de las pirámides faraónicas y de los sepulcros coptos, de las mezquitas árabes y de las pagodas bengalíes, de todas partes había allí trozos auténticos y gráficos fieles.

Recorriendo con la vista aquellas enrevesadas escrituras que cubrían desde el zaguán hasta el despacho, podía leerse de corrido la historia de la humanidad. ¡Cuántas veces el anciano, al recibir mis visitas, cesaba en sus trabajos de traducción y de compulsa, y con entusiasmos juveniles, señalándome con el dedo índice los trozos de piedra que ornaban las paredes, iba reconstituyendo la historia de civilizaciones muertas!

Las distintas edades, la protohistoria y la prehistoria, el fuego y la piedra como elementos primordiales de la vida y como agentes únicos de progreso. Lo sobrenatural y lo suprasensible, como principio de toda religión, el Oriente y el Occidente, los pueblos del Norte, las diversas civilizaciones...

El viejo, febril, exaltado, animando los fríos pedruscos, para ir levantando al conjuro de su palabra, de su prodigiosa fuerza psíquica, los más desconocidos repliegues de la historia, era espectáculo que presencié varias veces y que no podré olvidar mientras viva. Su exaltación, su entusiasmo subía de punto cuando, impulsado sin freno por el camino de la especulación histórica, llegaba á la civilización inda, á la que había dedicado estudios especiales y continuados.

Hablando de las tierras bañadas por el Ganges y el Indo, de sus monumentos y leyendas, de los gérmenes y desarrollo del budismo, religión que, según el doctor, encierra un alto espíritu filosófico, llegaba á decir que todo lo hecho posteriormente, hasta la edad moderna, sólo había sido un remedo desgraciado de aquella otra edad, por más de un concepto heroica.

Lo que tuve ocasión de observar más de una vez fué que las excursiones históricas del doctor se detenían siempre al llegar al testero principal de su sala de trabajo, donde había algo que excitó poderosamente mi curiosidad desde el primer momento.

Se trataba de un trozo de damasco rojo, de unas dos varas en cuadro, que pendiente de una varilla, acodada por sus extremos, cubría la pared, como ocultando hueco, ventana ó cosa semejante. Y no era sólo el trozo de damasco lo que me intrigaba, sino que las mejores peroraciones del sabio las interrumpía para dirigir largas miradas á la roja tela, como en demanda de inspiración ó asentimiento.



Estudio, dibujo de G. de Grau

Varias veces estuve tentado de preguntarle qué significaban aquella tela y aquellas miradas: siempre el respeto al anciano pudo más que mi curiosidad.

Un día, sin embargo, el doctor, más exaltado que de ordinario, me hablaba de sus exploraciones en la India, explicándome la liturgia budista con las traducciones sánscritas que habían llegado á sus manos. De pronto calló; fijos sus ojos en la cortinilla roja, aparecía como embebecido en un éxtasis sobrenatural.

No sé por qué, mi curiosidad adormecida sintióse aguijoneada de nuevo. Casi maquinalmente hice la pregunta:

—Doctor, ¿detrás de esa cortina qué hay?

Más que contestando á mis palabras, oponiéndose á un movimiento mío, el anciano se levantó, gritando:

—¡No toque usted! ¡No toque usted!

Después, lentamente, sacudido el cuerpo por un temblor nervioso, fué diciendo:

—Es una historia inverosímil; será usted el único que la conozca, y sin embargo, encierra una profunda enseñanza.

Mientras, descorrido el rojo tapiz, quedó al descubierto un ancho marco de roble, que bajo grueso cristal encuadraba una piedra funeraria de forma rectangular. Llenaban la superficie de ésta, casi en su totalidad, extraños caracteres de alguna lengua oriental. Sólo en el centro un espacio libre dejaba ver incrustado en la piedra un grueso anillo de oro.

El doctor, de pie ante el extraño relicario, continuó expresándose del siguiente modo:

—No sé á qué inesperadas circunstancias se debe que yo haya descorrido esa cortina y le hable á usted de la manera que lo hago; prométame guardarme el secreto y sírvale de enseñanza cuanto me oiga.

Son de usted bien conocidas mis aficiones á la epigrafía; lo que no puede usted ni soñar siquiera son las luchas, los sinsabores, las amarguras que me han costado los pocos conocimientos que poseo de esta ciencia, todavía en su infancia.

En uno de mis viajes por la India hube de detenerme por algún tiempo en Cachemira, y entonces se me presentó la ocasión de apreciar que los conocimientos que en Europa tenemos de las lenguas arias son pobrísimos, que las exegesis hechas de su espíritu son torpes interpretaciones; pues el idioma que mejor creemos conocer, el sánscrito, no es otra cosa que una mezcla bárbara, corrompida, y á cien leguas del puro y castizo.

Quise entonces hacer un estudio detenido y profundo de la lengua de los vedas, y separándome de las personas que me acompañaban en la expedición, organicé una por cuenta propia, para lo cual me hice guiar de un *shikari* y escoltar de varios soldados y porteadores del país.

De este modo visité Delhi, Durbán, la patria de Sakia-Muni, y otras ciudades importantes, empapándome no sólo de la lengua y literatura sánscritas, sino que también de las doctrinas esotéricas del budismo. Ya en las fronteras del Tibet, me detuve en las orillas del Jumma, río sagrado que da nombre á la ciudad cuyos muros baña. En las sagradas aguas báñase también la frontera occidental del templo de Durga, divinidad siempre solícita y pronta al desamparado.

Una noche, solo, pues el *shikari* se había quedado dormido en la ribera, llegué hasta las gradas del templo, que desde la columnata de afiligranadas labores bajaban á sumergirse en las aguas del río.

La noche era clarísima; el cielo, de un azul intenso, parecía bruñido al fulgor de millones de estrellas. La luna, ya en su cenit, caía sobre la columnata del templo, formando contrastes bruscos entre la luz y la sombra. Banyanas gigantescas entrelazaban sus ramas, dejando filtrar los rayos del astro de la noche sobre las aguas dormidas del río. Medio desvanecido por aquel espectáculo maravilloso, me dejé caer en una de las gradas del templo.

Entonces ocurrió un caso singular. Por entre las columnas de la mansión sagrada vi surgir una aparición ideal: era una mujer de soberana hermosura. Su rostro pálido tenía reflejos de oro, centelleaban sus rasgados ojos negros, palpitaban sus labios rojos con hálito de vida, y las purísimas líneas de su divino cuerpo apenas si se ocultaban por una túnica fina, transparente, que en pliegues pentélicos le caía hasta los pies. Un gran chal de tejido vaporoso cubríala también desde los hombros, formando á su alrededor vaporoso nimbo. De sus orejas pendían grandes arracadas de oro, y sus brazos desnudos, admirablemente modelados, prisioneros estaban en anchas ajorcas de oro, sobre las que brillaban, incrustados, diamantes, perlas y rubíes.

Todo esto lo vi en un instante; quise hablar y no acerté á que mis labios pronunciaran palabra alguna. Entretanto la divina aparición descendía por las gradas del templo, escoltada por los rayos de la luna que le prestaban luminoso cortejo.

No puedo asegurarlo, pero me pareció que los labios de aquella divina estatua se abrieron y una voz suave, que podía confundirse con las caricias de la brisa en la arboleda, me dijo estas ó parecidas palabras:

—Detente, extranjero, y no profanes este sagrado recinto. Es inútil que intentes descifrar secretos á

los que no llegará jamás la inteligencia de los hombres, tan soberbia como miserable. Sigue, sigue tu camino; no intentes desafiar la ira de los dioses.

Al reponerme de la emoción que el inesperado suceso me produjo, la dulce visión había desaparecido.

Como loco subí las gradas del templo, me interné en sus muertas soledades, recorrí los alrededores: nada. El silencio más absoluto.

La luna seguía iluminando calladamente los árboles, el río, las piedras del sagrado monumento; ni vestigios del hermoso ensueño por parte alguna.

El día me sorprendió en las orillas del divino Jumma. De nuevo visité los alrededores, sin que mis pesquisas alcanzaran mejor fortuna que en la pasada noche.

Desesperado volví sobre mis pasos en busca del *shikari* que me acompañaba, cuando de entre mis plantas surgió un reflejo que me detuvo. Adosada á la escalinata del templo, sirviendo como de revestimiento á la grada inferior, que lamían las ondas del Jumma, estaba esa piedra—dijo el doctor señalando la que encerraba el marco de roble—que en su centro aprisionaba un áureo anillo. Más que éste llamaron mi atención las inscripciones que lo rodeaban, trazadas en caracteres para mí desconocidos. Cuanto hice para descifrarlos resultó inútil.

Arrancada de su engaste de siglos la sagrada lápida, la traje á Europa. Mis trabajos para conocer el significado de los misteriosos signos, tan desgraciados han sido aquí como en las orillas del Jumma; he remitido calcos á todas las Academias del mundo, á los epigrafistas más ilustres, y todos saben lo mismo que yo; que no saben una palabra.



Piedra conmemorativa erigida en la cúspide del Schneeberg á la memoria del emperador Francisco I de Austria. (Fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Ya tiene usted explicada mi veneración á esa reliquia del misterio.

No sé si aquella maravillosa aparición del templo de Durga fué sueño ó alucinación; lo que sí tengo es la certeza de las palabras que repercuten en mi cerebro cada vez que levanto los ojos hacia esa sagrada piedra:

—Es inútil que intentes descifrar secretos á los que no llegará jamás la inteligencia de los hombres, tan soberbia como miserable.

Emilio Dugi.

EL CENTENARIO

DE LA DEFINICIÓN EXACTA DE LA POSICIÓN DEL SCHNEEBERG

En agosto de 1805, durante el reinado del emperador Francisco I, se definió exactamente la posición del monte Schneeberg, que forma parte de los Alpes de la Baja Austria y cuya cúspide se eleva á la altura de 2.075 metros.

La cumbre del Schneeberg (Monte de las Nieves) está siempre cubierta de nieve y al pie del mismo se extienden riquísimas canteras de greda.

Para conmemorar el centenario de la mencionada fecha, el Turing Club Austriaco ha celebrado varias fiestas, entre ellas una excursión á la cima del Schneeberg, en donde hay un sencillo monumento conmemorativo de aquel hecho y desde donde se ha tomado por vez primera la preciosa fotografía panorámica del valle del Buchberg, que con la del monumento adjunta reproducimos. Por ellas puede formarse perfecta idea de la hermosa vista que desde la cúspide de aquella montaña se descubre y de la importancia de las canteras que ocupan el fondo del valle.—X.



Fiestas jubilares del Touring-Club austriaco para conmemorar el 100.º aniversario de la definición exacta de la posición del Schneeberg y de sus canteras de greda (gyps) que se realizó en el mes de agosto de 1805, durante el reinado del emperador Francisco I de Austria. - Vista del valle del Buchberg tomada desde la cumbre del Schneeberg. Primera fotografía que se ha obtenido del mismo. (Fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

BERLÍN

LA NUEVA BRIGADA PARA SOCORRER Á LOS BORRACHOS

En la capital de Alemania se ha creado recientemente una brigada destinada exclusivamente á socorrer, recoger y conducir á sus domicilios á las personas que, habiendo abusado del alcohol, no pueden volver á su casa por su propio pie y que después de haber andado largo trecho haciendo eses acaban por dar con su cuerpo en el suelo y quedarse como una masa insensible é inerme.



Berlín. – La nueva brigada para socorrer á los borrachos. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

La brigada se compone de tres guardias hembras y de varios varones debidamente uniformados y provistos de algunas bicicletas. Por cierto que el uniforme femenino tiene muy poco de estético, sobre todo la gorra que resulta de un efecto deplorable; y aunque para los servicios que han de prestar las que lo llevan no se requieren grandes galas ni elegancias, y aunque los infelices á quienes han de auxiliar no se hallan en estado de apreciar las cualidades externas de las mismas, no habría sido difícil encontrar un figurín que á su sencillez y comodidad uniera cierta gracia, siquiera para que su vista no chocara tanto á los que las ven actuar desde la barrera, es decir, libres de la acción del vino ó de la cerveza.

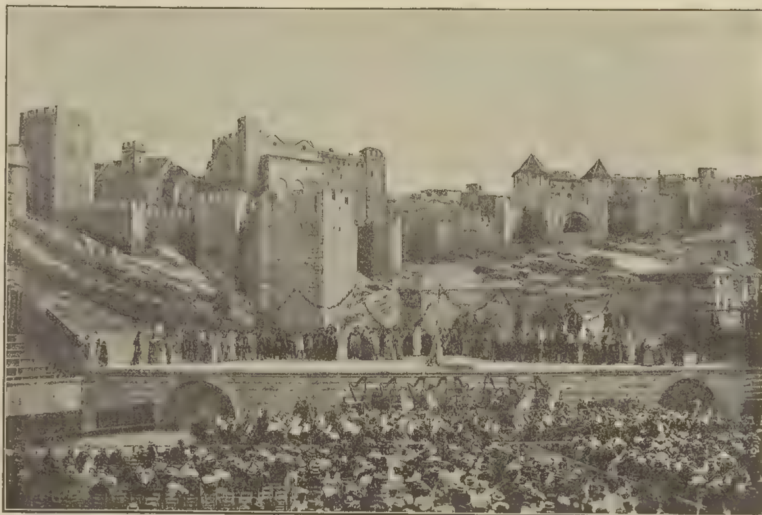
De todos modos la institución es digna de elogio porque tiene un fondo eminentemente humanitario, ya que en vez de considerar al borracho como una cosa despreciable á la que se puede hacer objeto impunemente de repugnantes burlas ó de tratos crueles, ve en él á un desgraciado digno de ser atendido con solicitud y tratado como á prójimo nuestro.

Representación de la ópera «Heretiques» en las Arenas de Beziers

En las Arenas de Beziers se estrenó el día 27 de agosto último, con grandísimo éxito, esta ópera en tres actos, poema de Fernando Harold y música de Carlos Levadé.

La acción de la obra se desarrolla en Beziers en 1209, durante la guerra de los Albigenses, y su argumento es como sigue:

Acto primero.—En la plaza mayor de Beziers varios hombres del pueblo levantan mástiles y los adornan con flámulas mientras algunas muchachas los cubren de flores. El caballero Aubry comparte la alegría del pueblo y maldice á los monjes cuando aparece la abadesa Almelys, alma sombría y mística, que en su odio á todo lo que es alegría, anatematiza á aquellas gentes pacíficas que la escuchan sorprendidas. Belisenda, hermana de Almelys y esposa de Rogerio, conde de Beziers, se indigna también porque su marido hace causa común con aquellos herejes, amantes de la naturaleza, y como le ama, su corazón sufre gran tormento. Preséntase Rogerio, que anima á sus vasallos para que se regocijen pacíficamente, y Belisenda, irritada por tanta impiedad, rechaza su amor. Desesperado Rogerio, busca distracción en la compañía de unos histriones, entre los cuales brilla la hermosa Dafné, á quien el conde declara su amor. En esto, el nuncio del papa lanza, á su vez, el anatema contra aquellas fiestas bárbaras. Rogerio cedería, pero Dafné, símbolo de la vida alegre y libre, le arrastra á regocijarse con el pueblo.



BEZIERS. – Representación en las Arenas de la ópera «Heretiques,» poema de Fernando Harold, música de Carlos Levadé, estrenada el día 27 de agosto último. (De fotografía.)

Acto segundo.—Simón de Montfort y el legado pontificio ponen sitio á Beziers. Belisenda pide gracia para su esposo, á quien ama, á pesar de todo; pero sus súplicas son vanas: sólo será respetado el rebelde si implora perdón de rodillas. Belisenda sorprende en amoroso coloquio á Rogerio y á Dafné y dirigiéndose al conde le dice la suerte que le espera si no se entrega á discreción y le ruega que ceda; pero Rogerio, seducido por aquella otra mujer, desoye sus lamentos. Los histriones y las bailarinas celebran á Ceres, á Baco y á Venus, y la voz del legado maldice á la regocijada muchedumbre.

Acto tercero.—Suena el estrépito de la batalla fuera de las murallas de Beziers. Rogerio defiende en vano la libertad, el amor, la alegría; herido por Simón de Montfort, sucumbe, y Belisenda, convertida á la fe de su marido y desfallecida de amor y de gozo, se hiere con un puñal y cae al lado de éste, mientras Dafné los bendice. Termina la obra con la entrada de los sitiadores y el saqueo de Beziers.

Esta tragedia clara, vehemente, henchida de amor y de hermosos entusiasmos, se prestaba admirablemente á una adaptación musical; la que le ha puesto el joven compositor Carlos Levadé es una de las mejores producciones de la joven escuela francesa. La partitura tiene más de ópera que de drama lírico y en ella prevalece el procedimiento melódico, revelando en su autor una inspiración fresca y elegante al par que un dominio completo en el manejo de las voces así aisladas como combinadas entre sí y en grandiosos conjuntos.



Berlín. – Dos guardias femeninas de la nueva brigada auxiliando á un borracho. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

Con los autores de *Heretiques* ha compartido el éxito que ha obtenido la obra M. Castelbon de Beauxhostes, el fundador del teatro de las Arenas de Beziers, que ha montado la obra de un modo realmente espléndido, no omitiendo para ello medio ni esfuerzo alguno.

La ópera ha sido muy bien cantada por las señoras Strassy *(Belisenda)*, Mazarin *(Dafné)* y Chartoud *(Almelys)* y por



BARCELONA. – ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DE LA EXPLOSIÓN DE LA BOMBA OCURRIDA EN LA RAMBLA DE LAS FLORES EL DÍA 3 DE LOS CORRIENTES
LA COMITIVA FÚNEBRE EN LA RAMBLA DE SANTA MÓNICA. (De fotografía de A. Merletti.)

A la una y cuarto del domingo 3 de los corrientes, cuando mayor era la concurrencia en la Rambla de las Flores, estalló una bomba en aquel paseo, uno de los más típicos de nuestra ciudad. A consecuencia de la explosión fallecieron dos señoritas, las hermanas D.ª Rosa y D.ª Josefa Rafá, y quedaron heridas más ó menos gravemente multitud de personas.

No hemos de comentar este hecho vandálico, ni hemos de protestar contra tamaño salvajismo. ¿Para qué?

El mejor comentario, la mejor protesta los hizo el pueblo en masa de Barcelona el día del entierro de las infelices víctimas. Fué una manifestación grandiosa, imponente, de la que apenas da idea la adjunta fotografía, y en la cual á los ojos de todos asomaban lágrimas de piedad y de todos los labios brotaban acentos de vergüenza y de indignación, demandas de amparo y justa defensa á quien puede y debe defendernos, é imprecaciones de odio y venganza contra los que hieren á mansalva á seres inocentes, y tienen á nuestra hermosa y querida capital en alarma y peligro constantes.

¡Que Dios haya acogido en su seno á las víctimas del incalificable atentado!

los señores Duc *(Rogerio)*, Dufranne *(Simón de Montfort)*, Vallier *(Legado pontificio)* y Billot *(Aubry)*, y admirablemente ejecutada por una orquesta de 250 profesores bajo la dirección de M. Nussy Verdié y por un cuerpo de coros de 250 individuos y un numeroso cuerpo de baile.

La decoración, obra del eminente escenógrafo Jambón, es de un efecto magnífico según puede verse en la fotografía que en la página anterior reproducimos.

LA PAZ RUSO-JAPONESA

Ya los plenipotenciarios rusos y japoneses han firmado el tratado de paz que ha puesto término á las negociaciones de Portsmouth y á la guerra del Extremo Oriente.

Consta el tratado de un corto preámbulo en el que se recuerda el nombramiento de los plenipotenciarios, á instancias del presidente Roosevelt, á fin de llegar á un acuerdo que dejase á salvo el honor de la bandera, y de 17 artículos, de cada uno de los cuales vamos á dar un extracto.

ART. 1.°—Se estipula la terminación de la guerra y el restablecimiento de la paz y amistad entre ambos imperios y se consigna que un tratado especial determinará las relaciones privadas y comerciales entre los mismos.

ART. 2.°—Rusia reconoce los intereses preponderantes del Japón en Corea y que éste, por consiguiente, podrá ejercer allí los derechos de vigilancia, protección é intervención; y el Japón declara que los súbditos y las empresas rusas establecidos en Corea gozarán de los mismos derechos y privilegios que los súbditos y las empresas de las naciones más favorecidas. El Japón podrá adoptar las medidas necesarias para asegurar su intervención y Rusia renuncia á toda tentativa á ejercer actos políticos en Corea y sanciona los realizados por el Japón durante la guerra.

ART. 3.°—Se dispone la evacuación simultánea por los rusos y los japoneses de todos los territorios que ocupan en la Mandchuria, y se dictan reglas acerca del modo como dicha evacuación debe efectuarse, de la manera de garantizar los intereses adquiridos allí por sus respectivos súbditos antes de la guerra; se dispone la entrega de las poblaciones á los mandarines chinos, y se declaran latrofacciosas las partidas de Kunghuses, obligándose Rusia y el Japón á perseguirlas y desarmarlas.

ART. 4.°—Rusia cede al Japón todos sus derechos en la península de Liao-Tung y el Japón se obliga á cuidar de que sean respetados los derechos de los súbditos rusos en ella establecidos.

ART. 5.°—Se establece la igualdad comercial entre todas las naciones en la Mandchuria, comprometiéndose Rusia y el Japón á no poner obstáculo á las medidas que cada nación adopte para el desarrollo de su industria y de su comercio en aquel territorio.

ART. 6.°—El ferrocarril mandchuriano se repartirá entre Rusia y el Japón en Kuang-Chen-Tse y los dos ramales sólo se utilizarán para fines industriales y comerciales, respetándose, empero, los derechos adquiridos por China y por empresas particulares.

ART. 7.°—Rusia y el Japón se comprometen á enlazar sus respectivos ramales en Kuang-Chen-Tse.

ART. 8.°—Los dos ramales se explotarán de manera que no dificulten el tráfico por los mismos entre ambas naciones.

ART. 9.°—Rusia cede al Japon la parte meridional de la isla Sakhalín hasta el grado 50, debiendo quedar asegurada la libertad de navegación por los estrechos de La Perouse y de Tartaria.

ART. 10.°—Determina la situación en que quedarán los súbditos rusos en la parte Sur de la isla Sakhalín, reservándose el Japón el derecho de expulsar á los deportados rusos.

ART. 11.°—Rusia se compromete, de acuerdo con el Japón, á reglamentar y reconocer á los japoneses el derecho de pesca en aguas rusas y del mar del Japón.

ART. 12.°—Rusia y el Japón se comprometen á renovar el tratado de comercio que existía antes de la guerra sobre la base de la nación más favorecida.

ART. 13.°—Ambas naciones se comprometen en restituirse los respectivos prisioneros pagando una y otra los gastos de manutención que habrán de ser debidamente justificados.

ART. 14.°—El tratado se redactará en francés y en inglés: el texto francés será para los rusos y el inglés para los japoneses; en caso de dificultades de interpretación hará fe el texto francés.

ART. 15.°—La ratificación del tratado por ambos soberanos se hará en el plazo de 50 días. Los embajadores de Francia y de los Estados Unidos serán intermediarios entre los gobiernos de Rusia y del Japón y les anunciarán la ratificación por telégrafo.

Siguen dos artículos adicionales; por el uno se concede un plazo de 18 meses para la evacuación de la Mandchuria y disponiendo que sólo podrán dejar ambos ejércitos 15 soldados por kilómetro para custodiar la vía férrea; por el otro se estipula que una comisión especial efectuará sobre el terreno la delimitación de la isla Sakhalín.

A las tres y cuarenta y siete minutos de la tarde del día 5 pusieron los plenipotenciarios sus firmas en el tratado, en medio de un silencio solemne y en presencia de algunos personajes norteamericanos, entre ellos el almirante Piercé, el capitán Mead y el gobernador Winslow. En seguida M. Witte se levantó y fué á estrechar la mano del barón Komura, mientras todos los demás que presenciaban la escena permanecían de pie profundamente emocionados, al mismo tiempo que en el Arsenal se disparaba una salva de 18 cañonazos y se echaban á vuelo todas las campanas de la ciudad.

El barón Rosen, dirigiéndose al barón Komura, le expresó en nombre de los delegados rusos la satisfacción que sentían por haber firmado el tratado de paz; el barón Komura le contestó en términos análogos.

Y después de beber juntos los plenipotenciarios una copa de champaña, se despidieron cordialmente y salieron del Arsenal.

Los rusos se dirigieron á un templo ortodoxo para asistir á una función religiosa dispuesta expresamente en acción de gracias por la terminación de la guerra.—R.



HOGAR APACIBLE, cuadro de Adolfo Echtler



INOCENCIA, cuadro de Eugenio Prati

UN HUEVO RARO DE GALLINA

PUESTO EN BARCELONA DURANTE EL ECLIPSE DE SOL DE 30 DE AGOSTO ÚLTIMO

Que se trata de un huevo raro, es indudable; que el huevo fué puesto por una gallina en el momento del eclipse, lo aseguran personas que merecen crédito; que esta gallina pone ordinariamente los huevos iguales á los de cualquiera otra, también es cierto. Pero, ¿consiste la rareza en que la deformidad del huevo reproduce la imagen que ofrecía el sol cuando se interpuso entre él y nosotros el disco de la luna, por encima del cual se ven asomar los rayos del astro rey? Así lo afirman algunos, que han llegado á ver en el huevo en cuestión hasta el fragmento del sol que quedó por ocultar. Otros, más excépticos, niegan tales visiones y dicen que se trata simplemente de un huevo teratológico de escaso interés y que se necesita muy buena voluntad para ver en él la imagen del eclipse.

De todos modos, el hecho ha dado que hablar y nosotros, sin afirmar ni negar nada, nos limitamos á reproducir, á título de curiosidad y de actualidad, el huevo en cuestión fotografiado junto con otro normal, procedente de la misma gallina, para que puedan verse las diferencias entre ambos, y el retrato (?) de la gallina que ha puesto el huevo y el de su propietario D. Mucio Guardia, vecino de esta ciudad, á quien, según parece, se ha ofrecido una cantidad no despreciable por el que algunos llaman ya el *huevo del eclipse.*



Huevo normal de la gallina. Huevo puesto por la misma durante el eclipse



Gallina que puso el huevo raro durante el eclipse, y su propietario Mucio Guardia

HUEVO RARO PUESTO POR UNA GALLINA DURANTE EL ECLIPSE DEL DÍA 30 DE AGOSTO ÚLTIMO. (De fotografía de A. Merletti.)

EL EMINENTE TENOR FRANCISCO TAMAGNO

El gran tenor italiano que durante tantos años entusiasmó al público en los más importantes teatros del mundo, y que cual otro ninguno encarnó el personaje de *Otello* que para él creó Verdi, murió el 31 del pasado agosto, en su magnífica quinta situada en los alrededores de Varese, después de luchar con una larga enfermedad contra la cual nada ha podido su vigorosa naturaleza.

Tamagno, como casi todos los más famosos cantantes, era de origen humildísimo; era hijo de un modesto posadero de Turín, en donde nació en 1851. Lo mismo él que sus catorce hermanos, todos estaban dotados de una voz hermosísima, heredada de su padre que, según dicen, la tenía aún mejor que todos ellos. Comenzó cantando en una sociedad de jóvenes aficionados, y habiendo ido á aprender canto al Liceo musical, el maestro Pedrotti, aunque enamorado de su voz, hubo de decirle en vista de sus escasas aptitudes artísticas que, perseverando en el estudio, podría llegar á ser con el tiempo un buen corista



EL EMINENTE TENOR FRANCISCO TAMAGNO fallecido en Varese (Italia) en 31 de agosto último (de fotografía)

Como corista entró entonces en el teatro Regio de su ciudad natal, y allí le ocurrió ese caso providencial que á tantos artistas ha sacado de la nada para encumbrarlos luego al pináculo de la gloria. Cantábase en aquel coliseo *Poliuto*, de Donizetti, cuyo protagonista desempeñaba el célebre tenor Mongini. Un día cayó enfermo el segundo tenor, y no teniendo de quien echar mano para substituirle, el propio maestro Pedrotti, el que tan mal había augurado del porvenir de Tamagno, pensó en éste y llamándole le preguntó si se sentía con ánimo para aprender á escape la *particella* que quería encomendarle. Tamagno contestó afirmativamente y se puso á estudiar con entusiasmo. La *particella* no era muy larga ni difícil, pero había en ella una frase que se prestaba mucho para hacer gala de una voz poderosa, la frase

l'anima no, che l'anima é di Dio.

—No se trataba—decía Tamagno guiñando el ojo al referir más tarde este episodio—más que de hacer una pequeña traición á Donizetti, una *puntatura* en *si* sobre el *Dio* final. Fué una idea que me sugirió un amigo.

La frase aquella produjo en el público un efecto extraordinario.

Desde entonces su fortuna era segura. Desde que debutó como primer tenor en el teatro Bellini de Palermo en 1873, hasta que ha muerto, su carrera ha sido una serie de triunfos no interrumpidos y siempre en progresión ascendente. Barcelona puede decirse que fué una de las primeras ciudades que contribuyeron á su fama y aún recuerdan los aficionados las ovaciones que alcanzó en el Liceo cantando, entre otras, *Poliuto, L'Africana* y *Don Carlos.*

Faltábale á Tamagno dominar al público con sus cualidades artísticas, muy deficientes en él en aquel entonces, como lo dominaba con su canto; el eminente tenor se propuso conseguirlo y lo consiguió cuando, bajo la dirección de Verdi, estrenó *Otello.* En aquel entonces confirmóse su valía excepcional como cantante y se reveló como artista: la interpretación del personaje creado por Shakespeare valió á Tamagno colosales triunfos, bajo ambos conceptos, en los más importantes teatros del mundo.

Tamagno ha muerto rico, dejando una fortuna de seis millones de francos.—X.

Necrología.—Han fallecido:

P. Enrique Suso Denifle, sabio dominico austriaco, ex director general de su orden en Alemania, subarchivero del archivo del Vaticano, autor de *La vida espiritual. Florilogio de los místicos alemanes del siglo* XIV, *Las universidades de la Edad media hasta* 1400, y de otras obras no menos importantes.

Leopoldo, príncipe de Hohenzollern, candidato en 1870 al trono de España.

Teodoro Delyannis, ilustre hombre de Estado y diplomático griego, presidente varias veces del Consejo de Ministros.

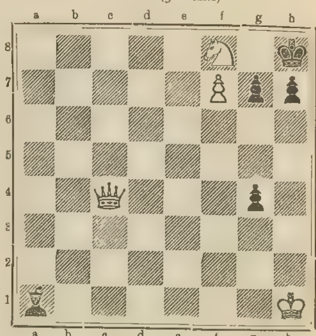
Armando de Lingg, célebre poeta épico alemán, entre cuyas obras sobresale la grandiosa epopeya *La emigración de los pueblos.*

Vaclav Vladivoj Tomek, historiador bohemio, profesor de la Universidad de Praga, autor de varias obras de historia de Austria y de Bohemia.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 397, POR S. LOYD.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (4 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 396, POR F. WARDENER.

Blancas.	Negras.
1. Da8–e8	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	



Con una rápida ojeada se dió cuenta del furor del marqués y del desorden de Rosa

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Después, cuando él le señaló una butaca, Rosa se decidió á hablarle:

—¿Qué significa esto? ¿Cómo está usted aquí cuando debía estar en Londres?

—He terminado rápidamente los negocios á fin de encontrarme en mi casa y recibirla.

Rosa le miró con dureza.

—Parece que no quiere usted errar el golpe.

Condottier no se movió; sus labios temblaron un momento, y sonriente dijo:

—Tiene usted mucha razón. ¡Diantre! La cosa lo merece.

—¿Cuánto pide usted por todo esto?

—Dos millones quinientos mil francos.

—¿Con los muebles de familia, los recuerdos de sus padres y los retratos de sus antepasados..., el capelo del cardenal Condottier y el bastón del mariscal Condottier, muerto, según creo, en Hochstœdt?

—Sí, señora, muerto en Hochstœdt.

—En una palabra, con todo.

—Con todo. ¿Le parece caro?

—Baratísimo.

—Eso pienso yo, y cuento con usted para que lo diga.

Después de este feroz cambio de palabras se miraron fijamente: él estaba impasible y conservaba todo su aplomo; ella, algo pálida, apretaba el mango de cristal de su sombrilla. El reloj rompió el silencio haciendo oir la media. Rosa fijó los ojos en la esfera, consultó en seguida el relojito que pendía de su cuello, y preguntó con aspereza:

—¿Cómo es que su hermana y Raynaud se retrasan tanto?

—No sé nada, contestó el marqués con indiferencia. Mientras esperamos, ¿quiere usted que le enseñe la colección de miniaturas del siglo XVIII?

—¿Para qué? Yo no soy la compradora.

—Como quiera. Yo estoy aquí para obedecer.

—Entonces, acompáñeme al teléfono: tengo que hablar con mi marido.

Un gesto de protesta irónica acogió la petición de la joven, y el marqués replicó alegremente:

—¿Cómo? ¿Cree usted que en una morada antigua hay teléfono? Eso sería una monstruosidad.

—Entonces deme lo necesario para escribir.

—Con mucho gusto. Venga usted á mi gabinete.

La intención que de nuevo manifestaba de alejar á Rosa del saloncito pareció sospechosa á la joven. Desde la inesperada entrada de Condottier, la joven no se sentía segura.

Los criados estaban lejos, separados del salón por la larga galería. Alrededor del jardín no había nadie, y nadie tampoco al alcance de la voz. El marqués permanecía de pie ante ella, insensible á los ultrajes recibidos, como si estuviese seguro de vengarse de ellos, y conservaba su gracia felina de bestia de presa. La baronesa tuvo miedo, y sin seguir á Condottier, que se dirigía á la puerta, dijo con resolución:

—No, después de todo prefiero marcharme. Indudablemente ha habido una equivocación, pues este retraso es incomprensible. Haré otro día la visita.

El marqués se volvió bruscamente, pasó delante de Rosa, dió vuelta á la llave de la puerta que comunicaba con la galería, se la guardó en el bolsillo, y cerrando la ventana que daba al jardín dijo:

—Me parece que ya hemos pasado bastante tiempo sin decir nada. Ni mi hermana ni el Sr. Raynaud vendrán, pues yo me he arreglado de manera que no vengan. Hace ya demasiado tiempo que se burla usted de mí, y he creído necesario que tuviésemos una explicación en sitio en que nadie viniese á molestarnos; he ahí por qué se encuentra usted sola conmigo y sin medios para interrumpirme en caso de que la conversación le sea desagradable. Vamos, mi querida señora, es preciso poner al mal tiempo buena cara; la aventura no es tan penosa como parece, y de usted depende salir de ella con todos los honores.

Rosa se levantó con altivez, fijó en Condottier una mirada despreciativa, y señalando la puerta dijo:

—Abra usted inmediatamente.

Él no contestó: sentóse junto á la mesita.

—¿Qué espera usted?, exclamó Rosa. Me figuro que no me cree usted una niña á la que fácilmente se asusta; las sorpresas apenas se toleran en las novelas, y en el teatro nos hacen reir. El hombre que rompe los cordones de las campanillas para evitar que una mujer llame, está bastante atrasado, y usted no ha retrocedido ante la ridiculez de cerrar la puerta con llave. El melodrama ha durado ya mucho. No se exponga á hacerme reir y á hacer reir á todos nuestros amigos si les cuento su manera de conducirse. No imite la voz de Choppart en *El Correo de Lión*. Es usted grotesco; un minuto más, y será usted odioso.

Él se volvió con calma y dijo:

—Quiero serlo. Estoy decidido á no retroceder ante nada para que no salga de aquí sin ser antes todo lo mía que es posible ser...

Rosa soltó una carcajada desgarrada, opaca, de temor, y dirigiéndose al marqués añadió:

—Decididamente, creo que ha perdido usted el juicio. ¿Soy la causa de semejante catástrofe? Usted no me dejó prever que mis amabilidades podían conducirle á tan lamentable estado; usted debía habérme prevenido de que el *flirt* con usted conducía á estos inconcebibles extremos. Vamos, sea razonable; ya sabe que al fin tendrá que devolverme la liber

tad... No se exponga á que, creyendo venir á casa de un hombre galante, salga con el pesar de haberme encontrado con un granuja.

Muy tranquilamente replicó el marqués:

—Todo eso no tiene ningún valor ni sentido; son argumentos de salón, y precisamente porque en los salones era usted dueña de burlarse de mí sin correr el menor riesgo y divirtiendo á la galería con el espectáculo de mis tentativas y fracasos, me he arreglado para que nos viésemos solos y lejos de todos.

—Pero ¿qué es lo que me reprocha usted?, preguntó Rosa.

—Haber sido coqueta, y haberse divertido conmigo entusiasmándome unas veces para abatirme otras. Pues bien, lo siento por usted, pero no soy del temperamento de esos galanes con quienes ha representado la misma comedia que conmigo, y que se han contentado marchándose apenados y respetuosos; yo quiero el desquite. La quiero muy sinceramente, usted lo sabe, pero mi amor no se contenta con un encantador platonismo. Usted es la responsable de todo. ¿Por qué es tan hermosa, tan encantadora? Yo la quiero, la quiero... hace tres años, y usted me lo ha permitido. No es posible que se figurase que yo había de permanecerle fiel sin que llegase un día en que me tuviese que dar la recompensa. Ese día ha llegado. Apiádese de mí, Rosa, y olvide las palabras violentas que he pronunciado. Estaba poseído por la fiebre que se apodera de mí cuando me encuentro en su presencia. Está usted delante de mí, en mi casa, me pertenece, y yo la adoro... Rosa...

Se inclinó ante ella suplicante, mirándola con ojos encendidos y la boca húmeda. ¿Era sincero? Rosa lo creyó así, y vaciló un momento. Se dulcificó su rostro, sonrió, y moviendo la cabeza dijo en tono de tierno reproche:

—Extraña manera de decírmelo, y sobre todo de probármelo.

—¿Qué debo hacer?

—Ante todo abrir esa puerta.

El marqués dió un salto, y vacilante, entregado de nuevo á la cólera y empujado por sus instintos perversos, dijo:

—Se burla usted de mí, en mi casa, y después de cuanto le he dicho. ¡Desgraciada!..

Se precipitó hacia ella, y cogiéndola con fuerza por los hombros, hizo esfuerzos para acercar su rostro á sus labios. Rosa dió un grito sordo, se escurrió entre los brazos que pretendían abrazarla, y arrojó todo su desprecio, todo su furor, al rostro del que la violentaba. Así lucharon sordamente sin temor de hacerse daño; él rozando su carne delicada y fina, ella defendiéndose con toda la energía y vigor de sus nervios. Repentinamente, y en el silencio de aquel combate de amor, una sacudida conmovió la puerta que Condottier había cerrado, al tiempo que una voz varonil decía:

—¡Abrid!

—¡Oh!, exclamó Rosa redoblando su resistencia. Alguien viene en mi auxilio.

Desconcertado, Condottier había cesado de luchar, al mismo tiempo que una mano impaciente atormentaba la cerradura, y la misma voz que antes gritó de nuevo:

—Abrid, soy Valentín Raynaud.

Al oir este nombre, Rosa se turbó casi tanto como Condottier. Separóse de él, y en voz baja y muy rápidamente le dijo:

—Abra usted, ó me pierde. Sea prudente, y deme la llave...

No había tenido aún tiempo para decidirse, cuando un choque violento sacudió las hojas de la puerta, y la cerradura cedió, apareciendo en el hueco, amenazador y emocionado á la vez, Valentín Raynaud. Con una rápida ojeada se dió cuenta del furor del marqués y del desorden de Rosa. Hizo un gesto amenazador que reprimió en seguida, y pálido, pero dueño de sí mismo, dijo:

—¿Es usted quien me ha escrito que la hora de la cita se había aplazado?

Condottier miró á su interlocutor de pies á cabeza, y dijo con desdén:

—¿Qué significa esta pregunta, caballero?

—Únicamente que quiero saber si es usted el autor del engaño de que acabo de ser objeto.

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—Pues voy á explicárselo...

No tuvo tiempo para decir una palabra más.

Rosa se había colocado entre los dos hombres, pues adivinando que Raynaud, fuera de sí, iba á insultar á Condottier, no quería que el marqués pudiese tomar fácil desquite en su defensor. Impuso silencio á Condottier con un gesto, y dirigiéndose á Raynaud le dijo:

—Si aquí hay alguien que debe dar explicaciones soy yo, y en todo caso, Sr. Raynaud, usted no tiene ningún título para pedírselas al marqués de Condottier.

—Este caballero se ha introducido en mi casa de modo harto inconveniente para contentarse con tan poco, y por mi parte no me resignaré á dejar de pedirle cuentas por las libertades que con mis cerraduras se permite.

—Caballero, replicó Valentín, he tenido también que tomármelas con sus criados, y todo me hacía creer que debería tomarlas con usted mismo. Pero si usted no tiene explicaciones que darme, yo tengo una que ofrecerle. Si he tenido tanta prisa por entrar en su casa ha sido porque no quería que me adelantase el barón de Rocher, que al mismo tiempo que yo, y por su cuñado, ha tenido noticia de su presencia en París.

—¿Va á venir?, exclamó Condottier con acento de triunfo.

—Todo me lo hace temer.

—Y á mí desearlo...

Oyendo estas palabras, Rosa no pudo reprimir un grito de indignación.

—Ahora veo claro lo que se había propuesto. Me doy cuenta de la maquinación que había preparado, y que dirigía más contra mi marido que contra mí misma. Le agradezco, Sr. Condottier, que me haya librado de toda incertidumbre. Le creía menos culpable de lo que en realidad es... No obra usted impulsado por la pasión que ciega; se conduce con pleno conocimiento de causa, y veo de lo que es usted capaz. En adelante no tengo que guardarle ninguna consideración, pues sé que deliberadamente sacrificaría mi reputación á su amor propio. No he sido su víctima y puedo salir de aquí sin pesar...

Como Valentín hiciese un movimiento para dirigirse á Condottier, añadió:

—No le diga una palabra, Sr. Raynaud; no hable usted con ese hombre... No es digno de que se dirijan á él. Es mucho más despreciable de lo que nadie se puede imaginar. Deme el brazo, y salgamos de esta casa...

Condottier, pálido como un cadáver, quiso colocarse ante ella para evitar que saliese, y dirigió á Raynaud un gesto de amenaza. Rosa le contuvo con la autoridad de su mirada.

—No insista usted; se lo aconsejo. Sus criados están ahí, y sería enojoso para usted que nuestra conversación terminase ante ellos.

Sin prestar atención al marqués salieron á la galería, llegaron al vestíbulo, pasaron por delante de los lacayos, y al poner el pie en la escalinata se encontraron con Folentin que llegaba sofocadísimo. Al verlos no pudo disimular su estupefacción.

—¡Cómo!, dijo. ¿Los dos?

—Sí, contestó Rosa con tranquilidad. El Sr. Raynaud ha terminado su visita y nos íbamos...

—¿Y Condottier?..

—El marqués está en su casa. ¿Quieres verle?

—No..., no tengo nada que decirle... Sin embargo, no comprendo cómo estás aquí y por qué sales con el Sr. Raynaud...

—Ven conmigo, le dijo Rosa, y te explicaré eso que te parece obscuro...

—Y la condesa Grodsko, ¿ha venido también?

—Te agradeceré muchísimo que no me hables más de la condesa; estoy decidida á no volver á verla. En cuanto al marqués de Condottier, tendrás la bondad de decirle que no tiene por qué presentarse en mi casa...

—Querida mía, balbuceó Folentin, redoblas mi perplejidad. ¿Está comprometido mi honor en todo esto? Tú sabes que no soportaría la menor ofensa...

—Sí, ya lo sé, cuando se trata de tu amor propio eres un tigre. Cuando estés enterado de todo obrarás como estimes conveniente; pero ahora, estrecha la mano del Sr. Raynaud, dale las gracias por lo que ha hecho por ti, y vámonos á casa. ¿Tienes ahí el coche?

—Sí, querida, sí, pero...

—Ahora no digo más. Hasta otro rato, Sr. Raynaud.

Folentin, silencioso y preocupado, estrechó la mano á Raynaud, y dócilmente subió al coche con su mujer.

V

Evans, recorriendo á grandes pasos el salón de sus habitaciones de Palace-Hotel, escuchaba á Valentín que le hacía el relato de su aventura. Llegado de Cherburgo sin ser esperado, Ralph se había hospedado con su amigo, y escuchaba complacido sus confidencias.

—Amigo mío, dijo el americano, usted no puede hacer nada, y así se lo ha significado muy razonablemente la baronesa de Rocher. Usted no es ni su marido, ni su amante, ni su hermano, ni siquiera su primo. Usted tenía una cita con ella para visitar una casa; eso es todo... Y á propósito, ¿cómo es la casa?

—¿Cree usted que la he visto? Llegué al vestíbulo como una bomba; allí dos lacayos me han dicho que su dueño no recibía. Yo he replicado que estaba y que me esperaba con la baronesa de Rocher, y como no sabían qué decirme, he pasado por encima de todo y he entrado en el salón á puñetazos. He ahí todo lo que conozco del hotel. Un vestíbulo, una galería y una puerta hecha pedazos. ¿Es bastante para decidirle á comprarlo?

—Vamos, veo que recobra la calma. Bromea usted, y eso es siempre algo.

—¿Y qué quiere usted que haga, Evans? Me prohibe que provoque al bellaco del marqués...

—A usted no le ha hecho nada...

—Sí; ha abusado de mí, haciéndome servir de cebo para un lazo...

—¿Existía el lazo? Ya sabe lo escéptico que soy respecto á la baronesa. Nunca le he ocultado lo que de ella pensaba: creo que ha sido, es ó será la amiga de Condottier; han podido tener alguna diferencia, y mientras la solventaban ha llegado usted, muy inoportunamente por cierto; pero la sangre fría de la dama al encontrar á su marido en la puerta; el modo como le ha prohibido á usted que interviniese —en lo que tenía razón sobrada,—todo prueba hasta la evidencia que se encuentra usted frente á dos amantes en desacuerdo momentáneo, pero que harán las paces ó se arreglarán en un momento dado. Lo importante es no darles ocasión para que se rían de usted.

Valentín, pálido, furioso, no contestó. Aunque una voz interior, más poderosa que la de su razón, le decía que Rosa era inocente, no podía negar que todas las apariencias estaban en contra suya. ¡Él mismo había dudado de ella tantas veces! ¿Iba en el preciso momento en que la encontraba encerrada en una habitación, y casi en brazos de Condottier, á creer que se había equivocado? Sin embargo, ella se defendía y acusaba al marqués. Desde el otro lado de la puerta había oído los rugidos de cólera y el ruido de la lucha, y el recordarlo ahora le hacía estremecer. Lo que había sufrido durante el minuto que había precedido á su entrada en el salón era imposible de expresar; por un instante había visto aparecer á sus ojos la imagen de Rosa entre los brazos de Condottier, y hacía inauditos esfuerzos para ahuyentar de su cerebro aquel recuerdo espantoso. No quería preguntarse, como Evans, la causa de aquella repentina hostilidad entre Rosa y el marqués después de haber dado tantas publicidades; la voluble joven había cambiado tantas veces de actitud, que le parecía imposible formarse de ella una opinión firme y sólida. Prefería continuar en la indecisión, que siempre era menos cruel que la certidumbre.

Evans se detuvo ante su amigo y le dijo:

—Comprenda usted que si el marqués de Condottier se hubiese molestado por su aparición en aquel momento, la situación de usted sería cien veces mejor. Entonces se podrían pedir algunas explicaciones y tal vez obtenerlas...

—La fatalidad me condena á que esas gentes me engañen constantemente, exclamó Valentín con abatimiento. Me desprecian con toda su alma.

—¿Y qué valor puede tener ese desprecio? El marqués, amigo mío, es un hijo de familia arruinado hasta el extremo de que, si queréis, mañana lo echamos de la de sus mayores por un puñado de dinero. Y cuando este dinero haya pasado, en su mayor parte, á manos de sus acreedores hipotecarios, ¿qué será de él? Dícese que anda metido en algunos negocios. ¿Queréis que nos divirtamos haciéndolos fracasar? Ya sabéis lo poco sólidas que son esas pequeñas especulaciones de que viven vuestros compatriotas; bastaría soplar sobre ellas para que desaparecieran... Vuestro marqués es, pues, un átomo que debéis despreciar por completo á menos que prefiráis aniquilarlo. ¿Qué hay en todo esto que no sea perfectamente serio?

—Evans, usted discurre como hombre que domina los acontecimientos, y yo desgraciadamente soy juguete de ellos...

—Porque usted quiere. Amigo mío, tenga presente que ya no es el Valentín Raynaud que dirigía la fábrica de Beaumont. Ha ido después, con Evans, á California, y ha comprado los yacimientos de Chiquito... Hoy es usted uno de los príncipes de la industria y debe juzgar las cosas desde la altura en que está colocado. Compare lo que es Folentin á su lado... El marido de Rosa es su humilde servidor... y no piensa más que en usted. Arruinar á Folentin es cuestión de una semana... Mi querido Raynaud, yo he puesto en sus manos la varita mágica del oro

ante la cual todos los seres humanos se doblan y obedecen; no tengo familia, mis afecciones todas se concentran en usted, y quiero que sea dichoso. ¿Quiere dejarse guiar por mí?

—Sí, Evans. No distingo lo verdadero de lo falso y lo justo de lo injusto. Hace un momento, cuando usted recordaba mi poder, he sentido que los malos instintos se apoderaban de mí y me he creído capaz de practicar el mal. Me dice usted que sería muy fácil, y yo le ruego que no permita que ceda á la tentación.

—Sí, eso es propio de los espíritus superiores; pero yo, Evans, estoy desamparado...

—Paciencia. Ya recobrará la energía y entretanto yo estoy aquí para hacer frente á todo. No olvide que me ha pedido que le sirva de guía. Voy á hacerlo como si se tratase de un niño pequeño, hasta que pueda usted obrar como un hombre.

Evans tomó el sombrero y los guantes.

—¿Adónde va usted?, preguntó Raynaud.

—A casa de Folentin. Allí es donde me informarán mejor y más rápidamente de cuanto sucede.

—Y yo ¿qué voy á hacer?

—Vaya á casa de la condesa Grodsko y pídale su consentimiento para la compra del hotel Condottier. Es copropietaria...

—¿Compra usted?..

—Sí, la insolencia del marqués me decide, y tendré una satisfacción muy grande echándolo á puntapiés de su casa. La ostentación entra por mucho en el prestigio de ese caballerete. Cuando viva en el entresuelo de una casa con ascensor, con una mujer galante en el principal y un vendedor de bicicletas en la planta baja, deslumbrará menos que viviendo en su señorial hotel.

—¿Acepta usted el precio?

—Eso carece de importancia. Además, no se regatea con un pobre diablo. Si fuese Folentin... Le prevengo, Raynaud, que el barón de Rocher no me encontrará muy dispuesto en favor suyo, y obrará juiciosamente no tomándome á broma. Vamos... El automóvil debe estar á la puerta.

Folentin, que estaba en su despacho cuando el criado le entregó la tarjeta de Evans, se levantó precipitadamente y dijo:

—Que pase.

Sólo faltaba que saliera á recibir al americano como si se hubiese tratado de un príncipe; pero un momento de reflexión hizo que recobrase la dignidad acostumbrada, y que acogiese con cordialidad, pero sin cortesanía, al recién llegado.

—Mucho me alegro viéndole en mi casa, le dijo, y le doy las gracias por haber venido. ¿Cuándo ha llegado usted?

—Ayer noche.

—Su amigo Raynaud no le esperaba hasta la próxima semana. ¿Está bien el Sr. Raynaud?

—No, está de muy mal humor.

—¡Oh!, ¡oh!

El rostro del banquero se ensombreció. Miróse las uñas de la mano derecha con sostenida atención, y al fin se decidió á decir:

—¿A causa de lo ocurrido ayer?

—Lo ignoro, dijo Evans con mucha calma. ¿Qué ocurrió?

—¡Cómo! ¿No le ha contado lo que pasó en el hotel Condottier?

—¿Se refiere usted á eso? Sí, algo me ha dicho Raynaud respecto al incidente..., pero, ¿por qué había esto de preocuparle? Es cosa que sólo á usted interesa.

Folentin prestó la mayor atención. Dejó de examinarse las uñas, y fijándose en Evans le dijo:

—¿Qué le ha contado el Sr. Raynaud?

—Si le parece, podemos cambiar de conversación. No gusto de mezclarme en lo que no me importa, y sobre todo, sentiría contrariar á un hombre á quien estimo...

—¿Contrariar? ¿Por qué?, insistió Folentin.

—No puedo permitirme hacer á usted indicaciones respecto á sus asuntos personales... Demasiado sabe usted lo que debe hacer... Hablemos de otra cosa... Compraré el hotel Condottier y usted se encargará de todo lo necesario... Me refiero á dar al notario las órdenes oportunas para que se pague el precio pedido.

—¿Desea usted ver al marqués?

—Lo menos posible.

—¿Tiene usted mala opinión de él?

—No tengo opinión. Me quedaré su casa y le daré el dinero, y nada más.

—Cuando usted ha llegado, señor Evans, iba á llamar por teléfono al Sr. Raynaud para pedirle una cita.

—Le veré dentro de un momento, le diré lo que usted desea y le contestará en seguida...



Mauricio se llevó á Folentin junto á una ventana

—¿Y los negocios de Chiquito?, dijo Folentin. ¿No hablamos de ellos?

Evans recobró su frialdad, y mirando al techo dijo:

—Hemos empezado á construir un ferrocarril que nos pondrá en comunicación con el Pacífico. Nuestro acuerdo con las grandes explotaciones de petróleo es un hecho... Así no habrá competencia... Entramos en el *trust*.

Folentin abrió unos ojos enormes.

—Entonces, dijo, no tienen ustedes más que explotar... Toda combinación financiera es inútil...

—Completamente. Hemos preferido hacer nosotros mismos el negocio, ponernos de acuerdo con nuestros competidores y vender menos caro, pero guardar todo el beneficio... Cuando los pozos comiencen á producir menos, fundaremos una Sociedad por acciones; por el momento nos parece inútil dar ocasión á la gente de Bolsa para que gane grandes cantidades á costa nuestra.

—¡Ah! Usted sí que puede decir que entiende los negocios, exclamó Folentin. Tiene usted un gran valor. Pero, ¿y si no hubiese usted podido llegar á un acuerdo con el *trust*?

—Entonces habríamos cedido el negocio, porque no habría sido bueno; pero como es excelente, lo conservamos para nosotros. ¿No es de este modo como ustedes tienen costumbre de proceder con el público?

—Pero á mí, exclamó Folentin, ¿no me concederán ustedes ninguna ventaja? ¿No me interesarán en ninguna de sus empresas?

—Sí; Raynaud decía esta mañana que podríamos cederle el negocio de las minas de Río Verde. Es un asunto bonito y se pueden ganar con él algunos millones. Nosotros no podemos emprenderlo por falta de tiempo... Raynaud tiene el proyecto de interesar en la Sociedad á Mauricio Prévinquieres, nombrándole secretario... Siente verdadero afecto por ese joven...

—Pero, ¿y yo?, repitió Folentin.

—Usted hablará con Raynaud... Hasta otro rato... Hoy quería hablarle únicamente de la compra del hotel... Tengo mucha prisa.

—¿Vendrá usted á casa esta noche? Mi mujer recibe...

—No, no. No he traído frac...

—Le admitiremos como venga...

—La baronesa no encontraría eso correcto. Es imposible. Adiós.

Y salió, dejando solo á Folentin, que fué á sentarse ante su mesa. Estaba pensativo, y lo que Evans había contestado á sus preguntas respecto á Condottier le preocupaba extraordinariamente. En las palabras del americano encontraba cierta ironía desdeñosa, que juzgaba insoportable para su amor propio. Él, Folentin, ¿estaría haciendo un papel ridículo? ¿Era que aquel de quien «nadie se burlaba» estaba siendo objeto de las burlas de todos? La víspera, al salir de casa de Condottier, y haciendo uso de su autoridad, había interrogado á Rosa; pero las explicaciones dadas por ésta eran de índole tan vaga, que no encontraba motivo ni para enfadarse ni para tranquilizarse. Parecía cierto que Condottier había empleado con la baronesa procedimientos que no eran de escrupulosa delicadeza; pero ¿qué parte correspondía á Rosa en el incidente? Y sobre todo, ¿cuál era la conducta que debía seguir Folentin?

¿Debía darse por enterado, y con indiferencia de altísimo buen gusto no dar importancia á aquellas tentativas? Si con tanta frecuencia se había burlado de los maridos que se enfadaban porque sus mujeres fuesen objeto de galanterías, ¿incurriría él en la misma falta? Con todo, ¿había motivos para mostrarse menos impasible que de ordinario? Rosa no se lo explicaba, y era muy arriesgado pedir explicaciones á Condottier. Folentin, que sólo deseaba continuar desempeñando el papel de hombre superior, estaba muy preocupado. Entonces fué cuando Mauricio Prévinquieres, que tan á tiempo le había informado de la presencia del marqués en París, se encargó de desvanecer las dudas de su cuñado. A las cinco se encontraron en el Círculo, cuyo salón de conversación estaba ocupado por cuatro ó cinco concurrentes asiduos que se confiaban sus sensaciones artísticas. Mauricio se llevó á Folentin junto á una ventana, y una vez al abrigo de los importunos, le dijo:

—Me iba á tu casa. Imagina que hace un momento La Brède ha venido á buscar á Tremblay y juntos se han dirigido á casa de Raynaud de parte de Condottier.

—¿Un lance?

—Así parece.

—¿A causa de mi mujer?

—Eso es lo que no sé. ¿Qué ha sucedido?

—Rosa no quiere decir nada. Ella, que de ordinario tiene la lengua tan suelta, ha enmudecido en el preciso momento en que tengo gran interés por saber lo que ha pasado. Porque al fin y al cabo, ¿qué papel desempeño en todo esto?

Folentin, presa de horrible agitación, se retorcía las manos con furor y golpeaba el pavimento con el pie.

—¿Y qué piensas hacer?, preguntóle Mauricio.

—¡Acaso lo sé!, exclamó Folentin. Eso precisamente es lo que me pone fuera de mí; lo imprevisto me exaspera; odio las situaciones ambiguas, y sólo cuando tengo tiempo para prepararme estoy á la altura de las circunstancias.

—Aquí no se trata de estar á la altura de las circunstancias; de lo que se trata es de que ese canalla de Condottier no comprometa á tu mujer. Es, tú mismo lo has confesado, capaz de todo...

—Yo no le tengo miedo, exclamó Folentin, al que el descontento había hecho enrojecer. Si es preciso, encontrará á quién dirigirse.

—Parece que quiere dirigirse á Raynaud, y por este lado hay desigualdad manifiesta. Entre un espadachín como Condottier y el bueno de Raynaud, que no sabe lo que es la esgrima, es flagrante la desigualdad. Si es posible, hay que evitar un encuentro...

(Continuará.)

HOTEL PARA NIÑOS EN NORLAND (INGLATERRA)

Un hogar admirablemente dispuesto para niños cuyos padres han de separarse de ellos

Para los padres acomodados que acostumbran á viajar mucho ó que tienen necesidad de residir en países cuyo clima no sienta bien á los niños, es asunto difícil averiguar cómo los han de dejar de modo que estén bien cuidados y atendidos durante su ausencia.



Los niños muy pequeños se pesan periódicamente; durante la operación se les entretiene con un sonajero

Es práctica corriente dejárselos á algún pariente, acompañados de una aya. No es este procedimiento del todo satisfactorio, pues las ayas, por regla general, propenden á desentenderse de sus obligaciones cuando no se las vigila, y no siempre se encuentra quien tenga la previsión de una madre; siendo el resultado de todo ello que los niños no suelen pasarlo muy bien.

Ese problema ha sido solucionado para los padres con el establecimiento de la Casa para niños, de Norland, que está unida al Instituto del mismo nombre, fundado hace trece años por la señora de Walter Ward para enseñar á las ayas su oficio. Ocupa un edificio muy grande en Pembridge Square, Bayswater, sitio muy retirado, pero de fácil acceso. No hay allí ningún derroche de lujo; las habitaciones están muy lindamente decoradas y amuebladas como las podrían tener las familias cuya renta anual no baje de 500 libras esterlinas. La casa está dividida en pabellones, cada uno de los cuales consta de una habitación para el día y de otra para la noche para tres niños. Estos pabellones tienen sus respectivos nombres pintados sobre las puertas; el mayor se llama *No me olvides* y el más pequeño *Margarita.*

En las habitaciones para pasar el día hay una alacena en que se guarda la leche y otros víveres, practicada en la pared y abierta en su parte posterior. Así se conservan las provisiones frescas y sanas mucho más tiempo que si no les diera el aire. Para protegerlas del polvo y de las moscas está la abertura cubierta con una tela metálica.

Cada niño tiene su lavabo en miniatura hecho expresamente, con los útiles necesarios, así como también su vajilla para la mesa y cubiertos de plata. Los inquilinos de los diversos pabellones permanecen cada uno en el suyo sin mezclarse con los niños de los otros, como si estuvieran en su propia casa, pero pueden reunirse en los jardines de Pembridge Square.



Habitación del mismo pabellón para dormir

Por lo que respecta á entretenimiento, cada uno trae los juguetes de su casa. Unos asientos en las ventanas, de especial disposición, parecidos á los bancos cerrados que se ven en las iglesias protestantes inglesas y á los que se llega por un escalón, son muy del agrado de los niños, que allí se sientan y juegan durante horas seguidas. Un pequeñuelo llamaba á dicho asiento su ómnibus, del que se imaginaba conductor. Nada le gustaba tanto como que le dejaran ponerse de pie en el escalón inferior y gritar: «¡Entrad, señores, de prisa!,» y dar luego la señal para la partida del supuesto ómnibus.



Nunca se les hace largo el tiempo á los huéspedes del hotel de niños. Una de las cosas que más les agradan es una mecedora.

A la señora Ward le ha chocado muchas veces ver la afición que tienen los niños á los juguetes rotos y viejos; así es que en cada habitación de día hay un cajón de madera lleno de los de esa especie, á fin de que los chicos los saquen y hagan de ellos lo que quieran. La mayor parte de las veces son las ayas las que tienen que volverlos á colocar en su lugar; ya sabemos que no suelen ser los niños muy propensos á volver á dejar las cosas como estaban. El establecimiento de Norland está á cargo de dos enfermeros principales, que han aprobado un curso en el hospital para niños de la calle Great Ormond. Cada pabellón tiene un aya primera y otra segunda para su cuidado y orden. Esas dos mujeres desempeñan todo el trabajo, pues no hay criados más que para fregar los pisos y otras labores pesadas que no son propias de las ayas.

Este establecimiento sirve como una escuela práctica para el Instituto Norland, donde se aprenden teóricamente todas las obligaciones de un aya. Después de haber terminado allí sus cursos, están en disposición de entrar en cualquier casa de familia para encargarse de los niños.

Cada pabellón está dispuesto para recibir tres niños grandecitos, ó dos y uno de pecho. Los que los ocupan no siempre son hermanos, y cuando en ellos hay varios niños de pecho, los pequeñuelos de los distintos pabellones disputan entre sí con gran celo sobre los méritos de sus niñitos respectivos, aunque, probablemente, no sean ni parientes siquiera. Por nada confesarían que el de otro pabellón sea mejor ó más inteligente que el del suyo.

A las ayas se las exige que traten siempre á los niños como los tratarían sus propias madres, de modo que nunca echen de menos el cariño de éstas.

En algunos casos se alquilan pabellones á familias que envían con los niños sus niñeras particulares. Pero este procedimiento no está allí bien visto, porque así no tienen las educandas ocasión de practicar sus obligaciones y de adquirir práctica en la profesión que han elegido.



Habitación para día del pabellon *No me olvides*, uno de los más espaciosos.

No se admiten ni se permite que continúen en el establecimiento á los niños que han cumplido nueve años, pues la señora Ward considera que á esa edad deben ya ir á un colegio. No se desatiende allí tampoco la instrucción, porque los más pequeños siguen un curso de educación por el sistema de los jardines de la infancia y los mayores asisten á una escuela poco distante.

A los niños, desde la edad de un mes en adelante, se les recibe por semanas, meses ó años. El único inconveniente por que tienen que pasar, cuando allí permanecen mucho tiempo, es que han de cambiar de ayas, pero se procura que las vayan conociendo con anticipación á fin de que no las extrañen por completo.

Resultado de no haber criadas, á una de las ayas le ocurrió el siguiente gracioso incidente. Estaba haciendo algo que exigía estuviese arrodillada en el suelo, cuando un niño le dió un empujón.

—Claudio, dijo el aya, un caballero no empuja á una señora.

—Usted no es una señora, respondió, sino una alumna.

—Pero una alumna puede ser una señora.

—Sí; pero una señora no es alumna.

¿Qué podía contestar á eso el aya?

Este establecimiento no se ha instalado con la idea de lucrar; así es que no hay temor de que estén los niños desatendidos. Reciben los mismos cuidados que en sus casas recibirían, y los padres que en él dejen sus hijos pueden tener la seguridad de que estarán perfectamente bien.

Bernardo Nussey.

LA EDELWEISS

La flor conocida con el nombre alemán *Edelweiss (Gnaphalium Leontopodium L.)* es indudablemente la más popular de cuantas existen; todos los excursionistas desean con afán cogerla por sí mismos para adornar con ella su sombrero ó un álbum de recuerdos. Su nombre griego, *Gnaphalion* (copo de nieve), recuerda la particularidad de su color, y el *Leontopodium* (pie de león) la forma de su flor.

Al decir flor, empleamos el lenguaje corriente, no el de los botánicos, pues la flor del gna-



En cada habitación para pasar el día hay una alacena especial, practicada en la pared y abierta por detrás, donde se guarda la comida de los niños.

phalium es insignificante, amarillenta, tubulosa y aglomerada en capítulos (3—5) sin ningún brillo. Las brácteas blancas, lanosas, gruesas están debajo de estos capítulos formando un invólucro, y constituyen la única belleza de esta planta, pero no son órganos florales y sólo tienen el aspecto de pétalos de una flor. Como conservan su brillo á pesar del tiempo, y como, cogida oportunamente, puede conservar indefinidamente el aspecto en que nos gusta verla, resulta que puede ser clasificada entre las inmortales, y esta es tal vez la única razón que explica su popularidad.



Las comidas se sirven en los pabellones; no hay mesa redonda. Tres niños es el máximum que se admite en cada uno de ellas.

Se la coge en los rincones alpinos y no pocas veces á costa de muchos esfuerzos, lo que basta para darle valor como recuerdo, y en los países germánicos se la tiene en tanta estima, que se ha llegado á falsificarla, siendo cada año mayor el número de comerciantes que á este negocio fraudulento se dedican.

Equivocadamente se supone que la *Edelweiss* es una flor exclusivamente alpestre y suiza; por el contrario, es una especie muy cosmopolita que se encuentra en una buena parte de las montañas del mundo. Ni siquiera pertenece á las especies glaciales como generalmente se cree, puesto que crece especialmente en las vertientes secas y calientes de las montañas calizas, entre 1.000 y 2.000 metros de altitud.

Encuéntrase el Leontopodium en el Jura, en los Alpes, en los Pirineos, en las sierras españolas, en el Atlas, en los Cárpatos, en los Apeninos; falta en el Cáucaso, y en las montañas del Oriente, pero se cría en el Himalaya en donde reviste una forma algo distinta *(Gn. L.* var. *Himalayensis)*. Abunda en Siberia, en donde tiene las brácteas más cortas que en los Alpes *(Gn. L. sibiricum)*. En China, prospera en las montañas de la Mandchuria y de la Mongolia, tomando allí una forma bellísima y un aspecto aterciopelado, y también se la encuentra en el Japón bajo una forma un poco diferente *(Gn. L. japonicum)* en las altas montañas. Se la ha encontrado asimismo, según parece, en el monte Eecura (Estados Unidos) á 2.000 metros de altitud, y el reverendo Green, que efectuó la primera ascensión del monte Cook, en Nueva Zelandia, refiere el entusiasmo de sus guías suizos cuando encontraron la Edelweiss en los peñascos de la Australasia. La especie que allí se cría, *Gnaphalium grandiceps,* difiere algo del Leontopodium.

Es pues, un error creer que esta flor es esencialmente alpina y suiza; mas no por eso dejará de ser el símbolo de la flora de las grandes alturas ni dejará de ir en aumento su fama, fama en parte triste, porque ¡cuántos centenares y hasta millares de accidentes no ha ocasionado el deseo de poseerla!

Esta planta es una de las que más frecuentemente se ha intentado introducir y aclimatar en los jardines; raras veces, sin embargo, se consigue que prospere y muchos de los que la han aclimatado sólo han obtenido monstruos.

Las muestras que á veces se exhiben en las exposiciones de horticultura son deformes, descoloridas, de tamaño mayor que el ordinario y están recortadas de un modo extraño.



Asientos, junto á las ventanas, donde á los niños les gusta mucho jugar

Para obtener esta flor en perfectas condiciones de belleza, es preciso criarla en una tierra ligera, rica en arena ó en detritus calizos, en una posición seca en un sitio muy soleado. Cuanta más cal contenga el suelo, tanto más se acentuará la consistencia aterciopelada de la Edelweiss. La rocalla caliza le conviene, pero también se la puede cultivar en un arriate seco. En invierno es preciso evitar toda humedad en torno de su mata y mantenerla en una sequedad absoluta.

También es bueno trasplantar y dividir las matas cada dos años y cortar la extremidad de las raíces, con lo cual se las rejuvenece y vigoriza. La planta se obtiene por medio de semillas que se siembran en otoño ó en la primavera, y florece á partir del segundo año.—E. C.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Historia de los barros vidriados sevillanos, por *José Gestoso y Pérez*. – La circunstancia de haber sido premiada esta obra notabilísima por la Real Academia de la Historia hace ya su elogio y el de su autor, distinguido colaborador de esta Revista y amigo muy querido. Resultado de prolijas investigaciones es la obra á que nos referimos, puesto que en ella se estudia con gran copia de antecedentes la historia de los barros sevillanos desde sus orígenes hasta nuestros días, de manera que puede formarse exacto juicio de la importancia que revistió siempre esta industria en la ciudad hispalense, sirviendo de complemento un cuadro cronológico de la azulejería sevillana y un registro de los obreros que florecieron desde el siglo XIV al XIX. Forma el libro, lujosamente editado, un hermoso volumen de 468 páginas, ilustrado con numerosos fotograbados y láminas en color, que honra á la tipografía de La Academia Moderna, de Sevilla, vendiéndose al precio de 30 pesetas cada ejemplar.

Mi cocinera. – Los editores Sres. Ribó y Marín acaban de publicar un libro en extremo útil y conveniente para todas las familias. Trátase de un á modo de Manual de cocina ó colección de recetas de práctica y fácil ejecución y relativamente económicas, según reza la portada del referido libro, que forma un volumen de 270 páginas bien impreso y que se vende al precio de 2 pesetas cada ejemplar.



El tiempo, la vida y el trabajo, techo de uno de los salones del Palacio de la Diputación de Vizcaya, obra de José Echena

Efluvios, por *Eugenio de Córdoba y Vizcarrondo*. – Colección de poesías inspiradas en ideales que enaltecen y en sentimientos delicados. La mayor parte de las composiciones entraña un pensamiento triste, pero de esa tristeza consoladora, que se concentra y conduce á la resignación. Están escritas en diversidad de metros, con facilidad, de suerte que su lectura cautiva y sirve para que se forme ventajoso juicio de su autor. Forma un volumen de 300 páginas, elegantemente impreso en la tipografía de José Cunill.

Química popular, por *Casimiro Brugués*. – Esta obra de vulgarización, que enriquece el ya importante catálogo de las publicadas por el editor D. Gustavo Gili, responde perfectamente á la significación de su título, puesto que el propósito del autor resulta realizado, poniendo al alcance de todos conocimientos utilísimos, cuales son los que precisan en la vida práctica. Divídese el libro en dos partes: la que se refiere á la Química y la de sus aplicaciones, expuesto todo sin esfuerzo, con plausible claridad, de suerte que puedan obtenerse las necesarias enseñanzas. Forma un volumen de 19 x 13 de 476 páginas, ilustrado con varios grabados y engalanado con una artística encuadernación de José Triadó. Véndese á 6 pesetas.

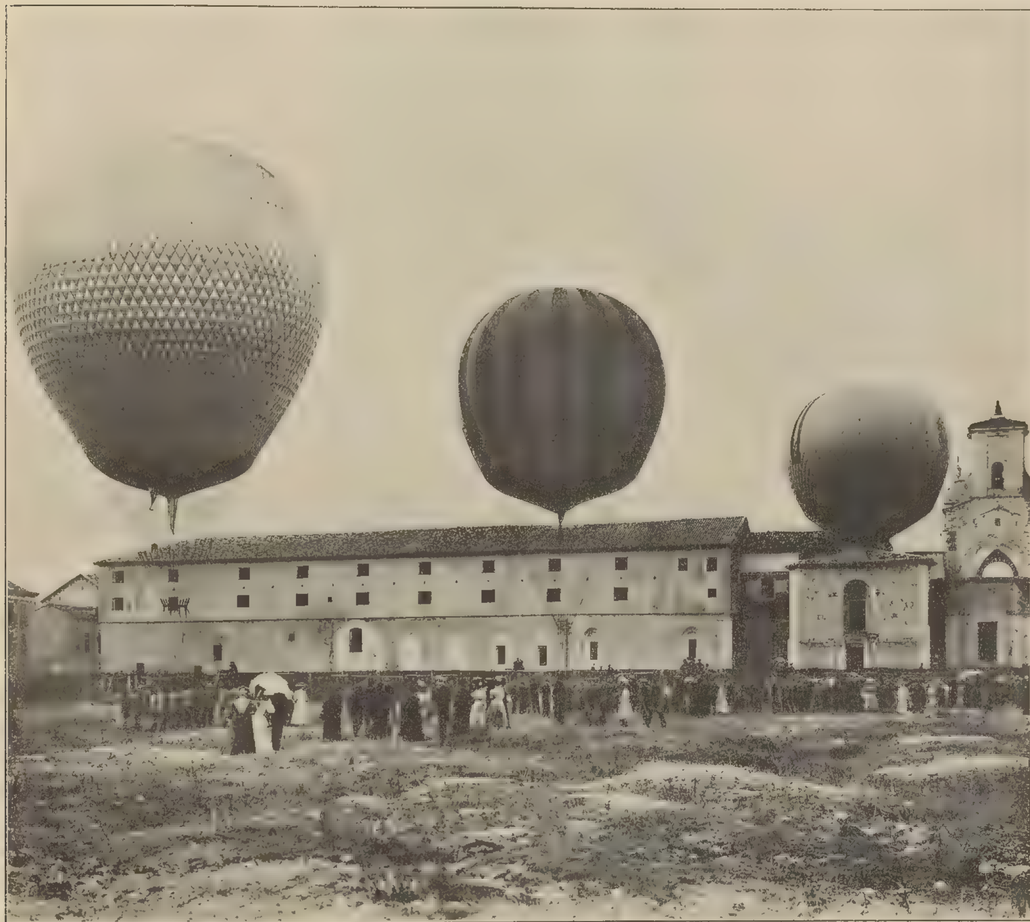
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 18 de septiembre de 1905 — Núm. 1.238

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BURGOS.—El eclipse total de sol del día 30 de agosto último



Los globos «Júpiter,» «Marte» y «Urano» del Parque aerostático de Guadalajara instalados en la Huerta de San Juan y con los cuales se hicieron importantes observaciones durante el eclipse. El globo «Júpiter» iba tripulado por el teniente coronel de Ingenieros Sr. Vives, por el profesor Berson, representante de la Asociación Internacional de Aerostación, y por el auditor Sr. Romero; el «Urano,» por el capitán de ingenieros Sr. Kindelán y por el director del Observatorio de Madrid D. Augusto Arcimis; y el «Marte,» por el teniente de Ingenieros Sr. Herrera y el Sr. Fernández Duro (De fotografía de Alfonso Vadillo.)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La *República Dominicana* bajo el protectorado del presidente de los Estados Unidos de Norte América. – La doctrina de Roosevelt respecto á las Repúblicas hispano-americanas: la intervención en los países bañados por el mar Caribe: actitud de las Cámaras yanquis: posibles complicaciones con potencias europeas. – La *República de Panamá* y el *Gobierno de la Zona del canal*: la fiebre amarilla. – *Venezuela*: definitivas sentencias del Tribunal Supremo en los pleitos con las compañías extranjeras: las reclamaciones de los acreedores franceses juzgadas por el árbitro: los modernos filibusteros. – El tercer Congreso científico latino-americano.

El convenio suscrito por el Ministro de los Estados Unidos en Santo Domingo y el Presidente de la República Dominicana referente al pago de las deudas de ésta y á la intervención de los yanquis en las aduanas, ocasionó un conflicto entre Roosevelt y el Senado de Wáshington.

Según dicho Convenio, los Estados Unidos se reservarían el 55 por 100 de los ingresos de aduanas para ir liquidando deudas, y del 45 por 100 restante podría disponer el gobierno dominicano para los servicios de su administración. Pasó el protocolo al Senado; la Comisión de Relaciones exteriores lo modificó ya algo, y aquél acabó por rechazarlo, protestando, principalmente, de la cláusula que establecía una especie de protectorado sobre la República Dominicana.

En consecuencia, Roosevelt dió orden á Dawson, el ministro yanqui en Santo Domingo, para renovar las negociaciones sobre la base única del pago de la Deuda, y la ratificación del nuevo convenio que se hiciera quedó aplazada hasta la legislatura de otoño.

Pero, entre tanto, Roosevelt da por válido lo que no lo es, es decir, el convenio que el Senado se negó á aprobar, y Dawson y sus agentes siguen incautándose de los derechos de aduanas, muy satisfechos porque la recaudación aumenta. Cabe, pues, decir que el presidente de los Estados Unidos del Norte de América se ha erigido, personalmente, en tutor de los dominicanos, y que ejerce esa tutela por medio de su representante Dawson. La República Dominicana está, no bajo el protectorado de los Estados Unidos, sino de Mister Roosevelt.

El *kaiser* yanqui no se limita á ejercer protectorado en Santo Domingo. Con las garras bien clavadas en esa república, y en Panamá, y en Puerto Rico, y en Cuba, el águila de Wáshington parece haberse convertido en buitre que extiende y agita sus alas sobre todos los pueblos del mar Caribe, y acecha la ocasión de nutrirse con ellos. Y no se recata, por cierto, Roosevelt en darlo á entender, por más que encubra con eufemismos la iniquidad del propósito. Públicamente declara en el Mensaje á las Cámaras, refiriéndose á *los países bañados por el mar Caribe*, que «intervendremos en sus asuntos en último extremo y cuando aparezca evidente su impotencia ó su falta de voluntad para proceder con justicia en el interior y en el exterior, violando de algún modo los derechos de los Estados Unidos ú ocasionando con su conducta agresiones de afuera, con daño de los intereses generales de la América. Toda nación, ya pertenezca á este continente, ya á cualquier otro, que aspire á mantener su libertad é independencia debe comprender que el derecho á disfrutar de esa independencia es inseparable del deber de hacer buen uso de ella.»

Se intervendrá, pues, cuando haya pretexto para suponer que tal ó cual República no tiene condiciones de vida y ha llegado al *último extremo*. Si el pueblo á quien se juzgaba medio muerto, da señales de vida, y lucha, y se defiende, no hay que esperar que el «interventor» ó conquistador retroceda ante las contingencias de una guerra, porque, en opinión de Roosevelt, «sólo los pueblos perezosos, tímidos, imprevisores, enervados por el lujo y el egoísmo ó descarriados por falsas enseñanzas, han dejado de cumplir cobardamente con deberes que exigen energía y sacrificios, encubriéndose á sí mismos tan bajos motivos con el nombre de amor á la paz.»

Y, claro es, como los Estados Unidos constituyen un pueblo activo, valeroso, previsor, enérgico, altruista y bien enseñado, nunca por amor á la paz podrá dejar de cumplir el deber que se ha impuesto de obligar á todos los pueblos de América á que hagan buen uso de su libertad é independencia.

El mensaje de Roosevelt vino á ser, en realidad, una alocución ó manifiesto dirigido á las Repúblicas hispano-americanas, declarando su hegemonía sobre todo el continente, ó por lo menos, sobre los pueblos de las Antillas y del Istmo, y los de la América meridional que tienen costa en el mar Caribe. Esos pueblos habrán de vivir y gobernarse como plazca á los Estados Unidos, siempre de acuerdo y en alianza con ellos; de lo contrario, serán declarados ineptos é indignos de ser libres. El supremo juez encargado de hacer esta soberana declaración es el Presidente de la República Yanqui. Nadie le ha otorgado ni le reconoce tan altas funciones; pero está dispuesto á ejercerlas á título del más fuerte.

Por fortuna para América, para la América toda, la del Norte y la del Sur, situaciones que no tienen más base que la fuerza, y pugnan con la razón y con el derecho, son siempre transitorias. En los mismos Estados Unidos inspira ya recelos la política absorbente é imperialista de Roosevelt. Va de fracaso en fracaso, en el Senado y en el Congreso encuentra oposición más ó menos francamente declarada y se aplazan ó modifican sus proyectos sobre revisión de aranceles, aumento de la escuadra, tratados de arbitraje, convenios internacionales, etc. Está iniciado el conflicto entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo de los Estados Unidos del Norte de América.

Por otra parte, como, más ó menos, las potencias europeas tienen intereses en las Repúblicas hispano-americanas, la intervención en éstas de los Estados Unidos vendría á ser, en muchos casos, una intervención indirecta en los asuntos de aquéllas. De aquí, probables y muy graves complicaciones para los Estados Unidos, si éstos llegaran á hacer suya la soberbia doctrina de Roosevelt y adoptasen resueltamente una política internacional en consonancia con ella.

Y que la tal doctrina de intervención en los Estados americanos puede atentar á los derechos ó intereses de súbditos de potencias europeas, pruébalo ahora mismo la ingerencia de Roosevelt en las cuestiones financieras dominicanas. Pretende juzgar del valor que tienen las reclamaciones de los acreedores europeos, y con tal objeto envió á Europa á un agente suyo, apellidado Hollander. Este parece que ha emitido ya informe; en él sostiene que esas reclamaciones son exageradas, y que los acreedores deben contentarse con el tercio de lo que piden.

Respecto á Panamá, señálanse más de día en día los propósitos de anexión. Considerando ya como un pequeño Estado la zona del canal que compraron, los yanquis la proveen de su correspondiente escudo de armas. En pleno país de lengua española ejercen soberanía, y para que no haya lugar á duda, rodean su propio escudo con inscripciones en lengua inglesa. Sobre un galeón que navega á velas desplegadas entre dos altos acantilados, se lee: «Government of the canal zone;» debajo, «The Earth divided, the World united.» (La Tierra dividida, el Mundo unido.)

Posible es que este escudo sustituya pronto al de la República de Panamá. No hace mucho un diputado yanqui presentó á su Congreso la proposición siguiente: «Teniendo en cuenta que con ello habrían de resultar altamente beneficiados los más legítimos intereses del mundo y en especial los de las dos partes contratantes, se ruega al presidente de la República que comunique al Congreso bajo qué condiciones puede ser anexionado á los Estados Unidos el territorio de la República de Panamá, debiendo quedar los habitantes del mismo en posesión de todos los derechos, privilegios é inmunidades que la Constitución federal garantiza á todos los ciudadanos.»

Todo es cuestión de oportunidad, y seguramente no han de encontrar los yanquis grandes dificultades entre los panameños para decidir la anexión. Peor enemigo es el mosquito de la fiebre amarilla. No será, ciertamente, obstáculo para hacer de Panamá un Estado, un territorio ó una colonia yanqui; pero sí para activar las obras del canal. En las épocas en que la terrible peste cunde, el pánico es general, é ingenieros, capataces y obreros se niegan á trabajar. Extraño es que esos yanquis, que tan fácilmente extirparon el mal en Cuba, no consigan análogo resultado en sus propios territorios, en la zona del canal y en Nueva Orleáns.

Venezuela es otra de las Repúblicas hispano americanas, otro de los países del mar Caribe á que alude en sus discursos Roosevelt. Por su parte, hace éste cuanto puede para llevarla al *último extremo* que dé pretexto para la intervención. Prestó apoyo indirecto á los revolucionarios; consintió que escuadras europeas cañonearan plazas venezolanas; de acuerdo con los aliados puso mano en la renta de Aduanas; negó, por último, á Venezuela una de las facultades de todo Estado soberano, la de administrar justicia. Como ya sabemos, sigue el gobierno de Wáshington pretendiendo imponerse al fallo de los tribunales venezolanos; no lo tolera Castro, y ante las exigencias de aquél declara por medio de su ministro de Relaciones exteriores que el asunto de la «New York and Bermudez Company» es por su naturaleza de los que pertenecen á la justicia ordinaria del país, porque á las leyes de éste se hallan sujetos todos los de nacionalidad extraña que vienen á radicarse ó contratan en él.» La cuestión, añadía el ministro en su nota ó carta del 23 de marzo último, «es saber si el gobierno de los Estados Unidos acepta y acata la legislación de la República y la honorabilidad de sus tribunales, ó no.»

En verdad, importábale poco á Castro saber esto Hallábase decidido, fuera cual fuese la actitud de Roosevelt, á no consentir que la famosa Compañía se burlara de las leyes y de los tribunales nacionales. El pleito siguió su curso, y el tribunal de Casación de Caracas ha confirmado la sentencia anterior; se anula el contrato con la Compañía, y queda obligada ésta á pagar daños y perjuicios al gobierno venezolano.

Con tal motivo se ha dicho que Roosevelt se proponía realizar una demostración hostil contra Venezuela, y que Castro estaba dispuesto á aceptar la guerra y gestionaba una alianza con las demás Repúblicas hispano-americanas. Claro es que, con el tiempo, si los Presidentes de los Estados Unidos mantienen las pretensiones del actual, se impondrá esa alianza; pero hoy es prematuro pensar en ella, pues ni los ánimos ni las fuerzas están aún dispuestos para realizarla.

El tribunal de Casación citado confirmó también, en el pasado mes, la anulación del contrato con la Compañía francesa de los cables. Esta parece que se niega á reconocer la autoridad de la sentencia. Veremos el giro que toma este otro conflicto.

Los árbitros nombrados para decidir sobre reclamaciones de acreedores franceses contra Venezuela han dictado ya fallo. Nada menos que 40 millones de francos pedían aquéllos; sólo se ha reconocido la legitimidad de créditos por valor de poco más de 5 millones. La indemnización mayor otorgada es la de la Compañía general del Orinoco; de los 7.616.000 francos que pidió, se le dan 2.408.000. Algunos se han quedado sin percibir ni un céntimo; entre ellos un tal Fabiani, que no reclamaba más que 9.509.000 francos. La Compañía de los ferrocarriles franceses de Venezuela quería embolsarse 18.483.000 francos; tiene que contentarse con 387.000, pues no valen más los servicios que hizo y no cobró del gobierno.

Como se ve, otra vez los hechos y las cifras demuestran hasta qué punto llegan la codicia y la mala fe de algunos de los extranjeros que fundan empresas industriales y mercantiles en ciertas repúblicas americanas, con deliberado propósito de no cumplir los compromisos contraídos, confiados en que desórdenes interiores y guerras civiles han de proporcionarles ocasión de encubrir ó cohonestar sus faltas y de fingir créditos enormes contra los mismos gobiernos con quienes contrataron. Así, aun cuando el negocio ó la industria no rindan provechos, siempre queda una especie de garantía forzada de interés que, si el gobierno á quien se pretende estafar es débil, se cobra bajo el amparo de la diplomacia ó del cañón de la nación respectiva. Justificadas están, ciertamente, todas cuantas precauciones toma Castro, y las energías de que hace alarde, contra esos modernos filibusteros.

El 6 de agosto se ha reunido en Río de Janeiro el tercer Congreso científico latino-americano. Personalidades de gran cultura y de reconocido prestigio en América representan á las Repúblicas latinas de este Continente. La sesión inaugural, en el teatro de San Pedro Alcántara, fué una gran solemnidad á la que concurrieron las autoridades y los más altos funcionarios del gobierno y la administración de los Estados Unidos del Brasil.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

Lo que se encuentra en el camino (cuento), por Emilio de Rueda

En la margen derecha del camino polvoriento y árido, que el sol abrasaba con tórridos ardores é iluminaba con cegadora luz, se alzaba la venta. Era un caserón de pobre apariencia, cuyos muros resquebrajados no prometían grandes comodidades á los viajeros que se decidieran á trasponer el umbral de la apolillada puerta y á penetrar en su interior; pero llegaban todos tan cansados á aquella parte del camino, era tan dura la jornada desde el último punto de etapa hasta allí, eran tales el desaliento y la fatiga de los que allí conseguían llegar, que ni uno solo de ellos vacilaba en ampararse á la sombra de los resquebrajados muros del vetusto caserón.

Al encuentro del que en la venta entraba salía el ama de ella, una viejecilla de buen aspecto, en cuyo rostro, arrugado como la cáscara de una nuez, brillaban dos ojos llenos de fuego, iluminados por una luz tan viva que hacían pensar á cuantos los veían si aquellas arrugas que surcaban el rostro de la viejecilla serían los rastros de una larga serie de años ó las huellas de una serie más grande aún de dolores que hubieran dado el aspecto de una vieja centenaria á aquella mujer, quizás joven, y que, á juzgar por lo que de belleza le restaba, debía haber sido extraordinariamente hermosa.

La vieja hablaba con voz dulce y reposada á los recién llegados: á todos decía lo mismo: «¿Qué buscáis aquí?.. Si apetecéis placer y comodidad, regalo y descanso, podéis ir á buscarlos á otra parte; en mi casa no hay nada de eso: de todo he tenido; pero han sido tantos, ¡tantos!, los viajeros que aquí han llegado y de aquí han salido llevándose algo y prometiendo volver, que ahora, como ninguno de ellos ha vuelto, nada puedo ofreceros; nada puedo daros, puesto que nada me queda. Lo único que puedo hacer en vuestro obsequio, si es que, como presumo por el camino que lleváis, pretendéis llegar á la Gloria, es indicaros el camino recto para llegar allá, el único que allí conduce.»

Y cuando el viajero preguntaba cuál era el camino que debía seguir, la vieja, invariablemente, contestaba lo mismo: «Ahora cuando salgáis de la venta seguid derecho hasta un sitio en que el camino se parte en dos: hacia la derecha arranca una senda, estrecha y áspera, que se interna en una selva: ese es el camino que habéis de seguir si queréis llegar adonde os proponéis.»

Dicho esto, despedía al viajero, que de nuevo se hallaba en medio del camino polvoriento y árido, que el sol abrasaba con tórridos ardores é iluminaba con cegadora luz, y siguiendo el consejo de la vieja, continuaba marchando por él hasta llegar al punto en que el camino se partía en dos, en donde se detenía para tomar aliento antes de entrar en la senda áspera y estrecha que, de allí á poco trecho, se internaba en la selva enmarañada y sombría.

Y ocurría que, mientras tomaba aliento, salían á su encuentro dos mujeres jóvenes. La una obscurecía con su belleza altiva la insignificancia dulce y lánguida de la otra: la primera tenía en sus ojos un fulgor extraño: su vista infundía en el pecho del viajero no sé qué torpes deseos, y al oir su voz, insinuante y armoniosa, y al escuchar sus halagüeñas palabras, sentía una extraña turbación y una tentación irresistible de seguirla y no abandonarla nunca.

—¿Adónde caminas, viajero?, preguntaba la hermosa mujer.

—Voy en busca de la Gloria, contestaba el viajero.

—¡La Gloria!.. ¿Y en dónde está eso?

—No lo sé: me han dicho que al final de esta vereda que se interna en la selva.

—¿Quién te lo ha dicho? ¡Habrá sido esa maldita vieja de la venta que á tantos ha perdido!..

—Sí; ella ha sido. ¿Podéis vos indicarme el verdadero camino, hermosa señora?

—¿El camino de la Gloria? No lo sé; es más: es que no sé siquiera que eso exista; si lo deseas, podré decirte cuál es el camino del Bienestar... Pero escucha; ¿quién te ha dicho que existe la Gloria?

—Nadie: lo he soñado.

—¡Loco! ¿Y por ir en busca de algo que ignoras hasta si existe vas á exponerte á atravesar esa selva sombría, á perderte en sus intrincadas sendas, á desgarrarte las carnes en los espinos que la pueblan, á ensangrentarte los pies en los abrojos de que está sembrada?.. ¡Oyeme!.. Muy cerca de aquí está la pradera del Bienestar: el camino hasta allí es cómodo y fácil: mi hermana puede guiarte: allí encontrarás cuanto apetezcas: tendrás placer y comodidad, regalo y descanso... Quizás has soñado eso, y equivocadamente has pensado después que soñaste con la Gloria...



Y si el viajero, seducido por las halagüeñas palabras de la hermosa, subyugado por el ardiente mirar de sus ojos, encantado por la armonía de su voz, desistía de su propósito de llegar á la Gloria, la otra hermana, la de la insignificancia dulce y lánguida, le cogía de la mano; conducido por ella, emprendía el camino hacia la izquierda, seguía por sendas, siempre tortuosas, pero cómodas, é iba á parar á la pradera del Bienestar.

A veces, el viajero, turbado un instante por los halagos de la bella, se reponía y reanudaba el camino por la senda áspera y estrecha que conducía a la selva y entraba en ella resueltamente; pero eran tantos los espinos que obstruían el paso, eran tan punzantes los abrojos de que el camino estaba sembrado, que pronto, desalentado, volvía al encuentro de las dos mujeres, y con lágrimas en los ojos, goteando aún sangre de las heridas recibidas en la inhospitalaria selva, pedía á la hermosa que le perdonara por haber dudado de sus palabras, y la rogaba que le hiciera conducir á la pradera risueña y apacible donde le esperaba el descanso.

Mas una vez llegó á aquel punto en que el camino se partía un mozalbete en cuya limpia frente brillaba el valor, en cuyos bellos ojos ardía la esperanza.

—¿Adónde caminas, lindo joven?, preguntó la hermosa altiva.

—Voy á la Gloria.

—¿A la Gloria? ¿Tú sabes dónde está?

—Sí; del otro lado de esa selva.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿La vieja de la venta?

—Sí; pero antes que ella me lo dijera lo sabía yo: he visto en sueños la Gloria; en sueños he admirado su belleza incomparable, y he visto también la selva intrincada y sombría que hay que atravesar antes de llegar á sus divinas puertas, y conozco el camino espinoso y difícil que hay que recorrer para alcanzarlas.

Y cuando la halagüeña mujer le brindó con la pradera apacible y risueña, el irreductible mozalbete contestó:

—¡No he soñado con el Bienestar: he soñado con la Gloria: voy hacia ella!

Y empezó á caminar resueltamente por la vereda estrecha y áspera que á la selva conducía, y siguiendo por ella, llegó á la selva, en la que entró sin vacilar.

Punzadores espinos le flagelaban con sus flexibles ramas el delicado rostro; los abrojos le llagaban los pies; cubríansele de sangre pies y rostro; pero el mancebo no se detenía: el valor continuaba brillando en su frente y la esperanza luciendo en sus ojos: siguió andando: el camino era largo y penoso; pero él pensaba en la Gloria, cuya incomparable belleza había admirado en sueños, y la esperanza de llegar hasta ella le dió valor para seguir caminando.

Al cabo llegó á un sitio en que el camino se cerraba: los espinos, que hasta allí habían bordeado el camino, entrecruzándose, le obstruían completamente: al parecer, de allí no se podía pasar.

Detúvose el mancebo: pensó con dolor si se habría equivocado; si tantas penas como había soportado y tantas heridas como había recibido para llegar hasta allí, habrían sido inútiles y sería su destino morir en aquella selva inhospitalaria y sombría, ignorado, perdido, solo. Pero si pasó por él la idea de la muerte, no llegó á pensar en volver atrás.

De pronto, sin que él se diera cuenta exacta del lugar de donde podría haber salido, vió delante de sí una mujer de deslumbradora belleza: en sus apagados ojos no había un solo destello de vida: debía ser ciega; pero su rostro todo irradiaba una suave luz que envolvió al joven é iluminó la selva.

—¿Adónde caminas,? le preguntó dulcemente.

—Voy á la Gloria.
—Yo te acompañaré.
—¿Quién eres tú?



Aguador, dibujo original de José Jiménez Aranda

—Soy la Fe, habito en esta selva, que se llama Trabajo; conozco el camino de la Gloria: he ido hasta allí guiando á los pocos que, como tú, han tenido valor para llegar á este sitio en donde habito.

Delante la mujer, detrás el mozo, continuaron el camino: hubo que atravesar por entre los espinos entrecruzados que no solamente flagelaron y ensangrentaron la cara del joven, sino que destrozaron sus manos y desgarraron sus carnes: ¿pero aquello qué importaba?.. ¡Iba camino de la anhelada Gloria!

Guiado por la ciega Fe caminaba, cuando encontró á su paso un niño, que era, como la Fe, hermoso, como ella, ciego.

—¿Quién es este niño?, preguntó á su compañera, deteniéndose.

—Este es mi hijo: se llama Amor: él vendrá en nuestra compañía hasta que lleguemos á las puertas de la Gloria.

Emprendieron de nuevo el camino: delante iba el niño, detrás su madre y al lado de ésta el mozo. Amor, aunque ciego, con admirable instinto apartaba las ramas de los espinos antes de que hirieran el rostro del viajero.

El camino iba siendo menos áspero que al principio; pero ¡era tanto lo que había caminado, había derramado tanta sangre el pobre mozo, que á veces se sentía desfallecer: entonces se apoyaba en la ciega y continuaba caminando.

Y de este modo, sostenido por la Fe y guiado por el Amor, llegó á las puertas de la Gloria. Estaba ya tan cerca de alcanzar lo que anhelaba, que olvidó, con la alegría del triunfo, las penas pasadas, las heridas recibidas.

De pronto Amor y Fe se detuvieron.

—Aquí te dejamos, dijo ésta.

—Qué, ¿no entráis conmigo en la Gloria?

—No, dijo la ciega; nuestra misión es acompañar y guiar hasta sus puertas á los pocos que tienen valor para recorrer el difícil camino que á ella conduce: en la Gloria entrarás tú solo.

—Antes de abandonarme, dime, luminosa Fe: ¿cómo se llama la vieja de la venta, la que me aconsejó que siguiera el camino que aquí me ha conducido?

—Se llama Constancia.

—¿Y la hermosa mujer que pretendía que yo siguiera el que conduce á Bienestar?

—Se llama Ambición.

—¿Y su hermana?

—Cobardía, dijo la ciega.

Y desapareció con su hijo Amor.

. . . .

Esto ocurrió hace mucho tiempo; tanto que es imposible decir cuándo ocurrió; pero lo mismo que entonces, ahora todo el que vea en sueños la Gloria y emprenda el camino que conduce á ella, ha de encontrar la venta destartalada en donde habita la vieja Constancia, el sitio en que se parte el camino y donde le esperan, para aconsejarle, la altiva Ambición; para dirigirle, la insignificante Cobardía; y luego, siguiendo la senda estrecha y áspera, bordeada de espinos y sembrada de abrojos, que atraviesa la selva del Trabajo, la ciega Fe, que le guiará, acompañará y sostendrá, y su hijo Amor, que apartará con admirable instinto muchas ramas de espino que podrían flagelarle y ensangrentarle el rostro: ¡pero antes de llegar adonde la Fe sostiene y el Amor hace menos duro el camino, hay que andar mucho, y sufrir muchas penas, y recibir muchas heridas!..

(Dibujo de Camps.)

EL ECLIPSE

DEL DÍA 30 DE AGOSTO ÚLTIMO

EN BURGOS

España ha sido de todas las naciones la más *favorecida* por el último eclipse; y de todas las poblaciones de España, Burgos la que más comisiones científicas nacionales y extranjeras ha atraído. A Burgos acudieron también á presenciar el fenómeno celeste la familia real, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Instrucción Pública y otros importantes personajes.

Las comisiones científicas eran diez, tres francesas, dos alemanas, dos holandesas, una belga, una inglesa y una española. Las francesas tenían la representación de los Observatorios de Burdeos, Meudón y Montpellier, y estaban dirigidas respectivamente por los Sres. Rayet, Deslaudres y Merlin; de las dos alemanas, una procedía de Berlín y otra de Potsdam, hallándose al frente de la primera el Sr. Archenholg y de la segunda los Sres. Ludeling y Nippold; las holandesas, de Utrecht y de Leyden, estaban presididas por los Sres. Julius y Welterdinkg; la belga, por el Sr. Damry; la inglesa, por el Sr. J. H. Gear, y la española, por el director del Observatorio de Madrid D. Francisco Íñiguez.

Cada una de estas comisiones ha estudiado el eclipse desde diferentes puntos de vista: la de Burdeos, la constitución física y química de las envolturas del sol y la forma de las protuberancias solares; la de Meudón, las diferencias y anomalías de intensidad de luz entre la corona solar y los alrededores del cielo; la de Montpellier, la luz y la constitución de la corona del sol, desde el punto de vista de la polarización; la de Berlín se dedicó á obtener grandes fotografías (50×60) del eclipse; la de Potsdam, á observar las influencias del eclipse en el magnetismo terrestre y en el atmosférico; las holandesas, á medir las radiaciones caloríficas de la corona solar; la belga, á sacar grandes dibujos de la corona solar; la inglesa efectuó trabajos de fotometría y espectroscopia, y la española se consagró á hacer observaciones espectroscópicas, fotográficas, radiográficas, magnéticas, meteorológicas é investigaciones de los planetas intramercuriales.

Además estuvieron en Burgos el padre Ech y el padre Baur, del Observatorio de Valkenburgo, y otros varios astrónomos rusos, italianos, mexicanos y norteamericanos.

Todas estas comisiones instalaron sus campamentos en el llamado Campo de la Lilaila ó de las Brujas, que ofrecía un aspecto sumamente pintoresco. Uno de los sabios astrónomos españoles que allí estuvieron, describe en los siguientes términos el cuadro extraño y animado que allí podía contemplarse en los días que precedieron al eclipse: «Las tiendas de campaña van poblando el reseco y pedregoso suelo. Enormes cajones se amontonan por todas partes. Carros y camiones que van y vienen; militares, astrónomos, carpinteros, albañiles, autoridades que cruzan en opuestas direcciones, que hablan diferentes idiomas, que parecen reñidos unos con otros, que ostentan las más variadas indumentarias. Los holandeses visten de blanco riguroso; los alemanes protegen sus cabezas con rojas boinas; hay quien no se despoja del ajado barato guardapolvo... Y todo ello rodeado y defendido por parejas de soldados de caballería que patrullan alrededor, sin cesar, estableciendo un verdadero é inesperado hipódromo...»

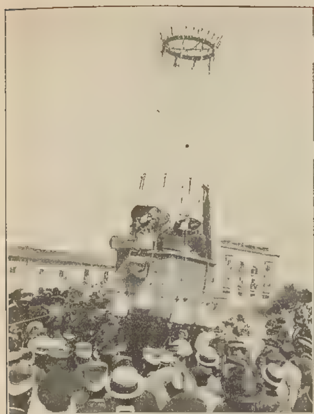
Si interesantes han sido los trabajos realizados por las citadas comisiones, no lo fueron menos los que efectuó la del Parque Aerostático de Guadalajara, compuesta de varios distinguidos oficiales del cuerpo de Ingenieros militares y dirigida por el ilustrado teniente coronel D. Pedro Vives, jefe del referido Parque. Instalóse esta comisión en la Huerta de San Juan, y sus trabajos han consistido en observaciones directas á grandes alturas, más de 4.000 metros, hechas en los globos *Júpiter, Urano* y *Marte*, que tripulaban los Sres. Vives, Berson y Romeo, Kindelán y Arcimis, y Herrera y Fernández Duro respectivamente; y en observaciones indirectas por medio de globos sondas, algunos de los cuales alcanzaron alturas de 10.000 y 15.000 metros.

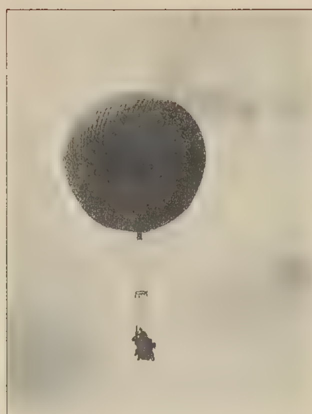
La ascensión de los globos fué indudablemente uno de los espectáculos que mayor impresión produjeron. A las doce y quince ascendió el *Júpiter;* cinco minutos después, el *Urano*, y á las doce y veinticinco el *Marte;* al iniciarse el eclipse total los globos se perdieron de vista, confundidos con las nubes.

Pocas horas después descendieron sin novedad los aeronautas, después de haber hecho importantes observaciones.—X.



Un lechuguino, dibujo original de José Jiménez Aranda









BURGOS. – EL ECLIPSE TOTAL DE SOL DEL DÍA 30 DE AGOSTO ÚLTIMO. – El globo *Júpiter* disponiéndose á la ascensión. – El globo *Júpiter* en el momento de la ascensión. – El globo *Urano* en los aires. – Tiendas de campaña y aparatos de los astrónomos belgas. – Instalación de los astrónomos holandeses: aparato fotográfico para obtener fotografías de gran tamaño del eclipse. – Observatorio instalado en la Huerta de los Jesuítas. – Astrónomos holandeses. (De fotografía de Alfonso Vadillo.)

EL ECLIPSE DE SOL DEL 30 DE AGOSTO DE 1905

El tiempo, en general, ha favorecido poco la observación de este importantísimo fenómeno celeste. Lo observé en Vinaroz, comisionado por la Real Academia de Ciencias de Barcelona, en compañía de queridos amigos míos, y podemos felicitarnos de haber perdido nada más que un minuto de tiempo

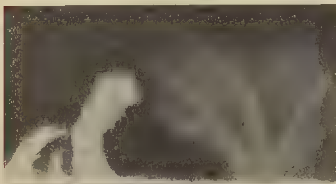


Fig. 1. – Protuberancias solares (1905). – (J. Comas Solá.)

de los 216 segundos de totalidad de que disponíamos en dicho punto.

El objetivo principal de la observación de un eclipse total de Sol es la resolución de importantes problemas de física solar, referentes sobre todo á la cromósfera y la corona, y que son imposibles de abordar en tiempo normal. Por lo que se refiere á la cromósfera, ó sea á la capa de gasas incandescentes que recubre directamente la fotósfera, disminuyó en parte su interés en los eclipses desde la memorable fecha de 1868, en que Janssen y Lockyer dieron á conocer su procedimiento espectroscópico para la observación cotidiana de la cromósfera y de las protuberancias ó llamas que se levantan de la misma.

Es por este procedimiento que observo sistemáticamente tan espléndidas apariciones. El grabado número 1 constituye un ejemplo, entre los numerosísimos que podría presentar, de magníficas llamas solares observadas en 1905. Distínguese, á la izquierda, una llama arborescente pálida, restos hidrogenados de una violenta erupción. A su derecha aparecía, en cambio, una protuberancia metálica eruptiva de bri-

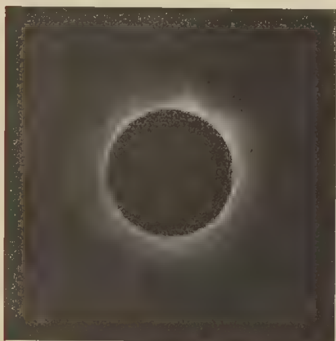


Fig. 2. – Corona solar de 1900 – (J. Comas Solá.)

llo extraordinario y de unos 30.000 kilómetros de altitud.

Por el procedimiento espectroscópico vense estas protuberancias cromosféricas, sobre todo por la inversión que producen de la gran raya C del espectro de absorción solar, raya que se halla situada en la región roja.

En cambio, en los eclipses totales las podemos ver ó fotografiar directamente, es decir, las podemos registrar con todas sus radiaciones, que son sumamente complejas.

De ahí la importancia de observar las protuberancias con el mayor cuidado durante los escasos momentos de la totalidad.

***

Los eclipses se hacen indispensables para la observación de la corona, hasta ahora invisible en tiempo ordinario, por más tentativas que con este fin se han llevado á cabo.

La forma y extensión de la corona están íntimamente relacionadas con el estado de la actividad periódica solar. Es sabido que el Sol ofrece fluctuaciones de energía que se repiten en períodos de poco más de 11 años. Estas variaciones se manifiestan principalmente en el número de manchas y de protuberancias, y además influyen profundamente en la corona, hecho que demuestra la existencia de una íntima relación entre esta inmensa nebulosidad luminosa que envuelve al Sol y los fenómenos que ocurren en la fotósfera y cromósfera del mismo, ó en último resultado, el desarrollo de energías que dimanan del interior del astro central.

He aquí, como ejemplo, la fotografía de la corona que obtuve cuando el eclipse de 1900 (grabado número 2). Es relativamente poco extensa, presenta dos plumeros de filetes cuyo eje de simetría coincide con el eje solar, y dos grandes expansiones laterales, algo convergentes hacia el ecuador, que brotan principalmente de latitudes heliográficas medias. Esta corona corresponde al tipo de mínima actividad solar.

Las protuberancias fueron entonces pequeñísimas, no lograron apenas marcar su imagen en las fotografías directas de la corona y no fueron visibles directamente como prominencias rosadas.

Véase, en cambio, esta otra figura que reproduce un clisé obtenido por Deslandres, durante la totalidad del eclipse de 1893, y que coincidió con una época de gran actividad (grabado número 4).

Aun cuando la fotografía es de poca exposición y la corona, por consiguiente, no resulta extensa, distínguese multitud de protuberancias alrededor del borde de la Luna. Véase, en fin, la reproducción de una de mis fotografías obtenidas en este último eclipse de 1905, que corresponde también á un máximo periódico de energía (grabado número 3). A más de una multitud de protuberancias brillantísimas que fotográficamente parecen *comer* algo el disco lunar, haciéndole perder su forma circular, percíbese una inusitada extensión coronal que alcanza distancias verdaderamente prodigiosas, pues algunos de sus filamentos llegan á tener una longitud (medida sobre el clisé original) de *cuatro millones* de kilómetros. ¡Júzguese cuál debe ser la longitud real de los mismos!

Por lo demás, su forma dista mucho de tener la simetría que ofreció en el eclipse de 1900, y en general, en todos los eclipses correspondientes á épocas de mínima actividad solar.

***

El estudio detallado de mis fotografías de la corona y de las espectrografías que obtuve de la cromósfera y de las protuberancias nos conducen á resultados de gran interés, pero que es imposible desarrollar aquí.

Sólo me permitiré fijar la atención de mis lectores en la forma rectilínea de gran número de filetes coronales, entre ellos precisamente los más extensos.

Desde luego, dichos filetes nos demuestran la existencia de una fuerza repulsiva por parte del Sol, fuerza que repele una substancia que necesariamente tiene que ser sumamente enrarecida, y que hace recordar por muchos conceptos las colas de los cometas.

Partiendo del principio muy plausible de que á poca mayor altura de la cromósfera la densidad de la atmósfera solar es sensiblemente nula (varios

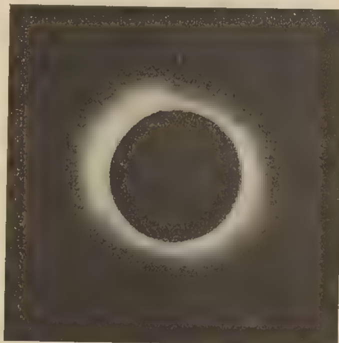


Fig. 4 – Corona solar de 1893. – (Deslandres.)

cometas, entre ellos el de 1882, pasaron rozando casi el globo solar y no sufrieron en su vertiginoso movimiento el menor retardo), la forma rectilínea de los grandes filetes coronales nos demuestra indiscutiblemente que las partículas materiales que los forman (caso de ser partículas materiales repelidas por el Sol y no un efluvio etéreo de carácter eléctrico) están dotadas de una velocidad de traslación en el espacio equivalente, por lo menos, á más de 100 kilómetros por segundo.

He aquí una parte solamente de las grandes enseñanzas que se pueden sacar durante los pocos segundos que dura la totalidad de un eclipse de Sol.

José Comas Solá.

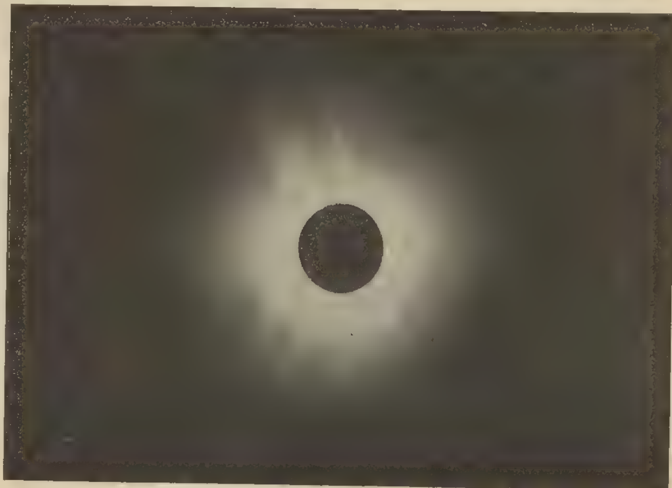


Fig. 3. – Corona solar de 1905. – (J. Comas Solá.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – CHARANGA RUSA EN EL CUARTEL GENERAL DE LINEVITCH. (De fotografía.)

LA PAZ RUSO-JAPONESA

Las aclamaciones con que fueron saludados los plenipotenciarios rusos y japoneses á su salida del Arsenal de Portsmouth, después de firmado el tratado, sintetizaban la satisfacción con que el mundo entero ha visto la conclusión de la guerra del Extremo Oriente y constituían un homenaje al que tanto ha trabajado en favor de la paz, al presidente Roosevelt, iniciador de la conferencia y á cuyo exquisito tacto y asidua intervención se debe en gran parte el feliz resultado de las negociaciones. Gracias á él, gracias á sus excitaciones directamente hechas al Tsar y al Mikado, se consiguió que á los temperamentos de intransigencia de los primeros días sucediera un espíritu de conciliación que permitió, cuando menos se esperaba, llegar á un acuerdo honroso para ambos beligerantes.

Expresión de estos sentimientos han sido los telegramas que antes de partir para Nueva York dirigieron á Roosevelt el barón Komura y los Sres. Witte y Rosen, dándole cuenta de la firma del tratado. Decía el del primero: «La humanidad os debe una deuda eterna de gratitud por la convocación y buen éxito de la conferencia de la paz. Añado á ella mi agradecimiento propio y mi aprecio sincero.» El de los segundos estaba concebido en los siguientes términos: «No nos toca á nosotros daros las gracias por lo que habéis hecho en pro de la paz, puesto que nuestro augusto soberano ha expresado, como convenía, su alto aprecio por vuestro esfuerzo noble y generoso. Solamente podemos declarar al presidente y al pueblo americano el profundo sentimiento personal de gratitud que nos ha hecho experimentar el recibimiento tan cordial con que nos habéis honrado y que nos ha dispensado el pueblo americano.»

En Rusia, la paz ha sido acogida con satisfacción general, á pesar de la oposición que á ella había hecho el partido militarista; y dos días después de firmada, celebróse en Peterhof una solemne función religiosa en acción de gracias por la terminación de la guerra.

En el Japón, por el contrario, el tratado de Portsmouth ha sido objeto de grandes censuras y ha dado lugar á sangrientos motines en la capital. La mayoría de los periódicos han calificado de ignominiosa la paz, y únicamente uno de ellos, el *Kokumin*, órgano del gobierno, aprueba las condiciones de la misma diciendo que el objeto de la guerra no era lograr una ganancia pecuniaria. «Rusia, añade, ha sido despojada de su supremacía en la Mandchuria y rechazada suficientemente hacia el Norte; y nosotros hemos conseguido el reconocimiento de nuestra preponderancia en Corea, que es más de lo que constituía el objetivo de la guerra.» Este es el verdadero lenguaje de la razón y de la prudencia; pero las masas populares, en el Japón como en todas partes, no se convencen con razones y prefieren dejarse seducir por unos cuantos patrioteros que para fines bastardos explotan su ignorancia y excitan sus pasiones. Y las masas populares japonesas, movidas por unos cuantos agitadores y quizás también por el partido militarista exaltado, que allí como en Rusia quería ó una paz imposible ó la continuación de la guerra á todo trance, no admiten que el Japón, después de las brillantes victorias alcanzadas por mar y por tierra, renuncie á la indemnización y tenga que devolver á Rusia la mitad de la isla Sakhalín, cuya propiedad por entero juzgaban ya suya. Al pensar así, no comprenden las ventajas inmensas que á su país ha reportado la paz, aun concertada en las condiciones en que lo ha sido, pues aparte de los beneficios materiales en ella conseguidos y de los territorios no despreciables ni mucho menos que directa ó indirectamente hace suyos por virtud de la misma, el Japón se ha ganado la consideración de potencia de primer orden y la alianza de Inglaterra, y ha logrado que en lo sucesivo haya que contar con él en primer término para todos cuantos problemas se planteen en el Extremo Oriente. Tampoco tienen en consideración que, de continuar la guerra, la fortuna podía volverles la espalda (y no sería la primera vez que esto sucediese), tanto más cuanto que, según todas las noticias, los recursos del Japón se estaban agotando, al paso que Rusia no había hecho más que empezar, por decirlo así, á consumir los inmensos de que dispone.

El pueblo de Tokío no ha comprendido nada de esto, y apenas supo que la paz se había firmado sin indemnización y con la adquisición de sólo una mitad de la isla Sakhalín, organizó una gran manifestación y un *meeting* de protesta en el parque de Hibiya. Quiso la policía impedir la celebración del *meeting*, pero éste se efectuó á pesar de todo y en él se aprobaron resoluciones violentas, declarando que la nación había sido humillada y censurando las condiciones de la paz.

Desde aquel momento comenzaron los desórdenes que durante varios días han causado gran alarma en la capital japonesa. Después del *meeting*, grupos sediciosos recorrieron las calles, siendo la policía impotente para dominarlos, y atacaron la redacción del *Kokumin* é incendiaron la residencia del ministro del Interior. Fuerzas de la policía y de bomberos acudieron á atajar el incendio, pero fueron agredidos por el populacho, sobre el cual cargaron aquéllos diferentes veces. De las muchas colisiones que se produjeron resultaron varios muertos y numerosos heridos, habiendo además la policía realizado gran número de detenciones. Los amotinados incendiaron tres iglesias, entre ellas la católica, una escuela metodista, varias casas y algunos tranvías, en vista de lo cual el gobierno proclamó el estado de sitio y suspendió la publicación de varios periódicos, con lo que terminaron los disturbios.

A todo esto, el gobierno no había hecho públicas las condiciones de la paz, que la gente sólo conocía por referencias; y á esta circunstancia atribuían muchos la indignación popular. Un importante periódico de Tokío, el *Asahi*, decía que la obstinación del gobierno era causa de los ataques contra las iglesias cristianas. «Si nuestros gobernantes, añadía, hubiesen escuchado la voz del pueblo, éste no se habría sentido ultrajado, como ahora, por su terquedad ciega; se habría evitado á esta capital la vergüenza y la humillación de una sublevación del populacho que ha determinado la destrucción de las propiedades y de las misiones, y no se habrían herido los sentimientos de los extranjeros.»

El día 7, el conde Katsura, presidente del Consejo de Ministros, celebró una entrevista con varios miembros importantes de las dos Cámaras de la Dieta y les dió cuenta detallada de las negociaciones seguidas para concertar la paz y de las condiciones en que ésta había sido firmada, explicándoles que el Japón no había renunciado, como se había dicho, al derecho de fortificar el estrecho de La Perouse; que el Japón obtiene una preponderancia absoluta en Corea con libertad completa en lo concerniente á la administración de la península; que el trozo del ferrocarril mandchuriano es cedido al Japón con el derecho de conservar allí guarniciones militares; y que el Japón obtiene derechos sobre las minas de carbón de Fu-Chun y de Yen-Tai, aun después de la evacuación de la Mandchuria.

Estas declaraciones y la promesa de convocar la Dieta en octubre han aquietado algo los ánimos; y las condiciones de la paz, mejor conocidas después que el gobierno las ha hecho públicas, son menos acerbamente criticadas. De todos modos, no reinan en el Imperio la tranquilidad ni la satisfacción que suele sentir un pueblo después de la terminación de una guerra en la que sólo ha obtenido victorias.

Los generales Oyama y Linevitch han nombrado plenipotenciarios para resolver las cuestiones relativas al armisticio. — R.



SUSURROS DE AMOR, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE L. G. WILTON



grabado por Bong. (Copyright by Landecker & Brown, London, E. C.)

UN RETRATO DEL PAPA PÍO X

Los personajes que ocupan elevadas posiciones, si gozan de grandes ventajas, están también sujetos á grandes molestias, y una de ellas es sin duda alguna la de dejarse retratar, no, como muchos creen, por vanidad, sino para atender á compromisos ineludibles, ora solicitados por artistas famosos, ora á requerimiento de corporaciones que desean poseer sus veras efigies.

No ha podido substraerse á esta exigencia el actual papa, á quien está retratando al presente el notable pintor Van Velic; pero Pío X, que, á lo que se ve, no gusta de perder el tiempo en cosas para él de tan escasa importancia, ha encontrado modo de *poser* y de trabajar á la vez. Y así le vemos en la adjunta fotografía sentado delante de su mesa de despacho, escribiendo y de fijo con el pensamiento muy lejos, mientras el artista va trazando en la tela su imagen, que nada perderá con ello, pues los mejores retratos son aquellos en los cuales el retratado se nos muestra tal como es en la vida ordinaria, sin artificio y en la actitud más natural.



El pintor Van Velic, retratando á S. S. el Papa Pío X. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

EL TRANSATLÁNTICO

«KAISERIN AUGUSTA VICTORIA»

El día 29 de agosto último fué botado al agua en los astilleros del Vulcano de Stettin, y en presencia de los emperadores de Alemania, el transatlántico *Kaiserin Augusta Victoria* (Emperatriz Augusta Victoria), que será el buque más largo que surcará los mares.

Tiene 213 metros de largo, por 39 de ancho y 16'50 de profundidad, desplaza 45.000 toneladas y tiene de cabida 25.000. Sus máquinas desarrollan 17.200 caballos de fuerza y le imprimirán una velocidad de 18 millas por hora, permitiendo hacer en siete días y medio la travesía de Cherburgo á Nueva York.



El transatlántico alemán recientemente lanzado al agua en los astilleros del Vulcano, en Stettin, en presencia del emperador Guillermo II y de la emperatriz Augusta Victoria. Es el buque más largo del mundo. (De fotografía.)

Hay otros buques más rápidos que éste; pero la compañía Hamburgo-América, á la que pertenece el *Kaiserin Augusta Victoria*, ha querido hacer de este nuevo transatlántico en primer término un barco confortable y de grandes productos.

El *Kaiserin Augusta Victoria* podrá tomar 16.000 toneladas de carga, y llevar 550 pasajeros de primera clase, 300 de segunda, 250 de tercera y 2.500 de entrepuente, ó sean 3.400 pasajeros, que unidos á los 600 hombres que constituyen la oficialidad y la tripulación, dan un total de 4.000 habitantes para esa ciudad flotante.

Casi es superfluo añadir que en el arreglo interior del buque se ha desplegado un gran lujo: hay á bordo habitaciones completas con sala de baños, dos restaurants, en los que tocan, durante las comidas, una orquesta alemana y otra de tsiganos; una sala de gimnasia, baños de luz eléctrica, y hasta un puesto de flores frescas. El servicio sanitario está admirablemente organizado y la enfermería corre á cargo de Hermanas de la Caridad. Hay teléfono en todas partes y varios ascensores para servir los diferentes pisos. En una palabra, el *Kaiserin Augusta Victoria* reune todas cuantas comodidades puede desear el viajero más exigente y mejor acostumbrado.

RECIENTES DESCUBRIMIENTOS

ARQUEOLÓGICOS EN ÉFESO

Un firmán del sultán de Turquía autorizó el año pasado al British Museum de Londres para reanudar los trabajos de exploración de Efeso, que habían quedado en suspenso desde 1874.

La dirección de esta nueva campaña fué confiada á Mr. Hogarth, quien ha publicado hace poco en el *Times* el resultado de los descubrimientos hasta ahora realizados.

Por muy interesantes que fueran las excavaciones de 1874, muchos arqueólogos afirmaban que Mr. Wood, director de las mismas, no las había llevado hasta donde convenía y no había encontrado el primitivo suelo.

Estas conjeturas han sido confirmadas. En efecto, Mr. Hogarth, prosiguiendo las excavaciones, ha descubierto debajo del nivel del templo de Creso otros dos templos, el más antiguo de los cuales descansa, no sobre escombros, sino sobre tierra firme, y data, según parece, de setecientos años antes de Jesucristo.

Ha descubierto también numerosos restos de esculturas, de ornamentos y de ofrendas, muy diferentes de los que había encontrado Mr. Wood. Estos procedían seguramente, los unos del templo heleno reconstruído después del sacrilegio de Erostrato, y los otros del templo edificado por Creso. Los descubiertos por Mr. Hogarth pertenecen evidentemente á una época y á un estilo mucho más antiguos y son ejemplares en extremo delicados del arte jónico arcaico; en ellos se reconoce, por muchos detalles, la influencia de modelos egipcios, pero el carácter del trabajo es esencialmente griego.

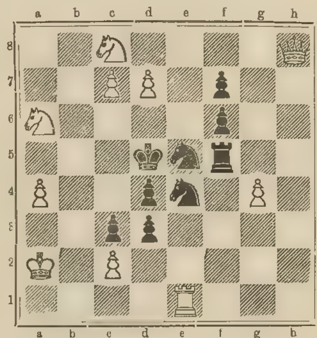
Si existió en Efeso, como muchos han supuesto, un culto pregriego, lidio ó hitita de la diosa Artemisa, será preciso buscar las huellas del mismo en otra parte de la ciudad antigua, probablemente hacia las colinas del Sur de la planicie, en donde estaba el lugar santo de Ortigia.

Los trabajos comenzados en octubre de 1904, interrumpidos de diciembre á marzo de 1905 y terminados en junio último, han sido sumamente difíciles á causa de las muchas corrientes de agua que á cada momento inundaban los sitios en que aquéllos se realizaban. De ellos no se desprende ninguna enseñanza nueva sobre el templo heleno ni sobre las épocas estudiadas por Mr. Wood; pero, en cambio, han proporcionado una multitud de datos útiles sobre el período precedente.

AJEDREZ

Problema núm. 398, por K. Kondelik.

Negras (9 piezas)



Blancas (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 397, por S. Loyd.

Blancas.	Negras.
1. Dc4–f1	1. Aa1–b2 ó h7 juega
2. Df1–b1	2. Cualquiera.
3. D mate.	

VARIANTES.

1...... Aa1–c3 ó d4;	2. Df1–d3, etc.
1...... Aa1–c5 ó f6;	2. Df1–f5, etc.
1...... g4–g3;	2 Cf8–g6 jaque, etc.
1...... g7 juega;	2. Df1×a1 mate.



Y sola en su tocador, tendida en la *chaise longue*...

LA CONQUISTADORA

Novela de Jorge Ohnet.—Ilustraciones de Mas y Fondevila

(CONTINUACIÓN)

—Yo me encargo de ello.

Ante esta afirmación Mauricio puso una cara tan especial, que Folentin se revolvió furioso.

—¿Te figuras que no tendré autoridad bastante?

—La verdad, chico, no lo creo.

—Eso es lo que veremos. Por de pronto voy á ver á tu hermana.

—Mejor harías quedándote quieto...

—Eso es demasiado. ¿Es así como se me juzga? Pues bien, ahora aprenderéis á conocerme.

—Folentin, que vas á hacer una tontería.

—Me parece, Mauricio, que inviertes los papeles. Hasta hoy, cuanto entre nosotros se hablaba de tonterías, yo era quien tenía que dar lecciones.

—No pretendo darte ninguna lección; demasiado sé que no puedo darlas; me limito á darte un consejo: deja tranquila á Rosa por ahora. Acabo de verla y está intratable.

—Muy bien. No te preocupes por mí; yo me encargo de tranquilizarla.

Estrechó la mano á su cuñado y salió. Una vez en su casa se dirigió á las habitaciones de su mujer, en donde le sorprendió ver que la doncella le impedía la entrada: la señora tenía jaqueca y se había acostado y había prohibido que nadie entrase.

Folentin tascó el freno, se retiró á sus habitaciones y luego marchóse á ver á su suegro, el cual acogió á su yerno con un gruñido, que muy difícilmente podía tomarse por saludo; y como el barón quisiera informarse de las causas de su preocupación, le dijo:

—Es tu mujer, querido, tu mujer, que es una extravagante, y cree que soy indulgente calificándola de este modo.

—¿Mi mujer?, exclamó Folentin.

—Mi hija, si así lo prefieres. No pongo amor propio en la cuestión, y lo mismo con un nombre que con otro, la encuentro insoportable.

—Pero ¿qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? Está en camino de hacer que se maten dos hombres, de los cuales uno me es muy simpático; el otro, el otro es un ciudadano de escasa importancia.

—Explíquese usted de una vez, exclamó Folentin exasperado.

—Pues bien. No sé lo que ha podido pasar entre tu mujer, Raynaud y el marqués de Condottier; pero ese imbécil, me refiero á Condottier, ha enviado dos amigos, dos polichinelas de su misma especie, al simpático Raynaud.

—Mauricio me lo ha dicho.

—¿Y qué le importa á él todo esto? Otro loco; entre él y su hermana forman excelentísima pareja. Pero él es de otro género.

—En esta circunstancia se muestra muy razonable, y tengo gran satisfacción diciéndoselo.

—Y yo sabiéndolo. Otra cosa que me asombra.

—Pero ¿cómo está usted al corriente de todo?

—De un modo muy sencillo. Raynaud ha venido á suplicarme que le represente con su amigo Evans.

—Pero ¿qué razones da para batirse con Condottier?

—No da ninguna.

—¡Cómo! Él tampoco... Mi mujer se calla... Mi mujer se calla también... Será preciso que Condottier lo explique. Ya es demasiado, y no quiero que se burlen de mí.

—No piensas más que en ti; tú primero, tú después, y tú siempre; esta hipertrofia del yo es una enfermedad que te hace aborrecible. Dos hombres se van á matar, y en vez de ocuparte de ellos te ocupas de ti.

—Porque en resumidas cuentas sólo de mí se trata, gritó Folentin furioso. Usted no comprende nada, pero yo lo adivino todo; la maquinación está dirigida contra mí. Raynaud sólo es un pretexto, y mi personalidad es la que está en litigio. Condottier ha querido y quiere aún comprometer á mi mujer, pero yo he de pasar por encima de todo y le desenmascararé...

—Adelantarás mucho con ello. Después de todo, la cosa no es difícil de comprender. Vivís como unos insensatos, y luego extrañáis que las consecuencias de vuestra vida sean ilógicas. No se recoge más que lo que se ha sembrado.

—Todo esto es hablar para no decir nada. Me está usted colocando desperdicios de moral recogidos en los folletines de los periódicos. ¿Cree usted que voy á contentarme con sus sermones? ¿Qué fin se propone Condottier? ¿Por qué la emprende contra Raynaud?

—Si tú mismo no lo sabes, ¿cómo quieres que yo te lo diga? ¿Estoy en el secreto de vuestras locuras? ¿Crees que me divierte conferenciar con dos idiotas como La Bréde y Tremblay, á propósito de un farsante como Condottier? Afortunadamente tengo por compañero al Sr. Evans, que es un hombre serio.

—A ese no le harán salirse de su paso.

—Ni á mí tampoco. Ya verán esos gomosos con quién tratan. Vaya..., gentes que todos los años cazan en mi casa y que siempre tienen algo que decir; pero que esperen, que esperen un poco.

—¿Cuándo se reunen ustedes?

—Mañana por la mañana.

—Bueno. Procuraré ver á mi mujer, y tal vez al fin se decidirá á decirme lo que ha sucedido y qué papel represento en todo esto.

—Eso es lo que te preocupa.

—¡Por supuesto!

—Pues mira, puedes estar seguro de que no es muy brillante.

Folentin volvió á su casa impresionado con este augurio. Era la hora de comer, y Rosa le pasó recado para que se sentase á la mesa sin esperarla. En su inmenso comedor, y servido por cuatro criados, Folentin comió solo; fué á encerrarse luego en el cuarto de fumar, y allí se puso á reflexionar, cosa que no había hecho desde hacía mucho tiempo. La exaltación en que continuamente vivía cesaba brus-

camente, y se encontraba frente á su situación real, que desde el primer momento no juzgó satisfactoria. Recordaba lo que su suegro le había dicho en un momento de franqueza, y empezaba á darse cuenta de la extravagancia de su conducta con respecto á su mujer.

En los tres años que hacía que se había casado con Rosa, uno y otra no habían tenido más que una preocupación: brillar. Todo lo habían subordinado á las exigencias de su orgullo, y en aquel momento, detrás del decorado de su vida esplendorosa, la tristeza y la miseria de su sentido moral aparecían en muy lamentable estado. ¿A quién se podía exigir la responsabilidad de aquel desastre sino á él, que se había envanecido con su indiferencia, su egoísmo y su inmoralidad? ¿Cómo calificar la actitud de desenvoltura por él adoptada en presencia de las tentativas hechas para seducir á su mujer? De no calificarla de tontería, era preciso calificarla de cinismo. Folentin reflexionaba: los tres años que tan gloriosos para su amor propio le habían parecido hasta entonces, perdieron todo el valor al someterlos á un examen serio y detenido; empezó á creerse más inocente que otra cosa, y una especie de celos se apoderaró bruscamente de él.

El accidente vulgar que hasta entonces había considerado insignificante, la caída de una mujer, le pareció que de pronto revestía una importancia muy extraordinaria, y al pensar en una posible traición de su esposa, dejó de ser un fantoche para convertirse en hombre. Sufrió, tembló y no pudo soportar la idea de que su mujer le engañase y continuase viviendo tranquilamente á su lado. Tuvo un acceso de rabia, y en el silencio de la habitación en que pesaba sus contrariedades se dijo: «Antes la arrojaría de mi casa.»

Bajó la frente con amargura; ¡echar á Rosa! Folentin, que tantas veces declarara que lo importante entre esposos era seguir siendo buenos amigos y perdonarse las pequeñas debilidades, había llegado al extremo de pensar en una solución brutal, empujado por una ligereza de mujer. ¡Qué decadencia! Imposible reconocer en aquel marido irritado é inquieto al brillante burlón que no tomaba nadie en serio. Apenas se reconocía á sí mismo, y sin embargo, seguía siendo el Folentin de siempre, protestando de que se le pudiese engañar. Desde que conocía la maniobra de Condottier, y sospechaba que Rosa había contribuído á ridiculizarlo, se sentía muy distinto á cuando decía en público: «El marqués hace la corte á mi mujer, y no niego su buen gusto.» Entonces no admitía que la catástrofe se pudiese producir, y su presunción reposaba en su propia confianza; y en el momento en que ya no consideraba imposible lo que hasta entonces había juzgado sin importancia, se sentía humillado, herido, furioso, y á su mente acudía la idea del divorcio.

Mientras Folentin se desesperaba con su examen de conciencia, Rosa se sentía torturada por la incertidumbre. Dos veces había enviado á su doncella á casa de Raynaud, rogándole que fuese á verla, y ninguna había obtenido respuesta: la primera, el señor Raynaud había salido, y no sabían cuándo volvería; la segunda, Raynaud conferenciaba con Evans, y había dado orden de que no le molestaran por nada ni por nadie. La doncella había dejado allí los billetes de Rosa. Parecía imposible que Raynaud no hubiese tenido un momento para leerlos, y apenas era creíble que no acudiera al llamamiento de Rosa. ¡Qué cambio tan grande se había producido en aquel corazón abnegado! ¿Pensaba, acaso, después de haber encontrado á Rosa encerrada con Condottier, que únicamente le había hecho ir á casa del marqués para presentarle aquel espectáculo? Eso era inadmisible. Su actitud y la violencia de sus palabras atestiguaban su inocencia. Después de haberla visto temblando de cólera ante Condottier, no podía creer que estuviera en connivencia con él, y siendo su víctima no podía ser su cómplice.

Eso quería decirle Rosa á Raynaud; sentía imperiosa necesidad de disculparse ante él y de dirigirle duros reproches, porque en gran parte le consideraba culpable de lo que sucedía. Su rigidez, su salvajismo y el no comprender cuánto había de afectuoso en las intenciones de Rosa, habían creado el conflicto con Condottier. Ella misma no sabía cómo explicar todo esto á Raynaud, pero quería verle, aunque luego no hubiese de decirle nada. Y sola en su tocador, tendida en la *chaise longue*, se desesperaba viendo que Valentín continuaba hostil y negándose á obedecerla; porque no admitía que tuviese cosa más urgente que acudir á su llamamiento. Como Folentin le hubiera preguntado si podía recibirle, se decidió á dejarle entrar. Al principio se mostró huraño.

—Y bien, querida, veo que tu jaqueca es más complaciente. Me alegro infinito. ¿Ignoras las consecuencias que ha traído tu salida de ayer?

—En absoluto, contestó Rosa sin mover la cabeza medio oculta entre los encajes de las almohadas, y te ruego que vayas á casa de Raynaud y lo traigas en seguida.

—Pierdes el juicio, exclamó Folentin. ¿Piensas que voy á inmiscuirme en tus asuntos, sin saber lo que ha sucedido? Me juzgas más benévolo de lo que soy en realidad; dime primero lo que ocurrió en el hotel Condottier, y luego veremos.

—Tiene poco interés para ti.

—¡Cómo!, dijo Folentin. ¿Poco interés mi honor?

—¡Vaya unas palabras para cosa tan insignificante!

—¿Insignificante tu fidelidad? Es posible; pero ¡mi honor!..

—No me tienes acostumbrada á tanta delicadeza; hoy atraviesas una horrible crisis de rigorismo, te sientes burgués. ¿Qué te pasa?

—Me pasa que no quiero que se burlen de mí, ni Condottier, ni otros, y que si tú me has puesto en ridículo...

—¿Amenazas ahora?

—Sí, señora; confiesa si quieres y dime claramente las relaciones que median entre ti y el marqués de Condottier.

—Pregúntaselo á él mismo para que se ría en tu cara.

—No se trata de reir, se trata de dar explicaciones.

—Eres ridículo.

—No lo seré mucho tiempo.

—¿Qué harás?

—Te echaré de mi casa para que sigas coqueteando con Condottier en otra parte.

—Le parecerá de perlas. No desea otra cosa.

—¿Por qué?

—Si todavía no has entendido la combinación del marqués, no la entenderás nunca.

—Señora, exclamó Folentin exasperado, abusa usted de mi paciencia demasiado.

—No tanto como usted de la mía. Vaya usted á buscarme al Sr. Raynaud.

—¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Eso es lo que quiero saber.

—Entonces, ¿no lo sabes?

—Apenas.

—¿Qué enredo es este?

—Acabarás por saberlo.

—¡Desgraciados entonces los que me hayan engañado!

—Sí, es cosa sabida. Eres un rayo que lo pulveriza todo; pero te suplico que observes que hasta ahora no te hablé de mis proyectos, por más que me has anunciado groseramente tus intenciones. Piensas echarme de tu casa, y yo estoy decidida á no permanecer en ella.

—¿Adónde irás?

—Adonde tenga la seguridad de no encontrarte.

—¿Tanto me odias?

—¿Yo? No me tomo este trabajo. Te trato como mereces, como á un personaje sin consecuencia...

—¡Sin consecuencia!

—Ya ves que es tu destino. Ni Condottier, ni Raynaud, se ocupan de ti.

—Se ocupan el uno del otro, pero yo acabaré ocupándome de los dos.

—Para ponerlos de acuerdo. Perfectamente. Antes que sea demasiado tarde, ve á buscar al señor Raynaud.

—¿Y qué papel voy á hacer?

—Siempre preocupado por lo mismo... No pareces lo que eres.

—Pero ¿qué es lo que soy?, gritó Folentin fuera de sí.

—Nada de lo que mereces ser, y ciertamente no eres tú quien pueda alabarse de ello.

Folentin hizo una mueca de despecho, se encogió de hombros y murmuró:

—Hoy no se te puede tolerar, y ya que no quieres darme cuenta de lo que pasa, arréglate como puedas. No me expondré más tiempo á tus tonterías. Buenas noches.

Rosa no le contestó; pero apenas había cerrado la puerta de su tocador, se puso en pie de un salto, tiró la toquilla de encaje que le cubría la garganta, y despojándose de la bata empezó á vestirse. Se puso un traje obscuro y un sombrero sencillísimo; cubrióse el rostro con un velillo muy espeso, y sin decir nada á nadie bajó por una escalera interior, pasó por delante del portero y salió á los Campos Elíseos. La noche era suave y clara. Llegó hasta el Elisée-Palace, se detuvo un momento ante el vasto edificio, y entrando luego en el vestíbulo se dirigió á la administración:

—El Sr. Raynaud ¿está en su cuarto?

—Voy á preguntarlo, señora.

Sentóse pacientemente en un rincón, y un instante después sonó el timbre del teléfono y se cambiaron algunas palabras.

—El Sr. Raynaud acaba de llegar. Segundo piso, núm. 17. Enfrente está el ascensor.

Rosa dió las gracias con una inclinación de cabeza, y siguiendo al empleado que le indicaba el camino, se detuvo ante el núm. 17. El corazón le latía con violencia. Dominando su emoción, hizo sonar el timbre eléctrico. Un instante después, un criado la hizo entrar en un saloncito.

—Advierta al Sr. Raynaud, dijo Rosa, que una señora desea hablarle.

No quiso dar su nombre á aquel criado desconocido, y pensó que Valentín sabría adivinar su presencia en su casa. Tal vez quería darse cuenta del efecto que su visita produciría y asegurarse al mismo tiempo de que ninguna otra mujer visitaba á Raynaud. Debió quedar satisfecha, pues Valentín salió sin vacilar.

—¡Cómo, señora! ¿Usted en mi casa? ¿Qué sucede?

—Eso es lo que vengo á preguntarle, pues no me ha dado ninguna noticia, y hasta mí han llegado rumores que me inquietan vivamente.

—Yo le suplico que no se preocupe por mí.

—¿Por quién quiere usted que me preocupe? El único que me interesa es usted...

Inmediatamente lamentó haber pronunciado estas palabras, que ponían de manifiesto con demasiada claridad su modo de pensar y sus sentimientos. Raynaud no abusó de esta confesión, y siguió manifestándose circunspecto y frío. Rosa, incapaz de moderarse, dijo:

—¿Qué significan esa reserva y esa circunspección? ¿Oyen lo que decimos? ¿Está usted acompañado?

—No estoy solo. Ralph Evans vive conmigo; pero tranquilícese, pues nadie puede oirnos.

—A mí qué me importa... Yo le ruego que me diga á qué extremo han llegado las cosas.

—Pues bien, señora; el marqués de Condottier ha considerado como ofensa mi intervención en el coloquio que sostenía con usted...

—Me imagino, interrumpió ella, que no se prestará usted á los caprichos del marqués de Condottier.

—No sé si el Sr. de Condottier tiene caprichos. Parece despechado porque interrumpí aquella conversación con usted.

—Por lo menos, añadió Rosa con vehemencia, supongo que no cree usted que hubo complacencia por mi parte para encontrarme sola con él...

Valentín permaneció imperturbable.

—Señora, no tengo ninguna opinión de este género, ni hay afortunadamente por qué tenerla.

Rosa se estremeció; hizo un gesto brusco de enérgica protesta, y arrancándose el velillo que la ahogaba, mostró á Valentín su hermoso rostro, pálido y contraído.

—Con todo, ¿me cree usted cuando afirmo que me encontré sola en casa del Sr. de Condottier muy contra mi gusto?

—Señora, no hay nada que me haga dudar de sus afirmaciones.

—Emplea usted conmigo una corrección y una cortesía que son más ofensivas que la brutalidad.

—Para permitirme ser brutal con usted, dijo con amargura, no soy el marqués de Condottier.

—Al fin ha expresado usted su pensamiento, exclamó Rosa encolerizada. Cree usted que Condottier tiene derechos sobre mí y lo dice usted, se atreve usted á decirlo...

Valentín se detuvo ante ella, encogió los hombros, sus ojos centellearon y replicó:

—Sí, me atrevo á decirlo y me estremezco de vergüenza y de rabia. Sí, creo que fué usted á casa de Condottier de acuerdo con él. Que se hubiese usted luego enfadado con el marqués, que éste se hubiese propuesto obligarla á ceder, y que yo llegase para librarle de su insistencia, cosas son que nada significan; es un incidente sin ningún valor, una casualidad. Lo que domina es su connivencia con él, afirmada por todo lo que dice, medita, mancha, babea y calumnia el mundo infame en que ustedes viven; es su connivencia, atestiguada por los privilegios sin número que usted ha concedido públicamente á ese bellaco insolente; es su connivencia, cuyas pruebas se complacía en darme como para cruzarme la cara, sabiendo que sufría atrozmente. Después de todo esto, ¿es extraño que ayer la encontrase encerrada con el marqués de Condottier? Lo sorprendente hubiera sido no haberla encontrado. Pues bien: ese día la habrá tratado con menos caballerosidad que de costumbre, ya que esos hombres de mundo tienen pocas atenciones con las mujeres; la habrá disgustado por cualquier motivo, y usted habrá querido salir

antes que él se lo permitiese. ¿Qué significa todo esto? ¿Que lo que he oído contar con respecto á usted es falso, que lo que le he visto hacer es vano, y que el Sr. de Condottier nada tiene que ver con usted? Señora, ¿me cree usted estúpido?

Rosa le miró un instante satisfecha al verle alterado por la cólera, temblando de angustia y fuera de sí. Después, con mucha calma, dijo:

—Si existiesen esas relaciones que usted supone, ¿por qué le desafiaría á usted? ¿Y por qué habría turbado usted nuestra conversación si creía usted que tenía derechos para retenerme en su casa á pesar mío? Usted sabe perfectamente que entre él y yo no ha habido más que ligerezas, que todo lo que se cuenta son calumnias, y que hasta lo visto por usted mismo es ilusorio

—Entonces, gritó con desesperación, ¿por qué se ha ingeniado usted para hacer fuera de mi presencia y delante de mí todo lo necesario para hacerme creer que si no estaba perdida estaba á punto de perderse?

Rosa movió la cabeza; una sonrisa enigmática y encantadora contrajo sus labios, y dijo:

—¿Por qué? Sí, ¿por qué? He ahí lo que sería preciso adivinar.

Con abatimiento, Valentín dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo

—¡Cómo se complace usted torturándome! Cada vez que la veo quedo rendido, desolado. ¿Qué coqueta tan atroz es usted, para que en este mismo momento venga á provocarme con la deliciosa sonrisa de sus labios burlones y la misteriosa mirada de sus ojos, que prometen siempre y no cumplen nunca? ¿Qué espera obtener de mí en cuanto á cobardía ó locura? Hable, explíquese usted, ya ve que me perturba el cerebro y me desgarra el corazón.

Rosa se sentó á su lado, y levantando el dedo con el gesto autoritario que tan familiar le era, contestó:

—Quiero que al fin me diga lo que piensa, y que en ese cerebro que perturbo y en ese corazón que desgarro no haya nada oculto para mí.

Valentín sintió que un estremecimiento violento agitaba todo su ser, y acercándose mucho á Rosa y con voz baja y temblosa le dijo:

—Usted quiere saber que la adoro, que la he adorado siempre, y que en estos momentos en que tantos motivos tengo para sospechar de usted y temerla, la adoro aún porque mi destino es amarla eternamente, desgraciado, pero fiel hasta la muerte. Sí, desde que pienso, soy suyo, no he podido hacerme dueño de mí mismo á pesar de sus injusticias y crueldades. Sufría en silencio no viéndola como yo había soñado, y era para mí una desesperación inconcebible estar condenado á presenciar su degradación moral. Me fuí al otro extremo del mundo para librarme del horrible espectáculo de ver que aquella que yo deseaba superior á todas las mujeres se rebajaba hasta las más indignas, siendo amiga de una condesa Grodsko y compañera de las locas que sólo buscan en la vida ocasiones de placer. Pero de lejos como de cerca pensaba en usted y tenía sólo un deseo, verla de nuevo aunque fuese para sufrir. A los tres años he vuelto, y ya ve usted que no me he equivocado respecto á lo que esperaba, puesto que desde el primer momento la encuentro envuelta en la odiosa intriga de la que pretende ser víctima. Con razón me decía Evans: «¿Qué va usted á hacer en ese mundo podrido? Quédese á mi lado, en nuestros horizontes inmensos, trabajando libremente y lejos de perversidades y bajezas. Aquí somos reyes; hacemos lo que queremos, y en cuanto vuelva á París se sentirá aniquilado por las costumbres, los préjuicios, los convencionalismos, y se convertirá en un pobre esclavo.» No quise escucharle; volví, y no hay tormento que no haya sufrido. Me avergüenzo de mí mismo; siento horror de los demás; la censuro y la acuso; me pregunto si debo despreciarla, y con todo, la adoro. Usted ha querido saber lo que había en mi cerebro y en mi corazón; pues ya lo sabe. No le he ocultado nada.

Muy dulcemente, Rosa le contestó:

—Ha hecho usted muy bien, y estoy contenta de saber que me quiere. Usted es el único hombre cuyo afecto necesito; usted lo sabía, ¿por qué me lo regateaba? Muy injusta he sido con usted, pero estaba ciega. Cuando hablamos en el jardín de la fábrica de Beaumont, ¿me quería usted tanto como hoy? ¿Por qué no me lo dijo entonces?

—No me atrevía. Mediaba entre nosotros una gran distancia, y para salvarla hubiera necesitado que me alentaran, y usted no me alentó...

—Es cierto. No sabía donde tenía el juicio. Sólo pensaba en una posición elevada, gran fortuna, lujo brillante... Era una chiquilla sin experiencia. Para llegar á ideas sanas y fuertes ha sido preciso que sepa lo que de vano y miserable tenían mis deseos. Recuerdo que Evans y usted, en vez de atacarme suavemente y tratarme con indulgencia, me atacaron de frente, con aspereza, y golpearon con fuerza mis quimeras; pero yo no veía más que por los ojos de mi madre, llena de humos aristocráticos, y de mi padre, que sólo estimaba á la gente de dinero. Para demostrarme hasta qué punto me equivocaba, han sido precisos el conocimiento de la vida y la experiencia de la realidad; pero era ya demasiado tarde. Usted se había marchado y yo me encontraba sola, entregada á mí misma y en medio de un mundo depravado. Me he visto tan adulada, perseguida y acechada, que no me he perdido por milagro. Ahora todo ha terminado y no corro ningún peligro: hemos tenido una explicación; sé que usted me quiere... y voy á ser dichosa.

Valentín la miró con asombro:

—Y ¿cómo pretende acomodar sus sentimientos con su situación? Está usted casada...

Rosa replicó con serenidad:

—Sin duda, pero tengo libertad. Nos veremos todos los días. Mi marido no nos molestará lo más mínimo...

Valentín volvió la cabeza, y luego, como si temiese adivinar lo que Rosa iba á decir, interrumpió:

—¿Y usted será?..

No terminó la frase.

—¿Qué iba usted á decir, replicó Rosa vivamente y sonrojándose? ¿Aceptaría usted esa situación? No lo creo...

—Entonces ¿qué vida nos espera? Tiene usted la pretensión de colocarse por encima de los prejuicios corrientes y razonar de un modo superior, pero no puede desconocer que la situación en que nos encontraríamos llegaría á ser inaceptable. Según usted misma dice, al principio de su vida cometió un error que la ha conducido á la situación en que se encuentra; lo más prudente es seguir en ella.

-¿Y continuar viviendo como vivo? ¡Nunca!

Entonces ¿quiere usted divorciarse?

—Sí, es preciso.

—Y su marido ¿querrá?

—Probablemente no, á no ser que su amor propio le incite.

—Entonces no hay solución.

—Eso es lo que veremos.

—Yo le suplico que no hablemos más de estas cosas. Me parece que son, sólo discutiéndolas, tan depresivas para usted como para mí. Contentémonos con la amistad sincera que nos está permitida.

—Con la condición de que me dará usted todas las garantías de obediencia y buen juicio que tengo derecho á esperar. Nada de cuestiones con el marqués de Condottier. .

—Eso no depende de mí.

—Sí, depende de usted. Si no se agrian las negociaciones empezadas, siempre hay medios de arreglar las cosas; es cuestión de procedimientos.

¿Se conformará el marqués de Condottier?

—Se le obligará.

—¿Quién?

—Evans y mi padre; yo, si es preciso.

—¿Usted? En nombre del cielo le suplico que si quiere que todo termine en paz, no se meta en nada. Si interviene, las cosas se pondrán peor.

—Bien, no haré nada, pero prométame que será usted razonable.

—Sí, y para probarlo, le suplico que vuelva á su casa. Son las once.

—Me voy.

Se colocó el velillo ante el espejo, y para Valentín fué causa de gran satisfacción ver en su casa, elegante y familiar, á esa mujer cuya presencia durante tantos años había deseado. Ella se volvió, le miró un instante como si quisiera grabar su imagen en sus ojos, y sonriendo le dijo:

—Es usted, y sin embargo, no es usted.

—Eso es decir que la opinión que se había formado de mí no corresponde á sus recuerdos. Yo soy siempre el mismo, usted es la que ha cambiado.

—Sí, he cambiado mucho, mucho, murmuró y es una gran fortuna. Usted se acordará de que en casa de mi padre me llamaban riendo la Conquistadora. Tal vez, después de muchas conquistas inútiles ó enojosas, habré llegado á la conquista envidiable: la de un corazón sincero y abnegado.

Rosa le tendió la mano, hizo un movimiento como si fuese á arrojarse en sus brazos, pero ante su rostro grave se contuvo, y esbelta y ligera desapareció por el pasillo.



Cubrióse el rostro con un velillo muy espeso

VI

Folentin se disponía á ir á su despacho, cuando su mujer le pasó recado rogándole que pasase por su habitación. Este género de caprichos eran muy raros en Rosa, y para que se alterase el curso de la reglamentada vida conyugal precisaba que ocurriese algo importante. El banquero cruzó el saloncito, entró en el gabinete de su mujer, y la halló sentada ante su tocador con un telegrama en la mano. Ni siquiera le dió tiempo para que la saludara, con el rostro alterado y los ojos brillantes, que atestiguaban violenta emoción, entregó el telegrama á Folentin diciéndole esta sola palabra:

(Continuará.)

LA PASIÓN EN NANCY

En Nancy se está representando actualmente un espectáculo en extremo interesante, la *Pasión,* que muestra cuán extraordinarios resultados puede lograr una voluntad enérgica, acompañada de un gusto exquisito, para un fin de alta enseñanza moral.

En 29 de mayo de 1904, el padre Petit, después de ocho meses de esfuerzos y de preparación, dió á conocer, no sin gran temor, el ensayo al cual se había consagrado con toda su alma, y el éxito lisonjero que entonces obtuvo hizo esperar que se repetiría todos los años. Esta esperanza se ha realizado, aunque sólo en parte: en efecto, este año se han reproducido las representaciones de la *Pasión,* que durarán hasta el día 1.° de octubre; pero el padre Petit, siguiendo en esto la tradición de Oberammergau, ha decidido que la *Pasión* no se represente sino cada diez años. Lo mismo los creyentes que los profanos amantes de lo bello, así los que se emocionan al oir recitar los Evangelios como los que andan en busca de un teatro popular, han tenido una ocasión incomparable de afirmarse en su fe, al mismo tiempo que de instruirse, pudiendo desde ahora asegurarse que, sea cual fuere la fórmula futura del teatro del pueblo, no realizará una obra más perfecta que la llevada á cabo con laboriosa modestia por el párroco de San José, de Nancy.



LA PASIÓN EN NANCY.—LA CENA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Al reproducirse este año la *Pasión* del padre Petit, se ha renovado y perfeccionado. Hace un año, se trataba de un ensayo; ahora se trata de una obra definitiva; y los espectadores que en 1904 se sucedieron en el vasto patio de la casa parroquial y este año han acudido allí de nuevo, han podido ver una *Pasión* en cierto modo nueva.

La sala, que tenía 2.000 asientos, tiene ahora 2.400 y mide 50 metros de largo por 21 de ancho. Un techo metálico, sostenido por delgadas columnas, la preserva de la lluvia y del sol. El escenario tiene 21 metros de anchura por 15 de profundidad y está circunscrito por decoraciones llenas de luz que evocan la mística Jerusalén; en ciertos momentos, muévense en él 400 actores y comparsas. Añadiendo á este número los coros y la orquesta, resulta un total de 475 personas reunidas para esta obra prodigiosa.

El padre Petit, canónigo honorario de la parroquia de San José, ha copiado de la que desde antiguo se representa en Oberammergau, traduciéndola, adaptandola y transformándola al gusto francés, y haciendo de ella una obra casi original, merced á todo cuanto ha puesto en ella de su fe religiosa, de su sentimiento del arte, de su amor á la belleza.

Conviene decir algo acerca de los caracteres esenciales de esta *Pasión*. Aunque solamente fuese una feliz tentativa de restauración del teatro sagrado, sería una empresa altamente laudable y merecería aplausos el propósito de un sacerdote que, volviendo á la tradición perdida de la Iglesia medioeval, habría utilizado en pro de las creencias las pompas dramáticas. También sería meritoria la obra si se propusiera simplemente hacer revivir á los ojos de los contemporáneos la vida patética y la crucifixión de Jesús y conmoverlos con el espectáculo del drama del Gólgota, porque no hay imagen del pasado que sea á la vez más doloroso para la humanidad cristiana ni que esté más presente en su pensamiento. Pero la *Pasión* de Nancy es algo más que todo esto, es una empresa de belleza grande y total que, al mismo tiempo que expone grandes ejemplos, ofrece una atrevida y memorable realización de teatro popular, la más completa que hasta ahora se haya intentado. Por la amplitud del lugar en que se representa, por las dimensiones del escenario, por el número de personajes, por la perfección de las decoraciones y de los trajes, por la grave sinceridad con que desempeñan su papel actores benévolos, constituye un conjunto de un relieve emocionante y de-



LA PASIÓN EN NANCY.—JESÚS EN CASA DE PILATOS. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



LA PASIÓN EN NANCY.—LA CRUCIFIXIÓN. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

A excepción de algunos músicos, todos, absolutamente todos los que en la representación intervienen son aficionados. En torno suyo, en su propia feligresía, ha encontrado el padre Petit esos admirables colaboradores que se han puesto bajo su dirección, no sólo con una fe intrépida, sino también con una inteligencia sorprendente; únicamente es forastero el actor que personifica á Jesús y que es un contador de Luneville. Y todos, actores y comparsas, representan con una comprensión asombrosa de sus papeles, del aparato escénico y de la verdad dramática, distinguiéndose especialmente Jesús y Judas. Pero más asombroso todavía es el valor de los conjuntos y la singular verdad que emana de las muchedumbres reunidas, contemplando las cuales se experimenta la sorpresa de ver en cada comparsa un actor que se afana por representar su papel anónimo. De ello resulta una emoción intensa, y más de un espectador ha derramado lágrimas en la escena del beso de Judas y ha prorrumpido en sollozos en el instante en que Jesús exhala el último suspiro.

En esto precisamente ha revelado el padre Petit la firmeza de su gusto y su ciencia inteligente. En la sucesión de las escenas ha tenido la ingeniosa idea de reproducir en cuadros plásticos un gran número de pinturas religiosas de conocida fama, como *La Cena,* de Leonardo de Vinci; *El Sepelio,* de Ciseri; *El Descendimiento,* de Rubens; *La comida en casa de Simón,* de Veronese, y otros, que evocan constantemente la belleza. Esta es la principal innovación in-

troducida este año; pero hay otras además, como escenas nuevas, diálogo completamente revisado, más animado, más vivo, trajes nuevos, algunos de los cuales proceden directamente de Palestina, etc.

¿Cómo extrañarse, pues, del éxito prodigioso que desde un principio ha acompañado á esa hermosa tentativa? El año pasado aplaudieron la *Pasión* 100.000 espectadores; este año el número de éstos será aún mayor. Más de sesenta obispos franceses han dado su aprobación explícita á las representaciones de la *Pasión*, y muchos de ellos han acudido á Nancy para asistir á las mismas. También han ido allí con el mismo objeto multitud de notabilidades parisienses del arte ó de la alta sociedad; y no ha habido turista que recorriera aquella parte de Francia que no se haya detenido un domingo en aquella ciudad. Muchos extranjeros, especialmente de Bélgica, Suiza, Luxemburgo y Alsacia Lorena, han proporcionado asimismo un buen contingente de espectadores. En suma, la *Pasión* de San José se convierte en lugar de peregrinación como Oberammergau; hermosa desde el punto de vista artístico, es además significativa por su carácter religioso y «está llamada á hacer el mayor bien,» según la frase empleada por S. S. Pío X al enviar su bendición á los organizadores.

La *Pasión* se divide en dos partes. La primera empieza á las nueve y media de la mañana y comprende las principales escenas de la vida de Jesús, cada una de las cuales va precedida de un prólogo recitado por un corifeo, rodeado de veinte ángeles, y de un cuadro plástico simbólico correspondiente á la escena que se va á representar; esta primera parte dura hasta las doce menos cuarto. A esta hora se suspende la representación hasta las dos menos cuarto, en que comienza la segunda parte dedicada á la



MORILLO PARA CHIMENEA, escultura de Ernesto Copestick

Pasión propiamente dicha, desde el beso de Judas hasta la resurrección, que es la apoteosis final.

El precio de las localidades varía, según la clase, entre dos y diez francos.

La *Pasión* de Nancy constituye, pues, un espectáculo eminentemente popular, ya que es representada por gentes del pueblo, es accesible al pueblo por la modicidad del precio de entrada y está destinada á difundir entre el pueblo el arte, la belleza y la fe.

El padre Petit, autor del libro y director general de esta obra considerable, ha demostrado ser un organizador de primera fuerza y un verdadero artista, y con recursos relativamente limitados ha realizado una empresa notable desde todos los puntos de vista y digna bajo todos conceptos de calurosas alabanzas.—N.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL ARROZ, por *M. Rodríguez Navas*. – En este libro, que acaban de publicar los Sres. Bailly-Baillière é Hijos, de Madrid, da á conocer el distinguido publicista agrícola Sr. Rodríguez Navas todo cuanto con el arroz se relaciona, desde la historia, descripción botánica y plantación, hasta su recolección, usos y aplicaciones, y enseña cómo en cualquier región de España es fácil de cultivar esta gramínea, una de las más productivas. Precio del libro: dos pesetas en rústica y 2'50 encuadernado.

OBRAS MENORES DE CERVANTES. – En dos tomos de la Biblioteca Diamante, que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Antonio López, ha coleccionado el cervantista Sr. Givanel lo que califica de *Obras menores de Cervantes:* el primero comprende varias composiciones poéticas poco conocidas del inmortal autor del *Quijote*, y el segundo está dedicado exclusivamente al *Viaje al Parnaso*. En el primero hay, además, un notable prólogo del Sr. Givanel. Precio de cada tomo, dos reales.



La separación de Suecia y Noruega. – Los delegados suecos y noruegos en la conferencia de Carlstadt, reunida para resolver importantes cuestiones que son consecuencia de la ruptura del pacto de unión. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Después de haber manifestado Noruega de una manera tan concluyente y tan unánime, por medio del reciente plebiscito, su firme voluntad de separarse de Suecia, ha sido preciso proceder á la determinación de las condiciones en que esta separación ha de efectuarse y al arreglo de una multitud de cuestiones que dicha escisión plantea.

A este objeto, los dos gobiernos, de común acuerdo, han nombrado una comisión mixta que actualmente se halla reunida en Carlstadt, compuesta por parte de Suecia de los señores Lundemberg, presidente del Consejo; Wachtmeister, ministro de Negocios Extranjeros; Hammarskjoeld, ministro de Cultos; y Staaff, ministro sin cartera (en la adjunta fotografía los dos primeros están sentados á la izquierda, y los dos últimos, de pie detrás de ellos), y por parte de Noruega, los Sres. Michelsen, presidente del Consejo; Loevland, ministro de Negocios Extranjeros; Berner, presidente del Storthing; y Vogt, ministro sin cartera (los dos primeros son los que están sentados á la derecha, y los dos últimos, de pie detrás de ellos).

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 25 de septiembre de 1905 — Núm. 1.239

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MATER PURISSIMA, busto en bronce de Adolfo Apolloni

Recomiéndase esta escultura por el delicado misticismo que revela, simbólica expresión de la cristiana creencia y del ideal artístico que tantas maravillas produjo en el glorioso período en que se confundieron las aspiraciones del artista con el fervor del creyente. La tranquila actitud y severa expresión del semblante sintetizan ese algo que se traduce en un compendio de esperanzas y recuerdos, de sentimiento y afecto. La notable obra de Apolloni, inspirada en las producciones de los maestros del siglo de oro, distínguese, aparte de los primores de procedimiento, por su majestad y belleza, cualidades distintivas de esta clase de manifestaciones.



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Eter! ¡Colonia! ¡Sal inglesa! ¡Vinagre! Sobre todo ¡aire, aire! ¡Una corriente que parezca tromba, y en un segundo barra, arrastre, disuelva en las nubes arremolinadas y remotas este ambiente de mentira electoral en que hemos vivido quince días y en que aún nos encontramos envueltos!

Comprendo cuanto del sistema parlamentario se diga, y no se dice poco... Es realmente la más absoluta de las farsas. Y sucede una cosa curiosa: ciertos gobiernos, por lo menos ciertos jefes de partido, sintieron, en momentos dados, la nostalgia de la sinceridad, y trataron de infundir esa sinceridad al mecanismo de las elecciones, prescindiendo de que necesitaban, para no caerse, de ese puntal que se llama una compacta y disciplinada mayoría... Y han sido los oligarcas menores, los caciquillos de provincia y aldea, los que estorbaron tan excelentes propósitos. Substituyendo á la autoridad central, gerárquica y superior, su propia tiranía, se encargaron del funcionamiento de la herrumbrosa máquina, de los ardides, tretas y coacciones; encargaron una partida de pucheros, requirieron garrotes, amasijaron ayuntamientos..., y la única diferencia fué que el mal no vino tanto de arriba, pero por lo mismo fué mayor. No es la primera vez que vienen de arriba iniciativas, esterilizadas por las capas donde cae ese germen y que no sólo no lo dejan brotar, sino que se asocian para destruirlo.

***

Nos preside la mentira —ha dicho Costa, con su acostumbrada energía de expresión.—Es poco, sin embargo, afirmar que nos preside; nos empapa, nos penetra como la gruesa niebla de estas tardes de principios de otoño empapa el pelo y la ropa.

Y no es lo peor que vivamos infiltrados de tan continua mentira, sino que nadie, absolutamente nadie, echa de menos, en cuestión de elecciones, ni aun aquella partícula de verdad que debe existir en todo lo humano. Nadie encuentra extraño, sino corriente y natural, que determinados candidatos representen á distritos donde ni poseen una aranzada de tierra, un amigo personal; donde ni han puesto siquiera los pies. Nadie reprueba que, de la noche á la mañana, una orden emanada del despacho de un gobernador cambie, con las sílabas de un nombre, la representación supuesta de la voluntad popular de un distrito. Al que tales cosas comentase, se le reirían en su cara, no solamente los señores que están de vuelta, que cazan largo, sino los payos de mi tierra. Si llamaseis á ese hombre del terruño, á ese payo ladino y cándido á la vez, y le dijeseis: «Mira, esto de las elecciones debiera significar que tú con tus calzones de paño pardo, tu pelo en guedejas medioeval, tus manos callosas y tus zuecos manchados de estiércol; tú, el *mujik* que cotidianamente has de verter tu sudor para ganar la taza de caldo de berzas; tú, que no te crees nadie, eres un átomo de una cosa muy grande que se llama la voluntad nacional, y tu voto una fuerza que puede contribuir á que la marcha del Estado sea más próspera, los impuestos más llevaderos y equitativamente distribuídos, el porvenir de tus hijos menos precario; tu voto es todo esto, y eres libre para emitirlo según conviene,» el payo se rascaría la oreja, se sonreiría desconfiado y socarrón, y murmuraría con los ojos errantes por el suelo: «Yo voto á quien mande D. Fulano. Hay que votar según nos mandan.»

***

Tal es la trapisonda electoral, que no engaña ciertamente á nadie, y cuyo resultado peor, á mi juicio, consiste en que impide la formación de las altas personalidades, directivas con justicia, por sus méritos, por su capacidad, por su originalidad y frescura en la manera de entender las direcciones de la política moderna.

¿Quiénes deberían representar á una nación, si estas cosas se hiciesen con algún respeto á la realidad? Sus magnates, sus celebridades, sus prohombres, sin duda; los mejores. Y la representan los tertulianos de un político, los mediocres irremediables, de inutilidad notoria, los intrigantes, los invertebrados y los indocumentados, los antojadizos que adquieren el acta como adquirirían una localidad para los toros, y los mudos del cerebro, cuya lengua trabajosamente articula el *sí* y el *no* de ordenanza.

En casa se quedan los que no poseen el secreto del apoyo y la aldaba..., y en casa se quedarían si hoy viviesen Cervantes, el Cid, el cardenal Cisneros, Aranda (si no tenían de su parte á algún cacique mayor ó menor). Podemos asentir á lo que dice Max Nordau en su *Mentira política*, que los hombres que han suscitado mayores simpatías, ejercido más poderosa influencia sobre las grandes masas, engendrado odios acérrimos y devociones ferventísimas, los genios más altos, los individuos más gloriosos, Goethe, Kant, Carlyle, no obtendrían hoy, ni en la ciudad ni en el campo, un solo voto sin el sostén de esa oligarquía, de esa plantilla y red vasta y apretada de caciques de varias magnitudes.

***

Como á veces se impone la filosofía del doctor Pangloss, todavía hemos de agradecer que, haciéndolas tan mal, hagan las elecciones estos caciques. La voluntad nacional, no existiendo, mal podría manifestarse; no cabe dejar en libertad para votar, puesto que nadie votaría. Yo conozco infinidad de españoles, inteligentes, conscientes, que no han votado nunca; ni por la imaginación se les pasa ejercer tal derecho. Por indiferencia ó por escepticismo, el derecho es enteramente imaginario. La inercia es ley. La actitud del español ante la urna es, casi siempre, un alzar de hombros. Esta inercia formidable deja el campo libre á los oligarcas. Suelen éstos ser gente que todo el año se esconde; no les encontraréis en ninguna corriente de actividad social, de modo que llegáis á olvidaros de su existencia—hasta que llega el momento solemne de las elecciones.—Entonces averiguáis, de pronto, que ese trozo del mapa de España donde sentáis los pies es propiedad política de D. Mengano ó de D. Prencejo... Ni siquiera de un *don*; de Mengánez ó Perengánez *tout court*, de un sujeto amorfo, borroso, que á la sordina es el amo, es el dueño... «Allí no se hace nada no contando con Perengánez...,» oís silabear al gobernador, al ex ministro, al político algo renombrado, de cartel. Pero á su vez, Perengánez necesita que le sancionen, que le corroboren, que le echen tapas y medias suelas de influencia central..., y así Perengánez pertenece á la influencia, y la influencia á Perengánez pertenece, y cuando le veis pasar por la calle al lado de los orondos senadores y los graves ex ministros, cuchicheando, solícito y reservado á un mismo tiempo, como quien sabe lo que vale y lo que pesa, no podéis menos de recordar *scies* del género chico, y tararear: «Ahí va...,» no el *tío del gabán*, sino el de la chaqueta ó el chaqué de diez modas atrasadas, que imprime á la vida política de España más impulso que Ramón y Cajal, Pérez Galdós y otros compatriotas cuyo nombre ha traspasado la frontera.

***

No por lo que voy diciendo dejaré de reconocer algunos beneficios y utilidades que reportan las Cortes. Pestes se hablan de ellas, pero no nos hemos puesto en el caso de lo que sucedería si transcurriese un largo plazo sin que los gobiernos tuviesen que arrostrar las contingencias de una campaña parlamentaria. Yo creo que estaríamos infinitamente peor gobernados (sin que esto signifique que lo estemos muy bien). Y esta opinión mía respecto á la utilidad relativa de las Cortes, tengo el gusto de que sea la misma de persona tan competente, tan admirablemente condicionada para la política como D. Antonio Maura. Declara este muy ilustre hombre público que el actual estado de hábitos y prestigios de las Cortes casi no admite ya empeoramiento, principalmente por el abuso de las llamadas cuestiones de confianza y el perenne certamen de docilidad y vilipendio á que suelen ser dedicadas las mayorías; pero considera irreemplazable, sin embargo, la misión constitucional del Parlamento, y cree que sin las Cortes, toda obra redentora perdería la inestimable calidad de *legítima*. Sin las Cortes, faltarían al gobierno advertencias y colaboraciones de verdadero valor. Ni aun en «lo ínfimo de su actual depresión» son las Cortes del todo infecundas, pues conservan su oficio preservador por la publicidad de la censura, «y hasta por la misma contraposición é incompatibilidad de los insanos egoísmos.»

***

Sí; habría que temer más aún si faltase ese reñidero de gallos, esa plaza de novillos, ese aquelarre, ese dormidero y aburridero, ese melonar de cabezas calvas, ese Corral de la Pacheca político que se llama el Congreso de los Diputados... Y creo que (á pesar de la convicción de que en medio de todo, y aparte de los caramelos y las *broncas*, en el Congreso hay algo efectivamente bueno y provechoso) también debo declarar que moralmente le es muy superior el Corral de la Pacheca. Y es que allí, bajo la ficción, está la verdad humana, intensa, del arte, de la hermosura, mientras bajo la ficción del Congreso sólo está la realidad de los apetitos y las concupiscencias.

***

Dicho todo esto, repaso la lista de los candidatos triunfadores, y ya empiezo á desdecirme ante mí misma (esto me sucede á cada cuarto de hora), reconociendo que entre ellos hay infinitos sujetos de valer, capaces de representar dignamente al país, y que no entiendo por qué, con unas Cortes lucidas, en conjunto, la campaña no había de ser brillante y fructuosa. ¡Dijérase que en esto danzan los malignos encantadores que estorbaron tantas hazañas del Ingenioso Hidalgo!

***

Cerrada, con esta apreciación involuntariamente benévola, la serie de mis impresiones del período electoral, me acuerdo de que ya se acerca el momento de la visita del presidente de la República francesa á la capital española.

M. Loubet no es, que yo sepa, artista, y por lo tanto no creo que prefiera, en su egoísmo de sensaciones artísticas, la España antigua á la España más ó menos modernizada que le presenten ediles celosos y gobernantes atareados para «quedar bien.»

Si el presidente anduviese enamorado del color, de la fisonomía, de la pátina, de todas esas cosas que seducen irremediablemente á los que una vez las han saboreado, diría con el sueco Grippenberg, en la bella traducción de Zayas:

«No despiertes, España, del profundo
sopor de las pretéritas edades,
aunque el cimiento á conmover del mundo
sientas venir tremendas tempestades...
Duerme, duerme, país maravilloso,
bajo el azul intenso de tu cielo,
que es tu atávico sueño más hermoso,
que de otras razas el febril anhelo...»

¡Ah! Si Loubet perteneciese al número de los finos egoístas á quienes agrada ver dormir á los pueblos con tal que duerman así, bajo un cielo magnífico y soñando cuentos sublimes, ¡qué antipáticos le serían los pocos aspectos de vida moderna, de gran capital civilizada, que en Madrid pueden ofrecerse á su indulgente aprobación! Afortunadamente para mi amigo el alcalde de Madrid, Loubet no es poeta, no echa de menos las dueñas, las tapadas, los hidalgos de tizona, las ardientes serenatas, los relámpagos de la hoja de Toledo, ni la gran sombra del Cid Campeador, surgiendo en las infinitas llanuras castellanas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL PINTOR ARGENTINO EDUARDO SÍVORI

Eduardo Sívori nació en octubre del año 1848. Cuando en Buenos Aires muy pocos se ocupaban de pintura, sus aficiones le llevaron á arreglarse un espacioso taller al que concurrían los contados entusiastas de aquellos tiempos. El director artístico de ese cuasi primitivo taller era el pintor italiano José Aguyari, que hacía algún tiempo residía en la



El notable pintor argentino EDUARDO SÍVORI

República Argentina y que corregía los estudios de los concurrentes, entre los que se contaban Alfredo París, Eduardo Schiaffino, actual director del Museo Nacional de Pintura, D. Miguel Vucassovich y nuestro biografiado.

Un día tuvieron la idea de fundar una sociedad artística y emprendieron los trabajos en este sentido, trabajos que tuvieron por resultado la creación del «Estímulo de Bellas Artes,» que fué prosperando y que por el año 1879 abrió la primera escuela de dibujo y pintura bajo la dirección del profesor Romero, italiano de nacionalidad. Los primeros alumnos fueron menos de una docena, pero entre ellos se encontraba D. Eduardo Sívori. Hoy, el «Estímulo de Bellas Artes» está transformada en Academia Nacional bajo la salvaguardia del ministro de Justicia é Instrucción Pública, á la que asisten más de seiscientos alumnos de ambos sexos.

En el año 1882, Sívori envió á la exposición de *Blanc et Noir,* de París, un fumino que mereció los honores de una medalla de bronce, y este humilde premio fué el que le decidió á seguir y cultivar exclusivamente el arte pictórico, liquidando los negocios que con su hermano tenía. Una vez realizado lo que poseía, marchóse á estudiar á París, donde permaneció ocho años, estando primeramente bajo la dirección de Rafael Collín y de Juan Pablo Laurens después. Expuso en los Salones de 1886 á 1890 y en la Exposición Universal de 1889.

Regresó á su patria, donde fijó definitivamente su residencia, y desde 1893 ha tomado parte en todas las exposiciones oficiales de pintura organizadas en Buenos Aires, habiendo ganado en ellas los primeros premios del Gobierno Nacional y de la Municipalidad. En la internacional de San Luis (Estados Unidos) ganó medalla de oro su cuadro *A la querencia,* que ha sido adquirido por el ministro de Justicia é Instrucción Pública para el Museo Nacional de Pintura.

Los cuarenta y dos cuadros de diferentes tamaños y asuntos que ha expuesto recientemente en el salón Castillo, han tenido grandiosa aceptación, pues dejando aparte la media docena de retratos de pertenencia particular, los demás han sido adquiridos en su totalidad, resultando una exposición que ha dado verdadera honra y provecho al mimado artista. Descartados los retratos, todos los demás son paisajes y asuntos de la tierra tratados con la dulzura especial del maestro, sobresaliendo muy notablemente una marina con luz de amanecer, un atardecer, un paisaje muy sentido, *A orillas del río, Tormenta de verano,* el precioso estudio *Don Domingo, Cosquín, Sierras de Córdoba, Rincón en las islas,* fresco y grandioso paisaje, tan abundantes en las encantadoras islas del Delta del Paraná; *Madre é hijo,* paisaje lleno de vida en las dilatadas llanuras de la Pampa argentina. Son además muy dignos de mención *La laguna de los patos* y la *Tropilla.* Entre los retratos sobresalen el de una de las señoritas de la más distinguida sociedad bonaerense.

Asuntos y tonos hieren, pues, agradablemente la retina y llenan de placidez el alma de los visitantes que en gran número han acudido al bonito local de la fotografía Castillo y han hecho el milagro de la venta completa, por lo que felicitamos muy sinceramente al Sr. Sívori.

JUSTO SOLSONA.



TROPILLA, cuadro de Eduardo Sívori. (Salón Castillo, Buenos Aires.)



A LA QUERENCIA, cuadro de Eduardo Sívori, premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Luis (Estados Unidos) y adquirido por el gobierno argentino para el Museo Nacional. (Salón Castillo.)

JUSTICIA

No soy de los que niegan la divina, ni desconfío en absoluto de la humana; antes me complazco en pensar que existen una y otra, viendo en la primera un consuelo y en la segunda una garantía. Sin aquélla, sería horrible la muerte, y sin ésta, imposible la vida.

La de arriba es inmutable y en ella ponemos nuestra esperanza; la de abajo, como obra del hombre, está sujeta á extravíos, y la miramos, naturalmente, con cierta prevención.

¡Cuántas veces en el terreno civil, de los dos litigantes ha salido condenado con costas el que tenía razón! ¡Cuántos ejemplos se han visto de criminales absueltos y de inocentes castigados!

Los pesimistas, aquellos que todo lo miran por el lado feo y pecaminoso, ante hechos de esa naturaleza se desatan en improperios contra los jueces que se prestan al soborno ó los jurados que se dejan llevar de la pasión al emitir su veredicto.

Los benévolos para con el prójimo, que en todo buscamos una justificación plausible, atribuímos la injusticia del fallo á deficiencias del procedimiento ó á apariencias disfrazadas de realidad. Seguramente alguien se reirá de nuestra candidez. Enhorabuena: preferimos pecar de cándidos á pasarnos de maliciosos.

En nuestro humilde sentir, tamañas aberraciones no reconocen por causa, salvo excepciones contadísimas, la corruptibilidad ó apasionamiento, sino la imperfecta reglamentación de los trámites ó alguna circunstancia especial de engañosa apariencia que concurrió en el proceso.

La cuestión de procedimiento es terrible: porque el abogado omitió un detalle al fijar los puntos de hecho, porque tal escrito no se presentó en tiempo oportuno, por cualquier insignificancia, se pierde un pleito que debía ganarse. ¿Hemos de culpar por ello á los magistrados que se ciñeron á los preceptos legales?

Y al jurado, compuesto en general de individuos de muy buena fe, pero escasos de perspicacia y no sobrados de inteligencia, en ocasiones dadas, cuya obligación se limita á votar con arreglo á su convicción moral, ¿podremos recriminarle si, engañado por la conciencia, incurre involuntariamente en una lamentable equivocación?

En todos los países del mundo se han registrado graves errores judiciales; cosa triste en verdad, pero inevitable, mientras no llevemos escrita en la frente la culpabilidad ó la inocencia; mientras la fatalidad se complazca en desfigurar los acontecimientos hasta el punto de confundirse lo aparente y lo real.

* * *

Sin ir más lejos, y aquí quería yo venir á parar, lectores queridísimos, en España arrastró grillete, durante largos años, un hombre de bien á carta cabal, limpio de toda culpa y condenado, sin embargo, por la justicia, con pleno fundamento. Ved si era fundada la sentencia, que el infeliz fué á presidio convicto y confeso, fijaos bien; convicto y confeso de un crimen... que no había cometido.

¡Oh! Es un caso curiosísimo y voy á contároslo.

En el café taberna de un pueblecillo murciano en contráronse, en una cruda noche de invierno, Ramón el panadero, mozo bienquisto de todos los vecinos por sus excelentes cualidades, y Melchor, el sobrino del alcalde, á quien nadie podía ver por su carácter soberbio y camorrista; novio oficial el uno y pretendiente desdeñado el otro de la hija del pregonero.

Parece ser que excitado por los vapores del vino, que fácilmente se le subían á la cabeza, y por el coraje almacenado en su pecho, se permitió Melchor ciertas frases injuriosas para la muchacha, con el propósito de mortificar al afortunado rival.

Ramón, que si nunca buscaba pendencias, tampoco escondía la cara cuando un impertinente, por pintado que fuera, le urgaba en serio, trincóle de la chaqueta, y sin descomponerse, pues no era amante de ruido, le dijo en voz baja arrastrándole hacia la puerta:

—Todo eso vas á sostenérmelo fuera, ¡borracho, canalla!

Por aquello de la negra honrilla, aunque iba con más miedo que piernas y rebuscando en su imaginación un medio para salir del atolladero en que se había metido, siguióle automáticamente Melchor hasta la salida del pueblo, en donde su contrario, con la ceguedad de la ira, le echó á distancia de un empellón, incitándole á que se defendiera si no quería morir como un perro.



El predilecto, cuadro de Manuel Feliu

—¡Será capaz de hacerlo!, pensó el promovedor del lance.

Y sacando fuerzas de flaqueza, tiró del cuchillo que llevaba en la faja, á tiempo que Ramón le acometía con el suyo.

¡Pocos momentos duró la lucha! Melchor exhaló un ¡ay! angustioso, murmuró «¡Me has muerto!» y cayó redondo, en tanto que Ramón, horrorizado de su obra, arrojaba el arma fatal y huía á la ventura para burlar la persecución de que no tardaría en ser objeto.

* * *

Quiso el demonio que, segundos después de haber abandonado la taberna los dos rivales, llegase á ella Manolo, un primo de Melchor y que era el gallito del pueblo, uno de tantos matachines de oficio que le sueltan una puñalada al lucero del alba sólo por pasar plaza de valientes. El tabernero, que algo había traslucido, se dió prisa á comunicarle sus sospechas, con la sana intención de impedir una desgracia, y Manolo partió como una exhalación al encuentro de aquéllos, cuyos pasos se percibían aún. jurando y perjurando que ó se avenían á razones ó acababa con los dos.

¡Ya hemos visto que llegó tarde! Melchor yacía tendido sobre el húmedo suelo, cadáver, al parecer.

Júzguese de la estupefacción de Manolo cuando, al aproximársele, le vió levantarse de un salto y le oyó decir en son de chunga, restregándose las manos de gusto:

—¡Cómo le he burlado! ¡No le hacía tan tonto!

Encendiósele al matón el semblante, cogió por los brazos á su primo, y zarandeándole cual si fuera un muñeco, le preguntó, sin atreverse á creer lo que empezaba á adivinar:

—A ver, á ver; ¿qué significa esto? Explícate claro.

—Pues, nada; que me he fingido muerto para que me dejara en paz.

No cabe expresar la rabiosa desesperación que se apoderó de Manolo al considerar que un pariente suyo hubiese sido capaz de semejante cobardía, ni el decoro permite repetir las blasfemias y soeces insultos que salieron de su caballeresca boca, en tanto que recogía la navaja de Ramón, sobre la cual acababa casualmente de asentar el pie.

Era preciso que Melchor fuese de piedra berroqueña ó pasta flora para no perder los estribos al oirse llamar calzonazos, marica y sin vergüenza.

En fin, que la cosa pasó á mayores y los dos primos vinieron á las manos y se enredaron á navajazo limpio, no tardando en caer, de veras esta vez y partido el corazón, el que cinco minutos antes se había tirado de mentirijillas.

Luego, orgulloso de su hazaña, el matador se fué tranquilamente á dormir, dejando junto al interfecto el arma homicida, de la que al siguiente día se incautó el Juzgado, como cuerpo del delito.

* * *

El resto se adivina: preso Ramón, confesó de plano, convencido él mismo de su culpa y relatando el hecho de manera que no dejaba lugar á duda. El tribunal, obrando en justicia, le condenó á presidio; y allí se pudriría aún probablemente si algunos años después el verdadero criminal, próximo á comparecer ante el de Dios y temeroso del eterno castigo, no hubiera revelado al confesor la verdad por tanto tiempo oculta tras una funesta apariencia.

Decidme, carísimos lectores; en el caso que he referido y otros muchos análogos que se habrán presentado ó presentarse pueden, ¿sería lógico formular acusaciones, exigir responsabilidades?

Salvador Carrera.

ALGUNAS RELIQUIAS IGNORADAS

DE MARÍA ANTONIETA

De las figuras interesantes y poéticas de la historia, pocas nos son tan simpáticas como la de María Antonieta. Los objetos que le pertenecieron tienen hoy día un precio fabuloso, por más que intrínsecamente valgan poco. Todos los museos de Europa poseen colecciones de semejantes tesoros.

Pero algunas de estas reliquias, varias de las cuales reproducen los grabados de la página 621, han escapado por extraño modo á las manos de los coleccionistas y á las investigaciones de los curiosos. Se hallan en poder de una familia del Norte de Irlanda y en ella es probable que permanezcan mientras exista, porque hasta en este tan menospreciado mundo mercenario se hallan todavía personas lo bastante cándidas y poco prácticas para anteponer el sentimiento al lucro.

Una medalla de plata, dos tazas con sus platos, un álbum deteriorado, tres miniaturas, una de ellas rota, una vieja partida de bautismo y un pequeño broche esmaltado son los objetos que componen esta colección, cada uno de los cuales representa un eslabón de la historia de una amistad que, nacida entre la aparatosa falsedad de la más corrompida de

las cortes francesas, fué lo bastante verdadera para sobrevivir á las intrigas y á la adversa fortuna.

El barón Bonnefoi du Charmel, oficial del ejército francés y gentilhombre de S. M. el rey Luis XV de Francia y del delfín, estuvo presente al matrimonio de éste con la archiduquesa María Antonieta de Austria.

Así lo prueba la medalla de plata que, como saben



Miniatura rota de los hijos de María Antonieta, que besaba y bañaba con sus lágrimas, cuando estaba prisionera en la Conserjería.

los numismáticos, fué acuñada con dicho motivo y que el rey distribuyó entre las personas de la corte que estuvieron presentes á la ceremonia.

Pasaron los años; la partida de bautismo cuya fotografía publicamos, tomada del original, tiene la fecha de 1774; es el jalón siguiente, que nos trae el recuerdo de otra fiesta palatina, el bautizo del hijo del barón, Pedro Carlos, á quien tuvo en la pila la joven delfina. Todos los que firman la citada partida, á excepción de dos, fueron encarnizados, pero ocultos enemigos de María Antonieta.

Pero lo que con más elocuencia nos habla de los





Dos retratos hechos al lápiz que se hallan en distintas páginas del álbum

tiempos pasados, son el álbum deteriorado y la rota miniatura.

El álbum es pequeño, está encuadernado en fuerte cartón verde, y en su primera página se halla la siguiente inscripción: «Madame Vitry. Versailles. 5 de noviembre 1781.»

No se sabe de cierto si fué regalo de dicha señora á la reina ó si, simplemente, es su firma puesta bajo el dibujo que sobre ella se ve. Pero no hay duda ninguna de que en el año fatal de 1789 ya estaba en poder de María Antonieta y que fué de las pocas cosas que pudo llevarse al Temple.

En muchas de sus páginas se ven dibujos al lápiz, en su mayoría retratos al parecer, algunos hechos con bastante habilidad, otros de una mano mucho más torpe.

Los dueños del álbum creen que los mejores son obra de alguna persona de la corte, tal vez de la misma Madame Vitry.

Pero una pequeña acuarela, que representa á tres corazones inflamados sobre un altar, por encima del cual hay una corona con las palabras «*Un seul me suffit,*» escritas en la parte superior del dibujo con tinta ya muy apagada, y los renglones amistosos que se hallan sobre el otro dibujo sin terminar de esta misma página del álbum, son sin duda obra de las reales manos. Lo defectuoso del dibujo, la letra y la fecha, así como la tradición digna de crédito, prueban la certeza de esa afirmación.

Sueltos entre las hojas del libro hay numerosos grabados de colores chillones, recortados como para pegarse en el álbum de un niño. Estos grabados debieron ser recortados ó por María Antonieta ó por Mme. Isabel para entretener al pequeño delfín y á su hermana en los primeros días de su cautividad en el Temple.

Sobre esto no cabe duda por la razón siguiente: el rey, la reina, Mme. Isabel y los dos niños no tenían en dicha prisión más acompañamiento que el de sus carceleros. Damas de honor, cortesanos, todas las pintadas mariposas que revolotean en torno á los reyes durante la prosperidad, hacía tiempo que habían desertado. «La noche del 19 de agosto, dice Madame Tschudi, mandó la Comuna mensajeros para hacer salir á todas las personas que no fueran de la real familia.» Los carceleros y sirvientes, nombrados por la municipalidad, eran de lo más bajo y vil, tan ignorantes como crueles, sin poder ni querer consolar ni distraer á nadie. De seguro que no fueron ellos los que hicieron los dibujos y recortaron los grabados. Y que esos recortes debieron hacerse en los primeros días de su encierro, se deduce del hecho de que más tarde les fueron quitados todos los objetos que, como tijeras, cuchillos, agujas, etc., pudieran servir de armas.

La miniatura de los reales niños evoca otros cuadros todavía más tristes. Insultada, calumniada, amenazada, muerta de hambre, viuda, separada de su hijo pequeño, cuyos tormentos se veía obligada á presenciar á través de las grietas de los muros de su prisión, María Antonieta padeció como pocas han padecido ni antes ni después.

«Hasta septiembre de 1793, dice también Madame Tschudi, permitieron á la reina que conservase su reloj, regalo de su madre, que llevaba sujeto á una bonita cadena pequeña que le rodeaba la garganta; pero entonces, á pesar de sus lágrimas y resistencia, se lo quitaron, como también dos anillos de diamantes que aún brillaban en sus enflaquecidas manos, uno de ellos el de boda; pero pudo ocultar un medallón con el retrato de su hijo, que conservó hasta pocas horas antes de su muerte.» Esa rota miniatura, arrancada de su medallón, es la misma mencionada por Mme. Tschudi, según se verá después.

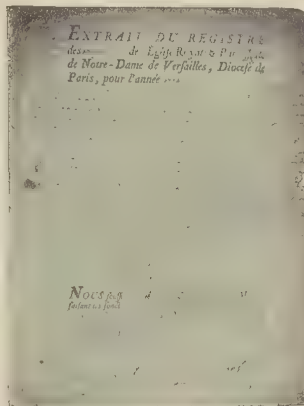
¿Qué hacía entre tanto el barón Bonnefoi du Charmel? Su nombre no se menciona en la relación de las infinitas intrigas y escándalos de la corte, que apresuraron la revolución. Cumplía sus deberes sin ostentación, con tacto y prudencia, disfrutando del aprecio de la reina. No pensó en emigrar; algunas personas de su familia lo hicieron, mas él permaneció en la corte.

Cuando la monarquía francesa sucumbió, corrieron la misma suerte el rey y el cortesano. También fué Bonnefoi du Charmel encerrado en el Temple, pero en distinta torre que la familia real.

Pocos meses después, María Antonieta fué trasladada á la Conserjería. Sabemos que sólo llevó consigo un traje viejo de piqué, un frasquito de esencia y la miniatura escondida. Antes de salir del Temple pudo enviar algunos pequeños presentes de despedida á sus más fieles amigos; entonces fué cuando llegó á manos de Bonnefoi du Charmel el maltratado álbum verde.

Dos días antes de ser guillotinada, volvió á acordarse la reina del barón, y le envió, para que acompañase al álbum, la miniatura.

Había en la Conserjería cuatro personas cuyos corazones no estaban completamente cerrados á todo acceso de piedad. Una anciana de ochenta años, de apellido Lariviere; Bault, el llavero; su hija, y Rosalía Lamorliere, joven sirvienta. Una de ellas (dice la tradición de familia que fué Rosalía) se ofreció, corriendo grandes riesgos, á servir de mensajera, y



EXTRAIT DU REGISTRE

de Notre-Dame de Versailles, Diocèse de Paris, pour l'année

Nous

Partida de bautismo que prueba que María Antonieta fué madrina del hijo del barón Bonnefoi du Charmel

el retrato llegó con toda seguridad á poder de Bonnefoi du Charmel.

El 16 de octubre de 1793, María Antonieta de Lorena y Austria aparecía por última vez ante aquel populacho soez y sediento de sangre que ni siquiera respetaba los últimos momentos de aquella infortunada reina que iba á pagar con su vida en el cadalso faltas que ella no había cometido.

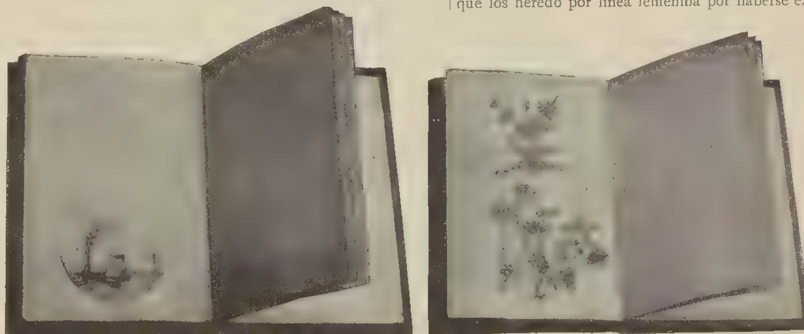
Uno ó dos días después de la muerte de la reina, la siguió el barón también al cadalso, cumpliendo así hasta el fin sus deberes de gentilhombre de cámara.

El álbum y la miniatura fueron entregados por Bonnefoi du Charmel á su compasivo carcelero, que muerto aquél los envió, con grandes dificultades, á los parientes emigrados del barón, teniendo la buena suerte esas reliquias de llegar al fin á su destino. Las tazas, la medalla y los otros objetos los había conservado cuidadosamente la familia á través de sus peregrinaciones.

Todos ellos se han ido transmitiendo en la familia de una en otra generación, á la que hoy en día tal vez sean lo único que les recuerde su pasado esplendor, la lealtad de su antecesor y la gratitud de la reina.

Ahora los posee una familia de distinto nombre, que los heredó por línea femenina por haberse extinguido la descendencia masculina de los Bonnefoi du Charmel.

JUANA VÍCTOR BATES.



El álbum deteriorado y deslucido con que la reina entretenía á sus hijos, mientras estuvo encerrada en el Temple

TERREMOTOS EN CALABRIA

Desde el mes de agosto último, las poblaciones de la región más meridional de la península itálica estaban alarmadas por los fenómenos eruptivos del volcán Strombolli, que habían hecho inhabitable la isla de este nombre, cuyos pobladores la abandonaron en masa, dirigiéndose á las vecinas islas Eolias.

Creíase que esta erupción excepcional significaba la apertura de una válvula de seguridad para los territorios del extremo Sur de Italia, cuando á las 2 y 45 minutos de la madrugada del día 8 de septiembre, una violentísima sacudida ondulativa de 24 segundos de duración sembraba la desolación y el terror en la extensa zona comprendida entre Messina y Monteleone.

Aquel terremoto, al que siguieron algunos otros, menos intensos, convirtió en ruinas varias poblaciones y causó gran número de víctimas. Con datos aproximados se ha formado la estadística de las desgracias personales, que da los siguientes resultados: en Stefanaconi, 63 muertos y 300 heridos; en Piscopio, 59 y 170; en Monteleone, 13 y 200; en Zanvaro, 72 y 500; en Triparmi, 37 y 700; en San Leo, 30 y 80; en Pasinaconi, 15 y 40; en Martinico, 20 y 50; en Parghelia, 150 y 300; en Martirano, 100 y 200; en Sant' Onofrio, 13 y 200; en Mileto, 12 y 50; en Zungri, 10 y 30, y en Cessaniti 15 y 16. Según estas cifras, el total de muertos y heridos se eleva á 609 y 2.880 respectivamente.

Los daños materiales se calculan en más de 100 millones de liras.

El teatro de la catástrofe ha sido, pues, el distrito de Monteleone, que comprende casi toda la parte meridional de la provincia da Catanzaro y cuyas principales poblaciones son: Monteleone, con 10.000 habitantes; Cessaniti, con 2.900; Piscopio, con 1.200; Stefanaconi, con 1.900, y Mileto, con 3.600.



LA IGLESIA DE STEFANACONI DESPUÉS DEL TERREMOTO
(De fotografía de Carlos Abeniakar)



PARGHELIA. DESCUBRIMIENTO DE UN CADÁVER EN LAS RUINAS DE UNA CASA
(De fotografía de Carlos Abeniakar)

El aspecto que ofrecen las localidades damnificadas es horrible. Los sobrevivientes permanecen al lado de sus arruinados hogares sin querer abandonarlos, y una exaltación religiosa extraordinaria se ha apoderado de los que han logrado salvarse de la catástrofe, los cuales acuden á las iglesias que han quedado en pie, oran fervorosamente ante improvisados altares, organizan procesiones é imploran á gritos á Dios y á los Santos de su devoción, para que remedien su situación pavorosa.

El gobierno ha acudido desde los primeros momentos en socorro de aquellos desdichados, mandando proceder con toda urgencia á los trabajos de descombro, levantar viviendas provisionales y repartir víveres, pues á los horrores inherentes al terremoto se han juntado los del hambre, que se ha enseñoreado de la comarca hasta el punto de que los carros que conducen comestibles han de ser custodiados.



ASPECTO DE UNA CALLE DE STEFANACONI DESPUÉS DEL TERREMOTO
(De fotografía de Carlos Abeniakar)

Los trabajos de salvamento han sido muy difíciles por la falta de hombres que los realizaran; en efecto, poblaciones hay en Calabria en donde apenas quedan más que ancianos, mujeres y niños; los hombres útiles han emigrado en su mayoría á América.

El rey de Italia, acompañado del ministro de Obras Públicas, ha recorrido el teatro de la catástrofe, repartiendo socorros y dictando disposiciones para aminorar los efectos del terrible desastre.

Como en todos los casos análogos, ha habido en Italia y en el extranjero una explosión de la caridad, habiéndose recibido importantes donativos. S. S. el Papa León X ha enviado á las víctimas del terremoto 200.000 liras; el rey, 100.000; la reina Elena, 50.000; en Milán se recogieron en 45 horas por subscripción pública 120.000, y así en otras muchas poblaciones.

La Calabria es una región muy perjudicada por los terremotos; sólo en el siglo pasado hubo 25. Pero el más fuerte fué el de 1.783: las sacudidas comenzaron el 5 de febrero y se prolongaron por espacio de cerca de cuatro años. - P.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - EL TAOTAI CHINO YENDO Á SALUDAR Á LOS JAPONESES AL SUR DE GIRÍN. (De fotografía de «Collier's Weekly.»)

LA PAZ RUSO JAPONESA

Decíamos al final de nuestra última crónica que á pesar de haberse aquietado algo los ánimos en el Japón con las declaraciones del gobierno, la publicación de las condiciones de la paz y la promesa de convocar para octubre la Dieta, no reinaban la tranquilidad ni la satisfacción en aquel Imperio.

En efecto, en Osaka y en Yokohama han ocurrido graves desórdenes producidos por el movimiento popular de protesta contra el tratado de paz. En la primera de las citadas poblaciones celebróse un gran *meeting*, en el que se adoptó la resolución siguiente:

«La paz que acaba de concertarse sacrifica los frutos de la victoria y siembra gérmenes de peligrosas complicaciones para el porvenir. La actitud arbitraria y anticonstitucional del gobierno ha dado por resultado provocar disturbios inesperados en la ciudad en donde reside el Mikado y constituye un atentado contra el honor del Imperio y contra el espíritu de la Constitución. Nunca país alguno ha tenido que hacer frente á un peligro mayor. Por esta razón la asamblea espera que esta paz humillante será denunciada y que el gobierno dimitirá.»

Al *meeting* asistieron 4.000 personas procedentes de distintos puntos del Imperio, y en él usaron de la palabra unos veinte oradores. A la salida hubo varias colisiones con la policía, de las que resultaron unos cuarenta heridos.

En Yokohama hubo en la tarde del 13 un motín de relativa importancia. Una muchedumbre de más de 5.000 hombres, casi todos pertenecientes á las últimas clases sociales, atacó los puestos de policía, incendiando algunos, y asaltó varios establecimientos comerciales y edificios públicos. Desde Tokío se enviaron tropas que se han encargado de custodiar las iglesias, los conventos, los consulados y las más importantes casas de comercio. Esto no obstante, el populacho se mantenía en actitud amenazadora, temiéndose, por consiguiente, que el motín se reprodujera.

Según las notas de la policía metropolitana sobre los últimos sucesos de Tokío, hubo á consecuencia de éstos 338 agentes, 16 bomberos y dos soldados heridos; los amotinados tuvieron 9 muertos y 387 heridos.

Los ministros, en vista de la situación por que el Imperio atraviesa, suplicaron al emperador que les manifestara si debían conservar el poder ó retirarse; la contestación del Mikado fué que debían seguir en sus puestos.

Tampoco reina la mayor tranquilidad en Rusia. En efecto, la región del Cáucaso está siendo teatro de luchas horribles entre tártaros y armenios, que se asesinan sin piedad, impulsados por el peor de los odios, el de religión y de raza. Estas luchas se han complicado con una rebelión de carácter socialista



El acorazado japonés *Mikasa*, buque almirante de la escuadra de Togo que se ha ido á pique en el puerto de Sasebo el día 11 de los corrientes.

que ha causado inmensos daños, especialmente en las minas de petróleo de Bakú. De estos desórdenes damos cuenta aparte en la página 626.

Los plenipotenciarios rusos y japoneses antes de separarse firmaron el protocolo del armisticio, que comprende las seis cláusulas siguientes:

1.ª Se fijará una zona neutralizada entre los dos ejércitos beligerantes en la Mandchuria y en el Tumén.

2.ª Las fuerzas navales se abstendrán de bombardear los territorios pertenecientes á la parte contraria ó por ella ocupados.

3.ª No se suspenderán las presas marítimas.

4.ª No se enviará al teatro de la guerra ningún refuerzo, y los que se hallan en camino no pasarán de Mukden los japoneses, ni de Kharbin los rusos.

5.ª Los generales en jefe de los ejércitos y de las flotas de las dos potencias determinarán, de común acuerdo, los detalles del armisticio.

6.ª Los dos gobiernos darán órdenes para que inmediatamente después de firmada la paz se ponga en vigor este protocolo.

Reproducimos estas cláusulas tales como las han publicado los periódicos extranjeros; pero indudablemente debe haber algún error en la redacción telegrafiada por los corresponsales, sobre todo en lo que se refiere á la sexta, pues no se concibe que un armisticio, que es una suspensión de hostilidades, no pueda ponerse en vigor hasta después de firmada la paz, es decir, cuando ya no es necesaria tal suspensión por haber cesado las hostilidades en absoluto.

De todos modos, en cumplimiento de la cláusula 5.ª, el día 13 del corriente se reunieron en Cha-Ho Tsu los representantes de los ejércitos ruso y japonés para proceder á la ejecución de los detalles del armisticio, quedando éste firmado en la tarde del día 14 y entrando en vigor el 16. En su virtud se ha fijado entre ambos ejércitos una zona de ocho kilómetros que sólo podrán cruzar los paisanos. En Vladivostok se reunirá una comisión para fijar las condiciones del armisticio por mar; y en cuanto á Corea, se seguirán negociaciones especiales.

El día 11 de este mes se fué á pique en el puerto de Sasebo el acorazado *Mikasa*, el buque almirante de Togo durante la guerra. A media noche inicióse en el buque un incendio, cuya causa se ignora, y antes de que la tripulación hubiese podido dominarlo, las llamas invadieron el pañol de las municiones de popa. Prodújose entonces una explosión espantosa y el acorazado se hundió con parte de la tripulación. Según parece, las pérdidas han sido: un oficial muerto, cinco desaparecidos y once heridos, y cuatro marineros muertos, 240 desaparecidos y 332 heridos.

El *Mikasa* había sido construído en Inglaterra en 1902; tenía 15.200 toneladas, 14.500 caballos de fuerza y una velocidad de 18 nudos.—R.



LA PAZ EN SAN PETERSBURGO, dibujo de W. Hatherell, inspirado en un croquis del natural

El pueblo ruso ha recibido con verdadera alegría la noticia de haberse firmado la paz con el Japón, y así en el palacio real como en las más humildes aldeas se han celebrado funciones religiosas en acción de gracias al Todopoderoso por la terminación de la guerra. Las gentes han acudido á los templos, y postradas de hinojos ante las imágenes sagradas han elevado con devoción fervorosa sus preces de gratitud al Señor por haberles concedido aquel beneficio que devuelve la tranquilidad á tantos hogares y que pone fin á los horrores de la encarnizada lucha del Extremo Oriente.



LA PAZ EN TOKÍO, dibujo de Max Cowper, inspirado en un croquis del natural

La conclusión de la paz con Rusia ha causado gran disgusto en el Japón. Los súbditos del Mikado no se avienen con la idea de que, habiendo obtenido tantas victorias por mar y por tierra, tengan que renunciar á la indemnización y que devolver la mitad de la isla Sakhalín. En los primeros momentos hubo en Tokío excitación vivísima, y allí y en Yokohama y en otras ciudades se produjeron graves disturbios; más tarde, cuando se conocieron detalladamente las condiciones de la paz, se aquietaron un tanto los ánimos, si bien hay allí todavía muchos que acusan de traidores á los plenipotenciarios y al gobierno.



DESÓRDENES EN EL CÁUCASO. – VISTA GENERAL DE BAKÚ, EN CUYAS INMEDIACIONES ESTÁN SITUADOS LOS POZOS DE PETRÓLEO Y LOS MANANTIALES DE NAFTA INCENDIADOS POR LOS AMOTINADOS. (De fotografía.)



INCENDIO DE LOS POZOS DE PETRÓLEO Y DE LOS MANANTIALES DE NAFTA DE BALAKHANY, EN LAS INMEDIACIONES DE BAKÚ. (De fotografía.)

DESÓRDENES EN EL CÁUCASO

No parece sino que el reinado de la paz en este mundo sea imposible. En efecto, apenas firmado el tratado de Portsmouth, que pone término á una guerra sangrienta que ha ocasionado centenares de millares de víctimas, estallan en el interior de los dos Estados beligerantes grandes desórdenes; en Tokío, en Yokohama y en otros puntos del Japón, á causa del descontento producido por una paz que, en concepto de los japoneses, no compensa los esfuerzos hechos por la nación ni es proporcionada al número y á la magnitud de las victorias conseguidas; y en el Cáucaso á consecuencia del fracaso de una guerra que tan inmensos sacrificios ha costado.

A fines de agosto ocurrieron en Chucha los primeros disturbios, que no tardaron en degenerar en una rebelión general en la región del Cáucaso. Las poblaciones se alzaron en armas, y entre los tártaros y los armenios prodújose una lucha terrible, encarnizada, cuyo origen debe buscarse en el odio enconado que desde antiguo se profesan ambas razas.

La agitación revistió caracteres más terribles cuando el populacho de la ciudad de Bakú comenzó en la noche del 5 de este mes á incendiar los pozos de petróleo y los manantiales de nafta, que constituían la fortuna de aquel país. Según noticias de San Petersburgo, el número de estos pozos y manantiales destruídos asciende á 300, calculándose las pérdidas en cerca de dos millones de rublos.

Reina en aquellas comarcas el pánico más espantoso; los aterrorizados habitantes que han podido escapar á las matanzas huyen á millares á los bosques cercanos ó se refugian en Tiflis; y las fuerzas del ejército fueron impotentes en los primeros momentos para reducir á los rebeldes, á pesar de las órdenes del gobierno de que se reprimieran los desórdenes por los procedimientos más enérgicos. Las tropas, en número insuficiente, viéronse atacadas por los tártaros, y las colisiones entre unas y otros tuvieron todo el carácter de espantosas carnicerías.

El gobierno ruso ha enviado allí considerables refuerzos y ha nombrado gobernador general del Cáucaso al príncipe Luis Napoleón.

La rebelión no se ha circunscrito á la ciudad de Bakú, sino que se ha extendido por los distritos inmediatos, en donde los tártaros han cometido y siguen cometiendo, cuando escribimos estas líneas, toda clase de horrores contra las personas y los bienes de los armenios; en una sola aldea asesinaron á 300 de éstos, despedazando sus cadáveres y arrojando las entrañas á los perros. Y así por este tenor en otras muchas poblaciones.

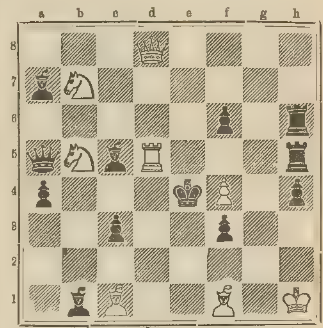
Según hemos dicho, las pérdidas materiales causadas en Bakú por la destrucción de las explotaciones de nafta y petróleo son inmensas; mas con ser tan grandes no son estos los únicos perjuicios, ya que son muchas y muy importantes en Rusia las industrias que emplean como combustible aquellas substancias, y por consiguiente habrán de suspender sus trabajos si no se restablece pronto la normalidad que permita reanudar la explotación en grande escala y reponer las grandes reservas que con los incendios han desaparecido. Por esto los comerciantes en nafta establecidos en San Petersburgo han resuelto dirigirse del tsar en demanda de medidas enérgicas para conjurar la crisis que amenaza á Rusia entera, porque el Cáucaso es para Rusia, en cuanto á la nafta, lo que Pensylvania para la América del Norte.

Los pozos de petróleo están situados en Balakhany, junto á Bakú, y el número de los mismos asciende á ochenta y siete, en un espacio de diez kilómetros cuadrados. Hay además unos trescientos cincuenta manantiales de nafta y más de doscientas fábricas. De estos manantiales unos han ardido hasta su extinción total y otros sólo parcialmente.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 399, POR J. FRIDLIZIUS.

NEGRAS (12 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 398, POR K. KONDELIK.

Blancas.	Negras.
1. Dh8 – f8	1. Ce5 – c6
2. Df8 – d6 jaque	2. Cualquiera.
3. Cc8 – b6 mate.	

VARIANTES.

1...... Ce5 – c4;	2. Df8 – c5 jaque, etc.
1...... Rd5 – c6 ó e6;	2. d7 – d8 (C) jaque, etc
1...... Ce4 – c5 ó d6;	2. Df8 – d6 jaque, etc.
1...... Otra jugada;	2. Ca6 – b4 jaque, etc.



y bajando la cabeza por miedo de que se leyese una confesión en su mirada ..

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Lee.

Folentin le desdobló con impaciencia, y como era présbite y veía mal de cerca, leyó difícilmente: «Querida Rosa: te prevengo que Raynaud y Condottier se baten hoy á mediodía. Nuestro padre está excitadísimo y con Evans es padrino de Valentín. Toma las medidas que creas convenientes. Te abraza, Mauricio.»

El banquero dobló maquinalmente el papel y lo dejó encima del tocador; con preocupación visible dió algunos pasos, y luego dijo:

—Raynaud se bate con Condottier... Pero, pero... Condottier y Raynaud ¿por qué?

—¿Vas á empezar como ayer á buscar las razones y las causas? Se baten, es un hecho. ¿Qué piensas hacer para impedirlo?

—¿Cómo lo puedo evitar?

—Dirigiéndote á casa de Condottier y haciendo que te explique el papel que sin saberlo desempeñas en este asunto.

—Querida, hablas de modo enigmático y tengo la desgracia de no comprenderte.

—La opinión se encargará de iluminarte, pero será demasiado tarde.

—Según tú, ¿qué papel desempeño?

—El de víctima.

—¿De quién?

—De Condottier.

—Con tu complicidad...

—De ningún modo, y en eso precisamente consiste su superior habilidad. Se burla de ti, y de tal modo ha combinado las apariencias, que no podrás librarte del ridículo si dejas pasar el momento propicio.

—Veamos, sé algo más explícita. No me arrastres á desmentir mi conducta pasada y á que me conduzca bruscamente, como un burgués que provoca escenas domésticas. Ya sé á qué atenerme respecto á los sentimientos que te inspiro; me los has expresado con una sinceridad que no me permite conservar ninguna ilusión. Sólo te ruego que me hagas ver el interés que tengo en intervenir en los asuntos de Condottier y Raynaud, ya que quieres que me mezcle en ellos.

—Quiero que impidas que Condottier mate á ese honrado muchacho.

—No se mata á la gente con tanta facilidad.

—Te digo que ese encuentro acarreará un escándalo que caerá sobre ti...

Folentin se quedó perplejo. Sentía profundo rencor contra su mujer que tan cruelmente había herido su vanidad, y empezaba á concebir acerbas dudas respecto á los móviles que guiaban á Raynaud, pues hacía tiempo que ya sabía á qué atenerse sobre los escrúpulos de Condottier. Luchaba entre el deseo de no complacer á Rosa y el ansia de conocer las diversas causas ocultas que provocaban la repentina hostilidad de Condottier contra Raynaud. Además, una vaga aprensión de que la opinión le juzgase severamente le turbaba. Con frialdad examinó las razones que tenía para seguir ó rechazar el consejo de su mujer. La curiosidad y la inquietud le decidieron, y resuelto dijo:

—¿Quieres que intervenga? Pues bien, lo haré. Ahora mismo voy á casa de Condottier.

Rosa no le dirigió siquiera una palabra de aprobación; inclinó la cabeza, y nada más.

El marqués, hablando con La Bréde y Tremblay, se ocupaba en los preparativos del encuentro; había sacado de un armario una caja de pistolas, y las examinaba con la atención propia de un inteligente.

—Las más pesadas son mejores, dijo La Bréde; pero te aconsejo que elijas las más ligeras. Con una buena carga de pólvora y la bala bien apoyada hay un setenta y cinco por ciento de probabilidades para que todo acabe bien...

—Precisamente por esto elijo las otras...

—¡Ah! ¿Tienes proyectos sanguinarios?

—Raynaud, con su aspecto puritano me molesta...

—¿Piensas que querrá matarte?

—Podría ser.

—Hablemos formalmente. ¿Vamos á presenciar una catástrofe?

—Si mi adversario llega á aceptar la espada hubiese podido contestarte, pero con la pistola no sé nada de lo que pasará.

—Raynaud es grueso, tú eres delgado como un junco. Tienes probabilidades en tu favor.

—Es posible que mi adversario tire bien. Ralph Evans tiene fama de ser un tirador de primera fuerza.

—Pero, hombre, no te bates con él.

—Es muy raro que el compañero de un buen tirador no sea buen tirador también; y así como La Bréde y Tremblay sois dos escopetas de primera, Evans ha podido enseñar á su amigo á tirar la pistola. Pero eso no me preocupa, al contrario...

—Lo derribarás como á un muñeco.

El ayuda de cámara, que llegó á decir misteriosamente á su dueño que el barón de Rocher deseaba hablarle, interrumpió la conversación.

—¡Folentin!, exclamó el marqués. Que entre, no estará de más.

Él mismo se dirigió á la puerta, y abriéndola dijo:

—¿Cómo? ¿A la hora del correo? ¿Qué sucede? ¿Arde la Bolsa? ¿Viene usted á buscarnos para que salvemos sus papeles?

—No. Deseo hablarle del encuentro que se prepara...

Y con la mano señaló las pistolas que estaban sobre la mesa.

—Bueno, pues hable libremente, dijo el marqués en tono de burla. La Bréde y Tremblay son mis padrinos y conocen el asunto...

—Conocen lo que usted les ha dicho.

—¿Hay algo más?

—Eso es lo que si usted quiere vamos á examinar los dos.

—¡Cuánta gravedad! Almaviva adopta aires de Bartolo.

Folentin frunció el entrecejo. La entonación que Condottier daba á sus palabras, y que le había molestado desde el primer momento, empezaba á irritarle. Volviéndose hacia La Brède y Tremblay, les dijo:

—Amigos míos, les ruego que me dejen solo con Condottier unos instantes. Tengo que hablarle de un asunto muy delicado y que exige la mayor discreción.

—Fumad un cigarro en el jardín, dijo el marqués ofreciéndoles una caja de habanos. Soy con vosotros al momento.

Dirigiéndose á Folentin le señaló una silla.

—Siéntese y suelte sus confidencias.

Folentin adoptó una actitud imponente, y mirando con severidad á Condottier, dijo:

—Marqués, ¿puede usted afirmar que no se bate con Raynaud por causa de mi mujer?

Condottier hizo un gesto de hastío, y contestando á la mirada severa de Folentin con otra de tristeza, replicó:

—¿Qué le puede importar á usted eso?

—Mucho.

—Desde hace poco tiempo, ¿verdad?

—Desde hace poco ó mucho tiempo, yo le ruego que me conteste.

—Lo toma usted de una manera que no me puedo negar á satisfacerle. Es, en efecto, cierto que el Sr. Raynaud y yo estamos en desacuerdo á causa de la baronesa.

—¿Por qué?

El rostro del marqués expresó el mayor asombro.

—¿Por qué? ¿Me pregunta usted por qué?

—Sí, pregunto por qué.

—Pues bien, querido, dijo tranquilamente el marqués, porque los dos la queremos.

—¿Y se atreve á decirme semejante cosa á mí mismo?, exclamó Folentin.

—En lo que á mí se refiere se lo he dicho ya tantas veces á su mujer, que no sé cómo repetírselo. Pero si quiere usted aceptar la comisión, se lo agradeceré mucho.

—¿Se burla usted de mí?

—De ningún modo, replicó Condottier con la mayor sangre fría. Quiero á su mujer como quería á Rosa Prévinquieres. Usted sabe perfectamente que la he querido siempre, y cuando usted me la quitó hace tres años, no ignoraba que la quería. ¿De qué se asombra hoy?

—Caballero, la situación no es la misma.

—Sin duda, dijo el marqués con amargura. La que yo quería es hoy su mujer. Usted se casó con ella por vanidad, para vencerme y aumentar su gloria, y sin preocuparse del dolor que yo había de experimentar. Ese día me hizo usted traición del modo más villano, pues yo había puesto mi confianza en usted y le había encargado que defendiese mi causa. ¿Cómo cumplió la misión? ¿Quiere que lo recuerde? Su fatuidad de usted se hizo cómplice de la ambición de la señorita Prévinquieres, y en vez de discutir mis pretensiones, ella y usted, durante una hora que me pareció mortalmente larga, sólo pensaron en poner de acuerdo sus ambiciones respectivas. Usted aportaba su gran fortuna; ella lo sabía y aportaba la gracia particularísima de su seductora naturaleza, la firme voluntad de llegar á ser una de las reinas de la moda. Los dos querían brillar, y en un instante ella me dejó después de haberme hecho concebir esperanzas, y usted me hizo traición cuando yo le había confiado la custodia de mi felicidad. ¿Y manifiesta hoy asombro cuando le declaro con franqueza que ni un momento he dejado de querer á su mujer? Perdón, querido; ¿les dí mi corazón como regalo de boda? ¿No estaba ya en mi pecho y tenía yo poder bastante para hacerle cesar de latir cuando Rosa Prévinquieres se convertía en baronesa de Rocher en vez de convertirse en marquesa de Condottier? Esas ya serían demasiadas exigencias, y si no estuviera resuelto á tomarlo á risa, como siempre lo he tomado todo, podría hacer sentir á usted mi disgusto.

Folentin, completamente desconcertado, hizo un esfuerzo para recobrar su aplomo.

—Todo esto no explica, dijo, que comprometa usted á mi mujer con un duelo que será público...

—¿Acaso no es público todo lo que hace de tres años á esta parte? En los periódicos se habla de su mujer como de todas las mujeres de mundo; pertenece á la publicidad porque se ha propuesto cautivar la atención; en reseñas de bailes, carreras, exposiciones, representaciones, ventas, en todas partes, y siempre se habla de ella. Pues bien, se hablará una vez más. ¿Y qué? La gloria se paga. Cuando se es una de las favoritas del reclamo, sería ingratitud ocultarse en el momento más interesante.

—Ya veo el fin que usted se propone, exclamó encolerizado Folentin. Quiere comprometer á Rosa lo bastante para separarla de mí.

—¿Separarla de usted? Usted se burla; hace mucho tiempo que lo está. Una mujer tan inteligente como ella no podía tardar en saber á qué atenerse con respecto á un hombre como usted. No se preocupe, Folentin; hace tiempo que todo ha terminado.

—Entonces, ¿por quién se empeña esta partida?, preguntó Folentin, que hacía esfuerzos para recobrar su aplomo.

—Querido, no tengo por qué ocultarle nada. Nunca me conduje, como usted, hipócritamente. ¿Quiere saber quién es el que ahora priva? Pues es el señor Raynaud.

—¿El Sr. Raynaud?, repitió Folentin estupefacto.

—Pero ¿de dónde sale usted?, dijo el marqués. ¿Aún no sabe que el antiguo empleado de Prévinquieres está locamente enamorado de su mujer? La quiso como yo, siempre.

Miró al banquero con piedad, y repuso:

—¡Mire que no figurarse nada de lo que sucede!.. Pero ¿para qué diablo le sirven los ojos? Fuera de sus halagadoras ocupaciones, ha tenido usted tiempo de examinar la comedia que se representaba á su alrededor. Después de tres años de flirteos, coqueterías, citas y apretones de manos, es usted tan inocente como un niño recién nacido.

¡Raynaud y usted!, repitió Folentin. Lo de usted lo sabía, pero no le tenía miedo.

—Muchas gracias.

—¡Pero Raynaud!

—Sí, Raynaud. A ese no le gusta flirtear, es sincero; ama y eso le basta. No pide nada en cambio, y si todo el peligro estuviera en él podríamos dormir tranquilos, pero está de por medio Rosa, y la cosa varía.

—¿Ella le quiere?

—Es tan caprichosa y voluble, que hay para dudar. Los síntomas son terribles. El otro día, cuando llegó él á mi casa, se echó ella en sus brazos de una manera... Eso es más amenazador para su dignidad conyugal que todas mis tentativas, que no han dado ningún resultado, lo confieso sin pizca de vanidad. Valentín es el enemigo terrible, y por esta causa, no por otra, estaremos frente á frente dentro de un rato. ¿Era esto lo que usted me venía á preguntar? Pues ya está enterado, ya sabe usted lo que quería saber.

Folentin permaneció un rato abstraído en reflexiones que seguramente no eran risueñas. Luego levantó la cabeza y dijo:

—Usted estaba encerrado con mi mujer cuando Raynaud llegó. ¿Los vió á ustedes?

—Hundió la puerta.

—De modo que á sus ojos, la ofensa que usted me ha inferido es palpable...

—¿Ahora piensa usted en eso?, dijo Condottier riendo. Siempre el mismo. En el momento que la casa está ardiendo, se preocupa usted de que haya cristales rotos. ¿Quiere usted provocarme cuando trabajo para desembarazarle del hombre que más le molesta?

—Seguramente no lo hace usted por mí.

—Claro que no; no faltaría más. Obro por mi cuenta y no retrocederé ante nada. Odio á Raynaud, que es todo lo contrario de lo que soy, y comprendo que él también me odia. Tranquilícese, Folentin; la liquidación, como usted dice en la Bolsa, se hará sin que tenga usted que intervenir en ella. Cuando sepa usted quién ha vencido, si Raynaud ó yo, obrará como quiera ó como pueda, porque en ese momento será preciso contar con su mujer, cosa algo difícil...

—¿Qué prepara? ¿Qué quiere?

—Por el momento quiere impedir que Raynaud y yo lleguemos á batirnos. Confiese que ella misma le ha enviado.

—Sí.

—¡Ve usted! Su diplomacia, por ser hostil, no es menos clara. Seguramente tiene la vaga esperanza de que de una explicación entre nosotros saldrá un lance que desviará el riesgo que corre su favorito.

—¡Cómo! Cree usted...

—La situación sería entonces muy sencilla. Si yo salía bien, ella quedaría tal vez viuda, y entonces, libre de mí, matador del hombre por quien vestiría luto, color que le va muy bien al rubio de su pelo, me arrojaría de su presencia y al año se casaría con Raynaud. Si por el contrario—nadie sabe lo que puede suceder—usted me hacía morder el polvo, entonces, llena de horror por el que había vertido mi sangre, se separaría para siempre de usted, y un buen divorcio daría el mismo resultado.

—¿Piensa casarse con Raynaud?

—Sí, y ¿cómo no pensarlo? Ese muchacho es un héroe de novela. Es un ser noble, desinteresado y prodigiosamente millonario. ¿No conoce usted nuestros novelistas? Es un Monte Cristo moderno. ¿Cómo vacilar en seguir á un hombre que siembra el oro por donde pasa? ¿Qué supone el pobre Folentin al lado de ese Nabab? Yo mismo, ¿qué soy?

—Se ha burlado de mí, dijo Folentin. No me figuraba nada de lo que ocurre. Rosa fingía desvío por Raynaud; yo mismo le rogaba que le acogiese con más amabilidad, porque temía que su acritud perjudicase mis negocios.

—Vamos, replicó Condottier. Estoy contento de ella porque lo ha hecho bien. ¿Qué iba usted á hacer con esa mujer? En otro tiempo le dije que no estaba usted á su altura y que obraría con más juicio quedándose soltero. Usted lo ha querido, Folentin... Ahora arréglese como pueda con ella. En lo que á mí se refiere, veo claramente que he perdido la partida. Procuraré librarle de Raynaud, pues en adelante no he de poder prestarle otro servicio.

Folentin se estremeció, y después de un momento de vacilación dijo:

—Permita usted que vea á Raynaud y que le hable. Quien debe batirse con él soy yo.

Condottier enrojeció al oir esta proposición, y su rostro expresó una fiereza que le embellecía las líneas duras del rostro.

—No piense usted en ello. Si le he contado todas estas cosas es porque no puede evitarse mi encuentro con Raynaud. ¿Por quién me toma usted? Me ha ofendido, le he provocado y á nadie cederé el puesto. He podido ser ligero, imprudente; pero cuando mi honor está en juego, nunca transijo. Las cosas seguirán su curso. Luego, libre es usted de exigir cuantas satisfacciones desee.

—Bien, dijo Folentin; no tengo nada que hacer aquí. Hasta la vista, marqués.

Condottier se echó á reir.

—Gracias por su buen deseo; lo acepto como un voto que sale del corazón. Hasta la vista, Folentin, y ya sabe usted, amigo mío, que prefiero mi suerte á la de usted. Yo, á las doce y cuarto, sabré si el Sr. Raynaud tiene buena puntería, al paso que usted...

Folentin movió la cabeza con indecisión, saludó al marqués sin darle la mano y se alejó. Condottier se encogió de hombros con desdén, y abriendo la ventana que daba al jardín llamó á sus amigos.

—¿Se ha marchado ya Folentin?, preguntó La Brède.

—Sí, y nosotros vamos á hacer lo mismo. Son las once y media, y tenemos el tiempo justo para llegar á Villebon. Coge las armas.

—En marcha.

Una enorme impaciencia devoraba á Rosa mientras esperaba el regreso de Folentin. En su imaginación había barajado los proyectos más contradictorios. Sucesivamente, y con tanto dolor como vergüenza, había pensado en la muerte de Raynaud, de Condottier ó de Folentin. Después pensaba que los duelos rara vez terminaban fatalmente y pensaba en que su resultado sería una herida; pero también esto era terrible. Con el corazón oprimido imaginábase á Raynaud pálido y ensangrentado, bajando del coche sostenido por Evans y Prévinquieres. No se preocupaba de Condottier ni de Folentin; únicamente se ocupaba de Raynaud para compadecerle; él solo le interesaba, pues por ella corría todos los peligros. Condottier había adivinado lo que Rosa no se confesaba á sí misma. Y si había obligado á su marido á que fuese á casa del marqués, era con la misteriosa esperanza de impedir que Condottier y Raynaud llegasen á batirse. ¿Calculaba que una conversación entre Folentin y el marqués podría provocar tan graves disentimientos, que cualquiera otra cuestión les pareciera de poca importancia? Sin duda que no, pero instintivamente empujaba á su marido hacia adelante.

De pronto se estremeció; en la habitación contigua acababan de resonar unos pasos que conocía muy bien: era Folentin. Rosa sintió un desvanecimiento. El banquero entró malhumorado y sin prestar atención á la crisis por que atravesaba su mujer; cruzó el gabinete, se apoyó en la chimenea y parecía poco dispuesto á dar explicaciones. Rosa fué quien, encontrando el silencio intolerable, le interrogó:

—¿Has visto al marqués de Condottier?

—Le he dejado hace un momento.

—¿Qué ha resultado de vuestra conversación?

—La certidumbre para los dos de que sólo te preocupas de Raynaud, y que tal vez no habrías visto con disgusto que Condottier y yo hubiésemos decidido batirnos en tu honor.

Rosa enrojeció; en aquel momento tuvo la revelación de los obscuros móviles á que había obedecido, y bajando la cabeza por miedo de que se leyese una confesión en su mirada, dijo con voz temblorosa:

—En resumidas cuentas, tú personalmente has preferido dejar las cosas tal como estaban...

—Condottier lo ha querido así. No te oculto que está muy mal dispuesto contra su adversario.

—Y tú encuentras muy natural que un extraño pague la deuda que tú has contraído.

—Querida, en esta ocasión paga por sí mismo; tú lo sabes bien.

—Pero ignoras que si es hoy enemigo de Condottier lo es por defender la honra de tu mujer.

—Lo que no ignoro es que esos dos hombres se disputan tu corazón, que honradamente debería pertenecerme, y el espectáculo, en verdad, no me conmueve. El papel que represento en este asunto es un tanto desagradable, pero ten entendido que no consentiré que lo agraves á tu antojo; me alegro, por lo tanto, de no haber corrido el riesgo de matarme por una mujer que me detesta. No, querida, no; tú has lanzado á Condottier y á Raynaud uno contra otro; que se las compongan solos.

Miró el reloj y dijo:

—Las doce; es la hora en que debían estar en el terreno, y te garantizo que Condottier no va hoy de buen humor.

Rosa palideció; sus manos se agitaron febriles entre los encajes de la bata y balbuceó:

—Sientes cobarde satisfacción torturándome al hablar del peligro que corren esos dos hombres.

Folentin replicó:

—Con el peligro que corre uno de esos dos hombres, pues Condottier me ha abierto los ojos, y respecto á tus sentimientos, ya sé á qué atenerme. Yo, que tenía la pretensión de que nadie podría engañarme, he sido engañado por ti; sí, te has burlado de Folentin como de un idiota..., pero ¡paciencia!

En su rostro Rosa leyó la esperanza de una catástrofe. Su corazón no pudo resistir más, y levantándose bruscamente dijo:

—Caballero, aquí estoy en mi casa, y creo que tengo derecho á estar sola; su presencia me es insoportable. Si tiene quejas amargas que formular, ahórreme el disgusto de oirlas.

Folentin sonrió forzadamente.

—Muy bien, contestó; estimo demasiado mi libertad para privarle de la suya.

Salió haciendo una ligera inclinación de cabeza, y en cuanto desapareció, Rosa tuvo la triste satisfacción de poder dejar correr libremente sus lágrimas. La brutal sequedad de Folentin acababa de desvanecer sus últimas ilusiones; de su unión, concebida con tan brillantes esperanzas, sólo quedaban tremendas decepciones, amargos pesares y disentimientos sin número. Ya no existía ningún acuerdo entre ellos, y ligados por los mismos contratos y los mismos deberes, les era imposible continuar viviendo uno junto á otro sin exponerse á un suplicio constante. He ahí adónde los había llevado en tres años aquel matrimonio realizado tan sólo para asegurarse triunfos en el mundo elegante. Rosa no tenía en su angustia ni el recurso de lanzar sobre otros la responsabilidad de su desgracia; ella era quien lo había hecho todo. No cabía decir: «Me han sacrificado, no sabía...» Había decidido esta unión por un movimiento de orgullo y con pleno conocimiento de causa; ella misma preparó con arte y coquetería que aquel hombre frío y brutal que acababa de dejarla helada por su irónica indiferencia fuese su marido.

Acordándose de estas cosas se creía víctima de una pesadilla. Ella, la conquistadora, cuya inteligencia todos celebraban, la que su padre y su padrino admiraban con orgullo por su distinción y talento, ¿cómo había podido equivocarse con respecto al valer de Folentin, y considerar una felicidad pertenecerle? Se sentía humillada, derrotada, y sobre todo dudaba de su clarividencia. Después de haberse conducido tan locamente, ¿no obraría contra el sentido común, separándose de él? ¿Por qué razón? Nadie podía iluminarle con respecto á su destino. El mismo Raynaud ¿no le había acaso desaconsejado la ruptura con su esposo? Y sin embargo, seguir con Folentin, vivir con él, soportarle á todas horas, le era imposible. Veía aún ante ella el rostro mofletudo de su marido detallando con cruel escrupulosidad los peligros que corría Valentín. Encontraba á su marido horrible, vulgar, calculador, mezquino. Le inspiraba horror, y en aquella hora de angustia surgía un Folentin para siempre detestable.

La distrajo de estas reflexiones su doncella que entró para decirle:

—Señora, el señorito Mauricio está ahí...

Dió un salto adivinando que su hermano le traía noticias, y sin preocuparse de lo que su doncella podría pensar gritó:

—Mauricio, entra.

Le salió al encuentro, le estrechó las manos y mirándole con ojos un tanto extraviados le preguntó:

—¿Qué?

—Tranquilízate, no es nada grave.

Rosa palideció y tuvo que apoyarse en su hermano.

—¿Qué ha ocurrido?

—Raynaud está herido, pero no de gravedad.

—Me engañas, ha muerto.

—Te juro que no.

—¿En dónde está?

—En su casa.

—Voy allá.

—¿Estás loca?

—Ya fuí ayer.

—¿Tú?

—Sí, yo. Vamos, Mauricio, tú me acompañarás. Me visto...

—No, no, dijo el joven; hazme el favor, Rosa, de calmarte. Te juro que Raynaud no corre ningún peligro.

—Y ese miserable de Condottier ileso.

Se dejó caer en el sofá, y ocultando la cara entre las manos, rompió en desesperados sollozos.

—Vamos, Rosa, sé razonable. Evans me ha dicho que venga para tranquilizarte. Cálmate; te juro que con tres semanas de reposo, Raynaud estará restablecido. Tiene un balazo en un hombro...

—¡Dios mío! ¡Pobre muchacho! ¿Tiene el brazo roto?

—No; Pommier, que lo ha acompañado al terreno, ha hecho ya la extracción de la bala. Debía haberla traído para convencerte. Estaba encima de la mesa en Villebon.

—¿Sufre mucho?, preguntó Rosa convencida por la precisión de detalles que le daba su hermano.

—¡Diantre! Debes calcular que un balazo no es cosa agradable.

Rosa juntó las manos y con voz ronca dijo:

—Pero él, ¿cómo no ha atravesado á Condottier...

—Eres feroz. ¿Crees que se atraviesa á un hombre fácilmente á treinta pasos? Hace falta costumbre, la habilidad de ese perdonavidas de marqués para no errar un tiro. Tanto más, cuanto que Evans ha dado la señal con precipitación. Condottier tira admirablemente, hay que confesarlo.

—Es un asesino. Pero ¿tú has asistido al encuentro?

—Claro. Papá me ha hecho ir para que le substituyese si se ponía malo.

—¡Pobre papá!.. Temía que Raynaud...

—Casi tenía tanto miedo por Condottier. La idea de que uno de los dos pudiese morir en el duelo le aterraba, y cuando vió la camisa de Valentín llena de sangre, se puso tan pálido que parecía él el herido.

—¿Y Raynaud?

—Pues Raynaud no decía nada. Tiene el hombro atravesado. Pommier ha encontrado la bala en la espalda, cerca del omoplato, y la ha extraído.

—¡Qué horror!.. ¿Y entonces?..

—Entonces Evans me dijo que cogiera su automóvil y viniese á darte cuenta del resultado.

—Y ellos ¿cómo han vuelto?

—En el landó de papá.

—¿Y Raynaud está ya en su casa?

—Debe de estar.

—Me llevas..., ¿quieres?

—No; es imposible. Reflexiona un poco y tranquilízate. ¿Qué diría tu marido?

—Eso no me importa. ¿Crees que voy á quedarme con ese imbécil? Ese sí que no hubiese temido, como papá, que los adversarios muriesen, si de él hubiera dependido.

—Rosa, reflexiona. Ahora no puedes ir á casa de Raynaud. Desconfía de Folentin; debe estar exasperado y es capaz de tenderte un lazo.

—De todas maneras quiero ir á casa de papá.

—Eso ya es otra cosa; el coche está á la puerta, y si quieres te espero y te llevo.

Mauricio había descrito exactamente el estado moral de su padre en el momento que lo había dejado en Villebon; pero no podía prever el efecto de reacción que la tranquilidad recobrada había de producir en aquel buen hombre espantado. Los dos hermanos encontraron á Prévinquieres en el salón, acompañado de su mujer y de Duburle; hablaba en voz alta y recorría á grandes pasos la habitación sin poder disimular la violencia que le dominaba. Sus dos oyentes no le interrumpían; asombrados de la exaltación de que estaba poseído, le dejaban exhalar su emoción en palabras atropelladas. Cuando Mauricio y Rosa llegaron empezaba, por tercera vez, nuevos detalles el relato del encuentro.

—¡Ah, hija mía!, dijo Prévinquieres levantando los brazos al cielo con trágico ademán. ¡Oh, mi pobre hija!, repitió estrechando á Rosa contra su corazón como si acabase de correr grave peligro...

Después de este ligero desahogo entre padre é hija, continuó Prévinquieres su interrumpida narración diciendo:

—Sí, le hemos traído y le hemos acostado como á un niño. Evans está á su lado. Todo va bien. Ni siquiera tiene calentura. ¡Qué firmeza de carácter! ¡Qué valor! Ni una vacilación ante la pistola. Yo, cuando le entregué el arma, temblaba como un azogado; estaba más muerto que vivo, y él me dió fuerzas sonriéndome. Amigos míos, ¡qué cosa tan horrible para los testigos es un duelo!

—¿Te ha encargado algo para mí?

—Me ha rogado que no te preocupases por su estado.

—¿Y después?

—Que irá á verte en cuanto pueda salir.

—Me verá antes, porque iré á verle yo.

—Está prohibido.

—¿Por quien?

—Por el médico; ha ordenado que no vea á nadie.

—¿Ni á tí?

—¡Oh, yo!..

—Papá, escucha: iremos juntos. No entraré en su habitación, pero oiré su voz y tendré la seguridad de que no me engañáis al decirme que está relativamente bien. Hablaré con Evans; necesito tener una explicación con él.

(Continuará.)



Se dejó caer en el sofá, y ocultando la cara entre las manos, rompió en desesperados sollozos

Curiosidades científicas.— El fondo del mar

La fábula y la ciencia no se avienen casi nunca. Triunfa un día el poeta; la musa de Homero conquista riente é ingenua los senos del mar, en cuya tersa superficie azul el cielo contempla su *toilette* soberana de nubes y estrellas, como abstraído por su



Chasmodon niger (Carter)

Pez de 10 centímetros de largo que tiene en el estómago otro pez de 19 centímetros, cuya posición dentro de aquél puede apreciarse perfectamente en el grabado.

misma grandiosidad en este sublime coloquio de las edades.

El mito se congracia pronto con la musa y pregoniza sus quimeras.

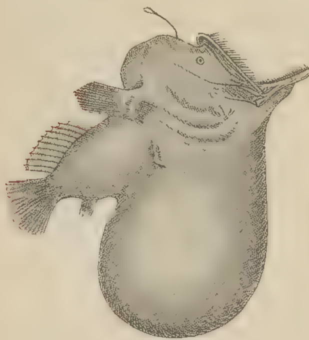
Aquel mar, que á veces se pierde en confines irisados para recibir en su hamaca de tules á la diosa del amanecer, y otras se encrespa y agiganta entre nubarrones plomizos que tienen el ceño malhumorado del señor de las tormentas, no es lo que asevera la petulante geología.

Aquel mar es un toldo inmenso que filtra las miradas ardorosas del sol y sume en dulce sinfonía de colores los alcáceres neptunianos.

El mito hace de los abismos del mar regiones esplendentes. Sólo se preocupa y divaga con una cuestión de simple itinerario: ¿qué camino el más cierto para llegar á las puertas coralinas del soberbio palacio de Poseidón? ¿Será el de las costas de Acoya? ¿Será el de las de Eubea? ¿Acaso el de las de Eolia?

Nadie lo sabe, porque en Mitología es la fe, la fe sólo, quien triunfa de las vacilaciones de la leyenda.

Todos los pueblos paganos cantan la corte de Poseidón, aunque ninguno logró verla; todos acatan y reverencian al dios de los Océanos.



Li[illegible]chus Murrayi (Gunther)

Pez de 9 centímetros de largo que tiene otro de 10 centímetros en el estómago.

Bien pronto la generosidad del poeta, rey de las multitudes primitivas, eleva prodigiosamente el rango del dios. Si Atlas sostiene el cielo sobre sus espaldas, Poseidón bien puede sostener el Continente.

Y la Fantasía, loca antaño como hogaño, le echa la carga al dios, y complacida por lo visto de tal alarde muscular, piensa formalmente en imponer á su favorito el símbolo de poder más codiciado entre los dioses mismos; un cetro similar del de Júpiter: el tridente.

Poseidón se engríe con el ascenso, crecen sus devotos, y el Arte lo prohija. Un día es Cleantes de Corinto, otro los vencedores de Platea, otro el divino Fidias, quienes ponen bien sus talentos artísticos, bien sus talentos de plata, al servicio del dios; y aún lo admiran los mitógrafos en la pintura del templo de Artemisa Alfeconia, en las monedas imperiales de Milasa ó en los frisos del Partenón...

Así campa la poesía; viene luego la ciencia, y en un abrir y cerrar de ojos desteje, hilo por hilo, el áureo bordado de los tiempos.

Todo es farsa, farsa pueril; dios, alcázares coralinos risueños y transparentes, bosques de algas poblados de tritones y delfines... Poseidón no existe; sus caballos de flotantes crines de oro son pura ilusión; su corte de ninfas, un ensueño quizás que arrulló la siesta de algún marinero de Etruria; las hijas de Nereo, esas divinidades solícitas que asoman su cara virginal entre las ondas para guiar al navegante, otro sueño no más...

¿Pero no habla *La Iliada* de Poseidón? *¡La Iliada!* ¿No nos lo muestra alzando por sí solo las murallas de Troya, mientras Apolo guarda los ganados de Ladmedon?

A ver cómo ponéis de acuerdo lo que canta la lira con melifluo acorde y lo que cuenta con seca é irrefutable afirmación la ciencia.

Oíd á la ciencia:

«A cuatrocientos metros de la superficie del mar, ya no penetran los rayos del sol.»

El testimonio es elocuente: lo afirma *un tal* Sarasin, *otro tal* Fol, y por si no bastase, hay un testimonio más reciente de un doctor yanqui, Alcock, sabio reconocido que acaba de publicar un tomo lleno de sugestiones para el naturalista.

¿A quién creer entonces? ¿A Homero? ¿Al yanqui?

El yanqui escribe así:

«Tienen razón los que afirmaron que á unos cuatrocientos metros de la superficie del mar no penetra el sol en la masa líquida, como es indudable que en la llamada región del abismo desaparece el mundo vegetal.

»Teniendo esto en cuenta, ¿qué seres habitan esas regiones? ¿Qué comen? ¿Cómo viven?

»Wolich afirmó que ciertos organismos inferiores pueden descomponer el agua, el ácido carbónico y el amoníaco, y verificar combinaciones sin que la acción de la luz sea necesaria para que resulten compuestos orgánicos.

»Puede que sí. Eso voy á consignar—añade Alcock—el fruto de observaciones personales, y á presentar al lector ejemplares de una fauna marítima verdaderamente monstruosa.

»Parece increíble que un pez pueda devorar á otro del doble y aun del triple de su tamaño. En los senos más profundos de los mares hay múltiples ejemplos de esta voracidad.

»Algunos de estos peces se han capturado á 3.800 metros. Ahora calcúlese las considerables diferencias que han de ofrecer, así en su estructura particular como en sus costumbres, los habitantes de regiones tan ignotas; en ciertos caracteres peculiares, incluso parecen estar en pugna con las teorías corrientes sobre la evolución.»

Muchos han explicado científicamente cómo la total ausencia de luz anula en estos seres los órganos de visualidad. El doctor Alcock sostiene lo contrario. Según él, la mayor parte de los seres que habitan en lo profundo del mar están dotados de ojos, y en muchos casos de ojos grandes, mayores que los de la fauna marítima superficial. ¿Por qué? En averiguarlo se preocupa actualmente el ilustre naturalista á cuyos estudios me contraigo.

Y sigue éste su relación:

«En otros aspectos esos seres no difieren de las cualidades características apuntadas por hombres de ciencia eminentes. Por ejemplo: los tejidos de los peces estudiados por mí son muy débiles; sus músculos delicados y finísimos dan idea del punto á que llega la inmovilidad del agua en las regiones misteriosas en que se desarrollan y viven; sus huesos delgados y fibrosos, llenos de cavidades, ponen de manifiesto ciertas condiciones de alta presión.»

El sabio alude seguidamente á la imposibilidad de que tales seres pudieran vivir en la parte superficial de las aguas marítimas.

«Los resultados de mis experiencias—continúa—han coincidido en absoluto con los obtenidos por otros naturalistas con peces de la zona abismal.

»Intentado el tránsito del fondo á la superficie, de poco sirve que éste se opere paulatino y gradual á través de las distintas capas líquidas. El pez sucumbe siempre; sus huesos se reblandecen, sus músculos se convierten en una especie de pulpa en descomposición, sus ojos saltan de las órbitas y en muchos casos la expansión de los órganos respiratorios expulsan las vísceras de la cavidad del cuerpo.»

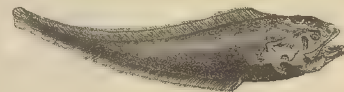
¡Cabe nada más horrible frente á la leyenda dorada de ondinas risueñas y geniecillos encantados!

Pero... sigamos atendiendo al doctor yanqui, pues queda todavía buen recado de «fraudes poéticos» por descubrir.

La gastronomía de esos peces es verdaderamente absurda. Algunos ejemplares flotan á veces sobre las olas sin fuerzas para moverse, siendo juguete de los vaivenes del agua á causa de la enorme cantidad de peces que tragaron.

En estos casos se desarrolla una verdadera tragedia en el estómago del pez: las víctimas se esfuerzan por huir de su cárcel; el pez acelera entonces sus movimientos, traspasa la zona horizontal que por lo general habita y flota, por último, arrastrado por las corrientes submarinas.

Todas las variedades conocidas con los nombres *Saccopharynx* y *Melanocetus*—peces del mar profun-



Lamprogrammus niger (Alcock)

Pez fuego de la India con hileras de escamas luminosas

do que poseen el mismo estómago que el *Chiasmodon*—se han encontrado siempre con el estómago repleto de infinidad de peces en el estado primario de la digestión.

Junto á estos ejemplares de voracidad, hay en los senos abismales otros muchos notabilísimos por sus órganos de visión.

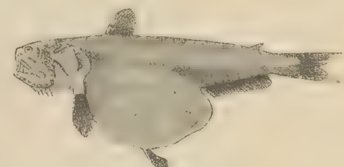
«Hay ejemplos—afirma Alcock—que eclipsan cuanto se conoce en esta materia. Con excepción de los llamados *luros*, los órganos luminosos de estos peces aparecen modificados en sus glándulas que producen la luz fosforescente. Sin embargo, la potencia lumínica puede también existir sin las glándulas fosforescentes. Así ocurre con el *Leptorderuca affinis*, que tiene ojos muy grandes, carece de aquellas glándulas, pero en cambio está cubierto de una piel que produce rayos muy potentes.

»Hay otras especies, de ojos pequeños, que tienen los órganos del tacto sumamente sensibles, y peces ciegos que, como el *Beuthobates moresbyi*, los poseen también con un gran desarrollo.

»Hay otros, el *Ipnops*, con ojos aplanados hacia fuera, que cubren toda la parte superior de la cabeza y son poseedores de una gran fosforescencia.

»Y constituye uno de los tipos más curiosos el *Orthoprora*, que tiene una porción luminosa junto á la nariz y proyecta los rayos como un farol de los que se colocan al frente de las locomotoras.

»El color de estos peces es generalmente negro ó muy obscuro, pero hay una variedad que tiene la blancura y la brillantez de la plata, y otra, el *Neocopelus*, cuya piel purpurina con reflejos áureos y ar-



Odontostomus hyalinus (Cocco)

Otro ejemplar de la especie de peces que se tragan otros de mayor tamaño que ellos mismos

gentados produce irisaciones de una belleza incomparable.

»Los dientes de casi todas estas variedades afectan la forma de anzuelos y se cruzan entre sí desde los opuestos extremos de la boca.

»Gunther afirma que el pez después de haber preso á su víctima con sus grandes maxilares movibles, la comprime al modo como lo hacen las serpientes. La víctima cae entonces al esófago y luego al estómago, cuyas membranas se ensanchan como si fue-

sen una bolsa de goma, y gracias á esta elasticidad puede tragar uno de estos peces un cuerpo dos ó tres veces superior en tamaño al que elloş tienen.

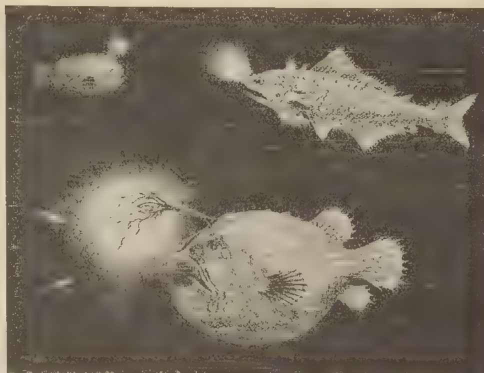
»Cuando el estómago está vacío, se contrae y se pliega de modo que no forma protuberancia alguna en el vientre del animal.»

Alcock termina con estas afirmaciones:

«El fondo del mar carece, aparentemente al menos, de plantas marinas, excepto algunas en forma de bacterias.

»Existen, sin embargo, en gran abundancia substancias viscosas llenas de seres microscópicos que afluyen allí constantemente de las regiones superiores de las aguas, y que constituyen el alimento de los peces desdentados.

»¿Qué más decir? Queda aún mucho que profundizar en el mar profundo; tanto, que poco ó nada significan las exploraciones practicadas en los últimos cincuenta años.»



PARONEIRODES GLOMEROSUS. - NOTOSCOPELUS. - CORYNOLOPHUS REINHARDTI
Peces fosforescentes de las profundidades del mar

Fija ahora tu mirada, lector, en los dibujos que intercalo.

¿No te ocurrió alguna vez, si estuviste al borde de las olas, recrear tu mente con la visión de los ensueños mitológicos?

Pues si por arte de magia surgiese entonces de los senos ignotos que cubre el manto inquieto del agua, algún ser vivo, no fuera ninfa, nereida ni ondina que te pusiera en duro trance con las seducciones de su voz; fuera un *Saccopharynx* ó un *Melanocetus*, que entre contracciones horribles expulsaría por su boca toda su maquinaria orgánica.

Si por el contrario osares penetrar tú en lo profundo, donde bosques encantados hallarías cieno, podredumbre, masa viscosa albergue de millones de colonias microbianas.

¡Ciencia, ciencia! ¡Si no maltratases tan sin piedad al candoroso numen de las deidades de Beocia, aún serías más sublime!

ANGEL ALCALDE.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Poesías, por *Antonia Pujal y Serra*. – Todas y cada una de las composiciones que contiene este libro recomiéndanse por la elevación de los sentimientos que las han inspirado y por su versificación fácil y desprovista de toda clase de afectación. Precede á las composiciones un bien escrito prólogo del doctor D. Juan Cancio Mena y forma un elegante volumen de 76 páginas, pulcramente impreso en la tipografía de la Sra. Viuda é hijos de Esteban Pujal.

Manual del empleado, por *Enrique Mhartín y Guix*. – Un buen servicio han prestado los conocidos editores de la coronada villa Sres. Bailly-Baillière al publicar esta obra de consulta y utilidad para los funcionarios civiles, ya dependan del Estado, de la Provincia ó del Municipio, puesto que escrita por persona de reconocida competencia, contiene noticias y antecedentes acerca de la administración pública, expuestas con claridad y acertado método. Forma un volumen de 408 páginas y véndese al precio de 4 pesetas cada ejemplar.

Región del Colla, por *J. Barcón Olesa*. – Resultado de su larga permanencia en el Uruguay es la interesante cronografía que ha publicado este distinguido escritor español, acopiando un gran número de antecedentes y noticias que sirven para conocer cumplidamente una región tan digna de estudio bajo todos conceptos. Forma un elegante volumen de 24 × 16 cuidadosamente impreso, ilustrado con numerosos grabados y engalanado con una artística encuadernación.



Fiesta andaluza, cuadro de Domingo Fernández y González

Historia de las literaturas comparadas desde sus orígenes hasta el siglo XX, por *Federico Loliee*. – Un buen servicio ha prestado el conocido editor Daniel Jorro al publicar la versión española á que nos referimos, llevada á cabo con la inteligencia y pulcritud á que nos tiene acostumbrados el docto catedrático don Hermenegildo Giner de los Ríos. El título del libro pregona su importancia, de manera que sólo podemos consignar que se recomienda por su clarísima exposición y por el método, que permite sin esfuerzo formar juicio de las literaturas de todos los países. Forma un elegante volumen de 22 × 15, consta de 444 páginas y se vende en todas las librerías al precio de 6 pesetas cada ejemplar.

Sermó de la conquista de Mallorca, por el *Muy I. Sr. D. Antonio M. Alcover*. – Obra de indiscutible valía es la oración que pronunció en la Seo, en lengua mallorquina, el docto Vicario general de Mallorca en la solemne fiesta que se celebró el día 31 de diciembre último para conmemorar la conquista de aquella isla por el gran monarca D. Jaime I, á quien tanto debe la nacionalidad aragonesa. Trátase de un trabajo digno de todo encomio, puesto que se enlaza armónicamente aquel hecho tan trascendental con el ideal religioso de aquel período. Forma un folleto de 44 páginas, cuidadosamente impreso en la tipografía de José Tous, de Palma de Mallorca.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 2 de octubre de 1905 — Núm. 1.240



SAFO, escultura de Enrique Waderé

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich. 1905)



CRÓNICA DE TEATROS

Madrid ha recobrado su aspecto habitual, aspecto bonachón y alegre, que en parte depende de la despreocupación en que aquí se vive, no pensando sino en el momento presente, y en parte de lo apacible del otoño, la estación mejor del clima madrileño. En estos días tibios y dorados por un sol que calienta y no quema, la gente que ha pasado el verano fuera de Madrid acude á los paseos, deseosa de encontrarse y de reanudar sus interrumpidas relaciones; los comercios, hasta poco ha solitarios, se llenan de compradoras, ó más bien de compradores, en busca de equipos ó de galas para el próximo invierno; recuperan los cafés su perdida animación, y en los círculos literarios se hacen cálculos acerca de la temporada artística que ahora comienza.

* * *

Varios teatros, aunque no de los más importantes, han abierto ya sus puertas. Apolo, como en años anteriores, congrega á sus fieles para deleitarlos con el género melodramático comprimido, que con tanto éxito se cultiva allí; la Zarzuela sigue el ejemplo de Apolo. Eslava se llena todas las noches con los admiradores de Loreto Prado, y el Cómico cultiva con gran provecho el arte del desnudo.

La novedad única que hasta ahora ofrecen los teatros de la corte es la compañía que dirige el señor Tresols y que funciona en el Circo de Price. Cultiva esta compañía el melodrama, y justo es decir que lo cultiva con esmero.

Sabido es, ó por sabido lo tengo, que al pueblo soberano le encantan, interesan y emocionan más que ningunas otras obras teatrales las obras melodramáticas, siempre que se le sirvan «con todo el aparato que su argumento requiere.» La compañía que dirige el Sr. Tresols presenta el melodrama con propiedad y aun con relativo lujo, y lo representa con plausible cuidado artístico.

Ha inaugurado Price sus funciones con un drama histórico compuesto por un Sr. Tomaset y titulado *María Antonieta.* El autor, convencido sin duda de que la revolución francesa tiene por sí sola más fuerza dramática que la que pudiera poseer la inventiva del más exaltado dramaturgo, se ha limitado á dar forma escénica á algunos de los relatos emocionantes de aquel trágico período. Lo patético del asunto, la sobriedad con que lo ha tratado el Sr. Tomaset, la manera como se presenta el drama y el esmero con que lo representan los modestos artistas que dirige el Sr. Tresols, hicieron excelente impresión en el público numerosísimo que asistió á la función inaugural.

Pocas figuras tan trágicas en la historia moderna como la figura de María Antonieta. Su marido Luis XVI vivió como un burgués vulgar y murió como un santo. María Antonieta vivió y murió como una reina. Durante los primeros años de su reinado fué el ídolo de su pueblo; después el amor se convirtió en odio. «¡Muera la austriaca!,» era el grito que resonaba rencoroso en todos los motines. Se le atribuía la peor parte en las intrigas cortesanas, se inventaban contra ella novelas como la famosa del collar, se la calumniaba como reina, como esposa y hasta como madre. Contra ella se publicaban libelos y caricaturas infames. Todas las faltas, pecados y crímenes que la historia de Francia atribuye á los reyes desde el primer Capeto hasta Luis XV, reuníalos la fantasía popular en aquella mujer hermosa, defensora de sus derechos, capaz quizás de los extravíos del orgullo, pero refractaria á toda bajeza y á toda cobardía. Si al rey le hubiera dotado Dios de la entereza con que dotó á María Antonieta, ó la revolución hubiera sido vencida, ó en todo caso el monarca, en vez de morir bajo el hacha de la guillotina, habría caído en el campo de batalla luchando por su corona y por la herencia de sus hijos.

Desde los primeros estremecimientos de la revolución la vida de María Antonieta fué un martirio cada vez más doloroso. Nada tan trágico como aquella larga calle de la amargura. Preséntanosla la historia por los años de 1777, en medio del brillo de su corte, rodeada de lujo, de adulaciones, de placeres. «En Versalles se celebraban tres espectáculos y dos bailes por semana; en Fontainebleau, tres espectáculos por semana también, y en todo tiempo en París fiestas, funciones teatrales, recepciones y banquetes espléndidos.» Hasta para los actos insignificantes de su vida rodeábanla en calidad de sirvientas las damas más ilustres de Francia. Taine, copiándolo de las memorias de una camarera, refiere cómo se verificaba el ceremonial de ponerse la reina la camisa. «Un día de invierno, Mad. Campan presenta la camisa á la reina; la dama de honor entra, se quita los guantes y coge la camisa. Llaman á la puerta; es la duquesa de Orleans: se quita los guantes y toma á su vez la camisa real. Llaman otra vez y entra la condesa de Artois, que hace uso del privilegio de tomar la misma prenda. En tanto la reina temblaba de frío, con los brazos cruzados sobre el pecho y murmuraba: «¡Esto es odioso, qué inoportunidad!» Esta mujer, objeto de tantas serviles atenciones, tenía que zurcirse, quince años después, por sus propias manos en la antesala del cadalso los desgarrones de sus ropas miserables.

El autor del melodrama nos presenta á María Antonieta, en vísperas de la revolución, preocupada con la fiesta teatral que está á punto de celebrarse. Aquella noche se va á representar en el teatro de Trianón la comedia de Beaumarchais *Le mariage de Figaro.* La reina se ha encargado del papel de Rosina, los personajes más ilustres de la corte de los demás papeles. La alegría de la fiesta que se prepara no deja oir á la reina los rugidos aún lejanos del pueblo que comienza á agitarse furioso.

Poco tiempo después, la multitud irritada y hambrienta (tan hambrienta que en la algarada del 5 de octubre—según refiere Michelet—encontraron las turbas á un caballero cabalgando en un caballo, y obligando á desmontar al jinete, se comieron cruda su cabalgadura) se dirigió capitaneada por caudillos frenéticos á Versalles, en donde á la sazón estaba la corte. Hubo atropellos, muertes, cabezas cortadas y paseadas en picas, insultos á las personas reales. El sangriento motín no hubo de apaciguarse hasta que Lafayette logró que la reina, acompañada de sus hijos, se asomase al balcón bajo el cual aullaba la multitud. El general besó la mano á la soberana y el pueblo aplaudió. Este hecho histórico ha servido al Sr. Tomaset para final del segundo acto de su drama.

¿Quién no tiene noticia de las amarguras que así la reina como el rey hubieron de apurar en los meses y años que siguieron á aquel acontecimiento? Fueron entonces las Tullerías, no palacio, sino cárcel de la regia familia. Se espiaba á los soberanos hasta en su alcoba, y los guardias que rodeaban á los reyes, más que á defenderlos en caso de peligro, atendían á vigilarlos. El rey, la reina, sus hijos y la hermana del monarca, disfrazados, lograron escapar y pudieron llegar hasta Varennes. Detenidos allí, fueron conducidos á París entre los insultos y las amenazas de los revolucionarios, que acudían de todas partes para ver pasar á los apresados fugitivos. En aquellos días se trocaron en blancos los rubios cabellos de María Antonieta.

Más duro que antes fué el cautiverio en las Tullerías, cautiverio al que pretendían darle un irrisorio aspecto de libertad. El populacho de París, cada día más enardecido, cantaba debajo de los balcones de *la austriaca* canciones insultantes; en el paseo la seguían los silbidos de la multitud, y su presencia en el teatro, cuando se le permitía asistir á él, era saludada con rumores hostiles. A propósito de esto refiérese una anécdota que hace honor á la naturaleza humana.

El primer día que, después del regreso de Varennes, pudo la reina ir al teatro, los jacobinos y realistas que ocupaban la sala, los unos en contra de la reina y los otros en su favor, estuvieron á punto de venir á las manos. Una actriz llamada la Dugazon quiso indemnizar á la reina de los agravios que la inferían los jacobinos, y aprovechando una frase de su papel, se acercó al palco regio y exclamó con apasionado acento: «¡Oh, Dios mío, cuánto amo á mi señora!» Posible es, casi seguro, que aquella frase costaría la vida á la valerosa actriz en los sangrientos días del Terror.

El 20 de junio de 1792, las Tullerías fueron asaltadas por el pueblo, y el rey se vió obligado á ponerse el gorro frigio y á brindar por la revolución. El 10 de agosto, después del asalto del palacio y de la espantosa matanza de los suizos, heroicos defensores del trono francés, Luis XVI y su familia fueron entre bayonetas y picas á refugiarse en la Asamblea. La jornada del 10 de agosto es el asunto del tercer acto del drama *María Antonieta.*

Cinco meses después, ó sea el 21 de enero de 1793, Luis XVI era decapitado en la plaza de la Revolución. El Sr. Tomaset ha formado el acto cuarto de su drama con los tristes pormenores de la última noche del infortunado monarca.

La reina, viuda, pasó por el dolor de que le arrancasen á su hijo, el delfín, para entregarlo á la bárbara tutela del zapatero Simón (acto quinto). El 16 de octubre María Antonieta sufrió el último martirio. Su actitud y sus nobles respuestas ante el tribunal revolucionario llegaron á conmover hasta á las mismas furias de la guillotina. Fué al cadalso sin dar la menor muestra de flaqueza. Por un refinamiento de crueldad, la comitiva que conducía á la reina se detuvo largo tiempo delante de las Tullerías. Desde la carreta que la llevaba á morir y entre las injurias del populacho, contempló María Antonieta con ojos enjutos los muros de aquel alcázar en cuyos dorados salones ella, la reina de Francia, hermosa, adulada, ensalzada, había brillado poco tiempo antes en el apogeo de su deslumbradora realeza.

Con paso firme subió las gradas del cadalso, avanzó hasta la guillotina con la misma distinción y elegancia—dice Lamartine con que cruzaba en los días de su gloria las salas de Versalles, y murió, en fin, con la entereza y el valor de un héroe.

* * *

Claro es que el drama del Sr. Tomaset no termina con estos trágicos pormenores. El último acto de su obra es lo que pudiéramos llamar «la capilla» de María Antonieta. El drama acaba saliendo la reina de la Conserjería para ir al cadalso.

El público tan numeroso que casi llenaba el teatro, y hay que advertir que el circo de Price es poco menos grande que una plaza de toros, conmovióse ante las desventuras de María Antonieta, muy discretamente representada por la Sra. Echevarría.

* * *

Un hecho significativo pude apreciar aquella noche y que prueba la influencia que el sentimiento, aun siendo producido por una ficción, ejerce sobre las muchedumbres. Fué el caso que, antes de empezar la representación del melodrama, la orquesta, á guisa de introducción de la obra, tocó la Marsellesa. Una gran parte del público de las galerías aplaudió ruidosamente el célebre himno: creía, sin duda, que iba á ver un drama antimonárquico. Comenzó la función, y á medida que se sucedían los infortunios de la familia real, los entusiasmos republicanos manifestados con singular vehemencia momentos antes, fueron enfriándose hasta el punto de que al despedirse Luis XVI de los suyos, para ir al cadalso, no había en la sala ni una sola persona que estuviera de parte de la Convención.

—Lo que me hubiera gustado, decía un obrero en medio de un grupo de compañeros suyos, al salir del teatro, es que le hubiesen cortado la cabeza al pillo del zapatero Simón.

—¡Y que lo digas!, asintieron los otros.

Este mismo deseo era sin duda el de todos los que tres horas antes habían aplaudido á rabiar el himno republicano.

* * *

Si como es de presumir, la compañía que dirige el Sr. Tresols sigue representando melodramas con el esmero y la propiedad con que ha puesto en escena el titulado *María Antonieta,* tengo por seguro que el Circo de Price ha de ser uno de los teatros más concurridos de Madrid durante la próxima temporada. No irán allí los refinados é intelectuales, pero el pueblo encontrará por poco dinero placeres y emociones que quizás no encontraría en grandes dramas filosóficos de complicado y trascendental simbolismo.

Zeda.



Ambos corrieron á abrazar al tío Roque, que balbuceaba conmovido...

LA BUENA COSECHA

—He dicho que *pa* cuando se coja la *acituna* y esa es mi última palabra. Conque, no le des *güeltas*.

Juan Pedro insistió: ¿qué necesidad tenían de esperar tanto? Él, á Dios gracias, era rico; verdad es que no tenía fincas; pero, en cambio, los cupones del papel que le había dejado su padre se cortaban y cobraban lloviese ó no. ¿Era que no le creían á él hombre capaz de hacer respetar su casa?

—Bueno, sí, *too* lo que quieras; pero te *alvierto* que lo dicho dicho. Yo, *pa* casar á la niña como Dios manda, *nesecito* dinero... A más, estoy un poquillo *entrampao* y no quiero entramparme más. De modo que, si tú la quieres como dices, pídele á Dios que la cosecha sea buena, porque si no, con *too* y mi palabra, tendrás que aguardar un añico más.

Era fama en el pueblo que cuando el tío Roque se empeñaba en una cosa no había fuerza que le sacase de lo suyo; y como Juan Pedro conocía aquel caracter firme y un tanto arisco, guardóse bien de volver á la carga.

Despidióse de él y hacia las afueras del pueblo encaminó sus pasos, deseoso de entregarse á sus pensamientos sin otros testigos que los árboles y los pájaros, ya que no podía ver á Consolación hasta muy entrada la noche, para darle cuenta de la decisión de su padre.

Llevaban mucho tiempo de relaciones; desde que él empezó á estudiar el bachillerato, cuando todavía eran unos chicuelos.

Consolación pasábase todo el curso anhelando que los días transcurriesen á la carrera, y de estar en su mano la marcha del tiempo, poco hubiese tardado en envejecer.

Las primeras palabras de él, cuando llegaba al pueblo á descansar de las dulces tareas escolares, eran para preguntar por Consolación.

Casi siempre le contestaban lo mismo.

Consolación era una muchacha alegrilla, pero no loca; llevaba allá adonde iba el regocijo de su juventud lozana y pujante, y estaba tan hermosa que ¡Jesús, daba gozo mirarla!

—¿Y no tiene novio?, preguntaba Juan Pedro en el colmo de la ansiedad.

¡Novio! ¡Ca! Rondadores no faltaban, pero ella á nadie hacía caso.

El pecho del estudiante se ensanchaba satisfecho, sentía un nudo extraño en la garganta y apuntaban en sus ojos las lágrimas de puro enternecido. En seguida corría á casa del tío Roque, que le recibía siempre cariñosamente:

—¡Hola, muchacho! ¿Ya estás de *güelta*? ¡Caramba! Te vas haciendo un real mozo. Y qué, ¿has *ganao* el año?

—Sí, señor, y con buenas notas.

Consolación, algo turbada, pero sin poder ocultar la satisfacción que sentía al verle tan gallardo, le preguntaba:

—Y qué, ¿te gusta mucho Madrid?

—Sí, es muy hermoso; pero aquí está uno mejor, más tranquilo y más contento.

Y hablaba así mientras la contemplaba amorosamente, diciéndole con los ojos que allá donde ella faltase faltaría todo lo bueno.

El padre de Juan Pedro murió, dejándole un buen capital en valores del Estado y acciones del Banco, y dos años después, el chico, que había cumplido los veinticuatro, se decidió á hablarle al tío Roque y lo hizo con tanto juicio y con tan ferviente entusiasmo, que el buen hombre, sabedor de las bondades de Juan Pedro, no tuvo mejor contestación que la de abrirle los brazos y decirle conmovido.

—¡Gracias, hijo mío!, ya había yo *soñao* en uno como tú *pa* mi hija.

Mas no todo fué tan lisa y llanamente como Juan Pedro y Consolación hubieran querido; el tío Roque andaba apuradillo de dinero, y como quería casar á la niña «como Dios manda,» esto es, tirando la casa por la ventana, no había otro remedio que esperar á la cosecha, y si no era buena aguardar el día venturoso «un añico más.»

No sé que se hayan hecho en el mundo rogativas más fervientes que las que hacían Juan Pedro y Consolación, juntos y por separado, para que la cosecha fuese buena.

Durante el mes de octubre llovió copiosamente, y Juan Pedro andaba intranquilo y dormía desasosegado. Perseguido constantemente por una idea fija, cuando veía á la reina y señora de sus pensamientos, lo primero que su boca acertaba á expresar era esta pregunta, hecha con ingenuidad encantadora:

—Oye, Consolación, ¿no será malo que llueva tanto?

—No te apures, hombre, contestaba Consolación sonriendo satisfecha, mi padre está contento porque llueve.

Juan Pedro respiraba con fuerza, como el que acaba de verse libre de algo que le agobia con pesadumbre infinita.

Los fervientes deseos de los enamorados no se cumplieron; los fríos, las escarchas copiosas y una granizada inoportuna amenazaron seriamente la felicidad prometida.

El tío Roque, perdidas las esperanzas de la buena cosecha, habíase tornado taciturno. Consolación y Juan Pedro, que veían alejarse la hora sagrada de la dicha suprema, estaban descorazonados, temerosos de que el tío Roque llevase á cabo la amenaza de hacerles esperar un año más.

Una noche, cuando Juan Pedro acudió á la reja, Consolación le dijo:

—Es menester que hables con mi padre; hoy me ha dicho que, tal y como se presentan las cosas, no podemos casarnos.

—¿Por qué?, preguntó el mozo aunque sabía la causa.

—Ya ves: la cosecha va á ser muy mala.

Juan Pedro bajó la cabeza; no ignoraba que una decisión del tío Roque era irrevocable, pero no podía avenirse con retrasar su ventura.

—Oye, Consolación, ¿y si la cosecha fuese buena?

—¡Oh! En ese caso no hay nada que hablar; m padre te quiere y está decidido.

Después de un silencio largo, muy largo, que á Consolación le pareció interminable, Juan Pedro levantó gallardamente la cabeza, y con la firmeza del que todo lo puede dijo:

—Nos casaremos; la cosecha será buena.

Y Juan Pedro no se engañó. Aquel año los olivares del tío Roque dieron una cosecha tan espléndida como inesperada. El padre de Consolación no salía de su asombro. Y lo mejor del caso estaba en que, siendo la cosecha mediana para todos, el aceite se vendería caro y el tío Roque ganaría más que con una cosecha inmejorable.

Un día los enamorados le oyeron decir alegremente:

—Ya podéis fijar día, y quiera Dios haceros felices.

Ambos corrieron á abrazar al tío Roque, que balbuceaba conmovido:

—¡Qué diablo! La palabra es palabra... *Paece* que Dios lo quería así; la cosecha fué buena, y ahora *too* irá como Dios manda.

Pretender pintar el regocijo de aquel día es imposible; cuanto la boca pudiera hablar y la pluma escribir resultaría insípido junto á la realidad. Al acto de la boda realizado con solemne sencillez patriarcal asistió todo el pueblo, alegre y feliz, porque la felicidad de los novios y del tío Roque era como el sol que á todos los acariciaba.

Mientras los jóvenes reían y bailaban, esperando la hora de la gran comida, un ricacho del pueblo, viejo amigo del tío Roque, le decía:

—¡Había que verlo, Roque, había que verlo! Ese Juan Pedro vale un mundo. Me compró *toa* la cosecha de *acituna* y me hizo acarrearla al molino que está cerca de tus fincas... Y durante la *recolición* se ha pasao *toas* las noches hasta que Dios amanecía, trabajando como un negro, acarreando esportones que los esparcía con cuidado debajo de tus olivos.

El tío Roque se levantó llorando de emoción; buscó á Juan Pedro y á él se fué tambaleándose, y estrechándole contra su corazón le dijo:

—*Too* lo sé, hijo mío..., *too* lo sé... Eres un hombre... Eso es querer...

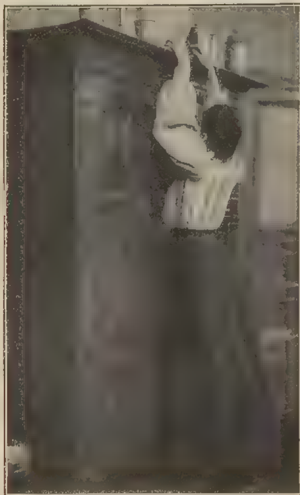
Y no pudiendo decir más, le dió muchos besos en la frente.

(Dibujo de Buil.) RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

CONSEJOS HIGIÉNICOS

COSAS QUE NO DEBEN HACER LAS MUJERES

La medicina moderna parte del principio: «Prevenir es mejor que curar,» consejo que debiera también servirnos de norma en nuestra vida ordinaria.



Nada más perjudicial para las mujeres que estirar desmedidamente el cuerpo para alcanzar objetos colocados en sitios altos, como en lo alto de un armario, etc.

Las mujeres, en especial, padecen á menudo enfermedades que deben á su propia imprevisión y que en la mayoría de los casos habrían podido evitarse con un poco de cuidado y de método; pero precisamente son las mujeres las que menos importancia dan á las advertencias útiles y las que hacen cosas que no debieran hacer y cuyos inconvenientes no comprenden hasta que es ya demasiado tarde, es decir, hasta que aparecen las consecuencias más ó menos funestas de las imprevisiones cometidas.



Haciendo lo que esta señorita, se cometen dos faltas: primera tener las piernas puestas una sobre otra y tratar de coger en esta postura el ovillo que se le ha caído al suelo.

Muchas veces es la comodidad la causa de estos atentados contra la salud. Quieren, por ejemplo, colocar un objeto encima de un armario ó bajarlo de allí, á pesar de estar aquél situado á demasiada altura y de no ser posible realizar aquellos actos sin un esfuerzo corporal; y en vez de ayudarse con una silla, ó con una banqueta ó una escalera, se empinan sobre las puntas de los pies, estiran el cuerpo, vuelven á la postura normal y vuelven á empinarse y á estirarse más y más, y con los brazos y las manos hacen mil combinaciones hasta dejar en el sitio deseado ó haber retirado de él el objeto en cuestión, sin pensar en la facilidad con que estos movimientos violentos pueden determinar distensiones, distorsiones y desgarros de los ligamentos, sobre todo de los abdominales.

Otras veces apartan á un lado un armario ó una caja pesada, ó llevan de una habitación á otra un baúl lleno, ó levantan el somier de la cama ó hacen algún otro esfuerzo por el estilo. Nada les costaría hacerse ayudar por una criada; pero tienen pereza de llamarla, piensan que ya podrán ellas solas y se fatigan con grave daño para su cuerpo. De diez veces, nueve esta valentía no produce de momento



Al escribir no debe apoyarse el brazo en la falda, sino siempre sobre la mesa.

ningún mal; pero casos hay en que se paga con una rotura, y si el abdomen peca de débil, con algo peor, la comodidad de un instante.

Es altamente perjudicial asimismo para las mujeres estar sentadas con una pierna encima de otra y permanecer horas y horas, como hacen algunas, en esta postura cosiendo ó leyendo; y si se inclinan, sin mover las piernas, para coger algún objeto que se les ha caído al suelo, cometen una nueva falta, peor aún que la primera: en este caso, los dolores que experimentan en el costado y en los riñones al enderezarse les dicen claramente: «No debieras haber hecho esto.»

Lo mismo les dice el estómogo cuando, á veces inmediatamente después de la comida, se sientan en una butaca y con el cuerpo doblado y los codos apoyados sobre las rodillas se ponen á leer. En esta posición y en esta agradable faena una hora pasa volando, y enfrascada en su periódico ó en su libro, no advierte la lectora los avisos del estómago; sólo cuando deja la lectura para dedicarse nuevamente á sus labores observa que aquella postura inclinada hacia delante y la consiguiente presión no han sentado bien al estómago, el cual se venga, produciendo malestar ó dolor, de los malos tratos recibidos.

Pero no sólo al estómago han perjudicado sentándose de aquel modo; también han sufrido el corazón, el hígado, los pulmones y otros órganos importantes.

No muestran mayor cuidado las mujeres cuando escriben: pocas son las que para hacerlo adoptan una postura realmente correcta; las más, ó se inclinan demasiado, escribiendo con la nariz, como vulgarmente se dice, con lo cual se fatigan sin necesidad la vista; ó tienen el brazo en la falda, en vez de tenerlo sobre la mesa, de manera que un hombro está más bajo que otro y el lado izquierdo resulta violentado; ó se ponen el papel tan cerca del borde de la mesa, que los codos no tienen punto de apoyo; ó lo colocan, por el contrario, tan lejos, que tienen que apoyar fuertemente el pecho contra el mueble.

No queda con esto agotada, ni con mucho, la lista de las «cosas que no deben hacer las mujeres;» mil y mil atentados cometen éstas diariamente contra la higiene sin darse cuenta de ello: así, por ejemplo, leen y trabajan á media luz; cosen alumbradas por débiles lámparas ó se ponen tan cerca de la llama del gas, que al poco rato les arden la frente y los ojos; llevan por espacio de algunas horas recogida una falda pesada con la misma mano, con lo cual el hombro correspondiente permanece caído, en vez de llevarla sujeta con un tirante ó de cambiar de mano; andan semanas enteras con los tacones gastados, exponiéndose al peligro de torcerse un pie y aun de rompérselo; mientras guisan, se lavan de prisa y corriendo las manos en el chorro frío del grifo, en vez de hacerlo en la palangana y con agua templada, y luego se quejan de que aquéllas se les corten y de que el reuma se apodere de ellas.

En fin, son tantas las cosas que las mujeres hacen y no debieran hacer, que sólo enumerarlas sería labor difícil y pesada. Las que dejamos explicadas bastan y sobran para demostrar que son muchos los actos al parecer insignificantes y que, sin embargo, pueden producir funestas consecuencias, sobre todo á fuerza de repetirlos.—A. de K.



Una postura cómoda, pero en extremo perjudicial para el estómago.

EL SULTÁN DE MARRUECOS FOTÓGRAFO

Conocidas son las aficiones que Abd-el-Azzis, sultán de Marruecos, siente por algunos de los más modernos inventos de la civilización europea, como el teléfono, el fonógrafo, los aparatos eléctricos, la bicicleta, el automóvil y sobre todo la fotografía.

Gabriel Veyre, ingeniero del sultán, en un libro recientemente publicado y en el que consigna las impresiones recogidas durante los cuatro años en que ha vivido en la intimidad del soberano marroquí, dice hablando de esto: «De todos los pasatiempos á que sucesivamente se ha dedicado, la fotografía es el que durante más tiempo ha entretenido á Abd-el-Azzis y el que mayores satisfacciones le ha proporcionado.»

Al contrario de tantos otros fotógrafos aficionados que, al decir del fotógrafo americano Hare, se contentan con ser simplemente «oprime-botones,» Abd-el-Azzis quiso desde un principio que le iniciaran en todas las operaciones delicadas del laboratorio, desarrolló, reforzó clisés y tiró pruebas, y fué un apasionado del gelatino-bromuro, familiarizándose en seguida con toda clase de aparatos.

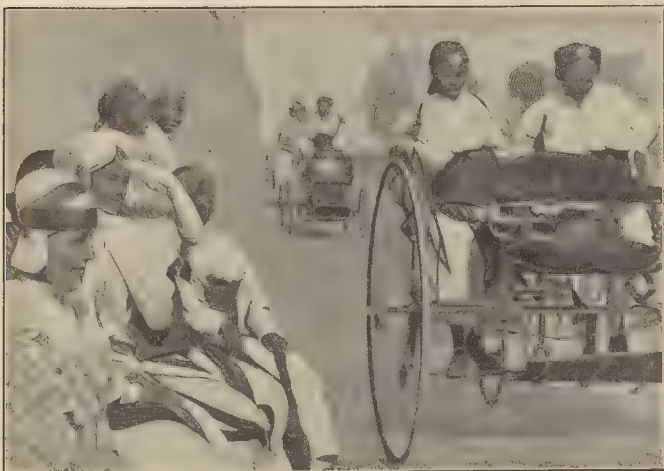
También ha ensayado el cinematógrafo, y tres de las fotografías que en la siguiente página reproducimos están tomadas de fragmentos de cintas por él impresionadas en su harén mientras sus mujeres y esclavos se entretienen corriendo en competencia en bicicletas, triciclos y motocicletas.

Pero aún ha hecho más: el día en que le mostraron fotografías coloradas, entró en ganas de hacerlas y aprendió el procedimiento complicadísimo de los tres colores; y cuando lo dominó, su gran placer fué fotografiar, en gran número de ejemplares, á sus esposas favoritas, vestidas con sus más pintorescos trajes, según puede verse en las otras cuatro fotografías reproducidas en la página siguiente.

¿Es necesario hacer notar que estos clisés, aparte de su mérito profesional, constituyen documentos de excepcional importancia sobre la vida en los palacios imperiales? En efecto, si es difícil entrever siquiera el interior de cualquiera vivienda musulmana, imagínese cuán inaccesible debe ser el harén del sultán y qué obstáculos pueden impedir á los infieles acercarse á las bellas reclusas allí celosamente guardadas.



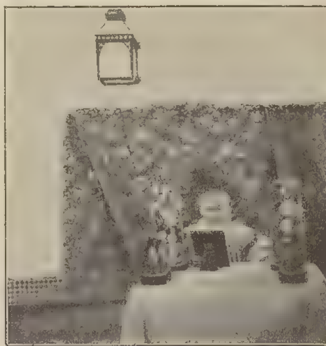












Las distracciones del harén de Abd el-Azzis
(Fragmentos de una película cinematográfica de Su Majestad cherifiana)

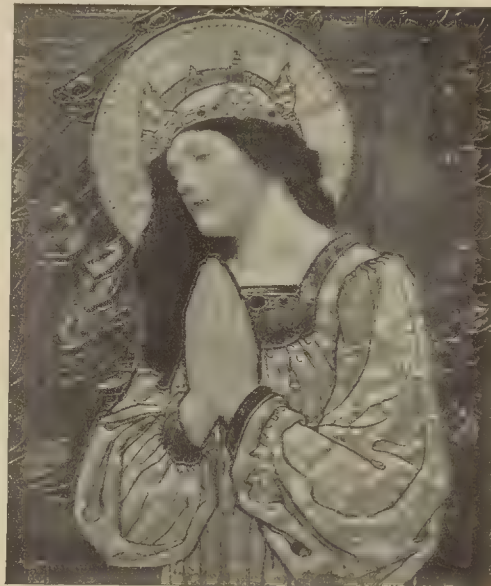
Cuatro retratos de mujeres del harén imperial
(Clises á tres colores de Su Majestad cherifiana)

El sultán de Marruecos fotógrafo

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Safo.—El autor de esta escultura, Enrique Waderé, nacido en Cólmar en 1865 y establecido desde hace muchos años en Munich, es reputado como uno de los artistas que mejor saben modelar las delicadas formas femeninas, no contentándose, empero, con atender solamente á la parte plástica, sino infundiendo además en sus obras ese soplo de vida y de movimiento que caracteriza al arte escultórico moderno. Así, su *Safo,* que fué muy celebrada en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de la capital de Baviera, tiene toda la majestad de una estatua antigua; pero hay en ella algo de la mujer fuerte de nuestros días. Y esta compenetración de dos elementos tan importantes de toda manifestación artística, da por resultado esta hermosa figura en la que no se sabe qué admirar más, si la corrección y severidad de la forma, ó el dolor que se revela en la actitud y en el rostro de la infortunada poetisa de Lesbos.





Obras decorativas de Pickford Marriot, en las que se combinan la pintura, el cristal, el nácar y las piedras preciosas

Obras decorativas, de Pickford Marriot.—Las industrias artísticas buscan incesantemente nuevos procedimientos para satisfacer los gustos, cada vez más difíciles, del público. Mr. Rickford Marriot, actual director de la Escuela de Bellas Artes de Port Elizabeth, y su hermano Federico, han hecho algunos interesantes experimentos, combinando la pintura con el cristal, el nácar y las piedras preciosas. Varias de estas obras decorativas por ellos ejecutadas han llamado la atención en Londres; las reproducciones de dos de ellas, que adjuntas publicamos, permiten formarse perfecta idea de la belleza de las mismas, que en los originales ha de avalorarse con la variedad de los colores.

Vendedor ambulante.—Basta contemplar este delicioso grupo para comprender que el artista que le ha dibujado busca su mejor inspiración en la realidad, observándola con verdadera penetración y reproduciéndola con un vigor y una soltura dignos de los mayores elogios. Así es, en efecto: Borrough Johnson, el autor de este dibujo, tiene en Londres grande y merecida fama por las cualidades que dejamos apuntadas, reconociéndosele como uno de los artistas que con más talento cultivan el estudio de las escenas y de los tipos que la vida ordinaria con tanta profusión ofrece, y que no por ser muchos y en apariencia vulgares dejan de tener interés para quien sabe verlos al través de un temperamento artístico.

Un adivino en el Cairo.—La vida popular en el Cairo, como en todas las viejas ciudades de Oriente, es un arsenal de temas para los artistas; el notable pintor alemán Max Rabes, que la conoce perfectamente por haber residido largos años en la capital de Egipto, nos da en su cuadro la reproducción exacta de una de esas escenas pintorescas que allí se desarrollan. Ante los asombrados ojos del viejo *fellah* y de la joven que le acompaña, traza el viejo adivino sus signos cabalísticos en la arena esparcida sobre el paño tendido en el suelo. ¿Qué les predirá? De fijo que lo que sepa que más puede halagarles, ya que es de suponer que en el Cairo, como en todas partes, los que á la profesión de adivino se dedican, si no leen en el porvenir, conocen á fondo las flaquezas de los necios que á ellos acuden.



Vendedor ambulante, dibujo de Borrough Johnson

El cortejo de la primavera.—Todo en este cuadro respira alegría y frescura; todo en él nos hace sentir los encantos de esa estación del año en que la naturaleza renace, cubriendo de flores los árboles, perfumando el aire con los aromas de las flores y pintando el cielo de un azul purísimo. Y si esto sentimos contemplando la obra de Leeke, no es necesario que nos detengamos en señalar sus innumerables bellezas de ejecución: cuando un artista despierta en nuestro ánimo tan dulces sensaciones, ha logrado el fin primordial del arte y es innecesario que la crítica explique el valor técnico de su obra.

Biener, canciller del Tirol en la dieta de Innsbruck.—Esta tabla, tallada en madera por el notable escultor inglés Juan Pitschmann, es una copia exacta de un celebrado cuadro de Carlos Anrather que se conserva en el Museo de Innsbruck, y que representa un episodio interesante de la historia del Tirol. Estando reunida la dieta de Innsbruck, el obispo de Brixen, Perkhofer, declaró solemnemente que los Estados de los principados de Trento y de Brixen no compartirían con los demás del Tirol las tareas de la asamblea; pero las alabardas y los mosquetes de los soldados que á prevención había llevado el noble y liberal canciller alemán Guillermo Biener, para defender los derechos de la duquesa Claudia (1632-1648), hicieron entrar en razón al prelado y evitaron á la ilustre dama la humillación que el partido clerical quería imponerle. Esta facción no perdonó nunca á Biener aquel agravio, y más tarde, cuando sucedió á Claudia en la regencia su hijo, el débil Fernando Carlos (1648-1661), aprovechando la influencia que sobre éste adquirió, hizo instruir un proceso que terminó con la sentencia de muerte y ejecución del canciller.

En la obra de Pitschmann está admirablemente reproducida la escena que dejamos relatada. Las figuras tienen su expresión propia cada una y parece que se mueven.



LA PAZ RUSO-JAPONESA.—TOKÍO.—LA MUCHEDUMBRE DELANTE DE LA REDACCIÓN DEL DIARIO «TCHU-WO-SHIMBUN (DIARIO DEL CENTRO.)» (De fotografía.)

RESUMEN DE LA GUERRA

RUSO-JAPONESA

Firmada en Portsmouth la paz que dentro de pocos días ratificarán los soberanos de Rusia y del Japón, parécenos oportuno terminar la serie de crónicas que semanalmente hemos venido publicando con un resumen de las principales fases de la guerra que durante diez y ocho meses han sostenido ambas potencias en el Extremo Oriente.

Rotas las hostilidades por la escuadra de Togo, con el ataque contra los buques rusos de Puerto Arthur, en la noche del 8 al 9 de febrero de 1904, las primeras operaciones fueron marítimas, perdiendo en ellas los rusos el *Varyag*, el *Koreietz*, el *Yenisei* y el buque almirante *Petropawslok*, bombardeando los japoneses Puerto Arthur y Vladivostok y tratando en varias ocasiones de cerrar la entrada del primero de estos puertos.

El 6 de abril, los japoneses, que habían desembarcado el 9 de febrero en Corea, ocuparon Wijú, obligando á los rusos á retirarse detrás del Yalú, y el día 1.° de mayo el ejército de Kuroki pasa este río. El general ruso Zassulicht, que mandaba la vanguardia de Kuropatkine por la parte de Corea, es derrotado en Ta-lien-tse.

Parecía entonces que los japoneses desembarcarían nuevas fuerzas al Oeste del Yalú, lanzándose rápidamente contra el grueso del ejército ruso, que no contaba más que 60.000 hombres; pero hipnotizados por el ansia de poseer Puerto Arthur y creyendo que el sitio de esta plaza sólo duraría unas semanas, dejaron en la Mandchuria únicamente ocho divisiones, que penetraron en el Liao-Tung. El 27 de mayo, el general Okú, después de un sangriento combate, se apoderó del istmo de Kin-Tchen, comenzando entonces el sitio de Puerto Arthur.

Para auxiliar á los defensores de la plaza sitiada, Kuropatkine destacó hacia el Sur el cuerpo de Stackelberg, que aunque derrotado el 15 de junio en Vafangú, pudo reunirse con el grueso del ejército ruso.

En el ínterin, el sitio de Puerto Arthur no avanzaba tanto como habían esperado los japoneses, exigiendo de parte de éstos el empleo de considerables fuerzas que mejor hubieran podido utilizar en la Mandchuria. Esto hizo que el avance de sus ejércitos en ésta fuese sumamente lento; Kaiping (9 de julio), Ta-Chi-Kiao (25 de julio) y Hai-Cheng (3 de agosto) marcan las etapas de esta marcha, durante la cual los rusos ejecutaron una retirada admirable.

En 8 de agosto, los japoneses ocuparon las últimas posiciones exteriores de Puerto Arthur; el 10 derrotaron á la escuadra rusa que había intentado salir del puerto, echándole á pique algunos barcos, capturándole otros y obligando á los restantes á refugiarse de nuevo en aquél; el 14, la escuadra de Kamimura derrotó á la rusa de Vladivostok, destruyendo el crucero *Rurik*, y el 19 asaltaron los japoneses Puerto Arthur, siendo rechazados con pérdida de más de 10.000 hombres.

La lentitud con que adelantaban los japoneses en la Mandchuria había permitido á Kuropatkine reunir un ejército de 200.000 hombres con 500 cañones y ocupar posiciones ventajosísimas, á pesar de lo cual el generalísimo ruso hubo de evacuar el día 3 de septiembre Liao-Yang, en donde al día siguiente entraba el general Kuroki.

Hubo entonces un período de calma en la Mandchuria que coincidió con una mayor actividad en las operaciones del sitio de Puerto Arthur, en donde los japoneses se apoderaron del fuerte Kuropatkine y de la columna Namankayama; en cambio fueron rechazados con pérdidas enormes al intentar apoderarse de la colina de los 203 metros.

Cuando menos se esperaba, súpose que Kuropatkine, obedeciendo órdenes de Rusia, iba á tomar la ofensiva; en efecto, el 5 de octubre las vanguardias de sus columnas atacaron las avanzadas japonesas, rechazándolas hacia el Sur; pero el ala izquierda, al mando de Stackelberg, no realizó con la rapidez necesaria el movimiento envolvente que se le había ordenado. Rechazada al mismo tiempo el ala derecha rusa, Kuropatkine se encontró en una situación sumamente comprometida, logrando sólo á fuerza de energía y de serenidad salvar su ejército. Afortunadamente para él, el enemigo estaba extenuado por diez días de lucha no interrumpida y encarnizada, así es que después de la toma de la colina Putilof (17 de octubre), el combate fué menguando hasta cesar por completo.

Ninguno de los dos adversarios, sin embargo, quiso darse por vencido y permanecieron en el campo de batalla en contacto inmediato. En esta situación, sin precedente en la historia militar, pasaron el invierno rusos y japoneses, construyendo unos y otros formidables fortificaciones armadas con piezas de grueso calibre.

Como poco antes, mientras permanecían inactivos los ejércitos de la Mandchuria, en Puerto Arthur los japoneses tomaban la contraescarpa del fuerte de Ehrlungchán (26 de octubre) y la colina de los 203 metros (30 de octubre), bombardeaban desde esta última posición la flota rusa anclada en la rada, echando á pique todos los buques, menos el *Sebastopol* (3 de diciembre), que doce días después era también destruído; y se apoderaban de los fuertes de Tungkenanchán (18 de diciembre), Ehrlungchán (28 de diciembre) y Sungshuchán. El día 1.° de enero de 1905 capitulaba Puerto Arthur, después de una resistencia heroica durante cerca de ocho meses.

El 24 de enero, los rusos salieron de sus líneas del Chao y atacaron el ala izquierda japonesa, empeñándose la batalla de Kei-Ku-Tai, que terminó el 29, sin resultados decisivos. El 25 de febrero, los japoneses tomaron á su vez la ofensiva, y después de una serie no interrumpida de acciones sangrientas, obligaron á los rusos á emprender la retirada, evacuando Mukden, en donde entraron aquéllos el 10 de marzo. Esta fué la última operación de la campaña: desde entonces hasta la firma de la paz, vencedores y vencidos se inmovilizaron en las posiciones que después de la batalla de Mukden habían ocupado.

Los rusos, derrotados por tierra, perdido Puerto Arthur y destruídas las fuerzas navales que desde el principio de la guerra tenían en el mar del Japón, pusieron su confianza en la escuadra de Rodjestvensky, que había salido de Libau el día 15 de febrero; pero la desastrosa derrota de Tsushima (27 y 28 de mayo) disipó aquella esperanza suprema.

Once días después (8 de junio), el presidente de la República de los Estados Unidos Mr. Roosevelt invitaba al Japón y á Rusia á negociar la paz, y aceptada su invitación por ambas potencias, reuniéronse sus plenipotenciarios en Portsmouth, celebrando su primera conferencia el 9 de agosto y firmando la paz el 29.

En el entre tanto, los japoneses habían desembarcado en la isla Sakhalin (7 de julio), ocupando Hor sakofsk (8 de julio) y Luikof (27 de julio), y obligando á capitular á la mayor parte de las fuerzas rusas que guarnecían la isla (31 de julio).

Es sumamente difícil apreciar con alguna exactitud las pérdidas en hombres y en material por ambos ejércitos durante la guerra; sin embargo, aproximadamente pueden calcularse las de los rusos en unos 250.000 muertos y heridos, 71.000 prisioneros y 197 cañones; y las de los japoneses en 230.000, 300 y 15 respectivamente.

Los rusos han perdido, además, entre apresados y echados á pique 13 acorazados, cinco cruceros acorazados, seis cruceros protegidos y tres guardacostas con un total de 581 cañones y de un valor de 550 millones de francos; á lo que hay que añadir varios transportes, contratorpederos, torpederos y cañoneros, que hacen subir á unos 700 millones el valor de la flota destruída.

Los japoneses sólo han perdido dos acorazados y dos cruceros, con 91 cañones y un valor de 85 millones, que con algunos transportes, cañoneros y torpederos sube probablemente á 100 millones.—R.



UN ADIVINO EN EL CAIRO, cuadro de Max Rabes



EL CORTEJO DE LA PRIMAVERA, cuadro de Fernando Leeke

LA SEPARACIÓN DE SUECIA Y NORUEGA

Oportunamente hemos dado cuenta de la resolución por virtud de la cual el Parlamento noruego decidió la separación de su país de la Suecia, con la que formaba desde 1814 un solo reino, resolución que fué ratificada por grandioso plebiscito, realizado en cumplimiento de la petición formulada por el rey Oscar II.

Para resolver las múltiples cuestiones que de esta separación se derivan, se han celebrado en Carlstadt varias conferencias entre los delegados de ambos países.

Por un momento pudo creerse que no se llegaría á un acuerdo pacífico, y aun se dijo que los noruegos, en previsión de ello, movilizaban sus tropas y enviaban numerosas fuerzas á la frontera. La cuestión batallona era la demolición de varias fortalezas noruegas, que los suecos imponían como condición *sine qua non*.

Pero al fin el acuerdo pacífico ha sido concertado por los delegados de Carlstadt, faltando ahora solamente la ratificación del mismo por los Parlamentos de ambos países. Las principales condiciones de este acuerdo son las siguientes: Los dos Estados se comprometen á someter al Tribunal arbitral de La Haya los litigios no concernientes á la independencia, á la integridad ni á los intereses vitales de los dos países. El acuerdo durará diez años y se entenderá prorrogado por igual tiempo, si dos años antes de expirar este primer plazo no es denunciado. Se establecerá á cada lado de la frontera una zona neutral de 15 kilómetros, en la cual no habrá fortalezas ni se efectuarán aprovisionamientos para el ejército y la marina; en su consecuencia habrán de ser desmanteladas en el término de ocho meses las fortalezas noruegas de Gyldenloeve, Overbjerger, Veden y Hjemskolber, Orje con Kroksund, Urskog y Dingsrud, pero se conservarán, aunque sin el carácter de fortalezas, las antiguas obras de defensa de Frederiksten, Gyldenloeve y Overbjerger. No podrán construirse nuevas fortalezas en un radio de diez kilómetros de Kongsvinger.

Proclamada definitivamente la separación, plantéase para Noruega el problema de cuál forma de gobierno adoptará, y en caso de adoptar la monárquica, á quien ofrecerá la corona.

SEPARACIÓN DE SUECIA Y NORUEGA. – La fortaleza noruega de Frederiksten, situada en el Sudeste de Noruega, una de las que, según el acuerdo firmado, quedarán en pie aunque desmantelada y sin conservar el carácter de fortaleza. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

SEPARACIÓN DE SUECIA Y NORUEGA. – La fortaleza noruega de Kongsvinger, que quedará en pie, pero sin que puedan aumentarse sus fortificaciones en un radio de 10 kilómetros. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

El candidato que, por ahora, tiene más probabilidades es el príncipe Cristián de Dinamarca, á quien apoya resueltamente Eduardo VII de Inglaterra. Su competidor posible parece ser el príncipe Arturo de Connaught, persona grata al emperador Guillermo II de Alemania, y por esta sola circunstancia impopular en Inglaterra. También suena el nombre del príncipe Jorge de Grecia, que trocaría de buena gana la alta comisaría de Creta por el trono noruego.

No sería extraño, sin embargo, que se proclamara en Noruega la República, pues si bien la mayoría de los noruegos son monárquicos, el régimen republicano gana de día en día partidarios entre ellos.

El célebre explorador francés PABLO SAVORGNÁN DI BRAZZA, fallecido en Dakar en 14 de septiembre último

PABLO SAVORGNAN DI BRAZZA

Este célebre explorador, que ha fallecido el 14 del mes anterior en Dakar, había nacido en 1852 á bordo de la fragata italiana *Venere*, anclada en la rada de Río Janeiro. A los diez y seis años entró en la escuela naval de Brest y en 1874 se naturalizó francés para entrar en la marina de guerra de Francia. Apoyado por el gobierno de la República dedicóse á las exploraciones africanas, en la primera de las cuales, emprendida á fines de 1875, llegó al alto Ogové, remontó este río hasta 688 kilómetros del mar y subió hasta las fuentes del Alima, de donde hubo de alejarse á causa de la hostilidad de los indígenas. Un mes después, sufriendo penalidades sin cuento, llegó al Licona; pero encontrándose allí falto de todo recurso, hubo de volverse á Gabón.

De regreso en Europa en 1878, y enterado de los resultados del viaje de Stanley al través del Africa ecuatorial y á lo largo del Congo, comprendió Brazza que la vía directa del Ogové y del Alima constituía una importante paralela de la vía del Congo, y en 27 de diciembre de 1879 partió nuevamente á fin de completar su obra y se dedicó valerosamente á abrir aquel nuevo camino, llegando hasta cerca de las más altas cataratas del Congo, fundando en el alto Ogové las dos importantes estaciones de Franceville, punto de apoyo para abrir aquella vía, y Brazzaville, en el Congo mismo, y estipulando un tratado con el rey Makoko, que puso sus Estados bajo la protección de Francia y le concedió los terrenos necesarios para la segunda de las estaciones citadas.

En 1882 volvió á París, en donde fué recibido con entusiasmo, y al año siguiente fué nombrado comisario general con encargo de organizar la explotación y el gobierno de los inmensos territorios conquistados. Durante catorce años, Francia no olvidó sus insignes servicios; pero en 1897, en un conflicto entre él y la burocracia, fué vencido por ésta y el gobierno francés le destituyó de su cargo en una forma que no merecía ciertamente quien tantos sacrificios había hecho por su patria.

Regresó á Francia, sin formular una queja y sin permitir que sus amigos siquiera protestaran contra tamaña injusticia, y allí vivió obscura y modestamente, hasta que las Cámaras votaron por unanimidad en su favor una pensión á título de recompensa nacional.

En marzo último, el ministro de las Colonias, al tener noticia de las crueldades cometidas por dos funcionarios de la colonia del Congo, pidió á Brazza que fuese allí á practicar una información; la credencial de su nombramiento estaba concebida en los términos más encomiásticos para él. Brazza partió, y terminada la misión que se le confiara, regresaba á Francia, cuando sucumbió en Dakar, víctima de una disentería contraida en sus exploraciones.—X.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 400, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (6 PIEZAS)

BLANCAS (5 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 399, POR J. FRIDLIZIUS.

Blancas.	Negras.
1. Dd8-a8	1. Cualquiera.
2. C, D, A ó T mate.	



–¡Pobre hija! Hace tres años la felicidad estuvo al alcance de tu mano...

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Rosa, dijo Prévinquieres, te suplico que no te precipites; estás en un momento crítico. De ti depende que las dificultades más grandes se allanen, y ya sabes que tengo gran confianza en tu buen juicio. Tu madre y tu padrino te dirán como yo que en las presentes circunstancias hace falta mucha prudencia... Tu marido...

—¡Es un miserable!, exclamó Rosa con violencia. Ustedes no le conocen. Hace dos días que no puedo mirarle á la cara.

—Vamos, vamos, dijo Duburle bondadosamente. No exageremos. Folentin no es un miserable ni tampoco un ángel; es lo que puede ser en medio de los acontecimientos que acaban de ocurrir.

—Él tiene la culpa de cuanto ha sucedido. Su rapacidad de hombre de negocios ha puesto á Valentín y á Condottier frente á frente. Él es quien ha... Esta misma mañana me ha dicho que vería con gusto á los dos adversarios muertos...

—¡Oh!

—Así, con esas mismas palabras. Por eso no quiero volver á su lado...

—¡Cómo! ¿Piensas separarte de él?, exclamó Prévinquieres emocionado. ¿Qué pensará de ti el mundo?

—Poco me importa. Hasta ahora me he preocupado demasiado del qué dirán. Si no lo hubiese sacrificado todo á esto, no me encontraría en esta situación.

—Confieso, dijo Prévinquieres, que tu casamiento no dió el resultado que se esperaba; pero de esto á que te separes de Folentin...

—Me es odioso.

—Si todas las mujeres á las que su marido es desagradable se fuesen de su casa, no veríamos más que hogares deshechos.

—Las otras harán lo que quieran, pero yo me guiaré siempre por mis sentimientos.

—Pero ¿y el mundo, hija mía?

—Pero ¿y mi tranquilidad, madre mia?

—Folentin no es mala persona; es muy tolerable.

—Es un ser nulo para el bien, y siempre dispuesto al mal; por vanidad sería capaz de pegar fuego á París. No quiero verle más; después de lo que hemos hablado, no puede haber nada común entre nosotros...

—Entonces ¿piensas en el divorcio?..

Reinó un momento de silencio. En aquel ambiente burgués y católico, la palabra sonó inarmónicamente.

Prévinquieres repitió:

—¡El divorcio... tú, hija mía! ¿Qué dirá nuestro párroco?

—El párroco dirá lo que quiera, pero yo recobraré mi libertad. El divorcio es una cosa horrible, madre mía, convengo en ello; pero cuando los caracteres de marido y mujer no concuerdan, y no hay hijos para retenerlos en el hogar, el divorcio es la salvación. Parece haberse instituído para mí. En mi caso sólo ofrece ventajas y ningún inconveniente.

—Tú sabes, hija mía, dijo Prévinquieres, que soy muy liberal y que no te habría hablado como tu madre de obligaciones sociales, de escrúpulos religiosos ni aun del efecto deplorable que tu resolución pueda producir en nuestras relaciones; pero miremos la cosa por el lado práctico. ¿Adónde piensas ir cuando abandones la casa de tu marido?

—Al único sitio en que puedo estar al abrigo de toda sospecha, á casa de mi padre.

—Mi casa está siempre dispuesta á recibirte, eso ni que decir tiene; pero reflexiona las consecuencias que puede acarrearte semejante resolución.

—Todo está pensado. Si me quieres, no me atormentes más; soy muy desgraciada.

Su voz se hizo opaca y rompió á llorar. Ante ese espectáculo, Duburle, fuera de sí, se puso en pie, y rojo de indignación, causando el asombro de la señora Prévinquieres, dijo:

—¡Cómo! ¿Van ustedes á vacilar cuando esa pobre criatura les pide auxilio? ¿No la quieren ustedes? ¡Que no sea yo quien pueda recibirla y consolarla! Querida niña, tu viejo padrino está á tu lado para todo; puedes contar con él.

—Vamos, exclamó Prévinquieres, hasta la gente formal, ó que debiera serlo, empieza á chochear. ¿Adónde vamos por ese camino? Duburle, hágame el favor de tranquilizarse y no excite á esa chiquilla que necesita calma. No es que yo la vaya á abandonar, pero estas cosas exigen pies de plomo. Voy á ver á Folentin, á hablar con él. ¡Diablo! No hay que olvidar la dote.

—Déjasela, y que me deje tranquila en cambio.

—Hablas á lo tonto. ¡Ochocientos mil francos! Sería capaz de aceptar en seguida.

—Papá, veo que tienes de mi marido la misma opinión que yo.

—En materia de negocios es un individuo muy seguro de sí mismo, pero ya verá ahora con quién trata.

—¿Quiere usted que le acompañe?, preguntó Duburle.

—No, iré solo, para poder decirle todo sin que se resienta el amor propio.

Prévinquieres miró tiernamente á su hija, movió la cabeza, y rozando con sus labios su hermoso pelo murmuró:

—¡Pobre hija! Hace tres años la felicidad estuvo al alcance de tu mano; creo que fuí el único en verla. Ahora se ha perdido.

Rosa, en voz baja, le contestó devolviéndole el beso:

—¡Si la pudiésemos recobrar!..

VII

—Querido suegro, dijo malhumorado Folentin, permítame que me asombre del paso que da usted...

—Y yo, querido yerno, permíteme que me asombre del modo con que me recibes.

Sentados frente á frente en el despacho de Folentin, los dos hombres se miraron en silencio. Hasta ellos llegaba el ruido de las oficinas en plena actividad, y Folentin, en su casa de banca, se sentía en plena posesión de sí mismo; allí ejercía un poderío incontrarrestable. Hizo con la mano un gesto vago y dijo:

—Usted debe comprender perfectamente que no puedo acoger con calma el anuncio de la ruptura total con mi mujer, y que ésta se marche de mi casa; es un golpe demasiado serio para mis sentimientos, y que al mismo tiempo alcanza á mi situación...

—Te ruego que no confundamos la cuestión de negocios con la cuestión de sentimientos.

—Sin embargo, es preciso...

—Eso es indicarme que bajo ciertas y determinadas condiciones devolverás la libertad á mi hija.

—¿Por quién me toma usted? ¡Cómo! ¿Conformarme con un trato? No; mi mujer no tiene ninguna queja contra mí, y yo las tengo muy serias contra ella... Consentiré en olvidarlas, pero á condición de que desde esta noche vuelva al domicilio conyugal.

—No volverá.

—Entonces considerará justo que tome mis medidas y que haga constar su desaparición.

—¡Cómo, Folentin! ¿El comisario de policía? ¿Tan pronto?

—El ridículo no me concederá un plazo para caer sobre mí, y usted conoce el proverbio francés que dice que el ridículo mata.

—Si muriesen todos los atacados, ¡qué baja en la población! Con todo, un acto de rigor no modificará la opinión...

—Por lo menos tendré el consuelo de no aparecer apaleado y contento.

—Mi hija ha observado una conducta irreprochable.

—Usted lo afirma, pero Condottier no tiene reparo en decir...

—Calumnias.

—Después de todo yo no sé nada.

—Y teniendo esa idea, ¿quieres que tu mujer vuelva aquí?

—Sería darme una prueba de que Condottier miente.

—Brillante prueba. ¿Te contentarías con ella?

—En la desgracia no se puede ser egoísta.

—¿Es tu última palabra?

—Ha sido la primera, será la última.

—Eres intratable.

—Me veo maltratado.

—Folentin, tú eres quien imagina las hostilidades.

—Cuando mi mujer se ha pasado al enemigo...

—¿Quién es el enemigo?

—Todo el que no piense como yo.

—Dime con toda formalidad si quieres ser franco. ¿Qué te propones?

—Que no se me deje á un lado como á un trasto viejo, y que no se me reemplace por otro trasto mucho más brillante y mucho más lujoso; no quiero, sépalo usted, que se me arrincone. Su hija es mi mujer, y quiera ó no quiera seguirá siéndolo. En todo caso, no será ni marquesa de Condottier...

—Si es eso lo que temes...

—Eso ú otra cosa. En fin, sé lo que digo, y ella lo que quiere es el divorcio para volver á casarse, sólo para casarse otra vez; y eso precisamente es lo que no quiero. No me importa que parezca que la dejo; lo que no admito es que parezca que ella me deja.

—Eso es para ti lo importante...

—Sí, lo importante; su hija no se reirá de mí con otro marido. Quiso jugar conmigo, y á expensas suyas aprenderá que no se juega con Folentin.

—¿Y que él es quien juega con los demás?

—Sí.

—¿En qué condiciones?

—¿Qué me ofrece usted?

—Dinero.

—¿A mí?

—Me veo precisado á ello, ya que no quieres ceder gratis; será un modo de triunfar como otro cualquiera. ¿Quieres guardar la dote y devolver la mujer?

Folentin se puso en pie, soberbio y orgulloso.

—Semejante proposición..., tan ofensiva... ¿Me toma usted por Roberto Macaire?

—Querido, no sé por quién debo tomarte. Todo cuanto veo y oigo desde hace veinticuatro horas trastorna mis ideas. Yo soy todavía de la antigua escuela, de aquella que tenía principios y escrúpulos. Vosotros no sabéis nada de esto; no cargáis con esos pesados equipajes que se llaman buena fe, delicadeza y generosidad. Cuando perseguís un fin no os importan los caminos para llegar á él. No quieres devolverme á mi hija y te ofrezco dinero. ¿No te parece bien? ¿Hay una solución más ventajosa? Habla, Folentin, señala tus condiciones, pon precio. Ahora que tratamos del asunto, no hay por qué aplazarlo.

—Caballero, dijo Folentin furioso. Usted se arrepentirá de haberme tratado con tan poca consideración. Es usted mi suegro y le debo además el respeto de la edad. Tengo las manos atadas, felicítese por ello.

—Me felicito, Folentin, dijo Prévinquieres con sorna, por más que, dicho sea entre nosotros, no me pareces un tigre. Te alegras un poco de tener las manos atadas, como tan noblemente me decías hace poco. Pues bien: sigue así, mi buen amigo, hasta el momento que te canses y prefieras cambiar de postura. Siempre me encontrarás dispuesto á reanudar esta conversación.

—¡Nunca, caballero, nunca!

—Folentin, «nunca» es una palabra vacía de sentido, lo mismo que «siempre.» Mi hija y tú habíais prometido vivir siempre juntos; ya ves lo que ha valido esa promesa. Tu «jamás» equivale á lo mismo.

—Lo veremos.

—Vamos, por última vez, y seamos juiciosos. ¿Quieres que lleguemos á un arreglo?

—No.

—¿Quieres obligar á mi hija á que vuelva?

—Sí.

—¿Aunque tengas que recurrir al comisario de policía?

—Si es necesario...

—Folentin, ese proyecto es poco elegante.

—No me importa.

—Dejas la puerta abierta á la violencia.

—Se me obliga á ello.

—Por última vez. ¿Te niegas á devolverme mi hija? ¿No pones ninguna condición ni ningún precio?

—No, no, no.

—Muy bien, así la tendré por nada.

Y sin añadir una palabra, Prévinquieres salió del gabinete dejando á Folentin estupefacto.

Tendido en su cama, algo pálido, pero muy tranquilo, Raynaud hablaba con Evans. El rudo americano se había convertido en enfermero y velaba por su amigo con verdadera solicitud; su rostro tranquilo, su modo de hablar lento y el poderío que de su persona emanaba, confortaban á Raynaud. Frente á aquel hombre sonriente se sentía tranquilo.

—No he podido evitar el duelo con el marqués de Condottier, me hará usted esa justicia, dijo Evans, por más que no he podido comprender la utilidad de ese duelo. Ahora lo comprendo menos que nunca. ¿Qué adelantó el marqués con herirle?

—Es evidente, Evans, que son costumbres muy distintas á las de ustedes; pero Condottier me odiaba.

—En ese caso, al batirse con usted ha debido matarle. Como le decía hace un momento, herir no resuelve nada. Quería desembarazarse de un rival, extraña idea, pues en ningún país se consigue el amor por la fuerza; pero, en fin, era una idea; en este caso, la lógica era disparar todos los tiros que hiciesen falta para matarle. Por eso nosotros inventamos el revólver de seis tiros. En Francia se cambia una bala, y aunque sea sin resultado todo termina; el honor queda satisfecho con ese vano y ridículo simulacro.

—Muy ridículo, pero es imposible substraerse á las costumbres y no sacrificarse á las preocupaciones.

Guardaron silencio, y al cabo de un rato Evans preguntó:

—¿Sufre usted?

—Muy poco; más que dolor siento embotamiento.

—¿Tiene usted sed?

—No. Creo que la calentura ha desaparecido.

—Dentro de ocho días podrá levantarse. ¿Qué piensa hacer entonces?

—Haré lo que usted me ha aconsejado; volveré á Chiquito y me pondré á trabajar.

—¿Se irá usted solo?

—Con usted.

—Sí, conmigo ya lo sé. Pero ¿se llevará á alguien más?

—¿A quién se refiere?

—A la baronesa de Rocher.

—Evans, tan bien como yo sabe usted que no es libre.

—Y usted, amigo mío, sabe perfectamente lo que suponen los lazos que la retienen. Únicamente la voluntad los hace sólidos, y cuando ésta deja de existir se rompen.

—Es imposible que la persona de que usted habla se conduzca con tanta ligereza. Debe pensar en su reputación, en su familia y en su marido; todo esto la hará reflexionar.

—Escuche, Raynaud; usted recordará que yo tenía muy mala opinión de Rosa, y que he dicho que nada se podía esperar de una mujer que lo fundaba todo en la vanidad y en la coquetería.

—Es una criatura delicada y encantadora, Evans; es toda bondad y abnegación.

—Es muy posible, pero sería preciso hacer la prueba. Usted sabe que el oro debe pasar por la piedra de toque; yo sometería á Rosa á esa última prueba.

—¿Tan desconfiado es usted?

—Lo más posible. Amigo, piense usted que si se une á esa mujer, yo tengo que estar en constante trato con ella, pues soy su compañero de vida y de negocios. Si usted sufriese, yo sufriría también, y deseo tomar todas las precauciones para que estemos tranquilos en lo porvenir.

—¿Qué teme usted de ella?

—Su ambición. Tenemos motivos para sospechar de su cálculo. ¿Recuerda usted cómo se casó con Folentin? Se dejó alucinar por su posición y su fortuna, como una alondra por los espejuelos. ¿Empezará de nuevo?

—¿Después de cuanto me ha dicho?

—¡Ah, Raynaud, las mujeres, las mujeres! No se debe tener en cuenta nada de cuanto dicen; únicamente lo que hacen tiene valor. Pues bien: piense que actualmente es usted mucho mejor partido de lo que en su día lo fué Folentin; los millones de Chiquito brillan, centellean, hipnotizan. Raynaud, no hagamos tonterías.

—¿Qué intenta usted?

—Nada complicado, es clarísimo.

—¿Qué?

—No se lo diré, me haría traición.

—¡Yo!

—Sí, usted. Sería capaz de advertirle de que voy á tenderle un lazo.

—Le doy palabra de no meterme en nada y de dejarle obrar libremente á su antojo.

—Eso ya es algo.

Evans era un ser lo menos sentimental que pudiera imaginarse. Después de conseguir de Raynaud lo que quería, se puso á hablar de otra cosa: los negocios de Chiquito, el barco cisterna que tenía que encargar y algunas máquinas para triturar maíz ocuparon una parte del día. Sin embargo, Raynaud volvió al asunto que ocupaba su corazón, proponiendo á su amigo que protegiesen á Mauricio Prévinquieres.

—¿Para qué sirve ese botarate?, preguntó Evans.

—Temo que para muy poco, pero es hijo del hombre á quien debo cuanto soy. Esta es ocasión de pagar mi deuda.

—Perfectamente; pero será preciso enseñarle á ser útil y hacerle cobrar amor al trabajo; así le prestará usted un servicio material y otro moral.

—Usted piensa en todo, Evans.

—Amigo, no hay nada tan fácil como dar dinero á ese joven; lo importante es hacerle comprender lo que cuesta ganarlo. El día que se interese por algo será un hombre salvado.

La llegada de Rosa y Prévinquieres les interrumpió. Mientras el criado ponía en orden la habitación, Evans se dirigió al salón para recibir á los visitantes.

—Amigo mío, dijo Prévinquieres, mi hija no ha callado un momento hasta que he consentido en traerla. ¿Cómo está nuestro herido?

—Un poco mejor; duerme.

Rosa parecía abatida. Prévinquieres, compadecido de ella, dijo:

—Mira, tengo que hacer una diligencia en Neuilly; te dejo con el Sr. Evans, y volveré á buscarte. Probablemente Valentín despertará antes.

El rostro de la joven se serenó. Sentóse junto á la ventana que daba á los Campos Elíseos, fijándose en los carruajes que circulaban por la avenida; desde allí se veía su hotel, del que había salido con la intención de no volver. Pero no pensaba en eso, sino que volvía á ver aquel salón en que ahora estaba, á Raynaud de pie delante de ella, la tarde en que fué á verle, y confesándole que la amaba. ¡Con qué dulzura había oído sus palabras, y qué serenidad le inundaba el espíritu al saberse amada por aquel hombre leal y abnegado! La voz de Evans vino á turbar sus reflexiones. Fijó los ojos en aquel amigo fiel, y le dirigió una mirada llena de dulzura. Él sonrió, y en tono natural dijo:

—Sí, comprendo que cuando usted mira á alguien de ese modo se vuelva loco. Pero yo soy un viejo, y

por añadidura un salvaje, de modo que si usted quiere podemos hablar formalmente.

—Yo quiero cuanto usted quiera, dijo Rosa.

—Pues bien, voy á decirle dos palabras con respecto á la situación de Raynaud. El pobre sufre mucho, y en el estado que se encuentra considero muy difícil tener una explicación con él; pero le pasan cosas que no puedo ni debo ocultar á usted.

—¿Por qué á mí?, preguntó la joven.

—Porque tal vez sean de tal índole que hagan modificar sus proyectos. No conozco sus intenciones, pero temo que tome usted una resolución extrema, y contra esa resolución quiero prevenirla.

—Y Raynaud, ¿qué tiene que ver en todo eso?

—Le ruego que me deje hablar francamente, tal vez con brutalidad, en interés de todos, y con objeto de no herir delicadezas. Usted sabe que soy un hombre rudo, que digo las cosas tal como las pienso...

—Bien, bien. Le suplico que hable, dijo Rosa asustada con aquel preámbulo.

—He traído para Raynaud muy malas noticias de América. Usted no ignora que habíamos emprendido una formidable especulación que al principio parecía salir bien, pero hemos tropezado con rivales poderosísimos y sin escrúpulos. Quisimos luchar, pero fuimos vencidos; una gran parte de mi fortuna está comprometida, y toda la de Raynaud se ha perdido.

Rosa miró á Evans tranquilamente.

—¿No es más que eso?

—¡Cómo! Se trata de millones, de la única esperanza en lo porvenir, de una empresa admirable, y todo está perdido irremisiblemente.

—Si me hubiese dicho usted ayer que era preciso escoger entre las riquezas de Raynaud y su vida, ¿cree que hubiera vacilado? ¿Qué me importa que se quede pobre, si vive? En el fondo, prefiero que sea así. Fabulosamente rico como se decía que era, hubiera parecido que especulaba; sin fortuna, nadie podrá dudar de que lo abandono todo por un afecto.

—¿Está usted decidida á abandonarlo todo?

—Sin duda alguna.

—Y ¿qué harán ustedes?

—Puesto que es pobre, cuando yo sea libre nos iremos á Beaumont á la fábrica de mi padre, y allí viviremos todo el año. Se encargará de nuevo de la dirección, que nunca hubiese debido dejar, y viviremos tranquilos y dichosos.

—Sin fortuna.

—No, no sin fortuna. Mi padre es rico, y no permitirá que carezcamos de nada.

—¿Y usted no echará algo de menos?

—Sí; no haber pensado de este modo hace tres años, y haber estropeado tristemente una parte de mi vida.

—¿Ese es el fondo de su pensamiento?, preguntó Evans con expresión radiante.

—Sí, ese es el fondo de mi pensamiento.

Rosa se interrumpió un momento, miró á Evans con fijeza, y sonriendo repuso:

—Querido Evans, era inútil dar tantos rodeos para conocerlo; no tenía más que haberlo argumentado honradamente, y le hubiese contestado lo mismo.

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó el americano con sorpresa.

—Quiero decir que sus malicias están, como decimos en Francia, cosidas con hilo blanco, y se ven los puntos; si hubiese querido aprovecharme de ellas, hubiera podido mantener las palabras, por lo demás muy sinceras, que he pronunciado hace un momento; pero eso no sería digno de mí. Crea usted que estoy curada de todas las debilidades pasadas; puede tener confianza absoluta en mí, en lo que á Raynaud se refiere, y no someterme á nuevo interrogatorio.

Evans se puso serio.

—¿No ha creído usted cuanto le he dicho al referirle el desastre de nuestras empresas?

—No, no lo he creído.

—Sin embargo, es exacto.

—¿Se empeña usted? En ese caso lo siento por usted, pues en lo que á Valentín se refiere me es indiferente.

—Ahora piensa usted así.

—En adelante pensaré siempre lo mismo. He pagado demasiado cara mi ambición para que me sacrifique á ella de nuevo.

Los ojos de Evans se llenaron de lágrimas, y tendiendo la mano á Rosa dijo con emoción que alteraba su voz:

—Confieso que he dudado de usted hasta hace un momento, pero hablando como habla, la duda no es posible. Acepte mis excusas á perdóneme.

La joven se dirigió hacia Evans, y presentándole la frente le dijo:



Tendido en su cama, algo pálido, pero muy tranqu.lo...

—Si quiere complacerme, déme un beso.

No lo repitió, y abriendo la puerta de la habitación de su amigo le dijo:

—Esta vez, Raynaud, puede alegrarse; la que le traigo es suya. Pero amigo mío, debo confesar que es más lista que yo: me ha cogido en el lazo que le tendí.

Rosa y Valentín se estrecharon la mano sin preguntar nada á Evans.

La velada terminaba en casa de Prévinquieres. Mauricio leía el periódico, mientras Duburle y su madre jugaban una partida de *piquet* y Rosa hablaba en voz baja con su padre. Entró un criado, presentando una tarjeta. Prévinquieres se puso los lentes y leyó: «Allard..., comisario de policía...»

—Perfectamente.

Recorrió el salón con una mirada, y en todos los rostros leyó la misma pregunta; y dejando la tarjeta dijo al criado:

—Haga entrar á ese caballero en mi despacho.

—Me figuro, dijo Duburle, que viene de parte de su yerno de usted.

—Acierta usted; es el Sr. Folentin que se da á conocer; ya me lo había advertido.

Y levantándose dijo á su hija:

—Hay que recibir á ese funcionario sin hacerle esperar. Rosa, ¿quieres hablarle?

—¿Para qué?

—¿Estás decidida á no volver á casa de tu marido?

—Después de su modo de proceder, más que nunca.

—Folentin no sabe conducirse; carece de tacto.

—Es un hombre despreciable, dijo la señora Prévinquieres; díselo de mi parte á su representante.

—Me guardaré mucho. Con un comisario de policía no se gastan bromas; no sabéis los servicios que puede prestar esta gente ni las desazones que puede producir.

—No me disgustará, dijo Mauricio, asistir al diálogo de papá con el comisario.

—Acompáñame, pero no abras la boca; es inútil que prodigues las tonterías de costumbre.

El comisario de policía Allard era un hombrecito rubio, algo obeso, de rostro alegre, vestido de gris como Caraby y luciendo en el ojal la cinta de la Legión de Honor. Se inclinó sonriendo ante Prévinquieres, y aceptando la butaca que Mauricio le ofrecía dijo:

—Caballero, mi misión es un tanto molesta. Vengo encargado por el barón de Rocher, encargado, repito, de rogar á la baronesa que vuelva á su casa para vivir con su esposo, según el artículo 214 del Código civil.

—Señor comisario, contestó Prévinquieres, yo estoy encargado por mi hija, la señora baronesa de Folentin, de declararle que bajo ningún pretexto y por nada del mundo consentirá en sufrir las exigencias de su marido.

Allard sonrió y miró amablemente á Mauricio y á Prévinquieres.

—Eso es claro, terminante y simplifica las formalidades. No se asombrarán ustedes, señores, si les hago firmar el acta en que debe constar la negativa opuesta á mi demanda... Es de derecho... Presumía el modo como sería acogida mi pretensión, y he traído el documento judicial. Yo les ruego que lo firme la señora baronesa, á fin de que conste que permanece en casa de sus padres sin obedecer á ninguna presión.

—Mauricio, lleva ese papel para que lo firme tu hermana.

—Mi deber sería recoger la firma de la señora baronesa en persona, dijo galantemente el comisario; así habría tenido el gusto de presentar mis respetos á una de las mujeres más hermosas de París, pero quiero dejar á un lado los rigorismos legales y portarme como hombre de mundo.

—Muchísimas gracias, dijo Prévinquieres tomando el papel de manos de Mauricio, que volvía de hacer firmar á su hermana.

—Ya está la firma que deseaba usted. Ahora mi hijo y yo pondremos las nuestras...

—Y todo estará terminado. Le suplico, caballero, que presente mis excusas á la señora baronesa de Rocher, por haberla molestado con esta formalidad, y créame su seguro servidor.

El hombrecillo vestido de gris, con el acta en el bolsillo, se disponía á salir, cuando Mauricio le dijo:

—Señor comisario, si no tiene usted inconveniente bajaremos juntos. Buenas noches, papá.

—¡Mauricio!, murmuró con inquietud Prévinquieres.

—No temas, dijo el joven sonriendo, sé con quién trato.

Y añadió en voz baja, al oído de su padre:

—El comisario es un buen hombre.

Presentando una caja de habanos al Sr. Allard, le dijo:

—¿Un cigarro para salir?

—Con mucho gusto.

—Señor comisario, dijo Prévinquieres, usted lo pase bien.

Mientras se dirigía al salón, Mauricio y Allard bajaron la escalera y salieron á la calle.

—¿Adónde va usted?, preguntó el joven.

—A la comisaría.

—¿Tiene usted prisa?

—No.

—Entonces iremos un rato juntos.

—Con mucho gusto. El cigarro es exquisito.

—Son cigarros que papá hace traer directamente de Cuba por medio de sus corresponsales. Estas marcas no se encuentran en Francia.

—No me hable usted, dijo el comisario exaltado. La explotación del tabaco por el Estado, tal como se practica en Francia, es una vergüenza. Se envenena al consumidor en provecho del presupuesto. ¿Debe ser así?

—Si le oyese á usted el ministro de Hacienda...

—No me oye. Además, yo hablo como consumidor; el ser comisario no quiere decir que no se sea hombre.

—Tiene usted mucha razón.

Los dos se echaron á reir. En aquel momento pasaban por la Opera, obscura y silenciosa.

(Continuará.)

JARDINES DE ÁRBOLES DE FORMAS CAPRICHOSAS

Se conoce bastante en Inglaterra el arte de cortar y disponer los arbustos de tupido follaje y los árboles bajos y copudos, dándoles formas extrañas, ya de pájaros, hombres y animales, ya arquitectónicas, á fin de embellecer los jardines. De ello pueden verse preciosas muestras en algunas de las más antiguas y hermosas posesiones señoriales, en más de una de las cuales hay jardines de grandes dimensiones enteramente destinados á poner este arte en práctica; y con frecuencia se encuentran también ejemplares aislados, de concepción más ó menos complicada, en los jardines menos importantes de pequeñas casas de campo.


Vástago preparado para ser injertado.

Pero hasta ahora nunca he visto allí jardines de árboles caprichosos que puedan compararse con los que suele hallarse en Francia, especialmente en las cercanías de París. En vez de arbustos recortados, se disponen los árboles frutales y de otras clases de manera que sirvan de adorno al jardín, presentando en conjunto un golpe de vista agradable y digno de admiración, como puede colegirse de las fotografías de diferentes árboles hechos á capricho que acompañan estas líneas.

Cuando se cultiva un jardín para algo más que para recrear la vista, como por ejemplo para enviar fruta al mercado, el empleo de esa clase de árboles produce gran economía de espacio, pues tres ó cuatro de ellos ocupan el que uno solo ordinario ocuparía.

Lo que han logrado los japoneses en la producción de árboles enanos, haciendo que los de cien años de edad no alcancen mayor altura que un metro ó menos todavía, el artista en árboles francés lo ha conseguido produciendo árboles de formas extraordinarias: ambos han desorientado á la naturaleza y obtenido resultados que ella por sí sola jamás hubiera producido, y en el segundo caso por lo menos, no podrá decirse que sean éstos desagradables á la vista.

Con poca dificultad, pero sí con mucha paciencia y cuidado, puede el jardinero hacer que crezca el árbol afectando la forma que quiera, por muy rara que sea; el modo de proceder no es ningún secreto. Se consigue injertando sencillamente el árbol que ha de ser objeto del experimento, ó más bien tantos vástagos á la vez como sean necesarios en otro árbol de una especie resistente y que crezca despacio, el cual servirá de tronco. No se le ha de permitir que crezca á su gusto y manera para cogerlo después y obligarlo repentinamente á que tome la forma que se desea; sino que, año tras año, se le va construyendo á pedazos piso por piso, como si dijéramos. Tratar de que un árbol ya crecido tome una dirección determinada es perder el tiempo.


Arbol candelabro, formado de veintiséis injertos, por lo menos

He visto un manzano muy notable que representaba una silla. Como se comprende fácilmente, cuando estaba del todo florecido presentaba un aspecto muy bonito; un árbol así, con otros cuatro ó cinco de las formas que luego describiremos, bastan para adornar cualquier jardín. Un árbol semejante, aunque comparativamente pequeño, representa el trabajo de varios años, cuatro ó cinco por lo menos, porque cada rama que ha de crecer en una dirección determinada hay que injertarla por separado y no se puede hacerlo con más de dos á la vez.

El método que se emplea para que adquieran la forma que se desea consiste en sujetar las ramas que están creciendo á una armazón de madera ó hierro, cortando todos los vástagos que de ella se separen, de modo que la savia sólo alimente las ramas necesarias al objeto, lo que hace naturalmente que éstas se desarrollen con mayor rapidez. Las manzanas de ese árbol-silla eran de buen color y tamaño.

Las figuras que pueden obtenerse no tienen límite y se utilizan los árboles frutales de todas clases, como manzanos, perales, melocotoneros, cerezos, etc.; este último es el más difícil de manejar, pues tiene gran propensión á crecer á su manera. Un cerezo que afecte la forma de una doble urna tiene dos series de ramas circulares, una exterior y otra interior. La primera consta de ocho y se injertan separadamente, á iguales distancias, alrededor de un tronco pequeño, á un pie de distancia del suelo. La segunda se compone de cuatro, injertadas de igual modo y un pie más alto que las primeras. El árbol crece apoyado en una armazón de aros de hierro y pies derechos de madera y se deja que el círculo interior crezca más que el otro.

No pueden menos de llamar la atención del espectador las figuras tan lindas y simétricas que se obtienen cuando se quiere que imiten urnas, pirámides, círculos, etc. Una de las más difíciles de conseguir es la doble espiral, que es lo más caprichoso de lo caprichoso. El árbol ha de crecer adaptándose á una armazón especial y va subiendo dando cinco ó seis vueltas en espiral, cada una de las cuales representa un año de vida; un árbol así, cubierto de fruta, vale doscientos cincuenta francos. En este caso, como en todos, las ramas están sujetas á la armazón, y cuando han alcanzado la suficiente altura, no hay más que cortarlas.

Otra figura menos difícil es la de los círculos en diminución, y consiste en cierto número de ramas circulares que parten de un mismo tronco. Por lo general son cinco órdenes, cada uno de los que va disminuyendo en tamaño á partir del centro. Como no puede comenzarse hasta el segundo año de su existencia y sólo se injerta un círculo cada año, se necesitan cinco para completar la figura. Se injertan á la vez dos ramas, una á la derecha y otra á la izquierda, así es que al terminar tendrá diez.

Otra figura igualmente bonita se forma doblando dos ramas, para que formen un círculo, situadas en el tronco, á unos cinco pies del suelo, y de ellas irradian varias más; así es que el árbol parece exactamente una rueda; esta figura requiere diez injertos.

Viendo la fotografía que damos del árbol candelabro, se puede formar idea de lo mucho que puede conseguirse en materia de dar á los árboles formas determinadas por medio del injerto. El citado árbol es una obra maestra de este arte, que requiere infinita habilidad y mucho cuidado durante algunos años, y por lo tanto, no es de extrañar que un árbol semejante se venda por quinientos francos y hasta por más. Para llevar á cabo esa obra es difícil precisar con exactitud el número de injertos que son necesarios; pero en el tronco primitivo hay primeramente cuatro para sostener las copas de los costados y luego seis para la de arriba. Cada una de ellas requiere ocho ó diez injertos; así es que el árbol queda compuesto, por lo menos, de veintiséis ramas injertadas.


Arbol al que se ha obligado á crecer formando un globo

Otra obra maestra que patentiza la extraordinaria paciencia que necesita tener el que se dedica á crear árboles caprichosos y que además tiene una forma bastante original, es el árbol globo. Para conseguirla veinte injertos crecen sujetos á una armazón elíptica de madera, sobre un soporte de hierro. Terminado el globo, tiene una altura de cuatro pies y medio, y cuando está cubierto con todas sus hojas parece una bola verde.

En otra fotografía se ve el árbol-paraguas, á cuyas ramas se las obliga á dirigirse hacia abajo á lo largo de unos travesaños de madera sostenidos por aros de hierro. Si se trata de dar la forma de una urna, las ramas, al contrario, han de crecer hacia arriba sujetas á unas varas que se tienen á la conveniente distancia del tronco, poniendo alrededor de éste unas estacas de madera de trecho en trecho.

En las cercanías de París hay muchos terrenos dedicados al cultivo de estos árboles caprichosos; el visitarlos, después de haberlo hecho á los viveros comunes, es muy instructivo y proporciona un agradable recreo. Allí se ven fanegadas de tierra donde sólo hay troncos destinados únicamente para servir de tales á dichos árboles; otras llenas de tiernas estacas dispuestas para ser injertadas; las hay en que parece que sólo brotan del suelo armazones de madera; pero á ellas están sujetos los tiernos arbolillos para que se amolden, y por último, centenares de otros árboles más adelantados afectando innumerables formas.

El injerto de los vástagos en la posición requerida se practica en el otoño y á principios de la primavera. Se saca un vástago de una rama tierna y vigorosa en el punto mismo en que aparece un nuevo retoño; se hace una incisión en el sitio en que se necesita una rama, se aparta la corteza á cada lado para

dejar el tronco desnudo y se injerta el vástago volviéndose á unir la corteza. Se sujeta el vástago en la posición requerida, amarrando fuertemente alrededor de la inserción un vendaje de paja que no se quita hasta que se vea que el injerto ha prendido. A esta nueva rama se la puede dirigir en el sentido que se quiera.

Pero no consiste en esto solo el arte de obtener árboles caprichosos. Ha de vigilarse atentamente su desarrollo para cortarlos y podarlos tantas veces como sea necesario, á fin de que tengan las ramas la fuerza y dimensiones que se requieren con arreglo á la posición que en el árbol ocupan.

En algunos casos pasan cuatro ó cinco años antes de que el árbol esté perfecto; pero, naturalmente, el tiempo que se tarda depende en gran parte de la forma que se le quiere dar. Para obtener un candelabro bien acabado se necesitan por lo menos cinco años; para una urna, en iguales condiciones, dos únicamente.

En el invierno, ó cuando han muerto, esos árboles caprichosos aparecen como descarnados esqueletos; pero cuando están con todas sus hojas y cargados de fruta presentan á la vista un espectáculo curioso y agradable, que sólo viéndolo puede apreciarse en su justo valor.

Howard C. Lessing.



Disponiendo un árbol para que crezca en forma de paraguas

LIBROS

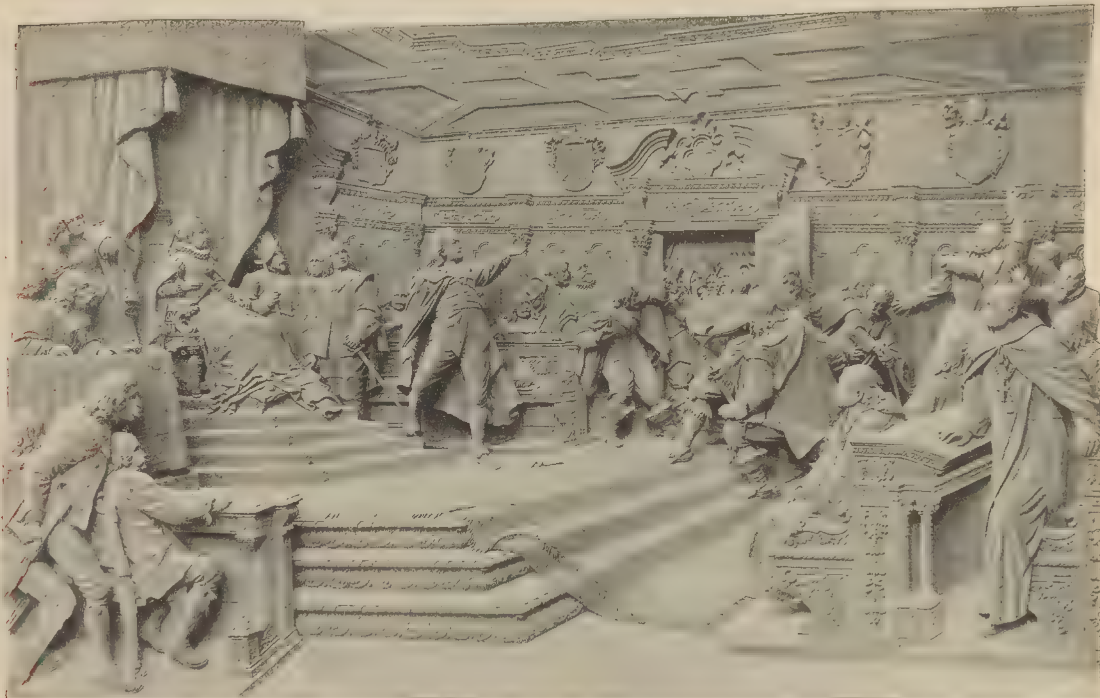
ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Tratado de Geografía escolar, por *Francisco Javier Vergara y Velasco.* – Verdaderamente recomendable es el libro que acaba de publicar el docto catedrático del Cundinamarca, ya que obedece á un plan digno de encomio, cuyos resultados han de corresponder á los nobles propósitos de su autor. La obra á que nos referimos ha sido declarada de texto en todas las Escuelas Oficiales de la República de Colombia, formando un volumen de 286 páginas, cuidadosamente impreso en la imprenta Eléctrica, de Bogotá.

El Modernismo, por *E. Gómez Carrillo.* – El autor de este libro es considerado con razón como uno de nuestros buenos cronistas; en sus artículos, la profundidad del pensamiento que los informa corre parejas con la amenidad con que sabe presentarlo, y así sus crónicas siempre enseñan algo y siempre se leen con gusto. Catorce de estos trabajos están reunidos en el tomo que nos ocupa, y en la mayoría de ellos fustiga con razones convincentes á esa literatura llamada modernista, que las más de las veces es sólo disfraz que esconde la ignorancia y el mal gusto. Primorosamente editado en Madrid por D. Fernando Fe, véndese el libro á 3'50 pesetas.

Barcelona á la vista. – Se han puesto á la venta los cuadernos de esta colección que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López; cada uno de ellos contiene diez y seis interesantes vistas de Barcelona y sus alrededores, y se vende á 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias.



BIENER, EL CANCILLER DEL TIROL, EN LA DIETA DE INNSBRUCK, ESCULTURA EN MADERA DE JUAN PITSCHMANN, REPRODUCCIÓN EXACTA DEL CUADRO DE CARLOS AURATHER, EXISTENTE EN EL MUSEO DE INNSBRUCK

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 9 de octubre de 1905 — Núm. 1.241

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ENSARTADORAS DE PERLAS, cuadro de Carlos Edmundo de Pury



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer he presenciado un espectáculo triste y para mí nuevo, que, bien mirado, acaso tenga mucho de edificante, porque revela, en las clases populares, cierto horror al vicio. Le llamo triste, porque es triste no sólo (como dijo el poeta) todo gran amor, sino toda gran locura humana.

* * *

El teatro de la escena es un taller de carpintería. Estos talleres huelen bien, y adornados con su cabellera rubia de ensortijadas virutas, tienen un aire de pacífico, regocijado y aseado. El banco, reluciente por el uso, presenta la fisonomía simpática de los muebles patriarcales que han prestado incesante servicio, y que están dispuestos, en su robusta y terne vejez, á continuar prestándolo. Las herramientas brillan, y su mango aparece bruñido también por la presión de la mano laboriosa. Los rimeros de madera labrada ya muestran en cambio un aspecto juvenil, claro, limpio, y embalsaman el aire con los efluvios de sus resinas aromáticas.

Todo contribuye á la impresión de un trabajo relativamente muy dulce, que se hace á cubierto, sin el riesgo perenne de las subidas al andamio; trabajo lucido, de esos en que la obra inspira complacencia en mirarla, la satisfacción del esfuerzo inteligente realizado. Esta profesión que no embrutece, cual el horrible trabajo del minero; que no lleva en sí ningún estigma de esclavitud, como se diría que lo llevan otras faenas y otros arbitrios para ganarse el pan...

Y en el ángulo de ese taller de carpintero, semiagazapado, escondiéndose como se esconden los miserables, estaba un hombre.

Pregunté qué hacía allí.

—Ha venido, díjome el maestro, á buscar trabajo... Y no puedo dárselo, porque no le dan posada.

—¿Que no le dan posada?

—No... Ni en casa del platero, ni en casa de la señora Cándida le quieren recibir.

—¿Pero por qué?

—Porque...

Y el maestro, azarado, no proseguía. Al fin rompió:

—Porque... ¡Cosas que pasan! A los compañeros, que están acomodados ya en las posadas de por aquí, no les gusta que vaya éste...

—Habrá, indiqué, alguna razón... Los obreros se ayudan entre sí, y hacen bien... Cuando no consienten...

Y me detuve, porque el miserable, siempre agazapado en su rincón, en la penumbra de los tablones, me miró un momento y luego agachó la cabeza.

—Este, advirtió el maestro, no es un mal hombre. Ni es ladrón, ni asesino; no hace á nadie pizca de daño. Y á más á más, sabe su obligación como cumple; porque yo de toda la vida le conozco, y no andan por ahí muchos con la habilidad suya. Él es carpintero, ebanista, tallista; hasta de relojería entiende. Tiene unas manos de oro... *Solasmente* que...

No le dejé acabar. Había comprendido, y me bastaba para ello una segunda ojeada á la abatida criatura, acercándome á ver su rostro, á notar su actitud característica de los alcoholizados habituales cuando no están bajo la inmediata influencia del veneno. Las líneas de su cuerpo eran esas líneas de desairada oblicuidad, tan aprovechadas por los caricaturistas para la cómica silueta del borracho de profesión; sus piernas parecían de algodón en rama, y sus pantalones, en las perneras, hacían esos fuelles que delatan la debilidad de la pierna, la inseguridad de locomoción, síntoma fijo, según ha observado Ribot, de las alteraciones cerebrales. El rostro rojizo, el lacio bigote, los ojos vidriados y húmedos, la nariz amoratada y desfigurada, completaban la facies del bebedor, marcado y sellado por su vicio.

—*Solasmente* que..., repitió al cabo de una pausa el maestro, á éste le gusta, vamos, un día... alegrarse con un vasito más ó menos... Cosas de hombres, una afición... Y ahí está lo que lo ha perdido... Ahora no tiene ni qué comer, ni encuentra dónde acomodarse... Es una desgracia. Yo, al saber que no le admitían, fuí á responder por él. Yo hasta le ofrezco posada en mi casa... No puedo hacer más.

El maestro que hablaba así, viene diariamente á trabajar desde su aldeílla, á unos tres cuartos de legua...

Y el miserable, tomando la palabra por primera vez, barbotó, anonadado:

—Yo no puedo andar esa distancia...

* * *

La confesión de una decadencia física no es penosa al burgués, que no trabaja con sus músculos, sino con su inteligencia, revolviendo legajos, trazando planos, despachando expedientes, emborronando cuartillas. Ese burgués, cualquiera que sea la ocupación á que se consagre, no tiene reparo en exclamar: «Estoy neurasténico... Siento fatiga... Hago mal las digestiones... Me canso al subir las cuestas... Vengo sudando, porque tuve que ir á pie hasta la plaza de toros. .» Pero el operario manual, de cualquier oficio, mira como desdoro la falta de fuerza; su amor propio profesional es ser apto, recio, vigoroso..., y yo he presenciado verdaderos alardes, obreros convalecientes, obreros tuberculosos, obreros muy jóvenes, obreros ancianos, queriendo demostrar á toda costa la resistencia física, la capacidad para la penosa faena. Yo les he visto mover, entre risas y chanzas, el enorme sillar ó la viga desmesurada, increpando todos al que desmayaba, como se increpa en los combates al soldado que retrocede. Yo les he visto, después de un día entero de aguantar el sol colocando piedra y respirando cal, ó remachando el clavo en los pontones colgados sobre el vacío á muchos metros de altura, correr hacia el baileoteo de la aldea, y no dar paz á sus cuerpos hasta entrada la noche. Para que un obrero declare que no puede andar cuatro kilómetros, es preciso que se encuentre bien abajo, que se haya ido muy á fondo...

Y este hombre lo confesaba con absoluta humildad y confusión; se veía al vencido en la batalla con el impulso vicioso, al dipsómano incorregible... La mayor derrota es esta: la derrota individual, la derrota sin desquite, pues nos vence nuestro propio instinto, en lucha con la difícil, ardua, coordinación de las voliciones conscientes y preservadoras...

Nadie tan derrotado como el que, comprendiendo el peligro de una acción, no puede renunciar á ejecutarla...

He escuchado quejas de abúlicos, maldiciendo de sí mismos, deplorando su modo de ser, envidiando la resolución con doble envidia que el dinero ó la felicidad, porque ambas cosas obtendrían si la resolución les asistiese; y los lamentos de estos enfermos del alma no me conmovieron tanto como el sencillo, doloroso gesto del borracho incurable, resignado y desesperado á la vez, que lo expresaba todo: la convicción de la pronta muerte, de la incapacidad para el trabajo, de lo inútil de la maestría adquirida, de la inutilidad del esfuerzo para enmendarse, de lo ocioso de imaginar siquiera tal esfuerzo, del cual es incapaz el derrotado...

* * *

¿Y á qué predicar á este *ex hombre*, como diría Gorki? Seguramente su pasión, más fuerte que el miedo y que el egoísmo saludable del operario diestro á quien el trabajo no le ha de faltar, á quien el jornal relativamente crecido asegura pan é independencia, no ha de vencerla ningún consejo. Este desventurado se va con su pasión por los caminos de la bohemia, sin fuego ni lecho, sin ropa ni casa, y ni se le ocurre que un acto de su voluntad puede proporcionárselo todo..., todo, menos esa dicha de Satanás que se encuentra en el fondo de una botella, en el vidrio basto de un vaso de taberna ó figón, todo, menos esa hora de olvido y de delirio, de ilusión mortífera, que da el alcohol á sus devotos...

* * *

Cuando llegan á este estado, lo que les dijeseis sería prueba de excelente intención, pero de escaso conocimiento de los desastres pasionales en un organismo, en una fisiología. No es lo malo, dicen los teólogos, el pecado, sino el estado que crea; la predisposición á convertirse en tendencia, de tendencia en costumbre, de costumbre en necesidad, de necesidad en ley... No prediquéis sino á los que pueden todavía reaccionar. A los irremisiblemente perdidos..., ¿para qué? Yo he tenido la fortuna de no ver nunca á mi alrededor á nadie que bebiese: ni aun los criados—bien alimentados—suelen en mi casa aficionarse al vino. Mis ascendientes (hasta donde es posible llevar la cuenta de estas cosas) fueron gente sobria, y quizás su sobriedad me ha salvado de esos *aparecidos* (que determinan, obscuramente, tantos desequilibrios nerviosos), haciendo de mí la más apasionada bebedora de agua que existe... Por la imposibilidad que tenemos de concebir el ajeno goce si no conviene con nuestro gusto; por no saber colocarme en la situación del dipsómano, carecería de argumentos que oponer á su pasión... La sensación que desconocemos; la que otros encuentran tan deliciosa que por ella pierden los demás bienes de la vida, la honra y la estimación (dentro de su esfera cada cual), la que nosotros no comprendemos..., justamente por eso, no tenemos medio de impugnarla. El «¡Si usted supiese!» de los maniáticos pasionales, de los que una idea preferente inutiliza, nos deja mudos. No; yo no tengo nada que objetar, nada que reprender en este hombre, que se mata de este modo, como podría matarse de otro, y no se llora á sí mismo, porque entre un infinito de abandono y miseria tiene un minuto de edén.

* * *

Y rechazado por sus compañeros, negada la hospitalidad por la humilde *fondista* que brinda en vez de cama un haz de paja fresca trigal y por menú un cuenco de leche ó unas berzas con tocino rancio (pero á la fondista no la gustan borrachos crónicos, eso ha de saberse; y todo lo más que puede consentirse á un pobre, es que se alegre el domingo con un vasete de vino honrado, del picante vinillo de la tierra ó del sano Ribero de Avia), el miserable se va. Es la hora del atardecer; los demás obreros descargan los últimos golpes de pico ó los últimos raspones de azuela, con la inquieta excitación de que sólo faltan unos minutos para soltar la herramienta, echarse al hombro la chaqueta, y tomar la vereda hacia el baileoteo en la carretera, apretando cinturas rollizas, á la luz de la luna... El miserable se va. Su silueta es una mancha obscura sobre lo blanco del sendero arcilloso. Avanza lentamente, con la cabeza gacha; pisa blando, inseguro, y á los pocos metros se detiene, sin duda para tomar aliento. Me parece oir de nuevo su frase:

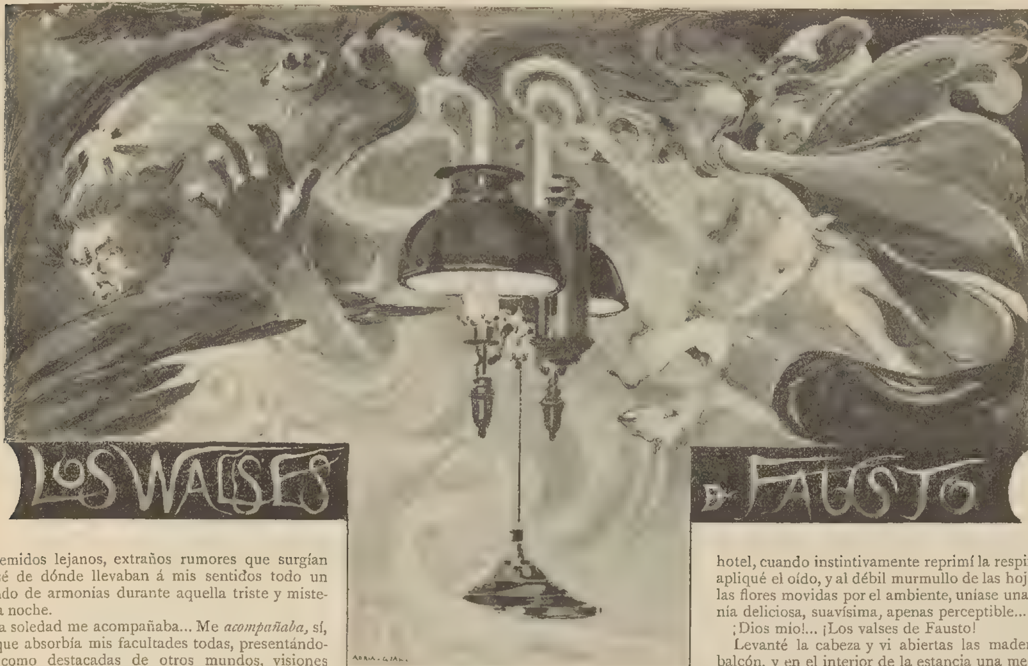
—Yo no puedo andar esa distancia...

* * *

¿Que en dónde pasará esta noche? Donde la pasan tantos, tantos, que no tienen ni hogar ni asilo. Fernán Caballero declaraba su ansia por conocer el paradero de los cuerpos de los pajaritos que se mueren, y que nadie sabe cómo desaparecen, dónde caen con la pluma erizada y las patas rígidas... Problema de la misma índole es este de cómo se valen, en qué rincón se ocultan los miserables vencidos definitivamente. ¿Será en alguna taberna, concha ruda que encierra la perla roja de la embriaguez? ¿Será en un pajar, será en un hórreo vacío? ¿Será en la zanja del camino hondo? ¿Será en la choza en construcción, entre montones de piedra partida? ¿Será en la caritativa mansión de un labriego que, sencillamente, practica las obras de misericordia?

El miserable, después de respirar unos momentos, avanza... Sobre el oro verde del poniente, su silueta sombría es una mancha informe.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Gemidos lejanos, extraños rumores que surgían no sé de dónde llevaban á mis sentidos todo un mundo de armonías durante aquella triste y misteriosa noche.

La soledad me acompañaba... Me *acompañaba*, sí, porque absorbía mis facultades todas, presentándome como destacadas de otros mundos, visiones fantásticas que se agitaban á mi alrededor, llamándome, atrayéndome y dominando mi voluntad y mi inteligencia, que en vano se esforzaba por comprenderlas. ¿De dónde nacen? ¿Qué quieren? ¿Existen realmente esas visiones, ó sólo pueblan el mundo de nuestra fantasía?

La luz colocada sobre mi bufete principió á velarse, lanzando débiles reflejos.

Un impalpable soplo la agitaba, haciéndola dilatarse, luchar algunos momentos, lanzar su último estertor, su postrer reflejo, más luminoso que los anteriores y después morir.

Sólo un punto ígneo brillante, quedó destacándose en medio de la obscuridad. Un punto luminoso que se multiplicaba á mi alrededor, cual otros tantos ojos encendidos y fulminantes que me miraban, dirigiéndome sus rayos al revolverse furiosos en sus órbitas de tinieblas.

No, no era el silencio ni la soledad lo que me rodeaba... Oía rumor de armas y gritos de desesperación y de agonía... Llegué á percibir distintamente risas, lloros, cantos, imprecaciones y gemidos...

Veía gigantes y enanos; graciosas Melibeas y repugnantes Celestinas; gallardos Calistos y deformes Cuasimodos.

Una bocanada de aire abrió las mal cerradas maderas de mi balcón.

Un ruido exterior llegó hasta mí, y al escucharlo, mi corazón agitóse estremecido; sus latidos me ahogaban, me hacían daño.

Aquel rumor dulce, vago, misterioso, que yo percibía, llenaba mi alma de una emoción inexplicable.

Era un piano que lanzaba sus notas, era un suspiro débil, prolongado, como la suave respiración de la inocencia dormida; era un eco arrebatador y vibrante, como el enérgico canto de los soldados de la patria; á veces, notas sin concierto, nacidas de la casualidad, y en aquellas notas, yo me figuraba traducir frases, suspiros, ayes, confidencias, amores...

Después sonó un preludio, un canto... Mefistófeles y el célebre doctor surgieron ante mí.

Y mi pasado también apareció en mi mente; mi amor, mis ilusiones, mis esperanzas, mis sueños de otro tiempo; todo en fantástica evocación fué desplegándose ante mi vista, como á través de un vidrio los objetos perdidos en el horizonte.

Un dulce sopor se apoderó de mis sentidos, sopor que apagó en torno mío todos los rumores, dejando sólo llegar hasta mí, enérgica, arrebatadora, aquella misteriosa armonía...

¡Los valses de Fausto!

¡Con qué vivísimos colores se reflejaba en mi imaginación la época más feliz de mi vida!

Ella, sentada delante del piano, deslizaba rápidamente sus dedos sobre el teclado, mientras sus ojos, fijos en mí, mandaban á mi espíritu corrientes de amor y de felicidad.

A veces nuestras cabezas se unían, al contemplar al mismo tiempo una nota sobre el papel; sus cabellos rozaban mi sien que latía con violencia; el ardor de su frente se comunicaba á la mía; su agitada respiración sonaba á mi oído... Callaba el piano y sólo se escuchaba entonces la armonía de nuestros corazones, latiendo á la par y con la misma fuerza.

¿Por qué pasó aquel tiempo venturoso? ¿Por qué no renovar aquellos sueños, aquellas esperanzas, aquellas inolvidables horas de amor y de ventura? Su pensamiento, de lejos, vuela en busca del mío... Correré á su lado para vivir de nuevo en su mirada..., seré feliz...

¡Qué largo se me hacía aquel viaje!

Llevaba dos días de camino encajonado en aquel incómodo vagón; dos días mortales, durante los cuales padecí todos los tormentos, toda la desesperación con que la impaciencia nos martiriza.

Veía los árboles, las rocas, las llanuras, las colinas y los precipicios que pasaban, pasaban y se sucedían sin interrupción, pero mi afán no se calmaba nunca.

De pronto sonó un silbido estridente.

La marcha se hizo más lenta..., más..., más todavía... El tren paró... ¡Sí, sí llegamos!

Aquella estación era la penúltima de mi viaje.

Yo reconocí aquel horizonte, y aquel cielo y aquellos campos.

Decidí abandonar el tren en aquel sitio; la distancia que me separaba de X, término de mi expedición, era muy corta.

—Iré andando, me dije; procuraré llegar á media noche. De este modo nadie me verá; nadie más que ella, si aún recuerda la señal de que nos valíamos en otro tiempo para avisarnos.

—«Una, dos, tres...,» contaba yo al penetrar en las silenciosas y solitarias calles de X, oyendo las vibraciones de un reloj próximo... ¡Las doce! ¡La hora de las fantasmas!, exclamé, estremeciéndome.

Bien pronto, destacándose en la obscuridad, pude distinguir un edificio, á cuya vista sentí una gran agitación.

—¡Allí está, allí está!, dije señalando al edificio.

Y corrí hacia él, trémulo, palpitante, y rodeé sus muros, no tardando en hallarme ante una cerca que escalé hasta sentar mi planta sobre el musgo del jardín.

Atravesé las sombrías calles de árboles, embalsamadas por el azahar... Poco á poco avanzaba hacia el hotel, cuando instintivamente reprimí la respiración, apliqué el oído, y al débil murmullo de las hojas y de las flores movidas por el ambiente, uníase una armonía deliciosa, suavísima, apenas perceptible...

¡Dios mío!... ¡Los valses de Fausto!

Levanté la cabeza y vi abiertas las maderas del balcón, y en el interior de la estancia una media luz vaga, misteriosa, que luchaba con las tinieblas.

Cesó la melodía. Una esbelta figura vestida de blanco dibujóse en el hueco del balcón, y al reconocerla, tuve que apoyarme en el tronco de un árbol para no caer, víctima de emoción profunda.

En medio de mi delirio me pareció notar una sombra moviéndose al pie del balcón.

¿Qué podía ser aquello? ¿Tal vez una rama agitada por la brisa? ¿Tal vez una ilusión de mi mente calenturienta?.. Pero no. Aquella sombra tosió, tosió, sí, muy lentamente; y cual si fuera una señal convenida, la figura blanca que acababa de aparecer en el balcón, es decir, *ella,* mi amor, mi sueño, inclinó hacia fuera el cuerpo y dijo al que abajo estaba estas frases, que llegaron distintamente á mi oído:

—¡Cuánto has tardado! ¡Sube, sube pronto!

—¡No, no subirá!, rugí, lanzando á la vez un grito de desesperación y de agonía, que fué contestado por otro grito más débil y por el ruido de un cuerpo cayendo en tierra sin sentido.

Yo no sé cuánto tiempo luchamos.

Aquel hombre tenía un brazo de hierro; pero yo, en cambio, abrigaba en mi alma el infierno de la desesperación y de los celos, que multiplicaba mis fuerzas. Fuertemente asidos, luchábamos como leones, nos arrastrábamos como reptiles sobre la arena del jardín, nos mordíamos, nos despedazábamos como furias, presa del espantoso delirio de la rabia.

La férrea mano de mi rival oprimía con nerviosa contracción mi garganta... Sus uñas penetraban en mi carne... Yo me ahogaba, me ahogaba...; pero loco, frenético, seguía luchando, y en tanto que mi furor y mis fuerzas aumentaban, mi rival cedía... Yo iba á vencerlo, á destrozarlo, á vengar mi amor...

Un objeto frío penetró rápidamente en mi pecho; un objeto muy frío, que paralizó mis movimientos y que cubrió mi vista de un mar de sangre.

Después vi confusamente un hombre que á toda prisa se separaba de aquel sitio; oí sus pasos precipitados que se perdían á lo lejos.

Quise incorporarme y perseguir aquella sombra; pero el esfuerzo violento que hice para conseguirlo acabó de debilitar mis fuerzas, y caí otra vez moribundo, exánime sobre la arena, en medio del charco de sangre que como un surtidor brotaba de mi pecho.

Después... No vi más que pálidos esqueletos, que me rodeaban danzando á mi alrededor con horrible chasquido de huesos... Oí voces roncas, graves y pausadas, entonando el oficio de difuntos... Después, ¡oh, Dios mío!.., allá, á lo lejos, muy lejos, sonaban otra vez los *valses de Fausto.*

JUAN C. Y DÍAZ.

(Dibujo de Gual.)

TORMENTA

CALMA

CUADROS DE H. DE MARÍA BERGLER Y VICENTE STEFANI.

Bellísimo en alto grado es el contraste que ofrecen estos dos cuadros, ambos debidos á pintores italianos y muy celebrados ambos en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia.

En el lienzo de Héctor de María Bergler, las dos figuras representan por modo admirable la tormenta en que se agita la naturaleza, y ellas solas bastan para hacernos adivinar lo que el pintor no ha puesto en su obra, un cielo cubierto de densas y negras nubes, árboles sacudidos por el vendabal, flores tronchadas, plantas destruídas, campos arrasados, por todas partes ruina y desolación. Todo esto vemos con los ojos del pensamiento al contemplar á esas dos muchachas á quienes el viento apenas deja andar y cuyas ropas claramente revelan la violencia del huracán que en su camino las ha sorprendido. Y con esta escena que nuestra imaginación se finge, armoniza el semblante de una de las figuras pintadas: aquellos ojos de expresión sombría, aquella frente pensativa, aquellas facciones contraídas por impresiones que no vienen del exterior, parecen indicar que en aquella mente bullen ideas tormentosas, que en aquella alma anidan sentimientos tan violentos como la misma tempestad que furiosa ruge en torno suyo.



Tormenta, cuadro de Héctor de María Bergler. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1905.)

Todo lo contrario vemos en el cuadro de Stefani. Ante la ventana guarnecida de floridas macetas, la joven aldeana se absorbe en la lectura; su rostro, su actitud, reflejan la serenidad de su espíritu. Y allá en el fondo ostentase hermoso paisaje, intensamente iluminado por el sol, lleno de árboles cubiertos de hojas, sembrado el suelo de florecillas silvestres, oreado por suave y perfumada brisa, en la plenitud de la belleza primaveral. Todo en esta pintura respira calma, todo es en ella apacible, y esta calma y esta apacibilidad se infiltran, por decirlo así, en el ánimo del espectador que, en presencia del cuadro de Stefani, experimenta una sensación dulcísima, confortante.

Cuando dos artistas logran producir las emociones que sentimos ante estos dos cuadros, cuando saben hacer vibrar nuestros corazones al par del suyo, hacernos sentir lo que ellos sienten y con la misma intensidad con que lo sienten, bien puede decirse que tales artistas han creado dos obras verdaderamente bellas.—X.



Calma, cuadro de Vicente de Stefani. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1905.)

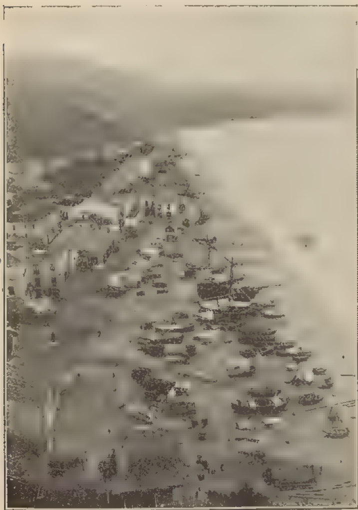


PIZZO. – Barracones instalados en la plaza principal

EN CALABRIA

DESPUÉS DE LOS TERREMOTOS

Mucho tiempo habrá de transcurrir todavía antes de que pueda reanudarse la vida normal en los desolados campos de la Calabria. Aún tiembla allí el suelo, y para colmo de desdichas se han desencadenado en aquella región horribles temporales que han arrasado los campos y destruído las cosechas.



PIZZO. – Barcas y barracas destinadas á albergues

Al presente aún no ha podido calcularse la magnitud de los daños producidos por la catástrofe; aproximadamente estímanse en 10.000 el número de viviendas arruinadas y en 50.000 el de personas que á consecuencia de ello han quedado sin albergue. Las primeras sacudidas seísmicas destruyeron las cabañas de los aldeanos, en su mayoría hechas de tierra; pero muchos de los edificios que se libraron de la destrucción inmediata, han debido ser luego derruídos porque amenazaban desplomarse.

Uno de los primeros cuidados del rey Víctor Manuel, en su viaje por la comarca devastada, ha sido proporcionar asilos provisionales á esas poblaciones sin casa ni hogar, y por orden suya varios soldados, cuya abnegación ha llegado á veces hasta el heroísmo, han construído en los sitios recorridos por el monarca barracones para albergar á aquellos infelices, muchos de los cuales eran presa todavía de tal terror, que por nada del mundo querían abrigarse bajo techado y acampaban como podían al aire libre ó se refugiaban en los vagones del ferrocarril.

En Pizzo, al día siguiente del terremoto, la población se instaló en la playa, en barracas y lanchas. En Martirana, el teatro fué convertido en posada en donde se acomodaron varias familias lo mejor que pudieron, en la platea, en los palcos, en el escenario, en los corredores.

¡Y cómo tienen que vivir todas esas pobres gentes que lo han perdido todo, cuyos ajuares han quedado sepultados bajo montones de ruinas!

Durante el día, aquellos infelices se dedican, ayudados por la tropa, á remover los escombros de las que fueron sus viviendas, procurando extraer de entre ellos trozos de sus lechos, algunas prendas de vestir ó alguno de sus rústicos muebles; y los testigos presenciales describen como espectáculo altamente conmovedor el que ofrecen estos rebuscadores cuando tras inauditos esfuerzos y á veces con riesgo de su vida, logran llevarse alguna silla, un cajón de un armario, un lío de ropas, algún objeto de vajilla milagrosamente salvados.

«Una atmósfera pestilente—dice el corresponsal de un importante periódico francés—se cierne sobre esas casas derrumbadas, sobre esas paredes que vacilan, sobre esos informes montones de piedras y maderas que ocultan todavía cadáveres en descomposición y que registran y descombran los soldados, cuyo ánimo desfallece no pocas veces ante las dolorosas escenas que á su vista se desarrollan. Es este, realmente, el país del espanto y de la desolación.

»¡Y cómo describir esos hospitales, en donde no se oyen sino gemidos y estertores, repletos de heridos, de enfermos, de pacientes medio locos cuyos ojos extraviados conservan todavía las espantosas visiones que los hirieron en la noche del desastre!»



PARGHELIA. – Barraca en donde se alberga una familia noble

La caridad, como dijimos en el número anterior, ha acudido á aliviar tantos males, y los representantes de los comités de auxilios de Milán, Génova y otras capitales han visitado los sitios damnificados y en colaboración con las autoridades proceden á la distribución de socorros que de toda Italia se envían á Calabria.

La visita del rey Víctor Manuel ha levantado no poco el ánimo de aquellas poblaciones, las cuales han acogido con veneración casi religiosa al joven monarca, que, abandonando las comodidades de su corte, ha querido arrostrar todas las molestias y hasta los peligros del viaje para socorrerles con sus propias manos y prodigarles palabras de consuelo.—N.

(Fotografías de Carlos Abeniakar)



TROPEA. – Una misa de campaña

EL ACUERDO FRANCO-ALEMÁN

Á PROPÓSITO DE LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Vencida la crisis gravísima que motivó la dimisión del ministro de Negocios Extranjeros de Francia, M. Delcasé, y que por un momento hizo temer que estallara la guerra entre esta nación y Alemania, entabláronse entre ambas potencias negociaciones diplomáticas para llegar á un acuerdo sobre la cuestión de Marruecos. Esta tarea delicada y difícil fué encomendada á dos notables diplomáticos: en representación de Francia, M. Revoil, director del gabinete del ministro de Negocios Extranjeros; y por Alemania, el Sr. Rosen, recientemente nombrado representante de su país en Tánger, en substitución del Sr. Tattenbach.

El 8 de septiembre último celebraron la primera conferencia y el 26 pudieron dar por terminada su misión, dejando resuelto á satisfacción de todos el conflicto y redactado el programa para la conferencia internacional que se celebrará en Algeciras. Este programa comprende cuatro puntos: 1.°, organización de la policía fuera de las regiones fronterizas y reglamento para la vigilancia y represión del contrabando de armas; 2.°, reforma financiera, creación de un banco de Estado con privilegio de emisión y encargado del saneamiento de la moneda; 3.°, estudio de una mejor administración económica y de nuevos ingresos; 4.°, compromiso por parte del Maghzén de no enajenar ninguno de los servicios públicos en provecho de empresas particulares y de adjudicar las obras públicas sin preferencia de nacionalidades.



TERMINACIÓN DEL INCIDENTE FRANCO-ALEMÁN Á PROPÓSITO DE LA CUESTIÓN DE MARRUECOS. – Última entrevista de M. Revoil (el personaje de la izquierda) y M. Rosen (el de la derecha), de la que salió el acuerdo definitivo para la próxima conferencia internacional. (Fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

MAURICIO CARRIÓ Y SERRACANTA,

HÉROE DEL BRUCH,

OBRA DE FRANCISCO MORELL Y CORNET

Al apoderarse alevosamente el ejército francés en 1808 de las principales plazas fuertes de la península, los manresanos protestaron quemando en la Plaza Mayor de aquella ciudad el día 2 de junio el papel resellado con la odiosa marca del usurpador. Este hecho, primera explosión del patriotismo, dió lugar á que el general francés Duhesme dispusiera que una división, al mando de Swartz, cañoneara á los manresanos, quienes dirigidos por el ilustre canónigo Montaña y por Mauricio Carrió, al frente de los somatenes de la comarca derrotaron en los riscos del Bruch á las huestes francesas, logrando la primera victoria de las armas españolas.

Este hecho memorable es el que el Ayuntamiento de Manresa conmemoró el día 1.° de septiembre último, colocando solemnemente en la galería de manresanos ilustres el retrato del insigne Carrió, obra del pintor Sr. Morell y Cornet.



Copia del retrato de D. MAURICIO CARRIÓ Y SERRACANTA, héroe del Bruch, hijo benemérito de la ciudad de Manresa, que fué colocado en la Galería de manresanos ilustres el día 1.° de septiembre último. Obra de Francisco Morell.

AMO Y CRIADOS

(RECUERDOS INFANTILES)

Después de varios años de ausencia he vuelto al hogar de mis mayores. Las calles están solitarias y lóbregas. Sólo de vez en cuando, á lo lejos, se ve una débil luz de petróleo. Llego á mi casa; la puerta se halla entornada, y temblando de emoción empujo y entro.

—Avemaría, digo en alta voz con el tonillo que usan los que no son de la familia.

¡Qué placer siento al llamar así! Además quiero darles una sorpresa.

—Sin pecado concebida. ¿Quién es?

—Yo.

—Esperad, que os alumbraremos.

Arriba, en los dos bancos del *fuego* donde se calientan mi padre, mi hermana y mi sobrina, míranse éstos algo extrañados. Es forastero, deben de decir, porque si fuera del pueblo adivinarían por la voz que era *el tío Fulano.*

Luego la chiquilla, saltando de placer, dice gritando:

—¡Si es mi tío!

Pronto se sabe que he llegado y no tardan en venir á verme los demás de la familia, los vecinos y los antiguos jornaleros de casa. «Estás más grueso.» «Casi no te conocía.» «Hará muchos años que faltas, ¿verdad?» «¿Pasarás aquí muchos días?,» me dicen. Otro pregunta:

—¿Y qué hay en la ciudad?

—Pues en la ciudad huelga de los obreros X.

—Allí unos ú otros siempre están en huelga...

—Así es.

Y mientras la conversación se desliza tranquila y cariñosa al ver aquellos hombres que conozco de toda mi vida cultivando nuestras haciendas y uniendo su sudor á los frutos que mi padre almacena, yo recuerdo muy bien los malos años, las cosechas tardías ó muertas en flor por la sequía ó por el frío. ¡Qué bien lo recuerdo!

—Avemaría.

Así llamaba también el rapaz de cara terrosa y sucia, de pelo enmarañado; iba con una chaqueta sin botones, larga de talle y de mangas, casi descalzo y con unos pantalones cortos y remendados.

Al decir mi madre «¿Quién es?,» el muchacho ya estaba arriba. Era el hijo de un peón de casa ó de una de las lavanderas.

—Tía Liboria, *mia* dicho mi madre que tome esto.

Y *aquello* eran algunos tordos, un manojo de espárragos silvestres ó varias anguilas, comida demasiado apetitosa para aquellos infelices.

—Le dices á tu madre, contestaba la mía, que muchas gracias. Espera.

Y sacaba luego dos ó tres panes, un puchero de aceite ó una peseta, además de algunas ropas usadas.

Yo, niño al fin, creyendo que el obsequio había de ser más desinteresado, le advertía á mi madre que «aún ganan ellos con el regalo.»

—Sí, hijo mío, ¿no ves que son pobres? De todos modos, la voluntad se ve.

Otras veces venían para manifestar humildemente que «mi Julianillo tiene la chaqueta muy vieja y ha de tomar la primera comunión.»

Y ya se sabía: mi americana de diario pasaba á poder de Julianillo.

—Mire, tía Liboria, no tenemos harina para la semana que viene; habrá de dejarnos una fanega de trigo.

—Bueno, mujer, bueno.

—Que se nos ha acabado el aceite, tía Liboria, y además necesito dos duros para el tercio de la contribución.

—Bueno, bueno. Y Fermín, ¿qué hace?

—Pues, mire, por leña ha ido. Como hace este tiempo...

La tierra estaba aterida y seca. «¡Qué frío hace, santo Dios!,» y se frotaban las manos al calor de la lumbre.

No había jornales y hasta la primavera no los había; pero el trabajador no se quejaba ni se moría de hambre. La casa del amo estaba siempre abierta para él. Por eso, en su tiempo, mi hermano el mayor ó mi padre dábanme el siguiente recado:

—Ve, dile al tío Ramón que mañana *ha de ayudarnos.* Y de allí, que te viene de paso, avisas al tío Fermín y á Carlos.

No faltaban, no. Aquellos jornaleros me tuteaban y yo les trataba de usted, porque eran ya hombres. Juntos trabajaban, amo y criados, en el campo. Juntos comíamos en la mesa del mismo pan, del mismo vino bebíamos y no había distinción en los manjares. Alternábamos todos en la conversación, sin que para nada influyera la condición de unos y otros. ¡Con qué gusto lo recuerdo!

Aquellos jornaleros llevaban las cosechas á casa del amo y en ella encontraban siempre lo que necesitaban. En sus hombros salía la caja que encerraba los restos mortales del abuelo, del hijo ó del nieto, y al entierro del jornalero no dejaba nunca de asistir el que fué su amo.

Ya viejo el criado, cuando sus fuerzas no le permitían casi andar, en el hogar del señor pasaba muchos ratos, donde no le faltaba ni el tabaco ni el vino. Al caer la tarde se retiraba. Seguramente las fincas que él había regado con su sudor regábalas ahora el hijo ó el yerno.

Todo esto pensaba yo en mi reciente viaje á la casa solariega, donde no hay brazos que amenazan, ni corazones que odian, ni miradas que ofenden: donde no se predica más que con el ejemplo. ¡Deberes y derechos! Nadie los concreta, nadie los invoca, porque todos, amos y criados, los practican sin darse cuenta...

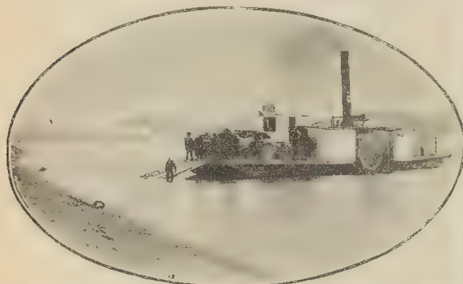
FRANCISCO GIRALDOS.

EXCURSIÓN CINEGÉTICA EN AUTOMÓVIL

Á TRAVÉS DE LOS GRANDES BOSQUES DEL MAINE Y DEL CANADÁ

De gran interés son para los automovilistas en general los detalles de la excursión cinegética que, acampando en los bosques del Maine y Canadá, han realizado en tres automóviles White, de vapor, los Sres. Ezra H. Fitch, Augusto Post, A. F. Edmunson, R. H. Johnston y N. Lazarnick.

Dice el Sr. Ezra H. Fitch: «Creo que la excursión de 546 millas, que terminó con toda felicidad en Bic, Canadá, ha demostrado perfectamente que un automóvil puede llevar todos los víveres y efectos necesarios para







una persona, sin tener ésta que recurrir á alojarse en hoteles, ni casas de campo. Ya sabíamos, antes de partir, que nos habíamos trazado un itinerario dificultoso y para él nos preparamos, llevando hachas, una pala, un azadón, una barra, un tajo y cuerdas. De todo hubo que echar mano, especialmente de las hachas para cortar ramas y árboles caídos que obstruían el camino.

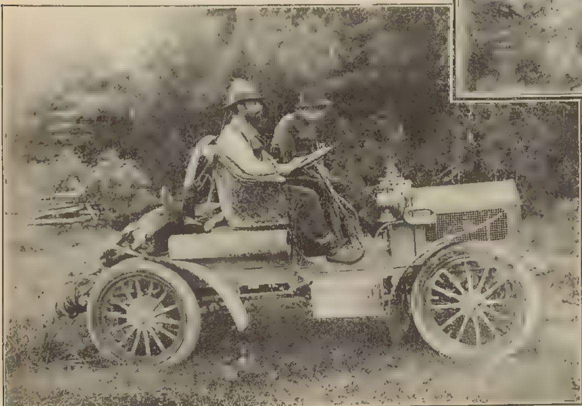
»Además de todas esas herramientas, llevamos cuatro tiendas de campaña de seda, una batería de cocina de aluminio, sacos para dormir, colchones de aire, víveres, latas de conservas, escopetas y aparejos de pesca; en resumen, cuanto la experiencia aconseja que se lleve para acampar con comodidad. Todos los que componían la partida pueden atestiguar que lo han pasado tan perfectamente como en sus propias casas, y me parece que nadie podrá apreciar debidamente los placeres del automovilismo, si no ha viajado en uno bueno, lejos de los caminos ordinarios.

»Salimos de Portland, Maine, el 25 de agosto y fuimos hasta Mattawamkeag, siguiendo la vía del central del Maine. Allí dejamos la línea del ferrocarril y proseguimos directamente al Norte, hacia Patten. Cerca de esta ciudad tuvimos unos momentos emocionantes atravesando á toda velocidad un bosque ardiendo, y aunque nos detuvimos en Patten toda aquella noche, estábamos dispuestos para echar á correr al primer aviso, si un cambio en la dirección del viento hacía temer que el fuego se propagase á la ciudad.

»Al salir de Patten hallamos una serie constante de alturas; el camino era enteramente recto, así es que desde la cima de cada una veíamos delante de nosotros un largo trecho de los que teníamos que recorrer. A unas cuantas millas de Patten el camino se inclinó al Este, y allí supimos que cuatro ó cinco automóviles que habían llegado hasta aquel punto, habían tomado todos la dirección del Este, que era la única que estaba indicada en el mapa. Sin embargo, nosotros continuamos en línea recta y pronto nos encontramos en un terreno quebrado y agreste, á cuyos habitantes causó la llegada de nuestras máquinas la mayor de las extrañezas; pero aún fué más grande la que experimentaron los caballos.

»Cerca de Masardis, por primera vez levantamos las tiendas en el bosque. Después atravesamos por el Ashland y continuamos por en medio de un bosque muy espeso, donde en un trayecto de 15 millas no vimos señal





alguna de morada humana. Cuando hubimos llegado á una comarca cultivada cerca del lago del Aguila, nos encontramos con que todos los habitantes eran de origen francés, siendo sumamente raro tropezar con una persona que supiese hablar unas cuantas palabras en inglés. Esto mismo nos sucedió hasta el término de nuestro viaje; al parecer, aquel país era tan francés como si estuviéramos recorriendo la Normandía.

»Llegamos á la frontera de los Estados Unidos en el Fuerte Kent, Maine, vadeamos el río San Juan y penetramos en la provincia de Nueva Brunswick. De allí seguimos á Edmunston, y después el camino torció otra vez directamente al Norte, hacia Notre Dame du Lac. Mientras atravesábamos los bosques cacé varias perdices, sin abandonar mi puesto junto á la rueda conductora. Llegamos á Saint Honoré, después de haber recorrido varias millas ascendiendo continuamente, y ya allí nuestros automóviles descansaron en la cima de la cordillera que separa la cuenca del río San Juan de la del San Lorenzo. Desde Riviere de Loup, seguimos la orilla poco habitada del bajo San Lorenzo, y cerca de Bic, pasamos varios días entregados á la caza mayor. Tuvimos la suerte de matar un hermoso *caribou* (especie de ciervo) que cargamos en una de las máquinas y lo trajimos triunfalmente al campamento. Cuando llegamos á Bic, llevábamos dos semanas de camino; y como las vacaciones habían terminado, dimos fin á la excursión, regresando á casa por ferrocarril.» – X.

Excursión cinegética en automóvil á través de los grandes bosques del Maine y del Canadá.— Transporte de los automóviles en una barcaza en un lago canadiense. – El campamento. – Los expedicionarios derribando árboles para abrir un camino para los automóviles. – En plena selva virgen. – Regreso al campamento con el botín de caza. (Fotografías de N. Lazarnick, de Nueva York, comunicadas por la Agencia «Photo-Nouvelles,» de París.)



EL REY JEHÚ, cuadro de A. Hoffmann de Vestenhof



EN LA FUNDICIÓN DE HIERRO, cuadro de Oscar Popp

D. FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA

El que por la labor realizada durante su vida hubiera de calcular la edad en que ha fallecido Navarro y Ledesma, creería que el eminente publicista cuya muerte lloran hoy las letras españolas había llegado cuando menos á los límites de la ancianidad. Y sin embargo, este escritor insigne, este humanista profundo, este periodista brillante, este sabio y erudito profesor era joven, muy joven, no contaba más que treinta y seis años.

Había nacido en Toledo y hecho allí sus primeros estudios, consagrando el tiempo que éstos le dejaban libre á escudriñar los archivos de aquella catedral, y acopiando de esta suerte los primeros materiales de su erudición vastísima, que completó luego en Madrid, en donde cursó la carrera de Derecho, la de Filosofía y Letras y la de Archivero y Bibliotecario. Comenzó sus trabajos periodísticos en *El Globo*, fundó luego el semanario festivo *Gedeón* y últimamente era colaborador asiduo de *Blanco y Negro*, *A. B. C.*, *El Imparcial*, *La Lectura* y de otros importantes periódicos y revistas. Desempeñaba además la cátedra de Preceptiva literaria del Instituto de San Isidro, daba frecuentes conferencias en el Ateneo de Madrid y aún le quedaba tiempo para leer cuanto bueno se escribía en España y fuera de ella y para escribir libros de texto que pueden citarse como modelos y obra tan original y admirable como *El Ingenioso Hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra*, publicada con ocasión del cuarto centenario del *Quijote*, y de la cual se ha dicho con razón que en ella puso Navarro y Ledesma «algo más que sus penosas rebuscas y exhumaciones de erudito; puso su alma y sus amores, las ricas galas de una fantasía que se siente despertar á las supremas inspiraciones del arte.»

Uno de los más brillantes triunfos de Navarro y Ledesma fué la oposición á la cátedra que al morir desempeñaba. Tomaron parte en ella opositores de gran valía, como lo prueba el que todos ellos ocupan hoy cargos en la enseñanza oficial; y el tribunal se componía de catedráticos ilustres, entre ellos don Gumersindo de Azcárate, y personas tan competentes como D. Eduardo Vincenti y el Sr. Ortega Munilla. Desde los primeros momentos destacóse Navarro y Ledesma de tal suerte, que cuando se publicó el fallo en que se le concedía el primer lugar, sus compañeros le abrazaron reconociéndole por maestro. Nunca una resolución de un tribunal de oposiciones ha sido acogida con más aplauso aun por los mismos que con ella veían defraudadas sus esperanzas.

En el periódico, en el libro, en la tribuna del Ateneo y en la cátedra del Instituto fué Navarro y Ledesma una autoridad por todos reconocida, y la fama en todas estas ramas de la actividad intelectual alcanzada, conquistóla por su solo y propio esfuerzo, por su gran talento y por su aplicación constante, de todos los días, de todas las horas, al estudio y al trabajo. Fué un laborioso obrero de la inteligencia que no descansó un solo instante en su afán de acopiar conocimientos; fué un maestro insigne que ni un momento dejó de difundir los tesoros de saber que en su espíritu guardaba. ¡Descanse en paz!

D. Francisco Navarro y Ledesma, fallecido en Madrid en 21 de septiembre último. (De fotografía.)

MONUMENTO Á NUMANCIA

Este monumento, cuya inauguración presidió S. M. el rey D. Alfonso XIII, álzase en el lugar en donde existió la heroica Numancia y consta de tres cuerpos. El superior es un esbelto obelisco de nueve metros de alto por 1'30 de ancho en su parte inferior, al que sirve de base una sencilla moldura; el segundo consiste en un dado cuadrado liso, dividido en tres hiladas de 2'80 de lado por 1'50 de alto, y descansa sobre una cuarta hilada más saliente; el inferior es de planta cuadrada, de 6'50 de alto por cuatro metros de lado en su parte media, está construído de mampostería revestida de piedra sillería, tiene tres escalones que le sirven de asiento y remata en una cornisa. En las cuatro caras de este basamento hay otras tantas lápidas labradas por D. Emilio Molina, según dibujos del eminente artista y académico D. Manuel Domínguez, que contienen una alegoría de Numancia, con sus gloriosos trofeos, los nombres de los más heroicos defensores numantinos, una inscripción recordatoria de la visita que á las venerandas ruinas hicieron en 8 de septiembre de 1903 S. M. el rey D. Alfonso XIII y SS. AA. RR. los príncipes de Asturias, y otra con una dedicatoria al Excmo. Sr. D. Ramón Benito y Aceña, á cuyas expensas se ha erigido el monumento. La construcción del mismo ha sido dirigida primero por D. Bernabé La Mata, y á la muerte de éste, por D. Patricio Martínez, siguiendo las indicaciones del académico D. Eduardo Saavedra y del arquitecto D. Aníbal Alvarez.

El monumento, como hemos dicho, ha sido costeado por D. Ramón Benito Aceña, hablando del cual dice un periódico de Soria:

«La biografía de nuestro querido senador D. Ramón B. Aceña, cuyo nombre se pronunciará siempre por los sorianos con sagrado respeto, podría sintetizarse en muy pocas palabras, las siguientes: es un hombre honrado, un perfecto caballero, un patriota, un buen soriano. Todas las particularidades de su vida, toda su historia está condensada en estas afirmaciones. D. Ramón B. Aceña no es político más que para defender á su país querido, y dentro de la política no ha tenido más ambiciones que las de coadyuvar al engrandecimiento de Soria.»

Excmo. Sr. D. R. Benito Aceña

Y después de trazar los principales rasgos de su vida, consagrada por entero al trabajo, y de señalar los grandes servicios por él prestados á la ciudad que en 1871 le eligió por primera vez diputado á Cortes y á la provincia cuya representación ostenta actualmente en el Senado, termina diciendo: «Realizadas las principales aspiraciones de su vida, habiendo prestado á su país tan señalado servicio (la concesión del ferrocarril de Torralba á Soria), ya tenía el Sr. Aceña derecho á descansar, ya tenía sobrados méritos para ser querido de todos sus paisanos; mas, sin embargo, todavía se le ve, en estos últimos años, formando parte de cuantas comisiones solicitan del gobierno algo para Soria, y por último ahí está su última obra, realizada por él solo, empresa eminentemente patriótica que borra una vergüenza nacional, cual era la de que sobre el sitio que ocupó la gloriosa Numancia no hubiese algo que indicara dónde existió el pueblo que á través de los siglos sirve de ejemplo á los pueblos libres, nobles y valerosos. Si con legítimo orgullo podemos decir que Numancia fué modelo de pueblos, D. Ramón B. Aceña es modelo de patriotas y de hombres de bien.»

EL REY JEHÚ

(Véase la lámina de la página 656)

Era Jehú uno de los capitanes de Joram, cuando el profeta Eliseo le ungió rey de Israel y le ordenó que exterminara la casa de Acab y restableciese el culto del verdadero Dios. Jehú dió muerte á Joram, subió al trono, que ocupó desde 876 á 848 antes de Jesucristo, pidió las cabezas de los setenta hijos ó parientes de Acab existentes en Samaria, mandó degollar junto á una cisterna á los hermanos de Ocozías que, en número de cuarenta y dos, habían salido á saludarle y matar á todos los ministros de Baal.

Tal es el personaje bíblico que con tanta maestría reproduce el notable pintor alemán Hoffmann de Vestenhof. El cuadro es horripilante, no hay que negarlo; pero en él se advierte la mano de un consumado maestro.

EN LA FUNDICION DE HIERRO

(Véase la lámina de la página 657)

No es necesario explicar el asunto de este cuadro: ese obrero á quien dos de sus compañeros recogen casi exánime del suelo; esos otros trabajadores que le contemplan más que con dolor con expresión de curiosidad reveladora de que sus almas están curtidas en estos trances; los que en el fondo prosiguen su tarea sin preocuparse siquiera del accidente de que ha sido víctima uno de los suyos, son datos más elocuentes que una descripción minuciosa.

El autor de esta obra, Oscar Poppe, nació en Leipzig en 1875, ha estudiado en la Academia de Dresde, bajo la dirección de Armando Prell, y se ha dedicado especialmente á reproducir escenas de la vida de los cíclopes modernos, que ha observado directamente en las grandes fundiciones de Westfalia, de Sajonia y de Inglaterra. En el cuadro suyo que publicamos, la composición, las figuras, los contrastres de luz y sombra, todo es grandioso cual corresponde al tema por el pintor escogido.

Espectáculos.—*Barcelona.* – En el Eldorado ha debutado una notable compañía de declamación italiana, dirigida por el Sr. Ferruccio Garavaglia, que en cuantas obras puestas en escena hasta ahora ha demostrado ser uno de los actores más eminentes entre los muchos y muy renombrados que ha podido admirar nuestro público. Ha estrenado *Il Caramale*, drama en cuatro actos de Antona Traversi, arreglo de una novela de Parker; *Il povero Piero*, drama en tres actos de F. Cavallotti; *La fine di Sodoma*, drama en cuatro actos de Sudermann; *Viaggio di nosse*, drama en tres actos de Antona Traversi; *Il capitán Fracassa*, comedia heroico-cómica en cinco actos de C. Giorgeri Contri y Dante Signorini, inspirada en la novela del mismo título de Teófilo Gautier; y *L' artiglio*, drama en un acto de Juan Sartene, traducido por Antona Traversi.

Soria. – Monumento erigido en las ruinas de Numancia por el Excmo. Sr. D. Ramón Benito Aceña. (De fotografía.)

AJEDREZ

Problema núm. 401, por K. Erlin y O. Nemo.

Negras (14 piezas)

Blancas (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 400, por W. A. Shinkman

Blancas.	Negras.
1. a7–a8 (C)	1. Tg2–g7 jaque
2. Ca6–c7	2. Tg7–g2
3. Ca8×b6	3. Cualquiera.
4. Ce4–f2 ó g3 mate.	

Variantes

1..... b6–b5; 2. Ca8–c7, b5–b4; 3. Ca6×b4, etc.



Donde estaba una mujer alta, morena, muy hermosa ..

LA CONQUISTADORA

NOVELA DE JORGE OHNET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)

—Jueves, no hay función, dijo el comisario.

—Sí, los artistas descansan.

Entraron por la calle de Gluck, siguieron la acera, y al llegar casi á la esquina del bulevar Haussmann, Mauricio levantó la cabeza para mirar un entresuelo, á través de cuyos cristales brillaban luces vagamente.

—Debe estar, murmuró.

—¿Quién?, preguntó el comisario.

Mauricio se detuvo, cogió familiarmente al señor Allard por la solapa de la levita, y preguntó:

—¿Cuándo va usted á entregar á mi cuñado el proceso verbal que tiene en el bolsillo?

—Mañana por la mañana.

—¿Quiere entregárselo ahora?

-¿Para qué?

—Primero para librarse de esto, luego para darme gusto.

-Y ¿cómo?

—Acompañándome al entresuelo de esta casa.

—¿Será usted correcto?

—Va usted conmigo, respondo de todo.

—No me comprometa.

—Soy incapaz, palabra de honor.

Por la escalera de mármol, cubierta de alfombra, llegaron al primer piso. Una doncella les abrió la puerta.

—¿Está en casa la señora?

—Sí, y el barón acaba de llegar, dijo la doncella dedicándole una sonrisa familiar.

—Ya ve usted, cómo no me he equivocado, dijo Mauricio al comisario haciéndole entrar.

La criada abrió una puerta y anunció á Mauricio.

Entraron en un saloncito donde estaban una mujer alta, morena, muy hermosa, y Folentin. Este se levantó azorado, mientras la mujer tendía la mano á Mauricio.

—¿Es usted, Mauricio?, dijo la Ferico con marcado acento italiano. ¿Qué viento le trae?

—Amiga mía, me trae este señor, mejor dicho, yo le traigo á él. El Sr. Allard, comisario de policía, dijo el joven presentando al funcionario á la bailarina.

—¡Comisario de policía! ¿Se ha cometido algún crimen en la casa? ¿A qué viene este señor?

—A ver á Folentin. El señor es comisario... Nos le ha enviado él á casa hace un momento, y yo le devuelvo la fineza haciéndole venir aquí.

—¿Qué significa todo esto?, preguntó con asombro la bailarina? Mamá, ven.

—No, no, exclamó enojado Folentin, al prever explicaciones horrorosas.

—¿Por qué no?, dijo la bailarina levantando la voz.

—¿Qué sucede?, preguntó una señora vieja y bigotuda. ¿Me llamas, Giulietta?

—Sí, mamá. Aquí está un comisario de policía que viene á buscar al barón.

—No, rugió Folentin dirigiendo furiosas miradas á su cuñado. No se trata de mí. Venga usted y podremos hablar más libremente.

Diciendo estas palabras trataba de llevarse al comisario á otra habitación.

—Quédate, Fofol. dijo imperiosamente Giulietta. ¿Qué sucede? ¿Qué has hecho ó qué te han hecho? Tengo derecho á saberlo todo.

—Tanto como una esposa legítima, declaró con autoridad la vieja.

—Precisamente se trata de esto, dijo Mauricio. Señor comisario, usted se ha presentado hace un momento en casa de mi padre para requerir, de parte del señor barón de Rocher, á la señora baronesa, mi hermana, para que volviese al domicilio conyugal. No he vacilado en traerle aquí para que viese cómo pasa el tiempo mi cuñado, mientras que, como tierno esposo, reclama á su mujer. Hace una hora ha levantado usted un acta, ¿quiere usted levantar la segunda?

—Caballero, sabe usted que eso no es posible.

—Perfectamente. Me reservo el derecho de hacerle citar como testigo de moralidad por el presidente del Tribunal.

—¡El presidente del Tribunal!, exclamó la bailarina gesticulando y levantándose sobre las puntas de los pies como si fuese á volar.

—Sí, mientras dure el proceso de divorcio que va á empezar entre mi hermana y Folentin.

—¡Mauricio!, gritó el banquero furioso, me las pagarás.

El joven, ni se dignó contestar. Se volvió hacia la bailarina, y dándole un beso delante del mismo Folentin, le dijo:

—Querida Giulietta, me hará la justicia de agradecerme el haberle advertido antes que á nadie los graves acontecimientos que se preparan; lo he hecho á fin de que pueda aprovecharse de ellos. Cuando Folentin se haya divorciado, exíjale que la haga su esposa; se lo debe por su inexplicable fidelidad. ¡Dios sabe cuántas veces le he pedido que le engañase conmigo!

—¡Mauricio!, dijo Folentin exasperado.

—Sin embargo, no lo he conseguido; y eso que no es ni joven, ni hermoso, ni tiene talento, ni siquiera se viste bien. Lo único que le hacía tolerable era ser el marido de mi hermana.

—¡Ah, ya era algo!, declaró dignamente la madre moviendo los brazos como una primera actriz. Usted sabe, Mauricio, lo mucho que estimamos á la baronesa.

—¡Cómo, Fofol!, dijo la bailarina. ¿Te peleas con tu mujer? ¿La molestas enviándole al comisario de policía? Eso no está bien, y nunca lo hubiese creído de ti; eso es propio de un hombre mal educado.

—Dejadme tranquilo. Ya es demasiado, gritó el banquero fuera de sí. Su hermana tendrá noticias mías, Mauricio.

—Y usted nuestras.

Se inclinó ante la madre de Giulietta, acarició los hombros de la bailarina y dijo con jovialidad:

—Una vez más, señoras, les pido perdón por haber interrumpido su intimidad con este intermedio. Pero era útil... Buenas noches.

Se llevó al comisario de policía, que aún estaba bajo el peso de la sorpresa, y bajando la escalera llegó á la calle. Una vez allí, se puso á reir.

—¿Qué le parece á usted, Sr. Allard?

—¿Me habla usted de Giulietta? Es muy hermosa.

—Y juiciosa, sabe usted, muy juiciosa.

—El señor barón era demasiado feliz. Con una mujer legítima y una amiga tan encantadora, forzosamente tenía que tener muchos disgustos.

—Pues se engaña usted de medio á medio; hasta ahora no los ha tenido. Del porvenir no se puede responder.

—No cuente la aventura, que entre nosotros sea dicho, no puede ser más picante. Si los periódicos se hacen eco de ella tendría disgustos en la prefectura.

Mauricio estrechó la mano del Sr. Allard, tomando rumbo hacia su casa.

VIII

Dos años transcurrieron desde que Mauricio y el comisario de policía habían visitado á Folentin en casa de Giulietta. Rosa se había ido á América para reunirse con Evans y Raynaud. Instalada en Chiquito, en una linda casita junto al río, vivió muy tranquila y dichosa durante un año. Con interés asistía á los laudables esfuerzos que hacía Mauricio para ponerse al corriente de los negocios, y pasaba los días trabajando y leyendo en compañía de sus amigos. Nunca le había parecido tan agradable la existencia. El gran movimiento obrero que se producía á su alrededor, el entusiasmo de Mauricio para secundar á Evans y Raynaud en sus empresas, toda aquella actividad fecunda la apasionaba. Se hacía explicar las tentativas hechas y los resultados obtenidos y gozaba del grandioso espectáculo de la batalla industrial como verdadera entusiasta.

Los días le habían parecido cortos como horas, y con asombro recordaba algunas veces el tedio antiguo, en el tiempo en que triunfaba y la envidiaban. Sus compañeros, sus amigos de otra época continuarían viviendo aburridos en su París decorativo y ficticio. ¡Desgraciados! Inclinada en la barandilla de su balcón, mirando las extensiones cubiertas de verdura y el río color de oro de Chiquito, aspiraba deliciosamente el aire perfumado de las sabanas.



Inclinada en la barandilla de su balcón, mirando las extensiones cubiertas de verdura..

Al cabo de un año, Evans había ido á visitarla de mañana, cosa contraria á sus costumbres, para decirle gravemente:

—Señora, vengo de parte de mi amigo Raynaud á preguntarle si quiere usted ser su mujer. Antes de dirigirnos á usted hemos escrito á los señores Prévinquieres pidiéndoles su consentimiento, que hemos recibido ayer. No falta más que su aprobación.

—Querido Evans, vine á instalarme junto á ustedes en América, lo que fué lo mismo que quemar las naves. Entonces no sabía si podría sacarle algún encanto á la vida; hoy que la conozco, le aseguro que no puede ser ni más agradable ni más tranquila. ¿Me pregunta usted si la deseo así siempre? Sí, con todo mi corazón.

—Bueno; voy á darle su contestación á Raynaud, y haré cumplir las formalidades necesarias. Si no tiene inconveniente, la boda se celebrará aquí en Chiquito.

—¡Ojalá no tengamos que marcharnos nunca!

—Querida amiga, Valentín no puede seguir aquí. Es preciso que uno de nosotros se instale en Nueva York. Como no soy yo, soltero y viejo, quien puede hacer los honores de «Evans, Raynaud and Company,» importa que los hagan usted y su marido. Con este fin hemos comprado en la Quinta Avenida el palacio de Browesther, y lo hemos hecho disponer de manera que se halle usted á gusto en él.

—Pero Browesther es una de las mayores fortunas de América.

—Era. Este año han surgido algunas dificultades con los granos y ha tenido que reducirse. Ese palacio, situado enfrente del de Astor, es nuestro; usted vivirá en él desde el mes próximo, y volverá á ser la conquistadora de otro tiempo.

Rosa enrojeció y miró á su alrededor.

—Haré lo que ustedes quieran y me tendré por muy dichosa si logro complacerles. Con todo, más de una vez echaré de menos la encantadora sencillez de esta casa.

El americano tuvo un arranque de orgullo.

—La mujer de Valentín Raynaud debe estar instalada de otro modo que lo estuvo la baronesa de Rocher...

Evans se contuvo creyendo haber lastimado la sensibilidad de Rosa.

—Perdóneme, dijo sonriendo, pero nuestra razón social exige mucho aparato; es preciso colocar muy alta la bandera para que se vea. Usted será la encargada de representar nuestra casa, gastando lo que nosotros nos encargaremos de pagar.

—Vamos, dijo Rosa con cierta melancolía, veo que es muy difícil librarse del destino. Decididamente he venido al mundo para gastar dinero á manos llenas. Antes lo hice por gusto, ahora lo haré por deber.

—Lo hará usted con gusto exquisito y suprema elegancia, que es lo importante.

Acababan de almorzar en el palacio de la Quinta Avenida Rosa y Raynaud, cuando la puerta del comedor se abrió para dar paso á Mauricio vestido de viaje. Rosa se levantó precipitadamente para abrazar á su hermano, y Raynaud le señaló un cubierto que estaba preparado.

—Ya ves que contábamos contigo.

—Muchas gracias, he comido en el tren.

—¿Vienes con Evans?

—Sí, pero se ha detenido un momento en el Banco Internacional para depositar valores.

—¿Ha realizado los aceros?

—Ganando siete millones de *dollars* que ha invertido en acciones del Transcontinental. En la próxima junta tendremos mayoría y por consiguiente será preciso obtener las concesiones que nos hacen falta.

—¿Y el *oil*?

—El *oil*, muy bien; se han hecho tres nuevos pozos, y el tren cisterna no basta. Tendremos que encargar otro.

—Lo construiremos nosotros mismos. El asunto Pullmann está terminado.

—¡Bravo!

Mauricio adoptó aire de hombre importante, y de uno de los bolsillos de su americana sacó un paquetito de piel que colocó sobre la mesa frente á su hermana.

—Querida, este es un tributo que la Compañía Minera ofrece á la señora de Raynaud como á una soberana.

Ante los dos hombres que sonreían, Rosa abrió el paquete y pudo ver la más hermosa colección de rubíes que en una sola mano se han podido reunir; eran grandes como granos de maíz, de color de sangre, absolutamente iguales y del mismo peso.

—Es una maravilla, dijo la joven.

—En el mundo no existirá joya semejante; será única. Hormestein de San Francisco, que ha visto estos rubíes, no se ha atrevido á tasar los. Asegura que, vendiéndolos separadamente y por quilates, se sacarían algunos millones.

—¿Qué voy á hacer con estas piedras?, preguntó Rosa confundida.

—Querida, dijo Valentín, las harás montar y las llevarás para darnos gusto.

Una nube pasó por la frente de Rosa. Siempre que su marido se entregaba á estas prodigalidades, el recuerdo del jardincito de la fábrica de Beaumont acudía á su memoria, y con gran amargura comparaba la conducta de Raynaud con la suya. ¡Cómo se había vengado de ella el antiguo director de la fábrica de su padre, y cómo se hacía dueño de ella por su misma superioridad y sin el menor átomo de orgullo! Rosa le miró de una manera que tenía el don de conmover de un modo especial á Valentín. Con aquellas miradas se recordaban todo su pasado de tristezas y de errores, con la satisfacción de haber reparado unas y otros. Raynaud, sonriendo, le tendió la mano. En aquel momento entraba Evans.

—¿Están mirando estas piedrecitas?, dijo besando á Rosa en la frente. Dicen que químicamente pueden fabricarse iguales. Estas son hermosas, ¿verdad? Tengo una noticia que daros; el marqués de Condottier está en Nueva York.

—¡Ah!, dijo Rosa haciendo una mueca de desagrado. ¿Qué viene á hacer aquí?

Lo he sabido hace un momento.

—¿En dónde?, preguntó Mauricio.

—En casa de Standish, el director de *La Internacional*. Iba á depositar los valores y esperaba la factura, cuando me dijo: «A propósito, pregunte á Raynaud si conoce á un caballero francés que está aquí ahora y que se llama marqués de Condottier. Deseamos tener informes suyos.

—»¿Con qué objeto?

—»Viene á casarse; ha cortejado á la hija de Green, de la casa Sparklet y Green; ha gustado y la pide en matrimonio. Green, como usted sabe, supone cien millones de dólars, y quiere saber lo que por su parte vale el marqués de Condottier.

—»Le conozco; pero, sin embargo, Raynaud le conoce mejor que yo.

—»¿Quiere usted decirle que hable á Green? De lo que le diga dependerá la respuesta que dé á ese joven.

—»Pues bien, veré á Raynaud en seguida.»

—Y aquí estoy para contar á ustedes lo sucedido y para decirle, amigo Raynaud, que con sólo apretar un poco la mano destruirá usted la combinación matrimonial de Condottier.

Reinó un momento de silencio; todos pensaban. Al cabo de un instante Raynaud dijo:

—Sentiría en el alma perjudicar á Condottier; pero tampoco quisiera engañar á Green.

—Querido, dijo Mauricio, no te preocupes por la señorita Green; le hace falta un hombre como ese, y si no es el marqués será otro parecido; quiere ser gran señora en París. Lo que se desea saber es si el marqués pertenece en efecto al gran mundo.

—¿Me veré obligado á salir fiador de él?, dijo alegremente Raynaud.

Rosa hizo un gesto y todas las miradas se fijaron en ella. Entonces, con gracia altanera que recordaba la conquistadora de otras veces, dijo:

—¿Le guardas rencor? Por mi parte, declaro que me considero su deudora. Es la primera vez que hablamos de él después de dos años, y es muy probable que no volveremos á ocuparnos de él nunca más. No olvidemos que sin querer fué el agente de nuestra dicha. Los sabios llamáis reactivos á las substancias que determinan la transformación química de los cuerpos; pues bien, en lo que á nosotros se refiere, Condottier fué un reactivo irresistible Él determinó los acontecimientos que me hicieron comprender que había equivocado el camino de mi vida, y que me ayudaron á encontrar el bueno. Habríamos podido pagar cara esta experiencia, en la que yo arriesgué la felicidad y Valentín la vida, y de ella salimos al fin y al cabo con el mínimo de lo que podíamos temer.

—Sí, seamos justos y reconocidos, repuso Raynaud; me dió á Rosa con el máximum de lo que podía esperar. La cantidad del bien recibido es infinitamente superior á la del mal; por lo tanto, debemos alegrarnos, y como ella dice muy bien, no guardar rencor á Condottier. Veamos, querida..., ¿te quería de veras?

Rosa movió la cabeza.

—No lo sé. Lo parecía; pero como en la vida se encuentran cómicos tan grandes... Lo que sí es cierto es que odiaba....

—A Folentin, dijo Mauricio con precipitación, viendo que su hermana vacilaba para pronunciar este nombre.

—Sí, con toda su alma. Lo que más le importaba era vengarse de él.

—Y lo ha conseguido. El brillante barón de Rocher está enterrado. Sólo queda un pálido Fofol que vive entre una bailarina avara y la madre de la bailarina, una mujer con toda la barba y cargada de joyas falsas.

—Bueno, Evans; diga usted á Green que se dirija á mí para informarse del marqués de Condottier.

—Perfectamente, dijo Evans; haremos coincidir la época de la boda con un viaje á Francia, porque tal vez sería demasiado pedir que asistieseis á la ceremonia.

—Tanto más, añadió Mauricio riendo, cuanto que sería preciso hacer un regalito...

—Y por cierto, replicó Raynaud, tengo un pedazo de plomo en mi cajón con el que el marqués de Condottier me gratificó una mañana. Haciéndolo rodear de brillantes sería un recuerdo curioso.

—No, consérvalo, dijo Rosa. Precisamente ese pedacito de plomo, en el momento en que nuestro destino estaba incierto, hizo inclinar la balanza hacia el lado bueno.

FIN

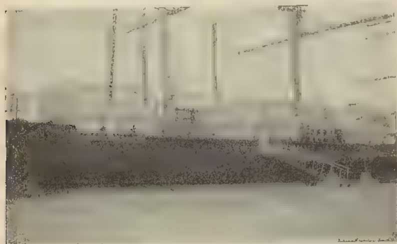
BARCOS CASAS

HABITACIONES PARA OBREROS

NUEVA IDEA DE UN MILLONARIO AMERICANO

Mr. Juan Arbuckle, comerciante en café y fabricante de azúcar muy conocido en los Estados Unidos, tiene tres buenos barcos que la mayor parte del año no navegan.

El verano pasado comenzó á tomar obreros á bordo de uno de sus barcos, al anochecer de los calurosos días de Nueva York, y por una pequeña remuneración les proporcionaba un paseo á la vela á la luz de la luna y el pasar la noche respirando el aire puro de Long Island Sound ó de la bahía. Pero luego comprendió que en el invierno, aun más que en el verano, necesitan los pobres hallar refugio; y después de maduras reflexiones, ha arreglado dos de sus barcos como hoteles flotantes para trabajadores, sentando así un precedente de la manera como pueden utilizarse los buques que no tienen destino.



El buque *Jacobo A. Stamler*, habilitado como hotel para obreros

Esos dos barcos son el *Jacobo A. Stamler*, hermoso barco de vela, y el *Juan A. Wise*, pequeño vapor.

El primero ha sido transformado en hotel para mujeres, con comedor y gran sala de conversación á un paso del portalón. Más lejos, á lo largo de anchos pasillos, hay grandes camarotes calentados por vapor, alumbrados eléctricamente, ventilados con esmero y con agua corriente. Todos están alfombrados y convenientemente amueblados.

El largo comedor puede contener cien personas, y hay periódicos y piezas de música popular á disposición de los huéspedes, gratuitamente.

Hay un salón de reunión para las jóvenes y otro de fumar para los hombres, pues el *Stamler* es el buque insignia de la escuadra.

Las huéspedas son obreras jóvenes de buena conducta, que ganan semanalmente salarios muy cortos que, por regla general, apenas cubren los gastos de la vida en casas de huéspedes baratas.

A bordo del *Stamler* sólo pagan unos once chelines semanales, incluyendo todos los gastos.

Están tan completamente independientes como si vivieran en tierra y no hay ningún empleado que vigile su conducta.

En el *Juan A. Wise*, que está anclado inmediato al anterior, se acomodan cincuenta hombres por unos catorce chelines á la semana. Pueden ir al *Stamler* á disfrutar del salón de reuniones, pues el *Juan A. Wise* es un barco pequeño.

TAPICES DE PERSIA

Es muy general la creencia de que á consecuencia del progreso industrial y del conocimiento técnico de procedimientos que antiguamente sólo por tradición se conocían, las industrias precisamente tradicionales desaparecen de su país de origen, aniquiladas por una competencia poderosa. Pero en realidad no es así, y si Venecia, por ejemplo, ha dejado de ser un centro verdadero de producción de los espejos que le dieron tanta fama, en Persia, en cambio, siguen fabricándose tapices, y el nombre de «tapices de Persia» es todavía una denominación que corresponde á una realidad. Y la prueba de ello está en que los estados aduaneros del imperio del Shah, con todo y estar formulados de una manera muy imperfecta, indican anualmente una exportación de 3.000 á 4.000 fardos de tapices, que representan, en el país de salida, un valor de más de 1.250.000 francos.

En Persia, en donde la industria manufacturera en general está casi en estado primitivo, existe una verdadera industria nacional que ocupa millares de brazos y á la cual se dedican, no solamente las poblaciones sedentarias, sino también las nómadas.



El salón de reunión del *Jacobo A. Stamler*

Universalmente conocidos son los tapices de Shiraz, de Kerman y de Meshed, á los que hay que añadir los de Sultanabad y de Tauris, siendo curioso el hecho de que lo que ha dado un impulso completamente nuevo á esta industria y le ha permitido luchar contra la fabricación europea, ha sido la infusión en ella de nueva sangre, por decirlo así, en forma de capitales y de capitalistas extranjeros que han establecido allí importantes casas, conservando, empero, en los indígenas las más esenciales de sus costumbres nacionales. Hay una porción de centros que se dedican á la fabricación de tapices de un género, de una variedad bien determinada que se encuentra en todo un distrito, en toda una tribu, y cuyos modelos y procedimientos son idénticos; pero en todas partes, hasta en las regiones de Tauris y de Sultanabad, en donde han intervenido, como hemos dicho, empresarios y comerciantes europeos, el indígena sólo quiere la industria á domicilio, que le deja gran libertad y no le impone la monótona disciplina del taller. El obrero más laborioso que trabaje en su casa, dejará de cuando en cuando su labor para fumar su pipa, tomar el te ó echar una siesta. Téngase además en cuenta que el clima no permite, al parecer, un trabajo continuo, enérgico, como el que se hace en nuestras fábricas de Occidente.

De aquí que esta industria no se haya modificado sino dentro de los límites que las costumbres locales consienten. En Sultanabad principalmente es en donde mejor puede apreciarse esto, gracias á las dos empresas que han creado la fabricación metódica de los tapices, tapices hechos según las medidas indicadas por aquéllas y conforme á los modelos que saben han de ser más estimados en Europa. Una de aquellas casas pertenece á negociantes de Mánchester, y á pesar de la oposición de los comerciantes y corredores indígenas que temían la competencia, hace trabajar por su cuenta á una buena parte de la población de Sultanabad y de las aldeas vecinas. Actualmente hay en la región más de 3.000 telares, todos de mano, por supuesto, que producen anualmente por un valor de cinco millones de francos. La casa europea tiene, á las puertas de la ciudad, oficinas para su personal, almacenes para guardar los géneros terminados y talleres de tintorería en donde se preparan las lanas que emplearán las familias que trabajan en sus casas, porque no se permite á ningún obrero poner por su cuenta las lanas, pues con ello se correría el peligro de que utilizase hilados preparados con anhilina que cambian en seguida de color.

El trabajo es familiar; en efecto, el hombre, el jefe de familia, sirve de empresario y de agente cerca de la casa europea, mientras las mujeres, primeramente sus numerosas esposas y luego sus hijas, trabajan en el tejido, que se ejecuta exclusivamente á mano y que exige á veces tres meses de labor para una sola pieza.

La casa europea no se limita á facilitar únicamente las lanas á los empresarios con quienes contrata, sino que cada vez que encarga algún trabajo entrega al que ha de ejecutarlo al mismo tiempo que un peso determinado de primera materia un cuadro en el que están detalladamente indicados el modelo del tapiz que se ha de fabricar y las dimensiones que este tapiz ha de tener.



El comedor del buque *Jacobo A. Stamler*

Todas estas indicaciones se toman por duplicado, y cuando se entrega la labor sirven de norma para el pago de la confección de la obra; según que ésta sea satisfactoria ó deje que desear, se abona al obrero una prima ó, por el contrario, se le impone una multa.

En Tiflis hay unas 2.000 personas empleadas en la fabricación de tapices para la exportación.—L.

LA CARICATURA EN ESPAÑA.—LOS SANCHA.—MARÍN.



FRANCISCO SANCHA



ESCENA INFANTIL, caricatura de Sancha



LOS HERMANOS SANCHA, caricatura de Sancha

Sin «Los desastres de la guerra» y los «Caprichos» del gran maestro Goya, nada digno de citarse hasta estos años encontraría el modesto crítico en la pobre historia de nuestra caricatura... Goya con sus asombrosos apuntes lo llena todo: él personifica, descubre, eleva y termina lo único bello, eminentemente artístico, sugestivo, que de sátira en dibujo se ha hecho en España.

Y no soy de los que creen —como el maestro Picón— que el atraso en la sátira dibujada fué debido aquí en nuestro país á las pocas libertades de que hasta ahora hemos disfrutado; porque la caricatura tal como debe entenderse no abraza sólo la sátira política, sino la social: la copia de las miserias y delitos de la vida del prójimo abyecto...

De este modo con su maravilloso genio lo entendió el inmortal Goya, caricaturista á falta de palabra más adecuada, que sintiendo el desprecio al medio en que vivió, hizo genialmente el retrato y la sátira de nuestra historia en aquel tiempo. La fama de nuestro maestro aragonés en este



TOMÁS SANCHA Y LENGO (LENGO)

arte es también universal: sus dibujos vivirán eternamente. De las escenas de la guerra que el pintor supo trazar brillantemente, muchos artistas del extranjero publican todos los años porfolios donde copian con descaro inaudito lo nuestro, lo que hace siglos se imprimió...

¿Comprenderéis ahora, sin más ejemplos que el espacio no consiente, la importancia que tiene para nosotros, y para toda la historia de la caricatura, la serie de dibujos satíricos del español Goya?

SANCHA



LA TIENDA ASILO DE MADRID, caricatura de Lengo

La caricatura es la sátira dibujada, la substitución de la frase por la línea; es la pintura de lo defectuoso y lo deforme, que señala y castiga con el ridículo los crímenes, las injusticias y hasta las flaquezas de los hombres. ¿Sabéis de quién es esta hermosa y justa definición? Del ilustre autor de *La honrada*. Pero decidme, ¿qué artistas modernos se aconsejan del maestro Picón y en sus dibujos atienden á lo más principal? Caricaturistas ya formados, completos, con personalidad bien definida á lo Forain, Hermann-Paul y Caran d' Ache, no encontrarás, lector, ninguno en España. Hay que confesarlo.

Pero entre los jóvenes se han distinguido en estos últimos años cuatro ó seis artistas que en el dibujo de la sátira han hecho algunas cosas admirables y tienen talento y no escaso gusto.

Refiérome primero á Sancha, á Lengo, que era su hermano, á *Sileno*, caricaturista del *Gedeón*, del que hablaré más adelante, y al «apuntista» Marín. Después síguenles otros muchachos de gracia y dibujo muy estimables que no olvidaremos: Karikato, Rojas, Verdugo, Tovar y Tur... En los trabajos de Sancha veo yo dos épocas bien distintas: en la primera su dibujo está en realidad influído por los de Goya; la nota gris envuelve el asunto, que casi siempre es repugnante ó muy miserable. Entonces puede decirse que su lápiz libra las batallas por el dolor ante las injusticias y miserias del mundo. Este es mi artista predilecto: el discípulo de Goya, el hijo de Forain. Mas después Sancha, con su viaje y estancia en París, ha modificado casi completamente el procedimiento y templado á la par su alma. Y es otro artista fundido en aquel de hace diez años, pero ya de más público, elegantizado, comprensible á todos, menos batallador y utilísimo redactor de importantes Revistas.

¿Queréis más radical cambio en su carácter y en el estilo de un artista? Y él mismo confiesa que de unos dibujos que hace años publicó en el *Madrid Cómico*, á la escena inocente, graciosa, que ilustra el presente artículo, media un abismo.

LENGO



RICARDO MARÍN

Se llamaba el más joven de los caricaturistas españoles Tomás Sancha y Lengo. Era hermano de Paco Sancha, y para no confundir el trabajo y ahorrar tiempo al lector, firmaba sus dibujos con su segundo apellido. Los Sancha son sobrinos carnales de aquel infortunado artista de renombre que se llamó Lengo.

Tomás Sancha no había cumplido aún los veinticinco años; era alto, rubio, barbilampiño, muy jocoso en el discurrir; alegre antes, cuando yo lo conocí, hace cuatro años; después, hace uno, este joven que tanto prometía en sus estudios, enfermó: una pulmonía mal cuidada le degeneró en una molesta y delicadísima afección pulmonar. Y Lengo, el antes di-

charachero y alegre amigo, púsose muy triste y murió al fin... Días antes de su muerte fuí á visitarle; Lengo estaba en cama, y muy cerca de él, arreglados con algún orden sobre las mesas y sillas, yo vi y admiré parte de su obra concluída y la no publicada todavía, que con bastantes originales de su hermano



UN CHAMBERGO, apunte de Ricardo Marín

preparaban para una exposición que se celebró en el Salón Vilches.

Lengo experimentaba grandes amores por la representación del dolor y por el retrato de personas. Su sátira era terrible, despiadada, justísima... En la notable y muerta ya revista *Alma Española*, Lengo publicó ocho ó diez dibujos magistrales, llenos de ambiente, anarquistas, y de los que por sí solos sobran para hacer un nombre. Uno de esta serie acompaña á este artículo: «La Tienda Asilo de Madrid.» Posa tus ojos en el dibujo, y yo te aseguro que esta escena real, miserable y de angustia impregnada, te hará meditar mucho.

Los dibujos que de la caricatura personal deja publicados Lengo son bellísimos, semejantes á los originales y muy intencionados. Instantáneamente veía el caricaturista la nota cómica, lo satírico, lo ridículo y mazorral de sus modelos. Muchas Revistas han publicado estas caricaturas personales y era prodigioso el acierto de su autor.

En cuatro años que llevaba trabajando, su lápiz no descansó un solo día: fué fecundo y siempre intencionado... La personalidad artística de Lengo no era, cuando el dibujante ha muerto, sólo una esperanza: había triunfado ya y recorrido los senderos más intrincados y yermos de su carrera. Enfermó el caricaturista, y él mismo, con su claro discurrir, nos anunciaba su cercana muerte... «No hay remedio—nos decía;—esto no termina á gusto de todos...» Y después con asombrosa frialdad: «¡Quisiera yo verme en mi última caricatura!..»

MARÍN

Ricardo Marín no es un caricaturista, si en algo hemos de estimar la definición que de este arte



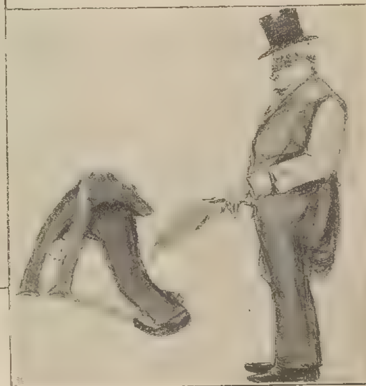
UN PICADOR, apunte del natural de Ricardo Marín

nos dan varios autores. Podíamos, sin temor de equivocarnos, incluirle entre el grupo de «apuntistas» del natural. Pero su arte es difícil, y como lo interpreta con finura y gracia y Marín tiene talento, á falta de otros caricaturistas españoles, que no los hay, hablaremos de él.

Marín domina en su campo, que aquí nadie ha cultivado, dos notas admirables: los dibujos que con escasas líneas hace de las corridas de toros, y los apuntes de mujeres en la calle, en movimiento. Marín ilustra en *El Liberal* la revista de toros, y sus apuntes son como hechos con fotografía, pero muy adornados de forma artística. En una publicación ya fallecida, en *Madrid*, publicó el joven artista una serie abundante de dibujos sobre asuntos de mujeres, y al gran dramaturgo español Benavente le ha ilustrado varias de sus obras notables.

Hoy comienza Marín otra vez sus trabajos en el interesante *Renacimiento Latino*, donde aparecerán en breve graciosos y muy notables apuntes sobre escenas del *Quijote*. Ya sobre este trabajo plumas autorizadas, la del maestro Cavia, entre otras, han dicho su opinión. ¿Se permitirá ahora á un joven admirador del artista decir acerca de esta notable, profusa y difícil obra su modesto parecer?

Para mí, en cierto punto, ha sido una grata sorpresa estas ilustraciones que Marín hace del libro inmortal. Confieso que no creía con paciencia y amor suficiente al artista que me ocupa para componer más de doscientos apuntes, que, desgraciadamente, aquí en nuestra tierra no han de darle más que una poca de gloria y muchas envidias. Pero nada de esto ha detenido en su propósito al moderno artista. Doscientos y pico de dibujos presenta y nos dice faltarle aún más del doble para dar cima á las ilustraciones de las dos partes del *Quijote*. ¿Que cómo son estos apuntes? Yo los divido, para el estudio del público, en dos clases: los que no han de entender ni admirar el vulgo ni tampoco mucha gente que se precia de docta, y los que por su gracia, soltura y genio ensalzarán todas las lenguas... Y como, afortunadamente, el artista, con sus dos distintas maneras de hacer, recoge todos los gustos, claro es que en esta importante obra el triunfo de Marín es indudable.



EL CLOWN BELING, apunte del natural de Ricardo Marín

Marín es joven y rico y no necesita de su trabajo para vivir bien. Es fecundo y dibuja con rapidez; á esto creen algunos es debida su producción desemejante: su trabajo está bien ó muy mal; no tiene término medio: ó se ha fijado en el modelo en un instante, grabando en su memoria todos los detalles, ó estaba dormido cuando la imagen pasó ante sus ojos y no la vió...

MANUEL CARRETERO.

MONUMENTO

Á CAMILO DESMOULINS

Hace pocos días se inauguró en París el monumento erigido á la memoria de Camilo Desmoulins, el joven tribuno cuya fogosa elocuencia desencadenó en 1789 el movimiento revolucionario que determinó la toma de la Bastilla.

Este monumento, debido á la iniciativa de un comité compuesto de comerciantes del barrio en que se ha construido, levántase delante del Palais Royal, en el mismo sitio en que Desmoulins arengó á la multitud en la histórica jornada del 12 de julio. La estatua, obra del escultor Boverie, es de un efecto realmente emocionante: sobre un zócalo de granito poco elevado está el tribuno de pie, en actitud oratoria, con el brazo derecho extendido y la pierna y el brazo izquierdos apoyados en una silla.

Conocida es la escena que hizo para siempre célebre al joven libelista. Era el 12 de julio de 1789; Luis XVI acababa de destituir á Necker, y esta noticia había causado gran efervescencia en el Palais Royal, muy frecuentado en aquel entonces por los parisienses.

«Lamentábame, dice Desmoulins en una carta dirigida á su padre, en medio de un grupo, de nuestra cobardía, de la cobardía de todos nosotros, cuando pasaron tres jóvenes cogidos de las manos y gritando: «¡A las armas!» Júntéme á ellos, la gente vió mi entusiasmo, me rodeó y me obligó á subir á una mesa. Al cabo de un minuto, había á mi alrededor seis mil personas.»



Monumento á Camilo Desmoulins recientemente inaugurado en París, obra de Boverie. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

El discurso que en aquella ocasión pronunció fué apasionado: «¡A las armas! ¡A las armas!, gritó. Pongámonos escarapelas verdes, del color de la esperanza.» Y cogiendo una cinta verde se la clavó en el sombrero. En seguida todos sus oyentes se adornaron con hojas verdes á manera de escarapelas, y de este modo puso Camilo Desmoulins en movimiento la energía popular é inició la Revolución, de la que más tarde había de ser él mismo víctima.

La ceremonia de la inauguración fué presidida por M. Clementel, ministro de las Colonias, y por M. Dujardin-Beaumetz, subsecretario de Bellas Artes. M. Henrique Maret, presidente del Comité á cuya iniciativa se debe el monumento, trazó á grandes rasgos la biografía de Desmoulins; M. Dujardin-Beaumetz felicitó al Comité por su iniciativa y al escultor Boverie por su obra; y M. Clementel pronunció un elocuente discurso en el que, después de hacer un paralelo entre Dantón y Desmoulins, ensalzó la fe y el entusiasmo de éste, que si primero le hicieron combatir á los Girondinos, después le llevaron á condenar los excesos de los tribunales revolucionarios.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 16 de octubre de 1905 — Núm. 1.242

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

JOYAS DEL ARTE MODERNO

ADMIRANDO LA OBRA,

CUADRO DE ROMÁN RIBERA

Román Ribera ni decae ni envejece. A pesar de los años transcurridos desde sus ruidosos éxitos en la capital de la vecina nación, continúa sustentando sus nobilísimos empeños de vencer las dificultades de la línea y del color. Complácese hoy como ayer en arrostrar obstículos, en alcanzar prodigios de ejecución, apareciendo siempre dueño de la paleta, maestro en el trazo, campeón decidido de la distinción y del buen gusto.

El cuadro que reproducimos es dignísima pareja de otros lienzos que le han reportado notoriedad. La expresiva cabeza del artista, que como figura principal destaca en el cuadro á que nos referimos, es una obra digna de encomio y por lo tanto del buen nombre de un artista tan distinguido. Vano es el empeño de aquellos que trataron de establecer comparaciones entre Ribera y otros artistas extranjeros meritísimos, puesto que si, como alguno de aquéllos, se distingue por la delicadeza de la factura, merece aplauso por su habilidad y maestría. Ribera es personalísimo: su nombre, hoy digno de respeto, constituye una de las glorias del arte patrio.



ADMIRANDO LA OBRA, cuadro de Román Ribera. (Salón Parés.)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Costa Rica: extraordinario incremento del cultivo y la exportación del plátano: fomento de los intereses materiales: la campaña electoral para la renovación de la presidencia de la República. —*Colombia:* restablecimiento de las buenas relaciones con Venezuela: la Fiesta Nacional: necesidad de restaurar el principio de autoridad. —La Unión latino-americana: iniciativas de Castro en Venezuela: conveniencia de fomentar relaciones entre las Repúblicas latinas de América y entre éstas y Europa, especialmente con España. —La obra civilizadora de España en el Nuevo Mundo. —El cuarto centenario de la muerte de Cristóbal Colón.

Los ministros de Fomento y Hacienda de la República de Costa Rica han dado cuenta en sendas Memorias del estado de los servicios que corren á su cargo y de los más importantes trabajos realizados en 1904 1905 con objeto de fomentar la agricultura, el comercio y las vías de comunicación.

La riqueza agrícola es, hoy por hoy, la principal, casi la única, de Costa Rica. Á su desarrollo contribuyen la Sociedad Nacional de Agricultura y la titulada *United Fruit C.°*, que se dedica especialmente á la exportación de plátanos.

Es asombroso el incremento que toma el cultivo del plátano. Ocho mil quinientos racimos fueron heraldos de la nueva industria en 1881; ahora, veintitrés años después, en 1904, pasaron de seis millones el número de los exportados, y aumentará año por año de millón en millón la cifra del preciado fruto, que piden y pagan á buenos precios los 82 millones de habitantes de los Estados Unidos, los 6 millones del Canadá y los 43 millones del Reino Unido. Toda la región apta de Costa Rica dedicada á ese cultivo, no alcanzaría á satisfacer la inmensa demanda que el plátano tiene hoy en el mundo comercial.

En general, los datos consignados en las Memorias á que nos referimos demuestran que el país reacciona contra la postración en que estaba; la mayor importación revela vida más activa en el comercio y un bienestar general que facilita el consumo de lo importado; la agricultura ensancha su esfera de acción, y ha aumentado así la riqueza pública; el constante reinado de la paz y las excelencias del suelo han atraído el capital extranjero, acreciendo de modo considerable la circulación monetaria, no con valores ficticios, sino con la presencia misma del oro norteamericano.

En resumen, hay más comercio, más agricultura y más dinero.

En los días 21 á 23 de agosto se hicieron las elecciones para constituir el Colegio que ha de nombrar nuevo presidente en marzo del año próximo. La campaña electoral parece muy empeñada; entran en juego cinco partidos políticos, el nacional, el republicano, el popular ó populista, el republicano independiente y el clerical, cada uno con su respectivo candidato (Cleto González Víquez, Bernardo Soto, Máximo Fernández, Tomás Zúñiga y Pánfilo Villaverde).

***

Se afianzan las buenas relaciones entre Colombia y Venezuela. En junio último hubo en las márgenes del Táchira fiestas y regocijos públicos en que tomaron parte venezolanos y colombianos. Sobre puente de tablas que une las dos orillas ondearon, enlazadas, las banderas de ambas Repúblicas; oyéronse á la vez los himnos nacionales respectivos, y se unieron en fraternal abrazo los jefes de los batallones que de una y otra parte habían acudido á la frontera para dar mayor brillantez al acto.

El 20 de junio se celebró en Colombia la Fiesta Nacional. Antes eran indispensable adorno de ellas discursos y más discursos con las correspondientes frases de estilo: «el león ibero,» «el yugo español,» «las cadenas rotas,» etc., etc. El actual presidente, general Reyes, ha roto con la enojosa y ridícula tradición de las alocuciones, y siguiendo su ejemplo, todos los altos funcionarios de la capital rindieron homenaje á los libertadores en silencioso recuerdo.

A mediados de septiembre se dijo, con referencia á telegramas particulares, que Reyes se había proclamado dictador y que con este motivo hubo sangrientos choques entre las tropas y el pueblo. La noticia ha sido desmentida oficialmente; tal vez se tratase de alguno de los actos de energía que necesariamente tiene que realizar de vez en cuando el nuevo presidente para restablecer el principio de autoridad, tan quebrantado después del largo período de guerra civil y desórdenes continuos que han afligido á la República.

***

Tema de actualidad es en la prensa de América el movimiento favorable á la unión latino-americana.

En las Repúblicas más meridionales se aprovecha toda coyuntura para fortalecer los mutuos lazos de amistad, y con frecuencia se lee en los más importantes periódicos la noticia, y consiguientes comentarios, de proyectos de alianza y confederación atribuídos á personalidades ilustres en la política ó en las letras. Ahora se anuncia la reunión en Buenos Aires de representantes de la Argentina, del Uruguay y del Brasil para llegar á una común inteligencia en los asuntos de carácter social. El acuerdo en esta materia podrá ser, acaso, la base ó el punto de partida de más íntimas relaciones, que abarquen otros aspectos de la vida nacional.

En el Norte de la América del Sur proclama resueltamente la necesidad de esa unión el general Castro, quien, como ya se ha indicado en *Revistas* anteriores, aspira á formar una liga, alianza ó coalición que, en caso preciso, pueda imponer respeto á los yanquis.

Según *El Constitucional*, diario de Caracas, Castro dice que Venezuela se halla predestinada á servir de pedestal al monumento de la grandeza y libertad del continente americano del Sur; es la República que dió el primer impulso á la obra de independencia, y ahora procura realizar la confederación de pueblos suramericanos para constituir con ellos el Estado más fuerte y poderoso del globo. Será la obra más grandiosa del siglo XX. Bien unidas y fuertes las Repúblicas americanas del Sur, del Centro y del Norte (México), no habrá que temer á los norteamericanos ingleses.

A la vez que se realicen las gestiones encaminadas á conseguir alianzas ofensivas y defensivas, primer paso para la confederación, debe hacer cada República cuantos esfuerzos pueda para robustecer su ejército y su marina militar. Por esto, Venezuela ha resuelto invertir algunos millones de pesos en torpederos, cañones y fusiles; los astilleros de Génova y los talleres de la Compañía Schneider trabajan ya para servir los encargos del gobierno venezolano.

La Prensa Libre, de Costa Rica, aplaude los propósitos de Castro; hay que dar principio á una enérgica campaña de panamericanismo, que logre levantar las fuerzas morales de resistencia activa y pasiva de todos los pueblos latinos del Continente, contando, desde luego, con el apoyo decidido de los gobiernos. En el estado actual de la política en América, añade, y «ante los evidentes peligros que entraña para la independencia de nuestras Repúblicas la actitud casi agresiva del Gabinete de Wáshington, que se ha erigido en un tutor de fuerza en los asuntos internos y externos de nuestros países, nos parece conveniente todo lo que se haga para poner un dique á las corrientes que impulsa la desmedida ambición de algunos.»

Sur-América quiere más aún; que los pueblos hispano-americanos no sólo vivan siempre concertadamente entre sí, sino también con la madre patria: pide que se estrechen las relaciones de comercio y de ideas entre España y Colombia.

La obra de unión latino-americana debe completarse procurando el mayor desarrollo de relaciones mercantiles entre las Repúblicas latinas de América, y entre éstas y Europa. Por lo que se refiere á Colombia, el comercio que tiene con los yanquis, de quienes acaba de recibir el mayor de los ultrajes que la historia cuenta, puede poco á poco irse estableciendo ventajosamente con España. «La harina, los paños y muchos otros artículos que de los Estados Unidos nos vienen, podrían venirnos unos de la Argentina, otros de Francia, otros de la madre patria, etc. Muchas mercancías que importamos de Europa podrían traerse fácilmente de los países limítrofes: por ejemplo, de Inglaterra se trae aquí el cacao de Venezuela, que muy bien pudiera venir de este país sin dar tamaña vuelta.»

Jorge Holguín, el ilustre hacendista y político colombiano, declara en *La Revue Diplomatique*, de París, que las Repúblicas hispanas de América han olvidado los días de lucha en el período de la emancipación, y ya sólo se acuerdan de que España les ha inculcado las altas cualidades morales que hacen la grandeza de los pueblos. Ochenta y cinco millones de latinos pueblan el continente americano, que puede contener y alimentar ochocientos millones y que, seguramente, dentro del siglo que corre llegará á tener doscientos. Las riquezas de esas inmensas regiones son incalculables. En un porvenir no remoto su desarrollo excederá á las previsiones más optimistas.

Y á España corresponde el honor de haber formado ese haz de pueblos jóvenes, inteligentes y ricos, llamados á dar impulsión poderosa á las viejas razas latinas de Europa. «Día vendrá—exclama Holguín—en que será un hecho la gran unión latina para eterna gloria de España, que bien podrá estar orgullosa de esos hijos que ha creado y que sienten hacia ella verdadero amor y veneración.»

***

Los pueblos hispano-americanos motivo tienen también, ciertamente, de sentir orgullo por ser hijos de la gran nación que superó á todas las demás en la obra civilizadora realizada en el Nuevo Mundo. La verdad histórica se va abriendo paso, y la proclaman ahora, entre otros ilustres escritores, Chailley Bert, en Europa; el profesor de la Universidad de Yale, Gaylord Bourne (1), en América del Norte.

Según Gaylord, los españoles han dejado en toda América pruebas de perseverancia, de acierto y de buena política. No sólo fueron menos duros, menos altaneros con los indios que los ingleses y franceses contemporáneos, sino también más humanos que los europeos todos que procuran actualmente la civilización africana. El proceder de España en América ofrece uno de los más señalados ejemplos de transmisión de la cultura por el dominio soberano, preferible al ejercido en particular por grupos de emigrantes atenidos al impulso propio, como ocurrió á los ingleses que arribaron á los Estados Unidos. La causa principal del erróneo concepto que llegó á formarse de la colonización española estriba en las apasionadas relaciones del P. Las Casas, quien en su afecto paternal hacia los indios exageró desmesuradamente los sufrimientos de éstos. Con respecto á los esclavos negros, entiende el Sr. Gaylord que el estudio comparativo del trato que se les daba en las colonias españolas y del que recibían en las francesas é inglesas, atestigua que el régimen español de la esclavitud era mucho más suave. Superior también considera la recopilación de las leyes de Indias á cuanto se estatuyó en otras partes de América. «España—escribe—procuraba, por todos medios, adaptar á las colonias su propio régimen administrativo..., y acaso parezca sorprendente saber que *la causa fundamental de la revolución en los Estados Unidos fué la pretensión de éstos de tener con la Metrópoli las mismas relaciones legales de que gozaban México y el Perú con España.*»

***

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en sesión celebrada el 24 de agosto próximo pasado, acordó celebrar, en el día 20 de mayo de 1906, el cuarto centenario de la muerte de Cristóbal Colón, acaecida en Valladolid en igual día del año 1506. Dicha corporación ha invitado además á todas las sociedades científicas del mundo, y especialmente á las de Historia y Geografía, á que celebren ese centenario de la manera que cada una acuerde.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) *Spain in America;* New York, 1904. —Informe de la Real Academia de la Historia, subscrito por D. Cesáreo Fernández Duro.



CUENTO PARA LOS NIÑOS

Y PARA LAS PERSONAS MAYORES

—¡Que cuente un cuento, que cuente un cuento!

Y los alegres chicos palmoteando y gritando, sin orden ni concierto, sitiaron, por decirlo así, al tío Frasquito, que en balde pugnaba por romper el simpático círculo que le impedía escaparse.

—Pero, ¿serán diablillos?, decía el hombre en el tono más jovial del mundo. ¡Dejadme en paz! Ya se me han agotado los cuentos, y ya no sé qué decir. Mañana será otro día.

—No, no, hoy, ahora, ahora, repitieron los muchachos á coro.

—Vaya, vaya, habrá que daros gusto. Estaos quietecitos, sed juiciosos y os contaré otro cuento. Pero con una condición: me habéis de dejar tranquilo luego.

***

A estas palabras siguieron murmullos de toses y siseos, y después todos prestaron atención, quedando como pendientes de los labios del tío Frasquito, que dió principio en la siguiente forma:

«Félix era un niño bueno, muy bueno, tanto que nadie se acordaba de que hubiese habido en la aldea otro mejor desde que el mundo era mundo.

En la escuela distinguíase por su aplicación; en casa de sus padres por la cariñosa obediencia; en la de los demás por su solícita cortesía, y en todas partes por la bondad de sus sentimientos.

Iba siempre tan limpio y tan bien vestido y era tan guapo, tan guapo que, como decían las comadres de la aldea al verle pasar: ¡Jesús, daba gozo mirarle!

Como es natural, el niño, querido y adorado de todos, vivía feliz. Las viejas le bendecían; las jóvenes le besaban con religioso arrobamiento, y los niños de su edad le amaban y hacían esfuerzos por imitarle.

En el día de su santo y en las festividades solemnes, familia y amigos, colmaban á Félix de regalos y de caricias, llegando á ser su suerte la más envidiable de las suertes.

Por supuesto, que el muchacho merecíase aquello y mucho más, y os aseguro que, de tan bueno que era, los mejores regalos no bastaban á premiar su bondad sin límites.



Todos los niños de la aldea, cada cual con su corderito, asistían á la procesión de San Juan

***

Entre los muchos obsequios que había recibido nuestro joven figuraba uno, verdadero don del cielo. Consistía en un corderito blanco como la nieve de las montañas, y limpio como el cielo en los más hermosos días de primavera.

Félix amaba con toda la fuerza de su alma virgen á su blanco cordero y no lo hubiera cambiado por la mejor cosa del mundo.

El corderito, que no sé por qué causa le llamaban Casto, seguía siempre á Félix, sin que para nada hiciese falta el cordón de seda con que le llevaba sujeto por la aldea y por el campo, sin separarse de él siquiera dos pasos. Como perro cariñoso, caminara ó corriese Félix, Casto siempre iba á la par de él, de tal manera que niño y animal parecían constituir un todo armónico.

El venturoso amo pagaba aquel cariño, á su lanudo compañero, lavándole cuidadosamente de modo que su lana estuviera siempre blanquísima, hasta el punto de que daban ganas de acariciar á Casto y de hundir las manos en sus níveos vellones.

Todos los niños de la aldea, cada cual con su corderito, asistían á la procesión de San Juan; pero entre todos destacábase Casto, engalanado con cintas granate, caminando junto á su venturoso dueño, que era mirado con envidia por todo el mundo. Verdad es que la pureza debe ser una cosa muy parecida al cordero de Félix.

***

El niño tuvo una noche un ensueño que tal vez fué inspirado por su angel protector. Porque os advierto, agregó el tío Frasquito á modo de paréntesis, que cada niño tiene un ángel que le protege contra todos los peligros, mientras no deja de ser bueno. Pues, como decía, Félix soñó que cometía un pecado muy feo y muy grande, y que Casto, aquel amiguito dócil, huía de él, sin hacer caso de sus voces.

El pobre niño sintió al despertarse dolorosa angustia, y desde aquel día procuró tratar á Casto con más mimo que nunca, como si quisiera evitar de aquella manera que el sueño se convirtiese en realidad y que se le escapase el cordero. Durante gran número de días no dió paso sin asegurarse de que el corderito iba con él, y para evitar cualquier lamentable descuido, liábase bien el fuerte cordón de seda á la mano, temiendo siempre que pudiera escapársele.

Pero, así como pasa todo en el mundo, los temores de Félix se fueron desvaneciendo poco á poco, hasta que acabó por no sentir ninguna inquietud.

***

Y ocurrió un día que, estando en el campo, Félix vió un manzano hermosísimo, cargado de exuberantes frutas, como no las había visto iguales en su vida.

El niño quedóse extático, contemplando aquella maravilla de la naturaleza. Él, en las fincas de sus padres, tenía también manzanos, pero ninguno tan frondoso como aquél, ni con tan magníficos frutos. ¡Y qué buenos y qué sabrosos parecían!

El diablo, que nunca está quieto, hizo que á Félix le asaltase un pensamiento: el de coger algunas manzanas y comérselas.

Por más que quiso apartar tal idea de su imaginación no pudo, y ya extendía la mano hacia la codiciada fruta, cuando el cordero, que llevaba sujeto á la otra, dió un gran tirón de Félix. Este miró á Casto mientras temblor convulsivo se apoderaba de él, y avergonzado volvió á la aldea acariciando maquinalmente al pobre animal, que marchaba á su lado tranquilo y satisfecho como si tuviera conciencia de haber librado á Félix de un grave peligro.

Al acostarse el joven aquella noche pensó en las hermosas manzanas, y cuando se hubo dormido, su ángel malo, porque también tenemos todos un ángel malo que nos tienta, le infundió un sueño delicioso: aquellas manzanas eran jugosísimas y daban un bienestar supremo al que las comía. Y Félix se pasó la noche comiendo en sueños de aquel fruto exquisito de refrescante jugo.

***

Sin embargo, aquel día dirigió su paseo por otro lado, no queriendo ver las apetecibles manzanas; pero no sé cómo, dando vueltas y revueltas llegó al sitio donde el frondoso árbol crecía. Volvieron á asaltarle los mismos pecaminosos deseos de la víspera, y el cordero, tirando de su amo desesperadamente, logró salir vencedor una vez más.

La idea de saborear aquellas manzanas vino á constituir en Félix verdadera obsesión. Por la mañana, por la tarde y por la noche pensaba en ellas y hacíasele la boca agua. Y de tal manera le acosó la idea maldita, que los vecinos le vieron pasar por la calle, cabizbajo y pensativo, como el que medita en el crimen.

Félix, resistiéndose á caer en la maldita trampa que le preparaba el demonio, hasta hizo propósito de no salir al campo. Pero fué debil, y así como el

hombre no puede evitar la lluvia, el joven no pudo vencer su inclinación, y otra vez salió á dar un paseo, aunque haciendo propósito de no ver el manzano, y de si pasaba por allí cerrar los ojos.

Propósitos vanos. Llegado al lugar miró la sabrosa fruta con los ojos más abiertos que nunca, y... ¿quién vence tres veces la tentación?

Félix se fué acercando poco á poco, sin cuidarse de los fuertes tirones que daba Casto de la cuerda. Se acercó más, y por fin cogió una de las manzanas mientras le palpitaba violentamente el corazón. Con ansia infinita se llevó el fruto á la boca y le encontró tan amargo, tan amargo, que acabó por tirarlo vivamente al suelo.

Volvió la cabeza para ver á Casto, y su sorpresa no tuvo límites al observar que había desaparecido. En su azoramiento no había notado que, al coger la manzana, Casto había roto el cordón de seda y echado á correr vertiginosamente.

Corrió Félix con cuanta rapidez pudo, llamó al blanco cordero; pero ni el cordero venía, ni consiguió verle por ningún lado. Para explorar mejor el terreno subióse á un árbol, por si de aquella manera distinguía al animal.

La tarde tocaba á su fin; los últimos rayos del sol doraban las copas de los árboles y las crestas de las montañas, cuando Félix pudo ver á su corderito perderse allá á lo lejos llevando colgante la mitad del cordón de seda.

Entonces se acordó de su primer sueño y lloró desconsoladamente, como si aquellas lágrimas hubieran podido devolverle el cordero que huía.

***

Al amanecer, unos caballeros que pasaron por el bosque vieron á Félix subido en aquel árbol, llorando todavía, y compadecidos de él le llevaron desfallecido á su casa.

Y desde aquel día, en que se escapó Casto, el joven no ha vuelto á ser mirado con envidia por nadie, ni ha recibido bendiciones de los viejos, besos de las jóvenes ni pruebas de amor de los niños.»

—¿Y por qué?, preguntó uno de los rapazuelos que rodeaban al tío Frasquito.

—Porque el cordero de Félix era el símbolo de la pureza, que una vez perdida no vuelve.

—¿Y los caballeros?

—Los caballeros significan en este cuento la compasión que debemos sentir todos por los que han caído en el mal, á los cuales ya no se les quiere, sino que se les compadece.

—Y ahora, terminó diciendo, mucho cuidado con que se os escape el cordero blanco.

El tío Frasquito pudo dejar entonces sin dificultad á su auditorio, que quedó sumido en serias reflexiones.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

(Ilustraciones de Rosenmayer.)



Unos caballeros que pasaron por el bosque vieron á Félix subido en aquel árbol ..

AIRES NACIONALES

LAS SEGUIDILLAS MANCHEGAS

Recuerdan á Cervantes ó á Hurtado de Mendoza. Aquella nuestra gran literatura de costumbres, regocijada y alegre, sin neurosismos ni tesis, bañada de sol, pintura real del hampa española, desde el hidalguillo de gotera con más humos que blanca, al granuja ayuno de zapatos, pero repleto de ingenio, tiene en las castañuelas manchegas su instrumento propio. La musa de la novela truhanesca, moza de partido, guapota y procaz, ha bailado siempre seguidillas, jaleada por Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache, Estebanillo González y demás tunantes que andaban por esos mundos de Dios á caza de gangas cuando el astro soberano del firmamento no se ponía en los hispanos dominios, por lo extensos. La seguidilla manchega es una escena de *Rinconete* y *Cortadillo* ó de *La pícara Justina*. El aire de la danza, malicioso, ladino, de picante gracia; la copla socarrona, reticente, llena de intención; las castañuelas llevando el compás sin dejarlo, como incansables lenguas de comadre; la guitarra jactanciosa y traviesa. Es la novela picaresca que vive á través de los siglos.

Que la seguidilla manchega es el más castizo de nuestros bailes pruébalo su resurrección en los sainetes de D. Ramón de la Cruz. Cuando las letras patrias vuelven á ser españolas viejas, castellanas rancias tornan á repiquetear entre sus romances jocosos las castañuelas. El pueblo recobra su puesto en la literatura imponiendo su donaire natural, surge en la escena el animado desfile de majas y manolas, ya dejándose cortejar por los petimetres y aceptando sus caracoladas en la ribera del Manzanares, ya espantándose á los lechuguinos á bofetada limpia y acudiendo á los ventorros con sus toreros, y la salsa de todas estas fiestas madrileñas de la gente de rompe y raja son las manchegas seguidillas, guindillas de la danza que excitan el paladar con la copla picante y las galgas ceñidas á la media calada que enseñan los revuelos de la falda de medio paso.

Nótese el hecho. Salvando el abismo del mal gusto, de la decadencia, de la influencia extranjera, júntanse desde las dos orillas la novela picaresca y el sainete, y la seguidilla manchega salta también de una á otra con sus alas de gorrión. Hasta concluye por ser un símbolo. Nuestros vecinos tienen una frase heroica en su historia contemporánea, la pronunciada por Cambronne cuando los enemigos intiman la rendición en el lúgubre crepúsculo de Waterloo al último cuadro de la vieja guardia que se defendía. Nosotros contamos también con la nuestra, frase llena de burla, que retrata el carácter español, despreciativo é influído siempre por la sal del ingenio. Era en los días de la retirada napoleónica, en la época en que, eclipsada la estrella de Bonaparte, sus ejércitos repasaban la frontera hostigados por nuestros guerrilleros. Y para pintar su prisa, decían sus perseguidores que se iban los franchutes á su país bailando seguidillas manchegas.

¿Por qué escogieron ese baile típico de la meseta central, la danza de la llanura seca y desabrida? Nacional es la gallegada, nacional la sardana, nacional el vito. Cualquiera de ellas, dentro de su carácter regional, simboliza la patria con las variantes aportadas por las costumbres locales bajo la influencia de la costa próxima, del mar cercano, de la montaña abrupta ó de los castañares espesos. Pero no, el pueblo que inventó la frase, que la lanzó como un latigazo ó como una saliva, no buscaba sólo la personificación de algo grande, de la madre común amenazada en su integridad y en su independencia por largos siglos sostenida; buscaba la protesta enérgica y contundente en una frase que pintara la derrota napoleónica, el sálvese el que pueda de los ejércitos en dispersión.

La seguidilla manchega es rápida, agitada, viva; el cuerpo se mueve con saltos de temblor, las piernas no cesan en sus molinetes. Diríase un organismo que se estremece, al que impulsa el deseo irresistible de escapar. Hasta el nombre del baile es expresivo, resumen de algo ligero y que se desliza, que se escapa como el mercurio fragmentado. El pueblo necesitaba la frase sarcástica que cubriera de oprobio y de risa al enemigo en fuga, y la encontró. Los franceses, dispersos y abatidos en su soberbia de triunfadores, no podían largarse á su tierra con sus águilas, bajas las alas, más que bailando las manchegas seguidillas.

***

La viña se dió bien; por esas carreteras andan que se andan los enormes carros cargados de pellejos de tinto, al paso lento, pero incansable, de las reatas de gigantescas mulas, y los conductores, afeitados, con las pantaloneras de piel de cabra y los pantalones atados por una cinta por bajo de la rodilla para que no arrastren, amenizan las horas eternas de la marcha soltando seguidilla tras seguidilla con ese dejo melancólico que tienen todas las canciones sin público, que uno se canta á sí mismo. El estribillo que les es familiar parece que anima hasta al ganado, que levanta la cabezota y enarca las orejas.

Mientras, en el pueblo, delante de la casa, en el llano empedrado, al son de la guitarra y repiqueteando las castañuelas, bailan que te bailan las seguidillas mozas y mozos con un moverse vertiginoso, interrumpido de cuando en cuando para acometer al sabroso zurracapote, que sobre la tosca mesita de fregoteado pino convida con su limonada atemperante que ensancha los pulmones, refresca la sangre y alegra el corazón. El jarro y el vaso no cesan uno de

llenar el barreño, otro de vaciarlo, y el lago de vino consérvase incólume con su plano de líquida púrpura.

La Mancha celebra también su bacanalia, y en la época en que se da salida al licor que alegra la vida, en que parece oirse por la desierta llanura en cientos de leguas á la redonda el glu glu del líquido cayendo de las abiertas espitas, una inmensa seguidilla, himno á la cosecha abundante, al vino viejo y al mosto nuevo, flota en el aire, balando por todos los caminos al son de las colleras del ganado y repercutiendo en todos los pueblos al compás de las castañuelas.



***

Antes de que se inventara el piano de manubrio y se generalizase el «agarrao,» el pueblo madrileño no bailaba otra cosa que seguidillas, acentuando la copla y acentuando la danza con su gracia nativa, pero dentro de un clasicismo instintivo de que quizás no se daba cuenta. El schottis ha heredado su nota picante, pero perdiendo el salero primitivo y quedándole sólo la insistencia deshonesta y grosera. Es un hijo bastardo.



LA GRANJA DE MARSANNE (DEPARTAMENTO DEL DROME), EN DONDE NACIÓ M. LOUBET. (De fotografía.)

***

¡Dios salve á los golfos! Gracias á ellos, que con su instinto de cuadrumano, idólatras de la imitación, se improvisan unas castañuelas con dos pedazos de teja rota cogidos en los tejares de las afueras, no se extinguirán en nuestras grandes poblaciones las seguidillas.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

EL VIAJE DE M. LOUBET Á MADRID

Madrid se dispone á recibir dignamente al presidente de la República francesa, que dentro de pocos días devolverá á S. M. el rey D. Alfonso XIII la visita que éste le hizo durante la primavera última. Los elementos oficiales, las corporaciones y sociedades y los particulares rivalizan en sus preparativos para agasajar al jefe de una nación amiga en justa correspondencia á los agasajos de que los parisienses hicieron objeto á nuestro soberano, y no es aventurado afirmar que M. Loubet quedará satisfecho del entusiasta recibimiento que tendrá en la capital de España.

Porque es indudable que el presidente de la República francesa, aparte del respeto y consideración que impone por razón del alto puesto que ocupa, sabe conquistarse las simpatías de cuantos le tratan por su llaneza y su sencillez, que no excluyen en él, sin embargo, la majestuosidad, por decirlo así, que en su calidad de jefe de Estado tan poderoso como Francia ha de imprimir en sus actos de carácter oficial.

Su palacio del Elíseo no le ha hecho olvidar la granja de Marsanne, en donde nació; y bien puede asegurarse que á todas las galas de su morada suntuosa, á todas las magníficas fiestas que en ella se celebran, prefiere M. Loubet la modestia y apacibilidad de aquella vivienda campestre, á la que hasta hace poco hacía frecuentes visitas, cuando aún la habitaba su madre, fallecida no ha mucho, por quien sentía cariño y veneración sin límites.

M. Loubet nació en 1838, y terminada su carrera de Derecho, abrió bufete de abogado en Montelimar, y su carrera política, antes de ser elevado á la presidencia de la República, puede resumirse diciendo que por espacio de veintitrés años fué diputado ó senador, ministro de Obras Públicas en 1887, presidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior en 1892 y presidente del Senado en 1896. Ocupaba este puesto cuando en febrero de 1899, á la muerte de Félix Faure, la Asamblea reunida en Versalles le eligió por 483 votos, contra 270 que obtuvo M. Meline, para la más alta magistratura de Francia. Uno de sus biógrafos decía en aquella ocasión: «El abogado provinciano ha salvado por un camino recto, pero siempre ascendente, la distancia que separaba la humilde cuna en que nació del palacio del Elíseo en que hoy reside. Ha pasado por la hilera, por decirlo así, de todos los cargos electivos, habiendo sido consejero municipal, alcalde, consejero general, diputado y senador. Y dentro del Parlamento ha llegado á ser ministro, presidente del Consejo y presidente del Senado. Ayer era la segunda personalidad del Estado; hoy es la primera después de haber subido uno por uno todos los peldaños de la jerarquía política. Su carrera se compone de una serie de ascensos normales, graduales, merecidos, conforme á los principios estrictamente democráticos, á los que ha ajustado siempre su conducta y de los cuales es ahora el más alto representante.»

No es esta ocasión de emitir juicio sobre el modo como ha gobernado M. Loubet. Nuestro propósito al escribir las anteriores líneas ha sido simplemente dar en resumen la biografía del ilustre personaje que en breve visitará la corte.

He aquí ahora el programa oficial de las fiestas á que asistirá el presidente de la República francesa:

Día 23.—A las doce de la mañana llegará M. Loubet al Escorial, y desde la estación se dirigirá al Monasterio, donde depositará dos coronas, una en la tumba de D. Alfonso XII y otra en la de la princesa de Asturias. A la una y treinta saldrá del Escorial, llegando á Madrid á las tres de la tarde y haciendo su entrada por la estación del Mediodía, desde donde se dirigirá al palacio real. A las cuatro visitará á los reyes y príncipes, á las cinco á S. A. la infanta Isabel; á las siete de la noche habrá recepción diplomática, á las ocho banquete y á las nueve y media recepción y gran retreta.

Día 24.—A las nueve y media saldrá M. Loubet de palacio, dirigiéndose al campamento de los Carabancheles, en donde presenciará la revista militar y las maniobras. A las doce y media asistirá al almuerzo en el Ayuntamiento; después irá á la plaza de toros y al teatro de Apolo. A las siete y media, banquete en la embajada francesa, y terminado éste, función de gala en el teatro Español.



PARÍS. - EL PALACIO DEL ELÍSEO, RESIDENCIA OFICIAL DE M. LOUBET. (De fotografía.)

Día 25.—Cacería en Riofrío, para donde saldrán S. M. y M. Loubet á las nueve de la mañana. Por la noche, función de gala en el teatro Real.

Día 26.—A las ocho de la mañana, fiesta de los globos organizada por *La Correspondencia de España*. A las nueve, M. Loubet irá solo á visitar la institución francesa y luego colocará la primera piedra del Colegio Francés que se construirá junto al teatro Lírico. Después visitará el Hospital Francés y el Palacio del Museo y Biblioteca, en donde le esperará S. M. D. Alfonso XIII, y desde allí se dirigirán ambos al Museo de Pinturas. A las doce y media, almuerzo en palacio, terminado el cual se efectuará una cacería en la Casa de Campo. A las cinco y media tendrá lugar la recepción de la colonia francesa en la embajada, y á las ocho y cuarto tomará M. Loubet el tren que le conducirá á Lisboa.—X.

CONGRESO INTERNACIONAL DE LA TUBERCULOSIS CELEBRADO RECIENTEMENTE EN PARÍS



Dormitorio antihigiénico, con sus cortinajes, alfombras y muebles que retienen el polvo y obstruyen el paso del aire y de la luz. Instalación que forma parte de la exposición anexa al Congreso Internacional de la tuberculosis.



Dormitorio higiénico, arreglado bajo la dirección del Touring Club de Francia. Instalación que forma parte de la exposición anexa al Congreso Internacional de la Tuberculosis.

El día 2 del corriente mes se inauguró en el Gran Palacio de los Campos Elíseos el Congreso Internacional de la Tuberculosis. La sesión fué verdaderamente brillante: más de 3.000 congresistas, de ellos 700 ú 800 damas, llenaban el gran salón de la rotonda, las tribunas laterales, las loggias de la planta baja y los amplios balcones del primer piso, ofreciendo el conjunto un aspecto maravilloso, realzado por la profusión de globos eléctricos que pendían del techo, por los tapices que cubrían las paredes, por las hermosas plantas que adornaban el salón, por el magnífico decorado del estrado, en donde estaban agrupados los elementos oficiales.

Ocupó la presidencia M. Loubet, quien tenía á sus lados al presidente del Consejo de Ministros; á los ministros del Interior y de la Guerra; al profesor Herard, decano de la Academia de Medicina y presidente del Congreso; al Dr. Letulle, secretario general del mismo; á los delegados oficiales de las naciones adheridas al Congreso; á los individuos del cuerpo diplomático, etc.

Después del discurso del profesor Herard, varios delegados extranjeros saludaron en nombre de sus respectivos gobiernos al presidente de la República y dieron las gracias á sus colegas franceses por la calurosa hospitalidad que desde su llegada á París les han dispensado. Luego, el Dr. Letulle expuso la organización y el orden de los trabajos del Congreso; y finalmente, M. Loubet pronunció algunas elocuentes frases dando la bienvenida á los sabios extranjeros y haciendo votos por el éxito de la obra acometida.

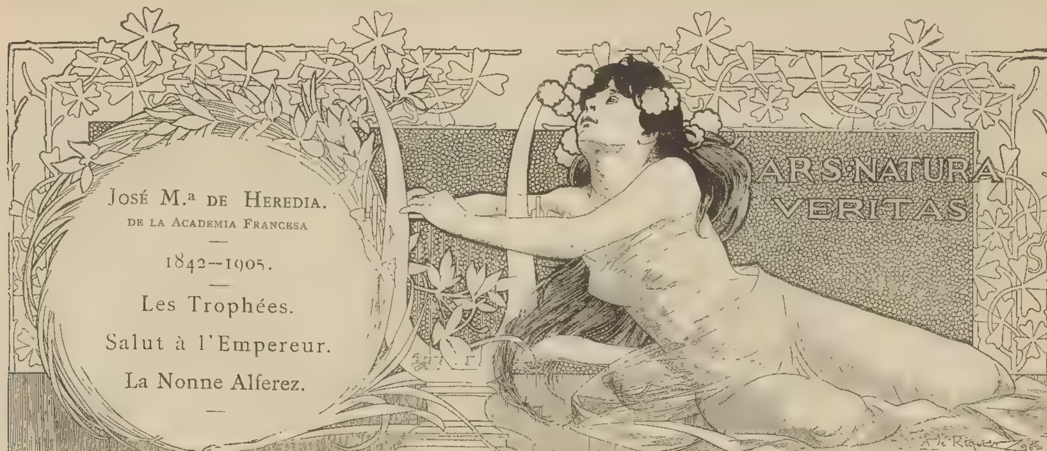
En seguida el presidente de la República visitó la interesante exposición científica, social, histórica é industrial, anexa al Congreso, instalada en la planta baja del Gran Palacio.

En esta exposición llaman la atención principalmente, aparte de la sección patológica, en la que se ven expuestas en vitrinas piezas anatómicas y preparaciones de gran interés científico, los cuadros estadísticos de los profesores Landouzy y Robin, los modelos en miniatura y las fotografías de sanatorios y obras antituberculosas; la obra del profesor Grancher (preservación de la infancia), las del profesor Calmette (preventorio de Lille, sanatorio familiar de la Liga del Norte), los hospitales marinos, las colonias escolares de vacaciones, los dispensarios especiales, la exposición de la Sociedad de preservación por la educación popular, la exposición de la Sociedad de los arquitectos premiados, la reconstitución de una parte de sala del hospital Lariboisiere, varias habitaciones de sanatorio modelo, una celda de la cárcel de Fresnes, un cuarto para criados de una familia de la clase media, un dormitorio antihigiénico, con sus cortinajes, alfombras y muebles que retienen el polvo y obstruyen el paso del aire y de la luz, un dormitorio higiénico (que forma gran contraste con el anterior) instalado por el Touring Club de Francia, y las exposiciones de Suiza y de Alemania.

Los trabajos realizados por las diferentes secciones en que se dividió el Congreso, las comunicaciones presentadas por los hombres más eminentes y las conclusiones adoptadas son de mucha importancia.—S.



PARIS. – Congreso Internacional de la Tuberculosis. – Sesión inaugural celebrada bajo la presidencia de M. Loubet el día 2 de los corrientes en el Gran Palacio de los Campos Elíseos. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



JOSÉ M.ª DE HEREDIA

Este ilustre poeta, que falleció hace pocos días en el castillo de Bourdonné, en donde veraneaba, había nacido en 22 de noviembre de 1842 en Fortuna, cerca de Santiago de Cuba, de padre español y de madre de origen francés. Cuando contaba ocho años, su familia se trasladó á Francia; hizo sus primeros estudios clásicos en el colegio de San Vicente, de Senlis, y en 1857, después de un viaje á Cuba, entró en la *Ecole des chartes* y obtuvo su naturalización en aquel país.

Desde la edad de veinte años comenzó á revelarse en él su vocación poética por un notable virtuosismo en un género en el cual había de llegar á ser maestro; pero llegado á la madurez de la edad y del talento, una de las originalidades de este poeta fué ser á la vez casi inédito y casi célebre. En efecto, durante mucho tiempo, el autor de esos sonetos cincelados con laboriosa lentitud y de sonoro ritmo se había limitado á declamarlos en la intimidad de los cenáculos literarios, á dejar que se repitieran de boca en boca y á publicar algunos de ellos, como *Los conquistadores, El Samurai, El arrecife de coral* y *Viejo orfebre*, en algunos periódicos y revistas, hasta que en 1893 se decidió á reunirlos en un tomo titulado *Los Trofeos*. Al año siguiente entraba en la Academia Francesa.

A la aparición de este volumen, muchos jóvenes poetas saludaron á Heredia como un nuevo maestro, en lo cual no estaban quizás del todo en lo justo, porque Heredia fué un parnasiano, discípulo de Leconte de Lisle, cuya forma, ya que no su pensamiento, supo apropiarse por modo admirable.

Entre otros trabajos suyos merecen citarse la traducción de la *Historia de la conquista de Nueva España*, el *Saludo al Emperador, La monja alférez* y su discurso de ingreso en la Academia Francesa.

El juicio que la obra de Heredia ha merecido de la crítica es unánime y no puede ser más favorable.

«El sentimiento que con preferencia expresaba, ha escrito Julio Lemaitre, era no sé qué placer heroico de vivir por la imaginación al través de la naturaleza y de la historia magnificada y glorificada... Pero lo que acaso le distinguía entre todos los demás poetas era el esmero de la extrema precisión en el esplendor extremo. Unía á la embriaguez de los sonidos y de los colores el gusto de una forma cuyo laconismo, exactitud y plenitud recordaban en cierto modo á nuestros escritores clásicos.»

Otro crítico no menos eminente, Andrés Beaunier, ha publicado en uno de los más importantes diarios franceses un hermoso estudio sobre Heredia del que copiamos los siguientes párrafos:

«Había realizado los más hermosos tipos de la fábula; su epopeya empieza en Hércules para acabar en el Cid y en los Conquistadores.

»Nuestra época, que se llama vulgar y en la que las individualidades se malgastan, no le inspiró; y si por acaso descubría en ella un Claudio Popelin, era para identificarlo con los orfebres de otro tiempo que imponían al metal su voluntad soberbia.



EL EMINENTE POETA FRANCÉS JOSÉ M.ª DE HEREDIA, fallecido en el castillo de Bourdonné (Sena y Oise) el día 3 de los corrientes.

»Su pensamiento vivió en las edades heroicas; por esto la Fábula no es en su obra el ornamento gracioso de las frases y la ingeniosa alegoría de la idea, sino que está viviente en ella. La mitología no solamente le suministró hermosos emblemas, sino que fué el mundo en donde su espíritu espontáneamente se encarnaba.»

Hablando luego de *Los Trofeos*, añade:

«La forma que adoptó fué el soneto. No hay otra seguramente más embarazosa por su laconismo y su rigor; pero el esfuerzo difícil del arte que para unos es un obstáculo, á otros les sirve de estímulo, y este poeta supo encerrar en dos cuartetos y dos tercetos toda la substancia de un ensueño. Sí, supo encerrarla entre límites estrictos, en líneas claras y fuertemente acentuadas, y sin embargo el ensueño se desborda fuera de este cuadro. A Heredia se le podría comparar con un esmaltador que coloca con habilidad la pasta líquida, muy pronto dura, sobre la plancha debidamente dividida en compartimientos; los diversos colores están repartidos de tal manera que no se mezclan, quedando cada uno de ellos aprisionado en su sitio.»

Beaunier termina su artículo con estas palabras:

«José María de Heredia quedará entre los poetas de nuestro tiempo como uno de los más perfectos y uno de los más grandes, uno de los que más noblemente habrán adornado el mito perpetuo de la Muerte y de la Vida y el cambio de su beso fraternal.»

Y puesto que hemos copiado los anteriores juicios, completaremos este artículo necrológico del gran poeta copiando también lo que con ocasión de su muerte ha escrito el eminente literato, académico, historiador y ex ministro de Negocios Extranjeros M. Gabriel Hanotaux:

«La gloria de esta generación se deshoja poco á poco: hace unos días, Henner; ayer, Brazza; hoy, Heredia. ¿Quién reemplazará á los que se van?

»Estoy tan apesadumbrado cuando escribo estas líneas, que no sé cómo expresar el dolor que me causa la repentina desaparición de este amigo. Era un corazón de oro, un alma exquisita, un verdadero temperamento de poeta, tal como nos lo imaginamos según la leyenda. Ese hijo de España y de Francia, ese heredero de las dos valientes hermanas latinas, era, aun en vida, legendario: bello, noble, caballeresco, de facciones delicadas, cabellera y barba castañas, cuerpo proporcionado y esbelto, con el nombre y el aire de un conquistador, que de entre sus antepasados ensalzaba al que había fundado en América la ciudad de Cartagena.»

El entierro del ilustre poeta, efectuado en París, fué una grandiosa manifestación de duelo en la que figuraron el gobierno, el cuerpo diplomático, las academias y corporaciones literarias, los más eminentes literatos y artistas, representantes de la aristocracia y un público inmenso. Los señores Vogüé, en nombre de la Academia; Prevost, en el de la Sociedad de Literatos; Blemont, en el de la Sociedad de los poetas, y Martin, en el de la Biblioteca del Arsenal, pronunciaron elocuentes discursos ensalzando la obra admirable de Heredia.—X.





DANIEL EN LA CUEVA DE LOS LEONES, CUADRO DE A. BAUR.

MONUMENTO Á CARLOS ROGIER

El eminente hombre de Estado á cuya memoria ha erigido la ciudad de Lieja el monumento que en esta página reproducimos y que ha sido recientemente inaugurado, nació en Saint-Quentin en 12 de junio de 1800, y después de haber cursado sus estudios en Lieja, graduóse de doctor en Derecho y se dedicó durante algún tiempo á la enseñanza. Con Devaux y Lebau fundó el periódico *Mathieu Laensberg*, en el que combatió implacablemente al gobierno holandés. Cuando los sucesos revolucionarios de 1830, presentóse en Bruselas al frente de 300 liejenses armados, tomó posesión de las Casas Consistoriales, salvándolas del saqueo, y estuvo en los sitios de mayor peligro. Con otros dos jefes de la insurrección constituyó el triunvirato llamado Comisión administrativa, formó parte del gobierno provisional y como diputado por Lieja figuró en el Congreso nacional, en donde votó por la monarquía constitucional hereditaria y luego por la candidatura del duque de Nemours para el trono de Bélgica, aceptando al fin la del príncipe Leopoldo á fin de no agravar la situación con nuevas complicaciones. Fué Administrador de la seguridad, gobernador de Amberes y en 1832 ministro del Interior, consiguiendo durante su ministerio establecer los ferrocarriles en Bélgica. En 1834 dimitió aquel cargo, siendo nombrado entonces gobernador de Amberes, puesto que ocupó hasta 1840, en que se le confió la cartera de Obras Públicas. Poco después poníase al frente de la oposición liberal, combatiendo durante muchos años las medidas reaccionarias de los ministerios Nothomb y Theux. Volvió al ministerio en 1847, desempeñando sucesivamente las carteras de Guerra y del Interior, que dimitió en 1852. Desde entonces, unas veces en la oposición y otras en el gobierno, fué siempre uno de los hombres que más influyeron en la política belga. En 27 de mayo de 1885 murió en Bruselas, en la casa que le fué regalada por subscripción nacional.



LIEJA (BÉLGICA). – MONUMENTO Á CARLOS ROGIER, el ministro que implantó en Bélgica los ferrocarriles, obra de C. Sturbelle. (De fotografía de Hutin Trampus y C.ª)

La inauguración del monumento revistió gran solemnidad: el general Schepper hizo entrega del monumento á la ciudad de Lieja; M. Kleger, burgomaestre, trazó la carrera política de Rogier, explicando la acción preponderante de este ilustre estadista, y el ministro de la Guerra pronunció un discurso patriótico. A la ceremonia asistieron los individuos de la familia de Rogier, algunos de los combatientes de 1830 y la Unión patriótica de Veteranos de la provincia de Lieja.

El monumento, obra del escultor C. Sturbelle, es bellísimo: en él está Carlos Rogier sentado; á su derecha, la Fama hace ademán de descubrir la estatua; al pie, el león belga tendido, en actitud de guardar y defender al que tanto contribuyó á la libertad y al engrandecimiento de su patria.

LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Ya hemos dado cuenta en anteriores números del curso y término de las negociaciones entre Francia y Alemania, que durante algunas semanas han ocupado la atención del mundo diplomático y que han de tener su desenlace definitivo en la conferencia internacional próxima á reunirse en Algeciras.

A las notas gráficas que acerca de este asunto hemos publicado añadimos la que damos en esta página, en la que el fotógrafo ha sorprendido al embajador de Alemania en París, príncipe de Radolín, poniendo en presencia del presidente del Consejo de ministros de Francia M. Rouvier, en el despacho de éste, su firma en el famoso acuerdo, con lo cual se ha resuelto de una manera satisfactoria y pacífica un conflicto que al principio podía traer terribles consecuencias.

DANIEL EN LA CUEVA DE LOS LEONES

CUADRO DE A. BAUR

(Véase la lámina de las páginas 672 y 673)

Conocido es el episodio de la vida del profeta Daniel que reproduce este cuadro del notable pintor alemán Alberto Baur. Envidiosos los cortesanos de Babilonia de los honores que á Daniel habían concedido primero el rey Nabucodonosor y luego su sucesor Evilmerodach, consiguieron de éste que obligara al profeta á adorarle, como hacían sus demás súbditos. Daniel se negó á ello diciendo que sólo al Dios de Abraham reconocía como señor del mundo, y airado el monarca mandóle encerrar con sus leones con objeto de que fuese víctima de ellos; pero sucedió que los leones respetaron á Daniel, y asombrado el rey de tal milagro, mandó sacarle de entre ellos, restituyéndole todas sus riquezas, y entregó á las fieras á los envidiosos, que, en un instante, fueron destrozados.

La obra de Baur es bellísima bajo todos conceptos, y en ella están tratadas con igual maestría las figuras humanas y las fieras. La serenidad del profeta, el asombro de los cortesanos, las actitudes diversas de los leones, todo revela un estudio profundo del asunto y una bien aprovechada observación directa del natural por lo que se refiere á los elementos que el pintor ha podido tener ante su vista.



LA CUESTIÓN DE MARRUECOS. – EL PRÍNCIPE RADOLÍN, embajador de Alemania en París, firmando el compromiso franco-alemán en el despacho del presidente del Consejo de ministros de Francia. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—ROMA. – Han terminado los trabajos comenzados en febrero de 1903 para la conservación de los frescos de Miguel Angel que adornan la Capilla Sixtina. En ellos se ha prescindido de todo retoque con el pincel y hasta de lavar aquellas grandiosas pinturas, de suerte que los trozos deteriorados quedan tal como estaban. Lo único que se ha hecho ha sido colocar fuertes lañas de metal en las grietas de las paredes y rellenar los huecos entre éstas y la bóveda con una mezcla finísima de cal y arcilla á fin de evitar que aquellas grietas se ensanchen.

LA HAYA. – De la Galería de Pinturas de La Haya ha sido robada una pequeña obra maestra de Franz Hals; es un cuadro de 24'50 centímetros por 19'50, con el busto de un caballero vestido de negro, con cuello de encajes y sombrero de anchas alas.

Espectáculos.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigu, *Crime d' un fils*, drama en cinco actos de Mauricio Lefevre; en Nouveautes, *Dix minutes d' arret*, comedia en tres actos de Jorge Duval; y en el Vaudeville, *La belle Madame Heber*, comedia en cuatro actos de Abel Hermant.

Barcelona. – En Romea ha comenzado la temporada de invierno con una excelente compañía de declamación catalana, de la que forman parte muchos de los valiosos elementos que desde hace años trabajan en este teatro, y además el notable primer actor D. Jaime Borrás. Se han estrenado con buen éxito: *La desenfeinada*, pieza en un acto de D. Ramón Ramón y Vidales; *El pa de casa*, comedia en tres actos, arreglada á la escena catalana, por el primer actor cómico de la compañía D. Jaime Capdevila; *Un interior*, escena de familia en un acto de D. Manuel Folch y Torres, y *Un drama á la costa*, drama en tres actos de D. Teodoro Baró.

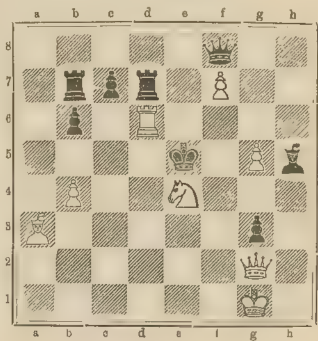
En el Eldorado han terminado las representaciones de la compañía dirigida por el eminente actor Ferruccio Garavaglia, habiendo estrenado últimamente *Arlechino Re*, comedia satírica en cuatro actos de R. Lothar; *Francesca da Rimini*, tragedia en cinco actos de Gabriel d' Anunzio, y *Resurrezione*, drama en un prólogo y cuatro actos de León Tolstoi, que han valido otros tantos triunfos al citado artista.

En Novedades ha actuado una compañía de ópera, bajo la dirección de D. Francisco Castellanos que, además de cantar varias obras de repertorio, ha estrenado con mediano éxito *Demon*, ópera en 4 actos y 7 cuadros de Rubinstein.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 402, POR C. BAYER.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.° 401, POR K. ERLIN Y O. NEMO.

Blancas.	Negras.
1. Re5 d4	1. Cualquiera.
2. T, A ó D mate.	



—¡Quia, querido amigo, si yo no estoy enfermo!

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

I

—¿Lo encuentra usted peor?, preguntó Marta tan pronto como se halló á solas en el vestíbulo con el doctor Quesnel, á quien salió á acompañar.

—No, señora: la parálisis sigue su curso y realiza su proceso con lentitud: á menos de que surja de improviso algún accidente, todavía tendrá usted marido para mucho tiempo, sobre todo si va á instalarse en Grand-Chene, como yo le he aconsejado.

—¡Pobre hombre!, exclamó Marta; ¡qué digno de lástima es!

—Es verdad, señora; pero ¿acaso no es usted tan digna de lástima como él al tener que pasar su juventud junto á ese anciano?

—Ya le he dicho á usted, caballero, que ni por un solo instante me he creído desgraciada. Cuido á mi esposo, ¿qué cosa más natural?

—Sí, su esposo de usted..., dijo irónicamente el doctor.

—Mi esposo, cuyo nombre llevo y al cual se lo debo todo.

—¿Y por qué se quiere usted privar de la cosa más dulce que hay en el mundo, de la única cosa que avalora la vida? ¿Por qué se quiere usted privar del amor? ¿Por qué rechaza usted la dicha de amar y de dejarse amar?

Marta le interrumpió diciéndole con viveza:

—Por favor, caballero: no volvamos á hablar de eso: sabe usted lo mucho que me disgusta oirle hablar así. Le había á usted rogado ya que no lo hiciera, y me lo había usted prometido...

—Hice mal al prometérselo á usted: me es imposible cumplirle lo prometido, porque la quiero á usted, y la quiero á usted, Marta, con tanta locura, que no puedo por menos de decírselo y de repetírselo...

—Pero yo no lo quiero escuchar.

Marta dió algunos pasos hacia la escalera: el doctor la siguió, se acercó á ella y la cogió de las manos.

—Escúcheme usted, se lo suplico, le dijo con voz sentida, y no se ofenda usted de mis palabras: la quiero á usted con toda mi alma: desde hace seis meses próximamente que la casualidad me hizo conocerla; desde que la veo á usted casi diariamente á la cabecera del lecho del Sr. Mauger ó junto á su sillón, atenta á sus menores movimientos, vengo siendo la víctima de la seducción de sus encantos y de sus gracias. ¿Quién no la hubiera amado á usted al verla tan hermosa, tan buena, tan abnegada?.. Y cuando yo quiero confesarle á usted mi amor, me impone usted silencio, me rechaza y violenta usted su corazón, porque usted me ama también, Marta.

La joven se volvió para protestar.

—¡Oh! No diga usted que no.

—No, no; yo no lo amo á usted; no quiero, no debo amarlo: no tengo ni siquiera el derecho de permitirle á usted que me hable de ese modo.

—¿Emplearía usted tanta energía para defenderse si le fuera yo á usted indiferente, si usted no me quisiera? Sí, Marta, usted me quiere, y desde que lo he comprendido, desde que lo sé, la quiero á usted todavía más.

La joven iba á contestar al doctor, pero se lo impidió un ruido que sonó en la escalera: desprendió bruscamente sus manos de las del doctor, que éste seguía teniendo asidas: el doctor no se desconcertó por ello.

—Hasta la vista, señora, dijo inclinándose. Procure usted decidir á su querido enfermo á marchar al campo lo más pronto posible: le conviene mucho.

Salió.

Marta se volvió inquieta á sus habitaciones.

Leonardo, un antiguo criado que la había conocido desde muy pequeñita, se encontró de pronto ante ella.

—El señor te quiere ver, balbuceó Marta poniéndose muy encarnada y apenas repuesta de la turbación y del temblor que le sobrevino al temer que el sirviente hubiese escuchado las amorosas declaraciones del doctor.

—Pero, señora, le replicó Leonardo, si acabo de dejar al señor y es él quien me envía á buscarla á usted.

Y al ver á Marta subir con rapidez la escalera para reunirse con su marido, murmuró entre dientes:

—Me parece que el médico apunta algo más lejos de lo que debiera: estaré sobre aviso, ¡cuerpo de Baco!, y no precisamente por el señor, sino por ella, por la pobre señora Marta.

II

El doctor Quesnel acababa de tomar su desayuno en la modesta habitación que ocupaba en la calle de Geole, desayuno frugal preparado y servido por la señora Marcelina, una vieja que tenía aquél al cuidado de la casa.

Apoyado de codos sobre la mesa, fumaba distraídamente un cigarrillo, y pensaba. Sus reflexiones no debían de ser alegres, á juzgar por la profunda arruga que se marcaba entre sus dos cejas, aproximán-

dolas, arruga que daba á su fisonomía la expresión de una dureza extrema.

Marcelina entró.

—Hay ahí un caballero que desea hablar á usted, le dijo.

—No recibo ahora, repuso Quesnel bruscamente, encolerizado por haberle distraído de sus meditaciones. Que vuelva el que sea á la hora de la consulta.

—¡Quia, querido amigo, si yo no estoy enfermo!, exclamó alegremente una voz.

Por entre el cortinaje de la puerta apareció el semblante alegre de un hombre muy joven, de ojos pardos y algo duros, barba partida cuidadosamente, y bigote retorcido sobre una dentadura blanca y felina.

—¡Armando Leroy!

—El mismo, mi querido Quesnel.

Cambióse entre ambos un fuerte apretón de manos.

—¿Has almorzado?, le preguntó Quesnel.

—Sí.

—Entonces, sígueme.

El médico condujo á su amigo á su gabinete, habitación demasiado pequeña, pobremente amueblada, sin gusto y de una manera descuidada é insuficiente: un sofá, dos sillones y cuatro sillas de madera de anacardo vestidos de terciopelo rojo, deteriorado, lustroso ya por varios sitios y mal conservados.

Leroy se echó sobre el sofá y de una sola y rápida ojeada inventarió los objetos que le rodeaban.

—¡Diablo!, pensó, esto huele á miseria.

—Ante todo, querido Armando, dijo el doctor sentándose ante la mesa que le servía de escritorio, dime por qué casualidad...

—Una casualidad muy sencilla: la defensa de un pleito en el vecino pueblo de Champuis... Al bajar del tren he almorzado, y en seguida me puse en campaña en busca de tu domicilio: no me ha costado poco trabajo averiguar dónde vivías...

Quesnel hizo una mueca de despecho, una crispación de labios rápidamente reprimida, y se esforzó para decir:

—Te agradezco que te hayas acordado de mí.

—No digas tonterías, ¡amigos como nosotros! ¿Me creerías tú capaz de pasar todo un día en Champuis sin venir á estrecharte la mano?

—No puedes imaginarte el placer que me causa el verte.

—Pues ¿y yo?.. Pero hablemos de ti; ¿te va bien?

—No del todo mal.

—¿Y de negocios?

—Despacio.

—¡Ya! ¿Hay pocos enfermos?

—No ciertamente: á los demás no les faltan.

—¿No estás contento?

—No lo estoy mucho.

—Ya lo estarás con el tiempo: el hacer clientela cuesta mucho: se necesita tener paciencia.

No, no, Armando, no es eso, le interrumpió Quesnel sobreexcitado; hace ya tiempo que tengo paciencia, pero mis recursos no me permiten seguir teniéndola.

—¡Pobre Quesnel! ¿Hasta ese extremo has llegado?

—¿Que si he llegado hasta ese extremo? Ni aun para comer gano.

—¡Un joven serio y fuerte como tú, un obrero de la ciencia!

Sí; un joven serio y fuerte como yo.

—¿Pero qué idea te dió de venir á establecerte en Champuis en vez de haberte quedado en París, en donde los maestros, que te apreciaban y querían, te hubieran con seguridad impulsado?

—Me era imposible..., y después, preciso es que te lo diga, siempre tuve el pensamiento de volver aquí y de crearme un nombre, de ser un gran médico en esta población en la que mi padre había tenido una situación tan modesta.

—Ha sido una falta garrafal. Ya conoces el proverbio que dice que nadie es profeta en su país.

—Tienes razón: fué una falta garrafal de la que me he convencido demasiado tarde.

—¿No sería tiempo aún de repararla?

—No: mi padre, antiguo capitán que hizo su carrera laboriosamente, y viudo, se sacrificó lo que no es decible porque su hijo fuese un personaje, un interno de los hospitales de París; así es que, cuando murió hace dos años, sólo me dejó lo indispensable para amueblar mi gabinete tan modestamente como tú ves... ¿Podía pensar yo en establecerme en París con capital tan exiguo?.. Hubiera sido una locura. Además, como te he dicho hace poco, tenía deseos de volver á Champuis: creía que para obtener buen éxito bastaba con ser hombre concienzudo é instruído... No duraron mucho tiempo mis ilusiones: mis compañeros se encargaron de arrebatármelas rápidamente y de demostrarme que la Medicina no es un sacerdocio, como yo creía, sino un oficio vulgar, un comercio como otro cualquiera, con su concurrencia más ó menos desleal en una población de veinte mil habitantes, que cuenta con treinta médicos.

—La verdad es, pobre amigo mío, que siempre has sido muy cándido, dijo Armando interrumpiéndole y lanzando hacia el techo desdeñosamente una bocanada de humo.

—Tienes razón, pero ¿qué quieres?, es cuestión de temperamento y de educación; sin embargo, me han corregido ya de ese defecto, aunque la lección haya sido ruda... Pocos días después de mi instalación, había sido ya llamado para asistir á cinco ó seis enfermos graves, y me felicitaba de aquel comienzo que me hizo creer en el éxito para un porvenir próximo. ¡Siempre con mis ilusiones!.. No contaba con la envidia de mis compañeros que, viendo en mí un enemigo, temblaron por sus monedas de cinco francos. ¡Si yo te dijera todo cuanto hicieron para evitar que yo tuviese clientela, las viles insinuaciones y las bajas calumnias que contra mí aparecieron, no lo creerías!.. Uno de ellos, el de más fama, el que más visita en la población, y por lo tanto el más rico, asistió á consulta en uno de mis enfermos, y lo mató concienzuda y voluntariamente para poder imputarme su muerte. «Se dirigen ustedes á médicos jóvenes y sin experiencia—fué diciendo por todas partes,—y ahí tienen ustedes el resultado: cuando se nos llama á nosotros, á los que ya somos prácticos, suele ser demasiado tarde; el mal está hecho, y de nada sirve ya nuestra ciencia.» Mis clientes me fueron abandonando uno tras otro sin acordarse de pagarme sus cuentas, y pronto me quedé sin ninguno... No; me engaño: hay algunos pobres, muy pobres, que reclaman mis cuidados, porque mis compañeros no acostumbran á visitar *gratis*, en tanto que yo nada les pido: ¡les estoy haciendo la competencia á las casas de caridad!..

Una amarga sonrisa acompañó sus últimas palabras.

Leroy tuvo compasión de él.

—¡Pobre amigo mío!, dijo, ¿y no has intentado marcharte de aquí?

—¿Y cómo? No tenía un céntimo. Sin embargo, iba á poner los medios para ello; estaba decidido á salir de Champuis y á ocultar en un rincón del campo mi miseria y mis rencores. Tomaba ya datos para elegir el sitio en que pudiera establecerme, cuando fuí llamado, hará de esto unos seis meses, para asistir á un anciano atacado súbitamente de parálisis. El llamarme á mí se debió únicamente á la casualidad: el enfermo no tenía médico habitual: vive aquí muy cerca: el criado á quien enviaron á buscar un médico, acudió al más próximo. Indudablemente he agradado al Sr. Mauger y no han llegado á sus oídos las calumnias propaladas contra mí por mis compañeros, por cuanto ha seguido dispensándome su confianza y yo continúo asistiéndole.

—¡Demonio! ¿Nada más que un enfermo? Bien poco es.

—Tres ó cuatro visitas por semana á cinco francos una, son setenta y cinco francos seguros al mes.

—¿Y por tan exigua remuneración has renunciado á tus proyectos?

—Sí, al menos momentáneamente.

—Pero eso no ha de durar siempre: tu cliente debe de ser viejo.

—Tiene setenta y dos años.

—¿Es rico?

—Se le calculan, por lo bajo, unos dos millones de capital.

—¿Soltero?

—No, casado con una mujer muy joven.

—¡Ah! Ya estamos al cabo de la calle. ¿Y es bonita esa joven?

—Hermosa, á lo sumo: muy morena, delgada, apenas formada; pero ¡qué dientes y qué ojos!..

—¿Le haces el amor?

—Algo.

—¿La quieres?

—¡Psh!.. La deseo.

—¿Y cómo marcha el asunto?

—Despacio.

Leroy se había levantado para arrojar á la chimenea la punta de su cigarrillo, y apoyando ambas manos en la mesa, dando frente á Quesnel, dijo:

—Amigo mío, me parece que tus asuntos no van tan mal como acabas de decirme: hete ahí con un buen matrimonio en perspectiva.

Quesnel exclamó:

—Un matrimonio, quizá; pero en cuanto á bueno, ya es otra cosa. No es seguro que el Sr. Mauger deje á su esposa por heredera de su fortuna; pero, aun siendo así, viuda, rica, y por lo tanto muy solicitada, ¿me querrá ella?

—Eres un niño... Hazla por el pronto tu amante, y ella será la que te ruegue que la lleves al altar cuando sea libre. Si cuando llegue ese caso es rica, condescenderás en darle tu nombre, y si no lo es, porque su esposo no se haya cuidado de legarle su fortuna, ya encontrarás un pretexto plausible para dejarla.

—Ya he pensado en ello, replicó Quesnel sencillamente.

—Es preciso que te apresures. ¿Te quiere?

—Así creo, pero ¿quién puede asegurar nunca esas cosas? En todo caso, me esfuerzo en persuadirla de ello.

—Está muy bien, y te felicito. Nada de debilidades, sobre todo: no malogres semejante prebenda por cualquiera ridícula cuestión de sentimiento, ni te detengas en tan hermoso camino.

No, te lo juro: he sufrido demasiado de un año á esta parte, y quiero que ese sufrimiento me sirva de algo... ¡Oh, mis queridos compañeros me han prestado un gran servicio sin sospecharlo! Terminaron las simplezas, las ilusiones, los escrúpulos pueriles, las bellas teorías... También quiero yo llegar; quiero ser rico, y lo seré... Después, ya veremos.

—¡Bravo!, exclamó Leroy en sentido aprobatorio, descubriendo al reir sus agudos dientes. Me gusta oirte hablar así. En nuestra época no está de moda el sentimentalismo. Hay que llegar, que subir á toda costa. Los que son débiles la yerran. Te deseo éxito completo, y hasta quiero ayudarte con algo más que con mis consejos: pongo mi bolsillo á tu disposición.

—Gracias: eres un buen amigo, y te reconozco en ese rasgo. Pero dejemos este asunto y hablemos algo de ti. ¿Cómo vas?

—Bien: tengo bastante trabajo. Me he dedicado á una especialidad, á los divorcios, pero siempre en favor de las mujeres: resulta muy divertido y se gana mucho. A ratos perdidos me ocupo en política, y hasta escribo en los periódicos.

—¿En qué sentido?

—En sentido retrógrado. Es imprescindible estar en la oposición para conseguir que resalte la propia personalidad. ¿Hay medio, acaso, de poder figurar hoy en la izquierda cuando todo el mundo es republicano? Ahógale á uno la multitud, y de otra parte, nada hay tan pueril como el estar aplaudiendo constantemente. Te confieso que vacilé mucho antes de tomar un partido; pero, después de reflexionarlo bien, me lancé en el monarquismo intransigente, y me va á pedir de boca. Critico al ministerio, haga lo que haga; vapuleo con pluma acerba y bien templada á los hombres de la situación, y voy obteniendo éxitos fáciles hasta el día en que...

—En que triunfe la monarquía y te pases á la izquierda para estar siempre en la oposición.

—Así es; pero no era eso lo que yo iba á decir: hasta el día en que un buen casamiento me permita vivir y pensar con independencia. Aún hay herederas ricas en nuestro partido.

Quesnel guardó silencio unos instantes, y luego dijo:

Apruebo tu conducta.

—Estoy orgulloso de ella. Pero, en fin, eso no hace el caso; lo que hace al caso es que veo, querido amigo, que has cambiado por completo, con gran ventaja para ti, y que me apresuro á reconocerlo. Si hace dos años te hubiesen hablado como acabo de hacerlo ahora, hubieras puesto el grito en el cielo: me parece oirte.

—¡Oh! ¡Caros me han costado mis principios!... Aquí, donde me ves, comprendo que me estoy haciendo feroz. Me he propuesto llegar, y llegar pronto. ¡Tanto peor para aquellos con quienes tropiece en mi camino!

—Hablemos ahora de la mujer de tu cliente, dijo Leroy, juzgando propicio aquel momento para volver á llevar la conversación á punto tan interesante. ¿Qué edad tiene?

—Veinte años, sobre poco más ó menos.

—¿Y dices que su marido tiene setenta y dos?

Sí: creo que se casó con ella sólo por tener una buena enfermera.

—Y ella, á su vez, aceptó para asegurar una buena fortuna. ¿Cuándo enviudará?

—El Sr. Mauger puede ir tirando aún dos años, á lo sumo, como también puede morir mañana.

—En ese caso, te conviene conquistarla con urgencia, porque dijiste antes una verdad: viuda y rica, se te pudiera escapar.

—Hago cuanto puedo y lo mejor que puedo para llevar las cosas á feliz término; pero adelanto poco. Después de haber sido sentimental hasta dejarlo de sobra sin gran resultado, he cambiado de táctica y empiezo á mostrarme atrevido; pero cuesta un triunfo conmover á esas jóvenes cuyos sentidos no se han despertado aún. Con una mujer más mujer, la cosa iría mejor.

—A veces triunfa la audacia.

—Lo ensayaré en la primera ocasión que se me presente: por desgracia, no son frecuentes las ocasiones.

—A ti te toca hacer que surjan... De cualquier modo, tomo parte en tu negocio. ¿Qué dinero necesitas?

—Es difícil precisarlo.

—Veámoslo: pongamos las cosas en lo peor, y supongamos que tu cliente viva aún dos años: añadamos otro para los lutos de la viudez de su mujer, y serán tres: á cinco mil francos por año, suman quince mil. ¿Es bastante cantidad?

—Es más de la que necesito.

—¿Piensas ayudar á la enfermedad?

—¿Estás loco?

—Es una sencilla broma. Ahora bien: te abro un crédito de quince mil francos.

—¿Pero cuándo y cómo podré reembolsarte semejante cantidad?

—Cuando te hayas casado, sobre la dote de tu mujer.

—En ese caso te la devolvería con usura.

—Con usura no; con sus intereses únicamente.

—¿Y si no me caso?

—Habré hecho un mal negocio... Pero eso no me preocupa: con el carácter firme y decidido que reconozco en ti, respondo del éxito. Ahora, si tienes libre la noche, te invito á cenar conmigo y cerraremos nuestro trato: me hospedo en el hotel de Inglaterra.

—Iré: cuenta conmigo.

—En ese caso, hasta la noche.

Marchóse Armando, y Quesnel, de vuelta en su gabinete, se puso á reflexionar acerca de los consejos de su amigo.

El buen Leroy estaba en lo cierto, verdaderamente. Había sabido navegar por el mundo con rumbo más cierto que el suyo, y sentía no haber hecho caso de él antes. En otro tiempo había tomado por fanfarronadas las teorías del abogado: las había juzgado una bribonada cínica, una apostasía; él, sencillo provinciano, hijo de un marino, acostumbrado desde su niñez á oir hablar de abnegación, de heroísmo, de sacrificio, como de cosas enteramente naturales. Durante su permanencia en París, alternando con los jóvenes de su edad y absorbido como estaba por sus estudios, había conservado casi intactas sus creencias y sus ilusiones. Pero hoy, aleccionado por la experiencia, y herido en lo más hondo por las brutales realidades de la vida, veíase obligado á reconocer que Armando tenía razón: era preciso llegar en seguida, conquistar el éxito á todo trance, abrirse camino, luchar y triunfar en el rudo combate por la existencia; y para conseguirlo, todos los medios eran buenos, todas las armas eran legales con tal de que la victoria coronase el esfuerzo.

Se le presentaba una ocasión, única, inesperada, ¿por qué no aprovecharse de ella? ¿Para dejar el puesto á otro que fuese más hábil ó menos escrupuloso?.. ¡Eso sería demasiada imbecilidad de parte suya!..

Quesnel buscaba excusas para tal procedimiento; pero, después de todo, ¿qué había de reprensible en el fin que perseguía?.. Convertir en mujer verdadera á aquella hermana de la caridad, á aquella virgen que no estaba casada más que de nombre, y luego, cuando fuese viuda y rica, hacerla su esposa. ¿Qué mal había en ello en resumidas cuentas? El sería para ella un buen marido; tal vez la quisiera un día, ¿por qué no?, y le devolvería en honor cuanto ella le hubiera dado en fortuna y en consideración... Peor, mucho peor pudiera caer ella.

Quesnel se levantó y se acercó á la ventana.

Los faroleros iban encendiendo ya por las calles el alumbrado público: grandes nubes de amatista corrían en dirección á poniente sobre el fondo purpúreo del firmamento: sobre un montón de techos intrincados, erguíase la flecha de la catedral dominando orgullosamente la población.

Quesnel contempló durante un segundo el encaje de piedra, delicado y cada vez más fino, pero mucho más fino allí donde surgía el pararrayos.

Irguióse, como si quisiera alcanzar la altura del campanario.

—También subiré yo, dijo.

—Había tomado una resolución inquebrantable.

Un momento después salió para visitar en la calle de Gaillon á algunos infelices á quienes asistía por caridad.

III

El Sr. Mauger ocupaba una gran casa situada casi fuera de la población, en mitad de un jardín cercado de muros, y en el ángulo que formaban la calle de Bosnieres y el callejón de Haldot, especie de callejuela estrecha y escarpada: la casa tenía tres puertas, dos en la fachada principal, y la otra sobre el callejón, destinada á la servidumbre.

Como la casa era muy grande, no estaba ocupada por completo. En el piso principal, el Sr. Mauger y su esposa tenían dos habitaciones espaciosas separadas por un cuarto tocador y daban á un largo corredor, común á las mismas, en cuyo extremo había una escalera que subía al segundo piso en el cual habitaban Leonardo y su mujer: en el piso bajo estaban el comedor y el salón, que rara vez se abría, porque los Sres. Mauger recibían poco: en el subsuelo estaban emplazadas la cocina y la recocina.

Aunque sin otra familia que primos lejanos á quienes veía rara vez y de quienes se cuidaba poco en cuanto á redondearles la herencia, el Sr. Mauger, que había hecho una gran fortuna dedicado á los negocios, había llegado á los setenta años sin haberse decidido á casarse.

Al llegar á dicha edad, se encontró aburrido. Tras su vida activa, le pareció y fué muy pesada la ociosidad. Le inquietó el porvenir. Él, que nunca había conocido la menor indisposición, le tuvo miedo á las enfermedades, les cobró horror: su edad le impresionó: ¿se quedaría acaso impotente? Luego se hizo naturalmente otra reflexión: ¿quién le cuidaría? Por primera vez sintió vivir solo.

Lo primero en que pensó fué en buscar un ama de gobierno. Habló de ello con sus amigos, solterones como él, al jugar aquella noche su partida de costumbre en el café de la Prefectura, y todos ellos estuvieron unánimes en censurar tal propósito: una mujer á sueldo lo explotaría sin pensar en otra cosa que en aprovecharse de la situación para sacar de ella todo el partido posible: en cambio, no hallaría él los cuidados y la abnegación que tendría derecho á esperar de ella.

Volvió disgustado á su casa y se encontró perplejo... ¿Qué hacer?.. Casarse.

La idea le pareció tan chusca, que él mismo se rió de ella con toda su alma. ¡Casarse á los setenta años!.. Verdad es que aún estaba fuerte y que representaba diez años menos de los que tenía; pero meter en su casa á una extraña que alteraría sus costumbres, que querría imponer su voluntad y á la que no le quedaría el recurso de poner de patitas en la calle... ¡No, eso nunca!

Es decir, á menos de dar con una joven dócil que se plegara á su carácter algo autoritario y que lo quisiera..., eso, sí, como á un padre: él no aspiraba á más.

Confesó con timidez sus pensamientos á sus camaradas de juego en el café de la Prefectura, únicos á quienes él podía pedir consejo; pero aquellos lo tomaron á broma desde las primeras palabras «¡Qué locura! ¿Qué muchacha querría vivir con él?..» Ante aquella oposición hizo un cambio de frente, formó coro con ellos y dijo que lo había dicho en broma sin otro objeto que el de reir un rato.

Sus amigos, puestos en guardia, no se detuvieron allí y le hicieron una ovación cada noche que entró en el café, al ver dibujarse su alta estatura, aún erguida, en el umbral del cuarto de fumar.

—¿Cuándo es la boda?..

Aquellas bromas estúpidas le cansaron: dejó de ir al café y se encerró en su gran casa vacía. Acreció su fastidio: las noches solitarias tras los días ociosos, le parecieron interminables.

En aquella época crítica, la casualidad puso á Marta en su camino.

Marta Meriel tenía diez y ocho años: su padre, especulador tan audaz como desgraciado, cansado de luchar contra su persistente mala fortuna y anonadado por el último revés que le arrebató hasta la esperanza de volverse á levantar con el tiempo, se había levantado una mañana la tapa de los sesos de un pistoletazo, dejando á su hija en la mayor miseria.

Aún estaba Marta en el convento. Al saber la superiora el suicidio del Sr. Meriel, comprendió que no cobraría los atrasos de la pensión de la joven, y que además nadie se cuidaría de pagar sus ulteriores gastos. En su vista, hizo comprender á Marta la necesidad en que estaba de separarse de ella: su sitio no era ya el convento. Le quedaba el obrador, en el que se instruía gratuitamente á las huérfanas pobres: en él podría tenérsela hasta los veinte años, y colocarla después como sirvienta en alguna buena casa en concepto de doncella ó para repasar la ropa.

A pesar de aquel ofrecimiento que se le hacía, Marta dejó el convento sin reflexionar siquiera que carecía de techo en donde cobijarse. Impulsada por la fuerza de la costumbre, se dirigió rectamente á la casa paterna. Leonardo, que aún vivía en ella encargado de velar por que nadie levantara los sellos puestos por la Justicia, acogió con los brazos abiertos á la joven, hija de su difunto amo, y le propuso que se quedase á vivir con él en tanto que se liquidaran los asuntos del Sr. Meriel.

Marta aceptó sencillamente, y se instaló en casa de aquel buen hombre, que la conocía de siempre y cuya mujer la había criado desde que murió su madre, á los tres meses de haber nacido ella: aceptó, sin parar mientes en la carga que echaba sobre los hombros de Leonardo, quien, por la muerte de Meriel, se veía en la necesidad de buscar otra ocupación para poder vivir.

Leonardo, el Sr. Leonardo, como generalmente le llamaban, era un hombre singular. Pequeño, seco, nervioso, con los labios delgados, los ojos vivos y centelleantes de malicia y la voz breve y de inflexiones diversas, afectaba tener maneras rudas, y á veces hasta brutales.

En su parte moral era una curiosa mezcla de delicadeza, sorprendente en alto grado en un hombre de su condición, de astucia, de bondad, de avaricia, hasta de rapacidad, que conservaba de su origen aldeano.

Después de haber ejercido por más de veinte años en casa del Sr. de Meriel el modesto cargo de ayudante de jardinero, había ascendido hasta los de intendente y hombre de confianza de su amo. Trabajador, afecto á los intereses de su dueño que le confiaba el cuidado de muchas cosas á las que no podía atender por sí mismo, absorbido en sus grandes y desgraciadas empresas, Leonardo se había sabido hacer indispensable y había adquirido una influencia enorme en la casa.

Viviendo siempre en cierta clase de intimidad con Meriel, había llegado á considerarse como de la familia, y á concebir por su amo una adhesión verdadera, por interés, por gratitud y por costumbre. Quería á Marta porque la había visto nacer y porque la joven representaba ahora todo lo que quedaba de aquella casa, en otro tiempo tan próspera, y que él consideraba en cierto modo como suya.

El suicidio de Meriel metió bastante ruido en la población. El Sr. Mauger, que era uno de los principales acreedores del difunto, fué uno de los primeros en tener noticia de él: el arreglo de ciertos asuntos lo puso en frecuente relación con Leonardo, y en casa de éste conoció á Marta. Al conocer la angustiosa situación de la joven, se conmovió, y francamente, sin segunda intención, tuvo piedad de ella á causa de su desgraciada suerte. Luego, á fuer de hombre muy práctico, pensó que quizá se le ofrecía entonces la ocasión tan soñada de salir de la soledad en que se aburría. ¿No sería Marta para él una esposa perfecta?

Su juventud hacía que no tuviese hábitos adquiridos, y no teniéndolos, se plegaría con más facilidad á sus manías y á sus caprichos. Ignorante del mundo, de sus vicios y de sus intrigas, sería indudablemente mejor que otra alguna: correría menos peligro de ser engañado y de que le pagaran con ingratitud sus beneficios. Por último, aquella niña alegraría su vejez y proyectaría resplandores de luz sobre los últimos años que le quedaban de vida.

Faltaba saber si la señorita Meriel aceptaría sus proposiciones. No era esto muy dudoso, dada su posición. Tendría la doble ventaja de hacer una buena obra y al mismo tiempo un buen negocio.

El Sr. Mauger comprendió que antes de dirigirse á Marta le convenía tener de su parte á Leonardo, y a este efecto le confió sus proyectos. El buen hombre, demasiado listo para no comprender desde el primer instante todo el provecho de aquel enlace para Marta y... para él, le ofreció su apoyo.

El Sr. Mauger habló, de su parte, con tanta bondad á la joven cuando hizo su petición directa, fué tan persuasivo, le hizo comprender tan bien que no llevaba otras intenciones que las de reemplazar á su padre, asegurar su porvenir y ponerla para siempre al abrigo de la necesidad, que la joven aceptó, á condición, sin embargo, de que Leonardo aprobase el casamiento.

Éste, fiel á la promesa hecha al Sr. Mauger, animó á Marta en sus ideas y le hizo ver de una manera escueta su situación presente, que no era más que la ruina, la miseria sin recursos. Verdad es que convino en que casarse la joven á su edad con un hombre de setenta años no ofrecía una perspectiva muy agradable; pero ¿no valía más transigir con ella que morirse de hambre ó vivir á expensas ajenas?

Estas palabras confirmaron á Marta en su resolución. No tenía ella el derecho de imponerse á los antiguos servidores de su padre, puesto que no le era posible indemnizarlos.

Marta dió al Sr. Mauger su consentimiento para ser su esposa con una sola condición: la de que Leonardo y Virginia no se separasen de su lado.

(Continuará.)

LA CARICATURA EN ESPAÑA.—Sileno.—Monteserín.—Rojas

SILENO

El amable, instruído y popular artista Sr. de Villahermosa ha publicado en un diario de gran circulación de Madrid tres ó cuatro artículos muy curiosos y bien hechos sobre la caricatura. Y diré á ustedes, lectores míos, sin pasar una línea más adelante: que el Sr. de Villahermosa es el mismo *Sileno*, seudónimo muy estimado en el mundo artístico.



Por horas.

– Al paso y por la Ronda.

– Ya sabe el señorito que pasando de los límites aumenta la tarifa. (De *Satiricón*, 1903)

Sileno, pues, merece por sus interesantes artículos llenos de profusas notas y de conocimientos é ideas nada vulgares, que en nuestros primeros párrafos consignemos su verdadero triunfo como estudioso artista que ama con sinceridad su arte.

Y bien quisiera el que esto escribe discurrir ahora que la ocasión lo demanda sobre algunas cosas de las que el caricaturista-escritor extensamente nos habla en sus prosas. Pero en la Revista donde la mía verá pública luz, danme ya, como es costumbre, las cuartillas tasadas: ni una más de diez y seis tengo en mi carpeta. ¿Dispensará mi estimado amigo *Sileno* que yo pase por alto, á mi pesar, lo más importante de la caricatura—lo más serio y menos laxo para nosotros,—lo que sería materia de un libro, y aquí, por su extensión, no consentirían? Y como no viven en nuestro pobre medio revistas populares á estos fines destinadas, es decir, á insertar en cada número dos ó tres artículos sobre una misma materia, ó si las hay su tirada es escasa y el pago del trabajo del artista es mezquino, de aquí que, por ahora, prescindamos de extendernos en este orden de consideraciones.

* * *

Hablemos ya de cuatro ó cinco buenos artistas del lápiz que en el trabajo cómico tienen firma y gracja. *Sileno* ocupaba nuestra atención. Sigamos con él, con este caricaturista político, fundador del *Gedeón*, intérprete afortunado de la sal de este personaje español tan conocido é imprescindible en nuestra tierra. También dibujó muchas veces *Sileno* os errores, debilidades, ridículos marasmos y demás delitos de nuestros desafortunados hombres de gobierno. Sus caricaturas de todos ustedes serán muy conocidas. Hace ocho ó diez años que semanalmente ilustran las páginas de dos ó tres revistas. Y la maestría del dibujante es tanta, que con sólo unas líneas, muy pocas, deja bien interpretado el personaje y la escena; lo segundo mejor que lo primero: porque, si hemos de decir verdad, la característica y fisonomía psicológica de nuestros hombres políticos no tiene nada de compleja: bien al contrario, con el molde de uno salen todos... ¿Qué más da que sea Villaverde, Azcárraga ó el marqués de Polavieja el caricaturizado? Los tres de pelos blancos ó plomizos, de faz iracunda, soberbia, y sus cuerpos, tan dignos y venerables como sus amigos quieran, que á ello no me opongo, con tamaña panza... Su estatura es la misma, como su grosor, y sus interesantes miradas de estadistas...

Sileno es para mí uno de los mejores caricaturistas políticos, porque ni Caran d'Ache, ni Forain, ni Hermann-Paul en Francia se dedican con preferencia á este género.

Dibuja *Sileno* de prisa, y algunas veces su línea no es correcta. Pero esto no importa: que despacio, cuando él quiere, sabe dar notas intensas y acabadas, como la que va unida á este artículo. Lástima que *Sileno* no fuera inglés ó francés ó de cualquier parte donde la gente política tuviera algo... en su fisonomía, y no vano, fuera de lo vulgar, zonzo, digno de ser observado por los escrutadores ojos del artista, vagorosos ahora, muy apagados en nuestro pobre campo...

Demetrio Monteserín

MONTESERÍN

He aquí otro joven moderno artista. Es discípulo ó admirador, como él quiera, de Ricardo Marín; y del arte de éste ha preferido cultivar una sola nota: la caricatura ó apuntes de las mujeres de la alta sociedad, y en ellos los lances, diversiones y gustos de la aristocracia.

¿Conocéis los dibujos de Monteserín? Muchas Revistas los han publicado. Traed á vuestra memoria, con ellos también, la silueta de una mujer que ideara Monteserín; como ésta serán todas las que dibujó el artista: altas, esbeltas, delgadas, de adorable cuerpo, de pequeña cabeza rubia, de delgado brazo y aristocrática mano de ensueño; de ojos moribundos ó con llamas de lascivia embriagadora... Pero lo más típico en el dibujo de estas mujeres de corte antigua son sus cuellos, sus descotes pronunciados, vistos por detrás. Alguien dice que parecen los cuellos alabastrinos de estas hembras, de gallinas, de cisnes; yo los veo como los tallos ó base de un bien confeccionado ramo de flores invertido, donde los pétalos de las rosas y su lozanía y belleza van cubiertos con el verdor de las vulgares hojas—los encajes y sedas.—La cabeza, pues, de estas mujeres es lo que estuvo más próximo á la tierra, la última parte inferior del tallo...



Sileno, apunte de Sancha

Monteserín vive en provincias, en Astorga; de allí viene á la corte de vez en cuando, y al poco tiempo, si se aburre de la vida de café y del dulce flirteo por las reuniones de niñas ricas casaderas, torna otra vez al lugar apacible, tranquilo, de León.

Y muchas veces, contemplando, admirando los dibujos modernistas de Monteserín, yo me he preguntado con cierto asombro: ¿cómo en Astorga, ve-



Sur-la-glace, caricatura de Monteserín

tusta ciudad, pudo este original é inteligente artista hacer tales cosas que merecen nuestras loanzas sinceras, y de qué modelos se sirvió?

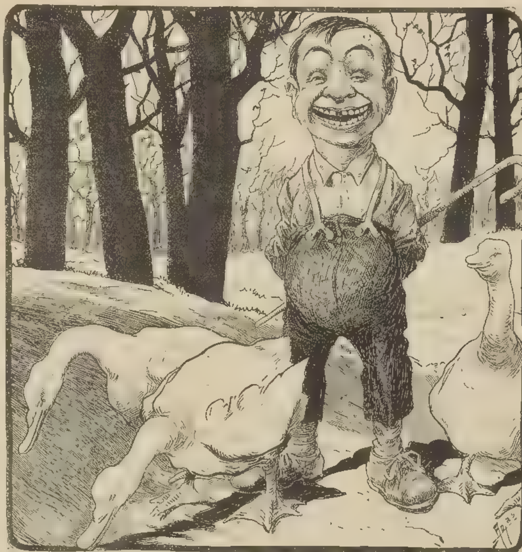


ROJAS

Su retentiva, pues, para estos dibujos elegantes, exquisitos, dulces, es asombrosa. Yo tengo junto á mis ojos, cuando esto escribo, unas copias fotográficas de unas decoraciones de salón que Monteserín ha pintado en Pontevedra. Y este trabajo, ello solo, hace la fama de un artista que, por el género moderno de su caricatura, debe figurar con los Sancha y Marín.

ROJAS

Si ustedes quieren conocer una máquina curiosísima, correcta, graciosa siempre, que hace un *mono* por minuto, una historieta en un cuarto de hora—todo publicable—y es capaz de llenar las diez y seis páginas de cualquier Revista en unas horas de tarea, visiten la casa de Pedro de Rojas. Y fíjense en su despacho: allí está la máquina, bien terminada, utilísima, que trabaja sin descanso. Es el mismo artista, el simpático Rojas, el dibujante que más cosas ha firmado, más que Cilla—y ya es afirmar,—en sus treinta años de vida.



CUATRO PATOS, caricatura de Rojas

El sevillano Rojas es un artista instruído, estudioso, con vena satírica y vista envidiable. Nada de las cosas cómicas ó ridículas de nuestra vida, y son muchas, pasa ante su retina sin que en ella deje una justa impresión.

¿Podemos exigirle á un artista que tanto trabaja corrección perfecta en sus planas?

Los *monos* de Rojas tienen siempre algo: ó gracia en la situación y en los epígrafes, que son casi todos suyos, ó elegancia y limpieza en el dibujo. Yo he visto algunas caras de mujeres dibujadas por Rojas que eran una maravilla de gusto y delicadeza.

Pedro de Rojas, cuando vive en la corte, asiste al Congreso, al Salón de Conferencias, y sabe, en fin, de política más que Aguilera, que es cuanto hay que decir.

MANUEL CARRETERO.

FERRUCCIO GARAVAGLIA

Sin pomposos anuncios, sin esos trabajos de preparación que predisponen al público en favor de determinado actor, se ha presentado el eminente cuanto modesto artista Ferruccio Garavaglia en el escenario del teatro Eldorado.

No cabe establecer comparaciones. Garavaglia ni vale más ni se iguala á otros actores meritísimos que han dejado grato recuerdo en nuestra ciudad, puesto que posee un arte propio, personal, que no sobrepuja ni es inferior al de sus antecesores, pero que revela su personalidad, resultando un genial intérprete del teatro moderno.

Cuanto es y cuanto vale lo debe á sus excepcionales aptitudes, á su extraordinario esfuerzo. Natural de San Zeno (Milán) y perteneciente á una distinguida familia, estudió en la Universidad de Pavía la carrera de Filosofía y Letras, obteniendo el título de doctor. Mas arrastrado por su vocación decidida, comenzó á dedicarse al teatro, á despecho de la voluntad de su padre, catedrático de matemáticas de aquella Universidad, sufriendo valerosamente toda clase de privaciones, hasta el extremo de ingresar en una compañía de último orden, cuyo trabajo se recompensaba con la irrisoria suma de ochenta céntimos diarios. Posteriormente pasó á formar parte de otra compañía que actuaba en un café-concierto, ofreciéndosele ocasión de conocer al gran actor César Rossi, quien interesóse vivamente por Garavaglia, al observar su mérito y sus estimables condiciones. A partir de aquel período abriéronsele nuevos horizontes, formando parte de las compañías de Andrea Maggi y de Eleonora Duse como galán joven, hasta convertirse en primer actor de la compañía de Luis Rasi.

Con Angelina Pagano ha recorrido varias repúblicas americanas, obteniendo señalados triunfos, y en el próximo mes de noviembre actuará en el teatro Argentino de Roma, para donde ha sido contratado.

Tal es este excelente artista, á quien el público de Barcelona ha podido aplaudir y admirar en la representación de personajes tan antitéticos y complejos como el cardenal de Médicis y el capitán Fracasa, demostrando un temperamento verdaderamente excepcional.

Reciba nuestros plácemes y con ellos el deseo de que vuelva á esta ciudad, para que podamos tributarle el homenaje á que tiene derecho por su talento y por su perseverancia.



El eminente actor italiano FERRUCCIO GARAVAGLIA, que ha dado recientemente una serie de representaciones con éxito extraordinario en el teatro Eldorado de esta ciudad. (De fotografía de A. Esplugas.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

El tabaco, por el *Dr. M. Rodríguez Navas.* – Forma parte este libro de la «Biblioteca Industrial y Agrícola» que con tanto éxito edita en Madrid la casa Bailly-Bailliere é Hijos, y contiene, además de una noticia histórica sobre esta planta y de atinadísimas observaciones sobre su explotación, un estudio técnico completo de la misma y de todo cuanto se relaciona con su cultivo y operaciones que con ella se hacen. Véndese á dos pesetas en rústica y á 2'50 encuadernado en tela.

La Conquistadora, por *Jorge Ohnet.* – Los lectores de esté periódico han podido apreciar el interés de esta obra, última producción del eminente novelista francés. No hemos de hacer, pues, su elogio; nos limitaremos á decir que la conocida casa editorial madrileña de F. Beltrán ha publicado una elegante edición de la misma en un volumen en 8.º de unas 350 páginas, lujosamente impreso, que se vende á 3'50 pesetas.

Los consejos del Quijote, por *Manuel de Saralegui y Medina.* – Interesante trabajo leído en la sesión celebrada por la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, para conmemorar la publicación del «Quijote» en 6 de mayo último, en el cual el Sr. Saralegui hace muy atinadas consideraciones sobre los consejos que el Ingenioso Hidalgo dió á su escudero cuando éste iba á encargarse del gobierno de la supuesta isla Barataria. Impreso en Madrid en la imprenta de Jaime Ratés.

Contribución á la Terapéutica Conservadora de los dientes, por *José Boniquet.* – Folleto que contiene interesantes observaciones sobre la posibilidad de conservar los dientes mutilados, reconstruyendo sobre base natural la pérdida que hayan sufrido, en vez de arrancarlos. Acompaña á estas observaciones la descripción de algunos notables casos prácticos. Ha sido impreso en Madrid en la imprenta de La Odontología

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 23 de octubre de 1905 — Núm. 1.243

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Dr. Luis Martin. Dr. Behring.

EL CONGRESO INTERNACIONAL DE LA TUBERCULOSIS.

En el Parque del Sanatorio de Montigny. – El Dr. Behring hablando de su descubrimiento de una vacuna contra la tuberculosis con el Dr. Martin, colaborador del Dr. Roux y director del Instituto Pasteur. (De fotografía.)

SUMARIO

. . . .

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Desde que *La Quimera*, mi última novela, empezó á pasar de la imprenta á la librería y de ésta al público, doy en creer que el sentimentalismo no ha muerto completamente en nuestra época de automovilismo, aerostación, *foot ball* y *cake walk*.

Por otra parte, y antes de explicar lo que acabo de escribir, conviene que advierta que siempre dudé que la diferencia entre las costumbres de unas y otras épocas modifique lo íntimo del sentir. Hay sentimientos fundamentales que no desaparecen al influjo de los hábitos sociales; lo que hacen es esconderse levemente avergonzados, metiéndose más adentro y por consiguiente adquiriendo, al menos en naturalezas reconcentradas, mayor energía. Hoy no se va al teatro á desmayarse, con el frasco de sales en la bolsa y el pañuelo de encajes asido para la primera ocasión húmeda; pero no por eso deja de abrir surco en la sensibilidad el teatro, ni los nervios de responder al conjuro del arte. Y si se leyese más de lo que se lee, también los libros tendrían eco, sordo ó sonoro, en las almas de la actual generación.

Se me ocurre todo esto que voy ensartando á cuento de haber recibido dos ó tres cartas de letra de mujer, fina y menuda (mis *inconnues* no deben de ser del número de estas señoritas que gastan una caligrafía completamente masculina, grande y alta), en que se me descubre vivo interés, no por mi labor literaria, sino por mis héroes y personajes. Las cartas están llenas de interrogaciones. ¿Existieron realmente todos los que salen allí á relucir? ¿Quién fué Clara Ayamonte? ¿Qué hay de verdad en el episodio de sus amoríos? ¿Acabó efectivamente encerrándose en un convento? ¿Y Silvio? ¿Le sucedió esto, aquello y lo de más allá? Envuelto en la curiosidad, la simpatía: frases de compasión, lamentaciones por su temprana muerte...

Si es permitido contestar desde aquí, y colectivamente, á quienes me escriben revelando un alma piadosa, les diré que sin duda es triste la historia de Silvio, y que además de triste, es verdadera; pero que la antigüedad, fértil en sentencias profundas, no nos ha legado—como observa Eduardo Rod en su reciente novela *El Indócil* ninguna tan honda como esta: «¡Muere joven aquel á quien los dioses aman!»

En la vida de cada mortal hay un instante y hay un fin esenciales, valederos, y el resto de lo que ese mortal dice, hace y piensa tiene valor secundario. En Silvio Lago fué sin duda alguna su Quimera lo que tuvo alto sentido é intensa vibración. Yo creo que á Silvio no le faltaban fuerzas y aptitudes para encarnarla en la realidad, pero quién sabe si, como otros muchos artistas, aun consiguiendo fama y honra, no llegaría á obtener el triunfo de la Quimera, eso que sólo contados soñadores ven logrado? El interés de la personalidad de Silvio era, ó yo me engaño, lo ambicioso de su insaciable aspiración artística. Por esa aspiración sintió el soplo de lo infinito acariciar sus demacradas sienes, y por esa aspiración su espíritu voló tan lejos... Es frecuente el espectáculo doloroso de la transacción del artista con la necesidad y la materia. El artista cree que ha soñado gloria, cuando lo que ha soñado es únicamente ventajas, distinciones, provechos, conveniencias. Pues bien: Silvio Lago soñaba gloria pura y sin mezcla; Silvio Lago no se engañaba á sí mismo. Esta afirmación puede demostrarse con la observación más sencilla: las ventajas, distinciones, conveniencias y provechos, para Silvio estaban conseguidos ya, por el fácil camino del retrato elegante, cada día mejor pagado, según se difundía la fama y se perfeccionaba el procedimiento. Así es que (contra la opinión de mi amigo el Sr. Villegas, que me puso á Silvio de hoja de perejil), yo sostengo que no hubo soñador más generoso y sincero, y que las nueve décimas partes de los que se viesen en su caso, se darían por satisfechísimos, y si no renunciaban á la Quimera del todo, cuando menos se avendrían á esperar el ideal sentados cómodamente.

Así hube de decírselo algunas veces, compadecida (aunque encontraba hermoso aquel afán) de lo que consumía el alma y el cuerpo del joven pintor. Como el héroe griego, al elegir entre la vida larga y descansada ó la breve y gloriosa, Silvio había optado (instintivamente, yo no digo que esto fuese una operación reflexiva) por la segunda. No sabría que iba á morirse pronto; pero ante la perspectiva de dejar una huella de luz, era capaz de aceptar, á semejanza del rubio hijo de Tetis, la bajada rapida al Orco entre las sombras. Y este es el sello de la Quimera: poder más que el inferior instinto de conservación.

***

Sin duda alguna estas aspiraciones que no se cifran en nada positivo y material, ennoblecen á nuestra mísera estirpe, á quien el poeta florentino llamó «la mala simiente de Adán.» Hay de éstas aspiraciones individuales, y las hay colectivas. Citaré un ejemplo: la del pueblo de Alcázar de San Juan, que no renuncia á la prez de haber dado cuna á Miguel de Cervantes (y no de *Carvantes*) Saavedra. La nutrida bibliografía que sobre tal asunto va formándose, acaba de enriquecerse con un folletito que destaca, sobre mi mesa, su cubierta amarilla, exornada con el retrato del autor, D. Antonio Castellanos. Es una sátira del discurso de D. Manuel de Foronda, en la Sociedad Económica Matritense, con motivo del Centenario del *Quijote*.

El discurso de Foronda abogaba por Alcalá de Henares; el folleto de Castellanos, por Alcázar de San Juan; y como siempre, el caballo de batalla son las famosas partidas de bautismo del escritor gloriosísimo, que existen en sendas iglesias parroquiales de ambos pueblos. Examinadas y atacadas las dos con argumentos que no carecen de fuerza, yo confieso que encontraría más persuasiva la de Alcázar de San Juan, si no resultase al admitir su autenticidad como documento biográfico del autor del *Quijote*, que éste asistió á la batalla de Lepanto en edad muy temprana para las faenas de la campaña.

Me arredra, sin embargo, de profesar una opinión cualquiera en este discutido é intrincado punto de historia literaria, el notar que ha adquirido el carácter de una de aquellas reñidas «guerras de pluma» que en el siglo XVIII daban lugar á tremendas diatribas (no siempre jocoserias, como aquella suscitada entre el doctor D. Liberio Fernández de Sedano, D. Narciso Topete de Valdivia y Silvestre Camisola de Catacubas, que redactó D. Bartolo Chiflatarjas, y en la cual, si no se apuraron puntos de letras, se debatió lo que hoy sigue debatiéndose: la utilidad y conveniencia de que haya monasterios y órdenes religiosas).

Las diatribas motivadas por la incerteza del lugar donde nació Cervantes, van agriándose hasta el extremo de que en ellas se empleen los calificativos de libelistas, impostores, falsarios, con otras severidades de estilo. Y por eso, y por falta de conocimiento completo del punto especial que se dilucida, me zafo de él, lamentando que no se averigüe definitivamente dónde nació Cervantes, y esperando el libro que el Sr. Castellanos anunció, con datos y pruebas.

***

El espeluznante crimen del *Huerto del Francés* está en tela de juicio estos días... No neguemos que los autores son pésimos ejemplares de humanidad; pero tampoco ha de ocultarse que ningún interés inspiran las víctimas. Yo diría que en ese crimen no se ha perdido sino las hechuras, y que entre pícaros anda el juego.

Los que encontraron la muerte en el huerto lúgubre, eran fulleros y jugadores de ventaja, que llevaban la sana intención de robar y despojar á sus semejantes. Encontraron con otros semejantes suyos, más desalmados aún, que tuvieron la idea feliz de burlar á los burladores y de remendarles, como se dice en términos de caza, la perdiz. ¿Ellos venían á robar y despojar? Pues les aguardaba robo, despojo... y asesinato.

Hay crímenes sin moraleja; estos del Huerto la tienen. Revelan además lo ramificado que está el vicio, lo extendidas que se hallan la estafa, la vagancia, las profesiones equívocas y turbias. Seis personas (y no de la más menesterosa y obscura clase social, sino gente acomodada, burguesa) desaparecieron, sin que produjese tan extraño hecho inquietud, sin que, hasta que el último Rejano Espejo, pareció evaporarse, se iniciasen pesquisas en averiguación de su paradero. En la preparación del crimen mediaron cartas, entrevistas, esperas en las estaciones del ferrocarril; el crimen dejó más de un rastro; pero sólo á consecuencia de indicaciones de la prensa y denuncias de una esposa legítimamente alarmada, se resolvió la autoridad á inquirir qué habría sido del ciudadano objeto de la denuncia y de los cinco ciudadanos anteriores, y se cavó en la necrópolis de las conejeras del sangriento huerto.

No fué atentado de los que quedan impunes, sencillamente por codicia de los criminales, que, según las trazas, pensaban seguir ejerciendo indefinidamente su lucrativa caza, hasta acabar con medio género humano, rellenar la tierra de cadáveres y sus bolsillos de dinero. Si hubiesen cerrado la serie con la quinta víctima y pasado al Africa ó á tierra francesa, podrían morir en el pellejo de un honrado (al parecer) almacenista de vinos, tratante en ganado ó tendero de especias, en quien nadie vería á los trágicos acogotadores y sepultureros del siniestro huerto florido...

La mayor parte de los crímenes, por un motivo ó por otro, impunes se quedan, como no sean de esos que se cometen en riña ó en un acaloramiento, esos románticos crímenes pasionales en que el asesino arroja el arma exclamando: «prendedme, yo la maté;» en cuyo caso hay que confesar que el papel de la policía y de los jueces es excesivamente fácil y sencillo. ¡Pero en cuanto existe nada más que un conato de misterio, se acabó! Es vano que corran rumores, que se susurre en el barrio y las comadres señalen con el dedo á los culpados, ó al menos, á aquellos en quienes pueden recaer sospechas con algun viso de fundamento; es inútil que la voz pública señale pistas, pues la policía parece esmerarse en perderlas. Y en un pueblo como el que me ha visto nacer, y que es un activo centro de emigración, los barcos con rumbo á América se encargan de asegurar, para siempre, la impunidad.

Los robos se han hecho tan familiares, tan escandalosos; la seguridad está tan vacilante; la autoridad de la justicia y de sus depositarios va por tierra; su voz y augusto nombre perdieron ya en los ánimos toda autoridad, y el delito y la relajación se mofan de una y otros con insolencia; las provincias se oyen llenas de tropas de bandidos que entran por los pueblos con un arrojo increíble; en la Corte una insaciable disipación atiza todas las pasiones, persuade todos los excesos, disculpa y da calor al mismo delito... ¡Y me detengo!, porque este párrafo, que parece escrito hoy, lo trazó allá por los años de 1798 la elegante y tersa pluma de D. Juan Meléndez Valdés, Fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. ¿Verdad que no pasa día ni por la justicia ni por los criminales?

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Hablar mal de los médicos y de las mujeres es el desquite inofensivo de la debilidad que nos pone bajo su yugo.

La tradición es un apoyo: pero es al mismo tiempo un obstáculo.

Buscar en la guerra civil un remedio contra los males de una guerra extranjera, equivale á proponer el suicidio como refugio contra los peligros de un duelo.

Es más fácil reconciliar á dos enemigos ninguno de los cuales tiene razón, que á dos adversarios que la tienen uno y otro.

G. M. VALTOUR.

El que quiere impedir que se diga misa es más fanático que el que la dice.

ROBESPIERRE.

Las revoluciones: tal es el nombre que se da á las brutalidades del progreso.

VÍCTOR HUGO.

Unicamente los muertos no hablan mal de los médicos, aunque son los únicos que de ellos pueden prescindir y probablemente los que más fundados motivos tienen para quejarse de ellos.

PABLO HERVIEU.



Pero ¿sabe usted que en todo gran odio hay una levadura de amor?...

ESCULTORES DE ALMAS

(BOCETO PARA UNA COMEDIA)

Intervienen varios personajes, que irán apareciendo. – La acción se desarrolla en el jardín extenso, frondoso y policromo de un precioso *chalet*, en una provincia levantina, durante la época actual y la estival estación.

LUIS *(Muy joven, guapo, buen mozo, elegante)*.—Gloria, yo no sé ya qué más decirla. La asedié á usted en Madrid; la he seguido á través de su trayectoria veraniega; llevo siete meses de angustia, molestándola tal vez *(Gloria protesta)*, y ni mis vehemencias de enamorado, ni mis delicadezas de poeta, han logrado conmoverla á usted. He recibido en pago á mis constantes desvelos, á mis tormentosas ansias de amor, sólo esquiveces frías, cuando no crueles. Yo nunca había comprendido el amor del Dante... ¡Hoy, le comprendo!

GLORIA *(Hermosísima, espiritual, menos joven que él)*.—Luis, no se queje usted de mí. Culpe al destino, que le puso á mi lado demasiado tarde. Yo soy soltera; pero mi alma, mi alma está ya *divorciada*, después de un desengaño inmenso, que decidió mi porvenir. No se sorprenda usted. Es un desengaño que no conoce nadie, porque he tenido buen cuidado de ocultarlo, porque á mi orgullo le era imposible descubrirlo, ni aun buscando el natural consuelo en una confidencia amiga; un desengaño con cuya confesión, segura de que usted ha de agradecérmela, voy á pagarle sus requerimientos, que he agradecido siempre, y su cariño, que hubiese querido corresponder, créame usted, porque su constancia, su lealtad y su amor merecen ser admirados, merecen ser, cuando menos, curados radicalmente para evitarle sufrimientos y para evitármelos yo, porque créame usted que yo los siento ante los de usted, que me interesa mucho...

LUIS *(Con desaliento)*.—¡Curarme! Es imposible, Gloria.

GLORIA.—No es imposible; si acaso, difícil y doloroso. Ustedes los escritores se pasan la vida inventando para sus comedias, para sus versos y para sus novelas, dolores y alegrías muy semejantes á las humanas. Son esas obras estrellas fugaces, que brillan un instante solo, mientras tardan en describir la parte de su órbita; en unas más visible que en otras, según la magnitud y la brillantez de la inspiración que las lanza por el horizonte del arte, pero que desaparecen en seguida, sin dejar ni el rastro de un recuerdo. Es porque nos deslumbraron, no porque alumbraron nuestro espíritu...

LUIS *(Entre asombrado é irónico)*.—Gloria, está usted muy metafísica. Si no me da usted unos paralipómenos...

GLORIA.—Se los daré, y puede que me los agradezca como procedimiento terapéutico y como medio de triunfar en el arte... Continúo. De tarde en tarde, los desengaños ó las circunstancias de la vida obligan á los poetas á descender de las regiones de la fantasía y á mirar al suelo, y cuando *ven* y *sienten* y saben exteriorizar sus sentimientos, crean esos mundos admirables, esos astros de primera magnitud, esas estrellas fijas, cuyos resplandores nunca se apagarán y que se llaman los grandes poemas de la humanidad, cuyos dolores y alegrías retratan...

LUIS.—Está usted muy inspirada.

GLORIA *(Nerviosa, hablando rápidamente, como un artista en plena concepción)*.—Sí, lo estoy, no lo niego.

LUIS.—¡Si tiene usted un temperamento artístico de primer orden! *(Gloria se ríe.)* Por eso me enamoré de usted. ¡Qué pareja harían nuestras almas! Repito que está usted inspiradísima.

GLORIA.—Mire usted que inspiración y enamoramiento suelen ser sinónimos muchas veces.

LUIS *(Sorprendido)*.—¿Está usted enamorada?

GLORIA *(Echándose á reir)*.—¿Usted me cree capaz?

LUIS *(Tras de una vacilación)*.—¡Qué quiere usted que le diga! ¡Es tan incomprensible el alma de una mujer!..

GLORIA *(Seria)*.—Enamorada, hoy no. Pero ya sabe usted que en todo gran odio hay una levadura de amor...

LUIS.—¡Gloria!

GLORIA.—Voy á darle á usted un fragmento de la realidad para que esculpa una obra de arte, que puede ser la decisiva de su suerte, ya que usted es uno de los personajes que en ella intervienen.

LUIS.—Pero, Gloria, hábleme usted claro...

GLORIA *(Prestando atención á lo que ocurre detrás de un espeso y tupido seto que cierra la plazoleta, más allá de la cual se extiende uno de los andenes del jardín)*.—Oiga usted, Luis, lo que hablan esos muchachos. El mayor de ellos, ese que habla en tono finchado y pedante, tiene sólo diez y seis años...

Voz 1.ª de muchacho.—Aquí podemos fumar sin que nos vean los papás.

Voz 2.ª—¡Qué lástima que no te vea la Carmen!

Voz 1.ª—¿Quién, esa tonta?

Otra voz.—Vamos, que bien te gusta y quieres contentarla.

La voz 1.ª—Quita, bobo. ¡Ella, que está enamorada de mí y yo que quiero tomarla el pelo!

Otra voz.—¿Cuándo te declaras?

La voz 1.ª—¡Yo! *(Con desdén inmenso.)* ¿Qué apostáis á que hago que se me declare?

Otra voz.—Y luego, ¿qué?

La voz 1.ª—¡La mando á que la suene su mamá!

GLORIA *(Conmovida)*.—¿Lo oye usted?.. ¿No ve usted ahí un drama?.. Luego, estos hombres, en la madurez de su vida, maldicen de la mujer y no se acuerdan de que el alma de ella es una escultura obra suya... De niñas nos *vacían* el alma, con arte tosco, es verdad, pero que deja, por eso mismo, por su falta de delicadeza, las huellas mejor grabadas, más firmes, imborrables. Sólo que luego la escultura se anima, adquiere vida, se hace escultora y modela y vacía nuevas almas... Esta es la vida y esta es la historia de muchas almas frívolas ó pérfidas de mujer... ¡Y esa es mi historia!..

LUIS.—¿Luego usted ha estado enamorada?

GLORIA.—Lo estuve, cuando casi era niña. *(Conmovida, febril, agitada.)* No es un caso de romanticismo, no. Yo quise con toda la fuerza de los quince años á un hombre. ¿A quién dirá usted?

LUIS.—¿A quién?

GLORIA.—Al marido de mi hermana, de la dueña de este *chalet*.

LUIS.—¡De Claudia! *(Estupefacto.)* Si parecen ustedes enemigos.

GLORIA.—Y lo somos. Es decir, lo soy. Él, no. Él, por una de esas compensaciones que nos da el destino algunas veces, está hoy loco por mí. Su mujer no tiene más cualidad admirable que el ser hacendosa y económica. Una mujer de su casa, que es lo que hastía y aburre en seguida á muchos maridos.

LUIS.—Sí; son ustedes dos temperamentos antitéticos, dos almas distintas. Su hermana es muy buena.

GLORIA.—Lo que yo no soy. Yo soy coqueta, soy loca, juego con todos y con todo y de todo me río. ¡Oh, labró mi alma un gran escultor!..

LUIS.—Y ríe usted con mucha gracia.

GLORIA.—Es una *pose*.

LUIS.—Sí, es cierto; es usted más artista que la Duse.

GLORIA.—Sí. Yo soy una entristecida. Yo llevo una pena indescriptible, un vacío insondable en mi alma. Yo estoy deseando vengarme de él, vengarme de su desengaño que no merecía, porque le quise con toda mi alma... Hace tres años que preparo mi plan, que es terrible. Yo he de quitarle á *él* la paz de su hogar y la esperanza de dicha... Usted... No me atrevo...

LUIS *(Presintiendo una confidencia)*.—Siga usted. Soy un caballero.

Gloria.—¿No se ofenderá usted?

Luis.—¡Usted nunca puede ofenderme! ¡Palabra!

Gloria.—Pues usted me ha ayudado inconscientemente. Él, que desdeñó mi alma cuando era suya, está loco de celos ante la suposición de que nos casemos usted y yo..., lo cual es un imposible...

Luis.—¡Gloria!

Gloria.—Sí. Y después de esta confesión, más. Entonces sería usted mucho más celoso que él. Lo sé. Los peores celos. ¡Los celos de un recuerdo!.. *(Volviendo á prestar atención á lo que ocurre detrás del seto.)* Atienda usted. Ahora vendrá la catástrofe de un dramita. La anagnórisis vendrá algunos años más tarde.

La voz 1.ª de muchacho (Muy cariñoso).—Vamos, Carmita, cuéntame eso que no te atreves... Dímelo. ¿No soy tu amigo mejor? *(Pausa.)*

Voz de niña que empieza á dejar de serlo.—No, no puedo. Es un secreto que tengo muchos deseos de decirte y que yo querría que adivinases... Porque me da reparo...

La voz 1.ª de muchacho. Si yo no lo diré á nadie. Estamos así una hora.

Voz de niña.—Estoy triste, muy triste. Parece mentira... Entre el calor, luego tanto hablar con unos y con otros...

La voz 1.ª de muchacho.—A ver si en el día de tu santo te pones mala...

Voz de niña.—Sí, estoy mala. El licor, el *champañ*, la comida... *(En voz muy apagada.)* Oye, Julio, yo te quiero á ti.

Voz de muchacho (Con perverso tono).—¡Caramba, podías haber avisado!..

Voz de niña. ¿Te burlas?

Voz de muchacho (Riéndose).—En eso han parado todos los humos que me gastabas.

Voz de niña (Conmovida y airada).—¡Julio! ¿Qué dices?

Voz de muchacho.—Nada, que me voy... *(subrayando con intención pérfida)* con Isabel que me espera..., y que, como tú no me querías, estamos en relaciones.

Doña Aurelia *(Madre de Carmita).*—¡Carmita, Carmita! ¿Dónde se ha metido esta criatura?

Carmita *(Aparece haciendo violentos esfuerzos para que las lágrimas no inunden su carita congestionada y entristecida de ángel desterrado del cielo).*—¡Mamá, mamá!..

Doña Aurelia.—¿Qué tienes? *(Alarmada.)* ¿Por qué lloras?

Carmita *(Cohibida, sin saber qué decir).*—Por nada... Que ha pasado una serpiente...

Gloria *(Abrazando conmovida á Carmita, que desborda su pena llorando).*—Sí... ¡Tienes razón!.. *(Subrayando.)* Yo la vi arrastrarse, para morder mejor... Abundan mucho... *(Mirando á Luis de modo muy significativo.)* Aquí mismo, *y de igual manera,* me hizo llorar una años atrás... *(Besando emocionada á Carmita.)* No llores... Imítame... Yo no lloré entonces. Yo sentí asco, primero; odio, después... Ahora, procuro lo que tú debes procurar: fascinarla, para pisarla luego... *(Brillando en sus ojos siniestras fulguraciones de odio.)* ¡Todo es cuestión de tiempo y de memoria!.. *(A Luis.)* ¿Me ha entendido usted?.. ¿No le dije que le daría un trozo de la realidad que puede inspirar una obra muy hermosa?

Luis. Sí, tiene usted razón. Una obra para *chicos* y para *grandes.*

Gloria.—*Para todos,* que es como deben ser escritas todas las obras.

Luis.—¡Y ésta con tesis y todo!

Gloria.—Una tesis que puede concretarse en esta frase: no engañéis á la niña y no os burlará la mujer.

Luis.—Permítame usted aplicar la tesis de un modo más general... Porque también hay mujeres...

Gloria.—Sí, ya lo sé. También hay mujeres que nacen *escultoras...*

El bachiller Corchuelo

EL CONGRESO DE LA TUBERCULOSIS

EL DESCUBRIMIENTO DEL DR. BEHRING

(Véase la lámina de la página 681)

En el último número nos ocupamos del Congreso de la Tuberculosis recientemente celebrado en París; hoy, completando aquella información, diremos algo de lo que ha constituído la nota dominante del mismo, de la comunicación hecha por el delegado del gobierno alemán, el eminente sabio doctor Behring.



Tarantilla, escultura de Héctor Ximenes
(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1905.)

En los primeros momentos, díjose que éste había descubierto un tratamiento curativo de la tuberculosis; pero él mismo ha calmado estos prematuros entusiasmos haciendo ver que si los resultados hasta ahora obtenidos con su procedimiento son satisfactorios, no pueden, sin embargo, considerarse como decisivos.

He aquí la verdad acerca del estado actual de este importantísimo y trascendental asunto.

Hace tres años, el Dr. Behring demostró en Cassel que había descubierto una vacuna preventiva contra la tuberculosis de los grandes animales, como los bóvidos; hoy casi afirma que esta vacuna, además de precaver aquella enfermedad, puede curarla en los mismos animales.

Falta ahora que los efectos producidos en éstos se produzcan también en el hombre; y esto es precisamente lo que ahora se propone ensayar.

La seriedad, la justa fama del Dr. Behring, permiten esperar con gran confianza sus experimentos. Su pasado es la mejor garantía de sus éxitos en lo porvenir.

Él fué quien en 1890 descubrió, en unión del japonés Kitasato, el principio de la sueroterapia antidiftérica y antitetánica, gracias al cual, y después de cuatro años de no interrumpidos experimentos realizados simultáneamente en Alemania y en Francia, pudo aplicarse á la difteria humana el suero con que el sabio alemán había dotado á la Medicina, aplicación cuyo honor corresponde á otro sabio no menos eminente, el francés Dr. Roux.

El Dr. Behring, que en 1891 vió recompensados sus trabajos con el premio Nobel, ha dicho, según parece, que dentro de un año podrá presentar conclusiones definitivas sobre su nuevo descubrimiento.

¡Quiera Dios que las esperanzas concebidas se realicen!

Si así fuese, el sabio alemán merecería contarse entre los más grandes bienhechores de la humanidad.—R.

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

EXPOSICIÓN «VILA Y PRADES» EN EL SALÓN WITCOMB

Hace algunos meses que el joven pintor valenciano J. Vila y Prades es huésped de la argentina tierra, y por la interesante colección de cuadros expuestos en el aristocrático salón Witcomb, vese que ha aprovechado el tiempo al minuto, porque nos consta que lo presentado es una mínima parte del trabajo hecho en estas tierras. Desde su llegada, por todas partes le solicitan y continuamente llueven sobre él encargos, de tal modo y en tal cantidad, que para cumplirlos habrá de permanecer entre nosotros cuando menos hasta febrero ó marzo del año próximo. Esto indica que el talento y maestría del mimado discípulo del gran Sorolla, por su potencia y genialidad hase abierto las puertas de la buena sociedad porteña, la que sabe apreciar las superiores cualidades de nuestro compatriota.

En la exposición ha presentado algunos de los cuadros traídos de España, entre los que brillan con luz propia la *Valenciana de principios del siglo pasado,* premiada con medalla de oro en Almería; *Sorprendidas,* que obtuvo igual distinción en Granada; *Lavanderas gallegas,* medalla de plata en París, todas durante el año 1903; y el cuadro de gran tamaño *Sobre el arroz,* medalla de plata en Madrid el año pasado, y del que se ocupó á su debido tiempo La Ilustración Artística. Pero amén de los mentados figuran también otras preciosidades que nos recuerdan las hermosuras de la huerta de Valencia, como *Las moscas de la siesta,* de técnica, colorido y empaste en todo digno de un verdadero maestro consagrado por la fama y que domina todos los secretos de la paleta y de la luz. *El rey de la huerta,* por los mismos conceptos apuntados, merecería un artículo especial de pluma autorizada en crítica artística, como un paisaje gallego y la delicadísima acuarela *Poniendo los puntos.* Este último hizo exclamar á un devoto muy entusiasta de la pintura española, que Vila y Prades se lo había robado todo á su maestro Sorolla, hasta el talento y la inspiración, ¡como si estas dotes pudiéranse adquirir sin el talento, la inspiración y la personalidad propios!

Pero, dejando aparte tales tesoros y circunscribiéndonos á lo pintado aquí, ha llamado poderosamente la atención lo bien que ha sabido interpretar la diafanidad de la atmósfera pampeana, desesperación de muchos artistas. En estos cuadros, parece prolongarse la llanura haciendo visibles los menores accidentes, y además, se demuestra la asombrosa observación del medio ambiente y de los detalles característicos, lo que constituye otra superior facul-

tad. Y de ello son prueba asombrosa el hermoso cuadro *Guachos,* niña y ternerillo criados sin madre, en medio de aquella llanura tan propia, tan local, en



Julio Vila y Prades

que el artista con su trabajo pictórico y los modelos y el espacio ante sí, ha puesto un tratado de filosofía sobre la portentosa tela, alabada y admirada por cuantos inteligentes y aficionados se encuentran en la populosa Buenos Aires. Y con el mencionado, merecen citarse los titulados *Pampa,* cercanías de una estancia; *Arroyo de Tapalqué; Sultán,* el hermoso y potente toro padre, y hasta el mismo *Domando un potro.*

En otro orden de apreciaciones, la prensa argentina ha dedicado largas columnas al elogio de los tipos y usos, de las costumbres é indumentaria de tierra adentro, que Vila y Prades ha trasladado al lienzo con verdad pasmosa, ejemplos de ello son: *Ya quedan pocos,* tipo de gaucho con sus aperos junto al rancho de paja y barro; y *Cuentos de fogón,* que, como indica el título, representa una reunión de individuos dentro del rancho, alrededor del fogón, mateando y escuchando la relación de aventuras de uno de ellos; y otros muchos cuadros más que harían interminable el artículo.

J. Vila y Prades cuenta actualmente 30 años, y tiene brillantísimo porvenir. Ha sido artista de nacimiento, por intuición, por impulso de su propia naturaleza. Según él mismo confiesa, empezó á pintar casi niño sin mayores conocimientos, pero siempre del natural, y su espíritu inquieto le ha llevado casi al continuo viaje. Hacía más de ocho años que pintaba, cuando hallándose en posesión de unos cuantos miles de pesetas y de regreso á España de un viaje á Irlanda é Inglaterra, pensó seriamente en estudiar. Dirigióse á Madrid y entró en el estudio de su paisano Sorolla; siendo, á poco, su alumno predilecto, por el que siente cariños de padre.

Sus viajes y su espíritu le han ocasionado algunas aventuras, no siendo la menor la sucedida en Cascante. Hallándose en Tudela y sabiendo que aquella población celebraba su patronal fiesta, fuése allá para presenciar una corrida de novillos, que él califica de terneros. Pero lo cierto fué que la cuadrilla quedóse sin matador. Entonces Vila y Prades, en un arranque, se ofrece, y con tan buena fortuna se porta que quedó consagrado; al extremo que un literato y periodista de fama que presenció el hecho, le dirige todas las cartas con el siguiente encabezamiento: «*Al arriesgado matador de toros y á la vez artista* don J. Vila y Prades.» Los triunfos obtenidos en la República Argentina ya le hacen suspirar por Centro-América, México y Estados Unidos. Sin embargo, piensa disputar la medalla de oro el año próximo en Madrid.

Justo Solsona.



Arroyo de Tapalqué, cuadro de J. Vila y Prades. (Exposición de obras de este pintor en el Salón Witcomb.)



Guachos, cuadro de Julio Vila y Prades. (Exposición de obras de este pintor en el Salón Witcomb, de Buenos Aires.)



El estado de sitio en Bakú.
Soldados recorriendo en coche las calles de Bakú para conservar el orden.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



El estado de sitio en Tiflis.
Soldados registrando los coches de punto para ver si llevan bombas escondidas.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

LA AGITACION EN RUSIA

EL ESTADO DE SITIO EN BAKÚ Y EN TIFLIS

Cuando más necesitado se halla el imperio ruso de un largo período de paz y tranquilidad que le permitan reponerse de las pérdidas y quebrantos inmensos que le ha ocasionado la guerra japonesa, tan desastrosa para su poderío bajo todos conceptos, estallan en todos los ámbitos de aquel vasto país movimientos insurreccionales que mantienen á Rusia en un estado de agitación constante.

Oportunamente nos ocupamos de los terribles sucesos de Bakú. En la actualidad, á pesar de haber sido aumentada aquella guarnición y declarado el estado de sitio, la situación continúa siendo alarmante y diariamente se reproducen los saqueos y los asesinatos.

La insurrección se ha propagado á Tiflis, en donde se han arrojado bombas en distintos puntos de la ciudad, una de ellas cerca del palacio del lugarteniente imperial, que han causado algunas víctimas.

En Cronstadt se han declarado en huelga los obreros del puerto, y sabido es que actualmente en Rusia las huelgas, sean de la índole que sean, no son pacíficas ni mucho menos, sino que van acompañadas de sangrientas colisiones entre los huelguistas y la policía, los cosacos y las tropas.

Pero donde los hechos han revestido especial gravedad es en Moscou. Comenzaron allí por abandonar sus trabajos los obreros de los tranvías eléctricos y los tipógrafos, no tardando en asociarse á ellos los de las fábricas, los panaderos y otros oficios; y como natural consecuencia ha habido numerosos choques entre ellos y la fuerza armada, resultando varios muertos y numerosos heridos, aparte de los asaltos y saqueos de panaderías y tiendas de comestibles.

También en San Petersburgo van tomando las cosas un aspecto inquietante, á causa de la huelga que allí han iniciado los tipógrafos.

Y por si todo esto no fuese bastante, las noticias que se reciben de la Mandchuria revelan en aquellas tropas un estado de desmoralización é indisciplina que inspira grandes temores para el día en que hayan de ser repatriadas.

Preciso es confesar, pues, que la situación por que Rusia atraviesa es por demás difícil, y que de no realizarse las esperanzas que muchos tienen puestas en las proyectadas reformas, la suerte del imperio corre gravísimos peligros. Para la realización de estas reformas ha sido convocada la Duma. El tsar, en rescripto de 30 de septiembre último, ha dictado las órdenes oportunas para la elección de esta asamblea, y el ministro del Interior ha enviado una circular á los gobernadores dándoles las instrucciones convenientes á fin de que la elección se efectúe con la mayor legalidad.



Monumento al Trabajo, erigido en Soignies (Bélgica)
con ocasión del 75.° aniversario de la independencia belga, obra de Grandmoulin
(De fotografía de Hutin Trampus y C.ª)

SOIGNIES (BÉLGICA)

MONUMENTO AL TRABAJO

OBRA DE GRANDMOULIN

Bélgica es, sin disputa, una de las más ricas y florecientes naciones de Europa; y su riqueza y su florecimiento se deben única y exclusivamente al trabajo perseverante de aquel pueblo que, admirablemente gobernado, se ha convencido de que el bienestar de un país no se consigue con empresas guerreras, con brillantes conquistas, sino que se logra mucho mejor y de una manera más sólida dedicando todos sus esfuerzos al fomento de la instrucción, de la agricultura, de la industria, en una palabra, de todas las actividades humanas que para su desenvolvimiento exigen ante todo la paz.

El monumento que en esta página reproducimos es una hermosa alegoría del modo de ser del pueblo belga, y le da mayor importancia el hecho de haber sido inaugurado con motivo del 75.° aniversario de la independencia de Bélgica. No es un monumento á un gran conquistador, á un general victorioso, ni siquiera á un político ilustre ó á un pensador profundo; es un monumento erigido al Trabajo, simbolizado por un cantero, como representación de una de las industrias más importantes de Bélgica, que, empuñando el martillo y apoyándose en la piedra que se dispone á desbastar, se alza sobre un zócalo, en el cual se leen las dos fechas: 1830-1905.

La ejecución del monumento había sido confiada al eminente escultor Constantino Meunier; pero habiendo éste muerto sin poder realizarla, fué confiada á su discípulo Grandmoulin, que ha hecho una obra hermosa por su sobriedad y sencillez al par que por su vigorosa expresión.

LOS RESTOS

DEL GENERAL KONDRATENKO

Á BORDO DEL «MÜNCHEN»

El general Kondratenko, que fué el organizador inteligente y fértil en recursos de la defensa de Puerto Arthur y cuya gloriosa muerte, acaecida en los últimos días del sitio, fué una pérdida irreparable para aquella plaza, ha recibido cristiana sepultura en San Petersburgo. Sus restos, conducidos á



LOS RESTOS DEL GENERAL KONDRATENKO, EL HÉROE DE PUERTO-ARTHUR, Á BORDO DEL VAPOR «MÜNCHEN» QUE LOS CONDUJO Á ODESSA. LA VIUDA DEL GENERAL, SU HIJO Y OTROS INDIVIDUOS DE LA FAMILIA DEL GENERAL, JUNTO AL FÉRETRO DEL MISMO. (De fotografía.)



CONCURSO GIMNÁSTICO EN EL VATICANO. – S. S. EL PAPA PÍO X DANDO LA BENDICIÓN Á LOS GIMNASTAS. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

bordo del vapor alemán *München*, llegaron á Odessa el día 1.° de este mes, siendo desde allí trasladados á San Petersburgo, en donde fueron enterrados el día 8.

La ceremonia del entierro fué grandiosa y solemne; la fúnebre comitiva fué presidida por los grandes duques Vladimiro, Pedro Nikolaievitch, Nicolás Nikolaievitch y Sergio Mikailovitch, y en ella figuraban diez carrozas completamente llenas de coronas. Detrás del féretro iban la viuda y el hijo de Kondratenko. Una multitud inmensa presenció el cortejo en actitud de gran recogimiento y profundamente conmovida.

El cadáver del héroe de Puerto Arthur fué inhumado en el convento de San Alejandro Newski.

CONCURSO GIMNÁSTICO EN EL VATICANO

Los ejercicios deportivos han recibido últimamente una suprema consagración, la del Sumo Pontífice, que ha autorizado las carreras de bicicletas, las carreras á pie y los ejercicios gimnásticos en los jardines del Vaticano. La presencia de Monseñor Merry



EL VOTO, cuadro de Chartran (Museo del Luxemburgo)



La célebre actriz alemana JUANA MEYER, en el papel de Astarté del «Manfredo» de Byron.

Retrato pintado por Gabriel Max para la Galería de Artistas Dramáticos de Munich.

del Val, secretario de Estado, ha dado á este concurso un carácter casi oficial.

La fiesta fué organizada por 40 sociedades de deporte italianas, y en ella tomaron parte 500 individuos, entre los cuales se distribuyeron 250 medallas de oro, de plata y de bronce y un premio de honor. Los ejercicios duraron cuatro días y terminaron con una recepción, en la que el papa pronunció un discurso encomiando la educación física, que dispone el espíritu para la realización del bien moral, y bendijo á cuantos en el concurso habían intervenido.

Ha llamado mucho la atención el hecho de que entre las banderas de las asociaciones gimnásticas había muchas tricolores italianas, y de que entre los profesores de gimnasia figuraban no pocos que ostentaban en su pecho medallas ganadas en la guerra de la independencia y unidad de Italia. Era esta la primera vez que tales emblemas se mostraban en el Vaticano; todos, sin embargo, han participado por igual de las atenciones de Su Santidad; todos han recibido de sus augustas manos la bendición pontificia, confirmándose así una vez más la alteza de miras, el espíritu abierto, el ansia de amor y paz del sabio y virtuoso papa que actualmente se sienta en el solio de San Pedro.

RANAVALO

EX REINA DE MADAGASCAR

La que fué reina de Madagascar y hoy vive en Argelia, en donde la tiene desterrada, por decirlo así, el gobierno francés, que le arrebató su reino y la despojó de su corona, se encuentra actualmente en París. La estancia en aquella capital constituye para la ex soberana la realización de su sueño dorado, y mientras permanece en ella goza lo que no es decible recorriendo tiendas, comprando todo lo que le permite la modesta pensión que tiene señalada y admirando con curiosidad y ansias infantiles aquello que por la escasez de sus recursos no puede adquirir.

El gobierno tiene con ella delicadas atenciones: el presidente de la República le envió algunas piezas cobradas en su primera cacería de la presente estación; el ministro de las Colonias M. Clementel organizó en su honor una recepción en el pabellón de Flora y le comunicó la agradable noticia de que su pensión en lo sucesivo sería, en vez de 30.000, de 50.000 francos anuales, y el ministro de la Guerra ha ido á ofrecerle sus respetos.

La ex reina Ranavalo, á quien acompañan en este viaje su tía la princesa Ramazindrazana, su sobrina María Luisa y el aya de ésta, la señora Delpeux, se hospeda en una modesta casa de Saint Germain, en las inmediaciones de París.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 684, 688 y 689)

Tarantilla.—Héctor Ximenes figura entre los más justamente renombrados escultores italianos; sus obras son movidas, sus figuras son animadas y en sus líneas se advierte esa elegancia, esa viveza que constituyen la característica de la plástica moderna. Véase en prueba de ello *Tarantilla,* que tantos elogios ha merecido con ocasión de haber figurado en la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia; aunque no tuviera otras condiciones de belleza, la sola expresión de esa cara risueña, gozándose en la sorpresa que ha producido al quitarse la espantosa máscara, bastaría para acreditar de maestro consumado al que ha sabido modelarla.

Juana Mayer en el papel de Astarté del «Manfredo» de Byron.—En el año 1898, para conmemorar el 25.° aniversario de la inauguración del Teatro de la Corte, de Munich, creóse en él una Galería de Actores, en la cual figuran las más famosas estrellas del arte escénico alemán, retratadas por los más célebres pintores. A esta galería pertenece el retrato que reproducimos: representa á la notable trágica Juana Mayer en uno de los papeles que más contribuyeron á su gloria, el de Astarté del *Manfredo* de Byron, que estrenó en aquel teatro el día 27 de mayo de 1869. La obra de Gabriel Max es digna de su autor, que con razón se ha conquistado uno de los primeros puestos entre los retratistas alemanes.



Ranavalo, ex reina de Madagascar. (De fotografía.)

El voto.—Las obras artísticas que además de ser gratas á los ojos penetran hondamente en nuestro espíritu y despiertan en él sensaciones más intensas que las que suele producir la simple belleza de forma, cumplen uno de los fines más elevados del arte. El cuadro de Chartrán pertenece á este género de composiciones, pues en ella, aparte de lo que pudiéramos llamar elemento pintoresco, admiramos el elemento psicológico, que tan bien ha sabido tratar el pintor en cada uno de los tres personajes que en el lienzo figuran.

Espectáculos.—Barcelona. – *Teatro Principal.* – Ha comenzado la temporada con los mejores auspicios. El reputado pintor Sr. Graner ha organizado una serie de espectáculos-audiciones que se ha inaugurado con *El compe l'Arnau* y tragedia *Alkestis,* de Eurípides. *El comte l'Arnau* es una visión legendaria en cuatro cuadros, para la cual han escrito don José Carner un libro lleno de poesía y D. Enrique Morera algunos números de música verdaderamente inspirados y ajustados á la acción del poema, y han pintado hermosísimas decoraciones los reputados escenógrafos Sres. Junyent (O.), Moragas y Alarma, Urgellés y Vilumara. La interpretación de los personajes corre á cargo de la Srta. Ferrer y de los señores Puiggarí, Capdevila, Balot, Giralt, Bataller y Bosch. El espectáculo resulta bellísimo bajo todos conceptos, y en su presentación se ha acreditado una vez más como excelente director escénico el notable artista D. Adrián Gual.

La tragedia *Alkestis* ha sido admirablemente traducida en verso catalán por D. Salvador Vilaregut y puesta en escena con gran propiedad, también bajo la dirección del Sr. Gual. El Sr. Lambert ha compuesto algunos coros llenos de carácter é inspirados en una composición dórica, que se cantan en las escenas más culminantes de la obra. En la ejecución de ésta se distinguen las Srtas. Ferrer y Baró, y los Sres. Puiggarí, Giménez, Capdevila y Balot. La decoración de los Sres. Brunet y Pou es de tonos simpáticos y de bien entendida perspectiva.

Teatro de Novedades. – La compañía del eminente actor italiano Sr. Ferruccio Garavaglia, después de terminadas sus funciones en el Eldorado, en donde estrenó últimamente *La festa del grano,* traducción de *La festa del blat,* de Guimerá, ha dado una corta serie de representaciones en este teatro, obteniendo el citado actor nuevos y ruidosos triunfos.

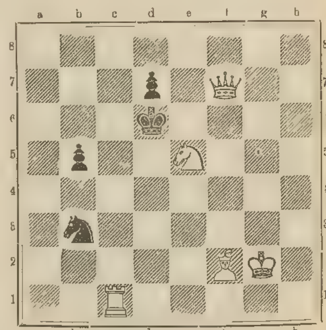
Associació Wagneriana. – El día 18 efectuóse la sesión inaugural del curso de 1905-1906, en la que después de una conferencia preliminar de D. Joaquín Pena, la señorita Marcé y los Sres. Colomé, Vilalta y Boadella cantaron con mucho acierto el primer acto de *Lohengrin,* á excepción de los coros.

El programa de trabajos para el presente curso es amplísimo y sumamente interesante. En él figuran estudios analíticos y temáticos de *Lohengrin, Rienzi* y *Tristán é Isolda;* sesiones musicales wagnerianas en las que se cantarán *Lohengrin, El Ocaso de los Dioses* y *Tristán é Isolda;* conferencia á cargo de los Sres. Clariana, Crehuet, Doménech Español, Gual, Jordán de Urrias, Oliver, Par, Pedrell y Viura; ciclos de Beethoven, que comprenderán series completas de obras de música *di camera* del gran maestro de Bonn; conciertos á cargo del pianista señor Granados, que tocará las obras de Scarlatti recientemente descubiertas; de la Sra. Pichot de Gay, que cantará una serie de *lieders* de Beethoven traducidos al catalán por los Sres. Pena y Viura; y de la Srta. Marcé y del Sr. Colomé, que ejecutarán varios *lieders* de Schumann y Schubert, traducidos asimismo por los Sres. Pena y Viura; audiciones de fragmentos de las óperas *Emporium* y *Brunisenda,* del maestro Morera, y *Garraf,* del maestro García Robles; un concierto de corales religiosos por el organista y compositor señor Mas y Serracant; otros conciertos por el pianista Sr. Perelló y las pianistas Srtas. Campins y Darné, por el «Orfeó barceloní» y por la «Schola Choral de Terrassa.»

AJEDREZ

Problema número 403, por M. Havel.

Negras (4 piezas)



Blancas (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 402, por C. Bayer.

Blancas.	Negras.
1. C e 4 – c 3	1. R e 5 × d 6
2. D g 2 – c 6 jaque	2. Cualquiera.
3. P ó D mate.	

Variantes

1...... T d 7 × f 7;	2. T d 6 – d 5 jaque, etc.
1...... R e 5 – f 4 ó f 5;	2. D g 2 – c 4 jaque, etc.
1...... Otra jugada;	2. D g 2 – e 4 ó × g 3 jaque, etc.



Pasaba los días embutido en un sillón, casi sin poder servirse de los brazos

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

(CONTINUACIÓN)

El anciano consintió en ello de buena voluntad, y ambos fueron á instalarse en la casa de la calle de Bosnieres, Virginia para llevar el cuidado de la casa y Leonardo sin funciones definidas, pero dispuesto á todo por exigencias de su actividad.

En los primeros días que siguieron á su casamiento, el Sr. Mauger encontró en la sociedad de su mujer encanto grandísimo y completamente desconocido para él: sentía placer extremo en hablar con ella, en oirla contar sus aventuras pueriles de pensionista, y en tener junto á sí á aquella niña ignorante de la vida, y cuyas ilusiones y sencilleces le divertían y le admiraban fuertemente. Aquel anciano que desde su adolescencia no había conocido afecto alguno; cuya vida entera se había deslizado sin más cuidado que el de los negocios, ni otro objeto que el de hacer fortuna, sentía germinar en su alma verdadera ternura hacia el ser joven y lleno de gracia que iba á llenar de encanto su ancianidad y á hacer dichosos los últimos días de su vida. Y aquel sentimiento, enteramente nuevo, se traducía en una bondad paternal y en una deferencia afectuosa que sedujeron á Marta y la conmovieron, á la vez que sintió verdadera gratitud hacia aquel cuyo nombre llevaba.

Necesaria había sido la actitud adoptada por Mauger para que la joven se acostumbrara á su nueva existencia. Cuando se encontró á solas, en la casa de la calle de Bosnieres, frente á frente de aquel anciano que le imponía respeto, había sido acometida por un sentimiento de temor, por una impresión de abandono: apenas se atrevió á hablarle, permaneció cortada en su presencia, y se preguntó con espanto si su vida sería siempre la misma.

Cuando Mauger salió, ella buscó á Virginia y le confió sus terrores y su tedio: la buena mujer la consoló y la animó cuanto pudo, no sin compadecerla en su fuero interno.

Marta no resistió mucho tiempo á las atenciones del anciano, y le profesó un cariño filial tan sincero como respetuoso.

Diez y ocho meses después de su casamiento, sin previa indisposición y sin que nada hiciera prever el accidente, Mauger fué atacado súbitamente de parálisis una noche al levantarse de la mesa. El doctor Quesnel, llamado á la carrera, pudo contener el mal, pero el anciano se vió condenado á inmovilidad casi completa. Apenas se podía bajar de la cama; pasaba los días embutido en un sillón, casi sin poder servirse de los brazos, y viéndose obligado á cada instante á reclamar la ayuda de su mujer ó la de Leonardo.

Entonces se congratuló de la elección que había hecho. Marta no se separaba de él ya; lo cuidaba con una abnegación de todos los instantes; pasaba los días junto á él esforzándose en distraerlo, dócil á sus menores caprichos, atenta á prevenir sus deseos, y todo ello sin demostrar nunca ni disgusto ni impaciencia, siempre alegre, siempre sonriente, dichosa en demostrar al enfermo su gratitud por el bien que él le había hecho.

Así es como Quesnel la había conocido.

Al principio había sentido por ella tierna simpatía, hija de la conmiseración y de la piedad hacia aquella juventud sacrificada. Luego, en fuerza de verla casi todos los días, de vivir, por decirlo así, al lado suyo, seducido por el encanto ingenuo de sus grandes y negros ojos, la había deseado, ajeno á todo cálculo de interés, por ella misma, por curiosidad también, como se desea una fruta rara y hermosa, tanto más cuanto más difícil parezca poderla coger. Ponía extraña voluptuosidad en perturbar aquella alma, tan serena y tan plácida en la apariencia; en hacer nacer el deseo en aquel frágil cuerpo de joven, en enseñar á aquella esposa virgen la ciencia del amor, deliciosa y fatal, de la que no debía sospechar aún nada.

Se arriesgó, con discreción, á dirigirle algunos cumplidos, y dijo á Marta, en frases de doble sentido, la impresión que había producido en él; pero ella pareció no comprenderlo y acogió riéndose sus declaraciones. Entonces se decidió él á precipitar las cosas, á fingir un amor profundo, á demostrar una pasión.

La señora de Mauger, verdaderamente turbada, le impuso silencio; pero ingenua y sin experiencia alguna, se apresuró demasiado á defenderse. Quesnel dedujo de ello que Marta lo quería y que no rechazaba sus pretensiones sino por el hecho de estar casada, pero que en otras circunstancias las hubiera acogido favorablemente.

IV

El doctor Quesnel, fiel á su resolución, no dejaba escapar ocasión alguna de encontrarse á solas con Marta, de repetirle que la quería, de persuadirla que desconocía sus propios sentimientos, y de que, al rechazar su amor, causaba la desgracia de ambos y destrozaba sus corazones.

Insensiblemente, sin que ella lo advirtiera, sin que pensara siquiera en defenderse, tan imposible le parecía el caso, aquella persuasión iba penetrando poco á poco en su espíritu, se iba infiltrando en él lentamente casi sin saberlo, produciendo el efecto anhelado por Quesnel y asegurado por él un día y otro. La señora de Mauger le imponía silencio, pero con menos irritación: ya no se reía de sus volcánicas declaraciones, y á veces ni aun conseguía disimular el placer que le producía escucharlas y leer en los ojos del doctor la ardiente pasión de que lo creía animado.

¿Qué cosa más natural para aquella joven de veinte años, privada de todas las alegrías del mundo, que dar oídos á las palabras de un joven de agradable presencia, el único que había conocido, que la llevaba con tanta suavidad por sendas encantadoras al descubrimiento de su propio corazón?

De otra parte: ingenuamente sencilla, salida del convento para casarse con un viejo que sólo tenía para ella la ternura respetuosa de un padre, Marta no comprendía con exactitud lo que el doctor esperaba de ella. Pensaba, de un modo vago, que le pediría de pronto algo más que el cambio de sentimientos; pero ¿qué sería ello? Algo malo sospechaba, pero nada se precisaba en su espíritu.

Por la noche, cuando se encontraba sola en su estancia, interrogaba á su conciencia. Veníanle á la memoria recuerdos religiosos. ¿No estaba casada con el Sr. Mauger, y ante el sacerdote que los había unido no había jurado ella fidelidad á su esposo acep

tando libremente el juramento? ¿No era ser ya infiel dejarse querer de otro?

La vigilancia de Leonardo, que con frecuencia interrumpía sus conversaciones con el doctor, la asustaba y contribuía á aumentar su turbación. Era preciso que ella estuviera en peligro para que Leonardo velara por ella con cuidado tan solícito. ¿Es decir, que Quesnel que pretendía amarla?..

Todos aquellos pensamientos, todas aquellas dudas que la acometían y se barajaban confusamente en su cerebro, influían en su carácter. Siempre del mismo humor, un tanto alegre, habíase trocado en triste y taciturna. Sin disminuir, precisamente, en solicitud y abnegación para con su esposo, era menos constante en su cuidado: se plegaba con menos docilidad á los caprichos del enfermo, y á veces llegaba el caso de demostrárselo con su nerviosidad ó con algún brusco movimiento de impaciencia, cuando tan dulce era ordinariamente.

Mauger no había dejado de observar aquel cambio y sufría horriblemente, atribuyéndolo al fastidio que producía en Marta la obligación de cuidarlo. Presentía el disgusto que debía sufrir al verse joven y obligada á vivir con un anciano impotente. Se inquietaba por sí con el egoísmo propio de los que sufren, temiendo perder de un solo golpe á aquella niña á quien tanto quería y á su enfermera; pero se hallaba muy distante de suponer la verdad.

Un día, después de su acostumbrada visita, Quesnel, seguido de Marta que lo acompañaba como siempre hasta el final de la escelera, repetía á la joven en tierno cuchicheo las palabras mágicas ya mil veces dichas y sin embargo siempre encantadoras: «La amo á usted con toda mi alma.»

La joven lo escuchaba, aparentemente distraída, ocultando, bajo una calma ficticia, la turbación deliciosa que hacía palpitar su corazón.

Casi inconscientemente, con objeto de prolongar la conversación, Marta bajó las gradas de la escalinata del jardín y tomó, con el médico, la gran avenida que rodeaba la explanada cubierta de hierba fina, hasta la puerta de entrada: ambos marchaban lentamente el uno al lado del otro, ella con la cabeza inclinada y con los ojos obstinadamente fijos en el suelo, él, inclinado hacia ella espiándola, tratando de sorprender el efecto de sus palabras.

Junto á la ventana, adonde se había hecho trasladar tan pronto como se marchó el doctor, el señor Mauger seguía á los paseantes con la vista. Nada escapaba á sus miradas, ni la actitud soñadora de Marta, ni la elocuencia de los ademanes insinuantes de Quesnel. Todo lo comprendió. Sus facciones se contrajeron dolorosamente.

Explicóse, con la clarividencia de los celos, los cambios constantes de su mujer, y el primer sentimiento que le inspiró aquel descubrimiento fué un fuerte movimiento de cólera.

¡Cómo, aquella que había recogido, que él había sacado de la miseria y á la cual había dado su nombre, lo estaba engañando! Se aprovechaba de la circunstancia de que no podía él vigilarla por estar enfermo, para.. ¡Oh, no! Nunca hubiera creído él en semejante infamia. ¡Bah! Su niña era una mujer tan mala como las demás... Y en verdad que no era más que una niña. ¡Tan joven, tan falta de experiencia y tan culpable ya!.. No: era indudable que bastaría advertirla, que bastaría ponerla en guardia contra las asechanzas del seductor, con hacer un llamamiento á su corazón, á su cariño, para preservarla del mal. Esto era lo que correspondía hacer á un padre, y puesto que Marta era su hija...

Al separarse del doctor en la puerta de la calle, Marta levantó la cabeza, vió á su marido junto á la ventana y se puso encarnada al pensar que tal vez hubiera adivinado el objeto de su conversación con Quesnel; pero al ver que el enfermo sonreía y le hacia señas de que subiera y se acercase á él, se disiparon sus temores.

Subió, pues, con ligereza y corriendo los anchos escalones de piedra.

Marta no era hermosa: su traje, de corte provinciano, que llevaba con la falta de soltura de una colegiala que vistiera de largo por primera vez, dibujaba un busto demasiado escueto, una garganta de niña y hombros nada amplios. Sus ademanes denunciaban una torpeza tímida que le restaba la gracia que tenía: sus cabellos negros y estirados descubrían una frente demasiado ancha sobre pobladas cejas; pero sus ojos eran admirables, por lo grandes, lo negros y lo profundos: tenía los dientes muy blancos, la boca pequeña; los labios bien dibujados, carnosos y encendidos, y la nariz fina, de alas movibles.

Animada por la carrera, algo inquieta á pesar del aspecto sonriente de su marido, con las mejillas más encarnadas que de costumbre, á Mauger le pareció bonita, y después de examinarla unos instantes, le dijo de pronto:

—¿Sabes, mi querida niña, que estás hoy arrebatadora?

—¿Nada más que hoy?, replicó Marta, á la que aquel cumplido inesperado y raro puso alegre.

—El paseíto te ha sentado bien, prosiguió el anciano mirando con fijeza á Marta.

Esta tomó su labor con objeto de ocultar su turbación y fué á sentarse á alguna distancia del enfermo. Hubo unos instantes de silencio.

Mauger pareció reconcentrarse en sí mismo, y luego dijo bruscamente:

—Ven á mi lado, Marta.

La joven obedeció.

—Mi querida niña, dijo el anciano con voz temblorosa, haciendo visibles esfuerzos para que resultara firme, aunque tan dulce y paternal como le fuera dable al mismo tiempo. Mi querida niña, ¿por qué no me otorgas más confianza? Tienes una contrariedad, un enojo, un pesar, algo, en fin, que me estás ocultando.

—Te aseguro que te engañas, contestó Marta con timidez; no tengo nada, absolutamente nada.

—¿Por qué vacilas en dirigirte á mí?, continuó el anciano insistiendo; sin embargo, no ignoras lo mucho que te quiero, tanto por ti misma, cuanto por los solícitos cuidados que me prodigas.

—¿Pero qué quieres que tenga? Me quieres, nada me falta, ¿no soy perfectamente dichosa?

—No, mi querida niña. No eres la misma de algún tiempo á esta parte: va desapareciendo en ti aquella alegría que proyectaba rayos de luz sobre los últimos días de mi existencia y que calmaba mis sufrimientos. Tienes horas de profunda tristeza que comprendo y que me afectan profundamente, porque me reprendo á mí mismo ser la causa de ella. A veces tengo algo así como un remordimiento de haberte condenado á la vida que llevas.

—Pues yo te juro que mi mayor alegría es la de consagrarte todos mis instantes, replicó Marta.

Y en aquel momento hablaba con sinceridad. Ante el pesar de aquel anciano que casi se humillaba ante ella, desaparecía todo otro sentimiento que no fuera el afecto real que ella le profesaba: no pensaba en Quesnel ni en las dulces palabras que éste había deslizado en sus oídos.

—Quisiera creerte, replicó Mauger; pero si es como dices, tu tedio reconoce otra causa, y como te niegas á confiármela, yo te la voy á decir.

Marta inclinó la cabeza convencida de que su marido lo sabía todo.

—Ante todo, querida niña, no tomes á mala parte mis palabras. Es tu segundo padre quien te habla en estos momentos, y no el fantasma de tu marido, como por desgracia soy.

Mauger se detuvo un segundo, y luego prosiguió.

—Desde que me aflige esta enfermedad, las circunstancias hacen que te encuentres con frecuencia con el doctor Quesnel: es joven y guapo, y soy el primero en reconocerlo así. Al verte sin experiencia, y quizá también sin otro defensor que un viejo paralítico, te hace la corte, y tú escuchas sus discursos. ¿No es esto verdad?

Marta no respondió.

—No te reprendo nada, nada te censuro. Comprendo que á tu edad sea muy difícil cerrar los oídos á las palabras amorosas y rechazar las promesas de satisfacciones y de felicidad; pero el no cerrarlos es un peligro contra el cual quiero, es más, debo poner en guardia á tu ignorancia. ¿Te has preguntado alguna vez cuáles pueden ser las intenciones de Quesnel para contigo? No, ¿no es cierto? Pues bien, no pueden ser más que dos clases: ó quiere hacer de ti su amante...

Marta quiso protestar de aquella palabra que hería su pudor por las imágenes que evocaba, pero Mauger no le dió tiempo para ello.

—No me interrumpas, niña mía. Soy quizá brutal, pero mi experiencia tiene el deber de abrirte los ojos... O Quesnel quiere hacer de ti su amante, ó, especulando con mi próxima muerte, medita casarse contigo cuando seas viuda, sea porque en verdad te quiera, sea porque confía en que yo te dejaré el todo ó parte de mi fortuna... Si tú condescendieras con sus deseos, si te entregases á él, además de la falta que cometerías con ello, destrozarías tu vida encadenando tu existencia con la de un hombre á quien apenas conoces y de quien ignoras los proyectos... No hablo del disgusto que me darías: ya te lo he dicho; me consideraría como el autor involuntario, pero responsable, de tu pérdida al condenarte á vivir casi como en un claustro, al lado de un viejo impotente.

Su voz se ahogaba en su garganta y tuvo que callarse con los labios trémulos y sollozando.

Marta no pensaba en interrumpirle. Permanecía aterrada y agitada por pensamientos diversos: estaba admirada de que su esposo hubiera podido leer tan claramente en su corazón y conocer sentimientos que ella misma no sospechaba sino confusamente. Sentíase conmovida de las palabras afectuosas de su marido, pero al mismo tiempo herida por el juicio que le merecía Quesnel y por las sospechas injuriosas y gratuitas que había concebido contra el médico, de que algo le parecía que recaía sobre ella. ¿Por qué el anciano no la acusaba á ella también de desear su muerte y de especular con su próxima herencia?

Mauger la observaba en silencio: unos instantes después preguntó con suplicante tristeza:

—¿No me dices nada? ¿Te has ofendido por lo que te he dicho?

Marta levantó la cabeza: sus cejas, que se habían juntado, marcaban en su frente una barra hostil. La joven respondió con sequedad:

—Me habías rogado que no te interrumpiera, y no he hecho más que obedecerte... Me conmueven tus consejos, pero ten la seguridad de que son inútiles: no he concebido hacia el doctor Quesnel los sentimientos que me atribuyes, y si los concibiera, sabría defenderme contra todo arrebato. Además de la gratitud que te debo, estimo en mucho mi dignidad para no rebajarme á ser... lo que has dicho hace poco.

Se guardó mucho de hacer alusión alguna á las acusaciones lanzadas contra Quesnel, á los bajos cálculos que Mauger le atribuía. Hubiera creído fomentar las sospechas de su esposo al tomar la defensa del doctor, porque, en aquel momento, conocía que le amaba, que era el primero que había hecho vibrar su corazón; y era su marido quien, sin sospecharlo, la había iluminado acerca de aquellos sentimientos hasta entonces confusos en ella.

Mauger no se acertaba á dar cuenta de la firmeza con que Marta le había contestado. Tímida de ordinario, se había expresado en términos enérgicos, casi colérica. Aquel era sin duda el indicio de una inocencia que había cometido el error de desconocer.

De ser más psicólogo, hubiera comprendido que la energía de Marta provenía de una causa diferente y más sutil. Una mujer, por joven y sencilla que sea, no permite que se ataquen sus quimeras ni al hombre á quien ama ó á quien cree amar. Hay otra cosa que no perdona nunca: haberse dejado adivinar.

El anciano, deseoso de congraciarse otra vez con Marta, le dijo con ternura:

—Vamos, dame un beso, y no hablemos más de esas tonterías que bullen en mi cerebro.

Marta consintió en ello de buena voluntad, y luego, volviendo á emprender su labor interrumpida, se absorbió en sus reflexiones.

Acosábala una idea fija: habían puesto sobre aviso al Sr. Mauger: habíanle hablado de sus conversaciones con el doctor; pero ¿quién? Un solo nombre acudió inmediatamente á su espíritu. ¡Leonardo! Sí, Leonardo era quien había advertido al anciano; Leonardo era quien la vigilaba de cerca, quien la espiaba según había observado ella, quien surgía de pronto siempre que sus conversaciones con Quesnel tomaban carácter más íntimo... Es decir, que todos se conjuraban contra ella, que todos los habitantes de la casa se coligaban contra su dicha, todos perseguían, todos acosaban su amor inocente, su único consuelo. . ¡Cuán desgraciada era!

Sus ojos se llenaron de lágrimas y en su garganta comprimió un sollozo.

—¿Qué tienes niña, mía?, le preguntó Mauger pesaroso. ¿Te he apesadumbrado hasta ese punto?

Marta no pudo contestar: las lágrimas la ahogaban, y después de todo, ¿qué decir? ¿Confesar que amaba á Quesnel y el dolor que sentía al pensar solamente que en lo sucesivo no debería él hablarle ya de amor ni consentir ella que sus oídos escucharan el murmullo de aquellas palabras, siempre las mismas, pero siempre tan dulces, que la encantaban y la asustaban á la vez?..

—No es nada, articuló con trabajo; me encuentro nerviosa y fatigada.

—Vete á descansar, querida niña: también voy yo á tratar de dormir: si algo necesito, ya llamaré con el timbre á Leonardo.

Marta no se hizo de rogar, y se retiró á su habitación. En el corredor se cruzó con Leonardo; éste, al notar sus ojos enrojecidos, le preguntó con solicitud un tanto ruda:

—¿Qué tiene usted, señora Marta? ¿Es que el señor?..

—Tú debes saberlo bien, repuso Marta con sequedad cerrando de golpe la puerta de su habitación.

Después de un instante de silenciosa meditación, Leonardo se alejó refunfuñando.

Si Leonardo se felicitaba de haber aconsejado á Marta que se casara con Mauger por los beneficios materiales que a ella le producía aquel matrimonio, comenzaba á acusarla de formar cálculos egoístas, sobre todo, desde que el anciano cayó enfermo. Comprendía entonces que Mauger, con el pretexto de hacer una buena acción, se había casado con Marta únicamente para granjearse una enfermera. Convencido de que la joven estaba disgustada de su posición, temía que lo hiciera á él responsable de ella.

El mal humor de Marta al cerrar de golpe la puerta lo confirmó en sus temores, y su resentimiento recayó sobre el Sr. Mauger.

V

Todas las mañanas, mientras que Leonardo levantaba al Sr. Mauger y le hacía el cuarto, Marta bajaba á reunirse con Virginia para darle órdenes respecto á las comidas y regular las cosas de la casa. Luego, cuando el tiempo era bueno, daba una vuelta por el jardín.

Esta era su hora de recreo, antes de empezar su guardia junto al enfermo, guardia que duraba hasta la noche.

En aquellas deliciosas mañanas de primavera, Marta gozaba extremo placer en ir por las grandes avenidas finamente enarenadas, en donde el rastrillo había trazado sus mil rayitas paralelas. Sentíase viva y con el pecho dilatado. Marchaba de prisa, experimentando deliciosa sensación al moverse en medio de aquel ambiente fresco que la saturaba y volvía la calma á su espíritu, fatigado por una larga noche de insomnio.

El aire embalsamaba: las gotas de rocío, semejantes á centelleante pedrería, brillaban sobre las hojas.

Al ahuyentarse las sombras desaparecen las tristezas.

Marta estaba casi alegre. Las resoluciones que tan terribles le habían parecido mientras que se agitaba en el lecho llamando al sueño en vano, la asustaban menos ahora. El gran pesar que había tenido ante la idea de lo que ella denominaba su «ruptura» con Quesnel, le parecía entonces exagerado, casi ridículo.

Llegaba á persuadirse de que no amaba al doctor, de que no lo había amado nunca, y estaba herida en lo más profundo de su alma de que él hubiera pensado en hacerla su amante. En aquella palabra, pronunciada brutalmente por Mauger, que ella se había repetido mil veces con enojo sin comprender bien el sentido, presentía algo de vergonzoso, que hacía germinar en ella fierezas innatas y que mataba el amor en su corazón ignorante y casto.

Después, y por contraposición, se sentía embargada de una imperiosa necesidad de abnegación hacia su marido, de un deseo vivo de demostrarle su gratitud con los cuidados más tiernos y con más solicitud que nunca.

En un arrebato súbito, quiso subir á la habitación del enfermo inmediatamente, por más que sabía que á aquella hora no consentía ordinariamente en recibirla.

Había llegado á lo más recóndito del jardín, á un sitio en que las lilas y los grandes arbustos formaban toldo.

Era el sitio á que acostumbraba ir con su esposo en el verano á pasar las horas más calurosas del día.

El demasiado fresco que sintió allí la decidió á volver á la descubierta avenida. En el momento en que iba á salir de allí, se encontró de manos á boca con el doctor Quesnel.

Al verlo dió un paso atrás.

—¿Le sorprende á usted mi presencia á esta hora?, dijo el médico inclinándose.



Marta se enderezó con viveza y rechazó á Quesnel

—Sí, señor: no tiene usted la costumbre de visitarnos tan temprano.

—Un asunto imprevisto me impedirá venir esta tarde, y como sé que el Sr. Mauger se impacientaría si no me viese, he tomado el partido de adelantar la hora.

—Voy á prevenir de ello á mi esposo.

Marta dió algunos pasos en dirección á la casa. Quesnel la detuvo.

—¡Por favor, un instante!, dijo en tono de ruego. Deje usted que me aproveche de la feliz casualidad que me permite encontrarme á solas con usted. ¡Es una casualidad tan rara!

Marta vaciló. Era indudable que su esposo ignoraba la presencia del médico allí. Quizá le conviniera á ella aprovechar aquella ocasión para romper con Quesnel, para explicarse de una vez para siempre los sentimientos de él para con ella, y para quitarle la esperanza de verse nunca correspondido.

La indecisión de Marta no pasó inadvertida para el doctor, el cual dijo:

—Es de absoluta necesidad que usted me escuche. ¡Por favor, tenga usted piedad de mí! Va en ello mi felicidad, va en ello mi vida.

—Cállese usted, caballero: ni le permito á usted que me hable así, ni lo creo á usted.

—¡Que no me cree usted! ¡Que no cree usted que la amo, que la adoro!.. ¿Por qué me dice usted eso, Marta? ¿Ha querido usted ponerme á prueba, no es verdad? ¿Por qué ha de negar usted mi amor cuando yo sé que usted cree en él y que le corresponde?

—Desengáñese usted, caballero, repuso Marta con frialdad, muy serena y muy dueña de sí misma. Yo no lo amo á usted y me ofenden sus declaraciones. He hecho mal en darle oídos hasta ahora. Desde el primer día he debido imponer á usted silencio y prevenir de ello á mi marido.

—¡Que yo la ofendo á usted!, murmuró Quesnel, desconcertado por el tono firme de Marta.

—Sí, me ofende usted... ¿Qué es lo que usted espera de mí? ¿Qué me pediría usted si yo fuese tan loca que me dejara persuadir de sus palabras? ¡Que fuese su amante!

Quesnel permaneció algún tiempo sin contestar: aquel cambio brusco, aquella defensa enérgica, lo habían despistado.

¿Quién había tomado por su cuenta despertar las sospechas de Marta, ponerla en guardia y disipar la inocente sencillez que el día antes había notado aún en ella?

Rehízose en seguida y tomó el partido de simular indignación.

—¡Mi amante!, exclamó. ¿Cómo ha podido usted pensar semejante cosa, Marta? ¡Usted á quien honro lo mismo que á una santa; usted, cuya imagen no se ha mezclado nunca en mi imaginación con un pensamiento impuro; atribuirme usted semejantes designios! ¿Es posible que tan mal me conozca usted?.. Pero no: semejante idea no es suya, se la han sugerido á usted para aniquilarme en su pensamiento, para desligarla de mí.

—Y aun cuando así fuera, ¿qué?, exclamó Marta.

«Henos ya en el terreno,» pensó Quesnel, felicitándose de haber provocado en la joven aquella confesión.

Marta continuó:

—¿Qué importa que me hayan abierto los ojos respecto á usted, que me hayan demostrado que al ceder á sus ruegos no haría otra cosa que perderme, que engañar al hombre honrado á quien lo debo todo, que me salvó de la miseria cuando me encontraba sola y sin recursos, que me dió su honrado nombre, á mí, la hija de un suicida?

Marta pronunció aquellas palabras precipitadamente, como una lección aprendida de memoria, de la cual se tiene prisa en descargarse.

Quesnel adoptó la actitud del hombre abrumado, y repuso, dando á su voz las inflexiones más dulces y poniendo en ella toda la persuasión posible:

—Marta: la han engañado á usted, y los que le han dicho que yo trataba de cometer una mala acción, no conocen, no pueden conocer, lo que yo la amo á usted. Sin embargo, han conseguido, celosos sin duda de mi dicha, perderme en el concepto de usted... ¡Pobre amor inocente que yo guardaba como preciado tesoro, como una flor delicada, en el secreto jardín de mi corazón!.. ¿Acaso no es posible amar sin pensar en el materialismo de los placeres? Dos almas un poco elevadas que se comprendan, ¿no pueden vivir en una intimidad perfecta, fraternal, absoluta y exenta de amargura sin que un pensamiento malsano venga á atormentarlas nunca? ¿Le he pedido yo á usted otra cosa, Marta, que corresponder á mi ternura y participar conmigo de la rara felicidad de amar y de ser amada?

Marta se sentía vacilante, reconquistada contra su voluntad por el encanto hechicero de aquella voz cuyas ondas la envolvían como una caricia, y protestó débilmente.

—¡Pero si yo no tengo el derecho de amarlo á usted, si no lo amo!..

(Se continuará.)

LA CARICATURA EN ESPAÑA.—Tur.—Karikato.—Cilla

TUR

Tur ha recorrido medio mundo, y en Filipinas, en tiempos que aquello nos pertenecía, enseñó á mucha gente á dibujar bien y con gusto. Regresó á España y sus trabajos muéstranse por todas las Revistas. Es un inventor también, puesto que ha llevado, con procedimientos ingeniosos, la caricatura al cristal. Y esto creo que es lo que más le ha producido. Con buen acuerdo buscó en su arte, que él interpreta con elegancia y sin imitar á ningún otro artista, mayores horizontes, donde la competencia fuese menor y la originalidad más grande. Decoró con dibujos en el cristal uno, dos, tres establecimientos de Madrid. ¿Pero es que en el honrado comercio de esta corte hay muchas personas de gusto que quieran atraer clientela gastándose algunos miles de pesetas en exponer bien sus géneros? ¿No hay delito, ni habrá



Vicente Tur

disgusto alguno por parte ajena, si nos atrevemos á confesar que en esto, como en todo, se sigue la tradición?..

Y no es suficiente, por lo visto ya, que viajen algu-



Pintura: ¡Qué miniatura!

nas personas y visiten capitales de Europa donde todos los días se transforman los comercios, acicalándolos, vistiéndolos de nuevo con modernos trajes, igual que á las personas, sin que los dueños se detengan para nada en lo que el cambio necesario costará.

De Madrid partió á Barcelona Tur en busca de más gusto, creo yo, que en la corte.

No abandona, sin embargo, sus caricaturas en periódicos, y casi todas las semanas, al abrir una Revista de aquí ó de allá, veo yo un «mono» ó dos del antiguo amigo Tur, caricatura que acojo con simpatía. Y siempre los sencillos y modestos trazos del trabajo del joven artista traen á mi memoria, en añoranza, toda nuestra dulce, querida, imborrable bohemia de años que murieron, de aquellos tiempos en los que conocimos, como una prolongación ó apéndice de Tur, á la india Lao, traída de Oceanía, sombra terrible de editores y cajeros, y hada bienhechora, doncella y cobradora del artista. En todas las redacciones ya conocían á Lao. La primera vez presentábase humilde con un envoltorio entre sus manos lleno de dibujos del «amito.» Los dejaba y á las cuarenta y ocho horas volvía; pero ya menos sumisa y con el recibo para el cobro. Si no había dinero—cosa sensible que ocurre muchas veces en algunas Revistas—no sin protestar marchábase Lao; pero no para siempre, como alguien deseaba. Pasada una sola fecha veíamos de nuevo á la sirvienta de Tur... constituída en la sombra del cajero ó del director.



Karikato

Y no había más camino que pagarla siempre. ¡Lao y Tur!.. Para mí eran los dos como una sola personalidad bien completa y muy digna de imitarse por todos los artistas.

Yo hoy, al dedicarle al dibujante estas líneas afectuosas, no quiero olvidar á su discreta colaboradora y compañera de bohemia, ya que imagino, y no sé por qué, que á estas fechas la fuerte, temible y antigua sociedad no existe...

KARIKATO

Aunque Villar, que así se llama *Karikato,* fuera un artista detestable, sin pizca de gracia ni gusto, yo le estimaría como hoy le estimo: mucho. Úneme á él una franca y buena amistad, y en él admiro su modestia extremada, su trato exquisito y por último su exacta manera de juzgar y ver las cosas.

Villar es un desapasionado que no cree, dentro de su esfera, ni en él mismo. Y ¡caso insólito!, no critica jamás las obras del prójimo; deja decir á todos, y ya como término de una conversación, de cumplido, al final de ella abre su boca y... ni dice blanco ni negro; todo quedará como estaba al principio.

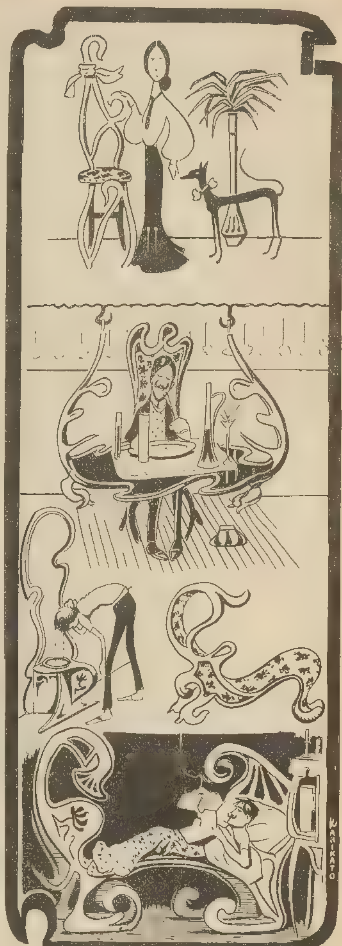
A *Karikato,* á esta excelente persona, no le saca de sus casillas ni el mismo Mata, otro artista notable que es el hombre que todo lo discute con sana pasión .. para matar el tiempo.



Escultura. ¡Oh, escultural!

Pero Villar, como caricaturista, tiene talento y gracia. ¿Queréis una prueba? Pues recordad que todas las semanas, desde hace diez años, viene ilustrando el artista en el *Nuevo Mundo* la crónica de Taboada.

¡Diez años! ¡Novecientos se senta y pico de dibujos graciosos siempre!, ¿no es gallarda muestra del ingenio—cuando su fama de día en día aumenta—de un caricaturista?



Los muebles modernistas, caricatura de Karikato

Y Taboada, que en estas cosas de gracia verdad, sin tártago, ve mucho—es el primero, el único de nuestros escritores cómicos,—tiene por *Karikato* una notable predilección. Los libros de este escritor excepcional, y ahora aparecerá uno, *Siempre alegres,* como las crónicas del periódico, también van ilustrados por el amigo artista.

La gracia de las obras de Villar no es rebuscada, y esto se observa fácilmente en todos sus dibujos, de los cuales algunos son profundas caricaturas de nuestras malas y caducas costumbres. Las niñas cursis, los pollitos hueros, los padres presuntuosos y ridículos, todo lo habréis visto bien representado en las láminas compuestas por Villar, que une á su modestia un talento clarísimo.



Arquitectura: ¡Monumental! (Caricaturas de V. Tur.)

CILLA

Aquí está Cilla. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA conocen desde hace tiempo sus trabajos. Publicamos hoy su retrato.



CILLA















CARICATURAS DE CILLA

Cilla es un amable burgués; todo en su casa y vida lo demuestra. Pero este burgués en otro tiempo, hace unos lustros, tuvo que trabajar sin descanso para todas las Revistas que en España se publicaban. Entonces, cuando el *Madrid Cómico* era popular, el redactor artístico de este semanario alcanzó una fama enorme, única; y de ella vive.

Ganó también, según él confiesa, unos quince mil duros, que aumentados después con negocios de Bolsa y herencias de familia, han sido la primera piedra y constituyen hoy base de la felicidad de este simpático artista.

¿Sus dibujos? ¿Quién no los recuerda? Cilla tiene en su magín seis ú ocho tipos siempre iguales que á todos nos interesan mucho: el cesante, el maestro de escuela que poco á poco va cobrando sus débitos, el torero, la chula, la vieja, el señorito almidonado... Y no hay más. El dibujante los ha llevado á las planas de los periódicos con gracia y con todos los detalles bien concluídos... Un público numeroso y bueno los ha aplaudido. Estimemos á Cilla...

MANUEL CARRETERO.



El nuevo Teatro Municipal de Nuremberg, construído por el arquitecto berlinés Enrique Seeling

Este nuevo teatro es digno, según puede verse en el grabado, de la ciudad que fué cuna de los célebres *Meistersanger*. Grandioso y elegante en su conjunto, contiene en sus fachadas detalles artísticos de gran valía, mosaicos, relieves, estatuas, grupos escultóricos, debidos á los más famosos artistas y que representan escenas ó personajes de obras de Wagner, homenaje debido al gran maestro que ha glorificado Nuremberg en una de sus mas hermosas partituras. Interiormente, ofrece todas las comodidades, sobresaliendo por su riqueza y buen gusto el vestíbulo y la sala de espectaculos. El escenario, que cierra un hermoso telón de boca, está dotado de todos los adelantos de la escenografía moderna.

El coste del teatro ha sido de 3.700.000 marcos (4 625.000 pesetas). Nuremberg, según el último censo, tiene una poblacion de 261 081 almas. Compárense estas dos cifras entre sí: hágase luego la comparación con otras capitales, que no hemos de nombrar, y sáquense las consecuencias, que son bien tristes para el arte en primer término y de rechazo para otras muchas cosas, ya que en las grandes urbes todo cuanto significa cultura y progreso suele estar á la misma altura.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 30 de octubre de 1905 — Núm. 1.244



DÍA DE DIFUNTOS, dibujo de José Triadó

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la serie del presente año, que es EL LIBRO DE ORO DE LA VIDA.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

La Comedia, la Princesa y el Español tienen ya abiertas de par en par sus puertas: lo que hace falta ahora es que por ellas entre el público, cosa que, á juzgar por los comienzos, no ha de ser tan fácil como á simple vista parece.

La primera inauguración ha sido la del teatro de la Comedia. Púsose en escena aquella noche *La loca de la casa*, y vimos, desempeñando el papel de protagonista, á Rosario Pino. La linda y excelente actriz, completamente restablecida de su penosa enfermedad, puede contar la noche de la inauguración de la temporada en la Comedia como uno de sus mayores triunfos. El papel de Victoria abunda en delicados matices y en exquisitos pormenores psicológicos que la Pino hizo resaltar con arte primoroso. Esbelta, elegante, con suavidades de acento que llegaban insinuantes hasta el corazón del espectador, pasó por la comedia de Galdós derramando á manos llenas flores de tierna y dulce poesía.

Por desgracia, sus compañeros en la interpretación de *La loca de la casa* se quedaron á muy larga distancia de la actriz. El mismo Borrás no acertó á traspasar los límites de la discreción.

Pocos días después de la fiesta inaugural comenzó la serie de los estrenos, y con el primero empezó Cristo á padecer.

Sabido es que hay muy malas lenguas y que, unas consciente y otras inconscientemente, no se dan punto de reposo en la poco caritativa tarea de maltratar al prójimo. Según Ramos Carrión, cuya es la obra á que se refieren estas líneas, todos somos «redactores orales» de *La crónica escandalosa*, «periódico hablado» que corre de boca en boca abultando unas veces los sucesos, inventándolos otras é inclinándose siempre á dar por cierto lo peor. «La crónica escandalosa,» que es por decirlo así el órgano oficial del gran «Galeoto,» causa víctimas sin cuento, entre ellas Celeste, una joven muy romántica, pero muy formal, y Fernando, un hombre de mucho talento y muy buena persona. Celeste y Fernando se amaban; pero una calumnia que el autor no nos dice cuál fuese, hizo que sus relaciones se rompieran. Celeste, fiel á su amor, permanece soltera, pero Fernando se casa, y con tan poco acierto elige esposa, que al cabo de pocos años tiene que separarse de ella. En un balneario se encuentran los dos amantes; Celeste cree viudo á Fernando; reavívase el fuego no extinguido de su amor; pero cuando descubre su engaño y averigua que la mujer de Fernando vive, rechaza la proposición que éste le hace de casarse con ella, nacionalizándose en un país en donde existe la ley del divorcio, y sacrifica su amor en aras de su fe y de sus deberes de mujer cristiana.

Tal es, brevemente contado, el argumento de la comedia de Ramos Carrión, obra de corte un tanto anticuado y de escaso interés, pero que de seguro no habría sido tratada con tanto rigor si los intérpretes de ella, de Borrás para abajo, no la hubieran *ejecutado* en el sentido jurídico de esta palabra.

Tampoco la fortuna ha favorecido al de la Princesa. En la función inaugural de este teatro se estrenó la traducción de la comedia de Giacosa titulada *Tristes amores.* Más triste que estos amores fué la manera que el público tuvo de acogerlos; que nada más triste en el teatro que la risa del público cuando el autor se propone hacerle llorar.

Este efecto debió producirlo, no la obra, que está bien construída y que revela ingenio, honradez artística y conocimiento del teatro, sino su desastrada interpretación. En esta comedia desempeñaron papeles importantes racionistas á los que quizás habría venido un poco ancho el decir sin trabucarse, verbigracia: «La señora está servida.» Matilde Moreno y Paco Ortega, que son los dos artistas de más cartel que hay en la Princesa, no entendieron tampoco los caracteres por ellos representados, ó si los entendieron no acertaron á darles vida. En fin, aquello fué un desastre. Ciertamente, si las compañías de los grandes teatros madrileños no mejoran mucho, el público acabará por desertar totalmente de ellos para llenar los de género chico, en donde las obras suelen ser detestables, pero donde las compañías son más completas y mejores que las de género grande.

Especialmente la de Lara es inmejorable: las obritas que allí se ponen en escena, por endebles que sean, se representan á la perfección, y el público que llena todas las noches el lindo teatro de la Corredera sale siempre de él complacido y regocijado. Para Balbina Valverde no pasan los años: su incomparable naturalidad, su gracia y su ingenio, ahora como siempre, se llevan de calle á los espectadores; actrices excelentes son también la Rodríguez, la Ruiz, la Domus, la Alba, que juntamente con Rubio, Simó y Barraycoa constituyen un admirable conjunto, con el que ha venido á sumarse el talento de Palanca, que ha dejado en el Español un vacío muy difícil de llenar.

También han empezado en Lara los estrenos. El primero ha sido el de un sainete de Gabriel Briones titulado *Baile de cabezas*, que entretiene agradablemente al público y que es desempeñado con primor.

La solemnidad teatral más grande en estos comienzos de temporada es la inauguración del teatro Español. Había que ver la sala del «clásico coliseo» la noche del 21. En plateas, palcos y butacas lucían su belleza y elegancia las mujeres más distinguidas de Madrid, y no faltaban tampoco los hombres más conocidos en los círculos elegantes, artísticos y literarios. La obra elegida para la fiesta inaugural fué el drama trágico de Calderón *El médico de su honra.* Nada hubo que pedir al decorado, á la indumentaria, á la *mise en scene.* La imaginación se trasladaba sin esfuerzo al siglo XIV, veía las moriscas estancias del Alcázar de Sevilla, los jardines frondosos de las orillas del Guadalquivir, las tortuosas callejuelas de la capital andaluza y sus caserones señoriales. No hay dificultad que Fernando y María, artistas de exquisito gusto, no venzan para que las obras por ellos representadas alcancen la mayor perfección posible. Un pintor podría hacer hermosos cuadros solamente con copiar los que presentan en la escena los directores del Español.

El médico de su honra es uno de los dramas más duros, ásperos y rígidos del autor de *La vida es sueño.* Aun en la misma época en que el autor lo escribió, el fanatismo que por su honor siente Gutierre debió de parecer exagerado. Cierto que la tradición nos conserva el recuerdo de hombres tan ferozmente celosos de su honor conyugal como el Veinticuatro de Córdoba, el cual enterado de los engaños de su esposa, la degüella, mata también á su cómplice, á los criados de la casa y hasta á un loro, para que no haya lengua que pueda repetir la historia de sus desdichas. Pero el Veinticuatro de Córdoba tenía la evidencia de su deshonra y Gutierre Alfonso la tiene de que su esposa es inocente, y sin embargo la asesina, y no por sus manos en un momento de furor, como Otelo, sino calculando fríamente el medio de matarla sin que pueda sospecharse que él es el matador.

Conocido es el argumento de este drama cruel y sombrío como ningún otro de Calderón. D. Gutierre Alfonso se ha casado con una noble dama sevillana llamada Mencía. A esta señora la había cortejado en vano, de soltera, D. Enrique de Trastamara, porque, como ella misma dice al infante,

> ...es para dama más
> lo que para esposa menos.

Cierto día, D. Enrique, herido á causa de la caída de un caballo, es conducido por sus criados á la quinta en que vive Mencía con su esposo. Al verla casada, exáltase su antiguo amor, y días después, aprovechando la ausencia de Gutierre y sobornando á una criada, el de Trastamara logra entrar en la casa de Mencía. Sobreviene el marido, huye el infante perdiendo su daga, y comienzan las dudas y celosas cavilaciones de D. Gutierre. Más que sus celos le preocupa la idea de su honor, no manchado, sino eclipsado por mentirosas apariencias. Pero él no necesita ver nada para castigar sangrientamente á su esposa, porque hombres como él

> no ven, basta que imaginen,
> que sospechen, que prevengan,
> que recelen, que adivinen,
> que... no sé como lo diga,
> que no hay voz que signifique
> una cosa que no sea
> un átomo indivisible.

En virtud de estas prevenciones decreta el feroz D. Gutierre la muerte de su esposa, y para cumplirla de modo que no dé lugar á sospechas de asesinato, busca á un sangrador y le obliga á que haga á doña Mencía una sangría suelta.

Con razón dice el conde de Schack hablando de *El médico de su honra* «que es esta una tragedia horrible, repugnante y ofensiva á nuestras ideas, pero vaciada en el molde de las morales, reinantes entonces en España, con arreglo á las cuales el sentimiento del honor degenera en verdadero fanatismo.»

El efecto que la representación del drama causó en el público fué de horror, no de horror trágico que al mismo tiempo que nos aterra nos deleita, sino de ese sentimiento de espanto en el cual entra por mucho la repugnancia. A una señora le dió un accidente durante la escena del sangrador, y la verdad es que el caso no era para menos.

Después del golpe que el bueno de Sardou dió á nuestro *Don Quijote*, le ha asestado otro aún más formidable el poeta Richepin. ¡Pobre hidalgo manchego, padeciendo siempre desafueros y tropelías! Y la última que se le ha hecho ha sido morrocotuda. Según se desprende de lo que escriben los críticos de París, el *Don Quijote*, drama heroi-cómico estrenado recientemente en la Comedia francesa, es una especie de burda pantomima en que se desvirtúan y falsean los caracteres del hidalgo ingenioso y de su escudero Sancho, y en que se hacen mangas y capirotes del libro inmortal.

Entre otros desatinos del poeta francés, es uno de ellos el de hacer á Don Quijote tío de Dorotea y á ésta amante de Cardenio. En el primer cuadro don Fernando roba á Dorotea, y de esta escena arrancan todas las demás de la ridícula farsa.

Merece leerse lo que los periódicos franceses dicen de la *mise en scene* de este *Don Quijote* adulterado. Dorotea sale de sombrero calañés, los cuartos de las posadas son elegantes camarines moriscos y los molinos manchegos agitan sus aspas sobre montones de rocas.

Es triste cosa que nuestros vecinos, cuando hablan de España, la conviertan en un país de pandereta. Un escritor de los que dan cuenta del estreno, al hablar del robo de Dorotea dice que fué robada á la luz de la luna y al son de guitarras, según *(sic)* la moda española. Según se ve, para el articulista francés es entre nosotros cosa corriente robar á las muchachas al compás de guitarras y bandurrias.

De este concepto que de nosotros tienen los franceses, alguna culpa nos alcanza á los españoles. Lo que aquí ensalzamos más es todo lo que se refiere al *flamenquismo.* Sin ir más lejos, momentos antes de escribir las presentes líneas he leído en un periódico de gran circulación un artículo necrológico dedicado á un picador de toros muerto á consecuencia de una costalada. No pasa día sin que las hojas de los diarios más afamados no vengan llenas de revistas de toros, y no hay pintor ni pintamonas que no embadurnen sus lienzos con figuras de majas, chulas y toreros. De aquí nace que los extranjeros que llegan á España, antes que por sus monumentos y museos pregunten por los colmados, tabernas y cafés cantantes, llevándose, cuando tras breve visita regresan á su país, divisas y banderillas ensangrentadas y panderetas en cuyos parches están pintadas con abigarrados colorines escenas de guitarreo y baile flamenco.

De todos modos, tratándose de una obra inmortal que se halla á la misma altura que la *Iliada* ó *La Divina Comedia*, lo menos que puede pedirse á los que en ella se atreven á poner mano es que la conozcan á fondo, que estén penetrados de su espíritu y que hayan estudiado el medio en que la acción de esa obra se desarrolla.

Hacer de ella una farsa grotesca, quitarle su grandeza, destrozarla neciamente, es á la verdad cosa que merece castigo igual que el que aplicó D. Quijote á las figurillas del retablo de Maese Pedro.

En una palabra, el *Don Quijote* de Richepin, sobre demostrar el poco seso de su autor, no habla muy alto en pro de los directores de la Comedia francesa.

ZEDA.



Su protegida paseaba entonces del brazo de su ex novio Andrés

LA FELICIDAD Y EL AMOR

Confieso ante todo que creo en la existencia de muchos seres que, á pesar de estar dotados de cierta firmeza de carácter y regular percepción de las cosas, alternan con el mundo para sufrir toda la vida; á menudo he tropezado con personas prematuramente envejecidas que han hecho humedecer mis ojos con el triste relato de sus infortunios, y por algo fatalmente cierto se ha convenido en decir que habitamos en un mundo de lágrimas; sin embargo, me atrevo á afirmar que una gran parte de los seres que asisten como una sombra al luminoso espectáculo de la vida, deben sus pesares á la falta de serenidad.

¡Ser feliz!.. Sueño dorado de todas las almas; motor de todas las maquinaciones; tierra de promisión de toda suerte de peregrinajes, cuando á mi entender no es cuestión de ir hacia la felicidad, sino en saber alternar con ella.

Cuando queremos alegrarnos en una festividad, lo primero que procuramos es vestirnos de fiesta; deberíamos convenir, por lo tanto, en que es casi imposible ser feliz si ante todo no engalanamos nuestro espíritu con flores de felicidad.

Quisiera que mis lectores, principalmente los jóvenes que entran de lleno en la algarada del mundo, profundizasen sobre mi opinión. La vida no es más que una serie de resultados que sumándose entre sí forman el total que leemos en la hora de la muerte; y como sea que uno de los sumandos de mayor importancia que juega en el problema de la vida es el amor, por eso llamo con preferencia la atención de la juventud.

Ámese bien y no ciegamente, como sucede en la mayoría de casos; libre de todo interés que esté reñido con la sublimidad del amor; sin otro cálculo que el de realizar una comunión perfecta de ideas y sentimientos con el ser amado; no amando nunca por puro capricho, sino porque el objeto que nos inspire el amor sea digno de él, y hallaremos la felicidad, que brota únicamente de una pasión serena, durable y verdadera.

Siendo las narraciones lo que más comúnmente comprueban la bondad de los procedimientos, puesto que se pueden apreciar en su aplicación á los hechos arrancados de la vida real, me permitiré hablaros de Isolina, institutriz en casa de los Sres. de Doar.

Su padre, hombre de poco corazón, había cifrado todo su sueño de felicidad en poseer una gran fortuna; vivía inquieto; amontonaba oro para exponerlo continuamente en empresas gigantescas inspiradas sólo por una ambición desmedida, y como la fatalidad se cerniera sobre sus cálculos, vino día en que barrió todos sus planes del porvenir, hundió su obra de ambición, y el descrédito, seguido de una miseria espantosa, envolvió á su familia. Los periódicos se ocuparon de un suicidio, y madre é hija cayeron violentamente en el sotabanco de la sociedad.

Sobre sus cabezas rodaron los mismos coches que ellas habían ocupado, y ensordecidas por el estruendo de los que seguían luchando por la vida, no acertaban á tomar un partido que las pusiera á flote. Isolina fué la que experimentó todo el peso de la desgracia. Tenía un carácter firme, luchador: y como nunca hubiese creído que la felicidad proviene del dinero ni de sus joyas, hubiese resultado extraño su abatimiento, si no tuviera por causa otro suceso que en aquellos apurados instantes la hacía verdaderamente infeliz.

Andrés, quizá el más ínfimo dependiente de las oficinas de su difunto padre, al que secretas y apasionadas promesas de amor le unían á ella, no se presentaba; nada sabía de él, y si en un principio temía por su salud, más tarde llegó á sospechar lo que al propio tiempo que la sumía en atroz desencanto, debía cambiar las ideas que abrigaba respecto al amor.

Andrés no la había amado nunca; su insaciable sed de honores y riquezas que habría habido de sospechar, le apartaban de ella, pobre niña que, abandonada de la suerte, tendría que luchar por el pan como una simple proletaria.

Y entonces Isolina se alegró en lo profundo de su alma, secó sus ojos y dijo á su madre, que no acertaba á explicarse el cambio que se operaba en su hija:

—La pérdida reparable de nuestra fortuna me ha librado de una irreparable desgracia: la pérdida de mi felicidad. Mi corazón gozaba de un engaño; libre de él, soy dueña de mi porvenir. Si á vos, madre mía, os hubiese acontecido lo propio...

—Hija mía...

—Respeto su memoria, pero mi padre era otro Andrés, que prefiriendo la felicidad material marchó en contra de la felicidad verdadera... ¿Fué feliz acaso un solo momento de su vida?.. ¿Lo hemos sido nosotras?..

—Así va el mundo..., profirió su madre en un triste suspiro. ¡Qué le vas á hacer!..

—Amar únicamente lo que sea digno de amarse.

Y besando á su madre, se encerró en su humilde aunque limpia habitación de blanqueadas paredes.

La desgracia quiso que en su peregrinaje por la ciudad en busca del sustento hallase únicamente á industriales poco escrupulosos, lo que la decidió á aceptar el propósito de colocarse como institutriz en alguna casa de aristócratas.

Llamó á la puerta de los Sres. de Doar y fué atendida.

Muy pronto se granjeó la amistad de la señorita Marta, joven de diez y ocho años con escaso conocimiento del mundo, que vivía atormentada en medio de las grandezas de su casa por un amor que consideraba imposible, dado el carácter severo de su padre.

—¿Es usted correspondida?, preguntóle dulcemente cierta tarde mientras acariciaba los deliciosos bucles de la traviesa Anaïs, pequeñuela de la familia.

—Me ama tanto, que en esto consiste toda mi pena. Desea verme, escribirme, sin hallar el medio para que nuestra correspondencia escape de la vigilancia de mi padre... Toda mi felicidad consistiría...

—Puedo procurar á usted esta felicidad, Marta... Mi casa será un asilo seguro...

Y así fué en efecto. Cada mañana, al presentarse Isolina en casa de los Sres. de Doar, entregaba furtivamente un sobre cerrado á la señorita Marta, contenta de procurar por la felicidad ajena. Lejos de sentirse ofendida por el lujoso espectáculo á que concurría huyendo de la miseria, olvidaba su pasado de ostentación y hubiese querido poder dotar al novio, á pesar de no conocerle, de todos aquellos atributos que pudieran arrancar del Sr. de Doar el anhelado consentimiento.

Esforzándose en este noble propósito, había logrado de la madre de Marta, que la tenía en mucha estima por las relevantes dotes que la adornaban, la necesaria complacencia para que insinuase en el corazón de su marido la lucha entre su inflexibilidad y el cariño que indudablemente profesaba á su hija.

Así las cosas, creyóse en el deber de aconsejar á su protegida que combatiese todo exceso irreflexivo en amor.

—Debemos amar serenamente, la decía, puesto que de ello depende la felicidad de nuestro porvenir.

Y para dar fuerza á sus palabras, le reveló la equivocación que había sufrido su alma, sin darse cuenta que al descubrir un suceso tan importante de su

vida, se hallaba obligada á contar toda su historia.

Marta volvióse reflexiva en un principio, debido sin duda alguna á esta clase de conversaciones; escuchaba á la noble institutriz como á un enviado de la felicidad; llegó á sospechar del mundo y aprendió á andar sigilosamente, puesto que de los días de nuestra juventud parten los años de la vejez.

Isolina notaba este cambio, pero lo que la extrañó sobre manera fué que á medida que aumentaban las atenciones de la familia Doar para con ella, Marta se ponía triste y meditabunda. Sin embargo, este fenómeno duró muy pocos días, y Marta pronto apareció nerviosamente dichosa.



El escultor y la Muerte, escultura de Daniel Chester Frank

Una tarde en que Isolina se hallaba en el florido jardín de la casa haciendo un ramo de flores, oyó muy cerca de sí el crujir de la arena. Incorporóse sin sospechar la ruda prueba que la aguardaba. Su protegida paseaba entonces del brazo de su ex novio Andrés.

Lo que pasó por su alma es indescriptible. Ella, que se había esforzado tanto en hacer feliz á su protegida, no había hecho otra cosa que abismarla en la infelicidad.

Pero la señorita Marta, que observaba la culpable turbación de Andrés, acudió á consolar el alma de Isolina hablando de esta forma:

—Usted, buena amiga, que me ha instruído en lo que debe ser el amor y la felicidad, deseo que en estos momentos me tome la lección...

Y dirigiéndose sarcásticamente á su novio continuó:

—Caballero, hay casualidades que cambian el aspecto de las cosas. Afortunadamente, á través de sus fementidas cartas he leído un pasado que le humilla á nuestros ojos... Puede usted marcharse.

. . . .

Nogueras Oller.

(Dibujo de Begg.)

MONUMENTOS FUNERARIOS

El culto á los muertos, que se remonta á los tiempos más antiguos y que en todos los pueblos, aun en los más primitivos, encontramos, tiene una de sus más visibles é interesantes manifestaciones en los monumentos funerarios que á la memoria de los que fueron dedican los que en este mundo les han sobrevivido.

El arte, que siempre ha sido poderoso medio de expresión de los sentimientos humanos más nobles y más levantados, no podía menos de ponerse al servicio de este culto, en el que necesariamente había de encontrar manantial abundante de inspiración: las ideas que despierta en nuestra mente la Muerte; las cualidades de que estuvieron adornadas las personas cuyo recuerdo perdura en nosotros; la fe que nos hace creer en su existencia ultraterrena; la esperanza de que en otro mundo gozan de la bienaventuranza eterna; la creencia de que con ellas hemos de reunirnos cuando termine nuestra misión en la tierra, todo se presta á hermosos símbolos y á sentidas alegorías, ofreciendo ancho campo, así á las composiciones más realistas, como á las inspiradas en el idealismo más puro. Por esto vemos procedentes de las más diversas épocas y existentes en los más diversos países esos soberbios mausoleos en los que la escultura y la arquitectura, estrechamente hermanadas, han perpetuado la memoria de un hombre uniéndola á una obra de arte que ha sido la admiración de las posteriores generaciones.

Mas aun fuera de este género monumental, grandioso, tiene el artista medios de exteriorizar lo que lleva en el fondo de su alma, consagrándose á labor más modesta en sus proporciones, aunque no menos interesante, ni menos á propósito para que en ella pueda darse forma á un pensamiento sublime, á un sentimiento profundamente tierno é intensamente trágico.

Visítense los cementerios de todas las ciudades y se verá comprobada la verdad de este aserto. Al lado de los más suntuosos panteones, en donde la estatuaria ha hecho verdadero derroche de riqueza, vese á lo mejor una modesta tumba en la que el artista ha encerrado en un relieve, en una figura, algo muy hondo, algo que obliga á levantar muy alto el pensamiento, algo que deja una emoción muy viva en nuestro corazón.



Escultura de José Campeny, destinada al panteón de D. O. Zaragoza en el cementerio del Sudoeste de Barcelona

Los temas que á la escultura funeraria se ofrecen, aun cuando á primera vista pueden parecer limitados, son infinitos, como todos los que nacen de una idea que la inteligencia humana es incapaz de abarcar en toda su extensión. Y aun dentro de un mismo tema son tan innumerables los matices que en él pueden descubrirse, que un artista de valía sabrá siempre mostrarse original en aquello mismo que haya sido antes tratado por otros muchos.

Como demostración gráfica de las indicaciones anteriores pueden servir los ejemplares que en esta y en la siguiente página reproducimos: desde la escultura de corte clásico del norteamericano Chester Frank, hasta los majestuosos ángeles de Campeny: desde la sentida composición del berlinés Klimsch, hasta las hermosas figuras modeladas por Llimona y Atché, el misterio de la Muerte se nos aparece en las más distintas formas, y los sentimientos que la creencia en la vida de ultratumba en nosotros engendra se traducen en las expresiones más diversas.—X.



El beso de la Muerte, escultura de Federico Klimsch



Monumentos funerarios del cementerio del Sudoeste de Barcelona.— Panteón de la familia de Carreras y Campá (arrquitecto, Tiberio Sabater; escultor, Rafael Atché). – Panteón de la familia Llibre (arquitecto, Leandro Albareda; escultor, José Campeny). – Panteón de la familia Buxeda (arquitecto, Leandro Albareda; escultor, Rafael Atché). – Panteón de la familia Carbonell (arquitecto, Albareda). – Angel de la tumba de la familia Llopart, escultura de José Llimona.

LA ACCION MICROBICIDA

DE LAS PINTURAS MURALES

Gracias á la campaña emprendida por el Touring Club de Francia contra la rutina de las antiguas fondas, los cuartos medioevales con cortinajes, pabellones, etc., tienden al fin á desaparecer para ser substituídos por otros más sencillos, blanqueados con cal, los verdaderos cuartos Touring, limpios, claros y gratos á la vista. En los hoteles, muy pocos en número todavía, que han entrado en esta senda feliz de transformación, no se ven ya papeles sucios y mugrientos, sino paredes brillantes como el mármol, camas de bronce, muebles de pino, es decir, nada de lujo, pero sí un confort sin pretensiones.

Al preconizar las pinturas murales en vez de los papeles pintados, que no solían cambiarse sino cada medio siglo; al reclamar tan provechosamente sus famosas habitaciones higiénicas que tanto han llamado la atención en la exposición celebrada últimamente en París, con motivo del Congreso Internacional de la Tuberculosis, y una de las cuales reprodujimos en el número anterior, ¿sospechaba el Touring Club que se hacía apóstol de las doctrinas antisépticas? No lo sabemos; pero de todos modos reclamaba y propagaba el imperio de la limpieza; porque esas pinturas murales tienen, desde el punto de vista de la higiene de la habitación, una importancia considerable. Múltiples estudios hechos en Alemania, en Italia y más recientemente en Francia demuestran que esas capas colorantes ejercen una verdadera acción microbicida.

Deycke es el primer autor que se ocupó de este asunto, y comprobó que gérmenes patógenos depositados en la superficie de las paredes pintadas á la cola ó con el producto denominado anfibolina, habían desaparecido ó perdido sus cualidades nocivas al cabo de cierto tiempo. En vista de esto, multiplicó los experimentos de la manera más sencilla. Sobre pequeñas planchas de madera, lisas unas, rugosas otras, ó sobre planchas de cristal ó de cemento, se extiende una capa de pintura, y cuando ésta está bien seca, se pone en ella un cultivo de microbios, dejando la plancha resguardada y á una temperatura análoga á la de las habitaciones; de cuando en cuando se saca una partícula del barniz ó de la pintura, se siembra el producto en un caldo ó en gelatina exterilizada y se anotan los resultados.

Vito Lo Bosco ha hecho análogos experimentos en las paredes blanqueadas con cal ó revestidas de estuco, de colores de cola ó de barniz. Lidia Rabinovitch ha estudiado más especialmente el microbio más peligroso en los cuartos habitados, el bacilo tuberculoso, y al igual que otro experimentador, Jacobitz, ha observado que la acción de los colores era perfectamente bactericida, pero que variaba mucho en cuanto á intensidad y rapidez, según la índole del color.

Los mejores resultados se han obtenido con los colores de porcelana esmaltada, en los que, al cabo de cuatro días, no se encuentra vestigio alguno del vibrión del cólera ni del bacilo de la difteria. El bacilo de Eberth (fiebre tifoidea) y el estafilococo dorado, microbio de la supuración, desaparecen al octavo día; la bactérida carbonosa es más resistente, necesitándose un plazo de treinta días, por lo menos, para que las siembras resulten estériles. Con los colores al óleo, á base de albayalde ó de óxido de cinc, los efectos son también constantes, aunque menos rápidos; y con otros revestimientos colorados, como la anfibolina, y la hiperolina, se requiere mucho tiempo para ver destruídos los gérmenes.

Un joven doctor de la Universidad de París, M. Beaufils, ha querido darse cuenta del modo como obran estos colores, estudiando especialmente su acción sobre las propiedades cromógenas del bacilo piociánico y sobre el poder fermentativo del bacilo láctico. Para ello se ha valido de pinturas de laca de marca comercial, *Ripolin* rojo y verde y *Routtand* amarillo y blanco á base de cinc; de pinturas preparadas por profesionales, escogiendo las que se emplean en el revestimiento de las paredes de la Facultad de Medicina parisiense, marrón y gris; y finalmente de pinturas confeccionadas por él mismo, amarillo (cromato de plomo), azul ultramarino (silicato de aluminio y de sosa), verde inglés (arseniato de cobre), rojo de China (cromato de plomo), blanco de cinc (óxido blanco de cinc), con adición de aceite de lino, de esencia de trementina y de barniz, como las pinturas ordinarias.

No todos los colores obran con la misma intensidad; el azul ultramarino, por ejemplo, neutraliza en veinticuatro horas el bacilo piociánico, que á los nueve días queda totalmente privado de su poder cromógeno; el gris es casi indiferente; el marrón no da resultado hasta los catorce días. El albayalde tiene una acción mucho más eficaz que el blanco de cinc. En resumen, las pinturas más activas sobre el bacilo piociánico son: el blanco Routtand, el azul ultramarino, el amarillo Routtand y el albayalde; y en orden de mayor á menor, aunque de acción menos marcada, el verde y el rojo Ripolin, el blanco de cinc, el marrón y el gris.

En cuanto al bacilo láctico, el orden es el siguiente: amarillo Routtand, el azul ultramarino, el rojo Ripolin, el albayalde, el blanco de cinc, el amarillo, el blanco Routtand, el verde Ripolin y el negro.

La acción bactericida de las pinturas murales es indiscutible; pero ¿cuál es su mecanismo? Respecto de esto hay tantas opiniones como experimentadores. No trataré de discutirlas; creo que hay que ser ecléctico y adoptar una opinión mixta. Intervienen en ello varios factores, en primer término, las substancias químicas, más ó menos tóxicas y que ya por sí mismas tienen un poder bactericida, que entran en la composición de los colores; el grado de sequedad más ó menos rápida del revestimiento; las condiciones de alumbrado, de luminosidad y de ventilación; la porosidad de las superficies revestidas, su lisura; en una palabra, una porción de elementos que hay que tener en cuenta. Las pinturas de esmalte y las lacas son, en resumidas cuentas, las que, en igualdad de circunstancias, dan mejores resultados.

Como conclusión de todo lo expuesto, puede sentarse la afirmación siguiente: nada de papeles, nada de cortinajes en las habitaciones, y á falta de mármol, pinturas murales que puedan ser lavadas.—Dr. C.



Don Quijote (M. Leloir) Sancho Panza (M. Brunot)

«Don Quijote», drama heroi-cómico, en tres partes y ocho cuadros y en verso, de Juan Richepin, estrenado en el teatro de la Comedia Francesa, de París

DOS ESTRENOS EN PARÍS

«DON QUICHOTTE,» DE JUAN RICHEPIN

«DANS LES BAS FONDS,» DE MÁXIMO GORKI

Dos acontecimientos teatrales de cierta importancia ha registrado estos días la crónica parisiense: el estreno en la Comedia Francesa de *Don Quichotte*, drama heroi-cómico en tres partes y once cuadros, en verso, de Juan Richepin, y en el teatro de l'Œuvre el de *Dans les bas fonds (En los escollos)*, drama en cuatro actos de Máximo Gorki, traducido al francés por Halperine-Kaminsky.

Difícil empresa es trasladar á las tablas el asunto tan maravillosamente tratado por Cervantes en su inmortal libro; por grande que sea el escenario á que se han querido trasplantar las figuras del hidalgo y de su escudero, ha resultado siempre pequeño, y es porque, como ha dicho un notable crítico, hablando del estreno del drama de Richepin, «es muy difícil sacar una obra buena de una obra maestra.»



Una escena del drama de Máximo Gorki «Dans les bas fonds» *(En los escollos)*, recientemente estrenado en el teatro de l'Œuvre, de París

La dificultad no ha arredrado, sin embargo, á los que á la literatura dramática se dedican; diríase más bien que constantemente los ha atraído; y así dramaturgos y compositores de diversos tiempos y diferentes países no han vacilado en dar forma escénica al *Quijote*, convertido en farsa, comedia, drama y hasta en producción lírica. Pero bien puede afirmarse que han llevado la penitencia en el pecado de su misma osadía, pues todas sus obras han muerto y yacen sepultadas en el más profundo olvido, mientras subsiste cada vez más vivo, cada vez más admirado, el gran modelo, el original sublime en que quisieron inspirarse.

Los fracasos de sus antecesores no han desalentado al eminente poeta francés Juan Richepin, que también ha caído en la tentación de hacer de Don Quijote y de Sancho Panza dos tipos teatrales. Pero como los demás, ha tropezado con los mismos obstáculos y tampoco ha sabido vencerlos: ha escogido unos cuantos episodios de la novela, y para darles el debido enlace, los ha combinado con unos amores de Dorotea, á quien hace sobrina del caballero andante, y Cardenio, alterando por completo la significación que á estos personajes dió su autor, cometiendo con ello un crimen de lesa literatura, el de enmendar la plana nada menos que á Cervantes.

Sólo hay una cosa que puede atenuar algo la culpa de Richepin, y es la forma de que ha sabido revestir su fábula, exponiéndola en bellísimos versos.

De todos modos, la obra ha tenido en París un buen éxito literario, y en este concepto de ella nos ocupamos, no sin lamentar que una vez más se haya atrevido un autor con lo que debiera ser mirado, no con respeto, sino con veneración.

A un género completamente distinto pertenece la obra de Gorki *Dans les bas fonds*, de la que hasta ahora se han dado más de dos mil representaciones en Rusia y fuera de ella. Es un drama tétrico, desconsolador, en el cual aparecen ante los ojos de los espectadores cuantos horrores, abyecciones y angustias engendran la miseria, el alcoholismo y el crimen, sin que un solo rayo de luz ilumine aquel conjunto tenebroso.

El estreno de esta obra ha dado lugar á un episodio curioso. Asistía á él, oculta casi en un palco, la eminente actriz italiana Leonor Duse; después de la representación, que obtuvo un éxito entusiasta, felicitó vivamente al director de «l'Œuvre» M. Lugné-Poe por haber puesto en escena el drama de Gorki, y le manifestó cuánto le gustaría representarlo en aquel teatro, una sola vez, en unión de la notable actriz francesa Susana Després, encargándose ésta del papel de Natacha (que desempeña ordinariamente la Srta. Dortzal) y desempeñando ella el de Vasilissa. M. Lugné-Poe acogió con entusiasmo la idea; accedió gustosa la Srta. Dortzal á ceder su papel á la Després, tomando ella otro secundario, y se hicieron todos los preparativos para esa representación única, que tuvo lugar el día 23 de los corrientes.



EL CÉLEBRE DRAMATURGO RUSO MÁXIMO GORKI,
autor del drama «Dans les bas fonds»

Ocioso nos parece decir con cuánto interés era esperada esta representación. En la citada noche, el Nouveau-Theatre, que es en donde funciona «l'Œuvre,» estaba lleno de una brillante concurrencia, en la que figuraban no pocos artistas.

El papel de Vasilissa, de cuya interpretación se había encargado la Duse, escortísimo; en los cuatro actos de la obra, el tiempo que este personaje permanece en escena no pasa de diez minutos, con lo cual tal vez quiso demostrar la ilustre artista que para los que de veras sienten el arte dramático no hay papel insignificante, ó que la importancia de éste no se mide por su extensión, sino por su intensidad.

Vasilissa es la mujer del pueblo, violenta, feroz, rencorosa y enamorada á la manera de los animales salvajes, y en la escena única en que interviene pide á su amante Pepel, que ya no la quiere, que á lo menos la libre de su marido, el odioso y brutal Mikhail, á cambio de lo cual consentirá en que parta con su hermana Natacha, por quien Pepel siente una pasión avasalladora.

La Duse interpretó de un modo maravilloso esta escena, expresando con una verdad hermosa y conmovedora los sentimientos tan confusos y complejos que agitan su corazón, y traduciéndolos maravillosamente en las líneas de su rostro y en todos sus movimientos y actitudes, que en los momentos culminantes rayaron en la sublimidad. Representó su papel en italiano; los demás actores dijeron los suyos en francés, y á pesar de que esta diversidad de idiomas constituye una dificultad más, y no pequeña, para que un artista se imponga al público, la Duse dominó por completo el del Nouveau-Theatre, que la aclamó con entusiasmo, tributándole una grán ovación.

El estreno de la obra de Gorki ha dado lugar á un ruidoso incidente entre el director del teatro, M. Antoine, y la prensa, por haberse aquél opuesto á que la crítica se ocupara de *Dans les bas fonds*. Los principales periódicos parisienses han hecho el vacío alrededor del drama, no ocupándose de él para nada, y los más eminentes críticos, literatos y hasta abogados han terciado en el asunto emitiendo sus razonadas opiniones, casi todos ellos en el sentido de que toda obra literaria y artística pertenece á la crítica desde el momento en que se representa en público.—R.



BEETHOVEN, cuadro de M. Wulff

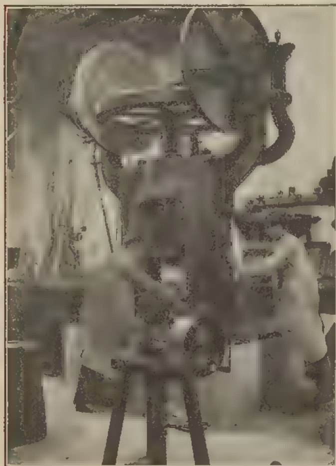


SANTA ISABEL DE HUNGRÍA, cuadro de O. Berner

MEDALLA CONMEMORATIVA

DEL VIAJE DE M. LOUBET Á ESPAÑA

Por encargo del ministro de Instrucción Pública y como recuerdo del viaje del presidente de la República Francesa, ha modelado el notable escultor Agustín Querol la medalla que en esta página reproducimos. En las dos caras están los bustos



TALLERES VALLMITJANA (Gracia, Barcelona) Torno de reducción. (De fotografía de José Hernández.)

de S. M. D. Alfonso XIII, con la fecha de su llegada á París (30 de mayo de 1905), y de M. Loubet, con la de su llegada á Madrid (23 de octubre de 1905). Es una obra notable, digna del artista que la ha modelado. Se han acuñado ejemplares en oro para el presidente de la República Francesa y para la familia real, y en plata y en brónce para las demás personas á quienes se repartirá.

Esta medalla ha sido acuñada en los talleres que el Sr. Vallmitjana tiene en Gracia (Barcelona) y que están dotados de personal inteligente y de la más perfecta maquinaria. Entre las principales máquinas con que cuentan, llaman la atención principalmente el torno de reducción y el volante de fricción: el primero reduce ó aumenta el tamaño de los bajos relieves, da más ó menos relieve á la obra que ejecuta y puede hacer que la reproducción mire en sentido inverso que el original; las reducciones pueden obtenerse en acero, oro ó mármol. El volante de fricción tiene tres metros de altura, desde el zócalo al plato de fricción, y una fuerza que le permite acuñar una medalla de gran relieve de 18 centímetros de diámetro.



Medalla conmemorativa del viaje del presidente de la República Francesa M. EMILIO LOUBET á España. Modelada por Agustín Querol y acuñada en los talleres de Vallmitjana.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 697, 704 y 705)

Día de difuntos. – Esta composición de nuestro distinguido colaborador Sr. Triadó, es una delicadísima nota de sentimiento. El dolor de esa mujer que acude al campo santo á depositar una corona sobre la tumba de un ser querido, es un dolor hondo, real; las lágrimas pugnan por salir de sus ojos; de su pecho se escapan sollozos profundos, y en su rostro se pinta la desolación más intensa. Esta figura por sí sola es de las que acreditan á un artista: es tanta su belleza, que á su lado palidecen, con ser muy notables, las demás cualidades que avaloran el dibujo.

Beethoven. – Hacer *un* retrato de Beethoven no es empresa difícil ni mucho menos; pero hacer *el* retrato del inmortal maestro, darnos una imagen que fije, no sólo sus rasgos físicos y hasta si se quiere sus rasgos morales, sino que además sintetice lo culminante de su producción, es labor que únicamente puede llevar á feliz cima un artista muy eminente. Max Wulff, el autor del cuadro que reproducimos, la ha realizado por modo admirable, y contemplando la figura del gran compositor, no vemos á Beethoven en un momento dado, en una situación realista, sino á *todo* Beethoven, permítasenos la palabra, tal como sobrevive en su obra gigantesca, y nos parece escuchar los acentos sonoros y terribles de la tempestad de su *Pastoral* ó las notas solemnes de la marcha fúnebre de su *Heroica* ó los sublimes cantos á la naturaleza de su *Novena sinfonía.*

Santa Isabel, reina de Hungría. – Conocido es el milagro de la santa reina de Hungría, que, al ser sorprendida por su esposo, vió convertidos en rosas los alimentos que llevaba en su delantal para repartirlos entre los pobres. Un tema tan poético como éste necesariamente había de seducir á los artistas, y así vemos que los grandes pintores y escultores de todos los tiempos han buscado en él inspiración. El notable pintor contemporáneo alemán Berner ha rendido también su tributo al bellísimo episodio de la vida de la santa, trazando la figura de ésta con todos los encantos con que la adornan la historia y la fantasía.

ENRIQUE IRVING

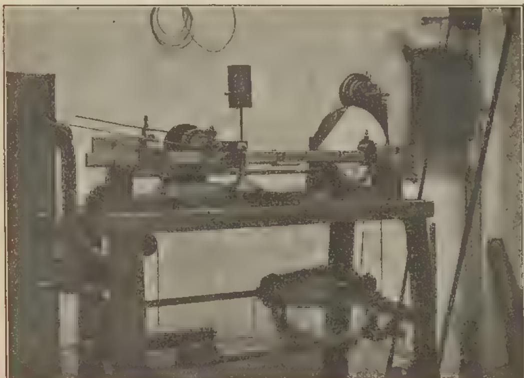
El gran actor trágico inglés Enrique Irving, una de las estrellas de primera magnitud del arte dramático contemporáneo, ha muerto hace pocos días en Bradford, al terminar la representación de *Thomas Becket*, de Tennyson, que constituía uno de los más brillantes triunfos de su carrera.

Juan Enrique Brodribb, que así se llamaba, nació en 1838 en Keinton, cerca de Glastonbury, y debutó en 1856 en un teatro de provincia, en Sunderland. En 1866 creó en Mánchester el principal papel de una obra de Dion-Boucicault, y fué tal el éxito que obtuvo, que en seguida quedó contratado para actuar en el Lyceum de Londres, cuya dirección le fué confiada en 1878, organizando entonces, en unión de la célebre actriz Ellen Terry, las representaciones shakespearianas, que tanto llamaron la atención del público londinense.

Era Irving un devoto entusiasta de Shakespeare, á cuya obra consagró todo su genio y toda su voluntad, proponiéndose y logrando popularizarla y hacerla comprender y sobre todo amar. Intérprete incansable de las principales tragedias del inmortal dramaturgo, á ellas debió sus triunfos más grandiosos.

Inglaterra estaba orgullosa, y con razón, de su autor predilecto. El rey le había otorgado el título nobiliario de baronnet y la Universidad de Oxford le nombró doctor.

Al tener noticia de su muerte, el rey y la reina enviaron un sentido pésame á su familia y el pueblo inglés ha pedido unánimemente que se diera sepultura á su cadáver en Westminster, lugar reservado á las más ilustres glorias de aquel país, y en donde su mausoleo se alzará junto al de Gladstone.



TALLERES VALLMITJANA. – Volante de fricción. (De fotografía de José Hernández.)

Bellas Artes. — BARCELONA. – *Salón Parés.* – Se han expuesto recientemente en este Salón el precioso cuadro de Ramón Ribera, que reprodujimos en el número 1242 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; tres plafones decorativos de Gaspar Camps, con sendas figuras femeninas gallardamente dibujadas y de una gran riqueza de color; un busto bien modelado por Rocamora; una serie de paisajes de Ivo Pascual, llenos de poesía y sobriamente pintados; algunos buenos retratos al óleo y al carbón de Cristóbal Montserrat; varias pinturas de la discípula de éste Josefa Ferré, que da en ellas muestra de poseer notables disposiciones para el arte, y cinco paisajes de P. Viver, que son otras tantas notas bellísimas y hondamente sentidas de la naturaleza.



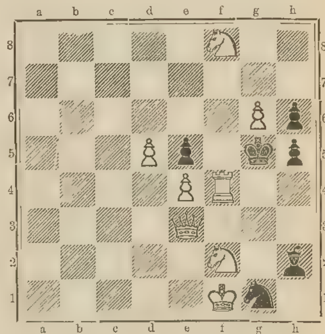
EL EMINENTE ACTOR INGLÉS ENRIQUE IRVING, fallecido en Bradford el día 13 de los corrientes

Espectáculos. — BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Es imposible pensar en tot*, proverbio en un acto de Alfredo de Musset, con decorado de Antonio García; *El malalt imaginari*, comedia en tres actos de Moliere, muy bien traducida al catalán por José Carner, y admirablemente puesta en escena bajo la dirección de Gual, y *La Fustots*, cuento popular, con bonito decorado de Urgellés é inspirada música de Lambert: en Novedades *Il trionfo*, drama en cuatro actos de Bracco, en el que ha alcanzado un nuevo y grandioso triunfo el eminente actor Sr. Garavaglia: en Romea *Comedia d'amor*, comedia en dos actos de Pompeyo Crehuet, y *Aucellots de rapinya*, comedia en un acto de R. Franquesa; y en el Eldorado *El alma del pueblo*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de José López Silva y Carlos Fernández Shaw, y música del maestro Chapí.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 404, POR K. ERLIN.

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

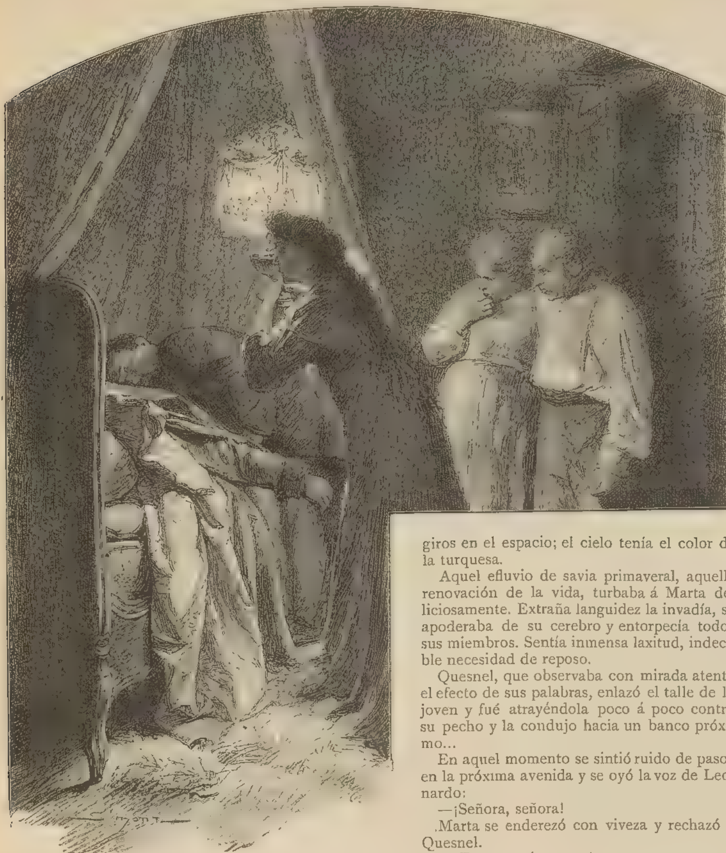
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 403, POR M. HAVEL.

Blancas.	Negras.
1. Rg2–f3	1. b5–b4
2. Tc1–c6 jaque	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

VARIANTES

1...... Rd6×e5;	2. Af2–g3 jaq., etc.
1...... Cb3×c1;	2. Df7×d7 jaq., etc.
1...... Cb3–d2 jaq.;	2. Rf3–f4, etc.
1...... Cb3–d4 jaq.;	2. Rf3–e4, etc.
1...... Cb3–c5;	2. Tc1×c5, etc.



Se inclinó luego para auscultarle el corazón

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUE

ILUSTRACIONES DE SIMONI

(CONTINUACIÓN)

—Sí, Marta, usted me quiere, dijo el doctor hablándola tan de cerca, que su hálito hacía mover las negras hebras del cabello de la joven. En vano trata usted de convencerse de que le soy indiferente: no conseguirá usted engañarme, á mí, que no vivo sino para usted, que no tengo ni pensamiento, ni fuerza, ni voluntad lejos de su lado; á mí, que renunciaría á todas las alegrías de este mundo por entrever un resplandor de ternura en el claro espejo de sus grandes y hermosos ojos llenos de ingenuidad... Sí, usted me quiere, y la prueba de ello es que, obedeciendo á un quimérico error que no adivino, quiere usted alejarme de su lado... Pero es inútil, créame usted, que trate de romper el lazo misterioso que nos une, que nos encadena el uno al otro: no es posible la separación de dos seres que se adoran y que no tienen más que un deseo: decírselo y repetírselo á cada instante.

Insensiblemente y sin que ella lo echara de ver, Quesnel había llevado á Marta, durante la conversación, detrás de un bosquecillo de lilas. En la seguridad de no ser visto desde la casa, había asido una de las manos de la joven y se la tenía estrechamente oprimida, sin que ella intentara desprenderse de él.

La atmósfera estaba templada y en calma; los castaños estaban cubiertos de blancas flores; las lilas exhalaban su perfumado aliento; los alados insectos zumbaban por encima de las plantas; las recién llegadas golondrinas trazaban con su vuelo caprichosos giros en el espacio; el cielo tenía el color de la turquesa.

Aquel efluvio de savia primaveral, aquella renovación de la vida, turbaba á Marta deliciosamente. Extraña languidez la invadía, se apoderaba de su cerebro y entorpecía todos sus miembros. Sentía inmensa laxitud, indecible necesidad de reposo.

Quesnel, que observaba con mirada atenta el efecto de sus palabras, enlazó el talle de la joven y fué atrayéndola poco á poco contra su pecho y la condujo hacia un banco próximo...

En aquel momento se sintió ruido de pasos en la próxima avenida y se oyó la voz de Leonardo:

—¡Señora, señora!

Marta se enderezó con viveza y rechazó á Quesnel.

—¡Estoy aquí, ya voy!

Y deshaciendo con ligeros golpes de sus dedos las arrugas de su falda, dijo con rapidez y en voz baja:

—Váyase usted: es necesario que no lo vean.

—¿Por dónde?

—Por la puerta que da al callejón: la llave está colgada de un clavo, á la derecha.

Dicho esto, Marta fué á reunirse con Leonardo que la esperaba en medio del jardín.

—El señor está impaciente, exclamó Leonardo en cuanto vió á la joven: hace más de un cuarto de hora que por orden suya estoy buscando á usted.

—Voy á escape, dijo Marta lanzándose hacia la casa, satisfecha por escapar á la mirada inquisitorial de Leonardo.

Este siguió tras ella refunfuñando.

—Algo pasa aquí que no es natural. La señora no tiene costumbre de permanecer tanto tiempo en el jardín, ni de ocultarse en la espesura: esto sin contar con que, al salir de ella, ofrecía un aspecto muy singular.

Quesnel esperó, para dejar su escondite, que hubiera desaparecido Leonardo.

—¡Que el diablo cargue con él!, exclamó encolerizado, ¡que ocasión tan hermosa!.. Pero en fin, Marta será mía cuando yo quiera, sobre todo, si no le doy tiempo para que se rehaga ú olvide.

Junto á la puerta encontró la llave colgada de un clavo fijo en la pared; la metió en la cerradura y descorrió el pestillo.

Al salir, vaciló un momento, fijó sus ojos en la llave, hizo un movimiento como para volverla á colgar, y luego se la metió deliberadamente en el bolsillo, y salió...

En el curso del día, Marcelina llevó una carta del doctor, en la que advertía al Sr. Mauger que no podía ir á verlo hasta el siguiente día en razón á haber sido llamado súbitamente á la cabecera de un enfermo.

VI

El doctor Quesnel tenía la costumbre de encerrarse, después de comer, en su gabinete, en donde leía los periódicos ó escribía artículos sobre Medicina para las revistas técnicas, cuya retribución aumentaba sus menguados recursos.

Aquella tarde estaba nervioso, inquieto é incapaz de fijar su atención. Después de recorrer con mirada vaga dos ó tres periódicos, se sentó ante la mesa, pero las ideas no acudían á su imaginación. Fué desgarrando una tras otra todas las cuartillas emborronadas y arrojándolas al cesto con ademán de cólera: dejó la pluma y salió de la casa sin objeto determinado, para satisfacer tan sólo la necesidad de movimiento, para distender los nervios por medio de la fatiga corporal. Tomó por la calle de Froide y la de las Cuatro Naciones y llegó al Coso: daban las once en el reloj de la catedral.

El paseo estaba desierto: algunos faroles, muy distanciados entre sí, alumbraban débilmente la larga y espaciosa avenida.

Quesnel marchaba á paso lento, con la cabeza inclinada y las manos metidas en los bolsillos del pardesús, siquiera la noche estuviese muy templada: iba, sin fijarse en el camino que seguía, absorto en sus reflexiones.

Pensaba en la entrevista que había tenido con Marta aquella mañana, debida únicamente á una feliz casualidad, pues al ir á visitar al Sr. Mauger, lo menos que podía presumir era que había de encontrar á la joven en el fondo del jardín. La ocasión, tanto tiempo perseguida, y que él desesperaba de poder provocar, se había presentado por sí misma en condiciones tan favorables como era posible desear: otra casualidad funesta había hecho que surgiera Leonardo en el momento preciso en que Marta estaba á disposición suya, en que iba á lograr su objeto, á realizar la primera parte de su programa...

Sin dejar de renegar de aquel importuno, Quesnel recordó sus impresiones. Verdad es que Marta no era hermosa, pero ¡tenía un encanto tan sugestivo! ¡Sus ojos húmedos y semi-velados por sus largas pestañas brillaban con resplandor tan intenso entre los párpados palpitantes!

Al recordarlo, Quesnel se olvidó de sus proyectos y de sus cálculos: completamente embargado por la imagen que sus recuerdos evocaban, no pensó más que en Marta, y la deseó por ella misma, fuera de toda otra preocupación.

Al llegar á la esquina de una calle, levantó la cabeza y se detuvo. En la placa esmaltada de azul que estaba incrustada en la pared, leyó: *Calle de Bosnieres*, y murmuró:

—Voy á pasar por debajo de las ventanas de su casa para regresar á la mía.

Se sonrió interiormente de aquella coincidencia. ¿Coincidencia? ¿No era, más bien que pura casualidad, una fuerza misteriosa, un impulso de su ser inconsciente, lo que había dirigido sus pasos hasta aquel sitio?.. Su mano tocó, en el fondo del bolsillo, la llave de la puerta del callejón, que metió en él aquella mañana misma.

Dos ventanas de la fachada principal de la casa destacaban su rectángulo luminoso de la masa sombría del conjunto: una de ellas, la del cuarto del señor Mauger, estaba alumbrada por una lámpara de noche; la otra, la del cuarto de Marta, brillaba con luz más viva, y ésta fué la única que llamó la atención de Quesnel. Petrificado en un rincón obscuro, fijó en ella sus ojos hipnotizados.

Las ideas entrechocaron en su cerebro. Marta no dormía aún. ¿Por qué no dormía? Sin embargo, ya era tarde. ¿Qué pensamientos podían tenerla desvelada?.. ¡Pensaba, sin duda como él, en el beso de aquella mañana, en aquel instante delicioso y fugitivo que tal vez no volviera á presentarse nunca! ¿Nunca? ¿Pudiera ser posible eso estando allí Marta tan cerca de él?.. ¡Oh!.. Era preciso derribar el muro que los separaba, pero ¿por qué medio? ¿El medio?.. La llave, aquella llave que tenía entre sus dedos en el fondo del bolsillo. Le bastaba querer para conseguirlo... La tentativa no tenía nada de peligrosa: abrir la puerta del callejón, atravesar el jardín, entrar en la casa y meterse en la habitación de Marta. Él conocía el camino por haberlo recorrido á diario cerca de seis meses: no tenía, pues, riesgo alguno de equivocarse.

Aún vaciló durante algunos momentos. ¿Qué diría Marta al verle entrar en su cuarto? Tal vez la sorpresa le arrancara un grito, una voz pidiendo socorro... Pero no: lo reconocería al verlo, y el miedo de ser sorprendida le haría callarse.

Una brusca aparición lo decidió: en el marco luminoso de la ventana, detrás de los blancos visillos que cubrían los cristales, se destacó en sombra la silueta de una mujer. Tranquilamente y sin sospechar que era espiada, Marta había empezado á desnudarse.

Una oleada de sangre afluyó al cerebro de Ques-

nel: golpeáronle las sienes; se ofuscaron sus ideas: Deslizóse como un loco por el callejón de Haldot y llegó á la puerta del jardín por aquel lado. Buscó febrilmente la cerradura tentando con la llave; dió con ella, abrió y se internó en el jardín.

Exploró los alrededores con mirada rápida, y luego, seguro de que no había nadie, avanzó por una avenida, dió vuelta á la casa, subió la escalinata, abrió con gran precaución la puerta de dos hojas que no quedaba cerrada nunca, y sin la menor vacilación atravesó el vestíbulo y llegó al pie de la escalera de piedra con barandilla de hierro.

Empezó á subirla con lentitud deteniéndose en cada escalón y levantando mucho los pies para no tropezar.

Su respiración era jadeante como si acabara de dar una carrera larga.

Al llegar á lo alto, tomó hacia la izquierda tentando la pared con la mano hasta llegar al corredor en el que estaban á un lado las puertas de las habitaciones de Marta y de su marido, y en el fondo la escalera que conducía al piso alto.

La obscuridad era profunda en el corredor. Quesnel se detuvo para tomar aliento. Recobraba su sangre fría, y empezaba á comprender que era una locura lo que estaba haciendo. ¿Qué excusa iba á dar si se le sorprendía en las condiciones de un malhechor? Aquello sería la ruina absoluta y definitiva de sus proyectos. Calculando que aún estaba á tiempo, decidió retirarse en igual forma que había ido hasta allí.

De pronto recordó la reciente aparición, la femenina silueta dibujada en los visillos de la ventana de la calle de Bosnieres, y le invadió de nuevo la locura: estaba tocando ya el fin: no tenía más que dar algunos pasos... Siguió hacia adelante, pero al andar pisó un papel é hizo algún ruido. Aquel ruido ligero tomó en su imaginación las proporciones de un trueno formidable que le pareció que repercutía en todas las habitaciones de la casa. Zumbáronle los oídos, se apoyó en la pared y enjugóse maquinalmente las gotas de sudor que corrían por su frente. Quiso huir, pero le flaquearon las piernas... Pasaron algunos minutos, que fueron de angustia para él... Nada se movía; en el vasto y dormido edificio, sumido en profundo silencio, no se oía más que el desordenado latir de su corazón.

Poco á poco se fueron calmando sus terrores. Volvió á emprender su marcha con mil precauciones, rasando la pared... Debería encontrarse entonces casi enfrente de la puerta de la habitación del Sr. Mauger... Una sutil raya de luz que filtraba por debajo de una puerta, lo confirmó en sus sospechas... Sus ojos se fijaron en otra raya más clara, cuyo brillo, aumentado por el contraste de la sombra densa del corredor, le fascinó... Se imaginó que no podría seguir adelante, que una fuerza invencible se lo impedíría...

Por un momento creyó percibir ruido en la habitación. Prestó atento oído... ¡Nada!..

Se reprendió interiormente por su debilidad, indignado contra sus nervios, que con tanta facilidad se alteraban. Tranquilizado ya, iba á proseguir su marcha, cuando una brusca y viva claridad iluminó el corredor.

Acababa de abrirse la puerta del cuarto del señor Mauger, y apareció el anciano en el umbral, envuelto en su bata de noche, con los ojos desmesuradamente abiertos, asido con una mano á la jamba y procurando coger con la otra al intruso.

Quesnel, aterrorizado, se echó hacia atrás adosándose á la pared, con los brazos caídos, las manos extendidas y temblando como un azogado ante aquella espantosa aparición.

—¿Adónde va usted?, preguntó Mauger con voz sorda apenas inteligible.

Y concentrando en un supremo esfuerzo todo el vigor que le quedaba, dió un paso hacia el doctor.

Éste, á la vista de aquel brazo amenazador, fué sobrecogido de un vértigo: saltó sobre el anciano, lo asió por la garganta y lo arrojó con toda su fuerza contra el suelo: después, súbitamente rehecho, se lanzó hacia la escalera.

En aquel mismo instante apareció Leonardo con una bujía en la mano. Iba á lanzarse en persecución del fugitivo, pero lo detuvo la vista del cuerpo del Sr. Mauger. Inclinóse para levantarlo. Junto al sitio en que descansaba la cabeza se iba extendiendo por el suelo una mancha de sangre.

Leonardo dió voces llamando. Acudieron primero Virginia y luego Marta.

—¿Qué pasa, Dios mío?

—Lo que pasa es que el señor se ha caído y se ha roto la cabeza.

Leonardo transportó al anciano hasta su cama, ayudado por las dos mujeres.

—¡Pronto!, exclamó Marta, ¡un médico! ¡Corre á buscar al doctor Quesnel!

—¿Al doctor Quesnel?, preguntó Leonardo no queriendo dar crédito á sus oídos.

—Sí, al doctor Quesnel... ¡Corre!

El buen hombre obedeció, en tanto que Marta, desolada, se acercaba solícitamente al herido, que no daba señal alguna de vida.

Quesnel, á riesgo de romperse la cabeza, había partido por derecho á través del jardín, saltando por encima de las platabandas, pisoteando los macizos de flores, abriéndose paso por entre los espesos arbustos, tropezando con las plantas y chocando con los árboles. No decayó en su carrera hasta que hubo pasado la puerta del jardín y salido del callejón de Haldot.

Al llegar á la esquina de la calle de Bosnieres vaciló un punto acerca del camino que debería seguir para ir á su casa. El más corto era tomando á la derecha; él tomó á la izquierda en dirección al Coso.

El paseo estaba absolutamente desierto y menos alumbrado aún que cuando él lo había recorrido una hora antes. Aquella soledad y aquella obscuridad lo calmaron algún tanto. No tardó en encontrar un banco, y se sentó en él, porque le temblaban las piernas. Una vez sentado, trató de ordenar sus desquiciadas ideas.

Preciso era estar loco para haberse metido en aquella aventura, para haber entrado de noche en una casa, como un ladrón vulgar, como un... asesino... Las cuatro sílabas de esta palabra silbaron en sus oídos: ¡asesino!.. Creyó estar escuchando aún el ruido sordo del cuerpo al caer, el choque mate de la cabeza contra el suelo. ¡Asesino!.. ¿Qué habría pensado Marta al ver muerto á su marido?.. Sin embargo, quizá no hubiera muerto..., sí, posible era que no estuviese más que aturdido por la caída... Quesnel se agarraba á aquella idea como se agarra el náufrago á una tabla de salvación; pero luego pensó súbitamente: «En ese caso, cuando recobre el sentido me denunciará...»

Aquella idea le hizo estremecer: sus dientes castañetearon. Se puso en pie, se levantó el cuello del perdesús y volvió á ponerse en marcha.

De pronto, el ruido de unos pasos le hizo volver la cabeza: alguien corría detrás de él. Iba á echar á correr también para escapar de la persecución, cuando oyó una voz que reconoció al punto gritando:

—¡Eh, señor doctor! ¡Voto al chápiro! ¡Qué de prisa va usted! ¡Cómo se conoce que es usted joven!

—¡Leonardo!

—El mismo. Hace un cuarto de hora que voy corriendo detrás de usted. La señora me ha enviado á que le busque. El señor está muy grave.

—¿Ha muerto?, preguntó Quesnel con viveza.

—No sé nada: á usted le corresponde averiguarlo... Vamos, vamos de prisa.

El médico siguió á Leonardo con docilidad, sin pensamiento, como si soñara: hallábase sin fuerzas, sin energía, sufriendo la reacción de las horas de delirio por que acababa de atravesar.

Leonardo, sin dejar de andar, lo acechaba con el rabillo del ojo.

—Ha sido una casualidad que yo tomara este camino, dijo. Cuando vi, al salir del callejón, que no había nadie en la calle de Bosnieres, comprendí que usted había seguido el otro...

—¿Qué dice usted?, preguntó Quesnel con viveza, arrancado á su atolondramiento por el sentido de aquellas palabras.

Leonardo lo desconcertó.

—Digo que ha seguido usted un itinerario muy especial.

Y en seguida añadió en voz alta y natural, que acabó de desconcertar al médico:

—Vea usted, señor doctor: ya hemos llegado.

Una lámpara alumbraba el vestíbulo: ambos lo atravesaron y subieron la escalera: Quesnel iba delante.

Al llegar á la puerta de la habitación del señor Mauger, que estaba entreabierta, se detuvo vacilando. Leonardo lo empujó de una manera casi ruda.

—¿Tendrá usted miedo acaso?

La puerta se abrió de par en par, y apareció Marta enteramente pálida y con los párpados hinchados por efecto de las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡Gracias á Dios, doctor!.. Corra usted, corra usted.

Marta se acercó al lecho, cogió el quinqué y lo levantó en alto. Un rayo de luz fuerte hirió el amarillo rostro del anciano é hizo brillar sus ojos completamente abiertos y terroríficos. A Quesnel le pareció que la vidriosa mirada del viejo se fijaba en él y que se agitaban sus labios descoloridos.

—¿Lo salvará usted, no es verdad?, exclamó Marta con angustia suplicante.

Quesnel, sin contestarla, adelantó un paso: le fué preciso hacer un esfuerzo sobrehumano para salvar el umbral de la puerta.

Comprendiendo que lo observaban, se dominó, se acercó al herido y asiendo una de sus manos la levantó, soltándola después: la mano cayó inerte sobre el cobertor. Se inclinó luego para auscultarle el corazón; pero con tal fuerza le latían á él las sienes, que se vió precisado á emplear el tacto de la mano sobre el pecho para comprobar y confirmar su opinión. Incorporóse, por último, y con voz sin inflexión, que resonó en sus propios oídos de una manera extraña, dijo:

—¡Todo ha concluído!

Un sollozo rompió el silencio que se había hecho. Marta se dejó caer sobre el cuerpo de su marido, en tanto que el doctor se alejaba del lecho vacilando como si estuviese ebrio. Tuvo que apoyarse, para no caer, en el respaldo de una silla y luego en la cornisa de la chimenea. En el momento de llegar á la puerta, se fijó involuntariamente en el espejo y estuvo á punto de dar un grito de espanto: acababa de ver, á la luz de una bujía, su rostro cadavérico estremecido por el terror, y junto al suyo el de Leonardo, cuyos ojillos parecían leer en su alma. En la expresión del semblante de Leonardo, comprendió Quesnel que aquel hombre lo sabía todo.

VII

Más bien granja que castillo, el Gran-Roble elevaba su fachada, de un solo piso, en lo alto de la cuesta de Barville, sobre el camino de Champuis, á distancia de cinco kilómetros.

Promediaba septiembre: el sol descendía hacia el horizonte bañando con sus rayos oblicuos las pobladas copas de los árboles: los troncos de los abedules se erguían, rosáceos, hacia el cielo, teñido de púrpura por el lado de poniente, y en el terreno, cubierto de hierba fina y menuda, veíanse diseminados los arbustos. El dorado musgo que cubría el pilar que soportaba el viejo cuadrante solar, tomaba los tonos cálidos del cobre rojo. Parecían brillar centelleantes relámpagos sobre la arena de las avenidas, cuando las hojas, impelidas por el soplo de la brisa, se agitaban produciendo ligero murmullo.

Ante la casa, disfrutaban de la calma y dulzura de aquella tarde, confortablemente instalados en grandes sillones de jardín, el cura de Barville, la señora viuda de Mauger y la señorita Meriel, tía de Marta, á la cual había ésta llamado para que le hiciese compañía. Las dos mujeres bordaban un paño de altar, y el cura Graindorge, con ambas manos cruzadas por encima de la sotana, daba incesantemente vueltas entre sus dedos cortos y gordos á una enorme tabaquera de plata.

Marta había cambiado mucho desde que había enviudado. Como estaba libre, vivía mucho fuera de su casa, daba largos paseos por el campo, y el aire libre la reconstituía y fortificaba. Iban desarrollándose sus formas de adolescente: sus mejillas, más llenas, adquirían los sanos colores de la rosa. Se veía que era más mujer. También había perdido mucho de sus maneras torpes y de sus hábitos de educanda tímida: hasta el tinte melancólico de los rasgos de su fisonomía, prestaba á su rostro más gracia y más encanto.

Marta alzó los ojos para contestar al cumplido que el cura le dirigió al decirle:

—Señora, es usted la Providencia de este país: desde que ha llegado usted á él, puede decirse que no hay pobres en mi parroquia.

—Exagera usted, señor cura.

—No, señora, no exagero: digo la verdad pura.

La señorita Meriel intervino en la conversación: era persona como de cincuenta años, autoritaria, morena y recia, con sombra de bigote en el labio.

—Mi sobrina hace el bien, mucho bien, lo reconozco..., y yo la ayudo en cuanto puedo; pero de eso á decir que ya no hay pobres en Barville...

—No me refiero únicamente á las limosnas que profusamente distribuye, sino á los consuelos, á los ánimos que da á los desgraciados que ve en torno suyo. ¡Esa es la verdadera caridad, esa!

—¿Sabe usted, señor cura, dijo Marta poniéndose colorada, que está usted poniendo á dura prueba mi modestia? Voy á abandonar el puesto, por temor de caer en el pecado de orgullo.

Marta se había puesto en pie, y el sacerdote, creyendo sencillamente haberla ofendido, le preguntó con ademán contrito:

—¿Se va usted?

—Por un instante no más, respondió sonriendo, pero ahí le dejo á mi tía.

—¿Ha observado usted, señor cura, dijo la señorita Meriel en cuanto se quedaron solos, qué triste está mi sobrina? A pesar de todo cuanto hago, no consigo distraerla, y hasta me parece que aumenta su disgusto en vez de disminuir.

—¡Hace tan poco tiempo que enviudó!, exclamó el cura sorbiéndose un gran polvo de tabaco.

—Ya hace seis meses. Pero permítame usted que le diga que no comprendo en manera alguna semejante disgusto: su marido era muy viejo, estaba postrado, y junto á él no debía de ser muy agradable la vida un día y otro.

—Según me han dicho, el Sr. Mauger era muy bueno, se atrevió á objetar el cura.

—Puede ser; pero tenga usted en cuenta que podía haber sido abuelo ó bisabuelo de Marta.

—¡Murió de una manera tan trágica!

—¡Eso es!, ha puesto usted el dedo en la llaga, señor cura, exclamó la señorita Meriel con acento rápido. El Sr. Mauger observaba poco las prácticas religiosas, y la muerte vino á sorprenderle antes de que tuviera tiempo de que llamar á un sacerdote. Estoy convencida de que Marta se conduele amargamente de no haber intentado atraer á su marido hacia Dios en los dos años que estuvo casada con él, y que tal remordimiento entra por mucho en su disgusto...

Cuando la señorita Meriel comprendió que había pasado para ella la edad de las esperanzas matrimoniales, se echó en brazos de la devoción, menos por convicción que por satisfacer la necesidad de su temperamento activo, que dejaba sin empleo su estado de soltera. En Champuis, donde residía, había pertenecido á todas las hermandades y á todas las cofradías. Se la había visto llevar en las procesiones el estandarte de las Hijas de María. Visitó á los pobres, asistió á los enfermos y enseñó el catecismo á los niños, pero practicaba la caridad como un deporte, sin entusiasmo, sin que en ello se interesara su corazón.

Había desaprobado, por envidia, el casamiento de Marta y se había negado á ver á su sobrina hasta que murió el Sr. Mauger; pero cuando la joven fué rica y ésta la llamó á su lado, olvidó de pronto sus rencores, ante la perspectiva de una existencia desahogada y exenta de cuidados. Se había dignado perdonar, generosamente, y ahora no encontraba palabras bastantes con que elogiar el sacrificio de Marta y su abnegación durante la enfermedad de su marido. Con el pretexto de hacer que guardara reposo absoluto y de aliviarla de los cuidados que impone el manejo de una casa, había tomado la dirección de todo, en conformidad con sus gustos autoritarios.

—Bien pudiera usted tener razón, señorita, exclamó tras un largo silencio el cura, altamente admirado de la perspicacia de su interlocutora. En todo caso, yo calmaré los escrúpulos de su señora sobrina. No debe en modo alguno exagerar su responsabilidad. La bondad divina no tiene límites. Diremos algunas misas por el alma del difunto.

El buen sacerdote tenía en mucho los piadosos sentimientos de la señorita Meriel, cuyos defectos no veía. Tenía esa candidez común á todas las personas excesivamente buenas, candidez que no les deja creer en la existencia del mal. La bondad del cura se leía escrita en su ancha, mórbida y rubicunda fisonomía, en la franca mirada de sus ojos risueños y en su frente alta y coronada de blancos cabellos.

—Le doy á usted las gracias por anticipado, señor cura, dijo la señorita de Meriel. ¡Me apena tanto ver triste siempre á mi sobrina!.. Pero, silencio... Allí viene.

Marta bajaba, en efecto, las pocas gradas de la escalinata.

La melancolía, más bien que disgusto, que aquejaba á la viuda, provenía de dos causas: la había herido cruelmente el trágico fin de su esposo, y el terror que le causó aquella muerte súbita, acreció por efecto del remordimiento. Fué el día de su entrevista con Quesnel, entrevista que ella, en su candor, no podía recordar sin ruborizarse, como de una falta cometida, cuando ocurrió el funesto accidente. La joven, en su credulidad un tanto supersticiosa, hija de una imaginación saturada aún de las leyendas del convento, no distaba mucho de ver en aquella coincidencia un secreto designio del cielo, un castigo enviado á la esposa culpable. Con el tiempo se había ido modificando el recuerdo que conservaba de su esposo. Como ocurre ordinariamente respecto á los seres tiernamente amados y que han dejado de existir, se habían ido borrando poco á poco los defectos del anciano, sus exigencias, sus ratos de mal humor y sus dolencias, para ceder el puesto á su bondad paternal, á sus buenas cualidades, y sobre todo, á su generosidad, gracias á la cual se veía Marta rica.



Ante la casa, disfrutaban de la calma y dulzura de aquella tarde ..

Al mismo tiempo, pensaba en Quesnel. El sentimiento que el doctor la había inspirado y del que no se dió cuenta sino después de aquel beso de amor cambiado en una mañana de primavera entre el perfume de las lilas, había ido creciendo en su corazón. En aquel minuto de dulce voluptuosidad había entrevisto goces no sospechados que deseaba conocer, y que, en su espíritu, no conseguía separar del recuerdo de Quesnel. Lo amaba.

Ahora bien: desde que ella salió de Champuis en la mañana siguiente del primer novenario de sus lutos, no había vuelto á ver al doctor, y esto le dolía en el alma. Posible era que el médico, por discreción, aplazara su visita para más tarde; pero Marta, sin dejar de agradecerle la reserva con que procedía, lo hubiera querido ver menos correcto y más solícito. A medida que pasaban monótonamente los días, entre su tía y el buen cura, los sueños de la joven se hacían más frecuentes. Su pensamiento volaba á Champuis hacia quien había despertado su juvenil corazón.

Cuando volvió á reunirse con su tía y con el cura, se levantó éste para despedirse. Estaba obscureciendo.

—¿No se queda usted á comer con nosotras, señor cura?

—Gracias, señora: mi vieja ama me espera: sería capaz de reñirme.

Y se dispuso á marchar.

—A propósito, dijo Marta, no nos ha dicho usted nada de la pobre Talvast, ¿cómo sigue?

—Muy mal, ¡pobre mujer! Nuestro médico parece que no entiende su enfermedad.

—Es preciso hacer que la vea otro.

—¡Bah!, exclamó la señorita Meriel encogiéndose de hombros, lo mismo sabrá otro que éste.

—A menos de que este médico celebrara consulta con otro de Champuis, se atrevió á decir humildemente el cura. Esa sí que sería una obra de caridad, señora. Piense usted en que si la desgraciada llega á morir, dejará seis niños sin más sostén que un padre que bebe con frecuencia más de lo razonable.

—¡Un borracho!, exclamó la señorita Meriel.

Marta se había quedado de pronto meditabunda: después de un rato de silencio dijo, como tomando una brusca resolución:

—Tranquilícese usted, señor cura; mañana haré que venga un médico de Champuis.

—¿El que asistía al Sr. Mauger?, preguntó el sacerdote.

—El mismo; el doctor Quesnel... Tía, ¿quiere usted escribirle?

—Con mucho gusto, si así lo quieres tú.

—Hace usted una obra de caridad, señora, por lo que yo le doy á usted las gracias, y Dios la recompensará.

Marta no lo escuchaba, completamente admirada de su propio atrevimiento y dispuesta ya á arrepentirse de él.

VIII

Al ruido del coche, parado bruscamente ante la puerta, Marta salió de su habitación con el corazón palpitante.

«¡Por fin!, ¡era él..., iba á volverlo á ver!..»

Cuando llegaba al vestíbulo, abrióse la puerta y entró el doctor, precedido de un criado. La joven sintió crecer su emoción al verlo: temblaba: su oprimida garganta le impidió articular palabra alguna: para colmo de embarazo, la sangre, agolpándosele á la cabeza, tiñó su rostro de púrpura, denunciando su secreta turbación.

Quesnel, con el sombrero en la mano, dió algunos pasos hacia ella con sereno continente y dueño de sí mismo, y luego con voz segura é indiferente, dijo, inclinándose con extremada política y ceremoniosa afectación:

—Me ha mandado usted á llamar, señora, y aquí estoy á las órdenes de usted.

Marta hizo un esfuerzo para contestar:

—Muchas gracias.

—Espero, señora, que no se tratará de usted ni de ninguno de su familia.

—No, caballero: se trata de una pobre mujer por la cual me intereso.

—Vamos á verla.

¡Qué prisa tenía por llenar su deber profesional!.. Después de una ausencia de seis meses, no tenía una palabra para recordar el pasado ni un ademán ni un gesto que denunciasen su emoción ¡Ah! ¡Bien olvidada había sido la pobre Marta!

...¡Qué loca había sido en creer en la sinceridad del amante!

Sin proferir palabra, con apresuramiento un tanto nervioso, se puso Marta un sombrero de paja que sujetó con agujetas en la obscura masa de sus cabellos.

Quesnel observó, al seguir sus movimientos, que se peinaba con más coquetería que antes, y que su cuerpo había adquirido una morbidez que antes no tenía.

—Vamos, dijo Marta, bajando los peldaños de la escalinata.

El doctor la siguió silencioso hasta la verja. Tan luego como la hubieron salvado se acercó á ella y le hizo algunas preguntas con respecto á la enferma á quien iban á ver, y pidiendo otros detalles cuyo conocimiento, en el fondo, no le importaba, deseoso sin duda de que no decayera aquel motivo de conversación.

Marta le contestaba distraidamente con su pensamiento puesto en otra cosa y el corazón oprimido.

En mitad de una callejuela que daba al campo, pasaron por debajo de la bóveda de una antigua puerta carretera desprovista de hojas y entraron en una plazoleta formada por casas de piso bajo cubiertas de paja.

Los patos chapuzaban en el lodo; las gallinas huían asustadas; en las puertas, los chiquillos acechaban con curiosidad á los visitantes.

(Se continuará.)

LA CARICATURA EN ESPAÑA.—TOVAR.—VERDUGO.—XAUDARÓ

TOVAR

En la calle de San Dimas vive Tovar. San Dimas se halla dentro de la de Quiñones, que ustedes seguramente habrán oído popularizar en versos chulos



TOVAR

y coplas flamencas de autores de cuyos nombres no quiero acordarme...

Porque hay que tener en cuenta que en la referida calle está la Cárcel de Mujeres. San Dimas y junto á la cárcel, ¿tendrá esto también alguna significación?.. Pero no: en la calle de San Dimas vive Tovar, y este amigo es otro santo, aunque sin primera par-



APUNTES DEL NATURAL
LA RISA Y EL DOLOR, caricatura de Tovar

te; yo lo afirmo. Desde los balcones de su modesto y alegre cuarto segundo de artista pobre vese el patio de las reclusas: todas sucias, soeces, ordinarias, feas y miserables.

¿Serán estas presas vecinas las modelos de Tovar? Un porfolio con algunas escenas de la cárcel, bien interpretadas, podría hacer la fama de un caricaturista.

Pero me dice este antiguo amigo de quien me ocupo que no hay caracteres algo extraordinarios ni tipos en estas desgraciadas. Son la mayor parte quincenarias ó delincuentes que aguardan la condena. Después pasan á los presidios, donde seguramente no sería difícil encontrar buenos modelos...



AZCÁRRAGA

VILLAVERDE

Nos hemos sentado ante una pequeña mesa repleta de libros, periódicos y dibujos. Uno de los volúmenes es de un autor italiano, que extensamente escribe de la caricatura; entre otros cartones están



COSAS DEL MUNDO. – LA ÚLTIMA PALABRA DEL PROGRESO
SE CRÍA UN HOMBRE PARA LLEVAR UN PERRO,
caricatura de Tovar

encuadernados unos años del popular semanario satírico *Don Quijote*. Tovar hojea todo su trabajo pasado, muerto y sin casi recuerdo. Y por la gran página veo desfilar como en película de cinematógrafo á Sagasta, con su tupé y su rapada barba nítida; á Silvela, con su volteriana sonrisa y daga al brazo; á Cánovas, á Castelar, á Canalejas, á Moret y á otros políticos, ya física, ya moralmente muertos también.

La obra de Tovar en *Don Quijote* fué prodigiosa, abundantísima, heterogénea y muy difícil. Y al morir este periódico Tovar ha sido redactor estimado desde *La Correspondencia* de Romeo al *Madrid Cómico* de ahora, de Tolosa. Los dibujos de este caricaturista son correctos, agradables, graciosos y sin pretensión. Él cuida é intenta siempre que las caras de sus «monos» tengan espíritu, y muchas veces lo consigue.



VALILLO

Tovar es gran admirador de los artistas alemanes Bruno Paul, A. Roescler, Pomernaz y G. Thöny. Dice que ellos, con algún inglés, Bramn, y otros americanos, Gibson, son los maestros de la caricatura.



APUNTES DEL NATURAL
LA SORPRESA Y LA ADMIRACIÓN, caricatura de Tovar

Como Tovar, creo que los alemanes, si no son los más grandes maestros en la caricatura, son indudablemente artistas que enseñan mucha gracia y arte con sus dibujos.

VERDUGO

Hace años, cuatro ó seis no más, vino de Málaga á Madrid una familia muy estimable de artistas. El jefe de ella, un señor ya anciano, había sido toda su



VERDUGO

vida periodista, director de *Las Noticias*, en la bella ciudad de Andalucía. Y en este diario, hecho con algún arte y sin ideas de lucro, perdió el padre de los Verdugo bastantes miles de pesetas.



WEYLER



MAURA

(Caricaturas de Verdugo.)

Resolvió, en su consecuencia, el Sr. Verdugo, aburrido y hastiado, abandonar su noble empresa y trasladarse á Madrid para que sus hijos escogieran en la corte digno oficio. Familia de artistas dije al principio. Y como el padre, lo eran ya por aquel entonces también sus tres hijos, muy jóvenes aún. Fijaos: el uno era el confeccionador del periódico; el segundo dibujaba los «monos,» las notas políticas y amenas en el mismo diario, y el tercero ayudaba á sus hermanos en todo, ó si su auxilio no era preciso, dedicábase á pintar en grande bellas, escogidas, poéticas, bravías marinas copiadas del mar de Málaga.

Llegó á Madrid la paisana familia. Al principio, lo recuerdo, sus ahincos, sus aficiones, sus vehementísimos deseos de hallar apropiado trabajo, no se vieron coronados por el éxito; pero al fin fueron co-

locándose los hijos. Hoy todos trabajan, y su laboriosidad y talento se tiene aquí en mucha estima. Uno es regente de *El País;* otro, el marinista, estuvo de redactor en *El Gráfico* y ahora lo es del *Nuevo Mundo;* y el tercero, el menor de todos, es el caricaturista tan conocido, confeccionador y redactor-jefe también del popular semanario ha poco citado.

Era necesario este preámbulo para que los lectores conocieran las envidiables condiciones, el afán de trabajar, el tesón, el cariño al arte que distingue gallardamente á esta familia.

Los Verdugo han hecho bien: yo los aplaudo. Si no se venden cuadros hay que hacer pequeños dibujos de actualidad para las Revistas; confeccionar planas, componer fotografías, la letra de una imprenta, ¡todo!, antes que perecer en la contienda. Gracias á esto, á su prematuro olvido de hidalguía y pereza meridional, puedo yo hoy escribir, con sus nombres y honrosa historia, estas modestas cuartillas.

De lo mucho que vale el caricaturista Verdugo, muestra os darán sus agradables dibujos á este texto unidos.

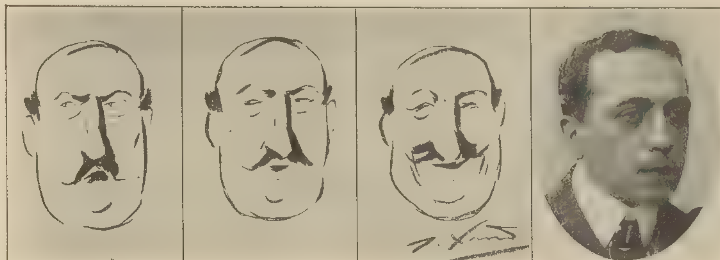
XAUDARÓ

Esta es otra máquina de hacer «monos,» semejante á la popularísima de Rojas, de quien ya os he hablado.

Y qué lástima da conocer cómo trabajan estos artistas: dibujando al vuelo de todo y para todo, sin fijarse ni en los detalles ni en el fondo; qué lástima da, digo, si pensamos que con sólo un poco que estudiasen estos estimables jóvenes, ya que tienen talento y gracia, serían otra cosa, ganarían más por sus trabajos y sus nombres cubriríanse de gloria, de una gloria verdad, justa, bien asentada... Como personas sinceras emitimos nuestro modesto juicio, y el lector ha de recordar—hacemos esta observación con verdadera pena—que en uno y otro apunte nuestro, pobres, insignificantes líneas de presentación de un artista, hemos consignado la falta de estudio que bien á las claras dejábase ver hasta por el vulgo en casi todos los trabajos de nuestros caricaturistas.

Y no se basa esta crítica pesimista en que nuestros estudios sean más ó menos profundos en la materia.

RASGOS DE UNA FAMILIA



MI ABUELO — MI TÍO — MI PADRE — YO

(Caricaturas de J. Xaudaró.)

Es sencillamente que nuestros ojos, que admiran lo bello, hojean á diario revistas extranjeras, y en sus páginas topan con trabajos artísticos muy notables de caricatura que firman Hermann Paul, Forain, Abel Faibre, Rouveire, Steinley y Caran d'Ache. ¿Cuántas historietas, dibujos trascendentales y graciosos, como los que éstos hacen, no podrían componer nuestros caricaturistas con un poco de estudio?

Xaudaró, por su educación y gusto, imagino no sería de los últimos en lograr este resultado.

Vino el caricaturista de Barcelona á Madrid á ocupar un puesto en un semanario, y en esta redacción continúa aún. Todos los sábados descubriréis alguna plana compuesta por Xaudaró. Sus dibujos nos son conocidos, sin que sea necesario que su autor los firme. De todo lo que este artista ha publicado, lo que yo creo más digno de estimación son los originales de su primera época, cuando colaboraba en *Barcelona Cómica.* Después, sólo unas planas bien estudiadas de asuntos japoneses llegan á causarnos sensación agradable. Ahora el dibujante ha emprendido otros rumbos, tal vez para acreditar su paciencia y conocimiento en las ciencias exactas. Su panorama de Puerto Arthur, en el *Recreo,* es cosa admirable; pero que en nada se relaciona con la caricatura...

MANUEL CARRETERO.



M. JACOBO FAURE, VENCEDOR DEL GRAN PREMIO EN EL CONCURSO DE DISTANCIA ORGANIZADO POR EL AERÓ-CLUB DE PARÍS Y CELEBRADO EN LOS DÍAS 15 Y 16 DE LOS CORRIENTES. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El Aero-Club de Francia ha organizado recientemente en París una gran fiesta aeronáutica, un concurso de distancia, á beneficio de los damnificados por los terremotos de la Calabria, que se celebró en el jardín de las Tullerías.

La fiesta tuvo un éxito completo, así por el número de aeróstatos de varias naciones que en ella tomaron parte, como por el público inmenso que acudió á presenciarla y por los resultados que en ella han dado las ascensiones realizadas. El tiempo se mostró por demás desfavorable, pues el viento y la lluvia dificultaron extraordinariamente las operaciones de henchimiento y lanzamiento; pero gracias á la acertada dirección de los miembros del citado club y á los progresos que ha hecho últimamente la locomoción aérea, todas las dificultades fueron vencidas, y á la hora señalada lanzáronse al espacio los quince globos que en el concurso figuraban. A las tres y cuarto de la tarde se elevó el primer globo, el *Edén*, del francés M. Eduardo Boulenger, y á las seis y veinticuatro minutos el último, el *Cambronne*, del francés M. Edmundo David.

El gran premio de este concurso lo ha obtenido el francés M. Jacobo Faure, que tripulaba el globo *Kabylie* y que á las diez y treinta minutos del día siguiente tomó tierra en Leutschan, al Norte de Kana (Hungría), después de haber recorrido una distancia de 1.350 á 1.400 kilómetros. El segundo y el tercer premios correspondieron al Sr. Fernández Duro, español, y á M. Eduardo Boulenger, que recorrieron, el primero en su *El Cierzo* y el segundo en el citado *Edén*, 1.150 y 800 kilómetros respectivamente. Los demás aeronautas hicieron trayectos de 400 á 700 kilómetros, con una velocidad media de 80 kilómetros por hora.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 6 de noviembre de 1905 — Núm. 1.245

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AL REDIL, cuadro de Nicolás Cannicci

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia. 1905.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la serie del presente año, que es EL LIBRO DE ORO DE LA VIDA, colección de máximas, pensamientos, sentencias y proverbios, entresacados de las obras de los mejores filósofos nacionales y extranjeros.

El tomo va ilustrado con dibujos de Nicanor Vázquez.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La actualidad es francesa; la actualidad es, no ese agradable señor de sonrisa amena y de inteligente fisonomía, que ha venido á pagar visita á nuestro jefe del Estado, sino el Estado que representa el jefe huésped y visitador de la corte española. La personalidad de Loubet, que no es de las más prominentes, queda eclipsada, y siempre quedaría, por la grande, simpática y universal personalidad de la nación á cuyo frente se halla.

***

Cada español tiene *su Francia;* á cada uno de nosotros nos importa «la nación vecina» por un concepto especial. Y nótese: Francia es acaso la única nación europea que en España les interesa por igual á las mujeres y á los hombres. (Todavía se me figura que les preocupa más á las primeras que á los últimos.) En vano ha querido Londres, y mucho más en vano Berlín, y sin el menor fruto Viena, desbancar á ese fascinador París, meter la hoz en su campo —en su jardín diríamos más exactamente.—La moda inglesa será muy distinguida, muy *ultrachic,* no cabe duda, pero su influencia está circunscrita á aspectos de la vida que aquí sólo con carácter excepcional se presentan. Trajes, rudas y correctas prendas de abrigo, originales sombreros, cinturones, bolsas, calzado fuerte, impermeables, veletes, suits, guantes pespunteados y sólidos paraguas..., todo el arreo inglés riñe con la estatura, las proporciones, los hábitos, los gustos verdaderos, íntimos, de la mujer española. Inglaterra es demasiado caracterizada, demasiado personal, para cultivar, en los productos de sus industrias suntuarias, esa complacencia, esa adaptación al capricho y hasta á la rutina de los otros, de los compradores, que son el triunfo del comercio exportador francés. Toda prenda procedente de Londres nos manda, con imperio, que nos sometamos á una civilización y á unos usos ajenos á nuestro modo de ser.

Francia, en cambio, sabe halagar, sonreir, y su sonrisa es su victoria. Sabe también estudiar los lados flacos de su universal clientela, y de su conocimiento del corazón y los sentidos, de las pretensiones y las ridiculeces, de sus dotes de psicóloga, pende, en gran parte, la seguridad de su hegemonía en infinidad de conceptos.

Y es que, aun tratándose de frivolidades, de naderías, el espíritu de cada pueblo se revela incesantemente, como se revelan las antiguas civilizaciones y edades en el cuño de una moneda ó en los amuletos de un collar; y el espíritu francés, comunicativo y humano, abierto y propagandista, por tales condiciones ha resistido y se ha sobrepuesto á las fatalidades y vicisitudes de la historia, para él duras é inclementes en los últimos tiempos, y ha conservado el primer puesto entre las gentes que por temor á incurrir en impropiedad no llamaré latinas, pero que ni son eslavas ni sajonas.

Hay una misma Inglaterra para la mayoría de los españoles; es decir, hay de Inglaterra una idea uniforme, ó más exactamente, dos ideas contrarias uniformes, determinadas por los modos de pensar en el terreno social, moral, filosófico y mundano. Para unos es un país admirable y que debe imitarse incondicionalmente; para otros, un país tedioso, hipócrita y rapaz, del cual sólo puede venirnos aburrimiento y pérdidas de territorio. No sucede esto con Francia. Su *idea* es compleja; en la admiración que puede tributársele, entran más restricciones; en las censuras que se le dirijan, mayor suma de indulgencia, sin acritud. Y es que con Francia estamos identificados, y la vemos con la visión complicada y varia que brota directa de la realidad, la cual desde lejos parece una y de cerca se matiza con infinitos tonos, se quiebra en miles de líneas y adopta innúmeras y ricas formas. Es que Francia tiene para cada cual su imán ó su aguijón, é interesa hasta á los que de ella dicen pestes, á esos severos españolistas de ocasión, que reniegan de la influencia parisiense en todo—verificándose así lo que dice un notable escritor argentino, Carlos Octavio Bunge; en su última obra, que el odio ó la contraposición entre pueblos es también lazo, y lazo acaso más fuerte que el amor.—En efecto, la cólera de España contra Francia, provocada por la invasión, las diatribas y homilías contra todo lo francés, lejos de aislarnos, nos han unido. Lo que discutimos existe..., lo que condenamos existe..., y no es una de las ironías menos delicadas del destino humano que afirmemos por medio de la negación y nos compenetremos intimamente con lo mismo que maldecimos.

***

Para el gobernante español, Francia es el problema de Marruecos; para el monárquico, una República estable que mirar de reojo; para el republicano, una República que presentar como ejemplo; para el socialista, un país donde hay ministros socialistas, que practican hasta donde pueden lo que profesan; para el artista, la Meca del arte contemporáneo, adonde debieran ir en peregrinación, y no á Roma, los que empiezan á iniciarse; para el escritor, el pensador, el intelectual, el foco de las tendencias nuevas, el manantial de los grandes ríos, el campo de batalla de las encontradas escuelas, el horno donde se caldea el pensamiento; para el fabricante, el negociante, el vendedor, el industrial, objeto de estudio y base de operaciones; para el *sportman,* fecundo vivero de novedades; para el periodista, templo del género; para la coqueta, arsenal de sus armas, pertrechos y municiones; para el enfermo, esperanza de alivio; para los que se casan, el lugar donde se ferian los equipos elegantes; para el gastrónomo, el lugar donde se ha refinado la sensación del paladar y perfeccionado la cocina; para el botánico, el floricultor, la tierra donde se crían las flores más extrañas y preciosas y las frutas más exquisitas; y en fin, hasta para los devotos, para el comercio de objetos de piedad, es Francia quien surte de modelos el mercado; por eso sería curioso demostrar cómo las cosas más tradicionales no son las menos sometidas á la insensible é inevitable ley de la moda, «deidad voluble,» decían hace unos treinta años, pero que no es voluble en no moverse de su santuario de París—ese París laborioso, activo, amable, siempre ansioso de repartirse y entregarse á los demás pueblos y gentes del mundo.

Francia es todo esto, y algo más todavía, porque es la constante maestra y guía de nuestra desorientada mentalidad, sin fuerza para abrirse rumbos suyos, genuinos. Por eso he dicho que, no á la personalidad de Loubet, sino á la nación que transitoriamente rige, hay que atribuir el entusiasmo, cuando menos la curiosidad benévola y ansiosa por esta visita despertada.

***

De Francia y de París también; de su influjo omnilateral en las nuevas costumbres que van consolidándose, procede el fasto, suntuosidad y buen gusto con que hoy se engalanan los cementerios urbanos, á imitación del famoso y antiguo Pére Lachaise, que está rodeado de tiendas, barracas y almacenes atestados de objetos cuyo destino es demostrar que se acuerdan de los muertos los vivos, que les consagran incesante y nostálgica memoria. Al ver tanta corona de siemprevivas amarillas y morados pensamientos; tanta cinta ancha de rica seda, con inscripciones en altas letras de oro; tanta lápida de labrado mármol ó pulido bronce; tanta variedad de panteones y cenotafios góticos, románicos, neogriegos, ¡hasta modernistas!.., tanto busto, tanta estatua, tanto cuadro encristalado, tanto arbusto, tanto césped, tanta flor..., me ocurre dudar si es ahora más profunda la añoranza por los seres queridos, que en los tiempos en que se les tributaba únicamente el sufragio de las misas y las oraciones...

¿Quién podrá aquilatar esto? ¿Quién será capaz de averiguar á punto fijo si entra en el culto de los muertos más la vanidad y amor propio, ó rutinario instinto de seguir los usos generales, que ternura y pena por los que se han ido? Probablemente cada lápida guarda una historia; muchos mausoleos una ironía; infinitas inscripciones una mentira, y algunas coronas un contrasentido extraño. Este moderno culto de los muertos implica un progreso en las costumbres, sin embargo; los cementerios bien cuidados y floridos consuelan de la eterna soledad de los difuntos, antes abandonados entre jaramagos, ortigas y malvas, como están todavía en los cementerios rurales, que producen una impresión melancólica, tal vez más genuinamente fúnebre y, cuando la naturaleza quiere, cuando viste de verdor intenso los matorrales y hace brotar flores á millares en el suelo, acaso más poética.

Lo positivo de esta consagración de los mortales despojos, es que, como todas las complicaciones y extensiones del lujo, sirve para que mucha gente se gane el pan. Múltiples industrias han adquirido vuelo con tal motivo. Arquitectos, floristas, escultores, jardineros, broncistas, faroleros, hallan lo necesario en este ramo de lo superfluo. Superfluo, sí, al menos así lo cree el pueblo, que no se explica tanta riqueza invertida en amueblarles la casa á los que ya ni sienten ni padecen... Se lo he oído á una vejezuela, la víspera de un día de Difuntos, en el campo santo: «¡Tanto adorno, tanto adorno en las sepulturas! A los muertos no les importa el adorno...» Y después, en voz rencorosa, añadió la vejezuela: «De vivos andarían con muy buena ropa y en sus buenas viviendas... Y luego querrán ir al cielo...» No pude menos de fijarme en cómo vestía la anciana. Una chambra desteñida y rota, un pañuelo de punto lleno de agujeros atado al talle, una falda muy usada, de lanilla, un delantal sucio, unos zapatos que no ajustaban al pie, zapatos de hombre, probablemente despojos de su borracho de marido... Y luego consideré que era un día de noviembre de los más agrios y cortantes, y el cierzo del Norte nos estremecía como un soplo extramundanal, á aquella hora misteriosa y doliente de la puesta de sol cercana... La vejezuela encontraba que su perra suerte no tenía otra compensación posible sino irse al cielo, gozar del cielo á cambio del mucho frío, del doble frío de las carnes desabrigadas y amoratadas y el estómago flaco, sin nutrición bastante para darle calor de vida...

Y me puse á pensar en la probable biografía de aquella vejezuela, que no encontraba aquí la clave de los dolores y los sufrimientos humanos. Sin duda en su juventud había labrado la tierra, trabajado en la Fábrica de cigarros, hasta que la maternidad frecuente deformó su cuerpo, las lactancias debilitaron su organismo, las privaciones lo minaron, y vino la miseria, y vino el hospital. Y al salir del hospital, ya envejecida, los hijos se colocaron, ó emigraron, se atendieron á sí mismos, no volvieron á auxiliar á su madre; fué preciso volver al remo, sin fuerzas ni salud para que dé lo preciso para vivir; en vez del alimento se impuso el aguardiente; la labor era la de «asistenta,» que tiene todos los inconvenientes y ninguna de las relativas seguridades y ventajas de la domesticidad: los achaques interrumpieron frecuentemente el trabajo, y un día, aquel espíritu limitado, de mujer tosca y ya desechada, de barredura social, se planteó el terrible problema de nuestros destinos, se preguntó por qué había sido engendrada, por qué había venido al mundo, para sacar en limpio que hay cielo, que tiene que haber cielo, y que los maltratados, los humillados, los miserables, serían razón suficiente de que lo hubiese, á no existir ninguna otra...

***

Y allá se quedaba el cementerio iluminado, florido, lleno de coronas rozagantes, de gente de buen humor que había merendado..., y allí se quedaba también la vieja, filosofando sobre el coste de las lápidas, de la cera, de los mármoles sepulcrales, de las rejas doradas y de los faroles encendidos, para deducir su profesión de fe: los que aquí sufren... serán consolados arriba.

Emilia Pardo Bazán.



Era la época misteriosa en que los dioses alternaban con los simples mortales en todas las cosas de la vida; en que lo natural y lo sobrenatural se enlazaban con frecuencia, gracias á la propiedad que lo primero tenía de elevarse sobre sí mismo y á la modestia con que lo segundo solía descender á los más vulgares acontecimientos, honrándolos y amenizándolos con su frecuencia. Así se dió el caso de que el sublime y poderoso Júpiter se enamorase de una bella joven que vivía con sus padres, sencillos pescadores, en una aldea de las orillas del Helesponto. Fué aquella—cosa rara en un dios tan liviano—una pasión llena de pureza y dulzura, y por primera vez en su larga carrera de conquistador, supo Júpiter lo que era amar sin esperanza. Porque la hermosa Iris, compendio de todos los encantos y modelo de todas las virtudes, amaba con beneplácito de sus padres á un pescador de la costa llamado Ariano, y se había prometido á él para casarse en cuanto regresase de su viaje á las costas del Asia Menor. Mucho agradeció las amorosas declaraciones del dios, y aun pareció apiadarse de su mísera condición de enamorado sin consuelo; pero su corazón no era suyo, y por mucho que pudiese la voluntad del rey del Olimpo, seguiría perteneciendo durante toda la vida al pescador Ariano.

—Mucha fe tienes en tu amor, díjole el dios sonriendo.

—Tanta como tú en tu fuerza, respondió Iris.

El orgullo de Júpiter se sublevó, á pesar de la intensa dulzura de su enamoramiento.

—¿Y no temes que yo pueda más que esa débil promesa que os une?

—Podrías separarme eternamente de mi amado, pero no poseerías nunca mi corazón.

Tal firmeza y entusiasmo rebosó esta respuesta, que Júpiter se mordió los labios despechado. Por su mente, albergadora de las más locas ideas, pasó como un relámpago la de probar á la bella Iris que su felicidad dependía de un gesto del iracundo dios. Y á fuer de sibarita del tormento, pensó en casarla cuanto antes con su pescador, dándola á gustar un instante las mieles deseadas para arrancárselas en seguida de la boca, sumiéndola luego en la perpetua desventura. No quería obtener el amor de Iris por la fuerza; pues siendo tan soberbio, le humillaría indignamente saber que mientras él la regalaba con dulcísimas frases, el pensamiento de la niña estaba en otro regazo varonil. Júpiter era demasiado altivo para contentarse con lo que hubiera sido la felicidad de cualquiera mortal. Pero nadie impediría su venganza, placer siniestro con que se divertía á todas horas aquel engendro de la concupiscencia y el capricho.

Regresó Ariano de su viaje con regulares ganancias y empezaron los preparativos de boda. Una atmósfera de fortuna envolvía á los novios, que no tropezaban con un obstáculo sin que en el acto lo salvasen fácilmente. Todo les sonreía, y tan amable se les presentaba la existencia, que ni la encantadora Iris ni su apuesto prometido podían sospechar la proximidad del dolor acechándoles detrás de aquellas aparentes bienandanzas. Buenos y enamorados, creían ingenuamente que la ventura de un día era nuncio infalible de una sucesión infinita de venturas.

El día de la boda presentóse Júpiter al marido y le dijo:

—Ya tienes el amor. ¿Quieres la riqueza?

Ariano era ambicioso y amaba demasiado á su mujer para no desear verla rodeada de todas las comodidades. Por eso contestó sin vacilar:

—La quiero. Dime qué he de hacer para conseguirla.

—Traerme un guijarro de un lugar del mundo donde el sol permanezca en el cielo, sin ponerse, durante más de un día.

—¿Y dónde se halla ese lugar?

—Mérito para alcanzar la riqueza que deseas será también buscarlo. Búscalo, pues. No te impongo otra condición que la de partir antes de la nueva luna y la de que te acompañe tu mujer.

Ariano dióse á pensar en lo que Júpiter le proponía, sin atreverse á confiarlo á Iris; pero ésta adivinó en él la grave preocupación y le rogó tiernamente que se la confesase. La pobre esposa temía que aquellas ofertas deslumbradoras encerrasen alguna nueva asechanza del dios, y trató de disuadir á Ariano y de convencerle de que no necesitaban otra riqueza que su trabajo.

—Quiero ser rico, contestó invariablemente Ariano á todas las razones.

Iris bajó la cabeza y fuése á ver á la bondadosa Juno, á quien contó sus cuitas y pidió protección.

—Es forzoso partir. Tu esposo no abandonará su dorado sueño. Pero obra con prudencia. Júpiter es temible siempre, hasta cuando protege y acaricia. El día de la partida hallaréis en el barco una paloma blanca que os mostrará el camino que habéis de seguir. En cuanto á ti, no te doy otra defensa que tus lágrimas.

Cuando Ariano supo que sus deseos podían realizarse, abrazó á su mujer lleno de contento y se dispuso á partir. Equipó la nave con todo lo necesario para un viaje largo y esperó impaciente á que alumbrase el día señalado para zarpar. A punto del alba una paloma blanca picoteaba en la proa alegremente. Ariano sonrió al verla, abrazó á sus padres y lanzó su embarcación mar adentro, siguiendo el rumbo que trazaba el ave en el espacio. Iris contemplaba el mar en silencio, dominada por un intenso dolor, pero sin atreverse á malgastar aquellas lágrimas que según la diosa habían de ser su guarda y su defensa.

Mientras tanto íbase borrando la costa en el horizonte; el viento era favorable y el barco se halló pronto en alta mar, sin otra guía en aquella aventura fantástica que la paloma blanca volando á diez ó doce palmos delante de la proa.

Duró el viaje mucho tiempo, cruzando sin cesar mares desconocidos y avistando tierras estériles sin un árbol ni una brizna de hierba. El cielo cambiaba de color, y ora se volvía pálido y vago, ora tomaba un matiz fuerte y parecía de cristal por lo diáfano. Aves raras se abatían sobre el agua... La paloma volaba incansable como indicando que aún no estaba cercano el fin de la travesía; y Ariano, siempre firme en su deseo y en su esperanza, seguía dirigiendo la nave con mano tranquila, seguro del triunfo.

Una mañana vieron tierra á lo lejos, y apenas la vieron, dejóse caer la paloma sobre cubierta como si considerase terminada su misión y se dispuso á dormir. Los dos esposos contemplaban en silencio aquella sombra azulada que se iba alzando lentamente sobre el horizonte como una aparición. El mar estaba tranquilo, y todo él fosforecía con un resplandor de oro. El sol, que tocaba ya en el ocaso, permaneció unos minutos inmóvil y volvió á levantarse. Indudablemente se hallaban en el sitio que Júpiter señaló al ambicioso pescador. De allí á dos horas podrían desembarcar y recoger el precioso guijarro, prueba de su presencia en tan apartadas regiones.

Ariano estaba contento; Iris sufría. Sin saber concretamente el objeto real de aquel viaje, sufría adivinando en él una terrible maquinación del dios de los dioses. ¿En qué consistiría?.. Júpiter gustaba de jugar con el misterio, ya que todos los misterios estaban enlazados á su voluntad. Por eso, cuando el matrimonio abandonó la nave y puso el pie en la desconocida tierra, cubierta de una sombría aridez, uniforme y triste, Iris tembló como si en aquel sitio la esperase la mayor de las desgracias, y al coger por orden de Ariano unas cuantas piedras para llevarlas á la cala del barco, sintió en las manos la misma dolorosa impresión que si hubiese tocado un hierro candente.

Durante ocho días descansaron. El noveno anunció Ariano su propósito de hacerse nuevamente á la mar. Iris no dijo nada. No tenía valor para oponerse á lo que ella creía ser la fuerza del destino. Aquella noche tuvo un sueño revelador. Soñó que se le aparecía Juno, la cual le habló así con su más dulce tono:

—No partas, Iris. El poder de Júpiter te acecha. Lo que no ocurrió en vuestro primer viaje, ocurrirá fatalmente en el segundo. Ariano morirá, y tu prematura viudez será la venganza del dios, que ha calculado bien en qué circunstancias te dolerá más la falta del amado compañero. ¡Oh! Mi buen Júpiter es un maestro de la crueldad... Detén, detén á tu marido, y si razones no bastan, llora. Tus lágrimas te salvarán.

Ya sabía Iris que las razones no bastarían. Sin embargo, probó fortuna. Ariano contestó con áspera voz:

—Calla, calla, mujer, y no malogres el premio de mis fatigas. La riqueza nos espera. Mañana partiremos para nuestra patria. Duerme y así estarás más animosa.

No pudo, no, dormir la desgraciada Iris. Inclinada sobre la borda de la nave, pasó llorando varias horas mientras su marido reposaba. Al fin la rindió el cansancio y se durmió también. En lo más profundo de su sueño, la despertó un grito de Ariano.

—Mira, Iris, mira. Estamos presos.

Abrió Iris los ojos y miró. El mar estaba helado en una extensión incalculable; enormes moles de hielo erizadas de aristas, fuertes como espolones de roca, cubrían la blanca llanura hasta tocar el horizonte, y para que no se pudiese dudar del origen prodigioso de aquella súbita congelación, la última lágrima derramada por Iris durante las pasadas horas de llanto aparecía helada también en sus pestañas... Era imposible partir... Ariano se arrojó al suelo golpeándose la cabeza con las crispadas manos, y la dulce esposa paseó una mirada de gratitud á lo largo de aquel tremendo baluarte levantado por el amor de una mujer contra la ambición y la vanidad humanas.

El llanto de Iris acababa de encerrar, acaso para siempre, las regiones misteriosas del Polo dentro de lo que hoy llaman los navegantes «el terrible cinturón de hielo.»

(Dibujo de Gual.) J. MENÉNDEZ AGUSTY.

LA CRISIS AUSTRO-HÚNGARA

La situación del imperio austro-húngaro no puede ser más crítica; el divorcio entre la Corona y el Parlamento húngaro es absoluto, y todos los medios adoptados por el emperador Francisco José para llegar á un acuerdo con la mayoría coligada de aquel parlamento han resultado completamente inútiles.



LUIS KOSSUTH, jefe del partido nacionalista húngaro

El presidente del Consejo de Ministros húngaro, barón Geza Fejervary, que había presentado su dimisión, ha sido últimamente ratificado en su cargo por el emperador, en una carta publicada en la *Gaceta oficial de Hungría*, que tiene el carácter de verdadero manifiesto á la nación húngara. El soberano austriaco se había negado hasta ahora á conceder á los húngaros el sufragio universal, que como base principal de su programa defendía el presidente dimisionario; pero al fin ha cedido, y en dicha carta manifiesto declara que desea restablecer la armonía entre el Parlamento y la Corona por medios puramente constitucionales, y que estos medios no pueden ser otros que unas nuevas elecciones realizadas con el sufragio universal.

Mediante esta condición, el barón Fejervary ha consentido en ponerse de nuevo al frente del gobierno y ha nombrado su ministerio.

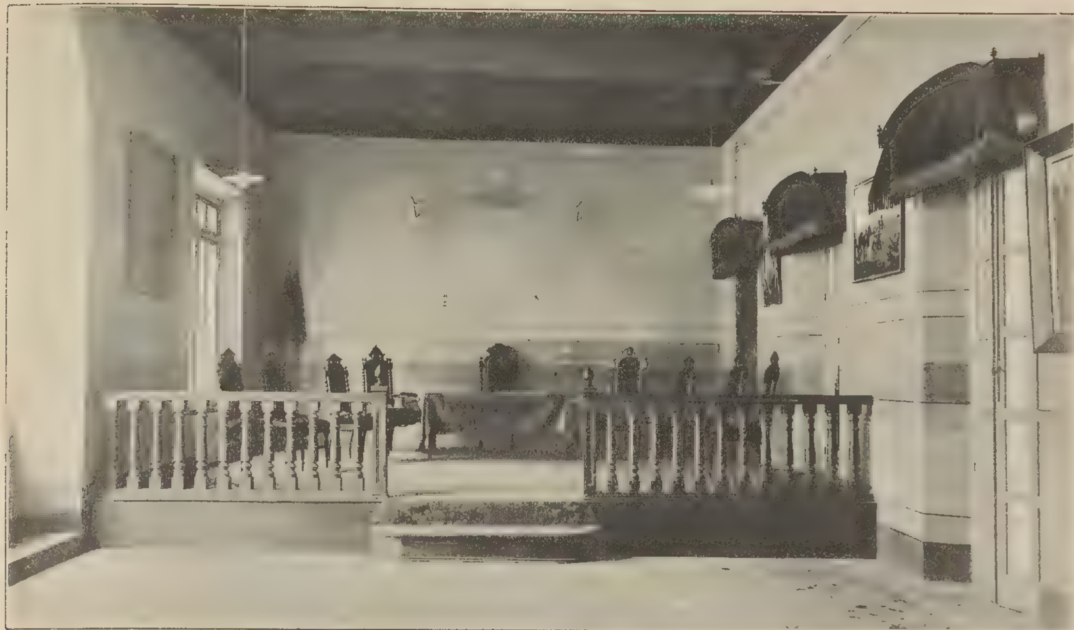
Pero ¿quedará con esto solucionada la crisis? En modo alguno. El partido nacionalista húngaro no ha de contentarse con esta concesión imperial; y no hace muchos días que Francisco Kossuth, el jefe de aquél, en un *meeting* celebrado en Szombatgely pronunció estas significativas palabras: «Fejervary os arroja bollos y dulces para no daros vuestros derechos nacionales.»

La cuestión batallona es la de que el mando del ejército de Hungría se ejerza en lengua húngara; á esta exigencia no quiere acceder el emperador, por considerarla atentatoria á la unidad indispensable en el régimen militar y por entender que con la misma razón que los magiares podrían formularla las demás nacionalidades de Hungría.

Planteada la cuestión en este terreno de intransigencia, es muy difícil que puedan vencerse los antagonismos, que en algunas partes comienzan ya á revestir caracteres violentos. En efecto, hace poco tuvo que intervenir la fuerza armada en sangrientas colisiones ocurridas en Brünn entre magiares y alemanes, que quieren escuelas y universidades en los respectivos idiomas.—R.



LUCHA DE LAS NACIONALIDADES EN AUSTRIA.—CONFLICTO ENTRE MAGIARES Y ALEMANES EN BRUNN, CAPITAL DE LA PROVINCIA AUSTRIACA DE MORAVIA. LA MULTITUD EN ACTITUD AMENAZADORA DELANTE DE LA RESIDENCIA DE LA SOCIEDAD ALEMANA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



ALGECIRAS. – Sala de la Casa Consistorial en donde se celebrarán seguramente las sesiones de la conferencia internacional en que se han de resolver importantes asuntos relativos á la cuestión de Marruecos. (De fotografía de Luis Gázquez, remitida por nuestro corresponsal D. Antonio Roca.)



ALGECIRAS. – Fachada de la Casa Consistorial en donde se celebrará seguramente la conferencia internacional sobre Marruecos (De fotografía de Luis Gázquez, remitida por nuestro corresponsal D. Antonio Roca.)

VIAJE DE M. LOUBET A MADRID

La prensa diaria ha publicado extensos detalles acerca de todas las fiestas que en la corte se han celebrado en honor del presidente de la República Francesa. Los periódicos ilustrados, como LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no pueden descender á minuciosas descripciones; el espacio de que disponen han de consagrarlo á la información gráfica, que es la que á sus lectores interesa.



VIAJE DE M. LOUBET Á MADRID. – S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Y M. LOUBET DIRIGIÉNDOSE EN AUTOMÓVIL Á RÍOFRÍO

Por esto haremos hoy lo que hicimos cuando la visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII á París, es decir, enumerar simplemente, sin comentario alguno, los festejos motivados por la estancia de M. Loubet en Madrid.

Día 23.—A las tres de la tarde llegaba el tren presidencial á la estación de Atocha. Recibido M. Loubet por S. M. con todos los honores correspondientes á su elevada jerarquía, dirigióse el cortejo al Palacio real. El presidente, acompañado de los Sres. Rouvier, Combarieu y Cambón, pasó á saludar á la reina madre y demás personas de la real familia; visitó luego á SS. AA. las infantas doña Isabel y doña Eulalia, y de regreso en Palacio recibió al cuerpo diplomático. A las ocho de la noche celebróse el banquete de gala, después del cual efectuóse la retreta y luego tuvo lugar en los suntuosos salones del regio alcázar la recepción, que resultó brillantísima.



VIAJE DE M. LOUBET Á MADRID. – M. LOUBET EN LA CACERÍA DE RÍOFRÍO.

Día 24.— A las ocho de la mañana S. M. el rey, á caballo, acompañado del infante D. Fernando de Baviera y de su cuarto militar, encaminóse al campo de Carabanchel, en donde había de efectuarse la revista. Media hora después, salía de palacio, en carruaje, M. Loubet y se dirigía al mismo punto. A las nueve y media llegaban D. Alfonso y el presidente delante de las tribunas, y poco después revistaron las tropas, yendo al estribo derecho del coche presidencial el monarca. Terminada la revista, comenzó el desfile, que M. Loubet presenció desde una tribuna, acompañado de las personas de la familia real; el rey se situó al pie de la tribuna. A las doce y media regresó M. Loubet á palacio, desde donde fué á la Casa de la Villa, para asistir al banquete que en su honor había organizado el Ayuntamiento, y que resultó una fiesta espléndida. Por la tarde, el rey y el presidente visitaron el Museo del Prado y el Palacio de Biblioteca y Museos. Por la noche celebróse en la embajada francesa el banquete con que M. Loubet obsequió á D. Alfonso XIII, y terminado el cual se dirigieron al teatro Español, en donde se celebraba una función de gala.

Día 25.—A las ocho y media de la mañana, M. Loubet y D. Alfonso XIII, con sus acompañantes, se dirigieron á la estación del Norte; á las nueve partió el tren para la Losa, en donde los expedicionarios tomaron los automóviles que los condujeron á Ríofrío, llegando allí poco después de las once. Terminada la cacería, dirigiéronse el presidente y el rey á la Granja, recorriendo el palacio y los jardines, y emprendiendo á las cinco el viaje á Segovia. Visitaron el alcázar y el Acueducto y regresaron á Madrid, adonde llegaron á las siete y media. Por la noche celebróse la función de gala en el teatro Real, que ofrecía un aspecto deslumbrador; bajo la dirección del maestro Bretón, cantóse la ópera de Rosini *El Barbero de Sevilla*, cuyos principales papeles ejecutaron con mucho acierto Regina Paccini, el barítono Battistini, el tenor Constantino, el bajo Luppi y el caricato Baldelli.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN LA CACERÍA DE RÍOFRÍO. (De fotografía de León Bouet.)

Día 26.—Por la mañana efectuóse en la Casa de Campo la cacería organizada en honor de M. Loubet por D. Alfonso XIII, concluída la cual celebróse en palacio un almuerzo íntimo, al que asistió toda la familia real. Después del almuerzo asistió el presidente, acompañado del rey, á la corrida de toros, presenciando una parte de ésta. A las tres y media dirigióse M. Loubet á la embajada francesa, en donde recibió á la colonia, y desde allí fué al Hospital de San Luis de los Franceses y luego presidió la ceremonia de colocar la primera piedra del nuevo Colegio Francés, que ha de construirse en la calle del Marqués de la Ensenada. Regresó á palacio á las cinco, y después de un te íntimo con que le obsequió S. M. la reina doña María Cristina, despidióse de la familia real y se dirigió á la estación. A las seis y treinta y cinco salió el tren presidencial entre los acordes de la Marcha Real y de la Marsellesa.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Y M. LOUBET EN RÍOFRÍO. (De fotografía de León Bouet.)

Madrid ha dispensado al presidente de la República Francesa un entusiasta recibimiento, engalanando é iluminando profusamente sus principales calles y plazas, y saludando con aplausos y aclamaciones continuadas al ilustre visitante.—S.



S. M. el rey D. Alfonso XIII y M. Loubet dirigiéndose á revistar las tropas



Desfile de los alumnos de las Academias militares



Desfile de las bandas de música reunidas, que tocaron un paso doble francés



Desfile de las baterías de artillería ligera

VIAJE DE M. LOUBET Á MADRID.—LA REVISTA MILITAR DE CARABANCHEL. (Fotografías de Enrique Castellá.)



Viaje de M. Loubet á Madrid.—S. M. el rey D. Alfonso XIII y S. A. el infante D. Fernando de Baviera, dirigiéndose á la estación á recibir á M. Loubet. (De fotografía de Enrique Castellá.)



Entrada de M. Loubet en Madrid.—Coche en que iban M. Loubet y S. M. el rey D. Alfonso XIII, rodeados por la escolta. (De fotografía de Enrique Castellá.)



Viaje de M. Loubet á Madrid.—1. Revista militar.—2. La corrida regia.—3. Decoración exterior del Ayuntamiento.
4. La Puerta del Sol iluminada. (Dibujos del natural y composición de Salvador Azpiazu.)

LOS REPRESENTANTES DE LAS CÁMARAS DE COMERCIO É INDUSTRIALES FRANCESAS EN BARCELONA

Las sociedades económicas de Barcelona, deseosas de corresponder á los obsequios que en París se dispensaron á sus representantes con motivo del viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII, invitaron á los representantes de las Cámaras de Comercio é industriales francesas, que han acompañado á M. Loubet en su reciente excursión á Madrid, á que visitaran nuestra ciudad.

Aceptada la invitación, el Ayuntamiento y las mencionadas entidades económicas organizaron en honor de los distinguidos huéspedes varios festejos, tales como un almuerzo en el Tibidabo, una excursión á Montserrat, un partido de pelota en el Frontón Condal, una función en el teatro Principal, en la que después de representarse la visión legendaria *Le compte l'Arnau*, el Orfeó Catalá cantó con su proverbial maestría algunas de las mejores composiciones de su vasto repertorio, una recepción en las Casas Consistoriales y un banquete.

En todas estas fiestas ha reinado la mayor cordialidad y se han hecho entusiastas manifestaciones de mutua simpatía.

Los franceses se han llevado, según ellos mismos han dicho, gratísimas impresiones de nuestra capital; no menos gratas son las que entre nosotros han dejado las notables personalidades que durante unos días nos han honrado con su visita.



Barcelona. – Almuerzo en el Tibidabo organizado por las sociedades económicas de Barcelona en honor de los representantes de las Cámaras de Comercio é industriales de Francia. (De fotografía de A. Merletti.)

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — Barcelona. – *Salón Parés.* – Sin temor de incurrir en exageración, puede afirmarse que la exhibición de un crecido número de producciones del notable artista Alejandro de Riquer reviste los caracteres de un verdadero acontecimiento. Y tan es así, que sorprende el conjunto de tantas y tan variadas producciones, los diversos procedimientos adoptados, y más que todo ello, la habilidad y maestría de ejecución, así como el razonamiento de los conceptos interpretados con plausible acierto. Casi en todas las producciones predomina la nota decorativa, expuesta con delicadeza, gallarda expresión de un espíritu culto que se preocupa tanto del concepto cuanto de su interpretación, según puede observarse en todos los temas, así en las composiciones esencialmente decorativas, como en los paisajes, en las aguas fuertes y en los proyectos de joyería. Riquer es un verdadero artista, y si ya no tuviera méritos adquiridos, la actual exposición de sus obras bastaría para formar su reputación. Por nuestra parte y en la confianza de que en breve tendremos ocasión de ocuparnos de alguna de las producciones expuestas, nos limitamos hoy á dedicarle estas líneas como tributo de la consideración que nos merece, abrigando la confianza de que Riquer recibirá con nuestros plácemes los de todos los verdaderos amantes del progreso del arte patrio.



M. Rouvier, presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, en su despacho, y sus colaboradores M. Moreau, director de su gabinete, y Combalat, jefe de la Secretaría. Estos tres personajes han acompañado á M. Loubet en su viaje á Madrid. (De fotografía de León Bouet.)

Espectáculos. — París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Don Quichotte*, drama heroicómico en tres partes y ocho cuadros y en verso de Juan Richepin; en el Odeón *L'ami du menage*, comedia en un acto de Andrés Rivoire; *Le cœur et la Loi*, comedia en tres actos de Pablo y Víctor Margueritte; en el teatro Moliere *La concurrente*, comedia en tres actos de Juan Roy, y *L'audition*, comedia en un acto de la Srta. María Laparcerie; en el Palais Royal *Toison d'or*, vaudeville en tres actos de Enrique Keroul y Alberto Barré; en Varietés *Le bonheur, mesdames*, comedia en cuatro actos de Francisco de Croisset; en el teatro Sarah Bernhardt *Masque d'amour*, comedia en cinco actos y ocho cuadros de la Sra. Daniel Lessueur; en el teatro Antoine *Vers l'amour*, comedia en cinco actos de León Gandillot, y *Au coin d'un bois*, comedia en un acto y en verso de Hugo Delorme, inspirada en un cuento de Ibels-Jeoffrin; en el teatro de L'Œuvre *Dans les bas fonds*, drama en cuatro actos de Máximo Gorki, traducido por Halperine-Kaminsky; en el Gymnase *La Rafale*, comedia en tres actos de Enrique Bernstein; en Nouveautés *Florette y Patapou*, comedia en tres actos de Mauricio Hennequin y Pedro Veber; en el teatro Trianon *Honnetes gens*, comedia en cinco actos de Carlos Vayre y Esteban Garnier; en el Vaudeville *La marche nuptiale*, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille, y en Capucines *La camomille*, comedia en un acto de los Sres. Soulié y Darautiere; *Une mesure pour rien*, comedia en un acto de Andrés Barde; *Didi*, comedia en un acto de Mauricio de Feraudy, y *Avant-hier*, opereta en dos actos y tres cuadros, letra de Tristán Bernard y música de Carlos Cuvillier.

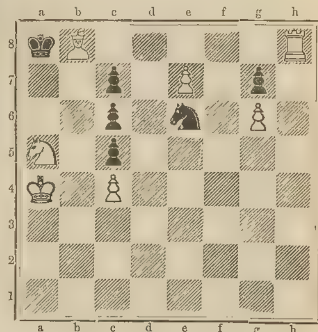
Barcelona. – Se ha estrenado con gran éxito en el Principal *La matinada*, precioso cuadro de naturaleza, lleno de poesía y de un efecto sorprendente, compuesto por Luis Graner, con letra de A. Gual, música del maestro Pedrell y decorado de Junyent. En el propio teatro ha dado el Orfeó Catalá un concierto en honor de los representantes de las Cámaras de Comercio é industriales francesas que han visitado nuestra ciudad. Formaban el programa varias canciones populares de Sancho Marraco, Lambert y Pedrell, *L'Aucellada*, de Jannequin; *Captant*, de Nicolau, y el *Credo* de la Misa del papa Marcelo de Palestrina. Tratándose del Orfeó, ocioso es decir que todas estas piezas fueron magistralmente ejecutadas y que las ovaciones que obtuvieron fueron entusiastas.

Asociación Musical de Barcelona. – Esta asociación ha dado dos notabilísimos conciertos en los cuales ha tomado parte el incomparable violoncelista Sr. Casals. En ellos, la orquesta de la asociación, que con tanto acierto dirige el maestro Sr. Lamothe de Grignón, ejecutó la Sinfonía en *do* de Haydn, el minuetto de Ifigenia, la Sinfonía en *mi* de Mozart y el largo y minuetto de Haendel. El Sr. Casals tocó unas piezas solo, otras acompañado por la orquesta y otras por el notable pianista Sr. Socías, un concierto de Haydn, los Cantos hebreos de Max Bruck, una sonata de Locatelli, el *Chant du soir* de Schumann, una fuga de Bach, el concierto en *la menor* de Schumann, el *Siegfried Idyl*, la Elegía de Fauré y el concierto en *la menor* de Saint-Saens. No hemos de decir que la ejecución de estas piezas fué maravillosa y que el público tributó al Sr. Casals una serie de entusiastas ovaciones.

AJEDREZ

Problema número 405, por H. v. Gottschall.

Negras (6 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 404, por K. Erlin.

Blancas.	Negras.
1. De3-a3.	1. Cualquiera.
2. D, T ó C. mate.	

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

(CONTINUACIÓN)

Marta entró en una habitación baja, mal alumbrada, llena de muebles cojos y de utensilios de toda clase. En las paredes, blanqueadas con cal, veíanse estampas arrancadas de la primera página de los periódicos ilustrados y de colores chillones. En la alcoba, la enferma respiraba ruidosamente detrás de las cortinas de algodón estampado, de flores desteñidas, acostada boca arriba y con los brazos tendidos sobre el cobertor de lana gris.

En tanto que Quesnel la auscultaba, le tomaba el pulso y leía las etiquetas de los frascos de la botica colocados sobre un bufet, Marta, para no hacer mal papel, le preguntaba á una chicuela mal peinada y vestida de miserables harapos:

—¿Cómo está hoy tu madre?

—Ni peor ni mejor: siempre lo mismo.

—Ya ves que he hecho llamar á otro médico para que la cure pronto.

—Y hará bien, porque esto va mal desde que mamá está mala. Yo no lo puedo hacer todo, y papá grita por las noches cuando viene y ve que la comida no está hecha.

Y aquello lo dijo tranquilamente, sin animación, sin cólera.

Quesnel se había acercado á ellas.

—¿Puedo escribir una receta?, preguntó.

—Aquí no, le contestó Marta, en casa.

Salieron, y en todo el camino hasta el Gran-Roble, á pesar de ser largo, no hablaron más que de la enferma.

—Está muy grave, dijo el doctor, pero creo no haber llegado demasiado tarde y que la salvaré: sin embargo, no puedo asegurar aún nada hasta dentro de dos ó tres días.

Mientras escribía la receta en el saloncito, llegó la señorita Meriel, atraída por la curiosidad: Marta le presentó al doctor: la vieja lo examinó de reojo: lo encontró fuerte y bien, pero lo juzgó algo joven: así se lo dijo á su sobrina cuando Quesnel se retiró anunciando que volvería al día siguiente.

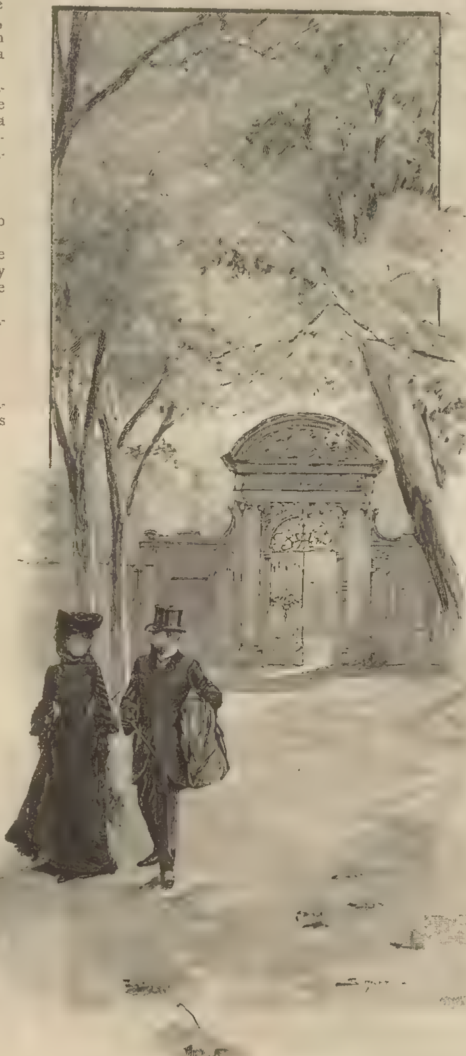
—Ha asistido á Mauger con verdadera solicitud, le replicó Marta.

Pero la señorita Meriel insistió diciendo que era evidente que el doctor Quesnel debía carecer de la experiencia que da una larga práctica, experiencia que únicamente se adquiere con los años. Marta no la escuchaba, entregada como estaba á sus propios pesamientos.

Estaba sorprendida y desilusionada: la frialdad de Quesnel la había desconcertado. La verdad es que, fresco aún el recuerdo de las dulzuras reveladas no hacía mucho, ella había contado con una actitud enteramente distinta en el doctor... ¡No haber hecho alusión alguna al pasado! ¡No haber dicho una palabra siquiera para explicar su larga ausencia! ¡No haber manifestado la menor emoción!.. No, él la había saludado como á una extraña y no le había hablado más que de cosas pueriles... ¿Era que ya no la quería? ¿Había olvidado sus juramentos de otras veces?

Aquella conclusión contrariaba demasiado sus secretos deseos para que no buscara una excusa á la conducta de Quesnel. Y la encontró en los mismos sentimientos de delicadeza á que hasta entonces había atribuído el silencio del doctor. Era indudable que lo que le había impedido hablar, era el temor de despertar recuerdos penosos y de reavivar dolores, recientes todavía. Había querido respetar su duelo. Haría mal en juzgarlo apresuradamente. La antigua amistad los acercaría de nuevo. Pronto podría juzgar los sentimientos de Quesnel. Ella sabría y podía desmentir el proverbio que dice: «Ojos que no ven, corazón que no siente...»

Quesnel, de su parte, también pensaba, en el coche en que regresaba á Champuis, en la entrevista que acababa de tener y que él no se había atrevido á provocar.



El doctor la siguió silencioso hasta la verja

—Decididamente, pensaba, la fortuna me protege.

Se felicitaba de la dichosa casualidad que le había llevado al Gran-Roble en el momento mismo en que él desesperaba de reanudar sus relaciones con Marta, y como no creía en la casualidad, se decía que la enfermedad de la Talvast pudiera no ser más que un pretexto para haberle hecho ir en atención á ser amado por aquélla y desear verlo. Quería seguir, sin duda, desde la página interrumpida, la novela en otro tiempo comenzada. Si así fuera, no pondría él obstáculo alguno á sus proyectos y haría cuanto pudiese por complacerla.

No había entrado por nada la discreción en los motivos que á él lo habían tenido alejado de la joven desde la muerte de su marido: desconocía semejantes escrúpulos: estaba más resuelto que nunca á casarse con la viuda desde que supo que era rica: otra cosa de orden menos elevado le había hecho retroceder ante el deseo de visitarla, y aquella cosa era el temor de que Marta conociera la parte activa que había tomado en... el accidente de su esposo.

Temió, desde el primer momento, que Leonardo le denunciara como homicida. Había pasado días horribles y noches angustiosas esperando ver aparecer á cada instante al comisario de policía. El miedo á los gendarmes había poblado sus pesadillas de terroríficas visiones. Luego, poco á poco, según fué pasando el tiempo, se había ido serenando. Leonardo no había dicho nada, ni lo diría ya probablemente; pero le quedaba la duda, y aquella duda le había impedido ir al Gran-Roble á pesar de su impaciencia. ¿No le habría dicho nada Leonardo á Marta? ¿No le habría contado la escena de que, por decirlo así, había sido testigo? De ser así, habían fracasado todos sus proyectos, todas sus esperanzas quedaban desvanecidas...

Pero he ahí que en el momento en que, desesperanzado de saber la verdad, iba á jugarse el todo por el todo y se iba á decidir por visitar á la viuda, ésta lo mandaba llamar, demostrándole con ello que nada sabía.

La verdad es que Leonardo había estado vacilando mucho tiempo: se había preguntado muchas veces si debería hablar y denunciar á Quesnel, y por último había convenido en guardar silencio por temor de comprometer á Marta al divulgar su secreto. No dudaba de que Marta estaba de acuerdo con el médico. Al salir éste de la habitación de la joven se había encontrado inopinadamente en el corredor con el Sr. Mauger, que habría salido al notar ruido. Sorprendido por aquel encuentro inesperado, el doctor se había lanzado sobre el marido y lo había muerto. Así se explicaba el accidente... En cuanto á Marta, nada sabía. ¿Debía él decírselo? Tal vez. En un principio así lo creyó, pero después tuvo un escrúpulo. Al hablar, obligaba á la joven á ruborizarse ante él, y como no quería que así sucediera, se calló; pero no por eso cedió su odio á Quesnel; por el contrario, le acusaba, como él decía, de haber «engañado» á Marta, de haber abusado de su sencillez y de su ignorancia. Por cariño hacia ella se había resignado á callar, á aquella complicidad moral que tanto le pesaba... ¡Ah! ¡Si un día las circunstancias le permitieran hablar, cómo saborearía su desquite!..

Durante una semana, Quesnel fué todos los días al Gran-Roble, pero ni una vez pudo Marta verse á solas con él: la señorita Meriel se las arregló de modo que los acompañó siempre á Barville á casa de la Talvast, y no se separó de ellos hasta que el doctor se metía en el coche que debía conducirlo á Champuis.

De buena gana se hubiera Marta librado de aquella tutela que contrariaba sus proyectos; pero su tía no estaba de humor de satisfacerla en este punto: en los secretos cálculos de la vieja entraba el alejar de su sobrina á los pretendientes, á los «perseguidores de dote.» Le hubiera disgustado que Marta se casara otra vez. Encontrábase muy bien ella, tal como estaba en aquella casa, en la cual reinaba como dueña y señora. Cualquier marido la hubiera destrona

do, y por lo tanto, hacía de celoso guardián, porque no quería abdicar en manera alguna.

Lo que aumentaba aún más el despecho de Marta era el ver que Quesnel, en sus visitas, aparentaba no dirigir la palabra más que á la señorita Meriel y no prestarle á ella gran atención. De haber sido más experta, hubiera comprendido la táctica del médico procurando ganarse la confianza y el aprecio de su tía; pero ella no vió en ello más que una falta de atención, una muestra de frialdad, y se arrepintió de la locura que había cometido al llamar al doctor y renovar unas relaciones de las que aquél parecía haber perdido hasta el recuerdo.

IX

—¿Y bien, doctor, dijo la señorita Meriel al atravesar la plazoleta en que estaba la casa de la Talvast, cómo encuentra usted á la enferma?

—Perfectamente, señorita: ya está fuera de peligro y pronto habrá terminado mi misión aquí.

—Nos felicitamos por esa pobre mujer, y lo sentimos por las visitas de usted.

—Es usted muy amable, señorita; crea usted que el sentimiento será mío: había adquirido ya la grata costumbre de venir aquí todos los días, y la perderé con dificultad.

Quesnel pronunció estas últimas palabras con acento triste y mirando á Marta: la joven se ruborizó de placer: la señorita Meriel lo notó y dijo en tono agridulce:

—Me parece, sin embargo, que para un médico, ocupado como usted debe de estarlo, ese viaje diario es una pérdida de tiempo bastante seria que le obligará á descuidar á sus enfermos de Champuis.

Quesnel se disponía á contestar, pero se lo impidió la llegada del cura Graindorge.

Marta hizo la presentación.

—El doctor Quesnel... El señor cura de Barville.

—Celebro mucho ver á usted, señor doctor, exclamó el cura sonriendo bondadosamente, para felicitarle por la curación que ha hecho. Gracias á usted, nuestra enferma puede decir que vuelve á la vida.

—Me confunde usted con su indulgencia, señor cura. Crea usted que no lo he hecho yo todo: la naturaleza, la constitución vigorosa de la paciente...

—Señor cura, se olvida usted de sus oraciones y de las nuestras, dijo la irascible señorita Meriel.

El cura se echó á reir.

—Vamos, dijo en tono conciliador, todos tenemos una parte en la curación de la pobre Talvast.

—Vayamos á casa, dijo Marta; ¿quiere usted acompañarnos, señor cura?

—Con mucho gusto, señora.

En el saloncito en donde entraron ardía un buen fuego.

—He ahí que ya se empieza á notar la llegada del invierno, dijo el cura arrellanándose en un sillón enfrente de la chimenea.

—Contamos con usted para que nos ayude á soportar su aburrimiento, dijo la señorita Meriel.

—Haré cuanto pueda, señorita.

Quesnel se había colocado ante la mesa en que acostumbraba á escribir sus recetas. Marta abrió una carpeta y sacó papel.

—No tengo nada que prescribir, señora: ya se lo he dicho: ahora, de usted es de quien depende el pronto restablecimiento de la enferma.

Y luego añadió en voz baja:

—Mis visitas son ya inútiles; pero ¿me permitirá usted que le haga todavía algunas?

—No quisiera imponerle á usted una carga penosa.

—¿Una carga penosa? Harto sabe usted que, por el contrario, es una felicidad para mí.

En aquel momento los ojos de Quesnel tropezaron con la mirada hostil de la señorita Meriel, y levantándose, dijo en voz alta:

—Volveré en el curso de la semana; pero le ruego á usted, señora, que no me envíe á buscar: no sé el día ni la hora en que podré venir.

—¿Vendrá usted á pie?, preguntó la señorita Meriel.

—Sí, señorita: cinco kilómetros por buen camino no son para asustar á nadie... Señor cura, he tenido una satisfacción en conocer á usted.

—El honor ha sido mío, señor doctor.

Quesnel saludó y se dirigió hacia la puerta: Marta le acompañó. Al llegar al vestíbulo, dijo á ésta creyéndose á solas con ella:

—Vendré el jueves por la mañana é iré directamente á casa de la Talvast. Vaya usted allí, se lo suplico.

Cuando la joven se volvió para dirigirse al salón, vió á su tía de pie en el umbral. Marta hizo un ademán de impaciencia: empezaba á irritarla aquel espionaje.

—Ese médico es un hombre muy amable, dijo el cura.

—Es verdad, le contestó la señorita Meriel con aspecto distraído.

—Y un sabio, á pesar de su juventud, prosiguió el sacerdote, y muy modesto, á lo que he podido comprender. La modestia, como ustedes saben, es inseparable del verdadero talento.

Se sorbió un gran polvo de tabaco, se sacudió de un papirotazo el polvo que le había caído en la sotana y añadió:

—Sin embargo, debo confesar que los médicos me han asustado siempre algo. Casi todos son materialistas y ateos. En fuerza de estudiar la materia y de disecar los órganos de nuestro cuerpo miserable, acaban por no creer más que en lo que tocan con la punta del escalpelo, en vez de admirar al Creador en sus obras y de adorar á Dios, que ha hecho de la nada esta máquina admirable.

—Quizá no sean todos así, dijo con timidez Marta.

—Señora, celebraré de todo corazón que el doctor Quesnel tenga sentimientos más religiosos que aquellos de sus compañeros á quienes yo he conocido.

—De cualquier modo, ha asistido bien á nuestra enferma, replicó la joven.

—Que era todo lo que podíamos exigir de él, dijo la señorita Meriel para poner punto á la conversación.

El jueves siguiente, después de haber oído misa, como todos los días, almorzaba Marta con su tía.

—¿Irás esta mañana á casa de la Talvast?, le preguntó ésta sin andarse con rodeos.

—Sí, tía, tengo intención de ir, le contestó Marta algo sorprendida.

—En ese caso, ¿quieres llevarle algunas provisiones que le he preparado? Me harás un favor, porque tengo que hacer aquí.

—Con mucho gusto.

Alegre como estaba, la joven no se admiró de aquella coincidencia algo extraña. Salió en cuanto acabó de almorzar y se metió por una avenida que daba vuelta á la explanada é iba á perderse en el bosquecillo.

Iba despacio pisando la dorada alfombra que crujía bajo sus pies. Un viento duro zumbaba á través de las ramas deshojadas de los grandes árboles y removía las hojas muertas, que parecían perseguirla en remolinos, hasta que luego se esparcían como cansadas de aquella persecución.

El sol, velado por la bruma, lanzaba sus pálidos rayos otoñales, apenas tibios, por entre las desnudas ramas hasta el rostro de la joven, encendido por las caricias del aire fresco.

Marta comparaba involuntariamente aquella mañana tan triste, tan gris y tan fría, con aquella otra mañana alegre, luminosa y templada en que, en el jardín de la calle de Bosnieres, la había iniciado Quesnel en las delicias del primer amor. Al recuerdo de aquellas dulces entrevistas, renacía su turbación, y el corazón le latía con más fuerza en el pecho...

¡Cuán lejos estaba ya todo aquello, y cuántas cosas habían ocurrido desde entonces! Libre ahora, podía amar sin remordimientos y dejarse amar. Ya no tenía que defenderse, que luchar contra sus sentimientos, como el día en que, conmovida por los paternales consejos de su esposo, se juró romper con el doctor... ¡Romper! No lo había podido conseguir: sus propósitos habían fracasado á las primeras palabras de amor con que Quesnel había adormecido sus escrúpulos.

Y acudían á su memoria las palabras de su marido y sus advertencias para ponerla en guardia contra los designios del médico, contra los cálculos que él le había atribuído. ¡Oh! ¡Qué odiosas, qué injustas acusaciones! Se indignaba al pensar en ellas. Y sin embargo, ¿y si Mauger hubiera acertado? ¿Y si el doctor Quesnel hubiera estado representando una comedia de amor para conquistar su fortuna? Las dudas la acosaban torturándola. A pesar de ello, no pensó ni por un instante en esquivar la cita.

Consultó su reloj, un bonito reloj de oro labrado, aplastado como una moneda, única herencia de su padre. Eran las diez, y el médico no podía tardar. Volvió á la casa para tomar la cestita que su tía le había rogado que llevase.

Sacaba de la misma las provisiones entre las frases de gratitud de la Talvast, que pedía para ella las bendiciones del cielo, cuando entró el doctor Quesnel, quien tras un saludo ceremonioso examinó á la enferma.

—Vamos, ya está usted curada, buena mujer, le dijo. Mañana podrá usted levantarse una hora ó dos. En lo sucesivo no tiene usted necesidad de mí: la señora de Mauger me reemplazará.

—¡Es tan buena nuestra señora!, dijo lloriqueando la Talvast, y usted también, señor doctor, también usted es bueno. Es seguro que Dios se lo premiará.

Marta interrumpió aquellos efluvios de gratitud prometiendo volver el día siguiente, y salió seguida de Quesnel, que la alcanzó bajo la antigua puerta carretera y la condujo por una senda cerrada á uno y otro lado por seto vivo, senda que rodeaba el Gran-Roble é iba á dar en el camino de Champuis.

Fueron por un instante silenciosos; pero de pronto Marta preguntó, como si entonces se fijara en que no seguían el camino directo:

—¿Adónde vamos por aquí? Creía que íbamos al Gran-Roble.

—Perdóneme usted, señora. He tomado esta senda para que podamos estar solos un momento.

—¿Qué tiene usted que decirme que haga necesaria una conferencia tan misteriosa?

Le temblaba la voz. ¿Qué iba á proponerle Quesnel?

—¿No ha comprendido usted que deseo darle un adiós eterno?, repuso el médico con acento que denunciaba desesperación y firme resolución al mismo tiempo.

Marta se sobresaltó y fijó en su interlocutor sus grandes ojos, más agrandados aún por la admiración. Él pareció no observarlo, y prosiguió, grave y conmovido:

—En otro tiempo, señora, fuí bastante loco para confesarle á usted sentimientos que debí ocultar en lo más profundo de mi alma. La veía á usted casi todos los días y no supe resistir al amor que surgió y fué creciendo en mí sin que me diera cuenta de ello. ¡Estaba usted tan encantadora en aquel ingrato papel de enfermera, sacrificando su juventud á los cuidados de un anciano impotente!.. Desde entonces acá he reflexionado y he comprendido todo cuanto mi conducta tenía de insensata, y hasta de desleal. He decidido marcharme, desterrarme para siempre...

Marta estaba aterrada: no comprendía. Quesnel acababa de repetirle que la amaba, y acto seguido, le hablaba de dejarla, de no volverla á ver, ahora que ella era libre y que podía escucharlo sin ruborizarse. La fué invadiendo sorda cólera, hasta que estalló.

—Pues bien, caballero, le dijo, puesto que ha tomado usted ya esa resolución, me parece que ha debido usted evitar esta escena, penosa para los dos.

—Es lo que yo quería hacer, señora; pero me ha faltado el valor, después de haberme usted llamado para asistir á su protegida...

—¿Puedo, sin ser indiscreta, conocer al menos los motivos de esa determinación?

—¡Cómo! ¿Es que usted no los adivina, Marta? Usted es rica, yo soy pobre, y entre los dos media una barrera insuperable. No he querido dar pábulo á la calumnia; no he querido que nadie me acusara de que voy en busca de sus riquezas. He ahí por qué he contratado la plaza de médico en un buque que va á salir para los mares del Sur. Me voy, porque tampoco quiero ser testigo de una cosa que me espanta y en la que no puedo pensar sin estremecerme, en el casamiento de usted con otro... Sí, usted se casará: es usted demasiado joven para enclaustrarse en ese castillo, para condenarse á celibato perpetuo, para no conocer nunca el amor. ¡Quiera Dios que lo encuentre usted tan puro, tan sincero, tan abnegado como el que usted me ha inspirado á mí!..

Quesnel se calló como agotado por el esfuerzo de aquella confesión, como quebrantado, como anonadado por el pensamiento de que Marta pudiera pertenecer á otro algún día.

Marta parecía transfigurada: resplandecía el júbilo en su semblante, júbilo que brillaba en sus ojos y sonreía en sus labios dilatados. Con voz dulce, casi maternal, dijo á Quesnel:

—¿Y si yo le rogase á usted que no se fuera?

—Tendría el sentimiento de no acceder á su ruego.

—¿Y si yo insistiera?

—Quizá fuera tan débil que no pudiera resistir á la súplica, pero...

—Pues bien, quédese usted, se lo ruego encarecidamente.

Quesnel vaciló un instante.

—Sea, dijo; me someto.

Y su voz tenía la misma entonación que hubiera tenido al aceptar su sentencia de muerte.

—Gracias, exclamó Marta.

Tendió su mano al doctor, y éste la cubrió de besos: luego, cuando ella pudo desprenderse, se alejó

rápidamente en dirección al pueblo, en tanto que el médico ganaba el camino de Champuis.

—¡Uf!, murmuró; ¡cuánto cuesta hacer la felicidad de las gentes!

Marta iba casi corriendo cuando franqueó la verja del Gran-Roble: su corazón le daba saltos en el pecho: era tan dichosa que hubiera querido decirlo á voz en grito para que todo el mundo tomase parte en su alegría: tenía ganas de reir y de llorar al mismo tiempo. Quería á Quesnel, y Quesnel la quería á ella. ¡Cuánta ventura!.. ¡Y qué generoso se había mostrado, qué leal y qué noble!.. ¡Ella, que sospechaba de él..., qué verguenza! Nunca se perdonaría haber tenido tan malos pensamientos. ¡Pobre amigo!

En el vestíbulo se encontró de manos á boca con su tía, que le dijo en tono algo áspero:

—Parece que estás muy alegre esta mañana.

—Sí, tía; soy muy feliz.

—¿De veras? ¿Y puede saberse la causa de esa alegría tan súbita?

Iba Marta á referirle cándidamente su entrevista, dichosa al poder desahogar su corazón, cuando su mirada tropezó con la de la señorita Meriel, que la dejó fría.

—¡Toma!, dijo; pues... nada de particular: soy feliz por el estado de la Talvast, á la que he encontrado esta mañana perfectamente bien.

—¿Es esa también la opinión del médico?

—También.

—¿Lo has visto, pues?

—Sí..., por casualidad: estaba en casa de la enferma cuando yo llegué.

—¡Verdaderamente que ha sido una casualidad extraña!, dijo con picado acento la señorita Meriel.

—¿Qué ve usted de extraño en ello, tía?

—Yo, nada, pero os hubieran podido encontrar otros, y ¡es tan malo el mundo!

—¿No nos ven ir juntos por el pueblo todos los días?

—Sí, pero como hoy os paseabais por caminos solitarios...

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque os he visto... por casualidad.

—Ahora pudiera decir yo, como dijo usted hace un momento: «¡Qué casualidad más extraña!»

—Tengo el deber de velar por ti.

—Tía: permítame usted que le diga que le da usted exagerada importancia á un hecho sencillo. Siempre escucho las observaciones de usted con gran deferencia; pero si quiere usted creerme, no hablemos más de este asunto.

—Como quieras, contestó la señorita Meriel disimulando mal su despecho. He debido acordarme que yo no soy aquí más que una parienta pobre.

La joven se encogió de hombros y subió la escalera, dejando á su tía estupefacta por la firmeza que acababa de demostrar.

Marta, encerrada en su habitación, repasó en su memoria las palabras cambiadas con Quesnel, y evocó las diversas impresiones que sucesivamente la habían agitado en el curso de la entrevista. ¡Era dichosa, sí, muy dichosa!.. Y sin embargo, poco á poco fué naciendo en ella cierta inquietud. Quesnel había accedido á quedarse, pero le había dicho que nunca pediría su mano. ¿Qué hacer entonces?, ¿qué medio emplear para hacerle desistir de semejante resolución?.. A ella no le era permitido hacer una gestión personal y directa... ¿Encargar de ello á su tía?.. Verdad es que Marta la quería mucho; pero sin darse cuenta del motivo, adivinaba en su tía una sorda oposición... ¿Acudiría á Leonardo?.. No lo había tratado nunca en terreno tan confidencial, y además, no había demostrado nunca simpatía por el médico... ¿Quién la sacaría de aquel apuro?

Su rostro se iluminó de repente con una sonrisa: un nombre acudió á su imaginación. ¿Cómo no había pensado antes en él?

Había tomado su resolución: á la mañana siguiente la pondría en práctica.

X

—Buenos días, señor cura, dijo Marta con voz clara, empujando la débil puerta que cerraba el huerto de la casa del presbítero.

El padre Graindorge se volvió y miró por encima de sus gafas.

—¡Señora Mauger!

Miró con cómica desesperación los zapatones con que calzaba sus pies, la arpillera azul abotonada sobre su recogida sotana, y las mangas arrolladas que dejaban ver las de la camisa burda.

Marta se sonrió de su turbación.

—Siento mucho venir á distraerlo tan temprano, pero tenía mucha prisa por ver á usted.

—Y yo estoy avergonzado de recibirle á usted en este traje. Dispénseme usted, estaba podando mis rosales... Pero la tengo á usted en pie á la puerta: soy un mal amo de casa. Tenga usted la bondad de entrar.

Precedió á la joven, y luego se separó para que esta entrase en el salón.

Las sillas de nogal con sus paños de crochet estaban colocadas simétricamente á lo largo de la pared y alrededor del velador, cubierto con un tapete rameado. Encima de la chimenea veíase la imagen de la Virgen, en yeso pintado, entre dos jarros llenos de flores artificiales que cubrían dos globos de cristal. Una litografía en colores representando una santa en éxtasis, hacía juego con un retrato de León XIII. Como la habitación se abría pocas veces, olía á humedad.

—¡Gertrudis!, gritó el cura, ven á encender fuego en la sala.

—Por favor, señor cura, no haga usted nada: en el momento en que vea que le produzco á usted la menor incomodidad, me marcho.

La vieja acudió refunfuñando.

—¡Fuego en la sala! ¿Y para quién será?

Pero al ver á Marta se tranquilizó. ¡La señora del Gran-Roble, donde con tanta frecuencia cenaba el señor cura!..

—Nada más que una llamarada.

La criada se arrodilló delante de la chimenea y lo preparó todo para encender el fuego: en tanto que ella soplaba, casi tendida en el suelo, el cura se deslizó fuera de la sala, para reparar el desorden de su traje.

A poco volvió, indicó á Marta una silla cerca de la chimenea, y él tomó asiento en otra enfrente de ella.

—No sabe usted cuánto siento, señor cura...

—No hablemos de eso, señora, sino del asunto que la trae á usted aquí.

—Vengo á pedirle á usted un consejo, y tal vez un servicio... Se trata de una cosa muy grave, que no he confiado aún á nadie y que me cuesta trabajo decir á usted.

—¿Quiere usted que la oiga en confesión?.. En tal caso, le advierto que no puedo hacerlo aquí.

—No, señor cura...

Marta vaciló un segundo, y luego dijo resueltamente:

—Usted conoce el doctor Quesnel...

El cura pareció sorprenderse.

—¿Se trata de él?

—De él... y de mí. El doctor Quesnel asistió á mi marido en toda su enfermedad. Durante seis meses nos vimos casi á diario, y el doctor concibió por mí gran simpatía.

—¿Se lo dijo á usted?

—Me lo dijo, y yo lo adiviné... Desde que ocurrió la desgracia que me aflige, el doctor Quesnel se ha abstenido, por discreción perfecta, de presentarse en mi casa, y necesarias han sido las circunstancias que usted conoce, para que me haya vuelto á ver...

El cura hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Ayer, siguió diciendo la joven, encontrándose á solas conmigo me anunció que se marchaba; yo le rogué que renunciase á tal proyecto, y... se queda.

—Yo no soy experto en esa clase de asuntos; pero me parece, señora, que procedió usted con alguna precipitación, y creo que, en ese caso...

—Me debo casar con Quesnel, ¿no es así?

El cura suspiró.

—Advierto á usted, señor cura, que ese es mi mayor deseo.

—Entonces, señora, todo va perfectamente.

—Sí, pero es el caso que él no consentirá en pedir mi mano.

—¿Por qué?, preguntó el cura en el colmo de su admiración.

—Porque él es pobre y yo soy rica.

—Ese es un sentimiento noble que honra al doctor Quesnel: sin embargo, me permito juzgar exagerados sus escrúpulos.

—Me complace mucho, señor cura, oirlo á usted hablar así: ahora tengo la seguridad de que no se negará usted á prestarme el servicio que espero de sus bondades.

—¿De qué se trata, señora?

—¿Quiere usted encargarse de ver al Sr. Quesnel, de hablarle, y de persuadirle de que no tiene razón para llevar á tal extremo su delicadeza?

Lo que menos podía esperar el cura es que Marta le hiciera semejante proposición: él no era diplomático, y alzando sus manos hacia el techo con ademán desesperado, como para tomar al cielo por testigo de su situación embarazosa, exclamó:

—¡Pero, señora, si yo carezco de habilidad para ese género de negociaciones!.. Piense usted en que mi carácter...

—Se lo suplico á usted, señor cura.

—¿Por qué no se vale usted para eso de su señora tía?

—Mi tía desconoce mis proyectos: el único que los conoce es usted, señor cura.

—Agradezco mucho la confianza que deposita en mí; sí, se la agradezco á usted, se lo aseguro...

—¿Y hará usted lo que acabo de pedirle?

El cura vaciló un instante.

—Lo haré... del mejor modo que pueda y sepa, por más que, como acabo de decirle, esa clase de negociaciones sea nueva para mí.

—Muchas gracias, señor cura: le quedo á usted altamente reconocida.

Marta se levantó, salió de la sala, atravesó el huerto, y en el momento de salir preguntó:

—¿Puedo contar definitivamente con usted, señor cura?

—Así se lo he prometido. El doctor me anunció su visita, y es de esperar que no tarde en hacérmela.

—Pero ¿y si tardase?

—Iría yo á verlo, le contestó el cura con indulgente sonrisa.

Siguió á Marta con la vista y la vió entrar en la iglesia.

—He ahí, murmuró, lo que causaba su tristeza.



Quesnel, de su parte, también pensaba en el coche en que regresaba...

XI

Había transcurrido una semana desde la anterior escena, cuando una tarde llamó el doctor Quesnel á la puerta de la casa del presbítero.

De buena gana hubiera prescindido de aquella enojosa visita; pero contaba con el cura para tener noticias de Marta, pues no tenía gran seguridad en el buen resultado de sus proyectos.

Cuando anunció de una manera trágica su imaginario viaje, Marta le rogó que desistiera de él, y él había condescendido á su ruego. Todo ello estaba muy bien; pero el doctor, sin faltar al papel que representaba, no podía pedir la mano de la viuda, y ésta, él lo sabía con seguridad, no iría á ofrecérsela. Aquella situación amenazaba prolongarse demasiado.

De otra parte, para presentarse en el Gran-Roble, le hacía falta un pretexto. Él procuraría hacer que el buen cura le propusiera acompañarlo allí, y él, aunque demostrando violentarse algo, se dejaría convencer.

—El señor cura no está en casa: seguramente lo encontrará usted en el castillo, le dijo la criada Gertrudis entreabriendo la puerta.

Quesnel entregó á la vieja ama su tarjeta anunciadora, y atravesó la plaza con ligero paso. Al franquear la verja del castillo, distinguió, por la ventana del saloncito, la ancha silueta del padre Graindorge.

(Se continuará.)

LA CARICATURA EN ESPAÑA. — APELES MESTRES. — MODESTO URGELL. — RICARDO OPISSO



APELES MESTRES



– Ahora sí que va á hundirse el mundo.
– No hay cuidado (como dicen en «Los sobrinos del capitán Grant.»)

(Caricatura de Apeles Mestres.)

Aspecto ó carácter especialísimo ofrecen las producciones de los caricaturistas de nuestra región. El concepto se antepone á la forma, y aun en el generalizado empeño de exagerar deformidades y defectos físicos, no han demostrado nuestros paisanos el decidido propósito de dar gran relieve á ésta, que se ha considerado, equivocadamente por algunos, como la característica de la caricatura. La exageración de rasgos, ya acentuados por caprichos de la naturaleza, nada significa ni representa, porque responde, las más de las veces, al deseo de exteriorizar una burla ó un humorismo inculto, desprovisto de toda clase de pensamiento noble ó elevado que lo inspire. Podrá representar una sátira vengativa, cruel, puesto que se afirma en un error de la naturaleza, pero carece del atractivo que sólo puede prestarle la concepción que surge de una inteligencia privilegiada.

Las reglas á que se supone ha de subordinarse la fortuna, muchos cultivadores en nuestro país, en donde se ha creído que aun en las exageraciones de la forma debía imperar el razonamiento, ajustándose, en cierto modo, á la tradición. Y tan es así, que basta para convencerse de la exactitud de esta afirmación examinar los bellísimos frisos y capiteles que coronan los claustros de nuestras catedrales y cenobios, en los cuales, conocidísimos artistas satirizaron los vicios y defectos de la época en que vivieron, en forma tal que se adivina su loable propósito y se admira su profunda intención.



RICARDO OPISSO



EN LA PLAYA, caricatura de Ricardo Opisso

Cierto es que son otras las corrientes que informan la sociedad en que vivimos; pero aun así, tiene la caricatura de nuestro país otros caracteres que la de las demás regiones, cual vemos con todas las demás manifestaciones artísticas. Aquí, las líneas acentuadas, la indumentaria y cuantos elementos pueden utilizarse para la representación de una idea, de un pensamiento ó de un concepto, se ajustan todo lo posible á la exactitud, se subordinan á los cánones artísticos, y el verdadero caricaturista se olvida de esas formas que sólo abonan la imitación y la rutina. Los caricaturistas son artistas, y como tales no pueden cometer incorrecciones, no trazan líneas que no se razonan, ni se atreven á falsear la verdad histórica. A todos inspira el mismo ideal; todos persiguen igual propósito, y puede afirmarse, sin temor de incurrir en exageración, que tras el seudónimo ó el anagrama que figura al pie de una caricatura, se oculta el nombre de un artista meritísimo. Prueba de ello son las chispeantes é intencionadas composiciones que atesora la valiosa colección del periódico *La Flaca*, obra del malogrado pintor Tomás Padró; los varios volúmenes de los semanarios *La Campana de Gracia* y *La Esquella de la Torratxa*, que con tanto aplauso ilustraron los que fueron amigos queridos José Luis Pellicer, gloria del arte patrio, y el fecundo y genial Moliné, así como el dibujante Puiggari, en cuyas obras, á pesar del período en que actuaron, período de verdadero fermento político, vese hoy, con la serenidad que informa el juicio de lo pasado, la ilustración, la cultura, inteligencia y maestría de aquellos artistas, que no desdeñaban intercalar en su notable labor pictórica las producciones de la sana y razonada sátira artística.

caricatura, no se han tenido en cuenta por la mayor parte de nuestros artistas. La forma trivial y burlesca, la caprichosa expresión de una censura contra determinada persona ó colectividad, la manifestación grotesca, anacrónica y sin otro propósito que el de ridiculizar y zaherir, desprovista de las gallardías que sólo el arte puede expresar, no ha tenido, por

Continuadores inteligentes, y colaboradores algunos de ellos, son los actuales caricaturistas, entre los que descuella en primer término Apeles Mestres, de quien dijo atinadamente un distinguido escritor, que *es un poeta que dibuja magistralmente*, ya que con igual habilidad maneja el pincel como la pluma, y lo mismo cuando representa cuadros de la vida real ó de épocas que fueron y escribe sus sentidas composiciones, manifiéstase poeta, ya que canta el arte en sus más inspiradas manifestaciones. Fácil y seguro en el trazo, elegante en la línea y exigente consigo mismo, es, sin ningún género de duda, uno de los artistas más eruditos, fecundos y geniales de nuestra época. Trabajador infatigable y tan inteligente como estudioso, responden todas sus composiciones al resultado de su maestría y de sus generales conocimientos, contándose por millares el número de las obras que ha producido desde el año de 1874, en que comenzó su carrera artística, en todos los géneros, formas y aplicaciones.

Al ocurrir el fallecimiento de Tomás Padró, substituyó á aquel malogrado artista, convirtiéndose en caricaturista, sin abandonar por ello el cultivo de los demás géneros que ya le habían reportado notoriedad. Durante algunos años ilustraron sus chispeantes dibujos, convertidos en agudas é intencionadas sátiras, las populares publicaciones periódicas catalanas *La Campana de Gracia* y *La Esquella de la Torratxa*, distinguiéndose y dando muestra de su ingenio y de su temperamento artístico, saturado de delicada intuición y sano humorismo.

Difícil es reseñar la progresiva marcha de sus creaciones, ya que, repetimos, son éstas tan múltiples y variadas como laboriosa es su existencia. Resultado de sus estudios y de su vasta erudición son los hermosos dibujos que ilustran varias obras de

nuestra clásica literatura y de las producciones de los más distinguidos escritores contemporáneos, que han alternado con las que representan su doble personalidad de artista y poeta.



Modesto Urgell

Retraído en su vivienda, luchando con pertinaz dolencia, aún da muestras de su actividad y de su ingenio, no sólo en la producción de dibujos y acuarelas, sino en la de caricaturas, hallando fuerzas y medio para ejecutar diariamente una nota, un dibujo, para alguno de los periódicos políticos.

Como dibujante satírico, es Apeles Mestres la verdadera y genuina representación del cultivador de este difícil género, puesto que en sus moderadas y razonadas exageraciones de líneas vese que las informa el verdadero arte, al que inspira una inteligencia cultivada, repleta de buen sentido y con la sólida base de la ilustración.

***

Curiosa es también y muy digna de estudio la personalidad del distinguido y laborioso artista Modesto Urgell. Quien le vea por primera vez no podrá adivinar que aquella cabeza de facciones inteligentes, rodeada, á modo de marco, de abundosos y blancos cabellos, con los que hacen contraste unos ojos de fuego, vivos y retozones, conciba composiciones apacibles y melancólicas, avaloradas por el dulce encanto que les presta la poesía. Comparado el pintor con el género especialísimo de sus obras, ofrece contrastes y produce sorpresas. De carácter jovial y hasta expansivo, deléitase en el teatro y entretiene sus ocios en dibujar caricaturas representando tipos, escenas y costumbres catalanas, que no publica y que sólo conocen sus amigos, dando con ello muestra de un humorismo razonado y de un espíritu ático delicado, ó bien escribe producciones que revelan su cultura y su carácter pensador, que el público acoge, tributando al literato y al artista el aplauso



El entierro de un compañero, caricatura de Modesto Urgell

que merece. Pinta generalmente paisajes, pero paisajes solitarios y tristes, que atestiguan su maestría é indiscutible habilidad en el empleo de esa media tinta suave que constituye su característica y que determina una placidez y melancolía que los hace simpáticos y agradables hasta el extremo de producir cierto encanto rayano con la poesía.

Quien tenga ocasión de ver los apuntes humorísticos de Urgell, ejecutados con extraordinaria simplicidad, apreciará en su justo valor la importancia de esas al parecer triviales producciones, puesto que se comprueba la inteligencia del ejecutante, que en sus excursiones y mientras pinta uno de sus notables paisajes, sorprende tipos ó le cautivan escenas, que satiriza en su buena forma de humorada artística.

***

Cuanto al joven artista Ricardo Opisso, mucho y bueno puede decirse, ya que todas y cada una de sus obras revelan en su autor cualidades y aptitudes estimables, con mayor motivo cuando todo lo debe á su propio esfuerzo, no teniendo el precedente de estudios académicos, ya que el estudio y la observación han sido sus consejeros. Y tanto más dignos de aplauso son los resultados obtenidos, cuando su decidida afición por el dibujo y su empeño en llegar adonde se propusiera ha tenido como obstáculo la carencia absoluta de todo lo que podía contribuir á fomentar sus excelentes disposiciones, ya que en la práctica realidad debió, durante un largo período, dedicar sus energías á otra clase de manifestaciones.

Resulta un hábil é inteligente intérprete de la sátira artística, pero desprovista de las exageraciones de las líneas, determinada por el concepto y por la exposición.



La tradición, caricatura de Modesto Urgell

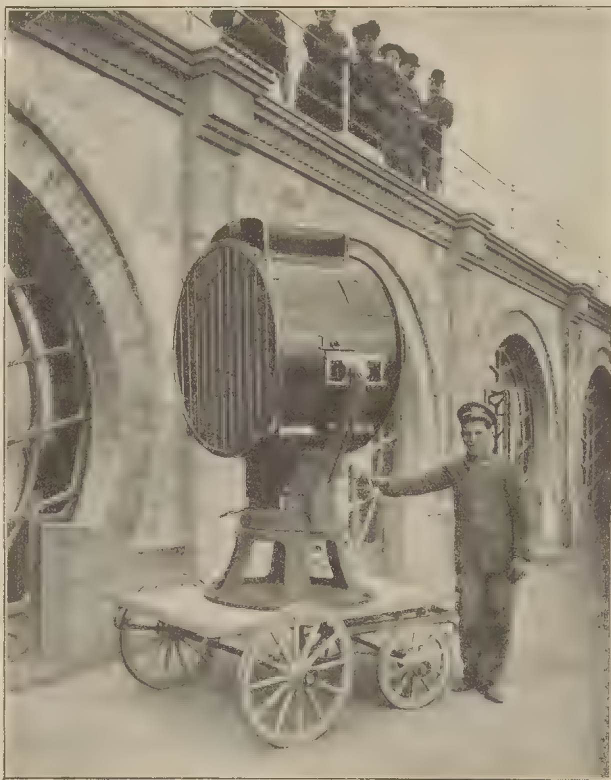
Sus primeros dibujos publicáronse en la revista titulada *Luz*, colaborando después en la denominada *Pel y Ploma*, uno de cuyos trabajos representando *El tío vivo* fué adquirido por la Diputación de Vizcaya. Actualmente figura su nombre en el periódico *La Vanguardia*, en el semanario catalán *El Cu-cut* y en las revistas *La Ilustración Catalana* y *Hojas selectas*, demostrando en todas sus producciones su buen sentido y lo que puede esperarse de un artista que en los comienzos de su carrera artística ha sabido singularizarse.—A. García Llansó.

PROVECTOR ELÉCTRICO

EN LA CÚSPIDE DEL TIBIDABO

En la cúspide del monte Tibidabo, próximo á Barcelona, se ha instalado un poderoso reflector eléctrico, cuyos destellos podrán observarse desde distancias enormes de esta capital. Dicho aparato posee un espejo parabólico de un metro de diámetro y una lámpara de arco voltaico que absorbe una corriente de cien amperios. El conjunto del proyector va montado sobre un pequeño vehículo, á fin de poderlo transportar cómodamente á los puntos de dicha cumbre que sea conveniente.

El fluido eléctrico lo produce una dinamo, accionada por un electromotor, el cual recibe la corriente de la misma línea que el ferrocarril funicular del Tibidabo. La Sociedad Anónima de este nombre es la que ha llevado á cabo esta instalación, con objeto de aumentar el atractivo de aquella altura. Nada, en efecto, más curioso que observar el chorro de luz que parte del reflector y va á iluminar las barriadas y pueblos vecinos. El aparato puede servir igualmente para transmitir señales y despachos – sirviéndose del alfabeto telegráfico Morse – á lugares muy lejanos, pues con un proyector de esta clase se perciben los destellos desde las islas Baleares.



PROYECTOR ELÉCTRICO INSTALADO EN LA CÚSPIDE DEL TIBIDABO (BARCELONA)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA, por *Luis M.ª Jordi y Alvarez*. – Folleto premiado por la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción en el certamen de 1904. Impreso en Figueras en la imprenta de Mariano Alegret.

LA RESURRECCIÓN DE DON QUIJOTE, por el *P. Valbuena*. – Un tomo profusamente ilustrado con dibujos de Sancho; editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

PREPARACIÓN DE LAS TROPAS PARA LA GUERRA (NUEVO VEGECIO). ESTUDIOS DE ÉTICA MILITAR, por *Ricardo Burguete*. – Un tomo publicado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe). Precio, dos pesetas.

BARCELONA Á LA VISTA. – Se ha puesto á la venta el cuaderno 8.º de esta publicación, editada en Barcelona por D. Antonio López. Contiene 16 vistas fotográficas y se vende á 30 céntimos en Barcelona y á 35 en provincias.

BIBLIOTECA POPULAR DE CORRIENTES. – Memoria del período 1904-1905, leída en la asamblea de 15 de junio de 1905. Folleto impreso en Corrientes (República Argentina) en los talleres gráficos de Teodoro Heinecke.

MANUAL PRÁCTICO DE CORRESPONDENCIA ESPAÑOLA, por *J. B. Melzi*. – Contiene cartas familiares y comerciales y sirve de clave á los manuales de correspondencia francesa, inglesa y alemana del mismo autor publicados anteriormente. Un tomo editado en Madrid por P. Orrier. Precio, 1'50 pesetas en rústica y dos en tela.

CHAPUCERÍAS, por *Juan Pérez Zúñiga*. – Un tomo que forma parte de la Biblioteca Diamante que edita en Barcelona D. Antonio López. Precio, dos reales.

MEMORIA Y PLIEGO DE CONDICIONES redactado por la Comisión de Hacienda del Excmo. Ayuntamiento de León, encargada por acuerdo de la Corporación Municipal del estudio de la contratación de en empréstito de tres millones de pesetas para la traída de aguas y otras urgentísimas atenciones. Folleto impreso en León en la imprenta de «La Democracia.»

LA ITALIA. SU CARÁCTER ÉTNICO. SUS ALIANZAS NATURALES EN EUROPA Y CON AMÉRICA LATINA, por *Enrique Piccione*. – Conferencia dada en italiano el 16 de febrero de 1905 en Iquique. Folleto impreso en Santiago de Chile en la imprenta de El Pensamiento latino.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 13 de noviembre de 1905 — Núm. 1.246



SINIESTROS PENSAMIENTOS, cuadro de León Samberger

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

México: la reorganización de la Hacienda y la reforma monetaria: el nuevo Ministerio de Instrucción Pública: desarrollo económico del país. – *El canal de Panamá:* la recluta de braceros: el contrato de trabajo convertido en pacto de esclavitud. – *Venezuela:* el conflicto con la Compañía del cable: hechos que justifican las resoluciones de los tribunales y del gobierno venezolanos. – *Ecuador:* el nuevo presidente: programa reformista del ex presidente Sr. Plaza. – *Bolivia:* el último mensaje presidencial: tribunal de arbitraje boliviano-brasileño. – *Chile:* nuevo ministerio: candidatos á la presidencia de la República.

El 16 de septiembre empezó en México nuevo período legislativo. En el Mensaje del presidente se hizo constar, una vez más, el próspero estado del país. El mantenimiento de la paz y del orden y el patriotismo de los hombres políticos facilitan la tarea de reformas administrativas favorables al desarrollo de todos los elementos de la riqueza nacional.

En la reorganización de la Hacienda se prosigue en el plan ideado por el Sr. Ives Limantour, que en abril último cumplió *doce años* como ministro del ramo.

La reforma monetaria se va implantando poco á poco, sin dificultades. Los hechos demuestran el error de los que creían que la depreciación de la plata, del peso mexicano, era favorable á los intereses nacionales, porque equivalía á la concesión de primas á los exportadores.

Mediante modificaciones en el régimen aduanero y especialmente en la tarifa de derechos de importación, se procura restablecer el equilibrio económico, perturbado por la rápida elevación del valor del oro dé la moneda mexicana. Al mismo fin tiende la reforma de los derechos consulares, que habrán de satisfacerse en moneda extranjera con arreglo á las nuevas equivalencias de valor con la unidad monetaria mexicana.

Complemento de la Ley de Reforma monetaria son también los decretos por virtud de los cuales se han cerrado Casas de Moneda, establecido la Comisión de Cambios y Moneda y modificado la legislación bancaria para mantener el valor de la moneda dentro de los límites fijados por aquella ley. Se han acuñado las nuevas monedas de plata y cobre y circulan ya los vigésimos (5 centavos) de níquel. Con esto puede decirse que la reforma monetaria queda completa. Los cambios se han normalizado y está en alza el valor del peso mexicano.

La situación financiera general es satisfactoria; aumentan los productos de las rentas federales, y los gastos han sido en el último año fiscal mucho menores que en el anterior.

La organización de la enseñanza pública va á recibir poderoso impulso, pues con tal propósito se ha creado el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Según D. Justo Sierra, que es el primer ministro de la nueva Secretaría de Estado, el 1.° de julio de 1905 empezó en México la era de la Escuela Nacional.

La Secretaría de Fomento multiplica sus labores para atender al creciente desarrollo económico del país. Las Comisiones científicas, como la Geográfica Exploradora, la Geodésica y la de Sonora, han realizado trabajos de gran importancia, lo mismo que los Observatorios Astronómico y Meteorológico, los Institutos Geológico y Médico, la Comisión de Parasitología Agrícola, la Sección de Estadística, etc. Grandes son los progresos realizados en la Minería y el número de concesiones hechas para aprovechamientos de aguas y para regar terrenos y producir fuerza motriz.

Como propaganda agrícola, se reparten con profusión folletos é ilustraciones útiles á los labradores, y semillas, plantas y medicinas para los ganados; se continúa con buen resultado la enseñanza práctica gratuita de la agricultura, y se arregla el establecimiento de tres estaciones experimentales.

Los canales, muelles y puertos de ambas costas se ensanchan y mejoran; en varios puntos del litoral se han colocado faros y otras señales marítimas, y en el vasto y escabroso territorio de la Baja California se construyen líneas telegráficas.

La red de vías férreas de la República ha aumentado en 236 kilómetros; suma ahora en total 16.866. En el ferrocarril Panamericano prosiguen los trabajos de desmonte, y se activan los de todas las líneas, especialmente en la de Tehuantepec.

Una de las mayores dificultades para la construcción del canal de Panamá es, como en *Revistas* anteriores he indicado, la recluta de braceros. Se necesitan muchos hombres, y hombres bien resueltos á jugarse la vida en un país de clima tan mortífero, cuyas morbosas influencias alcanzan máximo grado sobre gentes que trabajan en el campo y en el bosque, removiendo tierras pantanosas, y expuestas, por consiguiente, á todos los peligros de aquella inclemente naturaleza. Compréndese, pues, que la cuestión de braceros vaya tomando de día en día aspecto más grave y pueda ser causa de conflictos como el que ocurrió á principios del pasado octubre.

Los yanquis habían contratado 650 hombres que, procedentes de la isla Martinica, llegaron á Colón el 1.° del citado mes. Durante la travesía y al arribar al puerto los obreros procuraron informarse de las verdaderas condiciones en que iban á realizar el trabajo, y tales fueron los informes, que se negaron rotundamente á desembarcar, alegando que se les había engañado y que no estaban dispuestos á ser víctimas de la fiebre amarilla y de la peste. Se pudo, con amenazas ó con promesas, convencer á unos 500; pero el resto persistió en su actitud, á pesar de las excitaciones del mismo cónsul de Francia. Se presentó á bordo la policía del Canal y de Panamá, y los obreros se cruzaron de brazos ante los fusiles de los agentes, declarando que preferían morir asesinados antes que descender á tierra. Se les dió plazo de dos horas para que reflexionasen; transcurridas, insistieron en su propósito, y la policía yanqui-panameña cayó, garrote en mano, sobre aquellos desgraciados, que llevaban ya más de 24 horas sin comer, porque este fué uno de los medios á que se apeló para someterlos. Ni uno solo de los 150 hombres se libró de la feroz paliza; todos quedaron más ó menos heridos ó lesionados. Después, como si fueran bestias, los hacinaron en vagones del ferrocarril y los expidieron á los talleres del Corozal, donde en el acto se les obligó á trabajar.

Súbditos franceses de la Martinica, negros ó blancos, que lo mismo da, son, pues, tratados como esclavos, con asentimiento, al parecer, del cónsul francés. No hay que decir que la prensa de la vecina República protesta contra la conducta del representante de Francia, y contra los procedimientos de las autoridades ó funcionarios de la empresa del canal, que convierte el contrato de trabajo en pacto de esclavitud.

El Panamá yanqui lleva camino de ser más fecundo en escándalos que el famoso Panamá francés.

En cumplimiento de sentencia dictada por el Tribunal de Casación de Venezuela, el presidente Castro mandó cerrar las Oficinas de la Compañía francesa de los Cables en Maracaibo, Puerto Cabello, Guanta y Porlamar. La sentencia se fundaba en la falta de cumplimiento, por parte de aquélla, de las condiciones consignadas en el pliego que sirvió de base á la concesión.

El encargado de Negocios de Francia en Venezuela pretendió hacer valer las reclamaciones de la Compañía contra los acuerdos del gobierno, lo que se consideró en Caracas como un desconocimiento del perfecto derecho con que los tribunales del país habían entendido en el asunto y dictado sentencia, por lo que el gobierno venezolano replicó á la nota del agente diplomático francés con otra en tonos dignos y enérgicos, que no agradaron al representante de Francia.

Así planteado el conflicto, la prensa inspirada por los enemigos de Castro en América y en Francia se apresuró á explotarlo en daño de aquél, estimándolo poco menos que como un *casus belli*, y amenazando á Venezuela con la acción conjunta de Francia y los Estados Unidos, siempre dispuestos á ponerse de parte de quien, directa ó indirectamente, coopere en sus propósitos de impedir que ganen prestigio y fuerzas los Estados hispano-americanos del mar Caribe.

En cambio, ni Castro ni los venezolanos partidarios del actual gobierno dan gran importancia á la cuestión. «Hablar de complicaciones diplomáticas, dicen, de demostraciones navales, de guerra con Francia, es más que pueril..., es ridículo.»

Se trata de una Compañía que tiene por norma no cumplir sus compromisos. Sirve también á las colonias francesas de América con subvención del Estado, y los Consejos generales de Cayena, de la Guadalupe, de la Martinica, están continuamente reclamando contra la interrupción de las comunicaciones; la amenaza de no pagar los plazos de la subvención es el único argumento que hace alguna fuerza en el ánimo de los agentes ó directores de la Compañía. Si cumple mal con respecto á las colonias francesas, puede suponerse lo que habrá hecho en Venezuela. En un período de 3.650 días el cable que une á este país con los Estados Unidos y Europa estuvo interrumpido 2.130 días. La Compañía trata de exculparse alegando la serie de revoluciones que ha habido en la República Dominicana, por cuyo territorio cruza el hilo telegráfico que enlaza los dos extremos del cable. Pero desde 1895 bien pudo la Compañía poner remedio á esto, máxime cuando, al obtener la concesión, se comprometió á enlazar á Venezuela con los Estados Unidos por cable submarino.

En suma, la Compañía no daba el servicio que ofreció, y por consiguiente, quedó anulado el contrato. Si, á pesar de la sentencia, funcionaban las oficinas del cable, el gobierno de Venezuela obró con perfecto derecho cerrándolas á viva fuerza. Esto es todo; un Estado soberano que hace cumplir las sentencias de sus tribunales. Ni Francia, ni nación alguna que se estime en algo, pueden considerar el hecho como *casus belli*, ni aun siquiera como motivo de ruptura de relaciones diplomáticas.

El 31 de agosto tomó posesión de la presidencia de la República del Ecuador y nombró Ministerio D. Lisardo García. El anterior presidente, Sr. Plaza, en su último Mensaje, el 10 del mismo mes, había insistido en la conveniencia de implantar en el país las radicales reformas que hace años venía proponiendo.

Recomendaba al Congreso la separación de la Iglesia y del Estado, la exclaustración de las comunidades religiosas, la incautación de los bienes de manos muertas, la plena secularización de la enseñanza, la libertad de testar, la emancipación de la mujer, la ampliación de los motivos de divorcio hasta la sola manifestación de los cónyuges ante autoridad competente, la supresión de los jurados de imprenta, la derogación de todas las leyes que puedan coartar ó dificultar la libertad de expresar el pensamiento, la reforma de los municipios con objeto de impedir que intervengan en la política, y la supresión del voto en el ejército, también con el fin de apartarlo de toda intervención en los asuntos políticos.

El Congreso boliviano reanudó sus tareas el 6 de agosto. En el Mensaje que leyó el presidente señor Montes señalaba especialmente, como motivos de satisfacción para el país, las cordiales relaciones que ahora se mantienen con las Repúblicas limítrofes por virtud de anteriores convenios y acuerdos de arbitrajes que han de resolver los conflictos territoriales, y los trabajos que se hacen para ir extendiendo la red de comunicaciones de la República.

El Tribunal de arbitraje que, según lo dispuesto por el tratado de Petrópolis, debe dictar sentencia ó resolución definitiva sobre el asunto del Acre y reclamaciones consiguientes al tratado, ha tenido que aplazar su reunión por haber fallecido el árbitro brasileño Sr. Carlos A. de Carvalho. El árbitro boliviano es D. Carlos Romero, y presidirá el Tribunal el nuncio apostólico en Río de Janeiro Monseñor Tonti.

Los frecuentes cambios de Ministerio continúan siendo la nota característica de la administración Riesco en Chile. Desde fines de octubre hay gabinete nuevo, formado con tres conservadores, dos demócratas liberales y un liberal independiente. El ministro del Interior es D. Miguel Cruchaga.

Los candidatos á la presidencia de la República son muchos; sólo de los varios partidos ó fracciones de la alianza liberal se citan nueve ó diez nombres.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Entre las cuatro paredes de una celda humilde hay un pensamiento consagrado á Dios y á él

«LA TARASCA»

¡Cuidado si eran subidas la ordinariez y desenvoltura, por no decir descaro, de aquella Maritornes, á quien parecía haber escogido la esposa de Juan Olmedo como dique á las tentaciones y posibles arrumacos de éste!.. Los celos fueron causa muchas veces de choques y murrias en el matrimonio; unos celos endiablados que la bendita señora solía llevar hasta lo indecible, con una asiduidad de cócora y una intensidad que invitaba á la malicia. Porque, más picajona y quebradiza que ella, ni existió ni es probable que exista.

La Tarasca; eso llamaban á la sirviente comadres y tenderos, sin otra protesta de la interesada que un encogimiento de hombros y una particular sonrisa, algo simpática, único detalle lindo de aquella faz también única é inconfundible.

***

Meses llevaba de estar en la casa cuando notó el sesgo. Aquella buena señora era un martirio para su pareja. Y *la Tarasca* empezó compadeciendo á Olmedo, mirándole con unos ojos de piedad y angustia que eran otro encanto y otra extrañeza. «Ninguna muchacha ha parado en la casa más allá de dos meses—hubo de decirla el de la tienda de ultramarinos.—Ese pobre señor está fresco con el geniecillo que se gasta la consorte.» Y *la Tarasca* comprendió que sí, que tenían razón, que aquel pobre señorito era una víctima. Por tales veredas fué á parar á una de lástimas y sentimientos inusitados, hasta trocar el natural rebelde y agrio en una compostura y humildad que eran un asombro. ¿Que la señora descuidaba el desayuno, por estimar el lecho algo más de lo debido? Olmedo no se iría á la oficina en el estado de cura celebrante. ¿Que le apetecía al señorito un manjar? Ni que fuera el de los dioses faltaría en la mesa como pudiera *la Tarasca* notar el deseo. ¿Que se excedía alguna vez en trasnochar el cónyuge, y preguntaba la hora del regreso la señora. Cierto podía estar de no ser descubierto, aun habiéndole aguardado la fámula con la puerta á punto para evitar ruido... y lo consiguiente. En guisar y planchar, limpieza y esmero, se portaba la moza que era un primor, valiéndola, entre cuatro bufidos de la dueña, mayor número de agradecimientos del amo, y hasta... hasta puede que algo más alguna vez, si á juzgar se fuera por el rojo matiz de las mejillas, medio como de satisfacción, mitad como de sorpresa.

Un *patatús* de órdago, producto del carácter, vino á romper un día aquellos nervios en tensión; y de grito en grito, como de burla en burla, llegaron las veras para la neurótica, acabando el desequilibrio en trance desesperado. El médico torció el gesto, Olmedo se alarmó, la ciencia no pudo más... y hubo quehacer para el sepulturero. Aquí fué de ver á *la Tarasca,* que se portó de verdad y como nunca.

***

Olmedo era un buen mozo. Empleado en Hacienda, con regular sueldo, franco de suyo, joven aún, la viudez no duraría mucho seguramente. Así decían las lenguas, y al coro de profecías más ó menos maliciosas sólo respondía *la Tarasca* con una mirada entre vaga y penetrante, de sorpresa y malicia, cual si, más que á lo dicho, atendiera á lo callado, mejor que hacia fuera se dirigiese *hacia dentro.* ¿Por qué?

Continuaba al servicio del señor, riéndose de escrúpulos; separarse le hubiera parecido un abandono. ¡Dejarle á él, en los negros días de la reciente desgracia; á él, acostumbrado ya de tiempo á puntualidades y cuidados que le placían en extremo y no había de hallar con otra muchacha... ¡Si casi podía decirse que el vacío en el hogar no había de notarlo pizca!.. Y era la verdad. Con el abundamiento de que á la chica parecía como si la hubieran pulido y acicalado manos invisibles, dádole aire y buen ver, cambiado la rustiquez y la fealdad en cierta finura y apariencia.

De carácter alegre y decidor, desvanecida la niebla de tristeza con los días, y hasta notando algo así como un mejor bienestar con la desgracia, fijándose un día en la variación de la moza ocurriósele á Olmedo el decirla:

—¿Sabes lo que he pensado? Que podría casarme contigo, muchacha.

Semejante broma, casi fué un crimen.

La ilusión halló el terreno abonado, y desde aquel punto y hora, en el semblante de *la Tarasca* hubo un encanto difícil de explicar, una expresión imposible de definir. Sólo de ilusiones viven las almas; y el alma era sin duda lo que en aquel rostro, feotón y rústico, asomaba con vislumbres desconocidos como simpáticos.

Pero pasaron meses y más meses..., cuando de pronto se le antojó al viudo pensar que una reincidencia no sería cosa descabellada, ni tan extraordinaria que hubiese de llamar mucho la atención. Quien á él se la llamó fué una vecina, con la cual, de ojeo en ojeo y de plática en plática, vino á recaer el romance en pinturas de vicaría, con toda la tanda de acaramelamientos y demás, hasta acordar el plan decididamente. *La Tarasca* no daba crédito, primero, al runrún ni á las sospechas. Callaba, si oía cuentos de entrometidos, y enmudecía ante Olmedo sin osar ni insinuarle siquiera la intención de persuadirse. Mas se persuadió sin querer, oyéndoselo de sus propios labios con una lisura y una sencillez más vandálicas que las fechorías de Juan Sin Tierra.

Pareció escucharle sin pestañear, con la vista fija, como clavada en el sitio, sin decir oxte ni moxte, mal ni bien. Y aun cuando Olmedo la invitó con un «¿Qué te parece?» en tono de consulta y con la mayor confianza, aquellos labios no se despegaron más que para soltar una especie de sonido inarticulado, como una nota seca, el ruido de una cuerda al romperse. *Por dentro* sí, por dentro hubo algo que se agitó y hasta habló en son de protesta repitiendo: *«¿Sabes lo que he pensado? ¡Que podría casarme contigo, muchacha!..»*

¡Ni el consuelo de quejarse!.. ¿A quién? ¿Por qué?.. ¿No hallaría la burla, si lo hiciese?.. ¡Y parecía tan bueno aquel hombre, tan incapaz de hacer daño á nadie!..

La ponderación y conocimiento de la futura, con lujo de detalles, fué para *La Tarasca* otro suplicio. La pintura de un cuadro de nueva felicidad, un escarnio. ¡Lindos colores, cuando ella todo lo veía negro!.. Reconcentrado el dolor, toma las proporciones de lo horrible. Vulgar, irrisorio, nimio, era aquello; y no obstante, costaba la tortura de un alma. La broma—asesino, la burla—puñal, la nonada—atrocidad... A saberlo Olmedo, se hubiera reído más á gusto que nunca. *¡La Tarasca!..* ¡La desenvuelta Maritornes, hoy comedida por obra de encantamiento; la feota rapaza, venida á graciosota y simpática como por arte del demonio mismo; la zafia montañesa, trocada en mujer hacendosa y pulcra, casi como por magia!..

***

Callandito se fué, lo mismo que si nada... Padres no los tenía ya; hermanos, tampoco... ¡Se había hecho la ilusión de ser feliz!.. ¡Qué estupidez! ¡Qué locura!.. Confesarlo sería una vergüenza, como callarlo era un tormento... ¡Ser feliz! Cada uno se forja un ideal y se crea su horizonte. ¿Era una necedad creer en ciertas palabras como soñar en ciertos espacios? ¿Por qué, pues, las palabras se pronuncian y los espacios los ve la imaginación?..

Iba peripuesta, con sus ropas mejores, toda ella limpia y aseada á más no poder. Es esa una vanidad propia de los enamorados de la muerte. Sí, ella no sabía lo que iba á hacer, sólo sabía que no podría vivir... ¿Al paso de un tren? ¿Al mar? ¿De lo alto de

unas peñas?.. Ni vigor en el cerebro para una idea fúnebre..., todo velado, incierto... Sólo la certeza del dolor, una angustia terrible, un afán de prorrumpir en sollozos!.. Vagó por la urbe, fué de acá para allá... ¿Dónde? ¿A qué?.. Dos hilos de luz tenue parecían guiarla á intervalos; uno esplendente, de una purísima diafanidad; el otro irresistible, deslumbrador, como cegándola con su reflejo. Y ella seguía tan pronto al uno con asomos de confianza, como al otro con estremecimientos de delirio, sin voluntad propia, ajena al mundo exterior...

Hallar al paso una iglesia, arrodillarse ante un confesonario, derramar llanto copioso, recibir un consuelo, vislumbrar una esperanza.. Era verdad, Dios se apiada de todo, Dios no se burla, Dios todo lo comprende, todo lo ampara, todo lo remedia, todo lo salva...

* * *

Esta es la hora en que á Olmedo, casado nuevamente y feliz, todavía le intriga lo que fué de *la Tarasca*, bien ajeno á concebir que entre las cuatro paredes de una celda humilde hay un pensamiento consagrado á Dios y á él, si no por partes iguales, faltando muy poco.

SEBASTIÁN GOMILA.

(Dibujo de Triadó.)



EN AGUAS CHINAS: INMEDIACIONES DE PUERTO ARTHUR. – Pesca de torpedos submarinos colocados durante la guerra ruso-japonesa y que aún permanecen sumergidos en el mar, constituyendo un grave peligro para la navegación. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

DOS ARTISTAS ARGENTINOS

MATEO Y MANUEL ALONSO

Los hermanos Alonso son dos temperamentos artísticos que cultivando las dos ramas del arte plástico tan distintas en el procedimiento, toque y medio, y con distinto modo de sentir y apreciar la belleza en sus múltiples manifestaciones, coinciden, sin embargo, en la manera de apreciarla, en su fondo poético-filosófico y de presentarla ante el público que, si es entendido, busca el «porqué,» la idea, la sátira, el humorismo ó la poesía, invirtiendo en ameno estudio el tiempo empleado en la contemplación de sus obras; y si no lo es, se queda embobado viendo aquellos barros ó aquellos cuadros en los que adivina el talento de la fina observación y la labor concienzuda de dos artistas libres de prejuicios, de preocupaciones de escuela, de vacilaciones, independientes del todo, con originalidad y característica propia, franca, liberal, emotiva, insinuante é intensiva.

La personalidad, pues, de ambos hermanos está perfectamente definida dentro del arte que cada cual cultiva; y como las respectivas obras son reflejo—sin velos—de su vida de relación social y de la íntima, psicológica ó espiritual, al estudiarlas y conocerlas se sabe perfectamente su modo de ser en todos los aspectos de su esencia humana.

Los dos han visto la luz primera en la cosmopolita y comercial ciudad de Buenos Aires; pero tienen mucho de los rasgos característicos de nuestra tierra por el origen de sus progenitores y por haber pasado sus mocedades y primera juventud estudiando en la capital catalana, á la que deben, sin duda, el amor intenso y el no menos intenso entusiasmo por las artes que cultivan.

Mateo Alonso es el autor de la celebrada imagen llamada por antonomasia «El Cristo Redentor de los Andes,» por haber sido colocada en una cumbre de aquella cordillera en el límite chileno argentino. Dicha estatua, fundida en bronce procedente de cañones anticuados, tiene *diez* metros de altura, habiendo empleado en ejecutarla el joven artista cerca de cuatro años de asidua labor. Es la primera y más importante obra escultórica que se ha erigido en Sud América por el género y posición, pues es la que está colocada á mayor altura en el mundo *cuatro mil quinientos* metros sobre el nivel del mar.

El significado de la imagen y el mérito del trabajo dió nombre y fama al que fué alumno de la Academia de Bellas Artes de Barcelona y discípulo del afamado D. Venancio Vallmitjana, llegando el justo elogio hasta los augustos oídos del actual czar de Rusia Nicolás II, quien le hizo el especial encargo de una reducción de aquel religioso monumento, signo de paz colocado entre dos naciones hermanas, pero celosas de su predominio en la tierra.



CHEFÚ. – Desembarque de torpedos submarinos pescados cerca del puerto. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Sin embargo, á nuestro entender no es el religioso el género en que más brilla ni que sienta mejor. Nos gusta en grado mucho mayor en sus estudios en mármol y sobre todo en sus barros, por la espontaneidad, soltura y humorismo de que están impregnados, y por la idea y facundia con que están tratados los variados temas en sus figuras representativas é interpretativas. A pesar de que son presentados en forma inconclusa ó abocetada, se encuentra en ellos la forma elegante, la línea fina, la proporción exacta con la intencionada *pose* y vis cómica.

Los grabados que publicamos son reproducción de algunas obras que forman parte de la cuarta exposición que en esta capital federal acaba de celebrar el joven escultor en el salón Castillo, situado en la concurrida calle de la Florida, número 356. Presentó veinte obras que á los pocos días de exhibición quedaban adquiridas, porque á la plástica unían la bien hallada razón filosófica que cuanto más se profundiza más substancia espiritual se les encuentra, amén de lo bien sentidas y trabajadas dentro de la especialidad de que es único en esta República.

Actualmente sólo cuenta treinta años, y por su *sprit*, por su delicadeza exquisita, por su técnica graciosa y por su amor al estudio y al trabajo, promete para su patria abundantes días de gloria con sus futuros triunfos artísticos.

Manuel es un año menor que Mateo. También fué alumno de la Academia de Bellas Artes de Barcelona. Por temperamento es algo soñador, buscando siempre la nota poética en cuanto le rodea, especialmente cuando se halla en el campo, que es la mayor parte del año. La naturaleza á pleno sol, con toda la grandiosidad pampeana, le atrae sugestivamente; pero le seduce más en la alegría del despertar, al amanecer, al rayar la aurora; en los desperezos brumosos de la tierra al sentir los primeros besos vitales del sol naciente; en los cambiantes de luz sobre la húmeda hierba, ó sobre las flores sorbiendo rocío, ó sobre el charco inmóvil y encantado, ó sobre el arroyo de fugitivas y transparentes aguas. Y le enamora más todavía al atardecer, en la melancólica caída de la tarde, cuando anochece, cuando el crepúsculo nocturno envuelve el paisaje en su velo de tristeza, cuando las sombras apodéranse misteriosamente de los objetos, obscureciéndolos y esfumándolos, cuando la tierra suspira. Entonces el espíritu de Manuel Alonso se recrea y se abisma, y traslada á la tela sus íntimas sensaciones, allí, á pleno aire, en el lugar propio, en el momento preciso, oportuno, aprovechando los últimos fulgores de luz incierta y los instantes en que vibra el alma de emoción estética, absorta, extática, rítmica en la armonía del amplio ambiente, y penetrando los elementos sensibles y presintiendo el espíritu creador y adivinando misterios indescifrables.

Es su segunda exposición la que nos ocupa, siendo las notas gráficas que publicamos reproducción de algunos de sus bellísimos paisajes que, como los del año anterior, pertenecen al mismo género, perdurando en la factura y enamorando, ahora como entonces, de las impresiones sorprendidas en las horas extremas del día.

Ambos hermanos están en el camino que conduce á la Inmortalidad y á la Gloria.

JUSTO SOLSONA.

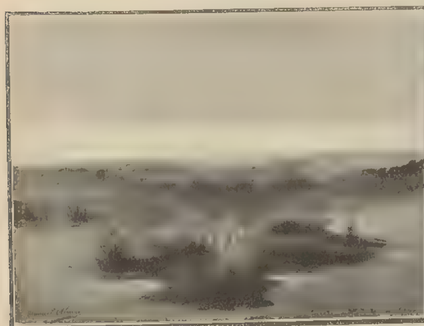
DOS ARTISTAS ARGENTINOS NOTABLES.—MATEO ALONSO, escultor, y MANUEL ALONSO, pintor.







EL NOTABLE ESCULTOR ARGENTINO MATEO ALONSO. – ONDINAS. – POESÍA. – DIOS. – UN [illegible]. Obras expuestas recientemente en el Salón Castillo (Buenos Aires)



PAMPA, cuadro de MANUEL ALONSO
(Salón Castillo, Buenos Aires)



El notable pintor argentino
MANUEL ALONSO



SUIPACHA, cuadro de MANUEL ALONSO
(Salón Castillo, Buenos Aires)

LA TELEFOTOGRAFÍA

ó TRANSMISIÓN DE LAS IMÁGENES Á DISTANCIA

Experimentos del profesor Korn

Muchos años antes de que se resolviese el problema de la transmisión á larga distancia de la voz humana por medio de la corriente eléctrica, habíanse inventado multitud de aparatos para la transmisión eléctrica de las imágenes. Cierto que se trataba simplemente de la transmisión de sencillos perfiles, sin gradaciones de tonos; pero el solo hecho de que el pantelégrafo de Caselli funcionara con buen resultado en 1865 entre París y Lyón, demuestra la seriedad con que se estudiaba la solución de tan importante problema.

El procedimiento inventado en 1892 por N. S. Amstutz, de Cleveland, y fundado en ciertas propiedades de la gelatina cromada, significó un progreso, puesto que por él podían transmitirse, no sólo perfiles, sino también sombras. En el número 540 de La Ilustración Artística nos ocupamos de este invento y reprodujimos algunas de las imágenes obtenidas por el citado señor.

El profesor Korn, cuyos recientes descubrimientos están llamando actualmente la atención en Alemania, ha avanzado un paso más en la solución del importante problema. Su procedimiento se basa en la propiedad que en 1873 descubrió el inglés May en el selenio, según la cual este metaloide ve disminuir su resistencia eléctrica bajo la influencia de la luz.

El selenio, como es sabido, fué descubierto en 1817 por el célebre químico sueco Bercelius en el azufre, con el cual tiene grandes semejanzas desde los puntos de vista físico y químico. En estado de fusión, presenta el selenio una superficie negra y brillante que conserva aun en estado sólido cuando el enfriamiento no se ha retrasado por medios artificiales. En este estado, el selenio no puede conducir la corriente eléctrica. Pero si se le eleva á la temperatura de 100° centígrados, el negro brillante de su superficie se transforma en un gris mate y se cristaliza. En esta transformación, su temperatura se eleva á 200° sin necesidad de calentamiento exterior. Si se eleva un poco más la temperatura y se mantiene algún tiempo esta elevación, la transformación en estado cristalino es completa y la superficie adquiere un color más claro, casi blanco, como el de la plata mate; y en este estado, que no se modifica ya con el enfriamiento, tiene la propiedad de conducir la corriente eléctrica y de disminuir la resistencia que opone á la corriente según la mayor ó menor intensidad de la luz.



El profesor Korn, de Munich, inventor de un procedimiento que resuelve el problema de la transmisión de las imágenes á distancia por medio del telégrafo. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

Con esto se tenía ya un medio de transformar en rápida serie las modificaciones de la intensidad lumínica en modificaciones de la corriente eléctrica; pero no un medio de transformar las rápidas oscilaciones de una corriente eléctrica débil en las correspondientes oscilaciones lumínicas. Este medio lo descubrió en 1902 el profesor Korn, de Munich, en un tubo de Geissler con aire enrarecido; y gracias á un dispositivo especial, consiguió acomodar la intensidad lumínica á la intensidad circunstancial de la corriente eléctrica, cuyas oscilaciones sigue instantáneamente.

Los profanos se inclinan fácilmente á creer que el procedimiento de la telefotografía es el mismo que el de un aparato fotográfico ordinario, y se imaginan que en punto á rapidez de impresión y á bondad de las imágenes ha de corresponder al grado de perfección que ha alcanzado el actual arte fotográfico. Pero los fotógrafos saben que en circunstancias poco favorables no hay que pensar en impresiones rápidas, y que en circunstancias difíciles el más hábil operador puede darse por satisfecho si después de un día de exposición obtiene una imagen aprovechable.

El procedimiento del profesor Korn no requiere una exposición de un día, sino el tiempo que por término medio se necesita para obtener buenas impresiones en interiores moderadamente alumbrados. La transmisión de una imagen de 12×18 centímetros necesita actualmente un tiempo de exposición de 24 minutos, lo mismo si ha de hacerse á 50 que á 5.000 kilómetros; pero si se estima bastante una impresión menos perfecta, es suficiente la mitad del indicado tiempo de exposición. Mas este resultado no lo considera el profesor Korn como definitivo, sino que está trabajando para dar á su procedimiento mayor rapidez.

Las pruebas que en esta página reproducimos representan los resultados obtenidos en las diferentes fases de la operación. El retrato original del príncipe regente de Baviera estaba colocado en el aparato transmisor y dió, á los 12 y á los 24 minutos de exposición, las reproducciones que aparecen á continuación del mismo. Las dos últimas son la imagen de la esposa del inventor tal como resultó después de una exposición de 12 y 24 minutos. La transmisión se hizo por medio de la línea telefónica de Munich á Nuremberg, cuya longitud es de 200 kilómetros y cuya resistencia eléctrica es de 690 ohmios.



Retrato original (Príncipe Regente de Baviera)



Imagen reproducida en el aparato receptor á los 12 ms. de exposición.



Imagen reproducida en el aparato receptor á los 24 ms. de exposición.



Imagen reproducida en el aparato receptor á los 24 ms. de exposición.



Imagen reproducida en el aparato receptor á los 12 ms. de exposición.



Imagen reproducida en el aparato receptor á los 24 ms. de exposición.

En la comunicación que ha presentado al Instituto técnico de Munich, el profesor Korn declara que los resultados conseguidos le parecían bastante concluyentes para permitirle afirmar la posibilidad de transmitir las imágenes á una distancia de 5.000 kilómetros y más.—X



Aparatos inventados por el profesor Korn para la transmisión de las imágenes á larga distancia. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

M. LOUBET EN PORTUGAL

Si brillante y cariñosa fué la acogida dispensada en España al presidente de la República Francesa, no le ha ido á la zaga la que el digno primer magistrado de Francia ha tenido en Portugal.

A las once del día 27 llegó M. Loubet á Lisboa, en donde fué recibido por S. M. el rey D. Carlos, el príncipe heredero, el duque de Oporto, el gobierno, autoridades, etc., dirigiéndose la comitiva al palacio real en siete magníficas carrozas de los siglos XVII y XVIII, que ordinariamente figuran en el Museo de Belem. Llegado á palacio, ofreció el presidente sus respetos á la reina Amelia, y en seguida celebróse un almuerzo íntimo, terminado el cual M. Loubet visitó al duque de Oporto y el edificio de la Sociedad de Geografía, y después de haber paseado por las principales calles de la capital, recibió en palacio al cuerpo diplomático. Por la noche, gran banquete de gala en el palacio de la Ajuda, en el que el rey D. Carlos y M. Loubet cambiaron cordiales brindis.



VIAJE DE M. LOUBET Á PORTUGAL. – M. LOUBET DESPIDIÉNDOSE DE LA REINA AMELIA DESPUÉS DEL ALMUERZO QUE EN HONOR DE LOS MONARCAS PORTUGUESES DIÓ Á BORDO DEL ACORAZADO «LEÓN GAMBETTA.» (De fotografía de León Bouet.)

En la mañana del 28, el presidente y los reyes de Portugal efectuaron una expedición al magnífico y pintoresco real sitio de Cintra, en cuyo inmenso y artístico salón de los Cisnes se celebró un almuerzo, al que concurrieron, además de las personas de la familia real, los altos dignatarios de la corte, los individuos del gobierno, los miembros de la embajada francesa y otros ilustres personajes hasta el número de 60. Después del almuerzo realizóse una excursión á la Penha, terminada la cual los monarcas se dirigieron á Cascaes á fin de preparar la fiesta organizada para aquella noche en honor de M. Loubet, y éste regresó á Lisboa, recibiendo en la legación de Francia á la colonia francesa, que le ofreció un magnífico álbum, en el que figuran hermosas páginas ilustradas por los mejores artistas portugueses y cuyas tapas son obra del eminente escultor Teixeira López. Concluída la recepción, volvió M. Loubet al palacio de Belem, en donde comió en sus habitaciones, marchando luego á Cascaes. La fiesta nocturna que se efectuó en aquella rada fué maravillosa. Innumerables fogatas dispuestas en la playa, en las rocas, en las colinas, formaban como un círculo de fuego; la población de Cascaes, su antigua fortaleza, desde donde asistían á la fiesta M. Loubet, los reyes y los invitados oficiales, ostentaban espléndidas iluminaciones; los barcos estaban profusamente iluminados con lámparas eléctricas; hermosos fuegos de artificio cruzaban el espacio en todas direcciones, y multitud de orquestas invisibles lanzaban al aire sus tocatas, cuyas notas eran continuamente ahogadas por formidables detonaciones. El presidente quedó encantado de aquel espectáculo, que calificó de sueño de las *Mil y una Noches*.

El día 29 por la mañana M. Loubet, acompañado del rey don Carlos, de la reina Amelia y del príncipe heredero, visitó la Casa de la Ciudad lisbonense, y terminada la recepción que allí tuvo lugar, dirigiéronse al embarcadero para trasladarse á bordo del *León Gambetta*, en donde debía celebrarse el almuerzo dispuesto por M. Loubet en honor de los monarcas portugueses. Allí les esperaban tres embarcaciones pertenecientes á los tiempos heroicos de Portugal; eran tres galeras reales que se conservan como preciosas reliquias en el arsenal, tripuladas por remeros vestidos como los antiguos galeotes, con blusa encarnada, gorro del mismo color con ribetes amarillos y en él las armas de Portugal, y que manejaban los largos remos de caña encarnada y blanca pala. Cerca de la una llegaron al *León Gambetta;* terminado el almuerzo, los reyes se despidieron de M. Loubet.

A las cuatro de la tarde, el *León Gambetta* levó anclas entre las salvas de artillería y las aclamaciones de la multitud que se apiñaba en el muelle.—S.



VIAJE DE M. LOUBET Á PORTUGAL. – GALERA REAL DEL SIGLO XVII, TRIPULADA POR CIEN REMEROS EN TRAJE DE GALEOTE, QUE CONDUJO Á M. LOUBET Y Á LOS MONARCAS PORTUGUESES Á BORDO DEL «LEÓN GAMBETTA.» (De fotografía de León Bouet.)



Los recientes disturbios revolucionarios en Rusia. – Señoritas y niños componiendo los periódicos oficiales, bajo la custodia de algunos soldados.
Dibujo de Balliol Salmon, sobre un croquis del natural.

La huelga de los obreros tipógrafos, que fué la señal del actual movimiento revolucionario, obligó á recurrir al empleo de mujeres y niños para los trabajos de imprenta con el fin de que pudieran seguir publicándose siquiera los periódicos oficiales.



Los recientes disturbios revolucionarios en Rusia. – El imperio del terror en Bakú. Tártaros acompañados de una escolta de tropas para evitar los ataques de los armenios. Dibujo de Frank Dadd hecho sobre una fotografía.

Siguen los desórdenes en Bakú; tártaros y armenios se atacan sin piedad, y para evitar tales agresiones, que á veces degeneran en horribles matanzas, muchas personas de ambos partidos se hacen acompañar por escoltas de soldados. Este grabado representa una caravana de tártaros dispuesta á repeler por la fuerza cualquier ataque de los armenios; pero téngase en cuenta que andan por allá otras caravanas análogas de armenios dispuestos á rechazar en forma análoga cualquier ataque de los tártaros.



CÓMO SE PREPARA UNA REVOLUCIÓN EN RUSIA. LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO POR LOS ESTUDIANTES. Copia de un cuadro de Bogdanof-Bieski

El manifiesto firmado el 30 de octubre último por el tsar concediendo á Rusia todas las libertades esenciales á que aspiraba desde hacía tanto tiempo, constituye una victoria de los elementos escogidos de la nación que, á fuerza de un paciente trabajo continuado durante años y años, consiguió provocar en el inmenso imperio la agitación profunda que en estos últimos días ha revestido tan alarmantes caracteres.

En efecto, los jóvenes estudiantes rusos, sus maestros, los escritores, los artistas, todos los «inteligentes» en suma, como allí se les llama, han preparado lentamente los acontecimientos que estamos presenciando.

La escena que representa el cuadro que reproducimos y que seguramente ha sido trazada por un artista que simpatiza con los agitadores, es una escena que allí se repetía diariamente. En la sala de alguna modesta escuela rural, en torno de un estudiante que robaba al tiempo de su trabajo personal las horas necesarias para realizar esta misión catequística, agrupábanse para escuchar una lectura al alcance de su inteligencia todos los humildes de la aldea, confundiéndose en una misma aspiración á instruirse los niños, las mujeres y los ancianos, que en actitud de religioso recogimiento escuchan las para ellos redentoras doctrinas, expuestas con amor de apóstol y entusiasmo de propagandista por el joven conferenciante.



El Excmo. Sr. D. Manuel Girona, fallecido el día 31 de octubre último

D. MANUEL GIRONA

En pocas palabras puede sintetizarse la biografía del barcelonés por tantos conceptos ilustre que acaba de fallecer: comenzó á trabajar á la edad de diez años y ha muerto cerca de los noventa sin abandonar un momento el trabajo; acumuló una fortuna cuantiosa y vivió siempre modestamente; pudo haber alcanzado los más grandes honores y ocupado los más elevados puestos públicos, y prefirió una existencia sencilla que sólo abandonaba cuando esto, que para él constituía gran sacrificio, podía redundar en bien de sus conciudadanos. Fué muy español, muy catalán, muy barcelonés. Barcelona fué la ciudad de sus amores, y ninguna de las grandes capitales de Europa que había visitado pudo entibiar nunca el entusiasmo que sintió siempre por su ciudad natal, y sí únicamente estimular sus deseos de ponerla á la altura de las mejores y más avanzadas urbes.

El nombre de D. Manuel Girona va unido al de muchas y muy importantes empresas, como la construcción de las líneas férreas de Barcelona á Zaragoza y de Barcelona á Granollers, la del Canal de Urgel, las del puerto, de la universidad, del teatro del Liceo y de la fachada de la catedral de Barcelona. Ha sido el alma, por decirlo así, del Banco de Barcelona, que fundó cuando apenas contaba veinticinco años y que puede citarse como modelo en su género; y fué también el organizador y presidente durante mucho tiempo de nuestra Cámara de Comercio, que tantos y tan buenos servicios ha prestado á nuestra región y al país en general.

Fué alcalde de Barcelona, y su paso por la presidencia del Ayuntamiento se señaló por el orden que introdujo en la administración, gracias al cual se pagaron muchas deudas antiguas, se disminuyó considerablemente el déficit y se abarataron los artículos de primera necesidad.

Siempre que Barcelona se vió azotada por alguna epidemia, D. Manuel Girona permaneció en ella y aun se dió el caso de haber venido expresamente del extranjero, donde accidentalmente se hallaba, para figurar en todas las juntas de auxilios, á las que aportaba su concurso personal y sus iniciativas.

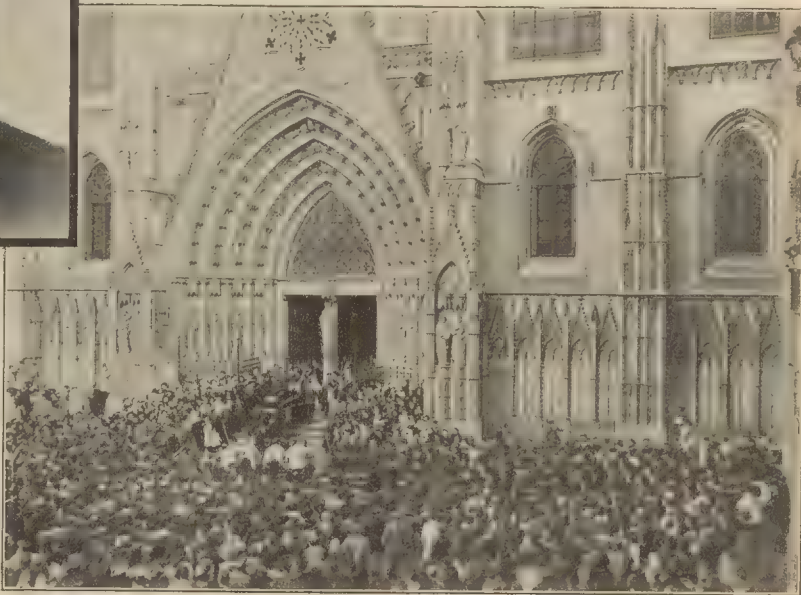
El Sr. Girona había estudiado profundamente el problema económico de España; Cánovas, que conocía sus grandes talentos financieros, quiso hacerle ministro de Hacienda, pero el Sr. Girona exigió para aceptar este cargo una verdadera dictadura que el ilustre jefe del partido conservador no se atrevió á otorgarle.

Era senador vitalicio y estaba condecorado con las grandes cruces de Isabel la Católica y de Carlos III.

Su entierro ha sido una de las más grandiosas manifestaciones de duelo que ha presenciado Barcelona.

El cadáver de D. Manuel Girona ha recibido sepultura, por especial privilegio, en nuestra catedral.

¡Descanse en paz!



Barcelona. – Entierro del Excmo. Sr. D. Manuel Girona. Entrada del fúnebre cortejo en la Catedral (De fotografía de Enrique Castellá.)

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES

El Excmo. Sr. D. Anselmo Villar y Amigó

La característica del caballero español con cuyo nombre encabezamos estas líneas, es la franqueza amable y abierta, propia de un carácter sencillo y bueno.

Infatigable trabajador desde sus más tiernas mocedades, ha sabido conquistar una elevada posición sin más esfuerzo que el suyo propio, con la claridad de su juicio, su firme voluntad y la rectitud y honradez en todos sus actos.

Casi un niño, abandonó el pintoresco pueblo de Malpica, de la riente región gallega, situado á orillas del mar Atlántico, en aquellas costas tan encantadoras de la provincia coruñesa; viniendo á orillas del Plata á desenvolver sus facultades, que bien pronto obtuvieron el galardón debido. Pero así que la fortuna estuvo unida á su trabajo, la idea primordial fué contribuir desde la República Argentina á la grandeza de su tierra natal, mejorando las condiciones higiénicas del pueblo en que vió la luz primera, haciendo llevar aguas potables, costeando una artística fuente: como así mismo las obras del puerto, la plaza de Abasto; sosteniendo á los pobres impedidos y mandando todos los años fondos para atenuar calamidades y también para dar esplendor y magnificencia á las fiestas patronal y mayor. Queriendo el Ayuntamiento premiar tan seguidos desvelos, nombró al Sr. Villar hijo predilecto y bautizó con su nombre la calle principal de aquel favorecido lugar.



Excmo. Sr. D. Anselmo Villar y Amigó. (De fotografía de Roessinger-Jeanneret.)

Y mientras se desvela tan desinteresadamente por la hermosa tierra de Galicia, hace otro tanto por las instituciones filantrópicas argentinas y españolas de Buenos Aires; fundando la «Caja de Socorro» de la policía de esta capital, y la «Caja Nacional de Descuentos.» Le cuenta también en el número de sus fundadores «La sociedad española de Socorros Mutuos,» de la que ha sido presidente por espacio de *nueve* años consecutivos, y del «Hospital Español,» institución que honra altamente á la colectividad y que le debe su espléndida sala de operaciones, montada con sujeción á los modernos adelantos de la ciencia quirúrgica.

Serían interminables si tuviéramos que mentar los rasgos filantrópicos que adornan á tan insigne gallego; y no es el más digno de mención, porque los hay mayores, el hecho de haber regalado en un día de Navidad *doscientas* máquinas de coser á otras tantas obreras y haber desempeñado todas las empeñadas durante el año en el Monte de Piedad, devolviéndolas como aguinaldo á sus infelices propietarias. Todos los años por el 25 de mayo, fiesta patria argentina, efectúa actos parecidos abonando distintas cuentas en el «Banco Municipal de Préstamos,» hechos que le han granjeado el cariño, la simpatía y la popularidad general.

Además, su intervención en la vida social y comercial en esta ciudad es muy notable. Ha sido síndico del «Banco Español del Río de la Plata» y actualmente forma parte del Directorio; es Presidente de la «Cámara de Comercio;» miembro de la «Cámara Sindical;» del directorio de la Compañía de Seguros «La Buenos Aires;» presidente de «La Primitiva,» fábrica de bolsas, y forma parte de la razón social Hueyo y Villar, casa introductora y exportadora, de superior importancia; es fundador de la Sociedad Anónima «La Cantábrica,» para la fundición y laminación de hierros, aceros, etc.

Es miembro del Consejo Escolar y de la Comisión de Higiene de dos parroquias.

Así en el conflicto hispano-alemán en 1885 como en las últimas guerras en que ha intervenido desgraciadamente España, ha figurado en las comisiones patrióticas encargadas de la recolección de fondos, contribuyendo él con crecidas sumas para llevar un consuelo y una ayuda positiva á la madre patria.

Está condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica, de la que es comendador de número, y posee la gran placa de honor y diploma de la Cruz Roja española.

Tal es el caballero D. Anselmo Villar, presentado á grandes rasgos, personalidad descollante bajo todos conceptos, y á quien el actual presidente de la República Argentina, doctor D. Manuel Quintana, ha nombrado recientemente, con la aquiescencia del Senado Nacional, Miembro de la Comisión Municipal de Buenos Aires, dando así digna representación á la colonia española en la administración del Municipio de la capital federal: nombramiento de altísima trascendencia por ser el de más alta representación posible en un extranjero que guarda completamente su propia nacionalización, no tomando carta de ciudadanía.

Los españoles que le tienen en grande estima como los argentinos en mucho aprecio, por sus grandes merecimientos, honraron al Sr. Villar con demostraciones de hondo afecto, á las que agregamos nuestras felicitaciones y enhorabuena.

Justo Solsona.

Espectáculos.—Barcelona. – En el teatro Principal se han estrenado con gran éxito: *La festa dels Reys*, comedia en cuatro actos de Shakespeare, muy bien traducida por don Carlos Capdevila y admirablemente puesta en escena bajo la dirección de los Sres. Graner y Gual; y *Poruga*, bellísimo diálogo de D. José Pin y Soler.

En el teatro de Novedades, se ha dado un concierto organizado por el Patronato de Cataluña para la lucha contra la tuberculosis, en el cual tomaron parte el coro de niños de las escuelas catalanas del distrito segundo, el «Orfeó Canigó,» dirigido por el maestro Sr. Piqué y Salvat, y el Círculo Musical Bohemio, que ejecutaron con mucho acierto escogidas piezas y obtenido muchos y merecidos aplausos.

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

(CONTINUACIÓN)

Tan pronto como el criado lo introdujo en la sala, exclamó dirigiéndose é él:

—Señor cura, vengo de su casa, y como su ama me ha dicho que lo encontraría á usted aquí con toda seguridad, me he tomado la libertad de venir, aprovechando la ocasión que se me ofrecía de saludar á estas señoras

Marta parecía estar conmovida, y dirigió al cura una mirada suplicante, que éste pareció no comprender.

La señorita Meriel le guardaba rencor al médico desde la escena que había tenido con su sobrina á propósito de él, y permaneció muda, con los labios apretados y la mirada fosca, retirándose poco después.

—Agradezco á usted mucho, doctor, que haya usted venido hasta aquí: no sabe usted lo que hubiera sentido no verle, dijo bondadosamente el cura.

Marta tuvo una súbita inspiración. Animada con la ausencia de su tía, se atrevió á decir:

—Si yo supiera que no le esperan á usted en Champuis sus enfermos, le rogaría que se quedara á comer con nosotros.

A Quesnel le agradó la proposición, pero se excusó por el bien parecer.

—Me confunde usted, señora...

—Acepte usted, doctor, le dijo el cura.

El médico se inclinó en señal de asentimiento.

—Tengo que dar algunas órdenes, dijo Marta, y dejo á usted en compañía del señor cura.

Dicho lo cual, salió de la sala.

—Esta es la ocasión de cumplir mi palabra, pensó el sacerdote. ¿Pero por qué habré aceptado yo esta comisión?

Reinó un momento de silencio, durante el cual el cura se sorbió algunos polvos de tabaco, uno tras otro, para prepararse convenientemente. Buscaba la forma de abordar el asunto. De pronto se decidió á ello.

—Señor doctor, dijo, me alegro mucho de que estemos solos: voy á hablarle de un asunto de la mayor gravedad.

—¿A mí, señor cura?, preguntó Quesnel sorprendido.

—A usted mismo... La señora viuda de Mauger, que en los casos difíciles se digna pedirme consejo, me ha confiado el origen de sus relaciones con usted, y cómo esas relaciones, nacidas á la cabecera de un enfermo que le era muy querido, interrumpidas momentáneamente por el duelo, se han reanudado recientemente á la cabecera de otro enfermo. La solicitud con que asistió usted á su esposo y la diligencia con que acudió usted á su último llamamiento, le han granjeado á usted la gratitud de la viuda... También me ha dicho que después de haberle dejado comprender á usted que le había usted inspirado un afecto muy vivo, le había usted manifestado que, no pudiendo aspirar á casarse con ella á causa de ser rica, estaba usted decidido á expatriarse.

—¡Es verdad!, exclamó el médico, lanzando un hondo suspiro.

—Que ella le rogó á usted que desistiera de su viaje, y que usted se lo prometió así...

—Cierto, se lo he prometido, pero quizá haya contado demasiado con mis propias fuerzas.

—¿Piensa usted aún en marcharse?

—¿Lo sé yo mismo?

—Me parece, sin embargo, que el paso dado por la señora viuda de Mauger significaba de una manera evidente que no le contestaría con una negativa á una demanda de matrimonio de parte de usted, y que para ella era secundaria la cuestión de forma.

—Para mí es el todo. Si la señora viuda de Mauger fuese pobre, ya me hubiera visto á sus pies suplicándole que aceptase mi nombre; pero es rica.

—Esos escrúpulos le honran á usted y demuestran hasta qué punto lo lleva el espíritu de su propia dignidad: sin embargo, ¿quiere usted permitirle al sacerdote una ligera observación? Se expone usted mucho, al exagerar su delicadeza, á incurrir en el pecado del orgullo.

Quesnel hizo un ademán de protesta: el cura prosiguió, haciendo ademanes amenazadores con el brazo armado de su tabaquera:

—Sí, caballero, del orgullo, uno de los siete pecados capitales y el más peligroso de todos, porque lleva en sí su castigo y nos sumerge en un dolor profundo al condenarnos á las mayores decepciones. Por orgullo cierra usted los oídos á su corazón, dispénseme esta frase algo familiar, y no tardará usted en verse castigado por ello, créame usted. En cuanto á mí, doy por terminada mi tarea: transmitiré su respuesta á la señora viuda de Mauger, que se considerará completamente desligada de usted.

—Ya es tiempo de concluir, pensó Quesnel; bastantes pruebas he dado de estoicismo.

Y en seguida dijo con voz trémula por la emoción y con bruscas inflexiones seguidas de silencio, fiel imagen de la tempestad que parecía agitar su conciencia:

—¿No comprende usted la tortura horrible á que me somete, señor cura?.. Dios me es testigo que mi casamiento con Marta sería el colmo de mis más ardientes deseos..., pero mi pobreza se opone á ello, y... ¡no, no puedo!.. Y usted viene á lanzarme hasta de mis últimas trincheras: me acusa usted de que sacrifico á un orgullo tonto mis sentimientos más caros... ¡Ah! ¡Si yo no escuchase más que la voz del amor!..

—¿Y quién le pide á usted que escuche otra cosa? ¡Me obliga usted á hacer el papel de suplicante, cuando lo que debiera usted hacer es pedirme que abogara por su causa ante la señora viuda de Mauger!.. No me volveré á meter nunca en semejantes negociaciones.

Quesnel se levantó como si acabara de tomar una súbita resolución, y dijo, un tanto desconcertado y asiendo con sus manos una de las del cura:

—¡Qué feliz soy, padre cura!



— Buenos días, señor cura, dijo Marta con voz clara

—Mucho tiempo ha tardado usted en comprenderlo, le contestó éste, satisfecho de su victoria, obtenida á tanta costa.

Se abrió la puerta y entró Marta con un quinqué en la mano.

—Dispénsenme ustedes que los haya dejado tanto tiempo á obscuras, dijo.

—Lo cual no nos ha impedido que habláramos, y que nos hayamos puesto de acuerdo en una cuestión que nos dividía.

—Sí, agregó Quesnel acercándose á la joven. El padre cura me ha convencido. Ahogaré mis escrúpulos... Al consentir usted en compartir su vida conmigo, me hará usted el más feliz de los hombres.

Marta vaciló ante aquella oleada de felicidad tan fuerte como imprevista. Se sintió desfallecer: sus ojos se cerraron; todo daba vueltas en torno suyo, y sólo pudo decir con voz apenas inteligible:

—A mi tía es á quien tiene usted que dirigirse, por ser la única persona caracterizada para contestarle.

Y tendió su mano al médico.

Como se acercaba ya la hora de la comida, la señorita Meriel se decidió á volver al salón. Tan pronto como Quesnel la vió entrar, salió á su encuentro y le dijo á quemarropa:

—Señorita: hace ya mucho tiempo que quiero á

su sobrina de usted, y como hace usted aquí para con ella veces de madre, tengo el honor de pedirle á usted su mano.

Un rayo que hubiera caído á los pies de la señorita Meriel, no le hubiera causado mayor espanto: se puso encarnada como la grana: permaneció largo rato con la boca abierta sin pronunciar palabra: se sofocaba. Por último, recuperando sus facultades, contestó con voz en que se reflejaba el despecho de ver desconocida su autoridad:

—Marta es libre y dueña de sus actos, caballero: no necesita mi consentimiento. Ha hecho su elección sin consultarme, y lo único que puedo hacer es aprobarla.

—¡La señora está servida!, anunció una camarera.

Quesnel ofreció ceremoniosamente el brazo á la señorita Meriel.

XII

Quesnel triunfaba: el júbilo de conseguir su objeto, por tanto tiempo soñado, le hizo olvidar el tiempo que tras de sí dejaba: el porvenir era suyo: unas semanas nada más y sería rico. ¡Qué desquite más brillante tomaría entonces sobre sus compañeros!

Una frase pronunciada por la señorita Meriel bastó á arrojarlo bruscamente en las angustias que lo habían torturado en otro tiempo.

Comía en el Gran-Roble aquella tarde. La señorita Meriel, que se había pasado todo el día en Champuis recorriendo almacenes y tiendas, daba cuenta á su sobrina de las compras que había hecho. De pronto, y como si recordara algún hecho importante que se le fuera á olvidar, interrumpió su relato y dijo:

—A propósito: he pasado por la calle de Bosnieres...

—¿Cómo siguen Leonardo y Virginia?

—Bien; pero he notado que no le ha gustado á Leonardo que no le hayas anunciado antes tu casamiento.

—Tiene razón. ¡Pobre Leonardo! Me había olvidado de él. La felicidad hace egoístas á las personas. Supongo que no me guardará rencor por ello.

—No: me ha dicho que vendrá á verte pronto.

Aquellas palabras resonaron dolorosamente en los oídos de Quesnel: tuvo que hacer un esfuerzo para presentar buena cara y no denunciarse, para contestar con faz sonriente á las preguntas de su futura. Con el pretexto de tener que madrugar el día siguiente para visitar algunos enfermos, se despidió antes que de costumbre y se marchó.

Ya en el coche que debía llevarlo á Champuis, libre de toda fiscalización, pudo quitarse la máscara. Con la cabeza entre ambas manos y la mirada fija, trató, inútilmente en un principio, de reunir sus desperdigadas ideas. No le dominaba más que un pensamiento, el del fracaso de sus proyectos. Poco á poco fué coordinando sus recuerdos: Leonardo pensaba ir al Gran-Roble, y para impedir el casamiento de Marta, hablaría, diría la verdad acerca de la muerte del Sr. Mauger...

En un segundo reconstituyó Quesnel la noche trágica: la locura que lo había arrastrado hacia la habitación de Marta; la subida silenciosa por la escalera obscura; el corredor; la puerta del cuarto del señor Mauger abierta bruscamente; su terror á la vista del anciano; su instintivo ademán para rechazarlo; el ruido mate de su cabeza en el pavimento..., y por último, su fuga, su carrera desenfrenada, la vuelta á la casa al ser alcanzado por Leonardo, la certificación de la muerte de su víctima y los ojos de Leonardo contemplándolo en el espejo.

Se estremeció y le castañetearon los dientes...

No era el miedo á los gendarmes lo que le hacía temblar ahora. Leonardo no lo denunciaría á la justicia: los motivos que en otro tiempo tuviera para no hacerlo, y que él ignoraba, debían subsistir siempre; pero ¿obligarían dichos motivos al silencio para con Marta en vísperas de su casamiento con el asesino de su esposo? Motivos tenía para dudarlo... Y si Leonardo hablaba, ¿qué sería de sus esperanzas matrimoniales, de sus dorados sueños? ¿Lo amaría Marta lo suficiente para pasar por encima de todo? Seguramente que no. Mujer casta, su ternura era puramente sentimental: la revelación, al destruir su ideal, mataría su amor al mismo tiempo...

Quesnel levantó la cabeza: horrible contracción plegaba sus labios; en su corazón rugía sordamente la cólera. ¡Naufragar tan cerca ya del puerto!..

A la mañana siguiente llegó Leonardo al Gran-Roble y se hizo anunciar á la señora viuda de Mauger.

Al verlo entrar en el salón, lanzó la joven una exclamación de júbilo.

—¡Cuánto me alegro de volverte á ver! ¿Sabes que ayer mi tía me causó miedo al asegurarme que estabas incomodado conmigo?

—Sí: me contrarió la noticia cuando la supe por la señorita Meriel; después he reflexionado, y aquí me tiene usted.

—Sea en buen hora. ¿Pasarás el día con nosotras?

—No, señora: he venido únicamente para verla á usted, para demostrarle que no le guardo ningún rencor y... para hablarle de un asunto...

—Después que almorcemos.

—Preferiría que fuese ahora, si no le es á usted molesto.

—Como quieras.

Marta se sentó resignadamente en un sillón junto á la chimenea: Leonardo permaneció bastante tiempo silencioso con la mirada fija en los tizones de la chimenea.

Marta se impacientó.

—Vamos, habla; ya te escucho.

Leonardo levantó la cabeza y dijo pausadamente con voz trémula por la emoción, y que él se esforzaba por asegurar:

—Bien me conoce usted, Marta, desde que vivimos juntos: la he visto á usted nacer y la quiero del mismo modo que si fuese usted hija mía.

—Sé lo mucho que me quieres, dijo Marta, conmovida á su vez; me lo has demostrado en muchas ocasiones.

—Y para demostrárselo á usted en una más, he venido esta mañana...

Leonardo hizo una pausa y luego continuó:

—Va usted á casarse con el doctor Quesnel; ¿es cosa decidida?

—Sí, y te aseguro que soy muy feliz.

—Es indudable que ese matrimonio se habrá concertado hace tiempo. ¿Por qué no me lo ha dicho usted antes?

—¡Hombre!, dijo Marta titubeando, por no chocar con las conveniencias sociales ni dar pábulo á la murmuración divulgando nuestros proyectos antes que transcurrieran los plazos legales.

—Es lo mismo que me ha dicho la señorita Meriel; pero ese pretexto, bueno para los extraños, no lo es para mí.

—¿Quieres que te diga toda la verdad?.. Pues bien; en mi alegría, en el exceso de mi ventura, me he olvidado de ti, pobre Leonardo... ¿Será preciso que te pida perdón?

—¿Es cierto lo que usted me dice?, preguntó Leonardo, desconfiando.

—¡Te lo juro!

—¿No ha temido usted que yo la censurara lo que hace?

—¿Censurarme tú?, dijo Marta con sincera admiración. Demasiado sé que no quieres al Sr. Quesnel.

—¡A fe que no!, exclamó Leonardo desde el fondo de su alma.

—Y suponía que no habrías de ver con buenos ojos mi casamiento con él.

Leonardo se reconcentró más en sí mismo.

—Según eso, dijo, ¿ha creído usted verdaderamente que sólo una antipatía instintiva hacia el médico habría de dictar mi oposición?

—Seguramente.

—¿No ha concebido usted nunca que yo pudiera aborrecerlo por motivos más serios?

—¡Jamás! Pero si tienes esos motivos, dilos: estoy dispuesta á escucharlos.

—No sabe nada, pensó Leonardo.

Estaba perplejo y vacilaba en el momento en que iba á pronunciar la terrible acusación. Por fin dijo:

—¿Sabe usted que el doctor Quesnel no tiene ni fortuna, ni clientela, ni un solo enfermo á quien asistir, desde la muerte del Sr. Mauger?

—Lo sé.

—¿Sabe usted que se casa con usted por el dinero únicamente?

—¡Cállate! No te permito semejante suposición: si conocieras mejor al Sr. Quesnel no hablarías así.

—El caso es que usted misma no lo conoce.

—Lo conozco bastante para saber que es un hombre de corazón, honrado, leal y desinteresado.

—Sin embargo, si yo le dijese á usted...

—Nada de lo que tú me dijeras contra él, me haría cambiar de opinión, porque no te creería. Quiero al Sr. de Quesnel y me casaré con él. De otra parte, esas recriminaciones tardías no sirven de nada. Mi matrimonio se efectuará porque... porque no puede dejar de efectuarse.

—¿Es posible?, murmuró el buen hombre.

Ante una revelación de aquel género, su decisión fué rápida: no diría ni una palabra. El honor de Marta se hallaba comprometido como en otro tiempo y por motivos más serios aún. Acababa de decirle que el matrimonio era inevitable, ¿á qué, pues, revelarle el crimen que ella ignoraba? ¿Con qué derecho envenenar su existencia, puesto que se hallaba ligada á Quesnel con una cadena indestructible?

—Sea, dijo en voz alta, como para resumir sus pensamientos, no hablemos más de ello.

—Perderías el tiempo.

—Sin embargo, aún tengo algo que decirle á usted. ¿Va usted á formalizar un contrato?

—¿Yo?.. No: te confieso que no he pensado en ello.

—Él mismo ha debido proponérselo á usted.

—Estoy segura de que no conoce esos trámites y que ni siquiera ha pensado en ello: por lo demás, si me lo hubiera propuesto, yo me hubiera negado.

—No me quedaba más que ver, exclamó Leonardo con aspereza. Afortunadamente el Sr. Mauger, en su paternal solicitud, había previsto lo que sucede hoy. Al verla á usted joven y sin experiencia, quiso proseguir en su obra protectora, aun después de su muerte, y su testamento contiene una cláusula dando todas las garantías de una dote, en el caso de volverse usted á casar, á los bienes que le legaba. El notario á quien he visto prepara un proyecto de contrato, que someterá á la firma de usted.

—No lo firmaré.

—Tendrá usted que renunciar á sus proyectos matrimoniales.

Marta estaba atribulada.

—¿Qué va á pensar Quesnel?.. ¡Que desconfío de él! Se admirará, y no sin razón, de que yo no le haya hablado antes de ese contrato; pero ¿ha sido culpa mía, siendo así que nada sabía yo? ¿Y creerá él que yo no lo supiera? ¡Es cosa tan inverosímil! ¡Dios mío, haced que la herida que esto le cause no mate su amor!

Leonardo se conmovió al oirla.

—Vamos, señora Marta, no se apure usted de ese modo .. ¡Qué demonio! Natural es que eso contraríe algo al Sr. Quesnel, que contaba, seguramente, con la libre administración de la fortuna de usted, él que no tiene ni cinco céntimos; pero á pesar de ello se casará con usted, esté usted segura.

Marta se había levantado para dar fin á la entrevista.

—Te doy las gracias por tus consejos y advertencias, mi buen Leonardo, y estoy convencida de que me los das con las mejores intenciones del mundo. Repito que te los agradezco mucho.

—Le he dicho á usted cuanto me dictaba el deber... Adiós, Marta.

—Hasta la vista. Dale á Virginia un abrazo de mi parte. Os quiero mucho á los dos, ya lo sabes... Hasta la vista.

En una semana no se atrevió Quesnel á volver al Gran-Roble, y en ella pasó horas angustiosas, más punzantes aún que en otro tiempo, puesto que no le quedaba el recurso consolador de dudar, porque ¿qué otro objeto, qué otra intención que romper su concertado casamiento revelando á Marta el homicidio de su esposo podía motivar la visita de Leonardo?

Esperaba con ansiedad al cartero todos los días, y desgarraba con mano febril los sobres de las cartas que le entregaba Marcelina, echándose á temblar antes de leer su contenido.

Transcurrieron los días... Al ver que la temida ruptura no llegaba, empezó á serenarse algo. Pensó en que aquella situación no podía prolongarse y que le era necesario tomar una resolución. Se fijó un plazo para dar fin á sus vacilaciones, pasado el cual iría á Barville, expuesto á no ser recibido si Marta, instruída por Leonardo, le cerraba su puerta. Pero á medida que se acercaba el término del plazo, redoblaban sus temores. ¿Se sometería á aquella prueba decisiva? ¿Haría mejor en esperar?.. ¡Esperar!.., ¿qué? Él mismo lo ignoraba: únicamente deseaba prolongar la incertidumbre que, por lo menos, le dejaba una esperanza, por vaga que fuera...

Por fin, reconoció la letra de Marta en el sobrescrito de una carta enlutada: no la abrió en seguida, hipnotizado por los finos y frágiles caracteres que oscilaban ante sus ojos.

—Va á decidirse mi suerte, pensó.

Quesnel seguía vacilando, revolviendo la carta entre sus dedos temblorosos. La carta era gruesa y debía contener por lo menos dos hojas de papel. Sin duda Marta consignaba en ella sus agravios y el fundamento de su decisión.

Por último, se decidió de pronto y el sobre crujió al contacto del cuchillo de marfil.

Lo primero que hizo Quesnel fué fijarse en la terminación de la carta: ésta concluía con una fórmula cariñosa. Marta expresaba en las ocho páginas escritas el sentimiento de no haberlo vuelto á ver en tanto tiempo. Le hablaba de la visita de Leonardo incidentalmente. «El pobre se va haciendo viejo—decía—y les da importancia á los detalles más ínfimos. ¡No importa! Le debo cariño y gratitud por el

bien que me ha hecho, y creo que usted lo querrá también, ¿no es así?..»

—¿Cómo no, después de todo?, se dijo el médico, ya tranquilo.

Marta hacía en su carta una tímida alusión al contrato, «formalmente impuesto por el testamento del Sr. Mauger, y se disculpaba de tratar de aquel asunto: el notario, desgraciadamente, la apuraba para que firmase el acta...»

Esto desagradó á Quesnel; pero reflexionó que era en suma bien poco en comparación con lo que hubiera perdido de fracasar su enlace.

Frotóse las manos alegremente, libre en un momento del peso que lo había oprimido durante ocho días mortales. Ya estaba salvado y el porvenir no le reservaría ninguna sorpresa enojosa. Leonardo no había hablado ni hablaría nunca.

Trazó con pluma alegre algunas líneas dirigidas á Marta para excusar su larga ausencia... «¡Cuánto le había pesado á él también aquel alejamiento! Pero su amada no debía guardarle rencor: había estado literalmente agobiado todo aquel tiempo por las exigencias de sus enfermos. Sin embargo, desde el siguiente día y costase lo que costase, iría al Gran-Roble para obtener su perdón.»

XIII

—Créeme, mi querida Marta, deja á tu marido volver á sus ocupaciones profesionales. Por la noche, al regresar á su casa tras un día bien ocupado, lo encontrarás más afectuoso y más amante. Los hombres, á diferencia de nosotras, no encuentran en la casa ocupación que satisfaga sus actividades. Descentrados, se aburren, y su aburrimiento engendra el hastío y la saciedad... Además, existe otra razón de orden moral de la que apenas me atrevo á hablarte, por discreción, pero que, sin embargo, es más grave aún que las otras: si tu marido renunciase á su profesión, vería lastimada su dignidad: era pobre cuando se casó contigo y no dejaría de decir el mundo que vive á expensas de ti. Tú lo quieres mucho y eres demasiado cuidadosa de su reputación para que dés pábulo á esas calumnias...

La señorita Meriel abogaba así en favor de su sobrino político con mucha habilidad: no le desagradaba adquirir por tales medios títulos á su gratitud.

Quesnel, casado hacía ya cinco meses, empezaba á encontrar aburrida la mansión del Gran-Roble. Verdad es que gozaba de cierto encanto en dejarse querer por su mujer, y hasta no estaba lejos de sentir por ella alguna inclinación; pero no era para enterrarse como un labriego en Barville para lo que se había casado, ni para encerrarse en los estrechos límites de un pueblo por lo que había luchado y sufrido un año entero, entre alternativas de esperanza y de temor, de alegría y de terrores. Conseguido su objeto, quería gozar de la fortuna á sus anchas. Había sonado la hora del desquite, con tanto afán esperada. El éxito no era dudoso. Los enfermos que le desdeñaron cuando era pobre y necesitado, acudían á solicitar su asistencia desde que supieron que era rico y que estaba instalado con lujo. Impresionados por los dorados artesones de su sala de espera, los clientes pagaban con esplendidez, en vez de arrojar la miserable moneda, como hacían con el mediquillo ávido de ganarse el pan. Sus compañeros le saludaban aduladoramente: sus calumnias se trocaron en incienso: nunca se ataca el poder de un hombre rico; se le adula.

Quesnel había comunicado á su mujer algunas veces sus proyectos, insistiendo, sobre todo, en lo que el ocio podía perjudicar á su dignidad; pero Marta, sin dejar de comprender aquellos escrúpulos, temía volver á Champuis. Presentía confusamente un enemigo en la ambición que su marido no conseguía ocultar.

—Ya estoy casi celosa de esa profesión que tanto quieres, que te va á absorber y que, en cierto modo, me va á borrar de tu corazón.

—¡Qué niña eres! ¿Qué podrá hacer que tú no seas siempre para mí mi solo, mi único pensamiento?

Pero las palabras cariñosas no conseguían adormecer las secretas alarmas de la joven.

—¡Soy tan dichosa en este oculto rincón, lejos del mundo, en donde nadie viene á turbar nuestras conversaciones, en donde comprendo que eres mío, completamente mío!.. Me parece que no sucederá así cuando nos hayamos ido.



Quesnel ofreció ceremoniosamente el brazo á la señorita Meriel

—¡Qué loca!

Y Quesnel aplazaba para otra ocasión un nuevo asalto: no entraba en sus miras contrariar abiertamente los deseos de su esposa.

La señorita Meriel, siguiendo una táctica bien pensada, había afectado, desde que se casó su sobrina, no inmiscuirse en la vida del matrimonio, al que sólo veía á las horas de comer. Deslizábase calladamente como una sombra por los corredores, hablaba con los criados en voz bastante baja, recibía al padre Graindorge en su gabinete particular, y no bajaba al salón más que cuando le manifestaban el deseo de verla. Sólo una vez tomó parte en la discusión y fué para ponerse de parte de Quesnel, que expresó el deseo de volver á Champuis. De aquella manera demostró á su sobrino que encontraría en ella un auxiliar solícito. Después, aprovechando una rara ocasión de hallarse á solas con Marta, discutió con ella y la instó á que condescendiese con el legítimo deseo de su marido, empleando argumentos adecuados para convencer á la joven, que al fin se dejó persuadir. Quesnel adivinó en el cambio de Marta la influencia de su tía, y le agradeció su intervención hasta el punto de proponerle que los acompañase á Champuis.

La señorita Meriel se negó á ello.

—No, yo no os seré de ninguna utilidad, todo lo contrario. Cuando estéis instalados, si queréis que vaya, me lo mandáis á decir é iré á unirme con vosotros.

Aquella reserva encantó al doctor, que ya se arrepentía de su ofrecimiento. Se fué, pues, solo con Marta.

Ya era de noche cuando llegaron á la calle de Bosnieres. Leonardo, á quien se le había dado aviso, lo tenía todo preparado para recibirlos: los recibió en lo alto de la escalinata y les alumbró mientras subieron la escalera.

Conmovida Marta al entrar en aquella casa á la que no había vuelto desde que enterraron á su esposo, iba silenciosa y trémula pegada á Quesnel. Al pasar por delante de la habitación en que había muerto el Sr. de Mauger, volvió la cabeza á otro lado por impulso involuntario, y no se sintió tranquila hasta que entró en sus antiguas habitaciones.

Quesnel, un tanto pálido, afectaba un andar distraído y una calma indiferente, no teniendo de su parte más que un cuidado: evitar la mirada de Leonardo, que sentía pesar sobre él.

Lo de Marta no fué más que una impresión pasajera, un sentimiento triste que se borró bien pronto cuando se vió en sus habitaciones entre los objetos que le eran familiares, testigos de los dos años que había vivido entre aquellas paredes tapizadas de color claro. Cada mueble, cada bibelot, evocaba en ella un recuerdo querido: aquí en este sillón, cerca de la chimenea, había tenido su primer sueño de amor: su imaginación juvenil había partido para hacer un viaje por países imaginarios: allá, en otro sitio, había llorado afectada por la paternal reprensión del Sr. Mauger, y se había jurado huir del seductor... Miró á su marido, que permanecía inmóvil en una silla en el otro lado de la habitación, absorto en sus reflexiones: corrió á él aguijoneada por la ternura, colocó ambas manos sobre sus hombros y adelantó los labios con gracioso ademán implorando un beso. Quesnel la rechazó casi brutalmente y volvió la cabeza á otro lado, en tanto que Marta, ultrajada y con los ojos llenos de lágrimas, se refugiaba en su sillón junto á la chimenea.

Desde su entrada en la casa, desde que pasó por el corredor en que el espectro de Mauger se había levantado en otro tiempo para cerrarle el paso, un sentimiento extraño, muy parecido al remordimiento, agitaba al doctor, le oprimía dolorosamente y le angustiaba como un malestar físico. Hasta entonces, el deseo de proporcionarse á sí mismo una excusa le había hecho considerar el homicidio de Mauger como un simple accidente, algo así como un homicidio por imprudencia temeraria del que era autor irresponsable; pero hoy, en posesión de los bienes de su víctima, consideraba su acto bajo diferente aspecto. La semilla de honradez sembrada por las lecciones de sus padres en su primera infancia surgía de los pliegues profundos de su conciencia para echarle en cara su crimen. En aquel momento, la caricia de Marta había provocado una revolución en todo su ser.

Pero Quesnel no era hombre que sufriera mucho tiempo la influencia de semejantes impresiones y menos aún que las dejara sospechar. Se rehizo inmediatamente y corrió á abrazar á su mujer.

—Perdóname, querida mía, si tan conmovido y tan turbado me encuentro al pensar que ya veo, por fin, realizados mis sueños. Apenas puedo creer en mi felicidad: estar solo contigo en esta casa en donde se bosquejó nuestro amoroso idilio.

Marta le abrió los brazos: no quería más que dejarse convencer.

Quesnel expresó desde el siguiente día su deseo de amueblar un piso en sitio más céntrico de la población. Mientras Marta creyó que se trataba de instalar un gabinete de consulta, aprobó por completo la idea; pero cuando comprendió que se trataba de desamueblar y dejar el hotel de la calle de Bosnieres, se negó á ello.

—Sin embargo, me parece, querida mía, le dijo su marido, que no podemos menos de mudar de casa; vivimos muy lejos del centro.

—El doctor Reverdy vive en la calle de Chanoines, en un barrio más retirado aún.

—Me citas el primer médico de Champuis; tiene la clientela hecha desde hace mucho tiempo: irían á llamarlo á Barville si le diese la ocurrencia de irse á vivir allí.

(Se continuará.)

LA CARICATURA EN ESPAÑA. — CORNET. — LLAVERÍA. — COSTA. — BAGARIA



GORKY



IBSEN



BJORSON



WEYLER



HAUPTMANN

(Caricaturas de J. Bagaria.)

Las circunstancias, el medio en que ha debido actuar, obligan á Cayetano Cornet, el intencionado director artístico del semanario catalán titulado *¡Cu-cut!*, á dedicar profesionalmente sus aptitudes é inteligencia á la sátira política, sin que por ello haya renunciado, conforme lo demuestran sus dibujos, á caricaturizar tipos, cuadros y costumbres de nuestro país. Su decidida afición á dibujar, demostrada ya en sus primeros años, puesto que en los cuadernos y cartapacios por él utilizados en los cursos que constituyen la primera enseñanza comenzó á trazar los primeros *muñecos*, fué acentuándose á medida que los años transcurrían y que adquirían fijeza las ideas, siendo causa y motivo para que se resolviera dedicarle al estudio del dibujo como complemento de la instrucción que recibía, ingresando en 1890 en la academia del distinguido pintor D. Pedro Borrell, viéndose obligado á renunciar á las enseñanzas que allí recibía para dedicar toda su actividad y energías á estudios más áridos, cual habían de serlo necesariamente para Cornet los de la carrera de Ingeniero, quedándole sólo el recurso de manifestar su humorismo intercalando en los apuntes de las asignaturas de Máquinas ó de Resistencia de materiales la caricatura del profesor ó algún tema de actualidad.



J. BAGARIA

AMIGOS Y MAESTROS, caricatura de J. Bagaria

Al terminar sus estudios en 1898, comenzó á publicar en los semanarios que á la sazón veían la luz pública en esta ciudad los apuntes y notas que trazara en sus libretas, procurando ajustarse á la máxima pregonada por el célebre Dr. Letamendi, quien afirmaba que el hombre dedicado al cultivo de las ciencias debía dulcificar sus arideces con la agradable distracción que le reportaría el estudio del arte. De ahí que aprovechara todos los instantes que le permitía disponer el ejercicio de su carrera para consagrarlos á su decidida y constante afición de dibujar caricaturas.

Dibujar *muñecos* es, sin duda, uno de los medios que procuran mayor satisfacción á su espíritu, inclinado á la sátira burlona, un tanto ática, que sea cual fuere en la forma en que se manifieste, representa y significa la censura de defectos y vicios que engalanados con rasgos ó trazos característicos, revelan un humorismo que despierta la hilaridad ó engendra la protesta.

Al aparecer en 1902 el popular semanario el *¡Cu-cut!*, confiósele la dirección artística, colaborando asiduamente en *El Patufet* y en otras publicaciones de diversa índole, demostrando en unas y otras el caudal de ingenio que atesora y las excepcionales aptitudes que posee para el cultivo de un género harto difícil, tan preñado de dificultades y tan expuesto á tropiezos y sinsabores.



EL SUPLICIO DE TÁNTALO, caricatura de José Costa

Si en las desfavorables condiciones que han constituído su entusiasmo y limitado su acción ha sabido dar tan inequívocas muestras de su valía, logrando el aplauso y el favor del público, lícito ha de ser esperar cuanto puede confiarse de su esfuerzo é inteligencia.

No se ha dedicado Juan Llavería exclusivamente á la sátira artística, por más que en los comienzos de su carrera dedicóse á dibujar caricaturas allá en Villanueva, su ciudad natal, que acogían con aplauso sus paisanos cada vez que ilustraban las páginas del periódico titulado *L'angelet del campaná*, si bien aún ignoran el nombre de quien daba muestra de su agudeza en satirizar, en forma siempre culta, los defectos y los tipos de la localidad.

Las primeras líneas trazólas en Villanueva, recibiendo la enseñanza elemental de los modestos profesores que se dedicaban en aquella población, entonces próspera y floreciente, á fomentar el estudio de las bellas artes. Obligado á cursar las asignaturas de la 2.ª enseñanza, no pudo resistir la aridez del latín, y al comenzar el segundo año abandonó la clase con motivo de un incidente ocurrido con el profesor, saltando por una de las ventanas del colegio. Este hecho y su resuelta manifestación de dedicarse únicamente al estudio de la pintura decidieron á sus padres á conducirlo á esta ciudad, haciéndole ingresar en el estudio del pintor Sr. Ferrer y Miró, de donde pasó después á la Escuela Provincial de Bellas Artes. Allí y bajo la dirección del notable artista Antonio Caba recibió las lecciones que presentía y deseaba, siendo tan firme este convencimiento, que aún hoy no tiene reparo en afirmar que cuanto es y puede valer lo debe á las provechosas indicaciones, á la paternal dirección de aquel ilustrado profesor y al conjunto de enseñanzas que recibiera en aquel centro docente. Quienes se hayan fijado en la regular y continuada producción artística de Llavería, recordarán agradable-



JOSÉ COSTA

mente los varios lienzos y preciosas acuarelas expuesto; en los certámenes artísticos celebrados en esta ciudad bajo los auspicios de la corporación municipal y en el Salón Parés, y habrán podido observar los progresos realizados por Llavería, su decidido empeño en vencer dificultades de tonalidad, su espíritu observador y asimilativo y su plausible laboriosidad. Así, pues, resulta que este artista no es un mero cultivador de la caricatura, ya que le vemos, lo mismo que á alguno de sus compañeros que hemos mencionado anteriormente, esto es, dedicarse á la sátira artística en ciertos y determinados momentos, sin abandonar el cultivo del verdadero arte, dando expansión á su espíritu, dispuesto á la crítica razonada y aguijoneado por ideales políticos alimentados por la moderna escuela regionalista.



JUAN LLAVERÍA



EL SEXO DÉBIL Y EL SEXO FUERTE, caricatura de Juan Llavería

Es, pues, Llavería un dibujante caricaturista accidental que se entrega con más ó menos asiduidad á este género de trabajos cuando las circunstancias se lo aconsejan, siendo en la actualidad uno de los artistas que más asiduamente colaboran en el semanario *¡Cu-cut!* De la obra que realiza sólo podemos decir que responde á sus recomendables antecedentes, y que en la meditada exageración de líneas y rasgos vese siempre la experta mano de un artista y la exposición de un pensamiento concebido y desarrollado con mesura é inteligencia.

José Costa y Ferrer, conocido con los seudónimos de *Picarol, Sancho, Caray de Hache*, etc., es determinadamente caricaturista, genial, agudo, dispuesto á satirizar cuanto puede ofrecerle elementos para expresar un concepto burlesco, una crítica severa ó una censura acerba, destinada á fustigar errores políticos y defectos sociales empleando la forma de la exageración, pero precisa, ajustada por medio de la acentuación de un rasgo ó la prolongación de una línea. Su labor, al parecer fácil y juguetona, es intencionada, y si no es premioso en concebir, tampoco lo es en ejecutar.



LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA, caricatura de Cayetano Cornet

Pertenece á una familia de marinos de Ibiza, en donde nació en 1876, recibiendo la primera enseñanza en Palma, trasladándose á Barcelona en 1888 con el objeto de continuar en esta Universidad sus estudios académicos.

Apenas comenzados éstos, trocó los libros por los lápices, y aquellos primeros dibujos que trazara en la tienda de un barbero mientras rasuraban á su padre y en un semanario festivo denominado *Juventud*, muy aplaudido por sus compañeros de estudios, sirviéronle de decisivo recuerdo para dedicarse al cultivo de la caricatura, habiendo colaborado en los semanarios *Teatro Regional, El Rector de Vallfogona, La Tomasa, La Esquella de la Torratxa, ¡Cu-cut!, La Campana de Gracia* y en nuestra Revista.



CAYETANO CORNET

Bagaria no se asemeja á los dibujantes á que nos hemos referido. Sus obras, ejecutadas con extraordinaria simplicidad, obedecen al propósito de que con el menor número de líneas se determinen los rasgos del personaje ó del tipo satirizado. Y justo es convenir que en todas aquellas producciones que tienden á individualizar obtiene el resultado apetecido. Véanse las reproducciones que damos á conocer á nuestros lectores, y no dudamos que con nosotros aplaudirán la habilidad de este artista que se esfuerza en simplificar adoptando un procedimiento y medios casi personales, puesto que si bien es verdad que pueden aducirse antecedentes, éstos no son en absoluto iguales á los empleados por Bagaria. Causa de sorpresa ha de ser esa fácil simplicidad del modo de obtener semblanzas, que aparte de emplearlas en la forma por él adoptada, la juzgamos harto difícil si tratara de dar á sus producciones mayor amplitud en la composición de cuadros y temas, al igual de lo ejecutado por los demás caricaturistas. Sus colecciones de tarjetas postales, así como sus dibujos publicados por el periódico político *La Tribuna*, justifican la original tendencia de este artista.

A. GARCÍA LLANSÓ.



El crucero de la armada española «Cardenal Cisneros» naufragado en los bajos de Meixidos (costas de Galicia) el 28 de octubre último.
Dibujo de Nautilus

El *Cardenal Cisneros*, cuya construcción fué dispuesta por el ministro Sr. Rodríguez Arias, por Real orden de 17 de septiembre de 1888; la quilla se puso el día 1.° de septiembre de 1890; fué botado al agua en el arsenal del Ferrol el 29 de marzo de 1897 y quedó terminado en 30 de marzo de 1903. Medía 106'7 metros de eslora, 18'58 de manga y 7'15 de calado; tenía una velocidad de 18'23 millas, el casco de acero y un desplazamiento máximo de 7.500 toneladas. Su artillería se componía de dos cañones Guillén de 24, ocho Sarmiento de 14, ocho de tiro rápido Nordenfeld de 57, 10 ametralladoras de 37 y dos de 75. Llevaba una tripulación de 540 hombres y 50 individuos de Infantería de Marina. Lo mandaba el capitán de navío D. Manuel Díaz y eran segundo y tercer comandantes D. Augusto Miranda y D. Manuel Andújar.
El buque se hundió á los pocos minutos de haber chocado con la roca, que, según parece, no figuraba en las cartas marinas; la tripulación, por fortuna, se salvó.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 20 de noviembre de 1905 — Núm. 1.247

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Alemania.—Berlín. El burgomaestre y el Consejo municipal saludando al rey en la plaza de París. (De fotografía.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Las últimas noticias de trascendencia de «la vida contemporánea» vienen de una costa—si no precisamente inexplorada, nunca bien estudiada en sus asechanzas y peligros—que aquí conocemos con el sugestivo y dramático nombre de *Costa de la Muerte.*

Traidores bajíos y acantilados recios; bancos de arena que encubren escollos formidables; súbitos precipicios y no sospechadas emergencias; rocas que muerden, que destripan brutalmente las embarcaciones; ensenadas caprichosas, que parecen recortadas por juguetona tijera de niño; cabos tan atrevidos como el de Finisterre, semejante á luenga garra de monstruo extendida para asir las olas..., eso es la fúnebre costa que acaba de tragarse, en menos de una hora, quince millones de pesetas, devorando uno de los contados barcos de guerra presentables que poseía la malhadada España.

* * *

La escuadra se encontraba fondeada en la ría de Muros. ¡Oh! Una escuadra muy reducida, muy modesta, la pequeña escuadra que confiesa con lisura que nuestro poder marítimo, si algún día fué efectivo, es hoy sueño de sueños... Entre esa escuadra, último residuo de tantas aspiraciones, tantas empresas y tantas leyendas históricas, figuraba el *Cardenal Cisneros*, bonito crucero, no comparable á los terribles grandes acorazados modernos, pero, así y todo, hermoso barco de combate. Al salir de la ría, separóse el *Cisneros* del resto de la escuadra. Se dirigía al Ferrol, á desembarcar gente de marinería, que en diciembre daba por cumplido su servicio. En alta mar, el crucero haría ejercicios de tiro de cañón. El resto de la escuadra continuaba á Vigo.

En Muros había sido acogida la escuadra con el regocijo que siempre determina la llegada de buques de guerra á los pueblecitos de la costa. La escuadra compra víveres y paga generosamente; oficiales y marinería animan con su presencia las calles, son tal vez el amor, seguramente la alegría que pasa. La banda de música de la escuadra alboroza los paseos; visitar los barcos es una partida de placer, que las familias se permiten y con la cual sueñan las jóvenes. A bordo los visitantes son acogidos con la más exquisita cortesía y las más galantes atenciones; porque yo no sé á qué atribuirlo, pero es lo cierto que nuestros oficiales de marina, en este particular, superan á los del resto del mundo, extreman como nadie la grave y delicada urbanidad, cuya tradición, entre ellos, no se pierde. El Ayuntamiento de Muros, pues, no quiso quedarse atrás, y ofreció un *lunch* á los marinos de la escuadra. Los barcos encendieron sus magníficos reflectores y proyectaron sobre la bahía fantásticos rieles luminosos. Fueron, en suma, un día y una noche de fiesta, de cordialidad, de goce; y cuando los barcos, á la mañana siguiente—una mañana radiante y tranquila,—zarparon del puertecillo, el Ayuntamiento en corporación y mucha gente sin cargo, fletando un vaporcito, acompañaron á la escuadra hasta mar adentro, agitando pañuelos, trocando saludos, despedidas y votos por el próspero, felicísimo viaje.

* * *

¿Cómo temer nada, en efecto? En el mar, se teme cuando el viento muge furioso, cuando las olas, gigantescas, verdes, encrestadas de espuma, suben á desafiar al firmamento, cuando la resaca entona las estrofas de su pavoroso himno; se teme cuando la noche aumenta la tristeza de las largas travesías, cuando el rayo desgarra lívido la nube, cuando la neblina gris, densa, confunde y borra los términos del horizonte; pero á las horas claras y frescas de la mañana, con la mar tendida como tapete azul, el cielo despejado y limpio, la costa visible y recortada por el ligero espumarajo que la bate..., ¿qué recelo puede existir? No cabe augurar sino lo más grato, la navegación riente, favorecida por los dioses, cuya benigna señal aplaca el Ponto y encierra en la caverna eoliana los vientos irritados.

* * *

Muy pocas horas después, al mismo puertecito de Muros, cuyas hijas son en Galicia por su belleza famosas, comenzaban á arribar pálidos náufragos medio desnudos, con el terror todavía pintado en el semblante. Eran aquellos que ayer charlaban, cortejaban, fraternizaban; eran los salvados al hundirse el crucero, sepultado para siempre en los bajíos de *Meixidos*, uno de esos lugares malditos donde la muerte acecha más cuidadosa. Un vapor remolcaba lanchas y botes atestados de náufragos, y la noticia corría: el barco, total é irremisiblemente perdido; la tripulación, intacta, sin que faltase un solo hombre de los quinientos veintidós que componían la dotación del *Cisneros.*

* * *

Del mal el menos..., pero aun así, el daño es espantoso. Y la gente se pregunta: ¿es que nos persigue un sino fatal? La niebla ha costado á Inglaterra, en estos mismos lugares, buques y vidas; pero la niebla, la cerrazón, la tormenta, pueden explicar el siniestro. Aquí no había sino luz y calma. ¿Se ignoraba la existencia de ese bajío? No se ignoraba, no podía ignorarse, afirman los diarios locales de la capital de Galicia, que han enviado sus corresponsales *ad hoc*, desde los primeros instantes, en busca de información amplia y concreta. Aunque los bajíos de Meixidos no estén marcados en las cartas hidrográficas con rigurosa exactitud y precisión, aunque éstas no determinen la longitud de la restinga, sábese de cierto que allí está el peligro embozado, enmascarado, más insidioso por lo mismo, y si los patrones de lanchas pescadoras de escaso calado lo conocen y lo evitan, con más razón debe evitarse en el rumbo de un buque de gran calado, de un crucero como el *Cisneros.*

Esto encuentro en la prensa, y una gran melancolía cae sobre mi espíritu... Las versiones recogidas por el diario *La voz de Galicia* son para contristar el ánimo, apocado ya por tantas y tan continuas tribulaciones nacionales. Según estas versiones, que ojalá se desmientan, el *Cisneros* fué á Muros sin objeto, puesto que no iba á seguir hacia el Mediterráneo como los demás buques de la escuadra; y teniendo que volver al Ferrol seguidamente á repararse, tomó en la capital del Departamento mil toneladas de carbón, que hubiese necesitado descargar de nuevo al entrar en dique. Habiendo de estar en el Ferrol dos meses reparándose, no urgía aprovisionarse tanto de combustible, el cual ha venido á aumentar la pérdida originada por el siniestro. Esto, al pie de la letra casi, dice el diario local. Y añade que los pescadores de la costa hicieron al crucero reiteradas señales para que no se aproximase á la fatal restinga, y únicamente se tranquilizaron creyendo que iba á bordo el práctico mayor, conocedor de la costa. El práctico no iba, y el crucero, con su tripulación entregada apaciblemente á operaciones de baldeo y limpieza, filaba con gallarda marcha y rapidez hacia el abismo...

* * *

Sin que nunca se haya podido averiguar ni el más mínimo detalle acerca de cómo fué; sin que ni un resto, ni un despojo, ni una tabla, ni un cadáver de tal procedencia hayan sido escupidos por el mar; con todo lo trágico del misterio y todo lo sombrío del silencio, perdimos el *Reina Regente*, un pedazo de España, del cual no ha vuelto á tenerse la menor noticia. Y ahora, sin explicación, de una manera insípida, absurda, perdemos ese crucero, el *Cisneros*, y con él las últimas chispas de ilusiones, aspiraciones y anhelos que en algunas almas, por desgracia pocas, son, acaso á un mismo tiempo, quiméricas é indestructibles.

* * *

Los jefes del *Cisneros*, la prensa nos lo dice también, figuran entre lo más lucido y calificado de la Armada española. El capitán, D. Manuel Díaz Iglesias, lleva cuarenta años de servicio, y la mayor parte en el mar, en largas navegaciones. Acaba de ser jefe de la Comisión naval de España en Londres. El segundo de á bordo fué segundo jefe de la comisión hidrográfica del *Urania*, encargada de rectificar las cartas marítimas haciendo constar en ellas bajos, escollos, sondajes... Toda la oficialidad del desventurado crucero se nos presenta revestida del prestigio y la respetabilidad que dan los años, los servicios, la práctica... Al reconocerlo, no se amengua la pena sentida por el desastre, antes parece que se aumenta con la contrariedad de lo injustificado, de lo que semeja mueca del destino, encarnizamiento de la mala sombra de nuestro país.

* * *

Todas las naciones pierden barcos; pero se preocupan infinito, como importaría preocuparnos aquí, de disminuir las contingencias y de prevenir los casos en que tan dolorosos sucesos pueden acaecer. Ahora nos están apercibiendo con buenos modos, y muy perentoriamente, Inglaterra y Alemania, para que guarnezcamos nuestras costas de faros, de señales luminosas, de abalizamientos, cosa que, en primer término y por un orden natural, nos conviene á nosotros mismos; y la realizaremos, si se realiza, merced á estímulos extraños. La imprevisión, el descuido, cierta indiferencia ante el peligro propio, son cosas muy características de nuestro modo de ser. Y no falta quien, apelando á una filosofía propia del ilustre y venturoso doctor Pangloss, sostenga que en el fondo así nos va muy bien. Porque nos libertamos de infinitas ansias y cavilaciones, y á la hora de dar cuenta de nuestros actos al Criador, ¡pch!, todos iguales, los que se han desvelado y los que se han dormido...

Al fin la vida se acaba, todo es vanidad de vanidades, y el caso es tomar el dulce sol, sentarse en un banco á ver pasar la gente, y si acaso, entrar en el café á discutir amigablemente, entre el humo del tabaco...

* * *

Una nota consoladora es el comportamiento acertado, la singular presencia de ánimo de los dos maquinistas. Su maniobra, en el momento supremo, salvó las vidas de los tripulantes. Si no da pronta salida al vapor, y no cierra los compartimientos estancos, retrasando así la convulsión de agonía del buque, permitiendo organizar el salvamento, el *Cisneros* se hubiese colado en un abrir y cerrar de ojos, tal fué de horrible y hondo el desgarrón abierto en sus entrañas por la garra feroz de la roca, la *uña* de hierro del escollo...

Dos hombres dueños de sí ante el caso tremendo é inesperado; dos individuos que, envueltos en llamaradas, cegados, ensordecidos, no vacilan, no tardan en cumplir órdenes ó en tomar iniciativas..., bastó para que no haya llanto y duelo en los hogares, para que las proporciones del desastre sean muy distintas de lo que pudieron ser... Lección elocuente, y de seguro desaprovechada por nuestra inercia y nuestro escepticismo, que nos hace dudar hasta de lo más alto que existe en lo humano, la voluntad heroica, de la cual todos somos capaces, el cumplimiento del deber sin desfallecimiento de un minuto, que á todos obliga...

* * *

Esos maquinistas—si son ciertos los relatos que testifican de su loable conducta—merecen, no cruces, ya sabemos cómo y por qué se dan, ni ninguna otra recompensa de las que vemos prodigadas con verdadero desconcierto..., sino una distinción muy rara: merecen ser *españoles...* de aquellos de antaño.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Cayó á pocos pasos ya sin fuerzas

LA HEROÍNA, POR SEBASTIÁN GOMILA

Vivió con su padre, el guardaagujas, acostumbrada al silencio, en aquel pico solitario, sólo interrumpido por el paso veloz de los trenes. Era lo que se dice un capullo. Tenía ocho años; á los cinco había quedado sin madre. Por palacio, la caseta sencilla, con ajuar modesto. Pero la humildad del nido no quitaba para la majestad solemne de aquella extensión soberbia, dominando unos horizontes admirables y unas lejanías preciosas.

¡Qué listeza la de aquella rapaza!.. Encanto de su padre, constituía para él toda la felicidad del mundo; era, á la par que hija, su confidente, casi el único ser con quien compartía regocijos ó sinsabores, lo que fuese. De esa intimidad y de esa frecuentación escasa provenía el asomo de formalidad en la niña, acostumbrada á las pláticas de cierto tono ajuiciado y seriote, y hecha al conocimiento del quehacer más de lo que podía esperarse de sus primaveras. ¡Cuántas veces, á la hora precisa, al cruzar un convoy, se la podía ver banderola en ristre haciendo las veces del autor de sus días, quien la miraba embobado y pagaba la substitución beso tras beso, que servían de estímulo!

A un kilómetro, todo lo más, de la casona, la vía se iba en pendiente y curva por el flanco de la montaña, descendiendo hacia el valle y salvando una enorme cortadura por un puente de hierro de altos pilares que era una maravilla de construcción. Aquella distancia la había recorrido la chica infinidad de veces; era su paseo, su distracción única. Desde el sitio donde se iniciaba la curva al comenzar la vertiente, descubríase un hermoso panorama. En lo hondo y como trepando por la falda de un montículo, veíase un caserío, nota blancuzca en medio de un sombrajo; la corriente de un río, reflectada por el sol, parecía una enorme lombriz luminosa; la cordillera, enfrente, prolongábase allá y allá, cima tras cima, como unión de titanes, hombro con hombro, poniendo al valle formidable cerco.

Claro que allí, en aquella altura, no había de faltar oxígeno; claro que el punto, agreste por demás, era para mantener lozanías. La niña iba creciendo fuerte, bizarra; y el temple de alma correspondía al vigor físico.

Confianza tal tenía en ella el buen hombre, que alguna siesta se permitió fiando á aquel retoño y un fiel perrazo á su vera la guarda de la casuca y hasta el cumplimiento del deber sagrado. No había miedo de que se descuidase, ni temor de verla jamás medrosa. El ruido del vendaval, que allí solía soplar fuerte, no la alteraba pizca; la voz del trueno percutiendo en la altura, no la quitaba el sueño; el frío de la nevasca, que solía avecindarse en el contorno, no conseguía entumecerla... Descalza anduvo por entre copos como por entre guijos, y casi á placer renunciaba al calzado; no sin pugna con su padre, en quien peleaban el orgullo con el cariño y la satisfacción con la ternura.

La pareja de la Guardia Civil de servicio en el término conocíala y tratábala con admiración. Aquellos individuos me contaron el hecho, verdaderamente heroico. ¿Qué fué y cómo fué?.. Veré de referirlo. Y creed que nunca será en forma digna y apropiada al caso.

* * *

Se había levantado furioso temporal aquella noche. Caminos y atajos eran torrenteras; la vía estaba hecha un lago. La verdad es que aquel desate de furias fué tan de órdago, que el dormir era punto menos que imposible. Al cesar el estrago y amainar la lluvia, miráronse la niña y el guarda expresivamente. El propio can, que estuvo enroscado en un rincón, levantó el hocico y terció en el cruce de miradas. Poco habían de hablar para entenderse aquellos seres. El guarda encendió dos faroles y los dejó encima de la tosca mesa á punto. El tren-correo cruzaba por allí á las cuatro; faltaba hora y media. El hombre estiró los brazos como desperezándose y abrió el portalón, por donde pasó lo primero el perro. La niña quedó atrás con el farol cogido.

El primer vistazo fué hacia arriba. Continuaba la lobreguez, con espesas brumas, aunque apuntando la tendencia á clarear. A lo lejos serpenteaba todavía el rayo siniestramente, y unos vozarrones enormes resonaban distantes, como de fiera enjaulada, rebelde en su encierro.

—Llégate hasta el puente, dijo el hombre. Haz que el perro *avanguarde.*

Y echaron sin más á andar, por lados distintos, con una sola mira.

Los que atalayan al monte ó lo columbran con la fantasía, no saben que en la soledad hay grandes abnegaciones, ignorados poemas, estupendos arranques... A miles son los que ignoran gallardías y arrestos, grandezas y heroísmos que sólo aprecia y juzga lo alto. Los ayes no llegan á la multitud, las acciones no ofrecen relumbrón. Fué en el monte la plegaria excelsa del Crucificado; fué en la cumbre la magnífica prédica del Rey de Reyes; fué en la cima el inmenso sacrificio, la tragedia redentora del mundo...

La niña andaba, andaba, precedida del can. Llegó caladita á la cortadura próxima, miró y se detuvo de pronto asordada por un gran estrépito. El puente de hierro se acababa de hundir por el último tramo de la parte opuesta. Sin duda la fuerte riada había conmovido la base filtrando el terreno...

Fué un minuto de horror y un segundo sublime, un fiero topetón y una luminosa idea. Levantó el farol en alto y atisbó el hundimiento. El perro ladró y buscó la mirada de la pequeña. Avezados á comprenderse, fué rápido el acuerdo: volver grupas, y á paso de carga... No corrían, volaban, como quien dice. El animal, en la rápida carrera, siempre delantero, volvíase de vez en cuando, como si quisiese infundir alientos á la muchacha...

Y corrieron, corrieron, hasta desandar lo andado en pocos minutos.

Estar en la caseta otra vez y empezar la indecisión, fué todo uno. El padre se había ido vía abajo, con seguridad lejos, muy lejos, con el farol de señales... ¿Seguirle?.. ¿Llamarle?.. El perro inició el *¡guau-guau!* con tenaz porfía; la niña llamó á gritos un si es no es temblona. ¡Era, acaso, la primera vez que temblaba en su vida!

Vía abajo, vía abajo fueron, por camino cada vez más difícil, con riesgo cada vez mayor, pues donde no corría el agua, se había agrietado el terreno, siendo la vereda expuesta y el centro un engorro. La niña iba amohinada; el can husmeando firme y multiplicando los ladridos... ¿Se habría llegado hasta la estación próxima, distante seis kilómetros?.. No podía ser. Ni la dejara sola tanto tiempo, ni lo había para retrasar el aviso de la inminente catástrofe...

Por fin, en una cuneta, bajo una trinchera, el guardaagujas apareció tendido. El perro guió á la pequeña con aullido extraño; la niña tentó el cuerpo de su padre valerosamente. Éste volvió en sí y abrió los ojos; pero sin poderse valer. Había resbalado y caído dando tumbos... El farol había ido á parar á un precipicio.

La hija luchó entre un deber y otro. Desde luego creyó que el magullamiento de su padre no sería mortal, y aquel accidente fué acicate. Había que socorrerle, y había que prevenir otro accidente más terrible. Dentro de treinta minutos llegaría el correo. Esta idea tremenda borró acaso otro pensamiento angustioso. La niña echó á correr doble que antes, vía abajo, vía abajo... El perro quedó allí, lamiendo á su amo, arrimándosele, como queriendo instintivamente infundirle aliento y calor...

⁂

Del rasgo se hicieron cruces los que lo presenciaron.

Apenas apuntaba pálidamente el día, funcionaba el telégrafo en la estación, iban y venían los empleados. Al tren correo se le veía avanzar culebreando por el flanco de una loma, con fiero trajín á veces, percibiéndose con breves intermitencias la especie de resuello de fiera encelada, que ora extinguían los ecos, ora lo agrandaban... Al fin surgió á corto trecho, de frente y con brío, mesurando poco á poco la marcha. Entró en agujas, y hubo unos momentos de tráfago. Se detenía apenas un minuto, el tiempo preciso para tomar agua la máquina; y embestiría aquella cuesta empinada, arriba, arriba, describiendo eses inmensas, con nuevo ardor y más frecuentes resoplidos...

Conducía á muchos seres felices, corazones ansiosos sin duda; tal vez mentes soñadoras... Unos rememoraban quizás antiguas delicias; otros iban acaso en busca de regazo amante; algunos, quién sabe si empezaban una odisea, cara al porvenir, fiando en la fortuna... ¡Y pensar que llegarían á lo alto, salvarían la cuesta, descenderían otra vez..., y al llegar á la cortadura, en algunos minutos, á punta de alba apenas, precipitaríanse en el abismo sin remisión!..

Se había dado el primer toque de campana cuando la niña heroica llegaba jadeante, agitando los brazos, siendo vista por el jefe de estación... La campana no dió el repique, el tren permaneció parado. Aquello fué como si surgiese de improviso un ángel, un ser alado... No llegó al andén, cayó á pocos pasos ya sin fuerzas. Tuvo apenas tiempo para pronunciar estas palabras:

—¡El puente... roto!.

. . . .

Su nombre, no supieron decírmelo. Sé que fué recompensada la heroína. Hace de esto algunos años. ¿Será feliz? ¡Dios lo quiera!..

Yo no establezco parangón entre esa hazaña y las de otros grandes adalides. Pero al cruzar en tren por aquel lugar famoso, recordé y medité profundamente. En el poblado no supieron darme razón tampoco. ¡Con qué placer estamparía yo su nombre!.. Con más satisfacción que el de un conquistador cualquiera.

¿No habrá en la gloria perpetuo galardón para los héroes anónimos?

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



VIAJE DE S. M. D. ALFONSO XIII Á ALEMANIA. – EN BERLÍN. LA COLONIA ESPAÑOLA DIRIGIÉNDOSE Á RECIBIR Á D. ALFONSO. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á ALEMANIA. – EN BERLÍN. PASO DE LA REGIA COMITIVA POR LA AVENIDA «UNTER DEN LINDEN.» (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



San Petersburgo. – La policía sorprendiendo un comité secreto de agitadores huelguistas. Dibujo de H. H. Flere

En los últimos días que precedieron á la publicación del manifiesto liberal del tsar y al nombramiento de Wite como primer ministro, reinó un régimen de terror en toda Rusia y especialmente en San Petersburgo, en donde el gobernador general Trepoff dió á sus tropas las órdenes más severas, casi diríamos más sanguinarias, para reprimir el más pequeño desorden. Los huelguistas, causantes del movimiento revolucionario, fueron perseguidos como fieras y algunos de sus comités secretos sorprendidos por la policía y duramente castigados. El dibujo de Flere que reproducimos, representa con todo el vigor de la realidad una de estas sorpresas, llevada á cabo en un miserable zaquizamí en donde uno de aquellos comités celebraba sus conciliábulos.



San Petersburgo. – Los estudiantes izando en el edificio de la Universidad la bandera roja con motivo de la publicación del manifiesto imperial de 30 de octubre último. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Apenas conocido en San Petersburgo el manifiesto del tsar de 30 de octubre último, en que se decretan grandes reformas liberales para el imperio ruso, formóse delante de la Universidad, en cuyos balcones ondeaban varias banderas rojas, un gran grupo de delegados del partido socialista obrero. Juntáronse á ellos los estudiantes y organizaron una numerosa manifestación que recorrió las principales calles de la capital entonando cantos revolucionarios, y de la que formaban parte pobres y ricos, estudiantes y obreros, sacerdotes y gentes de las clases más humildes. El anterior grabado reproduce el momento en que la multitud escucha las arengas que desde el balcón central pronuncian varios estudiantes, mientras uno de éstos enarbolaba la bandera roja en la cruz que corona el edificio universitario.

MONUMENTO Á GLADSTONE

El día 4 de los corrientes inauguróse solemnemente en Londres el monumento erigido á la memoria del eminente hombre de Estado Guillermo Eduardo Gladstone, monumento por medio del cual Inglaterra expresa su admiración y su gratitud hacia el estadista que más que ningún otro contribuyó en el último tercio del pasado siglo á democratizar su constitución: Gladstone fué, en efecto, quien completó la reforma del Parlamento de 1867, quien instituyó en 1871 el sufragio secreto para las elecciones parlamentarias y quien con su bill de reforma de 1884 unificó el censo entre los condados y los burgos y extendió los beneficios de esta reforma á Irlanda.

Sobre un alto pedestal de piedra de Portland, de estilo Renacimiento, álzase la estatua del «gran anciano,» de tamaño mayor que el natural, vestido con la toga de canciller del Tesoro, cargo que desempeñó varias veces con aplauso de la nación entera. La noble figura, con su actitud majestuosa y su rostro expresivo de profunda é inteligente mirada, produce una impresión de algo viviente y caracteriza por modo admirable el modo de ser de aquella personalidad ilustre que defendió siempre con toda su alma la causa de los oprimidos y que arrostró todas las contrariedades, todas las persecuciones con ánimo sereno y con el valor que da á los grandes hombres el convencimiento de la justicia de la obra por la cual se sacrifican.

En los cuatro ángulos del pedestal, que lleva sólo esta inscripción: «Gladstone--1809-1898,» hay cuatro estatuas que simbolizan la Fraternidad, la Educación, el Esfuerzo noble y el Valor moral. Entre una y otra estatua, unas planchas de bronce contienen los escudos de los condados y de las ciudades que Gladstone, durante su larga vida parlamentaria, representó en la Cámara de los Comunes.

El autor de la estatua, el célebre escultor inglés Hamo Thornycroft, nació en Londres en 9 de marzo de 1850; entre los varios monumentos por él ejecutados, merecen citarse principalmente el del poeta Tomás Gray para el Colegio Pembroke de Cambridge, el busto de Coleridge para la Abadía de Westsminster, el monumento nacional del general Gordon, que se admira en el Trafalgar Square de Londres, la estatua en bronce del gran lord protector Cromwell que se alza delante del Palacio del Parlamento, y la estatua colosal del rey Alfredo, de Winchéster.

Mr. Morley, en el momento de descubrir la estatua, pronunció un elocuente discurso en el que enalteció la memoria de Gladstone, «en quien, dijo, se juntaron la magia y la gloria del orador con la pasión y la energía del hombre de acción.» El duque de Devonshire hizo notar que la serie de monumentos erigidos á Gladstone en diferentes ciudades del reino demostraban que el tributo de admiración hacia el «gran anciano» era verdaderamente nacional.

Estatua de Gladstone que corona el monumento inaugurado el día 4 de los corrientes en Londres, obra de Hamo Thornycroft

LOS SUCESOS DE RUSIA

Los revolucionarios rusos han triunfado. La incesante propaganda de los intelectuales, secundada últimamente por la revolución que en forma sangrienta estalló en distintos puntos del imperio, ha derribado al fin el ominoso régimen autocrático que hacía de Rusia una excepción en el concierto de las potencias europeas y cuya mayor condenación han sido los desastrosos resultados de la guerra ruso-japonesa, que puso de manifiesto los abusos, los vicios de un sistema que significaba la opresión, el embrutecimiento de los de abajo, y la más desenfrenada corrupción en los de arriba.

Este estado de cosas se ha venido abajo; el manifiesto del tsar de 30 de octubre último es el comienzo de una nueva era para el pueblo ruso. La importancia capital, la trascendencia suma de este documento que abre un nuevo libro en la historia de Rusia, nos mueven á copiar sus principales párrafos, comenzando por reproducir el preámbulo, que no vacilamos en calificar de hermosa expresión de los elevados sentimientos de un soberano hacia sus súbditos y hacia la nación en general.

«Nos, Nicolás II, por la gracia de Dios, emperador y autócrata de todas las Rusias, tsar de Polonia, gran duque de Finlandia, etc.

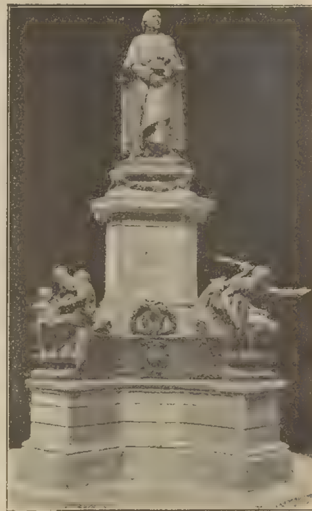
»Declaramos á todos nuestros fieles súbditos que los disturbios y las agitaciones de nuestra capital y de gran número de otros lugares de nuestro imperio llenan nuestro corazón de grande y penoso dolor. La felicidad del soberano de la Rusia está indisolublemente enlazada con la del pueblo y el dolor del pueblo es el dolor del soberano. De las actuales agitaciones pueden surgir una profunda desorganización nacional y peligros para la integridad y la unidad de nuestro imperio.

»El alto deber que nuestra misión soberana nos impone, nos manda esforzarnos con toda nuestra razón y con todo nuestro poder, para apresurar la cesación de los disturbios tan peligrosos para el Estado. Después de haber ordenado á las autoridades respectivas que adopten las medidas necesarias para evitar las manifestaciones directas de desorden, los excesos y las violencias y para amparar á las personas pacíficas que aspiran al tranquilo cumplimiento del deber que á cada cual incumbe, hemos estimado indispensable, á fin de llevar á cabo con éxito las medidas generales que tienden á la pacificación de la vía pública, unificar la acción del gobierno superior. Al gobierno imponemos la obligación de cumplir del modo siguiente nuestra inflexible voluntad.»

Sigue luego el manifiesto propiamente dicho, cuyos principales párrafos sientan las bases constitucionales del nuevo régimen de Rusia.

«Es preciso otorgar á la población los fundamentos inquebrantables de la libertad cívica, basada en la inviolabilidad real de las personas y en la libertad de conciencia, de palabra, de reunión y de asociación;

»Sin suspender las elecciones de la Duma de Estado, anteriormente ordenadas, es preciso llamar para que participen de la misma, en la medida de lo posible y en cuanto lo permite lo perentorio del plazo hasta su convocación, á las clases de la población al presente privadas por completo de derechos electorales, dejando luego el desenvolvimiento ulterior del principio del derecho electoral general al orden de cosas legislativo recientemente establecido;



Vista de conjunto del monumento á Gladstone inaugurado el día 4 de los corrientes en Londres

»Es necesario restablecer como regla inquebrantable que ninguna ley pueda tener vigor sin la aprobación de la Duma de Estado, y garantizar á los elegidos del pueblo la posibilidad de una participación real en la vigilancia de la legalidad de los actos de las autoridades por Nos nombradas.»

Varias disposiciones imperiales han completado esta evolución en el modo de ser de la nación rusa: el nombramiento de primer ministro en favor de Witte, cuyas ideas liberales son bien conocidas y que ha formado un ministerio de hombres eminentes con él identificados; la amnistía por los crímenes y delitos políticos cometidos hasta el 30 de octubre, mucho más amplia de lo que aun los más optimistas esperaban; la destitución del procurador general del Santo Sínodo, el Sr. Pobiedonostzeff, á quien se consideraba como el alma del régimen autocrático y que se había atraído los mayores odios; la destitución del general Trepoff del cargo de gobernador militar de San Petersburgo y la restitución á Finlandia de la autonomía que en mal hora se le arrebatara, son otras tantas medidas que confirman por modo patente los buenos propósitos del tsar y señalan las verdaderas tendencias del nuevo gobierno.

Pero cuando parecía que Rusia había de entrar en un período de tranquilidad, elemento tan indispensable para la instauración del nuevo régimen, surgen las matanzas de judíos, los sangrientos disturbios en varias importantes ciudades del imperio, la alarma y el desasosiego en otras, y la insurrección de los marinos de Cronstadt, que pudieran tomarse como síntomas de una contrarrevolución.

Hay además otro punto obscuro en la actual situación de Rusia, el relativo á Polonia. En la entrevista recientemente celebrada por los delegados polacos con M. Witte, pidieron aquéllos que se levantase el estado de sitio en Varsovia, que se suprimiesen los consejos de guerra y que se otorgasen á Polonia las prometidas libertades; á lo que el primer ministro respondió que ante todo era preciso que se restableciera allí el orden. Este rigor, que contrasta con el espíritu liberal que informa los actos del nuevo gobierno, se atribuye á manejos de Alemania, temerosa del mal ejemplo que pudiera ser para la Polonia alemana la concesión de la autonomía á la Polonia rusa.

Estos hechos, sin embargo, no tienen, al parecer, gran trascendencia; y es de esperar que poco á poco irá renaciendo la calma y que la nación rusa, al amparo de la constitución, se restablecerá de sus recientes quebrantos y volverá á ser la potencia grande y poderosa de otros mejores tiempos.—R.







San Petersburgo. Disturbios revolucionarios. – La policía parlamentando con los amotinados en la Perspectiva Newsky. – La multitud revolucionaria
Barricada tomada por las tropas. (De fotografías de Bulla y Pudicheff, comunicadas por la agencia «Photo-Nouvelles.»)





«¡DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE DE MISERICORDIA!

Entre las oraciones que la Iglesia ha compuesto para que las almas creyentes invoquen á la Santísima Virgen, ninguna tan sencilla y al mismo tiempo tan hermosa, tan sublime como la Salve. Cuantos epítetos cariñosos, cuantas sentidas imploraciones, cuantas esperanzas de consuelo pueden concebir la inteligencia y sentir el corazón del hombre al elevar su pensamiento hacia la Divina Madre, hállanse sintetizados por modo admirable en aquella salutación.

Buscar una expresión gráfica á tanta belleza, á tanto sentimiento, es empresa por demás difícil; y si un artista logra encontrar esta expresión de modo tal que nos haga sentir intensamente aquello tan grande en que se inspirara, bien podremos afirmar de él que ha realizado uno de los más altos fines del arte y adjudicarle el título de maestro.





» TRÍPTICO DE ALEJANDRO D. GOLTZ, GRABADO POR RICARDO BONG

En este caso se encuentra Alejandro D. Goltz, uno de los más notables pintores decorativos, de género y de historia austriacos: su cuadro, que reproducimos, es de una simplicidad encantadora, de una poesía inefable; esos campesinos, que en plena naturaleza, ataviada con sus primaverales galas, se postran ante la Virgen que se les aparece resplandeciente de luz y con el Niño Jesús en brazos; esos infantiles grupos que en actitud de adoración contemplan á la más amantísima de las madres; esa luz que inunda toda la escena, esa poesía que de toda la obra emana, nos causan una impresión de dulce bienestar que llega hasta lo más hondo de nuestra alma y nos hace asociarnos á las preces de aquellas humildes criaturas y decir como ellas, puesto nuestro pensamiento en la Reina de los Cielos: «¡Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia!»



S. M. la reina D.ª María Cristina — S. A. el infante D. Fernando de Baviera — S. A. la infanta D.ª María Teresa — S. M. el rey D. Alfonso XIII

Fotografía hecha en el palacio real de Madrid poco después de haber sido pedida la mano de S. A. la infanta D.ª María Teresa para el infante D. Fernando de Baviera y de haber sido éste nombrado capitán del regimiento de húsares de Pavía. (Fotografía de Ricardo del Rivero)

SS. AA. LA INFANTA D.ª MARÍA TERESA Y EL INFANTE D. FERNANDO DE BAVIERA

Hace pocos días, S. A. la Infanta D.ª Isabel, en nombre de los príncipes de Baviera D. Luis Fernando y D.ª María de la Paz, pidió á SS. MM. la reina D.ª María Cristina y el rey D. Alfonso XIII, la mano de la infanta D.ª María Teresa para el hijo de aquéllos, el príncipe D. Fernando. Otorgada la petición, el novio fué agraciado por el rey con el nombramiento de caballero del Toisón de Oro y de capitán del regimiento de caballería de húsares de Pavía y con la concesión del collar de Carlos III.

S. A. la infanta D.ª María Teresa nació en Madrid en 12 de noviembre de 1882, y bajo la dirección de su augusta madre, ha recibido una educación esmeradísima, habiendo cultivado con especial predilección las bellas artes, las ciencias y los idiomas. Su figura distinguida y su semblante de dulce y simpática expresión le conquistan desde luego las simpatías de cuantos á ella se acercan, simpatías que se truecan en admiración y cariño cuando se conocen su afabilísimo trato y la bondad y elevación de sus sentimientos.

S. A. el príncipe bávaro, hoy infante de España, D. Fernando, nació en Madrid en 10 de mayo de 1884, hizo sus primeros estudios en Munich, entró en la Escuela de Guerra, en donde cursó con gran brillantez la carrera de las armas, y terminada ésta fué nombrado teniente de un regimiento de caballería. Es de carácter franco, sencillo y amable.

La boda de los dos regios primos, boda en que sólo ha intervenido el amor y para nada la razón de Estado, se celebrará seguramente á fines de enero de 1906.

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á ALEMANIA

(Véanse los grabados de las págs. 745 y 748)

Lo mismo que en Francia y en Inglaterra, S. M. el rey don Alfonso XIII ha sido objeto en Alemania de un recibimiento tan cariñoso como entusiasta; y lo propio que en París y en Londres, se ha conquistado en Berlín desde luego universales simpatías. El emperador Guillermo II le ha dado grandes muestras de su especial afecto, toda la familia real y los personajes de la corte han rivalizado en sus manifestaciones de adhesión y respeto, y el pueblo no ha cesado de saludarle con expresivas aclamaciones.

No tenemos espacio para describir ni siquiera compendiadamente las fiestas que en honor del monarca español se han celebrado durante los siete días que éste ha permanecido en la capital alemana, y de los diversos actos y ceremonias en que ha tomado parte; no podemos hacer sino enumerarlos por orden cronológico.

Día 6. – Banquete de gala en el palacio real.

Día 7. – Jura de banderas en el Arsenal; almuerzo con los oficiales de la Guardia Imperial; recepción del cuerpo diplomático; comida íntima en palacio y función de gala en el teatro de la Opera Imperial.

Día 8. – Cacería de etiqueta en Doberitz y banquete de gala en la galería de tapices del palacio de Postdam.

Día 9. – Expedición á Magdeburgo en donde el rey D. Alfonso XIII revista el regimiento n.º 66 del que es coronel honorario; almuerzo en el Casino de los oficiales. Expedición á Hannóver; revista del regimiento de hulanos n.º 13 y del de húsares de la Muerte; comida con los oficiales en el casino y función de gala en el teatro.

Día 10. – Cacería en Springberg; regreso á Postdam; banquete y recepción en la Embajada española; baile dado en honor de D. Alfonso XIII por la esposa del príncipe heredero.

Día 11. – Maniobras militares en Postdam; banquete de gala ofrecido por el príncipe heredero en el palacio de Mármol; visitas al cuartel de la Koenigstrasse y á las tumbas del emperador Federico y de la emperatriz Victoria, padres del actual emperador; te en el palacio de la princesa de Salm; banquete de gala en el palacio Nuevo y representación en el mismo de la comedia *Batalla de Damas*, por los artistas de la Comedia Alemana.

Día 12. – Misa en la iglesia católica de Postdam; jura de banderas por los reclutas; almuerzo en el Casino de oficiales; te en palacio y salida de D. Alfonso XIII para Viena.

Esta simple enumeración dará una ligera idea de los agasajos con que ha sido obsequiado el rey de España por el emperador Guillermo II durante su estancia en Berlín, de la que en este número publicamos algunas vistas.

Bellas Artes. — Barcelona. – *Salón Parés.* – Han expuesto recientemente en este salón: el Sr. Ros y Güell, cuatro paisajes y marinas impresionistas, muy bien tomados del natural; el Sr. Canals, tres excelentes retratos; el Sr. Balcells, varios acertados estudios de acuarela; el Sr. Casals, algunos lienzos pintados con gran soltura y cuidado; el Sr. Giralt, paisajes y estudios discretamente ejecutados, y el Sr. Aguilar, un busto retrato en mármol delicadamente modelado.

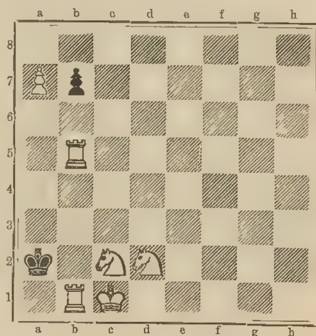
Espectáculos. — Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La malalta fingida*, comedia en tres actos de Goldoni, muy bien traducida al catalán por Luis Puiggarí, y *La jova*, drama en un acto de José Morató; en Romea *El bon policía*, comedia en dos actos y cinco cuadros de Santiago Rusiñol; en el Eldorado *La reja de la Dolores*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de Carlos Arniches y Enrique García Alvarez, música de los maestros Valverde (hijo) y Serrano; y en Apolo *Nuvols en creu*, drama en un acto de Ramón Suriñach Senties. En Novedades ha dado dos representaciones la notable actriz francesa Mme. Duprez, habiendo puesto en escena con mucho aplauso *Les Remplaçantes*, comedia en tres actos de Brieux, y *Le Detour*, comedia en tres actos de Bernstein.

Asociació Wagneriana. – Además de las sesiones musicales dedicadas al estudio y ejecución de *Lohengrin*, D. Lauro Clariana, catedrático de esta Universidad, ha dado una notable conferencia sobre «Harmonías entre la Ciencia y la Música.»

AJEDREZ

Problema número 406, por O. Jewetzki.

Negras (2 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cinco jugadas.

Solución al problema núm. 405, por H. v. Gottschall.

Blancas.	Negras.
1. Th8–g8	1. Ce6–f8
2. e7×f8 (A)	2. Ra8×b8
3. Af8×c5 mate.	

Variantes.

1....... Ce6–d8; 2. e7×d8 (C), etc.

1....... Otra jug.ª; 2. e7–e8 (D), etc.

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

(continuación)

—Me causaría un gran disgusto dejar esta casa.

—¿Por qué?.. Está lejos de todas partes, es triste, está mal distribuída...

—Me gusta tal como es: me agrada su jardín espacioso.

—Encontraremos otro tan bueno y mejor situado.

—No es lo mismo. Ayer lo dijiste tú: aquí fué donde empezamos á querernos... Acuérdate.

Quesnel lo había olvidado.

—Es verdad, replicó con voz conmovida, dejaríamos aquí algo de nosotros mismos. Tienes razón, y por otra parte, no quiero causarte nunca un disgusto, por pequeño que sea; por lo tanto, no hablemos más de ello. Alquilaré tan sólo un piso para establecer en él mi gabinete de consulta.

Pero Quesnel se reservó el propósito de volver otro día á la carga, porque no le convenía vivir en la calle de Bosnieres; le era odiosa la estancia en aquella casa, y dejarla le parecía el único medio de evitar la presencia obsesionante de Leonardo, la mirada de sus ojuelos penetrantes, ojuelos que se fijaban en él inquisitorialmente siempre que lo veían, produciéndole un estremecimiento de terror á lo largo de la espina dorsal... Lo primero que pensó fué pedir que fuera despedido el viejo servidor; pero ¿qué motivo invocar por ello?.. Sobre no tener ninguno, temía su venganza, cualquiera revelación que se le pudiera escapar al impulso de la cólera.

No era menor la perplejidad de Leonardo, aunque de distinta naturaleza. La noticia del próximo regreso de Marta y de su esposo le causó secreto espanto. El pensamiento de que iba á vivir bajo el mismo techo que Quesnel, á quien aborrecía, á tener que obedecer á hombre tan despreciable y á estar á sueldo suyo, le exasperaba y le torturaba hasta tal extremo, que por un instante pensó seriamente en marcharse. Después reflexionó: entrar en casa extraña á su edad y con hábitos ya adquiridos... ¿Lo querrían admitir siquiera?.. No: era preferible quedarse al lado de Marta, aprovecharse del secreto que la casualidad le había confiado para que el médico estuviese á voluntad suya, y estar siempre enfrente de él como amenaza viviente y perpetua.

XIV

Tres meses después de su regreso á Champuis, el doctor Quesnel se hallaba instalado en la calle de San Luis, en pleno barrio comercial. Los camiones eléctricos surcaban aquella espaciosa vía formada por casas suntuosas con fachadas llenas de grandes balconajes. Tenía allí, en vez del miserable cuarto de la calle de Geole en donde la señora Marcelina hacía entrar con toscos modales á los pocos clientes que iban á verlo, un suntuoso despacho amueblado con más lujo que elegancia, por donde ahora desfilaban los enfermos ricos bajo la seria mirada de un criado correcto, vestido de frac y con corbata blanca.

El doctor Quesnel se había hecho el médico de moda. Se contaban de él curas maravillosas. Se indicaba su dirección entre amigos: «Vaya usted á consultar con él, amiga mía; ¡es admirable!» Todo Champuis se daba cita en su salón. Fuera de las horas de consulta, iba por la ciudad en un magnífico cupé, visitando con igual solicitud, con el mismo celo infatigable, los hoteles aristocráticos que las miserables guardillas. Era muy elogiada, en los círculos de la población, su abnegación desinteresada. Quesnel era maestro en el arte del reclamo.

Al volver á su casa por la noche, aunque á veces estuviera cansado, mostraba el carácter encantador del hombre feliz, á quien todo le sale bien, que está seguro del éxito y que no teme los azares del siguiente día. Marta lo volvía á encontrar cariñoso y tierno como en los primeros días y se felicitaba de saborear una dicha sin nubes. A no haber sido por la presencia de Leonardo, Quesnel también hubiera saboreado una felicidad perfecta; pero el temor de una revelación, la perpetua amenaza suspendida sobre su cabeza, envenenaba la alegría de su triunfo, tanto más cuanto que la actitud en un principio simplemente fría y reservada del criado se iba modificando. Cada vez se iba poniendo más sombrío; ya no saludaba al doctor cuando lo encontraba, y fijaba en él miradas llenas de odio y de desprecio.



¿Qué le hemos de hacer, querida mía? La vida no es un arrullo perpetuo

La inquietud de Quesnel aumentó con esto. ¿Qué había podido hacerle á Leonardo que motivase aquel recrudecimiento de hostilidad?

Sus nuevos temores le afectaron hasta tal punto, que Marta se fijó en ello. Sin embargo, atribuyó el mal humor de su esposo al cansancio, á la fatiga, y para aliviarle trabajo é idas y venidas inútiles, pensó proponerle irse á vivir todos á la calle de San Luis, por mucho que á ella le costara dejar su casa de la calle de Bosnieres. Iba á indicarle ya su resolución, cuando observó el aspecto sombrío y el acento huraño de Leonardo, y pensó que entre éste y su esposo había mediado algún disentimiento. Comprendiendo lo poco que ambos simpatizaban, decidió aprovechar la primera ocasión para alejar á Leonardo, no vacilando en sacrificar á éste á la tranquilidad de su marido: estaba muy lejos de sospechar que ella misma fuese la causa involuntaria é inconsciente del cambio operado en las maneras del viejo.

En efecto, hacía algunos días que en el espíritu de Leonardo germinaba una sospecha.

Cuando fué al Gran-Roble decidido á enterar á Marta del papel que el médico había representado en «el accidente» del Sr. Mauger, la joven lo desarmó diciéndole que su casamiento era inevitable. Ahora bien; habían transcurrido ocho meses desde entonces, y nada venía á justificar la necesidad invocada por Marta, ninguna señal deformaba su talle esbelto... «Según eso -pensaba Leonardo,—me engañó Marta. ¿Será que conocía el homicidio de su esposo, y que, fingiendo ignorarlo, ha pretextado lo del casamiento inevitable para obligarme á callar?.. No importa: en cualquier caso, yo he debido hablar y no hacerme neciamente cómplice de las ambiciones de Quesnel.»

Y esto era lo que más le obsesionaba: la idea de que al no revelar su secreto había favorecido los proyectos del doctor.

Mientras había vivido solo con su mujer en la casa de la calle de Bosnieres, Leonardo apenas pensaba en los hechos de que había sido testigo; pero ahora no podía ver á Quesnel sin recordar el pasado. Éste se iba convirtiendo para él en idea fija, en una preocupación que no podía desechar por más esfuerzos que hacía, que cada vez era mayor y que absorbía todas sus facultades. Sentía llegar la locura.

Por la noche, le hacían despertar sobresaltado horribles pesadillas, y sentíase con el cuerpo bañado en sudor y las ideas en completo desorden. Muchas veces soñó en voz alta. Virginia se lo dijo, y este fué un nuevo motivo de temor para él; ¿revelaría su secreto al soñar? Exigió que le pusieran cama en otra habitación, pretextando que no quería interrumpir el sueño de su mujer.

Si por lo menos hubiera podido compartir con alguien el peso abrumador del secreto que le agobiaba, habría experimentado algún alivio, así lo creía él; pero ¿de quién fiarse?

En el entretanto, el doctor Quesnel pensaba más que nunca en la manera de convencer á Marta á que dejase la casa de la calle de Bosnieres, persuadido de que era el único medio de sacudir la presencia de Leonardo y de evitar el escándalo que la actitud de éste hacía cada día más probable; pero, fiel á sus principios, le repugnaba imponer su voluntad y prefería trastear el asunto de modo que su mujer fuese la que le propusiera el cambio de domicilio que él deseaba.

Empezó por salir de tarde algunas veces, para recibir, según decía, á ciertos enfermos cuyas ocupaciones no les permitían ir á verlo por la mañana, y á quienes había señalado hora en su gabinete de consulta. Luego, en diferentes ocasiones, se quedó á dormir en la calle de San Luis pretextando el temor de que fueran á llamarlo para un enfermo cuyo estado le inquietaba, y poco á poco sus ausencias se fueron haciendo más largas y más frecuentes.

En un principio, aquellos subterfugios le disgustaron algo, pero no tardaron en convertirse para él en mera distracción, siquiera contrariaran sus hábitos y costumbres. Empezaron á gustarle aquellas fugas del techo conyugal por cuanto afirmaban su independencia. Gozó íntimo placer en aquellas horas de solitaria libertad, y así como un alivio al desprenderse de la absorbente atmósfera de la calle de Bosnieres y al romper la monotonía un tanto pesada de las largas noches que pasaba en conversación con su mujer. Encerrado en su gabinete, ó trabajaba ó pensaba. Reconstituía en su pensamiento el camino recorrido desde su primera instalación en Champuis al salir de la Escuela de Medicina, cuando, sencillo y lleno de ilusiones, creía que el talento honrado y concienzudo bastaba para abrirse camino en el mundo y prosperar. Al comparar su actual existencia con la vida miserable de antes, sentía una satisfacción

no exenta de orgullo: admiraba el esfuerzo triunfante de su tenaz voluntad libre de escrúpulos. Veía de una manera segura en el porvenir la marcha de su nave hábilmente dirigida por entre los escollos del destino, hasta el puerto luminoso del éxito. Un solo obstáculo serio encontraba en su derrota: Leonardo, y él trabajaba para no tropezar con él, para evitarlo.

Marta sufrió como una necesidad las primeras salidas de su marido; pero su frecuencia, cada vez mayor, la apenó, sin que por ello osara quejarse, previendo la respuesta que obtendría. Después, andando el tiempo, los celos se fueron sumando á su disgusto. Le pareció que los casos graves eran muy numerosos en la clientela de Quesnel. Tuvo inquietudes, dudas, casi sospechas, y tomó una grave resolución: se iría á vivir á la calle de San Luis; dejaría su casa de la calle de Bosnieres. Después de todo, este era un medio de separar á su marido de Leonardo sin recurrir al extremo de despedir á éste.

—Hoy le daré la noticia, se dijo, enteramente resuelta á ello.

El mismo día, antes de que llegara Quesnel, entró Leonardo á verla.

—Quisiera hacerle á usted una petición, señora Marta, dijo aquél sin preámbulos.

—¿Una petición?.. Eso es muy serio.

—Hela aquí: ha terminado ó está para terminar la liquidación de su padre de usted. Queda la administración de las propiedades que á usted pertenecen y he pensado que me conviene verme libre de ese asunto en seguida. Vengo, pues, á pedirle á usted que me deje ir á vivir al Gran-Roble.

A Marta le agradó demasiado la petición para no acceder en seguida, pero hizo algunas objeciones por política.

—¿Es decir que quieres abandonarnos?

—Por interés de usted.

—¿No dirías mejor por misantropía?

—No sé lo que quiere usted decir con eso.

—¿Por odio al mundo, por amor á la soledad? ¡Te veo tan sombrío de algún tiempo á esta parte!..

—Tal vez: no me encuentro muy bien: tengo ideas lúgubres, y creo que en el campo...

—Yo no puedo impedir que te vayas á Barville si así lo deseas. ¿Cuándo quieres marcharte?

—Lo más pronto posible.

—Voy á escribirle á mi tía para que te preparen habitación.

-Gracias, Marta: no sabe usted el placer que me causa.

—¿Está Virginia tan contenta como tú de dejar á Champuis?

—Está encantada de ello.

—Entonces, no hay nada que decir, puesto que es á gusto vuestro.

Leonardo se retiró transfigurado: en su pensamiento, el alejarse de allí le descargaba para siempre del peso enorme de aquella idea fija cada vez más atormentadora.

Tan pronto como regresó Quesnel aquella tarde, supo por su mujer la determinación de Leonardo, y fué tal la alegría que sintió, que no fué dueño de ocultarla enteramente. Marta lo notó.

—Preciso era que me quisiera, pensó ella, para haber sufrido tanto tiempo, sin quejarse, la presencia de Leonardo.

Conmovida por la anterior reflexión, anunció á su esposo que se había decidido, por fin, á ir á vivir en la calle de San Luis; pero, con gran admiración suya, notó que á su esposo no le entusiasmó la noticia. La perspectiva de ver desaparecer sus tardes y noches de libertad, no agradaba á éste.

—Muchas gracias, le dijo él; pero, á decir verdad, me cuesta trabajo aceptar ese sacrificio de parte tuya: sería un egoismo en mí.

—Ese sacrificio será menor que el que me imponen tus frecuentes ausencias.

—Mis frecuentes ausencias, como tú dices, son necesidades profesionales.

—Que me privan del mayor placer del día, de nuestras agradables conversaciones de otro tiempo.

—¿Qué le hemos de hacer, querida mía? La vida no es un arrullo perpetuo.

Aquella frase cayó pesadamente sobre el corazón de Marta. Ésta palideció, y por primera vez se hizo mentalmente la siguiente pregunta: «¿Me quiere realmente?.. ¿Me sigue queriendo?» Y volvieron á surgir en su espíritu las inquietudes y las dudas.

Pero su esposo no salió de casa las tardes subsiguientes, y al mostrarse tierno y solícito se desvanecieron las sospechas de la joven.

XV

La señorita Meriel, desterrada en el Gran-Roble, empezaba á considerar impropio que su sobrino no la invitara á ir á vivir con ellos en Champuis. Empezó, pues, á hacer en sus cartas discretas alusiones á lo monótono de su vida, al hastío de su soledad sin otra conversación que la del buen padre Graindorge, y al pesar de verse separada de sus dos hijos. Los argumentos que empleaba eran cada vez más tiernos.



Leonardo

Marta hacía oídos sordos á aquellas lamentaciones, y su tía acabó por hacer una petición categórica: «¿Querían ó no querían que se fuese con ellos á Champuis?»

Impaciente por saber la contestación, acechaba todos los días la llegada del cartero, con la esperanza de que la respuesta fuese favorable y compensara la discreta reserva de que había dado recientes pruebas.

Una mañana, al salir de misa, se encontró con el cartero, el cual le entregó varias cartas y periódicos, todo un correo. La señorita Meriel sufrió una ligera decepción al no reconocer la letra de su sobrina en ninguno de los sobres, pero en cambio leyó en uno de ellos el nombre del doctor Quesnel, trazado por mano de hombre con caracteres regulares y firmes. Recordó haber visto ya aquella letra en sobres de cartas que el doctor leía con misterio y reducía en seguida á pedazos microscópicos.

La curiosa imaginación de la vieja solterona se dió á discurrir sobre la procedencia de aquella carta: sus dedos tantearon el sobre, que luego trató de examinar al trasluz junto á la ventana: recurrió á sus gafas para descifrar el sello del correo y para convencerse de que estaba bien cerrada, y ante la inutilidad de sus investigaciones, se resignó forzosamente y echó la carta en el cesto de la costura con el propósito de devolvérsela al cartero.

Transcurrió una semana sin que nada fuese á calmar la impaciencia de la señorita Meriel, é iba á adoptar ya una resolución heroica, proyectaba ir á ver á Marta para tener con ella una explicación, cuando llegó la tan esperada respuesta. Abrió apresuradamente la carta y la leyó de un tirón... Púsose encarnada, y arrugando la carta entre sus manos con movimiento colérico, la arrojó á la chimenea.

—He aquí mi recompensa, exclamó. ¡Sea usted discreta para que le paguen de este modo!

Su cólera se volvió en seguida contra Quesnel: era indudable que él y únicamente él había redactado la negativa consignada en la carta, y por asociación de ideas pensó en la otra carta recibida hacía algunos días dirigida á su sobrino y á la cual se había olvidado de darle curso. En el primer instante la contrariedad sufrida no hizo más que producirle algún enojo, pero luego se mezcló con éste el resentimiento, y juzgó, no sin alguna puerilidad, que aquella otra carta sería su venganza.

—La guardaré, se dijo. Mi sobrino achacará su pérdida al correo. Tanto mejor si eso le produce algún contratiempo enojoso. Debe de ser la reclamación de algún acreedor que sabe que Quesnel se ha casado con una mujer rica.

Y dejó la carta en el fondo de su cesto de costura.

Marta, al recibir el ultimátum de su tía, había dado cuenta de él á su marido; pero éste se había resistido desde que oyó las primeras palabras.

—¡No, nunca! Quiero mucho á tu tía, en la que reconozco muy buenas cualidades; pero no podría vivir mucho tiempo en buena amistad con ella. Profesa, sobre ciertas cosas, opiniones distintas de las mías. Es autoritaria y no sabría adoptar las transigencias necesarias á evitar rozamientos... Ya que no tengo suegra, ¿á qué cargar con una tía política?

Marta no le hizo objeción alguna, atenta, antes de todo, á velar por la paz de su casa, y suavizándola en lo posible, transmitió la respuesta á su tía.

Entre tanto, Leonardo se había instalado en el Gran-Roble: no obstante la poca simpatía que le inspiraba el antiguo criado, la señorita Meriel lo vió llegar sin disgusto. Presentía que, por razones que ella ignoraba, Leonardo era enemigo del doctor, y de otra parte, la presencia de éste y de su mujer rompería en cierto modo la monotonía de su destierro. En vista de ello consintió en recibirlo de vez en cuando en sus habitaciones en compañía del cura de Barville.

Leonardo se las daba ante el cura de hombre despreocupado y se complacía en asustar al sacerdote haciendo alarde de marcado escepticismo. Suscitábanse entre ambos corteses discusiones en las que el cura acumulaba argumentos para convencer á su interlocutor, interpolando en ellos cumplidos que no dejaban de halagar á éste.

—Me admira, Sr. Leonardo, oirle hablar á usted de ese modo. Concibo que los aldeanos, gente sin talento ni instrucción, piensen de esa manera; ¡pero usted!..

Sonrisa de satisfacción dilataba entonces el rostro de Leonardo.

—Por más que diga usted, señor cura, no me convertirá. Predica usted en desierto... Sin embargo, yo no impido que los demás vayan á confesarse.

El cura levantaba los brazos al cielo.

—¡Pues no faltaría más que eso, que privase usted á su prójimo de que aliviara su conciencia!

Y la discusión terminaba de la manera más cordial del mundo con el cambio de un polvo de rapé ó con un apretón de manos.

Los primeros días que siguieron al de su llegada á Barville, los pasó Leonardo bien. Distraído en sus ocupaciones, pensaba menos en su idea fija; pero aquella tregua fué corta. El temor de recaer en ella operó en su cerebro una especie de autosugestión, y su razón vaciló de nuevo, sintiendo ó conociendo que no estaba muy lejos de dar en la locura. Al mismo tiempo creyó, como había creído antes, que sería un gran alivio para él poder confiar en alguien aquel secreto que lo ahogaba... Pero ¿á quién confiarlo? Una voz interior, que él no quiso escuchar por el pronto, le decía que lo confiase al padre Graindorge. ¿No era, en verdad, el cura de Barville un sacerdote digno cuya discreción no admitía duda?.. Pero ¿cómo acogería éste las revelaciones de Leonardo, revelaciones tan graves como extrañas? ¡Quizá lo creyera loco!

Leonardo vaciló mucho tiempo luchando contra el deseo cada vez más imperioso de emanciparse de aquella idea fija; pero poco á poco fueron disminuyendo sus fuerzas, y al cabo dejó de resistir. Una mañana llamó á la puerta de la casa del cura.

—¡Sr. Leonardo!, exclamó éste alegremente al verlo. Me complace mucho verlo á usted por aquí. Voy á hacerle probar un vinillo blanco, para que me dé usted su opinión sobre él.

Y al mismo tiempo conducía á Leonardo hacia el comedor.

—¡Gertrudis! Trae vasos.

Mientras que el ama obedecía sin darse prisa, el cura sacó del armario una botella polvorienta. Luego llenó los vasos con parte de su contenido.

—¡A la salud de usted, señor cura!

Leonardo bebió un buen trago, mientras que el cura apenas se humedeció los labios.

—¿Y bien, qué le parece á usted?

—Que es bueno, contestó el viejo distraídamente.

Ahora, Sr. Leonardo, hablemos del motivo que lo trae á usted aquí: estoy tan poco acostumbrado á sus visitas, que no puedo creer que haya usted venido sólo para verme.

—Señor cura, dijo Leonardo tras alguna vacilación, quisiera hacerle á usted una confesión.

—¡Confesarse usted!, exclamó el cura asombrado, é iba á gritar: «*¡Miráculum!* ¡Entonad un Hosanna!,» pero Leonardo apagó rápidamente su entusiasmo.

—¡No! Yo no vengo para contarle á usted que he dejado de asistir á misa, que he bebido algunas veces de más, ni que cuando he tenido ocasión de ello le he tocado la cara á una muchacha, no, señor cura, no es eso... Quiero confiarle á usted un secreto que guardo, y cuyo peso me oprime el corazón. Es preciso que yo lo revele y que me desembaraze de él, sin lo cual crea usted que, ó me volvería loco, ó me mataría. ¡Ya no puedo más; ya no puedo callar más tiempo!

El sacerdote hizo un movimiento de sorpresa, que reprimió en seguida, y dijo á Leonardo con voz grave:

—Le escucho á usted, hijo mío.

Reinó el silencio: Leonardo vacilaba en hablar. Por fin se decidió, y dijo brutalmente y sin preámbulos:

—El doctor Quesnel mató al Sr. Mauger.

El padre Graindorge hizo un movimiento brusco y miró fijamente á Leonardo.

—Sí, él: yo lo vi, como lo veo á usted, prosiguió diciendo éste.

—La acusación que usted lanza contra el Sr. Quesnel es muy grave. ¿Está usted cierto de no haber sido juguete de una ilusión?

—Escúcheme usted hasta el fin, señor cura... Hacía tiempo que el doctor le hacía el amor á mi ama, y tiempo también que yo sospechaba algo malo, y los vigilaba. Una mañana estuvo en poco que los sorprendiera, y noté que la llave de una puerta de la casa, que daba á una callejuela, había desaparecido. Convencido de que Quesnel se la había llevado por indicación de Marta, me prometí vivir muy alerta... La noche siguiente, á eso de las once, me pareció oir que andaban con precaución por el corredor: bajé á paso de lobo, y llegué á tiempo de ver al doctor Quesnel coger por el cuello al Sr. Mauger, que acababa de abrir la puerta de su cuarto atraído sin duda por el ruido, y rechazar con tal violencia al pobre enfermo á quien sus piernas apenas podían sostener, que lo arrojó con ímpetu sobre el suelo, en donde quedó muerto del golpe instantáneamente. Yo me precipité en socorro del anciano y no me cuidé de perseguir al homicida doctor, que emprendió la fuga.

—¿Qué iba á hacer el Sr. Quesnel aquella noche en casa del Sr. Mauger?

—Era el amante de Marta.

—Está usted engañado, afirmó el cura.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Lo sé, y basta.

Leonardo se quedó perplejo.

—En ese caso me ha engañado ella, porque ella ha sido la que me lo ha dado á entender.

Y refirió al cura su entrevista con Marta, algún tiempo antes de su casamiento, y las razones que tuvo para no decirle nada.

—Ha comprendido usted mal, hijo mío, dijo el cura cuando Leonardo acabó de hablar, é hizo usted mal en no decírselo todo á su señora; pero usted obró con la mejor intención. Ahora, á menos que ocurran circunstancias imprevistas, es preciso que ella siga ignorando la verdad... Váyase usted tranquilo, hijo mío.

El cura colocó sus manos sobre la cabeza del anciano como para restituir la calma á su espíritu.

Leonardo se había levantado: al salir, preguntó con ansiedad:

—¿Me promete usted, padre cura, no revelar nunca lo que le acabo de decir?

—Ya le he dicho á usted que se vaya tranquilo, le contestó el cura con dulce sonrisa.

Y se quedó mirando al viejo, que se fué con el corazón aligerado, feliz y en cierto modo tranquilo por haber podido confiar á alguien su secreto. Luego entró el sacerdote en su habitación, anonadado por el peso de las confidencias que le acababan de hacer, presa del remordimiento al recordar que había sido involuntariamente cómplice del doctor al aceptar la misión que le confirió la viuda, y disgustado á la vez por aquel cieno que acababan de dejarle ver en el ya largo camino de su vida honrada y sencilla.

Colgada de la pared, la imagen de Cristo inclinaba hacia él su dolorido semblante. El cura cayó ante él de rodillas, y oró.



– La acusación que usted lanza contra el Sr. Quesnel es muy grave

XVI

Los dedos de Marta temblaban al romper la faja del telegrama que acababa de entregarle un criado. Al fijarse en él, prorrumpió en una brusca exclamación.

—¡Ah! ¡Dios mío!

El telegrama decía así:

«*Leonardo muy grave, quiere verte; ven.*»

Tras unos instantes de silencio, le preguntó su esposo:

—¿Piensas ir?

—Sí.

Quesnel pareció reflexionar y luego dijo, como si tomara una gran resolución:

—Te acompañaré: yo soy quien debe asistirlo y no un extraño.

Marta le dió las gracias algo sorprendida, en tanto que el doctor murmuraba para sí:

—Si le diera la ocurrencia de hablar, conviene que esté yo allí para impedírselo.

La fuerte claridad que entraba por la ventana daba de lleno en la amarilla faz de Leonardo, acostado en una gran cama cuyo cortinaje estaba completamente recogido. Ronca respiración de sonoridad metálica se escapaba por entre sus descoloridos y entreabiertos labios: tenía los brazos tendidos sobre el cobertor, que oprimía y arrugaba con sus manos en incesante movimiento. El padre Graindorge, sentado á la cabecera, repasaba las cuentas de su rosario, cuentas que sonaban á intervalos. Virginia sollozaba con la cabeza entre ambas manos, desplomada sobre una silla en un rincón obscuro. La señorita Meriel, dándose importancia, iba de uno á otro lado de la habitación sin objeto preciso y desarreglando los muebles, con el deseo de hacer ver que era allí indispensable.

Se oyó el ruido de las ruedas de un carruaje sobre la arena de la explanada.

—¿Es ella?, preguntó Leonardo con voz débil.

La señorita Meriel se acercó á la ventana.

—Sí, es Marta.

—Que venga..., que venga en seguida.

Virginia se había puesto en pie y salió, uniéndose en el vestíbulo á la señorita Meriel, que se había adelantado corriendo al encuentro de Quesnel y Marta.

—¡Qué desgracia más grande!

—¿Qué le ha pasado?, preguntó el doctor.

Virginia fué la que contestó á la pregunta.

—Fué esta mañana á inspeccionar la corta de madera, y le cayó un árbol sobre el pecho. ¡Ay, señora mía! ¡Me lo trajeron casi muerto, y desde que está ahí, tendido, no hace más que gemir y preguntar por usted!..

—Vamos á verlo, dijo Marta.

Su corazón se oprimió al ver los alterados rasgos de la descompuesta fisonomía del anciano.

—Vamos, pobre Leonardo, le dijo Marta acercándose á él, ¿qué es eso?

—¡Ah!.. ¡Es usted, Marta!.. Gracias.

—¿Estás herido?

—Sí..., todo ha concluído.

—¡Eso no! ¡Vaya una idea que tienes!, exclamó la joven. Mi marido me acompaña, y él te curará.

En tanto que Marta cambiaba con el cura algunas palabras en voz baja, Quesnel se acercó á la cama del enfermo. Leonardo, al verlo, hizo un esfuerzo para echarse atrás; pero aquel movimiento le arrancó un grito de dolor, y como el médico siguiera acercándose á la cama, dijo Leonardo:

—¡No; usted no!..

Y asomó á sus labios una espuma sanguinolenta. Su respiración se hizo más ronca; sus ojos vidriosos se agrandaron por efecto del espanto y se fijaron en Quesnel en expresión tan terrible, que éste se quedó como clavado en el suelo y sin poder hacer movimiento alguno.

—¡No..., no quiero!..., repitió el moribundo.

Y se desplomó en la cama en la que se había incorporado ligeramente, quedando en ella aplanado y con las pupilas muy alteradas.

—¡Cielos!, exclamó Virginia llorando. ¡Ha muerto!

—No: es un síncope.

Quesnel se aprovechó del desvanecimiento de Leonardo para reconocerlo: le abrió la camisa, le auscultó el pecho, se fijó en los latidos del corazón, y luego, incorporándose, dijo á media voz para contestar á la mirada interrogadora de Marta:

—Es cosa perdida: se va á producir una hemorragia interna, y la muerte será instantánea.

—¡Pobre esposo mío!, dijo Virginia sollozando, en tanto que el cura preguntaba:

—¿Cuánto puede durar?

—Una hora á lo sumo: no recobrará ya el conocimiento.

—Será preciso extremaunciarlo lo más pronto posible, exclamó la señorita Meriel.

El padre Graindorge hizo con la cabeza un movimiento afirmativo y salió de la estancia.

—Me quedaré aquí hasta que haya muerto, dijo Marta á su esposo.

—El caso es que tengo que irme, le contestó éste consultando su reloj. Mi presencia aquí es inútil, y mis enfermos me esperan.

Y añadió para sí:

—Estoy tranquilo: no hablará.

Al atravesar con rapidez el vestíbulo para tomar nuevamente el coche, la señorita Meriel detuvo al doctor Quesnel.

—Una palabra nada más, querido sobrino.

(Se continuará.)

El jiu-jitsú y la policía de París

El peligro amarillo, que tanto temiera el emperador Guillermo II, va invadiendo poco á poco la vieja Europa. Ya no es el arte japonés; ya no son las lindas chucherías, que constituyen el más preciado adorno de los elegantes *boudoirs*, los que se van introduciendo en nuestras costumbres, modificando nuestros gustos y acaso refinando nuestra percepción estética. La invasión reviste unos caracteres más graves, pues ya se trata de algo que contiene una parte de la esencia misma del alma japonesa. Nos referimos al *jiu-jitsú*, forma de lucha peculiar del Japón y que tiene gran superioridad sobre el boxeo.



EL JIU-JITSÚ EN PARÍS. – El profesor Re-Nié dando lecciones de jiu-jitsú á varios agentes de policía. Un *udi-shi-ghi* (en el suelo) aplicado por un agente á Re-Nié. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Hace poco tiempo, raros serían los europeos que conocieran tal nombre y tuvieran alguna idea de lo que era el *jiu-jitsú*; en la actualidad sucede todo lo contrario, pues bien pocos serán los que ignoren en qué consiste este ejercicio genuinamente japonés. En todas las grandes capitales en donde se rinde culto al *sport* en sus formas más variadas, se ha puesto de moda el *jiu-jitsú*, y los profesores no pueden atender, por falta material de tiempo, á las peticiones que les dirigen los muchísimos que desean iniciarse en este para nosotros, los europeos, nuevo deporte.

Mas no se crea que el *jiu-jitsú* sea un ejercicio que en el Japón practica todo el mundo ó poco menos; el número de los que á él se dedican es relativamente escaso y mucho más aún el de los que llegan á dominarlo, á conocer todas sus reglas, todos sus secretos, que no son fáciles ni pocos.

El *jiu-jitsú* no es una lucha de fuerza brutal; los contendientes no recurren, como los boxeadores, á esos puñetazos, á esos puntapiés que desfiguran el rostro del adversario ó le destrozan un miembro, cubriendo su cuerpo de sangre. En el boxeo japonés, la fuerza, sin ser despreciable, es un elemento secundario; la astucia es el elemento principal. Y para practicarlo, se requieren conocimientos anatómicos especiales, ya que sus diversos golpes consisten en producir desarticulaciones de huesos, dislaceramientos de músculos, presiones dolorosísimas en ciertos órganos, que pongan á un individuo á merced de otro y le imposibiliten en absoluto para toda resistencia. Los golpes son variadísimos: desde la simple dislocación de una muñeca, que impide continuar la lucha al que la sufre, hasta la rotura de la columna vertebral, que deja exánime á la víctima, la escala es vastísima, y el talento del buen luchador consiste en aplicar cada una de las múltiples suertes á casos determinados, según las circunstancias. Buscar el punto vulnerable del adversario en un momento dado, caer sobre él con agilidad felina, y aplicarle el golpe más apropiado á la situación, procurando inutilizarlo con el menor daño posible, pero no reparando en apelar al golpe más mortal si la situación lo requiere; he aquí lo esencial de las reglas del *jiu-jitsú*.

Hemos dicho que el *jiu-jitsú* resulta superior al boxeo, y de ello se ha obtenido recientemente una buena prueba en París en el *match* entre el boxeador francés Dubois y el profesor japonés Re-Nié. El encuentro tuvo lugar en Courbevoise, estando permitidos todos los golpes y no debiendo cesar el combate hasta que uno de los contendientes se declarase vencido. A la voz de mando del director, los dos adversarios se dirigieron rápidamente uno hacia otro, deteniéndose á unos dos metros de distancia; Re-Nié amagó un golpe y Dubois atacóle con otro bajo y recto aplicado con el pie. Re-Nié esquivó este golpe, y de pronto, con un movimiento rapidísimo, abalanzóse sobre su adversario cogiéndole por el cuerpo. Dubois quiso desasirse por medio de una sacudida, pero Re-Nié apoyó su mano derecha en el vientre de aquél, comprimióle con la izquierda los músculos lumbarios y le propinó al mismo tiempo un golpe de rodilla en el muslo derecho. Vaciló el francés y al fin cayó de espaldas pesadamente, arrastrando en su caída á su contrario, á quien intentó coger por el cuello. En aquel momento decisivo, Re-Nié sujetó la mano que le amenazaba, y volviéndose rápidamente, pasó su pierna izquierda sobre el cuello de Dubois, mientras con las dos manos le aherrojaba el brazo haciendo ademán de desarticularlo. Dubois resistió un momento, pero al fin el dolor pudo más y pidió gracia, declarándose vencido.

La lucha había durado 26 segundos.

Dubois es un verdadero atleta; Re-Nié es indudablemente mucho menos robusto que su adversario.

El prefecto de policía de París, M. Lepine, comprendiendo las ventajas que el conocimiento del *jiu-jitsú* podría proporcionar á sus agentes para luchar con los malhechores, especialmente con los conocidos con el nombre de *apaches*, que no se recatan de cometer sus atracos en pleno día y en el centro de la capital, ha escogido á seis de ellos y los ha puesto bajo la dirección del citado Re-Nié para que les instruya en el terrible ejercicio. Las fotografías que en esta página reproducimos representan dos de los más importantes golpes que los agentes ensayan en la persona de su profesor.—S.



EL JIU-JITSÚ EN PARÍS. – El profesor Re-Nié dando lecciones de jiu-jitsú á varios agentes de policía. Un *udi-shi-ghi* (en el suelo) aplicado por un agente á Re-Nié. (De fotografía de A. Rol y C.ª)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

DON QUIJOTE EN AMÉRICA, ó sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de la Mancha, por *Tulio Febres Cordero*. – Un tomo impreso en Mérida (Venezuela), en la tipografía de «El Lápiz.»

ELS MEUS EX-LIBRIS Y SA DESCRIPCIO FILOSÓFICA, por *J. Pana y Dorca*. – Carta abierta á José Triadó y Miquel. Folleto impreso en Barcelona, en la imprenta de Fidel Giró. Precio 50 céntimos.

LA FARSA SOCIAL, comedia en cuatro actos y en prosa, y ALMA POR ALMA, comedia en un acto y en verso, por *Práxedes Diego Altuna*. – Forman un tomo impreso en San Sebastián, en la imprenta y encuadernación de Francisco Jornet.

MECÁNICA APLICADA. – Obra escrita por J. A. Bocquet para las Escuelas de Artes y Oficios y para los Cursos técnicos de obreros y jefes de taller, vertida al español por el Dr. D. Eduardo Fontseré. Un tomo con numerosos grabados, editado por Gustavo Gili, de Barcelona. Precio, 7 pesetas en rústica y 8 encuadernado.



BRUSELAS. – ARCO DE TRIUNFO RECIENTEMENTE INAUGURADO EN CONMEMORACIÓN DEL 75.º ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA DE BÉLGICA. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

DICCIONARIO SALVAT. – Se han publicado los cuadernos 21 á 28 de este diccionario enciclopédico popular ilustrado, que alcanzan hasta la palabra *Azacán*.

ANTES Y HOY, por *Samuel A. Lillo*. – Poema leído en la Universidad de Chile en la inauguración de los Cursos de Repetición. Folleto impreso en Santiago de Chile, en la imprenta Cervantes.

BASTIDES Y PEDRUSCALL, por *J. Plana y Dorca*. – Un tomo de más de 200 páginas conteniendo una colección de poesías, impreso en la tipografía de Fidel Giró, de esta ciudad. Véndese al precio de 2 pesetas cada ejemplar.

DISCURSOS DE JACINTO VERDAGUER. – Un tomo de 120 páginas que forma parte de la colección que publica la tipografía de «L'Avenç,» con un prólogo de Juan Maragall. Véndese al precio de 2 pesetas cada ejemplar.

EL CANARIO, por *Antonio Recasens*. – Un tomo con un extenso estudio de esta ave, acerca de su origen, cría, higiene, cruzamientos, etc., publicado por el editor de esta ciudad Francisco Puig. Véndese al precio de una peseta cada ejemplar.

CONCEPTO REAL DEL ARTE EN LA LITERATURA, por *Ubaldo Romero Quiñones*. – Un tomo de 128 páginas, impreso en Madrid en la tipografía de Ricardo Fé. Véndese al precio de 1'50 peseta cada ejemplar.

PEQUEÑOS ENSAYOS, por *Carlos Rahola*. – Un tomo conteniendo una serie de producciones en prosa, precedidas de un prólogo de *Arturo Vinardell*. – Impreso en Gerona, en la tipografía Rahola. Véndese al precio de una peseta cada ejemplar.

EL ARANCEL, LOS TRATADOS Y LA PRODUCCIÓN, por *Guillermo Graell*. – Un tomo, conteniendo un notable estudio acerca de los importantes temas enunciados, impreso en esta ciudad, en la tipografía de la viuda de Domingo Casanovas.

ENCICLOPEDIA PRÁCTICA DE LA FAMILIA, por *R. M. del Campo*. – Colección de recetas de cocina española y francesa. – Un tomo publicado por el editor Manero. Véndese al precio de 0'50 peseta cada ejemplar.

HISTORIA DE AMÉRICA, por *M. Serrano y Sanz*. – Un tomo profusamente ilustrado, que forma parte de la serie de Manuales que publica el editor Juan Gili, de Barcelona. Precio 3'50 pesetas cada ejemplar encuadernado.

CATÁLOGO DE LA SECCIÓN DE TAPICES RELIGIOSOS DE PABLO Mª BERTRÁN TINTORÉ. – Album conteniendo las reproducciones de tapices, cuadros y frescos, pintados por este distinguido artista. Impreso en la tipografía de Luis Tasso.



Paris. – La fiesta de la Mutualidad. Banquete monstruo de 50.000 cubiertos, celebrado en la Galería de Máquinas en honor de M. Loubet
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

El día 5 de los corrientes celebróse en París la gran fiesta de la Federación Nacional de Sociedades de Socorros Mutuos que comprende 23.000 sociedades y cuatro millones de asociados. Después de una sesión solemne que tuvo lugar en el Trocadero y en la cual el presidente de la República, M. Loubet, «el primer mutualista de Francia,» como á sí mismo se llama, pronunció un hermoso discurso ensalzando los beneficios de la mutualidad, efectuóse en el Palacio de Máquinas el banquete monstruo organizado por el diario parisiense *Le Matin*, y en el que tomaron parte 50.000 personas distribuídas en 1.000 mesas. A las doce y media llegó M. Loubet, siendo recibido á los acordes de la *Marsellesa* y por las aclamaciones de los asistentes, que se repitieron cuando se retiró después de haber saludado á los que formaban la mesa de honor y de haber bebido una copa de champagne.

En seguida comenzó el banquete, á cuyo final se pronunciaron varios elocuentes brindis.

La fotografía que reproducimos da perfecta idea de esta fiesta pantagruélica, la más grandiosa de cuantas hasta el presente se han celebrado.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIV — Barcelona 27 de noviembre de 1905 — Núm. 1.248



LA VENTANA DE LA CÁRCEL, cuadro de John Phillip. (Museo Nacional de Londres.)

ADVERTENCIA

En el próximo número reproduciremos cuatro de los notables cuadros que tiene expuestos actualmente en el Salón Parés el celebrado pintor Laureano Barrau.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

D. Benito Pérez Galdós tiene, y con razón, muchos admiradores: sus novelas forman ya una nutrida biblioteca, y desde que le ha tomado el gusto al teatro, no pasa año sin que dé al público una ó dos comedias. *Amor y ciencia* se titula la última que acaba de estrenar. Los admiradores de que dejo hecha mención, incondicionales y fanáticos, se hacían lenguas de la obra. «Es una maravilla—decían.—No se ha escrito comedia mejor.» «*Amor y ciencia*—añadían—es el modelo perfecto de la nueva dramática, la comedia del porvenir.»

Estos y otros semejantes ditirambos se entonaban en los pasillos del teatro de la calle del Príncipe momentos antes de comenzarse la representación de la obra galdosiana. Sonaron los timbres y acudió cada cual de los espectadores á ocupar su puesto. Con verdad he de decir que á medida que se sucedían las escenas iban disminuyendo y disipándose las esperanzas que me habían hecho concebir aquellos desmesurados elogios. Cuando acabó la representación, las impresiones que yo saqué de ella fueron las mismas que experimentó la mayor parte del público: desencanto, desilusión, fatiga. Los personajes me parecieron faltos de humanidad, muñecos que se movían, no por el resorte de sus propios sentimientos y pasiones, sino por la voluntad caprichosa del autor. Se oía viéndolos agitarse en escena, según la frase de Amiel, ruido de cuerdas y poleas. La acción lánguida y sin interés no logró un punto siquiera apoderarse de mi corazón, y si á veces despertaba en mí alguna curiosidad é interés, eran semejantes á los que nos produce una charada.

***

El pensamiento de la obra se adivina ya por el título, *Amor y ciencia*. La ciencia, la cultura, la instrucción, son las únicas deidades que podrán levantarnos de la postración en que vivimos, y el amor, la piedad, el altruismo, nos ofrecerán solución armónica para todos los conflictos, aun para aquellos que ahora nos parecen más difíciles de desatar que el propio nudo Gordiano.

Estas ideas no son nuevas; todos los cristianos las profesan, y si no siempre las cumplen, no es por ignorarlas, sino por la flaqueza humana que tantas veces se deja arrastrar por las pasiones: ya hace muchos siglos que se dijo aquello de «Conozco el bien y practico el mal.» Pero aunque las predicaciones de Galdós no tengan novedad, son bien intencionadas y no deben escatimárseles los aplausos. Representan además una rectificación muy digna de tenerse en cuenta. Poco ha el ilustre novelista predicaba en *Electra* la quema de los conventos, cosa que á la verdad no está muy en armonía con las ideas de amor y tolerancia que actualmente predica. Ahora cree que todo lo pueden la ciencia y el amor. Felicitémonos de esta evolución del maestro.

Lo que más se ha elogiado en la obra de Galdós por los susodichos incondicionales es lo que en ella hay de simbólico. El toque por lo visto de la dramática novísima, de la cual es profeta Galdós, consiste en no decir las cosas por derecho, sino por medios indirectos. La claridad, que hasta ahora se consideraba como condición esencial de la obra literaria, es mirada por algunos como cosa vulgar propia de escritores de poco pelo. Hay que escribir obras con clave, charadas representables, á fin de que el público se dé el gustazo de adivinarlas ó de quedarse en ayunas si no acierta á descifrarlas. *Qui potest capere capiat.*

Por mi parte he de decir que el simbolismo *á priori* me parece pueril y pretencioso, salvo en aquellos casos en que el autor lo emplee para explicar aquello que es de comprensión difícil. Los autos sacramentales eran simbólicos por la necesidad que el autor tenía de hacer asequibles al vulgo los obscuros dogmas del catolicismo. Pero ¿qué necesidad tiene un escritor como Galdós, que se dirige á un público culto, de buscar formas indirectas para decirle, como en *Amor y ciencia*, que si quiere alcanzar esa regeneración que todos ansiamos, le es menester instruirse, elevar el nivel de la educación femenina y amar al prójimo como á sí mismo. ¿No es verdad que para este viaje no se necesitan símbolos?

El símbolo artístico, el verdaderamente grande y hermoso, es casi siempre un resultado, no un propósito. Cuando un gran escritor acierta á encerrar en un personaje todos los elementos que constituyen una pasión humana, un sentimiento colectivo ó las cualidades características de una raza, de una clase social ó de toda la humanidad, el personaje por él creado resulta un verdadero símbolo, el signo expresivo de una concepción sintética. Cuando Fernando de Rojas escribió su famosa *Celestina*, no pensó siquiera en simbolismos, y sin embargo, hoy la figura de aquella mala mujer es un verdadero símbolo, como Otelo lo es de los celos, Harpagón de la avaricia y Segismundo del hombre.

***

La parte simbólica de la comedia de Galdós es lo que menos agradó al público: en arte, para gustar de una cosa es preciso ante todo entenderla. Solamente el snobismo pretencioso finge deleitarse con lo que no comprende.

Es el caso del famoso *Retablo de las maravillas*.

Quizás alguno de mis lectores no conozca el pasillo que con aquel título escribió Miguel de Cervantes. Para el que no lo recuerde, allá va en breves palabras su argumento. Cierto titiritero hambriento llamado Chanfalla llega á un pueblo, y para sacar algún dinero con que matar el hambre, idea la ingeniosa traza de dar una función enseñando un retablo que no existe. Convocado y reunido el público, el bueno de Chanfalla le enjareta este discurso: «Por las maravillosas cosas que en él se enseñan y muestran viene á ser llamado retablo de las maravillas, el cual fabricó el sabio Tontonelo, debajo de tales paralelos, rumbos, astros y estrellas, con tales puntos, caracteres y observaciones, que ninguno pueda ver las cosas que en él se muestran que tenga alguna raza de confeso ó no sea habido de legítimo matrimonio; y el que fuere contagiado de estas dos tan usadas enfermedades, despídase de ver las cosas jamás vistas ni oídas de mi retablo.»

Después de tan elocuente arenga, el bueno de Chanfalla empieza á describir mil inventadas maravillas de su imaginario retablo, y el concurso, aunque nada ve ni entiende, se finge absorto ante el supuesto espectáculo á fin de que sus convecinos no le tomen por judío ó mal nacido...

Ahora hay también muchos que por no pasar por poco avisados, fíngense absortos ante los simbolismos que no entienden del retablo de las maravillas.

***

Las compañías francesas, como Hernán Cortés, según el *Barón de la Castaña*, cuando vienen á Madrid, ya se sabe, cuatro palitos y á casa. Esta vez no han sido cuatro, sino tres palitos. Los cómicos franceses que recientemente nos han visitado, y entre los cuales brillaba como estrella de primera magnitud Susana Després, han llevado á la sala del teatro de la Princesa lo más escogido de la sociedad madrileña.

La actriz francesa ha sido con justicia muy aplaudida. Su asombrosa naturalidad, su arte para expresar lo mismo las pasiones violentas y arrebatadas que los más delicados matices del sentimiento, su gesto, las inflexiones de su voz, todo merece entusiastas elogios é incondicionales alabanzas. Tres obras han sido representadas por la compañía francesa y en cada una de ellas Susana Després nos ha dado á conocer una fase de su talento. La excelente actriz sabe variar de personalidad como se varía de vestido. En *Les remplaçantes* es una verdadera campesina; mujer, aunque honrada, de modales desenvueltos, propios del mundo equívoco en que vive siempre en *Le Detour*, y muchacha inteligente, grave y formal en *La Massiere.*

De las tres obras citadas, la que tiene mayor trascendencia social es la primera. Para Brieux, como lo ha demostrado en *La Robe rouge*, comedia premiada por la Academia Francesa, y en *Les Avariés*, prohibida hasta poco ha por la censura, el teatro es algo así como catedra de Ateneo en que el autor explica sus teorías con el auxilio de la representación escénica, como otros conferenciantes se valen para hacer más inteligibles sus relatos del aparato de proyecciones.

Les remplaçantes es en rigor una conferencia representada en contra de la mala costumbre que tienen las mujeres de las altas clases sociales de no criar á sus hijos. Brieux expone en forma que no deja de interesarnos y que algunas veces nos emociona, las graves consecuencias que así en el orden físico como en la familia y en la sociedad se originan de esa mala costumbre.

La protagonista de *Les remplaçantes* es una aldeana que por imposición de los suyos, labriegos codiciosos, deja á su marido y abandona á su hijo para ser nodriza en París. Al volver á su casa encuentra poco menos que destruído su hogar. Por fortuna, Lazarette, que este es el nombre de la nodriza, logra con su energía rehacer, por decirlo así, su casa y su felicidad conyugal. La obra concluye en comedia apacible, aunque amenazaba convertirse en tragedia sombría.

Tan sencillo argumento da ocasión á Brieux para exponer sus sanas teorías acerca de la lactancia de los niños. De desear es que tan excelentes consejos, oídos la otra noche por las más distinguidas damas de Madrid, no hayan caído en saco roto.

***

Le Detour, de Henry Bernstein, tiene escasa novedad. El pensamiento de la obra es un corolario de aquella tan repetida sentencia: «Las cosas caen del lado á que se inclinan.» Jacqueline es una muchacha buena, formal y honrada, pero que ha tenido la desgracia de nacer en un medio corrompido y vicioso, y la grandísima desventura de tener por madre una mujer de costumbres más que ligeras. La virtuosa joven, en vez de seguir los malos ejemplos que tiene constantemente ante sus ojos, se casa como Dios manda y se va á vivir con los padres de su marido á una provincia.

Jacqueline es buena esposa; sujeta á sus suegros, procede en todos sus actos con austera corrección; pero la fama de su madre y los años que la joven hubo de pasar entre gentes de equivocada conducta, son causa de que los burgueses de Cherburgo y hasta las mismas personas de su familia la miren con menosprecio. Contra aquellos desvíos é injustas prevenciones se rebela el alma independiente de Jacqueline y logra vivir con su marido en otra casa que la de los padres de él. A pesar de esta separación, no encuentra Jacqueline la paz que buscaba. Su esposo, influído por las preocupaciones de su familia, acaba por echar en cara á su mujer su origen y por prohibirle toda relación con su madre. Jacqueline entonces huye de la casa de su esposo y se lanza en compañía de un antiguo amigo, emprendiendo el mismo camino que ha seguido su madre.

***

Más delicada y de más valor artístico que *Le Detour* es la linda comedia de Julio Lemaitre titulada *La Massière.* Pinta en ella el autor las ansias, las tristezas é irrealizables deseos de un amor senil sentido en el otoño de la vida, no de un amor bajo y vergonzoso, sino casto y limpio de toda sensualidad. La pasión de Marése recuerda la de D. Diego de *El sí de la niñas.*

El personaje de Lemaitre comprende á tiempo que debe renunciar á su pasión, que la vejez debe ceder el paso á la juventud y que es en vano ir contra las leyes de la vida.

***

Las otras novedades dignas de notarse que nos han ofrecido los teatros de Madrid han sido, en el Español, *La loca*, y en la Princesa, *Rafael*, obras ambas de principiantes en las que el Sr. Ruiz de Grijalva y el Sr. Pardo han mostrado aptitudes muy estimables para el cultivo de la literatura dramática, aptitudes que quizás den algún día sazonados frutos.

Zeda.



LOS DOS MAESTROS

No podían más. Como Jesús en aquel terrible camino del Calvario, iban á caer jadeantes bajo la pesadumbre de su respectiva cruz. Ambos pertenecían á esa inmensa falange de los desheredados de la tierra forzados á ganarse el sustento antes de tiempo, que con el sentimiento del deber en el corazón comienzan en edad temprana á subir la cuesta de la vida, seguros de que si la remontan no hallarán en su cumbre sino la continuación de la escarpada pendiente, y en modo alguno esa cima paradisíaca de los felices, en que se gozan los años de reposo de toda obra dichosamente terminada y que preceden al principio del descenso hacia la muerte.

Ella vivía con su madre viuda y anciana y tenía un colegio de niñas, doce ó catorce criaturas entre los cuatro y ocho años, que congregaba como una pollada en torno suyo en aquel piso segundo, el más humilde de la calle y del barrio. Pero la apartada zona servía de albergue á muchos hijos del trabajo, empleados de mísero sueldo en su mayoría, que á duras penas podían pagar su mensualidad á la maestra, y por modo tal la docena larga de sus discípulas no significaba para la infeliz sino el alquiler del tugurio, convertido por irrisiones de la suerte en sagrado recinto de una ciencia embrionaria. ¡No importa! Los espíritus fuertes se confortan en su misma bondad. La madre aprovechaba los últimos rayos de sus ojos en coser para una tienda, tarea ímproba en que la ayudaba en sus ratos libres su hija, y apoyándose así una en otra flaqueza, veíasela á ésta siempre triste, pero siempre conforme, llevando sus muchachitas de dos en dos á confesar ó á paseo. Nada más sombrío, pero nada más interesante, que el rosario de colegialas pobremente vestidas á que servía de melancólico broche la dulce maestrita con su adivi nada resignación continua.

No muy lejos, enfrente, en otro piso igualmente miserable é igualmente elevado á la categoría de aula de santa educación, repercutía la desgracia del colegio de niñas por esa ley divina que para animar á los que lloran con un eco de los propios dolores los pone en contacto con los ajenos. La afinidad del sufrimiento es una fuerza mutua. Y allí, en aquel cuarto separado por la estrechura de la calle, se desarrollaba el mismo drama ignorado é íntimo de que eran protagonistas un pobre viejo inválido y un hijo suyo, consagrado á velar por sus últimos días entre un par de docenas de chicuelos, agrupados bajo el pomposo nombre de colegio, muchos de ellos hermanos de las discípulas de la maestrita y que como ellas pagaban con normalizado retraso por la misma escasez. Y también veían las porteras al joven presidiendo con la inusitada gravedad de la juventud cargada de deberes á la turbulenta región de los rapaces que iba á la iglesia ó á tomar el sol.

Como no podía menos de suceder, los dos grupos llegaron á encontrarse más de una vez, y la misma simpatía que saltó como sucesión de relámpagos de unos á otros ojos infantiles, fué á encontrarse respectivamente en las miradas de los mártires que conducían los inocentes rebaños. Y allí estaba el corazón joven, que es el corazón siempre y que no pierde su ternura en medio del dolor, que no es después de todo sino una ternura suprema. El amor mutuo brotó espontáneo entre la maestra y el maestro, y brotó con más irresistible fuerza por lo mismo que aquellos dos corazones labrados en el hermoso mármol de la escasez, en la carencia de cuanto embellece la aurora de la vida, carecían de esa válvula de expansión por donde se desahoga el pecho cuando la mente empieza á soñar. Las cosas precipitáronse entonces por una pendiente rápida con ímpetu arrollador, con la velocidad con que la necesidad las arrastra; pusiéronse al habla ambos pedagogos de una manera sencilla, sin pretextos, cambiando la palabra con cualquier motivo, una tarde en que niñas y rapaces acudieron casualmente á igual sitio y se entremezclaron en sus juegos, mientras los maestros, sentados en el único banco de la avenida, se confiaban los méritos de sus discípulos predilectos; impúsose como consecuencia obligada, después, la visita; el valetudinario y la anciana, atraídos por la común edad y el común padecimiento, fusionaron sus amarguras en una sola efusión, contribuyendo sin saberlo al estrechamiento de las distancias, y un día, las comadres de la calle hallaron tela cortada á su lengua con un notición sensacional: el de que la maestra y el maestro se casaban.

Claro es que la nueva se comentó desfavorablemente entre desaforados manotones. Ninguno de los dos prometidos tenía bastante para sí con lo que cada cual ganaba, y olvidados de toda prudencia, iban á reforzar su miseria uniéndose en matrimonio. Era lo mismo que casarse el hambre con las ganas de comer, según decían en su pintoresco lenguaje las elocuentes comadres del barrio. En la vida de Dios, afirmaba el honrado gremio de porteras, se había visto desatino más grande.

Se casaban, sí, y se casaban, aparte del amor mutuamente brotado en ambos de su juventud, de su idéntica simpatía, por la misma causa que el sagrado coro de mujeres calificaba de supremo desatino: por su pobreza. Ella tenía por única ayuda para subir la pedregosa pendiente una anciana; él contaba por único sostén para trepar por la suya con un inválido: dos debilidades, dos llamas de fuego fatuo, sin calor, que poco ó ningún aliento podían prestarles, y cada cual se sentía atraído hacia abajo, hacia el abismo, por una mano de hierro que tiraba implacable. Su respectiva cruz pesábales de tal modo, que, quizás sin advertirlo, cada uno iba á buscar en el otro la fuerza que sentía huir de sí. Vivían resignados, conformes, bien avenidos con su pobreza, sin quejarse, pero adivinaban en la existencia común una ensenada tranquila al abrigo de las tempestades. Y hasta ¡quién sabe! Juntos, enlazados, unidas sus dos voluntades, acaso la prosperidad, una prosperidad siempre humilde representada por la satisfacción de sus necesidades, llamara un día á su puerta. Aunque se contentaran con el pedazo de pan del trabajo, no hay duda de que ese pedazo sabe mejor cuando se oye una palabra querida que anima á comerlo. La soledad es triste, enervante, corroe el espíritu, mientras que la compañía apetecida pone en fuga á la desesperación y no deja penetrar en el alma el aburrimiento.

Y se casaron, sí, con asistencia de las supradichas comadres, que «lo veían y no lo creían.» En medio de sus apuros pecuniarios, ella pudo ahorrar peseta á peseta para comprarse un vestidillo negro, teniendo, sin embargo, que pedir algo á préstamo á su habilitado, y él á su vez, gracias á una lección particular llovida de improviso, también se agenció su levita de las más baratas en un bazar de ropas hechas, y un día aparecieron camino de la iglesia, humildes, tímidos, tristes siempre, con la tristeza involuntaria que la miseria estampa en el semblante, pero con la satisfacción en la mirada.

¡Ea! El disparate estaba consumado. Se ahorcaron, dijeron las euménides lenguaraces viendo á la boda dejar el templo y entrar en el café á tomar el modesto chocolate, único agasajo extraordinario que se permitieron. Ahora todo irá bien al principio, comentó el coro. Los trapitos nuevos, el entusiasmo de la luna de miel, los cuatro obsequios de los chicos; pero dentro de tres meses, con lo caro que está *too*... Mientras, los novios, cerrados los ojos por un instante á la realidad de las cosas, advertían con íntimo y honrado regocijo que no se habían equivocado, que se sentían como aliviados del peso de su respectiva cruz. Es probable que hasta ellos llegara la crítica del barrio, pero ó la despreciaron ó no la entendieron.

Y lo malo era que las honradas charlatanas de la vecindad parecían tener razón. Sabido es el aforismo antiguo: *Vox populi, vox Dei*. Desalojado el piso contiguo al colegio de niñas, trasladóse á él el de niños, y así el matrimonio, instalado en el primero, tenía ambos á su alcance dentro de la conveniente separación. Pronto aumentaron las contrariedades. Discípulos que se fueron, enfermedades. Continuaron los empeños, y la miseria llegó á amenazarles tan reciamente, que se creyó imposible que pudieran sobrellevarla. ¡Pues deje usted que tengan un chico!, decían las porteras. Y el hijo no tardó en presentarse como nuncio del desenlace del drama.

Ha sido un niño, un varón. Dios ha bendecido doblemente este primer fruto de su amor honrado. Toda la ternura de los padres se desborda cuando le ven, y se quitan la vez para besarle. En seguida los proyectos, los planes para el porvenir, la esperanza que no razona nunca, porque por algo es esperanza, saltando de su pecho. ¿Quién se acuerda ya de miserias y de escaseces? ¿Quién piensa en las negruras de su situación pecuniaria? Ella le formará el corazón, él el entendimiento, será su predilecto discípulo y trabajarán más y trabajarán hasta matarse para criarle, y Dios les ayudará...

¡Ah, comadres del barrio, cómo os equivocabais! Ese hijo es su salvación. ¡No les trae el pan, pero les trae algo mejor: la fe para seguir luchando!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Triadó.)

EL VALLE DE LAS ROSAS EN BULGARIA

Causa siempre cierta sorpresa el desarrollo industrial que en determinados sitios alcanzan ciertos cultivos; tal sucede, por ejemplo, en los alrededores de París cuando vemos, cerca de Marcoussis, campos enteros de violetas ó de fresas. Pero esta sorpresa sube de punto al recorrer el largo valle del Tundja, en Bulgaria, en el cual el viajero encuentra en una extensión de muchos kilómetros campos únicamente dedicados al cultivo de los rosales; aquel valle es el famoso «Valle de las Rosas,» de que tan orgullosos están los búlgaros.

El cultivo de las rosas no es exclusivo de Bulgaria, pues en los alrededores de Ispahán (Persia) existen inmensas extensiones de terreno destinadas al mismo; pero en Europa, Bulgaria tiene, por decirlo así, un verdadero monopolio de esas flores, y los ensayos practicados recientemente para aclimatar estas plantaciones en otros países han dado escasos resultados.

La industria de la esencia de rosas es ya antigua en Bulgaria, pues data de 180 años. Las rosas cultivadas son la rosa encarnada *(Rosa damascœna)* y la rosa blanca *(Rosa alba)*.

Cuando se visita aquel país en otoño, el cuadro que ofrece al forastero no tiene nada de pintoresco: las plantas de los rosales están alineadas como las cepas de las viñas, con intervalos que se labran con el arado. El aspecto de aquellos delgados y altos arbustos pobres en hojas, más bien sorprende que seduce; pero en la primavera el espectáculo cambia y la magia empieza; entonces toda la región aparece como un jardín inmenso de flores encarnadas y blancas, que exhalan un aroma penetrante. En ese tiempo, un lujo que se remonta á los romanos consiste en tomar en una de las numerosas estaciones termales de Bulgaria un baño de rosas, para lo cual se echan en el agua caliente de la piscina diez ó doce kilogramos de rosas cuyos pétalos se esparcen por el agua, agrupándose luego en guirnaldas y embalsamando el aire.



Descanso, cuadro de Ernesto Bischoff-Culm

Cuando llega la época oportuna, es decir, desde el 15 de mayo al 15 de junio, procédese á la recolección, que se efectúa con precauciones especiales, pues si se quiere que las flores conserven todo su perfume, es necesario escoger el momento exacto de la madurez por esto, la recolección, que realizan mujeres y muchachas, ha de llevarse á cabo preferentemente antes de la salida del sol ó por lo menos antes de que el calor del día sea demasiado intenso.

Una vez cogidas las rosas, procédese á su destilación en los aparatos más rudimentarios; cada propietario de rosales tiene su alambique y destila sus flores. Esta destilación se hace en dos veces; la primera produce el agua de rosas, la segunda la esencia de rosas.

La superficie cultivada de rosales subió de 4.844 hectáreas en 1896 á 5.960 en 1903; la hectárea de rosales cuesta por término medio de 2.000 á 2.500 francos, y cada hectárea puede produciren un buen año 3.000 kilogramos de rosas, que producen un kilogramo de esencia. Afortunadamente un kilogramo de esencia vale, cuando se exporta, de 800 á 1.000 francos, de suerte que á pesar de las comisiones de los intermediarios y de los gastos de cultivo, le queda al labrador, cuando la cosecha ha sido buena, un considerable beneficio.

La exportación de esencia de rosas de Bulgaria ascendió en 1900 á 5.346 kilogramos, de los que fueron á Francia 1.548, á Inglaterra 1.174, á Turquía 886, á los Estados Unidos 849, á Alemania 568, etcétera.



Nocturno, cuadro de Pío Collivadino

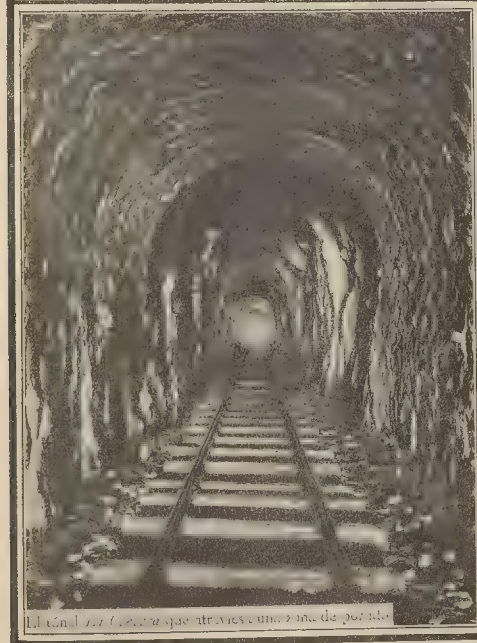
Dado el precio enorme de esta substancia, fácilmente se comprenderá que no todo lo que se vende como esencia de rosas se ha obtenido realmente por la destilación de estas flores. En esto, como en todo, la falsificación tiene ancho campo, utilizando especialmente la esencia de geranio. Por esto en Bulgaria, en donde se considera punto de honra conservar la reputación de la esencia producida, está formal y severamente prohibida la introducción de aquella substancia falsificadora, procedente en especial de Turquía.—L. de L.

MINAS DE CALA (PROVINCIA DE HUELVA)

NUEVO FERROCARRIL DE CALA Á SAN JUAN DE AZNALFARACHE


Una de las «Cortas» de las minas


Trinchera de *La Tallisca de las Palomas*, la más peligrosa de la línea


El túnel *La Cervera* que atraviesa una zona de pórfido


Viaducto *Del Madero* construído sobre el barranco del mismo nombre

A la amabilidad de D. Pedro Garrido debemos las fotografías que en esta página reproducimos, del fotógrafo aficionado de Huelva D. Diego C. Sánchez, y los datos que á continuación exponemos. Por tratarse de una obra pública de grande importancia, creemos que unas y otros han de ser vistas y leídos con agrado por los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Las obras del ferrocarril de Cala á San Juan de Aznalfarache, inaugurado solemnemente en la segunda quincena del mes de agosto último, comenzaron en el año 1901.

La Sociedad propietaria de estas minas acordó la construcción de este ramal después de oir los consejos del presidente de dicha Sociedad Excmo. señor conde de Rodas. El ferrocarril es una obra de grandísima importancia para España, en que los medios de comunicación no son fáciles, y muy especialmente para la región andaluza, que hoy cuenta con este ferrocarril que pone en comunicación muchos pueblos que no lo estaban con el resto de Andalucía y sobre todo con Sevilla, centro de contratación de aquella comarca.

Las obras se han llevado á cabo con gran lujo, ocupándose en ellas multitud de obreros pagados espléndidamente. El material de tracción es magnífico y el servicio de muelle en San Juan de Aznalfarache es una maravilla.

La línea tiene 115 kilómetros, ocho puentes, tres viaductos y siete túneles, siendo el más importante el llamado de *La Cervera*, que tiene 387 metros de longitud y atraviesa una zona durísima de pórfido.

Uno de los sitios más pintorescos á la vez que peligroso de la línea es la trinchera de *La Tallisca de las Palomas*.

El viaducto más importante es el *Del Madero*, construído sobre el barranco del mismo nombre, con tramo metálico y de 20 metros de luz.

Entre las distintas *cortas* de las minas merece especial mención la que reproduce una de nuestras fotografías, donde se ven perfectamente las crestas del mineral (pirita de hierro) que están en la superficie. El mineral se baja desde lo alto de la sierra á los cargaderos y depósitos por medio de un plano inclinado.

En las minas hay fundición y un aparato magnético repartidor de mineral, obra del director de las minas Sr. Edison.

El ferrocarril termina en San Juan de Aznalfarache con un embarcadero y viaducto de cemento armado, obra del ingeniero Sr. Zafra, y cuyas pruebas se verificaron con gran éxito.

La línea atraviesa una extensa zona que estaba desprovista de medios fáciles de comunicación, y en la que están enclavados muchos é importantes pueblos, entre los cuales citaremos San Juan de Aznalfarache, Santiponce, Guillena, Ronquillo, Zufre y Cala.

Han dirigido las obras del ferrocarril los ingenieros españoles D. Antonio Hernández, D. Eusebio Rojas, D. Antonio Buitrago, D. Manuel Rodríguez, D. Juan M. de Zafra y D. Angel Azqueta.

GARRIDO.

VELADA LITERARIO-MUSICAL

ORGANIZADA POR LA «ASOCIACIÓN ESPAÑOLA EN FAVOR DE LOS CIEGOS»

En la tarde del domingo 19 de los corrientes celebróse en el domicilio social de la «Asociación de Católicos» una fiesta por demás simpática, una velada literario-musical organizada por la «Asociación española en favor de los ciegos,» cuya benéfica acción en pro de estos desgraciados es digna de las mayores alabanzas.

Ocupaba la testera del salón una hermosa imagen de Santa Lucía, patrona de los ciegos: á la derecha de ésta sentábanse el ilustrísimo señor obispo auxiliar de esta diócesis Dr. Cortés; el Rdo. Dr. Terrades; el magistrado Sr. Blasco, en representación del presidente de esta Audiencia, y D. Alvaro M.ª Camín y López, individuo de la Junta de Caballeros; y á la izquierda, el presidente de la Diputación Provincial Sr. Sostres y Rey; la señora baronesa de Salillas, en representación de la Junta de Señoras; D. Ramón Albó, en la del alcalde de Barcelona, y D. Heriberto Pons y Arola, vicesecretario de la Junta de Caballeros.

Después de leída por el Sr. Pons la memoria reglamentaria en que se reseñan los trabajos realizados por la Asociación, comenzó la velada, cuya parte musical estuvo á cargo de los profesores de la Asociación D. Félix de Santos, D. Ramón Domínguez, D. Carlos Jousseaux y D. Baldomero Zapater, todos ellos ciegos, los cuales ejecutaron en distintos instrumentos escogidas piezas con tal pulcritud, que entusiasmaron al público. El Sr. Suriñach Senties y la señorita doña Mercedes Domínguez leyeron, el primero un trabajo en prosa y la segunda una poesía, que fueron muy aplaudidos; también lo fué una poesía del ciego D. Gonzalo Bartual, que leyó un niño privado de la vista.

Terminada esta parte, D. Ramón Albó dió lectura á un notable discurso encareciendo la importancia de la Asociación y exponiendo curiosísimos datos sobre algunas asociaciones análogas extranjeras y sobre los trabajos que en varios países ejecutan los ciegos.

D. Ramón Domínguez, director de *La Literatura,* único periódico impreso en relieve por el sistema Braille que se publica en España, presentó varios objetos fabricados por ciegos, como coronas fúnebres, ropas, cepillos, redes para la compra, zapatos de niños, tijeras, cuchillos, taburetes, esterillas, alfombrillas, etc.

D. Alvaro M.ª de Camín pronunció un elocuente discurso de gracias, agradeciendo á los presentes su asistencia al acto y congratulándose de que las autoridades apoyen tan simpática obra.

Terminó la fiesta con una corta y sentida peroración del Dr. Cortés, felicitando á los asociados, excitándoles á que prosigan interesándose en favor de los ciegos y añadiendo que la Iglesia les apoyaría por tratarse de una obra tan meritoria.—X.



BARCELONA. – Sesión celebrada por la «Asociación española en favor de los ciegos» en el domicilio social de la «Asociación de Católicos» el día 19 de los corrientes. (De fotografía de A. Merletti.)



BARCELONA. – Velada organizada por la «Asociación española en favor de los ciegos.» Presentación de objetos fabricados por ciegos. (De fotografía de A. Merletti.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Á VIENA Y Á MUNICH

S. M. el rey D. Alfonso XIII ha proseguido la serie de sus viajes á las cortes extranjeras, visitando últimamente las de Austria y Baviera. De ambas visitas vamos á dar sucinta cuenta, completando así la información comenzada en el último número, en que nos ocupamos del viaje de S. M. á Alemania.

Día 13.—A las diez de la mañana llegó D. Alfonso á Viena, siendo recibido en la estación del Norte por el emperador Francisco José, los archiduques, el gobierno, la embajada española y las autoridades locales. En un magnífico coche á la gran D'Aumont dirigiéronse los dos soberanos, seguidos de un brillante cortejo, al palacio imperial, en donde se efectuó la presentación de los altos dignatarios y damas de corte y del gobierno. Terminada ésta, retiróse D. Alfonso á sus habitaciones y poco después visitó en sus respectivos palacios á los archiduques y á las archiduquesas. Asistió luego al almuerzo dado en su honor y en el del emperador en la embajada de España, después del cual tuvo lugar la recepción de la colonia española. Desde la embajada dirigióse D. Alfonso á la iglesia de los Capuchinos, visitando las tumbas de los emperadores y archiduques allí enterrados; y por la tarde recibió al cuerpo diplomático y á una comisión del regimiento de Infantería húngara, del que ha sido nombrado por el emperador coronel propietario. Por la noche celebróse el banquete de gala en una de las más suntuosas salas del palacio imperial, cambiándose al final del mismo entre los dos soberanos afectuosos discursos. Después hubo recepción palatina, y concluída ésta asistió D. Alfonso á una cena íntima en la residencia del archiduque Federico.

Día 14.—No habiendo podido efectuarse, por causa del mal tiempo, la cacería organizada en honor de D. Alfonso, dedicó el monarca la mañana á visitar la Escuela de Equitación Española, el Tesoro imperial y los museos de Pintura y de Historia Natural, y almorzó en familia con el archiduque Federico. Por la tarde visitó las caballerizas imperiales, el Colegio Teresiano y el Museo de Artes, y por la noche, después de la comida íntima con la familia imperial, asistió á la representación de gala en el Teatro de la Opera de la Corte, cuya hermosa sala ofrecía un aspecto deslumbrador. Componían el programa de la función un acto de *Lohengrin,* dos de *Lakmé* y uno del baile de espectáculo *Excelsior;* durante uno de los entreactos, los soberanos, los archiduques y sus respectivos séquitos tomaron te en el gran salón de fiestas. Después de la representación, que terminó á las diez, D. Alfonso obsequió á los archiduques, archiduquesas, dignatarios de la casa imperial y otras ilustres personalidades con una cena, concluída la cual varios notables artistas del Teatro Imperial y del Teatro Alemán ejecutaron algunas canciones y monólogos en francés y en alemán.

Día 15.—Realizóse en este día la expedición cinegética á Schlawitz (Moravia). Los expedicionarios cazaron durante todo el día, habiendo cobrado D. Alfonso 562 piezas, y á las diez de la noche regresaron á Viena.

Día 16.—Continuando suspendida la cacería de Wassendorf, D. Alfonso visitó por la mañana varios edificios, entre ellos el Ayuntamiento y el Arsenal

y almorzó con el archiduque Federico. Por la noche asistió á la comida y á la representación de gala que en su honor se dieron en el palacio de Schœbrunn: la primera se efectuó en la Gran Galería, que estaba espléndidamente adornada; la segunda, en el teatro que hay en el mismo palacio, habiéndose representado una pieza en un acto de Blumenthal, una opereta en un acto y un gran baile. Terminada la función, despidióse don Alfonso de la familia imperial, y á las diez se dirigió á la estación para tomar el tren, que un cuarto de hora después partía para Munich.

Día 17.—A las once de la mañana llegó D. Alfonso á Munich, siendo recibido en la estación por el príncipe regente, á quien acompañaba todo el elemento oficial, y por la infanta doña Paz. Después de revistar las fuerzas, que le tributaron los honores correspondientes, dirigióse á palacio, en donde saludó á la familia real. A las dos se celebró la comida íntima, concluída la cual el rey recibió al cuerpo diplomático. A las siete de la noche asistió á la función de gala que se daba en su honor en el Teatro Real; la sala ofrecía, casi es inútil decirlo, un golpe de vista magnífico; representóse *El barbero de Bagdad*, y en uno de los entreactos sirviéronse en los salones del palco regio te y helados, que también fueron servidos á todos los espectadores, así á los de las butacas como á los del paraíso. Terminada la función, D. Alfonso cenó en casa de su tía, la princesa María Teresa, hermana de S. M. la reina doña María Cristina y esposa del príncipe Luis, heredero del trono de Baviera.

Día 18.—A las nueve y media visitó el rey el Ayuntamiento, y terminada esta visita dirigióse al palacio de Nynphenburgo, residencia de su tía la infanta doña Paz, en donde pasó el resto de la mañana. A las dos de la tarde fué á la embajada española y después asistió al banquete de gala que se celebró en palacio y terminado el cual despidióse de la real familia y tomó el tren que le condujo á París.



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á VIENA.—S. M. EL REY D. ALFONSO XIII SALIENDO DEL PALACIO IMPERIAL. (De fotografía de R. Lechner.)

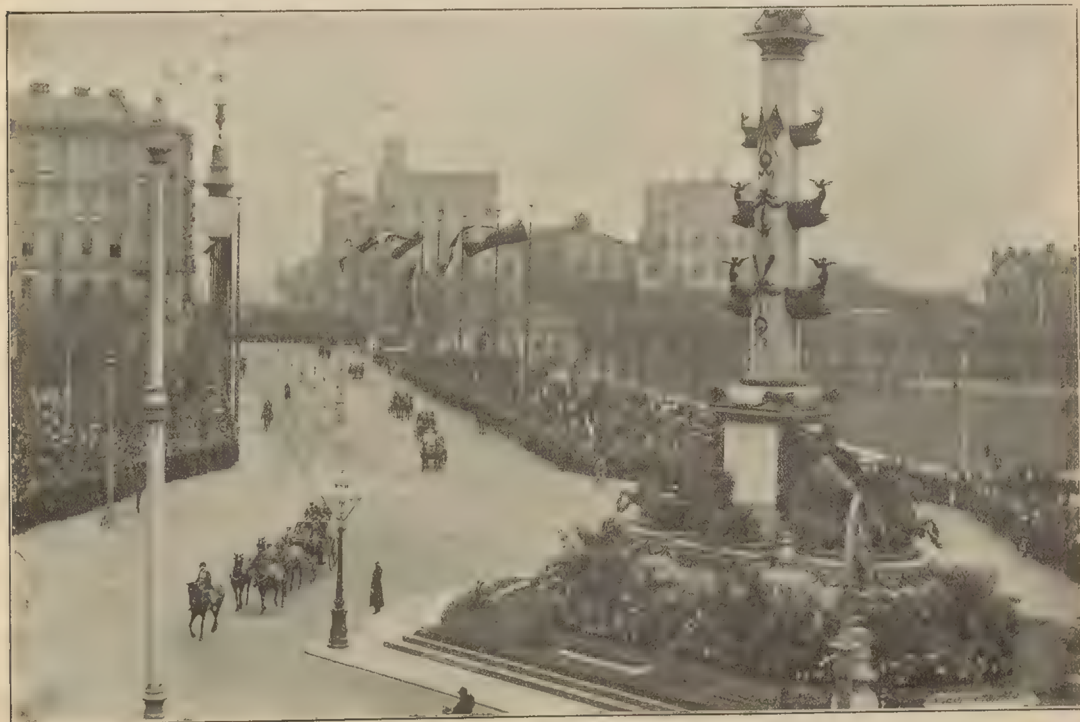
Aquí concluye el viaje oficial de S. M. el rey don Alfonso XIII; mas para completar esta información no estará de más que digamos algo de su permanencia en la capital de Francia, aunque durante la misma haya guardado el incógnito.

Día 19.—A las siete y media llegó D. Alfonso á la estación del Este; recibiéronle su tía la infanta doña Eulalia, el embajador con el personal de la embajada, representantes del presidente de la República y del gobierno y distinguidos miembros de la colonia española. Desde la estación dirigióse al hotel Bristol, en donde se hospedaba; oyó misa á las nueve en la iglesia de San Roque, visitó á M. Loubet, almorzó con la infanta doña Eulalia, dió un largo paseo en automóvil, comió en la embajada y por la noche asistió á la función del teatro de Varietés, en donde se representaba la comedia de Croisset *Le bonheur, Mesdames!*

Día 20.—Este día lo pasó D. Alfonso en Rambouillet, cazando con M. Loubet; el monarca cobró 362 piezas, entre ellas 273 faisanes. A las seis regresaron los expedicionarios á París, y el rey asistió á la comida y á la velada que en su obsequio dió el Círculo aristocrático de la calle Royale.

Día 21.—D. Alfonso visitó por la mañana la fábrica de automóviles Panhard, y cerca de mediodía llegó á la estación, donde habían acudido para despedirle los mismos personajes y las mismas representaciones que dos días antes le recibieron.

El rey llegó á Madrid á las dos y media del 22.—R.



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á VIENA.—PASO DE LA REGIA COMITIVA POR LA AVENIDA PRATERSTRASSE. (De fotografía de R. Lechner.)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Varsovia.—Gran manifestación nacional en la «Unión de los Polacos» el día 5 de los corrientes
(De fotografía de Kulevsky.)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Moscou.—Entierro del profesor Baumann, asesinado á fines de octubre
Los estudiantes forman una cadena para impedir un atentado contra el cadáver. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



Cronstadt.—Las tropas procedentes de San Petersburgo tomando posesión del Arsenal y apuntando los cañones hacia la ciudad
(Fotografía de Bulla.)



Helsingfors (Finlandia).—Proclama del comité de Salud Pública delante del Senado, restableciendo el antiguo orden de cosas
(Fotografía de A. Forsbey.)



Cronstadt.—Llegada de las tropas procedentes de San Petersburgo al día siguiente de la sublevación. (Fotografía de Bulla.)

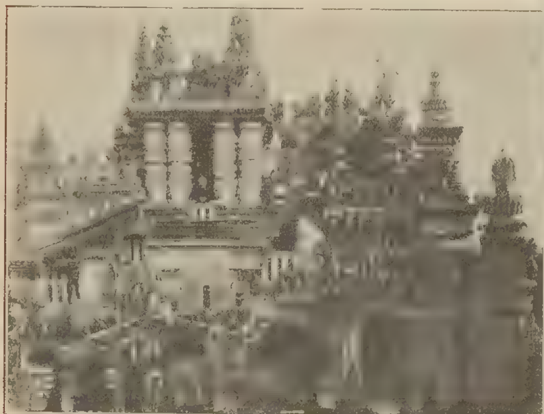
EL «PALACIO IDEAL» DE HAUTERIVE

Y SU ARQUITECTO

El «Palacio Ideal», cuyas fantásticas formas se admiran en Hauterive, departamento del Drome (Francia), es seguramente una de las cosas más extraordinarias que puedan realizarse; es una obra maestra de ingenio y de paciencia.



El cartero Cheval, autor del «Palacio Ideal» de Hauterive (Francia)



«Palacio Ideal» de Hauterive. – Fachada Norte

El «Palacio Ideal» ha sido construído pieza por pieza por un simple cartero, M. Cheval, que ha hecho á la vez de arquitecto, de escultor y de albañil. Para realizar su proyecto no pidió la colaboración ni el concurso de nadie, y hasta las piedras de su palacio las fué recogiendo él solo una por una. He aquí cómo refiere M. Cheval su historia y la de su obra.

«Hijo de aldeanos, he sido también aldeano; cartero rural durante veintinueve años, en una región en donde el mar ha dejado huellas evidentes de su permanencia, observé el territorio que en otro tiempo el mar había cubierto, y poco á poco fuí construyendo mentalmente un palacio fantástico con grutas, torres y esculturas, formando un conjunto tan pintoresco y tan bello, que su imagen quedó fija en mi memoria durante diez años.

»Pero del ensueño á la realidad hay una distancia enorme, tanto más cuanto que yo no había manejado nunca la paleta de albañil ni el cincel de escultor. En estas condiciones, mi proyecto parecíame sueño de una imaginación enferma y no me atrevía á hablar de él á nadie; pero cuando ya casi el daba al olvido, un incidente de pronto lo reavivó. Cierto día, mi pie tropezó con un obstáculo que por poco me hace caer; quise ver de cerca la piedra en que había tropezado, y habiéndola recogido del suelo, su forma extraña llamó mi atención y me movió á llevármela á mi casa y á volver al día siguiente al mismo sitio, en donde encontré otras piedras más hermosas aún que la primera. Entonces me dije: puesto que la naturaleza me ofrece las esculturas, yo seré arquitecto y albañil.

»Desde aquel momento, registré las colinas, los barrancos y los terrenos áridos y comencé á recoger mis materiales, y en mi ruta diaria de 30 kilómetros, recorrí á veces largos trayectos llevando á la espalda un peso de 30 á 40 kilogramos.

»La obra ha durado 26 años, sin un momento de descanso. En cuanto á los planos y á las figuras hube de hacer múltiples combinaciones y ensayos. Hoy, concluído ya el monumento, es para mí una gran satisfacción oir las aclamaciones de los visitantes.

»Las fachadas Este y Oeste del palacio tienen una longitud de 26 metros; las Norte y Sur, 14 y 10 respectivamente. Estas dos últimas forman la cuarta parte del edificio con una longitud media de 12 metros y una altura de 8 á 10. Entre las fachadas Este y Oeste hay una galería de 20 metros de largo por 1'50 de ancho en cuyos extremos hay una especie de catacumbas ó laberintos que contienen: la una, elefantes, osos, cascadas, conchas y animales custodiados por un pastor de las landas; y en la otra siete figuras antiguas, avestruces, flamencos y águilas.

»Hacia el mismo lado, en el centro del monumento, hay una azotea de 23 metros de largo por 8 de ancho, á la que se sube por cuatro escaleras de caracol, de las cuales arrancan otras dos que conducen, una á la torre berberisca y otra al pie de un genio que ilumina el mundo.

»En la fachada Este hay varios animales más ó menos informes á causa de los materiales duros empleados; la cascada del centro me ha costado dos años de trabajos y la pequeña gruta inmediata, tres; la gruta grande con sus tres gigantes recuerda algo las construcciones egipcias. Al pie de la torre berberisca hay un pequeño jardín aéreo con higueras, cactos, palmeras y olivos. Encima de un subterráneo, se ven varios personajes y una tumba, imitación de un sepulcro indio, adornada con temas cristianos, dos coronas de piedra, la gruta de la Virgen, los cuatro Evangelistas, un calvario con peregrinos, ángeles y un geniecillo, todo hecho con pedacitos de roca.



«Palacio Ideal» de Hauterive. – Fachada Oeste

»He necesitado siete años para construir esta parte que mide 10'50 metros de alto, por 5 de largo y 4 de ancho.

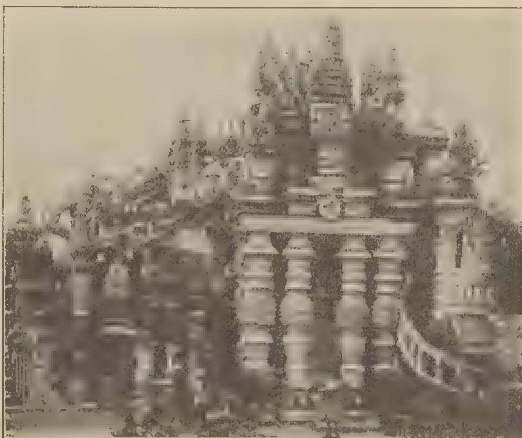
»En la fachada Oeste hay una mezquita árabe, con sus alminares y su media luna, un templo indio, un *chalet* suizo, la Casa Blanca y la Casa Cuadrada de Argel, y un castillo de la Edad media; el *chalet* suizo tiene 3 metros de alto por 2'50 de ancho; la Casa Blanca y la Casa Cuadrada de Argel, con su azotea almenada y una palmera en el centro, han sido construídas con guijarros de río, cortados en forma de cubos de mármol de diversos colores; el castillo medioeval, con sus torres almenadas, sus barbacanas y sus puentes levadizos, han sido construídos también con piedrecitas rojas encontradas en Rochetaillée.

»La construcción de las fachadas Sur y Oeste ha exigido seis años.

»Mi obra me ha costado 3.500 sacos de cal y de cemento para 1.000 metros cúbicos de obra, ó sea, unos 5 000 francos.»

Por las fotografías que reproducimos, nuestros lectores podrán formarse idea de la grandiosidad y originalidad de este «Palacio Ideal» que recuerda las grandes construcciones de la India y que revela, además de paciencia y perseverancia en su autor, un talento natural y unos conocimientos arquitectónicos instintivos superiores á todo encomio.

(Fotografías de Hutin, Trampus y C.ª)



«Palacio Ideal» de Hauterive. – Fachada Este

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Armando de Wissmann, explorador alemán del Africa ecuatorial, autor de varias importantes obras de viajes.

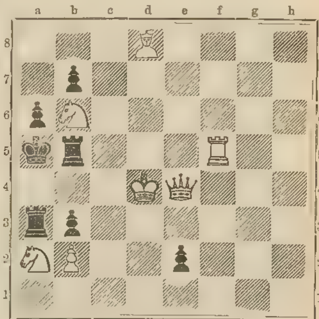
Armando Dannenberg, sabio numismático alemán, presidente de la Sociedad Numismática de Berlín, poseedor de uno de los más numerosos é importantes monetarios y autor de interesantes obras.

Dr. Riegel, historiador de arte austriaco, profesor de la Universidad de Viena y autor de varias obras sobre ornamentación, industrias artísticas y pintura.

AJEDREZ

Problema número 407, por F. W. Wynne.

Negras (7 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 406, por O. Jewetzki.

Blancas.	Negras.
1. a7–a8 (A)	1. b7–b6
2. Tb5–a5 jaque	2. b6xa5
3. Aa8–f3	3. a5–a4
4. Af3–d1	4. a4–a3
5. Tb1–b2 jaque	5. a3xb2 mate.

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

(CONCLUSIÓN)

Quesnel se volvió, no sin hacer un movimiento de impaciencia que no pasó inadvertido para su tía política, que no pareció preocuparse de él, y prosiguió:

—Me ha sorprendido mucho lo que has hecho conmigo: nunca pude esperar que la discreción de que siempre te he dado pruebas fuese recompensada con el destierro á que me condenas; porque, en fin...

—Querida tía, dijo el médico interrumpiéndola, seré muy franco, y usted me comprenderá. Así mi mujer como yo, la recibiremos á usted con gusto siempre que vaya á vernos; pero precisamente porque la queremos á usted con sinceridad, prefiero que no vivamos juntos: el trato diario produce casi siempre rozamientos y choques, insignificantes en apariencia, pero que suelen degenerar, á la larga, en serios altercados, y crea usted que sentiría que tal cosa sucediese. Evitemos, pues, lo que pueda ocasionarlo.

Al observar que la señorita Meriel no despegaba los labios, añadió con desembarazo:

—¿Sin rencor, no es eso, querida tía?

—¿Quién lo duda? Tus razones son excelentes, y no tengo más remedio que someterme á ellas, dijo la vieja algo amoscada.

Y se volvió con digno continente á la habitación de Leonardo, en tanto que su sobrino se metía en el coche.

El cura llegó con los santos óleos que había ido á buscar, y se acercó al moribundo, que parecía recobrar el conocimiento. Todo su cuerpo se estremeció ligeramente mientras el sacerdote, murmurando las oraciones litúrgicas, le administraba los últimos sacramentos. Marta, colocada junto al cura, tenía en la mano una bandeja de plata en la que éste iba dejando, uno tras otro, los copos de algodón que le habían servido para dar las unciones.

Los concurrentes se retiraron en cuanto terminó la ceremonia, quedando únicamente en la habitación del enfermo el cura, Marta y Virginia.

La respiración de Leonardo se tranquilizó algo; sus labios recobraron algún color; abrió los ojos y los fijó en Marta de una manera extraña. Ésta se inclinó sobre el moribundo, quien le hizo señas de que quería decirle algo: Marta se inclinó más y puso el oído cerca de la boca del paciente.

—Virginia, dijo Marta incorporándose, tu marido desea que nos dejes solos por un instante.

La pobre mujer se levantó automáticamente y se fué: el padre Graindorge trató de hacer lo mismo, pero Marta le detuvo, diciéndole:

—Quédese usted, padre cura.

—Incorpórenme ustedes un poco, dijo el moribundo con voz casi extinta; me ahoga la sangre.

Marta levantó la almohada con muchas precauciones.

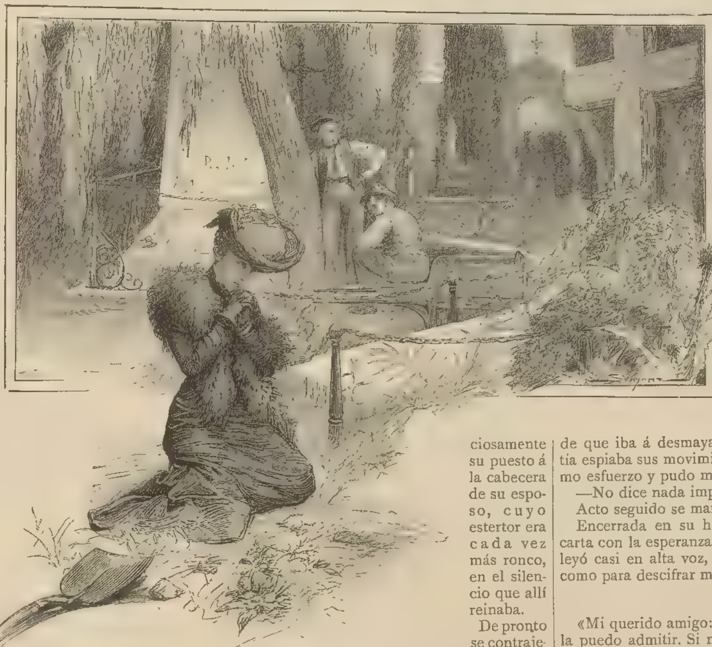
—Antes de morir... es preciso... que yo... le hable á usted...

—¡Cállate!, le dijo Marta. Te estás fatigando.

—Es preciso... Señor cura..., mi secreto... dígaselo usted... á Marta... todo entero... Es mi... voluntad... ¿Me lo... jura usted?..

—No necesito jurar: me basta con oir su última voluntad, le contestó el sacerdote.

Marta llamó á Virginia, que volvió á ocupar silenciosamente su puesto á la cabecera de su esposo, cuyo estertor era cada vez más ronco, en el silencio que allí reinaba.



No quedaron en el pequeño cementerio de Barville más que Marta y su tía...

De pronto se contrajeron los nervios del moribundo; se le hincharon las venas del cuello; una bocanada de sangre asomó á sus labios y corrió en delgados hilos por las comisuras alrededor de la barba. Luego, quedó inmóvil.

El cura se acercó más al lecho.

—*¡Requiescat in pace!*, dijo cerrando los ojos del muerto.

Virginia contestó á aquellas palabras con un profundo sollozo.

Los tres cayeron de rodillas á los pies de la cama de Leonardo.

A la mañana siguiente y cuando Marta se disponía á retirarse á su cuarto para descansar algo, después de haber pasado toda la noche velando el cadáver de su viejo servidor y amigo, su tía la detuvo al pie de la escalera y le rogó que entrase con ella un momento en el salón. Tenía que hablarle de un asunto que la preocupaba. «No, no era un asunto verdaderamente grave; pero, eso no obstante, la tenía contrariada y deseaba confiarse á su sobrina.»

La joven, que estaba cansada, la oía distraídamente con el pensamiento puesto en otra parte.

—Figúrate, le dijo la señorita Meriel sacando una carta cerrada de su canastilla de costura, que hace quince días, por lo menos, que llegó aquí esta carta para tu marido, y que se me ha olvidado darle curso.

—Bien, tía, yo se la entregaré.

Y Marta hizo un movimiento como para salir.

—Ya es tarde para eso, hija mía. Tu marido se incomodará conmigo por mi descuido. Mejor harías rompiéndola.

—¿Y si entraña alguna cosa importante?

—Tienes razón; pero hay un medio para que te cerciores de ello: ábrela, y si contiene algo de interés, se la das á tu esposo: en caso contrario, la rompes y no le dices nada.

—Pero, tía, no tengo la costumbre de leer nunca las cartas dirigidas á mi marido.

—Y sin embargo, tienes derecho de hacerlo: el marido no debe tener secretos para su mujer. De otra parte, es casi seguro que esta carta no contendrá nada de particular: tal vez sea recordando otra que haya quedado sin contestación.

Marta vacilaba. Quizá obrara cuerdamente abriendo aquella carta. Podría telegrafiar á su marido ó remitirle con urgencia la carta por medio de un criado, caso de que aún fuera tiempo de reparar el descuido de su tía. Se decidió, por último, á abrirla, y no le aguijoneó en lo más mínimo la curiosidad al romper el sobre.

Abrió la carta, la leyó para sí rápidamente y palideció: le temblaron las piernas, y tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón. Tuvo la noción de que iba á desmayarse; pero recordando que su tía espiaba sus movimientos, se rehizo por un supremo esfuerzo y pudo murmurar:

—No dice nada importante.

Acto seguido se marchó.

Encerrada en su habitación, cogió de nuevo la carta con la esperanza de haber comprendido mal, y leyó casi en alta voz, deteniéndose en cada sílaba, como para descifrar mejor su sentido:

París, 25 de septiembre.

«Mi querido amigo: No comprendo tu excusa, ni la puedo admitir. Si no te atreves á pedirle quince mil francos á tu mujer (no te creía tan escrupuloso), pídele solamente cinco mil y envíamelos. Tengo absoluta necesidad de ellos.

»No me obligues á recordarte que gracias á mí y al dinero que te presté para que vivieras hasta que muriese el marido, has podido casarte con la viuda rica objeto de tu codicia.

»Espero una letra de cambio á vuelta de correo.

»ARMANDO LEROY.»

Marta se dejó caer en un sillón y rompió en desesperados sollozos: gruesas lágrimas corrían por sus mejillas hasta la comisura de sus labios, fuertemente contraídos por una mueca dolorosa.

Luego murmuró:

—¡Todo ha concluído..., concluído!..

Aquello era la ruina de sus ilusiones, de sus creencias más íntimas... ¡Su marido no la quería, no la había querido nunca! ¡Había representado una comedia infame para conquistar su fortuna; había aparentado tener los más nobles sentimientos; había hecho alardes de delicadeza, de lealtad y de desinterés antes de casarse!.. ¡Bellaco!.. ¡Y sin embargo, parecía que amaba á su mujer!

Se había mostrado con ella tierno, solícito, encantador... Pero esto fué al principio: de vuelta á Champuis, sus repetidas ausencias excusadas con obligaciones profesionales, y su extraño cambio á raíz de la marcha de Leonardo eludiendo un traslado de casa tan solicitado antes por él, habían despertado sospechas en el ánimo receloso de su mujer... Al influjo de aquella brusca revelación, ciertas palabras que acudían á la memoria de ésta tomaban para ella una importancia que no les había atribuido nunca. Recordaba que un día en que ella se lamentaba de no disfrutar ya sino de tarde en tarde del encanto de pasadas noches transcurridas en dulce conversación, le dijo él sin ocultar algún disgusto: «La vida no es un arrullo perpetuo.» ¡Ah! ¡La triste

experiencia se lo estaba demostrando en aquel momento!.. Recordaba las paternales advertencias de su primer esposo: el anciano había adivinado las malas intenciones del médico, é indudablemente por eso exigió en cláusula testamentaria que su fortuna quedase garantida por medio de un contrato dotal. Leonardo había sido perspicaz también: ella había juzgado sus conceptos y advertencias como hijas de una prudencia propia de aldeano receloso..., tanto más cuanto que su viejo servidor no había expresado con claridad su pensamiento ni dicho las razones de aquella antipatía que Marta había considerado desprovista de fundamento. Verdad es que, cegada por su amor, no le había dado al pobre viejo ocasión ni tiempo para que se explicara... Después..., después había sido feliz y no había querido en modo alguno turbar aquella felicidad.

—¡Pobre Lenardo!

Aquel grito del alma por medio del cual asociaba Marta á sus penas al viejo servidor, evocó en ella el recuerdo de los últimos instantes de éste, el recuerdo de la escena en que le había ordenado al cura que le revelara su secreto á ella... ¿Acaso no sería dicho secreto la confirmación de la horrible verdad que acababa de conocer?

—Lo sabré, dijo; quiero saberlo.

Un tanto serenada, se enjugó los ojos y se levantó. Al levantarse, cayó al suelo el papel acusador que tenía sobre su falda: lo recogió y se lo guardó en el bolsillo con marcado disgusto murmurando:

—¡Tener que remover tanto cieno!

Dió algunos pasos por la habitación.

Llamaron á la puerta.

Su tía había husmeado el drama íntimo producido por la lectura de la carta interceptada, y casi se regocijaba de él en desquite del destierro que le había impuesto su sobrino. De cualquier modo, quería satisfacer su excitada curiosidad.

—¿Necesitas algo?, preguntó.

—Gracias, querida tía: lo único que necesito es reposo: aún estoy algo cansada.

La señorita Meriel se retiró contrariada.

XVII

Después de retirarse el cura y los acólitos, no quedaron en el pequeño cementerio de Barville más que Marta, arrodillada junto á la tumba abierta, en actitud penosa, y su tía, rodeada de un grupo de devotas que elogiaban las virtudes del «pobre señor Leonardo.»

La señorita Meriel esperó un instante; pero al ver que Marta no se unía á ella, se fué á buscarla, seguida de su estado mayor, y murmuró encogiéndose de hombros:

—Mi sobrina afecta un dolor ridículo.

La fría brisa de otoño murmuró en las ramas de los cipreses é hizo caer sus muertas hojas sobre las tumbas.

Marta se levantó estremeciéndose; hizo por última vez la señal de la cruz y se retiró: atravesó la plazoleta de la iglesia y llamó á la puerta de la verja de la casa del cura.

Desde el umbral vió al padre Graindorge leyendo en su breviario á lo largo de una avenida enarenada formada por grandes crisantemos rojos, desmelenados.

El cura se volvió al crujido de los pasos sobre la arena y fué al encuentro de Marta, en quien observó lo enrojecido de los ojos y lo descompuesto del semblante.

—Tenga usted la bondad de entrar, señora.

El cura precedió á Marta por el estrecho vestíbulo hasta llegar á la sala, que seguía oliendo á humedad y con las sillas alineadas inmutablemente á lo largo de las paredes, bajo las miradas de Bernardita y de San Pedro encuadrados en negro marco.

—Señor cura, dijo Marta sentándose en el sillón que aquél le indicaba. Vengo á ver á usted con motivo de la confidencia que Leonardo encargó á usted que...

Viendo que el cura nada decía, añadió Marta:

—Estoy dispuesta á escuchar á usted.

El sacerdote pareció reflexionar un segundo y dijo con acento grave:

—Nada tengo que decirle á usted, señora.

Marta se sobresaltó.

—¿Que no tiene usted que decirme nada?

El cura movió de uno á otro lado la cabeza en señal de negación.

—Sin embargo, dijo Marta, se me figura que la voluntad de Leonardo...

—El Sr. Leonardo, dijo el cura con mansedumbre, me ha desligado del secreto que entrañaba su confidencia; pero yo soy el único juez para determinar la oportunidad de su revelación.

—La suprema voluntad de un moribundo es sagrada.

—Crea usted, señora, que no procedo con ligereza... He reflexionado maduramente y he orado. Mi conciencia me manda callar.

—Como usted quiera, señor cura... Después de todo, nada nuevo puedo saber por conducto de usted. Sé lo que se niega usted á decirme.

—¡Cómo! ¿Que usted sabe?..

—¡Todo! Una casualidad ha levantado para mí el velo del misterio, una carta... olvidada por mi esposo. Lea usted.

Sacó del bolsillo la carta ajada y se la entregó al cura, quien, después de leerla, se la devolvió diciendo:

—Usted no sabe nada, señora.

—¡Que no sé nada! ¿Luego no es eso todo? ¿Luego no es esa la única infamia cometida por mi marido?

—Yo no he dicho que se tratara del Sr. Quesnel.

—Pues si no se trata de él, ¿qué me importan las confidencias de usted? Asegúreme usted únicamente que no se trata de él y dejaré de preguntarle... ¿No me contesta usted?.. Harto sabe usted que se trata de él y que yo tenía razón...

—¡Señora, por favor, cálmese usted!

—Por lo demás, lo que pudiera usted decirme no modificaría en modo alguno mis sentimientos para con mi esposo. Se ha burlado de mí, ha hecho pedazos mi corazón. ¡Ya no lo quiero: entre él y yo todo ha muerto para siempre!

—Usted perdonará.

—¡Nunca!

—No pronuncie usted esa palabra, porque es impropia de una mujer cristiana. Acuérdese usted del *Padre nuestro:* «Perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores...» Ceda usted en su resentimiento, y espere, para juzgar á su marido, que haya vuelto la calma á su corazón.

—¿Y cómo quiere usted que esa calma vuelva, cuando yo no lo sé todo, cuando subsiste la duda, torturándome, gracias al silencio que se obstina usted en guardar?

Y luego añadió en actitud y con acento suplicantes:

—¡Vamos, acabe usted su obra, padre cura; no aumente usted mis penas con una sospecha!

El llanto de la joven hizo vacilar al viejo sacerdote en su resolución, y murmuró:

—Me está usted sometiendo á una prueba muy dura, mi querida niña.

—Déjese usted conmover... Comprenda usted lo que sufro.

—Es que va usted á sufrir mucho más.

Marta movió la cabeza dolorosamente.

—¡No..., lo juzgo imposible!

El padre Graindorge permaneció largo rato en silencio, con las manos juntas y con la mirada fija en la imagen de la Virgen colocada encima de la chimenea entre los dos jarros llenos de flores artificiales, y luego, como tomando una resolución rápida, dijo pausadamente:

—Pues bien, señora, voy á complacerla á usted, y si hago mal al revelarle el secreto, que Dios me perdone por mi buena intención... Parece ser que una mañana, á punto de ser sorprendida por Leonardo en compañía del doctor Quesnel, hizo usted salir á éste por una puerta del jardín que daba á una callejuela...

Marta se puso encarnada á la evocación de aquel recuerdo.

—¡Es verdad!, dijo inclinando la cabeza.

—El doctor se llevó la llave de aquella puerta, y cuando entró la noche, se metió en la casa. Dirigíase á la habitación de usted, cuando el Sr. Mauger, alarmado sin duda por algún ruido, abrió la puerta de su cuarto y se encontró frente á frente con Quesnel, quien, aterrorizado...

—¿Lo mató?, exclamó Marta.

—No lo mató... voluntariamente: no hizo más que darle un empujón. ¡El anciano era débil; cayó de un modo tan desgraciado!..

—¡No siga usted, señor cura!.. ¿Cómo es que Leonardo que lo sabía no me lo ha dicho?

—No acuse usted á Leonardo, señora, y déjeme usted que le explique los motivos de su silencio. Todo ha sido consecuencia de una falsa apreciación.

Marta escuchó al padre Graindorge sin interrumpirle, y cuando éste hubo concluído, le dijo:

—Muchas gracias, señor cura, por haber hecho la luz en mi entendimiento, y se levantó para despedirse.

Parecía estar muy serena, lo cual admiró al sacerdote.

—Hasta la vista, señora. Rogaré á Dios por usted. No olvide que nuestra santa religión nos manda perdonar. Dios es el único que tiene derecho á juzgarnos. Nosotros no somos más que débiles y falibles criaturas, que nada absolutamente representamos al lado de nuestro divino Maestro. Ruéguele usted también que le dé fuerzas para soportar la gran prueba á que la somete.

El cura acompañó á Marta hasta la verja del huerto.

—¡Pobre mujer!, murmuró viéndola marchar, apenas hace un año que vino á rogarme que la ayudase á la realización de sus sueños matrimoniales... ¡Quién hubiera supuesto entonces!..

Y moviendo tristemente la cabeza, se engolfó de nuevo en la lectura de su breviario.

La señorita Meriel trabajaba en el salón haciendo medias para los pobres.

—Gracias á Dios que te veo de vuelta. ¿Has permanecido hasta ahora en el cementerio?

—Tía, dijo Marta sin contestar á aquella pregunta. Le agradeceré á usted que haga preparar en debida forma mis habitaciones. Me voy hasta la noche, que vendré á instalarme aquí con usted, definitivamente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Con el tiempo lo sabrá usted.

Marta salió, dió orden de enganchar el carruaje, se metió en él y dijo al cochero:

—A Champuis.

XVIII

El doctor Quesnel acababa de visitar su último enfermo y entraba en su gabinete, cuando oyó sonar el timbre de la puerta de entrada.

—Algún otro enfermo, pensó.

Tomó asiento para hacer esperar al visitante: no es propio que un médico reciba en seguida á los enfermos que van á consultar con él.

Quesnel estaba alegre al considerar que ya no volvería á ver nunca el rostro de Leonardo, su mirada inquisitorial y su sonrisa sardónica. Se había ido con su secreto á hacer un viaje del que no se vuelve jamás. Marta le daría detalles de su muerte, aquella noche cuando volviese; pero él saboreaba ya las dulzuras que aquella muerte le proporcionaba.

Se levantó y se dirigió alegremente hacia la sala de espera. El ruido de una puerta que se abrió detrás de él, le hizo volverse, y al ver á su mujer de pie, en el marco de aquella, exhaló una exclamación de júbilo.

—¡Marta! ¡Qué dulce sorpresa! No te esperaba tan pronto.

Y se dirigió hacia ella con los brazos abiertos; pero Marta evitó el abrazo con un movimiento, y levantándose el velito, se quedó de pie en mitad de la estancia.

Entonces fué cuando su marido notó su palidez, la contracción de su rostro y su mirada febril.

—¿Qué tienes?, le preguntó con inquietud.

—Voy á decírtelo, le contestó ella con sequedad; pero antes hazme el favor de cerrar esa puerta.

—¿Qué te pasa, Marta?

La joven se acercó á la chimenea sin contestar y oprimió el botón del timbre. Pasaron algunos minutos durante los cuales Quesnel permaneció inmóvil y como embobado.

Apareció un criado.

—El señor no está en casa para nadie, dijo Marta.

El criado se inclinó y se fué.

—Como ves, dijo el doctor haciendo un esfuerzo para sonreir, me someto á todos tus caprichos.

—Ahora, dijo Marta como si no lo hubiera oído, escúchame. Te has engañado en tu diagnóstico al asegurar que Leonardo no recobraría el conocimiento. No solamente lo recobró, sino que ha hablado. Ya puedes suponer lo que me ha dicho.

Quesnel se había puesto lívido: sin embargo, consiguió dar firmeza á su voz, y respondió:

—No tengo la menor idea de ello. Tenía fiebre, y en su delirio...

—Estaba en posesión de todos sus sentidos.

—¿Y qué ha dicho?

—Que tú mataste al Sr. Mauger.

—¡Mentira!, exclamó Quesnel.

—¡Verdad!, tengo la prueba de ello.

—¿Tú?..

—Yo, sí.

Reinó un instante de silencio: luego dijo Quesnel:

—Eres una loca, mi pobre Marta. ¿Cómo has podido dar fe á las palabras de un moribundo arrancadas por el delirio?.. ¡Que yo he muerto al Sr. Mauger!.. Eso no tiene sentido común.

—Si no fueran más que palabras arrancadas á un moribundo por el delirio, como tú dices, no les hubiera dado yo fe alguna; pero hay algo más. Leonardo había confesado ese secreto, que le ahogaba, al

padre Graindorge, y él ha sido quien me lo ha revelado, en cumplimiento de la última voluntad del difunto.

—A pesar de todo, eso no es más que una locura.

—¿Quieres detalles?..., el robo de la llave de la puerta del callejón..., tu entrada en la casa..., tu encuentro con Mauger..., tu huída... Leonardo corriendo detrás de ti hasta alcanzarte en el Coso...

Quesnel comprendió la imposibilidad de seguir negando, y cambió de táctica.

—Pues bien, sí, es verdad, dijo; pero déjame que te explique cómo pasaron las cosas. Yo te quería apasionadamente: el recuerdo del beso que habíamos cambiado aquella mañana, me tenía loco: un deseo irresistible me compelía á buscar todos los medios de volverte á ver y me empujaba hacia ti. Entré en tu casa, subí las escaleras, y estaba ya en el corredor á dos pasos de tu habitación, á dos pasos de ti, á quien tanto deseaba, cuando de pronto apareció el Sr. Mauger dirigiéndose á mí con el brazo extendido para cerrarme el paso. El vértigo se apoderó de mí: no vi en aquel instante sino que entre tú y yo se interponía un obstáculo, y no sé darme cuenta de lo que entonces pasó: oí un grito, y eché á correr espantado... ¡Mi único crimen es el haberte querido demasiado!

E hizo un ademán para acercarse á su mujer creyendo haberla convencido, engañado por su silencio; pero ella lo detuvo con una sola palabra:

—¡Embustero!

Aquellas cuatro sílabas cayeron sobre él con todo el peso del desprecio de Marta.

—¡Sí; embustero!.. ¡Tú no me has querido nunca; lo que buscabas era mi fortuna, y para estar seguro de que no se te escaparía, para obligarme á que me casara contigo cuando enviudara, querías antes comprometerme!.. ¡Niégalo!

—¡Y tanto como lo niego!.. ¿Es también Leonardo quien te ha dicho eso?

—No: eso me lo ha dicho Armando Leroy.

—¿Armando Leroy?

—Sí; el amigo que te prestó quince mil francos para que vivieras en tanto yo quedara viuda.

—¡Eso es una calumnia infame!

—Querido mío: cuando se quiere jugar á un juego tan peligroso, no debe uno fiarse en el correo.

Y enseñó la carta reveladora.

—Yo no he recibido nunca esa carta.

—Poco importa, puesto que estaba dirigida á ti.

Quesnel comprendió que el suelo se hundía bajo sus pies, y tomó el partido de sulfurarse y de gritar.

—¿A qué viene esta inquisitiva? Has agotado por último mi paciencia. ¿Adónde quieres ir á parar?

—A esto: á que eres un miserable; á que mataste al Sr. Mauger; á que para lograr la gran fortuna que yo había de heredar de él, fingiste un amor que estabas muy lejos de sentir; á que me has engañado indignamente; á que te desprecio; á que me causas horror; á que me sería odioso en lo sucesivo partir contigo mi existencia; á que vamos á separarnos.

—¡Nunca!.. Me niego en absoluto á ello.

—Como quieras: los tribunales decidirán.

—¿Y en qué basarás tu demanda?

—En la carta de Armando Leroy.

—Esa carta no prueba nada.

—Constituye, á mi ver, una injuria grave, bastante en todo caso para obtener la separación en rebeldía, porque tú no te defenderás.

—¿Que no?..

—Porque en el caso de que comparecieras á defenderte, me quedaría el supremo recurso de levantar el velo que oculta tu crimen. No me obligarás á que lo haga, en obsequio á ti mismo.. ¿Te admira verme tan enterada de todo, no es cierto? ¡Que quieres! Ya no soy la mujer sencilla y enamorada de quien te mofaste: aquella murió para siempre. También la has matado tú.

Quesnel se encogió de hombros, y dijo con insultante acento compasivo:

—¡Pobre amiga mía! Te olvidas de una cosa, del escándalo que produciría infaliblemente ese proceso y que te salpicaría de fango tanto como á mí... ¡No; creeme: estamos ligados el uno al otro con una cadena indisoluble!



Dejemos eso. Conoces ya mi decisión. Es irrevocable... Adiós

Herida por la ironía, Marta se irguió con los brazos cruzados, los ojos brillantes de cólera, y en actitud de reto.

—¿De modo que tú crees que me detendrá el temor al escándalo?.. Preciso es que te desengañes: mi vida ha terminado, ha sido destruída, ¿qué me importa la opinión pública después de eso?

Quesnel comprendió que fracasaría al luchar de frente, y quiso intentar el último esfuerzo.

—¡Pero es que yo te quiero!, exclamó con acento patético y desesperado.

—¡Cállate!

—¡Sí, te quiero!.. ¿No ves lo que sufro?

—¿Y yo?.. ¿Acaso no he sufrido yo, que no he sido más que un juguete tuyo, el blanco de tus ambiciones, el escalón de que te has servido para levantarte, sin tener en cuenta mi pobre corazón que has pisoteado?.. ¡Ah! ¡Cuánto te has debido reir de mí... ¿Que sufres, dices? A todos nos llega el turno: justo es.

—¡Marta!..

—Pero mientes al decirme aún que me quieres: tratas de reconquistarme con la miel de tus pala bras... ¡Es demasiado tarde!

—¡Yo te juro!..

—Dejemos eso. Conoces ya mi decisión. Es irrevocable... Adiós.

Y salió de la estancia antes de que Quesnel, admirado de tanta firmeza, hubiera hecho movimiento alguno para detenerla.

Quedóse un momento en pie en medio de su gabinete, con los brazos caídos y la mirada fija en la puerta por donde había salido Marta: luego se dejó caer anonadado en un sillón.

—¡Arruinado..., exclamó, estoy arruinado!..

El ruido del coche al alejarse, resonó de una manera lúgubre en sus oídos: siguió escuchándolo hasta que se perdió á lo lejos entre los mil ruidos confusos de la calle.

Entonces le pareció que acababa de surgir y levantarse una barrera infranqueable entre él y su mujer: tuvo la sensación clara de que aquella ruptura era definitiva, y de que todos cuantos esfuerzos hiciera para reconquistar á Marta serían infructuosos. Herida en su dignidad y humillada en su amor propio, Marta no perdonaría.

Y se repitió una vez más:

—¡Esto es la ruina!

Tras aquel pensamiento, le dominó otro. La separación de cuerpos entrañaba la separacion de bienes. En virtud del contrato impuesto por el testamento del Sr. Mauger, Marta recobraría su fortuna. Iba á encontrarse tan pobre y tan desconsiderado como antes.

—¡Arruinado!..

No duró mucho su abatimiento: el doctor no era hombre que se resignara con la derrota al primer golpe sufrido: su luchadora energía surgió de nuevo. Con una lucidez súbita, de que él mismo se admiró con cierto orgullo, analizó las soluciones que se le ofrecían.

En primer término, sedujeron su naturaleza tozuda y ávida de lucha las eventualidades de un pleito. La carta de Armando Leroy sólo probaba en último caso que su amigo, más afortunado que él, le había ayudado pecuniariamente para que pudiese esperar la viudez de la rica heredera que él codiciaba. Lo más que podían hacer era censurarle por haber hecho un casamiento interesado. El agravio era insuficiente para motivar un divorcio: no tendrían tiempo los tribunales si tuvieran que separar todos los matrimonios hechos por interés únicamente.

Quedaba la acusación de homicidio... Esta fracasaría, falta de toda prueba.

Posible era, sin embargo, que se encontrase alguna relación entre la inteligente elaboración, la pacienzuda persecución de su sueño matrimonial y la muerte del Sr. Mauger, ocurrida exactamente á punto para satisfacer sus deseos ambiciosos. Los jueces podrían ver en ello una coincidencia extraña..., simple presunción en todo caso, que ningún hecho serio vendría á corroborar. Leonardo, que era el único testigo, había muerto. Si se tomaba como testigo de cargo al padre Graindorge, su cualidad de persona á sueldo del Estado haría sospechosas sus afirmaciones. Quesnel estaba, pues, cierto de triunfar.

Sin embargo, pronto renunció á sus proyectos de lucha al recordar la objeción que hacía un momento había él hecho á Marta: el escándalo. Aun vencedor, y seguramente lo sería, no se libraría de las lenguas maldicientes. En virtud del refrán que dice «no hay humo sin fuego,» sus enemigos lo considerarían culpable, aunque hábil. La curiosidad pública, una vez despierta, querría saberlo todo. Sus compañeros, envidiosos de su fortuna y de su rápida fama, á la cual lo había sacrificado todo, hasta la honra, explotarían la situación. Con palabras encubiertas y con semblantes compungidos propagarían mil calumnias. Le abandonarían sus clientes ricos. Volvería á ser, como antes, el médico de los indigentes...

Y luego, después de la acusación que presentara su mujer, que, como él había comprendido, no vacilaría en esgrimir aquel argumento supremo, después de aquella acusación, ¿cómo suponer que el tribunal no le diese la razón y la obligara á permanecer unida al hombre á quien ella consideraba como asesino de su primer esposo?..

Aquello era para él la ruina, pero ruina definitiva, inevitable.

Si por lo menos Marta hubiese consentido en una separación amistosa, sin ruido, sin proceso, él se hubiera prestado á ello gustosamente: se hubiera comprometido á no importunarla con su presencia con tal de conservar el goce de aquella fortuna, mil veces más preciada á sus ojos que la mujer. Marta se hubiera retirado al Gran-Roble, al lado de su tía, y él hubiera seguido viviendo en Champuis. Y ¿quién sabe si algún día, más tarde, andando el tiempo no hubiera sobrevenido el perdón?.. Pero no: aquel era un sueño loco... Marta quería una separación judicial, una solución radical. Estaba completamente decidida á obtenerla, y no cambiaría de opinión.

Quesnel estaba arruinado: no le quedaba ya otro recurso que abandonar el campo, que irse á buscar fortuna á otra parte, más pobre que una rata.

Aquel pensamiento le sublevó: encolerizóse en alto grado y empezó á andar por la habitación á grandes pasos tropezando con los muebles.

Por último se paró, cansado, en el centro del gabinete. Con rápida mirada que echó en torno suyo consideró los muebles suntuosos y los ricos cortinajes. Pensó que le era preciso abandonar todo aquello, renunciar á aquel lujo, en lo sucesivo imposible, y del que no sabría privarse ya, y renunciar también á su popularidad, laboriosamente conquistada en fuerza de cálculo, de paciencia y de reclamo, á aquella gloria que entreveía tan próxima. Por primera vez desmayó y se confesó vencido. Cruzó los brazos, permaneció un rato absorto en sus reflexiones, con las cejas fruncidas y contraída la boca, y luego, levantando bruscamente la cabeza, exclamó:

—He perdido la partida y ha llegado el momento de pagar. Ahora hay que hacer ver que soy buen jugador.

XIX

Marta pudo conciliar por fin el sueño cuando la pálida luz del nuevo día filtraba ya por las persianas de su cuarto, rendida por la emoción y por la fatiga de una noche de insomnio.

La víspera, al regresar de Champuis, tuvo que sufrir un interrogatorio en regla de su tía, cuya tierna solicitud no podía ocultar su irritante curiosidad. Marta le refirió brevemente la entrevista que había tenido con su esposo, sin hablar para nada de las revelaciones del padre Graindorge, y le enseñó la carta de Armando Leroy.

La señorita Meriel, que reconoció la letra, se apresuró á leer la carta, haciendo frecuentes exclamaciones de indignación y de sorpresa.

Luego creyó oportuno hacer valer su perspicacia, y dijo:

—¡Oh! ¡Si me hubieras pedido consejo antes de tu casamiento!

Pero Marta no estaba de humor de escucharla é invocó el cansancio que la agobiaba.

—Dispénseme usted, tía: necesito descansar.

Una vez encerrada en su habitación, se echó en la cama, golpeándole las sienes por efecto de la jaqueca y con gran pesadez en los párpados; pero los nervios, sobreexcitados, no la habían dejado dormir, y pasó la noche con la cabeza hecha un horno y la imaginación llena del torturador recuerdo de los acontecimientos que acababan de sucederse con tanta rapidez para destruir sus queridas ilusiones y matar su amor.

Había pasado toda la noche agitándose intranquila en la cama y llamando inútilmente al sueño. Hasta que rayó el alba no se sintió dominada por la fatiga.

Acababa de adormilarse cuando despertó sobresaltada al oir que daban fuertes aldabonazos á la puerta, y se sentó en la cama con los ojos muy abiertos, como quien sacude azorado el primer sueño.

La llamaban.

—¡Marta!.. ¡Marta!

Reconoció la voz de su tía.

—¿Qué ocurre?

—Abreme la puerta en seguida.

Marta se levantó, se echó por encima un peinador, se calzó unas zapatillas y abrió la puerta. La fuerte claridad que penetraba por una ventana é iluminaba el pasillo la cegó de tal modo, que no pudo observar al pronto las trastornadas facciones de la señorita Meriel.

—¡Cielo santo! ¡Pobre hija mía!, dijo gimiendo y dejándose caer en una silla. ¡Qué noticia más terrible! Me ha trastornado completamente.

Marta que aún estaba medio dormida, y despistada acerca de aquella brusca invasión, no comprendió más que una cosa, y era que su calvario no había terminado aún.



EL PRÍNCIPE CARLOS DE DINAMARCA, PROCLAMADO REY DE NORUEGA CON EL NOMBRE DE HAKÓN VII, SU ESPOSA LA PRINCESA MAUD DE INGLATERRA Y SU HIJO EL PRÍNCIPE ALEJANDRO (De fotografía.)

—¿Qué otra noticia va usted á darme?, preguntó.

La señorita Meriel tardó en contestar breves momentos, y dijo:

—Tu marido... ¡Oh!.. ¡Es horrible!..

—Acabe usted, por favor, tía, dijo la joven, acometida de súbita ansiedad. ¿Qué ha pasado?

La señorita Meriel respiró ruidosamente y ahogándose.

Por último se decidió á hablar, y dijo:

—¡Ha muerto!

—¡Muerto!, repitió Marta, palideciendo horrorosamente. De repente se hizo la luz en su espíritu.

—¿Se ha suicidado, no es eso?

Su tía hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¡Desgraciado!, exclamó Marta.

La señorita Meriel, á quien, á medida que se iba rehaciendo, le entraba el deseo de parecer bien informada y de representar un papel, se anticipó y dió los detalles de la muerte de Quesnel. El criado de éste, Francisco, le acababa de traer la noticia. Inquieto por no haber visto á su amo, entró en su gabinete á eso de media noche y lo encontró tendido sobre la alfombra con la frente deshecha por dos balazos.

Suelta una vez la lengua, no pudo callarse ya la vieja solterona, y empezó á lamentarse.

—¡Otro escándalo más cuyas consecuencias tendremos que sufrir nosotras!.. El suicidio de tu pobre padre había desacreditado ya á nuestra familia... ¡Oh! ¡Si tú me hubieras pedido consejo!..

Marta no la escuchaba: á la segunda ó tercera pregunta de su tía, se limitó á contestar con naturalidad:

—¡Desgraciado!

Instintivamente fijó su mirada suplicante en el Cristo colgado á la cabecera de su cama, y cuya actitud misericordiosa parecía atraerla.

Marta cayó de rodillas, murmurando, con los brazos extendidos hacia la cruz, las manos juntas y en actitud suplicante:

—¡Dios mío, perdónale... como lo perdono yo!

Y rompió á llorar.

FIN

EL REY HAKÓN VII DE NORUEGA

Realizada la separación de Suecia y Noruega, que el plebiscito noruego de 13 de agosto último ratificó por 368.200 votos contra 184, sometióse á la decisión del país cuál forma de gobierno habría de adoptarse, habiendo obtenido la monárquica 259.563 sufragios y 62.264 la republicana en el plebiscito del día 12 de este mes.

En vista de este resultado, el Storthing procedió, en sesión solemne y especial, á la elección de monarca, habiendo sido elegido por unanimidad el príncipe Carlos de Dinamarca. Los diputados republicanos y el mismo diputado socialista Erilsen dieron sus votos al príncipe, declarando que lo hacían en acatamiento de la voluntad nacional.

Dos días después, el día 20, una delegación del Parlamento noruego fué á Copenhague para ofrecer la corona al soberano electo, siendo recibida por el rey Cristián, acompañado de toda la familia real. El anciano monarca otorgó su consentimiento en un hermoso y sentido discurso, en el cual, después de recordar los antiguos lazos que unen á Dinamarca y á Noruega, dijo dirigiéndose al príncipe Carlos y á su esposa:

«En cuanto á vosotros, mis muy queridos nietos, pido á Dios que os dé fuerzas para servir á vuestro país y á vuestro pueblo con fidelidad y equidad; de este modo conquistaréis el amor de la nación noruega, y vosotros mismos os sentiréis satisfechos trabajando por la felicidad presente y futura de vuestro país.

»Tú, mi querido nieto, has servido aquí á tu patria y á tu rey fielmente; por esto tengo la certeza de que emprenderás con buena voluntad tu nueva misión y de que cumplirás los deberes que te incumben. Tu padre, tu madre y toda tu familia, el pueblo danés y yo, tu viejo rey y abuelo, nos asociamos ardientemente á este acto solemne.

»Partid, queridísimos nietos, bajo la protección de Dios; dejad el país y la familia de donde habéis salido para ir al país y al pueblo que os han llamado, y llevaos la bendición de vuestro anciano rey para vosotros, para vuestros descendientes y para vuestros actos.

»Os encomiendo á Dios para el presente y el porvenir.»

Después besó, profundamente emocionado, al príncipe Carlos y á la princesa María.

El presidente de la delegación noruega saludó en nombre de su pueblo al nuevo monarca, que ha adoptado el nombre de Hakón VII y que el día 27 prestará juramento ante el Storthing.

El nuevo rey de Noruega, hijo segundo del príncipe Cristián Federico, heredero del trono de Dinamarca, nació el día 3 de agosto de 1872 en el castillo de Charlottenlund. Destinado por sus padres á la carrera naval, examinóse de aspirante en 1887 y desde entonces ha sido guardia marina, segundo teniente, primer teniente y capitán de fragata, grado que obtuvo en septiembre último. En 22 de julio de 1896 casóse con la princesa Maud, hija del rey Eduardo VII de Inglaterra, habiendo nacido de este matrimonio en 3 de julio de 1903 un hijo, el príncipe Alejandro.

Hakón VII es hombre de gran inteligencia, y lo mismo él que su esposa tienen gustos modestos, detestan las ceremonias y prefieren á éstas las reuniones íntimas con literatos, músicos y artistas. Ambos dominan varios idiomas; el rey es un excelente pianista y la reina ha escrito algunas obras dramáticas con el seudónimo de Graham Irving.—S.



BARCELONA. – BANQUETE DE 2.500 CUBIERTOS ORGANIZADO POR LA LLIGA REGIONALISTA EN EL FRONTÓN CONDAL
ASPECTO DE LA CANCHA ANTES DE COMENZAR EL BANQUETE. (De fotografía de A. Merletti.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LA HERIADA, por *Manuel Lorenzo D'Ayot.* – Folleto, conteniendo el Canto VII de la serie, dedicado á Asturias. Impreso en Madrid, en la tipografía de Manuel Rey. Véndese á 0'50 pesetas cada ejemplar.

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO, DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LAS COSTUMBRES Y LA CIVILIZACIÓN, por *R. P. Alberto María Weis.* – El editor de esta ciudad Juan Gili ha publicado los tomos 3.° y 4.° de esta importantísima obra, vertida directamente del alemán por el Dr. Eugenio González Mir.

ARTE DE DIBUJAR SIN MAESTRO. Dibujo al carbón, á la esfumina al lápiz plomo. Procedimientos mecánicos del dibujo. Con un tratado de puntografía. Por *Goupil y L. D. Renauld.* Traducción de *T. Corada.* – Un tomo editado en Barcelona por Salvador Manero. Una peseta.

ELABORACIÓN DE VINOS NATURALES Y ARTIFICIALES SIN EL EMPLEO DE SUBSTANCIAS NOCIVAS Á LA SALUD, por *Federico P. Alberti.* – Un tomo de 432 páginas, conteniendo fórmulas prácticas para la preparación de vinos y vinagres. Editado en Barcelona por Francisco Puig. Véndese al precio de 6 pesetas cada ejemplar.

NUESTRO CARÁCTER, por *Enrique Mateo Barcones.* – Reflexiones acerca del estado psíquico-orgánico de nuestra raza y manera de robustecerla. Un tomo editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos.

LA LUCHA ANTITUBERCULOSA, por el *Dr. Antonio Espina y Capo.* – Libro de lectura para los alumnos de las escuelas de 1.ª y 2.ª enseñanza. Un tomo ilustrado, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos.

MANUAL DEL MECÁNICO. MÁQUINAS DE VAPOR. Por *Georges Franche,* traducido al castellano por *D. José M.ª de Sorōa y Fernández de la Sombra.* – Un tomo editado en Madrid por P. Orrier, profusamente ilustrado, 1'50 pesetas.

DISCURSO ESCRITO POR JUAN VALERA, POR ENCARGO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, PARA CONMEMORAR EL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DE «EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA,» leído por el *Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.* – Un folleto que contiene el último trabajo, sin terminar, de aquel eximio escritor. Impreso en Madrid en la tipografía alemana.

IDENTIFICACIÓN POR LAS IMPRESIONES DIGITO-PALMARES, por el *Dr. Alberto Ivert.* – Un volumen que forma un tratado de dactilescopia, editado por E. Gasperini, de La Plata.

CONSIDERACIONES AL ESTUDIO TROPOLÓGICO DEL «QUIJOTE» DE BALDOMERO VILLEGAS, por *Ubaldo Romero Quiñones.* – Un folleto impreso en Madrid en la tipografía de Velasco. Véndese al precio de 0'50 pesetas cada ejemplar.

LA NOVELA DE LINO ARNÁIZ, por *Mauricio López Roberts.* – Novela de costumbres contemporáneas. Un tomo editado en Madrid por F. Beltrán. (Librería de Fernando Fe.) Precio 3'50 pesetas.



Máquina ambulante para esquilar perros, movida por medio de la electricidad

En París está llamando actualmente la atención la nueva máquina para esquilar perros que reproduce este grabado. Esta esquiladora de último modelo funciona por medio de la electricidad y la operación se realiza de una manera tan sencilla como rápida.

En Francia y en Italia de fijo tendrá esta máquina gran éxito, pues allí más que en ninguna otra parte se preocupan los dueños de los canes de seguir las variables modas del tocado perruno. En Nápoles, por ejemplo, hay un barrio de esquiladores adonde son llevados todas las mañanas los lechuguinos cuadrúpedos para ser no sólo esquilados, sino también peinados y rizados. Estos salones de peluquería, valga la frase, están, sin embargo, llamados á desaparecer, gracias á la nueva máquina que por unos pocos céntimos hará en un momento la *toilette* de los perros particulares, en presencia de sus amos y sin necesidad de codearse con todos los demás individuos de su especie que acuden á aquellos establecimientos públicos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 4 de diciembre de 1905 — Núm. 1.249



INTERIOR, cuadro de Laureano Barrau (Salón Parés)

ADVERTENCIA

Estamos procediendo á la encuadernación del tomo quinto y último de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, que en breve repartiremos á nuestros subscriptores. Dicho tomo es «El Calvario,» interesante novela del eminente literato D. Francisco Acebal, con ilustraciones del celebrado dibujante Salvador Azpiazu.



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días se juzga en Vigo un crimen de los más negros, que reviste los caracteres todos de los crímenes de decadencia y corrupción profunda, y sin embargo ha sido perpetrado por mujeres de humilde clase, en el rincón de pacífica aldea de un país risueño como ninguno.

* * *

Uno de tantos gallegos laboriosos emigra á Buenos Aires, dejando aquí á su familia, mujer é hija. No se va para no volver: al contrario, lleva, como casi todos, el propósito y el anhelo de regresar en el más breve plazo posible, con el modesto peculio que para los aldeanos representa la dorada medianía y la vida asegurada y venturosa. Se prolonga la separación: no es Agustín Alonso, que así se llama el emigrante, de los que rápidamente triunfan, sino de los que poco á poco y con paciencia bovina van juntando su capitalito. Y mientras él se afana, entregado á algún sórdido trabajo, confundido entre la multitud de hormigas emigradoras, se traban relaciones estrechas entre su mujer y uno de esos gallos de corral, hombres de manos ociosas y retorcido bigote (los periódicos publican su retrato) que la fascina hasta el punto de persuadirla á venderle todo el pequeño patrimonio del ausente, mediante la entrega, probablemente imaginaria, de insignificante suma. Yo he visto, en mi propia aldea, que estos emigrantes, que sólo desertan el hogar para allegar medios de sustentarlo, dan plenos poderes á la esposa, que queda encargada de mantener encendida la llama del sacro fuego, y ellas disponen y ellas venden y ellas compran (generalmente lo último, porque el emigrante les envía cantidades para adquirir un poco de tierra, de la tierra tan amada).

El tiempo se le hacía largo, entre tanto, al trabajador; la soledad pesaba á su espíritu, y habiendo reunido ya algunos miles de duros, deseoso de liquidar y retirarse á vivir descansando de la ardua faena, quiso antes que su esposa, que su hija, conociesen el país nuevo y floreciente en que se gana el bienestar. Giró fondos para el viaje, y Teresa Alvarez, con la joven Dolores Acuña, salieron hacia Buenos Aires y allí permanecieron quince meses, durante los cuales es de creer que encontraron no pocos temas de asombro y admiración en la magnífica metrópoli, en su civilización enteramente moderna.

* * *

Sin embargo, el mundo verdadero de cada cual es el que lleva dentro, y el contraste entre ese mundo y las novedades y sorpresas de los viajes, suele hacer más intensa la vida interior de las pasiones—nobles ó criminales, pero pasiones al cabo.—Emprende Agustín Acuña, lleno de esperanzas y proyectos, el viaje de vuelta, en compañía de su hija y de su mujer; y en el mismo puerto de Vigo, donde desembarcan, les espera ya el galán, el Bernardino Pérez, y conciertan, sin dilación alguna, el envenenamiento de Agustín, al cual, antes de transcurridas veinticuatro horas de sentar el pie en tierra, dan en el chocolate la primer dosis de arsénico, que no le mata, siendo necesarias otras tomas, reiteradas durante quince días. A los quince días sobreviene el desenlace, y Agustín Acuña desaparece, testigo y juez importuno, que podría pedir cuentas de la venta de sus fincas, y que deja su caudal en manos de las envenenadoras.

* * *

Y aquí está lo enorme de tal crimen y lo que le sitúa entre los atentados sin nombre, que parecen desmentir todas las leyes de la psicología. La mujer infiel y dilapidadora suprimiendo al marido en quien ve un estorbo y un peligro, es ciertamente una fiera, pero no un monstruo. Lo fatídico empieza cuando vemos á la propia hija de la víctima tomar parte activa en el crimen, ayudar, durante medio mes, á acelerar la agonía del padre, saturándole de veneno el alimento, contando sus torturas, ofreciéndole, en vez de medicinas y caldos, servidos por mano cariñosa, el polvillo blanco que ha de abrasar sus entrañas... Este fué el crimen de la célebre marquesa de Brinvillori, de quien se dijo que no había hecho otro tanto Locusta. Y este crimen de corrupción, de descomposición, de gangrena, lo encontramos en este medio ambiente de rincón poético, de florida aldehuela en la Concha de Vigo.

* * *

He dicho mal: no cabe comparar á la envenenadora de París, en el siglo XVII, con la envenenadora de Comesaña, en el siglo XX. Porque hay una circunstancia en esta última que no encontramos en la sentimental y pervertida marquesa. Y esta circunstancia agiganta el carácter siniestramente decadente del crimen de las dos mujeres—Teresa Alvarez y Dolores Alonso.—Al poco tiempo de enterrado su padre con las vísceras repletas de arsénico, la hija—no la madre, como pudiera creerse, y como sería lógico, dentro del desarrollo de este crimen,—la hija, la auxiliar en la tarea de envenenamiento, contrae matrimonio con el mismo Bernardino Pérez, el amante de su madre.

* * *

¿Verdad que este *affaire* es de los que no se ven por ahí á cada paso? Al fijar en él los ojos, nos parece penetrar en los limbos, en las gehenas y mazmorras sombrías donde el sentido moral y el afectivo no han logrado hacer entrar nunca un débil rayo de su luz. ¿Qué hay en el alma de esa mujer que se concierta con su madre para suprimir á su padre, no en un rapto de cólera, sino á sangre fría, y prolonga medio mes la faena parricida (única verdadera parricida, que el crimen de la esposa no es *parricidio* sino por figuraciones del lenguaje), y logrado el inicuo fin, va al altar con el que ha sido amante de su madre por espacio de cuatro años? ¡Ay del novelista, ay del dramaturgo que tratase del asunto, que se atreviese á llevarlo al libro y más aún á la escena! Se le acusaría de calumniar á la naturaleza humana; se le trataría de impostor.

. . . .

Escrito lo anterior, sobre la base de los artículos unánimes de la prensa diaria, leo que los acusados han sido absueltos... Pongamos que he bosquejado una novela, más negra que *La Terre*, de Zola, y alegrémonos si tanta maldad no fué probada.

* * *

Mucho se ha hablado recientemente de los voluntarios catalanes. Su presencia ha electrizado á Madrid, que en cuanto á pueblo hospitalario y obsequioso no deja nada que desear. Yo confieso que me explico este entusiasmo férvido, esta especie de alegría vehemente que ocasionó la presencia de los gloriosos restos de una legión insigne. Fueron los triunfos de la guerra de Africa los últimos de que España pudo jactarse. Desde aquella fecha, ni hubo caudillo cuyo nombre pudiésemos colocar al lado del del *Gran Cristiano* y de Prim, ni cesamos de sentir en el alma el dolor de las decepciones, crónicas y mortales.

Es justo, por otra parte, agasajar y recibir en palmas á los que, un día dado, escribieron una página honrosa, y firmaron lo escrito pródigamente, con su sangre. Encuentro muy bien lo que se ha hecho para festejar á los voluntarios—banquetes, subscripciones, brindis, finezas—y únicamente quisiera yo que no se perdiese la lección histórica que esto envuelve. Lección probablemente contraria á lo que muchos creen ver expresado con tal recibimiento á los supervivientes de la campaña de los Castillejos y Tetuán. Estos venerables héroes nos dicen que todo el valor, toda la abnegación, todo el arranque brioso de una raza, se esteriliza cuando no asisten otras condiciones y un sentido general de aprovechamiento de fuerzas y de sana dirección nacional hacia la cultura, hacia el progreso, hacia el porvenir. ¿De qué sirvió el gesto bello y generoso de tantos valientes? ¿De qué sirvió? Vencimos, sí..., pero nación mejor organizada, sólida, consciente, nos quitó el premio de la victoria, recordándonos inmediatamente que nuestro engreimiento patriótico necesitaba apoyarse en fuerzas perseverantes, en firmes cimientos de dinero, civilización adelantada y sentido práctico, en todo lo que nos faltaba entonces y ha seguido faltándonos. Admirables son los veteranos de Africa, pero su casta no se ha acabado, y obscuramente, tristemente, en posteriores guerras (donde ni siquiera pudimos, como en la de Africa, entonar himnos de victoria), es seguro que millares de españoles se han inmolado heroicamente por la patria; y estas energías y estas virtudes—así lo creía el gran Cánovas—se pierden en la nación que no aprovecha y vuelve en frutos esas flores sangrientas de los campos de batalla. Se pelea y se muere por algo, nó por capricho, no por alarde; se pelea y se muere en altruista sacrificio, y no hay nada tan doloroso como pelear y morir en vano... Aquí hay valor, ¿quién ha dudado de eso? Lo hay hasta el derroche; lo hay como hay margaritas en el campo y conchas en el mar... ¡Ojalá que ese repuesto, ese tesoro guardado en las entrañas de la raza, produzca lo que producir debe, bien dirigido, bien administrado, y no arrojado á puñados, como simiente en roca, sobre los calenturientos brozales de las maniguas!

* * *

¿Será en efecto un invento maravilloso y que nos honre ante Europa el del *telekino*? El espectro de Peral parece surgir de las nieblas del pasado siempre que de inventos se trata aquí. Aquel amargo desengaño nacional, después de aquellas esperanzas é ilusiones tan ardorosas, nos ha dejado un pozo de recelo que fácilmente sube á la superficie. ¡Nos alegraríamos tanto de equivocarnos en nuestras inquietudes! La personalidad del Sr. Torres Quevedo, inventor del *telekino*, abona de antemano la seriedad de sus inventos y la eficacia de sus arrestos. Es hombre de merecimientos y autoridad innegable. He aquí cuanto cabe decir, mientras no recibe el invento la consagración de los científicos.

* * *

La nota triste es el fallecimiento de la duquesa de Villahermosa... No hace muchos meses hablaba yo en estas crónicas de ella y de su espléndido regalo á España, de ese retrato, uno de los más perfectos y sorprendentes de Velázquez, que una nación opulenta había intentado adquirir cubriéndolo de oro, y que la ricahembra destinó al Museo del Prado, donde pronto se admirará.—La duquesa de Villahermosa, la bella Carmen Guaqui, sentía ya entonces el peso del mal misterioso, de la neurosis que acaba de tener fatal desenlace en aquel mismo *chalet* del Prado donde me parece verla ofreciendo el te con tan señorial y dulce cortesía. Buscaba vida entre los pinares y los brezales del monte, en el puro y balsámico ambiente del Real Sitio, y acaso la prolongó un poco, á fuerza de precauciones; pero se veía exhausto su organismo, atacadas, en ella, las fuentes del vivir... Y lo decía con su grata, plateada voz: «Estoy muy enferma...» Mujer de singulares condiciones, patriota y aristócrata de viejo cuño, el impulso, en ella, era elevado y poético... Descanse en paz de sus sufrimientos y conservemos de ella la más cariñosa memoria.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Pedro *el Simple* trabajaba febrilmente en la cabeza de la Virgen

EL MILAGRO DE SOBRADO

Entre los mazoneros que el maestro Bertummio, arquitecto de la iglesia del convento de Sobrado, tenía á sus órdenes, había un viejo conocido por Pedro *el Simple.*

Esto que os voy á contar sucedió hace muchos siglos: aproximadamente ocho. Y sabido es que en aquellos tiempos la Fe obraba maravillas en todo orden de cosas.

Pedro *el Simple* hacía cuarenta años que trabajaba en la piedra esas rosetas, entrelazos, cordoncillos y hojarascas, entre los cuales asoman pelícanos, palomas, simios, lobos y alimañas híbridas, inventadas por el simbolismo cristiano, y que contemplan con un algo de escepticismo y sobresalto las generaciones actuales.

Llamábanle *el Simple* á nuestro mazonero porque su alma y su corazón eran tan sencillos é inocentes, que jamás se había dado el caso de que hubiese tenido un mal pensamiento, ni de que hubiese abrigado movimiento el más pequeño de pasión mezquina; antes al contrario, los maravedises que ganaba, como su voluntad, eran siempre del necesitado y para el dolorido; y Pedro *el Simple* vivía á merced de egoístas y tunantes, que ya entonces abundaban, viéndose en más de una ocasión falto de lo más preciso para su propio mantenimiento.

Un día en que el viejo mazonero esculpía la ménsula sobre la cual había de emplazarse una imagen de la Virgen Madre, imagen destinada á cerrar la composición del arco central del pórtico de la iglesia, el abad del convento le habló de esta manera:

—Maese Pedro, ¿es cierto que rezáis mientras esculpís?

Pedro *el Simple,* un poco turbado, contestó:

—Ciertamente que rezo, padre Rosendo. Ahora mismo pedía á la Virgen Santa María que guíe mi escoplo cuando talle su imagen.

—Verdad que sois vos el que ha de esculpirla. ¿Habéis esculpido muchas, maese Pedro?

El mazonero vaciló un momento, y con voz insegura y reanudando su trabajo dijo:

—De la Virgen Santa María, no, padre Rosendo; esta es la primera.

Las últimas palabras las dijo el mazonero de tal modo, que apenas las entendió el abad.

—¿No habéis esculpido ninguna? En ese caso será preciso que otro esculpa el rostro de la Santa Madre y el de su Divino Hijo. Vos, maese Pedro, no acertaréis con las líneas de Su Divina Belleza. Se lo diré al maestro Bertummio.

—Padre Rosendo, exclama vivamente el viejo artista, yo acertaré; yo estoy seguro de que acertaré. Se lo he pedido á Nuestra Señora en largas oraciones. ¿No he acertado con los rostros de los Santos Patriarcas?

—Pero vos no habéis hecho más que eso en vuestra vida; esculpir capiteles ornamentados y figuras de varones. Será preciso, replicó el abad, será preciso que el maestro Bertummio busque otro artífice para que esculpa la imagen de Santa María.

Pedro *el Simple* quedó anonadado. Largo tiempo estuvo con el escoplo en la mano, sin acertar á reanudar su trabajo. Había soñado durante los largos años que duraba la reconstrucción del famoso monasterio en esculpir la Santa Madre de Dios, que circuída de santos, profetas y patriarcas debía ocupar el lugar central del gran arco, como clave mística del círculo teológico de las jerarquías celestes. Quería cerrar con su obra el ciclo de su producción de artista; y él, que temblaba siempre que debía comenzar la efigie de algún santo patriarca, sentía allá en lo íntimo aletear la convicción de que su obra maestra sería la primera imagen de la Virgen que esculpiera. Devoto de la Madre del Salvador del Mundo desde que tuviera uso de razón, á ella dirigía sus plegarias; y pensando en que algún día, dueño de su arte, podría alcanzar el grado de saber y de virtud suficiente para que le encomendaran la sublime tarea de modelar la santa icónica, Pedro *el Simple* trabajaba y rezaba siempre, siempre, con la fe del verdadero creyente.

Convinieron Fray Rosendo y el maestro Bertummio en que Pedro esculpiría las ropas de la Virgen Madre y de su Divino Hijo y el trono en que debían aparecer sentados; el propio Bertummio, discípulo de la famosa escuela de Cluny, tallaría los rostros de la Virgen y del Niño Dios.

Púsose á la obra el viejo mazonero hondamente afligido. Subido en el andamio, trabajaba de rodillas y sus labios movíanse continuamente pronunciando sin cesar los dulces epítetos con que saludaría á la Virgen andando los tiempos la cristiandad entera al nombrar cada una de las perlas de esa maravillosa sarta llamada *Letanía.*

Por fin un día el maestro Bertummio cogió el escoplo y se dispuso á desbastar la cabeza de la imagen. Al primer golpe, saltó en dos pedazos el escoplo; y como no tuviese otro á mano, mandó á Pedro que siguiendo las líneas trazadas sobre aquella parte, todavía informe, de la piedra, fuese desbastando lo necesario para comenzar á determinar con los cinceles la faz de la Santa Virgen.

No se hizo de rogar el buen viejo. Con ardimiento juvenil empuña su escoplo, y á los golpes del macillo de hierro comienzan á saltar los trozos de piedra, como si veinte escoplos á un tiempo la hiriesen. Llegó la noche y Pedro *el Simple* hizo alto en la labor. Antes de descender del andamio, contempló largo rato lo que había hecho. El viejo mazonero comenzara á bosquejar la cara de la imagen. Bajo las dentelladas del acero adivinábanse en la piedra, como á través de una tupida gasa, la combada y amplia frente; los grandes ojos bajos, cual si mirasen desde el Empíreo á este valle de lágrimas; las ovaladas mejillas; el cuello de paloma...

La ventana de la celda del abad se abría sobre la plaza que formaban las fachadas del antiguo y nuevo convento. Fray Rosendo se asomó á la ventana, desde la que se abarcaba también el valle y los montes por cuyas faldas discurren el río de las arenas de oro y el Avia. El silencio de la Naturaleza era solemne. En el cielo cabrilleaban los luceros y del fondo del valle se elevaba bruma azulada que ligero vientecillo hacía jirones. Breve instante contempló el monje la Naturaleza, é iba á retirarse, cuando creyó ver un tenue resplandor que salía de la parte baja de la iglesia. Quedóse inmóvil Fray Rosendo, dudando si sería ilusión de sus sentidos; mas la claridad persistía.

Fray Rosendo, acompañado de otros dos religiosos, se dirigió hacia el sitio donde lucía la misteriosa luz. Al acercarse sintieron el martilleo del macillo de hierro sobre el corondel del cincel labrando la piedra. Resonaban los golpes bajo las bóvedas del *nastehex* que cobijaba el pórtico. De allí salía la luz. Sigilosamente asomáronse los tres personajes. Lo que vieron era inaudito. Subido en el andamio, de rodillas, con la cabeza descubierta, Pedro *el Simple* trabajaba febrilmente en la cabeza de la Virgen. Casi al lado del mazonero, sentada en una nube resplandeciente, estaba la Virgen Madre con su Divino Hijo en los brazos, y á ambos lados, dos albos ángeles de luengas vestiduras níveas con antorchas encendidas.

Estupefactos los monjes, extáticos, miraban aturdidos el prodigio. Pedro *el Simple* dejó caer los útiles del trabajo. Miró su obra, é inclinándose lentamente, besó la fimbria del recamado manto de la Madre de Dios. Después inclinóse aún más y el encorvado cuerpo del mazonero cayó pesadamente sobre los tablones del andamio. La Virgen inclinóse á su vez hacia el viejo artista y colocó sobre su cabeza una corona de lirios. Seguidamente la sobrenatural visión desapareció. El silencio de la Naturaleza y la obscuridad volvieron á reinar.

La comunidad entera, los obreros todos, los aldeanos de aquellos contornos, contemplaban al otro día, llenos de admiración suprema, la estupenda obra de Pedro *el Simple.* La noticia del prodigio, relatada por los monjes, llegó hasta la corte leonesa. Acudieron reyes, obispos y magnates á ver y adorar la sagrada imagen, fidelísimo trasunto de la belleza corporal de la Virgen. Grandes donaciones enriquecieron el ya famoso convento. Los milagros obrados por la Virgen de Pedro *el Simple* se iniciaron haciendo desaparecer el cuerpo del beato mazonero. Tan sólo se encontraron el macillo de hierro y los cinceles del artista, que como reliquias sin precio se guardaron en caja de plata primorosamente labrada por los mejores orfebres de la corte de Alfonso IX de León, Austurias y Galicia.

R. BALSA DE LA VEGA.

(Dibujo de J. Borrell.)

LAS NUEVAS PRODUCCIONES

DE LAUREANO BARRAU

Otra vez nos ofrece ocasión el distinguido y laborioso pintor Laureano Barrau para que podamos apreciar, en su justo valor, sus excepcionales aptitudes y las recomendables circunstancias que posee. Los varios lienzos que acaba de exhibir en el Salón Parés han de estimarse como una nueva y gallarda manifestación del artista catalán, que atento á cumplir con la nobilísima misión de representar ó reproducir cuanto le rodea, da á conocer en forma bellísima, pero siempre sincera, tipos y escenas genuinamente regionales, que serán, en lo porvenir, hermosas páginas de la historia de nuestro pueblo. Los cuadros que ha expuesto Barrau distínguense, cual los que exhibió en el mismo Salón en 1901, por su marcadísimo sabor local, trasunto fidelísimo de la realidad inteligentemente observada y reproducida con la seguridad y el acierto de quien está acostumbrado á vencer escollos y dificultades, y dueño de sí mismo y enemigo de efectismos y rebuscamientos, complácese en dar á conocer el límite de su personal esfuerzo, la tendencia que le inspira y el caudal de inteligencia y maestría que le ennoblece, aumentando cada vez los títulos y merecimientos de su ejecutoria artística.

No es hoy nuestro propósito el de consignar nuevamente los méritos contraidos y alcanzados por Laureano Barrau, puesto que ya nos ha cabido la satisfacción de hacerlos constar, hace pocos años, en las columnas de esta Revista; pero sí nos complace evidenciar su plausible empeño y su impulso sincero que le conduce á perseguir la realidad, dando á conocer la existencia de nuestro pueblo, que revive

Dibujo de Laureano Barrau

ante nosotros por el esfuerzo y el ingenio del artista.

Varios lienzos constituyen la exposición, digna, bajo todos conceptos, de alabanza y merecedora de llamar la atención de los inteligentes y del público. En todos ellos preséntase el artista despojado de las trabas del doctrinarismo, revelando, con toda la intensidad de su temperamento, la sentida apacibilidad de las escenas representadas, simpáticas y agradables, puesto que representan la laboriosa existencia de los pescadores de nuestras costas, la glorificación de ese penoso trabajo que dignifica á quien lo realiza y proporciona la tranquila dicha del hogar. Véase el hermoso cuadro titulado *Remendando las redes* en la playa, cuyos efectos luminosos han sido tan bien observados y tan maravillosamente reproducidos, que no vacilamos en afirmar que constituye no sólo la nota saliente de esta exposición, sino también una de las obras más notables producidas por Barrau; véase asimismo la escena análoga en el *interior* de una humilde vivienda de pescadores, interpretada con igual habilidad, subordinada á otra técnica y á opuestos efectos. *Entre las barcas* y *Niños bañándose* son dos bellas producciones y apreciables estudios que completan el grupo de las obras de este género que de modo tan admirable interpreta nuestro amigo.

Mención especial merece el cuadro titulado *De vuelta del baño,* preñado de dificultades, resueltas por el artista con singular acierto. La simpática figura de una joven atravesando la playa, en cuyo fondo se destaca la azulada nota del mar, iluminado el todo por los solares rayos, de cuyos rigores se defiende la doncella con el abanico, cuyos reflejos irradian en su bellísimo rostro, así como en su blanco



Remendando las redes, cuadro de Laureano Barrau (Salón Parés)



DE VUELTA DEL BAÑO, cuadro de Laureano Barrau (Salón Parés)

vestido, están interpretados con verdadera maestría, constituyendo una producción agradable y digna de estima.

Nota apacible, tranquila, con el encanto que producen las bellezas de la naturaleza, es el cuadro representando *Una noria;* hermoso es también el retrato de un niño pintado á plena luz.

Con la actual exposición ha conseguido Laureano Barrau un nuevo triunfo; sus últimas producciones son nueva y brillante demostración de que pocos como él ven y sienten la naturaleza y pocos saben reproducir con tanta maestría sus encantos.

Por ello felicitamos á Barrau, y al reproducir hoy algunos de los cuadros citados, le reiteramos el testimonio de nuestra admiración y de nuestro aprecio.

A. García Llansó.



Niños bañándose en el mar, cuadro de Laureano Barrau (Salón Parés)

EL REY HAKÓN VII DE NORUEGA

El día 23 de noviembre último salieron de Copenhague el rey Hakón, la reina y el príncipe real, embarcados en el yate regio *Danebrog*, que había de conducirles á la capital de su reino, Cristianía.

A las once llegaron al muelle el rey Cristián, la emperatriz madre de Rusia, tía de Hakón, éste y su esposa la reina Maud. El presidente del Consejo de Ministros dirigió al rey una alocución haciendo votos por el dichoso porvenir de Noruega, por los nuevos soberanos y por todos los países del Norte.

Subieron los reyes á bordo, y poco después, entre las salvas de artillería y los hurras de la multitud, levaba anclas el yate, escoltado por algunos buques de guerra dinamarqueses.

El día 25, Hakón VII y la reina Maud hicieron su entrada triunfal en Cristianía, siendo aclamados con delirante entusiasmo por toda la población.

El yate real había salido aquella misma mañana de Horten, escoltado por los buques de guerra dinamarqueses y por los acorazados *Braunschweig*, alemán, y *Cæsar*, inglés; á las once, Sus Majestades se habían trasladado á bordo del buque de guerra noruego *Heimdal*.

El rey y la reina, á quienes se habían unido á bordo del *Heimdal* los ministros, fueron saludados al desembarcar por los representantes de la ciudad, que les dieron la bienvenida, y entraron luego en la capital en medio de una multitud inmensa que ni un momento dejó de aclamarles.

Estas ovaciones acompañaron á los soberanos hasta el palacio real, en donde, en presencia de los miembros del Storthing y del Tribunal supremo, M. Berner, presidente del Storthing, les saludó en nombre de la nación.

El día 27, ante el Storthing reunido en sesión solemne, prestó Hakón VII juramento de fidelidad á la Constitución noruega. Acompañaba al rey la reina Maud.

Los reyes salieron luego del Storthing entre las aclamaciones de la multitud y se dirigieron al palacio real, en donde Hakón VII presidió su primer Consejo de Estado.

El palacio real *(Slottet)* que habita ya Hakón VII está situado al extremo de la hermosa avenida de *Karls-Johan-Gade* (calle de Carlos Juan), sobre una pequeña eminencia y rodeado de hermoso parque.

Las insignias reales de Noruega consisten en la corona, el cetro y el globo del rey; la corona, el cetro y el globo de la reina, y la corona del príncipe heredero. Además pueden considerarse como tales la espada, la bandera y la ampolla.

La corona del rey fué fabricada en Estokolmo por orden del príncipe heredero Carlos Juan, y se exhibió por primera vez en público en el entierro del primer soberano de los dos reinos unidos Carlos XIII. Está adornada con multitud de piedras preciosas, entre las que llama la atención una gran piedra verde que el cónsul del Brasil en Estokolmo regaló á Carlos Juan y que en aquel entonces se juzgaba de gran valor. Después de la coronación de Carlos Juan en la catedral de Trondhjem, en 1818, el rey dispuso que la corona, el cetro y otras insignias reales por él costeadas fuesen confiadas á la custodia de las autoridades del obispado y quedaran sujetas á las leyes que en lo sucesivo pudiera dictar el gobierno noruego.

La corona de la reina fué costeada por la nación para la proyectada coronación de la reina Desideria, en 1829, que no se efectuó.

En 1846 se decretó la construcción de una corona para el presunto heredero, hecha de oro de diez y ocho quilates y de unos 300 ducados *(sic)* de peso. Antes la corona del príncipe heredero era la del príncipe heredero de Suecia. Esta corona es de todas las insignias reales la única que ha sido fabricada en Noruega.

La última vez que las insignias reales noruegas salieron en público fué en 1876, en que fueron enviadas á Estokolmo con ocasión del entierro de la reina madre Josefina.—X.

EL GRAN DUQUE ADOLFO DE LUXEMBURGO

Y SU SUCESOR EL GRAN DUQUE GUILLERMO

Desde la muerte del papa León XIII, figuraba el gran duque Adolfo de Luxemburgo en el primer lugar de la lista de los soberanos enumerados por orden de edades que publica todos los años el Almanaque de Gotha. Había nacido en 24 de julio de 1817; era el primogénito del duque Guillermo de Nassau y de la princesa de Sajonia-Hildburghausen, y en su juventud sirvió en el ejército austriaco.

En 20 de agosto de 1839 sucedió á su padre, y fué hasta 20 de septiembre de 1866 archiduque del te-





CRISTIANÍA. – EL PALACIO DEL STORTHING (PARLAMENTO) NORUEGO (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª) – EL PALACIO REAL. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



LA CORONA DEL REY DE NORUEGA



LA CORONA DEL PRÍNCIPE HEREDERO



LA CORONA DE LA REINA DE NORUEGA

rritorio de Nassau, habiéndose distinguido en el gobierno por su hostilidad á toda concesión hecha á las tendencias liberales. Las corrientes revolucionarias alemanas del año 1848 se dejaron sentir en aquel país, y ocasiones hubo en que el archiduque se vió personalmente insultado por la plebe; entonces hizo, aunque de mala gana, algunas concesiones; pero al ser dominado el movimiento alemán, entró el archiduque Adolfo abiertamente en el camino de la reacción.

En 1849 ejerció el mando de una brigada alemana enviada contra Dinamarca; mas no logró los laureles de la victoria. Después de la votación de la Dieta alemana de 14 de junio de 1866, púsose incondicionalmente al lado del Austria, á pesar de ser general de caballería prusiano y jefe del regimiento de ulanos de Westfalia n.° 5. Su participación en la guerra de aquel mismo año fué poco provechosa para la causa de los austriacos.

Anexionado á Prusia en 20 de septiembre de 1866 el archiducado de Nassau, el archiduque Adolfo se sometió sin resistencia, y sólo manifestó deseos de conservar todos sus dominios como propiedad particular, á lo que no accedió Prusia por temor á las dificultades que pudiera crear á la administración prusiana como mayor propietario del país. Después de largas negociaciones, firmóse el tratado de 22 de septiembre de 1867, por el cual se cedieron al archiduque Adolfo su parque y dos castillos y se le dió una indemnización de 8.500.000 thalers.

La muerte del rey Guillermo III de Holanda le llevó de nuevo al trono. En virtud del tratado de 1783 relativo á la sucesión de Nassau, sucedió en 13 de noviembre de 1890 á aquel monarca en el gran ducado de Luxemburgo, cuya regencia había ejercido dos veces, desde 10 de abril á 3 de mayo de 1889, y desde 6 á 13 de noviembre de 1890.

El gran duque Adolfo dejó la dirección de los negocios públicos casi exclusivamente al ministro de Estado Eyschen, que todavía desempeña este cargo; y resultando para él más pesados cada día hasta los deberes de representación, en 4 de abril de 1902 instituyó regente á su hijo el gran duque heredero Guillermo, nacido en 22 de abril de 1852, que es quien ahora le ha sucedido en el trono.

Habíase casado dos veces: en 31 de enero de 1844 con la gran duquesa Isabel Michailowna de Rusia, que murió al año siguiente; y en 23 de abril de 1851 con la princesa Adelaida de Anhalt. De este último matrimonio tuvo cuatro hijos, dos varones y dos hembras, de los que sólo viven el actual gran duque Guillermo y la princesa Hilda, nacida en 5 de noviembre de 1864 y casada en 20 de septiembre de 1885 con el gran duque heredero de Baden. El gran duque Guillermo casóse en 21 de junio de 1893 con la infanta María Ana de Portugal, habiendo nacido de este matrimonio seis hijas.—X.



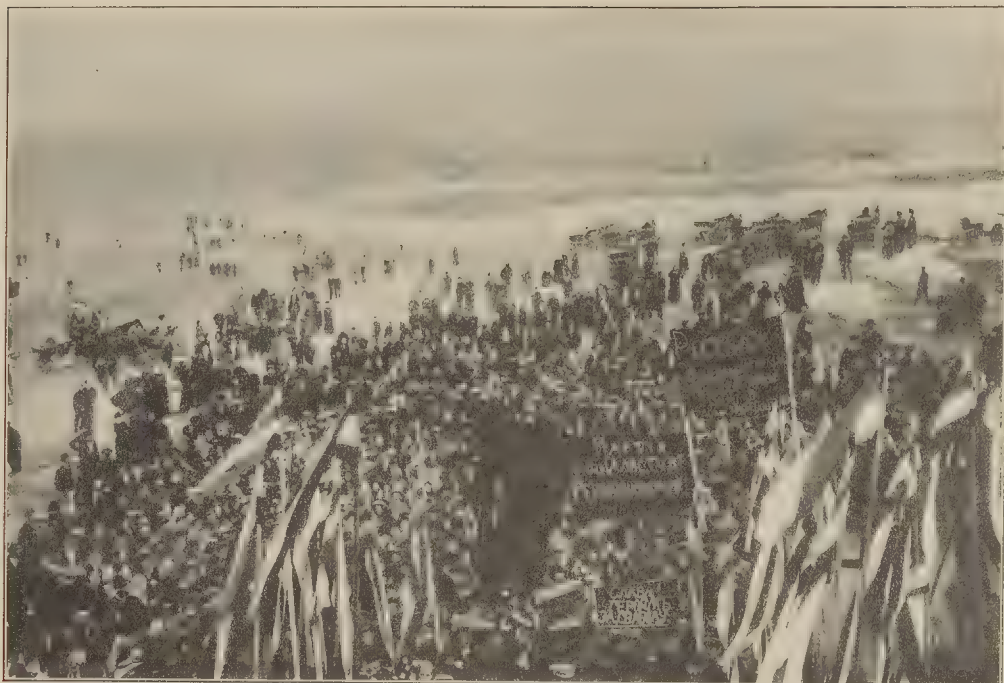
EL GRAN DUQUE ADOLFO DE LUXEMBURGO, fallecido en 17 de noviembre último



GUILLERMO, actual gran duque de Luxemburgo



MARÍA ANA DE PORTUGAL, esposa del actual gran duque de Luxemburgo



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Sebastopol.—Entierro de cristianos muertos por la tropa delante de la cárcel
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Sebastopol.—Entierro de los manifestantes muertos por las tropas cuando pretendían forzar las puertas de la cárcel para libertar á los presos políticos. (De fotografía.)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Sebastopol.—Marinos rusos presenciando el entierro de los judíos rusos asesinados
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Sebastopol.—El jefe de policía coronel Schultze presenciando el entierro de los soldados muertos por los marinos revolucionados. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

D. MIGUEL CANÉ

El mejor homenaje que podemos tributar á este eminente escritor, político y diplomático argentino, recientemente fallecido, es entresacar algunos párrafos del artículo que á raíz de su muerte le dedicó el importante diario *La Nación*, de Buenos Aires.

«Desde temprano comenzó la fama á acariciar ese nombre, que ya no abandonará. Apenas había pasado de los veinte años el doctor Miguel Cané, cuando ya se hacía notar por sus artículos literarios en *La Tribuna* y *El Nacional*. Sus excepcionales dotes le habían permitido asimilar y desarrollar con rara exuberancia las lecciones recibidas en el colegio nacional primero, en la Facultad de Derecho después, y sobre todo, allí donde el espíritu amplio y liberal del maestro filósofo don Amadeo Jacques formaba un vivero de hombres que habían de descollar más tarde en las ciencias y en las letras, muchos prematuramente desaparecidos...»

«Así, desde sus primeros escritos, el éxito coronó al iniciado, y las puertas de la carrera de las letras se abrieron de par en par ante él. Pero en aquel tiempo no había, no hay hoy mismo en nuestro país, carrera literaria propiamente dicha. Las letras puras no conducen á ninguna parte; ni la noble aspiración, ni la vulgar necesidad, encuentran satisfacciones en ese rumbo exclusivo. Miguel Cané hubiera podido ser un Taine, un Renán; pero sobrevino la política...»

Describe luego el período de su vida en que se dedicó á la política y á la diplomacia, y añade:

«Su producción literaria se hizo más abundante y atildada en esta época, de la que datan varios de sus mejores libros, y las preocupaciones y tareas de su misión le dejaban tiempo no sólo para cultivar su espíritu observando las costumbres europeas, escudriñando sus monumentos históricos y artísticos, viviendo su intensa vida intelectual, sino también para transmitirnos en forma de trozos literarios, bellísimos por su fondo y su estructura, la quinta esencia de cuanto asimilaba y se incorporaba en aquella inmensa escuela, centro de humanidad, pues no estuvo sólo en Austria, sino que pasó en seguida con igual cargo á Alemania, entonces en la plena efervescencia del colosal desarrollo que, comercial, industrial é intelectualmente, la ha colocado en la primera fila de las grandes naciones civilizadas.

»España lo tuvo luego de representante argentino. Y allí, como en todas partes, agasajado, buscado, mimado por lo mejor de los centros políticos, sociales y literarios, Miguel Cané fué de veras ese representante, pues llevaba consigo y en sí las características de la raza que equivocadamente buscan algunos en tosquedades y asperezas, ajenas siempre al núcleo de nuestra sociabilidad, á lo que daba tono y sello al pueblo de Buenos Aires...»

«Después de su larga campaña diplomática, el doctor Cané volvió á Buenos Aires para hacerse cargo al poco tiempo de la intendencia municipal, por la cual su paso fué tan rápido que no le permitió dejar muy hondas huellas. Estábamos, en efecto, en la agitada época de la presidencia Sáez Peña, y un buen día el primer magistrado lo llamó al ministerio de Relaciones exteriores, que abandonó también poco después para tomar la cartera del Interior.

»Luego se le hizo reanudar su interrumpida carrera diplomática, dándole en 1896 nuestra plenipotencia en París, de donde volvió para ocupar un asiento en el Senado de la nación...»

«Como elocuente é imperecedero epitafio del que fué, como historia intelectual del escritor que la muerte acaba de arrebatarnos con un único y certero golpe, quedan sus libros: *Ensayos, Juvenilia, En viaje, Charlas literarias, A la distancia, Prosa ligera, Notas é impresiones* y la hermosa traducción del *Enrique IV*, de Shakespeare, con un prólogo maravilloso. Su nombre tiene, contra el olvido, la égida invulnerable de sus obras.»

El gobierno argentino dispuso que se tributaran honores oficiales al cadáver del Sr. Cané, cuyo entierro fué una manifestación grandiosa de duelo.



El insigne publicista, literato, político y diplomático argentino don MIGUEL CANÉ, fallecido recientemente en Buenos Aires. (De fotografía de Castillo, remitida por D. Justo Solsona.)

MIECIO HORSZOWSKI

Los aficionados, pocos en número por cierto, que acudieron al primero de los conciertos del niño pianista anunciados en el teatro de Novedades, creyeron que iban á oir á uno de estos concertistas precoces de los cuales suele decirse: «¡Qué admirable para un niño de tan pocos años!» Pero apenas Miecio dejó oir las primeras notas del preludio y fuga en *la* menor de Bach, todos comprendieron que estaban en presencia, no de una precocidad más ó menos perfecta, sino de un verdadero fenómeno musical incomprensible, de un maestro en toda la extensión de la palabra. Y esta impresión asombrosa se convirtió en juicio firme y definitivo cuando el pianista hubo tocado la sonata en *la* mayor de Beethoven, el nocturno en *re* bemol, la mazurca y la gran polonesa de Chopin, los fragmentos líricos de Grieg y otras piezas no menos importantes. En el programa del segundo concierto, en el que el teatro estuvo lleno, figuraban, entre otras, composiciones tan grandes como las 32 variaciones de Beethoven, la marcha fúnebre de Mendelssohn, el *impromptu* en *la* bemol y el preludio en *re* bemol de Chopin, el preludio y fuga en *do* mayor de Bach, arabesco de Schuman, el tema variado de Paderewski y la tarantela de Leschetizky. Miecio en todas ellas hizo prodigios. Y lo propio hemos de decir del tercer concierto, extraordinario, cuyo programa componían la sonata *Aurora*, de Beethoven, el nocturno en *fa* sostenido menor y el estudio póstumo de Chopin, una melodía de Gluck, una sonata en *la* mayor de S arlatti, la serenata de Rachmaninof, la siciliana de Leschetizky y una mazurca de su composición. El público, que llenaba todas las localidades y los pasillos del teatro, tributó á Miecio una de las ovaciones más grandes que en Barcelona se han presenciado.

Y en verdad que toda ovación parece poca para expresar el entusiasmo y la admiración que Miecio produce en sus oyentes, como poco es cuanto se diga de su incomparable genio musical. Porque no se trata sólo de un niño que domina como los más grandes pianistas el mecanismo del piano, á pesar de que su mano apenas alcanza la octava y de que para mover los pedales ha de tocar casi de pie; se trata de algo más asombroso, de un niño que á los once años interpreta las más difíciles obras, así de los clásicos como de los compositores modernos; de un niño dotado de una percepción y de un sentimiento musicales tan intensos, que se identifica por modo maravilloso con la obra que ejecuta, extrae de ella la idea, la esencia verdadera, y la vierte, dándole todo su valor, sobriamente, sin exageraciones ni efectismos, no buscando el aplauso fácil, sino comunicando al que lo escucha la misma emoción estética que él siente y que debió sentir el compositor al concebirla.

Basta verle en el piano para comprender lo que es Miecio: abstraído por completo, nada le distrae, y su mirada expresiva, grave, serena, dulce, no se aparta del teclado en que sus manos se mueven; toda su atención está allí; para él parece no existir el público.

Miecio tiene de repertorio más de cien piezas de gran concierto y las ejecuta todas de memoria.

Durante su estancia en Barcelona, llevóle un día nuestro gran pianista Malats á su casa y le enseñó una pieza que estaba estudiando para uno de sus conciertos; era una obra de ocho páginas llena de dificultades. Miecio la tocó á primera vista, con gran asombro de sus oyentes, que subió de punto cuando la repitió de memoria con perfección imponderable.

Miecio es además compositor, y á juzgar por la mazurca que ejecutó en el último concierto, obra seria y elegante, mucho puede esperarse de él bajo tal concepto.

Miecio Horszowski nació en Lemberg (Polonia), recibió de su madre la primera instrucción musical, y á los tres años ya ejecutó en un concierto público una romanza sin palabras de Mendelssohn. A los siete comenzó su vida de concertista, pero aún sigue bajo la dirección de su profesor Leschetizky y todos los años pasa una temporada recibiendo en Viena las lecciones del famoso maestro, que cuenta entre sus discípulos á los célebres pianistas Paderewsky y Schütt.

Espectáculos.—BARCELONA. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Jochs d'étaar y d'amor*, comedia en tres actos de Marivaux, traducida por Carlos Capdevila, y *El miracle del Tallat*, leyenda en tres cuadros, letra de José Carner, inspirada en una narración de J. Pin y Soler, música del maestro Morera y decoraciones de Brunet y Pous; en Romea *Las garsas*, hermoso drama en tres actos de Ignacio Iglesias; *Esclat de vida*, drama en dos actos de D. P. Colomer Fors, y *Una juguesca amorosa*, comedia en un acto de D. N. Sicars; y en el Eldorado *Ideicas*, zarzuela en un acto, letra de D. Atanasio Melantuche y música del maestro Barrera.

En el Liceo ha comenzado la temporada de invierno con la ópera *Aída*, en cuya ejecución obtuvieron muchos aplausos el maestro Mascheroni, las Sras. Talexis y Guerrini, y los señores Mariacher, Blanchart y Torres de Luna.

En el teatro Condal, el «Orfeó Català» ha dado un concierto, en el que además de varias composiciones de su extenso repertorio, cantó por primera vez dos obras bellísimas del maestro Pedrell, *La Sagrada Familia* y *Lo cant dels Almogávers*, y el motete de Nanini, músico contemporáneo de Palestrina, *Hodie Christus natus est*. Todas las piezas fueron admirablemente ejecutadas.



El eminente pianista MIECIO HORSZOWSKI, niño de once años que ha dado tres conciertos en el teatro de Novedades con éxito extraordinario (De fotografía.)

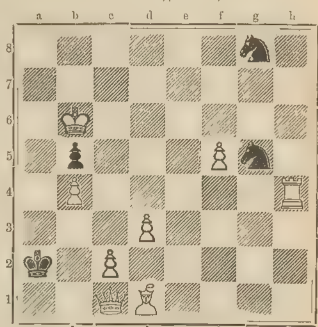
De los tres conciertos dados en el teatro de Novedades por el niño pianista Miecio Horszowski nos ocupamos en otra sección de esta misma página.

Associació Wagneriana. – El notable violinista Sr. Perelló ha dado un concierto, ejecutando é interpretando de una manera irreprochable la sonata en *sol* mayor de Haydn, el alegro del concierto en *mi* bemol de Mozart, la romanza en *fa* de Beethoven, el concierto en *sol* menor de Max Bruch y el concierto en *mi* bemol de Mendelssohn.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 408, POR J. BERGER.

NEGRAS (4 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 407, POR F. W. WYNNE.

Blancas.	Negras.
1. De4-b1.	1. Cualquiera.
2. D, C ó T mate.	

NUEVA AURORA

NOVELA DE PAUL DUMAS.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

El gran vapor se presentó, altanero y trepidante, á la entrada del puerto, y avanzó por el agua pesada y lechosa; pero tan solemne, con las banderas ondulantes de su rígida arboladura, con su rechoncha chimenea y su delgado penacho de humo, que parecía inmóvil. Algunas locas gaviotas parecían enganchadas á su negro casco. Entre los filamentos de la ligera bruma matinal y en el soplo unido de las ondas y de la tierra, el barco se acercaba y se iba haciendo colosal. A lo lejos y detrás de él dejaba, como en éxtasis, el perfil apenas levantado y el blanco fantasma de Cartago, para dirigirse á las áridas colinas y á los límpidos santuarios de Túnez.

Francisco Delaubray, que estaba en el muelle, ebrio de emoción, pensaba:

—No, ese buque no llega de las costas de Francia; no ha pasado el insignificante abismo del mar... Viene del fondo de mi pasado. Zarpó hace ya quince años y ha atravesado un océano de angustias y torrentes de lágrimas...

De repente se escapó un grito, un aullido de sirena que vacila al pronto. Y Delaubray se estremeció; en aquella voz terrible y dolorosa todo el pasado le llamaba. Pero muchas barcas volaban al encuentro del vapor; cayó de su borda una doble amarra y pronto le hicieron cautivo las minúsculas siluetas de los recuerdos... Delaubray entonces, sin poder dominar las emociones de su alma, experimentó un gozo inefable, y en la sombra que proyectaba sobre su cara el ancho sombrero de colono, se deslizó una lágrima hasta el reflejo gris de su barba.

Delaubray pensaba:

—¡Es ella!.. ¡Se acerca!.. ¡Ahí está!..

El buque giró insensiblemente, se presentó de costado, y alineó sus cien tragaluces y su estrecho perfil de gran devorador de espacio. En la popa se agitaron remolinos de espuma. Numerosos pasajeros estaban apoyados de codos en el puente, con los ojos dilatados hacia la orilla. Se distinguían formas femeninas arropadas en pieles y cubiertas de velos. Delaubray las interrogaba una por una con ansiosa mirada..., y sintió miedo, pues no reconocía á Marta. Pero su temor era absurdo, puesto que Marta le había dirigido un cablegrama desde Marsella: «Me embarco en el *Ville-d' Alger*. Tu amiga.» Esa palabra «amiga»—esa palabra sin rencor, esa palabra sin amor—le había llenado primero de gozo y después de melancolía.

Mientras tanto la borda rozaba el pontón; se veían distintamente las caras y se oían las llamadas, los gritos y las bromas de un grupo de soldados amontonados en la proa. Y Delaubray, temblando, no encontraba á Marta. Lo que él buscaba, en verdad, entre aquella multitud, sin poder imaginarlo de otro modo, era el perfil de otro tiempo, la línea del talle, un poco redonda, y cierto movimiento que ella hacía inconscientemente para acariciarse los ricillos que las mujeres llevaban entonces en la frente. Pero Delaubray se resistía á ese prestigio del recuerdo: ¡quince años!.. ¡Quince años para una mujer!.. Vió una señora correctamente vestida con un largo abrigo de viaje, con una cartera colgada en bandolera y un sombrero de fieltro á la marinera; y un obscuro egoísmo, un resto de vanidad, le hicieron desear que aquella persona de aspecto distinguido fuese Marta, y latiéndole el corazón, hasta creyó ver sus ojos bajo el velo. Pero un pasajero se volvió hacia aquella desconocida y ella le habló familiarmente, como á un marido ó á un hermano... ¿Y aquella otra, en el puente de tercera clase? Está ciertamente sola, y silenciosa y con los ojos tristes, busca á alguien en el muelle... ¡Marta!.. Y Delaubray tuvo tal miedo de que aquella criatura pobremente vestida, de facciones pesadas y llenas de barros en las que el sufrimiento había impreso profundas huellas, fuese Marta, que adquirió en seguida la convicción de que era ella y experimentó un sentimiento de desesperación, un instinto cobarde que le aconsejaba huir... De repente apareció en el extremo de la popa una cabecita rizada, aturdida y curiosa, con un gran sombrero de medio lado y un espeso velo anudado con descuido. Francisco la miró ávidamente, y ella, que vió tal mirada, se detuvo y le sonrió con disimulo. Delaubray no había conocido en Marta aquel descaro astuto de los labios, ni había supuesto tales plumas en su sombrero. La había soñado, para aquel regreso, grave y tierna, buena y modesta, reprimiendo, como él, una intensa emoción. Sin embargo, como en aquel momento se colocó un tablón entre el muelle y el navío, Francisco se precipitó entre los mozos de carga árabes que se lanzaban al asalto del barco, pisó sus pies desnudos, los separó á puñetazos y corrió hacia aquella mujer... Pero no, aquella cantante de café concierto, aquella muñeca de exportación, no era Marta. Delaubray se separó, corrió en otra dirección y de repente exclamó:

—¡Marta!..

La tenía delante.



Marta le presentó la mejilla y él la besó por encima del velo

Allí estaba, en pie, esperándole... Era ella, sí, era Marta, pero tan menuda, tan humildemente escondida... Francisco tuvo la impresión absurda de que la encontraba allí inopinadamente; se quedó suspenso como si no la esperase y estupefacto al mismo tiempo al reconocerla tan fácilmente y al observar que estaba, sin embargo, enormemente desconocida. La había adivinado, más bien, por el choque de su corazón; la hubiera adivinado lo mismo oculta con un velo. Era aquel, ciertamente, el perfil de otro tiempo; también Marta era como él la deseaba, grave y tierna, modesta y de dulce mirada. Pero no era, con todo, la silueta imaginada; no era ya el talle algo redondo, ni la atractiva esbeltez de cuerpo, ni la claridad primaveral del rostro... ¡Ay! ¡Quince años!.. Pero qué augustas eran las ligeras estrías de aquellos pobres párpados, aquellas latentes marchiteces y aquellas demacraciones sospechosas...

Delaubray sintió que, dentro de él, se arrodillaba su alma...

Entre tanto, el saquito que Marta tenía en la mano derecha había pasado á la izquierda para el apretón de manos que se dieron, después de un segundo de muda interrogación y de secreta angustia. Francisco sentía una horrorosa confusión y murmuró:

—Buenos días, Marta...

Y ella le respondió muy bajito:

—Buenos días.

El colono preguntó en seguida del mismo modo:

—¿Me permites que te dé un beso?

Marta le presentó la mejilla y él la besó por encima del velo.

Después le cogió el saquito y la guió hasta la aduana entre la multitud, por el tablón y por el muelle atestado de gente. Francisco seguía mirándola y se atrevía á veces á volverse hacia ella. Llevaba Marta un abriguillo negro, un vestido de lana obscura y un sombrero, bastante decentes. Se observaba en su pobreza, y sobre todo en la finura de las botas y de los guantes, el deseo de no desagradarle.

—¡Cuidado!

Francisco apartaba delante de Marta los obstáculos, mientras ella conservaba una vaga y dulce sonrisa é iba detrás de él con una especie de docilidad. Marta no parecía desilusionada ni aun sorprendida al encontrarle tan delgado, con la cara arrugada y

descompuesta, con muchas canas y con la alta estatura amenguada y como encorvada bajo pesada carga, ni al verle con aquel intrépido traje, con aquella chaqueta de cuero, aquellas botas, aquellas espuelas enmohecidas y aquel látigo en la mano. Pero se asustaba un poco cuando pasaba algún corpulento mozo de carga árabe gritando *¡Bara!* debajo de un montón de baúles.

—¿Qué equipaje tienes?

Marta respondió con su tímida voz:

—Mi baúl... y un cajoncito... con algunos recuerdos...

Francisco se conmovió profundamente al pensar que los restos de aquella vida fracasada ocupaban tan poco sitio. Ambos se callaron. Un empleado de la aduana marcó con una señal de yeso el saquito y una agencia se encargó del transporte del baúl y del cajón. No cambiaron ya ni una palabra en el coche que los llevó á la población, pero él había cogido la mano de Marta y la tenía entera dentro de la suya, en una presión oculta bajo un pliegue de la falda.

Por fin Francisco preguntó, volviendo poco á poco de la turbación que le había hecho olvidar esta interrogación elemental, si había hecho buena travesía y si se había mareado.

Marta sonrió. Había resistido muy bien y hecho todo el viaje levantada, á pesar de los golpes de mar. Había visto toda la costa de Cerdeña.

—Entonces, dijo Francisco, violento y por decir algo, si no temes al mar, serás una verdadera colona...

A otra pregunta trivial, respondió Marta que en París hacía un tiempo horrible, mucho frío, nieblas, nieves...

Él le dijo interrumpiéndola:

—¡Mira aquí!

Y siguiendo la curva de su ademán entusiasta, la recién llegada admiró aquel aire puro y azul, aquel ambiente ligero del invierno africano, las primeras casas europeas y la aglomeración inmaculada de la ciudad árabe. Los albornoces que pasaban atraían á veces su mirada.

Se sentaron á tomar algo en el terrado de un café en una ancha y luminosa calle, en la que, en seguida, numerosos transeuntes saludaron á Delaubray quitándose el sombrero. Unos colonos se aproximaron sin cumplimientos y con la mano tendida. Delaubray titubeaba un poco para decir, mostrando á Marta: «Mi mujer...» Un muchachón con polainas amarillas se instaló alegremente en su mesa.

—Y bien, Sr. Delaubray, ¿qué hay del empréstito de nuestro ferrocarril? ¿Qué suerte va á correr con el nuevo ministerio?

—¿El nuevo ministerio?, dijo Delaubray. ¿Tenemos, pues, nuevo ministerio?

El joven colono se echó á reir.

—¡Cómo! ¿Usted, Sr. Delaubray, ex ministro y todavía diputado no hace un año, ignora aún?.. Sí, hombre, el gabinete X... ha caído... Y justamente cuando se iba á aprobar nuestro empréstito...

Delaubray hizo un gesto de indiferencia y murmuró:

—No lo sabía...

Se cambiaron apretones de manos, y otro colono se acercó á hablar de las sementeras atrasadas y á maldecir la atmósfera serena...

—Si no estuvieras muy cansada, dijo Francisco á Marta, tomaríamos el primer tren y estaríamos en la granja esta noche.

—Haré lo que tú quieras, dijo ella; no estoy cansada.

Se apartaron de los importunos. Hízole Francisco recorrer de prisa unas cuantas callejas de la ciudad árabe, las más lindas, tan piadosamente blancas, tan dulces en sus contornos de cal, tan apacibles bajo sus tejados azul celeste, con el abigarramiento de su pausado pueblo. Puso afectuosamente el brazo en el de Marta, lo que le costaba algún trabajo por ser muy alto al lado de aquella mujercita; pero inclinándose así hacia ella, como en otro tiempo, sentía mejor el dulce encanto de recobrarla y de expresarle la devota contrición de su ternura. No hablaban, sin embargo, más que de las gracias de las cosas que veían, de la ligera curva de los arcos árabes, de los marcos de rosas en torno de las recias puertas y de las *djebbas* de seda. Marta iba asombrada, extasiada y sin dejar de sonreir; él no hacía más que explicar. Después hicieron unas compras en los almacenes.

—Bueno es que nos proveamos, decía Francisco. Ya verás, en Zaouiet no tienen aún sucursales ni el *Bon Marché* ni *Potin*.

Comieron rápidamente en una fonda. Los ojos de los consumidores, el ruido de los cubiertos y la claridad del sitio los separaban y les hacían pensar secretamente en lo que sería para ellos, aquella noche, la hora de la soledad y del silencio. Francisco, en voz alta y con orgullo, con amor, pintábale su granja de Zaouiet y su casita medio hecha de tablas, de hoja de lata y de piedra friable de Sicilia... Pero su fuente, su manantial, como un grueso diamante, en un hueco de la roca, con un agua de cristal... Ya le enseñaría la huerta que él había creado con sus manos...

—¡Mira estas ampollas!

Marta se reía.

Y ya vería qué paisaje... Ya vería aquella extensión inmensa que parece correr de una montaña á otra...

—Al principio, puede que te aburras... Pero después, lo hermoso, lo que á uno le apasiona, es ver brotar sus mieses... Y luego, tengo una viña cuyos retoños contarás antes de un mes... En fin, tengo á Frisquet, mi buen Frisquet..., mi perro...

En el tren continuó Francisco agitado, nervioso, como si estuviese haciendo á Marta el prefacio de su nueva vida y quisiese prevenir á aquel pobre corazón que volvía á él y ahorrarle todo choque y toda conmoción. Pero se alarmaba en vano; Marta no dejaba su sonrisa y estaba de antemano contenta y confiada.

Iban con ellos en el vagón dos viajeros que conocían á Delaubray y que estuvieron charlatanes. Francisco logró, sin embargo, aislarse un poco con Marta, mientras los vecinos se absorbían en sus periódicos. Y le preguntó, haciendo un esfuerzo al que no había podido resolverse desde por la mañana:

—¿Tus padres?..

Marta respondió muy bajo y con los ojos fijos en el suelo:

—Mis padres han muerto...

Felipe se quedó sorprendido, pero ella no demostró ninguna extrañeza, ninguna reprobación por aquella ignorancia de una desgracia ya antigua. La recién llegada añadió:

—Ahora estoy sola... No tengo ya á nadie... Mis despedidas han estado pronto hechas...

—¿Estabas en París hacía mucho tiempo?

—Fuí allí á ganarme la vida... un año después de nuestro divorcio.

—¿Ganarte la vida?.. He sabido eso, en efecto, estos días, cuanto hice que te buscase mi amigo Delauce... Estabas, según creo, en un gran almacén de la orilla izquierda...

—Sí, y había llegado á una buena posición... Ciento cincuenta francos al mes...

—¿Estabas, pues, arruinada?

—Mi padre perdió su empleo en el ferrocarril cuando el ataque de parálisis que le costó la vida... Después, su fortuna y la dote que tú me habías devuelto se hundieron un día en la quiebra de un banco...

Delaubray bajó la cabeza, y como por la mañana en el coche, cogió la mano de Marta y la retuvo entre las suyas. Desde entonces, los dos contemplaron silenciosamente las fugitivas extensiones de lentiscos, las soledades, las colinas desnudas por las que trepan rebaños de cabras, las siluetas friolentas de los pastores, las religiosas y pacíficas apariciones de las cúpulas blancas y los escasos humos sobre los tejados de paja. El lecho seco de un río serpenteó mucho tiempo por una brecha abrupta entre dos montes... El día declinó. Y llegaron.

Hassem estaba en la estación con el tílburi... La estación, una casita diminuta con tejado rojo y precedida de una acera que un solo hombre de gorra bordada recorría gritando: «¡Zaouiet!» Y alrededor, nada, campos agrestes.

—Agárrate bien, dijo Francisco. La vereda está todavía muy mal y tenemos para una hora...

Marta se cogió fuertemente al borde enmohecido del cochecillo. Francisco, á su lado, restañó el látigo sobre el vetusto harnés de un caballejo escuálido, mientras Hassem, hundido en su *cachabia,* se sentaba como podía, con las piernas colgando y las babuchas enganchadas en los dedos gordos de los pies.

Entonces se desarrolló más grande el silencio, y un gran soplo, deliciosamente frío, llegó hasta ellos del infinito.

Zaouiet es una región bendita, desde el fondo de su gran vega hasta la cresta dentada del Djebel. Mil manantiales ocultos fertilizan el subsuelo, y aunque no había llovido ni una sola vez en todo el invierno, las cebadas apuntaban allí con vigor y prometían formar pronto una triunfante alfombra.

—Agárrate bien, repetía Francisco.

El tílburi, dando tumbos, crujía y atravesaba lechos de arroyos con el agua hasta los ejes. Pasaban y á fuerza de latigazos escalaban la orilla escarpada. El cochecillo se inclinaba terriblemente en las rodadas y se encabritaba de pronto en saltos rabiosos. Francisco, entonces, se volvía hacia Marta... ¡Temía tanto verla asustada ante la visión del adoquinado de madera y de las aceras de asfalto!..

—¿No tienes miedo?

—No..., ninguno... Nunca he tenido miedo cuando tu guiabas... ¿Te acuerdas de nuestro caballo Pantín, en la Feuillée? Era muy indómito, pero contigo no se movía...

Marta removía con una tranquilidad aparente aquellos pequeños recuerdos que á él le conmovían. Al ver que Francisco se alarmaba de nuevo por ella ante aquella gran soledad, Marta concedió, aunque sin dejar de sonreir, que, en efecto, estaba un poco fuera de su centro.

—En menos de tres días ser transportada tan lejos... Un cambio tan grande y tan imprevisto...

Francisco se atrevió á prometer muy bajo.

—Y tan dichoso, ya verás.

Un ímpetu desatinado hízole saltar el corazón.

Si Hassem no hubiera estado allí, sentado á sus pies, hubiera soltado las riendas y hubiera cogido por largo tiempo en sus brazos, para anegarla en el raudal de sus lágrimas y de sus besos, á aquella mujer que todavía no había dicho ni una palabra de reproche, cuya muda y dulce sonrisa no se alteraba por nada y que había venido á él sencillamente, porque él la había llamado.

De un barranco se levantaron, en unánime vuelo y en ráfaga sombría, innumerables pardales.

Y de repente pudo verse un punto blanco en la vertiente de una alta montaña que una roca dentada coronaba de grises almenas. Delaubray mostró orgullosamente, con la punta del látigo, aquel tímido asilo.

Mira; allí es...

—Sí, respondió Marta apaciblemente y sin expresar la menor aprensión; debes de tener allí arriba una bonita vista.

Estaban entrando en sus dominios.

—Por este año, dijo Francisco, no puedo ponerlo todo en explotación... No soy bastante rico... Estoy haciendo cultivar una parte por *Khammès,* al modo árabe... ¡La cosa no es brillante!.. Míralos.

Y paró un momento el coche delante de una yunta de animales enflaquecidos, buey y asno, que tiraban de un pedazo de madera; zoquete que iba en las manos de un indígena harapiento, de cara grave y sombría.

—A esto llaman arar; figúrate...

Delaubray dijo esas palabras encogiéndose de hombros y dando un latigazo.

Después enseñó al paso las viviendas de aquellos hombres indiferentes, pobres chozas friolentamente agrupadas bajo la guarda de perros feroces y en las que se abrigan y se atrincheran, inexpugnables, la Familia y la Fe. Delaubray explicó todo esto en unas cuantas palabras enérgicas que traducían sus largas meditaciones de solitario. Y el arte, el arte de que estaba poseído de nacimiento, aunque había desperdiciado una hermosa vocación de pintor y de poeta, le hizo encontrar también las palabras que daban realce á un grupo de niños desnudos á la entrada de una tienda de campaña, á un jinete arrojando al rápido viento el vuelo del albornoz y á dos mujeres veladas bajo el peso de un húmedo cántaro, que estaban en pie, rezando entre dientes, junto á un olivo sagrado...

—Mira ese árbol...

Enfermo y con un enorme tronco centenario, aquel santo propicio estaba adornado en todas las ramas por millares de hilos multicolores allí colgados por las supersticiones.

El coche seguía subiendo trabajosamente la empinada cuesta. Delaubray no disimuló un poco de orgullo cuando atravesaron las cuatro hectáreas de su viña, una jovenzuela de un año, de la que sólo se veían bien todavía los surcos regulares, y después, su hermoso campo de trigo, labrado con el arado francés, y espléndido...

He aquí, al fin, la casita; he aquí á Frisquet, que salta y ladra, lame todas las manos y besa las narices fatigadas del caballo, cubierto de espuma.

—Ya ves, dijo temerosamente Delaubray, ayudando á Marta á apearse, que esto no es un palacio...

Estaba en ese momento oprimido por una emoción indecible. Cuando cogió á Marta por el talle, con los dos brazos, y la levantó para ponerla en seguida en el suelo de su querida granja, se la consagró como ofrenda expiatoria, muy bajo, con el corazón ardiente. Pero le pareció en aquel momento tan menuda en aquella silenciosa inmensidad, tan extraña con sus guantes, su fino calzado, su velo y los

pequeños vestigios de su atavío parisiense, que volvió á preguntarle:

—¿Pero no tienes miedo?

No, Marta no lo tenía.

Francisco vió bien, sin embargo, que ella también estaba conmovida hasta el fondo del alma; pero seguía sonriendo y respondió:

—Te lo aseguro... ¿Por qué había de tener miedo?

—Es malo, ¿verdad?

—No; no tengo gana.

Y de repente, mientras de sus ojos se escapaba una lágrima, Francisco alargó la mano por encima de la mesita. Marta le dió la suya. Y los dos, durante aquella presión, delante de Hassem, bajaron los ojos...

—Hassem, quita la mesa y déjanos.



—Sí, te perdono... Levántate... No lloremos más...

Y entregó dulcemente las manos á la lengua de Frisquet.

Francisco la guió en el crepúsculo, y después de pasar un cobertizo rústico, entraron en la casa.

La granja, cubierta con tejas, estaba dividida en tres piezas seguidas, cuyas cuatro paredes desnudas parecían cuatro sábanas blancas. En la más grande, una mesa redonda sustentaba ya sobre su hule dos platos de tosca loza y dos cubiertos de un pobre metal. Hassem echó prontamente unas ramas en las brasas dormidas de la chimenea, y fué aquello una fiesta de chispas. Las otras dos piezas, separadas por la sala común, tenían, cada una, una cama de hierro.

Mientras Marta dejaba en una de esas camas los guantes y el sombrero, Francisco le dijo:

—Si la cosecha es buena, estaremos un poco mejor instalados el año que viene... Ven á ver... Tengo grandes proyectos...

Hízole recorrer la casita. Aquí, la cuadra; las bestias de labor volvieron sus lánguidos ojos hacia la recién venida. En un rincón, reunidos al calor, los carneros y las cabras... Todo esto muy humilde, muy pobre... Pero Francisco enseñó el terreno contiguo, donde se edificaría la granja futura, el hermoso cubo de mampostería, los cobertizos y los establos que se propone ganar con el trabajo de sus brazos...

—Y mira, Marta, si te sigue gustando ocuparte del corral, como en la Feuillée..., ¿te acuerdas? Aquí tienes tu dominio... Te construiré, como más te agrade, un hermoso gallinero; este es provisional...

Las gallinas estaban durmiendo en un sotechado de paja. Un gallo se despertó al ruido, se sacudió y se puso en pie como para saludar.

Marta dijo:

—Te cuidaré todo esto lo mejor que pueda.

La comida de Hassem era bastante mala: caldo de carnero, luego el pedazo de carne cocida, después una fritada de legumbres indistintas, y por fin, un poco de queso de Gruyére, acompañado todo de un pan moreno y duro, que atoraba. Al lado de la lámpara, que echaba tufo, y cerca del fuego, Marta y Francisco se miraban y apenas comían.

—¿No tomas más?

—Gracias...

Un roce de platos y de hierro; unos pasos rápidos de pies desnudos... La lámpara, inanimada, se apaga, y sólo el hogar envía á las blancas paredes un poco de su claridad rojiza.

—Marta...

La solemnidad de aquel minuto les hizo levantarse con un movimiento común á los dos; estaban solos, en pie el uno al lado del otro, como dos sombras mudas en el gran silencio de las cosas. Francisco cogió las manos de Marta, la guió hasta un asiento é hízola sentarse suavemente. Entonces se desplomó de rodillas á sus pies y ocultó la frente, para llorar, en los pliegues de su falda.

—Francisco, murmuró Marta, Francisco mío, ¿por qué me dejaste?

También ella lloraba, y sus lágrimas caían sin ruido en la cabeza de aquel hombre abismado en el remordimiento. Los sollozos de Francisco rugían sordamente entre sus hombros conmovidos, y apenas pudo articular:

—¡Perdón!.. ¡Perdón!..

Pero Marta cogió con las dos manos aquella pesada frente, la levantó hasta sus labios, y con un beso, como el de una madre, le dijo:

—Sí, te perdono... Levántate... No lloremos más...

—¡Marta!, exclamó Francisco estrechándola entera en sus brazos enloquecidos, déjame á tus plantas, déjame llorar aún... Sé implacable y ocúltame la dulzura de tus ojos..., porque quiero expiar y no lo haría si no sufriese mucho..., mucho por ti; te lo suplico... Oirás mi confesión, la oirás entera... Te la haré con frecuencia, y no seas pronta en absolverme... Es preciso que bese mucho tiempo, implorándote, la huella de tus pasos...

¡Absuelto! Lo estaba. Marta acarició su cabello, aquel pobre cabello gris, y cerró con largos besos sus párpados marchitos.

Después le dijo:

—Levántate... Te amo como siempre... Dime, ¿te acuerdas cuando, siendo pequeños, en la Feuillée jugábamos juntos en los jardines de nuestros padres? Ya te amaba entonces... Y cuando tuve quince años, te hice, bien lo sabes, el juramento que me pedías de amarte siempre... ¡Cómo te amaba cuando nuestros padres nos unieron!.. Nuestra Lucía, nuestra pobre muerta, no era más que nuestros dos seres confundidos. ¿Cómo quieres que no te ame teniendo abierta aquella herida de madre y conservando presente y querida aquella memoria?.. Cuando me dejé arrojar de nuestra casa por aquella mujer que se había apoderado de ti, cuando consentí en todo, cuando me presté á aquella comedia de nuestro divorcio, era que te amaba, ¿entiendes?.. Y cuando, el otro día, tu amigo fué á decirme: «Está lejos, está solo, sufre y la llama á usted,» no me sorprendí; hacía quince años que esperaba todos los días los dos golpes que el Sr. Delauze dió en mi puerta... Sin padres, sin ninguna relación con nuestra provincia, con todos mis instantes absorbidos por el trabajo, no sabía siquiera qué había sido de ti, y sin embargo, te seguía amando y te esperaba... ¿Cómo quieres, mi pobre adorado, que te condene?

Se calló. Sus palabras habían sido lentas, cortadas por pausas de opresión y por los sollozos del hombre que estaba á sus pies.

Francisco balbuceó:

—He sido un miserable...

Se quedaron aniquilados y anhelosos. Detrás de los vidrios de la estrecha ventana, un pálido resplandor ganaba, hacía un momento, los confines de la noche. La luna surgió de repente, y con las vagas órbitas de su enorme cara dolorosa, se puso á mirarlos. La vieron palidecer y ponerse fría y lívida en su insensible ascensión, y la frente de Marta se cubrió de un inmenso dolor.

—¿Cómo, dijo vencida de pronto y sin contener ya los sollozos, cómo pudo aquella mujer apoderarse de ti? Era viuda, con dos hijos; tenía cinco años más que tú; no era linda... Pero es verdad que era rica...

—¡Oh! No, eso no; te lo aseguro, te lo juro...

Francisco cayó de nuevo á sus plantas, suplicándole que no creyese en semejante abominación, en una venta de su vida, en el holocausto de su dicha por un precio tan vil, por el dinero de la viuda de Houvelín. Cogió las dos manos de Marta, y mudo, la imploró con los ojos.

—¡Ah!, dijo Marta, ¡cómo te cogió!.. ¡Cómo te sitiaba y cómo, al fin, se apoderó de ti! Oye; ¿te acuerdas de aquel baile de la prefectura?.. Estoy viendo á aquella mujer... Estaba á tu lado en todas partes, te salía al paso ó se presentaba delante de ti, sin que pareciese hacerlo adrede, en los huecos de las puertas... Era fea; tenía los brazos delgados, un cuello muy largo y un cutis de cera... ¿Por qué la escuchabas? ¿Por qué la sonreías cuando te acariciaba y te llamaba con los ojos?.. Te decía—os espiaba y lo

escuché:—«¡Un hombre de su ingenio de usted!..,» ó bien: «¡Con el talento que usted tiene!..» Es verdad que tenía los ojos negros y llenos de toda especie de llamas, y una nariz larga y delgada, una nariz de raza, como si no hubiera sido, sencillamente, la hija de Eyriere, el ferretero... ¿Por qué la escuchaste, Francisco mío? Te adulaba porque habías pronunciado por la mañana una hermosa defensa en los tribunales... Te obligó á recitarle un soneto tuyo, y tú lo hiciste, muy bajo, en el sofá del saloncillo, á la entrada del ambigú... Yo os escuchaba detrás de una puerta..., y sufría, sufría... Te dió amistosamente un golpecito en la mano con el abanico cuando terminaste, y te dijo: «Es encantador... Compóngame usted alguna cosa tan linda como esa para mi álbum.» Y tú se lo prometiste... Tenías en aquel momento la cara muy encarnada, y me pareciste fatuo y ridículo... Aunque sufría mucho, me pareció en aquel minuto que ya no te amaba...

—¿Y me preguntas, exclamó Francisco, cómo se apoderó de mí? ¿No ves que fué así, cogiéndome como un tonto, como un necio, como á casi todos se nos puede coger, por nuestro absurdo amor propio y por nuestra vanidad miserable? Somos el cuervo en su árbol; creemos ver el mundo desde lo alto de una altiva cima; cuando desplegamos las ridículas alas, nos parece que vamos á cubrirlo todo con su sombra... Y la zorra está al pie del árbol... ¡Fábula eterna!

Una risa amarga crispó su faz llorosa, y Francisco se calló un instante, como para saborear aquella irrisión de sí mismo.

—Tú, continuó, pobre criatura, no sabías vivir... Tú no me consagrabas como orador porque hablaba en público, ni poeta porque juntaba rimas, ni gran político porque presidía conciliábulos electorales... ¡Infeliz mujer! Cuando volvía por la noche, febril y vibrante todavía por las luchas oratorias y transportado en alas de la popularidad naciente, me dabas á besar tu frente, eternamente triste desde la muerte de nuestra hija. Tu madre estaba á tu lado, y entre las dos hacíais en silencio los quehaceres de la casa. En la mesa hablabais de vuestros asuntos domésticos, de vuestras criadas y de la carestía de las cosas. No te gustaba salir, huías de la sociedad y eras de una timidez enfermiza. Hubiera sido preciso vivir siempre en la Feuillée, en el verde nido de nuestra quinta. Ignorabas mis grandes frases y mis triunfos y desdeñabas la lectura de los periódicos que te hubieran informado sobre mi persona... Sentía que me amabas con un amor tan dulce y tan íntimo, que me exasperaba á veces como una ligadura que oprimía todos mis miembros... Mientras que *la otra*, ¡ah!, *la otra* era lo que se llama «la mujer inteligente...» Tenía para el te una hora precisa y un salón resplandeciente; llevaba un medio luto exquisito; tenía una librea gris, un conserje á la puerta de su hotel y vivía en París seis meses del año... Y cuando una gran dama como ella apoyaba su brazo en el mío y me hacía declamarle mis sonetos, ¿hubieras tú exigido que yo, Francisco Delaubray, hijo de Pedro Delaubray, registrador de la Feuillée, no acogiese de rodillas ante ella la caricia de su abanico?.. ¡Ah! Pobre desdichada...

Francisco se fustigó otra vez con una carcajada. Pero por un impulso común de su sufrimiento, ambos llegaban á la evocación de su rompimiento, un recuerdo angustioso. Helados y mudos, vieron perfilarse aquel drama y desarrollar sus escenas de lágrimas y de maldad en las lejanías de su vida. Él se vió cobarde, brutal, insultando en la mesa de familia, delante de los criados asombrados, á aquella mujer llorosa, que no respondía. Se vió en su cuarto, con los brazos extendidos hacia ella en ademán de amenaza, decirle que no la amaba, que la execraba, que era el estorbo de su vida. La vió desgarrada, pisoteada, lívida y sin responder. Se vió diciéndole: «¡Esta existencia no puede durar! ¡Es preciso que acabe!» Y recordó su cinismo al proponerle la liberación por aquella reciente ley del divorcio, impresa entonces en el *Diario Oficial*... Ofrecíale bajamente no defenderse y los jueces sentenciarían contra él; pero quedaría libre. Ella le dijo, convulsa y ahogada: «Haré lo que tú quieras... Tienes razón, Francisco, más vale separarnos.» Y espantados, volvían á ver aquel minuto, aquella ceguera, aquel furor y aquella inmolación...

—Y bien, exclamó Francisco, sabe que he sufrido, que he andado de rodillas, durante quince años, enganchado al carro de aquella mujer... Sin descanso, sin reposo, sin un minuto de intimidad verdadera, sin tener jamás la recompensa de una caricia ni siquiera de una sonrisa, sin el consuelo supremo que tú me hubieras dado—hijos á nuestro alrededor—me ha sido preciso hacer de ella la mujer de una celebridad... ¿Comprendes?.. Es cosa terrible esa batalla cuando hay que ganarla de otro modo que con el genio... Ella me empujaba con feroz ardor á la pelea. Ella tenía la fusta y me mostraba el objeto que había que conquistar... Y yo iba... He escalado así mandatos, presidencias, títulos; he tenido la tribuna de la Cámara, he tenido periódicos, he lanzado mis propios elogios y he hecho ruido en la opinión... ¡He sido ministro!.. ¡Qué! ¿Lo ignorabas? ¿No lo sabías?..

Marta decía que no con la cabeza y le miraba con grandes ojazos ante aquella palabra retumbante que oía por segunda vez desde por la mañana. ¡Ministro! ¡Tan alto había subido!.. Y él sondaba con amargura el abismo de aquella vanidad, la nada prodigiosa de sus ambiciones y de sus luchas... Aquella criatura, que le amaba y que había pasado todas las mañanas, durante años, por delante del *Palacio Bourbon*, no sabía siquiera que él había sido algo detrás de aquella columnata: ministro, ministro seis meses. ¿Qué era, pues, esa gloria en el infinito del espacio y del tiempo, en la altanera majestad de los lugares supraterrestres, que bañaba en aquel instante con impasible resplandor el astro lívido? ¿Qué era esa gloria? ¿Qué ruido hacía en el lento é inagotable cómputo de los siglos?..

—Sí, continuó diciendo, impregnado de desprecio; he sido ministro..., y he pagado cara la humillación de serlo solamente de Trabajos públicos... *Ella* el Interior con la presidencia del Consejo. Necesitaba que mis discursos se publicasen por carteles en los treinta y seis mil ayuntamientos, y que los periódicos del día—la Historia de los tontos—registrasen el gabinete Delaubray... No he podido... He sostenido una lucha terrible, hija mía, ora ofensiva, ora defensiva, subterránea en la sombra de los pasillos, trompeteante en la tribuna... He herido queridas amistades..., he sido ingrato... He quebrantado todos mis ensueños, que eran grandes cuando entré en aquel infierno, las quimeras con que se puede coronar una frente de veinticinco años... ¡Figúrate! Todos nuestros códigos que refundir, reducir al siglo la idea latina de los Portalis y de los Napoleón, organizar de otro modo el derecho de juzgar, fundar diferentemente el derecho de castigar..., abrir una gran aurora á los hombres de mi país... ¡Me había asignado cándidamente ese inmenso estadio!.. ¡Ay! He gastado mi vida y prodigado mis fuerzas en un lodazal, al pie de mis ideales, lejos de mis nubes, en la lucha de los partidos, sin haber podido poner el pie un solo día en las vertientes de la montaña sagrada..., y con *la otra* detrás de mí, deleitándose con la sangre que yo vertía... ¡Con qué crueldad me castigaba en los días de derrota!.. ¡Mi fracaso en las elecciones de 1893!.. ¡Sus llantos abominables!.. ¡Imbécil! ¡Con todo su dinero me había dejado vencer por aquel insignificante Pruveux, un maestrillo de escuela, que representaba el socialismo!.. Pero hete aquí que, cinco semanas después, aquel desgraciado muere de repente... Ella salta de gozo... Se me saca del oprobio para arrojarme otra vez al botín... La lucha es sin cuartel, y gano... El campo de batalla quedó atestado de mis víctimas... Pero pronto tuvieron un terrible desquite... Habrás oído hablar de aquel gran escándalo en que fué arrojado mi nombre por una malvada calumnia... ¡Era falso!.. ¡Yo no me he vendido!.. ¡Jamás, te lo juro!.. ¡Oh! ¡Tú, al menos, Marta, entre todos esos hombres que me hacen aún el ultraje de dudar, créeme!.. Ya ves que soy pobre... No, no, jamás he cobrado tal dinero...

Francisco sollozaba. Veía la sombría pesadilla de aquella sesión llena de gritos furiosos y de puños amenazadores, y él subiendo á la tribuna, alta la cabeza y abierto el pecho como blanco á las imprecaciones de la multitud, protestando con las dos manos y con toda su voz contra el infame tumulto... Y después, su vuelta al hogar, con las piernas temblorosas y el alma dolorida..., y aquella mujer, que le acabó con una mirada... Desde entonces vino la guerra entre ellos, la guerra horrible que se hace con palabras rápidas y secas, como balas; el duelo en que los rencores secretos se cruzan con armas traidoras. Él la acusaba por aquel abismo, por aquella humareda, por aquel ruido en que se habían perdido sus fuerzas vivas y en cuyo fondo yacía ya su honor... Ella tenía contra él el implacable rencor de su salón medio despoblado desde que se había dejado tratar de traidor y de venal.

—Hace un año, después de una fría explicación, dijo Francisco con voz quebrantada, nos hemos separado... Llené un baúl con mis efectos, y precedido por un mozo de carga, salí por la puerta cochera de *su* hotel, á la vista de *su* conserje... Hemos pleiteado y he quedado libre... Conservaba de mi rápido viaje á este país una impresión de silencio y de melancolía... Y en él me he refugiado... Con mis pocos céntimos me he hecho con este pequeño dominio... He logrado el silencio... Y estoy olvidando...

Apoyó la cabeza, confusa y cansada, en el hombro de Marta, que le besó suavemente los ojos, y así se estuvieron en el recogimiento de la noche. Detrás del delgado tabique, oíase el ruido de la cadena que un buey arrastraba por el pesebre; el caballejo se sacudió en la paja. Pero en la inmóvil claridad del exterior, un chacal lanzó de repente su aullido de hambre, y Marta tuvo un sobresalto involuntario. Francisco la cogió en sus brazos y le dijo:

—No temas, querida mía... Es una pobre bestia inofensiva y cobarde, que grita así bajo la ventana porque tiene hambre y frío... Allá, he oído otros clamores y he luchado con otras fieras, que querían de mí algo más que un resto de comida... Pronto te gustarán esas voces de aquí, esas voces del silencio. Conocerás también á los habitantes de las tiendas vecinas, y verás hasta qué punto la perfidia humana se ha quedado en ellos rudimentaria y poco dañina; ambiciona los ganados y los haces del prójimo, pero no sabe todavía actuar sobre el dominio íntimo y saquear las almas. Esos hombres no desacreditan y no son todavía envidiosos. Y todo es así sencillo, uniforme y suave en Zaouiet... En este límpido y sonoro espacio donde el grito de un pastor, el aullido de un chacal ó el bramido de un toro repiten la canción eterna, mientras se agota en otra parte el estrépito de nuestras batallas; aquí, en esta quietud, en esta majestad, fué donde un día tu imagen pudo al fin surgir del pasado y erguirse delante de mí... Aquí te he vuelto á ver... Un día, de repente, te me has aparecido... Y desde entonces, he podido llorar continuamente en la sombra de tu recuerdo... ¡Cuánto he llorado!.. Pero ¿dónde estabas? ¿Vivías siquiera?.. Así me encontraba, sin saber ni eso... Y sin embargo, quería caer á tus plantas..., porque en todo el mal que he hecho eras tú la gran víctima... Me he decidido á hacerte buscar y he escrito á todas partes... En la Feuillée nadie tenía ya noticias tuyas... He puesto en juego tribunales y policía... Quería tenerte, y sentía un miedo horrible de que hubieses muerto, muerto con mi puñal en el corazón... Por fin, Delauze te encontró...

Marta interrumpió la acción de gracias que leía ya en sus labios y dijo, con un destello en sus ojos de consoladora:

—Ahora, Francisco mío, hagámonos cuenta de que, hace quince años y en las tinieblas de una noche de tempestad, se separaron nuestras manos y nos extraviamos por senderos diferentes. Pero henos aquí, envueltos en una nueva aurora y encontrándonos milagrosamente sobre la cima de esta montaña desconocida...

Francisco quiso seguir hablando y ella le impuso silencio; pero al quitar un instante la mano de aquella boca humillada, salieron de ella todavía palabras sordas y llenas de vergüenza:

—No puedo, siquiera, ofrecerte una situación regular... ¿Has pensado en esto, pobre amada mía? La ley...

—¡La ley! ¡La ley!, exclamó Marta sublevada, guardando enérgicamente su tesoro reconquistado y desafiando al universo. ¡Jamás se me hará comprender que no soy tu mujer!..

Frisquet se levantó y puso sobre las rodillas juntas de sus amos su gran cabeza de mastín, de ojos tiernos. Francisco y Marta lloraron y sonrieron: el universo perdonaba.

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.



TOKÍO. – ENTRADA TRIUNFAL DEL ALMIRANTE TOGO Á FINES DE OCTUBRE ÚLTIMO. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Las condiciones de la paz de Portsmouth dejaron, en el primer momento, poco satisfechos á los japoneses, por estimar que las ventajas obtenidas no guardaban proporción con la magnitud de los esfuerzos y sacrificios llevados á cabo.

Ocurrieron entonces en el Japón sangrientos disturbios, á los que pusieron término la energía del gobierno, por un lado, y por otro, el convencimiento, que poco á poco se fué abriendo paso, de que la paz firmada, aun no siendo tan provechosa como el pueblo japonés hubiera querido, no dejaba de satisfacer muchas de las aspiraciones nacionales.

Esto no obstante, aunque los ánimos se aquietaron, quedó en el fondo cierto disgusto que se tradujo por la indiferencia y casi hostilidad con que fueron recibidos por sus compatriotas el barón Kamimura y Takashira, negociadores del tratado de paz.

En cambio, la ciudad de Tokío dispensó un recibimiento entusiasta al almirante Togo, que al entrar en la capital del imperio fué acogido con grandes aclamaciones por la población en masa, la cual saludaba en él al jefe de la armada, á cuyo valor y á cuyo talento se debieron los más grandes y acaso los más decisivos triunfos de la guerra.



Barcelona. – La Matinada, visión de naturaleza representada con gran éxito en el teatro Principal, composición de Graner con letra de A. Gual, música del maestro Pedrell y decorado de Junyent. (De fotografía de A. Merletti)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 11 de diciembre de 1905 — Núm. 1.250



S. A. la infanta D.ª MARÍA TERESA y su prometido S. A. el príncipe FERNANDO DE BAVIERA
(De fotografías de Franzen, Madrid.)



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: política interior: cuestión arancelaria: los anexionistas: la isla de Pinos. – *Puerto Rico:* nuevos informes sobre el malestar económico y despoblación de la isla: reclamaciones de los portorriqueños. – *Costa Rica:* agitación electoral: rumores de unión con Panamá. – *República Argentina:* sus progresos como país proveedor de artículos alimenticios: las carnes y los trigos argentinos en Inglaterra: desarrollo general de los intereses materiales. – *Chile:* motín en Santiago. – *Uruguay:* situación financiera.

La cuestión política interior en Cuba se complica con las cuestiones arancelaria y anexionista en relación á los Estados Unidos.

En los Colegios electorales para la renovación de la presidencia de la República predominó el partido moderado, que aspira á reelegir á Estrada Palma. El partido liberal se proponía presentar al general José Miguel Gómez, sobrino de Máximo, que ha retirado su candidatura para evitar, según dijo, que se promovieran desórdenes y acaso una guerra civil. No obstante, los ánimos están muy sobreexcitados, y agravan la situación por una parte las audacias de los anexionistas, y por otra el proyecto de tratado de comercio con Inglaterra, mal acogido por los yanquis, porque habría de perjudicar á sus intereses y á su influencia en la isla. Agréguese, en lo que á relaciones comerciales con los Estados Unidos se refiere, que muchos cubanos piden una revisión ó modificación del convenio arancelario con aquella República, porque se teme que el azúcar y el tabaco procedentes de Filipinas puedan llegar á competir, libres de derechos, con la producción cubana.

Los yanquis residentes en la isla de Pinos han llevado muy á mal que esta isla quede bajo la soberanía de Cuba; se han declarado independientes y han constituído un gobierno provisional que se propone pedir ó ha pedido la anexión á los Estados Unidos.

Recordemos que la isla de Pinos, situada al Sur de la parte occidental de Cuba, constituye un término municipal de la provincia de la Habana y es la mayor y más importante de las muchas islas y cayos que hay alrededor de la Gran Antilla. En realidad son dos islas unidas por una tira de ciénaga; la del Norte interrumpida por lomas, y la del Sur baja y arenosa. Tiene 840 millas cuadradas de superficie (unos 2.850 kilómetros), y según el censo de 1899, 3.200 habitantes. Predomina la población blanca, pues lo son 2.678, y de éstos 2.480 nativos y 198 extranjeros. De éstos, la mayor parte son nacidos en España; nacidos fuera de Cuba ó de España sólo había 14 individuos. Luego los 200 ó 300 yanquis que se han rebelado ahora contra el gobierno de Cuba han ido á establecerse en la isla después de 1899.

Resulta, pues, ó que esos advenedizos yanquis se han impuesto á todos los cubanos de la isla, ó que la gran mayoría de éstos son partidarios de la anexión á los Estados Unidos.

Si algún día llegaran á predominar los anexionistas en Cuba, y llamados por ellos, ó por la fuerza de las circunstancias ó de las armas, los yanquis se señoreasen de la isla, los muchos ilusos que en aquel partido figuran sufrirían, seguramente, igual desengaño que los portorriqueños, aunque las consecuencias de la dominación de aquéllos no fueran, desde el punto de vista económico, tan graves como lo han sido en Puerto Rico.

La situación de esta última isla no mejora. Informes del cónsul de España en San Juan, recientemente publicados, confirman cuanto ya se sabía acerca de la ruina y despoblación de esa desgraciada tierra, desde que dejó de ser española.

La población agrícola, que es el 62 por 100 de la total de Puerto Rico, está muerta de hambre. El café, que en otro tiempo se vendía entre 29 y 35 pesos provinciales (17 á 21 moneda yanqui) el quintal, se paga ahora á 7, 8 ó 9 pesos. De aquí la paralización casi completa en el cultivo del café. El ron de caña era una industria relativamente importante; las contribuciones impuestas por los nuevos señores han sido causa de que se abandonen muchos alambiques. También se cierran las fábricas de elaboración de tabaco. Y el desaliento, la desesperación son tales, que ni se siembran los campos; se pierde el hábito del trabajo, y los campesinos nada hacen, porque ha decaído la fe que en él tenían, contribuyendo así, con su propia actitud, á empeorar la situación.

La crisis económica tenía que influir, necesariamente, en el movimiento mercantil de la isla, y el comercio sufre honda perturbación. El canje de la moneda provincial por la noteamericana vino á reducir el numerario á las tres quintas partes, dejando á la isla sin suficientes medios de circulación. Esto ha originado numerosas quiebras, y es imposible conseguir ahora dinero á un interés menor del 12 por 100, y aun á ese tipo se exigen garantías exorbitantes. Las acciones de los Bancos han sufrido enormes bajas. Las del Banco Español, hoy de Puerto Rico, que se cotizaban á 91 pesos (54'60 moneda yanqui), no valen ahora más que 18 ó 20 de esta última moneda; las del Banco Territorial y Agrícola han bajado desde 46 á 14.

El malestar económico se refleja también, como es natural, en la riqueza urbana, de tal suerte que en la capital, en San Juan, difícilmente puede realizarse la venta de una casa en condiciones ventajosas para su dueño.

Por todas estas causas, el comervio va disminuyendo de día en día, y de 1900 á 1905 han desaparecido, sólo en San Juan, unas 50 casas de comercio, algunas muy importantes.

Quienes más directamente sufren las consecuencias de la crisis son los jornaleros; cuantos pueden, salen de la isla, buscando en la emigración el remedio de la miseria. Pero también van emigrando las personas relativamente acomodadas para ir á establecerse á otros países donde el agricultor y el comerciante no tengan que pagar impuestos como los que allí rigen en la actualidad.

La administración yanqui nada hace para modificar favorablemente ese estado de cosas, ni muestra interés en atender las reclamaciones de los portorriqueños. El delegado de éstos en el Congreso de Wáshington pide más autonomía para la isla, y sobre todo medidas que estimulen la producción y exportación de café, es decir, un impuesto en los Estados Unidos sobre los cafés extranjeros. Además, solicitan que se les conceda el alto honor de poder ser y titularse *ciudadanos americanos*, es decir, ciudadanos de la gran República que los veja, desprecia, arruina y mata de hambre.

***

Continúa en Costa Rica la agitación electoral aunque sin salir fuera de las vías legales. En las elecciones de primer grado la victoria quedó indecisa. Si cuando los colegios electorales se reunan para designar Presidente y representantes al Congreso, ninguno de los candidatos tuviera la mayoría absoluta, elegirá el Congreso entre los dos que más votos hubiesen obtenido.

En estos últimos días ha corrido el rumor de que Panamá pretendía la anexión á Costa Rica, y que esta República no acogía mal el propósito, para aumentar su territorio, y en él tener el canal interoceánico, y participar de los beneficios materiales que proporciona el oro yanqui. Los representantes de Costa Rica en Europa se han apresurado á desmentir la noticia.

Si la tal anexión se llevase á efecto, Costa Rica tendría que renunciar á muchas de las prerrogativas propias de los Estados soberanos, porque, según una de las cláusulas del contrato entre yanquis y panameños, en el caso de que Panamá se anexionase á otro Estado ó se confederase con él, la nación de que se trate tendría que someterse á lo dispuesto en aquel contrato y reconocer todos los derechos que los Estados Unidos disfrutan en Panamá.

***

Como país proveedor de artículos alimenticios en el Mundo, la República Argentina progresa á paso de gigante. Según leemos en la prensa de Londres, esa República está desalojando á los Estados Unidos de su posición dominante en el mercado británico, y aun sobrepuja ya á las mismas colonias inglesas, á pesar de la ventaja que estos y otros países tienen con relación á la Argentina, puesto que pueden importar en la Gran Bretaña ganado en pie, y aquella no.

La entrada en Inglaterra de carne congelada argentina, en 1904, superó á las de los Estados Unidos y de Nueva Zelanda. En 1893 importaba la República Argentina 17.000 reses lanares; en 1904 han pasado de 300.000.

No obstante las mayores facilidades que tienen los Estados Unidos y Canadá para enviar á Inglaterra las carnes por medio de las líneas de vapores que hacen servicio entre los puertos del Norte de América y los ingleses, el 40 por 100 de la carne importada en 1904 procedía de la Argentina. Esta procura ahora contrarrestar la desventaja de la mayor distancia con nuevas líneas bien subvencionadas para que puedan alcanzar sus barcos la mayor velocidad posible.

En cuanto al trigo, la Gran Bretaña necesita importar anualmente unos seis millones de toneladas, y en esa importación figura la Argentina en tercer lugar; después de Rusia y el Canadá, pero antes de los Estados Unidos, ya relegados al cuarto puesto. Y téngase en cuenta que el área actual de los campos de trigo en la República Argentina no es más que una pequeña parte de la superficie que ha de aplicarse al cultivo de ese cereal.

La República Argentina será, pues, muy en breve el más formidable competidor de los Estados Unidos en Europa. Recientemente, la Cámara de Diputados de la Nación ha votado un proyecto de ley por virtud del cual quedan abolidos todos los derechos de exportación. Se cree que ésta podrá así aumentar en un 20 por 100 por lo menos, porque los productos argentinos lucharán entonces con gran ventaja en los mercados, manteniendo la competencia de la baratura en condiciones excepcionales.

En general, el desarrollo de la República Argentina ha entrado en un período de actividad sin precedentes en la historia, por lo rápido y extraordinario. Se han proyectado y se están construyendo ahora más líneas férreas que nunca, y á 1905 corresponderá la cifra mayor de kilómetros construídos en un año. A medida que el interior del país se abre, van colonizándolo tanto los naturales cuanto los inmigrantes procedentes de la Europa meridional.

La rápida expansión que se advierte en la población y en el comercio de Buenos Aires y demás grandes ciudades de la República Argentina se debe principalmente al desenvolvimiento económico. En ningún otro país de la América meridional es tan considerable el capital extranjero empleado en acciones de ferrocarril, en bancos y en empresas mercantiles.

***

Las carnes argentinas, tan apreciadas en Inglaterra, han sido causa ocasional de motines en Santiago de Chile. El impuesto creado sobre la importación de ese artículo alimenticio, que encarece su precio, dió origen á protestas y manifestaciones tumultuosas que, en los últimos días de octubre, hicieron necesaria la intervención de la policía y de la fuerza pública.

***

A juzgar por recientes informes oficiales, la situación financiera de la República del Uruguay es satisfactoria. Desde fin de 1903 á 31 de diciembre de 1904 la deuda pública disminuyó en 1.028.258 pesos oro, no obstante la guerra civil que había afligido al país durante el pasado año. La renta de aduanas, que por la misma causa se redujo, está repuesta, y se confía en que ha de superar al término medio de los años anteriores.

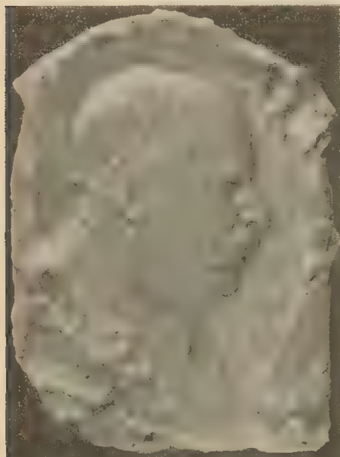
R. BELTRÁN RÓZPIDE.



EL ESCULTOR AGAPITO VALLMITJANA EN SU ESTUDIO

AGAPITO VALLMITJANA

Otro artista meritísimo ha desaparecido de entre nosotros, por más que su recuerdo no se borrará, ya que sus obras atestiguarán su valía y la remembranza de sus cualidades evidenciará su bondad. Agapito Vallmitjana, el que fué notable escultor, precursor y maestro de esa pléyade de artistas que tanto honran al arte patrio, dejó de existir el día 25 de noviembre último, legando á Barcelona un caudal de producciones y un nombre que añadir á la lista de sus hijos ilustres.



Último retrato en relieve de AGAPITO VALLMITJANA

Ya dijimos hace algunos años que á Agapito y á su hermano Venancio débese, en primer término, el renacimiento escultórico catalán, puesto que uno y otro, verdaderamente identificados, sin otros precedentes locales que las desperdigadas obras de Amadeo y Campeny, dedicáronse, allá á mediados de la pasada centuria, á modelar figuritas para belenes, desarrollándose sus aptitudes y cobrando alientos ante los éxitos que obtenían sus modestas producciones. Hijos de un laborioso y honrado tejedor, prefirieron entregarse por completo á cultivar la escultura en vez de proseguir la profesión de su bondadoso progenitor. Cierto es que con tal decisión no han logrado los positivos resultados que tal vez la suerte les hubiera reportado, pero no lo es menos que no hubieran logrado ejercer su influencia de un modo decisivo y que su nombre fuese conocido y ensalzado, cual lo es hoy, por todos aquellos que rinden al arte y á sus grandes intérpretes el tributo de su respeto y consideración.

Decíamos en otra ocasión que su historia artística es una serie continuada de triunfos, no circunscritos á los resultados de un concurso, sino en el general aplauso del público, que siempre ha acogido sus producciones con entusiasmo. Su nombre lleva consigo el concepto de la maestría. Nacido al calor del renacimiento moderno, ha sido uno de sus más laboriosos é inteligentes campeones, debiendo á su ingenio y raras cualidades la envidiable fama que ha logrado alcanzar. La mayoría de los que hoy se titulan sus compañeros fueron ayer sus discípulos, siendo de notar que todos reconocen su superioridad indiscutible, á que le han dado derecho los largos años de preciosa labor y el testimonio fehaciente del mérito de sus producciones.

Entre las primeras obras que produjo, merecen citarse las dos estatuas de mármol simbolizando la Industria y el Comercio que decoran la fachada del Banco de Barcelona, modeladas en colaboración con su hermano Venancio, y ejecutadas por indicación del que fué distinguido arquitecto D. José Oriol Mestres, padre de otro artista ilustre é inspirado poeta, Apeles Mestres, gloria también del arte y de las letras catalanas. A partir de aquel período, difícil es enumerar todas sus producciones, tal es su cuantía, limitándonos á mencionar de entre ellas la hermosa estatua ecuestre de D. Jaime I que decora una de las plazas de la ciudad del Turia; el mausoleo de la vizcondesa de Corbalán; el Segundo Misterio y él Apostolado existente en Montserrat; la estatua de *Ecertogenes vencido,* que se conserva en el Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú; *Jesús yacente, La Caridad,* una alegoría de la Música, y otras y otras que sirven de preciado adorno en aristocráticas mansiones.

Mención especial hemos de hacer también del modelo del monumento, modelado en cera, del inmortal autor del *Quijote,* obra ejecutada por el artista en sus últimos años, concebida con todo el entusiasmo que le merecía el autor de aquella obra magistral, preciada gloria de la patria literatura.

Respetado por sus compañeros y estimado y querido por sus amigos, dejó de existir rodeado de su familia, sin dejar tras sí rencores ni tristezas. Murió como lo que fué, cual el justo; aspirando á gozar de ese descanso eterno en el que sólo pueden confiar los que han cumplido noblemente una misión. Y justo es consignar que Agapito Vallmitjana deja el grato recuerdo de sus méritos como artista, de sus bondades como hombre y de sus afecciones nobles á su familia y amigos.



MONUMENTO Á CERVANTES, obra de Agapito Vallmitjana

Dencanse en paz y séanos permitido ofrecerle estos renglones como testimonio de nuestra admiración y de nuestra simpatía.

A. GARCÍA LLANSÓ.

LOS PRÍNCIPES DE GALES EN LA INDIA

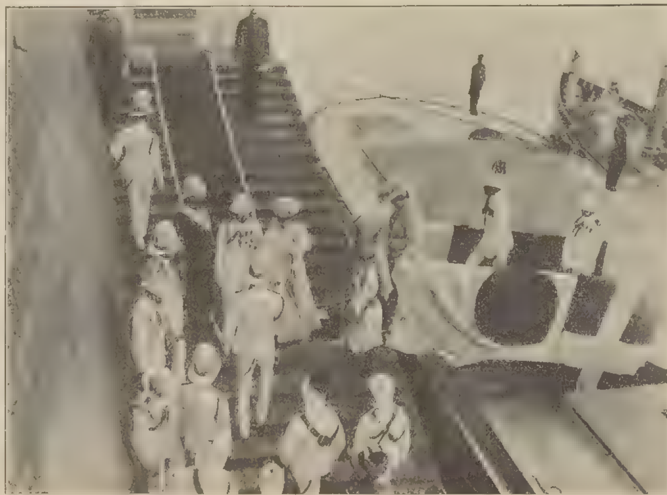
«El eslabón más fuerte de la cadena que une á la India con el imperio británico—ha escrito un notable publicista inglés—es su lealtad, no al gobierno, no al pueblo ingleses, sino al trono de Inglaterra. Así lo reconoció lord Beasconfield cuando aconsejó á la reina Victoria que adoptase el título de emperatriz de la India; y así lo reconoció también implícitamente lord Curzon, de quien se ha dicho que es el más asiático de los estadistas ingleses, al revestir de gran pompa el acto de la proclamación del rey Eduardo VII como emperador de la India, efectuado en Delhi, en 1903.»

Los soberanos ingleses, comprendiendo la verdad de este hecho, han comprendido también que el mejor modo de mantener y fomentar esta lealtad es ponerse en contacto con las poblaciones y príncipes indígenas de aquel vasto y rico territorio; y como sus deberes constitucionales, dada la distancia á que están situados aquellos dominios, no les permiten visitarlos personalmente, envian allí á quien con más autoridad puede representarlos.

Así, por delegación de su madre la reina Victoria, el actual rey de Inglaterra visitó hace treinta años la India; así ahora, Eduardo VII ha enviado allí al príncipe de Gales, acompañado de su esposa.

Los príncipes salieron de Londres el día 19 de octubre, y en Dover tomaron el vapor *Invicta* que los condujo á Calais, en donde un tren especial los llevó por la vía de París á Génova. Allí se embarcaron en el buque de guerra inglés *Renown*, en el que han hecho la travesía hasta la India.

El día 9 de noviembre llegaron los príncipes á Bombay, siendo recibidos con gran pompa y entusiasmo por toda la población, que acudió en masa á presenciar el paso del suntuoso cortejo. Al día siguiente recibió el príncipe en el palacio del gobierno á los jefes indígenas, concediendo á cada uno de ellos quince minutos de audiencia.



VIAJE DE LOS PRÍNCIPES DE GALES Á LA INDIA. – LLEGADA DE LOS PRÍNCIPES Á BOMBAY EL DÍA 10 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

El día 11 el príncipe de Gales puso la primera piedra de un nuevo museo que se erigirá en memoria de su visita, y por la noche hubo gran recepción en el palacio del gobierno. El día 12 lo dedicaron los príncipes al descanso; el 13 devolvieron las visitas á los jefes indígenas y presidieron la ceremonia de colocación de la primera piedra para un nuevo muelle, y el 14 salieron de Bombay.

La entrada en Jaipur, el 12, revistió extraordinaria pompa. Los príncipes fueron recibidos por el maharaja, acompañado de sus generales y de los sirdares de su Estado, y la carrera que recorrió la comitiva estaba cubierta por las tropas indígenas, vestidas con los más variados y pintorescos uniformes y entre las cuales se destacaban los soldados montados en elefantes.

El viaje que están realizando los príncipes de Gales es realmente grandioso, puesto que abarca toda la India. El área que recorrerán los reales viajeros mide 1.350.000 millas cuadradas; la que recorrió el actual rey en 1875-76 no pasó de 10000.

He aquí el itinerario que han de seguir los príncipes: el día 9 llegaron, como hemos dicho, á Bombay; el día 15 llegaron á Indore, el 18 á Udaipur, el 21 á Jaipur, habiéndose detenido antes en Ajmere, único territorio de aquellos vastos dominios británicos que tiene un gobierno indígena; el 24 á Bikanir, el 28 á Lahore, el 2 de diciembre á Peshawar, la ciudad más septentrional de la India inglesa. Desde allí descenderán nuevamente hacia el Sur y estarán en Jammi el día 9, en Amritsar el 11, en Delhi el 12, en Agra el 16, en Gwalior el 20, en Lucknow el 26, en Calcutta el 29 y en Darjelling el 7 de enero de 1906. De allí regresarán á Calcutta y el 9 se embarcarán para Rangún (Indo-China), de donde volverán al continente indio, desembarcando en Madrás el 24. Visitarán el 29 Bangalore, el 7 de febrero Mysore, el 8 Hyderabad, el 16 Ellora, el 18 Benarés, el 20 Nepal, situada en el extremo Este, el 22 Quetta, en el extremo Noroeste, y el 27 Karrachi, desde donde emprenderán su regreso á Europa.



VIAJE DE LOS PRÍNCIPES DE GALES Á LA INDIA. – ENTRADA DE LOS PRÍNCIPES EN BOMBAY.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

ACÉMILA, CUENTO POR SEBASTIÁN GOMILA

No era nada alardoso el galán en quien Pepa fijó los tiros; más bien podía decirse que, si algo atrayente había en él, guardábalo tan oculto que resultaba difícil dar con la maravilla. Y así no era de extrañar que la garrida hembra, gala del lugarejo, bautizara de rondón con el apodo de *Acémila* al buen hombre, indudablemente más hecho á las tareas rústicas que á las finezas y encantos con que soñara la reina absoluta de Costaleda.



De entonces acá tiraba á dos blancos

Y en Costaleda, más que pueblo, especie de alcahaz para aves chinchorreras que se pasaban los días comiendo y cacareando, la afición de *Acémila* por la muchacha era cuento de nunca acabar y motivo de holgorio.

Algunas veces se asuró el sujeto; pues, aunque al parecer bodoque, no se le escapaba el ser objeto de befa entre aquella bahorrina; y si ahormó la conducta á la conveniencia, fué porque el instinto le persuadió de que no á bufidos se conquistan quereres, ni es de absoluta precisión el hojear libracos para aprender ciertas cosas. En el arsenal de la popular sabiduría se hallan á mano, ó en punto de ser apreciadas cuando menos. En ese arsenal se encuentra el aforismo que asevera una gran verdad: *nadie estudia para tonto*.

Por aquello otro de que *quien se pica, ajos come*, no quiso *Acémila* denotar la contrariedad y el amohino, con todo y el crecer de la chunga; llegando el caso de fuerza de voluntad que la copla expresa:

y por no poder llorar
me río del sentimiento.

Esto hacía, reirse al parecer, aunque sangrara por dentro, como quien dice.

El verano anterior, había ido á Costaleda el sobrino del cura, joven cortesano, de finas maneras y de algún rumbo. El tal se arrimó á aquella flor que descollaba entre el plantaje, la verdad sea dicha. Y la moza..., pues la moza se hizo de miel, y soñó en fortunas. De entonces acá tiraba á dos blancos: al gañán, loco perdido por ella, con burlas y desdenes; al señorito Obdulio, que volvía al poblado, con zalemas y ardides. Y el coso, el imbécil vulgo, dicho se está que, si bien acallaba de una parte la envidia, de otra refocilábase con las murrias impuestas al formidable *Acémila;* que es cosa usual en todo lugarejo destinar una figura, la que sea, á pasto de las bajas pasiones.

Acémila no era tan zonzo que no se percatase del sesgo. Lamentólo en el alma; mas hizo presto su composición de lugar. Con aparecer carrasqueño y testarrón, nada iría ganando; con valerse de su solidez, mucho menos. Claro es que, á convenirle, podía plantar cara á aquel dengue por quien Pepa agotaba las zirigañas y de quien nunca podía esperar cosa buena. Pero lograr por la fuerza lo que se podía obtener por la maña, había que descartarlo.

Canturreaban una tarde junto al poyo, al son de vihuelas, varios muchachos y algunas chicas. Pepa figuraba entre *ellas*, y el señorito Obdulio entre *ellos*. El gañán tardaba en aparecer. Pero aparcció en lo más recio del bullaje.

El sobrino del cura atacó una copla, improvisada, terminándola con un dicharacho:

«Date tono, Mariquita,
te persigue un zapatero.»

A *Acémila* se le antojó hacer suya la indirecta. Mas, no resolló. Sólo hizo un gesto, como quien se traga una píldora.

Pepa entonó un cantar:

El sueño tengo perdido
y no sé dónde buscarlo;
si lo busco en el olvido,
el olvido, ¿dónde hallarlo?

Jaleáronlo todos, y los *olés* de Obdulio atronaron la atmósfera.

—¿No cantas tú?, dijéronle á *Acémila*.

—Canto, dijo secamente.

Y lo hizo así, pausado y grave:

No pongas nunca los ojos
en saco de oro pesado
si te han de faltar las fuerzas
para cogerlo y llevarlo.

Terminó sonriéndose, con un ademán estoico, clavando sin querer la mirada en el señoritingo.

No hubo risas, y se acabó el canturreo con la llegada del cura, que iba á darse una vuelta como de costumbre los domingos.

—¿Qué hacemos?, dijo una voz.

—Disolver la reunión por de pronto, respondió otra.

Unos temieron tal vez que la cosa acabara mal, otros pensaron mejor que la mirada de *Acémila* cortaba aquel día todo intento de zumba.

—¡A la ermita, á la ermita!, exclamaron varios.

Estaba situada ésta en un pico, á una media legua del lugar, viaje todo en cuesta empinada, casi abrupta. La devoción no lograba apenas al sacrificio de la visita á la Virgen milagrosa, gala del contorno; sólo en casos extremos, de voto ó promesa, alguien se atrevía á ir, echando los bofes; tal era de costoso el camino.

Pepa, en animada plática, había mentado antes el santuario, con indicación de formal promesa, á salirle bien ciertas cuentas. Y el señorito, solazándose con la idea de que todo aquello iba por él, había asentido. No faltó quien se lo dijera al gañán oportunamente; y acaso en la copla suya apuntó la malicia en ese sentido.

—De éstos, dijo el cura por los hombres, no diré que no suban; pero de vosotras, ¿cuál se atreve á llegar?..

Y las miró socarronamente.

—Llegamos; y llega, de ellas, la que quiera, como venga con nosotros, afirmó el sobrino.

—Mucho decir es, señorito Obdulio, interrumpió *Acémila* afectando calma.

De las muchachas de Costaleda, no habrá una sola que conozca al ermitaño siquiera. Como no hayan ido de pequeñas y llevadas por alguien..., insinuó el sacerdote.

—Pues se las lleva, respondió con jactancia Obdulio. ¿Para qué somos hombres?..

—Eso digo yo, contestó el mocetón medio guaseándose.

—Pepa ofreció ir..., ella sabrá por qué. Mas en asuntos de conciencia, ¿cómo no satisfacer la ambición, si la reclama el alma?

—*¡Pos* al tormo, si es así que se atreve!, recalcó el muchacho.

Y dirigiéndose de pronto á la hembra, interrogó:

—¿Tú quieres ir?

—¡Palabra!

La soltó como abofeteándole y rematando con una risotada. Había jactancia, despego y tontuna á la vez.

Acémila sintió algo muy hondo parecido á un alfilerazo en las entrañas. Pero se mantuvo frío, disimulando, mordiéndose la lengua y echando en un puntito de mate palidez por el rostro toda la hiel que tragara en un segundo.

—¡Adelante, el que quiera!, se contentó con decir.

Y echaron á andar; de los hombres, los más; de las mozas, las menos.

Efectivamente, el camino era endiablado; pedregoso en unos sitios, sin rastro visible en otros. Las lluvias, azotándolo, dejaban acá y allá desniveles, veredas imposibles, soluciones de continuidad tremendas. En algunos puntos resultaba casi inaccesible.

La comitiva marchaba á lo primero alegre. No iría mal la visita, siquier no fuese con gran ceremonia, para impetrar un buen resultado en la siembra. De dos años acá, ó la sequía ó el pedrisco habíanla malogrado en parte. Los mozos soltaban lindezas; las chicas reían los dichos. Empero, la curiosidad picaba del lado de aquel duelo oculto, aquella desazón entre Pepe y *Acémila* reflejada por la figura del galante Obdulio.

¡Cuidado que aquél parecía otro!.. Tal era su actitud, que un no sé qué chocante mantenía alejado el menor asomo de chulería.

Y subieron, subieron... Pero ¡ay!, la cuesta había que verla así, paso tras paso y con aquel empeño. A mitad desistieron tres de las chicas y uno de los hombres. Obdulio andaba ya fatigosamente, como empujado y á golpes; miraba de vez en cuando á Pepa, cual si quisiera tomar alientos. Ésta empezaba á desfallecer; movíala, no obstante, el puntillo. *Acémila* trepaba silencioso, parando cuenta, más que en la fatiga, en borrar un gesto diabólico que amenazaba descubrir su ánimo...

Y vino la de perder. Pepa se ahogaba; el señorito iba jadeante; los más parábanse indecisos.

—¿Llegarás?, dijo el labrantín á la moza.

—¡Palabra!, repitió, aunque con menos acritud.

Y embistió de nuevo; pero ya á punto de no poder más.

—¡No, no llega!, objetó á poco balbuciendo Obdulio, parándose y buscando sin duda un desistir airoso.

Entonces sí que la mirada de *Acémila* tomó tonos de fuego. Duró unos segundos, clavada en la del señorito, cual si quisiera con ella atravesarle.

—¡Pues sí llega!, rugió más bien que dijo.

Y súbitamente, con sorpresa de todos, sin dar tiempo á nada, se fué á la muchacha con ímpetu, la tomó en brazos y echó cuesta arriba, sin gran dificultad, animoso y risueño...

Pepa, instintivamente, se aferró á su cuello; no protestó. La protesta, si estuvo á punto de nacer, abortó con la admiración de un lado, con la vergüenza de otro... Ella se había burlado malamente de aquel hombre. ¡Y aquello sí que era ser todo un hombre!..

Arriba, arriba fueron; acá salvando un peligro, allá apartando zarzales, acullá tembleteando á la fuerza. Pero llegaron, ¡vaya si llegaron!..

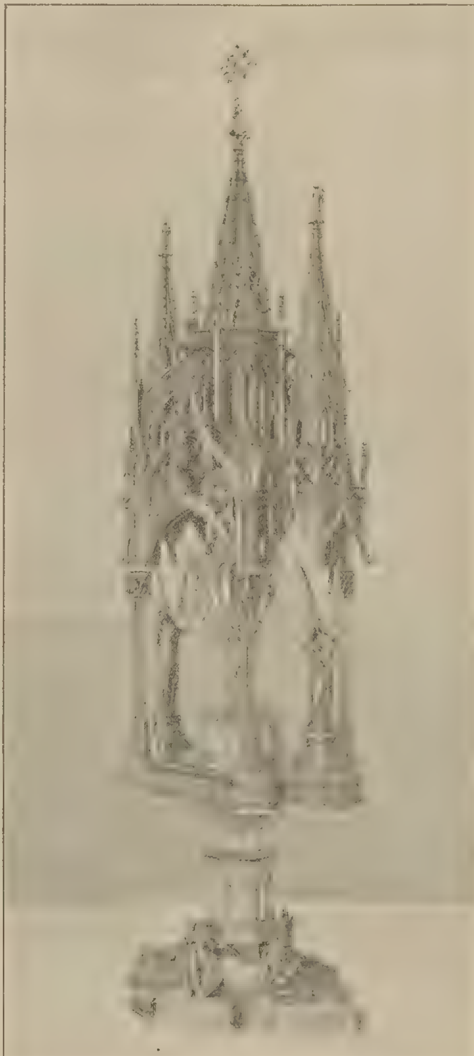
La soltó al pie de la capilla, ante la veneranda imagen.

—¡Pídela lo que querías!, exclamó *Acémila* suspirando.

—¡Perdóname!, fué la respuesta única.

Y rodaron unas lágrimas al suelo cuando Pepa se arrodilló contrita.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Custodia monumental construída en los talleres de los Sres. Hijos de F. de A. Carreras, de Barcelona, y ofrecida por el albacea testamentario de D. Ricardo Roca y Molina, por disposición de éste, á la parroquia de la Purísima Concepción de esta ciudad.

UNA OBRA NOTABLE

DE ORFEBRERÍA

La hermosa custodia que adjunta reproducimos, y que es una verdadera joya de orfebrería, ha sido construída en los talleres de la antigua y con justicia reputada casa de los Sres. Hijos de F. de A. Carreras, de esta ciudad, por encargo del albacea testamentario de D. Ricardo Roca y Molina que, en cumplimiento de la voluntad de éste, la regala á la iglesia parroquial de la Purísima Concepción.

Mide esta custodia un metro de altura y en conjunto forma un artístico templete de estilo ojival modernizado con exquisito gusto.

Sobre macizo pie álzase una columna octágona que sostiene el esbelto templete, decorada con series de floridos arcos que se destacan sobre un fondo de esmalte azul translúcido. En la base de esta columna se ven los símbolos de los cuatro Evangelistas; en el capitel, hay los escudos de Cataluña y de San Jorge, orlados de floridos cardos.

Esta parte sostiene la plataforma, que repite en mayores proporciones la forma lobulada del pie y en la que descansa la custodia propiamente dicha.

Cuatro esbeltas columnitas cuatrilobadas, coronadas con capiteles miniaturados con asuntos del símbolo eucarístico, sostienen nervuda bóveda con intradoses de oro bruñido, encima de la cual se yergue una esbelta aguja calada apoyada entre cuatro airosos arbotantes. A ambos lados del cimborrio central sendos graciosos resaltos cobijan espirituales figurillas de ángeles orantes, de alas abiertas formadas de transparente esmalte. Encima del arco frontero descansa la imagen de la Purísima. Remata la cúspide de la aguja central una rica cruz sembrada de brillantes y ostentando en medio un precioso rubí de color intenso.

El viril forma una custodia en miniatura; su pie ochavado aloja escenas de la Pasión, presididas por la de la Institución de la Eucaristía en esmalte pintado. Indican el nudo en el centro del árbol cuatro hermosas piedras, de entre las que se destaca un precioso brillante de gran tamaño é intensísima luz. Constituye el viril una gran rosa compuesta de trebolados de pétalos de flores de transparente esmalte purpurino, encuadrando cada uno un brillante. Flameantes arcuaciones totalmente sembradas de rubíes, zafiros y esmeraldas acaban de formar el digno relicario de la Sagrada Hostia.

Tal es la magnífica obra de orfebrería, en la cual no se sabe qué admirar más, si la riqueza ó el arte y el gusto admirables con que los artistas la han concebido y ejecutado.—X.





RETRATO Y ESTUDIO DEL PINTOR ARGENTINO CARLOS P. RIPAMONTE Y TOLEDO

CARLOS P. RIPAMONTE

Y TOLEDO

Forma parte el inteligente pintor argentino Carlos P. Ripamonte y Toledo de esa pléyade de jóvenes artistas que animados de un nobilísimo empeño dedican todas sus energías y aptitudes en favor de la cultura de su país, creando en Buenos Aires un centro artístico que cumpla la elevada misión de ejercer su influencia en todas las manifestaciones de la producción, formando en cierto modo escuela, cual acontece en todos los pueblos que aspiran á progresar y á su mejoramiento.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que, atenta á todo cuanto pueda estrechar los vínculos que nos unen con las naciones de la América latina, se ha complacido en publicar en distintas ocasiones obras de artistas americanos, se honra hoy publicando el retrato y una muestra de la producción del citado artista argentino.

Pensionado por el gobierno de la República Argentina, trasladóse Ripamonte á Europa, después de haber dado muestra en su patria de cuanto podía esperarse de sus aptitudes y recomendables condiciones, si éstas podían avalorarse por el estudio y el conocimiento profundos de las producciones de los grandes maestros.

Durante el período de su peregrinación artística, entregóse con verdadero afán, con decidido empeño, á vencer dificultades, no dejándose seducir ni alucinar por los lisonjeros resultados que iba obteniendo, por los aplausos ni las alabanzas, recorriendo con seguro paso la senda que emprendiera, sin subordinar su labor á los cánones impuestos por las escuelas ó tendencias dominantes, limitándose á aprovecharse de las enseñanzas que unas y otros podían reportarle. De ahí que haya podido, en tan breve espacio de tiempo, alcanzar el buen concepto que merece y producir obras que patentizan sus condiciones de discretísimo artista.

Su estancia en Roma fué altamente beneficiosa para Ripamonte. Allí, en presencia de las obras capitales del arte, rodeado de compañeros distinguidos, pudo afirmar sus inclinaciones, rindiendo ferviente culto á la naturaleza. Muestra de ello es el notable cuadro que podemos dar á conocer á nuestros lectores, que sin duda contribuirá á aumentar la reputación y la nombradía de que goza Ripamonte.

Terminado su pensionado, hállase ya de regreso en Buenos Aires, su ciudad, en donde podrá demostrar cuán acertada fué la protección que le dispensó el gobierno argentino, que si continúa inspirándose en tan sano criterio, logrará en plazo breve comenzar el período del movimiento artístico nacional, propio y distintivo, cual el que poseen los Estados que actualmente figuran en las avanzadas de moderno progreso.

La vista del taller de Ripamonte, en donde se ven algunas de sus obras, permite formarse concepto de las diversas aptitudes del pintor, que cultiva con igual éxito la figura, el paisaje y el retrato.

Réstanos tributar nuestros plácemes al ya distinguido artista por sus adelantos y por haber correspondido cumplidamente á las esperanzas que hiciera concebir, haciendo fervientes votos para que pronto podamos aplaudirle y para que, en unión de sus compañeros, contribuya por medio de sus obras al engrandecimiento y á la glorificación del arte patrio.

A. G. LLANSÓ.



INTERIOR, cuadro de Carlos P. Ripamonte y Toledo



WALKIRIA



…ESANDO KLEIER, GRABADO POR RICARDO BON…



La demostración naval de las potencias contra Turquía. – Panorama de Mitilene, ocupada en 27 de noviembre último por las fuerzas de las potencias coligadas. (De fotografía de V. Gribayedoff.)

LA DEMOSTRACIÓN NAVAL DE LAS POTENCIAS CONTRA TURQUÍA

Del mes de mayo data la primera reclamación formulada por indicación de Inglaterra contra Turquía á propósito de la intervención financiera en Macedonia, reclamación que ahora se ha convertido en demostración naval de las potencias. El origen de este acuerdo es el siguiente:

Cuando, después de largas negociaciones, la Sublime Puerta se decidió á aceptar el programa austro-ruso de reformas de Macedonia, Austria y Rusia enviaron allí agentes civiles y las demás potencias oficiales de gendarmería. Pero no había modo de que hubiera gendarmes por la sencilla razón de que no había fondos para pagarlos, puesto que los ingresos de Macedonia desaparecen como el resto de los ingresos turcos en el abismo sin fondo del tesoro otomano. En vista de esto y para que las reformas pudieran llevarse á cabo, estimóse necesario vigilar la recaudación de los impuestos, dedicándolos en primer término á las necesidades de Macedonia. La primera nota de los embajadores, redactada en tal sentido, quedó sin respuesta; formuláronse otras que no obtuvieron mejor resultado, hasta que en 14 de octubre último la Puerta contestó con una negativa. Insistieron los embajadores, y el gobierno otomano no cedió; vinieron luego las amenazas, que tampoco lograron éxito alguno, y al fin ha sido preciso apelar á la acción, es decir, á la demostración naval y á la ocupación de Militene que, según parece, ha convencido al Sultán de que esta vez la cosa iba de veras.



Monumento erigido en honor del papa Pío X en Riese, su ciudad natal (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Cierto que el soberano turco, en su última respuesta, dió á entender que la demostración naval podría traer como consecuencia un desencadenamiento de las pasiones anticristianas en aquel imperio; pero las potencias no hicieron caso de esta amenaza indirecta y los hechos han venido á probar que hicieron bien, pues la demostración se ha llevado á cabo sin que las pasiones anticristianas se desencadenaran, y el día 27 de noviembre se realizó la ocupación de Mitilene sin resistencia alguna y sin que tal acto diera lugar á desorden alguno en Turquía.

Francia ha tomado parte en la demostración naval con un acorazado, un crucero y un cazatorpedero; Inglaterra con un acorazado, un crucero y un contratorpedero; Austria con un crucero acorazado y un crucero; Italia con un crucero acorazado y un cazatorpedero.

La ciudad de Mitelene, ocupada por las potencias, es la capital de la isla de su nombre, situada en el mar Egeo y dependiente de la provincia turca de Yedsairi-Bari-Sefid, y tiene una población de 20.000 habitantes, en su mayoría griegos.

En los centros diplomáticos se cree que el sultán no tardará en acceder á la reclamación de las potencias, aunque pidiendo algunas modificaciones de forma que en nada alterarán el fondo de las condiciones impuestas por aquéllas.

WALKIRIA, cuadro de Fernando Keller

(Véase la lámina de las páginas 800 y 801)

Fernando Keller, el eminente pintor badense, figura entre los más importantes y celebrados pintores decorativos de Alemania, y sus pinturas murales de Karlsruhe, Heidelberg, Stuttgart, etc., entre otras, justifican la fama que en este género se ha conquistado. Sus cuadros *Sueño de brujas*, *La resurrección de la hija de Jairo* y *En la fragua*, que hemos reproducido en La Ilustración Artística y el que reproducimos en el presente número permiten formarse cabal concepto de su estilo grandioso, del vigor de su pincelada, de la corrección de su dibujo, cualidades que se admiran en todas las obras, de los más diversos géneros, ejecutadas por el insigne artista, que desde hace muchos años es director de la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart.

MARIANO PERELLÓ

En dos conciertos dados recientemente, uno en la «Associació Wagneriana» y otro en el Teatro Principal, ha demostrado el joven y notable violinista barcelonés Sr. Perelló las excepcionales dotes que posee de concertista en tan difícil instrumento. Su arco, manejado con seguridad admirable, ataca con firmeza las cuerdas, y ora arranca de ellas notas impregnadas de sentimiento, ora ejecuta con facilidad pasmosa los pasajes más difíciles. Haydn, Mozart, Max Bruch, Mendelssohn, Schumann y Vieuxtemps han sido los maestros cuyas obras ha escogido para los dos mencionados conciertos, y bien puede afirmarse que ha sabido interpretar perfectamente los diversos géneros que cada uno de ellos representa en la historia de la música, obteniendo calurosos aplausos en la ejecución de todas ellas.

Mariano Perelló cuenta actualmente veinte años. Comenzó el estudio del violín á los doce con el maestro Solá y fué luego discípulo del maestro Crickboom; recientemente ha permanecido dos años en Bruselas perfeccionando sus estudios bajo la dirección de este último.

Hoy Perelló no es una esperanza; es un artista en toda la extensión de la palabra; tiene excelente escuela, sentido musical, ejecución fácil, y con estas cualidades no es aventurado asegurarle una carrera brillante.

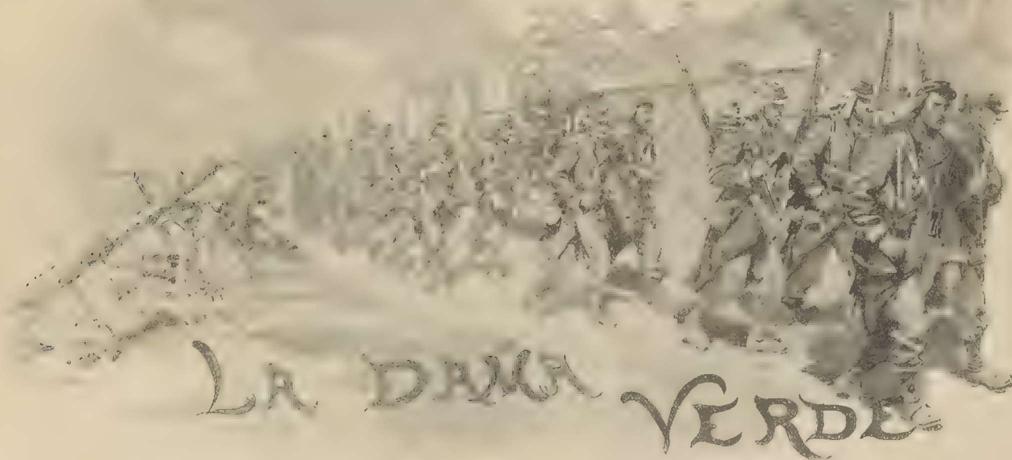
Espectáculos.—París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Renaissance *L'Espionne*, comedia en cuatro actos de Victoriano Sardou; en la Gaité *Les Oberlé*, comedia en cinco actos de Haraucourt, tomada de la novela del mismo título de Renato Bazin; en el Ambigu Comique *La grande famille*, comedia en seis actos de Alejandro Arquillière; en los Bouffes-Parisiens *Filles Jackson et Cie.* fantasía bufa en tres actos de Mauricio Ordonneau, con música de Justino Clerice; en el Athenée *Triplepatte*, comedia en cinco actos de Tristán Bernard y Andrés Godfernaux; en el Palais-Royal *Une Revue au Palais-Royal*, revista en 10 cuadros de Pedro Veber y Victoriano Vely; y en el Vaudeville *La cousine Bette*, comedia en cuatro actos, tomada de la novela del mismo título de Belzac, por Pedro Decourcelle y Granet.



El notable violinista Mariano Perelló, que recientemente ha dado con gran éxito dos conciertos en la «Associació Wagneriana» y en el teatro Principal de esta ciudad.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Un cop d'Estat*, comedia en un acto de J. Pous y Pagés, y en Novedades *El caballo de batalla*, apropósito cómico-lírico en un acto y cuatro cuadros de Enrique López Marín, música del maestro Arnedo.

Associació Wagneriana. – En esta asociación se ha dado una audición interesantísima de obras corales de Schubert, habiendo ejecutado con mucho acierto el «Orfeó Barcelonés» que dirige el maestro D. Pedro Serra y que está formado por 130 coristas (señoritas, hombres y niños) el *Canto de los espíritus sobre las aguas*, letra de Goethe, coro para ocho voces con acompañamiento de violas, violoncelos y contrabajos; el *Nocturno en el bosque*, letra de Seidel, coro de hombres á cuatro voces con acompañamiento de cuarteto de trompas; y *Canto de victoria de Mirjam*, letra de Grillparzer, gran coral mixto por las tres secciones del *Orfeó* y solo de soprano por la señorita Serra, con acompañamiento de piano, armonio y orquesta de cuerda. La letra de las tres composiciones ha sido perfectamente traducida del alemán y adaptada á la música por D. Javier Viura y D. Joaquín Pena.



NOVELA DE JOSEPH L'HOPITAL. — ILUSTRACIONES DE GEORGES SCOTT

I

La columna se extendía en pleno sol y envuelta en polvo. Los soldados, cansados ya antes del alto, habían vuelto á echar á andar sin el reposo suficiente, con el estómago lleno de vino y las piernas entumecidas. Desde entonces, hacía dos horas que estaban andando, y tenían que andar otras dos para completar la etapa. Los quepis, echados hacia atrás, descubrían unas caras enrojecidas por el calor; los zapatos rozaban el camino, y las canciones iban siendo lánguidas. A cada momento resonaban las voces de mando: «¡Marquen el paso!.. ¡Alinead por la izquierda!» Y ya más de un soldado, aturdido y asfixiado, había rodado por las cunetas del camino.

En la cuarta compañía, el capitán Guiraud estaba nervioso y trotaba de la cabeza á la cola, haciendo á caballo el oficio de perro de ganado, apostrofando á los rezagados y gruñendo: «Pero esta gente no anda... Es vergonzoso... ¡Adelante, pues, hatajo de holgazanes!..» Y se iba después á hablar con el teniente Kerdec, que se tragaba filosóficamente los kilómetros charlando de vez en cuando con el guía de la primera sección, bretón como él, ó poniéndose al lado del alférez Chamereuil, que con la cabeza protegida por un pañuelo, debajo del quepis, como una cubrenuca, arrastraba las largas piernas fumando una enorme pipa. Y el capitán decía con mal humor, al uno ó al otro:

—Esto no tiene nombre... Obligar á una marcha semejante á unos soldados bisoños... Ni que se quisiera sembrarlos por el camino, hasta el último de ellos... Va á ser divertido... Estoy oyendo al coronel: «Capitán, no ha debido usted dejar beber á estos hombres...» Es asombroso el coronel... ¡Eh! ¿Qué hace usted ahí?.. ¿Cansado? ¿No tiene usted sangre en las venas, entonces? ¡Soldados de cartón! ¡Por vida del!.. Meta usted el saco en el carro... ¡Vaya! ¡Ahora pierde el conocimiento, es evidente!.. ¡Cochino sol!

—Llegaremos, mi capitán, decía el teniente Kerdec, llegaremos. Estas insolaciones no valen nada. Los rezagados van á hacerse llevar un poco en carretilla, y nada más. En el primer alto nos alcanzarán, y verá usted cómo hacemos una bonita entrada en Martinville.

—¡Hum!.. Si es así, son unos maulas... En fin, con tal de que lleguemos... Pero, usted, Chamereuil, es asombroso...

—¿Por qué, mi capitán?, preguntó el alférez, que, adelantándose á su sección, se había reunido con ellos á la cabeza de la columna.

—Es asombroso fumar en pipa, así, al sol, con 45 grados de calor. Debe usted estar embrutecido y á punto de caerse...

—Al contrario, mi capitán; la pipa me sostiene. El tabaco me despeja la cabeza. Me sabe á él la boca en lugar del gusto del polvo, y haciéndolo pasar por las narices me doy la satisfacción de no notar que á fuerza de andar, con este calor, empezamos á no oler bien. Diré más; el humo que se desprende de mi pipa tamiza los rayos del sol y me preserva de todo peligro de insolación.

—¡Demonio de Chamereuil! ¡Siempre bromista! Yo no puedo fumar en camino, porque... ¡Diablo! ¡Ahí está el coronel! ¡Cada uno á su puesto, con cien mil de á caballo!.. ¡Alinead!.. ¡Alinead por la izquierda!.. ¡Marcad el paso!.. ¡Una, dos; una, dos!..

Reanimada por la presencia del coronel, cuya silueta ecuestre se erguía al lado del camino, la cuarta compañía levantó los hombros, afirmó las piernas, enderezó el arma en el portafusil y desfiló como un solo hombre.

—Va á meter la nariz en los carros, dijo el capitán Guiraud, y se va á poner insufrible cuando vea dentro á todos esos holgazanes.

—Pues bien, él se encargará de castigarlos, dijo el alférez, que en cuanto pasó el coronel se volvió á incorporar con sus compañeros para charlar.

—¡Demonio de Chamereuil! ¿Quiere usted apostar á que dentro de media hora nos reune para regañarnos por haber dejado beber á los soldados?

Los dos oficiales cambiaron una mirada de inteligencia. Sabían que al capitán le gustaban las apuestas y que había para ellos grandes ventajas en dejárselas ganar.

—¡Bah! Mi capitán, dijo el teniente Kerdec; creo que se engaña usted. El coronel sabe bien que no se hace una marcha tan larga sin cansar á los hombres y que tres oficiales no pueden impedir que beba á una compañía que se muere de sed.

—Bueno, ¿qué quiere usted apostar, Chamereuil? ¿Un amargo Picón con curaçao para Kerdec y para mí?

—Convenido, mi capitán.

Minutos después, el coronel llegaba á galope á la cabeza de la columna y las cornetas tocaban «alto.» Los oficiales formaron círculo alrededor del padre del regimiento.

—Señores, dijo el coronel, la marcha no va bien. Hay muchos rezagados. No se han cumplido mis órdenes y han dejado ustedes beber con exceso á los muchachos.

El capitán Guiraud dió un codazo al teniente Kerdec, colocado á la orden cerca de él, y cuando terminó el sermón hizo castañetear la lengua.

—Conozco á uno, dijo montando á caballo, que se va á administrar esta noche cierto amargo Picón de balde. .

—Y yo conozco á otro que no se tomará más que uno y pagará tres, dijo Chamereuil encendiendo la pipa.

—Se pagará, señores, se pagará, respondió Kerdec inclinándose.

Y he aquí por qué el capitán Guiraud estuvo de un humor encantador hasta llegar á Martinville.

II

Estaban dando las cinco cuando la tropa se detuvo en la plaza y en la calle Real de Martinville y formó pabellones. Con la tarde, iba subiendo la tormenta; un zumbido continuo sonaba en el cielo; y los rayos del sol, al herir una nube gris que venía del Este, se descomponían en ella en un radiante arco iris, cuya flecha parecía ser el puntiagudo campanario del pueblo.

Los soldados permanecían en dos filas detrás de los pabellones. Dichosos por haber llegado á la etapa y reanimados por la perspectiva del alojamiento, de la sopa y del sueño, se habían vuelto habladores y bromistas é interpelaban á los campesinos y á las mujeres que pasaban mirándolos con expresión de desconfianza. Los oficiales, al frente de las compañías, estaban hablando mientras llegaban los furrieles. El capitán Guiraud, con las riendas enganchadas en el brazo izquierdo, se azotaba una bota con la punta de la fusta, maldiciendo la mala organización de los alojamientos, mientras el alférez Chamereuil, ocupado en destornillar y revisar la pipa, que se había obstruído, le contestaba distraídamente, y el teniente Kerdec, apoyado en el sable, no hacía caso de su conversación y soñaba, con los ojos fijos en el arco luminoso, que palidecía y se borraba á medida que la noche se ponía más gris y que el ruido de los truenos se oía más próximo.

—¡Bonito tiempo!, gruñó el capitán. Esos chuscos acabarán por hacernos poner en salsa; ya lo verán ustedes.

—Es probable, respondió Chamereuil.

Y sopló en la pipa, que dejó oir un pequeño burbujeo.

—Decididamente, siguió diciendo con despecho, tendré que deshollinarla por completo.

—¿De modo que á usted no le importa que echemos raíces aquí?, dijo el capitán, cuya exasperación iba subiendo como la tempestad. No piensa usted más que en su pipa... Es como Kerdec; ¿qué está haciendo ese hombre? Se ha dormido en pie; es evidente.

—No, mi capitán, dijo Kerdec; no estoy durmiendo, sino esperando. Y mientras espero, miro la tempestad.

—¡Qué bonito! ¡Mirando la tempestad! Diga usted á la tempestad que se detenga y que haga venir

al furriel... ¡Mirando la tempestad! ¿Y cómo la encuentra usted?

—La encuentro hermosísima, respondió Kerdec.

Y sin hacer caso del honrado capitán, que se había quedado con la boca abierta, volvió á su contemplación.

El arco iris había desaparecido, y la nube, que había pasado del azul obscuro al gris, cambiaba de nuevo de color y de aspecto. Su marcha era ya visible, y al invadir rápidamente todo el espacio, parecía devorar el azul del cielo. Los rayos oblicuos del sol iluminaban con reflejos lechosos las pizarras del campanario, y después, muy cerca del horizonte, chocaban con la nube, cuya base se blanqueaba con aquel asalto de luz. Pero el frente de la tempestad seguía sombrío y formaba como un largo rollo negro, delante del cual volaban nubecillas cobrizas y que avanzaba con majestad siniestra.

Kerdec era un legítimo bretón. Educado en las costas del Morbihán, hijo y hermano de marino, naturalmente religioso, soñador y melancólico, le gustaba aquella espera excitante de la tempestad, aquel eclipse amenazador del día, aquellos resplandores, aquellos rugidos, aquel cielo violento. Pensaba en los hermosos huracanes de su país; en lo bien que aúlla la mar en las rocas cuando la tormenta viene de ella; en lo bello que es, entonces, ver á las mujeres rezar en el calvario de la costa; en la poesía de que se impregnan los sombríos pensamientos cuando ruge el trueno y gime el viento.

—¡Al fin! ¡Ya era hora! ¡Ahí viene ese animal de Lecerf! Llegue usted con mil demonios... ¿Dónde nos alojamos?

El furriel, alto, delgado y de cara lívida, se detuvo con aire lastimoso á tres pasos del capitán y murmuró unas palabras que le hicieron dar un salto.

—¿Qué dice usted? ¿Qué dice usted?, exclamó fuera de sí. ¡Esta sí que es la más negra!.. Señores, ¿creían ustedes haber llegado á la etapa? Eso está bien para los demás, que están ya rompiendo filas. Pero nosotros, la cuarta, la que siempre se fastidia, ¡tres kilómetros que andar todavía!

—¿No nos alojamos en Martinville?, preguntó Chamereuil.

—Dispense usted, mi teniente, dijo el furriel. Nosotros vamos al caserío de la Dolente, dentro del término.

Mejor..., mejor...

—¿Encuentra usted esto gracioso? Pues yo no, y maldita la gana que tengo de reir... ¿Qué diablos hace usted ahí, furriel?

El furriel emprendió prudentemente la retirada y el capitán Guiraud montó á caballo. En el mismo momento, un blanco relámpago iluminó el sombrío espacio, y un formidable trueno le siguió casi inmediatamente.

—¡Firmes!, rugió el capitán.

III

Caían anchas gotas, lentas y que hacían un ruido mate al caer en el polvo; el indescriptible murmullo, procedente de la nube, iba en aumento; soplaba un airecillo frío, precursor del gran viento que se oía á lo lejos.

El capitán bregaba con su yegua, nerviosa por los relámpagos, y con su impermeable, que no conseguía ponerse. Los soldados, lastimosos, pero resignados, esperaban apoyados en el fusil y echando miradas de envidia á los compañeros de las otras compañías, que pasaban para ir á sus alojamientos. Cuando dieron media vuelta y se pusieron en marcha, se desencadenó el huracán, se levantó una tromba de viento y el cielo se resolvió en lluvia. La infortunada cuarta, andando por el agua y sufriendo un diluvio, salió del pueblo y pronto se encontró en pleno campo.

Los soldados marchaban inclinados los unos sobre los otros para cortar el viento. La lluvia en torbellinos los cubría inexorable, empapaba los capotes, convertía los quepis en esponjas, se deslizaba por los cuellos y golpeaba con furia en los sacos que protegían los hombros. En el camino, convertido en río por la tormenta, la pesada marcha de los hombres hacía salpicar el barro, y el capitán, con la capucha echada hasta los ojos y cabalgando al frente de la columna en una yegua que se espantaba á cada relámpago, parecía una especie de monje fantástico arrastrando condenados al infierno.

El camino iba bajando y haciéndose más pedregoso á medida que la pendiente era más rápida; y el agua saltaba por la cuesta hasta las piernas de los soldados. Un estrecho valle encerrado entre dos colinas escarpadas y calvas se dibujaba vagamente bajo la neblina del chaparrón, y un grupo de grandes árboles formaba en el fondo una mancha más obscura destacándose sobre el conjunto gris. Al incendio de los grandes fulgores eléctricos, aquellos árboles aparecían de vez en cuando más distintos; y en medio de su verdor, que parecía entonces blanco, un gran tejado puntiagudo se levantaba inmóvil, como una negra roca combatida por la tempestad.

—¿Es, entonces, en ese agujero?, preguntó el capitán al furriel, que iba á su lado para guiar á la columna.

—Sí, mi capitán.

Y á la luz de un relámpago señaló al gran tejado entre los árboles.

—Ese es el castillo de la Dolente.

—¡Bonito nombre y bonito sitio!.. ¿Nos envían ahí para burlarse de nosotros, no es eso?

Y se puso á gruñir entre dientes:

—La Dolente..., la Dolente..., para burlarse de nosotros, le digo á usted.

Entre tanto, la tempestad se iba calmando. Algunos rayos de luz atravesaban las nubes. El viento, como un caballo que agota sus fuerzas encabritándose, no soplaba ya más que por ráfagas distanciadas, y la lluvia no caía de los depósitos desocupados del cielo más que por gotas lacrimosas seguidas de cortos chaparrones, como últimos esfuerzos de agonía. El agua se precipitaba menos turbulenta por el camino y los pasos de los hombres ocultaban su ruido discreto. Los soldados, regocijados por el apaciguamiento progresivo de la naturaleza, estaban ya cantando cuando apareció en las alturas un poco de azul. Cuando llegaron al fondo del valle hacía ya buen tiempo, pero el aire seguía pesado; la tormenta se había llevado con ella todo el viento hacia el poniente, donde se perdían los truenos en repetidos ecos. La luz era discreta y difusa; una especie de misterio pesaba sobre la tierra, que humeaba, olía bien y se extasiaba en el letargo de las tardes tempestuosas.

La tropa siguió andando por debajo de los árboles, cuyas hojas goteaban con ruidos cristalinos. Los olmos y los sauces, plantados en línea recta en los terraplenes de las acequias llenas de agua, se agrupaban hacia el cielo en atrevidas columnas y formaban una bóveda sombría, verdadero túnel de follaje por encima del recto camino. Y la compañía, bajo las duchas que caían á cada estremecimiento de las ramas, apresuraba el paso hacia un resplandor que se iba agrandando y en el que se dibujaba, más precisa á cada paso, la forma de una muralla.

Llegaron por fin á una plazoleta en forma de media luna, cerrada por los altos muros grises de grandes edificios agujereados en su mitad por una gran puerta de medio punto, á cuyo lado había una poterna. Cerca del bosque y formando semicírculo, enormes olmos varias veces centenarios levantaban sus cabezas estropeadas por los años y coronadas de ramas secas. El suelo estaba tapizado de esa hierba fuerte y amarillenta que crece en los terrenos húmedos no cultivados. Ni una ventana se abría hacia aquella plazoleta, que, en el día que declinaba, tenía un aspecto triste y desolado.

IV

El capitán hizo formar la compañía en frente de la puerta y el sargento furriel llamó á la poterna á culatazos. Respondió un largo ladrido que fué primero furioso y luego más sordo, como cuando los perros se ahogan con el extremo de su cadena. Otros ladridos siguieron al primero, y un mastín, cuyo hocico se veía por debajo de la puerta, tomó parte en el concierto ladrando de cólera.

—¡Qué! ¿No hay nadie en esta barraca?

—Puede ser que esté habitada por perros solos, dijo Chamereuil.

Por fin rechinó un cerrojo y la puerta se abrió, dejando ver un gran aldeano canoso, que se quedó inmóvil y como estupefacto, mirando astutamente la fila de soldados.

—¿Es esta la granja de la Dolente?, preguntó el capitán.

—¿Qué puede importarle á usted?, respondió aquel hombre, que se puso la mano derecha como pantalla de los ojos para ver mejor al oficial.

—Ande usted, Lecerf, enseñe la boleta de alojamiento á este viejo ladino que no parece bien educado. Y dígale usted que abra la puerta, que tiene un aspecto tan amable como él.

El furriel parlamentó un momento con el granjero, que levantó los brazos al cielo.

—¡Anda!.. ¡Bueno!.. ¡Vaya una desgracia!

Y el viejo, á quien la contrariedad ponía locuaz, avanzó hacia el capitán lamentándose.

—No puedo alojar, gemía, no puedo, le digo á usted. ¿Dónde voy á meter toda esa gente, Dios mío? ¿Qué le he hecho yo al alcalde? Es una venganza increíble una cosa como esta... ¿No habrá sitio en Martinville? Todo esto es para fastidiar á los pobres...

El labriego fué interrumpido por un ruido de cadenas seguido de un agudo aullido. La puerta se abrió, y apareció en el umbral el furriel Lecerf frotándose una pantorrilla y echando pestes. A pocos pasos, el mastín, atemorizado por el puntapié que acababa de recibir, seguía aullando con el lomo arqueado, la cola entre piernas y los dientes al aire.

—¡Bien hecho!, dijo el granjero. Por haber ido á quitar el pestillo de la puerta. ¿No podía yo abrirla? Le ha mordido á usted, ¿verdad?.. Bien hecho; eso le enseñará á usted á vivir. ¡A tu cama, Bijou, á tu cama!

Y al ver que la compañía entraba, volvió á sus lamentos, exasperado por aquel raudal de hombres que corría por su patio. Entre tanto, y mientras los perros ladraban cada vez más, las gallinas cacareaban de terror refugiándose en el estiércol y los patos se revolcaban en el charco, la granjera, fornida hembra, apareció en el umbral de la casa con un conejo en la mano cogido de las orejas.

—Vamos á ver, Sr... Fulano... ¿Cómo se llama ese chillón, furriel?

—Ledrain, mi capitán.

—Sr. Ledrain, enséñenos usted sus locales. Mis hombres están cansados y es tiempo de ponerlos á cubierto.

—¡Mis locales! ¿Qué locales? No tengo ni pizca de sitio para meter gente.

—Ahí tiene usted un granero.

—Está lleno, señor, lleno hasta arriba de grano.

—Tiene usted establos, cuadras...

—¿Y el ganado? ¿Qué hacemos del ganado? ¿Tendrá que dormir fuera el ganado?

—Oiga usted; puede dormir donde quiera, me importa un pito... Mis soldados son antes que sus caballos de usted y que sus vacas...

—¿Cree usted eso, señor capitán? ¿No sabe usted lo delicado que es un caballo?.. ¿No ha visto usted nunca un potro que ha cogido un frío? Y las vacas de leche, ¿sabe usted las precauciones que requieren? Y las terneras, ¿cree usted que se las puede tratar mal?.. Anda, Melia, dile lo que es una vaca á este señor, que quiere hacerlas dormir fuera...

La granjera se aproximó, haciendo sonar los zuecos como castañuelas, y se paró, roja de indignación y balanceando como un péndulo al conejo, que protestaba con movimientos de nariz desesperados y con frecuentes estremecimientos. En seguida se puso á gemir al unísono con su marido. El capitán se tapó los oídos y dió con el pie un golpe en el suelo.

—Es preciso, con todo, que mis hombres se alojen en alguna parte... Que se metan en los pajares, entonces.

—¡Los pajares! ¿Qué quiere usted hacer en los pajares?.. ¿Ve usted aquél, encima de la cuadra de los caballos? Es para el heno, ¿verdad, Melia?.. ¿Ve usted aquél, encima de la cuadra de las vacas? Es para la paja de trigo y la avena. ¿Ve usted aquél, encima del establo? Es para las hierbas frescas de los carneros; guisantes grises, mielgas... ¿Verdad, Melia? Está lleno, mi pobre amigo, dijo fingiendo una tierna familiaridad; está tan lleno, que nuestra gata, que está sin embargo acostumbrada, no quiere dormir allí porque no puede moverse.

—Sr. Ledrain, dijo el capitán más y más nervioso; si quiere usted burlarse de mí, ha escogido mal el momento. Estoy harto, Sr. Ledrain, y también estos señores. Díganos dónde puede alojarse la compañía sin molestarle, ó yo la alojaré molestándole. ¿Ha comprendido usted?

El granjero echó al capitán una mirada aviesa. Vió que no bromeaba y que sus oficiales no tenían tampoco aspecto acomodaticio. Al mismo tiempo observó que su mujer, pasando sin transición de la cólera á la prudencia, se declaraba en retirada precipitadamente y se llevaba el conejo hacia la fatal cacerola. El hombre, pues, se resignó á la dulzura.

—Hay los establos, puesto que los carneros están en el prado, dijo suspirando; y además la casita vieja, en la que no hay más que gallinas.

—Bueno, dijo el capitán, vamos á ver eso.

Los establos eran estrechos y con escasas aberturas, y el estiércol de un mes formaba en ellos una capa espesa y elástica que desprendía un olor sofocante y vapores amoniacales intolerables. El polvo y las arañas poblaban los techos, muy bajos. En la *casita vieja* no había gallinas, pero sí abundantes recuerdos de su larga estancia en aquel sitio; y aquellos gallineros, que debían estar llenos de piojillos, exhalaban un olor nauseabundo.

De modo que es aquí donde quiere usted alojar á mis hombres. . Está bien. Venga usted conmi-

go. Kerdec, reúna usted la compañía y haga formar el círculo alrededor de nosotros.

—¡Para qué!.. ¡Para qué!, balbuceó Ledrain verde de miedo.

Sólidamente sujeto por el capitán y por el alférez, el campesino fué arrastrado, más que conducido, al cina. Asustada á la vista de tantos guerreros, había dejado á su hombre arreglárselas como pudiera y procurado distraer el miedo con el trabajo. Lo que quiere decir que había matado el conejo y se había puesto á desollarle; pero al ver desde la ventana el círculo formado por la compañía alrededor de su

—¿Qué tienes tú? ¿Para qué pones esa cara de oso? Puesto que se te dice que tienen con qué comprar... Puesto que...

Y llevándoselo aparte, se puso á hablarle con animación.

Pero el granjero no se dejaba convencer. Con un



¿Veis ese pajarraco?, dijo señalando al granjero. Miradle bien

centro del patio, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró con los tres oficiales en medio de un gran círculo formado por la compañía. El capitán Guiraud tomó entonces la palabra.

—¿Veis ese pajarraco?, dijo señalando al granjero. Miradle bien. Quiere haceros dormir en unos agujeros de estiércol, que encuentra malsanos para sus carneros, y en unos gallineros llenos de porquería de sus gallinas. Y sin embargo, acaso ha sido soldado ó acaso lo son ó lo serán sus hijos. Miradle bien, para acordaros de él, y sobre todo, para no imitarle, para que no olvidéis nunca, cuando volváis á vuestras casas, lo que se debe á los hombres; para que no rehuséis un asilo á unos franceses... Señores oficiales, aseguren ustedes el alojamiento de sus pelotones. ¡Romped el círculo! ¡Marchen!

Y mientras la compañía se dispersaba, y golpeaban las puertas de los edificios, y aparecían en todas las ventanas cabezas de soldados, el capitán Guiraud, con la mano izquierda apoyada en el puño del sable y retorciéndose con la derecha el canoso bigote, seguía en medio del patio dominando al infortunado Ledrain.

A los pocos minutos volvieron los oficiales. Habían encontrado sitio en todas partes, en los graneros medio vacíos, en los pajares casi sin forrajes, y la compañía estaba alojada.

—Está bien, dijo el capitán. Que se distribuyan á los hombres haces de paja y que se cuenten bien para pagarlos. Las cocinas fuera, en la plaza, delante de la granja. La sopa dentro de dos horas. De aquí á entonces, limpieza de los efectos y de las armas. Inspección mañana, antes de echar á andar. La oficina del sargento mayor, en la casa del granjero, donde habrá de seguro una pieza. Vamos allá.

La mujer de Ledrain se había refugiado en la comarido, su espanto fué tal que se le desviaron las tijeras y echó á perder la piel. Estaba cortando el animal en trozos y murmurando, cuando entraron los tres oficiales seguidos por el sargento mayor y por el granjero, que no oponía ya ninguna resistencia y lloraba como un ternero.

—¿Tiene usted una habitación que darnos, señora?

—Tengo la sala, contestó penosamente la campesina, á la que el miedo había hecho perder la saliva.

—¿Es allí? Bueno; no se moleste usted.

Era la sala una gran pieza enladrillada, que exhalaba un olor de cueva, y amueblada con una mesa redonda, sobre la cual colgaba una lámpara de bazar, y con seis sillas delante de las que se alineaban seis alfombritas hechas con pieles de conejo curtidas. En la chimenea, entre dos candeleros de cinc, presidía, bajo fanal, la corona de novia de la mujer de Ledrain.

—Sargento mayor, instálese usted aquí y prepare sus documentos. Las clases podrán comer en la cocina, ahí, al lado. Permito á todo el mundo comprar cuanto quiera, á condición de que esta señora quiera vender y de que se le pague inmediatamente su pan, su queso, sus aves, su vino, su sidra... Y ahora, señores, ocupémonos de nosotros. Nos alojamos en el castillo; ¿dónde está el castillo? Guíenos usted, furriel.

La mujer de Ledrain siguió á los oficiales, acompañada de su marido, que continuaba lloriqueando. Cuando el capitán habló de vender pasó un relámpago por los ojos de la campesina, que pellizcó á su marido y mostró su más graciosa sonrisa.

—Si estos señores quieren aves, podremos servírselas, y buenas.

Y al ver que Ledrain seguía con sus sollozos, le dijo:

brusco movimiento de hombros se desembarazó de su mujer y se volvió al centro de la cocina haciendo resonar los zuecos.

—Estoy contrariado, dijo, y no hay más... Todo esto no es más que malas acciones... ¿Se entra en casa de la gente, así, á la fuerza? Es para... Te digo que estoy contrariado.

—Pues bien: entonces, haz lo que tu tío Eugenio, que se acostaba cuando le molestaba alguna cosa.

—Así lo haré... Con eso no veré todo el destrozo que están haciendo en el patio... Todo lo están desparramando... ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡Qué de contras tiene la labor! Puesto que nos azotan así y no se puede decir nada, me voy á la cama como mi tío Eugenio.

Y salió gesticulando y gimiendo. Los oficiales, divertidos por aquella escena de matrimonio, salieron á su vez, precedidos por el furriel. La granjera les hizo una bella reverencia.

—Ya se le pasará, dijo con calma. Ahora, le domina la contrariedad.

V

Como en muchas tierras normandas, la granja de la Dolente precedía al castillo. Al otro lado del patio y enfrente de la puerta de carros, se elevaba una verja de hierro forjado entre dos pilares de ladrillo y piedra. Era la verja una de esas obras maestras de cerrajería que se encuentran aún en los dominios donde vivieron, hace tiempo, unos señores olvidados para siempre. Esas verjas, testigos respetados, no se sabe por qué, de todo un pasado misterioso, conservan á despecho de sus barrotes separados, de su moho melancólico y de la cadena con candado que reemplaza á la cerradura, un aspecto noble en

medio de los campesinos que las rodean, y parece que quieren seguir separando á los pecheros de la granja de los caballeros y de las hermosas damas de otro tiempo.

Aquella verja cerraba primitivamente el patio de honor y se encontraba en el eje del cuerpo de edificio principal, desaparecido y reemplazado por una pradera plantada de manzanos y en la que pastaban los potros de Ledrain. A la derecha, un pabellón cuadrado con gran cubierta de tejas y ventanas condenadas, estaba aún en pie y servía de establo. Y á la izquierda se levantaba lo que llamaban todavía el castillo, especie de torreón cuadrado con una torrecilla de ángulo. Era lo que los soldados habían visto que surgía de la masa de árboles cuando bajaban al valle. Unos edificios en ruinas, vestigios de dependencias y de cuadras, unían el torreón con la granja y dibujaban todavía el patio. Frente á la verja y más allá del plantío de manzanos, la vista se detenía en un gran bosque, en el que penetraban unos caminos rectos plantados de viejas hayas.

El aspecto de aquellas ruinas que se destacaban sobre un sombrío verdor, la atmósfera de vejez, de silencio y de misterio que se cernía sobre ellas y la tristeza conmovedora que se desprendía de aquella tierra, en la que, lentamente, piedra á piedra y teja á teja, iba muriendo un pasado sin historia, impresionaron fuertemente el alma soñadora de Kerdec. El teniente siguió al capitán Guiraud, que, insensible á la poesía de las cosas viejas, avanzaba hacia el torreón murmurando:

—¿De modo que es esa sucia barraca lo que llaman el castillo?

Hay que reconocer que, desde el punto de vista de la comodidad, el capitán no era demasiado severo. El castillo de la Dolente tenía un aspecto inhospitalario y agresivo que se iba acentuando á medida que se aproximaban los tres huéspedes. El castillo se levantaba delante de ellos sombrío y gruñón; el eje enmohecido de una antigua veleta, torcida por el viento del Oeste, inclinaba la punta hacia ellos; y cuando llegaron á la torrecilla, una enorme pizarra se desprendió del gran tejado puntiagudo en el que los líquenes formaban manchas blancas, y vino á estrellarse á sus pies.

Se detuvieron ante una puerta en otro tiempo esculpida, ahora de ese color gris de la madera que ha sufrido siglos de lluvia, de viento y de sol, y coronada de un escudo en el que no se podía leer nada. El alambre de la campanilla colgaba á la derecha. Uno de los ganchos que en otro tiempo le sujetaba se balanceaba, desprendido, contra el montante y penetraba en el muro por una hendedura hacia la mitad de la ojiva; para reemplazar al antiguo aldabón cuyos soportes se veían aún en medio de la puerta, se habían violado lamentablemente aquellas viejas piedras.

—Vamos, Lecerf, llame usted con mil diablos. Sepamos al fin si hay aquí alma viviente.

El muelle crujió á los esfuerzos del furriel, y después de unos segundos de tirones prolongados, sonó una campana rajada. En seguida, todo quedó de nuevo en silencio.

El capitán no pudo más.

—¿Qué significa esto?, exclamó. ¿No ha hecho usted el alojamiento, furriel? Tendrá usted un castigo en ese caso.

—Dispense usted, mi capitán; hay un guarda y su mujer y los he prevenido... No deben de estar muy lejos... Voy á ver.

Y echó á correr hacia la granja. Kerdec dijo que él daría la vuelta al castillo para ver si encontraba alguien...

—¿No se ha paseado usted bastante? Como usted quiera. Yo aquí espero, y si el furriel no ha vuelto dentro de cinco minutos, se ha caído...



Se detuvieron ante una puerta en otro tiempo esculpida

—Yo, dijo Chamereuil, voy á cazar murciélagos.

Y recogiendo piedras y pedazos de pizarra, el alférez se puso á apedrear á los animalejos que revoloteaban á su alrededor.

Kerdec los dejó y se dirigió á las ruinas que unían el torreón con los edificios de la granja. Pasó por debajo de una bóveda, entró por una gran puerta entre dos torrecillas demolidas, en las que en otro tiempo debió asentarse el puente levadizo, y se detuvo en un puente tendido sobre un riachuelo. Delante de él, una pradera pantanosa cubierta de juncos y sembrada de grupos de sauces se extendía hasta una línea de altos olmos, que se destacaban sobre el rojo fulgor del poniente como una fila de gigantes negros. A su izquierda huía el río contra los muros de la granja, y á su derecha, rompiendo la corriente que bajaba de brumosas lejanías y formaba un ángulo para pasar por debajo del puente, el torreón cuadrado del castillo de la Dolente se levantaba con toda su altura, imponente y agreste.

Las últimas luces del crepúsculo se apagaban en la gran muralla gris, agujereada irregularmente de troneras y terminada bajo el tejado por unas almenas y por una torrecilla avanzada, desde la cual los hombres de armas vigilaban en otro tiempo todo el valle. Una sola ventana rompía la monotonía militar de aquella fachada formidable. La tal ventana estaba muy alta, debajo de la torrecilla, y una columna de piedra la dividía en dos huecos protegidos por gruesos hierros. Aquella única abertura, ojo de la fortaleza tuerta, le daba una apariencia de vida. Parecía que el pasado del antiguo castillo miraba por allí.

El teniente estuvo mucho tiempo contemplando la pradera que se dormía en la noche y de la que subían blancos vapores; los álamos, á los que la creciente obscuridad fundía en una muralla negra, y la antigua fortaleza, que surgía como un fantasma más y más borroso del abismo del río y cuyo tejado sombrío entraba como un puñal en el cielo. Cuando salió de su contemplación, la noche había cerrado por completo. El teniente renunció á dar la vuelta al torreón y volvió pies atrás.

VI

La puerta estaba abierta. El teniente tropezó al entrar con el primer escalón de una escalera de piedra, torció á la derecha, guiado por la luz, pasó por una puerta baja, y encontró á Chamereuil y al capitán en una sala alumbrada por una vela de humeante pábilo. Arrodillada delante de la chimenea, la mujer del guarda trataba de encender, soplando, unas ramas húmedas, por encima de las cuales, colgado del vasar, se columpiaba un caldero de cobre.

—¡Ah! ¿Está usted ahí, Kardec?, dijo el capitán Guiraud. ¿Eh? ¿Es divertido todo esto?.. ¿Y sabe usted lo que ocurre? Nuestras cantinas se han perdido; el muletero las ha olvidado en Martinville... Se estarán emborrachando allí con nuestras recetas, pardiez. ¡Es delicioso! Sé de alguien que nos la pagará mañana... Pero, entre tanto, en la guerra como en la guerra; es evidente...

La sala se iba iluminando poco á poco, y cuando las ramas se inflamaron, las sombras huyeron danzando hacia el techo. Estaban en una cocina sucia, de paredes pintadas en otro tiempo de gris, pero que la grasa y las moscas habían puesto negras, amueblada con una pesada mesa de haya, de tabla grasienta y resquebrajada, un banco macizo y unas cuantas sillas de paja. Las ventanas, muy altas en otro tiempo, estaban medio condenadas y reducidas á dimensiones burguesas. La chimenea estaba achicada y modernizada por dos montantes de yeso pintado, que soportaban una tabla en la que se habían dado cita tres marmitas, un candelero de cobre y un frasco lleno de peces encarnados; pero se conservaba la campana, con su aparato de ladrillos planos, terminada hacia el techo por una cornisa dentada y adornada en medio por un escudo del que no se veía ni la base ni la punta, oculto como estaba por un reloj redondo de madera puesto encima como una mancha y subrayado por una escopeta sujeta horizontalmente por dos clavos. En un rincón, agachado como un gnomo, un innoble hornillo de hierro levantaba traidoramente su negro tubo, que se unía por un codo al cuerpo de la chimenea; y la antigua sala, con sus vigas ahumadas, su enlosado de losas mal juntas é incompletas, tenía ese aspecto de tristeza que toman las cosas viejas que no han sido respetadas y que parecen decir: «Mirad cómo nos han deshonrado; en otro tiempo no éramos tan feas.»

—Entonces, señora, está convenido, dijo el capitán á la mujer del guarda, que estaba acercando al fuego una marmita; tortilla de jamón, frito de pollo, y puesto que ha matado usted el cerdo, probaremos unas tajadas. La comida está arreglada. Pero ¿y el alojamiento? ¿Dónde nos va usted á acostar?

(Se continuará.)




BARCELONA. – «El miracle del Tallat,» leyenda en tres cuadros representada con éxito en el teatro Principal, letra de D. José Carner, inspirada en una narración de D. J. Pin y Soler, música del maestro Morera y decoraciones de Brunet y Pous. – Cuadros primero y tercero. (De fotografía de A. Merletti.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LOHENGRIN, ópera de Ricardo Wagner, traducción catalana adaptada á la música por Javier Viura y Joaquín Pena, con la exposición de los temas musicales que siguen el texto. Editado por la «Associació Wagneriana» é impreso en Barcelona en la imprenta de Fidel Giró. Precio, dos pesetas.

EL ARANCEL, LOS TRATADOS Y LA PRODUCCIÓN, por *Guillermo Graell*. – Un folleto de más de 100 páginas, impreso en Barcelona en la tipografía de la Viuda de Domingo Casanovas.

CRÍA DEL GUSANO DE LA MORERA Y OTROS GUSANOS PRODUCTORES DE SEDA. HILADO Y ESTUDIO DE LA MISMA, por *D. Francisco Balaguer y Primo*. Nueva edición corregida y aumentada con los últimos procedimientos y muy particularmente con un breve tratado sobre el cultivo de la morera y demás árboles útiles para la cría del gusano de seda. – Un tomo de 145 páginas que forma parte de la biblioteca «Monografías Industriales,» ilustrado con varios grabados y editado en Madrid por D. Luis Santos, sucesor de Hijos de Cuesta. Precio, cuatro pesetas en Madrid y 4'50 en provincias.

TRATADO DE FÍSICA, por *A. Ganot*. – Tratado elemental de Física y nociones de meteorología y climatología, seguido de una colección de 88 problemas con sus soluciones, ilustrado con 1 139 grabados intercalados en el texto y una lámina iluminada. Décimacuarta edición española revisada y ampliada por D. Eugenio Guallart, ingeniero de montes, con un índice alfabético. Un tomo de 1.044 páginas, elegantemente encuadernado en tela, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos. Precio, 15 pesetas.

CERVANTES, por *José de Castro y Serrano*. – Un tomito de 58 páginas con el retrato de Cervantes y el facsímile de la portada de la primera edición del *Quijote*. Editado en Madrid por Francisco Beltrán y Torres é impreso en la tipografía de Antonio Marzo.

MEMORIA HISTÓRICA SOBRE LA FAMILIA ALVAREZ DE TOLEDO EN CHILE, por *Tomás Thayer Ojeda*. – Trabajo publicado en los «Anales de la Universidad.» – Un folleto de 167 páginas, impreso en Santiago de Chile en la imprenta Barcelona.

CÁNDIDO, novela de *Voltaire*, traducida por *Torcuato Tasso y Serra*. – Un tomo que forma parte de la «Biblioteca Diamante,» que edita en Barcelona D. Antonio López. Precio, dos reales.

ATLAS GENERAL DE ESPAÑA Y PARTICULAR DE SUS CUARENTA Y NUEVE PROVINCIAS, tirado á dos colores, con datos geográficos, comerciales é industriales de cada provincia, precedidos de un breve estudio sobre la situación, división y organización de la península y sus posesiones. Editado en Madrid por Bailly-Bailliere é hijos. Precio, dos pesetas.

EVOLUCIÓN SUPER-ORGÁNICA (LA NATURALEZA Y EL PROBLEMA SOCIAL), por *Enrique Lluria*. – Un tomo de 272 páginas, con un prólogo del Dr. D. Santiago Ramón y Cajal, editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe) é impreso en la Imprenta Artística de José Blas y C.ª Precio, 4 pesetas.

LA ESQUELLA DE LA TORRATXA. ALMANACH. 1906. – Un tomo de 200 páginas profusamente ilustrado. Editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

PARA SER AMADA. CONSEJOS DE UNA COQUETA. SECRETOS FEMENILES, por la *duquesa Laureana*, traducción de *Carlos de Ochoa*. – Un tomo de 295 páginas, editado en Madrid por F. Beltrán (librería de Fernando Fe), impreso en la imprenta de Fortanet. Precio, 3'50 pesetas.

NUEVAS EXPLORACIONES EN LA HOYA DEL MADRE DE DIOS. – Un tomo de más de 200 páginas, publicado por la Junta de Vías fluviales del Perú bajo la dirección de D. Carlos Larrabure y Correa. Contiene memorias de D. Juan S. Villalta, D. J. M. Olivera, D. Fernando Carbajal, D. Juan Manuel Ontaneda, D. Abraham A. de Rivero y D. Wenceslao Málaga. Profusamente ilustrado con vistas, retratos y planos. Impreso en Lima en la litografía y tipografía de Carlos Fabbri.

EL ISTMO DE FISCARRALD. – Informes del coronel Ernesto de La Combe, del ingeniero D. Jorge M. Von Hassel y de Dr. D. Luis Pesce, jefe, segundo ingeniero y médico respectivamente de la Comisión exploradora del Istmo de Fiscarrald. Publicación llevada á cabo por la Junta de Vías fluviales del Perú, bajo la dirección de D. Carlos Larrabure y Correa. Un tomo de 239 páginas, profusamente ilustrado con vistas, retratos y planos; impreso en Lima, en la imprenta La Industria.

CAPÍTULOS DE UNA HISTORIA CIVIL Y MILITAR DE COLOMBIA, por *F. J. Vergara y Velasco*. – Folleto de 192 páginas con un mapa de la división territorial de Colombia en mayo de 1905, impreso en Bogotá en la Imprenta Eléctrica.

BARCELONA Á LA VISTA. ALBUM DE FOTOGRAFÍAS INÉDITAS. SEGUNDA SERIE. – Se ha publicado el cuaderno 9, que contiene 16 vistas de Barcelona y sus alrededores, editado por D. Antonio López. Precio, 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias.



Barcelona.—«Las garsas,» drama en tres actos de Ignacio Iglesias, estrenado con gran éxito en el teatro Romea. Acto primero
(De fotografía de A. Merletti)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 18 de diciembre de 1905 — Núm. 1.251



NOCHEBUENA.—LA ADORACIÓN DEL NIÑO JESÚS

Dibujo de Arcadio Mas y Fondevila

ADVERTENCIAS

Con el presente número repartimos el prospecto de la nueva serie de la **Biblioteca Universal** correspondiente al año 1906. Inútil nos parece encarecer la importancia de las obras en el mismo anunciadas, en cuya elección ha presidido, como siempre, el criterio de armonizar la bondad con la variedad y de dar á conocer, al propio tiempo que producciones de nuestros más reputados literatos, los libros de mayor actualidad y valía que se publican en el extranjero.

Por estas razones creemos que el prospecto ha de merecer la aprobación de nuestros subscriptores y del público en general, sabiendo como saben unos y otro que en nosotros los hechos responden siempre con creces á las promesas.

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la **Biblioteca Universal** el quinto y último tomo de la serie del presente año, que será EL CALVARIO, interesante novela del eminente escritor D. Francisco Acebal, con ilustraciones de Salvador Azpiazu.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. – *Pensamientos.* – *La mejor cena. Cuento de Nochebuena*, por R. Ruiz López. – *Disturbios revolucionarios en Rusia.* – *Sierra Nevada.* – *Monumento á los aeronautas del sitio de París* (1870-1871). – *El palacio Nobel.* – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *La dama verde*, novela ilustrada (continuación). – Tracción eléctrica de los trenes entre París y Juvissy.

Grabados.—*Nochebuena. La Adoración del Niño Jesús*, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila. – Dibujo de J. Borrell que ilustra el artículo *La mejor cena. Cuento de Nochebuena.* – *El primer delito*, cuadro de Lady Stanley. – *Disturbios revolucionarios en Rusia. San Petersburgo. Moscou.* – *Sierra Nevada. Ventisquero al pie del Veleta.* – *El Veleta.* – *El Fraile de Capileira.* – *Laguna de la Yegua.* – *Monumento erigido á la memoria de los aeronautas del sitio de París* (1870-71), obra de Bartholdi. – *El palacio Nobel en Cristianía.* – *La boda del torero*, cuadro de P. Salinas. – *Ninfa*, cuadro de Fernando Keller. – *Sir Enrique Campbell Bannerman.* – *La Música*, cuadro al pastel de Julio Cheret. – *El fumador*, cuadro de Luis Graner. – *La automotriz eléctrica del ferrocarril de Orleáns.* – *S. M. la reina Isabel de Rumanía (Carmen Sylva) trabajando en su despacho de Bucarest.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La idea de establecer las clases de cocina en algunas Sociedades de Madrid—creo que al Centro Gallego corresponde el honor de la iniciativa—hace pensar en la importancia que va adquiriendo esto del bien guisar, forma del refinamiento que en todos los aspectos de la vida penetra y se impone. Hojeando ayer el primer libro de cocina que se conoce, el famoso *Nola*, curiosidad bibliográfica contemporánea de la reconquista de Granada y del descubrimiento de América, por la cual es fácil inferir los *menús* probables de Fernando el Católico y de Carlos V, todavía encontraba más patente el adelanto que en eso, como en todo lo referente á la vida práctica, llevamos sobre nuestros antecesores. No es que comamos más en cantidad, ni aun en calidad de manjares; es que los manjares se aderezan con mayor cuidado, primor y gusto; que son más variados y discretos; que la repostería y la confitería, el arte de las salsas y los jugos, han hecho progresos incalculables; que se sabe ordenar y disponer una comida con arreglo á preceptos higiénicos, fisiológicos y racionales antes desconocidos, y que el cosmopolitismo, con sus sorpresas y recursos, ha enriquecido los recetarios, antes limitados á lo usual de cada país.

***

Hoy, con amplia libertad, se asocian en la lista de un almuerzo ó comida el *curry* indio, el *oxtail* británico, el pollo «á la Marengo» históricamente francés, los salmonetes con piñones del Mediodía de España y la ensalada rusa. Hoy, si entra capricho, se une á todo esto un *zambaglione* italiano, una sopa de cerveza alemana (con el *oxtail*, son dos sopas) y un arroz de carnero á la marrueca. ¡Y no se queja nadie! En esto, como en todo, la libertad ha ensanchado los dominios del gusto, y ha multiplicado los goces y las exigencias de la humanidad.

En España, por ejemplo—si no mienten las indicaciones y datos que suministran la literatura y la historia—se comía, no sólo durante la Edad Media, sino en las épocas más recientes de los Trastamaras y los Austrias, con una sencillez muy parecida á pobreza y desaliño. Sancho García, el conde de Castilla, al dirigirse á su escudero trinchante, le pide que haga lonjas de un «magro tasajo;» y podemos suponer los perfiles que gastaría para su comida la Católica reina, en constante viaje al través de sus Estados. Por bien surtidos que llevase los reposteros de jornada, no cabe duda que faltarían infinitos pormenores para su regalo; pero Isabel no debió de ser nunca esclava de los goces de los sentidos, y antes poseía y ejercitaba la virtud de la sobriedad, que facilita y hasta ennoblece el existir. No podría decirse otro tanto de su nieto, el César Carlos V. Era éste un verdadero goloso, y acaso también se le pudiese llamar *glotón*. Porque, aun hallándose enfermo de la gota, padecimiento que se embravece con los excesos del comer, no renunciaba el héroe á los manjares suculentos y estimulantes, por consecuencia, favorables á su mal. Las aceitunas aliñadas con picante dentro; los embutidos de Alemania y de España, salchichones rosados y butifarras grasientas; los peces fuertes, carnosos, como el rodaballo, puesto en escabeche; las ostras en barriles; el jamón ahumado; todo lo que aviva la sed, reseca el gaznate y estimula el paladar, lo hacía venir el César desde muy lejos, no ya cuando ejercía la suprema autoridad y ganaba batallas, sino cuando, retirado en sus soledades de Yuste, debiera creerse que se hallaba contagiado de ascetismo. Los físicos seguramente no le recomendaban tal régimen, porque aun cuando los conocimientos no fuesen entonces tan extensos como ahora, la parquedad y templanza es de las nociones más antiguas, y moralistas y médicos, desde Hipócrates, condenaron la gula.

Hoy no se hubiese conformado el gran emperador con manjares que huelen de una legua á hostería flamenca ó á colmado andaluz, ni con los vinos correspondientes, y reclamaría, de seguro, listas complicadas, creaciones de cocineros sublimes, en que la gradación hábil de los sabores, el crescendo de la sensación, previenen la fatiga del estómago (al menos momentáneamente), y le entonan y deciden á la proeza que debe realizar. Hoy un negociante, un clubista, un señor algo acomodado, gusta y paladea lo que desconoció el dueño del mundo, cuando ya no conocía más placer que el gastronómico.

***

La clase media, en España, hace un cuarto de siglo, comía tal vez abundante, pero tosco, sin gracia, sin inteligencia alguna. En el menor detalle se comprendía el atraso. No se tenía idea de los delicados entremeses que ahora figuran en los grandes almuerzos; no se sabía entreverar los platos, alternar las legumbres con las carnes y las aves, afinar y aligerar la repostería. En la época á que me refiero, los manjares eran muchos y buenos; sobraban excelentes pescados, cebadas gallinas, lucios capones, orondos pavos; no faltaban codornices ni perdices en invierno, ni frutos sazonados, ni carnes jugosas; pero todo lo deslucía la manera de sazonarlo, el estilo de presentarlo; faltaba el arte, la medida, el esmero, el sentido de la armonía, el don de quitar lo que sobra y poner lo que hace falta, condiciones del cocinero moderno, que es un artista.

***

Para comprender hasta qué punto hemos avanzado en esto de comer esmeradamente, hay que pensar en una golosina muy deliciosa y hoy muy común; á saber, el helado. Yo recuerdo tiempos en que el helado era una especie de mito. Lo vendían, es cierto, en los cafés..., ¡pero con qué aparato, con qué misterio! Creían las buenas amas de casa de entonces que el helar era ciencia recóndita. No se fabricaba hielo artificial; la nieve se traía á lomo de mulo desde los pozos de la montaña. Y el helado tenía su estación fija, inalterable. Empezaba en el clásico día de Corpus, y terminaba al regresar los estudiantes á sus aulas. El día de Corpus, después de la procesión, cuando las familias regresaban á sus hogares, luciendo los chicos el pantalón de nankín y las señoras el traje rameado nuevo y la capota francesa, el criado se aproximaba sigilosamente, y al oído de su ama bisbiseaba:

—Ahí está *eso*...

Y *eso* era el farolito de metal en que traían, en copas de grueso cristal azul, el *mantecado*, la leche amerengada y la fresa..., esta última, muy contadas veces, en el corto plazo de producción de la fragante fruta; pues tampoco la horticultura estaba entonces en el caso de vulgarizar la fresa de «tres estaciones.»

El helado que con tal solemnidad se anunciaba solía ser detestable. En nada se parecía á los exquisitos refrescos que ahora abundan. Sabía, generalmente, al metal de la heladora, cuando no á la sal que se introducía en el recipiente. Sólo por casualidad, una vez que otra, salía perfectamente el helado, tenía esencia y estaba trabado y compacto. Mas su masa fría, no por eso producía menos entusiasmo en los chiquillos, menos regocijo en las personas de respeto, menos asombro y envidia en los vecinos que veían llevar el farolito consabido y quedaban imaginándose el goce de tomar helado, en la tarde calurosa...

Y ahora, cualquier señorita un poco acostumbrada á ponerse el mandilito blanco con moños de color, dirige acertadamente á la modesta cocinera burguesa el «café blanco,» el «perfecto Moka,» el «sorbete de ananos» y aun el «volewsky.» Las barras de hielo se compran al peso; las maquinillas heladoras, modestas en su coste, cumplen á maravilla su cometido; los recetarios dan claramente la fórmula de esos recreos del paladar..., y lo que no disfrutaron antaño los monarcas ni los magnates, está al alcance de los ciudadanos pacíficos...

***

Hemos adelantado también al proscribir los estimulantes y las especias; digo ciertas especias, demasiado insolentes, que se abren paso é imponen su sabor por encima de todos los demás. El clavo, la moscada, el laurel, el tabernario pimentón, la precoz guindilla, están casi proscritos de la cocina moderna. En cuanto al ajo, al ajo meridional, español, no es indiferencia, es odio á muerte el que le profesa la mayoría. Su olor, su sainete, repugnan. Hay que machacarlo, de modo que quede oculto, invisible, es decir, que ni trascienda, cuando es indispensable para un guiso. Verdad que ya, según Cervantes, era en el siglo XVII condimento de villanos. Hay platos nacionales que lo requieren; en Andalucía cierto gazpacho muy refrigerante, sano y bonito, que llaman *ajo blanco* y tiene tanto de ajo como de almendra..., pero no por eso es más recomendable ese condimento, cuyo olor infesta las cocinas y persiste saturando la boca, haciendo difícil la situación de las personas algo urbanas que lo han comido.

También es otro proscrito el azafrán... Y éste no merece, á mi ver, el mal concepto en que se le tiene y la rigurosa interdicción que le aleja de toda cocina selecta. Hay platos que exigen el azafrán: la anguila, por ejemplo, neutraliza su veneno propio—bastante activo, según se dice—con el azafrán, que además le sienta bien, especialmente cuando se ha de servir en pastel ó empanada. La sopa de fideos es mejor con azafrán, dígase lo que se diga... Y en los arroces y paellas, el azafrán no sobra.

La canela ha descendido igualmente, si bien no tanto como la alcarabea, los cominos, las *hierbas* clásicas, substituídas por otras *finas hierbas* francesas, más disimuladas y elegantes. Todo cambia, todo fenece... Nuestros abuelos se chupaban los dedos tras de lo que hoy no toleramos ni en los ventorros.

***

Y he aquí por qué las hijas de familia estudian el arte de Carême y de Brillat Savarín, y por qué la cocina substituye al piano, esa forma de arte burgués y casero, hoy eclipsado ante la sartén y el hornillo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

La salud y la juventud son alegres compañeros de viaje que convierten en polvo dorado el polvo del camino.

A. GENNEVRAVE.

Cada época tiene sus cosas que las épocas posteriores no comprenden, lo que no impide que estas cosas hayan sido en otro tiempo legítimas.

– La libertad absoluta de imprenta ha matado el arte de saber decirlo todo en una época en que no puede decirse nada. El aire libre daña á las flores de invernadero.

ERNESTO LAVISSE.

Los movimientos bellos son la música de los ojos.

ANATOLIO FRANCE.

Los viajes dan á los ociosos la ilusión de la actividad.

– La ilusiones hijas de la juventud son hijas condenadas generalmente á no sobrevivir á su madre.

– Mucho se perdona á las ilusiones que consuelan cuando se lucha con la realidad que no consuela.

G. M. VALTOUR.

La independencia del alma funda la independencia de los Estados.

MME. DE STAEL.

Los que sólo conocen la revolución y sus violencias son malos jueces de la marcha de un gobierno legal.

CHATEAUBRIAND.



LA MEJOR CENA.—CUENTO DE NOCHEBUENA, por R. Ruiz López

Todos los labios reían; los corazones todos rebosaban regocijo. Entre el estruendo de los tambores, panderas, almireces y zambombas, sobresalían las carcajadas. Cantábase á gritos, y las voces iban haciéndose roncas, aunque no por eso menos alegres.

Los aparadores estaban repletos de golosinas: mantecados, alfajores, toda suerte de dulces caseros que durante las semanas últimas trajeron atareadísima á mi madre, y que pasada la vigilia, después de la misa del gallo, habían de servir para convidar á los jóvenes del pueblo que solían ir á felicitarnos, á beber y á bailar.

Uno de los gabinetes, convertido en esplendoroso nacimiento, servía de refugio á los pequeñuelos de la casa, que eran los más alborotadores y los más alegres, y que se sentían dichosísimos al contemplar aquel montón de figuras toscas, sabiamente ordenadas, que por encerrar en sí sueños venturosos de inocencia, son el recuerdo más poético, más sano y más enternecedor que nos acompaña en nuestra peregrinación por la vida.

Mi padre, médico de aquel pueblecillo, paseaba á lo largo del portal con el párroco, paisano suyo, que llegara días antes á tomar posesión de la parroquia y que se encontraba hospedado en mi casa. Hablaban animadamente, sin duda de Nochebuenas pasadas, y sonreían con cierta amargura, como se sonríe á las dichas que fueron, como sonrío ahora yo al hablaros de aquella Nochebuena, la última que pasamos reunidos mis padres, mis ocho hermanos y yo, ¡ya fuera de este mundo casi todos!

Mi madre, activa, contenta y cariñosa, en un incesante ir y venir vigilaba á los pequeños, no perdía de vista á los mayores y activaba la cena, que para los que pasaban de los veinticinco años sería colación por ser día de vigilia y de ayuno; cena en la que sin duda habría mucha alegría, ese vino de las almas, y muy poco vino, ese trastornador de cerebros, padre de la estupidez, de la locura y no pocas veces de la tragedia.

A ratos mi padre y el párroco entraban en el nacimiento, y los abrumábamos á preguntas, pidiendo nombres para las figuritas y haciéndonos explicar la misión que cada cual iba á cumplir: el cura, bondadoso y sonriente, lo explicaba todo con tal sencillez de lenguaje y acento tan persuasivo, que todos callábamos para escucharle con la boca abierta durante un par de minutos.

Como nadie pensaba en otra cosa que en divertirse y los criados se curaban bien poco de que había que cenar, pasó la hora, y mil hubieran pasado á no ser porque los estómagos empezaron á reclamar imperiosamente algo más sólido y positivo que santos y redobles de tambor, y porque iba aproximándose el momento en que todos en masa habíamos de encaminarnos á la iglesia para oir cantar *Maitines*.

La tardanza hizo más vivo el apetito. Los mayores invadimos la cocina gritando. Mi madre se acercó á mi padre para decirle:

—Marcos, la mesa está puesta y la cena lista; ¿quieres que la sirvan?

—¡Andando!, repuso mi padre frotándose las manos.

Entramos en el comedor, bulliciosos y alegres, sin cesar en nuestra atronadora algazara. Mi padre, sonriente y feliz al vernos á todos felices y risueños, se disponía á sentarse, cuando llamaron violentamente.

Un criado entró á poco diciendo que Carmen *la Empiná* solicitaba hablar con mi padre.

—Que entre.

No tardó en presentarse una mujer desgreñada, mal envuelta en un mantón y llorosa, que dijo gimoteando, sin acordarse siquiera de dar las buenas noches:

—¡Ay, D. Marcos! ¡Mi Pedro! ¡Mi probe Pedro se ha caído al bajar de la cámara!

—Bueno, mujer, no llores así.

—¡Es que se ha roto la cabeza, señor, y echa sangre, que no parece sino que se va á quedar sin gota!..

Pálida y asustada, la pobre mujer se retorcía las manos con desesperación. Nosotros la escuchábamos en silencio, compadecidos de que tal desgracia le acaeciera en tan memorable noche.

—Vamos, hija, no te asustes, que eso no será nada, dijo cariñosamente mi padre disponiéndose á seguirla.

La desventurada gritó:

—¡Ay, D. Marcos! ¡Corra osté!.. ¡Mi Pedro..., mi probecico Pedro!..

Y salió corriendo como loca; mi padre tomó de manos de mi madre la capa y el sombrero, dijo dos palabras al cura y salió detrás de Carmen. Uno de mis hermanos y yo le seguimos con ánimo de no abandonarle un momento.

Borrachos unos y alegres los más, los mozos recorrían las calles entonando roncos cantos al son de la música monótona y salvaje de tambores y panderas. De todas las casas parecían salir oleadas de alegría; el regocijo era desbordante.

Poco tardamos en llegar al domicilio de *la Empiná*. Afortunadamente, aunque la herida que se ocasionara Pedro era profunda y capaz de causar un buen susto á la familia, no presentaba síntoma alguno de gravedad. Pasado el atolondramiento que le produjo el golpe y auxiliado por sus hijos, casi fueron innecesarios los buenos oficios de mi padre. En pocos momentos lavó y vendó la herida, asegurando que aquello no era nada y que podían estar todos tranquilos, porque nadie llegaba á la muerte por tan poca cosa.

—Y ahora, agregó disponiéndose á salir y sonriendo alegremente, á celebrar la Nochebuena.

Carmen *la Empiná*, desconsolada, habló entonces: su voz triste y lastimosa se grabó de tal suerte en mi memoria, que, aun habiendo pasado muchos años, todavía me parece oirla.

¡Celebrar la nochebuena! ¡Oh con cuánta facilidad se podía decir! Los desventurados estaban en la última miseria. Como hacía dos semanas que no cesaba de llover, y Pedro no podía ir al campo á ganar su jornal, llevaban ocho días sin ver apenas la gracia de Dios por aquella casa. ¡La vida de los jornaleros era así! A más aquellos cuatro muchachotes tampoco hacían nada. Con aquel endemoniado temporal no se podía ir á recoger aceituna y las cuadrillas estaban paradas. Y luego... ¡cómo no eran ellos gentes para echarse á pedir por esas calles de Dios!..

Se interrumpió Carmen, temiendo que iba á romper á llorar. Pedro movía pausadamente la cabeza triste y resignado.

—De modo, dijo mi padre, que esta noche...

—Nos acostaremos con el consuelo, repuso la mayor de las hijas con resignación suprema, de que el Niño Jesús que fué al nacer tan probe como nosotros, no abandona nunca á los que son buenos.

Mi padre escuchaba visiblemente conmovido, y miraba embobado á aquellas pobres gentes sin alcanzar á comprender su miseria; á mi hermano, mayor que yo, se le habían saltado las lágrimas.

Después de un largo silencio preñado de tristeza, mi padre dijo, indicando á dos de aquellas muchachas:

—Venid con nosotros.

Como permanecieran indecisas y confusas, tuvo

que repetirles la orden. Miraron al herido como interrogándole, y aquél, con aire resignado, asintió con un movimiento de cabeza.

—Hasta mañana, dijo mi padre despidiéndose.

Aunque ninguno sabía de cierto lo que mi padre se proponía, Pedro, muy conmovido, apenas pudo contestar; Carmen cogió la mano derecha de mi padre y se la besó llorando; las muchachas nos despidieron diciendo tímidamente: «¡Con Dios!» Indudablemente aquellos corazones acababan de ser iluminados por un rayo de esperanza.

Salimos con las dos á quienes mi padre designara, que caminaban encogidas, azoradas y temblorosas, como si se las obligase á consumar una vergüenza, á cometer una mala acción.

En la calle los mozos seguían cantando; de las casas parecía salir el regocijo en oleadas; el influjo benéfico de la redención reinaba en todos los corazones.

Mi madre, que esperaba llena de ansiedad, salió á abrirnos la puerta; el párroco y mis hermanos acudieron presurosos, detrás llegaron los sirvientes: todos deseaban saber lo ocurrido, todos se interesaban por el desgraciado á quien casi suponían muerto.

En pocas palabras los tranquilizó mi padre y en seguida explicó la presencia de las hijas de Pedro y Carmen.

Aquellas pobres gentes necesitaban una cena confortable, como que apenas habían comido en quince días. Como improvisar una comida costaría trabajo y sobre todo tiempo, y era cuestión urgente, había decidido que aquellas muchachas, acompañadas de algunos de la casa, llevasen la cena preparada al pobre herido y á los suyos. Saber una aflicción y no correr á consolarla en semejante noche, sería la impiedad mayor del mundo. Precisamente Dios iba á bajar á la tierra para recordarnos que tenemos todos un padre común.

El sencillo y conmovedor discurso fué escuchado con religioso silencio; aquel caritativo deseo fué obedecido dulcemente; la cena que había de hacer nuestras delicias pasó á otra mesa donde nosotros no habíamos de ir á sentarnos, pero desde donde nos bendecirían en mi padre.

Algo conmovedor y consolador á un tiempo pareció fluctuar en el ambiente; un bienestar superior á todos los regocijos se apoderó de nuestros corazones.

Cuando se hubieron ido las hijas de Pedro, alguien hizo observar que no habiendo nada en la casa que no fuese carne, no podría arreglarse otra comida. Era imposible quebrantar la vigilia.

La noticia no causó impresión alguna en mi padre, que sonriendo, mientras apretaba afectuosamente la mano que le tendía el párroco felicitándole, dijo:

—Nosotros cenaremos después de la misa del gallo. ¡Esta noche es Nochebuena!

Y abrazó á mi madre, que lloraba enternecida, y nos fué besando á todos, distribuyendo equitativamente aquel su cariño inmenso, que fué la mejor colación que he saboreado en mi vida.

(Dibujo de J. Borrell.)



El primer delito, cuadro de Lady Stanley, que forma parte de la colección Tate de la Galería Nacional de Londres

DISTURBIOS REVOLUCIONARIOS EN RUSIA

Necesitaríamos llenar varias columnas si hubiésemos de dar cuenta detallada de los sangrientos sucesos y de los disturbios revolucionarios que en Rusia se desarrollan. De algunos de ellos ya nos hemos ocupado en números anteriores; pero son tantos los focos de la rebelión, tan continuados los motines, las huelgas y las revueltas, que no es posible en un semanario de la índole del nuestro seguir la marcha de tales acontecimientos sino en sus líneas más generales.

En Sebastopol, sublevéronselas tripulaciones de algunos buques de guerra de la escuadra anclada en aquel puerto dirigidas por el teniente Schmidt, que bombardearon los otros buques, que habían permanecido ajenos al movimiento, y los cuarteles de la ciudad. Al fin los sublevados fueron vencidos, habiéndose perdido dos torpederos é incendiado un crucero y habiendo costado la sedición algunos millares de víctimas.

En Kiew, los soldados de ingenieros se negaron á substituir á los huelguistas de telégrafos, se amotinaron y uniéndose á aquéllos recorrieron la ciudad y sostuvieron varios choques con las tropas leales, resultando de estos encuentros numerosas bajas por ambas partes.

En Moscou, declaróse la huelga general, en la que tomaron parte 130.000 obreros, cuyas exigencias han obligado á muchos industriales á abandonar definitivamente sus negocios.

De Odessa y de Kharkoff salen continuamente numerosos fugitivos, huyendo de las matanzas que allí son el pan nuestro de cada día.

En San Petersburgo, en Moscou y en Varsovia ha estallado una formidable huelga de empleados de correos y telégrafos, con lo que Rusia se encuentra poco menos que aislada del resto del mundo.

El espíritu de insubordinación se ha extendido á la misma guarnición de Tsarkoe-Selo, la residencia del tsar, á esas tropas que se consideraban más adictas á la familia imperial, y que, según se dice, protestaron recientemente contra el empleo de las fuerzas militares en servicios de policía.

Por otra parte, los elementos rurales se van organizando poco á poco, según lo prueba el reciente congreso general de delegados de aldeanos celebrado en Moscou, en el que se votaron resoluciones tan graves como la socialización de la tierra y la nulidad de los empréstitos contratados últimamente por el gobierno ruso. Los individuos que formaban la mesa de este congreso revolucionario han sido encarcelados.—R.



Disturbios revolucionarios en Rusia. – San Petersburgo. - Grupos de huelguistas en el muelle del Almirantazgo; á la izquierda un huelguista con la bandera roja. (De fotografía de Bulla, comunicada por «Photo-Nouvelles.»)



Moscou. – El primer congreso general de los delegados de los aldeanos. (De fotografía de Smirnof.)



Disturbios revolucionarios en Rusia. – Moscou. – Meeting de telegrafistas y empleados de correos en la gran plaza del Teatro el 29 de noviembre último. (De fotografía comunicada por «Photo-Nouvelles.»)



SIERRA NEVADA.—VENTISQUERO AL PIE DEL VELETA

SIERRA NEVADA

A pocas horas de Granada se alza majestuosa esta sierra, una de las más notables del mundo, pero también una de las menos conocidas. La naturaleza ha dotado ricamente á España; mas no parece sino que España, por culpa de quien ó de lo que sea, se ha empeñado en no explotar las bellezas de la naturaleza.



SIERRA NEVADA.—EL VELETA (3.428 METROS)

En otros países, la ascensión á Sierra Nevada sería una excursión fácil y agradable; la industria de los hombres, poniendo á contribución los adelantos científicos, habría construído las vías de comunicación necesarias, y en los picos donde hoy reina la soledad más absoluta, no faltarían lujosos hoteles que brindasen al turista cuantas comodidades apetecer pudiera. En el nuestro, la expedición resulta por demás difícil, y se necesitan una gran dosis de buena voluntad y mucho amor al excursionismo para arrostrar las penalidades que supone la ascensión en las condiciones en que actualmente ha de hacerse.

Sierra Nevada, punto culminante de nuestra península, parece más alta aún de lo que es por la relativa pequeñez de la base sobre la cual se levanta y que sólo tiene 80 kilómetros de Este á Oeste y 40 de Norte á Sur. Las montañas que la forman presentan por todas partes escarpes difíciles de escalar, y en sus vertientes se suceden con regularidad las distintas zonas de vegetación hasta llegar á la región de las nieves perpetuas, por encima de la cual asoman sus cimas los picos del Mulhacén, del Veleta y de la Alcazaba. Sobre los primeros basamentos, plantados de viña y de olivos, los declives, demasiado pobres de árboles, ostentan aquí y allí algunos grupos de nogales y castaños; suceden á éstos las encinas y por último el verde pálido de los céspedes que la nieve cubre durante la mitad del año. En las sinuosidades bien abrigadas, especialmente en las de la vertiente septentrional, la nieve forma grandes ventisqueros, de los cuales el más importante es el que hay al pie del Veleta, en el que la nieve tiene un espesor de 60 á 100 metros. Este campo de hielo es el más meridional de Europa.

Los picos principales de Sierra Nevada son el Mulhacén (3.481 metros), el Veleta (3.428), la Alcazaba (3.314) y el de los Machos (3.313), alturas importantísimas clasificadas en categoría como las segundas de Europa. Desde estas cumbres se disfruta de uno de los panoramas más sorprendentes que imaginarse puedan. Eliseo Reclús, en su famosa geografía, al ocuparse de esto dice: «Desde el picacho del Veleta, la vista no es quizás menos bella que desde la cumbre del Etna. Vese á sus pies todo el Mediodía de España, con sus ricos valles regados, sus ásperos peñascos, sus soledades rojizas, que la lejanía hace vaporosas, y la negra muralla formada por los montes de Extremadura y de Sierra Morena, que limitan la meseta central. Al Sur, como surgidas de un abismo, aparecen otras montañas; pero la mirada se siente especialmente atraída hacia la verde faja del litoral, hacia el mar grande y el perfil de los montes berberiscos envueltos en niebla que el islote de Alborán y el alto promontorio marroquí de las Tres Horcas, situados precisamente al Sur de Sierra Nevada, parecen unir como un resto de istmo al continente de Europa.»



SIERRA NEVADA.—EL FRAILE DE CAPILEIRA

La fusión de las nieves de Sierra Nevada dan á los campos de los valles y de las llanuras de los alrededores una exuberancia prodigiosa de vegetación; á ella, á la multitud de arroyos que de aquellas alturas descienden, debe la Vega de Granada, cantada por todos los poetas, la riqueza de sus cultivos, la belleza de sus flores la excelencia de sus frutos.

Las fotografías que publicamos, de D. José Martín, de Granada, dan idea de las grandiosas bellezas de Sierra Nevada, comparables con las más admirables en su género del extranjero.—X.



SIERRA NEVADA.—LAGUNA DE LA YEGUA, SITUADA AL PIE DEL VELETA

MONUMENTO Á LOS AERONAUTAS

DEL SITIO DE PARÍS (1870-1871)

La primera vez que se aplicó la navegación aérea al arte militar fué durante el terrible sitio de París, última página de la guerra franco alemana. Desde el 23 de septiembre de 1870 al 13 de enero de 1871, salieron de aquella capital cincuenta y dos globos que en su mayor parte lograron atravesar las posiciones alemanas y llegar á su destino. Algunos, sin embargo, fueron capturados por el enemigo y otros se perdieron en el mar.

Con los adelantos que en materia de aerostación se han conseguido en estos últimos tiempos, no parecerá á muchos gran hazaña lo que realizaron los aeronautas parisienses en aquella ocasión; hoy, en efecto, se efectúan por simple deporte ascensiones mucho más atrevidas que las que aquéllos llevaron á cabo, y se hacen viajes de miles de kilómetros, remontándose los viajeros á inmensas alturas. Pero si se tiene en cuenta que la navegación aérea no contaba entonces con los recursos de que hoy dispone, y si se consideran sobre todo las circunstancias excepcionales en que tales ascensiones se realizaban, dentro de una plaza sitiada por un enemigo que disponía de ejércitos numerosísimos y de medios formidables, se comprenderá que las expediciones aéreas del sitio de París eran empresas casi temerarias, y que los que en ellas tomaban parte habían de arrostrar muchos y muy graves peligros, no sólo por las deficiencias del medio de locomoción empleado, sino también por tener que atravesar territorios ocupados por las tropas invasoras.

Justa fué, pues, la admiración que aquellas salidas causaron entonces en todo el mundo.



MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA DE LOS AERONAUTAS DEL SITIO DE PARÍS (1870-1871) Y QUE SE INAUGURARÁ EN AQUELLA CAPITAL Á PRINCIPIOS DE 1906. Obra de Bartholdi. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Para recompensar á los aeronautas que expusieron en aquella ocasión su vida, el Consejo municipal de París creó en 1874 una medalla conmemorativa, y hace algunos años el gobierno francés acordó erigir á la memoria de los mismos un monumento cuya ejecución fué confiada al eminente escultor Bartholdi. Este famoso artista, autor de tantas y tan hermosas obras monumentales, entre ellas de la estatua colosal de *La Libertad iluminando el mundo* que se alza á la entrada del puerto de Nueva York, presentó el modelo del monumento en el Salón de París de 1904; pero la muerte, que le sorprendió pocos meses después, le impidió ejecutar la obra definitiva.

En el monumento, que se inaugurará en los primeros días del año que viene, y cuya reproducción adjunta publicamos, se admiran, como en todas las de Bartholdi, una grandiosidad que responde á la magnitud del hecho que conmemora, y una elegancia de líneas y una armonía de proporciones que atraen y cautivan.—S.

EL PALACIO NOBEL

El Comité creado por el gran filántropo Nobel para la adjudicación de los cinco premios por él instituídos, tiene desde hace poco casa propia en el palacio construído al efecto en Cristianía y cuya inauguración ha coincidido con la independencia de Noruega y con el entronizamiento del rey Hakón VII.

Hace pocos días se ha celebrado en él con gran solemnidad la distribución de los premios correspondientes al presente año. Presenció el acto el joven monarca, acompañado de la reina, de los ministros, de los miembros del Storthing y de todo el cuerpo diplomático.

El ministro de Negocios Extranjeros, M. Lœvland, pronunció un discurso encomiando la obra de Nobel y haciendo votos porque prosperen las ideas que inspiraron su generosa fundación.

Después se proclamaron los nombres de los agraciados con los premios.

El premio de la Paz á la Sra. Berta de Sutner, autora del notable libro *¡Abajo las armas!*

El de la Medicina al profesor alemán Roberto Koch, por sus trabajos y descubrimientos relativos á la tuberculosis.

El de Física al profesor Lenard, de Kiel, por sus trabajos sobre los rayos catódicos.

El de Química al profesor Baeyer, de Munich, por sus estudios sobre el índigo y el tripenilo metano.

El de Literatura al eminente escritor polaco Enrique Sienkiewicz, autor de la famosa novela *Quo vadis?*—S.



CRISTIANÍA. – EL PALACIO NOBEL RECIENTEMENTE INAUGURADO Y EN EL QUE SE HA REUNIDO EL COMITÉ ENCARGADO DE ADJUDICAR LOS PREMIOS DE LA FUNDACIÓN DE AQUEL NOMBRE. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)



LA BODA DEL TORERO, cuadro de P. Salinas

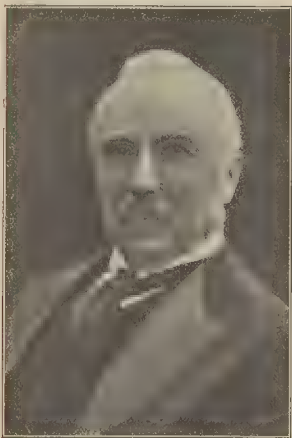


NINFA, cuadro de Fernando Keller

SIR ENRIQUE CAMPBELL BANNERMAN

A consecuencia de la dimisión del gabinete conservador presidido por Mr. Balfour, el rey de Inglaterra ha confiado á sir Enrique Campbell Bannerman, *leader* de la oposición parlamentaria, la misión de formar un gabinete liberal.

El nuevo primer ministro inglés nació en Escocia en 1836 y desde 1868 figura en la Cámara de los Comunes. Durante su larga carrera política ha sido secretario de Hacienda en el ministerio de la Guerra desde 1871 á 1874, y en 1880; secretario del Almirantazgo en 1882, y secretario de Estado en la Guerra en 1886, en el último gabinete Gladstone.



Sir Enrique Campbell Bannerman, presidente del nuevo ministerio inglés

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 809, 812, 816 y 817)

Nochebuena. La adoración del Niño Jesús, dibujo de Mas y Fondevila. - Entre las piadosas costumbres que se conservan en las poblaciones rurales, más que en las ciudades populosas, figura la de adorar al Niño Jesús en la Nochebuena, aniversario del nacimiento del Salvador en el portal de Belén. Es una ceremonia sencilla y conmovedora; el cura, revestido de sus mejores ornamentos, presenta una imagen del Divino Niño á los fieles, y éstos, llenos de unción, acuden á besarle y á depositar en su honor humildes ofrendas, en tanto que en las bóvedas del modesto templo resuenan las alegres notas de los tradicionales villancicos.



La Música, cuadro al pastel de Julio Cheret

Esta escena ha inspirado á Mas y Fondevila el bellísimo dibujo que en la primera página de este número publicamos. Excusado nos parece hacer el elogio de esta obra, no sólo por tratarse de artista de tanta valía, sino, además, porque aun el menos versado en bellas artes puede apreciar sin el menor esfuerzo la verdad con que aparece reproducida la escena, la firmeza con que están trazadas y agrupadas las figuras, y sobre todo la poesía, el sentimiento, que emanan de esta hermosa composición.

El primer delito, cuadro de Lady Stanley. - ¿Quién le empujó á cometer la primera transgresión de la ley que le lleva ante el tribunal? ¿Quién es el verdadero responsable de su primer delito? Para dilucidar las cuestiones que estas dos preguntas entrañan, se han escrito centenares de libros, en los que se exponen las teorías más opuestas, que no hemos de mencionar siquiera. Prescindiendo, pues, de todo lo que sobre este asunto se ha dicho, y fijándonos solamente en la figura del pilluelo tan admirablemente pintado por Lady Stanley, diremos que basta ver la expresión de aquella cara y los miserables harapos que cubren su cuerpo para comprender que lo que le impulsó á delinquir fué la miseria, material y moral, y que mucha parte de la responsabilidad, si no toda, de su delito corresponde al abandono de una sociedad imperfecta ó mal organizada que deja que tomen el camino del mal esos infelices niños que oportunamente amparados é instruídos serían hombres honrados y miembros útiles de la humanidad.

La boda del torero, cuadro de P. Salinas. - Los que repasen la colección de La Ilustración Artística encontrarán en ella multitud de cuadros de este celebrado pintor español, entre ellos *Una boda en Aragón*, *El banquete de boda*, *Un bautizo en España*, *Fiesta de familia en Andalucía*, *La despedida del torero*, *Fiesta en un merendero á principios del siglo* y *Una comida de boda en Andalucía*. En todas estas obras se nos muestra Salinas enamorado de las pintorescas costumbres españolas, especialmente de fines del siglo XVIII y principios del XIX, que le permiten trazar esas composiciones llenas de movimiento y ricas de colorido, que tanta y tan justa fama le han conquistado. La que hoy reproducimos pertenece al mismo género que las citadas y ofrece las mismas bellezas de composición, de dibujo y de color que tantas veces hemos elogiado en su autor.

Ninfa, cuadro de Fernando Keller. - Hay temas que nunca envejecen si quien los trata sabe colocarse en el punto de vista predominante en la época en que vive. Tal sucede con los personajes y episodios de la mitología que en todos los tiempos han inspirado á los artistas más ilustres. Fernando Keller, de quien nos ocupamos en el número último, se ha inspirado en este cuadro en un asunto mitológico tan explotado como el de la ninfa y el fauno; pero ha sabido darle una apariencia de realidad que, unida al decorativo del lienzo, lo hace perfectamente adaptable á las tendencias y á los gustos modernos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — París. - Entre las últimas adquisiciones del Museo del Louvre figuran: un excelente retrato de Maillard, comprado por el Estado; una *Pietà*, hermosa obra de un primitivo francés, cedida por la Sociedad de Amigos del Louvre; y cuatro cuadros de Greuse, dos de Teniers y uno de cada uno de los pintores Ruisdael, Hobbema Wouwermann y Backnizen, que formaban parte de la colección del barón Arturo de Rothschild.

Londres. - En Londres se ha descubierto un cuadro de Rubens que en el inventario de la herencia de éste se describe como retrato de Carlos el Temerario, vestido con armadura y que fué pintado por aquél en 1635, al mismo tiempo que otro del propio personaje que se conserva en el museo de Viena, con el cual tiene gran semejanza. El retrato ahora descubierto y para el cual debió servir de modelo otro ejecutado en tiempo de Carlos el Temerario y hoy desaparecido, representa al fundador del poderío flamenco cubierto de brillante armadura y un manto rojo adornado de joyas.

Francfort del Mein. - El Ayuntamiento de Francfort del Mein ha recibido recientemente dos importantes legados, que representan en junto una renta anual de 70.000 marcos (87.250 pesetas) y que han de ser destinados al aumento de las colecciones artísticas de aquella ciudad.

Nuremberg. - El municipio nurembergués ha acordado la compra, por 300.000 marcos (375.000 pesetas) de una casa antigua á fin de evitar que pasara á extrañas manos un famoso salón de la misma, adornado con magníficas esculturas de Pedro Flotner, que el actual propietario del inmueble trataba de vender.

Amsterdam. - Un particular, el Sr. J. C. Drucker, ha regalado á la ciudad de Amsterdam una soberbia colección de más de cien cuadros al óleo, acuarelas y pasteles de los principales pintores holandeses de la segunda mitad del siglo XIX.

Granada. - A propósito del lamentable estado en que se encuentra la Alhambra y del proyecto de pedir á las Cortes los fondos necesarios para su conservación y restauración, dice un importante periódico ilustrado alemán, no sabemos con qué fundamento, que «como la obtención de estos fondos puede encontrar dificultades, dado el estado de la hacienda española, ha surgido la idea de promover una subscripción internacional.»

Espectáculos. — En Teherán, capital de Persia, se han representado recientemente algunas comedias de Moliere, traducidas al persa por el general Lemaire, uno de los personajes que han acompañado al Shah, en su último viaje á Europa.

- En el presente año se inaugurará en Normandía un nuevo teatro de la naturaleza, por iniciativa de Jorge Bureau, que ha descubierto cerca de Etretat un antiguo teatro romano en bastante buen estado de conservación.

- En las representaciones wagnerianas organizadas en Baireuth para el verano de 1906 se cantarán: *Parsifal* (23 de julio, 1, 4, 7, 8, 11 y 20 de agosto); *El anillo del Nibelungo* (25 á 28 de julio y 14 á 17 de agosto) y *Tristán é Isolda* (21 y 31 de julio, 5, 12 y 19 de agosto).



El fumador, cuadro de Luis Graner (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1904)

Necrología. — Han fallecido:

Antonio Azbé, pintor muniquense.

José Ferrari, pintor romano.

Roberto Billwiller, meteorólogo suizo, organizador del actual servicio meteorológico en Suiza, director del Observatorio central de Zurich y autor de varias obras.

Enrique Bulthaupt, poeta y dramaturgo alemán.

Julio Oppert, orientalista de origen alemán, miembro de la Academia de Inscripciones francesa, profesor de Asiriología del Colegio de Francia, autor de importantes obras.

Alberto Edelfett, pintor finlandés.

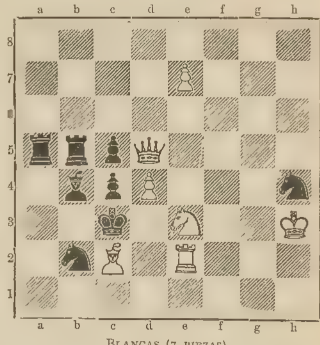
Cristián Behrens, escultor alemán, miembro de la Real Academia de Dresde.

Rodolfo Baumbach, poeta lírico y épico alemán.

AJEDREZ

Problema número 409, por J. Moller.

Negras (8 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 408, por J. Berger.

Blancas.	Negras.
1. Th4-h8	1. Cg5-h7
2. c2-c3	2. Cualquiera.
3. T mate.	

Variantes

1...... Cg5-f7; 2. Th8-h2, etc.
1...... Cg5 e4; 2. d3×e4, etc.
1...... Cg5-e6; 2. f5×e6, etc.
1...... Cg5-h3; 2. Th8×g8, etc.

LA DAMA VERDE

NOVELA DE JOSEPH L'HOPITAL. — ILUSTRACIONES DE GEORGES SCOTT

(CONCTINUAIÓN)

La buena mujer, que había tapado á medias su marmita como con un sombrero echado hacia la oreja, se levantó entonces. Era una viejecita un poco orobada, muy lenta en sus movimientos.

—En cuanto á eso, señores, dijo con voz cascada, ya veremos. Es preciso, ante todo, que vuelva mi hombre:

En el mismo momento su hombre entró; buen mozo, de anchos hombros y de buen aspecto para su vejez. Una ancha barba canosa extendida por la blusa daba un aspecto grave á su cara cuadrada é iluminada por ojos de un azul pálido. Manteníase muy derecho y tenía ese aspecto independiente y un poco altanero que caracteriza en Normandía al campesino de antiguo abolengo.

—Langlois, dijo la mujer, llegas á tiempo. Ya sabes que tenemos que alojar esta noche á los oficiales; ¿dónde van á acostarse?

Langlois, que tenía puesta la gorra, no se la quitó y dijo:

—Donde ellos quieran.

Después, como si observase por primera vez la presencia de los oficiales, se volvió hacia ellos y dijo, sin quitarse tampoco la gorra ni saludarlos:

—Si quieren ustedes venir á ver...

—Vaya usted, Kerdec, y trate de encontrar en este casucho un rincón donde podamos dormir. Mientras tanto, voy con Chamereuil á ver qué ha sido de nuestros hombres, si las cocinas están encendidas y si el tal Ledrain es razonable. Nos encontraremos aquí, dentro de media hora, para comer.

VII

—Esperen un poco que encienda el farol. Podríamos llevar la vela; pero una corriente de aire..., por casualidad..., podría apagarla, y no tendría gracia ninguna.

Descolgó un farol de cuadra, que estaba suspendido en la pared, y dijo, dirigiéndose á su mujer:

—¿Tienes fósforos? Enciende entonces la mecha... Está bien; esto va á alumbrar sin alumbrar, pero siempre alumbrará bastante para que no nos perdamos... Sí, ya te entiendo; pero ¿dónde quieres que los acostemos? No hay más que la cámara del marqués..., como no los llevemos á la de la dama verde.

—¡Oh!, exclamó la mujer.

Y se santiguó.

—Claro, claro... Entonces será en la cámara del marqués. Alcanza las sábanas mientras vamos á verla.

—¿Estamos, buen hombre?, preguntó Kerdec, que empezaba á impacientarse. Pase usted delante con su farol.

—Con perdón, dijo Langlois.

Salieron y subieron la escalera de caracol. Después de haber girado algún tiempo sobre sí mismos en aquella tuerca de piedra, se detuvieron en un escalón más ancho que los otros y que formaba descansillo. Langlois se acercó, con una gran llave en la mano, á una puerta baja.

—¿Es ésta, preguntó Kerdec, la cámara de la dama verde?



Arrodillada delante de la chimenea, la mujer del guarda trataba de encender... (Véase pág. 806.)

El guarda se estremeció y su mano temblona hizo dar un redoble á la llave sobre la cerradura.

—No, dijo muy de prisa, es el departamento del señor marqués.

Se apresuró á abrir é introdujo á Kerdec en una antecámara desmantelada y luego en una cámara, donde sus pasos se apagaron en una alfombra.

—Voy á encender y verá usted mejor, continuó Langlois. Hay bujías en los candeleros. Esto está siempre preparado como si fuese á venir el señor marqués. Mi mujer tiene ese gusto.

—¿No viene nunca el señor marqués?

—Venía hace tiempo, pero ya no hay que contar con eso. Cuando vuelva á la comarca será probablemente con los pies por delante, para ir al cementerio de Martinville... ¡Con noventa y tantos años que tiene!.. A esa edad no sirve uno para nada más que para hacer un muerto...

Entre tanto la cámara se iluminaba y se mostraba con toda la fealdad de un entresuelo, brotado allí, como un hongo Luis Felipe, en una de las grandes salas del torreón. El techo, de yeso y muy bajo, cortaba por en medio la antigua ventana. La innoble chimenea de mármol verdoso, paredes de ladrillo y coronada por un espejo leproso partido en dos, ocultaba el espacioso hogar ante el cual se habían calentado los antepasados del señor marqués. Una cama de caoba, oculta por unas cortinas desteñidas, unas sillas y dos butacas sin estilo, un velador cojo y un tocador en el que giraba un espejo redondo completaban el mueblaje de aquella lúgubre pieza, alfombrada con una moqueta que enseñaba el tejido y dejaba ver de vez en cuando el suelo. Una puerta vidriera con sucias cortinillas estaba abierta, y Kerdec, apoderándose del farol, entró en un gran gabinete iluminado por una ventana que, en la primitiva sala, estaba enfrente de la de la cámara. Allí había montones de papeles y de pergaminos cayéndose contra las paredes y escapándose de cajones de cartón hasta el suelo enladrillado.

—El señor marqués, dijo Langlois, llamaba á este sobrado su archivo. Parece que hay aquí papeles de importancia para la familia. Hace cinco años, vino un señor sabio á revolver esto, con permiso del señor marqués, y se marchó sin poner nada en su sitio. Y como nosotros no sabemos, así se está.

Kerdec pensaba en voz alta:

—Es curioso... Fuera, un aspecto de ruina agresiva; aquí todo un pasado esparcido; y al lado, ó más arriba, un misterio que este hombre tiene miedo de revelarme... Es maravilloso este antiguo torreón...

—No se puede decir que estarán ustedes bien aquí, dijo el guarda cerrando la puerta del gabinete; pero trataremos de que estén lo mejor posible... Desde luego, podrán caber dos en la cama y el otro tendrá el trabajo de dormir en un colchón, en el suelo.

—Estaremos perfectamente. En maniobras no somos exigentes. Y además, ¿no hay otro cuarto que darnos? El de la dama verde, por ejemplo...

Langlois acababa de apagar las bujías, y el farol, muy bajo, traspasaba apenas las tinieblas, cuando oyeron un sordo rugido, como si hubiesen arrastrado una cosa pesada encima de ellos. Langlois dió un grito de espanto y balbuceó:

—¡Desdichados de nosotros si habla usted de ella! ¿No sabe usted que puede así hacerla venir? ¿Ha oído usted?

El teniente se encogió de hombros y respondió:

—He oído un trueno. Vamos á tener otra tempestad y no hay más que eso. Es usted cobarde, mi amigo.

—A saber, gruñó Langlois, si soy tan cobarde como usted cree.

—Pues bien, entonces, vamos allá.

—¿Adónde? ¿Allá arriba? No, por cierto...

—¡Ah! ¿Es ahí arriba?

—Es necesario que le cuente á usted, ante todo...

—¡Cuidado! Dice usted que el hablar de ella le hace venir...

—Lo contaré mientras estén ustedes comiendo la sopa. Estando todos juntos no vendrá.

VIII

—Señores, dijo el teniente Kerdec á los oficiales, que acababan de entrar, la sopa de coles está en la mesa, y en ausencia de ustedes, he mandado hacer la tortilla de jamón. He hecho bien, puesto que llegan en el momento preciso en que la patrona termina su obra maestra.

—¡Bravo!, respondió el capitán. Patrona, no la deje usted quemar, voto al demonio... Dóblela; ahora es el momento. ¡Ajajá!.. ¡Qué bien huele! Chamereuil, á usted que le gustan algo crudas...

Confieso ese pecado, dijo Chamereuil.

Kerdec pidió noticias de Ledrain, que seguía contrariado y en la cama; pero su mujer, completamente domesticada por los sargentos, había hecho una degollación de gallinas para sus huéspedes.

Langlois, entre tanto, puso en la mesa una lámpara de petróleo que iluminaba alegremente la tortilla; la fritada de pollo cantaba en la sartén; las chuletas de cerdo empezaban á chisporrotear en un rincón del fuego, y los platos, alrededor de la mesa, humeaban como cazoletas. Los tres oficiales se sentaron, contentos del asilo y de la cena, y aplaudieron ruidosamente á Langlois, que entraba con un jarro de sidra y dos botellas de lo añejo.

—Mi capitán, propuso Kerdec, ¿invitamos á nuestros patrones á cenar? Langlois tiene una historia terrible que contarnos. Comer caliente, beber frío y oir cuentos de hadas..., ¿se puede soñar velada más agradable?

—Perfectamente, dijo el capitán. A mí me hacen dormir las historias cuando no hago nada, pero mientras como las soporto bien... Chamereuil, retire usted la silla para dejar sitio á la señora de Langlois.

—Son ustedes muy amables y me hacen gran honor. En cuanto á mi costilla, ustedes la dispensarán, pues tiene que ocuparse de la cocina.

Y sin hacer caso de su mujer, que estaba revolviendo las chuletas en la parrilla y no parecía haber notado que se hablaba de ella, el guarda tomó un cucharón de sopa, se sentó en un pico de la mesa y se puso á comer con grave lentitud sin decir nada. Su plato estaba todavía casi lleno, cuando el capitán, armándose de una cuchara, atacó la tortilla con un golpe recto en pleno vientre, y exclamó:

—¡Tocada!.. Las tortillas de jamón me conocen. No sé si os he contado lo que me pasó un día en una granja, siendo alférez y estando en maniobras.

No había que pensar en hacer callar al capitán; y Kerdec y Chamereuil echaron una mirada de disgusto á Langlois y se resignaron. La historia salió á luz, seguida de otras, y los dos oficiales, que las conocían todas, pusieron á mal tiempo buena cara y las sufrieron alegremente, presintiéndolas, viéndolas venir y haciendo apuestas por señas entre ellos sobre cuál iba á venir, dominados, eso sí, por su apetito y devorando con presteza juvenil. Grandes tragos de sidra acompañaron á la fritada de pollo, que los oficiales despacharon después de la tortilla y á la que siguieron las chuletas de cerdo. Pero ni los relatos del capitán, ni las exclamaciones y el ansia de los oficiales alteraron la calma de Langlois. El guarda comía tranquilamente, como campesino estoico, vaciaba con frecuencia su vaso y servía de beber á los presentes; después, como las fuentes se vaciaban antes de que él hubiese comprobado su contenido, hacía con la lengua cierto chasquido para llamar á su mujer, que acudía muy de prisa á llenarle el plato, que él había limpiado meticulosamente con una miga de pan. Cuando la mujer puso en la mesa un trozo de dulce para postre, Langlois se levantó, tomó una de las dos botellas que había traído, la destapó con solemnidad, sopló en el cuello, echó con precaución unas gotas en su vaso y la pasó á la redonda murmurando con entonación respetuosa:

—Sin faltar á ustedes al respeto, pueden beberlo; estaba ya en casa en tiempo de mi difunto padre.

Después volvió á su sitio, chocó su vaso por encima de la mesa con el de los convidados y dijo: A la salud de ustedes. Y estaba todavía bebiendo á traguitos cuando su mujer trajo otro tarro de dulce. Entonces destapó la segunda botella.

IX

La hora del café es entre los normandos la hora en que se habla, y el teniente Kerdec, aunque bretón, no lo ignoraba. Cuando el guarda se hubo servido, le dijo á quemarropa:

—Señor Langlois, este es el momento de cumplir su palabra y contarnos la historia de esa dama que tiene su cámara en lo más alto del castillo y á la que no gusta que se hable de ella en la escalera.



Echó un trago para cobrar ánimo y empezó...

Langlois, que se estaba llevando la taza á la boca, sintió un temblor que hizo que el café se vertiese. Al mismo tiempo, la lámpara, que hacía unos minutos estaba echando humo, produjo una gran llama. La mujer de Langlois acababa de poner en la mesa un frasco de aguardiente de Calvados. La vieja se persignó, se acercó á su marido y le dijo con espanto al oído:

—¿Querrás callarte?

El hombre echó á la puerta, á la ventana y á la chimenea una mirada de alarma, y se estuvo un rato mudo, escuchando el silencio que le rodeaba. Después pareció tranquilizarse pasando revista á sus auditores: Chamereuil, que estaba encendiendo la pipa y lanzaba grandes bocanadas de humo; el capitán, que se estaba echando un chorro de Calvados en el café, y Kerdec, que liaba un cigarrillo y le dirigía una sonrisa tranquilizadora.

«No hay peligro, pensó, entre toda esta gente.»

Echó un trago para cobrar ánimo y empezó:

—Bueno es decir que se trata de cosas muy antiguas. El abuelo de mi difunto padre, que era un hombre sabio en no pocas cosas, decía que el hecho había ocurrido en tiempo del rey Francisco I. padre de Enrique IV, lo que quiere decir, ¿verdad?, que fué antes de la gran Revolución. En aquel tiempo el castillo, que era muy importante, pertenecía ya á los antepasados del señor marqués, y hasta se dice que se trata de historias de familia, y la prueba es que el señor marqués nunca ha querido hablar del asunto.

—¿Qué sabe usted entonces?, preguntó el capitán.

—Hay cosas que se saben sin saberlas. La gente

habla... Y después, ¿no sabemos que ella se aparece?

—¿Quién es ella?

—La dama verde... ¿No lo he dicho?

—¡Ah, sí! Había olvidado á esa señora.

—Mi capitán, observó Chamereuil, no es usted galante...

—Es verdad. Pues bien, á su salud.

—¡Será posible, Dios mío!, balbuceó la mujer de Langlois.

—No haga usted eso, dijo el guarda. No hay que incitar á los muertos.

Chamereuil y el capitán soltaron una carcajada; pero Kerdec, á quien atraía el misterio, permaneció grave.

—Tiene usted razón, amigo, dijo. Continúe su historia. ¿Qué sucedió en tiempo de Francisco I?

—Padre de Enrique IV, añadió el alférez.

Langlois, dándose cuenta de que el oficial se burlaba de él, se encogió ligeramente de hombros, echó una mirada de descontento al capitán, que seguía riéndose, y después de beber un buen trago continuó, dirigiéndose solamente á Kerdec:

—Este país no se llamaba todavía la Dolente, sino Fierville, y nuestro amo sigue siendo el marqués de Fierville. Si dije se á ustedes que su antecesor de aquel tiempo era dueño de todo Martinville, de todas las fincas que van hasta los Essarts y del bosque que se ve desde aquí al otro lado del río cuando el tiempo está claro, no les mentiría. Tenía aquel señor un buen pedazo de tierra, en vez de ser, como hoy, una triste granja con un resto del castillo... Pero ¡bah!, parece que si la gran Revolución ha desplumado á algunos, á otros los ha hecho ricos... ¿Tienes todavía café, patrona?

—Lo que nos va usted á contar se refiere, pues, á un marqués de Fierville, dijo Kerdec mientras Langlois se hacía llenar la taza.

—De él se trata, si se quiere, respondió el guarda.

—En fin, ¿qué era suyo la dama verde?

—¿Ha entrado usted en la iglesia de Martinville?

—No.

—Pues si tiene usted tiempo de entrar mañana, verá en el rincón de una ventana, donde está San Lorenzo con Santa Margarita, al marqués de Fierville arrodillado al lado de la parrilla de San Lorenzo.

—Bueno, pero ¿y ella?

—¿Ella?.. En lo bajo de la falda de Santa Margarita, también de rodillas.

—¿Era, pues, la dama verde una marquesa de Fierville?

—Siempre lo he oído decir.

—¡Ea, sepamos qué le sucedió á esa pobre marquesa! Supongo que sería desgraciada, porque, si no, no se aparecería después de muerta.

Langlois miró otra vez á su alrededor, y cuando todos estaban callados, Chamereuil estornudó ruidosamente. La mujer se estremeció y dejó caer la sartén que tenía en la mano.

—Tranquilícese usted, señora de Langlois, dijo en tono de broma el oficial; no es la dama verde. Esa no estornuda desde el tiempo de Francisco I; soy yo, que me he resfriado, y esto no es peligroso.

—Ahí verá usted, continuó Langlois; aunque uno no sea devoto, la cosa no es buena de contar, y los viejos dicen que es expuesto, sobre todo cuando hay tempestad, como esta noche.

Kerdec insistió:



El teniente Kerdec abría la marcha con una vela en la mano

—¿Es, sobre todo, en las noches de tempestad cuando se aparece?

—Ello es que en una noche de tempestad murió.

—¡Horror!, dijo Chamereuil. Pero, entonces, es encantador. Diga usted, mi capitán, usted no esperaba esto; una mujer que se nos va á presentar, transportada por la tormenta, aunque un poco estropeada, acaso, por el tiempo...

El capitán, á quien el Calvados ponía tierno, sentía veleidades musicales y se puso á cantar:

—¡Ven, gentil dama!..

—¿Se callará usted?, dijo la mujer de Langlois, á quien volvía loca el miedo.

Langlois se levantó aterrado.

—Después de todo, no hay que decirle que venga...

—Esté usted tranquilo, dijo Kerdec. Jamás se ha aparecido un fantasma delante de cuatro personas tomando café... Vamos, Sr. Langlois, vuélvase á sentar y acabe su relato.

El guarda se sentó, pero la actitud de sus oyentes le escandalizaba, y les dijo:

—Quiero creerle á usted, pero no puedo seguir á esta hora. Me corta la palabra el oir burlarse á esos señores.

—Esos señores se ríen para probar que no tienen miedo y dar á usted valor.

—No, no puedo... Es terrible de contar.

—Haga usted como la persona que tiene que tomar una medicina y se la traga de repente. En dos minutos habrá usted acabado; yo le ayudaré si es preciso... ¿De modo que se dice que murió una noche, durante la tempestad?

Langlois sudaba la gota gorda. Se armó de valor, cerró casi los ojos y dijo muy de prisa y con voz sorda:

—Estaba casada con el marqués, dicen que por fuerza, y como no andaban muy de acuerdo, ella había hecho cosas que no debía hacer. La desgracia fué que no desconfiaba de su marido, que tenía buena nariz y había visto cierto mancebo que andaba rondándola. Cuando hete aquí que un día, en su cuarto, que estaba en lo alto de esta torre, el marqués encontró al individuo, á quien había visto entrar. ¡Horror! La cosa no fué despacio... Hizo plantar en el muro, encima de la ventana, una gran horca de hierro, y colgó de ella brutalmente al amigo de su señora. A ella, la infeliz, la encerró en su cuarto, y allí tuvo que estarse teniendo siempre ante los ojos el cuerpo que pendía delante de la ventana y que el viento balanceaba á su antojo de izquierda á derecha. Allí permaneció no sé cuánto tiempo, y tanto lloraba, que el castillo se llamó desde entonces castillo de la Dolente.

El guarda se calló para tomar aliento y se sirvió una taza llena de aguardiente. Kerdec estaba anheloso. El capitán y Chamereuil no se reían ya. Langlois, á quien la bebida volvía locuaz, siguió diciendo:

—Se dice que el marqués no quiso nunca perdonar, ni aun estando amenazado de muerte por una mala fiebre. Se dice que cuando murió, sonó un gran trueno que hizo temblar todo el castillo, y al día siguiente, cuando se quiso ir á libertar á la pobre mujer, se la encontró también difunta al lado de la ventana en que se balanceaban los huesos de su amante. Se dice que fué el gran trueno el que la mató en el momento en que el diablo se llevaba á su marido. ¿Es verdad? ¿No lo es? No puedo decirlo. Lo cierto es que ella se aparece en las noches de tormenta.

—¿Cómo lo sabe usted?, preguntó el capitán encogiéndose de hombros. ¿Usted la ha visto?

—No hace falta verla para oirla llorar... Será raro que no llore esta noche. Voy á decir á ustedes una cosa; hay siempre en las tempestades de aquí dos truenos más fuertes que los demás; entre esos dos truenos es cuando ella llora.

—Pardiez, dijo Chamereuil, el viento gime, el agua gotea y usted revienta de miedo. Este es todo el secreto de la dama verde. Y á propósito, ¿por qué es verde esa dama?

Langlois, ofendido por la incredulidad del oficial, respondió con mal humor:

—Vaya usted á preguntárselo.

Y cuando Kerdec quiso saber por qué no se aparecía también el marqués, el guarda metió la nariz en la taza y no quiso decir palabra.

Su mujer, entonces, que había acabado sus arreglos, no resistió al deseo de meter baza á pesar de su miedo.

—¿El marqués?, dijo; ese, no hay peligro; está en el infierno y el diablo no le suelta. Su mujer no es lo mismo, porque hizo penitencia, y para que no se distraiga tan pronto, Dios la envía de vez en cuando á su desgraciado cuarto. Así durarán las cosas hasta que Dios la perdone; así lo creían, al menos, los viejos del país, que eran devotos.

—He aquí, concluyó el capitán levantándose de la mesa, una buena historia para asustar chiquillos. Señores, se hace tarde y tenemos que echar á andar mañana temprano. Vamos á acostarnos si les parece. A la salud de usted, por última vez, Langlois.

Mientras ellos bebían, la mujer abrió el armario de ropa y sacó sábanas. Langlois encendió su farol y todos salieron á la escalera y subieron: el capitán un poco pesado por el Calvados, Kerdec pensativo, Chamereuil tarareando y el matrimonio Langlois desconfiado é inquieto. Así entraron en la cámara del marqués, cuyo conjunto lastimoso se iluminó penosamente por los esfuerzos combinados de los dos candeleros y del farol.

Ya estaban el guarda y su mujer haciendo gemir la cama de caoba al arrastrarla sobre sus correderas y ya preparaban las mantas, cuando Chamereuil exclamó:

Pero no podemos acostarnos ahí los tres.

—Espere dos minutos, respondió Langlois; voy á buscar un colchón.

—No, no... Me están dando ganas de subir allá arriba, al cuarto de la dama. Sería yo, verdaderamente, muy tonto, cuando me espera una mujer, y verde, por añadidura...

Y añadió chupando la pipa:

—Aunque mi amiga tenga celos...

—Yo iré con usted, amigo, dijo Kerdec.

—Eso es... ¿Y yo? ¿Me van ustedes á dejar aquí solo?, exclamó el capitán. ¿Para que sea el marqués el que venga á tirarme de las piernas? Soy como ustedes, amigos, y prefiero la señora.

Y añadió volviéndose hacia los Langlois, cuyo estupor acabó de ponerle alegre:

—¡Vamos! ¡Pronto! Nos acostamos arriba. Coja usted sus trevejos y en marcha.

La mujer no pudo más.

—Yo no voy, exclamó; primero me matan. ¿No sabe usted que los que ella mira con sus ojos verdes quedan embrujados y no tienen remedios ni santos que los curen?

Langlois, por su parte, estaba aturdido y balbuceaba:

—No es posible..., en semejante noche... El señor marqués no quiere...

—Es un departamento, observó Chamereuil, al que no debe usted limpiar el polvo con frecuencia...

—Hace veinte años, caballero; la última vez que vino el señor marqués.

—¿Y entró usted con él? Ya ve usted como no se ha muerto... Denos usted la llave, si tiene miedo, y déjenos arreglarnos. Si vemos á la dama verde, le diremos muchas cosas de parte de usted.

—Amigo, dijo el capitán, es usted un cobardón, es evidente. Pues bien, sepa que nada me vuelve tan tozudo como los cobardes. Hace un momento me hubiera acostado aquí; pero ya que la cosa le hace á usted ese efecto, me acostaré arriba.

El guarda comprendió que sería inútil insistir y dijo suspirando:

—Hagan ustedes lo que quieran. No se puede impedir á la gente que vaya á su desgracia. Pero ni mi mujer ni yo nos mezclamos en nada... Aquí están las sábanas, las mantas y las bujías... Peor para ustedes si todo esto acaba mal... La culpa no será mía... En cuanto á la llave, en la puerta está, si no se la ha llevado el diablo...

X

Mientras el matrimonio Langlois y su farol emprendían la retirada, los tres oficiales se dispusieron á subir la escalera. El teniente Kerdec abría la marcha con una vela en la mano y una almohada debajo del brazo izquierdo; seguíale Chamereuil cargado de mantas y de sábanas; y el capitán cerraba el cortejo, armado con otra almohada y la segunda bujía.

Después de haber dado muchas vueltas en la espiral de la escalera, llegaron á un descansillo en el que cesaban bruscamente los escalones. Una balaustrada calada, que terminaba cerca del muro por un hipogrifo agachado, estaba encima del hueco de la escalera, y la columna á cuyo alrededor habían subido los escalones apoyándose por la punta, continuaba sola hasta una bóveda donde se repartía en aristas que caían por los lados como las hojas de una palmera. Una puerta baja como la del piso inferior estaba cerrada por un gancho enmohecido, que Kerdec hizo saltar. La puerta se abrió rechinando, y al mismo tiempo subieron por el hueco de la escalera murmullos de terror. Chamereuil, entonces, se inclinó y lanzó un gran aullido de lechuza, al que respondieron dos gritos de espanto seguidos por un precipitado golpeo de puertas.

—¡Los Langlois huyen despavoridos!

Los oficiales penetraron en una galería menos ancha que la antecámara del primer piso y se detuvieron, hacia la mitad de su longitud, ante una puerta rodeada de ornamentos góticos.

La luz de las bujías les permitió distinguir unos entrepaños esculpidos, una cerradura de hierro calado y una llave que invitaba á abrirla; pero dos enormes cerrojos, evidentemente añadidos por medida de rigor ó de precaución, cortaban brutalmente el chapitel y la base de las columnitas y desfiguraban los personajes de los entrepaños. En el otro lado de la galería se abrían unos huecos en forma de troneras, y hacia el extremo, interceptado por una pared desnuda, había una poterna ojival que había debido comunicar en otro tiempo este piso del torreón con el resto del castillo. El yeso lleno de salitre que la condenaba hacía el efecto de una mancha de lepra sobre el gris de las piedras. No había duda; la única puerta que quedaba de este piso no podía menos de ser la de la misteriosa cámara.

El capitán Guiraud puso en el suelo el candelero y trató de dar la vuelta á la llave en la cerradura. Pero el pestillo enmohecido resistía.

—¡Maldita llave! Me estoy deshaciendo las manos. Déme usted esa almohada, dijo á Kerdec.

Y sirviéndose de una punta de la almohada como de un guante algodonado, acentuó el esfuerzo y la puerta se abrió con una queja enronquecida. Chamereuil, á puntapiés, rompió el cerrojo de abajo, el de arriba cedió sin esfuerzo y la puerta se abrió de par en par como si la hubiera empujado una mano invisible. Un soplo que pasó apagó la bujía que Kerdec llevaba en alto; Chamereuil derribó, al retroceder, el candelero que estaba en el suelo, y se encontraron en la obscuridad.

—¡Mil truenos!, exclamó el capitán.

La tempestad rugió largamente como para responderle.

—Por fortuna tengo fósforos, dijo Chamereuil. Mi pipa no toleraría que yo careciese de ellos.

El fósforo y el imperfecto de subjuntivo sonaron al mismo tiempo y los oficiales volvieron á encender las velas y entraron por fin en la cámara de la dama verde.

Lo primero que descubrieron fué una hilera de personajes lívidos que parecían correr alrededor de la pieza. Después salió de la sombra una cama monumental, y á los lados de una amplia chimenea aparecieron grandes sillones esculpidos. El espeso muro se ahuecó, guarnecido de dos bancos de piedra, hacia la única ventana, y una cosa grisácea se agitó en el aire; era el copo de cáñamo de una rueca que el viento, soplando por los vidrios mal ajustados, movía en su antiguo torno. Un olor de polvo y de moho flotaba en el aire húmedo, y el capitán tropezó con el esqueleto de un buho que había bajado, sin duda, por la chimenea y volado buscando una salida hasta que murió de hambre en las losas.

Los tres oficiales estaban callados é impresionados por el extraño aspecto de aquella estancia de otra edad; y el teniente Kerdec, más conmovido que los otros, reconoció la ventana que había visto, á los últimos resplandores del sol poniente, mirando al valle como el ojo de la fortaleza tuerta.

Era indudable que el mueblaje de esta cámara databa de varios siglos. Estaba la estancia enteramente cubierta de tapices representando personajes sobre fondo verde y cacerías. Por todo el muro galopaban, persiguiendo ciervos y jabalíes, señores empenachados y con tocas y altos corsés. Los pajes hacían volar los gerifaltes y los azores, y las damas, armadas de ballestas, apuntaban á unos pájaros desconocidos posados en árboles raros. Los colores estaban como atenuados y anegados en el fondo verde obscuro de la trama, y sólo las caras de los personajes, al descolorarse, habían tomado un tinte blanco y cadavérico que las hacía siniestras. En un ángulo de la pieza pendía, desclavado, el tapiz, y dejaba ver las piedras desnudas de la pared. Un retrato ahumado, y cuyo lienzo estaba hinchado por la humedad, presidía en la campana de la chimenea, alterando su primitiva armonía. Mantenido por cuatro grandes clavos de hierro que penetraban como garfios en el oro empañado del marco, parecía haber sido puesto allí con algún fin perverso. Era la imagen de un noble de ferruelo acuchillado, con un sombrero en que se retorcía una pluma roja. Su perfil miraba á la ventana. La nariz acentuada, las espesas cejas que le cubrían los ojos, la boca altanera y la barba dura y corta, daban á aquella cara una singular expresión de maldad.

Los tres oficiales habían dejado almohadas, mantas y sábanas en uno de aquellos grandes arcones del siglo XVI que se llamaban arcones de novia y en los que se guardaban los adornos y la dote de la desposada. Chamereuil se subió en uno de los sillones góticos, levantó la bujía hasta el señor retratado en la chimenea y le hizo un gesto, diciendo:

—Tiene cara de pocos amigos este antepasado.

—¡Animalucho!, gruñó el capitán dando un gran puntapié al esqueleto del buho.

Pero Kerdec no los escuchaba; su pensamiento estaba distraído y la novela de la dama verde daba vueltas en su cabeza mientras seguía, con el candelero en la mano, á los pálidos monteros de las paredes. Absorto en sus reflexiones, tropezó con el estrado en el que se levantaba la cama y la contempló largamente. El tablero, casi cuadrado, descansaba en un plinto de roble tallado en medallones con personajes del Renacimiento; de los chapiteles acanalados de cuatro columnas que sostenían un dosel rodeado de una banda de tela estirada, pendían unas cortinas obscuras; y en la cabecera de la cama, dominando la almohada hundida y cubierta con una colcha destrozada, una graciosa estatua de mujer, sentada entre dos leones echados, apoyaba los brazos en sus cabezas y las acariciaba sonriendo. Por encima del escalón en que el teniente acababa de tropezar, una pililla de agua bendita de plata empañada, clavada en el tapiz, parecía colgada del colmillo de un jabalí al que un cazador perseguía con su jabalina y que se precipitaba sobre dos villanos muertos de terror.

Kerdec dió la vuelta á la cama, fué hacia la ventana y se detuvo pensativo ante el torno dislocado que levantaba su enmarañado copo; y al volverse hacia la chimenea, se estremeció viendo la aviesa mirada del retrato. Entre la cama y la pared exterior, cerca del rincón en que colgaba el tapiz, había una puerta entornada, y el teniente entró en un gabinete obscuro cuyos muros desnudos no estaban ocultos por ningún tapiz. En el fondo y dentro de un tosco nicho, una virgen de piedra y sonrisa enigmática contemplaba al niño Jesús, que tendía los brazos hacia un pesado reclinatorio. Delante del nicho pendían de un hierro unos girones de tela indicando que la imagen estuvo, acaso, cubierta cuando el gabinete no servía de oratorio. Casi enfrente de la puerta se hundía en el muro un pilón de piedra como los que sirven, en nuestras iglesias viejas, para vaciar las vinajeras. Al lado y en el zócalo de una credencia, un jarrito enverdecido yacía derribado en su plato de cobre, y sobre él se había caído un objeto redondo, de metal enmohecido, que debió de ser un espejo. En fin, algunos trozos de cera guarnecían aún las puntas de un candelero puesto al lado de un largo arcón. Impulsado por una curiosidad irresistible, Kerdec levantó la tapa de aquella arca, que no tenía cerradura, y vió girones, ó más bien, polvo de ropas. Aquellos restos, devorados por los gusanos y las polillas, no tenían ya forma ni color, pero en el sitio que ocupaban y en ciertos dobleces conservados en su masa, se conocía que habían pertenecido á una mujer... En su preocupación, Kerdec dejó caer de golpe la tapa, que le apagó la luz.

El teniente volvió á tientas á la cámara, ahogado por la emoción. Corrió á la ventana, abrió con trabajo una de las maderas y apoyó en los hierros de la reja su ardorosa frente, golpeada por grandes latidos. De la pradera, iluminada por los relámpagos, subía hasta él un soplo húmedo; los grandes álamos negros que cortaban el horizonte se destacaban sobre el cielo ardiendo como una hilera de espectros; un continuo rugido llenaba el espacio, repetido hasta el infinito por múltiples ecos; y al levantar la vista, creyó ver perfilarse sobre su cabeza la silueta de un gancho de hierro. Al mismo tiempo sintió que una mano se apoyaba en su hombro y apenas pudo reprimir un grito de terror.

—Y bien, amigo, dijo el capitán; usted no se anda en chiquitas. ¿Está usted bien descansado mientras trabajan mis tres galones?.. Vamos, vamos, cierre usted esa ventana y no ponga esa cara. Ya he visto que se había usted remontado á lo azul, ó más bien, á lo verde, bretón de los diablos, cuando ha empezado á dar vueltas alrededor de esa cama vieja, con una expresión tan graciosa... ¿Ha visto usted, al menos, á la dama verde?.. ¿No?.. Mala suerte. Nosotros hemos acabado de mudar los trastos del marqués y le hemos atrapado sus colchones, que son justamente tres; y ese animal de Chamereuil ha encontrado todavía medio de dar una guasa atroz á los pobres Langlois...

(Se continuará.)

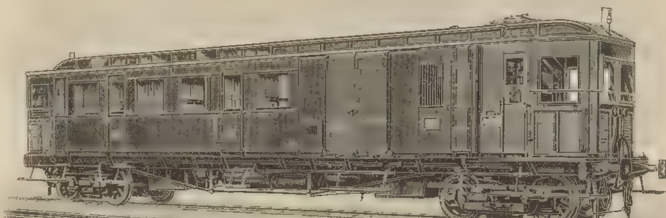
TRACCIÓN ELÉCTRICA DE LOS TRENES

ENTRE PARÍS Y JUVISSY

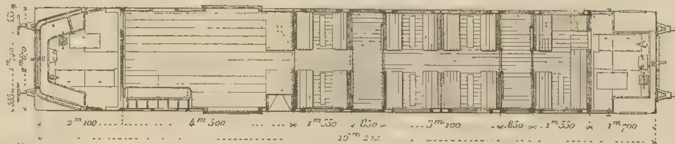
En 1900 la Compañía de Orleáns abrió á la circulación la prolongación de su línea principal entre las estaciones de Austerlitz y del muelle de Orsay. Esta sección es en su mayor parte subterránea, y á fin de evitar los inconvenientes del humo y del vapor, adoptóse el sistema de tracción por medio de locomotoras eléctricas, que ha dado excelentes resultados. Estas locomotoras eléctricas arrastran diariamente de 150 á 200 trenes que pesan de 150 á 300 toneladas con una velocidad de 50 kilómetros por hora. La duración del trayecto es de seis á siete minutos y el cambio de máquinas en la estación de Austerlitz no exige más de tres minutos.

Habiendo aumentado considerablemente el tráfico, la Compañía ha tenido que aumentar sus líneas entre Austerlitz y Bretigny, punto de bifurcación de las líneas que se dirigen á Orleáns y á Tours, y ha aprovechado este aumento para mejorar su servicio de extramuros, aumentando el número de trenes y disminuyendo la duración del trayecto.

Para los trenes de extramuros, de frecuentes paradas, se emplea la tracción eléctrica por medio de locomotoras ó automotrices eléctricas.



VISTA EN CONJUNTO DE LA AUTOMOTRIZ ELÉCTRICA DEL FERROCARRIL DE ORLEÁNS



SECCIÓN HORIZONTAL DE LA AUTOMOTRIZ ELÉCTRICA

Los trenes que prestan servicio entre París y Juvissy se componen de siete vehículos, dos de los cuales son automotrices y van uno á la cabeza y otro á la cola del tren. Los motores de ambas automotrices van gobernados simultáneamente por un solo agente situado en la de delante mediante el aparato de unidades múltiples de Sprague-Thomson-Houston. Con esta composición de tren se evitan las maniobras en las estaciones términos y se simplifica el servicio.

El peso del tren vacío, que puede contener 520 viajeros, es de 175 toneladas.

Las automotrices que los dos adjuntos grabados reproducen, se componen, en el centro, de tres compartimientos de 3.ª clase; delante y detrás están los puestos de maniobra para el watman. Sus dimensiones son 16'20 metros de largo, 3'10 de ancho y 3'81 de alto.

Cada eje de los cuatro que tiene la automotriz, es movido por un motor eléctrico de 125 caballos con simple reducción de velocidad en la proporción de 308, resultando una potencia total de 500 caballos en cada automotriz, y por consiguiente, de 1.000 caballos para un tren de siete vagones. - X.





S. M. LA REINA ISABEL DE RUMANÍA (CARMEN SYLVA) TRABAJANDO EN SU DESPACHO EN EL PALACIO DE BUCAREST. (De fotografía.)

Poco conocida como reina Isabel de Rumanía, como Carmen Sylva su fama es universal. Este seudónimo, que no tiene la significación de un nombre propio, sino que se compone de dos palabras latinas, *carmen silvæ* (canto de la selva), va unido á una colección de libros de los más diversos géneros, llenos de poesía, impregnados de sentimiento, que retratan un alma enamorada de todo lo grande, de todo lo bello, de todo lo noble y que se extasía ante las armonías de la naturaleza, y demuestran una personalidad literaria de alto vuelo unánimemente reconocida y celebrada.

En la serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL de 1906 figurará uno de estos libros, *Cuentos de una Reina*, para cuya publicación hemos sido expresamente autorizados por la augusta dama, cuya bondad nunca agradeceremos bastante.

Carmen Sylva cuenta actualmente 62 años. Hija del príncipe Guillermo Armando Carlos de Wied-Neuwied, recibió una esmerada educación literaria y artística que completó en París, en donde cursó las asignaturas de la facultad de Letras, estudiando las lenguas antiguas y aprendiendo al mismo tiempo la mayoría de los idiomas modernos europeos. En 1869 se casó con el príncipe Carlos de Hohenzollern, proclamado rey de Rumanía en 1881. Es doctora honoraria de la Universidad de Budapest, miembro de la Academia de Rumanía y maestra en artes proclamada por los Juegos Florales de Tolosa de 1885.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIV — Barcelona 25 de diciembre de 1905 — Núm. 1.252



PRINCESA VICTORIA EUGENIA DE BATTENBERG

(De fotografía de Underwood Underwood. Orla de J. Diéguez)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL el quinto y último tomo de la serie del presente año, que será «El Calvario,» interesante novela del eminente escritor D. Francisco Acebal, con ilustraciones de Salvador Azpiazu.

SUMARIO

CRONICA DE TEATROS

Desde mi última crónica, tan rápidamente se han sucedido los acontecimientos teatrales, que apenas les ha sido posible tomar nota de ellos á los cronistas de teatro. Ha habido de todo: compañías parisienses que han pasado por la Princesa, según costumbre, «cual raudos meteoros;» varios estrenos en este mismo teatro; el de *Manon Lescaut*, en el Español; el de *Las Urracas*, en la Comedia, y el de *Los Malhechores del bien*, en Lara. Además, se han estrenado en los teatros de género chico dramas comprimidos, sainetes, revistas y disparates en cantidad verdaderamente agobiadora. Como se ve, la cosecha dramática de estos últimos días no ha podido ser más abundante.

Como siempre acontece, las compañías francesas han tenido por espectadores y espectadoras lo más linajudo, escogido y aristocrático de la sociedad madrileña. Los cómicos franceses que este año nos han visitado, á excepción de la Després, que es una excelente artista, y de Ferandy, que es un actor muy aceptable, pertenecen á la numerosa legión de lo mediano. Las obras representadas por ambas compañías no entusiasmaron á la distinguida concurrencia, á lo que contribuyó, en parte, la índole de las comedias, en parte, la falta de conjunto en su ejecución, y en algo ó en mucho, lo ruin y descuidado de la *mise en scene.*

¡Bien entienden su negocio los empresarios que traen y llevan á estos artistas trashumantes! Conocen á su público y saben de antemano que éste ha de acudir al teatro, pagando precios enormes por las localidades, sin tener para nada en cuenta los atractivos del arte.

Entre las seis comedias dadas á conocer por las compañías francesas, ha sido sin duda, si no la más divertida, la más oportuna, la titulada *Les remplaçantes.* Como algunas otras obras del mismo autor, es ésta, más que una comedia, una conferencia dramática, cuyo objeto es desarrollar la famosa tesis de Rousseau relativa al deber que las madres tienen de criar á sus hijos. Sabido es que las señoras de la aristocracia y de la burguesía acomodada miran como cosa de mal tono el dar el pecho á sus pequeñuelos. La lactancia aja y quita belleza al seno, y las damas distinguidas tienen que lucirlo en fiestas y en teatros; de suerte que en el mundo elegante, como hace notar con frase incisiva Brieux, el autor de *Les remplaçantes*, los hijos son los únicos que no ven el pecho de sus madres.

En esta, como he dicho, especie de conferencia dramatizada se exponen, no sin cierto interés escénico, los males que á las madres, á los hijos, á las nodrizas y á la sociedad en general acarrea la viciosa costumbre de confiar la lactancia de los niños á personas mercenarias... Yo no sé lo que pensarán las señoras de estas sanas teorías de Brieux; pero sí creo que no está demás que á sus oídos lleguen, alguna vez, por lo menos, consejos, que si se pusiesen en práctica, evitarían no pocos males. No es madre del todo la que, pudiendo, no nutre á su hijo con la leche de su seno.

* * *

Sin duda á María Guerrero y Fernando Mendoza, tan cuidadosos de la presentación y representación de las obras teatrales, lo que les decidió á poner en escena la comedia *Manon Lescaut*, sacada por los Sres. Benavente y Danvila de la célebre novela de aquel título, original del abate Prevost, fué el deseo de presentar ante los ojos del público un cuadro artístico y primoroso de la sociedad francesa en el reinado de Luis XV.

Todo cuanto se diga del lujo, de la propiedad, del arte exquisito con que la compañía del Español ha resucitado la época de la famosa Pompadour, es poco. Puede asegurarse que cuantos asistimos á dicha función vimos una serie de cuadros en que se reproducían vivos y animados los de Watteau, y en que se agrupaban en graciosas actitudes las lucidas figuras de los jarrones de Sévres. Todo lo referente á indumentaria, atrezo y decorado fué inmejorable. Por desgracia, según la frase popular, la salsa valía más que los caracoles. Quiero decir que la comedia quedaba como obscurecida por los telones, trajes y bambalinas.

Conocido es el argumento de la novela de Prevost. El caballero Des Grieux encuentra á Manon en el momento en que esta alegre y casquivana muchacha es conducida á un convento. Jóvenes ambos, casi niños, se aman en cuanto se ven y corren á ocultar sus amores en un rincón de París. Pero Manon Lescaut, aunque quiere á su caballero, no se resigna á vivir en la pobreza: ansía poseer galas y carrozas. Cree también que el amor es compatible con la infidelidad y traiciona á su amante. Des Grieux, herido en lo más delicado de su corazón, decide consagrarse á Dios y se encierra en el convento de San Sulpicio; pero su pasión, más fuerte que su voluntad, le hace abandonar el claustro para volver otra vez al lado de Manon. Desde este momento el enamorado mozo va consumiendo, en la hoguera de sus amores, dignidad, honra, decoro... Para él no existe más que su amada; por ella acepta los más bajos papeles y comete villanías y hasta crímenes. Los desenfrenos y locuras de la enamorada pareja dan con ella en prisión. Des Grieux logra salir de la suya; pero Manon, en compañía de otras mujeres, es deportada á las colonias francesas de América. Allí la sigue su constante amador, y en el destierro siguen los dos amándose, hasta que la desventurada cortesana expira en los brazos de Des Grieux.

En el trabajo hecho por Benavente y Danvila desaparece en gran parte la coherencia que tienen los diversos episodios de la novela de Prevost. Los autores han supuesto, sin duda, que el público conocía dicha novela, y no se han cuidado de explicar los sucesos que determinan la evolución de los caracteres. La obra del novelista francés ha perdido, por consiguiente, al pasar á la escena, su valor psicológico, quedando reducida á un dúo de amor, á la verdad no muy noble y elevado, que se repite monótonamente durante siete actos.

Por otra parte, ciertas escenas parecieron de color algo subido; así fué que á pesar del lujo y esmero con que, según queda dicho, fué presentada la comedia, el público, aun siendo tan comedido y respetuoso como siempre lo es en el Español, hubo, en más de una ocasión, de demostrar su impaciencia y aun su desagrado.

De todo lo cual se deduce que si lo externo, esto es, los telones, trajes y mobiliario realzan mucho las obras dramáticas, no bastan á suplir el mérito literario de ellas. Aquí de otro refrán popular: «Para hacer un guisado de liebre, lo primero que hace falta es la liebre.» Del mismo modo, para representar una comedia, lo primero que hace falta es que haya comedia.

* * *

Del ligero contratiempo sufrido en el Español, bien ha sabido desquitarse Benavente pocas noches después en Lara. Desde el estreno de *Juan José* no recuerdo haber presenciado en los teatros de Madrid triunfo más brillante, unánime y espontáneo que el alcanzado recientemente por el autor de *Los Malhechores del bien.*

Las teorías de Benavente vienen á ser, sobre poco más ó menos, éstas: Vivimos en una especie de socialismo que nos sofoca y ahoga. Nadie es lo que quiere ser: la sociedad nos sale al paso por todas partes, impidiéndonos ser sinceros, libres en la más alta significación de esta palabra. Regulados están por los convencionalismos sociales todos nuestros afectos, todos los impulsos de nuestro corazón, todos los anhelos de nuestro ser ¡Desgraciado del que no es como quieren los demás que sea! ¡Ay del espíritu independiente que aspira á ser, según la frase de Ibsen, *él mismo!* De aquí la mentira que preside á todos los actos de nuestra vida, la mentira de la fe, la mentira del amor, la mentira conyugal, la mentira de la caridad..., la mentira, en fin, en todos sus aspectos, erigida como fundamental principio y ley suprema de nuestra organización social.

La protesta contra esa mentira, que es el tema fundamental y constante del teatro de Ibsen, ha encontrado un eco enérgico y artístico en la última comedia de Benavente. Comedia de ideas, de muchas ideas, es *Los Malhechores del bien:* comedia además moderna por su fondo y por su forma, por sus tendencias y sus atrevimientos, por los prejuicios que combate y por las ideas que remueve. Sin esos rebuscados simbolismos ni confusas alegorías que hacen pestañear de asombro á los simples espectadores del retablo del sabio Tontonelo; presentándonos un cuadro reducido de la vida real, pero concentrando en él los principales aspectos de la sociedad moderna; encerrando entre cuatro telones grandes problemas de conciencia; dando sangre, corazón, nervios y músculos á las ideas; sorprendiendo y fijando en los rápidos momentos de la emoción estética las leyes eternas de nuestro ser..., haciendo todo esto, como lo hizo Molière en su *Tartuffe*, Shakespeare en su *Hamlet* y Calderón en *La vida es sueño*, es como se realiza el arte grande.

Hay quien supone que el toque del teatro moder no está en que aburra al público. Lo que no se entiende ó se entiende mal y además nos hace bostezar, eso es tenido por algunos como el bello ideal del arte escénico. En tal sentido no merece ser elogiado Benavente. El autor de *Los Malhechores del bien*, no sólo muestra con toda claridad su pensamiento, sino que además se apodera de nuestra atención, y al propio tiempo que nos hace pensar, nos emociona, despertando en nosotros unas veces la risa y otras veces las lágrimas.

Y hecho el debido elogio de la aplaudida obra de Benavente, justo también será mostrar lo que en sus teorías hay de excesivo y, por consiguiente, de equivocado. La libertad individual llevada al extremo que quiere el ingeniosísimo escritor, daría por resultado la disolución de la sociedad y conduciría á los humanos al estado primitivo. Cierto que ella nos exige mucho, pero también es cierto que nos da mucho; nos limita, pero nos ayuda; coarta no pocos de nuestros impulsos, pero en cambio nos hace partícipes de las fuerzas de nuestros semejantes. Sería muy cómodo romper con la sociedad, como rompen los personajes de Benavente, para aquello que les conviene ó creen que les conviene, y exigir, sin embargo, de la sociedad auxilio y protección. Esto sería estar á las maduras y no á las duras.

Reconociéndolo así el mismo Ibsen, que en tantas obras maestras ha sostenido la teoría ahora sustentada por Benavente, de *sé tú mismo*, se burla donosamente de ella en el *Peer Gynt.* Allí los únicos que pueden *subjetivamente* ser lo que quieren ser, son los locos. De donde se deduce que sólo siendo la sociedad un manicomio puede ser el hombre lo que quiere ser. Algo de esto que acabo de decir se transparenta en *La Noche del Sábado*, obra del autor de *Los Malhechores del bien*, en donde se nos hace ver que las almas solamente realizan su ideal de libertad en el aquelarre de sus sueños insensatos.

Pero sea cualquiera el grado de verdad que encierre la tesis de Benavente, sería notoria injusticia desconocer ó negar su mérito. *Los Malhechores del bien* es una comedia que honra á la literatura contemporanea.

* * *

Terminaré esta crónica dedicando unos cuantos renglones, menos de los que merece, á la comedia de Iglesias *Las Urracas*, muy bien traducida al castellano por Palomero y estrenada con aplauso en el teatro de la Comedia. La obra de Iglesias pertenece al teatro popular, y sin duda por eso, el autor echa mano de los recursos melodramáticos que tan seguro efecto producen en la gente del pueblo.

El pensamiento de la comedia es que en el propio esfuerzo y en la eficacia del trabajo, deben los hombres esperar su prosperidad y bienestar, y no en los ciegos y corruptores favores de la suerte.

Lo que en *Las Urracas* sobresale no es la fábula un poco artificiosa, no la pintura de los caracteres individuales, sino el conocimiento que el autor tiene del alma del pueblo, de sus virtudes y vicios, de sus miserias y esperanzas.

El público del estreno aplaudió mucho la comedia de Iglesias.

ZEDA



ALMAS MODERNAS

I

Lo mismo Augusto que Matilde pensaban á la moderna; la lección social que nos da crudamente la vida, se la sabían de memoria. Ambos estaban convencidos de que en los nuevos tiempos el romanticismo debe estar por debajo del positivismo, y de acuerdo con estas ideas de prosa áspera, pero sólida y brillante, habíanse formado el propósito de ir con el siglo, aunque para eso tuviesen que domar sus corazones y que acomodar su modo de sentir dentro de su manera de pensar.

Por eso Augusto, joven inteligente, activo, emprendedor, y Matilde, adorable muchacha de hermosura deslumbradora, extraordinaria, de las que constituyen excepción, tenían atrevidas aspiraciones matrimoniales, aunque los dos, por su origen humilde y por el medio ambiente social en que vivían, sólo conocieran del mundo el círculo de los luchadores honrados. El ensueño de ambos era el de llegar á salir algún día de la bella plebe.

Y los dos acariciaban sus doradas aspiraciones sin escrúpulo ninguno de conciencia. Él creía, con firme y digno convencimiento, que el hombre honrado, inteligente, trabajador y bueno, debe casarse con una mujer buena y honrada también, pero de más elevada posición social; siquiera de esa brillante posición que le deja á uno garantido un cómodo porvenir. Y ella pensaba lo mismo: la mujer hermosa, perteneciente á las clases humildes, debe brillar entre sedas: su hermosura puede y debe saltar osadamente, gallardamente, por encima de las vallas sociales.

Pero Augusto y Matilde eran pobres. El azar los puso un día frente á frente. Y sólo al mirarse la primera vez quedó afianzada la mutua simpatía: la gran sensación, la predilecta sensación les emocionó á los dos simultáneamente. Y como el amor no entiende de reflexiones ni de doctrinas, surgió. Por algo es un ramalazo de sensaciones augustas, poderosas, avasalladoras, exquisitas, que se percibe en el alma. Desde que se inicia, el pensamiento del amor domina á todos los demás pensamientos; lo llevamos siempre dentro de la frente, hasta en nuestros cuentos, dorándonos la vida, endulzándonos la lucha, empavesando de bengalas color de rosa nuestras más tristes actualidades, poniéndonos alas en el alma para que atravesemos en triunfo, bellamente, hasta por encima de los cienos de la vida.

En su primer encuentro con Matilde, Augusto se la quedó mirando con asombro, arrobado, vencido. Y ella, que á su pesar percibió la misma sensación, no pudo menos de volver la cabeza, al pasar, para mirarle á los ojos... Y en sus miradas hubo un brillo especial; eran esas intensas miradas que parece que brotan de lo hondo.

Desde entonces quedaron esclavizados los pensamientos de los dos. Ni él ni ella querían por eso imaginarse siquiera que aquello era amor. Según sus respectivos modos de pensar, el amor no era otra cosa que un convencionalismo facilitado y fomentado por una intensa simpatía mutua; nada más.

—¡Bah! Esta sensación pasará, se dijo él, por cierto después de media hora de pensar embebecido en ella; ¡pero debe ser tan agradable ser estimado por una mujer así!..

Y ella, mientras, pensaba:

—No sé; no sé qué es lo que tiene en los ojos. Pero no hubiera podido resistir á la tentación de volver la cabeza para mirarle.

Como es consiguiente, el otro día hicieron por encontrarse de nuevo, aunque ninguno de los dos tuviese otra idea que la incesante de satisfacer un capricho sin trascendencia. Y se vieron. Y nuevamente la gran sensación, ya más intensa aún, llamó á sus almas. Inconscientemente, á los cuatro días se saludaron sonriendo. Y, como no tenía más remedio que suceder, vino una ocasión, preparada, según ellos, por «la casualidad,» en que se pusieron al habla.

—Señorita... ¿Me permite usted que le haga una revelación?

—Usted dirá.

—¡Es usted muy hermosa; lo más bello que he visto en el mundo! No hubiera podido resistir á la tentación de decírselo. ¡Se me salían las palabras de la boca!

—Muchas gracias...

Ella, sonriente, halagada, sintiendo un inmenso placer en el alma, saludó y se alejó después, volviendo la cabeza para mirarle.

Y los dos suspiraron á un tiempo; con ese bello suspiro cursi que se eleva por el aire como el alma de una estrofa.

En lo sucesivo las conversaciones fueron más frecuentes. En la primera entrevista extensa que tuvieron se comunicaron sinceramente su modo de pensar: coincidieron en todo. Charlaban como dos íntimos amigos, como dos antiguos camaradas; expusiéronse francamente, noblemente, sus ideas respecto al amor, y convinieron, confesándoselo con una sinceridad dura, que les hacía daño, en que, dado el prosaísmo moderno, todo matrimonio que se concertase entre personas de ideas elevadas, debía de tener por base la mutua conveniencia social.

—Sí, sí, Matilde; se lo aseguro á usted. Casarse un hombre pobre con una mujer pobre, es desposar dos hambres; es absurdo, injusto; sería condenar á trabajos forzados á los hijos que tuviesen. Y no debe ser.

—Es verdad; no debe ser...

Y razonando de esta forma, se miraban tristemente, deplorando en lo íntimo de sus almas la maldita casualidad de ser ambos pobres.

—Mire usted: daría yo ahora años de vida, porque fuese usted rica, ó porque lo fuese yo: para casarnos; porque habríamos de ser inmensamente felices; ¿no cree usted que es verdad?

—¡Ay, sí; es verdad!.., decía ella.

Y ambos, apesadumbrados, tristes, bajaban la mirada al suelo, con dolor.

—Pues es menester que dejemos de vernos, se atrevió á decir ella por último.

—¿Por qué?

—Porque...

—¡No; eso no: tiempo habrá! ¿Qué importa que nos queramos? ¡Si nuestro cariño es platónico, cosa de momento! Sobre nuestra manera de sentir, está nuestra manera de pensar: por algo tenemos el cerebro más alto que el corazón.

Callaron. El silencio fué largo. No se miraban. Estaban sentados sobre un banco del paseo. Cuando ambos después levantaron la cabeza para mirarse nuevamente, los dos tenían agüilla de llanto neblinoso en los ojos.

—¿Llora usted?

—¿Llora usted?

—No; es que me emociono. No sé qué me pasa.

—Lo mismo me sucede á mí.

Nuevo silencio.

—Cualquiera diría que somos novios, y que nos queremos mucho, dijo ella.

—Y lo somos. ¿Acaso no? ¡Y nos queremos! Mal que nos pese, sí. Pero unos novios que tienen la seguridad de que no han de casarse, de que no deben casarse. Somos gente nueva...

Se levantaron. Pasearon luego largo rato. El la acompañó hasta su casa. Ni á uno ni á otro les pasó por las mientes ni un momento la idea de que pudieran cometer un desliz. Sabían de sobra que eso no era posible. La idea del honor estaba en ellos por encima de todo.

Y así continuaron viéndose, queriéndose, de este modo singular. Cada vez era más entrañable, más inmenso aquel amor. Sin embargo, ni por un momento llegaron á pensar en la posibilidad de llegar al matrimonio.

Por último, ella fué más valiente. Un día le dijo á su novio:

—Mira, Augusto; he decidido una cosa. Es menester que dejemos de hablarnos y de querernos. Esta situación rara, difícil, tiene sus peligros. Y como eso no puede ni debe ser, lo mejor es un remedio radical.

—Es verdad, sí.

—Por lo mismo he decidido que tú ó yo nos marchemos de la capital: el mundo es grande.

—Sí, tienes razón; me iré. Yo soy hombre, no tengo familia y dispongo por lo tanto de más medios de lucha. Acordado: me marcharé.

—¿Cuándo?

—Pronto; en seguida. Desde hoy empezaré á hacer los preparativos.

Llegó el día. A una hora previamente acordada, se vieron para despedirse.

—¡Adiós para siempre, alma mía de mi alma!

—¿Me querrás mucho, aunque te cases, aunque tengas hijos, aunque pasen muchos días y muchos años?.., dijo ella tímidamente, convulsa, llorosa.

—¡Te querré mientras viva! Te lo juro...

Estaban de pie, en la esquina de la calle. Era pleno día; la hora de más tránsito. En este crítico momento se oyó la campanilla del Viático. La gente se arremolinaba en las aceras, arrodillándose. Matilde y Augusto, instintivamente, cogidos de la mano, se arrodillaron también y ella le dijo á Augusto:

—¡Júramelo ahora! ¡Que me querrás siempre!

—¡Te lo juro!

—¡Y yo!

La gente iba levantándose á medida que el Santo Viático pasaba. Los novios se despidieron de prisa.

—Vaya, adiós.

—Adiós.

Cuando ya él estaba lejos, ella sacó el pañuelo para saludarle. Él hizo lo mismo. Luego, mutuamente, se lo llevaron á los ojos...

II

Después de un largo paréntesis de muchos años, un viejecito se baja de una berlina, en el paseo de coches de la Castellana, en Madrid, y se pone á pasear á pie, seguido de lejos por el lacayo.

Grato sol de estío templa la atmósfera. Son las once de la mañana.

El señor pasea á lento paso durante algunos minutos y luego, cansado ya, toma asiento en uno de los bancos del camino.

En el mismo asiento está una señora anciana, viendo jugar á unos niños. Otro coche les espera, parado, á corta distancia.

El caballero, al sentarse, saluda. Ella contesta inclinando la cabeza.

Se miran. Al principio, disimuladamente, con curiosidad; después con fijeza; por último, cara á cara, con asombro.

—Señora, perdone usted; creí conocerla...

—También me parece conocerle yo.

La ancianita tembló. Él, emocionado también, se inclinó un poco, aproximándose ligeramente hacia ella.

—Si fuese usted... Pero no; es imposible. Será una semejanza.

—Eso me parece también á mí. Debe ser una semejanza.

—¿Usted me permite que la pregunte?..

—Diga usted.

—¿Se llama usted Matilde?

—¡Augusto! ¿Es usted Augusto?

—¡El mismo, sí!

—¡Dios mío!..

—¡Dios mío!..

Se cogen de las manos; se miran con enternecimiento.

—¡Qué cambiada!

—¡Qué cambiado tú!

—Bendita seas!

—¡Bendito seas!

Lloran, sin querer. Intensa emoción, alegría inmensa, les embarga.

—¡Aún te amo, Matilde mía!

—¡Aún te adoro yo!

—Ya somos dos viejecitos...

—Dos reliquias... Me casé, fuí buena, soy rica, tengo hijos, nietos; mira, Augusto, esos son, dijo señalando á los niños que jugaban en el paseo.

—Yo me casé también; yo soy rico también.

—¿Y feliz, lo fuiste?

—¿Feliz? ¡Bah!.. ¿Y tú?

—¡Bah!.. Feliz del todo, no. ¡Me he acordado de ti siempre! ¿Y tú de mí?

—¡Siempre!

Él, respetuosamente, le besa la mano. Ella llora.

De pronto, por la bocacalle próxima, desemboca en el paseo un coche, rodando lentamente; le siguen á pie varias personas con velas encendidas; un monaguillo va repicando la campanilla con augusto compás.

—¡El Santo Viático, Matilde!

—Dios...

Los viejos se ponen de pie. Después se arrodillan.

—¡Lo juro!, dice Matilde.

—¡Lo juro!, dice Augusto también.

Se levantan y quedan de pie abrazados estrechamente. Llorando.

Dios se aleja...

FRANCISCO DE LA ESCALERA.

(Dibujo de Sardá.)



DISTURBIOS REVOLUCIONARIOS EN RUSIA. – SEBASTOPOL. – Entierro de las víctimas de las primeras matanzas. El personaje que en la fotografía tiene marcada una cruz blanca en el pecho es el famoso teniente Schmid que tomó el mando de los buques de guerra sublevados. (De fotografía remitida por «Photo Nouvelles.»)

DISTURBIOS REVOLUCIONARIOS EN RUSIA

La situación del imperio ruso se agrava de día en día; huelgas, motines, sublevaciones militares, asesinatos, tales son los hechos que registra la prensa diaria y que se producen, no en una localidad, sino en distintas regiones, desde las grandes capitales hasta las más humildes aldeas, lo mismo en las ciudades que en los campos, así en los centros industriales como en los territorios agrícolas.

De las huelgas, la más importante es, sin duda, la de los empleados de correos y telégrafos que ha estallado en San Petersburgo, en Moscou, en Livonia y en otros muchos puntos. Las relaciones telegráficas de Rusia con el resto del mundo comienzan y terminan en Wirballen, ciudad de la Polonia rusa situada en la frontera de Prusia; desde allí hasta San Petersburgo los telegramas son conducidos por ferrocarril. El gobierno prende á los jefes de los huelguistas, pero éstos nombran nuevos comités y la huelga continúa, si bien con caracteres menos graves que en un principio, gracias á los empleados que no han abandonado sus puestos y á los voluntarios que se han prestado á realizar los servicios. En Moscou parece que en breve terminará la huelga porque los banqueros han ofrecido satisfacer durante tres meses el aumento de sueldo que los huelguistas reclaman.

En Varsovia la huelga no se ha limitado á los funcionarios del ramo de comunicaciones, sino que ha sido general, entrando en ella hasta los criados de las casas particulares; los huelguistas han detenido los tranvías, suspendiendo todo el movimiento de la ciudad.

En Riga, la huelga ha sido también general, habiendo cesado no sólo toda circulación, sino además el servicio del alumbrado de gas y electricidad. Delante del castillo, de la cárcel y de las casas de banca hay apostadas ametralladoras; los revolucionarios han proclamado allí la república lituania y los aldeanos se niegan á pagar los impuestos. Toda la Lituania eslava, desde Riga hasta Dorpat y Reval, se halla en plena insurrección.

En Grodno se declaran en huelga los miembros de la policía; en Kerholm se amotinan dos compañías de infantería, y en Riazán varios soldados han recorrido calles con banderas rojas.

El ejército de la Mandchuria hállase también insurreccionado en gran parte, y el general Linevitch se declara impotente para reprimir el movimiento revolucionario, que cada día adquiere mayor incremento entre aquellas tropas.

En Saratof ha sido asesinado el gobernador de aquella provincia, general Sakharoff. Hallábase trabajando en su despacho cuando le anunciaron que una señora quería hablarle; recibió el general á la desconocida, que iba vestida con elegancia, y que después de exponer el objeto de su visita, que era solicitar un auxilio por haber sido saqueadas sus propiedades, le entregó un memorial. Mientras Sakharoff lo leía, la dama le disparó tres tiros de revólver; el general se incorporó y quiso detener el brazo de la dama, pero ésta consiguió hacerle un cuarto disparo. El gobernador se refugió en una pieza inmediata, en donde falleció casi inmediatamente; tenía heridas en el corazón, en un pulmón, en el brazo y en la espalda. La asesina fué detenida en el acto, y al serlo exclamó: «¡Ya no torturará más á los aldeanos!» Pocos días antes, Sakharoff había escrito á su esposa una carta en la que le decía, entre otras cosas: «En los diarios de Moscou se afirma ya que he inundado en sangre el gobierno de Saratof; pero esto es una calumnia completa, porque, por orden formal mía, no se ha disparado un solo tiro, ni se disparará ninguno, Dios mediante.»—R.



Disturbios revolucionarios en Rusia.—El estado de sitio en Varsovia.—Patrullas de caballería recorriendo la ciudad.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Nueva-York.—Manifestación monstruo de los judíos para protestar contra las matanzas de sus correligionarios en Rusia.
(De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)

30 de diciembre de 1870

El día 30 de este mes se cumplen treinta y cinco años de la muerte del general Prim. El día 27, al salir de la sesión del Congreso de los Diputados, al llegar su carruaje á la calle del Turco, fué detenido por otros dos, uno atravesado deliberadamente y otro que llegó en aquel momento. Entonces se acercaron al que conducía á Prim seis hombres, tres á cada lado, armados de trabucos, y los seis dispararon á tiempo que el general y su ayudante Nandín intentaban ocultarse en el fondo del vehículo.

Las heridas eran mortales. Tres días después sucumbía aquel grande hombre que tanto había influído en vida en los destinos de nuestra patria y cuya muerte fué también un hecho trascendental en el curso de nuestra historia contemporánea.

Con motivo de tan triste aniversario, creemos de oportunidad la publicación del siguiente interesantísimo artículo con que nos ha honrado el distinguido publicista Sr. Fabré y Oliver.

EPISTOLARIO DE PRIM

Al poco tiempo de haber leído en los periódicos que había muerto en Madrid el juez de la causa que se instruyó cuando el asesinato del general Prim, cuya impunidad se explicaba el público de una manera novelesca, en ocasión de buscar en el archivo de la Biblioteca-Museo Balaguer ciertos papeles curiosos de la sección de autógrafos, me hallé con varias cartas del malogrado general, que leí con gusto. Todas las cartas de Prim son interesantes por su forma y por su fondo. Por su forma lo son, ya que es generalmente descuidada la ortografía, pero el lenguaje es vivo, lleno de color, apasionado, enérgico. El fondo es intencionado, arrogante, como del hombre acostumbrado á mandar, á vencer, á arrollarlo todo. La letra y la firma son desiguales, con la particularidad de que en una de las cartas que habla de asuntos militares, escrita en el campamento cuando la guerra de Africa, el trazo es finísimo y suelto, sin que tenga la letra el cuerpo acostumbrado.

Omitiendo ciertas cartas confidenciales y particulares, transcribo algunas que tienen interés histórico, copiándolas literalmente:

Gobierno de Cádiz
Particular

Cádiz, 20 septiembre 68.

«Mis buenos amigos Montejo y Pau: La fecha de esta carta les hace palpitar á ustedes el corazón; lo veo desde aquí.—Martínez les contará á ustedes lo que ha visto y como estoy. Tengo el triunfo por seguro.—Sirva ésta para el amigo Quintas. Les quiere á ustedes su amigo.—Prim.»

Cartagena, 29 septiembre 68.

«Cher Montejo, Pau y demás amigos: Todo va bien. Llegué aquí con la escuadra: el gobernador quiso defenderse, pero cuando vió que híbamos á forzar el arsenal se marchó llevándose toda la guarnición y dejando abandonados hasta el Presidio. Por fortuna que el Pueblo, sensato como en todas partes, ha estado muy ordenado y por lo tanto ha cuydado los intereses que el ex Gobernador debiera haber cuydado. La guarnición que dicho señor se llevó ha empezado á bolver; en este momento recibo noticias que dentro dos horas estarán aquí todos. Pasado mañana ó al día siguiente saldré con la escuadra para Cataluña.—El gobierno de Madrid en la agonía y de un momento á otro puede desaparecer. Aquí me encuentro con un buque Inglés apresado hace unos días con tabaco. He mandado poner en libertad á la tripulación y que se entregue el buque al Sor. Cónsul de Englaterra.—Supongo que el amigo Martínez habrá llegado ahí sin novedad.—Hágame usted saber cuándo se apercibió Longinos de mi salida.—Mis afectos al amigo S. Quintas y compañero. La única fragata que quedaba por pronunciar, Princesa de Asturias, se me reunió el día que llegué á la vista de Cartagena.—Milans queda aquí de Gobernador Militar, por ahora. Adiós, mis amigos. Adiós, et tout á vous.—Prim.»

»Sírvase hir uno de ustedes á ver á Mr. Gallengo —redactor del Tiempo, 17. James St. Buckingham gate y darle mis noticias.»

El general Prim,
copia de una fotografía hecha en 1869

La carta que voy á copiar ahora supongo que va dirigida á Montejo, bien que no lleva dirección. La posdata referente á Paul y Angulo, á quien acusan algunos señalándole como el que dió la voz de *fuego* á los cobardes asesinos del general Prim en la calle del Turco, tiene un interés extraordinario, sobre el cual sería ridículo insistir. Prim no desconocía la gravedad de la situación que atravesaba, ni la tempestad de odios en que se agitaba, pero con la venida del rey Amadeo esperaba una era de paz y de prosperidad para el país.

Ministerio de la Guerra

Madrid, 3 octubre 70.

«Mi estimado amigo: Hace días que tengo voluntad de escribir á usted, y dejé de hacerlo por falta de tiempo.—Recibí su última anunciándome haber depositado valores por 150 $ pesos, como recibí los talones, y por cierto no puede ser más sencillo tratándose de sumas importantes.—Ahora necesito se sirva usted decirme cuándo se cobran los intereses y qué intereses se cobran, así como el valor de esos 150 $ si se vendiesen hoy en esa plaza y por lo tanto á cómo están.—Supongo que la comisión de las Cortes entra hoy en Florencia y que mañana ó pasado se presentará al Rey electo y aceptará la corona oficialmente.—Los partidos estremos están aquí que braman y tratan de coligarse contra, como ellos dicen, el Rey extrangero, pero todos juntos no pueden con nosotros.—El Rey vendrá cuando tenga por conveniente, espero que sea pronto, y vamos á ver lo que pasa. Salud al amigo Pau y todo de usted.—Prim.»

»El S. Paul está disparado y no será extraño que el mejor día se comprometa muy gravemente.»

Autógrafo del genneral Prim

Este breve epistolario del general Prim delínea, con gran relieve histórico, el personaje. Aquí sí puede decirse que el estilo es el hombre. La concisión, la rapidez de exposición, es extremada; todo, todo es acción. Habla el caudillo de lo que ha hecho y de lo que va á hacer con una seguridad, un aplomo y una confianza en sí mismo extraordinarias. Trata de hacer una revolución; explica cómo se lleva á efecto; instaura una dinastía; da un rey al país y habla de estos asuntos con la sencillez épica de los héroes antiguos, sin filosofías ni disquisiciones, sin discreteo alguno, porque Prim no era quien escribía la historia de España, sino quien la hacía.

***

La forma literaria, el atildamiento gramatical, no existen para los hombres verdaderamente geniales y creadores. Espíritus sintéticos, imaginan las cosas en conjunto sin preocupaciones del detalle, y atentos á la idea, no paran mientes en primores de forma ó de lenguaje, que es lo externo, ó mejor aún, una pequeña parte de lo externo, ya que el lenguaje hablado ó escrito no es toda la revelación externa de los hechos originados por las ideas. Si la Historia es maestra, España debe aprender en ella estudiando el pasado, para buscar un porvenir glorioso que haga olvidar las negruras contemporáneas. Debemos apartarnos de las sirenas políticas que fascinan los pueblos y adormecen generaciones enervándolas con raudales de oratoria. Cuando España ha sido grande, potente y próspera, no había en ella hombres de brillantísima palabra, sino hombres de acción como Carlos V, Gonzalo de Córdoba, Juan de Austria.

Por eso los documentos históricos más dignos de estudio deben ser los que emanan de los hombres impulsores, porque éstos, sintiéndose fuertes, conscientes del propio valer, no buscan en la forma y en el lenguaje argucias con que hacer aparecer valiente y grande el cobarde y mezquino pensamiento.

Si la grafología es ciencia, examinen los grafólogos el autógrafo de Prim que reproducimos, tomado de la página más interesante de sus cartas. Este autógrafo está escrito cuando Prim era árbitro de España, en la madurez de su talento, rodeado de la aureola militar ganada en Africa y los prestigios diplomáticos de México; es una página escrita días antes de morir, en la cual habla de un enemigo y presiente el horror de la muerte...

J. FABRÉ Y OLIVER.

DESCUBRIMIENTO DEL TRIBUNAL IMPERIAL

EN EL FORO ROMANO

Las investigaciones practicadas para descubrir el Tribunal Imperial por iniciativa del ingeniero J. Boni, director de las excavaciones que se llevan á cabo, desde hace tanto tiempo, en el Foro Romano, han dado en estos últimos días los favorables resultados que se esperaban.



ROMA.-El rey Víctor Manuel visitando el Tribunal Imperial recientemente descubierto



EL TRIBUNAL IMPERIAL RECIENTEMENTE DESCUBIERTO EN EL FORO ROMANO. (De fotografía de Carlos Abeniakar.)

En efecto, se ha descubierto completamente el piso de sílice, de veinte pies romanos de ancho por cuarenta de largo, que presenta todavía restos de mosaico polícromo hecho con pequeños cubos de mármoles orientales, y la bóveda estucada, derruída á principios del siglo IV cuando se sacrificó el Tribunal á las columnas honorarias.

El descubrimiento del Tribunal Imperial es consecuencia de otro descubrimiento anterior, el de los *Plutea Trajani*, bajos relieves ya conocidos; las proporciones arquitectónicas de éstos hicieron nacer la suposición de que no podían decorar los *Rostros Imperiales* y sí el sitio en donde actuaba el *Praetor Maximus*, es decir, el *Tribunal Principatus*.

Según esta opinión, los *Anaglypha* representan al emperador en los *Rostra Divi Julii*, en los *Rostra Augusti*, y en el *Tribunal*, en el ejercicio de su magistratura *in urbe, pro Italia atque Provinciis*.

La posición de los *Plutea Trajani* sugirió, pues, la hipótesis de que el Tribunal Imperial debía alzarse en el frente oriental del famoso lago de Curtius, lugar verdaderamente digno del pueblo que había extendido sus leyes al mundo entero.

En las fotografías que he tomado se reconocerá fácilmente el sitio en donde estaba situado el Tribunal; es el espacio que limitan á la derecha la mesa del dibujante de las excavaciones y á la izquierda por las tablas con que los obreros cubren el pavimento después de la visita de Su Majestad el rey Víctor Manuel, á quien tuve la suerte de encontrar y fotografiar á la salida del Foro, cerca del Arco de Tito.

El rey, que es muy competente en todo lo que concierne á arqueología y á numismática, se acordaba perfectamente de la historia de los *Plutea Trajani*, que, como hemos dicho, han sido el punto de partida del descubrimiento del Tribunal Imperial. Estos bajos relieves, hallados hace algunos años junto al Arco de Septimio Severo, representan á Trajano presidiendo la distribución de bonos gratuitos de víveres para los pobres, recibiendo el mensaje de gratitud de los delegados italianos y haciendo quemar los registros de los impuestos en beneficio del pueblo.

CARLOS ABENIAKAR.

Roma, diciembre de 1905.

LA PRINCESA VICTORIA EUGENIA

DE BATTENBERG

Los periódicos oficiosos han dicho, sin que la noticia haya sido desmentida, que en breve se anunciará la boda de nuestro monarca D. Alfonso XIII con la princesa Victoria Eugenia de Battenberg; en todas las ilustraciones extranjeras que han publicado el retrato de ésta se hacen comentarios sobre tan fausto suceso; y los diarios insertan estos días significativos telegramas de Londres y de Roma en que se insinúan las gestiones que se realizan para preparar la conversión de la futura desposada al catolicismo. Todos estos hechos justifican nuestra publicación del retrato de la bellísima y simpática princesa.

Victoria Eugenia de Battenberg nació en Balmoral en 24 de octubre de 1887, y es hija del príncipe Enrique, que murió en 1896 en Sierra Leona, y sobrina, por consiguiente, del rey Eduardo VII de Inglaterra. Fué la nieta predilecta y la inseparable compañera de la reina Victoria hasta los últimos días de su vida.—X.



Disturbios revolucionarios en Rusia.—La huelga de los empleados de correos y telégrafos.—Llegada de los trenes con valores á Wirballen, frontera prusiana. (De fotografía de Bulla.)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—La huelga de los empleados de correos y telégrafos.—Envío de paquetes postales de la estación de Varsovia á San Petersburgo con escolta militar. (De fotografía de Bulla.)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—La huelga de los empleados de correos y telégrafos.—Salida de una expedición postal del Palacio de Correos con escolta de gendarmes. (De fotografía de Bulla.)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—La huelga de los empleados de correos y telégrafos.—Presidiarios que prestan servicio, en substitución de los huelguistas, en el Palacio de Correos de San Petersburgo. (De fotografía de Bulla.)

LOS AGRACIADOS CON LOS PREMIOS NOBEL EN 1905

En el número último publicamos los nombres de los que este año han merecido los premios de la fundación Nobel. En el presente publicamos los retratos de cuatro de ellos: los de los sabios profesores Koch y Baeyer, el del ilustre novelista Sienkiewicz y el de la eximia escritora Berta de Suttner.

MONUMENTO Á BARA

OBRA DE GUILLERMO CHARLIER

En el número 1.211 de La Ilustración Artística nos ocupamos extensamente de este renombrado escultor belga. Ocioso nos parece, pues, tratándose de un artículo tan reciente, repetir lo que entonces dijimos acerca de la personalidad de este artista, y nos limitamos por ende á reproducir, con motivo de publicar el adjunto monumento, una de sus últimas obras, los elogios que en aquella ocasión le dedicamos.



Profesor Roberto Koch



Berta de Suttner



Profesor Baeyer



Enrique Sienkiewicz

Los agraciados con los premios Nobel en el presente año de 1905

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – La «Sociedad Artística y Literaria» ha celebrado recientemente su exposición anual correspondiente al año 1905. En ella figuraban: varios paisajes de Modesto Urgell, intensamente poéticos, como todos los que produce este ilustre maestro: de Ricardo Urgell, *Mala verbena* y *Miseria*, de hermoso realismo y sobriamente pintados; *Mercat de Ripoll*, *Ball de nit*, *Impressió del eclipse*, un retrato y varios bocetos, con bellísimos contrastes de luz y sombra y llenos de vida y movimiento; dos admirables dibujos de Tamburini, *Marzo y Enero*, y tres cuadros, *Maris Stella*, en que se mezclan hábilmente el naturalismo y el saber místico; *Visita als morts*, genuinamente simbolista, y *En el campo*, delicada impresión de la naturaleza: de Brull, varias testas y medias figuras de encantadora poesía, una bellísima escena de familia, *Rondalla*, y otros lienzos no menos dignos de elogio; dos magistrales paisajes de Galwey; cuatro paisajes, varios estudios y un grupo de flores de Tolosa, que son una prueba más del talento de tan notable artista; dos estudios de Cortés y Riera, hondamente sentidos y sinceramente ejecutados; *Cassera eterna*, composición fantástica y simbolista del reputado pintor Soler de las Casas, un interior delicadamente detallado de Buenaventura Casas; y *El amor que pasa*, simpática nota, bien compuesta y correctamente ejecutada, de M. Fuster.



Monumento á Bara erigido en Tournai, obra de Guillermo Charlier

– En el propio Salón han expuesto últimamente: Sebastián Junyent una notable colección de paisajes, retratos y tipos de gitanos; Andrés Larraga una Virgen, poéticamente concebida y delicadamente pintada; Waldemar Thorn varias marinas muy recomendables; Antonia Farreras un hermoso grupo de flores; y Eusebio Arnau un suntuoso jarrón esculpido en mármol blanco.

Establecimiento de Esteve, Figueras y Sucesores de Hoyos. – El celebrado pintor Antonio Utrillo ha expuesto recientemente una colección de apuntes al óleo y dibujos al carbón, que tienen por tema principal el tipo de nuestras simpáticas modistillas. El artista ha sabido tratar este asunto con singular habilidad, de un modo sincero y con verdadera distinción, cualidades que prestan grandes atractivos á sus producciones de este género.

Espectáculos.—París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Jeunesse*, comedia en tres actos de Andrés Picard, y *Le mari qui faillit tout gâter*, comedia en un acto y en verso de M. S. Guitry; y en la Comedia Francesa *Réveil*, comedia en tres actos de Pablo Hervieu.

Barcelona. – En el teatro Principal (Espectacles audicions Graner) se ha estrenado con gran éxito *La nit de Nadal*, visión musical en cinco cuadros, letra de F. Casas y Amigó, música del maestro Lamothe de Grignón y decorado de los escenógrafos Vilomara y Junyent. En el propio teatro se ha estrenado también con buen éxito *Carmosina*, comedia en tres actos de Alfredo de Musset, traducida al catalán por J. M. Nadal.

– En el Liceo se ha cantado la ópera *Lorenza*, del maestro Mascheroni, en cuya ejecución han alcanzado muchos aplausos la Sra. Carelli y los Sres. Mariacher y Sanmarco, que en unión del autor, director de la orquesta del teatro, fueron llamados repetidas veces á la escena al final de cada acto.

– En el teatro de Novedades ha dado dos conciertos el notable violinista polaco Pablo Koschanski, tocando difíciles piezas de Bach, Mendelssohn, Paganini, Tchaikowski, Zarzicki, Wieniawski y Sarasate, en todas las cuales ha demostrado la flexibilidad y el vigor de su arco, la agilidad de su mano, gran sentimiento musical y sobre todo una ejecución prodigiosa.

Associació Wagneriana. – La primera audición de la serie IV del ciclo de Beethoven ha sido un verdadero acontecimiento musical del que guardarán perdurable recuerdo los amantes de la buena música. El programa se componía de las sonatas para piano, op. 110 y 57; de las canciones *Adelaida*, de Matthisson (op. 46), y *Mignón* y *Daler*, de Goethe (op. 75 y 83 n.º 2); de la colección de seis canciones de Gellert (op 48) y de la colección de seis canciones de Jeittells (op. 98). Las dos sonatas fueron ejecutadas admirablemente por la célebre pianista María Luisa Ritter, y las canciones fueron interpretadas por la eminente artista María Pichot de Gay de una manera maravillosa, con un sentimiento, con una sobriedad, con un respeto tan grande á la obra del gran maestro de Bonn, que toda alabanza resulta poca. La letra catalana de las canciones ha sido perfectamente traducida del alemán y aplicada á la música por Javier Viura y Joaquín Pena. Tanto la Srta. Ritter como la señora Pichot fueron objeto de grandes y repetidas ovaciones.

Pocos días antes habían dado en la propia asociación un notable concierto las señoritas D.ª Carmen Aznar (pianista) y D.ª Eva Wiederkehr (pianista): la primera tocó piezas de Beethoven, Rubinstein, Paderewski y Chopin, y la segunda, acompañada por aquélla, cuatro obras de Handel, Schumann, Kes y Mozart, alcanzando una y otra muchos y muy merecidos aplausos con que el auditorio premió sus excelentes dotes de concertistas y de intérpretes de los grandes maestros.

Academia Granados. – En esta Academia se ha celebrado una sesión de sonatas de Bach, Handel, Leclair, Beethoven y Scarlatti, cuya ejecución estuvo encomendada á los violinistas D. Juan Frígola y D. Antonio Brossa, discípulos del señor Ainaud, y al pianista D. Ricardo Vives, discípulo de la Academia, quienes, á pesar de sus pocos años, demostraron poseer una sólida educación artística y excelentes dotes de concertistas.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Roberto Billwiller, meteorólogo suizo, organizador del actual servicio meteorológico en Suiza y director del Instituto Central de Meteorología de Zurich.

Dr. Enrique Bulthaupt, poeta y dramaturgo alemán.

Julio Oppert, orientalista alemán, explorador de las antiguas ruinas de Babilonia, profesor de Asiriología del Colegio de Francia, miembro de la Academia de Inscripciones francesa, autor de varias obras importantes.

Mme. Galli-Marié, notable cantante francesa, creadora del papel de protagonista de la ópera *Carmen*, en Bizet.

Fernando, barón de Richthofen, célebre geógrafo, geólogo y explorador alemán.

Carlos Szasz, poeta húngaro, miembro de la Academia húngara, autor de varias epopeyas, dramas y poesías líricas y de bellísimas traducciones de Dante, Shakespeare, Moliere, Goethe, Schiller, Víctor Hugo, Lamartine, etc.

El príncipe Sergio Trubetzkoi, rector y profesor de Filosofía de la Universidad de Moscou, autor de varias importantes obras sobre historia de la filosofía.

Dr. Walter Wislicenus, astrónomo alemán, profesor de la Universidad de Estrasburgo, autor de varias obras de astronomía.

W. P. Amalicki, geólogo polaco, profesor de la Universidad de Varsovia y director del Instituto Geológico del Politécnico de la misma ciudad.

Mariano de Carvalho, hombre de Estado, escritor y periodista portugués.

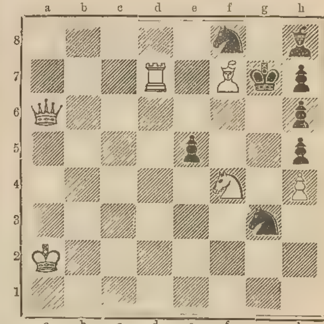
Dr. Ralph Copeland, astrónomo inglés, profesor de Astronomía de la Universidad de Edimburgo, director del Real Observatorio de Blackford Hill.

Juan Herterich, pintor bávaro, profesor de la Academia de Munich.

AJEDREZ

Problema número 410, por F. Wardener.

Negras (8 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 409, por J. Möller.

Blancas.	Negras.
1. Dd5–g8	1. Ta5–a3
2. Dg8–g1	2. Cualquiera.
3. D ó C mate.	

Variantes

1...... c5×d4; 2. Dg8×c4 jaque, etc.
1...... Cb2 juega; 2. Ce3–d1 jaque, etc.
1...... Rc3×d4; 2. Dg8–d5 jaque, etc.
1...... Otra jug.ª; 2. Ce3–d5 jaque, etc.

LA DAMA VERDE

NOVELA DE JOSEPH L'HOPITAL.—ILUSTRACIONES DE GEORGES SCOTT

(CONCLUSIÓN)

—Creo que los he gratificado con un «canguelo» serio, dijo encantado el alférez. He bajado toda la escalera mayando de un modo desgarrador, y he estado lo menos dos minutos imitando á su puerta la lucha de un perro y un gato. ¿Quieren ustedes apostar á que mañana nos creen salidos de las garras del diablo?

—Es posible... Pero, entre tanto, se trata de acostarse. ¿Saben ustedes que son cerca de las once? Yo me instalo en la cama de la señora, es evidente. Precisamente hace un hoyo en medio... Planto en él mi colchón... y al pelo.

Chamereuil puso mala cara.

—Mi capitán, es usted un egoísta, pues de ese modo no habrá cama más que para usted. Yo también quiero acostarme en la cama de la señora... ¿Y usted, Kerdec?

El teniente estaba confuso y descontento de sí mismo; y por otra parte, la alegría un poco burda de sus compañeros le ponía nervioso. Se esforzó, sin embargo, por tomar un tono de broma para responder:

—Yo no tengo derecho á cama, puesto que les he dejado á ustedes todo el trabajo. Todo lo que merezco es un colchón en el suelo, y estaré en él muy bien.

En menos de diez minutos estuvo todo preparado. El capitán, que se había adjudicado las sábanas y la almohada, se acostó arrojando un suspiro de satisfacción, y Chamereuil se acomodó al otro lado del hoyo de la cama. Kerdec arrimó su colchón al arcón de boda. El capitán, entonces, dijo con voz de mando:

—¿Estamos? Entonces, buenas noches. Sople usted la vela, Chamereuil; y si viene la dama verde á instalarse entre los dos, trate usted de despertarme, tunante...

XI

Sentado en su colchón y con la espalda apoyada en el arca, Kerdec se quedó pensativo mirando y escuchando en la obscuridad.

La tempestad se desencadenaba y la ventana parecía un ojo luminoso en el que pestañeaba un párpado negro. A cada relámpago, el extremo de la cama, con sus colgaduras de catafalco, la blanca chimenea, con la mancha obscura de su cuadro, y el perfil gótico de un alto sillón, surgían de la sombra, mientras que la tenue osamenta del torno aparecía y desaparecía como un insecto posado en la pupila de aquel ojo extraño.

—¡Pobre mujer!, pensaba Kerdec. Ha vivido y sufrido realmente en esta cámara; la leyenda es cierta; no puedo dudarlo. ¡Cuántas veces se habrá sentado, antes de morir, en el banco de piedra, junto á esa ventana, enfrente de su rueca!.. ¡Cuántas veces habrá escuchado, como yo en este instante, los gemidos del viento, el rugido del trueno y el triste ruido de la lluvia, que acompañaban su llanto!.. Me parece estarla viendo... ¿Por qué escogía ese sitio para hilar en su rueca?.. Fuera, colgado del garfio, se columpia un cadáver, que pasa y vuelve á pasar por delante de sus ojos enrojecidos; y el otro, el que se ha vengado, la mira desde la altura de su marco con una ironía de triunfo... ¡Oh! ¡Cuánto hubiera dado ella por no mirar más esa ventana ni sufrir el tormento de ese retrato!.. ¡Imposible!.. Amor, remordimiento, desesperación, castigo, todo se unió contra ella; y allí vino siempre á sentarse...



La dama verde se detuvo cerca del suelo, al que no tocó, y se quedó como suspendida

Kerdec se iba enterneciendo, y la triste poesía de sus arenales bretones le subía del corazón á los ojos como un sollozo. Las historias oídas en la infancia, de las que su juventud conservaba un confuso recuerdo, daban vueltas en su memoria como una ronda de Korriganes en el acantilado, al ruido del Océano; y todas las almas atormentadas con que la imaginación soñadora y la fe melancólica de los hijos de Amor han poblado los brezos y las ruinas, se fundían y se unificaban en una sola imagen, todavía vaga é indistinta, la de la prisionera misteriosa cuya vida le había revelado aquella cámara respetada hacía siglos por la tradición de una familia y por el espanto de una leyenda, y cuyo doloroso martirio estaba cierto de haber sorprendido. Un raro escalofrío recorrió su cuerpo; un escalofrío de miedo, y al mismo tiempo de deseo. Con la frente bañada en sudor, sus ojos dilatados no se separaban de la ventana; la esperaba, la presentía, y á pesar de la sublevación de sus nervios y de la locura de su valor, su alma volaba al encuentro del alma que iba á venir. Aquella alma doliente, ¿tendría semejanza con el cuerpo animado por ella en otro tiempo?.. ¿Aparecería de repente ó su fantasma se condensaría como un vapor? ¿Pasaría como una sombra? ¿Revolotearía por la cámara como esos fuegos fatuos que danzan sobre los mogotes y sobre las tumbas y que queman el corazón de los imprudentes á quienes sorprenden sus rondas nocturnas?.. ¿Quién sabe?, soñaba... Acaso soy el hombre cuya oración espera la infeliz... ¿Quién ha tenido piedad de ella después de su muerte? ¡Su muerte!.. La mataron el dolor y la locura..., ó más bien el rayo, que vino á libertarla...

Pasó una claridad deslumbradora, estalló un trueno espantoso y el torreón se estremeció en sus cimientos... La cámara se llenó de una pálida luz; y por la ventana abierta, cuyo bastidor de piedra había desaparecido, descendió un rayo de claridad verdosa como un agua profunda... Y por ese rayo se deslizó *ella*, envuelta en el sudario de los muertos... Kerdec no sintió mucho miedo, pero su cuerpo se volvió rígido como si hubiera sufrido una conmoción eléctrica, y sus cabellos se pusieron de punta.

La dama verde se detuvo cerca del suelo, al que no tocó, y se quedó como suspendida... Bajo los pliegues del sudario se distinguía su forma vaga... En las paredes, los señores y las damas de los tapices se animaban con una extraña vida; encima de la chimenea, en el sitio del retrato, que había desaparecido, se veía un negro agujero; y en la cámara, donde se cernía el fantasma, reinaba un silencio más espantoso que el estrépito de la tormenta.

De repente, y como si la impulsara un soplo, la aparición se dirigió lentamente hacia el oratorio, pasó entre la cama y la pared y Kerdec dejó de verla. La claridad se fué con ella, como si el rayo de luz que la había traído la acompañase, y en el suelo de la cámara, que había vuelto á estar obscura, no se vió más que un surco luminoso que venía de la pieza en que había entrado.

Kerdec hubiera querido levantarse, ir hasta aquella raya de luz, seguirla hasta la puerta, que la cama le ocultaba; pero permanecía como atado á su lecho, oprimido por una argolla de hierro, las piernas

aplastadas por pesos enormes. Y á ese sentimiento de impotencia vino pronto á añadirse el miedo: la luz volvía; algo pasaba entre la pared y la cama... ¿Qué iba á ver aparecer?.. Aquella espera fué para él tan atroz, que el terror le hizo cerrar los ojos.

Cuando los volvió á abrir, la cámara estaba iluminada de nuevo, y en el banco, al lado de la ventana, que había tomado su forma ordinaria, estaba una mujer sentada é hilando. Su pie, al impulsar con golpes presurosos el pedal que movía el torno, levantaba con un movimiento cadencioso los rígidos pliegues de su falda verde. Un gran justillo emballenado manteníale recto el busto; una alta gola plegada servía de marco á su cabeza; y su cabello, peinado hacia atrás, descubríale la frente. La dama trabajaba con actividad, se inclinaba de vez en cuando hacia la rueca y sujetaba el hilo con ágiles dedos; pero su cara estaba inmóvil y pálida como la de una muerta.

Al cabo de unos instantes, la rueda de madera osciló y se detuvo... La hilandera estaba cansada, sin duda, pues dejó caer los brazos y se recostó en el muro. Su cara, entonces, se animó y se iluminó violentamente. La sombra iba ganando la cámara como si la dama aspirase y concentrase hacia ella toda la luz. Kerdec se atrevió á mirarla fijamente; de sus párpados caídos se filtraban gruesas lágrimas, que corrían por los surcos que ellas habían ahondado hasta una boca convulsa y contraída por los sollozos. Oíase un ruido de queja, dulce unas veces como el murmullo de un agua corriente, potente y desgarrador otras, como los gemidos del huracán. Era aquella, en efecto, la dama verde de la leyenda, la pobre afligida cuyo recuerdo y cuyo nombre habían quedado en el siniestro torreón que su secular dolor venía á habitar.

Kerdec trató de hablar, pero su lengua estaba paralizada como sus miembros... ¿Comprendió la dama su pena? Kerdec la vió volver de repente la cabeza hacia él. Su queja había cesado y su boca tenía una especie de sonrisa. Fijaba en él unos ojos de esmeralda, de los que brotaban llantos de fuego; extendía los brazos como para una súplica; y al calor de aquella mirada, que no duró más que un segundo, Kerdec se sintió morir.

Bruscamente inclinada hacia la ventana, prorrumpiendo en sollozos más amargos y medio echada en el banco de piedra, la dama parecía entonces contemplar alguna cosa terrible, mientras se extinguía la luz que de ella emanaba y un lívido fulgor que venía de fuera incendiaba los vidrios, sobre los cuales se destacaba su silueta negra... Y delante de la ventana, como el péndulo de un reloj, pasó y volvió á pasar una forma larga..., vaga...

A mismo tiempo se oyó un trueno, y un rojo reflejo iluminó la cámara. El espectro se había erguido; la ventana se abrió y apareció en el hueco el esqueleto de un ahorcado, al que la dama verde cogió en sus brazos. Oyóse entonces encima de la chimenea una carcajada estridente, y en el sitio del agujero que quedó al desaparecer el retrato, Kerdec vió otro espíritu al que parecían hacer arder todos los fuegos del infierno. La mano en la daga, los ojos chispeantes fijos en la ventana, el Sr. de Fierville se retorcía con las convulsiones de risa de los condenados.

Un gran relámpago, como el que había precedido á la aparición, iluminó las caras espantadas del capitán y del alférez.

Por segunda vez el torreón se estremeció al impulso del rayo, y todo desapareció.

XII

—¡Voto va al chápiro! ¡Maldito tiempo!, gruñó el capitán Guiraud. No hay medio de pegar los ojos, es evidente.



La ventana se abrió y apareció en el hueco el esqueleto de un ahorcado

El sonido viviente de estas palabras hizo estremecerse á Kerdec y le desató la lengua.

—¡Mi capitán!, dijo con voz ahogada.

El capitán se movió haciendo gemir la cama.

—¿Eh?.. ¿Qué?.. ¿Tampoco usted duerme, Kerdec? No es extraño con semejante tiempo. No hay como este animal de Chamereuil; ni el diablo le impide roncar...

—Mi capitán... ¿Ha oído usted?.. ¿Ha visto?.. ¡Es horroroso!

—Tanto como horroroso... Es incómodo, y nada más. A mi edad hay que dormir.

—Pero ahora mismo, ha visto usted, y también Chamereuil, antes del último relámpago, la cosa horrible...

—¿Qué está usted ahí diciendo?, respondió el capitán incomodado.

Y concluyó con creciente irritación:

—Este está soñando..., y habla dormido... Yo solo no duermo, pardiez...

Por el contrario, lejos de dormir, Kerdec se estaba despertando, y á medida que recobraba los sentidos, experimentaba una sensación de bienestar y de alivio.

La aurora blanqueaba la ventana y los truenos se iban alejando y espaciándose. Kerdec miró con asombro la cámara, que poco á poco se llenaba de claridad y no tenía ya el aspecto fantástico que le había dado la luz temblorosa de las bujías. Era una pieza destartalada, marcada por el sello de tristeza y de miseria que los años dan á las cosas. Colgaduras lacias y tristes, de colores desteñidos y roídas por la polilla; techo de vigas en otro tiempo pintadas y entre las cuales había agujeros que dejaban ver el desván derruído; ventana mal ajustada por la que se colaba el viento frío de la madrugada; todo aquel conjunto decrépito no tenía ya nada de horrible ni de misterioso. Solamente un ruido continuo y monótono inquietaba al teniente porque le recordaba los sollozos de la hilandera nocturna; pero fué disminuyendo, para reproducirse aún, y cesar después completamente cuando salió el sol.

—¡Pardiez!, pensó Kerdec, era, sin duda, la lluvia que entraba por arriba y caía en el techo...

Se levantó un poco avergonzado, y sin embargo, muy cerca todavía de su sueño para librarse de él por completo. Se empinó delante del retrato de la chimenea y le golpeó para cerciorarse de que no había hueco alguno detrás de él, y se detuvo delante del torno que había creído ver girar. Era una armazón vieja, cuya madera, roída por la carcoma, se caía hecha polvo, y coronada por un lastimoso copo de lino despeinado por los siglos. En el banco de piedra de al lado de la ventana una espesa capa de polvo atestiguaba que desde un tiempo indefinido ningún ser viviente se había allí sentado.

—¡Ningún ser viviente!.., pensó.

Y á pesar del extraño deseo que le acosaba de sentarse él, no se atrevió.

Entró en el oratorio, no sin cierto temblor, dominado por el recuerdo del especto deslizándose por su estela verde. Nada había cambiado de sitio, ni el espejo mohoso caído sobre el jarro tomado de verdín, ni el gran candelero con los restos de cera; y en el fondo de su nicho, la virgen de piedra seguía sonriendo á su Niño Jesús. Vaciló un instante, levantó la tapa del arca, volvió á ver los mismos girones de ropas, y sintió un estremecimiento. Volvió á la cámara muy de prisa, como si alguien le persiguiera, y furioso por aquel terror que no lograba dominar, dió un fuerte golpe en el suelo con el pie.

El capitán y el alférez roncaban á pierna suelta, y aquel sueño triunfante acabó de exasperarle.

—¡Es extraño!, exclamó. Los he visto, sin embargo, hace un momento, cuando brilló aquel relámpago...

Sintió un escalofrío: hacia la cabecera de la cama, y pegadas á la pared, dos caras le miraban, erizadas y llenas de espanto. Pero en seguida se echó á reir: eran los dos villanos del tapiz á quienes atacaba aquel jabalí que tenía una pila de agua bendita colgada del colmillo... Kerdec movió al alférez.

—Vamos, compañero... Es hora de levantarse y de despertar al capitán.

Chamereuil balbuceó:

—¿Cómo?.. ¿Eh?.. ¡Allá voy!..

Y añadió despertándose por completo:

—¡Qué demonio!.. ¡No es la dama verde!

XIII

Cuando los Langlois vieron á los tres oficiales sanos y salvos en la cocina, se quedaron estupefactos, y sobre todo, descontentos. La mujer sirvió el café con aire gruñón, y el marido, sentado en un rincón con la gorra puesta y la pipa entre los dientes, sólo respondió encogiéndose de hombros á las bromas con que Chamereuil le asaltaba y no quiso

beber con ellos. Los dos estaban escandalizados por el desprecio con que habían sido tratados su leyenda y su miedo. Aquel campamento insolente en la temible cámara, donde nadie había entrado en veinte años, les parecía una empresa odiosa y una especie de sacrilegio. A aquel sentimiento de indignación se añadía un sordo enfado contra la dama verde. ¡Cómo! ¿Había tolerado que fuesen así á burlarse de ella en su casa? ¿No existía entonces? ¿Eran ellos unos imbéciles por haber creído en su existencia? En todo caso, por culpa de aquellos audaces, iban á desaparecer el respeto y el misterio que rodeaban en el país al castillo de la Dolente; y á los Langlois les parecía que ese respeto y ese misterio eran un tesoro que acababan de robarles.

Se tranquilizaron un tanto, sin embargo, cuando el capitán pagó con largueza su hospitalidad.

—Son buenos muchachos, después de todo, dijo la mujer.

Y el hombre, aceptando un cigarro que le daba Chamereuil, concluyó con resignación:

—Y bien, ¿qué?.. Ustedes no la han visto...

En fin, cuando se marcharon é iban atravesando el antiguo patio de honor para llegar á la granja, la mujer mostró al marido al teniente Kerdec, que no había tomado parte en las bromas de sus compañeros y que acababa de volverse con expresión pensativa hacia el torreón.

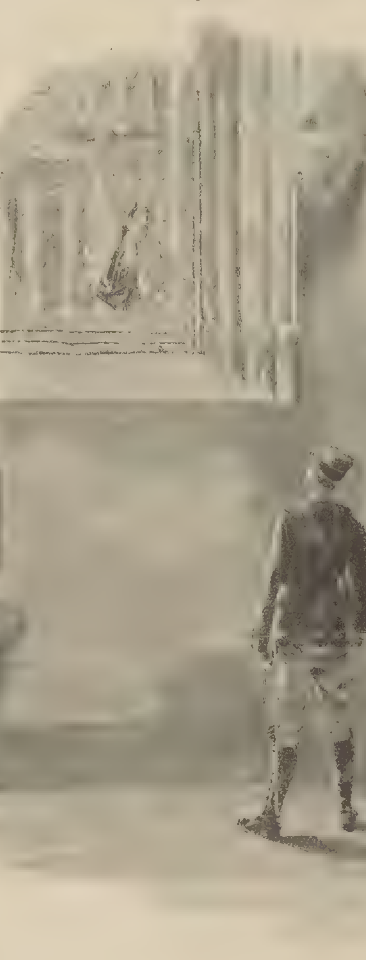
-Dirán lo que quieran, exclamó; pero nadie me quitará de la cabeza que ese ha visto allá arriba cosas que no quiere decir y que no eran muy naturales...

La compañía estaba reunida en el patio de la granja. El sol, ya cálido, partía sus rayos en cohetes de brillantes sobre los techos mojados; desprendíanse vapores del estiércol en que picoteaban las gallinas, y hacia el charco de agua estancada y espesa pasaban lentamente, mirando á los soldados, las vacas que traían á encerrar para ordeñarlas por la mañana. La mujer de Ledrain, dolorosamente emocionada por la hora de la despedida, daba vueltas, con una cafetera y una taza en la mano, alrededor de los sargentos, á quienes ofrecía la última copa diciendo con voz enternecida:

—Puesto que está pagado, no debe sobrar. Mejor se lo daría á los cerdos.

Hasta que se marcharon y el último hombre salió por la puerta de la granja, no apareció en el umbral Ledrain, invisible desde el día anterior. El campesino paseó una mirada trágica por la línea de agujeros negros que marcaban en el patio el sitio de las cocinas; levantó los brazos hacia los árboles gigantes como si los tomara por testigos de su injuria, y cerrando los puños apostrofó, como los héroes de Homero, á la compañía que marchaba á paso acelerado por el camino de Martinville.

El tiempo estaba hermoso y los soldados andaban alegremente por el bosque, en el que el sol sembraba manchas luminosas y que olía bien. A medida que se alejaba del caserío de la Dolente, Kerdec sentía disiparse las sombras de su pesadilla, y razonando su miedo, se reía de él. Cuando, llegado á lo alto de la cuesta que domina al valle, miró por última vez el tejado puntiagudo del viejo torreón surgiendo del océano de árboles, se despidió de él encogiéndose de hombros, y no creía volver á pensar en tal cosa, cuando sonaron las cornetas, para marcar el paso, al llegar á las primeras casas del pueblo. Hízose alto, y el capitán cuidó de que no se olvidara la apuesta que el teniente había perdido el día antes. Sentado en torno de una mesa del café del Comercio, el estado mayor de la cuarta compañía absorbió, á costa de Kerdec, un veneno disfrazado con el nombre de aperitivo. Chamereuil se marchó después en busca de un deshollinador para desatascar su pipa; y Kerdec se fué á pasearse por el pueblo, dejando al capitán poner en claro con el sargento mayor los misterios de un estado de prest.



Su postura arrodillada doblaba bruscamente los pliegues de su falda verde

XIV

Era día de mercado. Una multitud se agitaba en las calles medio obstruídas por los puestos de los vendedores ambulantes, llenas de mujeres que vendían los productos de sus corrales, y atestadas de terneras tirando de sus cuerdas y de jaulas llenas de cochinillos. Las compradoras tomaban á peso las aves, los granjeros discutían precios, los cabos de rancho seguían el carro de las legumbres, los asistentes listos se llevaban en triunfo conejos comprados por poco precio ó unos cuantos pollos de mayor edad.

En la plaza de la iglesia se regateaban los granos. Los molineros, inclinados sobre los sacos abiertos, olfateaban el trigo ó dejaban caer desdeñosamente el puñado que acababan de examinar; los mozos cargaban y descargaban carros; un vendedor de instrumentos agrícolas detallaba los méritos de sus bieldos articulados y hacía dar vueltas á los discos de sus cortarraíces. Y Kerdec miraba el campanario puntiagudo, que subía hacia el cielo azul, y recordaba aquel aspecto de flecha que tenía el día anterior cuando se destacaba sobre el arco que formaba el sol sobre la obscura nube... Insensiblemente y por una especie de impulso que le empujaba hacia atrás, su pensamiento se apartaba del día y del movimiento presente y le hacía volver á la tempestad, á la marcha en medio de la tormenta, á la bajada al valle, abierto como un nido de verdor, entre dos colinas peladas, y á la entrada en aquel torreón de muralla gris, que miraba á la llanura con el ojo único de aquella ventana... Al mismo tiempo se sentía atraído por la iglesia é iba á ella como si le impulsase una fuerza invisible. Incapaz de resistir al extraño ensueño que se volvía á apoderar de él, pronto sintió el mismo escalofrío de miedo y de deseo que había precedido á la aparición en la pesadilla de la noche.

Entró; la nave estaba solitaria, nave modesta y pobre, abovedada de madera y agujereada de ventanas ojivales donde lucían fragmentos de vidrieras de colores. La recorrió con paso automático, y al llegar á la verja del coro, volvió á la izquierda y se encontró en una gran capilla. Allí le pareció que la fuerza misteriosa que acababa de impulsarle cesaba de mandar en él y le dejaba dueño de sus actos; pero el extraño escalofrío no le abandonaba.

Miró á todas partes: estaba en una capilla señorial añadida á la iglesia, más antigua, por algún poderoso personaje. Elegantes columnitas servían de sostén á una elevada bóveda y numerosas losas de sepulcros, sobre las que yacían imágenes medio borradas, cubrían el suelo. Al lado del altar, horriblemente moderno, una elegante credencia del siglo XVI abrigaba bajo su dosel tallado un santo policromo que parecía avergonzado de encontrarse allí. Un cuadro antiguo, que ocultaba á medias el informe tabernáculo, llamó desde luego la atención de Kerdec... ¿Qué le recordaba aquella virgen de sonrisa enigmática, contemplando al niño Jesús, que tendía los brazos? Aquella misma noche la había visto en un tosco nicho, delante del cual colgaban restos de cortinas; á sus pies había un gran reclinatorio... Y la angustia se apoderó de él mientras contemplaba, en el cuadro y en la pared, las manchas multicolores producidas por el sol al atravesar una vidriera que Kerdec adivinaba detrás de él. Langlois, en su relato, había hablado de una vidriera de colores en la que oraban arrodillados el marqués y la señora de Fierville... ¿Sería esa vidriera la que coloreaba el rostro de la Virgen María, que parecía entonces sonreirle? Kerdec se volvió: en una gran ojiva resplandeciente, San Lorenzo y Santa Margarita, mártires, tendían hacia Nuestra Señora coronada por el Cristo las palmas simbólicas de su triunfo. Vestido con una cota de armas de los colores de su blasón, los pies calzados con grandes espuelas y brazos y piernas forrados de hierro, un caballero de aspecto altanero estaba arrodillado cerca de la parrilla de San Lorenzo; y en la parte baja de la túnica roja de la santa oraba una dama, á cuya cabeza servía de marco una alta gola y cuyo busto era mantenido recto por un corpiño emballenado... Su postura arrodillada doblaba bruscamente los pliegues de su falda verde; su frente estaba descubierta y pálido su semblante...

Como en la cámara del torreón y en medio de la noche poblada de relámpagos, Kerdec sintió que sus cabellos se erizaban. ¡Era ella! La reconocía..., y

mientras se quedaba petrificado é incapaz de defenderse de la obsesión que le dominaba, le pareció que la dama se volvía de nuevo hacia él y que sus brazos extendidos le imploraban...

La alucinación pasó pronto. Kerdec la sacudió por un esfuerzo de voluntad, y se volvió casi corriendo á la nave de la iglesia. Allí se dejó caer en un banco y permaneció mucho tiempo como aniquilado, tratando en vano de volver á la razón y fijándose, sin verla, en la lucecita que ardía en medio del coro y que oscilaba, chisporroteaba y se agitaba como para invitarle á la oración.

El ruido de una puerta que se abría le estremeció. Un sacerdote viejo entraba en el coro con un plumero y un trapo en la mano. Se adelantó á menudos pasos rápidos, se arrodilló, se levantó penosamente y se puso á limpiar el polvo de las sillas de coro.

Mirando á aquel viejo afanado por la limpieza de su iglesia, Kerdec volvió al sentimiento de la realidad. La impresión de malestar que la visión renovada de la de aquella noche le había dejado, se disipó en cuanto no se sintió solo, y mientras seguía con la vista la faena del cura, reflexionó con calma sobre lo extraño de aquella preocupación.

—Es un efecto puramente nervioso, pensó. El relato de Langlois, aquella cámara tan conforme con la leyenda y aquella noche de tempestad, me han llenado el cerebro de imágenes que han engendrado mi sueño. Y cuando me he encontrado en esta capilla llena de la misma leyenda, las mismas imágenes me han impresionado la mente. Así es como me persigue la música que á veces creo oir cuando todo está en silencio; así sube á mi olfato la impresión de un perfume disipado y á mis nervios la angustia de un sufrimiento pasado hace mucho tiempo. Nada es más explicable; no pensemos más en ello.

No quería pensar más, y sin embargo, permanecía allí. El cura seguía trabajando y estaba entonces barriendo el santuario. Kerdec le encontraba interesante con su prisa y con su torpeza de viejo, empujando con esfuerzo la escoba, haciendo cortas flexiones con sus rodillas entumidas siempre que pasaba por el altar y deteniéndose con frecuencia para mirar la obra hecha, con un movimiento involuntario de su blanca cabeza.

—¿Qué diría éste si le contase mi sueño? No me lo explicaría naturalmente, sin duda. Me diría que la dama verde está expiando sus pecados, que mi oración puede salvarla y que, acaso, soy yo aquel cuya intercesión espera... ¿Es eso razonable? Los curas viejos y los niños creen esas cosas... Los hombres inteligentes las niegan... ¡Ay! ¿Qué saben los hombres inteligentes? ¿Qué es la alucinación? ¿Qué la obsesión? ¿Dónde empieza la realidad? ¿Dónde termina el ensueño? ¡Bah! Yo sabré á qué atenerme.

Se levantó y pasó la verja del coro.

El cura había vuelto al altar, y subido en un taburete, estaba limpiando los candeleros y los floreros de flores artificiales. Cuando, al volverse, se encontró en presencia de un oficial, por poco el asombro le hace perder el equilibrio. Púsose el plumero debajo del brazo y preguntó con voz insegura:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—Señor cura, quisiera hablar con usted. ¿Quiere usted que le ayude?

—Es usted muy amable. No soy de los más ágiles, pero todavía me arreglo solo.

Y bajó bastante fácilmente del taburete, sin apoyarse en el brazo del teniente.

Cuando estuvieron en la sacristía, el cura se apoyó en el armario de roble que encerraba los ornamentos. La luz, que venía por detrás de él, hacía relucir su cráneo como una piedra amarilla y acentuaba la aureola de sus cabellos blancos.

—Señor cura, dijo Kerdec, ¿conoce usted la historia de la dama verde del castillo de la Dolente?

El cura hizo un gesto de extrañeza y respondió:

—Puede usted creer que sí. La había oído contar muchas veces cuando usted no pensaba en nacer.

—Es posible; pero estoy seguro de que nunca le han contado lo que yo voy á decirle.

—No digo lo contrario, respondió el anciano.

—¿Cree usted en los aparecidos, señor cura?

—No puedo decir que creo en ellos... Pero, cáspita, decirle á usted que no creo...

—Si pensase haber visto uno, ¿qué es lo que haría usted?

El cura miró á Kerdec con asombro, que pronto se cambió en desconfianza. Y contestó limpiando las gafas:

—A usted habría que preguntárselo.

—¿Por qué?

—Porque no habiendo yo visto aparecidos, no sé lo que haría; mientras que si usted, señor mío, los ha visto, no me disgustaría saber qué ha hecho.

Kerdec hizo un movimiento de impaciencia. «Este buen señor, pensó, es normando de pura raza y cree que me burlo de él. Hablémosle claramente.»

—Señor cura, le dijo; hablo seriamente y le ruego que me escuche lo mismo. He dormido esta noche en el torreón de la Dolente y en la cámara de la dama verde. He creído verla y me ha parecido que imploraba de mí un servicio. Hace un momento, en esta iglesia, la he reconocido en su vidriera, y ahora me persigue su imagen... Todo esto no es, sin duda, más que imaginación y así quiero creerlo; pero por mucho que razono, siento que mi espíritu no está tranquilo... Soy bretón, no he perdido la fe y creo en las oraciones, sobre todo en las de los sacerdotes. ¿Quiere usted decir mañana su misa por esa mujer y guardarme el secreto de lo que acabo de confiarle?

El cura se quedó pensativo. Parecía discutir consigo mismo y sus manos se agitaban á derecha é izquierda como las de los oradores que pesan el pro y el contra de un asunto. Al mismo tiempo pasaba por sus labios una sonrisa de emoción y miraba al oficial con tiernos ojos. Después de un momento de silencio, respondió:

—Consiento en decir la misa por esa pobre dama. Si no le hace bien, seguramente no le hará mal. Y no tendría nada de extraño que Dios le hubiera hecho á usted acostarse allí expresamente para inspirarle la idea de venir hoy á buscarme...

Su cara, que parecía una manzana arrugada, se iluminaba más y más. Por fin, su satisfacción rebosó, y golpeando familiarmente á Kerdec en el hombro, le dijo:

—Está bien lo que hace usted, joven; muy bien.

Y al ver que el teniente sacaba del bolsillo una moneda de cinco francos, la rehusó.

Pero Kerdec insistió. Le parecía que si aquella misa no era pagada, no se cumplirían los deseos de la dama verde y no se rompería el encantamiento... Y así lo comprendió el cura, sin que él tuviese necesidad de explicarlo.

—Lo cierto es que, si yo estuviera en el lugar de usted, querría pagar. Así, puesto que quiere usted darme un duro, lo tomo y se lo daré de su parte á una pobre vieja que lo necesita y que rezará por usted. Y mañana, á las ocho, diré la misa por la intención que usted desea.

—Por desgracia, señor cura, no estaré aquí, porque nos vamos á las cuatro de la madrugada. Pero pensaremos el uno en el otro.

Se estrecharon la mano con efusión; y el teniente Kerdec salió de la iglesia sin atreverse á ver de nuevo la capilla de los señores de Fierville ni la vidriera de colores de San Lorenzo y Santa Margarita.

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

EL OBSERVATORIO METEOROLÓGICO DEL MONTE VENTOUX

Majestuosamente situado al Nordeste de la planicie de Vauclus; soberbio por la grandiosa amplitud de su mole tanto como por su altura; dominando desde su blanca cima el Mediterráneo, el Ródano, Provenza, el Languedoc y el bajo Delfinado; mirando á la vez los Alpes, los Cevennes y los Pirineos; sobresaliendo 500 metros por encima de las montañas á él más próximas, el monte Ventoux parecía señalado por la naturaleza para la instalación de un observatorio meteorológico.

La elección de este sitio para tal objeto hállase tanto más justificada cuanto que en la cresta del monte Ventoux, por su situación topográfica especial, se producen las más interesantes manifestaciones atmosféricas. Esta cresta forma la línea de encuentro de corrientes de aire diametralmente opuestas y de naturaleza muy diferente: unas frías, á menudo heladas, procedentes de los Alpes; otras cálidas, que suben de las tierras incultas de Provenza, y á veces ardientes cuando llegan de Africa al través del Mediterráneo.



El observatorio del monte Ventoux en tiempo de nieve, fachada Oeste. (De fotografía de Fevrot, de Avignón.)

Cuando, empujadas por estos vientos contrarios, las nubes, cargadas de agua y de electricidad, chocan encima de la cumbre del Ventoux, prodúcense allí fenómenos de gran violencia: tempestades repentinas y terribles, granizadas abundantes, trombas de agua, efluvios eléctricos intensos, formidables tormentas de viento. Y cuando sopla el mistral, la cima del monte sufre embates á los que nada que no esté especialmente protegido resiste; y al impulso de estos choques furiosos, la roca, ya dislocada por el hielo de los largos inviernos, se desprende y se esteriliza en toda la extensión de la cresta. Se han observado en el Ventoux, por medio del anemómetro de mano, velocidades de 40 metros por segundo, á las que no ha podido resistir el anemometrógrafo de Demichel y Breguet primitivamente instalado en la plataforma del observatorio. El hecho siguiente da también idea de la violencia de los huracanes que sobre aquella cima se desencadenan: la carretera de Bedoin al observatorio tocaba la cresta poco antes de llegar á la cima, en el collado de las Tempestades; pues bien, ha sido preciso abandonar este paso, desde donde la vista se hundía en los escarpes de la vertiente septentrional, porque en él la fuerza del viento volcaba los coches.

Tal es la cumbre en donde se construyó el edificio monumental que constituye el observatorio del Ventoux, terminado en 1894. El cuerpo del edificio, de forma rectangular, está situado á 1.896'08 metros

de altitud y mide 30 metros de largo por 10 de ancho; delante de él hay una terraza desde donde la vista se extiende y se pierde en la inmensidad del horizonte Sur; en la parte posterior está el talud terminal de la montaña, el punto culminante del Ventoux al que está adosado el edificio; este terraplén natural sostiene, á 1.908 metros de altitud, la plataforma en que están fuertemente clavados numerosos aparatos meteorológicos. Una galería cubierta pone en comunicación esta plataforma con diversos departamentos situados en el primer piso; allí están el despacho del observador, vasta pieza en la que se ven los siguientes instrumentos: pluviómetro registrador, barómetro registrador Redier, barómetro Fortin Tonnelot, barómetro aneroide gran módulo, higrómetro Saussure y receptor telegráfico. En la plataforma hay instalados, resguardados unos y á la intemperie otros, un pluvímetro Redier, un pluvímetro quintuplicador Tonnelot, un pluvímetro decuplicador, un higrómetro registrador Richard, un psicrómetro August, un termómetro registrador Richard, un actinómetro Sallerón, un termómetro máxima Negretti, un termómetro mínima Rutherford, un nivómetro (modelo del pico del Mediodía), un evaporómetro Piche, una veleta, papel ozonográfico, etc., y otros. Merece también mencionarse una tabla de orientación que permite encontrar en el horizonte los principales picos de los Alpes, hasta el Monte Blanco.

El observador que, con un ayudante, dirige este establecimiento científico, hace dos observaciones diarias, una por la mañana y otra por la tarde, y comunica los resultados de las mismas por telégrafo á la Oficina central meteorológica de París, relatando al propio tiempo los fenómenos dignos de ser mencionados. Una baranda de hierro permite al observador, desde que sale de la galería cubierta (cuya puerta está orientada hacia el Oeste), sostenerse delante de los aparatos aun en medio de los vientos más fuertes.



El collado de las Tempestades, en el fondo la cordillera de Lure. (De fotografía de Fevrot, de Avignón.)

El telégrafo está provisto del Rhe-electrómetro Melsens. El sistema de pararrayos compuesto, adoptado para proteger en el mayor grado posible el edificio y sus inmediaciones, es también obra del señor Melsens. El observatorio está materialmente erizado de puntas separadas y de haces de penachos en número considerable, y los conductores, láminas ó alambres, van á perderse unos en la gran cisterna del observatorio y otros en el agua de Font Filiole, pequeña fuente situada en los escarpes septentrionales, á 1.788 metros de altitud. En cuanto al alambre telegráfico, para que esté á cubierto de los rayos, tan frecuentes en la cima del monte, pasa por un conducto subterráneo hasta la fuente del Grave (1.500 metros de altitud), distante seis kilómetros del observatorio.

La planta baja del edificio comprende varias salas destinadas á colecciones de historia natural relativas á la región, y á dar albergue á los que deseen estudiar sobre el terreno la flora, la fauna ó la geología de tan interesante montaña. Una hospedería construída recientemente no lejos del edificio oficial proporciona todas las facilidades para permanecer en aquella altura durante cuatro meses, de junio á septiembre.

Todas las construcciones que componen el observatorio dependen del ingeniero jefe de Puentes y Calzadas del departamento de Vaucluse; el servicio meteorológico está bajo la inspección y dirección de la Oficina central meteorológica de Francia, que envía cada año un inspector al Ventoux. Cada una de estas administraciones, lo propio que la de los Bosques, tiene su aposento en el edificio.

Los resultados de las observaciones diarias se publican en el Boletín de la Comisión meteorológica de Vaucluse, verdadera creadora del observatorio del Ventoux, bajo el impulso infatigable del Dr. Pamard de Avignón, el más distinguido promotor de esta obra científica.

Finalmente, la municipalidad de Bedoin, además del telégrafo (abierto también para el público) que ha hecho instalar á sus expensas, asegura comunicaciones postales bastante regulares con el observatorio por medio de un cartero que sube allí cinco veces por semana y unas tres veces durante el invierno

Gustavo Tardieu.



BARCELONA. – Inauguración de la primera Biblioteca Popular instalada por la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País en el Fomento Regional de San Martín de Provensals. (De fotografía de A. Merletti.)

Poniendo en práctica una vez más el lema «fomenta enseñando,» que figura en su escudo social, la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País inauguró el día 17 de los corrientes la primera de las Bibliotecas Populares que se propone fundar en los barrios obreros de esta capital.

Hállase instalada dicha biblioteca en un punto céntrico de la populosa barriada de San Martín de Provensals y en un local que reune excelentes condiciones para el objeto á que se le destina, y contiene algunos millares de volúmenes y gran número de periódicos y revistas, cuidadosamente escogidos, teniendo en cuenta la clase de público á que principalmente está dedicada.

En el acto de la inauguración, el secretario de la Económica leyó una memoria del curso anterior, en la que se enumeran las obras benéficas emprendidas por tan benemérita asociación, y el presidente de la misma, Sr. Pella y Forgas, pronunció un elocuente discurso enalteciendo la importancia de la empresa iniciada, señalando su sentido práctico y haciendo un caluroso llamamiento á las personas pudientes para que contribuyan á esa obra civilizadora con sus donaciones de libros y folletos y subscripciones á periódicos y revistas. El Sr. Padern, presidente del Fomento Regional, en donde está instalada la Biblioteca, agradeció en sentidas frases el favor que la Sociedad Económica ha dispensado á dicho centro dotándole de un nuevo medio de cultura con que combatir los perniciosos efectos que en algunos obreros ejercen el juego y la taberna.

La iniciativa de la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País es digna de los más entusiastas plácemes, y merece además que á ella correspondan los esfuerzos de todos, cada uno en la medida que sus recursos consientan, á fin de que obra tan meritoria pueda alcanzar su desarrollo completo.

Imp. de Montaner y Simón

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXIV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXIV DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

